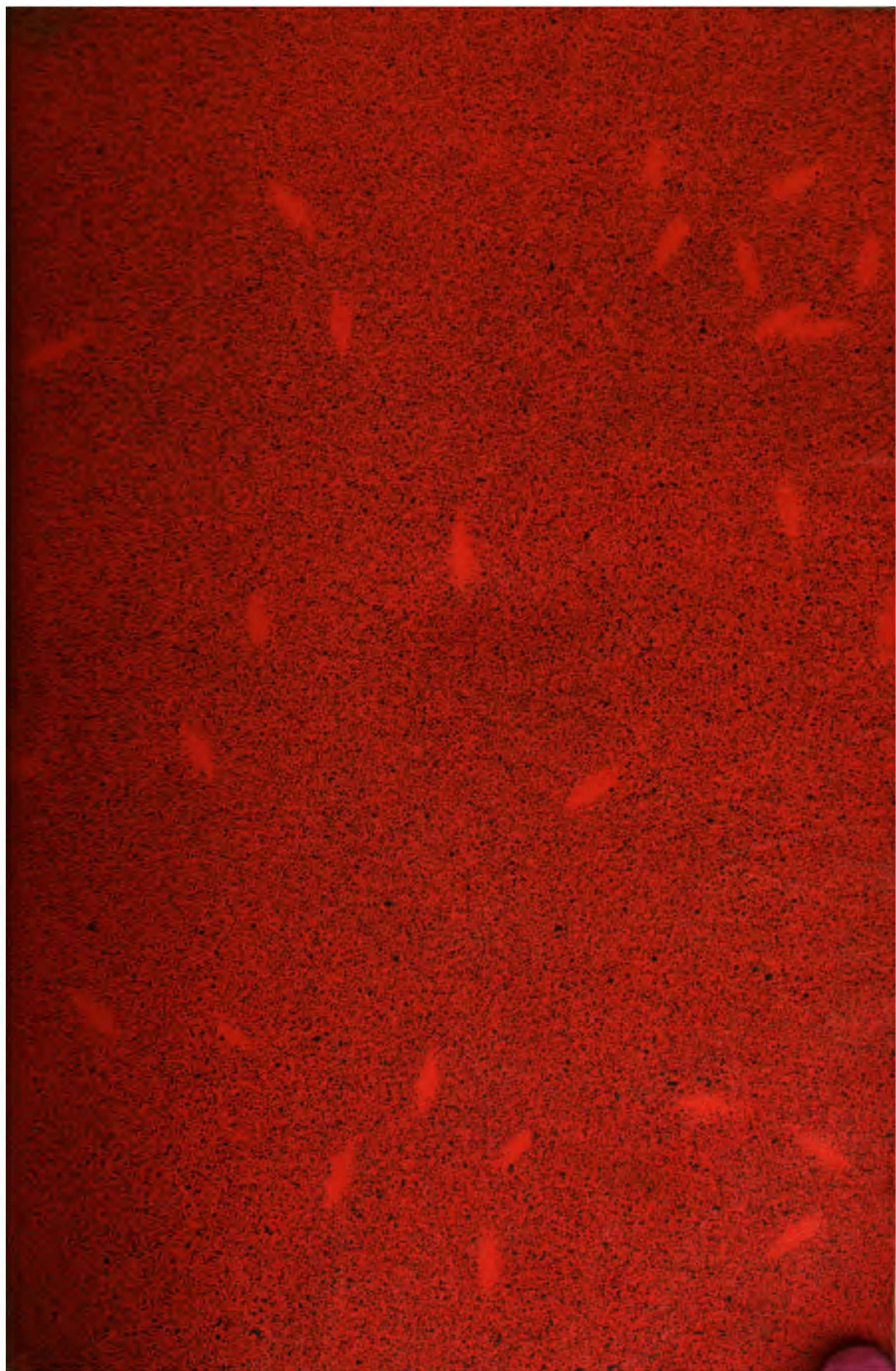




A. Kingsley Porter

LAS

GLORIAS NACIONALES.

SEGUNDA EDICION.

Tomo primero.

G. Amezua

EL

TEMPLO

DE LAS GLORIAS

ESPAÑOLAS.



BARCELONA

LIBRERIA HISTORICA.

MADRID

CUESTA Y PUBLICIDAD

LAS GLORIAS

NACIONALES.

GRANDE HISTORIA UNIVERSAL

DE TODOS LOS REINOS, PROVINCIAS, ISLAS, Y COLONIAS DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA,
DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA EL AÑO DE 1852.

COMPRENDE ÍNTEGRAS LAS OBRAS SIGUIENTES:

LA CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA

PUBLICADA DE ÓRDEN DEL EMPERADOR CARLOS QUINTO,
RECOPILADA POR EL CÉLEBRE FLORIAN DE OCAMPO, CORONISTA DEL REY DON FELIPE II,
LA CONTINUACION DE LA MISMA CRÓNICA HECHA POR EL ILUSTRE AMBROSIO DE MORALES, CORONISTA DEL MISMO PRÍNCIPE;
LAS CRÓNICAS DE LOS VARIOS REYES NO RECOPILADAS POR DICHOS AUTORES;
LAS DE SANDOVAL, ENTRE OTRAS, Y LAS DE AYALA; LAS DE LOS DISTINTOS REINOS Y PROVINCIAS;
LA CRÓNICA DEL REINO DE NAVARRA:

LOS FAMOSOS ANALES DE LA CORONA DE ARAGON,

COMPUESTOS POR EL INMORTAL GERÓNIMO ZURITA, CORONISTA DEL REINO;

LA HISTORIA DEL MISMO AUTOR; LAS HISTORIAS DE INDIAS; Y LA CRÓNICA DE LAS DINASTÍAS AUSTRÍACA Y BORBÓNICA

POR EL DOCTOR D. MANUEL ORTIZ DE LA VEGA.

CON NOTAS Y APÉNDICES EN LOS CUALES SE TRADUCEN ÍNTEGROS LOS LIBROS DE LOS AUTORES ROMANOS TITO LIVIO, JULIO CÉSAR, ETC. EN DONDE TRATAN DE LAS COSAS RELATIVAS A ESPAÑA, Y SE CONTINUAN TAMBIEN ÍNTEGRAS LAS JOYAS QUE POSEEMOS DE EPISODIOS HISTÓRICOS, TALES COMO LOS DE MONCADA, MENDOZA, MELO, CONDE, SOLIS, Y LO MAS SELECTO DE GARIBAY, FERRERAS, FLOREZ, ETC.

ILUSTRADO TODO CON EL

TEMPLO DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS,

Diccionario historial de España, con mas de CIEN MIL nombres y hechos preclaros, así antiguos como recientes, de que hace mencion nuestra historia indicando donde se citan, y en qué no se olvida ninguno de los pueblos de la monarquía, dando noticia de ellos, de sus monumentos, recuerdos y grandezas.

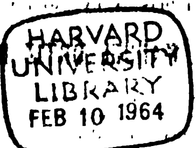
SEGUNDA EDICION.

TOMO PRIMERO.

MADRID,
LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD, CALLE DEL CORREO NÚM. 2.
LIBRERÍA DE DON JOSÉ CUESTA, CALLE MAYOR.

BARCELONA,
LIBRERÍA HISTÓRICA, PLAZA DE LA CONSTITUCION NÚM. 6.
IMPRENTA DE LUIS TASSO, C. BASEA, 23.

1852.



BARCELONA : IMPRENTA DE LUIS TASSO, CALLE DE BASEA, NÚM. 23

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Engáñanse tristemente los que creen que la sociedad española solo apetece las lecturas frívolas y de efímero entretenimiento. Si se le ofrecen los desvaríos de la humana fantasía, pasará por ellos una mirada compasiva, y alejarase con desvío: brindadla, empero, con lo bueno, lo amable, lo glorioso, lo que trae á la memoria afamadas grandezas, y vereisla recibirlo con aplauso. El vano oropel, el habla afeminada, los atrevidos bocetos del libertinaje, solo escitan á lo mas una pasajera curiosidad, y tras ella un completo desapego; la luz pura por el contrario, la nobleza de alma, y las pinturas sublimes son saludadas con entusiasmo duradero. Hemos podido convencernos de ello desde que nos dedicamos á encaminar entre nosotros la imprenta hácia el único fin noble y digno dé ella: difundir y poner al alcance de todos las obras mas admirables del ingenio de los hombres, ilustrarlas con láminas primorosas abiertas en acero, y, apesar de esto, darlas por la cuarta parte de lo que en otras ediciones cuesta la sola encuadernacion de las mismas. El público nos ha animado siempre dando á nuestras ediciones la mas favorable acojida, y, alentados con semejante estímulo, vamos por fin á realizar lo que no se ha hecho hasta el presente, sin duda

por lo vasto y costoso de la empresa, vamos á dar entero cumplimiento á las esperanzas que hicimos concebir á los amantes de las glorias nacionales (1).

Ofrecemos, pues, reunidos en un solo cuerpo nuestros preciosos é inestimables monumentos históricos, que andan ahora esparcidos en una multitud de tomos en fóleo, injustamente condenados á yacer en el polvo de las bibliotecas; Florian de Ocampo, el primer historiador general del reino; Ambrosio de Morales, incomparable por la diligencia y esmero con que va recogiendo los mas preciosos datos históricos; las crónicas que completan y aclaran los varios reinados, las de Sandoval entre otras muchas, la de Pedro el Cruel, la del reino de Navarra, y las demás que ponen en evidencia la historia de los distintos reinos y provincias destinados por la Providencia á formar una vasta monarquía; Gerónimo de Zurita, en fin, de quien dijo Robertson «que solo una nacion le posee para envidia de las demás» y á quien encarece el sabio Mayans de Ciscar con estas palabras, «pero quien con mayor fruto, seguridad y enseñanza conserva las mas especiales y sólidas noticias de nuestras primitivas memorias, y que debe leerse con mas atencion y mas que una vez, es Gerónimo Zurita, sin que nos parezca sea necesario mas molesto estudio para comprender bastantemente nuestras historias.» Los mas famosos autores extranjeros están llenos de citas suyas, de párrafos enteros, que nos revelan los usos todos, las tradiciones, los progresivos adelantos, las instituciones, y hasta los arcanos domésticos de aquellos siglos que mas curiosidad despiertan en nosotros.

Estas páginas deben consultar todos cuantos deseen tener un conocimiento exacto de los hechos preclaros, de las públicas franquicias, de las constituciones primitivas del país que les dió el ser: es el libro de los admiradores de nuestras glorias y grandezas; para ellos la obra de Mariana, sinopsis, aunque brillante, descarnada, habrá sido una especie de introduccion galana para entrar de lleno en la historia de nuestra patria, y no habrá hecho mas que avivarles la sed de saber, de conocer, de juzgar, de comprobar y de corregir no pocas veces los descuidos y errores de aquel sabio: porque suponer que un hombre solo pudo escribir la historia de una gran nacion sin incurrir en olvido ni en inexactitud fuera dar realidad á un imposible; ni la fuerza de un gran talento, ni una existencia entera consagrada á aquel objeto eran suficientes para tanta empresa. Léase la página de muestra que dimos al fin de nuestro prospecto; allí se pinta una batalla digna de ser descrita, ya porque de ella puede entresacarse un capítulo no corto de usos y costumbres, ya porque nos demuestra la pujanza marítima de los españoles, y ya tambien porque á ella asistieron dos reyes de alto renombre entrambos, Pedro el Cruel de Castilla el uno, y su rival Pedro de Aragon el otro. En vano se buscarán en aquel autor unas tan interesantes particularidades: en dos líneas nos da la fecha, y aun equivocada (cap. 3. lib. 17) poniendo 19 de mayo en vez de 9 de junio, y pasa adelante; y sin embargo se trata allí de una de las batallas mas características de aquella época; y de aquella en que por la vez primera se habla de la artillería aplicada á la marina: un compendiador no puede decirlo todo; bastante hizo con bosquejar el cuadro de nuestros anales. Pero para conocer todos los pormenores, para poseer el lienzo colorido en su conjunto, y enteramente iluminado en sus detalles, ahí está la obra que anunciamos.

(1) Cuando escribíamos estas líneas estábamos muy léjos de esperar que, apesar de haber hecho una tirada de dos mil quinientos ejemplares, nos veríamos al cabo de diez dias de haber anunciado esta obra, en la necesidad de reimprimir, como lo hacemos ahora, sus primeros pliegos.

En ella se solventan las dificultades, se aclaran las dudas, se disipan los errores y las tinieblas. Así, por ejemplo, si aquel esclarecido autor se engaña diciéndonos (cap. 11, lib. 15) que la reina doña Constanza, esposa de Fernando el Emplazado, habia sido estéril ántes de concebir á don Alonso, la crónica y con ella los archivos le corrigen diciendo que la misma reina años ántes habia dado á luz una infanta, que se sentó despues en un trono; si aquél afirma (cap. 9, lib 15) que doña Leonor, desposada mas adelante con Alonso el Benigno de Aragon, era hermana del rey don Fernando de Castilla, y lo repite cap. 11, lib. 15, la crónica y los archivos con ella desvanecen su error y nos dicen que doña Leonor fué hija, nó hermana, de don Fernando; si aquél sostiene (cap. 5, lib. 8) que Lucas de Tuy es de opinion que don Alonso IV de Leon fué hijo de don Fruela II, compulsando su testimonio se comprueba que Lucas de Tuy dijo lo contrario, á saber, que «muerto el rey Fruela, Alonso su sobrino, é hijo de Ordoño, entró á reinar»; si aquél escribe (cap. 15, lib. 16) que don Raimundo Villano con diez galeras de Aragon acudió en socorro de don Alonso XI de Castilla, la crónica nos demuestra que ningun Raimundo Villano mandó jamás galeras de Aragon: sí, don Ramon de Vilanova. Deplorable confusion de nombres y de hechos. Pasan de mil los errores semejantes á éstos que hemos desvanecido en el TEMPLO DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS, que, despues de las crónicas modernas de Ortiz de la Vega, ponemos por remate de la presente obra.

Es el TEMPLO DE LAS GLORIAS ESPAÑOLAS el repertorio de todas nuestras grandezas. Verdadero diccionario de los timbres nacionales, que contiene la lectura de cuarenta tomos en octavo, en él hemos reunido todo lo audaz, lo arrogante, lo generoso, lo terrible, lo sublime de nuestras crónicas. Muchos de nuestros lectores encontrarán sin duda en él los nombres y los hechos de sus antepasados que creen acaso legados al olvido; tal vez, los que ménos lo piensen, con noble orgullo exclamarán: ese fué un ascendiente mio. Hasta las lágrimas españolas derramadas en lejanas tierras hemos recogido, porque el llanto de la emigracion no es de hoy: en Inglaterra hemos visto una sepultura que tiene cerca de quinientos años, y en donde se lee: «Aquí yace la fidelidad de España;» es la de un español ilustre que habia servido á don Pedro I de Castilla, y que apuró todos los dolores del destierro por no querer reconocer al nuevo monarca fratricida. Mas de cien mil nombres de españoles históricos y de hechos suyos preclaros, tanto antiguos como recientes, se encontrarán en aquella coleccion. Todas nuestras poblaciones tendrán asimismo consignada en ella su fundacion, sus títulos de gloria, sus desastres, y las proezas de sus moradores. Ninguna ciudad, villa, aldea, caserío, santuario, rio, campo de batalla ó sitio histórico hemos olvidado. Las tradiciones todas, las leyendas, los milagros mismos dejamos consignados. Hubo un tiempo en que se llamó cándidos á nuestros antiguos autores porque no hacian escarnio de las creencias populares: ellos, los cándidos, creian en todo, ménos en la posibilidad de la superchería; sus detractores, al contrario, en nada creian, escepto en la existencia de la superchería en todo y para todo.

Tocante á la historia de nuestros dias, que formaria veinte tomos en octavo, es un trabajo concienzudo, escrito con aquella recta imparcialidad que en vano hemos buscado en autores contemporáneos. ¡Ay de los vencidos! dice un adagio; pero este adagio no puede aplicarse á la historia, que allí en donde encuentra virtudes heróicas, aunque desgraciadas, las ensalza y preconiza.

En resúmen, la sola sencillísima encuadernacion de las obras que se reimprimirán en las GLORIAS NACIONALES ha costado al editor mas de mil doscientos reales. Y sin embargo, por una quinta parte de esta suma podrán ahora nuestros suscritores adquirir aquel precioso tesoro, mejorado extraordinariamente en la edicion, adornado con una coleccion de láminas abiertas en acero la mas magnífica hasta el dia publicada, aumentado con las crónicas modernas, enriquecido con una detallada historia de nuestros dias al lado de la cual son meros resúmenes los salidos hasta ahora, é ilustrado con un Diccionario Historial de España, único en su clase, y otro geográfico nacional en el que no se echará de ménos la descripcion de ningun pueblo de la monarquía, ni el recuerdo de los hechos memorables de sus moradores.

CRÓNICA

DE ESPAÑA,

QUE RECOPILABA

EL MAESTRO FLORIAN DE OCAMPO[1],

POR MANDADO DEL MUY ALTO Y MUY PODEROSO REY NUESTRO SEÑOR

DON CÁRLOS, REY DE ESPAÑA,

DE JERUSALEN, DE ALEMANIA, Y DE LAS INDIAS, EMPERADOR DE ROMA, ETC.
SACADA Y RECOLEGIDA DE MUCHOS Y DIVERSOS AUTORES LATINOS, GRIEGOS Y ESPAÑOLES, LOS QUE MAS ALTA Y VERDADERAMENTE HABLARON DE ELLO.

PRÓLOGO.

MUY ALTO Y MUY PODEROSO REY NUESTRO SEÑOR.

Esta corónica de España, que á V. M. se intitula y ofrece, allende la mucha diversidad de cosas que dentro della se contienen, es cierto que se leerá con mejor voluntad, y será muy mas preciada, y estimada, por ir embajo de vuestro real nombre, y so el amparo de vuestra grandeza, y tambien, porque los acontecimientos españoles han sido siempre tan llenos de hazañas, que cualquiera persona holgará de saber sus cosas antiguas, y la sucesion y principios suyos, y mas los otros negocios dignos de memoria, que por ellos hayan pasado. Bien sospecho yo los inconvenientes que de quererlo tratar se me pueden recrecer entre los hombres de siniestra consideracion, que jamás faltaron á tales obras, y los trabajos que tendré comenzándolo por los términos, ó fundamentos que ninguno hasta mis dias lo comenzó: y lo mucho que publican los títulos deste volúmen, que será relatar las corónicas españolas, con sus historias enteras y cumplidas, mayormente señalando su comienzo desde el principio que fué poblada. Pues allende ser perdidos libros de coronistas españoles ancianos, que pudieran bien declarar su fundacion y cimiento, de los cuales habia yo de tomar el intento de estas antigüedades: parecia tambien imposible poderse contar todo lo que por una provincia tan grande como ella se hubiese pasado: donde hallamos ahora tantos reinos, y vivieron siempre tantas gentes repartidas en tantas naciones, diferentes en costumbres, y nombres, y condicion, moradoras de ciudades y pueblos grandes y suntuosos: entre los cuales hallamos algunos, ó casi todos, de calidad, que segun las cosas por ellos han pasado de buenas y malas fortunas en los tiempos antiguos y modernos, bastaban para que sus historiadores, por diligentes que fuesen, tuvieran demasiado que hacer en escribir las hazañas de cualquiera dellos, cuanto mas querer aquí dar cuenta de todo junto, con el contrapeso de ser breve, que fué lo principal de mis presupuestos: y tambien con otra mayor condicion, de que en esta brevedad no falte cosa por decir de cuanto convenga, ni traiga consigo tinieblas ó ceguedad á nuestro negocio. No sé yó si me engaño, mas á mi juicio ninguna de cuantas obras ahora sabemos, así latinas como griegas, pudo tener mayor trabajo, ni dificultad. Porque si la comienzan á cotejar con las historias principales de Grecia, conviene cierto dar alabanzas á Tucídides, como justo se le deben, por su mucha verdad, buen estilo, y diligencia: pero solamente habló de los acontecimientos que sucedieron en unos pocos años de sus tiempos, esto no por toda Grecia, sino lo que dependia de su ciudad en Atenas donde fué natural. Herodoto, historiador griego, allende lo poco que los de su misma tierra le creen, va por unas generalidades tan extrañas, que quien quiera pudiera decir lo que él dijo, si lo supiera decir en tan buena manera, ó se atreviera á tomar la licencia que él tomó. Diodoro Sículo dado que tenga tambien autoridad en algo de las muchas cosas que trató por sus historias, en lo mas dellas no la tuvo, por haber sido tan libre, que puso sospecha en la verdad con la mezcla de lo que no lo era. De Filostrato, griego, solo tenemos al presente los hechos de Apolonio Tianeo, que fué un hombre particular y solo, tal que si le contara las horas y momentos de la vida, fuera poco trabajo segun el vivir de los hombres es breve: porque las otras historias que compuso de los fenicios no se hallan en este tiempo, dado que sabemos por indicios y conjeturas, que todo lo principal dellas era contar lo que la ciudad de Tiro, y algunos sus allegados hicieron en aquella region de Fenicia, que debió ciertamente ser cosa ménos trabajosa, que contar las fundaciones, hazañas, sitios, destrucciones y diversos acontecimientos de tantas ciudades, y gentes españolas, cuantas en esta nuestra corónica van declaradas. Plutarco, tambien griego, en lo que habla perteneciente á la historia, todo lo halló ya hecho y escrito por otros, sin le ser mas necesario de trocar la órden de aquello que pretendia, en otra diversa de donde lo sacaba. Trogo Pompeyo dicen haber sido español, y escribió los acontecimientos de muchas naciones en latin, artificiosamente recoligiendo lo

---

[1] La biografía de este autor va acompañada en el *Templo de las glorias nacionales*.

que de ellos hallaba derramado por otros libros antiguos de Grecia: mas, hanse perdido sus obras, y cuanto podemos conjeturar, segun nos lo dejaron apuntado los que las leyeron algun tiempo, va tambien por generalidades, las cuales facilmente se pueden aplicar en cualquier negocio. Casi lo mismo podríamos decir en todos los otros historiadores restantes que de estas materias hablaron. Pues si miramos la dificultad de las corónicas latinas, todas las mas se fundan en Roma, que es una ciudad sola: la cual dado que sus acontecimientos y gentes anduviesen derramadas otro tiempo por diversas partes del mundo, todos en fin venian á se concluir en contar las hazañas de este pueblo, y allí daban razon de cuanto pasaba por las otras regiones, y se podia saber todo por menudo, no solamente lo que sucedia cada tiempo, sino cada mes y cada dia, si fuera menester; con que la facilidad de ponerlo en razon era tanta, cuanto fué dificultoso lo nuestro en buscarlo, y en guiarlo por sus tiempos, y en resucitarlo, y darle vida, habiendo tantos siglos que estaba muerto y olvidado. Juntábase con esto ser las gentes antiguas, así griegas como latinas, tan amadoras de sus alabanzas, y tan deseosas que su memoria durase para siempre, que no les sucedia cosa que no la guardasen, y engrandeciesen, y adornasen con hermosura de palabras, á fin que las otras naciones holgasen de las entender y reconocer, y quien las quisiese reducir en órden por escrito, las hallase todas fácilmente puestas á la mano: lo cual faltó mucho mas que por otras partes entre nuestra nacion española: señaladamente las historias de sus tiempos antiguos, desde que sabemos haberse poblado, hasta que los godos vinieron en ella, por ser (como digo) tierra derramada y grande, repartida por tantos pueblos, y tales, que muchos dias se tuvieron los unos á los otros por extraños: y tambien porque todos aquellos dias fué gente sin doblez, y sin cuidado, que ni amaba su gloria ni alabanza, ni aun sabian qué cosa fuese alabanza, ni gloria, segun en esta corónica parecerá: y dado que lo supieran, pudo ser que no tendrian quien lo quisiese escribir, por ser inclinados á cosas de mayor dificultad: y si por caso lo tuvieron, no sabemos qué se hayan hecho sus escrituras en esto de las memorias antiquísimas. De manera, que por todos estos inconvenientes, y por otros muchos, que serian largos de manifestar, pudiera yo buenamente rehusar tan grave trabajo, pues que ni el aparejo de ociosidad, ni de autores mis naturales, á quien siguiese, me sobraba para entender en ello, ni el ingenio tampoco me favorecia mas que á otro. Mas á la fin los buenos deseos, y la esperanza de salir con ello, que suele vencer todas las dificultades, cuando las hay en las cosas, y la deuda de servir á V. M., y voluntad de aprovechar á mi nacion, me inclinó á que con tan pocos aparejos, como digo, entrase en esta batalla. Cuanto mas que no ha quedado la memoria de España del todo tan despojado, que si de los hechos muy antiguos le faltan historiadores suyos, no hallemos gran relacion della por otras corónicas de muchas gentes, donde se puede tomar rastro en lo que acá sucedió. Dura tambien crecida copia de piedras escritas con letreros antiguos en diversas partes de España, donde hallamos larga memoria de muchas cosas que faltan en los libros, y mucha señal de lo pasado, con la cual ayuda, dado que en este caso no parezca posible hacerse todo como quisié ni decirse todos sus hechos, y principios, y siones por entero, á lo ménos irán aquí pues mas señalados y famosos que sepamos: y que no fueren tan crecidos, siempre se dará sumaria, para que ninguna cosa les quede p cir de cuanto á la historia convenga: confo donos á lo que suelen hacer los buenos pintores do labran algunas obras, donde nos conviene muchas figuras: que si las tales no caben to la tabla, señalan en la delantera los principale tos del negocio, para que puedan parecer ente cumplidos, y por los entremedios ponen algun dazos de figuras, que no son tan necesarias ni cipales, mostrando por detrás de las unas, lo de las otras, ó la nariz, ó las frentes, ó las nas, ó los cabellos: y de lo que no fuere tanto nester, bástales que se devise la correa del za Deben tener consideracion los que de nuestra nica se querrán hacer jueces, á la voluntad con se buscaron estas memorias, que fué, no por de por se las dar á conocer: y no ménos á los bajos que se pasaron, por quitarlos á ellos d mejante trabajo. Y poniendo lo tal ante sus podria ser, que contentándose como gente agr cida, con aquello á que bastan unas fuerzas ta cas como las mias, en una cosa tan difícil y sin aparejo, haya podido tanto mi flaqueza, tornadas otra vez á cotejar estas corónicas con historias de las otras gentes, nadie de las naci muy diligentes tenga su relacion mas entera ni dadera, que la tendrán de sí los españoles en libro de V. M. porque cuanto la dificultad ha mayor, tanto el cuidado creció y descubrió ma lo que conjeturábamos al principio. De tal arte, si no pareciese demasiada confianza, osaría yo p meter, que no se dará cosa tocante á España, cuantos libros hoy sabemos, de cualquier c dad que sean, latinos, griegos, ni españoles, que t gan autoridad, ni aun arábigos tampoco, que en e corónica no se halle, si toda se leyere. Por esta r zon no puede ser ménos, de pasar la composic della, dividida en tres partes, ó volúmenes, a mas crecidos de lo que yo quisiera. De los cual el primero contiene todas las hazañas y sucesio de nuestra gente, cuantas han podido saberse des su fundacion y cimiento, hasta la Natividad de Nuest Señor Jesucristo: con mas la venida de muchas n ciones extrañas, que poblaron acá de nuevo d versas villas y lugares, y trataron cosas asaz di nas de memoria dentro de dos mil y casi doscie tos años de tiempo: hasta que finalmente la may parte de las provincias españolas vinieron de lanc en lance á quedar debajo de la administracion y gobierno del imperio romano, que por aquella sazon señoreó gran espacio del mundo. Y desde allí ó muy pocos dias ántes, las gentes españolas que daron mas avisadas, y prudentes: y comenzaron á seguir las costumbres romanas, y tomaron mucho dellos su habla, y tuvieron cosas de verdadero hombres: porque hasta los tales tiempos continuamente fueron inocentes y descuidados, no preveyendo ni mirando jamas infortunio ni daño que les pudiese recrecer: tanto que, como dije, los unos y los otros, dado que viviesen muy cerca, se tenian por ajenos, y de contraria naturaleza. Toda la mas escritura desta primera parte va sacada de auto-

que de
guos de
to pode
los que
neralid
cualqui
todos l
materia
las coró
ma, q
aconteci
tiempo
venian á
blo, y
regiones
mente l
cada di
ponerlo
nuestro
en resu
glos que
ser las g
amadora
memoria
cosa que
nasen co
naciones
quien las
llase toda
tó much
nacion e
tiempos
blado, h
ser (com
partida
dias se t
y tambie
doblez,
alabanza
ni gloria,
que lo s
lo quisies
mayor di
bemos q
de las mo
todos est
que seria
namente
aparejo d
á quien si
ni el inge
Mas á la
salir con
tades, c
da de se
char á m
aparejos,
to mas q
ña del tod
antiguos l
gran relac
gentes, d
sucedió. l
critas co
España, d
cosas que
pasado, c

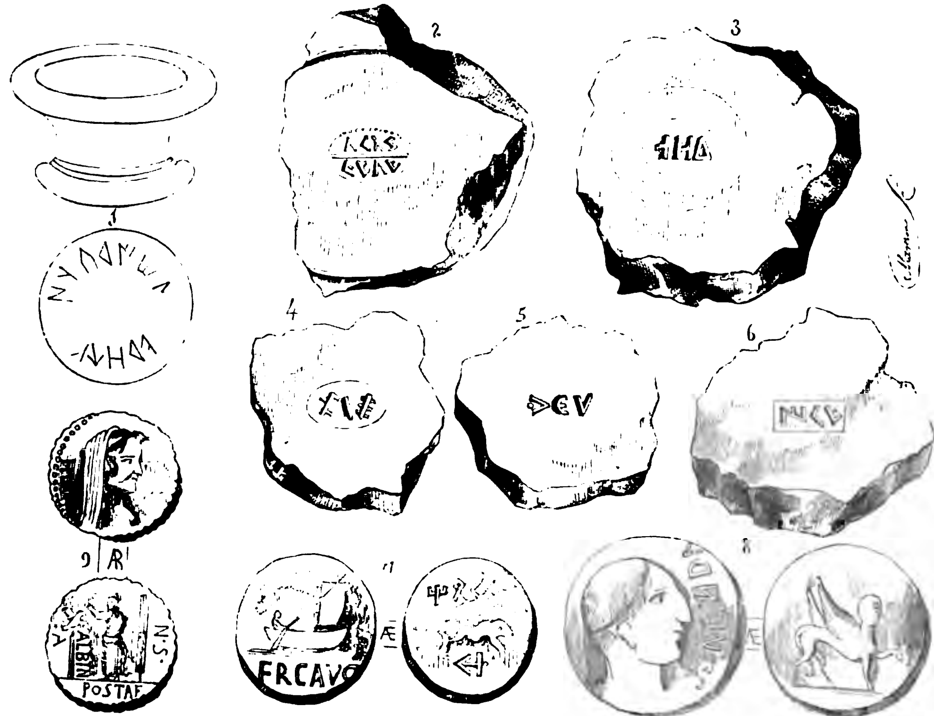






MEDALLAS Y MONEDAS. *Plancha A.*

N. 1. Moneda de Sagunto.
N. 2. Moneda de la antigua Asido, reducida ahora segun unos á Medina Sidonia, y segun Florez á Jerez. Esta moneda es de bronce y muy rara.
N. 3. Medalla siciliana citada por Florez, tomándola de Paruta, en apoyo de la conquista de la Sicilia por los sicanos españoles.
N. 4. Moneda del tiempo de Tiberio. Fué acuñada en Graccurris, ó Ilurcis, hoy reducida comunmente á Agreda.
N. 5. Medalla de Emerita, hoy Mérida. El busto es de Augusto.
N. 6. Moneda toledana del tiempo de Wamba.



ANTIGUEDADES, MEDALLAS Y NONEDAS. *Pl. B.*

1. Vaso torneado de bronce con una inscripcion celtibera. Le posee D. Buenaventura Hernandez y Sanahuja de Tarragona.
2, 3, 4, 5 y 6 Barros Saguntinos con marcas celtiberas descubiertos en Tarragona. Gabinete del mismo Sr.
7. Medalla de Hibera Ilergavonia (Amposta) celto-romana inédita. Gabinete Id.
8. Medalla de Munda en donde Julio Cesar venció á los hijos de Pompeyo. Id.
9. Medalla de la familia Postumia, con la cabeza de la España. Id.



1





2





3



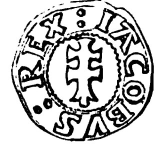


4





5





6



MEDALLAS Y MONEDAS. *Pl. C*

1 y 2. Monedas del tiempo de la dominacion de los árabes.
3. Moneda castellana con leyenda árabe, acuñada en Toledo en tiempo de don Alfonso VIII.
4 y 5 y 6 Monedas leonesa, aragonesa, y castellana.

res peregrinos, como son Beroso Caldeo, Trogo Pompeyo, Aristóteles, Platon, Diodoro Sículo, Dionisio Halicarnaseo, Sosthenes, Polibio, Herodoto, Filostrato, Plutarco, Tito Livio, Lucio Floro, Julio Frontino, Apiano Alejandrino, Plinio, Pomponio Mela, Solino, Estrabon, Tolomeo, Antonio (1) Pio, Stefano, Dionisio Afro, Rufo, Festo, Suidas, Julio César en sus comentarios, Paulo Orosio, Eutropio, Suetonio Tranquilo, con otros muchos que por la corónica van señalados. La segunda parte, ó volúmen, contiene algo mas de setecientos años de historia, que son desde que nuestro Salvador Jesucristo nació, hasta que los alárabes y moros africanos pasaron en España, cuando la pérdida de don Rodrigo, postrero rey de los godos: en los cuales dias se trocó todo el estado mas antiguo de los españoles, y comenzaron á tener en sus cosas otro ser muy diverso del que solian: porque dentro deste tiempo sucedieron acá muchas turbaciones y mudanzas de grandes y terribles extrañezas; como fué dejar los españoles la creencia de los ídolos, y recibir la doctrina de nuestra santa fé cristiana. Sucedióles tambien que los romanos perdieron en España todo cuanto señorío poseian: y la venida juntamente de ciertas gentes alemanas, que discurrieron desmandadas por ella, haciendo grandes afrentas y daños: y despues otras cuatro naciones, llamadas los alanos y suevos, y silinguos (2), que tambien quedaron apoderados en muchas provincias de España: y poco mas adelante la venida de los godos, que hicieron en ella su principal asiento: los cuales todos asolaron muchas ciudades que primero habia, y poblaron tambien muchas otras de nuevo, con nuevos apellidos y nombres, y corrompieron la lengua latina y la griega, que hablaban los mas de los españoles, y trajeron nuevos trajes, y nuevas costumbres, y nuevo modo de vivir, segun que muy copiosamente lo diremos en esta segunda parte. El tercero y último volúmen contiene desde aquella entrada de los alárabes y moros africanos, que comunmente se dice la destruccion de España, hasta los tiempos de V. M., donde asimismo las cosas españolas dieron otro vuelco, y se diferenciaron del estado en que los godos las habian puesto, tomando muy mucho de lo que los moros trajeron: con los cuales se continuaron ochocientos años de guerra cruel y porfiada dentro de España: que fué la mayor contienda que se halla desde que el mundo se crió, en cuantas historias sabemos, de una nacion contra otra y la que con mas enojo se trató, y donde mas valentías y hazañas pasaron, y la que de nuestra parte con ménos aparejos, y con mas poca gente, y sobre mayor adversidad se comenzó, contra la mayor pujanza y poderío, que por aquellos dias habia sobre la tierra, que fué la multitud de estos alárabes: hasta que finalmente fueron acabados de vencer en tiempo de los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, vuestros abuelos, y fueron despojados de cuantas tierras acá nos ocupaban, y puestos embajo de nuestra sujecion. Mezclado con esto se trata gran diversidad de cosas, que dello dependen, entre las cuales es una la relacion de las parentelas y linajes que sabemos en España, con las tierras donde procedieron, ó tienen sus solares y antigüedad, y con las divisas ó señales de sus armas, y la razon de sus apellidos: muy diversamente contado, de lo que hasta aquí algunos han escrito en aquella materia (porque llevará mas verdad y limpieza) sin meter en ello las fábulas ó hablillas de que aquellos se agradaron. Todo lo que en estas dos partes, segunda y tercera, se contiene, va sacado tambien de diversos autores, dellos latinos y griegos, y dellos españoles: conviene á saber, Cornelio Tácito, Elio Esparciano, Dion, Julio Capitulino, Herodiano, Lampridio, Flavio Vopisco, Amiano Marcellino, Trebellio Polion, Volcacio Gallicano, Eutropio, Paulo Diácono, Suetonio Tranquillo, Ablavio, Jornandes, Gulfilias (1), Agathio, Procopio, Genadio, Próspero, Severo Sulpicio, Eusebio Cesariense, san Gerónimo, de los cuales nos aprovechamos tambien mucho en la primera parte desta corónica, así en el hecho de la historia, como en la órden de los tiempos. Los autores españoles son, Victor obispo de Tunez, fray Juan abad de Valclara (monasterio bien antiguo, á quien los pasados llamaban Viclarense), los cuales ambos hicieron adiciones á las corónicas de san Eusebio; hasta los tiempos de Recaredo, rey de los godos en España. Tambien escribió señor san Isidoro, arzobispo de Sevilla, una corónica breve de los vándalos, y de los alanos, y suevos, y godos, desde el principio que las tales gentes salieron de sus tierras, hasta los tiempos del rey Vamba, que fué príncipe godo acá en España, juntamente con otro tratado de los claros varones de la Iglesia, prosiguiendo la relacion que san Gerónimo y Genadio primero hicieron en aquella materia, con mas otro libro pequeño que les añadió, señor santo Ildefonso. Desde el rey Vamba adelante continuó la corónica de España mucho bien un Juliano, que sospechan algunos ser el arzobispo de Toledo, que por sobrenombre llamaron Pomerio: puesto que don Felice, prelado tambien de Toledo, contando los libros que Juliano hizo con sus títulos y materias, no ponga memoria de tal volúmen, ó corónica, sino del que contiene la rebelion solamente movida contra Vamba, rey godo, por ciertos caballeros suyos inducidos por otro, llamado Paulo, como adelante lo veremos en los diez y siete libros de la segunda parte. Despues del Juliano sobredicho, prosiguió la relacion de los hechos españoles, mucho mejor que todos, otro Juliano, diácono, tambien toledano, morador en aquella misma ciudad, puesto que griego de nacion, segun él parece declarar en el principio de su corónica: dentro de la cual primero que trate los acontecimientos de sus tiempos, recapitula sumariamente muchas antigüedades españolas, donde se muestra leido y muy ejercitado en letras y ciencia de su gente griega. Despues de lo cual viene á contar la mayor parte de los trabajos y victorias del santo rey don Pelayo, en cuya edad él dice que fué, con la entrada de aquellos alárabes y moros africanos, que dijimos arriba. Lo restante que despues aconteció hasta los tiempos del rey don Alfonso segundo deste nombre, que llamaron el Casto, escribió diligentemente don Sebastian electo, que se decia, de Salamanca. Y desde él hasta don Bermudo el Gotoso, escribiólo Zafirio, obispo de Astorga, á quien por otro nombre llamaron Sampiro algunas historias. Despues continuó la corónica don Pelayo, obispo de

(1) Léase Antonino. (2) El original de Ocampo sufrió aquí alguna alteracion al imprimirse; sin duda decia: suevos, vándalos, alanos y silingos.

(1) Léase Wlfilas.

Oviedo, por todo el reinado de don Alfonso el octavo deste nombre (que fué coronado en Leon por emperador de España) hijo de la reina doña Urraca, y de su marido el conde don Remont de San Gil: sin éstos hallamos otros muchos, que (como dijimos) escribieron verdaderamente las hazañas modernas de España: como son Isidoro el menor, obispo de Bodajoz, don Lucas obispo de Tuy, don Rodrigo Jimenez arzobispo de Toledo, don Alfonso de Cartagena, Juan Gil de Zamora, con mas los que recopilaron las dos corónicas generales por mandado de los serenísimos reyes, ambos nombrados Alfonsos (el uno que ganó las Algeciras, y el otro llamado el Sabio) que son las dos escrituras mas abundantes y tendidas, que los españoles hasta nuestro tiempo tuvieron. Á éstos, en las cosas aprobadas y verdaderas que despues de los godos sucedieron en España, he yo seguido fielmente en esta obra, tomando de los unos lo que dejaban los otros, y mas á las historias que descubrimos de las vidas y tiempos de los reyes españoles en nuestra lengua vulgar, no curando de la escritura del obispo de Girona, que llaman Paralipomenon de España, ni de la de fray Juan de Rihuerga, ni de las otras algunas de su calidad, por el peligro que corriéramos en seguirlas. Pero como sin éstos que yo tengo leido puedan parecer adelante muchos autores de que no tenemos ahora noticia: creo verdaderamente que por discurso de tiempo se podrán mejorar en esta corónica muchos artículos y negligencias, las cuales los que despues de mí vinieren, podrán añadir ó apuntar, y aun tambien reprender, si en algo yo hubiere errado. Para lo cual desde ahora les doy licencia, y digo: que no solo no me pesará dello, sino que lo reputaré á singular beneficio y gracia: con tal, que lo que contra mí dijeren, sea fundado por historias, que tengan autoridad, pues en otra manera pareceria que lo hacen con malicia: dado que (si bien lo miran) en ninguna cosa de cuantas aquí van puestas me pueden á mí dañar, pues mi principal intencion es afirmar lo que todos afirman, y en lo que hallare duda, ponerlo por dudoso, sin atar mi crédito á nada. De manera; pues bien considerado el intento desta obra, parece que la primera parte della declara la niñez de nuestra España, cuando estaba en su inocencia y simplicidad, sin tratar ni sentir las cosas del mundo, ni recelarse de nadie. La segunda habla de su mocedad algo mas crecida: donde siempre estuvo en la obediencia y administracion de otras gentes, como de ayos adiestradores suyos, cuales fueron los romanos, y godos, y las otras naciones primero declaradas, que la pusieron en la buena manera de vivir que despues tuvo. La tercera trata de las cosas de su mancebía: cuando se halló ya crecida y valiente con fuerzas bastantes para salir de la sujecion de sus ayos: y comenzó á obrar aquella guerra tan larga de los moros, y despues las empresas que tomó contra los indios, y la conquista de Italia y África, que fueron mucho famosas y señaladas, no contentándose con mandar á todos los que primero la mandaban, sino ensanchando su imperio, y pasándolo mucho mas adelante. En el artículo tambien de la cosmografía de España, que será la relacion de su postura y asiento con la de los pueblos que tuvo en todos sus tiempos antiguos, y con los apellidos de las naciones que la moraron, y las divisiones ó rayas por donde solian dividirse, declaradas por nombres y provincias conocidas ahora: creo que se hallará mas diligencia por esta corónica, que por ninguna de cuantas hayamos leido: pues allende ser la mas principal cosa donde se debe fundar cualquier buen historiador, era la parte que mas necesidad tenia de saberse entre nuestra gente: y tambien porque los coronistas españoles, nuestros antecesores, quisieron apuntar algo dello, mezclado con lo mucho que trataban en sus libros. Y dado que cuanto á este caso dijeron poco, fuera bien que dijeran ménos, segun anduvieron en ello perdidos y confusos, señaladamente sobre la declaracion de las nombradías en algunos lugares viejos: y en la razon que dan de sus apellidos antiguos, donde no dicen cosa que tenga fundamento ni substancia. De lo cual parece que se me puede recrecer algun perjuicio, si contradigo lo que primero hablaron éstos, á lo ménos entre la gente vulgar que los ha leido y creido: y ésta fué siempre de tal condicion, que jamás quiere recibir ni tener por bueno sino aquello en que está acostumbrada, puesto que la tal costumbre sea desvarío notorio. Pero justo es, que donde quiera valga mas la verdad que nó el apetito destos tales: mayormente no siendo afrenta que reciban della los coronistas pasados, por no haber acertado en los pueblos y lugares antiguos de España, ni en sus hechos, ni en las causas que buscan de sus nombres, ni en la órigen de sus edificaciones: ántes les viene alabanza y gloria crecida en haberlo tentado, á saber, como personas que fueron excelentes y de singulares inclinaciones, á quien debemos mucho los que despues nacimos: porque (como los sabios dicen) en las cosas semejantes, á los que yerran, y á los que aciertan, se deben gracias: pues de los errores tomamos avisos, y de los acertamientos prudencia: y aquel deseo de tentar cosa tal, puesto que no den luego en el hito, proviene siempre de gran juicio. Muchas otras particularidades pudiéramos aquí decir tocantes al artificio deste libro, y á los provechos que dél resultan, y á las dificultades y trabajos recibidos en recolegirlo: para que cuantos en España viven, y todos los otros señoríos y reinos della pendientes, pertenecientes á vuestro real patrimonio, conocieran lo mucho que deben á V. M. en haber sido causa que se hiciese y pasase adelante con la esperanza de su favor: si no fuera tambien por guardar en el prólogo los intentos principales que primero dije de toda la escritura, que son abreviarla cuanto fuere posible. Solo desearia yo, que los doctores, que reciben esto de V. M., tuviesen advertencia particular, á que mi principal intencion ha sido brevemente, y en las mas desnudas palabras que pude, contar la verdad entera y sencilla, sin que en ella haya engaño, ni cosa que la adorne, para que mejor parezca sin envolver en ella las retóricas y vanidades, que por otros libros deste nuestro tiempo se ponen: pues allende ser esto lo mejor y mas natural del buen estilo, fué cierto, que si con artificio de razones, ó muy á lo largo yo lo quisiera decir, quedara prolija y enojosa escritura: en lo cual dado que la fatiga y trabajo hayan sido demasiadamente grandes, así en el cuerpo como en el espíritu, todo es poco, pues es servicio que en ello se hace á V. M., ante cuya grandeza y merecimiento, cualquier cosa, por magnífica que sea, se deshace.

CRÓNICA GENERAL
DE ESPAÑA.

LIBRO I.

CAPÍTULO I.

Como despues del diluvio general, en que todas las criaturas perecieron, vino en España para la poblar Tubal y sus compañías, por mandado del patriarca Noé.

Muchos años despues que Dios nuestro Señor hubo criado el mundo, segun que mas largamente lo cuenta la sagrada Escritura, habiendo ya gran abundancia de gentes en la tierra, comenzaron á crecer tanto los vicios y maldades entre los hombres, que no queriendo Dios sufrirlo, determinó de destruir el mundo con aguas. Solo se hallaron entre los varones Noé, con tres hijos suyos, que fuesen justos, y que viviesen fuera de los pecados de los otros. El uno de ellos, que fué su primogénito, hubo nombre Sem, y el mediano Cam, y el mas pequeño Jafet: á los cuales nuestro Señor quiso guardar con sus mujeres, para que, despues de pasada su ira, multiplicasen y restaurasen el linaje humano. Por esta causa mandó á Noé que hiciese un gran navío á manera de arca, cubierto y embetunado por todas partes, donde se metiese con ellos, y se pudiesen librar de las muchas aguas que sobre la tierra vinieron, las cuales duraron cuarenta dias y cuarenta noches: la mar y los rios salieron de madre, y se derramaron sobre la tierra de tal suerte que no se libró cosa viva que no fuese anegada, salvo los animales y personas que Noé metió consigo en el arca: las cuales anduvieron dentro, hasta que poco á poco la mar y los rios se vinieron encogiendo, y las aguas comenzaron á descrecer y consumirse, de tal manera que la tierra se descubrió por algunas partes, y el arca ó navío topó en los montes de una tierra que llaman Armenia, donde se detuvo. Desde allí Noé salió fuera con su gente, y considerando que todas las tierras quedaban despobladas, repartió las provincias del mundo por sus hijos para que las morasen, y multiplicasen en ellas su generacion. Y quiso nuestro Señor Dios mostrar en esta necesidad tal misterio, que siempre cuanto lo sobredicho duró, las mujeres parian dos criaturas en cada parto. Con aquello: y con la mucha vida que los hombres en aquel tiempo vivian, como veremos adelante, se pudo multiplicar tanto la gente, que los hombres se repartieron en todos cabos. Entre las personas que, pocos años despues de esto pasado, Noé como padre principal, á quien todos obedecian, señaló para poblar las tierras del mundo, envió tambien en España un hombre lleno de virtudes y de gran habilidad, llamado Jobel ó Jubal, á quien por otro nombre las historias sagradas dicen Tubal. Vino con su mujer y sus hijos, y con otros muchos que ya tenia de su linaje: los cuales muy liberalmente le hicieron compañía. En esto concuerdan todos los autores que mejor escribieron antigüedades, como son Josefo, Beroso, san Isidoro, san Agustin, y todas las corónicas de España, sin discrepar alguna: las cuales, juntamente con la sagrada Escritura, dicen este Jubal ó Tubal ser nieto de Noé, hijo de Jafet, uno de los tres que en el diluvio se libraron, y éste fué el primer hombre que en las Españas sabemos haber morado: del cual descendemos, y de los que con él vinieron todos los que de ella son verdaderamente naturales. Mas porque los buenos historiadores, así latinos como griegos, acostumbran en el principio de sus obras declarar el asiento y la faccion de las tierras de quien algo hablan; paréceme que será cosa justa decir en el principio de nuestras corónicas algo de la figura y del sitio de España, discurriendo primeramente por en contorno de sus riberas y márgenes, y señalando las distancias de los lugares y pueblos que por este tiempo conocemos en ellas.

CAPÍTULO II.

Del asiento y figura de España, con la medida que tiene por sus contornos y redondez, declarada por lugares y pueblos mas principales que se conocen hoy dia sobre sus riberas de mar.

Los sabios antiguos, que con las excelencias de su juicio pusieron en arte y en razon la substancia y ser de las cosas para que se pudiesen conocer mas fácilmente, repartieron la tierra del mundo en tres partes principales. La primera llamaron Asia, que sale frontera de donde nace el sol, á quien comunmente llamamos parte oriental, ó de levante. La segunda dijeron África, puesta derechamente contra mediodía. La tercera nombraron Europa, frontera tambien de las tierras africanas, mucho menor que cada cual de las otras dos. Ésta viene tendida entre septentrion y mediodía sobre la caida del sol, que tambien solemos decir por otro nombre la parte occidental ó poniente. De la tal Europa fué la postrera region España, que tiene su asiento en medio de África y de Francia, rodeada por su contorno toda de mar, sino es la parte oriental que se junta con Francia por los montes Pireneos. Su figura, tomada toda junta, parece casi cuadrada, ó de cuatro laderas principales, con que se hace muy semejante á un cuero de vaca desollada, echada su parte delantera contra levante, según que por este nuestro tiempo lo vemos, y segun que tambien todos los cosmógrafos pasados la pintan y señalan en sus libros: cuyo primer lado tienen los montes Pireneos, que comienzan poco ántes de Fuente Rabía, villa principal y bien conocida sobre las marinas postreras de Guipuzcoa, contra la parte del septentrion. Esta villa nombran las gentes comarcanas en su lengua provincial Honda Ribia, que quiere decir sitio enarenado, porque hondàrra llaman ellos al arena; los antiguos ancianos le decian Olarso: desde la cual atraviesan los montes ya dichos por el ancho de la tierra, hasta fenecer en la costa de nuestro mar, que dicen algunos Mediterráneo, junto con la parte que los catalanes nombran cabo de Creus, y los castellanos cabo de Cruces: donde los tiempos de la gentilidad edificaron un templo para la diosa Venus Pirenea, cerca de Colibre, entre Narbona de Francia y el condado de Barcelona: por manera que desde Fuente Rabía hasta llegar en este cabo se hallan de mar á mar casi ochenta leguas de viaje, poco mas ó ménos. Son estas leguas una cierta distancia llamada de tal nombre, que los españoles usan en sus caminos, poniendo por cada legua cuatro mil pasos tendidos, y por cada cual de estos pasos cinco piés de los comunes, ni muy grandes ni muy pequeños: así que cada legua tenga veinte mil piés destos tales. Bien es verdad que por algunas provincias nuestras tasan hoy dia las leguas algo mayores, como son las de Cataluña, y en otras algo menores, como son las del camino que traen los extranjeros desde Francia para Santiago de Galicia: de la cual diversidad participan las ochenta leguas ya dichas, por donde pasan las cumbres y fragura destos montes Pireneos, de quien ahora hablamos, que sobre la parte septentrional son leguas pequeñas: en lo postrero dellas, contra los confines de Cataluña, son grandes y crecidas: en lo demas, razonables y medianas, del tamaño primero declarado. Todas estas montañas y la region vecina de su comarca fué siempre la parte donde la tierra de España se retrae y encoge con ménos espacio que por otra region alguna de todos sus cuatro lados, tanto que desde la mar de Fuente Rabía, que (como ya dije) le viene sobre la parte septentrional, hasta las puntas del sobredicho cabo de Creus, en las riberas de Cataluña, contra la vuelta del mediodía, por el camino derecho se halla ser casi la mitad ménos ancha que lo que va por la parte del occidente, desde el estrecho de Gibraltar hasta los confines, entre Galicia y Asturias, que caen fronteros los unos de los otros, donde se hace lo mas ancho della. Fué llamada la fragura y aspereza destas sierras entre los autores antiguos los montes Pireneos, que significa montes encendidos, por causa que en cierto tiempo, de quien hablaremos en el quinto capítulo del segundo libro, todas aquellas montañas ardieron: y porque pyr, en el antiguo lenguaje de los historiadores griegos, quiere decir fuego, les vino tal nombre de Pireneos, que tambien conservan ahora, como siempre lo conservaron: y no por la causa de cierto rey Pirro, que dicen algunos coronistas castellanos haberlos morado, ni tampoco por causa de ciertas hablillas que tocaremos en aquel capítulo, cuando (placiendo á nuestro Señor) daremos alguna cuenta de los brazos y montañas que destos Pireneos salen, y se derraman por lo mas dentro de muchas provincias españolas. Lo que por ahora cumple saber aquí, no será mas de la traza y relacion deste lado primero que hacen aquellos montes, en cuyo medio poco mas ó ménos, dice Tolomeo, y es cierto, que se tuercen con una vuelta notable con las vertientes de España. Por la cual razon conocemos hoy dia, que si desde la primera punta dellos hasta la segunda se camina por Francia, hallan el trecho menor que caminando por los lados españoles, y será la causa, que por aquí de fuerza son viajes en arco torcidos y desviados: en la parte francesa pueden caminar siempre derechos. Todas estas cumbres y sierras van siempre llenas de muchos árboles silvestres, en especial por las vertientes españolas que se derruecan á nosotros: porque del otro lado que cae contra Francia no tienen tal espesura, y aun mucho dello va pelado, sin árbol ni verduras algunas. Morábase los tiempos antiguos una gran parte dellos: pero no tanto como lo vemos ahora, que no les falta pedazo sin lugares y villas, y dehesas, y grandes valles muy apacibles y provechosos, que se hacen por aquel camino desde Fuente Rabía hasta Colibre: como son en saliendo del paraje de Fuente Rabía. Pasada la provincia de Guipuzcoa se meten por las faldas de Navarra, sobre los llanos del val de Santistevan, que va por dos villas, nombradas Lesaca, y Guciuta. Despues vienen las cumbres Pireneas sobre los valles de Bastan y de Ezcua, donde fué la batalla famosa de los españoles contra la gente del emperador Carlo Magno, en que fueron vencidos sus franceses y alemanes, y muerto Roldan, el mas temeroso de los doce pares, cerca del monasterio de Roncesvalles, como lo veremos en la postrera parte desta corónica. Junto con este cabo se hace la mas alta cumbre de todos estos montes: en cuyas vertientes á la parte de Francia queda la villa y fortaleza de San Juan de Pie de Puerto, metida ya dentro en tierra de vascos, puesto que siempre fué del señorío de Navarra. Sobre la parte de España hallamos el dicho monasterio de Roncesvalles: cerca del cual se desgaja de los Pireneos un otro miembro de montañas mucho crecidas y encumbradas, que pasa de través en todas las partes septentrionales de España, tendido lo largo desde levante

á poniente, hasta fenecer en las postreras tierras occidentales de Galicia, sobre la costa del gran mar Océano de poniente, segun que tambien mas en particular lo diremos en el quinto capítulo del segundo libro. Desde Roncesvalles adelante, continuando la jornada por la falda destos montes, junto con sus alturas y sierras en la vertiente siempre de España, pasan al val de Salazar, que tambien es en el reino de Navarra, cuya villa principal decimos Ochogavia: despues de él van al val de Roncal, donde tambien hay otro pueblo que llaman Isaba, y son allí ahora los confines y rayas entre los reinos de Navarra y Aragon. Despues dan los Pireneos, por la mesma ladera de España, sobre la villa de Cafranque (1), frontero de la tierra de Gascueña, que cae por el otro lado dentro del señorío de Francia. Luego salen adelante cerca de Jaca, ciudad muy antigua, metida ya por el señorío de los aragoneses, donde crian estos montes abundancia de pinos, en que la gente comarcana recibe mucho provecho, cortándolos y lanzándoles en un rio que dicen Aragon, por el cual esta madera viene hasta que se mezcla con Ebro, para la repartir en lugares y tierras del reino sobredicho. Pasan luego los Pireneos por otras moradas y caserías no tan señaladas cuanto las que tenemos contado, hasta dar en una ciudad catalana, nombrada la Seu de Urgel, donde comienza la torcedura destos montes que Tolomeo dice, con que se derruecan á la parte del mediodía occidental, puesto que no mucho despues dan en otro lugar llamado Belver, y mas adelante vienen á la villa de Pucerdan (2), que fué los tiempos antiguos cabeza de todos los españoles montañeses, cuantos le caian en el derredor, á quien las gentes pasadas decian Ceretanos, por causa della, y por causa de cierto lugar, que tambien hoy dia permanece, llamado Cerete, no lejos de Perpiñan. Luego tras esto pasan los Pireneos á Villafranca de Cofrente, y á la Bellaguardia, fortaleza muy conocida por su buen edificio, juntamente con el asiento provechoso que tiene cercano del Pertús, en el puerto mas alto que se hace por aquella sierra, donde se descubre gran trecho de tierras, así de las que vienen contra los lados españoles, como de las que van para Francia, señaladamente pasando poco mas adelante de la Bellaguardia, no lejos de cierto torrejon hecho por los antiguos en una cumbre crecidísima, que dicen el Col de la Manzana: desde la cual van las dichas montañas siempre seguidas formadas por la comarca, llamada Ampurdan. Allí se desmiembran en algunos brazos ó gajos pequeños que se reparten en todas estas provincias, el uno procede sobre las partes orientales dentro de Francia, donde se hacen los montes llamados antiguamente Cemenos. El otro viene la vuelta de poniente casi por medio de Cataluña, desviado muy á la par de su marina, sino es en algunos ancones y corvas con que se resquiebra dentro della, feneciendo poco mas bajo de Monserrate (monasterio de gran devocion entre todos los españoles, como tambien lo veremos en los libros siguientes). El tercer gajo restante va seguido por el medio destos dos brazos, entero y derecho contra la mar, hasta fenecer entre Roses y Colibre, sobre la punta de Creus, donde dijimos haber sido la casa y el templo de la diosa Venus Pirenea, por causa del cual y de la dicha Venus, hallamos tambien un puerto junto con las vertientes de Francia, que llamaron los antiguos el puerto de Venus, á quien los españoles catalanes que lo poseen ahora, corrompido su vocablo, dicen Port Vendres, muy cercano de Colibre, que permanece hasta nuestro tiempo. Desde aquel cabo de Creus, en que fenecen los Pireneos, toma principio la vuelta segunda de las Españas, que viene despues del primer lado: la cual, allende ser mucho mayor que ninguno de los otros tres lados de su contorno, fué siempre mas tratada de las gentes extrañas, por haber en ella muchas ciudades y puertos, y playas provechosísimas; y por caer su mayor parte dentro de nuestro mar, donde se comunican las inteligencias y tratos españoles con las naciones africanas, italianas y griegas, y con las fronteras de Siria y Egipto, que participan la flor y lo mejor de las otras provincias del mundo. El espacio sobredicho tiene por este nuestro tiempo casi doscientas y setenta y cinco leguas de trecho, contadas en esta manera. Desde el cabo de Creus hasta la villa de Roses ponen solas dos leguas: y despues á las Empurias (atravesando cierto golfo pequeño que mete la mar en la tierra) ponen tres, que son el camino mas derecho de una para la otra: porque si la quieren andar por la tierra, solo el rodeo de la costa tomaria cinco leguas cumplidas. Desde las Empurias á Palafurgel ponen cuatro leguas, y dos desde Palafurgel á Palamós: una tasan y no mas desde Palamós á San Feliu: y tres desde San Feliu hasta Blanes (la que otros tiempos fué dicha Blanda) cerca de la cual pasan casi media legua de trecho las aguas del rio pequeño que llaman ahora Tordera, cuya corriente va derecha contra mediodía. Su fuente nace del ramo de los Pireneos que dijimos venir por dentro de Cataluña, y acabarse poco mas bajo de Monserrate. Tres leguas adelante de Blanes viene la poblacion de Calella, y tres tambien de Calella viene la de Mataró. Cuatro son de Mataró hasta Barcelona, pasando por la ribera de Badalona, lugar pequeño en esta marina; pero harto mayor los tiempos antiguos, segun adelante mostraremos, cercana de cierto rio que decimos ahora Besós. En aquel espacio de costa sobredicha la tierra de España comienza poco á poco á meterse por la mar: y ensanchar sus comarcas de continuo, discurriendo siempre contra la vuelta del occidente, hasta dar en el estrecho de Gibraltar, donde nuestras Españas son muy mas anchas que por otra parte ninguna. Poco ménos de dos leguas despues de pasada Barcelona, toma la mar un rio llamado Lobregat: desde el cual á la poblacion que nombran Sitges, ponen tres leguas: y siete despues á la ciudad de Tarragona: por el cual trecho se hacen unas cumbres y cerros notables, ásperos y levantados en la marina que nombran ahora las costas de Garraff. Desde Tarragona hasta Cambrils no son mas de dos leguas, quedando en el medio Salou, puerto muy conocido aunque desierto: y desde Cambrils al castillo de Miramar ponen dos leguas, y otras tantas adelante hasta la punta de la montaña que dicen el Col de Balaguer, quedando en el medio la casa del Hospitalete, donde los peregrinos reciben mucha caridad. Una legua tasan del Col de Balaguer al templo de San Jorge, que solia ser otro tiempo cabeza de caballería contra los enemigos de nuestra santa fé: la cual incorporaron despues en la órden militar de Montesa, como lo diremos en su tiempo. Desde San Jorge ponen seis leguas al puerto del Empolla, junto con la boca del rio Ebro, sobre la ribera de levante, mas porque deste rio hablaremos en el quinto capítulo siguiente, dando

(1) El verdadero nombre es Campfranc. (2) Es Puigcerda.

razon de su nombre con algunas cosas que le pertenezcan, solo diremos aquí ser uno de los grandes y caudalosos de España. Viene su corriente guiada desde septentrion á mediodía, poco torcida contra levante, casi de la misma faccion que dijimos tener los montes Pireneos. Y con esta figura discurren sus aguas por muchas provincias españolas, provechosas y buenas: pero tanto mas fértiles, cuanto mas alejado de sus fuentes, en las cuales provincias recibe muy muchos rios de diverso tamaño: porque, como digo, pasa tan largo trecho, que desde su nacimiento hasta su boca, donde lo toma la mar, son mas de ciento y diez leguas, segun adelante las daremos por cuenta. Y tambien así como sobre la ribera oriental dijimos estar el puerto de la Empolla casi junto á su boca, de la misma suerte júnto á la ribera occidental de la dicha boca se hacen los Alfaques, que son unos tremedales encharcados en agua, con lagunajos y témpanos donde se mete mucho pescado por los canales que vienen de la mar; por los entrevalos ó medios pace multitud de ganados en las veredas y prados de que los tales animales conocen poder salir. Qué quiera decir esta palabra de los Alfaques, y por qué razon le dieron aquel apellido, verémoslo (si Dios fuere servido) cuando lo tornaremos á nombrar en la tercera parte de esta gran obra. Pasa despues la marina contra la parte de poniente, metiéndose bien á la mar, y haciendo las Españas continuo mas anchas, guiada por aquella parte donde solia ser un monasterio de monjas, llamado la Rapita, grandes tres leguas apartado de los Alfaques. Y comienza por allí la montaña de Moncia, sobre la misma costa, que dura dos leguas en largo: y en medio della junto con la ribera, nacen las fuentes de San Pedro, tan abundantes en agua, que no bastan á despedir todo lo que manan y meten por bajo de la mar adelante gran trecho borbollones muy dulces, que rebolsan encima de lo salobre sin se le mezclar ni corromper. Dos leguas destas fuentes viene tambien Alcanar en la mesma montaña, desviado de la ribera casi media legua, cerca del cual pasan y fenecen las aguas del arroyo pequeño, llamado la Cenia, que divide por aquí la jurisdiccion entre Cataluña y el reino de Valencia, cuyo primer lugar, una legua de Alcanar, es Vinerós: y mas adelante otra legua Benicarlon, pueblo señalado por los muchos vinos que crian sus comarcas: desde el cual á Peñiscla tasan otra legua, donde se crian aguas dulces de fuentes en abundancia, puesto que la mar cerque sus fraguras y riscos á toda parte, sino es en una garganta muy angosta, que la junta con tierra firme. Dos leguas de Peñiscla hallamos al castillo de Chiverte, y tambien otras dos adelante la torre de Oropesa, que señorea dos calas provechosas en aquella marina, despues de la cual dos leguas adelante viene Castellon: junto con el cual toma la mar el rio de Millas. Pasa luego la ribera cuatro leguas adelante, hasta dar en la Puebla, quedando en el medio Borriana: y en medio de Castellon y Borriana la poblacion de Almanzora, desviados todos estos de la mar ménos de media legua. No tasan mas de otra legua desde la Puebla hasta Chinches, y casi dos leguas adelante hallamos á Cañete, llamado de Monvedre por estar frontero de Monvedre: del cual á la playa de Valencia, donde comunmente dicen el Grao, ponen cuatro leguas: otras cuatro son desde Valencia hasta Cullera, que tambien está cerca de la mar, en el paso del rio Jucar, á quien los antiguos llamaban Sucro: desde el cual á Gandía ponen tres leguas, y desde Gandía hasta Denia cuatro, la que solian llamar Dianio, donde se mete por la mar otra punta de tierra, que los navegantes nombran ahora cabo de Martin ó de Denia, desviado de los Alfaques treinta y ocho leguas cabales. Nombraban los antiguos este cabo de Denia el promontorio de Ferraria. Tambien le decian Emeoroscopeo (1) y Artemisio, que quiere decir lo mismo que Dianio, como lo veremos en los veinte y seis capítulos adelante, y mucho mas á lo largo en los veinte y ocho del tercer libro. Desde esta villa de Denia, que tambien fué pueblo notable en los tiempos pasados, hasta la ciudad de Cartagena, ponen por la marina veinte y nueve leguas echadas en esta manera. Las tres á Tablada, y dos de Tablada hasta Venisa: desde la cual á Carpe tasan otras dos, y cuatro despues á Benidorma, con una mas adelante, hasta Villajoyoso. Ponen tambien desde Villajoyoso cuatro leguas á la villa de Alicante, que dijeron los antiguos el puerto Ilicitano, y luego van otras cuatro leguas á la villa de Guardamar, pueblo bien conocido por el asiento que tiene sobre la boca del rio llamado Segura, que los antiguos decian Estabero: desde el cual á la ciudad de Cartagena son nueve leguas bien cumplidas. Este pueblo de Cartagena, allende las muestras y memoria que permanecen hoy dia de su magnificencia pasada, vino muy bien á se cumplir en él este pedazo de cuenta: porque los marineros que navegan aquel trecho de costa, tienen allí maravillosos acogimientos en el puerto de esta ciudad, que fué siempre de los mejores del mundo: y éstos hacen ahora mucha cuenta de cierta punta junta con él, á quien llaman el cabo de Palos. Seis leguas de Cartagena hallamos la fortaleza del Macarron, donde se hacen los alumbres: y despues hasta Portilla ponen camino de siete leguas, desde la cual hasta la ciudad de Almería son cumplidas veinte y cuatro leguas de gran despoblado: donde no hallamos en toda la marina lugares notables, que se deban aquí poner, sino torres y descubrideros, con que se hacen señas de humos y de fuego desde las unas á las otras, los que por este tiempo guardan la costa cuando sienten moros africanos, ó turcos mareantes y corsarios, que saltean por allí muy continuos y perjudiciales, encubriéndose por los resquicios y calas de la ribera, para salir y robar gentes y ganados, y todo cuanto mas pueden: pero hallamos en aquel trecho cosas no bajas de que se puede hacer memoria, como son la villa de Vera, que cae cinco leguas adelante de Portilla, desviada casi una legua y media de la marina, y dos leguas despues de Vera la villa que dicen Muxacra, llamada Murgis entre los antiguos: la cual tambien cae desviada de la costa sobre cierta punta de sierra, que tiene su nacimiento de cumbres muy grandes y tendidas, que vienen lejos atravesando las tierras en España: de las cuales cumbres primero que fenezcan aquí, manan las fuentes de Jucar y las de ciertos rios señalados, que despues contaremos adelante, puesto que cuanto á lo de Vera y Muxacra, fué tiempo que la mar llegaba mucho mas cerca dellas ambas que la vemos ahora. Tres leguas despues de Muxacra hallamos el cabo de Agatas, el cual fué llamado deste nombre, por ser una punta de sierra metida muy dentro de la mar, incorporada toda con unas piedras preciosas llamadas ágatas, en tal manera que por solo no tener otra pizarra sino de las tales ágatas, casi no las estiman en España, dado

(1) Llamábanle Hemeroscopio.

que por muchas partes del mundo, donde se llevan, son acatadas y tenidas en precio: de las cuales daremos sus colores y sus diferencias y propiedades y virtudes que dellas escriben los filósofos naturales, cuando placiendo á nuestro Señor, trataremos particularmente la faccion y la postura deste risco en la tercera parte desta corónica. Llaman ahora la gente vulgar esta punta cabo de Gata corruptamente, por decir el cabo de Ágatas: y los antiguos le solian nombrar Caridemo, que significa tanto como parte graciosa y amigable: porque, segun dicen, es virtud principal en estas piedras ágatas hacer á los hombres que las traen bien quistos con cuantos tratan: y por aquella razon, un seno de la mar á manera de puerto que se hace poco despues, hubo tiempo que se dijo tambien el puerto Caridemo, á quien ahora, corrompido su primer vocablo, nombran puerto Carbonero. Cuatro leguas adelante deste cabo hallamos un espadañal muy cerrado, que los moros cuando poseian aquella tierra, llamaban Algayda, cuyo nombre le dura tambien ahora: tiene bien una gran legua de trecho, y aun algo mas: cria venados y puercos monteses con otras salvaginas que se cazan cuando son tiempos enjutos: porque si son húmedos y lluviosos, enchárcanse tanto con agua, que por ningun modo se pueden cazar. Los moros salteadores que pasan acá desde sus puertos africanos reciben provecho del aparejo que tienen allí sacando las fustas á tierra, y encubriéndose con aquel espadañal: y por esta razon las atalayas y torres son aquí mas continuas y juntas, que por otra parte de la costa. Media legua despues recibe la mar el rio de Almería, que sin duda podemos afirmar, ser una de las frescas y fértiles riberas del mundo: produce muchas palmas de dátiles, muchas diferencias de frutas excelentes, muchas abundancias de bienes en gran manera provechosas, que se dirán en la postrera parte desta corónica. Junto con la boca del rio sobre la mar tenemos un lugar llamado Alhadra, casi una legua mas adelante la mesma ciudad de Almería: la cual legua es tan llena de placeres y deleites que no se puede significar cosa mas apacible, esto cuanto la frescura de frutas y arboledas: porque cuanto á lo demás, va todo tan lleno de pedrería preciosa, que pocas partes en España le llevan ventaja de granates y jacintos, y ninguna le puede ser igual, señaladamente por el campo de Niza, comarcano á esta ciudad de Almería, donde se halla multitud dellos. Cuatro leguas despues de Almería viene un castillo fuerte, y bien labrado, que dicen de las Roquetas, donde se recogen ahora los pescadores, y las otras guardas, que defienden aquella costa: y tres leguas de las Roquetas el lugar de Adra, no muy grande, pero muy antiguo. De Adra hasta Berja son cuatro leguas, y tres de Berja hasta Buñol: y dos mas adelante viene Castil de Fierro, asentado sobre lo postrero de una punta, que la tierra mete contra la mar: en las cuales dos leguas ni tenemos torre, ni ménos atalaya, como las hallamos en los otros espacios ó trechos que hasta ahora dejamos contado. Tres leguas de aquel castillo viene la villa de Motril, que tenemos creido ser ahora la que llamaron otro tiempo Sexí, ó muy cerca della, de quien adelante se hará mencion en diversas partes desta corónica. Una legua mas adelante viene Salobreña, la que decian antiguamente Selambina: y tres leguas despues dan en Almuñecar con su puerto bien abrigado de los vientos del poniente. Desde Almuñecar á la Atalaya, ó Torrejon de Velez, son nueve leguas: la cual torre se llama desta nombradía, por caer frontero de Velez Málaga, pueblo desviado de la marina casi una legua: desde el cual á otra fortaleza, que dicen Bezmelisna (1), son dos leguas grandes, y tres desde allí hasta Málaga, ciudad tan principal estos dias, como fué los antiguos, y aun creo que mas. Pasado una legua de Málaga, se mete por la mar el rio Guadalquevirejo, que por otro nombre llaman Saduca los autores de cosmografía, puesto que los españoles ancianos le solian decir Malaca, como decian á la misma ciudad: desde el cual á una fortaleza, nombrada la Fuengirola, son cuatro leguas: y cuatro mas adelante viene Marbella, la que otro tiempo decian Barbesola. Cinco leguas despues damos en Estepona, y cuatro mas adelante se mete por la mar el rio que los moros decian Guadiaro, no muy grande ni caudaloso, pero señalado por algunos cosmógrafos antiguos que le decian Crisio (2): desde el cual hasta Gibraltar son dos leguas no mas. Y despues desde Gibraltar á la parte donde solia ser poblada la ciudad de Algezira, ponen otras dos, echadas en el rodeo de la costa: porque, caminando sobre mar, es una sola y no grande. Tres leguas ponen despues hasta la villa de Tarifa tasadas en la misma marina, de suerte que desde Gibraltar á Tarifa, son justas cinco leguas: en las cuales viene toda la canal á lo largo, que vemos entre las tierras africanas, y las de Andalucía. Ya dijimos arriba ser aquí la mayor anchura de nuestras Españas considerándolas por el través derecho, que responde frontero de las Asturias: por manera que segun la cuenta sobredicha, desde Cartagena hásta dar en Almería, son treinta y siete leguas enteras, y mas adelante hasta Málaga ponen otras treinta y siete: despues tasan diez y siete hasta Gibraltar echadas de puerto en puerto sobre los esconces y vueltas conocidos en aquella costa: las cuales juntadas con las que hallamos desde el cabo de Creus á Cartagena, hacen largas doscientas leguas. Bien creo yo que si los tales viajes de puertos y puntas, ó las navegaciones de mar, se tomasen por camino seguido, sería mucho menor la suma: pero llevámoslo contado con tal órden, porque los lugares y distancias, y faccion de la marina sobredicha, salgan exentas y declaradas, y las pueda mejor entender el que no las viere ni caminare. Pasada Tarifa, las marinas comienzan á ladearse poca cosa entre septentrion y poniente tomando por aquel través un pedazo de la costa del Andalucía, con todo lo postrero de Portugal, que por allí cae contra los fines del cabo, que dijimos llamarse de San Vicente: en el cual paraje viene la isla de Cádiz, de quien adelante se hablarán diversos apuntamientos en el proceso de esta gran obra: porque los tiempos antiguos tuvo cosas notables, y mucha mas tierra de la que le hallamos ahora. Esta ribera va casi toda guiada y derecha, sin que la mar haga por ella notables entradas: á lo ménos desde la salida del estrecho hasta la boca del rio Guadiana, si no son dos esconces disimulados que le va ganando la mar sin que nadie lo pueda casi sentir: y dado que la cantidad ó tamaño de toda la tal marina sea menor que ninguno de los otros espacios sobredichos, tiene buenos puertos, y gran abundancia de pescados, por caer en el mar Océano, donde son las aguas vivas y substanciosas para semejante generacion, y fuera de nuestro mar Me-

(1) Hoy se llama las ventas de Bismiliana. (2) Chryso. Tal vez sea el Guadalete que desemboca en la bahía de Cádiz. Así lo opina Florez.

diterráneo, que no las tiene tales. Va todo aquel trecho puesto en fronterĺa, casi á la pareja con los montes Pireneos, remedándolos mucho en su sitio, y tiene de largo sesenta y ocho leguas de camino, contadas en esta manera. Desde Tarifa hasta los cabos que llaman de Plata, ponen cinco leguas, quedando en aquella marina las muestras de cierta poblacion antigua, nombrada Belon, que dicen ahora Beloña (1). Despues de los cabos de Plata, sola una legua mas adelante viene la parte del pueblo, que solia ser en Barbate, junto con un riezuelo pequeño del mesmo nombre que cerca de ella recibe la mar, y en un sitio de esta legua sobredicha se hace la pesquería del almadraba de Zahara, donde mueren muchos atunes. Otra legua mas adelante del rio Barbate, viene tambien el cabo de Trafalgar, en el medio trecho, quedando señales enteras de hartos edificios viejos, á quien suelen decir comunmente las aguas de Meca, por una fuente que les nace junto donde los moros africanos tienen por gran religion venir á bañarse. Desde Trafalgar á Conil es una legua, y otra sola mas adelante de Conil viene la segunda pesquería principal de los atunes, que tambien llaman almadraba: desde la cual son dos leguas hasta la punta de Sancti Petro junto con otro rio pequeño que viene de Chiclana, una legua de allí dentro de la tierra: y esta punta es la parte de toda nuestra costa, donde la tierra continente se llega mas con la isla de Cádiz, tanto que hasta la isla no se atraviesa mas que la mitad de medio cuarto de legua por el agua. Desde allí comienzan otra vez á corvarse las riberas y reciben un seno de mar, hasta dar en el puerto de Santa María: por manera que son en aquel contorno cuatro leguas de trecho, las dos á la poblacion, que dicen Puerto Real, y las otras dos al de Santa María: entre la cual ribera y la isla de Cádiz se hace la bahía, ó seno que llaman de Cádiz, á quien solian los antiguos decir la marina de los españoles corenses. Pasadas otras dos leguas despues, dan en la villa de Rota: y tres adelante de Rota, viene Chipiona: y una despues de Chipiona, San Lucar de Barrameda, donde recibe la mar el gran rio Guadalquevir junto á la parte que los antiguos solian tener un templo del Lucero, donde le sacrificaban, y hacian plegarias con gran solemnidad. Es aquel rio Guadalquevir uno de los mas grandes en España, cuyas aguas vienen desde levante, guiadas al poniente, seguidas y bien dispuestas, dado que torcidas cuanto mas andan contra la vuelta del mediodía, tan disimuladamente que casi nadie siente su torcedura, hasta llegar poco mas encima de Sevilla, que ya muy á lo claro toma camino derecho por aquella via del mediodía: y como quiera que no sea mucha tierra la que corre, comparada con la que pasan algunos otros rios grandes en España, pues á la verdad no son desde sus fuentes hasta su boca sesenta y cuatro leguas cumplidas, no por eso lleva ménos agua ni menores vivezas en ella que los otros rios españoles. Junto con esto tiéneles alguna ventaja, por ser las tierras y comarcas que riega desde su nacimiento hasta su fin, á maravilla fertilísimas y grandemente bienaventuradas, llenas de muchas abundancias y deleites, y de todos los provechos que sobre la tierra pueden criarse: del cual rio no fué por ahora necesario declarar otra cosa mas de la disposicion ó figura sobredicha que trae su corriente, pues adelante repartiremos en el proceso de la corónica lo restante que los buenos autores de él escribieron: y tambien algunas otras cosas que despues acá le conocemos y notamos. Desde San Lucar ó desde la boca deste rio hasta la parte que nombran ahora la Higuera, ponen cinco leguas, en que reside comunmente multitud de gente pescando, llamada por otro nombre la Javega, sin tener casas ni poblacion, sino fuesen algunas chozas ó ramadas en que se recojen, y aun éstas muy pocas. Otra semejante javega se hace tres leguas adelante llamada Val de Vacas, en la mesma costa, y todos aquellos espacios en que las tales javegas caen suelen llamar los mareantes arenas gordas. Desde Val de Vacas á la villa de Palos tasan cuatro leguas, el cual es un pueblo mucho bueno sobre la ribera del rio Tinto, que viene por Moguer y por Niebla dentro de la tierra, cuya boca dura casi una legua de trecho; en fin de la cual está Huelma (1) del otro cabo del agua, desde la cual á San Miguel son tres leguas, y de San Miguel á Cartaya dos no mas. Tres ponen despues á la villa que dicen Ayamonte, donde toma la mar al rio Guadiana, que fué siempre muy principal entre los rios españoles, pero diferenciando segun vemos en sus corrientes y figura de los que dejaremos escritos en este capítulo, por causa que va gran pedazo de trecho despues que sale de sus fuentes guiado y regido desde levante hasta poniente, sin hacer torceduras notables. En aquel ser y tenor pasa diez y seis leguas de viaje desviado casi cabalmente del rio Guadalquevir, y sumiéndose por bajo de tierra, y tornando á salir de nuevo, como mas abiertamente contaremos adelante, puestas sus aguas en aquel término sobredicho, no lejos de la parte donde hallamos ahora la ciudad de Badajoz, deja súbito la corriente que primero lleva del occidente para se trastornar contra mediodía, bien asi como lo hace Guadalquevir hasta se meter en la mar, que son treinta y cinco leguas tiradas. Y desde la sobredicha boca todas las marinas occidentales que se siguen pertenecen al reino de Portugal: cuyas riberas y costas van de tal faccion y manera que parecen arremeter con algun ímpetu para se lanzar en la mar, puesto que (bien mirado) pasada la boca deste rio, las marinas se retraen algun tanto por dos veces hasta venir al cabo de San Vicente, donde reciben otras dos bahías ó senos razonables. El primero comienza desde Castromarin, una legua mas occidental que dijimos estar Ayamonte, pero sobre las aguas del mesmo rio Guadiana junto con su ribera de la mano derecha, y así va cinco leguas aquel seno, hasta dar en Tavila (2), segunda poblacion de los portugueses por aquella parte con un rio mediano que la divide por medio. Despues viene Faro, cinco leguas de Tavila (3), y dos mas adelante hallamos otra punta de tierra que llaman el cabo de Santa María, metido por la mar una gran legua, y aquel es el que nombraban los antiguos Cuña ó Esquina de la tierra: los cosmógrafos griegos le decian Sfen, donde tiene fin el primer seno que ya dijimos, y comienzan las torceduras del segundo seno hasta la punta de San Vicente. Primero que le toquen dejan el Albuhera sobre la costa puesta cuatro leguas del cabo de Santa María: despues van tres leguas á Villanova, desviada de la mar un solo cuarto de legua, sobre la ribera de cierto rio que viene de Silves contra su mano derecha. Dos leguas adelante damos en otro pueblo que dicen Albor, á quien los antiguos lla-

(1) Tolomeo y Mela la llaman Bellone. Dista poco de la boca del rio Barbate. Llámanla Bullon.

(1) Es Huelba. (2) Tavira. (3) Tavira.

man el puerto de Aníbal: y como lo pasan, en solas otras dos leguas viene Lagos, poblacion vieja, que nuestros antepasados nombraban Lacobriga. Desde Lagos á Sigres (1) son cuatro leguas, y una sola de Sigres al dicho cabo de San Vicente, que tambien los antiguos nombraban el cabo Sagrado, con que se cumplen la suma de las sesenta y ocho leguas ya señaladas. En aquel cabo de San Vicente se principia la marina del otro tercer lado de España, volviendo de mediodía contra septentrion: la cual marina toma dentro de sí todo lo largo de Portugal contado hasta la boca del rio Miño, con otra parte de Galicia, que va desde la misma boca hasta Finisterre. Hallamos en este pedazo casi ciento veinte y cuatro leguas de viaje, puesto que los mareantes como navegan al derecho sin doblar puntas ni torcer caminos para tomar posadas, no le dan en su navegacion tan largo trecho por el agua. Las leguas de tierra se cuentan en esta manera. Desde el cabo de San Vicente, donde ya dije ser una de las principales esquinas ó canton de España, hasta la poblacion llamada Lodemira (2) sobre la mano derecha de cierto rio que por allí toma la mar, son siete leguas tendidas, y desde Lodemira van otras tres leguas al isleo de Perseguero (3), desde el cual hasta Sines ponen cuatro leguas justas, y siete mas adelante viene Setubal, pueblo señalado y antiguo mas que ninguno desta ribera, como parecerá claro cuando se tratare su fundacion en el cuarto capítulo siguiente. Pasan despues adelante de Setubal cinco leguas á Cezimbra, junto con la mar alta, desde la cual al cabo de Spichel, nombrado los tiempos antiguos el Promontorio Barbárico, por cierta razon que contaremos en el octavo capítulo del tercer libro, ponen una legua, y cinco leguas de Spichel viene la boca del gran rio Tajo, famoso y muy alabado sobre los mas preciosos de España; cuya corriente lleva mas de ciento y diez leguas de tierra, discurriendo algun trecho desde septentrion á mediodía, derrocándose disimuladamente cuanto mas va contra las partes occidentales, hasta que pasadas buenas cuarenta leguas desde sus fuentes, viene sobre la ciudad de Toledo: y habiendo rodeado la mayor parte della, deja de todo punto su disimulacion y viaje, segun primero lo traia, y se trastorna derecho contra la parte del poniente sin hacer mas torceduras ni vueltas que tengan espacio notable. Por toda su corriente recibe copia de rios que se le mezclan caudalosos y crecidos, que muchos de ellos serian principales, si no topasen con éste que los consume. Pasa poderoso y pujante, hasta venir á la mar en esta parte sobredicha, teniendo solas dos leguas ántes de su boca, sobre la ribera del norte, la gran ciudad de Lisboa, y en este mismo lado, cuando se mete por lo salado, hallamos una punta de sierra, que dicen ahora cabo de Cascaes, porque tambien está junto con aquella sierra la villa nombrada Cascaes. Tiene creido la gente vulgar de los portugueses, ir aquella sierra sobredicha por bajo de la mar hecha siempre montaña, hasta salir en la isla de la Madera, que son largas doscientas leguas por el agua: pero yo de ninguna parte veo suficientes indicios, para que nadie lo pueda conjeturar. Seis leguas de Cascaes por la misma costa dan en Alisera (4), despues de la cual cinco leguas adelante hallamos otra poblacion pequeña de hasta noventa ó cien casas, que dicen Penier (1), y frontero desta metida por la mar buenas cuatro leguas adentro la isleta de las Berlangas, llamada Londobries (2) entre las gentes antiguas; y junto con ella quedan tambien otras dos islas menores, que dicen ahora los Fallarones (3). Pero si de Penier no queremos hacer cuenta, por ser poblacion pequeña, podríamos poner en su lugar la villa de Atauguia, sola media legua mas adentro de tierra, pueblo mayor y mas notable. Pasadas cinco leguas, caminando siempre contra septentrion, hallamos otro pueblo pequeño casi todo de pescadores, llamado Pederneira, junto con el cual tienen una casa de nuestra Señora (4), donde la gente comarcana reconocen mucha devocion: y despues otras dos leguas adelante van á Selir (5) asentado sobre la mano derecha de cierto rio, que luego toma la mar allí junto. Tres leguas de Selir vienen las Paredes, y mas otras seis arriba se lanza por la mar el rio de Mondego, que los antigüos llamaban Monda, sobre cuya boca hallamos la villa de Buarcos en la ribera de su mano derecha. Viene tambien despues otras ocho leguas adelante la boca del rio llamado Voga (6), que pasa junto con la villa de Avero, tres leguas encima de donde sus aguas entran en la mar: y dado que no sea mucho caudaloso, pertenece bien á nuestro cuento, porque todos aquellos trechos tienen hoy dia pocas cosas que se puedan señalar: y porque tambien los cosmógrafos pasados, algunas letras mudadas, le llamaban el rio Vaca (7), haciendo notable relacion de él en sus libros: y no va tan pequeño, que no lo naveguen hasta la villa de Avero (8) navíos de noventa y cien toneles ó pipas. Cinco leguas adelante se hace la poblacion de Ovar, puerto conocido de esta marina, desde el cual á San Juan de la Foz sobre la boca del gran rio Duero son otras cinco leguas. Este rio Duero con mucha razon y causa dicen los cosmógrafos antiguos ser uno de los mayores y mas poderosos de España, y el que mas tierra pasa con su corriente: tanto que desde la parte donde nace, hasta donde fenece, son largas ciento y veinte leguas de trecho, por las cuales recibe muchas aguas de diversos arroyos y fuentes y rios caudalosos, que lo hacen muy crecido Trae siempre su camino derecho desde levante contra la vuelta de poniente, sin hacer torceduras grandes en todo su viaje, sino son en tres partes notables. La primera diez leguas mas abajo de donde nace, porque como quiera que saliendo de sus fuentes comienzan las aguas á guiarse desde septentrion á mediodía, poco torcidas contra levante, despues de pasadas aquellas diez leguas vuelven al occidente, prosiguiendo el camino por aquel tenor mas de cuarenta y tres leguas enteras hasta la villa de Tordesillas, pueblo bien principal entre los muchos que caen sobre su ribera: allí disimuladamente se va derrocando tres leguas enteras hasta la villa de Castronuño: donde llegado, toma como solia su viaje del poniente: y así pasa largas diez y nueve leguas que se cumplen frontero de la villa nombrada Miranda, junto á la raya del reino de Portugal sobre la mano derecha deste rio: donde

(1) Ahora Sagres, de Sacrum, cabo cercano. (2) Odemira. (3) Pesegueiro. (4) Erizeyra: villa con título de condado.

(1) Es Peniche. (2) Es Londobris. (3) Farellones. (4) De Nazaret: santuario muy frecuentado en Portugal. (5) Llámase Selir do Porto para diferenciarlo del Selir do Mato situado entre Alcobaza y Caldas da Rahiña. (6) Vouga. (7) Vacca. (8) Aveiro.

se baja tercera vez camino de mediodía largas diez leguas de trecho, hasta dar en un pueblo llamado Frejo (1), dentro del mesmo reino, y en la mesma ribera. Luego despues toma su camino del occidente como primero venia, por tierra muy mucho fragosa y áspera: y no parando hasta casi treinta y seis leguas adelante de Frejo, se lanza por la mar, y deja sobre su ribera de mano derecha la ciudad que dicen el Porto, desviada sola una legua de la mar alta. No cumple hacer otra relacion aquí della, pues la haremos en los treinta y seis capítulos del tercer libro, y en otros lugares desta corónica: y tambien porque ahora principalmente van declaradas en este capítulo las riberas ó marinas de España, de las cuales esta ciudad cae poco desviada. Pasada la boca de Duero no mas de una legua, viene la poblacion de Matusinos, asentada sobre la mar en la ribera de cierto rio que llaman Leza, por causa de tener al otro lado su mesma boca cierto lugar nombrado tambien Leza, frontero de la cual sola media legua quedan unas peñas que dicen los Lijones; y tres leguas adelante queda la boca del rio Avia (2) que fué siempre llamado deste nombre por todos los cosmógrafos antiguos. Donde tambien hallamos á villa de Conde, lugar no muy grande, pero harto reconocido por nuestros navegantes y marineros. Dos leguas despues llegan á Posende sobre la boca del rio Cavado: y tres leguas mas adelante viene la villa de Viana sobre la boca del rio Lima. Luego pasan las marinas á Camiña cuatro leguas adelante de Viana, que tambien está puesta junto con la ribera del rio Miño sobre la mano siniestra de su corriente: donde fenecen hoy dia los señoríos y costa de Portugal. Es tambien este Miño rio famoso, de los crecidos y principales en España: porque sin las aguas que se le juntan, sale de sus fuentes y manantíos muy abundoso y muy hecho: cuya corriente lleva treinta y cinco leguas justas de viaje: de las cuales veinte y tres de ellas viene derecho desde septentrion á mediodía, sin desviar á parte ninguna, hasta la villa que llaman Ribadavia, puesta sobre sus riberas en la mano derecha. Llegando por aquí, tuerce contra la vuelta del occidente las otras doce leguas que le faltan hasta su boca donde lo toma la mar. Desde la cual boca se comienzan los señoríos de Gàlicia, cuyo lugar primero sobre la marina llaman ahora Vayona, cuatro leguas adelante de Camiña, junto con la cual se hace la punta que nombran de Silleyros, y cerca de éstos las islas que decimos comunmente de Vayona, nombradas entre los antiguos ínsolas Cicas, apartadas una legua de la ribera, que son mucho provechosas á la gente de su comarca, y á los navegadores que por allí caminan, por el gran bastimento de conejos, y perdices, y palomas, y toda volatería que se cazan en ellas, y por la sobra de besugos, barbos, lenguados, con otras diversidades de peces, que por su contorno se pescan, á quien dan la ventaja sobre todos los de Galicia, cuanto al buen sabor, y cuanto á ser muchos. Junto con esto tienen grandes arroyos (3) y fuentes de aguas dulces, en que contino toman refresco, y se bastecen á causa que son muy saludables y delgadas, y se conservan mas que ningunas otras en la mar. Á la mayor de ellas, contra la parte del norte, le hallan un puerto seguro, bien ancho, donde los navíos se recojen: de cuya causa la gente muy antigua por sobrenombre las llamaban tambien ínsolas de los Dioses. Pasada Vayona cinco leguas adelante siempre sobre la marina viene luego Redondela. Son mas otras tres leguas de Redondela hasta la villa de Pontevedra: desde la cual ponen seis á la ria del Padron. Otras cinco mas adelante viene Muros, lugar asentado sobre la mar viva, junto con una ria que hace por allí la boca del rio Tamar (1) en lo salado: sobre la cual ria, poco ménos de tres leguas adentro sobre la misma ribera de Tamar, queda Noya desviada de la costa, poblacion antigua, que los pasados llamaban Novin (2). De Muros á Corvian (3) miden cuatro leguas, y dos mas adelante hallamos la punta nombrada Finis-terre, de quien hubo dias en el siglo pasado que le solian llamar Hyerna (4), y en algun tiempo tambien le dijeron Nerion. Aquí se principia el cuarto lado restante de las Españas, que viene todo sobre la parte septentrional: cuya costa no hallamos ahora derecha ni seguida, como la hallaba Pomponio Mela desde poniente para levante, sino con muchas entradas y senos y puntas de la mar en la tierra, y de la tierra contra la mar: en el cual trecho se tasan hoy dia casi ciento y cuarenta leguas de viaje, contadas en esta manera. Desde la punta de Finis-terre hasta la poblacion de Mongia, por cuyo respecto suelen tambien decir al mesmo cabo la punta de Mongia, son cuatro leguas, y de Mongia hasta llegar en otro pueblo llamado Laja tres leguas. Cuatro ponen desde Laja hasta Malpica, cerca de la cual hallamos un isleo que nombran ahora Sesarga, bastecido de conejos y de mucha volatería: desde el cual á Cayon son otras cuatro leguas (5). Y despues adelante viene la Coruña, puerto principal en Galicia, el mas ancho, seguro, y espacioso de todas aquellas marinas, á quien los autores antiguos de cosmografía llamaban el gran puerto Brigantino. Desde la Coruña hasta Ferrol, pasando por la boca del rio de Betanzos, y por el pueblo llamado Pontes-dimia (6), ponen casi dos leguas. Ponen tambien otras dos desde Ferrol al cabo de Priolo; y es Priolo (7) punta notable desta marina por entrar casi dos leguas tendidas en el agua: desde la cual hasta Cedeyra tasan cuatro no muy largas. Y dos pequeñas despues á los Aguijones llamados de Hortiguera (8), que son unos peñascos, en cuya frontera se hace la boca del rio que viene por Santa Marta. De Hortiguera, pueblo gallego dos leguas ántes de la mar, y desde la tal boca hasta Bivero, tasan tres leguas enteras, como tambien desde Bivero hasta San Cebrian son dos pequeñas: en cuyo derecho quedan dos isletas desiertas metidas á la mar, que se decian antiguamente los peñascos Trileucos. Luego tres leguas adelante viene la Basma (9), lugar pequeño desviado media legua de la costa: desde la cual á Ribadeo son cinco leguas cumplidas. En Ribadeo fenece la costa de Galicia por aquella vuelta septentrional: y luego como

(1) Freijo, ó Espada en cinto. (2) Llámase rio Ave, para no confundirle con el propio Avia, tributario del Miño, que da nombre al celebrado vino de Ribadavia. (3) Es un error de Ocampo. Aquellas islas no tienen arroyos, aunque sí fuentes; y no son las islas de los Dioses, sino las de Ons, situadas mas al norte.

(1) Léase Tambre. (2) Es Novium. (3) Corcubion. (4) Es corrupcion de la voz Neria. (5) Son solo dos leguas. (6) Es Pontesdeume. (7) El propio nombre es Prioiro. (8) Llámanlos Aguillones de Ortiguera, ó de Cariño, cuyo nombre lleva un puertecito que está á la vuelta del Cabo. (9) No es la Basma, sino la Masma. Tambien, en vez de lugar, debe leerse rio.

pasan un rio grande que por allí toma la mar junto con la mesma villa, parece del otro cabo Castropol, cerca tambien de sus riberas: el cual es primer lugar de las Asturias, que llaman Oviedo: porque las tales aguas deste rio, cuando llegan aquí, son division entre Galicia y esta provincia: nombrábanle los antiguos el rio Mearon (1), y viene muy bien á nuestra cuenta, pues le hallamos tratado por libros de cosmografía, y asimesmo por la particion que hacen ahora con él estas dos tierras ó provincias. Desde Castropol hasta dar en otro pueblo que se dice Navia sobre la marina ya dicha, pasando los puertos de Tapia y de Prucia (2), cuentan casi seis leguas, y cuatro desde Navia hasta Luarca. Desde Luarca para venir en Artedo ponen cinco, caminando por las fronteras de Caneyro y Cadavedo, y las Valloutas, que son puertos conocidos en aquel principado de las Asturias. Á media legua de Artedo viene Codilleiro (3), del cual hasta Avilés, villa principal en aquella costa, son cuatro leguas. Y dos leguas adelante hallamos una punta que llaman las peñas de Huson (4), puestas al norte verdadero. Tres leguas ponen tambien desde las tales peñas á Gijon: y mas otras tantas desde Gijon á Villaviciosa: desde la cual á Ribadesella cuentan siete: y seis despues hasta Llanes, postrera villa de las Asturias de Oviedo. Desde Llanes á San Vicente de Barquera, pasando junto á Colombres, cuentan seis leguas justas, y cuatro mas adelante van á dar en el cabo nombrado San Martin de las Arenas derecho contra septentrion. Item dos leguas despues viene cierto monasterio, que se dice Santa Justa (5), fundado sobre la misma costa: frontero del cual media legua dentro de la tierra cae la villa de Santillana, tan principal en aquella comarca, que solo por su causa dicen á toda la provincia las Asturias de Santillana; diferente de las otras Asturias de Oviedo, de quien primero hablamos. Desde Santa Justa, ó desde Santillana hasta Santander son cinco leguas enteras: y dos no mas desde Santander al cabo de Quejo, despues del cual cinco leguas adelante viene la peña redonda de Santoña, que por otro nombre dicen el Fraile, rodeada toda de mar en un seno pequeño, que dura bien una legua contada desde la peña hasta dar en Laredo. Ponen mas cinco leguas desde Laredo hasta Castro de Ordiales. Y desde Castro hasta Portogalete, lugar asentado sobre la boca del rio que viene de Bilbao, tasan otras cinco. Bilbao queda buenas dos leguas en tierra. Llamaban este rio los antiguos Nervion en el cual fenecen hoy dia las riberas de mar pertenecientes á los montañeses de Castilla y de Leon, y desde su boca comienza la costa de Vizcaya y de Guipuzcoa, que tiene de trecho veinte y cuatro leguas justas echadas desta manera. Desde Portogalete ó desde la villa de Bilbao, al cabo que dicen de Machicao son tres leguas cabales, quedando la villa de Bermeo junta con el dicho cabo contra la vuelta de mediodía: cuatro leguas adelante hallamos á Lequeitio. Y despues otras dos leguas viene la poblacion que dicen Hondarroa, que tambien es último lugar de Vizcaya, desde el cual poco mas arriba comienzan las marinas de la provincia siguiente llamada Guipuzcoa, diversa de la de Vizcaya, puesto que sus gentes ambas tengan unas mesmas costumbres, y casi la mesma pronunciacion en su lenguaje diverso de las otras gentes españolas. Desta provincia de Guipuzcoa cuentan su primer lugar sobre la marina la villa de Motrico, desviada de Hondarroa tres leguas enteras, y desde Motrico pasa la costa por Deva, que tambien es una leguá mas adelante con otra legua hasta Cumaria. Ponen mas otra legua desde Cumaria hasta Guetaria, puerto bien provechoso desta ribera. Despues en otra legua viene Zaraus. Y no mas de otra ponen á la boca del rio que pasa por Orio, que tambien es poblacion en aquellas tierras algo desviada de la mar. Tres leguas adelante de Orio vienen á la villa de San Sebastian, á quien los naturales llaman en su lenguaje provincial Donostien, pueblo principal desta marina, fundado sobre cierta ria salada: la cual ria los antiguos decian Melasco, que toca junto con el adarve del mesmo pueblo. Desde San Sebastian al Pasage ponen otra legua sola, que tambien es puerto bien conocido, por causa de la ria que tiene, nombrada la ria de Lezo. Y casi tres leguas adelante se comienzan las cumbres de los montes Pireneos, que dividen á Francia de las Españas, cuyo punto señalado fué donde comenzamos la cuenta deste contorno, las cuales cumbres ó puntas llaman ahora por aquella parte la sierra de Jazquivel, que van al través entre la sobre dicha villa de Pasage con la villa de Fuente Rabía juntada con las dichas cumbres en las vertientes que trastorna para Francia, puesto que siempre la tal poblacion fué reputada y atribuida de los señoríos españoles entre todos los cosmógrafos pasados, como tambien hoy dia se posee: de la cual ya dejamos apuntado cuando principiamos este capítulo ser llamada los tiempos antiguos Olearso: los moradores tambien de su comarca se decian españoles olearsos: el cual apellido dado que lo hallemos en la villa ya mudado, permanece hasta nuestros dias un pedazo de la tierra que por allí viene cerca: la cual, poco mudado su vocablo, llamamos el valle de Oyarzo, del otro cabo de los montes, donde tambien tenemos una poblacion nuestra que dicen Oyarzo, llena de caserías derramadas segun usanza desta provincia que dura gran espacio, casi desde Fuente Rabía por aquellas laderas adelante. Juntadas, pues, todas estas veinte y cuatro leguas postreras de Vizcaya y Guipuzcoa con las otras leguas arriba señaladas, hacen las ciento cuarenta y una que primero tasamos en el cuarto lado sobredicho, de quien últimamente damos aquí relacion.

CAPÍTULO III.

Del repartimiento en que las gentes antiguas tenian divididas las provincias principales de España, y del repartimiento que tienen ahora, diverso de aquel, en cinco reinos de cristianos que en ella se han fundado: declarado lo uno y lo otro por los límites y linderos que solian tener, y por los que tambien ahora tienen.

Todo el espacio de tierra que se contiene dentro destos cuatro lados ya dichos, repartian los antiguos en muchas naciones españolas, que se comprehendian dentro de tres provincias ó regiones principales: de las cuales, porque adelante la corónica dará muy entera y abundante relacion, así de las causas de sus nombres como del tiempo que comenzaron á tenerlos, y de las rayas y linderos ó aledaños por donde se d

(1) Hoy se llama Mera, ó Santa Marta. Tolomeo le llamó Metharo. Del rio de Ribadeo, llamado Eo, no hablan los antiguos. (2) Purcia, nombre de rio y puente. (3) Cudillero. (4) Uson, ó Guson, es una restinga del cabo de Peñas. (5) Llámase hoy Santi Juste.

vidian declaradas extendidamente, por lo que ahora sabemos en España, con todo lo demas que á sus posturas y sitios pertenezca, en este lugar se tratará sumariamente dellas, como tambien se hizo en lo pasado, solo porque los lectores tomen desde aquí fundamento para lo que despues se les dirá mas especificado, y lo puedan mejor entender cuando leyendo la corónica presente hallarán las particularidades dello: y tambien porque desde el principio de la obra será necesario usar de los vocablos que despues aquellas provincias tuvieron, para que podamos hablar aclaradamente las cosas que por ella sucedieron ántes que los tales nombres tuviesen. La primera provincia ó region fué llamado Lusitania, que caia en los fines postreros de España, cuyos aledaños ó linderos fueron á la parte de mediodía y occidente toda la costa del mar Océano, que va desde la boca del rio Guadiana hasta la boca del rio Duero, segun ya dejamos esta costa declarada de puertos en puertos en el capítulo precedente. Por la parte del septentrion eran sus límites ó linderos el mesmo rio Duero, por el agua arriba hasta casi veinte y cinco leguas encima de la parte donde dijimos este rio hacer la segunda torcedura contra mediodía: frontero del cual sitio, poco mas ó ménos, el rio Pisuerga se mezcla por el otro lado con este rio Duero. Salia despues una raya por aquel mesmo punto tendida largo trecho dentro de la tierra, no parando hasta fenecer en el rio Guadiana, sobre su ribera de mano derecha, casi diez y siete leguas encima de la parte, donde tambien escribimos aquel rio Guadiana torcerse para tomar el camino de la mar, frontero del punto donde hallamos ahora la poblacion de Villanueva de la Serena: por el otro lado del agua sobre las riberas de su mano siniestra, la cual raya fué toda la division y límite de Lusitania, por la parte mas oriental. Despues aquel rio sobredicho de Guadiana por el agua abajo la rayaba hasta llegar á la mar en todo lo que restaba desta provincia, de la cual se tratará diversas veces en muchos lugares de esta corónica: pero mucho mas particularmente, cuando (con el ayuda de nuestro Señor Dios) llegaremos á contar el tiempo que Bruto Calayco, capitan romano, vino en España, y por fuerza de armas la puso embajo de aquel imperio con las otras tierras de Galicia comarcanas á ella.

La segunda region española decian Bética los antiguos, cuyos límites eran por la parte del occidente y septentrion aquel rio de Guadiana que la dividia de la Lusitania: porque con la torcedura que hace, va de tal faccion, que le puede ser lindero y aledaño por aquellas dos partes. El otro lado de mediodía tuvo toda la costa de mar cuanta va desde la boca deste rio Guadiana por el estrecho de Gibraltar hasta la villa de Vera: y por la parte mas oriental volvian sus términos al derecho camino que sale desta villa de Vera hasta tornar á Guadiana, y tocar en ella casi donde dije ser ahora Villanueva de la Serena, frontero del punto donde fenecia tambien la Lusitania por el otro lado del agua.

Todo lo restante de España fuera destas dos regiones llamaban los antiguos la provincia Tarragonesa, por causa de Tarragona, ciudad de Cataluña, que los tiempos pasados fué lugar mucho suntuoso: de manera que solo esta partida de tierra contenia mucho mayor espacio que las otras dos tierras juntas primero dichas. Tuvo la Tarragonesa muchos pueblos y muchas naciones diferentes las unas de las otras, de quien tambien se hará relacion, sin dejar ninguno dellos en los lugares que por la corónica vienen á propósito. Los romanos antiguos, en el siglo que poseyeron lo mas y lo mejor de las Españas, dado que muchas veces usaban en el repartimiento dellas estos tres apellidos de Bética, Lusitania y Tarragonesa: diéronles tambien otros dos nombres no ménos conocidos que los primeros. Á la Tarragonesa llamaron España Citerior: á la Bética y Lusitania juntas España Ulterior: que quiere tanto decir en el romance vulgar, como la España de aquende, y la España de allende: las cuales eran así dichas, porque cuando venian acá desde Roma, la primera tierra donde tocaban era la Tarragonesa. Caminando mas allende contra las partes occidentales caian las otras dos, Bética y Lusitania: dado que yo sé bien haber escritores de los tenidos en precio, que dicen el rio Ebro ser antigua division y raya deste repartimiento. Creo cierto que primeramente deberia ser así cuando los romanos comenzaron á venir y negociar en España: pero despues mudaron estos mojones ó linderos, y señalaron (como digo) por ulterior aquellas dos provincias juntas de Bética y Lusitania: lo demas por citerior, segun lo mostraremos en el octavo capítulo deste séptimo libro siguiente, donde trataremos muy particularizados los años y dias del tal repartimiento, con los pueblos y caminos, hitos, y sitios conocidos en que tocaban. Ahora por este nuestro tiempo, dado que tambien haya muchos pueblos y gentes españolas, que particularmente se nombren con apellidos diversos entre sí, todos ellos van contenidos é incluidos dentro de cinco reinos cristianos, que se hicieron en España despues que los alárabes y moros africanos entraron en ella, cuando la sacaron de poder de los godos que en aquel tiempo la poseian, y son los siguientes: el reino de Portugal, el reino de Leon, el reino de Castilla, el reino de Navarra, el reino de Aragon. Los cuales, pues, al presente duran ilustres y prosperados embajo de la benignidad y señorío Real (1), mas poderosos y florecidos que ningunos otros en Europa: conviene tambien ser aquí dicha su postura para los mesmos intentos desta nuestra corónica, que se dijo la particion de las provincias antiguas.

El reino de Portugal tiene por aledaños, ó linderos ó límites, á la parte del mediodía, y occidente, la costa de Lusitania vieja, que (como ya en el capítulo precedente dije) fué desde la parte donde toma la mar el rio Guadiana, hasta la boca del rio Duero. Tiene mas la costa que viene desde Duero hasta la boca del rio Miño: despues en la vuelta de septentrion, va la raya deste rio sobre las aguas del mesmo rio Miño, seis leguas bien cumplidas y largas de trecho. Y como hasta aquí llega, deja la tal raya de seguir sus corrientes acostumbrados, y toma otro camino, metiéndose por un través contra la mano derecha dentro de la tierra sobre la vuelta del levante, pasando treinta y seis leguas cumplidas, y lo mas deste camino desviado casi por igual del rio Duero. Hallamos hoy dia por aquel viaje poblaciones asaz bien cercanas á la raya, de las cuales una principal se dice la villa de Chaves, apartada legua y media dentro del mojon, y tambien otras diez y seis del punto mesmo, donde señalamos la raya sobredicha desviarse del rio Miño. Despues, mas adelante de Chaves doce leguas, viene Bregancia (2), poblacion antigua, no grande, pero muy honrada, harto junto con estos linderos. Y como la ra-

(1) Entónces Portugal nos pertenecia. (2) Braganza.

ya pasa cinco leguas adelante de Bregancia, por dentro de la tierra, comienzan los mojones á torcerse para formar el otro lado, que lo desmiembra del reino de Leon sobre la vuelta de levante, yendo siempre desviados igualmente de la costa del mar occidental. Estos mojones ó linderos, luego como son pasadas ocho leguas de trecho, tocan primeramente sobre la ribera del rio Duero, donde ya dije que sus aguas comenzaban una gran vuelta junto con la villa de Miranda. Van despues abajando por aquella torcedura del rio, que son diez leguas enteras: y lo cortan cerca del otro lugar, que tambien escribimos llamarse Frejo de Espadacinta: desde el cual pasan los aledaños y rayas casi treinta leguas adelante, guiados en aquel tenor y seguimiento, hasta cruzar con el rio Tajo, treinta y dos leguas ántes que lo tome la mar. Proceden mas aquellas rayas otras diez y seis leguas á lo largo, hasta tocar en Guadiana, sobre los puntos en que tambien este rio comienza la torcedura grande que declaramos en el capítulo pasado. Allí se mezcla con él un arroyo llamado Caya, que todo cuanto dura desde sus manantíos hasta fenecer en Guadiana, va por la raya de Portugal, y se tiene por mojon deste reino, haciendo la tal particion entre cierta ciudad suya, que dicen Elves, y otra del reino de Leon, que dicen Badajoz, apartadas ambas solas tres leguas de travès. En todo lo restante, Guadiana lleva la division entera desta provincia, hasta se meter en la mar. Así que, bien considerada la faccion ó figura suya, cuanto dentro destas rayas y mojones se contiene, es un gran pedazo de tierra, mas larga que ancha casi tres veces: de la cual hacemos esta mencion sumaria primero que de los otros reinos españoles, porque cuanto al sitio de España, y al intento que en esta escritura llevaremos, pueden convenientemente tomarse por aquí los principios de la tierra: puesto que la tal region fue la postrera de todos los cinco reinos sobredichos de cristianos, en quien los señores que la poseyeron tomaron apellido de reyes, como adelante parecerá. Y todo su circuito della entra en aquella provincia y tierra española, que los antiguos llamaban Lusitania, sino es la comarca contenida entre sus mojones septentrionales, y el rio Duero, que nunca fué de la Lusitania: de lo cual un pedazo llaman ahora la tierra Detrás los Montes (1), y un poco mas adelante cercano de la mar la tierra entre Duero y Miño. Bien sea verdad, que sobre la vuelta del levante tenia la Lusitania harto mayor espacio, segun lo podrá cualquiera sentir, cotejando las rayas orientales de este reino con las orientales de la Lusitania, que primero señalamos.

El segundo reino cristiano, que viene despues de Portugal, es el reino de Leon: y fué de los primeros que pasada la destruccion sobredicha de los moros africanos, tuvo rey coronado con toda solemnidad y firmeza: dentro del cual reino caen algunas provincias grandes y tendidas, como son las de Galicia sobre las partes septentrionales dél: cuyas tierras postreras ocupan toda la costa que va desde la boca del rio Miño hasta la punta de Finis-terre. Y desde aquel cabo hasta el rio de Ribadeo, segun la dejamos ya declarada por el capítulo precedente. Pertenece tambien al reino de Leon otra provincia principal en España, nombrada las Asturias de Oviedo: cuyas riberas ó marina comienza desde aquel mesmo rio de Ribadeo, hasta fenecer entre dos puertos, que en aquel capítulo escribimos uno decirse Llanes, y el otro Colombres. Este trecho sobredicho por la costa destas dos provincias, desde el cabo de Finis-terre hasta aquí, es lo postrero mas septentrional deste reino de Leon. Desde allí comienza tambien otra raya tendida por dentro de la tierra, que lo divide en su parte oriental de los reinos de Castilla: la cual raya cuando sale de aquellos dos puertos, Llanes y Colombres, viene á dar casi derechamente y á plomo, como suelen decir, en una sierra nombrada de Pernia, pedazo notable del ramo de montañas, que dijimos salir de los montes Pireneos cerca de Ronces-valles, y pasar atravesado por dentro de España, y acabarse en lo último de Galicia. Son en aquella sierra de Pernia, donde la sobredicha raya toca, las fuentes de un rio llamado Carrion, que se viene á juntar con otro rio llamado Pisuerga, nacido en la mesma sierra pocó mas oriental. Carrion cuanto duran sus aguas, lleva por allí la division destos dos reinos, hasta la mezcla sobredicha: pero despues de mezclado pierde su nombre, y luego toma Pisuerga la division, hasta que se junta con Duero, casi sesenta leguas ántes de su entrada en la mar, algo ménos de tres leguas encima de donde hallamos ahora sobre Duero la villa de Tordesillas en la ribera de su mano derecha, conocida mucho, y muy señalada en aquella frontera: embajo de la cual, casi una legua de la otra parte del agua, se viene tambien á meter en Duero un riezuelo pequeño, llamado Heban, que corre desde mediodía contra septentrion al contrario de Pisuerga: y comienzan sus aguas á ser la raya deste reino de Leon, apartándole tambien por aquí del de Castilla. Pero solamente se tiene aquel arroyo por mojon entre estos dos reinos, desde allí hasta una señal á donde se junta con el otro reguero, que llaman el rio Regamon, cerca de Horcajo de las Torres, aldea bien conocida en la comarca de Cantalapiedra y Madrigal, frontera de otra aldea deste reino de Leon llamada Palacios Rubios: de la cual pasa mas alejado el arroyo Regamon, que no de Horcajo. Desde aquella mezcla destos dos arroyos van los mojones orientales de este reino, por entre la villa de Paradinas y Flores Dávila, siempre divididas por aquel mismo arroyo Regamon, y despues entre Peñaranda y una aldea, que dicen la Cruz, y mas adelante entre Salmoral y Santiago de la Puebla, que son todos lugares muy conocidos y sabidos en aquel derecho, los primeros en el reino de Leon, y los segundos en el de Castilla. Desde aquí dan las rayas en otro pueblo, llamado Echagarcía, dividido con dos jurisdicciones y mitades, de las cuales una, que ahora cuentan en el obispado de Salamanca, está en el reino de Leon, y la otra mitad perteneciente al obispado de Ávila, está en el reino de Castilla. Desde aquí salen todavía los mojones deste reino de Leon siempre derechos y seguidos, hasta tocar en unas cumbres ó montañas crecidas y grandes, que vienen muy juntas á Bonilla de la Sierra, que tambien es pueblo de Castilla, dando primero en el medio de otra aldea llamada Horcajo de Medianedo, á quien parte la raya en otras dos mitades de dos jurisdicciones diversas, semejantes á las de Echagarcía, que tambien la una es del obispado de Salamanca, y la otra del de Ávila. Por los cuales pueblos, ó muy cerca dellos, dicen algunas personas bien consideradas, que solian proceder, poco mas ó ménos, las particiones ó rayas orientales de Lusitania. Bien es verdad, que don Alfonso emperador de España, nieto del serenísimo rey que ganó á Toledo, cuando hizo la particion de los reinos entre sus hijos, trocó y estrechó mucho las rayas

(1) Tras-os-montes.

orientales deste reino de Leon, sacando dél villas y lugares en tierra de Campos, y dándolas á don Sancho su hijo, rey de Castilla, que dijeron el Deseado. Pero desto muy larga declaracion haremos en la tercera parte desta gran historia: bástenos ahora tocarlo, para que todo quede sentido como conviene. Desde aquel Horcajo de Medianedo, fueron las cumbres altas de aquellas sierras (en cuyas faldas está Horcajo) mucho tiempo la raya deste reino de Leon, que lo cortaban en la parte de mediodía, sin que pasase mas adelante, hasta que las tales cumbres tocan por aquel través en la raya de Portugal. Estuvieron aquellos montes muchos años hechos extremo y baluarte final entre moros y cristianos de aquel lado: por cuya causa mucha tierra de la provincia, que despues dellos se seguia, fué dicha Estremadura. Pero andando los tiempos el serenísimo rey don Fernando, rey de Leon, hijo de aquel señor emperador de España, ya dicho, salió de Zamora con un ejército grueso y muy poderoso, sobre ciertas diferencias que tuvo con D. Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, y mandó poblar á Ciudad Rodrigo, que hasta sus tiempos estaba desierta, y pasada la cumbre destas montañas por el otro lado cobró de los moros toda la tierra que viene hasta Badajoz, y despues dél don Alfonso su hijo, que le sucedió en el mesmo reino de Leon, conquistó la villa de Medellin y la de Mérida, que son sobre Guadiana: conquistó mas á Montanges (1): item la mayor parte de Estremadura cercana de Portugal, y la juntó con su reino, por donde todo el pedazo de la tal Estremadura que solia caer dentro de la Lusitania vieja, quedó desde allí só el gobierno y señorío de Leon, sino fué Placencia, y lo que compete á su obispado, que siempre fué de Castilla, como quiera que pertenecen á la Lusitania: pero en recompensa desto, poseyó aquel señor rey don Alfonso de Leon á Badajoz de la otra parte de Guadiana, fuera desta Lusitania antigua, en despecho del rey de Castilla, y del rey de Portugal, que pretendian ambos ser de su conquista, segun que todo muy largo lo declararemos en la tercera parte desta gran historia, cuando (nuestro Señor Dios queriendo) contaremos las conquistas, hazañas y tiempos destos reyes escelentes arriba dichos, las causas tambien porqué la ciudad de Leon, cabeza deste reino, fué así llamada á los principios y tiempo de su nacimiento. La relacion de todos los pueblos principales y sus asientos que tenemos en este reino, con las otras sus cosas dignas de memoria, se dirán en los lugares que convengan.

El tercer reino de España decimos ahora Castilla cuyo señorío contiene provincias tan principales y notables que muchas dellas con muy justa causa bastaron para ser reinos en el tiempo que los moros las poseyeron, como son el reino de Murcia, y el de Granada, y el reino de Toledo y el de Córdoba y Sevilla, y el de toda la Andalucía, con mas los señoríos que tambien ahora llaman Vizcaya y Guipuzcoa, y todas las comarcas de las montañas en la parte septentrional de España, desde la raya del reino de Leon, hasta los montes Pireneos: las cuales, no siendo de aquellos moros, fueron siempre señoríos poderosos y señalados. Pero ni en los unos, ni en los otros cumple detenernos ahora, pues aquí solamente declaramos por principales las provincias que tuvieron los reyes cristianos: dado que, cuanto á este caso, pasó tambien largo tiempo despues de la entrada de los moros en España, que Castilla no tuvo título de reino, sino de condado solamente, allegado y sujeto al reino de Leon: con cuyo favor comenzaron los castellanos á darse tan buenas mañas, y fueron cobrando poco á poco tanta tierra de los infieles, que despues hicieron título de reino, y llegaron á poseer mas que los leoneses: tanto que la parte occidental de Castilla confina con toda la oriental del reino de Leon, con quien divide término por aquella mesma parte, que ya escribimos salir de la mar de las Asturias, entre Llanes y Colombres, hasta las fuentes de Pisuerga, y por todo este rio abajo hasta Duero y desde allí por el arroyo de Heban, y despues por las particiones que ahora vemos entre los obispados de Ávila y Salamanca: que por donde ellos se dividen por allí van tambien las rayas destos reinos, quedando la jurisdiccion del obispado de Ávila en Castilla, y la jurisdiccion del de Salamanca en Leon. Despues dijimos ir la raya mas adelante, atravesando la sierra por un gran trecho de la Estremadura, que cae en aquel derecho hasta Guadiana, y desde allí por el mesmo rio abajo hasta la mar. Por manera, que la parte de la Estremadura con la provincia que los antiguos llamaron Bética, donde se contiene casi todo lo que nombramos Andalucía, se contaba en aquella vuelta provincias pertenecientes al patrimonio de Castilla. En la parte que mira contra mediodía, son límites y fin de su señorío cuanta costa viene sobre nuestro mar desde la boca del sobredicho rio Guadiana hasta la villa de Guardamar, segun que la tal marina queda puesta y declarada de puertos en puertos ántes de ahora. Desde Guardamar (que como ya en el capítulo precedente dijimos, es lugar conocido en el reino de Murcia, junto á la parte donde el rio de Segura se lanza en nuestro mar Mediterráneo) comienzan los mojones orientales de Castilla, que la dividen de los señoríos de Aragon, subiendo por este rio hasta llegar fronteros de una villa nombrada Orihuela, cuatro leguas apartada de la boca de aquel rio sobre la mano izquierda: y desde aquí la raya de Castilla va dando muchas vueltas, haciendo sus entradas y salidas por aquellas comarcas, unas veces contra levante y otras veces contra poniente, no tan derechas ni bien guiadas como las de los otros reinos que dejamos aclaradas atrás: mas tiene por sus confines villas y lugares, con otros asientos notables el dia de hoy, por donde se puede bien señalar, como son la villa que dicen Villena: cerca de la cual pasa la raya sobredicha despues que se desvia del rio Segura. Y poco mas adelante toca en unos montes que van entre Almansa y Ayora, que son lugares, el primero en Castilla, y el segundo en Aragon. Desde aquí son estos montes la mesma raya de su division, cuyas cumbres van tendidas por Requena y por Moya, despues por Molina, y por cerca de Daroca, y por entre Hariza y Calatayud: los cuales lugares hubo tiempo que fueron de la particion de Castilla, ahora desde algunos años acá son casi todos en el reino de Aragon. Por esta causa las tales rayas se tuercen mucho aquí el dia de hoy contra el poniente cerca de Daroca, y por entre ella y Medina-Celi, despues por entre Monte Agudo y Hariza. Y mas adelante por entre Agreda y Tarazona, donde atraviesan las sierras que confinan con Soria. Desde allí á pequeño trecho dan en las riberas de Ebro, poco mas bajo de la villa de Alfaro, que es el cabo en que este rio divide tambien por allí el sobredicho reino de Castilla del reino de Navarra,

(1) Montanches.

subiendo siempre agua arriba hasta Logroño. Y desde allí los mojones de Castilla atraviesan este rio. Item atraviesan la sierra de la poblacion junto con él, que tambien es parte de aquel ramo de montañas que apuntamos salir del Pireneo, desde Ronces-valles hasta Galicia: las cuales apartan en este lado la provincia de Alava y Guipúzcoa de la de Navarra, y cortan por allí una buena parte de tierra perteneciente al patrimonio de Castilla: porque todo el espacio que va entre aquellas sierras y la mar de Guipúzcoa y Vizcaya, y por la marina que llaman de las montañas hasta Colombres en Asturias, es del mesmo reino de Castilla, de quien ahora hablamos. Así que, bien considerados los límites y comarcas que dentro desta division se contienen allende ser mucha mas tierra que ninguno de los otros señoríos españoles, es mucho mas bastecido, mas poblado, mas fértil, mas vividero, tomándolo todo juntamente.

El reino de Navarra, que segun la órden de nuestra escritura fué cuarto reino moderno de cristianos en España, puesto que ahora tenga poca tierra, es abundosa y bien poblada de villas, y aldeas, y caserías en que mora gente valiente, de esfuerzo, y bien desenvuelta para toda cosa. Fué una de las provincias españolas, en que despues de la destruccion della, primeramente hubo personas que tomasen apellidos de reyes: y como quiera que muy tarde les fué confirmado tal título, segun adelante declararemos, los cuales príncipes comenzaron por aquellas partes á se poner en armas contra los moros, poco tiempo despues que los reyes de Leon se pusieron á lo mesmo. Los verdaderos límites deste reino fueron antiguamente contra la parte de levante las cumbres ó lomeras de los montes Pireneos, que los dividen y desmiembran de Francia. Por la vuelta de poniente fueron sus linderos el rio Ebro, que tambien lo divide y aparta del señorío de Castilla. La parte de mediodía rayan las aguas de cierto rio que llaman Aragon, el cual sale de los Pireneos cerca de Jaca, y corriendo por este través al poniente, derecho desde levante, se mezcla con Ebro, casi frontero de la villa de Alfaro, cuatro leguas mas abajo de Calahorra. De esta suerte, ni Tudela, ni ménos aquella villa de Alfaro, ni la que llaman Córtes, solian pertenecer á Navarra, dado que sean ahora de su jurisdiccion, aplicadas á los reyes navarros por ciertos casamientos y dotes, de que adelante hablaremos en su tiempo. En la vuelta septentrional va la division de Navarra, por aquel otro ramo de montañas que sale de los sobredichos montes Pireneos desde Ronces-valles, y tendiéndose por Castilla no paran hasta fenecer en Galicia, provincia postrera del reino de Leon, y del mundo. Aquel pedazo, cuanto á lo que pertenece á Navarra, tiene de trecho desde Ronces-valles hasta la sierra llamada Poblacion, que son casi veinte leguas muy pequeñas de trecho: y fenecen frontero de Logroño, ciudad en la raya de Castilla, por aquel espacio como ya dije. Las montañas sobredichas apartan á los navarros de los guipuzcoanos y alaveses, provincias tambien ahora de Castilla, que se tienden desde allí hasta la mar, segun que tambien muy mas por extenso lo contaremos en la postrera parte desta corónica. Bien es verdad que discurriendo los tiempos con enojos y diferencias que sucedieron entre los reyes navarros y los de Castilla y Aragon, crecieron guerras, en que los unos entraron en las tierras de los otros, y se tomaron lugares y villas, de las cuales algunas se restituyeron despues, otras quedaron usurpadas, otras se trocaron ó dieron en recompensa de gastos y daños hechos en aquellas revueltas: y por esto vemos hoy dia muchos linderos y mojones en aquellas rayas confusas y torcidas, asaz diversas de lo que fueron antiguamente: tanto que los señoríos de Alava y Guipúzcoa perseveraron hartos años debajo del señorío deste reino de Navarra, y aun aquello nó tan sin razon, que gran copia de corónicas no digan pertenecerle naturalmente, con otra buena parte de tierras hasta cerca de Burgos: conforme á lo cual hallamos en la ciudad de Nájera sepulturas de los reyes navarros, por haberla poseido tiempos y dias contra los castellanos: pero segun los castellanos porfian fué contra razon forzosamente, y como tal no duró muchos dias aquel pueblo ni los otros en este ser. Así que los mojones aquí declarados son los que contienen dentro de sí la region que propiamente llamamos ahora Navarra: de la cual adelante cuando hiciéremos mas particularizada y entendida relacion, declararemos tambien la causa porque fué así llamada, y como la llamaron los antiguos, y por cuál razon perdió su nombre primero, con todo lo demás que desta partida convenga saber.

Toda la tierra restante de España, sacando los reinos sobredichos de Portugal y de Castilla, y de Navarra desde los montes Pireneos hasta nuestro mar de mediodía, se cuentan en el otro señorío que llamamos Aragon, quinto reino de cristianos en España, y despues del de Castilla mucho principal, á quien se llegan en este tiempo singulares provincias, como son toda Cataluña con el condado de Barcelona, entre el un fin de los montes Pireneos y nuestro mar Mediterráneo, llegásele mas la comarca que llamamos el reino de Valencia, que se sigue tras Cataluña sobre la mesma mar, y muchos otros pueblos y villas, y lugares, ciudades, montes y rios, de quien yo me doy por obligado desde ahora para adelante hacer relacion mucho larga y abundosa de cuanto les pertenezca, así deste reino sobredicho, como de los otros cuatro reinos españoles, declarando muy en menudo las cosas notables que son en ellos: donde asimismo se veran los artículos y las causas porque se llamaron de los nombres que tienen ahora, con las fundaciones tambien de cuantas ciudades pudimos alcanzar, y las destrucciones y fenecimientos de muchas otras que fueron antiguamente, con las mudanzas de nombres y estados que por todos han pasado; pues es cierto que si junto lo dijéramos en este lugar, fuera cosa desapacible y confusa, y contada fuera de su tiempo, y aun no se pudiera decir todo tan bien ni con tal descanso como se dirá cada cosa por sí, mayormente que, como primero dije, lo que llevamos aquí puesto en estos dos capítulos pasados tan en general y tan breve, solo es á fin que dello se tome y conozca sumariamente la faccion y sitio de España, para que despues quien quiera pueda mejor entender, con el cimiento que de aquí llevare, las particularidades que della contaremos, en la cual segun habemos ya dicho aportó Tubal el nieto de Noé, cuando fueron los principios de su poblacion, y la comenzó de morar primero que ningun hombre nacido de cuantos al presente sepamos por las historias.

CAPÍTULO IV.

De los lugares que Tubal primeramente fundó, cuando comenzaba de poblar las Españas, y de muchas cosas provechosas y necesarias á la vida, que sus gentes aprendieron dél. Y como tambien el patriarca Noé discurriendo por España dejó hechas poblaciones en ella, que duran hasta nuestro tiempo.

Fué aquel año que Tubal entró en España, segun algunos autores declaran, dos mil y ciento y sesenta y tres, ántes que nuestro Salvador Jesu-Cristo naciese, y ciento y cuarenta y dos despues de pasada la destruccion del diluvio general, conformándonos á la cuenta de los hebreos. Y luego como Tubal en ella vino, la primera region donde dicen haber parado de propósito fué sobre la provincia que llamamos Andalucía, y allí señaló ciertas estancias en que moraron y quedaron muchos de los que consigo traia: á éstos fué cierto que les dió costumbres fundadas en toda bondad y virtud, y les enseñó cosas de gran substancia, declarándoles principalmente los secretos de la naturaleza, los movimientos del cielo, las concordanzas y misterios de la música, las excelencias y grandes provechos de la geometría, con la mayor parte de la filosofía moral, haciéndoles reglas y leyes razonables en que viviesen, las cuales dejó señaladas en metros muy bien compuestos, para que mas fácilmente las pudiesen aprender y tener en la memoria. Enseñóles tambien la manera que debian guardar en sus tiempos, repartiéndoles el año por doce meses en trescientos y sesenta y cinco dias y poco mas, conformes al movimiento del sol: como lo tenian las gentes caldeas de quien él era descendiente, la cual órden, aunque despues anduvo mucho tiempo perdida entre los españoles, finalmente tornaron á ella por inducimiento de los romanos, que largos años adelante la renovaron en España, y nos dura hasta nuestro siglo, de lo cual notan los historiadores peregrinos haber sido nuestros españoles de los primeros hombres que supieron ciencias, y música, y de los que primero tuvieron conocimiento del buen vivir. Esto negociado, como la principal intencion de Tubal fuese dar manera para que la tierra se morase, partió de Andalucía con algunos que lo siguieron caminando por la costa del mar Océano hasta que llegó bien dentro de la provincia que despues dijeron Portugal, y fundó cierta poblacion: la cual por causa de su nombre llamaron Tubal, á quien ahora decimos Setubal, asentada sobre la boca de cierto rio que por allí se lanza en el mar Océano de poniente: rodeada de tierra saludable, no llena de tales vicios, que bastasen á turbar las buenas costumbres y buena manera de vivir, que traia la gente de su compañía: pero viéronla bien aparejada para la conservacion de sus ganados, sobre todo de vientos tan substanciosos, que poco despues conocieron, es fama, empreñárseles muchas veces las yeguas del aire solamente con los embates que salian de la mar, y parir sin ayuntamiento de machos: la cual naturaleza me dicen que les dura tambien algunas veces en este nuestro tiempo, y aun Plinio, Columela, Marco Varron, y muchos otros autores de gran calidad en el suyo, por cosa muy averiguada lo dejaron escrito, certificando que los potros así nacidos eran tan ligeros, que parecen mas volar que correr: á cuya causa los poetas antiguos fingian que los vientos salian de la mar enamorados de las yeguas españolas, y se casaban con ellas, y las empreñaban. Este lugar de Setubal tienen por cierto los mas y mejores de nuestros coronistas haber sido la primera poblacion ordenada que sepamos en nuestra España: particularmente lo certifica la corónica recopilada por el serenísimo rey don Alonso de Castilla, que ganó las Algeciras, con algunos que la siguen: y para su confirmacion suelen decir que la tal palabra de Setubal fué nombre compuesto de dos vocablos caldeos, el uno Seth, que significa postura y asiento, y el otro vocablo Tubal, apellido propio del gobernador sobredicho: dado que muchos otros porfien haber sido Sevilla lo primero que nuestras gentes acá moraron Y no hallo yo por inconveniente, cuanto á lo de Setubal, tener creido la gente vulgar de los portugueses ser mas antigua poblacion allí cerca la que llaman Palmela, de quien dicen, que Setubal de pocos años acá se pobló de pescadores que por allí se juntaron. Pues mucho bien pudo ser, que despues desta primera fundacion aquella villa se yermase por alguna desgracia que sucederia, y estuviese destruida, como tambien estuvieron otros muchos lugares en España mas crecidos que Setubal, hasta los tiempos modernos en que los pescadores de Palmela la renovarian y levantarian, cual ahora la vemos, que parece muy buen lugar abundoso de pescados y de bien provechosa comarca, donde sin las otras calidades que della contaremos en la postrera parte desta corónica, se dirá tambien la grande copia de jaspes y preciosas canteras de pórfidos y margaritas (1), que cerca de sí tiene. Viendo pues Tubal aquella buena disposicion general en la tierra de España, y que de su propiedad era gruesa y abundante, repartió las compañas que le quedaron por ella, para que la paciesen con sus ganados: algunos destos, volviendo por las provincias della, donde primero caminaban, llegaron á la region que despues tuvo nombre Cataluña. Y allí certifica Juan de Viterbo, en el libro de sus antigüedades y en las glosas que compuso sobre los autores nombrados Maneton y Beroso, las cuales quiso dirigir á los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, que poblaron sobre la marina de Cataluña tambien otro lugar á quien dijeron Tarazoan, que significa segun lengua de los armenios y caldeos, de quien éstos eran naturales, ayuntamiento de pastores, porque los tales vecinos allí quedados afirma ser todos pastores, y ciertamente la riqueza principal del siglo que tratamos aquí, claro conocemos en las escrituras auténticas haber sido ganados, sin saber qué cosa fuese moneda, ni las otras invenciones codiciosas, que destruyen ahora la gente. Verdad sea que segun los inconvenientes y sospechas que muchos platican deste Juan de Viterbo y su Beroso, yo quisiera hallar en la memoria de tiempos tan antiguos otra relacion que tuviera mas gracia con todos: pero jamás hubo libro ni cosa que pueda satisfacer á tanta diversidad de pareceres y voluntades cuantas vemos entre los hombres. Y así por esto, como tambien porque muchas personas discretas y leidas en este nuestro tiempo dan autoridad: y sobre todo por haber dirigido, como dije primero, la publicacion de sus obras y de su Beroso á tan esclarecidos príncipes cuanto fueron don Fernando, y doña Isabel, nuestros reyes y señores naturales, abuelos de V. M., ponemos

(1) Es probable que el autor escribió margajitas, mas comunmente llamadas marquesitas.



Plano y vista de Tarragona.

aquí todos los hechos que por él se cuentan pertenecientes á la antigüedad española, para que ninguna parte nos falte de cuanto los otros escribieron. Esta ciudad sobredicha llamamos ahora Tarragona, la cual vino por discurso de dias á ser cosa principal, y dura hasta nuestro tiempo con muy buena tierra por su derredor, y con provechosa vecindad de buenas comarcas: dado que nunca tuvo puerto conveniente para los navíos, por estar asentada junto con un seno que la mar allí hace bajo, descumbrado, y mal seguro: pero tiene cerca de sí las ínsulas de Mallorca y Menorca, de quien recibe crecidos provechos, y con esto los tiempos antiguos siempre la moró gente noble de quien se hacia cuenta donde quiera. Tanto que por causa de su gran antigüedad llegó despues á ser tenida por cabeza mayor en todas aquellas tierras, particularmente desde la sazon que dos capitanes romanos, llamados los Escipiones, vinieron allí cuando conquistaron mucha parte de su provincia: los cuales procuraron de renovar y engrandecer esta ciudad en tanta manera, que segun la disposicion en que la hallaron, y lo que despues ella fué con su favor dellos, se puede bien decir que la hicieron casi de nuevo; mas esto cómo dije sucedió mucho mas adelante de la sazon que tratamos ahora, como lo veremos en el quinto libro desta gran historia. Pocos dias ántes ó despues de principiada Tarragona, dice tambien Juan de Viterbo, que vinieron otras compañas del mesmo Tubal por aquella mesma costa de mar, y que fundaron otra poblacion, á quien dijeron Sagunto, que nombran ahora Monvedre, desviada de la marina casi tres mil pasos, puesto que la verdadera fundacion desta villa todos los autores auténticos, así latinos como griegos, la cuentan por otra manera, diciendo ser hecha muchos años despues desta primera poblacion de España, por gentes italianas juntadas con otras griegas naturales de la isla llamada Jacinto, y antiguamente Zacinto: los cuales todos así juntos pasaron en España, y allí cimentaron este lugar, á quien por causa de su isla Zacinto dicen que la llamaron tambien Zacinto, y que mudándose despues la primera letra le dijeron Sagunto: y esto se tiene por lo mas cierto dello, y á lo que todos bien sienten antigüedad suelen dar algun crédito; como despues mas abiertamente lo diremos en los veinte y nueve capítulos deste libro. Podria ser que la gente de Tubal, segun tenemos escrito, principiasen aquella poblacion, y que despues los griegos de Zacinto con los italianos arriba dichos cuando llegaron allí tuviesen manera de se meter en ella por amistad ó por fuerza, segun que muchos otros griegos hicieron adelante por otros lugares en España, como tambien lo contaremos en el proceso desta corónica: puesto que, como dije, la nombradía de Sagunto ménos dudosa, parece ser tomada de los griegos de Jasanto. Un poeta español nombrado Silio Itálico, relatando parte de las contiendas que despues muchos años pasaron entre los cartagineses y los romanos, dice que Sagunto fué cimentada por Hércules al tiempo de su peregrinacion en España, y que la llamó deste nombre por un compañero gran amigo suyo, nombrado Sagunto, que murió despues, cuando llegaron ambos á la parte donde hallamos este pueblo. Mas aquello no se tiene por muy auténtico, ni lleva tan buen camino como lo de los griegos arriba dichos.

Afirman tambien algunas corónicas españolas haber Tubal edificado la villa de Tafalla dentro del reino de Navarra, la cual dijeron primero Tuballa, con otra que nombran ahora Tudela, contra las fronteras del mesmo reino, que se dijo primeramente Tubella: así que de tal manera parece que comenzaban estas gentes á morar y habitar nuestra tierra, y á derramarse por ella como mejor podian. En aquella propia sazon, ó cierto muy poco despues, certifican Juan de Viterbo y su Beroso, que vinieron á las Españas muchas otras gentes en compañía del patriarca Noé, que quiso tomar trabajo de visitar á su nieto Tubal, para conocer la manera que tenia sobre la gobernacion de su gente. Dice mas, que discurriendo Noé por acá fundó particularmente dos poblaciones caudalosas, una llamada Noega, cercana de la mar en la provincia que despues nombraron Asturias, á quien por otra manera corrompido su vocablo dijeron despues Noavia, segun me certifican durar hoy dia memoria de padres á hijos en esta region: ahora mucho mas abreviado su vocablo, por decir Noavia, le decimos Navia, lugar pequeño, de mas antigüedad (segun esto) que nombradía ni magnificencia, desviado sola media legua de la costa: sobre las aguas á mano derecha de cierto rio, que luego toma la mar en el sitio que ya declaramos en el segundo capítulo deste libro.

La segunda poblacion que señalan haber Noé cimentado cuando discurria por España, llamaron Noela: hace cuenta de su postura Plinio con otros cosmógrafos antiguos entre los lugares notables de Galicia: tiénese creido ser despues dicha Noeya, ó Novia, segun que tambien hoy dia quitándole la letra del medio por decir Noeya, la llamamos Noya. Tolomeo, cosmógrafo griego, con otros sus imitadores, parece que por decir Noevia ó Noevium, la llama Novium: es tambien ahora poblacion pequeña como la de los asturianos, tres leguas alejada de la mar, y seis mas occidental que Santiago en Compostella sobre la ria que juntamente viene por Muros en aquel asiento verdadero que le dimos en el segundo capítulo sobredicho. Esto pasado dícese que viendo Noé como las cosas de Tubal su nieto quedaban acá puestas en toda razon y concierto se despidió dél para salir á visitar otras tierras que juntamente con España se poblaban, y que poco tiempo despues Tubal murió, siendo ya viejo de muchos años, habiendo pasado ciento y noventa y cinco de ellos en la residencia de España. Los españoles quedaron deseosos grandemente de su conservacion, por ser hombre discreto, valeroso, justo y amigable, tal que los gobernaba muy bien, mostrándoles artificios y cosas de provechos muy crecidos.

CAPÍTULO V.

Del segundo rey ó gobernador que dicen haber sido en España, llamado Ibero, por cuya causa escriben algunos que España los tiempos primeros se llamó Iberia; con mas otras cosas que se hallan en las historias antiguas sobre la razon deste nombre.

Despues de la muerte de Tubal no dan relacion las corónicas españolas de cosa notable que luego trás esto sucediese, sino fuese decir que muchos años despues desta primera poblacion, ántes que la tierra tuviese nombre de España, le dijeron algunos tiempos Iberia, por causa segun éstos afirman del rio Ibero: que tambien ahora decimos Ebro, mucho principal entre los grandes y caudalosos de toda nuestra tierra: mas no declaran en este caso como convenia, por cual razon aquellas aguas tuvieron tal apellido,

ni cosa que les pertenezca. Solo Juan de Viterbo y su Beroso, juntándose tambien algunos otros coronistas de nuestro tiempo que lo siguen, dicen ser la causa de tal nombradía, porque despues de muerto Tubal quedó hecho señor principal en aquellas tierras un hijo suyo, llamado por nombre Ibero, cuya gobernacion, entre la poca gente que por acá moraba, comenzó casi en el año de dos mil y seis: ó segun otra cuenta, dos mil y ocho, primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, que fué despues de la poblacion de España ciento y cincuenta y seis años cumplidos. Dícese mas de este príncipe Ibero, que saliendo por las comarcas ó provincias españolas para visitar esos pueblos pequeños, y pocos que la poseían, y para fundar otros de nuevo donde hallasen oportunidad, caminando por aquellas riberas sobredichas, en que viven ahora los catalanes, atravesó las aguas de cierto rio grande que por allí viene contra la mar, y pagóse tanto de su hermosura, que pobló sobre la ribera de él una ciudad, á quien por causa de su nombre llamaron despues Ibera, pocas leguas encima de donde hallamos á Tortosa. Ésta permaneció largos tiempos en España, segun adelante veremos en los veinte y dos capítulos del quinto libro: donde mostraremos sus acrecentamientos y valor. Tambien el mismo rio que dicen haber Ibero repasado, certifican estos autores, que por su respeto le nombraron Ibero: el cual, como primero dije, llamamos Ebro, cuyas fuentes y nacimiento se hace muy cerca de las Asturias de Santillana, casi por el medio trecho de las cumbres y sierras, que tambien ya dijimos venir desde el monte Pireneo, tomando la parte septentrional de las Españas, y fenecer en Galicia sobre la ribera del mar Océano de poniente: los cuales montes echan de sí las aguas de este rio sobredicho, cerca de la parte que llaman ahora Fontibre, que quiere decir fuentes de Ebro: porque dos fuentes suyas están allí juntas, y manan en unas peñas al pié de la torre nombrada de los Montillas, no léjos del pueblo que dicen Aguilar de Campo. Es aquel rio mucho notable los dias presentes entre nosotros, y fuélo tambien entre los cosmógrafos y gentes antiguas, por acudir en él todas las aguas del reino de Navarra, con la mayor parte de las del reino de Aragon y de Cataluña, que salen de los montes Pireneos, y lo hacen uno de los grandes rios de España. Entra (segun primero declaramos) en el mar de Cataluña, pocas leguas embajo de Tortosa, llevando siempre su corriente casi desviada por igual de los montes Pireneos: y él es la razon, como dije, por quien afirman las historias auténticas, que toda nuestra tierra se llamó los primeros años Iberia la del poniente, para la diferenciar con otra region oriental, que los antiguos llamaban Iberia, y por otro nombre Georgia, que le dura hasta nuestro tiempo: la cual está puesta cerca del mar de Tatana (1) junto con aquel pedazo de la gran Turquía, que los cosmógrafos antiguos nombraban Asia la menor. Algunos autores de mucho crédito, como son Plinio, Marco Varron, y tambien otros con ellos de gran reputacion, afirman que los de esta Georgia ó Iberia oriental, vinieron en España, por dejar en ella poblaciones y memorias, en compañía de ciertas otras gentes naturales y moradoras en los montes Caspios: por donde sospechan que fueron ellos la causa del nombre de este rio, y de que la tierra toda se dijese tambien Iberia, primero que la llamasen España: pero muchos otros escritores bien sabios entre los cuales hallamos á Preciano (1) Gramático, despues de leido lo que Plinio y Varron en aquel caso certifican, hablan lo contrario, diciendo, que los españoles iberos fueron los que pasaron en las partes orientales, y los que poblaron en aquella tierra Georgia, nombrándola Iberia, del apellido semejante á la region de su naturaleza: lo cual tenemos acá por mas cierto. No faltan opiniones tambien sobre la razon y nombradía del rio sobredicho: porque no contentos otros historiadores con lo que de sus apellidos comunmente se platica, revolviendo la cosa mucho mas de raiz, hallan no ser aquel Ebro el rio Ibero, por quien España se dijo Iberia, sino cierto rio del Andalucía, cuyo sitio, señales y muestras concuerdan mucho con el que viene por Moguer y por Niebla, llamado rio Tinto. Tómalo la mar entre Palos y Huelma (2): por cuyo respecto dicen que los muy antiguos nombraron Iberia propiamente la tierra sola de España que va desde sus aguas contra la parte del occidente, hasta dar en el cabo Sagrado que dicen de San Vicente: desde el cual espacio se pudo derramar y cundir esta nombradía por las otras provincias della. Si lo tal así fuese, mucho desbarataba los intentos de Juan de Viterbo con los de su Beroso, que hacen al rey Ibero causa principal de todos aquellos nombres y negocios, dándonos tambien á sentir que, concluidas muchas cosas tocantes á la buena gobernacion que por aquel siglo pudieron tener las gentes españolas de su jurisdiccion, Ibero murió de dolencia natural, que le sobrevino siendo pasados treinta y siete años de su vida. Y esto solo es lo que cuanto á este caso podemos descubrir en las historias antiguas que del primer nombre y apellido de nuestra tierra dicen alguna cosa.

CAPÍTULO VI.

De un otro rey llamado Idubeda, que dicen haber sido tercer gobernador en España, por cuyo respecto sospechan, que cierto trecho de sierras de las que se tienden por ella se nombraron Idubedas. Cuéntase la muerte del patriarca Noé. Trátase de la mucha vida que los hombres antiguos vivian, con algo de las causas donde pudo proceder.

Luego que Ibero murió, escribe tambien Juan de Viterbo haber sucedido en el principado de la tierra un hijo suyo nombrado Idubeda: al cual en aquel su libro llama Jubalda; y dice, que comenzó su gobernacion en lo que moraban estos dias los españoles, casi en el año de mil y nuevecientos y setenta y dos ántes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, que fué ciento y noventa y dos despues de la poblacion de España, la cual gobernó setenta y cuatro años. Dice mas, que por su respecto llamaron los antiguos Idubeda, ó Idubalda, un trecho crecido de sierras que viene por ella, de quien hacen los autores cosmógrafos memoria señalada, como de montañas mucho notables. Y verdaderamente tal apellido, cual ellos dicen tuvieron aquellos montes los tiempos antiguos, aunque no podria yo bien afirmar haber sido por causa deste príncipe sobredicho: pero cierto sabemos que tienen su nacimiento del pedazo

(1) Ó de la Tana. Es la laguna Meotis, llamada así en la edad media por entrar en ella el Tanais, ó Don.

(1) Prisciano. (2) Léase Huelva, y es probable que así lo escribiria el autor.

de sierras, que ya muchas veces dijimos desgajarse de los montes Pireneos, en Ronces-valles, y duran hasta Galicia. Y si las cumbres Idubedas quisiésemos declarar por lugares hoy dia habidos y conocidos en España, hallará quien bien considerase la tierra, que comienza á desmembrarse del otro monte sobredicho, junto con Aguilar de Campo, lugar bien conocido en la falda destas montañas, catorce leguas apartado de la ciudad de Burgos, contra la vuelta del occidente septentrional, cerca tambien de Fontible, no léjos de la parte donde manan las aguas del rio Ebro: de las cuales aguas, y de su ribera, contra la mano derecha, van estos montes continuamente desviados casi por igual: pasan atravesados cerca de la villa de Briviesca, ladeándose cuanto mas van entre levante y mediodía: poco despues comienzan á se llamar los montes de Oca, nombre nuevo y moderno, que pocos dias ha tienen aquellos pedazos del Idubeda, puesto que muchos quieren decir que se nombran así por causa de cierta poblacion que los otros tiempos tenian allí llamada Oca ó Auca. Luego que pasan por aquí, dan los montes Idubedas en Villafranca, llamada de montes de Oca, que tambien es lugar conocido de Castilla, puesto entre Burgos y Santo Domingo de la Calzada, desviado de Burgos siete leguas contra levante. Pasa despues Idubeda junto con Fresneda: cerca del cual se hacen las fuentes del rio llamado Tiron, no muy grande ni caudaloso, pero señalado por aquellas tierras. Y poco mas adelante van estas cumbres no lejos de Ezcary, donde nace tambien otro rio, que dicen Oja: por cuya razon una buena parte de tierra contenida dentro de las vertientes septentrionales que se siguen destos montes, y de las riberas del rio Ebro, se dice comunmente Rioja, provincia muy abrigada, fértil y abundosa, llena de grandes provechos. Luego proceden aquellas cumbres entre Balbaneda (1) y Neyla, cerca de la cual nacen las fuentes del rio Najarilla, y poco mas adelante se hacen otras cumbres, llamadas Orbion, á quien los antiguos solian decir la montaña de los Pelendones, en que moraron ciertos españoles nombrados Uracos ó Duracos, donde son las fuentes del gran rio Duero, del cual ya hicimos alguna relacion en el segundo capítulo deste libro: como tambien la haremos en otras muchas partes de los libros siguientes que vendrán á propósito. Prosiguen mas adelante los montes Idubedas entre Yanguas y Soria: haciendo la serranía que llaman de Yanguas y tambien la de Garray, pueblo señalado por esta comarca, que fué los tiempos pasados ciudad obispal, y entre sus muchos prelados resplandeció mas que todos el bienaventurado san Prudencio, glorioso obispo garraitano, como despues lo diremos en su tiempo. Junto con este lugar, ó cierto no muy léjos, fué la parte donde los antiguos tuvieron la muy nombrada poblacion de Numancia, de quien adelante se hará larga memoria cuando contaremos las bravas y largas pendencias que tuvo con los romanos. Trás esto pasan los cerros y sierras Idubedas entre Agreda y Tarazona, y allí cerca de tal sitio se hace la gran cumbre de Moncayo, junto con las vertientes occidentales desta montaña, de la cual cumbre y de los provechos que tiene de pastos y fuentes y yerbas saludables, y mas la razon porqué la llamaron así, trataremos algunas cosas en los treinta y dos capítulos siguientes, y mucho mas por entero lo manifestará la postrera parte desta gran historia. Poco despues métense las lomeras del Idubeda por el reino de Aragon, donde se bajan y humillan para que lo hienda Jalon, rio principal en aquella provincia, que nace desviado de las tales montañas en la parte del poniente, y viene desde Castilla discurriendo por Medina-Celi: á una legua de la cual tiene sus fuentes y manantíos en la falda de ciertas cumbres que se hacen allí cerca, nombradas la Sierra Menistra, no junta ni pegada con algunas otras, sino sola y exenta por sí de todos cabos entre Siguenza y Medina-Celi. Despues va Jalon por Hariza, por Bubierca, por Ateca, por Calatayud y Ricla, Epila, Urrea, y otros muchos lugares de su ribera, hasta que cuatro leguas encima de Zaragoza se mezcla con Ebro. Pasada la tal quiebra, se levantan y encumbran los montes Idubedas como solian atravesados entre estos lugares, Daroca, Cariñena y Herrera: despues van entre Aguilon y Villadolce, y por el lugar que dicen Romanos, donde nace tambien el rio pequeño, llamado Guerba, que pasadas quince leguas de sus fuentes, se viene tambien á meter en Ebro, junto con Zaragoza. Poco mas adelante hacen aquellas cumbres la quiebra, y el puerto de San Martin: y despues vienen por Azuara, donde tiene sus fuentes otro rio del mismo nombre: trás esto vienen los montes Idubedas por cerca de Montalvan, junto con el cual, una legua mas arriba, echan de sí tambien el rio Martin: y poco despues confinan con el pueblo de Molinos, y allí junto nacen las fuentes del rio Guadalofe. Todos estos rios con los arriba nombrados, dado que no sean grandes, paran en Ebro, como lo hacen otras muchas aguas, que salen destas mismas sierras: de las cuales ahora no hablaremos, por no confundir con ellas la relacion de los montes Idubedas, cuyas fraguras y cuestas, á causa que pasados estos términos algun poco trecho discurren frontero de la ciudad de Tortosa, puesto que no le caian muy cerca, suelen decir por allí los puertos de Tortosa, bastecidos de poblaciones y lugares honrados: entre los cuales podemos señalar el que llaman Canta-veta, ó Canta-vieja, por ser de las mas antiguas de toda su comarca, segun veremos en el noveno capítulo del cuarto libro. Estas fronteras atravesadas en poco trecho, vienen á fenecer los montes Idubedas sobre la costa de nuestro mar Mediterráneo, tendiéndose de todas partes á diestro y á siniestro sobre la marina, de tal figura y manera, que segun algunos lo cuentan, prenden y se juntan con la montaña que ya dijimos en el segundo capítulo nombrarse Moncia: cerca de la cual, ó por aquellas comarcas y contorno, sospechan los que hablan del rey Idubeda, que tuvo su morada y asiento cuando vivió. Tiene tambien creido Juan de Viterbo, mucho contra razon, ser estos montes Idubedas, el que los moros llamaron Gibraltar, despues que ganaron la mayor parte de las Españas: lo cual fué ceguera suya manifiesta: porque la tal cumbre de Gibraltar, entre todos los latinos y griegos que de él escribieron, así cosmógrafos como coronistas, se llama Calpe, y cae en la provincia que ahora decimos Andalucía, nombrada primeramente Bética, sobre el estrecho de mar que se hace entre África y España: lo cual no concuerda con el sitio que los cosmógrafos dan á los montes Idubedas, cuyas fraguras todos á la par, sin discrepar alguno, las ponen en la provincia Tarragonesa, mucho léjos de la Bética. Lo que pudo turbar á Juan Viterbo fué la semejanza del vocablo, porque parecen muy conformes Idubeda, ó como lo queria llamar él Jubeda y Jumbetar, ó Gibraltar: mas esto no le pertenece nada

(1) Valbanera.

porque dado que el apellido fuera semejante, la significacion va muy diversa. Idubeda fué siempre vocablo antiquísimo, señalado por los autores y cosmógrafos notables: Gibraltar es vocablo arábigo, y de poco tiempo acá así llamado, que quiere decir en nuestro romance Monte de Tarif, y se debe pronunciar de razon Gebaltarif, á causa que cuando los alárabes y moros africanos hicieron las primeras entradas en España, fué con un capitan llamado Tarif: saltaron en tierra por aquella parte del estrecho, donde hallamos este monte. Aquello fué (segun adelante veremos) mas de setecientos años despues que nuestro Señor Jesu-Cristo nació: y si es verdad que este otro monte se llamó Idubeda por causa del nieto de Tubal, que (como dicen) comenzó su gobernacion entre los españoles mil y novecientos y setenta y dos años ántes que Cristo naciese, pasan de dos mil años el tiempo que la nombradía de los montes Idubedas fué mas antigua que no la de Gibraltar. Pero dejando esto, y tornando á los cuentos del príncipe Idubeda, hállase por la concordancia de los tiempos en el año quinceno de su gobernacion, haber fallecido en la tierra de Italia, segun dice Beroso, el patriarca Noé, pasados ya novecientos y cincuenta años de su vida, despues de haberse visto en grandes trabajos, hasta dar manera cómo sus dependientes poblasen las tierras del mundo. Los gentiles hubo tiempo despues que lo tuvieron por Dios, y le señalaron sacrificios y templos de gran solemnidad, llamándole por otro nombre Jano. Y por haberse acabado en él las gentes y naciones ántes del diluvio, y comenzado despues en él mesmo otras gentes, y mundo nuevo, decian, que el dios Jano era como principal abogado de los principios y fines de las cosas: el cual tambien despues muchos años tuvo templos en España con sacerdotes y ministros que reverenciaban su memoria, como los tuvo por las otras gentes. La Sagrada Escritura certifica ser el primer inventor de las viñas y del vino: y tambien el que primero navegó por agua, cuando la perdicion del diluvio general. Los escritores gentiles añaden haber traido, primero que ninguno otro, guirnaldas de yerbas y flores en su cabeza, para bien parecer ó para salud, por virtudes naturales que las tales yerbas tenian. Hácenle mas inventor de las monedas de metal, y por ser la tal invencion lo postrero de sus dias, los españoles no lo debieron tomar dél, cuando primero discurria por acá, como lo tomaron (segun se dice) muchos italianos y sicilianos, los cuales despues grandes años adelante, por memoria de este dios Jano, señalaban sus monedas, en él un lado con dos medias caras vueltas á contrarias partes: y del otro segundo lado con una guirnalda hojosa, cual escriben que la solia traer él. Otros figuraban en aquella segunda parte pedazos de barcas pequeñas: otros imágen de navío mayor, denotando la sobredicha navegacion del diluvio general. Y destas monedas postreras tengo yo dos, muy gastadas y comidas, llenas de muestras ó señales que declaran su gran antigüedad, halladas cerca de Zamora, soterradas con otra copia de monedas romanas bien viejas. En general concuerdan todos los escritores antiguos, cuantos de Noé Jano tratan, en decir que fué varon muy ingenioso, y buen inventor de herramientas y subtiles ayudas, para con mas perfeccion y ménos dificultad hacer obras y labores de sus manos, á las cuales era muy aficionado: y aun tiénese por cierto ser el primero que puso bueyes, ó bestias en yugo, mansas y domadas, con que labró la tierra descansadamente, haciéndole dar parto del fruto que Dios nuestro Señor habia menguado con su maldicion cuando pecaron nuestros primeros padres. Y por aquellas industrias fáciles y descansadas, tan provechosas al mundo, tan llenas de consuelos y recreaciones, dan á sentir las escrituras divinas haberse llamado Noé por nombre propio, que quiere decir en lengua caldea, descanso verdadero, consolador y remediador de los afanes. Algunas personas habrá que mirando los pocos dias que viven ahora los hombres, tengan por ficcion la mucha vida que se dice de Noé: pero como lo tal se halle declaradó por las escrituras divinas, hase de certificar eficazmente, no solo de Noé, sino de muchos otros, que por aquel siglo nacieron. Y si bien se mira, segun la necesidad que á la sazon habia de gente, convenia que Dios nuestro Señor les diese tan larga vida, para que con ella pudiesen hacer mucha generacion y las tierras en el mundo se poblasen á diversas partes: y tambien porque viviendo los hombres largo tiempo, con la gran experiencia que tendrian de muchas cosas, pudiesen mejor saber los secretos de la naturaleza y declararlos á sus hijos, para que tambien ellos con lo que en su tiempo alcanzasen sobre lo que sus padres les habian mostrado, informasen á los que despues sucederian; así que nunca Dios quiso faltar en las necesidades de los hombres, mayormente por aquel tiempo, que, segun escriben algunos autores, como los cielos y los elementos eran recien criados y estaban poderosos y frescos, no derramaban sobre las tierras influencias tan cansadas ni corrompidas como las echan ahora, por esta hez y basura de los siglos presentes: en los cuales presumen los que dicen esto que ni tienen la juventud ni la mocedad que solian tener allí. Por esta mesma causa porfían que no pueden ya conservar las cosas criadas tanto como solian, segun parece claro por muchas aves y muchos animales, de quien los escritores antiguos hablaron, que no los hallamos ahora, ni rastro dellos, como son los gigantes, de quien hace memoria la sagrada Escritura. Los centauros tambien que se tiene por cierto haber sido en su figura la mitad hombres, y la mitad caballos: de los cuales afirma Plinio haber él uno muerto por los tiempos del emperador Claudio. San Gerónimo cuenta que san Antonio halló tambien otro en el yermo cuando fué á visitar á san Pablo primer hermitaño. Tampoco parecen ahora sátiros ni faunos, que ni mas ni ménos tenian las piernas y piés de cabras, y la frente llena de cuernos, y en todo lo restante semejaban hombres. Destos dicen las historias latinas, que trajeron uno á Lucio Sila, capitan de romanos, estando en una ciudad de Macedonia, llamada por aquel siglo Dirrachio, que nombramos ahora Durazo, el cual tomaron en aquella mesma tierra, y aun el mesmo señor san Gerónimo escribe, que en tiempo del emperador Constantino tomaron otro vivo en la ciudad de Alejandría, y que despues lo llevaron muerto y salado, porque no se dañase ni oliese mal, á la ciudad de Antioquía, para que el emperador lo viese. Tambien san Antonio encontró otro semejante á éste en el yermo; y Aristóteles en sus libros notoriamente confiesa muy cerca de España nacer elefantes que se criaban y vivian por allí. Plinio hace mencion de ciertos animales llamados musimonios, criados en España, con otros, de que no hallamos ahora rastro. Dejo tambien de contar las viñas de Bálsamo en Judea, que ya por este nuestro siglo no las hallan allí, ni por otra parte. Pues qué si dijésemos de los árboles llamados plátanos, que tambien fueron en España. Las muchas diversidades

de piedras y yerbas minerales que nuestros antiguos tenian, de quien dura gran relacion en el arte de medicina: las cuales tampoco parecen hoy dia, ni su señal: aunque varones muy diligentes las han procurado con toda solicitud en este nuestro tiempo, mas al fin tienen éstos por cierto, que no las descubren á causa que ya los elementos y los cielos y generalmente la naturaleza toda van envejecidos y cansados: y dicen que no favorecen la tierra con aquella virtud y fortaleza que solian para criar las cosas en la perfeccion primera: de lo cual ha resultado, que las estaturas ó tamaño de los hombres parece menor que nunca fué, las fuerzas mas flacas, la vida mucho mas corta que la del tiempo pasado, como se muestra cotejando la edad que ahora comunmente se vive, con esto que la sagrada Escritura dice de Noé, y de los otros hombres de aquel primer siglo. Mucha parte de los filósofos naturales no confiesan que tal flaqueza ni cansancio pueda caber en las estrellas ni cielos, ni elementos, ni que dejen ahora de ser tan fuertes ni substanciosos como de primero: pero contra ellos traen los otros que hablan en la vejez de los siglos muchas razones sin las que tenemos escrito, para confirmacion de su propósito: las cuales dejamos aquí de poner, ni determinar cual dello vaya mas cierto, por no ser cosas de calidad que toquen á la corónica de España, y porque lo dicho parece demasiado, segun la brevedad en que fundamos y tenemos propuesto. Tornados, pues, á nuestro propósito, dícese, que pasados cuarenta años despues de la muerte de Noé, murió tambien el príncipe Idubeda, y sucedió en su lugar otro, llamado Brigo, que certifican haber hecho cosas notables y dignas de memoria, como lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

De Brigo, que segun se dice fué cuarto príncipe, gobernador antiguo de las Españas, y de las tierras que los españoles en sus dias poblaron acá y en diversas partes del mundo.

Ya por esta sazon parece que tenian algunas provincias de nuestros españoles gentes y pueblos que de continuo crecian en valor y poderío; los cuales dicen haber obedecido por señor principal al hijo del rey Idubeda, que se llamaba Brigo: cuya gobernacion (segun afirma Juan de Viterbo y su Beroso) comenzó casi por el año de mil y novecientos y cinco ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, cuando se cumplian doscientos y cincuenta y nueve despues de la poblacion de España. Certifican haber sido, juntamente con los pasados, provechoso príncipe, fundador de pueblos, y castillos, y fortalezas, mas que todos cuantos ántes dél reinaron en España; por cuyo respeto dicen tambien que fueron en ella ciertos pueblos llamados Brigantes en general, y tambien otros que se llamaron Brigos. Dícese mas haber tenido tal inclinacion á mostrar sus grandezas y derramar su fama por donde quiera que podia, que señaló gentes y compañas para las enviar á tierras diversas, donde hiciesen pueblos y ciudades y las llamasen de su nombre dél. Desta manera pasaron en las partes de Asia, que fué la mayor provincia del mundo, sobre la vuelta del levante, los brigos españoles; y fué cierto que despues corrompiéndoseles el vocablo, se llamaron frigios, y poseyeron muchos años la region que por el mesmo respeto se nombró Frigia, donde reinaron adelante los príncipes de Troya, hasta los tiempos del rey Príamo, que perdió cuanta potencia solian tener en aquellas partes, segun que por sus historias se cuenta. Escriben tambien aquel rey Brigo de las Españas haber otrosí despachado gentes que poblasen cierta region en Italia, de los cuales unos moraron en los Alpes, que son montes crecidos y grandes en los confines de Francia y de Italia: y los que por allí pararon, tambien sabemos que se llamaron brigos, como los que pasaron en Asia. Y en memoria de cierto capitan que con ellos iba, nombrado Varo, llamaron al principal pueblo de su morada, Varobriga, con otro rio de la misma comarca que dijeron Varo, cuyo nombre permanece hasta nuestros dias, y se mete por el mar Mediterráneo junto con la ciudad de Niza, no léjos de la parte que los mareantes llaman el cabo de Antibe. Los otros españoles restantes bajaron á la tierra Toscana, donde se dice que poblaron gran parte della: y allí hicieron villas y castillos á quien llamaron Brigas. Certifican otrosí, que tambien este rey Brigo de España puso moradores en una gran isla, que nombran estos dias Irlanda: la cual antiguamente decian Ibernia, y por otro nombre Ierna, cercana de Inglaterra, para que tambien la poblasen y señoreasen: y los que por allí vinieron despues de llegados, se llamaron Brigantes, y Brigo tambien un rio principal que corre por ella. Acuérdome yo que siendo llegado con fortuna de la mar en una villa de la tal isla nombrada Catafurda (1), los moradores della con otros que de fuera venian, mostraban mucho placer con los españoles que por allí nos juntábamos, y nos tomaban por las manos en señal de buen conocimiento, diciéndonos descender ellos de linaje español: lo cual yo tuve por cosa nueva, puesto que conforme á su dicho dellos me recordé luego de lo que cuanto á este caso habia primero leido por aquellas corónicas y glosas de Juan de Viterbo. Vínome tambien á la memoria, que cuando los alárabes y moros africanos ganaron las Españas en tiempo de don Rodrigo rey de los godos, muchos españoles salieron huyendo por diversas partes del mundo: muchos otros anduvieron pidiendo socorros en Grecia y en Francia, y en Alemaña, puesto que nadie se los dió: de los cuales algunos aportaron en aquella isla, como lo veremos en el tercer volúmen desta gran historia. Y dado que despues tornaron en España, pudo ser que muchos quedasen allí mezclados con los naturales, hasta ver en qué paraba la persecucion de los moros, donde resultase la parentela de los irlandeses y los españoles. Fama es junto con esto conservada de padres en hijos, que los tiempos antiquísimos un cierto varon español, á quien decian Iberno, ó Hierno, morador en las marinas del cuarto lado de España, caminando sobre mar, le tomó súbito tan furiosa tormenta, que sin poderse valer, en tres dias solos de navegacion dió con él y con otros compañeros dentro desta isla despoblada, donde ya despedazado su navío con la fortuna pasada, quedaron allí todos, y tambien algunas mujeres que traian, y por causa de tal Hierno, ó Iberno español, certifican que dijeron Hierna, ó Ibernia primeramente la isla, que despues en su lengua nombraron Irlanda: por manera que de todas aquellas vias pudo continuarse muy bien el parentesco ya dicho, de quien los irlandeses tanto se precian, como mas declaradamente lo señalaremos en el octavo capítulo del tercer libro. Son estos irlandeses hoy

(1) Es Craunfort.

dia gente muy simple de condicion, mucho pobres y maltratados; porque la tierra no tiene fertilidad alguna. Los mas dellos viven por el campo, sin hacienda ni riquezas mas de sus hijos y mujeres, aunque con toda su falta señalan entre sí personas á quien reconocen veneracion y superioridad: de suerte que no se libra lugar ni rincon donde la vanagloria no halle sus entradas, pocas ó muchas. Crian lebreles muy buenos con que matan muchas vacas, y muchos animales monteses, y mas otras cazas de que hallan abundancia por aquella tierra para sus mantenimientos: moran muy pocos pueblos que tengan faccion de lugares, porque todos viven derramados en sus montañas, con casillas y chozas pobres: sino son algunos que poseen la ribera de la mar, donde parecen lugares de gentes tratantes en mercaderías de algunos ingleses que tienen por allí sus inteligencias y conversacion. Por todas estas causas (como ya dije) pudo bien acontecer, que siendo los tales irlandeses gentes muy apartadas de los otros hombres, oyesen á sus antepasados la sucesion, ó la mezcla deste linaje con los españoles, ahora fuese por el tiempo que dicen del rey Brigo, ahora despues cuando la venida de los moros en las Españas, ó cuando los otros apuntamientos que dejamos señalados, y así de los unos en los otros hayan conservado la memoria de sus progenitores: de lo cual en España ya no tenemos acuerdo particularmente del tiempo deste rey Brigo, por razon de las muchas persecuciones que sucedieron en la tierra los tiempos pasados, con que pereció la relacion de sus corónicas antiguas sin que dello sepamos mas de lo que las otras gentes acaso dejaron escrito de nosotros.

Tornando, pues, á nuestro propósito, cuentan las historias del Beroso ya dicho, que por todas las villas y poblaciones cuantas á la sazon, y tambien adelante fueron hechas en España, quedó costumbre comun de se llamar brigas á causa deste rey Brigo, y verdaderamente muchos autores latinos y griegos, juntos con Estrabon, á lo claro confiesan que los españoles en su habla natural decian brigas, á las ciudades y poblaciones principales, dado que no cuentan alguna cosa de Brigo, ni lo tengan por indicio de tal apellido, pero cierto sabemos haber quedado por España muchos años este nombre hasta que los griegos y cartagineses, y la gente de Fenicia pasaron acá poblando lugares nuevos, y dándoles nombres cuales querian, y despues dellos tambien los romanos hicieron lo mesmo, trás éstos los godos, y finalmente los alárabes y moros africanos que lo corrompieron todo, como veremos en el proceso desta gran obra. Veremos otrosí por los libros venideros, que cuando tuvo por bien el emperador Flavio Vespasiano de hacer una ciudad en España junto con la ribera del mar de Vizcaya, la llamaron Flavio Briga, conformando su nombre de Flavio, con la habla de la region en que llamaban brigas á los pueblos. Esta ciudad mostraremos despues haber sido muy cerca de donde hallamos ahora la villa de Bilbao, cotejada su postura con el asiento que declaran los cosmógrafos antiguos. Acrecentóse tambien con gente romana, por mandado del mesmo príncipe Vespasiano, dentro de Galicia, cierto pueblo muy antiguo, no léjos de la mar, llamado primeramente Brigancio que despues por la sobredicha causa se nombró Flavio Brigancio: dícenle por este nuestro tiempo Betanzos, alejado tres leguas de la Coruña, contra la vuelta del occidente, la cual Coruña fué tambien otros años nombrada Brigancio, juntamente con su puerto, llamado Brigantino, segun parece por las historias de Paulo Orosio. Haremos asimesmo relacion adelante de la villa que mandó fundar el emperador Augusto César en España, primero que el príncipe Vespasiano, poco mas bajo de las montañas de Castilla, no léjos de donde hallamos ahora la poblacion de Burgos: la cual villa por su causa dél dijeron Augusto Briga (1). Fué tambien cimentado por aquellas mesmas montañas otro lugar principal, en memoria de Julio César su tio, y llamáronlo Julio Briga (2), cerca de la parte donde nace el rio Ebro, cuyas muestras y señales derrocadas y muy destruidas hallamos ahora entre Aguilar de Campo y Herrera de rio Pisuerga, llamada por la gente vulgar comarcana la ciudad Oliva. Tuvieron mas los antiguos otro pueblo nombrado Lacobriga, del cual ya dijimos llamarse Lagos en estos dias sobre la ribera del mar Océano junto con el cabo de San Vicente; y acá dentro de la tierra permanece hasta nuestro siglo, la poblacion de Segorbe, que los antiguos llamaban Segobriga (3), con mas la ciudad de Bregancia muy conocida sobre los límites y rayas del reino que dicen Portugal. El pueblo que nombramos hoy dia Ciudad-Rodrigo, fué dicho tambien entre los antiguos Mirobriga, despues le llamaron Augustobriga (4). Dura tambien Arcos, villa principal en el Andalucía que llamaban Arcobriga (5) nuestros antepasados, y del mesmo nombre tenian otro pueblo los españoles dichos antiguamente Celtíberos dos leguas mas oriental que Medina-Celi sobre la ribera del rio Jalon, al cual pueblo tambien llamamos Arcos hoy dia: de los cuales todos adelante se verán muy en particular sus orígenes y principio, tiempos, y dias en que se fundaron. Sin éstas hubo los tiempos pasados otras muchas poblaciones antiguas en España que tomaron los apellidos de quien las fundó con el sobrenombre de briga, que queria decir ciudad, de quien los cosmógrafos hacen continua relacion, puesto que no tengamos ahora memoria sino de muy pocas dellas. Sospecha mas aquel Juan de Viterbo, que Brigo, de quien él habla, fuese quien primero trajo pintado por sus escudos y banderas, un castillo dorado, cual ahora le traen en sus armas ó devisa los reyes de Castilla, movido solamente por haber este príncipe sido gran edificador de castillos y ciudades, segun él dice. Y á ser ello así, lo cual yo no creo, muchos tiempos debió quedar perdida la tal invencion despues de los dias de este Brigo, por ser cierto que don Alfonso rey de Castilla, noveno deste nombre, fué de los primeros reyes castellanos que mandaron poner en los estandartes y señales de su reino la devisa del castillo dorado sobre campo sangriento, despues que venció la gran batalla de Ubeda, que dicen algunos de las Navas de Tolosa, porque hasta su tiempo los reyes de Castilla siempre trajeron las armas del reino de Leon que son un leon rapante morado de púrpura, sobre campo blanco, segun que todo lo declararémos en la postrera parte desta corónica. De manera que pasadas estas cosas de tan buena fama cuanta dicen aquellos

(1) Este Augustobriga llámase Aldea del Muro, lugar sito en tierra de Soria. (2) Este lugar de Juliobriga es el sitio de Retortillo, sito á unas cinco millas de las fuentes del Ebro. (3) Algunos no admiten esta reduccion de Segobriga en Segorbe, y aun el mismo Ocampo mas adelante parece contrariarla. (4) Opínase ahora que esta Augustrobriga es Villar del Pedroso. (5) No la llamaron Arcobriga, sino Colonia Arcense. Arcobriga llamaron al Arcos contiguo á Medina-Celi.

autores, el rey Brigo, siendo ya de muchos dias, habiendo gobernado la tierra cincuenta y dos años, dió fin á su vida, dejando con su muerte gran soledad en cuantos lo conocian y trataron.

CAPÍTULO VIII.

De Tago, que dicen haber sido quinto gobernador ó rey de los muy antiguos en España, y de las cosas mas señaladas que platican haber hecho los dias y tiempo que la gobernó, poniendo vecindad y moradores nuevos en diversas partes del mundo.

Despues de la muerte de Brigo certifica Juan de Viterbo, que tomó luego la gobernacion de los españoles, y fué principal dellos uno que decian Tago, casi en el año de mil y ochocientos y cincuenta y cuatro primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, que fué cuatrocientos y cincuenta y uno despues del diluvio general, cuando se comenzaba trecientos y diez años cabales despues de la poblacion de España: por causa de su nombre quieren certificar haberse llamado Tago un rio de los mas principales en España, que nombramos ahora Tajo, cuyas aguas nacen de la sierra de Molina, dentro en la provincia que llaman ahora Castilla, las cuales montañas ó sierras son parte de ciertos montes que los antiguos solian decir Orospedas, de quien daremos cumplida relacion en el quinto capítulo del segundo libro. Va discurriendo la corriente deste rio Tajo por encima del reino de Toledo, contra la parte del campo que llaman Arañuelo, no léjos de la villa de Oropesa, ni léjos tampoco de las comarcas de Plasencia. Y pues ya declaramos en el segundo capítulo pasado la faccion de su viaje, no conviene repetirla ni platicar cosa della, mas de que por la mayor parte va semejante con la del rio Guadiana, señaladamente hasta que Guadiana llega á Badajoz, donde, como ya dijimos en otro lugar, deja el camino de poniente, y se tuerce contra mediodía para venir al mar Océano. Mas el rio Tajo luego como pasa de Toledo, siempre lleva su camino seguido, así por Castilla, como por las tierras de Portugal, y se lanza en el Océano de poniente casi dos leguas mas abajo de donde hallamos ahora la gran ciudad de Lisboa, sobre la parte que dicen los Cachòpos, que son unas pizarras ó peñascos dentro del agua del mesmo rio, puestos á la mezcla dél y de la mar donde los navíos pueden recibir daño por las entradas y salidas: mayormente cuando la mar baja, que es una vez cada dia y otra cada noche aquí y en todos los puertos de España que caèn sobre el mar Océano, dado que si los tales navíos esperan las crecientes, que tambien son otras dos veces entre dia y noche, no tienen aquel impedimento, porque las aguas sobrepujan las piedras, y con poca diligencia que los marineros tengan hallan muchas partes de hondura, por donde suben muy seguros el rio arriba. Cuando Tajo á esta su boca llega, va tan crecido y poderoso, que donde ménos ancho tiene otra legua, y donde mas casi tres. La marea sube por él hasta juntar con las villas de Almerin y de Santaren, fronteras la una de la otra sobre las riberas ambas del mesmo rio, casi diez y seis leguas de su boca por el agua arriba: entran en él grandes navíos hasta la ciudad de Lisboa, y despues adelante navégase con otras barcas mas pequeñas: tiene gran abundancia de ostras y pescados de facciones y maneras diversas, con que se bastecen muchas partes de España: junto con esto tuvo siempre fama los tiempos pasados de criar sus arenas oro perfectísimo, y aun hoy dia se hallan en él granos bien gruesos y muchos deste metal harto finos; pero verdaderamente se hallarian muchos mas, si los que trabajan en ello pusiesen tal diligencia con tales aparejos ó herramientas cuales traian los antiguos, así por este rio como por los otros de nuestra tierra, pues no ménos en las aguas ó corrientes de los arroyos y rios, que por los mineros de la tierra, nuestra España tiene abundancia increible de oro, si bien se buscase. Mas tornándonos á lo que del príncipe Tago se cuenta, quieren algunos decir que no fué natural de España, sino africano de nacion, y ser uno de quien la Sagrada Escritura hace memoria en el décimo capítulo del Génesis, y le llama Tagorma: el cual nombre, segun interpreta san Gerónimo, quiere decir arrancador de poblaciones nuevas, porque tal dicen haber sido su condicion despues que en España reinó, y que éste es el que fundó en África, donde le hacen natural, una ciudad que por su causa nombraron Tagorma. Dicen mas que cuando en España vino, lo primero donde pobló, fueron las comarcas entre Toledo y el reino de Murcia, desde las cuales repartió gentes y compañías españolas que morasen algunas otras provincias de España que hasta sus dias estaban desiertas, y que no solo tuvo semejante diligencia dentro de sus tierras y señorío, sino que tambien envió contra las partes asiáticas españoles que hiciesen allá lugares nuevos. Destos los unos pararon sobre los montes Çaspios, otros en la tierrra de Albania, muchos en Fenicia, que fué provincia de Siria, donde cae la ciudad de Tiro, muchos otros entraron por África, contra la parte que nombramos ahora Berbería, donde fundaron asimesmo pueblos y moradas en que dejaron su recordacion, y permaneció su descendencia largo tiempo. Despues desto no hablan otra cosa de Tago que á la historia convenga, sino es haber reinado treinta y tres años en España: en fin de los cuales dicen que murió, y que sucedió en aquella provincia que él gobernaba otro príncipe llamado Beto, de quien el capítulo siguiente hará relacion abundosa.

CAPÍTULO IX.

De otro rey llamado Beto Turdetano, por cuya causa certifican algunos que una provincia de España se llamó antiguamente Bética: la cual, ó la mayor parte della, se dice ahora el Andalucía.

Fué este año en que el príncipe Beto afirman haber comenzado la gobernacion del señorío que por aquel tiempo solia ser en España, mil y ochocientos y veinte y cuatro años ántes que nuestro Salvador Jesucristo naciese, que tambien fué trecientos y treinta y nueve ó cuarenta, segun otra cuenta, despues que Tubal la pobló, y por causa de su nombre certifican algunos historiadores que dél hablan, haberse llamado Bética entre los antiguos aquella provincia española, que dejamos rayada sumariamente en el tercer capítulo deste libro, donde se contiene ahora casi todo lo que llamamos Andalucía. Cierto es que aunque entre las gentes extrañas aquella tierra fuese nombrada Bética, entre los españoles se decia Turdetania: lo cual escriben aquellos historiadores haber sido porque tambien este rey Beto, que por allí hizo su principal asiento, mas comunmente se llamaba Turdetano que Beto, y las gentes que con él quedaron, y la sucesion que de-

llos procedió se dijeron despues muchos siglos los españoles turdetanos. Tambien es cierto que todos éstos andando los tiempos se dividieron en tres linajes ó parcialidades diversas con que se hicieron pueblos discrepantes en apellidos y apartados en su vivienda puesto que todos moraban en aquella provincia Bética ó Andalucía: los unos se llamaban Turdulos, otros quedaron en el primer apellido de turdetanos, que sin duda fué renombre antiguo, y como tales poseyeron allí mayores tierras, y fueron siempre mas estimados: los otros dijeron bastulos, nó de tanta multitud ni número de gente: mas á causa que moraban sobre la marina, y estaban, como dicen, en los primeros encuentros de las naciones extranjeras que despues vinieron en España por la mar, se les mezclaron otras muchas gentes, como fueron unos nombrados cartagineses, y otros fenicios, que poblaron entre ellos copia de lugares, sobre los que tenian estos bastulos andaluces primero, segun que de todos ellos hablaremos despues algo mas largo en los veinte y siete capítulos del segundo libro, y en otros lugares desta corónica que dello darán cuenta cuanto mas vaya. No faltan otros historiadores que sobre la razon del vocablo de la Bética, sospechen esta provincia no se haber llamado así entre los antiguos por causa deste rey Beto, de quien hablamos ahora, sino porque fué palabra caldea descendiente de Behin, el cual nombre, segun se halla por el tratado de las interpretaciones hebraicas, quiere decir tierra fértil ó deleitosa, cual es aquella provincia, que por la maravillosa fertilidad y copia de todas las cosas nacidas lleva crecida ventaja sobre cuantas en el mundo sepamos, tanto que los poetas pasados fingian en sus libros ser ella los campos á quien llamaban Eliseos, donde creian que las ánimas de los bienaventurados venian despues de muertos para tener allí galardon y premio de las obras virtuosas que hicieron cuando vivian, recibiendo placeres, descansos y deportes, y todos los contentamientos posibles en pago de su bondad pasada, lo cual no se decia por otro fin sino por la grande excelencia desta tierra que no se halla su par en el mundo considerándola generalmente. Dicen otros que la Bética tuvo tal apellido por causa del rio Betis que nombran ahora Guadalquivir, y pasa por medio della seguido y derecho sin dar vuelta ni torcedura notable, sino fuese pocas leguas ántes de la parte donde lo recibe la mar. Allí sabemos claramente que los tiempos antiguos iba dividido por dos brazos, haciendo con ellos una isla, que solia tener cierta poblacion asaz famosa, de quien hablaremos en el primer capítulo del tercer libro. Destos dos brazos, el uno, mas oriental en este nuestro siglo presente, ya va de todo punto consumido: porque las aguas, que solia llevar, han trastornado todas en el otro brazo: dado que sus muestras y la madre de su corriente parezcan hoy dia claras cerca de la villa de Rota, y en otros pasos de aquella tierra, el cual rio Betis afirman éstos que fué tambien así nombrado, nó por mas de porque los españoles quisieron llamarle Betis: ni dicen ser menester que los apellidos de las cosas tengan causas legítimas, aunque de muchas buenamente se pueden saber, pues las mas destas nombradías procedieron del albedrío solo de los que primero habitaron en ellas: y ciertamente grandes cuidados excusaria tal dicho, para los que mucho se fatigan en buscar suficiente razon al nombre de diversas províncias y ciudades, como lo buscan á la Bética sobredicha, de cuya postura, faccion, bienes, excelencias, y crecida fertilidad, con todas las otras particularidades que le convengan, trataremos permitiéndolo nuestro Señor Dios en la segunda parte desta corónica, sobre lo que dejaremos apuntado cuanto á sus aledaños ó mojones en los libros venideros. Por ahora no cumple señalar otra cosa della, sino que sus moradores y naturales cuantos por allí vivieron todos los tiempos que dicen el rey Beto gobernarla, y aun despues largos años adelante, fueron reputados y tenidos por músicos maravillosos, y por hombres ejercitados en el arte de geometría, pero sobre todo por muy excelentes en filosofía moral, donde procede la gobernacion, justicia perfecta de cualesquier negocios humanos, y tanto que segun Estrabon afirma, tuvieron aquellos béticos andaluces hasta su tiempo dél, ordenanzas y leyes por donde se regian, compuestas en metro muy ordenado, las cuales certificaban ser de tal antigüedad, que pasaba de seis mil años que sus progenitores ancianos se gobernaban por ellas, mas estos años que despues usaron los españoles andaluces de quien Estrabon hace memoria, hubo mucho tiempo que contenian solamente cuatro meses solares, como presto mostrarémos en el onceno capítulo siguiente. Por manera que seis mil años de cuatro meses montan otro tanto como dos mil años comunes de los que tenemos ahora divididos en doce meses, y de los que tambien usaban en el imperio romano cuando Estrabon escribia sus obras, que fué casi en la mesma edad de nuestro Señor Jesu-Cristo. Y si los que nuestra corónica leyeren, miran desde sus principios el proceso que llevamos en ella con sus años y tiempos, hallarán que contados estos dos mil años desde la sazon en que Tubal el primer poblador de las Españas dió fin á sus dias, vienen á se cumplir en los mesmos dias que Estrabon señala, por donde parece ser aquellas leyes antiquísimas que los turdetanos andaluces tuvieron las propias y verdaderas que Tubal en esta tierra puso, segun el tercer capítulo del presente libro lo dejó ya declarado. Confírmase con esto lo que tambien apuntamos allí, que es haber sido en España las primeras letras, y la primera sabiduría del mundo, muchos años ántes que los griegos entendiesen qué cosa fuese ciencia, ni supiesen escribir: puesto que Grecia siempre tuvo presuncion haber en ella nacido todas las artes humanas, por lo ménos aquellas que mas usaron los antiguos, cuyo bien y provecho dura todavía por este nuestro tiempo. Si dijera la perfeccion dellas, podria ser que tuviese motivo justo, cuanto no lo tiene queriéndose hacer principiadora de tan gran virtud. Claro conocemos en las historias fidedignas el primero que trajo la manera del escribir á Grecia con las figuras del abecedario, ser un varon llamado Cadmo, natural y morador en tierra de Fenicia, no lejos de Judea: vino, segun dicen, desde su tierra pasados ochocientos años despues de la muerte de Tubal, así que todos aquellos años queda mas antigua la sabiduría de nuestros españoles que la de Grecia, señaladamente por esta region andaluza, de quien ahora hablamos: la cual, como ya dije, porfía Juan de Viterbo, que por el respeto de su rey Beto fué dicha Bética los tiempos antiguos. Ahora lo mas della nombramos Andalucía por causa de cierta gente llamada los vándalos, que vinieron en España cerca de los años de cuatrocientos y trece despues que nuestro Señor Jesu-Cristo nació. Tiranizaron estos vándalos muy gran parte de la Bética, segun adelante mostraremos; y pasadas allí muchas contiendas y trabajos,

finalmente quedaron asentados y moradores en ella, señores absolutos de toda su region, y por causa de los tales vándalos allí residentes, la comenzaron á llamar tierra Vandalicia: despues corrompido mas este vocablo, quitando la primera letra le dijeron Andalicia y ahora muy mas corrupto, la nombran Andalucía: sin haber ya recordacion entre los españoles presentes del apellido viejo de Bética, ni del anciano rey Beto, por cuyo respecto quieren decir haber tenido tal nombre: del cual rey no sabemos otra cosa que podamos al presente contar, mas de que gastados treinta y un años en su gobernacion, y buen regimiento de la tierra, murió sin dejar heredero legítimo que le sucediese: por donde se recrecieron alteraciones y mudanzas entre mucha parte de los españoles que le reconocian señorío.

CAPÍTUTO X.

De los hechos de Deabos, que por otro nombre llaman Gerion, el primer tirano que tuvieron las Españas: y de sus hazañas, y principios y naturaleza.

Sabida la muerte del rey Beto, dicen aquel Beroso y su intérprete Juan de Viterbo, que pasó luego en España un caballero, natural africano, llamado por nombre Deabos, á quien los españoles en su lengua comun (la que hablaban aquellos dias) nombraron Gera, ó Gersa: despues corruptamente fué dicho Gerson, y mas adelante Gerion: la cual nombradía significa tanto (segun que éstos afirman) en lengua caldea, como si dijesen extranjero y advenedizo, donde se colige, que por aquellos tiempos la habla de los españoles debió ser muy conforme con la de los caldeos, ó casi la mesma: porque como Tubal su primer fundador fuese caldeo natural, y los que con él vinieron tambien caldeos, de sospechar es, que su generacion y descendencia hablarian la lengua de sus progenitores, y permaneceria despues en España, hasta que por discurso de tiempo gentes de muchas naciones vinieron á ella, y poco á poco se fué corrompiendo, y mezclando la tal habla con las otras: de modo que ya casi falta del todo, puesto que por decir verdad, no se ha podido tanto corromper entre nosotros, que todavía no hablemos algunos vocablos caldeos, mezclados á nuestro romance vulgar, de qué se dará cuenta por algunos capítulos y libros siguientes, cuando se tratará de la lengua y habla pasada de nuestros españoles: donde probaremos abiertamente nunca ser la que los vizcainos ahora hablan, segun algunos coronistas deste tiempo tienen creido. Mostraremos otrosí, ser tambien alguna señal razonable, para que tengamos por ménos dudoso la nombradía de Gerion tocar en vocablo caldeo, que no lo señalan otros libros cuando dicen venir de lengua griega: en la cual Gerin, ó Garin quiere decir vocear. Tampoco faltan autores que le dan el tal apellido de Gerion, por causa de cierta torre donde moraba, llamada Geronda, situada sobre la marina frontera de Cádiz: lo cual si así fué, debióla fundar este Deabos Gerion, para desde ella sojuzgar aquellas comarcas. No tengo yo por muy firme que Gerion reinase en España despues del rey Beto, que contamos arriba, ni que fuese tan extranjero como lo quiere hacer aquel Beroso y su Juan de Viterbo, cuando certifican haber pasado desde las tierras africanas, casi en el año de mil y setecientos y noventa y tres, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué justamente trecientos y setenta y uno despues de la poblacion de España: mas en cualquiera tiempo que viniese, tengo por averiguado ser el primero que hizo por España demasías y fuerzas, y nó ménos el que primero tomó tiránicamente provincias y regiones en ella cercanas á la mar confiándose de su valentía, con la de muchos otros tales que le seguian. Y con éstos fué cierto que llegó despues á ser el mas rico varon de cuantos en aquel siglo se hallaban, tánto que los historiadores griegos le llamaban por sobrenombre Criseo, que quiere decir, hombre rico, hecho de oro, porque certifican tambien haber sido quien primero descubrió mineros en España de metales preciosos, procurando siempre de los allegar y tener por riquezas principales, lo cual, segun el estilo de tiempos tan inocentes y santos, fué negocio de mucha novedad en España, pues ni por ella ni por otras muchas provincias del mundo tenian en aquel siglo contratacion de dinero, ni la tuvieron largos tiempos adelante: no siendo para lo tal. El oro con la plata son poco necesarios á la vida, si no quisiésemos decir que Gerion y sus allegados lo querian para vasijas, ó para composturas en los atavíos de sus personas y casas: puesto que los oficiales y artífices eran tan pocos donde quiera, cuanto mas en España, que muy mas lijeramente hicieran sus vasijas de maderas, ó de barro, que nó de metales, como creo yo cierto que las hacian. Tuvo junto con esto Gerion en España multitud increible de ganados, que verdaderamente fueron en aquel tiempo la cosa de mayor estimacion entre las gentes. Y destos era tal su gran abundancia, que los rebaños y piaras de sus bueyes y vacas tuvieron la mayor fama de cuantos hubo por aquel siglo: no solo cuanto á ser muchos, sino tambien cuanto á ser grandes y gruesos y hermosos. Dícese mas este Deabo Gerion haber edificado en la provincia, que llamamos ahora Cataluña, cierta poblacion, á quien por su causa dijeron Geriona: la cual ahora nombran Gerona, y que desta manera quedó muy apoderado por aquellas comarcas y marinas españolas treinta y tres años continuados, sin haber quien le contradijese cosa de sus demasías, ni le fuése á la mano sobre cuanto hacia, ni aun mirase ni sintiese los bienes ó males de su conservacion, porque nuestras gentes en aquel tiempo, dado que tuviesen las letras y la ciencia que ya dejamos escrito, todo lo demás era lleno de simplicidad tan sin sospecha, que ni recelaban el mal que les podia venir de las otras partes, ni procuraban ellos de lo hacer á nadie. Tenemos al presente cierto coronista griego, mucho bueno, llamado Arriano, que compuso la corónica del gran Alejandro, rey de Macedonia. Éste, sobre cierto propósito, hablando de Gerion, dice, que los españoles antiguos en la relacion que solian conservar de sus primeros reyes, no hacian memoria de rey que se llamase Gerion. Creo yo que por no ser aquel su nombre natural, sino Deabos, como tengo dicho: pero cierto es que todas nuestras historias cuantas ahora sabemos, lo confiesan y reconocen por aquel apellido, juntamente con las latinas y griegas, sino son las del buen Ecateo, que, segun parece, mucho contra razon lo niegan, y rehusan de venir en ello.

CAPÍTULO XI.

De la venida que Osiris, señor de Egipto, hizo en España contra Gerion, y de la batalla que pasaron ambos: y mas otras cosas señaladas que despues de la tal pelea sucedieron.

Estando las cosas de los españoles en el término sobredicho, dañadas y discrepantes algo del estilo que primero solian tener, vinieron acá gentes armadas en gran multitud que seguian un capitan egipciano, llamado por nombre Osiris, á quien por otro apellido los coronistas griegos y latinos suelen nombrar Dionisio: el cual, á lo que se publicaba, venia solamente por contradecir las demasías y fuerzas de aquel tirano Gerion, que sonaban ya muy públicas en el mundo. Bien es verdad que los mesmos autores griegos hacen memoria de muchos hombres valerosos y notables, llamados Dionisios. Entre los cuales fué uno Baco, que tambien vino despues en España, con otros que por sus historias señalan. Mas este Osiris Dionisio, de quien ahora hablamos, fué mucho mas aventajado y antiguo que todos: y allende su gran esfuerzo, mostrábase tan enemigo de los malhechores y tiranos, que donde quiera los buscaba con extraña solicitud. Y como digo, la principal causa de su venida por acá, fué, querer vedar y contradecir aquellos agravios crueles que de Gerion se publicaban, sin que nadie lo llamase, ni cosa le moviese para lo hacer, mas de ser esta su natural inclinacion. Y no solamente principió tales acometimientos en España, pero tambien por Italia, por Grecia, por Tracia, y por las Indias procuró lo mesmo, sin dejar casi parte del mundo que no descubriese, quitando los males que hallaba. Sabiendo pues Gerion la llegada deste capitan egipciano con ejércitos victoriosos y valientes, y la voluntad que traia de lo destruir, si pudiese, comenzó tambien él á juntar sus aficionados y parientes para le resistir, ó matar. Poco despues, buscándose los unos á los otros acompañados do cuanta pujanza poseian, vinieron á se topar en el campo de los españoles tartesios, moradores cercanos á la boca del estrecho que hace nuestro mar entre las tierras africanas y españolas, junto con la villa de Tarifa, nombrada primeramente Carteya: despues la dijeron Tarteso. Desde la cual discurriendo los años y siglos creció tanto su generacion, que bastaron á tomar todas aquellas marinas comarcanas y pasaron adelante mediano trecho, segun el proceso desta corónica lo manifestará. Llegadas aquí las compañías de los dos príncipes arriba dichos, Osiris y Gerion, ordenadas sus haces en el concierto que pudo saber y tener un tiempo tan inocente, rompieron su batalla valientemente: la cual fué cruelísima, reñida con demasiadas bravezas: y así pasada mucha terribilidad y fiereza por ambas partes, Deabos, Gerion, y todo lo principal de sus valedores quedaron allí sin algun remedio vencidos, muertos y destrozados. Ésta se certifica ser la primer batalla campal, ó encuentro poderoso de guerra que sepamos en las Españas. Engrandécenla muy mucho los autores peregrinos por haber acontecido dentro de tiempos antiquísimos, tanto que nuestros poetas la llamaban batalla de los dioses contra los gigantes, á causa que (segun confiesan las historias) este Gerion fué gigante. Su competidor Osiris que lo venció fué reverenciado como Dios entre los gentiles despues de muerto, mayormente por las tierras y comarcas egipcianas, donde tuvo señorío: porque tal era la costumbre de los venerables antiguos reputar y tener por sus dioses á las personas perfectamente virtuosas, y no ménos á quien procurase provechos universales y comunes para todos, cual Osiris y cuantos le seguian, á la contina procuraban: y tambien á quien sacase nuevas invenciones, ingenios, herramientas, ó destrezas ayudadoras á negociar y hacer obras artificiales con ménos dificultad en esta vida mortal, donde por diversos caminos todos trabajamos. Cosa prolija seria contar la continuada peregrinacion y conquista deste singular capitan Osiris Dionisio: por diversas partes del mundo caminaba con ejército muy pujante, sin pretender otra cosa mas de castigar tiranos, quitar forzadores ó ladrones, y destruir todo género de maldad, en que venció batallas terribles, y dió fin á hazañas mucho valerosas: nunca rehusó trabajos ni fatigas cuantos en tal caso le pudiesen recrecer: donde se muestra claro, que bien así como los malos huelgan con el mal, así tambien los virtuosos toman extremado placer en las obras de bondad: las cuales, aunque sean difíciles de conseguir, tienen consigo tanto bien, que sin adherente ninguno son ellas mesmas galardon suficiente de su trabajo, como se vió por aquella batalla de Gerion, en que siendo totalmente deshecho, muerta su persona, destruida su potencia, llevó pago bastante de su perversidad. Osiris alcanzó gloria perpetua de tan señalado vencimiento. Mas era tal Osiris, que ni por aquello cupo jamás en su pensamiento demasía ni soberbia: mostróse clemente, gracioso, magnífico, tan afable como de primero. Sosegadas algunas alteraciones en aquella provincia, dependientes de la tiranía pasada, mandó sepultar el cuerpo de Gerion con pomposa ceremonia: formóse la sepultura sobre ciertas puntas ó ribazos metidas contra la mar, pocas leguas adelante del estrecho, no léjos de la parte donde fué la batalla: las cuales puntas de tierra muchos años adelante se nombraron siempre la sepultura de Gerion, y sospechamos ahora ser en aquel sitio que los mareantes de nuestro tiempo llaman el cabo de Trafalgar, entre los lugares de Conil y Barbate, igualmente apartado de cada cual dellos, siete leguas adelante de la boca del estrecho sobre las aguas del mar Océano. Esta costumbre de poner los cuerpos muertos en sepulturas de tierra usaron desde allí los españoles con sus defuntos; porque ántes, ó los colgaban de árboles, ó los dejaban por los campos sin enterrar, ó los echaban en los rios: hasta los tiempos deste Osiris Dionisio, que fué el primero entre los gentiles que los hizo sepultar, puesto que un historiador griego, llamado Ecateo, diga que Hércules fué el primero que comenzó tal usanza: la cual permaneció muchos tiempos en España, hasta que los cartagineses y romanos vinieron á ella, y los españoles la dejaron, tomando dellos el estilo de quemar sus defuntos, segun en las ciudades destas dos gentes lo hacian antiguamente, y perseveraron en aquella costumbre muchos años, hasta que despues los dejaron de quemar, y los tornaron á sepultar debajo de tierra, segun ahora se hace: lo cual todo pondremos en el proceso desta corónica, cada cosa dello repartida por sus lugares y tiempos competentes. Tomaron eso mesmo de Osiris algunas gentes del Andalucía la division y manera de contar sus tiempos haciendo los años de cuatro meses al modo de los egipcianos y cada mes de treinta dias ó poco ménos, contados desde que la luna salia debajo del sol,

cuando comunmente llamamos la conjuncion, hasta la conjuncion venidera, cuando la torna tambien el sol otra vez á recibir en su derecho: lo cual en diversa manera de la de los tiempos que Tubal hubo señalado primero: donde (como dijimos) hacian el año de doce meses, ó de trescientos y sesenta y cinco dias casi conforme con la manera de nuestro siglo, segun que tambien lo trataremos en la relacion del postrer libro de la primera parte desta corónica. Fenecidas las cosas arriba dichas, Osiris Dionisio mandó traer ante sí tres hijos de Gerion, los cuales habian quedado niños pequeños: y conociendo que los dias pasados fueron criados con tan gran esperanza, cuanta seria suceder en el estado, riquezas y hacienda de su padre, y que Gerion, aunque terrible, pudo llegar á ser tan valerosa persona, no los quiso despojar dello, ni confundir su juventud: repartióles casi todo lo que su padre señoreaba, declarándoles convenir mucho para se conservar en aquella merced y bondad recibida, no seguir adelante las malas costumbres que llevaban aprendidas. Permitió junto con esto, que gentes de sus ejércitos quedasen repartidas en algunas provincias españolas para morar en ellas: y de las tales duró mucho tiempo la memoria de ciertos alárabes, nombrados cenitas, que poblaron lo postrero de la tierra sobre las riberas del mar Océano, contra la parte que nombramos el cabo de san Vicente: puesto que muchos escritores afirmen estos cenitas alárabes haber entrado por España con otro Dionisio, llamado Baco, de quien hablaremos en los veinte y ocho capítulos siguientes. Item señaló tambien Osiris personas particulares de sus egipcianos que residiesen acá, para mostrar á los españoles algunas plegarias y sacrificios de ciertos demonios antiguos que la gentilidad en aquella sazon acataba por dioses. Y desde allí se tiene por cierto haber quedado en España la ceguedad de sacrificar á los ídolos, y creer en ellos como las otras gentes: el cual engaño malo permaneció hasta que los naturales della se convirtieron á la santa Fé Católica de nuestro Señor Jesucristo, por el enseñamiento de muchos varones benditos y santos, que despues en ella nacieron. Una cosa conviene tambien señalar en este caso, y es, que como de la Sagrada Escritura se recolige por estos años, ó muy cerca dellos haber ya por Egipto maneras y tratanza de tener dineros, y no ménos en algunas otras provincias asiáticas, para trocar con él materiales y cosas necesarias á la vida: dado que los tales egipcianos acá quedasen, nunca nuestros españoles tomaron dellos, ni recibieron la costumbre de tener moneda, ni la tuvieron hasta muchos tiempos adelante. Concluidos, pues, todos los negocios ya declarados, Osiris Dionisio determinó salirse de España: los tres hijos de Gerion quedaron de su mano puestos en el favor y potencia de su padre, dado que despues le agradecieron mal estas buenas obras que dél recibieron, como luego lo mostraremos. Quedó juntamente con estos tres hijos de Gerion en la isla de Cádiz una doncella tambien hermana dellos, á quien muchos autores llaman Eritrea: no sé yo si fuese tal su nombre particular, ó si la nombraban así, como nombran en general á todos los moradores de Cádiz y de sus comarcas, llamándolos eritreos comunmente por cierta razon que tocaremos en el capítulo siguiente. Desta doncella cuentan haber tenido despues un hijo, dicho Noraco, persona principal entre la gente de su tiempo, que hizo cosas notables en el mundo, como tambien adelante parecerá por el discurso desta corónica.

CAPÍTULO XII.

Del reinado de los tres hijos de Gerion en España: y de la sagacidad que tuvieron para que Osiris, aquel que mató á su padre, fuese muerto en Egipto.

Comenzaron á reinar estos tres hijos de Gerion en aquel señorío que dijimos Osiris haberles entregado por acá, mil y setecientos y cincuenta y ocho años ántes del advenimiento de nuestro señor Dios, que fué cuatrocientos y seis años despues de la poblacion de España, cuando tambien se contaban quinientos y cuarenta y siete años despues del diluvio general. Estos tres hermanos fué cierto que con las sobradas riquezas que les quedaron, así de ganados como de metales, y con lo que despues ellos acrecentaron, vinieron á ser tan poderosos, que tenian en este caso tanta fama como su padre: y verdaderamente pujaron á ser mas ricos que ningunos otros de cuantos sepamos en aquella sazon. Viendo, pues, ellos el abundancia que tenian en respecto de los otros príncipes comarcanos, juntaron compañías y gentes revoltosas á quien favorecian en cualesquier desafueros y males que tentasen, ni mas ni ménos que su padre Gerion lo solia hacer: por lo cual entre sus vecinos fueron llamados comunmente los Geriones Lominios, que significa tanto como capitanes ó gobernadores mayores de gentes armadas. Con aquellos hacian insultos, demasías, y fuerzas en todas las partes de España que podian: y no contentos con esto, acordándose de la muerte de su padre, y considerando que por estar Osiris alejado de España, no tenian aparejo para la vengar, trataron encubiertamente con un hermano del mesmo Osiris, llamado Tifon, que siendo Osiris de vuelta en Egipto lo matase: y muerto, tomase todos los estados de su tierra, prometiéndole favor muy abastado de gente y de hacienda, juntamente con sus personas, contra cualquiera que despues le quisiese dañar. Lo cual Tifon aceptó de buena voluntad: y por mejor lo poner en obra, hizo liga con otros tiranos en diversas partes del mundo, á fin que no le fuesen contrarios en ello, asegurándoles que favoreceria sus tiranías dellos, y los confirmaria en las provincias que tuviesen usurpadas: así que con aquellas y muchas otras maldades encubiertas Tifon pudo matar á traicion á su hermano Osiris dende á pocos dias: y despues de muerto lo hizo cortar en piezas, y las envió á todas las personas principales que sabian el trato desta muerte, dando á cada cual cierto miembro del cuerpo de su hermano, para que no tuviesen duda de su fallecimiento. Y luego se levantó con toda la tierra de Egipto, y los Geriones tambien se apoderaron de muchas otras gentes y provincias en España, sin las que Osiris les hubo dejado.

CAPÍTULO XIII.

Como Hércules el egipciano, hijo de Osiris, conocida la muerte de su padre, tratada por los Geriones españoles, vino con grandes armadas en España, por los destruir: y de las cosas y proveimientos que hizo primero que con ellos topase.

No pudieron quedar los tiranos y gentes participantes en la muerte del gran Osiris tan libres en

aquel negocio como creian al principio: porque (segun dijimos) al tiempo que Tifon hizo su maldad, habia quedado un hijo de Osiris, muy valeroso y esforzado caballero, que llaman Oron Libio, á quien por su sobrenombre los gentiles llamaron Apolo, y algunos tambien le dijeron Marte: que siguió desde pequeño las conquistas de su padre, y estaba enseñado y acostumbrado en sùs grandes victorias y esfuerzo: el cual por esta sazon residia con un ejército grueso de su padre sobre cierta provincia de Asia, llamada Escitia, mas adelante del mar de Latana. Éste, sabido lo que en Egipto era hecho, propuso luego de pasar allá, para despues venir en España contra los tres Geriones, por vengar tambien en ellos la traicion que con Tifon ordenaron. Aquél es el que los coronistas antiguos por otro nombre llamaron Hércules el Egipciano, y Hércules el grande, por diferenciarle de muchos Hércules nó tan señalados, que tuvieron otras tierras: y particularmente de Hércules griego, natural de la ciudad de Tebas, llamado Alceo, y por otro nombre Iraclis, hijo de un principal caballero en aquella provincia, nombrado Anfitrion, y de Alcmena, su mujer, el cual hizo cosas notables en diversas partes del mundo: tanto que su gente por engrandecerle la fama, le publicaron tambien por Hércules, que entre los antiguos fué renombre de mucha reputacion y alabanza. En los hechos de valentía y esfuerzo, y todas las hazañas á cuantas Hércules el egipciano dió fin, se las aplicaron á él, como tambien se las atribuyen los coronistas españoles, puesto que de verdad hubo mucho tiempo entre el uno y el otro. Y dado que el griego fué persona valerosa, no tuvo que hacer con el egipciano, de quien ahora tratamos, ni con sus grandes acontecimientos y proezas. Aquel historiador Arriano (de quien ya hicimos en otro capítulo memoria) sospecha, dado que no se determina en ello, que Hércules, el que dicen haber venido en España, y estado muchos años en ella, seria natural de Tiro: movido solamente porque en el tiempo deste Arriano duraba en el pueblo de Tarteso, cerca de Tarifa, un templo donde reverenciaban este dios Hércules con sacrificios y ceremonias á la costumbre de Tiro. Pero si verdad es que la muerte del gran Osiris y la venida de Hércules en España fueron en estos años sobredichos, ni la razon ni la órden de los tiempos consienten que aquel Hércules fuese de Tiro, á causa que como en los treinta y un capítulos de adelante se verá, la ciudad de Tyro fué poblada mucho tiempo despues de la muerte deste Hércules el grande, hijo de Osiris, y los sacrificios del templo de Tarifa no hacen al caso para confirmar lo que el historiador Arriano pretende, porque tambien veremos en alguna parte de los libros siguientes que aquel templo fué renovado y engrandecido en España muchos años despues (por cierta gente cartaginesa, que señorearon el Andalucía: y éstos conservaron siempre las ceremonias mesmas, y plegarias de los de Tiro, como descendientes que dellos eran: las cuales ceremonias podrian ellos allí poner, y durarian hasta los tiempos de aquel historiador Arriano. Así qué como Hércules el de Egipto supo la muerte de su padre, vínose luego para su madre que llamaban Isis, y juntos ambos procuraron de cobrar primero los huesos y pedazos del cuerpo de Osiris cuantos pudieron haber, los cuales enterraron pomposamente en Egipto: y en el contorno de su monumento fundaron una ciudad grande, que despues fué llamada Tafosiris, que quiere tanto decir como sepultura de Osiris. Desde allí Oron Libio salió contra su tio Tifon, y lo mató por su persona. Despues concertó luego la venida en España, con gran aparato de gente de diversas naciones que le seguian, y con mucha copia de fustas y de navíos, cuales al presente se podian tener. En aquel viaje dicen que pasó por las islas llamadas ahora de Mallorca y de Menorca: donde quiso tentar la condicion y manera de la gente que por ellas moraban, y así parece que ya tenian poblacion: hallólas muy silvestres y rústicas, y bien aparejadas para recibir toda buena manera de vivir, si fuesen llevadas fuera de rigor. Los naturales dellas conservaban en cantares y memorias antiguas que sus primeros pobladores habian sido gente comun de muchas naciones. Los primeros decian ser españoles pasados allí por discurso de tiempo. Los mas modernos africanos, mezclados con gente de la provincia, que despues fué llamada Cirenaica, cuya habla (dado que muy corrompida) tenian en aquellos dias, y la conservaron adelante mucho tiempo. Dícese mas haberles Hércules dejado cuando pasó por ellos en esta jornada cierto capitan suyo, nombrada Baleo, para los adiestrar y reducir á cualquiera buena gobernacion que él pudiese. Por cuyo respeto se nombraron despues Baleares aquellas islas: y de su generacion sucedieron andando los tiempos algunas personas, á quien muchos de los destas islas, entre toda rusticidad, reconocieron acatamiento, como si fueran superiores suyos: puesto que muchos autores griegos afirmen llamarse Baleares las tales islas, por la destreza que sus naturales tuvieron en tirar piedras con hondas, el cual ejercicio llaman en griego Balin, que quiere decir arrojar. Á mi parecer mejor aciertan los que dan la razon deste nombre, porque Baleares en su lengua cirenaica, que (como dije) hablaban ellos comunmente, quiere decir advenedizos cuales eran los pobladores destas islas. Como quiera que sea, lo que muy averiguado sabemos, fué, que Hércules no se detuvo de propósito por alguna parte deste viaje, hasta tocar en la tierra de Cádiz, que dicen ser en aquellos años tierra continente, junta sobre lo firme de España, con las riberas del Andalucía, creyendo que por allí hallarian los tres hermanos Geriones, pues á la verdad solian residir muy continos en esta comarca. Por memoria de su llegada mandó levantar dos piedras muy grandes que durasen allí perpetuamente, por cuya razon dicen los coronistas españoles que se llamó despues aquella tierra Gades, que quiere decir colunas ó mojones, á la cual nombramos ahora Gadez, ó Cádiz: pero lo cierto dello, si fué tal esta razon cual ellos dicen, ó nó, presto lo veremos en el noveno capítulo del segundo libro. Esto fenecido, Hércules mandó quedar en aquella provincia de Cádiz algunas de sus gentes, en especial á ciertos egipcianos, naturales de las tierras cercanas al mar Bermejo, que por otro nombre llaman Eritreo, para que poseyesen la provincia, y la morasen: los cuales fueron los primeros advenedizos que dentro de Cádiz vivieron, y por causa dellos hubo despues muchos cosmógrafos y coronistas, que hablando desta region española llaman eritreos en general á cuantos por allí moraron y della fueron naturales. Todo lo restante del ejército vino discurriendo por la marina con Hércules en busca de los Geriones, en el cual viaje puso tambien otras dos colunas de grandeza notable sobre los ribazos y puntas donde se hacen las angosturas de mar entre África y España por la parte del Andalucía, cerca de donde tenemos la poblacion de Gibraltar, y

desde aquel tiempo siempre todas las historias, llamaron aquel sitio las colunas de Hércules. Puesto que muchos escritores afirmen estas colunas ya dichas no ser mármoles como los que nombramos colunas, sino montones largos de peñascos ó de pizarras y tierra que Hércules hizo juntar sobre las tales puntas y ribazos, para los fortificar y hacer mayores, porque la mar no los pudiese romper ni gastar, y con esto segun dicen quedaron tan firmes, tan añadidos, y tan guiados por el agua, que pudieron llegar hasta muy cerca de las tierras africanas, y hacer el estrecho sobredicho cual ahora lo vemos, y nuestros antepasados lo vieron, y verán los que sucedieren. Imaginaciones fueron éstas de gentes antiguas, mezcladas con ficciones poéticas. Tomaron ocasion para decir aquello, tener la boca de tal estrecho de Gibraltar un risco llamado Calpe, muy levantado sobre la marina, de todas partes exento, que ningun otro monte, ni cerro, ni cumbre le toca, y por verlo tan enhiesto, tan derecho y arriscado, le llamaron coluna; pues todas estas propiedades tienen las colunas: por estar libres, sin tocar en otros collados, pareció cosa hecha de manos, y luego fingieron haberlo hecho no sé cuál de sus Hércules, siendo verdaderamente comun obra de naturaleza, digna cierto de ser considerada, si miramos el asiento, faccion, y figura que Dios nuestro Señor en ella puso: cuya labor es como lo son todas las cosas criadas de su calidad y manera.

CAPÍTULO XIV.

De la batalla que Hércules el Egipciano, hijo de Osiris, hubo en España con los tres hijos de Gerion en venganza de la muerte de su padre; y de algunos hechos mal contados que cuanto al artículo de aquellos tiempos los coronistas españoles ponen en sus libros.

Cuasi todos los coronistas españoles escriben que despues de haber Hércules acabado la postura de sus colunas entró por el rio Guadalquevir arriba hasta la parte que llaman ahora Sevilla la vieja: dicen que la mandó poblar. Y trás esto, considerando la parte donde tenemos hoy dia la magnífica poblacion de Sevilla, le satisfizo tanto, segun afirman, aquella buena disposicion y buen asiento, que luego quisiera dejar allí moradores; mas un filósofo de su compañía lo contradijo, prometiendo sin alguna duda que discurriendo los tiempos habria gran poblacion en aquel sitio y la fundaria cierto príncipe de mucho mayor poder, lo cual manifiestamente significaban los hados y las estrellas: por esta causa certifican Hércules haber desistido de su propósito; pero dicen que mandó poner allí seis mármoles ó pilares crecidos, los cuales mosen Diego Valera declara duran hasta sus dias en un pedazo de la mesma ciudad llamada Judería vieja. Sobre los pilares asentaron cierta losa de mármol con letras esculpidas que decian:

AQUÍ SERÁ LA GRAN CIUDAD.

Encima de la losa pusieron una figura de cobre, tendida su mano derecha contra levante, con letras eso mesmo por la palma, que significaban Hércules haber allí venido: la siniestra mano señalaba las tales letras con el dedo. Dicen mas, que largos años adelante, cuando Julio César, capitan romano, tiranizó forzosamente la potencia del imperio, llegó poco despues en las Españas, y vistos aquellos pilares ó colunas, hallólas derrocadas, y su losa quebrada: mandóla luego juntar, y leidas las letras puso gentes de diversas naciones, que fundaron y principiaron este pueblo de Sevilla cual ahora lo vemos. Tal relacion dan las corónicas españolas en el artículo presente: pero si los negocios así pasaron, ó semejanza dellos, creo yo que cuanto Julio César pudo negociar en lo de Sevilla sería darle grandeza mayor que primero tuviese, con edificios y labores nuevas, ó con otros acrecentamientos romanos, porque segun presto veremos por algunos capítulos y libros desta primera parte, muchos años y tiempos ántes que Julio César naciese fué Sevilla ciudad principal en el Andalucía, reputada por magnífica poblacion entre nuestros españoles. Y si mi parecer en este caso valiese, ninguna duda tengo sino que cuanto hablan en aquel punto los autores que recopilaron la corónica general de España por mandado del serenísimo rey don Alonso con las otras historias españolas que ván trás ella, no fué mirado como debieran. Fuérzanme grandes motivos á lo contradecir: uno, que ningun historiador griego ni latino, ni persona de las que tratan antigüedades hacen mencion de cosa destas, puesto que digan por extenso la venida del gran Hércules en España, y todo lo que por ella hizo, tan particularizado y detenido, que parecen demasiados en ello. Lo segundo, porque viniendo desde Cádiz al estrecho de Gibraltar, donde porfian haberse detenido fortificando los montes en la boca dél, segun el capítulo pasado lo cuenta: si despues hiciera su jornada por Guadalquevir arriba, como lo dicen estas corónicas, fuera claramente tornar atrás, y no pasar adelante buscando sus enemigos los Lominios, hijos de Gerion, que parece gran inconveniente. Lo tercero, porque luego en habiendo contado lo que de Sevilla dejamos escrito, dicen que Hércules partió de allí, y fué á un lugar que ahora llamamos Lebrija, que habia comenzado á poblar Ulises, y mandolo Hércules acabar de poblar y hacer fortaleza: lo cual no puede ser cosa, ni dicho de mayor descuido, porque Ulises fué muchos años despues desde Hércules Egipciano que vino en España, y algunos tambien despues del Hércules el Griego, como lo veremos en los treinta y seis capítulos deste libro, por donde se muestra claro, que su nieto no pudo poblar á Lebrija en los tiempos del uno ni del otro, pues el abuelo aun no era nacido: cuanto mas que los mejores historiadores y mas afinados tienen por cierto la poblacion de Lebrija ser hecha por otro capitan griego, llamado Dionisio el menor, á quien por otro nombre dijeron Baco, segun el capítulo treinta y uno deste primer libro lo declara. Cuanto á los mármoles de Sevilla, tengo por averiguado que fueron algun edificio nó tan antiguo que despues labrarian otras gentes por allí. Mas dejadas estas hablillas, y tornándonos al negocio de los Geriones, dicen las historias, que como la fama de la venida del gran Hércules se derramó por la tierra, publicando la mucha gente que consigo trajo, luego los tres Lominios, hijos de Gerion, juntaron sus ejércitos cuanto mas gruesos pudieron, y salidos al camino determinaron pelear con él. Sospechamos que tambien vendria con ellos su sobrino Noraco, hijo de su hermana Eritrea, de quien hablamos en el onceno capítulo deste libro, por ser hombre valeroso, principal, y muy apropiado para favorecer negocios de tan cercanos parientes. Certifican mas nuestras historias que mucha gente de los

españoles, conociendo las bondades y buenas maneras de Hércules, las cuales en abundancia sonaban ya por el mundo, recordándose de la virtud y santidad de su padre Osiris, se vinieron á él con propósito de le seguir en este trance. Hércules, vista la mucha gente que por ambas partes andaba junta, hizo requerir á los Geriones que la batalla del ejército cesase, para que la pendencia se determinase entre ellos y él, pues en la muerte de su padre nadie de los presentes tenia culpa sino solos ellos. Esto consintieron los Geriones mucho de buena voluntad, confiando cada cual en su valentía, que no pensaban ser ménos que la del gran Hércules, y porque tambien creian que dado que Hércules fuese persona demasiado recia y mucho lijera y animosa, como cierto lo fué, bastaria cada cual dellos por lo ménos á lo cansar ó desconcertar en el combate, y que con esto, dado que el primero dellos muriese, ó fuese rendido, el que despues llegase le traeria gran ventaja. Finalmente concertados en el desafío, Hércules peleó con ellos tres uno empos de otro con muchos peligros y trabajos, á causa que sus contrarios eran bravos y recios en demasía; mas á la postre fueron vencidos todos tres, y muertos por sus manos, despues de haber reinado cuarenta años en aquellas marinas ó provincias españolas.

CAPITULO XV.

Como despues de vencidos los hijos de Gerion, su sobrino Noraco, juntándose con algunos españoles que tenian la mesma parcialidad, salió huyendo por la mar, y todos vinieron á Cerdeña, donde pararon de reposo, despues de lo cual Hércules habiendo visitado muchas provincias en España, salió tambien della para venir en Italia muy acompañado de gentes y riquezas españolas.

Fenecida la batalla, como tenemos dicho, Hércules mandó llevar los Lominios Geriones defuntos á cierta parte de Cádiz, donde los hizo sepultar honoríficamente en sitio diverso de la sepultura de su padre. Tengo yo coronistas de gran autoridad que dicen este desafío ser aplazado y concluido dentro de la mesma tierra, y en aquel mesmo lugar donde fueron enterrados. Lo cual si tal fué, cosa parece de reir lo que muchos otros afirman haber la batalla pasado donde hallamos ahora la ciudad de Mérida, como lo cuentan algunos historiadores nuestros, y que por memoria deste vencimiento Hércules hizo fundar aquella poblacion, y la llamó Memoriada: lo cual es error manifiesto, porque muy claro mostraremos adelante largos años despues deste combate, los romanos haber edificado la tal ciudad en vida del emperador César Augusto, no léjos de los tiempos en que fué la bendita Natividad de nuestro Señor Jesu-Cristo. Mucho mas parece de reir el descuido de los otros, que tambien afirman, y tienen por cierto, la ciudad sobredicha llamarse Mérida, porque los mermidones la poblaron, que fueron gentes griegas de las que pasaron á Troya cuando su destruccion, y tambien otras hablillas que de cierta reina moradora de Mérida fingen: las cuales como cosas no dignas de poner en historia dejo de repetir, pues adelante cuando trataremos la fundacion deste pueblo, parecerá la verdad de todo, manifestando las facciones que della hablan. Dejo tambien aquí de tocar lo que dicen estos mesmos historiadores de la muerte de Caco, la cual certifican haber sido hecha por Hércules en España: pues asimesmo va tan errado, que no puede ser cosa mas falsa: y porque la verdadera relacion de Caco, cuanto á su vida y hazañas, la contaremos bien presto en los treinta y dos, y treinta y cinco capítulos siguientes, y cuanto á lo de su muerte en los treinta y ocho mas adelante.

Así qué, tornando á lo cierto de nuestra corónica, dicen las historias mas auténticas que despues de ser Hércules apoderado de todas aquellas comarcas, no pudo la pacificacion de la tierra hacerse tan libremente, que no permaneciesen algunos dañadores de los que solian ser aficionados y parciales á Gerion y á sus hijos, entre los cuales fué mas principal y mas rebelde Noraco, su sobrino: pero como tambien aquel entendiese, que ni ya sus fuerzas, ni las de sus valedores bastaban á contradecir la buena fortuna del gran Hércules, llegó la mas gente que pudo de sus amigos, y metidos en algunos navíos que pudieron recoger, salió de la provincia sobredicha, navegando por el nuestro mar Mediterráneo contra la vuelta del levante, sin parar en alguna region, hasta que todos aportaron en la isla de Cerdeña. Salidos á tierra fundaron una ciudad asaz notable sobre la marina del mediodía: la cual dijeron Nora, por causa de Noraco, su capitan español, y fué la primera ciudad ordenada, que sepamos en Cerdeña; fortificáronla con suficiente defensa, como la necesidad lo pedia, para que morando juntos en ella pudiesen resistir á los otros hombres comarcanos: los cuales vivian vida salvaje, derramados por montes ó fraguras, en cuevas y chozas muy ásperas y silvestres, fuera de toda buena conversacion. Y fué tan provechosa la fundacion deste pueblo, que despues algunos años viendo las otras gentes de Cerdeña cuan grandes ventajas les llevaban aquellos españoles en vivir juntos, y cuanto se prosperaban sus hechos cada dia con tener conformidad entre sí, comenzaron tambien ellos á los imitar, cimentando nuevos pueblos, llegándose con los nuevamente venidos, y continuando buenas inteligencias con sus descendientes y sucesores.

Tal fué, segun dicen, la primera venida de nuestros españoles en Cerdeña: puesto que yo sé bien haber algunos autores griegos, de cuyos apuntamientos podíamos colegir aquella venida ser largos años adelante de los que tratamos en este capítulo. Pero ni los dias de Gerion y de sus hijos, en que Noraco tambien fué, ni la regla de los tiempos, que sigue nuestra corónica, sufre que pueda caer en sazon alguna, fuera de la sobredicha. De manera que, considerando todo lo ya contado, parece notoriamente la jornada del gran Hércules haber dado tan principal ocasion á los provechos de Cerdeña, por venir en ella Noraco huyendo dél: cuanta la dió tambien á los españoles en haberles quitado la tiranía de los Geriones, cuya muerte juntada con la ausencia de su sobrino Noraco, dejó por acá la region donde moraban tan pacífica, que pudo sin contradiccion Hércules visitar las otras provincias metidas en España, sosegando cualesquier turbaciones que sucedian, y haciendo muchas otras cosas de gran utilidad. En esta jornada hecha por aquellas provincias certifican algunos habérsele muerto un gran amigo que consigo traia, llamado Zacinto, no léjos de la parte donde hallamos ahora la villa de Murviedro, por memoria del cuál, Hércules mandó cimentar aquel pueblo, y le llamó Zacinto, á quien despues dijeron Sagunto, y ahora Murviedro: puesto que tambien otros autores tengan por averiguado, todo lo sobredicho

ser acontecido muchos dias despues en tiempo del otro Hércules griego: pero lo que mas se tiene por cierto, ya lo señalamos en el cuarto capítulo precedente, y mucho mas claro se dirá en los veinte y nueve capítulos que se siguen. Desde allí, siendo ya concluidos todos estos negocios, Hércules determinó de partirse de España, llevando consigo muchos hombres desta tierra que le siguieron, con grandes riquezas y despojos que tenian de los Geriones y de los otros sus parciales, así de metales preciosos, aunque no fuesen tenidos por riqueza principal entre los españoles, como de ganados en gran cantidad, con los cuales Hércules tomó su viaje contra las partes italianas, guiando los ejércitos por mar y por tierra mucho pujantes y favorecidos. Dice Juan Viterbo que cuando se partió mandó quedar en su lugar un hijo suyo llamado Híspalo, que certifican haber sido notable persona como lo fueron sus progenitores, y su padre: dado que las corónicas de Castilla todas digan que despues del gran Hércules quedó por Señor Hispan, nó hijo de Hércules, sino uno de los capitanes principales que por acá se vinieron y juntaron á su compañía.

CAPÍTULO XVI.

Del rey Híspalo, noveno gobernador en España, que dicen algunos haber sido quien primero fundó la ciudad de Sevilla, y de la discrepancia que hallamos en este caso por otras historias españolas antiguas y modernas que tratan esta materia.

Afirman, como dije, Juan de Viterbo, y aquel su Beroso, haber sucedido en el regimiento de España Híspalo, hijo del rey Hércules, y que comenzó su gobernacion en el señorío della casi por el año de trecientos y cuarenta y ocho despues de su poblacion, que fué segun nuestra cuenta, mil y setecientos y diez y seis años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios: y quinientos y ochenta y nueve despues del diluvio general. Luego dicen á los principios de su reinado que fundó sobre la ribera de Guadalquevir en la mano siniestra de su corriente cierta poblacion mucho grande, que llamaron Hispalis, á semejanza del apellido suyo dél. Ésta despues los alárabes y moros africanos, cuando se metieron en las Españas, acortándole parte del vocablo conforme á su lenguaje, comenzaron á llamar Hispil, y los cristianos poco despues corrompiéndolo mas, le dijeron Hispilia, y despues adelante Isvilia, y ahora muy mas corruptamente se nombra Sevilla. Son todas estas cosas tan antiguas y tan alejadas de lo que se puede bien alcanzar, que considerando yo los historiadores cuando hablan en ello, me parecen á los hombres que caminan en tinieblas, tentando por las paredes, cuando buscan entrada ó salida de alguna puerta ó de otra cosa que no ven: de los cuales algunos, aunque no dan en lo que quieren, van allá movidos por indicios de los lugares en que topan, otros rodean por diverso camino, llevando siempre sus intentos contra lo que buscan; otros de todo punto caminan al contrario. Dígolo porque tambien esto de la fundacion y nacimiento de Sevilla tiene grandes opiniones y cegueras entre las historias que mas apuradamente hablan en ello: muchas afirman todavía lo que dijimos en el capítulo precedente, dando su poblacion á la mesma persona del gran Hércules y sus tiempos en aquella jornada que vino contra los tres Geriones. Otras dicen que nó Hércules, sino personas de su compaña, tornaron allí poco despues, donde pusieron á los principios tendejones armados sobre palos en qué se metieron, y que por causa de los tales palos fué despues nombrada Hispalis cuando tuvo faccion de ciudad. Otras corónicas españolas mezclan y toman parte de todas estas opiniones, diciendo que con el ejército que tambien Hércules acá trajo, vinieron ciertas gentes de Escitia, llamados los espalos, y que por mandado suyo poblaron aquella ciudad, y la llamaron Espales ó Ispalis, del apellido de su nacion, lo cual parece que lleva mas camino, pues todos afirman que cuando Hércules Oron Libio supo la muerte de su padre, residia por aquella provincia de Escitia, y lleva razon que partiéndose della traeria consigo gente de la mesma tierra como la traia de todas las otras de sus conquistas. Entre los tales escitas, cierto es que fueron unos pueblos llamados espalos, segun lo pone don Rodrigo Jimenez, prelado de Toledo. Plinio lo confiesa, cuando relata las naciones de las Escitias, y parece que se puede tener esto por ménos dudoso cuanto á la fundacion de aquel pueblo, y cuanto á la causa de su nombre: el cual sin duda podemos creer que fué de los muy antiguos de España, tanto que muchas escrituras de gran sustancia, solo por hallar su fundacion tan trasera, certifican muy de propósito ser ésta la primera poblacion de toda ella, y aun dicen que por su causa la tierra y comarca de aquellos derredores se dijo Hispalia primeramente, y que despues aquel nombre se fué derramando y añadiendo por las otras provincias de unas en otras hasta que todas ellas, en lugar de llamarlas Hispalia, corrompieron el vocablo y se nombraron España: del cual parecer y voto fué muchos años el maestro Antonio de Lebrija, persona de gran autoridad y singular entendimiento sobre cosas semejantes. Tornando pues á nuestro cuento del rey Hispalo, de quien este capítulo habla, dice Juan de Viterbo, que tuvo despues una hija llamada Hiberia, por cuyo respecto sospechan que tambien España se llamó Hiberia, y despues Iberia, en sus principios; pero la razon de tal nombre ya la dejamos escrita cuanto mejor podimos en el quinto capítulo deste libro, donde quien quisiere podrá ver lo que dello se habla por las historias antiguas: Item dice Juan de Viterbo que tuvo mas el rey Hispalo. sin los ya declarados, otro hijo mayor, llamado Hispan, el cual despues de los dias de su padre sucedió sin contradiccion en todos sus estados y señoríos: de manera que siendo pasados diez y seis años enteros en estas cosas, ó poco mas, como lo contienen otros libros, Hispalo falleció desta vida mundana sin que dél otra cosa se diga ni cuente mas de lo que tenemos escrito.

CAPÍTULO XVII.

Del rey Hispan, excelente gobernador y príncipe de los españoles, por cuyo respecto la tierra toda se llamó España hasta nuestros dias, y de las cosas notables que sucedieron en su tiempo.

Muerto el rey Hispalo, quedó por señor mas principal en toda la tierra su hijo Hispan, cuya gobernacion comenzó segun la cuenta de Juan de Viterbo, casi por el año de mil y seiscientos y noventa y nueve ántes del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo,

que fué cuatrocientos y sesenta y cinco despues de la poblacion de España, cuando tambien se contaron seiscientos y seis años cabales despues del diluvio general. No sé yo si Juan de Viterbo trae bien averiguada la suma del tiempo que señala de su reinado; mas en cualquiera sazon que sucediese, por muy notorio se tiene que fué rey en España, y aun por su causa confiesan las corónicas de Castilla que toda la tierra cuanta solian llamar Iberia dejó sus primeros apellidos, y se dijo despues España, que fué la nombradía que hasta nuestro tiempo le dura: puesto que tambien aquí no falten opiniones diversas, las cuales relataremos en los veinte y ocho capítulos siguientes. Este príncipe, dicen todos los coronistas españoles haber sido muy noble, y muy justo y muy franco, y muy humano: por donde fué siempre muy amado de todas sus gentes. Dicen mas que pobló diversos puertos de mar, y que Cádiz fué su principal asiento, donde todas estas corónicas tienen creido que fueron vencidos los Geriones: atribúyenle tambien la poblacion de Sevilla, y afirman que por su causa fué llamada Hispalis, sin hacer memoria del rey Hispalo, de quien primero hablamos: lo cual nunca me desagradó. Hácenle mas fundador de Segovia, donde certifican asimesmo que labró la puente maravillosa que permanece hasta nuestros dias, firme y entera de labor, en gran manera suntuosa, por donde traen el agua para la ciudad. Escriben tambien haber edificado cierta torre crecida y altísima, cuya mayor parte dura tambien ahora sobre las entradas del puerto de la Coruña de Galicia, con un espejo grandísimo, y aun suelen decir que le puso grandes encantamentos para ver allí los navíos que por la mar anduviesen ántes que llegasen á la ciudad: lo cual ciertamente fué poco considerado, y no se pudiera hablar cosa mas atrevida, porque mucho tiempo despues deste siglo que tratamos aquí, se hizo la puente de Segovia, que mas propiamente se debe llamar caño para le traer el agua: la cual, ya que sepamos muy averiguado ser edificio labrado cuando los romanos residian en las Españas, y los españoles usaban sus labores y sus trajes, y toda su manera de vivir al modo romano, hay personas que les parecen hallar indicios bastantes para conjeturar haberse hecho por mandado del emperador Trajano, señor de Roma, nuestro natural español, y nuestro príncipe: pero desto muy largo trataremos adelante, mostrando la verdad, y todo lo que de tal edificio se deba saber. Y pues en la fábrica y en el tiempo de la puente no concertaron, de sospechar es que tampoco va firme la poblacion de Segovia, como despues en el décimo capítulo del segundo libro manifestaremos: mayormente que cuanto se puede conjeturar de las buenas historias, no se hallaban estos dias en España poblaciones tan metidas dentro de la tierra, como tenemos á Segovia: sino por lo cercano de la mar, ó muy poco mas alejadas della contra la vuelta del Andalucía y Cataluña, con otras en la costa del mar océano de poniente, dado que sea verdad lo que primero dijimos en el séptimo capítulo del rey Brigo, y de sus fundaciones: las cuales todas hay sospecha, nó mala, que debieron ser por aquellas marinas y partes arriba declaradas, y las otras que tambien allí quedaron apuntadas, fué cierto que se poblaron mucho tiempo despues dentro de la tierra, con el sobrenombre de Briga, que significa ciudad en la habla muy antigua de los españoles. La torre que ahora llaman de Faro, sobre la Coruña de Galicia, fué tambien obra romana, porque hallamos aquel pueblo ser primeramente llamado gran puerto brigantino, reputado por uno de los mas principales en toda su provincia: dentro del cual por veneracion y honra de Octaviano César Augusto, emperador de Roma, y señor de España, los vecinos y moradores en él mandaron hacer aquella torre famosa. Y el maestro que tuvo cargo de su labor, fué tambien español, nombrado Cayo Sevio Lope, segun parece por unas letras que dejó labradas en unos peñascos cerca de la mesma torre, que dicen desta manera:

MARTI AVG.
SACR. C. SE-
VIVS LVPVS
ARCHITECTVS.
A. F. DANIEN-
SIS LVSITANUS
EXV (1).

Tornadas de latin á nuestro romance vulgar, dicen: Cayo Sevio Lope, hijo de Aulo Daniense, Lusitano arquitecto (que significa tanto como maestro de obras) á las victorias de Augusto César la consagró por promesa que dello hizo.

Esta memoria pusieron en las pizarras, por haber un estatuto de ley antigua, que ningun maestro ni persona que tuviese cargo de semejantes obras, podia jamás escribir su nombre dentro del cuerpo de los edificios que se hiciesen á costa de cualquiera república: dado que bien lo podian hacer en las obras que fuesen labradas á sus espensas: la cual institucion y mandado hallamos hoy dia conservada y escrita dentro en el cuerpo de las leyes romanas en el libro de las Pandectas, que mandó recolegir el emperador Justiniano. Y lo que dicen del espejo encantado, que Hércules allí puso, fué tan mala ceguera, que no puede ser mayor: porque dejando muy aparte la burla de los encantamentos, queda muy averiguado que la torre sobredicha no se hizo con otro fin, sino para que de noche pusiesen allí fuegos y lumbreras á los mareantes en que reconociesen tener puerto seguro, cuando tormenta les recreciese: tambien para los viajes y derrotas que traian si les fuese menester. Esta costumbre de labrar torres, y hacer en ellas fuegos de noche sobre los puertos y sitios principales, fué siempre muy provechosa y muy usada, y de mucha solemnidad entre los antiguos; llamábanlas en latin Especulas, que significa descubrideros y lugar alto, donde se divisan grandes anchuras de mar, ó de tierra. Los moros dicen atalayas en su lenguaje vulgar, y por otro nombre tambien los antiguos les decian faros, por haber sido la primera parte donde se hicieron una isla, que solia ser cerca la tierra de Egipto, frontera de la ciudad de Damieta, la cual isla se decia Faro, donde tienen algunos creido que fué natural y procediente la casta de los príncipes egipcianos, á quien la Sagrada Escritura llama Faraones, y quedándoles costumbre por

(1) El padre Sarmiento copió en 1755 esta inscripcion, y la halló así:

MARTI
AVG. SACR
C. SEVIVS
LVPVS
AR::::::::TECTVS
A::::::::::SIS
LVSITANVS EXV.

su respecto de nombrar parones, ó faraones en la lengua de los egipcianos, á lo mesmo que las otras gentes decian reyes. Allí por mandado de Tolomeo Filadelfo, rey en aquellas tierras, un maestro llamado Sóstrato Gnidio, labró cierta torre para los fuegos ya dichos, de tan extraña hechura, que cuanto duró fué reputada por una de las maravillas del mundo. Y aun *hoy dia* se guarda la costumbre de los tales fuegos en muchos puertos y ciudades conocidas, como son Génova de Italia, donde tienen una torre, que llaman ahora la Lenterna, para cada noche poner allí fuegos que los navegantes devisen. En Alejandría hacen otro tal, y lo mesmo tambien en Cádiz sobre la torre de san Sebastian, que por otro nombre llaman el Farol: y aun muchas veces he visto yo por otros puertos, que si faltan aquellas torres, algunas personas tienen costumbre de poner lenternas con lumbre de noche sobre las iglesias, ó sobre lugares altos, donde se descubra la mar, para que reconozcan ser allí parte segura donde se puedan guarecer. Creo yo que la falta de sospechar que la torre de la Coruña tuviese tal espejo, nació de que (como tenemos dicho) las tales atalayas en latin se llaman especulas, y Paulo Orosio historiador español hablando della, la nombra Especula: y como en el tiempo destos coronistas castellanos, fuesen menester mas las armas contra los moros, que las letras para los echar de la tierra que nos tenian ocupada, sabian acá tan poco latin, que sospecharon el nombre de Especula que Paulo Orosio le daba, ser algo de espejo, y así fingieron esta hablilla fuera de propósito. He querido poner esto tan detenido, porque nuestra gente vulgar salga del engaño que los coronistas pasados imaginaron sobre la torre de la Coruña, pues no va bien mirado cuanto fuera desto se platica. Muy mayor vanidad es lo que hablan de la hija deste rey Hispan, llamada Hiberia, con ciertos edificios que por su causa dicen haberse labrado dentro de Cádiz para le traer agua dulce por caños desde léjos. Pues aquellos caños fueron tambien obras edificadas en el tiempo que, como ya dije, los españoles imitaban las usanzas romanas en todas sus costumbres y negocios. Fueron hechos á costa de Cornelio Balbo, cónsul romano, natural de Cádiz, varon riquísimo, que por sobrenombre llamaron Garamántico, por haber sojuzgado al imperio romano la nacion de los garamantes, muy pocos años ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese. El cual Cornelio Balbo hizo guiar estos aguaduchos hasta Cádiz desde Tempul, pueblo que solia ser en el Andalucía, pasándolos en la isla con sus aguas encañadas por la puente que llaman ahora de Zuazo, segun que tambien adelante muy por extenso lo declararémos. Añaden mas nuestros coronistas otras ficciones atribuidas á cierto rey, que nombran ellos el rey Pirros, marido de Hiberia, el cual nunca fué. Y así cuanto dél hablan, va tan dañado como los encantamentos del espejo ya contados, y no conviene ponerlos en historia por excusar dos pérdidas grandes: una del tiempo que gastaríamos en lo repetir y contar: y otra de la autoridad y crédito que peligraria mucho para la relacion de cosas y verdades que se tratarán adelante. Dejadas pues aparte todas estas imaginaciones vanas, y tornándonos á los hechos del rey Hispan, dice Juan de Viterbo, que pasados treinta y seis años de su gobernacion, dió fin á sus dias casi en el año (conforme á su cuenta) de mil y seiscientos y setenta y ocho ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios. La corónica de España que mandó hacer el señor rey don Alonso, con todas las escrituras españolas que la siguen, ponen su muerte veinte años despues de Troya destruida la segunda vez, en los tiempos del rey Príamo, que por buena suma son pocos ménos de quinientos y diez años adelante de lo que señala Juan de Viterbo. La cual diversidad, entre los unos y los otros, no sé yo donde pudiese venir, pues va tan descomunal y tan excesiva. De manera, que cuanto á la muerte deste príncipe, solo podemos certificar seguramente, que despues de gobernada su tierra con muchos acrecentamientos y prosperidades, tuvo la fin ya declarada, sin le quedar heredero legítimo: que no fué poca pérdida, segun lo que de sus bondades y provechos los historiadores españoles escriben: tal es cierto que bastaron á ser justa causa, para que la tierra quedase llamada España desde allí, por la memoria y apellido de tan noble príncipe, y tan provechoso señor.

CAPÍTULO XVIII.

De la vuelta ó segunda venida que Hércules el egipciano hizo en España, y de los lugares que en ella pobló, con mas lo que sobre su muerte y sepultura se halla por las corónicas antiguas.

Residia todos estos tiempos en Italia Oron Libio, llamado por otro nombre Hércules egipciano: y puesto que hallamos historias, donde se cuenta que pasados diez y nueve años del reinado de su nieto Hispan, vino en España, para lo visitar y favorecer, donde moró lo restante de su vida: mas á propósito hablan los que dicen, que sabida la muerte, y sintiendo la soledad y falta que de su fallecimiento se recreceria, salió luego de Italia, dado que fuese muy viejo, para venir acá, temiendo los inconvenientes ó novedades que podrian suceder, como cuando Gerion usurpó la tierra por fuerza, de que redundaron los daños ya contados. Á la cual jornada le movieron mucho los españoles que consigo por allí traia, rogándole muy afectuosamente que luego viniese. Y así, dejando en Italia por administrador un capitan y compañero suyo, llamado Atlante Italo, tomó el camino de España con mucha parte de gentes que le siguieron: trayendo tambien entre los caudillos mas señalados desta jornada un hermano de Atlante mesmo que dejaba por gobernador en Italia, nombrado Espero. Fué todo su viaje por tierra, visitando las provincias italianas y francesas que le cayeron en el camino. Lo primero que hizo despues de llegado á los confines y tierras españolas, fué poblar en el paso de los montes Pireneos una ciudad que llamaron Libia, por causa del sobrenombre deste Oron Libio, que la fundó: la cual muchos tiempos despues se dijo Julia Libica, de quien hace memoria don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y los mas cosmógrafos antiguos que hablan en el sitio de las Españas, cuyas muestras y señales duran hasta nuestro tiempo, gastadas y viejas, pero tales, que se puede bien juzgar dellas el pueblo que fué: donde me trajeron á mí, dias ha, dos epitafios ó letreros latinos, trasladados de dos piedras esculpidas en el siglo que los romanos poseyeron aquella tierra. Linca la nombran en este nuestro tiempo, corrompida la palabra, por la llamar Licica, no léjos de Puicerdan. Acabada su fundacion, y metido Hércules poco mas adelante por España, dicen que pasados los montes pobló la ciudad de Urgel, que hoy dia permanece casi

junto á las faldas del Pireneo. Tambien dicen haber edificado Hércules en este pasage otro pueblo, á quien puso nombre Ausa, por ser los pobladores dél ciertos italianos, llamados ausones, que venian entre sus ejércitos. Dura por este nuestro tiempo: dícenle Vicdosona (1); cae dentro de Cataluña. Pero cuanto al artículo de su fundacion adelante pondré yo mi parecer en algun otro libro desta corónica, que no será fuera de propósito. Despues deste pueblo fundó tambien la ciudad de Tarazona, que llamaron Turiaso, por causa de otros italianos venidos en su mesma compañía, nombrados los turios, naturales y moradores en una villa nombrada Turio, y nó naturales de Tiro, ciudad de Fenicia, como lo porfian algunos coronistas españoles: pues parece claro, que si la cuenta de los tiempos en que dicen Hércules haber en España residido, no van errados por las historias, aun en aquel siglo Tiro no tenia ser en el mundo, ni se fundó hasta muchos años despues, como presto lo mostraremos adelante, en el fin de los treinta y cinco capítulos venideros. Desde allí fué discurriendo Hércules por las tierras y provincias españolas, situando pobladores en ellas, ansí de los españoles que consigo traia, como de las otras gentes forasteras que le seguian: en el cual ejercicio gastó la vida toda que le restaba, gobernando sus gentes, enseñándoles muchas buenas industrias, y muchos artificios para sus obras y labores manuales, con que viviesen ménos trabajosamente que de primero. Esto negociado con toda la calor y diligencia que se pueda decir, dió fin á sus dias en una grave dolencia que le trajo su vejez, siendo pasados diez y nueve años despues desta su venida segunda. Los españoles celebraron sus obsequias con gran cerimonia, y enterraron su cuerpo en una sepultura magnífica, cuanto se pudo labrar en aquellos tiempos, dentro de un templo que juntamente hicieron, donde le reverenciaron despues como si fuera dios, canonizándole de la manera que los cristianos hacemos á los santos: el cual templo duró muchos años en España, con aquel monumento sobredicho: y cerca de la tal sepultura, dos colunas de oro y de plata juntamente derritida, que los españoles despues algunos tiempos allí pusieron: en cuyos chapiteles altos escribieron letras españolas, cuales en aquel siglo las usaban, que contenian en el epitafio la razon de su divinidad y de su muerte. Contenian mas otras palabras y vocablos, que decian Hércules haber pronunciado primero que muriese, tocantes al mar Océano, como que fuesen conjuro, para que sus aguas no dañasen, ni anegasen aquellas tierras: en las cuales palabras creia la gente comun estar gran virtud sobre tal caso. Por este respecto muchas naciones de diversas provincias comenzaron á venir allí en romería, para le hacer plegarias y encomendarse á él, conforme tambien á la superstición y costumbre que los gentiles usaban. Allí los ministros del templo les relataban y rezaban toda la vida deste dios Hércules, alabando sus grandes hazañas y proezas, dellas verdaderas, y dellas añadidas, con que sacaban limosnas y dádivas para el templo y para sí, que montaron á la continua grandes intereses. Todo esto postrero es muy averiguado y muy cierto, sino que los autores á quien yo sigo discrepan en señalar á qué parte de España fuese la sepultura y el templo sobredicho: porque los unos imaginan haber sido dentro de Cádiz, de cuyo parecer son los coronistas castellanos, que lo porfian, y certifican cuanto pueden: puesto que yerran en decir, que este dios Hércules fué griego, movidos por las historias griegas, que, como ya dijimos, atribuyen todas las hazañas del Oron Libio, hijo de Osiris, á su Hércules Alceo, hijo de Anfitrion. Otros historiadores afirman la tal sepultura ser en Barcelona, y aun publican tambien ser aquel Hércules el primer fundador desta ciudad. Lo cual tienen eso mesmo creido muchos escritores deste nuestro tiempo, llamándola por sus obras Barcelona la Hercúlea, movidos tambien por un edificio viejo, cuyas muestras duran derrocadas en lo mas alto del pueblo, con ciertos asientos como de colunas que dicen ser la sepultura de quien hablamos ahora cerca del templo mayor y principal, que comunmente llamamos la Seo: aunque tambien algunos quieren decir, ser ésta la sepultura del rey Hispan, y nó de, dios Hércules. Pero no sé yo cuanto ménos errarian los que la tuviesen por monumento de cierto rey godo llamado Ataulfo, que largos dias, años y tiempos despues de todos los Hércules antiguos mataron sus propios godos en aquella ciudad. Otros coronistas mas bien considerados dicen, que la muerte deste dios Hércules, y su templo y sepultura fué junto al mar del Andalucía, cerca de la salida del estrecho de Gibraltar, en la postrera tierra que llamaban de los Tartesios, no léjos de Tarifa, donde sabemos averiguadamente que permaneció muchos años aquel templo. Los españoles sus aficionados y conocidos, levantaron en el contorno del monumento cierto número de pizarras ó pedrones enhiestos, conformes al número de los enemigos que le vieron matar en debates y pendencias virtuosas, por él acabadas: la cual invencion de poner tales piedras en derredor de muchos enterramientos usaron despues otros españoles principales: y segun dice Juliano Diácono, las llamaban Calepas en su lengua provincial. Andando tiempos, gentes de Fenicia vinieron en España, que poseyeron aquel templo, conservando cuanta supersticion le hallaron, solemnizando nuevos sacrificios y nuevas cerimonias, á la costumbre de Tiro, donde fueron ellos naturales, segun que tambien el octavo capítulo del segundo libro lo contará largamente.

CAPÍTUTO XIX.

Del rey Espero, doceno rey, ó gobernador, ó señor en España: y de las competencias trabadas con un hermano suyo, que finalmente lo despojó de cuanto valor y señorío por acá tuvo, sin le dejar parte ni cosa dello.

Luego despues de la muerte de aquel Hércules Oron Libio, los mas de los españoles recibieron por señor á uno de los capitanes principales que con él vinieron de Italia, llamado (segun escribimos) Espero: porque así decian Hércules haberlo mandado ántes de su fallecimiento, á causa que lo amaba y preciaba mucho, por haber aquel Espero seguido siempre su compañía y sus trabajos con gran fidelidad, y era persona calificada en prudencia y esfuerzo: tal que en todos los debates pasados, así en España, como en las otras tierras, hubo mostrado señales muchas de virtud. El cual señala Juan de Viterbo que comenzó su gobernacion en aquel señorío de España casi por el año de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, que fué quinientos y diez y seis años despues de su poblacion, y tambien seis-

(1) Es Vich.

cientos y cincuenta y siete despues del diluvio general. Cierto es que por causa deste rey Espero, en cualquier tiempo fuese, los historiadores latinos y griegos llaman á España Esperia: no embargante que todos los coronistas de Castilla digan que se dijo ansi, porque los años pasados, cuando Tubal y sus compañas venian acá, tuvieron consideracion, y miraron en una estrella, que llaman Espero, para guiar con ella su viaje derecho. He yo leido coronistas y cosmógrafos griegos que concuerdan con ellos, aunque se les da poco crédito, por ser averiguado lo que del rey Espero queda dicho, segun Iginio lo declara; con otros muchos que hablaron en esto mas atentados y ciertos. Aquel rey Espero, dado que los principios tuviese pacíficos en su reinado, conformes á la tranquilidad y sosiego que Hércules mantuvo: la fortuna, variable siempre, llena de mudanzas y turbaciones, trocó presto los descansos y contentamientos presentes. Fué causa desto su mayor hermano, llamado Atlante Italo, de quién el capítulo precedente hizo relacion, cuando dijimos Hércules haberle cometido sus estados y señoríos italianos, al tiempo que la segunda vez determinó tornar en España. Sabiendo, pues, Atlante Italo que todos recibieron acá por señor al rey Espero, sin discrepar hombre ni pueblos, tuvo tal envidia, que poco despues vino con ejércitos pujantes y gruesos para le despojar y destruir si pudiese: publicando ser el verdadero sucesor, y natural heredero de todas las potencias, empresas, y señoríos, cuantos Hércules hubo primero tenido; y como tal habia quedado gobernando los estados italianos en vida del mesmo dios Hércules. Con esta novedad nuestros españoles fueron aquella vez divididos en dos parcialidades: unos acostaron al rey Atlante, nuevamente llegado, movidos por algunos españoles ancianos, que todavía duraban y vivian, y de los que hicieron la primera jornada con el sobredicho dios Hércules, cuando salió de las Españas para venir en Italia: desde la cual jornada quedaron muy conocidos, y muy aficionados al rey Atlante. Tenian estos ancianos grande reputacion entre la gente vulgar, estimando mucho sus personas por haber seguido tan venturosos ejércitos, y tan excelente capitan. Los otros españoles mas modernos seguian firmes y constantes el bando del rey Espero, resistiendo bravamente cuantas novedades y fuerzas sus contrarios acometian, recreciendo desto terrible turbacion á cada parte; pelearon diversas veces ambos hermanos: hubo recuentros peligrosísimos, quiebras, destrucciones, combates, muertes y robos, en tanta multitud, que no pudiendo ya comportar el rey Espero la pujanza contraria, desamparó sus tierras españolas, y huyó sin detener á ciertos pueblos italianos, poderosos y libres, nó sujetos al señorío que su mayor hermano tenia por allá. Fué dellos muy bien recibido, muy consolado, muy obedecido, como si naturalmente le debieran sujecion y reverencia. Con éstos gastó cuanto le quedaba de sus dias: y por causa de se llamàr él Espero llaman Hesperia los escritores latinos y griegos en sus obras á todas las provincias italianas en general, ni mas ni ménos que lo llaman tambien á las españolas: pues en ambas tuvo señorío principal y poderoso: dado que lo de España no le duró mas de diez años: en fin de los cuales, Atlante Italo quedó señor absoluto de cuantos españoles reconocian alguna sujecion en aquel siglo. La manera de sus batallas y competencias, los trances en qué se vieron, y las otras particularidades que sucederian en tan grave caso, dado que se quieran escribir, no lo pone coronista de cuantos yo sepa, mas de lo ya relatado. Por tanto los que nuestras historias leyeren, se deben contentar con lo que damos al presente, pues como digo, ningun autor habla mas en ello de lo que tocamos aquí. Y aun lo contado parece mucho segun son cosas antiguas, alejadas de nuestra recordacion y memoria.

CAPÍTULO XX.

Del rey Atlante Italo, treceno señor en España, y de los hechos notables y moradas que los españoles emprendieron en Italia, y en otras provincias donde los llevó, señaladamente sobre las riberas del rio Tibre, donde los mas asentaron despues de los dias deste rey.

Vencido Espero, comenzó la gobernacion de su hermano el rey Atlante por aquellas tierras españolas que tenian reyes, en el año casi de mil y seiscientos y treinta y siete, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué quinientos y veinte y siete despues que Tubal asentó poblacion en ellas. Deste príncipe tampoco sabemos otra cosa que hiciese por España, mas de que habiendo residido tres años entre sus españoles, dicen que dejó el estado de acá á un hijo suyo, llamado Sicoro, y él se tornó en Italia, donde primero viniera: porque, como dijimos, allá tenia principal inclinacion, y todo lo mas preciado y mas poblado de su señorío. Dicen tambien haber sido junto con esto la razon de su vuelta, saber que su hermano Espero andaba por Italia, tan quisto de todas aquellas gentes donde residia, que cada dia lo preciaban y amaban mas, cuanto mas lo tenian entre sí. De lo cual no podia vivir sin recelo Atlante Italo, temiendo que por vengar Espero sus injurias recibidas en España, no le revolviese por allá la tierra. En aquella jornada de Atlante lo siguieron muchos españoles: con los cualés aportó primeramente en una isla, puesta junto con Italia sobre los confines últimos della, que nombran ahora Sicilia, llamada despues Trinacria: y allí dejó parte de sus españoles ya dichos, los cuales poblaron un buen espacio de la tal isla. Con los otros que sobraban llegó despues en Italia, donde moró lo restante de su vida pacíficamente, gobernando cuantos estados por allá tenia muy bien. Señaló provincias y comarcas nuevas en aquella tierra para muchos extranjeros que por acá se llegaron: algunos destos fueron unos españoles en razonable número, que muchas de nuestras corónicas certifican y declaran haber ocupado por allí largo término de tierra dentro de la provincia llamada Saturnia, sobre las riberas del rio Tibre, pocas leguas ántes que lo tome la mar, el cual rio nombraban Albula por aquellos dias, y allí se tiene por cierto que pusieron los españoles arriba dichos su morada, y poco á poco fundaron una poblacion que fué despues la muy famosa ciudad de Roma, segun manifiestan, como dije, nuestros coronistas antiguos. Con algunos otros extranjeros, llegó despues aquella poblacion á ser cosa principal entre todas las tierras italianas, y tanto bien afortunadas, que, discurriendo tiempos, pudo señorear lo mas y mejor del mundo, y ahora la tenemos por cabeza de la religion cristiana. Parece desto muy claro ser engaño manifiesto lo que comunmente cuentan los historiadores latinos en la fundacion y nacimiento desta ciudad, atribuyendo sus principios á cierto varon.

italiano, llamado Rómulo, que dicen ellos haber sido quien primero la cimentó muchos años adelante del siglo que tratamos en este capítulo: porque, segun Dionisio Halicarnaseo confiesa, y Plutarco recolige de las historias de Antioco Siracusano, grandes años ántes que Rómulo naciese fué Roma poblada, y era lugar señalado en los dias de un rey de Italia, llamado Morgete, el cual verdaderamente sabemos de corónicas fidedignas, haber sido hijo deste rey Atlante Italo: dado que muchos autores no le tengan sino por compañero y huésped suyo: pero los unos y los otros consienten haberle sucedido casi en todo el estado de Italia, por cuyo respecto los españoles que pasaron allá con Atlante, despues que Morgete les quedó por señor, fueron llamados de las otras gentes italianas los españoles morgetes. Lo mesmo dice tambien, entre los coronistas de nuestras Castillas, Juan Gil de Zamora, en un tratado pequeño que compuso de las antigüedades españolas, en el cual escribió cosas medianamente señaladas, si tuviera tanta diligencia cuanta fuera menester para fortificar lo que hablaba; y aun esto que de la fundacion de Roma hecha por los españoles escribió, ni lo prueba, ni señala de cuáles autores lo tomase: cuéntalo sencillamente, pasando por ello como por cosa que los discretos bien leidos tenian recibida y averiguada: mas á mi parecer debiólo tomar de Julian Diácono, varon griego de nacion, muy considerado y muy sabio en todo lo que de España escribe, el cual lo certifica y tiene por notorio. Otro historiador, llamado Epigenes, lo confirma tambien en un libro que hizo contra los italianos, donde les declara muy especificadamente, la mayor parte de Italia haber sido poblada de gentes advenedizas. Así que cuanto Rómulo dentro de la tal ciudad pudo hacer, pues nació largos años despues desto, fué repararla y acrecentarla, y llevar adelante lo que primero halló cimentado y engrandecido por nuestros españoles: lo cual dió causa para creer que de nuevo la hubiese fundado, y tambien porque el nombre de Rómulo conforma mucho con el nombre de Roma, por esto dijeron que la llamó de su nombre. Podria bien ser en aquello que Rómulo cuando fué despues en ella señor, pues cierto lo fué, le quitase la nombradía primera, para le dar el apellido suyo. Claramente confiesan los escritores latinos, haber tenido primeramente Roma nombre diverso déste, y aun diverso tambien del de Saturnia que le dicen ser muy antiguo: pero no declaran que tál éste fuese, ni cómo se llamase, ni certifican otra cosa, mas de tener entre los romanos pena de muerte cualquiera que lo manifestase. Hablan otros, que dado que su primer apellido fuese Roma, no seria por razon de aquel Rómulo, sino por causa de una hija del rey Atlante nombrada Romi: la cual él hubo en España de cierta mujer que llamaban Leucaria, y la trajo consigo cuando volvió en Italia, y aquella Romi, despues de la muerte de su padre, quedó como señora de los españoles residentes allá, hasta que Morgete su menor hermano fué de mas edad. Ésta dicen que los favoreció mucho cuando principiaron la fundacion de su ciudad contra ciertos pueblos comarcanos, que fueron despues muy contrarios al asiento que los españoles en aquellas partes hacian. Para confirmar esto hallan otra conjetura, diciendo Roma ser vocablo de lengua caldea, que creen haber sido la primera que hablaron en España, del cual nombre se llamaron algunas personas en los tiempos muy antiguos, como fué Roma la manceba de Nacor, hermana de Abrham, de quien hace memoria la Sagrada Escritu[ra]. Tambien señalan otro rey Romo en España, de qui[en] adelante hablaremos en los treinta capítulos siguie[n]tes, y mas esta señora Romi, hija del rey Atlante It[a]lo, de quien ahora tratamos: de manera que si tod[as] estas opiniones y diligencias van por diversos camin[os] en la fundacion y nombradía de Roma, finalmen[te] llegan á concordar en que fueron españoles los que fundaron y conservaron en despecho de los italian[os] sus vecinos y comarcanos: pero como ya tengo dic[ho] muchas veces, son estos hechos tan antiguos, que so[lo] su mucho tiempo basta para los oscurecer y darles [t]niebla: y puesto que la fundacion de Roma hecha p[or] estos españoles, sepamos bien cierto que fué, com[o] ya dijimos, sus muchos años pasados, ponen opinio[n] en el cómo, y en el cuando, por lo cual cesará nues[tra] corónica de hablar ahora mas en ellos, y diremo[s] la buena provision y recaudo que pudo dejar el re[y] Atlante cuando quiso salir de las Españas y torna[r] en Italia, donde tenia lo restante de sus estados y se[ñ]oríos.

CAPÍTULO XXI.

Del rey Sicoro, catorceno señor entre los españoles antiguos, y de las cosas notables acontecidas en su tiempo, no solo por España, sino tambien por Italia y por Egipto, y por otras diversas partes del mundo, pertenecientes y trabadas con los negocios que despues sucedieron acá.

Despues que el rey Atlante salió de España, segun habemos contado, escribe Juan de Viterbo y su Beroso, que luego comenzó á ser principal en la region un otro hijo suyo, nombrado Sicoro, casi por los años de mil y seiscientos y veinte y siete ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Cristo, que fué quinientos y treinta y ocho despues de España poblada, y seiscientos y setenta y nueve despues del diluvio general, conforme á la cuenta de los hebreos. Hallamos un rio de Cataluña que pasa junto con la ciudad de Lérida, llamado en este nuestro tiempo Segre, que los antiguos solian llamar Sicoris, el cual apellido certifica haberle tenido por causa deste rey Sicoro: claro es que parte de la comarca cercana de sus riberas hubo tiempo que fué llamada Sicoria, y que della salió gente, segun escriben Diodoro y Silio Italico, y Servio gramático, que pasaron en la isla de Sicilia, y poblaron allá buena parte de tierra: lo cual debió ser juntándose con los otros españoles que primero residian en ella desde la jornada del rey Atlante Italo; por esta razon hubo gentes que llamaron tambien á la isla Sicoria, dado que los griegos mas comunmente le digan Trinacria. Segun la sazon y los tiempos, y la cuenta del reinado que señalan al rey Sicoro de España, parece notorio que dentro de sus dias sucedió la muerte de su padre el rey Atlante, á quien sus naturales y súbditos por sobrenombre llamaron Italo: fué la razon deste sobrenombre los muchos ganados y muy hermosos que poseia, particularmente gran copia de bueyes y becerros gruesos y lucidos: los cuales aquella gente de la tierra donde reinó, señaladamente muchos griegos que por allí moraron, llamaban italos en su lengua primera: despues los latinos les llamaron vítulos. De modo que Atlante Italo querrá significar Atlante Bue-

yero, ó Becerron: y así por causa dél, como por la de los muchos bueyes ó becerros italos de su tierra, llamaron despues á toda la region Italia: que por la mesma razon querrá decir tierra bueyera, ó becerril, cuya nombradía le dura hasta nuestros dias presentes. Entre los hijos que Atlante Italo dejó despues de muerto, quedó tambien allá en Italia cierta hija suya, nombrada Leutra: muchas corónicas le dicen Eletra, hermana de Romi, la cual señalamos en el capítulo pasado, y hermana de Sicoro, señor en las Españas, y de Morgete, señor en Italia. Casó Leutra con un principal hombre, llamado Cambon Blasco, por sobrenombre Corito, á quien Atlante Italo dió muchas provincias del señorío que por allá tenia. Déste nacieron dos hijos, el mayor nombrado Yasio, y el menor Dardano, que despues del fallecimiento de su padre tuvieron ambos recias competencias sobre la posesion destas heredades italianas, y fueron causa que muchos españoles pasasen allá, para negociar y favorecer su debate, como presto se dirá. Parece mas en la cuenta destos tiempos, que á los treinta y seis años del reinado de Sicoro nació Moisés en la tierra de Egipto, cuando el pueblo de los judíos padecia la servidumbre del rey Faraon, que por nombre propio decian Amenofis. Este Moisés fué profeta de Dios y persona principal entre las muy notables de la ley vieja: del cual hacemos aquí memoria, porque tenemos intencion en los apuntamientos venideros poner algunos pasos y cosas perfectas de la Sagrada Escritura, para que los *lectores puedan* cotejar las hazañas y tiempos de aquel *santo libro* con lo que por esta corónica hallaren, y saber lo que concurre de los unos con lo de los otros. En aquella mesma sazon, ó muy pocos años despues del nacimiento de Moisés, murió tambien el sobredicho rey Amenopis egipciano, cuya memoria duró largos años entre sus naturales con mucha veneracion, y le hicieron una figura de piedra, que despues adelante les hablaba cada dia, cuando comenzaba de rayar el sol, dando respuestas á cuanto le preguntaban: el cual engaño del enemigo malo duró hasta la venida de nuestro Señor Jesu-Cristo, que con su bendita natividad enmudeció las estatuas mentirosas de los demonios, para que todo el mundo oyese la verdad y certificacion de su santa fé católica, segun lo cuenta san Gerónimo y san Eusebio de Cesarea en el tratado de los tiempos.

Habiendo, pues, el rey Sicoro reinado en aquella parte de España (como dicen) cuarenta y seis años pacíficos y cumplidos, fenecieron sus dias, dejando por sucesor un hijo suyo llamado Sicano, cuyo tiempo parece que trajo paz y quietud á toda la tierra, señaladamente por las comarcas españolas donde tuvo su gobernacion, como presto lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXII.

Del rey Sicano, hijo de Sicoro, y de las hazañas que en su tiempo los españoles emprendieron en Italia, y de la pasada deste rey en aquellas partes, con mas otras cosas notables que por allá hizo y acabó.

Luego como Sicoro murió, los que dicen Sicano haberle sucedido en el señorío de España dicen tambien haber enviado gente de guerra con sus capitanes y ministros en ayuda de los españoles residentes en Italia, por habérseles avivado mucho por allá las competencias y guerras que traian con los pueblos sus comarcanos nombrados aborígenes, sobre razon del asiento que los tales españoles hacian en el rio Tibre, y con otros eso mesmo llamados Enotrios, naciones libres y poderosas en aquellas partes: los cuales no reconocian superioridad á nadie, puesto que muchos autores digan ser una mesma gente los enotrios, y los aborígenes enemigos de los españoles: y dado que cuando se principiaron estas contiendas el partido de España no trajese por allí mucha ventaja, fué cierto que con las nuevas ayudas que les sobrevinieron tornó presto tan sobre sí, que hicieron gran estrago por sus adversarios, y en aquella sazon se fortalecieron los españoles unos con otros mucho mas que nunca, y dieron faccion á su pueblo de Roma, donde primero vivian, basteciéndole, y acrecentándole de propósito, porque los dias ántes mas parecian tener allí sus estancias guerreras, á manera de reales, con chozas y ramadas en qué se metian, que por lugar de fundacion asentada. Con todo eso siempre fueron mucho guerreados de los italianos sus vecinos y fronteros: lo cual dió causa bastante para que despues el rey Sicano pasase en Italia con un gran ejército y armada de mar, tan pujante, cuanto fué posible sacarlo de España, y llegado por allá puso tal dificultad en sus contrarios; que muchos dias estuvieron suspensos y temerosos, no tentando cosa de lo que solian, dando muestras para lo venidero, que serian pacíficos y sosegados, mas como Sicano tuviese poca certinidad ó créditos dellos, señaló cierta parte de su gente que residiesen y quedasen con los españoles antiguos en la conservacion de Roma, porque los unos y los otros serian bien menester, segun sus enemigos eran muchos á todo cabo. Los tales españoles, que por allá dejó, hicieron despues un otro linage por sí, llamado de los sicanos, diverso de los otros morgetes y sicoros vecinos y principiadores de Roma, dado que todos vinieron en una compañía dentro de la mesma poblacion. Aquello concluido y asentado cuanto mejor fué posible, el rey Sicano con la sobra de sus ejércitos quisiera tornar luego en España, y llevar el viaje todo por tierra, para reconocer las provincias que se hacen en aquellos entrevalos de tierra, y así fuera verdaderamente como lo platicaba, sino que tomados los principios del viaje, primero que saliese de las tierras italianas, metidos en una region nombrada los tiempos antiguos Liguria, casi á lo último della, donde son ahora Génova y sus marinas, halló los provinciales tan alborotados y tan juntos contra sí, para le vedar el pasage por su comarca, que determinó darles batalla campal, y romper el camino por fuerza, de manera, que los unos y los otros se disponian ya de todas partes para venir al afrenta con mucha deliberacion, y túvose creido que llegados á las manos el peligro seria terrible, porque los enemigos eran muchos, y cada dia bajaban mas de todas aquellas montañas: los españoles no tenian otro remedio sino morir ó vencer, haciendo lo postrero de su posibilidad, pues aquellos ligures italianos si por ventura prevaleciesen obrarian en ellos crueldades excesivas, segun los traian enojados despues que se metieron en su tierra, y segun dejaban hecho daño por las otras gentes confines que les quedaban atrasadas.

CAPÍTULO XXIII.

Como los españoles arriba dichos, habiendo pacificado muchos negocios en Italia, vinieron tambien á Sicilia con su rey Sicano, donde no ménos emprendieron hazañas dificultosas contra los ciclopes y lestrigones, adversarios antiguos de los otros españoles primero residentes en esta region.

Estando los negocios en aquel trabajo, sin haber en ellos alguna muestra de concordia, llegaron nuevas al rey Sicano, que los otros españoles moradores antiguos de Sicilia traian guerra cruel y porfiosa con dos naciones de la isla nombradas los ciclopes y lestrigones, que tambien quisieran echarlos della si pudiesen. Estos ciclopes y lestrigones eran gente feroz y terrible, tanto que fué cierto ser todos ó los mas dellos gigantes cruelísimos. de fuerza y braveza demasiada: y dado que los españoles de por allí les hubiesen diversas veces resistido y vencido en muchos y muy grandes recuentros, no pudo ser esto sin gran perdicion y daño suyo, de suerte, que con ir la guerra seguida y continuada, los españoles se apocaban, y trabajosamente se podian ya defender. El rey Sicano, sabidas estas nuevas, quiso venir á les ayudar, y dejada la contienda de los ligures, dió vuelta contra Sicilia, y guiando su gente bien ordenada en suficiente cantidad para cualquier empresa, trajo su viaje por tierra llana, poco desviado de las marinas italianas que caen al occidente. Los ligures, y las otras naciones fronteras, adonde quiera que pasaban, temiéndose del daño que podria redundar, si parte del ejército se desmandase, venian trás ellos á la par puèstos en armas, metidos en la montaña que dicen Apenina, cuyas lomeras y cumbres toman á lo largo desde los Alpes, donde comienzan las tierras italianas, hasta la provincia de Calabria, cerca de Sicilia, donde fenecen. Víanse muy bien á ojo los unos á los otros, pero ni llegaban á se herir, ni hacian acometimientos de guerra, solamente caminaban en aquel concierto reglado, juntándose cada dia naciones de nuevas maneras, y de nuevos apellidos, unas como dije llamadas ligures, otras etruscos, otras opicos, otras oscos, ausones, volscos, picentes: y así por el consiguiente, segun las provincias en que tocaban. La cual manera de viaje, dió causa, que coronistas latinos y griegos, aunque nó todos, digan en sus historias, los tales españoles haber esta vez tornado huyendo contra Sicilia: pero verdaderamente fué muy al contrario, segun otras escrituras muy mejores de su mesma gente lo declaran. Llegado, pues, el rey español en Sicilia, despues que tomó tierra, los adversarios le salieron al encuentro con cuanta multitud ellos eran. Allí juntadas las haces unas con otras hubieron su batalla la mas peleada y mas sangrienta, que en aquellos tiempos se sepa, en que finalmente con el esfuerzo deste buen príncipe, y con la valentía de los suyos fueron los gigantes ciclopes y lestrigones destrozados y muerto gran número dellos, en tanta manera, que si no fuera su braveza natural, que no dejaba reposar, bastara la tal quiebra para no tornar á ningun debate tan presto: mas ellos eran tan feroces, que contino porfiaban en ello, y por esto convino que el rey Sicano dejase por allá lo mas de sus ejércitos para les resistir: los cuales defendieron la tierra maravillosamente, y poblaron nuevos términos y nuevos lugares en todo lo mas seguro que podian. Destos lugares fué principal y primero la villa que nombraron Zancle, por ser corvada y torcida, cuanto á su figura y asiento semejante á la manera de las hoces, á quien estos sicanos españoles les llaman zanclos en su lenguaje. Dentro de la cual muchos siglos despues fueron recebidos, para morar en ella, dos capitanes griegos llamados el uno Cratamenes, y el otro Perioro, poderosos en la mar, con fustas y navíos que traian á la sazon: los cuales llegando cuanta gente podian repararon el puerto desta ciudad, y la hicieron mayor y mas principal en aquella provincia, conservando siempre su primer apellido de Zancle, hasta que despues vinieron otros griegos nombrados mesenios, como diremos en el décimo sexto capítulo del segundo libro, que forzosamente la tomaron, y mudaron su primer nombre llamándole Mesana, por se decir ellos mesenios, á quien ahora nombran Mesina. Bien sea verdad que san Eusebio, hablando deste pueblo, pone su fundacion muy mas antigua de lo que señalamos ahora, casi en los dias que dan á Gerion el tirano de las Españas, si los escribientes no le tienen trocado los tiempos en esta parte, como tienen muchas otras de su libro: pero lo deste capítulo va mucho mas averiguado y mas cierto.

Tornando pues al rey Sicano y á los sicanos de su compañía, que como dije quedaron aquella vez en la isla, certifican nuestros historiadores haber sido causa, que por su respecto dellos y de la tal isla fuese dicha Sicania perdiendo de todo punto la nombradía de Trinacria, qne solia tener entre los griegos, la cual palabra significa tierra triangular ó de tres puntas, como las tiene propias aquella isla en su faccion y figura. Fenecidas estas cosas, el rey Sicano dió vuelta en España muy lleno de victorias y prosperidades, donde habiendo reinado, segun tasa Juan de Viterbo, treinta y un años, dió fin á su vida con una grave dolencia que le sucedió, nó sin mucho sentimiento de su nacion; porque á cuanto de sus obras podemos colegir, es cierto que fué muy excelente príncipe de muy altas inclinaciones. Éste es uno de los ciertos reyes de España entre los antiguos, segun en Solino parece, y en otros buenos autores, que dél hacen memoria: dado que ninguno de los que yo sepa señalan distintamente los tiempos en qué floreció, sino son aquel Juan de Viterbo con su Beroso, que ponen los dias de su reinado dentro de los años y sazon que tratamos en este capítulo.

CAPÍTULO XXIV.

De Siceleo, hijo de Sicano, y de los hechos famosos que por sus tiempos acontecieron en España y fuera della, y de la salida que tambien este príncipe hizo contra los italianos en favor de la nacion española que tenia hecha vecindad y moradas en Italia.

Sucedió despues de Sicano su hijo Siceleo, del cual eso mesmo dicen haber sido señor esforzado, liberal, amigable, muy emprendedor de hazañas graves como su padre. Comenzó su reinar en España mil y quinientos y cuarenta y nueve años primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, como lo pone Juan de Viterbo, segun otros mil y quinientos y cincuenta y tres, que son cuatro años mas atrás, cuando se principiaban seiscientos y once cabales despues de la poblacion de España, y setecientos y cincuenta y dos despues del diluvio general. Si lo deste tiempo que señalan es ver—

dadero, concurrieron con los dias de su principado muchas cosas dignas de memoria, no solo por España sino tambien fuera della, señaladamente a los veinte y seis años de su principado sucedieron en una provincia de Grecia, que despues dijeron Tesalia, tantas lluvias continuas, que los rios crecieron en demasía, y las otras aguas abundaron en tal cantidad, que toda la region se anegó, sin escapar cosa viva de cuantos animales y personas la moraban, sino fué uno llamado Deucalion, con su mujer nombrada Pirra, que por gran ventura guarecieron en un monte muy alto donde las aguas no pudieron sobrepujar, y despues aquellos dos poblaron la tierra poco á poco. Éste fué uno de los nombrados diluvios del mundo despues del universal en los tiempos de Noé, puesto que en este postrero no pereció mas de aquella comarca de Tesalia; pero lo que junto con este caso fué mas de notar y poner en admiracion es, que dentro del mesmo tiempo, dentro de la mesma tierra de griegos, en una provincia donde reinaba cierto señor principal nombrado Faeton, hubo tan excesivos ardores que secaron las yerbas y los árboles, agotáronse rios, fuentes, y lagos, los montes en muchas partes ardieron, de tal modo que pereció lo mas de la gente que tenian allí su naturaleza: cosa parece de gran misterio, dos tierras tan cercanas en una mesma sazon ser una destruida con aguas otra con sobra de calores. Despues desto pasado, cumplidos cuarenta y un años del reinado que señalan á Siceleo, sacó Moisés la gente de los judíos de la sujecion y cautiverio del rey Faraon en Egipto, donde sucedieron aquellos tan crecidos milagros y maravillas de que la Sagrada Escritura va llena, donde tambien aquel rey Faraon llamado Chencres por su nombre propio, con todos sus ejércitos y fuerzas fueron ahogados en el mar Bermejo de Arabia, que se dividió para que las compañas del pueblo Judaico pasasen por seco y enjuto: y despues se cerró cuando aquel rey quiso entrar en pos dellas. En estos mesmos dias, ó muy poco despues aconteció tambien la muerte de Cambon el Italiano, que segun ya señalamos en los veinte y un capítulos precedentes, fué casado con Eletra, hija del rey Atlante. Dos hijos que dellos quedaron el uno Dardano, y el otro Jasio, comenzaron entre sí muy grave contienda sobre la posesion del señorío que sus padres dejaron en Italia. Llegaron los debates á ser tan enojados, que tuvo cada parte grandes ayudas y parcialidades. Jasio, el hermano mayor, viendo que Dardano porfiaba su demanda, hizo mensajeros al rey Siceleo de España, que segun ya declaramos era sobrino suyo, hijo de su primera hermana, manifestándole sus competencias y guerras, y rogándole quisiese favorecerle con su ayuda, pues Dardano tenia poca razon en cuanto pedia. Díjole haberse Dardano juntado con los pueblos aborígines enotrios, enemigos antiguos de los españoles que por allá moraban, con voluntad y promesa, que si lo metian en aquella posesion de la tierra, trabajaria cómo todos cuantos españoles residian en Italia fuesen destruidos, ó lanzados fuera de sus provincias, procurándoles daños y persecuciones hasta los acabar. Sabida por el rey Siceleo tal maldad, y vista la justa peticion de su tio Jasio, recogió mucha gente, y él en persona fué allá con gran poder. Y como Dardano sintió el mucho socorro que á su hermano era venido, y que durante aquel no bastarian él ni sus valedores para le dañar, fingió pesarle de todo lo pasado, y vínose para el rey Siceleo, suplicándole aplacase á su hermano Jasio, y le sacase perdon dél, prometiendo grandes enmiendas y satisfacciones en lo venidero: lo cual muy fácilmente se concluyó, por mandarlo Siceleo, creyendo que no habia en ello maldad alguna ni doblez; pero despues á pocos dias, estando Jasio solo, llegó á él su hermano Dardano, y le dió tantos golpes con una porra que lo dejó muerto sin que nadie le pudiese valer: y luego se tornó para los pueblos italianos que primero le favorecieron: los cuales (como tengo dicho) se llamaban enotrios aborígines, y vino con mucha furia, creyendo que muerto Jasio no hallaria contradictor á su demanda. Mas el rey Siceleo, conocida tan gran falsedad, salió luego contra él, puestos sus españoles á punto de batalla, y pasaron ambos una terrible pelea, que fué bravamente reñida por todas las partes: en qué, finalmente, los aborígines enotrios, con toda la parcialidad italiana fueron todos rotos y vencidos, y tanto número dellos muerto, que Dardano conoció claramente no quedarle fuerzas ni remedio para se cobrar: y salió huyendo de Italia, con tal temor, que jamás volvió á ella, no parando hasta las regiones de Asia, donde hizo su morada. Y algunos años despues edificó por aquellas partes una poblacion, á quien puso nombre Dardania, de quien adelante procedieron los edificadores y señores de Troya, como en el capítulo siguiente diremos. Esto fenecido, Siceleo, rey de España, hizo dar el estado de todos aquellos señoríos á un hijo del rey Jasio, llamado Coribanto: y porque temió que Dardano podria tornar alguna vez con mas gente para continuar su maldad, no quiso salir de Italia, hasta dejar á Coribanto sosegado y pacífico en toda su hacienda: lo cual acabara brevemente si la muerte no desbaratara todos sus buenos propósitos, con llevarle desta vida cuando mas diligencia ponia sobre pacificar aquellos negocios: la cual muerte le sucedió en aquel mesmo año que pasó la batalla contra Dardano, que fué á los cuarenta y cuatro de su principado en España: pero dejó mandado, que su gente por ninguna via desamparasen al rey Coribanto, pues era mancebo y huérfano, y lo defendiesen de cuantos le querian hacer daño. Con este mandamiento quedaron aquella vez en Italia muchos españoles, allende los primeros que por allá residian: los cuales vivieron juntamente con los otros mas antiguos en aquella tierra, puesto que todavía muy acometidos, y con recia competencia de los enotrios aborígines italianos que los perseguian contino. Y estos españoles defensores de Coribanto fueron tambien otra nueva compañía ó linaje entre los españoles viejos allá, y se llamaron siceleos, diversos en el apellido de los morgetes y sicoros, y sicanos: aunque (como tengo dicho) todos de nacion española, y de una mesma gente y hermandad.

CAPÍTULO XXV.

De Luso, rey ó gobernador español, hijo (segun dicen) de Siceleo, por cuya razon una provincia de España certifican algunos que se llamó los tiempos antiguos Lusitania. Decláranse las rayas ó límites por donde verdaderamente solia proceder esta region antigua de Lusitania.

Fenecido lo sobredicho, luego todos los españoles residentes en Italia tomaron por rey de las Españas al hijo primogénito de Siceleo, que Juan de Viterbo y su Beroso llaman Luso, y es de creer si así

fué, que cuando de Italia saliese para venir en los reinos de España, seria su venida muy acompañada de gentes italianas, y de muchos otros que desde allá le seguirian: porque á los tales que consigo trajo certifica Juan de Viterbo, que señaló despues en España gran parte de tierra donde morasen, y que tambien él comenzó de poblar en ella lugares y villas para su vivienda, conforme á la manera que las gentes acostumbraban tener en aquellos tiempos. En memoria deste rey Luso dicen que las provincias ó comarcas donde las tales gentes asentaron, se llamó despues Lusitania. Plinio y otros autores cosmógrafos escriben, que mucho despues, en un tiempo de quien hablaremos á los treinta y un capítulos deste libro, vino en España cierto varon llamado Luso, ó segun otros le nombran Lisia, que pobló parte de la tierra, y la nombró de su apellido: pero ni le llaman rey, ni dan relacion de señorío, ni mando soberano que por allí ejercitase, lo cual es hasta ahora lo que se tiene por ménos dudoso; pero de cualquier suerte que fué, muy averiguado queda que los tiempos antiguos hubo en España gran parte de tierra que se nombró Lusitania: cuyos linderos y rayas (segun en otra parte declaramos) fueron á la vuelta del occidente las marinas y costa del mar Océano, cuanta se hace desde la boca del rio Duero hasta la boca del rio Guadiana. Por el mediodía rayábala tambien este mesmo rio Guadiana, dividiéndola siempre de la Bética vieja, desde su boca hasta siete leguas encima de Mérida, por el agua arriba, sobre la ribera de mano derecha: y allí fenecia su division casi frontero de donde hallamos ahora la poblacion de Villanueva de la Serena. Luego comenzaban otros mojones en aquel propio punto contra la vuelta del levante, por una raya que salia derecha dentro de la tierra, cruzando montañas y gentes diversas, no parando hasta herir en la ribera del sobredicho rio Duero sobre su mano siniestra, dos leguas mas abajo de la puente que llaman de Duero, camino de Valladolid á Medina del Campo, sitio bien conocido de todos nosotros en este nuestro tiempo, casi frontero poco mas ó ménos donde Pisuerga por el otro lado se mezcla con este mesmo rio Duero: desde el cual punto fué toda la division y lindero de Lusitania, sobre la parte septentrional, este propio rio Duero, hasta fenecer en el mar Océano. De manera que cotejando lo de los tiempos antiguos con lo presente, quedó claro por algunos apuntamientos de la escritura pasada que toda la comarca que hoy dia llamamos Estremadura, cuanto á lo que se contiene entre Guadiana y Duero, entraba en la Lusitania vieja. El reino de Portugal otrosí, casi todo, sino fuese la comarca que llaman entre Duero y Miño, con otra provincia del mesmo reino, llamada de Tras los montes. Ocupaba tambien la Lusitania buen espacio del reino de Leon, cuanto cae desde Duero contra mediodía. La gente desta provincia, dado que no sepamos en los principios de su fundacion qué condiciones tuviese, ni la manera de su vivir por su mucha antigüedad: cierto es que despues adelante, cuando los romanos vinieron en España, fueron tenidos por mucho valientes en esfuerzo y en fuerzas, y por muy sagaces en la guerra, tanto que de contino traian asechanzas contra sus enemigos, sin fatigarse ni cansar en ellas: pero como ya en otra parte dije, todas sus costumbres antiguas, y mas las ciudades, villas, linajes, naciones que llamaron en aquellos tiempos, se contarán largamente cuando trataremos las competencias que Bruto Calaico hubo con ellos, que fué el primer capitan romano que emprendió l conquista de aquella provincia, y el que la sojuzg con grandes peligros y pérdidas de sus gentes; dond se pondrá muy en particular cuanto en la Lusitani hubo los tiempos antiguos, sin dejar cosa de las qu della dicen los buenos historiadores y cosmógrafos. Y con este prometimiento se sufran los lectores, hast que la corónica llegue por allá, pues les satisfacemo allí muy en abundancia de lo restante que della quisieren saber. Tornando á la historia del rey Luso, dicen los que dél escriben haber sido príncipe provechoso, devoto mucho de sus dioses, harto mas de lo que fuera razon, tan dado á las supersticiones usadas en el tiempo de la gentilidad, que les añadió muchas ceremonias, y plegarias, y sacrificios, allende de los que primero hacian en España. Confirmó sus amistades y ligas con el rey Coribanto, señor de los italianos, como su padre lo dejó hecho: con lo cual ambos perseveraron pacíficos y descansados en sus tierras. Hállase mas que á los veinte y ocho años del tiempo y reinado deste rey publican ser edificada la muy nombrada ciudad de Troya en las tierras Asiáticas: la cual edificó Dardano, el cual dijimos que los españoles vencieron en Italia: por cuya razon fué dicha en el principio Dardania, hasta que despues algunos años un nieto, llamado Troyo, sucesor en aquel señorío, le hizo mudar aquel primer nombre, y la llamó Troya. Estas cosas pasadas, el rey Luso dicen que murió su muerte natural, habiendo reinado treinta y un años en España con aquella paz y quietud que tenemos escrito.

CAPÍTULO XXVI.

De Siculo, príncipe notable de los antiguos y verdaderos en España, y de las cosas que los españoles en su tiempo negociaron y concluyeron en Italia y en Sicilia, y en las provincias donde por este siglo tenian derramada su gente.

Despues de Luso fué rey en España muchos años otro nombrado Siculo, del cual dice Juan de Viterbo con las historias que le siguen haber sido hijo del rey su predecesor, y que comenzó la gobernacion en el año de mil y cuatrocientos y sesenta y cuatro, primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, cuando se contaban ochocientos y treinta y uno despues del diluvio mayor, y seiscientos noventa cabales despues de la poblacion de España. Filistio Siracusano con otros algunos autores griegos le hacen hijo del rey Atlante, lo cual trabajosamente podria ser verdad, si Juan de Viterbo no lleva muy errada la tasa de los tiempos en su corónica: muchos historiadores y poetas lo llaman hijo de Neptuno, que fingia la gentilidad ser el Dios de la mar y de las aguas: pero lo que deste Siculo podemos escribir á toda verdad, es haber gobernado cierto las Españas, aunque ningun autor quiere señalar en qué tiempo, si no fuese Juan de Viterbo, como tengo dicho. Sábese mas haber sido persona de mucha nombradía por las historias antiguas, muy deseoso de tener gentes armadas puestas á punto de guerra, sobre todo muy ocupado la mayor parte de sus dias en labrar flotas y navíos grandes y suntuosos en cantidad: los cuales alcanzó mas y mejor que ningun otro señor de su tiempo, conformes al artificio que se podia saber en aquel siglo, que cierto no sería de tantos primores, ni de tal aparato como lo tienen ahora los

mareantes. Y por la tal inclinacion creo yo que los poetas le hacen hijo de aquel dios Neptuno, señor de las aguas. Estando, pues, el rey Siculo muy ocupado con tan loables ejercicios, los enotrios aborigines italianos, enemigos viejos de los españoles que residian allá, trajeron á su parcialidad otra nacion tambien italiana, llamada los auruncos, el ayuda de los cuales renovó mucho las pendencias y guerras acostumbradas con los españoles vecinos de Roma sobre la posesion de la provincia Saturnia. Por estos mesmos dias los ciclopes y lestrigones de Sicilia hicieron otro tal contra los españoles sus competidores y fronteros en aquella mesma tierra: de suerte que mirado por el rey Siculo de España cuanto buen aparejo tenia de flotas y gentes armadas para socorrer en aquella sazon á los unos y á los otros, entró luego en sus navios, y con suficiente multitud de gente vino presto en Italia sobre aquellos contrarios de las naciones españolas. Y despues de los haber vencido en batalla, y sojuzgado la tierra, hizo por ellos tantas muertes y tantos destrozos, que fueron mas atribuidos á crueldad que á castigo. Así qué, muchos años estuvieron atemorizados y pacíficos sin osar acometer ni probar cosa de las pasadas: y para mayor seguridad dejó Siculo por allí muy gran parte de sus ejércitos en compañía de los españoles moradores viejos de Italia, segun que los reyes sus antecesores habian hecho las otras veces cuando pasaron en aquella mesma demanda. Éstos se nombraron despues los españoles siculos, por apellido de su rey Siculo: y como fuesen á la sazon mas en cantidad que los otros, y sus cosas mas favorecidas que nunca se vieron por Italia, sucedió que los apellidos antiguos de los otros españoles y sicoros y sicanos comenzaron algun tanto de se perder, y casi todos ellos eran llamados siculos, aunque no pudieron los apellidos antiguos tanto caer, que todavía no perseverase mucha gente dellos en sus nombradías y parentelas pasadas. Desta manera todos ellos quedaron en Roma sosegados y pujantes, casi como señores de las naciones italianas sus vecinas, que primero les eran contrarias: lo cual confiesan abiertamente los buenos autores que con mas cuidado y vergüenza tratan estas antigüedades, y entre ellos Dionisio Alicarnaseo, excelente coronista griego, tal á mi juicio que ninguno de los latinos le iguala en la diligencia de inquirir y sacar de raiz la orígen del pueblo romano: el cual dice así en el principio de sus historias. La ciudad, señora de las tierras y de la mar, donde viven ahora los romanos, los mas ancianos que la tuvieron (segun quedó en la memoria de nuestros antepasados) fueron los bárbaros siculos, gente vieja en aquella provincia, y nómbralos Dionisio tan antiguos en Italia, por causa de los muchos años que la moraron, y por los hijos y generacion que allá les nacia, y permaneció muchos siglos, aunque sabia bien ser españoles en su naturaleza, como lo manifiestan Estrabon, Tucídides, y Solino, con todos los historiadores antiguos, que (como dije) confiesan abiertamente ser españoles aquellos siculos en Italia, que poseyeron á Roma en su generacion y principio. Considerando, pues, ellos la quietud presente de los aborigines italianos sus fronteros: y la pacificacion ó benevolencia que prometian en lo venidero, labraron cerca de Roma sin tener alguna contrariedad una fortaleza que llamaron Alsino, sobre la costa de mar, contra la parte del occidente septentrional: y casi luego, con voluntad y parecer del rey Sicano, pusieron al derredor caserías y poblaciones de su gente: la cual duró harto tiempo prosperada y honrada con el mesmo nombre dado que nuestro siglo presente la tenga destruida. Despues desta fortaleza comenzaron á cimentar otras dos villas tambien allí cerca de Roma, pero metidas algo dentro de la tierra, conociendo cuanto mas poblaciones y lugares allí fundasen, pues abundaban ya de gente con que los podrian henchir, tanto mas arraigaban su posesion y su perpetuidad en aquella provincia. La primera villa destas así fundadas nombraron Facena; la segunda Falerio; tan señaladas ambas, y tan conocidas por la venerable memoria de los españoles siculos sus moradores ancianos, como por la vecindad y cercanía que con Roma tuvieron todos los tiempos de su mayor prosperidad. Esto concluido con cuanta presteza pudo caber en hechos graves y difíciles, el rey Siculo de España pasó luego en Sicilia, para remediar tambien allá la turbacion y peligro que sus naturales padecian de los cíclopes y lestrigones arriba señalados en el principio deste capítulo: puesto que hartos historiadores parecen decir haber sido primero la jornada de Sicilia que la de Roma. Pero como quiera que fuese, cierto sabemos, que despues de llegados, fueron los cíclopes y lestrigones acometidos con tanta priesa, tantas veces destrozados y rotos, que de todo punto les convino dejar lo mejor de la tierra que primero poseian en Sicilia, recogiéndose contra lo postrero della sobre las partes septentrionales que caen fronteras á la Calabria de Italia: donde son ahora las villas de Melazo, Aterno y Mesina con sus comarcas, en qué trabajosamente se pudieron amparar con la fragura de cierto monte, llamado Etna, que dicen ahora Mongebello: y como quiera que la region era pequeña, quedaron tan desechos y tan apocados, que cabian muy bien en ella, sin dar estorbo los unos á los otros.

CAPÍTUTO XXVII.

Cómo sabidas las victorias de Sicilia, ganadas por el rey Siculo de España, los otros españoles residentes por el contorno de Roma, salieron adelante poblando villas y lugares nuevos, y gran espacio de tierra, señaladamente dos pueblos notables, nombrados el uno Ficulnas, y el otro Prenestre.

Púsose la nacion española con estos favores y victorias del rey Siculo tan orgullosa y tan firme por todas aquellas tierras sicilianas, que se reputaba no ménos pujante que los otros sus parientes romanos, y en Italia. Derramóse libremente por donde quiso tomar, tomándolo casi todo sin alguna dificultad, especialmente las partes occidentales de la isla que caen contra África, donde hicieron su principal asiento, ganando la comarca que tienen ahora las villas de Trapana, Palermo, Nicodro, San Gallo y San Jorge, segun adelante mas distintamente veremos en el postrero volúmen desta gran historia, cuando se tratarán los tiempos en que la tal isla tornó segunda vez á los señoríos españoles, por industria de los serenísimos reyes aragoneses, como tambien ahora la poseemos: donde se pondrá relacion cumplida de sus asientos y ciudades, montes, lagos, rios, fuentes, villas y pueblos cuantos en ella son. Por haberse detenido muchos años este rey español en Sicilia, hasta la sosegar y poner en órden, y por causa de se llamar él Siculo, fué tambien ella nombrada Siculia, ó Sicilia, el cual apellido le duró siempre los siglos pasados y presentes. Así qué, de tod

partes aquel valeroso príncipe trajo tanta prosperidad y buena fortuna, que no solo por Sicilia, sino tambien por Italia, sus españoles residentes alló, no contentos con la posesion de Roma, ni con la de las tres villas antedichas, llamadas Alsino, Falerio, y Facena, pasaron despues mas adelante, y se tendieron por la comarca, sojuzgando sitios y fuerzas importantes. Fundáron eso mesmo poblaciones nuevas, apropiadas para su conservacion y mejoramiento: de las cuales una que fué mayor, nombraron Ficulnas, bien conocida por corónicas antiguas, y libros famosos de cosmografía. Mas atrás en la vista casi de su Roma dejaban otra villa cimentada, que nombraron ellos Preneste, no léjos de donde fueron despues edificadas las poblaciones de Tibur y de Tusculo. De manera que rodearon aquí grandes anchuras con espaciosos términos y dehesas, tomadas en toda la region para pasto de sus ganados, que ya tenian muchos en cantidad, y para los acrecentamientos de su gente que contino se multiplicaban, tanto que toda la provincia comarcana llamada Lacio, desde el rio Tibre hasta ciertas puntas ó cabos de tierra metidos en la mar, que se decian Circeyos, les quedó sujeta de todo punto sin haber quien los osase resistir: conforme á lo cual duraron cerca de Roma dentro de Tibur y de Preneste muchas aberturas y fosas, llamadas sicilianas en el tiempo del imperio romano, conservando bien el apellido de la morada vieja que tuvieron allí los siculos españoles, cuando las abrieron y cavaron para su defensa. Hállase mas en los dias deste rey Siculo la gente de los judíos haber salido de los desiertos de Arabia, y tomado la tierra de promision, siendo primero muerto su profeta Moisés, como lo cuenta prolijamente la Sagrada Escritura: el cual falleció en el cuarto año del reinado deste rey español, si son verdaderos los tiempos que Juan de Viterbo le señala. Los judíos, despues de muerto Moisés, recibieron por capitan á Josué, que fué de los excelentes caudillos del mundo, tan lleno de santidad y tan fuerte contra sus adversarios, y tan amado de los suyos, que por estas adversidades grandes mereció ser puesto en el número de los claros y fuertes varones, como muy principal dellos: el cual despues tambien murió á los treinta y un años del reinado deste Siculo príncipe de España. Éste fué uno de los reyes antiguos y ciertos en nuestra tierra: dado que la tasa de sus tiempos no nos parezca tan cierta. Fué tambien el último señor español, de quien hizo relacion aquel Beroso, que sigue Juan de Viterbo, despues del cual toma para continuar la memoria de los reyes siguientes un otro coronista de los egipcianos, llamado Maneton, que, segun parece, lleva continuada la sucesion y genealogía de nuestros príncipes antiguos por el estilo mesmo del Beroso ya dicho.

CAPÍTULO XXVIII.

Del rey español antiguo, que dicen haberse nombrado Testa Triton, sucesor del rey Siculo: y de los acontecimientos que se hallan haber sucedido en España, y en otras gentes dentro de sus dias y principado.

Pasadas las cosas que dejamos escritas, dice Maneton, y su comentador Juan de Viterbo, que los españoles aceptaron por señor principal uno llamado Testa, por sobrenombre Triton, extranjero y advenedizo, nó natural de España, sino de nacion africano: del cual ni declaran la razon porque siendo forastero le diesen tan calificado señorío, ni ponen señales ó muestras por donde podamos atinar la causa desto. Conjeturan algunas personas de nuestro tiempo que segun la nacion española debió ser en aquellos dias honrada, teniendo sus gentes tan derramadas y tan prósperas en diversas partes del mundo, cuanto los capítulos pasados han dicho, los gobernadores españoles alcanzarian tambien señoríos en África por ser tierra muy junta con España, pues los alcanzaban en otras tierras mas alejadas: y si lo tal así fué, de pensar es que tambien aquel Testa, dado que viniese por allá, seria pariente propinquo de los reyes pasados en España, por cuyo respecto le vendria la sucesion de sus reinos. Otros sospechan que cuando Siculo murió, visto por aquellos españoles, que solian tener príncipes, no les quedar cabeza ni señor en la tierra: dado que cuanto á los otros negocios fuesen poco cuidadosos, todavía conocerian convenirles y ser cosa de provecho tener cabeza que los gobernase, puesto que no fuese por mas de por conservar la costumbre de sus pasados, y que por esta razon harian rey entre sí, como de muchas otras gentes leemos que tambien lo hicieron al mesmo fin: las cuales no tomaban en aquel siglo por señores los mas poderosos ni mas ricos, sino los mas bien considerados y mas prudentes, ó los mas virtuosos en sus obras, y por la tal costumbre que los muy antiguos ejercitaban á la contina, llevaron tan crecidas ventajas en sus principios á los que vivimos ahora por el mundo. Desto resulta que los hombres virtuosos y justos por su bien vivir eran escogidos para gobernar las gentes, y regir las provincias, y fueron llamados reyes, reverenciados con acatamientos divinales y con la obediencia que ahora en los príncipes se conserva. Por aquello, como digo, sospechan haber podido bien ser, que sabiendo algunos pueblos españoles la bondad y suficiencia deste caballero, lo trajesen para su gobernacion, y lo tomasen por principal entre sí. Cuyo reinado dicen que comenzó casi en el año de mil y cuatrocientos y doce ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, que fué, segun cuenta de los hebreos, ochocientos y noventa y tres años despues del diluvio general, y setecientos y cincuenta y dos despues de la poblacion de España. Durante su gobernacion y reinado le señalan como cosa muy honrada la fundacion y principios que hizo de cierta ciudad magnífica, segun la magnificencia pobre de su siglo, llamada por su respecto Contesta, sobre la ribera de nuestro mar, á quien suelen decir Contestania muchos escritores modernos; y por causa della porfian que los espacios de tierra, cuantos otro tiempo se cerraban con una raya principiada sobre la ribera de nuestro mar algo mas oriental que Valencia casi tres leguas, y guiada despues hasta las fuentes del rio Júcar, y desde ellas caminando por la montaña donde nacen y manan las tales fuentes, hasta donde fenece tambien aquella montaña sobre nuestro mar cerca de Muxacra, se dijeron antiguamente tierras de los españoles contestanos, y sin duda tal apellido tuvieron el siglo pasado, puesto que no sepa yo tan cierto cuanto queria si la razon de su nombre sea por alguno destos dos, ó rey, ó ciudad, que publican él haber edificado: la cual ciudad Contestania, ó Contesta, muchos tienen creido ser en aquella mesma parte donde fué despues edificada Cartagena, como lo veremos en los cuarenta capítulos venideros. Otros algunos lo contradicen, y por-

fian haber sido la tal ciudad aquella mesma que nombran ahora Cocentaina; corrompiendo su nombre primero por le decir Contestania, poblacion asaz conocida del reino de Valencia, cabeza de condado poco mas occidental que Monvedre (Murviedro), desviada de nuestro mar en las faldas y raiz de la montaña dicha Mariola, donde tienen dignidades y señoríos los caballeros y linaje, nombrados Corellas. Grandes indicios trae tal conjetura, mirada la semejanza destos dos vocablos Concentaina moderno, y Contestania, pasado lo cual falta en Cartagena, como todos podrán juzgar, mayormente cayendo Cocentaina junto con la raya de los contestanos antiguos y dentro dellos en sus principios orientales: pero no hallamos para lo certificar escritores antiguos, coronistas ó cosmógrafos fidedignos que hagan memoria della, cuanto mas que digan haber sido cabeza de los españoles contestanos, ó que tomaron della su nombradía, ni les podria yo dar otra cosa mas de que los tales pueblos contestanos en cualquier modo fuesen así llamados todo cuanto les duró su nombre viejo. Quedaron cerrados y contenidos entre las rayas y límites arriba declaradas, y la provincia dellos tuvo figura triangular casi como cartabon de carpintero con tres rincones ó puntas en lo postrero della: una punta contra la parte de levante sobre las riberas de nuestro mar en un sitio poco mas occidental que Monvedre, y mas oriental que Valencia: segunda punta contra la vuelta de poniente sobre las faldas y vertientes donde fenece la sierra de Muxacra juntas al mesmo nuestro mar: otra tercera punta contra septentrion entre las montañas y cumbres cercanas á la ciudad de Cuenca, y las fuentes de aquel rio Júcar. En el cual espacio son ahora ciudades y villas principales dentro de tierra, Oribuela, Játiva, Lorca, Valencia con mucha parte de su reino, Murcia tambien, y lo principal de su jurisdiccion y reino. Sobre la marina fueron contestanos antiguos Alicante, Cartagena, Denia, Gandía, el Grao, Guardamar, y mas otros pueblos menores ya señalados en el segundo capítulo deste primer libro, declarando la faccion y sitio de las riberas contenidas en aquel paraje, desde Muxacra hasta casi dos ó tres leguas delante de Valencia no mas. Hubo tiempo cuando yo tuve creido, ser límite de los españoles contestanos al oriente las aguas todas del rio Júcar desde sus manantíos hasta donde lo toma la mar: y movíame Tolomeo, que no les da mas adelante punto notable sobre la costa, pero deste modo quedaria Valencia fuera dellos, siendo muy averiguado caerles dentro, mas oriental que la boca del dicho rio cuatro leguas, ni Cocentaina le perteneciera tampoco, de quien ya señalamos arriba nuestro parecer y conjetura.

CAPTÍULO XXIX.

Como navíos griegos, muchos y buenos, aportaron en España, cargados de gentes para poblar y morar en ella. Y de la fundacion que hicieron en Monvedre, y de cierto templo que poco despues cimentaron en Denia por veneracion y memoria de la diosa que llamaban ellos Diana.

En el tiempo tambien que Maneton y Juan de Viterbo señalan haber reinado Testa Triton en España, casi á los treinta y cinco años que ponen de su principado, cuando fueron cumplidos docientos años ántes de la destruccion troyana, sabemos cierto que vinieron en España cantidad de navíos griegos con gentes naturales de una isla nombrada Zacinto: y que dicen ahora Jasanto. Con ellos vinieron tambien algunos otros de lo postrero de Italia que se les llegaron en este viaje: los cuales todos juntos tomaron puerto no léjos de donde hallamos hoy dia la ciudad de Valencia poco mas adelante della contra las partes orientales: y allí fundaron una poblacion apartada de la marina casi tres mil pasos, á quien llamaron Zacinto conforme con el nombre de la isla griega, donde fueron naturales, cerca de la parte donde hallamos ahora la villa de Monvedre: el cual pueblo mudándole despues las primeras letras fué dicho Sagunto, y los moradores dél saguntinos. Éstos parecieron siempre gente discreta, muy avisados y prudentes, y como tales luego que en España llegaron fácilmente conocieron la simplicidad y llaneza que traian las gentes della: y porque en lo de adelante pudiesen ganarles la voluntad, y tenerlos mas allegados á sí, particularmente los que moraban por las comarcas de aquella marina, comenzáronles á mostrar algunas cosas extrañas, que jamás ántes los españoles habian visto, y á darles atavíos para que viviesen apaciblemente: y aun para mas engrandecer sus hechos fingieron ser aquello que les daban cosas benditas, inventadas entre los hombres por industria particular y revelacion de sus dioses, con lo cual no solo no tuvieron contradiccion en la llegada, sino fueron muy bien recibidos y muy importunados y rogados que morasen la tierra: lo cual ellos aceptaron como cosa que mas deseaban en el mundo. Comenzáronse á meter por la region con tratos y negocios virtuosos, sin mostrar codicia desordenada, ni doblez, ni cautelas que les afeasen sus inteligencias, ansi que fácilmente fueron amados de todos los españoles sus vecinos: y lo que mas era de maravillar en este caso fué, que procuraron siempre de llevar toda la sumá que podian de plata y oro para vasijas y para los otros sus adornamientos preciosos, no teniendo costumbre de dinero ni de moneda en toda su contratacion, ni la tuvieron despues largo tiempo, porque ni los griegos al presente tampoco la tenian, ni mucho ménos las islas donde vinieron éstos: sino trocaban unas cosas con otras, como tambien lo hacian en España. Desde allí discurriendo aquellos griegos recien venidos por un pedazo de la costa que les caia cerca para reconocer el sitio y las costumbres, y la manera de las otras comarcas españolas, y despues de tener bien asentado su pueblo de Sagunto, fundaron un templo sobre la mar, quince leguas mas adelante contra la vuelta del occidente, junto con aquella parte que nombramos el cabo de Denia, donde pusieron un ídolo que consigo traian, en veneracion y memoria de la diosa Diana, que publicaban ellos haber sido hija del dios Júpiter, el principal y mas poderoso de todos sus dioses. No se puede pensar con cuanta reverencia y acatamiento vino luego la simplicidad de los españoles comarcanos á recibir estas novedades, atónitos y maravillados en ver las ceremonias y sacrificios que hacian estos griegos, conformes á la condicion que cualquier gente vulgar poco discreta suele tener en sus negocios, siendo naturalmente favorecedora de supersticiones ó de cosas que parezcan traer consigo devocion, de las cuales se vencen y mueven sin considerar los bienes ó los males que pueden estar embajo de aquella hipocresía y falsa muestra: este templo de Diana fué siempre muy afamado por los autores que hablaron algo de España, reconociendo su gran antigüedad, y por haber

sido la primera parte de España donde los ídolos malos del enemigo se comenzaron á sacrificar y reverenciar segun las usanzas de los griegos ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, y desde allí poco á poco se fué derramando la tal costumbre por todas nuestras tierras, y se fueron olvidando muchas de las ceremonias que Osiris acá dejó conformes á la superstición de los egipcianos, y de las que sus descendientes despues inventaron. Fué tambien cosa notable su labor, por el maderamiento con que lo cubrieron en qué todas las tablas y vigas eran de enebro: la cual madera consta por experiencia ser la que mas dura sin corromperse ni hacer mudanza cuando la ponen en obras, tanto que Plinio confiesa por sus libros de la natural historia durar la tablazon del templo sobredicho, fresca y entera hasta su tiempo, que por buena cuenta hallamos ser poco ménos de mil y seiscientos años. Aquí se celebraron los sacrificios y vanidades desta diosa muchos siglos con mas veneracion y solemnidad que por todas las Españas. Así qué, cómo los griegos de Zacinto hubieron hecho su morada sobre la parte donde hallamos á Monvedre, sucedieron sus cosas tan prósperamente, que poco despues tenian en su pueblo tanta gente de los españoles comarcanos, los que sin contradiccion alguna fueron los principales de toda la provincia, que con los parentescos y casamientos que se trataron de los unos en los otros quedó la generacion de sus hijos y descendientes hecha tambien española, por tal manera que todos ellos se nombraron y fueron españoles: aunque muy gran parte del siglo pasado vivieron en las costumbres de Grecia. Las obras otrosí hechas en el templo de su diosa Diana siempre florecieron y fueron reverenciadas con su favor dellos, y con el adornamiento que contino ponian en ellas; pero mucho mas las estimaron algunos años adelante despues que vinieron por la mar en España cierta nacion llamada los focenses de Jonia, con quien estos de Sagunto comunicaron la comarca cercana del templo sobredicho, donde hiciesen morada: los cuales focenses pusieron en él muchas mas ceremonias y supersticiones de las que primero tenian, como lo veremos en los veinte y nueve capítulos del tercer libro. Desta manera se tiene por cierto que fué Monvedre ó Sagunto poblada, y el templo de Diana con ella por aquellos griegos ya declarados en la sazon y tiempo que tenemos escrito, cuando dicen otros que Testa fué señor en una parte de España, del cual no hallamos otra cosa por las historias, sino que despues de todo lo sobredicho pasado, murió su muerte natural habiendo ya gobernado la tierra casi setenta y cuatro años, por donde sospechan que seria pariente muy cercano del rey Siculo su predecesor ó de cualquiera de los otros reyes sus antepasados, porque si tal no fuera, no parece que los españoles le hicieran el reconocimiento que le hicieron, á causa que segun el mucho tiempo que dicen haberlos regido, debia de ser muy mancebo cuando tomó la gobernacion, y si por derecho no le pertenecia, no fuera cosa razonable poner un señorío tan calificado sobre persona de tan tiernos dias, pues pudieran hallar otros hombres venerables de mayor experiencia para su regimiento, si los españoles lo quisieran y procuraran.

CAPÍTULO XXX.

Del rey Romo, que tambien dicen haber sido príncipe de los antiguos en España, al cual atribuyen la fundacion de la ciudad de Valencia, donde se reprehende lo que hablan algunos escritores de un Filistenes, que quieren decir haber en este tiempo pasado en España, y poblado la provincia de Cádiz.

Luego despues deste rey sucedió en el mesmo señorío de aquella tierra ó provincia de España, segun lo relata Juan de Viterbo, y su Maneton, otro príncipe llamado Romo, cuyo nombre significa tanto en lengua griega como fuerte ó valiente. Comenzó de reinar á su cuenta casi en el año de mil y trecientos y treinta y nueve ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, cuando corrian ochocientos y veinte y cinco años despues de la poblacion de España, y novecientos y setenta y seis despues del diluvio general segun tasan los hebreos. No declaran Juan de Viterbo, ni Maneton, cuyo hijo fuese Romo, ni de qué linaje, ni dicen dél otra cosa mas que deseando mejorar su memoria como los otros reyes españoles sus antecesores, edificó cerca de nuestro mar Mediterráneo cierta poblacion: la cual á semejanza de su nombre dél, fué llamada Roma, cuya nombradía perseveró hasta que mucho tiempo despues los romanos italianos vinieron en España con gran poder, y sojuzgada la comarca della, le trocaron su primer apellido, no consintiendo que pueblos en el mundo se llamasen como la ciudad donde fueron ellos naturales: mas, porque no pareciese que de todo punto la despojaban de su propio vocablo, dicen que la llamaron Valencia, cuya significacion en latin es lo mesmo que Roma en lo griego, y así le dura tambien en el tiempo de ahora: y por memoria de las grandes cosas que Rodrigo Diaz de Vivar, excelente capitan castellano, á quien los moros llamaron el Cid, hizo por allí cuando conquistó la tal ciudad y su tierra, la nombramos ahora Valencia del Cid: y tambien algunos le dicen Valencia de Aragon, por haberla cobrado postreramente de los moros los ínclitos reyes aragoneses, y tenella dentro de su jurisdiccion, ó por diferenciarla de muchas otras Valencias que hallamos en diversas partes de España, como son Valencia de Alcántara, Valencia de Campos, Valencia de Miño, frontero de la ciudad de Tuy: pero la mas principal de todas es la de que hablamos ahora, situada dentro del mesmo término que dicen éstos, casi tres mil pasos alejada de la mar, en tierra mucho deleitosa, de singulares jardines y maravillosas frescuras y pasatiempos, como veremos adelante cuando llegaremos á la postrera parte desta corónica, donde contaremos particularmente su buen asiento, sus tratos y sus primores con todos los deportes y bienes cuantos en sí contiene, que son en gran cantidad, con lo restante de las hazañas que por ella y en su reino sepamos haber sucedido. Casi por los años y tiempo que dentro deste capítulo se tratan, ó cierto no muchos ántes ó despues, hallo yo tambien algunos autores que dicen haber aportado dentro de Cádiz un hombre llamado Filistenes, morador en las partes orientales, y natural de cierta tierra nombrada Fenicia, del cual y de la gente que consigo trajo, certifican haber ocupado la tal isla para vivir en ella de propósito. Pero muchas otras personas de gran consideracion no lo tienen por bien cierto, ni tampoco lo que quiso poner algun es-

critor moderno de nuestros españoles, añadiendo sobre la tal relacion ser aquella venida de Filistenes con sus fenices en el año de mil y trecientos y cincuenta primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, reinando en España cierto príncipe nombrado Palante, de quien yo jamás hallo memoria en autor que tenga crédito, si no fuese por ventura Palatuo, de quien solo Juan de Viterbo y su Maneton hacen alguna relacion, como presto lo veremos dos capítulos adelante déste: mas los años que señalan á Palatuo harto fueron despues de lo que ponen la venida de Filistenes á Cádiz. Y ciertamente si gentes de Fenicia vinieron alguna vez en España, como cierto sabemos que vinieron segun el segundo libro lo contará, fué su venida conforme á lo que Estrabon dice en el primer libro de su geografía despues de los tiempos de Hércules el griego, que es el Hércules solo que Estrabon reconoce, cuya edad sucedió muchos años adelante de lo que nuestro coronista imagina, como presto lo veremos en los treinta y siete capítulos venideros; y por consiguiente los fenices que pararon en Cádiz, es cierto haber sido naturales de la ciudad de Tiro, pueblo famoso de Fenicia, como tambien Plinio lo declara en el quinto libro de la natural historia, Quinto Curcio en el cuarto libro de los hechos de Alejandro, y el mesmo Estrabon en el décimo sexto de su geografía: la cual poblacion de Tiro sabemos no ser fundada ni hecha sobre la tierra por aquellos tiempos que senalan á Filistenes, como despues adelante lo veremos bien claro en el capítulo treinta y cinco siguiente. De manera que, pues los fenices de Cádiz salieron de Tiro, y aquel Filistenes no pudo ser della, siendo primero nacido que Tiro fundada, mucho ménos sería de los fenices, que vinieron á Cádiz, y así nuestra corónica lo deja por cosa fabulosa, y prosigue adelante los intentos comenzados, remitiendo la razon y la cuenta de los fenices ya dichos á los capítulos del segundo libro, donde se pondrá lo ménos dudoso que las historias peregrinas y nuestras hablan de sus venidas y de sus hechos en estas partes.

CAPÍTULO XXXI.

De la venida que hicieron en España gentes de diversas provincias traidas por un capitan griego llamado Dionisio, y de los lugares que tambien ellos en España fundaron, y cosas dignas de memoria que por acá hicieron, así de ceremonias y sacrificios, como de muchas otras novedades.

En aquella propia sazon que el rey Romo, de quien el capítulo pasado hablaba, dicen reinar en España, casi por el año de mil y trecientos y veinte y cinco, primero que nuestro Señor y Redentor Jesu-Cristo naciese, sabemos haber entrado por el Andalucía gran copia de gente con multitud infinita de mujeres que seguian un capitan griego llamado Dionisio, á quien despues dijeron Yaco por sobrenombre los griegos sus naturales, y fué causa deste sobrenombre, que toda cuanta compaña le seguia tuvo siempre costumbre de discurrir por los campos dando voces muy grandes, con aullidos y meneos furiosos, no ménos en tiempo de los placeres, que de sus enojos ó de sus devociones y sacrificios: al cual vocear aquellos griegos en su lengua comun suelen llamar yaco. Bien así como llaman bachina la tal vocería furiosa, por esta mesma razon le nombraban tambien Baco, queriendo dar á sentir el tal aullar desordenado que dicen ellos bachin. Vistas las extrañezas destas gentes que seguian á Dionisio, consideradas eso mesmo sus crecidas habilidades dél, su demasiada hermosura, su gracia, su maravillosa disposicion, acudió la gentilidad á tenerle por dios, y reverenciarle con templos y sacrificios, á lo cual dieron tambien gran motivo muchas cosas notables que hizo por el mundo, así por las Indias como por otras partidas donde discurria venciendo batallas y tiranos, y sojuzgando provincias, y quitando fuerzas y desafueros donde quiera que los hallaba, conforme á lo que Osiris ántes habia hecho, aquel de quien ya contamos en el noveno capítulo deste libro, tanto que por la semejanza de los hechos del uno con los del otro, la gente griega los llamó á ambos Dionisios, como tambien lo hicieron en los Hércules, cuando atribuyeron el nombre y victorias de Oron Libio el egipciano á su Hércules griego hijo de Anfitrion. Verdad es que sin este Baco Dionisio, de quien ahora tratamos, sin el otro llamado tambien Osiris, hallamos otro Baco Dionisio, que fué persona muy estimada, hijo de Pirra y de Deucalion, los que dijimos en el capítulo veinte y cuatro haberse librado del diluvio de Tesalia, y éste primero que nadie mostró á los griegos la grangería y el arte de plantar higueras, y la manera con que sacasen vino de las uvas, y muchas otras buenas industrias para tener viñas y curarlas con mas diligencia que nadie hasta sus tiempos habia hecho por aquellas tierras: á cuya causa dijeron los griegos ser el primer inventor de todo lo tocante al artificio del vino, y le señalaron sacrificios y templos semejantes á dios, en los cuales á la sazon de su fiesta le reverenciaban las estatuas que dél tenian fuera de los templos, adornadas con pámpanos y racimos, y le fregaban la cara con uvas estrujadas, y con higos verdes. Mas aquel Dionisio nunca le tuvieron en España, dado que mucho tiempo despues en aquel siglo de la gentilidad le hicieron tambien acá templos, y le deputaron sacrificios con la mesma solemnidad sobredicha. Solo el último de todos estos Dionisios es el que ahora hace á nuestro propósito, que fué hijo de Júpiter, y de una dueña llamada Semeles, y nieto de otro varon principal en la tierra de Fenicia nombrado Cadmo: el cual Dionisio al tiempo que en España vino, cuando el rey Romo dicen reinar en ella, sabemos cierto que visitó principalmente las provincias comarcanas á la mar, y mucho mas que ninguna la de Andalucía, que por ser tan fértil y tan graciosa, le detuvo mas que ninguna de las otras: allí dejó parte de su gente con algunos sabios religiosos de los que tenian á cargo las plegarias y sacrificios que comunmente sus compañas y gentes usaban hacer á los dioses, segun la costumbre de Grecia: los cuales poblaron cerca del rio Guadalquevir un lugar que decimos ahora Lebrija, á quien despues los antiguos llamaron por sobrenombre Veneria: puesto que ahora este pueblo ya le hallamos apartado de aquel rio mas de ocho mil pasos, que hace casi dos leguas españolas: y fué la causa que (segun ya dijimos en otra parte) luego como pasaba Guadalquevir de Sevilla, primero que lo tomase la mar, solia partirse en dos brazos, haciendo con ellos una isla, de quien los escritores pasados hacen por muchas partes de sus obras notable relacion. El uno destos dos brazos que salia contra la parte de levante, ya no se halla, porque las aguas han trastornado todas en el otro brazo del occidente, segun hoy dia

parece claro cerca de la villa de Rota, y en otros lugares que se descubre la madre, por donde solia correr. De manera que por estar aquella poblacion de Lebrija sobre aquel brazo oriental de Guadalquevir ya gastado, quedó mucho desviada del agua, con sitio diferente, segun podria parecer á los que no saben esto, del que tuvo cuando la fundaron aquellos compañeros de Dionisio. Déstos dicen las historias, que cuando hacian sus plegarias y ceremonias, vestian unas pellejas de gamos las mas pintadas que hallaban. Y por esta razon aquel pueblo tuvo la nombradía de Lebrija, ó Nebrisa, porque nebris en lengua de los tales griegos quiere decir pelleja de corzo, de la cual andaban ellos vestidos y cubiertos. El apellido dura hasta nuestros tiempos en el dicho pueblo, que fué siempre de los muy honrados en el Andalucía por su gran antigüedad: y mucho mas por haber salido dél el maestro Antonio de Lebrija, restaurador de buenas letras en España. Parece tambien de lo sobredicho ser engañados los que porfian este lugar haber sido poblado por un nieto de Ulises, como lo dicen los que compusieron la corónica de España por mandado del señor rey don Alfonso, con otros historiadores castellanos que la siguen. Acuérdome yo que, siendo muchacho, en estudio de Alcalá de Henares oia muchas veces platicar al maestro Lebrija, natural (como dije) deste pueblo, que tambien aquel Dionisio fundó cierta poblacion en España, junta con los montes Pireneos, la cual mandó que se llamase Yaca, por causa del sobrenombre suyo dél, que decian Yaco, del cual pueblo hacen continua memoria Plinio, Estrabon, Tito Livio, con muchos otros cosmógrafos y coronistas latinos y griegos: y los pueblos tambien de su comarca della fueron dichos antiguamente los españoles yacetanos. Aunque no faltan autores que la llaman á ella Laca, y á las gentes sus vecinas lacetanas: pero, como dije, Estrabon yacetanos los nombra, y Yaca la ciudad: y nosotros tambien, y sus naturales, Yaca la llamamos hoy dia, conformándonos con el apellido deste Yaco Dionisio: la cual está puesta junto con las fraguras y montaña del Pireneo, como ya lo señalamos en el segundo capítulo deste libro, conservando la mesma faccion que los autores antiguos le señalaron y con el mesmo nombre. Verdaderamente si yo hubiese leido alguna corónica fidedigna donde hallase lo que Antonio de Lebrija decia, mucho me parece que lleva buen camino, y aun estimaria mucho mas su parecer, como cierto lo reputo, que no la sentencia de nuestros coronistas modernos, que tratando las historias de los reyes aragoneses, han osado certificar esta ciudad llamarse Jaca, porque yace en un valle descombrado, cercado de montes en derredor, lo cual no me satisface, porque si lo tal así fuese todos los pueblos del mundo se deberian llamar Jacas, pues yacen donde son. Dicen tambien algunas escrituras, que despues de la jornada sobredicha quedaron en lo postrero de España ciertas personas de Arabia, nombradas cenitas, que poblaron las riberas postreras del mar Océano, comarcanas al cabo que llamamos ahora de San Vicente: puesto que muchos otros afirman haber quedado desde los tiempos de Osiris, como en el onceno capítulo dejamos escrito. Así qué, tornando al intento verdadero de nuestra corónica, hallamos en las memorias antiguas, que cuando aquel Yaco Dionisio discurria por las tierras españolas, entre las personas de cuenta que por allí se conocieron fué uno llamado Milico, hijo de Mirica, morador en los confines orientales de la provincia nombrada Bética: puesto que nó dentro della, tan acatado y principal en todas aquellas comarcas como si fuera rey dellas. En la cual region y senorío poco despues edificaron sus hijos y sucesores una ciudad asaz magnífica, que los antiguos llamaron Castulon, no léjos de donde hallamos ahora la poblacion de Baeza, como lo veremos en los veinte y seis capítulos del segundo libro: cuyas fortunas buenas y malas, cuantas en diversos tiempos sucedieron, que fueron muchas, relataremos adelante por algunas partes desta corónica. Dicen eso mesmo los historiadores y poetas, cuantos particularmente tratan la jornada deste Dionisio por España, que discurriendo por ella, entre las otras regiones donde caminó, vino tambien á la de Lusitania, que ya dejamos amojonada y rayada en los veinte y tres capítulos pasados; allí certifican haber situado como gobernador particular un capitan suyo nombrado Luso, ó segun otros le decian Lisia, que moró primero que nadie esta provincia: puesto que Juan de Viterbo lo atribuia siempre á su rey Luso de Espana, como ántes de ahora escribimos. Afirma tambien Plutarco con otros autores griegos, que sobre todos éstos dejó Dionisio en aquel viaje por principal administrador y procurador de toda la tierra en general un compañero suyo, llamado Pan, el cual fué despues tenido y reverenciado por dios en tiempo de la gentilidad, y que por respeto deste Pan la tierra toda se comenzó á llamar Pania: el cual nombre andando el tiempo se corrompió, y las gentes que sucedieron, añadiéndole al principio una letra ó sílaba, la nombraron Spania, y despues la vinieron á decir España, aunque cuanto á este artículo ya dejamos escrito lo que de Sevilla y del rey Hispan su fundador cuentan otras historias, á quien comunmente suelen dar mas autoridad nuestros españoles. Fenecidos todos estos hechos, Dionisio, con su multitud y gentío, y con aquellas mujeres que le seguian, salió de las Españas. El rey Romo se debió quedar en su ciudad de Valencia, segun ántes lo solia hacer, como parte donde tendrian morada de reposo los tiempos que viviese, hasta que cumplidos treinta y tres años de su reino, dicen haber dado fin á sus dias, dejando por sucesor un hijo varon, llamado Palatuo, de quien en el capítulo siguiente se hará luego memoria.

CAPÍTULO XXXII.

De Palatuo, que dicen haber sido rey antiguo de los españoles: y cómo fué despojado por un competidor suyo llamado Licinio Cacos, de todo cuanto poseia, y echado fuera de España: y de los grandes alborotos que pasaron en estas contiendas.

Comenzaron en España los señoríos de Palatuo, hijo de Romo, despues de la muerte de su padre, casi en el año de mil y trecientos y seis ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué novecientos y cincuenta y ocho años despues que Tubal la pobló. Por causa deste príncipe dice Juan de Viterbo que los pueblos comarcanos á Valencia, donde su padre residia, fué tiempo que se dijeron palatuos, y Palatuo tambien un otro rio de su tierra, que sabemos cierto despues andados muchos tiempos haberse nombrado Palancia: del cual tienen averiguado los hombres leidos y sabios moradores en esta su provincia, ser el rio que pasando junto con Monvedre, poco mas adelante lo

recibe luego nuestro mar Mediterráneo. Dice mas Juan de Viterbo ser fundacion del rey Palatuo la ciudad que llaman hoy dia Palencia, pueblo principal en la provincia de Castilla, situada sobre las aguas del rio Carrion, á quien los cosmógrafos antiguos decian Nubis, donde despues mucho tiempo se puso general estudio, hasta los años del santo rey don Fernando, que ganó á Sevilla, por cuyo mandado fué traspasada la tal universidad en Salamanca, donde su padre el rey don Alonso de Leon la tenia comenzada primero que muriese, como tambien hoy dia la tenemos: y despues el rey don Alfonso de Castilla y de Leon, su nieto, que por sobrenombre llamaron el Sabio, lo confirmó cuanto pudo, con mucha mejoría, segun que mas largo lo diremos en la corónica destos reyes, cuando (permitiéndolo nuestro Señor Dios) llegaremos á contar sus tiempos y principados. En los diez y ocho años del reinado de Palatuo, que fué mil y docientos y ochenta y nueve ántes de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, se levantó contra él un español, nombrado Licinio, que por otro nombre llamaron despues Caco, persona de grandes pensamientos, y muy valeroso, segun el valor y reputacion que pudo caber en aquellos tiempos inocentes, y con ser él de su natural deseoso de mandar, amador de novedades, y denodado para las acometer, tuvo tales maneras, que movió muchas comarcas de la tierra, juntando sus gentes, y procurando de traer á sí todos los favores que pudo. Crecieron en tal manera sus hechos, que la mayor parte de todos aquellos españoles inocentes y simples le reconocieron señorío. Y así fueron divididos en dos parcialidades: unos tuvieron el bando de Palatuo: los otros el de Caco. Lo cual como fuese publicado por la tierra, luego Palatuo recogió todos sus aficionados, familiares y parientes para venir contra los adversarios, que ya los esperaban (segun dicen nuestras historias) á las faldas de un monte, que despues por esta causa fué dicho Monte de Cacos, á quien hoy dia (corrompido mas el vocablo) solemos llamar Moncayo. Confina con las cumbres de los Idubedas ya declarados en el sexto capítulo deste libro: puesto que los autores latinos, cuando tocan en esta sierra de Moncayo, siempre la nombran el monte Cauno, como se puede ver á los cuarenta libros de Tito Livio, y en otros coronistas que dél ponen alguna relacion. Aquí dicen las historias, que despues de llegado Palatuo con el ejército que traia, pasó contra los enemigos una fuerte batalla, donde finalmente Palatuo fué destrozado, y gran parte de los suyos muertos: y aun él con gran trabajo se pudo salvar, huyendo por industria de ciertos amigos que lo sacaron de la pelea. Esta batalla dicen haber él perdido por causa de ser él mancebo cuando sucedió, no sabiendo con sus pocos dias las cosas de la guerra tan experimentadamente cuanto fuera menester: lo cual era todo muy al revés en Cacos Licinio su competidor, que allende de ser hombre de mas edad, era valiente, diestro, sagaz y mañoso. Cuando Palatuo llegó tenia Caco su gente descansada, y sobre todo tan bien armada, que jamás en España la vieron mejor hasta su tiempo: porque déste dicen ser el primer hombre que por acá descubrió los mineros de hierro, y el que primero labró las armas defensivas de hierro, como son petos, y brazales, y casquetes para la cabeza. Y aun quieren algunos decir, que fué tambien el primero que hizo en España cuchillos, y espadas, y puntas para las hastas, labrándolas primero con fuego para les dar la faccion que convenia, y endureciéndolas despues de forjadas en la templa con agua. Por esta causa los poetas le fingieron haber sido hijo de Vulcano, el que reverenciaban los gentiles por dios de las herrerías: y con esta ventaja grande que tuvo no le pudo Palatuo resistir, y Cacos, ó Licinio quedó de todo punto muy señor en la tierra tiránicamente: de lo cual recoligen algunos escritores que las otras batallas pasadas en aquel siglo, no solo por España, sino tambien por otras tierras, mas debieron ser con piedras y porras, que nó con ofensas de hierro, como dicen que fué la de Cacos: ó si fueron tambien con espadas y lanzas, las armas defensivas que las gentes en ellas usasen no serian de hierro, por lo ménos no serian tales ni tantas como fueron en ésta, de quien ahora hablamos, donde Palatuo fué roto y vencido con todas sus gentes y valedores.

CAPÍTULO XXXIII.

De las cosas que por este tiempo los españoles residentes en Italia hicieron contra los enotrios, aborigines, y auruncos sus adversarios antiguos: y de la concordia que despues todos trataron para vivir en quietud y conformidad, y muy provechosa para todos ellos, y para sus negocios venideros.

En aquel intervalo de tiempo, cuando todos estos negocios así pasaban acá, las naciones de los aborigines, enotrios, y de los auruncos, enemigos viejos de los españoles siculos residentes en Italia, como quiera que mas de ciento y veinte años hubiesen mostrado semejanza de quietud en disimular el asiento que los tales españoles tenian en Roma y en sus contornos, ó por lo ménos no declarasen tanto rigor ni contradiccion á ello como solian cuando primero se fundaba, segun lo tratamos en algunos capítulos pasados; finalmente tornaron esta vez á sus armas y diferencias, no sabemos por qué, muy mas encendidos y porfiosos que nunca: tanto que los hombres de su tiempo no se recordaban haber oido por aquellas tierras negocio de mayor ímpetu ni rencor. Y dado que las cosas anduviesen por España turbadas y puestas en mucha guerra, con los alborotos y mudanzas de Cacos, por donde no fué posible de dar favor en Italia, segun era menester: pero los españoles avecindados allá, salieron al hecho tan denodados, y puestos en buena manera, como si muchos dias ántes hubieran esperado semejante mudanza. Vencieron en los primeros acometimientos dos recuentros muy grandes, donde mataron asaz aborigines, y les dieron gran quiebra: quemáronles pueblos y lugares dentro de sus montes medianamente fuertes: en otros hicieron robos y destruccion cuanta pudieron, y no seria poca si bien lo conjeturamos: porque como los aborigines tuviesen costumbre de morar en poblaciones muy cercanas y juntas, dado que pequeñas, el mal de las unas habia forzosamente de redundar en las otras. Con esto los españoles comenzaron á mejorarse tanto, que ya sus enemigos no los podian sufrir: y continuando la mejoría, se les metieron poco despues en una tierra, donde moraba cierto linaje de gente que llamaban sabinos: los cuales tenian dos villas principales y populosas, una decian Antene, y otra nombraban Cenina, la primera mucho mas fuerte que la segunda, pero nó de tanta vecindad. Y como los españoles aquí llegasen victoriosos y muy ar-

mados, afrentaron tan bravamente con el pueblo, que lo ganaron en breves horas: casi todos sus vecinos huyeron á Cenina, creyendo poder allí remediarse: pero los españoles que venian trás ellos entraron á la revuelta, matando cuantos alcanzaban, y quedaron apoderados en ambas villas del todo. Fortificáronlas con reparos y defensas al modo que podian saber en aquellos tiempos: y proseguian su guerra muy bien y muy denodadamente, cuanto bastaba su posibilidad. Los aborigines enotrios, y los auruncos italianos, considerada la pujanza de sus enemigos, y cuán firmes y diligentes andaban en la conservar, arrepentíanse mucho de ser llegados á tal punto con ellos: mas ya las enemistades eran tan llenas de muertes y daños, que ni los unos, ni los otros podian tornar atrás. Y por esta razon aquellos aborigines comenzaron á solicitar todas las gentes italianas de su vecindad y comarcas, importunándoles y declarándoles, que si no venian á la resistencia comun, pues tanto les importaba, los españoles siculos irian cundiendo sin parar hasta se hacer señores absolutos de las otras provincias restantes, despojando dellas á sus moradores naturales. Y esto parecia ser tan verdad, y convenir tanto á la provision del remedio, que no faltó pueblo de todas aquellas tierras, y aun de muchas otras mas alejadas, que no saliesen á la cuestion, y se juntasen con aquellos aborigines italianos, y con los otros sus parciales en gran cantidad de gentío muy armados y muy determinados de morir, ó deshacer perpetuamente la residencia de los españoles en la ribera del rio Tibre, sobre la parte llamada Saturnia, contenida dentro de la provincia nombrada Lacio, donde caia Roma, con sus villas y poblaciones modernas de Ficulnas y Preneste, que por allí tenian cercanas á ellas las otras de Facena, y Falerio, Also, y Aterno, con sus dehesas y términos, de quien ya hablamos en los capítulos veinte y seis y veinte y siete deste libro. Discurria por aquella sazon en Italia cierta compañía de griegos, nombrados los pelasgos, derramados y vagamundos en diversos cabos: porque dado que parte dellos se hallasen asentados en algunos lugares, eran mal compuestos y mal ordenados: otros no tenian asiento ni quietud, y por aquel respeto dañaban la region, tomando mantenimientos y cosas pertenecientes á su vida, donde quiera que podian: unas veces de gracia, cuando se las daban: otras veces por fuerza. Y como casi todos ellos fuese gente necesitada, sin vicio ni deleite, segun lo son comunmente las personas guerreras, apartadas en region extraña: conocido que su denuedo los habia de valer entre la ferocidad y mal recogimiento, que tambien ellos hallaban entre los italianos, haciánse cada dia valientes y recios, muy acostumbrados á trabajos, y peligros, y recuentros continuos. Con estos pelasgos trabaron confederacion los aborigines contra los españoles siculos vecinos de Roma, prometiendo que si les ayudaban en la guerra presente, les darian anchuras y términos entre sí, donde morasen á su placer, con muchas otras gratificaciones y haciendas, de que fuesen asaz contentos. Otra tal amistad pusieron con una gente, llamada los umbros, italianos tambien muy antiguos, y muy abundosos de gente, cercanos á la provincia de los mesmos aborigines: puesto que los tales umbros habian traido dias ántes gran competencia con ellos, sobre cosas y pundonores que suelen acontecer entre naciones comarcanas, y juntamente tuvieron otra tal enemistad con aquellos pelásgos arriba dichos, sobre no los recibir en su tierra, ni dejarles entrar en ella dado que despues no lo pudieron excusar. Y puesto que las diferencias anduviesen flojas al presente, todavía quedaban reliquias dellas entre los unos y los otros pero sobreseyéronlas para salir todos juntos, y las otras naciones italianas de mas léjos, contra los españoles siculos. Así qué, pasados tres años despues de comenzada su postrera cuestion, vinieron todas estas naciones, y se metieron en multitud increible por la tierra de Lacio, que poseian aquellos siculos españoles no perdonando cosa viva que les hallasen por el campo ni por lo poblado. Primeramente ganáronles aquellos italianos la fuerza de Preneste con todas sus estancias, y fosas, y reparos en el contorno: despues asentaron sitio sobre Facena, Falerio, Cenina, Antenes, Alsio, Aterno, y Ficulnes: y segun eran infinitos, no solo bastaron á tenerlas todas cercadas, y combatirlas, pero sobrábales mucha gente para destruir el campo, donde quiera que les placia: de manera que ni bastaba fuerza ni defensa para les resistir, aunque ninguna diligencia quedó por hacer de cuantas eran posibles á contradiccion humana. Visto por la mayor parte de los españoles aquel diluvio de persecucion, y que tenian delante de sí enemigos mas que cien doblados, y ninguna confianza de socorro ni favor en España, segun era grande la turbacion que Licinio Cacos traia por ella, comenzaron á traber pláticas encubiertas, y tentar alguna figura de concordia con los aborigines italianos, y con los otros pelasgos, auruncos, y umbros, contra quien batallaban. Finalmente despues de muchas alteraciones y porfías fué concertado que los españoles siculos restituyesen las villas de Cenina y Antenes á los Sabinos sus moradores antiguos: Alsio, Falerio, Facena, y Aterno se diesen á los pelasgos de Grecia para su morada perpétua. Todo lo restante, de nuevo conquistado por los españoles, fuese de los aborigines enotrios, y de los auruncos, como sus ancianos lo poseyeron ántes; y que los españoles siculos en recompensa déstos quedasen pacíficos y firmes en la defensa de Preneste, con todas sus fosas, cortijos, y reparos, cuantos por aquellos derredores tenian formados, hasta donde fué poco despues edificada la poblacion llamada Tibur, en que duraron muchos dias, como ya lo señalamos en otro lugar, muestras de las tales fosas nombradas sicilianas. Item quedasen tambien los españoles siculos en su ciudad principal sobre las riberas del rio Tibre, llamada Albula, dentro de la parte Saturnia, pedazo de Lacio, segun sus progenitores habian allí morado. La cual pudiesen acrecentar y fortalecer con mayores muros y pertrechos á su buena voluntad, tomando cerca della pastos y dehesas bastantes á sus ganados: pero si cualesquier de los italianos, ó pelasgos quisiesen poblar en el otro lado, frontero del rio Tibre sobre su ribera, lo pudiesen muy bien hacer aunque fuese restaurando cierto sitio que solia por allí ser poblado los tiempos antiguos: cuyas muestras, cimientos y paredones duraban enteros por la raiz y por la cumbre del collado, que llamaban Janículo, junto con la sobredicha ciudad española: la cual ciudad dividian de tal monte Janículo las aguas del Tibre solamente. Y así fué, que luego comenzaron á parar allí muchos de los hombres llegados en esta guerra, que muy al contrario de cuanto se pensaba tuvieron despues buena conversacion, y buena manera de vivir, apacible y provechosa para los españoles sus comarcanos y fronteros. Tal fué por el presente la concordia de los

españoles siculos en Italia, con aquella tempestad y tormenta de gentes que venian á los destruir si pudieran: y con ella sucedió poco despues entre todos los unos y los otros tanta buena conformidad, que los mesmos españoles y españolas comenzaron á tomar mugeres y maridos de las hijas é hijos de aquellos italianos, y de los pelasgos, y tambien ellos de los españoles, con que se les recreció parentesco perfecto: por lo cual mucho número de los tales pelasgos pasaron á morar entre los mesmos españoles, y de los españoles entre los pelasgos: y se hicieron una mezcla de gente, y un pueblo, y una generacion tan provechosa que por discurso de tiempo tuvo soberana prosperidad en aquellas tierras, y en otras muchas fuera dellas. Todos así mezclados, tornaron al estilo que solian tener los españoles siculos de la vivienda pastoril, y derramaron sus ganados en aquellos contornos como solian: mas nó por eso dejaron las armas, ni los otros arriscamientos pertenecientes á su conservacion en estas partes italianas del rio Tibre que ya desde grandes años ántes habian ocupado.

CAPÍTUTO XXXIV.

Como muchos de los españoles siculos residentes en Italia, no quisieron estar por el avenencia tratada con los aborigines, y por esto se pasaron en España, y parte de los otros vinieron á Sicilia, donde hicieron vecindad entre los españoles que primero la moraban.

Concluidas aquellas concordias y provechosas avenencias en Italia cuanto mejor fué posible con sacrificios y juramentos hechos en la ribera del rio Tibre, para la firmeza dellas, aconteció que, como siempre la multitud y comunidad entre gentes vulgares tenga diversos pareceres y contrarias voluntades, no pudo ser este concierto con los aborígines italianos tan á placer de todos aquellos españoles, que muchos dellos, por no mezclarse con extranjeros, y por enojo tambien de los términos y tierras que se les daban en los tratos arriba dichos, se dividieron de los otros españoles que venian en la concordia: parte déstos, enojados de tan mal partido, desamparando la tierra de todo punto, tomaron el camino derecho de España, donde sabian haber sido su naturaleza primera: muchos otros con hijos y mujeres, y con cuanta riqueza tenian, se vinieron á las montañas italianas que se dicen Apeninas: pero como tambien aquí los persiguiese otra nacion natural en la tierra, que decian los opicos, lanzándolos fuera de todas aquellas provincias, caminaron á lo largo por estos montes sin parar en cabo ninguno hasta que llegados á la mar, y hechos algunos navíos, se pasaron á la isla de Sicilia para morar en ella con los otros sus parientes que por allí residian desde los tiempos antiguos, como ya lo dijimos en algunos capítulos pasados, creyendo hallar en ellos amparo de sus trabajos. Mas como los siculos españoles nuevamente venidos eran cantidad, y quisiesen mayor espacio de tierra para morar de la que los otros les permitian, comenzaron á formar enemistades unos con otros, enojándose los siculos y sicanos primeros poseedores della: porque los tales recien venidos no les conocian obediencia, ni tomaban humildemente lo que no se les debia. De tal manera que fué necesario llegar á las armas, y pasaron recuentros, y aun batallas, en que los siculos nuevamente venidos se dieron tan buena maña, que vencieron á los otros, y tuvieron á su voluntad cuanto quisieron de la provincia, quedando por allí muy asentados, y lanzando los otros contra las partes occidentales y meridionales de la isla, donde reposaron ellos tambien, y pusieron despues lo principal de su morada. Aquí se confirmó mucho la nombradía de Sicilia, tanto por causa de los españoles presentes, como por la de los otros que primero la moraban: y despues fueron todos llamados siculos, á causa del rey español nombrado Siculo, que ya dijimos haberlos allí traido. Algunos coronistas latinos dicen que nó por aquello se nombró Sicilia deste apellido, sino porque fué tierra junta con Italia, y que discurriendo los tiempos la mar la rompió, y metiéndose entre la una y la otra la dejó hecha isla cual ahora la vemos, y porque Sicilita en latin quiere decir cosa cortada y dividida, la llamaron Sicilia. Dicen mas, que por esta causa los griegos llamaron tambien Regio á otro lugar en Italia frontero desta isla, porque en griego Regini es lo mesmo que romper y apartar, el cual pueblo decimos ahora Rijoles dentro del reino de Nápoles, bajo de la gobernacion y señoríos españoles. Mas dado que sea esto la causa del nombre de Sicilia, ó cualquier otra, muy cierto sabemos que los españoles poblaron la mayor parte della, y que los tales se llamaron allá y en Italia los españoles siculos: entre los cuales aquella postrera vez cuando pasaron fueron mezclados mucha parte de los otros tambien españoles nombrados sicoros y morgetes, grandemente reverenciados y estimados entre ellos por ser de generacion antiquísima. Fuéronles á éstos repartidos tambien términos en la isla donde morasen á su parte, señaladamente los morgetes, en lo que tenian al presente por lo mejor de la tierra donde fundaron ellos una villa que fué llamada Murgancio, por causa de su nombre dellos, muy bien reparada de todo cuanto le fué menester, y muy estimada de todos los otros sus parientes y sus amigos, y muy nombrada por las historias y por los autores de cosmografía, considerada su gran antigüedad. Vino tambien con los otros españoles de Italia, que deste camino y desbarato tornaron en España, cierta compañía de aquellos morgetes mesmos con deseo de reconocer y ver la tierra donde procedieron sus antepasados: y destos morgetes cuando por acá llegaron, una pieza dellos asentó sobre la marina del Andalucía, junto con la lengua del agua, donde fundaron una villa de sitio fuerte y arriscado, que fué nombrada Murgis, llamada en este nuestro tiempo Muxacra, de quien muchas veces haremos memoria por esta nuestra corónica. Otra parte de los morgetes entró mas dentro de la tierra, y allí cimentaron otra poblacion que asimesmo dijeron Murge: la cual hoy dia dicen Murga, nó tan grande ni señalada como la primera, pero nó ménos antigua, cuyo sitio tambien declararemos adelante. Quieren decir algunas personas de nuestro tiempo ser tambien poblacion de los morgetes venidos en España la ciudad que llamamos ahora Murcia, mucho populosa y principal en los señoríos de Castilla, nueve leguas apartada de Cartagena contra el septentrional punto, dentro de la tierra; pero no hallo tal memoria por historiador alguno de los nuestros ni de los extraños: solo tengo por cierto en este caso, que cuanto los morgetes acá hicieron en la poblacion de los dos lugares primeros, y en los otros negocios de Sicilia, sucedió casi por el tiempo que Cacos Licinio tiranizaba con sus alborotos algunas provincias españolas, ahora fuese contra Palatuo, segun Juan de Viterbo lo dice, ahora contra cualesquier otras gentes ó personas, casi en el año de mil

y doscientos y setenta y nueve, primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, que fué justamente ochenta años ántes que los griegos comenzasen la guerra famosa de Troya, segun lo dejó señalado Filistio Siracusano con mucha verdad en sus historias, aunque cuanto á lo demás él y los otros griegos que desto hablan, parece que supieron poco de raiz quién fuesen aquellos siculos, en cuya compañía vinieron los morgetes á Sicilia segun la diversidad de pareceres, que dellos escribe Dionisio Halicarnaseo en el primer libro de sus historias. Engáñanse mucho los que piensan el rey Siculo antiguo haber pasado con ellos esta postrera vez en Sicilia, pues fué cierto que muchos tiempos ántes era ya muerto, como en la escritura precedente queda bien declarado. Mejor lo supieron Solino, Tucídides, Estrabon, y muchos otros que sin escrúpulo ninguno los hacen y confiesan españoles, dado que Tucídides ponga la venida de los Siculos españoles despues de las primeras guerras troyanas, en lo cual solo tiene contradiccion de muchos y buenos coronistas, que la ponen en el tiempo que la dejamos aquí señalada, cuando, segun ya dije, Cacos Licinio revolvia con guerras y turbaciones; lo mas y mejor poblado que se moraba por España: del cual y de Palatuo su competidor será bien tornar á decir lo restante que sabemos dellos, pues tambien los asientos de nuestros españoles en Sicilia y en Italia, parte principal desta corónica, quedaban al presente firmes y fundados allá, sin que las historias declaren otra mudanza ni diversidad en ella, mas de las que ya dejamos contadas en los dos capítulos precedentes.

CAPÍTULO XXXV.

Como despues que pasáron las cosas arriba dichas hubieron segunda batalla campal Cacos y Palatuo, mediante la cual Palatuo cobró todos los estados que primero tuvo perdidos, y Cacos salió huyendo de las Españas, y pasó con algunos hombres revoltosos en Italia, donde vivió lo restante de sus dias.

Puesto que Palatuo, despues de ser vencido, nunca dejó de se llamar rey de España, dado que peregrinase fuera della, pero las historias á quien yo sigo, no cuentan el primer tiempo de su principado mas de hasta la batalla que declaramos en los treinta y dos capítulos deste libro, desde la cual siempre nombran á Cacos por señor absoluto de lo que se gobernaba por reyes en España: y así dicen que reinó por allí treinta y seis años, mas cautelosamente, que por justa causa ni buen título. Dicen mas, haber pasado todos estos años tantas contiendas y diferencias con los amigos y parientes del rey Palatuo, que jamás pudo tener descanso ni seguridad. Junto con esto fuéle mucho menester andar en avisos continuos, y muy apercibido: porque Palatuo, despues que salió de España, procuraba favores en muchas partes de diversos príncipes y señores en otras tierras: mas á la fin, visto que nadie le socorria, y sabido tambien, que sus aficionados y parciales mantenian acá todavía la pendencia contra Cacos, dió vuelta con los que le seguian en España. Con ellos, y con la mas gente que pudo recoger, tornó segunda vez contra Cacos: y pasaron todos una pelea bravísima, mucho mas batallada que la primera: de la cual finalmente salió Cacos tan destrozado y tan deshecho, que por ninguna via se pudo reparar ni sostener en provincia ni comarca de España; y así le convino dejar todas las tierras usurpadas, y pasar en Italia con una hermana suya, no ménos guerrera y traviesa que lo podia ser él mesmo, creyendo hallarian ambos en los españoles residentes allá socorros de gentes, ó favor, ó manera para tornar en las Españas, y revolver el mundo con ellas. Pero como despues de llegados, viesen que destos españoles, ya los unos eran pasados en Sicilia, los otros quedaban amigos y pacíficos entre los enotrios, aborígines, auruncos y pelasgos de la region: y que nadie le hacia rostro, ni mostraba buena voluntad á la turbacion y desasosiegos que Licinio llevaba presupuestos, ni tenia remedio para procurar su tornada, ni continuar sus bullicios en España, quedóse por aquellas tierras, en conversacion y vivienda de cierto capitan, que llamaban Evandro, griego de nacion, y natural en una provincia de la Morea, nombrada por aquellos dias Arcadia: el cual era venido pocos años ántes en las regiones italianas con razonable compañía de griegos árcades, y mostrábase caballero de tan virtuosas intenciones, tan prudente, tan amigo de justicia, que nó solamente sus naturales y súbditos, sino tambien los españoles siculos, y los italianos fronteros á ellos, moradores en el monte Janículo, y mucho número de los aborígines nuevamente confederados, y hasta parte de los pelasgos, con otros comarcanos y confines a su provincia, se dejaban gobernar por él. Este, como digo, recogió cuanto bien pudo la persona de Licinio Cacos: y por complacer á los españoles entre quien vivia, le permitió, que pudiese morar en un sitio nombrado la Salina junto con Roma, donde muchos años adelante, cuando los adarbes, ó muros romanos, fueron alargados en mayor espacio, tuvieron una puerta llamada Trigemina, que llaman ahora la puerta de San Pablo, no léjos del rio Tibre contra las partes meridionales del pueblo. Mas como Licinio de su natural fuese deseoso de mandar, y donde quiera ser el mayor, en consecuencia de lo cual procurase novedades, y tentase continuos bullicios y travesuras de muchas diversidades y maneras, no se pudo conservar allí muchos dias; y lanzado casi por fuerza de la provincia, se mudó para cierto rey de los marsos, que fueron en aquel siglo pueblos italianos moradores en la tierra de Pulla, contenidos en el reino de Nápoles', donde Licinio se detuvo harto tiempo muy bien tratado del rey sobredicho, que le daba parte de sus negocios y dependencias, por conocer en él habilidad y suficiencia para toda cosa, si no lo turbara la braveza de su condicion. En este comedio le hicieron embajador aquellos marsos, y su rey, á Tarcon, príncipe de los tirrenos, pueblos eso mesmo poderosos y crecidos en Italia, tanto, que muchos pedazos de las otras naciones sus comarcanas, por solo vivir cerca dellos, perdian el nombre de sus regiones antiguas, y se llamaban generalmente tirrenos: de lo cual cupo tambien parte á los pelasgos, competidores y contrarios á los españoles siculos, de quien hablamos en los treinta y tres capítulos pasados, que muchos autores los nombran tambien tirrenos, aunque sin duda fueron diversos unos con otros. Item la mar Italiana, cuanta viene frontera de Pisa, de Roma, de Nápoles, y de todos los puertos y riberas entremedias á ellos, antiguamente se decia mar Tirreno, por causa destos pueblos tirrenos, á quien fué Licinio por embajador aquella vez. El mensage que les trajo, no declaran nuestras corónicas lo que contenia, ni si fuese de paz ó de guerra, ni si

fuese leal ó cauteloso: pero confiesan que despues de llegado Licinio Cacos, á buena fé, sin mal engaño, Tarcon rey tirreno lo mandó prender y dió cargo de su prision á cierto caballero nombrado Megale. Dicen otros que Megale vino por compañero de Licinio Cacos en este camino, como persona de consejo para gobernar el negocio de su demanda, porque siempre fué tenido Megale por hombre reposado y de buen entendimiento: los cuales ambos quedaron allí presos por mandado del rey Tarcon, y detenidos forzosamente, muy guardados en una cueva profunda soterraña. Pero como quiera que sea, Licinio Cacos hizo la cosa tan sagazmente, que no solo quebrantó las prisiones, y pudo tornar al príncipe de los marsos libre de todo punto, sino Megale vino tambien con él, y nunca le desamparó todos los dias de su vida. Poco despues Licinio y su hermana dejaron el estancia de los marsos; y se pasaron á las dehesas de campaña, que llaman ahora Campo de Labor, donde hicieron asiento sobre la ribera del rio Volturno, cuyas aguas toma la mar cerca de Bayas y de Puzol en la costa del mesmo reino de Nápoles. Aquí se llegaron á Licinio compañías de gente desmandada, deseosa de novedades y tiranías: con lo cual, y con su hermana denodada, y osada tanto como cualquier de ellos, dañaba todos sus contornos y derredores, y los traia fatigados y sujetos: reparó castillos y fortalezas para se recoger él y ellos cuando fuese necesidad, y con esto se fortificaba tanto cada dia, que corria libremente hasta las puertas de Roma, sin dejar á sus moradores ganados, ni gente, ni cosa de cuanta les pudiese tomar ó destruir, en especial á los árcades griegos, y su capitan Evandro, con quien formaba particular enemistad. Esto fué causa, que los tales árcades griegos, y las otras naciones italianas y griegas, sus confederadas, le mudasen el nombre propio de Licinio que primero tenia, y le comenzaron á llamar el nombre de Cacos, que significa en su lengua griega tanto como malo y perverso, y á su hermana por el semejante llamaron tambien Caca. Donde parece manifiestamente no decir bien los que publican, el cerro de Moncayo acá en España, haber sido llamado monte de Caco, por su causa dél, como lo quieren afirmar los coronistas modernos españoles, pues en el tiempo que por acá moró siempre se llamó Licinio: despues de huido le pusieron allá los italianos y griegos aquel apellido Cacos, nó como nombre propio, sino por injuriarle y denostarle, como solemos ahora llamar á los tales malvados y perversos. Casi en los once años de la tiranía que señalan á Cacos en España, hallamos por las corónicas haber sido poblada la ciudad de Tiro, en la provincia de Siria, por unas gentes del mar Bermejo, á quien los griegos llaman el mar Eritreo, las cuales vinieron á la sazon por aquellas partes buscando tierra donde parasen ayuntados con otros vecinos de una ciudad principal nombrada Sidon, que tambien andaban huidos de su pueblo, porque el rey de los ascalonitas los habia pocos dias ántes destruido: fundaron todos juntos este lugar de Tiro: puesto que algunas otras corónicas afirman que los dias y tiempos en que Tiro se pobló fueron algo mas adelante, casi en la edad que los griegos destruyeron á Troya, como presto se verá. Pero lo primero tiene mas crédito, y en cualquiera sazon que ello fuese conviene mucho para nuestra corónica hacer cuenta deste pueblo por haber sido muy señalado en las partes de levante, tal que despues salieron dél gentes que sojuzgaron algunas provincias de España, como en el segundo libro escribiremos lo mas abundante que fuere posible.

CAPÍTULO XXXVI.

Del salto que cerca destos tiempos ciertos corsarios griegos hicieron por la mar en España, y de la parte donde primero pararon en ella. Declárase tambien quién fueron estos corsarios, y toda la razon y discurso de sus intentos, y de su viaje.

Estando las cosas españolas en aquel punto pacíficas al parecer con el ausencia de Cacos, ó por mejor decir nó tan turbadas como solian, siempre por la marina de España sucedian algunos acontecimientos memorables, entre los cuales fué mucho para notar la venida de ciertos corsarios griegos que pocos dias despues tomaron tierra junto con el estrecho que se hace entre África y España. Éstos (á lo que despues pareció) fueron mancebos mucho valientes, escogidos entre la flor de la gente griega, cuyo capitan llamaban Alceo, á quien despues sus naturales dijeron por sobrenombre Iraclis, y las otras gentes le llamaron Hércules el de Grecia, ó Hércules el Tebano, por ser natural de una ciudad griega nombrada Tebas: y los poetas de aquella tierra le atribuyeron en sus escrituras todos los esfuerzos y hazañas que Hércules el egipciano antiguo, y otros Hércules de naciones extrañas hubieron hecho por diversas partes del mundo. Discrepan los autores, á quien yo sigo, en señalar el viaje que los tales corsarios griegos traian, cuando en aquella parte de España saltaron: diciendo los unos, que su viaje fué desde la isla de Creta, que ahora llamamos Candía, todo por el mar que nombran algunos Mediterráneo: porfian otros, que nó desde Creta, sino desde Afete, una estancia ó punta de tierra, llamada deste nombre en la provincia de los magnesios, cerca de Pegaso, comenzaron la navegacion: porque allí se habia labrado una fusta grande, de muy nueva manera, llamada Argos, en que se metieron muchas personas principales de Grecia, para caminar aquella jornada, y entre ellos uno nombrado Jason, que tambien juntamente con Alceo, fué tenido por capitan principal de todos. Desta fusta hacen crecida memoria los mas de los poetas, cuando hablan en aquel viaje, publicándola con extrañas alabanzas, y diciendo ser larga de faccion, y segun la figura que le señalan y pintan mucho semejante con las galeras deste nuestro tiempo, pero tan pequeña, dado que por aquel tiempo pareciese demasiado grande, que solos cuarenta hombres de aquellos principales corsarios eran los que residian en ella, y la remaban, y regian y ocupaban, á los cuales llamaron argonautas, por razon del nombre Argos que tenia su navío: tambien les acostumbran llamar minias, porque segun dice Apolonio, los mas dellos procedian de cierto linaje griego así dicho. Pero dado que los poetas en aquella jornada no hagan memoria de mas deste navío Argos, la verdad es, que tambien otras fustas y barcas, le tuvieron compañía: puesto que no fueron tan crecidas ni principales, donde los corsarios argonautas pusieron copia de gente bien armada, segun la manera de su tiempo. Con la cual, saliendo de aquella estancia de Afete sobredicha, navegaron la mar de Helesponto, con todos sus confines, á quien decimos en estos dias el brazo de san Jorge. Luego pasaron el estrecho de Tracia, por cerca de donde fué des-

pues edificada Constantinopla. Despues navegaron en la mar de Latana (1) sobre la tierra nombrada Colcos, de quien tenian relacion ser muy abastada de riquezas: y allí se detuvieron algunos dias, haciendo tantos daños, que finalmente, robando lo mejor della, tomaron todos los tesoros del rey que la señoreaba, llamado Acta: y aun muchos afirman haberlo muerto sobre la tal demanda. Esto concluido, volvieron á sus navíos cargados con aquel robo: y casi luego dicen los que mas cierto hablan en ello, que les recreció tan terrible tormenta, que la fusta capitana fué despedazada de todo punto sin podella remediar, y los que vinieron en ella muy trabajosamente pudieron guarecer en algunos de los otros navíos menores, donde se recogieron: los cuales asimesmo con la furia del mar fueron divididos en dos partes: unos volvieron á sus tierras con el capitan Jason, muy destrozados y deshechos; los otros con el otro capitan Alceo, pasaron adelante, durando todavía la fortuna, por unas angosturas y bajíos de mar muy peligrosos, que se hacen por la tierra de los cimerios, en que se junta la mar sobredicha de Latana con las aguas que nombran Laguna Meotis, en la cual entra Tanais, rio principal, que divide las tierras de Asia con Europa sobre la parte septentrional. Aquí dicen tambien que se les acabaron de hender y desatar todas sus barcas restantes, en qué caminaban, y que por esto salieron ellos á tierra nadando, muy fatigados en demasía: y como de todo punto se viesen perdidos, anduvieron desatinados por aquellas tierras septentrionales, discurriendo á unas partes y á otras, peleando diversas veces con los naturales dellas, que se les mostraban mucho terribles, hasta que por gran ventura llegaron á las riberas del Océano septentrional, y allí hechos de nuevo bateles y fustas, vinieron costeando por la ribera contra la vuelta del occidente, por todas las marinas que tienen ahora los alemanes, y los holandeses, y por Picardía y Bretaña: donde hicieron saltos y robos, que no convienen aquí ser escritos, pues no pertenecen al propósito de España. Navegaron tambien al cuarto lado septentrional de las marinas españolas, cuanto viene desde Fuente Rabía, hasta la punta de Finis-terre dentro de Galicia: despues vinieron al otro tercer lado, que cae sobre la vuelta de poniente, hasta dar en el cabo de san Vicente, con mas lo postrero del segundo, que por estos dias casi no tenian poblacion todos ellos, ó si las habia fueron muy pocas, hasta que por las mesmas aguas del océano tomaron la primera boca del estrecho, y salieron á la segunda, donde son los principios del sobredicho nuestro mar Mediterráneo. Y aquí por esta parte concuerdan todas las historias que dello hablan, haber sido la tierra donde los corsarios griegos con el capitan Alceo hicieron acá su primer salto, de quien ahora tratábamos en este capítulo presente.

(1) Parece que aquí entiende Ocampo por mar de Latana, ó de Tana, el Negro, ó Ponto Euxino, lo cual solo extensivamente puede entenderse.

CAPÍTULO XXXVII.

Como la villa de Gibraltar, á quien muchos autores cosmografos llaman en sus libros Heraclea, fué nuevamente poblada en España; y de ciertas cosas que los corsarios griegos arriba dichos hicieron algunos dias que por cerca della se detuvieron.

Luego como los corsarios griegos allí se detuvieron, en habiendo reposado pocos dias del trabajo pasado, lo primero que procuraron fué reparar sus navíos y barcas de las quiebras y hendeduras que la mar les habia hecho durante su tan largo viaje: lo cual fenecido comenzaron á salir por la tierra, y á robar ganados y mentenimientos para su provision. Á la revuelta desto prendian algunos hombres para saber dellos entre qué gentes españolas podian hallar plata y oro, de quien ya tenian informacion haber abundancia en los mineros de España: pero como las gentes en quien este daño se hizo, fuesen todos pastores, juntáronse prestamente para se defender: y vueltos otra vez parte de aquellos griegos con la mesma demanda, fueron recibidos de tan mala manera, que despues de haber peleado con ellos, y defendídoles los ganados que solian robar, les hicieron dar vuelta, y siguieron el alcance hasta los navíos, metiéndose por el agua trás ellos, hiriendo y matando cuantos alcanzaban: el daño fuera mucho mayor, si Alceo, su capitan, con los otros principales de la compañía no salieran á los amparar: los cuales, resistiéndoles unas veces con fuerzas, otras veces con buenas palabras, pudieron aplacar los pastores andaluces, y apartarlos de aquella furia, dándoles á sentir con señas y con razones, como mejor podian, haber allí parado con pura necesidad, hasta bastecerse de sus faltas, y para remediar los navíos y fustas que venian muy dañadas, y tambien ellos muy fatigados de cierta peregrinacion, en qué los dioses inmortales los habian metido, la mayor que hasta los dias presentes nunca personas humanas anduvieron por el agua: la cual, si pudiesen acabar, habian rodeado todas las provincias de Europa por sus marinas, en que dejaban publicada la divinidad de sus dioses á muchas gentes de diversas tierras que no los conocian, enseñándoles la manera de sacrificios y devociones con que los habian de servir y reverenciar, y mas otras muchas cosas pertenecientes á tal caso, que los mesmos dioses decian ellos haberles mandado, para que las gentes viniesen á su reconocimiento: y aun creian tambien que con algun misterio celestial eran llegados en España, por permision y secreto divino, para remediar algunos defectos que las gentes españolas tendrian en sus plegarias: finalmente tantas razones dijeron los griegos argonautas, y tan buenas maneras y cautelas buscaron con aquellos pastores, que de contrarios les hicieron amigos, y tuvieron dellos cuantas provisiones y carnageles (1) fué menester, sin algun interés ni precio. Con ello recibieron tambien grandes y muchos pedazos de plata y de oro que contino les traian, no como cosa de valor, ni de mucho precio entre los españoles, á cuanto se pudo sentir, sino como cosa de quien ya tenian ellos y sus progenitores noticia, creo yo que desde los

(1) En algunas ediciones de esta crónica se lee *carnageles* en vez de *carnajes*.

tiempos de Gerion: y sabian bien que muchas otras gentes buscaban estos metales, y los tenian en estima. Con la codicia de recoger esto, se detuvieron allí los griegos y su capitan algunos dias, ejercitándose cuanto mejor sabian y podian en saltar y correr, y luchar y hacer vueltas y tiros con flechas muy extrañas: traian eso mesmo singular música de flautas y de cuerdas, y de voces diversas, y mas artizada que la música de España, con que nuestros pastores andaban atónitos en pos dellos, maravillados de vérselo hacer: mas porque sobre todo pusiesen mayor color á su detenimiento, comenzaron aquellos argonautas de juntar algunos destos españoles cerca de aquella boca del estrecho, declarándoles ser lugar mucho provechoso para tener allí poblacion por las excelencias de su buen sitio: y como á la verdad los mas desta gente griega fuesen hombres autorizados en las personas, y la novedad de sus trajes, y los ejercicios en que por aquellos dias se detuvieron, nunca mejor cosa, ni de tanta desenvoltura y buena gracia fuese vista por España: no solo creyeron los pastores andaluces ser hombres enviados por los dioses, sino ser ellos mesmos los dioses verdaderos, y por tales comenzaron á los reverenciar, en especial á su capitan Alceo, que los otros todos obedecian, no se recordando de las muertes y daños que les hubieron hecho la pelea primera cuando desembarcaron, como se pudo hacer en hombres flacos y mortales: ni considerando ser corsarios y salteadores manifiestos, contrarios en sus obras, á lo que cualquier hombre bueno debe procurar en el mundo, cuanto mas el que deba ser tenido por Dios, aunque los poetas los alaben, trastocando casi toda la verdad deste negocio, disimulándolo y adornándolo con fábulas y ficciones como suelen á muchas otras cosas, que con aquel artificio las hacen parecer buenas no lo siendo, sino malas y perversas. Desta manera ya dicha, quedaron fundadas por allí chozas ó caserías, á manera de pueblo, casi en la parte mesma donde hallamos ahora la villa de Gibraltar, ó muy cerca della, á quien despues los antiguos dijeron Heraclea, por causa del sobrenombre Iraclis, que este capitan Alceo tuvo entre los gentiles, y tenian cuando la principió. Fué cimentada por las raices occidentales del risco llamado Calpe, sobre la segunda boca del estrecho, contra nuestro mar Mediterráneo: cuya postura señalamos en el fin del catorceno capítulo deste primer libro, donde los corsarios argonautas desembarcaron aquella vez, y pasaron los trances y negocios arriba declarados.

CAPITULO XXXVIII.

De las nombradías viejas que la poblacion de Gibraltar, de quien ahora hablábamos, tuvo los tiempos antiguos, y porqué razon fueron así dichas. Declárase la manera que sus primeros moradores usaban en ciertos juegos y pasatiempos, donde se tiene creido que le pudo resultar alguna parte de los tales apellidos.

Dos nombres comunes hallamos entre los escritores latinos y griegos haber tenido la poblacion de Gibraltar, de quien ahora tratábamos todos sus tiempos antiguos: el uno dijeron Heraclea por la causa que ya pusimos en el fin del capítulo pasado: la segunda nombradía fué llamarla Calpe, cuya razon, segun dicen algunos, procedió de que los andaluces ancianos en su lengua vieja solian llamar Calepas y Calpes á cualesquiera cosas enhiestas y levantadas, ahora fuesen peñascos, ó pizarras, ó maderos, ó piedras menores, como lo significamos en los diez y ocho capítulos precedentes: y dicen que con estar allí junto de Gibraltar sobre sus marinas el risco, que ya dije muy encumbrado y enhiesto, cual hoy dia parece, lo llamaban Calpes aquellos andaluces pasados: y por su respecto la mesma poblacion vino tambien á tener despues aquel propio nombre. No faltan otras personas que siguiendo las escrituras griegas pongan esta razon del nombre Calpes mucho diversamente, diciendo, que cuando los corsarios argonautas desembarcaron en España, cerca del estrecho, segun ya lo declaramos, al tiempo que hacian sus ejercicios arriba dichos, de saltos y luchas, y músicas acordadas, bien así como los pastores españoles comarcanos recibian contentamiento grande, mirando las tales desenvolturas y ligerezas, no ménos aquellos griegos recien venidos notaban algunos juegos, dado que trabajosos y difíciles, que los mesmos pastores obraban entre sí para su recreacion y deporte: particularmente consideraron un regocijo de caballos, donde ciertos dias aplazados venian todos á se juntar como para cosa de gran pundonor. El cual regocijo hacian desta manera. Tomaban yeguas en pelo, cuanto mas corredoras y ligeras podian haber, y puestos ellos encima desnudos sin alguna ropa, ataban en las quijadas barbicachos de rama, torcidos y majados á manera de freno, con que salian del puesto dos á dos á la par corriendo lo mas que sus yeguas podian, para llegar á cierta señal de pizarras enhiestas, ó de maderos hincados y levantados en fin de la carrera. Venidos al medio trecho de su corrida saltaban de las yeguas en tierra, no las parando ni deteniendo: y así trabados por el barbicacho, corrian tambien ellos á pié, sin las dejar puesto que mas furia llevasen, porque si las dejaban ó se desprendian dellas, y no sustentaban el freno continuamente, hasta ser pasada la carrera, perdian la reputacion y las apuestas, quedando tan amenguádos y vencidos, cuanto quedaria triunfante quien primero llegase con su yegua para tomar la presa que tenian en el fin de la carrera sobre las pizarras ó maderos hincados. Cuando saltaban de sus yeguas, dicen que les iban hablando porque no se detuviesen, voceándoles y diciéndoles á menudo palabras animosas y dulces: llamábanles pies hermosos, generosas en el correr, casta real, hembras preciosas, acrecentadoras de sus honras, y mas otras razones muchas con que las tenian vezadas á no se parar ni perder el ímpetu comenzado: de manera que los tropeles en este punto, los pundonores y regocijos de correr, y de no mostrar flojedad, era cosa mucho de notar, así por la parte de los hombres, como por parte de las yeguas. Á los griegos argonautas les pareció juego tan varonil que muchas veces lo probaron tambien ellos á revuelta de los españoles, como quiera que jamás pudieron tener aquella vigilancia ni ligereza, ni reciúra que tenian estos otros para durar con sus yeguas. Y dado que las tales yeguas corriesen harto furiosas, y les enseñasen muchos dias ántes á seguir estas parejas, cuanto mejor entendian á la verdad, ni las de los unos, ni las de los otros corrian tanto despues que saltaban dellas, como cuando los traian encima: y así las palabras que los griegos en aquella sazon puestos á pié hablaban eran tambien al mesmo propósito conformes á las de los andaluces españoles en

su lengua provincial, nombrándolas Calopes, Calopes á la contina, que fué palabra griega, compuesta de dos vocablos: uno Calos, que significa cosa hermosa, ligera y agraciada: otro Pus, que quiere decir pié, como que las llamasen piés agraciados, ó piés desenvueltos y ligeros: y por abreviar mas el vocablo, para que sus yeguas lo pudiesen mas presto sentir, acortábanlo con una letra ménos en el medio, y en lugar de nombrarlas Calopes, les decian Calpes, que significa lo mesmo que Calopes: la cual palabra me parece dura todavía hasta nuestro siglo presente, donde, pocas letras mudadas, por decir Calopes ó Calpes, lo pronunciamos Galopes, cuando los caballos y yeguas, ó cualesquier otros animales, no corren á todo poder sino trote largo seguido. Vino desto que las mesmas fiestas y manera del juego se nombraron Calpes: dado que para conmigo bastara saber la victoria deste juego consistir en ligereza de piés, y por eso solo deberse llamar Galopes ó Calpe sin añadir lo que hablaban á las yeguas, pues aquello primero comprende bastantemente la razon deste vocablo. Pero si todavía fué cierto que les decian aquellas palabras cuando corrian sus parejas, ninguna cosa daña dejarlas aquí puestas. Dicen mas el risco sobre la mar, cerca del cual declaramos haberse primeramente fundado las chozas, y cimentado la poblacion de Gibraltar, haber quedado tambien llamado Calpe entre los griegos, por hacer los pastores andaluces en sus contornos y faldas estos regocijos y placeres. La poblacion otrosí despues que tuvo manera de pueblo mayor, hallamos eso mesmo llamarse Calpe, mas contino que Heraclea: puesto que retenga los apellidos ambos entre muchos escritores griegos y latinos, como quiera que los autores mas considerados, y que propiamente quieren hablar en sus libros, al risco solo llaman siempre Calpe, y á la poblacion dicen Heraclea. Con tal nombradía perseveró largos años, reputándola cuantas naciones y personas della tuvieron noticia, por lugar de grandes provechos, á causa de su buen asiento, tanto que los romanos mucho despues en el tiempo que poseyeron las Españas, lo hicieron astillero mayor de sus flotas, donde labraban navíos, y tenian todo su depósito de remos, velas, cuerdas, áncoras, clavazon, betunes y jarcías necesarias para las armas del occidente, como lo platicaremos en su lugar y tiempo, cuando con el favor de nuestro Señor Dios trataremos apuradamente la faccion y postura desta ciudad y de su risco por otros diversos capítulos en la tercera parte desta gran obra. Confiesan muchos autores peregrinos hacer los griegos argonautas en tierra la manera del juego de Calpes, por la mesma forma que lo trataban en España: pero dicen haberlo hallado tan difícil, que ningun griego bastó para salir bien con él, como salian acá. Y así lo dejaron en Grecia de continuar mucho tiempo, hasta que pasados largos ochocientos años, casi en la Olimpiada setenta y una, que fué cuatrocientos y noventa y cinco años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, lo tornaron á probar una vez: y viéndolo tan trabajoso, desistieron dél para siempre: lo cual no dejaron en otros ejercicios mas blandos, que tomaron de gentes diversas. Deste juego, llamado Calpes, no hace memoria Juliano Diácono cuando declara las nombradías de Gibraltar, sino de los negocios no mas contenidos en los dos capítulos pasados: y certifica ser aquello todo lo principal que tuvo de los Argonautas corsarios en España, con su capitan Alceo á quien ya dijimos haber otras gentes llamado Hércules el Tebano, por ser natural de Tebas, ciudad principal entre las muy nombradas de Grecia. Todo lo demás cuanto dél hablan en lo de por acá dice ser cosas fingidas y compuestas, á quien ruega que los hombres leidos y prudentes no den autoridad. Alega por autores á Timóstenes y Sostenes: certifica y consiente, que con aquella cautela ya dicha de la tal navegacion los griegos corsarios, acá venidos, y su capitan Hércules Alceo, recogieron en aquel poco tiempo que por cerca de Gibraltar se detuvieron riquezas en cantidad, y muchas barras ó pedazos de plata y de oro, grandes y preciosos: los cuales, vueltos á sus tierras, derramaron en Grecia, y comenzaron á ennoblecer sus provincias; porque dado que por aquel tiempo la gente griega no tuviese dinero de ningun metal en sus contrataciones, estimaban mucho la plata y el oro para vasijas preciosas, y para los otros adornamentos de ropas y de sus personas y casas. Tambien hace mencion desta venida en España de aquellos argonautas, y su capitan Hércules, don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, en sus corónicas: dado que cuanto á este caso yo sé bien haber otro singular escritor griego de gran autoridad, á quien suelen llamar Ecateo, que de todo punto niega, jamás Hércules griego ser entrado ni venido por España: pero tantos autores le contradicen, y tan ciertas muestras ó señales griegas quedaron acá de su venida (segun las ponen Estrabon y Diodoro Siculo) que me parece peligro dejar estos tales por seguir el dicho solo de Ecateo: cuanto mas que segun imagino yo su relacion se puede bien entender, que no entraria Hércules Alceo en España para residir en ella de reposo, ni asiento, como fué la residencia del otro gran Hércules antiguo, hijo del rey Osiris, que moró y murió en ella, segun en lo pasado dejamos escrito.

CAPÍTULO XXXIX.

Como los corsarios griegos argonautás, despues que movieron de Gibraltar, pasaron á las islas de Mallorca y Menorca para las robar; y de la manera que las gentes destas islas tenian en aquellos dias: y como Cacos fué muerto poco despues en Italia por Hércules Alceo, capitan de los mesmos corsarios argonautas.

Principiada la fundacion en esta villa Calpe Heraclea, que nombramos ahora Gibraltar, por la manera sobredicha, quedaron en ella con los pastores españoles algunos griegos que venian en el armada movidos por la fertilidad que sintieron en la provincia. Todos los restantes partieron luego de allí con sus fustas, y pasaron á las tierras africanas, que caian muy cerca donde al presente se hallaban ellos en España, por ver la manera desta region y de su gente: y allí tambien, habiéndose detenido hartos dias, unas veces en placeres, otras en tomar cosas de la tierra, tambien otras en debates y cuestiones con algunos que les venian al encuentro: finalmente se tornaron á la mar, prosiguiendo su jornada contra las partes de Grecia. donde primero salieron y fueron naturales, costeando siempre la marina de España, cuanto mas junto podian á la ribera, sin osar engolfarse, por no se perder en las aguas y honduras de quien al presente no tenian conocimiento. En este viaje salieron diversas veces por la costa, y en algunas partes recibian de los españoles, que por ellas moraban, mantenimientos y pedazos de plata y de oro, y piedras

preciosas que les daban graciosamente: por otras robaban forzosamente con daño si podian cuando no los acogian de buena voluntad, puesto que todos sus acometimientos y robos fueron siempre hechos de presto, sin esperar á que la gente se juntase contra ellos en parte ninguna. Con aquella cautela llegaron á la marina, frontera de Monvedre, donde fueron recibidos y tratados humanamente, como de gente puesta mas en razon que ninguna de cuantas en aquel viaje toparon en España: pero de tal manera que sintieron bien no convenir desmandarse para hacerles desafuero ni demasía, segun los de Monvedre tenian buen recaudo de guardas y concierto por la comarca. Despues de informados allí de todo el estado de la provincia, y de quien eran los que la moraban y regian con sus derredores y contornos, tuvieron relacion de las islas, llamadas Mallorca y Menorca, y que caian en una pequeña travesía, frontero y muy cerca destas marinas: en las cuales islas creyeron estos corsarios griegos y su capitan Alceo, que hallarian facilidad y buen aparejo para las robar de todo lo precioso que tuviesen, por ser la gente dellas, segun los de Monvedre les informaban, desalmada, silvestre, y sin defensas de hierro, cuales habia por otras partes, tanto que todos andaban desnudos, sin coberturas algunas, ociosos y vagabundos, derramados por la isla con esquividad grande: pero con toda su rusticidad tenian entre sí personas principales, á quien reconocian alguna manera de sujecion y señorío, tales que muchos autores *los llaman reyes* cuando en el hecho desta isla hablan. *Destos*, á la sazon que los corsarios griegos allí vinieron, era mas principal uno llamado Bocoris, tan salvaje y tan silvestre como los otros, que lo reverenciaban. Llegadas allí las fustas de los corsarios luego como tomaron puerto sacaron á tierra parte de su gente, que prendió ligeramente mediana cantidad de varones y mujeres mallorquines hallados por la marina, descuidados de semejante sobresalto: comenzáronles á pedir por señas, y por palabras, y por todas las importunaciones posibles que les diesen oro y plata si lo tenian, ó les declarasen á qué parte de la isla lo podrian hallar. No sentian los mallorquines qué cosa fuesen estos metales, ni podian caer en ello como gente que nunca los habia tratado ni visto. Los griegos mostrábanles muchos de los pedazos y vasijas que traian de España, declarándoles ser aquello lo que demandaban; pero despues de visto, los de las islas burlaron tanto dello, que no podia ser mas, como de cosa vil, y poco provechosa, significándoles en sus meneos y muestras, que si lo tuvieran en su poder, no lo preciaran en algo, y se lo dieran liberalmente, pues á ninguna cosa podia servir *ni dar* utilidad en el mundo. Cuanto mas ellos lo menospreciaban de palabra, tanto mas Alceo y sus griegos creian ser disimulacion para se lo encubrir: y por esto, metidos algunos mallorquines en las fustas como presos, otros tomados por guias para calar las islas, procuraron de traer á sus manos todos aquellos principales que dentro della moraban, sospechando que los tales serian personas de mas razon, y tendrian en su poder la riqueza de la tierra, si poseyesen alguna. Entre los tales fué tomado Bocoris, aquel que dijimos ser muy acatado en la isla, descendiente (segun algunos afirman) de la generacion y linaje de Baleo, capitan muy antiguo, que Oron Libio en esta isla dejó, cuando los tiempos pasados venian el camino de España, segun ya en el treceno capítulo señalamos. El cual Bocoris, como tampoco respondiese, ni diese lo que Alceo pedia, fué sin dilacion atormentado con muchos de los otros mallorquines, tan cruelmente, que los mas dellos perecieron en sus tormentos, hasta que los griegos viendo no les aprovechar alguna cosa lo que hacian en ellos, se metieron por lo restante de la isla, quemando y atemorizando las gentes della, creyendo, que con su trabajo y diligencia hallarian los mineros que les encubrian ó negaban estos mallorquines; pero reconociendo poco despues, que verdaderamente la tal isla no tenia metal ni minero descubierto, ni cosa semejante, la dejaron. Y tornados á sus barcas, cansados del trabajo pasado, sin mas provecho del primero, navegaron á la isla de Menorca, que tambien es allí junto, con los mesmos propósitos, y con la mesma demanda: donde tambien hicieron otras semejantes diligencias y daños, aunque nó tantos: porque luego reconocieron en ella tan mal aparejo, como tenia la pasada. Así qué, de todo punto las dejaron ambas, y se tornaron á sus navíos. Quedaron los mallorquines tan espantados deste mal súbito que les vino por causa del oro y de la plata, y de los otros metales de España, que siempre despues los aborrecieron demasiadamente: y no solo huian de ver cualesquier metales en pieza, pero las cosas que dello fuesen labradas, en cualquier faccion ó manera, huian dellas, y las echaban de sí, no consintiendo que se tratasen jamás en sus islas, ni nadie las trajese de parte ninguna, señaladamente la plata y el oro, solo por temor que no viniesen algunas personas ó gentes otra vez á causa dello, con la demanda de los griegos argonautas. La cual costumbre y memoria quedó tan arraigada por estas islas, y la nacion dellas perseveró tantos dias en aquella supersticion, que por solo este respeto carecieron de vasijas, y de cualesquier instrumentos de metal, que hierro no fuese, provechosos á la vida de los hombres, y entre ellos tambien de dinero, que mucho ménos lo querian recibir. Esto concluido, los griegos y su capitan Alceo prosiguieron la jornada primera contra las partes del levante, costeando lo que restaba de España, con mas todas las riberas francesas que caen sobre nuestro mar Mediterráneo, juntamente con las italianas, donde se detuvieron algunos pocos dias á ruego del capitan Evandro, caballero griego, de quien hablamos en los treinta y cinco capítulos pasados, el cual Evandro era muy conocido de Alceo, y de algunos otros que seguian su compañía: halláronlo residente muy avecindado por aquellas tierras italianas, como ya lo declaramos en aquel capítulo. Éste los recibió y hospedó con muchas fiestas y regocijo, sino que poco despues les hubiera de ser dañosa la venida: porque como á la sazon anduviese por aquella comarca Cacos el Español, y trajese consigo mucha compaña de gentes guerreras y dañadoras, con qué sojuzgaba toda la provincia, cuanta viene desde el rio de Volturno, cerca de Vayas y de Puzol, hasta Roma, perjudicando sobretodo los ganados y bienes que los árcades griegos y su capitan Evandro por allí traian, tuvo nuevas de la venida de estos otros griegos corsarios recien llegados, y del buen hospedaje que hallaron en Evandro, y de las riquezas que traian robadas: y queriendo Cacos venir á se las tomar, como tambien ellos las habian tomado por España y por otras partes, hallólos tan apercibidos y tan recatados dél, que peleando con ellos sobre la presa, fué muerto (segun dicen) á manos del capitan Hércules Alceo. Esto se tiene por verdad en el cuento de

Cacos, y nó lo que muchos poetas fingen, ni lo que la corónica general del señor rey don Alonso pone, cuando certifican haberlo muerto discurriendo por España. Quieren otros decir, que no le mataron llanamente, sino por asechanzas y traiciones, de las cuales fué sabidora su hermana Caca, puesto que no declaran la causa de tal maldad. Megale, su compañero, de quien ya hablamos en otra parte, sabida su muerte, se quedó con los italianos, llamados sabinos, entre los cuales alcanzó reputacion de filósofo sabidor en agüeros, y les enseñó la manera de pronosticar lo que significan las muestras y señales que muchas veces acontecian. Reinaba Palatuo estos dias entre las gentes españolas, que se gobernaban por señores, como se colige de las cuentas y tiempos que Juan de Viterbo le señala, despues de ganada la victoria contra Cacos, habiéndole ya lanzado de la tierra, cuando fué la segunda batalla, de quien aquel capítulo sobredicho hizo memoria, desde la cual hora poseyó Palatuo pacíficamente sus estados, y los gobernó seis años enteros. Éstos cumplidos, murió sin dejar hijo sucesor en el señorío, que procediese de su generacion y descendencia.

CAPÍTULO XL.

Del rey Eritreo, vigésimo cuarto señor entre los príncipes muy antiguos que gobernaron las Españas: donde juntamente se cuentan algunas cosas pertenecientes á Cádiz, y tambien á las mudanzas de su isla, conocidas y ciertas desde los tiempos pasados hasta los nuestros ahora.

Dícese, que muerto Palatuo, viendo los españoles de su principado como la tierra no se podia bien conservar sin haber en ella cabeza mayor, á quien tuviesen respeto, acordaron de tomar por señor un caballero mancebo natural de Cádiz, pariente propincuo del rey Palatuo: el cual decian ellos Eritreo. No declaran bien los que dél hablan si fuese tal su nombre particular, ó si los españoles, que le dieron obediencia, le llamaban así, por vivir en la comarca de Cádiz, pues á todos los moradores della solian antiguamente nombrar eritreos, á causa que, como ya relatamos en el décimo capítulo deste libro, los que primero la poblaron de propósito, fueron ciertos egipcianos moradores en las provincias cercanas al mar Eritreo, que por otro nombre llamaban el mar Bermejo cuando vinieron con Hércules el antiguo hijo del rey Osiris, al tiempo que hizo sus entradas en España contra los tres hijos de Gerion; por cuya razon a la mesma tierra de Cádiz llamaban tambien Eritrea muchos de los historiadores latinos y griegos: el cual nombre se confirmó tambien allí muchos años adelante por respeto de ciertos vecinos de la ciudad de Tiro, que la señorearon: los cuales eso mesmo fueron eritreos, como en el capítulo pasado tocamos. Tampoco sabemos si fuese ya Cádiz isla por aquellos años, ó si fué tierra continente junta con las riberas del Andalucía, sobre lo firme de España, como dicen que lo fué los tiempos muy antiguos cuando la poblaron aquellos eritreos y egipcianos, y la llamaron Eritrea: el cual apellido le quedó tambien despues de ser isla. Puesto que cuanto á este caso hallo yo muchos autores de los principales y notables, en que son Plinio, Pomponio Mela, Dionisio Afro, y Rufo Festo, que dicen la isla Eritrea de España ser discrepante de la de Cádiz, aunque poco desviada della: la cual confiesan que se dijo Eritrea por la razon ya declarada. Muchos otros escriben estar la isla Eritrea léjos gran trecho de Cádiz, frontera de las riberas occidentales de España que pertenecen al reino de Portugal, la cual antiguamente se llamó del apellido mesmo; pero como quiera que sea, si la isla Eritrea, de quien ahora hablamos, es la de Cádiz, segun que los mas autores afirman, cierto fué que los años primeros hecha ya isla, quedó mucho mayor que la hallamos ahora, tanto, que tenia doscientos mil pasos en torno, que hace casi cincuenta leguas de las que tenemos estos dias en España, y cuarenta mil pasos en ancho, que son poco ménos de diez leguas, si los libros de los autores, á quien yo sigo, no van errados en esta cuenta: pero la mar siempre la come despues acá, con hambre tan contina, que no tenemos ahora tres leguas cumplidas en su largo, que son desde la iglesia de San Sebastian, puesta sobre la punta postrera della contra la parte del occidente septentrional, donde se hace lumbre todas las noches en la torre del Farol, hasta la barca de Santi Petro, que cae junto con el pasage del Andalucía, por aquella parte que nuestros ancianos decian Heraclea. El ancho della tiene tan poco trecho, que suele por algunas partes, cuando la mar viene gruesa con sus corrientes, que son allí mucho grandes, juntarse las aguas del un cabo con las del otro. Tiénese por cierto, que discurriendo los tiempos, la mar acabará de gastar lo que falta desta isla, si los moradores della no buscan reparos y defensas, como hacen en Flandes y en otras partes, donde la mar obra semejante daño, porque tal fué siempre la naturaleza de las mares anegar muchas tierras de provincias, que no la resisten, y muchas otras por el contrario dejarlas descubiertas y libres, que solian tener primero anegadas en grandes espacios y distancias. Esto va ya tan averiguado, que ninguno de los que bien sienten, ó miran en ello, jamás lo dudó: y así resulta dello, que la faccion y figura de toda la tierra generalmente, y aun la de muchas provincias particulares, no las hallamos ahora con el tamaño, ni con la manera que los antiguos las dejaron escritas y pintadas en sus libros: ni tampoco las hallaron ellos, como las pusieron sus predecesores: de lo cual Plinio se queja en el tercer libro de la natural historia, y Estrabon en su geografía, y Tolomeo en el quinto capítulo del primer libro, donde dice, que solo por estas mudanzas de cada dia, los que bien querrán saber la figura y el ser de la mar y de la tierra en sus tiempos, deben dar mas crédito á los autores modernos y nuevos, que nó á los libros antiguos. En lo cual juntamente concuerdan todos los buenos autores que desto hablaron, y aun ahora tambien conocemos claramente ser así, cotejando lo que dijeron los tales, con lo que vemos en este nuestro tiempo, señaladamente por todas las costas africanas de la Berbería, desde el estrecho de Gibraltar hasta la ciudad de Damieta, no léjos de Jerusalen, que toda su ribera discrepa mucho de lo que primero fué. Tambien el asiento de España con su figura, toda la costa de las Indias de Calicut, la isla de Inglaterra, la de Irlanda, la mayor parte que va desde la canal de Flandes sobre la mar de Alemania, nó por otra razon, sino porque, como dijimos, en alguna parte desta ribera se metió la mar en la tierra, y en otras pasó del asiento que primero tenia. Pomponio Mela, que fué cosmógrafo español de los muy excelentes, tal que con gran diligencia trató la faccion y figu-

ra del mundo, dice que ya por sus dias en algunas regiones africanas hallaban léjos de la costa pedazos de áncoras, trabadas en peñas, y trozos de navíos quebrados, y muchas conchas de pescados, con otros indicios manifiestos de haber sido mar en aquellos lugares, donde veian la tierra seca. Confírmalo tambien Aristóteles en sus libros, y nó solamente lo porfia ser así, pero dice que los rios de ahora, por grandes y caudalosos que sean, algun tiempo no lo serán, y muchos otros que no son ahora nacerán de nuevo: las partidas donde hallamos ahora descubierta la tierra, vendrá tiempo que sean todas aguas, en las que vemos ahora mar se descubrirá tierra, porque son éstas unas leyes ocultas de la natura, que nadie las puede contradecir ni vedar. Y nó solamente las provincias comarcanas á la marina padecen esta fatiga: pero las otras regiones mas adentro, que de razon debieran estar previlegiadas y libres, las hallamos tan mudadas, que casi no parecen aquellas de quien los antiguos escribieron, á causa de ser ya perecida la mayor parte de los lugares y ciudades pasadas, y sucedido muchas otras edificadas de nuevo, con apellidos nuevos, y nuevas costumbres, y nueva gente que las moran. Largo serian de contar las islas que sabemos haberse hecho de nuevo, siendo primero tierra firme, como son ésta de Cádiz, que por muy cierto dicen estar algun tiempo junta con España: Sicilia tambien se tiene por averiguado que fué tierra de Italia, Negroponto de Grecia, *Chipre de Siria*, Rodas de Asia, con otras provincias y *ciudades que* por diversos tiempos se anegaron de todo punto, segun aconteció en Pirra, y Antisa, pueblos mucho nombrados en las riberas de la mar, que llaman ahora de Latana: tambien Elice, y Burra, lugares grandes de Grecia, junto con la entrada de la Morea, no léjos de Corinto, de las cuales dos me dicen hoy dia que parecen por bajo del agua señales notorias de sus edificios. Sumiéronse tambien cerca de Cádiz dos islas bien señaladas, en una dellas una ciudad populosa de tierra muy apacible, con otras que solian eso mesmo parecer en los derredores sobredichos de Cádiz, dentro del mar Océano junto con el estrecho de Gibraltar, llamadas las ínsolas Afrodisias, entre las cuales dicen algunos libros que se contaba la Eritrea, como presto lo veremos en los veinte y dos capítulos del segundo libro. Con éstas falta juntamente la isla (1) que hacian los dos brazos del rio Guadalquevir, y muchos edificios que despues labraron en ella. ¿Pues qué si dijésemos aquí los senos de mar, las puntas de tierra en las montañas que solian ser en el contorno de España, y de África sobre las riberas del mar Océano, de quien el octavo y noveno capítulo del tercer libro harán cumplida relacion? Así que nadie se debe maravillar, si tambien en la isla de Cádiz hallamos ahora tales mudanzas naturales y comunes, y muy acostumbradas en el mundo. De lo cual en este capítulo quisimos dar cuenta sumaria, porque parecia venir á propósito para la relacion del rey Eritreo, de quien al presente hablamos, y tambien porque fué siempre Cádiz en los libros de cosmografía cosa principal por su gran antigüedad, y porque la tierra della poca ó mucha la tuvieron los ancianos por una de las fértiles y provechosas que sabian en el mundo, como tambien por otros capítulos manifestaremos. Deste rey Eritreo no dicen los que dél escriben hazaña señalada ni cosa notable, mas de que comenzó su gobernacion en España casi en el año de mil y doscientos y cuarenta y seis ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, que fué novecientos y diez y ocho despues de su poblacion, segun la cuenta de Juan de Viterbo, y que reinó sesenta y ocho años: en fin de los cuales fenecieron sus dias. Donde parece, segun esta relacion, que pasados treinta y un años de su reinado salieron de la tierra de Fenicia dos varones principales moradores de la ciudad de Tiro, llamados el uno Zaro y el otro Charquedon: y venidos por la mar pasaron en África cerca de las fronteras de Sicilia, tres leguas mas atrás de donde hallamos ahora la ciudad de Túnez, y allí poblaron una ciudad, que despues fué mucho grande, y se dijo Charquedon entre los griegos, y entre los latinos Cartago: la cual, andando los tiempos, fué mejorada con edificios y nueva poblacion por una señora natural tambien de Tiro, llamada Dido: de la cual ciudad hacemos aquí mencion tan sumaria, porque adelante daremos relacion algo mas larga en el treceno capítulo del segundo libro, á causa que sus moradores y naturales hubo tiempo que poseyeron mucha parte de las Españas, y tuvieron en ellas gran competencia con los romanos. Hállase mas casi á los postreros dias del reinado, que señalan al rey Eritreo, ser destruida la ciudad de Troya en la tierra de Asia, donde fenecieron las guerras que los griegos allí hicieron, tan contadas y tan famosas en todas las historias: de las cuales guerras procedieron despues algunos capitanes y gentes que poblaron tierras y provincias en España, como la relacion siguiente presto manifestará.

CAPÍTULO XLI.

De Gargoris, rey español, á quien los latinos por otro nombre llamaron Melícola, en cuyo tiempo se pobló cierta parte de la provincia de Galicia. Cuéntase particularmente qué gentes fueron las que primero la moraron, y por qué ventura se metieron en ella.

Entre los reyes antiguos españoles tenemos averiguado ser uno que llamaron por nombre Gargoris, del cual afirma Juan de Viterbo comenzar su gobernacion despues de muerto Eritreo, casi en el año siguiente mil y ciento y sesenta y nueve ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, un año ménos segun otra cuenta, cuando se cumplian novecientos y ochenta y seis, despues de la poblacion de España, y mil ciento y veinte y siete despues del diluvio general. Era Gargoris príncipe mucho bueno, muy amado de sus confines y comarcanos, sobretodo de tan sutil ingenio, que los españoles aprendieron dél primero que de ningun otro la manera de criar abejas, y tener colmenas para sacar dellas miel y cera, con todas las granjerías á esto pertenecientes, por cuya razon los autores latinos le llaman en sus historias Melícola, que significa tanto como labrador y granjero de los artificios meleros. Los autores griegos publican haber sido griego de nacion, descendiente de los Curetes, linaje muy afamado y principal entre su gente: de los cuales afirman haber quedado muchos en España cuando Baco Dionisio vino por acá, que trajo consigo multitud dellos. Pero la verdad es, que de ninguno déstos procedia Gargoris, sino que verdaderamente fué natural español, procediente de las gentes antiguas que moraban sobre la marina que viene desde Conil hasta el puerto de Santa María, llamados en aquel siglo los

(1) Esta isla no ha desaparecido, sino que se ha juntado con la tierra firme contigua á las Marismas de Lebrija.

españoles corenses: y porque tal apellido de Corenses va semejante con el nombre de Curetes, no fué mas menester para que los escritores griegos los hiciesen todos unos, y publicasen por cosa de Grecia, segun fueron siempre deseosos de tomar para sí todo lo bueno que hallan de las otras gentes.

Salió pues Gargoris tan prudente varon y tan industrioso, que las naciones comarcanas á Tarifa lo recibieron primeramente por gobernador y caudillo de su tierra, movidos del gran provecho que siempre resultaba de sus invenciones y granjerías: y despues dellos otros muchos del Andalucía le siguieron y reverenciaron como persona de singular habilidad, y aun hubo tiempo que por haberles inventado lo de la miel y los otros artificios ya dichos lo tuvieron por dios, y lo reverenciaron en templos y lugares de solemnidad. Á los principios de la gobernacion deste Gargoris Melícola se halla por las historias y concordancia de los tiempos, que pasó tambien en España un capitan griego de los que destruyeron á Troya, llamado Teucro: trajo consigo gentes griegas con qué primeramente desembarcó sobre las riberas de nuestro mar, en aquel sitio natural ó muy cerca dél donde hallamos á Cartagena, segun Justino y Silio Itálico dicen: añaden otros haber allí cuando Teucro llegó cierto pueblo nombrado primero Contesta ó Contestania, fundacion antigua del rey Testa, de quien ya tratamos en los veinte y ocho capítulos pasados, por cuyo respecto certifican ser llamados contestanos antiguamente, como de verdad lo fueron todos los españoles moradores en su comarca; y aun dicen, que Teucro se metió dentro con armas y con rigor, matando muchos de sus vecinos, y poniéndoles gentes griegas, de las que consigo trajo para la morar y poseer; y los tales griegos recien venidos, despues de bien asentados, le mudaron el nombre viejo de Contesta, llamándole Teucria, por causa de Teucro su capitan. Item dicen haber muchos españoles contestanos en este rebato súbito desamparado su ciudad, y huido contra las provincias mas orientales, y que los tales huidos edificaron aquella vez otra ciudad muy adelante, nombrada tambien Contestania, como primero se llamaba la de su naturaleza: la cual nombramos ahora Cocentaina, poblacion honrada, conocida por todos en el reino de Valencia. Tal parecer ponen algunos escritores modernos en este caso, discretos y leidos á la verdad, y diligentes inquiridores de cosas antiguas. Muévese por la semejanza de los dos vocablos Contestania y Cocentaina: lo cual á mí cierto no me desagradaría si hallase coronistas ó cosmógrafos fidedignos que lo dijesen, ó memorias conservadas de padres á hijos, ó por ventura cantares ancianos que lo significasen ó trajesen rastro dello, pero cierto no los hay: de manera, que cuanto podemos en tal artículo certificar, sin peligro de nuestro crédito, seria dejar por averiguada la venida de Teucro, capitan griego, cerca de Cartagena, y haber allí poblado nuevamente, segun dice Silio Itálico, y no lo niega Justino: queda dudoso cuanto podamos dudar ser allí primero la poblacion, que dicen estos autores modernos, llamada Contesta, y haberse despues dicho Teucria: lo cual ningun escritor dice ni señala, sino fué Juan de Viterbo, poniéndolo, creo yo, de su casa. Tambien será mucho mas incierto los españoles huidos della fundar á Cocentaina ó Contestania, porque tengo sospecha grande, y aun casi certinidad, ser Cocentaina la cabeza de los contestanos viejos, y tan antiguo pueblo, como cualquier otro, conformándome con lo que dél ya dijimos en los veinte y ocho capítulos precedentes. Tornando, pues, á nuestro propósito comenzado, sabemos que Teucro, despues de tentadas y vistas aquellas marinas españolas confines á Cartagena, basteció sus navíos mayores y menores de cuanto le fué menester: y tornados al agua con la compañía restante, salió por el estrecho de Gibraltar en el gran mar Océano, costeando siempre las riberas españolas: y dada vuelta sobre la mano derecha, fué necesario doblar el cabo Sagrado, que dicen ahora de San Vicente, todavía junto con la tierra, sin parar hasta la provincia que despues fué dicha Galicia: y allí hizo su morada, y asiento con cuantos le seguian, poblando parte desta region desierta, que nunca habia sido morada por ser tierra desabrida y trabajosa para vivir: particularmente fundó la ciudad que llamaron Elenes (1) en su lenguaje, que significa lo mesmo que poblacion de griegos, no muy léjos del sitio donde hallamos ahora la villa de Pontevedra sobre cierta ria destas marinas: en la cual reposó Teucro todo lo mas de su vida. Vino tambien con él otro capitan compañero, y gran amigo suyo, llamado Anfiloco, que con otra buena cantidad de los mesmos griegos fundaron á su parte, dentro de la mesma tierra sobre las riberas del rio Miño, la villa que por memoria deste capitan Anfiloco dijeron Anfilocopolis, y despues fué llamada Anfiloquia, hasta que muchos años adelante los romanos de Italia, cuando ganaron aquellas tierras, la nombraron Aguas Caldas, por causa de las fuentes calientes, que tiene muy abundantes y provechosas. Ahora la llaman Orense, puesta catorce leguas de Pontevedra, lugar bien principal en todas aquellas comarcas: de cuyo sitio y edificio, con las otras particularidades que le pertenezcan, hablaremos despues en la segunda parte desta corónica, cuando con la ayuda de Dios trataremos los tiempos en que ciertas gentes extrañas, nombrados los suevos, le pusieron el nombre de Orense, que ahora tiene, y lo que quiere decir en su lenguaje déstos. Así que desta manera y en esta sazon, se comenzó de morar Galicia contra la parte septentrional de nuestra tierra, que jamás habia tenido poblacion: y con ser la comarca, segun ya dije, fragosa y mal atropada para los acostumbrados á provincias españolas mas dulces, hubo los tiempos antiguos poca codicia de morar en ella. Largos años pasaron que nadie procuró de mezclarse con estos griegos allí venidos, por la cual razon se fueron multiplicando solos ellos por sí, de tal modo que tomaron la mayor parte de sus marinas, con otro muy gran espacio tambien dentro de la tierra.

CAPÍTULO XLII.

De la venida de un capitan griego en España, nombrado Diomedes, hijo de Tideo, y del asiento que tambien éste hizo en otro pedazo de Galicia, donde pobló lugares y villas, que parte dellas permanecen hasta nuestro tiempo.

Casi por estos mesmos años, ó cierto muy poco despues que Galicia se comenzó de morar, dicen tambien haber aportado en España otro capitan griego, de los sobredichos que destruyeron á Troya, lla-

(1) Hellenes, en opinion de graves autores, es Pontevedra.

mado Diomedes, hijo de Tideo, natural y señor en una provincia griega, que nombran Etolia. La razon de su venida fué, porque fenecidas las guerras troyanas, ya que daba vuelta para su casa, halló que su mujer le tenia hecho maleficio con otro caballero nombrado Celiboro: los cuales ambos estaban tan apoderados en Etolia, que ni Diomedes ni cuantos consigo trajo bastaron á dañarles, ni pudieron cobrar cosa de lo suyo, puesto que fué Diomedes mucho singular capitan y valiente caballero de su persona. De manera, que juntándose con esta pérdida la mengua y el afrenta grande que recibia del adulterio de su mujer, desamparó la tierra que sus padres poseyeron, y se vino primeramente en Italia, contra la provincia de Pulla, donde gastó parte de su vida, fundando una ciudad que llamaron Argiripa: despues desto recogió cuanta gente le sobraba, que fué mucha: con la cual emprendió la jornada de España, donde llegádo, le recrecieron tales tempestades y fortunas en la mar, que sin poder hacer otra cosa, ni tomar tierra ni puerto de la costa que viene sobre nuestro mar Mediterráneo, salió forzosamente por el estrecho de Gibraltar á las grandes anchuras del Océano, padeciendo primero terribles afrentas y peligros en la salida. Y costeadas por allí como mejor pudo las riberas occidentales de España, casi por el viaje que los otros griegos primeros habian traido, tomó tierra no léjos de la parte donde Teucro y el capitan Anfiloco moraban entre las tierras, que se hacen dentro de los rios, ahora llamados Limia y Miño, y aquí principalmente pobló Diomedes otra ciudad á quien puso nombre Tide (1), por memoria de su padre Tideo, que permaneció muchos años en España, populoso y notable por ser cabeza de los pueblos y gentes entre Miño y Limia: los cuales pueblos á causa de las poblaciones que Diomedes y sus griegos allí hicieron, y por haber sido mucho tiempo moradores asentados en aquella tierra, sin se derramar en otras partes, fueron llamados los grayos, á quien despues, añadiendo algo en el vocablo, dijeron los pueblos Gravios, de quién los cosmógrafos y coronistas hacen señaláda relacion. Gastados algunos años en estos negocios, Diomedes dió vuelta en Italia, donde finalmente murió: con cuya partida y ausencia recrecieron algunas discordias entre la gente que por acá dejó: puesto que no fueron con enemistades ni rencilla ni con mas division, de que los unos acudieron á la marina, sin salir de sus primeros límites. Entre los dos rios sobredichos, y los que por allí moraban entre las poblaciones que tuvieron á su parte, fué mucho principal una, llamada Iria (2), junto con la ribera de Miño, cuatro leguas ántes que se meta en la mar. Y desta villa poco despues salieron gentes que pasaron el agua del rio, y allí frontero della sobre la ribera de mano derecha cimentaron otro lugar, nombrado tambien Tide, como se decia su primera ciudad: y despues andando los tiempos la dijeron Tidiciano, que parece significar en aquella lengua griega tanto como Tide la menor, ó Tide la segunda, por ser mas principal y primera la de Diomedes. Libros hay que la llaman Turciano corruptamente, segun sospechamos, y permanece hasta nuestros dias, y la nombran ahora Tuy, tan conocida y estimada cuanto fué los tiempos antiguos, de cuya region y cosas notables, cuantas hubo por ella y por las otras, hablaremos en diversos lugares desta corónica, juntamente con su fertilidad y buen asiento, que será relacion particular, cuando trataremos en la segunda parte la vida y acontecimientos que pasaron por don Favila, padre del santo rey don Pelayo. Pero dado que (como tengo dicho) su poblacion venga del otro cabo del rio Miño sobre la ribera de mano derecha, fué siempre contada y atribuida con las poblaciones destas gentes grayas ó gravias sobredichas, que trajo Diomedes aquella vez, de las cuales procedió despues tanta generacion, que poblaron otras comarcas hasta las riberas cercanas á Duero. Hallo yo tambien relacion en algunas historias modernas de cierta villa dentro de Galicia, que solian llamar Iria, diversa mucho en el sitio de la Iria que primero dejamos escritá, por ser mas septentrional y mas cercana á la marina, y fuera de las rayas ó mojones de los pueblos gravios que fundó Diomedes, la cual ora dicen el Pedron, ó Padron, que parece segun el nombre haber sido poblacion de la Iria primera: y por eso hablamos aquí della por la conjetura sola de su nombre, y nó porque de lo restante sepamos certinidad alguna.

(1) Del contexto de este capítulo se ve que Ocampo opina que hubo dos Tide, una al mediodía del Miño, y otra en la márgen boreal. Es un error. La Tide, ó Tude antigua, hoy Tuy, fué una sola, y estuvo primero algo apartada del Miño, al norte, y luego en la misma orilla del rio.

(2) No se conoce del tiempo de los romanos mas que una Iria, y es la Iria Flavia, llamada hoy Padron. De esta otra que supone aquí Ocampo, no hay noticia.

CAPÍTUTO XLIII.

De muchos otros lugares que se fundaron cerca deste tiempo por diversas partes en España: entre los cuales fué la ciudad de Lisboa; y de las gentes y capitanes griegos que por estos mesmos dias vinieron acá de nuevo, para morar y residir en la tierra.

En aquella sazon que las tales poblaciones tantas y tan buenas se fundaban de nuevo por aquellas partes en España, dicen algunos poetas que sucedió tambien en ella la venida de otro varon troyano, nombrado Astur, de los mesmos que se hallaron en aquella guerra troyana: y éste certifican haber poblado primero que nadie la tierra de los astures, llamados ahora asturianos, que segun escriben fueron así dichos por causa de su nombre dél: los cuales son gente muy conocida y principal entre los españoles, de quien haremos adelante suficiente relacion en el último libro de la primera parte desta corónica, cuando se trataren las guerras que con ellos hubo el emperador Octaviano César, y mas en el principio de la postrera parte cuando, placiendo á nuestro Señor, la corónica llegare á contar los tiempos en que los alárabes y moros africanos entraron en España. Pero qué verdad haya en esto que los poetas escriben del capitan Astur sobredicho, muy presto lo veremos en los treinta y seis capítulos del tercer libro. Hallo yo tambien hecha notable mencion en todás las historias antiguas de otro capitan griego, llamado Ulises, de los contrarios y destruidores de Troya, muy prudente y sagaz en demasía: el cual, despues de fenecida su guerra, pasados algunos años en persecuciones y tormentas de la mar, vino tambien en España: y queriendo tomar en ella descanso de sus grandes trabajos y fatigas, aportó primeramente sobre las marinas del Andalucía, pertenecientes al reino que decimos ahora de Granada, no léjos de donde fué despues edificada la ciudad de Mála-

ga: y entrando por la tierra cerca de los montes que por allí vienen, dicen haber edificado un templo á la diosa Minerva, que los antiguos fingian ser la diosa del saber y de la fortaleza. Tornado Ulises á la mar con los navíos y con la gente que le seguia, salió por el estrecho de Gibraltar, y dió vuelta, como los otros griegos, por el Océano de poniente contra la parte del norte: y llegado á la boca del rio Tajo, se metió por el agua arriba, que viene por allí muy crecida y espaciosa, donde fundó sobre la ribera de la mano derecha una ciudad, que por su causa nombraron Ulisípolis, el cual vocablo quiere decir en griego la ciudad de Ulises: y los latinos adelante la llamaron Ulisipo Salaria (1) por causa de cierta villa frontera, que despues hubo allí de la otra parte del agua, que se decia Salaria. Esta ciudad Ulisipo llamamos ahora Lisboa, la mas principal de todo el reino de los portugueses, y tan populosa y ennoblecida, que ninguna tenemos el dia de hoy en España mejor, y pocas tan buenas, así por el gentil asiento que tiene sobre aquel rio en sitio muy aparejado para los tratos de la mar, como por la comarca del rededor ser abundante de ganados y de muchas otras cosas asaz provechosas. Allí reposaron estos griegos sobredichos de todos sus trabajos, que como dije, hasta venir acá, fueron grandes en la mar, nó menores en algunas tierras donde tocaron: y así por hallar muy apacibles los asientos que por allí tomaron en provincia deleitosa, de tierra saludable, como por las excelencias que vieron en el agua de su rio con abundancia de pescados, y en su hondura maravillosa disposicion para todo lo que dél quisiesen aprovecharse: junto con esto por las grandes muestras de oro, que cuanto mas lo trataban, parecian entre sus arenales, le llamaron Teodoro, que significa en su lengua, como merced ó dádiva de Dios. Esto es lo que comunmente se platica de la fundacion y principio de Lisboa, no embargante que algunas personas, entre las cuales fué una Lorenzo Vala, en la historia que compuso del rey don Fernando de Aragon, crean algo de mala voluntad la venida de aquel Ulises en España, y aun casi la nieguen de todo punto, sospechando creo yo, que los historiadores griegos publican esto, por atribuir á su nacion todas las cosas que puedan con alguna color, así fundaciones de ciudades donde quiera que las haya, como cualesquier otros acontecimientos señalados, como lo hicieron en la memoria de su dios Hércules y de sus Dionisios, y por la de Gargoris, y por otras muchas que ya dejamos escritas en los capítulos pasados. Cuanto al apellido primero desta ciudad publican los que dicen esto, que no debió ser Ulisípolis su nombre propio, sino algun otro semejante á éste, que se diria Olisippo, ó segun aquel Lorenzo Vala parece sentir, debia de ser Oxippo, que significa en lengua griega ligereza ó velocidad, ó segun los primeros, multitud de caballos, á quien los griegos llaman Hippos, el cual nombre ó su semejante pudo tener, á causa de los potros que por allí cerca nacian de las yeguas preñadas del viento, segun escribimos en el cuarto capítulo deste libro: los cuales potros eran tan lijeros, que parecian mas volar que correr. Pero si los tales vocablos de Olixippo y Oxippo, son tambien griegos como el otro de Ulisípolis, y los griegos los dieron y pusieron en aquella ciudad, señal debió ser que la moraron y fueron principales della: y si lo fueron, no veo que dificultad haya para creer que los tales serian aquellos compañeros de Ulises, pues el apellido de Olisippo y Oxippo son conjetura sola: y Estrabon, autor antiguo muy excelente, pone la tal ciudad y su nombre por señal y muestra manifiesta de la venida de aquel Ulises griego en España, y la llama ciudad Ulisea: lo cual tambien Solino certifica por sus libros, y muchos otros que della hablan. Lo mesmo Juliano Diácono, y Juan Gil de Zamora, con la memoria de todas las corónicas españolas que tambien lo certifican. Item parece cosa de notar en este caso haberse casi por aquel tiempo cumplido mil años cabales despues de la poblacion de España, que fué justamente mil y ciento y sesenta y tres ántes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Vino tambien á la propia sazon en España otro capitan griego nombrado Menesteo, natural de la ciudad de Atenas, y paró sobre la ribera del mar Océano fuera del estrecho con sus compañas frontero de Cádiz, en aquel sitio donde coge la mar al rio Guadalete, cerca del cual hizo una villa, que por su causa fué nombrada despues el puerto de Menesteo, junto á la parte, ó segun otros dicen en la mesma, donde hallamos ahora el puerto de Santa María, que fué tambien antiguamente pueblo señalado en España, tanto por las buenas leyes y buenas costumbres para vivir que Menesteo le dió, como por la provechosa comarca de mar y de tierra donde fué poblada. Los que despues allí moraron tuvieron gran conversacion con los vecinos de Cádiz, en tal manera, que juntaron parentesco con ellos, casando los hijos é hijas de los unos con los de los otros: así qué muy gran cantidad de la gente griega desta villa pasó por aquellos tiempos á morar en Cádiz, y allí residieron en compañía todos juntos grandes edades, por lo cual quedaron en Cádiz despues muchas costumbres griegas: y por la generacion que déstos sucedió, se preciaron allí siempre del linaje que de Grecia tenian, y vino tiempo que adoraban en Cádiz como á dios á Menesteo, y le hicieron estatuas de metal, juntamente con las otras estatuas de los dos Hércules, griego y egipciano, y despues dél todos los capitanes y varones señalados que de Atenas salian fueron siempre reverenciados en Cádiz con muchos acatamientos. No ponen las historias otra cosa que Menesteo hiciese por España, mas de que fundada la poblacion deste lugar, pasó despues adelante hasta la boca del rio Guadalquevir, y que tomó tierra sobre la isla que solia ser entre los dos brazos deste rio primero que se mete en la mar: la cual isla ya dijimos en algunos capítulos pasados estar de todo punto gastada. Aquí fundó Menesteo despues un altar, en que hizo sacrificios á sus ídolos, con la cerimonia de religion que la gentilidad usaba, donde muchos dias adelante los vecinos del puerto sobredicho, con las otras gentes andaluzas sus comarcanas, edificaron un oratorio, que los antiguos llamaban el Oráculo de Menesteo, muy reverenciado por todos ellos, y de grande y continua devocion. Hubo tambien discurriendo los tiempos, cerca dél, otra torre sobre cierta peña, rodeada con agua, donde ponian cada noche fuego, para dar señas á los navegantes si quisiesen allí tomar puerto: la cual se dijo la torre de Capion (1), porque mucho despues la fundó cierto capitan llamado Capion, como lo veremos en el primer capítulo del tercer libro.

(1) No hubo pueblo de este nombre en frente de Lisboa. Salaria es corrupcion de Salacia, y se reduce al lugar de Caзaro do Sal.

(1) Es Chipiona, sita entre Rota, y San Lúcar.

CAPÍTULO XLIV.

De la muerte del rey Gargoris, y de las grandes venturas y maravillas que ántes de su fallecimiento sucedieron por un nieto suyo llamado Abidis.

Todas estas cosas ya contadas, fué cierto que sucedieron en los tiempos y vida del rey Gargoris de España, si son verdaderos los años que Juan de Viterbo señala de su reinado, sobre lo cual tengo yo muy contraria sospecha. Tambien es muy averiguado ser este príncipe grandemente provechoso para sus vasallos, si no se conocieran en él maneras de crueldad mas excesiva de lo conveniente para su buena reputacion y dignidad: porque la virtud que debe mas resplandecer en los príncipes y señores, es la clemencia, de la cual este rey dicen haber tenido falta, señaladamente contra un hijo de una hija suya, la cual como fuese hermosa y de muy galan parecer, vino á tener amores con un familiar de su padre, nó tan calificado cuanto requerian los merecimientos della: del cual finalmente parió aquel hijo, que despues llamaron Abidis: puesto que tambien otros autores afirmen haber sido hijo del mesmo Gargoris y de su propia hija. Ponen las historias muy crecida memoria deste muchacho, porque despues de su nacimiento fué perseguido con extrañas persecuciones, y librado de todas ellas con espantables misterios, mostrando la fortuna con él mas crecidas maravillas, que con otra persona de cuantas hayamos leido. Su abuelo Gargoris, sabiendo ser ya nacido, lo hizo luego llevar á los montes encubiertamente, para que lo matasen allí las bestias fieras, creyendo que desta suerte se disimularia bien el adulterio y apocamiento de su hija, ó la maldad suya dél, si fué verdad tenerlo por hijo. Y como dende á pocos dias le tomase deseo de saber qué se hubiese hecho dél, mandó á uno de los que lo llevaron que fuese á pesquisar lo que dél habia sucedido: y cuando fuéron, halláronlo puesto en el mesmo lugar donde primero lo dejaron, sano, vivo, y muy alegre, rodeado de bestias fieras que lo defendian, y la una dellas dándole de mamar: y como lo tal pareciese cosa maravillosa, y extraña, lo trajeron al rey Gargoris, y le contaron cuanto pasaba. Pero Gargoris movido á mayor enojo, mandó lanzar el muchacho contra unos alanos grandes y bravos que tenia: y porque mas presto lo despedazasen, hizo que dos dias ántes no les diesen á comer: mas tampoco los perros le tocaron aquella vez, ni le hicieron algun daño. Viendo, pues, el rey Gargoris que su niño quedaba libre, mandólo meter en la mar para que se ahogase, donde asimismo el muchacho duró muy grande espacio sobre las ondas sin anegarse, desviándose de contino hasta que lo perdieron de vista: y á la fin aquellas mesmas ondas poco á poco le tornaron á la ribera, muy arredrado de la parte donde lo metieron, de tal manera, que el rey su abuelo no pudo mas saber dél, y tuvo por cierto ser ahogado. En este punto sucedió tambien otra maravilla tan grande ó mayor que las otras, de las que suele hacer el muy alto Señor cuando le place, á quien no es imposible cosa de lo que se puede imaginar: y fué que estando el niño ya en lo seco, junto con la ribera de la mar, vino prestamente una cierva parida, y se bajó para que le pudiese tomar la teta, lo cual el niño hizo con mucho deseo y necesidad que dello tenia: y despues todos los dias vino la cierva para lo criar, hasta que el muchacho se hizo crecido y valiente, y á maravilla de muy hermósa disposicion. Andábase por los montes solitarios con los ciervos, y con los animales brutos, sin jamás entrar en poblado: y con toda esta aspereza se mejoraba cada dia tanto en su hermosura, que cuantos le topaban, tenian dello gran admiracion: sobre todo salió tan ligero, que no hallaba ciervo ni bestia de quien reconociese ventaja, ni por piés se le fuésen cuando trás ellos corria: con lo cual no bastaba nadie para lo sacar de los montes. La fama y nombradía de sus extrañezas era tanta, que jamás hablaban en otra cosa, ni deseaban mas la gente de la comarca que tenerle consigo, y tratarle, y gozar de su comunicacion: mas la gran esquividad suya fué tal, que nadie lo podia sojuzgar ni domar hasta tanto que faltando todos los remedios y cautelas, cuantas para tal efecto se pudieron obrar, le pusieron un lazo como á bestia fiera, en qué fácilmente cayó: y primero que se pudiese librar ni soltar, llegaron gentes que lo prendieron, lo llevaron al rey Gargoris, que tenia increible deseo de conocer qué cosa fuese aquel hombre silvestre, de quién tantas maravillas se decian. Luego como lo vió, le dió al corazon que debia ser quién á la verdad era, ó cosa que mucho le tocase: y despues en las facciones del rostro, y en los meneos y ademanes, y en todas las otras señales conoció parecerse demasiadamente á su hija, y por conjeturas vino á creer muy cierto ser aquel su nieto, contra quien tan eficazmente hubo procurado la muerte. Luego mandó que le llamasen Abidis por nombre, y lo comenzó de tratar con amor, y tenerlo cerca de sí, creyendo que nó sin gran misterio Dios habia guardado aquel mancebo de tantas persecuciones, mostrando por él tan subidos milagros. Todas sus asperezas pasadas fueron brevemente trocadas en afabilidad y dulzura, y en gracias extremadas, así de prudencia y bondad, como de cualesquiera otras buenas maneras, que varon generoso convenga tener, y las gentes cuanto mas lo trataban, tanto mas lo preciaban y seguian, aficionados á sus buenas industrias y graciosa conversacion. Esto parecerá difícil de creer á quien lo leyere, porque segun es maravilloso, tiene mas figura de fábula ó ficcion que nó de cosa de historia, donde la verdad se requiere tan despejada y tan limpia cuanto fuere posible; pero los autores latinos y griegos, que dello hablan, son tan graves, y de tanto crédito, que si no lo certificasen ellos por cosa muy verdadera, yo no me atreveria á escribirlo. Y tambien, porque como en historias de las otras gentes se halla que Telefo, rey de los cecios, fué criado por otra cierva; de Arne, la mujer de aquel Ulises, que fundó á Lisboa, se diga que habiéndola echado en la mar para que muriese, unas aves llamadas Penélopes la criaron: y de Semiramis, reina de los asirios, lo mesmo: y de Pelias hallemos haber sido criado por una yegua: Paris por una osa: Egisto por una cabra; y en Tito Livio leamos que Rómulo y Remo fueron criados por una loba: de Ciro rey persiano se tenga por cierto que lo crió tambien una perra; y que todos éstos se libraron en su niñez de la muerte, casi por semejante ventura que este Abidis español: podráse contar lo que dél tenemos dicho con ménos vergüenza, pues no son cosas de mayor maravilla las unas que las otras. Tornándonos á nuestro primer propósito, dicen las historias, que despues de todo fenecido, pasados pocos años adelante, murió tambien el rey Gargoris, habiendo reinado

en España setenta y cuatro años: el cual dejó por sucesor y heredero á este su nieto Abidis, de quien tan extraños acontecimientos hemos contado, porque ya desde el tiempo que lo tuvo consigo, le conoció tanta prudencia, tantas buenas inclinaciones, y tanta virtud que merecia ser poderoso rey, ó de mayor estado si se hallara por el mundo.

CAPÍTULO XLV.

Del rey Abidis de España, nieto del rey Gargoris, y de las notables cosas que hizo, donde asimesmo se cuentan los crecidos provechos que de su gobernacion resultaron á las gentes españolas cuantas con él tuvieron amistad y conocimiento.

Segun la cuenta de los años que destos reyes antiguos traemos en este libro conformes al tiempo que Juan de Viterbo les da, parece la gobernacion del rey Abidis haber comenzado por aquella region española, que solia tener príncipes en aquel siglo, casi en el año de mil y ciento y cinco, ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese, que fué mil y cincuenta y nueve años despues que Tubal la pobló. Este rey Abidis tienen por cierto los historiadores auténticos haber sido mas excelente príncipe de todos cuantos ántes dél reinaron en aquellas provincias españolas, y quien mayores y mas crecidos bienes trajo á sus tierras: porque allende de su mucha bondad, no tuvo ménos ingenio para hacer artificios nuevos, y maravillosas invenciones provechosas á la vida humana, que lo tuvo su abuelo Gargoris, ni que cualquiera de los otros reyes sus antepasados: lo cual se podrá claramente conocer en algunos hechos suyos, que ahora diremos. Andaban en aquellos tiempos muchas gentes españolas derramadas por los montes y desiertos que moraban en cuevas y chozas ó cabañas, alejadas de la marina, donde los otros restantes mas humanados, tenian lo mas y mejor de sus poblaciones, con lugares, villas, y repúblicas puestas en órden. Y como los tales viviesen desviados desta compañía, quedaban tan montesinos y silvestres, que si no fuera por el parecer ó figura de hombres que traian, todo lo demás era salvaje, cruel, y muy espantoso, sin discrepar en sus obras de las bestias fieras entre quien moraban. Con éstos procuró luego el rey Abidis tratar algunas inteligencias, y como fuese maravillosamente sagaz, pudo con sus buenas artes juntar mucha parte dellos, en especial los comarcanos á sus tierras dél, á los cuales declaró cuán grandes provechos se recrecian de vivir las gentes en compañía, por las ayudas que resultaban de los unos en los otros, y contrariamente cuánto daño les venia por estar apartados, así por el peligro de las bestias fieras, y desastrados acontecimientos que cada tiempo sucedian, cuando no se hallaba quien ayudase para la resistencia, como por las otras necesidades que nadie podia suplir, por pocas que fuesen, siendo solo. Finalmente tales razones trajo este buen señor, y con tal elocuencia y buena gracia supo dar á sentir lo que decia, que los venció y aplacó tan de veras, que dende á poco pobló dellos ciudades y moradas nuevas entre los otros lugares de su principado, con leyes y constituciones puestas en razon, mezcladas con templada justicia: tales que bastaron á quitarles mucho de la terribilidad y fiereza que primero tenian en sus costumbres. Enseñóles tambien á sembrar pan, y segarlo, y limpiarlo, y usar dél para mantenimiento principal de sus personas, y mas la manera que debian tener en amansar bueyes, uncirlos, y arar con ellos, para que con ménos trabajo pudiesen obrar todas esas granjerías, lo cual debió tomar él, ó si no lo tomó, debió quedar en su region y señorío de las gentes extranjeras, que los tiempos pasados vinieron en España: las cuales tenian en ella ya su naturaleza y asiento, como fueron los compañeros de Noé, cuando por acá discurría, que dicen haber sido primer inventor deste negocio, como ya lo vimos en el cuarto y sexto capítulos deste primer libro. Por ventura lo pudo tambien tomar Abidis de los griegos, ó de los egipcianos venidos en las Españas, ó de cualesquier otros, que dejamos escritos en los apuntamientos pasados. Cierto es, que si la sazon y reinado deste príncipe fué despues de Gargoris su progenitor, en los tiempos sobredichos que Juan de Viterbo les quiere dar, ya por aquellos años era tomada Troya: y muchos siglos ántes que Troya se perdiese, sabemos claro tener por diversas partes del mundo los mantenimientos de pan y vino mucho comunes, señaladamente las provincias de Grecia, y Egipto, con todas las otras tierras á ellas comarcanas, y como digo, de gentes que por acá vinieron y traerian aquel estilo de se mantener, lo pudo bien el rey Abidis tomar, y los otros españoles mas humanos, y despues enseñarlo, segun dicen, á los monteses y silvestres que comenzaron á vivir en razon. Puesto que nuestras historias de todo punto digan haber sido nuestro rey Abidis el primer inventor en España del tal artificio, y el que primero lo sacó de su buen juicio, sin tomarlo de nadie, y el que lo derramó y enseñó por la gente de España que en sus tiempos habia, la cual era tan inocente, que no sabian ni tenian otros mantenimientos sino yerbas y frutas silvestres, y carnes de bestias bravas, que mataban con arcos ó lazos, ó con otros artificios. Por lo cual podríamos tener sospecha, que tambien Abidis como Gargoris su predecesor gobernaron aquella parte de las Españas muchos dias ántes de lo que Juan de Viterbo les pone, pues en habellas gobernado no tenemos duda, cuando no se hallaba en ellas tal aparejo de semejantes ayudas ni primores. Tambien es muy cierto que les mostró la manera de trasplantar los árboles á diversos lugares para que la fruta dellos fuese mas apacible, y engerirlos eso mesmo para que quien quiera les pudiese mezclar el sabor y los olores que les agradasen. Y porque donde falta verdadera justicia no puede ser bien que permanezca, ni tenga substancia, hizo leyes generales fundadas en santo zelo, sin haber en ellas especie de tiranía; fueron pocas en cantidad, como lo deben ser las buenas leyes, porque siendo muchas en número, segun ahora las usamos en España, y en algunas otras regiones de Europa, mas parecen armadijas y lazos en que caigan ó tropiecen los hombres, que remedio para bien vivir. Puesto que bien mirado crece ya tanto la maldad por el mundo, que no pueden los príncipes virtuosos abreviar el remedio con pocas constituciones. Junto con aquellas leyes primeras hizo tambien Abidis otras particulares diversas entre sí, como hallaba diversas en condicion y costumbres las tierras ó gentes para quien se fundaban. Y porque tambien hubiese mas aparejos y ménos trabajos en las poder ejecutar, señaló siete pueblos de sitios convenientes, donde puso sus audiencias y cancillerías con hombres virtuosos y prudentes, para que conforme á buena razon juzgasen y diesen á cada uno derecho de sus demandas. Con esto, y con otras muchas buenas cosas que dél

se hablan, proveyó cuanto pensaba ser necesario para la vida, y comenzó de acostumbrar la gente española de su gobernacion en el camino de virtud y humildad. Todo su pensamiento fué buscar cosas útiles, y remediar faltas donde quiera que podian suceder, en lo cual trabajó tanto, que brevemente todos aquellos que estaban á su cargo fueron muy enmendados de los defectos que primero tenian, y comenzaron á ser mas verdaderamente hombres, en tal manera, que bien claro pareció no haber sido sin gran misterio las extrañas maravillas que del nacimiento deste rey escribimos, y los milagros que Dios mostró en lo librar de tantas muertes, para que por su mano recibiesen aquellos españoles tanto bien cuanto dejamos contado. Con estos cuidados y deseos tan loables, trabajando siempre en obras de crecida utilidad, dió fin á sus dias este buen príncipe, despues de gastados en su gobernacion poco ménos de treinta y cinco años, que se cumplieron en el año de mil y setenta y uno ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, conforme á nuestra primera cuenta: casi en aquellos tiempos, ó muy pocos dias ántes ó despues que el santo y real profeta David comenzase á reinar entre los judíos.

CAPÍTUTO XLVI.

De las novedades y mudanzas que con el fallecimiento del rey Abidis sucedieron en España, repartiéndose la gente della por naciones particulares, en que se diferenciaron muchos años los unos y los otros cuanto al estilo de su vivir, y cuanto á lo mas de sus costumbres.

Pasada la muerte del rey Abidis luego recrecieron en aquella tierra de su principado rencores y divisiones entre los naturales que la moraban queriendo ciertas personas ocupar la parte del señorío que pudiesen, unos con título de parientes propinquos al rey Abidis, otros con pensar que merecian ó serian hábiles para sustentar lo que tuviesen una vez usurpado. Déstos nos dan á sentir las historias que sabemos haber quedado por allí gentes, que duraron largo tiempo en aquel ser, á manera de señores principales, repartidos en provincias pequeñas, como cabezas de sus linajes, otros en oficios mayores, otros en cargos de repúblicas particulares, que los acataban y reverenciaban segun sus costumbres y buenas usanzas. Pero de muy pocos dellos declaran qué nombres propios tuviesen, ni ponen casi memoria de las hazañas que los ocuparon, ni cosas notables que por ellos pasasen, como lo sabemos de los otros reyes primeros que dejamos escritos en este libro, y aun destos no queda todo tan firme que muchas cosas no falten de sus obras y gobernacion. Puesto que sobre negocio tan antiquísimo, si la curiosidad humana quisiese templar sus deseos, harto bastaba saber que los tiempos arriba dichos hubo reyes en España soberanos y poderosos que rigieron parte de sus provincias en lo mejor que dellas se moraba, como lo dice Justino, que claramente confiesa los reinos antiguos en España: tambien Arriano, con mas las corónicas de Castilla, que todos concuerdan en ello. De los cuales reyes los muy averiguados fueron Tubal, que la pobló, Gerion y sus hijos, que segun algunos dicen la tiranizaron, despues de los cuales reinaron Hércules, Espero, Atlante, Sicano, Siculo, Gargoris, Abidis, y tambien el rey Hispan, por cuyo respecto la llamaron España. Todos los otros reyes, que fuera déstos van escritos en este primer libro, son tomados de las corónicas de Juan de Viterbo dirigidas á los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, abuelos de V. M., donde solamente puso sus nombres, y los tiempos de los príncipes ya declarados, sobre lo cual añadí yo los hechos notables pertenecientes á España que sucedieron dentro de los años y tiempos que por él van señalados, recoligiéndolos como mejor pude de muchos autores averiguados y ciertos, y de gran reputacion entre todos los que saben algo. La cual reputacion sospechan algunas personas de nuestro tiempo que será posible faltar en cosas particulares de las que toca Juan de Viterbo, por ir algo breves, y mas atrevidas de lo que fuera justo, en certificar lo que podria tener opinion: mas en la brevedad que le tachan, no debe ser maravilla que cuenta de tiempos tan olvidados y traseros tenga semejante defecto, por ser demasiadamente faltos de libros auténticos que lo traten, y dado que lo traten, algunos van tan limitados y breves, que parece rehusar lo que dicen. Del cual inconveniente no me quiero yo librar en algunos pasos desta corónica, puesto que cuando se toparen deben creer los lectores haber sido mas por culpa de los autores á quien yo sigo, dado que son excelentes, que por la mia. Pero será cierto que cuanto mas adelante pasare la relacion, tanto mejor se remediarán estas faltas y las cosas della, para que de contino desagrade ménos á quien la leyere.

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

De la gran sequedad que todas nuestras corónicas dicen haber en España sucedido, con qué fué necesario despoblarse casi la mayor parte della, y de los terribles males y daños que desto se recibieron.

Despues que los reyes antiguos faltaron en España no hallamos en las historias cosa notable que por allá sucediese muchos años adelante, mas de que, segun cuentan los coronistas castellanos, como siempre trás las prosperidades sean ciertos los infortunios y desastres, quedando con la gobernacion de los príncipes antiguos todo lo mejor y mas poblado de España, fundado sobre buena razon y buen estilo, sobrevino la mas terrible desdicha que primero ni despues de su poblacion sepamos. Y fué, que comenzaron á crecer tan grandes calores y sequedad, con tanta falta de las aguas del cielo, que pasaron casi veinte y seis años que no llovió. De lo cual todos nuestros historiadores españoles hacen memoria señalada sin discrepar alguno dellos, por ser la cosa mas notable que sepamos en

ello, ni por otras tierras ó provincias haya sucedido, á lo ménos que tanto durase, ni de que tanto daño se recreciese: puesto que ningun autor extranjero de cuantos yo tengo vistos haga memoria dello, ni ménos lo hallen otras personas muy leidas, con quien lo tengo comunicado. Por esto muchos lo dudan, pareciéndoles que negocio tan grave, de tanta calidad y grandeza, si sucediera por el mundo, los coronistas pasados griegos ó latinos hicieran alguna cuenta dél, como lo hicieron de muchas cosas tales que por otras partes acontecieron: mas ni por esto conviene dejarlo de poner aquí, pues ya sabemos en otras tierras haber pasado casi lo mesmo, como fué, segun dicen en los tiempos de Faeton, cuando se quemó la provincia de Tesalia, de quien los veinte y cuatro capítulos del primer libro hablaron algo. Cuéntase tambien otro tal en las tierras etiópicas, de quien muchos autores escriben; en Italia casi lo mesmo los tiempos muy antiguos; y tambien porque, como tengo dicho, todas nuestras corónicas españolas, sin discrepar alguna, lo certifican y concuerdan en ello. Y es de creer, que si por las antigüedades ó memorias donde fueron sacadas y regidas no se hallara, no tuvieran tal conformidad en hacer tan crecida relacion desta sequedad: afirmando que con discurrir tanto tiempo que no cayeron aguas, crecieron calores tan terribles y con tan demasiados ardores, que no faltó fuente ni rio de España que de todo punto no quedasen agotadas, si no fueron Ebro con Guadalquevir, en que corrian muy pocas aguas. Abrióse tambien la tierra por muchas partes con grandes hendeduras y grietas que se hicieron en ella, donde padeció multitud increible de gente. Por causa desto ni se caminaba, ni los hombres podian librarse ni salvar sus personas: así que todos los mas dellos perecieron, particularmente los mas ricos y poderosos, que como tuviesen hecha mayor provision de vituallas para su mantenimiento, creyeron que la tal adversidad no duraria tantos años, y no curaron de huir como lo hicieron al principio los que poco tenian: despues cuando quisieron ausentarse no pudieron, á causa de las aberturas ya dichas, con que las tierras léjos de la mar no fué posible tratarse ni caminarlas. Desta manera no solamente los hombres y mujeres, sino tambien casi todos los otros animales perecieron, unos con hambres y calores, otros con grandes enfermedades, que presto recrecieron, puesto que todavía mucha gente tuvo lugar de se valer en los principios huyendo por regiones extrañas, particularmente los que caian cercanos á las fronteras de la Francia, que salieron por el confin de los montes Pireneos, y se remediaron en aquellas comarcas de Francia juntas á su tierra: las cuales por ser de su natural regiones frias y mas húmedas, no pudo la sequedad hacerles el daño que acá hizo. Muchos que pudieron haber navíos pasaron en Grecia, muchos en Asia, muchos en Italia y en otras provincias donde pensaban guarecer: con lo cual quedó todo lo mas de nuestra tierra despoblado y desierto, sin animales ni gente que lo morase, sino fueron las comarcas muy septentrionales della, como son Galicia y Asturias, con todas las otras montañas de su lado, que tambien por ser regiones húmedas y tener el aire lluvioso, pudieron conservar alguna gente ménos mal, y las calores no tuvieron allí tanta fuerza como por la parte del Andalucía, ni de Cataluña, ni como por los otros pedazos en Aragon y Portugal, que caen contra mediodía, donde sabemos en aquel tiempo ser la principal poblacion de nuestra tierra. Puesto que tambien por aquí lugares de la marina se sustentaron, aunque pocos, y con muy gran fatiga. En este modo y tenor duró la tal persecucion hasta que pasados los años ya dichos crecieron vientos y turbiones, con que los mas de los árboles fueron arrancados de raiz, y segun cuentan las historias de Castilla, levantáronse tan grandes polvoredas, que parecian figura de humo que de nuevo quemaba toda la tierra. Despues desto plugo á la misericordia de nuestro Señor Dios que luego el año siguiente cayeron lluvias en abundancia con que la tierra se resfrió y refrescó, y poco á poco fué tomando su vigor y su fuerza. Las gentes españolas huidas á los principios, y derramadas en diversas partes del mundo, sabiendo que los tiempos mejoraban, se tornaron á sus tierras, donde cada cual tenia su naturaleza, con el acrecentamiento de hijos y de la nueva generacion que por allá les habia nacido. Léese que cuando vinieron en todas sus provincias no hallaron árbol verde, sino fueron algunos granados y pocos olivos en la ribera de Guadalquevir. Y desto procedió, segun dicen, la falta de los reyes antiguos en España, por causa que como los mas de la gente principal muriese con tan gran sequedad, los otros que despues dieron vuelta llegados á sus provincias no curaban sino de reparar sus trabajos sin pensar en otra cosa. Y como la tal gente recien venida fuese por la mayor parte muy desviada de los dobleces y cuidados superfluos de nuestro siglo, no se dañaban los unos á los otros, ni deseaban con tanta codicia mandar, ni tampoco ser mandados: aunque, como ya dijimos en otra parte, segun de nuestras historias se recolige, quedó siempre reverencia y acatamiento por muchos lugares á los parientes que descendian de la sucesion y casta de los reyes antiguos, mas nó para ser tan señores ni tan soberanos como los pasados. Los coronistas españoles, á quien yo necesariamente sigo, no señalan en qué tiempo la tal sequedad aconteciese, porque casi todas las cosas de sus historias van faltosas en declarar los tiempos antiguos de las hazañas que cuentan, de que no me redundan á mí pocos trabajos en descubrir y señalar con verdad los años pertenecientes á lo cierto que tratan ellos: lo cual es tanto menester en esta materia, que todos los buenos autores griegos y latinos lo llaman el ánima de la historia. Pero, de cualquier manera que sea, cierto fué que la sazon donde la tal adversidad en España comenzó, cuanto por las conjeturas podemos alcanzar, no cayó léjos de los mil y treinta años ántes que nuestro Señor y Redentor Jesu-Cristo naciese: y así, pasados los veinte y seis de la persecucion y sequedad, nuestros progenitores, que primero salieron huyendo, volvieron, como dije, libres á sus tierras, unos á los pocos lugares que se conservaron sobre la mar, otros á las provincias despobladas mas adentro, donde fueron naturales ellos ó sus antepasados, y comenzaron á levantar casas y moradas en ellas como mejor podian, señalando por allí sus asientos, ejercitando lo que tenian de costumbre primero que les viniese la sequedad sobredicha. Las otras naciones eso mesmo que sabian alguna noticia de España renovaron tambien sus contrataciones en ella, si de ántes tenian alguna. Señaladamente los griegos, que nunca dejaron de la visitar, entre los cuales hallo memoria de cierto navegante llamado Mentes, en cuyos navíos y compañía vino casi por estos dias en España un gran poeta llamado Melesigenes, á quien despues dijeron Homero, el mas exce-

lente y artificioso de cuantos poetas hubo jamás: puesto que muchos otros autores anden tan discrepantes en señalar el tiempo deste poeta, que lo ponen algunos trescientos años adelante de lo que ponemos aquí, otros mas, y otros ménos, segun se les antoja. Pero en cualquiera sazon que fuese, parece de sus escrituras haber quedado tan satisfecho de los bienes y fertilidad de España, la cual ya cuando él vino estaria tan restituida en su facundia y fertilidad acostumbrada, que certificó por aquellas sus obras ser en el Andalucía los campos Elisios, donde los antiguos creian que los dioses enviaban las ánimas de los bienaventurados para darles allí galardon y premio de los bienes y virtudes que hicieron en esta vida mundana, como tambien ya lo tocamos en el noveno capítulo del primer libro.

CAPÍTULO II.

De la mucha diversidad y confusion que hallamos entre los coronistas españoles sobre cierta compañía de gente que dicen haber entrado por España despues de la sequedad pasada, las cuales gentes algunos dellos nombran los Almozudes, y muchos otros los Almonides.

Luego despues de la sequedad sobredicha cuentan las corónicas de Castilla que salieron de la tierra de Suecia gentes extrañas, griegas de nacion, señores en aquella provincia, las cuales llamaban los Almozudes, ó, segun otros dicen, Almonides. Éstos afirman que desembarcaron con una gran flota de navíos en el puerto de la Coruña de Galicia, donde hicieron un sutil engaño para tomar la ciudad, y fué, que poco ántes que al puerto llegasen enramaron las fustas donde venian, en tal manera que todas juntas parecian una gran montaña verde. Los vecinos de la Coruña, creyendo que fuese alguna isla nuevamente parecida en la mar, dicen que no curaron de guardarse dellos, y que los almozudes llegaron cerca de la villa en amaneciendo, y primero que los del pueblo se pudiesen ayudar de las armas fueron los mas dellos presos y muertos. Y allí cuentan estos historiadores haber quebrado el espejo encantado de la torre del Faro, y que los españoles, como fuesen pocos, vista la pujanza de los almozudes, se sojuzgaron todos á ellos. Tambien escriben que los tales poblaron á Sigüenza y á Córdoba, y á Pamplona y á Toledo, con otros muchos lugares en España, dado que no señalan en qué tiempo lo hiciesen, ni porqué sazon, mas de que vinieron despues de la gran sequedad sobredicha. Si mi parecer en este caso valiese, yo verdaderamente creeria que puesto que algunas cosas de las que de los almozudes ó almonides se cuentan puedan ser verdaderas, muchas otras, ó las mas dellas, son fábulas y ficcion, porque ningun libro de cosmografía trata gente, ni tierra, ni nacion que se diga los almozudes ó almonides, ni en Suecia, que fué siempre region alemana, se podria mostrar algun tiempo tener mando ni señorío los griegos, mayormente mezclando con ellos el cuento del espejo encantado de la Coruña, del cual ya declaramos en los diez y siete capítulos del primer libro ser imaginacion falsa cuanto dél hablan aquellos coronistas españoles, pues nunca tal hubo, ni tal se pensó jamás. La mesma liviandad es afirmar que fueron éstos los primeros edificadores de Córdoba, de Pamplona y de Sigüenza, pues de todos estos lugares se verá muy enteramente por el proceso desta gran obra las gentes que los poblaron en los tiempos verdaderos de sus principios, muy diversos de la sazon y dias que tratamos aquí. Una cosa me hace tener por cierto que la fundacion que les atribuyen de Toledo va tambien estragada como todo lo sobredicho, y es, que la historia del señor rey don Alonso casi en el principio cuenta que cuando los almozudes la poblaron hicieron la ciudad en lo llano, y que pusieron allí la cabeza del reino, labrándola con grandes edificios: entre los cuales dicen haber sido mucho principal un solemne templo donde reverenciaban el fuego; y en los libros siguientes dice nuevamente que dos cónsules romanos, llamados el uno Tolemon, y el otro Bruto, la poblaron: lo cual tambien dice don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo: lo mesmo san Isidro dos veces en la corónica de sus godos, y mas otros historiadores que le siguen, de manera que discrepa mucho lo primero de lo segundo, dado que lo postrero de los cónsules Tolemon y Bruto va tan mal mirado cuanto lo de los almozudes, porque no hallamos en alguna de las corónicas latinas cónsul ántes ni despues que los romanos viniesen en España llamado Tolemon. Ni Tito Livio, ni Polibio, ni Lucio Floro, ni Plutarco, ni Casiodoro, que recoligió cuantos cónsules romanos hubo hasta que faltaron, pone algun cónsul con tal nombre ni sobrenombre. Largo seria de contar si por extenso dijésemos la mucha diversidad que cuanto al artículo de los almozudes hallamos en las corónicas sobredichas de España. Las unas que mas limitadamente hablan, y quieren que su razon parezca mas verdadera, dicen que los almozudes vinieron de Grecia, donde fueron naturales, y que llegaron á la Coruña segun hemos dicho, donde siendo desembarcados dejaron á Galicia, y entraron en España ganando mucha parte della, y allí finalmente hicieron su morada, poblando lugares y villas donde vivieron. Despues dicen haber tenido maneras con qué ganaron la voluntad á los pueblos comarcanos para vivir en su conversacion, y con tal industria lo negociaron, que dello por bien y con amistad, y dello con fuerzas y tiranías, en breve tiempo señorearon gran parte de las provincias, tanto que fueron tenidos por muy principales en España. Dicen ser gente de mucha razon y cordura, de quien tomaban los españoles cosas de gran provecho, con qué se hacian á sus costumbres, y se mezclaron con ellos así en la gobernacion de la tierra, como en todo lo demás que convenia, dándoles sus hijas para casar con las de los almozudes. Vino desto que en el parentesco de los unos y de los otros, y con la conformidad, que siempre fué madre de todos los bienes, poco á poco perdieron el nombre de los almozudes, y se llamaron todos españoles. Otras historias van mucho contrarias en esta razon, y son las que mas largo hablan en ello, diciendo que los almozudes vinieron con Hércules el griego cuando en España pasó, el cual afirman que dejó por acá mucha gente que consigo traia, y que los tales poblaron algunas partes de aquellas comarcas. Mas (á mi parecer) tan escrupuloso va esto como cualquiera de lo pasado, pues ya en el primer libro escribimos que muchos autores de gran crédito porfian que nunca tal Hércules griego tocó jamás en España, y si tocó seria de pasada por la costa del mar solamente, cuando dicen que fundó la villa de Gibraltar, ó dió manera como ciertos pastores españoles la poblasen; porqué, el que acá vino y paró en España de cierto fué Hércules el egipciano, que tuvo mayor fama, y acabó hazañas mas graves; y puesto que el griego entrase en España, sábese que no venia tan

acompañado, ni tan poderoso, que bastase para poblar tal espacio de tierra como los coronistas españoles atribuyen á los almozudes ó almonides. Algunos otros escriben que los almozudes fueron señores en España seis años no mas, otros que catorce; muchos escriben que cuarenta, los cuales pasados afirma la corónica del señor rey don Alonso, y las demás que van con ella, que sabiendo las gentes extrañas estas nuevas de su venida, y que ya poseian la tierra por fuerza, con desafueros y crueldades que hacian, creciéronles los corazones, y determinaron ellos de hacer otro tanto para destruirlos si pudiesen: lo cual pusieron luego por obra, señaladamente los que moraban en las islas del mar, que juntaron grandes navíos en qué vinieron y se metieron en España por cuatro partes. Los que cayeron en la frontera de Cádiz, dicen que vinieron por Guadalquevir arriba, hasta que llegaron á una ciudad nombrada por aquellos dias Itálica, cuyos moradores salieron contra ellos, y pelearon una batalla muy recia, donde los ciudadanos fueron vencidos, y los forasteros entraron á la revuelta matando cuantos habia dentro. La gente restante que vino por las otras partes dicen no haber hallado resistencia, y que sin contradiccion ganaron la tierra, y mataron todos los almozudes, y que á los españoles sus parientes y confederados pusieron en servidumbre, y los tomaron por esclavos, y que duraron en aquella sujecion y cautiverio hasta la venida de otras gentes africanas llamadas los cartagineses. Esto es, en suma, lo que nuestras historias dicen destos almozudes ó almonides. Pero mucho dello no sé yo como lo crea, pues en aquellos tiempos no era fundada la ciudad de Itálica donde señalan que fué la batalla, ni se pobló dende á muchos años, como lo veremos en los libros siguientes. Mas como quiera que sucediese, de sospechar es que la cuenta de los almozudes ó almonides debió cierto ser algo: dado que no se declare ni diga hasta hoy como cosa bien conocida: y como tal los que della quisieron hablar, le añadieron algunos adornamientos á manera de hazañas, que verdaderamente nunca sucedieron, por dar alguna gracia en paso tan seco y de quien no se alcanzaba ni sentia, como dicen, mas del sonido. Cuanto á la genealogía dellos que dicen haber sido griegos de nacion, no me entremeto, pues que si lo fueron pudieron ser algunos de los muchos griegos que diversas veces poblaron en España: de los cuales alguna parte queda ya escrita en el primer libro, y parte dellos pondrémos adelante en el proceso desta obra por ser muy averiguado que tuvieron en ella moradas y villas suntuosas, conforme á la relacion que dello hacen todas las historias antiguas fidedignas: y aun allende todo esto duran el dia de hoy señales manifiestas entre nosotros de la naturaleza y asiento que los griegos acá tuvieron, como son muchas costumbres griegas, en qué todavía vivimos sin se haber podido mudar ni perder, aunque despues acá son pasadas por los españoles grandes novedades y mezclas de gentes extrañas, que por tiempo nos han corrompido lo mas de las maneras de vivir antiguas que nuestros pasados tenian: pero las griegas eran ya tanto nuestras y tan naturales, que parte dellas nadie las ha podido mudar. Cierto es que las vestiduras negras de luto que se ponen por los defuntos, de los griegos quedaron, y el colgar de los escudos de armas, y cotas y pendones, sobre las sepulturas de los nobles, tambien vino dellos como Plinio lo declara. El tresquilar otrosí los cabellos en los parientes y allegados destos tales que así mueren, con otras muchas ceremonias notoriamente griegas que andando la historia se verán adelante. La otra señal, que tambien hoy dia hablamos en nuestra lengua española multitud de vocablos que son griegos verdaderamente, de los cuales en esta parte yo daria suficiente relacion, si no fuese materia diversa de lo que pretende nuestra corónica: pero cualquier español que tenga noticia de la lengua que los antiguos griegos hablaban, en qué permanecen los libros de sus ciencias, fácilmente conocerá ser verdad esto. Por donde parece muy claro la mucha vecindad y morada que la gente griega tuvo largos tiempos en nuestra tierra, sin jamás salir della, nó solamente los almozudes, de quien las historias españolas hacen memoria, sino tambien de muchos otros, como fueron los de la isla de Jasanto que dijimos haber poblado á Murvedre, y los que vinieron con el capitan Alceo Tebano, que por otro nombre llamaban Hércules el Griego, y tambien los compañeros de Dionisio el menor, á quien los gentiles llamaron el dios Baco, y despues la gente que trajeron Menesteo, y Ulises, y Teucro, como en el primer libro queda puesto: y otros sin éstos de quien adelante hablaremos, que poblaron las villas de Roses, Empurias y Denía, con mas ciertos vecinos de Lacedemonia, naturales de una provincia griega llamada Laconia, los cuales afirma Estrabon, que vinieron en España, y poblaron una villa que se dijo Laconimurgi, en las fronteras de Vizcaya, que ahora caen entre Castilla y Navarra. Pero destos lacones, yo nunca pude hallar ni descubrir en qué tiempo fuese su venida, ni creo que tengamos historia que dellos hable mas de lo que Estrabon apuntó en el tercer libro de su geografía. Y si los almozudes ó almonides, de quien ahora tratamos, tambien fueron griegos, y residieron algun tiempo en España como todos los coronistas españoles afirman: de sospechar es que tambien harian en ella pueblos y cosas notables, porque tal fué siempre la manera de las gentes griegas en dejar su recordacion ó memoria donde quiera que podian con sobrada diligencia: lo cual hicieron en los tiempos pasados con mucha gracia de letreros y edificios. Esto me pareció que fué bien aclarar en este capítulo sumariamente, por ser la cosa mas confusa y ménos entendida que yo tenga leido por todas nuestras corónicas españolas, y la que mas cuidado me puso para descubrir algo de verdad en ello, si mi diligencia bastara: puesto que sin lo ya dicho, no dejaré de tornar á poner mi parecer sobre lo destos almonides, en los veinte y nueve capítulos deste segundo libro, donde se verá que si tales gentes pudieron acá venir, seria muy muchos años despues de la gran seca sobredicha, fuera de la sazon que les atribuyen: y así por esto, como porque todas sus hazañas ya dichas parecen haber sido negociadas en las provincias occidentales de nuestra tierra, la corónica dejará por ahora su relacion, y diremos los otros acontecimientos verdaderos y ciertos, que sucedieron en las provincias orientales della, segun que los escritores auténticos nos dejaron escrito en sus libros para que de toda parte sepamos lo que por España se hacia.

CAPÍTULO III.

Como gentes advenedizas, llamadas los celtas, llegaron en España, y se juntaron con ciertos españoles que vivian cercanos á las riberas de Ebro, y despues poblaron otras provincias della, particularmente la que llamaron Celtiberia, donde se ponen los aledaños ó mojones que solia tener esta region.

Las primeras gentes extranjeras que despues de fenecido el señorío de los reyes antiguos en España, hallamos haber entrado por ella contra sus regiones orientales, fueron naturales de la tierra que llamamos ahora Francia, moradores en la provincia, donde tambien fueron despues edificadas las poblaciones de Narbona, de Mompeller, y de Marsella, cuya venida tocan sumariamente nuestros coronistas españoles, aunque pocos: diciendo, que como los tiempos fuesen ya mejorando despues de la gran sequedad, y la gente huida comenzase ya de tornar á sus naturalezas, entre los otros que vinieron fueron tambien aquellos que pasando la parte meridional de los montes Pireneos, estaban recogidos en aquella provincia: y aun de pensar es, que serian éstos los primeros de la vuelta, pues hallándose cerca, podrian prestamente tornar sin estorbo de nadie. Con ellos dicen tambien, que vinieron mezclados algunos de los mesmos, entre quien estuvieron todo el espacio de veinte y seis años que duró la persecucion sobredicha, los cuales, dado que se nombren ahora franceses, llamábanlos en aquellos dias galos celtas, y por sobrenombre bracatos, á causa de los paños menores con que tapaban sus vergüenzas, á quien ellos decian bracas en su lenguaje, como tambien los llamaron despues los latinos, y nosotros así mesmo los decimos ahora. Con estos celtas bracatos los españoles huidos debieron tener tal conformidad en el tiempo de su destierro, que vinieron á casar los hijos y las hijas de los unos con los de los otros, y se trabaron por ambas partes amistades y deudos muy cercanos: y así resultó dello que los galos celtas conversaban á la contina con la gente española, viniendo diversas veces á holgar y negociar entre ellos, y á gozar de los bienes de la tierra, la cual ellos conocieron en estas entradas ser abundante de muy crecidos intereses: y como tal no tardó mucho que grandes compañas dellos no saliesen con hijos y mujeres, y haciendas cuantas buenamente pudieron traer, y se pasaron en España, para morar en ella reposadamente: sobre lo cual no hallaron contradiccion, ni persona que mostrase desplacerse de su venida: y aun es de pensar que primero lo comunicarian con estos españoles que con ellos habian estado, segun el parentesco y alianza que tenian todos. Los españoles cuando vinieron, tomaron asiento junto con una parte de tierra que sale desde las vertientes orientales de los montes Idubedas, de quien escribimos en el primer libro, hasta las riberas del rio Ebro que llamaban en aquellos dias Ibero, por cuya razon tambien ellos eran dichos los españoles iberos: el cual nombre tienen muchos por cierto haber sido general á cuantas gentes moraban en nuestra tierra, primero que los llamasen españoles, segun escribimos en el primer libro. Y éstos, dicen, que despues cuando se comenzó de nombrar España, ya que se perdiese por las otras nuestras gentes el tal apellido, se conservó por los naturales desta provincia, puesto que no fuese grande á lo ménos en lo ancho, que cierto era mucho ménos que en lo largo, por correr aquel rio sobre la parte de levante muy junto con estas cumbres, y dejar breve trecho desde sus vertientes hasta las aguas. Desta gente nueva de Francia, y su venida en España, hallo tambien abundosa relacion en las historias latinas y griegas que conforman con todo lo que tenemos dicho, si no dijesen haber sido la causa de su movimiento pendencias que tuvieron con aquellos españoles cercanos á Ebro, sobre los términos y rayas de sus provincias, que cada cual quisiera tomar forzosamente lo que no le pertenecia: mas al fin dicen que fueron averiguadas estas diferencias, y que vinieron en tal conformidad que tuvieron por bien de casar los hijos de los unos con los de los otros: y que con este principio se comenzaron á comunicar tan de buena voluntad, que los españoles recibieron entre sí todos estos celtas bracatos advenedizos para morar juntamente con ellos. Dicen mas las historias peregrinas, que por causa del nombre destos galos celtas extranjeros, y de los españoles iberos con quien se juntaron, la gente que dellos nació se nombraron despues los españoles celtíberos que fueron en España nacion mucho valerosa. Sabemos otrosí, que como la sucesion y casta déstos creciese continuamente, y aquel espacio de tierra donde moraban los iberos no bastase para tanta multitud cuanta cada dia se multiplicaba, convino dejar la comarca pequeña donde nacieron, y pasar los montes Idubedas contra las partes occidentales para buscar nueva region que poblasen y donde cupiesen. Puestos allí, tomaron á lo largo cuanta tierra viene por las faldas del sobredicho monte, desde la cumbre de Moncayo contra Aragon, hasta diez ó doce leguas embajo de donde fundaron ellos despues la villa que dijeron Segobriga, llamada por este nuestro tiempo Segorve, con casi veinte leguas en ancho por la banda occidental: y fueron causa los tales asientos allí hechos que la provincia toda quedase llamada muchos dias adelante la tierra de Celtiberia propiamente: puesto que despues creció tanto su generacion, que tampoco les bastó la provincia donde primero moraban, ni lo que sus vecinos poseian, y se derramaron por otras provincias mayores en España, contra la parte del septentrion y de mediodía. Andaban entre los célticos y celtíberos, cuando la segunda vez pasaron estos montes Idubedas, ciertas parcialidades como parentelas, en qué todos estaban repartidos, de las cuales eran principales y muy señalados unos que llamaban los arevacos. Éstos al tiempo de la venida sobredicha, tomaron asiento diverso de los otros, en las partes postreras y mas septentrionales de la sobredicha region, ocupando tambien el espacio que venia desde Moncayo hasta la ribera del rio Duero, donde fundaron algunas poblaciones, aunque pocas, porque la comarca fué pequeña casi en el derredor y confines que hallamos ahora las villas de Agreda y Montagudo: puesto que despues aquellos mesmos arevacos pasaron á Duero, para fundar allá lugares: y con algunas otras gentes allegadizas ensancharon y poblaron mucho su provincia, como presto lo veremos en el último capítulo del tercer libro. Con éstos habia tambien otros celtíberos llamados berones, que fueron asaz número de gentes por andarles mezclados dos parentelas nobles, nombradas los pelendones y los duracos (1), ó segun

(1) Se opina que aquí confunde Ocampo á los dur-

algunos lo pronuncian uracos: y hechos todos un cuerpo, siguieron el viaje de la mesma parte septentrional en compañía de los arevacos, que primero señalamos. Estos tres linajes, pasando poco mas adelante, pararon entre las cumbres orientales de los montes Idubedas, y las aguas del rio Ebro, y por el occidente tomaron un espacio de la tierra que decimos ahora Rioja, señaladamente la parte donde se hallan al presente las poblaciones honradas de Santo Domingo de la Calzada, Briones, Haro, Nájera, Tricio, Navarrete, Logroño, Varea, Torrecilla de los Cameros, Anguiano, Pradillo, Villoslada, Briena, Balbaneda (1), con otros lugares menores de sus comarcas, incluidos y encerrados entre las aguas del rio que dicen Oja por el septentrional, y las del rio Iruega por el mediodía, que puede ser todo diez leguas en ancho, con otras tantas en largo, poco mas ó ménos, y aun el apellido de Briones y de Briena, pueblos bien conocidos en esta region, bien claro parece ser tomados de sus pobladores antiguos los berones ya dichos; como tambien la nombradía del rio Duero, por causa de los pueblos duracos en que nace sobre las cumbres occidentales de los montes Idubedas: cuya largura va por allí muy levantada y tendida, llena de grandes pastos y montañas. Otro linaje destos llamaban Nerias, ó segun Juliano Diácono los nombra, Neritas: otros decian Presamarcon, otros Cilenos: de los cuales todos haremos adelante mucha relacion en diversos capítulos de los libros venideros. Añade sobre todos ellos aquel Juliano Diácono dos parentelas, nó tan principales á mi ver, como las sobredichas, una llamada los Caparos (2), otra de los Lacoos (3): cuyos apellidos para decir verdad, yo jamás tengo vistos en autor de cuantos haya leido: los cuales dicen que tambien pasaron á los montes Idubedas con los otros sus parientes, casi en el año de novecientos y treinta, primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, que fué justamente mil y doscientos y treinta despues de la fundacion de España segun el tenor y la cuenta de los tiempos que seguimos en esta corónica.

CAPÍTULO IV.

Como la villa de Roses fué nuevamente poblada en la provincia que llaman ahora de Cataluña, y de las cosas mas señaladas que dentro y cerca de sí tuvo cuando se fundó.

Entre tanto que los galos celtas y su generacion de celtíberos andaban metidos en España ocupando las provincias ya declaradas, hallamos por las historias que salieron ciertos navíos de una isla nombrada Rodas, que cae sobre las partes de levante, junto con la menor Asia, llamada por este nuestro tiempo la gran Turquía. Comenzaron éstos á correr por el nuestro mar Mediterráneo con tan buen aparejo de gentes y fustas, que no hallaban en el agua cosa que se les amparase: sujetaban todos los otros navegantes que por la mar andaban, no consintiendo que navíos algunos discurriesen por ella contra su voluntad. Y con la buena dicha que tuvieron, y con la sobrada diligencia que traian, pujaron tanto que vinieron á quedar señores absolutos de la mar, por espacio de veinte y tres años: en el cual tiempo, visto que para llevar adelante lo comenzado, convenia tener algunos pasos y puertos en qué se reparasen: por tener así mesmo las paradas que mas les convenia, y por se bastecer otrosí de viandas y jarcía pertenecientes á su navegacion, hicieron algunos castillos en diversas provincias de Europa, sobre la ribera de la mar donde les pareció que serian las acogidas mas á propósito: y como el asiento de España fuese muy apropiado para tal negocio, fundaron tambien en ella una fuerza sobre los fines postreros del monte Pireneo, que se hacen entre Francia y España, junto á las riberas del sobredicho nuestro mar Mediterráneo, en una montaña que por allí viene, sobre una bahía ó seno de agua en manera de golfo, en aquella mesma parte donde hallamos ahora el monasterio que dicen San Pedro de Roda, frontero al través de donde fué despues acrecentada la villa de Empurias, y tan cerca della, que ponen solas tres leguas de mar entre la una y la otra. En este risco se conservaron al principio con temor de los españoles comarcanos, que les parecian ásperos y terribles, hasta conocerlos y tratarlos, y ver la manera con qué los podian aplacar y traer á su conversacion. Desde aquella fuerza ó castillo vinieron éstos de Rodas bajando sobre la costa del golfo: pusieron allí caserías fortificadas con gentes y reparos, y con todo lo que mas convenia para la defensa y recogimiento de sus navíos: y como por la parte mas alta quedasen guardadas de cualquier afrenta, con el amparo del castillo, y el sitio fuese bien provechoso, brevemente se mejoró con vecindad de españoles que se les juntaron. Por tal manera, que pasados pocos dias, se hizo lugar señalado y honrado, tal que pudo tener reputacion en la comarca: pusiéronle nombre Rodope, por ser naturales de Rodas aquellos que primero lo cimentaron: al cual hoy dia corrompiendo su vocablo llamamos Roses puerto bien conocido en la tierra de Cataluña, y segun que por la órden de los tiempos bastamos á conjeturar, fué comenzada su fundacion casi á los novecientos y diez años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, en los postreros dias del reinado de Josafat rey de Jerusalen. Así qué, como este pueblo fuese cada dia creciendo en aquellas entradas de España, que se hacen al fin de los montes Pireneos, y los que lo moraban reconociesen la condicion de la gente que se les llegaba, ser amorosa y agradable cuando no los trataban con rigor: vistos los buenos asientos desta region, y sus provechos, abundantes de mar y de tierra, fueron olvidando los tratos de la navegacion: y mucha parte de ellos hicieron allí moradas pacíficas, recibiendo siempre consigo cuantos españoles querian venir á se les juntar: enseñábanles cosas de gran provecho, que primero no sabian, en especial tejer cestas y serones, torcer sogas, lias y cuerdas de junco, que nace mucho por aquellas parte: lo cual se fué despues derramando por otras provincias comarcanas. Hasta su llegada, todo el aparejo comun con que los españoles ataban sus menesteres, eran correas de cuero ó hiniestas dobladas, ó gajos de ramos silvestres majados y torcidos. Enseñáronles tambien á tener molinos pequeños de piedra que traian á mano, segun que los usan hoy dia por muchas partes de Castilla, con qué molian los mate-

ó uracos con los arevacos, pues nacion de aquel nombre no la hubo. (1) No fué Balbaneda lugar, sino siempre santuario y monasterio muy venerados. (2) Léase Coporos: nómbranlos Tolomeo y Plinio, diciendo que habitaban entre Santiago y Pontevedra. (3) No hay recuerdo histórico de los tales lacoos, y si por ellos entiende Ocampo los lacones, cuyas costumbres dice Estrabon tenian los cántabros, se deben reducir al país que habitaban éstos.

riales de que hacian pan, ahora fuese de castañas ó de bellotas, ó nueces, como dicen algunos, ahora de trigo, como se debe creer, ó de muchas otras simientes, pues en el primer libro dijimos el rey Abidis haber enseñado la manera de domar los bueyes para los uncir, sembrar y labrar la tierra con ellos. Procuraron tambien estos griegos de Rodas, mostrar á los españoles sus comarcanos cierta manera de sacrificios y plegarias á los ídolos que consigo traian ellos, conformes á las costumbres de Grecia, con mas ceremonias y mas nuevas que nunca los españoles habian visto: particularmente los de la diosa Diana, con quien ellos tenian devocion: á la cual hicieron un templo dentro del mesmo castillo, muy venerable y bien adornado, donde largos años despues ejercitaron aquella vanidad con gran acatamiento desta diosa: tanto que despues del templo que estaba en Denia, el cual habian hecho primero los griegos de Zacinto á la mesma Diana, segun declaramos en los veinte y seis capítulos del primer libro, no tuvieron lugar los españoles antiguos, donde mas gente se allegase para tales sacrificios, ni con mas devocion que en el templo que los de Rodas allí labraron. Tambien edificaron un oratorio dentro del mesmo castillo, para reverencia y honor del dios Hércules, con quién asimesmo traian supersticiones y plegarias, en qué le sacrificaban á ciertos dias y fiestas del año, con la solemnidad y pompa que convenia. Todas sus costumbres restantes así de religion, como de tratos y manera de vivir, eran mucho semejantes *á las mesmas* de los otros griegos antiguos moradores en España, sino fué cuanto á los sacrificios de aquel dios Hércules sobredicho, á quién generalmente todas las otras naciones de gentiles reverenciaban en sus ceremonias, con alabanzas y bendiciones devotas que le hacian, y con otras muchas humildades, encomendándose á él. Éstos de Rodas todo lo hacian al contrario, porque cuanto hablaban con las tales ceremonias eran maldiciones, y denuestos y palabras injuriosas, mezcladas con risas y burlas que decian: nó porque tuviesen á burla la divinidad deste su dios Hércules, sino porque creian ser en tal caso muy alta solemnidad, y de qué mas aquel demonio se contentaba: y á mi parecer acertaban en ello mejor que nadie, pues le trataban como merecía. Destos sacrificios y costumbres que mucho tiempo duraron en aquellas partes de España, hace mencion Juliano Diácono, y Juan Gil de Zamora en el tratado que recopiló de sus antigüedades españolas en lengua portuguesa, mucho conforme á lo que ponen las historias griegas en las usanzas de Rodas. Trajeron mas éstos de Rodas cuando vinieron acá dineros de metal, con qué trocaban entre sí mercaderías y negocios, porque ya en toda Grecia y en Asia, y en otras partes del mundo, habia dias que se usaba y se tenia por muy buena invencion para cualesquier contrataciones: y como tal acometieron éstos de Rodas con él á los españoles de su comarca para que les diesen á su trueco las provisiones y mantenimientos necesarios. En lo cual dicen haber sido los primeros de todas las naciones extrañas que llegaron en España, porque hasta ellos de nadie se halla relacion que viniese de fuera con semejante trato de dineros. Los españoles comarcanos hicieron al principio gran burla dellos, teniendo por desvarío pedir mantenimientos ó cualquier otra cosa de las provechosas á la vida por aquel dinero, que no se podia vestir, ni comer, ni parecia herramienta para labrar alguna labor, ni traia utilidad para cosa del mundo, puesto que lo deshiciesen: y cuanto á lo demás, pues nadie podia tener todo lo necesario, figurábaseles ser mejor que las cosas cuando se trocaban fuesen todas útiles de unos á otros, para que los trocadores quedase cada uno con provecho, así el que daba, como el que recibia. Por esta razon pasaban muchos años que aunque los griegos de Rodas usaban su dinero, los españoles que moraban y negociaban entre ellos lo reputaron por invencion supérflua: pero tiempo vino despues, aunque fué muchos años adelante, que conocieron ser gran descanso tenerlo como cosa particular y señalada, con qué todas las otras se cambiasen; y que para tal efecto fué lo mejor del dinero no poder aprovechar en otra cosa, porque no pereciese, pues habia de ser el precio de todo lo restante. Así qué con aquel asiento que los de Rodas hicieron aquella vez en esta parte de España, y con algunos lugares que de nuevo poblaron en aquellas provincias, aflojó mucho la conquista de la mar, que primero pretendian; y despues adelante todo su trato fué navegar livianamente con urcas, navíos de carga, sin fustas de guerra, para bastecimiento de las cosas que tenian menester en sus pueblos, ó para tratar algunas mercaderías en qué ya pocos dellos entendian. Fué junto con esto causa grande para desistir ellos de sus intentos comenzados haber salido de una tierra llamada Frigia en fin de los veinte y tres años arriba dichos, que se cumplieron en el año de ochocientos y noventa y uno, ántes de la Natividad de Nuestro Señor, otros mareantes con mucho poder de gentes, y navíos muy armados y muy bastecidos de cuanto convenia: éstos como hallasen la flota de Rodas dividida por muchas partes, unos ocupados en hacer este lugar de Rodope acá en España, otros en Francia, labrando cierta poblacion á quien hoy dia llamaron Rodes, que fué primeramente cabeza de los pueblos nombrados Rutenos; otros puesta ya su morada sobre el rio Rosne, que dijeron ellos entonces Ródano, por causa de Rodas, donde fué su naturaleza: tuvieron los de Frigia convenientes aparejos para sin estorbo derramarse por los mares y lanzar fuera dellos cualesquier corsarios que hallasen, de tal suerte que nadie les pudo contradecir en el agua por espacio de veinte y cinco años continos que duraron en aquel ejercicio. Éstos de Frigia, dado que su morada fuese contra las partes de levante dentro de Asia, muchas historias verdaderas afirman su primer nacimiento y orígen haber procedido en España, segun lo dejamos apuntado en el séptimo capítulo del primer libro, los cuales al principio cuando por allí pusieron su vivienda se llamaban brigos, y despues frigos, y al cabo frigios, como tambien Plinio lo señala entre los autores latinos, y por tanto hacemos en esta parte memoria dellos, y de la pujanza que por este tiempo trajeron en la mar, para que como gente de España tengan alguna relacion sus hechos en esta corónica española.

CAPÍTULO V.

Del espantoso encendimiento de fuego que cerca deste tiempo se prendió por un pedazo de los montes Pireneos, y del sitio y postura que tienen algunos ramos de montañas que dellos proceden, y se tienden por diversas provincias en España.

Ya en estos dias parece que lo mas de la tierra de España estaba reparada de cualquier adversidad que

le pudo venir, y poblada medianamente de vecindad en todo lo bueno della, tanto como en cualquier otro tiempo de los pasados, cuando de súbito sobrevino un tal desastre, que si le tocara por todo cabo, como le fué particular, hiciera mayor destruccion y mayor daño que ninguno de cuanto podemos escribir, aunque metamos en ello la sequedad de veinte y seis años que della se dice, como ya dejamos escrito. Esto fué, que discurriendo los pastores vecinos al Pireneo, con sus ganados, por las veredas y valles comarcanos, encendieron fuego sobre lo postrero dellos, no temiendo que sucederia tal mal cual despues aconteció, sino procurando guarecer de los frios que tendrian, ó bastecerse de las cosas que comunmente tienen menester los pastores. La llama prendió de tal arte, que muy grandes trechos de las montañas ardieron muchos dias, y las pizarras hendieron con la calor demasiada: los valles y recuestos echaban de sí tales ondas y grupadas de fuego, que no se podria declarar cosa mas espantable ni temerosa. Viéronse desde la mayor parte de España los encendimientos; y pocas provincias hubo della donde no se divisasen las llamas ó la calma con toda la sobra de su calor; y no solamente se quemaron los árboles y las piedras, islas, yerbas y verdura, sino tambien las venas de los metales derritieron á toda parte con grandes arroyos de plata, que corrieron por lo mas alto y mas bajo de la tierra con abundancia maravillosa, forzados del ardor excesivo que penetró por los mineros adentro. Lo cual parece verdaderamente que necesario debió ser así, pues el fuego creció tan sobrado cuanto las historias y cosmógrafos escriben, porque como dicen ellos, y claramente lo vemos, todas las tierras españolas son una pasta de metales y de pedrería preciosa, tal que los poetas fingian morar embajo de sus concavidades un demonio llamado Pluton, que certificaban antiguamente ser el dios de la riqueza. Por causa del encendimiento dicen tambien que los griegos moradores en España, con sus historiadores, que despues escribieron en aquella lengua, llamaron estos montes Pireneos, el cual nombre todavía les dura hasta nuestro tiempo, y aun tambien entre todas las naciones que dellos tienen noticia, porque Pir en aquella habla quiere decir fuego, y Pireneos cosas encendidas. Otros afirman que nó por aquel fuego le dijeron Pireneo, sino por tener sierras muy levantadas, y caer en ellas á la contina grandes rayos ardientes del cielo. Los poetas publican haber muerto cerca destas montañas una doncella española nombrada Pirene, de quien Hércules dicen que fué muy enamorado cuando caminaba por aquellas tierras, y que por haber sucedido su fallecimiento cerca destos montes los llamaron Pireneos; mas no se tiene por cierta la tal opinion, segun que Plinio lo reprehende manifiestamente. La corónica del serenísimo rey don Alonso da la razon del nombre destos montes Pireneos en otra manera, diciendo que los españoles tuvieron un rey antiguo nombrado Pirros, el cual despues de pobladas muchas villas en diversas partes della se retrajo contra las montañas arriba dichas, donde hizo lugares y villas con otras poblaciones muy buenas, y residió por aquellas comarcas hasta que murió dentro destos montes; los cuales, segun allí dice, fueron llamados montes cetubales, por memoria de Tubal, el que primero fundó los españoles, y que despues los llamaron Pirroneos en recordacion deste rey Pirros, y mas adelante corrompiendo su vocablo los nombraron Pireneos. Pero lo tal, á mi parecer, tan fabuloso debe ser como lo de la doncella Pirene, pues ninguna corónica de las que tienen autoridad hace mencion deste rey. Bien es verdad que cuanto al encendimiento sobredicho no faltan autores de gran consideracion que quieren dar á sentir no haber acontecido solo en aquella parte de las cumbres orientales que dividen las Españas de Francia, llamadas ahora solamente Pireneos, sino tambien por otros miembros de montañas que salen y se desparcen por dentro de España, enredando ciertas provincias della: las cuales dicen que por razon de se haber aquello encendido, y proceder todas estas cumbres las unas de las otras, ansí las que vienen dentro de la tierra, como las que como digo dividen á Francia de España, se llamaron todas montes Pireneos en general, aunque particularmente cada cual dellas tenga su nombradía. Mas porque todas estas cosas mejor se puedan saber, la corónica quiere declarar aquí qué ramales de montes sean éstos, y qué nombres tuvieron entre los antiguos, y por qué lugares conocidos pasan ahora, juntamente con las otras sus cosas notables. Dicen, pues, nuestros cosmógrafos antiguos, y vémoslo ser así cierto, que los primeros gajos ó ramales que salen de los Pireneos orientales se desmiembran dellos junto con aquella parte de Navarra que ya muchas veces dijimos nombrarse Roncesvalles, y pasa tendido y muy continuado de oriente á poniente dividiendo con sus principios el término del dicho reino de Navarra con las provincias de Guipúzcoa y Alava, que son dos naciones españolas de quien adelante hablaremos muchas veces. Salen por allí aquellos montes muy encumbrados y muy altos, los cuales nombramos en este nuestro tiempo las sierras de Uraba, y poco mas adelante la sierra de Encia, que tocan á la sierra de la Poblacion entre Logroño y Salvatierra de Alava; desde allí pasan por cerca de Vitoria, y por las faldas de las montañas de Castilla la Vieja, cerca de la tierra llamada Campo, donde fué siempre villa principal Aguilar junto con las Asturias de Santillana, y de Oviedo por encima de Saldaña, y de Carrion, y de Sahagun, y de Leon, y por cerca de Luna y de Astorga. En todo este trecho sobredicho parecen aquellos montes muy gruesos y muy anchos, tanto que contra su vertiente septentrional echan de sí tantos brazos, y tan juntos, y tan encadenados unos con otros, que ocupan toda la mas tierra que va desde allí hasta la mar de España, que bate por aquel cuarto lado della que ya declaramos en el segundo capítulo del primer libro: de los cuales brazos uno solo tiene nombre particular, á quien los coronistas y cosmógrafos antiguos llamaban Huvindio (1), casi en el medio de las Asturias. Poco mas adelante de Leon, en el camino derecho que va desde Luna para Oviedo, se comienzan á dividir estas sierras en dos miembros, el uno desciende torcido contra mediodia, pasando entre Astorga y Ponferrada, donde se hacen los puertos del Rabanal, y despues va por la Prova de Señabria, villa bien conocida en el pié desta montaña, cerca de la parte donde se hace la gran cumbre nombrada de Sospacio. Pasa despues junto con Bregancia por los principios del reino de Portugal, que confina con el reino de Leon; y mas adelante siempre van estos pedazos de montes contra la parte de mediodia, hasta dar en las riberas del rio Duero, y en tocándole vuelven la via del ponien-

(1) Vindio.

te, siempre sobre sus aguas, hasta dar en la mar, haciendo la tierra por donde pasan mucho fragosa y desabrida, por cuya razon todos sus confines y comarcas son ahora llamadas la tierra de Tras los montes entre la gente portuguesa. El otro ramal ó gajo compañero déste sale mas derecho contra la region occidental, y despues á poco trecho se tuerce disimuladamente sobre mediodía, conformándose con el camino del primero, desviado dél casi por igual. Desciende por encima de Villafranca, lugar bien señalado cuatro leguas adelante de Ponferrada, y pasa por el puerto llamado Cebrero de Galicia, que tambien es ahora muy conocido, juntamente con el de Rabanal que primero dijimos, por ser ellos ambos dos pasos que atraviesan los peregrinos y romeros cuando vienen á la devocion del señor Santiago en Compostela por el camino que dicen francés, ó de los extranjeros. En este ramo de montañas viven ahora pueblos y gentes que lo tienen todo lleno, donde nacen muchas fuentes y rios asaz provechosos, de los cuales el mas afamado llaman ahora Sil, cuyas aguas corren algun trecho por las faldas orientales destas cumbres hasta juntar con el valle de Quiroga, donde se comienzan á torcer contra el occidente, para venir á mezclarse con el rio Miño, que fué siempre mayor y mas principal entre los rios de Galicia, y por salir á él; se mete tambien este Sil en este monte sobredicho, rompiéndolo y atravesándolo por aquel valle de Quiroga, cerca del castillo de los Novaes, tierra de las encomiendas y jurisdiccion pertenecientes á la religion del hospital de san Juan de Jerusalen, por la cual comarca pasan aquellas cumbres despues que salen de Cebrero. Y desde allí van por cerca de Monterey, junto al castillo de Verin, y luego se lanzan en Portugal, pasando cerca de Chaves, y de Villapouca, y de Villareal, y no lejos de Lamego, hasta dar en el rio Duero, donde se incorpora y se junta con el otro primer gajo su compañero: por manera, que la tierra que dentro dellos ambos se contiene queda hecha casi cuadrada en su faccion. Lo restante del cuerpo principal donde salen estos dos gajos ó miembros sobredichos, viene (despues que los echa de sí) por Galicia, derramándose como red por toda ella, hasta que fenece en el cabo de Finisterra, y en los puertos y marinas desta provincia, haciéndola muy áspera y arriscada. Pero lo que sobre todo señalan los cosmógrafos como cosa principal en la parte perteneciente á este ramo grande, que va desde Navarra hasta las Asturias, es, que sale dél el rio Ebro con otras muchas aguas y rios crecidos y caudalosos. Y es de considerar que todos cuantos humores manan en sus vertientes contra la parte de mediodía, desde las fuentes de Ebro hasta Roncesvalles, vienen á parar en el mesmo rio Ebro, con que se hace mucho poderoso; y las aguas que salen dél contra la parte del occidente por el dicho lado meridional se juntan con Duero, sino son los rios del Sil y de Miño, y algunos pocos de Galicia, que los unos van á la mar enteros y libres, y parte dellos vienen al Miño. Todas las otras aguas que salen por las vertientes septentrionales acaban en el mar de las Asturias y de Vizcaya, y de las otras provincias del cuarto lado de España. Tambien notan en este monte los cosmógrafos antiguos desgajarse dél, cerca de las fuentes de Ebro, el gran monte Idubeda, que es el segundo monte de los principales que atraviesan por dentro de España, del cual ya dejamos hecha relacion suficiente en el sexto capítulo del primer libro, cuando se dijo que venia desde Aguilar de Campo, discurriendo por cerca de Brivlesca, y que despues daba en Villafranca, donde se llama los montes de Oca, y que desde allí desciende por las cumbres de Orbion, donde moraron antiguamente los españoles nombrados bracos ó duracos, cercanos á las fuentes del rio Duero; y que despues pasa este monte entre Yanguas y Soria, formando la serranía de Yanguas y la de Garray, y desde allí por Agreda, y por junto de Moncayo, llamada Cauno entre los antiguos, y mas adelante por el reino de Aragon, cerca de Calatayud, y despues por cerca de Daroca y de Herrera; y despues va discurriendo por este reino hasta que fenece sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo, segun aquel sexto capítulo del primer libro mas por extenso lo relata, sin faltar cosa por decir de cuanto á sus cumbres y sitios pertenece, sino es el asiento de los dos grandes pedazos de montañas que dél se desmiembran. El uno de los cuales ponen Estrabon y Tolomeo por tercer miembro de los mayores y mas famosos que proceden del Pireneo oriental, al cual antiguamente llamaban Orospeda, ahora no tiene nombre todo él, mas de cuanto por trechos particulares toma diversos apellidos, conformes á las tierras ó lugares ó provincias por donde pasa. Éste sale de la mitad de los Idubedas, y por la mayor parte siempre se tiende contra mediodía, torciéndose poco contra poniente, y acostándose contino cuanto puede contra el estrecho de Gibraltar, donde poco mas adelante fenece. Comiénzase á desmandar de los montes Idubedas pocas leguas embajo del collado de Moncayo; y cuando por allí sale no va torcido como por otras partes, ni tampoco sale por allí tan poblado de arboledas como adelante, sino casi desnudo y descumbrado y muy bajo, señaladamente cuando llega cerca de los espartales fronteros al reino de Murcia, que se hace de la mesma calidad y naturaleza de la comarca por donde pasa, despojado de frescuras, y muy estéril. Mas dado que de sus principios Orospeda no salga luego muy alto, todavía la tierra hace conocimiento de sí, levantándose poco á poco, siempre creciendo, hasta subir en las sierras de Molina y de Cuenca, donde nacen los rios de Jucar y Tajo. Desde allí discurre por las sierras cercanas á Consuegra, donde tambien son las fuentes del rio Guadiana en las vegas que los antiguos llamaban Laminitanas, donde hallamos ahora las lagunas que se dicen ojos deste rio. Despues van los montes Orospedas por la sierra de Alcaraz, y de Segura, y de Cazorla; y allí por los lados y vertientes que miran al oriente nace tambien el rio que los antiguos decian Estabero, á quien llamamos ahora el rio de Segura. Luego por el otro lado frontero de sus vertientes occidentales, en el mesmo peso y altura, manan las fuentes del rio Guadalquevir, alejado en su nacimiento, segun tasa Estrabon, novecientos estadios griegos de trecho de las fuentes de Guadiana, que hacen algo mas de veinte y ocho leguas castellanas, dando á cada legua treinta y dos estadios de camino, conforme á lo que los griegos antiguos solian usar en sus viajes. En llegando estas cumbres á las comarcas de Alcaraz echan de sí otro ramo de montañas, que tambien es famoso y señalado en la cosmografía, el cual vuelve desde allí derecho al poniente, haciendo por su largo todas aquellas fraguras y cumbres que llaman ahora Sierra Morena: los antiguos las nombraban montes Marianos. Va entero este miembro de montes por encima de Guadalquevir, sobre la mano derecha de su corriente, desviado dél poco trecho, continuado y seguido, hasta que fenece sobre las ri-

beras del mar Océano de poniente, que van entre la boca de Guadiana; porque tambien todas las aguas que manan destas cumbres, las que vierten á mediodía paran en aquel Guadalquevir, y las otras septentrionales en Guadiana. Pasada Cazorla y la sierra de Segura se reparten otra segunda vez estas montañas Orospedas en otros dos brazos: el uno (que es el mayor) sale por el reino de Granada, desmembrando de sí muchos gajos que discurren por diversas tierras en aquella provincia, de tal manera que casi la enredan y ocupan toda, puesto que lo mas principal va seguido sobre la ribera de la mar por encima de Málaga: despues hace la serranía de Ronda, pasa mas casi junto con Gibraltar, y cuando por aquí viene parece que toma tanta codicia de meterse por el agua, que llega muy junto con las provincias africanas, donde se comienza el estrecho con estas dos tierras; y aquel es pedazo de las montañas que pertenece á los Orospedas propiamente, y el que solia llevar de contino su nombre, sino fué cerca de Ronda, donde los antiguos le mudaban el apellido, y le llamaban Hipula. Desde la frontera de Gibraltar adelante van las montañas Orospedas sobre la costa del estrecho, no lejos de la parte donde fueron las villas Algeciras; costeando la tierra por aquel cabo hasta que fenecen bien adelante de Tarifa; y aquí por el fin destas cumbres son casi todas ellas huecas y vacías, tanto, que los montes cercanos á Gibraltar, y las comarcas de las Algeciras, si bien se mirasen, las hallarian por muchas partes cóncavas á manera de cuevas. Y fué tiempo que las gentes antiguas por esta razon sobredicha llamaron á la villa de Tarifa, Tarteso, á causa que la tierra cercana á ella era como Tártaro, que quiere decir en griego hondura, ó lugar confuso, bajo y oscuro en lo postrero de la tierra, cuyas bocas parecen aquellas concavidades. Y despues vinieron tambien á nombrarse los moradores desta comarca los españoles tartesios, de quien procedieron los otros tartesios que despues moraron entre los brazos que solian ser en el rio Guadalquevir: de los cuales ambos muchas otras veces hubimos hablado, como tambien hablaremos adelante por el proceso desta gran historia. El otro brazo de Orospeda va derecho contra mediodía, y á poco trecho se acaba sobre la costa de nuestro mar Mediterráneo en las marinas del reino de Granada, junto á la villa de Muxacra, puesta en una punta de sierras en el fin deste monte: y aquel brazo postrero en el que pasó por los pueblos que solian ser llamados antiguamente Bastetanos, á causa de Basta lugar principal y cabeza dellos, que es la que ahora nombramos Baza: ó por mejor decir, este brazo de monte dividia los tiempos antiguos los pueblos Bastetanos de los que se decian Contestanos, que se contienen entre las cumbres y el rio Jucar. Al cuarto miembro principal de aquellos montes que atraviesan por dentro de España no le dan nombre los cosmógrafos antiguos, ni se halla memoria dél en autor alguno que yo sepa, sino fuese por caso lo que Pomponio Mela relata en el tercer libro de su cosmografía, donde se dice sumariamente que cierta parte de los montes Pireneos atraviesa por España, y que dividiendo la menor parte della sobre la mano derecha, y la mayor á la izquierda, fenecen sobre las riberas del mar Océano de poniente, como tambien lo vemos en el estrecho deste monte: el cual nace de las montañas Idubedas, junto á las faldas occidentales de la gran cumbre de Moncayo, no léjos del otro nacimiento del Orospeda, y sale por allí la tierra poco á poco, levantándose tan disimulada, que mucho trecho no se le conocen las cumbres, como son cuando pasan por Monteagudo y Almazan y sus comarcas. Mas dado que por aquí parezca la tierra llana, sabemos cierto que siempre crece cuanto mas va. La señal es, que como notoriamente sepamos el rio Duero cuando sale de sus fuentes llevar sus viajes entre las partes occidentales y mediodía, casi por las raíces del monte Idubeda, y despues cuando topa en esta provincia no pueda pasar adelante, da vuelta de todo punto sobre la banda de poniente, porque, como digo, la tierra de por allí va mas alta, de manera que contino crece hasta dar en un cerro, donde ahora es una ermita que llaman el Rey de la Magestad, en que ya van formados los montes encumbrados y grandes, habiendo pasado primero por entre las villas que dicen Atienza y Almazan; despues van por Buitrago, y por Segovia, y por cerca de Avila, donde son ya las alturas mucho crecidas. Pasan adelante por Bonilla que llaman de la Sierra, por Bejar, por cerca de Plasencia, contra el derecho de la ciudad de Coria. Luego despues á poco trecho se meten en Portugal por cerca de la ciudad de la Guardia, y por la villa de Cobillana, mas adelante por junto á Linares, y por Gabea, y por Melo, y por Arganil, despues van á Gois, á la Losa, y al Espinal, donde son todas ellas muy venosas y llenas de metales, particularmente de hierro, que se labra con muchos artificios y herrerías en toda la tal comarca. Desde aquí discurren aquellos montes y cumbres por pueblos pequeños; no tan señalados como los ya dichos, y pasan á fenecer en la costa del gran mar Océano de poniente, junto con Sintres (1), villa muy conocida en aquel reino de Portugal, siete leguas apartada de la gran ciudad de Lisboa contra septentrion; y en todo su camino van alejados casi por igual del rio Duero, haciendo casi las mesmas torceduras y vueltas que el rio hace, por tal arte, que parecen ambos irse remedando. Bien es verdad que del pedazo de tierra que va desde este rio á las cumbres sobredichas salen algunos otros brazos por diversas partes de aquel mesmo reino; pero el cuerpo y lomera principal dellos es el que tenemos dicho y declarado. Nacen tambien de los tales montes, rios asaz caudalasos, de los cuales todos los mas que salen por las vertientes de septentrion se mezclan con Duero, y todos los que descienden por las otras vertientes del mediodía paran en Tajo, con muchas aguas y muchas fuentes, y muchos otros grandes provechos de pastos para los ganados, y muchas maderas, y multitud de lugares que dentro dellos y en sus comarcas se moran hoy dia: por lo cual algunas veces me maravillo yo no hallar especificada memoria deste trozo de montes en los libros antiguos de cosmografía, pues en ninguna cosa ni calidad son menores que los Orospedas, ni ménos que los Idubedas. Otras montañas no tan grandes como las cuatro sobredichas se hallan en España, de quien daremos relacion en diversos lugares desta corónica, como son las que salen por encima de Toledo, sobre las riberas del rio Tajo, pasando por las fronteras de la provincia que ahora llamamos Estremadura, hasta se meter en Portugal. Tienen tambien otras algunas Aragon y Cataluña, de quien al presente no hablaremos, porque las tales traen sus principios y fines exentos, y que de

(1) Cintra; sierra y villa al poniente de Lisboa.

ninguna parte se juntan con aquellos cuatro principales echados del Pireneo, que son los que particularmente pretendemos aclarar en este capítulo. De un monte de España llamado Idro hace memoria el señor san Gerónimo en el prólogo de una declaracion que compuso sobre la epístola de san Pablo á los gálatas: del cual monte yo no hallo relacion en otro escritor de cuantos haya leido, ni sabria por ahora señalar donde sea, ni como se llama, salvo si la letra no está corrupta en aquel prólogo por defecto de los escribientes, que por escribir Idubeda pusiesen Idro, ó este monte no fuese parte dél, ó del otro que llaman Orospeda, ó del Pireneo principal, ó de algun otro, pues cierto sabemos que muchos pedazos de los tales tienen ahora, y tuvieron tambien antiguamente sus nombres particulares y diversos; y en una parte se solian llamar Huvindios, cuando pasan fronteros á la ciudad de Oviedo: en otra los decian Sacros ó Sagrados, cuando llegan á tres leguas de la ciudad de Compostela viniendo de Orense, donde nombran ahora Pico Sagro, una legua primero que toquen á la puente de Hullan (1): en otra parte se dicen Ilipulas: en otro Caunos, como en lo pasado habemos visto, y en el proceso desta corónica mas adelante parecerá, puesto que como dije, lo general de todos ellos sean aquellos tres apellidos principales Pireneos, Idubedas, Orospedas. Mas ahora la historia dejará de hablar en esto, y contará los otros hechos mas señalados que sucedieron en España despues del gran encendimiento del Pireneo, cuando corrieron aquellos grandes y maravillosos arroyos de plata que tan nombrados son entre los autores que hablaron de las antigüedades españolas.

CAPÍTULO VI.

De la venida que ciertas naciones orientales de Fenicia vecinos de Sidon y de Tiro hicieron en España, y de las riquezas que sacaron della en oro y plata, y metales y pedrería preciosa.

No miraron los españoles que moraban cerca de sus montes y tierras encendidas en la riqueza de plata y en el oro derritido, ni en aquel gran interés de su valor que dellos salia, segun tenemos escrito, porque allende de la poca codicia que tenia comunmente la gente vulgar, todos aquellos dias no sabian en España la contratacion de metales, ni de sus monedas, para que la plata ni el oro fuesen menester, pues para las otras cosas de nada son necesarias, señaladamente cerca de las comarcas donde los fuegos acontecieron, ni los celtiberos ni galos celtas que por acá moraban tampoco recudieron á ello, puesto que de su natural fueron siempre interesados, y se preciaban mas que nadie en España de tener oro y plata entre sus atavíos. Este descuido puede ser que lo causase morar ellos en aquel tiempo repartidos en provincias apartadas algo de donde sobrevinieron los fuegos: cuanto mas que nadie dellos ni de los otros pudieran sospechar que semejante cosa sucediera de tal encendimiento. De suerte que perseveraron todos algunos años sin conocer el bien que dentro de sus tierras tenian, hasta que discurriendo los tiempos, casi en el año de ochocientos y veinte y dos ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, se llegaron á las riberas de España ciertas armadas y flotas de gentes orientales, llamados los Fenicios, naturales de Asia, que moraban en la tierra de Siria, cuyos capitanes y guiadores eran los vecinos de dos ciudades en aquella mesma provincia, llamada la una Sidon, y la otra Tiro, de quien ya en los treinta y un capítulos del primer libro dejamos hecha memoria. Estos fenicios comenzaban por aquellos dias á correr la mar nuevamente, con grandes pujanzas y maravillosos aparejos de navíos, inducidos por un caballero de Tiro nombrado Siqueo, que nuestras corónicas españolas dicen Acerna por sobrenombre mas comun, el cual venia con la flota por capitan y gobernador de todos, tan aparejado y proveido, que ni los de Rodas en los años pasados, ni los de Frigia, ni las otras naciones cuantas primero trataron el agua, se le comparaban en la buena manera de los artificios que todos sus fenicios traian en aquella navegacion. Y no parece cosa de maravillar que los tales fenicios así lo hiciesen, pues verdaderamente les venia casi de linaje la tratanza de la mar, á causa de sus progenitores dicen haber sido la primera gente que despues del diluvio general osaron navegar y menospreciar las aguas y sus tormentas y vientos, acometiendo la cosa que va mas fuera de razon de cuantas los hombres pueden imaginar, y de peligro mas notorio y mas cierto: en lo cual les imitaron despues casi todas las otras gentes y naciones cercanas á la mar. Y tiénese por muy averiguado los sobredichos fenicios antiguos haber alcanzado tanto en aquel arte, que para no se perder en el agua y para hallar caminos donde la natura los negó, comenzaron á mirar las estrellas del cielo, la del norte principalmente que por otro nombre llaman el Polo, la cual nunca se muda casi de un sitio: en cuyo respecto conocieron á qué parte caminaban, ó si se deviaban ó venian á los puertos que pretendiesen. Así que de lance en lance fueron tan sabidores en aquel negocio, que como dije, ya en estos dias de quien ahora escribimos sus descendientes y sucesores corrian todo nuestro mar Mediterráneo, desde la Siria, hasta la primera boca del estrecho de Gibraltar. Y así fué, que discurriendo de unas partes á otras, poco despues que la plata del Pireneo se derritió, los fenicios acudieron tambien por allí con lo mayor y mejor de sus flotas cargados de mercaderías, y de muchas otras provisiones que traian de diversa calidad, para las dar donde quiera que llegasen, á trueco de lo bueno que hallaban en cada tierra. Con achaque desto, sentian y conocian la manera de las provincias, y sacaban dellas todo lo principal, ó las cosas mas buenas que por ellas hubiese, para llevarlas en otras partes donde las tales mercaderías faltasen, y venderlas por mayor estimacion segun que tambien lo hacen todas las gentes que tratan mercaderías. Algunos escritores quieren sentir haber sido la jornada de los fenicios que tratamos ahora muchos años ántes del tiempo que decimos aquí, con un capitan llamado Finistenes, segun que ya señalamos en los veinte y siete capítulos del primer libro. Pero como Estrabon diga que tal venida de fenicios en España fué mucho despues de la edad de Hércules el Griego, y junto con esto Plinio tambien, y Quinto Curcio, y otros muchos autores, declaren haber parte dellos asentado en la isla de Cádiz, segun adelante contaremos, y aquellos ser naturales de la ciudad de Tiro: y de la escritura pasada parezca bien cierto no ser Hércules el Griego nacido en los tiempos que ponen á Filistenes, ni tampoco Tiro fundada en Fenicia:

(1) Léase Ulla: rio que se encuentra á tres leguas al oriente de Santiago.

tienen mucho mas crédito los que hacen la venida destos fenicios en España por los años que aquí la ponemos con aquel capitan Acerna Siqueo, persona mucho valerosa, vecino de la mesma ciudad de Tiro: mayormente declarando san Eusebio, que por esta sazon poseian los fenicios sobredichos el señorío de la mar. Y lleva gran camino hacer ellos á tal sazon acometimiento tan señalado con la prosperidad que traian, mas que cuando no la tuviesen.

Llegados, pues, en España, lo primero que procuraban y pedian entre otras muchas cosas, eran metales, particularmente de plata y oro, si los tenian, ó pedrería preciosa: porque segun las muestras conocieron en la conversacion y manera de la gente, fácilmente se vió que poseian abundancia désto. Y como (segun ya dije) la gente vulgar española de todas estas provincias, no tuviesen al presente por hacienda principal el oro ni la plata, sino los ganados solamente, trajéronles en breves horas á trueco de las otras cosas que valian poco, tanta multitud de lo que estaba derretido por aquellos montes, que los fenicios fueron mucho maravillados de tan sobrada riqueza: pero no ménos los espantaba conjeturar donde podian hallar tan rica cosa y tanta, tan á la mano, con que pudiesen venir tan de presto, y tan sin pesadumbre. Finalmente sabido lo que pasaba, y la parte donde lo traian, procuraron con mas diligencia de ganar la voluntad á los naturales de la comarca, y á repartir por ellos joyas y preseas de mucho valor, á quien los españoles mostraban deseo preciándolas en mucho, por ser estrañas y no vistas entre ellos: y tambien por algunos provechos y descanso que dellas resultaban en el uso de cada dia. Con esta cautela permitieron á los fenicios que pudiesen caminar en su tierra hasta los montes y mineros, y cargar muy á su placer de todo cuanto quisiesen: donde hallaron mucho mas de lo que sospechaban, y mas de lo que nadie podia creer. Espantados de tal abundancia, tomado todo cuanto pudo caber en los navíos, partieron de España muy alegres y contentos, por la buena ventura que tuvieron: y despues pasados en Grecia, en Asia, en África y en Italia, compraron increible mercadería, por aquel extraño valor que de España llevaban, y fueron riquísimos en demasía. Mas dado que por toda la gente de las tales flotas en general hubiese muy gran parte desta riqueza, sobre todo se aprovecharon della mas que nadie Siqueo y los otros ciudadanos de Tiro y Sidon, con sus capitanes que regian los otros y los guiaban, como principales gobernadores de la empresa, donde resultó que la ciudad de Tiro fué siempre creciendo en riquezas y prosperidad, hasta tanto que por tiempo vino á ser una de las mas poderosas repúblicas del oriente. Sus moradores fueron los mas negociantes y de mayores tratos, y que mas cosas emprendian y de mayor interés, como las historias de los gentiles lo confiesan, y juntamente con ellos el profeta Ezequiel en algunos capítulos de su profecía. No tocaron al presente los fenicios en las otras partes de la costa de España, por causa de tener griegos ocupadas las mejores poblaciones dellas: los cuales solos entre cuantos por acá moraban usaban ya monedas de metal en sus contrataciones, y las estimaban en precio. Tambien rehuyeron los fenicios de pasar adelante por no se fiar de la fiereza y esquividad de los españoles naturales, á quien no conocian tanto como conocieron á los otros donde hallaban la plata y el oro. De una venida destas gentes fenicias hace mencion Aristóteles, que parece ser aquella mesma que tenemos dicho, de quien hablan todos los buenos historiadores que tienen autoridad. Podria ser tambien algo diversa, pues Aristóteles no declara los tiempos en que sucedió: solamente dice, que cuando los fenicios comenzaron á tentar la navegacion de España, tomaron tierra sobre la parte donde moraban los españoles, que fueron llamados tartesios, cuyo sitio caia junto con Tarifa: y allí dice, que recogieron tanta cantidad de plata y oro, y de todos los géneros de riquezas, que los comarcanos les daban á trueco de aceite, de que principalmente venian muy cargados sus navíos, que fué necesario los fenicios deshacer todas sus vasijas, botas y cajas, así de barro, como de madera y de hierro, cuantas traian para servicio y atavío de su flota, las herramientas esto mesmo de que se aprovechaban, y hacerlo todo de plata, hasta las áncoras y lemes y cadenas en que pusieron peso muy espantable della: porque de otra manera, ni les cupieran en las fustas, ni tampoco tenian ellos donde lo pudiesen recoger ni cargar. Y deste dicho de Aristóteles creo yo que pudo resultar la sospecha de los otros escritores, que dicen, el encendimiento sobredicho de los montes Pireneos, no haber sido en la parte oriental dellos, donde se divide Francia de España: ó si allí lo fué, no haber sucedido por solo aquel cabo, sino tambien por alguno de los otros brazos que dél proceden contra lo muy dentro de la tierra, señaladamente por el de Orospeda, de quien ya hablamos, cuyo miembro es aquel que pasa por las comarcas de Tarifa: el cual junto con el de Idubeda, puesto que tengan sus nombres particulares, son tambien llamados Pireneos muchas veces en algunos autores, aunque bien mirado, toda la tierra de por allí fué siempre tan venosa de metales preciosos, que sin acontecer en ella tal encendimiento, pudieran los naturales tenerlos y trocarlos á estos fenicios cuando vinieron, como Aristóteles cuenta, si no dijera que fué cuando los tales fenicios la primera vez comenzaron la navegacion española por la tierra de los tartesios, y todos los otros coronistas no certificasen que cuantas riquezas y plata ganaron aquella vez en España, fué de la derretida por el encendimiento de las montañas: aunque para salvar esto, quieren decir haber autores entre los muy antiguos, que á todos los españoles llaman muchas veces tartesios generalmente, los cuales Aristóteles pudo seguir en este caso.

CAPÍTULO VII.

De la vuelta segunda que los fenicios de Sidon y de Tiro hicieron en España, y de las cosas que les acontecieron en ella, hasta se meter en la isla de Cádiz, donde pararon reposadamente.

Mucho dicen las historias que fueron maravilladas todas las naciones comarcanas á la ciudad de Tiro, juntamente con las otras gentes que tenian allí contratacion, de ver cuan de súpito habian crecido, y ajuntádose mas que todos sus vecinos en abundancias, y tratos y todo género de valor, inquiriendo y platicando muy contino los unos con los otros, donde les pudo venir tan buena fortuna. Por la cual razon estos fenicios sobreseyeron algunos años en la tornada de España, para disimular su negocio, y para que nadie de las otras gentes acudiesen á ella, ni tuviesen indicio de cual parte traian ellos tantos bienes: porque á la verdad

siempre desde allí los que gobernaban la república de Tiro, pusieron su pensamiento de residir en España, y poblar en ella villas y fuerzas donde hallasen aparejo. Mas como la cosa fuese de calidad que no se podia bien disimular aunque muy gran secreto trajesen, como verdaderamente lo traian, y la codicia de los hombres tratantes en el artículo de sus intereses propios no deja cosa que no revuelvan y descubran, á poco tiempo fueron todos aquellos misterios manifiestos y sabidos. Muchas otras gentes de diversas naciones, vista la prosperidad que resultaba desta navecion, se determinaron á querer venir en España con la mesma demanda, segun que presto veremos en el proceso deste libro. Temiendo, pues, los fenicios de Tiro la llegada de gentes poderosas en ella, comenzaron á negociar su segunda vuelta, y á recoger materiales y pertrechos, con todos los aparejos posibles de navíos y provisiones, y gentes, y cuanto mas pareció convenir á la jornada: solo hallaban inconveniente ser ya muerto Siqueo, que como dije, por sobrenombre llaman nuestras historias Acerna, con parte de los capitanes que la primera vez tuvieron cargo de las flotas, y si quedaron algunos dellos vivos, andaban tan ricos y tan pujantes, que se les hacia grave tornar á la mar y poner en aventura las personas y lo mucho que poseian: mas habia sin éstos otros muchos mancebos, que deseaban el viaje muy de corazon, y lo pedian con importunidad. Éstos eran tantos, así de los moradores de la ciudad de Tiro como de sus comarcas y rededores, que fué necesario limitar número de los que hubiesen de venir: á los cuales (como dije) repartieron en fustas y en navíos bien bastecidos de todo lo que pareció convenir. Y porque los nombrados al viaje llevasen mayor esperanza de su negocio, certificábanles sus sacerdotes idólatras, que los dioses eran muy servidos en esta navegacion, y lo mandaban en oráculos y revelaciones, particularmente su dios Hércules á quien ellos mas reverenciaban y tenian por abogado, que muy continuamente les importunaba para que fuésen á buscar en España la provincia donde quedaron sus colunas, y que cerca dellas poblasen y residiesen asentadamente: sobre lo cual prometia de mostrar tales agüeros y señales, con que no pudiesen errar la parte cuando llegasen. Y cierto pudo bien ser, que todas aquellas revelaciones pasasen como decian ellos, segun las ilusiones y falsedades que los demonios trataban con la gente deste siglo. Dicen haber sido capitan de los navíos un caballero principal de Tiro, llamado Pigmaleon: el cual ántes que saliese del puerto mudó la devisa que las armas de Tiro solian traer aquellos dias, y sobre las fustas puso nueva manera de señales, que fueron olivas en las proas y popas y enramadas á lo mas alto de sus mástiles. Y con aquel buen aparejo salieron él y la gente sobredicha para comenzar sus viajes, acompañándose tambien esta vez (segun despues pareció), con gente de la ciudad de Sidon, porque tal era siempre la costumbre de Tiro y de sus gobernadores, en jamás hacer cosa de substancia que no lo consultasen con los de Sidon, y les diesen parte della muy principal, como con progenitores y principiadores suyos. Los cuales todos juntos despues de metidos en alta mar, no pararon desde la Siria, hasta que vieron mucha parte de las riberas y marinas españolas, donde llegaron enteros y pujantes, entrados ya los principios del verano, en el año de ochocientos y diez y ocho ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Venidos aquí, juntáronse cuanto mas pudieron á la ribera, costeando siempre su marina por llevar derrota mas cierta, considerando tambien de camino toda la disposicion de las provincias españolas por donde pasaban: en el cual viaje saltaron una sola vez en tierra, creyendo poder tomar algun refresco, cerca de la parte donde hallamos ahora la villa de Almuñecar, ó Motril en el reino de Granada, casi en aquel sitio que fué despues edificada por estos fenicios una villa que llamaron Axi, la cual por otro nombre fué dicha Sexi, ó tambien Exi, en que discurriendo tiempos hubo señalado trato de escabeches y adobos de pescados, que se llevaban en diversas partes del mundo, y fueron tenidos en gran estimacion. Vista pues la alegría y buena gracia de la tierra, quisieron estos fenicios asentar en ella luego, sino que comenzando sus sacrificios y plegarias para que los dioses manifestasen con alguna buena muestra, si por caso seria la region española donde convenia poblar, no les respondieron cosa favorable, ni los agüeros y señales fueron cuales debieran. De manera, que muy descontentos y desconfiados se tornaron aquella vez para Tiro, sin hacer cosa de lo que pretendian. Relataron allá cuanto les habia sucedido. Mas como los deseos de España, y la memoria del gran valor que los años ántes habian sacado della, quedase muy reciente por todos los desta ciudad y tierra, luego pasados pocos meses, tornaron á la mar con el mesmo capitan y demanda que solian, certificados por sus oráculos y sacerdotes estar las columnas del dios Hércules en España, mucho mas adelante de la parte donde primero tomaron puerto. Por esta causa no pararon sobre tierra, ni punta, ni cabo, ni region de cuantas hallaron en las riberas y costas de nuestro mar Mediterráneo. Todos navegaron derechos al estrecho de Gibraltar, y se metieron por él adelante, hasta salir al gran mar Océano de poniente, que por otro nombre llaman Atlántico, y allí discurrieron casi treinta leguas de trecho contra la punta de San Vicente, puesto que mal concertados diversas veces á causa de las crecientes y menguantes furiosas en demasia de la mar, que se hacen por aquellas partes, á las cuales nunca fueran ellos acostumbrados, por haber navegado siempre dentro del mar Mediterráneo, donde no las hay tales. Y deste modo desvariaron algo sus viajes, apartándose muchas veces de la tierra, muchas otras juntándose con ella mas de lo que convenia, segun la furia del agua les forzaba, hasta que vencidas todas estas dificultades, tomaron puerto sobre lo postrero de las treinta leguas ya dichas en una punta de tierra metida por el agua á manera de isla como peñiscola que solia ser allí; de muchas rocas y muchas pizarras, á quien dijeron la isla de Hércules (1), porque creyeron ser alguna de las que llamaban colunas de Hércules: á donde caminaban ellos. Ésta caia poco mas bajo de donde toma la mar el rio Guadiana, frontero de la parte que solia tener otros tiempos una ciudad llamada Onoba Listuria (2), primero que lleguen á la bahía que decimos ahora de Lepe. Comenzaron aquí de nuevo los fenicios de Sidon y de Tiro, sus plegarias y sacrificios á los dioses en quien creian, y miraban sus agüeros ó señales, para conocer si por ventura seria por allí donde les mandaba asentar: mas tampoco parecieron aquella vez buenas muestras en el

(1) Es la isla de Saltes en la barra de Huelva. (2) Onuba Listuria: es Huelva. Llámase Listuria por estar situa entre los rios Urio y Luxio, hoy Tinto y Odiel.

caso, ni señal que les moviese para quedar en aquel sitio, ántes reconocieron estar desviados, y gran trecho mas adelante de lo que convenia. Luego tornaron atrás, á causa de no se desviar tanto del estrecho: y así todos juntos se lanzaron con sus navíos en Cádiz, donde moraban aquellos tiempos y dias los sucesores y descendientes de los eritreos, que vinieron con Hércules el Egipciano, cuando pasaban en España para la conquista de los Geriones, segun ya lo contamos en el primer libro. De manera que tanto por estas nuevas que tuvieron de ser aquellos de Cádiz sucesores y descendientes de las compañas del gran Hércules, como porque siempre descubrian alguna relacion y memoria de los mojones ó piedras grandes, á manera de colunas, que comunmente decian Hércules haber allí dejado: tuvieron esperanza los fenicios que hallarian en Cádiz, ó por sus rededores, mejor despacho de su demanda que por otra parte de España. Y así comenzaron á se meter en ella con sus navíos y capitanes muy de rondon y de propósito.

CAPÍTUTO VIII.

Como los vecinos de Cádiz recibieron en su ciudad á los fenicios de Sidon y de Tiro nuevamente venidos: los cuales ocuparon poco despues un templo muy antiguo cerca de Tarifa. Declárase juntamente como la tierra de Cádiz era isla por aquellos tiempos, y la razon porque tambien ella como su ciudad fueron llamadas del nombre que tienen al presente.

Luego que los fenicios de Sidon y de Tiro llegaron á Cádiz, saltaron en tierra sin estorbo de nadie, y allí puestas sus aras ó altares sobre la ribera, comenzaron las plegarias y sacrificios á sus ídolos, como contino lo hacian en las otras partes de España donde cada dia tocaban. Aquí dicen que fueron los agüeros y señales muy conformes á lo que pretendian, tales, que conocieron ser ésta la provincia donde los dioses les mandaban asentar: de lo cual recibieron increible contentamiento, mostrando grandes alegrías con regocijos y fiestas que hicieron en la ribera, dado que poco despues les sucedió gran tristeza con la muerte de su capitan Pigmaleon, que falleció de cierta dolencia que primero traia: mas luego hicieron en su lugar otro para que residiese con ellos, y como cabeza principal recibiese y hablase con los moradores de la tierra, que juntamente con los otros comarcanos del Andalucía comenzaron á venir muy á menudo segun lo suelen hacer en semejantes negocios para ver el aparato de las flotas, y las maneras y trajes de la gente recien llegada; señaladamente hacian esto mas contino que nadie los vecinos del puerto de Santa María, llamada por estos dias el puerto de Menesteo, que siendo mas vecinos á Cádiz que ninguno de los otros andaluces, principiaron esta visitacion: con los cuales tomaron plática y amistad estos fenicios de Tiro, que les trajo gran provecho para los negocios venideros, á causa que los del puerto, allende de ser gente discreta y algo mas entendidos en la contratacion del mundo que los otros andaluces sus vecinos, por ser de su naturaleza linaje mezclado de españoles y griegos, como en los cuarenta y tres capítulos del primer libro escribimos: tenian tambien grandes entradas y participaciones entre los de Cádiz. Y con les haber estos fenicios ganado la voluntad, dándoles muchos atavíos, y joyas y riquezas de las que traian, hallaron muy mas llanas entradas y menos estorbo. Declararon junto con esto á los que por allí vivian, cuanto parentesco tenian ellos con todos los de su tierra, porque como los eritreos que primero poblaron á Cádiz eran naturales de la region comarcana del mar Bermejo, que por otro nombre se dice Eritreo, bien asi los fenicios que poblaron á Tiro fueron nacidos cerca del mismo mar, y se llamaban tambien eritreos: por tanto que no recelasen su conversacion pues todos eran una casta y linaje, como de parientes á quien ellos reconocian ser obligados, y se podian aprovechar de sus bienes, personas y haciendas, igualmente que si fuesen todos una cosa: cuanto mas que no sin causa y misterio grande venian allí con mandado y amonestacion de los dioses que milagrosamente los enderezaron en aquellas partes, para que visitasen estos sus hermanos puestos en lo postrero del mundo, alejados de la conversacion humana de las otras gentes fuera del mar Mediterráneo por donde corrian á la sazon las negociaciones y bienes mas importantes entre las naciones principales del mundo. Mostráronles despues los atavíos extraños de sus joyas y riquezas, declaráronles las magnificencias y grandezas de Tiro; sus edificios, sus tratos, sus flotas, y el gran señorío que tenian en la tierra de Fenicia: sobre todo la pujanza que traian, en las aguas, con que tambien señoreaban al presente todo el mar Mediterráneo juntamente con las poblaciones de su gente, que ya residian sobre la marina por diversas partes del mundo. Y de hecho tal era la verdad; que en aquellos tiempos no fué cosa mas engrandecida ni suntuosa que las navegaciones y los aparatos destos fenicios. Estaba por estos dias la poblacion ó villa principal de Cádiz en las partes occidentales de aquella tierra, y no en la punta postrera della, como relatan algunos, contra el poniente septentrional frontero del Andalucía, cuyos moradores y naturales eran gente feroz y no bien aplacada. Mas estos de Tiro tuvieron con ellos tales cautelas, y los supieron llevar con tan buena manera, que finalmente los recibieron entre sí, permitiéndoles que dentro de su mesma poblacion tomasen la parte que quisiesen donde pudiesen morar y recoger las mercaderías en que trataban. Este pedazo del pueblo que les fué señalado atajaron los fenicios al principio con palenques, y setos y vallados en el derredor, por estar mas pertrechados y seguros: y despues andando los dias cercaron lo uno y lo otro de piedra fuerte bien labrada, segun el arte que se podia saber en aquel tiempo, y por causa del primer seto y atajo, se comenzó de llamar entre ellos toda la poblacion Gadir, ó segun otros dicen Gadiruta, que significaba en lengua destos fenicios lo mesmo que baluartes, ó setos, ó cercas: la cual hasta sus dias ni tenia nombre particular, ni los españoles comarcanos le decian sino la villa de los eritreos. Por causa tambien de la tal ciudad toda la tierra del rededor fué nombrada Gadir, y discurriendo los tiempos se dijo Gades, y despues Galez, y ahora mas corruptamente la llamamos Cádiz. Donde parece manifiesto el error de los coronistas españoles, que dicen Cádiz haberse nombrado así, porque Gades quiere decir colunas ó mojones de Hércules, segun lo escribe mosen Diego de Valera y los otros á quien él imita en su corónica. Bien claro manifestaron las historias de los fenicios ser Cádiz isla formada cuando sus gentes vinieron acá, desviada de todo punto de las riberas del An-

dalucía, con las cuales dicen que fué junta y continuada los tiempos antiguos, como tambien lo dejamos escrito en algunos capítulos del primer libro. Mas dado que no sepamos cierto cuanto trecho de mar la dividia de la sobredicha ribera, por lo mas cercano debió ser poquísimo; pues tambien hoy dia lo hallamos tan pequeño, que no pasa de la mitad de medio cuarto de legua por el agua: y en algunos de aquellos tiempos antiguos fué tanto ménos desto, que con una calavera de bestia muerta puesta en la mar para poner el pié pasaban con un paso desde el Andalucía á la isla, sin que los piés del que pasaba se mojasen, ni la calavera se cubriese, como hasta hoy lo tenemos en memoria y recordacion de nuestra gente, que comunmente lo platica así. Tampoco sabemos el tamaño cierto y cabal que tuviese Cádiz cuando los fenicios en ella vinieron, aunque sea notorio los otros tiempos haber sido mucho mayor de lo que ahora es, tanto, que fué tiempo como ya dije, donde tuvo despues de ser isla doscientos mil pasos en derredor, que son casi cincuenta leguas españolas, y cuarenta mil pasos en ancho contra el occidente, que son poco ménos de diez leguas, si las medidas y cuenta de los cosmógrafos que hablan en ella no van erradas en sus libros por culpa de los escribientes: lo cual acaece muchas veces, y particularmente por las escrituras que tratan de números y medidas puestas en figuras ó letras de cuentas, donde si los que lo trasladan no son fieles escritores bien avisados en lo que hacen, con una cifra que añadan en la cuenta que llaman alguarismo, añaden mucha suma por sus escrituras: y si tambien la dejan de ménos, quitan gran parte de la verdad. Lo mesmo se hace con las figuras de la cuenta latina, que con una raya ó vergüecita á manera de tilde que pongan en ello demas de lo que ha de ser, crece los números diez veces tanto, y si por olvido la dejan se pierde lo mesmo. Así que desta manera, y en este tiempo sobredicho los fenicios de Tiro se metieron en Cádiz, con intencion de saltar poco despues en las provincias del Andalucía y en otra cualesquier partes de España que pudiesen: para lo cual hallaron gran aparejo en la amistad asentada con los vecinos del puerto de Santa María, cuya conversacion les fué gran ayuda para comunicar y discurrir y reconocer todas aquellas marinas, considerando y notando las estancias della, donde quiera que las había, con los puertos que se podian poblar, como gente sagaz y ejercitada en los negocios del agua, para tener en ella todo lo que pudiesen. En las poblaciones así mesmo de la costa donde quiera que las hallaban, metíanse mucho: daban joyas, atavíos, herramientas con otras cosas apacibles á las personas que les parecia convenir, para confirmar en ellas su conocimiento y amistad: señaladamente continuaban muy á menudo las romerías de cierto templo devoto muy antiguo, que caia no léjos de Tarifa ó Tarteso, segun que los griegos la nombraban, y donde reverenciaban al dios Hércules Egipciano sobre la ribera del mar: y allí comunmente se creia por cierto quedar sepultados los huesos y reliquias deste dios Hércules. Y por aquello tuvieron gran advertencia los fenicios á continuar su devocion muy de propósito, por se dar á conocer, y tambien conocer ellos las personas del Andalucía, que concurrian en este templo de contino. Con este pensamiento se metian tanto en adornar y favorecer los sacrificios de aquel ídolo, que los españoles cuantos primero lo poseian ó negociaban su ceremonia lo dejaban casi todo, y se lo pusieron en las manos, por ser muy mas aventajado, y mas pomposo y mas concertado lo que hacian estos fenicios, que todo cuanto primero se usaba: de lo cual se les recrecieron muchos intereses con las limosnas y dones continos del templo, que bastaban en abundancia para la costa de sus adornamentos y sacrificios, y sobraba mucho para quien lo recibia, segun lo traian en buen concierto, como suele de contino ser en las cosas hechas ordenadamiente, que siempre cuestan muy ménos, y lucen mucho mas. Con aquello anduvieron los fenicios tan señalados y tan amados entre los españoles de la tierra, que los reputaban por gente muy amiga de los dioses, y se dejaban tratar y mandar dellos con gran humildad. Los de Cádiz tambien se tenian por dichosos y bienaventurados en haberlos recibido consigo, y allende de mostrarse favorecidos y muy ufanos con el parentesco de Sidon y Tiro, cada dia se mejoraban en sus costumbres, y con la nueva conversacion destos fenicios perdian la fiereza que siempre tuvieron, placiéndoles mucho los tratos y buenas maneras que dellos aprendian: y mostraban tal contentamiento, que lo tenian en reputacion de merced muy crecida que los dioses les hubiesen hecho.

CAPÍTULO XI.

De los edificios que los fenicios hicieron en Cádiz, y de las cosas notables que sabemos haber en un templo que los tales allí fundaron, cuanto á las aguas, fuentes, árboles, y muchas otras cosas que tuvo dentro y fuera. Donde tambien se relatan las medidas, y tamaño desta isla.

Apoderados los fenicios en el templo de los tartesios, parecioles dende á pocos años ser aquel sitio mas conveniente para tener el asiento y estancia de sus contrataciones, y de los otros negocios que traian entre manos, que no para templo ni lugar de devocion, que les importaria mucho si lo fortaleciesen, y quitasen de él aquellas romerías, y multitud de gente que contino lo visitaba. Lo cual hacian mucho á su propósito, por lo tener de cualquier otra manera libre, así por estar en lo firme de España, como por caer sobre la mar, y tan junto al estrecho, que siendo necesario podian en todo tiempo impedirlo, y ocupar desde allí con armadas, y vedar la salida del mar Océano de poniente á quien se les antojase. Con esta voluntad propusieron de labrar otro templo en la isla de Cádiz mas suntuoso y magnífico, para reverencia y memoria de los dos Hércules Egipciano y Griego, y traspasar en él todas aquellas devociones de la comarca, cuyos edificios pusieron luego por obra, comenzaron su fundacion casi en el año de ochocientos y quince, ántes que el hijo de Dios naciese. Tal diligencia trajeron en ello, que pasados pocos años lo tenian ya puesto en mediana perfeccion, bien bastecido de ministros y sacrificadores, de todo lo que mas convenia para engañar á los hombres inocentes del Andalucía, á quien el demonio movia por este siglo con semejantes vanidades: y poco despues traspasaron en él desde el otro templo los huesos de aquel Hércules Egipciano con todo su monumento y adornamientos, con las dos columnas cuadradas de capiteles y letras antiguas españolas, que en él estaban vaciadas de plata y oro juntamente hundido, como ya lo dijimos en los diez y ocho capítulos del primer libro. De manera que con la fama del nuevo edificio de Cádiz,

y con otras invenciones que le pusieron, todas aquellas marinas del Andalucía venian á él muy de contino con limosnas y presentes, y poco á poco se fueron olvidando las visitaciones del templo primero de los tartesios, porque de todo punto quedaba ya hecho mas casa de negocios, que de devocion, y le faltaban las solemnidades acostumbradas, las cuales sobraban en el templo de Cádiz mucho mas pomposas y con mas veneracion, y con otras cosas dignas de ver, que cerca de él, y en él habia. Déstos era mucho de notar el buen sitio donde lo fundaron, que fué contra las partes orientales de la isla, casi en lo postrero della, que cae mas cercano con las riberas del Andalucía, donde comunmente decian las gentes, aquel Hércules Egipciano haber puesto los tiempos antiguos dos mojones de guijarros ó piedras grandes, que parecian allí cuando vino en España contra los hijos de Gerion, aunque los poetas digan, que su Hercules Griego los hubo puesto. Por esta causa tambien los coronistas y mareantes de Grecia llamaron despues aquella punta oriental el cabo Heracleo, que quiere decir Herculaño, apartado de la poblacion de Cádiz doce millas de trecho: el cual asiento publican despues las gentes vulgares, haber sido escogido en aquella distancia doce millas, por ser tambien doce hazañas, las mas trabajosas y mas afamadas que de Hércules platicaban. Habia en esta parte tambien junto con aquel templo, dos pozos llenos de milagros: el un pozo hondo, á manera de fuente, con unas gradas en derredor, que manaba agua no mucho dulce, la cual crecia y menguaba dos veces cada dia, y otras dos cada noche, segun que tambien lo hace la mar en aquellas partes, lo que no suele acontecer en otras aguas de pozos, ó fuentes donde las hay. Crecia cuando menguaba la mar, y menguaba cuando la mar crecia, mostrándosele discrepante en los tiempos del movimiento, siendo conforme casi en el sabor. El otro pozo junto con éste, fué muy al contrario, porque su agua, dado que poca, salía dulce y delgada y suave, sin que la mar pudiese rezumar en ella, ni mezclársele por bajo de tierra, ni corromperla ni dañarla, y en las crecientes, y menguantes que tambien tenia, conformábase con las de la mar en todos sus tiempos y sazones, siéndole contraria en el sabor, y en todo lo demás. Cerca de aquí tenian un árbol no ménos maravilloso que los dichos dos pozos, cuya corteza, color y madera, parecia semejante con la de los pinos, sino que las hojas eran tan anchas como cuatro dedos, y tan largas como un codo, muy espesas; los ramos todos corvos en redondo, desde lo muy alto hasta lo bajo, que tocaban en el suelo; de los cuales si quebraban ó cortaban alguno, salia de la hendedura zumo blanco como leche, muy diverso del zumo que salia de las raices cuando las hendian, que parecia colorado, tanto mas teñido, cuanto mas bajo lo cortaban, á manera de sangre: por cuya razon la gente de la tierra publicaba continuamente ser allí la parte donde los tres hijos de Gerion fueron sepultados en otro tiempo, y así lo llamaban el árbol de los Geriones, creyendo que de sus cuerpos habia salido y nacido, y que la sangre suya dellos era el humor bermejo que por el árbol estaba embebido, y manaba cuando lo hendian. Y puesto que primeramente no tuviesen allí mas de aquel árbol solitario, vino tiempo despues que se crió de sus pimpollos y raices, otro de la mesma figura y naturaleza, que fueron ambos solos en el mun- segun adelante diremos. Cuanto á las obras del dificio dentro del templo, parecia ser lo mas principal dos aras ó dos altares magníficos que tambien allí fundaron, el uno para ceremonias que se hiciesen á la costumbre de Fenicia y Egipto, y el otro para sacrificar á la manera de Grecia, que solemnizaban comunmente los españoles del puerto de Menesteo, con otros algunos sus comarcanos. Fué tambien mucho de notar una oliva de oro maravillosamente labrada, y muy grande, que pusieron en el templo, llena de frutas, como aceitunas gruesas y espesas, hechas todas de esmeraldas españolas, en memoria de su capitan pasado, y de las devisas de olivas que trajo en las fustas, cuando en aquellas partes llegó con ellos. La cual oliva llamaron de Pigmaleon; y los españoles todos los siglos qne allí permaneció, la miraban y reverenciaban, no tanto por las piedras, y por el oro de su labor, cuanto por las otras perfecciones que tenia mucho conformes al natural. Item, forjaron otras cuatro colunas de metal ó cobre vaciado, que levantaron con letras de buena faccion, donde se decian todos los gastos de la obra del templo, con el tiempo que tardaron en lo hacer, á las cuales como que fueran escritura santa, comenzaron á venir muchas gentes así de los andaluces, como de los otros mareantes, y señaladamente formaron devocion particular en ellas los que se libraban de tormentas ó peligros en la mar, ó los que fenecian sus navegaciones con la prosperidad que deseaban. A éstos cuando llegaban en romería, los sacerdotes del templo les declaraban ser en aquella parte los fines postreros de la mar y de la tierra.

Fenecidas las obras del templo, comenzaron en la mesma ciudad ó villa de Cádiz un castillo de piedra medianamente grande, para tener en él su defensa y acogida cuando les fuese menester, si por ventura sucediesen algunas mudanzas entre sus vecinos: la cual fortaleza fué juntamente concluida poco tiempo despues. Y porque los atajos que los años ántes hubieron hecho tambien ellos en aquella poblacion de Cádiz, cuando fueron recibidos en ella, como dijimos en el capítulo pasado, no serian ya mas menester, segun la mucha conformidad habia sucedido entre ellos y los naturales del pueblo, derrocaron estos baluartes y vallados con que lo tenian dividido: y así todos juntos ellos y los vecinos antiguos de Cádiz, comenzaron á cercar la villa de piedra cuadrada: lo mejor obrado que supieron: la cual dicen algunos coronistas castellanos, haber sido la primera cerca de lugar en todas aquellas comarcas que fuese crecida y vistosa, de cuya semejanza se hicieron despues muchas otras cercas en el Andalucía: puesto que muchos otros afirman, las cercas de los lugares ser cosa tan antigua y tan usada para se remediar las gentes contra sus adversarios, que ya por todas las partes del mundo las habia, cuanto mas entre los españoles, que de sus nacimientos y principios peleaban unos con otros, y tuvieron entre sí parcialidades y bandos, y fueron acometidos de gentes extrañas, mas que nacion alguna de cuantas sepamos. Mezclados con esto, hicieron mas los fenicios en Cádiz á su costa, y á su parte cierta torre, la cual era muy alta y bien recia, sobre la punta postrera occidental de la isla, que respondia frontero y muy cerca de una otra punta en la ribera del Andalucía, llamada el cabo Cronion, que significa tanto en la lengua primera de los griegos, como el cabo del dios Saturno, no léjos de aquella parte donde hallamos ahora la villa de Rota; lugar bien conocido sobre la

marina entre el puerto de santa María, y la boca del rio Guadalquevir. De esta torre, cuando fué ya hecha, se aprovecharon los fenicios en muchas cosas. La primera en tener allí luminarias, para tomar tiento de noche los que por la mar quisiesen venir á Cádiz, y tambien quedarles el sitio con ella fortalecido, y la pasada del Andalucía por allí muy mas fácil que primero: lo cual era bien á su propósito de ellos, por caer mucho mas juntas aquellas dos puntas una de otra de lo que ahora caen. Con estos edificios quedó su negocio tan reparado por aquella tierra, que podian hacer cuanto quisiesen libremente por toda Cádiz, y por sus comarcas: las cuales obras aunque fueron hechas con diligencias asaz y buen recaudo, no pudieron apresurarse tanto, que no gastasen en ellas mas de cincuenta años de tiempo, que se vinieron á cumplir en el año de setecientos y sesenta y cinco, poco mas ó ménos ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, contando desde el dia que el templo se comenzó sobre la punta postrera contra levante de la tal isla, hasta la conclusion de la torre, sobre la punta segunda mas occidental y postrera. Parece desto, que ya por aquellos dias toda la grandeza de Cádiz no pasaba de cuatro ó cinco leguas de largo, que son dos leguas ménos de lo que hallamos ahora, si la torre sobredicha caia tan cerca de donde tenemos ahora la villa de Rota cuanto dicen, porque tanto puede ser en viaje derecho, caminando desde Rota hasta la poca mar entre Cadiz y el Andalucía, que ni parece, ni es la mitad que medio cuarto de legua, donde navega la barca llamada por este nuestro tiempo de Santi Petro, en que sospechamos cierto, que tuvieron los ancianos, ó muy cerca de él aquel templo de los dos Hércules, tan afamado por todos los autores autiguos latinos y griegos. Mas dado que los años y dias de la sobredicha labor, los fenicios de Sidon y Tiro residiesen allí muy empedidos y negociados, no por eso dejaban juntamente con ella, de traer sus inteligencias entre los pueblos andaluces que caian por aquellas fronteras, y se metian y avecindaban en ellos con todas cuantas disimulaciones y cautelas podian, esto sobre la marina solamente, sin apartarse mucho del agua, para recojer á su salvo todo lo mejor y mas precioso de la tierra que hallaban; y para tomar eso mesmo noticia de las naciones comarcanas que moraban adentro, y de sus inclinaciones y tratos. Y puesto que tambien alguna vez se desmandaron á pasar mas adelante, nunca jamás osaron quedar en algun cabo de reposo: porque dado que de todas partes hallasen inocencia, simplicidad y buenas condiciones entre los andaluces, sintieron tambien gran aspereza mezclada con ferocidad mucho terrible. Así que por esta razon sobreseyeron algunos pocos dias en calar la provincia, no queriendo turbar el estado de la tierra, ni revolverla con los negocios que tenian imaginados: y segun de las historias podemos colegir, pasaron seis años largos, que cuanto á este artículo no movierou alguna cosa, ni procuraban otro negocio, mas de llevar adelante sus tratos de mercaderías, conservando su comunicacion entre los andaluces moradores por aquella marina, todo lo mas blando y amoroso que pudieron.

CAPÍTULO X.

Como cierta gente de los españoles llamados celtiberos entró por diversas provincias españolas, y poblaron en ellas muchas ciudades, señaladamente por la region que los antiguos decian Lusitania, entre los rios de Duero y Guadiana.

En aquel entrevalo de tiempo, cuando los fenicios de Sidon y de Tiro negociaban aquello desde Cádiz, los celtíberos españoles, de quien hicimos relacion en el tercer capítulo deste segundo libro, juntamente con aquellos galos celtas sus progenitores: despues que pasaron el monte Idubeda, segun tambien allí dijimos, habian multiplicado tanto su generacion, que ya la provincia donde residian, estaba llena de pueblos y de repúblicas, ordenados en mediano concierto. Déstas sobraba por la tierra mucho número de mancebos, hombres y mujeres, dispuestos para toda cosa, grandemente codiciosos de novedades, como siempre lo suelen ser las personas de tal edad; los cuales así porque su provincia no bastaba para mantener, ni dar haciendas á tanta gente, como por ser ellos inclinados á mover algun hecho notable, señalaron entre sí capitanes y cabezas, con que salieron en grandes compañas á buscar nuevas tierras donde cupiesen, imitando lo que sus antecesores habian hecho, cuando dejada la tierra de los iberos, atravesaron los montes Idubedas, como ya declaramos. Toda su jornada fué contra las partes occidentales de España, penetrando por dentro della, la cual á la sazon era muy cerrada de montes, sin labor casi, ni granjería, sino fuese de ganado solamente. Y puesto que por algunas partes de la tal espesura, hallasen poblaciones, y figura de lugares ó villas, eran pocas y mal concertadas, tales, que con estar tan dentro de la tierra, parecia dellas, y del atavío de su gente, faltarles vecindad y participacion de personas humanas, ejercitadas en los negocios y tráfagos deste mundo, á quien ellos pudiesen imitar en sus obras, y con esto quedaban asperísimos en todas sus obras, y de muy dura conversacion. En otras partes hallaban chozas y cabañas, en que moraban hombres con sus mujeres y familias, apartados los unos de los otros. Así que los celtíberos españoles en aquella multitud pudieron caminar libremente por donde les plugo, sin alguna contradiccion, y por sitios que mas les agradaban, dejaron hechas poblaciones con figura de ciudad, basteciéndolas de su mesma gente. Recibian eso mesmo cuantos españoles naturales de las comarcas en que paraban, se querian juntar con ellos. Á los tales pueblos, aunque fueron pocos, pusieron nombres semejantes á los de los otros lugares que dejaban en la Celtiberia mas antigua donde primero salieron. Y trae muy buen camino lo que sospechan algunas personas de nuestro tiempo, ser uno destos lugares la ciudad que llamamos hoy dia Segovia, pueblo singular y magnífico, de muchos y grandes provechos en el reino de Castilla, por los artificios excelentes y tratos de paños y lanas, y de muchas otras cosas que se labran en ella: cuyos bienes y sitio diremos adelante cuando llegaremos á la postrera parte desta nuestra corónica. Esta parece que la debieron llamar Segobriga cuando se fundó, por ser naturales los mas principales que la poblaron de la Segobriga de Celtiberia, nombrada por este tiempo Segorve, y que

despues vino á corromper un poco el vocablo de Segobriga en el nombre de Segovia que ahora tiene: de lo cual, si así fué, parece claro ser gran error el de muchos historiadores castellanos, que dicen haber sido Segovia poblacion del rey Hispan, y que la llamaron Segovia por estar cerca de una sierra llamada Govia, y que Segovia es nombre compuesto de dos palabras latinas, una Secus que significa cerca ó junto, y la otra Govia que es el nombre de la sierra, como si en aquellos tiempos de Hispan hubiese en España memoria de la lengua latina ó de sus vocablos. Así que dejado esto, y tornando á nuestro primer intento, dicen las historias que por causa de aquellas poblaciones arriba dichas, que los celtíberos en el camino fundaron, el nombre dellos quedó disparcido por todas aquellas tierras españolas. Y dado que primero los naturales dellas tuviesen apellidos y nombradías de pueblos particulares ó propios, comenzaron á se contar muchos dellos por gente de Celtiberia, puesto que la verdadera region de Celtiberia fué la que ya señalamos en aquel tercer capítulo deste segundo libro. Mas aunque todas estas cosas se hiciesen por aquellas partidas, y muchos celtíberos se avecindasen y quedasen en los lugares sobredichos, todo el cuerpo mayor y multitud de la gente caminaba siempre adelante con sus capitanes y guiadores, hasta que pararon en la provincia, llamada en aquella sazon Lusitania, cuyos aledaños ó linderos, fueron (segun otras veces declaramos) el rio Guadiana contra la parte meridional, Duero al septentrion, al occidente la costa del mar Océano, que se contiene entre las bocas destos dos rios, y al oriente una raya que pasa de rio á rio, sacada por encima de las fronteras donde hallamos á Villanueva de la Serena, y se acaba tambien casi frontero de la mezcla de Pisuerga con el rio Duero. Ya dijimos en el mesmo tercer capítulo deste segundo libro, toda la nacion de los celtíberos españoles estar dividida por parentelas y parcialidades que tenian nombres diversos entre sí, de los cuales eran unos llamados los Berones, que fueron siempre mucho tenidos entre los otros, como linaje señalado. Éstos luego que su gente se metió por la Lusitania, hicieron moradas en aquellos principios y partes orientales della, juntos á la raya sobredicha de sus mojones, donde se multiplicaron en muchos lugares y villas, de las cuales fueron despues señaladas y magníficas una ciudad llamada Capari en los tiempos antiguos, en que son ahora las ventas nombradas de Caparra: otra llamada tambien Laconimurgo, que caia casi en la mitad del camino derecho, que va desde las mesmas ventas de Caparra hasta Ciudad-Rodrigo. Despues comenzaron aquellos berones celtíberos á derramarse por otro gran espacio desta comarca, tomando cuanto por allí cae desde Duero hasta Guadiana, tanto, que toda la partida, donde son ahora las villas y ciudades de Salamanca, Ledesma, Fermosel, Bejar, Ciudad-Rodrigo, se contaban en estos pueblos llamados antiguamente Berones de la Lusitania: los cuales despues se vinieron á decir Vetones, mudándoles dos letras no mas en la pronunciacion: el cual apellido les duró muchos tiempos, aunque despues tambien muy mas corruptamente se dijeron Vergones, como los nombra Tolomeo. La comarca destos vetones lusitanos era de figura triangular, cuyo primer lado por la vuelta de levante fué la raya oriental de la Lusitania, cuanto pasaba desde Duero hasta Guadiana. Por el otro lado septentrional tenia un pedazo del mesmo rio Duero, desde la frontería de Pisuerga, hasta cinco leguas embajo de Fermosel, pueblo harto conocido sobre las riberas del mesmo rio Duero dentro de la Lusitania vieja, tomando veinte y seis leguas ó poco ménos de trecho. El otro lado mas occidental venia desde aquel punto sobredicho por cerca de Ciudad-Rodrigo. Despues comenzaba siempre á estrecharse la provincia cuanto mas iba para mediodía, atravesando el rio Tajo, poco léjos de las ventas de Caparra, tomándolas dentro de sí, hasta venir á juntarse con las primeras rayas ó mojones orientales, donde salia la Lusitania sobre la ribera de Guadiana. De manera, que con la vivienda que los tales berones por allí hicieron, y con lo que dellos en otras partes dejamos escrito, parece claro, que su recordacion y linaje quedó repartido por dos provincias españolas diversas: la primera cerca de las fuentes de Duero, como en el tercer capítulo deste segundo libro largamente manifestamos y la segunda por este lado mas oriental de la Lusitania, de quien ahora hablamos; puesto que como dije, los de aquí mas comunmente se llamaron despues vetones que berones. Todo lo restante de los otros celtíberos entraron y se derramaron sobre las riberas de Guadiana, y por otras comarcas bien dentro en la Lusitania: en la cual segun era tierra grande pudieron muy bien caber, y cupieran muchas otras naciones sin perjuicio de los naturales. En ella poblaron eso mesmo lugares de nuevo, que poseyeron los tiempos antiguos, bien señalados y famosos, de quien fueron los mas notables uno llamado Segeda, poco apartado de donde hallamos ahora la villa de Cáceres contra levante algo mas septentrional: otro llamaron Voltaco (1), otro Vertobriga (2), otro Turobriga sobre las riberas del rio Tajo, bien cerca de Alcántara otra dijeron Seria, otro Teresa, otro Calesa: cuyas memorias han perecido en este nuestro tiempo, así en sus edificios y señales, como en las otras particularidades que tuvieron: por donde no podemos aquí bien aclarar de todos, en qué parte limitada de la Lusitania cayesen, aunque (como dije) fueron pueblos señalados y famosos, ni las historias que tenemos presente hablan dellos, ni de sus fundaciones otra particularidad que podamos escribir mas de lo dicho, si no fuese, que todas estas gentes cuantas por allí quedaron á la tal sazon, fueron llamados entre los otros españoles sus vecinos, célticos galos, y no celtíberos, como los llamará tambien nuestra corónica por todas las partes que dellos adelante hablaremos, causa de los celtas sus progenitores, de quien sucedieron. Dicen tambien, que su venida (segun habemos dicho) por aquellas partes fué casi en el año de setecientos y cincuenta y nueve, primero que nuestro Señor y Redentor Jesucristo naciese, donde gastaron poco ménos de siete años en concluir hacer casi todo lo que dejamos escrito, con algunas otras cosas que fueron cumplideras á la morada y asiento venidero: y así poseyeron todas aquellas provincias muchos años, acrecentando por allí su generacion y linajes, en compañía de los otros españoles naturales que hallaron en ella. Colígese más por la concordancia de los tiempos, que cumplidos los dias ya dichos, fué cuando se levantaron en Italia dos mancebos hermanos el uno llamado Rómulo y el otro Remo, personas valerosas asaz. Los cua

(1) Vultuniaco. (2) Nertobriga.

los ambos habiendo ya hecho por allí cosas bien señaladas, engrandecieron la ciudad de Roma que primero tenian fundada los españoles, segun lo dejamos apuntado en los diez y nueve capítulos del primer libro, conforme con la relacion de muchos historiadores antiguos, puesto que los mas coronistas latinos afirmen y digan este Rómulo ser el primer fundador de la ciudad sobredicha desde los cimientos: pero mucho mas crédito tiene la fundacion de los españoles, por otras mayores razones de las cuales algunas se pusieron en aquel capítulo del primer libro, que serán suficientes á mi ver, para que quien quiera sienta lo verdadero dello. Por ahora bástenos aquí saber el tiempo cuando Rómulo hizo lo que dicen en Roma, ahora fuese acrecentándola, ahora fundándola de nuevo, que fué casi en el año de setecientos y cincuenta y dos poco mas ó ménos, ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, conformados estos años de Cristo con la cuenta de los tiempos que Trogo Pompeyo sigue por sus historias, ó dos años ménos segun la cuenta que pone Solino, con otros historiadores sus allegados, en aquella mesma sazon que el rey Acaz era señor de los judíos, ó segun otros dicen Ecequías su hijo que reinó despues en aquella gente, dado que la cuenta de san Eusebio discrepe destos últimos poca cosa. Mas porque las historias que tratan estos tiempos, no ponen al presente hazañas particulares pertenecientes á los célticos sobredichos, despues que se metieron en la Lusitania; ni dicen otra cosa bien declarada que dellos podamos escribir, quiere nuestra corónica dejarlos aquí haciendo su morada, por contar lo que despues intentaron los vecinos de Cádiz en el negocio del Andalucía que pretendian y trabajaban de principal intento.

CAPÍTULO XI.

Como los vecinos de Cádiz y sus fenicios pasaron cautelosamente desde su isla en el Andalucía para morar en ella, donde fundaron un templo con una ciudad magnífica: y de las cosas que Platon dicen algunos haber hablado dellos en sus historias antiguas escritas en lengua griega.

Pasados estos negocios que dejamos escrito, los naturales de Cádiz estaban ya tan hechos á la condicion y costumbres de los fenicios de Sidon y de Tiro sus allegados, que los unos y los otros parecian una gente mesma: todos tenian un mesmo traje, seguian una mesma manera de vivir, y juntamente con ellos deseaban poseer de su mano la tierra del Andalucía, con lo restante que hallasen aparejado. Viendo, pues, que por una buena parte de la ribera, cuanta cae sobre las marinas del Océano quedaban apoderados sin contradiccion de nadie, parecióles ser ya tiempo de negociar la pasada cuanto pudiesen adelante. Mas porque la tal obra fuese disimulada, con poca sospecha de los andaluces, pusieron en plática de querer edificar dentro de la provincia otro templo mucho mas suntuoso que el de Cádiz, publicando y certificando que su dios Hércules con los otros demonios á quien todos en aquel tiempo reverenciaban, lo tenian así mandado por santa revelacion á sus ministros y sacerdotes, para que los españoles apartados de la costa, tuviesen conocimiento de su divinidad, como la tenian los otros comarcanos á Cádiz, moradores en aquellas marinas. Habia por esta sazon en las comarcas del Andalucía fronteras á Cádiz, una casta de gente que por imaginaciones y sueños vistos cuando dormian, conjeturaban las cosas venideras, y declaraban mucho de lo que podia suceder: y no solamente pronosticaban esto por lo que soñaban ellos alguna vez en sueño que tuviese manera de significacion, sino los sueños tambien de muchas otras personas que venian á ellos, les declaraban su misterio, si lo tenian, y si no lo tuviesen, les decian ser cosa natural y comun, y que no traian entendimiento de quien debiesen hacer caso. Andaban tan ciertos y concertados en aquellas adevinanzas, y tenian tales reglas por donde se regian, que casi ningunas cosas erraban: y comunmente fueron reputados por hombres mas que divinos. Con esta parentela de gentes trataron los fenicios (de quien ahora hablamos) primeramente su negocio, rogándoles fuesen favorables á lo que su dios Hércules pedia con importunidad: y para mas los obligar, acudiéronles con intereses y dádivas, cuales entendieron serles mas agradables: tanto los acometieron, tanto les dieron, tanto les agradaron, que como ninguna maldad se deje de hacer en la vida por interés, brevemente los tuvieron de su mano. Ganados éstos, no fué menester mucha porfía para concluir su peticion, porque como pareciese justa, y la fama de los fenicios anduviese ya publicada por aquellas provincias, y supiesen todas las nuevas de los edificios de Cádiz, y junto con aquello los tuviesen por nacion amiga de los dioses, muy sin pesadumbre los otros andaluces otorgaron cuanto pedian permitiendo que hiciesen el templo donde mas les agradase, con muestra de grande reverencia y acatamiento para la devocion de aquel ídolo, reputándolo por singular beneficio y buena obra. Luego las labores se comenzaron mucho magníficas, tales que cuanto mas iban, tanto las gentes comarcanas quedaban atónitas en ver crecer sus edificios: consideraban la industria que traian en ellos, sus trasas, sus aparejos y materiales, como cosa no vista jamás en aquella tierra, por lo ménos de tanto concierto, ni grandeza. Comenzaron eso mesmo de labrarse cerca del templo casas y moradas, donde los que fuésen y viniesen, pudiesen residir, y los maestros edificadores vivir de reposo, y tambien los que hubiesen á éstos de proveer de mantenimientos y herramientas, hallasen aparejos necesarios. Con estos achaques y colores pusieron allí tanta gente, que pasados algunos años tuvo forma de ciudad mucho suntuosa: tomaron el sitio disimulado, no muy fragoso ni difícil, en una ladera de montaña, fingiendo que no se ponian en lugar donde pretendiesen ofender á los españoles comarcanos: pero su disposicion era tal, que descubria gran espacio de mar y de tierra por toda parte, y aun bien considerado tenia mas fortaleza de la que fuera justo, para quedar allí gentes nuevamente venidas, de quien nadie podia comprender el propósito que traian. Despues de fenecida la hechura del templo, como los españoles de su rededor acudiesen á los sacrificios y vanidades de aquel demonio, crecieron las estancias para recibir los peregrinos y romeros, y para morar los sacerdotes que hacian las ceremonias: añadiéronse plazas, lonjas, mercados y sitios para recogimiento de los ganados y de los sacrificios, y de las otras mercaderías que trocaban ellos por metales que los andaluces traian. Donde resultó, que mezclado con la devocion, ó por mejor decir con la supersticion de aquel templo, se hizo tambien lugar de tráfagos y de negocios. Algunos

pañoles comarcanos que venian á él, vista su contratacion, tomaron costumbres de tener dinero segun los de Cádiz y sus fenicios lo trataban, pareciéndoles mucho descanso señalar una cosa cierta por la cual todas las otras se trocasen: aunque verdaderamente sabemos en estos principios haber sido pocos los andaluces que consintieron en ello, no por mas de por ser la tal moneda cosa de metal, y los metales tener entre ellos flaca reputacion, á causa de no traer ayuda para las necesidades de la vida, sino fuese hierro y acero que solo por esta causa lo preciaban en mucho, dado que tenian dél gran abundancia. Con el provecho destos tratos, y con la multitud de la gente que siempre venia, la ciudad fué creciendo de tal arte, que brevemente pareció la mayor cosa de todas aquellas tierras: y no contentos los de Cádiz con engrandecerla y poblarla cada dia de gentes y riquezas, la cercaron de muros fuertes, y desde allí poco á poco se derramaron por las tierras comarcanas, y poblaron otras estancias, y pueblos menores en sus confines, usurpando los mineros de metales donde quiera que los hallaban, y fortaleciéndolos con guarda de gentes y de torres nuevamente hechas, y con todas las otras defensas convenientes, porque allende ser aquellos mineros muy preciosos, son muchos en cantidad por el Andalucía toda, donde se cria multitud de plata finísima, mucho oro, mucho azogue, plomo, cobre, y estaño, con mas otras diversidades de venas tales, que pocas tierras se le igualan, así de ser muchos, como de ser acendrados y perfectos, aunque se compare con ellos lo mas precioso de las Indias. Mas el dia de hoy, ni buscamos ni miramos en esta riqueza del Andalucía, ni casi la sentimos: dado que veamos mucha señal della con indicios y margajitas, que declaran manifiestamente donde se puede hallar. Aquello todo recogieron algunos dias los fenicios y los de Cádiz, á la ciudad y templo nuevamente fundadas, y á las torres y fuerzas que dentro de la provincia tenian edificadas muy disimuladamente, sin alterar por el presente la tierra, ni le hacer otro daño: con lo cual se pudieron conservar largo tiempo, que nadie sospechaba mal de su conservacion, ni miraban en los males ó bienes que hacian. Pero como la prosperidad cuando crece (segun fué la destos fenicios) en los principios traiga desórden, y el desórden licencia demasiada, no contentos con los bienes que de la tierra sacaban tan sin estorbo, saltaron en algunas obras de tiranía, tomando secretamente muchos de los españoles que hallaban desmandados, los cuales traian á sus puertos y navíos: y metidos allí, los pasaban en otras tierras, donde los vendian ó trocaban como se les antojaba. Salian con esto fácilmente, porque los andaluces eran tan poco recatados en aquella sazon, y los fenicios lo hacian con tal encubierta, que mucho tiempo no lo sintieron, aunque los daños eran grandes. Un filósofo griego llamado Platon, dice en un libro suyo, intitulado Timeo, que los pueblos atlantes de la isla Eritrea, frontero de España, por un cierto tiempo que no declara, pasaron en las tierras de Europa, hasta que llegaron á Grecia, donde tomaron por fuerza de combate la ciudad de Atenas, que todos aquellos dias era de los señalados pueblos del mundo: mas á la fin dice, que fueron allí muertos y vencidos los mas de los eritreos, como tambien escribió despues en otro libro muy largo, que particularmente compuso de la guerra que hicieron éstos. Y si lo tal no fuese fábula, quien quiera podria sospechar haber sido los atlantes, que Platon llama de la isla Eritrea, algunos moradores de Cádiz, los cuales mal acostumbrados en los daños que ya hacian por dentro del Andalucía, viéndose ricos y poderosos, como siempre la codicia desvariada traiga consigo muchas otras de mayor desórden, no dudarian de pasar estos eritreos en las tierras que dice Platon, para tambien robarlas, y hacer los males que por allí cuenta. Cierto es que todos aquellos mares del occidente, donde cae la isla de Cádiz y sus confines, fueron siempre llamados por los cosmógrafos antiguos el mar Atlántico: los pueblos que cerca moraban, así dentro de las islas, como por las riberas del continente, se decian atlánticos en general, y la isla de Cádiz entre los mas autores se tiene por muy averiguado que los tiempos antiguos la llamaban Eritrea, por causa de sus primeros pobladores venidos con Hércules el Egipciano, que fueron naturales y nacidos cerca del mar Eritreo, llamado por otro nombre mar Bermejo, ó por causa tambien destos fenicios de Cádiz, de quien ahora hablamos: cuyos progenitores fueron los mas que poblaron á Tiro en la tierra de Fenicia, y éstos eran eso mesmo naturales de las tierras cercanas al mar Eritreo, como ya en los veinte y seis capítulos del primer libro dejamos escrito, las cuales dos cosas pertenecen y vienen justas á la cuenta ó escritura de Platon. Pero si fueron ellos ó no, cada cual conjeture como quisiere. Cuanto al estado del Andalucía, no tenemos duda que los fenicios de Sidon y de Tiro, juntamente con los de Cádiz, alcanzaron en ella tal pujanza, que casi lo mejor della señoreaban, así de sus islas, como desde la ciudad nuevamente fundada dentro del continente, segun que muchos de nuestros coronistas castellanos lo confiesan, y de muchos otros autores latinos y griegos manifiestamente se recolige.

CAPÍTULO XII.

De las turbaciones y mudanzas que sucedieron á los españoles de Sicilia con diversas naciones griegas, que casi por este tiempo pasaron allá, donde los españoles perdieron parte de las ciudades y tierras que primero poseian en aquella isla.

Estando los fenicios de Cádiz ocupados en el acrecentamiento de su ciudad, y del templo que fundaron en tierra firme del Andalucía, las otras cosas de la comarca no tenian mudanzas que sepamos, ni de las otras gentes españolas, tampoco sabemos acontecimiento que por ellos pasase: pero sabemos lo de los españoles sículos, moradores en Sicilia, de los cuales, y de los tiempos y causas que los trajeron en aquella region, dejamos ya relacion en algunos capítulos del primer libro. Éstos, como quiera que desde los años antiguos hubiesen edificado por allí poblaciones en que vivian, y entre ellas fuese una la ciudad de Siracusa, que dicen Sarausa sus naturales, y nosotros la llamamos Zaragoza de Sicilia, donde residian asentados y pacíficos, con añadimiento de su linaje y de su honra, no les pudo mucho durar aquella prosperidad y descanso, como jamás dura cosa de las que los hombres en esta vida desean, ó le son mas menester: y fué la causa que por esta sazon dentro del año de setecientos y treinta y ocho, ántes del advenimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo, llegó por aquellas comarcas y marinas un capitan griego, que decian Archias, natural y morador en la ciudad de Corinto, con fustas baste-

cidas de gente que le seguian en razonable cantidad: el cual dejando su flota sobre mar, avisados los que dentro quedaban, para que cuando viesen cierta seña, moviesen contra la ciudad, tomó tierra prestamente con algunos hombres armados de secreto, fingiendo venir pacíficos á negociar en aquellas partes algunas cosas de su provecho si las hallasen. Con esta disimulacion entraron en el pueblo pocos á pocos, y considerada cierta parte del muro donde les pareció que podrian fortalecerse, despues que fueron dentro descubrieron súbito las armas, y ganando la principal puerta de la villa, hicieron luego la seña, para que los de la flota viniesen tambien por el agua: los cuales llegados á la ciudad todos juntos en un tropel, ocuparon el puerto con cuanto dentro hallaron de bateles y fustas, y bastimento de navegacion. Los ciudadanos visto que sus adversarios poseian lo mas fuerte del muro, desde el cual ya muchos dellos bajaban á las calles y casas, matando cuantos ante sí topaban, turbados con tal sobresalto desampararon el pueblo sin detenimiento con los hijos y mujeres que pudieron escapar, y se retrajeron en otra villa de la mesma nacion sícula española, que decian Leoncio, donde fueron amparados y recogidos cuanto bien fué posible. Esto negociado, Archias fortificó la ciudad en las partes necesarias, y comenzó de labrar en ella muchos edificios y templos conformes á la manera de Grecia, con toda la suntuosidad á que bastaban sus fuerzas, y de los que con él vinieron. Item, comenzó de negociar amistad con algunos pueblos comarcanos que sintió no ser de la casta de España, ni de su descendencia ni parcialidad: y hallaron algunos muy apropiados á lo que deseaban, porque solo un año ántes que esto de Siracusa pasase, habia tambien desembarcado en Sicilia otro capitan nombrado Teocles: y dado que fuese natural de la ciudad de Atenas, traia mucha gente de diversas provincias griegas: unos nacidos en Calcis, poblacion principal de Negroponte; otros de Megara, ciudad de los Dores; otros de los Yones de Grecia; los cuales así juntos con aquel Teocles, fueron los primeros griegos que vinieron á Sicilia para morar en ella, donde llegados pacíficamente, sin hacer demasía ni rompimiento con alguna persona, le dividieron en dos poblaciónes, una llamada Naxo, que fundaron á su parte desde los cimientos los calcidenses de Negroponte, otra los dores, en un lugarejo pequeño que hallaron ya hecho de los moradores de la tierra, nombrado Hibla, cuyo vecino principal se decia tambien Hiblon, sucesor y descendiente de otra casta española no ménos antigua, llamada de los sicanos: el cual Hiblon los hubo recibido dentro de su pueblo muy de buena voluntad: y con el acrecentamiento que los tales dores griegos allí hicieron se fué mudando la primera nombradía deste lugar, y le llamaron Megara, como solian decir á la ciudad griega de su naturaleza. Con éstos, y con el capitan Teocles se confederaron los corintios nuevamente venidos á Siracusa, contra los sículos españoles, y fué fácil la avenencia, tanto por ser griegos los unos y los otros, como por tratar todos una mesma demanda, que era ocupar si pudiesen aquella tierra. No dejaron tambien de tentar alguna concordia con los mesmos zaragozanos á quien habian despojado, pometiéndoles gran parte de la ciudad si quisiesen poner las armas, y consentir otras condiciones razonables á gente vencida: pero como las injurias fuesen muy recientes, nadie lo quiso aceptar, y así las porfías y los daños de los unos á los otros duraron muy encendidos siete años continos que jamás cesaban de se guerrear y maltratar cuanto podian. Verdad sea, que como hasta los dias presentes hubiese mucho tiempo que los zaragozanos ó saraúces y leoncios vivian por allí sin contradiccion de nadie con la paz larga, faltábales el ejercicio de las armas, y los griegos sus adversarios conocieron claro que les defenderian cualquier cosa que ganasen, mayormente durando la liga de los megarenses y de Naxo: los cuales á la par tomaron la causa por suya con los de Corinto. Perseverando todos ellos en estas contiendas, aconteció que salieron un dia las principales personas y cabezas de los leoncios y zaragozanos á correr la tierra segun solian, y dado que por ser los principales fuesen pocos, llevaban buenas armas y caballos con que creian entrar y salir donde quiera muy á su salvo: pero los de Naxo supieron luego su venida, y juntados á gran priesa con cual 'a gente pudieron de sus confederados y comarcas, y de su pueblo mesmo sin dejar en él persona que fuese para tomar armas, atajaron primeramente los pasos por donde los sículos podian huir, y con todo lo restante dieron en ellos muy á su salvo: y alanceados algunos que se pusieron en defensa, todos los otros fueron tomados á prision, y llevados á Naxo muy atados, y con muy buena guarda. Primero que los llevasen despojáronlos en el campo de cuanto traian: y cabalgando sobre los caballos de los presos, y vestidas sus armas y ropas para semejar ellos mesmos, caminaron contra la villa de Leoncio como que venian huyendo de mucha parte de su gente que los seguia. Los de la villa cuando los vieron así llegar, creyendo que fuesen los suyos, segun les parecian en las armas y caballos, abrieron luego la puerta para recogerlos, y así metidos en Leoncio los de Naxo, sin pasar mas adelante revuelven sobre los porteros, y matándolos á todos recibieron por allí todo el golpe de su gente. Desta suerte con la prision de los principales ciudadanos, y con faltar las cabezas que pudieran remediar algo en aquel hecho, la villa de Leoncio no tuvo remedio, y fué tomada por los griegos en el año de setecientos y treinta y uno ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, cumplidos justamente siete años despues de la perdicion de Siracusa ó Zaragoza de Sicilia: las cuales ambas con todas sus comarcas, y con la mejor parte de Sicilia, el linaje de los españoles sículos hubo poseido quinientos y treinta y un años de tiempo, no embargante que Tucídides diga solos trecientos, á causa de sospechar el que la venida de los españoles sículos en Sicilia, fuese despues de la guerra troyana, siendo cierto que fué sesenta años ántes, como en el primer libro queda ya declarado conforme á la relacion de Filistio Siracusano. En las corónicas emendadas de san Eusebio, podrá quien quisiere contar los dias, quinientos y treinta y un años, desde aquellos sesenta ántes de la dicha guerra troyana, hasta los primeros años de la décima olimpiada de los griegos, en que todos afirman haber sido la pérdida de Leoncio despues de la de Siracusa, lo cual por buena cuènta concurre con los años ántes de Cristo que ya dejamos aclarados.

CAPÍTUTO XIII.

Del estrago que despues desto hizo por las marinas españolas un rey egipciano llamado Taraco, natural de las tierras Etiópicas, y como los de Cádiz enviaron á él su mensagería, lo cual fué mucha causa para que Taraco desde el estrecho de Gibraltar no pasase mas adelante, y tornase por otras provincias én España, obrando gran destruccion.

Pocos años despues que los acontecimientos y mudanzas de Sicilia sucedieron, recreció tambien por España que grandes armadas de gentes advenedizas pasaron en ella con muchos navíos y tumulto, por aquellas riberas y puertos que caen sobre nuestro mar Mediterráneo, cuyo señor y caudillo nombraban Taraco, á quien Estrabon con algunos otros coronistas llaman Tearco, la Sagrada Escritura le dice Taraca. Traian sus ejércitos gran multitud de hombres negros valientes y guerreros, y tambien él era negro, natural y nacido dentro de la tierra que nombran Etiopia, la cual fué siempre region mucho espaciosa metida por las comarcas africanas, en lo mas caluroso y ardiente dellas, donde son ahora los principados y señoríos del que se llama Prejan, á quien la gente vulgar corruptamente suele decir Preste Juan. Y si creyesen algunos que Taraco podia no ser negro, ni ménos la gente de su tierra, porque los cosmógrafos antiguos, hacen memoria de cierta generacion en aquellas partes, nombrada Leucoetíopes, que quiere decir etíopes blancos, entiendan que por no ser estos leucoetíopes tan negrísimos como los otros sus comarcanos eran así dichos, pero muy negros eran á la verdad. Confiesan todos los que hablan deste capitan negro Taraco, haber salido tan valeroso y magnánimo, que llegó tambien á ser rey en Egipto, y sin la jornada española de quien ahora tratamos, acometió muchos otros hechos ilustres en diversas tierras, viniendo poderosamente unas veces en ayuda, y otras en daño de gentes y pueblos, léjos y cerca de su principado: particularmente vino, primero que en España pasase, contra cierto príncipe caldeo de Babilonia, nombrado Senacheribo, no ménos guerrero ni valiente que cualquiera de los poderosos de su tiempo, el cual á la sazon tenia cercada una ciudad llamada Pelusio, que dicen ahora Damiata, en la tierra de Egipto, edificada muy junto cón un brazo del rio Nilo, cerca de donde lo toma la mar. Y fué tan crecida la pujanza que Taraco traia, que Senacheribo no le osando esperar, se tornó para su tierra. De camino puso cerco sobre la ciudad de Jerusalen, la cual otra vez ántes habia tenido cercada, siendo señor y rey en ella Ezechías, como en aquel tiempo tambien lo era. Y en este cerco, dice la Sagrada Escritura, que dentro de una sola noche mató Dios nuestro Señor, ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senacheribo, pero de Taraco su contrario, rey de los egipcianos, no hallamos otra particularidad en esta su primera llegada que á España competa por los libros que tenemos ahora, mas de haber sido príncipe victorioso, y haber, como tengo dicho, costeado las riberas españolas, y venido por ellas robando, corriendo y estragando de pasada la mayor parte de la marina, casi desde los montes Pireneos hasta el estrecho de Gibraltar, donde prendió multitud infinita de cautivos, y robó joyas y caballos, y preseas muchas y de gran diversidad, cuantas pudo hallar entre gente desapercebida que ninguna cosa destas recelaba. Desde el estrecho de Gibraltar adelante no pasaron aquellas flotas: y fué la razon de su quedada, ver las corrientes furiosas que la mar echaba de sí, creciendo y menguando cada dia sin cesar momento, por aquellas angosturas y contornos del estrecho: las cuales corrientes Taraco ni sus compañas jamás vieron en otras partes, á lo ménos tan bravas y descomunales. Maravillados de tal extrañeza, creyeron que la mar y los dioses lo hacian al presente por no les dejar pasar adelante: y luego movidos con devocion comenzaron sacrificios en la ribera conforme á lo que tenian de costumbre, para satisfacer y aplacar estas aguas y sus movimientos, prometiéndoles que no proseguirian la jornada contra su permision, y buen grado, hasta saber por agüeros ó señales manifiestas, ó por verdadera revelacion de sueños, de los cuales habia grandes intérpretes en aquellas tierras andaluzas, el propósito que los dioses y la mar en esto tenian. Los fenicios de Cádiz oida la pujanza destas flotas nuevamente venidas, y los males y robos que por diversos puertos habian hecho donde quiera que tocaron, estaban atemorizados y confusos. creian de cierto, que si Taraco llegase por su frontera, no dañaria ménos en ella que por las otras. Pero sabidos aquellos detenimientos, y la causa donde procedian, despacharon allá ciertos sacerdotes españoles de su dios Hércules, para doblar á Taraco la supersticion, fingiendo venir á le dar el parabien de la llegada, y certificarle de parte deste dios Hércules, que todas las victorias pasadas, y toda la buena fortuna suya procedian del favor y gran aficion que su dios Hércules le tenia, segun en sus muestras y sueños muchos dias ántes que las tales victorias aconteciesen, les habia declarado: por tanto seria bien que reverenciadas con solemnidad estas corrientes y misterios de la mar, enviase la décima parte de todos los robos y riquezas habidas en otras provincias, al templo de Cádiz, y no pasando mas adelante. ni queriendo saber las cosas encubiertas del Océano que los dioses guardaban para sí, tornase por aquel derecho que trajo de las otras tierras, y las despojase de riquezas y hacienda que hallaria fuera de donde convenian estar, entre gentes desapercebidas y simples, aunque feroces y denodadas: las cuales riquezas el dios Hércules mandaba que fuesen suyas, y se las daba cumplidamente. Déstas convenia tambien enviar la décima cuando las hubiese recogido, con mensajeros propios, dirigidos al mesmo lugar que le hablaban al presente, donde vendrian otros de Cádiz á las recibir, porque su felicidad y buena fortuna no fuese desamparada del favor deste dios, y pasase de contino mas adelante. Tantos eran los engaños del enemigo malo por aquellos tiempos, y tan metidos traia los hombres en su falsedad y tinieblas, con título de devociones, que Taraco tuvo por verdadera la mensajería destos sacerdotes, y creyó ser punto principal en quien consistia su conservacion, siendo cautela fingida para lo desviar de las comarcas españolas en que los fenicios traian sus inteligencias. Luego sacaron la décima parte del robo que pedian sin faltar cosa dello, y aun harto de mas que de ménos, la hizo llevar á Cádiz con gran solemnidad y reverencia: y en habiéndola despachado, comenzó de reparar sus navíos y calafatearlos, y bastecerlos si tenian hendeduras ó quiebras para dar vuelta contra las partes orientales españolas, como los sacerdotes mandaban. La mayor parte de la gente hizo que caminasen por tierra, no quedando mas hombres en la mar, de cuantos bastaban á regir y sostener aquella flota, si por



RESTOS DE UN SEPULCRO DE CARÁCTER EGIPCIO ENCONTRADO EN TARRAGONA.

(Longitud de los objetos originales 60 centímetros.)

A—El trozo de la izquierda, dividido en dos partes, es un fragmento perteneciente á la tapa; y representa la trausmigracion de Osiris en el buey Apis.
B y C—Los otros dos trozos son fragmentos pertenecientes á los costados del sarcófago decorado en ambas caras.
En el anverso del trozo del buey se ve simbolizada la España con el jardin de las Hespérides.
En el reverso del trozo superior de la derecha se ve á Baco, vestido de pámpanos, enseñando el cultivo de la vid; y á Pan tocando la zampoña.
Solo se han podido reunir 24 fragmentos de estos preciosos restos, y los conserva en su gabinete don Buenaventura Hernandez y Sanahuja de Tarragona.

caso le viniesen algunos acometimientos de camino, así de gente contraria, como de tormentas ó tempestades. Con esta sutileza mañosa, fundada sobre devocion y reverencia del dios Hércules, quedaron libres de Taraco los fenicios de Cádiz, y cuanto les tocaba, por tener ellos lo principal de su morada contra las partes occidentales del estrecho, comarcanas en aquel mar Océano sobredicho, que segun publicaban eran vedadas por voluntad de los dioses á cualquier otra nacion estranjera. Verdaderamente para los provechos de la gente que por allí vivia, fuera gran bien si los tales ejércitos con la furia que primero trajeron llegaran allá, y destruyeran estos fenicios, ó por lo ménos les impidieran algo de lo que hacian en el Andalucía, pues ya muy de propósito comenzaban demasías y fuerzas, y crueldades enormes en la gente provincial española, con prisiones y cautiverios disimulados, y junto con aquello muertes secretas en todas las personas principales de quien podian sospechar alguna resistencia. Esto negociaban aquellos fenicios en Cádiz muy ántes de sazon, porque ninguno de los andaluces entendia por aquel tiempo su daño, ni lo sintieran muchos dias despues, si los males poco á poco no crecieran en tal demasía, que la necesidad hizo mirar en ellos, y buscar el remedio que diremos adelante.

CAPÍTULO XIV.

Como para vedar el destrozo que Taraco llevaba por la costa de nuestro mar, algunos españoles hicieron capitan á un caballero su natural nombrado Teron, el cual se dió tan buena maña, que poco despues Taraco salió de la tierra muy maltratado, dejando primero cimentada, segun algunos dicen, la ciudad que llamamos ahora Tarragona.

Comenzando su vuelta los ejércitos negros de Taraco, llevaron el viaje metidos por la tierra cuanto buenamente bastaban; y no pudo ser mucho dentro, ni derramarse como solian èn otras regiones ántes que viniesen acá, porque los españoles naturales de la provincia, levantaban sus ganados y sus hijos y sus mujeres, y los ponian en lugares fragosos donde tuviesen ménos peligro. ellos iban tras el ejército contrario, haciéndole daño y perjuicio, mordiendo lados y rezaga, todas las horas que hallaban aparejo; algunos pasaban adelante levantando grandes alborotos, apellidando gentes y naciones cuantas caian en el derecho que Taraco llevaba, para que se pusiesen á salvo, si no querian ser destruidos á remate. Y á la verdad, la persecucion era tal por do quiera que Taraco pasaba con sus egipcianos y negros, que ninguna cosa dejaban por asolar: sus navíos caminaban á la pareja por el agua, no haciendo ménos perdicion en las fustas españolas que topasen al encuentro, ó hallasen metidas en cualesquier puertos del camino, todo lo destrozaban y confundian, sin perdonar lance que se les ofreciese, de manera que la huida no fué menor en el agua que por la tierra, ni de ménos espanto ni pavor: huian todos contra las partes orientales de España, creyendo que cuanto mas caminasen adelante, tanto se juntaban mas gentes unas con otras, y bastarian mejor, hallándose número crecido, para cobrar algo de la presa que Taraco les llevaba: pero como no tuviesen capitanes ni cabezas mayores en el gobierno, todo su trabajo valia poco. Los egipcianos y negros iban adelante quebrantando pueblos y gentes muy á su voluntad, poniendo temores nunca sentidos en España hasta su venida, no solo con la terribilidad y desgracia de sus obras, sino tambien con la mala vision y figura de sus personas. En esta fiereza que digo, volvieron desde el estrecho de Gibraltar, hasta cerca la boca del rio Ebro: y puestos allí todos, comenzó Taraco de sentir alguna manera de resistencia mucho mayor que las pasadas, por estar ya junto razonable número de compañías españolas, y por tener los desta comarca señalado para su defensa, cierto caudillo provincial, cuyo nombre decian Teron; persona, segun parece, de generosos pensamientos, y para la calidad y condicion de los tiempos, tal que se podia fiar de él cualquier afrenta. Seguíale multitud de parientes y grandes ayudas, otras allegadas á éstos: tanto, que hallo yo libros asaz auténticos, donde solo por aquel respeto le llaman rey desta region. Venido, pues, aquí Taraco, metió por el rio sus navíos, y pasada la gente con ellos al otro lado comenzaron de proseguir su camino como solian. Luego Teron acudió con el cuerpo junto de sus españoles, así moradores en la tierra, como de los allegadizos y huidos, con los cuales hacian muy buenos acometimientos, y muy á sazon, en que siempre mataba muchos negros, y perdia pocos de los suyos. En la mar tenia tambien mediana copia de fustas, aunque no tantas cuantas eran menester para competir con la flota contraria, pero bastantes á la refrenar y detener, y no consentir que se desmandase: sobretodo ponia Teron gran solicitud en alzar los mantenimientos á las montañas, y buscar manera como no viniesen á sus enemigos por una parte ni por otra. Finalmente la resistencia se comenzó tan avivada, que Taraco fatigado de la priesa que le daban, y de las estrechuras en que lo ponian, recogió todo su campo sobre la marina para le hacer espaldas con los navíos. Allí comenzó de se fortificar en un cerro pequeño no léjos del agua, formando manera de reales y de reparos, lo que nunca hizo por otras partes en toda la jornada trasera. Hizo tambien sacar la décima parte de sus nuevos despojos y robos, para llevar en galeras al templo del dios Hércules, como lo tenia prometido: y porque gran parte de la presa fueron caballos y bestias y ganados, mayores y menores, los cuales ni se podian meter en la mar, ni guiados por tierra, llegarian á Cádiz, segun la dificultad, y peligros y largueza del camino, recompensaron el valor destos con joyas y con vasijas, metales, piedras preciosas, armas, ropas y jaeces en diferente calidad, y puestos en sus galeras los enviaron al templo sobredicho. Bien quisieran los navíos españoles ir tras ellas para cobrar estos tesoros ó parte dellos, pues eran suyos, y pues tenian aviso cierto de como los pasaban en Cádiz: mas conocieron que no bastarian á salir con ello, dado que lo probasen, á causa de quedar el resto de la flota contraria puesta de por medio muy apercebida y armada: y así los egipcianos y negros que llevaban la tal décima, pudieron ir y venir brevemente, concluyendo su devocion y jornada sin alguna dificultad. En esta mesma coyuntura cuando las galeras fueron de vuelta, sucedieron algunos dias vientos forzosos por aquella costa, mucho demasiados y disformes: levantóse la mar con tormentas asaz desordenadas, y como tomaron el armada contraria sobre playa descubierta, parte de los navíos dieron al través, y se despedazaron y perdieron: otros metidos en alta mar, corrieron á lo largo, padeciendo gravísimos peligros, algunos nunca

mas parecieron: muchos apartados en lugares léjos de España, llegaron tan rotos y maltratados, que tuvieron menester hartos dias para se remediar. Generalmente la flota de Taraco, donde consistia gran parte de su potencia, fué casi toda deshecha, ó por lo ménos derramada por sitios desvariados, muy fuera de su propósito. La de Teron española, como tenia noticia desta costa: metiose por calas y puertos abrigados, y quedó libre sin recibir algun daño: de suerte que con aquella desgracia recien acontecida, los egipcianos y negros comenzaron á renovar sus aposentos en el cerro que primero tenian ocupado, labrando caserías y chozas á todo cabo, determinados á residir en ellos hasta que sus navíos desparcidos, pudiesen venir á se juntar en la parte donde les tomó la tormenta, ó sino viniesen, hasta labrar allí flota nueva con que caminasen la vuelta de sus tierras. Lo cual convenia ser hecho prestamente, porque mucha gente se les moria de gravísimas enfermedades: y sabian tambien que las provincias de levante sujetas á Taraco, vistas sus ocupaciones en España, se comenzaban á rebelar y turbar, y traian entre sí grandes movimientos. Sucedió luego tras esto, que los navíos comenzaron á tornar pocos á pocos, y con ellos, y con algunos que los egipcianos y negros tenian ya hechos, volvieron á la mar, y tomaron el camino de sus tierras, faltándoles casi dos tercios de los hombres, y de las fustas que trajeron cuando venian. Este fin tuvo sumariamente contado, la tempestad y persecucion de Taraco movida por España, llena de tantos peligros y diversidades, que si nuestros autores la pudieran contar particularizada, hicieran della justo volúmen. Los españoles huidizos compañeros de Teron, viéndose libres de tal enemigo, tornaron á sus tierras, y recogieron sus hijos y mujeres, y reparaban el daño recibido como mejor podian. Otros naturales de la provincia, se fueron tambien á sus casas: alguna gente valdía que no tuvo tales acogidas, ocuparon las chozas y caserías hechas por los egipcianos en la cumbre del cerrecillo donde Taraco fornecia su real, y levantaron una figura de poblacion, que cuanto mas iba, tanto se hizo mejor y mas lucida: la cual certifican historiadores nuestros ser la ciudad llamada Tarragona, cuya nombradía dicen haber sido tomada por el apellido del mesmo Taraco, que primero la cimentó cuando situaba sus estancias en ella, Juliano solamente declara parecerle gran argumento la semejanza del vocablo para pensar que Taraco la principiase: puesto que cuanto á este punto yo me recuerdo bien, lo que ántes de ahora dejamos escrito en el cuarto capítulo del primer libro mucho diverso desto, donde podrá quien quisiere leer lo que dicen otros sobre la fundacion de aquel pueblo, y juzgar en ello lo que mas verdadero les pareciere.

CAPÍTULO XV.

Como Teron el capitan de Cataluña movió guerra contra los vecinos y sacerdotes de Cádiz, pidiendo las preseas que Taraco les hubo dado, sobre lo cual estas dos gentes pelearon en la mar una batalla famosa, donde concurrieron pasos y misterios mucho señalados y notables.

Cobró tanto crédito la persona de Teron el español catalan por haberle sucedido bien el negocio contra Taraco, que si los naturales de su tierra le reverenciaban y tenian en precio, mucho mejor y mas de voluntad lo hacian todos los otros españoles comarcanos. Y como las cosas de virtud acabadas animosamente traian osadía justa para principiar otras mayores y llevarlas adelante, resultó désto, que Teron acordándose de las preseas y despojos enviados al templo de Cádiz, por sus enemigos los egipcianos y negros, en reverencia del dios Hércules; parecióle no quedar su recuesta perfectamente concluida si los tales despojos no se restituyesen á cuyos eran: para lo cual escogió luego número de galeras las mas reparadas y mas firmes que pudo hallar en todos aquellos puertos. Escogió tambien hombres cursados en la mar, así de pelea como de servicio: guarneciólos con armas y con todo buen aparejo, segun lo podian tener y saber en aquel siglo, publicando manifiestamente por aquellas tierras querer emprender la conquista de Cádiz, y que ganada victoria tendrian muy cierto grandes provechos y riquezas cuantas personas en ello se hallasen. Juntado, pues, y proveido muy en órden lo conveniente para su determinacion, es de creer que haria mensajeros á los fenicios poseedores del templo, pidiendo lo que pretendia por buenas palabras ántes de llegar en rompimiento, dado que ni nuestras historias ni las peregrinas que desto hablan hacen memoria dello, ni ménos de la respuesta que los de Cádiz le tornasen: solamente dicen que metido Teron á la mar, y continuada su navegacion contra las marinas occidentales de España, sin se detener en alguna parte, los de Cádiz le salieron al encuentro no ménos pujantes y bien armados que pudiera venir cualquier otra nacion de su tiempo, favorecidos de cuantas ayudas y gentes moraban por aquellos derredores: las cuales dan á sentir nuestras corónicas haber sido muchas, porque los de Cádiz publicaban venir Teron á ellos movido por las furias infernales, en menosprecio de la divinidad y poderío del santo dios Hércules, para destruir sus templos y lugares benditos, donde las provincias comarcanas y muchas de las extranjeras mediante la devocion que tenian allí puesta hallaban remedios y consuelos de sus adversidades cuando les acontecian, y que todos así naturales y vecinos de la isla, como sus confines y comarcanos debian resistir á tal enemigo comun, y salir á la defensa pues de todos era cosa propia. Llegados aquí los unos y los otros, la batalla se comenzó mucho reñida, trabándose los navíos en todos cabos, y dañándose cuanto podian: y como quiera que las galeras de Cádiz eran mayores y de mas combatientes, aunque no tantas en suma cuantas eran las de Teron, perseveraron muchas horas en peso sin reconocerse ventaja por alguna parte; todos hacian su deber, y todos esperaban la victoria matando y muriendo con ánimo demasiado, cuando súbitamente sin lo pensar ni ver á causa de mejoria, las fustas de Teron se comenzaron á remolinar, y poco despues vueltas las proas y remando lo posible, se pusieron en huida. Quedaron atónitos los de Cádiz en ver esta flojedad á tal tiempo: dentro del cual no solo tuvieran á buena dicha hallarse libres de tan gran afrenta, sino holgaran de la redemir con mucha parte del interés que se les pedia. Lo que mas hubo de maravillar en el caso, fué que yendo huyendo las fustas vencidas, y aun ántes algun poco que huyesen, la mayor copia dellas casi de improviso fueron abrasadas y consumidas, sin les echar fuego los de Cádiz, ni tener aparejo con que lo hiciesen. Allí dió fin á sus dias Teron con todos sus afi-

cionados y parientes, y mas toda la resta que le seguia, sino fueron algunos pocos tomados en prision, á quien despues los de Cádiz alegres de tan gran vencimiento, preguntaban la causa por qué las fustas habian huido, no les haciendo premia bastante, ni teniendo mas daño por aquellas horas que lo tenian sus adversarios. Respondieron los prisioneros ser gran verdad que los de Cádiz en este punto no traian ventaja, ni la podieran traer segun la voluntad con que los acometieron, y segun el interés que pretendian de la victoria: pero que sobre cada proa de sus galeras, allende ser grandes y fuertes, habian parecido ciertas figuras de leones ferocísimos, los cuales echaban de sí rayos encendidos contra las galeras de Teron, como suelen pintar en la cabeza del sol muy resplandecientes, los cuales rayos habian encendido toda la flota quemando los hombres y deslumbrándolos, y destrozando todo su denuedo. No puedo yo bien conjeturar, si los tales prisioneros tendrian por cierto lo que decian, ó si los de Cádiz (segun eran cautelosos en acarrear semejantes milagros á su templo, para conservar la gente vulgar en aquella devocion vana de su dios Hércules) los forzasen á publicar esto: pero de cualquier modo que fuese hallo personas antiguas tenidas en mucho crédito, que solo por estos rayos allí parecidos semejantes á los del sol, publican en sus libros ser aquel dios Hércules el mesmo sol, y que los griegos no por otro fin al sol decian Apolo del sobrenombre que daban al dios Hércules, como ya lo señalamos en el treceno capítulo del primer libro, y tambien el otro nombre de le llamar Heraclis que pusimos en los treinta y cinco capítulos del sobredicho libro, querian decir gloria del aire, mostrando la propiedad verdadera del sol, en dar claridad y resplandecer esta substancia del aire donde respiramos y vivimos, que no puede tener igual alegría ni gloria que su claridad, ni mayor tristeza que su falta, cuando lo deja con oscuridad y tinieblas. Los sacerdotes de Cádiz largos años despues no satisfechos en hacer sol á su dios Hércules, trataban en esta razon una filosofía discrepante de todas las otras gentes: algunos autores latinos hacen dello memoria, puesto que no declaren proceder de la doctrina de Cádiz antigua, como lo declara Juliano Diácono. Decian, pues, que la divinidad y nombradía de muchos dioses derramados y reverenciados entre pueblos y naciones peregrinas, aunque pareciesen diversos, era tomada deste dios Hércules llamado sol, y que por esto los unos le decian Marte, otros Lenio, otros Pean, otros Libistino, otros Loxias, que quiere decir encorvado, por el cerco torcido de su movimiento, otros Delio, otros Febo, hartos Patroo, que significa hacedor y padre de todas las cosas, otros Corrompedor ó Pithio, porque como las cria las podrece con su calor: otros Didimeo por salir dél dos resplandores, uno de la luna y el otro suyo propio. Algunos griegos antiguos le decian Delfio, por ser único y solo, la cual unidad en su lengua vieja, solian llamar Delfon: en algunas partes le llamaban tambien Dionisio: muchos Ebona: muchos Faneta, otros Mercurio, otros Esculapio, otros Serapin, otros Adonis, otros le decian Attis, los asirios Adad que quiere decir único: y aun algunos hubo que dijeron ser Pan y Saturno, y el poderoso dios Júpiter á quien todos los dioses obedecian. Vanidades eran éstas y cosas de burlería, pero tan creidas y tan estimadas en aquella ceguera de la gentilidad, que los ancianos fundaron allí muy gran parte de su religion, y pensaban consistir en ello la principal noticia de los misterios celestiales. Quisimos lo tocar en este lugar de pasada, sobre la razon arriba dicha, porque nuestros españoles perseveraron en algo dello todos los tiempos de su gentilidad, hasta que recibieron el conocimiento de la Santa Fé Cristiana, que les descubrió todos aquellos desvaríos y los deshizo y consumió, dando con ellos al través. Tornando, pues, al artículo, de Teron y de su muerte, declaran las historias haber quedado tan ufanos con ella los fenicios de Cádiz, y sus dependientes cuantos residian por el Andalucía, y en la ciudad y templo nuevamente fundadas allá dentro, que si primero hacian tiranías y males con alguna disimulacion, comenzaron á las obrar harto mas declaradas, mostrando tener en poco la contradiccion y resistencia de todos sus confines y comarcanos, aunque con ayuda dellos habian ganado tan importante victoria.

CAPÍTULO XVI.

Como despues de pasado lo de Teron ciertas gentes africanas llamadas los cartagineses, hicieron salto por las islas españolas por nuestro mar Mediterráneo: declárase cumplidamente quiénes fueron estos cartagineses, y todo su principio y sucesion.

No solo parece que los negocios españoles tuvieron aquellos dias novedades y trabajos con la venida de naciones forasteras, y con las discordias recrecidas entre su gente, sino tambien las islas del mar Mediterráneo, pertenecientes á la jurisdiccion española, padecieron inconvenientes y mudanzas de la mesma calidad, particularmente las que llamamos ahora Mallorca y Menorca, Iviza, y la Formentera, donde pocos años despues de vuelto Taraco en Egipto, saltaron ciertas gentes africanas, llamadas los cartagineses, parientes muy propincuos, y de la mesma casta y linaje donde procedieron los fenicios de Tiro, residentes en Cádiz y en el Andalucía. Estos cartagineses, ó sus progenitores, muchos tiempos ántes habian tambien salido de la ciudad de Tiro, y morado por aquellas partes africanas, donde todos crecieron en prosperidad y señorío. Desde allí (como dije) despacharon gentes y navíos, para que tomasen las dichas islas si pudiesen. Mas porque lo tal mejor se pueda saber, y mucho de lo siguiente que della dependerá, la corónica quiere contar aclaradamente los principios y la venida destos cartagineses en África, con los motivos que tuvieron para tentar la demanda de las islas españolas. Así fué, que pasado un año cumplido, cuando las flotas de Sidon y de Tiro hicieron la jornada española, de quien ya hablamos en el sexto capítulo deste libro, donde sacaron la cantidad espantosa de plata y oro que se derritió con el encendimiento de los montes: una dueña poderosa vecina de la mesma ciudad de Tiro, llamada Elisa Dido, salió della huyendo secretamente con muchos tesoros y con muchos allegados de su casa. Ésta fué mujer de Siqueo, que sospechamos ser aquel mesmo que ya declaramos en otra parte venir por capitan de los fenicios, en la primera jornada cuando llegaron en España: el cual era muerto por aquellos dias que su mujer salió huyendo de Tiro: y aun (segun todos presumian) habíalo hecho matar Pigmaleon, hermano de esta mujer Elisa Dido, por codicia de le tomar los tesoros que

de España trajo. Parece tambien que Pigmaleon debió ser el otro capitan de la jornada segunda, que poco despues los mesmos fenicios acá hicieron, cuando postreramente dijimos haberse metido con ellos en Cádiz, porque los nombres son todos unos, y los tiempos no discrepan, ni los acontecimientos ni conjeturas de la corónica lo contradicen, para que no pueda ser el mesmo. Muerto Siqueo, quisiera Pigmaleon matar la mujer, aunque era su hermana, por saber muy averiguado que todas las riquezas habian quedado con ella, y tenerlas escondidas. Así que por huir de tal peligro, ella salió de la ciudad de Tiro bien proveida de navíos y gentes: en cuya compañía dice Silio Itálico que vino tambien cierto caballero su natural, nombrado Barca, de quien procedieron unos capitanes, llamados por sobrenombre Barcinos, que como veremos adelante, mantuvieron muchos años despues grandes competencias entre nuestros españoles. Añaden algunos coronistas éste ser hijo de Barca, mujer anciana que crió á Siqueo ya difunto, marido de Elisa Dido: la cual Barca tambien seguia aquel viaje llena de dias y de vejez. Otros escritores mas diligentes platican el principio del tal linaje Barcino por otro modo diverso, que señalaremos despues en el tercer capítulo del tercer libro. Metidos, pues, á la mar con próspero viento llegaron á la isla de Chipre, que cae no muy léjos de Tiro, donde tomaron sacerdotes y personas de religion, cuales convenian para las ceremonias y sacrificios que las gentes usaban en las plegarias de sus ídolos: y porque junto con esto la flota llevaba falta de mujeres, Elisa Dido mandó cautivar de pasada hasta ochenta mozas las que mas presto se pudieron haber en Chipre, para que con ellas se conservase y acrescentase la generacion de su gente, si en alguna parte hiciesen asiento. Desta manera prosiguieron todos el viaje, llevando sobre los mástiles de sus fustas las banderas y devisas que las otras flotas de Tiro traian, porque como fuesen á la sazon casi señores de la mar, en ningun puerto les impidiesen la llegada. Con estas diligencias, y con publicar que llevaban grueso trato de mercadería, segun que las otras gentes de Tiro y de Fenicia comunmente traian, aportaron en las riberas de Libia, que son en África fronteras á la isla de Sicilia, poco mas occidentales, y tomaron puerto cerca de donde hallamos ahora la ciudad de Tunez, casi dos leguas primero que lleguen á la parte donde nuestros mareantes llaman el puerto Farina, porque como ya dijimos en los treinta y nueve capítulos del primer libro. habia por allí cierto pueblo llamado Carchedon, fundado muchos años ántes que esta señora viniese, por dos capitanes tambien fenicios de los muy antiguos, el uno llamado Zaro, y el otro Charchedon. Y puesto que desde aquellos tiempos los sucesores déstos anduviesen ya muy mezclados con los africanos de Libia, que fueron siempre gente guerrera, feroz y denodada, tuvo crédito Elisa Dido, que vistos sus tesoros y descubriéndoles ser ella y sus compañas de la casta y antigüedad de los mesmos que principiaron aquel pueblo, hallarian en Carchedon muy buen recibimiento. dado que pudieran ir á otra ciudad que tambien era de fenicios en la mesma costa de África, bien cerca de allí, nombrada Utica, que pocos años ántes fué poblada por otros mareantes de la mesma ciudad de Tiro: pero recelaron que si tomasen allí puerto, los ciudadanos los tomarian presos y los enviarian á Pigmaleon su hermano, como á señor principal de Tiro, á quien siempre los uticenses reconocieron acatamiento y veneracion. En España no quisieron venir, por que sospechaban que muy presto darian allí vuelta las flotas de Tiro, como lo hicieron á la verdad el año siguiente con propósito de residir en ella, y ocuparla por todas las partes que pudiesen: y si las tales flotas venian y los hallaban acá, no podian por ninguna via escapar de ser presos. De manera que llegada Elisa Dido en esta poblacion de Carchedon, dióse tan buena maña para ganar la voluntad de sus vecinos, y fué tanbien quista de todos ellos que muy poco despues les acometió con ruegos afectuosos, le vendiesen junto á la ciudad tanta tierra para los suyos y para sí cuanta pudiesen ocupar con un cuero de buey desollado, ofreciéndoles en pago desto mucha suma de oro: prometióles tambien á los africanos de la comarca cierto tributo perpétuo, que pagarian todos los años venideros ella con sus descendientes, porque no se lo contradijesen. Parecióles en el principio á los de Carchedon que debia ser algun desatino lo que esta dueña pedia, pues tan poca tierra como con la piel se ocupase, no seria provechosa de nada para los fenicios de Tiro nuevamente llegados, ni podian dañar tampoco á la ciudad aunque se lo diesen. Mas como Dido todavía porfiase en su demanda, facilmente le otorgaron la tierra que dijo, tomando por ella precio de oro en cantidad. Ella como fuese prudente y sagaz, hizo buscar un cuero de buey mucho grande, y cortándolo todo en correas cuanto mas delgadas fué posible, mandólas coser unas con otras, de que se hizo una correa mucho larga, con la cual rodeó un circuito de tierra bien espacioso, donde labró despues una muy buena fortaleza para se meter en ella con su gente: la cual fuerza despues fué nombrada Birsa, porque en el lenguaje de los fenicios Birsa es lo mesmo que correa. Desde la fortaleza sobredicha comenzó Elisa Dido á comunicar poco á poco la ciudad de Carchedon, y derramar su poder en las provincias comarcanas, así por la tierra como por la mar: donde vino á creerse lo que muchos historiadores escriben, cuando dicen esta mujer haber sido la que primero edificó la tal ciudad desde los fundamentos, y cuanto á la sazon del nombre de Cartago que tuvo despues, unos dicen haber sido corrompido por el tiempo, y en lugar de Carchedon llamarse Cartago, puesto que los griegos siempre la dijeron en sus escrituras el nombre primero de Carchedon: otros afirman que la mesma señora le mudó la nombradía primera y la llamó Cartago, porque su padre se llamaba Cartago. Dicen otros, que por haber ella nacido en un pueblo llamado Carta, sujeto á Tiro, que fué la primera parte donde se hallaron las pastas ó confecciones de papel para escribir, aunque diverso del que tenemos ahora, cuyas hojas y pedazos llamamos cartas hasta el dia de hoy. Mas como quiera que fuese, muy cierto sabemos que despues de haber Elisa Dido aportado en aquel pueblo, hecha ya la fortaleza de Birsa, la ciudad fué dicha Cartago: y comenzó á ser estimada de continuo la magnificencia deste pueblo, tanto que por sus acrecentamientos demasiados vino á ser uno de los principales del mundo, y de los que mas pudieron con gentes y con riquezas, y fué tiempo que sus ejércitos y capitanes poseyeron gran parte de España muchos años, como lo veremos en el proceso desta gran obra: y solo por aquella razon hacemos aquí tan particular memoria della, así en el artículo de las islas españolas donde su gente vino por aquellos dias, como tambien en

lo que despues se hallará de lo que hicieron en España, para que sepamos desde aquí su fundacion y sus acrecentamientos, juntamente con la razon de su nombre, lo cual todo (segun dicho es) fué comenzado á hacer setenta años ántes que Rómulo acrecentase ó renovase la gran ciudad de Roma en Italia, como en el décimo capítulo pasado escribimos, conformando la cuenta destos años con los tiempos que Trogo Pompeyo sigue en sus historias, á quien todos los coronistas dan mas crédito en este caso de que ahora hablamos: en la cual edad, ó pocos años despues, sucedió la venida famosa que las historias cuentan de los otros fenicios en Cádiz, como ya queda relatado. Dicen con esto los que compusieron la corónica de España, por mandado del señor rey don Alonso el Sabio, con *otros* algunos que la siguen, haber sido tambien *por aquella* sazon edificada en España la ciudad *que llamamos* ahora Cartagena, sobre las riberas de nuestro mar Mediterráneo, por mandado desta mesma dueña que fundó la gran Cartago Africana, y que tuvo cargo de los tales edificios un esclavo suyo llamado Carton, el cual fué despues hecho libre; y porque libres en latin se dicen ingenuos, esta ciudad se nombró Carton Ingenua, y despues Cartagena. Pero cuantos errores en aquello tenga, presto lo veremos en los diez y siete capítulos del cuarto libro, donde se dirán los años y tiempos, y la nombradía de Cartagena, hecha en España por personas y causas muy diferentes de las que nuestras corónicas apuntan. Y *por esto* la dejaremos ahora hasta su tiempo, y contaremos lo que hicieron aquellos cartagineses africanos sobredichos por las islas españolas, casi en los mesmos dias que los otros fenicios de Cádiz sus parientes ocupaban el Andalucía.

CAPÍTULO XVII.

De la ciudad y poblacion nueva que los cartagineses africanos hicieron en la isla de Iviza, y del tamaño, calidad y cosas naturales, dignas de notar que por ella vieron, y por otra que llamaban los antiguos Ofiusa, cercanas ambas de España y de su jurisdiccion.

Andaban los cartagineses africanos tan crecidos en estos dias por mar y por tierra, que poseian en África provincias y ciudades asaz populosas y grandes. En el agua traian armadas muy suficientes, derramadas por diversas partes del mundo, con las cuales no se podria bien contar cuanta felicidad alcanzaban siempre sus cosas, y cuánto se mejoraban por allí sus negocios. Conociendo, pues, ellos esta su buena fortuna, propusieron de llevar adelante, cuanto mas pudiesen, los tratos de su navegacion: para la cual trabajaban de se meter en cuantas islas pudiesen de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente por las que se hacen contra las fronteras de Italia, hasta el estrecho de Gibraltar en España, porque las otras islas de levante casi todas estaban ocupadas de griegos, y ninguno tenia disposicion para tocarles en ellas, á causa que la gente griega fué por aquella sazon harto poderosa, con prosupuesto de no consentir entre sí naciones advenedizas: cuanto mas que las tales islas del poniente bastaban para todos los intentos destos cartagineses, y si las alcanzasen á tener, allende los intereses crecidos de rentas y gentes que dello resultaban, tendrian tambien acogidas muchas y muy necesarias para sus navíos: donde se pudiesen amparar de las tormentas cuando recrecerian, ó de cualesquier otros peligros que sucediesen: y tambien porque ganadas estas islas acá, seria muy gran aparejo para se meter en las de levante, y acrecentar allá su potencia. Con este pensamiento salian á la contina de Cartago capitanes y grandes armadas sobre la isla de Sicilia, que caia poco mas al través de su ciudad: lo mesmo hacian sobre Cerdeña, y sobre Córcega, y juntamente sobre las otras cercanas y pertenecientes á España, de las cuales la primera donde tocaron, fué la isla de Iviza que llamaban Ebuso. Donde despues de haberla bojado ó navegado por todo su contorno, halláronla rodeada de bajíos y pizarras dañosas á los mareantes, sino fué contra la vuelta de mediodía, que dieron en un puerto mucho bueno, grande, hondo y abrigado: cerca del cual en un risco bien alto y bien fuerte de su ribera, fundaron una ciudad que llamaron del apellido de la mesma isla Ebuso: puesto que despues andando los tiempos le vinieron á decir Ibisa, y ahora muy mas corrupto el vocablo, la llaman Iviza, que fué la primera villa de toda ella: cuya fundacion comenzó casi en el año de seiscientos y sesenta y tres primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, cuando se contaron juntamente ciento y sesenta años despues que Elisa Dido entró en la ciudad de Cartago, y mil quinientos cabales despues de la poblacion de España. Despues de aquella ciudad Ebuso, pudieron los cartagineses conocer presto la manera toda dentro de la isla: halláronla bastecida de montañas y arboledas, en especial de pinares crecidos, á cuya causa los cosmógrafos griegos que despues escribieron della, la nombran en sus libros Pitiusa, que quiere decir pinosa, porque Pitis en aquella lengua significa pino. Parecióles tambien apacible y poco costosa para la conservar sin cargo de mucha gente, por ser atropada y bien compuesta, y tan pequeña que no pasaba de cinco leguas en todo su derredor, y las pizarras de los bajíos que primero tuvieron á mal en el contorno, despues fueron tenidas á mucho bien y de gran provecho, por causa que siendo los cartagineses señores del puerto principal, no hallarian los corsarios ó los enemigos cuando por allí viniesen, acogidas ni cubiertas donde se les pudiesen esconder. Sobre todo les agradó mucho la comarca, por estar del un cabo cercana de las riberas africanas, donde tenian ellos su naturaleza: del otro cabo caia no muy léjos de la isla de Cádiz, donde ya sabian estar avecindados muchos de aquellos fenicios de Sidon y de Tiro, parientes suyos y de su linaje, por razon de haber sido Elisa Dido y los otros que vinieron con ella, de quien ellos descendian, naturales de Tiro: y estas dos islas caian tan cercanas, que desde la una hasta la otra no ponian mas jornada que tres dias de moderada navegacion, y desde lo mas cerca de España á Iviza camino solamente de un dia, conforme tambien á lo que vemos en este nuestro tiempo, donde los navegantes no tasan desde Iviza hasta el cabo de Denia, en la tierra firme de España, mas de veinte y cinco leguas, ó segun la cuenta de Plinio, tanto trecho poco mas ó ménos, cuanto hallan desde Cartagena hasta Denia, que son veinte y nueve leguas justas. Conocieron eso mesmo los cartagineses ser las marinas de Iviza muy aparejadas para la granjería de la sal, de que tiene gran abundancia: la cual ellos comenzaron á labrar, sacando crecidos y continos intereses, como tambien ahora se hace, llevándola por diversas partes del mundo. No hallaron en ella serpiente, ni lagarto, ni culebra, ni víbora, ni hasta los dias presentes alguno los

vió por allí jamás, tanto que si de cualquiera otra parte le traen animal ponzoñoso, poniéndolo dentro se muere sin tardar: y si llevan tierra desta isla para los lugares donde se crian semejantes coxios, cuantos en ella tocan perecen brevemente: por manera que la hizo Dios ponzoña contra la ponzoña. Mas como la naturaleza sea de contino maravillosa, con diversidades crecidas en sus obras, no pasaron muchos dias que cerca destas comarcas, descubrieron los cartagineses otra mas pequeña, tan llena de culebras y bestias ponzoñosas, que por bajo de la tierra parecian hervir ó manar: á cuya razon ni se pudo morar, ni jamás hombre nacido tuvo deseo de quedar en ella. Ésta llamaron los cosmógrafos griegos Ofiusa, que quiere decir serpentina. Los latinos despues adelante cuando tuvieron noticia della, la nombraron Colubraria. Segun el sitio que Tolomeo y Estrabon le señalan, algo pareceria que debió ser aquella que decimos ahora la Formentera: la cual está junto con la sobredicha isla de Iviza, desviada casi media legua de trecho, sino que no vemos en ella tales animales ponzoñosos, de la multitud que los libros antiguos publican en la tal Ofiusa ó Colubraria. Tampoco quieren algunos consentir que sea la Ofiusa otra isleta pequeña, que llamamos ahora Dragonera, porque dado que el nombre quiera decir en español, casi lo mesmo que Ofiusa en griego, y Colubraria en latin; no hallan esta Dragonera cercana de Iviza, como dicen que la debieran hallar para ser Ofiusa sino léjos della, junto con Mallorca en un cuarto de legua no mas, contra las partes occidentales della, frontero del puerto que llaman Andrache, ni tiene tampoco los animales ponzoñosos que dicen: por lo cual es mucho mas cierto ser esta Ofiusa la montaña que hallamos dentro del mar, nombrada por estos dias Moncolobrer, no léjos de Peñíscola, lugar bien conocido sobre las marinas pertenecientes al reino de Valencia, nueve leguas apartado de la boca del rio Ebro, contra la vuelta del occidente, y á doce leguas desta Peñíscola se hace la sobredicha montaña de Moncolobrer, casi en el medio camino que va para Mallorca, despoblada y desierta por causa de los infinitos coxios, bestias y serpientes ponzoñosas que de continuo le nacen. Bien es verdad que Moncolobrer cae desviada de Iviza, de las islas sus comarcanas mas de lo que Tolomeo y Estrabon ponen á la Ofiusa: pero todas las otras señales restantes le pertenecen mucho, y el apellido que ahora tiene Moncolobrer, va muy semejante de la Colubraria que los latinos pasados llamaban de quien los españoles recibieron los mas de sus vocablos. Cuanto mas que Plinio, notoriamente pone la Ofiusa cerca de las riberas ó tierra continente de España con novecientos estadios de trecho entre ella y la Pitiusa, que hacen veinte y ocho leguas españolas, en la mesma distancia que dijimos haber desde Denia hasta Cartagena, ó muy poco ménos, segun que tambien el mesmo Plinio por allí lo mide y compara.

CAPÍTULO XVIII.

Como la poblacion llamada Zanclé, fundada por los españoles en Sicilia los tiempos muy antiguos, perdió su primer apellido, y fué nombrada Mesana, la cual ahora decimos Mecina: cuéntase mas el estado que tuvieron aquellos dias los españoles forasteros cuantos moraban en aquella tierra siciliana.

En aquellos dias mesmos cuando los cartagineses africanos procuraban estos negocios en Iviza, que fué cuando tambien los griegos contaban el tiempo de la veinte y nueve olimpiada, permanecian muchos españoles antiguos en Sicilia, de la casta que dijimos en los veinte y dos capítulos del primer libro, llamarse sicanos, gente muy arraigada por aquella region, de los cuales (pues eran españoles naturales) conviene relatar en esta corónica de España, los acontecimientos que dellos cuentan otras historias, así prósperos, como siniestros. Dícese, pues, que como los dias pasados algunos griegos recien venidos en Sicilia, hubiesen tratado mal á los españoles vecinos de Siracusa, despojándolos della, y aun de muchos lugares y tierras que poseian en aquella comarca, segun declaramos en los doce capítulos pasados: no pudieron hacer otro tal daño, dado que lo procuraron diligentemente contra los españoles moradores en Zancle, la que decimos ahora Mecina, por estar éstos recatados, y puestos en gran aviso con la persecucion de los otros, y hallarse bien reparados de muros, y de toda defensa, con que sustentaban su libertad, y competian con cualesquier otras personas que presumian aventajárseles: particularmente traian en este tiempo sobredicho pundonor grande con un tirano su frontero, que pocos dias ántes habia sojuzgado por fuerza la poblacion de Rijoles en Italia, tan junta de Zancle, que se puede bien ver, y solamente se dividen con un brazo del mar estrechísimo. Este tirano de Rijoles, llamaban Anajilas por nombre propio, cuyos progenitores dado que fuesen parte dellos nacidos en aquella tierra de Rijoles, eran descendientes de cierto caballero griego, nombrado Alcidame, natural de Mesana, ciudad antigua de la Morea. Los vecinos desta Mesana y su comarca trajeron veinte años continuos guerra cruel con otra gente muy poderosa, tambien de Grecia, que se decian los lacedemonios, y fueron dellos vencidos tantas veces, y tan mal tratados en todas estas victorias, que no pudiendo resistir á tan recios adversarios, tomaron navíos, y desampararon aquella tierra con sus mujeres é hijos, y con todas las albajas que pudieron llevar, determinándose todos de buscar nueva region en que viviesen. Tomaron por capitanes en aquella huida dos caballeros sus naturales, nombrados el uno Gorgas, y el otro Manticlo, con los cuales aquel Anajilas tirano de Rijoles, en sabiendo su salida de la Morea, comenzó de tratar alianzas y ligas contra los españoles de Zancle sus enemigos fronteros: en la cual ciudad no solamente no podia hallar entrada para la tiranizar, pero sus vecinos españoles intentaban de libertar á los de Rijoles, y sacarlos de la servidumbre que padecian. Venidos, pues, en concordia los griegos huidos con Anajilas tirano, abrióse luego la guerra manifiesta contra los españoles de Zancle, cruel y sangrienta, sin tener acuerdo, ni respecto, que tambien dentro de Zancle residia generacion de griegos, á quien los progenitores destos españoles habian recibido consigo muchos años ántes, cuando vinieron allí Cratamenes y Perioro, como lo señalamos en el vigésimo segundo capítulo del primer libro. Llegadas á las manos aquellas gentes, fueron vencidos los españoles en un recuentro sobre mar, con ventaja muy crecida de navíos y pertrechos, que sus adversarios les tuvieron; y viéndose destrozados en aquel principio, tornaron á su ciudad, y defendíanla cuanto mejor podian, haciendo saltos y buenos acontecimientos contra la gente de fuera; pero continuamente hallaban á sus enemigos tan apercebidos y mejorados con emboscadas, y con otras astucias de guerra, que

siempre llevaron lo mejor. y los ciudadanos españoles cuanto mas perseveraban en la pendencia, tanto mas iban de vencida. De manera, que fatigados y perdidosos, procuraron de consultar las adevinanzas, y los oráculos de sus ídolos ó demonios, como todo la gentilidad en aquel tiempo lo tenia de costumbre, para ver si podrian alcanzar qué fin tendrian estas competencias y guerra cruel que se les hacia: finalmente requirieron una supersticion á quien toda la gente siciliana solia poner gran certinidad y gran fe, la cual era desta suerte. Un monte famoso de Sicilia, nombrado por este nuestro tiempo Mongebello, que significa monte hermoso, por lo ser en las frescuras y provechos que tiene sobre sus vertientes y valles, á quien los antiguos por otro nombre llamaban Etna. solia lanzar de sí muchas veces por una boca, sobre lo mas alto de su cumbre, fuegos y cenizas con piedras cocidas que se derramaban á diversas partes; aquellos encendimientos hacian gran daño cuando salian demasiados, en los pueblos y tierras comarcanas, y puesto que no fuesen continuos, á lo menos nunca cesaban de salir por aquella boca vapores y humos espesos, mezclados con piedras pomez y carbones, y con otras borruras de semejante calidad. En esta boca, cuando los agoreros querian saber alguna cosa que les cumpliese, lanzaban dineros y joyas de cualquiera metal, cuanto mas precioso lo hallaban, y aun algunas veces echaban ovejas y vacas, y cabras enteras, á manera de sacrificio. Si lo tal quedaba dentro, teníanlo por buena señal, y creian que sucederia bien aquel negocio de quien consultaban, pero si los vapores ó fuegos ó humo lo despedian contra la parte de fuera, no les quedaba buena esperanza sobre la cosa que procuraban. como se hizo tambien esta vez á los españoles de Zancle. que despacharon secretamente sus mensajeros al monte sobredicho con el mejor aparejo que tenian, y todo cuanto metieron en aquella boca, se les tornó contra fuera, dado que muchas veces porfiaron en ver si lo queria recibir. Así que desconfiados con esta mala señal, acordaron de negociar alguna buena conveniencia con sus enemigos, y para lo hacer, tomaron plática de ciertos italianos ladrones y salteadores, llamados los Opicos. que se juntaron en esta guerra, como hacen continuamente los tales, cuando semejantes revueltas acontecen, y por via dellos asentaron capitulaciones y firmezas provechosas á toda parte, juradas con muy gran solemnidad y ceremonia, dado que muy pocos los guardaron despues. Historias hallo yo, que dicen los vecinos de la ciudad, haberse confiado de los tales opicos italianos, para tenerlos en su favor contra los de fuera, y que despues aquellos mesmos los vendieron, sin curar de mas conveniencias. Como quiera que sea, los griegos mesenios fueron recibidos en Zancle para morar en ella, con los otros vecinos antiguos, por cuya causa la ciudad perdió su primer apellido de Zancle, y se comenzó de nombrar Mesana hasta nuestros dias, en que trocadas pocas letras, le decimos Mecina, situada sobre la punta septentrional, de tres que hacen toda la isla donde se llega junto con Italia. Mas es de notar, que ninguno de cuantos griegos vinieron á Sicilia por diversos tiempos, conservó tan pocos años lo que tuvieron ganado como fueron estos mesenios, porque despues llegaron otras dos gentes de Grecia, llamados los unos milesios y los otros samios, que los despojaron cuanto poseian en aquella ciudad, puesto que retuvo siempre la nombradía de Mesana. Desde allí con estas entradas que los griegos abrian en Sicilia continuamente. comenzaron á venir otras muchas gentes en ella, donde la sucesion, y la casta de los españoles siculos y sicanos, cuantos por allí solian morar, afligidos de tantas y tan continuas pendencias. imitando lo que hicieron estos de Zancle, venidos en treguas con los extranjeros, así griegos, como bárbaros, particularmente los moradores de la marina, se mezclaron con ellos, y tomaron sus trajes y sus leyes, habla, letras y manera de vivir, haciéndose casi todos una gente, sin que de lo pasado de España quedase ventaja ni preeminencia sobre los otros advenedizos, mas del apellido de la tierra, que por causa de los españoles sicanos y siculos sus moradores antiguos, fué siempre dicha Sicilia, y se dice hasta nuestro siglo. Conserváronse tambien algunos lugares pequeños de los muy alejados y metidos en la isla, que retuvieron algo del estilo viejo, y costumbres españolas de sus antepasados y progenitores, entre los cuales la pequeña villa de Murgancio fué muy señalada por haber sostenido su reputacion y dignidad mucho mas tiempo que ninguna de cuantas los españoles allí fundaron. Tal fué la conclusion de todas estas revueltas: y pues en el hecho de Sicilia no tenemos al presente negocio mas particular que nos toque, será bien tornar á decir lo que sucedió por las islas de Mallorca y de Menorca, despues que la gran Cartago hizo la primera poblacion en Iviza, que ya dejamos declarada.

CAPÍTUTO XIX.

Como los cartagineses africanos desde Iviza pasaron á las islas que dicen ahora Mallorca y Menorca, las cuales navegadas por el derredor, conocieron todo lo que tenian, así de la condicion y manera de sus moradores, como los nombres que las llamaban en aquellos dias diversos de los que tienen ahora.

Asentadas las cosas en la ciudad de Iviza, y ordenada su república cuanto mejor fué posible, conforme á las costumbres y leyes cartaginesas, dejaron los cartagineses en ella, y en las otras isletas comarcanas, gente bastante para su vecindad. Todos los otros navíos y flotas pasaron brevemente sobre la isla de Mallorca, que cae no tan dentro de la mar, y mucho mas cerca de España, dividida de Iviza contra la parte septentrional de levante, poco ménos de sesenta millas antiguas, que hacen quince leguas de las nuestras, ó segun otros miden, apartada de España, como ya dije, tanto trecho de mar, cuanta viene de tierra entre Denia y Cartagena, ó entre Iviza y las riberas mas cercanas á ella de España. Luego despues dieron en la de Menorca, que tambien junta con la otra, desviada solamente della treinta millas de mar, ó siete leguas españolas, poco mas. Y como los cartagineses hubieron de todo punto bojado las dos islas por su contorno, midieron en la mayor casi treinta y seis leguas de vuelta, que por la mesma cuenta hacen poco mas de ciento y cuarenta millas antiguas, de las cuales en la menor hallaron solas sesenta y dos millas. Pero dado que los tamaños discrepan estas dos tierras, en todo lo demás parecieron muy semejantes, así por estar rodeadas de buenos puertos y muchos, como por sus frutos y fertilidad, y por todas las otras calidades de la tierra, donde vieron abundar

cia de fuentes y pastos y ganados, y muchos animales monteses, con que recompensaban la falta de cualquiera otra granjería que tuviesen á la sazon: la cual si faltaba, conocieron claro no ser por defecto de la tierra, ni de su buena disposicion, sino por faltar aquellos dias industria de la gente que la moraba. Donde parece que de tantos años acá, ni los tiempos ni la mar han destruido ni gastado cosa del sitio, ni ser general en estas dos islas; pues cuanto á su medida las hallamos ahora del mesmo tamaño, y cuanto á las calidades de la tierra, tambien es lo mesmo que los cartagineses allí vieron. Solo discrepa en lo de nuestros dias en la buena manera de vivir que los moradores dellas tienen, y en sus ciudades y villas que son muchas y buenas, y muy pobladas de gente virtuosa: y en aquel tiempo, como ya dijimos en otra parte, no se puede pensar cuán salvajes eran, y cuán brutos, y cuán fuera de razon, sin tener pueblos entre sí, ni compañía razonable los unos con los otros, ni cosa que (sacando la figura y parecer) fuese de personas humanas. A todo cabo vivian derramados en chozas y cuevas donde se metian: sino fuesen algunos mas ataviados y pulidos, que tenian cabañas hechas de ramos y céspedes, cubiertas con juncos ó con yerbas, ó con otros abrigos que hallaban á la mano. Todos andaban desnudos sin traer cobertura sobre sí, ni saber qué cosa fuese: la cual costumbre les duró despues muchos años, á cuya causa los cosmógrafos griegos que destas islas hablaron, las llaman en sus libros Ginesias, porque Ginon en su lengua, significa cosa desnuda. Destos mallorquines prendieron algunos los cartagineses en llegando, para reconocer el estado de la tierra, con sus maneras y condiciones: y de los tales presos supieron entre otras cosas, que cada cual de las islas tenia su nombre particular, y que la mayor se llamaba Clumba, y la menor Nura. Reconocieron tambien ser los naturales dellas gente no pacífica de su natural, puesto que diversas veces, cuando de los unos á los otros sucedian enojos y discordias, se hacian mucho daño, peleando con piedras furiosamente las cuales ellos tiraban á hondazos, y las arrojaban tan ciertas adonde querian, que no daban en cosa que no despedazasen por dura que fuese. Hacíanlo con tales destrezas, y con tanta costumbre, que desde pequeños en teniendo mediana fuerza, no traian otros ejercicios; y sus madres al tiempo que los criaban, levantaban en un madero la vianda que tenian para comer, y hasta que con la honda la derrocasen, no se la daban. Donde vino, que los mesmos cosmógrafos griegos arriba dichos, solian por otro nombre llamarlos Baleares á ellos y á sus islas, porque Ballin en aquella lengua, quiere decir arrojar, ó segun otros escriben, por causa del capitan Ballo que murió dentro dellas, cuando Hércules vino en España, como en el primer libro queda dicho. Muchos autores y muy buenos afirman, que los tales cartagineses africanos fueron los primeros pobladores destas islas Mallorca y Menorca, cuando vinieron aquella vez en ellas: otros porfian, que fueron los fenicios de Sidon y de Tiro ántes que morasen en Cádiz, al tiempo que dijimos haber señoreado la mar. Y muévense para lo certificar, que hallan en los libros antiguos ser estos fenicios los primeros que tejieron hondas para tirar piedras con ellas: y sospechan que si los mallorquines españoles tuvieron en ello tal habilidad cual habemos dicho, seria por haberlo tomado de los fenicios. Mas á la verdad, mucho primero que los unos y los otros acá viniesen, habia poblacion en ambas islas. Y ciertamente si los fenicios de Sidon y de Tiro, ó tambien los fenicios africanos de Cartago tuvieron algun tiempo manera de tirar con las hondas, lo tomaron destos mallorquines, despues que con ellos contrataban, y discreparon en todas sus condiciones restantes, no conformándose jamás en cosa donde pareciesen una casta, ni cuanto al estilo de vivir de Fenicia, ni cuanto á las costumbres que los mallorquines usaban. Pero desta primera poblacion suya, lo mejor y lo mas cierto, ya lo declaramos en el treceno capítulo del primer libro. Las costumbres antiguas de toda su gente, presto se dirán adelante por el noveno capítulo del tercero, y en algunas otras partes de nuestra relacion, y muy mas en particular, cuando trataremos los tiempos y las guerras, que cierto capitan romano llamado Metelo Baleárico, pasó con ellos: y lo que deste lugar faltare, quedará para se decir en la postrera parte de toda la corónica, cuando, con el ayuda de nuestro Señor Dios, llegaremos á decir las hazañas famosas del serenísimo rey don Jaime de Aragon, donde se contará mas de propósito la faccion destas islas, y toda su postura, con las villas y ciudades que tienen hoy dia: declarando juntamente las distancias de las unas poblaciones á las otras, sin dejar cosa por escribir de cuanto les pertenezca.

CAPÍTULO XX.

Como despues de recorridas las islas de Mallorca y de Menorca por dentro de la tierra, quisieran los cartagineses saltar en lo firme de España contra la parte de Monvedre. Cuéntase tambien los impedimentos que por el presente tuvieron en ello.

Luego que los navíos y capitanes cartagineses hubieron rodeado las islas de Mallorca y de Menorca por defuera, desearon saber cumplidamente los pasos y calidad de la tierra por mas adentro, pues en lo de las riberas estaban satisfechos: para lo cual hallaron algunos mancebos ligeros y desenvueltos, que movidos por intereses y precios que les prometieron, se determinaron á penetrar, y pasarlas ambas del un cabo al otro con guias, que para tal fin procuraron, amansando tambien algunos naturales, que por la ribera les vinieron á las manos. En el cual viaje dicen, que se halló por lo largo de la mayor isla cuarenta y cinco ó cincuenta millas antiguas, que hacen casi doce leguas nuestras españolas, en el ancho siete leguas déstas, ó veinte y ocho millas de las sobredichas. En la menor hallaron solo veinte y tres (1) millas á lo largo, con algo ménos de otras tantas á lo ancho, que parece casi la medida mesma que tambien ahora vemos en ellas. Pero los cartagineses que por estos dias anduvieron allí, quedaron tan escarmentados de sus atrevimientos, y se vieron tantas veces en afrentas y peligros, y trajeron tan ásperas nuevas de la ferocidad que hallaban en aquella gente, que muchos años despues nadie quiso tornar á probarlo, ni meterse por la tierra, ni procurar de saber otra cosa della mas de lo que por la ribera descubrian en la cual hicieron algunas palizadas y torrejones á manera de atalayas sobre los puertos y estancias que

(1) Aquí en el número de estas millas, habia un blanco en el original de Ocampo, y le llenamos con las palabras «veinte y tres.»

mejor les parecieron, principalmente contra la vuelta de septentrion, que cae frontero de las riberas españolas, en el derecho de la costa que viene desde Tarragona hasta Valencia, donde por esta sazon entre los pueblos que moraban allí, fué la mas principal la ciudad de Sagunto, que dicen ahora Monvedre, poco desviada de la mar, y muy bastecida de mantenimientos y riquezas, y sobretodo muy llena de vecinos españoles, puestos en humanidad y razon, que se regian por leyes y costumbres loables, conformes á las de los griegos que fueron sus primeros pobladores, cuando se mezclaron con los naturales desta provincia, como ya lo dijimos en el primer libro. Con éstos quisieran mucho los cartagineses trabar alguna comunicacion, para reconocer la manera de los españoles que por allí moraban, y si pudiesen trabajar en hacer con ellos algun asiento: porque ya todas las naciones tratantes tenian informacion de la fertilidad y de las muchas riquezas y mineros que poseian los españoles, y sabian el poco daño que los naturales hacian á quien se quisiese meter en ella, no lo llevando con rigor ó con asperezas ni demasías. Y verdaderamente si los cartagineses á la sazon procuraran esto por cualquiera otra region española, mucho pudieran hacer aquella vez. Mas como sobre la parte donde lo tentaron viviesen aquellos saguntinos de Monvedre, y los tales fuesen hombres discretos, reputados por principales en toda su comarca, no hallaron ellos buena voluntad, ni buen acogimiento para cosa de lo que quisieran, puesto que mucho tiempo gastaron en porfiarlo, procurando su comunicacion con dádivas continuas, y con promesas y con ofrecimientos, y con todas las otras dulzuras posibles, así de parte de sus flotas, como de la mesma ciudad de Cartago, que diversas veces les cometió confederaciones y ligas. A lo cual respondian los de Monvedre cortesmente con grandes disimulaciones, no consintiendo, ni tampoco dejando la tal amistad, pero rehuyendo secretamente cuanto podian que las armadas cartaginesas tocasen por aquella comarca donde moraban ellos, como gentes fundadas en conservar su libertad, y que claro conocian si Cartago por allí se metiese, que presto lo ganaria todo, segun que sus parientes los fenicios de Sidon y de Tiro hicieron en Cádiz, y lo hacian aquellos dias entre los andaluces. Y siendo lo tal así, no quedarian los de Monvedre seguros, ni tendrian la reputacion del buen estado que poseian al presente: porque siempre cuanto á este caso, la vecindad de los muy poderosos, es perjudicial á los que no lo son tanto. Viendo los cartagineses el mal aparejo que por allí tenian, sobreseyeron algunos años en el negocio, puesto que no sin mucho sentimiento de los que secretamente lo contradecian. En conclusion fué necesario dejar de todo punto la tal demanda; porque pasados todos estos tiempos, los africanos de las comarcas vecinos á la gran Cartago, se rebelaron contra ella con gran número de gente para la destruir, y convino que sus flotas y sus armadas viniesen á lo remediar, desamparando cualesquier negocios que por otras partes tuviesen, aunque fuesen muy importantes. Junto con esto creció dentro de la mesma ciudad cartaginesa gran division en parcialidades y bandos, que les gastaban muchas gentes. Sobre todos estos males acudió tan cruel pestilencia, y duró tan largos dias, que ni hallaban quien remediase las cosas de la ciudad, ni las flotas de la mar, ni las islas de España nuevamente ganadas, ni mirase por la conservacion de cuanto dejaban adquirido. Muchas veces fatigados estos cartagineses de tales adversidades cuantas en aquella su ciudad sobrevenian, la quisieran desamparar ó dejar solitaria, determinados á buscar otras tierras, donde nuevamente viviesen, creyendo que la mala constelacion, ó la mala fortuna del suelo fuese causa de todo, y que los dioses á quien ellos adoraban, no tenian á bien la morada que por allí se hizo, pues tan abiertamente la perseguian con tantas fatigas y tan juntas. Pero como los demonios reinasen absolutos en aquel tiempo de la gentilidad, y su mayor inclinacion sea tener apercebimiento para hacer contra los hombres el daño que puedan cada cuando que hallasen ocasion, vista la desconfianza que los cartagineses mostraban, pusieron imaginacion á los ministros y sacerdotes de sus ídolos, que sacrificasen algunos niños ó mancebos los mas hermosos que hallasen, afirmándoles, que con la sangre de los tales aplacarian el enojo de los dioses, y cesarian las pestilencias, y todas las otras adversidades, lo cual se puso luego por obra, y quedó muchos siglos entre los cartagineses aquella costumbre cruel, de sacar y derramar sangre de los cuerpos humanos, y aun matarlos tambien, para satisfacer á sus demonios. La cual usanza pestilencial imitó despues la gente siciliana, pareciéndoles ser la mayor devocion que podian hacer: y muchos años adelante hubo tambien algunos españoles que hicieron acá lo mesmo, tomándolo de los cartagineses, cuando pasaron despues en España, como los capítulos y libros venideros contarán y señalarán muchas veces. Hacemos aquí memoria dello, y del principio que tuvo, pues en el siglo pasado cupo gran parte desta supersticion á nuestros antecesores españoles, y tambien porque los lectores entiendan cuán legítimas ocupaciones tuvo la república de Cartago para desistir en aquel tiempo de sus entradas y conquistas españolas, y del acometimiento que hacian por aquellas islas de su contorno, sino fuese la de Iviza, que por ser pequeña, le pusieron defensas y guardas bastantes á conservar y sostener su provechosa disposicion y buena gracia.

CAPÍTULO XXI.

Como los andaluces comarcanos al estrecho de Gibraltar en el mar Océano, tomaron por gobernador de su jurisdiccion un español nombrado Argantonio: y de las cosas que los escritores auténticos dél, hablan en los principios de su gobernacion.

En todos aquellos tiempos que las cosas ya dichas pasaban y sucedian, los fenicios de Sidon y de Tiro con los otros vecinos de Cádiz sus aliados, estaban en el Andalucía pacíficos, y mucho prósperos, poseedores absolutos de todo lo precioso que por allí se criaba, sin venirles impedimento ni daño que les vedase llevar sus propósitos adelante, puesto que ya comenzaban algunas gentes comarcanas á recelarse dellos, por sentir la falta de muchos hombres que cada dia desaparecian, y se hallaban ménos, á quien estos fenicios encubiertamente prendian, y pasaban en otras regiones, para los vender por esclavos entre las mercaderías que por allá traian. Hallaban tambien otros muertos en asechanzas por los despoblados. En tal modo, que vista la murmuracion y rumor de las personas que lo notaban, y que ya por algunos lugares

no los recibian con la buena voluntad acostumbrada; los fenicios andaban armados, y juntos en cuadrillas, cuando salian algun trecho fuera de su ciudad: y para dar temor á los andaluces, se llegaban diversas veces, y hacian alardes y muestras de resistencia, si por caso fuese menester, mas no para que publicasen á lo claro querer usurpar la tierra ni turbarla, sino vivir en ella si los dejasen, acompañando sus naturales pacíficamente, dado que, como digo, los pensamientos y las obras encubiertas procedian muy al contrario. Las cuales obras como de continuo fuesen adelante, perseverando muchos años en ellas sin resistencia de nadie, creció con la prosperidad la soberbia, y poco faltaba ya para que no se hiciesen públicos los desafueros que solian obrar ocultos: y finalmente se desvergonzaran en ellos á la clara, si por aquel intervalo de tiempo, cuando las cosas así pasaban, los vecinos de Tarifa y sus confines no recibieran entre sí, como por capitan y gobernador un español su natural, nombrado Argantonio, persona de suficiente conocimiento, prevision y bondad en toda cosa, cuanto tales gentes y tal siglo podian tener. Esto fué casi en el año de seiscientos y veinte y dos ántes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Y puesto que las historias antiguas no hagan dél muy estendida relacion, confiesan haber sido varon prudente, y tan obedecido de todos aquellos sus vecinos, nombrados despues los españoles tartesios, que muchos coronistas le llaman rey dellos: los cuales afirman que comenzó de regir habiendo cincuenta años de su edad, ó segun otros dicen, sesenta: y que permaneció por allí con esta dignidad ó preeminencia, largos ochenta años. De manera que segun buena cuenta, vivió ciento y treinta años, ó ciento y cuarenta: puesto que Anacreon poeta dice, que vivió ciento y cincuenta: por lo cual hacen memoria dél muchas corónicas antiguas entre las personas de larga vida.

Hallo yo tambien escrituras, que dicen haber tenido señorío dentro de Cádiz, y gobernado parte de las riberas del Andalucía sus fronteras, y mas las otras isletas comarcanas que solian estar por allí. Pero creo que no serian todos los de Cádiz aquellos que le reconociesen obediencia, pues los fenicios arriba dichos, allende de lo que poseian en el Andalucía, tenian ocupado lo mejor de la tal isla, y estaban tan aventajados en sus negocios, que nadie les pudiera perjudicar tan de súbito, ni tan en lleno, ni sacarles de todo punto cosa tan importante como les era Cádiz: mayormente que las historias no relatan hazañas que contra ellos Argantonio tentase, ni cosa que dellos á él aconteciese: ni cuanto á esto sabemos mas, de que cotejando los tiempos en que todo lo sobredicho pasaba, vienen á concurrir los años deste Argantonio, con las tiranías que los fenicios comenzaban en el Andalucía. Y es de notar en este caso, que como quiera que los fenicios tuviesen junto con Tarifa, casa fuerte para recogimiento de sus contrataciones y depósitos en aquella parte donde fué los años ántes el templo viejo del dios Hércules, segun ya contamos en el noveno capítulo pasado, no parece que los fenicios bastaron á desbaratar ó vedar desde allí la mudanza de los tales españoles, ó no quisieron tentarlo, por no los alterar mas de lo que comenzaban ellos á turbarse; y así quedó todo por disimulacion de los unos á los otros, sin haber algun bullicio, ni trueco, de que las historias hagan memoria.

CAPÍTULO XXII.

De las grandes ayudas que los fenicios de Cádiz y del Andalucía sacaron en España, para socorrer la ciudad de Tiro en Siria, contra cierto príncipe de Babilonia, llamado Nebucadnecer ó Nabucodonosor, que la tenia cercada, y como pasados pocos dias, este príncipe vino contra los españoles, y los andaluces lo hicieron salir de toda la tierra y sus comarcas.

Gran ocasion pudo ser el regimiento de aquel buen gobernador Argantonio, para que (como dije) los fenicios no se desmesurasen contra los andaluces, en tiranizarlos abiertamente, por lo ménos en aquella provincia de los tartesios donde moraba. Y es manifiesta señal desto, que como no sabemos hazañas dél contra ellos, así tampoco hallamos en las historias desafuero ni demasía pública, que dende á muchos años estos fenicios hiciesen, sino el robo secreto de la otra tierra, con los hurtos escondidos de gente que continuo sacaban della, para vender en otras regiones fuera de España. Lo cual bien mirado, no podia ser tan limitado, que no cupiese mucha parte destos daños á los tartesios ya dichos, aunque gran diligencia trajesen en la guarda, por ser las provincias muy cercanas y conjuntas, y muy pequeñas tierras las unas y las otras, para sufrir tanto mal y tan continuo. Mas como digo, todavía remediaria mucho la buena provision deste Argantonio, siendo tan astuto, cuanto lo hacen todos. Pero lo que mas principalmente detuvo largos años los negocios en este ser, fué que durando la disimulacion de los unos á los otros, andando los tiempos y los hechos por su curso, muchos dias ántes que las cosas viniesen á rompimiento, los fenicios tuvieron informacion traida por ciertos mareantes extranjeros, que certificaron estar cercada la ciudad de Tiro allá en Finicia, por un capitan caldeo, príncipe de Babilonía, llamado Nebucadnecer, á quien muchas historias corruptamente suelen decir Nabucodonosor. Éste le daba terribles combates por la mar, con ejércitos y con armadas muy gruesas y muy porfiadas que le puso, casi en el año de quinientos y ochenta y ocho, ó diez años mas como lo cuentan otros ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios. Y dado que los fenicios de Cádiz y del Andalucía permaneciesen acá muy avecindados, hechos ya como naturales en España, sin tener asientos en Tiro ni Sidon, ni por otra parte de Fenicia, sino solamente sus inteligencias de mercaderías, todavía reconocian por madre y cimiento de sus linajes aquellas dos ciudades, y principalmente la de Tiro á la cual enviaban continuo todas sus primicias, y mucha parte de sus provechos. Casi luego vino tambien á Cádiz mensaje particular de la mesma ciudad, haciéndoles saber lo que pasaba, rogándoles como á hijos suyos, de quien mucho se preciaban, que con cuanta diligencia fuese posible les enviasen ayuda. Lo mesmo se dice que hicieron á la gran Cartago de África y á Utica, y á otras poblaciones por el mundo que procedieron de Tiro. Así que vista la tal mensajería, los fenicios del Andalucía se congregaron con algunos andaluces, y armaron dellos una buena cantidad con capitanes y bastimentos que fuéron allá prestamente. Llegados, entraron en el puerto por medio de las flotas contrarias, peleando con ellos á toda parte mucho como debian, y pusieron á los ciudadanos tal esfuerzo, que Nebucadnecer estaba muy enojado de ver la resistencia que sus ejércitos hallaban en

este pueblo, mucho mayor que por otro ninguno de las tierras sus comarcanas, las cuales él habia ya señoreado todas, y ganado muchas otras ciudades no ménos poderosas y magníficas que la de Tiro, señaladamente la ciudad de Jerusalen que cae cerca della, donde cobró grandes tesoros y riquezas. Pero las ayudas españolas que los de Cádiz enviaban, despues destas primeras, venian á Tiro tan continuas, y tan armadas y tan proveidas de todo lo necesario, que así por ellas, como por las de Cartago y de Utica, que siempre tambien acudian, el cerco duró poco ménos de cuatro años, en que pasaron muchas afrentas, y muchas mas pasaran sino que en fin deste tiempo supo Nebucadnecer, como toda la tierra de Egipto con parte de las gentes africanas se movian contra él. Por manera que levantó su cerco de sobre Tiro, que tanto le embarazaba: y con aquella levantada los españoles cuantos á Tiro defendian, quedaron libres de los trabajos sobredichos, y tornaron á sus tierras bien satisfechos de las buenas obras y regradecimientos que por allí les hicieron. Desde allí comenzó Nebucadnecer la conquista de Egipto mucho cruel y sangrienta, donde se detuvo mas tiempo de lo que quisiera, por ser en aquellos dias esta gente egipciana poderosa y guerrera. Mas en fin, despues de haber asolado la tierra y muerto gran copia de gentes, sojuzgó la mayor parte dellos, y luego siguió sus victorias por África, y por las otras provincias de Berbería con increible prosperidad, tanto que muy pocas dellas faltaron que no le reconociesen obediencia, ó no quedasen puestas en su confederacion Despues acordándose de las ayudas españolas que vinieron á Tiro cuando la tenia cercada, sabida la noticia de los que las enviaron, y del estado de España y de sus provincias, pasó desde aquellas tierras en ella con todos sus ejércitos y navíos casi en el año de quinientos y ochenta y dos, ó segun otros cuentan y no creo que mal, quinientos y noventa y tres ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Fué su desembarcamiento sobre las puntas postreras de los montes Pireneos, desde los cuales comenzó de mover contra la vuelta del occidente, llevando sus ejércitos por mar y por tierra, destruyendo y abrasando cuanto hallaba por el campo, y aun los lugares fortalecidos y cercados que le cayeron en el camino, tuvieron mucho trabajo para se le defender, segun eran grandes sus acometimientos: bien así como los otros años pasados hubo hecho Taraco el de Etiopia, cuando rompió forzosamente por acá la jornada que dijimos en el treceno y catorceno capítulos deste libro: solamente se diferenciaron, en que Nebucadnecer algunas veces se metió mas dentro de la tierra que el otro, y pasó tan adelante que llegó del otro lado del estrecho de Gibraltar, donde comenzó de robar el Andalucía, combatiendo las estancias, y puertos y fuerzas que los fenicios allí tenian, con tanta furia y pujanza, que á los fenicios convino apellidar las gentes comarcanas y darles armas y atavíos, con otras cosas á que sintieron ser aficionados, para que movidos con esto, y declarados los daños que Nebucadnecer y sus caldeos hacian, viniesen á la defensa de sus provincias. A lo cual salieron los andaluces alegremente con gran multitud de combatientes: y de creer es que juntamente con ellos saldria tambien Argantonio, para tal necesidad con sus allegados y súbditos, pues en este tiempo sabemos cierto ser hombre principal y poderoso, tal, que tenia mando soberano por mucha parte desta region. Y aunque todos ellos á la verdad padeciesen por aquellos dias gran falta de concierto para la disciplina militar, mostráronse tales con los enemigos, que Nebucadnecer viendo que el debate seria largo, y que si por acá se detenia, segun era tierra desviada, perderia con su ausencia muchas otras empresas mas importantes en las partes orientales, donde tenia su principal estado, salió del Andalucía con infinito robo de tesoros, y cautivos y de joyas riquísimas que pudo tomar en aquella caminada, dejando muy amenazados á toda la nacion destos fenicios para los castigar adelante, así á los que residian acá, como á sus progenitores los vecinos de Sidon y de Tiro, que le caian en Fenicia mas cercanos á su principado, con quien ya los años ántes habia comenzado la guerra.

Dos príncipes ó caudillos de Babilonia hallo yo por las historias, llamados ambos Nebucadneceres ó Nabucodonosores, muy estimados y notables varones, que convienen aquí ser declarados, porque si acaso leyeren sus hazañas en otras escrituras, entienda nuestra gente cuál dellos fué aquel con quien los españoles pasaron estas afrentas. El primero Nebucadnecer, tuvo grandes competencias mucho tiempo con un rey egipciano llamado Necaon, ó Neco segun otros le nombran: las cuales duraron hasta que Nebucadnecer lo venció en una terrible batalla cerca del rio Eufrates, y pocos años adelante dió vuelta sobre la tierra de los judíos, y cercó á un rey de Jerusalen llamado Jehoyakin Eliachin: al cual puso en tal aprieto, que le convino hacerse su vasallo y tributario. Pero como despues este Jehoyakin Eliachin tratase confederacion con aquel Necaon rey de Egipto, competidor y contrario de Nebucadnecer, creyendo que con su favor podria librarse de la sujecion y del tributo que pagaba: los caldeos tornaron sobre Judea, y tomaron á Jerusalen, y mataron al rey Jehoyakin Eliachin, y á todos los principales judíos de su reino, que no dejaron dellos sino un hermano deste rey muerto, nombrado Sedechias, á quien los judíos en su lengua llaman Zidkya, y á un hijo suyo mancebo nombrado Jeconías, que por sobrenombre decian tambien Jehoyachin Neri: al cual mancebo dió Nebucadnecer toda la tierra del rey Jehoyakin Eliachin su padre: puesto que pasando poco tiempo se la quitó, y lo llevó preso á Babilonia por la poca seguridad que dél tuvo, traspasando el señorío en Sedechias ó Zidkya su tio. No mucho despues sobrevinieron á Nebucadnecer dolencias gravísimas, que le duraron largos años, y por ellas redundaron alborotos y mudanzas en algunas de las tierras sujetas á su principado. Pero la mudanza mas notoria de todas fué la del rey Sedechias en Jerusalen, el cual trató luego confederaciones nuevas con los egipcianos en perjuicio de los caldeos, creyendo que con el impedimento de Nebucadnecer, faltaban las fuerzas todas en aquella gente caldea. Mas no fué como lo creian, porque ya en su lugar estaba un su hijo primogénito llamado tambien Nebucadnecer, segundo deste nombre, que fué de quien principalmente hablamos en este capítulo. Su padre pocos años ántes que lo tal aconteciese, le tenia dado la mejor parte de sus ejércitos: y puesto que fuese mancebo, lo señaló por capitan general contra las fronteras de Egipto y de Siria, traspasándole la gobernacion y los títulos de todo lo que por allí poseia. Este mancebo Nebucadnecer salió muy mas valeroso que su padre: y luego en sabiendo lo que pasaba, vino contra los judíos, y puso cerco sobre Jerusalen, y la tomó, y asoló, y abrasó el templo de Salomon por los cimientos, que á la sazon era uno de los estimados edi-

ficios de aquellas tierras. Al rey Sedechías envióle preso sacados los ojos á Babilonia, con toda la gente judaica, que moraba por los mejores pueblos del reino, habiendo primero vencido en gran batalla á un rey de Egipto llamado Samete, sucesor del otro Necaon, que su padre primero venció cerca del rio Eufrates: el cual Samete venia en socorro de Sedechias ó Zidkya. Desde allí Nebucadnecer levantó sus ejércitos, y vino á poner cerco sobre la ciudad de Tiro, por ser tambien ella de las participantes en el favor y liga de sus contrarios: al cual cerco vinieron las ayudas españolas que ya dijimos, traidas por los fenicios de Cádiz. Despues desto hizo el destrozo y conquista de Egipto, y mas adelante continuando sus victorias por África, y por otras tierras que dicen ahora de Berbería, pasó tambien en España y siguió la jornada por ella, que primero declaramos, acabando por toda parte cosas tan ilustres y venturosas, que dicen haber sobrepujado las hazañas de Hércules, y de todos los otros varones notables, que hasta su tiempo sepamos.

Este segundo Nebucadnecer que vino en España, es aquel de quien la Sagrada Escritura, cuenta que mandó labrar una estatua de oro á su semejanza de sesenta codos en alto, á quien todos los de Babilonia reverenciaban, sino fueron los tres mancebos Ananias, Azarias y Misael, que desde los tiempos de su padre quedaron allá presos entre la gente de los judíos. Los cuales porque no la querian adorar, fueron metidos en un horno caliente, donde sin arderse, ni recibir daño sus personas comenzaron á dar gracias á Nuestro Señor Dios en medio del fuego, bendiciendo su santo nombre. Mas porque pocos años despues á este Nebucadnecer ó Nabucodonosor, le sobrevino cierta dolencia terrible que le privó de todo su juicio, y anduvo loco por los montes como salvaje, sin bastar diligencia para lo traer á poblado: y dado que despues sanó della, fueron pocos sus dias, y no hallamos en él hecho de España cosa notable, que procurase ni tentase: por esto la corónica deja de hablar en él, y dirá los acontecimientos que sucedieron en ella, despues de pasadas estas turbaciones y mudanzas.

CAPÍTULO XXIII.

Como los galos célticos de la Lusitania pasaron al Andalucía, y fundaron en ella y en la provincia que dicen Estremadura, muchos pueblos y lugares donde moraron largos años ellos y su generacion.

Ya en estos dias eran pasados mas de ciento y setenta años despues que los galos célticos españoles se habian metido en las tierras de la Lusitania, segun podrá quien quiera sentir cotejando los tiempos que dejamos señalados en el capítulo pasado, con los otros tiempos que se trataron en el décimo capítulo deste segundo libro, cuando pusimos la venida destos célticos galos en aquella region. Habiendo, pues, tantos años que por allí residian, aconteció que cierta compañía de su gente, no satisfechos con morar en la tierra donde nacieron, y donde sus padres los habian criado, puesto que fuese muy abundosa, fértil y vividera, pasaron al otro cabo de Guadiana contra mediodía, deseosos (como sus antecesores) de ganar tierras y hacer semejantes novedades: lo cual emprendieron sin contradiccion de nadie, y penetraron á lo largo por todo el espacio que va entre aquel rio Guadiana, y el rio Guadalquevir, hasta que se meten ambos en la mar, donde ahora se contiene mucha parte de la provincia llamada Estremadura, y mucho tambien del Andalucía, nombrada por aquellos dias Bética. En aquel intervalo de tierra fundaron estos célticos nuevamente venidos poblaciones grandes, todas con apellidos y nombradía semejantes á las que sus padres tenian en la Lusitania. Fueron entre ellas lo mas principal dos lugares, llamados ambos Serias (1), que caian el uno muy cerca de donde es ahora Ayamonte, que despues los romanos cuando conquistaron aquella tierra, como veremos adelante, pusieron por sobrenombre Fano Julio, ó segun otros libros escriben Fama Julia, por diferenciarlo con aquel apellido de la Seria, que tambien estos mesmos célticos hubieron pocos dias ántes fundado en la tierra que llamamos Estremadura, la cual hoy permanece y se dice Feria, pueblo mucho conocido y honrado de la tal provincia. Hicieron eso mesmo por allí los célticos sobredichos otra villa que nombraron Vertobriga. Los romanos despues por la diferencia de muchas otras Vertobrigas (2) españolas, y particularmente de las lusitanas, le dieron por sobrenombre Concordia. Otro lugar de los que fundaron estos célticos dijeron Segeda (3), que fué dicha despues Restituta. Otra poblacion llamaron Voltuniaco (4), á quien dijeron despues los romanos por sobrenombre Contributa, á la cual pusieron nombre tambien Turiga. Otra villa que los sobredichos célticos entre sí llamaron Lacomurgo (5), desde su primera fundacion, le dijeron despues Concordia, que parece tener aquel primer nombre, porque tambien ésta como la primera Lacomurgo de la Lusitania las debieron poblar á mi parecer el linaje de los Lacoos, de quien ya hablamos en el tercer capítulo deste segundo libro, cuya gente pudo venir de la Celtiberia mezclada con los otros célticos cuando se metieron en la Lusitania. Tambien hubo pasada Guadiana contra la tierra del Andalucía, un otro pueblo señalado de los célticos, nombrado Teresa (6), que fué despues dicho Fortunal (7), y mas otro llamado Calesa (8), que tuvo por sobrenombre Mania, solo por diferenciarlos (como dije) de los pueblos lusitanos que tenian otros tales apellidos: sin los cuales hubo juntamente por aquella parte del Andalucía la villa de Auruci (9), que decimos ahora Moron, y mas otras adelante que decian Acimbro (10), Arunda (11), Turobriga (12), Astigi (13), Alpesa (14), Sisopone (15) y Seripo (16), fundadas todas ellas por estos galos célticos, cuando vinieron allí, semejantes á las de Lusitania y Celtiberia, donde tenian ellos el tronco de su casta. Los nombres tambien de los ídolos, que pasaron consigo los galos célticos al Andalucía, con las usanzas de los sacrificios y ceremonias que tenian para los reverenciar, fueron los propios de la

(1) Es dudoso que hubiese dos pueblos de este nombre. Uno de ellos llamado Fama Julia, es la villa de Feria en Estremadura. (2) Nertobrigas: la Nertobriga, llamada Concordia Julia, es Frejenal. (3) Segeda, ó Restituta Julia, es Zafra. (4) Vultunico, ó Turriga á la Calera. (5) Laconimurgio Constancia Julia. Es Constantina. (6) Teresibus: la comarca de Guadalcanal. (7) Fortunales: la de san Nicolás del Puerto. (8) Calenses Hermandici: es Cazalla. (9) Arunci: es Moron. (10) Cicimbro. (11) Ronda la Vieja. (12) Turobrica: es Turon. (13) Lastigi: no es Ecija, sino la villa de Zaara. (14) Salpesa. Corregido por sus medallas: se reduce á Faci Alcazar. (15) Sepone: no es el Sisopone que comunmente se reduce á las minas de Almaden, sino otro pueblo nombrado por Plinio entre los antecedentes, y se reduce á Movier. (16) Serippo: Los Molares.

Lusitania: en el cual error y mala costumbre perseveraron muchos dias, juntamente con la pronunciacion y vocablos que comunmente hablaban, que tambien fueron los mesmos de los célticos lusitanos, diferenciados y discrepantes de la lengua de los otros españoles entre quien vivian, sin jamás se corromper ni confundir con el estilo de las comarcas. Y como los negocios eran fundar pueblos, y tomar nuevas tierras en provincias agenas, dado que (como dije) no hallasen contradiccion en ello, no lo pudieron hacer todo de golpe, sino pocos á pocos, multiplicándose cada dia, de tal manera, que solo en principiar tanta cosa se les pasaron mas de treinta años cumplidos; y despues en conservarlo y acrecentarlo, y llevar adelante, gastaron otro gran siglo.

CAPÍTULO XXIV.

De la venida que cerca destos años hicieron en España gentes llamadas los Focenses de Yonia; y de cierta parte dellos que pusieron su morada en el Andalucía, con mas otras cosas, algunas dignas de memoria, que con los españoles pasaron.

Por cosa muy señalada ponen los coronistas antiguos, las poblaciones de las villas arriba dichas, que fueron edificadas en España, tanto por haber sido los españoles célticos sus fundadores gente feroz y famosa, como por el acrecentamiento grande que dellos sucedió. Mas no tienen por hecho menor lo que pocos dias despues aconteció, cerca del año de quinientos y cuarenta y siete ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, ó segun otros añaden, cuatro años mas adelante. Esto fué la venida de ciertos navíos largos á manera de fustas medianas, que pasando por el estrecho de mar que se hace entre África y España, repararon en aquel estrecho sobre la boca del mar Océano, cuyas riberas y provincia gobernaba todavía su capitan Argantonio, de quien ya hablamos en los capítulos pasados, muy cargado de dias y de prudencia. La flota venia llena de mujeres y niños y gente, con todo género de fardaje que consigo traian. Y como tomasen aquí puerto, fueron humanamente recibidos de los moradores de la tierra, y mucho mas de su gobernador Argantonio, que despues de los haber bien comunicado y entendido la causa de toda su venida, supo dellos entre muchas otras cosas, que sus antecesores donde procedian fueron griegos de nacion, y tambien ellos se tenian por griegos, y la lengua griega hablaban, puesto que vivian en la tierra de Asia, metidos en una provincia que decian Yonia, donde muchos siglos ántes habian pasado grandes compañas de griegos, y fundado por ellas trece poblaciones magníficas, tales, que siempre se gobernaron por sus leyes particulares, conservando su libertad sin reconocer superior. Entre todas ellas fué siempre muy principal una, llamada Focea, por cuyo respecto se decian ellos foceenses. Pero decian reinar ya pór aquellas partes asiáticas un príncipe nombrado Ciro, que de pocos años acá tenia disminuidos y sojuzgados los estados y repúblicas principales que solian en Asia valer algo, y pretendia lo mesmo contra la ciudad de Focea, y contra los otros pueblos de Yonia: para lo cual ayuntaba gran número de gentes en diversas partes con un capitan suyo, llamado Harpalo, tan importuno y guerrero, que de fuerza se verian los foceenses con él en grandes afrentas y trabajos. Holgaron mucho los españoles, y su gobernador Argantonio, cuando sintieron la buena razon que los tales foceenses nuevamente venidos publicaban de su jornada: y aficionados á la manera de sus personas, y de sus trajes y de sus armas, les ofrecieron que poblasen y residiesen por aquella tierra de su jurisdiccion, en cualquier parte que mas les agradase, pues la provincia de su nacimiento donde venian, quedaba fatigada y peligrosa. Lo cual sospecho yo, que debieron acometerles ellos, y su rey Argantonio para los prevenir, y tener ganados contra los fenicios que como ya declaramos, hacian muchos daños encubiertos en aquellas comarcas, y se conocia dellos pretender la sujecion de todas estas tierras y provincias, dado que no ló pusiesen á riesgo por el presente. Los foceenses era buena copia de gente bien armada, bastecida y ordenada, y sobretodo sus fustas de tan hermosa faccion, y tan apropiadas y desenvueltas para la guerra, que hasta su tiempo nunca semejantes anduvieron por las mares de España. Traia cada cual cincuenta remadores en cada lado, largas todas, bien despalmadas y limpias, sin haber en ellas navío que fuese hondo ni de carga, como traian muchos otros navegantes. Lo cual usaron aquellos foceences asiáticos primero que ninguna gente griega: y en todos los años de su prosperidad alcanzaron déstos tanto número, que corrian con ellos desde la mar de levante, hasta los confines italianos, con la parte de arriba y de abajo, contra las mares de Pisa y de Venecia, que llamaban los antiguos mar Adriático y Tirreno, dado que Argantonio los convidase para quedar en España, con todos los amores y buena gracia que se puede significar, nunca bastó con los foceenses que lo hiciesen, pareciéndoles que convenia tornar á la guerra de su region, y á la resistencia de Harpalo, capitan del rey Ciro, de quien tenian certinidad haberles entrado la provincia. Visto, pues, que nadie bastaba para los detener, Argantonio los despidió graciosamente, y les ayudó con suma crecida de dinero que llevasen, con que levantaron sus velas, y caminaron su viaje. Muchos autores dan á sentir, que no todos aquellos foceenses que desta vez acá vinieron, se tornaron en Yonia, sino que gran parte dellos quedaron en España, y se mezclaron con los vecinos de la villa de Carteya ó Tarifa (1), cabeza y asiento del señorío de Argantonio, y que con matrimonios de hijos é hijas los unos de los otros, se hicieron casi todos una gente, sin haber division entre ellos. Y aun es cierto, que despues pocos dias comenzaron á mudar el apellido viejo desta villa, y en lugar del nombre de Carteya que primero tuvo, los foceenses nuevamente venidos la comenzaron á llamar Tarteso, juntamente con los moradores de sus comarcas, que tambien fueron dichos tartesios, por causa de las muchas cuevas hondas y escuras, que se hallan en las cuestas y cerros de su tierra, nombradas Tártaros en lengua griega. Y nadie tenga por inconveniente, cuanto á este caso, hallar en este nuestro tiempo cerca de la villa de Ayamonte cierta poblacion pequeña, llamada comunmente Cartaya, semejante al apellido primero que Tarifa tuvo, ántes que los foceenses griegos le dijesen Tarteso, ni crea que fueron ambas una mesma, pues entre las dos la diferencia es muy clara, cuanto á las posturas y sitios, y cuanto á todo lo restante, por

(1) No debemos confundir á Carteya con Tarifa, pues aquella se reduce al fondo ó bahía de Gibraltar, sitio del Rocadillo, y Torre de Cartagena.

ser esta Cartaya de ahora de la otra parte del rio Guadalquevir, sobre la vuelta de poniente, no léjos de Guadiana, en las comarcas, como digo, de Ayamonte: y la Carteya vieja ó Tarteso, donde los foceenses moraron mucho mas oriental, sobre la punta postrera del estrecho de nuestro mar, entre África y España. Pudo bien ser que discurriendo los tiempos, algunos vecinos de la mas antigua, pasasen á esta otra, y cimentándola de nuevo, le pusiesen aquel nombre de Cartaya, para conservar en ella la memoria del pueblo donde vinieron, y el apellido primero que le quitaron aquellos griegos de Yonia, despues que se avecindaron en ella: pero como lo tal sea conjetura sola, dado que no mala, no conviene detenernos en ella, ni cesar el cuento de las otras cosas que despues de lo sobredicho pasaron por aquella tierra.

CAPÍTULO XXV.

De la muerte de Argantonio, gobernador de los españoles tartesios, y de la poblacion nueva de ciertas islas nombradas Afrodisias, que solian estar comarcanas á Cádiz, donde se metió parte de los foceenses de Yonia, que moraban en Tarifa.

Conócese de muchas escrituras que hablan en aquellos hechos, haber salido los foceenses nuevamente venidos al Andalucía, tan diligentes y sagaces en sus negocios, que despues reposados en Tarifa, jamás cesaron de mejorarse por todos sus derredores, así de mar como de tierra, con el buen aparejo de navíos que tenian, y con la buena voluntad que hallaban en Argantonio, y en sus aficionados, conforme á lo cual, pasados pocos dias, entraron en unas isletas que solian estar por los confines de Cádiz, y del estrecho de Gibraltar, solitarias y desiertas: donde, despues de haber considerado la buena disposicion que parecian tener, comenzaron á labrar casas de placer, y pusieron gran diversidad de frutales, y muchas arboledas nuevas, sobre las primeras que tenian ellas de su natural, convidando para todas estas labores á los españoles andaluces entre quien moraban, y de tal arte lo comenzaron á labrar, que gastados tres años ó poco mas estaban ya casi todas llenas de granjerías excelentes, edificadas á la manera de Yonia, con adornamentos muy nuevos y muy galanes: porque tambien en esto de los edificios, como en el arte de labrar navíos, tuvieron los foceenses grandes primores y trazas de proporcion mucho singular. En este tiempo que fué casi por el año de quinientos y cuarenta y dos ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese, ó cierto poco primero, dió fin á sus dias Argantonio, gobernador y señor de los andaluces, cuyo fallecimiento, de fuerza haria gran falta por todas aquellas tierras y comarcas, y sin duda lo sentirian estos foceenses de Yonia mas que nadie, segun las buenas obras que continuo recibian dél: pero como ya quedasen muy arraigados en la region, y bien quistos de los moradores della, conserváronse por allí con el ménos bullicio que podian, teniendo respecto principal á la vivienda sola de Tarifa, y á la granjería destas isletas que tenemos dicho. Dentro de las cuales nadie podia declarar cuanto se multiplicaban cada dia los pasatiempos de cazas y los jardines, y las muchas frescuras que por ellas plantaban, tanto, que así por la multitud desto, como por la fertilidad y templanza de los aires, fueron dichas entre los antiguos, las ínsulas Afrodisias (1), que significa en la habla griega, las ínsulas de la diosa Venus, á quien ellos decian Afroditis. Y la gentilidad entre los otros sus errores, la reverenciaban por señora de los placeres y deleites de la vida mundana. Mas dado que tuviesen aquel apellido general todas estas islas en el tiempo que fueron en el mundo, no por eso dejaba cada cual de tener sus nombres particulares. Unos, que les pusieron estos foceenses, cuando primeramente las ocuparon: otros que tenian ántes entre los españoles andaluces. La primera llamaban Ermea, que quiere decir, isla del dios Mercurio. La segunda Junonia ó de la diosa Juno, por causa de una ermita que fundaron despues frontero della, sobre la costa del Andalucía, con título de la diosa Juno, que tambien reverenciaban los gentiles como cosa muy divinal. Otra decian Atera, de doce mil pasos en largo, y diez mil en ancho: la cual publicaban algunos, haber sido otro tiempo junta con al continente de España, y que los eritreos ántes que fuese isla, poblaron en ella un lugar cuando vinieron con Hércules, y que desde allí poseyeron la tierra de Cádiz. Sospechaban tambien por esta mesma razon, que debió ser aquella la que por otro nombre llamaban Eritrea, de quien escribimos en los veinte y ocho capítulos del primer libro. Otra destas islas nombraron Cotinusa (2), por causa de los acebuches en abundancia que solía criar, á quien los griegos en su lenguaje llaman Cotinos. Si muchos autores no certificaran ser una mesma que la de Cádiz. Otra decian Didima, donde los vecinos de Cádiz hicieron poco despues sus moradas á su parte con casas de placer, por ser bastecida de frescuras, y de muchas aguas. Para la cual obra tomaron oficiales foceenses que se las obraron maravillosamente, segun la manera de los edificios yónicos, que fueron siempre muy apacibles y firmes. Tambien comenzaron los fenicios de Cádiz á labrar desde allí navíos de cincuenta remos, por la mesma muestra de las fustas que los foceenses usaban, teniéndolos por mas provechosos que los otros navíos de las facciones antiguas. Y como su hecho destos fenicios anduviese por el Andalucía mejorado cada dia, presto metieron al agua copia de las tales fustas, llamadas Penticoteras, con que principiaron á navegar descansadamente, tentando muy á menudo las jornadas del mar Océano de poniente por las riberas africanas y españolas, y aun algunas veces engolfándose mas de lo que solian. Con los cuales artificios, y con la comunicacion que dellos procedia pudieran vivir los unos y los otros en provechos muy crecidos, si los fenicios poco despues no lo desbarataran todo, como presto contaremos, dado que ningun daño de los que vinieron al presente, bastó para que la morada de las ínsulas Afrodisias no se llevasen muy adelante con sobrada prosperidad y mucho vicio. Pero ya en este nuestro tiempo cuanto por allí solia ser,

(1) Plinio dá el nombre de Afrodisia á la isla de Cádiz: creemos que este nombre era genérico y comun, no solo á esta isla, sino á todas las que en esta parte de la costa de España estaban expuestas á los embates del proceloso Atlántico, pues la voz «afrodites» en griego equivale á «espumosa» en castellano. (2) Mela señala en esta costa un sitio llamado Oleastro, ó bosque de los acebuches, entre Rota y San Lucar, que es justamente á donde corresponde la isla formada por los dos brazos del Guadalquivir, de lo que inferimos que la tal isla Cotinusa, cuya situacion hasta ahora era dudosa, se debe reducir á este punto. El mismo Ocampo dice que el nombre de Cotinusa se dió á esta isla por estar poblada de acebuches.

ha perecido de todo punto, porque la mar desde grandes años ántes lo tiene gastado y sumido, sin quedar isla destas Afrodisias, ni memoria, ni rastro de aquellos sobrados pasatiempos que por ellas hubo, sino es la que dijimos llamarse de la diosa Juno, frontero de Tarifa, que permanece junto con la ribera, tan pequeña y gastada, que nadie hace della mencion, aunque todavía parece dentro algunos algibes, y rastro de sus edificios bien obrados, que declaran haber sido tratada los tiempos antiguos, y provechosa de aquello poco que en sí contiene.

CAPÍTULO XXVI.

De muchas otras cosas que se dice los foceenses haber hecho en España, y fuera della: y como los cartagineses africanos tornaron segunda vez á las islas de Mallorca y de Menorca, donde recibieron muchas estancias, y levantaron nuevas defensas en toda su marina.

Ya fuera justa razon de pasarnos á las otras gentes españolas, y proseguir los acontecimientos que por este tiempo les vinieron, si los foceenses venidos en España todavía no nos echaran de nuevo la mano, deteniéndonos en sus cosas. Dígolo, porque allende lo sobredicho hallo memoria de cierta poblacion, señalada y magnífica, que fundaron tambien sobre la marina frontero de los principios orientales del Andalucía: la cual no declaran qué nombre tuviese ni dicen cosa della, mas de ser la postrera que cimentaron acá los foceenses á la parte del poniente, donde se juntaron despues en mercados y ferias muchas de las gentes comarcanas, y se hicieron escabeches de pescados en gran abundancia. No faltaron cosmógrafos antiguos de los bien considerados, que certificaban ser ésta la ciudad de Málaga, llamada primeramente Menace. Pero cierto sabemos, que discrepaban ambas muy mucho, pues como digo, la de los foceenses quedaba mas alejada del estrecho que Málaga, cuyas muestras duraron allí mucho tiempo, con repartimientos y trazas á la manera de Grecia, siendo los edificios en Málaga notoriamente fenicios, como presto lo declararemos en los veinte y ocho capítulos siguientes. Dicen tambien otros autores, haber entrado compañías destos foceenses por la tierra mas dentro de España, donde poblaron la ciudad que primero fué dicha Castulon, poderosa y principal en los fines postreros de la provincia, que despues llamaron España la Tarragonesa, muy cerca de donde partía término con la provincia nombrada Bética, segun que sus rayas y particiones ambas, dejamos apuntadas en los principios del primer libro. Las señales de la cual ciudad hallamos hoy dia donde llaman Cazlona la vieja, casi tres leguas adelante de Baeza contra el occidente septentrional, no léjos de Linares, cercanas á un rio pequeño que los moros africanos cuando mucho despues tiranizaron aquella provincia, sacándola de poder de los españoles cristianos, nombraron Guadalhmar, como tambien hoy dia lo llamamos despues que nuestros progenitores la cobraron. Afirman los que desta ciudad hablan, haber sido dicha Castulon, porque del mesmo nombre se decia tambien una mujer de estos foceenses sacerdotisa del dios Apolo: la cual mujer fué principal entre sus fundadores, ó segun otros creen, dijéronla Castulon, por memoria de cierta fuente nombrada Castalia famosa y muy alabada sobre todas las fuentes de Grecia, dentro de la provincia donde salieron los progenitores destos foceenses, cuando pasaron en Asia para poblar las trece ciudades, de quien ya dejamos hecha memoria. Mas porque deste pueblo Castulon, que como dije, fué muy principal y señalado todos los dias que en España permaneció, hablaremos en diversas partes desta corónica, que vendrán bien á propósito, no conviene por ahora detenernos en su relacion, ni decimos esto por otro fin, sino por avisar á los lectores, que todo cuanto en su primera fundacion y en la causa de su nombre quieren atribuir á los foceenses, fué burla fingida de poetas: porque verdaderamente sus principiadores fueron españoles, naturales de la mesma provincia donde la tal poblacion estaba, como ya lo mostramos en el treinta y un capítulo del primer libro. Mayormente, que si bien lo consideran, no pudieron esta vez quedar acá tanto número de foceenses, que bastasen á tantas empresas, ni dado que bastaran, lo hicieran: porque como fuesen gente de mar, todos sus acometimientos eran en la ribera, y en la costa de las marinas, y aun esto no tan de fiuzia, que lo mas principal no lo dirigiesen á la posesion y vivienda de las islas Afrodisias cercanas al estrecho de Tarifa, donde gozaban siempre de tantos deportes y contentamientos, cuanto tuvieron de fatigas y desastres los otros sus compañeros que no quisieron parar en España, cuando todos juntos vinieron á ella. Los cuales despues que de Argantonio se despidieron, como dijimos en el capítulo pasado, para volver á su tierra, perdieron la ciudad de Focea con la libertad, y con lo principal que poseian en la provincia de Yonia, mediante la guerra cruel y continua que Harpalo capitan del rey Ciro les hizo. Y así désamparada su naturaleza, tornaron á salir nuevamente crecida multitud dellos con sus haciendas, hijos y navíos, á buscar tierras donde cupiesen, juramentándose con grandes ceremonias, y poniendo sobre sí terribles maldiciones si jamás en aquella provincia tornasen. Y para mas lo solemnizar, vinieron á la ciudad de Efeso, donde las gentes asiáticas en aquellos tiempos tenian un templo de la diosa Diana, labrado con extraña magnificencia, tál, que fué contado por una de las maravillas del mundo. La cual diosa tomaron estos foceenses por abogada de su camino, prometiendo delante su imágen, que cumplirian lo jurado, y la servirian y reverenciarian donde quiera que llegasen, mucho mas principalmente que á ningun otro dios de los que la gentilidad acataba, si los guiase donde tuviesen algun descanso. Desde allí comenzaron su navegacion, y tentaron hacer asiento por algunas regiones, en que no hallaron el acogimiento que les convenia. Fué necesario pasar todos juntos á la isla de Córcega, donde veinte años ántes cuando tenian prosperidad habian enviado gente, y edificado cierta poblacion que dijeron Alalia, y bastecídola de moradores griegos foceenses asiáticos sus naturales. En España no quisieron venir, porque sabida la muerte del rey Argantonio, no creian hallar quien los albergase, ni tanta tierra desocupada cerca de la marina, que bastase para todos ellos, segun eran muchos. De manera que lo mejor les pareció quedar en Alalia, para desde allí conquistar á Córcega poco á poco: lo cual iban ya poniendo por obra, y perseveraran en ello cuanto pudieran, si pasados cinco años despues de su venida, los italianos tirreneos cercanos á Génova y Pisa, no se concertaran para lo contradecir con los africanos vecinos de la gran Cartago, que ya por estos dias andaban reparados de todas sus adversidades pasadas: y sobre

las otras cosas pretendian señorear las islas occidentales de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente la de Córcega y de Cerdeña, con Sicilia, y con las de Mallorca y de Menorca. Juntas aquellas dos gentes italianas y cartaginesas, pusieron en el agua contra los foceenses sesenta fustas armadas, muy bastecidas de gentes y de cualesquier armas. Con otras tantas salieron á ellos los foceenses, y pasaron una pelea tan cruel y con tanta muerte de gentes á toda parte, que los foceenses, dado que tuvieron victoria, perdieron de su flota cuarenta fustas muy esmeradas: y no queriendo esperar la revuelta de sus enemigos, desampararon á Córcega, y con sus mujeres y jarcia se pasaron en Italia, donde hicieron asiento cerca de Rijoles en las partes de Lucania, dentro de las fronteras de Calabria, que caen contra Sicilia, y allí poblaron un lugar que dijeron Helía, llamado despues Hiela, que tambien mas comunmente discurriendo los tiempos fué dicha Velia, puesto que mirando los coronistas antiguos en este caso yo se bien haber algunos dellos discrepantes de Erodoto, que dicen, haber sido la tal poblacion ántes de la batalla de Córcega, cuando la primera vez huian los foceenses de su tierra: lo cual se recolige claro de los tiempos que le señalan Estrabon y Aulo Gelio, con otros historiadores que los siguen. Pero dejándolos en esta razon, y tomando los otros autores mas ciertos, que primero dijimos, hállase que como parte destos foceenses no tuviesen contentamiento de la morada de Velia, creo yo que por recelo de los cartagineses, que ya traian grandes inteligencias en Sicilia, ó puede ser tambien que por el sitio ser húmedo y mal sano, y en lugar esteril y cenagoso, pasados algunos años los mas dellos tornaron á sus navíos y navegando las otras marinas ó costas italianas, llegaron á la boca del rio Tibre, y á pocas leguas el agua arriba hallaron la ciudad de Roma, con cuyos vecinos asentaron gran amistad, que les duró mucho tiempo. Luego pasaron á la tierra de Francia, que llamaban en aquellos dias Galia: y aquí pusieron fin á su peregrinacion y trabajos en el año de quinientos y diez y nueve, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que fué veinte y siete años despues que desampararon la ciudad de Foceea. Reposaron y fundaron allí la ciudad de Marsella sobre la costa de mar, en la parte que se muestran hoy dia sus indicios y señales cerca de Marsella la nueva, poblacion principal de Francia por este nuestro tiempo. Cuya memoria vino muy bien aquí, porque tambien ella como toda la provincia de su comarca por derecha sucesion pertenecen á V. M., y á los príncipes herederos sucesores en vuestros reinos, estados y señoríos españoles, aunque por ahora la tengan usurpada los reyes franceses, como por extenso lo declararémos y probarémos, cuando la corónica llegare con el ayuda de Dios á contar la sazon y los tiempos de vuestro reinado. Por ahora baste saber esto della, pues parece que se nos vino de su grado revuelto con la relacion de España, para que cuando placiendo á Nuestro Señor la cobraremos y fuére junta con los señoríos españoles tengamos noticia cual fué y en qué tiempo su fundacion y principio. No dejaré de señalar en este caso, pues nos toca tanto, que los libros de san Eusebio, y aun los de Solino tambien por culpa segun yo creo de sus trasladadores y escribientes, ponen la poblacion de Marsella mucho mas trasera y antigua de lo que señalamos aquí: pero claramente parece ser la culpa de quien digo, pues sabemos averiguado que todos aquellos foceenses griegos, sus fundadores, vinieron huyendo de Yonia la de Asia, por la tiranía de Harpalo capitan del rey Ciro, y duraron en todos los negocios que dejamos escritos, hasta los primeros tiempos del otro rey persiano llamado Darío hijo de Histapes, en cuyos dias aconteció verdaderamente la fundacion de Marsella, segun Agacio Griego lo declara. De manera, que ni aquel Harpalo, ni su rey Ciro, ni los años que los foceenses gastaron en su peregrinacion, considerando todo como se debe considerar, fueron primero, ni despues de los tiempos que dejamos aclarados. Esto fenecido, los cartagineses africanos sintiéndose prósperos y vencedores de sus adversarios los foceenses, con reparo grande de todas sus quiebras antiguas, despacharon navíos y gente sobre las islas de Mallorca y de Menorca, para que renovasen las estancias viejas de la ribera, que sus antepasados muchos años ántes habian allí hecho: los cuales no contentos con reparar lo derrocado, fundaron de nuevo palizadas y torrejones en sitios bien pertenecientes á su propósito. Quisieran tambien esta vez procurar alguna comunicacion en España por las tierras mas cercanas, que caian en las fronteras destas islas: sino que los saguntinos de Monvedre con otros españoles sus confederados, temiendo la potencia de Cartago, que ya por todo cabo se conocia, rehusaron mucho recibirlos entre sí, ni les placia con la vecindad destas islas, aunque le caian apartadas, solo por la color que desde ellas tomaban los cartagineses en este caso. Y así quedaron los negocios en aquellas partes suspensos, sin que los unos ni los otros alterasen alguna cosa. Por lo cual quiere tambien la corónica dejarlos ahora, basteciendo sus estancias de Mallorca, para tornar á la cuenta de lo que hicieron los fenicios de Cádiz, contra los pueblos y gentes andaluces sus vecinos y comarcanos.

CAPÍTULO XXVII.

Como los andaluces tomaron armas abiertamente, para resistir los desafueros que Cádiz y sus fenicios hacian en su region. Y de cierto socorro de gente griega, que los tales fenicios hubieron para resistir, con que remediaron mucha parte de sus hechos.

Eran ya por este tiempo tantas las demasías que los fenicios de Sidon y de Tiro, con los otros sus parientes de Cádiz hacian en España, que por ningun modo se podian esconder sus encubiertas, ni la simplicidad de los pueblos entre quien trataban, bastó para no sentir los desórdenes grandes, que con su codicia de riquezas cada dia tentaban: porque no contentos haber ocupado lo mejor y mas provechoso de todas estas provincias, y tenerlas manifiestamente de su mano, tomaban por engaño los hombres y mujeres cuantas podian haber, y con achaque de los llevar á labores y jornales, de que fingian tener muy gran necesidad, prometiéndoles sus acostamientos ordinarios, los metian en las cuevas, y mineros de plomo, y estaño, y azogue, plata y oro, de que toda el Andalucía estaba llena, para que cavasen y sacasen aquellos metales. Y despues que los tales andaluces allí venian jamás los dejaban salir, poniendo muchas guardas en ellos, y haciéndoles trabajar noches y dias tan sin piedad, que poco tiempo vivian

en aquella desventura: lo cual era solo consuelo de tantos males. A muchos otros con palabras engañosas traian á sus fustas y navíos, y los pasaban en Tiro, y en Sidon, y en África y en la Siria, y en otras diversas partes del mundo, donde los vendian y se aprovechaban dellos por esclavos. Sin esto, la ciudad con el templo que tenian edificados, parecian tan aventajados y tan engrandecidos, que notoriamente desde ellos bastaban á hacer cuantos daños quisiesen, porque ninguna fortaleza de la provincia se les igualaba, ni podia comparar. Y con ser ella tal, traian dentro multitud de españoles, á la verdad detenidos: si procuraban de salir fuera, luego los mataban con diversos géneros de tormentos. Y tambien si conocian persona principal de quien les pudiese venir algun daño, procuraban de la traer allí con alguna cautela donde luego era muerto. La cual costumbre parece que fué siempre natural á la nacion destos fenicios desde sus principios, en ser crueles y matadores, segun Aristóteles apunta, diciendo llamarse fenicios, porque solian matar á cuantos hallaban donde quiera que viniesen con sus navíos. Y porque (como declara) Fenize ó Fonebin en lengua griega significa matar, los llamaron fenicios, y Fenicon al tal deseo de hacer muertes: dado que muchos historiadores afirmen nombrarse fenicios, por causa de cierto varon egipciano llamado Fenice, que primeramente hizo poblaciones en aquella tierra. Desto se puede conjeturar el provecho que resultaba de la gobernacion de Argantonio por aquellas comarcas, pues todos los tiempos que las historias platican de su vida, no dan á sentir agravio ni desafuero público, que los fenicios obrasen contra los andaluces: y luego como cuentan su muerte, tornan á tratar dellos las crueldades y fuerzas primeras: las cuales dicen, que siendo cada dia mas claras y mayores, los andaluces comenzaron en muchas partes á recelarse dellos, no los recibiendo en sus lugares cuando venian, huyendo la peligrosa conversacion que los dias pasados habian tenido: por tal arte y manera, que de lance en lance creció la enemistad y el enojo de veras que los fenicios sobreseyeron en ello poco tiempo lo mas disimuladamente que podian, porque no se turbase ni rebelase toda la gente de la tierra. Los andaluces viendo ya que sus enemigos no venian, como solian á fatigarlos en sus casas, y que desde la ciudad principal y sus derredores eran los daños que hacian, salieron ellos tambien por allí, como por los otros campos y despoblados de la tierra, donde cuantos fenicios topaban maltrataban gravemente, hiriéndolos, y destruyéndoles las personas, con todo lo demás que tocase á sus haciendas y tratos, y generalmente les ponian á toda parte tales estorbos, que ni se les osaban desmandar como solian, ni discurrian tan sueltos como primero: mas á la sazon estaban los fenicios tan arraigados en aquellas comarcas, que aunque no tuviesen las entradas y salidas mucho libres, pusieron gentes armadas en los pasos principales, y lo demás que poseian, teníanlo tan á buen recaudo, tan fortalecido, y con tales defensas, que fuera muy dificultoso despojarlos dellos. Con esto gastaron años y tiempos los unos y los otros, en trabajos y discordias continuas. En fin de las cuales conociendo los andaluces, que de todos cuántos recuentros habian con ellos alcanzaban siempre victoria, y que ya notoriamente los fenicios andaban atemorizados, apretáronlos mas de recio que nunca, tan denodados y con tanta determinacion, que por ningun modo se pudieran valer ni amparar, si no fuera por las torres y lugares fuertes que poseian en la comarca: de los cuales hubo muchos quemados y derrocados por el suelo, muchos tambien donde no pudieron obrar aquel daño, fueron ganados á fuerza de combates: y si quedaron algunos lugares de fenicios dentro de la tierra, serian de muy poca substancia, tales que no miraron en ellos, ó los andaluces no los tuvieron en algo. Verdaderamente pudieran aquella vez echarlos fuera de todo punto, sino llegaran á la sazon en el Andalucía ciertas galeras medianamente proveidas de gente griega, naturales y nacidos en la mesma tierra de Grecia: los cuales andaban huidos ó desterrados de sus casas. Y sabida la fama de la riqueza que tantos años aquellos fenicios continuo sacaban de España, se vinieron á ella como mejor pudieron. Así que tomaron tierra dentro de los puertos españoles de nuestro mar Mediterráneo, pocas leguas ántes del estrecho de Gibraltar, sin estorbo ni contradiccion de nadie. Los fenicios oida su llegada, vinieron á ellos prometiéndoles crecidos intereses, ofreciéndoles confederacion perpetua de su compañía: y con éstos, y con alguna gente de moros africanos, que cogieron á sueldo, se tornaron á derramar por el Andalucía, renovando la guerra tan de presto, que brevemente cobraron casi todos los mineros, y torres y sitios fuertes que primero poseian: en lo cual aunque parte de los españoles mirasen, y les pesase dello, no movieron ni se determinaron á resistirles por el presente, creyendo que solo pretendian cobrar lo perdido, y que con acordarse de la guerra pasada, quedarian tan escarmentados, que por no se ver en otra tál cesarian en las prisiones y crueldades que primero tentaban contra las gentes y pueblos de la tierra. Pero como la victoria por la mayor parte traia consigo soberbia, mayormente si malos la tienen, considerando los fenicios y sus allegados, que los andaluces no se movian, y les dejaban salir con todas sus presas y robos, creyeron que de temor lo hiciesen, y comenzaron de nuevo los daños y crueldades acostumbrados, mucho mas continuos y mas públicos que solian, formando la guerra manifiesta, como contra sus enemigos capitales, matándolos y destrozándolos donde quiera que los hallaban en el campo y en los poblados. Y no contentos con esto procuraron de tomar á pura fuerza la villa nombrada Turdeto, que por estos dias era cabeza de todo lo mejor de las gentes andaluzas, y al dicho de sus naturales della, fué la primera y mas antigua de cuantas en aquella tierra se poblaron. Ésta (segun las señas que de su sitio pone Juliano Luca Diácono) solia ser todos los dias que por allí duró, en el medio camino que iba entre dos villas, nombradas en su tiempo Cesariana y Arcobriga (1) que son ahora ciertamente Jerez de la Frontera y Arcos, mucho conocidas y sabidas en el Andalucía, desviadas cinco leguas la una de la otra. Puesto que (como el mesmo Juliano confiesa) la poblacion Cesariana no era fundada cuando los fenicios de Sidon y de Tiro, quisieron sojuzgar á Turdeto: pero certifica que Turdeto y Arcobriga, caian muy cercanas al magnífico templo, y á la gran

(1) Cesariana se reduce ciertamente á Jerez de la Frontera; pero, tocante á Arcobriga no se sabe que haya existido en Andalucía un pueblo de tal nombre. La villa de Arcos, de que luego hace mencion el autor, llamada en inscripciones colonia Arcensium, se llamó antiguamente Arci, y no Arcobriga.

ciudad que los fenicios y sus allegados los de Cádiz allí poseian: desde la cual obraban todas aquellas demasías y desafueros.

CAPÍTULO XXVIII.

De las poblaciones que los de Cádiz y sus fenicios habian estos años fundado sobre la costa del Andalucía: y como la gran ciudad y su templo que tenian dentro de la tierra, fueron destruidos con todos sus valedores. Declárase tambien el sitio de la ciudad y del templo, con el nombre que tuvieron en aquel siglo.

Visto por los andaluces que siempre las enemistades pasaban adelante, y que por haber ellos aflojado la resistencia, perseveraban los fenicios en su mal propósito, tomaron de nuevo las armas, y juntando consigo cantidad de los célticos que los años ántes hubieron venido de la Lusitania, comarcanos á la provincia donde pasaban estas cosas, comenzaron á salir por los campos, y á defender las demasías y daños que los fenicios hacian: en la cual demanda entraron aquellos célticos muy de buena voluntad, porque ya tenian contrataciones y ligas con parte destos andaluces, y conjeturaron que si los fenicios de Sidon y de Tiro, y los otros sus confederados prevaleciesen contra ellos, emprenderian lo mesmo contra los célticos. Así que todos juntos puestos en el debate, recudian á cuantos peligros y trances venian, tan sin pavor y con tanto denuedo, que cada dia los arrancaban de la provincia, matándoles gran parte de sus compañas: y como los derramamientos de sangre fuesen muchos y muy continuos, andaban los andaluces tan embravecidos, y tan cebados en usarlo, que dentro de la tierra por ninguna parte bastaron los fenicios á se les defender, y todo lo principal dellos se vino retrayendo contra la marina, donde tenian algunas flotas suyas y de sus allegados, con que trabajosamente conservaron los puertos y lugares fortalecidos que por allí poseían: cuales fueron la ciudad de Málaga sobre la ribera del mar Mediterráneo: la cual estos fenicios habian edificado pocos años ántes que la guerra se comenzase, llamándola primero Menace, á quien despues los cartagineses engrandecieron mucho con moradores africanos, tanto, que por aquel engrandecimiento les atribuyen á ellos lo principal de su poblacion, como muy presto lo veremos. Tenian eso mesmo los fenicios, y su liga sobre la costa de nuestro mar, otro pueblo fortalecido cerca de la parte donde hallamos ahora la villa de Almuñecar, en el cabo que dijimos, los antecesores destos fenicios haber tomado tierra cuando vinieron en España, con demanda de poblar las colunas de Hércules, segun en el séptimo capítulo deste libro lo contamos; al cual pueblo llamaron ellos Axi (1) ó Exi, dado que despues tambien fué nombrado Sexi. Poco mas oriental sobre la mesma ribera, tenian otro lugar en lo postrero casi del Andalucía, que llamaron Abdera, que parece ser aquel que Tolomeo y la gente de nuestro tiempo llaman Adra, conocido y señalado dentro del reino de Granada, puesto que muchos crean ser la ciudad de Almería, la que llamaban otros tiempos Addera. Los que dicen esto, sospechan tambien que los alárabes y moros africanos despues que pasaron en España, por le decir Abera, la nombraron Abderia: despues nosotros los españoles cristianos, corrompiendo mas el vocablo la pronunciamos Almería. La corónica de España, compuesta por mandado del serenísimo rey don Alonso el Sabio, con todas las otras historias castellanas, escriben, esta ciudad de Almería los tiempos antiguos haberse llamado Urgi: y ciertamente Urgi (1), lugar fué señalado por los cosmógrafos pasados, algo junto con la poblacion de Almería. Tenian eso mesmo los fenicios otro puerto llamado Melaria (2), sobre la canal del estrecho, casi junto con la parte donde fueron despues las Algeciras, y no cerca de Bejel de la Miel, como porfian algunos, pues aquel Bejel está mucho léjos de la boca del tal estrecho. De todos éstos, y de muchos otros edificios que los fenicios fundaron en el Andalucía, no declaran las historias particularmente qué tiempos ó qué dias los comenzasen á morar ni poner otra cosa mas, de tener por cierto que pocos años ántes de la guerra que trabaron con los andaluces, pusieron allí gente de vecindad, en que tuvieron gran acogida cuando fueron desbaratados, y se retrajeron en aquellas partes, donde se repararon y fortalecieron lo mejor que fué posible, mas nó de tal arte, que cuanto por allí trabajaban pudiese mucho conservarse, porque verdaderamente lo principal de su defensa, fué la grandeza de su ciudad y del templo que tenian dentro de la provincia, tan bastecida con gente, y tan guardados y proveidos, que por esta sola causa fueron siempre recelados de los españoles comarcanos: y quien quiera bastaba para conocer que ni los unos ni los otros quedarian jamás en reposo, conservando los fenicios aquellas dos fuerzas en tanta magnificencia, por la cual se determinaron los andaluces á morir ó destruirlos, y pusieron en ello tal vehemencia, con tanta perseverancia de combates, y de tenerlos cercados, que pareciendo imposible fatigar una cosa tan fuerte y tan reparada, no siendo por aquellos dias ellos, ni las otras gentes españoles diestros en poner cercos ni reales, ni en otros primores de guerra, que fuera menester en tal caso. La ciudad fué ganada por fuerza de peleas bravísimas, y todos cuantos en ella se hallaron puestos á cuchillo, donde murió mucha parte de la gente de Cádiz y de los griegos que los dias ántes se le juntaron. Los edificios y muros de la ciudad y su templo fueron derrocados por el cimiento, que casi no dejaron señal dellos: por tal manera, que nunca despues aquel pueblo se pudo restituir en aquella grandeza que primero tuvo, ni vivieron moradores en él, hasta que (como dice Hali Halcatin en el preámbulo del tratado que compuso de los relojes del Sol) muchos siglos despues vinieron en España los alárabes y moros africanos, y restauraron y poblaron de nuevo la ciudad que los de Cádiz, y los fenicios antiguos de Sidon, y de Tiro, sus confederados, hubieron otro tiempo cimentado sobre la tierra firme de España, la cual dice, que sus moros tornaron á llamar por el apellido viejo que los mesmos fenicios le tenian puesto cuando su prosperidad. Pero bien sabemos por las memorias de nuestra gente, que pasados algunos años despues de su restauracion, la tornaron á yermar estos mesmo alárabes y moros, por diferencias y guerras que tuvieron entre sí. Declárase mas en aquel tratado, que puesto que Tiro cuando la sobredicha ciudad española se fundó, floreciese mucho sobre los pueblos orientales, y con

(1) Opínase que es la misma Almuñecar, ántes mencionada.

(1) Situada junto al rio Almanzor. (2) Melaria se reduce al cabo de Plata, tres leguas al occidente de Tarifa.

justa razon se pudiera llamar del mesmo nombre que Tiro, quisieron mas los fenicios darle la nombradía de Sidon, por memoria de Sidon, ciudad antigua de Siria, donde procedieron y fueron naturales los mas de los fenicios que fundaron á Tiro, cuando se juntaron con los eritreos que vinieron del mar Bermejo, conforme á lo que ya declaramos en los treinta y cinco capítulos del primer libro. Segun estas señas pertenecientes al tal apellido, junto con las otras que Juliano Diácono puso de su lugar y fundacion, en el fin del capítulo pasado, con mas las del sitio que primero dijimos en el onceno capítulo deste segundo libro, notoriamente parece ser aquel pueblo tan famoso de los fenicios, en la mesma parte que hallamos ahora la poblacion de Medina Sidonia (1), mucho conocida y notable entre las honradas del Andalucía, cerca de la comarca de Cádiz, apartada de su marina por lo ménos léjos cuatro leguas, y cinco de la villa de Arcos, que le cae contra septentrion metida en la tierra, y otras cinco de Jerez llamado de la Frontera, que tambien le viene por el occidente, con mas tres leguas pequeñas á levante, donde viene Alcalá de los Gazules, que son todos los lugares principales desta provincia. Mucho quisiera yo que los autores á quien en esta parte sigo, declararan á lo largo la manera que los andaluces tuvieron en aquel trance, y los combates que dieron á la ciudad y su templo, y las industrias que buscaron para los entrar, y los hechos particulares que todos aquellos tiempos acaecerian: pero no puedo decir mas de lo que me dicen, ni poner sino lo que hallo puesto, sabe Dios cómo, y cuán á pedazos recolegido. Porque ya que algunos historiadores nuestros tratan este negocio van tan cortos en ello, que lo parecen rehusar, no lo mereciendo cierto la hazaña, segun fué notable y señalada, mas esnos forzado pasar en ello con esta falta, para que la corónica vaya de cualquier manera seguida, y proceda siempre adelante por la órden y regla de sus tiempos.

CAPÍTULO XXIX.

En que se declara quién pudieron ser los griegos que vinieron en ayuda de los fenicios contra los andaluces, y de la nacion antigua que las corónicas españolas nombran los Almonides ó Almozudes.

Podria ser que personas algunas de las que leyeren esta corónica, no queden bien satisfechos en lo que dijimos arriba de los griegos desterrados, que vinieron en ayuda de los de Cádiz y sus fenicios, con los cuales fueron juntamente vencidos, por no dejar allí declarado de qué provincia griega salieron, ó cual fué la causa de su destierro: y verdaderamente cuando yo en este paso llegué, mucho miraba qué gente podia ser ésta, y aun tuve recelo que no fuesen algunas cosas mal consideradas en que nuestros coronistas españoles suelen alguna vez descuidarse cuando hablan en los hechos muy antiguos de España: porque bien tratados los tiempos, y notada su razon cuando lo sobredicho sucedió, no hallábamos en las corónicas griegas gente de su tierra, de quien supiésemos andar ausentes y huidos de su naturaleza, sino todos ellos en gran prosperidad y pujanza, y sus repúblicas grandemente puestas en órden, como fué la ciudad y república de los atenienses que por aquellos dias florecia mucho dentro de su tierra con flotas muy gruesas que traian por la mar de levante, muchos ejércitos, y sobra de gente por la tierra, con que poseian señoríos en todos sus derredores. Habia tambien otro pueblo de los lacedemonios principal y famoso, de capitanes mucho valientes que gobernaban las cosas de la guerra, haciendo cosas notables. Florecian otrosí la ciudad de Tebas y de Corinto, con otros pueblos en aquella provincia que conservaban su libertad, y permanecian asaz triunfantes. Resplandecieron eso mesmo por aquel siglo varones excelentes, que comenzaron á descubrir entre los griegos el secreto de la naturaleza, la substancia de las cosas, la diversidad de los tiempos y sus mudanzas, el movimiento del cielo con sus estrellas, influencias y planetas, y todo lo demás que tocan en los grandes misterios de la filosofía natural y moral. Así que parecía no hallar alguna razon, para que mostrándose Grecia tan prosperada, saliese gente suya huida della con la cantidad que sobre tal caso publican. Solamente hallé cuanto á esto, que pocos años ántes que los de Cádiz y sus fenicios y su ciudad fuesen destruidos aquella postrera vez en el Andalucía, tuvo la sobredicha ciudad de Atenas un tirano llamado Pisistrato el cual se apoderó della, quitándole cierta parcialidad ó linaje de gente, nombrada los Almeonides, que fueron mucho número, con otros sus allegados de gran valor en la mesma ciudad. Éstos anduvieron siempre huidos cuanto Pisistrato mantuvo su tiranía, que fué mas de treinta años: al tiempo que supieron ser muerto, vinieron á la ciudad con la mas gente que pudieron, creyendo bastarian á se meter dentro, para la poner en libertad. Hallaron gran contradiccion en un hijo de Pisistrato, llamado Hiparco, que despues de la muerte de su padre, quedó tambien apoderado en el pueblo con otro su hermano menor que decian Hipias. Al fin de cuatro años, despues de la tiranía destos dos hermanos, Hiparco fué muerto á puñaladas por dos mancebos, llamados el uno Armodio, y el otro Aristogiton: de manera que si fué verdad, algunos griegos huidos de sus tierras en esta sazon, haber entrado por España para socorro de los fenicios de Cádiz y de Tiro, parece que pudieron ser estos almeonides atenienses cuando andaban huidos de Atenas, porque los tiempos en que lo uno y lo otro sucedió, fueron casi todos unos. Y si fueron ellos tambien estos mesmos almeonides, parece que podian ser aquellos que las corónicas de Castilla (corrompido el vocablo) nombraron almonides ó almozudes, que dicen haber entrado por España, haciendo los daños y males que dejamos escritos en el segundo capítulo deste segundo libro, pues el nombre fué casi uno, y tambien todas nuestras escrituras españolas confiesan aquellos almonides ser griegos de nacion: solo discrepan en hacer sus almonides algo mas antiguos que los almeonides, de quien ahora hablamos, y en atribuirles la fundacion de ciertas poblaciones que verdaderamente nunca hicieron como ya por aquel segundo capítulo sobredicho queda declarado. Dejadas, pues, conjeturas aparte, dicen nuestras historias, que desta suerte los moradores de Cádiz con sus fenicios de Sidon y de Tiro fueron arrancados de lo principal que poseian en el Andalucía con sus valedores y parciales, y su templo y su ciudad destruidos de todo punto, por las causas que tenemos contado. Donde

(1) Ocampo no vacila en reducir á esta villa la antigua Turdeto; pero esta reduccion es dudosa, y tan cuestionable como la misma existencia de Turdeto.

claramente pareció, los negocios llevados con soberbia, demasías y crueldad, como lo llevaron estos fenicios, jamás tener buena salida ni buenos fines; al contrario de los que seguian con templanza, moderacion y buen tiento, que son las tres cosas que mas juntas andan con la prudencia: puesto que Justino en el postrero libro de sus corónicas diga, que todas estas guerras y daños, cuantas los españoles hicieron contra los de Cádiz, y contra sus confedérados, fué por la mucha prosperidad, y grandes acrecentamientos del gran templo y de su ciudad, y no por otra causa ni razon justa: lo cual todo segun va contado y escrito, fenecieron, y se concluyó cerca de los años de quinientos y diez y siete primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese; poco despues que Darío, rey de los persianos, alzó de todo punto la sujecion y cautiverio que los judíos padecian en Babilonia, donde residieron por espacio de cincuenta años, desde los tiempos que Nabucadnecer ó Nabucodonosor, el segundo deste nombre, que tambien vino en España, los llevó desde Judea. No es este Darío aquel rey á quien despues venció el gran Alejandro, rey de Macedonia, sino un otro venturoso y notable príncipe, que como ya dije, los historiadores griegos y latinos llaman hijo de Histape: los libros hebraicos, algunas veces por otro nombre le dicen Artajerje, segun afirma Rabi Salomon, y Aben Esdras, en cuyo tiempo sucedieron por el mundo cosas muy notables y señaladas, como fueron la reedificacion del templo de Jerusalen, el cual habiendo quedado destruido por los cimientos desde que Nebucadnecer lo quemó, fué concluida su labor, y perfectamente restaurado por consentimiento deste rey, en el año segundo de su imperio. Aconteció mas en sus dias, la fundacion de Marsella, la muerte de Hiparco, el tirano de Atenas, en España, lo cual dejamos escrito de los fenicios. En Italia tambien los romanos poco despues que los tales fenicios quedaron destruidos, quitaron de su ciudad los reyes que tenian y pusieron dos personas cadeñeras que gobernaban su república. Muchos otros acontecimientos y hazañas pasaron en aquella sazon, de quien los historiadores hacen notable memoria: las cuales no ponemos aquí por no pertenecer á la corónica de España.

CAPÍTULO XXX.

Como los de Cádiz y sus fenicios viéndose vencidos de los españoles, enviaron mensajeros á la gran ciudad de Cartago en África, pidiéndole favor, y de la buena respuesta que los cartagineses les dieron con ayuda de gentes, y de cuanto pedian.

Conociendo los de Cádiz y sus fenicios que ya por ningun modo se podian conservar entre los andaluces, y que toda la gente de sus fronteras andaba movida contra ellos, tuvieron gran temor que pasados adelante se meterian dentro de la isla, para destruir cuantos pueblos hallasen en ella. Y mirando ser este peligro muy cierto si los andaluces porfiasen en la guerra, congojábanse mucho, no sabiendo parte, ni pueblo ni provincia donde pudiesen haber socorro, porque ya la ciudad de Tiro no tenia tal prosperidad cual solia, para que de allí lo esperasen, á causa que pocos años ántes del tiempo que tratamos ahora, gran multitud de esclavos extranjeros, nacidos en diversas provincias que moraban dentro della, se rebelaron contra sus amos, y puestos en armas despedazaron cuanta gente hallaron dentro, y así tenian usurpada la ciudad con enemiga terrible de todos aquellos que primero valian, y podian algo en Tiro, y en cualquiera otra parte de su parentela. De manera, que con estar aquella ciudad de Tiro muy enflaquecida y deshecha por el daño que desto resultó, no hallaron los de Cádiz y sus confederados otro remedio, sino despachar embajadores á la señoría cartaginesa pidiéndoles ayuda, como de parientes principales entre su linaje, pues como ya contamos en lo pasado, la gran ciudad de Cartago con lo mejor de Cádiz fué todo poblacion de los vecinos de Tiro, y los de Tiro, de los de Sidon y de los eritreos: de suerte, que sucedian los unos de los otros en una mesma gente y linaje. Estos cartagineses africanos andaban ya tan poderosos á todo cabo, que su ciudad era de las principales del mundo. Por tierra poseian las mejores provincias y tierras africanas, con casi todas las islas que van desde las fronteras de Italia, hasta el estrecho de Gibraltar: y por el agua, ningun pueblo de cuantos habia por esta sazon traia tales armadas, ni tal potencia sobre la mar: de lo cual allende que los autores gentiles cuantos escriben historias todos lo confiesan, hallamos tambien grande relacion dello por muchas partes de la Sagrada Escritura y profetas, alabando las armadas de Tarsis, que dicen ser la mesma que la gran Cartago, segun escribieron los setenta intérpretes que trasladaron aquel santo volúmen de hebraico en lengua griega. Y puesto que la ciudad de Roma tambien aquel tiempo creciese por las regiones italianas, y subiese cada dia mas, cierto sabemos que por estos dias no se comparaba con el poder de la gran Cartago. Llegados en África los mensajeros de Cádiz, hicieron muy entera relacion de cuanto pasaba en España, declarándoles el estrago que los andaluces habian cobrado por sus ejércitos, y como los tenian despojados de todas sus tierras cuantas poseian acá, las cuales eran suyas pacíficas, heredándolas de sus antepasados, labrando por ellas fortalezas y torres, edificando poblaciones, aclarando muchos mineros de metales y de pedrería preciosa, con acrecentamiento, prosperidad y mejoría de la provincia, procurando eso mesmo todos los bienes y provechos que podian á los naturales della, mostrándoles muchos artificios de gran industria, razon y humanidad: pero que los tales con su ferocidad y crueza natural, no agradeciendo cosa déstas, los habian echado fuera del todo, y embravecídose por tal arte, que ya no contentos con las muertes y destrozos que por ellos hicieron, se determinaban tambien á pelear contra los dioses, y contra sus ministros, no teniendo memoria ni veneracion á las cosas divinas ni humanas, y les habian abrasado su templo que mandó cimentar y hacer el dios Hércules, con quien así los de Cádiz y de Tiro, como la gran señoría de Cartago tuvo continuamente su principal devocion, y les habian asolado la ciudad que tenian debajo de la proteccion y defensa de su divinidad, que no ménos la pudieran contar por lugar santificado y religioso de sus dioses, segun su concierto, justicia, buena gobernacion, y santa manera: la cual ya que todas las otras cosas le faltaran, merecia durar para siempre por la suntuosidad y hermosura de sus edificios, y por los trabajos grandes, fatigas y gastos con que la hicieron: y que no contentos los andaluces con haber intentado tantas enormidades tan crueles y tan extra-

nias, cuales nunca se podrian contar, querian ahora pasar dentro de Cádiz para los acabar de todo punto, hasta que no dejasen memoria dellos, y despojarlos de la poca tierra donde su dios Hércules, hijo de Osiris, los habia puesto primero, y despues los de Tiro y Sidon se habian conservado con sobrada gloria de todo su linaje. Por tanto les rogaban, que mirados estos agravios, como personas que tenian á la sazon el mayor poder y señorío de las gentes, en quien debian hallar remedio los afligidos y desconsolados, les favoreciesen á tal necesidad, aunque no fuese por mas de por vengar el desacato que se tuvo contra los dioses inmortales; mayormente que segun el parentesco de los unos á los otros, era notorio de todos los daños que por Cádiz viniesen, cabia gran parte dellos á la república cartaginesa. Con esto pusiéronles delante la grandeza y excelencias de España, su fertilidad, sus abundancias, los crecidos bienes que tenian de ganados, pastos, herbages, bosques y montañas, las riquísimas venas de metales, los muchos y copiosos mineros de plata, de oro, de piedras preciosas, de las cuales mostraron margasitas y señales en gran diversidad, para que con la codicia desto, se moviesen á mas fácilmente les ayudar. Alabábanles eso mesmo la buena gracia del sitio que tenia, diciéndoles cuan apropiada la hallarian para los tratos de navegacion, por estar casi toda rodeada de mar, llenísima de puertos abrigados, donde podria Cartago tener salida para sojuzgar con sus flotas el mar Océano de poniente, no ménos el Mediterráneo de levante desde el estrecho adentro, por haber en ella todos los aparejos cuantos en esto podian desear. Declaráronles otrosí, la condicion y manera de los españoles, como todos en general eran por aquel tiempo gente sin recelo de mal ni de bien que les pudiese venir, cuán simples y descuidados vivian en todos sus negocios, esto no solamente los andaluces con quien habian de tratar la pendencia, sino tambien las otras naciones de mas adentro, que ni se favorecian, ni se buscaban, ni casi se conocian, y cuanto mas adelante de la tierra moraban, tanto mas eran ásperos y silvestres: lo cual seria todo muy gran ocasion, para que fenecido lo del Andalucía, pasasen los cartagineses á las otras provincias y naciones restantes, y las ocupasen fácilmente, sobre lo cual prometia Cádiz darles tal industria, que muy en breve poseyesen todas las Españas á su voluntad. Finalmente tantos artículos dijeron en esta razon, y tan bien lo supieron representar, que los cartagineses movidos á tan gran interés, determinaron darles cuanto favor fuese posible, puesto que tenian ocupaciones gravísimas de negocios importantes, y conquistas emprendidas en otras partes á que les era necesario mirar: pero con todas ellas luego como mejor pudieron, aparejaron fustas y gente con capitanes y municion, mandándoles que de camino si fuese posible, requiriesen las palizadas y reparos en las islas de Mallorca y de Menorca, que los años ántes habia su gente labrado por allí, con lo restante que sobrase, dejándoles buen recaudo cuanto bastaba para las retener, se juntasen con estos otros á la jornada de España. Lo destas islas no se pudo por el presente hacer tan cumplido como debiera, y así despues de todos embarcados y juntos, llegaron á Cádiz con los embajadores sobredichos, que venian muy contentos á maravilla del buen despacho que traian. Ésta fué la primera jornada que los cartagineses africanos hicieron de propósito á la tierra de España, en el año siguiente despues del rompimiento y desbarato de los fenicios de Cádiz, cuando se contaban quinientos y diez y seis años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios; y mil, y seiscientos y cuarenta y ocho despues de su poblacion. De la cual entrada redundaron adelante mayores y mas terribles turbaciones en diversas provincias della, que todas las pasadas, como lo veremos en el proceso desta gran obra. No faltan algunos escritores nuevos de mi tiempo, que certifiquen haber sido la tal venida de los cartagineses africanos en España muchos años adelante, de lo que la ponemos en esta parte: y ciertamente hiciéramos dellos aquí poca cuenta, si no tuvieran de su parcialidad al maestro Antonio de Lebrija nuestro preceptor, en un tratado que comenzó de hacer en lengua castellana, declarando las antigüedades españolas, por mandado de la serenísima reina doña Isabel nuestra señora natural: pero de creer es, que si lo feneciera y emendara, siendo persona tan escelente, mudara lo que en esto dijo, juntamente con algunas otras cosas que tambien allí ponia, pues todas las historias auténticas de España cuantas en esto hablan, lo señalan en el tiempo que lo señalamos aquí. De las corónicas latinas ninguna lo contradice: muchas de las griegas declaran, que muy pocos años adelante deste tiempo que tratamos ahora, los cartagineses en sus guerras africanas y de Sicilia, trajeron ejércitos españoles del Andalucía, cogidos á sueldo, significando la contradiccion que ya comenzaban á tener en aquella provincia, segun que muy presto lo contaremos todo por extenso.

CAPÍTULO XXXI.

En que se cuentan los nombres de las gentes y naciones españolas que moraban en el Andalucía, cuando los cartagineses vinieron allí para favorecer á los de Cádiz y sus fenicios, contra los provinciales de la tierra.

Luego como los cartagineses aportaron en Cádiz con aquel buen aparejo de su flota, lo primero que hicieron fué comenzar á correr la marina frontera del Andalucía, considerando los puertos y lugares de quien se podrian aprovechar en lo venidero. Despues que lo tuvieron conocido, saltaron dentro de las comarcas, y pusieron en ellas sus guarniciones bien ordenadas, así por aquellos lugares y castillos que los fenicios primero tenian sobre la costa, como por otras fortalezas y moradas, que tambien ellos comenzaron á poblar de nuevo, desde los cuales calaban y penetraban de dia en dia, haciendo daño en los andaluces adversarios de Cádiz, así que muy en breve tuvieron noticia cumplida de todas las maneras y tratos y condicion de la gente con quien venian á competir, y del sitio de su provincia que llamaban al presente Bética, con los asientos y calidad de toda su comarca, juntamente con cuantos provechos dentro contenian. Hallaron ser cosa muy cierta la fertilidad, y los mineros de plata y de oro y de pedrería preciosa que los de Cádiz habian publicado, y aun mucho mas de lo que dijeron ellos. Notaron otros los aledaños y límites y linderos que tomaban dentro toda la provincia Bética: los cuales como dejamos ya señalados en el primer libro, comenzaban á la parte de mediodía, desde la boca del rio Guadiana por la costa de la mar, hasta una villa nombrada Murgi, pueblo principal en aquellas marinas, que despues fué dicho Murgacras, como presto se verá, y ahora le decimos Muxacra. Desde aquí pasaba el otro lindero de la tierra por cerca de la villa de Vera; que tambien la

decian en aquel tiempo Velaria, donde comenzaba una raya derecha, que fenecia sobre la ribera del rio Guadiana, poco mas alto de donde hallamos estos dias Villanueva de la Serena: despues aquel mesmo rio fué la raya, mojon y aledaño desta provincia por los lados de septentrion y poniente. Supieron mas los cartagineses nuevamente venidos, que por todo el espacio de la tierra contenido dentro destos límites, vivian tres diversidades de gentes españolas discrepantes en los apellidos, aunque conformes en la lengua, condicion y manera de vivir. Los unos decian Bastulos, moradores en la marina solamente, de la costa que viene desde Tarifa, hasta las sobredichas villas de Vera y Muxacra; cercanas mas á la mar en todos aquellos dias que no las vemos ahora. En una pequeña parte desta ribera sobre la canal del estrecho, residian dos linajes de bastulos, unos llamados Masienos (1), otros Selbisos (2); entre los cuales hubo moradores fenicios, segun dijimos, que tambien por allí como por toda la marina oriental de mas adelante, bastecieron pueblos de gente de Cádiz y de su nacion, cuales fueron Málaga y Almuñecar y Salobreña y Adra con las Algeciras, sobre las cuales andando los tiempos multiplicaron estos cartagineses en aquella mesma costa muchas otras tanto, que toda la vivienda desta marina se tuvo despues entre los antiguos por cosa de fundacion y cimiento cartaginés, incorporado con los andaluces bastulos antiguos, cuyo nombre y apellido permaneció por allí largo tiempo. Encima destos bastulos, moraban otros españoles nombrados Turdulos, y comenzaba su comarca de un lado sobre la mar, junto con el puerto de Menesteo, que llaman ahora de Santa María, donde casi los mas que dentro moraban era gente griega de nacion, mezclada con españoles, y los unos y los otros confederados á Cádiz: pero no participantes ni contentos de los daños que los dias pasados aquellos fenicios obraban en el Andalucía. Desde aquel puerto pasaba la provincia de los turdulos por dentro siempre de la tierra, entre Jerez y Medina Sidonia, y entre Arcos y Alcalá de los Gazules, y subian por allí contra el septentrion oriental, hasta cruzar con el rio Guadalquevir, pocas leguas abajo de donde fué despues Córdova fundada: la cual se contó por discurso de dias entre los mesmos turdulos andaluces. Proseguia mas la division por las faldas de un pedazo de Sierramorena, hasta dar en la raya primera y oriental de Bética. Con una pequeña parte destos turdulos andaluces en que caia Medina Sidonia, Bejel, Alcalá de los Gazules, era la principal competencia de los fenicios de Cádiz, porque las gentes de la costa cuantas moraban desde el puerto de Santa María, hasta cerca de Conil, todas favorecian á Cádiz: las cuales eran por aquellos dias, llamadas los turdulos curenses (3), y tenidas entre ellos como linaje sobre sí. Desde Conil á Tarifa, moraba tambien otro linaje de los mesmos turdulos andaluces, á quien antiguamente llamaban Lignios, contados en aquellos que los griegos por sobrenombre dijeron tartesios. Destos lignios solian creer mucha gente, que cuantos en aquella casta nacian, tenian siete costillas no mas en cada lado, siendo cierto, segun los escritores antiguos afirmaron, que todos los hombres del mundo nacen ordinariamente con ocho costillas, y mucho mas cierto que son doce por cada lado. Decian eso mesmo todos ellos, no tener tantos dientes como las otras gentes ó naciones. Muy apartados moraban adelante dos linajes de turdulos andaluces, dichos por nombre propio Melesos (1) y Girisenos (2), en la tierra donde son ahora la ciudad de Jaen, y las villas de Alcaudete, Arjona, Vaena y Alcalá la Real: los cuales melesos y girisenos ocupaban toda la comarca por allí, hasta las aguas del rio Guadalquevir. El espacio restante de la Bética ó Andalucía, hasta dar en Guadiana, poseian otros españoles nombrados Turdetanos, que fueron siempre la mayor parte de todas estas provincias, y los que cuando vinieron aquellos cartagineses en España, tenian mas lugares y mas poder en la tierra: y aun despues vino tiempo que casi tomaron dentro de sí las otras gentes de los turdulos arriba dichos: donde resultó lo que muchos autores cosmógrafos afirman en sus libros, diciendo los turdetanos antiguos, y turdulos del Andalucía ser una mesma nacion, como se puede ver en Tito Livio, y en el tercer libro de Estrabon, donde dice, que ya por su tiempo no les hallaba diferencia, ni parecia division que los apartase. Tenian estos turdetanos andaluces linajes y parentelas entre sí, como tambien tenian los otros andaluces turdulos y bastulos, unos llamaban Cibicenos, que poseian solamente tres leguas de la marina, cuanta va desde el puerto de Santa María, hasta la boca de Guadalquevir, en cuya mitad estaba la torre Geronda, de quien hablamos en el primer libro, morada vieja de Gerion, el antiguo tirano de España. Dentro de la tierra vivian otros turdetanos llamados Ileates, y cerca dellos otros que se decian Cempsios, y metidos poco mas adelante los Maneos, todos estos entre Guadalquevir y Tarifa, porque del otro lade del rio contra la vuelta de poniente, solo hacen los cosmógrafos memoria de los albicenos turdetanos, y tambien de los cinitas (3), que tomaban dentro de sí gran pedazo del rio Guadiana, puesto que tambien escriban haber otro tiempo morado por aquellas fronteras los cempsios ya dichos: y por guerras que tuvieron con sus comarcanos, dicen que pasaron á Guadalquevir, y se quedaron del otro lado del agua, donde residian en este tiempo. Fueron tambien otros turdetanos llamados Colimbros, y mas otros que se decian Astiros, como lo certifican entre nuestros coronistas los dos Julianos, no moradores en comarca, ni region apartada, sino repartidos entre las poblaciones y lugares de su gente. De todos los turdetanos en general, fué cabeza mayor la ciudad de Turdeto, de quien ellos parece que tomaron su nombradía: la cual en aquellos dias hubo dado mucho favor para la destruccion del templo y ciudad de los de Cádiz y sus fenicios, por ser tan allegadas la una con la otra, que segun las señas hemos ya declarado de su postura, no parece que pudo ser entre ellas ambas mas que tres ó cuatro leguas de viaje.

(1) Leyendo á Rufo Festo Avieno, se infiere que los masienos moraban entre el rio Guadalete y el Estrecho de Gibraltar. (2) Selvisos, selvisinos, albicinos, celvicios, y celvicenos, fueron todos unos mismos pueblos, colocados por Avieno en la costa que corre desde Cádiz á la boca del Guadiana. (3) A la costa oriental de la bahía de Cádiz da Plinio el nombre latino de Litus Corense.

(1) De estos pueblos habla Tito Livio, y en ellos coloca á Aurigi, que se reduce á Jaen. (2) Plutarco, en la vida de Sertorio, habla de los girisenos y los pone inmediatos á Castulon, por lo que no es verosimil que cayesen en las inmediaciones de Jaen, como lo supone Jimena en la historia de dicha ciudad. (3) Los cinitas, llamados tambien cinetas, vivian en aquella parte de la costa de Portugal en donde ahora se descubre la villa de Sines, al sur del cabo de san Vicente



Irrupcion de los cartagineses.

CAPÍTULO XXXII.

Del bravo recuentro que los capitanes cartagineses recien venidos en España, pasaron en llegando con algunos andaluces contrarios, y de la guerra que se comenzó de los unos á los otros en aquella tierra.

Pasada la flota cartaginesa desde Cádiz en lo firme del Andalucía, hechos algunos saltos y robos primero por las marinas, y despues algo mas dentro por la comarca, segun ya contamos, comenzaron muchos lugares á se recelar y bastecer y pertrechar contra sus dañadores, particularmente los vecinos de la ciudad de Turdeto, de quien ya tenemos escrito, los cuales, con mucho mas poder, y mas diligencia que ninguno de los otros pueblos, se pusieron á punto, no solo para resistirles, sino tambien para los ofender, si dañasen alguna cosa de su ciudad. Acaudilláron otrosí la gente comarcana, señalando por capitanes y cuadrilleros entre sí, personas que tuviesen cargo del negocio, entre las cuales personas dicen haber sido principal capitan y caudillo sobre todos, uno llamado Baucio Caropo, ó segun lo nombra don Sebastian electo de Salamanca, en el prólogo de sus historias, Bocio Capeto, natural y morador en aquel pueblo de Turdeto, varon de crecida estatura, dotado de grandes fuerzas y esfuerzo, pero nó de ménos virtud y prudencia, tanto, que ya desde muchos años ántes juzgaba la gente de su ciudad, y lo mas de todas sus comarcas en los pleitos y debates que sucedian con otros siete varones semejantes á él en bondad y discrecion, á quien este Baucio tenia señalados para compañeros de su cargo, muy entendidos, y sabios todos ellos en la geometría, leyes y filosofía moral de los andaluces turdetanos: las cuales leyes fueron antiquísimas, segun escribimos en el tercer capítulo del primer libro, y comunmente las aprendian de cabeza los varones nobles y principales de esta gente, para que teniéndolas en memoria, supiese gobernar á sí, y á los otros vulgares de sus pueblos. Eran aquellos gobernadores, y tambien Baucio Caropo, de la generacion y linaje que dijimos en el onceno capítulo deste libro, morar por las comarcas fronteras á Cádiz, á quien solian revelarse cosas venideras en sueños, y ni mas ni ménos declaraban otras visiones que cualquier hombre soñase, si traian significacion de cosa venidera. Salian sus pronósticos por la mayor parte tan verdaderos y ciertos, que comunmente reputaban aquella casta por gente divinal. Siendo, pues, tal este Baucio Caropo, sabido que los cartagineses y todos los de Cádiz eran ya pasados en el Andalucía, donde repartidos por la tierra, luego de la primera llegada quemaron ciertas caserías, y tomaban ganados, y prendian, y mataban hombres de su nacion cuantos hallaron á la mano: pesquisó contra qué parte discurrian ciertas banderas africanas que hacian lo mas deste daño: las cuales tuvo noticia muy cierta que corrian el campo mas delanteras que las otras, y se recogian en una palizada que por allí tenian, cercada de fosas y bien fortalecida, con un capitan cartaginés mucho diligente y astuto, llamado Mecerbal, ó segun otros escriben, Maharbal, que procuraba de sostener aquella pendencia mas que nadie. Luego como de todo fué certificado Baucio Capeto, salió de su pueblo venida la noche, con el número de gente que le pareció necesario. Y llegados á las estancias de los cartagineses, acometieron por todas partes tan animosamente, que saltadas las fosas, entraron lo fuerte de la palizada, donde se comenzó la matanza mucho cruel y sangrienta, con tanta presteza que casi nadie pudo librarse de prision ó de muerte, sino fueron Mecerbal el capitan, y muy pocos otros, que viéndose perdidos, tomaron caballos, y desamparada la gente que moria, se pusieron en salvo, heridos y maltratados primero que de la palizada saliesen. Con esto los turdetanos y su capitan tornaron á la ciudad; y los despojos que por allí ganaron, aunque fueron pocos, y no muy preciosos, los colgaron en el templo de sus ídolos, con algunas manos diestras que cortaron á los muertos principales, y las pusieron entre las otras preseas, como lo tenian de costumbre, por memoria de sus victorias. Aquello fenecido, porque la gente gustase mas de la prosperidad, y los enemigos cobrasen doblado pavor, el dia siguiente Baucio Caropo vino por las riberas abajo del rio que decimos ahora Guadalete, caminando contra la mar, de quien hablarémos adelante mas particularidades en los treinta y cuatro capítulos venideros: y como supiese que tambien allí tenian los cartagineses algunas barcas y bateles llenos de mantenimientos, y de diversa provision, acometiólos presto con mucha ferocidad: y tomados á prision, algunos que se defendian les puso fuego, quemándolos casi todos con cuanta carga tenian. Esto dió gran temor á los contrarios para no se desmandar como quisieran, y para vivir mas avisados que primero: pero mucho mas los refrenó cierto salto, que poco despues el mesmo Baucio quisiera dar en otro reparo cerca déste, puesto que no pudo venir en efecto como lo pasado, porque los cartagineses que lo defendian, cuando supieron que Baucio llegaba, desampararon el sitio, dejando todas sus armas y provisiones, sin esperar á recoger cosa dellas, como negocio que les iba ménos que en salvar las vidas, ó tambien porque detenidos los enemigos en el robo, tuviesen los cartagineses mas lugar en la huida, como de hecho sucedió cuando los turdetanos y su capitan llegaron, que recogido cuanto por allí pudieron haber, se volvieron á su pueblo cargados de muchas preseas, y lo pusieron en la parte que primero tenian el robo de los otros recuentros que con ellos habian pasado.

CAPÍTULO XXXIII.

Como los cartagineses recien venidos en España mudaron el estilo de la guerra, poniendo treguas con algunos andaluces: con otros prosiguieron la pendencia tibiamente, favoreciendo siempre la parte de Cádiz en gran disimulacion y cautela.

Hiciéronse tan á tiempo los desbarates pasados, y con tal esfuerzo y denuedo, que visto por los cartagineses el daño que recibian, y que los turdetanos andaban airados, y se paraban á la guerra de propósito con capitanes señalados, no lo soliendo hacer sino cuando tenian cosas muy determinadas, parecióles que para poder quedar en aquella region y comarcas, efectuando la demanda secreta que pretendian, convenia segurarlos por el presente, y no permitir que de gente tan poderosa por aquellas partes tuviesen contradiccion. A este fin les enviaron luego mensajeros, diciendo, que ciertos capitanes suyos, no sabiendo las divisiones ó repartimientos de la tierra, se metieron por

aquella region de Turdetania, haciendo males y daños en ella: de lo cual á todos los otros cartagineses habia desplacido, porque su principal intencion era pacificar las turbaciones pasadas, con el mesmo rigor y castigo que fuese posible, generalmente por todas las gentes que hubieron ofendido á los de Cádiz, y á sus templos y dioses y cosas santas, pero sin ménos daño que de nadie, con la nacion de los turdetanos, á quien tenian especial mandamiento de la señoría cartaginesa que los recibiesen en su confederacion, y les hiciesen todas las buenas obras y buena vecindad que pudiesen, así por lo merecer ellos, como por tener ya noticia que de todo lo hecho contra Cádiz fueron poco culpados, y que para seguridad de lo dicho, mandarian á la hora, que las compañías cartaginesas cuantas por allí se desmandaban, saliesen de su provincia turdetana, sin hacerle mas daño: por tanto, que los turdetanos reposasen y dejasen las armas, no queriendo tomar recelo de quien no tan solo no los habia de injuriar, sino vedar y contradecir á cualquier otra gente que les ofendiese. Parecioles muy bien á los turdetanos andaluces la peticion destos cartagineses, segun aquellos dias eran inocentes y bien acostumbrados: y cuanto á la república della respondieron, que holgaban en oir sus buenas razones y comedimientos, aunque las obras primeras fueron mucho contrarias de lo que publicaban ahora, mas que salidos ellos de la provincia turdetana como prometian, lo tendrian todo por cierto: cuanto á lo venidero, harian como les hiciesen, pues dado que los vecinos de Turdeto con toda la nacion turdetana, fuesen conocidamente deseosos de paz, siendo la guerra necesaria, holgaban tanto con ella como con el reposo, porque lo tal amonestaban y mandaban sus leyes antiguas, á quien ellos tenian por instruccion y precepto de su vivir: lo demás guiasen los dioses como les pluguiese, favoreciendo las partes justas, y confundiendo los tiranos donde quiera que saliesen. Esta respuesta (segun fué bien atentada) podemos conjeturar que la darian por consejo del andaluz Baucio Caropo su capitan, del cual no hallamos otra memoria fuera de lo que dijimos en el capítulo precedente, mas de ser muerto pasados pocos dias, y que sus parientes lo sepultaron magníficamente, poniéndole por el contorno del monumento tantos pedrones ó pizarras enhiestas, cuantos adversarios le vieron matar en las guerras, y cuestiones en que se halló cuando fué vivo: porque tal costumbre tenian en sus mortuorios casi todas las gentes españolas de su tiempo, y aun lo tuvieron las de muchos años adelante. Llamaban aquellos pedrones ó pizarras levantadas, calpas ó calepas en su lengua provincial, como lo significa Juliano Diácono. Los capitanes cartagineses considerada la resistencia grande que por allí se les hacia, dejaron aquella provincia de los turdetanos, y revolviendo sobre las otras gentes andaluzas de la comarca, trabajaban principalmente de conservar los lugares y poblaciones de fenicios, tirios y sidonios, en que los andaluces no tocaron, que segun ya señalamos en el onceno capítulo, fueron algunas en aquellos derredores, sin la de Medina Sidonia que hallaron destruida. Bastecian otrosí cualesquier estancias ó sitios ó torres de las antiguas, donde no pareciese dificultad: desde las cuales proseguian su pendencia cautelosamente, porque cuanto mas duraban en ella, tanto mejoraban sus negocios, reconociendo las maneras con que se debian tratar los andaluces. Si por algun cabo veian resistencia notoria, procuraban luégo confederaciones y nuevas amistades: con color de las cuales entraban, y se metian entre la simplicidad de todas aquellas gentes, y las ocupaban mas facilmente con este tal engaño, que con las armas, ni con otro rigor que les pusieran. En otros lugares flacos mostrábanse crueles, si lo podian hacer á su salvo, publicando ser aquello venganza de las injurias hechas á los de Cádiz. Desta suerte, pasados pocos años, unas veces por bien, otras veces por mal, no les quedó cosa que no tuviesen á su mandar en aquellos derredores, ó no la juntasen á su confederacion, con tantas astucias y dobleces, que los de Cádiz se tenian por muy satisfechos, y vengados de quien mal querian: y junto con esto la mayor parte de los otros andaluces que primero fueron contrarios, amaban y servian la parcialidad cartaginesa, lo cual era la cosa que Cartago mas procuraba, porque verdaderamente todo su deseo fué desde los primeros dias que tuvieron noticia de España, arraigarse cuanto pudiesen en ella, no solo por el Andalucía, como los fenicios pretendieron, sino por todas las otras provincias que mas pudiesen. La ciudad y templo de los de Cádiz que los años pasados fué destruida, nunca tentaron á restaurarla, porque segun habia sido enojosa y aborrecible á los de la tierra, temieron que si viesen los andaluces el edificio renovado, se moverian de nuevo y aun podria ser que tornados á juntar con los turdetanos y galos célticos, como la primera vez resolviesen la guerra solo por aquel respecto.

CAPÍTULO XXXIV.

De la discordia grande que se recreció entre los vecinos de Cádiz y los cartagineses, en que despues de haber peleado unos con otros, los cartagineses fueron echados fuera de la ciudad con muchos daños y muertes que hicieron en ellos.

En estos negocios gastaron los cartagineses algun tiempo, disimulando con los unos y con los otros, y publicando ser toda su voluntad confederar á los andaluces con los de Cádiz, para que (pues ya parecian estar satisfechos en lo principal) viviesen amigos y concordes en lo de por venir, dado que, como dije, pareció ser mas verdadero y mas al propósito de sus intentos negociar y mirar en qué manera podrian ellos quedar en la tierra, sojuzgando los que primero la poseian, y señoreándolo todo: para lo cual llevar adelante, y poderlo emprender y principiar con ménos estorbo, comenzaron poco despues á se congraciar dentro de Cádiz encubiertamente con el linaje de los fenicios contra los antiguos y naturales de la mesma ciudad, poniendo mucha division entre los unos y los otros, formando discordias y parcialidades en lugar de la gran conformidad que siempre tuvieron tantos años y siglos, porque desta suerte les parecia que los podrian despojar de la isla, ó por lo ménos de la ciudad y tenerlos en tal servidumbre, que los cartagineses quedasen allí como señores absolutos, y nó como compañeros allegadizos, segun que los fenicios habian estado: lo cual emprendieron tan sutilmente, que desde los primeros negocios no quedó lugar en toda la costa, donde no tuviesen lo mejor y mas fuerte, con provision de pertrechos y gente bastante para segurarlo, consintiéndolo tambien los mesmos fenicios sus pobladores, y aun en la mesma isla y ciudad de Cádiz, no faltó cosa fuerte ni de las importantes que secretamente no quedase desta suerte. Tenian junto con

esto muy ganadas las voluntades de la gente forastera cuanta comunicaba por la isla, no solo de los africanos que venian á ella de continuo, sino tambien de los andaluces, dándoles entrada libre para venir, y pasar, y contratar en ella como quisiesen: todo tan ordenado, que despues cuando los naturales de Cádiz quisieron mirar en sí, hallaron á la verdad ya no tener cosa libre dentro de su isla, ni de su ciudad, y que todo lo mandaban cartagineses. Viéronse notoriamente tomados á manos, sin libertad y sin poder alguno: los placeres de lo pasado se tornaron en doblada tristeza, mostrando crecido dolor. Y platicando los unos con los otros quejas gravísimas destos cartagineses y de los fenicios, á cuyos progenitores sus antepasados hubieron recibido consigo, sustentando sus opiniones en todas las cosas que tentaban, negando por ellos el amistad de los andaluces sus fronteros, y de las otras gentes sus vecinas, de quien siempre les vinieron grandes provechos: en cuya satisfaccion y regradecimiento les daban ahora tal pago, mucho contrario de lo que merecian y fuera justo. Viendo los cartagineses la murmuracion de los de Cádiz, y que ya todos sus artificios eran descubiertos y sentidos, pesábales poco cuanto decian. Y para mas encender el enojo traian maneras, como ni los ciudadanos ni los fenicios disimulasen algunas demasías que les placian hacer. Tan manifiesto pasaba todo, que los de Cádiz y los principales de la isla comenzaron á tomar armas y recelarse dellos, y casi los mas dias habia cuestiones y rencillas en diversas partes del pueblo, y aun por *el campo* tambien. Daban voces los de Cádiz donde quiera que se hallaban, publicando que los tales cartagineses á quien su república trajera para conservacion y defensa de su libertad, eran los que la sujetaban con el mayor daño que de ninguna gente pudiera recibir: y ciertamente cosa fué temerosa ver una mudanza tan súbita de gente ya mezclada con estos cartagineses, tan armada, tan proveida, sobre todo tan cautelosa de su natural, que jamás emprendian obra sin misterio, mayormente viéndolos conformísimos con los andaluces enemigos de Cádiz, y con el otro linaje de fenicios que los de la isla tenian entre sí: los cuales no parecian allí ménos poderosos que los propios naturales antiguos della. Ventajas eran todas estas grandes y muchas á la parte cartaginesa, mas al fin iban los negocios tan turbados, que no se pudiendo valer unos con otros, los de Cádiz aventuraron á perderse, haciendo su deber, ántes que dejar de probar el remedio si lo hallasen. Un dia cuando la nacion cartaginesa pareció tener mas seguridad, arremetieron todos juntos, y dieron sobre la fortaleza cercana del pueblo: la cual fortaleza desde los primeros dias que los cartagineses acá vinieron, la tenian en poder. Ésta ganada con poco trabajo, segun el arremetida fué recia, revolvieron sobre la gente contraria que por aquella mesma sazon hallaron en la ciudad, y hecha gran mortandad en ella, los echaron todos fuera. Poco despues caminaron así juntos contra la torre fuerte que tenian en lo postrero de la isla sobre la punta mas oriental, á quien llamaban el cabo Cronion, por ser tambien importante para sus hechos: mas los que la guardaban supieron toda la turbacion de la ciudad, y basteciéronse con tiempo para la defender. Y por esta causa los de Cádiz la dejaron aquella vez, con propósito de la combatir adelante cuando hallasen mejor aparejo.

CAPÍTULO XXXV.

Como revolvieron sobre Cádiz la gente cartaginesa, combatieron la ciudad y castillo della, cobrando por fuerza cuanto primero poseian, y pusieron toda la isla con sus moradores y vecinos en sujecion y servidumbre gravísima.

La guerra rompida por la manera que tenemos escrito entre los de Cádiz y los cartagineses, y publicada la division tan abiertamente con daños tan recios y tan crecidos, quisieran los de Cádiz pasar adelante sin otra dilacion, para tomar el templo de su dios Hércules que tenian en la punta mas oriental de la isla, sobre la parte postrera que decian Heraclea, sino fuera porque todos los principales cartagineses y fenicios, que se libraron del alboroto de la ciudad y del castillo, vinieron allí huyendo para se fortalecer en el templo con reparos y con gente cuanto podian apañar, y estaban muy á punto de rondas y de velas, y de todo lo necesario para su defension. Desde allí comenzaron á salir muchas veces á pié y á caballo, dando rebatos continuos en el pueblo: trababan escaramuzas unos con otros, y se robaban y dañaban cuanto podian. Las cuales diferencias duraran largos dias, dellos gastados en estas peleas y recuentros particulares, y dellos en algunas pláticas de paz: pero como la tal nunca se pudiese concordar, los capitanes cartagineses entresacaron toda la gente que buenamente podian de las guarniciones que tuvieron situadas por la costa del Andalucía; junto con éstas apellidaron parte de los andaluces confederados, que ya por algunos lugares tenian muchos, y con ellos comenzaron la guerra de propósito, publicando que los de Cádiz les daban malas gracias por los trabajos pasados, y que despues de les haber segurado su ciudad, y sus tierras y sus personas, y vengado de sus adversarios hasta que mas no quisieron, los echaban de sí, matándoles el ejército que tantas veces habia peleado por ellos: pero que muy presto les mostrarian como la señoría cartaginesa, ni sus naturales, no solian recibir semejantes afrentas de gente nacida, puesto que fuese muy poderosa, cuanto mas de los gaditanos, que con gran honra suya podian ser muy bien sus vasallos, como tambien eran otros pueblos de mas calidad y mas fuerzas, y como lo serian ellos al cabo, quisiesen ó no quisiesen. Dichas estas cosas, y llegada su gente, pusieron luego sitio sobre la fortaleza de Cádiz, que como ya declaramos, estaba poco desviada del pueblo: y así comenzaron á darle combates muy denodados, proveyendo siempre con gran diligencia que nadie la socorriese de gente ni mantenimientos. Andaban tan cuidadosos en esto, que bastaran muy bien para que los cercados no se pudieran detener, cuanto mas creciendo los combates por la parte de fuera, bravos y recios, y hambre terrible por parte de dentro: lo cual todo se hacia con tal enemistad, que despues de ser en ello muerta la mas y mejor de la gente cercada, determinaron los cartagineses ántes que se levantasen del cerco, dejar asolada la fortaleza sobredicha para los escarmentar á todos en general, y para que los de Cádiz no pudiesen otra vez resistirles, ni perjudicarles en lo de por venir: solo faltaban ingenios ó herramientas para lo hacer desde fuera, por causa que las cosas de la guerra no tenian aquellos dias el primor que tuvieron adelante. Juntábase con èsto que

las paredes del castillo fueron de razonable tamaño, de piedras buenas bien asentadas, y los pocos hombres que dentro se defendian, obraban continuo su posibilidad, puesto que muy enflaquecidos y menguados de lo necesario: pero ninguna perseverancia bastó para que los muros no fuesen aportilladosen diversas partes, y despues á pocos ,dias entrados de todo punto. Las torres y cercas fueron acabadas de batir con unas vigas grandes que trajeron estos cartagineses, las cuales alzadas con mucha gente, daban desde lo bajo por aquellas partes de fuera con las cabezas ó cuentos dellas, muy grandes golpes en todo lo mas alto del muro, donde podian alcanzar: y así desencasaron las primeras órdenes de piedra, despues poco á poco de hilera en hilera vinieron bajando cada dia mas, derrocaron el adarve todo, hasta los cimientos. Esto hecho, como ya por aquella parte no tuviesen estorbo ni cosa de que temer, pasaron el cerco sobre la ciudad, procurando llegar á la cerca cuanto pudiesen, buscando maneras para tambien la derrocar. Sobre lo cual probados muchos artificios, y visto que ninguno dellos la podia herir sin mucha pérdida de su gente, que se la mataban los ciudadanos desde lo mas alto del muro con grandes esquinazos y piedras que lanzaban en ellos, acordaron tener el industria mesma que tuvieron en el castillo, con otras vigas tan gruesas y tan largas que podian herir desde lejos de la cerca, salvo que por industria de cierto carpintero fenicio, llamado Pefasmeno, natural de la ciudad de Tiro, que por estos dias andaba con el ejército cartaginés, añadieron en aquellos ingenios otro madero levantado donde la viga principal quedase colgada con unas maromas ó cadenas, cruzada como balanza, porque tirando detras por ella tomase mas ímpetu para que la pudiesen arrojar libremente contra donde quisiesen. Deste modo hacian el golpe mayor y mas furioso, sin haber menester mucha gente para tener levantada la viga, ni para dar el vaiven. Así que los muros de la ciudad de Cádiz quedaron esta vez asolados como los del castillo, mediante los artificios del combate sobredicho, que segun dice Vitrubio Polion, fueron los primeros de cuantos se hicieron en el mundo, para derrocar paredes fuertes desde léjos. Andando los tiempos, añadieron en ellos ruedas y nuevos aparejos para los llevar y mover donde quisiesen á poca fatiga, con otras ayudas, y con aforros, amparos y defensas en mucha perfeccion, á fin de que los adversarios no los pudiesen quemar, ni tampoco herir á quien los guiase, como de todo haremos alguna relacion en los treinta capítulos del cuarto libro.

CAPÍTULO XXXVI.

De las enemistades que sucedieron entre los vecinos del puerto de Menesteo con los cartagineses sobre lo que hicieron en Cádiz, y de los grandes males que los unos y los otros en aquel negocio padecieron.

A nadie pudo bien parecer la demasía que los cartagineses hicieron en Cádiz, tan sin razon y tan presto: mas entre todos los que principalmente lo miraron y sintieron, fueron los del puerto de Santa María, que llamaban en aquellos tiempos de Menesteo, como personas que desde los principios de su fundacion tenian puestas ligas, y trabado parentesco con los de Cádiz, y tambien porque siendo este puerto la poblacion mas junta con Cádiz de todas las del Andalucía, por lo ménos de las que fueron estimadas en algo, no les podia redundar algun bien del daño de la isla, ni de cualesquier forzadores ó tiranos que por ella quedasen. Ésta fué causa para se recelar cada dia mas de los cartagineses, procurando dañarles en algo de lo que podian, no permitiendo jamás que ni los tales, ni cosa suya tuviesen participacion en su pueblo. Sucedió poco despues, que procediendo las cosas destas dos gentes en la disimulacion y rencor sobredicho, no rotas de todo punto, ni léjos tampoco de rompimiento: tentaron los cartagineses otra novedad, con que no pudieron excusar de venir á las armas muy presto, lo cual fué desta manera. Ya dijimos en algunas partes desta corónica pasada, como por aquellos tiempos antiguos el rio Guadalquevir traia su corriente diversa de la de ahora, dividiéndose primero que sus aguas lleguen á la mar en dos brazos bien espaciosos: dentro de los cuales quedaba cierta isla, muy señalada por todos los autores cosmógrafos que hablan deste rio. Tambien escribimos en los treinta capítulos del primer libro, que cuando Menesteo capitan griego vino en España, despues de haber poblado sobre la costa del mar Océano, la villa deste mesmo puerto de Menesteo, que llaman ahora de Santa María, pasó mas adelante para labrar un oratorio dentro de la isla de Guadalquevir, en que hizo sacrificios á sus ídolos, segun el estilo que la gentilidad en tales casos acostumbraba. Pocos años despues los vecinos del puerto, con otros andaluces comarcanos á la isla, fundaron allí tambien una ermita de mucha devocion, como ya lo dijimos, la cual en estos dias cuando los cartagineses vinieron, estaba muy acrecentada con edificios y riquezas, y con todo cualquier otro buen adornamento, mediante las dádivas y limosnas que todas las gentes comarcanas allí traian: y los vecinos del puerto sobredicho la conservaron y favorecieron continuamente, por ser cosa del príncipe Menesteo, fundador y principiador de su pueblo. En ésta pusieron ojo los cartagineses despues de ganado lo de Cádiz, conociendo ser estancia muy conveniente para las entradas y contratacion del rio sobredicho de Guadalquevir, y propusieron de la tomar só color de venir allí tambien ellos muy aficionados y devotos, á sus plegarias y sacrificios como las otras gentes, y lanzar fuera della si pudiesen á éstos del puerto, que como digo la tenian á su cargo, defensa y administracion, así los dias presentes, como los dias de los fenicios, y de todas las otras naciones extrañas que primero vinieron en España, sin que nadie jamás tentase de quitarles aquella posesion. Mas como llegado este tiempo (de quien al presente hablamos) todos anduviesen alterados y revueltos unos con otros, despues de pasado lo de Cádiz, los del puerto por ninguna via consentian á persona de Cartago, la venida ni comunicacion de cosa que les tocase, ni que llegasen al Oráculo para sacrificar, como lo permitian á las otras gentes. De aquí comenzaron á quejarse los cartagineses, y tomar ocasion para levantar bullicios y pendencias contra los del puerto, disfamándolos por sacrílegos abominables, enemigos de los dioses inmortales, y de toda su divinidad, pues vedaban que los hombres encomendasen á ellos sus deseos, y quitaban el provecho que de las plegarias y sacrificios redundaban en sus templos. Muchas otras palabras escandalosas decian los cartagineses para mover la gente simple, sobre lo cual replicaban los del puerto, declarando los engaños y dobleces con que sus enemi


ESPAÑA
CARTAGINESA,
y desde la primera guerra púnica
hasta la completa dominacion romana
Millas Romanas
50
100
200
Longitud de Mantua Carpetanorum
GALLIA
Golfo Gallico
Montes Pyrenæos
MAR BALEARICO
Ebusus
I. PITYUSAS
Palma
Iberus Fl.
Barcino
TARRACO
Tarragona
Emporiæ
Rhoda
Saguntum
Salduba
Cæsaraugusta
Ilerda
Pompelo
Numantia
Clunia
Palantia
Bracara Augusta
Scalabis
Moron
Olisipo
Ebora
Pax Julia
Emerita Augusta
Norba Caesarea
Toletum
Mantua
Mons Marianus
Hispalis
Gades
o Cadiz
G. de Gades
Baetis Fl.
Carthago nova
Cartagena
Calpe
Belon
Mellaria
Ilorcis
ILERGAONES
VASCONES
TURDETANOS
LUSITANIA

gos aquello decian. Trataban otrosí con muchos andaluces de su frontera que dejasen el amistad cartaginesa, pues era traicion cuantas buenas obras y halagos de allí procedian, aforrados en falsedad encubierta, segun que con los de Cádiz habian declarado. Con esto negociaban sus hechos tanto bien, que notoriamente dañaban á los contrarios cuanto mas iban, y siempre les dañaran mucho mas, si los cartagineses ántes que los negocios fuesen adelante, no rompieran la guerra de todo punto. Pero como Cartago tenia gran provision de navíos y fustas lijeras, y de mucha gente que recogian á sueldo, no salian los del puerto un solo paso por el agua, que luego no daban en ellos, y los robaban, ó mataban, ó llevaban cautivos: tampoco permitian que navíos de ningun otro lugar llegasen á la villa con provisiones ni contratacion, de que les pudiesen venir provecho, y aun dentro de la tierra les daban mala vida, con celadas que ponian diversas veces por los resquicios y calas de la ribera, donde salian al través, y les robaban ganados, y personas cuantas en el campo hallasen, quemándoles eso mesmo las caserías, y cortijos, sin perdonar á nadie. En todos aquellos trabajos no se mostraban perezosos ni flacos los vecinos del puerto, ántes viéndose rodeados de tales adversarios, y que la guerra se les hacia con toda crueldad, traian su gente muy ordenada, repartida por el término contra las partes y sitios que convenia: sus bateles y barcas, dado que no fuesen muchas, andaban muy armadas, y sobre todo con aviso tan despierto, que muchas veces traian victorias asaz importantes: en las cuales nunca les vino cartaginés á las manos que luego no fuese despedazado. Desto holgaban en gran manera los otros andaluces que no se llegaban á la confederacion cartaginesa: pero mas que nadie los naturales antiguos de la isla de Cádiz, cuando sabian que los del puerto prevalecian por el parentesco sobredicho que con ellos tuvieron, del cual siempre se preciaban, y bien quisieran ellos tener libertad para les ayudar si pudieran. Daban otrosí gran favor á los del puerto sobre todos aquellos hechos los vecinos de Carteya, que como dijimos estaba sobre la boca del estrecho: la cual ya por estos dias mas comunmente llamaban las gentes Tarteso, por la causa que declarámos en los veinte capítulos pasados, segun que tambien la llamarémos muchas veces en la escritura siguiente. Y como los carteyos fuesen maravillosos navegantes y muy sabios y experimentados en el trato del agua, desde que los foceenses de Yonia se avecindaron entre ellos, sabian muy bien hacer espaldas á los del puerto: con sus navíos ocupaban y defendian toda la boca del estrecho, y cualesquier otros pasos, de que los cartagineses pudiesen haber algun provecho. Entre las otras cosas importantes que sobre tal caso hicieron, fué tomar y destruir el estancia vieja que los fenicios tuvieron allí cerca, cuando los tiempos de su prosperidad: la cual estancia juntamente con las otras de la costa fueron entregadas á estos cartagineses luego como vinieron en su favor para en rehenes y seguridad. Ésta ya dijimos caer en aquella parte donde tuvieron los andaluces el primer templo, con la sepultura de su dios Hércules Egipciano, que segun queda ya puesto, por aquellos dias era casa fuerte de contratacion á manera de depósito, donde los tales cartagineses, y primero los fenicios recogian mucha parte de sus riquezas: la cual estancia como cayese junto con la poblacion y morada de los tartesios andaluces, dieron una noche sobre ellos, combatiéndola tan furiosamente por diversas partes, que la pudieron entrar con poca pérdida de sus gentes, y mucha de los contrarios: aunque los hallaron bien apercebidos, y tomando gran despojo de metales, armas, ropas y herramientas para diversos oficios, con todos los géneros de riquezas semejantes, habiendo robado lo que dentro tenian, le pusieron fuego y derrocaron mucha parte de las paredes mayores, cuanto bastó para que los enemigos no pudiesen tornar allí, ni ponérseles tan vecinos. Viendo los cartagineses aquella resistencia que toda la parcialidad andaluza les hacia, y que todo procedia de la gran ocasion que daban á ello los del puerto, quisieran hacer ellos mucho mayor escarmiento que hicieron en los de Cádiz, asolándolos de todo punto, para que no durase la memoria suya ni de su lugar, ni de donde hubiese sido fundado: si no pudiesen hacer esto, determinaban espantarlos de tal manera que tuviesen por gran bien venir á su mandamiento sin jamás salir dél: para lo cual tornaron á juntar de nuevo todo su poder y de sus valedores cuantos acá tenian con el mayor alboroto que nunca hicieron en aquellas partes.

CAPÍTULO XXXVII.

Como queriendo pelear los españoles vecinos del puerto con la gente cartaginesa, fueron tratadas amistades entre los unos y los otros, y capituladas condiciones y posturas, importantes y pertenecientes á la quietud y sosiego de todos.

Como aquello fué puesto en obra, y los vecinos del puerto sintieron el ruido, las armas y los bullicios de toda su provision, con el estruendo de la gente que se llegaba, luego tambien ellos y sus aficionados se pusieron á punto de guerra, como si de nuevo comenzaran, juntando gente andaluza consigo, de la que conocian estar fuera de la parcialidad cartaginesa. Mas algunos galos célticos que vinieron á la fama de la guerra con estos, y con el mejor aparejo que pudieron salieron á los contrarios que ya llegaban á vista del pueblo, determinados á darles batalla: pero los cartagineses considerado su denuedo y de sus ayudadores, y cuán á punto venian, estando ya para romper las haces, comenzaron á salir algunas personas en ambas partes, por tentar si hallarian algun medio de concierto para vedar aquellos daños y derramamiento de sangre que se recreceria. Pusieron en esto tan buena diligencia, que como cada cual de las partes lo desease mucho, luego trataron treguas por algunas horas, para que durante aquellas, en su comedio la gente pudiese reposar, y si venian algunos encendidos y furiosos sosegasen, y se les pasase la turbacion: porque tál fué siempre la propiedad y naturaleza del tiempo, que ablanda y deshace todos los enojos: y nunca pasion hubo tan fuerte ni trabajosa que dándole vagar, el espacio del tiempo no la fenezca, deshaga y asiente, como pareció claro por aquel trance de los cartagineses con los del puerto: los cuales pasadas aquellas pocas horas de las treguas, luego platicaron la paz por algunos otros dias, y fenecidos éstos, concertaron el amistad entre todos con mucha seguridad, capitulando principalmente que los del puerto con sus amigos los de Tarifa, pudiesen venir y pasar en la isla de Cádiz con mercaderías y tratos, y discurriesen por la mar sin embargo de nadie.

Todos los prisioneros de las partes ambas, fuesen restituidos en conformidad sin algun rescate ni recompensa, ni mirando cuáles dellos fuese mayor número. Item, que los unos y los otros pudiesen vivir en sus ordenanzas y costumbres, conservando su libertad como siempre, sin que por esta nueva liga fuesen obligados á darse, ni favorecerse con gente ni mantenimientos, ni con otra cosa, si de buena cortesía no lo quisiesen hacer: pero que los cartagineses poseyesen acá todas sus villas y puertos, y torres y cortijos cuantas los fenicios en aquella costa les habian entregado, libres y pacíficas, sin contradiccion de los del puerto, ni de cualquier otra gente su parcial, sino fuese la casa de contratacion en la boca del estrecho, que los tartesios de Tarifa les hubieron derrocado pocos dias ántes: la cual aceptaron que no pudiesen renovar ni hacerla, por el perjuicio que podia redundar á los tartesios. Y dado que los cartagineses sintieron esto postrero mas que todo lo restante, no lo dieron á sentir, y pasaron por ello hasta pacificar sus propósitos, aunque con intencion de vengarlo si pudiesen. Por dejar el negocio mas firme fué concertado, que todos en general olvidasen con juramento solemne las injurias y daños pasados, sin haber alguna memoria de rencor ni de satisfaccion, quedando tan sin acuerdo, como si nunca pasaran en el mundo. Fenecidos aquellos capítulos, el dia siguiente salieron al campo todos ellos muy satisfechos y muy alegres, con ramos de olivas en las manos, á la usanza de la gente griega, cuyos sucesores y descendientes eran estos andaluces del puerto, como ya lo vimos en los cuarenta y dos capítulos del primer libro: como tales mantenian todavía leyes y costumbres y lengua de Grecia, que sus antepasados dejaron á ellos, y á los andaluces que con ellos se mezclaron. Así que llegados á la ribera de cierto rio que viene por allí, para se meter en el mar Océano, junto con el mesmo puerto, hicieron sus plegarias y sacrificios, y se perdonaron y pusieron en concordia, jurando que jamás alguno dellos, así cartaginés como griego, ni ménos español de los que por allí residian, tendrian memoria de las injurias pasadas, para que por ello se dañasen ó hiciesen algun mal, en recordacion de lo cual, los del puerto levantaron un mármol ó pedron sobre la ribera del mesmo rio, que permaneció muchos años con letras griegas antiguas, esculpidas en él, que declaraban este negocio con toda su memoria. Poco despues hicieron tambien allí cierta poblacion arrabal del mesmo puerto, por el otro lado del agua que llamaron Amasia, segun escribe Maestro Esteban Arnalte Barcelonés, en el prólogo del volúmen ó libro, que trasladó de arábigo en latin, de los relojes de Sol, que en este mesmo lugarejo de Amasia compuso Hali Alcatin, astrólogo muy afamado, puesto que yo jamás tengo leido pueblo español de tal apellido, y creo cierto que debe tambien allí pasar la letra dañada por culpa de los escribientes, y que en lugar de Amasia debieran decir Amnistia, porque los griegos llaman así los olvidos de los daños y trabajos cuando se remedian, á cuyo respeto debieron hacer ellos este lugar. El rio tambien donde se juraron aquellos conciertos, fué llamado despues el rio Lethes, que quiere decir en griego agua del olvido, hasta nuestros dias, en que los naturales de la tierra por donde pasa le dicen Guadalete, conformándose con la habla de los alárabes y moros africanos, que cuando señorearon aquella comarca, como veremos en la postrera parte desta gran obra, le conservaron el nombre de Guadalete, porque Guidil en su hablá ó Guadal, segun nosotros los españoles lo pronunciamos corruptamente, quiere decir rio: así que Guadalete es tanto en aquella lengua, como el rio de Lete ó del olvido, porque allí se olvidaron estos rencores entre las dos gentes arriba dichas. Otro rio del mesmo nombre, dado que por causa diversa, tuvieron despues los gallegos en su tierra, como presto lo veremos en los treinta y siete capítulos del tercer libro. Sale Guadalete de la serranía de Ronda, que tambien es un ramo de los montes Orospedas, y vienen sus aguas por la villa de Arcos, y por la de Jerez de la Frontera, hasta que se lanza en el mar Océano, junto con la parte del puerto que tenemos escrito, donde las tales amistades se trataron, llevando su corriente guiada sobre la vuelta de mediodía, torcida siempre contra poniente.

Desta manera fueron sosegados aquellos bullicios y debates, con que toda la gente comarcana creyó que los cartagineses reposarian algunos dias, y no tratarian negociacion alguna, pues á la verdad las compañas de su gente que por aquel tiempo mantenian acá, fueron bien menester para conservacion y seguridad de los lugares, y de las estancias que tenian usurpadas en la costa, sin ocuparlas en otro negocio.

CAPÍTULO XXXVIII.

Como los cartagineses que residian en el Andalucía, pidieron mas número de gentes á la señoría de Cartago, para penetrar y pasar en España; y de los impedimentos que la señoría tuvo para no lo poder efectuar.

Fenecidos estos debates en la manera que tenemos escrito, luego los capitanes cartagineses, despacharon desde Cádiz mensajeros á su ciudad de Cartago, con relacion abundante de cuanto en España les habia sucedido, y de lo hecho en favor, y tambien en perjuicio de los de Cádiz. Informaron otrosí, cuan apoderados quedaban entre los bastulos andaluces que poseian toda la marina: los cuales pacíficamente los tenian entre sí, dejándose regir por ellos, y les habian permitido hacer torres, y fortalecer lugares en su ribera, sin escrúpulo ni rezelo alguno: donde poseian eso mesmo todas las estancias que los fenicios primero tenian, que fueron siempre muchas, y de muy buen asiento. Por tanto, que la señoría cartaginesa proveyese luego de mas gentes y mas armas con que pasasen adelante, pues en otra manera no podrian comenzar alguna cosa contra las provincias de los andaluces y turdetanos, naciones poderosas, y que tenian abundancia de gentes.

A la sazon que los mensajeros llegaron en África con esta demanda, hallaron á sus cartagineses muy ocupados en bastecer una flota, para renovar cierta guerra que los años pasados, ántes que viniese gente suya en el Andalucía, habian emprendido contra la isla de Cerdeña, donde los negocios les habian sucedido tan mal, que despues de gastados cuatro años en el trabajo y conquista de la isla, los sardos les vencieron dos batallas campales una tras otra, matándoles gran multitud de gente. Y puesto que los capitanes cartagineses hicieron allí su deber muy por el cabo, señaladamente su general nombrado Macheo ó Maceo, segun nuestras corónicas españolas lo llaman: pero la señoría cartaginesa creyendo que toda la culpa del vencimiento fuese por la falta de los capitanes, tomaron tal enojo, que dieron por traidores á Macheo, con cuantos salieron vivos de las batallas, así capitanes,

como no capitanes, desterrándolos perpetuamente de África, y de toda su jurisdiccion. Tuvo desto grande sentimiento Macheo con lo restante del ejército, tanto, que metidos en sus navíos, enderezaron contra Cartago. Venidos allí, la pusieron cerco por todas partes: y finalmente la combatieron, y tomaron á pura fuerza, metiendo á cuchillo mucha parte de los que la moraban, señaladamente cuantos pudieron haber de los que se les mostraron mas contrarios. Esto, como dije, fué pocos años ántes que los de Cádiz y sus fenicios les pidiesen ayuda contra los andaluces españoles, y tambien poco despues de la muerte de Argantonio, casi en los postreros tiempos de Ciro, rey de Persia. Despues de lo cual, como Macheo tuviese tiranizada claramente la ciudad de Cartago, quitándole toda su libertad, y haciéndose rey absoluto della, fué muerto por algunos ciudadanos: y luego con voluntad de toda la república, tomó cargo de capitan general un otro caballero nombrado Magon, persona de mucha fidelidad y suficiencia, en cuyo tiempo bastecian los cartagineses la flota que dije, para tornar á la pendencia de Cerdeña, cuando los mensajeros de España les vinieron á pedir gente nueva para proseguir la conquista del Andalucía. Pero ninguna destas dos cosas tuvo lugar para se proveer aquella vez, porque los africanos de la comarca cercanos á la gran Cartago, se le comenzaron á rebelar, y fué necesario, pospuestas las otras empresas, que Magon se parase á la resistencia. Y así fueron respondidos los mensajeros con mostrarles aquella necesidad presente, certificándoles que ningun otro hecho menor pudiera bastar, para que luego no se proveyera lo que pedian, pues era manifiesto á todos los capitanes cartagineses cuantos en España residian, que jamás aquella señoría deseó tanto, como hallar ocasion ó buen aparejo, tal cual ellos decian tener al presente, para se meter en España cuanto fuese posible, como podrian conocer de las instrucciones y memoriales que trajeron cuando los enviaron acá: pero que fenecidos aquellos trabajos y movimientos, como creian poderlos presto concluir, prometian proveer en esto con tal pujanza, que nadie bastase para resistirles, y que lo tal no tendria falta si los dioses inmortales no les acababan su ciudad y su poder, arrepentidos de la buena fortuna con que siempre les habia favorecido. Y así fué, que luego como Magon comenzó la resistencia de los africanos, hizo cosas notables en la prosecucion della, proveyendo remedios á muchas turbaciones que recrecieron, las cuales no se ponen aquí, por no tocar ni pertenecer á los hechos españoles. Fenecidos algunos años, este Magon murió, dejando dos hijos de buena edad, el menor llamado Hamilcar, y el mayor Hasdrubal, que salió mucho notable persona, tal, que buenamente pudo suceder en el cargo de su padre. Éste prosiguió la guerra contra los africanos rebelados, y pasó con ellos reouentros y batallas asaz peligrosas, de quien tampoco hablaremos aquí mas de ser cierto, que fueron causa bastante para que la señoría cartaginesa no pudiese despachar en su tiempo gente ni flotas para favorecer las que primero tenian en España: y si gente dellos acá vino por aquellos comedios, como cierto vino, fueron mercadantes y negociadores, que pasaban á sus aventuras y riesgo particular, para llevar los metales y pedrería preciosa que pudiesen, á trueco de los otros atavíos que traian de Cartago, pacífica y amigablemente, y nó por otra manera ni respecto.

CAPÍTULO XXXIX.

De la grande confederacion que los andaluces asentaron con los cartagineses africanos residentes entre ellos, y del provecho crecido que resultó de la tal amistad entre los unos y los otros.

Visto por los capitanes y gente de guerra cartaginesa residentes en el Andalucía, los grandes impedimentos que tan á la continua sucedian en África para poder ellos efectuar sus conquistas en España, determinaron de probar con los andaluces turdetanos lo mesmo que trataron con los del puerto de Menesteo, procurando con disimulaciones y cautelas meterseles en la tierra: para lo cual comenzaron á negociar nuevas amistades con ellos, mostrándoles aficion, y haciendo gran cortesía por todos los que dellos tomaban entre sí, con tantas dulzuras y halagos, que nadie se podia librar del engaño, asegurándoles por todas las vias posibles para que perdiesen temor y sospecha, si tenian alguna, de recelar que por parte dellos recreceria turbacion ó perjuicio de su provincia. Y puesto que cuando principiaron estos negocios, hallaron esquividad en algunos andaluces turdetanos, porfiaron tanto su demanda, que finalmente los tomaron entre sí, poniendo con ellos amistades y ligas muy solemnes y muy juradas, no teniendo consideracion á los daños y destrucciones que por aquel mesmo camino vinieron en Cádiz, puesto que con estos turdetanos andaluces, aunque mucho tiempo trataron y perseveraron los cartagineses, nunca les acometian desafueros ni demasías manifiestas, como hicieron á los otros, ántes con halagos y blanduras les usurpaban cada dia la comarca, tan sin sentirlo, que nunca los andaluces turdetanos les mandaron cosa que no la hiciesen, por mandarlos ellos despues en las cosas de mas importancia. Hecha la tal amistad con los turdetanos, fué fácil hacer otra semejante con los andaluces llamados turdulos comarcanos á éstos: los cuales en todos sus hechos imitaban siempre la costumbre de los turdetanos, y se regian por sus leyes, y por toda la manera de su vivienda.

Con esta nueva liga, los negocios tocantes á la isla de Cádiz y toda su parcialidad, quedaron totalmente sin esperanza de libertad: porque si remedio pretendian ellos en aquel tiempo para salir de la sujecion destos cartagineses, era procurar en escondido favor y socorro de aquellos andaluces turdulos y turdetanos; ofreciéndoles toda su tierra, haciendas y posibilidad, y tentando con ellos tan gran confederacion, cuanta fueron las enemistades pasadas en el tiempo de los fenicios. Mas como cesasen aquellos negocios por haberse anticipado los cartagineses á lo mesmo, la república de Cádiz, como digo, quedó sujeta y opresa de todo punto, por tal arte, que desconfiados de poderse mas valer, no procuraban otra cosa sino los negocios de su navegacion, labrando galeazas y fustas crecidas, para traer provisiones y mercaderías de unas partes á otras, sin pensamiento de procurar señorío ni trabar empresas mayores, semejantes á las de los años pasados. Para los cuales tratos estos cartagineses les daban libre lugar y soltura muy descansadamente: y ellos se fueron tanto metiendo y cebando en aquello, que comenzaron á ser maravillosos navegadores, sin jamás procurar otros ejercicios, quedando todavía su isla con toda su república, juntamente con cuanto primero po-

seian embajo de la administracion cartaginesa, y de sus leyes y gobernadores, aunque con sujecion moderada, fuera de todos tributos y pesadumbres, tal, que si los cartagineses no fueran tan principales en el gobierno, y consultas de lo que convenia proveer, en todo lo demás tenian los de Cádiz libertad abundante, con mucho buen tratamiento para cuanto quisiesen obrar.

CAPÍTULO XL.

De los infortunios y desastres que sucedieron en el Andalucía poco despues deste tiempo, los cuales fueron causa que los marsellanos de Francia ganasen acá tanta riqueza de metales y de plata, que comenzaron á ser bien fortunados, y mejoraron crecidamente su república.

En aquel estado y tenor perseveraron algunos años los negocios del Andalucía, llevando siempre los cartagineses adelante sus amistades con los turdetanos y turdulos: y recogiendo con esta color todos los bienes de la tierra que hallaban, con mayor sagacidad y sutileza que los fenicios ni los de Cádiz hubieron hecho los tiempos pasados, y aun con mucho mayor interés, por estar mas dentro de las provincias, y poder aprovecharse de mineros preciosísimos que continuo hallaban cuanto mas adentro se metian. En aquel intérvalo de dias recudieron por España tiempos trabajosos y de fatigas, con mortandades y hambres, en que por falta de lluvias la tierra crió pocos mantenimientos, particularmente los años postreros de todo esto, que fueron quinientos cabales ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, en que con las adversidades arriba dichas hubo grandes terremotos en toda la costa de mar donde suelen ser mas continuos que por otras partes, como lo declaran los filósofos naturales. Y fueron tan espantosos aquellos temblores, que muchas casas y cercas de pueblos cayeron, muchos rios corrieron por otras partes diversas de las que solian. Algunos montes y collados bien crecidos se mudaron á diversos lugares con la fuerza del movimiento que los arrojaba fuera del primer sitio. Abriéronse grandes hendeduras por la tierra, y por cerca de la marina, y en algunas dellas salieron nuevas fuentes, y nuevos arroyos de betumes, y muchas aguas nunca vistas. Entre los cuales fué grandemente notada una boca que se hizo cerca de la parte donde los siglos pasados acontecieron los encendimientos famosos del monte Pireneo, de quien ya hablamos en el quinto capítulo deste libro, cuando con la fuerza del fuego, corrieron los grandes regueros de plata y de metales en abundancia sobrada. Y como de los tales regueros haya memoria que rebolsaron muchos por encima de la tierra, y que tambien otros colaron por las venas y canales de mas adentro, parece que gran parte de la tal plata corriente se detuvo sobre cierta concavidad en una destas montañas: la cual plata despues de pasados los encendimientos, quedó congelada por lo mas hondo de los collados, cubierta con alguna tierra. Mas como los terremotos del año presente fuesen (como digo) terribles y continuos, abrióse con ellos una parte de las tales cumbres: y quitadas afuera, luego parecieron los montones grandísimos de plata, puesto que tan descoloridos en la haz y corteza de fuera, que quien quiera sospechara ser otro género de metal ménos precioso.

Andaban estos dias por las marinas españolas galeazas de Marsella negociando sus provechos, como suelen hacer todas las naciones que viven en puertos de mar, y tratan mercaderías. Y como por aquella sazon se hallasen cerca de donde fueron estos descubrimientos de plata, salieron allí luego, y hechos sus toques y calas en el metal, conocieron ser aquel bulto plata perfectísima: y así tomaron della muy mucha cantidad, con que tornados á su pueblo de Marsella, comenzaron á cambiarla con las otras gentes sus vecinas, por otras mercancías de gran interés, con que principiaron sus acrecentamientos, y los llevaron tan adelante, que llegaron á ser muy estimados en aquella provincia y en otras muchas, y donde quiera que se hallaban. Y no lo hicieron una sola vez, sino muchas otras que despues tornaron acá, sacando continuamente sobrada cantidad de la plata ya dicha: porque la mina fué tal y tan grande, que bastó para gastar della muchos dias. Esto parece que debió suceder contra la punta de Creus ó de Cruces sobre nuestro mar Mediterráneo, donde fenecen los montes Pireneos, en que todas las mas historias dicen haber sido los encendimientos antiguos. Pudo tambien suceder contra las montañas de Denia ó de Muxacra, que muchos cosmógrafos y coronistas llaman Pireneos, y sabemos cierto ser muy venosos de metales. Porque metidos en las tierras mas adelante sobre la vuelta del Andalucía, no pensamos que tal aconteciese, pues los cartagineses andaban tan diligentes allí, que nadie pudiera venir ni llevar en su despecho cosa de la tal provincia, mayormente siendo lo principal de sus propósitos, recoger todas las riquezas semejantes que pudiesen acá, para las enviar á su república de Cartago. Tambien quieren algunos autores sentir el encendimiento famoso de los montes ya dichos, haber sido pocos años ántes que la plata de los marsellanos fuese descubierta con aquellos terremotos: pero las corónicas de España que dello hablan, dado que son pocas, muchos tiempos ántes lo ponen, como ya tambien lo pusimos en aquel quinto capítulo deste segundo libro.

CAPÍTULO XLI.

Como queriendo poner en España la señoría cartaginesa nuevos ejércitos, para proseguir la conquista del Andalucía, le recrecieron tales impedimentos, que por el presente no tuvo lugar de lo hacer.

Fueron tan sonados y tan grandes aquellos provechos de la mucha plata que Marsella recibia de los españoles, que la señoría cartaginesa tuvo presto noticia de todo cuanto pasaba por informacion de mercaderes suyos, que comenzaban á tener contrataciones en Marsella, y luego despacharon mensajeros á sus capitanes y factores residentes en el Andalucía, increpándoles gravemente la poca diligencia que pusieron en no se anticipar ellos primero que nadie, para ganar una presea tan gruesa. De lo cual estaria presta la respuesta y disculpa, con decir, haber aquello sucedido por tierras muy alejadas del Andalucía, tal que no fué posible saberlo con tiempo, ni dado que lo supieran, bastaran á salir con ello, por no tener comunicacion entre las gentes donde sucedió. Estos mensajeros trajeron relacion, que las guerras y diferencias africanas contra Cartago tenian ya fin, por la buena solicitud y buenos atajos que su capitan Hasdrubal en ellas puso, y que la señoría cartaginesa libre de tantos estorbos, quedaba proveyendo nuevos

ejércitos, para que su mesmo capitan Hasdrubal pudiese venir en las Españas, y conquistase dellas cuanto bastase: mandándole juntamente, que si en pacificarla tuviese tal dicha como en lo de África, residiese por ella, gobernando cuanto poseian en estas partes. Y ciertamente tal era la verdad cual ellos decian: porque la priesa fué tal en aparejar aquel ejército, que Hasdrubal con un hermano suyo llamado Hamilcar se metieron en la mar brevemente, muy aparejados de lo necesario. Pero despues que comenzaron el viaje de España, quisieron tentar de pasada la isla de Cerdeña, que les caia en el camino, creyendo poder vengar las pérdidas que Cartago por allí recibió los tiempos del otro capitan Macheo, de quien arriba escribimos. Y pensaba Hasdrubal, que si viniesen los sardos contra él á la batalla, los romperia, segun eran buenos los aparejos de su floto. Mas los negocios no fueron tan fáciles como parecian, y las dificultades crecieron trabadas unas con otras tan encadenadas y juntas, que Hasdrubal por no quedar amenguado, porfió la conquista muchos años, hasta que viendo ser cosa larga de sostener, y que lo de España les importaba mas, y que con la dilacion de Cerdeña se perdian otras muy buenas ocasiones, comenzó de poner mucha priesa en el recogimiento de sus ejércitos y flota, para tornar á su primer camino. Estando ya para comenzar el viaje, los sardos le dieron un rebate muy súbito, donde Hasdrubal fué malamente herido: y pasados pocos dias murió, dejando en la gran Cartago tres hijos pequeños, llamado el uno Hanibal, y el otro Hasdrubal como su padre, y el otro Safo, que tuvieron andando los tiempos mucho poder en Cartago, y aun residieron despues largos años en España, gobernando lo mejor del Andalucía, segun adelante muy presto veremos, cuando se contaren las hazañas dignas de loable memoria que por ellos acontecieron.

CAPÍTULO XLII.

De las ayudas y socorro grande que la señoría cartaginesa llevó de España, tambien de gente, como de riqueza, para ciertas necesidades gravísimas que cerca deste tiempo le recrecieron en Sicilia y en otras partes, donde traia su comunicacion.

Luego como Hasdrubal fué muerto en Cerdeña, su hermano Hamilcar tomó cargo de las flotas, y de los ejércitos que por allá residian: y vista la poca fortuna que Cartago tenia contra los hechos de Cerdeña, la quiso dejar, para sin detenimiento pasar en España. Y así lo hizo saber en sus fustas lijeras á las gentes cartaginesas que moraban en el Andalucía, certificándoles quedar ya metido en la mar, esperando temporal, con que los navíos gruesos moviesen. Mas tampoco Hamilcar pudo cumplir aquella jornada: porque luego tras esto, muchos pueblos de Sicilia, sabida la muerte de su hermano Hasdrubal, se pusieron en armas contra gran parte de las villas y lugares que Cartago tenia por allí, trayendo para la tal guerra cierto capitan griego de Lacedemonia, llamado Leonidas, muy bien salariado, con acostamientos y gajes crecidos: el cual era tan esmerado varon, y los sicilianos le dieron tan buen aparejo de gentes y de todo lo necesario, que despues á pocos dias tuvo sus banderas repartidas en aquellos lugares de Sicilia del bando cartaginés á manera de cerco, y no ménos en las tierras africanas por los confines de la gran Cartago, haciendo muchos daños en todas ellas. Así que necesariamente convino dejar Hamilcar la jornada de España, por acudir al peligro de su ciudad y tierra. Llegado, dió muestras de su persona tanto buenas cuanto se podria decir, remediando muchos males, mejorando tantos inconvenientes, que los cartagineses no se pudieran valer, si por él no fuera. En los cuales debates los factores suyos del Andalucía les acudieron continuamente muy á tiempo con grandes pesos de plata para la costa de los ejércitos, con multitud de vituallas, así de jarcía cuanta fué menester para las flotas, como de mantenimientos y provisiones, y tambien con alguna gente del Andalucía que cautelosamente sacaron entre sus amigos, y se la despacharon por la mar, basteciéndola de lo necesario. Durando las cosas en aquella pendencia, tuvieron los cartagineses otra turbacion tan enojosa, que bastara para que con sola ella, dado que los tomara muy descansados, no pudieran acudir á los negocios de España. Esto fué, que Dario rey de persianos, hijo de Histape, les envió mensajeros particulares, pidiendo como señor principal, segun él se llamaba, de las gentes y repúblicas del mundo, á quien la señoría cartaginesa tambien habia de reconocer, que visto su mandamiento, no sacrificasen á sus dioses los niños que solian, ni los acatasen con sacrificios de personas humanas, la cual usanza maldita ya sus capitanes y gentes comenzaban á meter en España, con otras devociones abominables. Pedia mas el rey Darío, que los cartagineses dejasen de comer carne de perros, que fué manjar en Cartago muy acostumbrado. Item, que sepultasen los defuntos embajo de tierra, no los quemando, segun su costumbre pasada. Sobre todas aquellas demandas añaden algunos historiadores nuestros, haber pedido tambien las flotas y navíos que tenian en África y en España con número limitado de gente, para cierta guerra, que determinaba hacer contra Grecia. Deste mensaje hecho por aquel rey, la señoría cartaginesa se dolió gravemente, no tanto por lo que contenia, cuanto por imaginar Darío que los pudiese mandar él, ni príncipe nacido de cuantos habia sobre la tierra. Mas como los años presentes tuviese Cartago multitud de guerras y de negocios, y sobre todo desease la desocupacion dellas para con todas sus fuerzas venir en España, y apoderarse della, disimularon con los embajadores persianos lo mejor que pudieron, prometiendo cautelosamente de hacer lo que Darío les mandaba, sino fué lo de las armadas y gente que pedia contra los griegos, dando por escusa la necesidad manifiesta para la guerra de Sicilia, donde tenian menester lo de sus amigos y lo suyo. Con esta color satisfacieron á los embajadores persianos, y Darío se mostró bien contento por el presente. Pasados pocos años murió sin obrar aquella guerra que publicaba contra Grecia. Sucedió por señor en todos aquellos estados de Asia y de Persia un hijo suyo llamado Jerjes, de quien las historias hacen crecida memoria, por el aparato grande con que despues emprendió la mesma guerra de Grecia, que su padre dejó cimentada, con otras conquistas particulares. En tiempo de Jerjes, la señoría cartaginesa dió fin á las contiendas de Sicilia, porque Leonidas el capitan griego convino tornar á Grecia, para determinar la resistencia que se debia hacer á Jerjes: y con estar él ausente de Sicilia, los cartagineses lo pudieron allanar todo sin algun estorbo, casi en el año tercero del reinado de aquel Jerjes, que fué cuatrocientos y ochenta y un años, ó dos

años mas en otra manera de contar, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en que se cumplieron treinta y siete años cabales despues que la mesma Cartago metió sus primeros ejércitos en el Andalucía, para favorecer á los de Cádiz. Y con mucho trabajo se pudieran haber sostenido por acá tanto tiempo, no los habiendo socorrido con mas ayuda de gente, sino fuera por el amistad que pusieron con los turdetanos y turdulos andaluces, naturales y moradores antiguos de la tierra, segun ya lo declaramos en los treinta y nueve capítulos deste segundo libro.

CAPÍTULO XLIII.

Como viniendo en España gente de cartagineses para residir en ella, tuvieron rebato de camino con los vecinos de Mallorca. Poco despues llegados en España, dieron relacion de la gran flota que Cartago hacia nuevamente, para venir acá mas de propósito que nunca.

Estaban los hechos de Cartago tan bien cimentados en el Andalucía, tan pacíficos y tan firmes con aquella liga ya declarada, que si los africanos no mostraran codicia de se meter adelante, nadie de los que moraban en la comarca les diera jamás enojo, ni contra su voluntad intentaran alguna cosa. Pero como ya las pendencias de Sicilia quedasen pacíficas, y tambien ellos á la verdad en esta sazon se hallasen desocupados y sin estorbo, parecióles que podrian acometer cualquier demanda como se les antojase. Llegábase con aquello, platicarse por todas las tierras los grandes aparatos que Jerjes el rey de Persia hacia para venir en Grecia, mas poderosos y terribles que nunca se vieron en el mundo, tanto, que las otras gentes no decian ni miraban sino lo que desto sucederia. Los cartagineses entendian, que con aquello (sin persona sentirlo) tendrian mejor aparejo que nunca para venir en España poderosamente. Y así mandaron á su capitan Hamilcar, que juntase provisiones y bastimentos el año siguiente, cuantos bastasen á veinte mil peones y mil caballos. Y porque los despachos anduviesen mas descansados, permitieron al ejército viejo de Sicilia, que pues el invierno llegaba, fuesen á reposar á sus casas, con apercebimiento, que despues al verano siguiente vendrian á la jornada de España, donde satisfarian sus deseos en riquezas y todos los bienes posibles. Solamente sacaron del ejército viejo hasta novecientos peones y ciento de caballo, los que ménos ocupados parecian, para los enviar al Andalucía de refresco, con informacion que hiciesen á los españoles sus confederados, y tambien á la gente cartaginesa que por estas nuestras partes residia, de las armadas y de los ejércitos que dejaban allá basteciendo. Mandáronles mas, que de camino recorriesen á Mallorca, donde si viesen aparejo quedase tal parte de ellos, que sin recibir daño pudiesen ordenar alguna poblacion en que morasen de prestado, hasta lo proveer mas de propósito. Con este mandamiento, metidos aquellos novecientos africanos en cuatro navíos de carga, llegaron á dar vista sobre Mallorca. Salidos en tierra, comenzaron á correr el campo, y á maltratar algunos mallorquines que podian haber á las manos, no lo debiendo hacer, segun la condicion de esta gente, que de su natural eran hombres pacíficos, y pocas veces acometidos de naciones advenedizas, y ménos acostumbrados á semejantes bullicios. Visto, pues, el daño que los cartagineses hacian en ganados y pastos, y la licencia que tomaban á todas partes, apellidóse lo mas de la isla, y á poco rato salieron los naturales de sus chozas y cuevas en suficiente multitud, armados de hondas y piedras, con que dieron tal rebato á los cartagineses, que despues de les haber muerto gran parte dellos los demás huyeron á los navíos dentro de la mar. Tras los cuales iban los mallorquines á hondazos por el agua adelante, lanzando tan espantosa lluvia de piedras, y con tal fuerza y destreza, que las tablas de las fustas saltaban en rajas, y mucha parte de los mástiles iba quebrado, las velas despedazadas, y generalmente los unos y los otros cubiertos de piedras. Los cartagineses levantaron presto sus áncoras, y comenzaron á desviarse de la ribera, metiéndose cuanto mas dentro podian en la mar, donde no les alcanzasen los tiros de las hondas, con intencion, que pasada la furia tornarian allí, para buscar alguna manera con que satisfaciesen estos mallorquines, y pudiesen quedar entre ellos. Y verdaderamente se hiciera como lo creian, si la mar no se levantara luego con mucha tormenta de vientos orientales y sin poder hacer otra cosa, los cuatro navíos no se derramaran á diversas partes, el uno caminó contra Iviza, donde halló buen reparo de los cartagineses que moraban en la isla: los otros dos navíos tiraron á lo largo, y aportaron en la costa de España, casi en la boca del estrecho junto con Gibraltar, donde tambien fueron amparados de los españoles que por allí moraban. Y luego pasaron á Cádiz, y despues al Andalucía: y allí publicaron la venida de Hamilcar el año siguiente, con el aparejó que se quedaba recogiendo en Cartago: de lo cual todos mostraron mucho contentamiento. El otro cuarto navío corrió de través con mayor peligro sobre la costa frontera de Monvedre. Y como las guardas que sus vecinos los saguntinos al presente traian por la ribera, lo vieron de léjos ántes que llegasen reconocida la tormenta, saltaron ellos en sus barcas y metidas á la mar, les ayudaron hasta que finalmente vinieron á tierra. Luego lo hicieron saber á su ciudad, que por esta sazon era pueblo muy principal e aquella provincia, muy rico, y muy bien gobernad con leyes justas y prudentes, y sobretodo muy reve renciado de los otros lugares comarcanos. Y dado qu la poblacion estuviese desviada de la marina casi tr mil pasos dentro de tierra, con ser aquella distanc pequeña, traian guardas en la costa, y trataban p la mar todo cuanto convenia para los provechos su república. De manera que sabida la fortuna de navío cartaginés, mandaron que fuese bastecido mantenimientos graciosos, y le diesen velas, betum cuerdas, madera, clavazon, cuanta seria menester p ra su reparo. Esto hecho, como la mar hubo soseg do, tornaron los cartagineses al viaje del Andalu Donde llegados en salvamento, se juntaron con s compañeros, y con el otro navío de Iviza que ta bien pocos dias ántes era venido á Cádiz, con brado placer de todos cuantos se vieron libres de peligro pasado.

CAPÍTULO XLIV.

Como vinieron avisos al Andalucía, que la flota cartaginesa no podria mover aquel año para residir en España, por impedimentos que le sucedieron. Y como doce mil españoles pasaron en Sicilia, para favorecer las competencias que Cartago por allí traia: sobre las cuales pelearon una batalla mucho cruel y peligrosa.

En todo el año siguiente la parcialidad cartaginesa que residia por el Andalucía, esperaba de hora en hora la venida del capitan Hamilcar y de su flota: la cual certificaban todos los navíos de tratantes y mercaderes cuantos de Cartago venian en España, diciendo públicamente, que ya no faltaban sino ciertos capitanes particulares que pasaron en Egipto y en Fenicia, para tambien cojer allá gente: los cuales habia mensaje, que venian con muy buen aparejo para comenzar el viaje. Nadie de cuantos platicaban esto creian que fuera ménos, hasta que llegaron á Cádiz cuatro galeras crecidas de cinco remadores al banco, despachadas por esta señoría cartaginesa, bastecidas de muchas armas y muchos vestidos y municion de toda suerte, con las cuales mandaban á sus factores residentes en el Andalucía, que luego recogiesen doce mil españoles, y los enviasen á Cartago cuanto mas presto seria posible, porque la venida del capitan Hamilcar ya no podia efectuarse. La causa desto fué, que teniendo muy en órden todo lo necesario para la jornada, llegó cierto caballero siciliano, llamado Terillo, muy principal en una villa nombrada Himera, despojado de cuanto poseia por otro caballero tirano nombrado Teron, morador en un pueblo cerca de la mar, que decian Agrigento, nombrado por este nuestro tiempo Gergento. Perseguido y fatigado deste Teron venia Terillo, pidiendo favor á los cartagineses, prometiéndoles, que si le restituian á Himera, la cual habia señoreado muchos años, daria camino con sus aficionados y parientes, para que brevemente Cartago mandase toda la isla de Sicilia, pues ya tenia dentro lugares asaz populosos y fuertes. Era la plática tan al apetito de los cartagineses, que ninguna podia ser tanto: porque junto con la fertilidad y provecho de Sicilia, caíales tan cercana, que desde su postrera punta contra la parte oriental, nombrada en aquel tiempo Lilibeo, hasta la mesma ciudad de Cartago, no tardaban mas espacio de ciento y ochenta millas antiguas, que hacen cuarenta y cinco leguas españolas repartiendo por cada legua nuestra cuatro de aquellas millas, ó segun cuenta Estrabon, habia mil y quinientos estadios de trecho del uno al otro, que fué vocablo de las distancias, por donde los griegos antiguos medían sus caminos, en que se monta poco mas de ciento y ochenta y siete millas de aquellas latinas, y tambien poco mas de cuarenta y siete leguas de las nuestras, tomando en cada milla latina ocho estadios griegos, y por cada legua española de las medianas otros treinta y dos estadios. La color para dejar estos cartagineses la venida de España, pareció con quel achaque legítima: pero los que mejor sentian el negocio, tuvieron por cierto, que si Terillo no viniera de Sicilia con la demanda sobredicha, tampoco la flota cartaginesa moviera de su puerto, porque los ejércitos del rey Jerjes de Persia, quedaban en Grecia con la mas terrible pujanza de combatientes que nunca las gentes oyeron: y segun los cartagineses andaban apercibidos y recatados desde la primera nueva, tuvieron recelo que si Jerjes feneciese la conquista de Grecia, querria tambien dar en ellos, pues ya los años ántes el rey Darío su padre lo quiso tentar, como en los cuarenta y dos capítulos pasados apuntamos. Con esto vino muy propia la demanda del caballero siciliano, para resistir á toda parte, si lo de Jerjes algo fuese. Y tambien parecia, si lo de Sicilia saliese verdad que mejorarian mucho por allí sus cosas. En este punto los doce mil españoles fueron acabados de juntar en el Andalucía. Puestos en sus navíos llegaron á la gran Cartago, todos mancebos valientes, bien armados y dispuestos, tales, que cuantos allá los miraban conocieron ser ellos la principal fuerza del ejército cartaginés, aunque se llegaron en él poco ménos de trescientos mil hombres entre africanos, y españoles, y egipcianos y fenicios. Nunca se halla la potencia de Cartago salir fuera de su ciudad con tanta multitud ni tan aparejada como salieron esta vez. Y venidos á Sicilia con el capitan Hamilcar, se les juntaron muchos pueblos de la isla, que tenian primero su parcialidad, y muchos otros tambien pusieron con ellos nuevas amistades, como suele suceder en semejantes negocios. Llegados comenzaron á trabar con los enemigos rencuentros y peleas, que por la mayor parte fueron peligrosas y difíciles, á causa de un otro caballero siciliano llamado Gelon, adversario viejo de Cartago, que tenia tiranizado parte de la tierra, con el cual era confederado Teron el enemigo de Terillo. Pasados pocos dias, ambos juntos pelearon con Hamilcar en una batalla campal muy porfiada y reñida, donde pereció gran copia de gente por ambas partes. Al fin los cartagineses quedaron vencidos, y sus banderas destrozadas: y Hamilcar tan mal baratado, que despues de la rota nunca pareció ni muerto ni vivo. Desde allí se principiaron mortales enemistades entre Cartago y Teron todos los dias que vivió, y aun despues de su muerte, pasaron los enojos á los vecinos de la villa de Agrigento, que como dije llamamos ahora Gergento, donde Teron fué señor. Las cuales discordias duraron largos años, y siempre se dañaron los unos á los otros cuando podian, hasta que por discurso de tiempo los cartagineses con ayuda de España, sojuzgaron este pueblo. Desta pelea siciliana hicimos aquí memoria, por causa de los doce mil andaluces españoles que se hallaron en ella: los cuales fenecieron allí casi todos. Y dado que se pudieran librar, si dejaran las armas y se dieran á prision, como los enemigos pedian, jamás lo pudieron acabar con ellos, pues to que los mas de sus compañeros eran ya muertos, y veian todas las otras banderas de su parte metidas en huida sin remedio. Lo cual todo como dicho es aconteció dentro del año de cuatrociento y setenta y ocho, ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, en aquel mesmo dia que la flota de los griegos hubo tambien otra batalla de mar con el armada del rey Jerjes, cerca de un puerto llamado Salamina, que fué de las notables peleas deste tiempo. Tambien pocos dias ántes Leonidas el capitan griego de Lacedemonia, determinando morir por la defensa de su patria, con solos cuatro mil hombres de su ciudad, se puso en un paso llamado las Termópilas contra la multitud que Jerjes llevaba por tierra, donde venian un cuento y cien mil hombres de guerra, segun escribe Trogo Pompeyo, que es el autor mas limitado en el número desta gente. Y dado que Leonidas y toda su compañía murieron allí, mataron muchos contrarios: y con el daño que les hicieron, y con el impedimento de

no dejarlos pasar tan adelante como convenia fué causa que despues todo lo mas del ejército persiano tan espantoso y terrible saliese casi huyendo de Grecia desbaratado y deshecho.

CAPÍTULO XLV.

De la nueva provision hecha en España por la señoría cartaginesa, para conservar su contratacion entre los andaluces, y de las abominables devociones y sacrificios que los tales cartagineses trajeron acá, sacando sangre de los cuerpos humanos, para complacer á sus demonios.

Tales eran los acontecimientos y hazañas que pasaron aquellos dias en España, y fuera della: mas la pérdida de los andaluces en Sicilia fué cosa tan calificada, que la señoría cartaginesa temió gravemente, que del tal vencimiento, segun era grande, no sucediesen algunas mudanzas y turbaciones en todos sus estados. Entre los muchos remedios que proveyó fué uno, que sacaron á la hora del cuerpo de su mesma ciudad hasta quinientos hombres, en que pusieron muchos varones de cuenta, y los enviaron en España lo mas prestamente que fué posible. Llegados acá, juntáronse con los otros cartagineses sus naturales, residentes en el Andalucía, para comunicar unos con otros el intento de lo que convenia hacerse. Despues de bien consultado, repartieron entre sí las estancias en que seria bien residir. Unos acudieron á los puertos de la mar, otros á los mineros que poseian dentro de la tierra, y á las fortalezas que cerca dellos tenian edificadas: otros vinieron á la isla de Cádiz. Y aquí cargaron mas de propósito con mas número de gentes, recelando las malas voluntades que siempre conocieron en los vecinos della. Con lo cual y con el gran recaudo que pusieron nadie pudo moverse, ni lo probó. Muchos otros se dividieron por las isletas que solian estar en aquella comarca, de quien ya dimos cuenta por algunos capítulos pasados deste segundo libro, donde tambien tenian aquellos cartagineses algunas inteligencias y confederaciones. Los navíos eso mesmo que trajeron, despacháronlos presto, para que volviesen á Cartago muy llenos y cargados de plata y oro, con que fueron acrecentados los tesoros de la señoría demasiadamente con infinito reparo de los gastos excesivos que las guerras pasadas hubieron hecho. Quisieran otrosí los cartagineses recien venidos á la revuelta de todos aquellos negocios, trocar las malas nuevas que traian en otras no tales, publicando siempre entre los andaluces, y por entre cuantos hablaban con ellos, que su capitan Hamilcar habia ganado la batalla de Sicilia, y que todos sus ejércitos quedaban allá prósperos, y los españoles muy ricos y muy contentos. Pero como semejantes acontecimientos no se puedan encubrir, súpose presto lo cierto dello, mas no por eso recreció mudanza ni turbacion en las cosas que Cartago tenia por acá. Los turdetanos les ofrecieron de nuevo socorros y favores para se vengar, ó para tornar á Sicilia, ó para lo que mas les agradase. Lo cual mostraron estos cartagineses agradecer mucho, haciéndolo saber á su ciudad con mensajeros propios y particulares. Pero los negocios estaban á la sazon enconados, y no proveyeron lo que quisieran por algunos años.

En este medio tiempo los andaluces se dieron tanto á la conversacion destos cartagineses africanos, que tomaron dellos muchas costumbres y modos de vivir diversas de las que primero tenian. Recibieron eso mesmo de sus sacerdotes ciertos nombres y figuras nuevas de ídolos, y cierta ceremonía de sacrificios con que los adorasen. Otras tambien que ya los dias ántes hacian, como quiera que no muy continuas, comenzaron á se publicar y recibir en toda parte: donde se contenia la manera de sacrificar hombres á los demonios, y derramar sangre humana para los aplacar. Y cuando la ceremonia querian que fuese muy subida, sacrificaban sus mesmos hijos pequeños, muchas veces los primogénitos ó los mas hermosos que tenian. Y porque mas aquellas maldades quedasen arraigadas entre la gente simple de España, sucedieron algunos tiempos trabajosos de pestilencias con otras enfermedades graves, en que falleció multitud de hombres: para lo cual certificaban los de Cartago, ser el mejor y mas alto remedio de todos hacer aquel sacrificio de los hombres humanos. En otros peligros menores, decian, que bastaba derramar esta sangre sin muerte, sajándose los brazos, ó los hombros, ó cierta parte de sus cuerpos. Y que para las devociones mas livianas, convenia sangre de becerros, ó de toros, ó de castrones, ó de los otros animales que mataban, segun la calidad del sacrificio, y segun la costumbre que las gentes usaban en aquella devocion infernal.

En esto, como digo, y en obras semejantes se pasaron algunos años, que cuanto á los negocios no sucedió novedad y mudanza, ó por mejor decir, las historias no dan relacion de cosa notable que los cartagineses en España hiciesen ni tentasen, mas de que continuamente venian sus tratantes y mercaderes particulares con atavíos y herramientas, y con otros aparejos que los andaluces no tenian: á trueco de los cuales como si fueran cosa muy preciosa, sacaban dellos grandes intereses de metales y pedrería rica, hierro, caballos, acero, lanas, frutas, pescados salados, y mucha diversidad de mercaderías importantes, sobre las que por otra via los mesmos cartagineses tenian usurpadas en lo mejor y mas precioso de aquella provincia.

LIBRO III.

CAPÍTULO I.

Como parte de los andaluces vecinos de Tarifa pasaron á las riberas de Guadalquevir, para residir en ellas: donde fundaron un pueblo nuevo con otros edificios, de quien los historiadores cosmógrafos latinos y griegos hacen señalada memoria.

Estando los negocios del Andalucía puestos en los términos y puntos arriba declarados, era ya la confederacion y las amistades viejas de los vecinos del puerto de Santa María tan verdaderas y tan firmes con los carteyos ó tartesios, moradores de la villa de Tarifa, que no se hallaban dos pueblos mas conformes, ni que mas se favoreciesen en todas aquellas tierras, continuando siempre la buena voluntad que los años ántes comenzaron á tenerse, como lo declaramos en los treinta y seis capítulos del segundo libro. Fueron aquellos

tartesios de Tarifa grandes hombres de mar, tales, que toda su principal intencion era siempre labrar muchos navíos para cualquier manera de navegacion, así de remo como de carga, hechos en hermoso talle, fuertes, veleros, y muy aprovechados: de los cuales vendian algunos, y con otros discurrian ellos á diversas partes, aprovechándose de sus industrias y buenos modos de vivir. Perseverando, pues, en aquel ejercicio, parecióles, que ni la villa ni la ribera del mar donde moraban, dado que fuesen de razonable disposicion para sus tratos, no tenian tanto lugar ni tales anchuras como les era menester. Y por esta razon pusieron en plática con aquellos sus amigos del puerto, que les diesen algun sitio sobre las bocas del rio Guadalquevir, donde pudiesen hacer nuevas moradas, y tenderse para llevar adelante sus intentos: porque como dijimos en aquel capítulo, las entradas de este rio Guadalquevir, con una gran isla que tomaban aquellos sus dos brazos en que se dividia todo, lo gobernaban y defendian los vecinos del puerto sobredicho, por causa del templo muy antiguo que poseyeron allí desde muchos años fundado por el capitan Menesteo, que principió su lugar. No fué menester gran alteracion en la demanda de los tartesios, porque los otros tenian dellos tal certinidad y confianza, que sin haber otras obligaciones en medio, les permitieran cualquiera obra que les pluguiera hacer, cuanto mas no quedando las voluntades tan saneadas entre ellos y los cartagineses desde el tiempo que tuvieron los debates sobre la posesion deste rio, que no conviniese bastecer aquellas partes, y poner allí gente de su mano para lo conservar. Así que se hizo todo como los tartesios de Tarifa pidieron: los cuales apartaron luego cierto número de navíos con gente de su villa, para que saliesen á poblar en la isla del sobredicho rio. Señalaron por capitan desta jornada un vecino del mismo pueblo llamado Capion, hombre principal entre la casta de los foceenses de Yonia, que los años ántes quedaron avencindados en Tarifa, como ya lo contamos en los veinte y cuatro capítulos del segundo libro. Fué Capion allende lo sobredicho, persona grave, bien autorizada, muy negociador en los hechos de mar y de tierra. La salida se concertó así al principio del verano, cuando se contaron cuatrocientos y setenta y un años primero que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese. Llegados allí, la primera parte donde se metieron fué por la boca del brazo mas oriental que solia ser en aquel rio Guadalquevir: y luego salieron al templo ya declarado, que despues las gentes y coronistas latinos llamaron el oráculo de Menesteo. Hechas allí sus devociones y plegarias conformes á la ceremonia de los gentiles, comenzaron á discurrir por la isla, tomando los puestos y lugares que mejor les parecian. Entre los cuales principalmente señalaron un asiento cuatro mil pasos el rio arriba, donde formaron un lugar, á quien llamaron Ebora (1), que despues fué notable ciudad en aquellas partes. Ahora hallámoslo despoblado, pero duran sus muestras en el asiento mesmo que tenemos dicho. Los moradores de toda la comarca la nombran hasta nuestros dias Ebora la vieja. Las gentes antiguas la solian decir Ebora de los tartesios: y muchos coronistas la dicen Tarteso desnudamente, para diferenciarla con aquel sobrenombre de muchas otras Eboras, lugares muy señalados que fueron en España, de las cuales duran ahora dos en el reino de Portugal, una llamada Ebora Ciudad, y la otra Ebora Monte, de quien haremos relacion algunas veces en la tercera parte desta corónica, cuando nuestro Señor Dios allá nos llegare, puesto que de la postrera hallo yo poca memoria ó casi ninguna en los libros antiguos. Por causa tambien de los tartesios allí venidos fué nombrado Tarteso el mesmo rio Guadalquevir, dado que mas comunmente los antiguos le decian Betis, y la mesma isla se dijo tambien Tarteso, juntamente con la de Cádiz y con todas sus comarcas hasta casi la boca del rio que viene por la villa de Palos, que solo por la vecindad tuvieron gran parte muchos años en el tal apellido. Señalada la traza del pueblo con el repartimiento de calles, plazas y casas; principiados luego sus edificios, comenzaron juntamente con ellos á labrar un torrejon por aquellas entradas del rio sobre la mar en una pizarra rodeada toda de agua, cuya fundacion quiso tomar á sus cargos y despensas el capitan Capion, y tal diligencia le puso, que muy poco despues la tuvo hecha con asaz perfeccion, la cual todos los años cuantos por allí duró, que fueron muchos, la dijeron continuamente la torre de Capion (1). Y siempre tuvieron costumbre de poner en lo mas alto della fuegos á las noches, para que los mareantes la reconociesen desde léjos, si quisiesen ordenar allí sus viajes. Y tambien para la navegacion entre dia fué mucho saludable, por causa que la boca sobredicha del rio Guadalquevir, en aquel brazo de levante se mostraba por muchas partes vadosas, llena de muchos bajíos con el cieno que las aguas por allí traian: y si lugares algunos tenian canal, quedaban llenos de pizarras, con peligro manifiesto: sino fué contra la parte de la torre, que se podia mejor navegar. De manera, que necesario convino tenerla como señal, para que de dia y de noche los navíos en llegando se ladeasen á ella, por no peligrar. Con estas diligencias y buenos edificios, y con otros que despues allí hicieron, quedaron los tartesios en aquella parte muy asentados, y crecieron tanto sus provechos, que los otros tartesios, moradores de Tarifa, se tuvieron por venturosos, en haber dellos procedido tan buenos hombres: y los del puerto de Menesteo fueron mucho contentos del favor que les dieron, segun cada dia los veian aplicados al valer, y segun mejoraban por allí su partido cuanto mas iban adelante. De sospechar es que los cartagineses del Andalucía no holgarian mucho desto, pues en todos aquellos hechos se les renovaria siempre la memoria de las diferencias pasadas que con los del puerto tuvieron, cuando los años ántes no les consintieron á ellos lo que permitian á los tartesios: mas ni por eso movieron algun bullicio, ni mostraron sentimiento ni turbacion, ahora fuese por no revolver el estado de las comarcas, ahora porque ya tendrian otros negocios en el Andalucía mas importantes y de mas provecho que los ocupaban.

CAPÍTULO II.

De la venida que cierto capitan cartaginés llamado Safo hizo en el Andalucía, para mover guerra por el estrecho de Gibraltar á los moros fronteros de España, que se rebelaron contra Cartago.

Tanto cuanto los hechos tocantes á Cartago perseveraban estos años pacíficos y quietos en el Andalucía,

(1) Léase Ebura. El mar la ha sepultado ya, y se reduce al sitio llamado Sal Medina, á una legua de la costa de San Lucar.

(1) Chipiona.

tanto se comenzaron á turbar entre las gentes africanas sus vécinas y confines: las cuales considerando la grandeza desta ciudad, la potencia que dentro dellas alcanzaba: considerando tambien, que los cartagineses con usar deste señorío, no contribuian ciertas parias que sus antepasados acostumbraban dar á los pueblos de la comarca, por obligacion del asiento que sus ancianos les consintieron hacer en aquella tierra, como ya lo tratamos en el décimo sexto capítulo del segundo libro: murmuraban unos con otros, y tomábanlo por ocasion para se rebelar abiertamente contra Cartago, segun que tambien lo tentaron algunas otras veces. Comenzó su mudanza casi en el año de cuatrocientos y sesenta y cinco, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, y fueron creciendo las alteraciones, y derramándose por aquellas tierras, en tal manera, que los africanos un año despues tenian por diversas comarcas gentes puestas en campo, no solo con voluntad de resistir la sujecion que padecian, sino de pasar adelante, hasta destruir á Cartago, si no la pudiesen reducir á los tributos y servidumbre que primero reconocia. Y segun por las historias parece, conformáronse con ellos en esta demanda la gente de Mauritania con algunos de sus allegados, moradores en lo postrero de África contra el occidente, fronteros á España. Estos mauritanos son los que mas comunmente llaman ahora los moros: y dado que la tierra de su vivienda sea fértil de muchas cosas, nunca los cartagineses habian tratado con ellos algun hecho, por caer muy apartados de Cartago, y porque tambien los hombres de su provincia no solian ser en aquel tiempo muy guerreros ni provechosos: y junto con esto, porque la mayor parte dellos tenian amistades y buenas avenencias con algunos pueblos andaluces, y cuando les era necesario se favorecian dellos en cualesquier menesteres que sucediesen. Por esto como Cartago no poseyese los dias presentes aquella comarca de los españoles tan absolutamente como despues la poseyó, rehusaban siempre romper con los moros, porque no les alterasen los andaluces, pues adelante podrian hacer en ellos cuanto quisiesen, teniendo lo de España sojuzgado, como lo creian tener andando los tiempos. Ahora siendo los mauritanos parte principal en el ayuda de los otros africanos, fué necesario salir contra todos ellos poderosamente. Y á la verdad nunca los cartagineses mostraron pesar alguno desto, porque luego conocieron ser ocasion para que todos aquellos pueblos les quedarian muy mas obedientes en siendo vencidos. Nombrados pues sus capitanes para la cuestion, y señaladas las partes donde convenia tratarse, despacharon tambien al Andalucía cierto caballero nombrado Safo, hijo del buen Hasdrubal, que fué muerto cuando la guerra de Cerdeña, de quien ya los cuarenta y un capítulos del segundo libro dieron relacion. Encargáronle sobre todo, que trabajase como los mauritanos ó moros no sacasen á su favor gente del Andalucía. Item, que para los negocios pertenecientes á su cargo, pudiese tener en armas tres mil peones españoles, y doscientos de caballo, sobre la gente cartaginesa que por acá residia: la cual era tambien otra mediana cantidad, pagados todos éstos de los intereses y hacienda, que la señoría cartaginesa poseia en España: con los cuales ejércitos, y con todo lo demás obrase cuanto le pareceria convenir al bien de su república.

Con este despacho, Safo llegó primeramente sobre la isla de Iviza, que corria mucho peligro por la vecindad de los africanos contrarios: y despues que la dejó bastecida de mantenimientos, y reparados los muros de la poblacion que tenian allí con pertrechos y gentes, se pasó en el Andalucía: donde fué su llegada casi en los fines del año sobredicho. Y luego como vinieron los principios del siguiente, que se contó cuatrocientos y sesenta y tres, ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese, comenzaron á se tratar todos los negocios de la provincia regladamente, segun las instrucciones que habia traido. Lo primero que hizo fué, recorrer los pueblos y fuerzas que sus gentes acá poseian, así por la marina como dentro de la tierra. Despues visitó los otros lugares del Andalucía sus confederados: en los cuales todos repartió preseas, que para los tales propósitos enviaba la señoría cartaginesa, donde salieron muchos vestidos galanes y bien hechos, muchas armaduras de hierro defensivas para diversas partes del cuerpo, como son casquetes, celadas y manoplas, muchos escudos bien adornados y de buena faccion. Repartióles tambien muchas espadas hermosas á maravilla, las cuales fueron estimadas y preciadas entre los españoles á quien se dieron. Tenemos por cierto, que la tal estimacion no vendria por la fineza dellas, pues averiguadamente sabemos de corónicas antiguas, que ni de perfeccion, ni de talle, no se labraban tales espadas en el mundo como las españolas, ni tan atropadas en la mano, ni tan cortadoras, á causa de las aguas, que son acá muy apropiadas, y naturales para sus temples, y tambien por algunas diligencias primas que los españoles tenian en apurar el hierro y acero de que las obraban, como lo manifestarémos adelante: pero la ventaja que las de Cartago debieron traer, seria hermosura de vainas, y puños, y guarniciones, labradas con mas industria que lo del Andalucía. Sobre todo repartió Safo por aquella gente multitud de frenos y jaeces para los caballos, conformes á la manera de su tiempo, que fué lo que ménos bien acá labraban, y mas estimaban, juntamente con muchas telas preciosas de diversas maneras, puesto qu tambien en alguna suerte déstas llevaron en el Andalucía mucha ventaja sobre las otras tierras, com de todo dará cuenta la relacion siguiente. Con esta larguezas y dádivas, que Safo cartaginés hacia d continuo, ganó tanto la voluntad á los andaluces q de todos era servido y amado. Tras esto procuró juntar los principales de la tierra, y allí les dió cuen de todos los intentos de su venida: pidiéndoles fav en la prosecucion de la guerra contra los african que ya por allá se traia muy encendida: lo cual ace taron los andaluces liberalmente. Cuanto al ejército los tres mil hombres, de quien Safo señaló tener n cesidad, acudieron tan presto, que si mas de tres demandara, se le dieran sin interés ni sueldo, mas los mantenimientos ordinarios, con algunas vestidu de guerra graciosas, que Safo distribuyó por quien pareció tener necesidad. Con estas compañas y b aparejo, fueron distribuidos luego por lugares y si de la marina comarcanos al estrecho de Gibraltar, partidos en fronteria contra los moros africanos: cuales en estos dias no solo perjudicaban á todo lo de Cartago podian haber entre manos por la mar y la tierra: pero tambien traian copia de gente guerr por las otras provincias africanas, favoreciendo cuestion, y sosteniéndola cuanto podian. Safo come poco á poco de traspasar allá sus banderas por el trecho de mar, con que les destruia la provincia, ca tivándoles hombres y ganados, abrasando lugares, serías, aduares en el campo, sin reposar noches ni di

Y dado que cuanto á lo público la fama de los que hacian esto se llamase gente cartaginesa, verdaderamente conocieron los moros, que sacados los oficiales y capitanes del ejército, todos los otros dañadores fueron andaluces, y quedaron dello muy espantados, segun toda su vida los habian tenido por amigos verdaderos y ciertos.

CAPÍTULO III.

Como los andaluces turdetanos quisieran atajar las pendencias entre Safo, capitan cartaginés, y los moros: lo cual no se pudiendo bien concluir, pasaron en África muchos andaluces, para favorecer á Cartago. Declárase tambien la maravillosa navegacion que los de Cádiz y sus comarcanos hacian en este tiempo por las anchuras del gran mar Océano.

Siendo tales aquellas destrucciones y robos, que los andaluces hacian en la provincia de Mauritania: los principales de la tierra, por estorbar que los daños no fuesen adelante, se juntaron en la ciudad de Tanger, llamada los tiempos antiguos Tinge, la cual en aquella sazon era de las cabezas mayores y mas notables entre todos ellos: y luego despacharon mensajeros al Andalucía, dirigidos á la ciudad de Turdeto, y á las otras gentes que della dependian. Los cuales mensajeros prestamente pasaron á la villa de Tarifa, nombrada Tarteso, que caia de Tanger poco mas de seis leguas en el través del estrecho sobredicho que hace la mar entre África y España, cada cual dellas asentada fuera de la boca del Océano, Tanger en las riberas africanas, y Tarifa sobre las españolas, casi puestas ambas en un tenor y fronteria. Desembarcados los mensajeros, vinieron por allí bien seguros, por ser en aquel tiempo Tarifa villa mas libre que los otros lugares comarcanos, y de ménos ocupacion en las contrataciones de Cartago: desde la cual discurrieron á toda parte, quejándose de las ofensas y descortesía, que tan contra razon les hacian en África la gente de los turdetanos, no se lo mereciendo, ni teniendo causa por qué lo hiciesen, ántes creian ellos, que si cualquiera otra nacion los quisiera maltratar, salieran los andaluces á la defensa, como fuera cierto que tambien ellos saldrian á resistir las afrentas que tocasen á los turdetanos. Los andaluces mostraron descontento grande de lo hecho, certificándoles, que nada sabian, y que cuando Safo juntaba sus ejércitos, les hizo sentir, que sería para cierta guerra que Cartago traia con las gentes africanas vecinas de Cartago, de las cuales nadie pudiera sospechar que tuvieran parte los mauritanos cayendo tan alejados de su region. Y por mas les satisfacer, señalaron luego personas autorizadas y de crédito, que fuésen al capitan cartaginés, para que de su parte le representasen el amistad vieja que con los moros tenian, y le rogasen, que cesase los daños sobredichos. A lo cual Safo respondió cuerdamente, diciendo, ser él y sus cartagineses los ofendidos, sin jamás haber hecho por qué, ni tener pendencia ni contratacion en aquella tierra de los moros, y que para la defensa de su república convenia destruirles la tierra, porque cesasen los daños que cerca de Cartago hacian ellos: mas que por contemplacion de los turdetanos, Safo sobreseeria en el castigo que los tales merecian, si sacaban ellos luego la gente derramada que por África traian, y la tornaban á sus provincias. Así fué concertado de los unos á los otros, y puesto luego por obra. Pero como la gente de los moros hubiese pasado no de golpe ni junta, sino diversas veces á la guerra, halláronse muchos, que cumplido ya su tiempo cobraron pagas nuevas, y no las habian servido: muchos otros debian las que les dieron en llegando: parte dellos tenian sueldos adelantados: otros con libertad y licencia que por allá tomaron haciendo mal, no querian tornar como les era mandado: de suerte que si volvieron algunos moros, fueron tan pocos, que casi no hicieron mengua para la guerra. Desta manera Safo, cuando sacó su gente, ya que la tuvo dentro del Andalucía, conforme á lo capitulado, certificáronle, que mucho número dellos quedaban allá todavía. Sintiólo tanto, que sin mas detenimiento dió vuelta con el mayor golpe de los ejércitos, y pasó personalmente sobre la mesma provincia de Mauritania. No se puede contar el estrago que comenzó de mover, muy mayor y mas cruel que todo lo primero, sin haber quien lo pudiese aplacar, para que todos no fuesen metidos á cuchillo y á fuego, haciendo tambien saber á los turdetanos la falsedad que trataban aquellos moros sus amigos. Los moros apremiados con este peligro, sacaron á gran priesa gente de los pueblos, para defender su region: y trajeron las capitanías y caudillos que tenian contra Cartago, creyendo que todo les era menester, y que Safo ya no queria paz con ellos: lo cual entendian todos que tambien así fuera, sino por los andaluces, á quien estos moros comenzaron á solicitar, indignándolos contra Cartago, poniendo grandes sospechas en el asiento que los tales cartagineses hacian en el Andalucía, y en la tierra que della ganaban cada dia. Pero ninguna cosa bastó, para que los andaluces lo tuviesen á mal, ni recelasen que dello les podria redundar perjuicio. Como tales comenzaron á hacer amigas estas dos gentes: lo cual aunque Safo tuviese por muy grave, las importunaciones fueron tantas, que por complacer á los turdetanos, hubo de sacar sus banderas fuera de la provincia Mauritana: mas no quiso tornar en España por el presente, sino desde allí despachó nuevos capitanes á la provincia de los españoles célticos, que moraban metidos en el Andalucía, por la region de los turdetanos, desde poco mas bajo de Sevilla, contra la ribera de Guadiana, para que recogiesen allí siete mil peones y cuatrocientos caballos. Éstos cogidos en pocos dias, y pasados en África por las angosturas del estrecho, tuvo Safo con ellos y con los primeros puestos en campo casi doce mil combatientes muy buenos y bien armados: con los cuales entró por las otras provincias africanas contrarias á Cartago, pasando siempre mas adelante, haciendo tal destruccion, que nadie lo podia resistir. Así que tomados en medio los enemigos, Safo con sus españoles por la parte mas occidental, y los otros cartagineses por la parte de levante, los apretaron tan recio, que necesariamente se vencieron, despues de pasadas en todas partes grandes mortandades y daños. Muchas ciudades quedaron asoladas, muchos pueblos robados, infinitas batallas y recuentros rompidas, y perdidos en ellas capitanes y caballeros, y gente muy principal, con que los africanos fueron puestos en servidumbre tan manifiesta, que les fué necesario renunciar las parias y tributos cuanto la señoría cartaginesa solia pechar por el asiento de su ciudad, perdonándolas y desistiéndose dellas perpetuamente. Dieron otrosí grandes pesos y suma de plata, pagados entre todas aquellas naciones por los gastos

hechos en estas pendencias: y mas ciertas medidas de trigo para los graneros y depósitos cartagineses, con mucho número de caballos y vestidos que tambien contribuyeron', para gratificar las gentes que les ayudaron en diversas partes: de las cuales no daremos aquí relacion, ni de las cosas particulares acontecidas en aquellos debates, pues lo de los españoles queda ya dicho, y lo de los otros no pertenece á nuestro propósito, sino fué lo de cierto capitan mancebo, llamado Saruco, el cual por haber sido morador en otra ciudad africana, nombrada Barce, no contraria de Cartago, le decian por sobrenombre Barcino. Éste con algunos parientes suyos, y gente de la mesma ciudad que consigo trajo, dió muy crecidas muestras de su valor todos los dias de la guerra. Los cartagineses lo avecindaron en Cartago, casándolo con una señora su natural, noble, rica, y poderosa: del cual, y de los otros sus deudos procedió despues un linaje cartaginés, nombrado de los Barcinos, ó Barcas, principal y de gran potencia: cuyos descendientes fué tiempo que gobernaron mucha parte de España, y emprendieron en ella grandes hazañas: y por este respeto hacemos aquí mencion dellos, para que sepamos adelante su principio, cuando trataremos dellos en los libros venideros: dado que Silio Itálico poeta español, y algunos otros escritores pongan por diversa via su generacion y principio, como ya lo dijimos en los diez y seis capítulos del segundo libro. Fenecida la guerra los ejércitos fueron derramados cada cual donde le plugo. Los españoles dieron vuelta por las mesmas tierras que vinieron, y pasados al Andalucía se tornaron á sus casas, bien satisfechos y pagados, casi en el año de cuatrocientos y cincuenta y nueve ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué justamente cinco años cumplidos despues que la dicha pendencia se rompió. Pasado este tiempo, Safo quedó muy pacífico, mejorando por el Andalucía su partido, con todos los intereses y hacienda de Cartago, buscó siempre muchas amistades y confederaciones con cuantos pueblos españoles podia, dentro y fuera de la provincia, sobre las que los otros cartagineses sus antecesores tenian hechas primero. Particularmente comenzó de tratar inteligencias con los saguntinos vecinos de Monvedre, puesto que moraban algo léjos de donde Safo residia, prometiéndoles su confederacion y la de Cartago, para cuanto mandasen y quisiesen, á fin de con esta color entremeterse tambien si pudiese con ellos, y mezclar con sus contrataciones en aquella ciudad, que tenia grandes riquezas y poder entre los mejores de España. Los moradores de Cádiz (sin haber memoria de los enojos antiguos) fueron tratados muy bien deste capitan, y favorecidos para la sustentacion de sus naos, y para los gastos de sus viajes que traian por el mar Océano de poniente muy continuos, y de muchos intereses: dellos por las riberas occidentales y septentrionales de España, y dellos por las africanas, juntamente con los tartesios de Guadalquevir, y con los otros tartesios de Tarifa, y del puerto de Menesteo, con mas otras gentes comarcanas, que ya rodeaban todas aquellas mares en grandes caminos y distancias. Puso tambien gente cartaginesa de residencia por algunos lugares de la Mauritania, so color de tratanzas, tomando por achaque la vecindad que tenian con los andaluces, y las amistades que pocos dias ántes hubo puesto con ellos por intercesion de los turdetanos. Desde el cual tiempo comenzaron estos cartagineses á nombrar Avila la punta postrera del estrecho, que hace la boca de nuestro mar Mediterráneo, frontera de Gibraltar en España, porque la tal palabra significa en su lengua cartaginesa lo mesmo que monte crecido y encumbrado, cual es uno de quien procede la dicha punta. Y así fueron valiendo continuamente los negocios destos cartagineses por la region de los moros arriba dichos, con la buena diligencia deste capitan Safo, cuanto residió por el Andalucía: desde la cual gobernaba todo seis años enteros, despues de fenecidas las guerras africanas, negociando muy á la continua cosas importantes de grandes provechos y crecida substancia.

CAPÍTULO IV.

De la vuelta que hizo Safo desde el Andalucía para Cartago, y como vinieron en su lugar otros dos capitanes primos suyos, nombrados Himilcon y Hanon, de los cuales Hanon hizo singulares acometimientos, y principió cierta poblacion en Mallorca para tomar entrada con la gente de la isla.

Gobernaban en esta sazon el estado de la gran Cartago dos hermanos de Safo, llamados el uno Hanibal, y el otro Hasdrubal; y como los negocios de la señoría cartaginesa fuesen gravísimos y muchos, y muy continuos, convino para despacharlos, y para lo demas que requeria su buen regimiento, tener entre sí con el mesmo cargo tres primos suyos, nombrados Himilcon, y Hanon, y Gisgon, hijos del capitan Hamilcar, de quien dijimos en los cuarenta y tres capítulos del segundo libro, nunca mas haber parecido despues que perdió la batalla de Sicilia. Todos éstos viendo la buena manera con que Safo trataba lo del Andalucía, considerada su gran habilidad, enviaron por él, para darle parte (segun publicaban) del mando que tenian en Cartago, mostrando querer ayudarse dél y de sus esfuerzos en aquella gobernacion: como quiera que la verdad fuese que lo hicieron por cierta costumbre muy antigua que Cartago tenia, de no consentir á nadie muchos años en cargos calificados. Desta suerte salió Safo del Andalucía por mandado de sus hermanos y primos, siendo ya llegada la primavera del año de cuatrocientos y cincuenta y dos ántes que nuestro Señor Jesu-Cristo naciese. Venido á Cartago, le fueron hechas crecidas remuneraciones, y dadas gracias en público, de parte de toda la señoría, por la buena diligencia, cuidados y solicitud, que por acá tuvo. Tomaron tambien dél relacion y cuenta de las buenas maneras en que dejaba las provincias y los negocios de ellas, y mas todos sus anexos y dependencias: lo cual Safo declaró tan abundantemente que todos quedaron satisfechos, y por su consejo fueron luego señalados para suceder en este cargo de España que él dejaba, los dos primos suyos sobredichos Himilcon y Hanon, certificándoles que cumplia para llevar sus hechos adelante, no quedar esta tierra de los andaluces en España sin gobernadores un solo momento, por ser la gente della no muy conformes unos con otros, aparejados para cualquier mudanza. Desta suerte los dos hermanos ya dichos, recibido lo necesario de navíos y gente, metidos á su

viaje, quisieron de camino tentar lo que muchos otros cartagineses habian tentado los años ántes, cuando venian en España, que fué dar algun rebato sobre las islas de Mallorca y de Menorca: lo cual finalmente se hizo, puesto que no tan de presto como deseaban: porque muchos dias tuvieron vientos contrarios, con que les era necesario caminar á remo solo, muy poco y muy tarde, y con muy grande fatiga: pero todavía lo porfiaron tanto, que tomaron un puerto de Mallorca sobre la ribera oriental que cae contra Menorca. Sacados allí sus hombres á tierra, descansaron y refrescaron de los trabajos pasados, y procuraron traber plática con los moradores de la isla, dándoles herramientas y cosas apacibles que traian en sus navíos, por los halagar en todas las maneras posibles. Tuvieron aplacados algunos dellos, con la sagacidad y buen seso de Hanon, el uno de los dos capitanes, que fué persona grandemente discreta: mas al cabo no bastaba nadie para sosegarlos de todo punto, porque luego como los mallorquines habian recibido cualesquier atavíos ó herramientas que les agradasen, huian á los montes, y chozas y cuevas donde se criaron. Aprovechó la venida destos cartagineses al presente no mas de para fortalecer un buen sitio, donde pudiese residir gente suya, si despues adelante viniesen otras veces allí. Y para quitar el alteracion que los mallorquines mostraban cuando veian entre sí personas estrañas: y porque con esto los negocios poco á poco fueron algo mejorando, visto que los mallorquines cada dia mostraban ménos contrariedad, acordaron entre sí los capitanes de Cartago, que Himilcon prosiguiese la jornada del Andalucía, y su hermano Hanon quedase pacificando la isla con cuantas blanduras y buenas obras podia, donde mostró con tal discrecion y prudencia, con tanta destreza por todos sus hechos, que muchos inconvenientes de los que primero parecian gravísimos, fueron allanados: y dado que con trabajos continuos abrió muy gran puerta para las contrataciones, pláticas, negocios y seguridad venideros.

CAPÍTULO V.

Como los factores cartagineses poblaron lugares y villas en Menorca muy provechosas para la contratacion que traian en España, sosteniendo juntamente la posesion que tomaron en Iviza, y en las otras islas menores de su contorno.

Ménos dificultad tuvieron los negocios de Menorca, por ser los vecinos della no tan endurecidos ni silvestres de su condicion, puesto que cuanto al estilo de vivir eran mucho semejantes. Allí fueron esta vez comenzados á poblar dos lugares, el uno llamado Jama, ó segun Tolomeo lo nombra Jaman, apartado de la morada que los cartagineses tenian en Mollorca, poco ménos de sesenta millas por la mar, sobre la marina de la isla, contra la parte del occidente septentrional, frontero de los vientos que comunmente decimos nuruestes, y por otro nombre maestrales, á quien los antiguos nombraban coros, y por otro nombre japiges, olimpias, argestes, no léjos de la parte donde hallamos ahora la ciudad que dicen Ciudadela. El otro pueblo llamaron Mego, que Tolomeo y Plinio nombran Magon, segun que tambien ahora le llamamos Mahon, junto con un puerto de mar escelente sobre las riberas orientales de la isla, torcida su postura contra la vuelta de mediodía, frontera de los vientos, llamados ahora jaloques y sueste, que los antiguos eso mismo decian euros, volturnos, apeliotes. Entre los dos lugares ya dichos quedaban sesenta millas de trecho, que son todo lo largo de la isla de Menorca (1), desde levante hasta poniente, puesto que muchos afirman haber tenido la tal isla tres pueblos principales: uno llamado Labon, otro Sesena, dicho tambien Jamon, y el tercero Magon, de quien ahora hablamos: á la manera propia que se le hallan otros tres, y no mas, en este nuestro tiempo, que son Alayor en el medio, Mahon y Ciudadela sobre los dos fines della. Los nombres antiguos destos tres lugares, conviene á saber, Labon y Sesena, y Magon ó Mahon, dicen serles puestos á causa de ciertos gobernadores que Cartago les envió despues de poblados, nombrados de los mesmos apellidos. Pero yo para decir verdad, aunque lo postrero me parezca llevar buen concierto, no tengo visto memoria de crédito que lo certifique: solo hallo bien averiguado, los dos lugares primeros haber sido muchos años en Menorca principiados en su cimiento por gente cartaginesa: los cuales fueron despues acrecentados con moradores de la mesma tierra que venian aplacados, y los recibian entre sí cada dia de muy buena voluntad. Hallo mas haber tenido Cartago siempre muy provechosas acogidas aquí todos los tiempos que sus gentes trataron en España, con ser los negocios entropezados y confusos, como lo suelen ser todos los principios de cualquier cosa. Hanon se detuvo por allí mas de dos años, hasta los dejar en buenos términos, y todas sus ocupaciones y jornadas fueron pasar de Menorca á Mallorca, y de Mallorca para Menorca, requiriendo las poblaciones arriba dichas, y remediando cualesquier turbaciones que sucedian. Algunas veces requirió la poblacion de Iviza, que ya por aquellos dias era cosa bien asentada, mucho proveida de mantenimientos y navíos, en que los cartagineses traian granjerías provechosas. Era la principal granjería oficiales que hacian vasijas de barro bien cocidas y de buen talle, labradas en infinita multitud: las cuales gastaban las gentes africanas, y diversas otras naciones en el servicio cotidiano, donde sospechan algunos escritores, que la tal isla con las otras mas pequeñas de su contorno fueron despues llamadas por los griegos Pitiusas ó Pitecusas, á causa que las tales vasijas de barro se dicen pitos en lengua griega, no embargante que hartos otros afirmen haber tenido tal nombre, por causa de los muchos árboles pinos que se crian en ellas, á quien los mesmos griegos llaman pitis, como lo declaramos en el segundo libro. Labraban tambien estos cartagineses en Iviza copia de sal, con que bastecian todos sus lugares y ciudades, y mas otras provincias y regiones donde la vendian ó trocaban por intereses crecidos: en el cual tiempo todos los dias que por allí hacian esto, Himilcon, el otro capitan, hermano de Hanon, residió siempre con los andaluces, y segun parece tenia quietud y sosiego, porque las historias que tenemos al presente no señalan hazaña suya todos aquellos años, ni dan cuenta de sus costumbres, ni de sus maneras buenas ó malas, ni del estilo que tuvo los años de su gobernacion. Y ciertamente son tan encogidas en la memoria deste capitan Himilcon, cuanto son abundosas en la de su mayor hermano Hanon, y en las alabanzas

(1) Siendo, segun las últimas observaciones, la circunferencia ó bojeo de la isla de Menorca de 62 millas, se infiere que Ocampo entendió por largo toda la vuelta de dicha isla.

que de su persona publican, tales que para bien gobernar ninguno jamas envió Cartago en España que le hiciese ventaja, y muy pocos le igualaron, segun los capítulos siguientes bien largo lo contarán.

CAPÍTULO VI.

Como dejadas las islas de Mallorca y de Menorca vino Hanon al Andalucía para se juntar con su hermano Himilcon, y de las excelencias y grandes habilidades que mostró tener este Hanon cartaginés el tiempo que por acá residió.

Principiada la contratacion de las islas, con tanta solicitud y prudencia cuanta dejamos escrita, Hanon comenzó las diligencias de su camino para venir al Andalucía, dejando por allí muy de reposo todo lo mejor de sus navíos y de sus gentes. Poco despues con una sola galera crecida de cuatro remadores al banco, que los latinos llaman cuadriremes, y en ella no mas de la gente necesaria para su gobernacion y servicio, tomó la jornada sobredicha, y en breves dias vino al Andalucía, siendo ya pasada buena parte del año, que se contaba cuatrocientos y cuarenta y ocho ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese. Fué recibido con grandes alegrías de su hermano Himilcon, y de todas las otras personas, así cartagineses como andaluces, que residian acá: los cuales, despues que comenzaron á tratar este capitan y conversarle, no se puede significar cuanto lo fueron amando y siguiendo, por ser hombre muy apacible, muy dulce, y de muy galan parecer y disposicion autorizada, que son cosas ayudadoras para ganar los hombres gracia con las personas y gentes entre quien tratan. Era tambien, segun dicen, dado grandemente á las artes liberales de geometría, filosofía, muy artificioso de sus manos en pintar dibujos, cuanto en un señor ocupado de negocios graves y continuos podia caber. Sobre todo muy aficionado que la memoria de los acontecimientos notables no pereciese, tanto que desde su venida comenzó de poner en España muchos letreros y medallas esculpidas, dellas con letras africanas, otras con griegas, dellas tambien con españolas provinciales, que duraron largos años, hasta los tiempos de los romanos y godos que por acá vinieron. Lo mesmo hizo tambien en Cartago, y en Mallorca y en Menorca, y en las otras partes donde tuvo gobernacion. Nunca lo reputaron en España por esforzado ni guerrero, pero cuando no se podian excusar cuestiones ó batallas, era tanta su diligencia, sagacidad y cuidado, que nadie prevaleció jamás contra él, y muchas veces con pura solicitud alcanzó grandes ventajas á sus contrarios. Tuvo sobre todo gracia demasiada en poner enemistad y division entre cualesquier gentes que le fuese menester, y si convenia reducialas despues á concordia, con tal serenidad y disimulacion que nadie lo podia culpar, y de todos alcanzaba gracias de lo hecho. Llegado, pues entre los andaluces, reconocida la manera de la tierra, confirmó luego cuanto su hermano habia hecho los dias que por ella residió, juntamente con lo que Safo, su primo, tuvo negociado los años ántes con las otras gentes dentro y fuera de la provincia, segun queda dicho. Esto negociado dividió con el hermano su gobernacion; y porque mas descansadamente la pudiesen ambos tratar, Hanon tomó lo postrero del Andalucía contra las partes occidentales, cerca del rio Guadalquevir, Himilcon escogió la parte de levante contra las comarcas que confinan ahora con el reino de Murcia: y el uno y el otro procuraban de se meter por la tierra cuanto podian, trabajando con gran eficacia sobre las otras cosas en buscar mineros nuevos de metales y pedrería preciosa, de que hallaban grandes indicios á toda parte. La diligencia desto fué mucha con que descubrieron increible multitud de venas y pozos, sobre las que primero sabian los españoles: déstos quedaron algunos principiados que no se pudieron cavar ni limpiar perfectamente por ser indomables las gentes y tierras donde caian, y no tener osadía los cartagineses de perseverar en las obras. En otros les iba tanto bien, y hallaban tal abundancia de riqueza, que bastaban á satisfacer sus codicias. Enviaban continuamente crecida cantidad al tesoro de Cartago, con que siempre crecia la potencia desta ciudad sobre todas cuantas á la sazon eran en el mundo. Las naciones extrañas no platicaban otra cosa sino la buena fortuna de los cartagineses, y la sobrada diligencia que pusieron en acometer este negocio, publicando los unos y los otros que sus flotas andaban en lo postrero del mundo, descubriendo nuevas tierras y gentes en España, y apoderándose por ella donde nadie despues del dios Hércules habia podido tocar, sino fueron los fenicios de Sidon, y de Tiro, con mandamientos y revelaciones del mesmo dios Hércules, y tambien algunos pocos de griegos, que traidos con tempestad de la mar se metieron en la tierra con muy gran ventura, donde mezclados con los naturales de las provincias, vivian en ellas por ser tierra fértil y perfectísima de todo cuanto criaba. Lo cual parece muy semejante á lo que por el mundo platican en este nuestro tiempo de la jornada que nuestros españoles hacen á las Indias orientales y occidentales, y al señorío que por allí tienen, y las riquezas que de continuo traen, de quien la postrera parte desta gran historia dará crecida relacion, sino que discrepan en que lo nuestro se halla viaje sin comparacion mucho mas largo que cuanto los cartagineses ordinariamente navegaban, y tambien el señorío de España, por las Indias va continuamente ganando por armas con victorias maravillosas. Cartago jamás en aquellos tiempo tuvo riesgo con España, donde sus ejércitos no fuesen destrozados, como presto lo veremos en el proceso siguiente. Discrepan tambien que los cartagineses nunca trajeron en España cosas de mucha substancia. Lo españoles llevan á las Indias grandes y crecidos provechos, como son mucho pan, mucho vino, caballos paños, lienzos, azogue, plomo, cobre y estaño, frutas hierro y acero labrado, con todo género de herramientas, y en verja, con otras muchas cosas excesivamente mas preciosas para los provechos de la vid humana, que no el oro solo que buscan allá, del cu pudiéramos buenamente carecer donde quiera, si co discrecion considerásemos el poco provecho que d resulta para cualquier cosa, muy al contrario de l otros metales comunes, con cuya falta seria la vid trabajosa, puesto que tambien del tal oro podríam acá tener tal abundancia, si se quisiese buscar, qu no seria necesario pasar en otra parte para lo trae aunque muy cerca nos cayese, cuanto mas tanto tr cho, pues ya sabemos averiguado, que ninguna pro vincia tiene las Indias tanto por tanto, donde tal pla ni tal oro, ni tanto ni tan aprobado, ni subido se cri como por España, juntamente con todos los otros me tales que faltan allá. Pues que si considerásemos l montañas y sierras de jaspes, de pórfidos, de már

moles, alabastros y toda suerte de margaritas de que se halla toda llena, segun lo confiesan los escritores antiguos que lo vieron, y trataron. Pero conviene dejar esta materia para su tiempo por tornar de contar lo que hicieron los factores cartagineses en aquella sazon, cuando residian acá con los españoles entre quien vivian.

CAPÍTULO VII.

Como Hanon el cartaginés quiso descubrir particularmente las marinas que vienen desde el estrecho de Gibraltar hasta la punta de san Vicente, y descubriéndolas de propósito, hizo relacion en Cartago de todo lo nuevo y no sabido, que por allí se conoció.

Dicen las historias que como Hanon el mayor de los capitanes cartagineses fuese persona de generosos pensamientos entre los otros negocios á que sus inclinaciones lo llevaron fué uno procurar de saber el estado de las gentes españolas, que moraban desde Guadalquevir adelante contra las partes occidentales sobre la costa del mar, y en qué distancia fenecia la tierra firme de España y del mundo. Porque dado que todas las gentes extranjeras tuviesen creido que las tierras habitables no pasaban del estrecho de Gibraltar àdelante donde platicaban Hércules haber puesto sus colunas, conocian muy claro los que por allí moraban y residian que la region procedia mas léjos, hasta fenecer en una punta mucho metida por el agua que nombraban en aquellos dias el cabo de los Cenitas, á quien mas comunmente llamaban tambien el Cabo Sagrado, que llamamos ahora de San Vicente, lo cual en alguna manera constaba ya desde las navegaciones de los fenicios de Sidon y de Tiro, y en las de los griegos particulares, que rodearon aquella tierra, mas nadie de los extranjeros habia puesto su morada, ni detenídose por allí, sino fueron los cenitas alárabes, gentes antiquísimas, cuando vinieron con Osiris Dionisio, como ya lo declaramos en el onceno capítulo del primer libro, cuya generacion perseveraba todavía por aquella provincia poco multiplicada ni próspera: y con estar toda la tal ribera dentro del mar Océano, y las aguas corrientes venir por allí muy furiosas, nadie holgaba de navegar en ella para descubrirlo perfectamente, digo de los extraños, que los españoles muy á menudo lo navegaban y trataban. Era cosa de notar las maravillas que los andaluces vulgares, de quien Hanon procuraba tener informaciones decian en este caso conformes á la vanidad que las gentes comunes hablan, cuando los cuerdos les dan lugar á que se metan en algo, los unos relatando las memorias antiguas que solian contar sus antepasados, y lo que dello tenian en los cantares viejos: afirmaban que el su dios Hércules al tiempo que discurria por España, para vengar la muerte de Osiris Dionisio su padre, vino tambien por aquella parte sobredicha, y allí fundó cierto templo de maravillosa labor, en que las piedras se juntaron de suyo haciendo las paredes, y toda la fábrica del edificio, sin hombre poner en ellas mano, por la cual razon los naturales de la provincia continuaban allí grandes plegarias en veneracion deste dios Hércules, con ceremonias diversas de las que por otras partes del mundo le hacian. Otros platicaban que no, sino que ciertas piedras amontonadas parecian allí puestas de suyo por gracia de los dioses, para que fuesen como señal de se fenecer allí las tierras habitables, y que no se hacian sacrificios ni plegarias á ningun dios, particularmente, ni persona de los que por allí moraban osaban salir de noche por aquellos derredores á causa que los dioses tenian este lugar escogido sobre lo postrero del mundo donde nadie los viese para sus placeres, y salian en escureciendo á solazar y deportarse, y así no convenia que nadie los impidiese, por lo cual era llamado el Cabo Sagrado de la tierra. Decian mas, el sol cuando por allí se ponia parecer mayor y mas ancho cien veces enteras, que por las otras horas ó partes del dia. Item que hacia un estruendo terrible, como lo hacen las cosas encendidas cuando las meten ardiendo por el agua. En poniéndose tambien el sol certificaban que luego de súbito venia la noche cerrada y oscura, sin haber entrevalo ni medios entre la luz y las tinieblas. Oidas tales maravillas, puesto que lo mas dello parecia ficcion, como de hecho lo era, el capitan cartaginés deseaba mucho mas querer venir allá para ser testigo de vista, si algo hallase digno de memoria por todas aquellas partes, pues nunca las pláticas semejantes proceden sino de fundamento notable. Tomando pues consigo buena compaña de los andaluces turdetanos prácticos en el negocio, con algunos otros cartagineses, discurrió por toda la costa su poco á poco muchas veces por la mar, y mas continuo por tierra, considerando la faccion de la ribera, con las maneras y condicion de los españoles que hallaban en el camino. Notaban eso mesmo la postura de los puertos, las bahías ó senos, los cabos, promontorios y puntas, y todo lo demás de que se podian aprovechar adelante, hasta que finalmente llegaron al dicho Cabo Sagrado de España, donde como dijo fenecian las tierras habitables del mundo. Llegados aquí Hanon adoró con mucha ceremonia las aguas, y grandes anchuras del mar Océano, dando gracias á sus ídolos, por haberle permitido que fuese primero de los extraños á quien dejasen allí parar de reposo sin premia ni contradiccion. Y luego hizo juntar en lo postrero de la mesma punta grandes montones de tierra para que fuesen perpetua señal de su jornada, remedando lo que decian haber hecho tambien el dios Hércules en otras partes á semejante propósito. Allí conoció claramente ser vanidad manifiesta mucho de lo que primero le decian, pero mucho tambien ser cosa de verdad, segun las ilusiones del demonio con que por aquellos tiempos engañaba las gentes. Esto concluido, Hanon tornó para la provincia del Andalucía muy espacioso, permitiendo que de vuelta muchos turdetanos con parte de los cartagineses que los siguieron poblasen lugares y puertos en los mejores asientos que hallaban. Poco despues despachó mensajeros á la gran Cartago, con relacion verdadera de cuanto dejaban descubierto, declarándoles como pasada la punta sobredicha donde llegaron, la ribera de España daba vuelta contra septentrion, y hallaban indicios que por allí podian pasar y navegar en todas las otras partidas septentrionales de Europa, de quien hasta sus dias casi no tenian cierta noticia los africanos ni los griegos, y que los españoles andaluces hablaban y decian muchas cosas de las riberas africanas que vienen sobre el mar Océano, como de region que sabian y trataban los mas dellos: y tuviese Cartago por muy cierto que los tales españoles pasaban tan adelante, costeando siempre la marina, que llegaban hasta las Arabias, y se metian por el mar Bermejo, y por otras fronteras de las Indias. No se podria decir cuanto fueron estimadas aquellas nuevas cuando se supieron en

Cartago, poniendo luego con magnífica solemnidad la memoria dellas en sus archivos y depósitos, con toda la verdad que Hanon escribia, así de lo que primero dijeron los españoles, como de lo que despues él hubo visto, puesto que no bastó para que muchos años no creyesen las gentes vulgares en el Andalucía y fuera della, la supersticion del solaz de los dioses en el Cabo Sagrado, y lo del anchura del sol cuando se ponia por allí con el ruido de la mar, y lo de las tinieblas que luego se recrecian, que ni fué parte la vista de Hanon, ni de los que con él anduvieron para deshacer lo que primero tenian creido de sus pláticas y cantares viejos, conforme á la condicion del pueblo vulgar, que muy agriamente deshechan lo que de pequeños aprenden, ó cualesquier otras cosas en que vayan acostumbrados, aunque lo tal sea desatino manifiesto.

CAPÍTULO VIII.

Como fueron bastecidas en España por mandado de la señoría cartaginesa, dos flotas, para que con una Himilcon descubriese toda la costa de Europa por las aguas del mar Océano, Hanon las riberas africanas por el mesmo mar. Dase cuenta cumplida de lo que vieron en España, cuanto la podimos hallar derramada, por los escritores antiguos que hablan deste viaje.

Andaba por estos dias el partido de la gran Cartago tan pujante y florecido por España y fuera della, con las negociaciones arriba dichas, que jamás tuvo tiempo mas aventajado ni próspero: sus armadas corrian libremente donde les placia sin contradiccion de nadie. Las riberas africanas y sus lugares que caen sobre nuestro mar Mediterráneo casi todas eran suyas, ó de gentes, ó de príncipes sus tributarios ó confederados. En las islas de poniente no se hallaba quien mas tuviese ni pudiese, pues en el arte y aparato de navegar con la destreza de sus acometimientos y hazañas por el agua ninguno se les comparaba: la grandeza de sus tesoros llevaba conocida ventaja sobre cuanto poseian las otras señorías del mundo, con aquel provecho de la poca tierra que señoreaban entre los andaluces. Así que visto por ellos mesmos su prosperidad tan crecida, procuraron de hacerla mayor cuanto pudiesen no perdiendo lances ni buenas ocasiones de cuantas la fortuna les ofrecia. Con esto no tardó mucho, que no despachasen mensajeros á los capitanes que tenian residentes en España: mandándoles bastecer á la hora dos flotas poderosas: en una de las cuales fuése Hanon á descubrir todas aquellas marinas africanas que les habia dicho caer sobre las aguas del mar Océano de poniente: por otra parte su hermano Himilcon revolviese con la flota segunda, sobre la mano derecha contra la ribera tambien occidental de las Españas, y costease cuanto podria de las otras provincias de Europa, entre tanto quedase por gobernador del Andalucía Gisgon el hermano dellos ambos, que fué quien al presente traia los mandados y mensajes del negocio. Esto se puso luego por obra con sobrada diligencia, como se ponian todas las otras cosas que Cartago mandaba, donde tenia señorío. Para la labor de las flotas creo yo que serian señalados oficiales de Cádiz, y de las islas Afrodisias que solian allí ser, por ser á la sazon los mas excelentes y primos en aquel arte de cuantos habia por las Españas, y que mejores navíos traian y mas navegaban con ellos en las grandes anchuras del mar Océano occidental, tanto que verdaderamente fueron ellos motivo principal, para que despues los otros andaluces de la marina volteasen diversas veces aquella costa occidental y meridional de África, donde los cartagineses querian caminar, y dellos tenian informacion abundante de todas las derrotas, puertos, cabos, y recogidas buenas y malas, cuantas hallaban en su navegacion. Como las dos flotas estuvieron á punto, Himilcon tomó su viaje desde el puerto de Calpe, que llaman ahora Gibraltar, á quien dijimos que por otro nombre solian llamar Heracleo. Hanon comenzó de caminar desde la isla de Cádiz: esto fué pocos meses andados del año que se contaron cuatrocientos y cuarenta y cinco ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Cristo. Principiada la jornada, Himilcon, á cuyo cargo fueron los descubrimientos de Europa, costeó primeramente las marinas y canal del estrecho donde moraban los dos linajes de los bastulos andaluces, llamados por sobrenombre Mesenios y Selbisos, de quien el vigésimo octavo capitulo del segundo libro hizo memoria. Navegó tambien luego la costa de los tartesios, que ya salia toda por el Océano: y dado que della se tuvies cumplida noticia, por andar allí muy encendida la contratacion de Cartago, todavía quiso Himilcon desde el primer dia que comenzó su jornada pone en escrito cuánto hallase por allí como cosa nueva, y así con aquel presupuesto pasaron la punta postrera del estrecho llamada Herma, que quiere deci en lengua cartaginesa reparo hecho y amontonado de tierra: despues el tiempo adelante los latinos la nombraron el promontorio de la diosa Juno, por causa de cierto templo que fundaron allí para la devocion deste demonio. Prosiguiendo la jornada dieron en la boca del rio Cilbo, que por buen conjetura parece ser el que viene por Bejel y Barbate. Tras el cual vieron otro rio llamado Besil que por la mesma razon debió de ser el que pa por Chiclana, que se mete á la mar, junto con punta de Sancti Petro, frontero de Cádiz. Entre l tales dos rios quedaba la punta de tierra, como p niscla, cercada casi toda de mar, donde fué la s pultura de Gerion, el antiguo tirano de España, s gun que tambien la señalamos en el segundo libr Poco despues, no léjos de la boca deste riezu Besilo parecieron unos arenales tendidos que desce dian de las montañas, donde nacen ambos ri Aquí frontero dellos escribe Rufo Festo que ve contra la tierra firme de España la punta oriental la isla Eritrea, desviada del continente cinco estad griegos de trecho, que son poco mas de me cuarto de legua castellana. Ya tengo dicho por ot muchas partes, cuanta confusion traen los aut cosmógrafos, así latinos como griegos, en el s y postura desta isla Eritrea, certificando los u ser aquella mesma que la de Cádiz, otros hacién la muy diversa, como parece que la puso tamb Himilcon en sus memorias. Muy cerca della p mas occidental, casi junto con los arenales de ribera hallaron otra isleta pequeña, con un tem cillo de la diosa Venus. Estas dos islas pasadas vie un monte muy cerrado y espeso, con arboledas vestres, llamado tambien Tartesio, segun el apel general de toda la marina, que debió ser algun mo de las montañas que pasan dentro desta provin de las cuales notaron dos cumbres levantadas y c cidas: en una dellas tuvieron relacion que manaba ci

rio mucho mayor que ninguno de los que dejaban atras, cuya boca toparon á poco trecho: la cual entendemos cierto que fué de Guadalete, pues todo lo dicho le viene conforme. Despues deste rio, caminando siempre la vuelta del poniente, moraban los españoles cibicenos tartesios, llamados por sobrenombre turdetanos, en la raya solamente de la ribera que viene hasta la boca de Guadalquevir, en cuyo medio permanecia la torre Geronda, morada vieja de Gerion. Con los cibicenos partian término dentro de la provincia los andaluces ileates, y con éstos mas metidos en la tierra, los censios: y tras éstos mucho mas dentro vivian los maneos (1), todos ellos en parte confines y vecinos á las aguas de Guadalquevir, á quien ya muy comunmente llamaban Tartesio por la causa que dijimos en el segundo capítulo deste libro, como tambien Estrabon y muchos otros cosmógrafos lo confiesan. Informados los cartagineses de las cosas deste rio, sobre las que sabian ellos primero, hallaron relacion de muchas que dellas vemos el dia de hoy ser verdad, y dellas deben los tiempos haber mudado despues acá; tambien otras pudieron ser fábulas. Primeramente cuanto á su nacimiento decian ser contra las partes orientales en la fuente Ligostica (2), grande y crecida como laguna, que manaba de cierto monte, cuyo nombre y apellido significaba en su lengua española tener dentro de sí copia y abundancia de plata, por la cual causa los latinos la llamaron despues Argentario, y Estrabon griego le dice Argirio, que quiere decir lo mesmo: porque (segun hallamos en Avieno) tenia por sus laderas tan grandes venas de estaño, tan descubiertas y claras, que cuando los rayos del sol en él daban, resplandecia desde muy léjos á manera de plata. Deste metal traian aquellos años sus aguas y las arenas deste rio crecida multitud por todas las poblaciones en que tocaba. Claro sabemos ser este monte la sierra que llaman ahora de Segura: la cual, dado que no tenga tan patentes los mineros del estaño como los veian en aquel siglo, es grandemente venosa dél, y de muchos otros metales mas preciosos, que se hallarian por ella si bien se buscasen. Cuanto á la corriente del rio, decian dividirse por aquellas partes orientales en tres brazos notorios, que regaban las campiñas de la tierra. Pueden ser algunos destos los tres rios mayores que se meten en él, cuales son Guadajenil, el rio de las Yeguas, y Rio-frio, que se tendrian por brazos suyos: los cuales juntados en largo trecho, decian revolver ó torcer sus aguas contra la parte del mediodía. Poco trecho despues desta junta decian que se repartia Guadalquevir en otras cuatro divisiones no ménos famosas que las primeras. Pero los autores antiguos, cuantos en este rio hablan, no dicen que solia llegar á la mar sino con dos brazos solamente, de los cuales hallamos ahora el uno perdido de todo punto. Casi frontero desta ribera, dentro del seno que por allí se hace, puso Himilcon en sus memorias estar la ciudad de Gadira, poblacion señalada de los fenicios, llamada por sobrenombre Tartesia, como se llamaban todos los otros pueblos deste paraje, no muy apartada de la torre Geronda, lo cual tambien es algo diverso de lo que muchos escritores afirman, señalando la postura de Cádiz, donde fué cierto la tal ciudad mas oriental en su sitio, que lo que decimos aquí. Pasadas las bocas de Guadalquevir, dieron en una punta de tierra metida por la mar con un oratorio, que no debió ser muy suntuoso, pues no ponen el advocacion, ni la nombradía del ídolo que tuviese, como lo hacen en los otros. Despues desto vieron la cumbre del monte llamado Casio, muy mas abundoso de estaño que ningun otro de la tierra, tanto que la gente griega, despues que dél tuvo noticia, por causa de llamarle los españoles Casio, llamaron ellos casiteron al estaño. Nadie podria bien declarar en este nuestro tiempo, qué parte pueda tener aquella cumbre, sino fuesen algunos miembros de la sierra Morena, que se le desgajan derramados por esta comarca, pues verdaderamente sabemos que lo principal della viene bien cerca de la tal region. Entre la montaña y la mar vivian otros andaluces tartesios, llamados Albicenos (1), contados en la parentela de los turdetanos, y mas un isleo nombrado Catare, donde fué fama que moraron otro tiempo los cempsios, de quien arriba hablamos, y que despojados dél con guerra de sus vecinos, pasaron al otro lado de Guadalquevir, donde los dejamos ya puestos. Despues desto, la primera boca de rio notable que toparon, llamaban los españoles Ibero. Y no puede ser otro, segun esta cuenta, sino el que viene por Niebla y por Moguer, y se mete á la mar entre Palos y Huelma, de cuyo nombre dicen algunos escritores que los muy ancianos nombraron Iberia, la tierra solamente que viene por allí contra los fines postreros de España, hasta la punta de San Vicente, no reconociendo por bien cierto lo que muchos otros autores publican del rio Ebro, famoso y crecido entre los muy nombrados de España, á quien hacen causa del apellido Iberia, no solo en aquella provincia, sino en todas las otras regiones españolas. Generalmente fenecian en este rio, de quien ahora tratamos, los términos y mojones de los españoles tartesios, que moraban desde el estrecho de Gibraltar, sobre la costa del Océano. Ahora llamámosle Rio-tinto: dícenle tambien rio de Aceche, ó del Azije, por lo mucho deste material aceche que hallan en sus riberas y comarca, muy apropiado para las tinturas de negro. Caminando mas al occidente, vieron una poblacion ó ciudad llamada Iberia, como tambien hubo los tiempos antiguos otra sobre las aguas del rio Ebro contra las partes orientales de España, de quien Tito Livio da relacion. Mas esta ciudad occidental, de quien ahora tratamos, no duró tantos años en el mundo como la de levante, por guerras terribles y continuas que tuvo con sus comarcanas, en que fué destruida de todo punto, como presto lo contaremos en el onceno capítulo siguiente. Junto con ella toparon unas derramaduras de la mar que los españoles nombraban Etrefetas, á manera de lagunajos y restaños, como las que los moros suelen decir albuheras, y los latinos estuarios. Estas eran muy llenas de bajíos y cenagales arenosos y perjudiciales á los navegantes, y por ellas entraba contra la mar una punta de tierra, con un templecico de la diosa que los griegos llamaron Proserpina, cuya nombradía retenia tambien el dicho cabo. Pasando mas adelante, hallaron las cumbres y cuerpo mayor donde fenece la Sierra-Morena sobre la mar: y cuando llegaron allí, vieron toda la provincia lluviosa, muy llena de rocío, y con oscuridades y nieblas que vedaban la vista del sol. Y como

(1) Segun Avieno, los maneos eran pueblos inmediatos al Betis. (2) Es lo que llaman en el dia el tablazo de Tarfía. No es fuente, sino una extension del rio Guadalquevir, al fenecer las dos islas mayor y menor, y al separarse los dos brazos, el antiguo, ya seco, y el moderno, existente.

(1) Llamábanse selvisinos.

quiera que semejantes comarcas suelan continuamente ser ventosas y turbias, ésta no la hallaron tal, sino mucho calmosa, sin tener á la sazon aire que della soplase, ni les ayudase para su camino: pero considerado lo restante, parecieron en ella grandes herbajes y dehesas, abundosas á maravilla por todos sus vertientes y collados. Entre las cuales vieron una sierra muy alta llamada Zefiria (1), tan encumbrada, que semejaba tocar en el cielo, cubierta de las mesmas nubes y nieblas. Encima de todo lo demás arriscado della parecioles un torrejon á manera de atalaya, del mesmo nombre Zefirio, por causa (segun dijo Himilcon) que navegando desde allí la vuelta del estrecho, por lo contrario de su viaje, convenia ser derechamente con viento zefiro de poniente. Lo demas adelante fué todo tierra pedregosa, llena de matas silvestres, que nacian entre las pizarras, donde pacian grandes apriscos y rebaños de cabras, provechosas para sus naturales, y así por el mantenimiento de la carne, como por las vestiduras y coberturas que los antiguos hacian de su linaje para los marineros y gente de guerra. Duraban las tales fraguras y pedregales hasta dar en otra cumbre, llamada del dios Saturno, donde fenecian las anchuras de todas aquellas montañas, y comenzaban los términos de ciertos españoles nombrados cenitas, que despues fueron contados entre los turdetanos. Desde la cual cumbre hasta la boca del rio Guadiana, que pasaba por el medio destos cenitas, dado que veamos ahora ser poco camino, gastaron las fustas un dia de viaje por falta de temporal á lo que yo creo. Hallaron tambien aquella ribera llena de bajíos cenagosos, corvada para dentro frontero del mediodía, con dos brazos de un rio que venian á la mar en el medio della, juntamente con otras dos islas discrepantes en sus tamaños: la menor no tenia nombre, la mayor llamaban Agonida. Desde las cuales no puso Himilcon en sus memorias particularidad señalada que viese, hasta los collados y puntas del cabo de San Vicente, donde feneció lo largo de la provincia destos cenitas, y juntamente con ellos toda la tierra de España y de Europa contra la parte de mediodía occidental. Y pues en el capítulo precedente queda ya relatado lo que deste cabo y su nombradía hallan otros autores, no conviene decir aquí mas de que puestos allí sus navíos, doblaron prestamente su punta, porque la costa comenzó luego de revolver sobre la tramontana, corvándoseles algo contra levante, y formándoles un golfo que duró mucho trecho metido por la tierra. Caminadas pocas leguas en esta corvadura, dieron en un puerto descumbrado y patente, llamado Cenis (2), no léjos de otra isla llamada Petanio, que nombran ahora los que por allí navegan, el isleo de Perseguero. Confinaban ámbos con la nacion y linaje de los españoles draganos, moradores antiguos de Lusitania, metidos en la parte septentrional de dos montes, el uno dicho Sefes, y el otro Cempis, asentados en la traviesa derecha de cierta isla, léjos algo de allí, que los españoles de su siglo decian Estrinia, los griegos despues la nombraron Ofiusas (3). De la cual isla hablaremos algunas cosas muy presto, porque sin la navegacion famosa que por ella hicieron los cartagineses en aquella jornada, fué mucho discrepante y diversa de otra isla Ofiusa que tenemos en el nuestro mar Mediterráneo de España, mas conocida y nombrada entre los autores cosmógrafos que la del mar Océano, como ya lo pusimos en los diez y siete capítulos del segundo libro. Todas estas riberas eran tan cenagosas y bajas, que los navíos encallaban y prendian sobre las arenas á cada paso por falta de hondura. Pero mayor mucho fué la dificultad de la isla Acale, que tambien estaba cerca de esta, cuyos confines hallaron tan diverso de todo lo pasado, que casi lo tuvieron á milagro. Lo primero por la color de las aguas, que parecian azules, á manera de turquesas, resplandecientes como vidrio. Lo segundo, por el olor pestilencial que salia de sus cenagales en todos aquellos derredores. Mas como sea cierto que despues acá la mar ha dejado la tierra deste seno descubierta y enjuta, faltaron allí los puertos y las islas y las aguas, y el olor y color dellas, mudándos la faccion que las escrituras de Rufo Festo declara haber en este siglo tenido, con la mesma casi qu Tolomeo le señala durar hasta su tiempo. Junto co Acale, poco mas encima della, quedaba dentro del con tinente la sierra Cepriliana. Despues della muy de ron don pasaban las riberas contra levante derechas y bie seguidas, sino que la costa se ladeaba disimuladamen te contra septentrion: y si aquello no fuera, quedar muy poca tierra desde las riberas sobredichas, y l que primero dejaban navegada, hasta la boca del es trecho. Y aun así los caminantes de tierra pasaban c cuatro dias holgadamente desde lo postrero deste golf hasta la provincia de los andaluces tartesios: y si po otro camino dejasen la region destos tartesios á la ma no derecha, llegaban en solos cinco dias á las ribera del mar Mediterráneo, cerca de los confines de Mála ga. Durando pues aquel seno mucho mas trecho d lo que primero creian, estando los cartagineses mar villados que la mar entrase tan adentro, comenzó ribera de se les torcer á la vuelta de septentrion. Y c mo quiera que los viajes pasados fuesen por el go sobredicho con vientos casi ponientes, convino despu volver las popas al medio-jorno, que por otro nom bre llaman ahora sur, los griegos le decian so para se conformar con la vuelta de la marina. Y así sada una pequeña punta de tierra que tras esto se hizo, reconocieron otra isla nombrada Pelagia, mu bastecida de yerbas y pastos: la cual comunmente cr estar embajo de la proteccion y defensa del dios turno. Pero no tocaron en ella, por el aviso que pieron tener tal propiedad y naturaleza, que si g tes humanas allí viniesen, luego la mar se levantab embravecía por todo su contorno, y en apartán della, quedaba sosegada y pacífica.

Pasados mas adelante doblaron otra punta ma encumbrada mucho mas á la parte de septent desde la cual se principiaba la comarca de la gent sitana, que decian los sarios, nacion cruel y de hospedaje para los extranjeros, segun adelante v mos en los treinta y dos capítulos siguientes. Cuya ra, con dos isletas sin nombre, tomaban otra pun tierra poco levantada que se mete contra la ma quien los cosmógrafos decian el Promontorio bárico, por estar en la provincia destos bár sarios, y nosotros ahora (segun la postura declar llamamos cabo Despichel. Cierto fué por aquellos t pos, que quien quisiese navegar este golfo sin l el rodeo de toda la costa, nó como los cartaginese bian hecho, pudiera llegar en cinco dias con me no temporal desde la provincia destos sarios, ha boca primera del estrecho de Gibraltar. Esto vis

---

(1) Llámase sierra de Monchique. (2) Léase Sines, puertecito que está á la vuelta del sur del cabo de san Vicente. (3) Ya no se descubre esta isla, y se cree ser el espacio contenido entre la ria de Setubal y los montes de Aleidaon.

flota pasó mas adelante, y en dos dias solos de camino, con vientos diversos de los que solian, descubrieron la isla Ofiusa, que los españoles llamaban Estrinia, situada (segun dijimos) en la traviesa frontera de los collados Cepis y Sefes, los cuales quedaban en la costa primera. La isla pareció desierta, por causa que los tiempos antiguos recrecieron en ella tantas culebras y sabandijas ponzoñosas, que sus naturales la yermaron, y se fueron á morar en otras partes que luego declararemos: y con toda su soledad era tan espaciosa y tan grande, como la Morea de Grecia, que la gente pasada llamaba Peloponeso: la cuál (segun dice Polibio) tiene cuatro mil estadios de contorno, que son trescientas y diez millas latinas, y ciento y diez y nueve leguas españolas de las medianas. No lejos de la tal isla se metia por la mar aquella manga de tierra, poco mas oriental, que dijimos llamarse el Promontorio Barbárico, nombrado cabo Despichel por nuestros mareantes, donde fenecieron las vueltas y torceduras deste golfo, que por allí solia ser en España. Pero como tengo dicho, la mar ha despues acá perdido por allí todas sus aguas y bajíos descubriendo tanta tierra, que ya lo hallamos enjuto como lo mostraremos adelante mas largo. Siguióse luego tras esta punta cierto golfo, no tan metido por la tierra pero mucho mas tendido: duraba hasta dar fin en aquel lado occidental de España, donde los cartagineses al presente navegaban. Y caminando por éste llegaron, á la boca del rio Tajo: dentro del cual rio, por el agua arriba, hallaron á poco trecho cierta poblacion griega de mediano tamaño, barreada y fortalecida con razonables amparos: y sin duda fué (segun creo) la ciudad de Ulisipo, que dicen ahora Lisboa, que seria ya pueblo de faccion, apartado de la barra del rio casi dos leguas, sobre las riberas de septentrion: en cuya boca primero que llegasen al pueblo, vieron un torrejon nuevamente labrado, donde los griegos encendian fuego cada noche,, para que sus barcas, cuando salian á la mar, no perdiesen el tino, si la vuelta fuese con tormentas, ó de noche. Vieron mas en el lugar señal de gobernacion ordenada con mediana copia de navíos, cual podia ser en gente rodeada de la fiereza y terribilidad de las naciones españolas sus comarcanas, y particularmente la de los sarios, mas esquivos y crueles que nadie, cuya provincia tocaba casi en la costa frontera de su rio: con los cuales, dado que por la vecindad no pudiesen escusar alguna conversacion, era llena de muchos inconvenientes. Pero como los moradores del pueblo fuesen gente discreta, regidos y gobernados en leyes prudentes, cada dia ganaban el amor de sus confines, y los traian y metian en su ciudad amigablemente, tanto que con la comunicacion déstos, y con la de cierta gente que despues entraron á morar en su provincia, como lo diremos adelante, vinieron á ser estos sarios algo mas aplacados y pacíficos: segun suele suceder siempre de la conversacion virtuosa que continuo trae múltitud de bienes, como la de los males, adversidades y desventuras. En este lugar tuvo la flota cartaginesa relacion de todo lo que restaba por navegar en aquella costa occidental de España, así de las islas, y puntas, bocas de rios, y montañas, como de las distancias que ponian de las unas á las otras.

Aquello reconocido, con todo lo demas que pudieron alcanzar, las navíos salieron del rio, continuando su jornada siempre contra septentrion, y descubrieron islas en señalado número: las cuales no hallamos ahora tantas ni tan crecidas, ni tan juntas á la costa, como las hallaron estos navegadores antiguos. Sospéchase que la mar las haya gastado, ni ménos parecen otras que descubrieron mas adelante fronteras á Galicia, particularmente dos harto lucidas y grandes, en quien (segun ellos decian) se detuvieron algun espacio, gozando de sus provechos y frescuras, reposando del trabajo pasado, que ya los traia grandemente fatigados. Mucho me placeria la sospecha que dellas tienen algunas personas de nuestro tiempo sábias, discretas, y de gran leccion, que dicen ser aquellas dós islas, unas que hallamos ahora fronteras á Bayona, lugar bien conocido de Galicia, junto con el cabo de Silleiro: pero los autores no ponen dellas tal particularidad que la podamos aplicar en estas otras para lo certificar seguramente, puesto que los discursos de la jornada cartaginesa no lo contradigan. Pero bien sabemos que los tiempos mas adelante fueron llamadas ínsulas Cicas, como lo veremos en los libros venideros. Frontero destas dos islas comenzaba la marina de los españoles, nombrados en aquellos dias Yernos (1), hasta la punta de Finis-terra, que decian tambien Yerna, por causa de las gentes donde caia; cuya largura navegaron en dos dias siguientes. Aquí tuvieron luego noticia de las ínsulas Estrinidas, situadas y derramadas en aquel paraje frontero, no léjos de los cuales decian estar otras dos islas muy espaciosas y muy juntas entre sí, desviadas ambas de las Estrinidas solos dos dias de navegacion, si los números no van errados, ó el autor á quien yo sigo. La primera llaman Sacra ó Sagrada, cuyos vecinos y moradores fueron españoles antiguos, naturales y procedentes de los yernos ya dichos, que muchos años ántes pasaron en aquella region, y la poblaron de nuevo. La segunda decian Albíano, que segun conjeturamos de su nombre, parece ser la que despues llamaron Britania, y ahora decimos Inglaterra: pues muy cierto sabemos haber sido tiempo cuando las gentes pasadas le decian Albion. Su compañera la primera debió ser Irlanda que por otro nombre solian decir Ibernia, en lugar de le decir Yerna, por los yernos españoles sus pobladores ancianos; y aun el vocablo de Irlanda parece que se tomó de estos mesmos yernos, componiéndolo de Yer, ó de Yerno, y de Lant que significa tierra en la lengua de todas aquellas islas y naciones septentrionales donde cae, conforme á lo cual se dicen hoy dia: las unas Pilapelant, como si dijésemos Pilape tierra: otras dicen Engronelant, que quiere decir Engrone tierra: otra llaman Fizlant, ó Fiz-tierra: otra Selant, otra Venthelant, otra Vermelant, y así tambien ésta de quien hablamos, Ir ó Irlant á denotar ser, yer, tierra de los yernos. Pero (como primero dije) notables autores latinos hallo yo, que guiados con relacion de cosmógrafos griegos, la llaman isla Sagrada, no por otra causa, sino porque yer, su primera sílaba, semeja la palabra de Grecia que nombran ellos Yeros, y quiere decir sagrado: y así la hicieron luego cosa suya, tomando por achaque solamente los principios de su nombre. Pero desto ya tratamos asaz en el séptimo capítulo del primer libro. Las ínsulas Estrinidas, no muy alejadas déstas, donde Himilcon y la flota de sus españoles quisieran tocar si no se desviaran mucho de la costa que descubrian, fueron así dichas, porque los españoles vecinos de la Ofiusa occidental, nombrados estrinios, cuando la yermaron

(1) Es corrupcion de la voz Nerios.

(segun primero dije) pasaron en estas islas de la tramontana, donde se mostraron tan animosos al principio de sus hechos, que fueron señores de todas ellas, haciéndose maravillosamente sagaces y diligentísimos en cuanto se les ofrecia. Tiénese por cierto, que si los aparejos de navíos les ayudaran, no fueran menores en el arte de marear que cualesquier otros de los españoles que se mostraron señalados en aquel negocio: pero todo le que tenian ellos en este tiempo, solamente fueron barcas de cuero cosidas y formadas en faccion maravillosa, sin haber en ello betumen ni madera de la que suelen hacer las otras fustas. En estas empleaban los estrinios mucha parte de su diligencia, grangeando los provechos que hallaban en sus islas, particularmente las contrataciones de plomo y estaño, de que todas ellas andaban llenas. A cuya causa certifican algunos muy buenos cosmógrafos ser estas las que despues llamaron los griegos por otro nombre Casiteridas, que quiere decir en su lengua plomosas y estañadas: salvo que la jornada cartaginesa, considerada como se debe considerar, parece bien haber hallado las Estrinidas mucho mas cerca de España de lo que ponen Estrabon y los otros cosmógrafos á las Casiteridas antiguas. Cierto es que los mareantes de Cádiz y parte de los andaluces tartesios muchos dias ántes las navegaban, y dieron relacion dellas á Himilcon como cosa de trecho que pretendian descubrir. Pero destas Casiteridas mas largo hablaremos en el último libro de esta primera parte, cuando (Nuestro Señer queriendo) trataremos la cuestion y demanda que Publio Craso, capitan romano, hizo dentro dellas, donde muy cumplidamente se dirán las costumbres, faccion y maneras de vivir que tuvieron sus moradores antiguos. Tornando, pues, á nuestro propósito, desta suerte fueron acabadas de costear todas las bahías ó senos, puntas, islas y montañas, cuantas solian ser en las riberas occidentales y meridionales del mar Océano de España, siendo pasados cuatro meses enteros despues que los cartagineses comenzaron aquellos descubrimientos: en el cual viaje se gastó mucho mas tiempo de lo que gastamos ahora cuando se navega, por ser en aquellos dias la ribera diferente de lo que tenemos en este nuestro siglo, y tambien porque Himilcon y su flota se detuvieron algo vagorosos hasta reconocer estas novedades. Item, por mengua de viento que sabemos haberle faltado muchas veces, con que necesariamente les era forzado caminar á remo cada dia. Juntábase con esto, que como las marinas en aquellos tiempos andaban por allí poco tratadas, hallaron á partes tal espesura de las ovas, ó de las yerbas en el agua, que casi les impedian los remos de todo punto, cuanto mas los arenales y bajíos donde tocaban y se metian, encallando los navíos á cada paso. Hallaron otrosí multitud de ballenas y bestias fieras de la mar en que topaban, y con quien peleaban léjos y cerca de la ribera, como las hallamos ahora tambien, lo cual todo les desconcertó mucho la jornada, poniéndolos impedimentos continuos en aquellos cuatro meses ya dichos. Así que desta manera declaró Himilcon en sus relaciones haber hallado la costa occidental de España cuando la navegaba. Si lo tal así fué, manifiesta diversidad han traido los tiempos en ella despues acá, pues cotejando lo de Himilcon con el sitio que Tolomeo cosmógrafo largos años adelante halló, discrepa notoriamente, dado que no mucho; y así tambien es algo diverso lo de Tolomeo con lo de nuestro tiempo, como será lo que nuestros sucesores hallaren de lo que tenemos ahora, segun las mudanzas continuas hace cada dia la mar, anegando las tierras, y descubriendo en la parte que le place. Fenecida la navegacion deste lado, las flotas comenzaron de torcer la vuelta de levante, para descubrir el otro cuarto lado de España que restaba, doblando la cumbre de Finis-terra, que ya por estos dias comenzaron á llamar Estrinia. Vista su comunicacion y frontería con las islas Estrinias, cuyas vertientes por la mayor parte se derrocaban al medio-día, las primeras gentes que hallaron en aquella montaña, fueron unos españoles, á quien decian Ligores, cuyas enemistades y competencias con otras gentes españolas nombrados céticos y neriones, que despues les ocuparon toda su provincia, tocaremos en los treinta y ocho capítulos deste libro tercero. Tras esto venia la costa donde los asturianos asentaron muchos años despues, y junto con ella la de los Siloros, de los cuales y de cierta pasada que adelante hicieron en Inglaterra dará relacion el tercer capítulo del cuarto libro siguiente. Luego las fustas prosiguieron su derrota por la ribera que faltaba, sin dejar cosa que no calasen y sintiesen, mas no tenemos relacion hasta donde llegaron, ni qué naciones habia por donde discurriesen, así por acá como por las otras partes septentrionales de Europa. Fué la razon destas faltas, haberse perdido los memoriales y registros que el capitan Himilcon hizo de todo su viaje. Nuestros autores pasados dado que sacasen dellas lo que convino para sus intentos no ponen mas de lo que dejamos aquí contado: pero claro parece que la navegacion fué larga, muy detenida, con sobra de cualesquier diligencias que conviniesen hacerse: porque pasados no ménos de dos años, Himilcon fué de vuelta en el Andalucía, y habiendo visitado á su hermano Gisgon, que todavía la gobernaba, visitados tambien los otros amigos antiguos, naturales de la tierra, dándoles cuenta de su camino, tornó para la gran Cartago con toda su flota medianamente sostenida. Fué la jornada tenida por cosa de gran precio. La memoria de todo pusieron en los archivos públicos de la señoría, señalando los tiempos, los años y dias en que cada cosa sucedió, como de razon se debe hacer en todas las partes, así reinos como repúblicas de gente discreta, cuando semejantes negocios acontecen, para que despues de sabidas, allende los provechos y la prudencia que dello resulta, se reconozcan las mudanzas que la naturaleza hace de continuo por la mar y por la tierra, sin perdonar cosa que los tiempos y siglos no desbaraten y truequen.

CAPÍTULO IX.

De la jornada grande que navegó Hanon y sus españoles despues que salió de Cádiz por todas las riberas africanas del mar Océano, y de las estrañezas que descubrió por aquel contorno hasta llegar en los fines postreros de Arabia comarcanos al mar Bermejo.

Mucho mas larga fué la jornada de la flota segunda que salió de Cádiz con Hanon: la cual y los españoles que la guiaban tomó su derrota lo mas junto que pudo sobre las riberas africanas, habiendo brevemente navegado la traviesa de mar que se hace por allí desde España. Luego como pasaron las fronteras de Tanger doblaron el cabo que decimos ahora Despartel, á quien los cosmógrafos griegos antiguos llamaban Ampelusia, por causa de los muchos viñedos

y grandes parrales y parras que dentro dél y de sus comarcas solian estar: las cuales en lengua griega se dicen ampelos. Desde allí caminando por el Océano, dieron en un rio llamado Zilia, cerca del cual hallamos ahora la villa de Arcilla. Despues mas adelante descubrieron otra poblacion de mediana grandeza llamada Lijos, asentada sobre cierto rio del mesmo nombre, donde publicaron haber hallado memoria de cierto desafío de lucha que hizo Hércules con Anteo: con mas la señal de cierta pelea que el mesmo Hércules hubo con un dragon ó serpiente que platicaban las gentes vulgares haber guardado muchos años unos huertos donde fingian nacer árboles con manzanas doradas, que son dos hazañas ó trabajos principales que del tal Hércules hablaban. Cuanto á lo de las manzanas y sus vergeles, no vieron otra cosa mas de las entradas ó canales de la marina, por la region adentro volteadas y torcidas, á quien los de la tierra llamaban el dragon, las cuales abrazaban entre sí cierto rodeo como isleta pequeña, donde hallaron un altar viejo, rodeado de acebuches, que son los árboles solos que por allí vieron sin otros algunos. Pasaron despues adelante cincuenta millas de trecho, que hacen poco mas de doce leguas castellanas, y dieron en otro pueblo nombrado Bonosa, junto con un rio navegable harto grande que decian Subur. Cincuenta millas embajo hallaron otro rio nombrado Sala, con un buen lugar del apellido mesmo que parece ser el que llamamos ahora Sale (1), pueblo de gentil disposicion y buena postura, si no tuviera cerca los desiertos africanos, que se comenzaban por allí contra la parte de levante, donde se le recrecian grandes males y peligros, á causa de los elefantes y de muchos otros animales y bestias fieras, que se crian en África: las cuales destruian toda la region. Pero quien mas aquel daño padecia, fué cierta provincia de su comarca grande y crecida que nombraban Autolola: por la cual iban al derecho camino para salir al monte Atlante, mas crecido y mas famoso de todas las africanas. Este monte certificaba despues la gente de la navegacion sobredicha, que nacia de ciertos arenales desiertos, muy grandes y tendidos en aquella region, y que contra la parte mas occidental era muy seco y muy áspero, lleno de pizarras estériles y peladas, hasta dar en las riberas del mar Océano, por donde caminaban estos navegadores, á quien los antiguos llamaban el mar Atlántico, por causa del dicho monte Atlante: pero que la vuelta contraria sobre las vertientes africanas, era llena de diversos frutales, que se criaban de suyo, mezclados con cuantas frescuras y deleites podemos imaginar. Mas como de las tales cosas cuando se relatan, siempre los que las cuentan añaden lo que les place, decian que nadie de la gente ni de los animales que moraban en el monte se mostraban por el dia: todo parecia sosegado y quieto, con un silencio maravilloso, tal que semejaba misterio, lo cual puso admiracion á los principios, juntamente con las alturas y cumbres maravillosas de la montaña que parecian tocar en el cielo. Venida la noche decian que todo se mudaba: la montaña comenzaba de resplandecer con fuegos y lumbres á toda parte. Los alaridos y regocijos de danzas y placeres eran tantos, que se conocian y sentian muy léjos con flautas, y trompas, y panderos que los faunos y sátiros traian por la tiniebla de que decian estar aquel monte lleno. Certificaban otrosí caer en aquel entrevalo de tierra la boca de un rio que llamaban Asama, cerca del cual hallamos ahora la ciudad de Asamar, ó de Azamor, puesta ya los dias presentes en el señorío de los españoles portugueses, y ganada por fuerza de combates algunos años ántes, y no muchos que yo comenzase los trabajos desta corónica. Mas bajo desta ciudad, y de sus fronteras, contra la vuelta del mediodía occidental, descubrieron en la mar las ínsulas bien fortunadas, que son las que llamamos ahora de Canaria, donde tuvieron despues creido los antiguos, que nacia todo lo necesario para la vida, sin lo procurar ni plantar. Y ciertamente para la vida concertada y virtuosa, donde no reinan desvaríos ni vicios, pocas plantas y pocos afanes son necesarios en cualquiera region por estéril que sea. Destas islas publicaban haber una con dos fuentes de tal naturaleza, que quien bebia de la una le tomaba tan gran risa, y tan continua, que moria muy presto sin haber para lo tal mas de un solo remedio, que fué beber el agua de la otra, con que luego cesaban aquellos placeres mortales. Ahora por este nuestro tiempo dado que las dichas islas vivan en la sujecion y señorío de España, nada de tales milagros les vemos. No sé yo si por haber perecido las dichas fuentes, ó habérseles mudado la tal propiedad en otra mejor naturaleza, como lo vemos acontecer muchas veces. Despues desto pasado costearon otro gran trecho de ribera, donde hallaron la tierra de diferentes calidades. Lo primero della muy lleno de bestias dañosas. En el medio grandes arenales, sin fruto ni yerbas. En el fin tostada de la calor excesiva del sol, donde moraban las gentes de Etiopia, no léjos de la cual decian haber hallado ciertas isletas, llamadas de las Esperias. Despues navegando pocos dias mas adelante dieron en otras islas, nombradas aquel tiempo las Dorcadas Gorgoneas: que fueron así dichas por causa de ciertas mujeres monstruosas que las moraban, llamadas gorgonas ó gorgadas. Éstas decian concebir sin ayuntamiento de varon, y ser tan lijeras, que ningun animal corria mas. Item decian ser todas cubiertas de vello, tan bravas y terribles, que despues de cautivadas algunas dellas, muy dificultosamente las pudieron tener ni domar, dado que las ataron con fuertes prisiones. Aquellas ínsulas eran apartadas de la tierra firme de África dos dias de navegacion, fronteras á cierta punta que llamaron despues el Cuerno de los Esperios, donde certificaron aquellos mareantes que fenecia una gran frente, como barriga que las tierras africanas hacen sobre la mar de poniente, y se comenzaban á doblar las riberas contra levante. Figúrasenos ahora ser esta punta la que nombran el Cabo Verde, si la muestra de las mujeres vellosas, y de los otros animales que vieron concertase con lo del sitio, como concierta lo de la figura ó barriga que vemos hoy dia por allí. Entre los animales sobredichos certificaban tambien que vieron uno llamado Catoblepa, pequeño de cuerpo, pero tan crecido de cabeza, que trabajosamente la podia sostener, y por esta causa todos los tiempos la traia por el suelo sin poderse mover para hacer algun daño, salvo que de los ojos echaba tal ponzoña, que quien los mirase, moria luego. Mas adelante hallaron otra nacion entre las gentes etiópicas, que fueron siempre regiones muy tendidas por aquellas partes, y los hombres de la tal eran mas pequeños de cuerpo que ninguno de cuantos habian topado, mal hechos y peor tratados, en cuya provincia decian haber hallado la fuente nombrada Nucul, donde creian nacer el rio Nilo, que fué siempre de

(1) Salé, puerto del imperio de Marruecos.

los muy grandes del mundo: á lo cual se movian por ser infinitas las aguas que salian della, y tambien porque todas las otras fuentes y rios que por allí manaban corrian sobre la vuelta de poniente para se lanzar en el mar Océano, sino las aguas desta que van por las tierras adentro, muy llenas de peces y de bestias, conformes á las que se hallan en aquel Nilo de Egipto. Destas sus aguas tuvieron relacion que se sumian muchas veces, y tornaban á nacer en diversas comarcas africanas alejadas de aquella provincia. Pasada la otra ribera sobredicha, que fué mucho larga, vieron unas cumbres altísimas, á quien los cosmógrafos llamaron despues el Carro de los Dioses, en las cuales relatan algunos autores haber sido la parte donde sintieron entre dia la quietud y sosiego que los otros dijeron del monte Atlante. Tras esto decian mas que hallaron una muy grande cantidad de ribera corvada para dentro, á manera de seno, que tenia cierta isla de buen tamaño, poblada de las mujeres vellosas arriba declaradas: en lo cual fué necesario dárseles crédito, porque cuando Hanon hizo vuelta para Cartago trajo dellas dos pellejos embutidos con pajas, y despues entre muchas otras preseas y dones maravillosos que puso á la diosa Venus en un templo de su ciudad, mandó tambien colgar aquellos pellejos, porque fuesen memoria de sus viajes y victorias. Esto parece que seria dentro del golfo donde hallamos ahora la isla de San Tomé sobre la punta que dicen de Lope Gonzalez, en que nuestros mareantes cuando van á las Indias de Calicud y de Malaca pierden el punto del norte que llaman ártico por estar ellos embajo del equinocial, y cobran otro punto al antártico, por donde rigen sus navíos. Hubo Hanon tan buen temporal hasta llegar aquí, que con toda la vuelta cuanta los navíos dieron por aquella torcedura de la marina contra levante, gastaron, segun dice Arriano, solos treinta y cinco dias de navegacion, si los números no van errados en su libro. Despues volvieron las velas sobre la mesma ribera, que se les vino torciendo contra mediodía, como tambien hoy dia la hallamos: y luego les comenzaron á recrecer dificultades excesivas, así por faltarles el agua, como por calores demasiados, tales, que no parecian sino rios de fuego que caian sobre ellos en la mar, á causa que debia llegar el verano, cuando se hallaron en aquella region, la cual de su naturaleza fué todo tiempo sobradamente calurosa. Pero con todos estos trabajos escribieron despues los coronistas cartagineses haberse mostrado Hanon tan valeroso, que fundó por aquel trecho y en lo que dejaba navegado multitud de ciudades y pueblos, hasta que finalmente concluyó toda la vuelta de las tierras africanas, y navegó por el seno de las Arabias, á quien llaman algunos el mar Bermejo. Desde el cual seno dicen, que por tierra hizo mensajeros á la ciudad de Cartago, declarándoles en la parte donde quedaba, con certificacion, que no pasaba mas adelante por temor que las provisiones no le bastarian á los viajes, y no por falta de mar descumbrada y patente, donde podia navegar en otras tierras de la India nunca vistas ni sabidas: de lo cual todo hizo un volúmen asaz crecido, que contenia la figura de todas las riberas africanas pertenecientes al mar Océano, con la diversidad de los animales, y de las otras cosas extrañas y notables, dignas de memoria, que por allí vieron. La cual escritura no hallamos ahora en este tiempo, tampoco como la relacion que su hermano Himilcon escribió, cuando navegó por las costas y regiones septentrionales de Europa: sino es un pedacillo pequeño muy breve de sus principios, y aun éste sospechan algunos no ser suyo. Por esta causa no se pudo decir aquí mas desto poco, que recoligieron algunos escritores latinos y griegos sumariamente de los libros sobredichos, cuando los habia. La conclusion de todo fué, que despues de pasada mucha diversidad de fortunas por mar y por tierra, despues de rompidos muchos recuentros y batallas con diversas gentes y naciones, fenecidos otros acontecimientos de muy crecida gloria, Hanon y su flota dieron vuelta por donde primero caminaron, y llegaron al Andalucía casi en el fin del año que se contaba cuatrocientos y cuarenta ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué poco ménos de tres años despues que su hermano Himilcon feneció tambien la jornada de Europa, cumplidos ya cinco despues que todos ellos comenzaron estas dos empresas. Llegados acá, hallaron que su hermano Gisgon gobernaba siempre la provincia del Andalucía, por el cual fueron bastecidos cumplidamente de mantenimientos y vestidos, cuerdas, velas, y todo reparo, de que traian gran falta. Refrescados allí se tornaron á las fustas, y llegaron á la gran Cartago, cuyos vecinos salieron todos con ramos á su recibimiento. Hanon fué metido casi triunfando, como aquel que muy bien lo merecia. Los españoles recibieron gracias de todo lo hecho, con remuneracion larga de muchos dones, y los enviaron á sus tierras contentos y satisfechos. Bien es verdad en este caso, que muchos años despues de aquello fenecido, los romanos enviaron un capitan suyo llamado Polibio, que despues escribió las historias romanas en gran excelencia, para que descubriese las mesmas riberas africanas, porque no tenian ya memoria desto con los muchos dias pasados, ó por lo ménos en Roma no sabian cosa della. Este Polibio, dado que no llegase tan adelante como Hanon el capitan cartaginés, anduvo mucho de las riberas sobredichas. Y relatando en sus libros mas por menudo las partes y rios, y la distancia de las tierras, y la calidad que tenian por aquella sazon, dice, que todo cuanto venia contra la vuelta de poniente, hallab lleno de bestias bravas y monstruosas, cuales África la cria comunmente. Desde la punta postrera septentrional, que como dije llaman ahora cabo Despartel, donde vuelven las riberas africanas al mediodía occidental hasta un rio nombrado Anatis, tasaban cuatrocienta y ochenta y cinco millas latinas: de Anatis á Lijos doscientas y cincuenta. Despues pone cierta bahía de mar á quien llaman Saguto, cuyo principio sobre la prime ra punta dice que tenia la villa de Mulelaca. Luego despues venian los dos rios nombrados Subur y Sale con puerto de Rutibe, desviado de Lijos trescientas y tre millas, que son setenta y ocho leguas españolas. Despues dice que hallaron una punta llamada del Sol: cual sin alguna duda fué la que dicen ahora los nave gadores que la caminan por este nuestro tiempo cal de Bojador, frontero de las Canarias. Y junto con aque lla punta, quedaba tambien el puerto de Risadir Despues mas adelante vieron los getulos y la provinc de Autolola, de quien arriba hablamos. En fin della t paron el rio Ceseno, que comarcaba con la nacion los salatitos y mesatas: los cuales eran así nombrado á causa de cierto rio grande que por allí se hace nom brado Mesate. Despues dice que se hallaron otro llamado Darete, que criaba cocodrilos, como los cu tambien el Nilo de Egipto. Poco trecho mas adelan vieron otro gran seno de mar, que ceñia mas de sei

cientas millas de espacio, rodeado de montes muy altos, en que salia la punta llamada Barce, contra la vuelta del occidente. Despues venia tambien el rio Palso, desde el cual comienzan las gentes etiópicas, que ya declaramos, donde hallaron unos á quien solian llamar peroros, otros farusios, otros daratitas, con el rio Bamboto, que tambien era lleno de cocodrilos y caballos bravos de agua. Desde allí todo cuanto mas pareció, dijo Polibio, ser montañas continuadas y seguidas hasta la sierra nombrada Carro de los Dioses. Desde el cual hasta la punta de los Esperios, ya declarada, ponian diez dias de navegacion. En este medio trecho dejaban las cumbres y sierras del gran monte Atlante, que todos los otros coronistas y cosmógrafos situan en la postrera tierra de los moros ó maurisios, contra mediodia: puesto que Tolomeo haga memoria de dos montes en aquella mesma parte llamados Atlantes: el uno mucho grande, que va por el través en todas las tierras africanas y sus desiertos, por aquel derecho que Polibio romano hizo su declaracion: el otro muy cerca de los moros, y mucho menor que el primero. Desta manera pasaron las navegaciones de los dos capitanes ya dichos romanos y cartagineses en diversos tiempos y dias. En lo cual detuvimos nuestra corónica, como cosas pertenecientes á las hazañas antiguas de España: porque la primera navegacion, dado que el capitan Hanon fuese cartaginés y extranjero, la flota que llevaba de los navíos que lo navegaron fueron españoles, labrados en España; desde España comenzaron el viaje; lo mas de la gente que lo trabajó fueron andaluces tartesios, y de los que moraban en Cádiz, ó por su marina frontera. Los cuales guiaron toda su derrota, como personas que ya lo tenian otras veces navegado, puesto que no tan detenido, ni con tanta consideracion, como lo hicieron aquella vez. Damos otrosí relacion aquí dello, para que quien quisiere pueda cotejar estos dos viajes cartaginés y romano con el que hacen ahora por allí nuestros españoles, pues todas aquellas marinas tienen ya puestas embajo de su jurisdiccion y señorío hasta lo postrero de las Indias. Y dello se pueden muy bien conjeturar las cosas que faltan ó sobran, ó se hallan mudadas desde los tiempos antiguos acá: y así reconozcamos la ventaja que los nuestros ahora llevan á los antiguos en navegar mucho mas, y pasarles adelante, no solo en el señorío, sino en el atrevimiento y osadía. De la cual navegacion nuestra se dará muy cumplida cuenta casi en el fin de esta gran historia, como ya en otros capítulos dejamos prometido.

CAPÍTULO X.

De dos gobernadores nuevos que la señoría cartaginesa proveyó, para residir el uno en el Andalucía, y el otro en Mallorca. Cuéntase la poblacion de la villa de Albor, y la muerte de Gisgon, con algo de las costumbres que los mallorquines tenian en aquellos tiempos.

Despues que los negocios fueron concluidos, los dos hermanos Himilcon y Hanon, con los otros sus primos, de quien ya hablamos, quedaron en la gran Cartago mas de reposo que nunca gobernando, y mandando la ciudad y todo el peso de su república: pero muy mas principalmente Hanon, por cuyo consejo todos los otros se regian: el cual segun era sagaz y mañoso, cada dia mejoraba sus negocios, y se hacia mas señor y mas absoluto. Por mandamiento destos gobernadores fueron proveidos poco despues dos cartagineses honrados para residir en la contratacion de España: el uno decian Hanibal, primo suyo de Hanon, hermano de Hasdrubal y de Safo cartaginés de quien hablamos en el segundo y tercer capítulo deste libro: el otro llamaban Magon, allegado y amigo de todos ellos. A Magon fué señalada la residencia de las islas Mallorca y Menorca, donde moró ciertos años haciendo su deber: y por causa suya y de su nombre pudo bien ser, que fuese nombrado Magon uno de los dos lugares que Hanon el sobredicho hubo principiado en Menorca los años ántes, conforme á lo que dicen algunos escritores, como lo tocamos en aquel cuarto capítulo precedente: dado que segun allí se dijo, cuanto á lo que á mí pertenece, yo no tengo leido coronista ni libro de los antiguos que tal declare. Lo que deste Magon sabemos, solo es haber estado en aquellas islas algunos años, y conversado los vecinos dellas, entendiéndose con ellos mas tiempo y mas años, y con mas amistad, que ningun otro cartaginés de cuantos hasta sus dias allí vinieron. De las cuales islas, y de su postura y calidad escribió despues un volúmen, en que juntamente declaraba las condiciones que por aquellos tiempos tenian los naturales dellas, cuya relacion y memoria se platicó muchos tiempos entre las otras naciones del mundo, por tener los moradores destas islas algunas estrañezas discrepantes de las otras gentes. En especial dicen todos, haber sido tan aficionados al amor de las mujeres extranjeras, que por cada una traida de fuera, daban en trueco cuatro y cinco hombres de sí mesmos: los cuales ellos hurtaban entre sí para las tales compras. Y los mercaderes cartagineses cuando lo sintieron, comenzaron á seguir muchos aquel cambio, de que recibian demasiada ganancia, tomando para su servicio los esclavos mallorquines que les era menester, y vendiendo los que sobraban por otras regiones. Eran otrosí tan golosos de beber vino, que ningun mantenimiento ni brevaje les fué jamás tan agradable, ni hallaban cosa con que mas alegría recibiesen cuando se lo traian, ni con mas importunidad lo pidiesen ó trocasen á los africanos que residian entre ellos. Y hacíalo ser mas preciado, no tener al presente todas aquellas islas aparejo de viñas ni de semejante labor, á causa de ser la gente dellas nada trabajadora ni cuidadosa, vagabunda y silvestre, sin granjería de cosa del mundo, sino fué de cierto licor á manera de aceite, que sacaban estrujando la fruta de ciertos árboles, que los griegos llaman termintos, á quien los españoles creo yo que dicen alforsigos (1) en este mi tiempo: con la cual aceite los sobredichos mallorquines y menorqueses untaban comunmente los cueros, y la gastaban en lo mas de sus manjares, puesto que poco despues aquellos cartagineses, les enseñaron á sacar aceite de olivas, que tambien se criaban en las islas, aunque déste tuvieron á los principios tan pequeña codicia, y tan poca provision, cuanta la tienen ahora sobrada y abundosa, con gran excelencia y multitud de olivares, que por todas ellas se crian, segun adelante mostraremos. Esto solo es (como dije) lo tocante á España que de Magon hallamos en las historias. El otro Hanibal vino tambien al Andalucía por los mesmos dias, y con su llegada trajo mandado á Gisgon de sus hermanos y primos, que luego recogiese cuanta riqueza tenian en España los depósitos cartagineses, y con ella se viniese para Cartago, certificando quererle dar igual parte del mando,

(1) Léase alfónsigos, ó azufaifos.

señorío y potencia, que tenian ellos á la sazon en aquella gran ciudad. Y así comenzó luego Gisgon el aparejo de su vuelta con suficiente copia de navíos cargados y llenos del mayor precio que nunca los cartagineses hasta su tiempo deste capitan sacaron de las Españas, si no le sucediera mal su viaje. Porque despues de metidos al agua, nunca mas parecieron, ni se halló memoria de Gisgon, ni de su flota, ni de persona que con él fuése. Tuvieron creido, que con tormenta de la mar fueron todos anegados, porque muchos de los mesmos dias anduvo la mar levantada y peligrosa cerca de la ribera, donde conjeturaban, que seria muy peor en los golfos de mas adentro, por donde los cartagineses caminaron. Hanibal, despues de venido, comenzó los negocios de su cargo casi en el año de cuatrocientos y treinta y siete ántes que Nuestro Señor Jesu-Cristo naciese, poco despues de la pérdida de Gisgon. Éste fué persona graciosa y afable, de mucha mayor inclinacion á las granjerías del campo, que á las navegaciones del agua. Por cuya razon, entre los provechos particulares que para sí procuró, pasados pocos años despues de su venida, fué poner dentro de la provincia grandes piaras y rebaños de ganados mayores y menores, con muchas yeguas y caballos, y multitud de pastores andaluces que los apacentaban, en tanto número, que pasaban de trescientos. Edificó dentro del Andalucía muchas torres nuevas sobre los mineros que los cartagineses cada dia descubrian. Renovó parte de las fortalezas viejas; otras añadió y mejoró como convenia, mostrando no ménos aficion á las obras desta labor que á la provision de sus ganados. Pero lo mejor y mas principal que de todo lo sobredicho le podemos alabar, fué la poblacion de cierto puerto de mar, en que puso moradores cartagineses sobre la ribera del Océano, por aquel trecho que viene desde Tarifa hasta la punta de San Vicente, la cual poblacion fué dicha despues el puerto de Hanibal, y permaneció con este nombre todos los tiempos antiguos. Ahora decímosle Albor, perteneciente á los señoríos y reino de Portugal, mas oriental ocho leguas que la punta de San Vicente, entre la boca del rio Guadiana y el mesmo cabo, no léjos de donde fué despues edificada la poblacion que llaman ahora Lagos, á quien ya dijimos haber los antiguos nombrado Lacobriga.

CAPÍTULO XI.

De los edificios y moradas nuevas que los españoles comarcanos al rio Guadalquevir hicieron estos dias, con recelo (segun se cree) de los cartagineses africanos, cuya potencia se metia por aquella region cada dia mas de lo que fuera menester á la seguridad y pacificacion de sus naturales.

Por este tiempo los andaluces tartesios, moradores de la isla de Guadalquevir, comenzaron á labrar un castillo sobre la ribera de su mar entre los dos brazos ó bocas que solian ser en aquel rio, desviado por igual de cualquiera dellos. Este castillo despues que fué hecho, llamaron Ebora, como se decia tambien la villa donde moraban dentro de la isla. Junto con aquello principiaron un templo de muy buena labor sobre la boca del brazo occidental deste rio Guadalquevir: y como quiera que las dos obras fuesen costosas y grandes, parece que las tuvieron aquellos tartesios andaluces por tan competentes, que jamás alzaron mano dellas, hasta las acabar. El templo llamaron del Lucero, fundado en aquella mesma parte que hallamos ahora la villa de San Lucar de Barrameda: y aun parece claro, que del nombre deste templo vino despues el nombre que tiene tambien ahora la mesma villa: y así queriéndola llamar San Lucero, vinieron á le decir corruptamente San Lucer, y despues mas corrupto San Lucar: puesto que yo sé bien haber pasado tiempo cuando mucho mas corrompido le llamaban Solocar. Comenzando las obras, comenzaron á poner nuevas ceremonias en los sacrificios desta estrella, discrepantes de las que comunmente hacian á los otros ídolos, antojándoseles á los tartesios andaluces, que la tal estrella debia ser algun nuevo dios, de nueva divinidad, pues en su resplandor y hermosura sobrepuja todas las otras estrellas. Y verdaderamente bien considerado, muchas excelencias aventajadas hallamos en ella, para que quien quiera la note, y se le aficione mas que á ninguna de las otras. Sola ésta, despues del sol y la luna, da sombra en las tierras un tiempo, pareciendo primero que el sol ántes que salga, multiplicando y alargando la luz y claridad de los dias: otro tiempo resplandeciendo despues del sol puesto, vedando y contradiciendo cuanto puede las tinieblas de la noche y su tristeza, porque no vengan sobre nosotros tan presto. Y como quiera que el sol sea regidor y ministro principal de la naturaleza, esta estrella le sigue, discurriendo siempre cerca dél, como que le favorece y acompaña cuanto hace. Con el ayuda y rocío deste Lucero conciben las cosas criadas, así plantas como animales: éste favorece todo lo nacido con sus influencias graciosas: incita los amores de los animales, para que se junten y multipliquen, y no perezca la natura. Por lo cual hubo tiempo, que considerando las muchas experiencias de sus bienes, toda la gentilidad tuvo creido ser este Lucero la diosa Venus, á quien solian atribuir el alegría, felicidad y generacion de nuestra vida mortal. Por donde parece que segun la simplicidad d siglo pasado, no sin razon los tartesios andaluc se movieron á intitular este su templo de la nom bradía del Lucero, pues en aquellos tiempos solia tener por divinas las cosas donde hallaban estrañeza ó provechos, cuanto mas siendo tales y tantos. Des ta suerte, con ir el edificio del templo bien labra do sobre la boca occidental de aquel rio Guadalque vir, con estar eso mesmo la torre de Capion, q tambien era fuerte y bien hecha, sobre la otra b ca del brazo oriental, segun escribimos, y en me dio de los tales edificios el castillo de Ebora, que ju tamente labraban, quedaron los tartesios de Guada quevir pertrechados en todas partes, y tuvieron la is la de su rio cerrada y cercada para que nadie la tom se contra su voluntad, porque no ménos á los otr lados eran fortalecidos y recios, el oráculo de Mene teo con la villa principal donde moraban. Y si conj turas valen algo para juzgar en semejantes acontec mientos, imaginamos, que todos aquellos edificios proveimientos harian ellos con recelo de ver que l cartagineses comenzaban á tomar sitios en esta mar na, donde tambien ellos morasen, fundando la vi de Albor, con otras estancias, á que mostraban a cion, y convenia tener su vecindad, pues á la saz andaban mucho poderosos y negociadores, y de

naturales eran sobradamente solícitos en señorear cuanto hallaban á mal recaudo, puesto que por el presente los unos y los otros tenian conformidad, y se favorecian y bandeaban en cuanto se les ofreciese.

CAPÍTULO XII.

Como parte de las gentes andaluzas y lusitanas comenzaron entre sí diferencias y cuestiones, sobre las cuales hubieron una batalla mucho terrible, donde murió cierto capitan cartaginés, y multitud de hombres y mujeres, y fueron destruidas algunas poblaciones antiguas, que solian ser en aquella region.

Todos aquellos dias que Hanibal estuvo en el Andalucía, hizo por ella lo que sus antecesores habian hecho, recompensando con su buena diligencia la pérdida de Gisgon, y de las riquezas que con él se anegaron. Fuera desto y de la poblacion del puerto de Albor, no se halla por las historias particularidad que le toque, ni cosa de los andaluces entre quien moraba, hasta que pasados cinco años despues de su venida, comenzaron á tener diferencia los españoles que vivian entre la mar occidental y las aguas de Guadiana, con los andaluces sus comarcanos, moradores entre Guadalquevir y el mesmo rio Guadiana. Fueron la causa destos debates ciertos pastores en ambas gentes, que sobre los pastos de sus ganados, y sobre las rayas ó términos de las dehesas, peleaban en recuentros particulares cada dia, donde morian muchos dellos, y parecia gran copia de gentes, y se hacian tales daños y crueldades, que los mesmos pueblos, cuyos ellos eran, se metieron en la pendencia, señaladamente cierta poblacion de los andaluces, situada cerca de la costa, cuyo nombre no declaran nuestras historias, sino que sospechamos haber sido la Ibera, de quien hablamos en el octavo capítulo pasado: la cual sobre todos y con mayor enojo pedia recompensa de los daños y demasías hechas en aquel caso. Y como las pendencias solo por esta demanda no se pudiesen atajar, y creciesen cuanto mas iban, hubieron de venir á batalla campal en gran multitud de cada parte: la cual duró todo un dia desde la mañana hasta la noche con increible derramamiento de sangre, sin que por aquel tiempo nadie dellos alcanzase muestra de victoria, mas de morir y pelear rabiosamente. Ténese por cierto, que si la noche no llegara, muy pocos quedaran de los unos ni de los otros, segun estuvieron porfiados y duros en el afrenta. Cuando la enemistad andaba mas recia, sobrevino gran lluvia del cielo, con truenos y relámpagos espantosos: y poco despues cayeron tres rayos encendidos á diversas horas del dia por medio de las haces, que abrasaron crecida multitud de hombres: y nada bastó para los despartir, hasta que (como digo) con las tinieblas y escuridad de la noche no vieron á matar, y les convino retirarse. Fueron tantos los muertos, que si los números ó letras de cuenta no van errados en las corónicas y libros que desto hablan, pasaron de ochenta mil personas entre hombres y mujeres: de las cuales mujeres afirman haber estado muchas en la batalla con armas, animando cada cual á los de su parte, y peleando juntamente con ellos. Entre los muy señalados que murieron allí, dicen haber sido uno el mayoral de los africanos, que por favorecer el un bando, vino con gente de pelea, dado que (segun ántes dijimos) la poblacion que él habia hecho en Albor, estuviese dentro de los términos y provincia de las otras gentes contrarias. No ponen tampoco nuestras corónicas el nombre propio de aquel mayoral de los africanos: pero sin duda parece que debió ser aquel Hanibal sobredicho, pues la concordancia de los tiempos en que por acá residió, cotejados con estos dias de la batalla, vienen todos en una razon, y confírmalo mucho ser el debate sobre pendencia de ganados y pastores de quien, como dije, certifican otros, que dél hablan, haber mantenido en España trecientos collazos á sus despensas y soldada. Los vecinos de la ciudad ó poblacion de la marina, como fuesen mas principales, y tuviesen recibido mas daño, creyeron que los adversarios se reharian, y volverian sobre ellos: y por esto desampararon luego su pueblo, poniendo fuego á sus casas, y á toda la hacienda que no pudieron llevar, y se derramaron por aquellas comarcas en asientos diversos los unos de los otros, sin jamás tornar á su pueblo hasta el dia de hoy. Lo mesmo hicieron otros lugares no tan principales confines á sus contrarios, que por estar allí cerca, tenian mas causa de temor, y mas aparejo para destruir unos á otros. Así que la batalla famosa y antigua de los españoles, que llaman de los rayos, pasó desta manera dentro del año de cuatrocientos y treinta y uno ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. En cuya relacion, para decir verdad, yo deseo mas particularidades de las dichas, pues debieron pasar en cosa tan hazañosa: como las deseo tambien por otros muchos acontecimientos antiguos, que parte de nuestros coronistas recapitulan en los principios de sus historias, cuanto mas en ésta, donde ponen tales pasos; que debieran ser dichos mas á lo largo, señaladamente la pelea de las mujeres, que fué trance muy de notar: el tiempo tambien de los rayos que cayeron del cielo, con la muerte de las personas españolas de cuenta que perecieron allí, pues la hicieron del capitan africano. Fuera tambien justo decir, si participaron en el debate gente de los galos célticos, los cuales mirando las posturas y la division antigua de la tierra, muchos dellos moraban entre los andaluces desde poco mas bajo de Sevilla, hasta Guadiana. Y aun no se perdiera nada en escribir, si los enojos, y la codicia, con intereses desordenados, hicieron en ellos sus oficios, que son, armar parientes contra parientes, amigos contra sus amigos, naciones contra sí mesmas, y muchas veces los hijos contra sus padres. Pero de sospechar es, que no serian estos célticos en la cuestion, pues nuestros coronistas no los nombran aquí, soliéndolos nombrar en otros acontecimientos que pasaban, y que solamente seria sin ayuda de nadie las gentes que moraban desde Guadalquevir abajo contra la marina del cabo de San Vicente, poco dentro de la tierra. Y si los tales fueron, claro parece ser unos los cenitas, y los otros albicenos, de quien atrás queda hecha relacion, y mas algunos turdetanos, que ya por mucha parte se les comenzaban á mezclar en la tierra de Portugal ó Lusitania, puesto que lo principal dellos fué siempre dentro del Andalucía.

———

CAPÍTULO XIII.

Como sabida la muerte del capitan cartaginés en la batalla de los españoles, mandaron los mesmos cartagineses á Magon, que desde Mallorca viniese para residir en España. Y de los muchos y graves acontecimientos que durante su tiempo recrecieron á los españoles y cartagineses en España y fuera della.

Luego despues de Hanibal vino Magon al Andalucía por mandado de los gobernadores cartagineses, aquel que dijimos haber quedado los años ántes en las islas de Mallorca y de Menorca. Cuando llegó en España la vez que decimos ahora, salió de sus navíos acompañado de gentes africanas que por allá tenia, juntamente con muchos mallorquines honderos que consigo trajo: creo yo que sospechando hallar la tierra turbada. Mas á lo que parece, despues de la gran batalla, los pueblos que la dieron quedaron tan mal parados en toda parte, que les convino sosegar algunos dias. Y los mallorquines arriba dichos, dado que discurriesen por las comarcas, bien contentos y satisfechos con el pago de sus gajes, que les daban en mujeres y vino: pero despues á poco tiempo con la mudanza de los mantenimientos y de los aires, y con andar todos ellos desnudos, recrecioles tal corrompimiento y enfermedad, que brevemente murieron casi todos: mas no para que dello viniese perjuicio ni falta sobre las poblaciones ó villas ó puertos ó mineros, que la gran Cartago tenia por acá, porque las amistades y confederacion de los turdetanos aseguraban cuanto les tocase. Con su favor dellos estuvo Magon el cartaginés en el Andalucía poco ménos de tres años, sin hacer cosa notable que sepamos, ahora fuese por esto, ahora por otras causas que las historias no declaran. Los cartagineses al fin deste tiempo le mandaron venir á Cartago: y así dejó la provincia de los andaluces casi en el año de cuatrocientos y veinte y ocho ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, que fué justamente noventa y dos años cumplidos despues que la gente cartaginesa hizo las primeras venidas en España para favorecer á los de Cádiz contra los andaluces. Despues deste Magon no hallo yo memoria muchos años adelante de persona particular que la señoría cartaginesa tuviese por acá, dado que segun fué siempre proveida, continuo lo debió tener todo muy á recaudo, mayormente siendo Hanon el principal que la gobernaba, cuya persona bastaba para cuanto se podria decir en tales casos, puesto que ya por estos dias le comenzaron á venir en su vejez adversidades crecidas, en que sin la muerte de Gisgon su hermano, y la pérdida de los tesoros que con él se hundieron, sobrevino despues la muerte del otro Hanibal en la batalla de los españoles. El año siguiente, despues de la batalla, murió tambien en Cartago de ciertas enfermedades continuas Hasdrubal, y luego tras él Safo, primos todos tres del dicho Hanon, en que se menoscabaron mucho sus fuerzas en el mando de la señoría. Su fortuna se le fué trocando de tal arte, que la mas gente ciudadana comenzaron á juntarse contra él, y vedar y contradecir mucho de lo que primero no le contradecian, por conocer dél que de su natural era caballero deseoso de mandar, muy sagaz y gran cauteloso, y que procuraba ser absoluto donde quiera que viviese: pero sobretodo tan mañoso, que cayó primero que ningun hombre nacido en el arte cómo se podrian amansar los leones: y entre las otras sus grandezas trajo por Cartago multitud dellos aplacados y domésticos, que discurrian en las calles, y se dejaban tratar sin hacer mal á nadie. De lo cual fueron tan alterados los moradores desta gran ciudad, que como dije, determinaron de le quitar el mando, y le fueron despojando de lance en lance de la gobernacion en que primero le pusieron, recelando que no se les alzase con el señorío de su república: porque les parecia que ninguna cosa podria librarse de tan sutil ingenio, queriéndola sojuzgar, ni bastarian dificultades para resistir á sus acometimientos y sutilezas, y que la libertad suya dellos, y las contrataciones españolas y las africanas, con todo lo que poseian en Sicilia y en las otras islas, podrian mal confiarse de Hanon, á quien la terribilidad y fiereza de los leones se habia sometido. Pero como los ímpetus de la gente vulgar, dado que recios, duren poco, y éstos pasados, todo su hecho ni tenga cimiento ni discrecion, conociendo los otros cartagineses que la mudanza del vulgo no seria firme para continuar lo comenzado contra Hanon, señalaron en sí cien ciudadanos nobles que gobernasen la señoría, dándoles poder y justicia sobre los capitanes de las provincias y de los ejércitos, con cargo de tomarles cuenta de sus oficios y dignidades; y para que tambien despojasen á Hanon de su gran poder. Entre los tales fué nombrado casi de los primeros Saruco Barcino, aquel de quien escribimos en el tercer capítulo pasado. Éste buscó manera como Hanon fuese tratado venerablemente, segun lo requeria su valor, y con él acabó, que por evitar los escándalos y males que podrian suceder entre él y sus naturales, saliese de la ciudad, y diese lugar á la ingratitud y furia del pueblo. Y así se hizo, que Hanon salió luego della con infinito número de sirvientes y riquezas, y con tan gran aparato de familia, que pareció mas triunfo que destierro. A la hora fueron mudados en el Andalucía los factores y caudillos que de mano de Hanon acá residian, y proveidos otros con nue-
vas instrucciones y nuevos mandatos y poderes. Per
con todo aquello la persona de Hanon era tan estimad
que perseverando sus ausencias hicieron siempre mu
cha cuenta dél, y los cien gobernadores ó jueces en to
das las cosas graves que sucedian lo consultaban y p
dian su parecer: y dábalo tan como buen cartaginé
que para lo tal nunca tuvo memoria de sus agravio
Por consejo suyo dél pusieron pocos años despues e
Sicilia gente de guerra que residiese por ella de repo
lo cual era muy cumplidero y á muchos fines. El u
para conservacion de ciertos lugares que Cartago p
seia. Lo segundo, porque la villa de Gergento, llamad
como dije, por aquellos tiempos Agrigento, les ofe
dia con todas sus fuerzas: y fué por estos dias lug
suficiente para les meter grandes alborotos y turba
cion en sus pueblos, por la vencidad que con ell
tenia. Lo tercero, porque tambien muchos lugar
principales de la isla cercanos y léjos de la mari
traian discordias terribles unos con otros, y se favor
cian en ellas de naciones griegas harto poderosas, p
ticularmente de la de Atenas, que por aquella sazon f
ciudad muy pujante, tanto que por la mar competí
sus flotas con las de Cartago, tambien de ser much
como de muy armadas; y por tierra tenian eso mes
crecido valor. Y dado que los atenienses al presente h
biese bien nueve años que traian guerra trabada con
ciudades y gentes de la Morea, que decian los grieg
Poloponeso, tuvieron siempre tanta codicia de se m
ter en Sicilia, que con todas sus grandes ocupacio

enviaban allá capitanes y navíos diversas veces, en gran perjuicio de loque tambien allí pretendió Cartago, puesto que nadie de sus vecinos lo sentia ni consideraba, sino Hanon en su destierro, que continuamente declaraba lo que pretendian estos atenienses con aquella disimulacion, como despues adelante lo vió todo el mundo. Por otra parte figurábasele, que siendo Sicilia muy junta con Italia, no debia Cartago vivir sin recelo de la prosperidad y señorío que los romanos cobraban de continuo por aquellas tierras italianas, cuya ciudad, segun dicen los historiadores latinos, gobernaban á la sazon que los cartagineses pusieron el ejército de residencia sobre Sicilia, dos caballeros, nombrados el uno Tito Quincio Cincinato, y el otro Julio Mento, que fueron regidores y cónsules en ella, casi por el año de cuatrocientos y veinte y siete primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese. Los dos años que despues adelante vinieron no sucedió cosa digna de memoria que sepamos en el Andalucía, ni por las otras provincias españolas. Y segun parece fueron sosegados y quietos por todas ellas, cuanto fué trabajoso y fatigado el año mas adelante, no solo en España, sino tambien en Cartago, y en muchas provincias africanas. Y ciertamente cosa de notar es en este caso, cuanto se responden las corónicas extranjeras y las nuestras en la conformidad de los tiempos: porque de semejante daño hace mencion Tito Livio, que pasaba tambien á la mesma sazon en Italia: lo mesmo Tucidides, y muchas otras corónicas de Grecia, por donde parece general á todo cabo. Pero quien mas particularizado lo cuenta de los unos y de los otros es Tito Livio, y Dionisio Halicarnaseo, diciendo haber comenzado con sequedad excesiva, no tan solamente de lluvias, sino tambien de los humores naturales de la tierra. Faltaron los rios caudalosos, agotáronse los arroyos y fuentes de todó punto. Luego procedió dello mortandad en los ganados, que morian con sed, y muchos con enfermedades pestilenciales contagiosas: las cuales redundaron en la gente del campo. Tras esto entraron por los pueblos y ciudades, con daño tan continuo, que los hombres conociendo ser esto persecucion nunca vista, hacian sacrificios peregrinos y nuevos á sus dioses para los aplacar. ¿Quién duda que nuestros andaluces en aquella necesidad no recudiesen á la supersticion infernal que los cartagineses les habian enseñado de sacrificar hombres, ó de sacar sangre desus mesmos cuerpos vivos, para que con el trueco della, los tales demonios carniceros y crueles, en quien creian, les atajasen aquellos males, como ya por otras partes desta corónica dejamos aclarado?

CAPÍTULO XIV.

Del apercibimiento de gente y navíos que la señoría cartaginesa mandó hacer en el Andalucía, recelando la venida de cierta flota que los griegos atenienses enviaron sobre la isla de Sicilia.

Venidos los principios del otro año, que fué segun nuestra cuenta cuatrocientos y diez y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, comenzó mucho de mejorar la salud en las gentes de España: y es de creer, que tambien mejoraria por las otras tierras, de manera que se pudo muy bien decir haber sido tiempo saludable bien fortunado y dichoso, comparándolo con el pasado. Poco despues, casi en el fin del verano, llegaron mensajerías al Andalucía de la muerte de Hanon el cartaginés, cuyo fallecimiento decian haber sentido mucho toda su ciudad: porque dado que lo tuviesen desterrado y ausente, aprovechábanse dél y de su discrecion en los casos y cosas arduas tocantes al gobierno de su república. Decíase mas, haber dejado Hanon requerido y amonestado pocos dias ántes de su muerte, que los cartagineses no se descuidasen de Sicilia, pues les era tan importante para sus propósitos, y lo que della poseian estaba mas peligroso, que cuanto traian entre manos, señaladamente por parte de los atenienses griegos, de quien el capítulo pasado trató: los cuales la deseaban usurpar sobre todas las cosas del mundo, puesto que no lo mostraban. Y verdaderamente como si Hanon lo profetizara sucedió todo casi luego: porque no fueron bien llegados los principios del verano del año siguiente, cuando por muy cierto supieron que los atenienses ya dichos mandaban juntar galeras y navíos mayores y menores cuantos traian derramados en la mar, y reparaban otros de nuevo con tanta presteza, que llegado el estío del año mas adelante, cuando se contaban cuatrocientos y diez y seis, ó dos años ménos, segun otros cuentan, ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, parecieron sobre Sicilia cien galeras armadas de tres remadores al banco, y mas otras cien fustas de servicio, con veinte naos de carga, bastecidas de toda provision. Súpose mas en España, que la guerra se comenzaba contra la parte donde caia la ciudad de Siracusa, que llaman ahora los naturales de la isla Sarausa: y nuestros españoles, despues que la tienen en su defensa con todo lo restante, la suelen llamar Zaragoza de Sicilia, pueblo muy aventajado sobre todos los de su comarca. La color que los atenienses traian, y publicaban para su guerra, fué decir que Sarausa tiranizaba las otras ciudades y gente de sus derredores, y que la señoría de los atenienses las queria reducir á libertad. Mas dado que publicaban ellos esto, muy presto se vió claro ser su principal intencion sojuzgar de una vez aquellos sicilianos, y luego pasar la guerra sobre los italianos, para los poner tambien en sujecion: y despues revolver sobre los cartagineses, y destruirlos, tomándoles cuanto poseian: con lo cual, y con el socorro de las gentes que desta manera ganasen, creian conquistar los otros pueblos de la Morea, quedando señores absolutos dentro y fuera de Grecia. Esto sentido, los cartagineses mandaron á sus banderas, las residentes en Sicilia, que se repartiesen por aposentos, y se fortaleciesen disimuladamente, sin acostar á ningun cabo. Comenzaron tambien á juntar compañías africanas por todas sus provincias. En España despacharon capitanes, que tuviesen á punto cuatro mil hombres andaluces, con todos los navíos necesarios á su venida, si los enviasen á llamar. En Mallorca y en Menorca mandaron recoger setecientos honderos, y llegarlos á la marina, para que visto su segundo mandamiento los mezclasen con los otros españoles, y pasasen á Cartago. Hecha la tal provision esperaban muy atentos lo que sucederia de la contienda siciliana, creyendo muy cierto, que de todas ellas resultaria gran provecho para su república: pues cualquiera de las partes que fuese destruida les era un enemigo ménos, y el vencedor quedaria de fuerza tan gastado, que tras aquello no pudiese dañar en otras partes: y luego podrian ellos dar en él, y sojuzgarlo. Creian tambien,

segun la pujanza desta flota griega de Atenas, que tarde ó temprano los siracusanos acudirian á Cartago, para pedir favor en su guerra. Pero la ciudad de Siracusa, ó Sarausa, que como dije fué lo mas principal de los sicilianos, y la cabeza de toda su resistencia, sin curar de los cartagineses enviaron á Grecia por socorro, solicitando ciertos pueblos de la Morea contrarios á los atenienses, que fueron señaladamente las ciudades de Lacedemonia y Corinto, que tambien eran allá repúblicas libertadas sobre sí: las cuales proveyeron luego de capitanes y gente para la guerra, mandándoles encargadamente que continuasen los debates de Sicilia por toda parte. Los atenienses como supieron el apercebimiento de navíos que los cartagineses traian en España, con mas otros muchos al derredor de Cartago: sabiendo eso mesmo, que los mallorquines y los andaluces quedaban ya puestos á la lengua del agua, esperando cualquier ocasion que sucediese, ganando todos aquellos dias sus acostamientos y sueldo, recelaron de tener impedimento con ellos, y trataron cautelosamente sus amistades y ligas, porque sin duda traian á la sazon mejoría conocida sobre sus adversarios. Cartago recibió su concordia con igual disimulacion y doblez que los otros la pedian, conservando siempre las gentes y navíos españoles muy bien pagados y muy armados todos los tiempos que la guerra duraba, hasta que pasados en ella poco ménos ó mas de cinco años, despues de muchos recuentros y grandes mudanzas de fortunas, el poder de los atenienses fué destrozado, sin escapar hombre de cuantos allí vinieron que no fuese muerto ó cautivo, juntamente con sus capitanes, en los principios del otoño, ó segun otros escriben, por el mes que los sicilianos llamaban Carnio, y los atenienses Metagitneo, que tomaba muchos dias del que llaman ahora Julio, dentro del año cuatrocientos y doce ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Fenecida la guerra siciliana, los cartagineses derramaron la gente del Andalucía, pues ya para ninguna cosa la tenian menester, y en remuneracion de muchos navíos que Cádiz allí tuvo depositados en los puertos para favor de la armada, si fuera necesario, le restituyeron su libertad antigua, desistiéndose de cuanto por allí tenian adquirido desde los años pasados, que no reservaron para sí mas del templo de Hércules, y ciertas torres y atalayas de la isla pertenecientes á su seguridad. Sacáronles eso mesmo, que cuantos navíos trajesen, fuesen hondos y de carga, como lo suelen hacer los tratantes en mercancías, y no bajos ó de remos, cuales ahora son fustas, galeras y bergantines, y los otro semejantes que suelen servir en guerras y cuestiones de la mar.

CAPÍTULO XV.

Como muchas banderas andaluzas, y gente de mallorquines pasaron en Sicilia con sueldo de Cartago contra cierto tirano llamado Dionisio, que nuevamente se levantaba en Zaragoza de Sicilia.

Ya queda manifiesto por algunos capítulos del segundo libro, y en otros deste tercero, la mala voluntad que la ciudad de Gergento mantenia siempre contra los cartagineses que residian en Sicilia. Dijimos otrosí la diligencia que ponia para le contradecir sus empresas. Pero si tiempos algunos lo mostraba, nunca fué tanto como despues del desbarato de los atenienses: porque como los mas lugares de la isla quedasen puestos en libertad, estos agrigentinos anduvieron de pueblo en pueblo, reclamando y diciendo, que todo lo hecho seria nada, si Cartago y sus gentes no salian de Sicilia. La señoría cartaginesa cuando supo lo que pasaba, proveyó para que sus capitanes á la primera muestra rompiesen la guerra con ellos, y sobrevínoles tal ocasion el año siguiente, tan razonable y tan legítima, cuanto Cartago lo pudo desear. Esto fué, que cierto dia saliendo parte de los cartagineses á sacrificar en un bosque poco léjos de cierta villa que tenian allá nombrada Minoa, los agrigentinos dieron sobre ellos de súbito, y en medio del sacrificio degollaron cuantos quisieron: pocos escaparon huyendo por el bosque, muchos otros gravemente heridos se dieron á prision, y los llevaron por esclavos á su pueblo. Con esto, si los muertos no fueron muchos, el afrenta fué tan estimada, que sin mas dilatar todas las banderas de los cartagineses salieron de los aposentos, y puestas en campo, corrieron hasta las puertas de Gergento matando la gente que topaban, abrasando y destruyendo toda la campiña. No pasaron muchos meses que la gran Cartago no les enviase tambien dos mil hombres africanos sobre los que primero tenian, y tras esto despacharon capitanes al Andalucía, que hicieron otros tantos peones, y mas ciento de caballo muy bien encabalgados. Viniendo con ellos por las islas de Mallorca y de Menorca, recogieron hasta quinientos honderos, convidándolos á sus fustas, con darles á beber muy buenos vinos, y con mostrarles mujeres españolas dentro de los navíos: en las cuales prometian de pagarles todo su jornal y salario de la guerra, para que despues de fenecida tornasen muy bastecidos y regocijados con ellas y con otro tanto vino. Esta fué la primera vez que los cartagineses llevaron en sus ejércitos honderos mallorquines para cuestion determinada. Pasados á Sicilia, como fueron juntos con el ejército viejo, hicieron bulto de gente bastante para cualquier acometimiento. Los agrigentinos en todos aquellos tiempos habian requerido gran copia de sus amigos y vecinos los que mas eran sus confederados y cuando el armada de España llegó, ya los tenian juntos en el campo bien á punto pidiendo batalla, y habiendo cada dia recuentros con los africanos: y as concertadas y puestas en órden sus haces, al cabo de pocos dias salieron los unos y los otros á la pelea, donde tuvieron la mano derecha los honderos mallorquines con algunos peones cartagineses, armados de lanzas y pavesas, que les hacian espaldas. En el medio quedaron los dos mil españoles. Al otro cabo los africanos. Pero fué cosa mucho de notar el menosprecio que los agrigentinos y sus valedores hacian de los mallorquines, viéndolos desnudos en carnes, con sus hondas y zurrones llenos de piedras y guijarros, sin tener sobre sus personas otras armaduras ofensivas ni defensivas de hierro ni de fuste: figurándoseles que ninguna pedrada herida de mano de cualquier hombre podia ser tal en el trecho que los mallorquines andaban, que quien quiera no la sufriese sin peligro cuanto mas recibiéndolas sobre muy buenas y fuertes celadas, y en mejores escudos, cuales ellos lo traian; y que recibida la piedra, no restaba otra cosa sino llegar á los honderos, pues andaban desnudos y traspasarlos con las lanzas, ó desmembrarlos en pi

mas con las espadas, sin resistencia ni trabajo. Queriendo pues las haces mover, todos los mallorquines pasaron afuera, tendidos contra la mano izquierda de los sicilianos: y en continente les arrojaron una lluvia de guijarros tan grandes y tan espesos, unos tras otros, que aunque no vinieran con mucha fuerza, la multitud era tal y tan continua, que desatinara cualquier escuadron sobre quien cayera, cuanto mas viniendo tirados con hondas hechizas y muy furiosas. A la segunda rociada no dejaron escudo que no fuese despedazado. Despues en cualquier parte descubierta donde los herian, les quebraban los huesos, hundíanles las celadas en las cabezas, desmigajábanles las piernas y brazos y cuerpos. Con esto los enemigos traian gran alarido, trabajando de pasar adelante: pero cuanto mas ellos lo porfiaban, tanto mas caian unos sobre otros, y dado qne no cayesen muertos de todo punto, los miembros quedaban tales, que no les tenia provecho. De suerte, que desconcertados en aquella parte, los honderos rodearon mas á lo largo, siempre desviados á trecho conveniente de sus tiros, y tanto se tendieron, que pudieron tomar las espaldas de las otras haces: y como por allí principiasen otro tal daño, vinieron á las manos los peones españoles del medio, juntamente con los africanos del otro lado: y así no hallando resistencia fueron arrancados los enemigos del campo, con gran mortandad que los mesmos peones y los de caballo hicieron en el alcance, prosiguiendo su victoria, sin jamás les dejar hasta los muros de la villa, creyendo meterse con ellos á la revuelta. Pero ya cuando llegaron, la noche se les venia con estar todos muy cansados. Los del pueblo recogieron de los suyos los que buenamente pudieron, y los otros huyeron con la mucha tiniebla que hacia. Desde allí los capitanes africanos consultaron lo que debian obrar, y despues de muchos pareceres, acordaron de poner cerco sobre los agrigentinos, y no se levantar dél, hasta los destruir ó dejar embajo del señorío cartaginés. Y así comenzaron á sitiar esta villa casi en el año que se contaron cuatrocientos y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Sabido lo hecho, Cartago proveyó prestamente de flota para les ocupar el puerto con bastecimiento de viandas para todos en general, y de mujeres en particular, y pipas de vino, para detener los mallorquines, que ya murmuraban por se volver á sus islas, certificando, que si no les daban navíos, ó si los detuviesen contra su voluntad, se pasarian, á los enemigos. Pero como las mujeres y el vino llegaron, todo se remedió. Los combates se comenzaron mucho continuos, sin faltar dia que no minasen ó picasen las murallas, ó hiciesen algunos daños. Entretanto los cercados por minas encubiertas, que salian alejadas del pueblo, recibieron pocos á pocos cuantos habian escapado de la batalla, si quedaron algunos defuera. Por allí metian provision á su salvo desde los otros lugares comarcanos, hasta que los cercadores del ejército cartaginés descubrieron aquellas bocas, y luego fueron cegadas por parte de los unos y de los otros, para que los de fuera no pudiesen entrar por ellas, ni tampoco los de dentro salir. Habian eso mesmo los dias ántes demandado socorro los agrigentinos á las ciudades de Grecia: mas los enojos andaban por allá tan crueles de los unos contra los otros desde las pendencias de Siracusa, que la guerra se trataba mucho terrible, y cada cual dellos habia menester valedores. Ménos recaudo tuvieron en Zaragoza de Sicilia, de quien esperaban tambien remediarse: porque pasando lo sobredicho, negociaba para se levantar en ella un caballero tirano llamado Dionisio, que traia grandes pendencias con los otros principales del pueblo, sobre lo cual habia muerto parte de los nobles, negociando como podría deshacer la libertad y señorío desta ciudad con la de todos sus allegados. Y por estos impedimentos, ni Dionisio, ni sus adversarios podian acudir á nadie. Los males crecian en Agrigento, sin esperanza de remedio: los cercadores, así españoles como cartagineses, perseveraron tan duros en el sitio, que pasaba ya de once meses el cerco. Recreció tras aquello gran pestilencia de dentro: tras la pestilencia mucha hambre, que fatigó mas que todas las adversidades pasadas. De manera que necesariamente los agrigentinos se rindieron á la voluntad de sus enemigos: y los españoles ya dichos, con sus mallorquines y con las otras banderas africanas del ejército cartaginés, entraron en la ciudad el año siguiente de cuatrocientos y seis ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese: la cual hazaña fué grandemente provechosa para los intentos de Cartago. Con el placer de la victoria los mallorquines quedaron allá de reposo por algun tiempo, sin dar importunidad en su vuelta como primero la daban, á causa de la buena provision de mujeres y vino con que les pagaban sus gajes; y los andaluces otro tal muy ricos y bien tratados, pagados eso mesmo con jaeces, vestidos, armas y caballos, y con dinero de plata, cuando lo querian recibir.

CAPÍTULO XVI.

Como los españoles residentes en Sicilia sostuvieron la guerra contra Dionisio el Tirano, para socorro de los cuales fué menester sacar nueva gente de los mallorquines, y tambien andaluces, la cual puesta en Sicilia, ganó las villas de Gela y Camerada, con otras cosas notables que pasaron allá.

No pudieron aquellos españoles quedar mucho tiempo residentes en Agrigento sin tener pendencias continuas con los vecinos della, porque como despues de tomada viniesen mantenimientos asaz en la ciudad, y los agrigentinos quedasen libres de la hambre que primero padecian, comenzaron á tratar secretamente con Dionisio tirano de Siracusa que les diese favor para lanzarlos fuera del pueblo, prometiéndole si lo hacia que le reconocerian señorío, dándose por sus vasallos perpetuos, pues era mejor hacerlo de grado con él, siendo su natural y su comarcano, que no en los cartagineses adversarios antiguos. Era Dionisio siracusano (segun Emilio Probo declara) persona mucho valerosa, muy esforzado y muy diligente, puesto que despues tuvo grandes temores y recelos en su vida, como suelen y deben tener los tiranos que perjudican á muchos. Fué junto con esto tan liberal y magnífico, que de ninguna cosa tuvo jamás codicia sino de señorear; y por esto solo hacia demasiadas crueldades en su ciudad y en cualesquier otras partes de Sicilia que podia, por ser temido de las gentes y apoderarse dellas, muy al revés, á mi juicio, de lo que deben hacer los hombres discretos y buenos que se quieren conservar en sus estados y honras, ó principiar nuevo señorío, donde con amor y buenas obras ganan mas en un dia que con asperezas y daños en mucho tiempo. Vista la peticion de los agrigentinos, Dionisio la recibió y aceptó luego de muy alegre voluntad, por tener debajo de

su mando y sujecion tan substancial pueblo como aquel era, y tambien porque desde la primera sazon entendió que para salir con la tiranía que llevaba principiada le convenia sobre todo desapoderar á la señoría cartaginesa, si fuese posible, de cuanto poseian en Sicilia, pues á la verdad pretendian lo mesmo que tambien él pretendia, mostrándose los principales competidores que podria tener en aquel caso. Por esta razon fué concertado que los agrigentinos pocos á pocos dejasen la ciudad cuantos hubiese para tomar armas, y se metiesen por otros dos pueblos allí cerca, sujetos y confederados á la señoría de Siracusa, llamados el uno Camerina, que dicen ahora Camerada, puesto sobre la mesma ribera y marina que la ciudad de Agrigento contra levante, y el otro nombrado Gela, dentro de la mesma tierra, no muy léjos de la mar: desde los cuales pueblos comenzaron á correr la comarca, y á vengarse cuanto cruelmente podian de los daños pasados, favoreciéndoles en todo Dionisio con armas, y dineros y gente: lo cual era muy necesario por la resistencia crecida que los enemigos les mostraban siempre, escaramuzando con ellos de noche y de dia con buen ánimo, y matándoles hombres y ganados, y cuanto podian haber á las manos, hasta tanto que pasados algunos años en aquellos enojos y turbaciones, Dionisio tuvo color para trabar su cuestion por allí con los españoles, en cuya guarda puso Cartago principalmente la sobredicha villa de Gergento, pidiéndoles ciertas cavalgadas y robos, que tomaron en los términos de Gela y Camerada. Sobre todo pidió tambien sus injurias y de su ciudad, por estar aquellos dos lugares en su confederacion y amistad. A lo cual respondieron estos otros, que la culpa tenian todos los principiadores de la guerra, y que si los españoles algo hacian era para defension del pueblo que tenian á cargo, que no se podia defender sino con ofender á quien los guerrease; pero que recompensados los daños hechos en ambas partes, podian muy bien ir los unos por los otros. Replicó luego Dionisio, que las dos villas de Gela y de Camerina ó Camerada, no podian reposar estando cartagineses ó su gente metidos en Agrigento, por tener la vecindad muy cercana, y seria justo que la dejasen libre, como primero lo fué, contentándose con los otros pueblos que tenian usurpados en Sicilia, pues á la verdad ninguno dellos les pertenecia. Riéronse mucho desto los capitanes españoles con algunos cartagineses que tenian entre sí, cuando los mensajes anduvieron, diciendo que Dionisio pedia la libertad de Agrigento, para con ménos estorbo la poner él en servidumbre; pero que ninguna cosa desto convenia tratarse con ellos, sino con la señoría de Cartago, cuyos gajes ellos ganaban, y que durante la plática defenderian lo que tomaron á cargo, haciendo la guerra de la mesma suerte que se la hiciesen. La respuesta bastó para que Dionisio se declarase por enemigo manifiesto de Cartago, y á la hora comenzó de juntar y alborotar muy de propósito todas las gentes que pudo, tambien sicilianas como latinas y griegas, solicitando las partes y pueblos léjos y cerca donde creia tener ayuda, hasta despachar mensajeros al rey Dario de Persia, que por sobrenombre llamaban Noto, para que tomase parte desta demanda contra los cartagineses, certificándole que su mucha soberbia pasaba ya tan adelante que si no les iban á la mano con tiempo, pretendian sojuzgar el mundo sin estimar cuantos estados y reinos habia sobre la tierra. Todas estas diligencias convenian á Dionisio, y mas si mas hiciera, juntamente con el valor de su persona, que verdaderamente fué mucho: porque la señoría cartaginesa, visto su negociar, y las grandes ayudas que continuo le llegaban, acordó de hacer ahora lo que siempre solia, para remediar sus necesidades, que fué recorrer á la gente del Andalucía, donde mandaron juntar á gran furia diez mil peones, y cuatrocientos hombres á caballo de los galos célticos, que moraban entre los andaluces por las fronteras de la Lusitania. Señalaron otrosí ciertos mallorquines de los residentes en Sicilia, ya hechos á sus costumbres, y los enviaron á sus islas, para sacar dellas mil honderos, mandándoles que juntados éstos con los andaluces en una flota competente se viniesen á Cartago, para que con quince mil africanos, y cinco mil de caballo, que tambien allí se cogian, pasasen á Sicilia, y con los de acá y de allá se cumpliese el número de cuarenta mil combatientes, ó muy poco ménos. De todas estes gentes, cuando fueron á punto, señalaron por capitan general un caballero cartaginés llamado Himilcon Cipo, que queria decir velloso en lengua cartaginesa, del cual ya primero tenian mucho crédito cuanto á los negocios de la gobernacion de su república, y lo mesmo creian que seria cuanto á los de la guerra, mayormente que por aquella sazon habia tambien él cogido la gente de España, y diose tal maña en la cojer, que fueron maravillados cuando lo vieron tornar tan presto y tan aderezados. Metidos todos éstos en el armada, salieron de Cartago pasados pocos dias del verano, cuando se contaban cuatrocientos y tres años, ó segun otros dan á sentir cuatrocientos y cinco años primero que nuestro Señor Jesucristo naciese. Y dado que para la salida tuvieron razonable viento, despues de metidos adentro la mar se les comenzó de levantar, y los navíos derramados á muchas partes arribaron en diversos puertos de Sicilia, sin que ninguno peligrase. La flota de Cádiz, que llevaba los españoles, pudo quedar mas entera y mas junta, por tener las piezas y los cascos mayores y mas recios, con que resistian á cualquier afrenta del agua si viniera. Mas el alteracion fué casi nada, y á muy poco rato les calmó súbitamente, con que los españoles andaluces y el capitan Himilcon Cipo, que tambien iba con ellos, quedaron engolfados dos dias y dos noches á vista de Camerada, sin poder navegar á parte ninguna. Venido el tercer dia, refrescoles la mañana, y tuvieron algun viento favorable, con el cual, y con ayuda de los remos, entraron el puerto de rondon á pesar de sus adversarios. Los cuales como quiera que resistieron algo la llegada, no la pudieron vedar. Y así puestos sus reales en tierra muy de reposo, dieron á la villa cuatro combates en cuatro dias, uno tras otro, tan bravos y tan acometidos, que por parte de la tierra les ganaron una puerta con una torre. Sobre la mar ocuparon un gran pedazo del muro con escalas y cuerdas que lanzaron en él desde los navíos. En este punto comenzaron á venir las otras gentes de la flota, dellas por mar, y dellas por tierra, por cuya llegada fué luego ganado todo cuanto faltaba. Quemáronse muchas casas principales, y pasó gran mortandad y destrozo por las haciendas, y por los hombres, y mujeres, y niños y animales, sin nadie tomar á vida hasta que los capitanes dieron señal que las muertes y robos cesasen. Tras esto fueron señaladas ciertas banderas españolas para la conservacion de la villa, cuantas bastaron á asegurarla no mas. Y luego con

los restantes y con el otro cuerpo del ejército, sin resfriarse de la victoria, salieron contra la villa de Gela. La cual hallaron así desierta, porque los agrigentinos que la defendian la desampararon, á causa de ser ellos poca gente, y tambien á causa que los enemigos anticiparon su llegada primera muy ántes que Dionisio la proveyese como fuera menester: porque bien mirado, nadie pensaba que los españoles y cartagineses vinieran de la mar tan enteros ni tan descansados que pudieran acometer aquellas dos villas en llegando. Aquí reposaron algun poco Himilcon y los suyos de cualesquier trabajos que pasaron en la mar, y comenzaron á bastecerse para llevar adelante su demanda, como aquellos que tenian el adversario valiente, y osado y singular capitan á maravilla, tal, que segun la fama decia, pocos hallaban en su tiempo que les hiciesen ventaja.

CAPÍTULO XVII.

De la grande y espantosa batalla que con ayuda de diez mil españoles pasaron los cartagineses en Sicilia contra Dionisio el Tirano, donde lo vencieron, y le destrozaron toda su potencia.

Bien pudiera ser que con la tomada destas dos villas, segun eran importantes, y con el buen recaudo que los españoles ponian en ellas, muchos otros lugares de Sicilia hicieran mudanza declarándose por los cartagineses, si Dionisio no lo sintiera con tiempo, y sentido no saliera luego muy poderoso y armado, con un ejército grueso de mar y de tierra, donde venia multitud de galeras, todas de tres remadores al banco. Traia mas casi nueve mil de caballo, con treinta mil hombres á pié, todos naturales de la isla, si no fueron ocho mil griegos de los moradores en Italia, que trajo cojidos á sueldo. Las galeras no pudieron llegar á las manos con la flota cartaginesa, porque los navíos de Cádiz habian dado vuelta en España, y algunos de los otros en África: los que sobraron fueron repartidos y metidos en los puertos de Camerada y Gergento, y en otros lugares que Cartago poseia sobre la mar, bien pertrechados y fortalecidos contra cualquier injuria que les pudiese recrecer. Así que toda la cuestion trataron los ejércitos de tierra, trabando primero muchos recuentros asaz peligrosos, y poco despues aplazando batalla campal del un poder contra el otro. En la cual dicen las historias haber sido muy iguales todas las cosas, porque mirando los capitanes generales, averiguadamente fueron excelentes en ambas partes: el número de la gente casi todo uno; y dado que cuanto á los de caballo Dionisio trajese ventaja, tambien la tenia Himilcon en los honderos de Mallorca, que por estos dias eran muy temidos desde la batalla de Gergento; y como gente peligrosa, cuya pelea nunca fué tratada ni vista por aquellas tierras, buscaban sus adversarios remedio contra ellos. Las haces en todo cabo fueron ordenadas eso mesmo prudentísimamente, por parte de la gran Cartago tuvieron en medio los diez mil andaluces de España, hechos todos un batallon, como tambien lo tuvieron en la batalla de Gergento, dado que no fueron allí tantos como se hallaron en ésta. Todo lo demás ocupaban los africanos, repartidos en tanto número de batallones cuantos fuéron los otros de los enemigos, y mas setecientos honderos mallorquines en cada lado, repartidos en lo final y postrero sobre las partes de fuera, que fué siempre su lugar apropiado por todas las peleas que combatieron en aquellos tiempos, amparados con un señalado número de peones empavezados, que los escudaban si fuese menester, y por entre ellos salian los mallorquines desnudos en carnes á tirar, y se recogian ó alargaban ordenadamente cuando convenia. Tuvo mas Himilcon Cipo, cuanto al número de los batallones, dos mil peones, que puso desviados algo de los otros, como sobresalientes, mandándoles que por afrentas ni roturas que viesen en cualquiera de sus batallas, no se moviesen hasta que su mesma persona viniese por ellos, y les mandase lo que debian hacer. Estando las haces en este concierto, fronteras las unas de las otras, ya casi para romper, salieron contra la parte de los sicilianos tres hombres á su paso, que parecieron venir enderezados á la batalla de los españoles. Estos tres eran Dionisio con dos lenguas que traia por intérpretes. Y cuando llegaron al medio trecho que dividia los escuadrones hincaron las lanzas en el suelo, y pasaron adelante, mostrando con sus ademanes que pedian habla. Venidos á las primeras órdenes de los andaluces, Dionisio les hizo por sus farautes un razonamiento, cuyo principio fué declararles cuán mal parecia por el mundo tomar ellos armas contra Sicilia, cayendo tan léjos de España, nunca les habiendo sus naturales ofendido ni dañado, ni pretendido cosa de su perjuicio, como lo pretendian aquellos cartagineses, en cuyo favor andaban: los cuales era ya notorio por todas las tierras que con sus engaños disimulados les tenian usurpado casi toda la provincia de su nacion, sin ellos sentirlo, robándolos cuanto precioso poseian, y trayéndoles como cautivos, trabajados y puestos en peligro de muerte, para que con esto fuesen ellos señores, y los españoles mas siervos, segun que tambien lo hacian con las otras gentes africanas, á quien estos cartagineses tenian en servidumbre perpetua siendo criados en libertad, y por la bondad de los dioses apoderados en sus haciendas y provincias. Lo cual eso mesmo trabajaban contra Sicilia desde muchos años ántes, sin color ni motivo legítimo, mas de la hambre rabiosa que tenian de tiranizar á todos donde quiera que llegasen, maltratando los inocentes en menosprecio de los dioses inmortales y de su justicia, que siempre favorecieron la razon, como tenia gran esperanza que la favorecerian en el trance presente. Pero que si los andaluces mirasen las antigüedades y memorias de sus antepasados, verian que los sicilianos y los españoles todos eran una generacion y linaje. Por causa (dijo Dionisio) de los españoles antiguos, nombrados sículos, que poblaron esta tierra, se llama toda Sicilia, como tambien nosotros sus descendientes nos llamamos siculos ó sicilianos. Y dado que los tiempos antiguos, conocida la bondad y nobleza de los tales españoles nuestros progenitores, viniesen otras gentes á se mezclar y mejorar con ellos su generacion, á la fin ellos fueron nuestro primer tronco, nuestro cimiento, de quien procedemos principalmente, de quien nos preciamos y nombramos, de quien tenemos apellido perpetuo, como fundamento de nuestro ser y nobleza. Los que tienen las primeras órdenes, que son en la batalla del medio, son los morgetes, naturales de la muy antigua villa de Murgancio, vuestros parientes verdaderos: todos somos vuestra sangre, contra vosotros mesmos pelearеis si peleais contra nosotros, y ningun daño nos vendria, si los dioses permitie-

sen que nos lo pudiereis hacer, de que bien mirado no tuvieseis igual parte. Porque veais á qué necesidad os trajeron las traiciones encubiertas de esos enemigos á quien seguís, los mas ingratos de cuantos viven sobre las tierras, y donde mas mal se pueden emplear cualesquier buenas obras que hagan. Si fuéredes vencidos de nosotros no puede ser mayor mal, siendo tan contra nuestra voluntad, por mano de vuestros deudos tan obligados, y que tanta razon tienen para quereros y reverenciaros. Y si venciéredes, por el consiguiente será vuestra toda nuestra deshonra, todo nuestro daño igualmente vuestro que de nosotros. Por tanto mirad lo que segun razon debeis obrar en este caso: considerad el comedimiento que de parte de toda nuestra nacion os hacemos, no por temor que tengamos, sino por el respeto que se debe tener á los dioses inmortales, favorecedores de la bondad, y por cumplir con aquello que nuestra sangre y naturaleza nos inclina. Esto hablado, con otras razones muchas y muy buenas en aquel propósito, volvieron sin mas parar las riendas á sus caballos, y se tornaron á sus escuadras. Los andaluces en aquel punto recordáronse de lo que muchas veces oyeron á sus ancianos sobre la venida en Sicilia de los reyes españoles, sículos y sicanos, y de las poblaciones que dejaron en ella los siglos pasados, juntamente con la relacion grande que tenian de sus cantares viejos, en que se decian las victorias antiguas que los príncipes sobredichos alcanzaron allá contra los ciclopes y lestrigonas, como ya todo lo dijimos en el primer libro. Comenzaron á mirarse los unos á los otros, y luego levantaron un murmullo de tan mala suerte, que poco faltó para salirse de la pelea. Pero vino presto Himilcon, y reducióles con otra plática substancial y bastante para quitarles cualquier turbacion, diciendo ser mucho maravillado de tan valientes hombres, en quien él y Cartago tenian toda su confianza, turbarse tan súbito por las vanidades y burlas deste Dionisio, pues era ya sabido dondequiera, que puestos españoles en cosas de valentía, no bastaba peligro ni dificultad para mudarlos, cuanto mas las mentiras del tirano presente, de quien era cosa muy de reir la devocion que publicaba de palabra tener en la divinidad de los dioses inmortales, y de su bondad y justicia, siendo la persona de cuantas nacieron que ménos acatamiento les tenia. Lo cual allende muchas otras cosas en que se parecia, quedaba muy claro, pues era levantado contra su mesma ciudad y república siracusana, donde lo criaron y mantuvieron los años de su juventud y de su vida; en cuya gratificacion les quitaba toda su libertad y señorío, matando cuantos inocentes y nobles habia dentro. Pero que tales atrevimientos y desvergüenzas necesario convenian salir de quien osaba publicar que Cartago traia por esclavos las gentes andaluzas, conociendo todos ellos su falsedad manifiesta, pues á sus pasados habrian oido que los años primeros cuando los cartagineses vinieron en España, llamados por los de Cádiz para guerrear el Andalucía, no solo no lo hicieron, mas en lugar de dañarla, trataron amistades perpetuas con los turdetanos, y despues con todos los otros andaluces contra quien venian, tomándolos por hermanos y por compañeros de su potencia, tan participantes y tan iguales, que jamás hubo negocio, ni guerra, ni navegacion, ni prosperidad en que los andaluces no se hallasen y fuesen principales. En las discordias otrosí, y en cualesquier diferencias que dentro de España les hubiesen recrecido todos aquellos tiempos, conocian muy bien cuan de voluntad les acudió siempre Cartago, donde fueron muertos algunas veces sus capitanes y gentes, aventurando por su parte cuanto debian aventurar. Lo cual entiendo yo que diria por la muerte del capitan Hanibal, cuando la batalla de los rayos que cayeron del cielo, segun lo contamos en el doceno capítulo deste tercer libro. Y que pues lo tal así pasaba, ¿qué traicion era decir que Cartago destruia las provincias del Andalucía, siéndoles manifiesto los atavíos, herramientas, artificios, armas, jaeces, oficiales, primores y bienes de toda suerte que los cartagineses pasaban y traian en aquella region? de lo cual ántes de su conocimiento no sabian, ni tenian noticia los españoles, viviendo sin esto tan penados, y tan fuera de las buenas artes que cualesquier hombres generosos debieran tener, cuanto vivian á la sazon con ello descansados y satisfechos. Díjoles mas cuán atrevida maldad era quererles hacer entender que los ejércitos contrarios (verdaderamente siendo cojidos de gentes alquiladas en Sicilia, y en Italia, y en otras naciones diversas, á quien Dionisio tenia puestas en el campo) procedian de generacion española, ni tenian parentesco, ni sangre suya: sobre lo cual daba gracias á los dioses inmortales, pues duraban las historias antiguas y verdaderas de Sicilia, donde se contenian los acontecimientos pasados en todas sus tierras, con sus poblaciones y pobladores. En las cuales corónicas hasta los niños leian y sabian la verdad de naciones extrañas muy alejadas de España, que por diferente sazon asentaron y vivieron en aquella tierra, persiguiendo continuamente los españoles antiquísimos que por tiempo la moraron: cuyos descendientes al presente la tiranizaban, ó la mayor parte della, como fueron muchos asiáticos, á quien por otro nombre los mesmos sicilianos llamaban Elimos, fundadores de dos villas nombradas Erice y Egesta. Despues era notorio la venida de muchos foceenses, que tambien ocuparon allí las villas de Mocia, Soloente y Palermo. Item, la venida de Teocles, capitan griego, poblador en la villa de Naxo, y acrecentador de Hibla, con las gentes extrañas que trajo de los pueblos Dores de Grecia, y de los vecinos de Negroponte. ¿Pues quién no sabia la maldad abominable que los advenedizos de Corinto con su capitan Archias hicieron en Zaragoza de Sicilia, cuando por traicion se metieron en ella y en las villas de Leoncio y Cataña, matando y echando dellas la casta de ciertos españoles antiguos, personas excelentes, que muchos años las habian poseido, sin dejar allí memoria ni recordacion de tan virtuoso linaje? De lo cual habia resultado que poco tiempo despues, con el favor destos corintios, unos ladrones italianos llamados opicos hurtasen tambien la villa de Zancie, lanzando fuera della con grandes traiciones, muertes y crueldades, otra nacion española nombrada Sicana, que desde su fundacion la poseian, y en ella los ladrones ya dichos habian recibido por precio gente griega de calcidenses y mesenios, por cuyo respeto despues fué Zancle llamada Mesana. Declaroles el mesmo Himilcon Cipo, como de los corintios griegos antiguos (de quien tanto mal habia resultado, destruidores de la generacion y linaje de cuantos españoles allí solian ser) procedia Dionisio su contrario, con toda su parcialidad siracusana: lo cual apuntó y replicó las mas veces que pudo, para poner en el hecho mas indignacion, conforme á lo que desto dejamos escrito en el doceno capítulo del segundo libro. Luego les dijo lo que las historias contaban de la venida

Lampis, capitan de los atenienses, que con gente de Megara hizo su primera morada cerca del rio Pantalco: desde el cual tuvo maneras para se meter en la villa de Leoncio pacíficamente, como quiera que siendo despues echado della, penetró por la isla con todos sus megarenses, y fué recogido y amparado de Hiblon, caballero principal entre los españoles sículos, que por morar alejados de la marina, dado que fuesen pocos, bastaron algunos dias á se conservar en Sicilia, resistiendo las ofensas y persecucion de las otras naciones advenedizas. Con ayuda deste Hiblon pasó Lampis mucha parte de sus megarenses en la villa de Taso; pero como poco despues falleciese, los restantes edificaron la ciudad de Megara, permitiéndolo Hiblon el sobredicho: por cuya razon, y por el favor que les hizo, se llamaron despues hibleos aquellos megarenses, puesto que verdaderamente fueron extranjeros. Cuyos acrecentamientos llegaron á tanto, que pasados cien años pudieron edificar á Helinunte, pueblo principal en aquella tierra. La villa tambien de Gela, que pocos dias ántes ellos habian conquistado, poblacion era de griegos advenedizos, traidos por dos capitanes; el uno nombrado Eutimo, natural de la ciudad de Lindo, que solia ser en Rodas: y por eso, dado que la villa se dijese Gella, á causa del rio Gella sobre que fué puesta, los moradores y vecinos della se llamaban lindios. Decian tambien las historias fidedignas haber comenzado cien años despues el pueblo nombrado Graganto, que por otro nombre decian Agrigento, cerca de un rio del mesmo nombre. Así que pues al presente no tenia tiempo para les acordár otras muchas particularidades semejantes en este caso, verian de lo dicho sumariamente que no todos los vecinos de Sicilia, cuyas gentes andaban en el ejército contrario, tenian parentescos en España, como Dionisio publicaba; pero dado que (segun las escrituras manifestaban) todas estas naciones hubiesen por la mayor parte sido perjudiciales á los españoles sículos y sicanos, señores verdaderos de Sicilia, ninguna jamás lo fué tanto como los corintios de Siracusa, con su generacion y descendencia: los cuales en despecho de los tales españoles antiguos, setenta años despues de metidos en Siracusa, les fundaron en sus fronteras las villas de Acrea; y veinte años mas adelante fundaron otra que dijeron Casmenas; y cuarenta y cinco despues la villa de Camerina ó Camerada, para desde todas ellas hacerles daño continuo. De lo cual conocerian los españoles presentes cuan vieja pasion era la déstos, de quien Dionisio procedia, con la casta siciliana de España, y cuán reciente y entera la mantuvieron, sin bastar años ni tiempos para fenecerla. Por tanto que les rogaba hiciesen aquí su deber, y destrozasen y rompiesen aquellos sus adversarios legítimos, pues lo tenian en su mano, para que con la gloria de tan crecido vencimiento libertasen las sobras y reliquias de los españoles sículos y sicanos, si quedaban algunos en la isla, á quien Dionisio con sus parciales tenian debilitados y sujetos, fuera de toda su prosperidad antigua. Juntamente con esto cobrasen las villas, ciudades y tierras de sus parientes, y lás tomasen de poder de aquellos tiranos, pues la señoría cartaginesa para ellos las queria como para verdaderos hermanos y compañeros de su potencia. Concluida la plática sobredicha comenzó de hacer señal á mucha priesa para que todas sus banderas arremetiesen, temiendo que si lo dilataba no le recreciesen algunos impedimentos como los pasados. Mas los andaluces perseveraron exentos en su lugar, mostrando que no romperian si las órdenes no se mudaban, para no caer ellos contra la parte de los morguetes sicilianos sus parientes averiguados, á quien Dionisio cautelosamente tenia puestos en su frontera, que serian hasta trescientos peones. Por aquello fué necesario trocar el repartimiento de las batallas, y pasar los españoles al un lado, dejando la postura del medio que primero tenian. Esto hecho, todas las haces, así de pié como de caballo, movieron juntamente, y se comenzaron á herir por las delanteras, sin que gran espacio del dia pareciese mejoría de los unos á los otros, hasta que la gente de caballo por parte de Dionisio comenzó de mostrar alguna ventaja, porque allende ser buena y muy bien encavalgada, fué mayor número que la de los cartagineses, pero no tan armada ni guarnecida. Poco faltaba ya para de todo punto ganarles el campo, si Himilcon Cipo no recudiera prestamente con los dos mil peones sobresalientes, que solo por aquel fin tenia fuera de la batalla principal, con los cuales arremetió por las espaldas contra los caballos de Dionisio, dándoles grandes botes de lanza, desbarrigando cuantos alcanzaban. El ruido, las voces, la turbacion y destrozo fué tanto por aquella zaguera, que los delanteros revolvieron á mirar lo que padecian los traseros. Y visto los muchos caballos y la mucha gente que los dos mil peones enemigos jarretaban, aflojaron el combate delantero para revolver en ellos, y tropellar con los pechos de sus caballos. Mas los otros adversarios con quien andaban primero trabados estaban poco heridos, á causa de las buenas armas que traian, y cargaron en ellos tan de recio, que de todos los lados mataban sin remedio. Así que bien quisieran estos caballos sicilianos poder huir, si los peones contrarios no los tuvieran atajados por la trasera. Lo cual sentido por Himilcon, capitan del ejército cartaginés, abrió lugar por allí disimuladamente para que huyesen; y así lo hicieron á la hora, llevando sobre sí los caballos cartagineses, que los siguieron algun espacio. En este punto los otros escuadrones restantes era cosa terrible la mortandad que se hacian: los honderos mallorquines habian salido por sus lados, tirando grandes guijarros, y muy continuos, con que los sicilianos recibian mucho daño, y mayor estorbo para resistir á los otros con quien peleaban. Porque dado que á los principios hubiesen hecho reparo de sus escudos alzados y allanados sobre las cabezas, aquellos guijarros cuando daban en ellos resurtian de los unos á los otros, y cobraban mayor ímpetu saltando con mucho ruido hasta los medios de la batalla principal, donde topaban con las piedras que del otro lado frontero venian, y allí se desmenuzaban sobre los sicilianos, con mas peligro que si pasaran adelante: cuanto mas que poco despues ni valieron escudos ni defensas para que casi todo no fuese despedazado con las piedras y con los golpes que se daban á mano. Sobrevino luego Himilcon y toda su caballería, que ya dejaba de seguir los caballos contrarios por acabar de vencer la batalla de los peones; y llegado, se les metió por la rezaga, derrocándolos con los pechos de sus caballos, alanceándolos á toda parte, juntamente con aquellos dos mil peones sobresalientes, que tambien sucedieron luego tras éstos, y degollaban cuantos caian sin estorbo de nadie. Tan encarnizados y crueles anduvieron, que los sicilianos y griegos, viendo ya casi roto lo mejor de sus delanteras, y por las espaldas iban eso mes-

mo desbaratados, y que por los lados no cesaban estos mallorquines sus pedradas, comenzaron á retirarse contra su real, que les caia sobre la mano derecha, mas no para que desta retirada pudiese nadie decir que huian, sino puesta siempre la haz en los enemigos revueltos á todo cabo, recibiendo golpes, y dándolos como valientes hombres. Fué mucho notada todas estas horas la persona de Dionisio, porque como quiera que cuando rompieron al principio se hallase con la gente de caballo, despues viéndola huir se vino para los peones, dado que mal herido por algunas partes de su cuerpo, y estuvo con ellos apeado continuamente cuanto la batalla se pudo sufrir, con un alfange en la mano, y un escudo lijero embrazado, esforzando los suyos, acudiendo donde convenia, haciendo maravillas de su persona, como tambien las hacia cuando los escuadrones se retiraban hasta llegar á los reales: los cuales hallaron bien fortalecidos y pertrechados, con una fosa honda de cinco pasos en ancho, reparada de vallados al derredor, y suficiente número de gente para la guardar. Éstos viendo venir á sus compañeros tan afrentados y tan maltrechos, lanzaron prestamente sobre la fosa muchos maderos y compuertas á manera de puentes levadizas, y los recibieron por ellas como mejor podian, puesto que con grandes trabajos y mucha pérdida de gente, porque ya cuando llegaron venian de todo punto deshechos y muy heridos, sin esperar bandera, ni seña, ni mandamiento de sus capitanes: el campo quedaba siempre lleno de muertos. Desta manera la turbacion era mucha por aquella parte, los unos queriendo llegar á las puentes, otros arrojándose dentro de las cavas, otros huyendo, otros peleando, y resistiendo que sus enemigos no se les entrasen á la revuelta. Con tal afan y trabajo perseveraron todo lo que faltaba del dia, hasta que la noche comenzó de venir. Y los españoles y cartagineses se despartieron abiertamente. Fué gran compasion mirar poco despues dentro del real los suspiros de muchos que se acababan de morir, los gemidos de la multitud de los heridos que se les resfriaban las llagas, los alaridos de muchos otros que llamaban á sus conocidos y parientes pidiéndoles remedio, con diversidad espantosa de cosas lastimeras y tristes que pasaban desta calidad. Pero ni por esto Dionisio cesaba de poner gran recaudo sobre las estancias, distribuyendo sus velas y rondas, requiriéndolas en persona, dado que, como dije, venia muy herido y desangrado de la pelea. Despachó tambien secretamente ciertos capitanes para que la noche toda rodeasen con gran diligencia los contornos del real, y si fuese posible, recogiesen cualquier gente de caballo que topasen de la suya que habia huido, y les certificasen que los reales quedaban enteros, y lo mas y mejor de la gente guarecida y en salvo. Lo cual hacia para que si le viniesen algunos, dar con ellos rebate contra los enemigos, creyendo detenerlos y embarazarlos con arremetidas y con acontecimientos, hasta que su gente saliesen pocos á pocos del real y se librasen, pues era claro que no tenian allí remedio. Mas nada desto pudo Dionisio hacer como quisiera, porque la gente suya de caballo pasaba muy adelante, huyendo de dia y de noche toda derramada por diversas partes, y tambien porque los mas destos capitanes fueron tomados por los cartagineses de caballo, que trajo Himilcon toda la noche haciendo sus atajos para que nadie pudiese venir ni salir en los reales contrarios. Luego despues en amaneciendo, los de fuera comenzaron á cegar parte de las cavas con tierra, piedras y leña, que lanzaban dentro sin que los adversarios bastasen á vedarlo, por causa de los mallorquines que derrocaban á hondazos cuantos asomaban sobre las albarradas. Esto fenecido Himilcon sobrevino con toda la fuerza del ejército, y comenzó de combatirlos. La resistencia fué mucho mayor de lo que nadie sospechaba, con el esfuerzo y diligencia que Dionisio traia, proveyendo maravillosamente donde quiera que sentia necesidad, metiéndose por los mayores peligros, sin dejar trabajo ni afrenta donde no mostrase su persona: mas á poco rato los españoles entraron las albarradas en muchas partes, y tenian ciegas sus cavas por lugares diversos, y andaban dentro del real, con muchos que los siguieron, haciendo cruel matanza; pero guardaban cuanto podian á los morgetes sicilianos, deseando que puestos aparte se diferenciasen de los otros y se pudiesen librar: con los cuales, y con muchos que se les juntaron, nombrándose tambien morgetes, dado que no lo fuesen, y con otros que desde los principios huyeron, sin los que de noche se hurtaron, se salvó mediano número de gente. Dionisio perseveró de continuo peleando y resistiendo hasta lo postrero del combate. Finalmente, conocida su perdicion, desconfiado de poder mas hacer, cavalgó sobre un caballo, y se fué como mejor pudo, y así tuvo fin aquella terrible batalla de Sicilia, donde por parte de los vencedores perecieron mas de cinco mil hombres, en que fueron dos mil dellos andaluces de España; y á la parte de los vencidos pasaron de veinte mil muertos, entre peones y caballos, de los buenos que por aquel tiempo se vieron en alguna pelea, sin diez mil que se cautivaron en el real, y mas los morgetes á quien los españoles pusieron en libertad: los cuales despues de mirados cuales eran, no pasaron de ciento, porque todos los restantes murieron en la batalla del primer dia hasta en cantidad de doscientas personas.

CAPÍTULO XVIII.

Como todos los españoles y mallorquines que seguian el ejército cartaginés en Sicilia murieron de pestilenci grandísima, con que cesaron las guerras allá por al gunos dias, quedando suspensos los negocios en amba partes.

Fenecida la pelea por la manera que tenemos escr to, muchos lugares de Sicilia que primero tenian bando de Dionisio tomaron la parte cartaginesa, y algu nos que primero parecian dudosos, declararon abie tamente por Himilcon, otros acudieron á tener libe tad, sin conocer superioridad á nadie, con propósi de la defender á quien quiera que lo perturbase. De tos lugares postreros fué uno la ciudad de Siracus ó Zaragoza de Sicilia, que como supo la perdicion Dionisio, lanzó fuera de sí todos sus aficionados y v ledores, y le robáron la casa con cuanto dentro pudi ron haber. Y por mas se vengar de la tiranía pasa que entre ellos habia ejercitado tomaron á su mujer tanta fué la gente que tuvo parte con ella, que viénd se fatigada y escarnecida, se mató con sus propias m nos: lo cual ponemos aquí no porque competa muc para nuestra corónica de España: sino para que de se vea los pagos y los fines que llevan continuame los tiranos donde quiera que los haya. Tambien lo cimos porque los españoles fueron causa destos ac

terimientos. á quien las historias atribuyen lo principal de la victoria sobredicha, y de la prosperidad que Himilcon trajo todos estos dias en Sicilia: la cual prosperidad segun era grande no se podia mucho sostener ni durar, conforme á la condicion variable de la fortuna, que muy pocas veces muestra sus bienes y prosperidad sin el contrapeso de sus desdichas y males. Y así fué, que como Himilcon prosiguiese sus victorias, y las acrecentase por allí con gran alabanza de sus españoles y de todas las otras gentes que traia, mejorando continuo la potencia de su república, cuanto mas la tal empresa duraba, sin haber casi nadie que ya le contradijese, comenzaron á recrecer enfermedades en el ejército, con que se menguaban los hombres sin sentirlo. Luego tras esto sobrevino tan desatinada pestilencia, y tan súbita, que brevemente ni quedó mallorquin hondero, ni céltico, ni andaluz, ni africano, ni persona del armada que no pereciese. Fué gran estrañeza considerar aquella gente por el campo y en los pueblos caer muertos á montones en dándoles la dolencia primero que pudiesen remediarse. Despues de muertos quedaban sin sepultura, para que las aves y los perros los comiesen. Las plegarias de los cartagineses andaban muy apresuradas, llamando sus ídolos y demonios que los valiesen, sacrificando y degollando mancebos y niños sobre sus altares, los mas hermosos que hallaban, en reverencia del dios Saturno: muchos hombres se disciplinaban y abrian por las espaldas, discurrian por los templos derramando arroyos de sangre: sajábanse tambien los brazos con otras venas del cuerpo, segun su costumbre diabólica, para que sacada la sangre dellas, con que los demonios se deleitan, á trueco della cesase la mortandad. Mas al fin, no valiendo nada tales desatinos infernales, muerta ya casi toda la gente, fué necesario que Himilcon Cipo diese vuelta en Cartago como persona vencida, solo, triste, desamparado, metido en dos navíos pequeños, con muy pocos marineros que los pudiesen gobernar. Cuya venida despues que la supieron en Cartago, juntamente con el destrozo del ejército y el fallecimiento de los españoles, que muy averiguado, fueron tenidos en aquel punto por la fuerza principal de su república, segun anduvieron señalados en las guerras pasadas, tuvo la señoría cartaginesa tanta turbacion como si viera tomada su ciudad. Los lloros eran muy grandes á todo cabo, las puertas de las casas se cerraron generalmente, todos los oficios particulares y públicos cesaron de sus obras y cargos por acudir á las marinas y al puerto, para preguntar á los pocos que salian de las naos nuevas de sus parientes, ó de los amigos que por allá tenian. Sabido que todos eran difuntos, los llantos se doblaron en la ribera, dando voces las mujeres por sus maridos, los hombres por sus hijos ó deudos, y cada cual por lo que le tocaba; pero lo que mayor tristeza les puso fué cuando vieron salir en tierra su capitan general con una vestidura pobre de marinero desceñido y maltratado, levantando las manos al cielo de rato en rato, llorando su perdicion y la de todos. Y desde allí metido por la ciudad, con muchos alaridos, llegado á la puerta de su casa, les declaró cuanto por él habia pasado, poniendo la culpa de su desastre á los dioses, por parecer que con envidia de sus victorias le trajeron en aquella desventura: mas al cabo concluyó diciendo que gran consuelo debía recibir la señoría cartaginesa, pues en aquel trabajo ninguna gloria, ni ménos alabanza, tenian sus adversarios, pues dado que sea duro para los hombres padecer persecuciones de cualquier modo que vengan, mucho menor fatiga ponen los males que Dios envia, que no los que hacen las gentes. Dicho esto, despues de metido en su posada se retrajo en un apartamento, y se mató. No ménos dolor y sentimiento sospechamos que recibirian los del Andalucía cuando supiesen el fallecimiento de su gente, puesto que nuestros coronistas no declaren ni particularicen tanto sus cosas como los extranjeros, especialmente los latinos, de los cuales hay algunos que contando mucha parte de las cosas ya dichas, afirman aquella batalla grande donde fué vencido Dionisio, juntamente con la pestilencia que vino tras ella, con mas la muerte deste Himilcon Cipo, ser hecho todo en los tiempos del rey Darío de Persia, llamado por sobrenombre Noto. Nuestros coronistas españoles, particularmente los dos Julianos, dando cuenta desto como de negocio perteneciente para los hechos de España por causa de los andaluces y mallorquines que allí fenecieron, y por lo demás que conquistaron y batallaron en Sicilia, ponen la pelea principal de los capítulos pasados en el tiempo del mesmo rey Darío sobredicho, ó por lo ménos en el año postrero de su vida, que fué, segun dicen, cuatrocientos y cuatro primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese: la pestilencia con el perdimiento de Himilcon, entrados ya los tiempos del rey Artajerjes nombrado Menon, á quien las escrituras judaicas suelen decir Asuero, hijo del mesmo rey Darío, sucesor en todo su reino; puesto que yo sé bien haber otros muchos coronistas discrepantes en el tiempo destos reyes, cuanto á los años que nuestros historiadores allí siguen, pero ya dicho va muy mas bien considerado.

CAPÍTULO XIX.

Como quiso tratar en España Dionisio el tirano de Sicilia con algunos andaluces que fuesen contrarios á los cartagineses, y como Cartago remedió los tales negocios poniendo treguas con aquel tirano, y así los andaluces dejaron de seguir esta guerra por algunos dias.

Luego el otro año siguiente despues de la pestilencia siciliana dicen tambien nuestras corónicas que viendo Dionisio como los cartagineses con sus españoles y con todo su poder eran deshechos en Sicilia, tuvo tal solicitud en recobrar lo perdido, que se pudo restituir otra vez en su tiranía, quedando señor de Siracusa con toda su comarca, tan bien y mejor que primero lo tenia. La cual restitucion parece que san Eusebio señala cuatrocientos años cabales ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que segun la cuenta de los griegos, concurrió poco mas ó ménos con el tercero de la olimpiada noventa y cuatro, cuya relacion y manera griega de contar sus tiempos declararemos adelante. Las gentes africanas súdbitas y cercanas á Cartago, sabida la nueva deste destrozo cartaginés en Sicilia, creyeron que todo cuanto Cartago valia quedaba perdido sin remedio, y así no tardó mucho que comenzaron á tratar entre sí muy secreto para se rebelar contra los tales cartagineses. De lo cual fué Dionisio avisado, como de negocio perteneciente para sus intentos, y poníales en ello toda la calor necesaria, sin dejar entretanto de bastecer á Sicilia cuanto mas le daban lugar en España. Parecieron algunas personas de su parte que tentaron algo

desto mesmo por las tierras del Andalucía, negociando tambien acá cualesquier impedimentos y turbaciones contra Cartago, sino que los cartagineses acudieron á todo prudentísimamente, disimulando por el presente la conquista siciliana. Retuvieron tambien á los africanos con halagos y libertades nuevas que les otorgaban, sin mostrar que sentian alguna cosa de su mudanza. Daban eso mesmo joyas y dineros en cantidad á las personas principales de los pueblos, no cesando con esto de fortalecer sus castillos y sus defensas en todo lo necesario. Pusieron en España muy gran recaudo cuanto á la conservacion de sus amistades y ligas con los andaluces, y cuanto á la provision de los puertos que poseian en ella sobre la marina, con mas los mineros y torres muchas y buenas que tenian dentro de la tierra. Mas no para que señalen nuestras corónicas persona particular á quien diesen tal cargo. Despues desto comenzáronles á venir embajadas continuas por parte de Dionisio, publicando muestras y deseos de concordia, las cuales trató largos dias un caballero mancebo llamado Dion, persona virtuosa, discreta, y de muy altos pensamientos. Éste los entretuvo mucho tiempo, vedando rompimientos y guerras, hasta concluir treguas entre ellos por espacio de treinta años, que comenzaron á correr desde el año tercero de la noventa y cinco olimpiada de los griegos, que fué casi trescientos y noventa y seis ántes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Los cartagineses dado que todo lo sobredicho se tratase, jamás dejaron de negociar sus pertenencias en España y fuera della, para la pacificacion de todos sus negocios, con propósito que viendo sazon convenible, puesto que fuese dentro de las treguas, revolverian poderosamente sobre Dionisio con aparejo tan abundante que bastasen á destruirlo de todo punto; y así lo conocia tambien y conjeturaba Dionisio.

CAPÍTULO XX.

Como salieron del Andalucía navíos cartagineses que descubrieron muy léjos de España por el gran mar Océano de poniente ciertas islas y tierras mucho grandes nunca sabidas ni vistas, que parecen muy semejantes á las que despues los españoles de nuestro tiempo hallaron y hallan cada dia por aquellos mares que llamamos ahora de las Indias.

En aquel entrevalo de tiempo, cuando los asientos y treguas duraban entre Dionisio el tirano de Sicilia con los cartagineses sus adversarios, llegado casi el año de trecientos y noveinta y dos ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, ó cierto muy poco ántes ó despues, salieron de los puertos del Andalucía mercadantes cartagineses de los que residian en ella, con fustas y navíos de la provincia, para discurrir á su riesgo por las anchuras del gran mar Océano contra las partes occidentales, deseando saber cuántas y cuáles fuesen aquellas aguas tan extendidas en aquel derecho, pues lo perteneciente dellas á los otros confines de África y de Europa quedaba ya descubierto por Hanon y por su hermano desde los años pasados, segun lo dijimos en el octavo y nono capítulo deste libro. Parece tambien que se moverian á esto para probar si hallarian por allí lances donde se pudiesen mejorar, ó señalar, ó hacer algun viaje provechoso. Bastecidos, pues, de vituallas y de todas las otras pertenencias, navegaron como digo derechos al poniente, y así corrieron increible trecho de mar sin reconocer jamás paradero, ni saber en qué parte caminaban, hasta que pasados muchos dias dieron en una isla que por aquel tiempo hallaron desierta, sin gente ni poblacion; pero grandemente hermosa, llena de muchas arboledas y bosques, con herbajes á todas partes, y sierras muy encumbradas, donde salian rios dulces que se podian navegar algun trecho. Los aires parecian templados, y la faccion de la tierra muy fértil y muy graciosa, donde se criaban al presente gran abundancia de bienes, y delante podrian nacer y conservarse cualesquier otras cosas necesarias á la vida de los hombres, así de placer como de provecho, tanto que los mercadantes recien venidos quedaron tan satisfechos de su buena disposicion, que salieron de los navíos, y comenzaron á poner en ella moradas de propósito, sino fueron algunos que con lo mejor de la flota volvieron á Cartago, y allí dieron relacion de todo lo que dejaban reconocido por aquella tierra nuevamente hallada, declarando sus alabanzas y provechos para que los cartagineses proveyesen lo que convenia sobre tal caso. La señoría cartaginesa, miradas las circunstancias deste caso, no tuvo por bien alguna cosa de lo hecho, ni permitieron que nadie de su gente pudiese volver allá, mandando so pena de muerte que tampoco se manifestase donde la tal isla caia. Hallamos en Aristótil casi por estas palabras hecha memoria de la tal jornada, sino que parece ponerla mas antigua, y añaden algunos sobre lo dicho, haber sido muertos por determinacion pública de Cartago todos los que deste viaje y descubrimiento vinieron, recelando, segun dicen, que las nuevas llegasen á noticia de naciones mas fuertes ó mas desocupadas, y con los aparejos allí tomados no perjudicasen su libertad. Y cierto si esto así fuera, daño pudiera resultar á Cartago, pues gozaran otros de los provechos y riquezas de la isla, sin Cartago poder estorbarlo, por caerle tan léjos de las riberas africanas y españolas, que fueron las partidas donde principalmente llegaban en el occidente sus inteligencias y navegacion. Desta suerte quedó puesta en olvido la tal isla muchos años y siglos, que hasta hoy nadie supo donde fuese, si no es acaso la isla muy grande que nuestra gente descubrió pocos años ántes de ahora, llamada de Santo Domingo, que por otro nombre decimos Española, ó la otra mayor, poco mas adelante, que suelen decir Cuba; las cuales deben ser aquellas que nombran algunos autores las Antillas. Y pudieron estar en algun tiempo desiertas, conforme tambien á lo que los naturales dellos confesaban haber estado muchos años cuando nuestra gente las ganaron, ó pudo ser algun pedazo de la tierra continente, que cada dia los mesmos españoles descubren y señorean en aquellos parajes que hallarian al presente solitarios, y se poblarian despues adelante por los cartagineses que se quedaron allá. De las cuales islas y tierras, y de los acontecimientos emprendidos en ellas por nuestros españoles, diremos maravillas en la postrera parte desta gran historia, que pasan en su determinacion todo cuanto las otras naciones mundanas han hecho los tiempos antiguos y modernos: y por esto lo pusimos tambien aquí, para que cuando, con el ayuda de Dios, llegaremos allá, se nos acuerde lo que dello hallamos escrito por los libros pasados, y veamos si concorda lo uno con lo otro. A muchos parece poco legítima la cáusa ya declarada para que los cartagineses mandaran matar los que tornaron deste via-

je. Pero si fueron muertos como dicen, creo yo verdaderamente que con aquella razon habria muchos otros motivos á lo ménos para no curar della. Lo primero, porque no podia ser lo de aquellas partes tan aventajado ni rico, que lo de España no fuese mejor, y pues lo de acá les venia mas cerca, convenia conservarlo, no se dividiendo por otras regiones, con que no bastasen á sostener lo uno ni lo otro, mayormente que les faltaba de penetrar en España grandes provincias y tierras, donde se les comenzaban terribles inconvenientes y mucha contradiccion, segun habia tardado la conquista de la poca tierra que poseian por el un pedazo del Andalucía. Lo mesmo tenian en África, donde residian ellos, que muchas provincias alejadas de la costa perseveraban fuera de su confederacion: á las cuales la gran Cartago quisiera sojuzgar si pudiese, nó porque le fuesen apacibles ni provechosas, ántes eran secas y sin fruto, muy costosas de conservar, y de gente no bien atropada, sino por la vecindad dudosa, que siempre deben recelar los príncipes y los que pretenden señoríos, si son prudentes. Así que por muy poderosa que Cartago fuese, le serian difíciles tantas empresas, cuanto mas aceptar de nuevo la posesion de la tal isla occidental, tan apartada de sí, con tanta costa de camino y de hacienda, cuanta para sostenerla y poblarla se requería, puesto que doblados bienes tuviese: mayormente que la conquista de Sicilia los traia muchos cuidosos, y Dionisio su contradictor se les mejoraba tanto cada dia, que cuanto mas iba, quedaba mas terrible, no solo para defender su provincia, sino para venir, si fuese menester, en Cartago, y hacer en ella la guerra, no curando mucho de las treguas que todos al presente publicaban: á las cuales, hablando la verdad, mostraban poco respeto. Los cartagineses en aquella confusion de negocios tan graves y tan doblados pasaron poco ménos de dos años, con grandes avisos y proveimientos que por cada parte se hacian en España y fuera della.

CAPÍTULO XXI.

De la flota que se comenzó de bastecer en los puertos del Andalucía por mandado de la señoría cartaginesa para tornar á las guerras de Sicilia contra Dionisio, y de la hambre y gran mortandad que poco despues recreció por diversas provincias en España.

Llegado el año siguiente, cuando se contaron trescientos y noventa y uno ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, los vecinos del Andalucía mostraron algun desabrimiento contra los oficiales y factores cartagineses que residian entre ellos sobre ciertos apercebimientos y bullicio de gente que les pusieron en plática, por imaginar (como fué cierto) que la querian para dar vuelta sobre Sicilia. Cuyas pendencias y jornada quedaban ya tan aborrecidas entre todos ellos, que la tenian por demanda desdichada y sin ventura, emprendida mucho contra voluntad de los dioses. Estaban recientes los daños de la pestilencia pasada: renovábase la memoria de casi noventa años atrás, cuando la batalla de Hamilcar, en que tampoco ninguno de los españoles quedó vivo, segun á sus padres oyeron, y segun en el fin del segundo libro dijimos. Por este respecto cesaron al presente los cartagineses en su demanda hasta que la pérdida y sentimiento de lo pasado se olvidase. Pero luego el año adelante, por no se mostrar ociosos, comenzaron á labrar en la isla de Cádiz muy de reposo cierto número de navíos, de los cuales publicaban tener necesidad para la contratacion del mar Océano de poniente, con mas los viajes de la costa meridional y occidental de África y España: puesto que vistos los fines de la tal obra quien quiera conocia ser aquellos navíos mas para guerra que para mercaderías ni tratanzas, porque los mas en acabándose de meter al agua salian hechas galeras de tres remadores al banco. Y como quiera que las piezas fuesen mucho mayor suma de lo que nadie sospechaba, y la obra dellas sin apresuramiento ni bullicio, guardaron tal órden en las hacer, que dentro de dos años tenian en la mar doscientas galeras nuevas, metidas por el contorno de Cádiz y por los puertos de España que caen fuera del estrecho. Por manera, que todas aquellas riberas españolas andaban llenas de navíos cartagineses, maravillosamente bastecidas de remadores y velas, áncoras, cuerdas y herraje. Esto fenecido, los cartagineses quisieran el año siguiente tornar á su primera demanda de sacar gente de la tierra contra Dionisio, para lo cual aplacaban todos los dias ántes la voluntad de los andaluces, buscándoles halagos con que las desdichas pasadas fuesen puestas en olvido. Pero como nada les aprovechase, viendo que las pérdidas de Sicilia se platicaban todavía por el Andalucía, desistieron tambien aquella vez de su recuesta, dando color á las treguas que corrian entre los unos y los otros. En este medio tiempo Dionisio traia continuos avisos en todo lo que pasaba, teniendo poca seguridad en aquella paz: y con recelo desta flota que nuevamente se renovaba en España, recogió gran ejército por mar y por tierra, dentro y al derredor de Sicilia. Los cartagineses para lo desatinar derramaron luego sus navíos sin les poner gente nueva mas de la necesaria para su gobierno. Parte dellos enviaron á las islas de Mallorca y sus comarcas: otros residieron en Iviza: muchos en Cerdeña: muchos tambien sobre las riberas africanas; y mucha parte de carga y de remo por los puertos del Andalucía. Y así perseveraron en aquellas encubiertas los tres años adelante, que ni cuanto al estado de Sicilia movieron cosa por donde se debiesen alterar, ni cuanto á su conservacion en el Andalucía dejaron de negociar todo lo que convenia. Lo cual tampoco bastó para que Dionisio cesase con mayor cuidado que nunca de mejorar sus ejércitos, labrando galeras y galeazas, y recogiendo todo número de municion. El año adelante, que fué trescientos y ochenta y tres ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, faltaron muchos meses las aguas del cielo por el Andalucía: lo mesmo faltó por toda la costa meridional que viene desde los montes Pireneos hasta los fines postreros del cabo de San Vicente. De cuya causa recreció hambre por todas estas comarcas, y recreciera mucho mayor si los de Cádiz en sus navíos grandes y poderosos, cuales ellos usaban y tenian, no trajeran con tiempo mantenimientos de Grecia, Siria, África, y de muchas otras partes del mundo. Los cartagineses eso mesmo proveyeron á sus factores y gentes que residian acá lo mejor que fué posible; pero ni los unos ni los otros bastaron el año siguiente para remediar la grandísima falta que sucedió, con mortandad muy crecida luego tras ella, segun siempre suele venir. Porque como dos años juntos hubiesen pasado turbados, el aire quedó tan dañado, que las gentes padecian diversas enfermedades. Y como quiera que nuestras historias hagan solamente mencion desta fatiga por aquella manera sobredicha, tenemos creido

que la corrupcion de los aires penetraria por las regiones de mas adentro, y haria otro tal estrago, pues nunca semejantes desastres vienen tan particulares que no redunden y pasen á sus vecinos y comarcanos.

CAPÍTULO XXII.

Como veinte mil peones españoles y mil caballos vinieron á Sicilia, nuevamente cogidos á sueldo, para favorecer la parte cartaginesa, donde continuaron la pendencia contra Dionisio, que por estos dias andaba guerreando gentes y naciones en Italia, confines y fronteros á Sicilia.

Poco despues desto pasado, tuvieron mensajerías en España que Dionisio, el tirano de Sicilia, viéndose tan apoderado en la isla, considerando la pujanza de sus ejércitos, y que los cartagineses, ó no querian de temor, ó no bastaban con otros impedimentos á contradecirle, determinó, porque su gente no se le dañase teniéndola sin hacer algo, de pasar la guerra en Italia, contra muchas naciones que moraban aquellos dias en las provincias de Pulla y Calabria, con las otras tierras queson ahora súbditas á la jurisdiccion del reino de Nápoles. Las cuales gentes, por ser casi todas griegas de nacion, era nombrada su region la Grecia mayor. Éstas, una vez sojuzgadas, ordenaba Dionisio revolver la pendencia con los romanos, que por aquella mesma sazon eran reputados y tenidos por los mas poderosos de toda Italia, mas guerreros y bien armados, y que mejor concepto traian en sus batallas. Con este pensamiento tan grande mandó recojer prestamente sus flotas en número de cuatrocientas galeras, y con ellas, y con diez mil hombres á caballo y veinte mil á pié, sin otros diez mil peones que le seguian en su guarda, y en el ejército, pasó la poca mar que se hace desde Rijoles á Mecina. Metido por la tierra de Bruzo, contenida dentro de la Calabria, desbarató las gentes comarcanas cuantas primero le salieron al encuentro. Luego tras esto puso cerco sobre la villa de Rijoles, á la cual dió tantos combates, que finalmente la tomó. Sabidas tales nuevas por la señoría cartaginesa, parecióle tener al presente motivos asaz calificados para romper las treguas con él, y cobrar lo perdido de Sicilia. Primeramente por ver á Dionisio fuera della, metido y rodeado de sus enemigos en pendencia de tantas naciones italianas, y tan feroces, que parecia no poder salir dellas. Lo segundo, por ser cierto, que la gente de España vendria de buena voluntad á la guerra, por causa de las enfermedades y hambres que padecian. Y así, platicado y ordenado todo lo que convenia, señalaron por capitan general á un caballero cartaginés, llamado Hanon, el cual, con presteza espantosa, y maravillosa diligencia, que puso sobre tal negocio despachó prestamente para los factores de España cuatro carracas de Cádiz, que se hallaron á la sazon en el puerto de Cartago, muy grandes y muy hondas, y de mucha carga. Las cuales, basteció de jaeces, armas, frenos, escudos y vestiduras guerreras, en que por la mayor parte pagaba Cartago los gajes de sus ejércitos: y los españoles solian regocijarse tanto con esto cuando les venia, que ningun añagaza los traia mas fáciles á la guerra. Llegaron estas carracas al Andalucía casi en el mes que llaman ahora mayo, del año siguiente, que segun nuestra cuenta, fué trescientos y ochenta y uno, ó segun en otros libros hallo, trescientos y ochenta y seis ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios. Luego tras ellas acudió tambien el capitan general de Cartago, como persona que conocia depender en el buen espediente de España toda la substancia de sus negocios: y puso tan gran diligencia despues de su venida, que dentro de cuatro meses tuvo llegados, y armados y embarcados mil caballos, y veinte mil peones, con cuanta provision les era necesaria, parte dellos andaluces, y parte dellos de las otras marinas, confines á los montes Pireneos, que vinieron á tomar sus gajes: y sin los tomar holgaran de ser llevados á tierra donde tuvieran mantenimiento, segun duraba la hambre todavía por aquella tierra. Metido Hanon á la mar con este recaudo tan bueno, dió vuelta para Cartago, donde la señoría le tenia puestos á la lengua del agua diez mil africanos de la comarca: con los cuales, y con trescientos honderos mallorquines que tomó de pasada, vino luego sobre Sicilia, por el tiempo del mes que decimos ahora setiembre. Y allí, desembarcados sus españoles y sus africanos, comenzó la pendencia mucho, como convenia, contra todos los que se le mostraron adversarios. Tenia Dionisio por estos mesmos dias cercada la ciudad de Croton, pueblo muy principal en lo postrero de Italia, sobre las marinas pertenecientes á la tierra de Calabria. Porque como los meses primeros hubiese ganado la villa de Rijoles, pasó luego mas adelante, sojuzgando los pueblos que le cayeron en aquel derecho. Cuando allí supo la venida de los españoles y del capitan cartaginés, recibia los embajadores de cierta gente nombrada los gallos senones, naturales de la tierra que llamamos ahora Francia. Los cuales vinieron á poner con él amistades y confederacion, por causa que en el mes pasado de Quintil, á quien despues llamaron julio, tomaron estos gallos la ciudad de Roma, degollando los principales caballeros y gobernadores de ella, con mucha gente vulgar de la que no pudo huir, encendiendo y abrasando y robando todos sus edificios y templos, sino fué la fortaleza que llaman el Capitolio, donde se recogieron algunos que la defendieron. Desde la cual, éstos allí recogidos con algunos romanos que despues se juntaron, pudieron reparar mucha parte del destrozo, segun los historiadores latinos largamente lo cuentan en sus corónicas. No declaramos aquí los errores que por falta de los escribientes hallamos en Polibio, y en el tratado de los tiempos de san Eusebio, sobre la tasacion de estos años en que la ciudad de Roma fué tomada, cuando los españoles vinieron á Sicilia, pues los diligentes en esta materia, si la miran como se debe mirar, hallarán, concordado los números verdaderos con los años ántes de Cristo, ser mucho cierto lo que dejamos arriba señalado. Ni cumple decir mas en este caso, de que todos los dias ántes Dionisio recibia largas informaciones de cuanto los cartagineses negociaban, no solo por las espías que traia en España y Berbería, sino tambien por las inteligencias ocultas que tuvo dentro de Cartago, con un caballero, nombrado Suniato, persona riquísima, capital enemigo del capitan Hanon. El cual Suniato muy á la continua le despachaba cartas, escritas en lengua griega, donde quiera que Dionisio residiese, con relacion abundosa de todo. Y así luego, como por aquí Dionisio tuvo certificacion de los negocios, levantó las estancias de sobre Croton: y metidos los impedimentos y fardaje de sus gentes en la flota, para que lo trajesen á Sicilia por la mar, él movió con todas las banderas en órden la via de Rijoles, donde mandó que las galeras esperasen, y les pasasen el estrecho de Mecina, bra-

mando y amenazando los cartagineses y toda su parcialidad con guerra la mas cruel que nunca jamás por ellos hubiese pasado ni pasaria.

CAPÍTULO XXIII.

De la batalla que los españoles favorecedores de Cartago dieron sobre mar, cerca de Sicilia contra la flota de Dionisio, donde le ganaron multitud de galeras, y le hicieron gran daño, despojándole de casi todas sus riquezas: y del fin que tuvieron aquellas guerras sicilianas con este tirano Dionisio.

Todos aquellos dias los españoles y los africanos del ejército cartaginés tuvieron su real en el campo, como si los enemigos anduvieran allí cerca, sino fueron algunas compañías españolas, que por mandado de Hanon residian en ciertos lugares de la isla, que sin rigor de combate se dieron en llegando. Quedaron tambien otros cinco mil españoles en los navíos de remo, con intencion de mantener á su parte la pendencia por el agua. Y así fué, que como poco despues navegasen contra la vuelta de Croton para reconocer el armada contraria, y le hacer algun daño si pudiesen, toparon la multitud de galeras de Dionisio, que (como dije) caminaban á Rijoles para tomar allí su gente. Las cuales galeras al principio dejaron ir á lo largo, sin les acometer ni dañar, creyendo que tan pujante flota vendria bastecida de suficiente defensa. Pero como ya las mas dellas hubiesen pasado, comenzaron los españoles á dar caza por las traseras, haciéndoles entradas y salidas con tan buena diligencia, y tan á tiempo, que ninguna arremetida les acometieron, donde no llevasen dos y tres galeras en cada vuelta. Déstas así tomadas reconocieron fácilmente ser casi los mas que las traian marineros y serviciales con muy poca gente de pelea. Luego los navíos españoles hechos un [illegible]po, juntando las fustas rendidas, embistieron al [illegible] con las contrarias, y les atajaron hasta sesenta [illegible]ras sencillas, y cuatro bastardas de cinco remeros al banco, todas cargadas de municion y grandes provisiones. Aquellas, en poco rato ganadas, en[illegible]zaban ya contra las otras delanteras, teniendo por [illegible]riguado, que si los esperasen, bastarian á las ganar todas, por ser mayor y mejor la ventaja de los españoles, en ir bien armados, y ser todos hombres de guerra, que la de los adversarios en traer mas número de galeras. Pero ninguna cosa de lo sobredicho se [illegible] poner en obra tan presto que no se gastase muchas horas del dia: dentro de las cuales, lo restante de [illegible] siciliana tuvo tiempo de huir largo trecho con [illegible]s y velas á toda furia. Y así bogaron á mayor [illegible] de que vieron que tambien querian ejecutar en [illegible] la victoria. Derramados, pues, en diversas par[illegible] por donde cada cual mejor aparejado hallaba: los [illegible] acudieron á Rijoles, otros tomaron estancias y [illegible] y defensas en la costa de Italia, para se re[illegible]r y fortalecer en ellas. Los españoles, recogida [illegible], y sabido de los cautivos la venida y los in[illegible] de Dionisio, dieron vuelta para sus ejércitos á [illegible], donde fueron recibidos con el alegría y favor [illegible]recian, reputando los unos y los otros este caso [illegible]cho muy calificado; no solo en haber sido lo pri[illegible] que desta vez acometian y ganado la victoria, [illegible] tambien por haber despojado los adversarios de [illegible]dancia de galeras, y añadídolas á su flota con [illegible] de vituallas, armas y jaeces, en que se tomó casi todo el repuesto y atavíos de la persona de Dionisio, con los libros de su estudio, que fueron mucho preciosos, y con ellos la mayor parte de los avisos, escritos en lengua griega, que Suniato cartaginés le hacia de continuo. Los cuales, Hanon envió luego á Cartago, para que reconocidos los sellos y firmas de las cartas, entendiesen la maldad que pasaba, y allá convencido Suniato de su traicion, fué primeramente azotado por toda la ciudad, y á la postre fué crucificado. Mandaron tambien los cartagineses, que dentro de su señorío nadie jamás aprendiese letras, ni lengua griega, ni fuesen escritas en ella cartas, instrucciones, ni memorias, ni letreros de moneda, so pena de la vida. Lo cual, dado que por otras tierras de las sujetas, y no ménos de las confederadas á Cartago se hiciese, no lo podrian cumplir en la Andalucía, por estar ya mezclados parte de los españoles desta provincia con algunas poblaciones griegas, que los años ántes asentaron en ella, segun en los libros pasados queda manifiesto. Y estos tales hablaban casi todos aquella lengua, con quienes los cartagineses, residentes acá, no podian excusar mucha parte de su contratacion, á causa de los grandes intereses que de ello les resultaba. Concluidos estos negocios, Dionisio pasó en Sicilia con aparato pujante por la tierra y por la mar; y comenzó su pendencia sangrienta y embravecida, mas de lo que ninguno puede relatar. Donde sucedieron recuentros y batallas muchas y muy reñidas, en que generalmente sabemos los españoles haber acometido y acabado cosas hazañosas contra él, puesto que las particularidades dellas no tengamos al presente corónica que las declare, ni prosiga el intento desta tierra, cuanto á lo que nos toca, mas de lo que dejamos en este nuestro libro recolegido de diversos autores. Solo hallamos haber durado la pendencia diez y seis años poco ménos, perseverando los andaluces en ella de continuo, hasta que Dionisio fatigado y rompido de ellos, y de los otros diversas veces, al fin su mesma gente le trató la muerte. Cuyo fallecimiento pone san Eusebio en el tratado de los tiempos, dentro del año primero de la ciento y tres olimpiada de los griegos, que concurrió justamente con el año de trescientos y sesenta y seis, ántes de la Natividad de nuestro Salvador Jesucristo, si tambien esta memoria los escribientes descuidados no la tienen allí fuera de su lugar, como las otras que ya dejamos apuntadas en algunos capítulos pasados. Lo cual fué necesario señalar en esta parte, porque no faltan otros buenos contadores de tiempo, que ponen la muerte de Dionisio, casi en el año segundo de la noventa y nueve olimpiada griega, que por la mesma razon concurrió con el año de trescientos y ochenta y dos ántes del advenimiento de nuesto Señor Dios. Así que bien mirado, contiénese diez y seis años de diferencia, entre los unos y los otros, como quiera que la cuenta postrera parece llevar ménos error á mi juicio. Por aquella manera las guerras sicilianas sosegaron tiempos y dias: y sosegaran mucho mas, si no sucediera despues de Dionisio cierto hijo suyo del mesmo nombre, que los autores (por hacer diferencia) llaman Dionisio menor, no tan valeroso como su padre, pero no ménos cruel y tirano. Con el cual se principiaron algunas pláticas de concordia por via de treguas, tratándolas aquel Dion, caballero siracusano, que los años ántes hubo negociado las otras con el otro Dionisio primero. Para lo cual hizo dos cosas, que fueran asaz importantes, si no cayeran entre tiranos. La primera, traer desde Grecia un filósofo,

llamado Platon, persona de grandes excelencias, para que con sus amonestaciones y consejos, aquel Dionisio menor desistiese de su tiranía. Lo segundo, procurar con los cartagineses, que no consintiesen á persona del mundo tratar estos negocios, sino solo á él, porque muchas otras personas amigas de bullicio, so color de la paz, entendian entre ellos, y verdaderamente deshacian cuanto Dion aplacaba. Pero como ninguna buena manera bastase con aquel tirano segundo, todas las enemistades se trastornaron contra Dion, y vinieron ambos á tales rompimientos, que Dionisio; vencido muchas veces, no se pudiendo ya defender, salió fuera de Sicilia, sin jamás tentar la tornada cuanto fué vivo Dion. Mas porque durante aquellas competencias vinieron en España divisiones y discordias entre pueblos del Andalucía con algunos cartagineses, á cuya causa cesaron de los seguir en sus guerras, nuestra corónica deja de contar estos debates entre Dion y Dionisio el menor, pues ninguna cosa nos pertenecen, y hablarémos en los acontecimientos que por aquel mesmo tiempo sucedieron en España.

CAPÍTULO XXIV.

Como vinieron en España dos caballeros cartagineses: el uno para residir en Mallorca, y el otro para sostener la contratacion de los andaluces. Y mucha gente destos andaluces tomaron pendencias con él, y puestos en armas, le despojaron de todo cuanto Cartago poseia por aquella comarca.

Fenecida la pendencia de Sicilia con la muerte de Dionisio el mayor, muchos de los andaluces quedaron allá para conservacion y defensa de lo ganado, con grandes acostamientos y gajes de Cartago: muchos otros comenzaron á volver para sus tierras, así de los que primero pasaron, como de los que fuéron despues en diversos caminos á rehacer el ejército, todos ellos muy apagados, y grandemente satisfechos de sus capitanes. Los cartagineses, entretanto, por no vivir ociosos, despacharon dos gobernadores para la residencia de España, cuyos nombres son los primeros que hallamos declarados en las historias despues del de Magon, aquel de quien escribimos en el treceno capítulo de este libro. Llamaban al uno Bostar, al cual señalaron la contratacion de Mallorca, y de Menorca, Iviza, y la Formentera, con todos sus contornos y comarcas. Y segun parece, dentro de las instrucciones y mandados que trajo de su república, debió ser una, que procurase toda la comunicacion posible con los españoles saguntinos, vecinos de Monvedre, fronteros y cercanos á sus islas: porque luego en llegando les hizo mensajeros de su venida, con muchos ofrecimientos y halagos. Y poco despues les envió presentes de frutas africanas para comer, y de frenos y jaeces para los caballos, con otros atavíos peregrinos y nuevos, de parecer muy agraciado. Los de Monvedre satisficieron este buen comedimiento con otro presente muy precioso de frutas que las islas en aquel siglo no criaban, por falta de granjería, y mas otros muchos atavíos y ropas, cuales ellos imaginaron que podian ser estimados entre las gentes africanas, agradeciendo á Bostar su buena voluntad, y ofreciéndole cumplidamente todo lo que de su república le fuese necesario. Y á la verdad, conocidas las maneras deste cartaginés, dado que de los pasados nunca bien se fiaron, tuvieron inclinacion á lo favorecer y agradar el tiempo que por allí morase: lo cual declaraban con tan sano propósito las veces que lo requeria, que conociéndolo Bostar, acometió pocos meses adelante de venir á Monvedre, para visitar y tener la conversacion de quien tales honras recibia, y á quien la señoría cartaginesa (segun él decia y publicaba) con entrañable voluntad deseaba siempre tener por allegados y participantes de toda su potencia. Pero la diligencia sobrada que en esto se puso, fué luego sospechosa: y como los de Monvedre preciasen su libertad sobre todas las cosas del mundo, y esta fuese cierto que no se podria conservar entre los cartagineses, conforme á lo que por otras tierras hacian, desbarataron la venida de Bostar, respondiéndole que su ciudad estaba mal sana por el presente, y así fué la verdad, y que con muertes de personas principales, andaban las gentes llorosas, tristes y descontentas, con mucho ménos alegría de la necesaria, para recibimiento de tan buen huésped, y cuando fuese tiempo, tendrian cuidado de lo llamar y festejar, ó recibir sus embajadas, como verian convenir mejor á su república. Desta manera cesaron los negocios entre ellos, sin que de las corónicas podamos alcanzar otra cosa, que Bostar en este caso tentase cuanto sus cargos le duraron. El segundo capitan ó gobernador, llamado Hanon, vino para residir en el Andalucía diverso del otro Hanon, que los años pasados hubo hecho la conquista de Sicilia contra Dionisio. cuya llegada, juntamente con la de Bostar, cada cual á su region, fué trescientos y sesenta y cuatro años ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Como Hanon principió los negocios de su cargo, conocióse dél ser persona solícita muy de recaudo, disimulador y presuntuoso, gran aprovechador de su ciudad; pero mucho mas de sus intereses particulares. En este ser, y con estas condiciones, perseveró poco ménos de diez años en la provincia, sin cesar jamas sus galeras y fustas de llevar á su mujer en Cartago riquezas de toda suerte: con las cuales, al fin deste tiempo, fué reputado y tenido por el hombre mas rico de todos los cartagineses. Pero como la prosperidad y hacienda cuando vienen á gentes soberbias ó mal entendidas, por la mayor parte sean aparejo de grandes peligros, así tambien lo fueron en este Hanon: el cual, viéndose poderoso, y obedecido, no solo de los pueblos españoles, sujetos á Cartago sobre la costa de mar, sino de muchos otros andaluces de su confederacion dentro de la provincia, figurósele que cuantos servicios y provechos y buenas obras dellos recibia, fuesen con temor que dél tuviesen, y luego comenzó de robar abiertamente, y apremiar y maltratar aquellas gentes, haciéndoles tales desafueros y fuerzas, que despues de las haber algun tiempo sufrido con grandes pérdidas y daños de sus haciendas y personas, al cabo tomaron armas para le resistir, y prestamente lanzaron fuera de sus lugares cualesquiera cartagineses que primero tenian dentro, matando con grandes crueldades y tormentos la mayor parte de los que pudieron haber á las manos. Hanon, visto los daños ser grandes, y que cada dia crecian contra él, procuró de trabar amistad con cierto caballero principal entre los moros comarcanos al estrecho de Gibraltar, tan poderoso, que muchas historias lo llaman rey de aquellas provincias: y tomada gente dellos, y pasados en España por las angosturas de aquel estrecho, cogió tambien á sueldo buena parte de los galos célticos, moradores en lo mas dentro de la Andalucía, y así comenzó su guerra quemando pueblos, cautivando gentes, asolando lugares y campiñas

con alteraciones y daños demasiados, sin perdonar á los amigos, ni á persona que no le resistiese, dado que fuese de los que perseveraban en su parcialidad. Y poco faltaba ya para que la nacion de los turdetanos, ofendida con sus demasías, no se rebelase contra él, si la señoría cartaginesa, viendo lo que pasaba pará acá, no proveyera un otro caballero que tuviese su cargo, con algun bastimento de gente, para que no lo queriendo Hanon dejar, lo cual recelaban, se juntase con los andaluces, y le prendiesen ó matasen, ó sí, por ventura, fuese posible lo trajesen á Cartago pacífico y aplacado. Lo postrero se pudo hacer con ménos dificultad por conocer Hanon que faltándole Cartago, no bastaba rigor á cobrar estos andaluces, segun estaban embravecidos. Y con esto, sin contradecir punto de cuanto le mandaban, se recogió luego sobre la mar, acompañado de muchos servidores y parientes, y en veinte naos suyas propias, cargadas de tesoros y vasijas y ropa mucho preciosa, tomó la via de Cartago, publicando querellas contra la señoría por el mal galardon, que segun él decia, le daban al cabo de tantos años cuantos acá le sirvió, y en haberle vedado con disfavores manifiestos la conquista de los andaluces rebeldes, que tanto convenia para los provechos públicos, y para su dignidad y reputacion dél. El otro cartaginés que le sucedió despues de haber quedado acá, solo pudo poco á poco sosegar alguna parte de los escándalos movidos, puesto que los mas de los pueblos dentro de la tierra perseveraron largos años en su rebeldía, no queriendo recibir entre sí cosa de Cartago, ni jamás este capitan bastó para los aplacar, ni la señoría cartaginesa pudo por el presente reducirlos á su liga con blandura, ni con armas, á causa que por estos mesmos años, ó cierto muy poco despues, fué muerto malamente Dion el caballero, que procuraba la paz de Sicilia, y luego en pasando su fallecimiento vino contra Sicilia Dionisio desde Italia, donde andaba desterrado, y cobró casi todo lo que tenia perdido; con cuya llegada se renovaron las pendencias antiguas de lo que Cartago tenia por allí. Sucedió junto con esto, que muchas villas desta isla, las cuales Dion habia conservado en libertad, enviaron á Grecia con temor de los cartagineses y de Dionisio, pidiendo favor para se defender. Y la ciudad de Corinto, señoría principal en aquella tierra, las proveyó de gente con un capitan esmerado, llamado Timoleon, el cual puso á todos en tales aprietos, que Cartago, como dije, viéndose muy ocupada con la guerra deste Timoleon, no pudo ménos hacer de disimular lo de España, contentándose con haber sosegado la nacion de los turdetanos, y tener pacíficos en su parcialidad los puertos del Andalucía con las otras gentes comarcanas á Cádiz.

CAPÍTULO XXV.

Donde se cuentan las cosas principales, así de bien y prosperidad, como de males y desdichas que sucedieron en España dentro de cinco años siguientes, despues que las cosas ya declaradas antecedieron en sus provincias, y fuera dellas.

En aquellos hechos, y muchos otros graves y calificados que dellos procedian, se gastaron asaz tiempos y dias, hasta fenecer el año de trescientos y cincuenta y uno ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que pareció ser algo ménos turbado que ninguno de los pasados, y lo mesmo fué tambien el año siguiente, puesto que los cartagineses nunca cesaban acá de bullir en sus negocios con toda paz y quietud. Los otros tres años adelante son algo mas notables en las corónicas españolas. El primer año por las muchas aguas del cielo, que pusieron temor á los hombres en verlas caer tan grandes y tan continuas, crecieron los rios por todas nuestras provincias, ahogando ganados y gentes, con otros estragos en el campo, y en los poblados donde pudieron alcanzar. El año segundo padecieron terribles terremotos los mas de los lugares vecinos á la costa de nuestro mar Mediterráneo, donde suelen aquellos temblores de su natural venir mas continuos, que por otra parte de España. Señaladamente padeció gran peligro dellos la ciudad de Sagunto ó Monvedre, que por ser aquellos tiempos mas grande y mas poderosa, y mas rica que ninguna de la marina, cualquier daño que le viniese, fué mayor que lo de las otras. El año siguiente las mares anduvieron tan levantadas y tempestuosas, que muchos navíos, así de los españoles, como de las otras naciones extrañas, perecieron en los golfos con tormentas nunca vistas, otros dieron al través en toda la ribera, que viene desde los montes Pireneos, hasta el estrecho de Gibraltar, y de puertos bien seguros los arrancaba y hundia sin poderlos nadie remediar. El año mas adelante, fué trescientos y cuarenta y seis ántes de la natividad de nuestro Señor Jesucristo, en el cual todo lo principal que dél hallamos algo perteneciente para lo de España, son relaciones que llegaron al Andalucía, muy perjudiciales en el hecho de los cartagineses. Y fueron, que cierto caballero nombrado Hanon, persona riquísima de parientes y hacienda, natural y morador en la mesma ciudad de Cartago, con atrevimiento de sus tesoros, se quiso levantar en ella, tiranizando toda su libertad y valor. Éste sospechamos verdaderamente ser aquel Hanon que los años ántes tuvo la residencia del Andalucía, segun el capítulo pasado lo contó, pues los indicios que las historias en este caso señalan, le competen muy claros, así cuanto al nombre, como cuanto á las riquezas, y tambien cuanto á los dias en que todos afirman haber emprendido la tal hazaña, siendo Filippo rey de Macedonia, que son los mesmos años y tiempos deste capítulo. Por la cual causa parece que pudo su memoria caber entre las cosas de España, pues allende de esto, si tal fué, le movieron á poner en obra su negocio los crecidos provechos y tesoros que sacó del Andalucía. Hablábase, que viendo Hanon como su riqueza sobrepujaba ya á la de toda Cartago general y particular, inventó por mejor disimulacion al principio casar una hija que tenia, para cuyas bodas convidó todos los caballeros principales de la ciudad, en quien creia hallar algun estorbo, determinando darles en la comida ponzoña con que muriesen: lo cual descubierto por los ministros del convite, ni los convidados vinieron á las bodas con excusas que pusieron, ni tampoco castigaron la traicion, recelando que segun Hanon era poderoso, recrecerian mayores inconvenientes del castigo, que de lo que él quisiera hacer. Así que desbaratados por allí todos sus intentos, Hanon les cometió por otra parte diversa, tratando secretamente con todos los esclavos, cuantos en Cartago residian, que para cierto dia tomasen armas, y de súbito matasen á sus amos, y se pusiesen en libertad, apoderándose del pueblo. Sentido esto pocos dias ántes del tiempo señalado para su traicion la república de los cartagineses proveyó luego la defensa con resistencia necesaria: y como ya los ne-

gocios no llevaban encubierta, Hanon rompió claramente la guerra, y con veinte mil esclavos que se le juntaron, ocupó de reposo un castillo cerca de la ciudad en sitio convenible para la dañar: desde el cual comenzó solicitar al rey, y á la nacion de los moros que vivian confines al estrecho de Gibraltar, para los traer á su parcialidad y favor. Lo cual es tambien otra gran señal con que se confirma ser este Hanon, el que los años pasados residió por el Andalucía, pues otro tal acometimiento hizo por acá con aquel mesmo rey de los moros y su gente, cuando tuvo la discordia con los españolns andaluces, segun lo dijimos en el capítulo pasado. Durando los tratos destos conciertos, los cartagineses anduvieron tan diligentes que lo pudieron desbaratar y prender, y traido á su ciudad, fué luego justiciado con azotes cruelísimos públicamente, tras los cuales le sacaron los ojos, y despues habiéndole quebrado todos los huesos de brazos y manos y piernas y piés, y de los otros miembros de su cuerpo, lo crucificaron así hecho pedazos para que con mas pena muriese. Luego justiciaron tras él todos sus hijos y parientes, sin dejar persona viva dellos, porque nadie de su linaje le pudiese jamás imitar en otra semejante traicion, ó procurase de vengarle la muerte ningun tiempo. Y así con aquello pagó Hanon los pensamientos malvados que tuvo contra su ciudad, y juntamente las muertes y daños, y robos hechos en el Andalucía con los que mas quisiera hacer si sus cartagineses no lo remediaran. Y cierto fué cosa necesaria la muerte deste mal hombre, sino que yo para decir verdad no quisiera dársela tan cruel, ni que se tendiera por los otros sus allegados y parientes: de los cuales creemos que muchos habria sin culpa, pues dado que los castigos en los malhechores convengan á las repúblicas, pierden mucho de su justificacion cuando parecen apasionados y fundados en libertad y demasía: puesto que mirándolo por otra parte, si pasiones tienen justo lugar en algun caso, lo tendrán en éste y en sus semejantes, por ser de tan peligrosa calidad que ninguna puede ser mayor. Algunos autores de los que yo sigo parece que quieren decir en aquel hecho todas las turbaciones de Hanon haber comenzado casi en el medio del año que dejamos arriba señalado: los motines ó levantamientos de los esclavos en su favor entrada ya buena parte del año siguiente; su prision y muerte fenecido el otro año mas adelante. De manera que duraron los negocios con él casi dos años y medio cumplidos en fin de los cuales hallamos tambien haber fallecido en las islas de Cádiz, de su dolencia natural, el gobernador y capitan de los cartagineses, cuyo nombre, dado que las historias no lo declaren, hacen memoria de su muerte por haber sido persona prudente, pacífico y amigable, dotado de cualesquier buenas condiciones que para tal cargo pertenecian.

CAPÍTULO XXVI.

Como vino Boodes capitan cartaginés, para sosegar en el Andalucía los que se rebelaron el tiempo pasado, y allí fué vencido de los andaluces, y casi por estos dias llegaron acá nuevas que fueron tambien vencidos otros ejércitos cartagineses residentes en Sicilia por un caballero griego nombrado Timoleon.

Luego el año siguiente, que segun el proceso de nuestra cuenta fué trescientos y cuarenta y tres ántes que nuestro Señor Jesucristo naciese, llegaron á los puertos cercanos del estrecho de Gibraltar cuatro galeras medianas de tres remadores al banco, donde venia Boodes, un caballero de Cartago que la señoría desta ciudad sabiendo la muerte del otro cartaginés habia proveido para gobernar y residir en la contratacion del Andalucía y en todas sus marinas. En desembarcando visitó primeramente los lugares de la costa que perseveraban en su parcialidad, reconociendo la gente cartaginesa de mercadantes que ya por allí tenian sus asientos y vecindad entre los españoles, y mas algunas pocas guarniciones de gente guerrera que tambien andaban repartidos entre ellos. Esto hecho, se vino la vuelta de Cádiz, para sacrificar y cumplir ciertas devociones ó plegarias en el templo de Hércules, conformes á la costumbre de su tiempo. Desde allí por via de los turdetanos andaluces, que tenia por amigos, quisiera procurar algunas entradas con los otros pueblos alterados contra Cartago dentro de la provincia. Pero los turdetanos se le mostraron en esto tibios, y los otros mucho mas indignados que nunca. De suerte, que considerada la calidad del negocio, mirando que con haber pasado tantos años desde las primeras alteraciones, nada bastaba para que no estuviese casi tan estragado como primero, le pareció no tener otro remedio sino probar algun rigor con algunos andaluces, pues las blanduras pasadas habian aprovechado poco. Y así tornó luego desde Cádiz á la costa del Andalucía donde comenzó de juntar cuantos fuéron para tomar armas de los que moraban en aquellos puertos; y éstos bien ordenados, puesto que con mas alboroto y estruendo que número ni pujanza de gente, se metió por la tierra, creyendo ponerlos en espanto, para que los españoles rebeldes consintiesen el amistad y comunicacion que primero tenian. Los andaluces de la frontera, vista su venida, desampararon los lugares flacos, y derramándose por la tierra seguian el ejército, maltratándole de continuo por los lados y rezaga con flechas, y piedras, y dardos arrojadizos, sin dormir noche ni dia, ni perder jamás ocasion que se les ofreciese. Por otra parte dañaban los pasos del camino, y algunas veces ocupaban sitios fuertes; desde los cuales tambien herian y mataban tanta multitud de contrarios, que Boodes, reconocida su perdicion si mas adelante pasase, dió vuelta contra la marina por el mesmo camino que primero trajo, muy turbado y confuso por la pérdida de sus gentes, y por el poco fruto que resultó de la jornada. Quedando las cosas en estos términos mas dañadas acá que favorables á Cartago, supieron en el Andalucía de mensajeros ciertos, así de cartagineses, como de muchos otros navegantes, que venian de Sicilia, como Dionisio el Tirano, cansado con la guerra continua que Timoleon el capitan griego le hacia, segun los capítulos pasados apuntamos, habia puesto su persona, con sus tesoros y sus armas, caballos, navíos y galeras en mano de aquel Timoleon, y entregádole la ciudad y fuerza de Siracusa, ó Sarausa, como sus naturales ahora la llaman, ó Zaragoza de Sicilia, como nosotros los españoles la nombramos; la cual era precio y empresa de todas aquellas cuestiones y fuerza principal donde se fundaba la potencia deste tirano. Y así vencido y deshecho lo llevaron á Corinto, donde Timoleon era natural, con seguridad de la vida, y con algunos partidos flacos que pidió. Súpose mas poco despues, que muchos otros tiranos particulares de la isla, moradores en villas y lugares no tan principales como Siracusa, vista la per-

dicion de Dionisio, se rindieron tambien á este capitan. Y dado que quisieran algunos otros perseverar en resistirle con favor del ejército cartaginés, y de sus capitanes y flotas que residian en Sicilia, conservando muchos buenos lugares que por allí tenian; al cabo dentro deste año fueron todos despojados de sus tiranías, y pacificado lo principal y mejor de la isla y puesto gran número de pueblos en libertad.

Será menester que los lectores sepan en este caso la falta que hallamos en algunas corónicas, por culpa creo yo de sus escribientes y trasladadores, donde se dice que Timoleon en fin de cincuenta dias despues de llegado á Sicilia, cobró la ciudad y fortaleza de Siracusa, y concluyó todo lo demás que dejamos contado, siendo cierto que no solos cincuenta dias, sino muchos años pasaron en medio. Lo cual apuntamos aquí para que nadie nos ponga los tales libros por contrarios; y tambien porqué, como veremos adelante, resultaron destos acontecimientos sicilianos algunas cosas pertenecientes á la corónica de España, las cuales sentimos, y tuvimos en ellas diligencia para las poner y repartir en sus tiempos y lugares como sucedieron. No faltaba ya por allanar en Sicilia sino lo que Cartago poseia: mas eran tan solícitos y proveidos sus gobernadores, y tan poderosa su república, que no solo pretendian defender lo suyo, sino tomar y deshacer á Timoleon cuanto los dias ántes habia trabajado. Para lo cual el año siguiente comenzaron á bastecerse de gentes, y renovar navíos, y labrar fustas y galeras nuevas, llegando provisiones, y haciendo cuantas diligencias eran menester. Quisieran en este trance meter españoles en aquel ejército como solian; pero visto que las cosas del Andalucía, segun estaban turbadas, no lo sufririan, y que los otros lugares de sobre la costa comarcanos á los montes Pirineos, casi todos eran pueblos ecsentos, y moraban en libertad, con quien ellos no tenian entrada ni comunicacion, y que los españoles de mas adentro no se dejaban tratar por su mucha fiereza y esquividad, sobreseyeron aquella vez en sacar gente de España, hasta que los tiempos y dias trajesen alguna mejoría para poder acá reparar sus negocios. Y luego pusieron en lista cinco mil hombres del cuerpo de su mesma ciudad, que segun era populosa y magnífica, bastó para los dar sin recibir mella ni sentimiento. Con éstos y con otros sesenta mil hombres africanos cogidos á sueldo, metidos en doscientas galeras reales y en otras mil velas menores, se publicó dende á poco por los puertos de España que los cartagineses eran pasados en Sicilia contra Timoleon: y luego á los principios del otro año adelante supieron haberse dado batalla de los unos á los otros, cerca de un rio llamado Crinisio, en que finalmente, despues de muy combatida, se dijo los cartagineses haber quedado vencidos con muerte de diez mil hombres, entre los cuales fueron los tres mil y trescientos vecinos de Cartago, sin otros cinco mil que se tomaron á prision dentro de los reales. De lo cual es de creer que los andaluces sus adversarios cuando lo supieron no recibirian poco placer, mayormente que no se halla, segun las historias publican, que los cartagineses por este tiempo, ni por algunos mas atrás, hubiesen recibido daño tan calificado. Porque como los años pasados hiciesen todos sus ejércitos de gentes africanas y españolas cogidas á sueldo, y con ellas vencian casi siempre, sintieron ahora la pérdida de sus ciudadanos gravísimamente, puesto que lo remediaron tan presto, que nadie bastó para les ganar un solo paso de cuanto por allá tenian.

CAPÍTULO XXVII.

De la navegacion maravillosa que continuaban los de Cádiz y los otros españoles sus comarcanos en el mar Océano, y de la primera pesca de los atunes que por aquellos dias descubrieron estos navegantes, y de los otros acontecimientos notables que dentro de seis años acontecieron en España.

Con las turbaciones de Sicilia, y con los grandes impedimentos que por allí tuvo la señoría cartaginesa, perseveraban los hechos de España quietos y pacíficos, particularmente los del Andalucía, lo cual no estuvieran si los tales impedimentos allí cesaran. De manera que pasaron mas de seis años enteros en que los historiadores antiguos no declaran cosa que por acá sucediese, ni cuanto á la contratacion de Cartago, ni cuanto á los españoles entre sí, hasta ser llegado el año de trescientos y treinta y cinco ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que poco mas ó ménos concurrió con el año postrero de la ciento y diez olimpiada de los griegos: en el cual tiempo tampoco ponen cosas de mucha substancia pertenecientes á nuestra corónica, si no fuese por caso lo que dicen algunos haber hecho los vecinos de Cádiz que moraban en lo postrero de la isla, continuando las navegaciones acostumbradas que traian por diversas regiones del mundo con sus grandes carracas y navíos crecidos, en que juntamente con los españoles sus comarcanos y confederados entraban por el mar Océano hasta la costa de las Indias, y discurrian por las riberas de Arabia, sacando de allá, y llevando de acá cosas de muy crecidos intereses. Éstos en aquella sazon habiendo navegado desde su ciudad entre septentrion y poniente, casi por el viento que llamaban apeliotes, y los latinos solian decir euro volturno, á quien nuestros mareantes, como ya en otra parte dije, nombran ahora maestral, y por otro apellido nurueste, dieron en unos cenagales á manera de bajíos, llenos de ovas y de yerbas marinas. La cual region con las crecientes de la marea se cubria, y con las menguantes tornaba á parecer, donde hallaron unos peces nombrados atunes en increible multitud, y de grandeza maravillosa. Considerada tan buena caza, lanzaron en ellos sus armadijas de harpones y redes, con que pescaron crecida cantidad. Y hechos los tales pescados en piezas cuadradas, para que se pudiesen enjugar poco á poco, salándolos y metiéndolos en toneles, tornaron á su pueblo cargados desta mercadería, con intencion de la vender ó trocar en los puertos de levante que caen sobre nuestro mar Mediterráneo. Pasados en África, la señoría cartaginesa los detuvo, y les compró cuanto pescado llevaban, no consintiendo que semejante bastimento se distribuyese por otras partidas. Y cayóles tanto en gracia la buena manera y sabor destos atunes salpresados, que despues en sus convites y placeres ningun manjar estimaron por mas precioso. Y como tal aquellos de Cádiz los comenzaron de pescar y poner en salmueras, para los vender en esta ciudad de Cartago, continuando largos tiempos despues la tal pesca. Esto debió ser en el mes de mayo, porque siempre los atunes en aquel tiempo vienen á nuestro mar Mediterráneo desde el Océano de poniente por el estrecho de Gibraltar, para desovar

y parir en el mar de Latana sobre Constantinopla, y al otoño siguiente tornan con sus crias y generacion al mar Océano donde vinieron, sin faltar jamás año que no lo hagan. Los cuales dos viajes fueron siempre muy esperados, y lo son tambien ahora por este nuestro tiempo de los pescadores españoles que moran en aquellas marinas, á causa de tomar en aquella temporada copia dellos en demasía, que se venden salados en botas por las provincias de Europa, imitando la primera invencion destos de Cádiz. Nosotros con la mucha sobra no lo tenemos al presente por vianda tan delicada ni golosa como los cartagineses la tuvieron cuando los de Cádiz se la llevaron. De lo cual todo, y de la manera de su pesca, con la figura, naturaleza y propiedad destos atunes, daremos cumplida relacion en la postrera parte desta gran historia. La corónica de España que mandó componer el serenísimo rey don Alonso de Castilla y de Leon, que ganó las Algeciras, añadiendo ciertas cosas antiguas que le parecieron faltar en la corónica de España que primero se recopiló por industria de su bisabuelo el señor rey don Alonso el Sabio, hace memoria por este mesmo tiempo de grandes divisiones y discordias que se recrecieron á los españoles celtíberos unos con otros: de cuya region y comarca dejamos hechos apuntamientos en el tercer capítulo del segundo libro; pero no cuenta como fueron, ni por qué causa, ni declara mas en este caso de señalar el acontecimiento y pasar adelante, ni yo tampoco pude hallar otra escritura que diese dello razon para la poder yo dar como debia. Sabemos tambien que los cartagineses proveyeron estos dias, ó cierto muy poco despues, de persona nueva llamada Maharbal, para la residencia de Cádiz y de los puertos del Andalucía; pero tampoco declara nadie si fué por muerte de Boodes su antecesor, ó por haber cumplido los años de su cargo, ó por otra razon alguna. Mucho ménos dicen quién fuese Maharbal, ni lo que hizo, ni cuanto tiempo gobernó la provincia, ni despues dél dende á muchos años, qué personas cartaginesas sucedieron en aquel oficio. Y pues las cosas españolas desta sazon, tocantes á los andaluces y cartagineses, y á las otras tierras sus comarcanas, tienen al presente muy poca luz entre los autores á quien seguimos: conviene dejarlas en aquel ser, y pasarnos á las otras tierras ó regiones de España mas orientales, para contar los acontecimientos dignos de memoria, que poco despues sucedieron en ellas y en sus confines.

CAPÍTULO XXVII.

Como desembarcaron en España navíos de Marsella, donde venia cierto linaje de la nacion, y gente llamada de los foceenses de Yonia, que sobraban de su mesma ciudad, para fundar acá pueblos donde morasen: de los cuales navíos algunos pasaron cerca de la villa de Empúrias, y mucha parte dellos caminaron mas adelante.

Al tiempo que los negocios quedaron en estos términos, era ya pasada la mayor parte del año, que se contó trescientos y treinta y tres ántes del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo: dentro del cual entrados ya muchos dias del verano, cuando comunmente suele venir el buen tiempo para navegar, parecieron junto á los montes Pireneos, sobre la costa que llamaban en aquella sazon de los Indicetos, ó de los Indigetos, segun Tolomeo los nombra, que fueron una pequeña parte de la region que decimos ahora Cataluña, cantidad y mezcla de navíos hondos y grandes, con algunos otros lijeros y de servicio, llenos todos ellos de varones y de mujeres y niños en mucho número. Y como quiera que de su faccion y pinturas parecian ser marsellanos, porque muchos años ántes los foceenses vecinos de Marsella, despues que fundaron aquella ciudad en Francia, trataban y recogian todas estas comarcas: pero los españoles de la tierra, viéndolos venir con tantas mujeres y tanta jarcia muy en diversa manera de la que solian, y con mayor aparato de gente, desconociéronlos al principio, y puestos en armas, salieron á la ribera para vedarles la desembarcacion donde quiera que llegasen. Particularmente hicieron esto los moradores de la villa de Roses, que como dijimos en el cuarto capítulo del segundo libro, fué poblacion de griegos: puesto que ya por aquellos dias tenian entre sí muchos españoles de la tierra con quien estaban mezclados, y por esta causa todos ellos hablaban la lengua griega poco corrupta. El mesmo sentimiento hicieron cuando vieron aquellos navíos otros vecinos de cierto pueblo mas occidental que Roses, en una de las puntas postreras del seno del mar, que viene de un lugar á otro, cuyo nombre no sabemos en aquellos dias cual era, mas que despues el tiempo adelante le llamaron Empurias, por cierta razon que diremos presto. Viendo los navegantes recien llegados la alteracion y bullicio que la gente mostraba sobre la marina, volvieron las proas contra una isleta pequeña como peñon, metida toda dentro del agua, cercana de la costa, donde se tuvieron sobre las áncoras en la parte mas segura que les pareció: porque verdaderamente no traian intento de venir en riesgo con persona del mundo, pudiéndolo escusar. Desde allí luego el dia siguiente los cuatro navíos dellos con parte de las fustas de servicio levantaron velas, y divididos de los otros á vista de los españoles, tomaron su viaje contra la vuelta del poniente, lo mas junto que podian á tierra, cuanto dellos se pudo conjeturar. Y poco despues los otros que restaban metieron al agua dos barcas pequeñas desarmadas, en que se mostraron algunos hombres ancianos con ramos de olivas en las manos, declarando venir pacíficos. Y puestos en tierra, como mejor pudieron daban á sentir entre los naturales de la provincia que les harian gran bien si les diesen mantenimientos á trueco de las cosas que traian en sus navíos, ó por dinero, si lo tenian en uso por aquella tierra. Los españoles holgaron mucho de conocer que la gente venia sosegada, segun lo significaban sus trages y razonamientos: y mucho mas despues que supieron ser marsellanos, á quien todas estas gentes sus comarcanas en España y fuera della tenian por hombres industriosos y discretos, muy concertados en su buena manera de vivir: y sobretodo famosos enemigos de los malhechores corsarios, que dañaban los navegantes de la mar, y los moradores de su costa, tanto que traian galeras armadas para perseguir estos tales: y dellos tenian en su ciudad, por los templos y plazas y por los otros lugares públicos colgadas áncoras y mástiles, banderas, gavias, pedazos de navíos con otros despojos que de continuo les ganaban en señaladas victorias. Con todas estas seguridades, hubo personas entre los españoles que temieron algun engaño, recelándose de ver la mucha gente que les quedaba dentro de los navíos: y perseveraron en esta duda, segun mostraban, hasta que los ancianos de las barcas declararon con palabras amorosas el intento principal de su venida, diciendo, que la ciudad de Marsella, siendo

ya por aquel tiempo cumplidos doscientos años de su fundacion ó poco ménos, hallándose muy abundosa de gentes, y de cualesquier otros bienes mundanos, habian entresacado número de vecinos suyos, y dádoles ocho navíos grandes, bastecidos de riquezas en abundancia, para que pasados en España, poblasen algunos lugares en aquella tierra bienaventurada, donde su memoria permaneciese con semejante felicidad y buena fortuna, que sus progenitores tuvieron cuando vinieron á Francia. Destos ocho navíos, los cuatro (segun habian visto) eran pasados adelante, por ser pequeña isleta donde pararon para caber todos en ella: dentro de la cual tenian gran voluntad de hacer su morada los que quedaban allí, si los españoles comarcanos eran dello contentos, por ser casi todos criados y nacidos en los tratos de la mar, y para les hacer desde allí tan buena vecindad y servicio, que jamas tendrian arrepentimiento de cosa que les hubiesen permitido. Quedaron tan satisfechos los españoles, en ver la buena cuenta y buena manera con que los marsellanos daban razon de su viaje, que liberalmente les otorgaron la posesion desta isleta, ofreciéndoles con ella su conversacion y sus amistades: esto no solamente los que moraban en el pueblo frontero que dijimos sobre la marina, sino tambien los vecinos de Roses sus confederados: los cuales acudiendo luego con sus bateles, eran intérpretes entre los unos y los otros, y holgaron mucho de lo hecho, por se preciar tambien ellos en haber procedido de gente griega como los marsellanos. Así que firmada con todos el amistad, los de las barcas tornaron á su isla ó peña: y luego comenzaron á levantar algunos tendejones y cabañas á manera de casas desde las cuales discurrian con sus navíos por todas aquellas comarcas, negociando lo que les cumplia, con tal aficion de cuanta gente los trataba, que por ninguna manera nadie les negó cosa que pidiesen. Y ciertamente si la disposicion de la isleta fuera provechosa, bastantes eran los marsellanos á darse tal industria, que hicieran allí muy honrada poblacion. Mas todo les era contrario; porque junto con faltar buen asiento, tenian poca tierra, que no se podian revolver para labrar edificios crecidos, ni cosa que deseasen. Todavía porfiaron en ello muchos años, procurando vencer con industria todas aquellas dificultades: como quiera que cuanto mas lo trabajaban, tanto mas les crecian los inconvenientes, y les menguaban los aparejos.

CAPÍTULO XXIX.

Como los otros navíos de los foceenses marsellanos vinieron á la villa de Muxacra, donde fueron recogidos en la compañía de sus vecinos antiguos. Los otros sus compañeros pasaron á Denia, donde hicieron su morada, permitiéndolo la ciudad de Monvedre: en cuya confederacion estaban todas aquellas comarcas sus vecinas.

Entre tanto que las cosas así pasaban, los cuatro navíos marsellanos que los primeros dias se dividieron destos otros, habiendo ya discurrido mediano trecho de las riberas españolas contra la vuelta del poniente, tentando lugares donde buenamente pudiesen asentar, sobrevínoles un dia tan grave tormenta, que sin poder haber algun remedio, se derramaron á diversas partes. El uno dellos corrió por lo largo mucho trabajosamente, no sabiendo la derrota que llevaba, ni los bajíos del agua, ni las traviesas, vueltas, cabos ó puntas de la tierra, que convenia doblar ó huir, hasta que por muy gran ventura paró solitario sobre la tierra, junto con los fines del Andalucía, fronteros á cierto risco donde se parecia la villa nombrada Murgi, poblacion antiquísima de los españoles morgetes, como ya lo declaramos en los treinta capítulos del primer libro. Y aquí no solamente fueron aquellos marsellanos reparados y favorecidos de los vecinos deste lugar, sino recibidos tambien en su vecindad mesma, señalándoles casas y repartimientos donde hiciesen morada. Desto resultó, que por estar aquella villa sobre lugar encumbrado, le comenzaron á llamar estos marsellanos en su lengua griega Murgacras, á quien ahora poco corrupto el vocablo, decimos comunmente Muxacra, que significa tanto como Murge la del altura, por diferenciarla con este sobrenombre (segun yo creo) de cierta poblacion llamada del mesmo apellido, metida mas dentro de la tierra: la cual en este mi tiempo decimos Murga, como tambien lo señalamos en aquel capítulo sobredicho. Mucho mas traseros quedaron los tres navíos desta conserva, y mucho mas juntos á la ribera de España, tanto, que poco despues forzados de la mesma tormenta, dieron al través, y encallaron en la costa cerca de la punta que nuestros navegantes llaman ahora cabo de Martin, situada por aquella parte que ya señalamos en el segundo capítulo del primer libro. En estos confines hallaron un templo solemne, con una figura de la diosa Diana, que los saguntinos vecinos de Monvedre fundaron muchos años ántes, cuando primeramente vinieron en España, como tambien se podrá ver en los veinte y nueve capítulos del primer libro. Llegados aquí los navíos de Marsella con mas peligro y afrenta que podríamos decir, luego en encallándose, se comenzaron á deshacer por las armazones bajas. Y la gente dellos con algunos españoles de la tierra, moradores cerca del templo, saltaron presto con barcas á sacar las vituallas y ropa que traian, con tanta diligencia, que casi no se perdió cosa, ni peligró persona grande ni pequeña, sino los cascos mayores de los navíos solamente: pero no tan sin remedio, que despues no aprovechase la madera y herrage para los remediar, de tan buena suerte, que con poco mas que les añadieron, los tornaron á ligar y reparar, y hacer mejores que primero. Tardaron los marsellanos en aquella fatiga muchos dias, sacando la madera del agua, plañiendo sus infortunios y desdichas. Mas bien considerado, segun adelante sucedió, fuéles muy provechosa tal desgracia: porque como los españoles comarcanos continuasen las devociones y sacrificios del templo comarcano, los marsellanos vinieron tambien á sacrificar, y comenzaron á mostrárseles, y trabar con ellos amistades donde quiera que podian, trocando de sus preseas y joyas á tal barato, que cuanto mas los trataban, tanto mas holgaban de comunicarlos, haciéndoles mucha caridad y recogimiento piadoso, cual habia menester su fatiga pasada. Mas como poco despues conociesen que toda la guarda deste templo con la mayor y mejor parte de la marina, se gobernaba por administracion de los saguntinos vecinos de Monvedre, despacharon allá personas de su compañía, para les rogar afectuosamente, que los dejasen poner allí su morada no léjos del templo. Sobre lo cual estos mensajeros cuando llegaron á Monvedre hablaron razones asaz concertadas: cuyo principio fué manifestar quién ellos eran, para que sabido ser griegos y de Marsella, los inclinasen á su favor, por ser ya la reputacion desta ciudad de

Marsella estimada donde quiera que la conocian. Tras esto les declararon, como viniendo pacíficos y con gran voluntad por mandado de su república, para servir y reverenciar la gente de España, deseosos de buscar en ella region ó provincia donde reposasen, los dioses inmortales pareció que los echaban allí, señaladamente la diosa Diana, quebrándoles sus navíos, y no consintiendo que pasasen mas adelante, porque la bondad de los saguntinos usase con ellos su piedad acostumbrada, y ellos sirviesen esta diosa, patrona y abogada de Monvedre, con aquella santa voluntad, que los foceenses fundadores de Marsella sus progenitores la reverenciaron en las partes de levante, cuando dejada la tierra de Yonia para venir en Europa, tomaron el principio de su viaje desde el templo de Efeso, donde las gentes en aquel siglo tenian el cimiento de la devocion desta diosa, tomándola por guiadora y abogada de su viaje, todo conforme con lo que ya dellos escribimos en los veinte y seis capítulos del segundo libro. Y así dijeron, que parecia ser ella mesma la que los trajo sobre la marina confina, donde siempre fué tan acatada de gente piadosa, tál que se dolerian de sus fatigas. Por tanto les rogaban y pedian reputasen á bien su venida, permitiéndoles el asiento cerca deste templo, pues ya tendrian memoria que la mayor parte de los fundadores de Monvedre fueron otros tiempos advenedizos en España, donde tambien habian sido recibidos en la vecindad y parentesco de la tierra, y en el conocimiento, liga y consanguinidad de los españoles: y así parecia tener mas obligacion á los peregrinos que nadie de la provincia, mayormente siendo junto con esto los progenitores de Sagunto gente griega de nacion, como lo fueron los foceenses antiguos de Yonia, de quien todos los marsellanos procedian, con lo cual se justificaba mas su peticion, y les obligaba particularmente, que como parientes y nacion de su mesma sangre los tuviesen cerca de sí, pues que de tales no podria recrecer á la república de Monvedre perjuicio ni daño, sino toda buena vecindad y servicio. Con estas palabras, y con ser poco número la gente que las decia, holgaron los saguntinos de les dar entrada por la parte que pedian. Y desta manera los marsellanos compañeros de los otros, que se quedaron en la isla ó peñon cerca del monte Pireneo, comenzaron á poner su morada por aquella ribera del mar Mediterráneo, no muy desviados del templo de Diana, tomando cada dia mas y mas amistad con los pueblos españoles sus comarcanos: los cuales en aquella sazon eran llamados contestanos, cuyos linderos y confines quedan bien aclarados en los veinte y ocho capítulos del primer libro. Creció desde allí la poblacion por tal manera, que despues andando tiempo, de tres villas que los marsellanos hicieron entre la boca del rio Jucar y Cartagena, de quien Estrabon hace memoria, las dos villas salieron y se fundaron de la multiplicacion y gente que sobraba désta, dado que no sepamos al presente qué lugares fuesen aquellos, ni cuando se comenzaron á poblar. Sucedió mas, que por estar aquella villa recien edificada, no léjos del templo sobredicho de la diosa Diana, la llamaron Dianio hasta nuestros dias, que permanece con honrada vecindad, y con el apellido que siempre tuvo: puesto que corrompido su vocablo le decimos Denia, trece leguas mas occidental que la ciudad de Valencia, y doce leguas mas al oriente que la villa y puerto de Alicante, ó segun otros la situan, entre la ciudad de Cartagena y la boca del rio Jucar. Esta es la villa de Denia, famosa y solemne por los libros de cosmografía, llamada (segun otro nombre) Hemeoroscopeo, que quiere decir en aquella lengua griega de los marsellanos, sus edificadores, lugar alto y atalaya del dia, donde se descubren largas anchuras á cada parte. La punta de tierra metida contra la mar donde tenian el templo, no muy léjos deste pueblo Dianio, fué por estos mesmos dias nombrada tambien Artemisio, que significa tanto como Dianio: porque ni mas ni ménos llaman aquellos griegos Artemis á la sobredica diosa Diana. Ahora por este nuestro siglo, como todos los vocablos van corruptos, así tambien éste queriéndole decir Artemisio, le llama la gente vulgar Atemus, tres leguas apartado de Denia. Y nadie tenga sospecha de ser ignorancia de cosmografía la tal razon, pues en verdad seria muy mayor engaño sentir lo contrario. Fué, pues, aquella punta donde hallaron el templo ya declarado, todos los tiempos antiguos muy apropiada, segun su gentil postura, para todo negocio de mar en guerras y en mercancías, y mucho conveniente para recojer, amparar y fortalecer cuanto por tierra le viniese. Junto con esto tenia cerca de sí grandes venas y mineros de hierro perfecto y esmerado, que se labraron despues con ingenios y con artificios que hicieron estos marsellanos. A cuya causa la mesma punta fué nombrada muchos años entre los antiguos el promontorio Ferraira. Siguiéronse mas con la venida destos marsellanos grandes mejorías en el adornamento del templo, porque tomaron tanto cuidado dél, que toda su mayor imaginacion era siempre tenerlo concertado, limpio, lucido y bien apuesto. Los sacrificios eso mesmo, fiestas y solemnidades, no se puede contar cuanto las aventajaron sobre lo que primero solia ser, introduciendo las ceremonias y misterios del templo de Efeso. Cuya memoria y estilo duraba todos estos dias en los otros templos de Marsella, tanto, que por la grande semejanza de los unos á los otros, llamaron tambien al ídolo y estatua de acá la Diana Efesia: y las gentes occidentales, cercanas á España, la tenian en igual reputacion de santidad que las orientales de Asia y de Grecia tuvieron los tiempos antiguos á la otra de Efeso.

CAPÍTULO XXX.

Como los marsellanos foceenses, que los años primeros habian asentado frontero de las Empurias, vinieron á morar dentro de la mesma villa, traidos y rogados por los vecinos della. Cuéntanse las diligencias y recatos que despues de venidos tuvieron estos marsellanos, para se conservar entre los españoles vecinos del mesmo pueblo.

Tanto cuanto las contrataciones se mejoraban en Denia con aquella buena vecindad de los españoles contestanos, y con el favor de los de Monvedre, tanto la de los otros marsellanos que pararon cerca de los montes Pireneos se dañaban continuamente, por la mala disposicion y poca tierra de la isleta ó peñon donde se metieron. La cual era tan desabrida y pequeña, que muchas veces determinaron salir á buscar morada por otras partes, creyendo que cualquiera seria mejor por mala que fuese. Pero los españoles indicetos, vecinos del pueblo que dijimos estar cerca de su isla, recibian tales provechos de su conversacion, y todos los comarcanos los amaban tanto, que sabido su descontento, y visto que por ninguna manera se podian allí conservar, les rogaron, que dejado



Templo de diana, que reconoció Morales en el Almudejo.

el peñon, se pasasen á lo firme de la tierra, donde si por bien tuviesen les darian la parte que mas les agradase dentro de su mesma villa. Lo cual estos marsellanos griegos reputaron á singular beneficio, hecho y encaminado por mano de sus dioses, en darles tan buena cabida con aquellos españoles, de quien ellos deseaban aprovecharse muy en lleno, tanto por el sitio donde moraban ser conveniente para sus negocios y tratos de la mar, como por la simplicidad que sentian en ellos. con la cual era cierto, que llevándolos fuera de rigor, los ganarian para cuanto quisiesen. De manera, que luego sin dilatar, ni tomar otro parecer, se pasaron al pueblo de los españoles indicetos, dejando solitaria su primera morada del peñon, donde ya tenian edificada manera de poblacion mal ordenada: la cual, despues ellos y la gente de por allí, nombraron Paleámpolis, que quiere decir, ciudad vieja, en el antiguo lenguaje griego. Hicieron esta mudanza, segun dicho es, entrado ya en el año de trescientos veinte y siete ántes que Jesucristo naciese, que fué justamente seis años cumplidos despues que todos ellos y los otros sus compañeros aportaron la primera vez con sus ocho navíos en España. Puestos aquí comenzaron á mejorar este pueblo con tratos y mercaderías que siempre negociaban, favoreciéndoles en ello los mesmos indicetos cuanto podian, y mostrándoles tal amor, que de nadie pudieran recibir semejante cortesía. Mas dado que todo así fuese, los marsellanos griegos considerando los inconvenientes que podrian recrecer adelante, si los catalanes indicetos alguna vez se les enojasen, recelando su ferocidad, proveyeron en ello como gente sagaz. Y por estar seguros de tal peligro, negociaron que les dejasen atajar la villa con un muro para dividir la morada de los unos y de los otros, por tal arte, que todo lo de contra la mar, que serian hasta cuatrocientos pasos en ancho, fuese para los griegos con sus entradas y salidas y contornos: y allí formaron ellos una puerta sobre los campos, junto con la lengua del agua, para recibir por ella los bienes que viniesen de la mar ó de la tierra. Por el otro lado, léjos de la ribera, quedaron los españoles divididos con el dicho muro, muy satisfechos y muy alegres por tener tales allegados. Y en esta su parte de la tierra comenzaron ellos á labrar otra cerca de piedra bien fuerte para su defensa, que tomaba mil pasos en contorno. Las cuales obras fueron á todos muy provechosas, por quedar en cada parte guardados y cercados, especialmente para los griegos marsellanos, que tenian con aquello sus haciendas y mercancías puestas en seguro, dado que saliesen fuera de sus casas, pues los españoles del medio pueblo quedaban en guarda dellos, y de sus mujeres é hijos. Y despues los mesmos españoles indicetos les tomaban estas mercaderías en cambio de los frutos y mantenimientos de la tierra, y no ménos en cambio de dinero, que tambien usaban algunos, y las tornaban á trocar con las otras gentes de la comarca. Donde resultó, que por este trato grande, que poco á poco fué creciendo, la villa se comenzó de llamar Emporie, que significa, segun la habla griega, lugar de tratanzas y ferias donde se compran y venden mercaderías. Tambien á veces los autores griegos la nombran en sus libros Diopolis, que significa lugar de dos naciones, ó ciudad dividida, porque la moraban aquellas dos gentes españolas y griegas, cada cual dellas á su parte: puesto que la nombradía de Emporion, le fué mas natural y muy mas verdadera: con la cual dura hasta nuestros dias, no con aquella contratacion antigua que solian tener; y poco corrompido el vocablo, la llamamos Empurias, puesta en el sitio que señalamos en el segundo capítulo del primer libro. Tito Livio Patavino, coronista de los romanos, hablando desta villa de Empurias en los treinta y cuatro libros de sus historias parece sentir, que no fueron marsellanos los que se juntaron en ella con los españoles, sino griegos asiáticos de la ciudad de Focea, donde tambien procedian los fundadores de Marsella. Mas Estrabon y Juliano, Diácono, que para mí son autores de tanto peso, que nadie puede ser tanto, claramente la nombran poblacion de marsellanos Y el mesmo Estrabon en el cuarto libro de su geografía, declarando la gobernacion de Marsella, hace particular memoria de las villas que sus gentes poblaron en España, de las cuales sabemos haber sido mucho principal ésta de quien ahora tratamos. Cuyas particularidades y fortunas contaremos en diversas partes desta gran obra, muy mas aclaradas y distintas, que no lo que dejamos escrito de la isleta ó peñon su comarcano, donde los griegos moraban primero: la cual isleta no vemos hoy dia donde pudiese haber sido, ni la hallamos en todas aquellas marinas, si no fuese por caso una muy pequeña, nombrada las Medas, dos leguas adelante de Empurias contra el Occidente, cerca de la costa, frontero de un riezuelo que por allí toma la mar, junto con un lugarejo, tambien pequeño nombrado Torrella de Mongri. Pero segun es pequeña y mal atropada la tal isla de las Medas, no parece que fué posible nadie parar en ella tantos dias: pues tambien ahora la hallamos desierta con una ermita sola muy pobre de la encomienda y orden, segun creo, del señor san Juan. Y ciertamente si los marsellanos algun tiempo la moraron, mucho preciarian despues el buen asiento y anchura de la villa de Empurias, cuando se pasaron en ella, mayormente gozando los bienes de la mar como solian, y junto con ellos el provecho del campo, que segun dije los españoles granjeaban: el cual de su naturaleza, fué siempre fértil, donde sin los otros frutos y mantenimientos, se criaba mucho lino, que los emporitas adobaban y labraban cuidadosamente para sus menesteres y truecos. Tenia mezclado con esto gran abundancia de esparto, y en los lugares mas estériles mucho junco para los ganados, y para cualesquier otros atavíos que dél se hace. Por la cual razon algunas gentes le llamaban en aquellos tiempos el campo Junquero, como tambien hoy dia se halla cerca dél una poblacion nombrada Junqueras. Tiene mas los montes Pireneos á solos cuatro mil pasos de trecho, cuyas vertientes echan de sí rios dulces, que descienden y riegan la tierra: de los cuales uno, llamado Clodiano, los tiempos antiguos, es el que toma la mar cerca de la mesma villa de Empurias, ahora decímosle Fluvian: y con su boca y entrada, hace puerto casi bastante para se le llegar navíos, y conservarlos medianamente.

CAPÍTULO XXXI.

De las ordenanzas y reglas antiguas de vivir que tuvieron los emporitas y los de Denia, cuando primeramente vinieron en España, y de la confederacion y liga que pusieron los de Monvedre con los marsellanos de Francia.

El año adelante, que fué trescientos y veinte y seis ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, la república marsellana visitó con mensajeros propios estos sus naturales, que residian en España, para reco-

nocer la manera de su gobierno, con las otras cosas pertenecientes á sus asientos y moradas. Los que vinieron con el mensaje, pasaron principalmente por Empurias y por Roses, y por toda la marina de los catalanes indicetos, regradeciéndoles á todos en general, y á los emporitas en particular la buena recojida de su gente. Desde allí, metidos en sus navíos, llegaron á Denia, y sacrificaron en el templo de Diana muchos carneros y vacas, con aparato grande, segun el estilo de la gentilidad. Y despues, habiendo proveido cuanto les pareció convenir al buen estado de esta villa, pusieron en escrito leyes y constituciones con que se rigiesen, conformes á las que Marsella tenia. Para conservacion de las cuales ordenaron quince gobernadores, y déstos quince, tres principales de poder absoluto, cuanto á los negocios que comunmente sucedian: pero si cosas importantes ó difíciles ocurriesen, habia número de personas graves y prudentes, que deliberaban y aconsejaban lo que convenia hacer. Este cargo de consejeros les duraba cuanto viviesen: y por ser gran dignidad entre ellos les llamaban en su lengua griega Timucos, que significa lo mesmo que personas venerables, ó que tienen honor. Y dado que ya por este tiempo venian de continuo muchos españoles á se juntar con ellos y morar en su compañía dentro del pueblo, ninguno recibian para ser timuco que no tuviese hijos, y que no descendiese de casta ó linaje destos mesmos marsellanos dentro de la tercera generacion. Los sacrificios y manera de plegarias á sus ídolos todos fueron á la costumbre de Grecia. Cuanto á los vestidos, y convites y mantenimientos pusieron tasas moderadas, y con ellas penas á quien las excediese. Lo mesmo tuvieron en el precio de los casamientos, mandando, que ningun dote de persona, por principal y rica que fuese, valiese mas de cien monedas de oro, con otras cinco monedas para vestidos, y cinco para joyas. Habia constitucion, que ninguna mujer casada, ni doncella, ni de cualquier otra calidad, en su pueblo bebiese vino: sobre lo cual eran tan miradas, que quien lo bebia, sin el castigo grave que daba la ley, era tenida por infame. Señalaron, otrosí, dos andas ó lechos públicos, depositados para los mortuorios, el uno con que sepultaban los ciudadanos ricos y pobres, el otro para los esclavos á su parte. No permitieron que jamas hubiese dentro de su villa farsas ni comedias, ni juegos semejantes: pareciéndoles, que pues las tales por la mayor parte representaban burlas y engaños, ó cosas de amores ó de lujuria, podian mover á los que las oyesen y viniesen á mirar, para despues hacer esto de verdad, lo que trataban aquellos en ficcion. Vedaron siempre rigurosamente, que nadie, so color de religion ó semejanza de santidad ó devocion, mendigase, ni pidiese mantenimientos por el pueblo, sino que todos trabajasen y lo procurasen fuera de vicio. Si los esclavos negociaban con sus amos que los libertasen, y despues de horros ó libres salian desagradecidos, ó hacian cualquiera otra cosa de que los señores no fuesen contentos, podíanlos tornar á su cautiverio primero, una y dos y tres veces, hasta la cuarta vez, en que no les era permitido hacer lo hecho, pues ya sobre tres vueltas, mas culpa parecia tener la necedad y torpeza del señor, que la maldad del esclavo. Guardaban otrosí, públicamente dentro de sus depósitos cierta confeccion de ponzoña, mezclada con zumo de cicuta, para la dar á quien de su voluntad quisiese matarse, con tal que primero manifestase ante los gobernadores y timucos algunas de las causas legítimas que le movian á fenecer sus dias, cuales eran, enfermedad larga, ó dolor, ó tristeza sobrada, ó pobreza, ó demasiado vivir, ó temor de caer en algun desastre ó peligro crecido. Sin esta manera de muerte ponzoñosa suave, tenian para los malhechores un cuchillo público con que los degollaban, y muchos otros instrumentos de penas y castigos mas livianos para los otros delitos de menor calidad. Cuando mensajeros ó gentes de fuera venian á la villa con mandados ó con negocios, vedábanles meter armas dentro, de cualquier suerte que fuesen: y tenian en cada puerta del pueblo personas limitadas que se las tomaban y guardaban, y tornaban á dar cuando salian. Tales fueron las constituciones ó leyes en Denia muchos años, conformes á las de Marsella, hasta que por discurso de tiempo los españoles comarcanos acudieron tantos á se mezclar y vivir entre ellos, que corrompieron gran parte dellas, puesto que les tomaron su lenguaje, con los trajes y atavíos, y mucha parte de su policía griega. Las mesmas costumbres y manera de vivir tuvieron los otros sus compañeros en Empurias, sino que cuanto á la seguridad y reposo discreparon mucho; porque como quiera que los españoles antiguos del pueblo les hiciesen aquel buen tratamiento que declaramos en los capítulos pasados, jamás estos griegos emporitas confiaron de buena muestra que viesen, temiendo los alborotos, mudanzas y ferocidad de los españoles y de sus comarcanos: sobre lo cual traian grandes proveimientos á todas partes, en especial cuanto á la puerta del campo que dijimos confinar con la marina, donde residia siempre una persona de los principales, ó de los otros gobernadores deputados por sus dias, con gente bastante para la defensa. De noche velaba las cercas toda la tercia parte de cuantos ellos eran, y dormian allí con tanto cuidado como si les tuvieran cercados enemigos, no consintiendo que persona del mundo llegase, ni pasase de los unos á los otros en tal hora. La mesma diligencia tenian en otra puerta que hicieron en aquel medio muro que señalamos atravesar la villa por la parte de dentro, con la cual puerta, siendo dia, pasaban los griegos á los españoles, y negociaban lo que tuviesen menester: donde tampoco faltaban jamás suficientes guardas, y aun habia constitucion y ley que ninguno de los griegos entrase por allí, si no fuese de la mesma tercera parte que la noche pasada rondaron sobre los muros y puertas. Nada de tales recatos ni diligencias tenian los españoles en su cuartel: todas las veces, y á cualquier hora que los griegos marsellanos quisiesen venir á ellos, holgaban mucho de verlos entre sí, por cambiarles lo que llevaban, y vender los mantenimientos que tenian, usando siempre de mucha liberalidad en el cambio, con tal cortesía, que si los griegos fueran gente ménos recatada, perdieran cualesquier sospechas ó recelos. Y desta suerte que tenemos contado quedaron en España sosegados y pacíficos aquellos marsellanos que vinieron á morar en ella con aquel descanso que sufrian los tiempos y calidad de las gentes entre quien pararon. En asentar estos hechos gastaron los mensajeros marsellanos lo que faltaba del año sobredicho, y luego como fueron pasados algunos pocos dias del siguiente, vinieron á la ciudad de Monvedre, para dar allí semejantes gracias que dieron á los otros españoles catalanes indicetos cuando venian de Francia, por el favor que Monvedre mostró siempre á los de Denia. Item, pusieron ligas perpetuas en nombre de su ciudad con los saguntinos de Monvedre, segun el poder y mandamiento particular que

dello trajeron. Las cuales ligas fueron aceptadas con alegre voluntad, y los mensajeros festejados y tratados honoríficamente. Por la via destos embajadores marsellanos tuvo noticia Monvedre del mucho poder que los romanos alcanzaban en Italia, con relacion larga de sus victorias continuas por aquellas partes, y de su perfeccion en la disciplina militar, y de la verdad y limpieza con que mantenian el amistad de sus amigos, donde quiera que los tuviesen, segun que por lo de los mesmos marsellanos podrian conocer, con quien Roma conservaba confederacion desde los años antiguos, ántes que Marsella fuese poblada, cuando sus principiadores los foceenses de Yonia venian buscando tierra donde morasen, como ya lo dijimos en los veinte y seis capítulos del segundo libro, y en otros lugares eso mesmo de esta corónica. Súpose mas de los marsellanos, que la ciudad de Siracusa, ó Sarausa, ó Zaragoza de Sicilia, despues de muerto Timoleon el capitan griego que la libertó de sus tiranos pasados, andaba tan florecida y pujante, que traia guerra con los cartagineses por los despojar de cuanto poseian en Sicilia.

CAPÍTULO XXXII.

Del mensaje que por este tiempo los españoles enviaron al gran rey Alejandro de Macedonia, donde se declara quién fueron los que le llevaron, y las causas que les movieron á poner en obra tal embajada.

En aquellos mesmos dias que los mensajeros marsellanos vinieron en España, y aun algunos años ántes, andaba por ella muy crecida fama del gran rey Alejandro, hijo del rey Felipo de Macedonia, publicando sus acometimientos estraños, y su demasiada felicidad en las armas, y en cualesquier otros hechos que pretendia. Sabíase por cosa muy cierta que luego como principió su reinado, puesto que fuese mancebo de tan pocos dias que no tenia cumplidos veinte años, habia movido guerra contra las gentes ilíricas, que se dicen ahora los esclavones, y contra los tribalos y tracios, naciones ferocísimas. Las cuales vencidas y sujetas, revolvió sobre las ciudades de Grecia, sojuzgando por allí las repúblicas y señorías mas poderosas y principales de la tierra. Pasado despues en Asia desbarató á Codomano rey de los persianos, á quien por otro nombre llaman las historias el rey Dario. Poco despues destruyó la ciudad de Tiro en la Siria, con muchos combates y sitio largo que le puso, donde fueron naturales los fenicios pobladores de Cartago, con los otros fenicios nuestros, que desde Cádiz levantaron las guerras y turbaciones por el Andalucía que dejamos escritas en el segundo libro. Despues conquistó los judíos, y los egipcianos, y los alárabes y persianos, sojuzgándolo todo, y á toda parte, sin haber quien le pudiese resistir. Y por este tiempo de que hablamos ahora traia sus ejércitos dentro de las Indias, venciendo naciones y reyes nunca sabidos ni vistos, con tan buena fortuna, cuanta de ningun otro rey, ántes ni despues haya noticia. Muchas otras hazañas deste príncipe se platicaban aquellos dias en las poblaciones de España que caian sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo, sabidas y relatadas por los navegantes y negociadores que venian acá, las cuales dieron ocasion á que gran parte de sus moradores deseasen tener con él algunas inteligencias ó confederacion. Y como las nuevas creciesen cada dia con sobradas alabanzas, y junto con ellas la relacion de su buena gracia y magnificencia, determinaron enviarle sus embajadas. Y luego el año adelante, que fué trescientos y veinte y cuatro ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, bastecieron navíos hondos de carga con vituallas necesarias á la jornada, señalando personas convenientes á tal mensaje: las cuales, metidas en su navegacion, toparon en la mar fustas de los galos extranjeros, que (como ya muchas veces tengo dicho) moraban la tierra donde viven ahora los franceses, y llevaban al mesmo rey Alejandro por parte de su nacion otra tal embajada como la de los españoles. Y así todos juntos en compañía caminaron hasta desembarcar en la costa de Siria, desde la cual pasaron á la ciudad de Babilonia, donde hallaron embajadores de Sicilia y de Cerdeña, y de muchos pueblos italianos y africanos, en que tambien habia mensajeros de la gran Cartago, que pocos dias ántes eran allí venidos, y todos ellos estaban esperando la vuelta del sobredicho rey Alejandro, que ya tornaba desde las Indias muy lleno de triunfos y victorias. Pero como las jornadas que traia fuesen pequeñas y vagarosas, á causa de los ejércitos gruesos, y fardaje grande de diversas gentes que le seguian, y tambien los mensajeros hubiesen gastado tanto tiempo en esperarle, que ya llegaban los principios del otro año, donde, segun que les era mandado, convenia volver á sus casas: los españoles partieron de Babilonia para lo tomar en el camino; y allí cuando llegaron le hablaron largo, representándole con grandes encarecimientos el placer que su nacion española recibia continuamente por la buena relacion que tenia de su prosperidad, y que como de rey tan venturoso, deseaban su conocimiento, gracia y amistad, para que siéndole menester gentes ó bastimentos, ó cualesquier aparejos de los que se criaban en España, los pidiese, pues era cierto que se los darian con entera voluntad. El rey Alejandro respondió sabrosa y amigablemente. Y despues de muy informado en el estado de España, y en la manera y estilo que tenian las provincias della, y en el sitio de la tierra, y en todo lo demás que por acá pasaba, les tornó muchas gracias por el aficion que le mostraban, ofreciéndoles tambien él todo lo que pudiese hacer en su favor, y prometiéndoles que luego como fuese desocupado de negocios importantes á sus conquistas en la tierra de levante que le faltaban de concluir, trabajaria de venir en España, donde proveeria todo lo que les tocase, como cosa de verdaderos amigos y confederados, á quien holgaria tener alegres y contentos. Con esto los mensajeros se partieron dél muy satisfechos, llenos de grandes dádivas y de preseas ricas, conformes á la liberalidad y grandeza del que las dió. Llegados en España certificaron la venida deste rey en breve tiempo; y así creian todos que fuera cierto, si pocos dias adelante no se desbaratara con su muerte: la cual sucedió siendo ya venido á Babilonia, dentro del año que se contaron trescientos y veinte y dos ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, que concurrió justamente con el año primero de la ciento y catorce olimpiada de los griegos, como lo pone Arriano, coronista muy excelente de los hechos deste rey: las cuales olimpiadas griegas con sus principios y cuenta, yo me recuerdo bien haber ya prometido por otros capítulos pasados de las aclarar qué cosa sean en otra parte mas desocupada de nuestra corónica, y así lo cumpliré cuando fuere tiempo.

Deste mensaje hecho por los españoles al gran rey

Alejandro, allende los autores latinos y griegos que dél hablan, pone tambien relacion Paulo Orosio, cuyas corónicas en alguno de los volúmenes impresos dicen el uno de los mensajeros haberse llamado Maurino. Pero sin duda va dañada la letra, porque ni sus libros antiguos escritos de mano, ni los impresos bien enmendados tienen tal nombre. Todo lo demás que dejamos aquí dicho pone Juliano Diácono, y Juan Gil de Zamora en el tratado de las antigüedades de España, que compuso en lengua portuguesa, solo discrepan en que Paulo Orosio hace la tal embajada dentro de Babilonia. los otros dos algo primero que el rey allí viniese. Cuanto á lo restante, si conjeturas no livianas suelen valer alguna vez, en caso tan principal mucha sospecha tengo yo que los saguntinos de Monvedre, con los otros españoles sus confederados, debieron ser los principales movedores deste negocio: porque como su república fuese gobernada con leyes justas, y con los ejecutores dellas virtuosos y prudentes, siempre recelaron y miraron en lo que Cartago pretendia por España, creyendo que si cesaban los impedimentos de guerras que sucedian al derredor de Cartago, luego trabajarian de sojuzgar lo que faltase del Andalucía, con mas todos los pueblos y ciudades de las otras regiones españolas que tuviesen alguna libertad ó valor. Y de sospechar es que los de Monvedre, deseando prevenir este peligro, buscarian siempre favor donde quiera que lo sintiesen, para resistir las tales fuerzas cuando viniesen, y no se descuidarian ahora deste rey Alejandro, por saber dél que tambien era contrario manifiesto de cartagineses, tanto, que solo por causa dellos destruyó la ciudad de Tiro, conociendo la mengua y el enojo que les venia dello, pues era Tiro, como ya tenemos dicho, madre fundadora de la gran Cartago. Y esta voluntad sentian en Alejandro todos cuantos le trataban en cuantas palabras hablaba de veras ó de burlas que hiciesen al caso. Por la cual razon algunos dias ántes, recelándose los cartagineses deste príncipe mas que de ningun otro rey de sus tiempos, traian con él disimuladamente cierto caballero cartaginés llamado Hamilcar Rodano, fingiendo que por delitos andaba huido de Cartago, para que con esta color aquel Hamilcar los avisase de cuanto pudiese conjeturar en Alejandro: porque todos en el mundo tuvieron creido que fenecida la conquista de Tiro luego Alejandro moveria sobre Cartago, y aun él así lo publicó diversas veces, y así lo hiciera, si negocios mas importantes no le llevaran á partes de mayor necesidad, segun sus propósitos. Mas pues la mencion de los cartagineses parece que se nos torna de su grado sin la llamar en esta parte, será bien decir algunos hechos que por aquel mesmo tiempo tentaron en España y en algo de sus islas y comarcas.

CAPÍTULO XXXIII.

Como parte de los andaluces comenzaron á abastecerse para defender su provincia contra la gente cartaginesa, que quisieran tornar á cobrar lo que solian tener en aquella tierra, sino fuera por nuevas guerras que se levantaron en Sicilia, con las cuales Cartago disimuló las pendencias españolas, dado que todavia sus factores recibieron acá mucho daño de los andaluces.

Perseverando la parte de los turdulos andaluces en su division y discordia contra los factores y gentes de la señoría cartaginesa, residentes en los puertos de España, comarcanos á Gibraltar, comenzaron á ser las guerras desta señoría, cuanto mas iban, en Sicilia mucho menores y mas flacas que solian. Y fué la razon desto, que los siracusanos habiéndose mostrado principales cabezas en las diferencias pasadas, despues de muerto Timoleon, cansaban en ofender y porfiar contra la gran resistencia que Cartago les hacia. Y así temiéndose los unos de los otros aflojaban á cada parte, contentándose con sostener lo ganado, y no ser ofendidos de sus adversarios. Resultó desto, que los cartagineses imaginaron tener ya lugar con el vagar que por allí les daban, para revolver acá sobre los turdulos andaluces, y cobrar con las armas la contratacion, y las torres, y los mineros, y granjerías que solian tener entre ellos. Y verdaderamente ya lo comenzaron á poner en obra, labrando galeras y fustas nuevas, con armas, y capitanes, y todo género de municion; y tambien los andaluces de que lo supieron se bastecian y reparaban para la resistencia, cuando sin pensarlo se les tornaron á levantar otra vez en la mesma Sicilia tales revueltas y tan encendidas, que segun dicen algunos de nuestros coronistas, no solo convino dejar la pendencia del Andalucía, sino fué necesario tomar acá de sus mesmos puertos cuantas gentes pudieron entresacar: y con otros mil honderos mallorquines, que cogieron á sus gajes acostumbrados, pagándoles en vino y en mujeres, venir con ellos á Sicilia, para seguir esta nueva guerra que decimos: en la cual anduvieron tan ocupados, y pasaron tantos peligros, y gastaron tantos tesoros, que diversas veces estuvieron á punto de se perder. Esto solo hallamos apuntado, como digo, por algunas historias españolas cuanto á los hechos destos dias, muy confuso y tropezado, sin declarar á qué causa, ni con quién, ó qué turbaciones fuesen éstas de Sicilia. Pero cotejando los tiempos que tratamos en el capítulo presente con los de muchas otras corónicas sicilianas, no pueden ser estas guerras ya dichas sino con Agatocles, natural y vecino de Siracusa, que por aquella mesma sazon era levantado contra su ciudad. Cuya vida cuenta Plutarco bien á lo largo, relatando las cautelas y dobleces que tuvo con los cartagineses: unas veces para se favorecer dellos, y finalmente para los ofender, sin hacer memoria ninguna destos mallorquines honderos, ni de los otros españoles que pasaron en Sicilia por su causa dél, segun yo creo: puesto que ninguna cosa de lo que Plutarco habla tenga repugnancia ni contradiccion para que no pudiese caber en ello lo que nuestras corónicas dicen, pues ningun autor hubo jamás tan acabado, que dijese cuantas menudencias aconteciesen en los negocios que cuentan, sin faltar algo. Lo que deste capitan Agatocles sabemos es, haber sido de bajo linaje, hijo de un ollero siciliano: pero dotado de muy gentil disposicion y maravillosa hermosura de persona, que fué gran ocasion para gastar su niñez y parte de su mocedad en lujurias abominables, injuriosas á su cuerpo. Cuando tuvo mas dias dióse al amor de las mujeres. Y no satisfecho destos dos vicios, juntóse con algunos malos hombres ladrones, y hurtaba con ellos dentro de los poblados y tambien por el campo. Poco despues tornóse á Siracusa ó Zaragoza de Sicilia, donde moró vagabundo y ocioso, hasta que fallecido Timoleon, se comenzaron las guerras segundas desta ciudad zaragozana contra los cartagineses; y en ellas mostró tanta desenvoltura, que de capitan comun de peones lo subieron á capitan general de todos los ejércitos sicilianos. Aflojadas estas guerras por la causa que dijimos en el principio deste capítulo, hízose corsario de

la mar. Y visto que no ménos por allí como por la tierra le sucedian prósperamente sus empresas, quisiera tiranizar la mesma ciudad de Siracusa, deshaciendo la libertad en que Timoleon la dejó. Pero como fué sentido, desterráronlo del pueblo para siempre. Y así desterrado procuró la confederacion de ciertos lugares sicilianos, contrarios á Siracusa. Con los cuales y con otra mucha gente que supo recoger, vino sobre la ciudad, y le puso cerco tan apretado y terrible, que los siracusanos, faltando todo remedio pidieron el socorro de cierto capitan cartaginés, llamado Hamilcar, que residia dentro de Sicilia con algunas banderas africanas, para conservacion de lo que Cartago tenia por aquellas partes. Hamilcar aceptó luego de favorecerles, puesto que siempre fueron capitales enemigos suyos y de su ciudad. Y metiendo parte de su gente dentro del pueblo zaragozano, lo defendian por defuera y por de dentro mucho bien. De manera que por este tiempo la ciudad era combatida de sus naturales, y defendida por sus adversarios. Agatocles, vista la resistencia del capitan cartaginés, hizo con él tales cumplimientos y diligencias, que presto lo ganó de su parte, rogándole fuese medianero y juez destos debates, pues él obedeceria sin faltar punto cuánto mandase y ordenase. Finalmente guió los negocios de tal arte, que las mesmas banderas cartaginesas lo metieron en Siracusa, donde muertos por su mandado los mas y mejores vecinos della, quedó por señor de todos, y se llamó rey. Esto fué dentro del año que se contaron trescientos y veinte y uno ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, cuando los griegos tambien contaban el año segundo de la ciento y catorce olimpiada. Sabido por los cartagineses africanos estos conciertos en Sicilia, conocieron la maldad que pretendian ambos capitanes Agatocles y Hamilcar, y luego secretamente declararon al suyo por traidor, mandando que sin dilacion pasasen allá nuevos ejércitos con otro capitan, llamado tambien Hamilcar, hijo de Gisgon, y resistiesen la revuelta que por allí se comenzaba. Los cuales ejércitos salieron de Cartago pocos dias entrados del año siguiente, muy aparejados de cuanto les era menester. Y allí debió ser lo que nuestras historias dicen, que Cartago quisiera comenzar la guerra del Andalucía, si no fuera por las pendencias nuevas de Sicilia, donde le recrecieron grandes impedimentos: y por causa dellos cesaron sus negocios fuera del trabajo que los andaluces esperaban. Pero dícese despues desto, que como los mesmos andaluces sintiesen haber quedado los puertos de mar sin gente de guerra cartaginesa, juntáronse cantidad dellos, y repartidos en algunas cuadrillas, entraron á correr la marina con gran alteracion, y mucho daño por donde quiera que pasaban. Hubo puertos y lugares á quien dieron combates, aportillando los muros, y haciéndoles otros acometimientos peligrosos. Pero los vecinos dellos, así naturales españoles, como cartagineses, bastaron á los defender con los buenos reparos que tenian de fosos, y muros, y pertrechos, mayormente que siendo los acometedores gente vulgar y comun, sin órden y sin capitanes, duró tan poco la furia, que luego despues volvieron á sus casas, llevando robado cuanto hallaban en el campo de ganados, y bestias, y gente, sin otras muchas que mataron en su primera llegada.

CAPÍTULO XXXIV.

Como parte de la nacion ó linaje de los españoles andaluces, nombrados turdulos, salieron á buscar otras tierras en que poblasen. Y venidos á las riberas de Guadiana, donde moraban los galos célticos, se detuvieron algunos dias. En el cual tiempo los españoles favorecedores de Cartago pasaron gran trabajo sobre la conquista de Sicilia.

En aquel ser y buena manera duraron acá los negocios algunos tiempos, y los turdulos andaluces, con haber descansado de las guerras en que Cartago los solia meter, andaban alegres y contentos, y muy acrecentados en gente, tanto, que pasados tres años despues del movimiento sobredicho, comenzaron algunos mancebos suyos á poner en plática, que seria bien salir por las otras tierras de España, para poblar en ellas lugares y villas, pues la region donde moraban era ya pequeña para su multitud y de sus ganados: como tambien por este mesmo respeto hicieron otro tanto los galos célticos y celtiberos españoles en los tiempos y siglos pasados, como lo contamos en el segundo libro. Creció tanta conformidad en esta plática, que sus padres y parientes lo tuvieron á bien, y les prometieron larga parte de sus haberes. Y así concertada la jornada casi al principio del año siguiente, que fué trescientos y quince ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese, dieron tal priesa, que con habérseles juntado muchos otros andaluces sus comarcanos y vecinos, salieron todos de la provincia mediado el otoño con infinito carruaje, bestias, ganados, albajas, mujeres, niños, ropas: bendiciéndolos cuantos quedaban en el Andalucía, rogando á sus dioses, que los encaminasen y adiestrasen á tierras abundantes y bien fortunadas. Deste modo, atravesada cierta comarca de los otros andaluces turdetanos, llegaron al rio Guadiana, y lo pasaron poco encima de la parte que dijimos torcerse aquel rio contra mediodía, treinta y cinco leguas ántes que se mete en la mar, casi en la mesma region donde fueron despues edificadas las poblaciones de Mérida y Medellin y Villanueva de la Serena: la cual region estaba ya dentro de la provincia que los españoles antiguos llamaron Lusitania: porque como muchas veces hemos dicho, este rio Guadiana la dividia y apartaba por allí de la Bética vieja, donde se contenia lo mas del Andalucía. Llegados aquí, hallaron mucha gente de los galos célticos, moradores principales en aquellas riberas, negociados y muy impuestos en hacer semejante viaje que los andaluces traian, con voluntad eso mesmo de sus ancianos y padres, que tambien consentian en ello, y les daban parte de sus ganados y bienes muebles con que se fuesen. Y como las intenciones eran unas, ligeramente se conformaron ellos y los andaluces recien llegados para caminar todos juntos, habiendo hecho primero su confederacion, conjuros, y sacrificios, y ceremonias de concordia, cuales usaban los gentiles, donde parece que alguna constelacion particular debió mover estos hombres, y moveria tambien otros españoles que no sabemos, para que las tierras y espesuras de lo muy dentro y cerrado de España rompiesen y descumbrasen, y se comenzasen á tratar mas de lo que se trataban. Concertadas estas dos naciones, quisieran luego proseguir su jornada, sino que las lluvias recrecieron demasiadas, y el invierno comenzó

tan áspero y tan largo, que necesariamente quedaron allí todo lo que faltaba del año sobredicho, y del otro hartos meses. En aquel entrevalo de tiempo llegaron mensajes á las marinas y lugares de España, terribles y no pensados, que publicaban, el capitan ó rey Agatocles (aquel de quien hablamos en el capítulo pasado) tener casi puesto cerco sobre la gran ciudad de Cartago, y que hacia por las tierras africanas daños, y quemas y muertes de mucha perdicion. Era la causa desto, que como los años ántes Hamilcar de Gisgon, capitan cartaginés, hubiese rompido guerra con él, y vencídole dos batallas asaz grandes, Agatocles así desbaratado se metió con la sobra de sus banderas en Zaragoza de Sicilia, donde los adversarios acudieron tras él, y lo cercaron por mar y por tierra, con tal aparejo de guardas y gente, que no pudiera librarse de sus manos, si no tentara la mayor hazaña que jamás hombre tentó. La cual fué, que viéndose tan afligido y tan perseguido, desamparado ya de muchos pueblos sicilianos, que primero tenian su parcialidad, faltoso de mantenimientos, y dineros, y de cualesquier otros aparejos de guerra, hizo capitan á un hermano suyo, que decian Antandro, para la defender, con algunas personas sus aficionadas: y con otras de la mesma voluntad que les siguieron, él salió de Siracusa sin decir á qué parte caminaba, hasta desembarcar en África: donde llegado, pasados ya siete años despues de tener el señorío desta ciudad y de muchas otras en Sicilia, comenzó su guerra tan animosamente contra los cartagineses, como si todos fueran iguales. Y allí desbaratados en el principio los capitanes que le salieron al encuentro, quemó, destruyó y abrasó cuantas heredades, y cortijos, y casas de placer habia por el contorno de Cartago. Con estas victorias, y con gente baldía que le vino, como suele siempre venir en semejantes alborotos, decian haber asentado real una legua de la ciudad, y no solamente por África, sino tambien por Sicilia, trajeron sus cosas en los principios esta prosperidad. Antandro su hermano salió de Siracusa contra los cartagineses que lo tenian cercado, ganó los reales contrarios, matóles mucha parte de la gente, hizo tan grandes destrozos por ellos, que sabida la tal perdicion y descuido, cuantos lugares sicilianos pagaban tributos, ó seguian la parte cartaginesa, se rebelaron y lanzaron fuera sus banderas y capitanes. Agatocles vista su felicidad, vino dos veces á Sicilia. La primera para confirmar y fortalecer las gentes en su confederacion. La segunda huyendo, porque sus ejércitos le dejaron, á causa de no les pagar el acostamiento que les debia. Lo cual entendido por la señoría cartaginesa, proveyó luego las pagas muy abundantes, y los trajo para sí todos con mayor acrecentamiento de sueldo, prometiéndoles grandes intereses y mercedes á los capitanes y personas principales del ejército. Donde resultó poco despues la total perdicion deste rey Agatocles, cuyas alteraciones y bullicios pacificaron y suspendieron por todos los dias que por allá duraron las guerras que Cartago principiaba contra los andaluces. Y despues de muerto Agatocles se dilataron algunos años, por acabar estos cartagineses la conquista de Sicilia, que parecia quedar sin resistencia faltándoles Agatocles, y convenia posponer cualesquier ocupaciones hasta lo concluir, pues lo de España, cayendo tan léjos de todas las otras regiones del mundo, cada vez tenia sazon y tiempo, sin que gentes advenedizas ni nacion poderosa les tocasen en ella ni se la perturbasen. Por esta razon dimos aquí sumaria cuenta de todos estos hechos, y por causa tambien de los mallorquines, que siguieron estas pendencias en favor de Cartago, segun nuestras historias apuntan, con algunos otros españoles moradores de la marina, cuando los célticos y turdulos andaluces comenzaban su viaje por las regiones y tierras dentro de España, para dejar en ella poblaciones nuevas y memoria de su nacion, como ya dijimos en el principio de este capítulo, y en los siguientes se contará mas particularizado.

CAPÍTULO XXXV.

De las poblaciones nuevas que hicieron algunos turdulos andaluces entre los galos célticos sobre la ribera de Guadiana, y como los restantes pasaron adelante por dentro de la tierra, muy acompañados de los mesmos célticos, donde fundaron ciudades y villas que permanecieron largos tiempos en España.

El verano del año siguiente, llegado, que fué justamente trescientos y catorce ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, los andaluces y célticos todos juntos arrancaron sin mas dilatar de sobre las riberas de Guadiana, siguiendo su viaje comenzado. Pero como las gentes vulgares se confunden y muden, y discrepen en sus intenciones, hubo parte de aquellos turdulos andaluces que no pasaron adelante, ahora fuese con deseo de tornar á su primera naturaleza cuando tiempo y aparejo tuviesen, ahora por temor de las jornadas largas, y del trabajo y acontecimientos peligrosos que podian suceder en ellas. Y así quedaron algunos déstos en aquellas riberas de Guadiana, donde moraron despues ellos y su generacion mucho de reposo. Todos los demas entraron con los galos célticos sus compañeros por la Lusitania, contra la parte septentrional della, derrocando su viaje cuanto podian sobre la marina, dejando por la mano derecha los otros pueblos desta mesma Lusitania llamados vetones, de quien ya dijimos algo en el quinto capítulo del segundo libro. Y ciertamente cosa maravillosa parece lo que nuestros coronistas escriben de la cantidad y número desta gente, porque los mas limitados y cortos afirman haber salido trescientas mil ánimas de cuenta, sin las criaturas menores, y sin la parte de los turdulos que se quedaron sobre Guadiana, puesto que los tales turdulos quedados allí no fueron muchos. Y porque aquella jornada llevase mas fundamento, señalaron una persona prudente, que fué como gobernador general entre todos, á quien acatasen las otras cabezas de los linajes en quien iban repartidos. Éste no hallamos como se llamase; pero sabemos haber traido la gente bien recogida, y haber caminado con ella todo su tiempo sin recibir daño notable, pasando por diversas naciones bravas y feroces que moraban en algunas partes de aquellas tierras, con que rompieron recuentros asaz peligrosos, y tuvieron estorbos para no poder pasar adelante tan libres como quisieran. Mas toda la mayor dificultad fué cuando llegaron á cierta gente nombrada los sarios, nacion antiquísima de la Lusitania. Los cuales, allende muchas terribilidades y fiereza que naturalmente tenian, fueron siempre de tan mal hospedaje, tan contrarios á cualesquier extranjeros, que pudiéndolos haber los mataban y comian. Moraban estos sarios desde la boca del rio Tajo por la marina que viene hasta Setubal, ó poco mas adelante contra mediodía, los mas dellos derra-

mados por el campo, desnudos, sin razon, ni manera de vivir que pudiese llamar humano, todos metidos entre sus ganados: de los cuales tenian abundancia por la campiña desta comarca, que fué siempre apropiada para tal ejercicio. Parece (segun el sitio de la region, y segun el antigüedad que della publican los autores) haber sido generacion y casta de las que Tubal nuestro primer poblador dejó por aquellas partes, como ya lo contamos en el cuarto capítulo del primer libro. Porque tambien la cria de los ganados era lo que mas aquellos antiguos usaban, en que los sarios sus descendientes sucederian. Y si tales fueron, es de creer, que con haber (segun dicen) huido de la conversacion y mezcla de las otras gentes, conservarian la lengua caldea que sus progenitores hablaron: conforme la cual se llamaron sarios, que quiere decir campestres, por causa de las campiñas de sus ganados, á quien los hebraicos y caldeos nombran saronas. Sabida, pues, la llegada de los célticos y turdulos nuevamente venidos, pusiéronse los sarios en las entradas de su provincia, y comenzaron á resistirles: unas veces repartidos en acechanzas, otras veces juntándose los mas que podian, dado que la pendencia fué siempre muy desigual; porque los célticos y turdulos, como personas de mas entendimiento, bien ejercitados en la comunicacion y guerras de los cartagineses que tuvieron en su tierra, traian concierto, y andaban armados con escudos, y lanzas, y cuchillos de hierro, juntamente con mucha parte dellos que traian caballos enfrenados para seguir y fatigar á sus enemigos. De los sarios eran sus armas algunos arcos mal aparejados, y en lugar de cuchillos traian porras y gajos de árboles, y si caballos alcanzaban eran sin frenos, tan bravos y tan mal domados como sus dueños. Así que cuanto mas tiempo duraron las diferencias con ellos, tanto fué para su mayor daño, porque finalmente casi todos murieron en tal cantidad que faltó poco para perecer su memoria. Y si algunos escaparon, convino que con sus mujeres y con sus hijos viviesen allí sujetos ó incorporados entre cierto linaje de los célticos, que despues de ganada la tierra se quedaron en ella, fundando moradas y lugares en todo el espacio que viene hasta las aguas de Tajo. Destas poblaciones permanecieron despues en aquella provincia, como mas principales y señaladas, una que llamaron Mitembriga, y otra Cetobriga (1), y otra Mirobriga (2), y otra Lacobriga (3): las tres primeras nombradas así por causa (segun sospechamos) de algun Miteno, y Ceton, y Miron, que debieron ser hombres principales entre los que quedaron en ellas, con sus allegados y familias. La tercera por razon de cierta parte de los lacoos, linaje señalado entre los célticos que la principiaron aquella vez, de los cuales hablamos algo en el fin del tercer capítulo del segundo libro; y no por respeto (segun otros creen) de los lacones griegos, que dice Estrabon haber entrado por España, pues aquellos, si así fué, asentaron notoriamente muy léjos de la parte donde los célticos y turdulos al presente poblaban, como tambien lo señalamos en el segundo capítulo del segundo libro. A los nombres destos pueblos nuevos añadieron sus fundadores el sobrenombre de Briga, que significaba ciudad ó gran vecindad en la lengua vieja de los españoles. Hubo tambien algunos otros lugares por allí, no tan ordenados ni principales como los ya dichos, puesto que mas antiguos, donde se recogia muchas veces parte de la gente natural desta tierra: de los cuales uno se dijo Catralecos (1), otro Saracia (2), del apellido (segun parece) destos sarios: otro llamaron Bretolsto, y otro Cepiana (3), todos ellos contenidos en la Lusitania, no muy apartados de sus marinas. Pero las mudanzas en aquella region fueron despues andando los tiempos, tan continuas y tales, que los mas destos pueblos perecieron de raiz, y trabajosamente podria nadie señalar, sin perjuicio de su crédito, cuáles ó donde fuésen ahora: ni se podria bien certificar dellos otra cosa mas de ser edificados por los galos célticos arriba dichos, con acrecentamiento de los que hallaron hechos, y haber durado las tales poblaciones largos dias en aquella provincia, segun que de toda nos consta por las escrituras antiguas de los autores que hablaron en los hechos de España.

(1) Redúcese á Setubal. (2) Esta Mirobriga no es ciudad Rodrigo, y sí Agrameña, hácia la sierra de la Estrella. (3) Es Lagos.

CAPÍTULO XXXVI.

Como los turdulos andaluces y los galos célticos sus compañeros llegaron al rio Tajo, y aquel atravesado, cimentaron poblaciones por la comarca donde pasaban, hasta que venidos á la ribera de Duero se quedaron cerca della parte de los turdulos, y moraron largos años en aquella region.

Seis años enteros parece que gastaron los célticos y turdulos andaluces en estas obras y fundaciones ántes que pasasen ni llegasen al rio Tajo, donde finalmente vinieron á reposar el año de trescientos y nueve ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese. Luego el año adelante de trescientos y ocho, toda cuanta multitud ellos eran no quiso parar en la provincia de los sarios ni les plugo residir en las villas que dejaban atrás, pasaron aquel rio sin acometer ni perjudicar á los españoles vecinos de sus riberas, en quien hallaron mucho favor y socorro de navíos y bateles, con que pasasen ellos y sus ganados aquel agua. No sé yo si lo harian por enviarlos presto fuera de su region, ó por haber en ellos personas virtuosas y prudentes, inclinados á semejantes buenas obras, cuales eran los moradores de Lisboa, que desde su principo fueron mas humanos y mas bien regidos que ningunos de sus comarcas. Desde Tajo prosiguió la gente su camino derecho, como solia, contra las partes orientales de la Lusitania, dejando tambien allí dos poblaciones y villas en sitios asaz provechosos. La primera llamaron Escalabiscο (4), que fué despues cosa principal cuando los romanos poseyeron aquella tierra. La segunda nombrada Critima poco distante de la mar. Ya dijimos en los veinte y ocho capítulos del segundo libro como los andaluces dentro de su provincia tenian entre sí cierto linaje llamado de los Colimbros; y puesto que no sepamos en particular si vinieron algunos dellos én aquel viaje, hallamos en esta region la ciudad de Coimbra, que nuestros escritores pasados nombraban Colimbrica, llena de tales indicios y muestras antiguas, que juntadas con el apellido de su nombre, parece claro ser edificio destos colimbros, asentada sobre la mano derecha de las aguas y riberas del rio

(1) Debe decir Castraleuca; y se reduce á Casteloblanco en Portugal. (2) Salacia: es Alcazar do Sal. (3) Creen algunos autores portugueses que Cepiana debe reducirse á la ciudad de Piñel. (4) Léase Scalabis: es Santaren.

Monda, que dicen ahora Mondego, cuya corriente viene guiada por el occidente septentrional hasta fenecer en el mar Océano de poniente, veinte y nueve leguas adelante de la boca del rio Tajo: donde resulta si la tal poblacion fué destos colimbros, que tambien con los turdulos vendrian algunos de los otros andaluces nombrados turdetanos, pues eran de su nacion aquellos colimbros, segun ya lo vimos en el capítulo sobredicho. Pasado Mondego, como quiera que no hallasen muchas gentes avecindadas en el camino, jamás les faltaron cuanto mas iban detenimientos graves con algunos hombres silvestres que salian á ellos desde sus chozas y cuevas, enojándolos cuanto podian. Juntábase con esto ser en aquellos tiempos esta comarca demasiadamente cerrada de montes y boscajes, y como los que caminaban eran crecida cantidad, ocupaban grandes anchuras, y discurrian tan derramados y tendidos, que convino detenerse muchos años en derrocar las montañas, y descubrir camino para salir adelante con sus criaturas y ganados. Y dado que la provincia despues de tratada no pareciese delicada de frutos viciosos, conocieron della ser muy abundosa de pastos excelentes, llena de muchas cazas, de grandes mineros de metales riquísimos, de muchas canteras y venas de pedrería preciosa, con abundancia sobrada de fuentes, arroyos dulces, y crecida multitud de rios caudalosos que la refrescaban á toda parte, mucho hondos, y de mas agua que cuantos dejaron atras ántes que atravesasen el de Tajo: los cuales rios y su pasada les embargaron tambien muchos dias el camino. Vencidas, pues, todas aquellas dificultades con mas trabajo de lo que nadie puede conjeturar, fundaron allí tambien otra poblacion algo cerca de la marina, que llamaron Selino (1), desde lo cual vinieron al rio Voga (2), nombrado Vaca por aquellos tiempos, ocho leguas apartado de Mondego; y aquel atravesado, quedaron algunos dellos poblando sobre su ribera, tres leguas ántes que lo tome la mar, la villa de Lavara (3), que parece ser aquella que decimos Avero, dado que la parte de tierra donde Tolomeo la señala discrepe poca cosa del asiento que le hallamos ahora, creo yo que por culpa de los escribientes que suelen trasladar aquel libro. Algo mas adelante, casi en este mesmo trecho, hicieron otro lugar á quien llamaron Aricio (4), cuyas muestras y postura duraban en tiempo de nuestros padres, y puede ser que duren tambien ahora. Fenecidos estos edificios, toda la compañía no paró hasta las aguas del gran rio Duero, que viene para se meter en la mar casi diez leguas adelante de la boca deste rio Voga, donde fué su llegada diez años acabados despues que pasaron á Tajo, cuando se cumplieron doscientos y noventa y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Las nieves y lluvias comenzaron en estos dias mucho grandes, y con ser la region algo mas fria que ninguna de las pasadas, y los dias en el corazon del invierno, detuviéronse por allí largo tiempo, cansados y fatigados de tanto camino. Sucedió tras esto, que considerando ser aquel rio Duero la raya postrera de la Lusitania, region tan famosa entre las principales de España, la cual ellos habian atravesado toda casi, triunfando como vencedores de la tierra, dejando por ella y en sus poblaciones lo mejor de sus parientes, y haciendas, y ganados, deseaban estos fenecer tambien allí su jornada, sin pasar el agua del rio, pues parecia que si la pasaban comenzaban otra nueva peregrinacion en tierras y mundo diverso. Y así determinadamente lo hicieran, si los capitanes y cabezas de sus linajes, en que se hallaban divididos no tuvieran, contrario parecer, señaladamente aquel capitan que desde los principios cuando salieron del Andalucía fué gobernador general sobre todas las parentelas y compañías, el cual entendiendo que cuanto mas allí se detuviesen, tanto les creceria mas esta voluntad, en especial si gustasen una vez de los bienes que trae la quietud y reposo, comenzó de los ocupar y negociar en cortar maderas, y hacer barcas para la pasada del rio, que va por allí hondo, bravo y poderoso; pero no pudo ser la pasada tan fácil, que mucha parte de los turdulos andaluces no la contradijesen, apartándose de los otros con sus hijos y ganados, puestos todos en armas para resistir cualquier fuerza que les quisiesen acometer. Y así continuando su rebeldía, quedaron allí labrando moradas entre la ribera de Voga y de Duero, donde permaneció mucho tiempo su generacion. Por esta causa los cosmógrafos pasados, para dar á sentir que los tales turdulos eran del mismo linaje que los otros antiguos del Andalucía, llamaban tambien á éstos turdulos viejos, como lo llamaban á los otros: de manera, que con ellos quedaba ya derramada la casta de los turdulos andaluces en tres regiones notables de España: los unos dentro del Andalucía, donde fué su primera naturaleza: los segundos y terceros en los dos cabos finales de la Lusitania, parte dellos sobre la ribera de Guadiana, como lo dijimos en los treinta y cinco capítulos pasados, y parte dellos contra los lados del septentrion, comarcanos á la boca del rio Duero. Con éstos y con los lugares nuevos de sus compañeros, y con la vecindad vieja que primero tuvo la Lusitania juntamente con los otros vetones orientales, de quien hablamos en el décimo capítulo del segundo libro, se fué derramando la gente por ella con tal acrecentamiento, que despues en breves años la tuvieron poblada casi toda.

CAPÍTULO XXXVII.

Como fué poblada la ciudad del Porto por los galos célticos, que pasaron el rio Duero contra las tierras de Galicia, donde tambien, continuando su viaje, fundaron á Braga y á Guimaraes, con otros lugares antiguos, de quien las corónicas hacen señalada mencion.

Luego que los galos célticos, y los otros andaluces restantes de su compañía tuvieron labradas algunas barcas, comenzaron á pasar el rio Duero con tanta seguridad y bonanza del tiempo y del agua, que los mas dellos trajeron de cabestro, y atadas á las popas cuantas bestias mayores tenian, y muchos otros lo pasaron á nado sobre sus caballos, y los que no tenian estos aparejos en vayones ó henachos de juncos, otros en odres llenos de viento, despues de los cuales vinieron á nado los ganados crecidos sin perecer una sola cabeza dellos. Y cierto seria cosa de mirar cuando se considerase tanta multitud de bestiame, lanzado por

(1) Es Selir do Mato, pueblo sito en el camino de Alcobaza á Lisboa. (2) El rio Vouga. (3) Esta villa no debe reducirse á Aveiro, sino á Ovar. (4) Hay opiniones acerca de Aricio Prætorio. Resende afirma ser la villa de Salvatierra, en la margen del Tajo. En sentir de otros autores es Benavente, que está allí cerca.

tan gran anchura de rio, con los hombres y dueños dél repartidos á los lados sobre sus caballos, guiándolos y llevándolos recogidos para que no se les anegasen, ó renegasen ó perdiesen. No sé yo si los ganados menores de cabras y ovejas vendrian en barcas, pues los autores á quien sigo no lo declaran: pero de conjeturar es, que pocos á pocos los traerian, pues era la riqueza que mas estimaban. Puestos aquí señalaron corredores á pié y á caballo para descubrir aquella provincia, la cual hallaron muy áspera de peñas y de malezas, y llena de gentes de toda parte que sufrian poblacion. Los moradores parecian griegos en la lengua, y en el traje y en las armas, y en algunas costumbres de su vivir: y á la verdad griegos fueron los mas de sus progenitores, como ya lo vimos en los cuarenta y uno y cuarenta y dos capítulos del primer libro, sino que con haber tanto tiempo durado fuera de la conversacion de las otras naciones, estaban trocados en muchas cosas de sus personas tan ásperas y desabridas, como las pizarras entre quien vivian: porque no solamente los animales brutos participan y semejan á la calidad de la tierra donde crian, sino tambien los hombres humanos, que por la mayor parte son mas bien condicionados y razonables, cuanto son de mejor natural y de mejores aires las regiones en que nacen y se conservan. Descubierto y calado gran pedazo de la comarca por cuantos traveses y veredas fué posible, los galos y sus compañías comenzaron á trabar amistades y conocimientos con los naturales della, primero que moviesen de sobre la ribera de Duero: porque segun las armas y la condicion que sintieron en ellos, pareció convenir así para caminar adelante sin peligro. Entretanto que lo procuraban cimentaron un pueblo sobre la mano derecha, junto con el agua deste rio Duero poco mas de una legua encima de su boca, fortaleciéndolo muy de propósito con muros y gentes para lo tener allí como puerto y reparo contra los griegos comarcanos, donde pudiesen venir y salir á toda parte. Bien lo quisieran ellos fundar en la boca del mesmo rio, si lo sufriera su disposicion, pero como venga por allí demasiadamente crecido, recíbelo la mar entre pizarras y peñas tan juntas unas con otras, que los navíos corren peligro cuando pasan entre ellas, y no saben si son muchos, por esta causa restañan las aguas en la parte de dentro con grandes honduras. Y en aquel restaño fué puesta la ciudad, para que cuando llegasen por el agua arriba, viniesen á tan buen puerto y tan seguro, cuanto les eran trabajosas las entradas. No sabemos al presente si los fundadores le pusieron algun apellido de nombre particular, como solian hacer en las otras villas que dejaban atrás edificadas en la Lusitania: pero sabemos cierto que las gentes españolas la llamaron despues el puerto Galo, por ser todos galos celtas cuantos moraron y quedaron en él, y así tambien la llaman, y de tal se nombran sus obispos antiguos en las firmas de los concilios toledanos, que se juntaron en el tiempo de los godos: la cual poblacion dura hasta nuestro tiempo, dicha comunmente la ciudad de Porto, por cuyo respecto los señores cristianos, que despues muchos años adelante la poseyeron, fueron primero nombrados condes del Porto Galo, despues tomaron título de duques, y despues de reyes feudatarios á los reyes de Leon: pero tales y tan valerosos, que desde allí conquistaron muchas ciudades y villas en España, que los alárabes y moros, enemigos de nuestra santa fé, tenian usurpadas, y las poblaron de sus cristianos. Y por ser este Portogalo cabeza, como dije, de su dignidad, fueron desde allí dichos Portogaleses todos los vecinos della y de las otras que mas conquistaron, á quien ahora, corrupto su vocablo, llamamos portugueses, y la tierra donde moran Portugal, segun que mas particularizadamente lo trataremos en la tercera parte desta gran historia. Concluida la fundacion desta ciudad, lo mas de la gente movió con sus capitanes y fardajes, siendo ya pasados algunos meses del año, que se contaron doscientos y noventa y seis ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, caminando mucho mas en órden, y mas apercebidos que solian, y tambien mucho mas seguros de lo que creyeron al principio: porque los moradores de la tierra los recibian y hospedaban amorosamente, y les proveian de cualesquier cosas que trajesen falta, sin estorbarles la pasada, ni contradecir los asientos y moradas que parte de los galos tomaron entre ellos, no mostrando tanta rusticidad en las condiciones, cuanto parecian en sus viajes. Algunas personas de este nuestro tiempo sabias y leidas, y de buena consideracion, publican y tienen creido, que tambien por haberse llamado los tales galos, y sus progenitores comunmente bracatos, dado que tenian otros apellidos particulares en sus linajes, como lo declaramos en el tercer capítulo del segundo libro, que por esta razon fué llamada Bracata ó Bracara, otra nueva ciudad que dejaron esta vez en aquella region, ocho leguas adelante del Porto contra la parte de septentrion, casi tambien ocho (1) leguas apartada de la mar, la cual decimos ahora Braga, pueblo principal entre los portugueses. Y ciertamente confesara yo lo que dicen éstos, pues la conjetura parece buena, si tuviésemos algun escritor antiguo de suficiente crédito que lo certificase, ó letreros ó memorias de piedras auténticas donde tal se hallase. Lo mesmo se debe tener en la fundacion de Araduca, que certifican éstos haber sido la que llaman ahora Guimaraes, situada tres leguas ántes de Braga, y siete leguas despues del Porto, sobre la vuelta del oriente septentrional: cuyos moradores y comarcanos, con todos cuantos en aquellas partes vivieron, así galos recien venidos, como griegos antiguos, vecinos de la tierra, fueron llamados otro tiempo bracaros, por ser Braga lo mejor y mas principal de sus poblaciones, y muchos años adelante, cuando los romanos la poseyeron, fué lugar de chancillería, que llaman ellos convento, donde convenian y se llegaban todas las gentes de sus derredores á recibir justicia de los pleitos y diferencias que tuviesen, como tambien lo diremos adelante, mas largamente cuando llegare la corónica por el discurso de sus tiempos á contar la sazon y los dias en que le dieron esta dignidad.

CAPÍTULO XXXVIII

De la mala division y discordia que tuvieron los túrdulos andaluces con los galos célticos, sus compañeros, cerca del rio Limia, llamado Letes entre los antiguos, y de las poblaciones que los unos y los otros dejaron hechas en aquella tierra de Galicia.

Pasados algunos años despues que las compañías movieron en su conserva de sobre las riberas de Duero, llegaron diez leguas mas adelante hasta la boca del rio que dicen ahora Limia, dejando continuamente repartida su gente por lugares y sitios en que hallaban bue-

(1) Solo dista cuatro leguas de la mar.

na disposicion para morar, señaladamente quedaron por allí con la gente de la tierra los dos linajes dellos, de quien hablamos en el segundo capítulo del segundo libro, llamados Presamarcos y Cilenos (1). Y luego, como los otros restantes vadearon las aguas de Limia, sospechan las personas ya dichas en el capítulo pasado, que poblaron la villa que nombramos ahora Viana, sobre la ribera de su mano derecha, junto con la costa del mar: y parece que le debieron dar tal apellido por causa de Viena, ciudad antigua de Francia, que dura hasta nuestro tiempos en la ribera del rio Rodano, tan principal en aquella provincia donde fueron los galos bracatos, progenitores déstos, que por su respeto se llamaba la Galia Vienense, juntamente con el sobrenombre de Bracata, y así dicen éstos, que los hicieron aquellos para tener acá tambien otra Viana con que renovasen en España la memoria del pueblo, que muchas veces oirian alabar á sus ancianos, pues fué siempre cosa muy usada cuando cualesquier gentes hacen poblaciones en tierra nueva, ponerles apellidos semejantes á los lugares donde son ellos naturales, ó lo fueron sus antepasados, como ya dijimos otras veces haberlo hecho los galos y griegos en España, y en Italia y en Sicilia, y en las otras regiones donde pasaron. Lo mesmo hicieron los africanos y fenicios, y tambien nuestros españoles antiguos en diversas partes del mundo que poblaron, como ya queda bien claro por los capítulos y libros pasados: y no ménos ahora hacen otro semejante los españoles presentes entre las naciones de las Indias, que continuo sojuzgan con maravillosos acometimientos y victorias. Mas yo, para decir verdad, en esta nueva fundacion fué Viana hecha, segun dicen, por aquellos galos, ni tengo libro fidedigno que tal escriba, ni me desagrada la sospecha de los que lo certifican, y así la dejamos al presente, sin afirmarla, ni contradecirla, para que los lectores prudentes juzguen y tomen dello lo que mejor les pareciere. Llegados, como dije, los galos al rio Lima, siendo ya puestos en el otro cabo del agua con alguna sobra de los andaluces turdulos que los seguian, no pasó mucho tiempo que todos ellos se comenzaron á desavenir unos con otros: y procedió la cosa tan desordenada, que los moradores desta region, si les pesara con su venida, tuvieran aparejo bastante para los destruir absolutamente. Juliano Luca Diácono dice, que despues de muchos recuentros y cuestiones particulares vinieron los galos á batalla campal, en que fué muerto su capitan mayor, el que ya dijimos haber todos escogido por cabeza general á quien obedeciesen cuando principiaron esta jornada: la cual batalla bien mirado no se puede colegir de los otros autores que desto hablan, ni otro hecho, sino que la discordia fué mucho dañosa, y ésta durante, ser muerto su capitan principal, no declarando la manera de la muerte, si fué por enfermedad ó por armas. Estrabon parece sentir haber fallecido pasadas ya las cuestiones; pero concordan todos en que con su muerte jamás hubo camino para tornar á se reducir en la liga que primero traian: de manera, que fueron todos derramados por aquellas tierras, cada cual á su parte, sin haber acuerdo ni memoria de la amistad y confederacion que juraron en los sacrificios hechos sobre las riberas de Guadiana, cuando principiaron esta jornada, ni de la buena concordia que siempre trajeron, hasta pasar el rio de Lima. Donde resultó que por aquel descuido tan malo de todas estas gentes recien venidas, los griegos moradores de aquella provincia le comenzaron á llamar el rio Letes, que quiere decir en su lengua griega, rio del olvido y desacuerdo. Siguióse mas, que las gentes comarcanas, y todos los otros españoles cuantos dél tuvieron noticia, reusaban despues desto muchos tiempos adelante de tocar en sus aguas, creyendo ser de tal propiedad, que si lo hiciesen, perderian la memoria de sí mesmos y de sus provechos, con olvido perpetuo de cuanto les cumpliese, como tambien habian hecho los galos ya dichos cuando lo pasaron. La cual supersticion duró por allí casi todos los años de la gentilidad, hasta que sus naturales y vecinos recibieron nuestra santa fé católica, que deshizo todas aquella opiniones vanas. Desta suerte quedaron dos rios diversos en diversas regiones de España, llamados ambos deste nombre Letes, dado que por causas discrepantes, el uno fué Guadalete dentro del Andalucía, como lo pusimos en los treinta y siete capítulos del segundo libro, y el otro Letes, aquel de quien tratamos aquí, llamado Belon, ántes que los galos allí viniesen, ó segun algunos le decian Eminio. Hallo tambien en Estrabon haberse dicho Esemea, puesto que los mejores y mas emendados de sus libros no tengan tal vocablo. Muchas otras personas le decian Limia, como lo nombramos ahora, por nacer en un pedazo de tierra dentro desta comarca llamada Limia, que se principia desde cierta poblacion, á quien decimos Villa de Rey, hasta otra nombrada Ginzo, lugares ambos ni grandes ni populosos, pero bien conocidos en el medio camino que viene desde Monte Rey á la ciudad de Orense, y allí se tiende la comarca de Limia, dos ó tres leguas en derredor destos lugares, á cada lado tan llena de vegas húmedas, encharcadas en agua por toda parte, que los meses del invierno casi no se pueden tratar ni caminar: donde parece que le vino la nombradía de Limia, que tiene y siempre tuvo, pues era poblada de griegos, y éstos llamaban Limnas en su lenguaje los tremedales y lodazales semejantes, y limo tambien dicen al lodo los latinos, que despues la poseyeron, como lo veremos en los libros venideros. Destas humedades salen y rebolsan las aguas del rio Limia por diversos manantíos, y vienen discurriendo desde levante sobre la vuelta de poniente meridional, apartadas casi por derecho del rio Miño, que fué siempre mayor y mas principal en todas aquellas tierras: y así, pasando ménos de veinte leguas en su corriente, llega por Araujo (1), y despues á poco trecho se mete por los señoríos de Portugal, junto con otra villa nombrada Ponte de Lima, que certifican algunos buenos cosmógrafos, ser la que decian los antiguos Foro Limico, sino discrepase su postura del sitio que le pone Tolomeo, por culpa, segun afirman, de sus escribientes, de quien tantas veces en este caso nos quejamos. Aquí tienen las aguas deste rio una muy hermosa puente de piedra sobre sí tres leguas ántes que se meta en el gran mar Océano, junto con la villa de Viana, cuya fundacion apuntamos en el principio deste capítulo.

(1) Estos linajes no pudieron quedar entre Duero y Limia cuando Mela los situa entre el Lerez y el Tambre.

(1) Aquí parece da á entender Ocampo que el Limia nace á veinte leguas de Araujo, y no es así, pues solo nace á unas cinco ó seis, y corre apartado como unas dos.

CAPÍTULO XXXIX.

Como los galos recien venidos á Galicia, se mezclaron con los griegos moradores antiguos en aquella tierra, donde todos ellos así juntos poseyeron esta region, divididos por linajes particulares diversos en apellido, los cuales generalmente por haber nacido de la tal mezcla de galos y griegos, fueron primeramente llamados galo-griegos, y despues gallegos.

Toda la gente de los galos sobredichos, habiendo fenecido los trabajos de su discordia, se metieron por aquella region, divididos en sus parentelas y linajes antiguos, con tal extrañeza y olvido los unos de los otros, como si nunca se conocieran ni trataran. Mucha parte dellos pasó las aguas del rio Miño, cuya boca y entrada por la mar, se hace tres leguas adelante de la de Limia contra septentrion: pero mucho mayor y mas tendida, tanto que tiene por allí dos leguas en ancho (1), y en lo postrero de su ribera, meridional tiene tambien la villa de Camiña, y cuatro leguas adelante hallamos la villa de Vayona sobre la mesma ribera de mar. Deste nombre semejante dura tambien hoy dia la ciudad de Vayona en la tierra de Francia, donde moraron parte de los galos antiguos, parientes destos otros españoles que tratamos ahora: por donde parece, que cotejando los apellidos ya dichos en el capítulo pasado de la Viana de acá con la Viana de allá, y el desta nuestra Vayona con la Vayona de Francia, que se responden los unos nombres á los otros, para sentir en general que sus pobladores fueron todos una generacion y casta. Si tuviésemos al presente libros auténticos que nos declarasen las particularidades de sus fundaciones, por aquellas fronteras de Camiña y de Vayona, parece que debió caminar la parentela de los galos, que llamaban nerias ó neritas, de quien ya hablamos en el tercer capítulo del segundo libro: los cuales trajeron su viaje muy llegado cuanto fué posible sobre la marina, donde quisieran hacer asiento, si pocas leguas adelante no hallaran un gran trecho della poblado y ocupado de la generacion y casta de ciertos griegos antiguos, llamados arotrebas: el cual vocablo, segun algunos afirman, queria decir en aquella su lengua griega ejercitadores ó trabajadores en las obras del dios Marte, que los gentiles creian ser el dios de las batallas, porque Ares llamaban ellos á este dios Marte, y Tribin significaba solicitar ó negociar: de manera que de Ares y de Tribin compusieron el nombre de los Arotrebas, dando á sentir la costumbre y el ejercicio continuo que tenian en las armas. Y ciertamente fueron siempre gente mucho guerrera y feroz con los bandos y cuestiones que tenian entre sí, como las tienen hasta el dia de hoy. No faltan aquí tambien autores que certifiquen estos arotrebas ya declarados ser algo mas nuevos en aquella region, y que vinieron con los galos célticos en esta jornada: mas dicen haber sido cierto linaje dellos mesmos, que se detuvo por allí cuando todos ocuparon esta vez aquella tierra: pero muchos otros buenos escritores nuestros los hacen mas antiguos y de casta griega, conforme á la significacion griega que tenia su vocablo. Y así certifican que cuando los galos neritas allí vinieron, entre toda la braveza de los arotrebas hallaron señales de clemencia con mezcla de buenos comedimientos, como los tienen casi siempre los que verdaderamente son varones esforzados: y que fueron recibidos de los arotrebas piadosamente, doliéndose de verlos venir tan heridos, y tan tristes, y tan maltratados desde la cuestion que tuvieron en el rio Limia. Particularmente sintieron esta piedad despues que tocaron en el seno de mar, donde son ahora las villas de Pontevedra y el Padron, Cambados, Rianjo y Muros: en la cual ribera moraban los verdaderos arotrebas, que tomaron entre sí todos cuantos galos allí quisieron parar: puesto que lo principal dellos caminó mas adelante hasta la punta de Finisterra, donde fenecia la costa del dicho seno. Y allí reposaron todos ellos, haciendo moradas nuevas en sus contornos y derredores, por las hallar mas desocupadas que las otras riberas pasadas, y con ménos griegos que los embarazasen. Bien es verdad, que pasada la punta sobredicha hallaron asperezas y dificultad, en unos hombres que moraban allí junto, llamados Ligores, contenidos entre la mesma nacion de los arotrebas, ó tan mezclados con ellos, que se reputaban todos por una gente. Poseian valles y recuestos cerca de la marina, llenos de matas y de montaña baja, harto mas espesa que ninguna de su comarca: por la cual rason tenian el nombre de ligores entre los otros griegos, porque Ligos llamaban ellos á las tales matas espesas, cuando son de vergas y ramos apropiados para se torcer y doblar, en que puedan hacer ataduras, ó tejer cestas, y canastas, y vasijas, cuales eran aquellas de los ligores ya dichos. Estos galos nerias ó neritas recien venidos dieron ocasion á que la punta de Finisterra fuese llamada comunmente los tiempos antiguos el Promontorio Nerion, siendo su nombre primero Yerna, por causa de los yernos españoles que los primeros tiempos moraron cerca della, segun ya lo dijimos en el octavo capítulo deste tercer libro. Tambien algunos cosmógrafos le llaman el Promontorio de los Arotrebas, porque (como dije) se nombraban así los otros que poseyeron parte desta tierra muchos años ántes que los galos allí viniesen. Mas como despues andando los tiempos las gentes comarcanas corrompiesen el vocablo de los arotrebas, y les llamasen artabros, dijeron tambien á la tal punta el Promontorio de los Artabros: otros le llaman el Cabo Céltico, por ser una mesma cosa la nombradía de los galos y de los celtas entre los cosmógrafos y coronistas pasados. Y desto procede muchas veces, que por tener aquella punta los tales cuatro nombres diferentes en los libros latinos y griegos, creen los pocos pláticos en cosmografía ser tres cabos (1) ó puntas de tierra discrepantes, lo que á la verdad es una sola. Casi la mesma confusion aconteció por otra compañía destos galos que primero se quedaron con los griegos, moradores entre los dos rios de Limia y de Miño: los cuales en llegando por allí tuvieron inclinacion al adornamiento desta su provincia, plantando por ella muchos árboles silvestres donde no los habia: si sobraban en algunas partes, entresacábanlos, y chapodábanlos de la madera seperflua, para les dar mejor ór-

(1) Tal vez el manuscrito de Ocampo diria dos millas, y no leguas. Pero ni aun dos millas tiene ahora de ancho la boca del Miño, sino solo una y media.

(1) El cabo de Finisterre se compone de dos puntas, la del sur, que es el propio cabo de Finisterre, y la del norte, llamada cabo de la Nave: ambas están bien distinguidas en Tolomeo.

den y mas buena faccion. Sembraban eso mesmo yerbas y simientes para sus mantenimientos y deleites en lugares que hallaban aparejo, con que la comarca pareció poco despues mucho mas lucida y mas compuesta que ninguna de sus vecinas. Y por esta razon todos aquellos griegos entre quien vivian, los comenzaron á nombrar ceporos, que quiere decir hortelanos en su lengua comun. Y como los ejercicios desta granjería fuesen de grandes provechos, mucho dulces y de virtuoso pasatiempo, quisieron los griegos imitarlos en hacer otro tanto, con tal aficion y cuidado, que despues todos juntos á la revuelta tuvieron aquel nombre de ceporos, y fueron reputados por una mesma gente, siendo naciones diversas, los unos galos, y los otros griegos: puesto que pasados pocos años vinieron á tal conformidad, que mezclaron sus trajes, y su lengua, y sus costumbres de vivir, en tal manera, que se pudo muy bien decir ser todos una cosa. La region destos ceporos tanteada por las medidas deste nuestro tiempo, tenia poco mas de diez y ocho leguas en largo hasta la mar occidental, en que fenecia en ancho solas tres leguas por lo mas angosto, y casi cuatro por lo mas ancho, que son las distancias en que los dos rios de Miño y de Limia llevan sus corrientes apartadas: dentro de las cuales, como dije, se contenian estos pueblos ceporos. En el principio dellos, contra la parte de oriente septentrional, caia la region que llaman ahora Limia, de quien hablamos en el capítulo pasado, con el nacimiento de su rio: dado que Estrabon diga manar y nacer sus aguas en otros pueblos españoles nombrados antiguamente Vaceos. Pero verdaderamente fué mal informado, porque (segun presto veremos) los tales vaceos caen muy apartados desta provincia, metidos en la tierra que decimos ahora de Campos, tomándola casi toda dentro de sí, con otro gran trecho mas adelante, hasta la montaña, que viene por Segovia y por Avila. Y así los ceporos, galos y griegos perseveraron en la vivienda desta provincia, contenida dentro destos dos rios sobredichos, mejorándola y adornándola cuanto mas en ella duraron. Todas las otras compañías caminaron sobre la mano derecha contra las tierras de levante, cada cual á su parte: y allí se detuvieron algunos dias entre muchos otros griegos que tambien poseian estas comarcas, recibiendo dellos tanta caridad y buen hospedaje, cuanto los otros sus compañeros habian recibido de los arotrebas occidentales; porque siempre la gente griega donde quiera que moró tuvo por cosa muy santificada cerca de sus dioses el buen recibimiento de los huéspedes y peregrinos cada vez que les venian. Juntados estos galos con aquellos griegos en todas las tierras y regiones sobredichas, comenzaron sus tratos y buenos conocimientos: y tras esto sucedieron luego casamientos entre los hijos y las hijas de los unos con los de los otros. Y toda la gente que despues nació dellos, así por esta region de quien al presente hablamos, como por las otras partes ya dichas, desde las aguas de Duero hasta la marina septentrional de España, que viene por aquel derecho, fueron llamados galogrecos, por haber procedido de la mezcla destos galos y de los griegos; y despues corrompiendo el vocablo, como siempre se hace, vino tiempo que les dijeron galecos, y su tierra Galecia, en lugar de Galogrecia: los latinos algunas veces mudándolo mucho mas, le suelen decir calaicos, dado que comunmente los nombren galecos, y nosotros ahora les decimos gallegos, y su tierra Galicia. Cuya generacion tuvo despues muy grandes acrecentamientos, con que penetró mas adelante por otras provincias de España, poblando diversas comarcas en aquel derecho septentrional, que fueron antiguamente contenidas dentro del nombre de Galicia, como presto lo contaremos en los capítulos venideros deste libro. Ahora los reyes portugueses, por guerras y diferencias que sus antecesores tuvieron en el tiempo pasado con los reyes de Leon, ocupan cerca del rio Duero la comarca llamada de Tras los montes, que ya declaramos en el quinto capítulo del segundo libro: y junto con ésta poco mas al occidente, la tierra que dicen Entre Duero y Miño, que verdaderamente pertenecen ambas á la particion moderna y antigua de Galicia; como tambien los reyes de Leon tienen usurpado despues de las mesmas guerras otras tierras, y lugares, y dehesas pertenecientes á la jurisdiccion de Portugal. Pero de todos estos hechos adelante daremos cuenta muy larga cuando llegaremos á la tercera parte desta gran obra, por los años y dias en que cada cosa dello sucedia.

CAPÍTULO XL.

De la jornada que cierto linaje de los gallegos nombrados Astiros, hicieron fuera de su provincia: los cuales poblaron la tierra, que por su causa llamamos Asturias, cuya cabeza fué la ciudad que decimos Astorga. Dáse tambien cuenta de cosas que los cartagineses y los marsellanos hicieron aquellos mesmos dias en alguna parte de España.

Ya en esta sazon era llegado el año de doscientos y ochenta y seis, ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese; dentro del cual, y en otros pocos años adelante, los galos arriba dichos, y los griegos españoles, entre quien moraban, parece que tuvieron alguna quietud, ó cierto ménos bullicio que solian, en aquellas tierras y derramamientos de Galicia: lo cual no tuvieron otras gentes advenedizas, de las que negociaban en España, particularmente los cartagineses africanos, que por estos dias enviaron nuevas guarniciones á los puertos de mar que poseian en el Andalucía, para que los conservasen y defendiesen de los españoles sus enemigos, rebelados contra ellos en sus fronteras y comarcas, reparando los muros, y fortaleciéndolos con fosas y vallados en cuantas partes hubo necesidad. En todo lo demás sobreseyeron hasta fenecer la conquista de Sicilia, donde traian al presente pujantes ejércitos, y ganaban cada dia lugares y villas, con gran acrecentamiento de su potencia. Item, renovaron las confederaciones antiguas con la nacion de los andaluces turdetanos: y con el favor dellos cobraron algunos mineros y torres, y tambien algunos pueblos de los que primero tenian perdidos en aquella comarca. Los marsellanos eso mesmo visitaron segunda vez á sus naturales y parientes en la villa de Empurias: y venidos poco despues á la ciudad de Monvedre, para hacer allí su visitacion y buen comedimiento, pasaron á Denia, donde pusieron atavíos y joyas vistosas y ricas en el templo de la diosa Diana. Desta calidad fueron casi todos los hechos tocantes á los extranjeros, que por aquellos tiempos (como dije) negociaban en España con los pueblos moradores sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo: porque de los otros españoles dentro de la tierra, ni sabemos que les aconteciese, ni creo yo que tuvieron entre sí personas tan avisadas, que notasen lo que por ellos pasaba, segun eran es-

quivos y bravos los unos contra los otros. Solamente podemos conjeturar de lo señalado por nuestros historiadores, que gastados algunos dias en aquello, siendo ya cerca del año que se contaron docientos y setenta y nueve ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué justamente quince años despues de la discordia que los galos tuvieron entre sí cerca de las aguas del rio Limia, cuando se dividieron los unos de los otros, una compañía dellos, nombrada los Astires no pudieron reposar con los griegos, como quiera que ya tuviesen con ellos trabado parentesco, segun lo tenian los otros linajes de quien primero hablamos. Y tomando sus alhajas, armas, ganados, hijos y mujeres, con alguna cantidad de griegos baldíos que se les llegaban, movieron contra las partes orientales de la tierra, y atravesados los montes que se desgajan de la Serranía, desde son ahora los puertos del Rabanal y la cumbre de Sospacio, cuyas lomeras y cerros vienen á parar en las aguas de Duero, como ya lo declaramos en el quinto capítulo del segundo libro: comenzaron á represar en la falda desta montaña, recogiendo como mejor podian algunas personas silvestres que hallaban derramados en cuevas y chozas por la tierra: con los cuales fundaron moradas en sitios que pudiesen vivir. Pero mas principalmente hicieron una poblacion, que fué cabeza dellos, y de las otras que por tiempo se multiplicaron entre la nacion destos astiros, la cual nombraron Astirica; cuyo vocablo vino despues á se mudar algun poco, y la llamaron Asturica, y ahora muy mas corruptamente le decimos Astorga, segun que tambien corrompieron el apellido de los mesmos astiros sus fundadores, y de toda cuanta gente dellos precedió, que poco despues los llamaron astures, y ahora los decimos asturianos; puesto que los asturianos de nuestro siglo no tienen tanta tierra como poseyeron los astures antiguos. Cuyas gentes hubo tiempo que se multiplicaron y cundieron contra la parte de mediodía hasta la ribera del rio Duero, donde confinaban con un pedazo de las gentes lusitanas, que se decian vetones: y contra la parte de septentrion ocuparon hasta la marina del Océano septentrional, poblando las fraguras de montañas entre medias, que se hacen por aquella tierra mas difíciles y terribles que ningunas otras en España. Solos estos astures septentrionales son ahora los que conservan y retienen el nombre de asturianos, que (segun parece por algunos cosmógrafos) fueron confines á ciertos españoles antiguos, llamados silores, de quien adelante trataremos algunos acontecimientos notables en el tercer capítulo del cuarto libro. Y pues hallamos esta relacion tan substancial y tan concertada del principio de los asturianos en las corónicas de los dos Julianos, Promerio y Diácono, con casi lo mesmo que dellos escribe Juan Gil de Zamora, claro parece ser cosa fingida lo de Silio Itálico, cuando dice que procedieron de Astur, varon troyano, que vino en España, criado y paje de las armas de Menon, el hijo de la mañana, que por otro nombre llamamos el Alba. Mas dejada la tal vanidad, y tornados á nuestro primer intento, declaran los cosmógrafos, que toda cuanta tierra poseyeron estos astures galos, y los griegos que consigo traian, se contó los tiempos antiguos entre las provincias de Galicia, como tambien se contaron en ella muchas otras naciones mayores de tierra mas adelante, de quien presto haremos relacion en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XLI.

Como gran multitud de gallegos salió nuevamente de su region mezclados en diversos linajes, y se derramaron por la tierra que poseian en aquel tiempo los españoles nombrados vaceos. Declárase toda la comarca donde pararon, y los mojones ó linderos antiguos que solia tener aquella tierra de los vaceos.

Cumplidos casi tres años enteros despues que los asturianos se metieron en aquella region, como la fama de su buen asiento llegase á los otros galos y griegos de Galicia sus parientes, que dejaban atrás, hubo personas dellos que les tomó codicia de comenzar otra semejante mudanza. Y así juntos en alguna cantidad, y hechos una mezcla de diversas parentelas con muchos griegos naturales de la tierra, que tambien quisieron ser en esta segunda liga, vinieron el mesmo camino de los asturianos: y pasando por ellos sin les perjudicar, á poco trecho tocaron en el rio de Ezla, que comunmente las corónicas españolas escritas en latin suelen llamar Estola: cuyas fuentes y manantíos nacen por las faldas y vertientes de la gran montaña que muchas veces hemos dicho desmembrarse de los montes Pireneos, cerca de Roncesvalles, y fenecer en Galicia. Desde allí trae el tal Ezla su corriente guiada y derecha contra la parte de mediodía, pasando por villas y pueblos asaz conocidos en el reino de Leon, como son Mansilla, Valencia de Don Juan, y otros algunos desta calidad, hasta que se junta con Duero, cuatro leguas abajo de la ciudad de Zamora. Luego como los galos y griegos pasaron estas aguas, entraron la provincia de ciertos españoles nombrados vaceos, nacion principal, y de la tierra muy espaciosa, tanto que sus aledaños, ó linderos, ó mojones, fueron antiguamente por la parte occidental este rio sobredicho, que los dividia de los asturianos antiguos, hasta su mezcla con Duero: desde la cual se principiaba un esconce pequeño, que duraba quince leguas de trecho por las aguas del mesmo Duero arriba, pasando por la ciudad de Zamora y por la de Toro, hasta llegar frontero del arroyo de los Hevanes, que corre desde mediodía contra septentrion: y tambien allí se junta con Duero despues, y van los mojones por aquel arroyo adelante, y por los confines y divisiones de los obispados de Salamanca y Avila, segun las dejamos rayadas en el tercer capítulo del primer libro, hasta dar en Bonilla que dicen de la Sierra, por estar en una parte de las montañas y sierras, que tambien dejamos aclaradas en el quinto capítulo del segundo libro.

Esta raya sobredicha dividia por allí los españoles vaceos de los españoles lusitanos, llamados vetones, como tambien ahora divide los reinos y jurisdiccion de Castilla, de la jurisdiccion y reino de Leon. Desde Bonilla tornaban sus linderos junto con las faldas destos montes, guiados por Villatoro, que cae dos leguas mas oriental que Bonilla. Pasaban siete leguas mas adelante hasta dar en Avila, y mas otras cinco despues á Villacastin, y seis á Segovia. De tal suerte, que las mesmas cumbres, y puertos, y sierras deste trecho los apartaban de otra nacion española mucho grande, que llamaban Carpentanos, donde caen ahora todas las tierras del reino de Toledo y algo mas. Luego como los mojones de los vaceos llegaban á Segovia, revolvian contra septentrion, y daban en Babilafuente, que cae seis leguas de Segovia. Despues otras seis en Sagramo-

ña, y cuatro leguas mas adelante cruzaban con el rio Duero junto con Roa, tomándola dentro de sí; desde la cual pasaban á Lerma, que viene siete leguas encima, despues otras siete daban en la parte donde hallamos ahora la ciudad de Burgos, y muy poco trecho mas arriba topaban en Montes de Oca, por los cuales montes, y por sus faldas ó vertientes, venian á se juntar los pueblos vaceos con las montañas que pasan sobre Castro Jeriz, y Carrion, y Sahagun, hasta las fuentes del rio Ezla, que son algo mas de veinte leguas en largo, donde comenzamos la declaracion y circuito destos vaceos. Así quedaban dentro dellos todas las villas, y lugares, y ciudades ya dichas en sus mojones, y mas la ciudad de Zamora, que los antiguos llamaban Sentica (1), y la de Toro, que decian Sarabis (2), y Valladolid, nombrada Pincia (3), y la de Palencia, que siempre tuvo su nombradía, con toda la provincia que los españoles modernos llamaron Tierra de Campos, segun adelante la rayaremos en la tercera parte desta gran historia. Todas estas poblaciones pertenecian á la region septentrional de los vaceos, entre las montañas de Castilla y las aguas del rio Duero, como tambien por el otro lado desde Duero contra mediodía les podemos señalar asaz muchos lugares principales y notables, cuales son Medina del Campo, Cuellar, Olmedo, Peñafiel, Coca, Madrigal, Cantalapiedra, Hontiveros, Arévalo, Martin Muñoz, y todos los pueblos menores sus comarcanos. Y desto podrán bien conocer los que fueren diligentes cuanta parte del reino de Leon caia dentro destos vaceos antiguos, y cuanta del reino de Castilla, cotejando las rayas aquí puestas con las de los reinos sobredichos, que ya dejamos aclaradas en el tercer capítulo del primer libro. Cuando los galos y los griegos de Galicia llegaron á la region destos vaceos, derramáronse por ella con intencion de reconocer el estilo de sus costumbres, y la manera que debian tener para se conservar entre ellos. Y despues de todo bien considerado, hallaron diverso parecer y voluntad en su recibimiento: porque todos los vecinos desde Duero adelante contra la region de mediodía ya declarada, siempre les defendieron la pasada del rio cuantas veces la tentaron, con tal ferocidad y cuidado, que jamás galo ni griego pudo quedar en aquella parte. Lo cual no hicieron los del otro lado por la vuelta de septentrion; nó porque los deste lado fuesen ménos arriscados ni feroces que los otros, sino por ser aquella partida mas ancha, no tan poblada, y á la verdad ésos que la moraban tener algo mejores costumbres y mas inocencia. Por esta causa fué necesario que los galos y griegos nuevamente venidos quedasen allí, sin curar de los otros vaceos que se les mostraban enemigos: y comenzaron á poblar lugares y moradas en sitios bien convenientes, donde sintieron que recibirian ménos enojo sus vecinos y comarcanos. Y como quiera que todas sus villas estuviesen esparcidas entre las otras de los vaceos dentro de sus límites y jurisdiccion, siempre se diferenciaron dellos en lengua, y en trajes, y en maneras de vivir; y muchos de los cosmógrafos pasados atribuyen ó ponen toda su generacion entre las gentes galogrecas ó gallégas de España, lo que (como digo) no cuentan á los vaceos entre quien moraban. Y de tal suerte se multiplicaron por allí, que pocos años despues nadie valió mas en la provincia, ni poseyó mayor señorío, ni tuvo tal autoridad ó reputacion en ella.

(1) No fué Sentica sino Ocelodurí. Ignórase la situacion de Sentica, y solo se sabe que caia entre Mérida y Salamanca, por lo que repugna su reduccion á Zamora. (2) La antigua Sarabis no puede reducirse á Toro, pues caia entre Salamanca y Ocelodurí, mejor se reducirá á Cubo (el), ó Sabaria. (3) Pincia ó Pintia, no se puede reducir á Valladolid: pudo sí haber estado hácia el nacimientó del Esqueba.

CAPÍTULO XLII.

Como seis mil españoles pasaron á Sicilia, cojidos á sueldo nuevamente por la señoría cartaginesa contra cierto rey de los epirotas, llamado Pirro, capitan de muy gran valor, al cual, despues de llegados cerca de Sicilia, vencieron sobre mar en una batalla tan grande, que fué casi principio de la perdicion deste rey Pirro.

En aquellos mesmos dias que los gallegos esto comenzaron, dicen nuestros historiadores haber entrado por España capitanes cartagineses derramados en algunos puertos de la marina con galeras y navíos, cargados de jaeces y ropas de guerra para todos los españoles que pudiesen cojer á sueldo. Parte destos comenzaron su negocio cerca de los montes Pireneos, metiéndose por la tierra cuanto buenamente bastaron: y discurrian por allí, repartiendo los tales atavíos entre la gente que los queria recibir, para con ellos solicitarlas y moverlas que saliesen á la guerra, con mas otros muy crecidos acostamientos que les ofrecian pagados en las preseas á que sentian ser aficionados, ahora fuesen dineros si los querian (puesto que déstos hallaron pocos), ahora con alhajas y cosas nuevas que traian de diversas regiones, ó de las que se labraban en Cartago mucho perfectas. Los otros capitanes acudieron al Andalucía, donde primeramente confirmaron y fortificaron el amistad vieja con los turdetanos sus parciales antiguos: y luego tras esto los importunaron por alguna gente de guerra, con que renovasen los ejércitos en África y en Sicilia, de que publicaban tener necesidad. Lo cual otorgaron los turdetanos sin mostrar pesadumbre: porque como fuesen pasados muchos años que no tenian diferencias ni competencia de las naciones estrañas, que solian venir y saltar en sus provincias, y naturalmente fuesen inclinados á las armas, deseaban tanto la guerra, que nadie les pudiera vedar el buen aparejo que Cartago les ofrecia. Recojidos por allí tres mil peones, y ciento y cincuenta de caballo, sacaron tambien los cartagineses las guarniciones y banderas africanas que tenian en los puertos del Andalucía, encomendando la guarda dellos á sus moradores ó vecinos españoles, y con aquellos y con otros dos mil hombres que trajeron los primeros capitanes sus compañeros, pasaron á la isla de Mallorca, donde tomaron setecientos honderos mallorquines, que se metieron en los navíos alegres y muy contentos, por ver dentro dellos mujeres españolas y africanas, con muchas pipas de vino de que creian ser pagados en sus gajes: y brevemente llegados en África los juntaron con otra buena copia de gente que tenian allí recogida. Fué la razon de todos estos movimientos tan apresurados y tan súbitos un rey griego, llamado Pirro, señor de los epirotas, tio del gran Alejandro de Macedonia, ya difunto, primo hermano de su madre, príncipe de gran estimacion en las armas, muy trabajador, muy animoso, recio, valiente de su persona, sobretodo gran acometedor de cosas difíciles. Éste pocos años ántes habia pasado en Italia para favorecer la ciudad de Taranto con otras gentes italianas sus allegadas contra los romanos que la guerreaban, y venido con

ellos á las manos, les venció dos batallas campales, en que mató gran multitud de contrarios. La primera batalla siendo cónsul y capitan de romanos, uno llamado Valerio Levino, dentro del año que se contaron doscientos y setenta y siete primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese, ó segun otros cuentan un año mas. La segunda el año siguiente, siendo tambien capitanes de Roma otros dos cónsules, nombrados Publio Sulpicio y Publio Decio: las cuales dos victorias añadieron gran reputacion al rey Pirro sobre la fama de su valentía, por ser los romanos en aquel tiempo muy poderosos entre las gentes italianas, y muy armados y venturosos en todas sus empresas y conquistas, tales, que nadie parecia poderles hacer ventaja. Como la señoría cartaginesa, despues de muertos Agatocles y sus consortes, continuase la conquista de Sicilia, porfiaron en ella tanto que ya la poseian casi toda, solamente les resistian los de Siracusa y de Leoncio, con algunos sus aficionados: pero viendo tambien éstos, que despues de tanto tiempo ya no bastaban á competir con el poder de Cartago, trataron con Pirro que les ayudase, prometiéndole todo el estado de la isla. Y así despues que Pirro venció los romanos, ordenadas las cosas de los pueblos italianos sus amigos como mejor supo, vino á Siracusa ó Saraosa, muy acompañado de gentes armadas, donde fué luego llamado rey de Sicilia, entregándole la posesion de cuanto le pudieron dar. Los cartagineses, considerada la potencia y esfuerzo deste rey, acudieron á le resistir con todas sus fuerzas: y llegados al riesgo, fueron vencidos diversas veces en muchas batallas y recuentros, con que perdieron la mayor parte de las ciudades y pueblos sicilianos que primero poseian, mudándose los vecinos dellos con la mudanza de la fortuna. Para remediar estos daños tan grandes y tan perjudiciales la señoría cartaginesa quiso poner españoles en sus ejércitos; y con toda la diligencia ya dicha los comenzaron de recoger en el Andalucía y en las otras marinas de España, casi á los fines postreros del año de doscientos y setenta y cinco ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios; y luego á los principios del año adelante los pasaron en Sicilia, donde llegaron á sazon muy apropiada: porque durante la guerra los cartagineses acometieron á Pirro muchos partidos de paz, los cuales él jamas quiso recibir, si no le dejaban á Sicilia libre y exenta con bastante seguridad para nunca la perjudicar. Y como nada desto se pudiese concluir, el rey Pirro juntaba dentro de la mesma isla nuevos ejércitos, para totalmente destruir estos cartagineses, poniendo grandes tributos en los sicilianos, y sacando mucha gente por fuerza, que viniesen á la guerra, con tanta soberbia y aspereza cuanta fué la dulzura y humanidad que primero mostraba cuando vino á Sicilia. Sufrieron algun poco los sicilianos esta tiranía; pero creciendo las demasías cuanto mas iban, no tardó mucho que los pueblos se tornaren á la parte cartaginesa: lo cual trajo gran confusion á los intentos deste rey. Pero fué tan venturoso para salir honrado dello, que luego le vinieron embajadores de las ciudades italianas sus confederadas, haciéndole saber que despues de su partida ya no podian resistir á los romanos, y que necesariamente se rendirian si muy presto no lo socorria. De manera que tomándolo Pirro por ocasion y color de su partida, comenzó de reparar navíos y meter en ellos el ejército para tornar en Italia, publicando fingidamente hacer esta vuelta mucho contra su voluntad por el remedio solo de sus amigos. En este punto llegó la flota cartaginesa con sus españoles: y como las galeras del rey se comenzaban á mover, aferraron con ellas en todas partes, y la batalla se trabó terrible y espantosa, donde mataron tantos hombres del rey, y le hundieron tantas fustas, y lo destrozaron de tal arte, que pagó Pirro desta vez muy pagado los daños y males que primero hacía. Tal dicen nuestras historias españolas haber sido la batalla postrera de Sicilia sobre mar con este rey Pirro: señaladamente la corónica que mandó componer el serenísimo señor rey don Alonso de Castilla y de Leon, que ganó las Algeciras: dado que Plutarco, contando la vida y acontecimientos deste rey Pirro, pase por ella livianamente; pero no lo pasa Justino en los veinte y cinco libros de su escritura, que notoriamente confiesa la victoria del ejército cartaginés, y dice quedar en ella Pirro tan desbaratado, que hizo luego mensajeros al rey Antigono de Macedonia, pidiéndole gente nueva para suplir la que le mataron en esta pelea. Dicen mas nuestras historias, que pasado Pirro en Italia despues de rota la batalla, los navíos de Cartago tomaron los puertos de Sicilia, y sacada su gente fuera, los españoles quedaron repartidos en aposentos por lugares y sitios cuales les convenia, y allí residieron algunos años, defendiendo sus estancias y todo lo que mas les era cometido, donde tambien los dejaremos ahora reposar en esta nuestra corónica por decir las otras cosas que poco despues sucedieron en España.

CAPÍTULO XLIII.

De la nueva jornada que hicieron parte de los gállegos moradores entre los otros españoles nombrados vaceos, saliendo de aquella provincia para se meter en otra que nombraban de los Arevacos. Dáse cuenta cuales fueron las poblaciones que los unos y los otros allí tuvieron, y los mojones ó rayas con que se cerraba la region destos arevacos.

Todos estos tiempos que los españoles sobredichos residian en Sicilia, y algunos años mas adelante los galos y griegos que salieron de Galicia, discurrian por la tierra de los vaceos, entre las montañas que llamamos ahora de Castilla y la ribera del rio Duero, poblando lugares nuevos en la parte que cada cual podia buenamente. Y en aquellas obras gastaron muchos dias, unas veces en contradiccion de los naturales, otras veces aplacándolos como mejor podian, hasta que finalmente quedaron de todo punto repartidos en diversas tierras desta provincia, sino fueron unos pocos, que fatigados y mal contentos de la compañía destos vaceos, caminaron adelante contra las partes orientales, y dieron en otra region de gentes españolas nombradas los arevacos, cuya tierra partia término con los vaceos, de tal manera, que la raya occidental destos arevacos era oriental á los otros, y duraba su comarca poco ménos de treinta leguas en largo desde poniente hasta levante, contándolas en este nuestro tiempo desde la villa de Roa, ó cerca della, hasta la villa de Agreda, junto con las faldas de la gran cumbre de Moncayo, de quien otras veces hemos hablado. Para lo cual mejor entender conviene traer á la memoria lo que dijimos en el tercer capítulo del segundo libro, declarando ser estos arevacos (1), un cierto linaje de los españoles celtiberos,

(1) De lo que poblaron los arevacos se infiere que no fueron distintos de ellos los duracos ó uracos.

que vinieron los tiempos muy antiguos á poblar las tierras y montañas confines al nacimiento de Duero. Y como quiera que de su primera llegada no pasasen este rio por ser ellos poca gente, crecieron despues en tanta multitud, que ya los dias y tiempos de quien hablamos aquí habian salido por el otro cabo del agua contra septentrion, donde tenian poblados lugares y villas famosas y notables entre los cosmógrafos y coronistas antiguos: como fueron la ciudad de Numancia, no léjos del pequeño lugar que llaman ahora Garray, cerca de la ciudad de Soria, ó segun otros dicen, en el mismo sitio de Soria. Junto con la cual, solas tres leguas adelante, cimentaron otro pueblo que dijeron Arevaco del nombre de su propia gente: cuya fundacion dura por estos mismos dias, no grande ni calificada, sino de pequeña cuenta, por ser el aldea de Soria que comunmente dicen Arévalo. Fundaron otrosí la que decian Segovia los antiguos, y los modernos la llamamos del mesmo nombre, aldea conocida desta ciudad, de quien hace memoria Tolomeo cosmógrafo, no lo haciendo de Segovia, ciudad magnífica de Castilla, siendo principal y señalada cuando Tolomeo vivia, segun hoy dia lo muestran sus antiguallas y sus edificios excelentes. Fué tambien pueblo destos arevacos en aquella parte la ciudad de Osma, que llamaban ellos Uxama, juntamente con Santi Esteban de Gormaz, Aranda, Huerta Rey, Coruña nombrada Clunia, junto con la raya de los vaceos. Y cuando los galos y griegos de Galicia por allí se metieron esta vez, que fué casi en el año de docientos y setenta primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese, no tenia la villa de Clunia ó Coruña tanta poblacion cuanta tuvo despues al tiempo que los romanos la poseyeron, como veremos adelante, que pusieron en ella chancillería para determinar allí la justicia de todos los debates y litigios que sucediesen á los pueblos comarcanos. Algunos letreros antiguos esculpidos en piedra, que duran hasta nuestro tiempo, parece que dicen haberse contenido dentro destos arevacos otra nacion española nombrada los Pelendones, que ciertamente solian vivir en lo mas septentrional de su tierra, por los recuestos y vertientes de las sierras llamadas Orbion, sobre la parte donde hallamos ahora las poblaciones de Renilla del Campo, San Pedro de Arlanza, Salas, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, y los otros lugares menores sus comarcanos. Déstos era cosa mayor la casta de los uracos, ó segun otros los nombran duracos, moradores en el contorno de las fuentes y manantíos del rio Duero, metidos parte dellos en las cumbres y serranía de los montes Idubedas, que vienen por allí muy levantados y crecidos; mas porque Tolomeo cosmógrafo pone los tales pelendones á su parte, como gente diversa de los españoles arevacos, dejaremos ahora su relacion para la decir en otro lugar que no será ménos á propósito, mayormente no sabiendo si los galos y griegos de Galicia, de quien al presente hablamos, fundaron en ellos cuando por allí discurrian algunos lugares y moradas, como sabemos haberlo hecho por las otras comarcas de los arevacos, en especial contra la parte de Numancia: que los vecinos desta ciudad como fuesen bien acostumbrados de su natural, y principales en la region, les dieron y señalaron partes provechosas donde parasen, y les favorecieron con mejor voluntad que no los otros arevacos traseros, casi de la mesma suerte que primero les habia sucedido con los vaceos pasados, puesto que de razon debieran éstos hacerlo mejor con ellos, porque, como ya vimos en aquel capítulo tercero del segundo libro, los progenitores antiguos de los galos, que venian aquella vez mezclados con los griegos, eran del mesmo linaje que los ancianos antepasados, de quien procedian estos arevacos, y como tales duraban entre ellos cantares y pláticas antiguas conservadas de viejos en mozos, que declaraban ser así, juntamente con algunos vocablos conformes en sus lenguajes, y las figuras ó talle de sus armas, y las ceremonias de los sacrificios á sus ídolos, que tambien eran semejantes en mucho. Los cuales indicios entre gente ménos feroz pudiera ser motivo suficiente con que se conocieran por parientes; mas ninguna cosa bastó con los naturales de la tierra para que muchas veces no les turbasen los asientos que comenzaban en algunas de sus comarcas. Y dado que, como digo, los tales impedimentos se fuesen generales á todo cabo; pero no fueron tan livianos, ni tan pocos, que los galos y los griegos no gastasen en resistirlos y aplacarlos seis años cumplidos, ó poco mas, hasta quedar pacíficos y reposados en la provincia. Y así concluido su negocio lo mejor que pudo ser, aconteció por ellos despues deste tiempo lo que por los otros sus compañeros de la tierra de los vaceos, que fué ser contada su generacion y sus lugares con todo cuanto procedió dellos entre las gentes gallegas, como se puede conocer y recolegir fácilmente de las historias de Paulo Orosio, coronista español. Y segun su repartimiento con el de muchos otros cosmógrafos á quien él sigue, contábanse por allí los principios y cabeza de Galicia, de manera, que cotejados los gallegos antiguos con los de nuestro siglo, parece claro vivir los presentes que conservan el apellido de gallegos en la postrera region de los pasados, tan abreviada y pequeña, que tiene solamente cuarenta leguas de largo contadas desde el cabo de Finisterra hasta los montes de Zobreros, siendo cierto que los gallegos ancianos ocupaban este mesmo trecho con mas de setenta leguas adelante, hasta las fuentes de Duero, tomando dentro de sí todas las naciones y provincias españolas contenidas entre las aguas deste rio y la mar septentrional de España, como las divide por el oriente cierto pedazo de los montes Idubedas, cuya declaracion ó figura pusimos en el cuarto capítulo del primer libro. Así tuvo fin esta peregrinacion de los galos, hecha primeramente con muchas y grandes compañías de turdulos andaluces, y despues con otras no menores de los griegos gallegos, de los cuales, y de los españoles en cuyas tierras asentaron, se comenzó de multiplicar tanta generacion, que brevemente todas aquellas comarcas fueron llenas de gentes, y presto vino tiempo que con mucha razon se contaron entre las honradas, y principales y muy pobladas en España.

LIBRO IV.

CAPÍTULO I

Como muchas poblaciones del Andalucía tornaron á la confederacion de los cartagineses, y de las guerras que por este tiempo se les recrecieron en Sicilia con los romanos, que fueron estorbo de grandes movimientos que Cartago quisiera comenzar en España.

Fenecidas estas cosas con tantos trabajos y fatigas cuantas en lo pasado quedan escritas, eran ya llegados los principios del año que se contaron doscientos y sesenta y cuatro ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. En el cual sabemos cierto que muchos pueblos andaluces de los que perseveraban en la rebeldía contra Cartago y contra los españoles de su parcialidad, residentes en los puertos y marinas desta provincia, fueron perdiendo mucha parte de sus enojos antiguos con inducimientos y halagos de los otros andaluces turdetanos, favorecedores antiguos de Cartago. Reducidos aquellos en alguna concordia, comenzaron á consentir la contratacion africana pasada, de cambios, y truecos, y mercaderías. Y con los muchos provechos que por allí les traian estos cartagineses, pudieron á la revuelta cobrar algunos mineros de metales y de pedrería preciosa que les faltaban: y segun los negocios pasaban bien, esperábase con tal principio, que continuándolo por aquel camino, presto quedarian todos conformes. Y verdaderamente Cartago mejoró mucho sus hechos en el Andalucía con los aparejos grandes que se le venian á las manos, sin esperarlo, ni saber donde procediesen, porque tambien cuantas pendencias traian en otras partes y regiones, así en África como fuera della, iban aplacadas y pacíficas, y lo de Sicilia ménos desasosegado que nunca. Con lo cual su pensamiento mayor era posponer todo lo restante, y entrar por España cuanto mas adelante pudiesen. Estando los hechos en este ser, la fortuna variable, que jamás no tuvo firmeza ni seguridad en los bienes que muestra, se les comenzó de trocar en tal arte, que convino mudar el estilo de los negocios, y juntar otra vez armas y gente por todas aquellas tierras españolas para las pasar en Sicilia, donde nuevamente, sin esperarlo ni sospecharlo, les era recrecida gran cuestion con los romanos de Italia, y con algunas otras ciudades de la mesma isla, que despues de vuelto el rey Pirro en su reinado los habian traido para se favorecer dellos. Mas porque desta pendencia romana se principiaron rencores muy graves entres los unos y los otros, y poco tiempo despues mucha parte de sus turbaciones y daños descargaron en España, contaremos aquí la causa donde procedieron cuanto brevemente podamos, para que todo lo siguiente vaya sabido y entendido de raiz. Así fué, que los años ántes cuando Agatocles, aquel tirano de quien hablamos en los treinta y tres y treinta y cuatro capítulos del tercer libro, usurpaba la posesion y señorío de Sicilia, entre las gentes que se llegaron á sus alborotos fueron unas compañías italianas de la tierra llamada Campo de Labor, ó por otro nombre Campaña. Y puesto que los tales (conforme al apellido de su provincia) comunmente se dijesen campanos, despues que seguian esta conquista siciliana mudaron la nombradía, y llamábanse mamertinos, á causa del dios Marte, que reverenciaban ellos y toda la gentilidad por señor y dios de las batallas, significando con este nombre ser ellos los batalladores mas valientes del ejército. Durando las turbaciones en aquella region, trataron los mamertinos con los ciudadanos de Mecina, pueblo principal en lo postrero de Sicilia, junto al estrecho de mar que la divide de Italia, que pudiesen resider allí de guarnicion algunos pocos dias. Y como se vieron dentro, tomaron prestamente sus armas, y comenzaron á matar los naturales del pueblo, cautivándoles sus mujeres y sus hijos, y despues repartiendo las haciendas y posesiones entre sí. Muchas villas de la comarca confederadas á Cartago y á Zaragoza de Sicilia padecieron dellos grave persecucion, y no ménos algunos pueblos de mas adentro que les fueron tributarios. Perseveraron en aquella tiranía los mamertinos hasta la venida del rey Pirro á Sicilia: con el cual tuvieron grandes competencias, y le resistieron de tal arte, que despues vuelto este rey en Italia, como ya lo dejamos escrito, pasaron tras dél, y le fueron mordiendo y dañando la rezaga ó retroguarda del ejército, haciéndole cuanto mal podian. Sucedió tras esto, que luego como los zaragozanos de Sicilia se vieron libres de Pirro tomaron por capitan un caballero mancebo, llamado Hieron, tan hábil para gobernar, que poco despues le dieron título de rey. Éste, sosegadas ciertas discordias y bandos de su ciudad, salió contra los mamertinos, como contra tiranos mas vecinos y mas perjudiciales á la república de su ciudad: donde peleados algunos recuentros favorables, una vez á los unos, otra vez á los otros. Finalmente, la victoria quedó por Hieron en una batalla campal y postrera que les dió cerca del rio Longano. Los mamertinos, conocida su perdicion si no buscasen remedio, discreparon en la manera de procurarlo, porque mucha parte dellos acudieron á los cartagineses, entregándoles á Mecina, con cuanto mas poseian en Sicilia: los otros enviaron mensajeros á Roma, prometiendo lo mesmo. Sobre lo cual hubo gran confusion entre los romanos, por les parecer cosa fea moverse contra Cartago, con quien los tiempos antiguos tenian amistad y confederaciones juradas: las cuales cuando Pirro vino á Sicilia fueron refirmadas y renovadas, para ser amigos de amigos, y enemigos. Juntábase con esto parecer torpe título del tal rompimiento los mamertinos ladrones públicos, de mala conversacion y mala jazida, tales, que de razon debian ser perseguidos, y no favorecidos. Pero considerada por otra parte la mucha potencia de los cartagineses, y que no solo poseían lo mas y mejor de las tierras africanas, ganado por fuerza de armas, sino tambien muchos pueblos en España, con todas las islas que caian en aquellos mares comarcanos á Cerde-

ña y á Italia, sospechaban estos romanos que les vendria peligro de tan poderosa vecindad, si tambien acabasen de sojuzgar á Sicilia. Lo cual harian facilmente si Mecina no les fuese defendida, pues ella tomada, sin duda cobrarian á Zaragoza ó Sarausa: y siendo con ella señores de todo, les quedaba Sicilia hecha como puente, para saltar en Italia cada vez que se les antojase, cuyo señorío pretendian y procuraban los romanos. Por esta razon, y por otras muchas que los coronistas latinos largamente declaran, el pueblo romano (pasados algunos meses del año siguiente, cuando se principiaba la ciento y veinte y nueve olimpiada de los griegos, puesto que Plinio discrepe desto dos años) despachó cierto número de banderas, para socorrer á Mecina, con un capitan y cónsul de su ciudad, llamado Apio Claudio Caudice. Los mamertinos, teniendo certinidad deste favor, echaron fuera del pueblo la guarnicion y defensa cartaginesa, que ya tenia entre sí, y á su capitan con ellos: el cual fué despues justiciado, por mandado de los gobernadores cartagineses, pareciéndoles que por flojedad ó por miedo hubiese desamparado la villa. Y luego la señoría proveyó de navíos y flota bastante, para defender y residir en aquel estrecho de mar arriba dicho, que se hace junto á Mecina, entre Italia y Sicilia, con otro buen ejército por tierra, favoreciéndoles á todo Hieron, el rey de los zaragozanos, que tambien por otra parte tenia puesto real sobre la mesma ciudad de Mecina. En aquel medio tiempo, los romanos recien venidos, y su consul ó capitan Apio Claudio, tuvieron una noche tal astucia, que desviados algun poco de la flota contraria, pasaron el estrecho. Y dado que despues de metidos en Sicilia principiaron algunos tratados de paz: andaban tan enojados y sentidos los unos de los otros, que no tuvo remedio la guerra para se dejar de romper. Y así fué primeramente por los romanos acometido y desbaratado el rey Hieron, y despues casi junto con él, todas las estancias cartaginesas, y siguídoles el alcance, hasta las meter en Zaragoza de Sicilia, donde los tuvieron un poco cerrados, y les dieron algunos combates.

CAPÍTULO II.

Como salieron algunos españoles cogidos á sueldo, para comenzar la cuestion de Sicilia contra los romanos en favor de Cartago: y de las pendencias crueles que por este tiempo traian entre sí muchos pueblos en España.

Como los negocios de Sicilia quedasen destrozados, y de mala suerte, luego se comenzó de coger en España gente nueva por parte de Cartago, para remediar, y rehacer allá lo perdido, porque dado que cuando fué la guerra del rey Pirro, nuestras historias digan haber puesto los cartagineses en Sicilia cinco mil peones españoles, eran ya pasados mas de catorce años de tiempo, en que muchos de ellos fueron muertos de dolencias: y los que sobraron, habian tornado en España, y algunos otros pasaron en Italia, para seguir aquella guerra deste rey. De manera, que cuanto la falta dellos era mayor allá, tanto creció por acá la diligencia de Cartago, con buenas pagas en lo que cada cual escogia: ahora fuesen mujeres, ahora jaeces, ó tambien armas ó dinero de plata, si por caso lo pedian, para que saliesen á la cuestion prestamente. Los autores á quien yo sigo, no tasan qué número fuese de peones, ni de caballos españoles, ni de qué provincias de España aquellos que pasaron en esta demanda: pero no debieron ser muchos; porque, como digo, la priesa que les daban era grande, y el tiempo corto. Y Polibio, coronista romano, claramente dice, que junto con estos españoles cogieron tambien los cartagineses á sueldo gente de las riberas de Génova, y tambien de las que moraban en la tierra que llamamos ahora Francia.

Nuestras corónicas españolas, muchas dan á sentir, que por este mesmo tiempo, los pueblos españoles, moradores sobre la costa del mar Mediterráneo, donde los cartagineses empleaban aquellos dias su principal contratacion, traian grandes enemistades y discordias entre sí, puesto que no declaren las causas, ni los acontecimientos ó hazañas dello. Por lo cual conjeturamos, que la señoría cartaginesa no tuvo desta vez tan buen aparejo para se bastecer en España, como solia. Pero de cualquier suerte que fuese, sabemos cierto, que metidos estos españoles que pudieron haber dentro de sus navíos, pocos ó muchos, llegaron á Sicilia, fenecido casi el verano del año que se contó doscientos y sesenta y dos ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese: donde hallaron dos capitanes nuevos de Roma, cónsules y gobernadores de aquel año, nombrados, el uno Marco Valerio, y el otro Cayo Otacilio, con diez mil peones, y mil y doscientos caballos italianos, para continuar esta guerra contra Cartago. Hallaron mas gran parte de las villas, que primero sostenian el bando cartaginés, vueltas á los romanos, y entre ellas á Hieron, el rey zaragozano, con todos los pueblos de su confederacion. Pero si la mudanza fué mucha, la resistencia de Cartago no se tardó, con tantos navíos y bastimentos, y con tantas gentes africanas, traidas á sueldo, que ni los españoles primeros, ni las banderas de las otras naciones, comparadas con ellos, hicieron casi número. La guerra perseveró muchos años, y se trabó muy de propósito: de la cual, por ser los españoles que la seguian en pequeña cantidad, no daremos aquí mucha cuenta, sino fuere decir en los capítulos venideros alguna relacion que della venian á tiempos en el Andalucía, cuantó mas bastando lo dicho, para que quien quiera sepa ser esta la razon y principio donde procedió la gran enemistad entre cartagineses y romanos, y las turbaciones que por la mesma causa trajeron ellos poco despues en España, segun presto lo contarémos. Mucho quisiera yo luego tras esto poder escribir cumplida y abundosamente las otras contiendas arriba señaladas, que parte de nuestros historiadores apuntan haber pasado los españoles, entre sí, pues era materia natural de esta corónica: pero fáltanos al presente su relacion y sus particularidades, como faltan otras muchas escrituras y memorias de España, que perecieron en las adversidades pasadas de godos y moros, y de las otras gentes que la dañaron. Solamente parece de conjeturas, haber durado las tales contiendas todos los cinco años siguientes, ó poco mas, en que perecieron muchos hombres, y fueron abrasados diversos pueblos, destruida multitud de lugares, asoladas sus provincias con fatigas y perdiciones terribles, mayores y mas crueles que de ningun adversario extranjero pudieran recibir. Y cumplidos estos cinco años quedaron tan cansados, y tan escarmentados los unos de los otros, que se fueron aplacando, y dejaron la pendencia con solo temor que tuvo cada cual de la braveza y ferocidad de su contrario. Y esto solo me parece que seguramente se puede hablar en tal caso, conforme á lo que (como dije) significan muchos de nuestros

coronistas en sus abreviaciones y recopilacion de los acontecimientos antiguos de España.

CAPÍTULO III.

Como poco despues algunos españoles, nombrados siloros, con otros llamados brigantes, ocuparon tierras en Inglaterra, donde moraban ellos y sus descendientes. Y como tambien una compañía de asturianos gallegos vinieron á poblar en la marina septentrional de España, donde reside su generacion hasta nuestro tiempo.

El año siguiente despues de esto pasado, fué doscientos y cincuenta y seis ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo: dentro del cual se cumplieron veinte y cinco años enteros, despues que los asturianos galos habian comenzado su principal poblacion en Astorga, segun ya lo contamos en los cuarenta capítulos del tercer libro. Como la gente déstos que por allí vinieron fuese crecida cantidad, y no pudiesen caber todos en el pueblo, muchos asentaron en sus comarcas y derredores, como tambien allí lo dijimos. Y gran parte dellos no se quiriendo detener aquí, caminaron contra las montañas septentrionales desta tierra, creyendo, que si penetraban adelante, hallarian region conveniente donde pudiesen vivir. Pero las fraguras de las montañas y sierras crecian siempre cuanto mas iban, de tal suerte, que muchos dellos asentaron y pararon en aquellas asperezas, derramados en diversas partes, sin confianza de hallar mejoría sobre la que dejaban atrás. Algunos otros pasaron adelante, prosiguiendo su demanda, hasta que (como digo) llegaron en el año que tratamos ahora, por aquel mesmo derecho sobre las riberas del Océano de España: donde visto ser acabado su camino, pues lo demás era todo mar, y considerado que la provincia por las veredas y valles, en que se dejaba tratar, era fértil y viciosa, bastecida de muchas frutas monteses, que nacian á toda parte, juntamente con abundancia de rios y pescados escelentes, y muchas aguas y cazas, y crecidas muestras de metales y pedrería preciosa, item muchos puertos de mar en toda la ribera bien espaciosos y bien repartidos, y mas otros indicios de grandes provechos, que la montaña les mostraba cerca de la costa, holgaron de quedar allí, poniendo fin á sus trabajos y cuidados. Tuvieron los asturianos en este caso poca dificultad y contradiccion de nadie, no porque faltasen al derredor gentes comarcanas, feroces y terribles, acostumbradas en guerras y bandos unas con otras: y generalmente de tal condicion, que bastaran á cualquier resistencia: sino porque las comarcas eran asaz desocupadas para poder caber todos, segun las pequeñas poblaciones en ellas habia. Y los españoles montañeses de la frontera, que por estos dias la moraban, no curaron ni miraron en los asturianos recien llegados, por andar ellos en esta sazon muy embebidos en un viaje, que desde pocos años ántes hacian sobre la mar, navegando las anchuras del Océano septentrional, desde sus riberas españolas, hasta la isla de Inglaterra, que llamaban los antiguos Britania, donde muchos de su nacion tenian ya hecha vecindad y moradas con sus mujeres é hijos en las partes occidentales de la tal isla, los cuales eran nombrados siloros, ó segun Tolomeo los llama silires. Y tienen por cierto muchas personas leidas y sabias en este nuestro siglo, que la tal nombradía fué general, así por aquellos españoles, que nuevamente poblaban en Inglaterra, como por los otros sus parientes, moradores en casi toda la costa septentrional de España que viene desde junto á los asturianos, hasta los montes Pireneos. La cual costa, con sus fraguras y sierras, llamaban la montaña Siloria. Poco despues, una sola letra mudada, le dijeron Soloria: y sus cumbres y cerros y asperezas, nombraron montes Solorios. Cuyo vocablo, dado que se perdiese por aquella cuerda larga de montaña, permanece por algunas sus partes hoy dia: puesto que tambien ahora corrupto su nombre, segun la propiedad de los tiempos, que cuanto mas andan, tanto mas confunden y truecan las cosas y sus nombradías. Señaladamente nos queda rastro dél entre las dos villas de Plasencia y Bermeo, pueblos muy honrados en la provincia de Vizcaya, donde la montaña, cerca del mar Océano, dicen Solue, por le decir Solorue, que significa Solorio en su lengua vascuenza, que todos allí hablan. Conforme á lo cual, aquellos vizcainos antiguos solian llamar Soloroa, cualquier heredad ó posesion donde situaban sus granjerías en aquellos montes, ahora le dicen Soroa, quitando la sílaba del medio, por hablar mas polido y mas galan. Segun esto, parece claro, los siloros ó soloros de por acá, dado que tuviesen aquel nombre general, tener juntamente diversos apellidos particulares de linajes diferentes entre sí, que no tuvieron ó no conservaron aquellos de Inglaterra. El primer linaje caia junto con el asiento de los asturianos nuevamente llegados, y decíase de los pesicoros (1) que parte dellos moraban la ribera donde hallamos ahora la villa de Santander y Laredo, con las villas y poblaciones comarcanas á su montaña. Luego tras esto venian los cántabros, cuyo linaje se metia mucho mas adentro de la tierra, tomando buen pedazo de las provincias que nombran ahora Vizcaya y Alava, hasta dar en la ciudad de Logroño, donde tenian por su cabeza principal una poblacion en lo postrero de todos ellos, nombrada Cantabria, no léjos de la cumbre que por su causa llaman hoy dia de Cantabria: la cual permaneció hasta los tiempos de Leovigildo, rey de los godos, en cuyos dias fué destruida. No hacen della perfecta memoria los cosmógrafos latinos ó griegos, que yo sepa: pero hácenla nuestros coronistas españoles en muchos apuntamientos y lugares que señalaremos adelante. Seguíase despues la ribera de los antrigones, y mas adelante la de los origenos y caristios, que por otro nombre llamaban coniscos, ocupando lo que faltaba de Vizcaya. Tras éstos venia la casta de los vardulos, y despues la de los vascones, confines á los montes Pireneos: cuyos parientes poseian en lo mas dentro de la tierra toda la provincia de Guipúzcoa y de Navarra, con alguna parte del reino de Aragon, hasta las aguas del rio Gallego, que naciendo del Pireneo, se mezcla con Ebro, casi frontera de Zaragoza. Pero los postreros destos linajes, sabemos claro, que no pasaban á Inglaterra, sino los primeros á su parte. Cosa parece de gran espanto lo que platican algunas corónicas en la tal navegacion de los siloros españoles: porque siendo la mar de su viaje, que decimos ahora la mar de España, naturalmente bravísima, donde segun al presente vemos, son menester navíos robustos y fuertes para resistir la braveza y furia de las aguas, y sufrir el peligro de las tempestades, que son por allí mucho terri-

(1) Debe decir pesicos: sin embargo, éstos no vivian hácia Santander y Laredo, sino en el territorio de Pravia, si hemos de dar crédito á los documentos de la edad media.

bles y muy continuas, estos siloros la caminaban en barcas de cuero, cosidas con correas, y en algunos esquifes de madera, cavados en el hondo, todos de un leño, regidos por pocos hombres: y con este tal aparejo, proseguian su viaje tan continuadamente, que la mar andaba cuajada dellos. Y podria ser, que considerada la flaqueza que estos bateles tenian creyesen algunos, que la tal navegacion se haria costeando las riberas de los ducados de Bretaña y Normandía y Picardía, sin engolfarse, ni desviarse de la tierra, para que caminando por aquí, llegados al puerto de Cales, á quien decian Icio los antiguos, ó segun otros afirman Gesoriaco, pudiesen atravesar un pequeño brazo de mar que por allí se hace, y salir á la parte donde hallamos ahora la villa de Douvres, lugar señalado de los ingleses. Pero sabida la region inglesa, donde los españoles siloros paraban, y conocida la faccion de la isla, no puede ser así, por tener Inglaterra casi figura triangular, ó de casi tres lados diferentes. El uno de los cuales cae frontero de España, contra la parte de poniente, donde los siloros caminaban y residian. El otro lado viene sobre la parte del mediodía, haciendo con la ribera de Picardía, que le cae frontero la canal que llaman ahora de Flandes. El tercero lado cae contra la vuelta de levante, y en una de las puntas en que comienza este lado, por donde se junta con el mediodia, queda la villa sobredicha de Douvres, con siete leguas de mar, que la dividen de la villa de Cales en Picardía. De manera, que si los españoles por aquí navegaran, allende ser el viaje de muy gran rodeo, fuérales muy peligroso despues de metidos en la isla, pues era menester atravesarla toda para llegar á las partes occidentales donde hacian sus asientos, y las gentes inglesas que por el camino vivian eran tan feroces y bravas, que no les dejaran hollar su provincia ni pasar por la isla. Salvo si quisiesen decir que la tal comarca no tenia poblacion este tiempo. Lo cual si así fuera, creo yo que los españoles siloros poblaran allí sin pasar á la parte de poniente, pues excusaban el trabajo del camino, quedando reposados en lo mas bueno de toda Inglaterra, donde son ahora Londres, Gravesend, Cantorbery y Douvres, con otros lugares y villas asaz notables. Dejada, pues, la tal opinion, y tornando á la plática de los siloros antiguos de España, hallamos en algunas historias haber sido gente simple de condicion; pero mucho feroz, y muy ejercitados en las armas unos con otros. Y así los de acá, como los pasados en Inglaterra, tuvieron usanza de pintarse cada dia los rostros con bermellon ó con almagre. Lo cual allende ser su costumbre muy comun, los diferenciaba de los otros vecinos antiguos de la isla, que tambien se teñian de color cárdena con el zumo de cierta yerba que llamaban glasto ó guado. Los griegos la nombran isatide, los latinos lutea, los españoles la dicen ahora pastel, mucho preciosa para la tintura de los paños. Retorcíanse tambien aquellos siloros españoles los cabellos con fuego, para los encresparen diversas maneras. Las casas tenian en España de madera, segun que tambien hoy dia las usan en todas aquellas montañas: y en Inglaterra las tejian con vimbres y vergas atadas en estacas largas y gruesas, que hincaban sobre la tierra. Poco mas adelante de la parte donde los siloros esta vez asentaron, hubo tambien otras gentes antiguas en Inglaterra, que llamaban brigantes, y se tiene por muy cierto ser de nacion española, moradores en la comarca de donde hallamos ahora la ciudad de Bristol y la villa de Galez, frontero de Irlanda, isla mucho cercana de sus riberas al occidente. Pero destos brigantes, ni sabemos en qué tiempo, ni por qué causa, ni con qué ventura viniesen allí. Solo se tiene por averiguado, que dellos ó de los siloros ya dichos, despues de muy acrecentados y reposados en aquella region, navegaron gentes en Irlanda, que la poblaron, conforme tambien á la memoria que desto permanece hasta nuestros dias entre los mesmos irlandeses, que públicamente confiesan á cuantos hablan en tal caso proceder ellos de generacion española, segun ya lo declaramos en el séptimo capítulo del primer libro. Lo cual entendido desta manera, va ménos escrupuloso que las conjeturas de Juan de Viterbo, relatadas en aquel capítulo sobredicho. Para confirmacion de todos estos negocios que los autores peregrinos certifican de nuestra gente, parecen responder á propósito las memorias que tambien los españoles montañeses tienen hoy dia conservadas de padres á hijos, en que certifican los caballeros del linaje de Haro, que fueron señores en Vizcaya y en muchas partes de todas aquellas montañas, venir de don Zuri, hijo de un varon montañés y de una hija del rey de Escocia, provincia bien conocida en la isla de Inglaterra, que la trajo robada los tiempos antiquísimos, y vencido de sus amores la tomó por mujer. Pero desto despues hablaremos algo largo, cuando (placiendo á nuestro Señor Dios) contaremos en la tercera parte desta gran obra los caballeros señalados que sucedieron deste linaje de Haro, con sus valentías y hazañas. Así que de tal manera los asturianos y siloros casi por una sazon hacian asientos nuevos en diversas partes del mundo; los unos en España, los otros en Inglaterra, multiplicando su gente con toda solicitud, y gastando muchos años en mejorarla, hasta quedar firmes y pacíficos cada cual en la provincia que pretendia.

CAPÍTULO IV.

Como los mallorquines se rebelaron contra la gran Cartago: los cuales brevemente fueron reducidos á la confederacion desta señoría, por industria de cierto caballero nombrado Hamilcar Barcino, que vino para los sosegar, y de las cosas notables que por acá hizo.

Por aquel tiempo que lo sobredicho se hacia, ningun año faltó que los andaluces y los otros españoles, moradores en la costa de nuestro mar Mediterráneo, no tuviesen relacion ni mensajería continua de la guerra que los cartagineses traian en Sicilia contra los romanos: unos años venian favorables á los unos, otros á los otros, hasta que, finalmente, pasados algunos meses del año, que se contaron doscientos y cincuenta, primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese, vinieron con mejoría mucha por la parte cartaginesa. Dice san Eusebio, que por estos dias fueron los romanos vencidos en la mar, y desbaratado su capitan Cecilio Metelo, con pérdida de noventa naos. De lo cual ninguna mencion hace Polibio romano, coronista famoso desta guerra, ni tampoco ninguno de los otros coronistas que yo sepa. Mas cuanto por aquí parece que traian buena fortuna los negocios de Cartago, tanto despues el año siguiente se les comenzaron de turbar en las islas de España, porque los vecinos de Mallorca, movidos con algun mal tratamiento de los factores cartagineses, que residian entre ellos, murmuraban y sentian sus injurias, y poco despues, llegándose por cuadrillas, salieron de las cuevas y chozas donde moraban, y tomaron los montes, matando cuantos cartagineses ve-

nina de las torres y de las poblaciones que tenian sobre la costa. Lo cual no solamente hacia la gente silvestre del campo, sino tambien algunos otros mallorquines mas aplacados, que ya moraban entre los cartagineses, y traian vestidos, y tenian casas, y parecian hombres de mas razon. Déstos hubo sospecha grande que procedia lo principal del alboroto, con inducimientos que hicieron á los silvestres para que se levantasen: pues como digo, despues de comenzada la cuestion, salieron algunos á se juntar con ellos. Pudiérase remediar esto facilmente, si los gobernadores de Cartago no tuvieran crecidas ocupaciones en Sicilia con los romanos, ó no creyeran que segun la simpleza destos mallorquines rebelados en cualquier tiempo los podrian cobrar. Mas como los mallorquines en el principio hallasen poca resistencia, tomaron tanta braveza, que despues repartidos en diversos lugares, movieron con toda su multitud, desnudos en carnes, armados de hondas y zurrones, llenos de guijarros, para destruir abiertamente las estancias cartaginesas de la marina.

Fué tan espantosa la tempestad y lluvia de las piedras arrojadizas, que no se les amparaba cosa donde llegasen; y con tal enojo porfiaban en esto, que despues de quemada la mayor parte de las defensas, convino retraerse los cartagineses á sus navíos, y meterse por la mar adelante, quedando casi todos sus reparos destruidos y derrocados, sino fueron algunos pocos lugares de mayor poblacion, donde con tener gente mas que los otros, y con fosos y vallados á semejanza de muros se hallaron algo fortalecidos, y bastaron á defenderse. Conocido por la señoría cartaginesa serle perjudicial esta mudanza de Mallorca para los otros grandes intentos que pretendia en España, proveyeron un caballero, nombrado Hamilcar, persona principal entre la casta de los Barcinos, que ya por este siglo tenia gran valor en Cartago, para que con fustas y gente necesaria lo remediase como le pareceria convenir al bien de su república. Cuya venida se despachó pasados pocos dias del año siguiente, que fué doscientos y cuarenta y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Y como quiera que cuando salió de Cartago, las memorias escritas en que se le dieron los avisos que debia tener en este caso pareciesen bien convenientes para lo sosegar; despues de venido halló los negocios tan discrepantes, que fué necesario mudar el acuerdo. Lo cual este caballero hizo con tanta sagacidad, que dentro del año sobredicho ganó las voluntades á todos, y tuvo dellos cuanto quiso, no curando de las crueldades que sus instrucciones le mandaban hacer, pues á la verdad si por allí se guiara, doblaran los males, y siempre creciera la discordia. Pero ni tampoco le faltó rigor cuando lo pedia la razon, para con amor y con temor conservar esta gente salvaje cada cual en su condicion. Y no solamente los mallorquines, á quien vino, le quedaron amigos y servidores, sino tambien los españoles moradores en lo firme de España, frontero destas islas, mostraron gran aficion á sus cosas despues que tuvieron noticia dél. A los cuales Hamilcar visitaba muchas veces en sus galeras y fustas con que siempre discurria por aquella costa de España, frontera de las islas, ganando voluntades, y proveyéndoles de jaeces africanos y frenos para los caballos, y de todas las armas, y ropas, y preseas á que mostraban ser aficionados. Visitaba junto con esto los templos de los ídolos españoles; y tanto de mejor gana comenzaba la romería dellos, cuanto le decian estar mas dentro de la tierra, para con esta color penetrar las provincias, y sentir las condiciones y secretos de los españoles, y trabar allí nuevas amistades y nuevos conocimientos. Sobre todo, su principal devocion fingia ser en el templo de Denia, de quien ya hablamos en los treinta capítulos del primer libro, y en otros veinte y nueve del tercero. Lo cual procuraba tambien, para por esta via negociar inteligencias en la ciudad de Monvedre, que llamaban Sagunto, pueblo de gran calidad en aquellos tiempos, á quien Denia reconocia señorío con otros muchos lugares de su comarca. Tales fueron las ocupaciones deste gran capitan Hamilcar Barcino, los primeros años que hizo la jornada de Mallorca, segun lo pudimos recolegir á pedazos en muchos y diversos autores nuestros y peregrinos. Añaden algunos haberse casado con una mujer española, muy rica de parientes, y no ménos de hermosura; dado que no manifiesten de qué gente ni de qué linaje fuese. Con la cual, despues de gastados algunos meses en los placeres y regocijos del nuevo matrimonio, trayéndola preñada para residir en Mallorca, le tomaron dolores del parto en la mar, cerca de una isleta desierta, nombrada por aquellos tiempos Tricada ó Triquadra, donde la señora, saliendo fuera del navío, parió, segun dicen, un hijo, que llamaron Hanibal, como solian decir á su abuelo; de cuyos acrecentamientos y juventud, con las muchas y grandes excelencias que tuvo despues, dará presto nuestra corónica suficiente relacion. Y ciertamente, hablando Plinio desta isla Tricada, bien claro la llama patria de Hanibal. Y así por ella ser en la jurisdiccion de España, como por la madre ser tambien española, hubo personas que contaron este Hanibal entre los varones señalados de España; dado que despues tuvo cargo de los ejércitos y conquistas cartaginesas. Dícese mas, los españoles que siguieron esta señora para morar en aquellas islas, haber llevado conejos en cestas, con que se principiasen allá cazas y deportes que faltaban: los cuales conejos con el regocijo del parto quedaron en la Tricada, cuya generacion se multiplicó de tal arte, que por esta sola causa fué la isla perdiendo su primer apellido, y la nombraron Conejera, como tambien la nombramos hoy dia. Désta tomaron despues algunos conejos, que pasaron á Mallorca, donde no se podria decir cuán excesivamente creció su generacion, tanto, que de la tal multitud de conejos resultaron adelante grandes inconvenientes, y peligros, y daños á los mallorquines, como lo contaremos en los libros siguientes. Y fué mucho de maravillar, que como poco despues quisiesen llevar otros tales en Iviza, creyendo que por estar cerca de Mallorca se multiplicarian de la misma suerte, vióse por experiencia, que puestos allá huian y saltaban en la mar, queriendo morir ahogados ántes que parar en su region. Y si por caso los tenian atados, en breves horas perecian todos. De manera, que por esta naturaleza contraria jamás se criaron ni se vieron conejos en Iviza, teniendo las otras islas comarcar a multitud increible dellos.

CAPÍTULO V.

Como Hamilcar Barcino, capitan cartaginés, salió de Mallorca con algunos españoles de refresco para socorrer los ejércitos de Sicilia, donde pasáron grandes hechos en contradiccion de los romanos, y defendimiento de la parte cartaginesa.

Los negocios así tratados con tal autoridad y prudencia, trajeron gran reputacion al capitan Hamilcar tambien cerca de los españoles, como cerca de sus propios cartagineses, tanto, que determinaron encargarle cosas mas importantes y graves. Y luego el año siguiente, despues de nacido su hijo Hanibal, que fué justamente doscientos y cuarenta y cinco ántes del advenimiento de Nuestro Redentor Jesucristo, lo hicieron capitan de todas sus flotas y navíos para seguir la pendencia de Sicilia contra los romanos, que todavía duraban con extremados enojos, y con tantos buenos aparejos de guerra por mar y por tierra, que siendo ya pasados casi diez años de cuestion, ninguno dellos tuvo jamás mejoría que le durase, ni victoria que se pudiese llamar cumplida. La corónica de España, que segunda vez mandó recolegir el señor rey don Alonso de Castilla y de Leon, padre del señor rey don Pedro, juntamente con la recopilacion de Juliano Diácono, dicen este Hamilcar haber salido de Mallorca, cuando le trajeron la comision de la flota, con dos mil españoles y trescientos honderos, naturales de la isla, que se le vinieron cogidos á sueldo, sabida la fama desta jornada, cuya relacion y memoria dejaron los coronistas latinos que tenemos al presente. Lleva gran camino ser como los nuestros escriben, pues era claro que tan buen capitan y tan proveido, no saldria sin españoles estando en España, y teniéndolos aficionados y contentos. Como quiera que sea, todos conforman en que despues de recibida la flota cartaginesa, largamente proveida de cuanto fué menester, Hamilcar y los que le seguian fuéron derechos contra las riberas de Italia, comarcanas á Sicilia, donde saltando muchos dias en tierra, y muchos otros peleando sobre la mar con galeras y navíos romanos que topaba, destruyó pueblos de la costa favorables á la parte contraria, de los cuales hubo grandes riquezas, y con ellas, y con mucha presa de fustas, revolvió sobre Sicilia, sin hallar contradiccion, ni quien le pudiese hacer daño, porque salió demasiadamente concertado capitan, y mas denodado cuando fué menester, que cuantos hubo por aquellos tiempos, y el que mejor supo conservar sus ejércitos, y aventurarlos de que convenia. Desembarcados él y los suyos en Sicilia, tomaron un sitio muy fuerte junto con la mar contra la ciudad de Palermo, bien aparejado para dañar los enemigos, y seguro para quien lo tuviese, por ser una montaña rodeada casi toda de peñas, con solos tres caminos ó senderos angostos y difíciles, los dos en la parte de la tierra, y el uno sobre la mar. En lo mas alto de las peñas habia doce mil pasos de llanura, fértil y saludable, donde se descubrian grandes anchuras de mar y de tierra, con un puerto muy abundoso de dulces aguas, y muy provechoso para cualesquier navíos que caminasen de Sicilia en Italia. Finalmente, la disposicion deste lugar era tal, que conocida su bondad y fortaleza, lo deseara cualquier capitan en tiempo de mejoría, cuanto mas Hamilcar en el suyo, que no tenia ciudad ni pueblo siciliano donde se pudiese meter al presente, ni creia hallarlo tan presto: porque cuanto Cartago traia prosperidad en el agua, tanto los romanos andaban apoderados en la isla. Pocos dias ántes habian tomado por engaño cierto pueblo llamado Erice, con un templo y un monte del mesmo nombre entre Palermo y Trapana, de quien recibieron gran perjuicio los cartagineses. Mas Hamilcar era tal, que con todas estas dificultades entraba por medio de los enemigos, y jamás les consentia reposar: unas veces con los navíos y gente de mar salia de su fuerte contra los lugares italianos de la marina, gastando y abrasando cuanto hallaba: otras veces con la gente de tierra daba saltos y rebatos á los enemigos en la mesma Sicilia, hasta venir cerca de Palermo, y asentar allí sus estancias muy de propósito, desviado solamente setecientos pasos del ejército romano, como si todos anduvieran iguales. Allí residió tres años enteros, obrando tales valentías y proezas, que (segun confiesan los coronistas latinos sus enemigos) serian difíciles de contar; puesto que yo no las tuviera por difíciles, si hallara relacion abundosa dellas, ni rehusara de las escribir en esta parte; pues habiéndolas emprendido con ayuda de los españoles arriba dichos, parece que convenian bien á nuestra corónica de España. De todas estas hazañas particulares sabemos una sola, que fué, poco despues Hamilcar y su gente haber sido recibidos en Erice, por tratos encubiertos que negociaren con los vecinos della, lanzando fuera del pueblo la defensa contraria. Y allí residieron y se conservaron haciendo grandes acometimientos, dado que trabajosos en demasía, por tener los romanos fortalecidas con gran recaudo las cumbres y las faldas de la montaña, y estar en el medio de la ciudad. De manera, que cuanta fatiga padecian los romanos en lo mas alto del monte, con la premía de los del pueblo: tan y tan grave la recibian los del pueblo con la premía de sus adversarios residentes en lo bajo del monte que les vedaban los mantenimientos, y salidas, y todo lo demás en que podian dañarlos.

CAPÍTULO VI.

Del fin que tuvieron las guerras sicilianas entre cartagineses y romanos, y mas algunas cosas dignas de memoria que dellas resultaron en el Andalucía, y en algunas islas y provincias españolas, donde la señoría cartaginesa traia su contratacion.

Estando las cosas en este ser, vino relacion en España como la señoría romana conociendo la suficiencia deste capitan Hamilcar, y la gran habilidad de los suyos, determinaba con toda furia de labrar una flota nueva, para resistir la ventaja que Cartago le traia sobre la mar, pues á la verdad procedian desta todas las otras ventajas que nuevamente sucedian. Y tal diligencia se puso, que llegados al verano del año siguiente, cuando se contaron doscientos y cuarenta y uno cabales primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese, llegaron mensajeros en España, diciendo, que Roma tenia ya metidas al agua doscientas galeras crecidas de cinco remadores al banco, bastecidas de municion y de mucha gente, cuyo capitan era Cayo Lutacio, cónsul romano. Las cuales galeras llegadas á Sicilia, tomaron el puerto de Trapana, con otras estancias comarcanas: y la cuestion se renovó de los unos á los otros con tanta determinacion, que tambien Hamilcar Barcino conoció serle necesario tener al presente mas cuidado que nunca de sus negocios. Sobre lo cual despachó mensajeros á la gran Cartago, manifestándoles el aparato crecido con que los romanos vinieron, y la

discrecion y viveza de su nuevo capitan Lutacio, para que sin dilatar basteciesen ellos otra flota gruesa con que los embarazasen, pues á él no convenia quitar el rostro de los enemigos en la isla, donde los tenia tan á raya, que nadie de los romanos primeros, ni tampoco de los recien venidos, se les desmandaba sin pena. Poco despues llegaron otras nuevas en España, que decian los cartagineses tener eso mesmo juntada multitud de navíos hondos y de remo, con bastante número de gentes armadas, y les habian dado por capitan un caballero nombrado Hanon, persona de buenos deseos, y de quien presumian cualquiera buena dilijencia para semejantes negocios. De suerte, que todes las gentes acá en España cuantas entendian el proceso desta guerra siciliana miraban con atencion en qué pararian las dos flotas ya dichas: particularmente los moradores de la marina desde el estrecho de Gibraltar por la vuelta de levante: cuyos naturales, dado que pocos, seguian el campo del capitan Hamilcar Barcino dentro de Sicilia. Túvose por averiguado, que si los navíos llegaban á pelear, la parte vencida quedaria de todo punto desecha para no seguir mas esta pendencia, segun eran grandes á todo cabo las quiebras y gastos pasados. Y así fué, que muy presto supieron haberse topado junto con Sicilia, donde pelearon una batalla mucho cruel, en que los cartagineses quedaron rotos y destrozados, con pérdida de sesenta naos gruesas, y cincuenta que les echaron á fondo, sin diez mil hombres africanos tomados á prision, y trece mil que murieron en la batalla. Fué tal el estrago, que viéndose Cartago despojada de navíos y de gente para favorecer á su buen capitan Hamilcar Barcino, que siempre duraba dentro de la tierra haciendo maravillas, le mandaron con mensajero propio, que pospuestos los otros negocios por graves que fuesen, procurase luego paz con los romanos segun viese pertenecer al provecho general de Cartago. Lo cual él comenzó de poner en obra, tratando vistas con el cónsul Cayo Lutacio: y en breves dias lo tuvo concluido y acabado como varon sabio y prudente, considerando ser el oficio del buen capitan, no solo saber vencer los enemigos, sino tambien alejarlos ó dejarlos en su fortuna cuando convenga. Los capítulos principales de la concordia parece que vendrán á propósito, si los ponemos en esta parte, pues á la verdad el rencor y mala voluntad que dellos procedió, trajo despues grandes turbaciones en España, como presto lo veremos. Primeramente contenian, que los cartagineses dejasen á Sicilia, con todos sus pueblos, y todas las islas menores de su comarca, libres y desembargadas; y que no trabasen pendencias contra Hieron, rey de Sarausa, ni contra lugar alguno de la liga romana; ni los romanos tampoco contra los amigos de Cartago. Item, que los prisioneros fuesen restituidos de los unos á los otros sin rescate ni precio. Cuanto á lo demás, cartagineses y romanos quedasen amigos y confederados, como primero lo fueron, contribuyendo Cartago para los gastos hechos en esta guerra tres mil y doscientos pesos gruesos de plata fina, que llamaban ellos talentos euboicos, repartidos en veinte años primeros venideros. De los cuales talentos no determinamos aquí su valor, porque los autores discrepan el peso que cada cual tenia; ni dirémos della otra cosa mas de ser muy notorio que montaban una suma crecidísima; puesto que muchos escritores concorden y los hagan de cincuenta y siete libras y cuatro onzas de las antiguas, que solian pesar doce onzas comunes. Lo cual si así fuese, montaba cada talento destos euboicos ochenta y seis marcos justos de nuestro tiempo, que por ser de plata fina vale cada marco dos mil y cuatrocientos maravedís españoles, como los marcos de plata baja, siendo de ley, valen dos mil y doscientos y diez y seis. Así que montaba la suma de cada talento euboico, segun aquella cuenta, doscientos y seis mil y cuatrocientos maravedís españoles: y todos los tres mil y doscientos talentos arriba dichos, en que Cartago fué condenada, seiscientos y sesenta cuentos, y mas cuatrocientos y ochenta mil maravedís. Festo Pompeyo dice pesar cada talento destos euboicos cuatro mil dineros romanos, lo cual no se tiene por muy cierto.

Desta manera cesaron aquellas guerras destas dos gentes, siendo gastados en ellas poco ménos tiempo de veinte y cuatro años. Y luego despues de concluidas, dicen muchos de nuestros coronistas, haber los cartagineses recorrido las islas que poseian en el contorno de España, proveyéndolas de cuanto fué menester. Fortalecieron los puertos del Andalucía con fosas y muros en las partes donde no los tenian, ó los hallaban derrocados ó mal reparados: lo cual debieron hacer, para que con la fama de su vencimiento no los acometiesen ó dañasen los otros españoles comarcanos, que tenian por contrarios en aquella provincia, como ya lo tentaron alguna vez, segun dijimos en los libros pasados, puesto que déstos eran pocos en el Andalucía. O puede ser que lo hiciesen, porque viendo ya los romanos metidos en la mar, y con victoria tan grande, temerian que se les llegasen acá, para con alguna color honesta, cual ellos la solian buscar de que les placia revolver algo, metérseles en la tierra, sin dárseles mucho de la nueva capitulacion, á la cual, para decir verdad, los unos y los otros tenian poco respeto. Hallo yo tambien algunas memorias, que señalan el año sobredicho ser muy faltoso de lluvias por diversas regiones en España, con mengua de las cuales no nacieron yerbas en los campos, y perecieron muchos ganados y muchos hombres. En la mar hubo tempestades mas continuas y mayores que los años pasados: y cerca de Cádiz bramó la tierra, y anegóse parte de la isla, con otras apariencias y señales bravas y terribles, que pusieron temor á las gentes en todas las tierras comarcanas.

CAPÍTULO VII.

Como queriendo venir en España flotas nuevas y gentes de la gran Cartago, para llevar adelante la conquista que por acá tenian comenzada desde muchos años ántes, sucedieron tales impedimentos, que la dilataron largos dias.

Fenecida la cuestion de Sicilia, luego se tuvo por muy cierta y por muy presta la venida de los cartagineses en España mucho mas de propósito que nunca, pues habiéndola tanto codiciado desde los años antiguos, parecian faltar al presente los impedimentos que sobraron algunas veces, cuando tenian pendencias con otras naciones: mayormente sabiéndose cierto que creian ellos remediar por aquí todas sus quiebras, y bastecerse de mineros, y de tesoros, y de gente valiente para cuando fuese tiempo revolver sobre los romanos. Y verdaderamente su jornada no tuviera duda, si despues de la guerra Siciliana no cayeran en otra dentro de su tierra, menor en el tiempo que duró, pero mucho mayor en el peligro. De la cual fueron

causa las gentes cogidas á sueldo del ejército viejo siciliano, que como los pasasen á Cartago, diciendo quererles pagar el salario de muchos años que se les debia, llegados allá tuvo la paga dilacion, y la gente se rebeló con dos capitanes de baja suerte, que nuevamente hicieron, el uno llamado Sependio, de nacion italiana, y el otro nombrado Mato. Los cuales comenzaron á destruir aquellos derredores de Cartago con espantosa crueldad, solicitando muchas villas y pueblos comarcanos para que les ayudasen á derrocar la soberbia cartaginesa, de quien ellos decian estar ya los dioses inmortales enojados, y sufrirse ya contra toda razon en el mundo. Nunca la gran Cartago vió cerca de sí cosa tan peligrosa si mucho durara: porque como la tomó de súbito muy faltosa de dineros y de gentes, ni hallaban ejército que la defendiese, ni si lo hallaran tuvieran con qué lo pagar. Muchos lugares africanos estaban ya declarados por contrarios. Mato y Sependio llegaban ya tan juntos á su ciudad, que tenian cercadas á Tunez, cuatro leguas pequeñas de Cartago, y á Bona, la cual llamaban ellos Hippon, y á Utica tambien, que fueron tres villas no mas, pertenecientes en la confederacion cartaginesa. Y segun en España se platicaba por nuevas de navegantes y de muchas otras personas, traian ya los amotinados mas de sesenta mil hombres allegadizos, que se les vinieron de diversas partes con esperanza del robo. Para remediar este peligro tan gravísimo, no dejaron los gobernadores cartagineses cosa por hacer de cuantas en el mundo fué posible, buscando favor y dineros en los lugares que podian, señalando capitanes, y resistiendo los estragos de sus adversarios, una vez con partidos que les movieron á los principios, y despues con armas, cuando no pudieron mas hacer. Procuraron eso mesmo de reducir á las amistades viejas los lugares rebeldes, y confirmarlas con los otros pocos que mantenian su liga. Pero como nada desto bastase para casi no ser destruidos, segun anduvieron poco dichosos y flojos algunos de sus capitanes, y los adversarios crueles y diligentes, fué necesario rogar al buen Hamílcar Barcino que tomase cargo deste hecho; pues en aquella república no tenian cosa mas valerosa, y su reputacion era tál en toda parte, que las otras naciones y gente de guerra no reconocian al presente nombre mas espantoso ni mas terrible. Salido, pues, al campo con sesenta elefantes armados, y siete mil hombres que se pudieron llegar entre los mesmos vecinos de Cartago, con mas otros cuatro mil buscados á sueldo, comenzó de venir al encuentro de los rebelados, y á detenerlos y gastarlos, con tanta sagacidad y denuedo, que cada dia los iba deshaciendo y cansando, hasta que finalmente, pasados tres años y cuatro meses despues que la pendencia se comenzó, rompió con ellos, y los desbarató de todo punto, matándoles casi toda su gente, como aquel que desde los primeros dias sentia de sí tenerles tantas ventajas en el conocimiento de la guerra, cuanta le tenian ellos en la demasía de sus ejércitos. Y como quiera que la fama destas victorias le trajese gran estimacion sobre la que primero poseia, no menor se la trajo la clemencia que despues tuvo con los vencidos: porque sino fueron algunos hombres principales del alboroto, que mandó lanzar á las bestias fieras, para que los despedazasen, en satisfaccion de muchas crueldades, que tambien ellos ejecutaron en algunos caballeros cartagineses durante la cuestion. A todas las otras gentes cuantas fueron presas en diversos recuentros, les dió libertad, sin algun interés de rescate, para que pudiesen volver á sus tierras: y si parte dellos quiso venir á su campo, les prometió salarios honrados, y les hizo buen tratamiento. Por aquellas excelencias crecidas, y por otras que cada dia mostraba, le comenzaron á llamar todas las naciones que dél tuvieron noticia, Hamilcar el grande, como tambien se lo llamaron en España, cuando poco despues acá vino para residir en ella, segun presto contaremos.

En este medio tiempo sucedió tambien otra semejante turbacion en Cerdeña, contra la mesma señoría de Cartago, sobre la paga de las banderas y gentes que tenian allí para defensa de sus castillos y lugares, publicando debérseles muchos y muchas armas, y mucha suma de vestiduras, pan y caballos, en que solian darles el acostamiento. Sobre lo cual proveyeron los cartagineses al capitan Hanon, de quien arriba hablamos, con alguna gente forastera, cuanta pareció suficiente para los aplacar, ó para los resistir. Mas él supo tan mal hacerlo, que despues de llegado, queriendo mostrar nuevas crueldades en el castigo, les añadió mayor alteracion, y fué causa, que confederándose los principiadores del motin con los otros hombres de guerra nuevamente venidos, traidos por el mesmo Hanon, todos juntos lo prendieron y lo crucificaron, y luego sin detenimiento pusieron á cuchillo cuantos cartagineses residian en Cerdeña. Y así quedaron ellos apoderados algunos dias en las fuerzas y sitios que Cartago tenia primero, hasta que los naturales de la isla echaron fuera, sobre cuestiones, y robos y desafueros que hacian. Éstos así huidos de Cerdeña, pasaron en Italia por se favorecer de los romanos. Y dado que Roma tuvo placer muy crecido con su venida, mas de lo que nadie podria significar, no quiso de presto mostrarles ayuda manifiesta, para que luego se tornasen á Cerdeña, por no declarar que tan presto deshacian las capitulaciones de Sicilia. Y por mayor disimulacion, en sabiendo las victorias africanas del gran Hamilcar Barcino, se decia por España, que los mesmos romanos habian despachado navíos llenos de trigo que proveyesen á Cartago graciosamente del mantenimiento que con las guerras pasadas tan graves y tan continuas le faltaban, mostrándoseles muy amigos y muy aficionados. Pero luego se dijo, que concluidas las pendencias africanas, estos cartagineses comenzaban á recoger ejército de mar, para venir sobre Cerdeña: pero que los romanos, como gente que traia sus inteligencias con los sardos y corzos, les iban á la mano diciendo que Cartago debia desarmar esta flota nuevamente bastecida, segun aquellos conciertos de Sicilia, pues dado que la guerra se publicase contra Cerdeña, parecia ser contra Roma y sus confederados. Y así luego los romanos proveyeron otra flota, para que si topasen galeras ó gente de Cartago peleasen con ellos, y no los dejasen tocar en Cerdeña ni Córcega. Por esta razon la señoría cartaginesa viéndose fatigadísima de los peligros atrasados, y conociendo que por el presente no tenian tal pujanza que bastase para resistir á los romanos, dejaron á Cerdeña con gran sentimiento de sus corazones. Sobre todos lo sintió mas que nadie la parentela de los Barcinos, y el gran Hamilcar con ellos, figurándosele que segun su valor él solo recibia todas estas afrentas, pues los adversarios no las dejaban de hacer á Cartago por su respecto dél, ni con su temor. Con todo esto lo disimularon prudentemente: y por fingir que no miraban en ello, pagaron á Roma los pesos de plata que cabian á la parte

destos años, en cumplimiento de los capítulos hechos en Sicilia. Y así quedaron las enemistades mas enconadas y mas recocidas entre los unos y los otros que nunca. De las cuales hemos aquí dado cuenta sumaria: porque (como ya tengo dicho) de todas ellas así juntas redundaron poco despues en España muy crecidos enojos, con muertes y pérdidas de sus naturales. Y conviene que los lectores, cuando vinieren á los hechos siguientes, entiendan las causas y los motivos, que fueron ocasion de todo lo que sucedió.

CAPÍTULO VIII.

Como llegaron en España grandes ejércitos cartagineses, que traian por capitan al gran Hamilcar Barcino: el cual juntándose con los andaluces turdetanos sus amigos antiguos, acabó de pacificar algunos lugares que todavía perseveraban en la contradiccion cartaginesa.

Pasado el verano sobredicho donde se dió fin á la pendencia destas dos gentes cartaginesas y romanas, y llegados ya los principios del otoño del año mesmo, cuando se contaban doscientos y treinta y siete ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, habia diversos juicios en España, sobre la venida de los cartagineses al Andalucía: la cual venida, puesto que nadie la dudase, muchos imaginaban que la dilatarian algunos dias para descansar de sus trabajos, y para se rehacer de gentes y provisiones, y de las grandes necesidades que les trajeron las guerras pasadas. Por otra parte los mercaderes africanos moradores en Cádiz y sus comarcas, publicaban estar ya navíos á punto, recogidos en el puerto mayor de la ciudad de Cartago para comenzar el viaje. Lo cual eso mesmo certificaban todos los navegantes de las otras gentes que por acá discurrian. Andando las opiniones en esta reyerta, teniéndose todavía por ménos dudosa la relacion de la jornada hasta los principios del verano siguiente, llegó número de galeras armadas al estrecho de Gibraltar, llenas todas ellas de gentes cartaginesas, y griegas y francesas, cojidas á sueldo, que traian por capitan y gobernador al gran Hamilcar Barcino, con facultad y poder absoluto, segun pareció despues, para regir las poblaciones y puertos de mar que Cartago conservaba por el Andalucía, juntamente con todas las islas de su señorío, cuantas poseian dentro de nuestro mar Mediterráneo, sin limitacion de los gastos que quisiese hacer, ni repugnancia sobre cualquier conquistas nuevas que comenzase, ni contradiccion en las amistades y ligas que pusiese con gentes ó naciones ó caballeros españoles. Y dado que las corónicas latinas no señalen abiertamente cuántas fuesen estas galeras, ni los navíos de servicio que traian, ni los combatientes que vinieron en ellas, está claro que sean cuantos la señoría cartaginesa pudiese llegar en esta coyuntura, pues que su capitan era tan valeroso, que no tomaria cargo de negocio tan arduo, sin aparejo bastante de buen éxito: mayormente que sabemos cierto seguirle muchas personas principales de las otras ciudades comarcanas á Cartago, que por su gran reputacion, y por el amor que todos le tenian, trajeron gentes africanas en cantidad. Y si todos aquellos no bastaran, conocíase que los españoles deste siglo vivian divididos en tal repartimiento de naciones, y tan discordes entre sí, que los unos pelearian contra los otros, y con ellos mesmos se les haria la guerra. Vino con Hamilcar esta vez su hijo Hanibal, niño pequeño de casi nueve años: el cual pocos dias ántes cuando la flota se bastecia, queriendo su padre sacrificar á los ídolos como los gentiles acostumbraban, por los tener amigables y favorecedores en aquella jornada, llegósele halagado y enamorándole, para que le trajese consigo. Y allí vista la peticion deste niño, teniéndola su padre por buena señal de lo que despues aconteció, le hizo jurar sobre los altares del sacrificio, que si los dioses lo llegaban á ser hombre, gastaria sus pensamientos y posibilidad en hacer siempre guerra contra los romanos. Tiénese creido, que con Hanibal vendria tambien su madre, pues dicen ser española, con otros tres hermanos menores que ya tenia, llamados el uno Hasdrubal, y el otro Magon, y el cuarto Hanon: por los cuales solia decir muchas veces su padre, que criaba cuatro leoncicos feroces y denodados para destruimiento de la señoría romana. Y así ciertamente lo pusieron ellos en obra cuando tuvieron edad, en especial Hanibal su hijo mayor, que salió uno de los escelentes capitanes que primero ni despues nacieron entre los hombres, como presto lo veremos en el proceso desta corónica. Llegado Hamilcar en España, los turdetanos andaluces, pueblos mas cercanos á los puertos donde se hizo la desembarcacion acudieron á le visitar y dar el parabien de su venida, con ofrecimiento cumplido de todo cuanto hubiese menester, así de gente, como de mantenimiento: y los hombres principales desta nacion le vinieron acompañando hasta la isla de Cádiz, donde comenzó de hacer en el templo del dios Hércules nuevas plegarias y devociones á él y á los otros ídolos. Allí renovaron las nuevas amistades y ligas antiguas que Cartago y estos turdetanos tenian, con grande ceremonia de sacrificios y juramentos. En esto, y en visitar algunos pueblos comarcanos, y en pacificar otros que se mostraban alterados y en principiar inteligencias entre los mas rebeldes, se gastaron los meses que faltaban del año sobredicho, con los del invierno siguiente. Y aquellos pasados, cesando las tempestades y frios que suelen acontecer en semejantes dias, Hamilcar sacó sus banderas de los aposentos, y puestas en campo, hizo su reseña general para tenerlas á punto con armas y caballos, y con todo lo necesario, mostrando que seria bien caminar contra las otras gentes y provincias de mas adentro. Luego como fué publicada la guerra comenzaron á venir continuas mensajerías, particulares y generales, de muchos españoles vandoleros, y de muchas naciones y parcialidades que deseaban conocer al gran Hami car, para seguir, y llevar sus acostamientos, creyendo que si lo tuviesen favorable, podrian dañar y perseguir á sus enemigos. Éstos cuando llegaban, eran muy bien recibidos y muy festejados y bastecidos de cualesquier joyas ó preseas á que mostrasen aficion. De manera, que con la buena gracia deste capitan cartaginés, y con su liberalidad y prudencia le quedaban tan aficionados los españoles con quien trataba, que brevemente conoció tener en España, sin salir fuera della, todos los aparejos convenientes para sojuzgar cuanto della quisiese, y que ganándola de su parte, con ella sola podria recudir sobre los romanos, y cobrar dellos á Sicilia y á Cerdeña, y destruirlos al remate si fuese menester. Con el alegría de conocer esto, se metió por el Andalucía, guerreando los lugares rebelados, que faltaban de reducir á la liga cartaginesa, donde cobró mucha parte de las fortalezas y torres que sus antecesores habian edificado sobre los mineros de metales y pedrería preciosa, primero que sucediese la mudanza y alteracion antigua, de quien hablamos en los veinte

y cuatro capítulos del tercer libro. Lo cual hallo fácil de concluir, por ser las poblaciones alteradas pequeñas y pocas, á causa que (como dijimos en otra parte de aquel tercer libro) los turdetanos sus amigos les habian reducido muchas dellas el tiempo pasado. Pero fué cosa de gran importancia la pacificacion desta gente, no solo por tener su provincia segura de todas partes, y sin algun recelo de mudanza, cuando quisiese salir della, sino tambien por los grandes y crecidos provechos y riquezas que dentro se hallaron, tanto, que las vasijas del servicio comun y cotidiano de todos estos andaluces, como son ollas, y jarros, cántaros, platos, calderas y escodillas, y las otras de menor calidad eran de plata finísima, la mas acendrada y subida que por el mundo se hallaba, hasta las bacías ó gamellas en que comian y bebian sus caballos. Y conviene tener aviso, que si por algunos autores leyéremos haber este gran Hamilcar hecho guerra contra los turdetanos, no se debe tomar por los andaluces moradores en la region antigua y particular, que propiamente se decia Turdetania, cuyos aledaños ó linderos dejamos aclarados en los treinta y un capítulos del segundo libro: pues á la verdad con el favor déstos acabó siempre Cartago lo principal de sus hechos en España, sino por los otros vecinos restantes del Andalucía, que generalmente los españoles nombraban Turdetania, desde Guadiana, hasta la mar á quien despues los cosmógrafos latinos y griegos llamaron Bética, por respecto del rio Betis, que corre siempre por medio della, dicho Guadalquevir en este nuestro tiempo.

CAPÍTULO IX.

De la fundacion hecha en España por el gran Hamilcar Barcino, de cierta ciudad que llamaron despues Cartago la vieja. Cuéntase bien especificadamente lo que podimos alcanzar de la parte donde la tal ciudad fué situada los tiempos antiguos ántes que pereciese.

Como la pacificacion de los andaluces tuvo fin, el gran Hamilcar quisiera pasar adelante prosiguiendo su guerra con el calor destos buenos acontecimientos, sino que los españoles del ejército se le comenzaron á derramar, publicando serles necesaria la vuelta de sus casas para segar el heno de los prados, y coger algun fruto del campo, que se les perderia con el invierno que ya venia. Por esta razon, todas las compañías restantes de los extranjeros africanos y franceses y griegos, fueron divididas en dos mitades; unos quedaron entre los andaluces nuevamente conquistados á manera de frontería contra las gentes comarcanas: otros bajaron con el capitan general á los puertos donde tenian su flota, creyendo todos ellos que por allí residirian hasta mucha parte del año venidero, sin mover cosa de guerra, ni de cuestiones, aguardando que la gente de España diese vuelta. Mas el tiempo siguiente sucedió siempre tan sosegado y apacible, que vista la blandura de la mar y las pocas fortunas del invierno, se determinaron á meter en el agua, por no vivir ociosos y por tentar si tambien aquí hallarian tal prosperidad, cual hallaron en lo de la tierra. Y así recogida la mayor parte de sus galeras con algunos navíos mayores de Cádiz, tomaron gente de la provincia cuánta les quiso seguir, que montó suficiente cantidad: y todos juntos comenzaron á costear las riberas de España contra las partes de levante, que van á la punta del monte Pireneo, reconociendo muchos pueblos que por allí moraban, y confirmando con otros las buenas amistades y buenos conocimientos, puestas con este gran Hamilcar los dias pasados, cuando fué gobernador de Mallorca. Finalmente, recorrida muy de vagar toda la marina sobredicha, negociando por ella cosas de gran substancia, llegaron á la boca de Ebro, donde metidos el agua arriba, saltaban algunos de ellos en tierra, para negociar aquello mesmo que negociaban con los otros pueblos, hasta llegar á parte que los navíos no hallaron en el rio hondura bastante con que pudiesen caminar. Y puestos allí sobre las maromas y cables, toda la gente salió fuera, para reconocer y tratar, y sentir la condicion y costumbre de los moradores restantes de estas riberas, cuya conversacion y tratanza. cuanto mas la procuraban, tanto mas se descubria feroz y terrible. Todos andaban armados, y metidos en cuestiones y bandos unos con otros, muy arriscados en cada parte con ejercicio continuo de peleas. Y lo que ponia mayor desconfianza de poderlos aplacar, era ser gente sin codicia de riqueza, que ni tenian uso de dinero, ni de los otros intereses humanos movedores de los hombres, sino de la venganza sola de sus enemigos. Por otra parte, su mucha division y sus grandes contiendas, parecian dar entrada para les hacer cualquier daño, cuanto mas poseyendo comarcas pequeñas, de pueblos no fortalecidos, y ser ellos en sí rústicos, y tan discrepantes en condicion, cuanto lo fueron en apellidos. Á los unos llamaban Edetanos, otros Ilercaones, otros Acetanos, otros Ilergetes, otros Cositanos, otros Vascones, y mas apartados del rio cercanos al monte Pireneo, los Ausetanos, y Castellanes, y Ceretanos, y Laletanos, naciones todas á la verdad, puesto que pequeñas, ferocísimas y de gran peligro: cuyos linderos y rayas, por donde se dividian en las partes que caen ahora de Cataluña y Aragon, y mas la causa de sus nombradías antiguas, pondremos adelante cada cual en su lugar. Estando, pues, el capitan cartaginés embarazado y pensativo sobre la manera que tendria con tantas gentes y tales, vinieron los principios del año siguiente, que fué doscientos y treinta y cinco ántes de la natividad de Nuestro Señor Jesucristo: en el cual tiempo se halló bien alejado del rio, metido mas de lo que quisiera por aquellos pueblos ya dichos. Y visto que llegado á tal parte, la rotura no se podia excusar, y que comenzada seria penosa de proseguir, no teniendo mas aparejo del que hallaban en la provincia, determinó para mayor brevedad edificar una poblacion dentro destas gentes; y tal diligencia pusieron todos ellos en abrir los cimientos y cavar los fosados, y levantar baluartes y vallados en derredor á semejanza de murallas, y en labrar casas y chozas donde pudiese residir, que dentro del año presente pareció la poblacion ordenada y entera, grandemente fortalecida de toda parte: la cual fué llamada Cartago, por contemplacion y memoria de la gran Cartago africana, cuyo natural y capitan era su fundador Hamilcar. Ésta se dijo despues en España, Cartago la vieja, para diferenciarla con otra Cartago la nueva, que pocos años adelante fundaron tambien acá los mesmos cartagineses, en la marina de los españoles nombrados contestanos, y dura hasta nuestros dias no tan prosperada como en los tiempos antiguos, y se llama Cartagena, segun presto lo trataremos en los capítulos siguientes. Alguna persona de estos reinos, discreta, sabia y muy leida, porfió conmigo diversas veces, ser aquella Cartago vieja la ciudad de Tortosa,

que hallamos hoy dia sobre las riberas déste rio Ebro: y cuanto á la mudanza del apellido, sospechaba que despues los romanos le debieron trocar el nombre cuando señorearon aquella region, como lo trocaron á muchos pueblos españoles, de quien hablaremos adelante, por no dejar en ella (segun éste creia) memoria que procediese de cartagineses. Pero cierto no lo miró segun yo dél esperaba: pues allende que Juliano Diácono hace mencion desta Cartago, y de Tortosa, como de pueblos vecinos y discrepantes, Tolomeo, tambien cosmógrafo singular, les da sitios muy diferentes en la region de los españoles antiguos, á quien solian decir Ilercaones: á Tortosa llama Dertosa, ó segun otros libros, Dertusiun: y á Cartago, de quien ahora tratamos, su nombre propio. Certificanme gentes de Cataluña, moradores en la comarca de Tortosa, que tres leguas mas adelante, caminando la vuelta de Tarragona, junto con un lugar nombrado Perelló, se muestran hoy dia paredones caidos en figura de fundacion antigua, los cuales imaginan que pudieron ser desta Cartago la vieja. Mas tampoco la tal conjetura me satisface, porque Tolomeo señala su postura y asiento mas al septentrion que Tortosa. De modo que forzosamente debió caer á la tramontana, y no contra la parte del mediodía oriental, como cayera necesario por aquel camino que dicen éstos del Perelló: donde parece que si muestras ó señales quedaron en España desta Cartago vieja, las ha de buscar encima de Tortosa, quien tuviere codicia de semejantes antigüedades, y nó mas abajo como vienen á Tarragona. Muchas otras personas que parecen algo mas consideradas, han tenido sospecha grande ser la Cartago vieja española, cierto lugar en Aragon de la orden y encomienda de San Juan, llamada pocos dias há Cartaneta ó Catravecha, y ahora mas corrompido el vocablo Cantavieja (1), situada junto con los montes ó puertos de Tortosa casi diez leguas apartada della contra el occidente septentrional, puesto que Tolomeo difiera desto como suele diferir en el sitio de muchos lugares españoles que van señalados en esta corónica. Háceme sospechar esta diferencia de Tolomeo, ser engaño suyo ver el asiento mesmo que nuestros autores le dan ser el propio de Cantavieja, y que si fuera donde Tolomeo la pone, viniera por las márgenes orientales de los españoles ilercaones, y no dentro dellos, como nuestros coronistas afirman, y como los vemos á Cantavieja. Llégase con esto durarnos el rastro de su nombre poco corrupto, que fué siempre gran indicio para caer en el sitio de los pueblos muy antiguos, cuando las otras muestras no discrepan. Desta poblacion española, donde quiera que fuese no dicen nuestras historias mas, de que si Hamilcar su fundador anduviera siempre dentro, bastara con la fortaleza de su sitio, y con el buen recaudo que le puso para sojuzgar cuantos españoles le caian comarcanos. Acometíalos y guerreábalos tan continuo que muchos dellos apremiados y constreñidos de su gente, trataron conciertos amigables con Hamilcar, y quedaron en la confederacion y liga de Cartago. La nacion eso mesmo de los españoles celtíberos cercana desta region, cuyos linderos y términos declaramos en el tercer capítulo del segundo libro, desearon el amistad y conocimiento deste capitan cartaginés, enviándole mensajeros y dones allí con certificacion, que cuando los hubiese menester, y los requiriese, tomaria sus gajes, y holgaria de le favorecer y seguir sus ejércitos.

(1) Es muy dudoso el orígen que Ocampo dá á esta poblacion.

CAPÍTULO X.

Como Hamilcar Barcino, juntando muchos españoles, hizo gran entrada por las regiones de España. En este camino los andaluces turdetanos[1], por inducimiento suyo dél poblaron un lugar, para tomar ellos competencia con la ciudad de Monvedre, y con algunas otras naciones comarcanas, en quien la señoría cartaginesa pareció que tendria por allí contradiccion.

No pudieron estas cosas negociarse tan presto, que no pasasen dos años cumplidos en las ordenar y proveer: en los cuales dias tampoco los otros capitanes del gran Hamilcar estuvieron ociosos por el Andalucía, sino muy negociados y diligentes en recoger los españoles que venian á tomar sueldo, pasando con ellos adelante sin faltar hora ni punto, ni perder ocasion buena que se les ofreciese. Pero como la presencia del capitan general sea necesaria para remediar y regir acontecimientos nuevos que las guerras traen de continuo, convino dejar en estos dias su nueva ciudad muy bien guarnecida de gentes, y de pertrechos y mantenimientos, y volver al Andalucía con la mayor parte de sus navíos. Y como quiera que la sazon desta vuelta fuese bien conveniente para negociar cualquiera hecho de guerra, por ser el verano del otro año, que se contaron doscientos y treinta y tres ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios: pero ninguna cosa destas ponen las historias haberse hecho. No sé yo si fuese por esperar la salida, que tendrian unas alteraciones que pueblos de Cerdeña comenzaban contra los romanos, por inducimiento de los otros cartagineses africanos, ó segun certifican algunas de nuestras historias españolas, por las grandes y continuas inteligencias encubiertas que Hamilcar allá traia: pero súpose presto, que las guarniciones y defensas romanas habian resistido varonilmente, con ayuda nueva que les vino de Italia, y que todo lo de Cerdeña quedaba ya sosegado. Pudo tambien cesar acá la guerra por alguna mala disposicion de este capitan general, ó por otros impedimentos importantes que no sabemos, ó porque todos aquellos dias gastarian en aparejar materiales de bastimentos, armas, caballos y vestiduras de guerra, cuales usaban dar los antiguos á sus gentes en pago del acostamiento, para con tal aparejo hacer despues el gran Hamilcar entrada por la tierra mayor, y mas de propósito que nunca, como lo hizo el año adelante, que luego viniendo tiempo caliente, fueron llamados los andaluces turdetanos, sus amigos viejos, y todos los españoles confederados á Cartago: tambien otra gran copia de gentes traidas á sueldo, y entre ellos muchos galos célticos españoles, muy bien encavalgados, item algunos moros fronteros al estrecho de Gibraltar: con los cuales, así juntos en número de sesenta mil combatientes por tierra, y veinte mil por la mar, comenzó de mover en lo largo de España, contra las regiones orientales della, donde caen ahora los reinos de Murcia y Valencia, llevando sus navíos algunos dias á vista del ejército, mucho cargados de municion y vituallas, y por medio de las banderas de tierra distribuidas grandes piaras de ganado, y crecidas recuas que traian el fardaje: y así caminaban, hasta que pasado bien adelante, se metió mucho mas

en la tierra. Fué tan espantosa su pujanza, que ningun pueblo ni provincia, de cuantas cayeron en aquel camino derecho, le resistian: unos tomados á pura fuerza con daños y destrucciones gravísimas, otros recebidos á partido. Las poblaciones de los lados acudian con mantenimientos y presentes, y con cuanto parecia ser provechoso para ganar el amor deste capitan: y no ménos lo hicieron otras mas alejadas por las nuevas que dél volaban á toda parte: con los cuales vinieron mensajeros de Monvedre, con ofrecimiento y dádivas asaz honestas, puesto que no trajeron aquel hervor que los otros, como ciudad sin recelo, que ni sospechaban mal de nadie, pues á nadie lo hacian, ni procuraban otra cosa, sino la conservacion de su libertad y de sus amigos, ni daban señal que se comedian á ello, mas de por su propia bondad, y no por acatamiento ni respeto que debiesen á Cartago, muy al revés de lo que Hamilcar Barcino pretendia. Lo mesmo se conoció de los pueblos confederados á Monvedre, conviene saber, Empurias y Denia, con otros dos lugares en la costa, que viene desde la boca de Jucar hasta la parte donde fué despues edificada la ciudad de Cartagena, cuyos nombres no declaran los cosmógrafos: y mas la poblacion de los foccenses á los principios orientales del Andalucía, que siempre siguió la parcialidad de estos otros, de la cual poblacion apuntamos otra vez algunas cosas en el tercer capítulo del segundo libro. Sentidas aquellas voluntades tibias, Hamilcar quiso invernar allí sin despedir hombre del ejército, para tomar ocasion disimulada de confundir estas tierras. Y porque los daños anduviesen mas continuos y perpetuos, imaginaba siempre como buscase division á los saguntinos de Monvedre con algunos españoles poderosos sus naturales: y nadie les pareció mejor en tal caso, que los andaluces turdetanos, pues era nacion en quien sobre todas estas calidades concurria gran fidelidad á la parte cartaginesa, por cuya razon él podia tener color de se meter en la pendencia, con achaque de favorecer á sus amigos: puesto que bien mirado los saguntinos de Monvedre no se podian llamar enemigos, y creia Hamilcar Barcino, que cuando no sucediesen bien estos hechos, con poner paz en la turbacion que levantaba, le quedarian todos obligados en ambas partes. Por este respecto se principiaron algunas pláticas en diversos dias y por diversos lugares, diciendo que los términos viejos de la provincia de Turdetana solian ocupar aquella region, donde los ejércitos invernaban, y que los ancianos de Monvedre los habian usurpado con gran perjuicio de los turdetanos: para confirmacion de lo cual no faltaron testigos hechizos, que certificaban haber oido decirlo muchos tiempos ántes á sus progenitores, ni cesaban relaciones ni memorias fingidas, como que las traian sacadas de los archivos y de las corónicas antiguas de Cartago, hechas y conservadas desde que sus gentes trataban en España, donde sobre diversos propósitos declaraban los términos y rayas de muchas provincias españolas. Y como la codicia mundana sea de tal calidad, que siempre venza los hombres, y turbe los entendimientos por muy concertados que sean, creyeron los turdetanos ser verdadero cuanto les decian en aquel caso, y comenzaron á ponderar sus injurias, y querer pedir satisfacciones ó recompensas de tal negocio. Para mejor demandarlas, cimentaron una villa donde su gente continuase la posesion desta provincia, de quien decian estar despojados, basteciéndola muy en abundancia de cuanto les pareció convenir. Tito Livio Patavino, coronista romano, sobre cierto propósito que trataremos en los treinta y cuatro capítulos del quinto libro, hace memoria desta poblacion, sin declarar el nombre que tenia: mas algunas de nuestras historias españolas lo declaran, particularmente las de los dos Julianos que la llaman Turdeto (1), como se nombraba su ciudad principal desta gente turdetana puesta en los fines occidentales del Andalucía segun ya lo manifestamos en los treinta y un capítulos del segundo libro. Ahora tienen algunos por cierto ser la ciudad que llaman Teruel, en el reino de Aragon y no hallan inconveniente quedar edificada veinte leguas de Monvedre contra Zaragoza pues la distancia parece razonable para salir al encuentro, cuando los de Monvedre se les quisiesen desmandar: y junto con esto para conquistar los españoles de mas adentro, y si los de Monvedre quisiesen venir á lo bueno, poder disimular, y no les mostrar que principalmente se hacia contra ellos. En la cual razon, para decir verdad, no sabria yo qué certinidad hubiese, pues Teruel está claramente dentro de los españoles que solian llamar celtiberos, como lo mostraremos adelante, nacion muy feroz y muy libre: donde parece, que ni los cartagineses ni turdetanos alcanzaron jamás posesion, ni los de Monvedre bastaran á tener usurpado lo que les achacaban, por ser los celtiberos mucho mas poderosos. Y bien mirado, si se hiciera como dicen, mas fuera la nueva poblacion contra los celtiberos, que contra los de Monvedre, lo cual ellos no consintieran segun se preciaban de guerreros y valientes: pero como digo, ni yo puedo contradecir al presente, ni certificar cosa déstas.

CAPÍTULO XI.

Como los ejércitos del gran Hamilcar Barcino movieron sus estancias de la parte donde tuvieron el invierno pasado: y llegados á las aguas del rio Ebro se hicieron bodas mucho solemnes entre cierta hija deste capitan Hamilcar con otro caballero cartaginés nombrado Hasdrubal.

Fueron los saguntinos de Monvedre tan considerados en sus hechos, que no solo no mostraron alteracion de ver la nueva ciudad así hecha contra ellos, sino gran contentamiento de su vecindad, con deseo verdadero de los complacer: y cuanto á las quejas y murmuraciones pasadas nunca asistieron ni contradijeron cosa que los turdetanos pudiesen alcanzar en todas aquellas comarcas, si no les tocasen dentro de Sagunto, dándoles á sentir lo poco que deseaban haciendas ajenas, y que de las suyas tenian por mejor lo razonable que lo superfluo: con la cual moderacion y buena costumbre les vinieron siempre tantos bienes, que fueron riquísimos y muy reverenciados de cuantos los conocian. Hamilcar Barcino quedó satisfecho de ver en orden la ciudad sobredicha, por dejar en ella suficiente morada y aposento de discordia, pues era claro que dos gentes tan poderosas como turdetanos y saguntinos teniendo vecindad, habian de competir un dia que otro, conforme á la condicion humana, que jamás puede buenamente sufrir igual en su vecindad, cuanto mas á quien pretende ser mas poderoso. Con esto salió de aquellas comarcas él y sus ejércitos, siendo pa-

(1) Históricamente no es muy segura la existencia de esta poblacion, fundada únicamente en el dicho de los dos Julianos.

sados pocos dias del año siguiente, que fué doscientos y treinta y uno ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese: pero la jornada se recreció mucho mas dificultosa que la primera, por haber dado vuelta muchos de los españoles á sus casas, sin los poder resistir, puesto que ya comenzaban á tornar. Y la destruccion hecha por los restantes en aquellas provincias donde invernaron, fué tan escandalosa y cruel, y puso tanto temor á los otros españoles de mas adentro, que cuanto duró su viaje, siempre los hallaron alterados y metidos en armas: muchos desamparaban sus lugares, y desviadas las mujeres, y los ganados, y los hijos, perseguian el ejército por las malezas y pasos que podian, sin dejar daño que no les procurasen: unas veces atajándoles los mantenimientos, otras acometiendo los reales cuando paraban, y metiéndoles fuego por diversas partes: otras haciendo sus arremetidas denodadas: y generalmente ninguno se desmandaba de los enemigos, que no fuese luego puesto á cuchillo, todo esto con tal perseverancia y osadía, que si trajeran banderas ordenadas, ó tuvieran capitan ó cabeza que los acaudillara, nadie los pudiera resistir. Mas aquello que les faltaba, tenian de sobra sus contrarios, por la gran excelencia de su capitan Hamilcar, el cual iba continuo tan concertado y entero que siempre ganaba tierra, hasta llegar cerca de las aguas del rio Ebro, recibiendo muchos daños y haciéndolos. Allí reposó la gente dentro de la ciudad cartaginesa que tenian en aquella comarca, y en algo de su derredor: mas tampoco pudieron aquí tenderse como quisieran, ni tomar aposento por los otros lugares que primero dejaron pacíficos, á causa que muchos dellos con el ausencia larga del gran Hamilcar Barcino mudaron la voluntad, y los hallaron rebelados. Las galeras y navíos eso mesmo de la flota fueron sacados á tierra, y algunos calafateados de refresco, otros saburrados con nuevo lastre, con nueva guarnicion de cuerdas, velas y herraje, para con ellos y con otros que se comenzaron á labrar, y con mucha gente de celtiberos españoles que venian á recibir sueldo renovar en aquellas partes la guerra por mar y por tierra, con intencion de las sojuzgar todas, y no salir dellas sin lo concluir, ó morir en la demanda. Entretanto que los bullicios duraban, procurándose con sobrada diligencia las mayores provisiones de guerra que nunca en España se vieron, el gran Hamilcar Barcino dió por mujer una hija suya, doncella de muy galan parecer, á cierto caballero mancebo tambien cartaginés, llamado Hasdrubal, pariente suyo cercano, y de no ménos buena disposicion que la doncella: pero sobretodo muy principal en la casta de los Barcinos, y rico demasiadamente: cuyas bodas fueron solemnizadas con aparato pomposo, conforme á la magnificencia de los que las hacian, y á la ceremonia de sus tiempos. Esta doncella no parece ser hija de la madre española que tuvieron Hanibal y sus tres hermanos, pues siendo Hanibal hijo mayor, segun las corónicas declaran, y no teniendo por aquella sazon mas de diez y seis años y no cumplidos, como dellas mesmas se recolige, fuera la novia muy pequeña si naciera despues dél y de tal madre.

CAPÍTULO XII.

De los tratos y nuevas confederaciones que por parte del gran Hamilcar Barcino se comenzaron á negociar con los franceses moradores en el otro lado del Pirineo, á fin de los enemistar con los españoles sus comarcanos, para los embarazar unos con otros.

Pasadas las fiestas del casamiento, Hamilcar quiso luego principiar otro negocio nuevo, no ménos provechoso para sus intentos, que cualquiera de los pasados. Esto fué tratar amistades y ligas con los pueblos moradores en el otro lado del Pireneo, que viene por sus faldas y vertientes fuera de España, los cuales ya dijimos en el tercer capítulo del segundo libro ser llamados galos bracatos. Pero largos años adelante vino multitud de alemanes, nombrados los francos: y ganada la tierra (como veremos en la segunda parte desta corónica) se mezclaron con aquellos galos, y comenzaron todos juntos á se decir francos, y despues franceses y Francia toda su provincia, con las otras á ella comarcanas: y así los llamaremos desde aquí por todas las partes de nuestra escritura cuando vinieren á propósito: para que los lectores deste tiempo nos entiendan, pues ahora, como digo, no tienen otro nombre. Negociaban el amistad sobredicha personas del ejército cartaginés, naturales de la mesma tierra de Francia, que residian con el gran Hamilcar desde que vino en España: y pareció maravilla, siendo tan apropiadas para su negocio, no hallar buenas entradas en él. Recelaban aquellos franceses, dias habia, la prosperidad deste capitan, y creian que fenecida la guerra de España, pasara los montes Pireneos contra ellos, y haria por allá lo mesmo que por acá: de suerte, que ni les pesaba con la dilacion destas pendencias españolas, ni con cualesquiera desgracias que le sucediesen: y si los españoles pidieran sus ayudas, las tuvieran asaz abundosas. Conocer aquello, fué mayor causa para que Hamilcar Barcino porfiase la conclusion de su liga, buscando tales maneras y tan continuas, y dando tantos presentes de caballos enfrenados y jaezados, y de collares de oro y de plata, y decadenas, y de joyeles, anillos, ajorcas, brazaletes, manillas y vasijas preciosas, que pudo con esto ganar el amor de muchos franceses principales, por ser ellos en aquel tiempo muy aficionados á traer semejantes atavíos. Y ciertamente si les diera mucho mas, le hicieran poca mella, segun las increibles riquezas que ya tenian él y cuantos andaban en su campo, sacadas y robadas de los mineros, y despojos habidos en España. No solamente los hombres guerreros de su campo tenian esto, sino todas las villas y pueblos africanos estaban ya llenos de caballos, armas, esclavos, y dineros ó metales españoles: donde resultó que muchos autores peregrinos que no saben la verdad, entendida la demasía de tales tesoros, y considerados los gastos que Cartago siempre trajo con ejércitos y flotas con edificios nuevos, y dádivas, y deudas que pagaban y vista la riqueza sobrada que por aquel tiempo tenian, con los otros pueblos sus allegados, lo cual todo bien mirado, montaba suma sin cuento, creyeron ser allí los primeros inventores del alquimia, donde con mezclas y confecciones diversas hacian oro subido de materiales mas bajos. Pero mirándolo cuerdamente, la poca tierra de España que tenia, fué siempre lo mas principal y mas cierto de sus abundancias y de sus alquimias y riquezas verdaderas.

CAPÍTULO XIII.

Como parte de los españoles catalanes vinieron al encuentro del ejército cartaginés, que salia por su tierra muy poderoso con el capitan Hamilcar: y fué tanta su resistencia, que Hamilcar sin poder llegar donde quisiera, se vió con ellos en muy peligrosas afrentas y turbaciones.

Principiados los tratos con aquellos franceses, y ganadas las voluntades arriba dichas, el gran Hamilcar Barcino se quiso llegar cerca dellos á la raiz de los montes Pireneos, pareciéndole que cuanto mas junto los tuviese, tanto mas presto concluiria sus ligas. Y así comenzó de sacar las banderas fuera de los aposentos, y mandó que su yerno Hasdrubal tuviese cargo de la flota, para con ella reconocer y segurar aquellas mares. La gente de tierra comenzó tambien de caminar y tomar el viaje por la region de ciertos españoles nombrados cositanos, cuya marina tenia poco ménos de veinte leguas en largo, contadas por la vuelta de levante, desde la boca del rio Ebro hasta la boca del rio que decian en aquel tiempo Rubricato, llamado por esté nuestro Lobregat, el cual dividia los cositanos ya dichos de los españoles laletanos mas orientales, quedando casi en el medio desta ribera Cositana la muy antigua ciudad de Tarragona, no tan principal ni con tanta reputacion como tuvo despues. Corren las aguas del rio Lobregat, dado que no sean muchas, guiadas y seguidas contra mediodía desde septentrion: manan sus fuentes en un ramo de montes que sale del Pireneo: tendido contra la vuelta de poniente, no léjos de nuestro mar Mediterráneo, cuyas fraguras y punta fenecen algo mas bajo de donde hallamos ahora la devota casa de nuestra Señora de Monserrat: y fueron aquellos dias las tales cumbres ó sierras, mojones ó division, que tambien apartaban por allí los cositanos antiguos de los que se llamaban lacetanos. Luego salia del fin destos montes en lo bajo de Monserrat contra las partes orientales una raya de través ó soslayo, sin parar hasta la boca de Ebro, dividiendo los mesmos cositanos de los españoles ilercaones, en tal faccion y manera, que Tortosa con la postrera corriente del rio Ebro quedaba en aquellos pueblos ilercaones: mas ha de notar quien mirare los términos ó mojones de estas gentes pasadas, que Tolomeo cosmógrafo puso la boca del rio Lobregat muy alejada de su lugar y mas oriental que fuera razon, no sé yo si por falta de buenas informaciones, ó por culpa de sus escribientes ó trasladadores, que le deben tener allí los números dañados. En aquella comarca de los cositanos se detuvieron los ejércitos algunos dias, y no declaran nuestras historias ni las ajenas tampoco los trances ó recuentros que pasaron con sus naturales, ni dicen si los hallaron pacíficos ó rebeldes: pero si hallaron de todo, de sospechar es que tan esmerado capitan como los cartagineses traian, no saliera de la provincia sin dejar las espaldas seguras. Mas como digo, nadie puede certificar cosa desto: solamente sabemos, que pasadas las aguas de Lobregat, el gran Hamilcar Barcino, metido ya por los catalanes laletanos, halló grandísima contradiccion en su viaje, tanto que llegado casi cuatro leguas adelante sobre la ribera de un otro rio llamado Betulon, á quien por este mi tiempo dicen Besós, le salieron al encuentro muchas compañías españolas puestas en armas, no solo determinados á le defender el vado, sino de le hacer tornar atrás y lanzarlo fuera de su comarca, despojado de cuantas preseas y provechos traia. Por morar las tales gentes cerca del rio Betulon, y tener allí junto cierto pueblo llamado tambien Betulon, que nombran ahora Badalona, harto mas principal y mas caudaloso de lo que hallamos en estos nuestros dias, se llamaban todos ellos betulones. Parte notable de los catalanes laletanos hallo yo libros excelentes que corruptamente segun creo los llaman beterones, en lugar de betulones. Fué la cuestion con estos betulones, ó beterones porfiada y enojosa, llena de peligros asaz graves: porque dado que no tuviesen capitan general para competir con el cartaginés, habria muchas parentelas catalanas llegadas á los betulones, y cada dia venian mas: las cuales juntas á bulto se favorecian y mejoraban en la resistencia del enemigo comun que tenian presente, tan valeroso y tan armado, tan lleno de victorias y de riquezas habidas en las otras naciones españolas. Con el deseo de ganar éstas, y con la necesidad de se librar dél, andaban los betulones diligentes á maravilla, trabajadores y solícitos mas de lo que se puede contar. A la continua le daban rebatos en infinitas partes del ejército, matábanle gentes y caballos, echábanle fuego por las estancias, llevaban ganados y cautivos sin lo poder contradecir ni remediar. Y finalmente la solicitud y viveza que los betulones y sus consortes traian era tanta, cual nunca Hamilcar entendió hallar en gente muy ejercitada ni guerrera, cuanto mas en aquellos betulones de quien sabia no tener capitanes ni disciplina militar, ni mas otro primor en las armas de lo que solian tratar entre sí cuando confusos y mal ordenados peleaban unos con otros en bandos y cuestiones particulares fuera de razon y de regla.

CAPÍTULO XIV.

Como la ciudad de Barcelona fué nuevamente poblada por el gran Hamilcar Barcino, cuando seguia su jornada por la tierra de Cataluña: y de la figura y asiento que primeramente tuvo la tal poblacion: y de las falsas opiniones que despues algunos inventaron de sus principios y de su nombre.

Conocido por el capitan Hamilcar Barcino la mucha dificultad y peligro que se le podria recrecer, si porfiase de pasar adelante, pues la gente catalana crecia mas y mas en favor de los betulones ó beterones, y toda la provincia restante se movia contra él, continuando sin cesar acometimientos y daños en el ejército cartaginés, retrajo sus banderas ménos de dos leguas atras, sobre la costa de nuestro mar Mediterráneo que tenia bien cerca: y allí le tomaron los principios del año siguiente, que se contaban doscientos y treinta cabales ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Su flota llegó tambien muy en órden con el capitan Hasdrubal: y todos puestos aquí, se recogieron á tal parte, que los navíos hallaron estancia cual deseaban, y la gente de tierra tuvo lugar deleitoso para su descanso. De manera, que vista la disposicion deste sitio, Hamilcar Barcino comenzó de labrar en él una ciudad cuanto magnífica pudo, para desde allí pacificar toda la tierra, como persona que sentia los provechos y bienes recrecidos á su conquista, desde las otras poblaciones nuevas arriba declaradas. Fueron los cimientos abiertos en las faldas orientales de cierta cumbre levantada muy en alto, que despues llamaron el monte

Judío, bien abundoso de fuentes, y de verduras, y de muchos otros deleites. Y despues que la ciudad tuvo número de casas, y figura de poblacion ordenada, Hamilcar le puso nombre Barcino, segun el apellido de su linaje: la cual permaneció sobre la marina largos años, dado que nó con igual aparato que Hamilcar la principió: porque jamas en aquellas partes el bando cartaginés pudo mucho prevalecer, y despues hubo tiempo que los romanos venidos acá, le mudaron el nombre, y llamaron Favencia, como todo lo veremos adelante. Veremos tambien la llegada de diversas compañías extranjeras, que grandes siglos despues se derramaron por España, destruyendo muchas poblaciones: y con ellas destruyeron tambien ésta, la cual estuvo desierta largos años, hasta que moradores nuevos la tornaron á restaurar, y conforme á su primer nombre la llamaron Barcinona: mas la gente deste nuestro siglo, corrompidos ambos los nombres antiguos, al monte Judáico dicen Monjuy, y á la ciudad nombran Barcelona. Dura por este nuestro tiempo dentro de las añadiduras del pueblo, la muestra de sus muros antiguos, no muy espaciosos ni grandes: y si fueron éstos los que hizo Hamilcar, tuvieron solas cuatro puertas al derredor en los torrejones ó cubos, de cada cual dellas unas figuras labradas á manera de cabezas de buey que dicen algunos significar la paz entre los antiguos, ó como declaran otros, el trabajo y ejercicio, que son instrumento de todos los bienes humanos. Y por el contorno destos muros primeros, creció tanto la vecindad en diversas veces, que con mucha razon llegó despues aquella ciudad á ser cabeza de Cataluña, segun tambien es ahora, y uno de los hermosos pueblos, ricos, apacibles, y poderosos de España: cuyos hechos, así por la mar, como por la tierra, las personas notables que della salieron, y todo lo restante de sus hazañas y valor, trataremos en el proceso desta gran obra, cuando llegaremos á los lugares y tiempos que le convengan. Ya declaramos en los diez y ocho capítulos del primer libro, lo que muchos tuvieron creido, ser el dios Hércules el primer fundador de Barcelona, y porfian estar sepultado sobre lo mas alto de la ciudad, movidos, cuanto parece, por autoridad de Salustio, coronista romano, que dice la muerte del tal Hércules haber acontecido en España. Movíales otrosí, conocer en diversas historias la crecida devocion que siempre le mostraron en este pueblo, cuanto duró la gentilidad, con templos, y sacrificios y ceremonias, tanto (que como dijimos en aquel capítulo) solo por este respeto la nombran Barcelona la Herculea: pero notoriamente los tales motivos son de poca substancia, pues le pudieron tener devocion, y ser muerto en otro lugar: cuanto mas que ya señalamos en el mesmo capítulo la parte donde fué la tal sepultura deste dios Hércules, muy alejada de Barcelona. Tambien es cosa liviana la conjetura de los que creen haber sido poblada por gentes asiáticas, venidas en España desde la provincia de Caria, que llaman ahora la gran Turquía, donde los antiguos tenian una ciudad, llamada Barcillo: porque no mirando mas de la semejanza del vocablo, como lo miran éstos, tan semejante le viene la verdadera causa del capitan Hamilcar Barcino, como cualquier otra fingida, pues aquella su casta Barcina tan ilustre y tan antigua, procedia de Barce, poblacion africana, de quien hablamos en el tercer capítulo del tercer libro. Pudiéranse traer aquí, para reprobacion de las opiniones postreras, y confirmacion de la verdad primera, copia de versos latinos, y de poetas excelentes, que certifican ser Barcelona, poblacion cartaginesa: los cuales versos yo me maravillo no señalarlos Gerónimo Paulo Barcelonés, en el tratado que hizo con asaz diligencia y buen estilo de la sucesion, y del principio desta ciudad, pudiendo hallar parte dellos recopilados y juntos en Juliano Diácono. Y pues todo lo dicho es así, muy mucha culpa tuvieron los componedores de la corónica de España, que mandó hacer el señor rey don Alonso llamado el Sabio, juntamente con el arzobispo don Rodrigo con los otros coronistas modernos que los siguen, cuando publican, como cosa cierta, la fábula de doce navíos ó barcas, venidas con Hércules: y porque la novena dellas con su gente quedó y asentó en esta parte, dicen que la nombraron Barca nona, y despues corrompido el vocablo, se dice Barcelona. Perderíase mucho tiempo si nos parásemos á contradecir semejantes hablillas: y pues á los discretos y prudentes bastará saber la verdad, y lo que della dejamos apuntado, pasaremos adelante para contar por extenso todo lo que sucedió por aquellas provincias españolas con el capitan cartaginés y sus ejércitos.

CAPÍTULO XV.

De la mudanza que hicieron algunos pueblos andaluces contra los cartagineses, la cual mudanza trajo necesidad á mover el gran Hamilcar Barcino desde Barcelona para venir al remedio destos alborotos, dejando por capitan en aquella region á su hijo Hanibal, mancebo de mucha suficiencia para tal cargo.

Crecia siempre la nueva ciudad de Barcelona, no solo por su buen asiento de mar y de tierra, sino tambien por la continua residencia de su fundador el gran Hamilcar Barcino, que moró dentro della poco ménos de dos años, cuanto tardaba su fundacion: en el cual tiempo los betulones ó beterones fronteros, y los otros enemigos comarcanos, nunca cesaron de venir y poner estorbos en el asiento que por allí se hacia; dando rebatos continuos, y peleando con los edificadores, ó con las otras gentes del real. Y como quiera que muchos dias hiciesen harto daño con muertes y robos, y fuego que metian donde hallaban aparejo: pero Hamilcar en lo general se mantuvo siempre tan apercibido, que no solamente continuaba su labor, sino diversas veces desbarataba los catalanes y betulones que venian mal concertados, y seguia sus alcances hasta los poner en el otro cabo del rio Betulon ó Besós: ni por esto dejaba siempre de solicitar el amistad y concordia de los franceses con mensajeros enviados por la mar, en fustas y galeras armadas, confiando muy de verdad, que si los pudiese meter en España contra los tales catalanes, ellos por una parte, y él por otra, los apretarian de tal modo, que la tierra le quedase pacífica. Sin estas causas habia tambien otras importantes y gravísimas para perseverar y residir en este nuevo pueblo, si la multitud y grandeza de sus empresas lo permitieran. Lo primero, que la villa de Empurias, veinte leguas mas adelante de Barcelona, sobre la mesma ribera de mar, contra la falda del Pireneo, se le declaró nuevamente por enemiga: lo mesmo hizo Roses y sus allegados, á quien favorecia la ciudad de Marsella, lugar en aquella sazon muy principal y muy confederado con los romanos en Italia, contra los cuales Hamilcar tenia rencor entrañable. Lo segundo, que de los pueblos atrasados, dado que muchos le quedasen ya confederados y pacíficos, habia copia dellos

puestos en armas, y que siempre le resistian, por la vuelta de la montaña frontera, todos eran sus contrarios manifiestos. Lo tercero, que por tener allí mas á la mano la contradiccion de Cerdeña y de Sicilia, traia siempre negocios encubiertos en ellas, sin dejar de solicitarlas cuanto pudiese: porque cierto fatigaba mucho su gran espíritu ver perdidas estas dos piezas tan provechosas á su república, siendo capitan él de las guerras pasadas, y nunca desconfió de poderlas cobrar con el buen aparejo de España, si la vida le durase. Lo cuarto, que ya las amistades de Francia se mejoraban cada dia, con personas y caballeros particulares, calificados para sus propósitos; y parecia que si mucho se detuviese por allí, ninguno de los franceses comarcanos á España quedarian fuera de su confederacion. Andando los hechos en esto, sucedió que los andaluces moradores en aquella poblacion antigua de los foceenses, junto á la raya mas oriental del Andalucía, cuya fundacion señalamos en los veinte y seis capítulos del segundo libro, tuvieron diferencia con andaluces turdetanos sus confines sobre cosas que suelen acontecer entre pueblos vecinos. Y como los turdetanos en aquel tiempo general y particularmente, allende la pujanza que tenian, de sí mesmos anduviesen orgullosos con el amistad del gran Hamilcar Barcino, quisieran castigar á los foceenses muy de veras, para lo cual tomaron algunos cartagineses que residian en guarnicion por lugares de la provincia, puesto que no fuesen muchos. Y todos juntos, habiendo primero destruido la campiña de los contrarios, llegaron al pueblo foceense, mostrando que venian á lo combatir. Los naturales salieron á ellos tan determinados, y con tan buen aparejo, que de los primeros encuentros los abrieron por diversas partes, y dándoles otras vueltas, fueron acabados de vencer, y les quitaron el robo con muerte casi de todos. La victoria trajo mudanza por la comarca: muchos lugares tomaron armas, y mataban cada dia cuantos cartagineses mercadantes y de guerra hallaban entre sí, publicando cada cual su libertad, y blasfemando de la sujecion que tantos años reconocian á Cartago: no porque, bien mirado, les fuese muy áspera, ni les trajese daños conocidos, ántes resultaban della provechos manifiestos, por estar en aquella liga los andaluces unidos y juntos, y tener mucha mas paz, y mas comunicacion unos con otros, de la que tuvieron fuera della: sino que naturalmente jamás hubo servidumbre tan amorosa ni blanda, que no diese pena. Sabido por Hamilcar estas revueltas, y conocido que convenia darles atajo, primero que se derramasen mas adelante, despachó muy presto la flota con su yerno Hasdrubal, acrecentada de navíos y de gente sobre los ordinarios: para que visto ser necesario, saltasen en tierra, y así por aquí, como por la mar, entretuviesen los negocios, ó si fuese posible, los aplacasen. Y luego tras ellos movió tambien él desde sus aposentos, con toda la fuerza del ejército, no ménos concertado que solia. La jornada se comenzó principiado ya el año de doscientos y veinte y ocho ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios Y porque la tierra donde salia no quedase desproveida, señaló banderas y capitanes de gente suficiente para la retener, y para continuar la pacificacion de los pueblos. Con ellos dejó por cabecera mayor á su hijo Hanibal, mancebo de diez y nueve años, ó poco ménos; el cual en tan tiernos dias no se puede decir las crecidas muestras que daba de su persona y habilidades. Tenia tan gran aficion á las guerras, y conocia tanto dellas, por haber seguido siempre los ejércitos de su padre, que la gente lo reverenciaba y amaba sobre todos los otros capitanes: y preciáronle mucho mas cuando lo tuvieron esta vez de su parte solo y exento, visto las diligencias que hacia, saliendo de Barcelona por todos aquellos derredores y contornos, calando la tierra, visitando lugares, y villas y gentes, donde quiera que por mal, ó por bien se pudiese meter: en especial contra las Empurias, que por ser poblacion enemiga, la deseaba perjudicar, y nunca cesaba de lo poner en obra: tanto, que poco despues tuvo ganadas cerca della unas fraguras ó riscos sobre la marina, fuertes, y de muy gran asiento para su menester, á quien solian llamar el Monte de Júpiter: en cuyas vertientes contra la vuelta de poniente, se levantaban muchos peñascos encumbrados y crecidos, unos sobre otros, á manera de escalones: los cuales por causa deste mancebo, y de las atalayas, y velas y descubrimientos que por allí traia, los antiguos comenzaron á llamar las escalas de Hanibal, y con tal apellido duraron en España lo mas del tiempo siguiente. No son éstas las costas que dicen ahora Garraff, que parecen hoy dia entre Tarragona y Barcelona, como tienen algunos creido, pues las tales costas de Garraff son mucho mas occidentales que las escalas arriba declaradas. Ni tampoco tienen razon los que certifican ser el monte de Júpiter (1) antiguo ya dicho el que llaman ahora Monjuí, cercano de Barcelona, pues tambien al tal monte de Júpiter ponen los autores que dél hablan, cercano de las Empurias, y mucho mas oriental que las escalas de Hanibal, y que Barcelona, cayendo nuestro Monjuí presente mas occidental que todos estos otros.

CAPÍTULO XVI.

Como ciertos pueblos españoles salieron al encuentro del gran Hamilcar Barcino que venia la vuelta del Andalucía: y allí juntadas las haces unos contra otros, pelearon una batalla donde lo vencieron y lo mataron. Dáse razon abundosa de quién fueron aquellos españoles que lo hicieron, y de la provincia donde pasó la tal cuestion: y toda la manera de su rompimiento.

Entretanto que todas estas cosas acontecian, el gran Hamilcar Barcino, habia pasado las aguas del rio Ebro por encima de Tortosa, con deseo crecido de llegar al Andalucía. Los ejércitos caminaban algo rendidos, y poco mas apartados de la costa que las otras veces cuando fuéron y vinieron este viaje, de lo cual procedia gran estrago donde quiera que llegaban á diestro y á siniestro, sin poderlo remediar el capitan general ni persona que lo procurase. Los betulones catalanes de quien arriba hablamos, y los otros prin-

---

(1) Son varios los montes llamados de Júpiter, ó Monjuí, además del que está junto á Barcelona. En el Pirineo, y junto á Gerona hay otros. Ni es segura la induccion de Monjuí á monte de Júpiter, ó á monte de los Judios, señalada por varios autores. Es sabido que los franceses tuvieron desde muy antiguo el grito de guerra Mont-Joie, cuya etimología se ignora; que su primer heraldo en la guerra tenia el título de Mont-Joie, y que cuando formaban un montecillo de piedras en señal de alguna victoria, le llamaban Mont-Joie. Despues añadieron á su grito el nombre de algun santo. Tambien es sabido que los franceses auxiliaron á los catalanes cuando sacudieron el yugo sarraceno; y cuando subian victoriosos á alguna eminencia, principalmente junto á las ciudades recobradas, daban su grito de Mont-Joie, que pudo muy bien perpetuarse en ciertos sitios.

cipales sus favorecedores, salieron luego tras él como solian, para le perjudicar en todas las maneras y pasos donde hallasen aparejo. Hacian siempre sus arremetidas en lados y rezaga, no descansando momento, ni dándoles vagar ni tiempo de reposo. Muchos dellos metidos adelante por cualquier parte que podian apellidaban la tierra, declaraban el robo que traian estos cartagineses de las naciones españolas engañadas ó vencidas, y daban relacion de la ciudad que dejaban hecha para con ella sojuzgar y destruir todo lo restante hasta los montes Pireneos. Como los españoles de aquel siglo, cuanto mas dentro morasen de la tierra, tanto mas fuesen esquivos y feroces por estar desviados de la comunicacion y tratanza de los estranjeros, oidas estas nuevas, y sintiendo cerca de sí tantos enemigos y tan grueso campo, venian impetuosamente de muchas partes á los reconocer y resistir. Y así se juntaban unos con otros á bulto, sin tener hombre notable que los gobernase ni rigiese: pero segun ya dije, llegaban tantos cada dia, que muchas veces bastaron á turbar el ejército, y romper harto trecho de la rezaga, y destrozar tantas banderas que si no tuvieran el esmerado capitan que traian, los destruyeran de todo punto. En aquel tenor y manera vinieron revueltos algunos dias fatigándose de continuo hasta reparar en un pueblo llamado Castro Alto, que solia ser de los españoles nombrados edetones, ó como Tolomeo los nombra mudadas pocas letras, edetanos. Mas conviene mirar en este caso, que muchos escribientes descuidados en algunos libros que tocan esta conquista, por escribir *edetones*, tienen puesto vetones, que fueren pueblos lusitanos, muy apartados del camino que traia Hamilcar: lo cual es error manifiesto, causado de la semejanza del vocablo, y de ser mas conocidos y nombrados entre los cosmógrafos antiguos los españoles vetones de Lusitania, que los edetones ya dichos.

Pero no conviene detenernos en esto, pues claro se conoce de las historias, que nunca los cartagineses entraron tan dentro por España, cuanto caian los vetones lusitanos, sino fuese Hanibal una vez, hijo deste gran Hamilcar, que penetró mas adelante de Toledo, no léjos de los vetones sobredichos: donde poco faltó que no se perdiese, como presto lo veremos en los veinte y seis capítulos deste cuarto libro. Llegada, pues, aquí tanta multitud y tan diversa de gentes, figuróseles á los españoles contrarios del gran Hamilcar, que ya tenian á sus enemigos en parte donde los podian herir á su voluntad. Y luego se pusieron á punto de batalla, no bien ordenados á la verdad, ni con capitan principal que los gobernase, ni con algun artificio ni primor de guerra que sepamos: porque los tiempos mas antiguos, la mayor falta que de los españoles conocian otras gentes fué no concertar entre sí capitanes generales, á quien todos obedeciesen, contra las otras gentes que los guerreaban, ni querian los parientes mayores ó cabezas particulares de los linajes, reconocer superioridad á persona nacida; que si tal ellos hicieran, todas las historias confiesan que jamás nadie los pudiera dañar. Con todo esto, determinados aquella vez de romper con el gran Hamilcar, y conocida la discrecion de este capitan, y su destreza y esfuerzo con el uso continuo de la guerra que tenia: visto por el consiguiente, que ya tambien él sacaba sus banderas en órden para pelear, porque mas lijeramente lo pudiesen deshacer, juntaron un gran número de bueyes y toros uñidos en carros; los cuales cargaron de piedra sufre, pez, feno y resina, con muchas teas de madera, que presto se pudiesen encender. Y primero que llegasen á las manos estando fronteros los unos de los otros, comenzaron á meter fuego sobre los carros, y herir á los bueyes y toros, para que fuesen contra los enemigos. Con aquellos aguijones ó heridas que recibian y con el espanto de ver sobre sí tanta lumbre, que cada vez ardia mas, cobraron furia terrible: metiéronse por el ejército cartaginés rompiendo los escuadrones y la gente de caballo con tanta fuerza y braveza que no dejaban hombre con hombre, ni bastaba diligencia de los capitanes cartagineses, ni reparo, ni defensa, para que todos no se desconcertasen. Muchos quedaban estrujados con las ruedas, otros abiertos y traspasados á cornadas, otros abrasados y quemados de la multitud de los carros que se trastornaban sobre los caidos; en tal manera, que el gran Hamilcar no hallaba remedio para juntar sus escuadras, ni para lanzar fuera dellas estos animales, que discurrian á toda parte, vasqueando y acoceando, y quemando la gente: porque cuanto mas los herian por los hacer apartar, tanto mas ellos se embravecian y arremetian á la gente con el dolor de las heridas, y la destrozaban en toda parte, sin temer picas ni lanzas que les pusiesen delante. Vista la turbacion desta gente, quisiera mucho Hamilcar desviarse contra las partes orientales de la tierra, que caen fronteras al rio Ebro, pues todas las otras occidentales y pasos de la montaña quedaban ocupadas por los enemigos; pero halló tambien aquí los betulones catalanes sus adversarios primeros atravesados en el camino, con las allegas y valedores que siempre le seguian, mostrándose muy ganosos de venir con él á las manos. Y como desto sintiese que por ninguna manera podia dejar de romper, no cesaba de buscar todos los remedios posibles: andaba tan diligente, tan animoso, proveyendo los unos y los otros, que cierto bastara solo él para remediar mucho destos trabajos; á lo ménos si no fuera para vencer, fuera para salvar las banderas restantes, ó ponerlas en parte segura, si luego tras esto los españoles todos en general no dieran en él, y como lluvia no se derramaran sobre los contrarios, que ya los mas dellos quedaban destrozados y muertos, y muchos quemados, y muchos deshechos. Llegados en tal sazon, comenzaron á despedazar cuantos hallaban delante, con un alarido triste fuera de toda piedad: y tanta priesa les dieron, que brevemente la mayor parte del ejército cartaginés quedó puesto en las últimas hileras, dado que se detuvieron algun espacio con la presencia y esfuerzo de su capitan, que rompia por las batallas desmandado, dando voces, mostrándose contra los mayores peligros llamando por nombre los unos y los otros, acordándoles el tiempo pasado, los hechos valientes de que cada cual se preciaba, las victorias crecidas que con ellos habia ganado. Con esto y con otras diligencias por él hechas, de que nadie podria dar cuenta bastante, la pelea se renovó por algunas partes, y perseveró mas horas en peso de lo que ninguno creería; hasta tanto que Hamilcar fué rodeado de los españoles, y poco despues derrocado del caballo, tan herido y tan abierto por diversas partes de su cuerpo, que toda su gente ni mas que viniera no lo pudiera defender: ni bastó persona del mundo para que no fuese muerto, cayendo en el medio de sus enemigos, con aquella ferocidad y denuedo que á tan esmerado caballero convenia. Deste modo tuvo fin aquel capitan africano á mano de los españoles, cerca del lugar de Castro Alto, siendo pasados casi nueve años despues que vino en España con el cargo de capitan general por la señoría cartaginesa. Murió

haciendo cuanto se podria decir en un hombre muy valeroso, dejando tan alta reputacion entre cuantas naciones dél tuvieron noticia, que comunmente lo llamaban el segundo dios Marte, de quien publicaban los gentiles ser el señor de las batallas y victorias humanas.

Podemos aquí tomar ejemplo para no confiar en las prosperidades que trajere la fortuna, pues aquel varon excelente la tuvo siempre tan favorable, que pasando por hechos gravísimos en Sicilia, y en África, y en España, jamas fué vencido de nadie: ahora cuando mas era menester lo desamparó de todo punto dándole muerte no pensada; puesto que siendo tan esforzada persona, parezca consuelo morir entre gentes belicosas y fuertes. Helo querido señalar para mejoría de nuestra vida: porque dos cosas principales tenemos los hombres, donde procedan nuestras enmiendas. La primera, cuando á nosotros mesmos vienen adversidades y fatigas. La segunda, cuando lo vemos en otras personas, para tomar escarmiento dellas. Y ciertamente lo primero tiene mayor eficacia, si no viniese con daño propio: pero lo segundo, dado que no tenga tal fuerza, con estar libre de trabajo, se tiene por mejor: y debémoslo desear mas que lo primero, pues ninguno podria perfectamente proveer lo que le cumple, durante la turbacion que trajese sus desastres. Y por esto fueron siempre mejores las experiencias aprendidas en otros, las cuales conviene notar cuando sucedieren, ó leerlas en historias, y encomendarlas á nuestra memoria. para (como dicen) escarmentar en cabeza ajena. Tornando, pues, á nuestro propósito, no dejaré de tocar la discordia que traen los coronistas españoles modernos, sobre declarar cada cual con quién hubo sido la batalla ya dicha. Unos la ponen con los de Granada, como si Granada fuera por aquellos dias en el mundo, y no se fundara muy muchos años despues que la tal batalla pasó: salvo si llaman Granada cierta poblacion antigua, dos leguas adelante, que solian decir Iliberi, cuyas señales parecen hoy dia; mas la tal es notorio que caia dentro de la Bética ó Andalucía, muy alejada de los españoles edetanos, á quien los buenos autores atribuyen la muerte del gran Hamilcar. Otros coronistas la dan á los saguntinos de Monvedre: pero tambien es averiguado que por este tiempo los tales saguntinos fueron mas amigos de Cartago que contrarios: dado que con morar algo cerca de los edetanos, pudieran sospechar estos nuestros coronistas modernos, que si no fueran en aquella muerte, serian en darles algun favor encubierto; lo cual así dicho, parecia ménos error y mucho mas digno de perdonar. Moraban los edetones españoles, en cuya region verdaderamente fué la muerte del gran Hamilcar, entre las montañas Idubedas y las aguas del rio Ebro, cerrados, á lo que parece, por la parte septentrional con un pedazo del rio Jalon, que corta los dichos montes, y se mezcla con Ebro, cuatro leguas encima de Zaragoza. Contra la vuelta del mediodía tocaban en el mar Mediterráneo, sino cuanto por un pequeño lado deste viaje, sobre la frontera de Tortosa, se les enjeria cierto giron de pueblos tambien españoles, nombrados ilercaones fenecidos en la mesma marina. Era la provincia de los edetones mas angosta que larga: cuyas poblaciones y vecindad considerada segun el sitio de nuestro tiempo, contenia villas y lugares asaz conocidos, como son Epila, Rueda, Barballud, Urrea, Plasencia, Barboles, Oiteba, Muzalbarba, y con todas éstas la magnífica ciudad de Zaragoza, llamada por aquel siglo Saldiba, pueblo mediano de vecindad, cuanto lo vemos ahora suntuoso y excelente, cuyos acrecentamientos y grandezas contaremos adelante: porque sepan ser error quien la hiciere poblacion de Celtiberia, segun muchas personas asaz leidas, el dia de hoy lo tienen creido. Fueron otrosí pueblos de los edetones antiguos Mazaloca, Muel, Aguilon, Botorrita, Cuarte, Fuentes, Quinto, Cariñana, Longares, Herrera, la Romaña, Belchite, Letuj, Azuara. Sastago, Jatiel, Escatron, Alvala , y muchas otras de su contorno, que dejamos aquí de señalar por evitar prolijidad. Solo conviene decir, ser tambien dellos Olite llamado, segun se certifica, los tiempos antiguos Edeta (1), lugar pequeño de nuestro siglo, pero tanto mejor en el pasado, que por su causa fueron todos aquellos pueblos generalmente dichos edetones: y no léjos deste viene tambien Ijar y Montalvan, Chiprana, Caspe, Castel Seras, de quien sospechan haber sido Castro Alto, donde los cartagineses y los españoles pelearon aquella vez, y mataron al gran Hamilcar. Una legua mas oriental queda tambien Alcaniz, y dos leguas al occidente Calandra; desde la cual á Cartago la vieja ó Cantavieja, de quien hablamos en el noveno capítulo deste cuarto libro, ponen seis leguas contra mediodía, situada sobre la montaña que solia dividir la nacion de los ilercaones destos edetones, y de los otros celtíberos españoles, muchas veces nombrados por esta nuestra corónica.

CAPÍTULO XVII.

Como Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar, puso cerco sobre la villa de los españoles que levantaron la turbacion del Andalucía, la cual villa poco despues destruyó por los cimientos. Cuéntase mas la discordia que tuvieron los gobernadores de la gran Cartago sobre quien sucederia por capitan despues de Hamilcar en los ejércitos y haciendas que poseian en España.

En aquella propia sazon que la batalla pasó, Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar, andaba ya fuera de sus navíos metidos por el Andalucía con parte de la gente dellos, y con muchos turdetanos que se juntaron, y puesto que las nuevas acudieron presto de la perdicion del ejército mayor, y de la muerte de su capitan Hamilcar, no por esto dejó Hasdrubal de cercar por mar y por tierra la villa de los foccenses, que segun escribimos fué toda la causa desta turbacion: y porque los españoles comarcanos al monte Pireneo hicieron luego mudanza rebelándose contra Cartago, llamó tambien á su cuñado Hanibal con esas pocas banderas que le seguian, pues allá no se podian conservar: y con él y con los escapados de la batalla, que cada dia llegaban maltratados y heridos, comenzó de cargar sobre los cercados, y darles combates apresurados de vaivenes y de muchos otros ingenios con que les derrocaba los muros: tras ellos acudia luego la pelea de manos, no cesando momento ni rato: para lo cual habia repartimiento de gentes que comenzaban á combatir cuando los otros acababan. Y como sobre todos anduviesen los turdetanos avivando la cuestion y poniendo gente nueva cerca de las barreras y donde quiera que faltase, no bastaban fuerzas humanas para poder resistir tan continuo trabajo. Los de la villa recudian valientemente sobre los portillos, y defendíanlos de noche y de dia, matando y muriendo sin mostrar alguna flaqueza: mas

(1) Edeta no se reduce á Olite, sino á Livia.

eran en todo muy desiguales á sus contrarios: porque de fuera, dado que pereciesen algunos, recrecian en lugar dellos otros muchos españoles, y cualquiera del pueblo que faltase hacia mas mengua que doscientos á sus enemigos. Allende todo esto, como les pusieron el sitio primero que se proveyesen de mantenimientos, ni que lo platicasen con sus allegados y parientes, en breves dias faltaron las vituallas, y padecian mayor persecucion de la que mostraban. Por una parte los que consideraban la crueldad de sus adversarios habian compasion en mirar que los de la villa tuvieron alguna causa para la pendencia pasada: por otro cabo, los cartagineses y turdetanos embravecíanse cuando se les acordaba los daños, y males, y muertes tan calificadas que por ellos habian sucedido, nadie bastaba para los amansar: ni los saguntinos de Monvedre, que tambien hicieron mensajeros y diligencias con Hasdrubal, para ver si lo podrian aplacar, bastaron á les dar cobro: pero lo que mas en lleno les dañaba, fué la muy aventajada diligencia del mancebo Hanibal Barcino, que jamas reposaba ni dormia, para ver donde los enemigos tendrian descuido, procurando metérseles dentro. Y así perseverando los combates cada dia mayores, y creciendo los daños, y muertes, y menguas á los cercados, y las fuerzas y gentes á los cercadores, no se podian amparar ni defender las muchas partes del muro que por defuera se derrocaban. Finalmente, pasados cuarenta dias del cerco, fué tomada la villa de todo punto, poniendo á cuchillo sus naturales y vecinos della, hombres, mujeres y niños, hasta que fatigados de robar y matar, recibieron los vivos á prision, y los hicieron esclavos. Luego tambien asolaron la villa con fuego cruel que pusieron á sus edificios: y si quedaron algunos por arder, fueron derrocados á mano, sin dejar en ella mas de las muestras ó señales de sus repartimientos y calles, en que se conocia ser edificada por las trazas y manera que solian obrar los griegos foceenses, las cuales trazas duraron allí largos años. Esto concluido, tratóse la paz de los otros españoles provinciales: y púdose presto negociar con el temor que todos tenian de la crueldad hecha con estos otros, no embargante que los andaluces turdetanos y muchos cartagineses quisieran obrar en ellos otro tal. Pero siempre cuando se puede hacer, queda mas firme lo llevado sin demasía ni fuerza, que lo negociado con furias y terribilidad: mayormente conociendo Hasdrubal convenir esto para sus intentos, porque ya muy averiguado sabian y platicaban en el ejército ser levantada gran division entre los gobernadores africanos de Cartago, sobre qué capitan enviarian en lugar del gran Hamilcar, á la residencia de España, suficiente para gobernar tantas y tan provechosas empresas como por ella quedaban principiadas. Y crecia la discordia, con haber en la ciudad dos parcialidades ó bandos de linajes, diversos y contrarios, en los cuales andaba repartida toda su vecindad: el uno fué de los Barcinos, cuyo valor y grandeza dijimos en algo de lo pasado: los otros llamaban Edos, tan principales y poderosos, que resistian á los Barcinos en muchas cosas. Estos deseaban que Hasdrubal saliese de España, para traer ellos acá persona de su linaje que lo mandase todo. Estuvieron muy cerca de salir con ello, si Hanibal el mancebo no pasara luego á Cartago, por industria de su cuñado Hasdrubal, acompañado de capitanes españoles y de personas particulares, para contradecir esta provision. Y como llegó, hizo relacion abundosa de los acontecimientos pasados, representando la muerte de su padre, con la de muchos parientes suyos Barcinos, que parte dellos murieron allí con él, y muchos otros habian primero fenecido sirviendo su república: declaróles eso mesmo la buena manera de su cuñado Hasdrubal, y la diligencia con que recogió los ejércitos perdidos y destrozados, y como los conservaba prósperos y victoriosos, en mucha mayor pujanza que nunca los tuvo Cartago dentro de España. Dijo mas la destreza y artificio con que trataba los españoles, cada cual en su condicion, y la mucha voluntad que mostraban ellos á le seguir como capitan conocido, conservado y amado de todos. Añadió tambien el esfuerzo de su persona cuando los combates postreros con los foceenses, y las afrentas y peligros allí sufridos, y la perseverancia del sitio, con que á él solo se debió la victoria: todo tan encarecido y tan dicho, que miradas estas palabras tan bien habladas, y considerada su disposicion y fisonomía, se renovó la memoria del gran Hamilcar su padre, y de sus merecimientos particulares y generales, antiguos y modernos de todo su linaje, de tal arte, que muy brevemente supieron en España ser ya trocadas las primeras opiniones favorables á los Edos, y que los Barcinos quedaban señores de la provision, y de todos los hechos que della dependiesen.

CAPÍTULO XVIII.

Como Asdrubal fué recibido en España por gobernador de los ejércitos que Cartago tenia por acá: sobre lo cual habiendo Hasdrubal poco despues pasado en Cartago, dió prestamente vuelta en España, y puso grandes mudanzas en el estado del Andalucía, y de todas sus comarcas.

Desbaratada la negociacion del otro bando, fué declarado por capitan Hasdrubal, y convino ser así, porque verdaderamente si Cartago lo rehusara, él no desistiera de su cargo, pues tenia los ejércitos acá renovados y bastecidos, con muchos españoles muy armados, en quien distribuia grandes larguezas y dádivas. Otorgósele tambien, por ser hombre riquísimo, de mas abundoso patrimonio que cuantos allá moraban: lo cual fué costumbre de cartagineses, en dar tales cargos á personas de hacienda, libres de necesidad, como lo dice Aristóteles, tales que tuviesen de suyo mantenimiento cumplido, cuales eran casi todos los deste linaje Barcino, pareciéndoles imposible, que los criados en miseria, sino tienen gran sobra de virtud natural, puedan hacer bondad, ni tener quietud, ni regir sus oficios como deban, conforme á los dichos de Homero, que llama las riquezas dones de Dios; y Solon, uno de los sabios de Grecia, confiesa que deseaba riquezas inocentemente ganadas: y bien mirado, si no fuese para deprender letras, á ninguna cosa de los hombres trajo provecho la pobreza mundana: y quieren las letras tal moderacion, que ni les falte lo razonable, ni sobre tampoco para lujurias, ó deleites, ó descuidos. Los abundosos de hacienda pueden huir de muchos inconvenientes que cometen los menesterosos, y harán, si quisieren, bienes crecidos, proveyendo los fatigados, y mostrando señorío sobre lo que tienen, para lo menospreciar y distribuir donde convenga: lo cual es aquella bendita pobreza de espíritu, que nuestro Señor Jesucristo tanto preció, puesto que su bondad infinita quiso tomar ambas pobrezas, espiritual y temporal, para consuelo de los afligidos. Hasdrubal, aceptada su comision, no dejó de sentir lo que los Edos en

Cartago sus adversarios habian procurado contra él: y luego propuso de los destruir, si primero tuviese los negocios en España granjeados y dispuestos para lo hacer. Con este propósito las banderas fueron repartidas en aposentos, bien proveidas de pagas y ropas y vituallas, para que pudiesen descansar y rehacerse de todas sus perdiciones, y así feneció lo restante del año sobredicho, que bien mirado, trajo poca prosperidad á los cartagineses, no solo con la muerte del gran Hamilcar Barcino, sino con la mudanza de los pueblos comarcanos al monte Pireneo, que les eran muy necesarios. El año adelante fué doscientos y veinte y siete ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese: dentro del cual se tornaron á renovar todas las amistades y ligas, que los pueblos y villas españolas permanecientes en la confederacion cartaginesa, tenian primero puestas con los capitanes pasados. Procuraron tambien conciertos nuevos en otros diversos lugares y gentes, de que resultó gran provecho tratándose todo fuera de rigor cuanto permitian los negocios, como sabia guiarlos Hasdrubal mejor que ningun hombre de su tiempo: porque allende no ser guerrero de condicion, ni deseoso de revueltas, pudiéndolas excusar, tenia tanta dulzura en hablar que movia los corazones á cuanto queria. Llegábasele con esto gracia muy grande, mucha hermosura, maravillosa disposicion, crecida liberalidad, con que ganaba cuantos españoles á él venian: puesto que naturalmente se conoció dél ser cauteloso, disimulador, muy enojado, muy pensativo, mas triste que regocijado, cruel y codicioso de mandar. Con tales habilidades y con las buenas entradas que Hamilcar le dejaba hechas mejoró tanto sus negocios, y tuvo tan favorable fortuna, que le sucedian las cosas muy mejor que las pedia. Sobretodo traia grandes inteligencias con los hombres principales de los pueblos españoles, y con las cabezas de los linajes que le ganaban sin trabajo las otras gentes menores: de manera que señalados en toda parte capitanes españoles acostumbrados en su disciplina militar, y con ellos asaz cartagineses, tuvo pacífica y sosegada la tierra, y comarcas del Andalucía, sin muestra ni sospecha de revuelta. Durante la tal quietud, entrado el otro año siguiente, determinó Hasdrubal de pasar en Cartago para desarraigar della si pudiese la parcialidad de los Edos sus enemigos capitales, y llevó desta vez muchos españoles honrados, que por una parte le fueron como rehenes y seguridad en las cosas de acá, y por otra parte autorizaron su compañía: por otra tambien pusieron temor en el pueblo de Cartago. Luego en llegando, quiso mostrarse gobernador absoluto de la ciudad con el favor de sus parientes los Barcinos, y fuese metiendo y apoderando de tal arte, que poco despues hacia nuevas constituciones y leyes conformes á sus propósitos, y deshacia las antiguas perjudiciales á su tiranía, comunicándolo todo con su amado Hanibal, y tomando su voto y acuerdo para llamarse rey de Cartago. Los Edos sus adversarios entendieron presto la maldad que principiaban ambos, y luego se determinaron á la resistencia, juntando consigo los vecinos y gente vulgar de la ciudad, y declarándoles el presupuesto de Hasdrubal, y lo que pretendia para quitarles su libertad, y la que sus antecesores habian conservado y sostenido. En esto se mostraron todos tan animosos y firmes, que pasados pocos dias, ni Hasdrubal queria ya cosa que hiciese, ni la casta de los Barcinos tenia tanto crédito como solia, donde sucedió que sin esperar á mas que se le desmesurasen, Hasdrubal dió vuelta en España, muy enojado y sentido de lo hecho, no queriendo visitar á nadie, ni hablar, ni darles parte de su tornada, sino fueron á los mas poderosos de sus parientes, que convenia tenerlos avisados y contentos en todo negocio. Llegado Hasdrubal en España, comenzó de regir aquella segunda vez los tratos del Andalucía y de los otros sus confines, muy al contrario de lo que solia, no curando de comunicar algo dello con la señoría cartaginesa, ni con personas que della dependiesen. Esto fué ya dentro del año que se contaron docientos y veinte y cinco ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Y si primero buscaba las amistades de los españoles principales, ó de las cabezas particulares de linajes, mucho mas las procuró desta vuelta, con multitud de preseas y de joyas que trajo, y les daba sin contradecir cosa de cuantas le pedian: y para mas los aficionar así, trocó sus atavíos y compostura, con toda la manera de su servicio, en el modo de los mesmos españoles, dejando los estilos africanos y todos sus ejercicios. Casi lo mesmo hacian por le complacer los otros cartagineses del ejército que residian acá, y no ménos cuantos venian de fuera. Pero dado que lo tal así pasase, los ordenamientos públicos y las provisiones, y todas las otras contrataciones importantes, eran hechas con voz y título de Cartago. Y así Hasdrubal detenia los unos y los otros, y continuaba su hecho muy sagazmente, sin haber quien le pudiese vituperar los dobleces que dél sentian. Con aquello tambien duraba la paz y buena comunicacion entre los españoles y cartagineses, derramada por muchas gentes, y por mas pueblos que nunca se vió, ni se tuvo ningun tiempo de los otros sus antecesores.

CAPÍTULO XIX.

Como la ciudad de Cartagena fué magnificamente poblada por el capitan Hasdrubal cartaginés, y de los bienes antiguos deste pueblo, con las excelencias de su puerto y de toda su provincia.

Andando los hechos en aquella disimulacion, Hasdrubal consideradas las poblaciones que los otros capitanes cartagineses habian edificado por España, donde se les habian recrecido provechos notorios, acordó tambien él, en acrecentamiento de su memoria, querer fundar otra ciudad cuanto mas pomposa le fuese posible, sobre parte señalada de la costa de nuestro mar Mediterráneo, que poseian los pueblos llamados antiguamente contestanos, en aquel sitio donde los siglos pasados, Teucro capitan griego, primero que viniese á Galicia, hubo cimentado (segun algunos dicen) la villa que dijeron Contesta, como lo pusimos en los cuarenta capítulos del primer libro: y en los veinte y ocho mas atrás hablamos tambien de los contestanos, en cuya marina fué poblada la dicha ciudad: y por esto no repetiremos aquí cosa dellos, mas de que comenzada por Hasdrubal esta poblacion, la comenzaron á llamar Cartago la nueva: cuyos edificios y murallas vinieron á tanta suntuosidad, que por aquellos dias ningunos habia tales en España. Tiénese por averiguado, que su principal intencion deste capitan en labrar cosa tan suntuosa, fué que los cartagineses del ejército, cuando la morasen y poblasen, perdiesen el deseo de Cartago la mayor, y la hiciesen acá fundamento de señoría competidora con cualesquier otras, desde la cual entendia mostrar á sus enemigos, que bastaba su poder á levantar y hacer ciu-

dades donde mandase, tan excelentes y poderosas, como la mesma Cartago que por allá tenian ellos. Ésta decimos ahora Cartagena, lugar principal en el reino de Murcia, donde parecen hoy dia pedazos de su valor, y señales magníficas de su grandeza pasada. Pero conviene decir en esta parte lo mucho que yerran algunos de nuestros coronistas españoles en afirmar que por mandado de la reina Dido fué Cartagena fundada en España, teniendo cargo de sus edificios y poblacion un siervo suyo, llamado Carton, poco tiempo despues que Dido hacia la gran Cartago africana. Dicen tambien haber ella dado libertad á Carton, y héchole muchas mercedes en recompensa de tan maravillosas obras, cuales allí se labraron: y porque los libres en latin se dicen ingenuos, mandó que la ciudad hubiese nombre Cartoningenua, la cual nombradía corrompieron despues en llamarla Cartagena. Va muy á la pareja la tal ficcion con la fábula de Barcelona y de las nueve barcas, que fingieron éstos mesmos, como lo vimos en el fin del capítulo catorceno. Mas tampoco será bien pararnos en esto, pues quien quisiere podrá ver en Estrabon y Polibio, gravísimos autores, la fundacion desta ciudad española, hecha por aquel Hasdrubal cartaginés, poco ménos de seiscientos años despues de finada la reina Dido, si comparamos el tiempo de su vida señalado en el décimo sexto capítulo del segundo libro con el tiempo que tratamos ahora. Dejada pues aquella vanidad y fábula de Carton, y tornados á lo cierto de nuestra corónica, hallamos tener su postura las muestras ó señales desta ciudad, casi en el medio de todas las riberas españolas, que van desde el estrecho de Gibraltar hasta los montes Pireneos, en el mejor puerto de mar que sepamos en el mundo: porque allende ser mucho grande, muy hondo y muy espacioso, viene cercado por su contorno de cumbres altísimas, que se le juntan al cabo sobre dos cerros, poco desviados el uno del otro, con tal artificio y buena gracia, que parece la naturaleza tenerlos así puestos para que ninguna tormenta pueda turbar los navíos allá dentro: y porque tampoco los vientos de mediodía, donde sale su boca, los puedan dañar en aquel puerto, pues en los lados no es posible cojerlos, ni ménos les pueda quitar el despidiente de la salida cada vez que quisieren, puso á la boca del mesmo puerto, donde se principiaban las aguas altas, una isleta de peñas arriscadas, y muy crecidas á la cual solian decir los antiguos la isla del dios Hércules, y los latinos la llamaban Escombraria, como tambien ahora la llamamos Escombrera: por causa que cerca della se pesca multitud increible de peces llamados escombros. En aquella se quiebran los vientos, y las ondas, y la braveza del mar, con que se metea las aguas al puerto por ambos lados, mucho sosegadas y mansas, haciendo todo lo de dentro tan seguro y apacible, que comunmente los marineros, cuando les preguntan en qué tiempo del año corren sus navíos ménos peligros de la mar, responden que en Junio, Julio y Agosto, y en el puerto de Cartagena. Tiene mas este puerto, junto con la ribera salada, una agua dulce, muy abundosa, y muy grande, cubierta de pizarras sombrías, donde se bastecen las naos, y beben todos los vecinos del pueblo, que no son ahora tan pocos, que no pasen de quinientos. Y porque los bienes de la tierra compitan con los de la mar, hállanse por toda su comarca grandes mineros y cuevas de pedrería preciosa: dentro de los cuales anduvimos alguna vez, y nó sin peligro de nuestra persona, donde vimos y sacamos crecidos pedazos de calcedonias, y amatistas, y con ellas alguna muestra de diamantes, todas echadas en punta, compuestas á maravilla: parte dellas ochavadas, y muchas triangulares, tan asentadas y tan juntas, que parecian hechas con artificio. Cosa por cierto de gran admiracion, y no de menor los indicios del oro que hallamos en todo su derredor, y los excelentes mineros de plata que tenian los antiguos á sola media legua desta ciudad: los cuales ocupaban cuatrocientos estadios griegos de trecho, que hacen algo mas de trece leguas españolas, como ya lo declaramos en el fin del segundo libro.

En estos mineros hubo tiempo que trabajaban continuamente cuatrocientos hombres, y sacaban cada dia veinte y cinco mil dracmas de plata sin mezcla. doblado cada dracma del peso que llamamos adárame por este nuestro tiempo. De manera que hacian ocho dracmas una onza, como tambien diez y seis adárames nuestros lo hacen ahora. Segun esto, veinte y cinco mil dracmas sacadas cada dia, son tres mil y ciento y veinte y cinco onzas antiguas, del mesmo tamaño de las onzas modernas, que montan trescientos y noventa marcos y medio, poco mas de los usados en este tiempo, dándoles ocho onzas por marco: los cuales suelen valer nuevecientos y treinta y siete mil y doscientos maravedís de la moneda menor castellana y leonesa, dando á cada marco dos mil y cuatrocientos maravedís de valor, pues era plata subida: que si fuera mezclada, como la que labran ahora los plateros y monederos, no valiera cada marco, segun ley moderna destos reinos españoles, mas de dos mil y doscientos y diez maravedís. Y bien considerado, resultaba crecida ganancia desta labor, pues cabia casi marco por hombre cada dia. Muchas otras particularidades pudiéramos decir aquí por menudo de los bienes desta ciudad y de su provincia, que los tiempos antiguos fueron señalados y notables, como son, estar muy cerca de África, puesta frontera de la mejor tierra della. La calidad de su marina, donde comienzan las aguas á ser algo mas vivas, cuanto mas van al occidente: la grosura del rocío que le cae del cielo tan divinal y maravillosa, que como sea muy usado por aquella comarca no llover dos y tres años, cria los animales y los frutos de la tierra, muchos y muy substanciosos, y muy perfectos. Pues que si dijésemos la fertilidad de su campiña, sus ganados, sus pastos, sus hortalizas, sus deleites de naranjos, limeras, cidrales, higueras, panes y viñas, que le nacen á los contornos, y por toda la costa de su comarca: los alumbres que cada dia se hallan en cantidad infinita, no sabidos ni mentados entre los antiguos, de quien salen ahora grandes intereses de moneda. Mas no será bien embutirlo ni relatarlo todo junto, pues en el proceso de la corónica lo repartiremos adelante, mayormente que los autores cosmógrafos, como de piezas mas principales, hacen memoria de la isla sobredicha, y de su puerto maravilloso, con la fuente que ya señalamos, y con ocho leguas al derredor, en que nace tal abundancia de esparto, que jamás los antiguos lo pudieron acabar, ni los modernos bastan á fenecerlo, dado que se gastaba y se gaste por la mayor parte del mundo, tejido y torcido con maromas y sogas, cestos, espuertas, serones. Hubo tiempo que lo ponian en velas para los navíos, y vestiduras para los pastores, y hacian dél mucho calzado, que tambien ahora decimos esparteñas: porque la primera cosa de que las obraron, fué desta yerba, tanto, que casi to-

dos los autores llaman á la ciudad Cartago la Espartaria, por la sobra del esparto que cerca della se cria: del cual, y de sus granjerías y provechos hablaremos despues en algunos capítulos del sexto libro. No conviene tampoco detenernos en relatar la figura vieja deste pueblo, pues largamente la diremos en el treceno capítulo del sexto libro: ni las añadiduras que sus vecinos le hicieron: las cuales tambien irán adelante señaladas, cada cual en su lugar, en la sazon, tiempo y dias, cuando todas ellas se principiaron é hicieron.

Así que con tales y tan buenos aparejos Hasdrubal cimentó su ciudad, y la comenzó de poblar casi de nuevo, dentro de los años y tiempos que tratamos ahora: la cual fué siempre creciendo y ennobleciéndose, hasta que pasados seiscientos y cincuenta y dos años de su poblacion, Gundemiro, rey de los vándalos, casi la derrocó por los cimientos: y poco despues vinieron los godos, y destruyeron la sobra que faltaba. De suerte que nadie bastó para la restaurar, ni tornar á la grandeza primera, segun que de todo haremos cumplida relacion en las partes y libros siguientes.

CAPÍTULO XX.

De las amistades y ligas que por esta sazon los vecinos de la villa de Empurias pusieron con los italianos de Roma: y de la mesma confederacion que procuraron aquellos romanos con la ciudad de Sagunto que solia ser donde hallamos ahora la pequeña poblacion de Monvedre dentro del reino de Valencia.

En aquellos dias mesmos cuando se hacian las obras y principios de Cartagena, sabemos de las corónicas latinas, que los romanos en Italia tuvieron informacion del acrecentamiento grande que Cartago y sus gentes alcanzaban en España, con industria del capitan Hasdrubal, y halláronse mal considerados y flojos, en haber dado lugar á que mejorasen acá tanto sus hechos. Por la cual razon acordaron de mirar en todas las ocasiones que se les ofreciesen, para remediar la negligencia pasada. Trabajaron otrosí de buscar algun color con que los atajasen: porque sentian haber acá tales aparejos de gentes y voluntades, que les ponian ánimo para tornar á la cuestion de Cerdeña y de Sicilia. De cuya pérdida los cartagineses, dado que lo disimulaban, estaban muy lastimados. Y sin duda Roma quisiera luego principiar el estorbo, si (como dice Polibio) no tuvieran informacion en este mesmo tiempo, que los galos ó franceses de tras los Alpes, hablaban en se juntar con otros galos moradores en Italia, dentro de la tierra que llaman ahora Lombardía, para venir todos ellos en demasiada cantidad, y sojuzgar las naciones y pueblos italianos, y sobretodo destruir la república romana. Por acudir á tan gran peligro dentro de su tierra, no pudieron estos romanos al presente comenzar en España los negocios tan de propósito como quisieran: pero tentaron algo dello, cuanto las otras ocupaciones daban lugar. Primeramente renovaron sus concordias antiguas con la mesma Cartago, cosa muy provechosa para segurarse della, pues era cierto, que si los franceses y los africanos acometieran á la par, no pudiera Roma defenderse. Junto con esto, procuraron muy en secreto de buscar algunas entradas en España: para lo cual despacharon mensajeros á la ciudad de Marsella, so color de la guerra francesa, fingiendo requerirla para tal menester, como justamente convenia requerir á pueblo de su liga, que mas estimaban y preciaban, y con quien mantenian amistad verdadera, desde los tiempos qne Marsella se pobló, y dias ántes, cuando los que despues la fundaron, venian por Italia buscando tierras en que morasen, donde pusieron con ellos las confederaciones perpetuas. Pero los verdaderos fines del mensaje fueron tratar por via destos marsellanos otra tal amistad con los vecinos de las Empurias, villa principal en el monte Pireneo, donde comienzan los principios de España. La cual villa reputaban en aquella sazon por cabeza de los pueblos españoles nombrados indigetas. Éstos son hoy dia contados entre la gente de los catalanes, y moraban la marina sola, que viene desde la boca de un rio llamado por aquellos tiempos Sambroca, y ahora Sambucha, poco mas occidental que las Empurias, hasta la punta de Creus donde tenian los antiguos el templo de la diosa Venus Pirenea. Dentro de la tierra poseian poco término, porque sobre la vuelta del poniente confinaban con otros catalanes, nombrados en aquel tiempo laletanos: y dividíalos una pequeña raya, que salia desde la boca del rio sobredicho, pasando entre la ciudad de Girona, y la villa de Junqueras, pueblos conocidos en aquellas partes, hasta dar en el monte Pireneo. y en aquel mesmo trecho se partian de la provincia de Pucerdan, á quien los antiguos llamaban ceretanos, incorporados en lo largo restante del dicho monte Pireneo. Venidos allí los mensajeros romanos, no tuvo dificultad cuanto pidieron, interviniendo la buena diligencia de los marsellanos, porque la mitad de los emporistas eran de su linaje, como lo contamos en el libro pasado: y parte de los restantes andaban ya tan mezclados con ellos en casamientos y parentescos, que generalmente los unos y los otros acataban á Marsella, como si fuera madre de todos. Lo mesmo se tiene por cierto que harian los romanos con los vecinos de Denia, dado que cayese algo léjos, dado que por el presente no fuese gran pueblo: los cuales procedian de la mesma generacion, y reverenciaban á Marsella con los mesmos acatamientos. Estas dos villas trajeron consigo la ciudad de Monvedre, llamada Sagunto: la cual favoreció siempre cuanto podia los provechos en Denia, por cuyo respecto le mostraban amor entrañable los marsellanos. Y como los turdetanos andalucès con el favor de Cartago, hiciesen cada dia descortesías y daños contra Sagunto, corriendo la tierra desde la poblacion nueva que pocos años ántes fundaron en aquellas fronteras, holgaron los saguntinos de venir á la liga romana, por la buena fama que Roma tenia de mucha fortuna que traian sus gentes en las armas, y de la fé, bondad y virtud que mantenian á sus amigos. Tambien los romanos no se puede contar las gracias que dieron á sus dioses, y lo mucho que preciaban alcanzar de su parte tan magnífica ciudad en España, donde moraban hombres riquísimos, discretos, valientes, y buenos, á quien todas aquellas comarcas reconocian superioridad por sus grandes merecimientos.

CAPÍTULO XXI.

Como Hasdrubal envió á pedir á la señoría cartaginesa, que mandasen tornar en España la persona de Hanibal su cuñado, para le dar cargo de los negocios tocantes á las guerras españolas: lo cual finalmente se hizo, puesto que con mucha contradiccion de ciertos enemigos suyos muy poderosos en aquella república.

Al tiempo que se afirmaban y concluian estas amistades, llegaron los principios del otro año, que fué doscientos y veinte y cuatro ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese: mas ninguna cosa de lo hecho pudieron encubrir al gobernador Hasdrubal, porque ni los de Monvedre, ni los romanos pretendian secreto sobre sus negocios, ni si lo pretendieran, bastaban á que las espías cartaginesas, derramadas entre los españoles, no lo sintieran. Y luego, porque nadie lo pudiese llamar descuidado, ni mal apercibido, si de la tal contratacion redundasen algunos movimientos, visitó los aposentos de su gente, cumpliendo las banderas faltosas, y las proveyó de cualesquier bastimentos, armas y guarniciones que les menguasen, así para caballos como para los peones. Tras esto dió grandes avisos á sus parientes los Barcinos en Cartago de todo lo sobredicho pidiendo que sin dilacion desocupasen á su cuñado Hanibal, y se lo trajesen á residir con él en España: porque desde los tiempos atrasados, cuando su padre lo tenia consigo, se conoció dél crecida generosidad en sus obras, y gran solicitud en todo negocio. Con el cual, puesto que tan mancebo fuese, que no tenia cumplidos veinte y tres años, entendia resistir y vencer á sus adversarios cuando los hechos viniesen á riesgo. Pero fué gran division en Cartago sobre la venida de Hanibal, contradiciéndola mucho cierto caballero nombrado Hanon, cabeza mayor entre la casta de los Edos, adversaria de los Barcinos, amonestándoles, y requiriéndoles en general á todos, que por ninguna via lo dejasen pasar en España: porque segun era desasosegado y orgulloso, con verse rodeado de gentes armadas y feroces, favorecido de su cuñado Hasdrubal, no reposaria hasta meterlos en tales pendencias, que de todo punto se perdiesen, cuanto mas que sabian haberle dejado su padre, como por herencia, la discordia contra los romanos, y hecho se la jurar al tiempo que pasaban en España: de lo cual daba tan contínuas muestras aquel mancebo Hanibal, que ya se conocia dél, andar buscando maneras para revolver el mundo. Por tanto, que de su parecer convenia detenerlo dentro de la ciudad en obediencia de sus leyes y de sus jueces, como vivian los otros sus iguales, y no lo poner en libertad, ni permitirle señorío, ni dar facultad á que de tan pequeña brasa procediesen despues mayores encendimientos. Algunas otras palabras se dijeron en este caso, que no fueron muy honestas, tocantes á la juventud y hermosura de su persona, significando que Hasdrubal quisiese mal usar della, segun el gran Hamilcar Barcino su padre habia mal usado con el mesmo Hasdrubal, cuando fué muchacho, primero que lo casase con su hija. Tambien se dijeron muchas otras razones peligrosas, como pronósticos, que salieron adelante verdaderas. Mas como la casta de los Barcinos era gran multitud entre los gobernadores cartagineses, pudo mas la parte mayor, que la de mejor consejo. Y sin embargo de los pareceres contrarios, Hanibal fué despachado para residir en España, segun Hasdrubal demandaba; dado que la tal contradiccion dilató la venida muchos dias y meses del año sobredicho.

CAPÍTULO XXII.

Como tornando Hanibal, hijo del gran Hamilcar en España, vinieron tras él nuevos embajadores romanos, que pusieron gran confederacion con Hasdrubal y con sus cartagineses. Dícese la solemnidad y ceremonia que los unos y los otros hicieron para la firma desto, segun los antiguos acostumbraban en aquellos tiempos de su gentilidad.

Tornando Hanibal en España, fué recibido con alegría sobrada de los capitanes y gentes del ejército viejo: porque allende ser hijo del gran Hamilcar, á quien todos amaron y siguieron los años pasados, era de condicion tan apropiada para los hombres guerreros, y mostrábaseles tan liberal y tan apacible, que ya desde muchos dias ántes lo pedian y deseaban. Hasdrubal eso mesmo le hizo su teniente general en el hecho de las armas, remitiéndole por entero la provision absoluta de cuanto le pareciese vedar y mandar en este caso. Y así los negocios quedaron repartidos en ambos, y procedian concertados, sin estorbarse los unos á los otros. Estando las cosas en aquel ser, traian los romanos acá muchos avisos y diligencias para sentir el intento destos capitanes cartagineses. Y como supieron aquellos apercebimientos ya declarados, acordaron de los aplacar y amansar amorosamente: porque tenian á la sazon ocupaciones gravísimas en juntar todos su amigos y valedores y todo lo principal de su potencia, con que resistiesen á los galos franceses, que ya mucha parte dellos pasaban los Alpes, y venian acordados de destruir á Roma. De manera, que por excusar otra nueva pendencia, pues la presente sobraba, hicieron sus embajadores al gobernador Hasdrubal, declarándole cuanto placer la señoría romana sintió de toda su prosperidad y buenos acontecimientos: y que por esta razon enviaban á le visitar y renovar con él aquellas amistades y concordia, que se hicieron en Sicilia los años pasados por mano del gran Hamilcar. Y que fuera desto les era mandado, por cuanto (segun habria sabido) los romanos tenian jurada nueva liga con algunos pueblos españoles, moradores entre los montes Pireneos y el rio Ebro, Hasdrubal no quisiese pasar aquel rio contra los montes él ni persona de su bando, pues en las otras provincias españolas quedaba mayor espacio donde se tenderia y multiplicaria su potencia muy á su voluntad. Item, que por ninguna via perjudicasen á la ciudad de Sagunto: la cual, dado que cayese fuera desta demarcacion al otro lado occidental del dicho rio, tenia juntamente sus alianzas con los mesmos romanos, y la preciaban ellos cuanto se podia preciar: por donde no solo convenia no tocar en ellos, sino que recibirian gracia singular, si los tales saguntinos fuesen acatados y favorecidos de los cartagineses, conservándoles su libertad, para quedar medianeros continuos entre Roma y Cartago; pues en otra suerte convendria que Roma tornase por sus amigos, y contradijesen cualesquier agravios que les resultasen. Vista la breve proposicion destos embajadores romanos, Hasdrubal entendió presto la cautela que se pretendia para comenzar acá nueva cuestion, y que Roma tenia pesar de ver á los cartagineses tan apoderados en España: pero como fuese discreto, parecióle que cuanto mas alargase la discordia, tanto mas

crecia su poder, y se podria mas arraigar entre los españoles, y que por el presente no convenia buscar enemigos, faltándole de recibir acá mucha gente que cada dia le venia, las cuales y lo restante perderia con aquellos estorbos: en especial, que la comunicacion y los nobles de Cartago, si no fueron sus parientes mesmos, le tenian por enemigo secreto, de quien, venidos al toque, tendria contradiccion, ántes que favor. Miradas estas circunstancias, y muchas otras que dellas dependian, Hasdrubal otorgó cuanto quisieron los romanos, mostrando reputarlo por santo, por justo, muy cumplidero para la tranquilidad y sosiego de todos. Y luego los artículos arriba dichos fueron concedidos con grande ceremonia, segun lo que Roma tenia de costumbre cuando hacia semejante cosa. La solemnidad fué desta manera que dirémos aquí.

Primeramente salieron el gobernador Hasdrubal y los embajadores romanos á cierto templo de sus ídolos, en un dia señalado, para la confirmacion y jura de los capítulos. Y puestos ante muchas gentes, así caballeros, como vulgares, españoles y cartagineses, comenzaron algunos sacrificios y plegarias, conformes á la devocion de los gentiles. Éstos acabados, llegóse cerca de los altares un sacerdote romano, cuya dignidad llamaban ellos Fecial, instituida solamente para confirmar estas amistades ó tratar desafíos y guerras, cuando las hubiese de su ciudad contra cualquier otra gente segun lo hacen ahora los oficiales, nombrados reyes de armas, entre los príncipes de nuestro siglo. Y allí hecha muy humilde reverencia contra los ídolos, revolvió sobre los embajadores romanos, y les dijo desta manera. Compañeros mios, mensajeros fieles y santos de la república romana, ¿mandaisme que yo confirme la capitulacion, que hicisteis entre nuestra leal ciudad y la gente de los cartagineses africanos? Sí mandamos, dijeron ellos. Pues dadme, dijo él, los manojos de la yerba verbena, limpia, santa y sin alguna suciedad. Ésta tenian ellos aparejada para tal menester, con un lechoncillo mediano tendido sobre los altares, en que fenecian los sacrificios. Y puesta la yerba sobre las aras el fecial se volvió segunda vez á los embajadores, y les habló deste modo. Compañeros mios romanos, ¿haceisme vosotros mensajero leal de nuestro senado y pueblo romano? Respondieron ellos: verdaderamente lo hacemos sin engaño nuestro ni de nuestro pueblo romano, lo cual nuestros dioses conviertan en bien. Luego sin mas dilatar otorgó por su parte los conciertos, leyéndolos en alta voz, con todas sus condiciones y cláusulas. Y despues de bien espresadas hizo la plegaria siguiente:

Óyeme dios, Júpiter grande; oidme tambien vosotros, varones cartagineses Así como los principios, medios y fines de todos estos conciertos se rezaron y dijeron sin engaño ni maldad y como son entendidos al presente; bien así nunca mi república romana será la primera que falte ni salga dellos. Y si por caso lo hiciere con traicion y mal engaño, quebrándolas sin consentimiento de todos, en aquel dia mesmo, tú, dios Júpiter alto, hieras al pueblo romano, como yo heriré la cabeza deste lechon; y tanto mas fuerte lo hiere tú, cuanto mas vales y puedes. A la hora dió con un pedernal en el puerco, despedazándolo por diversas partes. Y tornando la plática sobre sí, decia tales razones. Si yo limpiamente, sin traicion ni mal engaño, tengo fenecida la ceremonia deste juramento, los dioses inmortales derramen prosperidad por todas mis obras: pero si contrariamente lo hago ó lo disimulo, plégales que, salvando los demas, y quedando todos libres en sus propias tierras, y en sus propias leyes, y en sus propias casas, y en sus propios templos, y en sus propias sepulturas; perezca yo solo como la piedra deste sacrificio se caerá de mi mano. La cual piedra dejó caer luego en el suelo. Casi lo mismo hicieron los cartagineses con otro sacerdote suyo, jurando la tal confederacion por los dioses que tenian, obligándose que la mantendrian con entera y continua fidelidad. Y concluida la ceremonia, quedaban los capítulos tan firmes y fijos, que ninguna cosa tenian los antiguos por mas consagrada ni divina, ni de que mayor pecado sintiesen, que salir fuera dellos. Hémoslo querido poner aquí tan declarado y tendido, porque los mesmos romanos hicieron otra tal solemnidad con los emporitas y saguntinos de Monvedre cuando procuraban sus amistades de quien ya hablamos en el capítulo pasado; y puede servir esta relacion á los unos y á los otros. Y tambien porque pocos años despues muchas naciones españolas acostumbraron á lo hacer, y preseveraron en aquel estilo, si negocio semejante sucedia, casi todos los años y tiempos que vivieron en su gentilidad y ceguedad antigua.

CAPÍTULO XXIII.

De la muerte del gobernador Hasdrubal, capitan de los cartagineses, hecha por un español, en venganza de su amo, que fué muerto por su mandado, con mas otras cosas y mudanzas que dello redundaron en todas aquellas provincias españolas.

Al tiempo que los embajadores romanos tornaron en Italia, muy satisfechos y contentos con el buen despacho que llevaban, eran ya pasados algunos dias del otro año, que se contó doscientos y veinte y tres ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Y no tardó mucho que se publicaron por aquellas marinas españolas, pertenecientes á nuestro mar Mediterráneo, mensajerías ciertas, que decian el poder de los romanos haber pasado batalla campal contra todos los franceses de aquende y allende los Alpes, en que se halló gran número de gente por ambas partes: pero que señaladamente la señoría romana tuvo consigo toda la flor y la potencia de Italia, que se montaban setecientos mil peones, y mas ochenta mil de caballo, con que ganaron la batalla, dejando muertos en el campo cuarenta mil hombres franceses, y diez mil que se tomaron á prision. Fué la victoria muy grande: pero como todavía quedase multitud dellos repartidos en la tierra, nunca los romanos tuvieron descuido con ellos. Lo cual, dice Polibio, que fué gran ocasion para que la parcialidad cartaginesa mejorase mucho sus negocios en España sin estorbo de nadie, conservando las cosas en toda pacificacion. Hanibal entretanto residia con sus ejércitos en uposentos; y segun su condicion de sospechar es que siempre los ocuparia con torneos fingidos, y con semejanza de peleas verdaderas, haciendo con ellos cuanto le pareciese menester para tenerlos apercibidos y prestos cada cuando fuese necesario. Comenzó junto con esto á labrar muchas atalayas y torrejones, todos de tierra tapiada, sobre las montañas y cumbres de la provincia, muy altos y muy crecidos, y lo mesmo por toda la costa de mar que su gente poseia, puestos á vista los unos de los otros; para que prestamente, si convinicse, pudiesen hacer señales y dar cualquier aviso, de dia con humo, y de



Anibal en España.

noche con fuego, por toda la region. Maravillase Plinio, que siendo las tales atalayas tan altas, y de sola tierra mazonada entre dos puertas de tabla, durasen firmes y sanas hasta su tiempo, que por buena cuenta fueron algo mas de trescientos años, resistiendo las aguas, y vientos, y tempestades con igual fortaleza que si fueran de piedra. Pero dejárase de maravillar si tuviera las experiencias que siempre tuvieron en España de las tales obras tapiadas; donde para muchos propósitos las hallan por mejor edificio que ningun otro. En aquel ser perseveraron acá los hechos cartagineses tres años cumplidos, que jamás Hasdrubal cesaba de ganar voluntades con astucias no pensadas, aventajando sus negocios por este camino mucho mejor que por armas ni rigor. En fin de los cuales años aconteció, que como dentro del ejército cartaginés ganasen acostamiento muchos españoles de diversas provincias, entre ellos habia uno llamado Tago; de cuyas señas ponen los autores haber sido maravillosamente bien dispuesto, de noble casta, muy señalado entre todos los hombres guerreros por sus acontecimientos y gran esfuerzo, muy rico de hacienda, tanto, que hallamos autores que le llamaron rey de la provincia donde moraba. Con este caballero Tago tuvo Hasdrubal enojos y diferencias, por causas y motivos que no declaran las historias latinas ni griegas que desto hablan: y dado que Hasdrubal en todos los dias pasados hubiese forzado su condicion en hacerse comedido y afable, la mucha prosperidad y favor de la fortuna continua le tornaron á su natural; y comenzó por estos dias de mostrarse feroz y desabrido, deseoso de sangre, de muertes y demasías, pareciéndole gran alabanza si se hiciese temer, y si nunca satisfaciese sus enojos, por livianos que fuesen, sino con penas excesivas y crueles: lo cual ejecutó con aquel caballero Tago, haciéndolo primero matar, y poniéndolo despues en un madero levantado para que las gentes lo mirasen y lo viesen en aquella muerte deshonrada. Ninguna de las historias que (como dije) tenemos al presente manifiesta la razon desta muerte, ni donde procediesen los enojos y diferencias arriba dichas, sino cuanto las dos corónicas españolas, que mandaron componer los dos ínclitos reyes don Alonsos de Castilla y de Leon, el uno que llamaban el Sabio, y el otro su biznieto, padre del señor rey don Pedro, con los historiadores castellanos que despues las siguieron, dicen, que residiendo Hasdrubal en Granada, salió contra la vuelta de Cartagena por sosegar las provincias que los dias ántes habia dejado conquistadas el gran Hamilcar Barcino, trabajando tambien él por ganar otras tales; y que deseando llegar á la ciudad de Sagunto (la cual estos coronistas muy contra razon llaman Sigüenza, siendo cierto Monvedre ó muy cerca della), para vengar en aquella tierra la muerte de su suegro, que tambien afirman éstos haber sido allí muerto; cuentan, que caminando su viaje topó con este caballero español, y lo mató con sus propias manos, no se lo mereciendo. No ponemos esto postrero para que se tenga por cierto, sino para que cuando los lectores lo hallaren en aquellas historias, mandadas recopilar por príncipes tan esclarecidos y poderosos, sepan que tienen defectos y grandes, como todas las cosas humanas: pues, como ya dijimos algunas veces, bien claro sabemos, la Granada que dicen ellos, no ser poblada por aquellos tiempos, y ni Polibio, ni Justino, ni Tito Livio, ni Paulo Orosio, ni las otras escrituras auténticas que desto hablan, declaran cuál persona lo matase, ni la parte, ni la razon de su muerte, ni si fué por sus culpas, ó por castigo de delitos cometidos. Como quiera que pasó, cierto es que despues desta muerte, un criado suyo, que tenia desde pequeño, de la casta y linaje de los españoles célticos ó galos, esperó cierta fiesta, donde los cartagineses que servian el capitan ó gobernador general, habian de salir con él á sacrificar y á hacer algunas ceremonias de gentilidad conformes á sus usanzas: y viniendo Hasdrubal en una procesion ó pompa, despues de ya hechos los tales sacrificios, aquel español se metió muy furioso por medio de la gente, hasta llegar á él. y le dió tantas puñaladas, que prestamente lo dejó muerto, sin bastar nadie para se lo quitar. Dicen otras historias, que durmiendo Hasdrubal en su cama, lo degolló, haciendo tan poco caso de su muerte, que ni hubo, ni parecia tener alteracion de lo hecho: puesto que luego fué preso y atormentado por extrañas maneras: en las cuales, cuanto mas lo despedazaban, tanto mas se reia de sus atormentadores, mostrando placer y contentamiento, pues moria vengada la muerte de su señor. Y así menospreciadas las terribilidades de tan demasiada crueldad, desechos en vida todos sus miembros y coyunturas, con muestra de muy grandes alegrías en el medio de tan excesivos dolores, espiró tres dias despues, á lo que dicen algunos, del fallecimiento de Hasdrubal, entrada ya buena parte del año tercero de la ciento treinta y nueve olimpiada de los griegos, que concurrió, (segun la cuenta de nuestra corónica) poco mas ó ménos, con el año de doscientos y veinte, primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese: dentro del cual tuvieron los tiempos en España serenidad y salud, mucho diferente de los años antepasados, que fueron lluviosos y pestilenciales, como tambien dice Polibio que lo fueron en Italia, por lo ménos el uno dellos: donde se tiene creido que vino procediendo de provincia en provincia la corrupcion de los aires, hasta parar en España.

CAPÍTULO XXIV.

Como fallecido Hasdrubal, fué recibido Hanibal su cuñado por capitan y gobernador en España de los ejércitos cartagineses: y como se casó con una señora española. Donde asimesmo se trata de sus muchas habilidades, y de las excelencias, y costumbres, y fisonomía de su persona.

Luego como la muerte del gobernador Hasdrubal se manifestó por los aposentos del ejército cartaginés, fué levantado Hanibal su cuñado por capitan y caudillo general en conformidad grandísima de todos. Y dado que tambien esta vez la señoría cartaginesa quisiera poner en España tales personas de su mano, que gobernaran los negocios, y no proveyeran cosa fuera de su voluntad y mandamiento: pero despues que supieron la determinacion del ejército, confirmaron lo hecho, sin hablar mas en ello: por ser Hanibal hombre de tal calidad, que nadie bastara para le quitar de su honra, mayormente favoreciéndole toda la generacion de sus parientes los Barcinos, bando muy poderoso dentro de la ciudad de Cartago. Hiciéronlo tambien por la buena fama que de sus proezas y gran valentía se publicaba, no solo desde los primeros tiempos de su padre y de su cuñado, cuando siendo niño seguia la guerra con ellos, sino despues desta segunda vuelta en España: donde cuanto mas iba, tanto mas lo preciaban, pareciéndoles á los caballeros y gente

vieja de guerra, que Hamilcar les era resucitado, por ver en el hijo la mesma fisonomía, los mesmos esfuerzos y diligencias, el mesmo vigor y meneo de los ojos, con toda la semejanza restante: sobre lo cual añadia tal crédito la clarísima sangre donde procedia, juntada con sus extremadas habilidades, que ya lo preciaban mucho mas por estas sus excelencias, que por ser hijo de tan esmerado capitan. Era Hanibal, segun los historiadores dél escriben, y segun manifiestan las medallas contrahechas á su natural, mancebo de hermosa disposicion, alto y delgado de cuerpo, la cara tenia larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados, y mucho bien puestos: era muy bien razonado, y muy cortés en demasía, la conversacion mucho dulce, con la cual tenia mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitan general de los ejércitos y señorío que Cartago tenia dentro de España, seria de hasta veinte y seis años poco mas: y puesto que fuese mozo, conocíase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero, ni despues, nunca se halló capitan en las cosas de guerra mas industrioso ni sabio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son, obedecer y mandar, ni con mas entendimiento lo supo hacer, tanto, que la gente del ejército de ningun otro se confió mas, ni con igual osadía venian á las afrentas, que cuando sabian estar él presente. Fué muy osado en acometer cosas peligrosas, y muy inclinado á tratar hechos difíciles. Y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venian mayores peligros, no se turbaba, para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente, y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazon fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo mas continuos y mayores que ningun otro de su tiempo. Sufria con igual perseverancia la calor y los frios. En comer y beber templadísimo. No tenia tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios, allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas, porque muchas veces en las guerras que tuvo despues, lo hallaron en el suelo revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con mantas groseras de las que traia la gente. Sus vestiduras y trajes, como los comunes del ejército. Toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos, y llegar y favorecer las personas valientes, donde quiera que se hallasen. Cuando venian á la afrenta, primero que nadie rompia las batallas de pié ó de caballo, como lo tomaban, y postrero de todos salia dellas. Tenia maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen, que fué siempre cosa muy principal en la guerra, y en los otros negocios humanos. Finalmente, cuanto debió tener un capitan muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si lo vencieron alguna vez, no fué por su falta, ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por la sobrada valentía de los contrarios.

Tales y tan grandes virtudes confiesan y reconocen todos los coronistas latinos en este capitan Hanibal, sino que le mezclan con ellos algunos defectos y tachas no menores. Lo primero, ser demasiadamente cruel. Y lo segundo, que jamás asentaba ni prometia cosa que la mantuviese, no le conviniendo: ni dicen que sostenia verdad ni religion, ni mostraba temor á los dioses inmortales. Lo cual pudiéramos aquí bien creer, si los que lo hablan no fueran sus enemigos notorios, apasionados contra él en demasía, por las causas que presto parecerán. Con esta manera de virtudes y vicios, anduvo Hanibal los tres años arriba dichos en la gobernacion y compañía de su cuñado Hasdrubal, sin dejar de hacer alguna cosa de las pertenecientes á tan aventajado capitan, cual salió despues. En lo demás, aquel dia mesmo que le dieron el cargo, como si particularmente lo tomara para guerrear en Italia contra los romanos, bien así comenzó luego de mirar qué razon, ó qué color hallaria para lo hacer. Por una parte traia delante los ojos el juramento que su padre le tomó siendo niño, para que nunca tuviese paz con ellos. Junto con esto sentia mucho las capitulaciones asentadas pocos dias ántes con Hasdrubal: donde se contenia, que ni Cartago, ni sus factores pasasen desde el rio Ebro contra los montes Pireneos, ni por el otro lado del rio perjudicasen á los vecinos de Monvedre. De lo postrero sintió que podria tomar ocasion legítima para tomar la pendencia sobredicha, rompiendo con esos españoles confederados á Roma, por algun achaque, de los que nunca suelen faltar en semejantes negocios, á quien los busca: y que por aquella via quebrantaria, no solamente las contrataciones asentadas en España, sino tambien las otras primeras puestas en Sicilia con su padre. Mas como la riqueza y el poder de Monvedre fuesen crecidas, y las de Roma su confederada, que no le podia faltar, fuesen mucho mayores, era necesario para tan gran hazaña grandes ayudas y favores: éstas convenia buscarlas en España, porque los africanos y cartagineses tenian cogido temor á los romanos desde la guerra siciliana: y en aquella mesma guerra vieron por experiencia, que pocos españoles, de los que fueron allá con el gran Hamilcar Barcino, hicieron tanta resistencia, que ganando la villa de Erice, nunca los romanos pudieron prevalecer contra Hamilcar, ántes con ayuda destos sus españoles pocos, los tuvo cercados y fatigados, y puestos en terribles aprietos. Con esto Hanibal se mostraba tan aficionado y amador de los españoles, que con ellos era toda su conversacion, y con ellos comunicaba sus imaginaciones y secretos, no fingidamente, segun acostumbró los años ántes su cuñado Hasdrubal, sino de toda verdad, y de todo corazon: porque como los parientes de su madre fuesen españoles muy principales, y su nacimiento dél en España, con toda la vivienda y crianza de su mocedad, reconocíala por naturaleza propia. Para mas declarar esta voluntad, deseando que todos lo tuviesen por español verdadero, procuró casamiento con una doncella española, muy emparentada y muy noble, llamada Himilce, vecina de la ciudad de Castulon, donde son ahora los cortijos que llaman de Cazlona: cuyo sitio declaramos en los veinte y tres capítulos del segundo libro. La cual señora no solo trajo con su casamiento riquezas y multitud de parientes guerreros y poderosos á la parcialidad y servicio de su marido, sino tambien con ellos toda la comunidad y gente vulgar de la ciudad de Castulon y de sus comarcas, que no fueron pequeña joya, segun eran populosas y magníficas en aquel siglo. Procedia Himilce de muy ilustre linaje, descendiente por sucesion derecha de cierto caballero español, muy antiguo, y muy famoso, nombrado Milico, natural y morador en esta mesma provincia, cuyos hijos y descendientes fueron los primeros fundadores y mas principales de Castulon ó Cazlona, como ya lo señalamos en los treinta y un capítulos del pri-

mer libro. La generacion déstos, quieren decir haberse juntado por discurso de tiempo con algunos foceenses que despues allí vinieron: entre los cuales uno llamado Cirreo, hijo de Castulona, sacerdotisa del dios Apolo, de quien éstos creian haber tomado nombre la ciudad, contaban tambien fabulosamente por señalado progenitor de Himilce. Y así considerada la descendencia de su gran antigüedad, la reverenciaban á ella y á sus deudos, cuantos en aquella tierra moraban, teniéndolos á todos ellos, con sus antepasados, por cabezas y señores de la region, como tambien obedecieron y reverenciaron despues á su marido Hanibal, por causa y respeto della.

CAPÍTULO XXV.

De los muchos mineros y pozos de metales que se descubrieron en España nuevamente por industria del capitan Hanibal, y de las crecidas riquezas que dellos procedieron: los cuales él repartia por los españoles y por las otras gentes con gran liberalidad.

Concluida la fiesta de las bodas, y siendo llegados los principios del año siguiente que fué doscientos y diez y nueve, primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, Hanibal comenzó de juntar todos los españoles que pudo, sobre los otros que primero tenia granjeados y traidos á sus partes, no solamente de los que descaban tomar acostamiento para residir en la guerra, sino de los moradores en los pueblos, para que mantuviesen allá su confederacion, así por el parentesco de su mujer y de su madre, como por cualesquier otras maneras, donde quiera que los pudiese ganar. En éstos distribuia multitud de preseas riquísimas, atavíos, caballos, ganados, dineros, con otras joyas de precio muy crecido, tanto, que las gentes andaban maravilladas de su liberalidad, y se le venian cada dia de muchas partes. Con aquello trabajaba de recoger cuantos tesoros hallase, para llevar adelante tales magnificencias, y para tener fuerza con que mantuviese grandes ejércitos, bastantes á las grandes conquistas que traia formadas en su corazon, particularmente la de los romanos en Italia, que fué siempre la que mas él deseaba. Y entre las cosas que por este fin procuró, fué descubrir nuevos mineros de metales en España, sobre los que tenia Cartago sabidos y descubiertos desde los tiempos antiguos, para tambien sacar dellos toda su riqueza, despachando maestros á todo cabo, que tuviesen conocimiento de las venas y margasitas, y de los otros indicios pertenecientes á la tal arte, con industria de los apurar y fundir, y sacar y limpiar. Por esta diligencia, que fué muy sobrada, se cavaron de nuevo gran copia de cuevas y de pozos, en diversas comarcas españolas: de los cuales algunos quedaron principiados, que no se pudieron llegar al cabo por el bullicio de turbaciones y guerras, que luego sobrevinieron: otros ahondaron hasta lo vivo, que duraron abiertos en obras muchos años poseyéndolos estos mesmos cartagineses, y despues otras gentes, que discurrieron por aquellas provincias, como presto lo contaremos. El dia de hoy parecen aberturas de muchos en el Andalucía, y en otras tierras sus comarcanas, y puesto que los antiguos siempre los llamaron en comun, pozos de Hanibal, pero cada cual tenia su nombre particular segun la nombradía del maestro que fué su descubridor. Y podemos aquí conjeturar el abundancia de riquezas que sacaban de todos ellos, por el uno solo, llamado Bebelo, del nombre (como digo) de quien lo halló, que rendia todos los dias al tesoro cartaginés trescientas libras antiguas de plata finísima de las libras que ya dijimos en otras partes desta corónica, tener cualquiera dellas, doce onzas de nuestro tiempo: de manera, que montaba lo de cada dia cuatrocientos y cincuenta marcos españoles, que valen ahora (si damos á cada marco de plata subida dos mil y cuatrocientos maravedís de valor, y ocho onzas de peso, segun las estimaciones acostumbradas) ochocientos y cuarenta mil maravedís, de la moneda menor castellana de nuestro tiempo, donde se contiene la suma de dos mil y doscientas y cuarenta monedas de oro, llamadas ducados, poniendo en cada ducado trescientos y setenta y cinco maravedís, conforme á la tasa que los cambiamos hoy dia. ¿Pues qué podemos decir que rendiria tanta copia de cuevas y pozos, cuanto las corónicas afirman haberse descubierto, si del uno solo que tenemos dicho salia tal ganancia? la cual verdaderamente fué tan escesiva que Hanibal, confiándose della, propuso de comenzar su contienda contra los saguntinos de Monvedre, para con ocasion dellos revolverse con sus confederados los italianos de Roma. Y así comenzó de juntar todas las compañías africanas que Cartago tenia repartidas en el Andalucía y en sus contornos, y mas los españoles que de nuevo se granjearon, y los que primero seguian el ejército viejo, con muchos otros que tambien le trajeron los allegados y parientes suyos y de su mujer. En esto se puso mucha diligencia, temiendo que si lo dilataba, no le viniesen algunos estorbos de casos desastrados, para no lo poder hacer, cuales vinieron á su padre Hamilcar, y despues á su cuñado Hasdrubal. Mas porque no pareciese que luego de rondon, y sin causa, movia contra los de Monvedre, pues ni le daban ocasion á ello, ni justamente lo debia hacer, segun las capitulaciones antiguas y modernas, asentadas entre cartagineses y romanos, acordó primero de comenzarlo por otras comarcas, apartadas de la marina, metidas algo dentro de la tierra, para que con mas disimulacion viniese cundiendo la guerra como saltando de gentes en gentes, hasta dar en Monvedre. La cual conquista guiada desta manera, y trabada una vez con esta ciudad, se ponia muy cerca del rio Ebro, para lo pasar cuando quisiese, donde luego tomária por achaque deste salto, la pacificacion de las gentes que moraban al otro lado contra los montes Pireneos, y mas la restitucion y cobranza de lo que tuvo ganado su padre Hamilcar los años ántes, cuando por allí residia.

CAPÍTULO XXVI.

Como Hanibal entró por el reino de Toledo haciendo muchos daños: y tomada por combate cierta poblacion principal desta provincia, dió vuelta para Cartagena con grandes preseas y despojos que sacó de las tierras por donde pasaba.

Estando los ejércitos de Hanibal en España mas apercibidos y juntos, y de mas crecida pujanza, que jamás por aquella tierra se vieron, andados pocos dias del estío del año sobredicho, Hanibal comenzó de mover por el ancho del Andalucía, sin reposar en alguna parte, hasta venir en unos pueblos españoles, que llamaban en aquel tiempo los Olcadas: y no hallamos dellos alguna memoria por los cosmógrafos antiguos, ni podria yo decir cosa cierta de su region, sino cuanto el

maestro Antonio de Lebrija, mirando los indicios y señales que Tito Livio y Polibio ponen dellos, segun que tambien aquí los pondremos muy presto, conjeturaba que caian en aquellas comarcas donde hallamos ahora la villa de Ocaña, nueve leguas alejada de Toledo, contra la parte oriental: y tuvo por cierto que la villa sobredicha se debió llamar Olcania los tiempos antiguos, creyendo que seria principal entre las otras poblaciones destos olcadas. Y ciertamente parece tan buena su razon, que nadie la deberia desechar, si hallásemos autores auténticos que la confirmasen. Y si lo tal así fué, necesario conviene los tales olcadas españoles ser, algun linaje particular de los carpetanos, donde se contienen ahora casi todas las gentes del reino de Toledo. Porque segun declaran los aledaños ó linderos que Tolomeo y Plinio señalan los carpetanos comenzaban á se contar desde las cumbres que vienen fronteras á Segovia y á Buitrago, donde partian término con otros españoles que nombraban los vaceos, y pasaban las rayas adelante de Toledo gran trecho, contra la tierra de los andaluces, donde notoriamente quedaba la villa de Ocaña. Lo que podemos al presente certificar de los olcadas, era tener ya por estos dias larga noticia de la parcialidad cartaginesa, dado que no le reconociesen obediencia: mas Hanibal vino tan poderoso contra ellos, que sin mirar otro respeto, les destruyó toda la comarca: y dando vuelta para se tornar, les comenzó de combatir una poblacion principal nombrada Carteya, segun la llaman Tito Livio y Polibio coronistas romanos. Juliano Diácono, mudadas algunas letras, la dice Carcena: lo cual no me desagrada pues Plinio hace mencion de los pueblos nombrados Carcenos en esta misma parte. Pero si los primeros aciertan, parece bien claro, la tal Carteya ó Carcena, ser en el sitio diversa de la Carteya, que tenian los andaluces en la salida del Estrecho, llamada por este nuestro tiempo Tarifa, de quien hablamos en los veinte y cuatro capítulos del segundo libro, y en algunos capítulos del primero. No tienen razon algunos escritores castellanos modernos, que porfían ser aquella Carteya de los olcadas, la que llamamos ahora Tarazona (1), pues allende caer Tarazona dentro de los pueblos que solian llamarse celtiberos, está claro por las historias, y por las monedas antiquísimas labradas en ella, que duran al presente, nombrarse Turiaso desde su fundacion. Y mucho ménos aciertan los que postreramente creyeron ser la ciudad de Tortosa, movidos, á lo que parece, por caer algo comarcana de Monvedre, donde paró poco despues la furia desta guerra: porque tambien aquella Tortosa venia dentro de los pueblos nombrados ilercaones, y siempre los antiguos la dijeron Dertusiun ó Dertosa, sin haber en ella rastro del apellido de Carteya. Dejadas pues las tales opiniones, y tornados á nuestra verdad, cuentan los buenos autores, que discurriendo Hanibal por allí, con la multitud y fiereza de sus gentes, los carteyos ó carcenos fueron acometidos tan recio, que sin poderse valer ni remediar, les entraron la villa, y se la ganaron y destruyeron. De cuyo temor, los otros lugares pequeños comarcanos, se rindieron á la hora, quedando por tributarios de la señoría cartaginesa. Luego Hanibal prosiguió su tornada para Cartagena con el ejército vencedor, cargado de las riquezas y robos destas gentes: donde llegados, reposaron él y todos el invierno siguiente: y allí repartió los despojos con mucha liberalidad, pagándoles, allende desto, los acostamientos atrasados, con que ganó mucho la voluntad de los ciudadanos cartagineses que le seguian, y no ménos de las otras naciones españolas cuantas traia consigo.

(1) Tambien pudo ser Tarascon.

CAPÍTULO XXVII.

De la mucha division y discordia que por este mesmo tiempo tuvieron entre sí los saguntinos vecinos de Monvedre, donde se hiciéron tantas crueldades y males unos en otros, que fué necesario venir los romanos sus amigos á ponerlos en paz, y sosegar el estado desta ciudad.

Por aquella mesma sazon cuando Hanibal guerreaba los olcadas y carteyos, acontecieron en la ciudad de Monvedre grandes alborotos y turbaciones, puesto que no falten autores que digan, haber esto sucedido primero que Hanibal tuviese la gobernacion de los ejércitos cartagineses en España. Y segun otros porfían, primero que Hanibal naciese. Pero son muchos mas los que segun lo ya dicho, concordan en este tiempo que dejamos aclarado, certificando, que todos los vecinos de Sagunto, repartidos en parcialidades y bandos, pelearon muchos dias entre sí por las plazas y calles del pueblo, matándose gran parte dellos en diversas veces, con encendimientos y robos de casas particulares, y de muchos lugares públicos. Y procediera la cosa mas adelante, hasta perderse todos ellos, si los gobernadores y cabezas de la ciudad no recudieran á los romanos sus confederados en Italia, rogándoles, que como principales amigos suyos, tuviesen por bien de se meter á despartir estos males, que cada dia se hacian mayores: y con su discrecion, autoridad y prudencia tratasen la pacificacion dellos, pues la gente vulgar, y los otros movedores de la discordia los reputaban en tanto, que vista su buena voluntad, y sintiendo que la señoría romana les mostraba tener por cosa propia, perderian la pasion, y harian cuanto le rogasen. Dijéronles otrosí, tener gran recelo, que parte de los alborotadores llamasen al capitan Hanibal, para se favorecer dél, y que metido dentro de Monvedre, nadie bastaria para lo desarraigar della, hasta le quitar su libertad: y puesta la comunidad en servidumbre, quedaria señor absoluto de tan poderoso lugar, con todas sus comarcas y dependencias. Los romanos como supieron este peligro, juntamente con la relacion de cuanto los cartagineses acá señoreaban, y de la nueva conquista de los olcadas y carteyos, señalaron luego sus embajadores autorizados y valerosos, que sin detenimiento vinieron á Monvedre. Los cuales al principio de su llegada comenzaron á tratar muy discretamente lo que convenia para sosegar la turbacion desta ciudad, y residieron en el pueblo todos los dias necesarios, hasta lo tener sin escrúpulo de discordia. Y al tiempo de su tornada en Italia, deseándolo dejar seguro y asentado, dieron órden como fuesen ajusticiados y muertos algunas personas escandalosas, que no parecian de suficiente seguridad. Y deste modo negociándolo todo muy bien, quedando los de Monvedre satisfechos y pacíficos, tornaron los embajadores á Roma casi en el fin del invierno sobredicho, donde hicieron relacion de todo lo pasado en España: y allá les fueron dadas gracias y remuneraciones por sus trabajos, y gratificada la buena diligencia que tuvieron en conformar estos sus amigos, á quien Roma tanto preciaba y estimaba, por la buena reputacion en que todos sus conocidos los tenian.

CAPÍTULO XXVIII.

Del grave recuentro que los españoles del reino de Toledo pasaron con Hanibal y con sus ejércitos cerca del rio Tajo, donde se cuentan algunas propiedades de los elefantes, que los antiguos solian traer en sus conquistas y peleas.

Entrado el verano del otro año, cuando se contaron doscientos y diez á ocho ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, Hanibal recogió sus banderas, y salió segunda vez de Cartagena, caminando por cerca de los españoles olcadas contra los pueblos llamados vaceos. Quién fuesen estos vaceos, y los aledaños y rayas que los dividian de muchas otras naciones españolas, ya lo declaramos asaz en los cuarenta y un capítulos del tercer libro. Desta jornada conquistó Hanibal dos buenas ciudades á pura fuerza de combates, llamadas Hermandica y Arbacala (1), que dice Tito Livio ser pueblos de los carteyos ó carcéños: puesto que Polibio y Plutarco los hagan de los mesmos vaceos. Arbacala se defendió muchos dias con la multitud y valentía de sus moradores, lo que no pudieron hacer los hermandicos, por ser poca gente: pero de que tambien éstos vieron perdido su lugar, juntáronse con algunos olcadas, huidos el estío pasado de la guerra ya dicha: con los cuales alteraron un pedazo de los carpetanos, y los pusieron en armas contra Hanibal. Donde parece que todas estas gentes, conviene á saber, olcadas, vaceos, y carpetanos, fueron vecinos y confines las unas de las otras, como tambien las hallamos hoy dia, segun lo que dellas queda manifiesto por los capítulos y libros pasados: y no lo pudieran ser, si Carteya la de los olcadas fuera poblacion de los ilercaones ó celtiberos, como creian los coronistas modernos arriba señalados, por caer estos tales muy alejados de la provincia Carpetana contra las partes orientales. Ya salian Hanibal y su gente de la tierra de los vaceos, quiero decir de las fraguras y sierras comarcanas á Buitrago y á Segovia, para se tornar á Cartagena, tan cargados todos ellos de ropas, y ganados, y cautivos, como salieron el año pasado de las otras provincias, cuando sin lo sospechar les vinieron al encuentro los olcadas y carpetanos, con otros sus allegados. La primera vista que les dieron, fué cerca del rio Tajo, no léjos, á lo que parece, de la barca que llaman ahora de Oreja, sobre las comarcas de Ocaña. Y debió ser así cierto, porque viniendo desde los vaceos, viaje derecho para Cartagena, conviene que los caminantes atraviesen allí las aguas deste rio Tajo: lo cual es otro motivo razonable para sospechar que los olcadas fuesen parte de los carpetanos, y poseyesen aquella region. Como los españoles allí vinieron, hallaron los enemigos tan embarazados con el mucho robo que traian en sus carruages y recuas, que del primer acometimiento desbarataron cuantos cayeron delante. Hanibal, vista la turbacion de su gente, rehusó la pelea por aquella vez: y puesto su real sobre la ribera del rio, para tener las espaldas seguras, en sintiendo que los enemigos á la primera noche reposaban, comenzó de vadear el agua secretamente pasándose del otro lado. Allá fortaleció las estancias en lo largo del campo, disponiéndolas de tal arte, que si los otros quisiesen venir á él, tuviese lugar desocupado para cuando llegasen: porque convidados á la pasada con este buen aparejo, si lo hiciesen, como parecia cierto que si harian siendo de dia, determinaba de los acometer al tiempo que pasasen el rio. Con este presupuesto proveyó que cuando su gente viese los peones españoles en el agua, los de acaballo viniesen á ellos dentro del rio, para trabar allí la pelea. Junto con esto repartió por la ribera cuarenta elefantes armados, á la manera que los usaban traer en las guerras por aquellos tiempos. Eran los españoles carpetanos, con las allegas de los olcadas y vaceos, cien mil hombres de pelea, tan determinados y valientes, que segun dice Tito Livio y Polibio, nadie los pudiera vencer, si pelearan en campo igual. Y como se hallaron en tanto número, viendo por la mañana que ya los adversarios eran pasados, creyeron que de temor les huian, y que solo dilataba la victoria tener el rio de por medio. Y así con gran alarido saltaron todos en el agua, por lo mas cerca que cada cual pudo, sin órden, y sin mandamiento ni regla de capitan. En este punto la multitud de los caballos cartagineses acudieron á ellos, y la batalla se comenzó dentro del rio difícil y trabajosa, pero muy desigual á los españoles carpetanos: porque como fuesen todos peones, y no se pudiesen afirmar ni sostener en el agua, cualquiera de los caballeros, dado que vinieran desarmados, con el ímpetu solo del caballo los podian tropellar y derrocar, quedando muy libres ellos para las entradas y vueltas y salidas por detrás y por delante que les hacian: porque la fuerza de sus bestias los traian firmes y recios, dado que mas hondura hallaran. Con este tal aviso pereció mucha parte de los carpetanos ahogados y sumidos: y si pudieron algunos dellos pasar adelante por medio de las ondas y de los caballos, en tomando la ribera del otro cabo, fueron despedazados de los elefantes. Los otros traseros que venian en la rezaga, conocida la rotura de los primeros, tornaron algo libres á sus riberas, y allí comenzados á se rehacer, Hanibal ántes que cobrasen mas ánimo ni concierto, se metió contra ellos por el rio adelante, llevando la fuerza de todas sus banderas juntas en un escuadron, con que finalmente los hizo huir. Y siguiendo la victoria comenzó de hacer tales daños en toda la campiña, que dentro de pocos dias sus moradores y comarcanos le reconocieron sujecion. Acostumbraban en aquel siglo las naciones ó príncipes poderosos traer elefantes en sus guerras, como los trajo tambien Hanibal en aquella pelea, por ser animales mucho fuertes y de gran corazon; guarnecíanlos con armaduras defensivas, para que los enemigos no los pudiesen ofender: y metidos en las batallas contrarias, hacian mucho daño con las trompas y colmillos, arrebatando los hombres: y lanzándolos en alto y al través, despedazando cuantos alcanzaban. Con esto de la fuerza muy grande, tienen la presencia muy espantosa, de mayores cuerpos y grandeza, que cuantos crió la natura: muestran en sus obras tanta discrecion y memoria, que parecen alcanzar juicio: son muy vergonzosos si hacen alguna cosa torpe, señaladamente cuando los machos toman las hembras, que buscan lugares encubiertos, donde nadie los vea: lo cual acontece cinco dias en cada año. Al sexto dia siguiente, despues de cumplido su deseo, lávanse lo mejor que pueden en algun rio, para se tornar á las otras piaras y rebaños en que solian andar. Las hembras duran preñadas dos años enteros, y ja-

(1) Llamóse Albucela, pueblo sito entre Salamanca y Valladolid, de que hacen mencion los autores antiguos, y que por su distancia de Ocelodurí, puede reducirse á las inmediaciones de Toro.

mas paren mas de uno. Huélganse hembras y machos cerca de rios y de lagunas, dado que por su mucha grandeza no tengan habilidad para nadar. Viven tanta vida, que los mas dellos alcanzan á doscientos años, y muchos alcanzan á trescientos. No pueden bien sufrir el frio, puesto que tienen el pellejo tan duro y tan fuerte por el espinazo, cuanto blando y mollizo por el vientre. Si les hincan algunas saetas, ó lanzas, ó garrochas, dándoles á beber aceite, dicen que se les caen los hierros. Temen extrañamente los ratones, y la mayor dolencia que sienten, son cámaras ó ventosidades. Si comen tierra, háceles mucho daño. Precianse cuando les ponen jaeces, y cualesquier otros atavíos para bien parecer. Aprenden con gran atencion cuanto les enseñan, estudiándolo con mucha diligencia, tanto, que los antiguos tenian maestros que les enseñaban á pelear, y voltear y bailar, como si fueran personas de razon. Muchos de ellos se vieron escribir con la trompa en el suelo y en las paredes, palabras y letras que decian sentencia. Otros tuvieron amores de mujeres, mostrando maneras de requiebros cada vez que pasaban delante dellas: y mas otras cosas de maravilla que dellos escriben los filósofos naturales, en que parece notoriamente, ningun animal de los brutos imitar tanto los hombres, no solo en la clemencia y compasion que tienen, sino tambien en la condicion y buen natural. Hállase gran abundancia dellos en África, pero mucho mas en las Indias Orientales de Calicud y Malac, contra lo postrero del mundo. Y los desta region son mas crecidos y mayores en fuerzas, de la cual nos han traido por este tiempo cantidad dellos en España, despues que nuestra gente señorean y tienen sojuzgadas aquellas Indias, y derramado por ellas su potencia. Solian nacer elefantes, segun Aristóteles dice, por las tierras comarcanas á las colunas de Hércules, que son ahora confines al estrecho de Gibraltar. Y por esta razon el mesmo Aristóteles afirma no ser el fin de las Indias muy alejado del tal estrecho, pues crian ambas regiones aquellas bestias tan semejantes las unas á las otras. Mas ahora dejaremos de hablar de estos animales, y tornaremos á contar lo que sucedió con Hanibal en España, siendo pasada la pelea del rio Tajo.

CAPÍTULO XXIX.

Como vinieron embajadores romanos á Cartagena, para renovar con Hanibal sus amistades antiguas, y negociar que no tomase pendencia contra los de Monvedre sus amigos, de lo cual habia grandes indicios. Y de la mala respuesta que tuvieron en esta demanda.

Parecieron tan importantes las conquistas y victorias pasadas, así las del año presente, como las del año primero, que ningun pueblo ni gente faltó por aquella cuerda de tierra, cuanta viene desde la boca del rio Ebro, hasta las fronteras del Andalucía, que no recibiese la confederacion y Señorío de los cartagineses y de su capitan Hanibal, sino fueron los saguntinos de Monvedre, con quien al presente nadie tenia cuestion abierta: pero ya se trataba de secreto manera para la tener, buscándoles Hanibal discordias y pendencias con algunos españoles sus comarcanos, por el mesmo camino que su padre primero lo tentó, procurando como las tales pendencias tuviesen calidad ó circunstancias con que se pudiese tambien él meter en ellas. Esto negociaba personalmente con los andaluces turdetanos, que segun ya declaramos en el décimo capítulo deste libro, pretendian ser suya mucha parte de la jurisdiccion que Monvedre poseia: lo cual Hanibal importunaba que pidiesen afectuosamente, y que le hiciesen á él juez deste pleito: que (para decir verdad) montaba tanto como no pedir justicia ni derecho, sino fuerza manifiesta. Sintieron todas estas cautelas muy bien y muy presto los saguntinos, y no cesaban de hacer mensajeros á Roma, con informaciones continuas y largas, como gente cuidosa de sí, que ya conocian los males venideros ántes que llegasen: y tambien porque la señoría romana supiese la prosperidad que los cartagineses acá traian. Hanibal en esta sazon tenia ya concertados y concluidos sus intentos y deseos, y volvió para Cartagena, con intencion de reposar el invierno que se llegaba: y allí le vinieron embajadores romanos para sentir su voluntad en el hecho de Monvedre, y en los otros movimientos que dél sospechaban: los cuales embajadores fueron bien recibidos, y se les permitió que luego declarasen lo que demandaban. Ellos en breves palabras, segun dice Polibio, pidieron primeramente, que no se trabase pendencia con los vecinos de Monvedre, pues ya le constaba ser confederados y compañeros del pueblo romano. Lo segundo, que ningun cartaginés pasase del rio Ebro contra los montes Pireneos, conforme tambien á los tratos puestos con Hasdrubal su cuñado. A lo cual respondió Hanibal poco mas largo, como mancebo herviente, deseoso de la guerra, tal que la de España tenia prevenido muy á su voluntad, y en Cartago ninguna cosa le faltaba con el industria y favor de los caballeros principales della sus parientes: diciéndose él muy amigo de los saguntinos, y reputarlos entre la gente de su parcialidad, y que pues tal eran, merecian los romanos grave reprehension en haberse movido los dias ántes por letras de personas particulares á tratar paz entre los de Monvedre, cuando sucedió la revuelta de sus bandos, pues Hanibal habia de ser el que los pacificase: y pasando los mesmos romanos mas adelante, habian tambien ordenado como fuesen muertos algunos hombres principales desta ciudad: los cuales él entendia vengar por ser antigua costumbre de los cartagineses no dejar sin enmienda las injurias de sus amigos. No dicen las corónicas latinas palabra ni réplica que los embajadores romanos hiciesen á esto: pero sábese cierto, que luego como fueron despedidos, muy mal contentos de su respuesta, Hanibal sin detenimiento despachó nuevos mensajeros á la gran Cartago, con aviso de cuanto pasaba en España, declarando y encareciendo muchos agravios que los saguntinos de Monvedre, confiados en la señoría romana, tenian hecho á diversos pueblos españoles sus amigos y parciales. Casi junto con aquello, mudando su primera determinacion que tenia de repartir las banderas en aposentos para reposar el invierno, salió con ellas en campo, llevando las mas apercebidas y mas armadas que nunca, guiadas la via derecha de Monvedre: donde llegaron el año sobredicho, pocos dias andados del mes, que los romanos llamaban setiembre, los españoles no sabemos qué nombre le daban en aquellos tiempos. Y luego como vinieron, Hanibal comenzó de quemar y destruir la campiña con estragos cruelísimos: los cuales por el mesmo tenor, y con la mesma crueldad, se hicieron contra los otros lugares y tierras por donde pasaba, sino fué contra la villa de Denia con su comarca: donde Hanibal, dado que le cayese en el camino, no quiso tocar, por acatamiento del templo antiquísimo que sus vecinos

allí cerca tenian, en reverencia de la diosa Diana, mostrándose tan devoto della, como los españoles sus confines: dado que por otra parte sabia claro tener este pueblo singular amistad con los de Monvedre, y pudo tambien ser que no ménos la tuviese con los romanos en Italia. Llegados los ejércitos cartagineses á Monvedre, pusieron real sobre las tres partes del pueblo, fortificados con mayores aparejos y presteza de la que nadie puede significar. Luego se comenzaron á labrar ingenios de diversas maneras, con todos los artificios y herramientas pertenecientes al combate desta ciudad: porque ya declaramos en el cuarto capítulo, y en el veinte y seis mas adelante del primer libro, los comienzos y siglo de su fundacion, y la parte donde fué cimentada, no será bien repetirlo de nuevo, pues allí abundosamente se podrá ver. Item, declaramos en otros lugares de los libros pasados, la fertilidad y provecho de su provincia, las granjerías y provision que siempre trajo por la mar, el acrecentamiento de su vecindad, la justificacion de sus leyes, sus loables costumbres, y su buena gobernacion: con lo cual, segun ya se dijo, pujaron sus moradores en breves dias á tener tanta riqueza, que se reputaban entre los mas bien afortunados de España: tanto, que como vimos, la señoría romana procuró su confederacion, creyendo que bastaria para deshacer con ella la potencia de los cartagineses: y los cartagineses trabajaban en destruir, por estorbar lo mucho que podrian los romanos acrecentarse con tal amistad en España. Decláralo mas Polibio, diciendo que si Hanibal esta ciudad alcanzase, quitaba primeramente cualquier esperanza que los romanos tuviesen de hacerle guerra por acá. Lo segundo, que le cobrarian temor otras gentes, y las ciudades españolas de su parcialidad estarian mas firmes y fieles, y parecia que se le darian luego las que vivian en libertad. Lo tercero, que podria despues ir adelante, bien seguro por las otras regiones españolas, pues no dejaba lugar enemigo rezagado, y esperaba sobretodo de tomar en Monvedre mucho dinero, para las empresas difíciles que traia propuestas en su corazon. Item, que su gente guerrera cobraria gran ánimo con el provecho del robo que hallasen en la ciudad: y finalmente ganaria las voluntades y corazones de los cartagineses africanos, por los presentes y dones que les podria hacer de las joyas y riquezas deste pueblo. De manera, que para tanto peso bastaba la posesion y valor en aquel tiempo de la ciudad de Sagunto.

CAPÍTULO XXX.

Como Hanibal, habiendo cercado la ciudad de Monvedre, la combatió muchos dias con los ingenios usados en aquel tiempo: donde quedaron abiertas y rotas en España las pendencias de los cartagineses contra la parte romana, favorecedora de Monvedre.

Tenian los adarves de Monvedre cierto canton á manera de punta, salida contra la vuelta de fuera, frontero de un valle, que dicen hoy dia val de Sagon, mas descumbrado y mas llano que ninguna parte de sus contornos: por el cual valle Hanibal ordenó de llevar contra los muros para los derrocar, unos artificios de combate, llamados arietes entre los latinos, que quiere decir carneros en nuestro romance vulgar: y solianlos traer amparados y cubiertos con otros ingenios que llamaban viñas. Éstas eran de maderos lijeros, y no flacos, para que se pudiesen llevar donde quiera. Tenian al hueco nueve piés en altura, con otros diez piés en el ancho, proporcionados en tal faccion, que todas ellas quedaban á lo largo de diez y seis piés en cuadro. Por arriba pontanles dos coberturas á manera de tejado, la primera muy recia de tablas, la segunda blanda de sarzos hechos de vimbre: los lados tejian eso mesmo con estas vimbres, pero cubríanlas de fuera con pellejos de bueyes crudos y recientes, porque con piedras ni con saetas nadie les pudiese dañar: y si los contrarios llegasen á meterles fuego, no los bastasen á quemar. Bien así como nuestros antepasados hacian pocos años ha lo que llamaban mantas de combate, que casi fueron lo mesmo que las viñas sobredichas, donde metian gente con azadones y picos, para cerca de tierra descarnar las murallas. Lo trasero destas viñas antiguas parece que debió quedar abierto, porque fuesen mas livianas al traer, y porque los escuadrones mayores del ejército, que siempre venian á poco trecho, seguraban en aquella parte la gente que las meneaba dentro, juntamente con los otros ingenios metidos en ellas, que dije llamarse carneros: los cuales eran unas vigas gruesas, colgadas algunas veces de cierto madero sencillo, levantado como balanza, semejante del que contamos en los treinta y cinco capítulo del segundo libro; pero lo mejor y mas comun era colgarlas con sus cadenas ó sogas, de dos maderos bien firmes, justos y trabados en lo mas alto, y en lo bajo desviados á manera de triángulo, que parecian piés del ingenio. La frente mayor y mas gruesa de las vigas guarnecíanla con chapas de hierro bien fuertes, y quedando colgadas en el aire, despues que con sus viñas la podian llegar cerca del muro, pujaban atrás, y dejándolas luego, de vaiven daban tal golpe, que con el ímpetu de los arrojadores, y con la grandeza y el peso que tenian en sí, despedazaban las piedras, y las desencajaban de sus lugares, derrocando cuanto herian, si bien lo supiesen regir. Por esta razon tenian el nombre de carneros que dijimos, á causa que como los tales animales ovejunos, al tiempo que pelean unos con otros para se dar testadas, se retraen á cobrar mayor ímpetu, y todo con lo que se hieren, es con la frente: ni mas ni ménos las tales vigas de combate retraidas por detras para herir en los muros, todo lo que desbarataban y deshacian, era con aquella frente herrada. Bien es verdad, que discurriendo los tiempos, sobre todos estos aparejos les añadieron muchos otros, con que los golpes fuesen mayores, y la gente los pudiese mejor guiar: porque como ya dijimos en aquel capítulo del segundo libro, la primera parte donde los inventaron, fué sobre Cádiz, cuando los tiempos antiguos otros cartagineses nuevamente venidos allí conquistaban aquella ciudad por industria de Pefasmeno, carpintero, vecino de Tiro: despues un otro maestro natural de Calcedonia, llamado Cetras, les añadió nuevos asientos, con que no los pudiesen trastornar, y ruedas en lo bajo, para los llevar donde quisiesen. Dicen mas, haber éste sido quien primero les puso los encajos ó viñas al derredor, con los aforros ó cubiertas de cuero, que los amparasen de cuanto por los lados ó por encima sus contrarios les tirasen: en lo cual duraron algunos años, sin les añadir otra mejoría, hasta los tiempos del rey Filippo de Macedonia, padre del gran Alejandro, que teniendo cercada la ciudad de Bizancio, llamada por este nuestro siglo Constantinopla, cierto maestro nombrado Polidio, natural de Te-

salia, hizo sobre todos estos ingenios, muchas otras invenciones y sutilezas en los artificios de combate, mas fáciles y mas furiosas. Deste Polidio fueron discípulos Diades y Cherea, dos singulares oficiales, que siguiendo los ejércitos del gran Alejandro, recibieron dél crecidas mercedes, por el mesmo respeto de sus artificios y nuevas invenciones que sacaban en los combates de los pueblos, donde quiera que ponian sitio: de lo cual dejaron escritos libros asaz provechosos, declarando las medidas y buenas proporciones con que los debian labrar: y por aquella regla se guiaba mucha gente de los antiguos en sus obras, y perseveraron en ello gran tiempo: señaladamente la nacion de los griegos, y despues los romanos, cuando por el mundo trajeron guerras en diversas provincias: y tambien este capitan Hanibal, cuando tenia puesto cerco sobre Monvedre, que hizo multitud de los tales artificios, á fin de se juntar con los adarves de la ciudad, y derrocarlos en el canton que tenemos declarado. Mas toda su diligencia dañaba poco, por causa que cuanto léjos del muro parecia lugar conveniente para traer las mantas ó viñas, tanto despues, venidos al efecto, sucedia mal, estorbándolo cierta torre grande que caia cerca. Los muros tambien como de parte sospechosa, tenian allí mas altura, mas fortaleza, mas defension, no solo de reparos y pertrechos, sino de mancebos escogidos y valientes: que donde sentian mayor peligro, resistian con mayor fuerza: los cuales con piedras y dardos, y con todos los arrojadizos posibles, apartaban á los enemigos cuando venian, sin bastarles amparo que trajesen. Desta manera no satisfechos en defender aquella parte, con todo su cuartel, y con su torre, cobraban ánimo para salir á dar en las estancias cartaginesas, y dañar los ingenios, tan denodados y tan á tiempo, que ningun rebato probaron, donde cayesen ménos de los unos que de los otros. Y en el uno destos rebatos Hanibal, trabajando por llegar á los adarves, sin curar de su peligro ni del mal que le pudiese recrecer, fué derrocado gravemente herido con una lanza que le pasaron el muslo todo: cuya caida puso tanta confusion en los suyos, y se comenzó la turbacion y huida de tal arte, que poco faltó para desamparar y dejar perdidos los artificios y mantas del combate. Y así traido Hanibal á sus reales, cesaron las peleas algunos dias, y solo perseveraron en el cerco, cuanto duraba la cura desta herida, no haciendo mas de reparar los ingenios y las defensas del real, sin cesar hora ni momento. En esto se gastó lo que faltaba del año presente, quedando la guerra muy trabada por aquellas comarcas, llena de muchos y muy grandes inconvenientes.

CAPÍTULO XXXI.

De los agüeros y señales terribles que sucedieron en estos dias en el cerco de Monvedre, y de la victoria grande que los ciudadanos ganaron en un combate que les dieron Hanibal y todos sus ejércitos, mostrando crecida valentia de sus personas.

En aquel intervalo de tiempo siempre renovaban por la ciudad guardas y reparos á toda parte: sus mensajeros no paraban idos y venidos á Roma, pidiendo socorro muy breve, pues tenian el adversario terrible: de quien sentian ser la principal causa de su rencor, el amistad y la liga que pusieron con los romanos: pero tanta cuanta priesa les daban los ciudadanos de Monvedre, tanto la señoría romana dilataba su despacho, consultando diversas veces lo que podrian hacer, ántes que rompiesen la guerra de su parte, con las cuales largas comenzaron á sentirse necesidades entre los cercados. Y poco despues sobrevinieron agüeros y señales, donde si la prosperidad que tuvieron en los primeros encuentros no les pusiera demasiado corazon, pudieran bien conocer lo que dellos habia de ser: en especial venidos los principios del año siguiente, que fué doscientos y diez y siete primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese, sucedió de parir una mujer en la ciudad un hijo varon, y tan presto como salió fuera del vientre, nacido ya de todo punto, tan presto se tornó dentro, sin haber quien lo pudiese resistir: significando rehuir la comunicacion y vida de sus naturales, á quien tales fatigas estaban aparejadas, y tener por mejor no nacer, que pasar por tanta persecucion: ó segun otros interpretan, significaba no ser ya menester hombres nuevos en el pueblo, pues á los nacidos y criados se les ordenaba tan gran peligro: las cuales interpretaciones, puesto que de palabras diversas, vienen á parar en un fin. Y hácese desto memoria notable por los filósofos naturales, á causa de no se hallar desde que el mundo se comenzó, semejante señal en otra ciudad ni region que sepamos. Y verdaderamente si la maravilla fué grande, las afrentas y significacion della no fueron menores: porque luego como Hanibal guareció de aquella herida que tenia, renovó la cuestion mas cruel, y por muchas mas partes que primero, con tantos obreros y tantos ingenios de combate, que casi no cabian en aquellos campos. Y puestos los aparejos á punto, comenzaron á moverse las mantas, ó viñas contra la muralla, metidos sus carneros en ellas: las cuales en conclusion pudieron llegar con el abundancia mucha de gente que tenian los ejércitos cartagineses: donde (segun afirman) habia ciento y cincuenta mil hombres de pelea, sin los otros oficiales y personas de servicio. Los ciudadanos cercados, dado que con mucha buena manera y gran esfuerzo se defendiesen y trabajasen cuanto podian, no bastaban á tanta priesa, cuanto siempre les daban: porque los carneros ó vaivenes herian en los adarves, y por muchos lugares los tenian hendidos, y en una parte muy aportillados, descubriendo gran espacio de la ciudad: y no tardó mucho que tres cubos, ó torrejones, y cuanta cerca tenian entre sí, cayeron de todo punto con tal estruendo, que sus mesmos capitanes cartagineses, y todos los del ejército, creyeron por aquello solo tener ya ganada la ciudad sin mucho peligro de sus gentes, y cargaban furiosamente para se meter dentro, sino que hallaron á los ciudadanos en el otro lado puestos en órden, muy reglados, y muy deseosos de venir á las manos con ellos, como si la muralla caida fuera sola causa los dias pasados de no se haber podido juntar unos con otros. Ninguna cosa parecia la tal cuestion á los combates ó rebatos que se trababan por ocasion en otros lugares, ni ménos semejaba sino batalla reglada de dos ejércitos poderosos cuando pelean en campo descumbrado, teniendo los de fuera por su parte gran confianza, que si porfiasen algun poco, tomarian el pueblo. Los de dentro, poniéndose muy rabiosos entre las casas y lo caido del muro, desesperados en ver tan gran mal, ofreciendo sus cuerpos á las heridas, en lugar de las cercas que faltaban, sin retraerse ninguno dellos atrás, ni perder un solo paso del sitio que primero tomaron, para que los enemigos pudiesen entrar. Cuanto mas andaban

trabados y juntos, tanto mas gente se heria, porque ni metian espada, ni se tiraba lanza que no hiciese daño, particularmente las arrojadas por los saguntinos, á quien ellos decian falaricas. Éstas eran como dardos crecidos, á manera de las que los moros llaman azagayas, ó gorguces con su hierro cuadrado, metido por una asta redonda, sino donde ponian el hierro que por allí convenian ser las astas cuadradas para meterse cabal. En aquella juntura del hierro y de la asta hincaban unas mechas estopeñas, atadas como borlas, untadas con pez, mezclada (creo yo) con otros materiales que fácilmente se podian encender, pues era cierto que les ponian fuego cuando las arrojaban. El hierro tenia tres piés á lo largo de las medidas antiguas, que (segun adelante contaremos) era casi lo mesmo que vara castellana, por donde medimos hoy dia paños y lienzos de nuestra contratacion: y hacíanlo deste largor, para que pudiese traspasar á cualquier hombre donde hiriese con sus armas, y su cuerpo: y si por ventura no lo pasaban, con solo quedar en el escudo hincada la falarica, ponian tanto pavor las borlas, ó mechas encendidas, á quien el aire, y el movimiento del camino, traian muy ardiendo, que hacian arrojar las otras armas, por temor de no se quemar aquellos donde daban: y quedaban con esto desnudos y descubiertos, para cuando despues viniesen á las manos, poderlos fácilmente matar. Así que como la pelea durase gran rato sin parecer alguna ventaja por ambas partes, y los de Monvedre no solo conociesen que bastaban á defender el portillo, sino que ya los de fuera se podian tener por vencidos, pues en cabo de tal porfía, siendo tantos, no bastaban á los entrar, salian con gran alarido sobre los cartagineses, entre las piedras y caeduras de los adarves: y allí comenzaron á darles tanta priesa, que presto los echaron del sitio que tenian, rodando los unos sobre los otros, muy turbados y confusos: y casi luego les volvieron las espaldas, huyendo hasta los meter dentro de sus reales, donde los ciudadanos siguieron la victoria, hiriendo y matando por las espaldas y lados, cuantos alcanzaban. Parte dellos hubo que probaron á combatir los palenques, y fosas del real, sino que hallaron dentro mucha contradiccion. Y con aquello los de Monvedre se tornaron á su ciudad victoriosos, y contentos por el buen acontecimiento deste dia. Silio Itálico, poeta español, elegante y diligente, relatando los pasos desta guerra, señala muchos nombres y hazañas, y muertes particulares de personas notables, que trabajaron en aquellos combates y en su defensa: lo cual, por haber alguna sospecha que son cosas fingidas, como las fingen continuamente los poetas en sus obras, no las ponemos aquí: ni tampoco pondremos en lo siguiente lo que discrepare de los otros coronistas auténticos, latinos y griegos y españoles, que trataron el hecho destos combates, y tiempos tan particularizados, y bien escritos, cuanto parece que buenamente lo pudieron alcanzar á saber.

CAPÍTULO XXXII.

Como vinieron otra vez en España mensajeros romanos, para ver si podrian atajar esta guerra de Monvedre: y como por aquellos dias nació tambien un hijo de Hanibal y de su mujer, y se hicieron nuevas diligencias y despachos para fenecer aquel cerco que tenian sobre Monvedre.

Entre tanto que los negocios así pasaban, llegaron á la playa frontera de Monvedre, ciertas galeras italianas que traian dos embajadores, á quien la señoría romana despachaba segunda vez, puesto que tarde, para hablar con Hanibal, sobre la pendencia desta guerra. Llamaban al un embajador Publio Valero Flaco Publícola, y al otro Quinto Fabio Panfilo. Hanibal mostró desplacerle, cuando supo de su desembarcacion, y así les envió mensajeros á la marina, diciendo cuan ocupado se hallaba con aquel cerco de Sagunto, para recibir embajadores de nadie, cuanto mas teniendo su campo lleno de naciones y gentes ferocísimas, con quien los romanos, si venian, no podian estar seguros: por tanto seria mejor que vueltos á Roma, dejasen pasar esta dificultad, y concluida, tornarian á decir y consultar lo que bien les pluguiese. Pareció claro con esta respuesta, que no siendo luego los embajadores admitidos, habian de caminar á la gran Cartago: y así lo traian en sus instrucciones, y lo hicieron, para demandar que les fuese Hanibal entregado, como quebrantador de las amistades, y ligas, y juramentos, asentadas en Sicilia con el gran Hamilcar, entre las dos señorías romana y cartaginesa, y confirmadas en España por Hasdrubal su yerno, capitan general de Cartago. Hanibal, entendida la jornada que los romanos llevaban, envió tras ellos á Cartago letras y mensajeros, para que sus parientes y cabezas del bando Barcino, previniesen á sus aficionados, y mirasen como la parte de los Edos no pudiese gratificar á los romanos en su perjuicio: de la cual diligencia, puesto que fué mucho buena, tenia poca necesidad, á causa que todos ellos estaban de suyo tan apercibidos en esto, que los adversarios, dado que trabajaron mucho como Hanibal se levantase de sobre Monvedre cumpliendo los otros artículos que Roma pedia, ninguna cosa pudieron acabar, ni finalmente despues de muy altercado, los embajadores romanos no hubieron otra respuesta, sino que Hanibal tenia poca culpa de todas estas mudanzas, y guerras, y novedades acontecidas en España, pues los saguntinos de Monvedre, primero que nadie las comenzaron: lo cual puede ser que dijesen por la confederacion hecha pocos años ántes con los romanos. Item dijeron, que la señoría romana haria mal, si preciase mas el amistad nueva de Sagunto, que la muy antigua y muy provechosa de Cartago. Esto se supo de los mensajeros despachados por Hanibal, que brevemente fueron y vinieron, y le trajeron dello bastante relacion: y dado que los tales negocios pusieron algun cuidado hasta saber en qué pararian estos hechos allá, no por eso cesaban acá los combates y peleas entre los cercadores y los cercados, muy recios, y muy porfiados, sin faltar dia que no viniesen á las manos: tanto, que Hanibal conociendo traer cansada su gente con las peleas continuas, y con los trabajos de los ingenios que siempre labraban, y se llegaban al muro, dióles algunos dias de reposo, poniendo solamente sus estancias en defensa destas labores. Y porque no se perdiese tiempo sin ha-

cer algo de lo que solia, despachó capitanes á la tierra de los carpetanos en el reino de Toledo, para que sacada por allí gente de refresco cuanta pudiesen, y mas todas la provisiones posibles tornasen al real cuanto presto pudiesen. Otrosí proveyó que hiciesen lo mesmo para la region de ciertos españoles, nombrados en aquellos dias oretanos, que se dividian destos carpetanos en la parte septentrional por un pedazo del rio Guadiana, cuanto viene desde poco mas bajo de sus fuentes, hasta Villanueva de la Serena. Por el occidente partian término con la Betica, principiando sus mojones en la mesma Villanueva, hasta dar en Guadalquevir, pocas leguas encima de Andujar. A la parte de levante confinaban los oretanos con otros pueblos llamados bastetanos, tomando la particion dellos en el mesmo punto de Guadalquevir, y volviendo sin parar contra la parte cercana de las fuentes de Guadiana, donde comenzaban estos linderos: y aquí cerca desta punta se metian los oretanos ya dichos entre dos naciones españolas, bien señaladas y notables: una de los celtiberos, de quien hablamos en algunos capítulos del segundo libro: y otra de los lobetanos, que salia mas al mediodía: los cuales lobetanos, tiempo vino que fueron gente de los mesmos celtiberos, como lo declararemos adelante. Segun esta razon que daba de tres puntas, ó de tres lados la faccion y figura desta region Oretana, dentro de la cual son ahora ciudades conocidas y magníficas, Ubeda, Jaen y Baeza, con todas las poblaciones y tierras que vienen por derecho, contra las fronteras y comarcas de Calatrava. Caian mas en la raya destos oretanos españoles, los cortijos de Cazlona, donde fué por este siglo de que hablamos aquí, la ciudad de Castulon, pueblo mucho principal y muy grande, naturaleza y morada de Himilce, la mujer de Hanibal. Bien es verdad, que personas discretas, y muy consideradas en este caso, tienen creido ser aquellos bastetanos arriba declarados parte y linaje contenido dentro de los oretanos: y no hallan inconveniente diferir en el apellido, ni que fuesen llamados bastetanos, como cierto lo fueron, por causa de Basta, la ciudad que decimos ahora Baza, lugar populoso dellos. Bien así como nombramos burgaleses á los que moran en Burgos, y segovianos á los que moran en Segovia y su jurisdiccion, y generalmente los unos y los otros se dicen castellanos, por caer todos ellos en el reino de Castilla. Muéveles á certificar esto, hallar (segun afirman) letreros latinos esculpidos en piedras antiquísimas, que lo significan: y durar en aquellos bastetanos hasta nuestros dias la villa de Oria, de quien los cosmógrafos confiesan haber tomado la nombradía de oretanos, y junto con ella la que los griegos antiguos decian Cataoria, que significa en su lengua lugar asentado cerca de Oria, al cual añadiendo una sola letra, llaman Cantoria. Dicen otros, que los oretanos antiguos fueron así llamados, por causa y razon de cierto lugar que decian Oreto (1), en la parte (segun creen) donde hallamos ahora la poblacion de Calatrava, y que por allí traia sus capitanes Hanibal en aquellos dias, haciendo gente nueva para fenecer la conquista de Monvedre: pero de todas las tales naciones y pueblos de los españoles, despues trataremos en otro lugar mas desocupado, dando suficiente memoria de sus costumbres antiguas, y buenas maneras de vivir. En aquella mesma sazon que lo sobredicho se hacia, Himilce, la mujer de Hanibal estaba cerca de los reales, y puede ser que dentro dellos, y sucedióle de parir un hijo varon, que llamaron Haspar: cuyo nacimiento, por haber en él grandes regocijos, y su padre Hanibal mostrarse dello muy satisfecho, debió dilatar algunos dias el descanso de los combatidores, para no tornar á las peleas tan presto como tornaran.

CAPÍTULO XXXIII.

Como los saguntinos de Monvedre perdieron una gran parte de su ciudad, y defendian valientemente lo demás, puesto que con grandes trabajos y dificultades en que por defuera los ponian.

Entre todos aquellos placeres y vagares, Hanibal no dejaba muy á la continua de hablar y visitar á sus capitanes y gentes, unas veces indignándoles contra los enemigos: otras veces prometiéndoles gran satisfaccion y gran premio si concluyesen esta demanda de Monvedre. Pero como poco despues en un razonamiento que les hizo, prometiese, que ganada Monvedre la meterian á saco, mostráronse luego tan determinados, que si les dieran señal de batalla, no parecia que bastara nadie para se les defender. Los saguntinos cercados tanto cuanto por defuera les dieron alivio de los acometimientos y peleas acostumbradas, tanto no lo tomaban ellos, ni cesaban noches ni dias, rehaciendo nuevas paredes y muros en la parte derrocada: su inteligencia fué tal, y con ella se remediaron de tan buena suerte, que Hanibal (segun era sagaz) entendió muy á lo claro dañarle la dilacion y determinó de los acometer mas cruelmente que nunca.

Para lo cual hizo labrar una torre de madera, mas crecida que los adarves de la villa, con vigones y tablas gruesas, sobre ruedas muy fuertes que la meneaban donde quisiesen: y puso por el contorno mas alto; garitas y tablados que volaban afuera, con gente de ballesteros y flecheros, y con otros que lanzaban dardos y piedras. Puso mas otras personas que tenian cargo de tirar con ballestas fuertes de caja, concertadas con sus garruchas ó tornos, en la manera que las usaban aquellos tiempos. Y como la torre fuese brevemente labrada, por el gran aparejo que tenian de maestros y de materiales, luego la gente salió de cada parte, reglada y en órden, con sus oficiales y capitanes: pero señaladamente con el capitan Hanibal, que se mostraba delantero de todos, esforzando y amonestando cuanto se debia hacer. En especial avisaba que de todos cabos acometiesen el pueblo, para que los ciudadanos repartidos en la defensa, no bastasen á las priesas que por tantos lugares les vendria. Con esto las voces y el ruido, las arremetidas á las murallas fueron tan bravas y tan continuas, que los ciudadanos no sabian á qué parte seria mejor socorrer. La torre tambien donde consistia lo principal del negocio, llegó muy entera y muy sana, sin perjuicio que nadie le hiciese: desde la cual, como sojuzgaba la cerca, comenzaron los ballesteros á despender tiros sobre los de dentro, tan espesos y furiosos, que brevemente cuantos guardaban aquella parte del muro donde la torre tocó, lo desampararon, habiendo gran copia dellos traspasados y heridos, y muchos otros que caian muertos abajo. Hanibal visto

(1) Son muchos, y autorizados los que así lo sienten. De esta Oreto, que en opinion de los dichos dió nombre á los oretanos, se descubren vestigios en las inmediaciones de la capilla de Nuestra Señora de Oreto, no lejos de Calatrava.

que por allí le quedaba ya todo descumbrado, sacó prestamente quinientos azadoneros africanos, con sus picos y herramientas, que comenzaron á dar en el muro junto con el cimiento, y á derrocarlo sin algun estorbo: lo cual era fácil de hacer, pues allende que nadie resistia por arriba, era la cerca de barro, y de cantos mal trabados, hecha segun la manera de los edificios muy antiguos, sin cal ni betume fuerte, con que las piedras se pudiesen asir ni pegar. Y por esto primero que los golpes las quebrasen, caian desencajadas de sus lugares, quedando muchos portillos abiertos, por donde la gente de Hanibal se metió muy á su placer. Ya comenzaban á pelear por las calles, venciendo los unos en unas partes, y los otros en otras, haciendo cada cual todo lo que se podria decir. Los ciudadanos con tener las casas de su mano, desde las cuales podian arrojar en los enemigos piedras y vasijas, y maderos gruesos: manteníanse reciamente contra la multitud de los cartagineses, en especial por lugares angostos, en que los de fuera no podian caber todos juntos: pero sobreveníales de contínuo tanta gente, que ni bastaban á los detener ni dado que matasen muchos dellos, les hacian falta: muy al contrario del daño que recibian los ciudadanos, que cualquiera dellos era gran pérdida si moria, segun eran ya pocos y buenos. Con todo esto, determinaron los cartagineses de tomar un sitio dentro de la ciudad, en un recuesto bien apropiado para su menester, donde plantaron sus ballestas fuertes, y sus trabucos, y los otros ingenios que tiraban desde léjos: los cuales rodearon con un muro de piedra seca, para se hacer fuertes en él, y tenerlo como castillo dentro del pueblo, conforme tambien á lo que los mesmos ciudadanos habian hecho, que sin el castillo principal de su ciudad, barrearon por muchos lugares las calles con tapias, y con fosas y con palenques de maderos, y con otras muchas defensas, para llevar adelante su resistencia cuanto las fuerzas les durasen, no descansando momento. Los trabajos eran continuo mayores, porque como se les angostaba cada vez el espacio, no cabian en la parte que les quedaba, ni se podian rodear en lo de dentro. Sobre todos estos males, recreció lo que suele siempre recrecer en los cercos muy largos, que fué hambre gravísima, tan cruel y tan sin remedio, que despues quedó por ejemplo la hambre saguntina. Juntábase con todas aquellas desventuras, no tener esperanza de nadie que los ayudase, pues los romanos en quien siempre confiaron, se descuidaban, y los dejaban perecer á manos de tan bravos enemigos, siendo Roma la causa de toda su perdicion, por conservar y mantener el amistad y fé que con ella pusieron. Así que bien considerado, no parecia ya posible defender aquello poco del sitio de la fortaleza donde quedaban arrinconados, si no fuera porque durando los hechos en el término sobredicho, Hanibal hubo de caminar algunos dias, y salir fuera de su real. Fué la razon desta jornada tan súbita, que los oretanos arriba declarados, y los carpetanos del reino de Toledo, tenian presos y maltratados á todos los capitanes africanos, que los dias ántes dijimos haber hecho gente por su tierra, moviéndole á ello demasías y soberbias que siempre hacian, forzando los hombres que viniesen á la guerra contra su voluntad: y parece la revuelta ser tanta, que Hanibal se temió de que todos no se rebelasen contra él. Entre tanto quedó con el ejército por teniente de gobernador mayor un caballero cartaginés, llamado Maharbal, hijo de Himilcon, persona de calidad: el cual puso tal diligencia todos los dias destas ausencias, que ni los cercados, ni los cercadores sintieron falta de su capitan general. Éste hizo contra la ciudad algunos acometimientos, en que siempre le sucedió bien, y trabajó tanto con tres ingenios de los vaivenes llamados arietes, que pudo batir mucha parte de las barreras y muros que los ciudadanos tenian fortificados en el castillo principal, y fuera dél.

CAPÍTULO XXXIV.

Como Hanibal acabó de conquistar y destruir á los saguntinos de Monvedre con toda su ciudad, sin poder nadie poner paz entre ellos, dado que la procuraron, y quisieron tratar algunas personas honradas por ambas partes.

En aquel punto mesmo que pasaban tales cosas, Hanibal habia cobrado ya sus capitanes presos, y sosegado con su discrecion y presencia los españoles alterados, y llegaba ya dentro de su real muy alegre con tan honroso despacho. Pero fuélo mucho mas, despues que venido le mostraron derrocadas las defensas en la ciudad, y destrozados los palenques en los mas importantes lugares y mejores del pueblo. Con el regocijo de tanta prosperidad habida contra los pueblos oretanos y carpetanos del reino de Toledo, y con la nueva gente que Hanibal esta vez trajo dellos, movieron otro dia cuantos en el cerco residian todos juntos contra la fortaleza de Monvedre, donde la pelea se trabó cruelísima, con muerte de muchos en ambas partes: y como las fuerzas de dentro menguasen, y las de fuera siempre creciesen, ganaron los cercadores una gran parte del castillo, con que los ciudadanos quedaron absolutamente destruidos. Y como quiera que los adversarios traian gran furia por acabar de combatir lo restante, nunca les hallaron flaqueza ni mudanza, ni llegaron vez á tocar en los portillos, que no topasen reparos medianamente labrados, y gente determinada de morir en ellos. Algunas personas, vista la demasiada porfía de los saguntinos, doliéndose de la desventura que sufrian, quisieron tentar alguna manera de concordia, si la hallasen. Éstos eran por la parte de los cercados, uno llamado Halcon, el cual sin que nadie lo sintiese, vino de noche, creyendo que Hanibal se moveria con sus ruegos y lágrimas, para no llevar adelante la perdicion desta ciudad. Platicado el negocio, y conocido que ningun medio bastaba con Hanibal, sino con partidos y condiciones crueles y tristes, dadas como de señor indignado que ya tenia la victoria por suya, determinó Halcon de se quedar en el real sin volver á la ciudad, por no morir una muerte tan afligida, cuanto los otros esperaban, certificando que nadie llevaria tal respuesta, que luego los ciudadanos no lo hiciesen piezas. Las condiciones pedidas por Hanibal fueron. Primeramente satisfacer á los turdetanos, enemigos manifiestos de Sagunto, muchos intereses y cosas que decian serles á cargo. Lo segundo, que dada la plata y el oro cuanto los de Monvedre tenian, saliesen del pueblo, con una vestidura sola cada cual, y poblasen otra villa donde Hanibal señalase. Por la parte de fuera quiso negociar esta paz un español que decian Halorco, muy familiar y conocido los dias ántes, de todos los saguntinos: el cual solia conversar y residir en la ciudad primero que la cercasen, al presente ganaba

sueldo de cartagineses, como lo ganaban otros muchos españoles. Éste conociendo que las voluntades y corazones de los hombres á la continua se mudan y vencen cuando las otras cosas adherentes van de vencida, tuvo gran esperanza de lo concluir, y poniéndolo por obra, se llegó que lo vieron todos, á los atajos y palizadas de los ciudadanos: y dadas sus armas á las guardas, ó segun otros dicen, la lanza no mas, en señal que venia pacífico, trajéronlo ante los gobernadores de Sagunto que lo mandaron venir ellos: y despues de pasado su comedimiento de cortesía, con la gente vulgar que luego llegó para lo ver y festejar como solian, se retrajo con los otros mas principales, y les comenzó de hablar como buen amigo lo que sobre tal caso le pareció, diciendo, que si Halcon su natural y vecino cuando quiso tratar con Hanibal esta concordia, les hubiera tornado respuesta, fuera muy excusado su mensaje presente: mas pues aquel era ya quedado con los adversarios, ahora lo hiciese por su culpa propia, con temor disimulado de los peligros y males que todos padecian: ahora por culpa dellos, que (segun era fama) corria peligro quien les aconsejase la verdad en este caso. Él acordándose del amor y de la conversacion antigua que con ellos tuvo, se determinó de venir á les hacer saber que sus cosas no pasaban tan fuera de remedio si las querian aprovechar, que faltase camino para salir fuera de tanta tribulacion: en lo cual, sin mas él hablar de su limpieza y buen celo, podrian los saguntinos conocer que ninguna cosa le movió para trabajar en esto, mas de la buena voluntad que siempre les tuvo, pues los dias ántes cuando parecia que bastaban ellos á se defender, nunca les quiso hablar, ni cuando creian que Roma les acudiria: mas pues el hecho romano pasaba sin algun remedio, ni tampoco lo tenian ellos en las armas, ni ménos en su ciudad que ya toda la veian asolada, les rogaba templasen sus corazones, y quisiesen aceptar los partidos que les traia mas necesarios que apacibles, de que se podria despues esperar alguna mejoría si por el presente lo tomaban, como dados de vencedores á vencidos: y si parte de lo que diria les pareciese difícil, hiciesen cuenta, que cuanto no se llegase con ellos al cabo, recibian de gracia, pues Hanibal podia ya todo: conforme á lo cual queria la ciudad sin otra contradiccion, cuya mayor parte tenia destruida, y casi toda ganada: pero que les dejaba las comarcas, donde pudiesen edificar otra poblacion en el sitio que él les señalase. Pedia mas, el oro y la plata, con las otras alhajas y joyas preciosas, así del tesoro y lugares públicos de la ciudad, como de las personas particulares, en cuya recompensa les otorgaba que pudiesen llevar sus personas, y de sus mujeres é hijos, libres y seguros, sin daño ni deshonra, con dos vestiduras sobre cada cual. Estas condiciones dijo Halorco pedir Hanibal como vencedor, á quien ya nadie podia resistir, y que de su parecer, como quiera que fuesen graves y desabridas, los saguntinos, considerada su fortuna, las debian aceptar como les hubo dicho, pues dejadas sus cosas en la clemencia del vencedor, podrian alcanzar despues muchas enmiendas, ántes que consentirse despedazar de sus enemigos, segun presto se haria, y ver ante sus ojos arrastrar y degollar, y deshonrar sus mujeres y sus hijos, con las otras cosas que mas amaban. A esta razon era llegada por el derredor mucha gente del pueblo, la cual mezclada con los gobernadores y cabezas de la ciudad, oyó casi toda la plática hecha por Halorco, y luego retraidos un poco, visto que Hanibal mostraba codicia de su riqueza, mandaron allí traer cuanto precioso tenian, y sin dar otra respuesta, lo metieron en un fuego, que prestamente se hizo para lo quemar, á fin que Halorco fuese testigo de vista como nada quedaba dentro, donde los de fuera se pudiesen entregar: ni si Hanibal ganase la ciudad, hallaria con qué satisfacer su codicia. Hubo muchos ciudadanos, que tomando sus mujeres propias y sus hijos, se lanzaron con ellos en el mesmo fuego, desesperados de todo remedio, queriendo morir ántes en aquella manera, que sentir la venganza de sus enemigos los andaluces turdetanos, y cartagineses, ni verlos gozar de tanta victoria. Hanibal en aquella sazon, oyendo la turbacion y pavor que deste hecho traian los ciudadanos, y que los vivos andaban atónitos en ver cuán contraria les era la fortuna, sacó fuera del real todas sus banderas y gentes con mucha presteza, para que los unos comenzasen á dar en lo fuerte del castillo, señaladamente contra la torre mayor, que ya desde los dias pasados tenian muy gastada y muy picada junto con los cimientos: y como de nuevo la tornasen á herir, cayó toda, sin quedar en ella defensa. Por allí se metieron muchos cartagineses, dando grandes alaridos y voces, para que los otros acudiesen á venir, pues en aquella parte no hallaban resistencia: lo cual se hizo luego, y Hanibal con el mayor golpe del ejército fué prestamente con ellos, y comenzó de tomar lo restante de la muralla, y saltar las barreras de las calles con tanta viveza y ardimiento, que brevemente lo ganó todo, mandando á los suyos, que cuantos hallasen para tomar armas, fuesen puestos á cuchillo, sin perdonar hombre ni mujer. Los saguntinos viéndose ya todos vencidos, y que nada les aprovechaba cuanto hiciesen para se librar de muerte ó de perpetua servidumbre, que siempre fué peor que morir, comenzaron á poner mucho mas fuego por sus mesmas casas, y meterse dentro, por fenecer como los otros principales habian hecho primero: donde por la mayor parte fueron todos abrasados, y los pocos que desto se libraron, quedaron cautivos y heridos, y muy maltratados en poder de sus adversarios La mortandad se hizo mas cruel de lo que Hanibal hubo mandado, porque despues que la comenzaron, ni perdonaban á niños, ni á mujeres, ni personas de cuantas hallaban delante, ni los refrenaba de su ira ninguna cosa de las que suelen poner compasion en semejantes desastres Y desta manera pasados ocho meses despues que Monvedre se cercó, entrados pocos dias del mes de mayo del año sobredicho, fué destruida la tal ciudad, y quemada con demasiada perdicion, sin dejar de hacer en ella los cartagineses todos los estragos y géneros de fuerzas que se pueden imaginar en una cosa muy enemiga.

CAPÍTULO XXXV.

Del engaño que tuvieron muchos coronistas españoles, en decir que la ciudad de Sagunto, destruida por Hanibal, fuese la que llaman ahora Sigüenza: donde juntamente se declara lo que sospechan algunos otros historiadores de la fundacion y principio desta mesma ciudad de Sigüenza.

Recolígese de muchas historias que tratan estos acontecimientos, haber podido huir y salvarse parte de los saguntinos vencidos, dado que pocos, entretan-



Destruccion de Sagunto.



Vista general de las ruinas del TEATRO DE SAGUNTO *tomada de la izquierda del Barranco.*

to que los vencedores robaban las riquezas y joyas que sobraron del encendimiento ya declarado: las cuales riquezas todavía se dice que fueron en crecida multitud y mucho preciosas, puesto que dañadas y corrompidas por los otros sus dueños ántes que muriesen. Y los tales saguntinos así librados escribe Juan Gil de Zamora en una relacion hecha para don Pedro, obispo de Sigüenza, su gran amigo, que se metieron por lo mas dentro de España, hasta llegar con las mujeres y niños, que tambien escaparon en la tierra de los españoles arevacos, cuyos aledaños y comarcas declaramos en el principio deste cuarto libro: y aquí todos ellos fundaron la ciudad de Sigüenza, que los antiguos llamaron Saguncia lata, por memoria (segun dice) de Sagunto la destruida, donde sus principiadores fueron naturales. Yo, para decir verdad, no veo memoria desto por los otros coronistas latinos ni griegos, que hablan en la perdicion de Monvedre. Parece que si Juan Gil de Zamora no hallase mas fundamento para su dicho de la semejanza del vocablo que tiene Sigüenza ó Saguncia con Sagunto, serian algo flacos porque tambien duran hoy dia diversas poblaciones en España, nombradas Saguncias ó Sigüenzas, las cuales no fué posible cimentar aquellos pocos saguntinos, escapados de la tal perdicion. Una Sigüenza déstas hallamos en la montaña de Castilla vieja, junto con otro lugar nombrado Bizuezes, muy cerca de Medina del Pumar: otra la que platicamos en este capítulo, ciudad obispal en el reino de Castilla, conocida y estimada por sus buenas calidades: otra tuvieron los andaluces antiguos en su region y provincia, como señalaremos en el sexto libro: y la tal es muy averiguado que la poblaron los saguntinos despues muchos años, cuando siendo mas gente, con favor de la señoría romana tornaron en su prosperidad, segun presto lo verémos. Y si fuese cierto que tambien fundaron esta otra, y aunque no lo sea, parece bien claro de lo sobredicho, ser engaño manifiesto lo que nuestros coronistas españoles afirman cuando hacén una mesma cosa la ciudad vieja de Sagunto con esta de Sigüenza, no mirando las particularidades que todos los cosmógrafos y coronistas auténticos dicen, sin discrepar alguno del sitio de Sagunto, certificando caer muy junto de la costa de nuestro mar Mediterráneo, hallando ahora á Sigüenza léjos del mar. Señalan otrosí, los puntos del cielo que caigan sobre Sagunto, que son invariables, y no se pueden trocar, ni pueden tener engaño perpetuamente: por los cuales, á la cuenta de Tolomeo, se levantaba la estrella polar en esta ciudad antigua de Sagunto, treinta y nueve grados y un tercio, como lo hallamos ahora cerca de la poblacion de Monvedre: y el emperador Antonino Pio en un tratado que mandó hacer de los viajes antiguos, midiendo la distancia desde Tortosa hasta Valencia, dice que conviene pasar por Sagunto, desviadas ambas diez y seis millas de trecho, que hacen ahora cuatro leguas españolas: y son otras tantas las que tasamos hoy dia desde Valencia hasta Monvedre. Pone mas setenta y tres millas contadas desde Sagunto á Tortosa, por ciertos lugares que solian estar en aquel derecho: las cuales montan muy poco mas de diez y ocho leguas, que concordan á la cabal con la distancia que hallamos al presente desde Monvedre hasta cada cual destas dos ciudades. Dura junto con esto rastro del nombre viejo, poco corrupto, por el valle cercano de Monvedre, que llaman hoy dia val de Sagon, que sin duda quiere decir valle de Sagunto: y tambien piedras antiguas escritas con letra romana, donde se lee el nombre de Sagunto. Sabemos otrosí, que las horas de los eclipses cuando parecian en Sagunto, vienen conformes á las de Monvedre, contadas todas ellas por los grados y círculos del cielo: las cuales horas y puntos no ponemos aquí, porque nadie las podria bien alcanzar sin saber astrología, y es muy diversa materia de lo que pretende nuestra corónica. Muchas otras razones pudiéramos aquí traer para la prueba desta verdad, si las ya dichas no fueran las principales, y no bastaran asaz para confirmacion de nuestro propósito.

CAPÍTULO XXXVI.

Como despues de tomada Monvedre Hanibal comenzó de disponer su pasada en Italia contra los romanos y vuelto á Cartagena supo que los africanos habian rompido la guerra contra Roma determinadamente con gran indignacion y discordia.

Primero que Hanibal saliese de Monvedre, habiendo recogido la plata y el oro que sobró de toda la ciudad, comenzaron á se vender mucha parte de las preseas tomadas en el robo: de las cuales, puesto que (como ya dije) quedaron muy estragadas, se hicieron algunos dineros: otra gran parte de vasijas y vestiduras ricas pusieron sobre mar, para que llevadas á Cartago, fuesen repartidas como solian, por la gente vulgar de los ciudadanos cartagineses, y lo mejor dello por sus parientes los Barcinos, que notoriamente gobernaban aquella señoría. Hízoles eso mesmo relacion de todo lo pasado con los saguntinos, comunicándoles su voluntad y sus intentos en lo de por venir, y rogándoles que conservasen la ciudad en su favor contra los romanos de Italia, con quien esperaba revolverse muy presto. Junto con aquello despachó mensajeros á la tierra de Francia, por la cual entendia caminar en Italia: llevaron presentes y joyas conformes al deseo de los principales franceses que la moraban. Estos franceses y todos sus naturales eran en aquellos tiempos mucha gente, y muy guerrera: vivian en libertad, y no mostraban aficion á las cosas de Rome, por batallas muy grandes que hubieron con ella los dias pasados en la provincia de Lombardía, segun ya lo contamos en los veinte capítulos deste libro. Preciábanse mucho, como dijimos en otra parte, de traer en sus cuerpos aderezos y joyas de oro, como son anillos en los dedos, ajorcas y manillas en los brazos, y collares ó cadenas en los hombros y pescuezos: embutíanlo tambien por las empuñaduras de sus cuchillos, y de sus alfanges, ó bracamartes: y finalmente ninguna cosa querian tanto como los atavíos guarnecidos deste metal, ni con otro presente venian mas fáciles á cuanto quisiese quien se lo daba, como lo hicieron tambien poco despues con Hanibal, que solo por esto les ganó presto la voluntad, y los tuvo ciertos en su confederacion, y diéron lugar á que los mensajeros muy de vagar penetrasen tan adelante por su provincia, que segun escribe Polibio, pudieron ver y considerar la terribilidad y fragura de los Alpes ó montañas que dividen á Francia de Italia, donde Hanibal recelaba que tendria gran estorbo para su jornada. Ordenados aquellos proveimientos tan importantes, las banderas del ejército comenzaron á salir de Monvedre la vuelta de Cartagena: donde despues de llegados, le vinieron mensajerías muy copiosas del gran sentimien-

to que la señoría romana mostró, cuando supo la perdicion de los saguntinos de Monvedre, así por el afrenta que dello les cabia, como por la falta de tan suntuosa y magnífica ciudad, y por no la socorrer como fuera razon, pues á causa de perseverar en su liga, y mantener las posturas y la fé que con Roma tenian asentadas, les vino todo su mal. Conocian junto con esto los romanos, que faltándoles aquel pueblo, sus cosas tendrian cuanto mas fuesen, peores despidientes en todas las provincias españolas, y el hecho de Cartago quedaba prosperado y entero, y creceria continuo cuanto mas fuese, mayormente siendo su capitan Hanibal, á quien ellos reputaban en mucho mas que cuantos adversarios hubiesen tenido, conociendo cuán trabajador era, cuán considerado en los hechos de la guerra, cuán sagaz, cuán valiente, cuán bullicioso, y cuán magnánimo, cuán acostumbrado tambien y enseñado con los suyos entre la ferocidad y braveza de los españoles, donde todos ellos andaban ejercitados y endurecidos con grandes peligros y trabajos por espacio de veinte y tres años, desde los tiempos del gran Hamilcar Barcino su padre, y despues con Hasdrubal su cuñado, y ahora con Hanibal que salia tan valerosa persona. Sabian otrosí, muy averiguado que segun las condiciones deste caballero, no reposaria hasta pasar las aguas del rio Ebro para sojuzgar todo cuanto le faltaba de lo que decimos ahora Cataluña, ni dejaria de venir en Italia, haciéndoles guerra dentro de su mesma naturaleza, con toda la fuerza de las naciones españolas y con las africanas y con las de Francia, que tambien alborotaria de camino, de manera que con lo principal y con lo mejor del universo mundo, se les aparejaba cuestion, si Roma primero no lo remediase. La turbacion decian ser tal en aquella gran ciudad, y por las otras comarcas italianas sus amigas, como si ya tuvieran los contrarios á sus puertas, y no cesaban de hacer procesiones y plegarias muy continuas en todos los templos á sus dioses, ó demonios, pidiéndoles y suplicando buenas salidas de todas aquellas alteraciones. Dice mas Polibio, que por este respeto quisieran los romanos prevenir los propósitos de Hanibal y fundar en Monvedre, si no fuera ya destruida, los asientos de la guerra para lo detener en España. No tardó mucho que no vinieron otras informaciones á Cartagena, de la priesa que los mesmos romanos traian en bastecer navíos para las armadas de la mar: y como juntaban dos ejércitos pujantes y gruesos, en que ponian veinte y cuatro mil peones, con ochocientos caballos naturales de su ciudad y de los otros lugares italianos, que vivian por leyes y fueros della: los cuales, dado que moraban en pueblos diversos, eran tambien llamados ciudadanos romanos. Por otra parte se dijo que recogian cuarenta y tres mil peones, y cuatro mil de caballo, de las villas sus confederadas, y de los que se pudieron haber á sueldo, con mas doscientas y veinte naos gruesas de carga, nuevamente labradas, sin las galeras mayores de cinco remadores al banco, y sin algunas otras mas ligeras de servicio, nombradas celoces, en número de veinte por todas. En Sicilia se tenia por cierto que ponian dos legiones de gente, cada cual de cuatro mil peones, y trescientos caballos, y sin esto otros diez y seis mil peones allegadizos, y mil y ochocientos caballos, con ciento y sesenta navíos largos, y doce fustas de las lijeras que dijimos llamarse celoces, todos estos con mandamiento, que si llegados á riesgo los otros ejércitos bastasen á resistir las entradas de los cartagineses en Italia, luego pasasen ellos en África, para comenzar allá la guerra cuanto cruel fuese posible. Bien creian estos romanos, que sabidos los tales aparejos, Cartago rehusaria la cuestion, y haria recompensa de la perdicion de Monvedre.

CAPÍTULO XXXVII.

De la relacion y nuevas muy ciertas que vinieron en España, certificando ser ya la guerra declarada de romanos á cartagineses sobre la perdicion de Monvedre, pidiendo la señoría de Roma serles entregados cuantos entendieron en lo hacer, y principalmente la persona del capitan Hanibal.

Pocos dias adelante tuvo Hanibal nuevo mensaje venido de la mesma Cartago, que decia como la guerra quedaba ya rota por allí de los unos á los otros: y la manera del rompimiento fué, que cinco romanos de mucha reputacion, llamados Quinto Fabio, Marco Livio, Lucio Emilio, Cayo Licinio, y Quinto Lelio, desembarcaron en aquella ciudad, no para mas, de para saber si la guerra de Monvedre se hizo por mandado de los cartagineses africanos, y si la confesasen, ó mostrasen tener á bien, como parecia claro que sí mostrarian, los desafiasen, y declarasen por enemigos capitales, quebrantadores de los juramentos y ligas antiguas entre las dos señorías sobredichas. Junto con aquello vino copia de la respuesta que les dieron en Cartago, hecha por un caballero cartaginés en lugar de todos. Éste decian, que sintiendo cuán breve y cuán seca fué la pregunta de los embajadores romanos, notó mucho las circunstancias della para responder á todos sus propósitos, apuntando y diciendo primeramente, que si los otros mensajeros pasados habian siempre sido de palabras largas y duras, cuando pedian serles Hanibal entregado por el cerco de Monvedre, lo presente, dado que tuviese mas brevedad y disimulacion, era mas enojado y sangriento, puesto que la muestra pareciese mas blanda: lo cual estaba claro, pues los romanos pedian su título de la tal declaracion, que Cartago se hiciese culpante de la destruccion de Monvedre, no curando de Hanibal, ni de los otros particulares que la conquistaron, para con esta cautela pedir á sola Cartago la satisfaccion y enmienda: y pues aquello era cierto, y así se les entendia, no trabajasen mas en pesquisar si lo hecho se hizo por consejo de los cartagineses africanos, ó por la pasion de sus capitanes residentes en España, porque si Hanibal tenia culpa, Cartago lo castigaria, como debiese castigar á su capitan y su natural; y al negocio de Roma no pertenecia mas otra cosa, de saber si la perdicion de los saguntinos, mandándola quien quiera que la mandase, fué contra razon, ó contra las amistades y condiciones que con Cartago tenia puestas: lo cual estaba él muy aparejado de mostrarles, como segun lo capitulado quedaba libre Cartago de cualquier culpa: porque miradas primeramente las contrataciones de Sicilia hechas por medio de Lutacio Catulo con el gran Hamilcar Barcino, lo principal dellas era, que ninguna destas dos gentes cartaginesa ni romana pudiesen guerrear entre sí, ni contra los amigos de los otros: en el cual punto parecia que fundaba Roma toda su queja sobre los daños de Monvedre: pero que la tal excepcion era claro que se debia mantener con los amigos que cada cual dellos tenia cuando se hicieron aquellos conciertos, y no con los amigos venidos despues: cuales fueron los

saguntinos de Monvedre, que muchos años adelante se llegaron al bando romano, por inducimiento de los marsellanos de Francia: y así quedaba por allí libre Cartago, para poder tomar dellos cumplida venganza de los agravios y desacatos que Sagunto les hacia por mar y por tierra, contra sus amigos y confederados en España, y fuera della. Solo restaba querer articular las otras amistades postreras, hechas con Hasdrubal en Cartagena, donde señaladamente sacaron y nombraron á los saguntinos, y se declaró que los ejércitos africanos no pasasen el rio de Ebro contra los montes Pireneos: pero que tambien aquello, si lo considerasen como debian, no podian bien ligar á la gran Cartago, pues nunca le dieron parte dello, ni sus gobernadores lo supieron, ni confirmaron, ni tuvieron por bueno, sino solo Hasdrubal en España: del cual sabian todos ser por aquellos tiempos enemigo notorio de su república, rebelado contra ella desobediente y contrario de todos sus mandamientos y constituciones: así que dejasen ya los romanos de hacer mas mencion de Monvedre, ni del rio Ebro, y si tenian contra Cartago los rencores acostumbrados, acabasen de partir y publicar las malas intenciones y malos deseos, de que tantos años ántes andaban preñados. Oidas aquellas palabras, el uno de los embajadores romanos recogió contra sí la falda de su vestidura, y sin replicar á los puntos del cartaginés, le dijo. Caballeros y consejo desta ciudad y su república, no cabe poner en disputa de palabras alguna cosa de nuestras amistades viejas, pues habiendo vosotros destruido los principales amigos que teníamos en España, toda cautela cesa, solo cumple para tener verdadera disculpa, que sin otra dilacion nos entregueis á vuestro capitan Hanibal, y satisfagais á los españoles plenariamente de sus daños recibidos: y así mostrareis que no fuisteis consentidores en ello, ni se hicieron por vuestro mandado: donde nó, ved aquí tengo dentro deste mi regazo la paz y la guerra, mirad cual dellas escogeis, que la tal os dejaremos? Luego todos en una voz, respondieron con gran alboroto, que dejase lo que mas le pluguiese, y aquello tal daban por escogido. El romano sacudió la falda contra fuera, diciendo que les dejaba la guerra. Sobre lo cual tornaron los cartagineses á replicar, que la tomaban de muy buena voluntad, y prometian de la seguir y llevar adelante con tan gran aficion y deseo, cuanta la recibian al presente, que no podia ser mayor. Tales eran los avisos y mensajes que Hanibal en aquel tiempo recibia de continuo, los cuales platicaban sus capitanes y gentes del ejército todos los dias, que despues de tomada Monvedre residieron aposentados en Cartagena y sus derredores.

CAPÍTULO XXXVIII.

Como Hanibal, habiendo proveido muchas cosas en España, tocantes á su pasada en Italia, vino tambien á la isla de Cádiz, para sacrificar en el templo del dios Hércules, y dejar ordenados los hechos de su comarca. Dícese junto con esto la parte que señaló donde convenia residir su mujer y su hijo, para quedar seguros en su ausencia: con mas otras diligencias y provisiones necesarias á los negocios venideros.

Como Hanibal tuvo noticia de los apercebimientos y flotas hechos por los romanos en Italia y en Sicilia, juntamente con los debates y roturas pasadas en la gran Cartago, conociendo eso mesmo no solo ser él cabeza y ministro de toda la guerra venidera, sino la causa principal della, luego comenzó de repartir otra vez en Cartagena por sus capitanes y banderas la resta de los despojos y de las riquezas tomadas en Monvedre, para tenerlos mas obligados y mas firmes en su parcialidad, con determinacion apresurada de pasar en Italia. Esto se hizo particularmente con todos los españoles así turdetanos andaluces, como de las otras naciones comarcanas: á los cuales habiéndoles muchas veces gratificado por todas las vias posibles, determinó dar al presente licencia para que tornasen á sus casas: y para que reposasen allá con sus mujeres y parientes lo que faltaba del año, con lo restante del invierno, haciéndoles primero que se partiesen diversos parlamentos graciosos, puesto que disimulados á muchos propósitos. y en el postrero dellos poniéndoles ante los ojos cuanto contentamiento debian sentir en haber acabado tan grande hazaña, como fué la toma de Monvedre, juntándola con las otras victorias pasadas, y que pues ya no tenian en España cosa contraria, ni que bastase para se declarar contra ellos, bien conocerian cuál de dos cosas les era mejor, ó vivir en ociosidad, metidos y cerrados en sus casas, no ganando mas fama, ni mas gloria, ni mas provechos, ó pasar en otra tierra, donde la nacion española, con los despojos y señoríos que por allá cobrase, pudiese despues gozar sin algun recelo ni temor de la prosperidad y de los bienes que trae la paz alcanzada con victorias, cosa muy digna de la grandeza de sus corazones: conforme á lo cual, como tuviese ya determinada cierta conquista nueva, muy alejada desta tierra, donde ninguno podia bien saber cuán presto volverian á ver sus naturalezas, y las cosas que mas amaban, él acordaba de darles algun espacio de tiempo con que tomasen aliento dentro de sus casas, y descanso y alivio de los muchos trabajos pasados, mandando eso mesmo, que sin las preseas y joyas, de que primero se hizo repartimiento, les diesen cuanto fuese menester á su viaje, con tal condicion, que llegada la primavera del año siguiente viniesen á él donde quiera que los llamase, para con ayuda de los dioses inmortales comenzar aquella guerra sobredicha, que seria de no ménos gloria que provecho. Esto manifestado, la gente comenzó de partirse cada cual á su region, y se detuvieron allá los dias y tiempos que les fueron declarados, descansando y guarneciéndose muy á su placer de las armas, y de los caballos necesarios, y de lo perteneciente para la tal jornada. Solo Hanibal no tomaba descanso, ni dejaba de proveer todas las horas y momentos de cada dia, cuanto le parecia menester á tan gran acometimiento como queria principiar, haciendo poner en memoria, primero que los españoles caminasen, el número de los que se partian, y cómo despues habian de tornar, y cómo los habian de repartir y ordenar, y la manera de sus provisiones y vituallas, armas y navíos, con los lugares donde se recojerian. Enseñaba tambien á un hermano suyo, llamado Hasdrubal (segun dice Polibio) todos los artículos, á que despues en siendo Hanibal fuera de España le convenia tener advertencia para defender que los romanos no tomasen la tierra, si por caso viniesen acá. Lo cual ordenado con estremada sagacidad y prudencia, salió de Cartagena camino de Cádiz, á fin de hacer sus plegarias y sacrificios al dios Hércules, en el templo solemne que los fenicios de Tiro cimentaron allí muchos años ántes. Deste gran templo no conviene decir aquí mas por ahora de lo que dijimos en el

noveno capítulo del segundo libro, cuando contábamos su fundacion, mayormente que despues adelante hablaremos dél otras muchas particularidades en el tercer libro de la segunda parte desta corónica: donde pondremos las maneras y trajes de sus sacerdotes, con el estilo que tenian en su vivir, y toda la ceremonia de sus sacrificios, y lo que mas dél escribe Silio Itálico, con los otros autores antiguos que lo vieron. Despachó tambien ésta vez Hanibal en aquel camino mensajeros particulares con dádivas y presentes á muchos otros templos que reverenciába la gentilidad en diversas provincias fuera de España. Particularmente señaló que Bostar, un caballero cartaginés de los muy honrados en el ejército, fuese cargado de joyas á cierta casa del dios Júpiter, llamado Amon, en las comarcas egipcianas, famoso y solemne por las adevinanzas y respuestas verdaderas, al parecer de los gentiles, que daba continuamente, cuando lo consultaban sobre cosas venideras. Este Júpiter Amon tenia una estátua como figura de carnero, porque los egipcianos antiguos todos los mas de sus ídolos adoraban en semejanza de bestias: y despues de preguntado lo que cada cual pretendia sobre su negocio particular, el demonio se metia dentro del sacerdote que tomaba cargo de la respuesta, y allí hablaba las mas veces con tales rodeos, y con palabras tan dudosas, que podian convenir á lo bueno y á lo malo que sucediese. Llegado Hanibal á Cádiz, cumplió muchas promesas que primero hiciera cuando las pendencias pasadas, y mas hizo muchas otras de nuevo, con grandes obligaciones y votos, si las cosas venideras le sucediesen prósperamente. Lo mesmo hizo su mujer Himilce con su hijo Haspar, niño de pocos meses, que le siguieron en aquella romería: la cual fenecida, Hanibal ordenó de ponerlos ambos en parte donde residiesen pacíficos y seguros todos los tiempos que durarian las guerras venideras, por estar él tambien á ménos peligro de las blanduras y movimientos que las mujeres traen á quien las ama, cuando las tienen delante, con que no les dejan obrar lo que conviene por importante cosa que sea. No dicen los autores qué poblacion ó ciudad fuese la tal en que residieron, ni señalan otra particularidad en este hecho, sino que Himilce partió de Cádiz sobre mar, y por aquello sospechan algunos que la debieron pasar en África, para residir en Cartago; pero mayores indicios tenemos, que por ser el viaje mas blando, la trajesen por mar á Cartagena, para despues llevarla por tierra segura de ménos enemigos, hasta Castulon ó Cazlona, donde tenia su principal asiento, pues adelante hablaremos de su muerte dentro desta ciudad Castulon, y ninguna relacion hallamos de que jamas ella viniese de Cartago en España. Con estas ocupaciones Hanibal se detuvo dentro de Cádiz parte de los dias que faltaban al año presente, prosiguiendo los intentos comenzados: y proveido por allí lo que convenia, dió vuelta para Cartagena, donde pasó los principios del invierno, que ya llegaban.

CAPÍTULO XXXIX.

De la venida secreta que hicieron en España ciertos caballeros romanos, para sentir qué voluntad hallarian en algunos pueblos della, si Roma quisiese meter acá gente contra los cartagineses, y de las malas respuestas y malos acogimientos que tuvieron en algunos españoles con quien lo comunicaron.

Entre tanto que Hanibal se detuvo dentro de la isla de Cádiz, cuando la turbacion y revuelta se disponia por las maneras y rodeos arriba dichas, los embajadores romanos que vinieron á la gran Cartago, ya que dejaban allá la guerra declarada, no tornaron el camino derecho de su ciudad, sino dieron vuelta contra las partes de España, por serles así mandado cuando salieron de Roma, para sentir acá la voluntad que hallarian en los españoles, y para que trabajasen de traer á su parcialidad cuantas ciudades ó villas pudiesen, ó por lo ménos procurasen de las enemistar con el bando cartaginés. La primera tierra donde saltaron parece que debió ser cerca de Roses, en la punta de los montes Pireneos, junto con el cabo de Creus, de quien hablamos en el segundo capítulo del primer libro: y así metidos por aquellas montañas, á poco trecho llegaron á los catalanes pertuses, nombrados en aquel tiempo berguses ó bergusios, contados entre los pueblos purcedanes, á quien solian antiguamente llamar ceretanos. De todos estos pertuses fueron recibidos aquellos mensajeros romanos muy bien, porque (segun dice Tito Livio) les desplacia la manera y el señorío de Cartago, creo yo que por la crueldad hecha en Monvedre: cuya fama sonaria ya por su region dellos, y por otras muchas, ó puede ser que por algun agravio de que estarian sentidos el tiempo pasado, cuando Hamilcar, padre de Hanibal, trabajaba de meter su gente por aquellas montañas, como ya queda dicho en algunos capítulos deste cuarto libro. Mas de cualquier modo que fué, cierto es, que con haber estos montañeses recibido bien á los romanos, y hecho con ellos aquel principio de amistades, hubo pueblos de los que caian al otro lado del rio Ebro, contra la parte de Valencia y Aragon, que los quisieron imitar en el mesmo negocio, y tuvieron inclinacion á probar nueva fortuna contra Hanibal. Luego despues dice Tito Livio, que pasaron estos embajadores romanos á la tierra de ciertos españoles nombrados volcianos: de los cuales, para decir verdad, yo no hallo mencion en algun autor de cosmografía, que por tal nombre los ponga. Mas no dejaré de contar en este caso la sospecha que dellos traen algunos aragoneses mis amigos, personas leidas y sabias, y pláticos en aquella tierra, con quien he comunicado cosas de su region. Éstos tienen creido la nombradía de los volcianos no ser de gente derramada por lugares en alguna provincia, sino de los vecinos que moraban en una sola villa pequeña, nombrada Volce (1), segun dicen que la nombran los instrumentos públicos, y cartas antiguas de sus notarios, que duran hoy dia, dado que por este nuestro tiempo, mudada la primera letra le digan Villadolce, situada junto con las faldas occidentales de los montes Idubedas, muy cerca de las fuentes del rio Guerba, como ya lo pusimos en el sexto capítulo del primer libro: lo cual si así fuese, caian de necesidad aquellos españoles volcianos en el principio de la tierra que los siglos pasados solian llamar Celtiberia: pero qué verdad esto tenga yo no podria determinar al presente. Llegados pues aquí los embajadores romanos, hallaron en aquellos volcianos tan mala voluntad, que fué causa para que muchos otros lugares, á quien despues hablaron, huyesen dellos, en especial cuando les oyeron su demanda, que se juntaron todos á dar la respuesta: y visto lo que proponian, uno de los mas viejos en lugar de su gen-

(1) Voluce, pueblo sito entre Osma y Numancia, puede ser el Volce de que habla Ocampo.

te les habló con alguna furia, representándoles cuan mal parecia por el mundo la desvergüenza de los romanos, en osar pedir á nadie que dejase la confederacion cartaginesa por la suya dellos, pues á los de Monvedre, que lo hicieron, se podria certificar que Roma la destruyó con mas crueldad y mas verdaderamente que los capitanes cartagineses, mostrando tanta flojedad en el remedio de la persecucion y peligro que padecian en su cerco, por mantener la fé que con ellos pusieron hasta la muerte, sin Roma les enviar refuerzo, ni socorro, ni manera de consuelo: por tanto que fuesen los romanos á buscar amigos entre las otras gentes que no sabrian la perdicion de los saguntinos. pues á los españoles que la supieron, siempre quedaba lástima de tan gran desventura para con ella rehusar el amistad que pedian, y que no se detuviesen mas en su comarca, ni parasen allí momento, si no querian peligrar y tener sus personas en aventura. Ninguna respuesta mejor hallaron despues aquellos romanos en los otros pueblos que tentaban: y visto que su diligencia no le traia provecho, pasaron á la tierra de los franceses, moradores en la Provenza y Lenguadoc, llamada por aquellos tiempos la Galia Narbonesa: los cuales, como fuesen requeridos y rogados que no recibiesen el ejército cartaginés en su tierra, si por caso quisiese venir en Italia, tuvo Hanibal informacion haberles dado la respuesta con mucha risa, burlándose de tal demanda: pues bien mirado, les pedian estos romanos, que por estorbar guerras y peligros en Roma, las pusiesen dentro de sí mesmos, formando contradiccion y competencias contra Cartago. Con este mal despacho llegaron los embajadores romanos á Marsella, donde fueron recibidos alegremente, como de pueblo que siempre tuvo gran aficion al imperio romano: y allí supieron de cierto que ya los naturales de todas aquellas marinas, y sus comarcas estaban sobornados por Hanibal, con dones y dádivas que siempre les enviaba: lo cual era muestra notoria para venir los cartagineses en Italia. Pero creíase cierto, que segun los franceses eran mudables y codiciosos, habria poco que fiar en ellos, si hallasen otra gente que les diese mas preseas y mas oro. Salidos de Marsella, vinieron á Roma por la mar en breves dias: la cual hallaron turbada y afligida, por se decir entre todos sus vecinos y ciudadanos haber Hanibal en España pasado ya las aguas del rio Ebro, con multitud infinita de combatientes para los destruir, tales que no bastarian fuerzas humanas á resistirlas, segun acontece continuo por los hechos muy grandes, donde los temores y recelos acrecientan la fama y la sospecha mucho mas de lo que pasa verdaderamente. Parece sentir Polibio que los romanos juntaron aquella vez sus dos ejércitos principales, con el armada de navíos gruesos, y galeras medianas y mayores, que ya dejamos declarados en los capítulos pasados.

CAPÍTULO XL.

Como catorce mil y seiscientos españoles de pié, con mil y quinientos á caballo pasaron en África para residir en Cartago, por el recelo que tenia de los romanos: y de las muchas y grandes provisiones de gentes y navíos que Hanibal dejó puestas en España, queriendo pasar en Italia.

Llegado el principio del año siguiente, que fué doscientos y diez y seis ántes del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, Hanibal derramó sus mensajeros por las ciudades y pueblos en que tenia repartidas las capitanías ó banderas de sus cartagineses, y por las otras partes donde residian las ayudas de los españoles, que segun el concierto del año pasado, quedaron apercebidos y pagados, para tornar á Cartagena cuando los llamasen. Y visto su requerimiento, comenzaron á venir muchos dellos, guarnecidos de buenas armas, y de todos los mejores aparejos que podian. Traian eso mesmo muchos rehenes de villas, y de personas particulares, á quien Hanibal por maneras y cautelas muy astutas los habia pedido disimuladamente para asegurarse dellos, cuando saliese de España. En siendo juntos, mandó que se llevasen á Monvedre, la cual ciudad él tenia ya reparada, para que dentro della y de su fortaleza tuviese la guarda de los tales rehenes y del mesmo pueblo cierto capitan africano llamado Bostar, persona de muchos dias y de mucha confianza. Toda la gente restante nunca cesaba de venir. Y como brevemente fuese junta, Hanibal escogió hasta trece mil y ochocientos peones españoles, armados con escudos ó pavesinas de madera, cubiertos y bien aforrados en cuero durísimo, tal, que dificultosamente se podian hender ni cortar, á las cuales pavesinas ellos decian cetras. Con aquel peonaje mezcló tambien Hanibal ochocientos honderos mallorquines, que (segun ya dijimos en otras partes) fueron muy estimados por aquellos dias, para cualquiera guerra donde los pudiesen llevar, así por la destreza maravillosa que tenian en tirar piedras con sus hondas, como por ser muy trabajadores y desenvueltos en cuanto les mandaban, y sobre todo poco costosos en el sueldo, pues ya tambien escribimos que lo recibian en mujeres y en vino, sin lo querer en dineros, ni ropas, ni en armas, ni en cosa ninguna de las que lo tomaban otros hombres. Junto con esto fueron puestos en lista mil y quinientos de caballo, tambien españoles, de diversas provincias: los cuales todos metidos en sus navíos partieron de Cartagena, para residir en África, divididos por las villas y tierras comarcanas y súbditas á la señoría cartaginesa. Partieron mas otros cuatro mil españoles principales y de calidad, á quien Hanibal ya tenia señalados primero que los enviase con espías que trajo por sus mesmos pueblos, para reconocer quienes eran los mejores, á fin que los tales fuesen puestos dentro de Cartago, con título de la defender contra los ejércitos de los romanos, que se bastecian en Sicilia, y por otra parte quedasen allí como rehenes y seguridad de sus pueblos españoles, sobre los otros que dijimos tener situados en Monvedre. Las naos que llevaron esta gente, dieron presto vuelta, cargadas de flecheros y de muchos peones africanos, armados á la lijera, que tambien Hanibal habia pedido para dejarlos en España, sabiendo cierto que cada cual destas naciones valdria mas, y seria mejor y mas valiente fuera de sus naturalezas, y los negocios andarian firmes á todo cabo, quedando las Españas en guarda de los africanos, y los africanos allá defendidos de los españoles. En aquella coyuntura dice Polibio, que fueron otrosí de vuelta los mensajeros enviados por Hanibal á la tierra de Francia, satisfechos y muy contentos de las grandes amistadés, y ligas que dejaban allí negociadas en favor de Cartago. Éstos dijeron quedar esperando ya todos los franceses la venida de Hanibal y de sus ejércitos, y que deseaban mucho verlos caminar en su region. Publicaron eso mesmo que los pasos de los Al-

pes, dado que serian trabajosos y difíciles de subir, y pasar por sus asperezas extrañas y mucha nieve, pero que no serian imposibles. Lo cual bastó para tenerlos Hanibal en poco. Desta suerte, hallándose muy alegre, con ver que los negocios procedian á su voluntad, hizo llegar á Cartagena toda la gente con sus capitanes y banderas. Y sin mas disimular les declaró por su parte la guerra contra Roma, trayéndoles á la memoria, para mas los indignar, la vehemencia que los embajadores romanos pusieron el año pasado, cuando pedian á todos ellos en Cartago, juntamente con él para matarlos por la conquista de Monvedre, donde tantos provechos y tanta gloria les habia resultado. Manifestóles tambien las riquezas y fertilidad de Italia, donde los habia de pasar, y mas la firmeza de las confederaciones asentadas con los franceses, muy provechosas á todos, por las ayudas que tendrian en ellos, y por la seguridad del viaje. Representábalo todo con palabras y muestras tan encarecidas y bastantes, que los movió para tener aficion á la jornada. Y así, dándoles gracias cumplidas de su buena voluntad y valentía, mandó recoger algunos bastimentos que faltaban, entretanto que proveia la gente, que debia quedar acá con su hermano Hasdrubal, á quien dejaba la gobernacion de las provincias y lugares cuantas Cartago poseia desde la tierra de los andaluces hasta la ribera del rio Ebro, pareciéndole que no debia descuidarse dellas: pues como dijimos, los embajadores romanos habian rodeado toda la tierra con tal diligencia, que podian haber ganado voluntades y gentes: puesto que (segun afirma Polibio) creia tambien Hanibal meter en Italia tanta revuelta, que nunca los romanos pudiesen tocar en España. Pero como fuese mas proveido capitan que cuántos nacieron hasta su tiempo, todavía quiso dejar con Hasdrubal casi doce mil peones, los once mil africanos, y los ochocientos italianos, naturales y nacidos en la comarca de Génova, nombrada por aquellos tiempos Liguria, con otros trescientos mallorquines honderos, y mil y setecientos hombres á caballo, parte dellos moriscos de las tierras fronteras al estrecho de Gibraltar, y parte dellos comarcanos al mar Océano de poniente, donde son ahora los señoríos de Marruecos. Añadióles mas otros cuatrocientos caballos, de los que nombraban en aquel tiempo Libiofenices, que fué linaje mezclado de gentes africanas, naturales de la provincia llamada Libia, y de los fenicios naturales de Siria. Mandó residir éstos incorporados entre quinientos españoles tambien á caballo, de los que moraban por la falda de los montes Pireneos: y porque ningun género de buena defensa faltase, dióle sobre todo diez y seis elefantes crecidos. Polibio dice que fueron veinte, muy guarnecidos de sus armas, á la manera que los aparejaban en aquel siglo. No se tuvo tampoco descuido sobre la defensa de la costa, creyendo que los romanos, acordándoseles las victorias alcanzadas en Sicilia por el agua los años pasados, tentarian esta vez por allí la fortuna. Y así fueron señaladas treinta y dos galeras bastardas de cinco remadores al banco, sin otras cinco medianas de tres remadores, bastecidas á maravilla de velas y de cuerdas, y de cuanta chusma les era necesaria: con mas otras diez y ocho que tenian labradas en el astillero, para meterlas á la mar cuando fuese menester. Y desta manera, puestas en órden las tales provisiones, pareció quedar el recaudo suficiente y abastado de toda parte, para cuando Hanibal quisiese mover su pasada en Italia. Nadie se debe maravillar que las menudencias aquí dichas, y parte de muchas otras que diremos adelante, las hayamos podido saber con tantas particularidades y certinidad: porque Hanibal, cuando hizo despues las guerras en Italia, como presto veremos, estando cerca de la ciudad nombrada Lacinio, mandó poner en una plancha de cobre letras, que decian el número muy especificado de todas las naciones y gentes que le siguieron en aquella conquista, con el de los navíos mayores y menores que trajo sobre mar, y de todos sus elefantes: la cual plancha fué gran ayuda para nuestra relacion, dado que parezca mas larga de lo que piden los intentos prometidos en la brevedad desta corónica. Pero hicímoslo, por ser una cosa muy digna de memoria: y tambien porque deseamos todo nuestro poder, que nada nos falte, ni quede por decir de los hechos acontecidos en España, que cualesquier escrituras, así memorias como libros contengan.

CAPÍTULO XLI.

Como Hanibal y sus ejércitos principiaron su camino la vuelta de los montes Pireneos, para venir en Italia contra los romanos: y de la fantasma que le pareció, cuando llegaron á las riberas del rio Ebro, con sus interpretaciones y pronósticos sobre la razon deste viaje.

Despues que los negocios ya contados, quedaron firmes y proveidos en la manera sobredicha. Hanibal salió de Cartagena la via de Italia con el mayor estruendo y espanto que nunca los españoles oyeron en aquellas tierras, llevando consigo pasados de noventa mil peones, y doce mil hombres á caballo, segun el mesmo Hanibal hizo despues esculpir en las letras de la plancha de Lacinio, que ya relatamos, dado que Polibio diga en el segundo libro de sus historias, no ser cabales veinte mil hombres todos aquellos con quien Hanibal osó penetrar y romper en Italia, muy al contrario de lo que despues en el tercer libro pone, juntamente con Tito Livio de los noventa mil peones, y doce mil caballos arriba contados. Las primeras jornadas en saliendo de Cartagena, declara tambien Tito Livio, que se guiaron por cerca de cierta ciudad, que solia ser en aquellas partes nombrada Etovisa, dando á sentir el camino ser apartado de la marina: porque tal sitio le pone Tolomeo casi en el derecho de Monvedre, pocas leguas mas occidental, y mas dentro de la tierra. Duran hoy dia sus muestras y señales despobladas, y deshechas en la ribera del rio Guadalaviar, á quien los antiguos llamaban Turia, tres leguas al través de la costa, y dos y media de Valencia, por el agua arriba deste rio, que viene tambien á dar cerca della. Y así las gentes vulgares comunmente nombran aquellos edificios y paredones destruidos Valencia la vieja, pero mal y contra razon: porque Valencia nunca tuvo sitio diverso del que le hallamos en estos nuestros dias. Y como digo, fueron á la verdad estas muestras y señales de la poblacion que llamaban Etovisa los ancianos, y nó de la que llamaban Edeta, como sospechan algunos escritores modernos de mi tiempo, discretos y bien leidos. Discurriendo pues los ejércitos del capitan Hanibal muy concertados y muy pujantes, en pocos dias llegaron á la ribera del rio Ebro, que ponian hasta sus aguas desde Cartagena, (segun escribe Polibio, dos mil y seiscientos estadios griegos: éstos hacen ochenta y una leguas españolas de las comunes, dándoles por cada legua treinta y dos estadios. Ahora hallamos catorce leguas ménos en aquella distancia, como ya se con-

taron en el segundo capítulo del primer libro: porque las leguas son allí crecidas á la manera de Cataluña, harto mayores que las medianas de Castilla, donde se pueden consumir los estadios pertenecientes á las catorce leguas sobredichas. Todas las provincias y regiones entremedias pasaron los ejércitos con alguna contradiccion, puesto que poca: porque faltando Monvedre, nadie resistia, ni bastaba para tantos enemigos y tan feroces. Como llegaron á la ribera del rio, los reales fueron asentados en ella, que segun ya contamos, era la raya, donde ni las banderas ni las armas de Cartago podian atravesar, conforme á las capitulaciones hechas con Hasdrubal y con los romanos. Estando Hanibal aquí, primero que pasasen el agua, dicen muchas historias, habérsele representado entre sueños una semejanza de mancebo con hermosura divinal, que le dijo: ser guia de los dioses inmortales, para lo meter en Italia, por tanto que lo siguiese muy atento, sin curar de mirar á parte ninguna por cosa que sucediese. Hanibal espantado de tal vision, como quiera que mucho trabajó de hacer lo que le mandaba, sintió despues tanto ruido detrás de sí, que sin poderse refrenar, volvió la cabeza para ver lo que seria. Y allí dicen que vido una serpiente de grandeza maravillosa, haciendo crueles destrozos en cuantos árboles y matas habia por donde pasaba. Con esto traia juntamente gran lluvia sobre sí de relámpagos y de truenos, y de granizo temerosísimo. Preguntada la fantasma, ¿qué terribilidad, ó qué señal podia ser aquella? respondió, significar los estragos y daños venideros en Italia. Pero díjole que siguiese lo comenzado, sin apuntarle mas, y dejase los hados obrar en sus encubiertas y secretos.

Algunos historiadores tienen por cosa fingida lo que deste sueño se cuenta: mas como sea hecho natural cuando las personas duermen fantasear algo de lo que imaginan entre dia, no veo porqué dudemos en ello. Mayormente diciendo san Agustin en el libro de la ciudad de Dios, que siendo las gentes en aquellos tiempos idólatras y muy engañadás, tenian los demonios allí tan gran señorío sobre los hombres, que les ponian estas imaginaciones para los traer mas aparejados y sujetos á lo que dello quisiesen, y para que mostrándoles algo de lo que podia suceder, creyesen mejor sus errores, y perseverasen mas en su daño.

CAPÍTULO XLII.

Como Telongo Bachio, capitan español, vecino de la villa de Blanes, tomó claramente la voz y la parte de los romanos acá en España contra Hanibal y sus cartagineses: y de la mucha contradiccion que Hanibal siempre hallaba cuanto mas iba por las comarcas de Cataluña.

Con tales acontecimientos y muestras, como tenemos dicho, Hanibal sintiéndose muy alegre, comenzó de pasar el rio Ebro por tres partes, despachando tercera vez mensajeros y presentes nuevos á los principales caballeros franceses de la Proenza, para que no se le mudasen, ó le pusiesen algunos impedimentos en el camino cuando por allí viniese. Lo cual tuvo razon de temer, porque ya cuanto mas llegaba su gente contra los montes Pireneos, tanto mas hallaban los pasos de la tierra dañados, y las comarcas españolas rebeladas contra sí. Los pueblos de la marina conociase muy claro quedar casi todos apercibidos y puestos en armas, particularmente la villa de Empurias, y la de Roses, donde los marsellanos iban y venian á menudo con sus fustas, animándolos y conservándolos para la resistencia, si fuesen acometidos. En Blanes, la cual decian aquellos tiempos Blanda, desviada solas ocho leguas al occidente de las Empurias, sobre la mesma costa, residia cierto capitan español, nombrado Telongo Bachio, no solamente declarado por los romanos y por toda su parcialidad, sino perseguidor y guerreador de cuantos podia sentir aficionados al bando cartaginés. Y segun los estragos obraba contra la parcialidad, sospechamos haber hecho gran mal en la poblacion de Barcelona por ser edificio del gran Hamilcar Barcino, capitan cartaginés, padre de Hanibal: pues abiertamente declaran las memorias desta ciudad, que pocos dias despues de su fundacion estuvo casi desierta largo tiempo: lo cual no se pudiera hacer tan de presto sino por aquel caballero sobredicho. Sabemos haber quedado tan destrozada, que cuando se renovó segunda vez con vecindad nueva no podia medrar ni tornar á su ser. Y pasaron largos años en que la reputaron por lugar de baja nombradía hasta los tiempos del emperador Claudio, que comenzó de crecer algo mas, dado que todavía fuese pueblo pequeño, como lo declara Pomponio Mela. Pero su buena disposicion y la comarca donde caia trajeron tal aparejo para salir adelante, que despues los romanos la mejoraron muy bien, dándola privilegios, y libertades, y haciéndola colonia, como todo lo veremos en sus lugares y tiempos convenibles.

Deste caballero Telongo Bachio pereceria verdaderamente su memoria, si no por una basa de piedra, donde los blaneses pusieron despues una figura suya, con letras y palabras latinas esculpidas en ella, que declaraban todo lo sobredicho. Y decian así:

TELONGO BACHIO QUI
POENO EXERCIT. CUM
HANIB. IN ITAL. TRANS-
EUNTE CUM S. P. Q. R.
CUM FACTIONE REIP.
AMICA SENSIT BLAN-
DENSES STATUAM
D D

Las cuales palabras, tornadas en romance vulgar, decian así: «La presente figura consagraron los bla«neses á la recordacion de Telongo Bachio, el cual, pa«sando Hanibal en Italia con sus ejércitos, mantuvo «la parte del senado y pueblo romano, con mas la de «de todos sus amigos y confederados.» Permaneció la tal basa de piedra con su letrero dentro de la mesma villa de Blanes hasta los tiempos de nuestros padres. Y puesto que no sepa yo si tambien ahora permanece, pues las piedras acaban y tienen su fin y su muerte como las otras cosas deste mundo perecedero: hasta que hace relacion della Ciriaco Anconitano en el volumen que recopiló de los letreros antiguos, cuantos se hallaban en sus dias esculpidos en piedras, así latinos como griegos, por diversos edificios y regiones del mundo, donde puso muchos pertenecientes á los hechos españoles. Y despues he yo leido gran parte dellos en las mesmas piedras originales, donde los tomaba cuando yo discurria por algunos lugares y tierras en España, para reconocer las antigüedades y memorias que della pudiese hallar.

CAPÍTULO XLIII.

De la nueva confederacion que por parte de los cartagineses fué puesta con un caballero catalan, nombrado Handubal. Y como tres mil españoles de los que seguian el ejército cartaginés dieron vuelta para sus casas, no queriendo caminar aquella jornada con Hanibal.

Por las razones y causas arriba declaradas, Hanibal (segun ya dije) parece que llevó su camino poco desviado de la costa, disimulando con aquellos pueblos alborotados en la marina, pues era cierto que si comenzara con ellos el debate, ni fuera menor ni de ménos tiempo que fué lo de Monvedre, y entre tanto los romanos pudieran venir, y hacer el asiento de la guerra dentro de España, sacándola fuera de su tierra, con que remediaban todos sus temores y destruian todos los intentos de Hanibal. Habia por esta razon en las naciones y gentes contenidas entre los montes Pireneos y las aguas del rio Ebro, donde Hanibal ya caminaba un otro caballero español nombrado Handubal, persona poderosa, muy emparentada, con el cual se procuraron á toda furia grandes amistades y ligas; y pudieron tanto los muchos dones de caballos, armas, vestiduras y toda suerte de jaeces ricos, enviados por Hanibal, que presto le trajeron á su parte. Con ayuda déste pasaron los ejércitos á ménos dificultad en aquellas comarcas, sojuzgando cuantos pueblos caian en el derredor contra las cumbres del Pireneo, los cuales pueblos tenian diversos nombres en esta sazon: unos eran llamados ilergetes, otros ausetanos, otros laletanos; cuyas divisiones y rayas entre todos ellos pondremos aclaradas y distintas en el proceso de los libros venideros. Y dado que la llegada por aquí fué con presteza y concierto maravilloso, no lo fué, segun dice Polibio, sin muchas peleas y muy crueles, donde Hanibal perdió gran parte de su gente: de las cuales afrentas y recuentros quisiera yo dar aquí relacion particular, pues era cosa que tanto nos pertenecia, si tuviéramos autores al presente que las contaran. En esta porfía llegó Hanibal á los pertuses, que, como ya dije, se nombraban en aquellos tiempos berguses ó bergusios. Pero sintiendo la gran aficion y buenas posturas asentadas con éstos por los romanos el año pasado, detúvose con ellos, y no se quiso descuidar, ni dejarlos libres en tal caso. Tito Livio dice, que les dió por gobernador en toda su comarca cierto capitan africano, llamado Hanon, para defender y tener de su mano las angosturas por donde se junta con España la tierra de Francia. Polibio declara que lo hizo señor de los mesmos pertuses. Ambos concordan en haberle dejado diez mil peones y mil caballos cartagineses, y mas toda la jarcia de ropas, atavíos, vasijas, vestidos, ajuar y fardaje supérfluo de la gente que le seguian, para que de tal manera caminasen desocupados, y Hanon lo guardase con la fidelidad y depósito que dél esperaban. Encargóle tambien, que por todas las vias posibles trabajase de ganar la voluntad á los pueblos de la costa que pareciesen dudosos, con blanduras y buenas obras: al contrario de los que viese manifestarse por enemigos, que convenia sojuzgarlos á fuerza con todo rigor y diligencia, lo cual negociaria despues Hanon, cuando supiese quedar Hanibal en Italia. Sobretodo le mandó que sostuviese la confederacion del español Handubal, pareciéndole muy necesaria para los negocios venideros en aquellas comarcas. Y desta suerte Hanibal, atajando cuanto podia sus impedimentos, y proveyendo los hechos presentes y los que podrian suceder, queria ya pasar los montes Pireneos, si no fuera por tres mil españoles del reino de Toledo, llamados carpetanos, en aquel tiempo que rehusaron la tal jornada, no tanto (segun era claro) por temor de la guerra venidera, cuanto por el mucho camino que restaba, donde se contenia tambien otro viaje dificultosísimo de los Alpes y montañas italianas, mucho trabajosos de pasar. Hanibal, considerando cuán dudoso le seria volverlos ó retenerlos por fuerza, recelando tambien que las otras compañías españolas restantes no se moviesen á lo mesmo, permitióles aquella tornada, fingiendo que de su propia voluntad él los enviaba: y por mayor disimulacion, dió licencia junto con ellos á siete mil otros de los que sentia no seguir esta guerra tan de buena voluntad, para que hiciesen lo mesmo: porque con esta liberalidad parecerian tener confianza los restantes, que cuando quisiesen ó fuese tiempo les darian facultad para tornar ellos á sus tierras: y los pueblos españoles, visto que nadie pasaba forzoso, le darian con mejor voluntad ayuda de gentes cada vez que las pidiese, y los que fuesen á él caminarian desta manera mas alegres y mas contentos, viendo que tampoco tendrian premia cuando quisiesen ellos tornarse.

CAPÍTULO XLIV.

Como los ejércitos cartagineses salieron de España, caminando por la tierra de Proensa y Lenguadoc, donde sucedieron algunas mudanzas con la gente desta tierra, las cuales Hanibal remedió, poniendo capitulaciones dignas de memoria con las personas vulgares, y tambien con algunas principales de las que por allí moraban.

Aquello negociado, segun queda dicho, Hanibal sin mas dilatar atravesó por el puerto Pertus la fragura de los montes Pireneos con todo lo restante de sus compañas. Los cuales montes afirma Polibio quedar apartados de Cartagena tres mil estadios de trecho, que hacen noventa y cinco leguas españolas de las comunes ó medianas usadas en Castilla. Pero sospechamos la tal suma de los estadios andar errada en Polibio por culpa de sus escribientes, pues conforme á la tasa que pusimos en el segundo capítulo del primer libro, son desde Cartagena hasta lo postrero del Pireneo cumplidas ciento y diez y siete leguas, en que sobran veinte y dos leguas comunes, demasiado de lo que montan los estadios griegos de Polibio. Cuanto mas que siendo leguas catalanas casi todas las deste trecho, que como ya en otras partes apuntamos, sobrepujan en su largo las medianas de Castilla, crecerian en la suma si las redujésemos al tamaño de las nuestras. Pero dejado esto, dicen las historias, que despues de Hanibal haber pasado los montes, luego como se derrocó por sus faldas al condado de Perpiñan, que nuestros españoles hoy dia poseen, asentó real sobre la ciudad de Colibre: la cual en aquellos años llamaban Illiberi, pueblo de grandes magnificencias y sobradas riquezas, dado que despues con adversidades y trabajos que los tiempos traen siempre consigo, no le quedaron sino los indicios y muestra, como sombra de su grandeza pasada. Deste mesmo nombre tuvieron los españoles antiguos otro lugar en el Andalucía diferente del que hablamos ahora, pero magnífico y suntuoso, dos leguas alejado de donde fué despues edificada la

ciudad de Granada, cuyas muestras ó señales parecen hoy dia cerca de la poblacion llamada Pinos: y por causa del tal lugar una puerta de la mesma ciudad de Granada, por donde salen á su camino derecho, solian llamar los moros cuando la poseian la puerta de Illiberi, la cual poco despues corrompiendo el vocablo, se dijo la puerta del Beri; y ahora mas corruptamente nosotros los españoles cristianos la llamamos la puerta Delvira, despues que cobramos y tenemos en poder aquella gran ciudad. Pero desto mucho mas largo hablaremos en la tercera parte desta corónica, cuando con el ayuda de Dios llegaremos allá. Viendo, pues, la gente francesa de la Proenza que ya los ejércitos cartagineses entraban por su tierra, dado que públicamente se dijese pasar á la guerra de Italia, dado tambien que lo principal dellos anduviesen granjeados por parte de Hanibal con los dones y presentes arriba declarados: pero sabiendo que los españoles detras los montes quedaban puestos en sujecion receláronse mucho que Hanibal procuraria hacer otro tanto con ellos, y sospechaba que las guarniciones y gentes encomendadas á Hanon para residir en aquellas fronteras y montañas del Pireneo, no seria con otro fin sino para los apremiar y meter en servidumbre. Con este miedo comenzaron á tomar sus armas, basteciendo sus lugares de valientes defensas: y luego se juntaron algunas cabezas de pueblos en la villa de Rosellon, á quien decian estos dias Rucino, cuyo sitio solia ser una sola milla desviado de Perpiñan, en aquella parte donde hallamos el castillo de Rosellon. Perpiñan ha sucedido en su lugar, por haber perecido con el discurso de los tiempos todo lo restante del pueblo viejo, dado que la provincia retiene siempre su nombradía, llamándose hasta nuestro siglo condado de Rosellon. El cual puesto que venga (segun ya dije) fuera de las Españas al otro lado del Pirineo, él y Colibre, Salsas y muchos otros lugares mayores y menores, juntamente con la tierra nombrada Cerdanía, que los antiguos llamaban tierra de los Sardoos, son hoy dia poblaciones de españoles catalanes, que las poseen y gobiernan, y pertenecen al señorío de España legítimamente, con otros sus confines, que los reyes de Francia tienen usurpados, á causa de nuestras ocupaciones mayores, como muy á lo claro lo mostraremos adelante. Hanibal, conocidas estas mudanzas, estimaba mucho mas la tardanza del tiempo que se gastaria con ellos, que la dificultad de su guerra. Y así despachó luego mensajeros á los caballeros principales de la provincia, diciendo quererles hablar y comunicar, y que para la vista seria bien atenderle cerca de Rosellon, ó venir ellos á las estancias de Colibre, donde conocerian con cuanta voluntad los recibiria dentro de sus reales, ó cuán sin recelo caminaria para los suyos dellos, si lo tenian á bien, como buen huésped y buen amigo de todos, mayormente siendo su propósito huir toda cuestion con cualquiera persona del mundo; cuanto mas con ellos, no le forzando que hiciese lo contrario, ni poner mano en las armas hasta llegar en Italia. Fueron tales aquellos comedimientos y las otras blanduras y templanzas acometidas en este caso, que los franceses provinciales movieron luego su real, y vinieron al de los cartagineses; donde pasadas muchas pláticas y muchos tientos de los unos á los otros, confirmaron las amistades antiguas, y pusieron algunas capitulaciones de nuevo, convenientes á lo que podia suceder adelante: de las cuales fué una mucho notable, donde se contenia, que si por caso cualquier cartaginés de los residentes en aquella frontera hiciese demasías ó males en algunos franceses provinciales de la tierra, los tales provinciales agraviados pidiesen justicia de sus daños á los gobernadores ó capitanes que Hanibal dejaba en España, para que le hiciesen enmienda de la tal demasía. Pero que si los injuriadores fuesen franceses provinciales contra cualquier cartaginés, el tal cartaginés injuriado hubiese de pedir justicia de sus afrentas recibidas á las mujeres de los franceses, para que solas ellas lo mandasen castigar: y sobre tal caso Hanibal fuese cierto que las mujeres harian cumplida satisfaccion y justicia, por ser esta su costumbre dellas y la de sus maridos eso mesmo desde muchos años ántes, en jamás concertar alguna cosa de las tocantes á sus paces ó sus guerras, sin que las mujeres tuviesen el voto mayor en ello. Esto concluido, Hanibal hizo muchos cumplimientos y larguezas con todos ellos, en especial con dos caballeros principales, moradores en aquel paso, llamados el uno Menicato, y el otro Civismaro; los cuales quedaron de nuevo ganados y seguros en el bando cartaginés, y mas otras personas en quien generalmente repartió tantos atavíos y riqueza, sobre las que primero muchas veces les habia dado, que movidos tanto por aquello presente, como por los dones pasados, le dejaron ir adelante sin alguna contradiccion, y caminar á vista de Rosellon sus haces tendidas y puestas en órden.

En esta manera sobredicha sabemos haber pasado todos aquellos dias los negocios pertenecientes á la guerra. Cuanto al estado del año dicen los dos Julianos hallarse por memorias españolas, que fué bien abundoso de mantenimientos y de los frutos de la tierra; pero faltoso de salud, con pestilencias y diversas enfermedades que sucedieron en algunas provincias españolas. La isla de Cádiz y toda la marina frontera del Andalucía padeció grandes terremotos ó temblores, que derrocaron edificios, y mataron gentes, é hicieron por allí males terribles: la mar anegó muchos lugares que primero fueron descubiertos: lanzó fuera de sí multitud de pescados, dellos comunes y conocidos, y dellos nunca vistos. Oyéronse muestras en el aire de gentes armadas, sin saber quien lo hiciese, que fueron señales todas y pronósticos de la turbacion y mucho mal que poco despues redundó tambien por acá, con las guerras y crueldades que por allá se comenzaban.

CAPÍTULO XLV.

Como los españoles que Hanibal traia consigo rompieron gran multitud de gente francesa, que quisiera vedar el paso de los ejércitos, cuando pasaban por aquella tierra. Desbaratados éstos, las banderas llegaron libremente hasta se poner en la raiz de los Alpes, para los pasar, y se meter en Italia.

Despues que Hanibal y sus ejércitos comenzaron á caminar en aquellas tierras de la Proenza y Lenguadoc, ningun dia faltó que no tuviesen los capitanes cartagineses residentes en España, relacion muy cumplida de la manera que llevaban, y como siempre seguian su viaje sin estorbo de nadie, sino fué cuando llegaron á la ribera del rio Rosne, llamado Ródano por aquellos tiempos, el cual sale de los Alpes entre las comarcas italianas y las de Francia, cuyas riberas ambas no léjos de la mar poseian estos dias unos pueblos

nombrados Volcas: y dado que todos ellos fuesen tenidos por muy valientes, y bien ejercitados en las armas, los moradores en la ribera de su mano derecha, visto que de fuerza serian acometidos primero que nadie, desconfiaron tanto de se poder amparar ni defender contra la pujanza de los cartagineses, que sintiéndolos en su provincia, pasaron el agua del rio, con todas sus alhajas, y ganados, y mujeres, é hijos, y cuanto tenian, y se juntaron con los moradores del otro lado, para defender aquel paso, creyendo que con tener el rio de por medio, lo harian á sus ventajas. Hanibal despues que se puso frontero dellos, recogió muy apresuradamente multitud de charruas y de barcas, cuantas pudo hallar entre la gente comarcana: dellas compradas por dinero, dellas tomadas por fuerza, dellas tambien que le dieron graciosas, y mas otros muchos bateles, que mandó luego labrar en gran multitud. Y como los tuvo prestos, escogió de sus capitanes uno llamado Hanon, hijo de Bomilcar. Algunos libros le dicen Mazon, creo yo que corruptamente, para que despues de venida la noche, la mayor parte de las banderas españolas que seguian el ejército, caminasen por la ribera del rio el agua arriba tan sosegadamente, que los volcas del otro lado no lo sintiesen, y que llegados á parte conveniente donde podrian atravesar el rio, pasasen á la ribera de los enemigos, y cuando fuese timpo, los acometiesen por las espaldas. Con este mandado, llevando siempre guias de tierra, caminaron los españoles y su capitan Hanon veinte y cinco millas de trecho por las riberas arriba, que hacen casi seis leguas castellanas: en fin de las cuales hallaron un paso ménos malo que por las otras partes, ó de ménos agua, por ir derramada y tendida con poca furia del rio: y allí comenzaron tambien ellos á juntar bateles, y cortar maderos de los bosques cercanos, para hacer balsas y vayones con que lo pasar. Pero considerando los mas de los españoles, que si todos esperaban á labrar esto, gastarian tiempo demasiado, no queriendo sufrir tanta dilacion, pues en la presteza consistia todo su negocio, tomaron cuantos odres pudieron hallar entre los moradores de la tierra, con los demas en que traian ellos sus vituallas, y llenos de viento, parte dellos caballeros encima, muchos otros echados de pechos en sus escudos y pavesinas, se metieron al agua, navegando por el ancho del rio como mejor podian, hasta venir al otro lado, donde siendo llegados esperaron á los que traian los esquifes: y tambien llegados éstos, y puesto su real sobre la ribera segunda, reposaron aquel dia, por haber quedado muy fatigados todos ellos con el trabajo de la noche, y con la hechura de los bateles, y con la pasada sobredicha. El dia siguiente levantaron luego las estancias, y puestos en razonable concierto, movieron por las riberas abajo, muy avisados para comenzar á buena sazon y buen tiempo lo que primero les habian mandado: y así cuando se vieron en tal espacio que Hanibal podia reconocer su llegada, comenzaron á le hacer ahumadas, significando que venian cerca, para que tambien por allá comenzasen el negocio si les pluguiese. Hanibal estaba ya tan aparejado con los suyos, y todos generalmente tan á punto, que ninguna cosa los detenia, sino ver cuando les harian esta seña los españoles: y luego como la sintieron, saltan todos en las barcas, y metidos al rio por su parte, comienzan á remar por él adelante, poniendo los hombres de caballo sobre la parte mas alta, con los navíos mayores y mas fuertes, para que recibiesen y quebrasen el ímpetu de la corriente. Y así la gente del peonaje que por bajo traian los bateles menores, fueron á ménos peligro. Los mas de los caballos echaron á nado, llevándolos del cabestro desde los bordes de los esquifes, tres ó cuatro juntos al un cabo y al otro, segun dice Polibio, sino fueron algunos que metieron entre la gente con sus aparejos y frenos, para que llegados á tierra, saltasen en ellos, y pudiesen luego pelear. A la sazon los enemigos andaban sobre la ribera desviados de sus reales, muy apercebidos y muy negociados, aullando, y cantando, segun lo tenian de costumbre cuando querian trabar batalla: sacudian los escudos sobre las cabezas, y blandeaban sus lanzas contra los que venian por el agua, mostrándose deseosos de llegar á las manos, y defenderles el paso. Pero bien se conocia dellos, estar maravillados en ver tanta multitud de bateles, y tanto ruido como hacian los remos, y las voces que traia la gente con su pasada, trabajando de hender por el rio adelante: con lo cual notoriamente comenzaron á cobrarles algun temor. En estas horas los españoles que venian con el capitan Hanon por el otro lado, llegaron á las estancias contrarias, donde tenian aquellos volcas recogido lo principal de sus haciendas, con sus mujeres y con sus hijos, y con todo lo mejor de su ropa: y como venidos hallasen poca resistencia, ganáronlos todos, y comenzaron á quemar la mayor parte dellos. Y así dejándolos ardiendo, salieron á fuera muy embravecidos y furiosos con la victoria, dándose priesa para herir á los enemigos por las espaldas, mostrándose codiciosos á maravilla de llegar á ellos, y destrozar cuanto hallasen delante. Los franceses considerada la mucha gente que siempre salia de las barcas, y que por esta parte la batalla de los españoles andaba ya cerca, de quien ellos nunca tuvieron noticia ni recelo, ni sabian cosa de las pasadas en sus estancias, dado que comenzaron á resistir animosamente, no pudieron tanto durar, que con esta llegada no fuesen arrancados del campo, desparciéndose por muchas partes, y tomaron su huida contra las aldeas ó villages comarcanos, donde sabian tener acogida. Hanibal, visto que los enemigos eran ya rotos, alabando públicamente la prudencia, solicitud y buen recaudo del capitan Hanon, hijo de Bomilcar, con la valentía de los españoles que le siguieron en aquel recuentro, muy á su placer acabó de pasar el rio, sin otra contradiccion, y plantó los asientos de su real, donde le plugo, teniendo ya por cosa liviana las alteraciones y furia destos franceses, ni los estorbos ó daños que la tal gente pudiese hacer. Poco déspues, recogidos sus elefantes, con el bagaje, y con los impedimentos y fardaje que traian entre las primeras órdenes, y la retroguarda, llegó brevemente, hasta se poner en las raices de los Alpes, que segun dice Polibio, están de allí mil y trescientos estadios griegos de trecho, que montan cuarenta y una legua de las nuestras medianas poco mas, repartiendo por cada legua los treinta y dos estadios que nuestra corónica lleva presupuestos en otras partes.

Aquello todo hizo Hanibal con ayuda de sus españoles, cuatro meses andados despues que movió de Cartagena, para comenzar esta guerra contra los romanos, en que se cumplieron otros doce meses cabales, desde que puso cerco sobre la ciudad de Monvedre, cuando la tomó y destruyó, donde se principiaron las turbaciones y desventuras arriba dichas, y muchas otras no menores que contaremos en los libros siguientes.

LIBRO V.

CAPÍTULO I.

De la primera venida que los romanos hicieron en España con gente de guerra, cuyo capitan llamaban Neyo Escipion, para lanzar fuera della, si pudiesen, el ejército cartaginés, y todas las defensas que sus capitanes africanos tenian repartidas por las provincias españolas.

En aquellos dias mesmos que las cosas pasaban allí por la manera ya declarada, perseveraban acá los negocios en el estado que primero quedaron: y nadie sospechaba que tan presto se mudarian, pues la fuerza y el estruendo de la guerra pasaba toda tras Hanibal: y los romanos andaban tan ocupados en bastecer sus tierras italianas, y en resistir á Cartago sobre la parte de Sicilia, que parecian tener mucho que hacer en esto, sin curar de los pueblos españoles. Estando los hechos en aquel ser, descuidados y sin otra sospecha, parecieron un dia por la mañana sobre la ribera de Cataluña copia de navíos largos á manera de galeras bastardas, bien armadas, y puestas á punto de guerra, que doblaban el cabo de Creus, en la vuelta postrera donde fenecen los montes Pireneos, por el nuestro mar Mediterráneo, los cuales navíos comenzaban á se meter en el golfo de Roses, enderezando su camino, cuanto se podia conjeturar contra las Empurias. Traian en la delantera cuatro galeotas de Marsella, las cuales como fustas amigas y conocidas otras veces entre los emporitas, pasaron adelante, para los aplacar, si por caso tuviesen algun recelo de ver esta flota que se les acercaba, certificándoles ser gente romana que venia, no tan solamente para defender los amigos y confederados viejos que tenian acá, sino para tomar otros nuevos, y lanzar fuera de España los cartagineses, con su capitan Hasdrubal, y todos los otros que la tiranizaban. Traian por capitan general en este negocio, cierto caballero romano, llamado Neyo Escipion, por sobrenombre Calvo, hermano de Cornelio Escipion, uno de los cónsules y gobernadores que regian en aquel año la república romana. Mas porque la plática de los tales cónsules se pueda mejor entender, y qué cosa fuéron, y qué dignidad tenian, pues tambien nuestra corónica necesariamente conviene que haga ya relacion principal en todo lo siguiente, de las pendencias romanas comenzadas en España, primero contra los cartagineses, y despues entre los mesmos españoles, conviene traer á la memoria lo que señalamos en el segundo libro, casi en el fin de su vigésimo sexto capítulo: donde dijimos que los romanos cuando quitaron de sí los reyes antiguos que primero solian tener, hacian despues dos personas cadañeras, que gobernaban su república. El cargo de las tales era juntar los regidores del pueblo, para determinar con ellos lo que sucediese, teniendo consulta sobre cuanto cumpliese, por la cual consulta fueron llamados cónsules. Estos hacian las guerras cuando las habia, mostrándose principales en el imperio todos aquellos dias que su cargo les duraba. Las veces que salian fuera de su casa, traian delante cada cual dellos seis hombres con seis manojos ó haces de vergas, y por cada haz metian una segur de carnicero, denotando ser ellos administradores de la justicia, y tales, que podian castigar azotando con vergas, segun su costumbre, los delitos pequeños que lo mereciesen: y con la segur podian degollar á los delincuentes en mayor calidad: todo con poder absoluto de cuanto se debiese proveer, no mas ni ménos que lo tuvieron los reyes antiguos: solo discrepaban en que la dignidad de los reyes habia sido perpétua, durante la vida de cada cual dellos, y la de los cónsules, como ya dijimos, era cadañera. No podian aquellos cónsules matar ningun ciudadano de Roma por delito que hiciese, mas de prenderlos, y ponerlos en la cárcel, ó darles otra pena civil, si no fuese por crimen de traicion, cometido contra los bienes y libertad de la república. Allí convenia el pueblo romano ser certificado de las tales culpas. Y porque no pareciese que con esto les dejaba el mando semejante del que los reyes tuvieron, podian apelar de los cónsules al mesmo pueblo romano, si parecian los culpados quedar agraviados, y seguian allí su justicia con toda libertad. Segun la órden destos cónsules, como sucedian los unos en pos de los otros, contaba Roma sus tiempos, metiendo con ellos los años de su fundacion, ó mejoramiento hecho por Rómulo, como lo contaban tambien los griegos en la memoria de sus acontecimientos, por las olimpiadas que pasaban de cuatro en cuatro años: y como lo hacian los judíos, que tambien contaban sus edades, comenzando desde la creacion del mundo por jubileos, tomando cada jubileo tiempo de cincuenta años enteros: y como los cristianos lo hacemos ahora, que llevamos en nuestras escrituras la relacion de los años del advenimiento de nuestro Señor Dios. Esta fué la manera de cónsules que Roma tuvo consigo en el siglo de su prosperidad, y la que conservaba tambien al presente, cuando sus ejércitos armados vinieron la primera vez en España para guerrear contra la nacion de los cartagineses africanos que residian acá.

CAPÍTULO II.

Como los romanos recien llegados en España dieron relacion particular á los españoles catalanes, en cuya tierra desembarcaron, de ciertos recuentros que su gente pasó viniendo para acá: con la gente cartaginesa, que caminaba por Francia con Hanibal: y mas le dieron otros discuentos muy largos pertenecientes á la razon y causas de su venida.

Entrado pues el capitan Neyo Escipion Calvo, hermano del cónsul romano, con sus navíos y galeras, por el golfo de Roses, como ya dijimos, llegaron al pueblo de las Empurias que, como tambien señalamos en otras partes, cae sobre la punta postrera mas occidental del dicho golfo, frontero de la mesma villa de Roses, á quien dejaron sobre la punta de levante, desviadas ambas con solas tres leguas de mar. Allí, con la seguridad y buena relacion que primero trajeron las

galeotas marsellanas, fueron los romanos alegremente recibidos, y salieron á tierra sin alguna contradiccion. Asentaron sus estancias y reales en el campo, fortalecidos á toda parte con palenques y fosas y vallados, no se queriendo meter en el pueblo por algun inconveniente que podria suceder entre la gente del ejército con los ciudadanos. Y tambien porque siempre tuvo costumbre la señoría romana, si le daba lugar el tiempo, sacar sus banderas al campo. Luego los españoles comarcanos, en sabiendo la fama desta flota, comenzaron á venir, para reconocer sus maneras y pláticas, mostrándose muy afables y deseosos de su conversacion, donde fueron informados cumplidamente de la voluntad y propósito que Roma tenia desde los primeros movimientos y roturas en la persecucion destas pendencias. Supieron mas el discuento de lo sucedido, despues que los españoles de Hanibal rompieron la gente francesa, cuando pasaron el rio Rosne, que fueron cosas importantes y graves, en que se decia, los administradores y cónsules romanos haber estado mucho tiempo confusos para lo que debian obrar, por nunca tener perfecta determinacion sobre la venida de Hanibal en Italia, hasta que Marsella les declaró la pasada del rio Ebro, certificándoles el camino que los cartagineses traian, y la diligencia que ponian en atravesar y llegar al Pireneo, dado que decian siempre venir muy revueltos con los españoles de las montañas comarcanas, que se les rebelaban en diversas partes y les hacian algunos daños. Esto sabido los cónsules decian haber entre sí repartido los ejércitos, que segun ya declaramos venian juntos: el un cónsul, nombrado Tito Sempronio, tomó cargo de fortificar y defender á Sicilia, donde se creia que la gran Cartago daria por el otro lado sin Hanibal, y fuele mandado que procurase de pasar en África para destruir allá la tierra, salvo si no fuese menester en Italia, donde tampoco faltó provision y recaudo, señaladamente contra la descendida de los Alpes, en que fué puesto suficiente número de gente romana, para resistir á los cartagineses si por allí bajasen. A Publio Cornelio Escipion el otro cónsul, de quien primero hablamos, mandaron venir en España con toda presteza, señalándole sesenta galeras bastardas, cada cual de cuatro remadores al banco, muy bastecidas y reparadas: en que siendo metido con su gente, comenzó de costear las riberas italianas, requiriendo los pueblos que poseian aquellas marinas. En esto se detuvo mas tiempo de lo que fuera menester, no creyendo que Hanibal habria pasado tan presto los montes Pireneos, á causa del impedimento que los marsellanos primero dijeron: y creia Escipion, que si lo pudiese tomar en España, le daria tanto trabajo, que forzosamente dejase la jornada comenzada. Con aquel presupuesto decian ser las galeras romanas aportadas en Marsella: pero como supiesen allí que ya los contrarios caminaban por Francia, procurando cuanto podian de pasar el rio Rosne, dió vuelta Escipion atrás y se metió por el un brazo deste rio, que viene dividido por aquellas partes, pocas leguas ántes que lo tome nuestro mar Mediterráneo. En aquel brazo mesmo residia tambien á la sazon Hanibal, habiendo primero desbaratado los franceses que le defendian el paso. Luego Escipion echó fuera de los navíos hasta trescientos caballos ligeros que descubriesen la tierra: los cuales, segun estos romanos contaban, hubieron algunos recuentros con quinientos cartagineses, que tambien eran llegados para reconocer la flota de Escipion. Pero Hanibal, sin hacer caso de su venida, movió todas sus banderas por el camino de los Alpes, tres dias ántes que los enemigos acabasen de sacar toda la gente. Con la cual en fin deste tiempo ya venia Cornelio Escipion caminando por la ribera del rio, puestos en órden sus escuadrones, muy determinado de les dar batalla, no sin gran esperanza que podrian hacer en Francia los asientos de la guerra, pues acudió tarde para los hacer en España. Visto que los enemigos iban alejados, y que seria cuidado vano querer alcanzarlos, no quiso tampoco Escipion ir adelante, maravillado, segun añade Polibio, del esfuerzo con que Hanibal tomaba las entradas en Italia por aquella parte de los Alpes, donde sin la terribilidad y las nieves, y la fiereza del camino, hallaria gravísimos impedimentos en los moradores desta montaña: cuya nacion era por aquel tiempo cruel y silvestre, llena de bravezas y rusticidad. Así que vuelto Escipion á sus navíos, acordó de tornar en Italia con la mesma determinacion de pelear con Hanibal en bajando los Alpes, pues (como declaramos) habia gente romana de guarnicion en aquella frontera, donde seria menester su persona, por causa que Tito Sempronio su compañero hacia rostro contra ciertas flotas que ya comenzaban á salir de Cartago sobre Sicilia. Mas como los negocios en España tuviesen gran calidad, así por la parte romana, para desarraigar allí la potencia de Cartago, como para la parte cartaginesa, para conservar acá lo principal de sus fuerzas, decian estos romanos recien venidos haber despachado Publio Escipion desde la boca del rio Rosne, á Neyo Escipion hermano suyo menor, con las galeras y gente que traia, sino fueron algunos pocos que tomó para tornar en Italia, mandándole, que sin detenimiento viniese la vuelta de las Españas, y metido dentro procurase de conservar, no solamente los pueblos que hallaria por la marina de Cataluña, favorables al bando romano, sino que llegado pelease luego con Hasdrubal, hermano de Hanibal, ó con Hanon el que tenia los montes Pireneos, ó con otro cualquiera de los capitanes cartagineses, que primero le viniese á la mano, porfiando la guerra por acá con estorbos y con toda la diligencia posible, para que no pudiesen favorecer en Italia los negocios africanos con dineros ni con gente, ni con otro buen aparejo de los que solian tener entre los españoles: pues quitados ellos afuera, nunca Cartago, ni ménos Hanibal pedrian turbar el hecho romano: y así las Españas quedarian exentas y libres de la tiranía disimulada que tantos años padecian, perjudicial y dañosa mas de lo que sus naturales entendian ó sentian. Tales eran las informaciones y nuevas que los capitanes romanos con su general Neyo Escipion derramaba contra los españoles, que venian á ellos cuando llegaron á las Empurias, certificándoles que por su libertad eran aportados acá, para vengar las injurias y daños presentes y pasados, en Monvedre, y en cualesquier otros pueblos de la tierra: sobre lo cual aventuraban sus personas y sus fuerzas, y todo cuanto valor y poderío poseia la señoría romana. Creo yo que tambien les acordaria proceder la generacion de todos los romanos de progenitores españoles, y que todos tenian una casta, como lo declaramos y probamos en diversos capítulos del primer libro: pues era punto substancial y convenible, para ganar el amor de todas aquellas provincias. Ésta fué la primera venida que los romanos hicieron en España con gentes armadas: de la cual, en lo que despues trataren los capítulos y libros siguientes, podrán los lectores conocer cuáles



Torre y parte del muro romano construido sobre el muro y puerta ciclópea en Tarragona.

fueron mayores y mas, ó los males, ó los bienes que della redundaron, pues hubo gran abundancia de todo.

CAPÍTULO III.

De los pueblos y lugares catalanes que nuevamente se llegaron al bando romano despues de venido Neyo Escipion en España: y de las nuevas que por estos mesmos dias tuvieron acá sobre dos batallas que pasaron cartagineses y romanos en la provincia de Lombardía, donde Hanibal por allá salió vencedor.

Era Neyo Escipion este capitan romano venido nuevamente, persona bien autorizada, muy esforzado de su natural: de su condicion afable, reposado, diligente, cuerdo y animoso: las palabras tenia dulces, y bien comedidas: con las cuales habilidades en breves dias renovó las amistades viejas, y confirmó muchas nuevas por todos los pueblos cercanos á las Empurias, y los tuvo ciertos y ganados á su parcialidad. En aquel punto mesmo comenzaron á venir algunos saguntinos de Monvedre que, segun ya dijimos, habian huido cuando la pérdida de su ciudad, y vivian desterrados en pueblos diversos, temiéndose de los capitanes africanos. Éstos llegaban medianamente guarnecidos de caballos y de buenas armas, con intencion de seguir aquella guerra, hasta le dar fin ó morir en ella. Y no se puede significar el ámoroso recogimiento que Neyo Escipion les hacia, proveyéndoles de todas las cosas necesarias, y la veneracion con que siempre los acataba, tanto que ninguna alianza ni consulta, ni determinacion se trataba ni ponia sobre los negocios de la guerra, donde los españoles confederados no diesen parecer, y tuviesen voto principal, y sobre todos aquellos pocos de Monvedre. Este gradecimiento fué causa, que cuantos lugares habia sobre la marina de Cataluña desde la villa de Roses, hasta la boca del rio Ebro, tomasen abiertamente la voz y parte romana, recibiendo las guarniciones y banderas que Escipion les enviaba para guarda de sus pueblos. En aquella mesma liga se comprehendió tambien la ciudad de Tarragona, poblacion principal de la costa sobredicha, mas honrada por aquellos dias que grande, segun declaramos en el treceno capítulo del libro pasado, puesto que despues tuvo muchos acrecentamientos, como tambien lo diremos en sus lugares convenientes. Aquí mandó luego Escipion, que viniese la flota de las Empurias con toda su gente de mar: y parece, que cuando llegó se debió meter en un puerto llamado por este nuestro tiempo Salou, mas occidental una legua que Tarragona, pues en la playa desta ciudad, no podian residir las galeras, á causa de ser descumbrada y peligrosa, como tampoco residen ahora las nuestras. El puerto de Salou, allende caer cerca de Tarragona, fué siempre seguro, bien apropiado para los intentos de Neyo Escipion por tener solas doce leguas mas adelante la boca del rio Ebro, que los años pasados habia sido mojon y señal, donde (segun la capitulacion vieja) Cartago no podia tocar, y parecia que llegándosele Escipion, cobraba lo que solia ser de su parcialidad, y ganaba tierra, y hacia por allí fronteria contra los enemigos. Y ciertamente cuanto mas iban aquellos negocios, tanto mas se mejoraban á la parte romana, con la solicitud y prudencia de su buen capitan: si por este mesmo tiempo no les recrecieran mensajerías y nuevas algo perjudiciales á su propósito sobre los hechos acontecidos en Italia. Y publicábase, que despues de Hanibal haber pasado los Alpes en solos quince dias, con todos sus ejércitos y fardajes, y con el mayor espanto que nunca gente los pasó, bajados á lo llano tuvieron algunos recuentros con gente romana de guarnicion, que se les mostró por aquellas partes. Luego tras aquello se toparon Hanibal y Cornelio Escipion, cónsul y capitan general, hermano deste Neyo Escipion, de quien ahora hablamos, sin saber el uno del otro, yendo cada cual dellos con poca gente, para sentir el estado de su contrario: donde reconocidos ambos en el camino, comenzaron á pelear no léjos de cierto rio, llamado Ticinio, que decimos ahora Tesin, harto principal entre los rios de Lombardía. La fuerza de los ejércitos decian habian haber acudido de toda parte, para favorecer cada cual á su capitan, y la batalla se comenzó cruel y sangrienta, que duró gran espacio, hasta que Publio Escipion fué herido muy mal: y su gente rodeándolo como mejor pudieron para ló salvar, se comenzaron á retraer en los reales. Finalmente venida la noche, recojido cuanto fardaje tenian, levantaron las estancias: y tornando camino del Poo, rio mucho famoso, con quien se mezcla Tésin, y casi todos los otros rios que manan de los Alpes en las vertientes italianas, caminaron tan secretamente, que vinieron á la ciudad llamada Plasencia, primero que nadie supiese cierto su huida. Los españoles de Hanibal, en sospechando lo que pasaba, siguieron el alcance con mucha presteza, creyendo que los podria tomar: unos decian, haber en este seguimiento pasado las aguas del rio por una puente sobre barcas que Escipion habia primero hecho. Decian otros, que hallándola desbaratada, se metieron al agua caballeros en odres llenos de viento, donde traian su vitualla. Como quiera que sea, todos otorgaban haber sido los tales españoles, en el seguir y pelear parte mas principal desta victoria. La cual victoria, dado que no fuese de mucha pérdida, pero con ser el primer acometimiento, trajo gran reputacion al capitan Hanibal, y mucho mayor lo trajeron otras nuevas que luego de refresco vinieron, con que los hechos romanos pudieran acá tener alguna tibieza, si Neyo Escipion no fuera tan bien quisto de cuantos españoles lo trataban. Certificábase pues en aquella nueva postrera, que poco mas adelante tornaron estas dos gentes segunda vez á pelear junto con otro rio llamado Trebia, donde contando particularidades acontecidas en diversos pasos de la batalla, decian principalmente, que nueve mil peones mallorquines de Hanibal, otros dicen nuevecientos, á hondazos bravísimos habian derrocado casi dos veces los caballos romanos, sin poderse amparar dellos, que fué gran ocasion para luego vencerse. Todo lo restante, dado que por la parte romana batallaban largos treinta y ocho mil hombres, los diez y ocho mil romanos, y veinte mil italianos, y mas otras ayudas de franceses en harta cantidad, que seguian aquella guerra, cuyos capitanes fueron ambos los cónsules, el uno Publo Escipion, y el otro Tito Sempronio, que vino desde Sicilia, para se hallar en la pelea. Mucho caudal hacian los cartagineses en España destas dos batallas italianas, engrandeciéndolas y contándolas en todo cabo, como de razon era justo, puesto que Neyo Escipion alegaba tambien contra ellos ciertas victorias alcanzadas en Sicilia sobre mar por la parte romana, donde se tomaron y mataron mucha gente de cartagineses en galeras crecidas de cinco remadores al banco, que podian ser abundosa recompensa de los rompimientos acontecidos en Lom-

bardía. Cuanto mas, que segun él tenia por carta, los cónsules y capitanes romanos perseveraban en el campo con sus banderas desplegadas, alegres y deseosos de tornar á pelear cuantas veces quisiese Hanibal. Y ciertamente los unos y los otros decian mucha verdad. En esta manera de negocios tuvo fin el año sobredicho, y vinieron los principios del siguiente, cuando se contaban doscientos y quince años ántes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, que no fué ménos peligroso, ni ménos lleno de trabajos de cualquiera de los pasados.

CAPÍTULO IV.

Como los ejércitos cartagineses y romanos residentes en España se toparon en los confines de Cataluña y Aragon, metidos en unos pueblos nombrados antiguamente los ilergetes, donde pasaron una batalla campal, en que Neyo Escipion y su parcialidad alcanzaron la victoria.

Visto por Neyo Escipion que las nuevas recien llegadas habian poco dañado, y que los mas de los pueblos catalanes quedaban leales, y firmes en su favor, por conocer dél mucha liberalidad y clemencia, no satisfecho con sostener aquellas marinas de Cataluña, comenzó nuevas inteligencias con los pueblos montañeses dentro de la tierra, los cuales era gente mas feroz y mas brava. Súpolo tan bien guiar, que no solo trató paz con muchos dellos, sino compañía verdadera para serle participantes en cuanto sucediese, tomando los tales españoles por causa propia la guerra contra Cartago; y así para confirmacion desto dieron luego copia de gente, banderas y capitanes en harta cantidad, señaladas entre sus pueblos, de mancebos valientes y recios; los cuales cada dia traian otros, y siempre crecian en el campo romano con valor y potencia. Todas estas cosas entendia Hanon el gobernador cartaginés, que guardaba los montes Pireneos, por ser ellas tan públicas, que no se podian encubrir, ni tampoco pretendia secreto quien las obraba: de suerte, que conoció bien serle necesario venir en riesgo de batalla con Neyo Escipion ántes que lo restante de la tierra se le mudase. Sobre lo cual despachó luego mensajeros al capitan Hasdrubal Barcino, hermano de Hanibal, pidiéndole que saliese de Cartagena, donde residia, con ejército cuanto mas grueso fuese posible para trabajar ambos juntos en la resistencia destos enemigos, que tan peligrosos y perjudiciales iban, si lo negociado pasase mas adelante. Hízole prestamente Hasdrubal en oyendo la mensajería de Hanon, mandando juntar sus capitanes y gentes africanas, armadas y bastecidas de cuanto conviniese para la jornada, puesto que como las banderas andaban repartidas en aposentos, no se pudieron llegar tan presto cuanto la necesidad requeria. Entretanto Neyo Escipion jamas reposaba, ni cesaba de ganar amigos, y tomar nuevo conocimiento de ciudades españolas y de personas principales que le traian gentes y lo metian siempre mas adelante sin perder un solo momento de tiempo, hasta venir en unos pueblos nombrados Ilergetes, poderosos, grandes y de poblaciones muchas y muy principales, cuya region mirada toda junta fué los tiempos antiguos de figura casi cuadrangular ó de cuatro lados y puntas. El primer lado sobre la parte septentrional era cierta raya; la cual considerada, segun la postura que Tolomeo señala, viene casi por donde traen ahora su corriente las aguas del rio Gallego, que dividia por aquí los tales ilergetes de otros españoles nombrados vascones, ó muy cerca dél. Nace Gallego de los montes Pireneos, y corre desde levante contra la vuelta del poniente, hasta dar en Ebro, casi frontero de Zaragoza, como ya lo dijimos en otro lugar. Por la vuelta de mediodia fué límite de los ilergetes el rio Segre, que tambien sale del mesmo Pireneo, discurriendo como Gallego desde levante camino del rio Ebro, donde lo recibe mezclado ya con Cinga, junto con una poblacion llamada Mequinenza. Tenia mas al oriente la provincia de los ilergetes, tanto trecho del Pireneo, cuanto dividen las fuentes destos dos rios; y por el occidente tanta largura del rio Ebro, cuanta dividen las mezclas dellos ambos con él. De manera, que segun esta cuenta, caian por su region la ciudad de Huesca, la poblacion de Gurrea, Montaragon, Ayerbe, Barbastro, Monzon, Ricolea, Beluer, Aitona, Fraga, Balaguer, Chalamera, Vallovar, Alcubierre, Perdiguera, Bujalaroz, Mequinenza, Xelsa, Vililla, con otras muchas sus confines á toda parte, que serian largas de contar, y mas la ciudad de Lérida, llamada por aquellos tiempos Ilerda, de cuyo nombre se dijeron todos ellos ilergetes en general, sin los rios notables, puesto que no grandes, de Cinga, Gaci, Alcavadre, que riegan por el medio todo lo principal desta provincia. Viendo, pues, Hanon el ejército romano tan dentro de la tierra, sintió claro no le convenir mas dilacion, pues en la tardanza pasada los negocios iban casi perdidos: y así con alguna gente de sus confederados, y con la situada que tenia para conservar las comarcas de su cargo, salió contra la parte donde los enemigos andaban, con presupuesto de pelear en topándolos, sin esperar al capitan Hasdrubal ni curar de mas largas. Desta voluntad que Hanon traia holgó mucho Neyo Escipion cuando la supo, y luego comenzó de caminar á la mesma parte donde venian los cartagineses por abreviar el tiempo de la pelea, considerando serle mucha ventaja romper con Hanon ántes que llegase Hasdrubal, pues al presente los contrarios eran sencillos, y y con Hasdrubal serian doblados: y si tuviese ventura de los vencer, quedábale mejor aparejo para revolver sobre los otros á ménos peligro, tomándolos cada cual á su parte, y no todos juntos. Y así con aquel deseo que todos tenian, y con la diligencia que pusieron, brevemente se toparon muy cercanos á cierto pueblo nombrado Cido, ó segun otros libros escriben Ciso, de quien hallo yo diversa conjetura sobre cual pueda ser entre los pueblos conocidos de nuestro siglo: porque no faltan cosmógrafos modernos, asaz pláticos en Aragon y Cataluña, que dicen ser un lugar al presente llamado Siso. Dicen otros que fué Sos, lugar en Aragon, cercano de las fronteras de Navarra: mas el tal no podia caer en los pueblos ilergetes, segun lo que de su sitio queda ya declarado. Muchos tambien leidos y prudentes sospechan que debió ser el que llamamos hoy dia Zaidi, pueblo pequeño junto con el rio de Cinga, sobre su ribera de mano izquierda, desviado de Monzon siete leguas el agua abajo, y dos leguas de Fraga por el agua arriba. Pero donde quiera que fuese, lo cierto que podemos afirmar es, que llegados aquí los ejércitos, Hanon puso luego sus haces en campo, regladas á punto de batalla. Lo mesmo hizo Neyo Escipion, confiando de las ayudas españolas, que tenia mucho mayores, y mas aficionadas, y mas bien armadas que sus enemigos. En el cual punto sobrevino tambien Hanidubal el español, de quien hablamos en los treinta y ocho capitulos del cuarto libro, con setecientos peo-

nes sus naturales, valientes y determinados para favorecer á los cartagineses. Luego la pelea se comenzó de todas partes, en la cual hubo mas denuedo que tardanza: porque Hanon y los suyos no pudiendo resistir la braveza del ejército romano, comenzaron á se vencer; y poco despues los que pudieron hacerlo huyeron á los reales, que tenian medianamente fortalecidos de palenques y fosas, donde creian guarecerse, quedando muertos en el campo seis mil hombres dellos. Pero los reales fueron luego combatidos y ganados con cuanto tenian dentro: donde tambien se tomaron á prision otros dos mil africanos, y con ellos el capitan Hanon, y juntamente Handubal el español, traspasado de tantas heridas, que vivió pocas horas. El pueblo cercano de los reales fué combatido sin reposar, y saqueado de cuanto le hallaron dentro, puesto que segun sus moradores eran pobres y pocos, y ninguna cosa delicados ni viciosos, las alhajas tomadas fueron de tan pequeño valor, cuanto fué de mucho la presa del real africano, en que todos los vencedores quedaron riquísimos, por se tomar en ellos, no solamente la ropa del ejército vencido, sino del que tambien Hanibal traia consigo por Italia, que (como dijimos en los treinta y ocho capítulos del cuarto libro) dejaron en guarda de Hanon cuando salian de España todo lo mejor y mas preciado que tenian, no queriendo llevar impedimento ni cuidados en su jornada. La victoria pareció de tal calidad en ser primera, que si pueblos habia dudosos en aquella comarca, se legaron á Escipion, señaladamente cierto lugar principal, cuyo nombre no declaran las historias, que le dió sus rehenes de seguridad, y parecia que con él mucha parte de la provincia quedaba llana, sin escrúpulo de revuelta ni contradiccion.

CAPÍTULO V.

Como los cartagineses y su capitan Hasdrubal Barcino, viniendo para se hallar en la batalla sobredicha, mataron de camino mucha gente de la flota romana cerca de Tarragona, que tomaron desmandada fuera de sus galeras: con lo cual parte de los españoles ilergetes hicieron mudanza para se volver al bando cartaginés: y de la manera que Neyo Escipion tuvo para remediar esto.

Ántes que la fama cierta deste rompimiento se declarase por aquellas tierras, el capitan Hasdrubal habia pasado el rio Ebro con ocho mil peones africanos y mil hombres de caballo, como que venia para resistir la primera llegada de los romanos. Mas poco despues, en sabiendo la perdicion de los reales y vencimiento de la batalla, dejó la jornada principal de la provincia donde residia Escipion, y torció su camino sobre la mano derecha contra la marina de Tarragona, por haber tenido nueva cierta que muchos hombres de la flota romana, marineros y sobresalientes, andaban derramados en el campo, seguros y descuidados, sin alguna sospecha que por allí vendrian enemigos tan presto, con aquella desórden y negligencia que casi siempre las cosas prósperas traen consigo. Así que llegados aquí, Hasdrubal derramó luego su gente de caballo por el campo de Tarragona; la cual hizo de presto tal destruccion en cuantos romanos halló fuera del agua, que pocos dellos con muy gran huida se pudieron recoger á sus navíos, y los mas quedaron alanceados y muertos en la tierra. Neyo Escipion, oida la fama destos cartagineses recien venidos, juntó muy de presto sus banderas, y salió con ellas arrebatadamente, creyendo que los pudiera bien atajar: mas cuando llegó ya todos ellos quedaban puestos en salvo: porque Hasdrubal, como discreto capitan, contentándose con el estrago que dejaba hecho, no se quiso mas detener en aquellas partes, y tornó muy en órden á repasar el rio Ebro, temiendo que venido Espicion, se podria dél aprovechar á sus ventajas, pues notoriamente sabian habérsele juntado mas ayudas españolas y mucha mas gente de la que traia Hasdrubal. Tomada, pues, la ribera del otro lado, fortificose cuanto pudo con intencion de la defender si los enemigos quisiesen pasar el agua, sobre lo cual estaba muy atento considerando lo que harian despues de venidos. Llegado Neyo Escipion, como no hallase con quien pelear, metió sus compañas en Tarragona, donde satisfecho todo su rencor en castigar y reprehender algunas personas, á quien hubo dado la gobernacion y la guarda principal de su flota, por el mal recaudo que pusieron en la gente della, poco despues dejando tambien gentes de guarnicion en la ciudad, cuantas bastaban á la sostener, dió vuelta con todas sus galeras para las Empurias, creyendo que pues los enemigos quedaban alejados, podria reposar allí lo restante del invierno que ya se llegaba. No bien él era movido de Tarragona, cuando Hasdrubal dió vuelta segunda vez: y pasada la ribera del rio, se metió contra los españoles ilergetes, cuya provincia no tenia tal provision de gente romana que le pudiese resistir. El primer acometimiento fué sobre la poblacion que dijimos haber dado rehenes de seguridad á Neyo Escipion, y tales cautelas y diligencias tuvo con sus vecinos Hasdrubal, así de temores en que les puso, como de blanduras y promesas amorosas, que no solamente le dieron el pueblo, si no viéndose favorecidos con él, tomaron los mesmos vecinos sus armas, y juntos ellos y los cartagineses, comenzaron á destruir las tierras y pueblos comarcanos, parciales y fieles al bando romano, en venganza de daños ó demasías que los dias pasados habian recibido. Plutarco parece decir estos tales haber sido los moradores mesmos del pueblo saqueado cuando la batalla de Hanon: lo cual no concorda con los apuntamientos de Tito Livio, que lo hace lugar pobre de pequeña calidad, y da bien á sentir en los nuevamente rebelados haber habilidad y substancia para poder dañar. Como quiera que sea, Neyo Escipion, dado que tuvo suficientes informaciones de cuanto pasaba, no quisiera por el presente salir contra los enemigos, á causa que tenia sus banderas repartidas en aposentos, y deseaba darles algun descanso por entrar el invierno fortunoso, mayormente que traia determinacion de verse con ellos al principio del verano siguiente, y de poner en batalla campal de poder á poder todos estos debates. Mas como cada dia le viniesen mensajes y querellas del estrago que recibian sus confederados, y que Hasdrubal cobraba cuanto mas iba las pérdidas de Hanon, no pudo ménos hacer de sacar la gente romana de sus estancias, y caminar con ella contra los cartagineses, muy lastimado por la mudanza de los españoles ilergetes. Hasdrubal, entendida su venida, fingió no lo saber, y publicando que ya ni hallaba contradiccion ni mala voluntad en aquella tierra, dió vuelta con sus banderas, y pasó tercera vez el rio Ebro: donde dice Polibio que puso nuevas defensas y nueva gente muy bien fortificada por los pasos que convenian; y con la restante no paró hasta llegar en Cartagena, pareciéndole

que los romanos en verlo tan alejado se tornarian á las Empurias, y la provincia destos ilergetes quedaria sin recibir daño ni movimiento, pues él no se ponia donde pudiese causar nuevas alteraciones. Mas ni por esto Neyo Escipion, ya que tenia las gentes en el campo, dejó de proseguir su jornada con gran apresuramiento, recogiendo de pasada mucha copia de catalanes sus amigos, que le vinieron á tal necesidad: y metido con ellos en la provincia rebelada, no hicieron ménos daño que los cartagineses habian hecho primero por la tierra del bando romano, tanto, que cuantas personas principales vivian en la comarca, desampararon sus casas, y huyendo se metieron en una ciudad algo fuerte, llamada por aquellos tiempos Atanagia (1). Ésta porfian algunos cosmógrafos de nuestro tiempo ser la que decimos ahora Manresa, pueblo conocido de los catalanes, en el espacio de tierra que viene desde nuestro mar hasta la ribera del rio Segre, desviado contra septentrion doce leguas de Barcelona, caminando por el monasterio de Monserrate, y cinco leguas á la mesma parte de la poblacion llamada Terrasa, que cae tres leguas mas oriental que Monserrate. Pero no lleva buena razon aquella sospecha, pues ya declaramos en el capítulo pasado los rios de Gallego y Segre cerrar dentro de sí todas las gentes antiguas de los españoles ilergetes, cuya ciudad afirma Tito Livio ser Atanagia. De manera, que segun esto, para venir desde cualquiera pueblo de los tales ilergetes á Barcelona por derecho viaje, convenia pasar á Segre: lo cual no se hace viniendo desde Manresa: cuanto mas que la postura de Manresa parece mucho semejante con la del pueblo que solian llamar Cerresa, ó Cerresos (2), lugar principal en otros catalanes antiguos nombrados acetanos, de quien presto hablaremos: y hállanse libros de Tolomeo donde no la nombra Cerreso, sino Merresos, á la semejanza casi de Manresa. Atanagia dice Tito Livio ser cabeza de todos aquellos pueblos ilergetes, y debemos entender que seria muy principal entre los lugares comarcanos, y no mas, pues la cabeza mayor en la nacion general de los ilergetes ya dijimos que lo fué Lérida, de cuyo nombre tomaron el apellido comun que tenian, y no de la ciudad de Urgel, como certifican algunos, como quiera que caia tambien en ellos. Recogidos en Atanagia los españoles huidos, fueron luego cercados, y despues combatidos tan amenudo, por tantas partes, y tan bravamente, que tardaron pocos dias en se rendir: y luego los otros pueblos del rededor quedaron obedientes á Neyo Escipion, y le dieron mayor número de rehenes que los primeros, y le pagaron cierto tributo para los gastos del ejército: creo yo que seria de metales, ó de preseas, ó de ganados, á quien los romanos llamaban Pecunia, como lo llaman tambien al dinero: porque muy averiguado mostraremos adelante que los tales españoles, con quien Escipion al presente negociaba no tenian en aquel tiempo contratacion de moneda.

(1) Son varios los pareceres tocante á la antigua Atanagia. Además de los que opinan que debe reducirse á Manresa, y de los que no admiten semejante reduccion, hay otros que quieren reducirla á Lérida, y por fin algunos que afirman que ni fué Lérida, ni Manresa, sino otra ciudad ya destruida, que estaba situada entre aquellas dos. (2) No faltan autores que quieren reducir este Cerresos, ó Cerresa, á Solsona.

CAPÍTULO VI.

Del acometimiento de guerra que Neyo Escipion y los españoles sus confederados movieron en algunos otros pueblos de Cataluña, cuyo capitan era cierto caballero que nombraban Amusito: sobre la cual demanda pasó Escipion un recuentro muy peligroso con los montañeses de Jaca, que venian en socorro de los tales catalanes.

Concluida la paz con aquella parte de los españoles ilergetes, el real fué levantado muy en órden: y la gente revolvió por mandado del capitan romano sobre ciertos pueblos catalanes, parciales viejos y ciertos en el bando cartaginés, á quien los libros de Tito Livio llaman ausetanos, declarando ser juntos al rio Ebro. Y ciertamente los ausetanos así nombrados, pueblos fueron antiguos de Cataluña, pero muy léjos del rio sobredicho, situados en la falda del Pireneo, donde caen ahora Viedosona y Girona, con otras buenas villas de su comarca: por donde parece ser error de los escribientes en aquella parte de Tito Livio, que pusieron ausetanos por escribir acetanos, y fueron tambien los tales acetanos pueblos catalanes antiguos, confines á los ilergetes por la parte de septentrion. Al occidente les batian las aguas del rio Ebro, desde su mezcla con Segre hasta cerca de Tortosa. Contra la vuelta del mediodia partian término con los cositanos de Tarragona, de quien ya platicamos en algunos capítulos pasados. Y por el oriente confinaban con otra gente que decian castellanes, de los cuales tenemos imaginacion que su nombre se derramó por discurso de dias en las otras gentes comarcanas, y poco mudada la palabra se vinieron á decir todos catalanes, en lugar de castellanes. Y si lo tal así fué, parece claro que muchas poblaciones de Cataluña, nombradas ahora Castelló, tomaron su nombradía destos castellanes antiguos, como son Castel Dasenes, Castellon de Empurias, Castelló de Farfaña, Castelló de Amposta, con otros de semejante calidad. Pero desto mas largamente hablaremos en la tercera parte desta gran obra, cuando señalaremos nuestro parecer sobre lo que dicen otros de cierto capitan francés, llamado Cartalon: el cual pasada la destruccion de España, hecha por los moros despues de muerto el rey don Rodrigo, dicen que comenzó de guerrear algo desta tierra, para reducir en ella los cristianos, y que por causa de su nombre dél, fueron todos aquellos pueblos en general nombrados catalanes. Tornando pues á los acetanos arriba dichos, hallamos que su region, dado que fuese pequeña, tenia buenos lugares, y moraban en ellos hombres valientes y guerreros: en especial por la tierra donde residia cierto caballero que llamaban Amusito, singular aficionado del capitan Hasdrubal. Éste pocos dias ántes habia puesto ligas y firmezas con los montañeses de Jaca, para ser amigo de amigos, y enemigo de enemigos, y para se favorecer unos con otros en cualquier trance de paz ó de guerra que sucediese. Qué ciudad sea Jaca, su postura, su fundacion y lo que se dice de sus principios y nacimiento, ya lo declaramos en los treinta y un capítulos del primer libro. Fué motivo principalmente desta liga con los jaqueses traer Amusito diferencias y parcialidades en otras comarcas de catalanes sus vecinos, y por su respeto dél toda la nacion de los

acetanos competia tambien con las naciones donde los otros eran naturales, y teníase por notorio que sus enemigos en verlo tan favorecido del capitan cartaginés, traerian al capitan romano para lo destruir, como lo trajeron ahora, que todos ellos conformes vinieron contra él: y despues de pasado terrible daño por campos y cortijos, y lugares, y por cuanto hallaban en aquella tierra, pusieron cerco sobre la villa mayor de los mesmos acetanos. Ésta nombraban ellos Acete, y de su nombre della tomaron el apellido para toda la region. Amusito hizo prestamente su diligencia con los jaqueses, pidiéndoles ayuda, pues eran obligados á la dar, segun los conciertos y juras pasadas, lo cual ellos aceptaron como buenos amigos, y sin dilacion fueron juntos poco ménos de tres mil peones montañeses, denodados y recios, armados á su costumbre. Y así venian á grandes jornadas, creyendo que hasta se meter en el pueblo, nadie los acometeria, ni vedarian la llegada, por ser el tiempo terrible de nieves y de frialdades excesivas. Mas los romanos con todas estas dificultades traian sus corredores á caballo derramados en aquellos contornos, y tomaron algunos mensajeros que pasaban de los cercados á los jaqueses, y de los jaqueses á los cercados, en que supieron como para tiempo señalado de la noche siguiente quedaba hecho concierto, que los del pueblo saliesen á dar en el real, y trabajarian de meterle fuego por la parte de sus fronteras: en la cual hora los jaqueses acudirian tambien á los otros lados, y hecho cuanto daño pudiesen, todos juntos se recojerian, y podrian entrar en el pueblo, con pérdida de los enemigos, y provecho suyo dellos. Esto sabido, Neyo Escipion quiso prevenir aquella cautela: para lo cual mandó que la guarda de caballo se doblase por el campo, con mayor diligencia que nunca, no dando lugar á que pudiesen venir nuevos avisos de los cercados á los de fuera, ni por el contrario tampoco. Lo restante del ejército retuvo dentro de los reales, sin hacer mudanza ni bullicio, ni muestra donde pareciese tener noticia de los conciertos sobredichos. Y poco despues en viniendo la noche, primero que saliese la luna, comenzó disimuladamente de sacar fuera lo mas y mejor de su peonaje pocos á pocos, que serian hasta nueve mil catalanes, mandándoles que todos ellos con sus capitanes acudiesen á cierto lugar señalado, cerca de la villa, donde se hacian unas encubiertas de recuestos, en el mesmo camino por donde los montañeses habian de pasar: y dejada su defensa muy bien proveida, bastante para guardar los palenques y fosas, y lo que dentro tenian en el real, alzadas los puentes levadizos, él salió disimulado con otros mil peones romanos, y se fué contra la parte de los recuestos, donde ya quedaba su gente muy encubierta, sin menearse ni hacer otro bullicio, con que nadie los pudiese reconocer. En esta sazon llegaron los tres mil jaqueses, que venian á la villa los cuales caminaban eso mesmo callados, y sin estruendo. Mas como ni trajesen capitanes pláticos, ni concierto, ni corredores que descubriesen la delantera, no pudieron sentir la celada, ni cosa de cuantas les tenian armadas, hasta que súbito dieron en sus enemigos: y venian tan sin recelo, que despues de llegados creyeron ser gente del pueblo que saliese para los recibir, ó guiar al combate del real. Los del ejército romano comenzaron á matar en ellos, y á derrocar cuantos venian en el principio: de manera que sentidos ser adversarios, luego todos ellos con gran alarido trabaron la pelea como mejor podian, no viendo con la tiniebla de la noche cuanta mas gente fuese la de Neyo Escipion, ni teniendo señal como fuera menester, para que despues de revueltos pudiesen conocerse ni mirar unos por otros: lo cual traian muy al contrario sus enemigos, á quien los capitanes romanos habian dado pocas horas ántes una cierta palabra que hablasen al tiempo de se juntar. Esta señal decian tesara los romanos: y no teniendo la tal astucia los jaqueses, necesariamente se mataban unos á otros, y así con igual daño como los de Escipion hacian en ellos. No tardó mucho que la luna comenzó de salir, con cuyo resplandor, y con la blancura de la nieve que casi lo doblaba, pudieron estos tres mil montañeses entender á lo claro ser mas de diez mil hombres aquellos con quien peleaban: y sintiéndose cercados de todas partes, y que ya tambien los mataban por la rezaga como por los lados y delantera, dado que resistiesen hasta lo postrero de sus fuerzas, no bastaron á tanto que no fuesen derrocados y muertos mas de dos mil dellos. Los otros, dejadas las armas, y puestos en huida, se derramaron en cabos y lugares donde creian guarecer, ó donde creian curarse de sus heridas, ó repararse de la mala fortuna que siempre los vencidos llevan donde quiera que van. Con esta victoria Neyo Escipion dió vuelta para su real, y hallólo como lo dejó, sin acometimiento, ni combate, ni con otra mudanza que los cercados hubiesen tentado: porque Amusito no viniendo los jaqueses á la postura señalada, retuvo su gente dentro del pueblo, recelando lo que podia ser en alguna desgracia no pensada: y así cuando por la mañana vió tornar las banderas romanas sangrientas y feroces, con unos pocos de prisioneros atados, que traian entre sí, conoció bien todo lo sucedido, y comenzó de mirar en sus hechos mas atentamente que primero, para les dar el remedio que pudiese caber en ellos.

CAPÍTULO VII.

Como Neyo Escipion sosegó toda la tierra de los catalanes rebelados, y los dejó pacíficos en su parcialidad, echando fuera de la region al capitan Amusito que lo revolvia todo: y de los muchos trabajos y dificultades que los unos y los otros pasaron hasta concluir aquel negocio.

Bien creia Neyo Escipion que sabida la pérdida deste recuentro luego los cercados se le darian á partido, pues en aquella tierra no tenian ya gente de quien pretendiesen favor, ni tampoco del capitan cartaginés lo podian esperar: el cual en esta sazon quedaba (segun decia) en Cartagena muy de reposo, y dado que desease venir á les socorrer, el invierno cuanto mas iba se hacia tan áspero, con tantas nieves, y tan continuas, que si Hasdrubal una vez entrase por aquella comarca, no seria posible caminar en ejército reglado sino con infinito peligro. Mas esto mesmo que Neyo Escipion y sus confederados creian ser provechoso para rendírseles el pueblo, fué causa muy grande para que los enemigos perseverasen firmes y porfiados en no lo hacer, esperando tambien ellos que con la frialdad y tormenta de cada dia no durarian sus contrarios en el campo, ni sufririan las nieves que siempre caian, ni podrian venir mantenimientos al ejército. Sobre las tales consideraciones andaba sin reposar Amusito, sosteniéndoles á todos, y diciendo cuánto les convenia mostrar al presente, mejor que nunca, su valor, y que no se turbasen con la perdicion de los jaqueses,

pues tales fueron siempre los acontecimientos de la guerra, donde súbitamente vienen los desastres, y súbitamente los remedios, y que la perseverancia con el buen denuedo de los hombres, vencia al cabo cualesquier inconvenientes que recreciesen á los negocios: por tanto que durasen constantes á tan justa causa como sostenian de su propia libertad, y del provecho de sus amigos, que cuando no lo sospechasen, podria suceder algun aparejo con que los adversarios se desaviniesen unos con otros, ó si porfiasen en el cerco lo cual no parecia posible muriesen todos con aquella frialdad ó con otras enfermedades que desto suelen recrecer: y la braveza del tiempo los pararia presto tales, que se pudiesen aprovechar dellos á su sabor, y pagarles el daño de los jaqueses: cuanto mas que Hasdrubal era tan buen caballero, tan amigo de sus amigos, y tan deseoso de la guerra, que no tardaria de venir al socorro con toda su pujanza, cuando supiese la necesidad que dél tenian, ó que los romanos osaban parar en el campo. Éstas y otras muchas palabras derramaba cada dia por todos ellos Amusito, con que les hacia porfiar en sus trabajos: y para darles á conocer que lo sentia como lo publicaba, señaló de su gente cuantos le parecieron mas robustos y mas determinados, y salió con ellos á la parte del real una tarde que los romanos andaban algo descuidados, y comenzó primeramente de pelear con algunos que tomó fuera de las estancias, llevándolos cogidos ante sí, dando lanzadas y golpes en ellos, hasta los encerrar dentro de los palenques, y segun ya parecia, trabajaban de saltar al otro cabo de las fosas, y meterse tras ellos, como si fueran tantos los unos como los otros. La cuestion era mas peligrosa de temor y braveza, que del número de sus acometedores, tanto, que muchos romanos andaban turbados en el real, dellos huyendo, dellos tomando sus armas para defender los baluartes y palizada: sobre la cual Amusito porfiaba decontinuo, lanzándole muchos manojos encendidos, y procurando quemar á todo cabo los ingenios y los reparos de las estancias, sin dejar cosa por hacer, hasta que Neyo Escipion sacó por un lado del real copia de gente que le tomasen las espaldas, y con lo restante de su multitud cargó muy furioso contra los de fuera, no sin pensamiento de poderles atajar la tornada, primero que se metieran en el pueblo, y matarlos ó prenderlos á su voluntad.

Y así fuera todo verdaderamente, si (vistos los que primero salieron) Amusito no se retrajera de presto bien concertado con su gente, dejando metido fuego sobre muchos ingenios de madera que los romanos tenian hechos para lo combatir otro dia, puesto que la llama no les pudo mucho dañar, á causa de la nieve ser tanta que todo lo tenia cubierto. Cierto es que treinta dias enteros cuando duraron en el cerco, nunca bajó la nieve de tres piés en alto, con la cual se recrecieron á cada parte muchos embarazos en lo que quisieran obrar: á los cercadores de no poder llegar á la muralla, ni salir fuera del real, ni dar sus combates como deseaban: á los cercados en vedar al fuego que no destruyese los ingenios y palenques aquella vez, y tambien algunas otras que despues les acometieron. Finalmente, conocido por Amusito que Neyo Escipion perseveraba cada dia mas endurecido contra él, y que por nieves, ni frios, ni tempestades que viniesen no levantarian su cerco, mirando tambien que sus adversarios los catalanes porfiaban en lo destruir, y que ningun remedio tenia para se defender, ordenó secretamente de salir fuera del pueblo, y huir á Cartagena donde Hasdrubal residia. Esto hizo con intencion que si los cercados se rindiesen, pues ya no podian hacer ménos, dado que Neyo Escipion usase de clemencia con ellos, él habia de pagar por todos, pues era causa principal de no se vencer hasta las horas postreras. En Amusito faltando, luego los cercados trabaron pláticas con algunos romanos, y brevemente se concertaron, y se dieron á partido, sacando sus vidas y haciendas libres, y toda la manera de vivir que primero tenian: la cual nadie les habia de perturbar, mas de recibir entre sí ciertas capitanías romanas que residiesen allí para los defender, y que diesen rehenes de seguridad, y pagasen para socorro de la gente mil y seiscientas libras de plata fina de las libras antiguas, que cada cual dellas tenia doce onzas de nuestro tiempo: por manera que montaban ahora tanto como dos mil y cuatrocientos marcos de plata, que valen, reducidos al precio de moneda, cinco cuentos y setecientos mil maravedís de la moneda menor castellana, pues era la plata subida, cuyo marco se vende comunmente por dos mil y cuatrocientos maravedís. Esto negociado, Neyo Escipion se vino para Tarragona, con propósitos de tener allí lo restante del invierno: donde llegado, repartió con gran liberalidad entre todas sus banderas, los intereses ganados en aquella guerra, no solo de los acetanos postreramente vencidos, sino de los ilergetes, y de los jaqueses muertos y huidos, y de los otros pueblos que se confederaron, ó dieron á partido: con lo cual acrecentó la fama de bondad, y ganó de nuevo las voluntades á todos los catalanes, para le seguir y servir, y para hacer en cuanto les pusiese toda su posibilidad. El fardaje del ejército metieron en Tarragona: la gente catalana caminó cada cual á su naturaleza, muy satisfechos y contentos. Los romanos pocos dellos quedaron en la ciudad, por ser á la sazon Tarragona pueblo pequeño; los mas fueron aposentados en el campo dentro de su real, guarnecidos muy bien con tendejones de cuero, y con ramadas y chozas, y con otros amparos pertenecientes á la defensa del frio, que ya no lo hacia tan recio como los pasados, á causa que las comarcas de Tarragona son y fueron siempre de su natural calientes y fértiles, y témplanse mucho mas con tener vecina la mar, que siempre mejora las tierras, y las abriga cuando le cae cerca.

CAPÍTULO VIII.

De las señales maravillosas que parecieron en aquellos dias entre los españoles, y por otras partes diversas: y como los cartagineses, turbados con tales visiones, sacrificaron muchos niños á sus ídolos para los tener aplacados, y quisieran tambien sacrificar al hijo de Hanibal y de Himilce su mujer, y lo que desto sucedió por España, y en Italia.

Puestos los negocios en aquel ser, nadie podia determinar qué salida tendrian estas pendencias tan enojadas y tan crueles, comenzadas en tantas partes y con tanto rencor, mayormente que por estos mesmos dias parecian acá grandes señales, con que las gentes andaban turbadas y descontentas. Oyéronse bramidos en el aire temerosos y tristes: oíanse golpes de pelea, como que gentes no sabidas batallasen en las nubes: á muchos parecian fantasmas monstruosas, algunas fuentes manaron sangre por diversos arroyos, y

corrientes de las que primero traian. Hubo bestias que parieron cosas monstruosas y muy extrañas. Algunos animales de hembras se tornaron machos, y tambien otros de machos en hembras: lo cual ya diversas veces ántes y despues aconteció por el mundo. Largo seria de contar los espantos que sucedieron en muchos pueblos y ciudades italianas, y los que tambien parecian en África, y en Sicilia, y en Cerdeña, y en todas las partidas, á quien esta guerra tocaba, cuya relacion y memoria declaran muchos autores por sus libros. En Roma se hacian cada dia plegarias y diligencias muy solemnes como lo tenian de costumbre cuando semejantes muestras acontecian, para que si las tales denotaban alguna desdicha, sus dioses la desviasen, y la trocasen en bien. Los cartagineses no cesaban por África y por España de sacrificar toros, y vacas, castrones, y carneros en gran multitud, á semejante fin que los romanos. Habia personas dellos que sajaban parte de sus cuerpos, y derramaban su sangre, movidos por consejo de sus religiosos y sacerdotes, que certificaban (inducidos del enemigo malo) ser aquella sangre sacada por ellos mesmos, cosa muy apropiada para tener contentos y favorables á sus ídolos y demonios: y verdaderamente tal debia ser, cual ellos creian, aquella bestial ceremonia. Poco despues como la reyerta presente fuese mayor y mas terrible que nunca tuvo Cartago, de quien dependia toda su felicidad, ó su total perdicion, acordaron los gobernadores cartagineses de renovar en aquella necesidad los sacrificios antiguos del dios Saturno, de los cuales tocamos algunos apuntamientos en los cuarenta y dos capítulos del segundo libro. Eran estos sacrificios de Saturno tan subidos y graves, que jamás los hacian sino por cosas de grandísima calidad. Sacrificaban en ellos mancebos, y niños, los mas bien figurados y hermosos que hallaban, echando suertes donde quiera que los hubiese dentro del señorío cartaginés. La suerte hacian en esta manera. Ponian en copia todos los hijos de los nobles, cada cual por su nombre particular, y déstos apartaban solo diez nombres primeros en una caja, para sacar uno dellos á tiento sobre quien viniese la suerte, y el tal sorteado quedaba para sacrificar, y lo degollaban y quemaban sobre sus altares. Luego tornaban á los diez siguientes y sacaban otro por la mesma regla, y así procedian de diez en diez apartando cada vez uno, hasta fenecer la nómina. Quiso la desdicha que de los nombrados en España cupo la suerte sobre Haspar, el hijo de Hanibal, niño pequeño que no tenia dos años cumplidos: porque (segun ya dijimos) largos dias ántes habian los españoles tomado de Cartago la tal supersticion. Los sacrificadores acudieron á la ciudad de Cazlona, donde residia Himilce, madre del niño, muy acompañada de matronas cartaginesas, para se lo pedir y hacer en él aquella crueldad que hacian en los otros sorteados. Pero la madre no lo quiso dar, ántes mostró grandes alborotos en esta demanda, diciendo ser desvarío tal sacrificio, pues los dioses inmortales eran amigos, y no contrarios á los hombres, piadosos, y no crueles, ni sangrientos, favorecedores suyos, y no destruidores, y que desto procedia toda su divinidad y bondad: la cual si bien lo miraban, era cosa tan amigable, tan mansa, tan junta con las gentes humanas, que ninguna podia ser tanto. No cureis, decia Himilce, de porfiar en esto, pues cuando mas no fuera posible, yo tengo de ser la sacrificada primero que mi hijo. Vista por aquellos sacrificadores la contradiccion desta señora, hiciéronlo saber á los gobernadores y príncipes de Cartago: los cuales tuvieron muchas porfías y pareceres en lo que se debia determinar, porque Hanon cabeza mayor en el bando de los Edos, contrario de los Barcinos, pedia con gran eficacia la muerte del niño, pues los otros nobles cartagineses habian entregado los suyos, y casi todos eran ya sacrificados y quemados. Poníales delante, que si dejasen faltosos aquellos misterios de Saturno, les vendrian desdichas y peligros en esta guerra con Roma, como ya tenian experiencia, que muchas otras veces en otras pendencias no tan calificadas les habian sucedido, por no los haber acabado perfectos y cumplidos. En conclusion, que despues de muy altercado se resolvieron todos en señalar embajadores al capitan Hanibal, remitiéndole de dos cosas: la una, cual tuviese por mejor, ó contradecir la suerte de su hijo, como ya dijimos, ó perder el favor de los dioses inmortales, de quien esperaban toda su buena ventura: sobre lo cual determinase lo que mas bien le placeria. Muchos imaginaban que con aquella dilacion la vida del niño quedaria salva, sino Himilce su madre, que temblaba de miedo, creyendo que Hanibal (segun la grandeza de su corazon) lo mandaria luego dar sin alguna pesadumbre. Los embajadores metidos á la mar y poco despues aportados en Italia, hallaron al capitan Hanibal residente sobre las comarcas de la ciudad que llaman ahora Perosa, junto con un lago que por causa della se nombra tambien lago de Perosa: los antiguos le decian lago de Trasimeno. Sus ejércitos andaban al presente valerosos y lucidos, robando, quemando, y asolando cuanta campiña hallaron entre la villa de Cortona y el mesmo lago, puesto que cuando sus banderas llegaron aquí, venian fatigadas y deshechas, á causa que pocos dias ántes pasando ciertos montes llamados Apeninos, y despues un otro rio grande que corre por Pisa y por Florencia, padecieron tan estremados frios, que muchos hombres, y muchos caballos, y casi todos los elefantes, murieron con tempestad y con humedades excesivas: y perecieran muchos mas, si los españoles del ejército no tomaran la delantera, para romper los caminos, y mostrar ánimo con que los otros no desmayasen. Al mesmo Hanibal hallaron los embajadores cartagineses con un ojo ménos, que perdió tambien allí del humor y frialdad incomportable: pero sus victorias pasadas lo traian tan ufano, que menospreciaba todas aquellas pérdidas. Recolígese de lo sobredicho, que cotejando los temporales en España con los pasados en Italia, cuando se hacian estas cosas acá y allá, el invierno presente fué demasiadamente frio por ambas regiones, mas que ninguno de los traseros, ni de los siguientes. Llegados los embajadores cartagineses en Italia, despues de ser muy bien recibidos, y dada la salud acostumbrada de parte de su república, manifestaron la mensajería por las mesmas razones que ya dijimos. Hanibal entendió luego ser los intentos de la proposicion discrepantes de lo que sonaban las palabras: pero como declarasen que la señoría cartaginesa le remitia la determinacion á su querer y voluntad, trabó desto para responder cautelosamente, publicando muchas alabanzas y agradecimientos á toda la señoría, por haber igualado su parecer dél con el favor que pretendia de los dioses inmortales: lo cual entendia agradecer y servir de noche y de dia, cuanto la vida le bastase, dirigiéndole todas sus victorias y conquistas. En el hecho del niño, dijo que Cartago lo debia conservar, y tener en gran precio, pues era la cosa principal á quien tambien él enderezaba todas sus

esperanzas y pensamientos, para lo dejar sucesor en sus armas y guerras, y para que favorecido de sus parientes en España sostuviese lo que Hanibal podria ganar, y conquistase de nuevo lo que le dejaria comenzado, que bien esperaba, si Dios le diese vida, que lo sabria hacer, segun la generosidad y grandeza de sus progenitores: en lo demás, si los príncipes cartagineses habian recelo que la sangre de los otros niños y mancebos sacrificados no bastaban á tener aplacados sus dioses, prometia de muy en breve derramar tanta sangre romana, que pudiese recompensar y suplir cualesquier faltas en aquellas ceremonias cometidas. Y verdaderamente lo cumplió como dijo, porque no tardaron mucho de venir mensajeros en España, que decian haber Hanibal peleado tercera vez contra los romanos en batalla campal, y ganádola con maravillosa victoria, cerca del mesmo lago Trasimeno de Perosa, donde mató casi la flor de sus enemigos. Y porque ninguna cosa faltase para ser el vencimiento perfecto, decian tambien haber dado poco despues en otros cuatro mil romanos de caballo, que venian á recoger los vencidos, y que todos ellos y su capitan, llamado Neyo Centronio, se perdieron. Mas este recuentro postrero como quiera que pareciese desventura grande, no lo sentian en comparacion de la batalla principal, qué fué de las reñidas y bravas que se pelearon en aquel tiempo donde murieron pasados de quince mil romanos, con su capitan general, cónsul y gobernador en aquel año, que decian Cayo Flaminio, sin otros tantos rendidos á prision, como dice Polibio, muy destrozados y heridos: por manera, que de tan gran ejército cuanto Roma pudo juntar, nadie quedó por destruir, sino fueron diez mil hombres que trabajosamente llegaron á Roma divididos en diversos caminos. Otros seis mil hombres huyeron á los montes, contra los cuales Hanibal decian haber despachado luego sus capitanes, y se creia que los habrian ya tomado. No vino habla ni cosa peor, ni pérdida mas importante, ni que mayor daño pudiera traer á los negocios romanos en España, si Neyo Escipion no los conservara prudentemente: y así con esta destruccion reposaron algun dia por allá los unos y los otros, y tambien tuvo fin el invierno del año sobredicho.

CAPÍTULO IX.

Como Neyo Escipion envió á pedir á la señoría romana bastimento de gentes y de vituallas, para continuar la guerra de España contra los cartagineses: y del aparato grande que tambien Hasdrubal Barcino comenzó de hacer en estos dias, así por la mar, como por la tierra, para venir á pelear desde Cartagena con Neyo Escipion.

Comenzados los principios del verano siguiente, cuando se contaban doscientos y catorce años primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, Neyo Escipion Calvo hizo mensaje particular á los cónsules gobernadores romanos con una fusta lijera, dándoles informacion de necesidades que tenia su gente, particularmente la romana que con él hubo pasado, la cual estaba mal bastecida de vestidos, y camisas, y calzado, y mucha della desguarnecida de sus armas, para que lo proveyesen presto, juntamente con alguna jarcia de velas, y cuerdas, áncoras, pez, y betume, para reparar los navíos. Dijo tambien faltarle mantenimientos de pan, aceites, y vino, de que no podia tener tal abundancia, cual seria menester, á causa que la region principal donde se bastecian á la sazon, era solamente de los lugares puestos en la marina, sin tocar en las otras comarcas españolas, metidas en la tierra: y aquella provincia, con tener poco término, y ése dañado, por el asiento de la guerra que sostenia, no les podia bastar, ni se podia granjear, ni los españoles sus moradores eran al presente tan avisados que hiciesen provisiones de tiempos á tiempos, y dado que las hicieran, no queria Neyo Escipion agraviarles, ni serles enojoso tomándoselas, ni le cumpliera hacerlo si no queria perderse. Item, los capitanes romanos, y casi los mas de su gente, con estar acostumbrados en las viandas italianas, habian enfermado, por mudarlas en España: lo cual era menester remediar, y convenia que se curasen y reparasen para traer el ejército desenvuelto, contento y alegre, tal que pudiese comportar los trabajos de la guerra venidera. Éstos fueron los apuntamientos principales que demandaba Neyo Escipion, y la señoría romana comenzó luego de mirar en ello, cuanto su turbacion y necesidad sufrian, mandando juntar algunos navíos de carga, y bastecerlos de la municion y vituallas que hallaban en su ciudad, para los traer en España, puesto que los daños pasados en las batallas y recuentros ya contados, y los aprietos que cada dia recibian del capitan cartaginés los traian tan fatigados y gastados, que no se podian valer: y tenian asaz que remediar en Italia, sin venirles de fuera nueva congoja: pero veian manifiestamente que sobre todas sus fatigas era necesario conservar y sostener las cosas en España, con igual diligencia que las mesmas italianas, y vedar que Cartago no tuviese por allí la tierra libre para dar calor y favor á sus ejércitos, de gente, ni de los otros buenos aparejos que sobraban acá, y así bastecian los navíos á furia como Neyo Escipion lo pedia. Entretanto que pasaban estos negocios, Hasdrubal Barcino proveia con gran solicitud y gran aparato desde Cartagena todo cuanto le pareció menester para venir á pelear con Neyo Escipion, y para lo meter en cuanta revuelta pudiese. Ya tenia consigo muchos españoles y muy bien armados, dellos que vinieron cogidos á sueldo, dellos que le dieron los pueblos de su parcialidad, como fueron los andaluces turdetanos, y los oretanos, moradores en la comarca de Jaen y Baeza, algunos carpetanos eso mesmo del reino de Toledo: muchos tambien del reino de Murcia, y Valencia, con otros cercanos y confines á la boca del rio Ebro: los cuales venidos en Cartagena, como fueron juntos ellos y los otros africanos de las banderas viejas, pasaban todos de veinte mil combatientes maravillosamente puestos en orden. Hizo tambien Hasdrubal renovar en la flota diez galeras crecidas de velas, y cuerdas, áncoras, remos, y remadores, para que nuevamente metidas en el agua, se llegasen á las otras ordinarias que le dejó su hermano Hanibal, armadas y bastecidas en guarda de la costa: y si destas ordinarias hallaron algunas abiertas, ó maltratadas, mandólas calafetear, y bruñir, y brear de nuevo, por tal manera, que la flota quedase firme sin algun escrúpulo, hasta número de cuarenta velas mayores, ó cuarenta y siete, como dicen otros libros, en que metió cuantos africanos y cartagineses de guerra cupieron, por ser aquellos mas acostumbrados á las peleas de mar, y navíos de remo, que no los españoles: de los cuales africanos y sus navíos hizo capitan general un caballero cartaginés nombrado Himilcon, persona de buenos deseos, y de buen juicio para cualquier negocio. Allen-



Combate naval entre romanos y cartagineses en las aguas del Ebro.

de las galeras arriba dichas vinieron catorce naos gruesas de carga, llenas de mantenimientos y vasijas, ropas, calzados, y toda vitualla bastante para sustentar el ejército: dentro de las cuales metió tambien Hasdrubal mucha parte de sus tesoros y riqueza, para la paga de los que tomaban dinero por sus gajes, y los marineros que las traian enviaron en favor de Cartago los andaluces comarcanos al estrecho de Gibraltar, llamados tartesios. Así que recogidos en uno todos ellos, bien concertados, y muy alegres salieron de Cartagena por mar y por tierra, cuando principiaban los meses del estío del año presente, llevando su derrota guiada sobre la vuelta de levante, contra la marina de Cataluña, juntos los navíos á la costa lo mas que podian, y frontero dellos Hasdrubal por la tierra, con sus batallones á pié y á caballo, tan á vista los unos de los otros, que siempre se reconocian y trataban, y todos mostraban gran determinacion de romper con los romanos en cualquiera parte que se topasen.

CAPÍTULO X.

Como la flota del capitan Hasdrubal Barcino se puso sobre la boca del rio Ebro, y Neyo Escipion vino tambien allí con sus galeras y navíos: y pasaron todos en la mar una batalla muy hazañosa de la cual hubieron los romanos y sus parciales la victoria, ganando casi todas las galeras cartaginesas.

Avisado Neyo Escipion Calvo, los dias ántes del aparato que sus enemigos hacian para venir á él, y sabido poco despues que ya todos ellos movian de sus aposentos á lo buscar, consideraba mucho la manera que debiese tener en aquel trance. Primeramente fué su determinacion salir á ellos lo mas en orden que todos pudiesen, y con la flota por un cabo, y con el ejé cito por otro, darles batalla campal de mar y de tierra, pues los cartagineses parecia que la pedian así. Pero como despues tuvo noticia de las grandes ayudas españolas que traian, no quiso venir á la pelea de tierra, temiendo la ventaja notoria que le tendrian: y por esta razon escogió prestamente de todas sus banderas las personas que le parecieron mas hábiles, y mas acostumbradas á pelear en navíos, y se metieron él y ellos en treinte y cinco galeras romanas, las mayores y mas fuertes de su flota, con que movió desde Tarragona contra la parte donde los cartagineses venian. Aquel dia pararon cinco leguas, ó poco mas de la boca del rio Ebro, metidos en un estancia no léjos de tierra, que parece ser aquella donde hallamos ahora la punta que dicen el Col de Balaguer: desde la cual enviaron dos bergantines marsellanos, para que descubriesen la mar, y procurasen de sentir donde quedaban los enemigos, confiando que lo harian éstos de Marsella mejor que nadie, por la fé grande que siempre tuvieron al pueblo romano. Salidos los bergantines, y reconocida muy bien aquella costa dieron presto su vuelta, certificando que las galeras y navíos cartagineses quedaban metidos por la boca del rio Ebro, sino fueron las naos gruesas del Andalucía, cargadas de municion ó vitualla que se rezagaron una legua mas al occidente, sobre la mesma costa de mar, y que la gente de tierra tenia sus reales allí cerca tambien sobre la ribera, sin pensamiento ni recelo de hallar enemigos tan cerca. De suerte, que Neyo Escipion se regocijó mucho con estas nuevas, y deseando ponerles temor, y destruirlos ántes que ninguna cosa sospechasen, mandó muy de presto levantar las áncoras: y metidas cuantas velas traian á la par, enderezó su camino determinadamente contra los enemigos. Habia por aquellos tiempos en la marina de España muchas atalayas, ó torrejones altos: parte de las cuales dejó hechas Hanibal, y parte dellas tenian primero los españoles edificadas, así por allí, como por dentro de la tierra: no solo para resistir á los corsarios y ladrones forasteros, sino para dar avisos, y hacer señas á los pueblos comarcanos de unas en otras cuando fuese menester. En algunas déstas habian puesto gente cartaginesa, que dieron aviso desde léjos como venian los romanos y muchos, pero no declaraban si venian por mar, ó por tierra: con lo cual duraron gran espacio del ejército confusos y mal determinados en lo que debian hacer, y se comenzó gran alboroto dentro del real, primero que por la flota, no pudiendo persona dellos ver ni sentir el estruendo que traian las galeras contrarias, ni la vocería de los remadores, á causa de las cumbres y cerros puestos en ribera que los encubrian. Mas el buen Hasdrubal Barcino como fuese maravilloso capitan, y viese que toda su gente de mar andaba fuera del rio, holgándose los unos con los otros, y que no sospechaban cosa ménos que pasar aquel dia batalla, ni ver hombre romano, derramó luego gente de caballo por todo cabo, para que los hiciesen recojer á los navíos, y les mandasen tomar sus armas y poner á punto de pelea, certificándoles que sin duda venian muy cerca los enemigos. Esto les mandaba con mensajeros continuos que llegaban unos tras otros, y poco despues llegó tambien él, con toda la fuerza del ejército, formados sus escuadrones, dando nuevamente la priesa que podia, de manera que todos andaban negociados y diligentes, arrojándose los remadores y los soldados africanos én las galeras todos mezclados, y revueltos con tanto desórden y confusion, que parecian mas llegar huyendo, que venir á pelear. Despues de metidos en la flota, los unos aflojaban maromas para levantar áncoras, otros cuando las hallaban muy presas, por no se tener en sacarlas cortaban los cables con que venian asidas, otros desplegaban velas, otros aparejaban cuerdas y remos, y los ponian donde faltaban. Por una parte la gente de pelea daban estorbo para que los marineros se desenvolviesen como fuera menester, queriendo tomar ellos lo necesario de sus armas, y venir á las galeras en los lugares convenientes de la defensa: por otra parte los marineros impedian á los peleadores con el bullicio que traian. De manera, que al turbacion de todos se causaba del embarazo de sí mesmos, como de ver los romanos á ojo: los cuales en estas horas no solo tomaban ya la boca del rio, pero hallábanse tan cerca, que comenzaban á revolver las puntas ó proas de sus navíos, para dar en los africanos, haciendo señal de batalla con sus bocinas y trompas. Como los cartagineses esto sintieron, alzan tambien ellos de presto sus remos: y llegadas en uno las galeras, envisten con los enemigos tan valientemente que, (segun dice Polibio) parecieron al principio tener alguna muestra de victoria: porque siendo muchos en cantidad, y trayendo los navíos muy juntos, nada bastaba para los hender ni dividir. Neyo Escipion estaba denodado cuanto se puede decir en la galera capitana, favoreciendo sus romanos con voces y muestras y con todas las diligencias posibles: y tanto bien lo hicieron ellos, y tanto firmes andaban en todo cabo, que despues de pasada la primera furia, no quedaron los cartagineses tan libres, que finalmente no perdie-

sen dos galeras muy fuertes de las que llegaron delanteras, y no les echasen á fondo cuatro las mejores de su flota: con lo cual manifiestamente la parte romana se comenzó de mejorar. Y puesta mayor vehemencia sobre las otras galeras que venian cercanas, á poco rato las apartaron, y les hicieron dar vuelta huyendo contra la ribera del rio: donde fué sin remedio su perdicion, á causa que las unas encallaban por el arenal, otras hendian y desmembraban las armazones bajas, y toda su gente saltaba por el agua, dellos á nado, dellos á pié, trabajando por se venir al ejército de tierra. Los romanos, dado que vieron al capitan Hasdrubal apoderado sobre la ribera con toda su gente, muy apercebida para recudir él donde fuese menester, no por eso recelaron de seguir á los que huian en el agua, conociendo su mucho temor y desconcierto, con que ya no se les podian defender. Y así hecho gran daño por ellos revolvieron luego sobre ciertas galeras que se les apartaron en un lado: las cuales andaban enteras y juntas, y parte dellas volteaban ya metidas en alta mar, desviadas buen trecho de la pelea, caminando con velas y remos á cuanta priesa podian: y las otras restantes que serian hasta número de veinte, queriendo hacer lo mesmo, fueron atajadas y rendidas primero que se pudiesen engolfar, sin escaparse ninguna dellas, y atadas las unas y las otras en la popa de las galeras romanas, salieron todas del rio con increible favor de tan subido vencimiento, mirándolas Hasdrubal y sus ejércitos, sin bastar á les poner algun remedio, ni saber qué hacer, mas de ver á sus ojos como se las llevaban. Esto fenecido, Neyo Escipion enderezó luego su flota por aquella ribera mesma, contra la parte donde quedaban rezagadas las naos gruesas de los andaluces tartesios, para las combatir ántes que supiesen lo pasado con las galeras. Y como quiera que tambien Hasdrubal habia dado mensaje con algunos de caballo, mandándoles que sin detenimiento levantasen áncoras, y metiesen velas, y no parasen hasta se poner en salvo: pero los romanos asomaron ántes que lo pudiesen hacer, con la presa de sus navíos. Y como los andaluces consideraron tanto número de galeras tomadas, y reconocieron la victoria, desampararon sus naos, y cuanta riqueza tenian, y sin curar otro negocio, se metieron á la tierra por donde mejor podian, temiendo que si Neyo Escipion llegaba, serian todos cautivos y puestos al remo de las galeras. Algunos dellos caminaban á sus tierras por huir la crueldad y mal tratamiento de los cartagineses: otros vinieron á las tiendas del capitan Hasdrubal, para le dar sus disculpas y satisfacion en lo sucedido. Mas ninguna cosa les aprovechó cuanto decian en este caso, porque Hasdrubal se mostraba tan enojado, que nunca los quiso recibir, ni mirar, ultrajándolos de palabra, cargándoles ambas culpas, así de la perdicion de sus galeras, en haberlas dejado solas como despues en haber desamparado las naos, y municion, y tesoros: y certificaba que se lo pagarian tan pagado, cuanto nunca hecho semejante se pagó, como personas de quien tenia sospecha grande que traian inteligencias con Neyo Escipion, en su perjuicio dél, y de la señoría cartaginesa.

CAPÍTULO XI.

Como la señoría romana, sabida la victoria de España, comenzó de tratar en Italia con los españoles del ejército cartaginés, para que se mudasen al campo de sus cónsules romanos prometiéndoles gran remuneracion si lo hacian. Y como Neyo Escipion acometió por acá muchas buenas cosas en la mar, sin tener quién se lo vedase ni resistiese.

Muy calificada cosa fué la buena fortuna desta victoria, tanto por haber acontecido con poco daño de los romanos, y ganádose lijeramente, como por no quedar en la parte cartaginesa navíos que pudiesen al presente volver á la mar, y sus enemigos traer absoluto señorío sobre toda la costa: los negocios en Italia parece que tomaron desto muy gran aliento, porque los cónsules y república de Roma cuando supieron aquella nueva comenzaron á tratar secretamente con los españoles que Hanibal traia consigo, como lo dejasen, y se viniesen á ellos, porque ya se conocia ser éstos allá la mejor parte del ejército cartaginés. Y como quiera que su buena fama durase desde los años ántes, cuando sostuvieron la pendencia de Sicilia contra la señoría romana, gobernados por el gran Hamilcar Barcino, como ya lo contamos en el cuarto libro: pero confirmose de nuevo su crédito, despues de pasados en Italia con Hanibal, cuando se dieron las tres batallas del Tesin y de Trebia, y del lago de Perosa, donde fué gran cosa su hecho. Y mas adelante mostraron otro tal en un recuentro muy peligroso que tuvo con ellos un capitan de los mesmos romanos, llamado Quinto Fabio Máximo, nuevamente señalado para regir estas guerras: el cual habiendo ganado cierto paso muy áspero por donde los cartagineses caminaban, comenzó de pelear con ellos un dia por la mañana tan denodadamente, que ya les llevaba de vencida todos sus caballos lijeros, si los españoles no sobrevinieran contra él, y llegados, no le hicieran dar vuelta huyendo, hasta lo meter en su real, con daño de gente que le mataron, sin perder ellos ni un hombre solo. Tito Livio dice ser la razon deste vencimiento, tener los españoles mucha costumbre de tratar en su tierra, desde que nacian, lugares fragosos y pedregales, semejantes á la parte donde batallaron aquel dia, siendo los romanos usados á pelear en campo raso. Pero yo, dado que reciba de buena voluntad aquellas excusas, por darlas Tito Livio, bien sé que muchas personas burlan dellas cuando las topan en autor de tanta gravedad. Así que consideradas estas hazañas, con muchas asaz en que se probaban unos y otros de continuo, creian los cónsules y gobernadores de Roma, que pudiendo traer los españoles á su campo, solo con ellos destruirian el de Cartago. Dioles entrada para lo tentar, allende los buenos hechos acontecidos en España, saber que tenian algun descontento de su capitan cartaginés, en agravio que dél recibian, tomándoles alguna presa de sus aventuras, y no les pagando los gajes ordinarios tan á tiempo ni tan cumplidos como solian: lo cual prometió la señoría romana de les mejorar con el doble, y darles antemano cuanto sueldo les debiese Cartago. Prometian mas, si pasaban á su campo como se lo rogaban, que Neyo Escipion Calvo miraria cuidadosamente por sus parientes, y haciendas, hijos y mujeres en España, pues ya muchos pueblos della se venian á él, y lo seguian y reverenciaban, sin curar de la parte

cartaginesa. Dieron junto con esto relacion abundosa de la victoria reciente del rio Ebro, con las otras ganadas ántes que no sabian ellos. Y movieron tanto las informaciones desto, con los premios y gran satisfaccion contenidos en sus ofertas, que los capitanes españoles con quien se platicaba, dado que no se determinasen al presente de lo hacer, ni respondiesen con la blandura que Roma deseaba, no dejaron el negocio desconfiado, ni sin esperanza de poder otra vez hablar en él, que fué gran ocasion para despues los romanos llevarlo mas adelante. Por estos mesmos dias cuando las tales diligencias andaban allá muy encendidas y trabadas, las de por acá no traian ménos calor. Hasdrubal, puesto que vido su flota perdida, quisiera mucho proseguir la jornada comenzada, para con el ejército de tierra dar en Tarragona y en sus comarcas, y vengar allí los daños recibidos en la mar: y pudiéralo bien hacer, segun quedó poderoso, si Neyo Escipion, como discreto caballero, no pusiera de presto buena guarnicion en la ciudad, y con la mesma presteza no basteciera de muy buenos hombres cuantas galeras habian tomado de la gente que le dieron sus amigos, con intencion de correr la mar á su placer, pues ya no tenian contradictor, y llegarse la vuelta de Cartagena para sentir lo que hallaria por allí, pues tambien era la ciudad principal donde los africanos tenian sus asientos y residencia. Luego como tuvo las galeras aparejadas, comenzó su viaje con buen temporal, pasando la boca del rio Ebro, á vista del sitio donde se dió la batalla, y no muchas leguas adelante saltaron todos en tierra sobre cierto pueblo que solia ser en aquella region, á quien decian Honosca, parcial y confederada con el bando cartaginés: y como la debieron tomar de sobresalto, despues de muy combatida, fué de todo punto ganada y robada, y asolada por tal manera, que con estas guerras continuas y bravas que duraron hartos años en aquella tierra, nunca se pudo jamás tornar á poblar: y parece ser así, porque fuera deste tiempo que tratamos ahora, no hacen alguna memoria della los coronistas antiguos, ni los autores de cosmografía que tenemos al presente.

CAPÍTULO XII.

Del combate que Neyo Escipion y sus gentes acometieron en la ciudad de Cartagena, y en Iviza, y en otros lugares de las marinas españolas que seguian la parte cartaginesa: los cuales fueron socorridos por el capitan Hasdrubal Barcino, con tal solicitud y presteza, que despues nadie bastó para los empecer ni hacer otro perjuicio.

Con la pérdida deste lugar Hasdrubal Barcino recibió gran alteracion, y sin mas detenimiento movió sus banderas camino de Cartagena, temiendo que Neyo Escipion la querria tentar y hacer el daño que pudiese: mas la flota romana traia tan buenos avisos por mar y por tierra, que supo con tiempo todos aquellos movimientos: y recogida su presa de Honosca, tornó toda la gente muy en salvo para las galeras, y siguieron el viaje que primero traia. Hasdrubal apresuraba tambien su jornada: mas no pudo caminar tanto por tierra con tan grueso campo, que primero hartos dias los de Neyo Escipion no llegasen, y se desembarcasen otra vez, y se derramasen por el circuito de Cartagena, haciendo cruel destruccion en todos sus contornos: donde tomaron crecida suma de ganados, que los hubo siempre muchos y buenos en aquella provincia, como tambien ahora los tiene: con lo cual todas las personas que solian residir en cortijos, y granjerías, y casas de placer, y lugares algo mayores, huian á la ciudad y dejaban la tierra yerma. Los romanos, conocido tal aparejo, determinaron ántes que se les acercase Hasdrubal y su gente de reconocer la ciudad para ver si la podrian combatir. Y con esta determinacion vinieron una noche muy callados hasta cerca del muro que nadie los pudo sentir, y comenzaron á meterse por el arrabal, apoderándose de todas sus calles y de las entradas principales que tenian, juntamente con los otros pasos fuertes del campo. Pero no lo pudieron hacer tan secreto, que los ciudadanos, oidas las voces en el arrabal, y vistos los destrozos pasados en la campiña, considerado tambien que la flota contraria perseveraba volteando por allí cerca, no sospechasen luego lo que podia ser: y todos acudieron con sus armas á defender el muro valientemente. Mucho rato duró que cada cual hacia su deber en perjuicio de sus enemigos: mas al cabo viendo los de fuera que no tenian aparejos ni pertrechos para dar combates, y que la resistencia de dentro crecia siempre, pusieron fuego por cuantas partes podian en el arrabal, y salidos afuera, con el mesmo concierto que primero traian, se volvieron á su camino; y allí, si quedaron algunas cosas por destruir y robar en el campo, lo tomaron sin contradiccion, y con ello se metieron á la mar contentos y satisfechos de la buena presa que llevaban. Puestos en las galeras, parecióles todavía tener algun espacio para correr mas adelante, porque sus espías certificaban que los contrarios quedaban léjos, y dado que caminasen á furia, no llegarian tan presto. Y así comenzaron los romanos á costear de nuevo la marina como solian, y disimulando primero, como que ya no tuviesen donde parar ni que hacer, un dia súbitamente saltaron en otra villa, nombrada Longutica, poblacion importante de cartagineses, que presumen algunas personas de nuestro tiempo ser la que decimos hoy dia Guardamar, situada sobre la boca del rio Segura, mas oriental que Cartagena nueve leguas. Pero como no traian argumento legítimo de su presuncion, yo no podría certificar lo que dicen éstos; ántes hallo motivos para sospechar que no lo fué, pues el intento de Neyo Escipion era dejar trasera cuanto pudiese la gente del capitan Hasdrubal Barcino, que venia desde Cataluña, para hacer él á su salvo lo que pudiese, llevando siempre sus navíos romanos delanteros: y si desde Cartagena volviera contra la parte de levante, como cae Guardamar, parece que tornaban á él ó que le salian al camino: de manera, que por buena razon el pueblo de Longutica debió de ser en aquel tiempo diverso de Guardamar, y no muy alejado de Cartagena contra la vuelta de poniente: del cual y de su postura no dan relacion los autores cosmógrafos, griegos ni latinos, ni le podríamos al presente señalar en otra cosa cierta mas de tener por averiguado que pereció con la mudanza de los tiempos, y que venidos allí los romanos, hallaron gran provision de sogas, y cables, y maromas esparteñas, que los dias ántes Hasdrubal habia labrado para sus flotas. Del esparto mesmo cogido y curado, sin poner en obra, hallaron crecida multitud, y Neyo Escipion tomó dél todo lo mejor cuanto fué menester á sus galeras, y lo restante hizo quemar con los magacenes y depósitos en que la tenian. Tres dias despues desto pasado llegaron por tierra los ejércitos del capitan Hasdrubal Barcino, que venian á grandes jornadas, bramando por topar á sus enemigos en aquella

provincia. La priesa y el enojo crecia cuanto mas andaban por hallar á cada parte señales y muestras de las crueldades pasadas, y deseaban satisfacerse dellas rabiosamente. Mas Neyo Escipion, conocido que venian pujantes, y que ya no podria hacer nuevo daño por allí, desvióse de la marina: pero dió muestra fingida de continuar su navegacion contra las tierras occidentales del Andalucía, como que fuese para robar la frontera de Cádiz ó la del estrecho de Gibraltar, ó si pudiese la comarca de los turdetanos. Y por esta razon Hasdrubal Barcino, sin detenerse momento ni llegar á Cartagena, despachó sus caballos lijeros que fuesen muy adelante para resistir algun salto que los romanos harian en aquellas tierras, y con el otro cuerpo mayor del ejército seguia tambien él á mucha priesa, no se desviando de la mar, y poniendo gentes y defensas muchas y buenas en todos los pasos ó lugares que parecian tener peligro. De suerte, que dejó toda la costa proveida lo mejor que pudo cuanta se hace desde Cartagena hasta las fronteras de Cádiz, donde paró: mas hallábase mucho maravillado de ver en su llegada, que ni por estas fronteras ya dichas, ni por otra parte de su viaje, ni él ni los suyos nunca toparon memoria de los romanos ni de cosa que por allí tentasen. Y fué la causa, que Neyo Escipion, para mas los desatinar, dejado su camino que primero fingia, revolvió sobre la isla de Iviza, creyendo que la podria ganar: y llegado, comenzó luego de combatir la ciudad cabeza della dos dias arreo con toda solicitud y diligencia: pero halló dentro tantas armas y tan buena gente, que ninguna cosa le pudieron empecer: y considerando que perdian allí tiempo por (estar como digo) los ciudadanos muy fuertes, y ser todos cartagineses, con quien no se podria tratar concierto, levantó sus estancias de sobre la ciudad, y se metió por la isla, talando cuanto hallaban en los campos; y despues de tener quemados algunos aduares y cortijos de muy adentro, se recogieron todos como solian á sus galeras, con presa mucho mayor, y de mas esclavos y caudal, que ninguna de cuantas hubieron en las otras tierras de España: lo cual bien mirado convenia ser así, por alcanzar en esta sazon aquellos ivicenos muchos bienes y mucho favor, y ser muy servidos en toda su comarca, como vecinos de ciudad hecha primera que ninguna de la señoría cartaginesa, ciento y sesenta años solos despues de poblada Cartago, para comenzar por allí contrataciones y saltos en España, segun ya lo contamos en el quinceno capítulo del segundo libro.

CAPÍTULO XIII.

Como Neyo Escipion, despues de corrida la marina de España con algunas islas de su comarca, puso ligas con algunos pueblos mallorquines y menorqueses, y venido para Cataluña, salió por la tierra gran trecho, hasta las fronteras del Andalucía, y no hallando por allí con quien pelear, comenzó de mover nueva confederacion con los españoles de Celtiberia.

Queriendo moverse las galeras y tornar á Cataluña, tuvo Neyo Escipion dos mensajerías diferentes: una le trajo pesar, otra placer y contentamiento. La primera decia, que navíos africanos habian tomado las naos romanas cargadas con el bastimento que Neyo Escipion hubo pedido los dias pasados, para reparar de vestidos y viandas sus compañías y capitanes, y que las tomaron en Italia cerca del puerto Cosano, viniendo ya su camino; la cual relacion si llegara pocos meses ántes, le fuera mucho perjudicial, mas ahora con las preseas arriba declaradas quedaban todos ellos libres de necesidad, y bastecidos para mucho tiempo. La segunda mensajería fué de personas naturales, y moradoras en la isla de Mallorca, que sabiendo la destruccion pasada por Iviza, vinieron en barcas á concluir de parte de su gente paz y concordia con los romanos. Escipion aceptó liberalmente cuanto le pedian; y despues de satisfechos y dadivados con atavíos y joyas á su propósito que traia la flota, volvieron muy mucho contentos á sus islas. Esto negociado con tanta discrecion y buena diligencia cuanta dijimos, los navíos y su gente no pararon hasta Cataluña; donde salidos en tierra, fueron visitados primeramente de las villas y lugares sus amigos, con embajada particular de cada cual; y luego sucedió la visitacion de casi todos los que moraban en aquella banda sobre la ribera del rio Ebro: despues de los cuales acudió tambien gente de lo mas apartado de España por los confines del mar Océano, como son Guipuzcoa, Vizcaya, Navarra, con otras de su contorno, que deseaban conocer y tratar al capitan Neyo Escipion, de quien tantos bienes oian, y le prometieron su favor en lo que dellos adelante quisiese. Pero los pueblos que verdaderamente quedaron de nuevo ligados y firmes al bando romano bien pasaban de ciento, contados pequeños y grandes, que dieron rehenes muchos y buenos de su fidelidad. A todos estos negocios pasados en España podemos añadir como cosa notable la gran abundancia del año presente, que fué (segun las memorias de Juliano Diácono maravillosamente fértil de mantenimientos y de salud; con lo cual andaban y bullian los hombres á todas partes, alegres y satisfechos, y proveidos á poca costa de todo lo necesario. Desto pudo bien redundar lo que señalan los coronistas latinos, cuando dicen haberse llegado tantas compañas y gentes al ejército romano, que Neyo Escipion tuvo confianza de poder salir por la tierra contra sus enemigos, tambien como por la mar, y darles batalla campal si la quisiesen. Y así visto que le restaba mediana parte del estío por acabar, no queriendo perder tiempo sin hacer algo, pasó las aguas del rio Ebro con sus banderas tendidas y batallones ordenados, poniendo gran turbacion por las regiones y pueblos amigos de Cartago, hasta venir en el puerto del Muladar, á quien las corónicas latinas llaman el Salto Castulonense, contra las fronteras del Andalucía, cerca de la ciudad de Cazlona, donde residia Himilce, muger de Hanibal: y como tambien aquí supiese como lo mas del ejército cartaginés quedaba ya repartido por aposentos, y que su capitan Hasdrubal Barcino residia muy sosegado dentro de Cádiz, labrando galeras y navíos con que pudiese volver á la mar el año siguiente, tornóse tambien él para Tarragona con multitud de ganados y prisioneros que tomaron á la venida y á la vuelta. Desde Tarragona hizo mensajeros al pueblo romano, con la minuta de todo lo pasado, declarando su parecer en la manera que debian procurar sobre la continuacion desta guerra, con mayores ejércitos, y con mas capitanes, y con mas abundancia de municion, pues los cartagineses andaban arraigados y poderosos en España desde tantos años atrás que serian bien menester cuanto con ellos negociasen, no ménos que con Hanibal en Italia. Suplicaba junto con esto, que pues él habia servido por acá mas de dos años en el cargo de capitan general, y dentro deste tiempo sus trabajos habian sido

gravísimos, tuviese por bien la señoría romana de le dar algun descanso, proveyendo nuevo capitan y sucesor que viniese para seguir esta contienda: mayormente que muchos caballeros sus parientes, y su mujer mesma, le certificaban de continuo, que sus heredades andaban mal granjeadas y mal aradas despues que por su persona las dejó de labrar. Y tambien una hija suya tenia dias de se casar, y nadie podria disponer en esto sin estar él presente: las cuales causas parecian asaz legítimas para venir en lo que suplicaba. Los gobernadores romanos, oida su peticion, y miradas las circunstancias en ella declaradas, naturales y pertenecientes al trato desta guerra, no le contradijeron cosa dello, sino fué la provision de nuevo capitan general en su lugar que demandaba, pareciéndoles no convenir aquella mudanza, por ser este caballero muy principal en el pueblo romano, muy prudente, muy rico, de mucha casta y antigüedad, tal que se conocia dél abundante suficiencia para cualquier cosa difícil, cuanto mas en el hecho de España, donde tenian ganadas amistades y conocimiento de gentes importantes, y la plática de los negocios sobre cuantos le podrian suceder. Pero consultaban atentamente qué caballero le darian por ayudador, con quién repartiese las fatigas y cuidados de tan gran competencia. Solo hallaban escrúpulo que la tal persona, para le dar igual mando, no convenia ser ménos generosa ni de ménos arte que Neyo Escipion: y siendo de tanta, recelaban discordias y pundonores entre ellos, con que perderian sus negocios, pues nunca jamás este negro mandar pudo sufrir compañero ni recibir igual, dado que muy limitado sea quien lo tenga. Entre tanto que la resolucion desto venia de Roma, Neyo Escipion (por no vivir ocioso) procuraba cuanto podia de tratar amistades y ligas nuevas con la gente de Celtiberia, pareciéndole, como de verdad era cierto, que traidos los celtiberos españoles al bando romano creceria mucho su poder, y quitaria gran favor á sus adversarios: los cuales diversas veces les daban salarios crecidos, y solian hacer con ellos mucha parte de sus guerras: y las ayudas destos celtiberos fueron siempre muy estimadas, por ser muchos hombres en cantidad, muy feroces y muy ejercitados en las armas, y tener caballos crecidos y buenos, y sobretodo por ser mas razonables y de mas conformidad en su vivir que ningunos de los otros españoles. De cuya region, y de los tiempos en que se comenzó de morar, y mas los aledaños ó linderos que la dividian de las otras naciones sus confines, no será bien tratar aquí, pues lo tocamos en el tercer capítulo del segundo libro: solo conviene decir en este paso, que despues acá los tales celtiberos habian tanto crecido, que muchas de las otras gentes sus vecinas los recibieron entre sí, dándoles gran lugar en sus tierras: y se preciaban de ser contados en el apellido de Celtiberia, puesto que tuviesen otros nombres mas antiguos y mas particulares. Caia en la provincia de Celtiberia mediano trecho del reino de Valencia, por los derredores de Bebel y Segorve con sus comarcas. En Aragon era dellos Hariza, Daroca, Calatayud, y los lugares menores de sus términos hasta la frontera de Medina-celi. En Castilla fué destos celtiberos Zorita de los Canes, Uclés, la que solian decir Urcesa, puestas ambas sobre la raya que por el occidente los dividia de los carpetanos. Cuenca tambien, y Torralva, Huete, Molina, Montagudo, la cumbre de Moncayo, Agreda con sus derredores: gran pedazo de la mancha de Aragon, y mas la ciudad de Numancia, postrera destos celtiberos, junto con la parte donde hallamos á Garay, no léjos de Soria, segun dicen ó la mesma, puesto que muchos autores la llamen poblacion de los españoles arevacos: pero los tales arevacos pueblos fueron de Celtiberia, seguidos en aquella cuerda de tierra, hasta la villa de Coruña, junto con la cual pasaba la raya que los dividia de los otros españoles nombrados antiguamente vaceos. Mas en estas particularidades tan juntas, no conviene detenernos ahora, pues en otra parte mas abundosa las tocaremos adelante.

CAPÍTULO XIV.

De la cuestion que comenzaron á tener los españoles de Celtiberia, despues de confederados á Neyo Escipion, con la gente del capitan Hasdrubal: y como pelearon los unos y los otros dos batallas campales muy grandes, en que los españoles tuvieron siempre victoria, matando gran suma de cartagineses: y de las cosas que desto resultaron adelante.

Firmada la liga con los celtiberos, parecia que lo restante del año, pues era poco, tendria paz y quietud. Y verdaderamente lo tuviera por la parte cartaginesa, sino que los españoles puestos en bullicio de guerra, como tengan ingenio que no los consienta reposar, turbaron el sosiego de todos. Y fué la causa desto, que los aragoneses ilergetes, con quien el año pasado hubo la pendencia que ya dejamos contada, tenian entre sí cierto caballero nombrado Mandonio, persona muy noble de linaje, tanto, que los dias ántes era tenido por principal entre todos aquellos ilergetes aragoneses. Un hermano déste llamaban Indibil, no ménos valeroso, ni de ménos reputacion que cualquiera de su vecindad, parientes ambos muy propincuos del español Handubal, que como dijimos, fué muerto cuando se dió la batalla de Hanon y de sus cartagineses. Viendo, pues, aquel Mandonio, que los romanos y su capitan, á la sazon que dejaban las fronteras de Cazlona, se vinieron á las marinas, y quedaban aposentados en ellas, alteró cuantos pueblos él pudo de los ilergetes sus naturales: y con ellos, y con sus parientes, que tenian muchos y poderosos, entró por los campos y tierras de los otros ilergetes que sostenian el amistad romana: los cuales comenzó de perseguir y destrozar por cuantas maneras podia, con robos, y quemas, y muertes, y crueldades no pensadas. Trajo su mudanza tal desconcierto por aquellas tierras, que lo destruyera todo si de presto no vinieran al socorro tres mil hombres entre romanos y catalanes, enviados por el capitan general. Llegados éstos, no tuvo dificultad la resistencia: porque como los alborotadores anduviesen desmandados y repartidos en muchas partes, y los de Neyo Escipion fuese gente reglada, cursados en la guerra, regidos por capitanes pláticos y concertados: cogíanlos pocos á pocos y sabíanlo tan bien hacer, y tan á tiempo, que mataban muchos dellos á sus ventajas. Algunos tomaron á prision, y la mayor parte despojaron de las armas, permitiéndoles que sin ellas tornasen á sus pueblos. Hasdrubal como supo la nueva desta revuelta, sospechó que Mandonio debiera tener gran aparejo para se rebelar, pues viviendo cerca de los aposentos romanos, en tierra donde ya de su bando poseian ellos asaz lugares y villas, osaba mostrárseles enemigo. Y así, dado que sus cartagineses y él residiesen muy léjos de

donde pasaba la revuelta, no por eso dejó de hacer toda su posibilidad. Recogió de presto los africanos que mas cerca tenia: dejó mandado, que los restantes luego le siguiesen. Él comenzó de caminar apresuradamente la vuelta de Cataluña, para dar calor á Mandonio, certificándole su venida con mensajeros guiados en diversos viajes: porque si los unos fuesen tomados, ó no pudiesen llegar, llegasen los otros. Y no tardó mucho de llegar tambien él en pos dellos, y pasar las aguas del rio Ebro, tan acompañado de gentes advenedizas, que sus enemigos, puesto que fueran cuatrotantos, y no tuvieran contradiccion en la mesma tierra, no bastaran á se les defender: cuanto mas durando Mandonio por la rezaga todavía rebelde, sin haber manera ni remedio con que lo asegurar. En este paso dan bien á conocer nuestras corónicas latinas la sagacidad y prudencia del capitan romano: porque sintiendo que su facultad al presente no bastaba para resistir al cartaginés, desvió la guerra discretamente por otra parte, negociando con los españoles celtiberos, sus amigos nuevos, que saliesen ellos á gran priesa contra los otros pueblos de la parcialidad africana, pues era cierto si lo hiciesen, que para socorrerlos Hasdrubal, habia de tornar atrás, ó perder aquellos que perseveraban firmes en su favor: y no le convenia desamparar cosa tan cierta, por emprender la cobranza destos otros ilergetes, en quien habia dificultad y duda. Los celtiberos hicieron este ruego, por ser la primera demanda que sus amigos le pedian. Y como fuesen hombres guerreros, y puestos en armas á la continua, pudieron salir prestos y muchos: y comenzaron á destruir la provincia contraria con grandes quemas y muertes en cuantos lugares y villas topaban. Y destas villas en los primeros ímpetus tomaron tres muy principales á fuerza de combates: las cuales, dado que no declaren las historias el nombre que tuviesen, ni donde caian, parece claro ser importantes, pues el capitan Hasdrubal y toda la fuerza de sus banderas, dió vuelta para las valer. Llegados aquí, luego los españoles celtiberos les vinieron al encuentro, tan determinados y bravos, y tan encarnizados en la victoria pasada, que no se pudo ménos hacer de pelear con ellos dos batallas campales una tras otra muy crueles: en las cuales ambas el capitan Hasdrubal y toda su potencia quedaron vencidos y destrozados, y muerta gran suma del ejército cartaginés. Tito Livio Patavino coronista romano, pone memoria dellas en los veinte y dos libros de sus historias, pero tan corta y sumaria, cuanto suele ser largo de que cuenta los hechos de sus romanos. Y por esto no me puedo yo derramar como fuera razon, en contar un paso tan hazañoso, ni decir otras particularidades, allende las arriba dichas, recolegidas en algunos otros autores. Solamente declara Tito Livio ser muertos en aquellas dos peleas hasta quince mil cartagineses, y presos cuatro mil: y dado que casi luego despues desto pasado tuviese fin el año presente, no lo tuvo la guerra que siempre se proseguia muchos meses adelante, porque los africanos vencidos se rehicieron con su capitan Hasdrubal, y conservaban aquella region, divididos en muchas partes, con intencion de volver otra vez á verse con los mesmos españoles celtiberos en el campo. Neyo Escipion encendia la cuestion entre los unos y los otros, para que las diferencias nunca cesasen, procurando siempre nuevas discordias desde Tarragona, la cual en este medio tiempo fortificaba con muros nuevos y reparos, y dentro del pueblo labraba tambien algunos edificios al modo romano, determinando, que si la señoría romana lo dejase acá (de lo cual él se temia que sí dejaria) pudiese hacer allí su principal estancia, pues tenia sitio mas apropiado para sus intentos que ningun otro lugar de todas aquellas marinas.

CAPÍTULO XV.

Como vino en España Publio Cornelio Escipion, hermano mayor de Neyo Escipion, con mucho socorro de navíos y gente, para continuar acá la guerra contra los cartagineses. Y como despues de juntos ambos hermanos vinieron sobre la ciudad de Monvedre, por ver si la podrian cobrar: y de las cosas que sucedieron en el tiempo que la tenian sitiada.

Entrados algunos dias y meses del año siguiente, que fué (segun nuestra cuenta) doscientos y trece justos ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, estando los capitanes y gente de Neyo Escipion muy regocijados y satisfechos con las buenas nuevas que contínuo llegaban de las victorias de sus amigos los celtiberos españoles contra los cartagineses, vieron un dia desde lejos venir en la mar, frontero de Tarragona, treinta naos gruesas de carga, con algunos otros navíos de servicio menores. Al principio pusieron alteracion y recelo que podrian ser cartagineses: pero poco despues reconocieron en su manera ser naos romanas, y luego tras aquello salieron fustas en la delantera, que certificaban traer esta flota por capitan general á Publio Cornelio Escipion, hermano de Neyo Escipion, aquel que dijimos en los principios deste quinto libro ser cónsul y gobernador en la ciudad de Roma, cuando Hanibal pasó primeramente en Italia. Venian con él ocho mil hombres de refresco, para que con ellos ambos hermanos de comun consejo mantuviesen la guerra de España contra los cartagineses: y traian razonable municion de bastimentos y vestidos para la necesidad de sus romanos que primero residian acá, puesto que dineros trajeron pocos, á causa de la falta grandísima con que se hallaba la república, por los gastos excesivos pasados en esta guerra. Las naos en breves horas entraron en el puerto de Salou, á vista de Tarragona: y como la gente dellas tomó tierra, luego los ciudadanos y los otros confines amigos y confederados del pueblo romano, llegaron á los visitar, mostrando mucho placer y contentamiento por su venida. La gente reposó pocos dias del trabajo de la mar, y luego todos ellos y su capitan Cornelio Escipion, se vinieron á juntar con Neyo Escipion, y le dieron las letras y mensajes que traian de la señoría romana: por el cual afectuosamente le rogaban y mandaban, que tambien él quedase, como dije, para seguir esta conquista con su hermano mayor, pues así parecia convenir al bien de la república romana. Cuanto al artículo que los dias ántes hubo significado del casamiento de su hija, respondia que ningun cuidado tuviese della, porque toda la señoría romana con amor entrañable la recibia por suya propia, como cosa que mucho preciaban, y con voluntad de su madre y parientes la tenia ya casada muy altamente, trayéndole por marido cierto caballero principal, rico, mancebo, y de gran linaje, tal, que por todas sus buenas calidades, ninguno le pudiera mejor pertenecer: al cual habia dado con ella del tesoro de su ciudad el mayor dote que hasta su

tiempo ningun señor ni caballero recibió con mujer entre los romanos, que fué cuarenta mil monedas gruesas de cobre, llamadas ases, que cada cual dellas pesaba dos onzas, y valia por aquel siglo poco mas de cuatro maravedís de los usados en Castilla y en Leon al tiempo que recolegimos esta corónica, mandándolo V. M.: así que tanteada la suma del dote famoso que dieron los romanos á la hija de Neyo Escipion, porque tan buen capitan, y tan rico caballero como fué su padre, no saliese de España, siendo tanto menester en ella, no pasó de ciento y cincuenta mil maravedís á todo pujar: y por este dote tan excesivo que le dieron en aquel tiempo, la llamaron despues Cornelia la dotada, que cierto nos deberia ser ejemplo para corregir ahora nuestros excesos y desórdenes cometidos en semejante caso. Estaban á la sazon los cartagineses muy ocupados en la guerra de los celtiberos españoles, trabajando por se vengar dellos, si bastaran: y buscando cuantas maneras en esto podian. Los celtiberos eso mesmo siempre se metian mas en ello, sustentando sus victorias, y continuándolas adelante con recuentros y rebatos que les daban. Y como lo tal fué sabido por los dos Escipiones visto que por el presente no tenian estorbo del capitan Hasdrubal Barcino, ni les podria venir á resistir cualquier cosa que hiciesen, juntan sin mas dilatar sus banderas nuevas y viejas, y comienzan á pasar el rio Ebro, sacando los ejércitos muy alegres por la tierra: lo cual pocas veces, ó casi ningunas osaron hacer los años ántes, y sin ver ni topar enemigos, llevaban la via de Monvedre públicamente, por serles esta jornada muy natural para muchos fines. El primero, para tentar si la podrian cobrar y restaurar, y tornarle su prosperidad antigua, pues á causa de perseverar en la confederacion y lealtad del pueblo romano, fué destruida por Hanibal, y despojada de todo su valor y potencia. Lo segundo, porque Bostar, capitan africano tenia la fortaleza della, donde guardaba los rehenes, que muchos pueblos españoles confederados á Cartago dieron al capitan Hanibal, cuando salia de España, como ya lo dijimos en los cuarenta capítulos del cuarto libro. Pero, segun era fama, traia dentro poca defension, y si los Escipiones pudiesen haber parte dellos, ó todos, dado que mas no hiciesen, era hacer mucho, por ser éstos la prenda principal que detenia los corazones de todos aquellos pueblos españoles, para no se declarar el amistad de los romanos, puesto que muchos andaban inclinados á ella: mas no lo mostraban, con temor que si manifestasen, lo pagaria la sangre de sus hijos. Bostar en sabiendo la venida de los Escipiones, hizo juntar cuantos españoles pudo de las comarcas, y mejorada la defensa del pueblo con gentes y pertrechos nuevos, se puso en el campo, mostrando toda determinacion y denuedo para resistir lo que sucediése. Los Escipiones eso mesmo prosiguieron su camino, hasta llegar á los términos de la ciudad. Y viéndola desde léjos, toda la gente levantaron muy grandes alaridos, y la saludaron con acatamiento crecido, movidos á compasion de ver tal adversidad en cosa que solia tener tanta nobleza. Luego fueron los reales asentados cinco mil pasos mas atrás de cierto templo de la diosa Venus, cercano de Monvedre, por ser aquel sitio de buena disposicion, bien seguro, y tambien porque con estar allí, podrian recibir bastimentos de su flota, sin embargo de nadie: la cual habian dejado proveida muy bien, y mandádole, que sabiendo su llegada sobre la ciudad, viniese por la mar, y se pusiesen donde la pudiesen reconocer á todas horas. Así que llegados aquí, trabajaban los unos y los otros en obrar alguna hazaña calificada, primero que se les pasasen los meses y tiempos del verano presente.

CAPÍTULO XVI.

De la buena dicha que tuvieron los dos Escipiones al tiempo que residian sobre Monvedre, para cobrar los rehenes españoles que se guardaban allí dentro, con industria de cierto caballero su confederado, que buscó manera para se los haber: y como los tales rehenes fueron restituidos á sus pueblos sin algun interés.

Habia por estos dias en la mesma ciudad de Monvedre, un caballero español nombrado Aceduz, hombre de clara generacion, en la manera de su vivir hasta allí no ménos bueno que cualquiera de los otros españoles. Tenian dél asaz confianza los capitanes de Cartago: mas en aquel tiempo como reconociese mejoría notoria por la parte romana, miradas las victorias de los celtiberos habidas en su favor, y despues la venida de Cornelio Escipion y de sus gentes, y que los cartagineses ya no parecian, ni su capitan Hasdrubal Barcino podia lo que solia, mudó tambien Aceduz sus propósitos, con la mudanza de la fortuna, como siempre suele ser en tiempo semejante. Luego comenzó de conjeturar, qué manera tendria para se congraciar con estos romanos, obligándolos en algun hecho notable guiado por su mano, pues era claro, que pasado al ejército dellos sin otros adherentes, no seria reputada su persona mas de por un hombre solo, y él pretendia mandar y ser estimado donde quiera que tratase. Parecióle despues de muy considerados los negocios, que ninguna cosa le podrian tanto gradecer, como si les diese manera para que los Escipiones cobrasen aquellos rehenes españoles arriba dichos, y de su mano los tornasen á los pueblos y gentes cuyos eran: con lo cual averiguadamente ganaria la voluntad á todos los caballeros principales, á quien tocase, pues les restituian sus hijos, y les daban la prenda que mas amaban. Pero como ninguna cosa desto se pudiese negociar, sin tener primero la voluntad de Bostar, y fuese cierto que las guardas de los rehenes á nada se determinarian sin su mandamiento, saliose para él, ántes que lo comunicase con otra persona fuera de la ciudad, y hallóle dentro de sus reales, que tenian puestos en la marina, para vedar las entradas y salidas de los navíos romanos en el puerto: y aquí, despues de comunicado con él los negocios y casos que parecian impòrtantes á los hechos venideros, declarole tambien el estado de los presentes, como si Bostar ninguna parte sintiera dello, diciéndole que temores y miedo terribles cobrados por los españoles en tiempo del capitan Hanibal y de sus hermanos los habia detenido hasta aquel dia, sin hacer mudanza contra Cartago, viendo los romanos tan alejados, y no teniendo confianza de socorro, como tampoco la tuvieron los saguntinos de Monvedre: mas ahora, que segun Bostar conocia, los negocios iban ya turbados, y sus enemigos habian osado pasar las aguas del rio Ebro, con intencion de favorecer y recibir entre sí cuantos quisiesen alborotar la tierra: su parecer seria, que Bostar procurase de conservar los pueblos españoles con algunos halagos y buenas obras, y no con asperezas ni temores, los cuales á ninguna cosa le podian aprovechar. Maravillose Bostar de tales palabras, y preguntando, que buenas obras ó halagos podrian hacer para segurar tan grave caso. Los rehenes,

dijo Aceduz, detenidos en esta ciudad, si los volveis á sus pueblos liberalmente, que serán en general dádiva muy agradable para los lugares donde son naturales y en particular mucho mas á sus padres y parientes, á quien se debe tener advertencia, pues ya todos conocemos ser ellos los principales de sus tierras, y los que mas pueden en ellas mayormente que las gentes en este mundo, con quien algo se trata, quieren que se tenga confianza dellas: y muchas veces no querer prenda sobre cosas de seguridad, obliga y aficiona á los hombres á guardar mas su fé, que no si los atan con semejantes asperezas. En el trabajo de buscar quien lleve los rehenes, no cumple tomar fatiga, que yo me profiero de los poner donde fuere cada cual: y quiero favorecer en esto con mi trabajo mi buen consejo, por añadir en un hecho tan provechoso toda la gracia que dentro cupiere. Era Bostar hombre ya de dias, y puesto que cartaginés de nacion, no tenia los dobleces ni recatos de los otros africanos, y como tal, echando cuanto le decian á buena parte, se determinó de le dar los rehenes, para que hiciese dellos á su parecer. Y desta manera, despues de quedar ambos conformes, Aceduz vino secretamente para los reales romanos una noche primero que se los entregasen: y halló que traian la guarda del campo los españoles del ejército. Creo yo que parte déstos serian los naturales de Sagunto, pues (como dijimos en otro lugar) habian acudido copia dellos al ejército romano cuando vino Neyo Escipion: y de sospechar es que despues acudirian todos los otros que se libraron de la pérdida de su ciudad. Y como diesen casi todos en Aceduz, y sin defenderse ni contradecir alguna cosa fuese traido delante de los dos Escipiones, declaroles cuanto tenia negociado de su provecho, para ganar ellos estas gracias que los cartagineses procuraban. Y tomada la fé por ambas partes, y señalado lugar y sazon en que la noche siguiente traeria sus rehenes, hizo vuelta para Monvedre con el mesmo secreto que vino. Todo lo restante del otro dia gastó con Bostar, informándose fingidamente de los mandados y diligencias que debia procurar cuando los llevase, y allí se concertó que la jornada fuese de noche, por desatinar las guardas romanas, que ni les pudiesen tomar, ni salir al encuentro. Llegadas las horas aplazadas con los de fuera, despertó la guarda de sus rehenes, y todos ellos en compañía guiaron el camino derecho contra la parte donde ya los romanos quedaban esperando como si no supiera Aceduz cosa alguna de lo que él mesmo tenia concertado. En llegando fueron todos presos, y traidos al real con mucho placer de los Escipiones, por tener tales prendas cobradas: y luego sin detenimiento los enviaron á sus tierras, encargados á defensas muy honrosas, y con ellas Aceduz, como principal tratador de su libertad, para los entregar en nombre de los romanos á sus padres y parientes, y para hacer aquellos cumplimientos que primero tenia concertado con Bostar al tiempo del engaño. Mandáronle tambien que por parte de los Escipiones declarase, cuán encarecidamente pudiese lo mucho que deseaban ellos y sus ejércitos tener el amor y conocencia de los pueblos españoles, mas que de ningunas otras gentes, y les ofreciesen cualquiera gratificacion que dellos hubiesen menester. Fueron tantos los placeres y regocijos hechos en aquellos pueblos, con la cobranza destos rehenes, que luego despacharon suntuosos presentes á los dos Escipiones, y les replicaron en el caso de sus ofertas con otras ofertas mayores, mostrando que les agradecian mas á ellos la restitucion de sus hijos, que no la agradecieran á los cartagineses, puesto que se los enviaran; pues dado que las obras fueran unas mesmas, parecia que los cartagineses lo hicieran viendo ya la mudanza de España, constreñidos á virtud por manifiesta necesidad, para satisfacer sus pesadumbres y soberbias pasadas, traidas contra los españoles en el tiempo de prosperidad. En los romanos era todo contrario, porque no teniendo conocimiento de los tales pueblos ni de las personas particulares á quien tocaba la cortesía hecha, ni ménos obligacion para se la hacer, comenzaban su buena venida con mansedumbre, liberalidad y clemencia, qué fué siempre la mas alta manera de negocio de cuantas los discretos pueden usar, y con que las cosas mas presto se ganan y conservan. Aceduz, de cuyo consejo se concluyó todo lo sobredicho, fué reputado por varon prudente: reverenciábanlo tanto los pueblos á quien llevó los rehenes y tambien los mesmos Escipiones, que nunca despues le pesó de trocar el amistad cartaginesa por la romana.

CAPÍTULO XVII.

Como vinieron mensajeros en España que certificaban haber los romanos peleado con Hanibal en Italia cuarta vez dentro del reino de Nápoles, en que tambien perdieron la batalla: por la cual razon fué necesario levantar los dos Escipiones el sitio que tenian sobre Monvedre, para tornar á Cataluña, con algun temor de mudanza que hiciesen los catalanes por estas nuevas.

En aquel espacio de tiempo, cuando todas estas cosas pasaban en España, los capitanes romanos residentes cerca de Monvedre, tenian cada dia relacion muy copiosa de los acontecimientos sucedidos en Italia, porque como Cartago no trajese flota sobre las marinas españolas, despues que se la tomaron en la boca del rio Ebro, podian cuantos quisiesen ir y venir fuera de peligro. Deciase pues entre muchas nuevas recien venidas, que los ejércitos cartagineses y su capitan Hanibal, padecian á la sazon falta de mantenimientos, y que los gobernadores del imperio romano, pareciéndoles aquello buen aparejo para seguir adelante sus propósitos, porfiaban allá muy ahincadamente con los españoles, que se pasasen á ellos, como ya desde los dias ántes lo comenzaron á negociar, ofreciéndoles de nuevo muy grandes mejorías y ventajas en los acostamientos, y segurándoles crecidas mercedes en España dentro de sus naturalezas, con cuanto buen tratamiento pudiesen y quisiesen recibir. Y verdaderamente juntada la hambre que sufrian con estas importunaciones continuas, la pasada de los españoles al campo romano quedaba ya tan aparejada. que solo por ella decian, Hanibal haber tenido pensamiento de cesar aquellas guerras, y retraerse con la gente de caballo sin peones, dentro de Lombardía, casi huyendo. Pero su buena dicha lo remedió todo, sin él entender en ello: porque los dos cónsules capitanes generales en aquel año presente, dieron priesa demasiada para venir á pelear con él una batalla campal, ántes que ningun español se pudiese pasar á ellos: la cual batalla decian haber pasado dentro del reino de Nápoles en la provincia que llaman Pulla, junto con un lugar nombrado Cañas, cerca de la mar de Venecia, poco desviado de la Cherinola, pueblos ambos conocidos de nuestra gente, despues que los reyes españoles poseen todas aquellas tierras. Fué la batalla tan espantosa, que murieron en ella largos cua-

renta y dos mil peones, así de romanos, como de los italianos sus confederados, y mas de tres mil hombres á caballo, sin los presos, que pasaban de doce mil: entre los cuales murió tambien uno de los dos cónsules romanos, capitanes generales del ejército, muy esmerado caballero que nombraban Emilio Paulo. Su compañero Terencio Varron, se libró huyendo, con solos cincuenta de caballo. Quedaron tantos nobles romanos despedazados en el campo, que de solos ellos el dia siguiente hincheron tres medidas antiguas, llamadas moyos, de los anillos que les hallaron en las manos. Montaban estos moyos casi nueve celemines españoles de nuestro tiempo, como lo veremos en el quinceno capítulo del sexto libro. Los cuales tres moyos de anillos que les hallaron en las manos, Hanibal envió poco despues á Cartago con Magon Barcino su menor hermano, para que desto reconociesen allá la grandeza de su victoria, pues ya todos sabian que ningun romano podia traer anillos en aquel tiempo, sino fuese caballero de sangre generosa. Los españoles del ejército cartaginés pelearon aquí, no pudiendo ménos hacer, en un batallon á su parte, con otro batallon todo de romanos: y puesto que los unos y los otros hicieron su deber mas de lo que nadie podria decir, en el cabo los romanos cuantos eran, fueron rotos, y tajados en piezas, y se comenzó por allí la victoria. Ningun desastre mayor pudiera recrecer en aquella señoría, por le venir despues de ser rotos en tres batallas campales y bravísimas, una tras otra, de quien ya dimos relacion en los capítulos pasados: y queriendo dar esta cuarta, procuró Roma de juntar lo postrero de su potencia, para (segun parece) lo perder allí todo. Hubo caballeros principales vecinos de Roma, que quisieron desamparar la ciudad, y no parar en Italia, desconfiados que su prosperidad pudiese mas ir adelante: con las cuales obras, y con las proezas hechas en ella, Hanibal cobró tanta fama en el mundo de sabio y esforzado caballero, que le daban ventaja todas las gentes del mejor capitan que nunca hasta sus dias oyeron, y de hecho tal era él sin comparacion. Algunos de los pueblos españoles determinados á se manifestar por la parte romana primero que viniese la nueva, dudaron despues en ello, cuando fué declarado tan extraño vencimiento: puesto que muchos otros no curando desto, se declararon abiertamente, y se querian luego poner en armas contra Cartago, si los dias del invierno no comenzaran á llegar, que forzaron á los cartagineses y romanos á recogerse por sus aposentos. Los cartagineses quedaron en frontería contra los españoles celtiberos sus enemigos, en la region llamada Carpetania del reino de Toledo, que debió ser por las comarcas de Pastrana, Velinchon, y Mondejar, junto con Uclés, ó por las de Siguenza y Medina-celi: pues daban allí cerca las rayas y mojones que dividian estas dos gentes carpetanos y celtiberos. Los Escipiones volvieron á Cataluña con sus ejércitos, y repartieron las banderas por aposentos en estancias y villas: como les pareció convenir. Ellos ambos pasaron á Tarragona, que fué siempre la ciudad en quien tenian puesta su principal aficion, y la mejoraban con muro nuevo, que continuamente le hacian, y labraban sin cesar en él, y con edificios y templos cuantos eran menester á su tamaño, segun la manera que los romanos usaban en sus obras antiguas, que fué no tener lugares ni villas de gran espacio, ni descomarcadas fuera de su ciudad en Italia, sino fuertes, atropados, y bien compuestos. Y con este propósito recogian á la continua cuantos españoles hallaban en aquel rededor, y los traian á vivir allí, mezclados con alguna gente romana, que tambien ya tenian avencidada por el pueblo, concediéndoles muchas franquezas y libertades, y mas otras buenas maneras de gobernacion, conformes al estilo de los latinos, para que con este principio fuese creciendo siempre la poblacion: y dado que del primer golpe no pareciese tan suntuosa como Cartagena, donde tenian los africanos en España la cabeza de su principado, pudiese competir con ella sobre hermosura, generosidad y policía: y allí quedase la recordacion y memoria destos dos hermanos Escipiones, por lo que hacian en ella, como quedaba tambien en Cartagena la del capitan Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar Barcino, por el acrecentamiento semejante que Cartagena recibió del, segun ya lo contamos en los diez y siete capítulos del cuarto libro.

CAPÍTULO XVIII.

Como los dos Escipiones, despues de vueltos á Cataluña, salieron por la tierra, visitando los pueblos de su parcialidad, y vinieron á la provincia de los españoles celtiberos para les dar gracias de lo que por ellos hicieron contra la gente del capitan Hasdrubal. Y poco despues Publio Escipion tomó cargo de las galeras y navios, y Neyo Escipion del ejército de la tierra, para continuar su contienda contra Cartago.

Así como los Escipiones tenian informacion muy continua de cuantos negocios pertenecientes á la guerra buenos y malos pasaban en Italia: bien así la tenian de las consultas y proveimientos hechos en la ciudad de Cartago, sobre lo mesmo, con espías echadas en diversas partes que les daban aviso dello todo: particularmente fueron informados en el medio del invierno, cuando se comenzaban los dias del año siguiente, que fué doscientos y doce primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, como la señoría cartaginesa traia grandes bullicios en juntar dineros y vestidos, y pertrechos, y muy crecida suma de provision, para bastecer sus ejércitos en Italia, que (segun ya dijimos) sufrian extrema necesidad Cortaban maderas en todos los montes africanos, para tambien reparar no solamente las naos viejas que continuaban esta guerra, sino las otras derramadas en la defensa de sus puertos. Y para labrar galeras nuevas tantas que pudiesen ocupar todas las mares españolas: y cobrar el señorío del agua, que por allí tenian desbaratado. Súpose mas, haber esta mesma señoría determinado que Magon, el hermano menor del capitan Hanibal, aquel que les trajo los anillos de los caballeros romanos muertos en la batalla de Cañas, segun ya dijimos, viniese con otro cartaginés en España, para cojer á sueldo veinte mil peones muy bien armados, y cuatro mil caballos, con que supliesen y renovasen la falta de todos los ejércitos, así por Italia, como por España, sin otros cuarenta mil hombres de Numidia berberiscos, y muchos elefantes que recogian en África. Los cuales todos eran menester, porque tambien Hasdrubal Barcino de su parte pedía con gran instancia gentes africanas, á causa que cuantas primero tenia, casi todas eran muertas en los recuentros y batallas pasadas. Mas las tales consultas y determinaciones, acordadas en Cartago, efectuábanse muy de vagar, y flojamente, sino fueron cuatro mil peones africanos, y quinientos de caballo,

que tenian señalados para los enviar en España, movidos con importunacion grave del capitan Hasdrubal. Éstos no se despacharon tan presto cuanto la necesidad requeria, como suele siempre ser entre la gente que trae continua prosperidad en sus cosas, segun traia Cartago por Italia: la cual prosperidad sino cae donde la guien y rijan con prudencia, no puede venir acontecimiento mas perjudicial á quien sucede, pues ninguna cosa se muda tanto ni cansa, como lo que llaman buena fortuna, si algo es, ni que mas muestra sea de fatigas y trabajos venideros, ni que con mayor daño trueque la condicion y ser de la gente, si Dios no lo remedia, con acordarles lo que son, ó como dije, no les da prudente juicio para se gobernar en ella. Que faltándoles esto, de diligentes se tornan perezosos, de virtuosos se ahogan en vicios, de sabios y discretos pasan á descuidados y torpes, de buenos amigos y leales, que fué siempre la calidad mas útil y de mayor exelencia que pueden tener los hombres, se hacen ingratos y desconocidos, y se les olvida todo lo que para ser verdaderos hombres les conviene. Tanto, que por esto solo tenian los antiguos un refran que decian, ser caso muy desdichado la mucha dicha, muy infelice y desastrado la sobrada y continua felicidad. Lo cual pareció ser así, cuando los hechos de Cartago sucedian en Italia con tan crecidas victorias, cuantas ya declaramos: porque como no negociasen sus cosas á gran espacio, sin aquella solicitud y hervor que requerian para las adelantar. Los romanos por el contrario con el dolor y trabajo desto, buscaban todos los remedios posibles, y la necesidad los hacia industriosos y diligentes en Italia, para resistir tan terrible persecucion. Los Escipiones tambien acá nunca cesaban de dar arremetidas por las partes que hallaban descuido, puesto que los dias del invierno fuesen mal aparejados para lo hacer. Y sabiendo de la flota grande que comenzaban á labrar en Cartago, de la cual muchas piezas era cierto que serian acabadas presto, tan guarnecidas de velas y remos, que pudiesen batallar en el agua, comenzaron ellos eso mesmo de bastecer las suyas: y concertaron entre sí, que venida la boca del verano, Cornelio Escipion, el hermano mayor, tomase cargo de las galeras y navíos, y de todos los negocios pertenecientes á la conquista de mar: y Neyo Escipion anduviese con el ejército de tierra, pues ya sabia los pasos y comarcas, y tenia gran experiencia de las condiciones y maneras con que debian tratarse los españoles. Entretanto deliberaron el uno y el otro de partirse disimulados con alguna gente suelta de sus caballos romanos, á visitar los celtiberos y darles gracias por los trabajos y buenas obras recibidas en la resistencia del ejército cartaginés. Y cuando venian por su camino fueron muy festejados en cuantos lugares entraban. Y despues que por aquí los Escipiones hubieron hecho su comedimento con toda la nacion, se tornaron á Tarragona cargados de presentes y joyas, que los tales celtiberos los dieron á ellos y á toda la compañía, de los despojos y presess tomadas á sus contrarios, y tambien de caballos, y mulos, y bestias de carga, para tirar en carretas la municion del ejército, cuando fuese menester: porque como quiera que la comarca de Celtiberia no sea muy fértil en el fruto de la tierra, dánsele muy bien estos animales. Y si los españoles tenian en aquel siglo gente bien encavalgada con frenos y jaeces, ninguna lo fué mejor que los celtiberos sobredichos, por el buen aparejo de bestias que criaban.

CAPÍTULO XIX.

De la mudanza grande que hicieron algunos pueblos españoles, comarcanos al estrecho de Gibraltar contra los cartagineses. Y como sabidos aquellos alborotos, el capitan Hasdrubal salió de sus aposentos, y metido por aquella tierra, pasó con ellos algunos recuentros, en que fué siempre muy mal tratado.

Hasdrubal en todos estos dias fortificaba sus estancias, y teníase dentro dellas cuanto mas léjos podia de los romanos, viendo que de presente, ni por mar ni por tierra les igualaba, hasta que poco despues le vinieron los cuatro mil peones africanos, y quinientos caballos arriba señalados: con los cuales tomó tal esperanza y aliento, que se comenzaba de llegar en todas partes á los enemigos: determinando de romper el camino por fuerza. Ponia junto con esto mucha solicitud en que sus galeras y fustas labradas en algunos puertos del Andalucía, saliesen á la mar, y defendiesen las islas y la marina como solian: y verdaderamente sus habilidades y sus acometimientos eran de tan singular caballero, que pasaran muy adelante, si cuando mayor ímpetu traia sobre los continuar, no se desviara la guerra por otro lado donde ménos lo sospechaban él y sus ejércitos. Fué la razon desto, que los mas de los pueblos llamados tartesios moradores en el contorno de Tarifa, sobre la salida del estrecho, mostraron alteracion, y se comenzaron á rebelar contra Cartago, movidos por los marineros y patrones de naos sus naturales, que ya dijimos haber perdido las naos gruesas en la batalla del rio Ebro: los cuales injuriados de la reprehension y denuestos que recibieron allí del capitan Hasdrubal, nunca despues quedaron bien fieles á él, ni ménos á las cosas de Cartago. Primeramente combatieron un pueblo su comarcano, donde sentian poca voluntad á la mudanza que hacian ellos: y parece ser tan señalado que muchas historias lo llaman ciudad puesto que no declaren su nombre particular: y luego despues de ganado, levantaron por capitan un caballero noble de su gente nombrado Calbon. Éste derramó la discordia por muchas partes, y recogió tanta gente de presto, que pudo hacer bulto suficiente, segun parecia, para se defender y ofender al capitan cartaginés: el cual tampoco tardó mucho de venir, y se meter en la provincia, guiando sus ejércitos contra Calbon, sin curar de los pueblos rebelados, pues aquél desecho, todo lo demas era facil de sosegar. Viniendo su camino luego como tocó los confines de los españoles tartesios, hizo provision y depósito de mucho trigo con otra gran copia de mantenimientos en una villa que decian Ascua ó Escua, segun Tolomeo y Plinio la nombran: de cuyo sitio cual ahora sea no tengo yo mucha certinidad, ni podria decir otra cosa, sino que platican algunas personas tenidas por diligentes y sabias en el arte de cosmografía ser aquella mesma que decimos Huescar, poblacion harto conocida del reino de Granada, no grande ni suntuosa, ni que se pueda contar entre los lugares crecidos desta tierra. Lo cual yo no contradiria, pues la semejanza del nombre le conviene, si no hallase dos inconvenientes peligrosísimos en la tal opinion: el uno, que Tito Livio dice ser Ascua villa de los tartesios españoles, ó por lo ménos en sus confines, los cuales tartesios ya declaramos en otras partes no tener duda que caian en la comarca de Tarifa, cayendo Huescar muy alejado della, mas oriental que Granada veinte y

seis leguas cumplidas, casi en el medio camino que va desde Baza para Alcaraz, que por buena cuenta son mas de sesenta leguas desviada de Tarifa, contadas á la menor distancia. Lo segundo, que Tolomeo pone tambien el asiento de Ascua sobre la marina del Andalucía, discrepante de lo que hallamos en Huescar, dado que para salvar esto postrero suelen decir, que desde los tiempos de Tolomeo hasta los nuestros va mudada la costa del reino de Granada, por haber descubierto la mar un pedazo della donde solia tener agua: y así la hallamos algo diferente de como los cosmógrafos pasados la dejaron señalada. Pero con todas estas excusas el primer inconveniente no queda satisfecho ni seguro. Libros hay que la llaman Asena, y no Ascua: la cual Asena, si las letras de su nombre no van revueltas, pudo ser algun pueblo de los tartesios antiguos que pereceria despues de la mudanza de los tiempos, como perecieron otros que solian tener en su region y provincia: lo cual es lo que mas á mí me satisface; pues cotejadas las posturas antiguas con las modernas, no me parece que de ninguna suerte pueda ser Ascua la que dicen Huescar ahora, por lo ménos aquella de quien los historiadores romanos hacen mencion en este paso que tratamos al presente. Apoderado, pues, el capitan Hasdrubal Barcino de la villa sobredicha, sea cual se fuere, para la tener por granero, donde se proveyese la gente de sus ejércitos cuanto tiempo durase la pacificacion destos españoles tartesios, pasó luego (segun dije) contra Calbon, y hallóle dentro de su real, junto con la ciudad, que pocos dias ántes los suyos hubieron combatido, bien acompañado de valientes hombres. Y llegados los cartagineses á tal trecho que se podian dañar los unos á los otros, Hasdrubal echó desmandados en la delantera sus caballeros lijeros, para que reconociesen las estancias de los andaluces, y procurasen de los traer fuera de su real, con algunas escaramuzas. Una parte del peonaje repartió por diversos cabos en el contorno de la villa, mandándoles que trabajasen de matar y prender cuantos le viniesen á las manos, y robasen el campo de toda parte: por manera que las revueltas y tumulto se comenzaron á trabar en el real: y juntamente de fuera se hacian muchas muertes y destrucciones. Con esto los andaluces provinciales venian á la continua despavoridos y turbados, los unos tras los otros, huyendo por montes, y valles y caminos, y se recogian al fuerte donde residia Calbon: y como los mas fueron allí juntos, y se vieron libres de la persecucion que venia por el campo, comenzaron á perder el temor: y no tardó mucho de cobrar tal esfuerzo, que no solamente se hallaron bastantes á defender las estancias y palenques, sino para tambien acometer en batalla los enemigos. Así que luego salieron en un tropel fuera del real, esgrimiendo las armas contra los de fuera, tan denodados y bravos, que los africanos mesmos, espantados de la súbita determinacion y ferocidad con que llegaban, habiéndoles ellos retraido primero, heridos y maltratados, cobraron tal temor, que luego todas las banderas, por mandado del capitan general, se reunieron en un collado harto fuerte: cerca del cual, en lo bajo dél, pasaba cierto rio, que lo hacia mas difícil. Este rio puso Hasdrubal entre los suyos y los españoles, para que con el agua tuviesen impedimentos, si quisiesen pasar á él. Entretanto que la gente subia, rodeó por los lados con algunos caballos, y guareció los que venian rezagados: y cuando los tuvo puestos en salvo, hizo recorrer el sitio con palizadas y setos bien anchos y recios, no se confiando mucho de la defensa del rio ni de la braveza del cerro, puesto que todo junto se fortificaba mucho.

CAPÍTULO XX.

Como los españoles comarcanos á Tarifa combatieron y ganaron el pueblo donde los cartagineses tenian recogida toda su provision de vituallas: pero como se descuidasen poco despues con las victorias pasadas, fueron acometidos improvisamente de sus contrarios y vencidos en un gran rebato, tras el cual toda la tierra quedó pacífica.

En todos aquellos intervalos que la gente cartaginesa residia por allí, nunca cesaban jamás acometimientos y recuentros en ambas las partes, no ménos de noche que de dia, pero siempre favorables á los españoles, y con mucha pérdida de sus adversarios. Porque segun afirma Tito Livio, ni los africanos á caballo se podian igualar con los caballos españoles, ni los peones moros flecheros con los peones de España, que peleaban cubiertos de sus pavesinas, llamadas cetras: pues dado que de lijereza y presteza fuesen iguales, en la fuerza corporal y valentía de corazon dicen que llevaban los españoles ventaja. Desta manera conociendo Calbon que no hallaba remedio para sacar los cartagineses á la batalla fuera de las estancias, ni se desmandaba persona dellos, puesto que muy continuamente les rodeaban el real, y los denostaban y hacian muchos vituperios, ni trabajaban en otra cosa mas de fortificar sus baluartes, y que seria peligro quererlos allí combatir; dejolos en aquel ser, y revolvió sobre la villa, donde ya contamos tener Hasdrubal recogidos sus bastimentos, al tiempo que venia contra Calbon esta vez. Y puesto que los de dentro se quisieron defender, y les mostraron asaz rebeldía; finalmente fueron combatidos y tomados con cuanto dentro tenian: y luego tras esto los andaluces ganaron toda la comarca del rededor, y se derramaron por ella, triunfando como señores de la tierra, menospreciando cuantos cartagineses pudiesen venir á turbar su victoria, sin que Calbon ni persona de los otros principales bastasen á detenerlos en el real, ni pudiesen acabar que se juntasen por sus cuarteles, obedeciendo sus capitanes, ni que hiciesen la guarda del campo, ni de las estancias como solian, ni parte de las otras diligencias que necesariamente conviene ser hechas con gran solicitud en la disciplina militar, así por el peligro ser allí mayor que de ningun otro caso, como porque la falta de diligencia puede perder y destruir en una hora cuanto se gana con el trabajo de muchos años, y en cosa de tanto peso requiérese mas atencion para conservar lo ganado, que para ganarlo de nuevo. Viendo, pues, el capitan cartaginés la negligencia de los andaluces, y sospechando que con haberlo hecho de valientes hombres en lo pasado, lo menospreciaban á él y continuaban sus descuidos, esforzó mucho los suyos, y comenzó de bajar la cumbre del cerro donde lo dejaron, concertadas las haces maravillosamente, rogándoles que fuesen á vengar tantas injurias y tantos desacatos cuantos habian recibido, pues tomarian los contrarios á manos, sin órden, y sin banderas, y sin caudillos que los rigiesen, prometiéndoles que si perdian el temor para los acometer segun él daria forma, la victoria seria cierta sin alguna contrariedad. Y diciendo y haciendo, dado que muchos recelaban la jornada, comenzó de

mover contra los reales de Calbon. En este punto los andaluces tartesios, como sintieron aquel movimiento, la gente del campo venia corriendo por diversas partes. Algunos hacian señas desde las atalayas y descubrideros altos, para que los desmandados se recogiesen y salvasen donde podrian. Y así despues de juntados la mayor parte dellos, dieron al arma por el real con grandes alaridos, tomando los aparejos que primero hallaban á mano para salir á la pelea: con los cuales aparejos venian á mucha priesa como se les antojaba, sin esperar capitan ni bandera, descompuestos y desatinados, y se metian en los cartagineses, no haciendo mas caso dellos que si no fueran hombres, ni trajeran armas, ni supieran pelear. Y á los primeros que salieron andaban trabados con cuantos cartagineses toparon en la delantera, combatiendo muy recio todos ellos. Otros venian á manadas para los ayudar, desparcidos en diversos lugares. Muchos que no salian tan presto daban priesa para tomar armas y llegar á lo mesmo, todo con tan gran confusion y bullicio; pero con mayor osadía de lo que quisieran sus contrarios, tanto, que con el ímpetu solo cuando llegaron les pusieron increible turbacion; y poco faltó que no les deshiciesen los escuadrones delanteros, rompiéndolos á diestro y á siniestro hasta casi la mitad. Mas luego recudió la gente trasera con su capitan Hasdrubal, y comenzaron á les tomar las espaldas para los rodear en todas partes. Y como los andaluces acometedores fuesen pocos y desordenados, y los cartagineses muchos y muy trabados en su concierto, conocieron los de Calbon á poco rato la mala defensa que tenian: y viéndose cercados entre tanta multitud de contrarios, y que por detrás y por delante los empujaban al medio, comenzaron á se mirar los unos á los otros como gente confusa, y á remolinarse para pelear en la redonda: lo cual en la postre les trajo gran inconveniente: porque con deseo de hacerse todos un tropel, y juntar armas á fin que los enemigos no les entrasen, apretáronse tanto, que trabajosamente las podian mandar, ni herir con ellas á quien tenian delante. Los cartagineses en esta sazon acabaron de cerrar sus cuarteles á todas partes, y mataban en los andaluces á su voluntad gran espacio del dia, sin tomar á partido ni prision hombre dellos. Calbon en las mesmas horas andaba dentro de su real, deteniendo cuantos él podia que no se desmandasen: y junto con esto fortificaba sus baluartes y reparos para conservar aquella poca gente que le restaba, procurando de se rehacer adelante para renovar despues la contienda, si no que acaso luego sintió las voces y gritos que se daban en la batalla: y conocida la desventura de sus amigos, sin poderlo mas comportar salió corriendo como persona desesperada con algunos de sus aficionados: los cuales, dado que pocos, no llegaron tan flojos, que mucha parte del ejército contrario no diese la vuelta para los recibir: y con esto cuantos primero se hallaban rodeados entre la gente cartaginesa, como tuviesen vagar en dejarlos de herir, aquellos que revolvian contra Calbon, embrazaron reciamente sus escudos, y refirmaron en las manos eso poco de las espadas que tenian, y dan por el un lado que mas los acosaba tan rabiosamente, que derrocaron gran golpe de los enemigos, abriéndoles un portillo por donde salió parte dellos, y se libraron á su pesar en las montañas y sierras que caian allí cerca. Tras aquello, si gentes algunas habia metidas en el real, fueron puestas en huida, desamparándolo todo: porque ni de Calbon ni de cuantos le siguieron en aquel socorro quedó persona viva, ni se halló quien bastase para remediar tan gran desventura. Luego los lugares cercanos el dia siguiente vinieron al ejército del capitan Hasdrubal pidiendo perdon de sus culpas; y poco despues las otras poblaciones mas adelante, que principiaron y fueron ocasion de todos estos levantamientos, hicieron lo mesmo.

CAPÍTULO XXI.

Como llegaron en España mensajeros de la gran Cartago, mandando que su capitan Hasdrubal Barcino pasase luego en Italia para se juntar con Hanibal: y primero que saliese della proveyeron en su lugar otro capitan, llamado Himilcon, que mantuviese por acá la guerra contra los dos Escipiones: y de la mudanza que desto se recreció por algunos pueblos españoles.

Ninguna persona dudaba que la pacificacion destos españoles andaluces traeria sosiego general para todas las otras naciones comarcanas, segun el escarmiento cruel que padecieron. Y trajérala ciertamente, como todos creian, si pocos dias adelante no vinieran embajadores nuevos en España de la señoría cartaginesa, con instrucciones y consultas de gran calidad en el hecho destas guerras: entre las cuales era muy principal un artículo, donde se declaraba convenir á la reputacion y dignidad de su república, que puestos acá los negocios en el mejor estado que podian tener, Hasdrubal recogiese cuantas banderas hallaria mas aparejadas y mas bien armadas de los españoles sus confederados, y con ellos y con la mayor parte del ejército viejo procurase de pasar en Italia, para se juntar con el capitan Hanibal, y trabajasen ambos hermanos en destruir á Roma, pues faltaba ya poco para lo hacer despues de la batalla de Cañas. Roma destruida, quedarian sus capitanes en España desamparados y sin cimiento, y la podrian sojuzgar á ella y á ellos sin estorbo de nadie, juntamente con todas las provincias italianas. Este mandado puso gran alteracion á muchos pueblos andaluces deseosos de novedad, creyendo que si se hacia la jornada, salido lo mas de los cartagineses con Hasdrubal fuera de su region, seria cosa fácil echar della cuantos quedasen: y siendo menester llamarian romanos, y los meterian entre sí para se conservar. No se puede decir los murmullos, y pláticas, y regocijo que todos traian, concertando lugares, y lances, y maneras con que lo pondrian en obra cuando fuese tiempo, como si desde muchos dias ántes hubieran esperado tal aparejo. Tambien los dos Escipiones cuando supieron aquella mensajería comenzaron á moverse, determinados á resistir esta pasada, por ser averiguado que si se hacia, las cosas romanas en Italia correrian grandísimo peligro. Luego sus galeras y fustas mayores y menores, pocas á pocas fueron metidas en la mar, y Cornelio Escipion con ellas. Neyo Escipion apercibió las banderas de los aposentos, y requeria con gran importunidad la gente de los catalanes y de los otros españoles sus amigos, para los tener aparejados al tiempo del menester: de manera, que los bullicios y diligencias, dado que secretos en toda parte, fueron continuos y muy cuidosos tanto que sentidos por Hasdrubal Barcino, despachó tambien él mensajeros y letras á la gran Cartago, replicando muchas veces en ellas cuanto daño hacia la fama de su partida por aquellas naciones y gentes: y que si todavía porfiaban en ella, les hacia saber como primero

que sus ejércitos pasasen el rio Ebro serian las Españas de los romanos, pues allende que no tenia consigo capitan ni defensa bastante que pudiese dejar acá, los dos Escipiones sus contrarios entrarian la tierra cuanto mas adelante pudiesen: los cuales eran tales, que con igual poder habia dificultad en resistirles, cuanto mas dejándolos libres y sin estorbo. Por tanto, que le parecia, si de las Españas hacian alguna cuenta, pues eran la substancia de todo su ser, que convenia señalar capitan esmerado y bastante, que viniese luego desde Cartago con ejércitos poderosos. Y mas les avisaba, que la tal persona fuese calificada para poder entender en esto: porque dado que con los romanos acabase sus hechos tan venturosamente cuanto podria desear, era cierto que la mesma gente de los españoles no se le mostrarian ociosos, ni tenian condicion para jamas reposar en las armas, y le darian tanto que hacer solos ellos, que todo su valor y diligencia le fuese bien menester. Estos mensajes, puesto que cuando llegaban movieron algo la primera determinacion de los príncipes cartagineses, al cabo despues de muy considerado lo que contenian, no quisieron revocar alguna cosa de lo concertado, mandando que necesariamente su capitan Hasdrubal Barcino se determinase para venir en Italia muy en breve, pues las cosas allá parecian tener lugar al presente para se concluir y fenecer, solamente proveyeron ántes de su partida, que cierto caballero nombrado Himilcon, hijo de Bomilcar, viniese para residir en su lugar: el cual acudió luego tras los mensajeros que traian la respuesta, con ejército de gentes y de galeras bien aparejadas, y suficientes para retener las Españas por mar y por tierra. Su desembarcacion fué donde no quisiera, constreñido con tormenta de la mar en un puerto peligroso, cuyo nombre ni sitio no declaran nuestras corónicas. Solo dicen ser los moradores gentes aficionadas y parciales al bando romano. Pero como Himilcon no pudiese ménos hacer de salir á tierra por esta parte, reconocidos todos los inconvenientes y dificultades que tenia despues de reposada su gente, mandó sacar fuera del agua todos sus navíos: y dejándolos cercados al derredor con palenques y fosas, para que nadie se los pudiese llevar ni quemar, él salió deste puerto con algunos caballos lijeros muy secretamente, caminando noches y dias, hasta llegar al aposento del capitan Hasdrubal, pasando por pueblos dudosos y contrarios á su parcialidad, en que sufrió temores y trabajos asaz peligrosos: y sufriera mucho mas si las prestezas y priesa que se daba no le valieran. Quiso tomar este viaje por tierra mas que por la mar, á causa que las galeras romanas, allende ser mucho mayor número que las suyas, andaban puestas en paradas, repartidas en aquellas marinas, y corrian todos sus traveses con tanta solicitud y diligencia, que no se les iba barca ni persona por menuda que fuese, dado que se desviasen muy léjos. Llegado, pues, Himilcon al capitan Hasdrubal, y platicados entre los dos cuantas instrucciones, y mandamientos traia de Cartago, sobre lo que debia concluir en el artículo de su partida, tornóse para su real muy informado tambien él del mesmo Hasdrubal en la manera que le convenia tratar adelante la guerra de España. Tornó con igual priesa y algo mayor de la que trajo cuando venia, pues en cosa ninguna podia tener mejor seguridad que pasar á toda furia hasta salir de las provincias por donde caminaba, segun eran llenas de contrarios. Hasdrubal, visto que ya por ninguna suerte podia rehusar ni contradecir la jornada de Italia, suplicó sus banderas faltosas con los españoles que pudo, dellos traidos por halagos y cautelas, y dellos por fuerza y premia de las villas y regiones que tenian su confederacion. A los cuales demandó primero que moviese los ejércitos gran copia de tesoros, acordándose que cuando Hanibal salió de las Españas habia redimido con dineros muchos pasos por donde caminaba, que le fueran difíciles de sobrepujar. si desta manera no ganara la voluntad á quien se los podia defender. Sabíase mas, que cuantas ayudas de gente francesa le siguieron en aquella jornada, todas habian sido ganadas á fuerza de dineros: y conocíase muy averiguado, que sin aquella gran suma de riquezas que sacó de los españoles, nunca bastara para llegar en Italia ni para tocar á los Alpes. Con recelo desto quiso tambien Hasdrubal ir bastecido de lo necesario, para si le viniese tal necesidad tener el remedio presto. Y así recogidos aquellos tesoros (como digo), que fueron excesivos en cantidad y mucho preciosos, comenzó de mover sus ejércitos ordenadamente contra las riberas del rio Ebro.

CAPÍTULO XXII.

De las cautelas y rodeos que los dos Escipiones romanos buscaban para detener al capitan Hasdrubal en España, vedando cuanto podian la jornada que pretendia hacer en Italia: y como finalmente vinieron á pelear una batalla famosa donde le desbarataron y deshicieron todos los aparejos y principios de su viaje.

Sobre todos estos conciertos traian los capitanes romanos muchas espías encubiertas derramadas en el Andalucía y en la ciudad de Cartagena, que les avisaban continuo de cuanto se podia saber. Y como fueron informados, que ya los cartagineses comenzaban su viaje por tierra, sin haber alguna memoria de venir ellos ni parte suya por mar, Cornelio Escipion dejó las galeras en que solia residir, poniéndolas en puerto seguro con suficiente recaudo para su gobernacion: y sacados los peones que buenamente les pudo tomar, él se vino con ellos al ejército de Neyo Escipion, para que juntos ambos hermanos muy bien aparejados, dejadas todas cosas pudiesen llegar al encuentro de sus enemigos, y morir, ó vedarles esta jornada: porque como ya declaramos en lo pasado, si las guerras en Italia no se podian comportar ni resistir, tratándolas Hanibal solo, parecia claro, que sobreviniendo Hasdrubal en aquella coyuntura, destruirian la potencia romana sin algun remedio. Fatigados en este cuidado los dos Escipiones, movieron luego desde Tarragona contra las riberas del rio Ebro para juntar sus banderas cuantas habian sacado de los aposentos con las de los españoles sus confederados: y como las tuvieron recogidas, pasaron el rio primero que los enemigos pudiesen llegar á él. Puestos allí consultaron algunos dias cual seria mas apropiado para detener al capitan Hasdrubal, ó combatir algun pueblo de su parcialidad, ó llegar los reales romanos á las estancias contrarias, poniéndoseles delante donde quiera que caminasen. Finalmente despues de muy platicado lo que debian obrar tuvieron por mejor ir á poner sitio sobre cierta poblacion española de las viejas, confederadas al bando cartaginés: la cual por estar muy cercana del rio Ebro, que (como ya muchas veces tengo dicho) los antiguos

solian llamar Ibero, tambien ella se decia Ibera, (1) segun escribimos en el quinto capítulo del primer libro, cuando declaramos la sazon y los dias en que fué cimentada. Ésta dice Tito Livio ser ciudad suntuosa, de mucha reputacion y valor, al tiempo que se trataban estas guerras en España con los cartagineses: los cuales tenian aquí su frontería contra Tarragona, para correr ellos, y defender la ribera del rio sobre la mano derecha, vedando que sus adversarios no se desmandasen á los otros lados: y como tal imaginaban los dos Escipiones, que si la comenzasen á combatir, Hasdrubal y todos los demas acudirian á la defender, y de fuerza se revolverian allí con ellos y les darian batalla, sin que bastasen á la rehusar, pues en otra manera dejarian cualquier afrenta, hasta se ver fuera de las Españas. Verdaderamente segun pareció, muy bien acertaron los Escipiones en lo que sospechaban: porque como fué declarado su camino contra la ciudad de Ibera, Hasdrubal vino muy apresurado pocos dias ántes, y la proveyó de mantenimientos y gentes en abundancia: pero no quiso parar en ella, por hacer esta guerra con el mesmo pundonor, y las mesmas cautelas que se la hacian, sino dió vuelta sobre cierto lugar allí cerca, que tambien habia tomado nuevamente la voz y parte romana: del cual no señalan nuestras corónicas, ni las romanas tampoco que nombre tuviese, ni donde caia, ni cosa por donde lo podamos atinar, mas de que confiesan todas ellas, haber sido causa que los combates de la ciudad Ibera cesasen, alzando los Escipiones de todo punto su real y su cerco que le tenia puesto, con voluntad que despues adelante la fuerza de la guerra cargase toda sobre los ejércitos del capitan Hasdrubal Barcino, pues parecia que los llamaba. Con esto sin mucho trabajo los unos llegaron á vista de los otros, y los romanos asentaron sus estancias cinco mil pasos apartadas de las estancias cartaginesas, que hacen poco mas de una legua castellana, donde todos ellos pararon algunos pocos de dias, trabándose muy á menudo los que salian al campo de toda parte con escaramuzas y recuentros. Algunas veces hubo revueltas tan enojadas, que para no ser batallas campales, pasaban de peleas medianas, y siempre duraban en aquel estilo, creciendo las competencias y los enojos cuanto mas iban adelante, hasta que poco despues un dia de mañana comenzaron en ambos ejércitos á sonar las trompas mayores sobre las puertas y fosas que tenian en el contorno de sus palenques: las otras bocinas menores andaban tocando por la parte de dentro, segun su costumbre, dando señal de batalla, para que la gente curase de sus cuerpos, y comiesen, y se hallasen alegres y recios en el afrenta venidera. No tardó mucho, que los unos y los otros, como si vinieran hechos de habla salieron al campo con sus haces tendidas, y batallones reglados para romper. Los romanos tomaron un sitio levantado bien llano, por la vuelta mas alta de la tierra, donde veian los hoyos y recuestos de todo su rededor: en tal manera, que de ningun cabo podia nadie llegar sin ser descubierto. Venian ordenados todos ellos algo juntos, como que hiciesen un batallon entero: pero divididos á la verdad en tres haces muy bien distribuidas. La principal haz pusieron en el medio, con todas las banderas, y con todos su alféreces, acompañados de muchos mancebos los mas bien armados y mas diestros en la guerra de cuantos traian en el ejército, concertados en cuarteles á número conveniente. Las otras dos haces tomaron ambos costados á diestro y á siniestro deste batallon. Y todo lo restante que por la mayor parte fué gente de caballo, donde podrian estar poco mas de mil y quinientos hombres, ciñeron los lados postreros del peonaje. Ya por estas horas salia tambien Hasdrubal Barcino fuera de sus reales con las haces juntas en otro cuerpo, repartido con tres listas, casi de la mesma suerte que venian los enemigos. La batalla del medio traian los españoles, sin mezcla de nacion, para que segun Hasdrubal esperaba fuese lo mas difícil del acometimiento. El cuerno siniestro tomó la gente de las provincias africanas, como son moros, berveruces (1), y marroquenos, con otros de semejante calidad: entre los cuales Hasdrubal hizo llegar los caballos que traia cogidos á sueldo de diversas tierras. En el otro cuerno derecho cayeron los cartagineses y sus ayudas, tambien á caballo contra la parte de fuera. Las cuales ayudas eran todas de la region llamada Numidia, gente libre, sin reconocer señorío de Cartago, dado que le fuese comarcana, pero seguian su guerra por sueldo, como la seguian muchos otros. Y fueron tenidos estos numidias en aquel siglo por hombres mas diestros y mas desenvueltos á caballo para pelear y hacer la guerra, de cuantos al presente se conocian. Casi los mas dellos acostumbraban á traer dos caballos juntos: y venidos al afrenta, cuando muy trabados andaban con sus adversarios, si sentian el caballo cansado, saltaban en el otro, con tanta lijereza suya dellos, y con tanta destreza de los caballos enseñados en esto, que nadie se lo podia vedar. Con aquella buena costumbre duraban en la pelea mucho mas que ningunos otros, y la cuestion era siempre doblada con ellos. Todos los otros de caballos sencillos, y los africanos que sobraron, puso Hasdrubal ante los lados restantes, divididos en la manera que mejor le pareció, con seis elefantes armados, que pocos dias ántes le trajeron de Cartago. Estando las haces en esta disposicion los capitanes principales que las gobernaban cada cual andaba visitando los suyos, alegrándolos, y hablando segun era menester, teniendo todos en cada parte gran esperanza de la victoria: porque mirada la manera de su gente, no hallaban razon para desconfiar ninguno dellos, pues en el número de ser mas ó ménos, y diversidad de las naciones, habia muy poca ventaja de los unos á los otros. Si Hasdrubal y sus capitanes tenian extranjeros consigo, lo mismo tenian los Escipiones: y si tambien éstos tenian romanos naturales suyos, Hasdrubal tenia cartagineses, y muchos africanos, que no ménos le fueron aficionados y deseosos de favorecerle en sus hechos á todo tiempo: mas á la verdad tomada por sí cada parte del ejército, diferentes eran en la voluntad, á causa que los romanos, puesto que peleaban en España, léjos tanto trecho de la tierra donde nacieron, sus capitanes les habian declarado primero lo mucho que ponian en este trance, donde no solamente les iba las honras y la vida, con el señorío de todas las Españas, sino tambien el estado de las gentes italianas, y mas la salud y libertad de su propia ciudad, en que tenian sus padres, y parientes, mujeres, hijos y haciendas, y las otras cosas de su principal aficion: las cuales iban perdidas á remate, si no vedasen el camino del capitan

(1) No está averiguado el sitio de esta ciudad, pero Masdeu se inclina á que es distinta de Tortosa, y que estuvo situada á la boca, y parte occidental del Ebro.

(1) Lease bereberes, con cuyo nombre eran conocidos los moros de la comarca de Argel, y sus agregados.

Hasdrubal, en que todo consistia. Por esta razon la gente romana, conociendo depender en aquella pelea la vuelta que deseaban á su tierra, con el descanso que tanto les convenia, quedaron endurecidos y determinados para morir, ó vencer. Harto ménos porfiados hombres, y de muy diversa consideracion tenian las batallas del capitan cartaginés: porque como los mas dellos fuesen españoles inclinados á los pueblos y lugares en que nacieron, pareciales mejor ser vencidos en España, que vencer para salir en Italia, con tantas fatigas y peligros, cuantas se les aparejaban en el camino, mayormente llevándolos Hasdrubal apremiados, y casi por fuerza.

Así que como las batallas fueron ordenadas en aquella manera sobredicha, comenzaron á moverse por ambas partes: y los romanos ántes de venir á juntar, despendieron en sus enemigos una ruciada de dardos, segun lo tenian de costumbre, con que los embarazaron un poco: mas no los habian bien acabado de gastar, cuando la batalla contraria del medio que traian los españoles, puso las picas ó lanzas en el suelo, dando señal que si los dejasen, holgarian de cesar la cuestion. Los romanos del medio salieron luego muy alargados contra fuera, creyendo que de temor lo hiciesen. Y como los españoles aquello vieron, dejadas de todo punto las picas, empuñan las espadas, y sin las acabar de sacar, puesta siempre la cara sobre los que venian á ellos, dieron algunos pasos atrás. Esto fué causa que sus enemigos fronteros tomasen mayor codicia de los embestir: y puesto gran ímpetu para los alcanzar, alargaron tanto sus cuarteles, que se pudieran ver en peligro, por quedar poco firmes y derramados, si las hileras delanteras no se detuvieran: y si los españoles contrarios en aquel momento no deshicieran las órdenes, y se desparcieran arrancadamente por diversas partes, sin bastar nadie para los detener. No desmayaron por esto los otros lados de la batalla cartaginesa, dado que les fué gran perdicion la falta de sus españoles ántes considerando lo mucho largo que tomaron estos romanos del medio, pareciéndoles que venian abiertos y sueltos de las otras compañías, cargaron como valientes hombres: por la parte derecha los cartagineses, y los africanos por el otro costado frontero, comienzan á darles priesa, tendidos cuanto buenamente podian en dos brazos, creyendo que bastaran á ceñir esta lista romana del medio, para la desmembrar del cuerpo principal de su batallon, y tomados entre sí, matar en ellos hasta se hartar. Pero luego sin detenimiento recudió lo que faltaba del ejército romano, con todas sus ayudas y firmezas, tan cerrados y tupidos, que tuvieron asaz fuerza para hender los lados africanos, trastornándolos contra la parte de fuera: y allí como les tomasen el escuadron al través, volvieron los cuerpos sin menearse del sitio donde venian, cada cual á su mano, haciendo frente las partes que primero traian por costados. Y con esto la pelea se comenzó de trabar en las hileras últimas, sin que los principios, ni medios, ni la trasera del escuadron hiciesen movimiento. No tardó mucho que los romanos sintieron la ventaja que tenian en estar mas enteros, y quedarles mas número de gente, despues que faltaron los cuarteles del medio: con lo cual á poco rato todos los peones africanos fueron acabados de vencer, y la mayor parte dellos hechos pedazos. Publican las corónicas romanas, que si los españoles al principio no desampararan la batalla tan de rondon, y tan de voluntad, ántes que llegasen á las manos, quedaran tambien allí muertos, como quedaron los otros á quien seguian: y casi nadie del ejército contrario se pudiera librar. Las corónicas africanas certifican y porfian, que si sus españoles pelearan, los romanos y cuantos españoles eran al otro su bando contrario, fueran destruidos y rotos. Lo cual parece que pueden bien decir, segun la batalla duró largas horas dudosa y combatida. El afrenta de los caballos tampoco tuvo dificultad: porque como los de Numidia con otros moros en las esquinas del escuadron vieron deshecha la fuerza del medio, recogidos ante sí los seis elefantes, y puestos en huida, dejaron desnudas y sin defensa las orillas del batallon que siempre trabajaban. Solo Hasdrubal Barcino quedó sosteniendo la furia hasta los postreros fines: y vista ya sin remedio la pérdida de su gente, no pudiendo mas hacer, salió de la matanza por el camino de Cartagena, con algunos pocos que le siguieron. Luego los reales cartagineses fueron tambien tomados y robados, y seguida la victoria por todo cabo: lo cual dió gran ocasion á que muchos lugares españoles dudosos en la parte que deberian favorer, se declarasen abiertamente por los romanos. En los hechos venideros pareció quedar Hasdrubal atajado, no solo para llevar esta vez algunos ejércitos en Italia, sino para poder estar en España, seguro, segun lo dejaban maltratado.

CAPÍTULO XXIII.

Como los cartagineses africanos, entendida la nueva de sus rompimientos en España, proveyeron á Magon Barcino, hermano del capitan Hanibal, con mucho socorro de gentes, y tesoros y navíos, para lo remediar. La señoría romana por su parte quiso dar manera como se fortificasen acá los ejércitos españoles, para continuar y sostener todas aquellas buenas diligencias comenzadas.

Llegado Hasdrubal á Cartagena, mal acompañado de la pequeña sobra de sus ejércitos, presto fueron con él todos los principales moradores de la tierra comarcana, para saber su voluntad, y sentir lo que determinaba hacer en los negocios venideros. No tardó mucho de venir tambien Himilcon, hijo de Bomilcar, con aquellos navíos y gente que dijimos haber tomado tierra los dias ántes: el cual, conocida la rota del campo cartaginés, y visto que las galeras romanas habian desocupado la mar, como ya lo contamos, y perseveraban todavía recogidas en sus puertos, sin gente de guerra bastante para salir fuera, determinó primero que Cornelio Escipion las guarneciese de nuevo, sacar él tambien las suyas: y sin correr otro peligro se metió con ellas un dia de mañana por el puerto de Cartagena, donde fué muy bien recibido del capitan general, y de los otros sus vecinos y ciudadanos. Pocos dias adelante llegaron al mesmo puerto de Cartagena, sin lo sospechar Hasdrubal, sesenta galeras largas africanas, llenas de muy buena gente, que traia Magon Barcino, hermano tercero suyo dél y del capitan Hanibal, hijos todos tres del gran Hamilcar Barcino. Este Magon siguiendo la guerra con Hanibal en Italia, segun ya declaramos en los diez y siete capítulos pasados, era venido pocos dias ántes en la ciudad de Cartago, despues de sucedida la rota de Cañas, con relacion larga de todos los hechos y pasos victoriosos acontecidos en aquella batalla, generales y particulares: y la señoría cartaginesa le tenia proveido nuevamente para tornar en Italia con aquellas sesenta

galeras bastardas, y diez y seis elefantes armados, y mil y quinientos caballos, y doce mil peones. Otros afirman veinte mil, y muchos veinte y dos mil, y mas una gran suma de dinero para su paga: los cuales él habia puesto sobre la punta del agua, que no les faltaba ya sino tiempo para comenzar el viaje, cuando llegó la nueva reciente del mucho daño que sus capitanes y valedores recibieron en España. Por esta causa pareció que se debia mudar aquella primera determinacion, y mandar nuevamente que con toda la pujanza de su flota, sin faltar cosa della, socorriese luego los ejércitos españoles: de manera que su venida fué tan á sazon y tan á tiempo que ninguna lo pudiera ser mas. Y con el número de estas galeazas, y con las otras galeras de Himilcon, hijo de Bomilcar, que tambien fué razonable cantidad, el puerto de Cartagena hervia lleno de navíos, y la ciudad mucho mas, con gentes armadas que casi no cabian dentro, tan alegres todos ellos, y tan puestos en órden que no sintiendo la rota pasada, se determinaban otra vez á sacar sus banderas en campo para buscar los Escipiones, y les dar abiertamente la batalla campal de poder á poder: lo cual si se hiciera como se platicaba, parecia llevar buen camino. Pero cesó la prosecucion desto (segun imaginamos) por la gran falta de salud que las memorias de Juliano Diácono señalan haber tenido los fines del verano presente, con pestilencia cruel y mengua terrible de mantenimientos en muchas partes españolas: los cuales daños debieron ser mayores en la region donde se trataban aquellas discordias, por el aparejo que las guerras continuas traen á semejantes infortunios. Entretanto los dos Escipiones en el fin del estío despacharon mensajeros á la señoría romana, dándola cuenta por letras y relacion muy larga de sus victorias, y de las cosas prósperas acontecidas en España. Declarábanle tener mengua de dineros y de vestiduras y de trigo para sus gentes, y para los otros amigos que continuaban esta guerra con ellos, á quien faltaba mucho de lo necesario, puesto que cuando el artículo del dinero, para satisfacer las pagas y banderas romanas, y las de ciertos españoles que ya comenzaban, dado que muy pocos á tomar parte de sus acostamientos en alguna moneda, dijeron que si por caso los depósitos y tesoro romano se hallasen gastados y menesterosos, buscarian ellos alguna cautela con que sacar acá metal para lo hacer de los pueblos sus confederados, en la mejor disimulacion que pudiesen. Lo demás no tendria remedio si no lo proveian desde Roma, pues en otra manera ni sus ejércitos, ni la tierra se podrian conservar. Los mensajeros fueron muy bien recibidos cuando llegaron á Roma, con tal placer y regocijo, cual solian ser otros que los años ántes venian á semejantes embajadas: y la victoria particularizada por ellos en palabra mucho mas de lo que traian las letras, fué muy alabada y estimada, haciendo sacrificios y plegarias en todos los templos de sus ídolos, no tanto por haber sido grande, cuanto por el alegría que recibieron en estorbarse con ella la pasada del capitan Hasdrubal en Italia con sus ayudas españolas de cuyo temor estaban allá temblando. En lo demas dilataron la respuesta por algunos dias hasta ver en qué modo podrian efectuar la provision destas necesidades, pues no se hallaba persona dentro de Roma, que visto su mensaje no conociese bien claro ser gran verdad cuanto los Escipiones decian, y justo cuanto demandaban. Al fin buscada cierta manera, dado que dificultosa para lo remediar, la señoría romana permitió que los mensajeros se tornasen, con certificacion que muy presto meterian en España todo recaudo de lo que se pedia. Y así vueltos á Tarragona brevemente dieron otras letras á los Escipiones, en respuesta de las suyas, donde los cónsules y gobernadores de la señoría les mostraban crecidos agradecimientos de su bondad, y de sus esfuerzos y prudencia, rogándoles que siempre lo llevasen adelante, como tan generosos caballeros y de tan alta sangre lo debian hacer. Agradecíanle otrosí, la consideracion que tuvieron á los menesteres y gastos del tesoro romano: los cuales certificaban ser tan damasiados, que parecia milagro poderse comportar: en especial por esta sazon cuando las cartas vinieron, que (segun en ellas decian) allende la pendencia cartaginesa les era recrecida nueva discordia con Filipo rey de Macedonia, príncipe valeroso, señor de muchas gentes y muy armadas, y de mucha disposicion para hacer daños en Italia, por caer ambas tierras tan vecinas y cercanas, que los puertos de mar en una, salen fronteros y derecho á los puertos de mar en otra, como son Velona y Durazo de Macedonia, que miran á Barleta, Brindez, y Otranto, puertos italianos en la provincia de Pulla, divididos todos ellos con poco mar. El fundamento desta nueva guerra declaraban los mensajeros acá despues de venidos, que fué por haber aquel rey Filipo jurado ligas y capitulaciones con Hanibal, en que prometia de traer en su favor doscientas naos gruesas armadas, y venir en Italia para destruir sus marinas altas y bajas, y no ménos por la tierra que por el agua hacer guerra brava contra los romanos á su parte, con tal condicion, que siendo fenecidos aquellos debates, todas las provincias italianas y Roma juntamente con las preseas y robos habidos allí, fuesen de los cartagineses: y pacificadas las tierras, Hanibal y sus ejércitos pasasen á Grecia, para conquistar cualesquiera señoríos y reinos que Filipo señalase, quedando por él todas las insolas de mar, y ciudades de tierra, que caerian fronteras á Macedonia. Decian otrosí los mensajeros, que cuando partieron de Roma, Cerdeña y Sicilia, quedaban muy peligrosas, por se hallar tan sumidas y fatigadas, que ya no bastaban á responder con el salario de las justicias y ministros romanos residentes en ellas, cuanto mas con el sueldo de las banderas que la defendian: para cuya paga les echaban cada dia tributos y pechos extraordinarios en grave cantidad y sabíase cierto, que si Hieron el rey zaragozano de Sicilia, de quien hablamos en los capítulos primero y segundo del cuarto libro, que vivia por este tiempo, dado que muy viejo, no sustentara la parte romana, Sicilia se rebelara notoriamente. Cerdeña ya no quisiera mas de ver en la mar algunos navíos y socorro de la gran Cartago, para se mudar con todos sus pueblos inducidos por un caballero sardo su natural, que llamaban Arsicora, de los mas poderosos y mas acatados en ella. Declararon tambien aquellos mensajeros cuando volvieron á Tarragona la cautela prudente que Roma tuvo para sacar y bastecer entre tantas dificultades la provision de vestidos, vituallas y dineros que los Escipiones pedian, y fué poner á pregon las rentas de la señoría, mandando que los arrendadores públicos las pujasen de nuevo con manifestacion de las ganancias que los otros años pasados habian sacado dellas, y prestasen las tales ganancias á la república para que cuando los tesoros de su ciudad estuviesen rehechos y ricos, les fuesen tornadas con sus intereses. Aquello decian haber acep-

tado tres compañías de vecinos romanos por hacer bien á su pueblo sacadas dos condiciones: la primera, que las tales rentas quedasen rematadas por tres años siguientes en el precio que se tomaban al presente: la segunda, que todos los bastimentos, paños, armas, vestiduras y vituallas, siendo puestos en la mar para traer en España, fuesen al riesgo de la comunidad, y no suyo dellos, ni tuviesen obligacion de lo segurar, dado que se perdiesen con tormentas, ó lo tomasen enemigos: lo cual todo se les otorgó como pedian para socorrer la fatiga de sus ejércitos en España, y para favorecer aquellos dos hermanos Escipiones sus capitanes honrados que tan alta cuenta daban de sí.

CAPÍTULO XXIV.

Como Himilce, la mujer de Hanibal, y su hijo Haspar dieron fin á sus dias, y poco despues un pueblo principal del Andalucía, que nombraban Iliturge se rebeló contra Cartago, tomando la parte romana: sobre lo cual hubo recuentros y peleas muchas y muy bravas: los africanos por lo cobrar y reducir á su confederacion, y los romanos por lo defender y conservar en la suya.

Por aquellos dias mesmos, de tanta diversidad y mudanza de negocios, la pestilencia de quien hablamos en el capítulo pasado, cundia muchas partes y regiones cuanto mas iba, hasta venir á los pueblos andaluces y su comarca, donde sin la gente vulgar que siempre fallecia, murieron personas caudalosas y de gran reputacion al bando cartaginés: entre las cuales pereció Himilce, mujer del capitan Hanibal, en la ciudad de Castulon, ó Cazlona con una gran parte de sus aficionados y parientes: poco despues falleció tambien Haspar su hijo, niño pequeño de pocos años, cuya muerte juntada con las otras, desocupó mucho las tierras vecinas á Cazlona para poder obrar sus naturales dellos algunos movimientos contra los ejércitos africanos. El primero que comenzó la mudanza llamaban por aquellos tiempos Iliturge, cuya postura solia ser en el camino casi derecho que los antiguos hacian viniendo desde Córdoba para Cazlona, desviado de Cazlona veinte y siete mil pasos de trecho, que toman algo mas de seis leguas medianas en España: desviada tambien cuarenta mil pasos de Córdoba, que son justas diez leguas comunes, como lo hallamos en el tratado de los caminos viejos, compuesto por el emperador Antonio Pio. Tenia su fundacion Iliturge, sobre la ribera de Guadalquevir, á mano derecha, segun Plinio lo declara: las cuales señas pertenecen cabales y propias al pueblo nombrado por estos nuestros dias Andujar, ó muy cerca dél. Una poblacion tenemos ahora, que dicen Ilitur en el reino de Murcia junto con Alcaraz, conocida de nuestra gente, por la primeza de las alhombras labradas allí: del cual se podria sospechar, mirada la semejanza del vocablo, que debió ser aquel Iliturge, de quien tratamos ahora: pero verdaderamente no lo fué, pues Iliturge caia dentro de la provincia nombrada Bética, junto (segun dije) con Guadalquevir, discrepante del asiento que hallamos en Ilitur, fuera de la Bética vieja del Andalucía moderna. Mucho mas erraria quien lo hiciese Medina-Celi, como lo hacen las escrituras del obispo de Girona, mal trazadas y mal compuestas en el arte de cosmografía; pero desto presto tornaremos á hablar en otros capítulos del sexto libro. Tenian los españoles moradores en Andujar ó Iliturge todos los años pasados guarnicion y banderas cartaginesas dentro de su pueblo, para conservar aquella region en su parcialidad: y como los hombres vulgares cuando tratan guerras y turbaciones, por la mayor parte sean excesivos en sus obras: bien así por esta sazon aquellos africanos de la tal guarnicion, con esta revuelta presente, hacian demasías en el pueblo, mas de las hechas en otros años: y bastaban á lo hacer por estar los romanos sus contrarios en Cataluña, tan alejados desta provincia, que nadie podia tomar inteligencia, ni plática con ellos; y tambien por el favor de Himilce, siendo viva, que traia toda su parentela dentro desta liga, haciendo grandes amparos á Cartago: pero como la tal, y los tales fuesen ya muertos en aquella pestilencia que dijimos, y la gente cartaginesa no refrenase su mala contumbre, los andujareños iliturges enojados de tanta sin razon, tomaron armas, y matando de presto casi todos los africanos de la guarnicion, algunos pocos que pudieron huir, salieron del pueblo muy destrozados, y robados y heridos, y tuvieron á gran maravilla poder escaparse persona dellos, segun la diligencia, ferocidad, y braveza que los andaluces ponian en su destruccion. Esto concluido los iliturges dieron aviso en Tarragona de todo cuanto pasaba prometiendo que recibirian por allí gente romana contra Cartago, para la meter y sustentar en el Andalucía, si los Escipiones acudian á su defensa como seria razon. Los Escipiones ofrecieron de lo hacer, y de venir con toda su potencia, sin dejar cosa por aventurar en tan importante socorro. Hasdrubal Barcino por el consiguiente sabido lo hecho, lastimado de novedad tan perjudicial y tan dañosa para su retencion en el Andalucía, salió de Cartagena con cuantas banderas y pujanza pudo llegar, así de los africanos que primero trajo Himilcon, y de los doce mil nuevamente venidos con Magon, como de los otros antiguos, y cursados en la guerra pasada, que siempre tenia cerca de sí: con los cuales entró por aquella provincia rebelada, haciendo grandes castigos y crueldades ántes que la mudanza pasase mas adelante, ni pudiese nadie haberse movido de sus aposentos.

No se tardaron tampoco los dos Escipiones despues que fueron confirmados y ciertos en la perseverancia de los iliturges, y reputaban á tan gran bien este lance, que sin detenerse momento, ni parar en alguna parte comenzaron á caminar noches y dias con dos mil caballos lijeros, y diez y siete mil peones en ordenanza, los cuatro mil romanos, y trece mil españoles. En el viaje supieron como Hasdrubal y sus compañeros Himilcon y Magon estaban ya sobre la villa de Andujar, dándole terribles combates, y poniéndolos en toda necesidad: pero la mayor fatiga que dentro sentian era falta de mantenimientos, y sobre todo de trigo, por haberles ocupado los caminos donde podia venir: y cuando la villa se rebeló, hízose tan de súbito que no tuvieron espacio para recojer bastimento, ni lo tenian dentro. Con esto los capitanes romanos venian mas apresurados al socorro, tomando cuantas vituallas, y trigo hallaron donde quiera que pasaban, sin dejar cosa que buenamente pudiesen llevar, y cargaron dello bestias y mulos, y mucho carruaje. Tenian los africanos en aquella sazon asentados tres reales en torno del muro, que casi lo ceñian todo, puesto que los dos reales primeros en que residian Himilcon y Magon, ni fueron tan grandes, ni tan espaciosos, ni de tanta gente como los del capitan Hasdrubal. Y sabida la venida de sus contrarios, echaron ciertas banderas con hombres pláticos en la tierra para tomar

cualesquier pasos malos y buenos en que pudiesen hacer daño, sobre todo quisieran detener á los que venian cuanto fuese posible: porque ya la ciudad padecia tantos aprietos y hambre, que si dilataban el socorro no se podia defender, y convenia rendírseles necesariamente. Contra las tales banderas cartaginesas así proveidas enviaron los Escipiones el mayor número de sus caballos lijeros, acompañado de peones españoles todos mancebos valientes y desenvueltos, mandándoles que salidos adelante desocupasen el camino para que las compañías andando traseras y libres pudiesen llevar la vitualla sin algun estorbo: lo cual ellos hicieron mucho bien. Si hallaban lugar difícil en algunos cabos, anticipábanse gran trecho primero que los cartagineses llegasen: y si por ventura sentian otros pasos ya ganados ántes que viniesen, peleaban y porfiaban en la cobranza dellos hasta los haber y tener á su parte: de manera que siempre trajeron á los cartagineses cogidos y desviados una jornada larga delante del ejército principal, no consintiendo que pudiesen llegar á él, ni conocer, ni sentir cuantos eran, ni la disposicion de las órdenes en que venian. Con esto la gente romana caminó muy á su descanso puestos en batalla reglada con los mulos, y carruaje del bastimento, metidos entre sus escuadrones hasta llegar á la comarca del pueblo. Luego como se hallaron cerca, fueron divididos en dos partes, una quedó con Neyo Escipion algo trasera, metida por unos recuestos disimulados que por allí se hacian bastante á los encubrir, donde pusieron quinientos caballos, y poco ménos de seis mil hombres á pié. Con lo restante que serian algo mas de diez mil peones, y todos los otros caballos, acometió Cornelio Escipion los enemigos en el costado que Himilcon y Magon Barcino tenian sus reales, y vino por allí tan determinado, que sin bastar hombre cartaginés á se lo resistir, metió dentro de la ciudad cuatrocientos mulos cargados de harina, con algunas cecinas en carros, y dos mil españoles de refresco, para sostener el pueblo juntamente con los vecinos que dentro vivian: á los cuales vecinos Cornelio Escipion queriéndose luego tornar, esforzó cuanto pudo, rogándoles que mirasen por su libertad y conservacion, y defendiesen el muro con semejante denuedo, cual habia conocido de las banderas romanas cuando peleaban en su favor y socorro. No se pudo hacer esta diligencia tan sin preligro que primero mucha gente no fuese herida y muerta de todas partes, unos por estorbar la provision, otros por la meter, y socorrer los cerrados: así que despues á poco rato comenzando Escipion su tornada fuera del pueblo, los africanos hallándose corridos en haber pasado por ellos á pura fuerza, procuraban de se vengar en la vuelta. Los golpes y ruido de la pelea sonaban ya muy claros en los otros reales mayores del capitan Hasdrubal: y comenzaron á sacar por allí toda la gente, creyendo que si les atajasen el camino los heririan como quisiesen ántes que cornelio Escipion se pudiese valer, ni huir de sus manos: mas al tiempo que trabajaban en aquello, mostráronse los otros escuadrones de Neyo Escipion sobre las cumbres y recuestos arriba dichos, puestos á punto de batalla, para reguarda de sus compañeros, con tal ademan y semblante, que los africanos pararon un gran rato, creyendo que fuesen dobladas banderas de las que parecian: y desde allí Cornelio Escipion en aquel espacio que le dieron concluida su demanda tuvo lugar de se recoger á las mesmas cumbres, ó recuestos donde parecian sus compañeros: y poner en salvo cuantos vinieron con él á meter la provision en el pueblo.

CAPÍTULO XXV.

Del bastimento que por estos dias mesmos trajeron en España ciertos galeones romanos: y como la señoría romana procuró de pasar á su campo dos mil españoles los mejores que seguian el ejército cartaginés en Italia. Decláranse tambien el valor y los pesos, hechuras y señales de las monedas antiguas que los romanos comenzáron á meter en España por esta sazon.

Bien deseaban estos capitanes romanos volver á dar otro golpe sobre los reales cartagineses, pues muy averiguado sentian en ellos haberles cobrado temor en el acometimiento pasado, si no les parecia que lo hecho bastaba por aquel dia: dejáronlo tambien de hacer, porque muchos de los que pelearon á las entradas y salidas del pueblo quedaron heridos y muy deshechos, y con gran parte no llegaban al número de los africanos: sobre todo trajo mayor dilacion en este caso ser venidos en aquel punto mensajeros desde Tarragona muy apresurados y continuos unos tras otros, que decian haber llegado sobre las islas de Mallorca cercanas y vecinas á su ciudad gran copia de navíos cartagineses con mucha gente bien armada: la cual perseveraba dentro de la isla sin dar señal donde saltarian: por tanto convenia mirar en tiempo lo que se debia hacer ántes que pudiesen obrar algun daño. Este mensaje puso turbacion á los capitanes romanos por se ver alejados de las marinas catalanas, en cuya frontería caen aquellas islas, y por no saber mas aclaradamente los intentos y propósito desta flota cartaginesa nuevamente llegada: pero luego dieron avisos y mandamiento, que todos sus navíos mayores y menores comenzasen á se poner en órden, y las galeras tomasen gente de Tarragona suficiente para salir á cualquiera afrenta, con tal que la ciudad estuviese bastecida de buena defensa no suspendiendo los negocios de tierra que tenian ya ganados y ciertos por los dudosos de la mar: y si por ventura quedasen algunas galeras vacías, mandáronlas meter á tierra léjos de la ribera sin áncoras, remos, y velas, para que nadie las pudiese tomar ni tener provecho dellas. En aquella coyuntura propia, cuando los hechos así pasaban aportaron en la villa de las Empurias galeones italianos que venian de Roma cargados con la municion y viandas, armas y vestiduras que pocos dias ántes habian pedido los dos Escipiones para reparo de sus ejércitos: y venian tan abastados, y cumplidos de lo necesario, como si la república romana los proveyera cuando mas rica se halló. Los maestres destos galeones enviando primero la minuta de cuanto traian á sus capitanes residentes en Andujar les hicieron saber su llegada, pidiendo que señalasen las partes ó puertos donde mandaban descargar: y dado que las letras pasadas en que se pidió la tal provision al tiempo que llegaron á Roma (segun ya dijimos en otro capítulo de este libro) contenian particularmente, que si los depósitos y tesoro de la ciudad se hallasen vacíos ó menesterosos de moneda, tendrian acá manera como sacar metales de que se pudiese labrar entre los pueblos españoles sus confederados: pero la señoría romana, sin curar desto, por evitar aquella pesadumbre les enviaba tambien dineros en suficiente cantidad, como solian hacer otras veces cuando proveian semejante bastimento: solo venia la moneda pre-

sente diversa de las pasadas en el peso de cada pieza, puesto que labrado todo con la mesma señal y valor antiguo. Mas porque lo tal se pueda mejor entender, conviene notar, que las monedas romanas tuvieron aquellos dias dos diferencias particulares: unas eran de plata subida, que por otro nombre solemos llamar plata acendrada, sin alguna mezcla ni baja de quilates: otras eran de metal campanil, ó de cobre, que tambien decimos ahora moneda de vellon. Oro no labraban al presente los romanos, ni lo tuvieron en moneda hasta pocos años despues, como lo pondremos en su lugar. Las monedas de plata llamaban denarios, que quiere decir lo mesmo que decenarios, por valer cada cual dellos diez monedas cobreñas, de quien luego hablaremos. Pesaban siete denarios una onza, segun se colige de Plinio, de Cornelio Celso, de Volusio Meciano, y de muchos otros autores excelentes: las cuales onzas antiguas fueron del tamaño propio de nuestras onzas españolas que tratamos al presente: lo cual ya por muchas conjeturas infalibles y por muestras y razones manifiestas tenemos averiguado, como se mostrarán en el sexto libro siguiente. De manera que pues era plata subida, cuyas onzas valen hoy dia trescientos maravedís castellanos respecto de mil y cuatrocientos por marco, que son ocho onzas, repartidos estos maravedís por siete denarios, caben á cada denario cuarenta y tres maravedís de valor, ó muy poco ménos, sin la hechura, y casi por tal estimacion se compran hoy dia muchos dellos hallados en diversas tierras de España. Traian al un cabo señalada la cara del cónsul, ó gobernador cadañero de la república romana, con el número de diez en un aspezilla que declaraba ser denario: por el otro lado les ponian alguna señal de sus ídolos, ó figura de carreta que tirasen caballos. Esta decian ciga los latinos, si parecian tirarla dos caballos, ó cuadriga, si cuatro la tirasen: y por aquella razon los mesmos denarios que las tenian, eran llamados bigatos, y cuadrigatos, puesto que no valian ménos los unos que los otros: la décima parte déstos pesaban otras monedillas pequeñas, nombradas libellas de plata, que valdrian (segun aquella cuenta) poco mas de cuatro maravedís castellanos: bien así como tambien tuvieron el medio peso de los denarios otros de la mesma plata nómbrados quinarios, en valor de veinte y un maravedís y medio castellanos, de cuyo tamaño labraron tambien otro nombrado vitoriato: pero fué mucho despues del tiempo que tratamos aquí, segun lo mostraremos en su lugar competente. La cuarta parte del denario romano pesaban los que se dijeron numos, y por otro nombre sestercios tambien de plata, comparados á casi once maravedís nuestros, ó poco ménos, dado que los tales por discurso de tiempo fueron mucho disminuidos en el valor, tanto que llegados al imperio de Justiniano, mil destos sestercios valian una sola moneda de oro. Usaban otrosí, los antiguos romanos cierta suma, casi del mesmo nombre llamada sestercia, ó sestercion: mas ésta no fué moneda particular, sino cantidad ó suma de monedas de metal, ó de plata hasta llegar en cumplimiento de diez mil maravedís, poco mas. En todas aquellas piezas de plata primero dichas no trajeron mudanza de lo pasado los galeones romanos nuevamente venidos, ni cuanto á la figura, ni cuanto al tamaño: la diversidad sola fué con las monedas cobreñas, ó de vellon, á quien comunmente decian ases, y pesaban los años ántes dos onzas cabales: así que comparados al precio de nuestro siglo, pues ya les tasamos montar diez dellas un denario, valdrian (segun aquello) muy poco mas de cuatro maravedís castellanos, como valian las libellas, digo los ases antiguos y pasados; porque los traidos ahora pesaban la mitad ménos: y vino mandado que ni por eso dejasen de tener aquel mesmo precio que los primeros.

Item, mandaron cambiar en las contrataciones públicas cada dinero de plata con diez y seis ases nuevos, como lo solian cambiar con diez y seis ases viejos, puesto que la gente de guerra siempre recibian en sus gajes los diez ases y no mas por un dinero de plata: la cual mudanza de peso con retencion del valor habian hecho los romanos en Italia tres años ántes, cuando dijimos en el onceno capítulo deste cuarto libro, regir las guerras allá Quinto Fabio Maximo gobernador principal en su república, para ganar en ello medio por medio de todos sus precios, y sufrir con esta granjería disimulada las costas incomportables que mantenian en la pendencia del capitan Hanibal. No pudo venir la tal suerte de moneda nueva hasta los galeones la traer aquella vez: porque de la vieja duraba todavía razonable contratacion. No dejaré de decir que los romanos y latinos antiguos solian tambien llamar ases el ser y tamaño de cualquier cosa tomada toda junta, dado que fuesen posesiones enteras, ó casas ó herencias de finados, ó sucesiones de hacienda: y divididas éstas en doce partes iguales, á cada parte nombraban onza: pero cuando significaban ases por moneda comun, siempre fueron en el tiempo que tratamos aquí de los pesos y metal ya declarados. Repartian aquellos ases de cobre, tambien viejos como nuevos en otras piezas menores de mas baja cantidad, unas que pesaban su cuarta parte fueron llamadas cuadrantes, ó terunces, valian un maravedí de los nuestros: otras que pesaban el tercio decian trientes, en estimacion y valia poco mas ó ménos que tres blancas vulgares castellanas: y la mitad de estos trientes fueron llamados sestantes, por valer y pesar la sexta parte de los ases, que son blanca y media nuestra. Las monedas que no tenian sino medio peso de los ases, decian semises en la cuantía de dos maravedís comunes. Hicieron tambien sestercios gruesos y pesados de cobre que valian tanto como los de plata, diferentes dellos en el tal y en el peso no mas, y los tales sospechamos haberse dicho propiamente numos, como se decian los de plata sus iguales en el valor sestercios: la décima parte de los tales pesaban otras monedillas pequeñas, á quien llamaban libellas decobre, para las diferenciar con aquel sobrenombre de las libellas de plata ya declaradas, que debieron ser poco mas ó ménos que los cuadrantes ó terunces arriba dichos: y por aquel consiguiente venian disminuyendo los tamaños de su moneda, hasta dar en alguna menor que las blancas castellanas de nuestro tiempo. Tal era la calidad y manera del dinero romano que se comenzó de meter en España por aquel siglo; y ni mas ni ménos era tambien el de los cartagineses, como parece de muchas monedas suyas que hallamos hoy dia por España, conformes al peso de las romanas, y tiénese creido que de Cartago tomó Roma los valores, y señales y pesos deste negocio: de lo cual puesto que pocos españoles lo tratasen aquellos dias, hemos aquí dado cuenta sumaria, porque (segun ya dije) de los unos y de los otros se descubren y hallan hoy dia muchos dellos en diversas regiones nuestras.

Y conforme á lo ya declarado con algo mas que señalaremos adelante, podrán las personas aficionadas

al antigüedad entender y juzgar cuando les vinieren á las manos el tiempo, la nombradía, los quilates y valor de sus hechuras y precios, cosas por cierto sabrosas y dulces de conocer, y harto provechosas á muchos negocios de la vida. Conviene tornar á decir y acordar que discurriendo los tiempos hubo despues otras diminuciones y bajas de las monedas antiguas en España, diversas de las arriba señaladas, como tambien lo pondremos en sus partes convenientes, cuando llegare nuestra relacion á los dias y lugares en que se hicieron, sin dejar en ellos ceguera ni confusion alguna. Los patrones de la flota que traian este proveimiento, venidos al ejército romano, dieron mucha cuenta de los negocios pasados en Italia: certificaron eso mesmo que los navíos cartagineses, de quien se decia tener ocupado las islas de Mallorca, no les podrian dañar al presente, ni venir á Tarragona, porque los dias ántes primero que saliesen de Roma supieron que de la gran Cartago partian dos armadas casi juntas: una llegó con Magon á Cartagena (segun ya declaramos en los veinte y tres capítulos pasados)· otra caminaba contra Cerdeña, creyendo poder efectuar los conciertos capitulados con Arsicora, caballero sardo, de quien hablamos en el mesmo capítulo, que prometia de les entregar toda la isla, quitando fuera della cualesquier guarniciones y defensas que Roma tuviese dentro. Fué gobernador general en estos navíos postreros un capitan africano, llamado Hasdrubal Calvo, de quien creia Cartago que pudiera bien concluir aquel negocio: pero discurriendo por los contornos de Cerdeña, haciendo sus vueltas y señales para venir al efecto, recreciôle tan brava tormenta, que faltó poco de ser anegado con todos los suyos: y finalmente, despues de corrido mucho peligro, dieron en Menorca destrozados y rotos los navíos hasta lo bajo, donde quedaban al presente renovándolos muy de vagar, sacadas las armazones y cascos á tierra, con temor de los tener en el puerto, sin imaginacion de tocar en España: y dado que deseasen tocar, no podria ser tan presto: porque segun escaparon maltratados, habian menester hartos dias para se reparar. Item, recibieron los Escipiones en este viaje letras que la señoría romana les envió, con informacion de cuanto sucedia por Italia: las cuales ellos hicieron leer públicamente para regocijar el ejército. La suma dellas era, que pasada la batalla de Cañas, pelearon tres recuentros con la gente del capitan Hanibal en que sus cartagineses eran siempre vencidos, y muertos mas de seis mil dellos, con muchas banderas tomadas y gran copia de prisioneros africanos: y que pocos meses ántes que los galeones partiesen con aquella municion, el mesmo Hanibal en persona fué desbaratado cerca de Nola, pueblo principal del reino de Nápoles, donde lo mejor de sus gentes cartagineses pelearon con otro capitan romano, llamado Marco Marcelo: lo cual estimaban en mucho, por parecer que ya se les mudaba la mala fortuna de la guerra, que tan contraria les habia sido todos los tiempos que con Hanibal batallaban: y tenian confianza que seria principio para muchas otras victorias adelante, mayormente que despues desta batalla de Nola se pasaron al campo de Marco Marcelo dos mil españoles de la gente mas lucida, mas recia, mas guarnecida y bien aparejada que los africanos traian en Italia: los cuales españoles en aquel poco tiempo despues de su venida tenian ya hechos señalados esfuerzos, y muy buenos acometimientos en su favor, y dado señal abundosa de gran fidelidad, y como de tales encargaban á los dos Escipiones que mirasen acá por sus parentelas y pueblos aventajándoles en cuanto les tocase, pues allende de la remuneracion que por allá les harian los gobernadores, y cónsules, y capitanes de la señoría romana, les prometieron al tiempo de su pasada, que siendo fenecidas las guerras contra Cartago se les darian heredamientos y posesiones en la parte donde fuesen naturales, con que viviesen ricos y contentos ellos y sus descendientes todos los tiempos venideros: y verdaderamente lo cumplieron así muy en abandancia despues que las tales revueltas fueron acabadas.

CAPÍTULO XXVI.

Como los españoles cercanos en Andujar por el capitan Hasdrubal cartaginés, hallándose muy apretados fueron segunda vez socorridos del ejército romano tan á buena sazon y buen tiempo, que sus enemigos levantaron el real, siendo primero rotos en una batalla de que salieron muy destrozados.

Cuando las gentes del ejército romano supieron aquella relacion, y la buena confianza que su ciudad publicaba de lo venidero, no se podria declarar el alegría que sintieron todos en general, por ser cosa deseada desde muchos dias oir alguna próspera nueva de lo que pasaban allá, despues de tantas adversidades y roturas, y despues de tanto tiempo que no sabian dellos. Particularmente mostraban acá sobrado contentamiento los españoles que seguian el campo romano, conocido que gente de su naturaleza favoreciese las guerras en Italia contra Cartago, haciéndose della tan honrosa mencion, y doblóseles el ánimo con esta nueva, de tal arte, que por todo su real ya no hablaban otra palabra, sino diciendo, ¿que cómo se detenian allí con aquellos africanos gastando tiempo sin provecho? ¿cómo no les daban luego la batalla, pues habia tan poco que hacer en destruirlos? Esto tan á la continua, tan en presencia de todos los capitanes, y ministros del ejército romano, que vista su determinacion y voluntad, los dos Escipiones acordaron de la poner en obra primero que se resfriasen aquellos ímpetus y buenas ocasiones en sus españoles: y luego sin mas curar que las estancias fuesen acabadas de fortalecer, ni las fosas quedasen abiertas de todo punto, ni los baluartes levantados y tupidos en su contorno, dividieron el peonaje todo por tres batallones cuadrados, maravillosamente puestos en órden: y dicho y enseñado lo que cada cual habia de hacer, comienzan todos ellos á caminar contra los reales mayores del capitan Hasdrubal: en los cuales reales eran ya recogidos los otros dos capitanes africanos Himilcon, hijo de Bomilcar, y Magon Barcino, sospechando que sus enemigos querrian aventurarse para dar en ellos: y si diesen era bien forzarles que por esta parte hiciesen el acometimiento, donde hallarian la resistencia de toda su gente cartaginesa, no repartida ni desmembrada como la hallaron cuando metian las vituallas en Iliturge. Hasdrubal, conocido que los españoles y romanos eran ya fuera del sitio que primero tomaron, y venian en su busca, maravillado mucho de ver que se quisiesen anticipar ellos á hacer lo que tenia determinado de hacer él, si por caso no le huian, salió muy enojado para los recibir con los principales capitanes, y con los hombres mas denodados y mas prestos de sus banderas; tras éstos comenzó de venir todo lo restante del ejército, que serian largos cuarenta mil africanos entre caballos y peones: así que

despues de todos mezclados en esta batalla, pasaban de sesenta mil combatientes los que riñeron la cuestion á todo cabo: de los cuales eran á la parte de los Escipiones solamente diez y seis mil personas españoles y romanos. La pelea se trabó luego cruel y dificultosa, hiriéndose muy de voluntad y muy enojadamente, sin que persona dellos cesase de hacer cuanto podia. Pero lo que mas allí se notó fué la sobrada solicitud y cuidado que los dos Escipiones trajeron en el concierto de sus escuadrones: proveyendo cuanto la furia perseveraba, como las órdenes anduviesen enteras y firmes, sin se desmandar hombre fuera de propósito: lo cual sobre todas cosas era necesario hacerse, pues en los cartagineses habia buenamente mas de tres enemigos contra cualquiera de los suyos: y veíase claro, que si la buena regla no les valiese, por ningun modo bastaran á sufrir tanta pujanza de gente cuanta les acometia de todas partes. Con este presupuesto duraban tan atentados y diestros en el afrentar y tan crueles y bravos en el ofender y resistir, que ningun esfuerzo podia ser mayor. La batalla procedia con gran terribilidad en estas horas á todo cabo: porque los principales sustentadores del negocio lo sabian muy bien guiar, y fueron siempre tan usados en aquel menester, que desde su niñez cada cual dellos habian sido criados embajo de las armas, con que ninguna cosa les faltaba, ni de prudencia ni de costumbre para regir lo que cumplia. Todos los escuadrones por su parte batallaban (como digo) valientemente, de tal manera, que mostraban muy bien el deseo que tenian de ganar para sí lo mejor. El estruendo de las armas, los golpes de los que se herian, el aferrar de los unos en los otros, las voces, la furia, la turbacion y crueldad eran tan espantosas y terribles, que la batalla pareció gran espacio durar en peso sin haber muestra de mejoría por ninguna parte, hasta que los españoles del ejército romano, muy enojados en ver que sus adversarios, á quien tantas veces tenian en España vencidos, ahora les mantuviesen el campo, cargaron un golpe dellos contra la mano derecha, donde residian los mas capitanes y mas bien armados del ejército cartaginés; y tal fuerza pusieron en los abrir, que casi no les dejaron hombre vivo por aquellas hileras. Luego tras esto comenzaron á se meter aquellos mesmos por los otros batallones, que ya todos peleaban esparcidos y derramados en diversos lugares, trabados á mano, dándose golpes de las espadas y cuchillos, sin haber quién ménos hiciese. Pero como lo primero fué roto, los romanos tuvieron por cierta su victoria: parte dellos saltaron en el fuerte del capitan Hasdrubal: otros vinieron á las estancias de Himilcon y Magon, muchos siguieron el alcance, continuando gran crueldad en los vencidos, donde verdaderamente mataron mucho mas número de gente de la que fueron ellos cuando principiaron esta batalla. Mataron tambien seis elefantes armados, y tomaron cincuenta y nueve banderas cartaginesas, hechos primero pedazos todos sus alféreces y defensores. Tres mil africanos se dieron á prision, y casi mil caballos se hallaron en el real: de manera, que para ser el vencimiento cumplido, lleno de reputacion y substancia, ningun punto le faltó. En aquellas mesmas horas que la pelea se trabajaba, como dicho es, los residentes en Iliturgo, mujeres, niños y varones andaban sobre los adarves mirando lo que pasaba, mostrando codicia de salir ellos afuera para favorecer esta batalla de su parte, si no lo vedara la gente de guarnicion que los romanos habian puesto dentro, recelando que los cartagineses fingiesen aquella huida para los ordenar algun engaño. Pero visto despues el destrozo ser de verdad, y que sus amigos hacian el hecho como convenia, salieron tambien á poco rato del pueblo, reglados en un tropel, y puestos en el campo, comenzaron á recoger entre sí los heridos y maltratados que no podian ejecutar la victoria: con los cuales y con las otras banderas, que ya por esta sazon se tornaban á la ciudad, hartas de matar y llenas de sangre, se metieron en Andujar para descansar de las fatigas pasadas. Todos en general tuvieron buenos aposentos, y muchos regalos y placeres, abrazándose los unos á los otros, y agradeciendo cada cual dellos á su compañero la sobrada valentía que mostraron en aquel trance: los ciudadanos por les haber socorrido cuanto fué menester; y los del ejército por haber este pueblo perseverado tan firme contra los cartagineses, y recibida la parte romana liberalmente, sin tener premia ni ser constreñidos á lo hacer. Muchos lugares menores de su contorno vinieron á reconocer el ejército vencedor: hablaron á los dos Escipiones, ofreciénronles su confederacion, y quedaron las cosas muy bien ordenadas y dispuestas, para mejorar sus negocios en aquellas entradas y principios del Andalucía.

CAPÍTULO XXVII.

Como los catalanes favorecedores al bando romano salieron por la mar en busca de ciertos navíos africanos, que pocos dias ántes parecieron allí cerca. Los cartagineses otrosí revolviendo sobre Cataluña quisieran sacar el ejército romano fuera del Andalucía: sobre lo cual hubieron otra batalla campal, donde Escipion y sus valedores alcanzaron victoria.

Derramada la nueva deste vencimiento por las otras comarcas de Cataluña, dió tanto placer en cada pueblo, que las galeras romanas y muchos navíos de la provincia se llegaron con los galeones de la municion, traidos desde las Empurias: y todos juntos puestos en conserva caminaron la vuelta de Mallorca, por hacer tambien ellos en la mar alguna cosa notable, no de ménos obra que fué la de sus compañeros en tierra. Creian poder allí topar con el otro capitan cartaginés, llamado Hasdrubal Calvo, cuya flota los meses pasados habia tomado puerto dentro de la tal isla, forzado con tormenta, segun ya declaramos. Pero como los catalanes despues de llegados aquí supiesen de pescadores y de gentes halladas en el viaje, que tambien pocos dias ántes aquel Hasdrubal era ya salido fuera de Mallorca para volver sobre Cerdeña, llevando sus galeras y gentes reparadas y muy en órden, visto que no lo podrian alcanzar, saltaron en Menorca sin alguna contradiccion, y tomaron allí cuanto refresco les plugo, corriendo muchos dias y muy de vagar aquellas marinas y traveses á su voluntad. Entre tanto que hacian ellos esto, los capitanes cartagineses no reposaban ni vivian ociosos: todos los mas que se libraron de la batalla pasada, desamparadas aquellas comarcas y cuanto pretendian en Iliturgo, se dividieron en lugares diversos, donde creian que su gente vencida podia recudir, y con diligencia sobrada los amparaban, y bastecian, y trajeron á Cartagena.

Venidos allí, hecha primero su muestra general para saber cuantos faltaban, hincheron las banderas, y pagaron el ejército cumplidamente, mostrando mucho placer de verlos así juntos, publicando con cuan-

tas palabras y muestras podian, que no tenian en mucho los daños pasados, pues á la verdad como quiera que faltasen los que faltaban, tenian en pié pasados de treinta mil combatientes africanos, los mejores que nunca se hallaron en España. Con éstos y con gentes de la tierra confines á Cartagena que cogieron á sueldo para rehacer y suplir aquella falta, se llegaron tantos y tan bien guarnecidos, que parte dellos con el deseo de seguir estas guerras, á lo cual son aficionados todos los españoles de por allí: muchos tambien con esperanza de tener algunos intereses: otros por el aparejo de robar y hacer males á la clara, no parecia que faltaba persona de la hueste. Mas en Hasdrubal y en los otros capitanes sus compañeros no se dejaba de conocer confusion y congoja sobre hallar cautelas ó manera con que sacasen á los dos Escipiones fuera del Andalucía, desarraigándolos del asiento que ya formaban en Iliturgo, ó Andujar, y en aquellas fronteras: por ser esta region todos los dias pasados la que mas tenia Cartago de su mano, con gentes, y caballos, y provisiones, y con todo lo principal de sus propósitos, y la donde ménos habian podido mellar los romanos y ménos cuajaban sus inteligencias. Ahora sentianlo todo tan mudado, que temian si perseverasen allí sus adversarios, no poder conservar lo de mas adelante, pareciéndoles, segun eran porfiados, que poco á poco se meterian hasta los echar fuera della. Para desviar este mal no sentian otro remedio, sino traspasar aquella tempestad y fortuna de la guerra sobre las tierras de Cataluña, las cuales al presente supieron estar vacías de guarnicion, y faltosas en sus puertos de galeras y navíos, puesto que no las traian muy lejos. Los romanos mostraban obligacion y necesidad á defender esta provincia catalana, mas que ninguna de las otras en España, por los buenos amparos y recogimientos que poseian en sus marinas, y por las ciudades y villas que casi todas los amaban generalmente. Conformados pues en esta consideracion, los africanos y sus ayudas españolas movieron desde Cartagena, muy mas concertados y mas en aviso que nunca, para llevar la municion, y las batallas en toda la regla posible, conociendo ser el principal artificio con que los romanos prevalecian de continuo, andar tan en órden, y hacer tan á tiempo lo que les cumplia. Desta manera pasando cada dia mediano trecho de tierra, contra la vuelta de Cataluña cuanto podian sufrir los impedimentos y fardaje de su campo, vinieron á dar en un pueblo llamado por aquellos tiempos Inchivil (1), que sospechan muchas personas haber sido Chelva, lugar conocido del reino de Valencia, si lo consintiese la postura que le dan los cosmógrafos antiguos, poniéndole desviado de Tortosa veinte y siete millas cumplidas, ó siete leguas españolas poco ménos en el derecho camino que viene para Monvedre. Algunos hallo tambien que tienen creido no ser nombre de poblacion ó de lugar aquel Inchivil, contra quien hacian los cartagineses esta guerra, sino de cierto caballero muy principal, sobre cuantos moraban en la provincia de los españoles ilergetes, como ya lo mostramos en el catorceno capítulo deste libro, y como lo mostraremos en otros mas adelante. Pero no tienen razon los que dicen esto, porque (segun allí vimos) aquel caballero catalan, y todos sus aficionados y parientes grandes amigos, eran en esta sazon de la parte cartaginesa, tales que merecian mas favor y socorro para su defensa contra los romanos, que daño ni guerra de Cartago: mayormente que los nombres son algo diversos, al caballero nombraran Hendibil, al pueblo decian Inchivil: y si por caso tuvieron un apellido mesmo, no por aquello se deben trocar y confundir uno con otro, pues hoy dia conocemos en España pueblos asaz que tienen apellidos de personas particulares, y no son personas, como vemos en el pueblo llamado Martin Muñoz, Jimen Nuño, Gutierre Muñoz, San Martin, y muchos otros pueblos de Castilla, que como digo, son apellidos comunes en hombres: y lo mesmo son de pueblos. Dejada pues tal menudencia, señalada no mas de para satisfacer á los escrupulosos, cuentan nuestras historias, que despues de venida por allí la fuerza del ejército cartaginés, asentado primeramente su real en sitio bien fortalecido, saltaron la gente de caballo por diversas partes: unos mandaron que dañasen la provincia comarcana, particularmente donde hallasen rebeldía manifiesta con toda crueldad y destruccion, otros que pasadas las aguas del rio Ebro corriesen y robasen al otro lado hasta las puertas de Tarragona: la cual ciudad, puesto que tuviese guarnicion ordinaria bastante para se defender, no la tenia para salir fuera de los adarves: y quitados aparte los vecinos del pueblo, casi todos los demás eran oficiales que desde muchos tiempos ántes le labraban las murallas, y los otros edificios. Mas ni por el daño que los africanos hacian en aquel derredor, dado que fué mucho, hallaron mudanza ni movimiento, sino gran aficion y fidelidad á la parte romana, tanto que muchos lugares concertaban de se juntar y salir con sus gentes en frontería cuanto la pendencia durase contra los cartagineses: y verdaderamente lo hicieran como se platicaba, si tuvieran entre sí personas de faccion, ó caballeros sus naturales que los allegaran y rigieran en aquel negocio. Pero los tales todos quedaban en Andujar con el ejército romano, conservando las tierras ganadas en aquellas partes, y parecia no convenir alejarse dellas al presente, porque muy de propósito se comenzaban á tentar inteligencias y ligas en gran secreto con algunos vecinos de la ciudad de Castulon, ó Cazlona: la cual (segun ya declaramos) no caia léjos destas comarcas: y si los tratos pasaban adelante serian menester allá todos, y mas si mas hubiese. Por otra parte recelando los dos Escipiones el gran perjuicio que podria traer la porfía de los cartagineses en lo cercano de Cataluña si muchos parasen allí, no teniendo contradiccion, despacharon tres capitanes españoles naturales de la tierra con mil hombres romanos, para que conservasen los pueblos, avisándolos ante todas cosas que por ninguna via descendiesen á rigor de batalla con sus enemigos: y con este presupuesto se partieron á grandes jornadas, informados en lo restante que debian hacer. Poco despues los negocios de Cazlona no tuvieron efecto: con lo cual todo lo mas de las banderas y gentes que residian en Andujar, ó Iliturge salieron en campo para caminar tras los otros sus capitanes, dejándole primero suficiente guarda para su conservacion, y nunca se detuvieron de propósito hasta venir donde los enemigos andaban. No bien eran llegados, cuando sin poder descansar ni distribuir las estancias, ni hacer alguna defensa de las que solian, hallaron al capitan Hasdrubal y Magon con los otros principales cartagineses que ya sabian su jornada, puestos en ordenanza tomados todos los pasos, con intencion de no les dejar salir adelante: mas ya

(1) Autores antiguos colocan esta ciudad á veinte y siete millas de Tortosa, dándola el nombre de Intuvil.

los romanos andaban tan sin temor, que como venian así de camino cansados y llenos de polvo, no hicieron sino reparar poco tiempo, cuanto bastó para reformar sus escuadrones: y puestas banderas contra banderas arremetieron á ellos, y les dieron la batalla, la cual no fué ménos brava, ni ménos trabajosa que cuantas en España se pelearon hasta su tiempo, ni de ménos buena dicha para la parte de los Escipiones, donde trabajando muchas horas con asaz dificultad y peligro ganaron la victoria de sus enemigos, y les mataron largos tres mil hombres: algunas historias erradas dicen trece mil, y prendieron otros tantos: entre los muertos fué conocida la persona del capitan Himilcon cartaginés, uno de los muy señalados en la parte contraria, que murió dando gran muestra de su valentía. Tomáronse cuarenta banderas africanas y diez elefantes vivos, y cuatro que les alancearon en el principio de la cuestion. Recrecióse desto lo que siempre suele recrecer de semejantes victorias: lo primero, ser estimados los dos Escipiones por caballeros perfectos en el hecho de las armas: lo segundo, si pueblos habia tibios en su confederacion por aquella tierra, dado que los tales eran pocos, no quedar alguno que muy verdaderamente no la recibiese con voluntad y propósito de la continuar adelante. Las hazañas tambien acontecidas en España todos los dias del año presente fueron reputadas y tenidas por mucho mas importantes, y mucho mayores que cuantas en Italia pasaban, puesto que Hanibal y sus adversarios los romanos nunca cesaron allá de llevar su cuestion y sus guerras bien adelante.

CAPÍTULO XXVIII.

Como los dos Escipiones romanos vinieron á Tarragona para reposar el invierno siguiente, y allí tuvieron informacion de negocios pasados en Sicilia y Cerdeña, tocantes á las guerras presentes: y mas otras cosas que les importaban. Declárase tambien el sitio de Tarragona muy en particular, y la calidad y provecho de sus comarcas, y la mejoría grande que los dos Escipiones en ella siempre hacian.

El año siguiente fué doscientos y once primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese: cuyos principios entraron ásperos y tempestuosos de nieves y vientos en algunas regiones de España, que son algo frias: en las abrigadas, y cercanas á nuestro mar Mediterráneo vinieron lluvias demasiadas, engorrosas á la gente que por allí moraba. Lo mesmo dice Tito Livio que tuvieron en Italia, y lo mesmo debió ser en la mar: porque la flota romana, de quien dijimos haber salido contra las islas de Mallorca, no tardó mucho de volver á sus acogidas y puertos de Cataluña con razonable presa de barcos y fustas africanas, y griegas, y con unas muy buenas nuevas que de camino supieron en las cosas de Cerdeña. Certificaban Hasdrubal Calvo ser desbaratado y preso, juntamente con otro sobrino del capitan Hanibal, no léjos de Callar, ciudad principal en la isla: los cuales habian peleado con un caballero romano, nombrado Tito Manlio Torcato, que les mató gran pieza de cartagineses y sardos, y tenia bien seguros los pueblos de Cerdeña. No fueron tan buenas las nuevas que casi luego vinieron de Sicilia, ni semejantes á las de Cerdeña. Hieron el rey Siracusano que siempre mantuvo por allí la parte de los romanos decian ser muerto: quedó por sucesor en todas sus riquezas un nieto suyo llamado Gerónimo, mancebo de pocos dias, deseoso de novedades y no tan prudente para la regir como su predecesor. Con el placer de las nuevas primeras tocantes á Cerdeña, y con el de las victorias pasadas, los dos Escipiones derramaron lo mas de sus gentes, y les permitieron que fuesen á descansar en aposentos: segun otras veces lo solian hacer. Ellos por su parte vinieron á Tortosa con las banderas romanas no mas, y con sus capitanes italianos. Desde Tortosa pasaron á Tarragona donde fueron solemnemente recibidos, y les dieron muchas gracias en haber apartado los enemigos cartagineses de sus fronteras y comarcas: y tambien los unos como los otros reposaron en aquella ciudad, y en el real que tenian cerca della todos los dias del invierno presente. En aquel mesmo tiempo dice la segunda corónica de España, recopilada por mandado del serenísimo rey don Alonso, padre del señor rey don Pedro, que fueron cerrados y concluidos los muros de Tarragona, labrados en su contorno por industria destos dos Escipiones hermanos, como lo declaraban letras latinas esculpidas en una piedra, que duraron claras y limpias en aquella ciudad hasta los dias deste serenísimo rey: y parece verdaderamente que debió ser así, pues alega tal escritura que sin estorbo de nadie la podia reconocer y tratar cada dia quien quisiese. Mas yo para decir lo que me toca, puesto que tengo todas las memorias y letreros cuantos ahora se hallan esculpidos en Tarragona sin faltar alguno, trasladados por mi mano propia con gran fidelidad y diligencia, nunca pude hallar esta piedra, dado que mucho la procuré. Puede ser que desde los tiempos del señor rey don Alonso hasta los nuestros que por buena cuenta pasan de doscientos años cumplidos, haya perecido, como perecieron muchas otras piedras esculpidas con sus letreros y memorias en diversas partes de España, puestas y declaradas por autores fidedignos, de quien ahora no se halla señal en los lugares y sitios que dicen haber estado.

Como quiera que sea, tengo por averiguado lo que certifica la corónica sobredicha de los muros acabados en Tarragona, con cuya defension y buena labor, si los dos Escipiones tenian hasta allí voluntad y contentamiento de residir en este pueblo, se les doblaria mucho mas, pues eran añadidas á las otras utilidades de la ciudad que ciertamente son dignas de consideracion por muchas razones y causas. Una, por el asiento gracioso que tiene sobre lo llano de cierta cumbre redonda, no muy alta, desviada de la mar un solo tiro de piedra: y mas los riscos y cuestas llamadas de Garraf en la parte de levante, juntas á la marina, por el camino que viene para Barcelona: los cuales fortalecen y deffienden aquel trecho de las entradas y salidas que podrian tener allí corsarios y robadores. Item á la parte del occidente se hace tambien el campo de Tarragona, tierra fertilísima de ganados, vinos, aceites, naranjas, cidras, y frutas de diversas maneras, y de pan suficiente para la ciudad, y para los pueblos menores deste campo, que son hartos y buenos, en espacio de diez ó doce leguas que dura. Un trabajo solo padecia Tarragona los tiempos de quien ahora hablamos, y lo padeció (segun veo) muchos años despues, y fué no tener agua dulce dentro de sí, por estar en lugar alto, donde no se hallaba pozo, ni fuente, ni cosa de semejante provecho sino cisternas hechas á mano, que los moros llaman algibes, para recoger agua llovediza. Verdad sea que por las vegas bajas un cuar-

to de legua de la ciudad en esta mesma parte del occidente le viene cierto riezuelo que dicen ahora Francolin, cuyas aguas fueron siempre muy apropiadas y perfectas, tanto como cuantas en otra parte se conozcan, para sazonar y curtir linos y cáñamos, que se crian abundantes en aquel campo de Tarragona. Pero su corriente mas aparejo lleva de regar las huertas que caen á lo llano, que no de poderla beber en la ciudad. Andando los tiempos, cuando las guerras cesaron en aquellas partes, y los vecinos deste pueblo comenzaron á sentir prosperidad y quietud, trajeron un agua desde cuatro leguas mas atrás en la vuelta de levante, sacada de cierto rio llamado Gaya, junto con un lugar pequeño que nombran Pondarmentera. Hiciéronle sus caños de piedra labrados al modo romano, guarnecidos y calafeteados con betume fuerte, guiándolos en diversos rodeos, á causa de ser tierra fragosa la del camino derecho. Llegados cerca del pueblo, daban en unos arcos altos, nivelados al piso del cerro que sostiene la ciudad, y por ellos metian el agua dentro: los cuales arcos duraron allí largos años enteros y sanos, hasta que gentes alemanas pasaron en España casi en el año de doscientos y sesenta y seis despues del advenimiento de nuestro Señor Dios, y los quebraron y destruyeron con todos los buenos edificios que por allí hallaron.

Poco despues los godos, y mas adelante los alárabes y moros africanos, cuando destruian las Españas trajeron en aquella ciudad y tierra tanta persecucion, que solamente se pudo conservar de todas sus antigüedades lo mas y mejor de la muralla, que por ser ancha de piedras crecidas y recias en los lienzos y cubos della, no se pusieron en derrocarlos, y perseveran hasta nuestros dias con asaz piedras escritas, de relacion y memorias pasadas. Destas murallas ó cercas, y del espacio que ciñen al rededor, parece claro nunca ser Tarragona pueblo crecido, ni de mucho circuito los tiempos de su mayor prosperidad, y que cuando mas caberia en él de dos mil vecinos arriba, pues tampoco pasan ahora de setecientos los que la moran, dado que podria bien ser que fuera del muro le pusiesen arrabales, y vecindad para la tener populosa: pero de los tales ningunas muestras parecen hoy dia. Quebrados los caños arriba dichos, tornaron los vecinos tarragoneses á sufrir la falta del agua que solian, y perseveraron en ella mucho tiempo, remediándose de la llovediza con algibes, ó cisternas hasta pocos años ántes que yo comenzase la recopilacion desta corónica, que labraron un pozo hondísimo contra lo mas bajo de la ciudad, y hallaron agua corriente muy abundosa, de que se basteceu al presente. Ya dejamos escrito los principios y nacimiento desta poblacion en el cuarto capítulo del primer libro, y en el treceno del segundo, dando noticia de su dignidad entre las gentes antiguas: y de la buena manera que siempre tuvo: lo cual favorecido con la mejoría hecha por los dos Escipiones romanos, de quien ahora tratamos, y con alguna que tambien hizo despues otro hijo del uno dellos, de quien presto hablaremos: llegó su reputacion á ser tanta que todas las provincias españolas, cuantas nombraban los latinos España la Citerior, se vinieron tambien á llamar España la Tarragonesa con los pueblos sus naturales, que por el mesmo respecto se dijeron españoles tarragoneses, cuyos nombres despues de muchas persecuciones y mudanzas retienen hoy dia cierta parte de gentes poderosas y de gran valor, á quien tomada la primera letra nombramos aragoneses en lugar de tarragoñeses. Ha sido necesario decir estas particularidades juntas y desmenuzadas algo mas largo de lo que yo quisiera, porque la materia lo pidió, como cosa de los dos Escipiones romanos: y por depender tanto las unas de las otras, y venir tan ligadas entre sí, que no podimos hacer ménos. Ahora nuestra corónica libre ya dellas, podrá tornar á decir mas de reposo los otros acontecimientos que sucedieron por España todos los dias del año presente.

CAPÍTULO XXIX.

Del trato secreto que los romanos residentes en Andujar, ó Iliturgo comenzaron á tentar con los vecinos de Cazlona, creyendo poderlos traer á su parcialidad: y de los agueros ó señales parecidas en muchas partes y tierras á quien daba la gente vulgar interpretaciones diversas, todas aplicadas á lo que podria suceder en el caso destas guerras.

Nunca los romanos y cartagineses despues que comenzaron sus guerras en España creyeron tener algun invierno tanta quietud y descanso, cuanta tendrian en éste, por quedar apartados en aposentos muy léjos de sus contrarios: y dado que se hallaran juntos ó fronteros, el tiempo hacia tan desabrido de lluvias y tempestades, que ni pudieran salir á correr la tierra, ni hacer saltos, ni mover cosa bastante para se topar unos con otros. Los negocios italianos, de quien dependia mucha parte de los españoles, andaban al revés de lo pasado, porque Hanibal y sus gentes habiendo ganado la batalla de Cañas, vinieron á Capua ciudad populosa del reino de Nápoles, llena por esta sazon de placeres y deleites, donde todos ellos residian, holgando muchos dias embebidos en olores y regalos, haciendo banquetes y fiestas, sin curar de las armas, ni de los otros ejercicios valientes, que tantas alabanzas y glorias les habian traido por el mundo, causas al parecer legítimas y suficientes para redundar en España los descansos y reposo que dijimos: mas no sucedió como sospechaban, sino muchos negocios y muchas encubiertas llenas de tratos y disimulacion, tan importantes y graves, cuanto jamás acá tuvieron. Fué la razon de todas ellas, que las banderas españolas y romanas, á quien se cometió la defensa de Iliturgo, tornaron á renovar muy de propósito los tratos principiados el año pasado con los ciudadanos de Castulon ó Cazlona, para que se rebelasen contra Cartago. Procedian las cosas en esta materia tan puestas en buenos términos, que si ciertos parientes de Himilce, mujer del capitan Hanibal ya difunta, no se hallaran todavía poderosos en la ciudad, y muy aficionados á su memoria, lo pusieran luego por obra. Mas era necesario para Cazlona quedar libre déstos, y poder echarlos de sí, tener en la comarca muchas compañías, y mucha potencia del bando romano que les hiciesen espaldas: y considerando que lo tal estaba tan léjos que convenia salir desde Cataluña donde la gente romana tardaria muchos dias en solo tornar á se poner en órden, y mover de los aposentos, cuanto mas en venir y llegar, y que si los africanos lo sentian acudirian á la resistencia, y allí se revolverian todos, y quedaria su trato descubierto sin tener certinidad á cual parte seria la victoria: no quisieron alterarse por el presente hasta las entradas del verano venidero que la guerra no se podia dilatar, y los dos Escipiones era cierto que ven-

dria allí, so color de meter nueva provision en Iliturge, segun era menester, así de mantenimientos, como de gente fresca bastante para sus intentos: y venidos ellos en Cazlona se rebelaria seguramente. Pero ni por esta dilacion las inteligencias y plática cesaban de los unos á los otros muy trabadas y muy continuas con cubiertas y secreto, de tal calidad y manera que los conciertos estaban seguros y firmes en respondiéndoles el aparejo ya declarado. Todos cuantos capitanes residian en Tarragona sentian en esto contentamiento muy grande, las consultas eran muchas: cada momento de tiempo se les hacia muy largo: no podian descansar ni tener sosiego, ni quisieran cosa mas que poner luego las manos de dentro: esto solamente los capitanes (como digo) principales y mayores que regian la cuestion, y sabian el negocio sobredicho. La gente comun del ejército platicaban en fantasmas y señales que decian haber parecido por el aire de personas armadas, y batallas que combatieron algunos dias en diversas partes: unos declaraban sobre los montes Pireneos: otros en el Andalucía, las cuales hubo quien afirmase verlas y sentirlas, y contaban el hecho mayor por menudo segun el antojo les tomaba. Publicábanse tambien terremotos y mudanzas en África, grandes movimientos en el cielo, tempestades y bravezas en la mar, de formas y manera nunca vistas ni conocidas: lo cual todo ponia turbacion á los hombres de guerra, que por la mayor parte suelen mirar en estos agüeros, y darles entendimiento al sabor (como dicen) de su paladar: y sin los de guerra no tuvo la gentilidad en el siglo que reverenciaba sus ídolos cosa donde mas atencion pusiese, ni mayor engaño recibiese, particularmente Roma, que solo por este fin señaló colegios y casas donde residian varones nobles, á quien se mostraba como ciencia de gran misterio la declaracion de lo que significaban estos agüeros, cada y cuando que sucediesen: para los tales agoreros, habia crecido salario de rentas y provechos constituidos por la república, como los hubo poco despues en España con agoreros acatados y venerables, que duraron en ella largo tiempo reputados en aquella dignidad que Roma los reputaba, segun della tomaron nuestros antecesores otras muchas costumbres malas y buenas, que señalaremos adelante. Con aquellos espantos y novelas parecian los cartagineses no sentir el trato de Cazlona, mostrándose muy ocupados en conjeturar cada dia lo que significarian tales muestras, dado que por otra parte la tal ocupacion los alteraba mas: y traia mas avisados, y mas atentos para se recatar y mirar lo que no miraron primero, pues los agoreros en ambos ejércitos, cartaginés y romano generalmente concordaban y decian significar terribles novedades. Así que puestas (como digo) las diligencias en muchos puntos que no se pusieran otras veces, llegaron los cartagineses á dar por sus lances en el concierto de Cazlona, de lo cual estuvieron maravillados y pasmados, puesto que fué mucho tarde cuando Hasdrubal y sus capitanes lo sintieron. Pasados ya todos los dias del invierno, con algunos del verano, luego se tuvo consulta sobre lo que debian proveer: y considerados los adherentes, y la instancia principal deste caso, despacharon á Magon Barcino con mil caballos lijeros bien guarnecidos y pagados: los quinientos para meter en Cazlona, fortificándola cuanto seria posible: los otros quinientos para distribuir en lugares y sitios competentes á la guerra que se convenia hacer en Andujar, como contra pueblo dañoso de vecindad perjudicial á su conquista. Diéronle sin esto cierto número de peones que residiesen estantíos por otras partes cumplideras á lo mesmo: lo cual remitieron á su discrecion. Avisáronle mas que despues de llegado por ninguna via diese luego muestra ni señal de saber aquellos tratos pasados en Cazlona, ni manifestase rencor en lo presente, ni mala voluntad á persona del pueblo, sino que sosegase los ciudadanos en todas partes, y con alguna color de muchas que se le recrecerian cada dia, desterraselas personas sospechosas, y matase las que pareciesen de peligro. Los Escipiones, dado que supieron esta salida de Magon, no quisieron hacer mudanza, ni mostraron placer ni pésar de su jornada, por quitarle toda la sospecha que podria tener en lo pasado. Lo mesmo hicieron las guarniciones romanas en Andujar por su mandado, no curando mas de tratar la guerra por el campo, defendiendo los lugares menores, que por allí tenian su parcialidad.

CAPÍTULO XXX.

Como los capitanes africanos metieron en Cazlona gentes armadas que la segurasen, y poco despues llegaron á Cartagena cinco mil hombres de refresco, traidos por otro capitan cartaginés, llamado Hasdrubal de Gisgon, cuya venida causó tal mudanza por algunos pueblos españoles del bando romano, que los dós Escipiones padecieron trabajos en su retencion y defensa.

Por ser aquellos dias claros y serenos libres ya de lluvias y tempestad, aparejados para comenzar la cuestion, y por estar las fronteras del Andalucía que vienen comarcanas á Ubeda y Baeza, muy alborotadas y aficionadas á la parte romana, Magon en llegando, metido primeramente con los suyos en Cazlona, comenzó de hacer el repartimiento de sus gentes por las estancias del rededor, y principiar su contienda con mas diligencia que nunca: traia tanta solicitud y viveza sin descansar noche ni dia, que los romanos aposentados en Andujar ó Iliturge, se vieron con él fatigados en demasía: porque siendo muy ménos ellos que sus cartagineses dél no podian acudir á tantos lugares, como les ocupaban: y poco despues la mesma ciudad se halló tan rodeada de todos ellos y tan atajada de todas partes, que los vecinos, y la guarnicion romana con gran dificultad salian á meter mantenimientos: y casi no podian visitar ó retener algunos pueblos de la comarca que nuevamente se quisieran llegar á su liga con los otros que primero la tenian. Creciendo pues los aprietos en Iliturge, Magon y su compaña sintiéndose poderosos en la tierra, comenzaron á descubrir el enojo que tenian de los tratos negociados el invierno pasado con la parte contraria: sobre lo cual hacian castigos, tomándolo por ocasion de su crueldad natural, á que siempre fueron inclinados, pudiéndola hacer á su salvo: y así los destrozos en cada lugar, muertes, robos, quemas y desafueros, eran tan continuos y tales, que no se podian comportar. La señoría de Cartago sabia muy bien estas turbaciones, informada siempre de correos hechos á posta, sin embargo de las cuales deseaba grandemente que su capitan Hasdrubal Barcino saliese de España, para se juntar en Italia con Hanibal, segun lo tenian acordado muchos dias ántes: y como quiera que sus ejércitos anduviesen acá pujantes y gruesos, todavía para mayor abundancia cogieron á sueldo por allá cinco mil hombres de diversas naciones

armados y bastecidos de toda cosa: desembarcaron en Cartagena con buen temporal. Traian por capitan un caballero cartaginés, llamado Hasdrubal de Gisgon, persona riquísima sobre cuantos moraban en Cartago, pariente muy propincuo del otro Hasdrubal Barcino y de sus hermanos: cuyo favor y llegada fué causa principal, que si Magon hacia primero robos y muertes en la frontera del Andalucía, las hiciese despues mucho mayores, y con mas vehemencia, no perdonando lance de cuantos le venian á la mano. Los españoles naturales de la tierra por el consiguiente viendo su destruccion manifiesta, comenzaron tambien ellos á se juntar para le resistir. Algunos tomaban la defensa de los pueblos: otros apellidaban á sus vecinos: una gran parte dellos salieron en campo para pelear con Magon, si quisiese la batalla. Pero los cartagineses y sus allegados, dado que pudieran aceptar cualquier afrenta, no quisieron venir á riesgo, sino fuese con mucha ventaja: para lo cual Magon hizo luego saber estos atrevimientos y bullicios al capitan Hasdrubal hermano suyo, que siempre residia dentro de Cartagena con el otro Hasdrubal de Gisgon recien venido, festejándole muchos dias, y dándole cuenta de sus acontecimientos y fortunas. Entendido lo que pasaba, partieron ambos entre sí casi por igual todas las banderas y gentes africanas, que ya tenian recogidas en el contorno de Cartagena fuera de sus aposentos, no lejos de la marina, y sin poner otra dilacion, el Barcino con la primera mitad salió muy apresurado para venir al socorro de Magon, caminando la vuelta del Andalucía contra las partes occidentales. El de Gisgon caminó sobre la parte de levante contra Cataluña: porque si los dos Escipiones saliesen al favor de sus amigos, como cierto parecia que saldrian, lo hallasen al encuentro: y hallado, revueltos con él, y retardados en la cuestion cuanto seria posible, tendrian lugar y facilidad estos otros de hacer en los andaluces alterados el daño que quisiesen. Todo sucedió como lo dispusieron. Llegado Hasdrubal Barcino con la pujanza que traia, ninguno bastó para se le poder amparar. Los lugares y villas alteradas fueron allanados en breves dias, y lanzados fuera dellos quien los quisiera defender. Las gentes que corrian el campo, resistiendo sus daños, y persecucion, unos fueron vencidos en recuentros particulares: otros en celadas mañosas, que les armaban: otros tomados dentro de la villas: otros en los pasos donde proponian fortalecerse.

De tal manera, que todas aquellas compañías andaluzas así juntas, puesto que fueron muchas, como les faltaban capitanes á quien mirar, en poco tiempo no quedó persona dellos que no se derramasen y fuesen echados de la provincia, con pérdida de muchos hombres que les mataron. Y sin alguna duda fué tan gran quiebra para la parte romana, que pueblos mayores de los puestos en su confederacion se determinaban á la dejar, y recibir el bando contrario, si Cornelio Escipion súbitamente no saliera de Tarragona con esos romanos, que pudo hallar aparejados y prestos, y pasadas las aguas del rio Ebro no se mostrara por el campo muy á sazon y buen tiempo para que ninguno desconfiase. La primera parte donde puso real de propósito fué junto con el pueblo llamado Castro alto, lugar pequeño de vecindad, pero señalado con la victoria grande que los españoles hubieron allí cerca, cuando los años pasados rompieron y mataron al gran Hamilcar Barcino, padre de Hanibal, y padre tambien destos dos capitanes Hasdrubal y Magon, que hacian ahora las guerras en España, segun lo dijimos en el diez y seis capítulo del cuarto libro. Este lugar como quiera que pequeño tenia fuerte disposicion, y como tal habian los romanos pocos dias ántes bastecídolo de pan y viandas, queriéndolo sustentar en el otro lado del rio para granero de su mantenimiento: mas en las horas que Escipion allí vino, los enemigos eran ya tantos, y tenian tan ocupada la tierra, que no podian en parte los romanos ni todos juntos hacer herbaje, ni traer leña, ni salir á negocio por de fuera, sin luego ser muertos ó cautivos. Algunas veces fueron combatidos en el mesmo real, y recibieron muertes y peligro muy grande sobre lo defender. Así que porfiando Cornelio Escipion en estar allí para conservar su buena reputacion, no pasaron muchos dias en que halló ménos de sus romanos largos dos mil hombres, que los cartagineses le mataron por veces en las correderías del campo, no solo de los residentes en el ejército, sino tambien de los que cada dia le venian ó quisieran venir á él, y no se determinaban á pasar con aquel temor. Por esta causa, no pudiendo ya disimular tanto daño, retiraron su real muy atrás en otra parte, que comunmente nombran Monvitor ó Monte de la Victoria, desviada de los enemigos, y que parecia tener seguridad. Tito Livio, coronista romano, pasa tan corto por esta relacion, dado que toca la substancia della, que no declara (segun debiera) si fuese Monvitor en aquel siglo nombre de poblacion ó de montaña, ni los otros autores, á quien yo sigo, particularizan este caso con tales indicios ó señales, que podamos atinar limitadamente donde cayese, ni tampoco yo podria decir en ello cosa bien determinada sin peligro de mi crédito, mas de que muchas personas moradores en esta provincia, leidas en historias, sabias y diligentes en el arte de cosmografía, me dicen que debió ser algun sitio de la montaña que llamamos ahora Moncia, pocas leguas adelante de la boca del rio Ebro, sobre sus marinas occidentales, y no ponemos aquí las conjeturas que traen para su dicho, porque ninguno podria sentirlas, no teniendo noticia muy particular desta region; y si la tiene podrá caer en ello de suyo, considerados los términos ó postura de la montaña, y la seguridad que hallarian los romanos á las espaldas metidos en ella por causa de la mar, y por la visitacion continua de su flota, que sin estorbo los bastecería de vituallas y de cualesquier instrumentos necesarios á su guerra. Llegados aquí los romanos, y metidos en su fuerte, Hasdrubal de Gisgon fué presto con ellos, no dando lugar á que tomasen aliento ni respirasen. Casi luego vino tras él Neyo Escipion el otro capitan romano, que los dias pasados quedaba solicitando la gente catalana su confederada, para la traer adonde los enemigos anduviesen. Trajo désta mucho mas número que las otras veces, aparejada con aquellas buenas armas y buenos caballos que siempre solian venir, y con aquella buena voluntad que de continuo mostraron á le favorecer cuando los llamasen, no por acostamiento ni salario, sino por sus aventuras particulares que siempre les dejaban libres y francas; y por ser ellos y todos los otros españoles en general aficionados á la guerra donde quiera que la hallaban. Juntados en uno catalanes y romanos deste cabo del rio Ebro, parecieron muy mayor copia que los africanos, así de caballo como de peones: y luego mudaron el real á lo frontero de sus enemigos. Cornelio Escipion deseando hacerles algun enojo, pues andaba

tan cerca, tomó ciertos hombres desenvueltos, como quiera que no fueron muchos, y con ellos armados á la lijera caminó muy secreto, para ver si hallaria parte conveniente por donde los pudiese herir á su salvo. Mas la guarda contraria como nunca salia del campo, requiriendo sus atajos á todo tiempo, descubrió fácilmente cuantos eran. Y visto que ya se metian en tierra descumbrada, ganáronles ante toda cosa los pasos donde podian guarecer: y dados de presto sus avisos en el real, acudió luego mucha parte del ejército cartaginés por todas aquellas veredas, y las comenzaron á rodear y ceñir de tal manera, que ningun remedio sentian para se librar. El capitan romano, conocida su perdicion, procuró de subir un collado medianamente fuerte, y allí se reparaba cuanto mejor podia, teniéndolo siempre cercado los cartagineses, tan por suyo como la presa que mas ganada jamás tuvieron. Y fuéralo verdaderamente, si Neyo Escipion, su buen hermano, con todas las banderas cumplidas no viniera muy furioso, determinado de pelear, ó morir, ó lo sacar de tal inconveniente, puesto que pasó primero trabajos y contradicciones muy recias y muy difíciles, hasta lo poner fuera de peligro.

CAPÍTULO XXXI.

Como la ciudad de Cazlona se rebeló contra los cartagineses; y luego tras ella hizo lo mesmo cierta poblacion, que solian llamar Bigerra. Los capitanes africanos, visto no poderlas cobrar, dieron en Iliturge con intencion de la destruir, si Neyo Escipion no la socorriera.

La fama destos acontecimientos volaba por muchas partes: y como sea de condicion que cuanto mas anda tanto mas crece, sin reposar en lo cierto, derramábase por el Andalucía muy en favor de los romanos, diciendo traer ellos en estotras tierras catalanas maravilloso número de combatientes, y que no se les defendia paso ni lugar, ni paraba cartaginés ante sus haces. Los vecinos de Cazlona, creyendo ser aquello verdad como se hablaba, figuróseles tener aparejo mas que nunca para poner en obra los tratos asentados en el año pasado con Iliturgo: y así tomaron abiertamente la voz del bando romano, lanzando fuera de su pueblo cuantos cartagineses hallaron en él, que cierto les fué gran confusion en perder una ciudad tan magnífica de sitio, tan apropiado para la seguridad del Andalucía, y sobretodo de gran estimacion entre las gentes comarcanas, tanto, que segun ya contamos en el capítulo veinte y uno del cuarto libro, Hanibal Barcino procuró de casar con Himilce su mujer, solo por ella ser natural de Cazlona, para con esta color tener allí parte. Oida la tal mudanza, Hasdrubal Barcino, y Magon y toda la fuerza de cartagineses cuantos ocupaban aquella comarca, vinieron en breves horas, por ver si lo podrian remediar, ántes que se confirmase mas adelante. Pero como despues de llegados hallasen la ciudad barreada de todas partes, y los ciudadanos feroces en sobrada manera, cerradas sus puertas, arrojándoles piedras y lanzas desde los muros, diciéndoles injurias, y nombrando muchas demasías y soberbias que dellos habian recibido, dejáronlos al presente por no les añadir mayor indignacion. Y juntos así como venian, acordaron de revolver sobre los iliturges de Andujar, donde la parte romana tenia su principal guarnicion, y donde se forjaban todos aquellos males, y se forjarian otros de peor calidad si con tiempo no lo destruyesen. Al principio creyeron que por hambre los podrian tomar, poniéndoles cerco de propósito, pues andaban muy léjos los dos Escipiones, y muy ocupados con el otro Hasdrubal de Gisgon, para les poder buscar ó traer bastimentos. Con este presupuesto fortalecieron en el contorno del pueblo dos reales, que casi lo rodeaban todo, sin faltar sino muy poco trecho de los unos á los otros, no mas ni ménos que lo hicieron la primera vez cuando le pusieron tambien sitio, como ya lo dijimos en los veinte y cuatro capítulos pasados. Neyo Escipion informado deste cerco quiso luego socorrer á sus amigos, así romanos, que sostenian la defensa, como vecinos y moradores del pueblo: pará lo cual escogió cuatro mil peones ahorrados, y trescientos caballos lijeros, cuyo número (segun ya contamos en otra parte) llamaban los romanos una legion, puesto que despues andando los tiempos les pusieron mas añadiduras al estilo semejante de las coronelías que nombramos ahora, si las tales tuviesen número de gente limitada, como lo tenian aquellas legiones antiguas. La resta del ejército quedaba con el otro Cornelio Escipion, habiendo primero concertado los dos hermanos, que gran parte della caminase tras estos otros en batallones abultados muy de vagar, y muy en órden, á cargo de buenos capitanes. Lo demás fuese para guardar á Cataluña. Esto dicho, Neyo Escipion tomó su camino por atajos y lugares encubiertos, sin llevar carruaje ni cosa que le pudiese detener; á fin que los cartagineses no lo sintiesen venir, y solo tuviesen consideracion á las otras compañías traseras y mayores como principales del negocio. En el cual viaje le recibieron de pasada, poniendo con él amistad mucho firme los vecinos de cierta villa, nombrada Bigerra, lugar asaz fuerte, de buena poblacion y buenas particularidades, como lo señalaremos en el capítulo siguiente por no nos detener en contarlas ahora, pues tampoco Neyo Escipion se detuvo hasta llegar á los enemigos: y fué su llegada tan encubierta, que ni se pudo sospechar ni tener della noticia. En llegando supo claramente que la postura del real cartaginés y de sus estancias era la mesma que formaron el año pasado: por lo cual quiso tambien él acometerlos en aquella mesma parte y en aquella mesma forma que fueron acometidos otra vez. Y metido súbitamente por entre los dos reales contrarios una noche muy oscura, peleando sus delanteras y lados á grandes lanzadas y golpes, entraron en el pueblo con muy poco daño suyo. No le pareció dejar hecho mucho, pues los enemigos no quedaban maltratados. Y por esto primero que la gente se resfriase, quitados algunos hombres que de pasada le hirieron, y puestos en su lugar otros del pueblo, sanos, y recios, y bien armados, volvió por aquella mesma parte que vino, para dar en las estancias, y las entró por dos partes, sin reposar del trabajo, ni del peligro, ni del camino. Los africanos atónitos con este segundo rebato, como no sospechaban al principio que Neyo Escipion quisiera mas de se meter en la villa, traian gran turbacion. Daban alaridos y voces: huian de la matanza que sus enemigos hacian en ellos, y del fuego temeroso que tambien comenzaban á poner. En aquello se gastó mediano tiempo de la noche, no dejando los romanos crueldad por hacer, ni dificultad por cometer, ni tampoco dejando cartagineses de resistir cuanto podian, y de

mejorarse cuanto mas duraba la pelea con el socorro y esfuerzo de sus capitanes. Neyo Escipion, visto como ya juntaban las banderas derramadas, y que muchos enemigos se rehacian de todo cabo para le vedar la tornada, tocó sus bocinas y trompas ántes que lo pudiesen atajar: y recogida su batalla muy á tiempo, que tambien andaba ya desordenada por el real, encarnizada terriblemente con el sabor de la victoria, se tornaron él y ellos al pueblo, dejando quemados y muertos en esta segunda revuelta gran suma de cartagineses, y muchos otros que tomaron á prision. Lo restante de la noche gastó Neyo Escipion en velar por su persona la villa, mandando curar los heridos: visitólos algunas veces: alabó lo que cada cual habia hecho, dándoles públicas gracias y dones por sus esfuerzos. Venida la mañana reposó pocas horas, cuanto bastaron para sufrir tales afanes: y despues de requeridas guardas, y rondas, y todo lo necesario, miró desde los muros la buena disposicion que tenian sus contrarios en el real, y vió que se fatigaban en reparar el daño recibido con palenques y cabas nuevas: la guarda traian doblada, muy mas en órden que primero: pero sintió que con todos estos apercebimientos, el asiento mas fuerte donde residia Hasdrubal Barcino tenia falta de gente, pareciéndoles que no serian menester en aquella parte por sus buenos reparos y defensas. Considerados aquellos puntos, Neyo Escipion comenzó de conjeturar como les podria dar otra mano tan á su ventaja como la noche pasada: para lo cual este dia mesmo, llamada toda su compañía cuanta halló sin heridas en disposicion de pelear, así naturales del pueblo, como romanos y forasteros, dejando primero guardas bastantes á los muros y puertas, hizo tres partes de la gente conformes á su consideracion. La primera tomó para sí, que seria de hasta cuatro mil hombres, con que se determinó de venir á los enemigos y probar la fortuna. Las otras dos partes fueron entregadas á dos capitanes romanos, valientes y cuerdos, de quien él sabia muy cierto que harian su deber, como siempre lo hicieron en las afrentas pasadas: al uno, llamado Tito Fonteyo, mandó que cuando ya lo sintiese revuelto con los del real, y que la pelea seria bien trabada, saliese de la ciudad, y con su gente de refresco procurase como los enemigos no le tomasen las espaldas, ni le vedasen la tornada por aquel través. Al otro capitan, llamado Quinto Estatorio ó Quinto Sertorio, segun los nombran algunos libros, mandó salir con dos mil hombres en la vuelta trasera, donde ya dije tener sus estancias Hasdrubal, no bastecidas de tanta gente, ni de tanta diligencia como las otras; y que hechos allí daños y destrozos con toda la braveza y alboroto posible, si por caso viese cargar enemigos en mas cantidad de lo que buenamente podrian sufrir, se retirase con tiempo, dejando metido fuego por todos aquellos reparos y por todas las mas partes que bastasen. Esto declarado y encargado con muchos encarecimientos, comenzó de salir en aquel mesmo lugar que la noche pasada: vino tocando bocinas y trompas en su batallon reglado, lanzando muchos dardos y muchos manojos encendidos en el real, tomando ganados, y bestias, y gentes cuantas hallaron desmandadas á la parte de fuera. Los africanos, dado que nunca tuvieron sospecha desta salida, pues tan brevemente no parecia que se pudiera ni debiera hacer, andaban ya tan avisados, y halláronse tan apercebidos á la sazon con escarmiento de lo pasado, que no solo defendian sus palenques y fosas, pero muchas banderas puestas en órden echaban pasadizos, y se venian contra Escipion caladas picas y lanzas, mostrándose muy embravecidos, deseosos de su venganza.

Como fuesen mayor cantidad, y muy bien armados y muy mas holgados, recibia Neyo Escipion grandes pesadumbres en tenerse con ellos: de manera que la pelea pasaba terrible por ambas partes, no cesando de hacer todos ellos aquello que muy valientes hombres debian obrar, pero no pudo ser ménos de que los romanos, durando la cuestion algun rato, comenzasen á cansar en muchos de sus cuarteles, y tenian ya tantos heridos en la delantera que por ninguna via bastaron á se mantener en el campo. Y así comenzaron á retirarse contra la villa, peleando siempre con los enemigos sin les volver el rostro. Visto por los cartagineses, que Neyo Escipion se les iba, y que dejaba hecho gran mal, y llevaba mucho robo, sacaron ciertas hileras de gente, para las meter entre sus enemigos y la muralla, segun que Neyo Escipion ántes de su venida sospechó que lo harian. Y verdaderamente pasara con este gran rigor, y fuérale difícil poderse librar, á lo ménos cuando bien escapara, dejara toda la presa, sino que Tito Fonteyo salió muy á tiempo con los suyos, que para tal fin quedaron en la villa: los cuales á muchas lanzadas, y con gran denuedo resistian estas hileras, que siempre venian mas y mas, y cargaban sobre la vuelta de la muralla, para tomar aquel espacio donde Escipion se venia retrayendo: pero (como digo) defendíanlo harto bien, puesto que no sin recibir heridas, y perder alguna gente de la mejor. En esta sazon andando muy encendidos los unos y los otros, comenzaron á sentirse las voces del otro capitan romano Quinto Sertorio por el otro lado, cuyas banderas y compañía combatian muy recio contra lo fuerte del capitan Hasdrubal, y como la pelea fué súbita contra la parte donde ménos esperaban, y la llama del fuego comenzó por allí de resplandecer, y se trabar en muchos lugares importantes, turbáronse los cartagineses acá tan de veras, que creyeron tener el medio mundo sobre sí: mas como fuesen muchos en cantidad, y las horas del dia serenas y descumbradas, reconocieron presto cuantos eran los contrarios: y luego sin detenimiento volvió la mayor parte dellos á remediar esto. Neyo Escipion, dado que pudiera llegar á la villa muy á su salvo, determinó de cargar otra vuelta sobre los restantes que le seguian, y revolvió tan animoso que les hizo gran daño. Luego recogió toda su gente para se meter por la puerta donde salieron, llevando cogida la presa de cautivos, armas, ganados, provisiones y bestias que primero les hubo tomado, sin casi perder cosa dellas: y dejada por allí gran defensa, tornó segunda vez á salir por la puerta trasera, para recibir el otro capitan Quinto Sertorio, que siempre duraba peleando con los enemigos. Hallolo ya casi rodeado detrás y delante tan fatigado, que si Escipion no llegara, fueran allí muertos él y su compañía. Mas con esta venida todo se remedió: porque como fuese de presto hirieron los enemigos en las espaldas, y derrocadas una lista dellos, hízose lugar por donde Quinto Sertorio, pudiese venir, y todos los suyos con él. Fuéron estas dos victorias tan provechosas á Neyo Escipion, conviene á saber, la de la noche pasada, con la deste dia presente, que hallaban haber sido muertos en ambas poco ménos de dos mil cartagineses y largos tres mil tomados á prision. Libros hay que dicen los muertos ser doce mil, y los presos casi diez: pero creo que los núme-

res van allí dañados: porque la suma de las banderas ganadas hallo tambien discrepantes: muchos autores las hacen treinta y seis, y muchos otros no mas de trece, dado que vaya poco diferir en semejante particularidad, cuando concordan en la razon y substancia del hecho principal.

CAPÍTULO XXXII.

Del acometimiento cauteloso que los cartagineses quisieron hacer contra la poblacion de Bigerra, visto que no podian cobrar á Cazlona, segun al principio creian. Y como poco despues tornaron al Andalucía y pasaron otro recuentro con Neyo Escipion, donde tambien quedaron perdidosos.

Quisieran los capitanes cartagineses disimular, si pudieran, con toda su capacidad el enojo que recibieron en Ilitúrgo: mas conocido que por ninguna suerte bastaban á cobrar este pueblo, ni las pérdidas en él habidas, acordaron de mudar el estilo de la guerra, pues todas sus cosas iban ya mudadas, y no pararían en aquello si faltaba nuevo remedio. Fué su postrera resolucion levantar las estancias, que tenian sobre los ilitúrgos, y dar en algun otro pueblo del bando contrario, fuera de la provincia llamada Bética: lo cual debieron imaginar, creyendo que los romanos vendrian á lo socorrer. Y venidos, con estar fuera del Andalucía no pondrian esfuerzo ni calor á sus naturales, para tentar mas mudanzas de las pasadas, como ya se tentaban en otros lugares comarcanos, donde Neyo Escipion procuraba nuevas inteligencias. Determinados en esto llegaron á poner cerco sobre la villa de Bigerra, que segun dijimos en el capítulo precedente, pocos dias ántes hubo tomado la parte romana. Era lugar calificado, tanto por su fortaleza, como por caer entre los pueblos vecinos á Baza, llamados antiguamente bacetanos, ó bastetanos, en el camino derecho que sus enemigos habian de traer desde Tarragona, cuando viniesen al Andalucía. Podian tener allí buen paradero, buenas provisiones y buen descubrimiento de toda cosa, pues no caia tampoco muy léjos de Cartagena, que fué siempre reparo y asiento principal de los africanos. Ahora no sabemos qué lugar sea Bigerra (1), ni parecen indicios ó muestras de su fundacion, puesto que tengamos noticia de la parte por donde Tolomeo cosmógrafo la señala. Debió perecer por discurso de tiempo, como perecieron otras mayores y mas populosas en diversas provincias españolas, como quiera que tambien fueron mas las que nuevamente se fundaron despues. Los que porfian haber sido Bigerra la poblacion llamada Bejel de la miel, dos leguas apartadas del mar Océano, y seis adelante del estrecho de Gibraltar, frontero de Barbate, no pudieran decir cosa mas errada ni que ménos conviniera para nuestros intentos, pues la cuestion destas gentes cartaginesas y romanas en España, tardó muchos años, hasta llegar en aquellas partes de Bejel, segun lo veremos adelante. Volviendo, pues, al propósito comenzado, dicen nuestras historias, que luego como Neyo Escipion tuvo noticia del cerco puesto sobre Bigerra, hizo juntar los andaluces de la provincia sus nuevos aficionados y parciales, cuantos buenamente pudieron venir á la guerra, sin dejar hombre dellos bastante para tomar armas. Y fueron á la verdad tanto número, que con ellos y con los romanos y catalanes de las banderas antiguas, pareció tal ejército salidos en campo, que vinieron contra los cartagineses, aparejados y dispuestos ó les dar batalla campal, si la pidiesen. Estuvieron quedos Hasdrubal y Magon capitanes africanos al tiempo que llegaban estos otros, sin les hacer acometimiento, ni bullicio, ni manera de resistencia, dando vagar á Neyo Escipion, para que puesto su real cuan de propósito querria, se fortificase de todas partes. Y como poco despues lo vieron ocupado sobre negociar aquello, conocido por sus espías quedar la provincia de los andaluces, donde venian, sin gente guerrera que la pudiese defender, movieron ellos de presto, para se meter en ella, fingiendo huir algo derramados, á fin que sintiéndoles ir así confusos, Neyo Escipion se descuidaría de seguirlos: y rodeando por algunos viajes torcidos, al cabo de pocos dias fueron á dar en otra poblacion que llaman Aurige, puesta ya dentro de la mesma provincia que pretendian, apartada solos ocho mil pasos contra mediodía, que hacen dos leguas españolas de los ilíturges moradores en Andujar, nuevamente rebelados. Allí se reglaron y rehicieron los cartagineses, para comenzar sus debates en todas las entradas que hallasen provechosas á cobrar lo perdido, como lo sabian ellos muy bien ordenar y disponer cuando semejantes ocasiones tenian. Esta poblacion sobredicha harto manifiesto sabemos ser aquella propia que dicen Arjona (1) por este nuestro siglo, villa de muy honrada vecindad entre las notables del Andalucía: lo cual parece ser así por muchos testimonios de piedras esculpidas, que podríamos alegar, si no fuese prolijidad en cosa tan averiguada: mayormente bastando para caer en ello la razon de dos sepulturas antiguas que solian estar (y creo que duran hoy dia) dentro de la mesma villa, cavadas con letras latinas, que dicen así:

D. M. S.
M. FABIUS PROBUS. M. F. AVRI
GITAN. FLAM. PONTIF. PERP.
DIVI. AVG. ANN. XXX. VIII.
PIVS IN SVOS. H. S. E. S. T T L.

Cuyas palabras tornadas en nuestro romance vulgar dicen esta sentencia. Memoria consagrada para los dioses de los difuntos. Aquí yace Marco Fabio Probo Aurigitano, hijo de Marco Fabio. Fué capellan principal y pontífice perpetuo del Emperador. Vivió treinta y ocho años piadoso á sus amigos, no le dé peso la tierra.

La segunda sepultura, dado que vaya con aquellos mesmos principios y título, como lo van casi todas las muy antiguas, fué de persona diferente, y dice desta manera:

D. M. S.
Q. FAB. FICVLNVS AVRI-
GIT. FLAM. VI VIR AVRIGI
TAN. ANN. LXX. PIVS IN
SVOS. H. S. E. STTL.

Traducido en nuestro vulvar castellano, dice así. Memoria consagrada para los dioses de los difuntos. Aquí yace Quinto Fabio Ficulno Aurigitano, sacerdote mayor, uno de los seis gobernadores en este pueblo.

(1) Algunos pretenden reducirla á Villena.

(1) Arjona se llamó antiguamente Urgao. La Aurigi, ó Aurige antigua la reducen á Jaen.

Vivió setenta años, amigo de sus amigos, la tierra le sea liviana (1).

Puestos en Arjona los capitanes africanos asentaron sus estancias fuera del pueblo, no queriendo meter luego la gente, ni fatigarlo con tanta multitud: porque segun entendemos, debia conservar su parcialidad, no siguiendo la mudanza de los iliturges, dado que les fuesen tan vecinos, que (como dijimos) no se desviaban ambos pueblos mas de dos leguas. Los romanos en sintiendo la partida cartiginesa, no se tardaron momento, levantan su real tambien ellos, y siguen el rastro por aquel mesmo rodeo que los otros llevaban, tan parejos y tan igualados, que si no fuera por un poco tiempo que los fardajes africanos vinieron anticipados á fornecer sus palenques y vallados, se pudiera decir, que todos llegaron en una sazon á vista de la villa. Neyo Escipion quisiera luego romper ántes que viniera gente de ciertos andaluces turdetanos en favor de sus enemigos, la cual esperaban cada dia muy en cantidad. Y con este deseo sacó sus haces al campo, determinado de pelear, ó de combatir las estancias, puesto que mas barreadas estuviesen. Pero no fué menester tanto trabajo: porque los cartagineses como lo vieron en parte rasa, por no dar á sentir que les tenian temor, salieron tambien ellos en sus escuadrones ordenados: y puestas banderas contra banderas, afrontaron los unos y los otros animosamente, con aquella gran enemistad que siempre se tuvieron, mostrándola muy cruel en estas horas. Era tanta la codicia de los romanos en llegar á las espadas, que no tuvieron espacio de tirar dardos ni piedras, como solian otras veces cuando sus escuadrones venian á juntar. Luego se trabaron á brazos, y se herian de todas partes, haciendo cuanto daño podian. Acrecentaba los trabajos de esta pelea su mesma gente: porque siendo dias calurosos, y trayendo mucho bullicio, levantaron polvo tan cerrado, que casi los ahogaba. Nadie pudiera conocer desde léjos cual era cartaginés ni romano, ni divisar otra cosa mas de sentir aquella tiniebla como nube con voces muy grandes y muy espantosas, y con el tropel que traian dentro. En esta porfía duraron todos ellos poco ménos de dos horas, sin haber alguna mejoría, ni perder un solo paso del sitio que primero tomaron: en fin de las cuales hubo manera de flojedad entre la gente cartaginesa, como que procurasen ocupar el camino de su real, para lo tener seguro, trayendo particular solicitud en aquel caso. Los españoles y romanos de Neyo Escipion se comenzaron á mejorar, y no tardó mucho de se hallar tan aventajados, que notoriamente llevaban ya ganada la victoria si no fuera por Neyo Escipion su capitan mayor, que siguiendo la pelea, proveyendo lo necesario, cargando sobre los enemigos, y publicando vencimiento notorio, fué derrocado con un golpe de lanzo ancho, que le pasó todo el muslo por ambas partes. Algunos que se hallaron cerca dél, hubieron temor, creyendo ser llaga peligrosa, tanto, que tos otros capitanes menores tocaron luego sus cornetas, haciendo señal á la gente que cesase de combatir, y se retirasen afuera. Y así lo hicieron todos, dado que muy espantados, en ver á tal tiempo dejar una cosa tan ganada, hasta que supieron la causa dello. Túvose por averiguado, que si tal embarazo no viniera, los cartagineses fueran allí destrozados mas de lo que sus enemigos pudieran desear, y todo su real y su fuerte ganado sin algun remedio: porque ya no solamente los escuadrones iban huyendo, sino tambien los elefantes, donde llevaban lo principal de sus fuerzas, andaban abarrancados en los palenques, y mas de los treinta muy alanceados y heridos á dardazos, caidos ya sobre las albarradas en torno del baluarte. Quedaron muertos en el campo casi cinco mil africanos. Dicen otros diez mil, y mas de tres mil que se dieron á prision, y cincuenta banderas pomposas, tomadas y repartidas por diversos pueblos comarcanos en señal de triunfo manifiesto.

(1) Masdeu, en las páginas 326 y 327 del tomo 6, trae algo diferentes estas dos inscripciones aquí continuadas.

CAPÍTULO XXXIII.

Como la gente cartaginesa desamparó de todo punto las fronteras del Andalucía comarcanas á Castulon ó Cazlona, para fortificar y sostener la provincia restante de mas adentro: Neyo Escipion vino luego tras ellos á mas andar, y los dió segunda vez otro golpe de batalla, no ménos cruel y dañoso que cualquiera de los pasados.

Un dia despues de vencida la pelea, llegaron al real de Neyo Escipion las compañías españolas y romanas, que venian tras él cuando salió de Cataluña, cuya llegada trajo mucho placer á sus compañeros y parciales, y mucho temor á sus enemigos. Hasdrubal y cuantos capitanes africanos habian escapado, desconfiaron de poder sostener aquella comarca vecina de Ubeda y Baeza, cercanas á Cazlona y á Iliturge. Lo uno, porque los adversarios eran ya muchos y victoriosos, y su gente dellos era poca. Lo segundo, porque desta su gente cada dia se les iba gran parte, con que se hacia siempre ménos: y la resta que perseveraba con Hasdrubal, dellos habia mal heridos, dellos hambrientos, y todos en general atemorizados y tristes, mal guarnecidos de caballos y ropas, y de las buenas armas y jaezes que solia tener. Así lo conocian sus mesmos capitanes, y lo trataban y platicaban entre sí, pareciéndoles, que si por allí se detenian mas, aprovechaba ménos, y siempre cundiria la mudanza por los otros pueblos andaluces, á quien era necesario fortificar y conservar. Y finalmente no convenia parar en aquella comarca por los muchos inconvenientes que resultaban.

Esto deliberado, la gente comenzó de salir muy callada, pocos á pocos, repartidos en pequeños cuarteles, por diversos portillos que horadaron en los palenques y vallados, tomando la via de la mar, contra lo mas dentro del Andalucía, señaladamente contra los confines de los turdetanos, en que creian tener gran reparo. Para mejor encubrir su viaje, dejaron en las estancias gente menuda de servicio, con algunos hombres de poca suerte, que fingiesen hacer la guarda, mostrando por allí dentro mucho fuego, y sonando bocinas y trompas al estilo que solian. Y con esta cautela pasaron algunas leguas de lugar en lugar, sin recibir afrenta ni peligro. Neyo Escipion no pudo sentir aquella salida tan claro ni tan presto como fuera menester, ocupado con el desabrimiento de su herida: mas en sintiendo lo que fué por la mañana siguiente, conociendo cuán espantados iban los contrarios, y cuanto convenia no darles aliento ni vagar para que descansasen, mandóse meter en una litera contra voluntad y consejo de los otros capitanes, y vino tras ellos á tanta priesa, que cinco dias adelante los alcan-

só poco léjos de la ciudad que solia nombrarse Munda, principal y señalada entre aquellos dias entre los pueblos andaluces, donde hallamos ahora la pequeña poblacion llamada Monda, tres leguas apartada de Marbella, con otras tantas de la Fuengirola, puertos ambos conocidos y tratados en aquella costa, quedando Monda solas dos leguas de la mar, y siete de la villa que dicen Ronda: la cual Ronda viene metida mas en la tierra que todas estas: y tócolo yo de pasada brevemente, porque hallo personas honradas y discretas, que dicen mucho contra razon, ser aquella Munda de los antiguos la misma Ronda de nuestro tiempo. Ménos erraron estos que don Juan, obispo de Girona, cuando porfia en su Paralipomenon de España, ser Munda la que llaman ahora Coimbra, ciudad en el reino de los portugueses. Engaño manifiesto fuera de razon y de cimiento. Pero de lo tal mas adelante hablaremos en los diez y nueve libros desta primera parte, cuando se trataren las guerras españolas del Emperador Julio César, y la destruccion desta ciudad hecha con tanta fiereza que despues acá nunca tornó jamás en su ser, dado que retenga la nombradía primera, ni pudo cobrar el valor que le hallaron estos dos ejércitos cartaginés y romano aquella primera vez que se toparon cerca della. Neyo Escipion traia sus banderas ahiladas y sueltas algo derramadas en la jornada, como gentes que venian en seguimiento de quien les huia. Los africanos pasaban adelante recogidos y fuertes, puestos en escuadrones muy bien reglados: y fortificábanse mas, viendo llegar estos otros tan cercanos, que ya casi les echaban lanzas por diversos lugares: en especial despues de venidos los caballos lijeros con que apretaba sin cesar Neyo Escipion dentro de su litera, dando gran priesa para les atajar las delanteras. El peonaje romano cargaba siempre sin cesar, heria lados y retroguarda puesto que no muy en órden; pero con acudir la gente de refresco, cuanto mas andaba suplian la falta de concierto. y así de toda parte se padecian afanes, unos en ofender, otros en resistir: pero mucho mas entre los cartagineses, que sufrian y caminaban, tirando saetas y dardos en su rededor, y si por caso hallaban enemigos muy cerca de sí, los empujaban afuera, con grandes cuchilladas y picazos. siempre fundados en conservar sus batallones enteros, y rehusar la pelea si pudiesen: y cierto lo pudieran, á tener otro competidor ménos orgulloso que Neyo Escipion, el cual así herido como venia, no se puede contar la priesa que daba sobre los dividir y romper, ántes que se le metiesen dentro de Munda. Los cartagineses visto su gran abincamiento, no lo pudieron comportar: todos en uno revuelven de súbito contra los romanos, como gente rabiosa, determinados á morir, ó sacudirlos de sí. La pelea se trabó con mayor esfuerzo de lo que sospecharon al principio, combatiendo maravillosamente por todos los cuarteles, sin estar ocioso persona dellos: y dado que cayesen algunos africanos, no caian sin venganza. Mas al cabo crecieron de tal manera sus enemigos, y los hirieron de tantas partes, que fué necesario desmembrarlos y romperlos á pura fuerza. Y así les quedó cierta su victoria. La matanza no procedió muy continuada ni de tanto daño como las pasadas: casi fué la mitad ménos en el número de los muertos, por ser tambien ménos los africanos que pelearon, y tambien por haberse derramado huyendo cada cual donde su fortuna lo guiaba: pero todavía pareció desbarato perjudicial, en suceder arreo, despues de tres acometimientos uno tras otro poco favorables á Cartago. Sosio, coronista cartaginés (de quien muchas veces Polibio hace memoria) porfia ser vencidos aquí los romanos, y que su capitan general escapó huyendo con heridas nuevas, allende las que primero traia. Señala cuantas fueron las banderas tomadas, y la gente que les mataron: pero nuestros historiadores latinos sin alguna discrepancia, concordan, en que la victoria fué de Escipion, y cuentan el proceso del negocio por la manera ya declarada, unos mas, otros ménos, conforme á la relacion antigua donde sacaban sus corónicas. Y segun dice Juliano Diácono, parece traer estes buen camino, pues los romanos pararon en aquella region fortalecidos en su real: y duraron allí hartos dias, mejorándose de continuo. Lo cual no hicieran quedando sus enemigos victoriosos. Otro punto conviene señalar en el caso de los rompimientos arriba dichos, para satisfacer á los lectores enconados: y será, que muchos buenos autores ponen la pelea de Munda primero que la de Arjona, donde todos afirman haber sido herido Neyo Escipion: pero yo siempre sigo lo mas razonable. Pues considerada la postura destos pueblos, y la huida del campo cartaginés, lleva mejor concierto venir desde las comarcas de Baza por Arjona, para despues dar en Monda, que no desde las tales comarcas á Monda, para despues dar en Arjona. Lo cual entenderán claramente ser así los pláticos y cursados en la tierra del Andalucía. Una batalla campal despues de todas estas pelearon tambien aquellas dos naciones, donde los africanos tuvieron fuertes ayudas de gente francesa: la cual batalla señalan algunas historias dentro del año presente, como lo hace Tito Livio: muchas en el año venidero, como yo lo haré, siguiendo los apuntamientos de Juliano Diácono, cuyo discurso me pareció siempre de muy atentada consideracion, en declarar tiempos, y determinar conjeturas dudosas: y mayormente que la segunda corónica de España, hecha por mandado del serenísimo rey don Alonso de Castilla y de Leon sigue lo mismo que yo sigo.

CAPÍTULO XXXIV.

De la venida que por estos dias hicieron en España nueve mil hombres franceses traidos á sueldo, para favorecer el bando cartaginés: los cuales pocos dias adelante pelearon una batalla terrible con los españoles del ejército romano, donde hicieron mucho mal, y lo recibieron mayor.

No bastaron tantos recuentros vencidos, ni tantos acometimientos probados, para hacer que los cartagineses, puesto que muy destrozados quedaban, aflojasen de sus propósitos, y como gente porfiosa nacida para renovar y reparar guerras ó cuestiones, despacharon á Magon Barcino, hermano del capitan Hasdrubal, con muchos tesoros y riquezas, para que prestamente procurase de pasar en la tierra de Francia, que cae por el otro lado de los montes Pireneos, y sacase gentes cogidas á sueldo las mas y mejores que podria: con las cuales puestas acá tornarian á cobrar cuantos lugares y villas eran rebeladas: y creian atemorizar al bando romano, por ser estos franceses en aquellos dias la nacion de quien los romanos habian recibido gravísimos daños diversas veces, en especial cuando pasados los Alpes en el siglo muy antiguo conquistaron la provincia que decimos ahora Lombardía,

sojuzgando sus moradores y naturales. Y despues venidos adelante vencieron el ejército romano con terrible destruccion, hasta ganar y quemar á Roma, sino fué la fortaleza llamada Capitolio, que se les defendió mucho bien, segun apuntamos en el veinte y un capítulo del tercero libro. Como nacion tan feroz, tan armada, tan cruel, y de quien Roma parecia tener algun pavor, enviaban los cartagineses ahora por gente suya, para se favorecer dellos, confiando junto con esto del amistad que su capitan Hanibal dejó por allí trabada con los principales de la provincia, cuando pasaban los ejércitos africados en Italia. Sintiendo, pues, los franceses el gran interés que Magon les traia, de ricos atavíos, metales, dineros y jaeces, facilmente se le vinieron cuantos él quiso, que fueron mas de nueve mil hombres: los cuales metidos en galeras y navíos gruesos, llegaron á Cartagena, pasados pocos dias del verano siguiente, cuando se contaban doscientos y diez años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios. Tomada la tierra, con otros algunos africanos, que residian en aposentos, anduvieron su camino contra la parte del Andalucía, donde sabian haber quedado Neyo Escipion, mostrando mucho contentamiento por haber este debate con gente romana, publicando, que no les osarian esperar la batalla, si viesen que venian ellos en favor de Cartago, dado que les ayudasen todas las Españas. Creian los cartagineses aquella presuncion, y mas si mas dijeran: porque mirada su ferocidad, su grandeza de cuerpo, mayor de la que tienen ahora comunmente, sus armas tan á punto, sus meneos y brio, no parecia que gente del mundo pudiese resistirles. Y hablando la verdad en aquellos dias valientes fueron á maravilla. Con esta confianza llegaron al real de sus enemigos en pocas jornadas, á los cuales hallaron bien avisados de su desembarcacion, y tenian ya juntos asaz españoles: creyendo que si con estos franceses viniesen á batalla, metian en ella toda la substancia de sus hechos, y de fuerza seria de mas aparato que ninguna de las pasadas. Hasdrubal de Gisgon vino luego tras ellos: y tras él vino tambien Cornelio Escipion, ambos con la gente de sus fronteras, para se hallar en este riesgo, cada cual en favor de su parte. Puestos á vista los unos de los otros, cuando los franceses reposaron algun poco de su camino, dos dias adelante se concertó la pelea. Todos salieron en campo bien acaudillados y compuestos: y segun declaraban alegres y deseosos de mostrar allí cuanto podian y valian. Cosa fué de notar la gran diversidad que tenian estas gentes en ambas partes, así de figuras y semblante, como de sus armas y traje, tanto, que cotejados entre sí no parecian hombres los unos á comparacion de los otros, como quier, que ni cuanto al concierto de la batalla, ni cuanto á la manera ni número de los escuadrones estuvieron diversos: porque los franceses, cuya fué toda la principal afrenta, no quisieron hacer de sí notable repartimiento, sino todos en un tropel, juntaron las órdenes para combatir á su parte: contra los cuales puso Escipion en otro cuerpo sus españoles, y contra los caballos de Numidia que Hasdrubal Barcino distribuyó por los lados, echó los caballos romanos que fueron hartos y buenos, mezclados con sus españoles celtiberos, que tambien seguian estas guerras á caballo por sus aventuras, dado que los cartagineses tuvieron eso mesmo celtiberos vientureros, puesto que no tantos, ni tan aficionados. El segundo repartimiento fué de peones romanos, puestos en un escuadron, fronteros al cabo donde los africanos de pié tenian otro tal, gobernados por Hasdrubal de Gisgon, con largo número de moros y berberuces, y de muchas naciones mestizas, y mas los elefantes armados, que tambien allí pusieron. En estos postreros á no se diferenciar en la color de los rostros y manera de su lenguaje, todo lo demás parecia ser uno con lo de sus enemigos, por traer á cada parte las armas y despojos que se tomaron en los recuentros y peleas ya contadas. Entre los españoles y franceses habia solamente los escudos conformes, las espadas y cuchillos eran diferentes por ser los de Francia pesados y largos, y sin punta, que no herian sino golpe corrido de alto á bajo. Los españoles traian espadas menores convenientes en el tamaño para se rodear y desenvolver, sus puntas agudas y bien aceradas, que traspasaban cuanto les ponian delante, como personas que llegados á reñir, tenian costumbre de herir al enemigo con estocada mortal, ántes que de tiro largo. Era tambien cosa de ver la postura del batallon frances, en estar mas adelante que todos. Traian sus hombres las cabezas armadas con morriones y capacetes: los otros miembros del cuerpo guarnecidos á su modo, sino fué desde los ombligos arriba, que venian desnudos en carnes, á la manera comun que tenian de costumbre. Con estas fierezas tales, ó con ser crecidos en estatura, mostraban el parecer tan estraño que ponian temor á todos. En los brazos, manos y piernas, traian por hermosura metidos muchos anillos, ajorcas y brazaletes, del mejor oro que hallaban, ó de plata quien mas no podia: los pescuezos rodeados con argollas y collares preciocísimos: los puños de sus alfanges, que tambien eran largos y disformes, embutidos con oro singular, ó con otro metal cuanto mejor hallaban. No parecia tan grande generalmente la disposicion de los españoles sus contrarios, dado que lo son ahora y casi mayores, mas eran de cuerpos mas cuadrados y rehechos: los miembros enjutos, nerviosos, las fuerzas mas vivas, lijereza, sagacidad y desenvoltura mucho mayor, tales, que cualquier trabajo sufrian con ménos pena. Sobre las armas tenian unas vestiduras de lienzo blanco, labradas á gayas ó listas con carmesí, que resplandecian á todos cabos. Así que reglados los unos y los otros con este concierto sobredicho, sus capitanes dieron señal con trompetas y cornetas, para que las haces moviesen. Y luego los de Francia comenzaron á sacudir sus lanzas en los escudos, y daban aullidos á manera de canto, levantando los ojos al cielo, como que hacian semejanza de plegarias. Poco despues arremetieron al escuadron español con el ímpetu mas terrible que se podria decir. Claro parece de las corónicas antiguas y modernas, ser en esta gente la mayor extrañeza de su terribilidad aquellos primeros acometimientos, los cuales eran tan desmesurados y bravos, que dificultosamente se podian resistir. Mas aquellos otros con quien al presente combatian, los recibieron sin algun pavor: y quedaron tan firmes en la parte donde se hallaban, que ninguna mudanza les pudieron hacer. Y pasada la furia primera del acometimiento, comienzan tambien ellos á darles con las espadas golpes tan crueles y hondos que muy presto mostraron ventaja de su parte: porque con andar trabados y cercanos, y ser ellos gente mas desenvuelta, con tener otrosí las espadas mas cortas, y mas cortadoras, aprovechábanse dellas á su voluntad, y brevemente por toda la frontería del escuadron enemigo, les tuvieron muchos heridos, y muchos derrocados, y muchos pasados al través por los pechos. Y

como los franceses ya dichos fuesen tan llenos de carne, tan gruesos, tan membrudos, con poca herida que tenian echaban de sí tanta sangre, que heridos y sanos, muertos y vivos, españoles y contrarios, las yerbas y tierra donde pasaban la cuestion estaban teñidas della. Lo que mayor espanto ponia (si fuera tiempo de se mirar) era que despues de comenzada la desventura, nunca dieron las voces, ni los alaridos que solian dar en las otras peleas cartaginesas. Todos traian un callar triste, disimulado, rabioso, fundado sobre grande mal. Oíase suspirar, y no mas, á los que ya morian: quejábanse los llagados: retumbaba por aquellos valles y collados el estruendo de las armas con que se despedazaban, ni se pudiera ver á toda parte sino la mesma semejanza de muerte. Los hombres en semblante turbado con rostros demudados y mustios, encarnizados unos en otros, tales, que no mostraban compasion de cuanto daño se hacia. Finalmente ninguna desventura ni desastres se pudiera conjeturar en esta vida, que no lo tuviesen allí presente. Recreciéseles para mas acrecentar el peligro calor demasiada del dia, con que los franceses tomaron pena doblada: porque siendo cuando peleaban el tiempo mas ardiente del año, la region eso mesmo la mas calurosa de España, siendo tambien ellos criados en tierras húmedas harto mas frias que las nuestras: fué cierto, que no bastaran á sufrir aquel sol, dado que residieron en el campo holgando, cuanto mas siendo tan pesados, y sufriendo tantas fatigas y trabajos. Con todo su perdimiento nunca hicieron muestra de huir, siempre caian unos en otros, determinados á la muerte, puesto que ya no se podian valer ni remediar, ni bastaban á revolver las armas con el mucho cansancio, ni levantaban los cuerpos, ni los escudos para recibir el golpe contrario, ni se retraian de los que tan gran priesa daban á su destruccion. Ya quedaba derrocada por el suelo mucha parte dellos, y la pequeña resta se tenia por tan acabada como los primeros, puesto que ninguna cosa desto se pudo hacer, sin daño particular de los españoles, que tambien muchos dellos fueron muertos y heridos en el principio: mas al cabo llevaban su negocio tan ganado, que del batallon francés, donde venian largos nueve mil combatientes, no dejaron vivos mil y quinientos, cortados todos en piezas, y degollados á mano. En aquellas horas la gente del escuadron romano, viendo por esta parte los enemigos vencidos, y que de todo punto quedaban acabados aquellos de quien se tenia creido no tener par en las armas, apretaron tambien ellos contra sus cartagineses fronteros, como contra gente que muchas veces habian sobrepujado La voluntad y denuedo del acometimiento fué tal, cual habia sido las otras veces: y por el consiguiente la salida victoriosa fué la mesma que la de las batallas pasadas. En conclusion, que despues de rotos y destrozados los unos y los otros, quedaron muertos en el campo doce mil hombres cumplidos, dado que pongan algunos libros no mas de nueve mil, y poco ménos de dos mil tomados á prision, con cincuenta banderas mayores, que tambien se ganaron, sin la riqueza maravillosa de los despojos franceses, que no tuvo comparacion, en collares y cadenas preciosísimas, anillos, ajorcas, brazaletes y manillas, de que traian rodeados brazos y piernas y pescuezos. Entre los muertos hallaron otro dia dos personas muy estimadas, el uno llamado Menicato, y el otro Civismaron, que son aquellos de quien hablamos á los cuarenta y dos capítulos del cuarto libro: los cuales parece que vinieron á se mostrar en esta pelea, por causa del amistad asentada con Hanibal desde los años primeros, como lo dijimos en aquel capítulo. Hubo mas en la presa diez elefantes vivos, y tres que fueron muertos á lanzadas: y con esto la valía de los Hasdrúbales y de Magon quedó tan abatida por el presente, que muchos dias adelante no pudo tornar en sí: ni curaron de pedir batalla, ni poner gentes en campo: solamente bastecian las villas y lugares de su parcialidad, para se defender en ellas como mejor pudiesen.

CAPÍTULO XXXV.

Como los dos Escipiones cobraron la ciudad de Monvedre, tomando cautivos cuantos africanos la defendian: y luego se volvieron sobre la poblacion que los turdetanos andaluces habian edificado cerca de sus comarcas, y la combatieron y ganaron, y destruyeron por el cimiento.

Conociendo los romanos cuán sin estorbo quedaban para llevar adelante su buena fortuna, tomóles vergüenza de ver seis años pasados en que Cartago libremente poseia la ciudad de Monvedre, siendo razon y muy grande, que la primera jornada desta guerra fuera para la cobrar, y tornar á libertar, pues habia sido causa de todos aquellos debates, y padeció gravísima persecucion cuando Hanibal y sus valedores la destruyeron, por guardar las alianzas y fé que tuvo puestas con el pueblo romano. Luego los dos Escipiones movieron el ejército lleno de triunfos y victorias, con presupuesto de no se parar en alguna parte, ni mirar en cualquier otro negocio por muy calificado que recreciese, hasta la ganar, ó morir en la demanda. Hizoseles mejor que pudieran ellos pedir: porque siendo llegados allá, puesto que las guardas del pueblo mostraron alguna contradiccion, tenian pocos aparejos de gentes y de pertrechos, y de vituallas para la defender, y sobre todo hallábanse muy atemorizados con la mala nueva de la batalla pasada: de manera que no bien eran comenzados á combatir, cuando los entraron á pura fuerza, tomando cautivos cuantos africanos la defendian. Fué restituida sin dilatar á los pocos naturales della, que se libraron de su destruccion, con preeminencias y libertades nuevas que les otorgaron y con alhajas y riquezas y jaeces asaz convenientes, para quedar proveidos, y poder comenzar descansadamente sus asientos y morada, como justo se debia hacer: porque sin las otras obligaciones que Roma tenia, les sirvieron en esta guerra de España con demasiada voluntad y diligencia desde los primeros dias que se comenzó. Y dado que fuesen ellos poco número, fueron de mucha calidad, y siempre se encontraban tan mañosos y trabajadores en ella, que si los dias ántes Cazlona tomó la parte romana mas apresuradamente de lo que todos esperaban, como ya dijimos en los treinta y un capítulos pasados, dió gran ocasion á lo hacer las importunaciones continuas de ciertos saguntinos residentes en Iliturgo que lo solicitaban con muy gran secreto. Solo faltaba para dar en el asiento de Monvedre seguridad y contentamiento, desocupar algunas estancias comarcanas, que tenian gente contraria, de quien adelante le procederian enojos y desasosiegos, particularmente la poblacion moderna que los andaluces turdetanos poseian en aquellas partes, llamada Turdeto la menor, cuyos principios y hechura pusimos en el décimo capítulo del cuarto libro, cuando se dijo ser edificada pocos años atrás

primero que Monvedre fuese destruida, no por otro fin, sino por estragar con su vecindad y hacer el mal que pudiesen á los saguntinos de Monvedre. Ya queda bien manifiesta de pasos y capítulos contenidos en esta corónica la mucha parte que fueron aquellos turdetanos para revolver diferencias y guerras entre cartagineses y saguntinos, y cuanto las encendieron y sustentaron despues de levantadas: así que consideradas tales circunstancias, y visto cuanto convenia deshacer tan grandes enemigos en España, los capitanes romanos enderezaron su gente contra la poblacion sobredicha, donde llegaron poco despues enteros y libres. Asentaron su real muy de reposo con toda la fortificacion que quisieron: labraron ingenios y vaivenes hartos y recios, con buenas defensas para los juntar y herir en la muralla: los cuales acabados brevemente batian algunas piezas del adarve, cuanto bastó por diversos lugares para venir al combate de manos: y luego que se determinaron á lo dar en aquellos portillos derrocados, los dos Escipiones derramaron primero las banderas de caballo por la tierra mandándoles que dañasen los rededores, y vedasen que ningunas ayudas viniesen al pueblo de sus confederados y parciales. Esto hecho sacaron afuera los batallones ordenados: y dada señal de pelea como solian, arremetieron todos por lo caido muy bien y con mucho denuedo: pero no lo sintieron menor allá dentro. Fueron recibidos con heridas y golpes muy duros: dados á manteniente, por los traveses y lados tiraban dardos y piedras en mucha cantidad. Mas como sintieron que los defuera se lanceaban por tantos portillos, y que ya de parte ninguna tenian ellos ayuda ni socorro, ni los cartagineses al presente bastaban á se lo dar: dejados los muros, atajaron todas las bocas de sus calles, por donde los enemigos podian ir adelante, con palenques y fosas mucho hondas, como gente determinada de morir, á quien faltaba todo remedio. Trabajaron en aquel reparo tanto bien, que parecian quedar casi tan fuertes como primero: con lo cual resistian animosamente, creyendo que si fuesen vencidos ninguno tomarian á vida, segun el rencor envejecido de los unos á los otros, y muchas veces cuando llegaban á las manos hacian tanto mal y tantas muertes en sus adversarios, como recibian ellos. Algunos coronistas latinos, queriendo hablar en el estilo de vivir y costumbres pasadas, que solia tener aquella nacion turdetana, repútanla por ménos trabajadora, ménos hábil en hechos de guerra que cuantas en España moraban otro tiempo: pero mucho diverso lo mostraron aquí: porque si paso de verdad lo que dellos apuntan en estas peleas, ninguno pudiera mas hacer, puesto que muy valiente pareciera. Considerando, pues, los dos Escipiones, como despues de tantos dias andados no podian ganar otra cosa mas de la cerca, comenzaron á poner fuego por los edificios confines al muro, para que desde los tales prendiese la llama los otros allá dentro, hasta no quedar casa ni defensa por quemar. El encendimiento cundió lugares infinitos, y ni valian atajos ni diligencias humanas, para que no fuese mayor cada momento. De manera, que viéndose los turdetanos afligidos, por una parte del combate que dias y noches rodeaba todas las estancias: en otra parte del fuego sin remedio, que siempre crecia, no pudiendo mas hacer, pusieron las armas, y se dieron á prision cual sus enemigos tendrian por bien, sin pedir otro partido, ni sacar otra condicion, mas de la misericordia que quisiesen usar con ellos: porque tampoco los recibieran en otro modo. Los cuales así tomados, y pareciendo que se les perdonaba mucho del castigo que merecian, fueron otro dia vendidos: y quedaron por esclavos entre los españoles. La ciudad ardió toda junta, sin algun estorbo, no quedó muestra della que pareciese valer algo: si de lo ménos importante pudieron escapar algunos lugares viles y bajos, los derrocaron por el cimiento. La tierra comarcana con el sitio del mesmo pueblo dieron los romanos al comun y vecinos de Monvedre, para recompensa de los daños antiguos, como gente (segun ellos decian) de sí mas agradecida que cuantas en el mundo se hallaba, y que mas procurase la prosperidad y mejoría de sus allegados y favorecedores.

CAPÍTULO XXXVI.

Como la gente de los dos ejércitos cartaginés y romano se retrajeron á las tierras de sus parcialidades, para tener el invierno siguiente: y allí vino mensaje de ciertas banderas españolas pasadas á los romanos en Italia, por cuyo respeto la señoría romana negociaba de tener allá mas españoles principales y nobles, que sacasen los otros restantes del campo cartaginés.

Concluida la cobranza destas dos ciudades, y no teniendo ya mas ocupacion por allí los españoles, que (como dijimos) eran la mayor parte del ejército romano, comenzaron á se tornar á sus casas y naturalezas, contentos á maravilla de la buena conversacion y buen tratamiento que hallaron entre los capitanes italianos, y mucho llenos de jaeces y caballos, armas, vestiduras y bestias, y de grandes intereses, habidos en aquella guerra: tambien repartieron por ellos los dos Escipiones una crecida suma de preseas, conformes á la calidad y manera que tenia cada cual: y con esto los enviaron tan satisfechos y ganados que permanecian firmes y prestos á cuanto dellos querian sin algun interés ni sueldo, como siempre los años ántes habian hecho, cuando seguian esta guerra por sus aventuras particulares, y no por otro salario: pero (segun dije) los Escipiones andaban tan liberales con ellos, que nunca despues los españoles tomaron salario de tanto valor cuanto montaba la riqueza de sus ganancias, allende las añadiduras, y parte graciosa que recibian de estos caballeros romanos. En lo demás puestas las guarniciones ordinarias en lugares competentes, quedaron reposados aquel otoño, recibiendo siempre mensajes y pláticas de lugares diversos, que venian á tratar amistades nuevas, y deseaban conocer estos dos Escipiones, de quien tanta fama corria por todo cabo. La mesma quietud y sosiego tuvieron los capitanes africanos, dado que cuidosos en conservar su parcialidad, así del Andalucía, como de las fronteras catalanas: y si no bastaban á sostener algunos lugares, ó no les eran mucho necesarios, dejábanlos (como dicen) á beneficio de natura, puesto que siempre los requerian y visitaban solícitamente. Tampoco se hizo mas ni ménos despues que llegaron los meses y principios del invierno: dentro del cual visto por los gobernadores del campo romano los muchos españoles que cada dia se les ofrecian, daban gracias á sus dioses, y reputábanlo por merced incomparable, considerando cuán á sabor, y cuán sin aventurar ellos alguna cosa de peligro, ni de gasto suyo, ni de sus amigos, crecia su buena reputacion. Y verdaderamente no les pudiera suceder hecho mas importante ni mayor: porque las banderas romanas que mante-

nian acá los Escipiones, eran ya pocas y cansadas, á causa que con haber guerreado muchos años, y peleado muchas batallas, puesto que de las mas alcanzaron victoria, todavía le costaban suma de gente, sin otros que perecian continuo de sus enfermedades comunes: y no proveyendo Roma nuevo socorro, mas de los ocho mil hombres italianos que cuatro años ántes hubo traido Cornelio Escipion, segun lo contamos en el quinceno capítulo pasado: y los tales (como dije) ser muertos casi todos, quedaba manifiesto depender en aquellos españoles arriba declarados, la salud y la vida del hecho romano: lo cual entendian y conocian muy bien sus capitanes generales, que siempre los enamoraban con halagos y dádivas, y con todas las dulzuras posibles.

Así se gastaban los dias y frios del invierno mezclados con oir nuevas, y tener cartas y relacion cada dia de los negocios acontecidos por Italia, tan llenos de mudanzas y diversidad, cuanto los pasados en España. Uno fué señalado de mil españoles y cuatro mil africanos, metidos pocos dias ántes en cierta villa que nombraban Arpos, asaz conocida por este tiempo de nuestra gente, que la poseen y gobiernan en la provincia de Pulla, con todos los otros lugares del reino de Nápoles, y le dicen Arpi, cuyos moradores habian dejado la parte romana, cuando fué desbaratada cerca de Cañas por Hanibal, y tomado la cartaginesa. Para los conservar y retener estaban allí las defensas ya dichas, y mas tres mil hombres de la mesma villa, bien aparejados con sus armas. Á éstos del pueblo hacian los africanos venir en la delantera, si por caso tenian alguna vez rebato de romanos, no confiándoles la rezaga, por conocerlos arrepentidos y poco firmes en su parcialidad. Y como la tal division ó diferencia fuese sabida por un capitan romano llamado Quinto Fabio Máximo, cónsul y gobernador principal el año presente de toda la señoría, hijo del otro Quinto Fabio que ya nombramos en el onceno capítulo deste libro, salió con parte del ejército, creyendo poder otro dia combatir la villa. Cuando vino llovia recio, por lo cual hubo dificultad en barrear sus estancias y reales á la manera que solian: y desde la media noche creció tanto la tempestad, que los del pueblo creian estar seguros al doble, por el inconveniente del tiempo. Mas el cónsul romano quiso luego dar en ellos, pareciéndole ser punto muy provechoso para su combate no sospechar que los podria combatir: y tan buena maña tuvieron él y su gente, que puestos en la raiz del adarve, sin persona les oir ni sentir, derrocaron una puerta de la villa, bien apropiada para su negocio: por la cual se metieron de rondon, y peleaban al principio con algunos vecinos que hallaron en estas entradas, y despues con todos los que sobrevinieron, cuanto la noche duró. Decíase no combatir muy concertados, á causa que todos andaban en tiniebla mojados y mal desenvueltos: pero despues el dia siguiente llegada la claridad y resplandor de la mañana, siendo cesada la lluvia, los capitanes romanos y los vecinos del pueblo comenzaron á se conocer y hablar, y traer á la memoria sus amistades viejas, verdaderas y firmes, ántes que Hanibal y sus africanos destruyesen aquellas tierras, y las muchas buenas obras, y muchos placeres, alegrías y provechos que desto procedian á todos: con la cual plática fueron tan presto conformes, que tomando los arpinos sus armas, y juntándose con la gente contraria, revolvieron de presto sobre la guarnicion de los españoles y cartagineses, como si fueran enemigos antiguos, ó no les hubieran defendido muchas veces en escaramuzas y recuentros del daño que les quisieran hacer estos otros. La cuestion se trabó difícil y trabajosa, primero por las calles y lugares angostos, y despues en un sitio donde los cartagineses acudieron, sobre lo mas fuerte de la villa: desde el cual se hacian arremetidas y daños muy acometidos. El cónsul Quinto Fabio, vista la porfía que sus contrarios mostraban, y que perseverando los mil españoles con aquellos cuatro mil africanos, ya que fuesen tomados habia de ser con gran contradiccion, y nadie los podria ganar sin daño notable de la parte romana, cuanto mas deteniéndose, como lo principiaban, algunas horas ó dias, en que les vendria socorro del capitan Hanibal, y la villa no se cobraria perfectamente, mandó cesar los combates, y poco despues hizo derramar por el contorno de las estancias algunos españoles suyos, de los que se vinieron al campo romano los años ántes, como dijimos en el fin del vigésimo quinto capítulo, para que hablasen con estos otros, y les aconsejasen el entrega de lo poco que defendian en la villa, pues queriendo llevar adelante su porfía, ni podrian excusar de ser muertos allí todos, ni traeria fruto su determinacion. No fué menester mucha solicitud en el caso, porque los españoles del pueblo sintiendo cerca de sí los españoles del ejército romano, sus compañeros y parientes antiguos, recibiéronlos con grandes abrazos y placeres, y mostrando contentamiento sobrado, hicieron liberalmente cuanto les pedian, y no solo desembargaron la villa, pero fué tambien acabado con ellos á ruego destos otros sus amigos y naturales que dejada la parte cartaginesa, tomasen acostamientos y gaje del imperio romano, prometiéndoles todas las pagas atrasadas, que Cartago les debiese de los años pasados, entregadas en vestiduras, armas, y ropas, ó dinero si lo querian: y para lo venidero certificaban de les crecer el salario, cuanto fuesen ellos contentos: lo cual aceptado (como digo) de buena voluntad, se quedaron en el campo de Quinto Fabio.

Sacaron una condicion ante todas cosas: y fué, que por cuanto los cuatro mil africanos arriba dichos parecian haber sido confiados en su defension, para quedar y residir allí juntos, y por el mal ó por el bien que los unos pasasen, hubiesen de pasar los otros, y pues aquellos en ser cartagineses de nacimiento, no se podian aplicar al aficion romana, ni seria justo tener de ellos alguna confianza, que por lo ménos, atento ser valientes hombres, y de su compañía, quedasen libres y salvos, y pudiesen tornar á su capitan mayor, sin que persona contraria les tocase, ni hiciese mal, ó pretendiese tomar la mas pequeña cosa de cuantas allí tenian. Y así les abrieron luego las puertas, y los mesmos españoles caminaron con ellos algun trecho de tierra, hasta los poner en tal cabo, que fueron bien seguros. Y dejados aquí, se tornaron con sus banderas tendidas á cumplir las promesas y fé que dieron á los romanos. No se podria bien declarar el placer con que los recibieron, y lo mucho que todos holgaban de su llegada: las posadas no fueron otras de las que señalaron ellos, ni despues adelante les quitaron jamás el estancia que tomasen, ahora fuese dentro del real, ahora de cualquier aposento poblado. Tasáronles eso mesmo la racion de sus mantenimientos al doble de las otras compañías, por el estilo que traian en aquellos tiempos: con lo cual, y con las ventajas manifiestas que siempre les daban los obligaron tanto, que muy continuamente la república romana hizo con ellos cosas nota-

bles, en que recibió grandes provechos y servicio de su diligencia, fidelidad, y denuedo. Las letras que trajeron esta nueva contenian tambien otro mensaje para los dos Escipiones, en que la señoría romana les encargaba muy afectuosamente que, si fuese posible, pasasen algunos españoles nobles en Italia, de los mas emparentados, y de mas autoridad, y bien quistos que hallarian, para sacar por via déstos los otros españoles del ejército cartaginés que restaban, y pasarlos al campo de sus cónsules; pues veian á lo claro, que despues de metidas allá compañías españolas entre las banderas romanas, cobraban siempre mejorías, y ganaban las batallas y victorias que solian perder cuando los tenian contrarios. Muchas otras relaciones nuevas llegaban cada dia de casos pasados en Italia, que dejamos aquí de señalar por no ser prolijos, y porque los tales no hacen al intento de nuestros españoles: cuyos acontecimientos, y lo que dellos depende limitadamente, pretendemos contar en esta relacion: y por tanto pospuestos ahora los negocios italianos, tornaremos á decir las cosas dignas de memoria que sepamos haber sucedido por acá.

CAPÍTULO XXXVII.

De las nuevas pendencias que se levantaron en África tocantes á la señoría cartaginesa, movidas por un rey de Berbería llamado Siface: las cuales dieron ocasion á que sus capitanes residentes en España no fuesen proveidos de las ayudas pertenecientes á la guerra, ni se desmandasen á muchos otros acometimientos que quisieran emprender.

Toda la gente vulgar española cuanta miraba los movimientos y porfía desta guerra que trataban acá romanos y cartagineses, andaban maravillados en ver que la señoría de Cartago no bastecia sus ejércitos en España, con tesoros y navíos, y gente, pues eran tanto menester: siendo su propia costumbre nunca cesar en lo que comenzaba, y la mas vengativa nacion de cuantas aquel tiempo se conocian. Pero vedábalo (segun platicaban) allende muchas otras causas, que cierto rey africano, gran señor en aquella tierra, se les habia declarado contrario, haciéndoles daños y destrucciones continuas. Éste se decia por nombre Siface: tenia su morada principal en una ciudad africana populosa, llamada Siga, sobre la costa de nuestro mar Mediterráneo, frontera de Málaga casi por un derecho, si Málaga no cayera poco mas occidental: y desde Siga poseia Siface todas aquellas provincias comarcanas á la marina, hasta cerca de Tanger y Ceuta, con muchos lugares metidos algo dentro de la tierra. Poseia mas otro gran trecho contra la vuelta de levante, hasta casi juntar por allí su jurisdiccion con la de Cartago, que no los dividia sino las tierras y señorío de un otro príncipe, llamado Gala, tambien africano de nacion, competidor antiguo de Siface, sobre términos ó pundonores que suele recrecer á gentes vecinas y confines: puesto que Gala siempre hacia toda su resistencia con ayudas y favor de los cartagineses, y muchas veces con treguas, ó cautelas, ó dilaciones astutas y guerreras, de quien él era sabedor y mañero. Mas como los apetitos de señorear en esta vida mundana tengan tal furia cuando hallan aparejo, que por la mayor parte ni sufren templanza, ni conformidad: y por aquel respecto las amistades entre príncipes ó señores comarcanos nunca sean duraderas ni firmes: concibió gran imaginacion este rey Siface, durante cierta tregua que con Cartago tenia puesta, de buscar maneras para destruir al rey Gala su vecino, creyendo que si lo quitaba del medio, podria disimuladamente acudir y derramar su poder en las tierras africanas, y quedaria señor absoluto de todos aquellos estados: pues al presente la señoría de los cartagineses andaba tan ocupada con la pendencia romana, que cualquier estorbo si llegase de través los haria blandear: y porque su negocio fuese mas encubierto, hizo mensajeros á los mesmos gobernadores de Cartago, publicando contra Gala quejas y descortesías que recibia dél, con favor dellos, las cuales decia que no sufriera sino por contemplacion de Cartago. Diéronles tambien á sentir estos mensajeros cuanto seria mejor tener el amistad con Siface que no las alianzas con Gala. Mezclado con esto decian que Siface holgaria mucho de tomar por mujer una hija del capitan Hasdrubal de Gisgon ciudadano cartaginés, que los dias presentes continuaba las guerras en España con el otro Barcino: manifestando quedar este rey Siface muy pagado de su hermosura. La doncella se decia Sofonisba, dama de maravillosa disposicion: y sin las gracias de su persona singulares y grandes, era tambien otra muy calificada, ser única hija del sobredicho capitan Hasdrubal, heredera de sus riquezas tan preciadas y crecidas, que mucho con buena razon y muy á su honra la podia desear este rey, puesto que mayor estado tuviera: donde se puede conjeturar el valor y dignidad que Cartago por aquellos dias alcanzaba, pues un príncipe tan señalado como Siface, quedaba satisfecho de casar con hija deste caballero cartaginés: y nadie hallaba demasía del uno con el otro, ni lo platicaban como negocio descomunal. Oida la proposicion destos embajadores africanos, los gobernadores de la señoría, segun era gente sagaz, entendieron luego no les convenir cosa de cuantas pedian, y ménos cumplia para los provechos de su república que Gala ni Siface tuviesen conformidad. Estaba claro que durándoles la discordia, cada cual dellos desearia favor de Cartago, y le reconocerian obediencia, procurando no sentirla contraria, ni parcial á sus enemigos. Tampoco pareció bien recibir en su vecindad y comunicacion al rey Siface, con la color del casamiento que pedia, por no tener entre sí persona de tan gran título, con el cual podrian recrecer desasosiegos y bandos, ó voluntades nuevas entre la gente de su pueblo, que lijeramente se muda con dádivas y con otras cautelas bastantes á destruir la libertad que Cartago tantos años habia conservado, para despues de venido Siface, so color de vecino, quedar por señor y tirano forzoso. Así que desbarataron el artificio deste mensaje con excusas honestas y razones comedidas, diciendo que la señoría cartaginesa tenia por amigos principales á los reyes ambos y de sus buenas avenencias y paces recibiria siempre tanto placer, cuanto pesar de sus enemistades y rencores. Lo del casamiento con Sofonisba, parecia no tener sazon al presente, por estar su padre fuera de la tierra muy ocupado como sabian en la guerra de los españoles y hasta salir della no seria justo hablar en tal caso, ni Cartago querria determinar haciendas ajenas sin que sus dueños lo tuviesen á bien. Sofonisba por el consiguiente rehusaria la plática, no ganando primero la voluntad de sus parientes y padre. De todas aquellas palabras, dado que fuesen corteses y breves y disimuladas, quedaron los embajadores corridos, y Siface se tuvo por menospreciado, publicando venirle tal afrenta, que lo tomó por ocasion para mover luego la guerra, visto que su pensamiento no podia salir adelante, ni

poner en obra su deliberacion. Fué guerra cruel, enojosa, tratada por muchos lugares. Cartago proveyó la resistencia muy de veras y con muy gran cuidado, como cosa peligrosísima, levantada frontero de su ciudad á la puerta de sus casas: y desto vino la causa con que los bastecimientos en España de gentes, navíos, armas, y municion tuvieron desman y flojedad el año sobredicho por la parte de Cartago, segun lo declamos en el principio deste capítulo.

CAPÍTULO XXXVIII.

Como los capitanes romanos residentes en España enviaron desde Tarragona tres caballeros de su campo, para tratar en África ligas y confederacion con el rey Siface de Berbería: de lo cual resultó gran mudanza por todas aquellas tierras africanas: y poco despues hubo batallas y combates mucho peligrosos y siniestros á la parte deste rey Siface.

Los dos Escipiones romanos residentes en España, viendo sus cosas prosperadas, y que siempre les crecian amigos nuevos: conocidas aquellas diferencias, y sabido cuan súbito quedaban desavenidas estas dos gentes poderosas y grandes, tuvieron esperanza que podian allá negociar algo de lo muy cumplidero para su conquista, por ser mucha la comunicacion y vecindad entre nuestras marinas españolas y las africanas: desde las cuales pueden llevar prestamente ganados, navíos, gentes, armas y mantenimientos cuando las otras lo tengan menester. De manera, que despacharon allí tres capitanes del ejército, diestros en cualquier negocio, con facultad y poderes bastantes á jurar, y firmar, y concluir ligas muy valederas entre los romanos y Siface, prometiéndole que si continuaba su competencia contra Cartago, haria cosa de gran obligacion á la señoría romana: la cual en todo tiempo no cesaria de lo reconocer y gratificar con ventaja de buenas obras. Vino muy á tiempo la tal mensajería para los intentos y contentamiento del rey Siface: y habiendo primero hablado largo con aquellos tres capitanes romanos en razon desta guerra, notó las palabras y primores que le respondian incidentalmente de sus ordenanzas y regla de pelear: y dellas entendió bien á lo claro cuantos avisos provechosos y necesarios á la guerra no sabian él ni los hombres berberuces sus vasallos en comparacion de lo que platicaban estos otros.

Luego tuvo por bien de recibir su confederacion: y solemnizada públicamente con juras y sacrificios rogó que los romanos en lo venidero hiciesen como buenos y fieles amigos, y que la respuesta volviesen á sus capitanes mayores en España los dos dellos no mas: el tercero se quedase con él en África para declarar mas el industria de pelear en orden que Roma trataba: porque los pueblos y nacion, cuyo señor él era, no cursaban las batallas de pié, sino las de caballo solamente, como personas que desde los principios y fundacion de su gente hicieron sus antepasados las guerras en este modo, poniendo los hijos desde pequeños en aquella costumbre. Los adversarios dijo tener peones ordenados: y por cuanto se fiaban mucho de la ventaja que con estos traian, él deseaba series igual en toda suerte de gente, sacando batallones al campo reglados y de concierto, pues abundaba su reino de varones bastantes á todo, que no les faltaria sino la distribucion, y las armas, y la plática del negocio, para no se juntar á bulto como solian entropezados y confusos. A esto prostrero respondieron aquellos embajadores romanos que holgarian de lo hacer, dándoles primero Siface su palabra, que si los dos Escipiones no fuesen contentos de la quedada, les enviaria luego sin contradiccion el capitan que con él quedaba, que fué Quinto Sertorio, de quien ya contamos en los capítulos pasados haberlo hecho muy bien cuando batallaban en Iliturgo. Con esta promesa los otros dos capitanes romanos vueltos en España, trajeron consigo dos mensajeros africanos para tomar ellos tambien á los dos Escipiones la seguridad y juramentos pertenecientes á la liga por parte de Siface, mandándoles el rey que llegados acá pusiesen gran solicitud en sacar todos los africanos de su jurisdiccion cuantos hallarian ganar acostamiento cartaginés, y los pasasen al ejército romano so graves penas. Entretanto Quinto Sertorio muy cuidadosamente señaló por toda la tierra del reino los peones que por mejor le parecieron: y reglándolos cada dia segun ordenanza romana, supieron muy presto seguir las banderas, y conocer la señal que sus capitanes hacian, y guardar la buena disposicion de las batallas. Quedaron tan usados en obras, trabajos, constituciones y preceptos del arte militar, que poco despues tuvo Siface mayor confianza del peonaje nuevo, que de sus caballos antiguos: con el cual emprendió muchas veces batallas aplazadas, y rompió los enemigos en diversos recuentros, y ganó dellos crecida victoria. Trajeron otrosí provecho grande los embajadores deste rey á la parte romana: porque sabiendo su llegada continuamente se le venian africanos en cantidad, muy diestros y bien encabalgados: y desta manera quedaron asentadas en España las amistades y posturas entre Siface con el imperio romano. Díjose luego, que como fué sentido por los gobernadores cartagineses, habian hecho mensajeros al otro rey Gala, contrario de Siface, cuyo señorío tomaba toda la provincia de ciertos africanos llamados Masilos, gente feroz y guerrera, criados en las armas desde su nacimiento. Regíalos un hijo de Gala, nombrado Masenisa, mancebo de diez y seis años ó poco mas: y mostraba tantas habilidades en aquella su juventud, que todos entendian, si los hados lo llegasen á tiempo de reinar despues de fallecido su padre, la tierra cobraria mayor estimacion por su respeto dél, puesto que de la tal sucesion en el reino conocian poca certinidad, á causa que Gala tenia tambien un hermano vivo, llamado Desalces: y fué ley antigua de los pueblos masilos contenidos en aquel señorío á que siendo vivos algunos hermanos del príncipe muerto, sucediese cualquiera mayor en el estado: pero faltando los hermanos, y quedando hijos al difunto, reinaban sin algun embargo. Venidos los embajadores cartagineses al rey Gala, declaráronle todos aquellos tratos, y las avenencias de Siface con los dos Escipiones en España, hechas no por otro fin sino para tener pujanza desigual contra los reyes y pueblos africanos, por donde Gala mas que ningun otro príncipe ni señor de la tierra, como su contradictor manifiesto, de quien tomaria si pudiese venganza principal y primera: convenia juntarse con los cartagineses ántes que Siface pudiese pasar en las Españas, ó los romanos á su recuesta meterse por África: y así todos juntos procurasen que tal enemigo fuese destruido y ahogado de presto, pues al presente no tenia las ayudas romanas que le vendrian adelante, ni sentia mas del nombre solo de su confederacion. Fué cosa fácil concluir aquel ne-

gocio con el rey Gala: mayormente que su hijo Masenisa le pidió con gran importunidad el cargo destas pendencias: y sacando sus ejércitos en compañía de los cartagineses cuanto mayores y mejores pudieron, llegaron á pelear, y vencieron una batalla campal, donde contaban ser muertos tres mil hombres contrarios. Siface desamparó la tierra, huyendo con algunos pocos de caballo que le siguieron, hasta se meter en los confines de Marruecos, llamados por aquel tiempo la tierra de los maurisios, y por otro nombre de los mauros ó moros. Son éstos las postreras gentes africanas que vienen cerca del mar Océano, fronteras á la isla de Cádiz en España. Y allí publicada la fama de su camino, se le comenzaron á llegar tanta gente dellos, que poco despues tuvo juntas grandes compañas moriscas: contra las cuales acudió presto Masenisa con sus ejércitos victoriosos. Y sabiendo de cierto que Siface queria pasar en España, primero que lo pudiese hacer, lo venció segunda vez en batalla campal, sin ayuda de los cartagineses ni de nacion alguna, mas del ejército particular y propio que tenia del rey Gala su padre. Hallo yo coronistas buenos y graves, que todavía certifican haber este Siface pasado en España sin contar otro punto de lo que por acá negoció: pero ni Tito Livio, ni Plutarco, ni los autores romanos á quien seguimos ahora, declaran la tal pasada, ni señalan memoria della, ni paso, ni punto que le pertenezca: pero segun los apuntamientos que dél señalan, muy gran indicio nos dan que debió de pasar acá para consultar sus negocios con los Escipiones, y darles algun remedio si lo tuviesen.

CAPÍTULO XXXIX.

De la conveniencia que hicieron en España los capitanes cartagineses, y tambien los dos Escipiones romanos, cada cual dellos á su parte con la gente de Celtiberia, señalándoles gruesos acostamientos para la retener aparejada cuando fuese menester en todas sus pendencias y guerra venidera.

Con cualquiera destas roturas acontecidas en África, los dos Hasdrúbales, y Magon, y los otros capitanes cartagineses que seguian el debate de España, se regocijaban acá demasiadamente: y si fueron ellas mucho, como cierto lo fueron, ellos las engrandecian y hacian mayores con sus alabanzas y pregones derramados en muchas partes: y por parecer que tambien obraban algo, quisieron menear y disponer sus negocios para lo venidero, considerando ser muchos dias pasados en que ninguna cosa tenian hecho, ni cobrado las pérdidas recibidas. Primeramente comenzaron á platicar en secreto con algunas provincias españolas que tomasen acostamiento situado de la señoría cartaginesa, tal que para siempre ni lo pudiesen ellos dejar, ni la señoría quitar, tasándose muy mas crecido que cuanto daban á sus africanos, y mayor del que pagaban los romanos á las gentes de sus ejércitos en Italia: lo cual entregaban en armas, y ropas, y ganados mayores y menores, ó dinero si lo quisiesen tomar, en dia señalado de todos los años. Hacian esto, segun adelante pareció, para tenerlos con aquella prenda, ganados, y seguros, y prestos cuando fuesen menester: y tambien porque Roma no hallase jamás entrada con que los traer á su favor. Esto (como digo) negociaban entre muchos españoles: pero mas principalmente con los celtiberos, por tener en aquel siglo mayor nombradía que todos sus vecinos y confines de valientes y bien armados, y de personas mas puestas en razon á la verdad. Tanto llevaban ya concluido los capitanes africanos en aquel hecho, que tuvieran presto casi toda la region á su bando, si los dos Escipiones no lo sintieran cuando se traia la mayor furia del negocio: los cuales vinieron en persona con algunos de sus españoles. Y visitada la provincia como tierra favorable, donde ya dias ántes habian puesto ligas perpetuas, mudaron y deshicieron gran parte de lo que sus adversarios trabajaban, segurando por muchos años á treinta mil hombres celtiberos el salario que los africanos les ofrecian, y sobretodo las aventuras ordinarias y robos que pudiesen haber: y mas que no siendo llamados ganasen aquel interés mesmo dentro de sus casas y naturalezas. Aceptaron este partido los españoles celtiberos con alegre voluntad, porque notoriamente se conocia de muchos dellos agradarles mejor la costumbre liberal destos romanos, que la presuncion y señorío de los cartagineses: mas todavía perseveraba gran suma, firmes y confederados al bando cartaginés, con los mesmos acostamientos y las mesmas condiciones ya dichas. La nacion quedó hecha dos parcialidades, unos muy declarados por los dos Hasdrúbales y Magon: otros por los dos Escipiones romanos, dado que por la parte déstos postreros eran mayor número, y parecian serles mas aficionados: y para manifestar ser así, vinieron al real muchos dellos, y traian copia de caballeros españoles, moradores principales en diversas provincias, que residieron despues muy continuos en compañía de los Escipiones, y seguian sus aposentos, recibiendo crecidos provechos y grandes honras. Y con aquella conversacion se hicieron tan conformes al estilo romano, que todo su tratamiento, su traje, su lengua, su condicion y manera de vivir era de puros romanos: y se perfeccionó mucho mas cuanto mas fueron adelante, no solo con ellos, sino con sus descendientes y sucesores. Una parte destos españoles nobles deseaban los dos Escipiones poner en Italia, porque Roma lo pedia siempre muy afectuosamente, para que venidos allá sacasen al capitan Hanibal todos los otros españoles que le restaban, pues era lo mas fuerte de sus compañas, y desde la refriega que pasaron en Arpo se conocia ser esta cautela muy apropiada para lo hacer. Tantos contentamientos, y tantas buenas obras usaron y trajeron aquellos dos capitanes Escipiones, que finalmente pudieron acabar la pasada en Italia con trescientos dellos: y puestas en órden las provisiones pertenecientes al viaje, tomaron su camino ganosos muy mucho de hacer en Italia cuantos provechos y favores pudiesen á la señoría romana. Por estas diligencias tan buenas y tan á sazon, la provincia de Celtiberia tuvo su partido bien firme con unos y con otros. Los dos Escipiones desbarataron el daño que les ordenaban ambos Hasdrúbales, puesto que no todo; y fué la primera vez en que nuestros españoles abiertamente tomaron acostamiento particular de la señoría romana, mezclando su real entre las banderas italianas, muy al contrario del tiempo pasado, que solian traer aposentos diferentes apartados en estancias diversas, cuando venian á la guerra: lo cual parecen contar las corónicas latinas, como hecho de mas buena fortuna que pudiera venir á su ciudad, y mas principal entre sus acontecimientos del año presente. Item, los capitanes romanos enviaron á pedir á los cónsules y

gobernadores de su república, con aquellos trescientos españoles que pasaban en Italia, municion y bastimentos de ropas y dineros, de remos y remadores, y de materiales necesarios á la flota; porque ya desde muchos años ántes no les habian dado cosa destas, y la gente quedaba faltosa de semejantes aparejos. Todos estos negocios así tratados fueron lo mas notable del año sobredicho, que sepamos convenir al debate cartaginés y romano que trataban ámbas gentes en España. La substancia del temporal sabemos haber sido próspera: crió la tierra mantenimientos en abundancia: tuvieron salud, ganados y gente, sino cuanto los vecinos de Cádiz padecieron algunos terremotos, y la mar anduvo muchos dias tan gruesa con bravezas y corrientes excesivas, que pasó harto mas adelante de donde solia. Hubo señales en el aire no ménos terribles que los otros años. Mostráronse cometas ardientes contra las vueltas occidentales del cielo: cayeron rayos peligrosos en lugares poblados. Parieron algunas mulas: y dos lobos ahullando vinieron al aposento de los Escipiones; y despues de mordidas gentes y bestias y cosas que tomaban ante sí, pasaron adelante sin recibir daño de cuantos hombres allí se hallaron. Pudiéramos añadir asaz maravillas, de quien hacen caudal muchos autores, si las unas y las otras no fueran obras naturales, que de razon habian de traer poco temor á quien las notara. Cierto es que nosotros los cristianos no miramos en ello, ni las personas acostumbradas á tener paz: mas los antiguos en su gentilidad, y los hombres de guerra, que por la mayor parte son todos agoreros, siempre lo notaron y temieron como señales de mala significacion.

CAPÍTULO XL.

Como fueron recibidos en Roma los trescientos caballeros españoles, que los dos Escipiones enviaron allá: y casi luego vinieron á Tarragona galeones romanos cargados de municion, que trajeron tambien muchas nuevas de cosas pasadas en Italia, señaladamente la tomada de Zaragoza de Sicilia, guiada por industria de ciertos españoles residentes en aquella tierra.

Andados pocos dias del año siguiente, que fué doscientos y nueve primero que Nuestro Señor Jesucristo naciese, llegaron á Roma los trescientos caballeros españoles ya declarados, y fueron muy bien recibidos y muy bien tratados en toda la ciudad. Y despues de vistos sus edificios y su grandeza, festejados por los gobernadores, y príncipes, y por los otros vecinos del pueblo cuanto fué posible, proveidos otrosí, con abundancia de lo necesario, pasaron adonde residia la gente del ejército para comenzar ellos en intentos de su venida. Tambien la señoría romana comenzó de poner en plática los bastimentos y vituallas que pedian los dos Escipiones en España, señalando cuatro galeazas mayores para se traer: y segun acá dijeron habian dado cargo de la provision á cierto mercader llamado Postumio Pirgense, conocido de todos en aquellas guerras y bullicios, así por España, como por Italia, con el cual igualaron el valor de la ropa que debian tomar en precios convenibles, y mas el dinero que tambien le dieron, sacado del tesoro romano para cumplir los acostamientos ordinarios. Pero ninguna cosa desto pudo llegar en España, como fuera menester, á causa que Postumio Pirgense cuando los navíos querian hacer vela, sacó dellos encubiertamente la municion, y dineros que tenian dentro muchos dias ántes, y llenos los fardeles de cajas de sal y de piedras, ordenó que metidos en alta mar, poco léjos del puerto, familiares y criados suyos, á quien él hubo comunicado su voluntad, los barrenasen, ó taladrasen por bajo haciéndoles muchos agujeros para que se hundiesen: y no consintió que persona de cuantos allí traian pudiesen vivir sino fueron él y los ministros de su traicion, que puestos en un barco pequeño tornaron á Roma, diciendo ser anegadas las galeazas con fortuna de la mar, y perdida su provision y dineros: y que por gran misterio pudieron ellos venir cuales veian fatigados y deshechos con tan extraña tormenta.

Quedaron algunos dias en esta disimulacion, pidiendo recompensa de sus daños, haciendo tales muestras, y publicando tanta fatiga que muchos creian ser cierto lo que decian: mas al cabo súpose la verdad: y Postumio Pirgense, temiendo ser justiciado huyó de Roma, con todos los compañeros de su maldad. Y luego los cónsules que nuevamente fueron elegidos en el año presente para gobernar la república, segun costumbre romana, llamados el uno Fulvio Flaco, y el otro Claudio Pulcro, despacharon otros cuatro navíos bastecidos de provision, pero no tanta cuanta primero se traia: los cuales eran ahora venidos á Tarragona con buen temporal, y desembarcaron sus cargas, y se repartió la municion dellas á quien tenia mayor necesidad, pues á todos no bastaban. Las otras banderas comportaron su menester, y comenzaban á se poner en órden para salir en campaña por ser llegados los principios del verano, donde los dos Hasdrúbales y Magon Barcino procuraban de hacer lo mesmo.

Estos navíos de la municion, allende muchas nuevas menudas que traian de casos acontecidos en Italia, trajeron algunas importantes y de tomo: particularmente certificaban que los vecinos de Taranto, ciudad notable sobre la marina de Calabria, se dieron al bando cartaginés con partido que todos cuantos ellos eran fuesen libres y francos, y no pagasen jamás tributo, ni gente, ni cosa de semejantes imposiciones. Hanibal fué muy satisfecho deste concierto por cobrar aquel pueblo de Taranto, cuya fortaleza con el sitio que tenia, daba grandes aparejos al trato de su guerra. Súpose mas, uno de los cónsules romanos haber peleado con otro capitan cartaginés llamado Hanon, y que los africanos quedaron muy quebrantados aquella vez, y muertos en el campo casi cinco mil dellos, sin otros tantos, ó poco ménos tomados á prision, y dos mil carros cargados de trigo que traian á Capua, con una gran suma de caballos, y bestias y joyas preciosas. La victoria pareció tal, que recompensaba muy bien el perdimiento de Taranto. Muchas villas no tan señaladas contaban haberse rendido por diversas tierras en Italia, provechosas, y de gran alabanza para la república romana: pero sobre todo recibieron mayor alegría los dos Escipiones algo despues desto, cuando supieron de letras muy ciertas, y de la relacion averiguada, que tambien otro capitan romano de los famosos y conocidos en las batallas pasadas, y de los primeros que procuró traer á su compañía banderas españolas, nombrado Marco Marcelo, como ya lo dijimos en el vigésimo quinto capítulo deste libro, tenia ganadas en Sicilia gentes y pueblos que halló mudados á sus contrarios: entre los cuales pueblos era la ciudad excelente de Sarausa ó

Zaragoza de Sicilia, no menor en adornamiento, riquezas y hermosura, que cualquiera de las muy alabadas en Europa. Los años pasados anduvo su hecho tan adelante, que tuvo diferencias gravísimas con la gran Cartago sobre pundonores que pretendian ambas, y le dió tantos trabajos, que nunca pudo ganar honra Cartago, ni mejoría contra los sarauses ó zaragozanos. En el tiempo desta guerra con Hanibal, apartáronse de la liga romana por muerte de su rey Hieron, adversario capital de cartagineses, como ya lo pusimos en los veinte y ocho capítulos deste libro. Recreciéronse bandos entre sus mesmos ciudadanos, y la mayor parte dellos tomaron el apellido cartaginés: y fué necesario venir aquel Marco Marcelo romano con gentes y flotas bastantes al cerco de mar y de tierra, dándole muy continuos y bravos combates, puesto que si los sarauses anduvieran conformes, dificultad hubiera hasta los conquistar: y así con toda su division estuvieron cercados casi tres años, que nunca Marcelo pudo mellar en ellos: por ser mucha la grandeza del pueblo llena de varones armados y porfiados, y llena de mantenimientos en abundancia, por tener eso mesmo suficientes ayudas extranjeras, dellas cogidas á sueldo muy largo, dellas traidas desde Cartago: entre las tales ayudas hubo quinientos españoles peones, con un capitan español nombrado Merico: del cual no declaran nuestras historias si fuese de los españoles que Cartago tenia limitados para su defension, enviados por Hanibal cuando principiaba las contiendas romanas, ó si lo despachasen de nuevo con aquellos peones los dos Hasdrúbales y Magon, ó si fueron él y la compañía descendientes de los españoles antiguos que poblaron á Sicilia, cuya generacion y reliquias perseveraba todavía por algunos lugares pequeños dentro de la tierra, dado que las marinas y lo demas tuviesen usurpada los griegos advenedizos muchos dias ántes. Tito Livio solo quiere dar á sentir que fué natural y venido de España. Como quiera que sea todos confiesan haber estos peones españoles y Merico su capitan resistídolos tres años del cerco sobredicho cuanto sus cuerpos bastaron á la fuerza de Roma por de fuera, y á la discordia del pueblo por dentro: mas como ya Merico sintiese que con aquellos bandos tan porfiosos no bastaria diligencia para conservar la ciudad: y que los romanos perseveraban duros y firmes en el sitio, conoció manifiestamente su perdicion, y la necesidad le hizo dar oidos á ciertas espías de Marco Marcelo, tambien españoles, que le hablaron de su parte, prometiéndole crecidos heredamientos en Sicilia para su persona dél, y para toda su gente, si disimulasen la defension cuando fuesen acometidos: pues era claro que cuanto podia trabajar en ello no seria mas de para lo dilatar algunas horas, y nó para lo llevar adelante, ni poder sostener: finalmente la mucha porfía les traeria mucho daño, mucha crueldad, y mayor perdicion, de que fuesen tomados á puro combate, como lo serian muy presto. Mezclaron con esta plática la prosperidad y pujanza que Roma tenia por España, sus capitanes venturosos, su liberalidad, su bondad, y lo mucho que valian y podian, y mas otras causas pertenecientes al propósito, tan certificadas y tan aparentes, que Merico visto ser la division cada dia mayor entre los ciudadanos, otorgó su peticion. Y así fué, que como por esta coyuntura llegasen dias en el pueblo de cierta solemnidad ó fiestas antiguas, donde celebraban sacrificios magníficos á sus dioses ó demonios, Merico sintió claramente ser aparejo natural de fenecer tantos peligros: y dió cumplidos avisos muy secretos á Marco Marcelo, para que tuviese las banderas á punto. Poco despues algunos veladores y guardas en una parte del muro con el regocijo de la fiesta no curaron de rondar segun debieran, ó no tuvieron el cuidado que solian. Y los romanos vista primero cierta señal hecha por Merico, cargaron en aquella parte con tal multitud y tal apresuramiento, que ni se les pudo vedar la llegada, ni los españoles vinieron á lo resistir como solian. Obróse cruel destruccion en todo cabo, matando personas al principio, de cualquier estado que hallaban á la mano, robaron atavíos preciosísimos, vasijas excelentes, pinturas y medallas de maravillosa perfeccion, armas, riquezas, dineros en tanta multitud, que de la gran Cartago, si se tomara por fuerza, no pudiera salir mayor. Y los dos Escipiones acá tuvieron razon legítima de mostrar gran alegría, con relacion de tanta prosperidad, y que tanto les importaba para sus negocios en España.

CAPÍTULO XLI.

De los artificios y sutiles invenciones halladas en Zaragoza de Sicilia cuando la ganaron, allende su mucha riqueza: las cuales invenciones ó parte dellas redundaron despues en España, donde permanecen hoy dia harto provechosas y convenientes á sus naturales y moradores.

Por lo que todos debemos á las artes liberales, cuyo regimiento trae continuamente la ciencia nombrada geometría, declaradora de las medidas y tamaños, proporciones y conveniencias que cualesquier cosas deban tener entre sí, donde procede la sutileza de los artificios humanos, ayudadores á llevar con ménos pena la fatiga de nuestra vida: quise poner este capítulo sobresaliente y añadido, para que pues en lo pasado contamos el estrago hecho por Marco Marcelo, cuando sus romanos ganaron á Sarausa ó Zaragoza de Sicilia, digamos ahora la muerte que tambien allí dieron á cierto varon, gran sabedor en aquella ciencia: del cual andan muy provechosas invenciones derramadas en España, y en otras provincias, sin conocer la gente vulgar quién se las dió, ni donde vinieron. Este varon llamaban Archimedes, morador en la mesma ciudad, y los tres años enteros que duraron aquellas guerras y cercos, confiesan las historias latinas, haber él solo resistido mas á los de fuera con sus artificios y sutilezas, que toda la ciudad con sus armas y fuerzas. Hizo contra las naos romanas cuantas ocupaban el puerto muchos ingenios tiradores, y cada cual dellos arrojaba tantas piedras, y tan grandes en un golpe, que venian como lluvia, despedazando navíos y defensas: y ni se podian ellos conservar, ni la gente de su gobierno contra las galeras llanas que ménos peligrosamente juntaban al muro. Visto por Archimedes no poder empecellas con estos ingenios tiradores, por andar muy cercanas á la ciudad, inventó gruesos garfios de hierro, colgados en cadenas por unos vigones anchos, labrados en tal arte, que lanzándolos por arriba, si prendian cualquier casco de galera, tiraban dél á mucha fuerza, contrapesando ciertas masas de plomo, sobre las puntas de los maderos, y con ellas, y con ruedas, que tambien pujaban, salia la galera fuera del agua, hasta subir en el aire muy alta, y allá la sacudian dos ó tres veces: y luego tenian manera fácil como los garfios aflojasen, y

caia de súbito con toda su cargazon, hechos pedazos los hombres, y las maderas, las vituallas, armas y provisiones que traian dentro. Fué tambien Archimedes el primer inventor de trabucos, que son ciertos ingenios harto conocidos en España, permanecientes en ella casi por este mi tiempo. Tiran muy grandes piedras en los combates de las ciudades: lo cual ha durado hasta que vino la cruel arte ya muy comun á todas las guerras, de lanzar pelotas gruesas de hierro, con fuegos y pólvoras encendidas por cañones de metal. Item, las almenas encima de los muros, y las troneras por lo mas bajo rasgadas y desunidas á todos lados, para que los de dentro tiren á los de fuera seguramente por derechos y por traveses, hechuras son del gran Archimedes. Ántes de su tiempo (segun dicen algunos) los adarves eran muchos y cerrados: contentábase la gente de ponerlos como sola defension. Archimedes hizo que tambien pudiesen ofender con tales aberturas, no perdiendo punto de su fortaleza. Primero que se comenzasen estas diferencias en Saragosa contra los romanos, aconteciółe topar en el puerto carracas encalladas, grandes y crecidas, llenas de mucha cargazon, y traer él tales artificios, que con una sola mano las llevaba donde queria, no las pudiendo mover ántes multitud infinita de personas.

Oyósele decir alguna vez, que si por ventura hallasen otro mundo fuera del nuestro, bastarian sus instrumentos á los juntar ambos, ó meter uno dentro del otro. Los dias de su juventud Archimedes anduvo por Egipto, mirando labores y fábricas de gran primor, que solian ser en aquella provincia: dentro de la cual tuvo cumplida perfeccion el arte de geometría, por causa que las crecientes cadañeras del rio Nilo trocaban y confundian los mojones ó límites de las heredades cercanas donde se derramaban: y convino hallar industria para se tornar á medir sin engaño despues á la menguante, con pruebas y demostraciones manifiestas de no llevar sus dueños mas de lo que primero tenian, dado que por algun respeto fuesen las rayas echadas en otros linderos diversos, y las figuras del término quedasen mudadas ó diferentes. Entre las otras maravillas notadas por Archimedes en aquella region, allende sus edificios de gran suntuosidad y magnificencia, fueron tambien muchos mineros y pozos de metales cavados en hondo: pero traian estorbo continuo las aguas que por ellos manaban á los oficiales de dentro. Para lo remediar púsoles Archimedes unas vigas redondas, tan largas y crecidas, cuanto los pozos eran altos: y por la sobre haz dellas hizo canales enroscados á manera de caracol ó de husillo, los cuales revueltos y traidos en torno sorbian el agua toda hasta la verter arriba, cuyas trazas y composicion declaraba Vitrubio Polion, con sus medidas y pertenencias, en el décimo libro del arquitectura. Los griegos y latinos antiguos les decian cocleas, que significa tanto como caracoles, por llevar, como dije, los caños torcidos y revueltos á manera del tal animal, ó de concha. Dió mas Archimedes razon y manera fácil para descubrir cantidades, pesos y tamaños de las mezclas hechas en cualesquier joyas ó vasijas de metal por muy precioso que sea sin tocar en su hechura, ni dañar la pieza, mas de la meter en un balanzon ó bacía con agua llena de todo punto, y despues meter otras dos cantidades de los metales mezclados en otra tal agua, con semejante peso, para ver lo que trasvierten cada cual á su parte fuera del balanzon, y sacar por lo mas y por lo ménos el tamaño de la mezcla en trozos pequeños: así de piedra como de maderos rollizos prolongados, tales que cualquier persona los pudiese traer consigo, cuya figura llaman los griegos chilindro. Dió manera para rayar en su contorno las horas de cada dia, mostradas con la sombra del sol que hacen unas verguecillas echadas afuera: las cuales juntamente declaran cuanto será mayor ó menor la sombra de cualquier cosa cada momento que los cuerpos sus causadores. Item, los grados que tambien el sol encumbraba sobre la tierra, por donde son halladas las alturas del polo, necesarias y pertenecientes á quien deseaba saber astrología. Hizo mas una bola de vidrio, semejante del octavo cielo, con muchas estrellas y figuras puestas en conveniente distancia, por medidas y regla cierta de sus apartamientos verdaderos: y dentro desta bola metió siete bolas menores tocántes unas en otras, á representacion de siete cielos, que traen siete planetas, y hacíalas mover de suyo cabalmente sin haber error, en los mesmos puntos y momentos que se mueven los celestiales: y como la masa de los vidrios fuese clarísima, descubrian sus ayuntamientos y contrariedades, aspectos y proporciones, no ménos de las estrellas con los planetas, que de los planetas entre sí. Las partes eso mesmo se cortan y cruzan los principales cercos imaginarios del cielo. Las medidas y tamaños de sus ángulos y puntas, espacios, lados y valores, parecia á la clara sin algun impedimento cosas por cierto de singular excelencia para los inclinados á semejante virtud. Colígense destos invenciones buenas y notables. La primera, hacer mover aquellas bolas de suyo, siendo vidrio. La segunda, tener betumen ó liga con que juntar dos medias bolas dél, sin divisarse la juntura, pues en otra manera no podian entrar unas en otras: lo cual ahora ni sabemos, ni tenemos como quiera que nos conste ser tiempo cuando los antiguos lo supieron: pero siempre fué tenido por cosa muy preciada, no vulgar ni conocida del pueblo, segun veremos en el tiempo del emperador Tiberio, señor de España, que por solo saber aquel secreto hizo matar un singular oficial, varon de grandes ingenios, en quien se perdieron otras mayores sutilezas y provechos.

No podríamos aquí tocar en tanta brevedad cuanta pretendemos las maravillas deste gran Archimedes, halladas á diversos fines, todos provechosísimos á nuestra vida, ni los muchos artificios de combate que sacaba continuamente contra Marco Marcelo, teniendo cerco sobre su ciudad, hasta ser ganada por aviso de los españoles, como ya lo declaramos: en cuya destruccion un soldado romano, saqueador y robador, cuales eran casi todos los otros del ejército lo tomó dentro de casa, trazando sus imaginaciones con tal atencion y reposo, como pudieran tener en la mayor paz y sosiego del mundo. Visto que por él no dejaba sus obras, ni le respondia siendo preguntado con importunacion de cosas que le pedia, ni daba preseas ó dinero segun era menester á su codicia, lo hirió muchas veces y lo mató, no conociendo quien fuese: de lo cual Marco Marcelo recibió gran pesar: y primero tenia proveido con muy encarecidas amonestaciones á toda su gente, que guardasen la persona deste gran hombre: para lo reverenciar él, y tratar segun merecia. Sabiendo ser muerto, mandó luego dar libertad á sus allegados y parientes, y restituir cuanto les fuese tomado. Hízole mas una sepultura pomposa, con un letrero magnífico, donde se decia quién era, poniendo juntamente cierta cuestion esculpida, que pocos dias

ántes Archimedes habia comenzado, sobre declarar la proporcion ó demasía de cualesquiera dos cuerpos en lo postrero que se tocan, si justamente son contenidos el uno dentro del otro. De todas aquellas invenciones halladas por Archimedes, no quiso dejar memoria ni relacion como se debiesen obrar: y sospechamos haberlo hecho, porque los tiempos antiguos cuando Platon el gran filósofo de Grecia visitaba los varones italianos señalados en ciencia, topó con un maravilloso geómetro que llamaban Architas Tarentino, de los primeros hombres que pusieron por obra manual estos ingenios artificiales. Y como Platon los mirase, dice haberle pesado, y dado reprehension al Tarentino, significándole, que pues aquel negocio salia del primor y hondura de los principios geométricos, partes notables en la filosofía natural, no se debian comunicar á la gente del vulgo, cuya propiedad era no sentir la substancia de las cosas, ni gobernar hecho que lleve razon: y que filósofos y no mas era bien tratar en este caso, pues conocen los misterios donde proceden: mayormente que si la tal arte de hacer artificios una vez quedase con los idiotas y gente vulgar, cada dia perderia mucha certinidad: y por discurso de tiempo se desmembraria de la ciencia natural, á causa que sus aprendientes no querrian mas de saber obrar, sin especular ni concebir el fundamento de su gobierno. Lo cual sucedió como Platon sospechaba, segun ahora vemos en los ingenios del agua, donde sus oficiales labran artificios, que no los entienden, puesto que los obran. Y si procurasen de lo saber por especulacion y principio razonable, no podrian errar en cosas que yerran, y hallarian otros muchos primores encubiertos, porque les ayudaria la facilidad y costumbre del obrar, para conocer las causas, y dar en el arte llamada por otro nombre teórica. Lo mesmo podríamos decir en los artificios del fuego, del aire, del peso, del viento, cuyos efectos responden á quien los trata con espantosas maravillas: de las cuales ahora yo no hablaré, porque tengo propósito, si Dios me da vida, libre de turbacion y de fatiga, recopilar un volúmen aparte, con el favor de V. M., en que se pongan y señalen cuantos ingenios de fuego, de viento, de peso y de aire yo tengo vistos por algunas provincias, en que los deseos de conocer este mundo me trujeron algunos años de mi juventud, y mas otros hartos que dejaron escritos y trazados Heron Alejandrino, Sereno Romano, Vitrubio Polion: y despues dellos Alchindo, Rogerio Bacon, y Campano, y en fin de todos Georgio Vala Placentino, y Juan de Monte Regio Aleman, con la resta que pudiéramos descubrir en cualesquier libros latinos desta facultad, sin lo que yo tambien habré trabajado por mis imaginaciones y cuidados, y mejorado y añadido sobre los maestros antiguos, dignos de perpetua memoria: y allí declararemos primero la manera que se deba tener en hacerlos: despues las razones y causas conformes á filosofía natural de todos sus efectos y circunstancias. Y no se deben extrañar los lectores de nuestra corónica, si por ocasion que nos dió la muerte del buen Archimedes, hayamos algun poco dejado la plática de los negocios españoles pues á la verdad nadie podrá bien decir que se dejan, dando razon á muchas invenciones que tenemos ya por nuestras y propias en España, de quien era justo saber el maestro donde procedieron: cuanto mas que las personas criadas para bien general, cual Archimedes lo fué, determinan los prudentes, que de todas las naciones deben ser tenidas por naturales, y ninguno las debe llamar extrañas aprovechándose de sus argumentos y vivezas: mayormente siendo geométricas, las cuales han engendrado (como ya dije) los mayores bienes que sepamos, y los primeros de los oficios mecánicos, y de sus oficiales que tan solemne parte son á toda la república. Donde tiene cabida la geometría, pone perfeccion y bondad en las artes humanas, cumplideras á nuestra vida: donde falta, no puede ser cosa que tenga razon ni concierto, sino fealdad y confusion y desvarío. Quise tambien descansar aquí, por me parecer que si los coronistas quisiesen mirar en ello, seria cosa mas convenible conservar en historias la recordacion de personas tan provechosas al mundo, tan dignas de agradecerles cuantos despues nacimos sus invenciones y sus ayudas, que no la crueldad y fiereza de tantas batallas, tantas porfías y rencores, tanto derramamiento de sangre, cuanto hallamos en ellas, como presupuesto mayor de su relacion, siendo manifiestas injurias hechas á nuestra naturaleza mortal, y que de razon habian de ser livianamente contadas ó calladas, como trance de mal ejemplo, cuando no son acometidas para sustentacion ó defensa de virtud ó de nuestros príncipes y buenos gobernadores, á quien Dios manda tener en su lugar. Mas ahora cesaremos ya de hablar en esto, por continuar el primer intento de las pendencias cartaginesas y romanas pasadas en España, como venian pendientes y trabadas ántes que comenzásemos este capítulo.

CAPÍTULO XLII.

Como cierto capitán africano, llamado Masenisa, trajo grandes ayudas y socorros en España para las banderas cartaginesas: y los unos y los otros, así romanos como cartagineses, comenzaron á traer gentes, y solicitar naciones españolas con que pudiesen tornar á sus competencias ordinarias, y darles algun fin si lo tuviesen.

Despues que los cartagineses africanos vencieron al rey Siface con ayudas y diligencia de Masenisa, hijo de Gala, rey en Berbería, lo primero que hicieron fué bastecer de tesoros y de municion abundosa todos sus capitanes residentes en España, mandándoles recojer las compañías de los aposentos, y sacar de nuevo cuantos mas españoles podrian á sueldo, para con ellos renovar la cuestion tan de principio como si nunca lo tuvieran comenzado. Decian otrosí, tener ellos á punto siete mil peones berberuces, y setecientos ginetes muy escogidos y muy armados que traeria Masenisa brevemente, para seguir estas guerras en España, hasta les poner fin: el cual era desposado con Sofonisba, hija del capitan Hasdrubal de Gisgon, que la señoría cartaginesa determinadamente se la quiso dar, porque de mejor voluntad aceptase tal cargo de capitan suyo, mostrando preciarle mucho si le daban aquella señora mesma que negaron al rey Siface. Cuando la certificacion desto llegó, los dos Hasdrúbales y Magon habian tambien ellos pocos dias ántes hecho grandes apercebimientos de gente. Proveyéronse de mantenimientos, y de carros, y de mulos en que los llevar, y de muchos otros materiales necesarios á su determinacion. En una provincia de ciertos españoles, nombrados suesetanos, pagaron de antemano con armas y joyas, y vestiduras cinco mil hombres aplazados para cuando fuesen requeridos, por via del es-

pañol Indibil, hermano de Mandonio, caballero principal entre los pueblos ilergetes, ambos grandes confederados al bando cartaginés, como ya lo vimos en el catorceno capítulo deste libro. Dicen algunos escritores nuevos ser estos suesetanos así llamados por el abundancia de puercos muchos y grandes que criaba su region: los cuales en latin ó lenguaje romano se nombran sues, donde formaron el vocablo suesetano. Pero yo creo sin tener duda, que nuestras provincias españolas no tomaron sus nombradías antiguas de los vocablos latinos, pues en el tiempo de quien ahora contamos, estos látinos ó romanos eran acá recien venidos, y los nombres en cada region eran ya viejos, y muy ancianos: especialmente no hallando bien declarado por los autores cosmógrafos donde fuese la partida suesetana, ni sus aledaños, ó linderos, ni qué pueblos tenia principales, ni particularidad alguna por donde vengamos á caer en ella, cuanto mas querer dar la razon de su nombradía, como de tierra conocida. Lo que yo puedo hablar en esto son conjeturas y diligencias mias hechas á tiento: pero llegadas á tan buen camino que parecen verdaderas y ciertas. Primeramente dias ha que me mostraron privilegios y cartas públicas, otorgadas de reyes aragoneses y navarros, en que dan á sentir la villa nombrada Sanguesa, donde pasaban aquellos autos á mí mostrados haberse llamado Suesa muchos años ántes. Tuvo Sanguesa de continuo, y tiene tambien ahora, muy agradable y honrada vecindad, puesto que de pequeña multitud en los fines y cabo de Navarra, fronteras al reino de Aragon, asentada sobre las aguas y ribera del rio que tambien llaman Aragon: del cual nuestra corónica dará larga mencion, puesto que no sea muy caudaloso, cuando pusiéremos en la tercera parte los acrecentamientos y victorias de los ínclitos reyes navarros: y allí se dirá qué motivo tengamos para nombrar este rio y hacer cuenta dél, dado que por los cosmógrafos pasados nunca fué señalado ni notable. Parece que de Sanguesa, dicha primero Suesa, pudieron llamar suesetanos á todos sus confines y vecinos: y si lo tal se recibe, queda manifiesto ser los suesetanos antiguos generacion y linaje de los españoles nombrados vascones, en cuya provincia hallamos la villa sobredicha. No contradice cosa desto lo que tocamos arriba de los puercos allí nacidos si fuese verdad, por criar la mesma comarca de Sanguesa muchos puercos grandes y sabrosos, tanto que tocinos y perniles de Jaca, ciudad comarcana suya son estimados y tenidos en precio mas que cuantos tenemos en España para comer. Confírmalo sobre todo, ver que los capitanes africanos encargaron al español Indibil, ilergete de nacion, la traedura de cinco mil suesetanos al ejército cartaginés, como caballero su vecino que los podria visitar y requerir cuantas veces quisiese: porque los pueblos ilergetes aragoneses, de quien ya muchas veces tratamos, rayaban en la vuelta de septentrion con los vascones antiguos, de quien eso mesmo trataremos adelante, cuya partida morarian estos suesetanos presentes. Gerónimo Paulo Barcelonés, por no dejar punto que no toquemos, dice ser naturales y nacidos en el campo de Tarragona: lo cual certifican tambien otras personas que le siguen. Pero si lo fueron, segun ellos imaginan, creo que serian diversos de los suesetanos confederados á Cartago, pues aquellos contornos y cercanías de Tarragona tenia la parte romana tan ganadas y tan seguras cuanto pudiera tenerlo mas junto con Roma, ni bastara su pequeñez á dar cinco mil hombres armados, en rebeldía de los Escipiones que lo sabian, y solian vedar por otras tierras mas léjos, y si con alguna disimulacion ó cautela saliesen, dejaban tan yerma su region y haciendas, que lijeramente las podrian asolar quien viniese desde fuera, cuanto mas los romanos, quedándoles dentro. Por aquella coyuntura que se hacian estos apercebimientos y pagas á la gente suesetana, desembarcó Masenisa, hijo del rey Gala, con siete mil peones y setecientos ginetes africanos en el puerto de Cartagena. Recibiéronlo muy bien cuantos capitanes y caballeros allí se hallaron, y mucho mejor que todos Hasdrubal de Gisgon su nuevo suegro, mostrando gran contentamiento de tener parentesco trabado con persona tan aventajada, hijo de rey tan valeroso y tan honrado. Los peones recien traidos incorporaron entre las compañías viejas, y los ginetes berberuces aceptó Masenisa para tomar cargo dellos, como capitan que desde su niñez conocia sus condiciones y costumbres. Luego de toda parte comenzaron á bullir y dar manera para caminar contra los romanos: y despacharon avisos al capitan Indibil, rogándole que tambien él comenzase de mover con los suesetanos españoles, y con alguna gente valdía si la pudiese juntar. El cuartel de Celtiberia, que dijimos en los treinta y nueve capítulos pasados tener la parte cartaginesa, mandaron estar apercebido y armado: pero que no se moviese hasta sentir el intento de los otros celtiberos sus vecinos, favorecedores al bando romano: y así procedian estas diligencias encadenadas unas con otras, como las negociaban aquellos africanos en Cartagena, procurando mejorar y favorecer el socorro que nuevamente les era venido.

CAPÍTULO XLIII.

Como treinta mil españoles celtiberos salieron en campo, traidos por los dos Escipiones romanos para resistir el aparato con que los capitanes cartagineses habian tambien salido fuera de los aposentos, queriendo cobrar las ciudades y pueblos del Andalucía, que los años pasados se llegaron al bando romano.

Los dos Escipiones romanos entendida la desembarcacion de Masenisa con el aparato sobredicho, visto junto con esto ser ya corridos poco ménos de dos años en que sus negocios iban guiados mas por astucias y buena diligencia, que por armas ni rigor: sacaron ellos tambien toda la gente del aposento donde tuvieron el invierno, para se juntar y poner en órden como solian: y no faltan autores que cuenten haberles llegado seis mil peones italianos con sus adherentes de caballo, despachados por la señoría romana, puesto que Tito Livio, ni Polibio no hagan mencion dellos. Enviaron otrosí, decir estos Escipiones á treinta mil españoles celtiberos, los cuales habian pagado desde muchos dias ántes que viniesen muy presto, dellos á caballo, dellos á pié, conformes al sueldo que ganaban, certificándoles andar ya banderas romanas y cartaginesas puestas en campo, haciendo su deber. Entre tanto quisieron tomar consejo de los capitanes menores, y de las otras personas honradas y discretas, acostumbradas á darlo, sobre lo que debian obrar en la prosecucion desta pendencia. Fué determinado por todos sin alguna discrepancia, que pues los años primeros habian podido vedar al capitan Hasdrubal Barcino su pasada en Italia, hecho tan substancial y tan di-

ficultoso, trabajasen al presente con lo postrero de su posibilidad, por dar fin á la guerra, pues tambien era ya tiempo de lo hacer, y la parte romana tenia fuerzas bastantes á cualquier afrenta, con las allegas de los treinta mil españoles celtiberos, que venian á grandes jornadas, y muchos dellos eran llegados, y llegaban cada dia. Quedaron resolutos en ello, y así lo prometieron de hacer, y concluir ó morir en la demanda. Tres ejércitos eran con el romano los que se mostraban ya fuera por ambas partes. Uno llevaban delante Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa juntos á la par, desviados gran trecho de los Escipiones, tanto que bien habria jornada de cinco dias entre los unos y los otros. El trasero mas cercano venia con Hasdrubal Barcino, capitan principal de los muy antiguos en España. Caminaban derechos el viaje del Andalucía, creyendo poderse restituir en lo que por allí tenian perdido, si les diese tiempo la tardanza de los Escipiones sus contrarios. Pero sintiendo que ya tambien éstos iban tras ellos á mas andar, Hasdrubal Barcino se tuvo no léjos de cierta poblacion llamada por aquellos dias Anatorgin, y barreó las estancias y reales muy de propósito para salir al encuentro cuando pasasen, ó para les poner tan gran impedimiento que sus compañeros despues de metidos en el Andalucía bastasen á concluir sin estorbo lo que llevaban acordado. Las voluntades eran conformes en aquel caso: porque los dos Escipiones deseaban romper con él ante toda cosa, pues lo tenian á la mano dispuesto y aparejado, como lo pudieron ellos demandar veíanse tan crecidos de buena gente, que venidos á la batalla reputaban la victoria por cierta. Solo temian, que si lo venciesen una vez, el otro campo de cartagineses hallándose léjos huiria contra las fraguras y despoblados de los montes Orospedas cuyos brazos ó gajos vienen crecidos y levantados por aquellas fronteras orientales del Andalucía, comarcanos á la sierra que decimos de Segura: y si por aquí llegaban estos capitanes africanos era cierto que dilatarian la guerra con alargas, no queriendo venir á pelea reglada. Para remediar esto pareció ser provechoso dividir entre sí las banderas que traian estos dos hermanos Escipiones: y repartidas abrazaren en un golpe toda la conquista de España, trabándose con los enemigos en una mesma sazon por aquellos dos cabos donde quedaban puestos. El ordenamiento fué desta manera, que Cornelio Escipion con dos partes enteras de las compañías italianas y romanas por caminos y rodeos encubiertos pasase muy adelante: hasta se topar con Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa. Neyo Escipion con una sola tercia parte de romanos, y todos los treinta mil españoles celtiberos quedase frontero del capitan Hasdrubal Barcino. Y así concertados y conformes en aquel parecer, dividida la gente, como dicho es, movieron ambos Escipiones juntamente, llevando sus españoles en la delantera del ejército. Poco despues llegaron á vista de los enemigos, y Neyo Escipion reparó muy en orden con las banderas que le fueron señaladas, y comenzó tambien él de situar sus estancias en el estilo que solia, dejando cierto rio pequeño que por allí pasaba, casi en el medio dél y de los cartagineses. El otro Cornelio Escipion anduvo mas adelante contra la tierra que le cupo de los otros capitanes adversarios, luego se comenzaron escaramuzas y rebatos en todo cabo sin estorbar los tales acometimientos á la fortificacion de las estancias, y ménos la fortificacion á los acometimientos. Corrian espías encubiertas y muchas entre todos, trabábanse pláticas á cada paso, declarábanse celadas, y disimulaciones de guerra, muy primas y muy artizadas: con la cual solicitud cualquiera de los capitanes generales pudo saber el secreto de su contrario. Resultó desto que como Hasdrubal Barcino sintiese manifiestamente quedar en el real pocos romanos, por haber Cornelio Escipion llevado las dos partes dellos, y que toda la confianza de Neyo Escipion se funda sobre las ayudas y fuerza de los españoles celtiberos, acordó negociar con éstos lo que tal ocasion requeria, como persona sagaz en tratar gente guerrera: mayormente de pueblos españoles, cuya simplicidad y poca malicia conocia desde su niñez, y hablaba su lengua celtibérica mejor que la cartaginesa por medio de la cual comenzó pláticas disimuladas con los capitanes celtiberos, en que les quiso tentar si los podria traer á su real, enviándoles al presente joyas en cantidad, y prometiéndoles adelante haciendas, y salarios perpetuos dentro de su mesma region, ó donde holgasen ellos de las tener en España. Mas como por ninguna via lo quisiesen aceptar, y se les mostrasen airados de tal apuntamiento procuró de moverles otro partido suave, y de ménos mal apellido, asegurándoles igual interés que primero, si tan solamente sacaban la gente fuera de las estancias romanas, y se tornasen á su provincia Celtibérica, libres de todo peligro, pues ni seria cosa mal hecha, ni les pedian aquí fealdad alguna: porque si bien lo considerasen hallarian que los dos Escipiones obraban su guerra con ellos malignamente dándoles el trabajo notorio de toda la pendencia: poniéndolos en muertes y fatigas continuas para traer á sí las alabanzas y provechos y nombre de la victoria, siendo muy averiguado proceder dellos y de sus italianos la menor parte del vencimiento. No dejaba tras esto cautela, ni razon amigable si le parecia convenir á su demanda que no les pusiese delante: derramaba cada dia por ellos dones de precioso valor para poderlos tornar y convencer á lo que pedia. Pero como tambien esta vez aquellos españoles celtiberos perseverasen constantes y firmes á la parte romana, sobreseyó pocos dias en serles importuno: solo fingia querer venir á la batalla campal con Neyo Escipion, y desear que ningun español se hallase presente, por el enemistad y por las hermandades antiguas arraigadas y juradas, segun él decia, desde largos años atrás entre sus cartagineses y la nacion española de Celtiberia.

CAPÍTULO XLIV.

Como la parte de los otros españoles celtiberos que favorecian al bando cartaginés, movidos por consejo del capitan Hasdrubal, entraron las comarcas donde moraban los treinta mil celtiberos, residentes en el campo de Neyo Escipion, obrando tales destrucciones y muertes que hicieron turbar estos otros, y desamparar el ejército romano por venir al socorro de su tierra.

Sobre las diligencias ya contadas que los capitanes africanos tenian concluidas hasta llegar en este punto, hicieron otras dos mas importantes que todas las pasadas. Una fué despachar mensajeros nuevos al capitan Indibil, para que no se detuviese ni parase con los cinco mil españoles suesetanos vecinos y comarcanos á su tierra, de cuyo recogimiento tenia cargo (segun arriba dijimos) informándole de sitios y pasos que debia traer, por caminos apartados donde los enemigos no le pudiesen atajar, hasta juntarse con Has-

drubal de Gisgon en las entradas, ó confines del Andalucía. Esto se puso luego por obra, segun ellos mandaban: y los suesetanos españoles y su capitan Indibil apresuraron el camino mas que solian con quinientos peones demasiados, allende los cinco mil que recibian el sueldo ya declarado. La segunda diligencia fué tambien otra semejante mensajería proveida por Hasdrubal Barcino á los españoles celtiberos de su parcialidad, rogándoles, y requiriéndoles que sin dilacion alguna robasen la comarca de los treinta mil españoles celtiberos, favorecedores al bando contrario, haciéndoles cuantos enojos y cuantos males podrian en pueblos y ganados y haciendas, por ver si dejados los reales romanos acudirian á remediar el daño propio: lo cual eso mesmo se negoció prestamente: porque como ya desde muchos dias quedasen estos otros celtiberos apercebidos y muy armados hallando la tierra vacía de treinta mil hombres escogidos que les tenia consigo Neyo Escipion, los dañadores andaban á su salvo quemando, robando, y destruyendo cuanto querian, y mostraban hacerlo tan de voluntad como si fueran cartagineses verdaderos, á quien pertenecia lo principal desta pendencia. La gente comun de lugares flacos ó pequeños rocogian sus personas y sus haciendas en pueblos cercados y fortalecidos: de los cuales enviaron avisos al campo romano, con relacion de todas estas crueldades y persecuciones, llamando sus treinta mil hombres que viniesen á lo defender, y que no se tardasen hora ni momento si querian hallar algo para remediar al tiempo que viniesen. Trajo confusion aquella nueva mayor y mas grave de lo que se podria decir, así para los españoles á quien tocaba, como para Neyo Escipion y sus romanos, que dependian todos ellos en el amparo desta gente. Hasdrubal Barcino sabia muy bien cuanto pasaba, pero no daba muestra de lo saber ni sospechar: y como quiera que disimulase, renovó de propósito los tratos que solia pretender con los capitanes celtiberos. Añadia muchos dones y muchos intereses encubiertos: replicaba nuevamente, que pues la diferencia procedia de romanos contra cartagineses, dejasen á solas unos con otros, y mirasen ellos desde léjos quien sabria mejor llevar estos pundonores adelante: no se cegasen con la maldad que Roma publicaba de traer acá gentes armadas para libertar las Españas, y quitarles el yugo de Cartago: con el cual engaño se movia á le dar tanto favor y tan aventajado. Porque si los africanos una vez salian de la tierra, sus adversarios quedarian en ella hechos tiranos absolutos, libres de toda contradiccion, mas apoderados y mas crueles que cuantos podrian recrecer: y no bastaria diligencia ni fuerzas humanas para despues echarlos de España, ni riquezas, ni haciendas, para satisfacer á su codicia. Lo poblado, lo yermo, las riberas de la mar, las montañas y sierras, los ganados y sus pastos, los mineros de metales, y de pedrería preciosa, lo mucho, lo demasiado, todo seria poco para hartar esta tragazon romana. Vendria con ella servidumbre rabiosa, mucho peor que la muerte. Serian sus mujeres forzadas, sus hijos vendidos, sus mesmas personas puestas en cautiverio: hechos tributarios perpetuos, privados de las dulzuras y contentamiento que siempre tiene la bienaventurada libertad. Pero podrian ellos ser ciertos, que cuando la gente de Celtiberia no previniese daño tan manifiesto, la señoría cartaginesa meteria todo su poder en lo remediar y contradecir, hasta si fuese necesario perecer en la resistencia, no tanto por el enemistad antigua de Roma, cuanto por el amor general arraigado desde muchos años con todos los españoles, y por las obligaciones particulares debidas á muchos caballeros celtiberos, en quien siempre Cartago halló grandes buenas obras, y crecida prontitud al ensalzamiento de su república. Por tanto les rogaba cuán encarecidamente podia, que reconociesen esta buena voluntad, y no se descuidasen de sí mesmos, y como generosos y magnánimos diesen lugar al estorbo de sus daños propios: lo cual se haria muy lijero, si traspasaban en él todos los cuidados, muertes, costas, y trabajos, que podrian venir en estos negocios, y dejados al riesgo de Cartago, se tornasen á su provincia libres de peligro, fuera de toda congoja, para descansar en sus casas, y reparar sus haciendas, gozar sus hijos y mujeres, y ganar de la señoría cartaginesa, puestos en su naturaleza cuanto salario les daban, á trueco de las vidas, aquellos romanos extranjeros advenedizos enemigos encubiertos de las Españas. Pues los cartagineses africanos al cabo de tantos años que tenian acá su morada naturales eran ya de la tierra, por tales habian de ser contados, y como de parientes verdaderos podian recibir los celtiberos sin escrúpulo de fealdad el interés ya dicho, pues no les demandaban que tomasen armas contra Neyo Escipion, so cuyas banderas fueron allí venidos, sino que puestos afuera, sin le perjudicar ni contradecir, aceptasen para vivir descansados y pacíficos, el provecho que tomaban otras naciones por venir á las guerras en certinidad manifiesta de peligros y trabajos insorportables, y ventura dudosa de sus personas y vidas y salud. Continuándose las pláticas en aquel tenor, llegaron de refresco mensajeros de Celtiberia, mas alterados que nunca: declaraban crueldades no creederas, hechas por los otros celtiberos contrarios, en hombres viejos, niños y mujeres de sus lugares y villas. El ganado generalmente decian ser todo robado: las casas y pueblos asolados, montes y dehesas ardidas, templos y haciendas en toda parte destruidas, tan al remate, que ya faltaria manera de remedio cuando llegasen. Con esta novedad, y con estar los principales celtiberos inclinados á las pláticas y tratos del capitan cartaginés, luego la gente menuda se movió para lo mesmo, sin recelar que persona romana, ni poder ni fuerza suya les pondria contradiccion por ser tan pequeño número, comparados á los celtiberos, que ni lo querrian tentar, ni si lo tentasen bastarian á salir con ello. Levantadas pues sus banderas todos en conformidad, comenzaron un dia de caminar la vuelta de Celtiberia, no replicando palabra contra los romanos (que les preguntaban la causa de tan súbitas mudanzas, y les rogaban echados á sus piés, que no los dejasen en peligro tan grave) mas de mostrar aquellos mensajeros recien venidos con los otros que primero tenian en el real, y declararles la guerra cruelísima, no solo de sus naturales entre sí, sino tambien de gentes comarcanas, que viéndolos ausentes de la provincia se les atrevian, y querian hacer daño: y que sus principales y mayores los llamaban en tal necesidad, y convenia salir á ella, si no querian perderse de todo punto. Neyo Escipion, conocido que no le bastaria ruego, ni ménos tenia fuerza para represar estas compañías, dudaba qué medio tomase para se valer: porque sin ellos no podia ser igual á la pujanza del capitan africano, ni tampoco podia juntarse con el otro Cornelio Escipion, á causa de ser los inconvenientes ciertos y grandes, andando fuera del real que tenia fortificado

de muy buenas defensas, y tambien por estar el otro tan léjos, que tardaria mucho hasta juntarse con él. En todas aquellas dudas, no le pareció cosa mejor, que retirarse cuanto mas presto pudiese, llevando presupuesto de jamás venir á las manos con los enemigos, ni se detener en tierra descumbrada. Con esto, movido primero su fardaje, comenzó de salir, y volver muy concertadamente caminando por tierras y pasos fragosos, cuanto desviado podia de sus contrarios, que siempre le siguieron á mas andar: y desde las primeras horas que Neyo Escipion alzó las estancias venian ellos tras él, habiendo pasado las aguas del rio que dijimos tenerloen medio los unos y los otros. Íbanse continuo mordiendo la rezaga, prendianbestias, personas menudas: dañábanle cualquier otra cosa hallada fuera de las órdenes, ó desmandada, por no poder ménos hacer, como siempre sucede, cuando van gentes abiladas en manera de huida, segun los romanos caminaban aquella vez.

CAPÍTULO XLV.

Como viniendo cinco mil y quinientos españoles, y su capitan Indibil á se juntar con Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa capitanes cartagineses, Cornelio Escipion salió de través, para los atajar ántes que llegasen, y pelearon con él un recuentro gravísimo, donde lo mataron, y lo vencieron y destrozaron gran parte del ejército romano.

Por aquellos dias mesmos que Neyo Escipion se retraia del capitan Hasdrubal Barcino tan fatigado cuanto ya dijimos, el otro Cornelio Escipion hermano suyo, despues que llegó cerca de los otros adversarios, no padecia ménores congojas y confusion. Masenisa capitan de ginetes berveruces, acudió luego para revolverse con él, y como fuese mancebo diligente, gran trabajador en la guerra, deseoso de llevar adelante su reputacion, por no disimular acá la buena fama que cobró contra Siface, dábale rebatos cada momento, no solo mataba los que hallase léjos del real, cuando venian al pasto de las bestias, ó cuando traian herbajes, ó leña, ó las otras provisiones cumplideras al ejército, sino por el contorno de los baluartes y palenques discurria mirandoquépodria dañar. Muchas veces entraba hasta dar en el medio de las estancias, alanceándolo todo, turbando cuanto hallaba, con alteracion y tumulto demasiado. De noche cuando mas descuidados estaban, ó ménos habia pensamiento que podria venir allí, lo tenian mas cierto: llegaba súbitamente sobre las puertas del real: procuraba de cegar fosas, romper vallados, y meterse por ellos: las voces, las peleas, las heridas y golpes eran tan bravas con él, que ni dejaba lugar, ni tiempo vacío de cuidados ó de temor á los romanos: tanto que retraidos en sus defensas, sin osarse desmandar ni salir á buscar mantenimientos, pareció claro tenerlos cercados en todas partes, y tan de veras, que si mucho durase padecerian cada dia mayores aprietos y peligros. Dobló mucho mas la fatiga saber poco despues que los cinco mil y quinientos españoles suesetanos, y su capitan Indibil, de quien ya diversas veces hablamos, venian allí cerca, para se meter en el campo de Magon y Masenisa y Hasdrubal de Gisgon. Y si lo hacian era cierto que todas las cosas cuanto mas fuesen, procederian mucho peores á los romanos. Cornelio Escipion fatigado de tanta necesidad como quiera que fuese capitan sagaz y discreto, quiso tentar un acometimiento, que por ventura no fuera justo de lo probar á tal tiempo: donde podemos colegir en los juicios prudentes de los hombres, dado que las mas veces aprovechen para huir desastres y trabajos, cuando suceden, ó para salir dellos, teniendo salidas, ó para los pasar con mejor ánimo: pero ya pueden acudir tales y tan continuos, ó de tan grave dependencia, que no baste saber contra su terribilidad. Esto pareció notoriamente ser así con aquel buen capitan romano, que viendo su peligro crecer á la continua determinó salir á los españoles suesetanos, primero que llegasen al ejército cartaginés, y darles batalla donde quiera que se topasen, creyendo poderlos desbaratar, ó por lo ménos hacerles tornar muy atrás. Comenzó su viaje cerca de la media noche, guiado sobre la parte derecha, que decian venir Indibil: y dejó por guarda del real á Tito Fonteyo teniente suyo, capitan italiano de los muy conocidos y cursados en esta guerra: pero dejóle poca gente, creyendo que ninguna persona sospecharia su camino: y así fuera cierto como lo creia, si Masenisa no trajera la correduría del campo con los ginetes berberuces: el cual anduvo tan atento, que presto conoció dónde pararia Escipion. Y luego despachó corredores y mensajeros á los Españoles, avisándoles de cuanto pasaba, para que se hallasen apercebidos y puestos en orden, y llegados á riesgo lo hiciesen como siempre solian y dellos tenian esperanza. En lo demás prometia recudir prestamente con sus compañías á caballo sin faltar hombre dellas para recibir los mayores peligros, y que lo mesmo harian Hastrudal de Gisgon, y Magon Barcino, con el cuerpo junto de su peonaje. Cuando los cinco mil españoles suesetanos recibieron esta mensajería, no pudo ser ménos de tomar algun sobresalto, visto que no traian entre sí tanta gente cuanta fuera menester á la resistencia de Escipion, en especial si los cartagineses les burlasen ó no viniesen á tiempo conveniente, como suele muchas veces acontecer en lugares donde se mueven ejércitos caudalosos á diversas partes. Todavía reglaron sus compañías lo mejor que sabian, y continuaron el camino, determinados á recibir la fortuna que viniese. Los romanos llegaron el dia siguiente pocas horas ántes del sol puesto, muy orgullosos y muy alegres, creyendo poderlos tomar á manos: y puestos en vista, como se reconocieron unos á otros, sin ordenar escuadrones[1], ni deshacer el paraje que traian, arremeten así como llegaban en el sitio donde se halló cada cual: y comenzaron su pelea por lugares discrepantes algo confusos y derramados á la verdad. Parecian mascombatir las banderas en desafío sobre sí, que no ser cuestion junta ni determinada. Con todo esto morian asaz hombres valientes en ambas partes, y crecia la crueldad, allende lo que suele crecer en recuentros apresurados y súbitos, no siendo batalla campal, ó trabada sobre deliberacion. Segun lo hacian esforzadamente, muchas horas tardaran en se despartir, y la victoria quedara dudosa, puesto que los romanos, con ser algo mas número, parecian al principio traer mejoría, si Mesanisa no viniera poco despues, y de presto con sus ginetes no comenzara de ceñir por los lados y rezaga todas las banderas contrarias, y meter lanzas en ellas muy á su voluntad: de lo cual recibieron los romanos alteracion y temor, viendo tanto caballo sobre sí, que bien tenian por cierto nadie saber su venida, ni sospechar la salida del real. Sintiendose pues rodeados á todo cabo, revolvieron los cuerpos en algunas hileras, para resistir estos caballos

africanos. Otros tuvieron siempre los rostros en los españoles con quien primero batallaban: afanando por se valer y remediar, pues ya la demasía que traian al principio quedaba bien igual despues de llegados estos berberuces. En aquella braveza porfiosa sobrevinieron terceramente Hasdrubal de Gisgon, y Magon Barcino con el resto del ejército principal, que por ser casi todo peonaje, no pudo seguir á Masenisa, ni llegar hasta las horas presentes. Llegados, afierran de nuevo con Escipion, cuyos capitanes y gente hallaron cansados y heridos, y deshechos, en tal manera, que los pudieron romper de muchas partes. Tantos eran los enemigos y tan cerrados, que la gente romana desconfiada de su remedio, ni bastaban á se juntar entre sí, ni tomar algun lado, hechos una pella para hender y salir huyendo, cayese quien cayese: pues haber imaginacion de llevar adelante su combate, ni que podian mantenerlos en el campo, sin morir allí todos, era desvarío notorio. Hasta hacer esto, Cornelio Escipion andaba como quien él era, metiendo su persona donde sentia mayores trabajos: esforzaba las banderas, animábalas, sosteníalas, hablábales palabras honrosas, decíales, cuán buena sazon habia para mostrar su valor y bondad, y que las otras victorias pasadas, mas eran debidas á la fortuna favorable, que nó á su denuedo ni valentía: la cual fortuna siempre les trajo los enemigos tan atemorizados y confusos, que no bien llegaban á ellos, cuando los despedazaban y rompian. Ahora parecia salírseles á fuera, despojándolos de las ayudas extranjeras, por los dejar á solas con estos adversarios, para que gradeciesen á su propia virtud y no mas, lo que ganasen y venciesen, y para conocer en sí mesmos cuanto valian y podian. No les turbase la multitud de los enemigos, pues mayor ventaja les llevaban ellos en bondad y reciura, que los otros tenian en el número de gente, diesen en ellos como solian. Aquellos eran los tantas veces destrozados, y hollados y deshechos: y quien allí por desastre muriese, procurase caer así vengado, que los españoles presentes, y las naciones estrañas hablasen y tùviesen memoria perpetua de muerte tan venturosa. Discurriendo por la batalla, poniendo semejantes esfuerzos, procurando llegar su gente para dar algun apreton con que saliesen del medio los cartagineses acudieron en un tropel esquivado que derrocó gran pieza de romanos, los mas esforzados y guerreros y diestros de sus escuadrones ó cuarteles, donde perecieron muchos capitanes y muchos alféreces, tambien de caballo, como de pié, que mantenian lo principal del afrenta: entre los cuales el buen Cornelio Escipion, obrando cuantas proezas un caballero muy escelente podria mostrar, metiéndose contra las mayores dificultades y peligros, fué traspasado con una lanza por el costado derecho, que le salió por el izquierdo: luego le recudieron con otras heridas grandes y muchas, de que no pudo vivir. Y los cartagineses del tropel viéndolo desmayar, y poco despues caer muerto del caballo, mostraron sobradas alegrías, y publicaban á grandes voces su fallecimiento por toda la batalla. Con la cual nueva no faltó cosa para quedar absolutos vencedores, y los romanos abiertamente vencidos. Como tales comenzaron á huir de rondon, sobre la parte que los africanos peleaban, dejándoles el sitio donde residia Indibil y sus españoles suesetanos, á causa de hallar en ellos tanta resistencia, que ni se pudieron jamás romper, ni ganarles abertura para salir afuera. El temor por un cabo, la codicia de salvarse por el otro, les acrecentó las fuerzas, con que hendieron estos cartagineses en aquella lista que primero tentaban. Mas á la verdad cuanto parecia fácil á los romanos aportillar este lado por tener hombres africanos y ménos valientes, guarnecidos con armaduras lijeras tanto despues les era peligroso librarse huyendo de los ginetes berberuces, que muy sin trabajo los alcanzaban, y seguian. Y tambien el peonaje cartaginés con tener pocas armas y ser mas lijero, llegaba casi tan presto como sus caballos, y los mataban ó prendian fácilmente. Fué doblado mas número los muertos en el alcance, que cuantos faltaron en la pelea. Tiénese por averiguado, que ningun romano se pudiera librar, si (como dijimos) el combate no comenzara tarde, cerca de lo postrero del dia, con que despues de venida la noche se remediaron algunos por diversas entradas de la tierra. Parte dellos acudieron al real de Tito Fonteyo muchos aportaron en Iliturge: tambien algunos camínaban á la provincia de Tarragona, dado que ni los unos ni los otros fueron sobrada cantidad. Y desta manera sucedió la primera refriega de cartagineses y romanos el verano sobredicho. Los españoles suesetanos y su capitan Indibil fueron tenidos en gran estima, por haber esperado con poca gente tantos romanos contrarios, no queriendo retirarse, ni desviar la batalla, puesto que lo pudieran muy bien hacer, sin perder algun punto de su buena reputacion.

CAPÍTULO XLVI.

Del recuentro segundo que los cartagineses y los españoles sus confederados hubieron despues de muerto Cornelio Escipion, con el otro Neyo Escipion, capitan general romano, donde tambien lo tomaron, y lo vencieron, haciendo no ménos destruccion en sus italianos, que hicieron en los otros primeramente vencidos.

Conocieron bien claro los capitanes africanos en este recuentro sobredicho, que la fortuna de la guerra se mostraba ya por ellos, si por ventura son algo las buenas fortunas comunes, á quien la gente vulgar da tan honrado nombre: y así quisieron aprovecharse del aparejo que tenian, no tomando reposo ni dilacion, mas de cuanto las banderas en general descansaron algun tanto de sus trabajos pasados: y fué tan abreviado descanso, que de harto mayor hubiera necesidad. En aquel intervalo pequeño, no dejaron de consultar entre sí con atencion y cuidado lo que debian obrar adelante, mirándolo mas que nunca, por se hallar de pareceres diversos. Hasdrubal de Gisgon y Magon Barcino, quisieron luego revolver sobre Tito Fonteyo, para deshacer los romanos, que segun dijimos en el capítulo pasado, quedaron en el real, primero que se fortaleciesen, ó se les llegasen ayudas españolas, ó se derramasen por otras partes, donde no les podrian coger: y dar allí conclusion en aquella poca gente que parecian tener á la mano, siendo muerto su capitan general. Masenisa fué de voto contrario, porfiando muy mucho ser cosa mas conveniente correr adelante hasta dar en el otro Neyo Escipion que restaba vivo y entero, de quien tenia certinidad perseguirle tambien Hasdrubal Barcino, llevándolo casi medio vencido, como ya lo contamos dos capítulos atrás, y todos juntos á mejor ventaja destruirle sin tardanza, no haciendo caso de Tito Fonteyo, cuyo negocio parecia pequeño para se detener en él: y quedando salvo Neyo Escipion, dado que Cornelio fuese muerto, no se fenecia cosa, pues del vivo sabian todos ser un valeroso caballero, suficiente para repa-

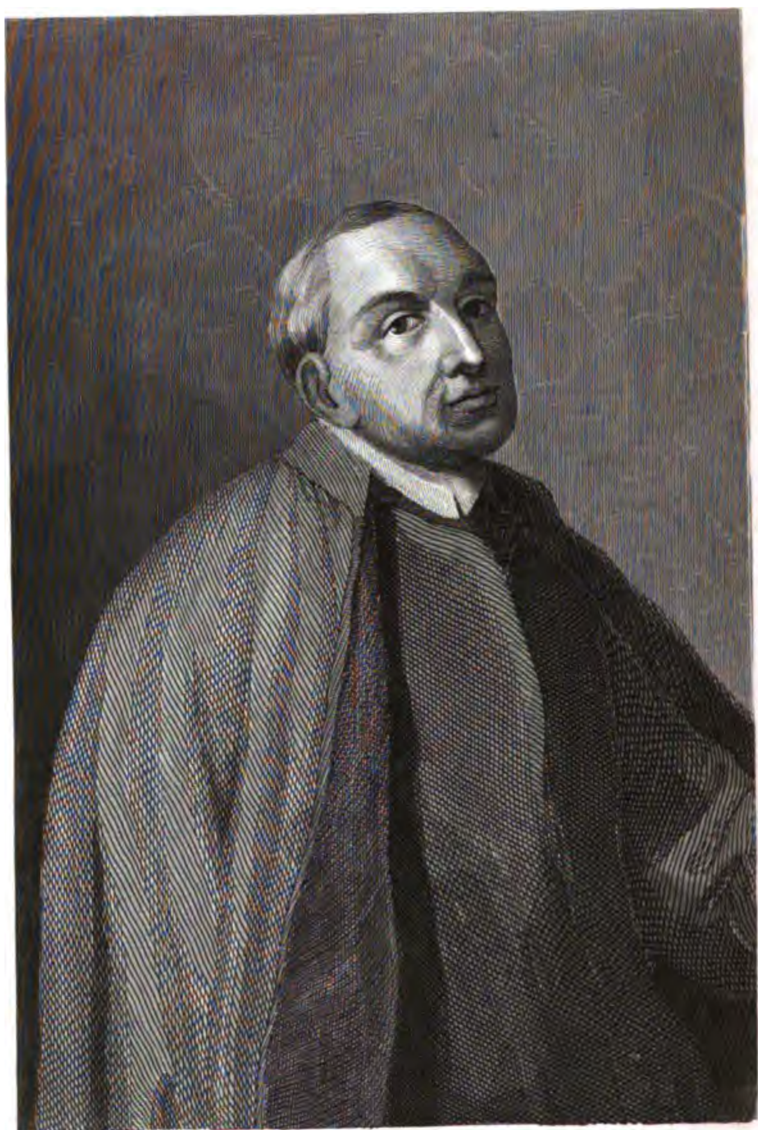
rar la guerra, tan sin defecto ni mengua, como cuantos capitanes en el mundo se conocian. Con ser el consejo bueno, y las causas ó motivos bastantes á lo confirmar, valió su parecer. La gente comenzó de moverse toda junta, sin reposar allí mas, ni descansar muchas horas en alguna de las paradas que hicieron por el camino, llevando muy gran confianza, si juntasen una vez sus banderas con las del capitan Hasdrubal Barcino, la victoria seria cierta, y el debate con los romanos habria fin en España. Con este presupuesto guiaban apresuradamente sus jornadas. Y llegados á la provincia que pretendian, Hasdrubal reconoció bien esta determinacion: y así los de su real, como los recien venidos, hacian unos con otros muchos placeres, cuando se vieron, estimando la victoria que traian, y la muerte de tan esmerado capitan como fué Cornelio Escipion en lo que se debia preciar: y no creyendo seria ménos cierta, ni menor la del enemigo restante que tenian frontero. Neyo Escipion y los capitanes de su parte, nunca supiéron en todos aquellos dias plática ni memoria del vencimiento pasado: pero como las mas veces el ánimo de los hombres recibia, sin saber cómo, semblantes y movimientos de mal ó bien que le toca, mucho primero que vengan, y las desventuras mayores traigan delante de sí muestras mas averiguadas y ciertas que ninguna prosperidad: aconteció por esta mesma sazon, que cuantos capitanes y gente comun andaban en el ejército romano, se hallaron estremadamente mustios y descontentos. No se hablaron como solian, puesto que se topasen, ni daban en sus visajes alegría ni muestra de placer: tales andaban todos, que parecian en aquel callar triste, sentir ya la desventura de los otros sus compañeros vencidos: particularmente Neyo Escipion era quien mas lo mostraba: porque tocándole tan en lleno, mirábalo muy en hondo. Consideraba los puntos desta jornada ser al revés de las otras, veíase desamparado de los treinta mil españoles celtiberos, que los dias ántes le dejaron, donde consistia todo su ser y su vida, miraba los reales del capitan Hasdrubal Barcino, cuanto mas crecidos y poderosos estaban que primero, con la multitud y banderas recien venidas.

Y desde allí su buena razon y buena conjetura le daban á sentir los negocios romanos en el otro campo, ser ántes rompidos y deshechos, que perseverar prósperos ni pujantes: porque no siendo tales, ¿cómo fuera posible, sin quedar muerto Cornelio Escipion, poder Hasdrubal de Gisgon, ni Masenisa, ni Magon, traer el ejército que trajeron á la tierra, donde lo hallaban al presente, no pasando primero batalla con ellos? y si la pasaron dado que la parte romana quedase vencida, siempre sobrarian algunos que si tuvieran capitan ó cabeza, pudiesen venir tras los cartagineses en la rezaga, picándolos, y deteniéndoles el camino, para que por lo ménos no pudiesen llegar tan presto, pues ya sabian el ir huyendo cuanto podia del capitan Hasdrubal Barcino: y segun ley de buen caballero, puesto que no fueran hermanos, era Cornelio Escipion obligado (siendo vivo) venir á juntarse con él para reparar y crecer mas la gente ya que no pudiese vedar esta gente de los dos ejércitos adversarios. Así que por todas estas razones, muy confirmada su mala sospecha de la muerte del hermano, fatigado con tan graves pensamientos, Neyo Escipion tuvo siempre creido ser lo mas natural á su remedio proseguir y continuar la huida comenzada desde que los celtiberos le faltaron: conforme á lo cual una noche bien oscura, que le parecia estar los enemigos reposados, sin lo sentir persona dellos, movió de la parte donde tenia su real, tan disimulado y encubierto, que pudo con la tiniebla caminar algun trecho, primero que lo hallasen ménos. La mañana siguiente, los cartagineses reconocieron el ausencia. Luego Masenisa con sus ginetes africanos cabalgan á cuanta priesa bastaba, y comienzan á seguir el rastro toda la mayor parte del dia, hasta los alcanzar pocas horas ántes de la noche. Y allí rodeando, como solian, lados y rezaga romana, les daban heridas crueles y continuas. Arremetian por muchos lugares, una vez léjos, otra vez cerca, segun su costumbre. Deteníase con esto la gente de Escipion forzosamente, para reparar y rehacer sus hileras, echando los enemigos á fuera lo mejor que podian, mas no de manera que por aquello dejasen de caminar, sino peleando y andando pasaban adelante muy concertados y bien regidos. Neyo Escipion siempre con ellos aconsejábales que lo hiciesen así, primero que las batallas del peonaje contrario los alcanzasen. En lo demás, como ya la noche llegaba bien á propósito para se despartir, y los romanos en algun espacio de tiempo no pudiesen caminar sino muy poca tierra, por las paradas que hacian contra Masenisa, resistiéndole sus arremetidas y tropeles, Neyo Escipion sacó de la revuelta los suyos, y recogidos en un collado cercano, se retrajeron allí todos, nó porque la manera del sitio fuese difícil ó fortalecida, mayormente para defender hombres atemorizados y heridos, y que venian á lo claro huyendo de su enemigos presentes y de los traseros en mucha mayor cantidad: sino porque no pudiendo pasar adelante, con ser ya muy noche, la cumbre del cerro fué lo mas arriscado de todo su contorno. Subidos aquí, tomaron en el medio cuantos impedimentos y fardaje traian, y juntamente los caballos de guerra, puestos á pié todos sus dueños, mezclados con el peonaje: y así rechazaban con poca dificultad, sin tener otro reparo por las orillas y rededores el ímpetu de los ginetes berberuces, que siempre les daban rebato. Mas como despues llegaron los tres capitanes principales, conviene á saber Hasdrubal de Gisgon, Hasdrubal y Magon Barcinos, con sus tres ejércitos llenos y poderosos, y Neyo Escipion conociese cuán vano seria trabajar en retener aquella cumbre, no le poniendo baluartes al rededor, ó fosas, ó vallados, imaginaba con gran vehemencia qué modo tendria para le hacer alguna defensa. La cuesta de su propiedad era rasa, de suelo pelado, tan duro, tan desabrido que ni criaba leña ni rama donde pudiesen cortar maderos á los palenques, ni tenia céspedes ó tierra de que hacer paredones ni reparos, ni mostraba disposicion á las cabas ó trincheas. Finalmente le hallaron aparejo de poder obrar algo con que se remediasen. Ménos habia malezas ó riscos ni pasos dificultosos d ganar, ó de subida trabajosa, cuando los enemigos lle gasen. Todo su levantamiento procedia llano, sin ca lo sentir, hasta dar en la cumbre. Queriendo suplir est defecto, comenzó Neyo Escipion á formar una seme janza de reparo por el circuito, con las albardas y li de los mulos que traian el fardaje, sobreponiéndola muy bien atadas unas con otras, conformes al tamañ que solian tener en sus baluartes acostumbrados verdaderos. Donde faltaban albardas y lios, metian r pas ó cualesquier impedimentos que hiciesen bulto, c cuanta diversidad alcanzasen por no parecer que ningun cabo les menguaba. Los tres capitanes cart

gineses al tiempo que llegaron, guiaban sus escuadrones contra lo fuerte de la cuesta, muy determinados á los combatir, y las gentes del ejército respondian con buena voluntad á su determinacion, sino que la nueva manera del reparo cuando lo vieron desde léjos, les hizo dudar algun tanto, creyendo ser defensa mas brava. Sus principales y caudillos, viéndolos así parados, discurrian por las batallas enojados de su detenimiento: preguntábanles á voces en qué se paraban, cómo no deshacian con los piés aquel espantajo romano, pues á mujeres ó muchachos no podia defender, cuanto mas á tan denodados varones cuanto venian allí. Si bien mirasen, los enemigos vencidos eran escondidos, que estaban tras aquellas albardas pajizas, en llegando se darian á prision, ó serian degollados á mano sin baraja ni pelea, pasasen adelante, no se detuviesen ni mostrasen pavor de tanta vanidad. Estas reprehensiones voceaban los capitanes africanos en menosprecio del reparo romano; pero verdaderamente venidos al toque mas difícil hallaron el saltar las albardas y lios de lo que publicaban al principio, por estar entre sí bien atadas y tupidas en harto buen altor, y tras ellas haber hombres valientes y guerreros, que todavía tenian ventaja contra quien llegase por defuera, como pareció casi luego cuando fueron acometidos, que solamente para romper lios, y hacer entradas hubo menester grandes acometimientos, y se tardaron largas horas. Mas al cabo derrocados los reparos en muchas partes, y metida la furia cartaginesa por ellos, ganaron el real de todo punto, sin poderlo valer Neyo Escipion. Allí sus romanos hallándose pocos y maltrechos, atemorizados y confusos, morian despedazados por diversos lugares á mano de los cartagineses y de los españoles confederados, que (como ya se dijo) venian muchos en cantidad ufanos y victoriosos con el buen despacho de la batalla pasada. Pudieron huir algunas banderas romanas en los montes y sitios fragosos, que no caian léjos, y por algunas partes acudian pocos á pocos, fatigados y heridos al otro real, que fué de Cornelio Escipion, donde Tito Fonteyo, su lugar teniente los amparó con la diligencia que bastaba su posibilidad, mas no para que dejasen de morir en todos estos caminos muchos buenos romanos, diestros y suficientes á cualquier afrenta. Con ellos pereció tambien su capitan mayor Neyo Escipion, dado que la manera de su muerte traten discrepantemente nuestros coronistas. Unos certifican ser hecho pedazos entre los primeros, allá dentro del reparo cuando se rompieron las entradas, por los lios y defensas ya declaradas. Dicen otros, haberse retraido con algunos pocos en una torre desierta cerca del real: y que los cartagineses al principio no pudiendo quebrar las puertas, ni desquiciarlas á fuerza, les pusieron fuego por el rededor, y quemándolas, mataron dentro cuantos en ella quedaban, y tambien al capitan general. Como quiera que sea, murió desta vez Neyo Escipion, segun debia morir un caballero muy excelente, siendo pasados veinte y nueve dias despues de la muerte de su hermano, y siete años cumplidos, y pocos meses adelante despues de su venida en España, como lo podrá contar quien quisiere, desde el principio deste quinto libro, hasta su fin, mirando las órdenes y tiempos de nuestro proceso. No pudo su gente cobrar los cuerpos destos dos capitanes, ni darles enterramiento, por haber escapado pocos, y salir muy huyendo, disparcidos á diversos lugares: en tal manera, que hacian mucho si podian salvar las vidas, sin atender otra cosa, cuanto mas que Cornelio Escipion quedó hecho piezas en el campo, cerca del Andalucía, como se recolije de las corónicas romanas: el otro Neyo Escipion hecho polvos y quemado, no léjos de Lorca, poblacion asaz conocida doce leguas de Cartagena, sobre la vuelta del occidente, segun Plinio lo declara, cuando hablando del rio que los antiguos nombraban Estabero, llamado por este mi tiempo rio de Segura, dice torcer sus aguas, y huir de la quema de Escipion, en el paraje de Lorca: ó segun muchos interpretan, cerca de Lorquin, otro pueblo menor en la mesma comarca, desviado de Murcia cuatro leguas al occidente septentrional, y trece de Cartagena, por el sobredicho lado, puesto que la gente vulgar de nuestro siglo falsamente llamen sepultura de los Escipiones una torrezuela frontera de Tarragona, donde muestran dos bultos de mármol groseros y mal dolados, que dicen ser suyos, y debieron ser de otros. Cierto es, el rio de Segura correr poca tierra desde sus fuentes hasta la villa de Guardamar sobre la costa, donde fenece, mas oriental que Cartagena nueve leguas: dentro del cual espacio Neyo Escipion quedó muerto, como dice Plinio. Muchas naciones y tierras lloraron el fallecimiento destos dos hermanos. En Roma, donde tenian su naturaleza, lloraban la pérdida de tan buenos dos capitanes, y de sus ejércitos, y del enagenamiento de las provincias españolas, que tenian por cierto sucederia muy presto. Los pueblos españoles confederados al bando romano mostraron igual sentimiento de su muerte: particularmente por Neyo Escipion, á quien conocian de largos años ántes, y se determinaron á le favorecer primero que viniese Cornelio Escipion, y dél comenzaban á tomar muchas buenas costumbres y provechosas maneras de vivir, fundadas en justicia, moderacion y fidelidad, conformes al estilo virtuoso que la mayor parte de los romanos en aquel tiempo seguian.

Por error tengo yo contar entre los hechos destos dos Escipiones romanos, haber alguno dellos engrandecido ni restaurado la magnífica ciudad de Valencia, comarcana de la mar, en el reino de Aragon, segun lo ponen escritores modernos, leidos y diligentes en sus obras, ni se me podria mostrar escritura fidedigna de las antiguas que tal diga: ni fuera de las hazañas que recopiladas tenemos libro ni memoria que de los dos Escipiones defuntos otra cosa relate ni cuente.

HASTA AQUÍ FLORIAN DE OCAMPO.



Ambrosio de Morales.

CONTINUACION

DE LA

CRÓNICA GENERAL

DE ESPAÑA

POR AMBROSIO DE MORALES. (*)

PRÓLOGO.

Como son muchas y muy debidas las alabanzas de la historia, y como es de muchas maneras importante y provechosa para la vida humana: así puede haber muchas causas y muy justas, por las cuales alguno se emplee en escribirla, y quiera á costa de su trabajo y su fatiga aprovechar en comun á muchos con su escritura. Mas entre todas, dos causas hay principales, y dignas para mover, á que uno escriba la historia, que ántes dél otros han escrito: no teniendo por acabado lo que por muchos está ya hecho. Es la una, pensar de sí, el que escribe de nuevo, que podrá dar mayor certidumbre en las cosas, que la tuvieron, los que ántes las han contado: y la otra, que ya que en la verdad de la historia no pueda sobrepujar á los pasados, vencerlos ha á lo ménos en decir mas hermosamente las cosas, dándoles mayor gusto y dulzura, con la que les puede poner el buen estilo. Cualquiera de estas dos causas es bastante para escribir una historia: pues ambas á dos cosas son principalmente necesarias en ella. Quien pusiere mas eficacia en buscar la verdad, mas diligencia en fundar la certidumbre, y mas cuidado en comprehender todos los hechos, y las particularidades dellos: nadie no duda, que tuvo justa causa para escribir historia, y con razon merecerá ser alabado, por el buen suceso que su trabajo tendrá en ella. Pues ya que le falte al historiador ventaja en esta parte, y no le hayan dejado los pasados lugar ninguno para dar mayor certidumbre en las cosas: solo el poderse aventajar en el bien decir, y dar gusto y sabor á la historia con el buen estilo, será cosa bien recibida, y su obra por esto alabada. «Porque «generalmente en todo género de escritura vale mucho «el bien hablar, y muchas veces una buena cosa por «estar mal dicha pierde su valor: y una que no es tal, «por solo que se diga bien será estimada.» Por esto Platon, y despues Marco Tulio (1), tuvieron mucha razon en afirmar, que no basta, para que no deba escribir, tener buenas cosas para tratar, sino que convieне juntamente tenga buena manera en el decirlas. «Y «es esto tan necesario en la historia, que cuasi se pier«de todo el provecho que hay en ella, por solo lo desa«brido del estilo. Porque las cosas que se han de to«mar para ejemplo, se dejan fácilmente por solo aquel «disgusto: como un buen manjar no se puede comer, «por estar mal guisado. En fin, lo bueno por ser bien «dicho, siempre es mejor.» Y enseñado está esto para la historia en la Sagrada Escritura, pues se dice en el libro de los Macabeos (1), que se tuvo cuidado al escribir aquella, de que los lectores pudiesen tener deleite y gusto en el buen órden, y concierto della y de su buen proseguir, y desto tambien, como de todo lo demás, se siguiese comun provecho á los que la leyesen.

Y como estas dos causas movieron siempre á los que querian escribir historia, habiéndola ya escrito otros: así pudieron tambien mover al maestro Florian de Ocampo, para emprender la corónica general de España, que dejó comenzada, y á mí ahora para continuarla. Mas fuera destas dos razones, hubo otra mucho mas poderosa y eficaz, que á mí y á él nos pudo forzar á escribir. Esta es, el no tener nuestros españoles cuasi historia ninguna de las cosas antiguas, que acá sucedieron, en tiempo que los romanos la conquistaron, señorearon, y perdieron: y el faltar poco ménos que del todo quien la haya escrito: y ser necesario, para que no carezcamos della, que alguno la escriba. Si esta historia comenzara desde los reyes godos, ó desde el rey don Pelayo, y la restitucion de España: tenia yo con quien competir en extenderla, en certificarla, y en mas adornarla. Allí se pudiera añadir sobre los coronistas pasados algo de mas verdad y averiguacion en las cosas, y de mas lustre en la manera del escribirlas. Mas escribiendo los tiempos mas antiguos que digo, y en estos cinco primeros libros prosigo del señorío de los romanos en España: no hay aventajarme sobre los escritores pasados, sino solo escribir de nuevo aquello, de que cuasi no ha habido hasta ahora escritor español ninguno.

Corónicas tenemos en España, en que se cuenta destos tiempos de los romanos, mas son muy defectuosas

(*) Para distinguir en esta continuacion de la crónica las notas que pertenecen al autor de las que no lo son, pondremos al final de estas últimas una B. (1) En el Fedro, en el principio de las Tusculanas.

(1) En el libro 2, cap. 2.

faltándoles muchas cosas, que se debieran y pudieran escribir: y las mas que allí se escriben no solamente son desconformes de la verdad, sino que aun son otras cosas de las que habia de haber en su lugar, si hubieran de estar las verdaderas, que los buenos autores relatan. Y no sucedió esto así por culpa de los autores, sino de los tiempos. Así porque en ellos no habia por acá buenos libros, de donde sacasen su historia: como porque ocupados nuestros españoles en la conquista de los moros, para recobrar dellos la tierra, mas cuidado tenian de la guerra, que de la historia. Y haciendo siempre famosas hazañas, no curaban de cómo habian de escribirse aquellas ni las pasadas. Y pudiérase entender fácilmente este defecto de nuestras corónicas, discurriendo aquí en particular por cada una dellas, y mostrando cuán ajenos van sus autores en aquellas cosas dellas mismas: y en cada uno se viera, como no cumplió en su prosecucion de las cosas de los romanos en España lo que prometia el título de su obra. Mas helo dejado de hacer, pasando sin tomarles esta residencia: porque podria alguno creer, se hacia mas con gana de mal decir, que con deseo de bien juzgar, y enseñar con verdad, lo que es bien que se sepa. Si los hubiera de nombrar aquí á estos nuestros autores, para decir lo bueno que tienen, hiciéralo sin duda de muy buena gana, y detuviérame en alabarlos con grande aficion; y por el contrario no me puedo vencer á tratar de sus faltas. Tambien lo dejo, porque quien algo entiende, y quisiere saber la verdad en esto, con poco trabajo la alcanzará, leyendo aquellos autores. Y quien tanto no sabe, ni quiere hacer la diligencia: será justo que nos crea. Porque se escriben aquí todas aquellas cosas de los romanos en España (al juicio de muchos doctos y discretos, con quien las he comunicado) bien fundadas y verdaderas. Pues siendo estas mias tan diversas y tan otras, de las que hasta ahora se hallaban en nuestras corónicas: no me alargo, ni encarezco nada en decir, que estas cosas antiguas de España hasta ahora nunca cuasi estaban escritas. Y aunque sea esto así de nuestras corónicas en aquello antiguo: no por eso dejan de tener mucho crédito y autoridad de ciertas y verdaderas en todo lo demas de los godos en adelante. Pues en esto no deben nada á ninguna de las historias, que entre romanos y griegos son muy estimadas.

De pocos años acá el maestro Vasco, y otros, han escrito lo de España en estos tiempos de los romanos, sacándolo de buenos autores, aunque nó sin algunos defectos. Y es de tener en mucho su diligencia. Mas es todo muy corto y abreviado, y solo un sumario de cosas, y como un breve memorial. No es esto lo que España ha menester, y desea, y las otras naciones dicen nos falta. Esto ha de ser una copiosa historia, y tan estendida, como la verdad y certidumbre sufre: donde se lea todo lo que pasó por España en aquellos tiempos, donde se conozcan todos los santos sus naturales, ó que vinieron á ella, y los hombres señalados que en ella hubo, y los que fueron señores della, y la gobernaron: y se sepa dellos todo lo que conviene: y se tenga noticia de las antigüedades de toda la tierra y sus ciudades, con las mudanzas y graves casos de fortuna y de vejez, que han padecido, donde perdieron muchas dellas su sitio, su nombre, y su grandeza; mostrándose en muchas dellas su sitio, su nombre, y su grandeza; mostrándose en muchas dellas sus sitios despoblados, como cuerpos muertos consumidos.

Conforme á todo esto, puedo afirmar con verdad, que lo que principalmente me ha movido á escribir esta corónica, es ver, que no la continuó Florian de Ocampo, que lo pudiera bien hacer por sus muchas letras y buen juicio en las antigüedades, y por la gran diligencia y aparejos, que habia hecho para esta obra. Por haber faltado así Florian, no teníamos en España tal noticia de nuestras cosas antiguas, que sin vergüenza pudiésemos mostrarla delante todos los extranjeros, que muchas veces nos dan en rostro, con que nunca hemos sido los españoles para hacer una historia de nuestras cosas, ni dar una buena relacion de nuestras antigüedades, por donde la nuestra y las otras naciones, las supiesen con certidumbre, y las celebrasen, como ellas merecen. Particularmente el año de mil y quinientos y sesenta, cuando el rey nuestro señor venido de Flandes se casó, estando la corte en Toledo, comuniqué allí todos los embajadores de las señorías y potentados de Italia: y todos daban luego en esto, y sentian esta falta con nuestro oprobrio, y mostraban mucho deseo de verla suplida y remediada. Dolíame á mí mucho el entender con cuánta razon se quejaban, y nos zaherian nuestro descuido, de no haber autor ninguno de nuestros españoles en la historia digno de ser leido, y publicado, sino solo Florian de Ocampo, que comenzó solamente, y faltó al mejor tiempo en lo que proseguia.

Yo me dispuse desde entónces de veras á este trabajo, por socorrer á esta necesidad de mi nacion, y volver por la honra y autoridad de nuestra España, junto con mi natural inclinacion de escribir esto, y con el cuidado que siempre he tenido de hacer aparejos, para poderlo mejor escribir. Porque puedo afirmar de mí con verdad, que no me acuerdo de tiempo ninguno de mi vida, en que comenzase á saber algo en letras de humanidad, que no tuviese juntamente este deseo y propósito de escribir la historia, y las antigüedades de España. Y así comunicando á Florian de Ocampo aquí en Alcalá de Henares, y afirmándome él, que tenia escrito todo lo antiguo de España hasta los godos, con las antigüedades que á esto tocaban: le dije, como me habia ahorrado de todo mi trabajo, y luego dejé todo aquel cuidado, sin pensar mas en escribir cosa de esto. Despues de él muerto, se averiguó, que no tenia escrito mas de lo que habia publicado, y algun poco del sexto libro. Y en sus papeles y borradores, que yo hube, se parece bien claro, que no habia pasado adelante. Entónces ya visto esto, volví de nuevo á mi primera recuesta, y sentí mas encendido el deseo de seguirla, con el dolor de ver cortado el hilo, al tiempo que con mas provecho y mas gusto se podia continuar. Porque Florian dejó á tal sazon la historia de España, que si hubiera de dejarse á mí escojer, no supiera pedir, ni aun desear tan buena oportunidad de proseguirla. Cuasi todo lo de atrás, que á la historia antigua de España pertenece, es tan incierto y olvidado, y hay tan pocos buenos autores, que escriban dello, y escriben tan poco de todo, que es imposible continuar la historia con certidumbre. Y esto le hizo á Florian, como juzgan todos los doctos, faltar algo en el crédito de su historia. Porque aquellas cosas muy antiguas de España, de quien no se puede ver sino una uña, ó cuando mucho un dedo, ó como él muy agudamente dice en su prólogo, la correa sola del zapato: quiere que tengan el cuerpo todo entero y cumplido. Y este defecto podria alguno notar con razon en Florian, y tambien que con amor de su

tierra le quiso atribuir algunos hechos, que con dificultad se podrá creer fueron suyos. Tambien desean otros en el autorizar mas á menudo lo que escribe, con decir de dónde lo tomó: y en el estilo con mas tasa de razones y palabras, una continuacion lisa, que llevase la hebra igual, y sin ñudos. Que fuera desto, cosas hay mucho de estimar en su historia, y dignas de ser alabadas. Señaladamente la descripcion general de España, y lo particular de sus provincias y pueblos, está allí harto acertado, y proseguido con buena diligencia. Y esto solo me pudiera mover á mí á no comenzar á escribir desde principio esta general historia (como muchos hombres doctos y principales querian, y me amonestaban) sin que me venciera el respeto que yo, como era razon, tuve á Florian. Era mi amigo: por esto fué justo conservar el amistad en la cosa mas suya, que dél quedó. Débesele demás desto mucho por lo que hizo, y tan bien hecho: y cualquier hombre de buen entendimiento en letras es obligado á amparar y defender su obra, y la fama que con ella mereció. Así fuera un género de malignidad, querer yo embeber su obra en la mia, y quitarle el premio del loor debido á su trabajo, con aprovecharme yo dél. Pues es cierto, que no pudiera yo escribir mas en aquello, de lo que él habia dicho. Dejé pues todo lo antiguo, por dejarle á Florian entera toda la gloria de haberlo escrito: y comencé poco mas de doscientos años ántes del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, donde él acabó, que es muy diverso de todo lo de atrás. De todo aquello, por ser tan antiguo, no se tiene entera ni clara relacion. Esto que se sigue en la conquista de los romanos en España, con que la ganaron, y poseyeron toda, hállase mucho dello escrito en autores graves y de mucha autoridad, á los cuales si alguno negase el crédito, perderia todo el que en buenas letras tuviese. Dellos será todo lo que yo aquí en los primeros libros escribiere: con dar desde luego licencia á todos, que no me crean en nada, si algo se hallare en ésta mi corónica, que no se halle en ellos, ó no se rastree por buena conjetura, cual cada hombre docto y entendido pudiera hallar, y holgara seguir. Con haberse tenido junto con esto mucho cuidado de no escribir cosa alguna que no sea muy propia de España, sin derramar jamás la historia por las extranjeras, sino fué contando della precisamente lo forzoso, para continuarse y entenderse las nuestras. Por este respecto dejé las cosas de la isla de Cerdeña, que Florian de Ocampo continuó siempre en su historia, movido, á lo que creo, por ser ahora esta isla del señorío y corona de España. Yo lo he dejado, por ser aquella isla cosa tan agena de España en su sitio y en su jurisdiccion por estos tiempos antiguos, que aquí se escriben: sin que ningun cosmógrafo la ponga por isla, que á la descripcion de España pertenezca. Y por la misma razon de ser ahora de la corona de España, habia tambien obligacion de escribir las cosas de Milan, Nápoles y Sicilia.

Con este buen ánimo y deseo entro en esta empresa, con tan buena oportunidad le doy principio, y con tan grande ayuda la puedo proseguir: si no fuere el suceso, cual yo querria, y España ha menester: la grandeza de lo que emprendo lo podrá disculpar: y aun se podrá juzgar por digno de algun premio y aprobacion solo el buen acometimiento en cosa tan principal.

Otras cosas necesarias me quedan por tratar aquí, y avisar dellas, como importantes, para que todos gocen mejor desde luego de la manera del proceder desta corónica: y entiendan tambien, qué es lo que podrán hallar en ella de las cosas antiguas de España; y no se maravillen si faltare algo de lo que pudieran desear. Para esto ante todas cosas conviene advertir, que no tenemos ninguna noticia de las cosas de España, que sucedieron en estos tiempos antiguos, por historias que nuestros españoles dejaron escritas, sino solamente por las que los romanos escribieron. Así que no es historia de las cosas de España la que aquí se comienza, sino de las cosas que los romanos en ella hicieron, sacada de sus autores, que solos las cuentan. Por esto, ni tenemos noticia entera de nuestras cosas, ni la que estos autores nos dan, es la que deseamos, y convenia que tuviésemos. Que si algunos historiadores españoles tuviéramos de aquellos tiempos, que se hubieran puesto á escribir de propósito las cosas de su tierra, contáranlas todas copiosamente. Supiéramos con esto mucho mas de los sitios, nombres, orígenes, mudanzas y sucesos de las ciudades y provincias de España. Entendiéramos en particular de la nobleza y linajes principales de entónces, y de los hombres señalados que en ellos hubo, y los señoríos que tuvieron, y de los grandes hechos que entre ellos y entre los pueblos unos con otros pasaron, con todas las otras cosas que en la historia sirven para la noticia y el ejemplo. Mas pues esto todo nos falta, no debe nadie culpar esta mi corónica en estos primeros libros, por parecerle que mas es de Roma que de España: ni la tenga por defectuosa porque no tiene mucho mas de nuestras cosas, pues no hallamos escrito mas dellas, de lo que aquellos historiadores romanos nos dejaron: entrando tambien en esta cuenta los griegos, que por sujecion y aficion eran dellos. Y á la verdad esto no es tan poco, que no sea mucha parte de lo que deseamos, y convenia que supiésemos. Porque á todos ellos, y señaladamente á Tito Livio y Apiano Alejandrino (que son los que mas continuadamente escribieron lo de España) se les parece bien el cuidado que tuvieron de decir siempre verdad en todo. Y en las cosas de España se ve esto mas claro; pues ambos, y otros sin ellos, cuentan á boca llena las batallas que les vencimos, los capitanes que les matamos, las ignominias con que algunas veces se nos rindieron, y los desafueros y agravios, que otras nos hicieron. Tambien cuentan Tito Livio y los demás mucho de las cosas de España; por haber sido siempre las hazañas de los españoles tales, que á todos los historiadores les plugo contarlas, por ennoblecer su escritura con la grandeza dellas. Así hallamos en ellos harto de lo que se desea saber de nuestras cosas, como parecerá por el discurso desta corónica. Aunque algunas veces tambien me quejaré con razon de lo corto que en esto quedaron aquellos historiadores.

Conforme á esto se sentirá algunas veces en esta corónica la desigualdad que ternan las cosas y los tiempos en el contarse. En algunas partes podré ser copioso y extendido, contando las cosas con toda la particularidad que se puede desear en ellas: en otras iré tan corto y estrecho, que se entienda dellas muy poco. Unos años ternan larga relacion de lo que en ellos sucedió en España: en otros muchos juntos no habrá ni aun saber quién la gobernaba. Y bien pudiera yo evitar alguna parte deste daño, supliendo siempre con conjeturas la brevedad de las cosas, ó hinchendo de palabra los hechos y los tiempos. Mas helo dejado de hacer, porque la fidelidad de la historia, á quien yo (sin que me forzara á ello mi deber) deseo siempre por natural inclinacion ir muy sujeto y rendido, no lo sufre, ni da esa licencia. Y así solo contaré las cosas de

España, que en los buenos autores se hallan escritas, con el colmo, ó con el rasero que ellos nos las dieron: teniendo por mejor cualquierą desigualdad en el proseguirlas, que algun pequeño peligro de la verdad, si buscara manera para suplir algo desto.

Parecerles ha por ventura á algunos que hablo alguna vez de las cosas de mi tierra mas aficionadamente de lo que á un historiador se le permite, y que como español celebro mucho lo de España. Yo para responderles, primeramente doy licencia á todos que me culpen y reprehendan en esto, si algo dijere ó encareciere, que no sea mucha verdad, y cosa muy cierta y auténtica. Y siéndolo, ¿por qué se me ha de tener á mal que lo diga? Cómo por ser historiador es mi oficio y obligacion decir las otras verdades, ¿por qué no lo será tambien decir ésta? Despues desto nuestras cosas de España son muy celebradas y encarecidas por todos los antiguos romanos y griegos que dellas algo hablaron: y en ellos nadie puede creer, que por aficion las estiman y ensalzan: sino que el respeto de la verdad les sacó por fuerza aquel encarecimiento. Pues haciendo esto así los extranjeros, ¿no fuera culpa mia, siendo natural, descuidarme en ello, y por lo ménos no imitarlos? Principalmente teniéndome siempre, como dicen, bien á raya dentro de los términos de la verdad, sin adelantarme de los historiadores extranjeros, muy alabados para buenos. Así no podrá nadie tener justa causa para sospechar de mí que me mueve aficion, ántes para creer que me fuerza la verdad, y que el gusto en decirla no es ningun detrimento della.

Es de Tito Livio cuasi todo lo que en estos dos primeros libros escribo, allanando algunas dificultades que cerca de los hechos de España y de la órden del tiempo en algunas partes de su historia se ofrecen. Cuando se acabaron sus libros, que tenemos, me sirvieron sus abreviaciones y sumarios, que duran hasta ahora, habiéndose perdido los libros principales. Y Apiano Alejandrino suplió tambien, con lo que continuadamente dejó escrito de las cosas de España, que sucedieron, despues de lo que se halla en los libros principales de Tito Livio. Fuera desto se juntó siempre lo que andaba derramado en otros muchos autores antiguos de todas nuestras cosas. De manera que (á lo que yo puedo entender) no faltará en esta corónica ninguna de las cosas antiguas de España que en escritor aprobado y de autoridad se pueda hallar: señalándose siempre de dónde se toma, para que quien le pluguiere, pueda verlo en su original.

Al principio, ántes de entrar en la historia, puse una suma de toda la república romana, por ser tan necesaria y forzosa, como por las causas que allí se dieron parece.

Cuando llegó la historia á los principios y acrecentamientos de la Fé Cristiana en España, traté todo aquello con gran gusto y cuidado como el sujeto soberano lo requería: tomando como por premio de mi trabajo, el que en escribir esto puse. Así, como quien se gozaba tanto en ello, escribí, con la mayor diligencia que pude, toda la sucesion de la Iglesia de España en sus tiempos prósperos y adversos.

Tambien escribí de cada uno de nuestros santos naturales de España, ó que predicaron, ó murieron en ella, con el mismo cuidado, que si no escribiera otra cosa sino sus vidas. En esta parte tuve advertencia, que las cosas que se dijesen de los santos fuesen dignas dellos, y bien autorizadas, con la certidumbre posible. Y ántes de entrar en el libro nono, escribí por sí en un discurso lo que para esto puede servir, y yo siempre seguí. Túvose tambien cuidado, se tratasen de tal manera las cosas de los santos, que pusiesen algun sentimiento de devocion: por ser éste de los principales intentos, que la Iglesia Cristiana en proponernos las vidas de los santos, pretende. Para que mas nos aprovechen con el ejemplo, quiere nos den este piadoso gusto, y nos propongan esta blandura, para que pueda imprimir el sello. Así pide ella á nuestro Señor en las festividades de los santos, que nos acrecienten la devocion, que nos enseñen el alma, y la enternezcan con afecto de piadosa devocion, usando otras tales plegarias, que á este fin tambien endereza. «Porque la «historia de los santos, aunque ha de ser conforme á «las demás, en tener gran certidumbre, y autoridad: «ha de ser muy diferente dellas en los intentos, y ma«nera de proseguirlos. Como las cosas son extrañas, y «tienen toda la diferencia, que hay entre lo divino y lo «humano: así se escriben para otros fines mas altos, «que los que la historia comunmente pretende: y así «ha de ser tambien la manera del escribirlas muy di«versa para alcanzarlos.» Y buen ejemplo tenemos en el glorioso doctor san Isidoro, de cuanto vale, y se ha de procurar esta diferencia y este gusto de devocion, en la historia de los santos. Todo lo que escribe dellos en su misal, y en su breviario, lo vemos enderezado principalmente á esta ternura de devocion: como cosa que él mas en aquella materia preciaba, y así queria todos la gozasen. Regálase tanto en todo aquello, que parece cierto no tenia otro mayor cuidado, que darse á sí mismo dulce gusto en el espíritu, y poner otro semejante en todos los que lo leyesen. Yo por muchos defectos mios no supe imitarle en esto: mas todavía procuré enderezar todo lo de los santos á este fin tan cristiano y provechoso con esperanza, que por gran de que es mi indignidad, no faltaria Dios del todo al buen deseo.

Para proseguir bien la sucesion de la Iglesia en España fué necesario tratar muchos de los concilios antiguos della, y de las cosas que en la historia particularmente les tocan: refiriéndose de lo que en ellos se trat y constituyó, solas aquellas cosas llanas que pueden servir para la buena doctrina y ejemplo de todos en comun, dejando las otras altas y de mayores misterios, que allí se trataron, como no necesarias para que el vulgo las sepa, ni tenga cuent con ellas. Y para poder escribir mas enteramente y co mas fidelidad lo de todos los concilios de España, por que los impresos están faltos, y en algunas partes n bien emendados; seguí la gran fidelidad de mucho originales antiguos que yo he visto en España, todo escritos de mas de seiscientos y quinientos años atrá donde se hallan algunos concilios enteros, y harta otras cosas, que nunca se han impreso. Y de ellas y d los libros antiguos, de donde se tomaron, daré razo particular con buena ocasion.

Llevóse continuada la sucesion de los sumos pontífi ces desde el bienaventurado apóstol san Pedro: así p ser la santa Iglesia de Roma la cabeza de la Iglesia Cris tiana, y sus papas vicarios de nuestro Redentor Jesu cristo en ella: como por ser esta cuenta muy cierta verdadera: para la sucesion de los tiempos, como e su lugar se mostrará.

Continué asimismo, con la mayor diligencia que p de, un catálogo ó lista de los arzobispos de Toledo, co la averiguacion que se pudo haber de cómo sucedi ron, y todo lo demás que yo dellos pude descubrir. S guí en esto el ejemplo de Eusebio, que en la histor

eclesiástica, y en su corónica general llevó siempre continuada la sucesion de los obispos de Alejandría, por ser aquella Iglesia muy principal en aquellos tiempos. Y habiendo sido, y siendo ahora la silla de Toledo nuestra cabeza y primacía de la Iglesia de España: por este respeto se le debia este trabajo. Y el haber habido muchos santos y notables prelados en esta Santa Iglesia, me obligó mas á dar entera esta noticia, como parte principal de la historia.

En el órden de los tiempos destos tres primeros libros seguí siempre las tablas capitolinas, que son mármoles, que pocos años ha se hallaron en Roma en tiempo del papa Paulo Tercio: y el cardenal Farnesio las mandó poner por órden en el Capitolio. Allí está la razon de los años bien cierta y averiguada, hasta el nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, sin que pueda haber mayor certidumbre que aquella. Ayudéme asimismo en esto de lo que Cárlo Sigonio escribió sobre estos mármoles, con tanta doctrina y diligencia, que parece no dejó mas que desear. En lo de adelante, despues del nacimiento de nuestro Redentor, seguí siempre á fray Onufrio Panvinio, que habiendo él tambien escrito sobre aquellas capitolinas con harta doctrina y diligencia continuó los tiempos mas á la larga. Mas aun mayor claridad y averiguacion dejó dellos en su corónica eclesiástica, la cual yo tomé por concierto y regla desta mia. Y aunque he visto despues la cronología de Gerardo Mercator, con nuevas y exquisitas diligencias en contar los años y comprobarlos: mas todavía no dejó de seguir la corónica de Panvinio, porque tambien Gerardo la sigue cuasi en todo: y es mas acomodada para proseguirse lo particular de las cosas de España. Tambien me socorrí alguna vez de Juan Cuspiniano, coronista que fué del emperador don Fernando, y el primero que se puso á este trabajo de continuar los tiempos con mas particularidad aun ántes que las tablas capitolinas pareciesen. Y habiendo dado mucha luz en aquello, dió tambien el ejemplo, que los demás pudiesen seguir. He querido nombrar así las principales ayudas que yo en esto tuve, para agradecerles aquí como puedo el beneficio que yo dellos y de sus buenos trabajos recibí.

Despues, llegando á los tiempos de la entrada de los godos y de las otras naciones en España, sin el ayuda del conde Marcelino y otros, en la averiguacion de los tiempos, que se comenzaron á continuar desde allí mas de propósito en esta corónica; usé en hartos lugares de algunas buenas comprobaciones y verificaciones de los años que pude descubrir, para mostrar como el órden dellos va aquí cierto y sin error. Bien entiendo, que como fué esto para mí cosa de grandísimo trabajo, así no ha de ser de mucho gusto para algunos lectores. Mas á mí me bastará gocen de mi diligencia y fatiga los doctos, que saben bien cuanto vale esto en la historia, y cuanto afan cuesta algunas veces el hallar, y hacer una buena averiguacion déstas, para dar luz en el órden de los tiempos. Y ántes de entrar en el libro undécimo, con largo discurso dí particular cuenta de todo lo que en esto se puede hacer, y á mí me ayudó.

Muchas veces fué necesario poner en esta corónica algunas piedras antiguas, de las que se hallan por España escritas de tiempo de romanos y godos. Déstas yo he visto muchas, y otras puse por relacion de hombres fidedignos y doctos que las vieron, y las sacaron con fidelidad, y las mas dellas es cosa sabida y notoria, que se hallan en aquellos lugares donde se dice están. Otras pocas piedras hay de las que andan en España en manos de los hombres doctos y aficionados á las antigüedades, que no son muy ciertas, ni nadie dice las haya visto, ni oido á otros que las vieron: y solo se tienen por relacion de Ciro ó Ciriaco Anconitano. Éste fué un hombre docto en letras de humanidad, y aficionado á todas las antigüedades, y parece tenia gran juicio en ellas. Andando por muchas provincias juntando las inscripciones antiguas, escribio un libro dellas, donde puso muchas de las que halló por España, y ahora las vemos, y otras algunas que no se hallan. Éstas dicen unos que se han perdido, y gastado las piedras en que estaban: y otros dicen que las fingió Ciriaco, por satisfacer á su gusto y mostrar su ingenio. Como quiera que sea ellas andan en nombre de antigüedades de España, y son muy lindas. Por lo uno y por lo otro las puse todas en sus lugares, porque no faltase aquí nada de lo que alguno en esta parte pudiese desear. Mas siempre que se puso alguna destas piedras inciertas, se señalaron por tales en nombre de Ciriaco señalando tambien en particular las piedras que yo he visto. Y no tuve cuenta componer todas las inscripciones que pudiera: ni pensé que estaba el bien en la multitud, sino en el bien escoger. Así que no se dejase ninguna que tenga cosa notable y digna de saberse: y se quedasen todas las que por faltarles esto no podian servir para mas que acrecentar el número sin provecho.

Ayudéme tambien en muchas partes de las monedas antiguas, y déstas no puse ninguna que no la tenga, ó por lo ménos la haya visto. Lo mucho que estas monedas descubren y averiguan en la historia y en las antigüedades todos los hombres doctos lo entienden, y por toda esta corónica se parecerá. Señaladamente en la historia de los reyes godos me valieron mucho sus monedas (de las cuales tengo y he visto hartas) para llegar á saber cosas que por otro camino no se podian descubrir, y para averiguar otras de que no se tenia entera claridad.

Esta parte de la historia de los godos estaba en nuestras corónicas falta y defectuosa, con referirse en ella pocas cosas, y esas con mucha brevedad. Yo con hacer diligencia en buscar diversas ayudas todas graves y auténticas, la pude extender un poco mas, y sacar á luz algunas cosas, de que comunmente no se tenia noticia, y dar claridad en otras que ántes estaban obscuras y confusas.

Lo postrero que aquí tengo de avisar, es lo primero y muy principal que todos desearán en esta corónica. Digo las antigüedades que tocan á declarar y averiguar los sitios y nombres antiguos de las ciudades y lugares de España, con todo lo que mucho en esto se desea, y se debe tratar. Mas yo lo dejé todo para otra obra por sí, que va puesta al fin de la corónica, por las causas que allí se dan. Y todo fué para que mas copiosamente y mas á gusto de todos se pudiesen escribir, como cosa en que yo queria mas cumplidamente satisfacer.

Al principio destas antigüedades puse un grande aparejo y muy necesario, que yo hice para mejor tratarlas. Y por ser esto cosa de que nadie jamas habia escrito, siendo harto digna de escribirse, podrá ser de mucho gusto y provecho. Por la misma razon lo será lo que allí va puesto de las advertencias y doctrina para leer, y entender las piedras antiguas escritas, y la manera del aprovecharse dellas.

Habiendo así mismo de tratar allí en particular de las provincias, regiones y ciudades de España, pus-

ántes una descripcion general de toda ella: dejando lo que Florian désto habia bien escrito, y prosiguiendo otras cosas de las excelentes y muy señaladas, con que Dios quiso tanto aventajarla, y hacerla extremada entre cuasi todas las provincias del universo.

Este cuidado puse en la certidumbre, y entero cumplimiento de las cosas, y en el órden de los tiempos que en esta corónica se debian proseguir: con mas deseo de que se parezca en ella diligencia que no elocuencia. Mas todavía se tuvo tambien algun cuidado en que nuestra lengua castellana tuviese aquí algo de la mucha dignidad y grandeza, que en ella y en su perfeccion cabe. No porque yo baste para hacerlo, sino porque fuera notable falta no tentarlo. Y demás de lo quo al principio dije, tanto mas deseé esto, cuanto mas entiendo que es nuestra lengua muy excelente y capaz de mucha lindeza, que con gravedad puede levantar las cosas y ensalzarlas mucho: y que hasta ahora ha habido pocos, que hayan querido preciarse de hablarla y escribirla con deseo de darle mas lustre: «con ser como es gran parte de prudencia, saber el «hombre bien el lenguaje natural de su tierra.» Y entiéndese esto tan de veras en España, que ya sumamos comunmente toda la discrecion de un hombre, con decir que es sabio en romance. Y el saber latin y griego, y todo lo que en estas lenguas tan excelentes está escrito y se enseña: no solamente no nos parece que ayuda para ser un hombre discreto, sino que ántes impide y estorba, cuando en su lengua no sabe lo que conviene. Tambien la historia en particular como se ha visto, y Marco Tulio en diversos lugares enseña, requiere cuidado y acertamiento en el estilo: so pena que como él mismo amenaza, cuando ¡á la historia le faltare esta parte, le faltará una de las principales que en ella se desea para su perfeccion: y esto mismo encarece por otras maneras el mismo autor. Y sin esto nuestra lengua castellana por su lindeza y gravedad merece bien esté cuidada. Porque no usamos ponerla en lo mucho que puede: no sabemos para cuanto vale. Que si con ingenio, con doctrina, con ejercicio regido cuerdamente, la hubiésemos empleado en cosas graves y de substancia, en que los otros lenguajes están probados: veríamos la mucha confianza que podríamos hacer della: y con mayor ánimo la meteríamos en grandes empresas, de donde saldria siempre con mucha honra. Y porque la historia es uno destos grandes sugetos, tratada ella en nuestra lengua con dignidad, seria buena prueba de su estima y valor. Y sin estos buenos motivos desde niño tengo yo esta aficion á la lengua castellana, y mamé (como dicen) en la leche el deseo de bien hablarla, y escribirla. Porque demas que el doctor Morales mi padre fué un hombre estimado entre cuasi todos los señores del Andalucía, tanto por ser (como suelen decir) muy sabio en romance, como por su buena casta, y por lo mucho que sabia en su profesion de Medicina, en que fué uno de los mas señalados hombres de su tiempo: habiéndome tambien yo criado, siendo pequeño en Salamanca, en casa del maestro Fernan Perez Oliva mi tio y mi señor: del grande amor que él tenia á la lengua castellana y de la excelencia, que como todos saben, alcanzó en hablarla y escribirla: tomé yo un gusto y me encendí en un gran deseo de algo de aquello en ella. Y si como me quedó el aficion y el deseo, tuviera el suceso: y si como tuve el dechado, supiera sacar la labor: no quedara con tanto cuidado como quedo, por lo poco que en esto he podido hacer

LA ÓRDEN DE LA REPÚBLICA ROMANA, CON LA MANERA DE SU GOBERNACION Y NOMBRES Y CARGOS DE SUS OFICIOS, ASÍ EN PAZ, COMO EN GUERRA, Y EN EL SERVICIO DE SU RELIGION.

Porque esta mi corónica desde aquí donde comienza ha de contar las cosas que acaecieron en España, en tiempo que los romanos la conquistaron, la poseyeron, y gobernaron, y esto fué por espacio de mas de seiscientos años: seráme forzado tratar muchas veces de la república romana, nombrando sus oficios, y tocando las cosas mas propias y particulares de su manera y gobierno. Y si cada vez hubiese de declarar, lo que para entender aquello que se dice á la sazon es menester, seria una prolijidad muy pesada para mí que escribo, y aborrecible para quien la leyese. Pues no decirlo jamás, fuera quedarse sin ser entendidas muchas cosas, cuya clara y entera noticia depende del cargo que tenia en Roma un oficio, ó de la manera del elegirse, ó de otra particular antigüedad, de las que al gobierno romano pertenecian. Por esto pareció cosa forzosa y precisamente necesaria, poner aquí al principio de una vez todo lo que á esto toca, para que leyéndolo, y teniéndolo en la memoria, se sirva cada uno dello en todas partes: y si acaso se le olvidare, sepa que lo tiene aquí, para volver á refrescar la memoria con ello. Escribirse ha muy brevemente y en substancia lo que hace al caso, sin muchas menudencias, que en estas antigüedades se podrian deslindar. Porque éstas no sirven para la claridad de la historia, que es la que se pretende: y prosiguiéndose tan largamente como pueden, harian otra escritura, poco menor que toda esta corónica. En fin, huiré en esto particularidades, contento con la generalidad; como quien anda considerando, nó como dirá todo lo que se puede, sino como quitará todo lo que se sufre, sin detrimento de la declaracion para que todo esto se escribe.

Todo lo que aquí se dijere, será sacado de los buenos autores griegos y latinos que lo tratan: ayudándome tambien de la mucha doctrina y buena diligencia y trabajo con que Carlo Sigonio, Lilio Gitaldo, Wolfango Lazio, y F. Onufrio Panvinio, hombres señalados en estos nuestros tiempos, lo recogieron. Y habiendo dicho ya esto una vez aquí, no será necesario decir en particular de dónde se saca cada cosa.

DIVISION DE LA GENTE QUE HABIA EN ROMA.—Toda la ciudad de Roma estaba dividida en tres estados, y tres suertes y maneras de gente, patricios, caballeros, y plebeyos. Los patricios eran los mas principales y soberanos, y dellos se elegian los senadores, que eran los consejeros de todo el gobierno, por donde todo su ayuntamiento y congregacion se llamaba senado. Y así se nombra muchas veces esta suerte de gente senatoria, tambien como patricia. Déstos se elegian los que habian de tener los cargos principales de toda la gobernacion. Llamábanse patricios, por dulce respeto y reverencia, que como á padres de toda la ciudad se les debia: y senadores, por la edad de viejos, que, como se requiere, comunmente se buscaba, en los que habian de tener cargo de consultar en el gobierno. Y porque deste estado principal de los senadores era cierta manera de vestidura, que solo ellos traian, sin que otro pudiese usarla, es menester entender, que el vestido ordinario, que comunmente train los romanos, era una camisa á raiz de la carne, que llamaban interula, ó subucula. Encima dés-

la ponian la vestidura, que llamaban túnica: y era al propio como una túnica de las que ahora traen los religiosos, quitada la capilla, sino que era algo mas ancha, así que hacia pliegues, y era toda de una color, sin que tuviese guarnicion, ni otra cosa que la diferenciase. Esta túnica se ceñian: y encima della ponian la toga, que era ya como ropa, y como vestidura para cubrirse. Mas esta toga no la train, sino los patricios, ó los caballeros, que los del pueblo ordinariamente andaban en túnica, sin mas cobertura. Los senadores, pues, traian la túnica sembrada á trechos por órden de unos pedazos de color roja, teñidos de púrpura, que entónces era su mas preciosa tintura. Esto era, como si una vestidura blanca ó de otra color, la sembrásemos toda de unas rosas, ó cosa semejante de carmesí. Y porque estos pedazos de color roja, que traian solos los senadores en las túnicas, eran redondos y pequeños, y tenian alguna semejanza de clavos sembrados por madera, llamaban á estas ropas latos clavos: y por esta diferencia tan notable, que solo los senadores traian en la túnica, eran luego conocidos, y se diferenciaban de la otra gente.

Al segundo estado de gente llamaban en Roma los caballeros: porque éstos servian en la guerra, como lo muestra su nombre, á caballo, y eran obligados siempre á tenerlo. Y así por pena, cuando la merecian, les quitaban el caballo, lo cual se tenia por grande ignominia. Tambien le quitaban para castigarle el anillo de oro, que era asimismo su insignia, como el caballo.

El tercero estado de la ciudad era todo el resto de Roma, que no eran patricios ni caballeros, y á éstos llamaban plebeyos. Mas para ser tenidos por ciudadanos romanos, y gozar de los grandes privilegios de la naturaleza de Roma, no habia diferencia entre los tres estados, porque todos igualmente eran llamados ciudadanos romanos, y tenidos por tales en todo.

Habia en Roma otras dos suertes de gentes, que eran siervos, ó esclavos, y libertos, ó ahorrados. Los romanos nunca tuvieron criados, que fuesen hombres libres, como ahora todos tenemos: ántes todo su servicio era de esclavos vendidos y comprados, que se llamaban siervos. Éstos cuando los ahorroban, se llamaban libertos, y sus descendientes, á lo ménos hijos y nietos, libertinos. Los siervos de ninguna manera eran ciudadanos romanos. Mas estos libertos y libertinos, ó no lo eran, ó ya que lo fuesen, era con tan pocos privilegios y comodidades, de las que los otros ciudadanos romanos gozaban, que eran muy diferenciados dellos, y muy menguados y faltos en el derecho que á los otros competia. Hasta que despues por favores que tuvieron los libertinos, y por alborotos que recrecieron en la ciudad, hubo muy gran mudanza en esto. Los esclavos todos andaban muy conocidos, porque ningun género de cobertura traian en la cabeza: y todos los libres la traian cubierta con un bonetillo, que por esto era insignia de libertad.

Aquellas tres suertes de ciudadanos romanos sucedian así por linaje: que el hijo del patricio quedaba patricio, y el del caballero caballero, y el del plebeyo nacia en aquella suerte y estado de su padre. Mas estos grados y diferencia consistian tambien en grandeza de hacienda y caudal: estando tasado lo que habia de tener uno para ser patricio, y otro para ser caballero; y así el caballero podia subir á ser patricio y el plebeyo á entrambos grados, si su hacienda le bastase, y aun el libertino se hacia algun tiempo ciudadano romano por tener hacienda competente. Mas esto no era, ni se alcanzaba por su voluntad sola de cada uno, sino por órden y mandado de la república, como luego seré forzado á decir. La hacienda que uno habia de tener para poder pasar á ser patricio, y senador, era una suma que montaba de la moneda de ahora veinte mil escudos de oro de á diez reales, y para pasar á ser caballero, era menester que tuviese la mitad, que eran diez mil escudos. Augusto César subió despues estas sumas, y quiso que la hacienda para ser senador fuese de treinta mil escudos, y la de caballero quince mil. Y aunque sucediese así que un plebeyo llegase á ser patricio, porque su mucha hacienda habia hecho que la república le levantase aquel grado de honor: mas la nobleza y excelencia de casta y linajes todavía se quedaba en su preeminencia, y su estima, siendo tenidos por nobles, y dignos de mas reverencia y acatamiento, los que descendian de antiguo linaje de patricios y senadores. Al contrario los que subian á aquel grado, eran llamados hombres nuevos, y denotados con otros ultrajes de afrenta é ignominia.

Habia tambien otra manera de subir y alcanzar estados mayores, y era por adopcion, que en castellano podríamos llamar prohijamiento. Que si un patricio prohijaba á un caballero, ó á un plebeyo, luego quedaba patricio, y así quedaba tambien caballero el plebeyo, que fuese prohijado de caballero. Y aun por algunos interèses, como de alcanzar un cargo, que no podia tener sino hombre plebeyo, acontecia algunas veces á bajar de los patricios á ser plebeyos, haciéndose prohijar de alguno de aquel estado inferior y mas bajo.

Todos estos tres géneros de gente en Roma eran como hemos dicho, ciudadanos romanos: que era cosa de gran preeminencia y honrosa ventaja: y así á los extranjeros por grandes méritos se les daba algunas veces este privilegio. Y por esto en muchas ciudades de todas las provincias habia muchos ciudadanos romanos, que no solamente no habian nacido en Roma, pero ni aun vístola por ventura: sino que por beneficio y merced del senado se les daba esta privilegio. Y era cosa esta que se heredaba de padre á hijo, como vemos que el apostol san Pablo dijo de sí mismo al tribuno, que le tenia preso, que habia nacido ciudadano romano, que quiere decir, que su padre lo habia sido (1). Y tambien se compraba esto, pues le respondió el tribuno, que él habia comprado el ser ciudadano romano por muy gran suma de dineros. Tambien acontecia merecer tanto una ciudad y una provincia toda con el pueblo romano, que á todos los vecinos y moradores della se les daba el privilegio de ser ciudadanos romanos: segun se hizo con toda España en tiempo del emperador Vespasiano, como se dirá en su lugar. Y cualquiera que fuera de Roma era ciudadano romano, habia de estar metido y contado en una de las treinta y seis tribus, en que toda la ciudad estaba distribuida: y eran como parroquias, y tenian sus nombres particulares como Quirina, Galería, Popilia, Sergia, y otras semejantes. Y el nombrarse un español, ó de otra nacion de una destas tribus, es dar á entender de sí como era ciudadano romano.

Así estaba dividida y distribuida toda la ciudad de Roma, en que tambien entraban sus comarcas de allí cerca. El gobierno de la ciudad y de todo el señorío

(1) En el lib. de los Actos de los apóstoles en el cap. XXII.

que dentro y fuera de Italia poseian, estaba tambien repartido en tres partes: en paz, guerra y religion: y para cada una déstas tenian sus oficios y cargos particulares: y así por órden dirémos de todos ellos.

El gobierno de la paz. — Para todo el peso desta gobernacion, y para que fuesen como cabezas de todo este cuerpo, elegian en Roma cada año dos, que llamaban cónsules y á su cargo consulado, y eran los principales cargos, que en toda la república y gobierno del imperio habia. Éstos mandaban juntar el senado, que como dijimos, era el consejo de toda la gobernacion, y les proponian lo que se habia de tratar en él: y decian su parecer primero, y despues preguntaban el de los demas senadores: y así en esto, como en la resolucion de todo tenian mucho poderío. El senado se juntaba las mas veces en los templos, en muchos de los cuales habia salas particulares, que llamaban curias, para este ayuntamiento. Y aun sin haber templo, habia estas salas públicas para este efecto.

Mas aunque parece que lo podian todo los cónsules, en realidad de verdad no podian nada en las cosas de importancia: pues en éstas solo se hacia y ponia en ejecucion aquello que todo el senado determinaba. Y á estos decretos y determinaciones llamaban senatus consultos. La reverencia y acatamiento, que públicamente y en particular se les tenia á los cónsules, era muy grande: porque en todo representaban la magestad de la república. Para esto traian delante sí doce hombres, que cada uno llevaba levantado en alto un hace de varas, atado con unas correas muy recias, y asido tambien con ellas un asegur, ó hacha como de leñador, ó carnicero. Éstos se llamaban lictores, y servíanles á los cónsules de alguaciles para prender y prendar, y de verdugos para azotar y matar. Con las varas azotaban, con el asegur cortaban la cabeza, y con las correas ataban y amarraban á quien así habian de justiciar: no matando á ninguno, á quien no azotasen primero: y azotando á muchos que no habian de ser muertos.

Sin estos lictores, tenian los cónsules otros hombres para su servicio con cargo público, que llamaban viatores, apparitores y accensos. Éstos los acompañaban siempre, y les servian en las cosas públicas menores, que se les mandaban. por ser como los porteros que ahora tienen las ciudades. Cada cónsul tenia para su magestad una silla entretallada de marfil toda, que llamaban curul, en la cual se sentaba, cuando públicamente presidia. Y parece que esta silla se llevaba delante levantada sobre hombros, para mas magnífica representacion deste cargo, como se le lleva hoy dia al duque de Venecia. Esta silla se decia curul, porque antiguamente la solian llevar en un carro, que en latin se llama currus. Y así llamaban á todos los oficios, que tenian preeminencia desta silla, cargos ó magistrados currules: y así será forzado nombrarlos alguna vez en esta corónica. Y en general llamaban magistrados á todos sus oficios y cargos.

Sin estas insignias, traian otra los cónsules, que era la toga pretexta, la cual traian tambien los otros, que tenian cargos públicos curules. Ya dijimos como la toga era ropa que traian gente principal en Roma, como capa, ó cobertura de encima. Ésta todos comunmente, aunque traian la túnica del lato clavo, la traian sin guarnicion, ni otra cosa que la diferenciase: y por esto la llamaban toga pura, aunque habia tambien otra causa de llamarla así. Mas para que los cónsules, y los otros que tenian cargos principales de la república, anduviesen señalados y diferenciados en el vestido, traian la toga entretegida y guarnecida en derredor de color rojo teñido en púrpura: y á ésta llamaban toga pretexta. Y parece que era esta guarnicion por las orillas, y no mezclada por toda la ropa, como el lato clavo. Conforme á esto se ve claro, que trayendo todos los patricios y senadores la mezcla de púrpura en la una ropa, los cónsules y los demás que tenian cargos principales, la traian en dos en la túnica y en la toga: y por esto eran fácilmente conocidos, y diferenciados.

El consulado en Roma era cosa tan principal y señalada, que por el órden y sucesion deste cargo se contaban los años, diciendo: en el año de tales ó tales cónsules acaeció esto: y así lo habremos de contar de aquí adelante todo el tiempo que nos durare el escribir las cosas que los romanos hicieron en España, hasta el nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo. Y aunque les duraba á los cónsules un año su cargo, vino tiempo, luego como comenzáron los emperadores, en que no tenian mas que tres ó cuatro meses el oficio y dignidad, como en su lugar se tratará (1). Porque aunque desde ahí adelante Roma perdió del todo su libertad, quedó en ella la forma de la república en muchos magistrados, y señaladamente en el consulado.

Luego tras este cargo de los cónsules, habia otro en Roma, que llamaban pretor, y á su cargo pretura, que era segundo despues del cónsul, y muy cercano á él en dignidad. Siempre habia dos, ó mas pretores, sin haber número cierto: pues se elegian mas ó ménos conforme á la necesidad de aquel año. Su oficio principal de los pretores era, tratar los pleitos, y oyendo las partes, hacer que se votase sobre ellos, y se sentenciasen por los jueces, que conforme á la cualidad de cada pleito habia, por un órden muy largo, y que no es necesario referirlo aquí. Mas si eran los pleitos de poco momento y cuantía, el pretor por sí solo los acababa, y en los mayores tambien tenia mucho mando. Y porque habia pleitos de la ciudad, y otros que tocaban á gente y cosas extranjeras, que se habian de litigar en Roma, habia unos pretores para juzgar las cosas de entre los romanos, que llamaban urbanos, y otros para juzgar las cosas de los extranjeros, que llamaban pretores peregrinos, y á sus cargos pretura urbana y pretura peregrina. Habia sin éstos otros pretores muchas veces, que no eran elegidos para quedar en Roma, sino para enviarlos á gobernar la paz y la guerra de algunas provincias, conforme á la cualidad y necesidad dellas, como luego parecerá. Y á éstos tambien llamaban pretores peregrinos: y aun á cualquiera que fuese capitan general en la guerra, generalmente le llamaban pretor, y á su tienda ó casa donde se aposentaba pretorio. Tambien el pretor traia sus lictores, y accensos, y apparitores, y silla curul: y así su cargo era llamado magistrado curul: que es el nombre con que generalmente diferenciaban los oficios principales de los menores y mas bajos.

Era tambien magistrado curul en Roma el de los ediles, y era el tercero en grado de dignidad, y preeminencia del mando. Su cargo era de todo el gobierno de los mantenimientos, y provisiones de la ciudad, que los hubiese en abundancia, y los precios fuesen convenibles, y en los pesos y medidas hubiese órden y fidelidad. Tenia asimismo cargo de los edificios públicos y particulares, como templos, plazas, calles y casas, y de los juegos y fiestas públicas que ordinariamente

(1) En el lib. 8 cap. 49.

en Roma se hacian, y de otras muchas cosas de esta cualidad. Eran dos los principales, que llamaban curules: y habia otros dos menores, y se llamaban ediles del pueblo.

Entre los otros juegos y pasatiempos públicos, de que los ediles tenian cuidado, era uno muy fiero y abominable el de los gladiatores, que eran hombres que salian á matarse uno á uno en presencia de todo el pueblo romano, que se ayuntaba para esto en el circo Máximo, lugar de gran magnificencia, diputado para todos los juegos de pié y de caballo. Para esto de los gladiatores habia hombres en Roma, que llamaban lanistas, y tenian trato de comprar esclavos mancebos valientes y de muchas fuerzas, y con maestros que les daban, los enseñaban á esgrimir, y á ser diestros y animosos para matarse así en público. Y estos tales esclavos se vendian despues por muy excesivos precios, con que los compraban los ediles, ó algun hombre principal, que quisiese hacer con ellos fiesta al pueblo romano, por alguna particular ocasion (1). Y era la muy ordinaria, por celebrar con mucha pompa y solemnidad la muerte ó obsequias de su padre, ó de algun su pariente, ó amigo hombre principal, como en esta historia parecerá (2). Esto duró en Roma, hasta que emperadores españoles lo quitaron: y á ellos se les debe el haber cesado tan abominable crueldad, como en su lugar se tratará. Todos estos oficios no duraban mas que un año, y habia tanta diligencia en que no pasase adelante el oficio ni el mando, que hacian para evitar esto una cosa muy puntual, de que en los gobiernos de las provincias luego diremos.

Otro cargo habia que se llamaba cuestura, y á los que le tenian cuestores. Eran muchos, y eran como tesoreros y contadores de la república, que tenian la cuenta y razon de las rentas, y cualquier otra hacienda della. Entraba en su poder todo el dinero: y ellos lo daban á quien lo habia de haber por sueldo, ó salario, ó para otros gastos públicos. Y lo que hechos los gastos públicos en paz y en guerra, se habia de traer á Roma, ellos lo entregaban para que se guardase en el erario, que era la casa pública, donde estaba el tesoro, que Roma tenia. Los cuestores traian tambien algunos lictores, y otros oficiales de su cargo: y ellos eran muchos, sin haber número cierto dellos: porque enviando los romanos á uno con cargo principal para el gobierno de una provincia: le daban uno ó dos, ó mas cuestores conforme á lo que era necesario para tener cargo de la hacienda de allí. Así tambien con los capitanes generales del ejército de tierra y de mar enviaban los romanos sus cuestores, que tenian cuenta de la paga, del sueldo, y de todos los otros gastos: y á ellos se entregaba lo que pertenecia á la república de la presa, que se tomaba de los enemigos.

Los tesoreros, ó receptores generales, que en Roma tenian cargo del erario, no se llamaban cuestores, sino prefectos ó tribunos del erario: y su oficio era tener en guarda el tesoro público, y la cuenta de lo que entraba y salia. Tomaban tambien la cuenta á los cuestores, y recibian dellos el dinero que traian de la provincias: y asimismo lo recibian de los arrendadores públicos, que llamaban publicanos, por lo que eran obligados á pagar á la república de las rentas que della tenian. Estos tribunos ó prefectos del erario fueron mas y ménos, conforme á los tiempos y necesidades. En el erario habia un retrete muy secreto y escondido, el cual tenian como por religioso y sagrado, donde se recogia y se guardaba todo el oro que llamaban vicesimario, porque se juntaba de la veintena, que de ciertas cosas se le pagaba á la república. Y nunca jamás se abria aquel retrete para sacar deste tesoro, sino con mayor consulta y deliberacion que la ordinaria del senado, y en las extremas necesidades de la república.

Otro oficio habia en Roma de muy grande magestad y reputacion, que llamaban censura y censor el que lo tenia. En este cargo no se proveian sino personas de grande estima y autoridad: y muy aprobados en toda virtud. Su oficio déstos era de cinco en cinco años, con muchas solemnidades y sacrificios, que se hacian primero contar los vecinos de Roma, y saber muy en particular de sus haciendas, y conforme á ellas entender qué gente de guerra de pié y de caballo podia sacar la ciudad, y qué tributos le podian pagar sus naturales, y como la podian ayudar en sus necesidades. Porque conforme á la hacienda que cada uno tenia, así le repartian lo que habia de contribuir á la república, sin que nadie fuese exento ni libre para esto. Y porque á esta manera de contar así la ciudad llamaban censo, de ahí llamaban censores á éstos que lo hacian. Fueron siempre dos, y aunque al principio duraba su cargo cinco años, despues se estrechó á tiempo de año y medio. Cuando se hacia este censo, ó lustro que tambien se llamaba así, conforme á la hacienda bastante, y otras buenas cualidades, que los censores hallaban en alguno, así le subian de plebleyo á caballero, y de caballeros patricio y senador. Y así la hacienda sola no daba á uno mayor estado, ó grado de dignidad, sino el mandamiento y aprobacion de la república, que el censor en su nombre hacia. Gran preeminencia era ésta del censor, que por su mano se hiciesen caballeros y patricios: mas mucho mayor era y de mayor autoridad, el informarse y saber cómo vivia cada uno, y qué costumbres tenia; y si hallaba alguno desordenado en vicios y demasías, dábale la pena que merecia conforme á su cualidad. Al senador le quitaba que no entrase mas en el senado: al patricio le vedaba que no pudiese ser senador, ni pedir oficio público: al caballero le quitaba el caballo, y el derecho de traer anillo de oro que era tambien su insignia; y al plebeyo penaba con quitarle el derecho de ser ciudadano romano, que era tan gran privilegio como dijimos, y quedaba solamente por tributario del pueblo romano, que llamaban erario, como cualquier otro extranjero: con particular infamia, que los demas no tenian aunque pagasen tributo.

En este censo ó lustro de la ciudad, que el censor desta manera hacia si la hallaba muy cargada, y como atestada de gente, daba órden como se descargase con alivio de la ciudad de Roma, y provecho de los que mandaba salir della. Así mandaba se entresacase del número y condicion de gente, que le parecia para que fuesen á poblar en una ó en otra provincia, como la necesidad del imperio, ó la anchura de la provincia lo requeria. Señalábales allá lugar y sitio para la ciudad que habian de edificar, y campos para la labranza y hereredades; y términos para jurisdiccion. Así proveia esto el censor dando parte dello al senado: mas el senado por otras causas tambien proveia de fundar estas poblaciones, y la mas ordinaria causa era esta. Habiendo los romanos vencido y sujetado alguna nacion, castigábanla con quitarle alguna parte de la tierra y campos de mas fertilidad: y para fundar mejor su señorío enviaban á poblar allí gente de dentro de Roma, que hacia salir del pueblo sus antiguos moradores, ó

(1) Lib 6, cap. 27. (2) En el lib. II. cap. 2.

edificaban ellos de todo punto nueva ciudad. A estas poblaciones llamaban colonias, y eran muy estimadas y acariciadas de los romanos, como hijas naturales de su ciudad y de su misma sangre y parentesco. Para fundar estas colonias, el senado señalaba dos ó tres hombres principales, á cuyo cargo era el entresacar de Roma los pobladores, y todo el repartimiento del sitio, heredamientos y jurisdiccion. El sitio señalaban echando un surco con un arado, y así vemos que en todas las monedas antiguas, que hoy dia se hallan de las muchas colonias romanas, que acá en España hubo, está esculpida esta yunta de bueyes, que echaba este surco, con el nombre de la colonia y de los dos ó mas que tenian el gobierno del lugar aquel año, cuando se batió la moneda. Los privilegios destas colonias eran muchos, y los mas dellos se comprehendian en que todos los vecinos dellas eran ciudadanos romanos: y se regian por leyes romanas, y representaban en todo un verdadero retrato de la ciudad de Roma. Y en esto postrero se diferenciaban mas que en otra cosa las colonias de los municipios.

Municipios se llamaban unas ciudades y lugares en Italia y fuera della, á quien los romanos daban muchos privilegios y el de ser ciudadanos romanos, que era el mas extendido. Mas el municipio se quedaba con sus leyes y forma de gobernacion y sacrificios que ántes tenia: y la colonia como engendrada de las entrañas de Roma, se llevaba consigo las leyes y gobierno romano. Solo los sacrificios no les daban los romanos á las colonias, porque lo vedaba su religion, aunque algunas veces tambien les concedian algunos. Otras diferencias tambien habia entre las colonias y los municipios, que era ser militares, ser de ciudadanos ó de latinos ó de confederados: y todo era tener diferentes privilegios y exenciones, como presto veremos. Como en Roma habia senadores, así en las colonias y municipios habia decuriones que eran los que consultaban en la gobernacion como nuestros regidores: y dos ó cuatro dellos que llamaban duumviros ó cuartumviros que juzgaban y tenian alguna semejanza de los cónsules de Roma. Aunque particularmente habia duumviros que tenian cargo de cosas que tocaban á la religion. Y en muchas piedras antiguas de romanos que hay por España escritas hay mencion destos duumviros, del gobierno y de los sacrificios.

Mas conviene mucho entender que cuando se cometia algun cargo extraordinario á dos ó tres ó mas personas, para que tuviesen cargo de aquello, intitulaban aquellos tales del número en que habian sido señalados. Como si (pongamos por caso) habian elegido dos para que tuviesen cargo de sacar una colonia, llamábanlos duumviros para sacar la colonia. Si habian elegido siete para que tuviesen cargo de la salud en tiempos sospechosos de pestilencia, los llamaban septemviros de la salud. Y así del número de los comisarios intitulaban muchos géneros de cargos extraordinarios.

De los lugares que los romanos tomaban en las provincias que conquistaban, unos quedaban sujetos casi como esclavos, otros tributarios de muchas maneras, conforme á lo que su porfía en defenderse de romanos, y en haberlos maltratado merecia. Otros lugares que de su voluntad se les daban y los ayudaban en la guerra, quedaban por confederados de los romanos que era muy grande honra despues de ser colonia, ó municipio. Tambien les daban privilegio de latinos, que era el que gozaban aquellos pueblos comarcanos á Roma llamados así, y algo menor que de ciudadano romano. Y con los lugares que estaban en la marina, y merecian buena amistad, hacian los romanos confederacion, para que les ayudasen por la mar con sus armadas: y por esto los llamaban confederados de mar. Esto de las colonias y municipios y confederados fué menester decir aquí tan á la larga, porque ha de ser muy ordinario el tratar dello en esta corónica.

Estos magistrados y oficios ordinarios que hemos dicho, gobernaban toda la ciudad y señorío de Roma, mas todos los que los tenian habian de ser nobles, y de la gente patricia y principal, aunque alguna vez para favorecer al pueblo le concedieron que el un cónsul fuese plebeyo. Mas esto fué por una vez, y duró poco. Lo ordinario era, que para que los plebeyos tambien tuviesen su amparo particular, y su parte señalada en la gobernacion, habia tambien en Roma un oficio que llamaban tribuno del pueblo, y llegaron á ser ocho cada año y aun pasaron á mayor número. El cargo déstos era de tanto poderío, que ninguna cosa se hacia en Roma sin su voluntad: porque determinándose una cosa en el senado, luego se habia de dar parte dello á los tribunos del pueblo: y si era de poca importancia, aprobábanla, ó reprobábanla por solo su parecer. Mas siendo cosa de peso y momento, juntaban al pueblo en la plaza á parlamento, ó plática que llamaban Concion, y consultándolo con él, por el mismo caso que no agradase al pueblo, los tribunos lo impedian sin que pudiese pasar mas adelante, ni hacerse. Y desta manera aunque los patricios y el senado tenian el mando al parecer, mas en realidad de verdad, del pueblo era todo el poderío Quien apelaba para el pueblo, era defendido y amparado destos tribunos: y como en todo representaba á toda la multitud del pueblo romano tenian muy grande autoridad y mando: aunque lo principal, y de donde todo lo demás dependia, era el poder resistir al senado, como dijimos.

Estos oficios habia ordinarios en Roma, que se elegian cada año, y no duraba mas de un año su cargo: y estos eran los mas señalados; que particulares y no tan conocidos, otros algunos habia: como serian los triunviros capitales, que juzgaban de lo criminal, y donde habia de haber pena de muerte. Los triunviros nocturnos, que rondaban de noche: otros tres que tenian cargo del batir de la moneda, y otros tres de la salud de la ciudad, y lo que á ella tocaba, y otros así desta manera.

Todos estos oficios, que hasta ahora hemos dicho, ó los mas dellos tenian debajo de su mando escribanos con cargo público de escribir lo que para ejecucion de aquel oficio pertenecia, como por todas las historias romanas parece.

Cuando la república se veia en algun grande aprieto ó necesidad, con tener todos estos magistrados y cargos que hemos dicho, elegia de nuevo uno, que llamaban dictador, y nombrábale uno de los cónsules. Éste tenia tanto poderío, que en siendo proveido y nombrado, cesaban luego todos los poderes, y el mando de los cónsules, y de todos los otros oficios, quedando sujetos al dictador, y teniendo él hartos mas poderes y mas absolutos que casi todos los magistrados juntos tenian. Duraba su cargo seis meses, si por algun respecto no se lo adelantaban. Escogia el dictador á su voluntad uno que llamaban maestro de los caballeros, que le servia en la guerra de capitan general de la caballería, y de los demas que conviniese. Y esto parece que se proveia desta manera,

porque en la batalla el dictador se habia de hallar á pié con sus soldados, como se puede entender por lo que dice Plutarco en la vida de Quinto Fabio Máximo: que hecho dictador, alegando sus causas para ello, pidió al senado se le diese licencia de andar á caballo en la guerra. Traia el dictador doce lictores y otros acompañamientos y representaciones de mucha grandeza y magestad.

Si el peligro en que se hallaba la república no era tan grande, que pidiese dictador: y principalmente si no era guerra fuera de Roma, sino algun alboroto grande, dentro de la ciudad: el senado señalaba una persona principal, á quien encargaba que mirase y proveyese, como la república no recibiese daño, ni detrimento en aquella ocasion. Este cargo era poco menor que el del dictador, pues podia hacer gente de guerra, y tenerla armada dentro de Roma, y matar cualquier ciudadano romano que lo mereciese, lo cual nadie podia hacer, sino solo el dictador.

Estos dos cargos que acabamos ahora de decir, bien se ve como no eran ordinarios, ni que siempre los hubiese sino que se pasaban muchos años sin haberlos. Mas habia otros dos oficios en Roma ordinarios, que llamaban procónsules y propretores, que venian á ser elegidos desta manera. Acababan dos de ser cónsules en Roma pasado su año, en que habian tenido mucha honra y poderío, y mucho trabajo en la gobernacion, y ningun premio ni aprovechamiento de hacienda. Éste se le daba luego, enviándolos á gobernar una de las provincias principales sujetas al imperio romano, que llamaban consulares, porque no las habia de gobernar, sino quien hubiese sido consul. En este gobierno tenian tales salarios y tantos provechos y servicios concedidos por las leyes, que eran bastantes premios del oficio pasado de cónsul, y déste de ahora que llamaban proconsulado, y procónsul al que lo tenia. Tambien se llamaban provincias consulares, las que gobernaba el cónsul en el año de su consulado. Mas nunca el cónsul en su año salia á tales gobiernos, sino fuese en grandes aprietos de guerra. Acabando, pues, los dos cónsules su año, echaban suertes sobre cuál de las provincias consulares cabria al uno, y cual al otro, y así por suertes las repartian entre sí. Y esto se guardaba ordinariamente, si grandes necesidades no pedian que se consultase este repartimiento de las provincias primero en el senado, sin que se dejase á la ventura de la suerte. Pues desta manera el que iba á gobernar en paz, ó en guerra alguna provincia, que era consular, llevaba cargo y nombre de procónsul: y aunque muchas veces tambien sin haber sido uno cónsul, llevaba título de procónsul para el gobierno. Otras provincias habia pretorias, porque las salian á gobernar pretores. Éstos se elegian en Roma por votos, tantos como eran menester: y despues por suertes se les repartian las provincias que eran pretorias. España lo fué casi siempre, y tuvo dos pretores para su gobierno. Algunos años fué provincia consular, y vino un cónsul á tener cargo della, y esto fué las veces que grandes movimientos de guerra requerian mayores fuerzas y poderío como parecerá en esta corónica. Éstos tenian absoluto mando y poderío en la provincia de su gobierno, con la sujecion al senado, y al pueblo romano y á su residencia: y traian sus insignias y lictores, y llevaban consigo el número de cuestores competentes, para la hacienda que Roma tenia en aquella gobernacion. Tambien llevaba consigo otros que llamaban legados: mas éstos no tenian cargo ordinario, sino solo el que el procónsul ó pretor les daba, enviándolos con sus veces y poder, á tratar algunas cosas de paz, ó de guerra, que él por su persona no podia, ó no queria ir á hacer. Y porque los enviaba así, tenian el nombre de legados, que quiere decir, enviados. Y de aquí tomaron los sumos pontífices este título, para darle á los que enviaban con su nombre y con su poder. Y porque estos legados de los romanos llevaban el mando y el poderío del cónsul, procónsul, ó pretor, los podemos llamar tenientes, ó lugartenientes dellos: y así los nombraremos ordinariamente en esta corónica. Algunas veces tambien al que salia al gobierno de una provincia en tiempo de mucha guerra, se le daba uno como acompañado, que llamaban los romanos ayuda para hacer la guerra y tratar los negocios. Éste era mas que legado: aunque á lo que se puede entender, no llevaba tanto poderío como el principal del cargo, ántes iba sujeto á él: y como segunda persona en el cargo, tenia preeminencia sobre los demás.

La órden que tenian los procónsules y pretores en su gobierno comunmente era hacer la guerra el verano, si la habia: y el invierno recogerse en alguna ciudad para asistir en los pleitos de grande importancia, que ellos habian de juzgar. Y no podian escoger la ciudad que ellos quisiesen, sino que habia de ser una de las que para esto estaban por los romanos señaladas. A éstas llamaban conventos jurídicos, que vale tanto como ayuntamientos de jurisdiccion, algo semejantes á nuestras chancillerías. Déstas habia muchas por España, y sola el Andalucía tenia cuatro, y todos se señalarán por esta historia en diversos lugares. Todos estos oficios del gobierno de fuera de Roma, tampoco no duraban mas que un año, que esto era presupuesto principal de los romanos, que ningun magistrado no pasase deste tiempo. Y para conservar esto inviolable y sin faltar en ello, proveian á todos los inconvenientes, que podian suceder. Uno muy grande era este. Estaba un pretor gobernando en España, y lo mismo será de cualquier otra provincia léjos de Roma. Duraba su cargo no mas hasta el postrero dia de diciembre de aquel año. Entrado enero del año siguiente se le daba en Roma sucesor. Mas el elegir, sortear, y aparejarse para el camino y caminar, detenian mucho tiempo hasta llegar acá. Por esto se proveia brevemente de prorogarle y adelantarle el mando al pretor viejo, desde principio de enero, hasta que llegase el sucesor. Mas esto se hacia con tanto recato de que no fuese continuacion del cargo pasado, que ya de allí en adelante no querian ni consentian en Roma, que se llamase pretor, si habia sido pretor, ni aun cónsul, si habia sido el año ántes cónsul: sino procónsul, ó propretor. Y estos mismos títulos disminuidos le quedaban, si acaso se le dejaba el mando y gobierno para todo el año segundo, como muchas veces acontecia. Así que siempre en un año cesaba el cargo y oficio y nombre dél, aunque pasase adelante el mando y gobierno.

Para elegir cónsules, pretores, y ediles curules, y tribunos del pueblo, y para muchas otras cosas se juntaban á votar todos los ciudadanos romanos, así naturales de Roma, como extranjeros, que á la sazon se hallasen en ella, si tenian este privilegio de dar su voto: y por los votos de todos, ó la mayor parte se elegian los magistrados, y se hacian y constituian las otras cosas que habian de ir por votos. Á estos ayuntamientos llamaban comicios y consulares, si eran para elegir cónsules y pretorios, si eran para

elegir pretor, y así de los demás. Hacíanse estos comicios en la plaza que llamaban Campo Marcio, y solemnizábanlos ántes con grandes sacrificios, agüeros y otras supersticiones, que esto habia. Y porque toda la ciudad estaba distribuida en tribus, como hemos dicho, que eran como parroquias, y tenia cada una su nombre particular, como Esquilina, Colina, Pupinia, cuando se tomaban los votos conforme á esta division se llamaban comicios tributos. Estaban por otra órden divididos todos los ciudadanos romanos en centurias, y cuando votaban por esta division de centurias, se llamaban comicios centuriatos. Las particularidades que hay en esta diferencia de comicios son muchas, y poco necesarias para nuestro intento, porque lo dicho basta para la entera declaracion de lo que cerca desto en esta corónica se tocará. Y con esto queda ya dicho todo lo que al gobierno de Roma en tiempo de paz pertenece.

El gobierno de la guerra.—La guerra trataban los romanos cuando era muy importante, teniendo por general en ella uno de los cónsules, y aun ambos, cuando era dentro de Italia, y con enemigo muy poderoso. Y cuando así salian ambos cónsules fuera de Roma á la guerra, elegíase uno que llamaban prefecto de la ciudad, que quedaba en lugar dellos para la guarda y gobierno della, y así le podíamos llamar en nuestro castellano alcaide, ó gobernador de la ciudad. Fuera de Italia, el un cónsul salia solo, y aun esto muy pocas veces, y para alguna grande necesidad. Lo mas ordinario era salir un procónsul fuera de Italia á hacer la guerra, ó un pretor, ó propretor, conforme á la necesidad de la guerra, ó á lo que se acostumbraba enviar á la tal provincia, por ser proconsular, ó pretoria. Mas fuese proconsul, ó pretor, ó tuviese cualquier otro oficio, siempre el capitan general se llamaba imperator, que nosotros en castellano llamamos emperador. Y cuando Julio César se alzó con la república de Roma y se hizo señor della: por huir el nombre de rey que era muy odioso en Roma, se quiso quedar con este título de emperador, que no sonaba mas de capitan general, y parecia tener blandura y modestia, y no ser odioso, por ser tan ordinario y usado en Roma. Siguieron este ejemplo todos los que despues sucedieron en el señorío de Roma y continuóse como vemos hasta ahora. El dictador en la guerra aunque tenia el título de su dignidad, mas tambien se llamaba imperator, como los demás capitanes generales.

Toda la gente de guerra de ciudadanos romanos, estaba repartida en legiones, y las legiones en cohortes, y las cohortes en centurias, y aun las centurias en manípulos. Cada manípulo tenia treinta hombres, cada centuria tres manípulos, cada cohorte en tres centurias, y cada legion diez cohortes. Mas no tenian las cohortes todas igual número de gente. La primera y mas principal tenia mas de mil hombres de los mas escogidos y aprobados de toda la legion. Las otras tenian á mas de quinientos, y así tambien estaban repartidos los caballos por sus capitanías llamadas turmas, ó alas, y unas tenian mas, otras ménos número. Porque fuera de la gente de pié, tenia mas cada legion, dos alas, que llamaban de trescientos, ó mas caballos cada una, y éstas se formaban de las turmas, que eran las menores capitanías de caballo. Llamábanse tambien alas, porque se ponian ordinariamente á los lados del ejército para guarda dellos, como las aves tienen á los lados sus alas, con que los abrigan y defienden. Ó porque las legiones se apresuraban con ellas, cuando convenia, como las aves vuelan con sus alas. Eran ántes en una legion los caballos trescientos, despues llegaron á ser mas de seiscientos. Así venia á tener una legion seis mil hombres de pié, y seiscientos caballos. Éste era el número legítimo y ordinario, mas las mas veces lo tenia disminuido, y nunca lleno: como ahora tambien las compañías de nuestros soldados andan siempre en la guerra faltas y nunca cumplidas. Tambien en el número de los soldados y caballos de la legion hubo siempre mucha diversidad. Mandaba á toda una legion ordinariamente un legado, ó lugarteniente del general, ó uno que llamaban prefecto de la legion: y lo mas ordinario era estar sujeta á los que llamaban tribunos de la legion, ó tribunos de los soldados, que unas veces fueron cuatro en una legion, y otras veces mas (y su cargo era muy semejante al de los maestros de campo de ahora) que en esto no hubo siempre número cierto. Tampoco hay cosa cierta que durase mucho tiempo el tener cada cohorte un capitan, que llamaban prefecto de la cohorte. Algunas veces hay mencion de este prefecto y otras se entiende, que un tribuno tenia cargo de no mas que una cohorte, cuando llegaron á ser tantos en una legion, que para cada cohorte habia el suyo. Lo cierto y averiguado es, que se llamaba centurion el que tenia cargo de una centuria que eran cien hombres, y manipular el que tenia cargo de treinta hombres, que era un manípulo, y responde su cargo casi al propio con el de nuestro cabo de escuadra, ó caporal, y que el centurion estaba sujeto al prefecto de la cohorte, cuando lo habia, y este al tribuno, y el tribuno al prefecto de la legion, ó al legado, y el legado al general.

Entre los centuriones habia unos, que llamaban primipilos, porque se ponian en la delantera de la batalla, y allí estaban á su gobierno otros centuriones: y eran como los soldados que ahora llamamos de primera hilera. Estos primipilos tenian á cargo el águila, que era la bandera general de toda la legion. Y la insignia del centurion era un sarmiento, que traia en la mano de ordinario. Y hase de entender, que los romanos nunca tuvieron en la guerra bandera tendida, como ahora se usan de lienzo, ó de seda: sino que sus banderas y pendones en la guerra eran cosas de bulto y macizas, que llevaban altas sobre picas y otras varas muy adornadas de muchas maneras. Toda la legion llevaba un águila, cada manípulo, ó centuria una mano tendida, como lo vemos retratado y esculpido en muchas monedas y piedras antiguas, donde se ven tambien otras diferencias de banderas y guiones, que tenian con quien se acaudillaban, y á quien seguian. Hincar las banderas en el suelo era señal de parar y estar quedos: arrancarlas, era señal para marchar, como ahora dicen, el ejército. El que llevaba el águila, se llamaba aquilifer, de donde parece que tomamos los españoles corrompido el nombre de alferez. Despues en tiempo de emperadores, y aun muy tarde, hubo otras banderas, que llamaron lábaros, y dragones que fueron diversas destas primeras. Algunas destas banderas llevaban lobos, minotauros, y figuras de otros animales. Y el lábaro ya tuvo algo de tela tendida, en que parecia á nuestras banderas: como en las monedas antiguas, donde está esculpido, parece.

En cada legion habia cuatro maneras de soldados piqueros, que era la gente mas bisoña y de ménos edad y experiencia, como nuestras picas secas. Los que seguian á éstos llamaban hastatos, y era gente de mas confianza. Los muy valientes y esforzados llamaban

príncipes, y éstos peleaban en la delantera. Mas los mejores de todos eran los postreros, que llamaban triarios, y eran todos soldados viejos y muy conocidos y aventajados, por su esfuerzo y buenos hechos, y estos socorrian, cuando todos los otros no bastaban. La pica de los romanos, no era como la nuestra de ahora, para pelear en toda la batalla con ella: ántes era mas corta, y que se arrojaba al enemigo las mas veces, para quedar el soldado desembarazado con el espada y el escudo.

El sueldo no se daba todo entero al soldado, sino una parte dél, de que podia él gastar á su voluntad: otra parte se depositaba en unos sacos, que estaban en los reales junto á las banderas, y así se llamaba aquello depositar en las banderas. Deste dinero así contribuido y depositado se compraban los mantenimientos y otras provisiones, que se distribuian en el ejército, para tenerlo siempre bien proveido.

El cónsul nunca salia á la guerra con ménos ejército que de dos legiones, y á éste llamaban ejército consular. El pretor llevaba por lo ménos una legion, y á éste llamaban ejército pretorio.

Los soldados de las legiones todos habian de ser ciudadanos romanos, sin que con ello se mezclase ningun extraño. Mas siempre, demas de las legiones, llevaba el cónsul, ó el pretor alguna gente italiana, que llamaban de los latinos, que eran de los mas cerca de Roma. De fuera de Italia, la primera gente de ayuda que tuvieron los romanos fueron españoles, que no es poca gloria de nuestra nacion, como Tito Livio lo cuenta, y es cosa digna de ser harto celebrada (1).

Conforme al número de legiones que se hacian de nuevo para formar un ejército: así llamaban á la una primera legion, y á la otra segunda, y así á las demás y á los soldados déstos primanos, segundanos, y así á los otros por su órden. Mas fuera de estos nombres muchas veces las diferenciaban con otros particulares, que á cada una ponian, como ahora se ponen á nuestras galeras. Esto se hacia para tenerlas distintas y diferenciadas; y para que no hubiese ninguna confusion en el mandar y obedecer: y para poder conocer mejor la fuerza y poderío de cada una, y servirse mejor dellas con esta distincion. Estos nombres eran de dioses, como la legion de Minerva, Apolinar, Venérea: ó de capitanes y emperadores, como la legion Ulpia, Flavia, Trajana: ó por otras ocasiones: como la legion Doblada, la Ayudadora, la Alauda, que quiere decir Alondra, la Lanza Rayos, y otros nombres muy diversos.

Estas legiones no se juntaban, ni hacian de la manera que ahora se levantan nuestros soldados, y se juntan en las compañías. Ántes los cónsules en Roma se sentaban en sus sillas curules, estando ayuntada allí toda la ciudad: y habiendo pregonado que llegasen á escribirse todos los que habian de ir á la guerra: venian todos los que habian mas que diez y siete años, y no pasaban de cuarenta y siete: porque todos éstos tenian obligacion de ir á la guerra. Despues recibian sus excusas, de los que las tenian justas y legítimas, como era haberse casado en aquel año, ó no haber pasado uno entero, despues que se le habia muerto el padre: porque éstos parecia que estaban impedidos en asentar su casa y hacienda, y otras semejantes excusas habia que estaban muy sabidas y determinadas.

Elegida así esta gente tomábaseles un solemne juramento, de que servirian bien y fielmente á la república y no rehusarian poner la vida por ella siempre que fuese necesario, y que serian obedientes á su general, y le seguirian sin jamás desampararlo. Con este juramento quedaba ya el soldado autorizado para serlo, y casi como en posesion de su oficio, y así llamaban al tomar este juramento, autorizar las legiones. Y por el contrario llamaban desautorizarlas al despedirlas, cuando les alzaban la obligacion del juramento, y quedaban ya los que habian andado en la guerra sin oficio ni privilegios ni sueldo de soldados.

Esta gente que así se escogia, repartian despues los cónsules en las legiones, y della las formaban y daban cargo dellas á los tribunos de los soldados. Éstos se solian escoger y señalar á voluntad de los generales: mas despues se proveyeron por votos de todo el pueblo romano. Los otros cargos, el general y los tribunos los repartian, y ordinariamente de aquellos centuriones primipilos, tomaban para los cargos mayores por ser gente que siempre llegaban allí por su valentía y buenos hechos.

El soldado romano que servia veinte años en la guerra, era de ahí adelante emerito, que quiere decir jubilado, y que no era ya obligado de ir á la guerra, y ganaba el sueldo en su casa, si no le premiaban de otra manera. Y el de caballo alcanzaba esto mismo en diez años.

El órden mas usado de pelear los romanos era con una frente de ejército en medio, y dos cuernos á los lados, que estos nombres usaban en esto. Porque á la verdad, ordenada la batalla desta manera, quedaba semejante á la frente de un toro ó de otro animal semejante, con sus cuernos á cada parte. Estos cuernos se cerraban y se extendian, y se ponian por guarda y firmeza de los lados, y como si dijésemos sienes de la frente, ó se tendian haciendo pared seguida con ella, y se ponian por avanguarda, y se dejaban para retaguarda conforme al sitio donde se peleaba, y otras necesidades y buenos intentos que pedian estas mudanzas.

El real se fortificaba en derredor con cava que se hacia luego en parando el ejército, y llamábanla fosa, y la tierra que de aquí se sacaba, se amontonaba por igual hácia la parte de dentro, y á estos montes llamaban aggeres. Despues hincaban sobre ellos palos muy espesos, y á este reparo llamaban vallo, y con esto quedaba cercado el real, y fortificado en tres maneras de reparos, con foso, con montones ó terraplenos, y con vallado. Cada soldado caminando llevaba un palo, ó mas déstos del vallado, demas de sus armas que llevaba de ordinario, y sin los mantenimientos y provision que muchas veces era forzado llevar para dos ó tres dias.

Ahora tenemos repartidas las velas del real que llamamos centinelas en tres partes, llamadas prima, modorra y alba. Los romanos las tenian repartidas en cuatro partes, y no tenian nombres particulares, sino solo las llamaban primera, segunda, tercera y cuarta vigilia.

Repartida la presa que se tomaba en la guerra, cuando se habia de vender la parte que le cabia á la república, se hincaba una lanza allí donde se hacia el almoneda, y los cautivos que se vendian tenian puestas unas guirnaldas. Todo esto se hacia para que se entendiese que por autoridad de la república romana se vendia todo aquello, y todos comprasen de mejor gana por la seguridad que habia en la venta. Y en los voca-

(1) Tito Livio al fin del libro 4 de la tercera Decada, y Paulo Orosio en el libro 4 cap. 16.

blos tambien significaban esto, pues llamaban á esta tal manera de vender las cosas, ponerlas debajo la lanza, y al vender así los esclavos, venderlos debajo la guirnalda.

El general daba á los soldados por sus buenos hechos muchos premios, como eran coronas, manillas, collares, astas que llamaban puras, y bastones de marfil, que era insignia de capitan y de otros cargos, y acrecentábanles la paga, y dábanles otros premios de muchas maneras. Al soldado que en batalla libraba á otro que fuese ciudadano romano de peligro de muerte, se le daba la corona que por esto llamaban cívica, y era de encina ó de roble. El que subia primero en el muro de la ciudad que combatian y se tomaba, alcanzaba la corona mural que era de oro. Tambien era de oro la que llamaban castrense, que se daba al primero que entraba en los reales de los enemigos, cuando se combatian: y así se daba tambien de oro la naval, al que en la batalla de mar saltaba primero en nave de los enemigos. Y aunque estas coronas eran de oro, mucho mas estimada era aquella de encina que dijimos primero: y sobre todas era mas esclarecida y mas estimada la corona de grama, que llamaban obsidional. Ésta no la daba el capitan á los soldados, sino los soldados todos y todo el ejército al capitan, y dábasele cuando habia librado todo un ejército junto de algun gran peligro, ó cuando habia descercado alguna ciudad, ó hecho otra cosa semejante, con que hubiese escapado mucha gente romana de algun grande aprieto ó fatiga. Corona generalmente no se daba sino á ciudadano romano; los otros premios los podian alcanzar todos los extranjeros que andaban en la guerra. Mas el triunfo y soberano recebimiento que en Roma se daba por premio al capitan general que volvia vencedor, era muy solemne y de gran gloria: y tal, que bastaba á incitar los ánimos excelentes con sola su esperanza para menospreciar todos los peligros, y arriscar la vida siempre que se ofreciese. Holgaba aquel dia toda la ciudad, y estaban aderezadas las calles como en dia de muy gran fiesta, y para que entrase el que triunfaba rompian el muro, como poco necesario con tal defensor: y salian el senado y los sacerdotes al recebimiento. El triunfador entraba en un carro de cuatro caballos blancos todo dorado, y él con ropa de brocado y corona de laurel, y un ramo de palma en la mano. Delante dél iban con gran pompa cautivos y aherrojados los principales de los enemigos que fueron prisioneros en la guerra. Y el ejército vencedor iba muy aderezado, y con representacion de mucha alegría. En pintura y formas de bulto llevaban representadas todas las batallas de aquella guerra, y los retratos de las ciudades que se tomaron en ella. Tambien la presa de oro y plata, la llevaban muy alta, y con mucha solemnidad en un carro, para que todos la pudiesen ver. Y tambien llevaban allí muchas armas de los enemigos para quemarlas, y hacer sacrificio dellas. Porque toda esta pompa y solemnidad iba á parar en el Capitolio, donde el triunfador hacia un soberbio sacrificio de no ménos que cien reses mayores, y otros de las menores y de otras muchas cosas, y dejaba colgado en aquel templo lo mas rico y señalado de los despojos para perpetua memoria de aquellas victorias y triunfos. Mas no se daba el triunfo, sino por muy grandes hazañas. Era menester que fuese cónsul, procónsul ó pretor, para alcanzar el triunfo que no se daba á los otros magistrados menores. Convenia tambien, que hubiese dado batalla en que hubiese muerto á lo ménos cinco mil de los enemigos. Habia de haber conquistado tierra de nuevo, sin que bastase recobrar lo perdido: y que la provincia quedase toda sujeta al pueblo romano y muy pacífica.

Cuando no se merecia el triunfo, dábasele al general la ovacion, que era una semejante pompa, aunque menor y mas moderada, porque entraba por la puerta ordinaria el vencedor, sin que se derribase el muro: iba en un caballo y no en carro, y así todo lo demas tenia mas tasa en el aparato y solemnidad. Y porque el sacrificio en tal dia era de solas ovejas, llamaron ovacion á toda la fiesta.

Tambien era honra que se daba al capitan general, aunque era el principal respecto á los dioses, el hacer suplicacion por la victoria que se habia alcanzado. Ésta era coma una procesion pública con que el senado y toda Roma iba á dar gracias á los dioses, con la buena nueva que tenian de sus vencimientos.

Castigaba tambien y muy asperamente el general á sus soldados en particular á cada uno, y en general á muchos, y aun á toda una legion, y aun á muchas juntas tambien. A los soldados particulares castigaba por sus vicios: y á todos juntos por su cobardía y flojedad, que en la batalla habian mostrado. Mas lo que mas rigurosamente castigaba, era la desobediencia y los motines: pues siendo culpados en esto, mandaba echar suertes entre diez, cual dellos matarian: y por esta dura suerte pasaban á las veces todas las legiones, lo cual llamaban diezmarlas. Y tambien los centuriones azotaban ó daban de palos con sus sarmientos.

No tenian las legiones atambores, ni cosa que les pareciese, sino trompetas y bocinas de dos ó tres maneras, que servian para la gente de pié y de caballo. Y esta noticia que se ha dado de la manera de la guerra de los romanos, con la declaracion de los nombres y cargos que usaban en ella, parece que basta para que se entienda todo lo que en el discurso desta corónica será forzado que tratemos con estos vocablos.

El concierto de la religion de los romanos.—Resta ahora decir en lo de la religion, como tenian los romanos para ello un sacerdote principal que tenia cargo de todo, al cual llamaban Pontífice Máximo. Pontífice, porque tenia cargo de hacer y reparar cierta puente de madera, que habia dentro en Roma sobre el Tibre: máximo, porque era supremo y soberano sobre todos los otros sacerdotes romanos que le estaban sujetos, y recurrian á él, y le consultaban: y él mandaba y ordenaba á todos, lo que en todo se habia de hacer. Era este oficio de muy gran dignidad y veneracion en Roma, y como cabeza de la religion que tenia superioridad, y entero señorío en ella. Y por esto nosotros los cristianos al Vicario que nuestro Señor Jesucristo nos dejó en su Iglesia por cabeza principal della, le atribuimos en latin este nombre de pontífice máximo, que tanta eminencia y entero poderío representaba en la religion de los romanos.

Tras éste era muy grande en dignidad y en mucha reverencia y acatamiento que se le tenia, el que llamaban Flamen Dial, que era sacerdote de Júpiter, y á él solo sacrificaba en todos los templos, y particularmente en el Capitolio, que era el alcázar de Roma, y juntamente era el templo mas insigne, y de mayor magestad y riqueza que tenian. Tenia este flamen debajo de su gobierno otros sacerdotes que le obedecian: y de todos los demás en comun era muy reverenciado. Su mujer deste se llamaba la flamínica, y era tambien

sacerdotisa: y particularmente presidia en las bodas y casamientos, y hacia muchas ceremonias en ellos, conforme á la gran supersticion de aquel tiempo.

Otros sacerdotes habia determinados en número, y particulares en oficios, que á uno llamaban flamen marcial, porque sacrificaba particularmente al dios Marte, presidente en las batallas, y tenia sujetos á sí otros sacerdotes que llamaban salios. A otro llamaban Flamen Quirinal, porque servia y sacrificaba á Rómulo, fundador de Roma, á quien sus romanos tenian por dios, y le llamaban Quirino. Así habia otros muchos sacerdotes consagrados á otros dioses, y á los mas dellos llamaban flamines, y los distinguian por los nombres de los dioses á quien señaladamente estaban dedicados.

Otros dos sacerdotes habia que solo servian para la guerra, y cosas tocantes á ella. Al uno dellos llamaban Fecial, y al otro Padre Patrato (1). Su oficio déstos era denunciar la guerra á los enemigos y desafiarlos; hacer las confederaciones y alianzas, y todo lo demás de religion y ceremonias que en la guerra se trataba.

Todos estos sacerdotes y otros muchos que habia, sacrificaban á sus dioses por mandado de la república muchas veces, y las mas por propia devocion y ofrenda de particulares. Los sacrificios comunmente eran toros, bueyes y vacas, y todos esotros ganados. Y á cualquier res déstas que sacrificaban, llamaban víctima, y victimario al que la mataba. Otros sacrificios se hacian sin reses con sola harina y pan, leche y vino, incienso y yerbas, y muchas destas cosas tambien intervenian en los sacrificios que se hacian con víctimas y reses.

Despues cuando ya la vanidad de los emperadores llegó en Roma á tanto, desde el primero que en ella hubo, que los consagraban por dioses: tambien les elegian y apropiaban sacerdotes que llamaban flamines augustales. Y llegaba esta vana y malvada lisonja á tanto que no se tenia por ciudad principal y autorizada en todas las provincias del inperio romano, la que no tenia estos tales flamines augustales, dedicados á los progenitores que habian precedido en el imperio á aquel emperador que entónces era. Y aun á él mismo en vida le elegian un flamine que rogase por su vida, salud y prosperidad. Esto fué menester declarar así por muchas cosas tocantes á ello que se habrán de tratar en esta corónica: y señaladamente por muchas piedras que se hallan hoy dia en España con memoria destos flamines augustales, y habré de traer muchas dellas para aprobacion de algunas cosas de las antigüedades de España; que diversas veces se tratarán, y no se pudieran entender sin esta declaracion.

Habia otra manera de sacerdotes en Roma muy diferente de todas las dichas á quien llamaban augures y aruspices, y nosotros en castellano los podemos llamar agoreros. Todo su cargo era adevinar los sucesos que habian de venir por el vuelo de las aves, y por la alegría ó tristeza con que comian unos pollillos que públicamente para esto criaban, y por otras muchas cosas, y señaladamente por las entrañas de las víctimas que sacrificaban. Esto se hacia desta manera. Muerta la víctima, con la mayor diligencia y presteza que podia, le abria el victimario el pecho: y como no estaba aun bien despedida del todo la vida, y duraba allí alguna parte del calor natural, hallaban el corazon y el hígado, el bazo y pulmones ó livianos, que aun temblaban y se meneaban. Deste tal movimiento y temblor de las entrañas, y señaladamente del corazon y del hígado, que eran las que mas se movian, conforme á lo que su vana doctrina y supersticion les enseñaba, adevinaban los buenos y malos sucesos que habia de haber en aquella cosa sobre que consultaban. Los augures tenian colegio ó comunidad por sí, nó porque viviesen juntos, sino porque sus constituciones y ordenanzas los juntaban en una compañía. Todos eran hombres muy principales: y Marco Tulio se precia y autoriza mucho de haberlo sido. Y así convenia que lo fuesen, pues tenian tanta autoridad, que por solo que dijesen que no convenia hacer una cosa pública, se dejaba, aunque fuese de mucha importancia. Y si no fueran hombres muy graves y de mucha prudencia y reputacion, cada dia pudieran mover con liviandad la república, y con solo su antojo impedirle sus grandes hechos.

Habia tambien en Roma una manera como de monjas que llamanban vírgenes vestales, porque vivian todas encerradas dentro del templo y casa de la diosa Vesta, que por otros nombres llamaban Cibele y Berecinta: y era tenida y reverenciada por madre universal de todos los dioses. Su principal oficio y cuidado destas vírgenes vestales era, conservar un fuego y lumbre, que perpetuamente y sin cesar ardia de dia y de noche en el altar desta diosa, y se tuviera por crímen gravísimo que por solo un momento se apagase: y creyeran los romanos, segun era grande su supersticion, que el dia que se apagase aquel fuego, la ciudad de Roma habia de perecer y asolarse toda con su imperio. Y dos veces que por negligencia y sueño de la doncella que lo guardaba se apagó, sucedieron en Roma grandes adversidades: ó mas verdaderamente hablando, porque habian de suceder aquellas cosas adversas, procuró el demonio que se muriese aquel fuego eterno de Vesta para mas fundar los romanos en su error y diabólica persuacion. Tenian las vírgenes vestales á su cargo tantos otros sacrificios, que de treinta años que estaban en aquel encerramiento, los diez primeros gastaban en aprender la órden y ceremonias de los sacrificios, y los otros diez siguientes en obrarlos, y los diez prostreros en enseñar á las otras, que de nuevo venian, lo que así habian aprendido y ejercitado. Para esto entraban allí muy pequeñas, de edad de seis hasta diez años, y tambien porque de ninguna manera se pudiese tener sospecha de su virginidad. La cual si despues perdia, entre tanto que estaba allí encerrada, era tenido por crímen abominable, y de grande aversidad para la religion, y para toda la ciudad, y así lo castigaban con una pena cruelísima. Enterrábanla viva, y no echándola tierra, para que luego muriese, sino dejándola tapiada en hueco, con alguna poquilla de vianda, y una lanternilla encendida: para que muriese miserablemente, y muy despacio, de hambre, tiniebla, soledad, y desesperacion. A este tormento la llevaban amortajada y tendida, como si estuviera ya muerta, y no tenia Roma dia de tanta tristeza y pesar como éste, en que así castigaban una vírgen vestal, mostrando todos públicamente en el semblante un sentimiento de gravísimo dolor. Acabados los treinta años del encerramiento, se podia salir la vírgen vestal, y casarse; aunque muy pocas se casaron, y éstas parece que tuvieron mal fin con muchas adversidades. Habia muy gran dificultad en recibir una vírgen vestal, por las muchas condiciones que habian de concurrir para poder ser

(1) Florian en el lib. 4, cap. 29.

recibida. El encerramiento destas vírgenes no vedaba, que no saliesen á ver á sus parientes, y aun los juegos y las fiestas públicas, y así tenian los romanos señalado lugar y muy principal y apartado en el teatro para ellas, y en todo las honraban y reverenciaban mucho, y las mantenian muy abundosamente con rentas situadas para esto á costa de la república. La presidente que las gobernaba y tenia cargo de todas, se llamaba la gran vírgen vestal, y el acatamiento y reverencia que se le tenia era tan aventajado, como lo era su dignidad entre las demás. Y como ésta de las vírgenes vestales era la mas antigua y mas venerable religion que Roma tenia, así fué de las postreras que los emperadores cristianos pudieron desarraigar: tanto, que aun san Ambrosio escribió y trabajó en esto su parte, porque duraba aun hasta su tiempo.

Otros sacrificios habia desta misma diosa Vesta, que tambien llamaban Buena diosa, que las hacian mujeres solas en casa del pontífice maximo, de noche, sin que pudiese hombre ninguno hallarse presente.

Entre la otra infinita multitud de dioses, que los romanos en su falsa religion tenian por tales, habia unos que llamaban Penates. Y aun que muchos dicen dellos diversamente, mas lo que mejor se puede entender es, que llamaban dioses penates á los que cada uno reverenciaba particularmente en su casa, teniendo en su oratorio sus imágines. Conforme á esto los dioses penates de uno no eran los de otro: porque yo conforme á mi inclinacion, ó devocion, si así se sufre llamar, tenia en mi casa unos dioses, y otro tenia otros y serian diferentes nuestros penates de entrambos. Mas estos particulares no se podian escoger de toda la multitud de dioses que habia, sino de cierto número de los mas principales. Estos dioses creian que tenian en su proteccion las casas: y así los huéspedes reverenciaba á los dioses penates de la casa donde entraban, y con este respecto de religion, perseveraban en amor y servicio de los que hospedaban. Y si ofendian en algo al huésped, la ofensa mayor creian que se hacia á los dioses penates, y dellos temian la venganza, y á ellos la pedian los ofendidos.

En los mortuorios y enterramientos habia grandes ceremonias y diversidades. El cuerpo muerto de un hombre honrado no lo enterraban, sino quemábanlo en público con gran solemnidad y asistencia de todos los que querian honrar al difunto. Despues cogian los huesos que habian quedado, y aquellas cenizas del cuerpo, y esto era lo que ponian en el sepulcro. Hasta la hoguera llevaban el cuerpo con muy grande acompañamiento habiéndolo primero lavado. El acompañamiento no era solamente de hombres, sino de estátuas, que se llevaban levantadas en alto de todos los hombres excelentes que habia habido en el linaje del difunto.

Al que tenia cargo de guardar el templo, como nuestros sacristanes ahora, lo llamaban edituo, ó editimo: y en los sacrificios tañian siempre con unas flautas ciertos menestriles que vivian desto, y los llamaban tibicines. Y todas estas menudencias es necesario decir aquí, porque nos excusaremos de hablar desto alguna vez en esta corónica, y quedaria sin entenderse, si aquí no se hubiese declarado de una vez, para todas las que fuere menester. Y yo con haber dicho aquí todo esto junto, del gobierno y religion, y de la manera de hacer la guerra los romanos, osaré usar estos nombres destos oficios y de los demás vocablos, sin miedo que no seré entendido, ni sin detenerme mas á declararlos.

Suma de la historia de España hasta este tiempo.—Tambien será muy necesario relatar aquí en breve el estado en que se hallaba España al tiempo que sucedia lo que en este libro sexto se comienza á contar: porque, con noticia de lo pasado, se tome mejor tino y mas gusto en lo que tras ello se sigue. En esta sazon pues en que la historia aquí comienza, España estaba sujeta y tiranizada por los cartagineses que ya mas de doscientos años atrás habian entrado en ella. Y aunque no se sabe en particular que fuesen señores de toda ella, éranlo sin duda de las tierras mas fértiles, y mas importantes, como era toda la costa del mar Mediterráneo, desde los Pirineos hasta el estrecho, y pasando de allí por la ribera del mar Océano, hasta donde el rio Guadiana entra en él. La tierra adentro tenian toda el Andalucía, y la Extremadura, y el reino de Toledo, con lo que llamamos Mancha de Aragon. Y en Cataluña, y en los reinos de Aragon y Valencia tambien se habian mucho enseñoreado: y aun extendídose hasta Castilla la Vieja, donde Anibal conquistó á Salamanca, como en Polibio y Plutarco parece. Lo mas interior de la montaña, Galicia, Portugal, Asturias, Vizcaya, y Navarra, no sabemos que los cartagineses jamás lo hubiesen emprendido. Y puédese muy bien creer, que lo dejaron por la ferocidad de la gente y esterilidad de la tierra: entendiendo por esto, que el trabajo de tal conquista habia de ser muy grande, y muy pequeño el premio de haberla acabado. Los cartagineses digo, que eran señores de todo esto en España, porque ó lo tenian todo en su poderío y gobierno, ó los reyes, y señores que en España habia eran súbditos, ó sus amigos y confederados. Tambien las señorías libres que habia, ó se entretenian en amistad con los cartagineses, ó ya se habian rendido á su gran poderío. Así eran ellos señores de España en este tiempo, en que acaban los cinco libros de Florian de Ocampo, como por el discurso dellos, y por todos los antiguos parece. Solo habia en esto una novedad: que habia ya siete años, que los romanos con algunas ocasiones, y principalmente con aquella su ardiente sed, con que anhelaban á señorearse del universo, habian enviado por la mar á los dos hermanos Neyo y Publio Escipiones, que fueron los primeros capitanes que metieron banderas romanas en España: para que comenzando la rigurosa contienda con los cartagineses, y la blanda conquista en los ánimos de los españoles, y venciendo á los unos con las armas, y á los otros con amistad y buenas maneras, comenzasen tambien por todas á ser señores de la tierra. El primer asiento que hicieron de propósito los dos Escipiones en España, fué en Tarragona, que recibió al principio los romanos como huéspedes, y despues los trató siempre como amigos, y perseveró perpetuamente en ser muy leal con ellos. Allí tenian los Escipiones seguro acogimiento para sus personas y ejércitos y navíos, y de allí siempre salian á hacer sus conquistas, y allí se volvian á invernar, y á aparejarse para continuarlas. Y en estos siete años que hubo, desde la venida de los Escipiones á España hasta su muerte, les fueron ganando á los cartagineses alguna parte de España, que fué un poco de la marina de Cataluña, y algo de lo que hay de la tierra adentro dende Tarragona hasta Ubeda y Baeza, y toda aquella tierra del Andalucía comarcana á estas ciudades. Digo que tenian los romanos ganada ya esta tierra, porque les obedecia por haberla vencido con las armas, ó estaba confederada con ellos en pacífica amistad. Esto parece ser así por Tito Livio, y por todo lo que dél sacó Florian de Ocampo en su

quinto libro, donde deja contado todo lo que los dos Escipiones en estos siete años acá hicieron. Y pues tan seguramente caminaban casi todos los años por tierra, desde Tarragona hasta aquella parte del Andalucía para continuar allí la guerra el verano, sin que en el camino tuviesen necesidad de pelear con nadie: está claro, que toda la tierra deste camino, que son mas de setenta leguas, si no era sujeta á los romanos, á lo ménos estaba firme en su amistad. Desta manera los Escipiones pasaban casi siempre el invierno en Tarragona, y el verano bajaban á hacer la guerra en Andalucía, si nueva necesidad no les forzaba mudar esta órden, en la cual perseveraron hasta que los mataron á entrambos siguiéndola: que es lo prostrero que al fin de su quinto libro Florian deja relatado. Por esto proseguiré yo desde aquí lo que despues de la muerte de aquellos dos capitanes en España sucedió, hasta cuando el rey don Rodrigo postrero de los godos perdió á España, que esto es todo lo que en estos siete libros se escribirá como sucedió en espacio de novecientos y veinte y cuatro años, que se cuentan desde la muerte de los dos Escipiones hasta la entrada de los moros en España. Yo puse ahora este término á la historia en esta corónica, por ser muy diferente lo que se sigue desde el rey don Pelayo adelante en los hechos y en todo: y así conviene sea tambien muy diversa la manera del inquirirlo y contarlo: como (siendo Dios servido darme vida) se parecerá en lo que desto prosiguiere.

Hase de advertir, que luego al principio desto que yo comienzo á contar, muchas veces tengo de decir de aquella y desta parte del rio Ebro: conforme á la division de España, que en aquel tiempo hacian los romanos, tomando al rio Ebro por término para señalar dos provincias en ella, una de aquella parte de aquel rio y otra desta otra. Mas Tito Livio y los otros historiadores, como escribian en Roma, hablaban en esto del todo al contrario de lo que yo, que escribo en Alcalá de Henares, tengo de señalar. Ellos cuando decian desta parte de Ebro, entendian mucho de Aragon y toda Cataluña, y diciendo de aquella parte de Ebro, entendian todo el resto de España. Yo al revés; cuando dijere de aquesta parte de Ebro, entiendo todo el resto de España, que no es una parte de Aragon y toda Cataluña: las cuales dos provincias señalo, cuando al contrario de Tito Livio y los demás digo de aquella parte de Ebro. Y esto es forzoso que se diga y entienda así, por estar el rio Ebro de la manera que está entre Roma y Alcalá de Henares. Y para otras algunas cosas será tambien necesario tener advertencia como yo escribo en este lugar.

LIBRO VI

QUE COMENZÓ A ESCRIBIR HASTA AQUÍ EL MAESTRO FLORIAN DE OCAMPO, CORONISTA DEL EMPERADOR DON CARLOS V.; Y DESPUES DE AQUÍ ADELANTE LA PROSEGUIA AMBROSIO DE MORALES, NATURAL DE CÓRDOBA, CORONISTA DEL REY CATÓLICO NUESTRO SEÑOR DON FELIPE II DE ESTE NOMBRE, Y CATEDRÁTICO DE RETÓRICA EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES.

CAPÍTULO I.

Lucio Marcio recogió la gente de los romanos, y fué elegido por general; y Asdrubal y Magon le fueron á buscar.

Como la muerte de los Escipiones fué cosa tan señalada entre todas las que en esta guerra de romanos y cartagineses acontecieron; así tambien causó grande dolor, y muchas alteraciones en Roma y en toda España. Y así como el pesar y sentimiento de su muerte era muy grande en Roma, donde eran tan principales, y tenian hijos y mujeres, y deudos, que por su particular lamentasen su pérdida, sin lo que en público lastimaba por el grande cargo que tenian: así lo fué tambien en España, donde habian estado tantos años, y ganado muy de veras con sus grandes virtudes el amor público de los españoles, como con las armas habian sujetado algunas de sus provincias y ciudades. Y aun en Roma mas se dolian comunmente por ver perdidos tan grandes ejércitos, y enagenada toda la provincia: y por haber recibido el pueblo romano tan cruel daño en el señorío y reputacion. Mas en España á solas sus personas lloraban, de sola su grandeza y bondad sentian la falta, y mayor de Neyo Escipion, que no de su hermano. Habia gobernado mas tiempo acá, y como vino primero que Publio, anticipóse en ganar el aficion y buen amistad de todos: y habia dado primero muestras de la justicia, liberalidad y mansedumbre con que los romanos acostumbraban gobernar las provincias que conquistaban.

Y el fin de las dos batallas en que murieron los Escipiones no fué el fin del daño que recibieron los romanos. Porque mucha de la gente que pudo escapar, se acogieron á las dos ciudades del Andalucía, Iliturgi y Castulo, que son ahora Andujar y el despoblado de Cazlona, que por ser de amigos y confederados con el pueblo romano, les prometian buen acogimiento, y por ser tan grandes y poderosas, seguro. «Mas como la fé «y lealtad de los hombres se trueca comunmente con «las mudanzas de fortuna, y muchas veces no dura «mas la constancia en el amistad de lo que duran las «prosperidades (1):» los de Cazlona cerraron las puertas de su ciudad, sin consentir que ningun romano entrase dentro, y los de Andujar, cometiendo mayor crueldad, los acogieron, y despues que los tuvieron encerrados, los mataron á todos por ganar con esto la gracia de los cartagineses, á quien ya tenian por vueltos á ser señores de toda España, y á los romanos por tan destruidos, que no podian de ahí adelante parar mas en toda ella. Y como los cartagineses estaban por toda España mezclados con los españoles, y señaladamente en Castulo y sus comarcas, donde tan emparentado estaba Anibal por su mujer Himilce: ellos tambien incitarian á los nuestros á tales levantamientos para tenerlos enteramente de su parte.

Con esta fatiga estaba el nombre de los romanos y su reputacion tan afligida acá en España, que parecia quedar destruido del todo el ejército, y ser perdido ya todo lo que de la tierra de aquella parte y de esta de Ebro los Escipiones habian ganado, sin esperanza de poder jamas cobrarlo. Mas como la buena dicha que Roma tuvo siempre en el prosperar, y señaladamente en levantarse de las grandes caidas, cuando

(1) Esto cuenta Tito Livio mucho despues en el libro VIII de la tercera Década.

crueles adversidades la derribaban en las guerras: un hombre solo reparó toda esta pérdida tan dolorosa. Este fué Lucio Marcio, hijo de Septimio, nacido en Roma, nó de padres senadores ni patricios, que era el estado mas alto y mas noble en aquella república: sino del mediano en nobleza y dignidad, que llamaban de los caballeros. Era mancebo de buenas fuerzas: suelto y lijero en su persona: y de mas alto ingenio y mayor ánimo, que parece cabia en el estado en que nació. Habia llegado á punto que se tuviese muy grande esperanza de él en las cosas de la guerra, por haber tenido por maestro en ella á Neyo Escipion, en cuyos reales habia aprendido muchos años las muchas particularidades que la guerra requiere. Era capitan de cien hombres, que los romanos llamaban centurion, y no de los ordinarios, sino de los que llamaban primipilos, que eran mas aventajados en mando y en estima. Valerio Máximo (1) lo hace tribuno de una legion, que era cargo tanto mas principal que el ya dicho, cuanto es ahora mas el de coronel ó maestro de campo, que el de un capitan ó cabo de escuadra. Mas yo creo mas en este caso á Marco Tulio (2), que no le da mas alto oficio que de centurion primipilo. Y no dudo, sino que si tan principal lo tuviera, que Tito Livio no lo callara. Pretendiera sin duda honrar á Lucio Marcio cuanto pudiera: y porque no pudo como debia, diciendo todo lo demas de su loa, calló el oficio que tenia, por no ser tan honroso como él deseaba.

Hállanse por España muchas monedas de plata que tienen de la una parte un rostro de mujer con cabellos tendidos, y encima solo un velo descuidado con el nombre de España: en el reverso está un hombre mancebo togato, que tiene delante sí el águila de las legiones, y levanta él la mano ácia ella, y ella parece quiere volar ácia su mano para que la tome; y á sus espaldas tiene un fasce con un segur: y las letras latinas dicen en castellano: Postumio Albino, hijo de Aulo, nieto de Septimio. Algunos quieren decir que esta moneda es de este Lucio Marcio, y eso significa el volársele el águila ácia él, dársele las legiones, y darle el gobierno; y que el fasce está detras, por representar que era su mando de legado, y no principal; y que él se llamaba Lucio Marcio Albino Postumio. Conjeturas son buenas, y que se pudieran bien acoger, si estuviera allí el nombre de Marcio (3), y no hubiera estado en España un Postumio Albino, cuya es mas cierto aquella moneda, como se dirá en su lugar. Y por ser éste descendiente del que vamos hablando, tomó tales insignias, que á su antecesor tan honrado pertenecian.

Este Lucio Marcio, ensalzando su ánimo, y poniéndolo en los que con los destrozos pasados lo habian perdido, recogió los soldados que se habian derramado huyendo, y sacó otros de las guarniciones donde estaban repartidos: y juntándose con Tito Fonteyo, legado y lugar-teniente que habia sido de Publio Escipion, allegó un ejército, de que no se debieran tener por muy seguros los enemigos (4). Y pudo juntar algun buen número de soldados romanos, pues hay algun historiador que diga, que la mayor pérdida fué la de las personas de los dos Escipiones, y que los ejércitos quedaron cuasi enteros. Tambien dice expresamente Tito Livio, que en la batalla de Publio Escipion murieran muchos mas: sino que habiéndose acabado á la tarde, la noche, que sobrevino luego, dió lugar con su oscuridad á que se pudiesen salvar los que huian: y puso miedo en los cartagineses de seguirlos, do pudieran recibir facilmente daño, en lugar de hacerlo. Demas de esto, pues, Fonteyo no se halló en la batalla en que murió Publio, quedando á guardar el real: es cosa creible, que luego como entendió la desastrada muerte de su general, puso mucha diligencia en salvar su gente, retirándola con presteza á tierras de amigos y confederados del pueblo romano, y principalmente á aquellas por donde tenian mas segura la salida, para entrarse en lo mas pacífico y mas fundado en amistad de Roma y odio de cartagineses: como señaladamente eran las tierras de Ebro allá, adonde al fin vinieron á parar, y hacerse fuertes Lucio Marcio y él. Y no parece que andaria muy léjos de la verdad, quien quisiese creer, que el retirarse y rehacerse de estos dos capitanes fué hácia la ciudad de Tarragona y sus comarcas, pasando por cerca de Tortosa el rio Ebro; porque aquella tierra era entónces la que de mas tiempo los romanos á acá poseian, y la que mas obligada les estaba por los muchos y grandes beneficios que de los Escipiones habia recibido, como arriba queda en muchas partes contado. Y segun la misma ciudad de Tarragona, tenia mayor la obligacion á los Escipiones y á los romanos por ellos: es verisimil que ella con toda su tierra y parcialidad mostraron bien por entónces la verdadera amistad que les tenian. Y aun Marcio y Fonteyo se fortificaran de muy buena gana dentro en ella, pues estaba de nuevo tan bien cercada por los Escipiones, como Florian deja relatado (1), si la reputacion de la guerra no les vedara el encerrarse do pudiesen ser cercados. Así podemos creer, que en el campo donde se hicieron fuertes, tomaron buen lugar para su propósito: estando entónces en su mano el escogerlo, cuando aun no venian los enemigos para estorbárselo.

Todas estas cosas andamos así rastreando por conjeturas: porque Tito Livio, que solo escribe estos hechos, pasa callando por todo lo que alguno podria tener por dificultoso en ellos. Tampoco cuenta él lo que á Marcio y Fonteyo les aconteció en este camino que hicieron desde la Andalucía, donde es cierto que murieron los Escipiones, ó el uno de ellos, hasta llegar á Tarragona. Y siendo el camino tan largo, y por tierra tan alborotada con las frescas victorias de cartagineses y pérdidas de romanos, no parece pudo ser muy pacífico. Solo hace memoria Marco Tulio (2), que los de la isla de Cádiz le enviaron á Marcio gente y todo buen socorro para esta empresa: por lo cual él hizo con ellos, primero que otro ningun capitan romano, nuevas confederaciones, y muy honrosas para los de aquella isla en nombre de su república. Y si Neyo Escipion murió cabe Osuna, como expresamente dice Appiano Alejandrino: cerca de Cádiz estaba Marcio para ser así socorrido; y en cualquiera parte que estuviese ya cabe Tarragona, no estaba lejos para recibir este socorro, pudiendo los de Cádiz enviárselo fácilmente por la mar. Y como éstos de Cádiz ayudaron á Marcio, así se puede bien creer que hicieron lo mismo muchas otras ciudades y pueblos de España, por odio y enemistad que con cartagineses tenian. Conforme á esto, en todos los buenos sucesos

(1) En el lib. 2. c. 2. (2) En la oracion por Cornelio Balbo. (3) En el lib. 7, cap. 23. (4) Eutropio en el libro 3, y Julio Frontino en el lib. 4, cap. 5.

(1) En el lib 5, cap. 27 y 28. (2) En la oracion por Cornelio Balbo.

de Lucio Marcio tuvieron claramente mucha parte nuestros españoles; y á su esfuerzo y valentía dellos se puede atribuir mucha de la gloria que él ganó con sus victorias.

Teniendo ya, pues, Lucio Marcio y Fonteyo asentado y fortalecido su real, los soldados, como prosigue Tito Livio, quisieron elegir capitan general; porque hasta entónces ambos habian regido el ejército con igual mando: y fué tanta el autoridad de Lucio Marcio, y la estima que de él hacian los soldados, que por votos de todos fué elegido por su general: estando allí Fonteyo, hombre que tan principal cargo habia tenido, como ser legado y teniente de Publio Escipion, y habiéndose mostrado siempre en él muy valeroso (1). Mas la necesidad presente, junta con el mucho ánimo que Lucio Marcio habia mostrado en tanta adversidad, confirmando la experiencia que se tenia de su esfuerzo en tantos años, no dieron lugar á que se pusiesen en balanza las buenas cualidades y ventajas que en Fonteyo podian mostrarse.

El tiempo que estuvieron allí en sosiego fué poco, y ese se gastó en fortificar mucho mas los reales, y proveerlos de todos mantenimientos: y los soldados se ocupaban en esto, y en todo lo que se les mandaba con mucha gana, y en todo mostraban buen ánimo, y no nada abatido. Mas luego que se supo como Asdrubal, el hijo de Gisgon, habia ya pasado á Ebro, y venia con su ejército muy cerca para concluir la guerra, y acabar de destruir esos pocos de romanos que quedaban: y entendieron los soldados que su capitan estaba determinado de pelear, sin esperar mas dilacion, súbito comenzaron todos á ponerse mustios y desmayar: y gimiendo y sollozando, llamaban con voz dolorosa por su nombre los capitanes excelentes que habian perdido. No se podia aplacar este llanto, aunque los centuriones andaban animando los de sus escuadras: y aunque el mismo Marcio los amenazaba y los reprehendia, porque como viles mujeres, sin fruto ninguno, se habian tanto abatido y sumido todos en llanto, habiendo de levantar los ánimos y avivarlos, para defender sus vidas, y la grandeza del imperio romano, y para que sus singulares capitanes, que con tanta razon echaban ménos, no quedasen sin venganza.

A este mismo tiempo que esto pasaba, se comenzó á oir la grita y el sonido de las trompetas de los enemigos, que llegaban ya con grande furia junto á los reparos. Entónces los romanos y nuestros españoles con ellos, trocando súbitamente en ira todo su lamentarse, corren con grande ánimo á tomar las armas, y como encendidos con nueva rabia, saltan á las puertas del real, donde hallaron ya á sus enemigos, que sin órden ni concierto de batalla habian llegado harto desordenados hasta allí. Tenian por cierto los cartagineses que habian de hallar muy pocos de los romanos, y esos abatidos con el miedo, y encerrados en sus reales, confiando solamente en lo fuerte de ellos. Mas viéndolos ahora salir con acometimiento tan denodado, trocóseles toda su confianza en miedo: maravillándose de donde se habia podido juntar tanta gente, habiendo quedado los ejércitos tan destrozados. Espantados con esto los cartagineses, se comenzaron á detener, y aun volver un poco ácia tras: y luego que los romanos dieron sobre ellos con mayor ímpetu, volvieron de hecho las espaldas. Y segun la furia con que los acometian, ó se hiciera en ellos un grande estrago y mortandad, ó el acometimiento tan grande de los romanos pudiera ser peligroso y desconcertado para ellos: sino que Lucio Marcio á mucha priesa mandó hacer señal para que se recogiesen: y poniéndose él delante las primeras banderas, amansó el hervor del ejército, deteniendo él por su mano algunos; y así los volvió á su real con harto despecho y ansia que todavía tenian de pelear. Los cartagineses, viéndose echados primero de las puertas del real con tanta turbacion, y acometidos luego con tanta furia: cuando despues vieron que nadie los seguia, confirmáronse en su primera opinion, persuadiéndose que eran muy pocos los romanos, y esos estaban llenos de temor, y que por esto se detenian. Con esto los menospreciaron del todo, y sin ningun recelo se volvieron á sus reales, guardándolos con harto descuido; porque aunque tenian á los enemigos tan cerca, todavía se aseguraban que no eran mas que los desperdicios de los dos ejércitos, que aun les duraba muy entero el miedo de haber sido pocos dias ántes tan malamente desbaratados y destruidos.

CAPÍTULO II.

Lucio Marcio entró en los reales de los cartagineses, y los desbarató, y mató, y cautivó muchos.

Siendo avisado Lucio Marcio enteramente por sus espías del descuido de sus enemigos, y de la negligencia que tenian en guardar sus reales: y teniendo entendido tambien que Magon venia ya muy cerca, para juntarse con Asdrubal, comenzó á tratar consigo mismo de tomar un consejo, que á quien lo considerase, á la primera vista le pareceria que tenia mas de atrevimiento, que no de cuerda osadía. La suma de él era ir aquella misma noche á entrar los reales de sus contrarios: parecíale mas fácil cosa poder desbaratar y destruir á solo Asdrubal en su real, que no defender poco despues el suyo, cuando todos los tres capitanes, dos Asdrubales y Magon se hubiesen ayuntado. Juntamente con esto consideraba, que si tuviese buen suceso su acometimiento, podria reparar algo de la pérdida pasada: y si no saliese enteramente con lo que deseaba, á lo ménos ganaria alguna reputacion, que siempre vale mucho en la guerra, para que no lo tuviesen en poco sus enemigos; pues verian que tenia ánimo para en tal tiempo acometerlos. Aunque Tito Livio no lo diga, puédese bien creer que comunicó este su consejo con Fonteyo y con algunos otros capitanes del ejército; mas fuera de esto, porque una novedad tan extraña y repentina, junto con la oscuridad de la noche no turbasen sus intentos, parecióle tambien que debia hablar á sus soldados, avisándoles de su consejo, y animándolos á la ejecucion de él. Teniéndolos, pues, juntos, les habló de esta manera:

Bien tendreis entendido, soldados mios, que mi dolor de la muerte de nuestros excelentes capitanes es tan grande como debe, sin poder yo dejar de dolerme con todo el justo pesar que me aflige. Mas aunque está tan grave y dolorosa memoria así me fatiga, váleme tambien mucho para desear su venganza, y de tantos valientes hombres compañeros nuestros, como con ellos murieron, y para reparar el nombre y la reputacion del imperio romano en España. Y ayer cuando

(1) Tito Livio y Valerio Máximo en el lib. 8, cap. 16.

hice señal para que os recogiésedes, siguiendo todos tan denodadamente vuestros enemigos, que iban huyendo, no penseis que quise detener vuestra osadía, ni quebrarle las alas con que volaba tras el deseo de gran victoria, sino quise guardarla para mayor gloria y mejor oportunidad: «Nuestros enemigos están muy «aparejados para darnos esta ocasion, como lo están «todos los hombres en la guerra, cuando con el buen «suceso de fortuna se descuidan y pierden el recelo; «porque su enemigo entónces halla entrada muy llana «por aquella parte que el descuido y negligencia le «abre.» Ésta veo ahora muy ancha y muy abierta para que podais entrar por ella á ganar una victoria muy señalada. Ninguna cosa ménes temen ahora los cartagineses, de que nosotros, á quien tienen á su parecer encerrados y cercados, y á quien dieron ellos ayer el combate, vamos hoy á combatirlos. Osemos, pues, lo que no se puede crer que osaremos: por el mismo caso que ellos lo tienen por tan dificultoso, nos será mas fácil á nosotros. Luego despues de media noche os llevaré muy sosegados y sin ningun ruido al real: tengo muy bien espiado y sabido, que no hay en él ningun órden de centinelas ni de guardas en los reparos: sola la vocería que levantaréis cuando llegueis á las puertas con el primer ímpetu de vuestro acometimiento, será bastante combate para entrar el real. Entonces hareis en los enemigos entorpecidos con el sueño, atónitos con el alboroto, desnudos y sin armas, toda aquella matanza que ayer os pesó tanto se os estorbase. «Bien «entiendo, que os parecerá muy atrevido este consejo; «mas en los tiempos apretados y afligidos las mas va«lientes y mas animosas determinaciones son las mas «seguras; porque si en el punto de la ocasion, cuyo «momento pasa muy lijero, y se lleva consigo vo«lando la oportunidad, hay algun descuido ó dilacion, «en vano se queja despues quien con negligencia dejó «pasarla: el un ejército retenemos á los ojos, los dos «vienen muy cerca para juntarse con él.» Ahora hay alguna igualdad si los acometemos; mas si dilatamos el pelear, y contentos con la fama de haberlos ayer acometido, dejamos de emprender algo de nuevo, el peligro de juntarse todos los tres capitanes, y todos los tres ejércitos está muy cierto y manifiesto. Como nuestros capitanes se perdieron por repartir su gente; así nuestros enemigos, repartidos y apartados, pueden ser destruidos. Ningun otro camino hay para hacer esta guerra; y así no tenemos mas que consultar della, sino esperar la ocasion de esta noche, que ya se acerca. Id ahora á descansar, para que despues muy enteros y esforzados acometais con tanto ánimo los reales de los enemigos, con cuanto defendisteis ayer los vuestros.

Oyeron todos muy alegres la amonestacion y consejo de su nuevo capitan; y cuanto mas valiente y mas osado les parecia, tanto mas les agradaba. Reposaron buena parte de la noche, y ántes que comenzase el alba, salieron de su real sin ningun ruido. Detrás de aquel real de los cartagineses, espacio de poco mas que una legua, como Tito Livio representa, estaba otro de Magon, el hermano de Anibal, que venia ya á juntarse; y en medio de este camino habia un valle muy hondo y poblado de arboledas: dentro de este valle mandó Lucio Marcio se fuese á poner bien encubierta una cohorte de romanos de hasta cuatrocientos hombres, con algunos de caballo, torciendo el camino por un lado para salvar el real de los enemigos, y pasar sin ser sentido dellos. Y teniéndoles ya con esto atajado el camino, todo lo demas del ejército llegó con mucho sosiego á los reales de Asdrubal; y como no habia centinelas en los reparos ni guardas en las puertas, se entró por ellos todo el ejército tan facilmente, como si se entrara por sus mismas estancias, sin que nadie se lo resistiese. Viéndose ya dentro, tocan los romanos sus trompetas, y levantan muy grande alarido; y con grande furia unos comenzaron á matar á los que despertaban despavoridos: otros ponian fuego á las tiendas y ramadas, con fuego que para esto traian apercebido, y otros iban á tomar las puertas, y atajar á los que quisiesen huir. El fuego, la vocería, el tropel y la gran matanza tenian á los cartagineses atónitos y enagenados de sí mismos, sin que su gran turbacion les diese lugar para proveer ni remediar por sí nada, ni para escuchar el mando de aquellos, á quien habian de seguir y obedecer para poder valerse. Desordenados y sin armas, se encontraban con los escuadrones de los romanos y españoles puestos en orden y muy bien armados: y así unos corrian desapoderados á las puertas, otros viendo atajado el camino, saltaban por los reparos; y si algunos así escapaban, luego tomaban el camino del otro real, y eran todos muertos por los romanos de pié y de caballo que les salian de través en el valle. Así fueron muertos y cautivos muy presto todos los deste real, y puesto recaudo en él para recoger despues con mayor espacio la presa.

Acabado todo esto que aquí hubo que hacer, los romanos con los nuestros se dieron tanta priesa á caminar y llegar al otro real de Magon, que si alguno se habia escapado por rodeos y travesías de caminos, no habia podido aun avisar á los cartagineses de allí de lo que los romanos habian hecho, cuando ellos estaban muy cercanos para hacer allí otro tanto. Y como aquel real estaba mas léjos de los enemigos, así hallaron en él mucho mayor descuido y flojedad. Los mas estaban tendidos por el suelo durmiendo, aunque era ya de dia, otros se habian ido á buscar provision, y otros andaban paseando delante los reparos, teniendo las armas arrimadas á ellos. Con esta gente tan segura y descuidada comenzaron luego á pelear los romanos y españoles, que venian encendidos y encarnizados de la matanza pasada, y muy bravos y feroces con la victoria: y así no les pudieron los cartagineses resistir la entrada. Dentro en el real fué muy reñida la pelea; porque entretanto que se defendieron las puertas, Magon pudo recoger bien los suyos, y ponerlos en orden para acometer. Mas apenas estaban así recogidos los cartagineses, cuando Marcio los tuvo cercados en derredor; hiriéndoles por todas partes; tanto, que viéndose Magon y los suyos tan rodeados de sus enemigos, que parecia imposible poderse escapar, comenzaron á pelear con desesperacion, deseando vender muy caras sus vidas, pues ya no podian salvarlas. Lucio Marcio, que sintió en qué estaba el peligro, socorrió presto con prudente consejo, que Tito Livio y Julio Frontino mucho celebran (1). Mandó que se abriesen poco á poco con órden los escuadrones, hasta que dieron lugar por donde pudieron salir los enemigos. Salido de aquí Magon comenzó á pelear con grande ánimo y con otro tal le recibieron sus contrarios. Pudiera durar mucho la batalla, sino que mirando los cartagineses á los romanos, echaron de ver como traian sangrientas las espadas, y muy manchados tambien de sangre los escudos y to-

(1) Julio Frontino en el lib. 2. cap. 6.

do el vestido: y entendiendo por esto la destruccion que habian hecho en el ejército de Asdrubal, púsoles tal espanto y desmayo, que súbitamente comenzaron á enflaquecer y aflojar en la pelea, temiendo en sí mismos el destrozo con que sus compañeros habian perecido. Con este temor se pusieron presto en huida, cada uno por donde ménos mal podia; y quedando muchos muertos, los que pudieron escapar vivos desampararon el real, dejándolo desierto para presa de romanos.

Desta manera en una noche y un dia no todo entero, con la buena ayuda de nuestros españoles, entró y ganó Lucio Marcio ambos á dos reales de los cartagineses (1). Mataron tantos dellos los romanos, que hay quien diga que llegaron á treinta y siete ó treinta y ocho mil, y que fueron cautivos mil y ochocientos y treinta; y todos dicen que la presa fué muy grande. Tomóse en ella con lo demás un escudo de plata que pesaba cerca de doscientos marcos, y tenia esculpida la imágen de Asdrubal Barcino, el hermano de Anibal (2). Este escudo mas debia haber sido hecho para representacion de magnificencia y grandeza, que no para usar de él en la guerra; pues siendo tan pesado, nadie á pié ni á caballo pudiera aprovecharse de él. Si ya acaso no era para asentarlo encima de algun elefante, cuando lo quisiesen aderezar muy rica y pomposamente, para reparo de los que fuesen en él, conforme á lo que los cartagineses entónces usaban de traer elefantes en la guerra, que sobre sí llevaban doce y quince hombres metidos en castillos pequeños de madera, y en otras defensas que sobre los elefantes armaban, como atrás por esta historia parece (3), y adelante muchas veces se verá. Otro historiador romano, llamado Valerio Anciate, dice Tito Livio, que pone mucho menor número de los muertos; y diversa la manera desta victoria. Dice Valerio que solo un real combatió y tomó Marcio, y fué el de Magon: y que Asdrubal fué vencido en campo, y le fueron muertos diez mil hombres, y presos cuatro mil y trescientos y treinta. Y aun hay mas diversidad en esto; porque otro coronista, llamado Pison, segun el mismo Tito Livio refiere, escribió que no murieron de los cartagineses mas que cinco mil; y que la batalla fué en campo y con Magon: y que fingiendo los romanos que se retiraban huyendo, le hicieron desordenar sus escuadras para seguirlos: y así vino á caer con los suyos en una celada que los romanos le tenian puesta, donde murieron los ya dichos, y los demás fueron vencidos y puestos en huida. Y en tanta diversidad de los escritores, seguí yo aquí lo que Tito Livio tuvo por mas cierto. Como quiera que fuese, se sabe por cierto que la rota de los cartagineses con estos recuentros y batallas fué muy grande, y quedaron destrozados y desbaratados de manera, que ya los romanos se tenian por satisfechos y recompensados en parte del daño y afrenta que con la muerte de los Escipiones ántes habian recibido: y los cartagineses con tanto estrago quedaron muy amedrentados, y por muchos dias no volvieron á trabar contienda con Marcio: y él tambien holgó de sosegar, y contentarse por entónces con lo hecho.

Tito Livio, solo de los coronistas romanos que tenemos ahora, cuenta este hecho enteramente, y con harta particularidad; mas no hace mencion de ninguno de los dos generales de los cartagineses como escaparon de este vencimiento: ni aun nombra á Masanisa, aunque no se puede creer otra cosa, sino que se halló aquel dia con Asdrubal, su suegro, como mozo valiente, y que poco ántes, segun Florian ya lo ha contado (1), habia venido á su ejército desde África, para darle á entender cuan esforzado yerno habia escogido, y cuanto mas merecedor era él de Sofonisba su hija, que no el rey Siface, que tambien la habia pedido. Y aunque es así que Tito Livio no hace memoria aquí de los dos capitanes, sabemos cierto que ninguno dellos murió ni fué preso en estos recuentros; porque en los hechos que despues el mismo autor cuenta, los hallamos vivos tratando la guerra, como siempre en lo de adelante veremos. Algun coronista (2) de nuestro tiempo señala muy particularmente el lugar donde Lucio Marcio peleó esta vez con los cartagineses, y pónelo muy cerca de la ciudad de Valencia, sin advertirse que todo pasó de aquella parte del rio Ebro, y Valencia está desta parte muy acá bajo. Y el ser muchas veces tan atrevido como esto el afirmar deste autor y de otros de los nuestros, me hará á mí que no tenga jamás cuidado de traer sus opiniones para contradecirlas y deshacerlas. Ellas se tienen consigo su contradiccion, sin que sea mas menester tratar de ellas.

CAPÍTULO III.

Lucio Marco envió á Roma la nueva de su victoria, y el sentimiento que tuvieron dél en el senado.

Aunque haya tanta diversidad de opiniones, como hemos dicho, en la manera destas victorias, ni nadie de los antiguos señale el lugar donde fueron, ni podamos ahora por conjeturas bien rastrearlo: mas todos muy conformes engrandecen y ensalzan mucho la valentía y el gobierno de Lucio Marcio, y atribuyen á su grande esfuerzo y buen consejo toda la gloria deste hecho. Añaden tambien los historiadores romanos, y fingen nuevos milagros y maravillas, como suelen en muchas grandes hazañas, diciendo: que cuando habló á los soldados le salió mucha llama de la cabeza, que se la rodeaba toda, sin que él la sintiese, con parecerles á todos los que lo miraban que se le ardia (3). Y piensan todos que aquella llama anunciaba el fuego de estrago y destruccion que habia de hacer en los enemigos, y la luz con que habia de esclarecer el nombre romano y su reputacion, que parece estaban por entónces acá en España apagados y sumidos en oscuras tinieblas. Con ménos miedo de la verdad de la historia contaremos esto, si ello pudiera ser tan cierto, como lo es, que mucho mas que esto que se adevinaba cumplió Lucio Marcio con esta victoria: de la cual envió luego aviso á Roma con algunos de los de su gente de caballo que llevasen la embajada: enviando tambien aquel gran escudo de plata que habia tomado. Haciendo saber en ella al senado como habia vencido á los cartagineses: y pidiendo mandasen proveer el ejército, y señaladamente de trigo y vestido, porque desto tenian mayor necesidad.

En las cartas que estos mensajeros llevaban al senado se intituló Lucio Marcio propretor, que quiere decir lugar teniente de pretor; porque éste era el oficio y tí-

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 10. (2) Plinio en el lib. 35 cap. 3. (3) Florian en el libro 4, c. 25.

(1) En el libro 5, en los cap. 37 y 42. (2) El doctor Antonio Beuter en el lib. I, cap. 18. (3) Tito Livio y Valerio Máximo en el lib. I. cap. 6.

tulo del cargo que él ejército le habia señalado cuando lo hicieron su general. La nueva fué recibida en el senado y en toda la ciudad de Roma con mucha alegría, y celebrada y festejada con todas las muestras de placer que entónces se acostumbraban. Y para honra de Marcio y memoria de un hecho tan señalado pusieron colgado en el Capitolio, que era su templo principal y su fortaleza, aquel escudo de plata con la imágen de Asdrubal, que siempre despues le llamaron el escudo de Marcio: y allí estuvo colgado, hasta que despues se perdió cuando se quemó el Capitolio: cuyo templo estaba lleno de cosas semejantes y muy ricas y magníficas, con que en público representaban allí los romanos su religion y su grandeza.

Y aunque tuvieron en mucho esta victoria los romanos, y honraron tanto á Marcio por ella: mas todavía cuando se leyeron en el senado sus cartas se notó mucho, y se tuvo á mal el título que se puso llamándose propretor: sintiólo mucho el senado, y tuvo muy gran desabrimiento dello; porque sin autoridad y sin mandamiento del pueblo romano (1) se atribuia á sí mismo aquel cargo y nombre, el cual no podia tener sin órden particular y consentimiento espresivo de toda la república. Parecíales ofensa de la magestad romana; y fuera desto, cosa de muy mal ejemplo que los ejércitos se tomasen licencia y libre poderío para elegir y criar capitanes generales. Tambien agraviaban mas y acriminaban esto con decir, que estando vivo Fonteyo, que por órden y mandado del pueblo romano era legado y lugar teniente de Publio Escipion; ¿por qué la gente de guerra que estaba en España y Marcio con ellos, no se sujetaron, y le dieron la obediencia como á hombre que tenia cargo público con autoridad y poderío legítimo del pueblo romano? Por estas razones hubo algunos en el senado que fueron de parecer que se tratase ante todas cosas de lo que en esto se habia de proveer: mas al fin se determinó, que era mejor dejar por entónces de consultar sobre ello, hasta que fuesen vueltos para España los mensajeros que Lucio Marcio habia enviado; porque yendo acaso desabridos por esto, no alborotasen á sus compañeros. Así se proveyó que se le respondiese á Marcio: que el senado ternia cuidado de la provision que para el ejército pedia; mas no le pusieron título de propretor en la carta, porque no pareciese que aprobaban lo que habian dejado incierto y sin determinacion, para consultar despues despacio sobre ello. Y así lo hicieron luego que fueron partidos los mensajeros de Marcio, que de ninguna cosa trataron en el senado ántes que deste cargo que así Marcio habia tomado; y el parecer de todos, sin discrepar ninguno, fué, que los tribunos consultasen con el pueblo, sobre quién queria que fuese á tener cargo del ejército que en España habian tenido los dos Escipiones, capitanes generales del pueblo romano. Con esta deliberacion y con señalar en ella el nombre de los Escipiones, que habian sido los postreros capitanes que por mandado del pueblo romano habian gobernado acá el ejército, parecia ya que no tenian por capitan ni propretor á Marcio; y así lo daban á entender de buena manera, sin injuriarle abiertamente, deseando, como deseaban, hacerle tanta honra, segun verdaderamente sentian debérsele. Tambien con esto deshacian y revocaban encubiertamente todo lo que el ejército sin autoridad habia hecho, y quedaba sin daño de novedad alguna la magestad pública, con que dar tambien escarmiento para que nadie se atreviese á cosa semejante. Y propusieran esto al pueblo, y acabaran de concluirlo; sino que se ofrecian cosas de mayor importancia que les forzaron á suspender por entónces ésta, contentos con lo que el senado determinó sobre ella, como luego se dirá; porque tratemos ahora algo de la cuenta de los años, que es tan necesaria para la continuacion de la historia.

(1) Tito Livio y Valerio Máximo en el lib. 2. cap. 2.

Cuando esta embajada de Lucio Marcio se recibió en Roma, ya eran cónsules Neyo Fulvio Centimalo, y Publio Sulpicio Galba, que sucedieron á los pasados Quinto Fulvio Flaco, y Appio Claudio Pulcro, en cuyo año murieron los Escipiones. Y aunque Florian deja dicho (1), que aquel era el año de doscientos y nueve ántes del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo; mas yo lo cuento como verdaderamente se ha de contar por año doscientos y diez; mas no podemos certificar en qué año destos dos fué la victoria de Lucio Marcio, pues Tito Livio no lo señala; sino solo podemos decir, lo que se puede entender por conjeturas sacadas de la certidumbre de otras cosas averiguadas. Averiguada cosa es, que los Escipiones murieron entrado bien el estío, ó pasado ya muy gran parte dél, pues expresamente lo dice Tito Livio. El mismo dice, que esta embajada de Lucio Marcio se oyó en Roma el año siguiente, pasada la mitad del mes de marzo, que son ya siete ú ocho meses despues de la muerte de los Escipiones pues muy creible cosa es, que Lucio Marcio no se detendria mucho en enviar la buena nueva á Roma, principalmente considerando cuanto habia de alegrar con ella toda la ciudad, quitándole con lo sereno deste placer la mucha niebla de tristeza, de que entónces estaba cubierta. Por todo esto parece que esta victoria seria al fin del año pasado, ó al principio déste; y que todos los meses de entre la muerte de los Escipiones y ella los gastaria Lucio Marcio en rehacerse. Como quiera que esto haya sido, basta para lo que pretendemos, saber que la nueva se supo en Roma entrado este año, en que Neyo Fulvio Centimalo, y Publio Sulpicio Galba son cónsules, que fué el año de doscientos y nueve ántes del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo. Esto fué menester aclararlo así una vez, para continuar de aquí adelante la prosecucion desta corónica; pues sin señalar esta órden de los años con su verdadera cuenta, seria tan confusa la historia, que no tendria ningun concierto, ni mas sér que un cuerpo muerto tiene despues que le falta el ánima: que por ánima de la historia tienen á la cuenta de los años todos los que algo saben, y entienden bien de ella.

CAPÍTULO IV.

La provision que este año hicieron los romanos para España, enviando acá por general á Claudio Neron.

Para la buena continuacion de la historia será menester decir aquí en breve, como á esta sazon, habiendo perdido los romanos en la guerra que Anibal en Italia les hacia la ciudad de Capua, que era entónces la mas principal del reino de Nápoles, habia ya mucho que trabajaban de cobrarla, y para esto tuvieron allí el año pasado sus dos cónsules Appio Claudio Pulcro, y Quinto Fulvio Flaco. Y aunque á éstos se les acabó el año de su cargo, se les mandó despues que este año presente se quedasen allí con los ejércitos

(1) En el lib. 5, cap. 40.

en sus oficios de procónsules y capitanes generales dellos; pues teniendo éstos en este año, de que vamos hablando, cercada á Capua, y puesta en mucho estrecho de hambre, Anibal la vino á socorrer, dejando á recaudo el cerco de Tarento, otra ciudad en la Calabria, sobre que él estaba: y hubo en Capua con los romanos un recuentro muy bravo combatiéndoles los reales, y una compañía de sus soldados españoles fué aquí la que mas apretó á los enemigos, y hizo retirarse toda una legion, y se hizo por allí lugar para llegar hasta los reparos del real de los romanos. Y aun Anibal dejó de porfiar en la pelea, porque le mataban todos estos españoles, sin que quisiesen volver pié atrás, de donde una vez se habian adelantado, sustentando ellos solos el peso todo del combate; y Anibal no queria con toda su ferocidad comprar la victoria, aunque se hubiese de alcanzar á costa de la vida de tan valientes hombres. Viendo, pues, que no podia socorrer á Capua como queria, para hacer levantar de allí aquel cerco, se determinó irlo á poner á la ciudad de Roma; y así llegó á tener su real tan cerca della, que no estaba una legua entera de sus muros. Estuvo allí muy pocos dias, y levantó su real movido por algunas causas, como fué, que dos ó tres dias que salieron los romanos á darle la batalla uno tras otro, súbitamente, siendo el dia muy claro y sereno, se anubló el cielo, y cayó tanta lluvia, que fué imposible pelear los ejércitos; y por esto, y porque cuando venció la de Cannas no quiso venir á Roma, como sus capitanes se lo aconsejaban, dijo ahora al partirse: unas veces no tengo gana de tomar á Roma, y otras no tengo dicha. Movióle tambien entre otras causas á dejar esta empresa, entender de un cautivo que tomó, que un dia ántes se habia vendido en Roma aquella misma heredad donde él estaba aposentado con su real, y se habia hallado quien la comprase, que era cosa harto notable y de mucha maravilla (1); mas de mucho mayor espanto era lo que añadió el cautivo: que no se vendió por nada ménos precio, que se vendiera en cualquier otro tiempo pacífico y sosegado. Tuvo Anibal por cosa terrible, y bastante para espantarse della, que lo que él tenia tan ganado y tan poseido lo tuviesen en Roma por tan propio, y no nada enagenado. Mas lo que todos afirman, que mas de veras le espantó á Anibal, y le determinó para levantarse de allí con su gente, fué entender, que despues que él allí estaba, habian salido de Roma banderas de gente, de la que el senado habia proveido que se enviase á España (2) para rehacer el ejército que acá estaba. Tanta era la seguridad y la confianza que los romanos tenian de su defensa, que no dudaban en tiempo de tanto aprieto, y estando cuasi del todo cercados, sacar la gente de guerra fuera de la ciudad, y enviarla tan léjos.

Y aunque se envió á España este socorro, que Tito Livio así solo apunta, y no declara; mas fuera desto, muy de propósito cuenta, como despues de todo esto pasado, y que Anibal se habia vuelto al cerco de Tarento, proveyeron que se enviase á España un ejército bien formado y cumplido con un capitan hombre principal, para que lo juntase con el que Lucio Marcio acá tenia, y fuese general de entrambos. Con esto proveyeron á la conquista de España, que ya tenian por cosa principal, y muy importante para el señorío de la república; y juntamente se acababa de consumir y deshacer el oficio y cargo de Marcio, que por tan sospechoso y de mal ejemplo tenian. El capitan que para esto escogieron fué Gayo Claudio Neron, que habia sido el año ántes pretor en Roma, y este año presente habia estado con cargo de propretor en el ejército del cerco de Capua, y se habia mostrado muy valiente en todos los bravos recuentros que allí se habian ofrecido. Diéronle para la venida á España seis mil hombres á pié, y trescientos caballos, los que él escogiese de aquellos que habian estado en el cerco de Capua, como gente que ya conocian á Neron, y él los tenia bien esperimentados. Esta gente toda era tomada de las legiones romanas, que siempre fué tenida en mas por la mucha órden y rigor con que los capitanes la enseñaban y ejercitaban en la guerra. Diéronle demas déstos á Claudio Neron otros seis mil hombres de pié, y ochocientos caballos de los pueblos de Italia, sujetos y confederados con Roma, de quien ella se solia servir en sus guerras, por ser gente no ménos animosa y ejercitada que los mismos romanos. Ningun historiador señala el cargo ó título que Neron trujo, mas es harto verisímil que fué el de propretor, como lo habia tenido en Italia este año. Embarcóse Claudio con su ejército en Puzol, que es en nuestro tiempo un pequeño lugar cerca de Nápoles, y entónces era muy principal ciudad: y pasando la costa cercana á Roma, con la de toda la Toscana, por la ribera de Génova, y lo poco que Francia toca en nuestro mar Mediterráneo, vino á Cataluña, hasta llegar á Tarragona: donde era siempre el principal acogimiento de los navíos romanos que á España en aquel tiempo venian, como tambien era el amparo mas seguro de los ejércitos de la tierra.

Esta venida de Claudio Neron en España cuenta así Tito Livio bien por extenso, y tambien hace della mencion Appiano Alejandrino (1), historiador griego: aunque dice expresamente muy al contrario de Tito Livio, que no enviaron los romanos á Claudio Neron por principal deste ejército, sino por acompañado de Marco Marcelo, el que habia tomado poco ántes á Zaragoza de Sicilia, y vencido á Anibal algunas veces, como arriba queda contado (2). Yo quisiera mucho que esto que Appiano dice fuera verdad: porque así pudiera yo dar á la ciudad de Córdoba, que es mi tierra y natural madre, tan ilustre fundador como fuera este Marco Marcelo. Porque Estrabon, cosmógrafo griego de grande autoridad, dice así en general sin mas señalar, que Marcelo edificó á Córdoba, y pudiéramos creer que este Marco Marcelo tan señalado capitan la dejó fundada en esta venida: pues, como luego veremos, la guerra se trataba entónces no léjos de por allí. Y así entre las otras cosas muy ilustres y excelentes, que en todos los siglos han ennoblecido tanto aquella ciudad, como parecerá á la larga por esta corónica, no fuera pequeña gloria haber sido primeramente edificada por un hombre tan esclarecido. Mas no tiene esto de Appiano manera ninguna de poder ser verdad: porque ningun otro historiador hay que diga que este Marcelo vino en España jamás: y sin duda no lo callara Plutarco, que con tanta diligencia y

(1) Tito Livio, Plutarco en la vida de Anibal, Lucio Floro en el lib. 2 cap. 6. Julio Frontino en el lib. 3, cap. 18. Valerio Máximo en el lib. 3, cap. 7. (2) Julio Frontino en el mismo cap. Tito Livio y Plutarco en la misma vida: Valerio Máximo en el lib. 3, cap. 7.

(1) En el lib. de las guerras de España. (2) Florian en el lib. 5, cap. 25.

tan extendidamente escribe su vida, si hubiera así pasado. Cuanto mas, que él estaba á esta sazon tambien ocupado en Sicilia, y era tan necesaria allí su presencia, que los romanos por ninguna cosa le mandaran por entónces salir de allí. Y señaladamente este año cuenta Tito Livio lo que Marco Marcelo hizo en Sicilia y despues en Roma: de manera, que fué imposible venir á España. Y el Marcelo, que vino muchos años despues á España, y fundó á Córdoba, fué un nieto ó biznieto déste, de quien diremos mas particularmente en su lugar (1). Claudio Neron vino solo con este ejército que dijimos, aunque Appiano le quita en el número de gente de pié dos mil hombres, y le añade seiscientos caballos mas.

CAPÍTULO V.

Lo que hizo Claudio Neron acá en España: y el engaño con que Asdrúbal Barcino se le escapó, teniéndole en mucho aprieto.

Llegado Claudio Neron á Tarragona, y desembarcada su gente, y puestas en seco sus galeras; porque como habian de quedar vacías de gente, no las acometiesen y dañasen navíos de cartagineses, que siempre acudian por aquellas costas; mandó que tomasen las armas todos los confederados que tenia el pueblo romano por aquella marina: por hacer mas cuerpo y mayor representacion de grande ejército, y en realidad de verdad por acrecentarlo en fuerzas y poderío con el ayuda de los españoles, de cuyo esfuerzo y valentía en la guerra se tenian tan buenas experiencias, y él en Capua las habia visto extremadas. Solo Tito Livio cuenta por extenso esta jornada de Claudio Neron, aunque Appiano y otros autores hacen mencion della. Dice que con este ejército bajó luego ácia el rio Ebro, que entra en la mar no mas que ocho leguas mas abajo de Tarragona, caminando ácia el medio-dia, junto á la ciudad de Tortosa: y allí tomó el ejército que Lucio Marcio con Fonteyo tenia. Juntos así los ejércitos, y pasado el rio Ebro, caminó Claudio Neron á buscar los enemigos en el Andalucía: adonde ya habia más de dos años que se trataba la guerra por aquellas comarcas de Andujar, y Cazlona, y los lugares de por allí: como quedó visto por todo lo pasado. Púdole tambien mover á Neron á esta jornada mas que otra, querer hacer el castigo que, como hemos dicho, estas dos ciudades tenian tan de veras merecido.

Tito Livio, contando esta jornada, no hace mas mencion de Marcio y Fonteyo, que cuando dice que le entregaron el ejército á Claudio Neron: mas débese creer que no dejó de llevarlos consigo á ambos con mucha honra en muy buen lugar: pues eran dos hombres tan principales y tan esperimentados en todo lo de acá, sin cuyo consejo y advertencia no podia tratar las cosas de la guerra como convenia. Tambien en todas las cosas de adelante hallamos mencion de muchas buenas, que Lucio Marcio hizo en esta guerra: por lo cual está claro que desde ahora siempre perseveró en ella, tan estimado y honrado de los capitanes generales, como era razon.

Hallábase á esta sazon Asdrubal el Barcino, hermano de Anibal con su ejército en el Andalucía, no léjos de Andujar, que entónces llamaban Iliturgi, junto á una montaña llamada Peñas-negras, que estaba, como especifica Tito Livio, al medio camino que hay de Iliturgi á Mentesa; que es decir, á lo que yo creo, entre Andujar y Cazorla ó otra ciudad cerca de Cazorla, y no de Jaen como comunmente se dice. Y parece que Peñas-negras no era lugar, sino solo una montaña llamada así, y cerrada por todas partes, de sierras muy fragosas, sin tener mas que una salida. Claudio Neron se puso á la entrada desta montaña, quedando Asdrubal con su ejército encerrado dentro, sin quedarle manera alguna de poderse escapar de allí. Tampoco dice Tito Livio si lo tomó allí en descuido; ó si siguiéndole, y atajándole los caminos, lo forzó, sin que pudiese hacer otra cosa de acogerse en aquella montaña: solamente dice, que lo puso en tanto aprieto con tenerlo así encerrado, que viéndose él sin ningun remedio de poder escapar, envió un mensaje á Neron, ofreciéndole que si le dejaba salir de allí, él sacaria todo su ejército de España, sin que mas tuviese que debatir ni guerrear con él acá (1). Neron oyó de muy buena gana la embajada: y respondió, que de buena voluntad aceptaria aquel partido. Asdrubal con esto le envió á pedir que se viesen el dia siguiente, para efectuar todo el concierto, y para que Neron mirase las condiciones que queria pedir en la entrega que se le habia de hacer de las fortalezas, y señalar el dia en que hubiesen de salir dellas las guarniciones de gente de guerra que por los cartagineses las guardaban. Y que tambien Asdrubal por su parte declararia los capítulos que se le habian de guardar en la seguridad de las personas y haciendas de sus cartagineses, para que saliesen de España sin daño ni detrimento alguno. Vino tambien en esto Claudio Neron muy asegurado y sin sospecha de ningun engaño: y Asdrubal en anocheciendo aquel dia, manda que toda la gente y hacienda mas embarazosa y de mayor empacho que habia en el ejército comenzase á subir por lo mas áspero y mas apartado de los enemigos que en la montaña habia, buscando cada uno como pudiese salvarse. Junto con esto mandó proveer con mucha diligencia que fuese muy poca gente la que esa noche saliese, porque así serian ménos sentidos de los enemigos, y se recatarian ménos dellos; y tambien los pocos tendrian mejor aparejo de salir por la angostura y aspereza de aquellas breñas por donde habian de caminar. El dia siguiente los dos capitanes vinieron á las vistas que tenian aplazadas: mas Asdrubal con el astucia y mucha alevosía, que á él y á todos los cartagineses les era como natural, para proseguir mejor su falso propósito debatió algunas cosas con Neron, y hizo escribir otras muchas superfluas muy despacio y con mucha prolijidad, para entretener y gastar todo el dia, sin que en él se diese fin ni conclusion al negocio, y así se hubo de dejar para el siguiente. Ya tuvo Asdrubal espacio tambien ésta noche para mandar salir de los suyos los que le pareció mas convenia. Tampoco se acabó de concluir el negocio el dia siguiente; y así pasaron otros algunos en debates y asientos de condiciones entre dia, y las noches en salirse gente cartaginesa de la montaña. Ya que tuvo Asdrubal desta manera puesta en salvo la mayor parte de su ejército, innovaba cada dia los conciertos, pedia nuevas condiciones, y no queria pasar por las asentadas: y como le iba ya faltando el miedo, y con él la gana de mantener la fé, habia

(1) En el lib. 7, cap. 18.

(1) Julio Frontino en el lib. 1, cap. 5.

tambien mucha ménos órden y resolucion en el concierto. Ya habia sacado casi toda la gente de pié, cuando le amaneció una mañana cubierta de una niebla muy oscura, y por esto bien aparejada para acabar su ardid tan alevoso. Y por no perder tan buena oportunidad, envió luego de mañana á pedir á Neron que por aquel dia no se juntasen á tratar del concierto: porque era dia de fiesta para los cartagineses, y era menester estar él con ellos ocupado en sacrificios y otras cosas de religion, sin poder conforme á ella emplearse en otra alguna de importancia. Ni aun tampoco entónces no se recató Neron del engaño: y así concedió sin dificultad lo que se le pedia. Teniéndolo, pues, desta manera tan asegurado Asdrubal, sin alboroto ninguno, y haciendo el ménos ruido que fué posible con su gente de caballo y sus elefantes se salió del angostura de las breñas, y se puso brevemente en salvo. Esforzándose el calor del sol, ya que se acercaba al mediodia, venció la niebla, y comenzó á descubrir los campos que ántes estaban encubiertos. Ya entónces vieron los romanos el real de sus enemigos vacío y desamparado. Y aunque tarde se advirtió Claudio Neron de la alevosía natural de los cartagineses: y viéndose tan malvadamente engañado, dióse gran priesa á seguir á Asdrubal, con determinacion de darle de hecho la batalla. Mas Asdrubal la excusaba con mucha diligencia y maña: y así solo se trataban escaramuzas de la retaguarda de los cartagineses, y de la gente de caballo de los romanos, que iban adelante siguiéndolos, y los acometian y los picaban á menudo.

No se halla mencion de otra cosa que Claudio Neron hiciese en España. Solo parece que se volvió á Roma, y sirvió despues en Italia contra Anibal en gravísimas importancias, con tanto ánimo, diligencia y cuidado, que no solamente soldó esta quiebra de su descuido, sinó que aun ganó con mucha razon fama de diligente y valeroso capitan, y se vengó de Asdrubal muy á su contento, como será forzoso que digamos adelante en su lugar. Éste es aquel Claudio Neron de quien despues descendieron los sucesores del emperador Augusto César hasta Neron el malvado, gloriándose con razon de haber tenido tal cabeza y principio de su linaje.

CAPÍTULO VI.

Publio Escipion fué proveido en Roma por capitan general en España.

Con estos prósperos y contrarios sucesos que por los romanos en España pasaban, ni los pueblos y ciudades, que se les habian rebelado tras la muerte de los dos Escipiones, se tornaban á su amistad, ni otros tampoco de nuevo se les levantaban. Y en Roma el senado y todo el pueblo no tenian ménos cuidado de las cosas de España, que de las de Italia. Todos concordaban en que convenia mucho acrecentar el ejército que acá estaba, y que se debia enviar un capitan principal para que lo gobernase (1) mas nadie podia atinar quién podria ser el que satisficiese. Porque para una provincia donde dentro de treinta dias habian muerto en batalla dos tan señalados capitanes, uno que dignamente sucediese en lugar de entrambos no parecia se debia elegir por via ordinaria de suertes; sino que era menester proveer de nueva manera en esto, escogiendo tal persona, que todo el senado y pueblo romano quedase contento, y el peso de tan gran carga tuviese hombre bastante que la pudiese sustentar. Unos nombraban á uno, y otros á otro; y ninguno contentaba enteramente á todos. Por ésto se resolvieron en que el pueblo romano se juntase, para elegir con sus votos persona, que con cargo y preeminencias de procónsul viniese en España. Señalado por los cónsules el dia destos comicios, entre tanto que llegaba estuvieron con esperanza, que todos los que se tuviesen por bastantes para tan gran cargo darian muestra dello, y saldrian casi como competidores á pedirlo. Mas cuando vieron todos que nadie se ofrecia para esto, y que en vano habian esperado que algunos con ánimo ensalzado lo pedirian; entónces se renovó de veras el dolor del daño que en España se habia recibido, y se sintió de nuevo la falta mezclada con deseo de los dos capitanes tan excelentes que habian acá perdido.

Andaba con esto toda la ciudad entristecida y falta de consejo: mas todavía, llegado el dia de los comicios se juntaron en el campo Marcio para votar sobre esto. Venidos los cónsules y los otros magistrados principales, y puestos en su lugar, toda la otra gente con rostro afligido y lleno de pesar, puso los ojos en ellos, que tambien se estaban mirando unos á otros como hombres atónitos que veian el grave mal, y no sabian remediarlo. La gente comun se indignaba mas con esto, hablando entre sí con mucho despecho, de ver que hubiese venido Roma á tanta desventura y abatimiento, y á desesperar tanto de la república, que nadie osase ir á ser procónsul en España; siendo cargo tan principal, que en otro tiempo habia de ser pedido de muchos con gran competencia, y el senado y pueblo romano se habia de ver en duda á quién escojeria entre tantos buenos como se le ofreciesen.

Estando así toda Roma aquel dia en tanta angustia y afliccion: súbitamente se levantó Públio Escipion, hijo de Publio Escipion, el que habian muerto acá en España (1), mancebo de solos veinte y cuatro años, y en voz alta muy autorizada, que muchos pudiesen oir, dijo, que él pedia este cargo: y acabándolo de decir con semblante de mucha gravedad y denuedo, se puso en un lugar mas alto, donde pudiese ser visto de todos. Luego que la muchedumbre toda de los que estaban presentes, volvió los ojos para mirar á Escipion: como maravillados de su grande ánimo, que así se señalaba entre todos los romanos, y movidos con la representacion de su persona, que no mostraba menor grandeza que sus palabras: con aficion manifiesta, y con voces que la publicaban, comenzaron á darle el parabien del cargo, como prometiéndose ya á sí mismos, que le habia de ser muy venturoso, para mucha gloria y acrecentamiento del imperio romano. Mandando tras esto los cónsules que se tomasen los votos, ninguno faltó de dárselo á Escipion, para que fuese capitan general en España. Así dice Tito Livio, que no le señalaron otro cargo particular con oficio ordinario, ni título de procónsul, aunque habian determinado ántes, que el que viniese á España, trujese aquel cargo. Porque su poca edad (2), conforme á las leyes de Roma, no

(1) Esta eleccion y venida de Escipion cuentan muy á la larga Tito Livio y Appiano. Y hacen mencion della Polibio, Paulo Orosio, Lucio Floro y muchos otros autores.

(1) Valerio Maximo en el lib. 3, c. 7 y en el lib. 8, c. último. (2) En el lib. 4, cap. 18.

lo permitia. Solo Paulo Orosio dice, que vino Escipion con oficio y título de procónsul (1), y Plinio, que trujo cargo de pretor: pero yo creo mas á Tito Livio y á Valerio Máximo, que dan despues manifiesta razon, segun veremos en su lugar, de como no trujo oficio ninguno ordinario, sino solo título y cargo de capitan general. Y porque á cualquiera que tuviese cargo de todo el ejército, aunque tuviese oficio y título de procónsul, generalmente le llamaban pretor (2): puede ser verdad lo que Plinio dice, mas no porque trujese aquel cargo y título particular.

Con tanta aficion y voluntad, como decíamos, eligió el pueblo romano á Escipion para general en España: mas como los ánimos de la muchedumbre en la gente comun sean muy fáciles en el trocarse, y en mudar los pareceres y voluntades: en acabándolo de hacer, y resfriándose el ardor con que se movieron, casi como que volviesen sobre sí: súbitamente comenzaron á callar con un silencio tan triste, que bien parecia estaban todos recogidos dentro de sí mismos con todo su pensamiento, para solo considerar atentamente la gran novedad que habian hecho. Pesábales en comun á todos, que hubiese podido mas en sus ánimos un ímpetu favorable de aficion, que no el miramiento que con tanta razon se debiera de tener de la poca edad de un mancebo, á quien encargaban cosa de tanto peso. Y como todos los romanos en general eran muy supersticiosos en mirar los agüeros y sujetarse á ellos: habia muchos que temblaban en solo pensar en su linaje de Escipion y en su nombre, que tan desventurado habia sido en España: pareciéndoles, que aun no habia bien acabado de hacer las obsequias de su padre y tio, y se partia para España, donde habia de hacer la guerra entre las sepulturas de ambos, con ordinaria representacion de muerte y dolor. Escipion, que entendió este trueque, que tan presto se habia hecho en los ánimos, y que el hervor de alegría era todo vuelto en congoja y cuidado: pidiendo que todos le escuchasen, comenzó á razonar de su edad, y del cargo que le habian dado, y de la órden particular que pensaba tener, en tratar la guerra con tan grande ánimo y generosa confianza, que tornó á encender y avivar en los ánimos de todos aquel ardor que se habia amortiguado: y comenzó á poner en todos los presentes una segura esperanza mucho mayor que promesas de nadie, ni razones fundadas en buenos motivos bastan ordinariamente poner. Tambien le valió mucho á Escipion en esta plática, como Appiano Alejandrino escribe, su modestia y templanza, con que entre las otras cosas dijo con mucha mesura y comedimiento: que si algun otro habia que quisiese el cargo, que él lo dejaria de muy buena gana, para que todos quedasen satisfechos de la provision. Con esto quedaron los romanos contentos y descansados, en haberse proveido bien aquella tan grande necesidad, en que las cosas de España los tenian puestos, con la persona de Escipion, que tan buena muestra comenzaba ya á dar de lo que despues habia de hacer.

Y no fué ímpetu de mancebo el que le hizo á Escipion pedir así tan gran cargo, y tan dudado y peligroso: sino que fué prudencia, y madura deliberacion. Porque habiéndose informado de las cosas de acá, entendió, como muy despacio lo cuenta Polibio, que España estaba ya cansada con la soberbia y cruel gobierno de los cartagineses: y que sus capitanes estaban en discordia, y así andaban apartados, y diferentes en las voluntades y consejos, para tratar la guerra. Por el contrario supo como los españoles, que seguian al pueblo romano estaban bien fundados y firmes en su amistad. Considerando Escipion todo esto, todo le prometia buen aparejo para alcanzar en España los altos fines que él se proponia.

Y porque este caballero fué el que conquistó la mayor parte de España, y se la quitó á los cartagineses, y la puso en sujecion del pueblo romano: será bien decir aquí brevemente algo de sus virtudes y grandezas, que en él fueron harto señaladas, y en toda España y en otras naciones en mucho tenidas. Y aunque tuvo Escipion grandes virtudes, y dignas todas de grande admiracion: mas junto con esto desde mozo tuvo un arte extraña: para hacer grande aparencia con ellas, y hacer que pareciesen tan excelentes como ellas eran en la verdad, y aun mayores, y mas dignas de acatamiento y reverencia. Esto era artificio en Escipion: mas su grandeza de ánimo y ensalzados pensamientos, muy naturales eran en él, y harto señalados y excelentes entre todos los famosos capitanes, que los antiguos celebran. Y desta grandeza de ánimo y valor de su persona le nació una confianza y seguridad tan grande, que en ninguno de los capitanes romanos ni griegos paració mayor, y es mucho que en alguno la haya habido semejante. Désta hay en él ejemplos extraños: mas uno solo nos bastará por ahora, pues los demás tendrán su lugar propio adelante en esta historia. La noche que siguió despues de la batalla de Cannas, esos pocos romanos que habian quedado, estaban tan temerosos y desmayados (1), que se juntaron en la estancia de Lucio Cecilio Metelo, que era mancebo noble y principal entre ellos, á consultar qué harian. Y como hombres que tenian ya por perdida toda Italia, y todo el gran señorío de Roma con ella: se resolvian, en que era lo mejor pasarse huyendo por la mar á Grecia (2), y encomendarse á uno de los reyes, que allí entónces habia. Supo Escipion (que aun no habia llegado entónces á los veinte años, y era ya tribuno en una legion) desta tan abatida consulta, que en la posada de Metelo se hacia: y teniendo por cosa vil y apocada, que así desesperase la nobleza romana del valor de su república, y de su gran poderío: con los pocos que le quisieron seguir, se fué á la posada de Metelo, y se puso en pié en medio de los que con él estaban. Desenvainando luego su espada, y levantándola en alto sobre las cabezas de todos, con semblante encendido, que mostraba bien el ardor de su corazon, les habló desta manera. Yo juro aquí delante de todos, por el inmenso poderío de Júpiter, y de todos los dioses, que no desampararé por mi parte la república, ni consentiré, que ningun ciudadano romano la desampare. Y este mismo juramento os pido que hagais tú Metelo, y todos los que están presentes contigo. Y quien así no jurare, sepa que esta mi espada se desenvainó para su cabeza. No estaban ménos atónitos y despavoridos, viendo á Escipion, y oyendo esto, Metelo y los demás, que si vieran presente á Anibal con todo el brio de su victo-

(1) En el cap. 49 del libro de los varones ilustres. Y por de Plinio el segundo citaré siempre á este libro: aunque hay quien crea que no es suyo. (2) Valerio Máximo en el lib. 2 c. 3

(1) Tito Livio en el lib 2, de la 3 Década. Plinio Segundo en el cap. 49, Paulo Orosio en el lib. 4, cap. 16. (2) Valerio Máximo lib.. 5, cap 6.

ria: y así juraron todos como Escipion lo pedia, y prometieron seguirle en todo lo que les mandase. Y no lo hizo despues Escipion con ménos constancia y prudencia, que lo habia dicho con braveza. Pues teniendo á Anibal victorioso sobre sí, recogió con buen órden todo el campo de los romanos, y lo conservó sin recibir daño ni afrenta, hasta que lo juntó con él un cónsul, que habia escapado vivo de la batalla.

Con esta generosa confianza, hizo y dijo otras muchas cosas Escipion que pondrán espanto por el discurso desta corónica, donde tambien se mostrará su grande esfuerzo y prudencia, y las otras sus singulares virtudes, que muchas veces son mas poderosas que no las armas, para vencer y sujetar una provincia. En ellas vino tambien confiado para tan grande empresa, pues considerando la dificultad della, una de las cosas que mas le aseguró, fué entender, que los cartagineses despues de la muerte de su padre y tio, ensoberbecidos con la prosperidad de tan grandes victorias (1), trataban á los españoles con mucha aspereza y crueldad: y la mansedumbre y benignidad, que él pensaba usar en la guerra, y en todo el gobierno, le prometian grande trueque en los ánimos de los nuestros, con odio de cartagineses, y aficion de servir á los romanos debajo tan suave yugo, como ya en Neyo Escipion y Publio habian experimentado.

CAPÍTULO VII.

La venida de Escipion en España: y el órden que dió en todas las cosas de acá, entretanto que comenzaba la guerra.

Proveido así Escipion, para que fuese capitan general en España: determinó el senado de acrecentarle tanto los ejércitos de acá, que no dejase de emprender cualquier gran hecho por falta de fuerzas y gente de guerra. Y toda aquella grande esperanza, que los romanos habian concebido dél, la quisieron mostrar en el grande aparato con que le mandaban tratar la guerra. Por esto demas del ejército que Lucio Marcio acá en España tenia, y despues Claudio Neron habia de nuevo traido, le dieron diez mil hombres de pié y mil de caballo. Mas porque lo enviaban por capitan general solamente, sin señalarle, como dijimos, ningun otro cargo, ni título de oficio particular: le dieron para ayuda, y como por acompañado para las cosas que se le ofreciesen, á Marco Junio Silano, hombre de linaje y de mucha experiencia, con título de propretor: mas sujeto á Escipion y su inferior, como siempre las tales ayudas solian venir.

Trujo tambien consigo Escipion, con oficio y título de su legado y lugarteniente, á un su grande amigo Gayo Lelio, como la principal ayuda de toda su jornada, y la mayor parte de su confianza en las grandes cosas que pensaba acometer. Y no se prometia en esto nada demasiado: porque el esfuerzo de Lelio y su gran cordura, aseguraban en consejo y buena ejecucion todo lo que podia Escipion desear. Y bien se pareció esto en toda esta jornada, pues hizo tanto Lelio en ella, que comunmente decian entre sí los soldados, que Lelio era el que hacia la comedia, y Escipion el que la representaba: queriendo dar á entender en esto, que Lelio hacia los buenos hechos, y Escipion no hacia mas que atribuirlos á sí mismo, y darles autoridad con el poderío de su cargo, y celebrarlos, y darles lustre con la magestad de su persona, para que sonasen en público como suyos propios. Por esto, y por las otras escelentes virtudes de Lelio, espanta mucho en Tito Livio y en todos los otros historiadores romanos la poca cuenta que aquí hacen dél. Esta es la primera vez que le nombran, y nómbranle tan secamente, que ni dicen quién era, ni cuyo hijo, ni qué amistad tenia con Escipion, ni otras cosas que fuera justo tratar, para que no ofendiera con mucha razon este descuido, que aun le podemos llamar descomedimiento en persona tan principal, y que tan señalada fué despues en los hechos desta guerra. Agravia tambien mas esta justa queja de tanta sequedad, el entender que en toda la historia romana, la primera vez que se hace mencion de la familia de los Lelios, es aquí: y ántes de ahora no se hallará jamás nombre de Lelio, en toda la historia de Tito Livio, que vale tanto como decir en toda la de los romanos. Pues siendo quien era Lelio, que no hay duda sino que era muy noble: cuanto ménos conocida era su familia por todo lo de atrás, tanto mas convenia dar noticia della aquí, con mas señalada relacion: ó celebrándola por sus pasados, ó aparejándole la mucha gloria, que de nuevo deste su ilustre descendiente se le habia de seguir. Solo podríamos decir, para escusar á Tito Livio, que se ha perdido su segunda década, y que en alguno de aquellos diez libros nombró la familia de los Lelios, y algun hombre principal della padre ó abuelo deste nuestro de ahora: y por haber hecho allí cumplida mencion de lo uno y de lo otro, no tuvo aquí para qué repetirlo de nuevo. Bien veo que tambien podria alguno contradecir con buena razon esta disculpa de Tito Livio: mas yo no veo otro con que salvarle. Por todo esto no me culpará nadie, si no doy aquí mas entera cuenta de la persona de Lelio, pues no hay de quien se tome mas rastro para seguirlo.

No se puede tampoco entender por los coronistas de aquellos tiempos, si trujo esta vez consigo Publio Escipion á Lucio Escipion su hermano menor, ó si se vino él despues (1): sabemos á lo ménos, que estuvo acá con él, como parecerá en los hechos que adelante se contarán. Y otras personas principales que tambien trujo entónces Escipion consigo, en la historia se irán nombrando á sus tiempos. Con este ejército que decimos, se embarcó Escipion en el puerto de Hostia, poco mas abajo de Roma, donde el rio Tibre entra en la mar: y Tito Livio dice, que metió toda esta gente en no mas que treinta galeras: y aunque todas éstas eran bastardas de cinco remos por banco, como él mismo cuenta: mas todavía parece imposible caber tanta gente en tan pocos cascos: y así lo hemos de pensar, que el número está errado en Tito Livio, como es fácil cosa, ó creer que demas destas treinta galeras, traia tambien en su armada Escipion otros navíos de carga, para los caballos, y para mas lijereza y anchura de las galeras.

Llegado Escipion al puerto de Ampurias, ciudad muy antigua en lo postrero de Cataluña, mandó desembarcar allí toda su gente, y con ella se fué por tierra á Tarragona: mandando tambien, que la flota se fuese costeando hasta allá. Y no hay duda sino que estaría harto alegre aquella ciudad con la venida de Escipion, y le recibiria con mucho placer, segun la gran

(1) Polibio al principio del lib 10.

(1) Valerio Max. lib. 5. cap. 5.

lealtad que siempre tuvo con el pueblo romano (1): y segun que era aparejada naturalmente, como Estrabon dice della (2), para recibir los hombres principales, que á ella viniesen. Particularmente se regocijaria mucho en refrescar con Escipion la memoria de su padre y tio, á quien tanto habia siempre Tarragona querido y reverenciado, y de quien habia recibido tantos y tan grandes beneficios, que la llama Plinio obra de los Escipiones, como si de nuevo la hubieran ellos fundado.

CAPÍTULO VIII.

Las embajadas de España, que vinieron á Escipion, y lo que proveyó ántes de comenzar la guerra.

Como la nueva de la venida de Escipion tenia llena á España de la fama de su grandeza, todas las ciudades amigas y confederadas del pueblo romano desde que desembarcó en Ampurias, le enviaban cada dia con toda diligencia sus embajadores: y él los recibia, y los oia y acariciaba benignamente remitiendo su despacho, para cuando hubiese llegado á Tarragona. Estaba á esta sazon la mayor parte de España suspensa con las mudanzas de la guerra, que los dos años atrás habia tenido mucha diversidad de sucesos, abatiendo una vez á los romanos, y levantándolos otras, con prosperidades, y daños de cartagineses: y ahora de nuevo con la venida de Escipion, y fama de su persona y grande ejército, esperaban mayores movimientos. Por esto, y porque muchos de los españoles habian titubeado en la amistad de los romanos, ó faltado del todo della, estaban tambien los embajadores de las ciudades con mucha duda y advertencia, esperando cuál seria su despacho. Mas bien seguro y sosegado estaba Escipion con su grandeza de ánimo, y con la confianza que sus virtudes escelentes le ponian: y así les respondió despues tan blandamente y con tanta dulzura, que aunque en todos causaba mucho respeto y opinion de reverencia y temor su grandeza: mas todavía junto con esto, sin soltársele jamás, como Tito Livio mucho encarece, sola una palabra, que diese olor de braveza ó ferocidad, con todas las que las hablaba, ganaba reputacion de magestad, y crédito que se le debiese dar en todo. Con esto partieron todos los embajadores, trocado ya su miedo en alegría, muy contentos, á derramar en sus ciudades la fama de la grandeza de Escipion y de su benignidad, mucho mayor en su opinion, que en pensamiento de ninguno habia podido ántes caber. «Que cuando los hombres reconociendo su «culpa, temen justamente la pena: si hallan en quien «los puede castigar, templada la severidad con cle«mencia, mucho se alegran: y cuanto mayor ha sido «el miedo del rigor que merecian, tanto mas placer «les causa la mansedumbre que se usa con ellos.»

Tambien se partió Escipion, luego que hubo despachado los embajadores de Tarragona, visitando las ciudades, que perseveraban en amistad del pueblo romano, y las estancias en que estaba invernando la gente de guerra, que de ántes habia acá, y juntando todos los soldados, les dió gracias de parte del senado y pueblo romano, y de la suya, alabándolos, y estimándolos en mucho, porque habiendo recibido dos golpes de fortuna uno tras otro, como fueron las muertes de su padre y tio, no desmayaron por eso, sino que les bastó el ánimo, para defender á España, y mantener el señorío de Roma en ella. Señaladamente, como Tito Livio lo refiere, alabó y honró mucho á Lucio Marcio, y lo tomó consigo en lugar muy principal, haciendo gran caso dél, y preciándolo mucho: «y dan«do así claro á entender. que una alta magnanimidad «nunca teme, que la gloria de nadie estorbe la mas «aventajada, que ella espera alcanzar.» A Junio Silano se le entregó el ejército que Claudio Neron habia tenido, para que tuviese cargo dél: y Escipion proveyó, como tambien la gente, que de nuevo él habia traido se repartiese en sus aposentos para pasar el invierno. Habiendo así visitado y proveido con mucha prudencia y presteza todo lo que convenia, se volvió á Tarragona. Y como los amigos de la parcialidad romana en España estaban alegres y muy llenos de buena esperanza, con la que el mucho valor de Escipion les ponia: así tambien habia llegado á los cartagineses su fama con tanto nombre y rumor de grandeza, que ya parecia adevinaban lo que habia de suceder: y estaban ya como amedrentados con solo el espanto de la fama de Escipion: y tanto mayor era su miedo, cuanto ménos causas pudieran dar dél, á quien se las preguntara.

Invernaban á la sazon los capitanes de los cartagineses bien apartados unos de otros: Asdrubal Gisgon en lo postrero del Andalucía, ácia Cádiz y sus comarcas: Magon léjos de la mar metido la tierra á dentro, desta parte del puerto del Muladar, en aquellos confines de oretanos y carpetanos. Asdrubal Barcino estaba mas cercano á Escipion, porque invernó á la costa de la mar entre Murvedre y Tortosa, dos ó tres jornadas de Tarragona. Así los reparte Tito Livio, mas muy diferentemente los pone Polibio, pues dice que Magon estaba cabe Cádiz en los pueblos que llaman Cúneos: y Asdrubal Gisgon mas adelante á la boca de Guadiana ácia Ayamonte y Lepe: y Asdrubal Barcino, que tenia cercada una ciudad en los carpentanos, cuyo nombre no señala: y esto parece mas verisimil, como presto será forzado entenderlo. Appiano Alejandrino pasa en general esto de los lugares donde estaban los capitanes cartagineses: mas señala el número de gente que tenia, que eran cada veinte mil hombres de pié y dos mil de caballo. Cuenta tambien cuatro capitanes y no tres: y si esto era así, lo cual no parece, podia ser que Masinisa no anduviese junto con su suegro Asdrubal Gisgon, como solia, sino que tuviese él tambien su ejército por sí, por alguna ocasion ó necesidad que á la sazon lo requería. Aunque tambien podia ser que Masanisa estuviese por estos dias en África á donde habia vuelto, como adelante verémos. Tambien dice Polibio, que Escipion invernó en unos pueblos llamados Ilotas, sin que podamos saber qué pueblos sean en aquellas comarcas: pues en ningun cosmógrafo hay mencion dellos, ni de otros que por aquella costa en el nombre les parezcan: porque los ileates pueblos españoles, eran en el Andalucía entre la boca de Guadalquivir y Tarifa. Ilergetes y laletanos habia por allí cerca de Tarragona, y puede ser que por algun nombre déstos esté en Polibio mentiroso aquel, como están muchos otros en los postreros libros deste autor (1).

Todo esto de la venida de Escipion en España, con lo que despues hemos contado, fué al principio del invierno en que andaba ya al cabo para cumplirse el año doscientos y nueve ántes del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, y tambien se acababa el consulado

(1) En el lib. 3. (2) En el lib. 3, cap. 3. Y Solino tambien lo dice.

(1) Florian en el lib. 2, cap. 38, y en el 3, cap. 7.

de Neyo Fulvio Centimalo y Publio Sulpicio Galba, que como hemos dicho son cónsules en él. Expresamente parece en Tito Livio como este año pasó todo esto: que se recibió en Roma la nueva de la victoria de Lucio Marcio, y se envió despues á Claudio Neron á España al principio del verano: y al fin dél por el poco efecto que Neron acá habia hecho, se proveyó viniese Escipion, y llegó acá á tal tiempo que no pudo hacer mas de mandar invernar la gente en los aposentos. Y deste año no hay otra cosa que pertenezca á esta historia, sino fuese que los romanos dieron sus premios á Merico el español, que como está dicho, habia sido de mucha parte con sus españoles, para que Marco Marcelo ganase la ciudad de Zaragoza en Sicilia (1). El premio de Merico fué una corona de oro que llevaba en la cabeza, yendo delante Marcelo el dia que entró en Roma con la ovacion: y á sus soldados españoles les dieron tierra y los heredaron en Sicilia, en los términos de la ciudad de Murgancio, la cual les venia muy á cuento á los españoles, por haber sido aquella ciudad fundada y poblada en su principio por gente española, como al principio desta corónica Florian lo ha contado (2).

CAPÍTULO IX.

El consejo que tomó Escipion para comenzar la guerra, determinando ir á cercar á Cartagena.

Aunque por aquellos dias que Escipion estaba en Tarragona, no comenzaba la guerra: mas no por eso estaba ocioso ni descansaba, que todo el tiempo gastaba en pensar lo que habia de hacer. Él solia decir muchas veces, que nunca estaba ménos ocioso que cuando estaba solo (3): y ahora pudiera bien decir, que nunca estuvo ménos ocioso que este invierno, que parece lo estaba. Fatigábale el cuidado de la guerra: y ahora cuando no le daba priesa, queria él muy despacio pensar cómo lo habia de tratar. Y lo que mas particularmente le aquejaba era el determinarse por dónde habia de entrar en la guerra pára bien comenzarla. Así dice Polibio, que Escipion escribió en una carta toda la razon deste su consejo á Filipo un su amigo, de donde él lo supo. Y fué desta manera. Casi todos los años pasados habian seguido su padre y tio esta órden, que invernando en Tarragona, al principio del verano bajaban al Andalucía, y trabajaban de extender y acrecentar por aquella parte el señorío y amistad de romanos. Escipion tenia puesto su pensamiento en cosas mayores; y en consideracion de graves inconvenientes que se las podian impedir: buscaba como allanándolos pudiesen pasar adelante sus altos deseos. Sobre todo la grandeza de su ánimo ensalzado no le consentia pensar en cosas pequeñas, sino que queria acometer de una vez alguna tan grande, que acabada aquella quedase muy poco por hacer. Esto, como dice Tito Livio, le parecia que alcanzaba, cuando así espantase á los enemigos al principio con alguna grande hazaña, que ellos de ahí adelante le tuviesen miedo, y todos los españoles entendiesen con qué fuerzas serian domados, si de su voluntad no se le sujetasen. No iba á parar en esto, ni podia llegar á tanto lo que muchos le aconsejaban: que pues los tres campos de los enemigos estaban apartados, que acometiesen al mas cercano. Mas á Escipion le parecia poco vencer un ejército: y lo mas cierto era que cuando viesen este peligro, todos tres se juntarian aunque mas en discordia estuviesen para excusarlo: y estando todos tres juntos, no podia Escipion tener seguridad de vencerlos, y estaba cierto el perder reputacion si no lo hiciese. Habiéndolo todo mucho pensado, se resolvió en comenzar luego la empresa mas brava que en todo lo de acá se podia imaginar: y la que nadie pudiera creer que acometiera. Ésta era cercar y combatir de improviso la ciudad de Cartagena, que era la mayor fortaleza y amparo de los cartagineses en España, y el mas firme fundamento que acá tenian de su señorío. La ciudad era de suyo fuerte, y teníanla sin esto bien fortificada. Era rica y populosa, y mucho mas principal por tenerla hecha los cartagineses como alcazar de su potencia, y como atarazana comun para todos sus aparatos de guerra. Allí tenian sus armas y toda su municion y aparejos para las armadas de mar, y todo su dinero, y todos los rehenes que toda la gente principal de España les tenia dados. Y cuanto mayor era el hecho, tanto mas agradaba á Escipion: y todo esto no era para él, como pudiera, causa de espanto, sino mayor encendimiento de su deseo. Movíale tambien la gran comodidad de aquel puerto, que bastaba con su anchura y seguridad para cualquier gran número de navíos que quisiesen meter en él: y el paso para África era de allí mas corto; y fuera dél no habia en toda aquella costa otro de donde una gruesa armada pudiese tener frontera con África.

Con esta determinacion, sin comunicarla con mas que solo Lelio, pasó Escipion el invierno; y entrando el verano comenzó á proveer lo que convenia para la ejecucion della. Era ya el año doscientos y ocho ántes del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo; y eran desde el principio dél cónsules en Roma, Marco Claudio Marcelo, el que ganó á Zaragoza de Sicilia, y Marco Valerio Levino, que en Grecia habia hecho buenas cosas en la guerra que allí los romanos tenian en este tiempo con el rey Filipo.

Escipion aparejaba con mucha diligencia la guerra: mandando echar sus galeras al agua: y á ellas y á las naves de carga de los confederados de mar, mandó, que se saliesen á la boca del rio Ebro en la playa de Tortosa, y que se juntase en Tarragona toda la gente de guerra, que los amigos y confederados de la república romana habian de dar para la jornada deste año. Tambien mandó, que se juntasen á la boca del rio Ebro las legiones, que estaban repartidas invernando: y él con solos cinco mil de los españoles confederados, que escogió como para su guarda, sin llevar otra ninguna gente de romanos, para mostrar la confianza que dellos hacia, y en cuanto estimaba su lealtad, se partió de Tarrogona á Tortosa, donde estaba ya junto todo el campo. Y pareciéndole Escipion que debia animar á toda su gente, y principalmente hablar á los soldados viejos que halló acá en España; habiéndolos mandado juntar á parlamento, les dijo: como era venido á España con mayor voluntad, por entender la buena que le tenia el ejército romano como herencia de su padre, y que habia de tratar la guerra con pensamientos dignos de sus pasados, para que nadie sintiese la falta dellos. Que solamente les pedia favoreciesen el nombre de los Escipiones y la casta de sus capitanes: y que animándose con los buenos sucesos que ya Roma comenzaba á tener en esta guerra, procurasen acrecentar sus vic-

(1) Florian en el lib. 5, cap. 40. (2) En el lib. 1, cap. 30, y en el lib. 2, cap. 12. (3) Plutarco en los Apophtegmas.

torias. Acabando de hablar Escipion, aunque los soldados viejos no mostraron con palabras cuanto les habia sido agradable la plática de su capitan: mas mostraron bien en el alegría de sus semblantes, y en el rumor regocijado que entre sí levantaron, con cuán buen ánimo harian lo que se les mandaba, y cuanto valdria para hacerlo mejor el mandárselo Escipion.

CAPÍTULO X.

Escipion cercó á Cartagena por mar y por tierra, y la tomó en el primer combate.

Encendidos los ánimos de los soldados con esta plática, y dejando á Junio Silano con tres mil hombres para la guarda de aquella tierra de Ebro allá: Escipion con el resto del ejército, que eran veinte y cinco mil de pié y dos mil y quinientos caballos, pasó el rio Ebro, y comenzó á caminar á Cartagena. En este ejército iba gran número de españoles, pues por lo ménos eran los cinco mil de la guarda de Escipion, que atrás decíamos, y así tendrán tambien los nuestros su parte en este gran hecho, como los romanos.

Nadie sabia adonde iba Escipion, sino solo Lelio, al cual mandó ir en la armada, y que con buena disimulacion navegase tan despacio, que á un mismo tiempo Escipion llegase por tierra á la ciudad con su ejército, y él entrase en el puerto con el armada. El camino de Escipion por fuerza hubo de ser la tierra adentro apartado de la costa, así por ser éste el mas derecho, como por disimular mejor su intento, y excusar de encontrarse con Asdrubal Barcino, si acaso, como hemos dicho, estaba en aquella marina. Aunque ya aquí parece claro, que el repartimiento que hizo Polibio de los capitanes cartagineses, como arriba decíamos, es mas cierto y verdadero. Porque si, como Tito Livio dice, Asdrubal Barcino estuviera en la costa de la mar, cerca de Monvedre, estaba junto al camino que Escipion por fuerza habia de hacer en esta jornada: y así entendiendo fácilmente donde iba, ó saliera á impedirle el camino, ó le siguiera para estorbarle el fin dél. Y no vale pensar, que por tener poca gente no se osó aventurarar: pues no era de un tal capitan dejar pasar tan libremente á su enemigo por tan cerca de donde él estaba, sin hacer ningun movimiento entónces ni despues, cuando ya Cartagena estaba cercada. El estar mas léjos en el reino de Toledo, como Polibio dice, le estorbó el moverse con saber tarde la nueva de la jornada de Escipion, y no esperar que podia llegar á tiempo de estorbarle en ella. Porque tambien Escipion podia encubrir bien su propósito, sin que sus soldados ni los enemigos se lo entendiesen; pudiendo los unos y los otros fácilmente creer que bajaba al Andalucía, como los otros capitanes los años pasados solian; pues el camino que habia de llevar para allá y para Cartagena era casi todo uno. Cuanto mas que estaba tan léjos del pensamiento de todos, que Escipion se atreviese á cercar en aquel tiempo á Cartagena, que nadie podia atinar que fuese para allá la jornada. Y estaban tan seguros y descuidados desto los enemigos, que, segun dice Polibio, habia tenido aviso Escipion que no habia en Cartagena mas de mil hombres de guerra para guarda de su alcázar; y que éste fué uno de los mayores motivos que tuvo para determinarse en quererla acometer. Mas Tito Livio refiriendo diversas opiniones de historiadores romanos, la ménos gente que dice que habia en Cartagena eran dos mil soldados, y otros dicen siete, y otros diez mil. El capitan que defendia la ciudad, unos dicen que era Armen, y otros que Magon. Paulo Orosio (1): y Eutropio expresamente dicen que era Magon el Barcino, hermano de Anibal; y Appiano que no era él. Y en tanta discordia de los autores antiguos, no espere nadie que se pueda esto enteramente averiguar. Pasaremos con Tito Livio, que llama siempre este capitan Magon, dando por muy cierto que no era el Barcino hermano de Anibal, sino otro que tenia este nombre. Porque en todo lo siguiente cuentan todos los autores cosas del Barcino, que muestran claro como no pudo ser cautivo ahora en Cartagena. Llegó al fin Escipion á ella en siete jornadas, como Tito Livio refiere, que fué harta priesa para caminar un ejército por lo ménos cuarenta leguas; y Lelio llegó tambien á la par con el armada: y en el mismo punto se le puso cerco por mar y por tierra á la ciudad; y el real se asentó por aquella parte que está mas al septentrion.

Cartagena está situada en un cerro no muy alto, que por el un lado lo baña la mar, con lo que ahora llaman el Albufera, y del otro lo ciñe su puerto, que es uno de los mejores del mundo, como se parece bien en lo que deja mostrado Florian en su descripcion (2), y en lo que todos los autores antiguos tanto celebran: y en que habiendo Virgilio (3) poeta prudentísimo, de representar en su obra un puerto, el mejor que con la imaginacion se pudiese fabricar, tomó el retrato del de Cartagena, porque halló en él todo lo bueno que el pensamiento, buscando con mucho cuidado, podia descubrir. Por el lado por donde se junta con la tierra tiene una montaña con tres cerros diferentes, que al uno llamaban aquel tiempo Festo, y al otro Aleto, y al otro Crono. Aleto llamaron aquel collado, por haber tenido el mismo nombre el que halló las minas de plata y de los otros metales en aquellas montañas; y en memoria deste beneficio lo reverenciaban por dios, segun la vanidad y supersticion de entónces, y le consagraron aquella parte de la sierra. Todo esto dice Polibio, añadiendo que habia como testigo de vista en el sitio de Cartagena, habiéndola ido á ver por poderla mejor describir. Y en su lugar se verá cuando estuvo acá Polibio.

Dentro de la ciudad, como en Tito Livio tambien parece, habia otro cerro, que llamaban Mercurio Teutate (4). Porque debian tener allí algun templo consagrado á este dios, donde se le sacrificaba matando hombres en lugar de reses, que eso denota el apellido de Teutate, segun que los cartagineses eran acostumbrados á la abominable fiereza de tales sacrificios, como tambien los usaban ya por su inducimiento algunos de nuestros españoles en aquellos miserables tiempos de gran ceguedad en la verdadera religion. Otro collado, que estaba mas al oriente dentro de la ciudad, se llama Esculapio (5) por el templo que allí estaba consagrado á este dios, á quien los gentiles tuvieron por presidente de la salud

(1) Paulo Orosio en el libro 4, cap. 18, y Eutropio en el lib. 3. (2) En el lib 4, cap. 17. (3) En el lib 1 de la Eneida. (4) Lucano en el lib. 1. Julio César en el lib. 6, de la guerra de Francia. Tertuliano en el Apologético, y Lactancio Firmiano en el lib. 1, cap. 6. (5) Florian en el lib. 2, cap. 17, y c. 42.

creyendo habia hallado la medicina. (1). Por el otro lado de la ciudad de la otra parte del puerto hay una gran laguna, llamada ahora el Albufera, que aunque siempre tiene agua, mas con la creciente de la mar recibe mucha mas, y la vuelve á dejar con la menguante. Que aunque Cartagena está en el Mediterráneo, todavía por la vecindad del Océano se sienten allí las crecientes, como tambien se ven en toda la costa de allí abajo hasta el estrecho de Gibraltar. Con esta laguna y con el puerto, todo el sitio de la ciudad queda casi como isla, pues solamente está pegada con la tierra por la parte septentrional de la montaña, y como una punta se entra lo demás por el agua. Mudado está ahora harto este sitio: porque con no tener la ciudad aun mil casas, está recogida en un pequeño rincon ácia la laguna, y tiene la fortaleza algo apartada en lo alto: que allí la labró el rey don Alonso el Sabio muchos siglos despues, cuando la ganó de los moros. Y del sitio de la ciudad no será menester decir aquí mas, pues Florian lo dejó ya dicho tan cumplidamente, cuando trató de su fundacion (2).

Llegado, pues, Escipion una mañana á Cartagena, en un momento la tuvo cercada por mar y por tierra: y poniendo su real por la parte del septentrion en la falda de la montaña, mandólo fortalecer con lo ordinario de foso y vallado por las espaldas y por los lados, dejándolo abierto y sin reparos por la parte que miraba á la ciudad. Esto hizo así, ó porque el mismo sitio defendia el real por aquella parte, ó porque quiso espantar los enemigos con aquella bravera, ó porque en los combates, si fuese menester, quiso tener libre la salida del socorro, y el retirarse hasta dentro de su real con concierto. Tambien entró en la mar, y andando por toda la flota, hizo ponerse en órden de batalla todos los navíos, para que por allí juntamente estuviese á punto el acometimiento: y particularmente mandó á Lelio y á todos los capitanes de la mar, que velasen de noche el armada con gran diligencia: porque no dudaba sino que el enemigo luego al principio, ántes que se viese mas apretado, cualquier cosa acometeria. Vuelto Escipion de las naves al real, juntó sus capitanes y los principales de los soldados, para darles la razon de su consejo, que habia tomado para comenzar la guerra por el combate de aquella ciudad. Pedíales tras esto, que no se engañasen en pensar que los traia á ganar sola una ciudad, sino á conquistar toda España en ella. Que allí estaban todos los rehenes con que se compraria el amistad de todos los principales de los españoles y sus ciudades, dándoselos liberalmente á sus padres y deudos: que allí estaba toda la municion y todo el dinero de los cartagines: lo cual todo perderian ellos, y los romanos ganándolo, quedarian mas poderosos, para continuar la guerra, y los enemigos mas faltos y desproveidos para la defensa Esta ciudad, decia Escipion, es su alcazar, ésta su puerto, ésta su atarazana y guarda de su tesoro: y pues os veo con tan buenos ánimos, subamos con vuestra buena ventura á tomar con Cartagena á toda España. Todo el ejército respondió en alta voz con grande alegría, que esto era lo mejor: y viéndolos con este hervor, les manda luego Escipion sin mas detenimiento que vayan con toda furia á comenzar por mar y por tierra el combate.

(1) En el lib. 5, cap. 8. (2) En el lib. 4, cap. 17.

Magon que entendia la priesa con que esto se le aparejaba, por todas partes repartió su gente desta manera. Puso dos mil de los naturales de la misma ciudad, que peleasen por aquella parte, que estaba frontera del real de los romanos. El alcazar, que estaba á un lado ácia el occidente en sitio muy alto, mandó que lo guardasen quinientos soldados: y otros tantos mandó poner en aquel collado que miraba ácia el oriente y lo llamaban Esculapio. Toda la otra gente, que era mucha, dejó como sobresaliente, para que acudiesen adonde la mayor necesidad los llamase. Mandó luego abrir la puerta de la ciudad, que estaba frontero del real de Escipion, y salir por ella con muestra de mucho esfuerzo y ferocidad los dos mil hombres que estaban por aquella parte. Los romanos se retiraron con buen órden un poco, porque así se lo habia mandado Escipion: para que trabándose la pelea mas cerca del real, mas brevemente se pudiese enviar gente de refresco en su ayuda. Y al principio aquellos españoles de Cartagena cargaron tanto á los romanos, que manifiestamente los vencian. Mas valiendo el buen ardid de Escipion, y saliendo siempre de nuevo gente del real para ayuda de los suyos, no solamente hicieron volver las espaldas á los enemigos, sino que los fuéron siguiendo con tanto ardor, que si Escipion no mandara hacer señal de retirarse, parecia que los romanos no pararan, hasta entrarse por la ciudad, mezclados con los que iban siguiendo. Huian con temor los que habian salido á pelear de la ciudad, mas alcanzaba la mayor parte del miedo á los que habian quedado dentro en ella. Muchos dejaron con la turbacion y con el miedo el lugar que guardaban, y quedábanse los muros desamparados, sin haber quien los defendiese.

Escipion tomó mucho ánimo con ver tan poco en la ciudad, y para no dejar pasar esta buena ocasion, miró mas atentamente al collado que llamaban Mercurio Teutate. En aquel collado puso los ojos, entendiendo que muchas partes del muro estaban por allí desamparadas, sin haber quién las defendiese. Por esto mandó luego, como dice Appiano, que con mucha presteza todos juntos los soldados saliesen del real, y trujesen escalas, y comenzasen con grande ímpetu el combate. Tambien mandó que se asentasen cerca del muro las torres de madera, que usaban los romanos en semejantes combates, porque pudiesen desde allí tirar de mas cerca á los enemigos, y de lugar alto, para que la fuerza de los tiros fuese mayor. No cuenta ningun autor en particular qué lugar tuvieron ni lo que hicieron en este combate nuestros españoles que estaban con Escipion: mas bien se deja considerar que Escipion los pondria en buena parte de lo mas peligroso, pues trataba de mostrarles como confiaba dellos, y puestos allí, es bien creible que hicieron lo que bastó para darle á entender qué no se engañaba en hacer dellos tal confianza. Y por mostrar Escipion á los suyos con su esfuerzo que tal lo habian de tener, porque ya caia de los muros gran lluvia de saetas, y piedras, y todo género de armas que los enemigos arrojaban: cubierto con tres escudos, con que tres valientes mancebos le iban amparando: se fué á poner muy cerca del muro. Desde allí amonestaba á unos, mandaba á otros segun que convenia: y lo que importaba mas que todo, para encender los ánimos de los soldados, estaba mirando muy de cerca, y siendo buen juez y testigo del buen esfuerzo ó cobardía con que cada uno peleaba. Con

esto los romanos, incitándolos la presencia de su general, sin ningun pavor se arrojan en el mayor peligro de ser muertos y heridos, sin que los pueda detener que no suban con ímpetu, ni la altura de los muros, ni la muchedumbre de gente armada que de encima los defendia. Al mismo tiempo comenzó tambien Lelio por la mar el combate, aunque por allí no habia tanta furia, con haber mas vocería y alboroto. En llegar los navíos á tierra, en sacar las escalas, y en salir la gente por donde mas presto podia, unos á otros se impedian con su misma priesa y porfía. Ya entónces tenia Magon todo el muro lleno de gente, que tenian gran multitud de piedras y saetas. Mas ni los hombres, ni su buen esfuerzo y diligencia no defendian tanto la ciudad, como el altura de sus muros (1). Muy pocas escalas alcanzaban á lo mas alto dellos, y las mas largas eran mas flacas, y por eso las derribaban mas fácilmente dende arriba: y sin esto se quebraban con el peso de las personas y de las armas de muchos, que unos tras otros subian. Pues como las escalas y los que subian por ellas cayesen harto espesos, y con este buen suceso creciese la osadía y denuedo á los de dentro, Escipion mandó tocar á recogerse los suyos: y los de la ciudad quedaron con esperanza, no solo de descansar en la gran fatiga de aquel dia, sino tambien de que la ciudad no se podia tomar á escala vista ni por combate: y que si de otra manera la acometiesen, se habia de gastar mucho tiempo en el cerco, y entre tanto podrian los otros capitanes cartagineses venir á socorrerlos. Mas no habia bien cesado este peligro, de que ya se tenian por seguros, cuando Escipion manda que queden en el real los heridos y cansados, y tomen las escalas otros, que vayan muy feroces de refresco á llegarlas á la ciudad con mayor denuedo.

Tenia tambien Escipion en la laguna en muchas barcas pescadores que habia traido consigo de Tarragona, para que como hombres mas diestros y esperimentados en esto, tentando á veces con las barcas y á veces vadeando, tuviesen gran cuenta cuando comenzase á descrecer la mar, y dejar bajos junto á los muros. A este punto le avisaron estos españoles, como la baja mar comenzaba, y que de ahí adelante iria menguando mas (2). Así proveyó luego los que habian de pasarse á comenzar tambien por aquella parte el combate. Llegábase ya el mediodia en que la mar habia de ir siempre descreciendo, y ayudaba á la menguante un bravo cierzo que se habia levantado, y soplando de tierra echaba con mayor furia á la mar el agua que de su gana ya se volvia á él: y dejaba tan descubierto lo que del Albufera bate en el muro, que habiendo ántes poco ménos de un estado de agua, ahora en unas partes no pasaba de la cintura y en otras aun no llegaba á la rodilla. Advertido bien desto Escipion, animaba con grandes voces á los suyos, llamándolos para comenzar por allí de nuevo el combate. Y con deseo de hallarse con ellos en este peligro, fué el primero, como dice Appiano, que asió de las escalas que por allí se habian de llevar con ánimo de subir tambien el primero por ellas. No se lo consintieron sus capitanes, prometiéndole que no haria falta allá su persona, la cual no habian de sufrir que se pusiese en tanta aventura. Con esto comenzaron luego á entrar con mucha furia por la laguna: mas pasaban gran fatiga así en llegar donde querian, como despues de llegados en el combate. Iban cargados con las armas y con las escalas caminaban por el agua, y los cartagineses los herian dende lo alto sin resistencia. Y ya que escapados destos peligros llegaban al muro con un seno que por allí hacia daba lugar á los que de encima dél peleaban, que pudiesen herir á los romanos por los lados y aun por las espaldas, cuando se pudiesen defender de los que delante sí tenian. Mas por otra parte mas desviada désta tuvieron los romanos libre y desembarazada la entrada en la laguna, y sin revés la subida en los muros; por no estar por allí altos ni fortificados, asegurando mucho por allí la mar y la fortaleza del sitio. Con esto no habia allí gente que los defendiese, por andar tambien todos atentos á socorrer donde parecia el peligro mayor. Entrados pues, muchos de los romanos sin ningun contraste por aquí, vanse con mucha presteza por el muro adelante hácia aquella puerta de la ciudad donde el combate era mas recio y mas porfiado. Hallaron tan embebecidos en él no solo con los ánimos y con las manos, sino tambien con los ojos y con los oidos á los de Cartagena que peleaban, que ninguno sintió que era tomada la ciudad por la otra parte, hasta que se sintieron herir por las espaldas de los romanos que ya llegaban por los muros. Este mal tan súbito y no pensado, como en particular dice Appiano Alejandrino, les causó un increible temor á los de la ciudad. Y acrecentó mucho esta turbacion, que siendo Escipion avisado como los suyos por allí habian subido, mandó que sobre el muro comenzasen á tocar las trompetas y bocinas romanas con muestra de alegría, y con ocasion de grande espanto y desmayo para los enemigos. Desatinados pues todos con este súbito temor, desamparaban la defensa de los muros para pelear con los de dentro: y así los romanos defuera tuvieron lugar de subir ellos tambien por allí, y saltando en la ciudad romper la puerta con mucha presteza por donde entró Escipion y mucha parte de los suyos. Los que habian subido primero por el muro se comenzaron luego á esparcir por la ciudad matando y robando: mas los que entraron por la puerta con Escipion peleaban todavía con un escuadron de los enemigos que bien en órden les resistia, y se fué deteniendo en su ser hasta llegar á la plaza donde ya en campo abierto fueron desbaratados, y se pusieron en hui[da] unos ácia el collado de Mercurio, para juntarse co[n] otros quinientos hombres enteros y en buen órden [que] allí se habian hecho fuertes: y otros hácia el alca[zar] donde se habia recogido Magon con todos los mas [que] le pudieron seguir. Escipion envió quien combatiese [el] collado, y él con los demás se fué á combatir el alcazar. El collado se tomó luego: y Magon habiendo [co]menzado á querer defenderse, cuando vió toda la ci[u]dad perdida con toda su esperanza, entregó el alca[zar] y rindió su persona y todas las de los suyos.

Hasta este punto que se dió el alcazar duró la cru[el]dad de la matanza en la ciudad, sin que tomasen [a] vida sino á solos niños y mujeres. Mas entónces [...] mandó Escipion que cesase el matar, y así comen[za]ron á robar y cautivar los soldados, sin tener ya o[tro] cuidado sino de concluir la guerra con la satisfac[cion] de su codicia. Ninguna memoria hay de nuestros es[pa]ñoles que con Escipion venian, con ser cosa clara [que] en todo se mostrarian tales que mereciesen no ser [ol]vidados. Sino que los historiadores romanos atentos [a] sus cosas, pasan sin ningun cuidado por las de [los] otros.

(1) Polibio. Tito Livio. (2) Polibio. Tito Livio.

CAPÍTULO XI.

La gran presa que se tomó en Cartagena, y como premió Escipion á los que primero entraron en ella.

La presa que se hubo en Cartagena fué tan grande como la grandeza y magnificencia de la ciudad: y como habia sido tambien grande el cuidado de encerrar allí los cartagineses toda su riqueza y poderío. Y como refieren Tito Livio, Polibio y Appiano Alejandrino, se tomaron cautivos diez mil hombres sin las mujeres y niños: todos los que dellos entendió Escipion eran ciudadanos y naturales de Cartagena, les dió luego libertad y la ciudad para que la morasen y gozasen de sus haciendas como ántes las tenian. Halláronse dos mil oficiales de armas y aparejos de flotas, y éstos mandó Escipion que fuesen cautivos públicos del pueblo romano, y prometióles se les daria presto libertad, si sirviesen fielmente y con diligencia á la república en las cosas de su arte que para la guerra fuese menester. Toda la multitud de mancebos y esclavos valientes que se tomó en los cautivos, puso al remo para tener mejor armadas sus galeras. Fuera destos diez mil cautivos se tomaron en la ciudad todos los rehenes, que los españoles principales tenian dados á los cartagineses. Éstos estimó Escipion en mucho, teniéndolos por bastante precio para comprar con ellos el amistad de toda España: y así mandó tenerles tanto respeto, y tratarlos y proveerlos con tanto cuidado como si fueran hijos de amigos y confederados del pueblo romano. Hallóse tambien en Cartagena grandísimo aparato de guerra y mucha municion. Ciento y veinte trabucos grandes, que entónces llamaban catapultas, y otros doscientos y ochenta menores: y de todos los otros géneros de máquinas para tirar, y de saetas y lanzas una gran multitud. Ganáronse setenta y cuatro banderas: y el oro y plata que se trujo á Escipion, por la parte que á la república pertenecia, tambien era gran suma. Doscientas y setenta y seis copas de oro, que casi todas pesaban á marco y medio: y en moneda amonedada de plata se hubo valor de mas que ciento y ochenta mil ducados, y sin esto los vasos de plata eran infinitos. Todo esto se entregó por peso y por cuenta á Gayo Flaminio el cuestor del pueblo romano, que traia consigo Escipion. Lo que se halló de todas provisiones fué mucho, y en el puerto se tomaron sesenta y tres naves de carga llenas de mantenimientos y de todo aparejo para hacer armadas: y al fin fué tanta la riqueza que se hubo en este saco, que comparada con ella fué la menor parte de la presa la ciudad de Cartagena. Y cierto hace mucha maravilla lo mucho que cuentan desto los historiadores de aquellos tiempos, pero mas espanta la diversidad en el contarlo todo. Hay primero gran diversidad en el tiempo que tardó Escipion en ganar á Cartagena. En Tito Livio parece que el dia que llega Escipion ó la ciudad la toma: ó cuando nos pareciese que el asentar el real, visitar el armada y aparejar lo demas ocupó todo aquel dia, el siguiente sin duda se toma la ciudad. Lucio Floro en su historia especifica mas, y afirma que fué tomada el mismo dia que cercada (1). Plinio tambien dice espresamente que el mismo dia que llegó Escipion á Cartagena la tomó (2): y Polibio que el siguiente. Appiano Alejandrino dice fué tomada la ciudad en un dia, mas que era el cuarto despues que Escipion la cercó: y conforme á este detenimiento cuenta los aparejos de máquinas que Escipion hizo para el combate: y en otras cosas hay allí tambien alguna diversidad. En señalar asimismo los cargos de los capitanes hay mucha discordia entre los autores. Unos dicen que Gayo Lelio tuvo cargo del armada en la mar, otros que Junio Silano. De la diversidad que tambien hay en el nombrar al capitan cartaginés que defendia la ciudad, y del número de gente que tenia, ya atrás se dijo cuan poco concuerdan los autores. Tampoco hay concordar en el número de las naves que se tomaron, ni el oro y plata que le cupo á la república del saco, ni el número de los rehenes. Y tambien hay quien cuente no ménos que veinte y cinco mil cautivos. Mas dejemos esto para que cada uno crea lo que mejor le pareciere, con advertencia, que lo mediado podrá ser mas conforme con la verdad en todo, porque sigamos la historia sin estos detenimientos.

Tomada la ciudad y acabado el saco, Escipion mandó á Lelio que con los confederados de mar guardase aquella noche la ciudad, mandando tambien volver al real las legiones, para que los soldados descansasen, como lo habian bien menester, por haber trabajado aquel dia de todas las maneras que en la guerra se acostumbra. Habian peleado en batalla, habian combatido la ciudad con mucho peligro y entrádola con grande afan, y peleado despues por el alcázar en lugar muy angosto y trabajoso.

Otro dia de mañana mandando Escipion juntar todos los soldados y confederados de mar, dió primero muchas gracias á los dioses, que no solamente le habian hecho señor en un dia de la mas rica y populosa ciudad de toda España, sino que tambien habian proveido ántes, que se juntase y encerrase allí casi toda la riqueza de los cartagineses, para que él gozase mayor despojo, y los enemigos quedasen con mayor pérdida mas lastimados. Despues desto alabó el esfuerzo y constancia de sus soldados, que no se espantaron con salir los enemigos tan denodadamente á la pelea, ni con las grandes dificultades que por mar y por tierra se ofrecieron en el combate. Y aunque á todos decia se debe tanto como digo y mucho mas que no se puede bien decir: mas todavía se ha de dar la honra mas principal con la corona debida al que primero de todos subió en el muro. Por tanto declárese quien le parece ser digno deste don, que yo estoy aparejado para dárselo con toda la honra que merece. Salieron dos soldados á esta demanda, Quinto Trebelio, Centurion de la legion cuarta, y Sexto Digicio confederado de mar. Y no pedian ellos dos la corona mural con tanta porfía como era la que se encendia generalmente entre los soldados de tierra y confederados de mar: favoreciendo cada uno al de su parte, y pretendiendo con aficion harto alterada aquella honra para todo su bando. Lelio como capitan del armada favorecia á los confederados de mar: y Marco Sempronio Tuditano bandeaba las legiones. Mas entendiendo Escipion que esta contienda llegaba ya á mucho alboroto, dijo en público para sosegarlo: que él daria tres jueces los cuales oidas las partes y examinados llanamente los testigos, sentenciasen cuál de los dos entró primero en Cartagena. Y eligió por los dos jueces primeros, á los dos abogados de las partes Lelio y Tuditano, y puso como de por medio el tercero á Publio Cornelio Caudino: mandándoles que comenzasen luego á oir las partes y determinar aquello

(1) En el lib. 2, c. 6. (2) En el libro de los Claros Varones cap. 49.

diferencia. La contienda se comenzó luego á encender mas bravamente que ántes ardia. Porque Lelio y Tuditano, cuando favorecian las partes procurando cada uno esta tan grande honra para la suya: con su autoridad templaban la pasion en los ánimos de todos: y todos se sosegaban fácilmente de ambas partes, viendo como bastaba cada uno de los dos para pretender y alcanzar mejor que ellos lo que se deseaba. Mas ahora que como jueces trataban el negocio, no habia quien enfrenase los deseos, y así corrian desapoderados do su indignacion y su codicia los incitaba. Lelio que sintió qué vivo andaba el fuego, dejada la consulta que con los otros dos jueces tenia, se fué á Escipion, que aun estaba en su tribunal, y le avisó como aquella contienda se trataba con demasiada pasion: y que llegaban ya los unos y los otros muy cerca de venir á las manos. Y que esto le venia á decir no solo por su parte, sino tambien por parecer de Caudino y Tuditano. Agradeciendo Escipion á Lelio el aviso, mandó juntar toda la gente de guerra á parlamento delante su tribunal: y allí en presencia de todos dió la sentencia, diciendo que á él le constaba por cosa cierta y manifiesta que Quinto Trebelio y Sexto Digicio subieron á la par en el muro cada uno por su parte, y que por esto daba á entrambos igualmente la corona mural, como á personas que la habian bien merecido con igual esfuerzo y valentía. Con esto quedaron todos apaciguados y contentos: y mas porque luego premió á muchos otros conforme á su merecimiento, y al esfuerzo que en el combate de la ciudad habian mostrado. Entre todos fueron mas aventajados los premios de Lelio capitan del armada. Alabólo primero altamente, atribuyéndole tanta parte de la gloria en toda la hazaña, como á él mismo le podia caber. Despues desto le dió una corona de oro y treinta bueyes, para que hiciese un sacrificio muy suntuoso, y se diese á entender á todo el ejército cuan aventajada habia recibido Lelio la merced de los dioses, pues tan señaladas gracias les hacia. Grande era el artificio de Escipion en calificar y engrandecer á Lelio por muchas maneras, para que con mas autoridad le sirviese en la guerra. Pero esto y mucho mas merecia su valor; y su modestia y poco deseo de querer ser alabado acrecentaba mucho en el merecimiento. «Que no hay sin duda cosa mas amable, ni que con «mayor aficion favorezcan todos, que la templanza «del ánimo en el apetito de gloria, y ordinariamente «en los grandes hechos que la atribuyen los hombres «mas entera al que mereciéndola mas, ménos parece «procurarla.» Y era muy propio de Lelio poner todo su cuidado en acabar valerosamente las grandes empresas, y ninguno en buscar la gloria dellas.

CAPÍTULO XII.

Lo que hizo Escipion de los rehenes que tomó en Cartagena, y como se hubo con la mujer de Mandonio, y con la esposa de Alucio.

Bien habian ya sentido los españoles el gran poderío de las armas de Escipion, y su mucho esfuerzo en la guerra, que un dia solo se lo habia bien enseñado: de aquí adelante le experimentarán ya mayor y mas poderoso con sus grandes virtudes, que harán mayor guerra y sujecion en los ánimos de todos. Y para comenzar á guerrear desta manera, mandó traer delante sí todos los rehenes que se habian tomado en Cartagena, que como todos escriben pasaban de trescientas personas nobles de las mas ciudades de España, que los habian entregado á los cartagineses para asegurarlos de su fidelidad. Teniéndolos delante Escipion, y mirándolos con rostro alegre, en que se descubria ya la mansedumbre y benignidad con que los habia de tratar: primero, como cuenta Polibio, se regocijó mucho con los niños que entre ellos habia, y allegándolos á sí, y acariciándolos con todo regalo, les prometia que muy presto irian á ver á sus padres: y despues habló á todos juntos desta manera.

Debeis, nobles españoles, tener buen ánimo, y estar todos muy contentos por haber venido en poder de los romanos, gente que con gran perseverancia ha siempre querido mas obligar los hombres con beneficios, que no espantarlos con temor, y tener allegadas á sí las provincias extrañas mas con amor y lealtad, que no cautivas en vil servidumbre. Y si de mi padre y tio no se ha aprendido esto del todo, como fuera razon, yo soy venido para mas enteramente enseñarlo. Y cada uno tome hoy de mí la prenda desta palabra, para esperar de aquí adelante todo lo que le pluguiere de fé y lealtad, de liberalidad y clemencia: y yo haré que mis obras satisfagan bien su esperanza. Y en esto pondré mas cuidado, que ninguna fuerza ni rigor que la guerra me pidiere.

Luego mandó hacer una lista así de los rehenes, como de los cautivos principales, señalando de qué ciudad era cada uno: y mandólas luego avisar, para que enviase cada uno personas á quien se entregasen sus naturales: y á los embajadores de algunas, que estaban presentes, les hizo allí entregar libremente los suyos. Entre los otros rehenes estaban las mujeres y hijos de Indibil y Mandonio, que eran aquellos grandes señores en Cataluña, de quien tanto atrás se ha dicho, y tambien de Edesco, otro señor principal en España. Éstos todos mandó se guardasen, porque con ellos pensaba ganar las voluntades de sus padres y maridos, que andaban siempre con los cartagineses en sus ejércitos. Y á éstos, y á los demás que quedaban mandó á Flaminio, su cuestor, y á otros con él, que los tratasen honradamente en todo; y á todos, conforme á la edad y merecimiento de cada uno, les dió muchos dones, así de lo que él tenia, como de lo que se habia tomado en el despojo. A los mancebos, dice Polibio, que dió espadas y otras armas, y á los niños bronchas de oro y otros atavíos.

Estando así Escipion proveyendo esto, dice Tito Livio y Polibio, que una matrona de mucha edad, muy autorizada y venerable en el semblante, que era la mujer de Mandonio, se salió de entre los otros rehenes, con algunas doncellas de poca edad y mucha hermosura, que la seguian: y con rostro lloroso y honesto denuedo, que acrecentaba mucho en su gravedad, se echó á los piés de Escipion, y le comenzó á suplicar y pedirle con gran ahinco, que encomendase mucho á los que daba aquel cargo, mirasen con gran cuidado por las mujeres que allí se hallaban. Escipion entendió que le pedia el buen tratamiento en la comida y en lo demás semejante á esto, y así levantándola con mucha mesura, le dijo que tuviese por cierto que no les faltaria nada de lo necesario. Mandó luego, como el mismo autor prosigue, llamar á los que habian tenido cargo hasta entónces por su mandado de los rehenes, reprehendiéndoles el poco cuidado que habian tenido de proveherlos, el cual se parecia bien en la justa queja de aquella señora. Ella entónces, entendiendo ya el error de Escipion, le volvió á decir. No es eso, se-

ñor, lo que te pido, ni me fatiga nada de eso que me certificas no nos ha de faltar. «Porque ¿ qué no basta «para el estado miserable en que nos hallamos?» Otro miedo mayor me congoja, mirando la edad y hermosura destas doncellas, que á mí ya mi vejez me ha sacado del peligro mayor que las mujeres pueden tener en su honra. Y diciendo esto, señalaba dos hijas de Indibil, sobrinas de su marido, y otras doncellas nobles, que estaban con ella y la acataban todas como á madre. Entónces Escipion, entendida ya bien su congoja, se enterneció tanto, que refiere Polibio se le saltaron las lágrimas, con lástima de ver así afligida tanta virtud en personas tan principales: y luego le respondió desta manera. Por solo lo que debo á mí mismo en toda honestidad y comedimiento, y al buen gobierno, que el pueblo romano quiere que haya en todo, hiciera señora, lo que me pides, para que de ninguna manera fuésedes ofendidas. Mas ahora ya no tomaré este cuidado mas entero por solos estos respetos, sino por lo mucho que me obliga vuestra virtud excelente, que puestas en tanta desventura de vuestro cautiverio, aun no os habeis olvidado de la principal parte de honra que una mujer debe zelar. Luego las encomendó mas paricularmente á un caballero anciano y de gran virtud, encargándole con mucho cuidado las tratase en todo con tanto acatamiento y reverencia, como si fueran mujeres y hijas de gente principal, amiga y confederada con el pueblo romano (1). ¿ Quién no estimará aquí en mucho la nobleza y benignidad de Escipion, si considerare que Mandonio, marido de esta matrona, y Indibil, su hermano, padre de las dos doncellas, habian sido tan crueles enemigos de su padre y tio, que fueron mucha parte en la muerte de ambos, así en procurarla, como en ejecutarla y hallarse en ella?

Poco despues desto llegaron unos soldados á Escipion con una doncella que habian tomado cautiva, y les habiá parecido traerla luego á su general por su gran hermosura, la cual era tan extremada, que por do pasaba todos estaban atónitos mirándola, y de todo el ejército, concurrian á verla con mucho espanto y maravilla (2). Tambien se la traian, porque conociéndole sus soldados aficionado á mujeres, les pareció le seria el presente mas agradable. Mas ofreciéndosela los soldados, él les dijo. Si yo no fuera mas que Publio Escipion, este vuestro don me fuera muy agradable: mas siendo capitan general del pueblo romano, de ninguna manera puedo recibirlo. Dando á entender con esta respuesta, «que en los nego«cios árduos de la guerra impiden mucho en los hom«bres principales que la gobiernan, al cuidado y di«ligencia semejantes deleites, que en tiempo de mu«cho ocio no son de tanta culpa en los mancebos.» Vuelto despues Escipion á la doncella, le pregunta con toda mesura y benignidad por su tierra y por sus padres: y entendiendo que era de noble sangre, y que estaba desposada con un mancebo, señor principal entre los celtiberos, llamado Alucio, envió luego por él y por sus padres de entrambos á su tierra, y entre tanto mandó tratar con mucho respetó y autoridad la doncella. Fué avisado despues Escipion como Alucio perecia por los amores de su esposa: y por esto, venido que fué con sus padres y suegros, tuvo Escipion cuidado de hablarle primero á él con mucha dulzura, diciéndole desta manera, como en Tito Livio se halla.

El grande amor que tienes, Alucio, á tu esposa es tan honesto y tan debido, que podremos ámbos hablar con mas libertad en él: sin que los viejos que están presentes nos pidan mucha tasa en nuestra plática. Como entendí que esta doncella era tu esposa, y que mucho la amabas, y su gran hermosura me certificase con cuanta razon lo hacias; luego pensé como favoreceria vuestros tan justos y honestos amores: como yo tambien, si ella fuera mi esposa, y la amara con toda el aficion que merece su beldad, tuviera en mucho el ayuda que se me diera para gozarla con seguridad. No pudo ser mia, por ser ya tuya; y porque el imperio romano no sufre tal desorden, ni en mí consiente la razon que me deje llevar del ímpetu desta edad. Por esto ten por cierto, que tu esposa ha estado en mi poder con tanta honestidad y cuidado que se ha tenido de su honra, que sus padres, suegros tuyos, no pudieran ponerlo mayor. Y así convenia, para que te pudiese dar este don tan limpio y tan entero como yo debo, y tú deseas. Por este beneficio quiero que te obligues, Alucio, á darme una sola recompensa, y es que seas amigo del pueblo romano. Yo me tendré con esto por contento: aunque te puedo asegurar, que eres tú el que mas ganarás en ello. Porque si te parece que en mí hay algo de virtud que debas amar: y á mi padre y á su hermano conocistes todas las naciones españolas tales en bondad y en grandeza, que su amistad era mucho de estimar; quiero que entiendas como entre los romanos hay muchos semejantes á ellos; y que no hay en el mundo pueblo que ménos debas querer por enemigo, y mas desees por amigo para ti y para los tuyos.

Estaba Alucio atónito con placer, y confundido con vergüenza de tan gran merced como se le hacia, suplicando á todos los dioses diesen á Escipion por ella las debidas gracias, que él no podia por faltarle el poderío, aunque le sobraba el deseo. Habló Escipion luego á los padres de los desposados con mucho amor y comedimiento: y ellos, viendo que se les daba su hija y nuera sin ningun rescate, suplicaban ahincadamente á Escipion recibiese él tambien dellos como por don toda aquella gran cantidad de oro que para rescatarla habian traido: y afirmaban con buena simplicidad, que poco ménos merced recibirian en esto, que en habérseles dado así con tanta honra la doncella. Viendo, pues, Escipion la mucha voluntad que desto importunándole mostraban, al fin dijo que sí lo recibiria, y que se lo trujesen allí luego: y siendo traido, vuelto á Alucio, le dijo: Demás del dote que tu suegro te ha de dar, toma de mí esto para acrecentamiento dél: y mandó que se lo llevase todo. Con tanta honra y tales dones se volvió Alucio á su tierra, la cual tuvo toda presto llena de alabanza y gran merecimiento de Escipion. Decia que habia venido de Roma á gobernar á España un hombre semejante á los dioses en poderío de ofender, y en deseo de hacer beneficios y aprovechar. Que todo lo vencia con el valor de las armas, y con la liberalidad y grandeza de su cortesía y de sus mercedes. Y no se mostró ménos agradecido Alucio con el buen efecto de las obras que se mostraba en la hidalguía de las palabras: pues luego que fué vuelto á su tierra juntó mil y cuatrocientos caballos, y volvió y sirvió desde ahí adelante á Escipion con su persona y con ellos en todas las guerras. Grande fué, cierto, el beneficio

(1) Florian en el lib. 5, cap. 14, y cap. 45. (2) Lucio Floro en el lib. 2, cap. 6. Valer. Maximo en el lib. 4, cap. 3. Julio Frontino. lib. 2, cap. II. Aulo Gelio, lib. 6, cap. 8. Plinio Segundo en los Claros Varones, cap. 49.

que de Escipion habia recibido Alucio; mas si se considera bien la grandeza de la recompensa él queda aventajado en la gloria de su reconocimiento. Porque servir siempre en una larga guerra con tantos caballos, cosa es que no la puede ni suele hacer sino solo un gran príncipe. Y así Tito Livio, que suele tener poco cuidado de contar las cosas de los españoles, este agradecimiento de Alucio le pareció digno de hacer particular memoria dél.

Harto diferente es desto lo que Valerio Máximo dice, que esta doncella era esposa de Indibil: mas esto no lleva ningun camino, segun todos los autores están en contrario. Polibio no cuenta que estaba desposada: antes dice, que Escipion dándola á su padre, le pidió la casase luego. Algun historiador tambien nombra á este caballero Luceyo; y encarecen otros tanto la honestidad de Escipion, que afirman no quiso aun ver solamente la doncella, por certificar y asegurar despues mejor á su esposo del cuidado que habia tenido en guardarla. Y por esto se entenderá bien, cuan poca razon tuvo aquel historiador que refiere Aulo Gelio, para infamar á Escipion en este hecho. Yo sigo á Tito Livio, que lo cuenta todo como yo lo refiero.

CAPÍTULO XIII.

La embajada que Escipion envió á Roma desta victoria: y como mandó se ejercitasen los soldados. Y lo que hizo volviendo á Tarragona.

Tardaba ya Escipion estos dias en enviar á Roma la nueva desta victoria: mas habiendo determinado que Lelio fuese el mensajero, no podia dejar de detenerlo consigo todo el tiempo que él se detuvo en hacer las cosas ya dichas, para proveerlas mejor con su gran consejo y diligencia. Mas teniéndolas ya puestas en buen concierto, mandóle aparejar una galera bastarda, de cinco remos al banco, en que fuese su persona, y una nave en que llevase al capitan Magon y á quince cartagineses principales que con él se habian tomado, para que los presentase al senado, como los mayores testimonios de la buena nueva y la mejor parte de la presa.

Partido ya Lelio, el tiempo que Escipion habia determinado de estarse allí en Cartagena proveyendo lo que convenia, quiso ejercitar todas sus legiones y todos los soldados del armada. Como Tito Livio y Polibio cuentan, tres dias duró la diferencia del ejercicio. El primero corrieron las legiones armadas espacio de una legua. El segundo gastaron todo delante sus tiendas, aderezando sus armas y acicalándolas: y el tercero combatieron unos con otros con varas, que se arrojaban representando batalla verdadera. Al cuarto dia descansaron, y al quinto volvieron por la misma órden á estos mismos ejercicios: y así lo hicieron todo el tiempo que estuvieron en Cartagena. Porque el ocio, como suele siempre, no corrompiese los ánimos y enflaqueciese las fuerzas en los cuerpos. La flota se ejercitaba saliendo las galeras en alta mar cuando estaba sosegado, y acometiendo unas á otras como que quisiesen pelear. Así se mostraba á porfía la lijereza de las galeras, la fuerza en el remar, y la destreza en revolverlas. Estos ejercicios habia fuera de la ciudad: mas dentro della habia otros diversos, aunque para el mismo fin. Hundíase toda, segun Tito Livio y Polibio en particular cuentan, con el estruendo de los muchos oficiales que Escipion habia mandado encerrar en las atarazanas, á labrar todo lo que para la guerra era menester. Y no descansaba Escipion con haberlo mandado. En todo se hallaba presente, repartiendo su cuidado y su afan por todas estas cosas tan entero, como si una sola tuviera á su cargo. Visitaba unas veces á las atarazanas: y otras entraba en las galeras, y otras corria armado con las legiones: hallándose tambien á menudo sobre la multitud de los oficiales públicos, que fuera de las atarazanas trabajaban.

Entretanto se le daban á Escipion muchas ciudades de España y principalmente de las mas comarcanas por allí (1): así porque la toma de Cartagena les espantaba con el poderío de Roma, como porque la benignidad de Escipion, que habia mostrado en restituir los rehenes y en todo lo demás los convidaba.

Dejando ya pues Escipion muy adelante la labor de las armas, y navíos y toda municion en Cartagena: y habiendo reparado los muros de la ciudad, y proveido qué gente de guarnicion habia de quedar, para guardarla: se repartió con todo su ejército por tierra para Tarragona: mandando tambien ir allá la armada por la mar. Y no hay ningun historiador que nombre la persona principal á quien dejó encargada la ciudad. Todo el tiempo que duró esta jornada, no fué caminar solamente, sino ir ejercitando de muchas maneras la gente de pié y de caballo, conforme á lo que Escipion por su misma persona les enseñaba.

De camino tambien visitó las ciudades sujetas al pueblo romano: informándose de cómo eran obedecidos los que las regian, y como ellos sabian mandar lo que al bien público pertenecia. Este cuidado tan particular valió, y valdrá siempre mucho en el que gobierna: porque los buenos ministros con esto acrecientan en su diligencia y cuidado viendo que ha de ser sabido y estimado del señor: y los flojos no osan descuidarse, entendiendo que se tiene tan particular cuenta con ellos.

Llegáronle tambien á Escipion en este camino muchas embajadas de ciudades y gente principal de España. Algunas dellas despachó luego, y otras dilató para Tarragona, adonde habia mandado juntarse todos los confederados del pueblo romano, así los que eran de mucho tiempo atrás, como los que ahora de nuevo habian venido á su amistad. Vinieron á esta junta todos los pueblos de aquella parte de Ebro, y muchos de los que estaban desta otra parte en lo muy ancho y estendido de España.

CAPÍTULO XIV.

Lo que hicieron los capitanes cartagineses, sabiendo como Cartagena era tomada. Y lo que en Roma se proveyó para España.

Entretanto que esto así pasaba, Asdrubal Barcino y los otros capitanes de los cartagineses sabida la pérdida de Cartagena, al principio con todo cuidado trabajaron en cubrirla, sin que en público se supiese. Mas ya que fué imposible disimularse muchos dias, apocábanla despues con palabras, quitándole á Escipion mucha parte de la gloria deste vencimiento, diciendo: que habia acometido la ciudad de improviso, sin que los de dentro tuviesen sentimiento dello, y que como á hurto la habia ganado. Esto y otras cosas decian en público, para estorbar, que no se alborotasen los es-

---

(1) Eutropio en el lib. 8. Lucio Floro en el lib. 2, c. 6, y Tito Livio y Polibio.

pañoles: con tener bien entendido, cuánto de fuerza y esfuerzo habian ellos perdido en perder á Cartagena: y cuánto de todo esto se le habia acrecentado á su enemigo con ella.

En este verano entendieron los romanos por cautivos cartagineses, que tomaron con su armada desde Sicilia, como Masanisa era pasado de España á Cartago, donde se hallaba con cinco mil numidas de caballo, todos gente escogida, y que por toda Berbería se allegaba mas gente á sueldo, para que ella trujese á España, y engrosase el ejército de Asdrubal Barcino con ella. El fin de juntar así toda esta gente era, para que Asdrubal la llevase á Italia, y acrecentase con ella las fuerzas y ejército de Anibal su hermano: y él acabase con esto de vencer y destruir los romanos, con tener creido los cartagineses, que juntándose así en Italia estos dos ejércitos, no podia haber ya allí mas resistencia. Esto creian así, mas venido Masanisa en España con esta gente, hallará quién le detenga y estorbe un poco á Asdrubal este camino y tenga necesidad de toda esta ayuda, y no le baste para lo que le darán en que entender.

Lelio llegó á Roma al fin deste año, treinta y cuatro dias, como en particular refiere Tito Livio, despues que partió de Tarragona: y entró en la ciudad en órden muy pomposa con sus cautivos, y con solemne recibimiento, que parecia poco ménos que un triunfo. El dia siguiente le mandaron entrar en el senado, donde dió cuenta de como Cartagena, la mayor fuerza que los cartagineses en España tenian, habia sido tomada en un dia: y que despues desto muchas ciudades de España que se habian rebelado eran ya vueltas al amistad antigua del imperio romano, y otras de nuevo habian venido á ella. Preguntóse á los cautivos, que trujo Lelio de lo que por estos dias sabian, que en Cartago se trataba, y por relacion dellos se entendió lo mismo, que de Sicilia se habia sabido, del aparejo de guerra, que Masanisa allí hacia con fin de que Asdrubal pasase en Italia, para juntarse con su hermano.

El senado determinó, que por todo lo que Escipion tan prósperamente habia acabado, un dia entero se hiciese suplicacion pública á los dioses: dándoles gracias con mucha alegría por lo pasado, y pidiendo con grande aficion nueva ayuda para lo de adelante. Que este cuidado de la religion y sujecion á sus dioses, tuvieron siempre los romanos por muy principal, no estimando en nada sus fuerzas y poderío, aunque era todo tan grande, si no les favovecia el ayuda del cielo. Su vana religion los tenia así persuadidos: ¿pues por qué no nos confundiremos con esto los cristianos, cuando estamos agenos, de querer así poner toda nuestra confianza en Dios? Luego mandaron volver á Lelio á España en la galera y nave en que habia venido: y él lo pediria así, por no estar mucho tiempo ausente de su grande amigo, y el senado lo tendria por bien, entendiendo la buena ayuda, que Escipion tenia en él para todo.

Al fin deste estío el rey Siface continuando el amistad del pueblo romano, que con los Escipiones habia ántes asentado, envió sus embajadores á Roma (1): para mostrar con buen comedimiento su deseo de conservar la confederacion, como habia comenzado: afirmando que no habia rey ninguno mas amigo de romanos, ni mas enemigo de cartagineses, que él era. El senado respondió benignamente á su embajada, y le envió otra harto honrada y con muchos dones, para confirmar mas el amistad. Y fué menester hacer mencion destas embajadas, por la buena continuacion de lo de adelante, donde será muchas veces necesario tratar deste rey y sus cosas.

Deste año no hay otra cosa mas que contar de lo que á esta corónica pertenece: sino es que Tito Livio tocó la diversidad de algunos historiadores, que no quisieron que Cartagena fuese tomada este año, sino el siguiente. Mas éstos son obligados á decir lo que no lleva camino de creerse: que Escipion estuvo un año entero ocioso en España, sin tomar ninguna empresa, ni hacer acometimiento de guerra: y esto no lo sufriera su gran corazon, ni el deseo con que vino de poner un grande espanto á sus enemigos: y ellos tampoco no le dejaran reposar así, si le vieran con tan poco ánimo encerrado.

CAPÍTULO XV.

Indibil y Mandonio y Edesco se pasaron á Escipion, y él salió en campo contra los cartagineses.

Era ya entrado el año siguiente doscientos y siete ántes del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo: y en él son cónsules en Roma Quinto Fabio Máximo la quinta vez, y Quinto Fulvio Flaco la cuarta. Acababa de ser cónsul, como hemos visto, Claudio Marcelo, mas quedóse por órden del senado con su ejército contra Anibal, con cargo de capitan general: y en una batalla, en que al principio de este año venció á Anibal confiesan todos los historiadores romanos, que toda la fuerza del ejército de Anibal eran los españoles: y así los puso en la delantera de su vanguardia, como la parte de su gente en que mas confiaba.

Estaba muy falto á esta sazon el ejército de acá de España de toda ropa: segun Lelio de parte de Escipion habia propuesto, y preciaban tanto en Roma esta su gente, que tan valerosamente se habian habido hasta entónces: que así para esto, como para otras grandes necesidades en que se hallaba la república, sacaron de su erario el oro que llamaban vicesimario. Así fué proveido el ejército de Escipion, habiendo él gastado acá todo el invierno en ganar los ánimos de toda la gente principal de España: á unos con dones, á otros con soltarles sus cautivos sin rescate, y á otros con darles libremente sus rehenes, que habia tomado en Cartagena. Entre ellos tenia la mujer y hijos de un gran señor español, llamado Edesco, que hasta entónces habia sido amigo de cartagineses. Éste con muchos de sus parientes y amigos se vino á dar á Escipion: así por cobrar su mujer y hijos, como porque siguió como forzado á todos los españoles, los cuales veia cada dia enagenarse de los cartagineses, y pasarse á los romanos, con un nuevo trueque de voluntades tan inclinadas, que parecian juntaban el particular querer de todos en un general consentimiento.

Estas mismas causas con otras particulares, que despues diremos, movieron á los dos catalanes Indibil y Mandonio, que como Tito Livio algunas veces refiere, sin competencia de nadie eran los mayores señores que habia en España, para que desamparasen á los cartagineses, con quien tan larga amistad y confederacion habian tenido, y se quisiesen pasar á Escipion:

(1) Florian en el lib. 5, c. 38.

aunque le tenian muy ofendido, por haber sido de los mas principales capitanes, que se hallaron en la muerte de su padre y tio. Mas dilataron estos caballeros su propósito, aguardando la ocasion de poderlo efectuar con mejor oportunidad.

Asdrubal Barcino, que veia estos movimientos de los españoles, no siendo parte para estorbarlos, en lo público mostraba con braveza de soldado, no estimarlo en nada: mas consideraba consigo mismo en su secreto, como las fuerzas de su enemigo poco á poco se iban acrecentando, y disminuyendo las suyas. Venia al fin con esta consideracion á resolverse, que le convenia pelear en batalla de poder á poder con Escipion. Porque si con osadía y denuedo no aventuraba, muy presto sucederia, que se acabarian de despeñar acá en España las cosas de los cartagineses, por do ya comenzaban á caer. Pues Escipion ningun ansia mayor tenia, que de verse con su enemigo en campo abierto. Porque su grande ánimo, y los buenos sucesos pasados le acrecentaban su esperanza: y tambien deseaba mas pelear con solo Asdrubal y su campo, que no con todos los tres capitanes cartagineses juntos, cuando tuviesen tiempo de ayuntarse. Es cosa digna de considerar aquí, ¿por qué hasta ahora no se habian ayuntado todos los capitanes y ejércitos cartagineses? Pues les habia de haber movido á hacerlo el año pasado primero la venida de Escipion con tan poderoso ejército, y despues la toma de Cartagena con tan gran pérdida suya. Tambien ya tenian experiencia en lo pasado, cuanto podian juntos, y cómo Lucio Marcio habia podido desbaratarlos, tomándolos apartados. Pues siendo todo esto así, dejar pasar mas de un año sin resistir á Escipion, consintiéndole ganar las voluntades de toda España, y acrecentar tanto sus fuerzas con ellas: no carece de maravilla, y no ménos el no hacer ningun historiador de aquellos tiempos mencion desto, ni dar, como fuera justo, la causa desta tardanza. Por esto somos obligados á creer, que ó Magon y Asdrubal de Gisgon estaban por este tiempo impedidos en sus conquistas, sin poder por ninguna causa dejarlas: ó que les estaba ya atajado el camino, con haberse muchos pueblos españoles pasado á los romanos, y así aunque quisiesen, les era imposible el juntarse. Y esto parece lo mas verisímil, porque es imposible pensar, que durase todavía la discordia, de que se ha dicho, entre los dos Asdrubales (1): pues Masanisa el yerno de Gisgon, se halló, como luego se verá, en esta jornada deste año con el Barcino: y así poco despues, cuando parece que pudieron, se vinieron todos á juntar con él. Y Magon no hubiera dejado solo á su hermano en esta jornada, si le hubiera sido posible hallarse en ella. Ahora solo Asdrubal Barcino, por estar mas cercano á Escipion, estaba puesto á su primer acometimiento. Y para poderlo mejor hacer, habia Escipion puesto con mucha providencia buen órden en acrecentar su ejército. Consideró, como no era necesaria por aquel verano el armada de mar por aquellas costas, teniendo entendido por sus espías, que ninguna flota de cartagineses vendria por estos nuestros mares de España: y así mandó sacar todos los navíos á tierra en Tarragona, y metió en su ejército toda la gente dellos. Y tuvo buen aparejo para armarla, con las armas que tomó en Cartagena, y en las demás que hizo despues labrar allí á los oficiales cautivos. En los historiadores antiguos hay poca memoria de españoles, que trajese consigo en esta jornada Escipion: mas bien se entiende cierto, que traia muchos: pues jamás andaba sin ellos, y ya tenia experiencia de lo que le valian: y en jornada tan principal, ninguna ayuda dejaria de juntar. Y al fin se parecerá claro los muchos españoles, que tuvo Escipion consigo en esta jornada, y lo bien que en ella y en toda la guerra le sirvieron.

Con todo este ejército salió Escipion de Tarragona este año al principio del verano, para buscar sus enemigos: teniendo ya consigo á Lelio, que sin él no queria emprender ninguna cosa señalada. Comenzó pues Escipion á bajar con su campo al Andalucía, donde habia de hallar á Asdrubal: y caminaba ya bien seguro por España, con tener ganada mucha amistad de españoles: y así dice aquí Tito Livio, que lo recibian ahora con grande amor los aliados, y muchos dellos le seguian, para hallarse con él en esta jornada.

Acercándose ya mas Escipion al campo de su enemigo, Indibil y Mandonio acabaron con buena oportunidad, de efectuar su propósito desta manera. Tenian toda su gente en los reales de Asdrubal, con quien andaban siempre juntos en la prosecucion desta guerra: y teniendo ya mucho ántes determinado lo que habian de hacer: apartaron un dia con buena disimulacion los suyos de los otros cartagineses en el asiento del real: y pusiéronse en unos collados altos, porque desde allí podian llegar hasta donde estaba Escipion, sin estorbo de nadie y seguros: por ser aquellas alturas de las sierras de manera, que seguian continuadas hasta allá. Así estuvieron algunos dias asentando siempre su real por su parte con su gente; hasta que pudieron ya venir á verse con Escipion en secreto, ellos solos con pocos de los suyos. Llegados delante dellos dos hermanos, Indibil habló por entrambos, no con palabras mal ordenadas y sin concierto, como de un español feroz se esperaban: ántes con mesura y gravedad de mucho peso parecia en sus razones, que excusaba muy cuerdamente el pasarse á Escipion, como cosa forzosa y necesaria, y no de ímpetu arrebatado y sin consideracion. Decia que tenia bien entendido, como el pasarse así en la guerra, era abominable en el juicio y lengua de los que se dejaban, y sospechoso en el ánimo y crédito de los que de nuevo seguian. Y que no culparian á nadie cuando se juzgase dellos por esta comun estimacion, sino que pareciesen muy justas las causas de su mudanza. Para la justificacion dellas contó por órden Indibil, los muchos servicios que él y su hermano habian hecho á los cartagineses, y el avaricia, soberbia y crueldad que siempre habian hallado en ellos en recompensa desto. Vistas pues las injurias, decia Indibil, con que los cartagineses maltrataban nuestros vasallos, á nosotros con ellos, con los cuerpos solos los seguíamos, que los corazones y las voluntades, acá andaban, Escipion, contigo en tus reales, donde entendíamos que era estimada y reverenciada la justicia y lealtad y el respeto de toda virtud. Esto venimos ahora á buscar: acogiéndonos juntamente con humildad á los dioses, que nunca jamás consienten, que las maldades públicas de los hombres queden sin castigo. A ti, Escipion, solo te pedimos: que no nos atribuyas esta nuestra venida ni á honra, ni á vituperio, hasta que la experiencia de nuestras obras te muestre, como debes juzgar della. Escipion les res-

(1) En el cap. 6.

pondió muy humanamente, que así lo haria sin duda, y que no tenia por desleales, á los que no tuvieron por firme el amistad, de quien ningun acatamiento tenia á dios ni á bondad. Mandó luego Escipion traerles sus mujeres y hijos, y diéronseles libremente, con un gozo de los unos y los otros tan grande, que no ménos que con lágrimas lo manifestaban. Fueron aquel dia huéspedes de Escipion todos: y el siguiente asentada el amistad, y hechas las alianzas, se volvieron adonde habian dejado su gente. Vueltos despues con ella, Escipion los mandó aposentar dentro de su real: y llevándolos por guia, llegó cerca de la ciudad de Betulo (1), que era en el Andalucía, y cerca, á lo que se puede conjeturar, de adonde están ahora Ubeda y Baeza, ó en el sitio de alguna dellas. Allí tenia Asdrubal Barcino todo su campo: y estaba tambien con él Masanisa, que habia ya vuelto de África, con la gente que allí habia hecho: y con ella y muchos elefantes venia á ser muy grueso el ejército de Asdrubal. Así aunque no tenia por entónces mucha gana de acometer á Escipion, tenia bastante fuerza y poder para defenderse dél: si como en el número de la gente no eran muy desiguales, no lo fueran en los ánimos y en el esfuerzo. Mas érale al fin forzado á Asdrubal pelear, porque tras Indibil y Mandonio se pasaban cada dia á Escipion muchos españoles. Y aunque esto le fatigaba: mas mucho mas le congojaba, el ver, que si se dilataba el vencer á Escipion, él seria presto desamparado de todos los españoles: y con esto perderia mucho de su fuerza y poderío, y todo se le doblaria al enemigo. Por esto se resolvió en dar la batalla: donde si vencia, era fácil cosa consultar despues de lo demas con el buen suceso: y siendo vencido, dejando en España el mejor recaudo que pudiese, se pasaria él á Italia, para juntarse con Aníbal su hermano: que era lo que él allá deseaba, y la señoría de Cartago le tenia mandado.

CAPÍTULO XVI.

La gran batalla que Escipion dió á Asdrubal Barcino, junto á la ciudad de Betulo, donde le desbarató y le hizo huir de toda España.

Tenia Asdrubal puesta delante su real todos aquellos dias por guarda mucha gente de á caballo, como quien esperaba, llegaria presto Escipion: el cual en llegando mandó tambien que sus caballos lijeros con alguna gente de pié de la mas escojida, acometiesen á estos caballos del enemigo, ántes que se asentase el real. En el ímpetu con que dieron estos romanos sobre los cartagineses, y en la priesa que ellos se daban á recojerse huyendo á su real, se pareció ya bien el diferente ánimo y esfuerzo, que los unos y los otros tenian. Así llegaron las banderas de los romanos hasta las puertas de los reales de sus enemigos, sin que nadie les estorbase esto, ni el volverse concertadamente á sus estancias, que ya los compañeros tenian aparejadas en el real, que habian asentado. Y aquel dia no fué tan grande la pelea, como el encenderse los ánimos para ella.

Venida la noche, Asdrúbal levantó su campo con mucho sosiego del llano donde lo tenia, y pasólo á un lugar alto y bien fortalecido, que allí junto estaba. Era un cerro grande y muy levantado, y tenia en la cumbre un llano cerrado por una parte como de peña tajada, y á las raices della en medio de la cuesta tenia otra mayor llanura. Cercába casi todo este cerro por lo bajo un rio grande, que parece seria Guadalquivir, con la ribera muy honda y despeñada, que le hacia á Asdrubal seguras las espaldas, y ambos los lados. Y la abertura de delante, por do se podia subir al primer llano y al otro mas alto, eran cuestas con algunas peñas ásperas, que tambien hacian costosa la subida, al que la quisiese tentar. Venido el dia, aunque Escipion vió los enemigos tan señoreados con la ventaja del lugar, no por eso perdió el ánimo de acometerlos: ántes mandó poner en órden toda su gente, con brio de pelear juntamente con la dificultad del lugar, y con la muchedumbre y fuerza de los cartagineses.

Asdrúbal, teniéndose él quedo en lo mas alto, mandó bajar al primer llano de la cuesta los caballos de Numidia, y parte de los mallorquines tiradores de honda, que tenia consigo, con toda la otra gente africana armada á la lijera. Escipion entretanto andaba requiriendo y nombrando todos sus escuadrones, mostrándoles el miedo con que los enemigos desconfiaban: pues no osando esperar en campo abierto, para pelear, buscaban las montañas y las peñas, que los asegurasen. Y que ya ellos confesaban el temor que tenian, pues no ponian su confianza en su esfuerzo, ni en las armas, sino en la altura y fortaleza del lugar. Pero que mas altos eran los muros de Cartagena, por donde subieron, sin que las ondas del mar, ni la fuerza de los muros se lo estorbasen: la altura de aquella montaña, decia Escipion, no les valdrá á los cartagineses ahora, para mas de despeñarse por ella, cuando fueren huyendo. Y aunque ese lugar no les daremos, atajándoles la huida. Para esto mandó, que una compañía de soldados se pusiese en lo hondo del valle, por donde salia el rio, y otra tomase el camino que iba rodeando el cerro desde la ciudad para lo llano desta campiña: por ser éstas las salidas, que Asdrubal podia tener para huir.

Proveido esto, él tomó consigo los soldados, que el dia ántes habian hecho huir los caballos de los enemigos, y con ellos, siguiéndole despues todo el ejército comenzó á subir ácia el primer llano, donde estaban los numidas y mallorquines. Al principio sola la aspereza de la subida los estorbaba. Mas cuando ya llegaron adonde los de arriba los pudieron descubrir: comenzaron á echar sobre ellos una gran lluvia de dardos y piedras, y todo lo demás que se puede arrojar. Tambien los romanos como iban caminando se abajaban por piedras de que habia mucha abundancia, y las tiraban á toda furia. Y para poderse mejor valer desta ayuda, habian proveido de llevar mezclados consigo muchos de la gente de servicio del real, que sirviese en esto. Pasaron los romanos con los nuestros mucho trabajo en esta subida: mas con la costumbre que tenian de subir por murallas, y con el rigor y firmeza de ánimo, que pusieron en perseverar, al fin llegaron algunos al llano. Éstos, luego que pudieron poner los piés en lugar seguro, fácilmente hicieron retirar los numidas y mallorquines, gente acostumbrada á pelear tirando de léjos, y cor

(1) Morales no determina el sitio de Betulo; pero el padre Ruano en el capítulo treinta del tomo segundo manuscrito de convento de Córdoba, existente entre los de los Estudios Reales de San Isidro de la Corte, se empeñó en reducirla a Bailen, fundandose en la misma relacion que de esta guerra hace Livio, y en la disposicion del terreno, que describe con mucho conocimiento y exactitud. B.

correrías, y no nada poderosa para resistir, cuando se peleaba en batalla mezclada con fuerzas por igual. Así haciendo gran matanza en ellos, los forzaron á meterse la cuesta arriba en la fuerza de su ejército, que estaba con Asdrubal en lo mas alto. Todas la escuadras de los romanos, y de nuestros españoles tuvieron ya lugar de ponerse en lo llano mas abajo y ordenarse, como convenia, para acometer los cartagineses. La órden para hacerlo fué, mandar Escipion á los que primero habian subido, y estaban encedidos con el calor de la victoria, que la siguiesen adelante, y diesen en los cartagineses por la frente de su batalla, por donde era lo ménos áspero, para llegar á ellos. Lo que quedaba del ejército partió en dos partes, y la una dió á Lelio, para que tentase la subida rodeando por el lado derecho, hasta hallar algun camino ménos dificultoso: y él con la otra por el lado izquierdo se dió tanta diligencia á subir, que por aquella su parte, por donde segun era fragosa y enriscada, no se recelaban los enemigos, fué por donde los acometió primero.

Asdrubal, que hasta entónces habia estado quedo con toda su gente, resistiendo solamente á los que por la delantera peleaban con él, viéndose acometer de Escipion por donde nunca pensó: por socorrer á este peligro comenzó á revolver su ordenanza, y menear parte de sus escuadras, como se usa en la guerra, para poder pelear cara á cara con Escipion, y no esperar el daño que le pudiera hacer, tomándole de lado. Con esta mudanza y turbacion, de trocarse las ordenanzas, y volverse las escuadras, que tambien sucedió por la misma causa en el otro lado por donde Lelio subia: tuvo ya el lugar de levantarse sin mucha resistencia en lo llano, y comenzar por su parte reciamente la pelea. Este desbaratarse de los cartagineses les dió manifiestamente la victoria á los romanos. Porque dió lugar á los que habian acometido por delante, para hallarse en lo alto. Que cierto, como Tito Livio afirma, si la batalla de los cartagineses estuviera siempre entera en su concierto, y tuviera guarnecidos los lados desde principio, teniendo los elefantes, como los habian puesto en la delantera, fuera imposible que por allí adelante pudieran llegar los romanos á lo alto, sin ser malamente destrozados, en lo áspero de tan agria subida.

Cuando Escipion y Lelio se hallaron en lo alto, los cartagineses comenzaron á revolverse: ya no habia pelear, sino matar los romanos y españoles, y ser muertos los cartagineses por todas partes. Y si alguna resistencia habia, Escipion la allanaba, desbaratando por aquel lado los cartagineses, hasta forzarlos á huir sin ningun detenimiento. Mas á pocos les valia escapar huyendo: porque las guardas que habia proveido Escipion les tenian tomados los caminos, y la puerta del real estaba ocupada con el huir de Asdrubal, y de los principales del ejército que iban con él. Así fueron muertos ocho mil cartagineses, y Asdrubal escapó huyendo. Porque sin esperar á pelear en lo alto, envió adelante con tiempo, y con mucha priesa todo el dinero y los elefantes que pudo, y despues recogió mucha gente, y por salidas encubiertas que tenia bien sabidas y proveidas, se escapó hasta ponerse en salvo. Con estos traveses cobró tanta ventaja Escipion, que no pudo despues pensar en seguirle. Tambien lo dejó de hacer, porque en aquella tierra habia mucho de proveer, y que recelar de la venida de los otros campos cartagineses.

Masanisa tambien se escapó con Asdrubal, de quien ninguna mencion expresa hacen Tito Livio ni Polibio aquí, mas bien se entiende, por lo que despues dicen, que se halló en esta batalla, y escapó huyendo con Asdrubal della. Tampoco hace mencion Tito Livio, que Alucio estuviese con Escipion ahora, ni en las jornadas de los años siguientes: mas de su buen reconocimiento, y de la gran voluntad con que vino á servirle con tanta y con tan buena gente de á caballo, como queda arriba contado, podemos tener por cierto, que ahora y siempre se halló con Escipion en toda la guerra de adelante: pues esto bien es lo que Tito Livio dijo. Acabó Escipion brevemente de vencer todos los cartagineses, quedando señor de sus reales y dándolos á saco á sus soldados: solamente reservó para la república los cautivos que se tomasen, y no fuesen siervos: y de la gente de pié fueron diez mil, y dos mil de caballo. Todos los españoles que entre estos cautivos se hallaron envió libremente á sus tierras, esperando por rescate el amistad dellas; y los cartagineses mandó á Flaminio su cuestor, que públicamente los vendiese con guirnaldas como se acostumbraba.

CAPÍTULO XVII.

Los españoles llamaron rey á Escipion, y él honró y soltó con gran liberalidad á un sobrino de Masanisa.

Espantados los españoles, como Tito Livio y Polibio afirman, con la grandeza de ánimo que Escipion habia mostrado en la porfía de la batalla, y despues en la liberalidad que con ellos usaba, juntos todos, así los cautivos, como los demás que andaban allí en su campo, se fueron á él: y postrándosele delante, con muestra de mucha reverencia y humilde sujecion, le comenzaron todos á saludar, llamándole rey en alta voz. Él mandó por un pregonero, como se acostumbraba, que todos callasen: y díjoles, que el nombre de capitan general con que le nombraban sus soldados lo tenia él en mucha estima: y que el nombre de rey, que por todo el mundo era grande y ensalzado, en Roma era intolerable, y que de ninguna manera se sufria. Que él tenia ánimo de rey en poderío y benignidad, para todo lo que como de rey quisiesen los españoles esperar dél. Y si estimaban en mucho que él tuviese poderío y voluntad de verdadero rey, y les parecia que esto era lo mas adonde el merecimiento de un hombre podia llegar, lo juzgasen así dél, y se lo atribuyesen en sus ánimos, mas que no lo sacasen jamás por la boca. Aunque los españoles no eran en aquel tiempo gente de mucha delicadeza en el considerar las cosas, «mas todavía conocieron en esto la grandeza de ánimo «de Escipion, que puesto en tan alta cumbre de gloria, «menospreciaba desde allí una honra y dignidad, que «suele siempre espantar y poner atónitos á los hombres «con su grandeza.» Y ya ántes, como escribe Polibio, Edesco, Indibil y Mandonio, cuando habian venido á darse á Escipion, le habian saludado llamándole rey: mas por entónces no hizo caso desto hasta ahora que ya se comenzó á hacer en público y con consentimiento de todos.

Acabado esto, prosigue el mismo autor y Tito Livio con él, que comenzó luego Escipion á dar grandes dones á todos los principales españoles, que se hallaban con él. Señaladamente dió á Indibil y Mandonio trescientos caballos cuales dellos quisiesen escoger: de la multitud que en el despojo se habian tomado. Que estas grandezas con todas las otras virtudes eran en fin las mas poderosas armas con que Escipion conquistaba España.

Esta batalla fué una de las mas señaladas que en España hubo en aquellos tiempos, y la que acabó de echar de toda ella á los cartagineses, é introducir de veras á los romanos en su señorío. Y bien se parece cuanta parte tuvieron en ella y en su buen suceso nuestros españoles: pues Escipion tan particularmente los quiso premiar. Indibil, y Madonio, y Alucio eran grandes señores, y traian mucha gente consigo, y ya vimos como vinieron muchos otros con él en esta jornada; y sin esto él traia ayudas ordinarias de españoles en esta guerra: por donde entenderemos de una vez como se les puede y debe siempre atribuir á los nuestros mucha gloria en las victorias que en ello se alcanzaron.

Flaminio el cuestor de Escipion, vendiendo los cautivos de los cartagineses, como se le habia mandado, vió entre ellos, como Tito Livio prosigue, un mozo de muy poca edad, con gentil disposicion y hermosura. Entendió luego como era de sangre real, y por esto lo mandó llevar á Escipion (1). Él le preguntó quién era, y de dónde, y por qué siendo de tan poca edad andaba en la guerra. El muchacho respondió, que era natural de Numidia, y su nombre era Masiva: y que habiendo quedado huérfano de su padre, se habia criado en casa del rey Gala, padre de Masanisa, que era su abuelo por parte de su madre, y que ahora viniendo su tio Masanisa á España en ayuda de Asdrubal, lo habia traido consigo. Mas que hasta entónces por su poca edad siempre le habia estorbado su tio que no entrase en batalla: y aquel dia á escondidas dél habia tomado armas y caballo, y halládose en aquella; y cayendo su caballo con él, lo echó por tierra, y así fué preso de unos soldados romanos. Escipion mandó que guardasen á Masiva hasta que acabó de hacer en público todo lo que por entónces convenia. Despues, retirándose con él en su tienda, le preguntó si deseaba ir á su tio Masanisa. Al muchacho se le saltaron las lágrimas de gozo, y sorbiéndoselas como mejor pudo, respondió que sí deseaba. Entónces Escipion lo mandó vestir con un rico sago al uso de España, que (segun lo describe Appiano Alejandrino) servia de capa, y era al modo de un herreruelo de los de ahora, y así se abrochaba por el collar. La vestidura debajo désta quiso Escipion que fuese el lato clavo, con la broncha de oro, como los hijos de los senadores en Roma la traian. Púsole tambien un rico anillo en el dedo, y mandóle dar un caballo hermosamente aderezado: y así lo envió con alguna gente de caballo, que lo acompañase hasta donde él quisiese. Gran conquistador de ánimos era sin duda Escipion: y esta liberalidad que usó con este mozo le valió tanto como ganar el amistad de Masanisa, que fué despues celebrada por una de las mas señaladas que hubo en el mundo. Y como despues veremos tuvo en ella Escipion una principal ayuda para sus grandes hazañas.

Asdrubal, que como dijimos, anticipó mucho el huir, porque no le faltase tiempo, no le pareció parar en toda España: y así sin pasar el rio Tajo, como Tito Livio espresamente señala, que fué tenerse mas á la costa del Mediterráneo, y no ir por el camino mas derecho del reino de Toledo, se fué á los montes Pirineos, con ánimo de recoger la mas gente que de los suyos y españoles pudiese, y pasarse con ella en Italia, y juntarse con su hermano Anibal, cumpliéndole en esto su deseo, y el mandado de la señoría de Cartago. Tambien Escipion consultaba de lo que habia de hacer adelante en la guerra, y pareciéndoles á algunos que luego con toda priesa debia seguir á Asdrubal; á él le pareció cosa mal segura, pues ántes que él le alcanzase, se podrian haber juntado con él el otro Asdrubal y Magon. Solamente envió la gente que le pareció necesaria, para que guardasen el paso de los Pirineos, y defendiesen la pasada á Asdrubal, ó le avisasen con tiempo si tentaba pasar. Lo demas que Escipion hizo este año se dirá luego que se haya contado algo de lo que Asdrubal hizo, habiéndose así él escapado.

CAPÍTULO XVIII.

Lo que Asdrubal Barcino dejó ordenado á los capitanes de acá cuando se pasó en Italia.

Caminando Asdrubal á los Pirineos, se juntaron con él su hermano Magon y el otro Asdrubal, que para ayudarle venian tarde, cuando ya él habia sido tan malamente desbaratado, y para aconsejarle en lo de adelante traian diferentes pareceres. Preguntábales principalmente Asdrubal Barcino, que tales les parecia que estaban las voluntades de los españoles en aquellas provincias de donde venian. El otro Asdrubal le decia, que toda aquella comarca de la isla de Cádiz y costa del Océano no habia aun casi oido nombrar á los romanos; y así perseveraba en buena y leal amistad de cartagineses: y que si allí se retirasen, lo podrian hacer con mucha seguridad. Á los dos hermanos por el contrario les parecia que Escipion con la fama de su valor, y con los muchos beneficios que á todos los españoles hacia, tenia tan ganados los ánimos de los pueblos en general, y en particular de mucha gente principal: y que nunca cesarian de pasársele cada dia de nuevo españoles de los que andaban en los reales de los cartagineses, entre tanto que no estuviesen muy apartados dél en los postreros rincones de España. Así se resolvieron ambos hermanos, en que aunque Cartago no lo mandara, Asdrubal debia pasar en Italia, porque allá se trataba lo firme y mas importante de toda esta guerra, y tambien con esto se alejaban los soldados españoles de donde pudiesen oir el nombre de Escipion, y moverse con su fama, para quererle seguir, como ahora lo hacian. Pues para ordenar mejor su jornada, proveyó que Magon su hermano entregase todo su campo al otro Asdrubal de Gisgon, que allí estaba: porque se metiese con él y con el suyo, que ántes tenia, la tierra adentro en la Lusitania, que era lo de Estremadura y comarcano della: mandándole expresamente que nunca jamás pelease con Escipion. Tan grande era ya el miedo que le tenia cobrado, y tanta la ventaja que le reconocia. A Masanisa mandó que no anduviese junto con su suegro, ántes se le diesen tres mil caballos, los mas escogidos de todo el ejército, y con ellos anduviese de Ebro adentro en Aragon y Cataluña, que entónces llamaban la España Citerior, sin hacer asiento, sino andando siempre de una parte á otra, como la necesidad y ocasion lo pidiesen, amparando los pueblos y tierras de amigos y confederados de cartagineses, y haciendo todo el daño que pudiese en la tierra de los enemigos. Y pues Tito Livio nombra aquí la España Citerior parece que estaba ya dividida en dos provincias Citerior y Ulterior, cuyo término por este tiempo era el rio Ebro. Lo de Aragon y toda Cataluña, que está de la otra parte deste rio, llamaban Citerior: y quedaba para la Ulterior todo lo demás de España. Despues se hizo mas solemne esta

(1) Valer. Maximo en el lib. 5, cap. 1.

division, y se les dieron á estas dos provincias muy diferentes términos déstos, como se dirá cuando llegare allí la historia.

Á Magon su hermano envió Asdrubal á las islas de Mallorca y Menorca y las otras comarcanas con mucho dinero, con que le trujese de allí un buen número de soldados que pasasen con él en Italia, para donde aderezaba ya con toda diligencia su partida.

Tras esto cuenta luego Tito Livio sumariamente como Escipion se detuvo allí en el Andalucía, y gastó todo lo que le quedaba del verano en recibir por amigos y confederados del pueblo romano los pueblos de aquella tierra y de otras partes de España; que movidos con la fama de aquella postrera batalla, cada dia se le venian á rendir. Esto acabado dice el mismo autor, que pasó Escipion la Sierra Morena por aquellas comarcas del puerto del Muladar, llamadas entónces Montaña Castulonense, y se volvió á invernar á Tarragona. Y aunque ningun historiador lo dice, es bien creible que dejó Escipion por aquellas comarcas del Andalucía sus buenas guarniciones en los lugares que convenia, para conservacion de lo que habia ganado, y para defensa de sus amigos, que estaban en frontera de enemigos de romanos, como lo eran por allí los de Andujar y Cazlona, que tanto les habian ofendido despues de la muerte de los Escipiones. Y deste año no hay mas que decir, sino que en Roma pudo tanto la fama desta batalla de Betulo, que ya comparaban á Escipion con Marco Marcelo y Quinto Fabio Maximo, y con los otros excelentes capitanes que en Italia tenian, y hallaban en él cosas principales y aventajadas, por donde debiese aun ser tenido por mas señalado y valeroso que los demás.

CAPÍTULO XIX.

El gobierno de España, y la razon por que se deja aquí la órden que Tito Livio lleva en el tiempo.

Marco Marcelo fué cónsul la quinta vez con Tito Quincio Crispino el año siguiente doscientos y seis ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor, y Marcelo fué muerto peleando con Anibal. En lo de España no mudaron nada los romanos, mandando el senado que Escipion y Silano se quedasen acá por todo este año con el mismo cargo que ántes tenian. Proveyeron solamente que Escipion enviase á Arunculeyo, pretor de Cerdeña, cincuenta galeras para guarda de la isla, porque se temia el grande aparejo de armada que en el puerto de Cartago y toda la marina de África se hacia. Sin esta galeras habia enviado Escipion otras cincuenta á Roma, por necesidad que allí habia de juntar mucha flota.

En este año no cuenta Tito Livio particularmente cosa ninguna que Escipion en España hiciese. Mas parece sin duda cosa increible, que por todo él estuviese ocioso un hombre tan ardid, metido ya en una guerra tan reñida, y en una provincia tan repartida en señoríos y parcialidades, y que tenia dos grandes ejércitos de enemigos en campo. Aunque otra cosa no le incitara á Escipion, el ardor que cobró en las victorias pasadas le pedia que no dejase apagar el fuego, que tan poderosamente habia encendido, para acabar de consumir con él sus enemigos. Tambien con dejar así Tito Livio ocioso á Escipion todo este año confunde mucho la verdad en la continuacion del tiempo, y queda imposibilitado á sustentar su órden en el proseguir. Todo esto se verá claro, considerando bien el tiempo destos tres años de que vamos tratando. Y por las cosas, en que no puede haber duda, se averiguarán otras donde la podria haber. No hay duda, sino que desde el principio deste año doscientos y seis no le quedan á Escipion para estar en España mas que dos años y medio ó muy poco mas. Porque en conformidad de todos los autores, él volvió á Roma al fin del año doscientos y cuatro ántes del nacimiento, en el consulado de Filo y Metelo. Pues si este año doscientos y seis está del todo ocioso, como Tito Livio quiere, no le quedaran á Escipion mas que año y medio, que será el doscientos y cinco entero, y lo que estuvo del doscientos y cuatro para hacer tantas cosas acá, como las que sucedieron desde la batalla de Betulo hasta su vuelta á Roma. Estos hechos son tantos y tan extendidos por mucho tiempo, que el mismo Tito Livio ha de confesar por fuerza que ocuparon mucho mas tiempo que el que él les da. Y quien con advertencia considerare como distribuye estos hechos de estos dos años el mismo Tito Livio, verá manifiestamente como es imposible que quepan en el angostura de tiempo á que él los reduce. En general pone año y medio para todos estos hechos, y en particular les da meses y dias de mas que dos años. Por todo esto yo no seguiré ahora á Tito Livio en el repartir el tiempo de lo que le resta de estar á Escipion en España. En esto solo de repartir las cosas por los tiempos no le seguiré porque fuera desto las cosas todas serán tomadas dél, que las cuenta enteramente y muy por órden como sucedieron. Y demas, que las razones que he dicho tienen mucha fuerza para dejar á Tito Livio, sigo tambien el autoridad de Paulo Orosio y Eutropio (1), que aunque brevemente y en suma tocaron el órden destos tiempos y su repartimiento con mucha apariencia de certidumbre.

CAPÍTULO XX.

Silano venció á Magon y á otro capitan cartaginés en la Celtiberia.

Al principio del verano en este año, Asdrubal de Gisgon estaba con su campo en lo postrero del Andalucía, ácia Cádiz y aquellas costas, apartándose cuanto podia de Escipion, por poder mejor cumplir lo que el otro Asdrubal le dejó mandado á la partida, que nunca pelease con él. La señoría de Cartago habia enviado tambien en España otro nuevo capitan, llamado Hanon, con buen ejército, y le tenia ya consigo Magon el hermano de Anibal.

Aquí se ofrece una dificultad en Tito Livio, que no habiendo hecho mencion de Magon, desde que su hermano Asdrubal Barcino lo envió á Mallorca para hacer gente, ahora de repente dice que estaba en España: somos obligados á conjeturar, que despues que le trujo á su hermano Asdrubal la gente de mallorquines para la jornada de Italia, se habia vuelto á residir en España, como solia. Junto, pues, ya Hanon con él, habian recogido buen número de celtiberos á su sueldo, y estando en su tierra dellos, sin que ningun historiador señale en qué parte de aquella provincia tan extendida: cada dia iban acrecentando de nuevo su ejército. Entendiendo esto Esci-

(1) En el lib. 4, cap. 18.

pion, ántes que el enemigo pudiese tener mayores fuerzas, envió contra él á Julio Silano con diez mil hombres de pié y quinientos caballos, y puédese bien creer, conforme á todo lo pasado, que habia en este ejército buen número de españoles. No dice Tito Livio donde estaba Escipion cuando así envió á Silano, y podemos pensar que se hallase en Tarragona, donde habia invernado, ó en Cartagena, donde acudia muchas veces para proveer las cosas necesarias á la guerra, y ahora lo haria de mejor gana por estar así mas comarcanos de los celtiberos, á quien se habia de hacer entónces la guerra. Y aunque el ser toda España tan montuosa, y ser señaladamente áspero el camino que habia de hacer Silano, le quitaba la esperanza de poder verse presto con los cartagineses: mas él se dió tanta priesa en sus jornadas, que se puso cerca de los enemigos, ántes que pudiesen haber tenido nueva cierta, ni aun sospecha de que venia.

Llevaba Silano por guias ciertos celtiberos, que se le habian pasado de los enemigos, y estando poco mas que dos leguas dellos, entendió que los dos capitanes con sus campos estaban apartados como diez millas el uno del otro, en frente del camino que él llevaba. A la mano izquierda estaba Magon con el nuevo ejército de los celtiberos, en que habia mas de nueve mil hombres, que como noveles y poco ejercitados en la guerra, y como hombres que no tenian miedo ninguno por estar dentro en su tierra, estaban descuidados, y hacian la guardia flojamente y con poco recaudo de guerra. En el otro real á la mano derecha estaba Hanon con los cartagineses, que como diestros y recatados guardaban sus reales de noche y de dia, con todo el cuidado y diligencia que la guerra requiere. Por esto entendió Silano que le convenia acometer luego á Magon, y así torció el camino ácia donde él estaba con grande advertencia de no ser sentido: «pues en la presteza y encubierta, que son dos cosas de grande importancia en la guerra, estaba por entónces puesta la certidumbre de la victoria.» Llevaba delante sus espías, y seguíalas con toda la priesa que al ejército se le podia dar. Ya estaba ménos de una legua de Magon, sin que él tuviese alguna noticia de su venida. Era la tierra toda por allí montaña muy fragosa, y llena de matas y arboleda. Y con esto tuvo buen aparejo Silano de hacer parar los suyos en un hondo valle, y por eso bien escondido, mandándoles que comiesen y se aparejasen para el trabajo que se esperaba. Allí volvieron sus espías, y avisaron ser verdad todo lo que los celtiberos ántes habian afirmado, de que el real de Magon estaba muy cerca, y con poco recaudo de buena gente y de guardarse. Entónces Silano hizo armar los suyos, y ordenando los escuadrones, y recogiendo en medio dellos el bagaje, comenzó á caminar en órden de batalla. No estaban mas de una milla de los enemigos cuando los descubrieron, y súbitamente turbados comenzaron á alborotarse.

Magon al primer rebato y alboroto que miedo tan súbito habia levantado, por sosegar los suyos y aparejarlos para la batalla, subió en su caballo, y corriendo á todas partes los comenzó á poner en órden de pelea. Puso en la delantera cuatro mil celtiberos, bien armados de lanzas y cubiertos de escudos, y á doscientos caballos, que era lo mas escogido y firme de todo su ejército, y para la retaguarda y socorros guardó los demás, que ni eran tan buena gente, ni estaban armados mas que á la lijera. Desta manera salió con ellos del real, y apenas habian bien salido, cuando los romanos descargaron en ellos sus picas y dardos, que al principio de la pelea acostumbraban arrojar. Los españoles, como siempre lo usaban, abajaron todos en órden á un tiempo los cuerpos para escapar de aquel golpe, y luego se levantan para tirar tambien ellos sus lanzas á los romanos. Ellos, como tenian de costumbre, para la defensa de semejantes tiros, se juntaron muy espesos, así que los escudos se tocasen unos á otros, é hiciesen una como empavesada á todo el ejército. Acabado esto, comenzaron á herirse bravamente con las espadas. Mas la aspereza del lugar donde se peleaba era contraria para los celtiberos, acostumbrados siempre pelear con correrias y arremetidas, y así ahora no se podian valer de su lijereza. Al contrario la aspereza era favorable para los romanos, que estaban diestros y usados á pelear á pié quedo y sin moverse. Aunque tambien la montaña con sus árboles y matas les abria á los romanos su ordenanza, y eran forzados á pelear nó en escuadron entero, sino uno por uno y dos á dos, como se hallaban. Estorbaba esto á los romanos, mas lo uno y lo otro detenia á los celtiberos para que sin poder huir se dejasen matar como maniatados. Así quedaban ya muertos casi todos los celtiberos del avanguarda. Los demás, con algunos cartagineses que acudieron del otro real de Hanon, viniendo él con ellos, cuando ya la batalla se iba perdiendo, tambien desmayaban, y eran muertos y mal heridos. Solos dos mil de pié con todos los de caballo se escaparon, porque huyó con ellos Magon, poco despues que la batalla se comenzó; y fué preso Hanon con los cartagineses que trujo para el socorro.

Magon, con todos los que con él se escaparon, no paró de caminar diez dias, que fué menester gastar para llegar á los confines de la ciudad de Cádiz; y juntarse con Asdrubal de Gisgon, que, como hemos dicho, tenia por allí su campo. De los celtiberos noveles, como quien sabia bien la tierra, se salvaron muchos, metiéndose por lo mas escondido de la montaña, donde los romanos no podian seguirlos. Así de una vez fueron desbaratados los dos ejércitos de los cartagineses: porque los de Hanon, que no vinieron á la batalla, tambien procuraron con tiempo de salvarse, sin quedar hombre con hombre para poderse juntar ni defenderse.

Tuvo en mucho Escipion esta victoria cuando Silano volvió con ella, y alabóle y honróle todo lo posible, encareciendo el destrozo que hizo tan grande en los enemigos, y mucho mas el haberles quebrantado toda su fuerza con haberles quitado la ocasion de levantar muchos pueblos de los otros españoles, como habian hecho ya rebelar tantos de los celtiberos, por donde se pudiera encender una guerra, que con mucha dificultad se pudiera acabar. Tito Livio solo cuenta por órden y bien á la larga esta batalla: y no dice si robaron los romanos los reales de los dos capitanes que así vencieron, aunque podemos creer, que quedando tan destrozados, les tomaron tambien sus reales, y mucha presa en ellos. Tampoco podemos saber en qué lugar fué esta batalla, pues Tito Livio no dice mas de que fué en la Celtiberia, y ésta era provincia tan extendida, que no se puede entender por esto nada del particular que alguno podria desear.

Appiano Alejandrino cuenta á esta misma sazon, que Asdrubal Gisgon fué á reducir los pueblos ter-

sanos, que se habian rebelado, y que teniendo cercada allí una ciudad, la hubo de dejar, por bajarse al Andalucía, para donde ya Escipion caminaba. Como no hay en otro ningun autor mencion desto, no se puede dar mas razon dello. Solo Polibio dice por este mismo tiempo, que este Asdrubal tuvo su real cabe una ciudad, llamada Elingas, mas no lleva camino que sea ésta la que Appiano dice que cercó en los lersanos. Y si alguno quisiese pensar que lo de Polibio es de otro tiempo mas adelante, como en cosa en que no puede haber certidumbre, no porfiaré en defenderlo. Y allá tambien haré mencion dello.

CAPÍTULO XXI.

Escipion descendió al Andalucía, y su hermano Lucio tomó á la ciudad de Oningi.

A Escipion le parecia que con esta victoria quedaban tan destrozados y perdidos los cartagineses, que si él pusiese un poco de diligencia, podia fácilmente acabar de destruirlos. Por esto determinó de ir á buscar á Asdrubal de Gisgon allá en lo último del Andalucía, donde se le habia escondido. Él por aquellos dias habia dejado aquellas comarcas de Cádiz, donde primero estaba retirado, y metídose mas acá dentro de la tierra por el Andalucía, para espantar con su campo los moradores della, y confirmar y asegurar las voluntades de muchos antiguos amigos que por allí tenia, y animar á otros para que tuviesen por allí su parcialidad contra los romanos. Mas luego, como entendió que venia Escipion, sin osarle mas esperar de súbito, y no como quién caminaba, sino como quién abiertamente huia, levantando sus reales, se tornó á la costa de la mar, y á las comarcas de Cádiz de donde habia salido. Y considerando, que entretanto que estuviese en el campo con ejército, Escipion no habia de dejar de perseguirle, y una vez que otra forzarle á pelear, determinó encerrar su persona dentro en la ciudad de Cadiz (1). Ántes desto repartió todo el ejército por las ciudades sus amigas y confederadas del Andalucía, pidiéndoles que se amparasen con sus muros, y los muros defendiesen con las armas. Llegado Escipion al Andalucía, y vista la priesa con que Asdrubal se le habia escapado, y rehusado el pelear con él en campaña, y esparcido la guerra por tantas partes como habia lugares fuertes por allí: parecióle que si comenzase á cercar ciudades, y combatirlas, era cosa mas prolija que provechosa. Dejó por esto el camino comenzado, con determinacion de tratar de otra manera la guerra, pues le faltaba la oportunidad para lo que él más deseaba.

Ya Tito Livio aquí y despues en todo lo que este año y el siguiente tratará de las cosas de España, hace á Cádiz, como verémos, amiga de cartagineses, y único amparo de Asdrubal y su partido: sin que podamos entender qué mudanza fué ésta tan grande, que así hizo esta ciudad en la prosperidad de Escipion y sus victorias, habiendo seguido al pueblo romano con tanta aficion y buen ayuda, como se ha contado, en tiempo de grande adversidad y fatiga (2). Tampoco no se puede entender aquí de donde salió Escipion para esta jornada, ni hasta dónde llegó con su ejército esta vez, ni otras cosas semejantes que la particularidad de la historia requeria. Que como es Tito Livio solo el que cuenta todo esto, por no hallarse en Polibio ninguna cosa desta jornada, no se puede con verdad decir mas de lo que está en él. Tito Livio solamente escribe, como Escipion, por no dejar toda aquella tierra al enemigo, y por dejarla llena de su temor, y ponerlo en los adversarios mayor que el que ellos tenian, envió su hermano Lucio Escipion con diez mil hombres de pié y mil caballos, para que combatiese la ciudad de Oningi, de cuyo sitio no se puede tener entera noticia donde fuese. Porque aunque Tito Livio dice estaba en los pueblos llamados Melesos, tampoco se puede saber á qué parte del Andalucía caian estos pueblos, por no haber mencion dellos en ninguno de los cosmógrafos antiguos. Y aunque en los libros de Tito Livio se lee siempre Oringi (1), yo leo Oningi por hallar en Plinio ciudad deste nombre en el Andalucía, en el mismo sitio que ahora está Jaen, ó en aquellas comarcas de por allí. Era Oningi, como dice Tito Livio, ciudad rica y poderosa en el Andalucía. Tenia campos fértiles muy extendidos, y minas de plata de mucha riqueza: y era como alcázar del señorío de Asdrubal en aquella tierra, y el castillo mas fortalecido que en ella tenia. De allí solia él salir ordinariamente, para hacer entradas en todas las tierras que estaban rebeldes léjos de la mar en lo interior del Andalucía.

Esta es la primera vez que se nombra Lucio Escipion en esta guerra, y por eso parece mas conforme á verdad, que debió de venir de Roma con Lelio cuando volvió de llevar la nueva de Cartagena, que nó con Escipion, cuando él vino, como allí se apuntó. Porque no tardara de hacerse mencion dél tanto tiempo si todo lo hubiera estado acá.

Lucio Escipion asentó su real cerca de la ciudad, y ántes que la cercase envió quién hablase con algunos de los de dentro, y entendiese con que voluntad estaban: y les persuadiese holgasen mas probar el amistad de los romanos que no sus armas y su poderío. Todo lo que se respondia era braveza, guerra y defensa: y así fué luego cercada la ciudad tan estrechamente, que la cerraron con un foso y dos vallados toda al derredor, para quitar á los de dentro toda la esperanza que podian tener de salir fuera: y tener tambien los romanos mas seguridad con tales reparos. El combate ordenó despues Lucio Escipion, partiendo el ejército en tres partes, y mandando que siempre la una combatiese la ciudad y las dos reposasen: para entrar otra de refresco, cuando una hubiese trabajado tanto que le fuese forzado retirarse á descansar. Al primer acometimiento fué el combate muy reñido. Ni podian los romanos llegar á los muros, ni llevar las escalas por la muchedumbre de piedras y saetas que desde el muro les arrojaban. Y ya cuando pasando por todo este peligro, algunos pudieron arrimar las escalas, las derribaban con horquillas y cuentos que para esto tenian los de Oningi aparejados. Otros echaban garfíos de hierro muy fuertes, con que asian tan ferozmente los romanos, que faltaba poco para subirlos á los muros. Lucio Escipion que vido como por ser tan pocos los suyos, bastaban los enemigos para resistirles y defen-

(1) Julio Frontino en el lib I, cap. 3. (2) En el cap. I, deste lib. 6.

(1) Oringi, Oningi, Auringi, y Aurigi, se opina que fueron una misma ciudad, y generalmente se reducen á Jaen. El mismo Morales en el fóleo setenta y cuatro de sus Antigüedades trae dos inscripciones que expresan este último nombre, asegurando que fueron descubiertas en Jaen, y nó en Arjona, como dijo Ocampo. B.

dérseles, y pelear por igual con ellos: y que aun les tenian ventaja por pelear desde lo alto: arremetió impetuosamente él mismo con las otras dos partes del ejército que le quedaban, y así alivió y esforzó los otros que peleaban, y comenzó de nuevo á apretar bravamente el combate con dobladas fuerzas y ánimos mas encendidos. Esto puso tanto espanto en los oningeses, cansados ya de pelear con los primeros, que sin poner mas esperanza en las armas, los naturales de la ciudad desampararon súbitamente los muros huyendo: y las guarniciones de los cartagineses vista tan repentina mudanza, y temiendo que la ciudad era entregada por traicion: desamparando tambien ellos lo que defendian, se recogieron y se hicieron fuertes en el lugar que les pareció mas aparejado para la defensa. Los españoles de Oningi tras esto tuvieron gran temor que entrando los romanos en la ciudad habian de matar todos los que encontrasen, sin hacer diferencia de cartagineses y españoles. Por esto abrieron apriesa una puerta de la ciudad, y comenzaron á salir por ella en grande tropel, cubiertos con sus escudos para defenderse de los que acaso les quisiesen tirar: mas mostrando las manos derechas sin espadas, para que se entendiese como venian á rendirse. Los romanos arremetieron á ellos, y comenzaron á matar los miserables rendidos, de la misma manera que si estuvieran peleando con ellos en el hervor de la batalla. Salva Tito Livio á los romanos, con decir que pudo ser que como miraron de léjos á estos españoles, no vieron como venian á rendirse, ó que temieron no fuese algun engaño que quisiesen los españoles hacerles. Por esta puerta por donde habian salido estos tristes españoles, entraron los romanos: y tambien por otras que con hachas por fuerza rompieron. La gente de á caballo, porque lo habia así mandado Lucio Escipion, se recogió toda á la plaza llevando consigo escuadrones de triarios, que eran los mas valientes soldados en las legiones, para que peleasen mezclados con ellos, si hallasen dentro alguna resistencia. Ninguna hallaron para no robar, matar y cautivar todos los cartagineses que dentro se tomaron. De los españoles quiso Escipion que fuesen cautivos casi trescientos principales, por haber sido de consejo que se cerrasen las puertas y se defendiesen de los romanos. A los demás les mandó volver sus haciendas, y les dió la ciudad para que por los romanos la tuviesen, y debió dejar juntamente buena guarnicion con ellos: que Tito Livio nada cuenta en particular. Murieron casi dos mil de la ciudad, y no mas que noventa de los romanos.

Volviendo Lucio Escipion con esta alegre victoria, su hermano lo recibió tambien con grande alegría, y en presencia de todo el ejército alabó su prudencia y esfuerzo, con toda la honra de palabras que la gente de guerra en mucho estima, encareciendo tanto su hazaña, que la igualó con la toma de Cartagena en la gloria del vencimiento. Y porque se acercaba ya el invierno, y no habia tiempo para acometer á la ciudad de Cádiz, ni á los cartagineses que tan disipado tenian su ejército por tantos lugares: recogió el suyo de aquella parte del rio Ebro, y repartió las legiones en buenos lugares donde invernasen. Tambien envió á Roma á Lucio su hermano para que llevase la nueva mas entera de las victorias pasadas, y el testimonio dellas en llevar al capitan Hanon cautivo con todos los demás principales que con él y despues en Oningi se habian tomado: y él se fué á invernar en Tarragona como solia.

Esto todo de las victorias de Silano y Escipion cabo Betulo y la toma de Oningi, he puesto en este año, siguiendo á Orosio y Eutropio, que con solo apuntar la órden del tiempo dan ocasion para dejar á Tito Livio: pues dicen que en este año tomó Escipion acá algunas ciudades. Mas no fuera la autoridad dellos bastante para no continuar con Tito Livio el tiempo: si las razones que ya se han dado no forzaran á mudarla.

CAPÍTULO XXII.

Asdrubal Barcino fué vencido y muerto en Italia, y Escipion fué al Andalucía contra los cartagineses que estaban allí muy poderosos.

Claudio Neron fué cónsul en Roma el año siguiente doscientos y cinco ántes del nacimiento de Nuestro Redentor, y en él le pagara Asdrubal el engaño que acá en España le hizo: fué su compañero Marco Livio Salinador, que es ahora cónsul la segunda vez. España se quedó con el gobierno de los años pasados y cuatro legiones en su ejército.

Asdrubal Barcino caminaba ya para Italia con un poderoso campo de cartagineses, españoles y franceses (aun que la mayor fuerza dél confiesan todos que eran los españoles), por juntarse con su hermano Anibal y acabar de destruir á Roma y su gran poderío. Era temida tanto en Roma esta venida de Asdrubal, que ningun otro cuidado mayor tenia el senado que el de pensar en la resistencia. Tambien á Escipion acá en España le congójaba el peligro de su tierra: y así envió en socorro de los cónsules por la mar ocho mil hombres de pié españoles y franceses, y dos mil que sacó de sus legiones, con mil y ochocientos caballos, parte dellos españoles, y parte numidas y africanos. Los franceses púdolos haber fácilmente por su sueldo: mas los caballos numidas, de quien expresamente hace Tito Livio mencion, los tuvo sin duda del rey Siface que, como tan amigo por entónces del pueblo romano se los enviaria. Esta gente llevó por la mar á Italia Marco Lucrecio, que parece debia tener cargo de legado, aunque Tito Livio no lo declara. El suceso que tuvo esta jornada de Asdrubal fué, que temiéndose en Roma el juntarse de los dos hermanos como notorio peligro de todo su imperio, mandó el senado á Claudio Neron estando contra Anibal en la Calabria, postrero rincon de Italia, que con buena parte de su campo se viniese á juntar con el otro cónsul Livio Salinador en la marca de Ancona, para que ambos peleasen luego con Asdrubal. Esto cumplió Claudio Neron con una presteza increible, y así dió la batalla juntamente con su compañero á Asdrubal, que fué de las mas sangrientas que en toda esta guerra hubo, pues murió en ella Asdrubal peleando como valiente capitan, y cincuenta y seis mil hombres de los suyos con él. Con esto se tuvo Roma ya por bien vengada de la pérdida de Cannas, y Neron por mas que satisfecho del engaño que acá en España Asdrubal le hizo (1). En esta batalla tuvo Asdrubal por su principal fuerza los españoles que tenia. Y así en el ordenar sus escuadrones los dejó para ser él su capitan y pelear con ellos, y así murieron con él muchos: aunque Polibio dice no murieron en todos los de Asdrubal mas de diez mil. Y con esto y con lo que ya dijimos del ayuda que envió de acá Escipion, se entiende como en ambos campos habia muchos de nuestros españoles.

Entretanto que Asdrubal Barcino así pereció en

(1) Tito Livio. Polibio.

Italia, las cosas de España estaban desta manera en este año. Todo el mar de levante, como viene por la falda de los Pirineos hasta bajo de Valencia, y toda la costa del medio-dia que sigue desde allí hasta bajo un poco de Cartagena tenian los romanos, y casi tenian tambien sujeta ó confederada la tierra vecina destas marinas. Sin que hasta ahora sepamos que romanos poseyesen en lo demas adentro nada. Y en el Andalucía ya vemos que llegaba Escipion cerca de Baeza, y otros habian pasado hasta Osuna y sus comarcas, como despues se ha de ver. Todo lo demás de la costa hasta Cádiz, y de allí adelante hasta la boca de Guadiana tenian los cartagineses, y mucho señorío y amistad en toda la tierra, pues tantas veces hay mencion que conquistaban en el reino de Toledo, con ser lo mas léjos de la mar que hay en España. Mas aunque no poseian los romanos mas que lo dicho, tenia ya Escipion en este año tan destrozados los cartagineses con las victorias pasadas, y tan abatido su nombre y valía, que poco le quedaba para acabar de conquistar toda la provincia. Pues para acabar de hacer esto y concluir si pudiese la guerra de una vez, determinó hacerla este verano mas poderosamente. Para esto tenia mucho hecho, con haber vencido tantas veces los cartagineses, y echado de España á Asdrubal Barcino, hasta enviarlo á la carnicería que se hizo dél y de su ejército en Italia. Á Asdrubal de Gisgon, y Masanisa su yerno, y á Magon Barcino, ya los tenia tan amedrentados que no osaban esperarle en el campo, y se habian arrinconado en lo postrero de España: teniéndose por tanto mas seguros cuanto mas léjos estuviesen de Escipion. Todo esto era próspero y aventajado para él, y érale solo contraria la manera de la tierra de España, y la naturaleza de los ánimos de sus moradores, tan aparejado todo para renovar la guerra y levantarse con nuevas fuerzas, cuando parecia que habian de sosegar por faltarles. Que ni Italia ni ninguna otra provincia se le podia comparar á España en este vigor y ferocidad. Así le da aquí esta ventaja Tito Livio: y ésta dice fué la causa que habiendo sido la primera provincia que romanos quisieron conquistar, fué la postrera que acabaron de sujetar. Mas de doscientos años les duró el pacificarla del todo, desde los dos Escipiones, hasta Augusto César que acabó de conquistarla, como por todo lo de adelante se verá. Y esto mismo celebran mucho Estrabon, Lucio Floro y Veleyo Patérculo: y en particular se irá apuntando en sus lugares.

Con este aparejo de nuevo movimiento que siempre se hallaba en nuestros españoles, ahora este Asdrubal de Gisgon (el mas valiente y animoso capitan, que cartagineses tuvieron en España despues de los Barcinos) salió de Cádiz al principio deste verano, y con ayuda de Masanisa su yerno levantó muchos pueblos del Andalucía y Estremadura, y pagándoles su sueldo en breve tiempo juntó un poderoso ejército, en que habia cincuenta mil hombres de pie y cuatro mil y quinientos de caballo. En el número de la gente de caballo Tito Livio y Polibio concuerdan; y difieren en el de los de pié, pues el uno dice que tenian Asdrubal, y Magon y Masanisa setenta mil hombres, cuando llegaron cerca de la ciudad de Silpia que era en el Andalucia, aunque no se puede entender bien dónde, y parece ser la misma que Polibio aquí llama Elingas. Allí asentaron su real en unas campiñas muy extendidas á la falda de la montaña, con determinacion de no rehusar la batalla cuando Escipion viniese á dársela. «Él movido con la fama de tan grande ejército (el «cual ella, como suele, acrecentaba sobre la verdad), «entendia como con solas las regiones romanas no po«dia ponerse á la iguala de tanta multitud, sin juntar «grandes ayudas y socorro de españoles.» Por otra parte consideraba con el doloroso escarmiento de su padre y tio, que no debia juntar con los soldados romanos tanta muchedumbre y fuerza de españoles, que si quisiesen mudarse y desampararlo, quedase flaco y sin fuerzas bastantes para resistir al enemigo. Por esto le pareció lo mas seguro valerse mucho del rey Colcas, señor de veinte y ocho lugares en el Andalucía, que ya se le habia dado por amigo el invierno pasado, ofreciéndole tendria á punto gente de pié y de caballo para cuando se la pidiese. Tito Livio y Polibio hacen mucha mencion deste rey Colcas, como de príncipe gran señor en el Andalucía, y muy amigo de romanos: mas no señalan en particular dónde tenia su señorío: ni tampoco cuentan cuando ni por qué causas vino al amistad de Escipion. Que como los historiadores romanos van embebecidos en contar las cosas que sus capitanes acá en España hacian: de aquello solo llevan cuidado, sin que tengan ninguno de relatar las nuestras. Así es forzoso que esta mi corónica tenga semejantes faltas, no dando la noticia que era razon de tales personas, ni refiriendo enteramente, lo que se deseara saber de sus hechos.

Escipion envió adelante á Junio Silano, para que le tuviese ya en campo este socorro del rey Colcas: y él partió luego de Tarragona, y tomando de las ayudas de los confederados que habia por el camino, no todo lo que ofrecian, sino lo que le parecia mas conveniente, llegó hasta la ciudad de Castaon, que á lo que se cree, era la que ahora llamamos Cazorla. Y sin duda está errado en los libros de Tito Livio aquí el nombre desta ciudad, llamándola Castulo: pues es cierto que Castulo estaba entónces enemiga de romanos, como atrás queda dicho, y adelante se verá: y no podia llegar Escipion á ella entónces, sino para destruirla. Cuanto mas que de tal manera cuenta Tito Livio el llegar Escipion á esta ciudad, que parece entró, y se aposentó en ella, como en confederada y amiga de romanos. Y de todo lo que á esto pertenece, se dará mas larga cuenta en su lugar. Allí vino Silano con la gente que enviaba el rey Colcas, que fueron tres mil hombres de pié con quinientos de caballo. Con éstos llegó la gente de guerra de Escipion á ser mas de cuarenta mil hombres, de los cuales ya se entiende, como gran parte eran españoles, para que se vea como la tienen buena, en todo el buen efecto que este verano se hizo. Porque contando todo lo que Escipion trujo de Italia, y halló acá de ejército romano, y despues le enviaron, no llega á la mitad de este número: y guerras y enfermedades habian ya consumido muchos destos romanos, y algunos tambien eran vueltos á Italia. Y estando tan disminuido el número de los romanos, con solos españoles se pudo tanto acrecentar. Con todo este campo pasó Escipion desde cerca de Cazorla, donde se hallaba, hasta poner su real junto á la ciudad de Beturia ó Betula (1) donde estaba ya cerca del enemigo. Qué ciudad fuese ésta no se puede señalar en particular. Y

(1) Redúcese á la villa de Bailen de que ya hablamos en otra nota; y contribuye á confirmarlo esta misma marcha de Escipion, y la batalla que se siguió á ella. B.

no es ésta la otra ciudad donde se dió la otra batalla, como se dirá en su lugar. Queriendo los romanos, cuando llegaron á sentar su real, y comenzando á fortificarlo: parecieron Magon y Masanisa con todos los caballos de su campo: y acometiéndolos pensaron turbarles, y estorbarles hacer su fuerte, que habian comenzado: y salieran con ello segun fué recio el acometimiento, sino que en descubriéndolos Escipion, hizo rodear por las espaldas de su ejército un buen número de caballos, y esconderse detrás de un cerro, para cuando él les mandase salir. Viendo pues que los cartagineses cebados con la escaramuza, se habian esparcido, mandó salir de tropel con buen órden la emboscada, y dar por el lado á los primeros de los cartagineses que así con ferocidad y valentía se habian adelantado. Ellos volvieron las espaldas, y se pusieron en huida, hasta meterse en las escuadras, que quedaban atrás en órden de batalla. Allí hallaron los romanos mucha resistencia, que hizo durar la pelea, y estar gran rato dudosa la victoria. Mas como Escipion mandase salir de refresco la gente, que hacia la guardia en los reparos, y despues todos los otros soldados, mandándoles tomar las armas, y dejar la fortificacion del real, que habian comenzado: y éstos viniesen enteros, y diesen sobre los cartagineses cansados; no pudiendo ya sufrir tanta carga, volvieron del todo las espaldas. Y al principio guardaban bien los cartagineses su ordenanza, retirándose con concierto, sin que el temor ni la priesa los perturbase. Mas como los romanos y los nuestros apretaban por las espaldas á los postreros con furia, comenzaron ya á huir algo desbaratados, sin órden ni concierto: y los romanos asentaron su real, y lo fortificaron despacio, teniéndolo á vista del de sus enemigos.

CAPÍTULO XXIII.

La batalla cabe la ciudad de Beturia, donde Escipion venció á los cartagineses con buenos ardides.

Aunque con esta pelea les creció el ánimo á los romanos, y desmayaron algun tanto los cartagineses; mas no por eso dejaron ellos de salir los dias siguientes á la escaramuza, hasta que á Asdrubal le pareció, que tenia ya bien experimentadas las fuerzas del ejército romano: y que era ya tiempo de presentarles del todo con mucho ánimo la batalla. Así fué el primero que sacó toda su gente, y la puso en órden de pelear. Luego Escipion hizo lo mismo, por no perder punto de la braveza. Mas viendo que el enemigo no se apartaba de su fuerte, él estuvo tambien delante su real, y así por aquel dia se quedaron sin hacer mas: hasta que, viniéndose ya la noche, Asdrubal primero metió su gente en el real, y Escipion despues para ganar tambien en esto reputacion (1). El dia siguiente y otros algunos, pasaron por esta misma órden, que Asdrubal por la mañana sacaba primero su ejército, y lo ponia en concierto de batalla, y luego hacia Escipion lo mismo: y á la tarde de la misma manera Asdrubal, estando ya los suyos cansados de estar todo el dia armados y quedos sin moverse, guardando la ordenanza: tocaba primero á recogerse, y Escipion despues: sin que hubiese escaramuza ni acometimiento, ni aun una voz de una parte ni de otra. Tambien la órden de las batallas fué todos estos dias una misma. Los cartagineses con los demás africanos hacian

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 3.

la frente de enmedio, y así tambien las legiones romanas la frente de la batalla de Escipion: y los españoles, que habia de ambas partes, estaban puestos en los cuernos. Los cartagineses tenian siempre puestos delante su batalla treinta y dos elefantes, que armados y encastillados con la gente que encima tenian, representaban de léjos unas grandes torres.

Tantos dias guardaron ambos capitanes esta misma ordenanza, sin jamás mudarla: que entre los soldados se tenia por cosa muy cierta, y no se hablaba ya en otra, creyendo todos, que aquella misma órden se tendria el dia que peleasen: pues tan de veras la aprobaban, y seguian ambos capitanes. Que se encontrarian romanos y cartagineses en las frentes de la batalla con iguales ánimos, y armas y fuerzas iguales, como la gente principal, que trataba con grande odio y porfía aquella guerra. Holgaba mucho Escipion, conforme á lo que tenia pensado hacer, se creyese esto así y se platicase. Y cuando le pareció que estaba firmemente persuadido y asentado en ambos reales para el dia que habia de pelear, determinó mudarlo del todo (1). Mandó para esto la noche ántes, sin dar á entender el fin para que lo hacia, que el dia siguiente ántes que amaneciese, la gente toda y los caballos hubiesen bien comido, y los caballos estuviesen enfrenados y á punto. Y como venida el alba todo estuviese muy en órden, mandó ántes que el dia acabase de esclarecer, que la gente de caballo con algunos peones armados á la lijera, toda en un tropel diese sobre las guardas que los enemigos tenian bien concertadas, delante los reparos de sus reales. Él entretanto comienza tambien á salir de su real, con la fuerza de todo el ejército, trocando todo el órden que solia tener: afirmando bien los cuernos de su batalla con las legiones romanas, y tomando enmedio por frente los españoles de socorro. Asdrubal, que despertó con el estruendo y el alarido de los caballos romanos, salió apriesa de su tienda, y como vió el alboroto de la pelea, y la turbacion de los suyos junto á su real y mas adelante, y enarboladas las banderas romanas, y todo lleno de enemigos á punto de batalla: con toda presteza mandó salir tambien á su gente de caballo á la defensa, y él salió luego con toda la de pié, sin mudar punto de la ordenanza acostumbrada, en el concertar de su batalla. Ya habia mucho rato que peleaban los caballos de ambas partes, sin conocerse ventaja de ninguna. Porque si la una parte apretaba, como sucedió algunas veces, la otra retirándose, se metia seguramente en el cuerpo de su batalla, y de allí salia otra vez de nuevo á dar la carga, cuando los enemigos se recogian. Mas cuando ya las batallas caminando siempre la una contra la otra, se acercaron tanto, que no habia mas de quinientos pasos de plaza en medio: Escipion mandó hacer señal para que sus caballos se recogiesen, mandando tambien á la par, que los escuadrones de la frente se abriesen con buen órden, para recibirlos por allí: y á los caballos mandó pasar tan adelante, que saliesen por la retaguarda de la frente, hasta estar detrás della. Cuando ya estuvieron allí, volviendo á cerrar la frente como estaba primero, los hizo partir en dos partes, y ponerse por retaguarda de los cuernos de la batalla, para que pudiesen de allí socorrer, donde fuese necesario.

Todo el ardid de Escipion este dia estuvo en el buen

(1) Julio Frontino lib. 2, c. 1, y en el c. 3.

concierto, con que ordenó su batalla, y en la diligencia que puso en desatinar al enemigo, sin que pudiese entender, qué queria hacer su adversario, estando él muy certificado y seguro de lo que sus enemigos harian. Por esto demas de todo este órden tan trocado y encubierto, cuando ya quiso comenzar á pelear, mandó que con paso reposado moviesen contra los enemigos los españoles, que como hemos dicho, tenian aquel dia la frente del ejército: y él desde el cuerno derecho, que habia tomado á su cargo, envió á decir á Silano y Marcio, que gobernaban el izquierdo, que tendiesen muy á la larga las escuadras de aquel su cuerno, de la manera que le viesen á él extender las suyas: y que con lo mas lijero de sus caballos, comenzasen á pelear con los españoles de los enemigos, ántes que las frentes de la batalla pudiesen juntarse. Obedeciendo Silano y Marcio, apresuraron el paso, hasta que comenzaron la pelea por su lado, al mismo punto que Escipion la habia comenzado por el suyo. Con el extenderse, y apresurarse de los cuernos al soslayo, y con el detenerse de los españoles en la frente, habia hecho Escipion en la ordenanza un seno muy grande, y peleaban ya los romanos con lo mejor de su ejército, sin que lo firme de Asdrubal, que eran los soldados viejos africanos, que estaban en la frente, pudiesen haber llegado, ni aun á poder arrojar sus lanzas y otros tiros. Y no osaban estos cartagineses valientes de la frente repartirse, para socorrer sus cuernos, que lo pasaban mal, temiendo desconcertarse y abrirse, porque la frente del ejército de Escipion, que venia entera, no se les entrase por allí, para fácilmente desbaratarlos y vencerlos.

En los cuernos se peleaba por igual: mas ya los caballos de los romanos trabajaban con gran perseverancia, en romper, si pudieran, á los españoles apretándolos por los lados; que por allí peleaban con ellos, segun que se habian mucho extendido. La gente tambien de las legiones de pié los fatigaba cara á cara á los españoles, poniendo toda la fuerza que podian, por desviar los cuernos de los cartagineses de la frente de su batalla, donde estaba toda la fuerza della. Porque en los cuernos gran ventaja tenian los romanos, teniendo ellos allí las legiones y lo mas firme y valiente de todo su póderío, y tenian por contrarios no mas que los nobles españoles, y la gente de los mallorquines, poco diestros en pelear á pié quedo, y en batalla trabada. Con esto se valian mejor los romanos, y con entrar ya el dia á los cartagineses les comenzaban á faltar las fuerzas (1). Que como el primer acometimiento de aquella mañana, los tomó de improviso, les forzó tomar las armas, sin apercebir los cuerpos con el mantenimiento necesario. Y el haber durado mucho tiempo hasta entónces la batalla, aquejaba ya á los cartagineses, y los forzaba á desmayar con hambre. Escipion que habia deseado esto, de industria habia dilatado la pelea, entreteniendo toda la mañana con el acometimiento de los de caballo, y extendiendo entretanto su batalla, y forzando al enemigo estar en órden de batalla, sin comer hasta el medio dia. Porque cerca desta hora comenzaron á pelear las legiones en los cuernos, con llegar á juntarse las frentes aun algo mas tarde. Con esto ya cuando entraron los cartagineses en la pelea, el ardor del sol de mediodia, el trabajo de estar en pié armados toda la mañana, sin moverse, guardando el órden de batalla, junto con la hambre y sed, los tenian casi vencidos. Tambien los elefantes, enarmonados con tan alborotada y presurosa manera de pelear, como la que los caballos trabaron, quitáronse de delante de los cuernos donde los habian puesto, y metiéronse en la frente, haciendo tanto daño en desordenar los suyos, como pudieran hacer, cuando pelearon con los contrarios. Que así solian hacer estos animales muchas veces grande estrago en los suyos, cuando por alguna ocasion entraban en furia (1): por donde los llamaban en aquellos tiempos enemigos comunes, por serlo á las veces tanto de los de su parte, como de la contraria. Cansados pues ya los cartagineses en los cuerpos, y desmayados en los ánimos, comenzaron á retraerse y desamparar el campo manifiestamente: aunque guardando tan entera la ordenanza, que parecia se retiraban por mandado de sus capitanes con su ejército entero, sin haber perdido nada. Mas como los romanos con tanta mas furia los apretasen, cuanto mas sentian su flaqueza, y no pudiesen ya sufrir los cartagineses este ímpetu, aunque los detenia Asdrubal, y se ponia delante á vedarles la huida; dándoles voces, y diciéndoles, que tenian muy cerca los montes y seguro acogimiento en ellos, si se retiraban con tiento. Mas venciendo, como suele acontecer, el miedo á la vergüenza, viendo ya á los romanos sobre sí, que mataban y herian todos los que hallaban delante, volvieron sin detenimiento las espaldas y derramáronse todos sin concierto para huir.

Cuando llegaron los cartagineses á la falda de los collados, comenzaron á detenerse y ponerse en órden, porque los romanos tambien repararon algun tanto, como dudosos, si proseguirian el alcance entrándose la sierra arriba. Mas luego que vieron los cartagineses, que los romanos ya no dudaban, ántes con grande ánimo y priesa subian: de nuevo comenzaron á huir desbaratadamente, hasta encerrarse en sus reales. Los romanos los siguieron hasta llegar cerca de los reparos; y no hay duda, sino que con el ímpetu que llevaban, y el miedo y turbacion que los enemigos tenian, se pudiera entrar en el real: sino que habiéndose anublado el cielo, como suele con la fuerza de un gran calor, de súbito comenzó á caer tanta lluvia, con un bravo torbellino, que apenas podian los romanos, aunque vencedores, recogerse bien á su fuerte. Los cartagineses por mas que el cansancio del trabajo y heridas, y la lluvia y la noche les pedian el reposo, que bien de veras habian menester: mas porque el temor que tenian, y el peligro en que se hallaban, no les daba lugar para ningun descanso, teniendo por cierto que en viniendo el dia sus enemigos les combatirian el real: pasaron toda la noche en traer piedras de todos los valles que por allí habia, con que levantaron y fortificaron mucho sus valladas, para defenderse con su firmeza: ya que no tenian ninguna esperanza en las armas. Con esto pensaban detenerse mas el comenzarse aquella noche á pasar mucha gente á Escipion, les forzó á los cartagineses creer, que era mucho mas seguro el huir, que ninguna manera de detenerse.

Fué el primero que se pasó á Escipion y como capitan para que los otros le siguiesen Atanes, gran señor en los turdetanos, que trujo consigo gran número de los suyos. Luego el dia siguiente se dieron á Escipion dos lugares fuertes en aquella comarca, cuyos nom

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 1

(1) Plinio en el lib. 8, c. 9.

bres no señalan Polibio y Tito Livio, que escriben todo esto, sino solo dicen como los entregaron los alcaides que los tenian. Y temiendo Asdrubal, que estaban ya los españoles incitados con tal ejemplo, para desampararle: porque la cosa no pasase mas adelante, con quitárseles la oportunidad de tener al enemigo tan cerca: la noche siguiente, cuando el reposo ofrecia mayor seguridad, levantó su campo.

Venida la mañana, como supo Escipion de sus centinelas, que los enemigos eran idos: manda que la gente de caballo los vaya siguiendo, y toda la de pié luego tambien comienze á ir en el alcance. Ellos obedecieron con tanta presteza, que si acertaran á llevar el mismo camino que los cartagineses á sus espaldas, sin duda ninguna los alcanzaran. Mas dieron crédito á las guias, que les dijeron que habia otro camino mas cierto, para llegar al rio Guadalquivir, adonde podrian atajar á los cartagineses, ó acometerlos cuando lo pasasen. Asdrubal que entendió que le estaba tomado el paso del rio, torció el camino hácia el mar Océano, deseando verse en Cádiz y sus comarcas, que era por aquel tiempo lo mas seguro, que de toda España ya le quedaba. «Esta vuelta, y el ir ya todos esparcidos y «desbaratados, volando á toda furia con las alas que «pone el temor, hizo que se alargasen de los romanos.» Todavía los alcanzaban algunas veces, y los detenian con forzarlos que se recogiesen y se pusiesen en ordenanza, y escaramuzasen con los caballos lijeros, que eran los que mas los acosaban. Mas cuando una vez pudieron llegar las legiones, no hubo ya escaramuza ni pelea, sino matanza cruel, que sin resistencia hacian los romanos, sin quedar cartaginés ninguno que no fuese muerto ó preso, sino solos siete mil mal armados y destrozados con que Asdrubal se hizo fuerte en una sierra. Allí con gran priesa en lo mas alto y áspero fortificó sus estancias lo mejor que pudo: y como tentasen los romanos la subida, y con poca resistencia se les estorbase por lo muy agro de las cuestas, pudieron quedar seguros Asdrubal y los suyos. Túvolos allí Escipion como cercados algunos dias, con haber puesto sus reales en derredor de la sierra, y quitádoles las viandas y todo lo necesario. Esto forzó de nuevo á muchos españoles que se pasasen á los romanos y á Asdrubal que una noche dejando su ejército allí porque no fuese sentido, se bajase con poca compañía á la mar, que no estaba muy léjos, y en los navíos que pudo hallar mas presto se fué á meter dentro en la ciudad de Cádiz huyendo.

Polibio cuenta así tan en particular todo lo de esta batalla de Beturia, y Tito Livio va tan conforme á él, que parece no hizo mas que trasladarlo. En Appiano Alejandrino hay aquí una grande desconformidad. Parece sin duda que cuenta esta batalla, por lo que despues della prosigue: mas cuéntala tan diferente, que no parece es ella. La ciudad cabe donde fué llama Cerbona (1). Á Escipion dice que le forzó á pelear la hambre, y que en la batalla se vió tan cargado de la multitud de los africanos de á pié, que dejó el caballo, y tomando un escudo á un soldado, se puso delante los suyos para meterse en los enemigos, diciendo á grandes voces: ayudad, romanos, ayudad á vuestro Escipion en tan gran peligro. Así la vergüenza y el peligro de su general puso ánimo á los suyos, para ganar luego la victoria con muerte de mas de diez mil enemigos, y solos ochocientos dellos. La autoridad de los otros dos excelentes historiadores, no da lugar á creerse esto tan diverso de Appiano.

CAPÍTULO XXIV.

Escipion volvió á Tarragona, Magon se fué á Cádiz, Masanisa comenzó á tratar de pasarse á los romanos, y Lucio Escipion fué á Roma.

Escipion entendida la huida de Asdrubal y los demás, dejó á Junio Silano con diez mil hombres de pié y mil caballos, para que tuviese siempre el campo entero y apretase allí, si fuese necesario, los enemigos, y conservase lo ganado: y él con lo demás del ejército se volvió en setenta dias, segun en particular Tito Livio cuenta, á Tarragona, donde habia mandado venir todos los señores españoles para tratar sus negocios, y para que pesando bien lo que al pueblo romano en estas guerras habian servido, se les diesen los premios de sus merecimientos. Y aunque Tito Livio no lo diga, ni haga mencion de Indibil, y Mandonio ni Alucio en esta jornada, bien podemos creer que siguieron á Escipion en ella, y fueron de los mas premiados entre los otros. Y el decir Tito Livio así en general que fueron premiados los españoles, muestra bien lo bien que sirvieron en toda la jornada. Magon y Masanisa, ido Asdrubal, quedaron con sus cartagineses cercados. Y aquí fué donde la primera vez habló Masanisa en secreto con Silano, y trató de pasarse á los romanos, ofreciéndosele buena oportunidad: y para tenerla mejor y poner la misma voluntad en los suyos, con los mas principales dellos se pasó en África. Ido Masanisa, tambien Magon se bajó á la marina con mucha gente del campo, sin que los romanos se lo pudiesen estorbar, y en navíos que Asdrubal le habia enviado, se fué tambien él á Cádiz con muchos que le siguieron.

Tito Livio dice aquí que no tenia aun causa manifiesta Masanisa, para hacer de súbito esta mudanza, sino que por aficion que tenia á los romanos, y particularmente á Escipion, andaba buscando como echar el fundamento de aquel amor tan grande que le tuvo despues perpetuamente, y de aquella fidelísima lealtad con que siguió siempre á los romanos hasta el fin de su vida, que fué muy larga. Á mí me parece que como es cosa agena de razon pensar que un rey tan honrado como fué Masanisa, fuese traidor á su nacion, y desamparase sin causa su suegro, y en tiempo de tanta adversidad que hacia mas feo el movimiento, y se pasase á los mortales enemigos suyos y de su tierra: así es fácil cosa señalar la causa que le movió, y justificó toda esta mudanza de manera que nadie despues le culpase por ella. No habia aun Asdrubal quitádole á Masanisa á Sofonisba su hija, ni dádosela por mujer al rey Siface su enemigo: mas debia ya entónces de tratarlo y entenderlo Masanisa, é injuriarse como era razon de tanto desden y de un pensamiento tan malvado. Principalmente que como luego veremos, ya en este tiempo el rey Siface enemigo perpetuo de Masanisa, y su antiguo competidor en los amores de Sofonisba, habia dejado á los romanos con quien, como atrás queda dicho, tenia amistad, y pasádose á los cartagineses: lo cual no podia dejar de traer advertido á Masanisa, para procurar de entender en particular qué causas le persuadieron á esta mudanza, y qué premios

(1) Sin duda hay equivocacion en el nombre de esta ciudad citada por Appiano; y pudo haber sido la de Castulon, ó Cazlona de donde habia salido Escipion, y que solo dista del sitio de la batalla unas cuatro ó cinco leguas. B.

y esperanzas tuvo para hacerla: pues sin éstas estaba claro que no se moveria Siface, segun era poderoso y bien tratado y honrado de los romanos. Así dice aquí Tito Livio expresamente, que ya Siface habia dejado á los romanos.

La gente cartaginesa y española, que ido Magon quedó en los reales, viéndose desamparada de sus capitanes se esparcieron poco á poco todos: unos pasándose á los romanos, y otros huyendo á las ciudades comarcanas: sin que quedase junto tanto número que pareciese tener esperanza de volver á tomar las armas, ni renovar de nuevo ninguna contienda. Viendo esto Silano poniendo en la tierra el recaudo que convenia, que así es de creer aunque los historiadores romanos no lo digan, se volvió él tambien á Tarragona con la nueva de que la guerra toda era ya casi concluida, y aquello de España quedaba desde entónces del todo conquistado. Con esta nueva tan principal, envió Publio Escipion (dice Tito Livio) á su hermano Lucio á Roma, dándole tambien que llevase muchos cautivos principales que en las batallas pasadas se habian tomado.

No osaré decir que ha dejado de decir Tito Livio por descuido la vuelta de Lucio Escipion en España: solo puedo afirmar que despues que la otra vez le envió su hermano á Roma con Hanon y los otros cautivos, nunca mas ha hecho mencion dél. Así somos forzados á entender que estos dias habia vuelto, pues si ántes viniera, alguna mencion hubiera dél en estos hechos pasados.

CAPÍTULO XXV.

Escipion pasó en Africa para verse con el rey Siface en su ciudad de Siga (1), allí llegó el mismo dia Asdrubal Gisgon. Lucio Marcio venció los celtíberos.

La nueva de las victorias que Lucio Escipion llevaba, con el haberse acabado de conquistar mucha parte de España, y que eran ya casi echados della los cartagineses, con pérdida de tanto señorío como en ella tenian, se recibió en Roma con mucho placer, por ser España una provincia que costaba ya tantos años de guerra, y tanta sangre de romanos. Y aunque así allá como acá en España, y en toda parte celebraban con mucho gozo las hazañas de Escipion, atribuyéndole todos tanta gloria, cuanta cualquier otro capitan romano jamás hubiese merecido, á él solo le parecia poca en comparacion de la que le faltaba. «Porque la grandeza de un alto ánimo, nunca se ve cansada de afanar por la «virtud, y por alcanzar á costa del generoso trabajo «la gloria mas excelente que le falta.» Con esta su grandeza de ánimo se olvidaba ya Escipion de España, y solo se acordaba de África y del señorío de Cartago, y de lo mucho que quedaba por hacer hasta ganarlo todo, y sujetarlo al imperio romano, alcanzando él toda la gloria entera de haber concluido esta guerra tan grande y tan porfiada. Para este fin le parecia que era ya necesario comenzar á ablandar las cosas de África, y abrir el camino para hallar entrada en los ánimos de los reyes y pueblos de allá, por ganarlos con la buena destreza que en esto siempre tenia. Y señaladamente traia Escipion delante los ojos al rey Siface, cuyo poderío era grande en aquella tierra: y tener su amistad era tener la mayor ayuda que para la guerra de África se pudiera esperar. Era Siface rey de los Masesulos, que son pueblos muy extendidos en lo postrero de aquella parte de África que se va á juntar con la Mauritania: y está frontero de nuestra costa, cuanta va de Cartagena hasta cerca de Gibraltar. Así que entra en esto la ciudad de Oran y Velez de la Gomera con su Peñon y Melilla, y otras tierras principales de aquella marina. Á la sazon, como se ha dicho, habia dejado Siface el amistad de los romanos que, como hemos visto, con ellos tenia, y hecho su confederacion con los cartagineses. Mas esta no la tenia Escipion por firme, como quien tenia bien conocida la naturaleza de aquella nacion, facil en no conservar mas fé ni lealtad de cuanto el interés les convidase á mudanza. Y tambien el haber perdido los cartagineses á España, parecia tan grave daño que podia menear el ánimo de Siface: determinó, pues, Escipion enviarle á Lelio con su embajada, y con muchos dones y riqueza de la romana y española.

Esto era ya al principio del verano del año siguiente doscientos y cuatro ántes del Nacimiento, en que fueron cónsules en Roma Lucio Veturio Filo y Quinto Cecilio Metelo: y lo de España entendian en Roma estaba tan bien proveido, que no hubo que mudar en ello.

Lelio, pues, que iba tanto para ser espía y reconocer bien todo lo de África, como por embajador á Siface: llevó consigo, como por criados y esclavos, los tribunos y centuriones mas cuerdos y entendidos que habia en todo el ejército, para que tambien ellos por su parte espiasen y entendiesen bien lo que convenia. Entre ellos llevó á Lucio, que otros llaman Quinto Estatorio, y advirtió despues que podia ser conocido Estatorio en África por quién era, de otra vez que habia estado allá; para buena disimulacion, en presencia de muchos africanos le dió con un palo castigándole, como si fuera esclavo (1). Esta gente principal hicieron despues su oficio con mucho cuidado, haciendo á buena sazon soltar un caballo junto á la ciudad, donde entónces Siface estaba; y con color que iban tras él para tomarle, rodearon toda la ciudad y lo que quisieron del campo, y reconocieron todos los muros, y el lugar mas conveniente para asentar el real sobre ella: porque yendo en la figura y disimulacion que llevaban, no pudieran hacer esto de propósito sin mover mucha sospecha (2). Recibió el rey alegremente á Lelio: así porque en Italia iban los cartagineses perdiendo, y en España no les quedaba ya casi nada de todo cuanto habian poseido. Asimismo respondió el rey bien á Lelio, diciendo holgaba mucho aceptar la amistad de romanos, mas que no queria asentarla con otro sino con el mismo Escipion que se la ofrecia. Lelio se volvió contento con esta respuesta, y con tomar del rey seguridad para que Escipion pudiese venir á hablarle.

Demas del gran poderío del rey Siface, importaba mucho la amistad á Escipion para la guerra de África, porque la habia traido él ya con los cartagineses, y por esto los tenia bien conocidos y probados. Tambien por tener su tierra tan frontera de

(1) Siga se reduce al puerto de Areschgoul, segun la opinion mas comun. B.

(1) Julio Frontino en el lib. I, cap. I. (2) Julio Frontino en el lib. I, c. 2.

España, era fácil y harto á propósito por allí el paso y la entrada en África. Por todo esto le pareció á Escipion que esta amistad se debia tratar, aunque fuese con gran riesgo y peligro suyo, pues de otra manera no se podia alcanzar. Así dejó á Lucio Marcio en Tarragona con una parte del ejército, y con otra á Junio Silano en Cartagena, donde habia venido por tierra, él se aventuró á hacer una cosa, que no pudiera caber sino en una grandeza de ánimo como la suya. «Porque ésta se asegura en los grandes acometimientos con el menosprécio de todos los peligros «que se representan; y la gloria del alto fin que pretende, no da lugar á que ningun inconveniente le «pueda estorbar.» Metióse Escipion en Cartagena en dos galeras de cinco remos, llevando consigo á solo Lelio, con quien iba harto bien acompañado. La causa de no llevar mas galeras sin duda fué porque no podia llevar tantas, que bastasen para entera defensa de la flota de Cartago, que en su costa, siendo necesario, pudiera juntarse muy grande: y para no llevar igual poderío, no quiso que el rey Siface pudiese sospechar que no se fiaba dél, si le viera venir con mas armada. Con estas dos galeras se puso en la costa de África en un dia, frontero del puerto de Siga, donde el rey Siface estaba: y se cree fuese en el mismo sitio donde ahora está la ciudad llamada Aresgol (1): pues Plinio expresamente dice, que estaba en el paraje frontero de Málaga, y que era el asiento de la casa y corte deste rey en la costa.

El mismo dia sucedió acaso, que Asdrubal Gisgon echado ya de España, como hemos dicho, con siete galeras de tres remos al banco, llegó tambien á la costa misma de África pocas horas ántes, con el mismo designio de confirmar al rey Siface en amistad de cartagineses: y echadas sus áncoras tomó puerto, no léjos de donde Escipion enderezaba para tomarlo. Pues como estas siete galeras surtas descubrieron las dos que venian, y las reconocieron ser sin duda de enemigos, y pudiesen facilmente tomarlas ántes que á tierra llegasen; no hicieron mas movimiento, como dice Tito Livio, ni pusieron mas temor en los romanos de cuanto los marineros comenzaron á aprestar todo lo que los bajeles habian menester para salir al combate, y los soldados tomaban tambien y aparejaban sus armas para él. Mas con un viento esforzado que los romanos tuvieron en popa, metieron mucho ántes sus galeras en el puerto que los cartagineses de Asdrubal pudiesen levantar las áncoras de las suyas. Y estando ya dentro del puerto del rey Siface, nadie osó intentar cosa que ofendiese su magestad, ni perjudicase á quien venia confiado de su fé con su seguro. Así entraron ambos capitanes en el puerto de Siga, que era la ciudad mas rica y populosa que, como se dijo, el rey Siface tenia en la costa para el asiento de su corte.

Asdrubal, como habia llegado ántes, así salió primero en tierra, y se fué primero al rey; y poco despues llegó Escipion, llevando á Lelio consigo. Al rey le pareció, como á la verdad lo era, cosa de mucha grandeza y magestad suya, que dos capitanes tan principales, de dos pueblos los mas esclarecidos y poderosos que en aquellos siglos tenia el mundo, se hubiesen juntado en un mismo dia en su casa; con una misma recuesta tan honrosa para él, como era venirlo á pedir su amistad y confederacion. Convidólos, pues, con mucha benignidad á ambos para que fuesen sus huéspedes dentro en su casa. Despues, viendo que la ventura los habia traido á que estuviesen dentro de una casa, y en presencia de unos mismos dioses penates que la guardaban, y los huéspedes por eso les solian tener mas reverencia y acatamiento, y vencerse mas con su respeto: trabajó de juntarlos, para que se hablasen y tratasen de perder el odio que se tenian, y de fenecer las enemistades que con tanto rigor seguian. Mas Escipion respondió á esto que el rey le pedia, que él ningun odio ni enemistad tenia en particular por su persona con Asdrubal, el cual hubiese de fenecer hablando en ello: y que lo que tocaba á su república, que él no lo podia tratar con el público, enemigo della, sin expreso mandamiento del senado. Ya que el rey no acababa nada en esto con Escipion, le porfió mucho que porque no pareciese que echaba el uno de sus huéspedes de su mesa, holgase de comer en ella junto con Asdrubal, y tratar allí con él familiarmente. Escipion le concedió esto: y así cenaron ambos con el rey, y sentáronse los dos capitanes el uno cabe el otro muy juntos en la mesa, como cuentan todos los historiadores: porque el rey holgaba desto, y se lo pidió. Y era tanta la benignidad de Escipion, y su natural cortesía y destreza en ganar con ella los ánimos y el amor de todos, que en lo poco que allí estuvo, no solamente granjeó la voluntad del rey Siface, que tan bárbaro era, y tan ajeno de la policía y gentileza de los romanos, sino que tambien dejó maravillado á Asdrubal, su tan cruel enemigo, quedando aficionado á quererle y estimarle mucho. Y daba ya bien claro á entender Asdrubal, que mayor admiracion y mayor estima de su grandeza le habia puesto Escipion, habiéndole entónces visto y conversado, que la que dél tenia ántes, viéndole acabar tan grandes hechos con excelentes victorias. Y ya le parecia que no tenian tanto los cartagineses por qué preguntar como se habia perdido España, cuanto debian comenzar á pensar cómo defenderian á Cartago. Y no se engañaba nada Asdrubal: porque esto era verdaderamente lo que traia bien asentado en el ánimo Escipion, y esto era lo que le aquejaba, cuando claramente y en presencia de muchos solia dolerse: que por qué como Anibal se habia entrado en Italia, metiendo la guerra en ella, él tambien no habia de hacer la guerra dentro en África. Así medía Asdrubal el grande ánimo de Escipion, y así devinaba el peligro de su tierra, tanto ántes que comenzase. Mas Escipion, como dice Tito Livio, hecha su alianza con el rey Siface en nombre del pueblo romano se partió de África, y con vientos contrarios, y algunas veces muy crueles, que le pusieron en peligro de anegarse, al fin en cuatro dias entró en el puerto de Cartagena.

Por este mismo tiempo cuenta Appiano Alejandrino, como hizo Lucio Marcio la guerra á los españoles, que andaban todavía á sueldo de Magon con los cartagineses, aunque ya las ciudades de donde eran naturales estaban por los romanos. Mató en un recuentro mil y quinientos dellos, é hizo huir los demás. Á otros siete mil soldados y setecientos caballos, con un su capitan llamado Hanon, los encerró en un lugar alto tan estrecho, que por no perecer de hambre enviaron á tratar de darse. Lucio Marcio respondió á esta em-

(1) Aresgol, Haresgol, ó mas bien Areschgoul, se cree ser la antigua Siga, corte del rey Siface, situada á la orilla del rio Siga, hoy llamado Teftene, ó mas bien Tafna, el cual entra en el Mediterráneo, á unas siete leguas al oeste de Oran. Descúbrese el pueblo en lo interior de un golfo, pero reducido ya á muy corto vecindario, y á un antiguo castillo. B.

bajada; que le entregasen á Hanon y todos los que de su real se habian pasado á ellos, y que hecho esto, oiria lo que pedian. Todo esto hicieron los españoles; mas comenzó Marcio á pedir de nuevo los cautivos que tenian de los suyos: diéronselos. Añadió luego, que los soldados todos bajasen á lo llano, y trujese cada uno cierta suma de dinero: bajaron, y dieron la moneda. Ya que estuvieron en lo llano, Lucio Marcio les dijo. Todos merecíades la muerte, porque estando vuestras tierras con nosotros, aun os estais con nuestros enemigos. Mas yo os doy la vida, con tal que dejeis aquí las armas luego. Nuestros españoles, que tan obedientes habian estado á lo demás, no pudieron sufrir esto, y queriendo mas morir con las armas en las manos, que vivir sin ellas, comenzaron á aparejarse para la batalla. En ella pelearon con su acostumbrado esfuerzo mas acrecentado con la afrenta y con la desesperacion. Así murieron animosamente todos los celtíberos que estuvieron en la frente de enmedio, y los demás se escaparon, y se recogieron á Magon, que habia venido de África en sesenta navíos con mucha gente, para esforzar aquel campo de Hanon, y mantener de nuevo la guerra. Mas oido este mal suceso de aquel capitan se retiró en Cádiz por faltarle dinero y muchas otras cosas, que le hacian estar congojado y muy falto tambien de consejo. Así cuenta esto Appiano, y como no hay mencion dello en Tito Livio ni en Polibio, que solos lo podian contar, no se puede dar mas clara noticia del hecho, ni de las idas, y venidas, y estadas destos dos capitanes, ni tampoco de los lugares donde estas cosas sucedieron.

CAPÍTULO XXVI.

Escipion destruyó la ciudad de Andujar, y Cerdubelo le dió á Cazlona.

Quedaba ya casi toda España por estos dias bien pacífica y sosegada para los romanos, sin que tuviesen por qué temer, que cartagineses moverian nuevo alboroto de guerra: mas junto con esto se entendia que muchas ciudades, como muy culpadas contra los romanos en las guerras pasadas, sosegaban mas por miedo que tenian, que no por verdadera amistad que quisiesen conservar. Las mas señaladas déstas en grandeza, y culpa, y en merecimiento de castigo eran Iliturge y Castulo, que, segun muchas veces está dicho, eran las que ahora llaman Andujar y Cazlona. Los de Cazlona habiendo sido amigos de romanos en tiempos prósperos, despues de muertos los Escipiones se habiau pasado á los cartagineses. Los iliturgitanos, como ya se dijo, habian errado aun mas gravemente: porque siendo tambien amigos de romanos, acojieron dentro en su ciudad los que venian huyendo de aquel destrozo; y despues los mataron todos, y se pasaron á los cartagineses. Y si Escipion luego que llegó en España quisiera castigar estas ciudades, hiciéralo con mucha razon en venganza de su padre y tio, y para satisfacerse de lo que contra la república de Roma habian hecho. Mas estando dudosa en la obediencia, como entónces estaba toda España, no era cordura entrar espantando con castigo, habiendo de acariciar con blandura, cual Escipion por su benignidad natural, y por la necesidad del tiempo vemos que usó. Por esto se habia dilatado este tan debido castigo hasta ahora, que estando las cosas de romanos ya tan prósperas y tan fundadas en España, parecia ya tiempo de tomarlo.

Envió á llamar para esto Escipion á Lucio Marcio que viniese de Tarragona, y dándole la tercera parte del ejército, le mandó ir á cercar á Castulo, y él con la demás gente de guerra llegó á Iliturge en pocas jornadas. En Tito Livio se dice que no fueron mas de cinco: mas sin duda están errados los libros: pues es imposible marche un campo en cinco dias las sesenta leguas y mas que hay entre estas dos ciudades. Halló las puertas de la ciudad cerradas, y todo muy fortalecido y aparejado para la defensa. Porque el entender bien de sí los iliturgitanos lo que tenian merecido, les certificaba que no se les podia excusar la guerra. Desto tomó Escipion ocasion para comenzar á amonestar sus soldados. Bien muestran, les dijo, estos españoles en tener tanto ántes aparejada la resistencia, y cerrarnos ahora las puertas, la pena que merecen, pues tan conocida tienen su culpa. Por tanto, debemos conquistarlos con mayor ánimo y mayor enemiga. Que hoy verdaderamente es el dia en que yo tengo de vengar la muerte de mi padre y tio, de que no son culpados los cartagineses que los mataron, sino estos, que quisieron mostrar luego cuánto les placia verlos muertos. Este es el dia en que hemos tambien de tomar venganza de la muerte de nuestros compañeros, y de la muestra que con tal fiereza nos dieron de lo que hicieran con nosotros, si acertáramos á estar entre aquellos miserables que aquí se acogieron. Y haremos en todos los siglos venideros un escarmiento muy fundado, para que nadie jamás crea que á ningun ciudadano ni soldado romano, en ninguna fatiga ni adversidad que se halle, no se le debe hacer injuria. Acabada esta amonestacion de su capitan, los tribunos repartieron las escalas entre valientes soldados que por las escuadras escogieron; repartiendo tambien Escipion el ejército, para que él por una parte, y Lelio, su legado y lugar-teniente, combatiese la ciudad por otra. Los nuestros no habian menester capitan ni otro hombre principal que los animase á la defensa. La representacion y memoria de su culpa les acrecentaba el temor, y éste les ponia el ánimo que suele la desesperacion. Cada uno entendia, y así lo decia á los otros: que no querian los romanos dellos la victoria, sino su entera destruccion para el castigo. Que ya no les quedaba sino vencer en defensa de su tierra ó morir gloriosamente por su libertad. Que los que vivos fuesen tomados, habian de ser esclavos y quedar perpetuamente en miserable servidumbre. Con esto no solos los hombres de buena edad para la guerra, sino tambien los viejos y las mujeres y muchachos, con mayores fuerzas y ánimo que en ellas cabia, se pusieron á la defensa de la manera que pudieron. «No «peleaban por la libertad, que sola suele mucho esforzar los ánimos de los valientes hombres, sino «por el miedo de los crueles tormentos y muerte miserable que habian de padecer siendo vencidos.» Con esto pelearon tan bravamente los iliturgitanos, que segun dice Tito Livio casi por estas mismas palabras aquel ejército vencedor de toda España, fué forzado por sola la gente de una ciudad de retirarse algunas veces, dejando el asalto con no poco miedo, y con harta mengua y deshonra. Escipion que miraba esto, temiendo que con estos buenos sucesos se les acrecentarian los ánimos á los nuestros, y los suyos desmayando aflojarian; pareciéndole que ya era menester que él mismo se metiese en el trabajo del combate, y tomase su parte de aquel tan gran peligro, denostando la flojedad y cobardía de los suyos, mandó traer y ar-

rimar delante sí las escalas al muro, amenazándoles que él mismo subiria el primero por ellas si se detuviesen ellos en hacerlo. No lo hizo ménos bravamente que lo dijo, llegándose luego á los muros, y comenzando á subir con tanto denuedo y peligro, que los soldados dando voces, y doliéndose de ver á su general tan tristemente arriscado, á gran priesa arremetieron por muchas partes, y por todas levantaron las escalas, y comenzaron con gran furia á subir. Tambien Lelio apretó de nuevo por su parte. Entónces se acabó de vencer el vigor de los de dentro, y echando los que subieron primero á algunos por fuerza del lugar en que peleaban, quedaron los muros sin haber ya por allí quien los defendiese. Tambien en esta última revuelta y alboroto se tomó el alcazar por la parte que ménos parecia poderse tomar, por ser inexpugnable. Estaba todo fundado sobre una muy alta peña, con que descuidaron los nuestros de poner por allí defensa. Algunos de los de Escipion subieron por lo mas áspero de la peña, hincando grandes clavos ó cuchillos, como dice Tito Livio, á trechos, para hacer dellos como escalones. Acabada de tomar la ciudad, se pareció bien como la ira y el ímpetu della fué el que la ganó. Nadie se acordaba de tomar hombre á vida, ni tenia cuidado ni cuenta con robar, aunque mas riqueza se le presentase á cada parte. Así mataron los romanos aun hasta los niños pequeñitos: y no paró aquí la furia, que fuego pusieron á todo el lugar, y despues derribaron lo que la llama no pudo consumir. Tanta rabia tenian de no dejar rastro de la ciudad, ni memoria de donde habian morado sus enemigos. Y tan destruido lo dejaron todo, que no sabemos que despues jamás se reparase, pues se muestra ahora el sitio desta ciudad tan asolado, que apenas parece haber habido poblacion en ella. Porque la ciudad de Andujar que ahora es, mas de una legua está mas abajo deste sitio donde Iliturgi estuvo. Y allí bien hay alguna peña á la ribera donde pudo suceder el subir de aquella manera los soldados.

Appiano Alejandrino cuenta en particular que duró cuatro horas el combate, y que Escipion fué herido livianamente en la garganta, y que el dolor desto forzó á los romanos apretar el combate con mayor furia, y despues ejecutar con mas crueldad la victoria.

Estando en este cerco dijo Escipion una cosa, de las que mucho manifiestan su grandeza de ánimo, y la confianza con que se aseguraba en las grandes cosas que emprendia (1). Acababa un dia de oir los pleitos y diferencias de su ejército, y administrar justicia á todos, como era de costumbre. Esto se hacia en público, sentado en su tribunal muy autorizado. Y como el campo se movia, así tambien era diverso el lugar para hacer esta audiencia. Preguntóle, pues, á Escipion un soldado, para dónde señalaba los estrados de la audiencia venidera, que habia de ser el tercero dia. Él señaló la ciudad con el dedo, y dijo. Allí dentro será la primera audiencia. Ya se prometia acabado todo aquel gran hecho: y así lo cumplió como lo dijo. Algun historiador cuenta que acaeció esto aquí: mas Valerio Máximo dice que fuese en el cerco de una ciudad llamada Badia (2): de quien ninguna mencion hay en los cosmógrafos antiguos, ni en los historiadores, de cuando Escipion la cercase. Ahora quedará ya contado, ya que no hubiese sucedido aquí.

Tomada y destruida así la ciudad de Iliturgi, Escipion pasó con su ejército á Castulo, que estaba poco mas de cuatro leguas de allí, y tenia para su defensa no solo los españoles sus moradores naturales, sino tambien mucha gente de guerra de la africana, que ahora al fin de la guerra se habian recogido en ella. Era capitan de la ciudad y sus naturales Cerdubelo, hombre principal en autoridad y señorío; y de los africanos Himilcon, que en el nombre parece español y pariente de la mujer de Anibal, pues se llamaba Himilce, y fué natural desta ciudad, como en lo de Florian queda visto. Mas ántes que Escipion viniese habia llegado á Castulo la nueva de la destruccion de Iliturgi. De aquí habia nacido temor y desesperacion de poderse defender: y como no era una misma la esperanza que podian tener los españoles y cartagineses que dentro estaban, así cada una parcialidad sin respeto de la otra procuraba su remedio para salvarse. Por esto comenzó primero á haber secreta sospecha, y despues manifiesta díscordia con que los cartagineses y españoles se desavinieron malamente y se apartaron. Viendo esto Cerdubelo, y temiendo mayor peligro deste desvío, ó que se podian anticipar los cartagineses en ganar la gracia de Escipion: trató con él secretamente, y entrególe sin consentimiento de los suyos la ciudad. Añade Appiano Alejandrino, que mató Cerdubelo, aunque no pone su nombre, todos los soldados principales cartagineses que habia por guarnicion en la ciudad, y así la pudo libremente entregar. Hubiéronse los romanos mansamente con los castuloneses, así porque habian pecado ménos, como porque Cerdubelo intercedia: y al fin, el haberse tomado la ciudad sin resistencia aplacaba mucho la saña de los vencedores.

Mucha dificultad hace aquí en Tito Livio el no hacerse mencion de Lucio Marcio en la toma desta ciudad. Al principio dijo que repartió Escipion con él su campo, para que viniese á tomar esta ciudad de Castulo entre tanto que Escipion iba á Iliturgi: y despues, sin nombrar jamás á Marcio, sin decir que vino, ni qué hizo, cuenta como Escipion, destruida Iliturgi, pasó á tomar á Castulo. Por sola conjetura podríamos decir, para salvar á Tito Livio, que Lucio Marcio tenia cercada la ciudad, y Escipion, desembarazado ya de lo de Iliturgi, se vino á juntar con él para mas presto despachar aquel cerco. Y parece esto verisimil: porque luego cuentan Tito Livio y Appiano, como desde aquí envió Escipion á Lucio Marcio con gran parte del ejército, para que acabase de rendir algunas ciudades del Andalucía, que estaban aun rebeldes.

CAPÍTULO XXVII.

Escipion hizo en Cartagena las obsequias de su padre; y allí pelearon en desafío Corbis y Orsua, dos señores españoles.

Proveido así lo que Lucio Marcio habia de hacer en el Andalucía, Escipion se volvió á Cartagena por dar las gracias con debidos sacrificios á los dioses, y celebrar las obsequias de su padre y tio con los juegos y solemnidades que entónces se usaban. Que hasta entónces, ocupado siempre Escipion en la guerra, no habia tenido tiempo tan desembarazado como tales

(1) Valer. Máx. lib. 3, c. 7. Aulo Gelio, lib. 7, c. 1. (2) Esta ciudad estuvo situada en la costa de Africa que mira al Mediterraneo; pero se ignora su verdadero sitio. B.

fiestas requerian. La fiesta mas principal fué una pelea de gladiatores, usada en aquellos tiempos: aunque ésta fué muy diferente de todas las que ordinariamente se acostumbraban en Roma. Lo ordinario era haber hombres en Roma, que vivian deste trato, y compraban esclavos robustos y de valientes fuerzas, y les daban maestros muy diestros en las armas, que llamaban lanistas, para que les enseñasen pelear con ellas. Destas escuelas, donde así se vendia la sangre y vida de los hombres, compraban despues éstos, que llamaban gladiatores, los que los habian menester para celebrar semejantes fiestas, que sin esta crueldad no podian bien festejarse. Los gladiatores de Escipion no fueron déstos, como dice Tito Livio, sino de gente libre española, que entendiendo como Escipion habia menester gladiatores que así peleasen de su voluntad, de buena gana se le ofrecieron que pelearian. Los señores españoles le enviaron tambien á Escipion muchos déstos: porque los que los enviaban, y tambien los que venian, deseaban dar á entender á Escipion con tal muestra cuanto esfuerzo y valentía tenian sus naturales. Otros decian, que pues Escipion holgaba de aquello, ellos tambien eran contentos de hacer á su capitan general aquel servicio. Otros tenian deseo de probarse con algunos hombres valientes: y otros, deseando vengar su ira, que con otros tenian, tomaron aquella ocasion de desafiarlos. Que todas estas causas cuenta Tito Livio en particular. «Todo era «braveza española, y gran menosprecio de la vida, «y furia en las armas, que los nuestros tienen como «natural.» Otros que tenian pleitos viejos sobre hacienda y señorío, y no habiendo podido hasta allí fenecer y acabar sus diferencias, concertáronse de pelear en aquellos juegos, y que el vencedor quedase señor de la hacienda sobre que litigaban. Y así, no nos espantaremos que en las leyes de los fueros antiguos de España se hallen puestos tan ordinariamente los pleitos á riesgo de batalla y desafío: pues venia de tan atrás en España esta feroz costumbre, que con tanta razon está ya quitada.

Entre todos estos fueron mas señalados Corbis y Orsua, dos primos hermanos, nacidos de ilustre sangre, que tenian mucho debate sobre el señorío de una ciudad, llamada Ibe; y quisieron acabar de sentenciar con las armas su pleito. Corbis era mayor de edad; y muriendo su padre, habia dejado el señorío á su hermano, padre de Orsua, de quien lo queria ahora heredar este su hijo, sin que el primo Corbis tuviese parte. Escipion deseó mucho aplacar tanta saña como estos dos señores entre sí tenian, y amansar la ferocidad con que la trataban: y así les pidió con mucha instancia, que tratasen su pleito delante dél por razones conforme á las leyes, y no con tanta crueldad de juicio. Ellos ambos le respondieron, que no podian obedecer en aquello que les mandaba, porque habiéndoselo pedido todos sus deudos, no lo habian querido hacer por ellos: y que no tomarian jamás otro juez de los hombres ni de los dioses, sino á solas las armas y su fuerza y poderío. Con esta porfía hubieron al fin de entrar á pelear en campo, en presencia de todo el ejército romano. Corbis, como mas entero en la edad, así era mas robusto en las fuerzas: y Orsua, como mas mozo, mostraba mas ardor y mas brío: y deseando junto con esto entrambos ántes morir, que verse el uno al otro sujeto, peleando con rabia mortal, dieron bien que mirar al ejército, y bien que considerar, de cuan malvada cosa sea entre los hombres la codicia en la hacienda y la ambicion en el mandar. Al fin, Corbis con la edad mas robusta y con mayor destreza en las armas y astucia en el pelear, fácilmente venció el denuedo impetuoso y mal gobernado del mancebo su enemigo. Todo lo demás de las obsequias se hizo con el aparato que pudo haber tan léjos de Roma y entre gente de guerra, acostumbrada mas á las armas, que á ninguna cosa de las que en ociosidad se aderezan. Estas obsequias que así celebró Escipion, fueron ó muy cerca de la villa que ahora llamamos Lorca, no léjos de Cartagena, ó dentro en ella, segun que de Plinio se puede bien colegir (1).

CAPÍTULO XXVIII.

La destruccion de Astapa, y la fiera determinacion con que todos los de aquella ciudad perecieron.

Lucio Marcio partido de Cazlona pasó el rio Guadalquivir, que pasa bien cerca de allí, y tomó luego dos ciudades principales, que se le dieron sin esperar que las cercase. Los nombres destas ciudades no ponen los historiadores de aquel tiempo. Mas pues iba desde Cazlona hasta Estepa, entiéndese bien que caian en este camino, ó no muy desviadas dél.

Cuando Tito Livio nombra aquí al rio Guadalquivir por su nombre ordinario de Betis, añade que tambien los naturales de aquella tierra le llamaban Circio. No entendiendo esto algunos de nuestros autores, nombran aquí al rio Guadiaro y á la villa de Estepona sin ningun propósito ni fundamento.

Quedaba Astapa, ciudad populosa, que á lo que se puede bien creer no era la misma que ahora llamamos Estepa, sino otro sitio despoblado, que parece á dos leguas mas abajo cerca del rio Jenil. Es Estepa villa muy principal en el Andalucía, que tiene casi al derredor las ciudades de Ecija y Antequera, y la gran villa de Osuna, casi puestas á igual distancia. Esta ciudad con gran firmeza habia siempre seguido el bando y parcialidad de los cartagineses. Y no hubieran ofendido tanto á los romanos en esto, como en que fuera de las discordias de la guerra, tenian con ellos una enemiga rabiosa, con que ferozmente mostraban aborrecerlos. Y no tenian los estapanos la ciudad fuerte por el sitio, ni fortalecida con muros y reparos para la defensa, por donde pudiese crecer su ferocidad; sino que la natural braveza, acostumbrada á robar por los caminos, los habia incitado, como cuenta Tito Livio, para que hiciesen entradas con mucho daño en las tierras comarcanas de confederados del pueblo romano. Habian tambien algunas veces muerto y despojado toda la gente de servicio del real de los romanos que por allí estaban, y algunos soldados que con ellos encontraron desmandados. Y pasando otra vez por cerca de allí el campo de los romanos, escarmentados ya de andar poco solos por aquella comarca tan peligrosa, iba apartada del cuerpo del ejército una buena compañía de soldados. Los de Astapa les tomaron el camino, y les salieron de través á un lugar estrecho, donde mataron cruelmente todos los romanos, sin querer tomar ninguno á vida.

Contando así todo esto Tito Livio, da bien á entender, como ya los romanos algunas veces habian pasado aquella tierra tan adentro en el Andalucía con sus ejér-

(1) En el lib. 3, c 1

cios. Y esto parece seria en vida de los Escipiones: pues aun Appiano Alejandrino dice mataron al uno de llos cabe Osuna, que está tres leguas mas adelante de Estepa.

Por todo esto tenian mal indignados á los romanos los de aquella ciudad, y muy provocada su ira para castigarlos ásperamente. Así cuando vieron que Marcio los cercaba, atemorizados con la memoria de sus culpas, porque ni el darse á enemigos tan ofendidos era seguro, ni tenian esperanza de poderse defender con las armas, ni los muros: determinaron hacer una hazaña espantosa y cruel contra sí mismos, cual jamás en el mundo ha sucedido. «Que como la «esperanza es único consuelo y alivio en todas las mi«serias y desventuras: así por el contrario la desespe«racion las acrecienta todas, añadiéndoles mas de ad«versidad, que en ellas solas podia haber.» Señalaron un lugar en medio la plaza, adonde juntaron todas las cosas mas ricas y preciosas que tenian, yéndolas mezclando todas con leña, hasta levantar una gran hacina. Mandaron luego subir encima á sus hijos y mujeres: y cerráronlo de nuevo todo en derredor de mucha leña, dejando allí cerca encendido un poco de fuego. Despues escogieron cincuenta mancebos valientes y bien armados, á quien advirtieron y encargaron: que todo el tiempo que la batalla durase, sin conocerse ventaja de los romanos, estuviesen allí por guarda de sus haciendas de todos, y de las personas que allí quedaban, mas preciosas que ninguna otra riqueza. Mas si viesen que los romanos iban ya venciendo, y que la ciudad ya estaba en punto de perderse: tuviesen entónces por cierto que todos los que salian á pelear, sin faltar ninguno, moririan como valientes en el campo: y que los rogaban y conjuraban por todos los dioses, que acordándose de la libertad que aquel dia se les habia de acabar, ó con muerte honrosa, ó con miserable y vergonzosa servidumbre: no le dejasen cosa ninguna al enemigo, de que pudiese gozar. Que pues fuego y armas les quedaban, hiciesen de manera, que las manos de los amigos y parientes, consumiesen y destruyesen, lo que por fuerza habia de perecer; y no diesen lugar, á que los enemigos hallasen en qué emplear con escarnio su saña y crueldad. Despues de haberlos así amonestado, invocando todos los dioses, les echaron horribles maldiciones, que cayesen sobre aquel, que por cobardía, ó por lástima y ternura se moviese deste propósito. Tras esto abren las puertas de la ciudad, y con gran tropel, y mucho alarido, arremeten de improviso á las estancias de los romanos, que no tenian delante mucha gente de guarda, porque ninguna cosa temian ménos, de que saliesen los de la ciudad á pelear. Acudieron luego algunas bandas de caballos del real, con la gente armada á la ligera, para comenzar la batalla, que fué mas porfiada por la ferocidad y rabia de los astapanos, que no por el concierto y órden que guardaron en ella. A cualquiera parte que veian el enemigo, allí los llevaba luego con ímpetu su furor, y olvidados del peligro que habia en desbaratarse solo un cuidado tenian, de matar los mas que pudiesen, ántes que ellos fuesen muertos. Con esta furia hicieron detener, y retirarse á la gente de caballo con los demás, hasta dentro en sus reparos: y allí hubiera de ser la pelea, sino que con este poco espacio, que habian tenido, ya las legiones salian del real en su ordenanza y concierto, y recibiendo en sí los que así venian retrayéndose, pudieron hacer rostro, y aparejarse para pelear con el orden acostumbrado. Aun aquí tambien se vieron los romanos muy apretados, porque ciegos los de Astapa con su furia y desesperacion, se metian sin temor ninguno por las armas, no mas que para ser heridos y muertos, con tal que ellos pudiesen ántes matar ó herir alguno. Mas deteniéndose un poco los soldados viejos de los romanos con constancia, contra el ímpetu desatinado, matando á los delanteros fácilmente detuvieron á los que seguian. Trabajando despues los mismos soldados viejos de meterse en los enemigos, y hacerlos retirar por fuerza; como vieron que no habia moverse nadie, y que estaban con determinacion de morir en el lugar donde una vez habian ya puesto los piés; abrieron su batalla, con la confianza de mucha gente que tenian, y dieron lugar que los astapanos comenzasen á entrar por allí, y despues que los tuvieron en medio, cercándolos de todas partes, los mataron todos, sin que escapase ninguno.

«Esto pasaba así en la batalla, donde el derecho de «la guerra, y la saña que tenian los romanos contra «tan terribles enemigos, y que tan ferozmente entón«ces resistian, parece que escusaba en ellos tanto der«ramamiento de sangre.» Mas dentro en la ciudad habia al mismo tiempo otra mas cruel y fiera matanza. Unos de los cincuenta se mataban á sí mismo, otros matando sus ciudadanos y parientes, con una gran muchedumbre de niños y mujeres, medio muertos los echaban en el fuego, que habian encendido, y lo apagaban ya los arroyos de sangre que por todas partes corrian; hasta que cansados los cincuenta de matar tantos de los suyos, tambien ellos se arrojaron animosamente en el fuego, para perecer con los demás. Ya á este tiempo, acabada esta cruel hazaña, entraron los romanos, y atónitos al principio, con la vista de crueldad tan espantosa, se detuvieron un poco, hasta que la codicia movida por el resplandor del oro y plata que por entre la llama relumbraba: les hizo que no dudasen ponerse al peligro del fuego, por robarlo. Así se tomó Astapa, venciéndose ella misma con su desesperacion. Appiano Alejandrino concuerda en todo con Tito Livio, y añade que maravillado Lucio Marcio del grande ánimo y constancia de los astapanos, no quiso se asolase la ciudad. Quiso dejarla para memoria de tan gran hazaña, y como por noble sepulcro de tantos hombres, que mucho merecian ser honrados, y debia ser mucho conservado su ejemplo. A Lucio Marcio se le dieron todos los lugares comarcanos con el miedo que la destruccion de Astapa les puso, y con el ejército vencedor se volvió á Cartagena, donde Escipion todavía se estaba.

Mas no reposó mucho en Cartagena Lucio Marcio, porque su grande ánimo y consejo en la guerra, y lo que quedaba por acabar en España no lo consentian. Habian venido aquellos dias algunos vecinos de la ciudad de Cádiz, para prometer á Escipion secretamente manera, como se le entregase la ciudad, y á todos los cartagineses, que en ella habia, con su capitan y toda su flota. El capitan era Magon, que desde que lo dejó allí Asdrubal de Gisgon, cuando se pasó en África, yendo como hemos dicho, por Siga, nunca habia dejado de juntar gente y navíos, así de aquellas costas mas bajas del Andalucía en el Océano, que solas quedaban ya por los cartagineses, como de África tambien que por el paso del estrecho de Gibraltar estaba tan cerca: aprovechándose para todo de la buena cordura y diligencia de Hanon, un capitan cartaginés, que tuvo consigo. Escipion concertó y asentó bien lo que con-

venia con aquellos de Cádiz, y mandó ir allá á Lucio Marcio por tierra, con la gente que pareció convenia: y á Lelio envió por la mar, con siete galeras ordinarias de tres por banco, y una capitana de cinco: y mandóles que siempre se comunicasen, y consultasen ambos todo lo que por mar y por tierra hubiesen de intentar. Poco despues diremos como les fué en esta jornada, porque entre tanto conviene contar lo que á Escipion le sucedió

CAPÍTULO XXIX.

Escipion enfermó en Cartagena, y el ejército se le amotinó cabe el rio Júcar.

Partidos estos dos capitanes, Escipion comenzó á enfermar en Cartagena, y á gravársele mucho la dolencia, mas no tanto, como la fama la encarecia: por la costumbre natural que los hombres tienen, de acrecentar mas en las nuevas que oyen. Esto fué causa que toda España, y principalmente lo mas léjos de Cartagena se alborotase, y se pareciese bien, cuán grande alteracion y movimiento hiciera la verdadera muerte de Escipion, pues un vano rumor della, levantó tan grandes alborotos de cosas nuevas. Ni los aliados del pueblo romano perseveraron en su amistad, ni el ejército mantuvo la lealtad debida. Indibil y Mandonio que habian esperado, que echados los cartagineses de España, ellos quedarian por reyes y absolutos señores della, viéndose engañados en esta su esperanza, porque Escipion, como ganaba la tierra para el imperio romano así puesta ya en su gobierno y conservacion con tanto recaudo y providencia, que nadie pudiese tener tal confianza: venida esta ocasion de revolver y destruir todo este buen órden levantando sus pueblos, que eran los ilergetes y lacetanos vecinos de Lérida y por allí; y juntando consigo buena ayuda de celtiberos, comenzaron á robar y destruir los campos de los sedetanos y suesetanos, que están ácia Tarragona y Valencia, y eran amigos y confederados del pueblo romano. Por otra parte en el ejército romano, que habia dejado Escipion en las comarcas de Valencia y Denia, aposentado por allí cabe la ribera del rio Júcar, que entra en la mar entre aquellas dos ciudades, se levantó tambien un motin muy bravo. Y porque Escipion usó de gran prudencia en sosegar este alboroto: y por ser cosa de las mas ejemplares, que acá en España á los romanos les sucedieron, la contaremos á la larga, como Polibio y Tito Livio la escriben.

Habia en aquel campo de Júcar ocho mil soldados, y habian quedado para guarnicion de aquella tierra, y de todo lo que hasta el rio Ebro y mas allá los romanos tenian, sin capitan ninguno que como general los gobernase, sino con solo los tribunos de las legiones, á quien habia quedado el cargo entero dellas. Appiano Alejandrino escribe, que era su general Lucio Marcio, y puédelo decir muy á su salvo, pues no hizo memoria ántes que fuese ido á Cádiz: y ser esto así basta, para que no pueda ser lo que él dice. Cuanto mas que el autoridad y experiencia de Lucio Marcio, no consintiera en este ejército los desórdenes y desatinos que dél se cuentan. Y no se comenzaron á alborotar con la nueva de la enfermedad de Escipion, sino que ántes andaban ya turbados habiéndose muchos tomado con la mucha ociosidad, como suele acontecer, larga soltura en no obedecer á sus capitanes. Tambien acostumbrados ántes á robar en la guerra, y tener mas largamente lo necesario, y lo que su desórden les pedia: ahora estando alojados con mucha paz, no podian sufrir la tasa de solo el sueldo. Y aun la paga déste se les habia dilatado, y añadido causa, y al parecer justa, para el alboroto. Todo pues se hacia ya por el albedrío y desórden que los soldados querian, y nada por el concierto y rigurosa disciplina, que los romanos guardaban en la guerra, ni por mandamiento de los que allí la gobernaban. Solamente, aunque otra cosa no habia, duraba una representacion de campo de romanos, porque esperaban los amotinados, que los tribunos se tocarian de aquella misma enfermedad, con que ellos estaban inficionados, y se amotinarian tambien ellos. Por esto les consentian mandar, y subirse en sus tribunales, y juzgar á los soldados, y pedianles el nombre para apellidarse, y les dejaban hacer todo el demás oficio de su cargo. Y aunque de hecho habian quitádoles el mandar, consentian quedase el aparencia dél. Mas luego que entendieron, como los tribunos no serian con ellos partícipes en su desatino y maldad, lo cual vieron claro en la libertad con que los reprehendian, y en lo que trabajaban de impedirles su locura, y en decirles claramente, que no serian jamás con ellos en tan malvado y loco consejo: ya entónces publicaron de hecho su motin. Echaron primero á los tribunos de su tribunal, y luego fuera de todos los reales: y por consentimiento de todos dieron el mando universal á Gayo Albio Caleno, y Gayo Atrio Umbro, que no eran mas que dos soldados ordinarios, y de muy baja suerte y habian sido los principales en mover todo aquel alboroto. Ellos como gente vil y apocada no contentos con las insignias y aderezos que los tribunos solian traer en la guerra, se atrevieron tambien á tomar las insignias de capitanes generales, haciéndose llevar delante por lictores los haces de varas, y los segures, con toda la representacion de la magestad romana: sin acordarse los malaventurados, que aquellas varas y segures, que traian para espantar á los demás, se habian de venir á emplear en sus espaldas y en sus gargantas. Mas cegábales los ánimos su maldad, y la muerte de Escipion, que tenian muy creida; y el desvarío de pensar, que muerto él, toda España habia de arder en guerra, y que ellos en aquellos movimientos podrian pedir, con poner grande espanto, los tributos que quisiesen á algunas ciudades, y á otras destruirlas del todo: y andando todo revuelto, tomándose cada uno atrevimiento de cometer lo que quisiese, no se echaria tanto de ver lo que ellos hubiesen cometido.

Esperaban Atrio y Albio con esto cada dia nuevas mas frescas, no solamente de la muerte de Escipion, sino tambien de su enterramiento y obsequias: y como éstas nunca llegaban, ántes cada dia se fuese cayendo el rumor pasado, que tan sin fundamento comenzó: mandaron saber quién habian sido los primeros de quien habia salido, para informarse mejor dellos. «Sucedió luego, lo que es muy ordinario, cuando se «hace esta diligencia, que pensando se averiguará al«go verdadero, se descubre manifiesto lo fingido.» Así no pareciendo el orígen ni principio de la nueva de la muerte de Escipion, parecióse lo falso della, que tan locamente se creia. Con esto no solamente se veian ya los dos nuevos capitanes engañados en su vana esperanza, sino desamparados cada dia mas de toda la gente, y forzados á temer sus mismas insignias, y el castigo tan justo y bien merecido, que con ellas se les daria: y en lugar de la vana represen-

lacion de señorío, veian claro, como habia de caer presto sobre ellos el verdadero poderío del imperio romano.

CAPÍTULO XXX.

El consejo que tomó Escipion para sosegar y castigar el motin de sus soldados.

Estando así triste el ejército de Júcar, por comenzar ya el arrepentimiento de tanta locura: llegó nueva cierta á los reales, de que no solamente estaba vivo Escipion, sino muy sano y con entera salud. Y aunque él se habia sentido aquejado de la enfermedad, mas fatiga le habia dado este gran movimiento, que por ella habia sucedido. Y cuanto ménos usado habia sido Escipion hasta entónces de ver en su ejército semejante desconcierto, tanto se halló mas nuevo y confuso en proveer el remedio. Bien era acostumbrado á verse en las grandes tempestades de la guerra, mas no habiendo visto ninguna semejante á ésta, espantábale mucho la primera. Faltábale tambien Lelio, que con llevar su parte de la congoja, fuera tambien mucha para aliviarle, y ayudarle á tomar el consejo, que mas convenia. Mas su gran prudencia vencia facilmente esta falta, y la de esperiencia que en tales casos tenia. Así considerado ya bien y comunicado todo lo que habia de hacer, proveyó primero de enviar siete tribunos al ejército de Júcar, escogidos todos por hombres blandos y suaves en la condicion, y afables y apacibles en la habla, porque para los principios ésta le parecia la mas conveniente medicina. Estuvieron los amotinados muy feroces en la llegada destos tribunos; mas como ellos con dulce plática comenzaron á tratar con los soldados que en aquel campo conocian, poco á poco se fueron aplacando los demás. Para esto se andaban estos tribunos visitando primero familiarmente las tiendas, y hablando cortesmente á todos allí y en el pretorio y en los tribunales. Y á do quiera veian corrillos de soldados, que se juntaban para hablar de lo que pasaba, luego se metian entre ellos con dulzura, y con la misma les hablaban; mas preguntándoles, qué causa habia tenido de así moverse é indignarse, que no culpándolos por el movimiento y alteracion. Comunmente se les respondia, lo que les parecia mas justo, y que mas sin culpa suya podian decir. Que no se les habia pagado el sueldo á su tiempo, y que en aquellos mismos dias Escipion habia castigado á los iliturgitanos, porque habian con maldad muerto algunos romanos, y á ellos no se les habia dado el premio debido, con haber conquistado toda España. Los tribunos respondian á todo esto con blandura, diciendo que cierto pedian cosas justas, y que ellos las darian á entender á Escipion, y le hablarian sobre ello. Y que se holgaban mucho, porque no habia otro mal peor, ni mas dificultoso de curar en su alboroto. Que Escipion vivia, y la república romana era siempre la que fué, en gratificar sus soldados: y de ambas partes podian con mucha razon esperar el premio, que tambien habian merecido. Así amansaron los tribunos poco á poco el furor de los soldados, y hallaron entrada para comenzar á ponerlos en sujecion y respeto; que era el mejor principio para su remedio, y para recobrar el autoridad de su general.

Con esto los tribunos, dejando el mejor gobierno que pudieron en aquel campo, se volvieron á Cartagena, por asegurar mas aquellos soldados, y quitarles toda la sospecha, que pudieran tener, si se quedaran con ellos. Mas á Escipion le congojaba señaladamente el temor de que ó el ejército no se desmandase mas en hacer mayor su culpa, ó que él, castigándolo rigurosamente, no hiciese algun exceso. Al fin se resolvió consigo mismo de proseguir con la blandura que habia comenzado: y enviarles á dar esperanza cierta, de que luego se les pagaria el sueldo, con despachar á la misma sazon sus cuestores á las ciudes tributarias, para juntar el dinero. Despues les mandó pregonar allá en el real, que viniesen á Cartagena á recibir la paga, si quisiesen todos juntos, y sino repartidos por sus camaradas. Ya parece que el motin estaba aplacado, y de suyo se iba cayendo todo el alboroto, cuando se sosegaron mas todos con esta nueva, y mucho mas con ver como los españoles, que se habian rebelado, como arrepentidos de su desatino, dejaban las armas, y procuraban pacificarse. Porque Indibil y Mandonio despues que supieron como Escipion estaba bueno y sano; dejando la guerra, que habian comenzado, se habian vuelto sosegadamente á sus señoríos, y con esto no les quedaba ya á los amotinados con quién comunicar su locura, ni quién los pudiese y quisiese seguir, ni ayudar en ella. Y revolviendo el pensamiento por muchos consejos, ninguno hallaban seguro, sino era dejar el malo, que hasta entónces habian seguido: para entregarse, y dejarse á la justa indignacion, ó á la acostumbrada clemencia de su general. Ésta les prometia mas benignidad, que su enojo rigor. Decian, que aun á los enemigos solia perdonar Escipion; acabando de pelear con ellos en la batalla. «Y como los hombres son siempre «muy despiertos y agudos, en mostrar que son livia«nas sus culpas: décian tambien, que su motin no «habia pasado mas adelante de algun poco de albor«to, sin haber llegado á sangre ni muertes, y que ni «aun el alboroto habia sido demasiado, ni digno de ser «cruelmente castigado.» Determinado, ya con este consejo, solo dudaban en cómo debian ir á Cartagena á pedir el sueldo, juntos todos ó repartidos. Resolviéronse en fin en ir juntos, por parecer esto lo mas seguro: creyendo que á ocho mil hombres con las armas en la mano, nadie se atreveria quererlos agraviar, ni tratar con aspereza.

En estos mismos dias que ellos así tomaban su consejo, en Cartagena tambien se consultaba sobre ellos, y habia diversos pareceres. Unos querian, que solas las cabezas del motin, y no pasaban de treinta y cinco, fuesen castigadas. Ótros decian, que pues éste no habia sido motin solamente, sino que habia tenido mucho de traicion, que con el castigo cruel de muchos se habia de fundar para adelante el ejemplo. Valió con la razon, y con la benignidad natural de Escipion, el parecer mas blando, que parase la pena, sin pasar adelante, de cortar las raices de la culpa: y que para la otra multitud bastaba el espanto y escarmiento. Y porque no se pudiese pensar que Escipion consultaba desto, mandóse publicar la guerra contra Indibil y Mandonio, y que el ejército, que estaba en Cartagena, se aparejase para ella, y para dia señalado cada uno tuviese á punto sus armas y vituallas para algunos dias. Tambien proveyó Escipion, que los siete tribunos, que habian ido ántes á sosegar el ejército amotinado los saliesen á recibir, como gente que ya los de Júcar conocian, y con quien holgarian mucho, por haberse encargado tan de buena gana de excusarlos con Escipion, y

tratar con él sus negocios. Y á cada uno destos siete tribunos se les dió cargo de cinco de los culpados: para que encomendándolo á personas convenientes para esto, los hospedasen amigablemente, y los tratasen de manera en la cena, que despues della el vino y el sueño se los diesen presos, y los pudiesen maniatar sin ningun estruendo ni ruido. Y teníalo Escipion tan bien disimulado y proveido todo, que cuando ya estos soldados llegaron cerca de Cartagena, oyeron decir á todos los que encontraban, como el ejército que estaba en la ciudad se partia al dia siguiente con Junio Silano contra los lacetanos y sus señores. En oir esto los soldados, no solamente se les quitó el miedo y sospecha, que todavía traian arraigado de secreto en sus corazones, sino que aun se alegraron mucho, y tomaron gran confianza: porque así esperaban hallar solo á su general, sin poderío de ofenderlos, ántes con recelo de que este ejército podria lo que quisiese contra él. Gozábanse por esto de nuevo con el buen consejo, que habian tomado, de venir todos juntos. Con esta alegría y confianza entraron al ponerse el sol aquel dia en la ciudad, donde hallaron todo el ejército aparejando lo necesario para su jornada, y recibiéronlos todos con buenas palabras, conforme á lo que pasaba, diciendo: que su venida era á muy buena sazon para su general, por haber llegado á tiempo, que se partia el otro ejército, y así quedarian ellos acompañándolo. Aquella noche se les pasó en descansar del largo camino: y los siete tribunos, con la buena diligencia de los que se habian encargado de aquello, prendieron y aprisionaron con mucho sosiego á los treinta y cinco, que se les habia mandado.

Otro dia por la mañana, ántes que amaneciese, comenzó á salir de la ciudad el bagaje del ejército, cuya partida se fingia: y venido el dia comenzaban ya á salir tambien las banderas con la gente en órden de guerra: cuando se les mandó que estuviesen quedos, sin que nadie saliese fuera de la ciudad, para lo cual estaban á todas las puertas personas que los detuviesen. Luego mandó Escipion llamar por público pregon á los soldados, que el dia ántes habian venido, para que se juntasen en la plaza á parlamento. Vinieron luego todos muy feroces, y arrimáronse cuanto pudieron al tribunal de Escipion, pensando espantarlo, y hundirlo si fuese menester con solos sus gritos y alarido. Hasta entónces aun no sabian la prision de Atrio y Albio y los demás sus consortes: y con el ansia que traian todos de ponerse en lugar mas cercano á Escipion, no tuvieron cuenta con los que faltaban. Todo fué uno subir Escipion en su tribunal, y entrar por diversas calles en la plaza la gente armada del otro ejército, que se habia mandado detener. Éstos comenzaron á cercar poco á poco á los que ántes se habian juntado desarmados, confiados en solos sus gritos y vocería. Entónces se les deshizo todo su orgullo, y se les trocó en un triste espanto y desmayo: y segun despues confesaban, ninguna cosa les espantó tanto, como ver el rostro y olor de Escipion tan otro del que traian imaginado, creyendo que lo habian de ver flaco y descolorido, y viéndolo tan recio y tan entero, y con tan robusto semblante, como nunca se acordaban haberlo visto dentro en la batalla.

CAPÍTULO XXXI.

La plática de Escipion á los amotinados, y el castigo que en ellos hizo.

Detúvose Escipion un poco sentado callando con mucha severidad y mesura, hasta que le vinieron á decir, como ya estaban en la plaza los treinta y cinco presos, y aparejado todo lo que ántes tenia mandado se hiciese. Entónces mandando el pregonero, como se usaba, que todos callasen, él comenzó á hablar, como en Tito Livio se halla, desta manera:

Nunca jamás pensé me faltáran palabras con que hablar á mi ejército: por haber pasado en la guerra todo el tiempo de mi vida, y por haber siempre acostumbrado á tratar y conversar con gente de guerra, y conocer bien sus condiciones y costumbres: hasta ahora, que veo me faltan consejo y palabras con que hablaros: pues aun solo no puedo entender, ni acertar, qué nombre os tengo de poner. ¿Llamaros hé ciudadanos? ¿habiendo desamparado tan malvadamente vuestra tierra? ¿soldados? ¿habiendo menospreciado el mando de vuestros capitanes, y quebrantado la religion del juramento, con que os consagrastes en la guerra? ¿Enemigos? los cuerpos y los rostros, el vestido, las armas y toda la apariencia es de ciudadanos de Roma: mas los hechos, los dichos, los consejos y aficiones todas son de enemigos. Porque qué otra cosa deseastes, ó esperastes vosotros, sino lo que los ilergetes y lacetanos? Y aun aquellos siguieron á Indibil y Mandonio por capitanes, que eran hombres de sangre real, y sus señores naturales: mas vosotros toda la sagrada magestad del ejército romano y su imperio la entregastes á Atrio, nacido en los cortijos de Umbría, y á Albio, que salió detrás del arado en Caleno. Negad, si así os pluguiere soldados, que no lo hicistes todos, ó que no todos lo quisistes hacer. Echad la culpa á unos pocos, que desatinaron con tanto furor: y creeros he de muy buena gana. Porque la maldad que se representa en lo que habeis cometido es tan grande, que si toca á todo el ejército y á todo lo tiene cundido y ensuciado esta mancilla: no veo como se pueda limpiar para satisfaccion de los dioses y los hombres, sino con penas crueles y horrible castigo. Contra mi voluntad y muy forzado trato desto, temiendo poner las manos en ello, como en llaga mortal: mas si no es tocada y tratada, no puede ser sana. Habiendo yo echado ya de España los cartagineses, sin duda nunca creyera, quedaba lugar, ni habia hombre en toda la provincia, á quien mi vida fuese aborrecible: segun me habia habido no solo con los amigos y aliados, sino con los mismos enemigos. Y en mis reales (mirad cuan engañado me tenia mi buena confianza) no solamente acogieron la fama de mi muerte, sino que la desearon. Nó porque quiera yo, ni crea, ni los dioses lo consientan, que todos fuisteis en esto culpados. Que verdaderamente, si pensase, que todo mi ejército me deseó la muerte, yo moriria aquí luego delante de vosotros de pesar: y no me podria de ninguna manera dar contento la vida, que fuese aborrecibl á mis ciudadanos y soldados. «Ántes considero par «vuestra escusa y disculpa, como cualquiera muche- «dumbre de gente, segun su natural, no puede mo- «verse de suyo, como el mar no se mueve; sino qu «como los vientos lo menean, y los torbellinos lo re- «vuelven, así se altera y levanta sus ondas.» De l misma manera todos vosotros os dejastes llevar d ímpetu que os arrebató: y así la causa y el orígen d todo este desvarío está en los principales, que os mo- vieron: pues los demás por el mal, que os pegaron, en- fermastes. Y á lo que yo creo, aun ahora no acaba todos vosotros de entender á cuanta locura llegó vues- tro desatino, ni cuanta maldad habeis cometido. Loqu

á mí toca, no quiero encarecerlo, ni aun decir nada dello. ¿Qué os habia merecido vuestra tierra, á quien érades traidores, siguiendo el mismo consejo que Indibil y Mandonio? ¿Qué os habia merecido el pueblo romano, cuando el mando que él por sus votos conforme á ley y por derecho habia dado á los tribunos, vosotros lo pasábades á dos hombres medio acemileros? y aun no contentos con esto de tenerlos por tribunos, siendo vosotros soldados del pueblo romano, y habiendo de conservar con mucha estima el pundonor y reputacion que cada uno podíades tener por serlo: distes las insignias del mando de vuestro capitan general á unos hombres, que nunca en su vida tuvieron ni aun un esclavillo á quien pudiesen mandar. «Y aunque ninguna «maldad tiene fundamento, ni se guia por razon: mas «habiendo sido tan perverso vuestro hecho: deseo saber, ¿qué pensamiento y qué consejo fué el vuestro?» ¿Queríades os quedar á vivir perpetuamente cabe el rio Júcar? que si yo os dejara allí, partiéndome á Roma, habiendo acabado de conquistar á España, habíades de quejaros á los dioses y á los hombres, porque ya que no os volvia donde viésedes vuestros hijos y mujeres, no os dejaba en tierra fértil y próspera, como pudiera. Mas no me maravillo no os acordásedes destas cosas, que los hombres comunmente tanto aman y desean, pues habíades puesto en olvido á Roma y á Escipion vuestro capitan general con ella. Decidme tambien, ¿qué fuerzas teníades? ¿qué podíades? ¿en qué confiábades? siendo yo vivo y estando entero todo el campo, con que yo tomé la ciudad de Cartagena en un dia, con que desbaraté, vencí, puse en huida, y al fin forcé á desamparar toda España, y salir huyendo della cuatro capitanes y cuatro diferentes ejércitos de cartagineses: vosotros ocho mil hombres solos, y que todos confesábades que érades mas viles que Atrio y Albio, pues os sujetastes á ellos ¿habíades de quitar toda la España á los romanos? Mas no quiero hacer cuenta de mí sino darme ya por muerto. Si yo muriera, ¿habia de morir conmigo tambien la república, y el imperio romano habia de perecer juntamente? Vosotros mismos aquí en España habiendo sido muertos los dos excelentes capitanes, mi padre y su hermano, elegistes por vuestro general á Lucio Marcio contra toda la felicidad que los cartagineses con las dos victorias tan grandes habian cobrado. Y hablo como si muriendo yo, hubiera de quedar España sin capitanes romanos. ¿Pudieran faltar Julio Silano, que tiene el mismo poderío y mando que yo, dado por la república? Lucio Escipion, mi hermano; Gayo Lelio, mis legados y lugartenientes, ¿pudieran faltar de vengar la injuria que la majestad de la república recibia con vuestro levantamiento? Mas decidme, yo os ruego, ¿qué ira ó qué dolor os movió para que tomásedes las armas contra vuestra tierra? La paga que se os dilató unos pocos dias por estar vuestro general enfermo, ¿fué causa bastante para que dejásedes al pueblo romano, y os pasásedes con los ilergetes; para que tuviésedes por mejores capitanes y señores á Indibil y Mandonio que á mí? ¡Ah, soldados! que no fué otra cosa verdaderamente sino que salistes de seso; y no se apoderó de mi cuerpo mayor enfermedad, que de vuestros ánimos ímpetu de locura. Las carnes me tiemblan, y el corazon se encoje con el grave dolor, cuando me paro á pensar que creistes, qué esperastes, qué deseastes. Mas bórrelo todo y sepúltelo eternamente el olvido, si es posible, y si no encúbralo á lo ménos mi callar como pudiere. Que yo esto quiero y esto deseo. Y si os parece que hago al contrario, y que aun es muy áspero y cruel mi razonar de vuestras cosas, ¿cuanto creeis que fueron vuestros hechos mas terribles, que no son mis palabras? ¿Y paréceos cosa justa que yo sufra todo lo que se os antojó hacer; y no os parece que debeis vosotros sufrir que yo lo diga? Mas no quiero afeároslo mas adelante, ni causaros mas vergüenza y confusion con representarlo. Ojalá tan presto os olvidásedes todos dello, como yo lo pondré en olvido. Y así lo dejo solo con decir, que por lo que toca en comun á todos vosotros, si os arrepentís de vuestro error, yo os tengo por enteramente castigados. Atrio y Albio y sus pocos consortes en el desatinado movimiento pagarán con su sangre lo que debe su culpa: y el estar vosotros á ver su castigo no os ha de ser cosa dura ni pesada, sino muy alegre y agradable, si habeis vuelto bien en vuestro juicio: porque á nadie hicieron tanto daño, ni de nadie se mostraron tan crueles enemigos, como de los que así hicieron consigo desatinar.

No habia bien acabado de hablar Escipion, cuando conforme á lo que ántes tenia ordenado, á los ojos y á los oidos se les ofreció á todos los de Júcar horrible espanto de muchas maneras. El ejército que los tenia cercados en derredor, sacudió con estruendo feroz las espadas en los escudos. El pregonero con voz triste y dolorosa mandó que pareciesen allí delante en presencia de todos los treinta y cinco culpados, llamándolos por sus nombres: y así los iban sacando desnudos y encadenados, y los lictores tambien andaban aparejando todo lo necesario para la ejecucion de su muerte. Con esto estaban todos atónitos, y el grande temor, como suele, causaba que la miseria de unos pocos pareciese peligro universal de todos. Atan luego á los culpados á sus palos, como era de costumbre, y azótanlos fieramente con las varas, y córtanles despues las cabezas; estando todos tan fuera de sí con el miedo, que no solamente no se oyó alguna queja pequeña de tanta crueldad, sino que ni aun sonó un solo gemido en todo el ejército. El temor que tenian los ocho mil hombres los tenia tan ocupados, que no sabian mas que pensar en su peligro: y éste huelgan mucho los hombres de verlo cesar, aunque sea con gran daño de otros.

Quitaron luego de allí arrastrando los cuerpos muertos, é hicieron sus sacrificios usados para limpiar el lugar y desenviolarlo, conforme á lo que en su vana religion los gentiles usaban. Y porque los soldados con el motin habian perdido la fé y lealtad que al pueblo romano habian jurado, mandáronlos llamar los tribunos uno á uno por sus nombres, é hiciéronlos jurar de nuevo, prometiendo la obediencia que debian al pueblo romano y á Escipion su general en su nombre. Luego se les dió la paga entera, con gran contentamiento de todos, y mas de Escipion, que volvia con este beneficio á su natural benignidad, de que por un poco espacio le habia sido forzado extrañarse. Este fin tuvo en Cartagena el motin que habia comenzado cabe el rio Júcar, donde la prudencia de Escipion se mostró bien igual en todas las otras sus grandes virtudes.

Todo lo deste motin y el castigo que Escipion en él hizo lo cuenta harto diverso Appiano Alejandrino. Dice que Mogon tentó á los amotinados con promesas porque se pasasen á él. No cuenta la partida que se fingió del otro ejército, sino que vinieron desarmados al parlamento, porque los mandaron juntar tan de mañana y con tanta priesa, que no tuvieron lugar aun de vestirse. Des-

pues dice, que en el parlamento fueron algunos muertos porque lo comenzaron á alborotar. Y así hay allí entre otras cosas pocas alguna diversidad, de que no hay que hacer mucho caso, pues lo de Tito Livio y Polibio, historiadores mas graves, va tan bien proseguido y concertado.

CAPÍTULO XXXII.

Lo que Lucio Marcio y Lelio hicieron por mar y por tierra en el Andalucía.

Entre tanto que esto así pasaba en los reales de Júcar y en Cartagena, Lucio Marcio caminando con su campo para Cádiz, llegó al rio Guadalquivir. Allí entendió como Hanon, su capitan de Magon, andaba por allí cerca juntando españoles para llevarlos á Cádiz, y que tenia ya consigo cuatro mil soldados muy escogidos. Lucio Marcio se dió tan buena diligencia, que en pocos dias dió sobre él, y lo desbarató, y le tomó por combate su real, matando los mas de aquellos españoles en diversas veces que pelearon. Hanon se escapó con algunos pocos. Esto no se puede contar con mas particularidad, porque no la hay en Tito Livio, que solo escribe esto y todo lo de adelante, que en este libro y el siguiente se dirá: porque ya aquí se ha acabado la historia que tenemos de Polibio; y lo de Appiano Alejandrino por estos tiempos no es mas que algunas cosas en particular, de que siempre haré memoria, como de todas las demás que se hallan de lo de España, que fuere contando en otros algunos autores.

A este tiempo Lelio habia pasado con sus galeras el estrecho y púestose en el puerto de Carteya (1), que estaba en el sitio donde estuvieron las dos Algeciras, dentro de la canal del estrecho, por donde ya el Océano se comienza á extender. Estaba con esto bien cerca y muy á punto para efectuarse lo que los de Cádiz, que vinieron á Cartagena, habian prometido; si no se hubiera descubierto aquellos dias la conjuracion de aquellos y de los demás que trataban de entregar la ciudad á los romanos. Magon que la entendió, tomó presos á todos los culpados, y entrególos á Aderbal, su capitan de la mar, para que los llevase á Cartago, donde los castigasen como allá les pluguiese. Aderbal metió todos los presos en su galera capitana de cinco remos al banco (2): y porque no era tan lijera como las otras de tres, mandóla partir delante, y él la siguió poco despues con otras ocho galeras ordinarias de tres por banco que allí tenia. Ya llegaba la capitana al estrecho, y se iba á embocar por él, cuando Lelio salió con sus ocho galeras para tomarla si pudiese: y como descubrió á Aderbal que la seguia, volvióse contra él, y dejóle porque entendió que si algo se detuviese, que con la corriente del estrecho, si acaso la hallaba favorable, le podria Aderbal cobrar tanta ventaja, que no lo podria alcanzar. El cartaginés, que vió de súbito al enemigo, estuvo un poco como dudoso si le haria rostro, ó se meteria al estrecho en seguimiento de su capitana, fiando que la furia de la corriente lo podia poner presto en salvo, si llegase á sazon que vertiese ácia el Mediterráneo, por donde él habia de ir. En esto poco que se detuvo deliberando perdió la oportunidad de escaparse: porque Lelio se le habia acercado tanto, que no era posible dejar ya de pelear. La batalla fué harto trabajosa. Porque sin la fuerza que el ódio y la valentía de los unos y los otros, y el deseo de la victoria ponian, la corriente del estrecho andaba al punto tan feroz con contrarios movimientos, que no dejaba á los unos ni á los otros ser señores de sus navíos, y ella sola podia mas en la batalla, que todo el consejo y destreza de los marineros ni la fuerza de los remos. Con esto andaba tan turbado que romanos y cartagineses todos estaban puestos á un mismo peligro: hasta que la capitana de Lelio, ó por ser mas pesada, y por eso ménos aparejadá para que las hondas con la creciente la arrebatasen; ó porque tenia mas y mejor chusma en los remos, con que podia resistir á la corriente y cortar mejor el agua, echó á fondo dos galeras cartaginesas, embistiendo en ellas de través, y á otra tambien le llevó todos los remos del un lado. Y lo mismo hiciera de las otras, segun andaba ya firme y señora del agua, sino que Aderbal, sintiendo esta ventaja de los romanos con tan manifiesto daño suyo, acordó de huir con las cinco galeras que le quedaban, y enderezar á Ceuta y á aquella costá de Áfrics muy cercana, donde Lelio no le osaria seguir con recelo de la tierra, y del acogimiento y buena ayuda que su enemigo allí habia de hallar. Por esto mismo tambien se volvió Lelio á Carteya, sin mas seguirle. Allí entendió como la conjuracion era descubierta en Cádiz: y viendo que toda salia vana su esperanza con que allí habia venido, envió á decir á Lucio Marcio, que si no querian perder tiempo allí sin hacer nada, les convenia volverse: y como Marcio fuese del mismo parecer, dieron la vuelta para tornar á Cartagena.

Con su vuelta destos capitanes, no solamente cobró Magon el aliento que habia perdido, habiéndose visto poco ménos que cercado por mar y por tierra, sino que tomó tambien ánimo de cobrar á España. Porque á este mismo tiempo le llegó la nueva del motin de los soldados de Júcar, y la causa dél, y de cómo Indibil y Mandonio se habian levantado. Con esto envió mensajeros muy aprisa á Cartago, avisando al senado todo esto, mandándoles acrecentasen y encareciesen lo posible la buena oportunidad, para que le enviasen tanto socorro de gente, que pudiese con ella intentar de cobrar el señorio de España, que sus pasados les dejaron, y ellos tenian casi perdido.

CAPÍTULO XXXIII.

Peleó dos veces Escipion con Indibil y Mandonio y habiéndolos vencido, los perdonó.

Volviendo á Indibil y Mandonio, que con la nueva de la salud de Escipion, como dijimos, se volvieron á sus casas y señorío, y allí estaban esperando en qué pararia el motin, y qué se haria de los culpados en él. Porque si perdonase Escipion á los romanos, no dudaban sino que á ellos tambien perdonaria. Mas despues que entendieron la crueldad con que lo habia

(1) Ya no se duda que la antigua Carteya estuvo situada en lo mas interior de la bahía de Gibraltar, y sitio llamado el Rocadillo, y Torre de Cartgena. A las dos Algeciras se puede reducir el Portus Albus, que el Itinerario de Antonino pone á seis millas al poniente de Carteya. B. (2) El conocimiento de como se manejaban estas galeras, llamadas Penteconteros, ha ocupado á los anticuarios: la opinion mas seguida en el dia es la de que el número cinco se determinaba, nó por el de los remos que eran muchos mas, sino por el de los hombres que bogaban en cada uno. En el gabinete de antigüedades del duque de Medinaceli, se veian entre otras muchas curiosidades unas tablas de marmol, en que estaban representadas de relieve varias de aquellas galeras, que se cree sirvieron de adorno en algun friso de edificio ó pedestal de coluna. B.

castigado, tuvieron por cierto que su culpa era tenida por merecedora de la misma pena. Y porque á los que han comenzado á ofender no les parece nuevo error el perseverar, sino forma para escaparse de no ser castigados: por esto, ó para volver á mover la guerra, ó estar aparejados para resistirla, mandaron tomar las armas á sus vasallos, y juntando los socorros que ántes habian tenido, hicieron un campo de veinte mil hombres de pié, y dos mil y quinientos caballos. Con esto pasaron á los términos de los sedetanos, donde ántes habian tambien reparado.

Escipion, que tenia bien contentos y reducidos en su amor y obediencia los ánimos de todos los soldados, así con haberles perdonado, y haberles pagado á todos culpados y libres de culpa tan enteramente su sueldo, como con tratar siempre con ellos amigablemente y con blandura, todavía queriendo hacer la jornada contra Indibil y Mandonio, á quien podian tener muchos por de su parte; le pareció hablarles á los suyos ántes que se partiese con ellos. La suma de lo que les dijo fué, que con diferente ánimo iba á castigar los ilergetes del que habia tenido ántes en dar la pena á los amotinados. Que cuando castigaba aquellos pocos para sanar el mal de todos, como si cauterizara sus mismas entrañas, así doliéndose y gimiendo quemaba lo dañado, y con cortar las cabezas de solos treinta y cinco, habia dejado limpio el error ó la culpa de ocho mil hombres. Mas que ahora iba á hacer la matanza de los ilergetes con grande ansia de verter su sangre y destruirlos del todo; pues á enemigos tan porfiados, solo el rigor les podia poner remedio con el miedo. Con éstas y otras buenas razones, con que los acarició dulcemente, les aseguró mas los ánimos, y se partió con ellos á pasar el rio Ebro, y llegó á poner su real á vista de sus enemigos. La escaramuza se trabó luego, y fué muy reñida: mas los nuestros fueron cercados con astucia de los caballos romanos, y así pareció quedar por ellos la victoria. Y aunque aquel dia murieron muchos de los catalanes, no perdieron el ánimo, ántes el dia siguiente de mañana, por no mostrar punto de temor, se pusieron en el campo, ordenadas sus escuadras para pelear. Tambien los venció Escipion esta segunda vez: porque la angostura del lugar donde se peleaba le fué favorable, y tambien tuvo maña como los nuestros fuesen cercados, sin que se pudiesen de ninguna forma aprovechar de su gente de caballo, en que tenian su mayor confianza. Así fueron fácilmente desbaratados. Y hubo otro daño tambien grande, que lo estrecho del lugar, y el hallarse los caballos romanos á las espaldas de los nuestros, no dió lugar á que nadie escapase, sino que fueron muertos casi todos. Solo se escapó una parte del ejército, que se habia subido á la montaña. Éstos, viendo el peligro de los suyos, y el poco aparejo que el lugar les daba para ayudarles, en tiempo seguro comenzaron á retirarse, y con ellos Indibil y Mandonio y algunos otros principales. Acabada la matanza, que fué grande y miserable, aquel mismo dia fueron tomados los reales de los catalanes con casi tres mil hombres de guarda y servicio, y gran presa de todas maneras de riqueza. La victoria fué grande, mas no les costó á los romanos poca sangre, ni vendieron barato nuestros españoles sus vidas, que mil y doscientos, segun Tito Livio, ó mil y quinientos segun Appiano, mataron de los enemigos, y quedaron mas de tres mil heridos.

Acabada esta guerra, dejando ya Indibil toda la confianza que habia puesto en las armas, y entendiendo que al fin ninguna podia tener mayor en esta adversidad que la nobleza de Escipion, en la cual ya tenia experiencia de cuán buen acogimiento se hallaba, envióle á su hermano Mandonio que le hablase; «y él lo «hizo con el cuidado que suele poner el peligro para «hablar, cuando esperan los hombres que las palabras «les han de ayudar á salir dél.» Llegando á Escipion con humilde reposo, se le echó á sus piés, y comenzó á echar toda la culpa de aquel levantamiento á la rabia cruel de aquellos tiempos que habian pasado, que como enfermedad pestilencial habia cundido, y pegádose de los reales del rio Júcar á las gentes comarcanas, inficionándolas con su mismo desvarío. Y que no era mucho de maravillar errasen los ilergetes y lacetanos, cuando los mismos reales de los romanos desatinaron. Y si mas culpa que ésta se nos quiere poner (decia él), bien entendemos cuán dignos somos de castigo; y hemos de pagar con las vidas, que tú, Escipion, si así te place, nos puedes justamente quitar, ó hemos de recibirlas otra segunda vez de tu mano, para que doblándose tus beneficios, se acreciente nuestra obligacion, para eternamente ser tuyos.

Era costumbre y ceremonía de romanos muy usada en la guerra, que cuando habian de perdonar á alguno sus errores pasados, y concertarse con él, y tomarle por amigo, no tenerle por súbdito ni mandarle como á tal hasta que hubiese entregado todo cuanto de cielo y tierra (como ellos decian), y de divino y humano poseia. Quitábanle las armas, tomaban dél rehenes, apoderábanse de sus ciudades y todos los templos y sacrificios dellas, y ponian gente de guarnicion que las tuviese por los romanos. Ya entónces los tenian por sujetos, y les mandaban lo que convenia. No quiso hacer nada desto Escipion con Indibil y Mandonio por gran braveza de mostrar cuán en poco los estimaba, pues no curaba de asegurarse dellos. Solamente les representó lo grave de su culpa con ásperas palabras, y acabó con decir, que por sus yerros merecian la muerte, mas que por merced del pueblo romano y por beneficio suyo se les otorgaba la vida. Y que ni queria quitarles las armas, porque no tenia qué temer en ellos, ni pedirles rehenes: porque cuando otra vez quisiesen volver á levantarse, él no habia de castigar los rehenes, que ninguna culpa tenian, sino á ellos, en quien estaba toda. Y que ya que conocian bien la fuerza y poderío de los romanos, y su clemencia y benignidad, que en su mano dejaba el experimentar lo que mas quisiesen. Con esto se fué Mandonio, mandándole solamente Escipion, que él y su hermano diesen cierta suma de dinero con que se pagase el sueldo á la gente. Mandó tambien Escipion bajar á Lucio Marcio con mucha parte del ejército al Andalucía, con intento de luego seguirle, y mandando á Junio Silano que se volviese á Tarragona, él se detuvo allí algunos dias, hasta que los ilergetes acabaron de traer todo el dinero que se les habia mandado, y luego se fué tras Lucio Marcio; mas no lo alcanzó hasta que ya estaba cerca de Cádiz.

CAPÍTULO XXXIV.

Las vistas de Escipion y Masanisa, con que quedaron muy grandes amigos.

Masanisa era ya vuelto de África con buena gente de

caballo, mas del todo mal contentos de los tratos de su suegro Asdrubal con el rey Sifáce. Porque aunque Tito Livio no lo diga, se puede creer vino desta vez bien certificado como Asdrubal tenia gana de quitarle su hija Sofonisba á él, y darla, como de hecho lo hizo despues, al rey Siface, su mortal enemigo. Y generalmente venia Masanisa enagenado del amistad de todos los cartagineses, y con mayor deseo de la de Escipion, que con grande ahinco de ánimo codiciaba. Mas aunque ya habia comenzado á tratar della, como arriba hemos visto, por justas causas se habia dilatado el negocio, y aun ahora no era tiempo muy aparejado para concluirse: sino que su ansia era tan grande, que ninguna dificultad bastaba á detenerle, y cualquiera dilacion era bastante para mucho fatigarle. Tambien este buen deseo de Masanisa, y el ímpetu de naturaleza, que es el mas poderoso para juntar amistades, le forzó á Escipion á tomar un largo camino, como es venir desde Cataluña hasta Cádiz.

Desta vez se efectuó esta amistad, que siempre se cuenta por una de las mas señaladas que ha habido en el mundo (1). Y por haber sucedido esto en España, y ser una cosa muy celebrada en aquellos tiempos, se contará aquí tan á la larga, y con tanta particularidad como Tito Livio la relata. Dice, que como Masanisa, por aviso secreto de Lucio Marcio, entendió como Escipion ya venia, procuró con Magon le diese licencia para salir de Cádiz con sus caballos, y hacer entrada en tierras de confederados del pueblo romano. Habida, la licencia, cuando ya Masanisa se vió libre en parte donde podia comenzar á tratar con Escipion, envióle secretamente tres caballeros principales de sus numidas, para que señalasen el tiempo y lugar donde pudiesen verse, y para que los dos se quedasen con él por rehenes. Vuelto, pues, el tercero con el concierto para guiar á Masanisa al lugar señalado, vinieron allí Escipion y él, cada uno con pocos de los suyos. Estaba ya mucho tiempo ántes Masanisa muy lleno de admiracion por sola la fama de las grandes hazañas de Escipion: y habíasele representado en el camino que debia tener una presencia soberana, y de gran dignidad en la disposicion del cuerpo y en todo el semblante. Y aunque, como Tito Livio en particular refiere, todo esto lo tenia imaginado tan excelente, mas mucho mayor respeto y reverencia le causó la vista, que no todo lo que en su pensamiento habia comprehendido. Porque fuera de que de su natural tenia Escipion gran magestad en el rostro y en toda la persona, hermoseábale y autorizábale mas el cabello largo que traia, y todo el traje y atavío, que no era nada de galan, sino de hombre principal, y verdaderamente soldado y robusto. Estaba demas desto entónces en lo mejor de su edad, y en lo mas vigoroso de su fuerza con los veinte y nueve años que tenia: y toda aquella flor de tan hermosa juventud, parecia que se habia renovado y acrecentado despues de la enfermedad. Turbado con esto y poco ménos que atónito Masanisa cuando vió á Escipion, despues de haberse ambos muy cortesmente saludado, él todo lleno de acatamiento, comenzó á hablar á Escipion, dándole primero gracias porque le habia enviado tan honradamente á Masiva su sobrino. Afirmaba, que desde entónces deseó siempre la ocasion que tenia presente, la cual habia sido mas alegre ahora cuando con efecto se le habia ofrecido. Que todo su deseo era servirle á él y al pueblo romano con tanta aficion y lealtad, que ningun extranjero se le pudiese comparar en ella. Escipion vió y escuchó á Masanisa con alegre semblante, y le trató con gran cortesía en todo: teniendo bien entendido como era rey, y habia sido general de la caballería en el campo de los cartagineses, y gran parte del consejo y buen efecto en todas las jornadas. Y el mancebo con su persona y gravedad representaba tambien su sangre real, y su ánimo y valentía. Escipion lo recibió en su amistad, y ofreciéndole con mucha dulzura y benignidad la suya, el uno al otro se aseguraron con mucha fidelidad y buenas palabras. Despues desto se volvió Escipion á Tarragona; y Masanisa con su licencia, porque no pareciese que habia hecho con liviandad aquella entrada, y para mejor encubrir su propósito, y asegurar á Magon y sus cartagineses, cuando algo sospechasen, robó y destruyó lo que estaba por allí cerca, y volvióse á Cádiz con la presa.

No hace mencion Tito Livio si se quedó Lucio Marcio con alguna gente en el Andalucía, ó si se volvió con Escipion á Tarragona: y parece que estando todavía en Cádiz Magon con Masanisa y buen ejército, que no consentiria Escipion quedase desproveida y desamparada aquella tierra. Cuanto mas, que el quererse ya pasar Magon en África, como lo tenia determinado, segun luego veremos, parece que seria por ver que Lucio Marcio le estorbaba el salir de Cádiz á cobrar algo de lo perdido. Y si Lucio Marcio se hubiera vuelto con Escipion, y llevara todo el ejército consigo, á la partida no dejara Magon de hacer algun daño en aquellas comarcas. Todo esto parece harto verisimil, mas no podemos afirmar nada, pues no lo hallamos en Tito Livio, que solo, como dije, cuenta estos hechos de aquí adelante, sin que haya otro autor de donde suplir lo que en él faltare.

Y no es nada que no haga Tito Livio mencion aquí de Lucio Marcio, si quedó ó no quedó esta vez en el Andalucía; mas es mucho de espantar que ya de aquí adelante nunca jamás le nombrará. Pues un capitan tan excelente y tan estimado de Escipion, como por todo lo de atrás parece; y que como dijo con mucha razon dél Quinto Fabio Máximo; como Tito Livio refiere (1), si no fuera por no haber tenido los cargos principales que otros solian, podia y debia ser justamente contado entre los mas señalados capitanes que Roma tuvo y puesto á la par con ellos, no fuera justo que supiéramos qué premios le dió el senado, con qué honra gratificó sus victorias, y qué caso hizo dél para cosas mayores. De ninguna cosa déstas hay memoria en Tito Livio; sino que queda de hoy mas Lucio Marcio por la historia romana casi sepultado en un perpetuo olvido.

CAPÍTULO XXXV.

Magon salió con todos los cartagineses de España, y habiendo tentado en vano de tomar á Cartagena, tomó la isla de Menorca.

La enfermedad de Escipion, y la rebelion de los catalanes, habia hasta entónces sustentádole á Magon la esperanza de cobrar parte del señorío de España. Mas viéndolo todo salir tan al revés de como él pensaba, y no quedarle ya otra puerta alguna por donde volver á

(1) Valer. Maximo en el lib. 5, c. 2.

(1) En el lib. I, de la 4 Decada.

entrar en España; y que aun aquel solo lugar donde tenia los piés no lo podia tener por seguro, segun la conjuracion pasada se lo daba á entender; determinó de desamparar del todo á España, y pasarse con su gente y navíos en África. Estando aparejando para hacerlo, le vino mandado de la señoría de Cartago que se pasase luego en Italia con toda su gente y navíos: y que ántes que allá llegase, juntase á sueldo la mas gente que pudiese en la ribera de Génova y en la entrada de Lombardía, para llevarla toda á Anibal su hermano, porque no se aflojase la guerra de Italia, que con tanto ímpetu y calor hasta entónces se habia proseguido. Para esto se le envió de allá gran suma de dinero, y él añadió mucho mas, no solamente tomando todo el tesoro público que los de Cádiz tenian, sino robando los templos y toda su riqueza, y forzando á los ciudadanos que cada uno en particular le diese la cantidad de oro y plata que le pedia, sin que nadie osase resistirle, por estar tan apoderado de la ciudad, y tener tanta gente de guerra, con que podia fácilmente castigar con muerte y perpetua destruccion á quien no quisiese obedecer. Así se embarcó muy rico en sus galeras la vuelta de Italia: y pasando el estrecho, cuando llegó cerca de Cartagena, echó en tierra muchos de sus soldados para hacer el daño que pudiese. Habiendo robado los campos vecinos de la ribera, los mandó recojer á las galeras. y paró con ellas en alta mar, frontero de Cartagena. Todo el dia estuvo quedo, y á la noche sacó su gente en tierra encubiertamente, y mandólos acometer la ciudad por aquella misma parte por donde Escipion la habia tomado; con esperanza de que en la ciudad no habia bastante gente de guarda, y que los naturales de allí en tal ocasion se levantarian contra los romanos, y le entregarian á él la ciudad. En lo uno y en lo otro se engañaba. Porque Escipion tenia la ciudad bien proveida, y con haber venido los labradores huyendo el dia ántes de los campos, dando aviso de la venida de los enemigos y del estrago que habian hecho; y habiendo visto tambien la flota parada todo el dia delante la ciudad, les habia parecido á los que se hallaban entónces en ella no ser esto sin causa. Así con buen ánimo de defenderse habian puesto sus guardas por los muros, y mandado que toda la gente estuviese en armas, y repartídola ácia el puerto y el albufera, con aviso de á donde habian de acudir en cualquiera necesidad que se ofreciese. Llegando, pues, los cartagineses mal ordenados, con mas baraunda que fuerza á los muros, los soldados romanos y los nuestros abren súbito las puertas, y arremeten á ellos con mucha furia y vocería que acrecentaba el espanto. Con esto solo los hicieron desmandarse y huir, matando é hiriendo en ellos hasta la orilla de la mar. Y si no se metieran aprisa en sus galeras que se habian puesto ya cerca de tierra ninguno dellos pudiera escapar. Y aun hasta las galeras alcanzó el alboroto y el miedo, temiendo no se entrasen los nuestros envueltos con los cartagineses. Muchos tambien se ahogaron porque con la oscuridad de la noche no atinaban adonde habian de ir á parar, y las galeras se dieron tambien priesa para levantarse de allí. Por esto á la mañana se cautivaron dos mil cartagineses, que se habian quedado desmandados por la costa, sin otros ochocientos que se hallaron muertos, fuera de los que se ahogaron.

Fué tanto este destrozo, que á Magon le fué necesario volverse á Cádiz, para rehacerse. Halló allí las puertas cerradas, y los moradores de la ciudad puestos en morir ó defenderle la entrada: y así se retiró con sus galeras á la ciudad de Cimbis (1), que estaba allí cerca, de donde se envió á quejar por sus embajadores á los de Cádiz, porque siendo él su amigo y confederado, con tanta afrenta lo habian tratado: ellos dieron su excusa con decir, que la gente popular habia hecho aquel movimiento, ofendida porque cuando se habia partido de allí, algunos soldados al embarcarse, habian robado muchas casas. Magon mostró acoger su razon, y les pidió que saliese el gobernador principal de la ciudad, que llamaban Suffete, y el tesorero general, á hablar con él, para que todo pacíficamente se concertase. Los de Cádiz mal advertidos de la poca lealtad de los cartagineses, fueron contentos de la habla: y saliendo á ella el suffete y el tesorero, Magon los hizo primero desollar á poder de azotes, y despues los dejó crucificados en el campo, y se fué con su gente y galeras, sin parar hasta la isla de Iviza, que por aquel tiempo señoreaban cartagineses. Allí le acogió bien el suffete que á la sazon gobernaba, y le dió los mantenimientos necesarios, y soldados y armas, para reparar sus galeras. Con esta buena ayuda se atrevió Magon á querer meterse en la isla de Mallorca, que está allí cerca, donde le pareció que invernaria bien con su armada. Mas los mallorquines al llegar al puerto, como si verdaderamente fueran romanos, que eran entónces sus mortales enemigos, así comenzaron á resistir la entrada: y principalmente descargaron sobre sus galeras un áspero granizo de piedras de sus hondas, con que tuvo por bien meterse á la mar, y dejar la tierra tan enemiga. Pasóse á Menorca, adonde no halló tanta resistencia, por ser menor la isla, y de ménos moradores, y ser conocido de la otra vez que habia venido allí á hacer gente, como atrás se ha visto. Así tomó tierra, y fortaleció su real encima un collado, que se enseñoreaba del puerto de la ciudad principal de la isla: y de allí sin combate se le dió á Magon la ciudad y quedó señor della y de toda la isla en poco tiempo. Hizo Magon luego, para mas fundar su amistad con los de Menorca, dos mil hombres de guerra de los naturales, y enviólos á Cartago, donde ganasen sueldo de la república. Con esto parece que granjeaba las voluntades de los menorqueses, pues los recibia por fieles compañeros en la guerra: mas lo mas cierto era, que con sacar esta gente de la isla, la dejaba sin fuerzas, para alborotarse y resistirle, en lo que él en ella quisiese emprender. Y quedando ya tan asegurado, sacó á tierra sus galeras para invernar allí despacio. Tambien se cree que Magon para mayor asiento de sus cosas en aquella isla, fundó y pobló entónces en ella el pueblo que se llamó de su nombre, como en los cosmógrafos antiguos parece, y ahora poco mudado le llamamos Mahon. Aunque Florian le ha dado mas antigua fundacion (2).

CAPÍTULO XXXVI.

Los cartagineses acabaron de salir del todo de España. Escipion fundó á Itálica, y vuelto á Roma no se le dió el triunfo.

Luego que Magon se partió esta postrera vez de aquellas marinas del Andalucía, los de Cádiz se dieron á los romanos: y así quedó toda España por ellos enteramente, desde las cumbres de los Pirineos sobre Bar-

(1) Hasta el presente no se ha fijado con fundamento la reduccion de esta ciudad y puerto. B. (2) En el lib. 3, c. 4, y 9.

celona, hasta lo último del Océano, por toda la marina, y mucho de lo de la tierra adentro, que todo lo ganó Escipion de los cartagineses, y los echó tan del todo de España, despues de mas de doscientos años que la habian señoreado, que nunca jamás volvieron á tener una sola almena en ella. Todo lo que digo de España quedaba ya por los romanos, siéndoles sujeto, ó quedando en su amistad y confederacion.

Todo esto hizo Escipion, sin que se pueda determinar bien, si vencen la grandeza de los hechos á la brevedad y presteza en el acabarlos: pues lo acabó en cinco años. Y quien se lo prometiera á los romanos en quince ó veinte, lo estimáran en mucho, aunque en este tiempo se derramára mucha sangre de los suyos. Y Paulo Orosio dice, que dejó Escipion ochenta ciudades sujetas en España, habiendo vendido por esclavos los cartagineses que tomó en ellas, y dejando en su libertad á los españoles dellas.

No quedando ya con esto mas que hacer por acá, encargó Escipion el cuidado de todo el gobierno de España á Lucio Cornelio Lentulo y Lucio Manlio Acidino, dos romanos principales con cargo de procónsules, como despues parecerá. Esto aunque Tito Livio no lo dice, no hay duda sino que lo hizo Escipion con órden y expreso mandamiento del senado: pues dar estos cargos y títulos, y dejar él á España, no era cosa que sin esta particular provision del senado se pudiera hacer.

Otra cosa harto señalada hizo Escipion ántes de su partida, y fué dejar poblada de romanos y otros italianos, y muy acrecentada una ciudad junto á Sevilla, á quien puso nombre Itálica. Era ántes, á lo que parece, lugar pequeño, y llamábase Sancios, segun dice Appiano Alejandrino, que cuenta de propósito esta su nueva fundacion, ó acrecentamiento. Fué despues lugar insigne por muchas cosas, y señaladamente por haber sido naturales dél tres emperadores de los mejores y mas señalados que Roma jamás tuvo, Trajano el Bueno, y Adriano su sobrino, y el gran Teodosio, como en esta historia se dirá en sus lugares. Aelio Esparciano al principio de la vida del emperador Adriano da tambien á entender, como Escipion dejó así fundada á Itálica, no mas que como municipio, como se verá en su lugar.

No dejó Escipion con todo esto á España reducida en forma de provincia, que era lo que los romanos (como se ha dicho en el discurso de la república romana al principio) en mucho estimaban, cuando sujetada una region se le ponia de tal manera el yugo, que quedaba asentado en ella del todo el señorío que el pueblo romano pretendia. Y no lo acabó Escipion, porque, como dice Lucio Floro expresamente, mas cuidado puso en sujetarla, que no en así reducirla y ponerla en órden y concierto. Y la ferocidad de la gente española le dió tanto que hacer en lo primero, que fué mucho acabarlo, sin que pudiese atender al otro segundo.

Acabado todo esto, Escipion se partió para Roma en diez galeras al fin de este año. Lelio bien sabemos que fué con él, por muchas cosas en que despues se ha de hallar: mas en señalar Tito Livio que quedaron Lentulo y Manlio Acidino acá, se entiende que Lucio Marcio y Junio Silano se fueron con Escipion, pues si hubieran de quedar, nadie habia á quien mas se debiese, y mejor tomase el cuidado del gobierno de España, que cualquiera destos dos caballeros, que tanto entendian las cosas de toda la provincia, y tanta parte habian sido siempre para ayudarla á conquistar.

Llegado Escipion á Roma, no entró en la ciudad, hasta ver si se le concedia el triunfo. Para esto se juntó el senado en el templo de Belona, que estaba fuera de la ciudad, y allí relató él todo lo que acá en España habia hecho: cuantas veces peleó en batalla campal, cuantos lugares tomó por combate, cuantas naciones diversas en nombres y en términos dejaba sujetas al imperio romano. Añadió, que cuando él entró en la tierra, habia en ella cuatro capitanes generales cartagineses, con cuatro campos diferentes, y muy ensoberbecidos con victorias: y ahora no quedaba solo un cartaginés en toda ella. Por todo esto tuvo alguna esperanza Escipion, que se le daria el triunfo; mas no se le concedió, porque nadie hasta entónces habia triunfado en Roma, sin haber tenido oficio señalado de la república, como fuese cónsul, procónsul, ó pretor: y con ningun título déstos vino á España Escipion, como hemos dicho, porque su poca edad lo impedia, sino con solo nombre de capitán general. Tambien era parte para negársele el triunfo por derecho, el no haber dejado, como deciamos, toda la tierra de España en órden y concierto de provincia sujeta. Así entró en Roma con la ovacion, que era menor fiesta y pompa que el triunfo, y llevaba delante sí en vasos de plata labrada que habia tomado en España, valor de poco ménos que ciento y cincuenta mil ducados: y fuera desto en moneda una suma muy grande. Todo esto era de la parte que tocaba á la república, y así se llevó al erario. Y por aquí se puede juzgar cuanta fué la riqueza que en España se tomó, pues que lo que tocaba á la república sumó tanto. Y de aquí adelante espantará, á los que leyeren esta historia, la gran riqueza de España, por las grandes sumas que los capitanes romanos sacaban contínuamente della, por la parte que á la república le cabia, sin lo que habian los soldados, y se gastaba en las guerras. Y esta ovacion de Escipion es la primera fiesta que los romanos tuvieron por victoria de España.

Llegó luego el tiempo en que fué menester elegir cónsules para el año siguiente: con gran aficion todos, sin discrepar nadie, hicieron cónsul á Escipion, aunque no tenia la edad que se requeria para serlo, y diéronle por compañero á Publio Licinio Craso, que era á la sazon pontífice máximo. Y fué este el año doscientos y tres ántes del nacimiento de Nuestro Redentor. Esto envió á pedir á Roma todo el ejército de España, que fué una singular gloria de Escipion, y por tal la celebra Valerio Máximo. Escipion hizo luego que fué cónsul un sacrificio en el Capitolio de cien bueyes, que era el mas solemne de todos los que los gentiles usaban, porque así lo habia votado acá en España. Y habia venido de toda Italia mucha gente por solo ver su persona, movida con la admiracion de sus hazañas. Acabado el sacrificio, por parecer del senado, comenzó luego Escipion á hacer las fiestas y regocijos, que habia prometido de hacer, cuando sucedió el motin de Atrio y Albio; y el gasto de todo se le dió del dinero que él habia traido.

CAPÍTULO XXXVII.

Fué á Roma una embajada de los saguntinos.

Llegaron á Roma al principio deste consulado de Escipion embajadores de los saguntinos de Monvedre, y mandados entrar en el senado dijeron: como aunque

su destruccion, que por ser leales á los romanos habian padecido, fué la mayor que se podia pensar, pero que los beneficios que los capitanes romanos despues les habian hecho eran tan grandes, que habian bien recompensado sus pérdidas, sin que ya se acordasen dellas. Que por todo esto les enviaba su ciudad á dar gracias al senado romano: y mostrarles el alegría grande, que ella tenia por ver tan prósperas las cosas de los romanos en España. Que juntamente con esto por estas tan señaladas victorias de romanos venian á dar gracias á Júpiter en el Capitolio, y dándoseles licencia para ello, tambien le querian ofrecer por don en nombre de su ciudad una corona de oro que traian. Pidieron esta licencia con mucha sujecion y advertencia, porque entre las otras supersticiones de la vana religion romana, era una muy grande, no querer que otras naciones tuviesen cuenta con sus dioses, ni con sus templos, como medrosos de que se les podria mudar la voluntad que tenian de favorecer á Roma, y engrandecerla, si les agradase el ánimo y el sacrificio de los otros. Vanidad miserable y triste congoja, creer que haria Dios lo que ni aun de un hombre de bien no se debe pensar. Tambien pedian estos embajadores que les confirmase el senado todo lo que sus capitanes acá les habian concedido. El senado hizo esto de buena gana, como cosa, que los capitanes generales habian hecho por su órden, y les consintió ofrecer la corona en el Capitolio, y con dulces palabras les mostró el amor que la república romana tenia á los Saguntinos, y el contento que le daba su placer y buena fortuna. El hospedarlos y regalarlos fué bien cumplido, y á la partida se repartieron entre todos diez sumas de mil ducados, que para aquel tiempo era grande largueza.

En este año al principio del verano Magon salió de Menorca, habiendo reforzado sus galeras con buena gente de la isla, y de África, y con muchas naves de carga, y en el camino de Italia hizo buenas presas por aquellas marinas de la ribera de Génova y la Toscana.

CAPÍTULO XXXVIII.

Indibil y Mandonio se levantaron contra los romanos, y fueron vencidos y muertos por Lentulo y Acidino.

Por toda esta historia se ha bien parecido, como aquellos dos caballeros catalanes Indibil y Mandonio eran hombres de altos pensamientos; y esto, y el poderio que tenian entre los suyos, y el autoridad con los vecinos, les hacian que no pudiesen sosegar, y que ahora principalmente corriesen desapoderados á su perdicion, despeñándose por sus malos consejos, que la ceguedad del ambicion suele siempre representar fáciles y bien acertados. Y aunque el deseo del soberano señorío de España principalmente les movia, mas para buen color de sus intentos, y para llevar tras sí mas fácilmente muchos pueblos, mostraban en público, que se dolian de la servidumbre de España, en que romanos la tenian, y que deseaban restituirla en su antigua libertad que tuvo, ántes que cartagineses la señoreasen: pues ahora no habia habido mas novedad en ella, de trocarse el señorío, y quedar sujetos los españoles, y servir á los romanos, como ántes solian á los cartagineses. «Convidaba á muchos españoles para seguir á estos caballeros el dulce nombre de la libertad, que de todos los hombres es muy amada, y «la facilidad con que ellos les prometian el cobrarla.» Veian los dos hermanos la gran ventaja que hacia Escipion á Lentulo y Acidino; y la mucha admiracion y espanto que su grandeza de Escipion les habia causado, toda se les volvia en menosprecio de los que habia dejado acá en su lugar. Así decian donde quiera que trataban desto, que á los romanos no les quedaba ya otro Escipion para enviar á España; donde no habian quedado capitanes, sino sombras dellos, y solo el nombre del ejército, pues Escipion se habia llevado los soldados viejos, y dejado acá los noveles y poco diestros en la guerra, y por esto muy medrosos, cobardes y mal obedientes en ella. Que nunca se podia esperar jamás se ofreciese semejante oportunidad de libertar á España como la que ahora tenian, para que España quedase para siempre libre y señora, gobernándose por sí misma con sus leyes.

Con estas y otras persuasiones semejantes movieron los dos catalanes no solo á sus vasallos, sino á los ausetanos sus vecinos y otros pueblos comarcanos de aquellos rededores, con que en pocos dias juntaron un poderoso campo de treinta mil hombres y cuatro mil caballos, y lo juntaron todo en los términos de Suesetania, que es lo de Játiva y por allí, porque así al principio se habia concertado.

Lentulo y Acidino, que sintieron aparejárseles tan brava la guerra, con temor de que no pasase adelante el levantarse mas pueblos, y se fuese inficionando de la rebelion mucha parte de la tierra: con la mayor presteza que pudieron juntaron ellos tambien grueso ejército de sus romanos y de muchos españoles, como siempre ya se usaba; y con él fuéron á buscar los enemigos, por mostrarles mayor ánimo, y hacer que menguase el suyo. Pasando por la tierra de los ausetanos, aunque eran sus enemigos declarados, pasaron muy sosegadamente y sin hacerles ningun daño, hasta que llegaron á poner su campo ménos que una legua de donde los catalanes lo tenian. Tentaron primero Lentulo y Acidino de convidar con la paz á Indibil y Mandonio, enviándoles para esto embajadores, y prometiéndoles por ellos perdon de lo pasado si dejadas las armas se volviesen cada uno á sus casas. «Mas presto se entendió como no aprovecha nada «buen comedimiento con una grande obstinacion.» Porque una banda de gente de caballo de los catalanes salió á dar sobre los caballos y otras bestias que sacaban los romanos al pasto; y siendo éstos socorridos de gente tambien de caballo, que Lentulo y Acidino enviaron, se acabó aquel dia la pelea, sin que hubiese de una parte ni de otra cosa que se pudiese contar por mejoría. Otro dia de mañana, cuando el sol salia, ya los nuestros estaban armados en el campo, cerca del real de los romanos, y tenian su batalla ordenada con estar los ausetanos en la frente de en medio, y en el cuerno derecho los ilergetes con Indibil, y en el izquierdo los otros pueblos no tan principales; y entre los cuernos y su frente habian dejado vacía tanta distancia, que por ambos lados pudiese entrar la gente de caballo á pelear cuando quisiesen. Los romanos ordenaron de la misma manera su gente, no juntando ellos tampoco sus cuernos con la frente, como siempre solian; sino dejando tambien espacio en medio, por donde sus caballos pudiesen arremeter, como veian que los enemigos lo habian hecho. Mas considerando cuerdamente Lentulo, que estando ordenadas así las batallas, tenia notoria ventaja la gente de caballo que se anticipase en acometer, dió el cargo á Sergio Corne-

lio, tribuno, que luego como se comenzase la batalla, arremetiese á toda furia con la gente de caballo, y no parase hasta haberse metido por los dos espacios vacíos, que á los dos lados de los enemigos parecian. Dado este aviso, comenzó Lentulo la batalla, peleando contra Indibil y sus ilergetes, que lo recibieron ferozmente, pues del primer acometimiento desbarataron una legion entera, y la hicieron huir muy desapoderada. Proveyó Lentulo á este daño con presteza, haciendo en un punto pasarse allí otra legion, que habia dejado sobresaliente para socorro; y quedando ya allí la pelea por igual, pasóse luego al cuerno derecho, y halló á Acidino peleando valientemente entre los primeros, y socorriendo con mucho cuidado adonde veia que era necesario. Y para mas animarle á él y á los suyos, que se pudieran haber turbado con la rota de la legion, le avisa como lo de su parte está ya seguro, y que presto se verian los enemigos rodeados de un gran torbellino de la gente de caballo, con que Sergio Cornelio descargaba luego sobre ellos. No lo habia bien acabado de decir, cuando ya pareció Sergio metiendo los caballos por los lados de los nuestros, desberatándolos con ellos sus escuadrones por los collados, y cerrando el camino á nuestra gente de caballo, y atajándoles porque no pudiesen pasar á pelear con las legiones romanas. Con esto fué forzada la caballería española dejar los caballos, y pelear á pié por socorrer á los suyos, que veian ya en peligro de ser desbaratados. Lentulo y Acidino, que vieron el buen suceso, y el temor y turbacion con que ya estaban los enemigos á punto de desordenarse corren á unas partes y á otras, amonestando y rogando á los suyos que aprieten con mayor ímpetu á los enemigos, pues los ven turbados y atónitos, y que no den lugar para que los escuadrones desbaratados se vuelvan á rehacer y ponerse en ordenanza. Valió tanto esta amonestacion de los dos generales con los romanos, que nuestros españoles no pudieran resistir esta vez la furia de su acometimiento, si no fuera por Indibil su señor, que estaba á pié con los dos de caballo, que se habian apeado, y poniéndose en la delantera, y peleando animosísimamente, sufrió el ímpetu de los romanos, y los detuvo que no rompiesen los suyos como pensaban. Aquí duró un rato lo bravo de la batalla. Porque habiendo sido herido mortalmente Indibil, los suyos por defenderlo peleaban con una rabiosa porfía; y él, afirmado sobre una pica, aunque le iba faltando ya el aliento y con él la vida, no cesaba de amonestarlos y animarlos para que peleasen. Mas al fin fueron muertos por allí todos los que lo defendian: aunque con lealtad verdaderamente española no faltaban muchos, que viendo muerto uno, se pusiesen luego en su lugar y en el mismo peligro por defender su señor y capitan. Mas muertos él y ellos, los que quedaban comenzaron á desbaratarse del todo. Murieron muchos españoles en defensa de Indibil primero, y despues en el alcance, como no habian tenido lugar de tomar sus caballos que dejaron. Los romanos de caballo les iban á las espaldas, y con este esfuerzo tampoco los de pié no cesaban de matar peleando, hasta que entraron en los reales de los nuestros envueltos con ellos, y se apoderaron de todo lo que habia dentro. Los muertos fueron trece mil, y fueron tomados cautivos ochocientos, y de los romanos y sus aliados murieron poco mas que doscientos, y éstos al principio en el desbaratarse de la legion.

Entre los españoles que escaparon desta batalla se salvó tambien Mandonio: y habiendo juntado á los principales para consultar lo que habian de hacer, se le quejaron todos en la junta, lamentando sus desventuras, y echando la culpa dellas á él y á su hermano, que los habian metido en esta guerra. Con esto fueron todos de parecer, que se enviasen embajadores á los generales de romanos con quien les entregasen las armas, y se les rindiesen, y pidiesen la paz, para conservarla mejor que hasta allí. Estos embajadores propusieron este su mensaje á Lentulo y Acidino, disculpándose con Indibil y Mandonio, y los otros hombres principales, que los habian alterado y casi hecho fuerza para que se levantasen: y así habian permitido los dioses que casi todos ellos muriesen en la batalla, y llevasen el justo castigo que por todos merecian. Lentulo y Acidino les respondieron, que los recibirian, y les darian el perdon y la paz que demandaban, si entregasen vivos á Mandonio, y á los demás que habian sido cabezas deste movimiento. Que si esto no quisiesen, luego tendrian los ausetanos el ejército romano dentro en su tierra, y destruida aquella, pasarian á las de los otros rebeldes. Con esta respuesta tan áspera que dieron los embajadores en el consejo de los catalanes, fueron luego presos Mandonio y los otros principales que en esto eran culpados, y entregándoselos á Lentulo y Acidino, ellos los mandaron degollar á todos; y dejaron sosegados en buena paz á los catalanes y á los que con ellos se rebelaron, castigándoles solamente con mandarles que pagasen aquel año el sueldo doblado, y diesen provision de trigo por seis meses, y ropas dobladas para la gente de guerra de los romanos, con rehenes que dieron treinta ciudades, para cumplir todo esto y mantener la paz.

Este fin hubieron los dos valerosos caballeros españoles Indibil y Mandonio, ó matándolos su ambicion, ó muriendo generosamente por la libertad de España: y con esto se acabó por ahora toda la guerra en ella. Los que entre nuestros españoles han querido afirmar, que destos dos caballeros tiene principio la casa de Mendoza, que tan grande y tan esclarecida es hoy en España, siguen tan vanas conjeturas, que aun no merecen que nadie se detenga en deshacerlas.

CAPÍTULO XXXIX.

El gobierno de España en los años siguientes.

Con la muerte de Indibil y Mandonio, y con el castigo de sus ilergetes y los demás, quedó España tan sosegada, que por estos cuatro años y otros algunos no hubo en ella ningun movimiento. Así no hay que escribir dellos, sino solo contarlos y nombrar sus cónsules y pretores de España para la continuacion desta historia, que sin esto quedaba rota y sin órden ni concierto de los tiempos. El año siguiente doscientos y dos ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor, fueron cónsules Marco Cornelio Cetego, y Publio Sempronio Tuditano, y eligieron por edil curul á Lucio Cornelio Lentulo, el que estaba acá en España por general con Acidino: y así como fué elegido en ausencia, así tuvo en ausencia el cargo. El pueblo romano, todo en concordia por sus votos, proveyó que Lucio Cornelio Lentulo y Lucio Manlio Acidino se quedasen en España con el cargo de procónsules, como ántes lo tenian.

En este año pasó Escipion en África con muy poderoso ejército y grande armada, y de la presteza con que labró las treinta galeras della, cuenta Tito Livio, que desde el dia que se acabó de cortar la madera, has-

ta el que se echaron al agua no hubo mas que cuarenta y cinco, y Plinio (1) aun quita los cinco, y no pone mas de cuarenta. Llevó Publio Escipion por su cuestor esta vez á Marco Caton, el que llamaron despues el Censorino. Y por haber sido un hombre muy señalado en todo, y principalmente por haber guerreado tanto acá en España, como presto veremos, es bien conocerlo desde ahora, y hacer mencion deste primer cargo público que tuvo en la república. En llegando en África Escipion, le vino luego á servir Masanisa con buena gente de caballo, así por el deseo que siempre acá en España habia mostrado de la amistad de Escipion, como porque ya Asdrubal de Gisgon le habia quitado de hecho á su hija Sofonisba, que de tantos años atrás le habia dado por esposa, por darla al rey Siface, y comprar con ella el amistad de aquel príncipe tan grande, para que ayudase á los cartagineses en esta guerra que en África se les aparejaba; haciendo á Masanisa tan grande injuria, así por el desden que dél se hacia, como por el grande amor que siempre á Sofonisba tuvo. Comenzó Escipion este año la guerra con buenos sucesos, que fueron verdaderos pronósticos de la buena fortuna con que la habia de concluir. Y por haber habido en esta guerra, como luego se verá, hartos españoles, es menester hacer aquí esta breve mencion de su principio.

Sigue el año doscientos y uno ántes del nacimiento de Nuestro Redentor, y son cónsules Neyo Servilio Cepion, y Neyo Servilio Gemino. Quedáronse en España Lucio Lentulo, y Manlio Acidino con el mismo cargo de procónsules que los dos años ántes habian tenido. Y de acá de España y de Cerdeña se proveyó este año el ejército de Escipion de trigo y de vestido: y el rey Siface sacó á sueldo cuatro mil mancebos escogidos de los celtiberos españoles, con criados suyos, que envió á levantarlos, y los pasó en África para juntarlos con su ejército.

Señala tambien Tito Livio, que esta gente era de las comarcanas de una ciudad llamada Olba ó Olbia (2), mas no se puede dar cuenta particular donde estaba esta ciudad. Estos españoles celtiberos murieron todos como muy valientes en una batalla, adonde los dejaron solos todos los africanos, que huyeron della. Y los miserables españoles, como dice Tito Livio, desamparados de todo socorro, considerando la justa indignacion que tendria Escipion con ellos, por haber venido á la guerra contra él, siendo de tierras á quien Escipion habia obligado con muchos beneficios, quisieron mas caer muertos unos sobre otros peleando, que no venir vivos delante dél.

Todo lo demás que este año hizo Escipion en África fué muy próspero y victorioso, hasta prender al rey Siface en una batalla, y tomarle despues la ciudad de Cirta que era la cabeza de su reino donde se mató con veneno la triste Sofonisba, que con su gran hermosura habia metido fuego en casa de Siface, con que ardió todo su reino y señorío. Y lastimados los cartagineses con los grandes estragos que Escipion en África hacia, y con lo que cada dia iba ganando con sus grandes victorias, enviaron á llamar á Anibal, para que dejando á Italia, viniese á socorrer á Cartago en su peligro. Y cuando Magon su hermano, que estaba muy pujante en la ribera de Génova, supo que su hermano desamparaba á Italia, á él tambien le pareció dejarla; y como navegando para África se le refrescase una herida, que muchos dias ántes habia recibido, murió della al pasar por cabe Cerdeña, y otros dicen en Menorca, donde el armada de los romanos tomó algunos navíos de aquellos que Magon llevaba.

(1) En el lib. I. (2) Esta ciudad pudo haber estado hácia los baños de Trillo, pues en aquellos contornos existe un pueblo llamado Oliva; y acaso será la Alaba de Tolomeo, y la Noliva de Libio. B.

CAPÍTULO XL.

Los saguntinos enviaron á Roma cautivos cartagineses que habian tomado.

A esta misma sazon los saguntinos de Monvedre, perseverando siempre en aquella gran constancia y lealtad que en el amistad de los romanos habian guardado, enviaron sus embajadores á Roma, y llevaron al senado ciertos cartagineses, que ellos habian cautivado con mucho dinero, con que venian acá á España á hacer gente á sueldo. Y las personas y todo el dinero enviaron los saguntinos á Roma, con la relacion de lo que pasaba. El dia que entraron en el senado á hacer su embajada metieron consigo del oro que tomaron poco ménos de quinientos marcos, y mas de mil y quinientos de plata. Los romanos recibieron los cautivos para informarse despues dellos de las cosas de África; y dándoles muchas gracias á los saguntinos por su mucha fidelidad, les dieron todo el oro y plata que habian traido, para que lo volviesen á su ciudad: y en particular se les dieron á ellos muchos dones y navíos en que se volviesen á España.

El año doscientos ántes del nacimiento fueron cónsules en Roma Marco Servilio Gemino, y Tiberio Claudio Neron. En España se quedaron Lentulo y Acidino, sin que haya otra cosa que se pueda contar de lo de acá. De África. habia bien que contar, pues Anibal rogó á Escipion con la paz, cosa harto extraña y maravillosa de un tan feroz capitan: y no fué menor extrañeza no quererla Escipion, y vencer luego á Anibal en una gran batalla, y dejar tan destrozada con esto á Cartago, que se sujetó al pueblo romano con muy terribles condiciones, persuadiéndolo el mismo Anibal con toda su ferocidad, como cosa forzosa y necesaria. Y con esto se acabó esta segunda guerra, que los romanos tuvieron con los cartagineses al cabo de los diez y siete años que se habia comenzado, habiendo ganado Escipion en ella el renombre de Africano.

Neyo Cornelio Lentulo y Publio Aelio fueron cónsules el año siguiente, que es ciento y noventa y nueve ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor. Y siendo concluida del todo esta segunda guerra que los romanos trujeron con los cartagineses, Escipion entró en Roma con solemnísimo triunfo, en el cual habia de meter cautivo al rey Siface, mas muriose cerca de Roma, ántes que Escipion triunfase. Estanse en España sus dos procónsules Lentulo y Acidino, y de muy sosegada y pacífica, no tiene que se cuente della por todo este tiempo. Aunque como luego veremos, se podria creer que hubo en ella por estos años algunos movimientos, de que ninguna memoria se halla.

LIBRO VII.

CAPÍTULO I.

Cuán diverso fué el conquistar los romanos á España de las otras provincias: y algunas cosas que acá sucedieron por este tiempo.

Aunque siempre los romanos en la conquista de España tuvieron intento y fin principal de señorearse de ella, que era el mismo con que guerreaban en todas las otras provincias: mas todavía en estos años de hasta aquí podian disimular en alguna manera este su propósito, y parecernos acá que mas querian libertarnos de la mala servidumbre en que cartagineses nos tenian, que no sujetar á España, ni hacerse señores della. Mas de aquí adelante ya no guerrearon en España por otro fin, sino por sujetarla y hacerla suya. Ya no podian decir que nos amparaban, sino que nos rendian y domaban. Y así de aquí adelante ninguna cosa se contará en esta corónica, que no sea mandarnos los romanos, guerrear con nosotros para hacernos sus vasallos, llevarnos crueles tributos, enriquecer con nuestros tesoros, y ponernos cada dia el yugo mas pesado, para que fuese mas entera la sujecion. Con todo esto es mucho de considerar, como bien lo ponderan Veleyo, Patérculo, Lucio Floro, Paulo Orosio y Estrabon, que no les sucedió á los romanos la conquista de España de la manera que la de las otras provincias. Para conquistar las otras provincias movian una vez la guerra, y acabada en pocos años, quedaba domada la tierra con mucha seguridad y sujecion, sin que mas se temiese levantamiento ni nueva rebelion. Así no hallarémos nacion ninguna que en ménos de veinte años no haya sido puesta por el pueblo romano en tal sujecion, que nunca despues pensó en escaparse della. Sola España tardó en ser sujeta de romanos mas de doscientos años, sin que jamás en todo este tiempo pudiesen ellos decir, ya está sujeta España, ya está tan pacífica esta parte della, que no habrá mas que guerrear de nuevo allí; sino que lo que por mas seguro tenian, eso se les levantaba primero, y nunca palmo de España fué tan de romanos, que muchas y muchas veces en todo este largo tiempo no dejase alguna vez de ser suyo.

Tambien es mucho de notar, como Lucio Floro y Estrabon lo consideran, que nunca rebeló en España contra los romanos todo lo que una vez ya tenian della rendido, sino que á pedazos se levantaban, ahora unos pueblos, y despues otros, teniendo ánimo cada uno para buscar su libertad. Esto se deja bien considerar por qué sucedia así. «Era sin duda por el amor «natural que tienen los hombres á su libertad, con «deseo de cobrarla, cuando la tienen perdida.» Y en particular nosotros los españoles con tener mas vigor en el ánimo para procurarla, tenemos tambien mas ferocidad para no poder sufrir la sujecion. Y como hay en nosotros universalmente alto denuedo para desear grandeza y señorío, así hay muchos bríos para escapar de la servidumbre.

Habia tambien entónces fuera désta otra causa de nuestros movimientos, y era la tiranía con que los romanos muchas veces nos gobernaban. Bien se sabe de los españoles, que llevados por bien y tratados con blandura, son fáciles de retener en buen gobierno. Mas no pueden sufrir la soberbia de quien los quiere maltratar, y toda sinrazon les es en comun intolerable. Y las de los romanos con nosotros se verá aquí muchas veces como fueron tantas y tan grandes en todo este tiempo, que forzaban á nuestra braveza mostrarse tan terrible, como de veras lo es, cuando con públicas injurias la provocan y la incitan. Y éstas fueron mas ciertas causas de los ordinarios movimientos de España contra los romanos, que no nuestra natural inquietud y deseo de novedades, con que Tito Livio y otros autores romanos nos infaman (1). Aunque no se puede tampoco negar del todo, que no seamos tocados desta pasion los españoles. Mas aunque sea así verdad, se verá de aquí adelante bien claro por esta parte de la historia, que el movernos contra los romanos procedia mas de aquellas causas, que desta codicia de novedades. Y aunque callan los escritores romanos muchas veces las causas del rebelarnos contra ellos, los mismos hechos y otras cosas que despues sucedieron lo manifiestan; y otras veces los mismos romanos confiesan las sinrazones con que nos alborotaban. Todo parecerá así por este libro que comienza en el año ciento y noventa y ocho ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor.

En este año se proveyó por procónsul para España Gayo Cornelio Cetego, y el procónsul Lucio Cornelio Lentulo partió de acá para Roma, despues de haber gobernado en ella, desde que lo dejó Escipion, seis años. Acidino se quedó en España para compañía y ayuda de Cetego. Tito Livio no dice expresamente que Cetego fuese superior y mas principal que Acidino: mas muéstrase ser así en que le atribuye á él todo lo que acá este año se hizo; si no es que acaso sucedió no poderse hallar en esto Acidino, cual por lo mucho que acá habia residido, parece se le debia la superioridad en todo el gobierno. Y habiendo avisado Lentulo ántes de llegar á Roma al senado de todos los buenos hechos que con valentía y prosperidad en tantos años habia acabado, pidió que se le concediese el triunfo. El senado bien juzgaba por dignas de triunfo las cosas que Lentulo acá habia hecho; mas por no haber tenido cargo capaz de triunfo, le concedieron la ovacion. Ésta le contradijo Tito Sempronio Longo, tribuno del pueblo, por las mismas razones que se le negaba el triunfo. Mas al fin dejóse vencer el tribuno, por ver que todo el senado venia en aquello: y así Lentulo entró en Roma con la ovacion, y metió en el erario de lo que le cupo de la presa de España mas de sesenta mil marcos de plata, y casi cuatro mil de oro, que á los precios de ahora suma todo mas de setecientos mil ducados: y de la misma presa repartió á cada soldado ciento y

(1) Tito Livio en el lib. 2, de la tercera Decada; y Aulo Gelio en el lib. 15, cap. 22.

veinte ases, que suman de nuestra moneda de ahora mas que un ducado.

El procónsul Cetego dió este año en los suesetanos (1), que, como ya hemos dicho, son los de aquellas comarcas de Valencia. Y allí tuvo con ellos una batalla en que mató quince mil hombres, y tomó setenta y ocho banderas. Tan en general y tan en breve como yo lo digo cuenta Tito Livio esta batalla y la guerra toda, sin decir cómo ó por qué movieron estos españoles la guerra, y sin señalar si eran de los sedetanos ó de otros pueblos que se entraron por éstos, y Cetego los vino á encontrar allí. Este año trató en Roma Escipion que se diese el premio á los soldados romanos que habian estado acá en España, y sido en ganarla y pacificarla. El premio que se les señaló fué, que á cada soldado déstos por cada año que estuvo acá en España se le diesen dos yugadas de tierra.

CAPÍTULO II.

España fué dividida en dos provincias, y en ella hubo grandes levantamientos.

El año siguiente, que fué el ciento y noventa y siete ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor, hicieron en Roma edil curul á Gayo Cornelio Cetego, el que estaba acá en España, y mandósele que volviese á Roma para administrar su oficio, y volviese tambien Lucio Manlio Acidino, que habia ya siete años tenia el mando y gobierno de los ejércitos de España: y por votos del pueblo se proveyó, que viniesen á tener cargo del ejército que acá estaba Neyo Cornelio Lentulo y Lucio Estertinio con cargo de procónsules. Diósele este año cargo á Neyo Fergio, que habia sido pretor el año ántes, de señalar y repartir tierra á los soldados viejos, que en España y en Cerdeña habian estado. Este repartimiento parece el mismo de que ya se ha dicho, sino que se efectuó ahora. Cuando Acidino llegó cerca de Roma, alcanzó del senado que entrase con ovacion en Roma: mas estorbóselo Marco Porcio Lecca, tribuno del pueblo; y así hubo de entrar en Roma como un hombre particular; y metió de la presa de España en el erario poco ménos de dos mil marcos de plata, y mas de cincuenta de oro, que suman mas de veinte y cinco mil ducados.

Síguese el año ciento y noventa y seis ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor; y en él ninguna mencion hizo Tito Livio del gobierno de España. Por lo de adelante parece se quedaron en su cargo Lentulo y Estertinio, y que hicieron mucha guerra y alcanzaron muchas victorias, de que yo no puedo dar cuenta, pues Tito Livio no la dió, ni hubo otro que las escribiese.

En los años siguientes estaba España sosegada, y así hay poco que contar en la historia della, sino es decir quién la gobernaba, y otras generalidades como las que hasta aquí por todo este tiempo se han referido. Mas todavía hubo una particularidad harto notable. España hasta ahora era una sola provincia, como hemos visto, y ordinariamente la gobernaban dos con título y cargo de procónsules: y ahora los romanos la partieron en dos partes, y ambas las hicieron provincias pretorias. Llamaron la una España Citerior, y la otra Ulterior: que quieren decir, la desta parte y la de aquella. Ponian estos nombres en Roma, conforme el sitio que España tenia, en respecto de su ciudad. Así llamaron Citerior lo que estaba mas ácia Italia y Roma, desde los Pirineos hasta todo el reino de Toledo; y Ulterior todo lo que restaba de Andalucía, y Estremadura y Portugal, segun que con mucha particularidad y acertamiento Florian de Ocampo lo señaló (1). Y en este estado perseveró la division y el gobierno de España mucho tiempo, hasta que despues se dió otra órden en el partir las provincias de acá, como en su lugar se dirá. Algunas veces se confunden mucho los términos desta division en Tito Livio y en otros autores (2), y es porque las rayas y distritos de ambas provincias no estaban bien puntualmente aclarados: y muchas veces se mudaban como los tiempos y los negocios lo pedian. Y así no se ha de maravillar nadie de hallar en esto por los autores antiguos alguna diversidad. Esta division se hizo este año que sigue, y es el ciento y noventa y cinco ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo.

Hecha, pues, la division de España y ordenado que ambas las provincias fuesen pretorias, cupo por suerte la Citerior á Neyo Sempronio Tuditano, y á Marco Helvio la Ulterior. Diéronseles ocho mil hombres y cuatrocientos caballos, con mandato que despidiesen los soldados viejos que hubiese en España. Y este despedirlos no era afrentarlos ni quitarles el provecho, ántes era favorecerlos con dejarlos volver á Italia, y aun premiarlos bien allá. Asimismo les mandaron que pusiesen términos á sus provincias, con los nombres que ya en Roma se les habia puesto.

Otras cosas tuvo tambien harto mas notables este año. Porque Culca y Luscinio, dos señores principales en la provincia Ulterior, se rebelaron. Con Culca se levantaron diez y siete lugares, y con Luscinio dos ciudades principales, Cardona y Bardona. Este Culca creo yo cierto que fuese el mismo rey Colcas de que atrás queda contado (3), como ayudó á Escipion en la guerra del Andalucía contra los cartagineses. Ayuda para ser esto verdad, el decir aquí Tito Livio que tenia su señorío en la costa de la Ulterior, como allí tambien parece. Y en el nombre es diverso en sola una letra, que facilmente puede estar errada en Tito Livio. Todo esto avisó luego á Roma el pretor Helvio, que gobernaba en aquella provincia, con afirmar tambien que toda la costa de aquella comarca de los dos señores, aunque no se habia declarado en público, mas que no habia duda, sino que seguiria á sus vecinos en el levantamiento. Leidas en Roma estas cartas, porque el año se iba ya acabando, se proveyó que entrado el siguiente, y elegidos nuevos magistrados, el pretor á quien cupiese por suerte la España Ulterior, propusiese luego en el senado la consulta de la guerra de acá.

(1) Los pueblos del contorno de Valencia no se llamaban suesetanos, sino edetanos. Los suesetanos, segun Ocampo, caian al norte de los celtiberos, y los reduce á las inmediaciones de Sangüesa. Morales, en sus Antigüedades, se inclina á que está equivocado el nombre de suesetanos, y que debe corregirse por el de cosetanos: y es lo que parece mas verosímil. B.

(1) En el lib. I, c. 3. (2) En el lib. 9, c. 34. (3) Atras en el lib. 6, c. 22.

CAPÍTULO III.

Vencieron y mataron los españoles al pretor Tuditano, y Lentulo fué el primero que triunfó de España, y lo que Termo hizo en la Citerior.

Aun no habian tenido lugar el año siguiente ciento y noventa y cuatro, los pretores de echar suertes por las provincias, ni de proveerse nada para las cosas de España, que tan alborotadas parecian estar en la Ulterior: cuando de la Citerior llegó triste nueva á Roma, que el pretor Sempronio Tuditano habia sido vencido por los españoles de su provincia en una gran batalla, y que todo su ejército habia sido desbaratado, y habia huido por diversas partes, con quedar muertos los principales de los romanos en la batalla: y que á Tuditano lo sacaron della con una mortal herida de que no tardó mucho en espirar.

Tan brevemente, como yo la refiero, cuenta Tito Livio toda esta guerra, y ésta es la falta de que yo me quejo, y es forzado que se sienta ordinariamente en esta mi historia. Pasa Tito Livio lijeramente por todo esto, sin que podamos tener la noticia que deseamos de nuestras cosas cuando son de las principales. Tal era ésta sin duda, y que requeria larga relacion de las causas desta guerra, para que se entendiera cuya era principalmente la culpa: y de los sucesos particulares de todo el tiempo que duró, y señaladamente de los del dia de la batalla: porque así se supieran las buenas hazañas de cada uno. Ahora con tanta brevedad como Tito Livio usa, puede poner sospecha que los romanos fueron culpados en esta guerra, pues su historiador holgó de callar las causas della. Y parece manifiestamente que calla tambien los buenos hechos de los españoles, pues no pudieron vencer tan poderosamente y matar al general y tantos ilustres con él, sin que ellos peleasen como muy valientes, y muriesen tambien algunos como tales. Y esto se ha dicho para que nadie me pida mas particularidad en una cosa tan señalada como ésta, donde aunque siento la obligacion de la historia, no puedo tener como cumplir con ella. Tambien servirá el decir esto aquí, para que en otros muchos lugares se entienda como los romanos que escribian sus cosas que hacian en España, tenian poco cuidado de las nuestras, y así nos dejaron imposibilitados á saberlas tan enteramente como convenia.

Echaron tras esta nueva muy apriesa las suertes de las provincias, y el pretor Quinto Fabio Buteon llevó la Ulterior España, y la Citerior cupo al pretor Quinto Minucio Termo. A cada uno se le dió una legion, de cuatro que entónces se habian formado, y fuera desto les dieron tambien á cada uno cuatro mil italianos y trescientos caballos, mandándoles que con toda la presteza que pudiesen partiesen para sus provincias.

Nota aquí Tito Livio, que ésta es la primera vez en que los españoles se rebelaron contra los romanos por su parte sin capitan y sin ayuda ni esperanza de cartagineses, como hasta aquí habian siempre tenido. Y para ser esto verdad se ha de entender que las guerras de España en estos años precedentes no las tiene por rebelion formada, sino por unos movimientos particulares. En fin por ser nueva guerra y nuevo enemigo se comenzó con mucha religion, mandándose á los pretores que ántes de su partida cumpliesen con todos los agüeros y prodigios, é hiciesen todos los sacrificios que para aplacar la ira de los dioses su vana supersticion les tenia enseñados.

En este año por estos mismos dias que los pretores trataban de partirse á España, llegó á Roma Cornelio Lentulo, que habia tenido el gobierno de la Citerior ántes de Tuditano, y habia tardado en volver á Roma hasta ahora, y entró triunfando ó por lo ménos ovando. Porque aunque Tito Livio no lo dice claro, dalo bien á entender. Y aun de manera que parece triunfo cumplido el de Lentulo, y no ovacion. Y metió Lentulo delante sí en oro para el erario tanta cantidad que por la cuenta de Tito Livio sube á la suma de mas de ciento y sesenta mil ducados de ahora: y de plata metió tanta, que llega á sumar mas que ciento y ochenta mil ducados. Y si fué triunfo, éste es el primero que hubo en Roma de España. Estertinio no trató aun de pedir triunfo ni ovacion, aunque de España la Ulterior que habia gobernado, metió en el erario en plata tanta cantidad, que suma el valor de mas que cuatrocientos mil ducados. Y de alguna parte desto, como de dinero de despojos hizo dos arcos triunfales en Roma en la plaza que llamaban de los bueyes el uno, y el otro en el Circo Máximo, y todas las estátuas que puso en ellos fueron doradas. Bien se ve cuán grande era entónces la riqueza de España, pues manteniendo ejércitos de romanos, todavía sobraba tanto en la guerra. Y tambien se parece que falta aquí mucho de la historia de España en Tito Livio, pues las leyes del triunfo y ovacion nos muestran claro que Lentulo guerreó, y venció y robó mucho acá en España: pues de otra manera no se le diera el triunfo ni ovacion, ni él tampoco tratara dél. Y todos estos hechos faltan en Tito Livio.

Si á alguno le pareciese que Tito Livio no pudo nombrar Citerior y Ulterior á las provincias que este Lentulo y Estertinio gobernaron, pues acabado su gobierno dice que se hizo la division: fácilmente lo podremos satisfacer con decir, que aunque la division no estuviese ántes hecha por autoridad del senado romano, ya los nombres se usaban, y el gobierno estaba así repartido, y así habla ya Tito Livio, como las cosas y plática de ahora requeria.

Todo esto dice Tito Livio que pasó el invierno deste año, que es al principio dél cuando se comenzaban los cargos, porque expresamente dice tambien que el volver á Roma de Lentulo, fué por aquellos mismos dias que los nuevos pretores de España Buteon y Termo se aparejaban para partir á sus provincias. Y de lo que Buteon hizo en su cargo de la Ulterior, ninguna cosa cuenta Tito Livio. De Termo dice, que peleó en la Citerior cerca de un lugar que se dice Turba (1) con dos capitanes españoles llamados Budares y Besasides, y que los venció y mató doce mil de los nuestros, y prendió al capitan Budares, y todos los demás se escaparon huyendo. Tan sumariamente cuenta esto Tito Livio, y añade, que sabiéndolo en Roma se reposaron, y dejaron toda la congoja y el miedo que de las cosas de España despues de la muerte de Tuditano tenia. Mas verdaderamente habiendo representado ántes Tito Livio tan grandes movimientos de España, como la muerte de Tuditano y la rebelion del Andalucía: no parece bastante esta sola victoria de Termo para causar en Roma tanto olvido de las cosas de acá. Cuanto mas que, como luego veremos, el año siguiente hicieron los romanos mucha novedad en el gobierno de

(1) Esta ciudad puede ser la Turbula de Tolomeo, situada en los Bastitanos, esto es, en las inmediaciones de la ciudad de Baza. B.

España, añadiendo mas fuerzas y autoridad: y así fué necesario tuviesen grandes causas para hacerlo: y éstas no pudieron ser otras, á lo que se puede bien pensar, sino haber este año habido en España tanto encendimiento y riesgo de guerra, que les obligó á buscar mayores remedios para el gran peligro, en que el imperio romano allí se veia. Por esto yo no tengo duda, sino que este año pasaron acá grandes cosas entre españoles y romanos, y que Tito Livio no se dió mucho por escribirlas, como vemos que muchas veces lo hace en las cosas de España.

CAPÍTULO IV.

España se hizo provincia consular, y vino el cónsul Caton á ella, y comenzó la guerra con gran furia.

Tiene este año que se sigue la historia de España cosas harto señaladas, y es una muy notable, que habiendo sido hasta aquí, como hemos visto, España provincia no mas que pretoria, este año la hicieron en Roma provincia consular, para que uno de los dos cónsules viniese á gobernar y guerrear en ella. Y sin que lo dijera expresamente Tito Livio se entendia de suyo, que esto se proveyó así en Roma, por los muchos movimientos de guerra que acá cada dia de nuevo bullian, y requerian mayor poderío y autoridad, cual era la de los cónsules, cuando alguno dellos iba por su persona á hacer la guerra. Otra cosa principal fué este año el ser Marco Porcio Caton el cónsul que vino á España, é hizo cosas grandes en la conquista y gobierno della.

Éste es aquel Marco Caton que llamaron el Censorino, porque fué famoso censor. Llamáronle tambien el mayor por diferenciarlo de otro su biznieto, que tambien se llamó como él. Y siendo su nombre deste cónsul, de que ahora hablamos, no mas que Marco Porcio, por su gran cordura y prudencia mereció el esclarecido sobrenombre de Caton, que quiere decir hombre sabio y esperimentado. Y dél quedó tan celebrado y estimado, que aun hasta ahora á uno que queramos señalar por muy sabio y prudente, como por proverbio le llamamos Caton. Y pudiérase decir muchas cosas, y algunas se verán aquí en la historia, por donde mereció con razon este apellido. Nació de padres labradores en un lugar pequeño fuera de Roma: mas llegó á tener en ella tales cargos y tanto estado como cualquiera otro hombre principal. «Porque una «virtud extremáda ensalza maravillosamente los hom«bres. Y si halla fundamento de nobleza y sangre «ilustre, sobre aquel levanta la fábrica de un hom«bre excelente: y sino, ella lo pone de sí misma bien «firme.» Llegó á ser Marco Caton de tanta autoridad en el mandar, y de tan alto deseo en acometer grandes cosas, y de tanto cuidado y diligencia en acabarlas, que aunque fué áspero y riguroso en demasía, y extremadamente tasado y escaso en todo su trato, todavía parecia magnánimo y de altos pensamientos.

Lucio Valerio Flaco fué cónsul con Marco Caton este año, que es el ciento y noventa y tres ántes de la Natividad de Nuestro Salvador. Y habiendo determinado el senado que España la Citerior fuese provincia consular, y que los cónsules se concertasen en el repartir entre sí el gobierno della y de Italia, y sino que echasen suertes: por suerte le cupo á Caton venir á la Citerior, y diéronle por ayuda para lo mucho que allí se esperaba habria que hacer, á Publio Manlio con título de pretor. Y otro pretor Appio Claudio Neron vino á gobernar la Ulterior.

A Marco Caton se le dieron para traer á España dos legiones, que era lo ménos con que el cónsul salia á la guerra, y demas desto se le dieron cinco mil italianos, que llamaban latinos, y quinientos caballos y veinte galeras. Y á Publio Manlio su coadjutor, se le dió la legion que Minucio Termo acá habia tenido, y mas se le mandó que de nuevo trajese otros dos mil soldados, y doscientos de caballo. Otra gente como ésta de Manlio se le dió á Claudio Neron para la Ulterior, demas de la legion que Fabio Buteon allí habia tenido el año pasado.

Marco Caton con sus veinte galeras y otras cinco de los confederados de mar, se embarcó para el puerto de Luna en la ribera de Génova: y dejando mandado que allí se viniese á juntar todo el ejército, y juntando por aquella costa todos los navíos que habia de cualquier suerte que fuesen: él se partió adelante con sus galeras, proveyendo que los navíos le siguiesen, y se hallasen juntos con él en Rosas y Ampurias, los dos puertos que están encima de Barcelona, á las faldas de los montes Pirineos: llamados en aquel tiempo Rodos y Emporia. Estuvieron con él todos los navíos para el dia que señaló, y entrando en el puerto de Rosas combatió la fortaleza que allí habia, y echó della por fuerza la gente española de guarnicion que dentro estaba. Hecho esto llegó á Ampurias con buen viento, y allí desembarcó todo su ejército, sino fueron los confederados de mar que quedaron todos en los navíos.

Cuenta á la larga aquí Tito Livio el estado y manera de vivir, que entónces tenia la ciudad de Ampurias, cuando desembarcó Caton en ella. Y por ser todo muy notable y tan de España, será mucha razon relatarlo. Estaba la ciudad partida en dos poblaciones, una de griegos y otra de españoles. Los griegos eran de la ciudad de Focia, la que es en Yonia muy gran provincia en Asia la menor, y muchos años ántes habian venido á poblar allí: como tambien otros de los mismos focenses habian venido á poblar en Marsella, y en otros algunos lugares de España, como Florian de Ocampo en diversas partes deja ya contado. Estos griegos focenses de aquí de Ampurias tenian su pueblo junto con el de los españoles antiguos moradores de allí, y no habia mas de un muro que los partia. Tenian los griegos todo el puerto y la marina ocupada con su poblacion tan pequeña, que aun no tenian en derredor cuatrocientos pasos, y mas lo que tomaba el muro que los dividia de la otra poblacion de los españoles, la cual estaba al otro lado apartada de la mar, y era mucho mayor, pues tenia tres mil pasos de circuito. Razon tiene Tito Livio de pensar que se podrá maravillar alguno, como era posible que así viviesen dos naciones tan desconformes y diversas, como eran españoles y griegos en aquel tiempo, estando tan juntos en la morada, y siendo los griegos pocos, y muchos los españoles: feroces y belicosos los españoles, y los griegos gente dada toda á contrataciones, y poco guerrera: y teniendo los pocos y extranjeros ocupado el puerto y el señorío de la mar, dejando excluidos dél á los españoles naturales, señores de todo. Sintiendo pues Tito Livio la ocasion desta admiracion, da la razon que hay para que nadie se espante. Dice, que el mucho gobierno de los griegos, y el gran concierto en el tratar con los españoles, y el rigor con que siempre lo mantenian, los

conservaba en su quietud y seguridad de su señorío, entre tantas ocasiones de ser injuriados, y echados dél. «Esto les valía allí á los griegos, y donde quiera »será siempre muy poderoso un buen concierto y dis»ciplina, y el rigor en guardarla, para conservar un »gran señorío y acrecentarlo. Porque nunca los hom»bres consideran sin mucha admiracion un notable »gobierno; y de allí nace reverencia y acatamiento, »con que huelgan de sujetarse y obedecer.» Y la disciplina y el rigor destos griegos de Ampurias, para conservarse con los españoles era verdaderamente déstas. Tenian siempre bien fortalecido aquel muro, que los apartaba de sus vecinos, y cercaba el lugar por la parte de tierra. Habia en él sola una puerta, la cual guardaba siempre uno de los que tenian cargo principal en el gobierno de la ciudad. Esto era de dia. De noche cerrando esta puerta, la tercera parte de todos los vecinos velaban sobre los muros y rondaban, con el mismo cuidado y advertencia, que lo hicieran, si enemigos los tuvieran cercados. El español que entre dia quisiese pasar por aquella puerta á la morada de los griegos, por mano de aquella guarda habia de entrar, y no se le daba la licencia, sino por muy justa causa, y la misma habia de tener el griego, que quisiese pasar á los españoles. La contratacion era en la marina, donde estaba el puerto, y aquí se juntaban los unos y los otros por sendas puertas, que para salir allí tenian. De los griegos no salia por esta su puerta ménos que una gran compañía, y lo mas ordinario era salir casi la tercera parte de todos los ciudadanos juntos, para poderse valer y socorrer, si alguna necesidad lo pidiese. Y los que salian eran aquellos, que la noche ántes habian hecho la guarda del muro, y era casi como premio del trabajo pasado el salir al puerto, pues salian á contratar vendiendo sus mercaderías. Éstas compraban los españoles de buena gana como hombres no acostumbrados á navegar, ni traerla de otras partes. Tambien ellos vendian los frutos de la tierra á los griegos, que no tenian mucha cuenta con labrarla. La necesidad y el gusto de esa contratacion aseguraba tambien mucho á los griegos con los españoles, y ayudaba demas desto para su seguridad el amparo de los romanos, cuyos amigos eran. Y aunque no conservaban esta amistad con tantas ayudas y servicios como los de Marsella, mas no les daban ventaja, en merecerla con fé y lealtad, que con los romanos guardaban: y así ahora recibieron al cónsul y á su ejército, con mucha alegría y todo buen cumplimiento. Como se mudó despues este estado y manera de vivir desta ciudad, decirse ha despues en su lugar, cuando sea menester contar como entraron tambien los romanos á morar dentro en ella.

Detúvose Marco Caton pocos dias en Ampurias, y no mas de los que fueron menester para saber por sus espías dónde estaban nuestros españoles enemigos del pueblo romano, y que tanto ejército tenian. Appiano Alejandrino dice, que mandó volver desde allí Marco Caton todos los navíos á Marsella, porque no pensasen sus soldados valerse dellos. Yo tengo por mas cierto lo que parece en Tito Livio despues, que los mandó quedar acá en España, pues trataba la guerra casi por la costa, donde muchas veces habian de ser menester. Y por no pasar Marco Caton aquel poco tiempo que estuvo en Ampurias ocioso, lo gastó en ejercitar sus soldados, como ya hemos visto que algunos capitanes romanos lo solian hacer. Y porque entraba el estío, y en España comenzaban ya á coger sus panes, mandó que se volviesen á Roma los proveedores, que de allí habian venido, para mantener el ejército de trigo por su arrendamiento diciendo con una confianza varonil y feroz, la guerra se mantendrá á sí misma. Así salió de Ampurias, y comenzó á robar y destruir las tierras de los enemigos, y ponerles á todos grande espanto.

CAPÍTULO V.

Helvio hubo una gran victoria en el Andalucía, y Termo triunfó de la Citerior.

Aunque Marco Helvio, que segun hemos dicho, gobernó la Ulterior España ántes que Buteon, habia ya mas de un año que habia acabado su cargo: mas todavía se estaba en el Andalucía y en aquellas tierras de su gobierno, porque una larga enfermedad lo habia detenido, para que no hubiese podido volverse á Roma, como acabado su cargo convenia. Ahora ya á esta sazon, que Marco Caton comenzaba la guerra, pudo Helvio salir del Andalucía, para venirse á ver con él, y embarcarse por allí. Y porque el camino era largo, y él llevaba mucho tesoro, de lo que acá habia juntado para la república, y la tierra no estaba bien pacífica: dióle el pretor Appio Claudio Neron seis mil hombres que lo acompañasen, hasta que entrase en la Citerior, donde ya el cónsul y Publio Manlio le podria asegurar. Bien hubo menester Helvio esta guarda, pues ántes que saliese del Andalucía cerca de Iliturgi, que ahora llamamos Andujar, le salió al camino un grande ejército de veinte mil celtíberos, los cuales venció Helvio, y mató doce mil dellos, y tomó el lugar de Iliturgi: y por castigo de haberse rebelado ahora otra vez, mató todos los que en él halló, fuera de niños y mujeres. Con tanta brevedad como ésta cuenta, como suele, Tito Livio estos hechos, y así no podemos dar mas razon dellos. Solamente podemos considerar, que estos celtiberos que así fuéron á buscar á Helvio hasta Andujar, fué menester que bajasen y se alejasen mucho de su tierra. Porque entre Andujar y los celtiberos estaban oretanos y carpentanos: y así fué menester, que aunque estos celtiberos fuésen por muy derecho camino, anduviesen mas de treinta leguas pasando por el puerto del Muladar (1) y aquellas comarcas. Porque sino de mucho mas léjos era necesario que viniesen.

Helvio llegó en fin al real de Marco Caton, y envió los seis mil de su guarda á la Ulterior, de donde los habia traido, y embarcóse para Roma, y entró allí con la ovacion. Y aunque la victoria de Iliturgi era capaz digna de triunfo, no se le dió, porque ya entónces no tenia Helvio cargo público, ni era ya aquella provincia suya, y así trató la guerra en gobernacion de otro, y con ejército ageno, casi como capitan de Appio Claudio lo cual se miraba mucho entre los romanos, para puntos y supersticiones de su religion. Metió Helvio desta vez en el erario de lo que llevaba de España una tan gran cantidad de plata, que no se puede bien sumar en Tito Livio, porque cuando quisiésemos decir lo ménos, sube el valor á mas de un millon de ducados.

(1) Morales da siempre el nombre de puerto del Muladar á aquella parte de Sierra Morena por donde se comunica la Mancha con la Andalucía; pero en algunas crónicas es conocido con el nombre de Muradal. La denominacion de Morales la apoya el padre Guadix en la lengua árabe. B.

Esta tardanza que así hizo Helvio en volver á Roma por su enfermedad, fué causa que su ovacion viniese á ser no mas que dos meses ántes del triunfo con que entró en Roma el pretor Quinto Municio Termo, que fué el que despues dél gobernó, como hemos visto, la Ulterior. Metió Termo en el erario mucha mayor suma de plata que Helvio por la menor cuenta de Tito Livio. Y aun podríamos acrecentar la cuenta mucho, con la ocasion que Tito Livio para ello nos da, poniendo algo confusas las partidas. El triunfo de Lentulo no pudimos averiguarlo bien del todo, para que fuese el primero que en Roma hubo de España: y si aquel fué cierto triunfo, y nó ovacion, éste de Termo es el segundo.

Cuando cuenta Tito Livio aquélla victoria del pretor Marco Helvio, lo llama dos veces sucesor de Municio Termo. Y con mucha razon le hizo dificultad á Henrico Glareano, pues el uno tuvo la Ulterior, y el otro la Citerior, y así no puede el uno llamarse sucesor del otro. Cárlos Sigonisa quiso salir desta duda, y satisfácer tambien á Glareano en ella: mas como no entendia bien (como hombre extranjero, aunque muy docto sin duda, y siempre diligente) como Andujar está en la Ulterior, y en ninguna manera se puede contar en la Citerior: dijo que por haber peleado Helvio en la Citerior, que era provincia de Municio, y por eso provincia agena, le negaron en Roma el triunfo. Es verdad, y Tito Livio lo dice, que negaron á Helvio el triunfo, porque ganó la victoria en provincia agena; mas la razon porqué era provincia agena, es la que yo dí cuando lo contaba, de tener ya sucesor que estaba en la provincia que él habia gobernado, siendo ya mucho ántes acabado su cargo, sin que pueda ser la que da Sigonio, pues el sitio de Andujar la contradice. Cuanto mas que aunque Andujar estuviera en la Citerior, y Helvio hubiera peleado tambien por esto en la Citerior no se podia llamar sucesor de Municio, pues gobernaran diversas provincias, y el vencer en la del otro, no es bastante causa para que se llame sucesor. Y así queda todavía el escrúpulo de Glareano entero, sin que se le pueda bien responder. Presto veremos claro como en este tiempo estaban los términos de la Citerior y Ulterior tan confusos, que no es maravilla se representen éstas y otras tales dificultades en Tito Livio. Mas el estar Andujar en la Ulterior es cosa manifiesta pues Plinio lo cuenta siempre en el convento Cordubense, aunque está sobre la ribera de Guadalquivir ácia la Citerior.

CAPÍTULO VI.

El ardid con que Caton mostró dar socorro á un señor español, y cómo venció y pacificó á Cataluña.

Por este mismo tiempo el cónsul Marco Caton tenia su campo no muy léjos de la ciudad de Ampurias. Esto hemos de entender que era, porque habiendo ya destruido todas aquellas tierras comarcanas, las tenia pacíficas y en sosiego; pues Tito Livio expresamente cuenta este estrago, y despues cuando vino Helvio al campo del cónsul, dice tambien que la tierra estaba ya pacífica y domada: la tierra digo cerca de Ampurias y sus rededores, porque lo de mas adentro de Cataluña y de toda la Celtiberia, rebelde y puesto en armas estaba. Porque aun estando allí el cónsul, le envió Bilistages, señor de los ilergetes, á un hijo suyo con otros dos embajadores, lamentándose, que por no haber ellos querido seguir en el levantamiento contra los romanos á los otros sus vecinos, ahora ellos les destruian su tierra, y les combatian las fortalezas donde se habian recogido: y que ninguna esperanza tenian de poder resistirles, ni escapar deste peligro, si no les enviaba el cónsul socorro: y que les bastaban cinco mil soldados, pues con éstos solos, que allá fuesen al socorro, los enemigos sin duda no osarian esperarlos. Respondióles Marco Caton, que verdaderamente le lastimaba verlos puestos en tal peligro, y con tanta congoja y miedo de su perdicion: mas que teniendo tan cerca los enemigos con grandes ejércitos, y siéndole forzado pelear en campo abierto muy presto con ellos: él no tenia tanta gente, que osase ni pudiese seguramente partir sus fuerzas y su poder, con darles alguna parte de sus soldados. Oida esta triste respuesta los embajadores de Bilistages, llorando con mayor amargura, se echaron á los piés del cónsul, suplicándole con lágrimas, que no los desamparase en una miseria tan cruel. ¿Que adónde habian de ir si los romanos no los favorecian? Que ya ni tenian amistad de nadie, ni les quedaba otra esperanza. Muy bien pudiéramos, decian ellos, hallarnos fuera deste peligro y angustia, si quisiéramos sér desleales á los romanos, y conjurar con los otros españoles. Mas ni las crueldades con que nos amenazaban, ni los peligros que nos representaban tan ciertos como ahora los vemos, no nos pudieron mover de la fe que una vez os dimos, con la esperanza qué teníamos de nuestra seguridad, en solo vuestro socorro.

Con todo esto no les dió Caton aquel dia respuesta, y la noche la pasó muy congojado y pensativo. No queria faltar á los amigos en tiempo de tan estrecha necesidad: y por otra parte no queria quitar nada de su ejército, porque haciendo esto, ó le era forzado dilatar la batalla, que deseaba dar luego, ó si pelease, era cierto su peligro por la falta de la gente. Resolvióse en fin en no dar nada de su ejército, y dar á los embajadores grande esperanza y muestra de socorro. «Teniendo «entendido, que en la guerra muchas veces se tiene «por verdadero lo fingido, y que con creer que hay so«corro, los unos se animan, y desmayan los otros: y «todo redunda, en que escapen del peligro, los que «sin esta confianza engañosa no pudieran valerse en «él.» Con esta resolucion el dia siguiente dijo á los embajadores, que queria tener mas respeto al peligro de sus amigos, que no al suyo, en que habia de quedar socorriéndolos. Mandó luego que la tercia parte de su ejército se aparejase, para embarcarse al tercero dia, y mandó volver á Bilistages sus dos embajadores con esta nueva, y el hijo detuvo consigo, honrándole y dándole muchos dones. Los embajadores se detuvieron hasta que la gente del socorro estuvo embarcada: y partiéndose ya entónces, hinchieron de buena esperanza á los suyos y de miedo y espanto á los enemigos, que bastó para hacerlos retirar á sus tierras, dejando libres las de Bilistages.

El cónsul despues que perseveró en dar esta muestra de socorro á los ilergetes, todo el tiempo que fué menester para el buen efecto que sucedió: mandó luego volver á desembarcar su gente, y acercándose ya el tiempo, que le pareció convenia apretar á los enemigos, puso su real una milla de la ciudad de Ampurias, y corriendo desde allí la tierra, destruyó harta parte della. Despues en una noche caminó tanto, que puso su ejército á las espaldas de los nuestros. Allí los combatió de improviso. Y aunque los españoles se

mantuvieron bien en la pelea, y alguna vez cargaron mucho á los romanos, y los hicieron retirar; mas al fin con una legion, que entró á pelear de refresco, fueron vencidos de muy cansados. Los romanos les entraron su real, y allí mataron los pocos que quedaban. Y parécese bien la valentía y firmeza con que pelearon los nuestros pues dicen los historiadores romanos, que murieron cuarenta mil dellos en esta batalla.

Tres cosas hizo este dia Caton, que se celebran por señaladas, y de excelente capitan. La primera, que puso en tal lugar los suyos, que fueron forzados á pelear, como con desesperacion, porque les quitó el refrigerio de su real, y de sus navíos. La otra, que dió órden como algunas cohortes diese en los enemigos por las espaldas. La tercera, que guardó entera una legion, para la mayor necesidad de acabar de vencer, y combatir el real. Tambien se mostró bien este dia su gran diligencia y afan continuo, que eran cosas notables en él. Porque andando apriesa por toda la pelea, si veia alguno volver las espaldas, él mismo le echaba la mano, y lo revolvia contra los enemigos, y al que veia arremeter desordenadamente, tambien lo detenia, hiriéndolo con una arma enastada que traia.

En esta batalla dice Appiano Alejandrino, que murieron muchos de los romanos, y es cosa harto verisímil, pues nuestros españoles nunca fueron hombres, que vendiesen barato sus vidas. Tambien dice, que el cónsul hizo tanto por su persona aquel dia, que todos despues le atribuian á él la gloria toda del vencimiento. Mas no contento con esto, habiendo á la tarde vuelto su ejército cargado de ricos despojos á su real, mandólos cenar y reposar á todos; y luego los mandó levantar, y entrar á robar y destruir la tierra de los enemigos. Este estrago fué tan grande, y tan sin pensarlo, que no puso menor espanto en los españoles, que la victoria pasada, temiendo ya mas de veras al cónsul, que no contento con una victoria, el mismo dia continuaba con nuevo ánimo la destruccion de sus enemigos. Con esto se le dieron los catalanes de Ampurias, y sus comarcas; y muchos otros de otras ciudades mas léjos, que en Ampurias se habian recogido. A éstos trató benignamente y con blandura, y mandándoles dar lo necesario con todo cumplimiento, los envió contentos á sus tierras.

Nunca Tito Livio ha dicho, que la poblacion española de Ampurias estuviese rebelde á los romanos hasta ahora, que cuenta como se dió al cónsul; y así es necesario que lo presupongamos, como muchas otras cosas, que Tito Livio deja por decir, y si no se imaginan y entienden, podrán hacer mucha dificultad, á quien con atencion leyere su historia. Aquí la hace harto grande, como podia ser que Marco Caton estuviese tanto tiempo, como el que se detuvo en Ampurias, y por allí cuando llegó acá; estando rebelde la ciudad española, que estaba tan junta y pegada con ella. No hay dar razon desto, porque no la da Tito Livio, ni repara en esto nada. Así no se ha de maravillar nadie, que falten algunas cosas semejantes por aquí en esta mi corónica, que por todo este séptimo libro va sacando deste autor, sin que haya otro de quien se pueda tomar nada continuado, porque como ya se ha dicho, los libros de Polibio, que proseguian en contar todo lo destos tiempos, hanse perdido, sin llegar á los nuestros, y Appiano Alejandrino pasa de corrida en contar todo esto. Algunas cosas esparcidas, se hallan algunas veces en otros escritores antiguos, de quien siempre á sus tiempos las voy sacando, y advirtiendo de dónde las tomé.

Otra cosa podria hacer aquí dificultad á alguno, considerando, como dice expresamente Tito Livio, que cuando el cónsul llegó acá, los panes estaban ya en las eras. Y despues de haber contado todo lo pasado, y mas que ha de suceder, dice, que se acabó ántes del invierno. Mas en esto la presteza de Caton en la guerra (de que despues se tratará) puede quitar fácilmente toda esta duda.

CAPÍTULO VII.

Marco Caton y Manlio hicieron la guerra á los turdetanos y bergitanos.

Dejando ya el cónsul Marco Caton pacífica la ciudad española de Ampurias, y bien sujetas sus comarcas: movió con su ejército, para bajar la tierra adentro ácia Tarragona, y por todo el camino le salian embajadores, que le daban las personas y las ciudades. Así cuando llegó á Tarragona, ya toda la tierra hasta el rio Ebro, estaba del todo rendida y sujeta á los romanos; y todos le presentaban los cautivos romanos, y de Italia, y de otros aliados del pueblo romano, que en los movimientos pasados habian sido presos, y puestos en servidumbre.

Movióse luego un rumor, aunque sin fundamento de verdad, que el cónsul queria ir á la Turdetania, y á sujetar ciertos pueblos, que se habian aliado en las montañas de por allí. Esta region Turdetania en Aragon, comarcana en alguna manera de Tarragona y Valencia: era muy diferente de la otra famosa Turdetania del Andalucía, como Florian de Ocampo lo deja declarado (1), creyendo con buena conjetura (2) fuese esta ciudad y region adonde está la de Teruel y sus comarcas. Con solo esta fama incierta se levantaron siete fortalezas de los bergitanos (3). Fué allá Marco Caton con su ejército, y sin que hubiese batalla ni recuentro señalado, los sujetó y los dejó pacíficos á todos. Mas no habia bien llegado el cónsul de vuelta á Tarragona, cuando se tornaron á rebelar. Volviólos á sujetar otra vez, y porque no turbasen de ahí adelante la paz, castigólos con mucha aspereza. Hízolos vender á todos con guirnaldas, como á esclavos públicos del imperio romano. Que tan caro como esto nos costaban entónces á los españoles, los remedios que buscábamos, para cobrar nuestra libertad.

En esta almoneda, ó en otra destos cautivos españoles, debió suceder lo que cuenta Plutarco en la vida de Caton de un esclavo suyo llamado Pafo. Compró tres muchachos de los que se vendian, creyendo que no llegaria á entenderlo su amo, ó que no le pesaria por ello. Mas luego que entendió el grande enojo que habia tomado en saberlo, hubo Pafo tanto miedo, que se mató á sí mismo, por no verse delante su señor, de quien sabia cuán ásperamente habia de castigar aquel su yerro, ya que lo tenia por tal.

---

(1) En el lib. 4, c. 10. (2) Estos turdetanos de que habla Livio, y que Ocampo coloca hácia los contornos de Teruel, pueden ser los torboletanos de Apiano, á quienes pudo dar nombre el rio Turulis, situado por Tolomeo en los edetanos, ó bien el pueblo de Lobetum, colocado por el mismo al sur de lo mas oriental de la Celtiberia. Ocampo se empeñó tambien en situar cerca de Valencia un pueblo llamado Turdeto: pero para ello no hay fundamento en los antiguos. B. (3) Los pueblos llamados Bergitanos caian en los confines de Cataluña y Valencia, y tomaron nombre del pueblo llamado Bergium, que Tolomeo situa en los ilergetes. B.

Esto cuenta así Tito Livio destos movimientos de los turdetanos, y el mismo Caton lo relató despues al pueblo romano en una plática que le hizo, dándole cuenta de lo que habia hecho en su consulado. La cual aunque se haya perdido, hállanse algunos pedazos della citados en otros autores, y señaladamente esto de su partida á hacer esta guerra.

Tambien tenia Publio Manlio contienda con los turdetanos, y para esto, sin el ejército que le dió Municio Termo su predecesor, y el particular que en Roma se le habia dado: pidió á Claudio Neron los soldados viejos que tenia en la Ulterior, porque allí no eran á la sazon menester: y con todo este aparato de gente movió contra los turdetanos, que aunque eran tenidos por la gente ménos belicosa, y para poco en la guerra entre todos los españoles: mas confiados en la muchedumbre de gente que habian juntado, osaron ir á buscar á Manlio, y salirle al encuentro. Pelearon, y fueron fácilmente desbaratados y vencidos, con solo el ímpetu de los caballos romanos. Mas aunque vencidos y destrozados volvieron á renovar la guerra, con tomar consigo á sueldo diez mil celtíberos que les ayudasen.

CAPÍTULO VIII.

El cónsul Caton con un grande ardid hizo derribar los muros de todas las ciudades en la Citerior, y tomó la ciudad de Segestica.

Mas ántes que se cuente el fin que tuvo esta guerra, conviene volver al cónsul; que advertido por la rebelion de los bergitanos, y temiendo que todas las otras ciudades harian lo mismo cuando se les ofreciese oportunidad: tomó una rigurosa determinacion, cuales eran ordinariamente las suyas, llenas de severidad y aspereza. Manda que á todos los españoles de aquella parte del rio Ebro, se les quiten públicamente las armas, y que ninguno pueda de ahí adelante de ninguna manera tenerlas. Sufrieron tan mal los españoles este mandato del cónsul, que muchos se mataron á sí mismos con sus armas, por no verse desposeidos dellas. Donde se muestra bien la gran ferocidad y valentía de los nuestros, pues no tenian por vida la que hubiesen de pasar sin tener armas. Entendida Marco Caton la braveza de los españoles, y la desesperacion á que los traia el verse desarmar: por mostrar alguna blandura y templar con ella la furia pasada: mandó juntar todos los hombres principales españoles, que tenian gobierno público en todas las ciudades, y teniéndolos juntos, les propuso desta manera. Querria que entendiésedes, nobles españoles, que le va tanto á toda España en estar pacífica y sosegada, como le puede estar bien al pueblo romano tenerla así. Porque siempre hasta ahora el rebelarse, ha sido con mayor daño suyo, que con trabajo y fatiga de nuestros ejércitos. Pues para que estos daños se estorben, no puede haber otro camino, sino proveer como no podais rebelaros. Esto deseo alcanzar con el mas blando medio, que fuere posible, y os pido á todos, que me ayudeis con vuestro consejo para hallarlo; que yo ninguno tendré por mejor, que el que aquí me diéredes. Callaban todos; y viéndolos así atajados, el cónsul dijo, que les daba espacio de algunos pocos dias, para que consultasen, y se revolviesen sobre esto. Llamándolos otra vez al consejo, para saber su resolucion, callaron tambien como ántes habian hecho. Viendo pues que no le ayudaban los españoles con consejo, él se determinó de ejecutar el suyo, que era, derribar todos los muros de las ciudades y fuerzas de aquella provincia (1). Y para que esto se hiciese sin alboroto ni turbacion, cual el quitar las armas habia causado; despachó mensajeros á todas las ciudades y fortalezas, unos despues de otros, á tales tiempos, que todos llegasen en un mismo dia, á dar los despachos que llevaban, por cerca ó léjos que los lugares estuviesen, yendo avisados de qué dia era el en que los habian de dar. Mandábase en las cartas, que el dia siguiente despues que las recibiesen, derribasen luego sus muros, con pena de gravísimo castigo, si no lo hiciesen. El despachar y mandar esto fué de manera, que un pueblo no supo de otro, y así cada uno pensaba que á él solo se le mandaba. Obedecieron todos á un mismo tiempo, y quedaron todos sin muros, sin saber que todos quedaban sin ellos. Si supieran unos de otros, pudiera ser que se comunicaran, para todos juntos resistir; mas así como cada uno determinó de obedecer, dióse priesa á cumplir lo que se le mandaba por ganar con el cónsul opinion de obediente y sujeto. Tambien hay historiadores que digan que demas de desarmar y desfortalecer así Marco Caton á los españoles, les mandó mudar el sitio de sus pueblos, á todos los que los tenian en lugares altos, y naturalmente fortalecidos. Si algunos pueblos hubo que no quisieron obedecer, porque entendieron el ardid engañoso, con que se les mandaba, el cónsul fué á ellos con su campo y todos los dejó sujetos y destruidos de pasada. Solo tuvo necesidad de detenerse en la ciudad de Segestica (2), rica y poderosa, la cual fué menester combatir con todos los aparejos, que los romanos usaban en las baterías.

Tenia mayor dificultad Marco Caton, en sujetar á España, que los otros capitanes habian tenido en ganarla. Porque cuando Publio Escipion ganaba á España, sacábala de la servidumbre de los cartagineses: y así se le daban muchos pueblos, no mas de con deseo de alcanzar mejor dueño. Ahora estaban ya acostumbrados los nuestros en cierta manera, y cebados de su libertad, y así peleaban por ella con mayor esfuerzo y constancia. De su tratamiento de Caton en el gobierno de España, cuenta Plutarco en su vida, que nunca tuvo acá mas que cinco esclavos, y era poco que tuviera ciento con el cargo y mando que tenia. Su racion que tomaba de la república, no era mas de tasadamente lo que él y éstos, y un caballo que tenia solo, habian menester. Y aun acabada la guerra, cuando se quiso volver á Roma, mandó vender este caballo acá, porque no hubiese para que contarle á la república el flete y la comida dél hasta Italia. Tales eran y tan estrechas sus tasas; mas su afanar ordinario en la guerra y en el gobierno, dice Tito Livio, que era acá en España tan grande, que todas las cosas grandes y pequeñas queria ver y entender, y hallarse presente en ellas. Y no solamente pensaba y proveia y mandaba lo que se habia de hacer, sino que él mismo por su persona, lo hacia y acababa, y á nadie mandaba con mas aspereza y rigor que á sí mismo; sin dar jamás la ventaja al menor soldado del ejército, en trabajar y tratarse con templanza.

Las otras grandes virtudes que mostró Caton en este gobierno de España son muy celebradas en los

(1) Julio Frontino en el lib. I, c. I. (2) Por los sitios en que guerreaba el cónsul Caton se puede inferir que esta Segestica caia hácia los numantinos, esto es, entre Numancia y Osma. B.

autores antiguos. Señaladamente encarecen mucho su gran juicio en proveer las cosas para que no pudiesen dañar, y un increible cuidado y diligencia para estorbar todos los inconvenientes, y encaminar los buenos sucesos. Y el ser muy recio en el cuerpo, sin pensar jamás de sí que podia cansarse, le ayudaban mucho para ejecutar con gran afan de su persona lo que una vez con su prudencia habia proveido. El decir Appiano Alejandrino que era mancebo Marco Caton cuando ahora vino á España, no lleva ningun camino: pues ya se dijo cómo y cuando fué por cuestor de Escipion en África, habiendo despues tambien estado con la pretura en Cerdeña. Y estos cargos de tan atrás le cuentan bien ciertos los años, y muestran como no pueden ser pocos.

CAPÍTULO IX.

La nueva guerra con los turdetanos, lacetanos, y muchos otros pueblos que Caton sujetó.

Volviendo, pues, á Publio Manlio, entendió dél el cónsul por sus cartas cuán feroz renovaban la guerra los turdetanos con ayuda de los celtiberos, y que era menester su persona misma y su ejército para resistirlos. Partióse para allá luego con sus legiones: y llegado á juntarse con Manlio, halló que los celtiberos alojaban con su campo apartado de los turdetanos, con los cuales hubieron los romanos algunos recuentros y escaramuzas grandes y pequeñas, y en todas fueron los romanos vencedores. Envió Marco Caton entre tanto algunos tribunos y gente principal de su ejército á los celtiberos para que hablasen con ellos, y les propusiesen y diesen á escojer uno de tres partidos. El primero, que si se quisiesen pasar á los romanos, se les daria doblado sueldo que los turdetanos les daban. segundo, que si quisiesen dejar á los turdetanos, y irse á sus casas, que él les daba su fé y palabra por el pueblo romano que se les perdonaria lo pasado, y nunca se les castigaria el haberse juntado con los enemigos de la república. Mas que si ninguna cosa déstas no quisiesen, y deseaban proseguir la guerra, que le señalasen dia y lugar para pelear con los romanos, que él en el mismo les presentaria la batalla. Los celtiberos pidieron un dia para deliberar sobre esto, y llamaron á los turdetanos al consejo, y por esto no se resolvió nada. La cosa quedó de manera, que el cónsul no podia bien entender si tenia paz ó guerra con los celtiberos, porque todos los de su campo entraban seguros por sus tierras á comprar lo necesario, y aun si querian entrar en sus fortalezas facilmente se lo permitian. Que tal fué siempre la buena simplicidad y llaneza de nuestros españoles, que aun á sus mortales enemigos guardaban lealtad; y así trataban ahora con los romanos como si tuvieran treguas con ellos. Mas Marco Caton, como veia que no podia sacar á pelear los enemigos, y que la guerra se le dilataba, para moverlos á ira y forzarlos á desmandarse, envió algunas cohortes escogidas para que robasen y destruyesen la tierra de los enemigos, que aun no se habia tocado. Y no contento con esto, sabiendo que en Saguncia la de los celtiberos, que era junto á nuestra Sigüenza de ahora, tenian recogidos los enemigos toda su riqueza, movió con todo su ejército para combatir aquella ciudad.

Cuando trataba Marco Caton de proponer á los celtiberos aquel primer partido de darles el sueldo doblado, cuenta Platurco, que á algunos principales romanos les parecia gran suma aquella que les prometia, y mayor gasto que convenia hacer en cosa de aquella manera. A esto respondió Caton con prudencia y ferocidad: si vencemos, pagaremos con la hacienda de los enemigos; y si nos vencieren, ni quedará de nosotros á quién se pida el dinero, ni dellos tampoco quién lo pida: dando bien á entender, que entraba en las batallas con ánimo deque todos los que con él peleasen, ántes fuesen muertos que llegasen á ser vencidos.

No dice Tito Livio expresamente cómo le fué al cónsul en Saguncia: mas parece cierto, que no llegó á cercarla, ó no la pudo tomar: porque dice luego trás la determinacion desta jornada, que viendo como todo no le aprovechaba para alterar los enemigos y moverlos á pelear, pagó todo su ejército y el de Manlio, y dejólos en unos reales bien formados y fortalecidos; y él con siete cohortes se volvió al rio Ebro y sus comarcas. Así queda en Tito Livio, sin contarse el fin que tuvo esta guerra con los turdetanos. En Plutarco y otros autores parece como fueron vencidos y quedaron muy sujetos. Tampoco señala Tito Livio dónde quedó este real de los romanos. Solo dice que el cónsul con aquella poca gente que llevaba, tomó algunos lugares, y que todos los pueblos sedetanos, ausetanos y suesetanos, se le dieron de su voluntad. Los lacetanos, vecinos de todos éstos, no hicieron lo que ellos, porque de su natural eran feroces, como gente silvestre y de montañas, y por eso siempre andaban en armas, y ahora particularmente se habian alzado con ellas, temiendo el gran castigo que tenian merecido. Porque entretanto que el cónsul estaba en la guerra de los turdetanos, habian hecho arrebatadamente entradas en tierras amigas y confederadas del pueblo romano. y habian destruido y robádolas todas. Por esto fué el cónsul á combatir la ciudad principal destos pueblos cuyo nombre no dice Tito Livio; y junto con los soldados romanos llevó á este cerco todos los mancebos de aquellos pueblos españoles, que por haber sido injuriados tan de fresco de los lacetanos, tenian un horrible ódio con ellos. La ciudad estaba tendida á la larga con tener muy poca anchura. Esto le movió á Marco Caton para pensar un nuevo ardid desta manera. A cuatrocientos pasos de la una frente angosta del lugar puso algunas cohortes escogidas, mandándoles que estuviesen quedas, sin moverse por ninguna ocasion, hasta que él en persona viniese á mandarles lo que habian de hacer. Con todo el resto del ejército se pasó á combatir la ciudad por la otra frente contraria, que estaba muy léjos. Y porque entre los españoles que llevaba en su ejército eran muchos los suesetanos, les mandó á ellos comenzar el combate (1). Conociendo los de la ciudad á los suesetanos en las banderas y en las armas, y acordándose cuántas veces les habian entrado á robar sus campos, sin que ellos osasen salir á defendérselo, y como las veces que habian osado ponerse con ellos en campo los habian desbaratado y hecho huir, abrieron súbitamente la puerta, y salen todos con ímpetu contra ellos. Los suesetanos no esperaron á probar sus armas, que con sola su vocería les volvieron las espaldas, yendo los lacetanos hiriendo en ellos. El cónsul que vió que habia sucedido lo que él habia esperado y deseaba, con gran priesa de su caballo se viene corriendo á las compañías que habia dejado de la otra parte, y por donde vió que la ciudad estaba mas desierta, por haber salido casi todos á la pelea de los

(1) Tito Livio y Julio Frontino en el lib. 3, c. 10.

suesetanos, por allí las metió en un punto, y primero tuvo tomada toda la ciudad, que los lacetanos volviesen á ella. Y ellos todos se le dieron luego, como hombres que no tenian aun donde recogerse.

Acabado esto, pasó el cónsul á cercar el castillo de Vergio (1), porque allí estaban encastillados todos los que salian á robar y destruir los campos de aquellas comarcas que estaban pacíficas: y en llegando, se le pasó secretamente un señor principal de los vergitanos, el cual excusaba á sí mismo y á sus súbditos, diciendo, que ellos no eran señores de su tierra ni de su ciudad, porque los ladrones con mucha gente de guerra se les habian entrado primero por engaño, y despues apoderádose de la fuerza. Marco Caton pensó luego en tomar á éste por instrumento para ganar aquella ciudad; y así le manda que se vuelva luego á entrar en ella, y finja alguna buena causa por donde no le culpen por haber salido. Mandóle juntamente con esto, que cuando le viese que él comenzaba ya á combatir los muros, y que los ladrones estaban embebecidos en defenderlos, que entónces juntando consigo los mas fieles de aquellos sus vasallos, se apoderase en un punto de la fortaleza. Hízolo este señor de Vergio como el cónsul se lo mandó: y viendo los demás que los romanos les entraban los muros, y que de repente les estaba tomado el castillo, no tuvieron despues mas resistencia. Habiendo, pues, el cónsul tomado el lugar, perdonó á los que habian alzádose en el castillo, y dejóles todas sus haciendas. A los demás vergitanos mandó vender con guirnaldas por esclavos públicos, y pasó á cuchillo y castigó como merecian á los ladrones.

CAPÍTULO X.

Otras cosas que Marco Caton hizo en España.

Con esto acabó Caton de sujetar y pacificar su provincia toda: y luego comenzó á entender en concertar y acrecentar las rentas del pueblo romano en ella, y señaladamente hizo grande acrecentamiento en las minas de plata y en las herrerías; las cuales mandó poner muy en órden y labrar ordinariamente en ellas. Sacóse de aquí (como dice Tito Livio) una gran riqueza para Roma y para toda aquella provincia Citerior, aunque no señala los lugares dónde estas minas y herrerías estaban.

Todo esto hizo Marco Caton en España con una presteza y diligencia increible: pues como ya hemos declarado, llegó á España, cuando muy temprano fuese, en junio: y aunque continuase la guerra por todo el invierno, hasta en fin de diciembre que se le acababa su cargo, era mucha presteza acabar en estos seis meses tantos y tan grandes hechos. Él era hombre que se preciaba con alguna vanagloria dellos, como Tito Livio y Plutarco se lo notan: y así dando despues cuenta en Roma de su consulado, para encarecimiento de lo que en España habia hecho, y de la presteza en acabarlo, dijo que habia tomado mas lugares en España que dias habia estado en ella. Y decia mucha verdad, pues fueron mas de cuatrocientos lugares los que acá tomó, y no fué mas que medio año el tiempo que acá estuvo.

El ejército de Caton quedó muy rico desta guerra, mas él dijo despues que ninguna otra cosa habia habido para sí della, sino solo su mantenimiento de comer y bebida. Y que mas queria meter en Roma muchos llenos de plata, que no pocos llenos de mucho oro. Esto decia porque los otros romanos que iban á gobernar las provincias, ellos y los pricipales que con ellos habian ido, solian volver ricos con mucho oro que traian, y los soldados pobres, porque no quedaba nada para que ellos trujesen. Él habia hecho al revés, que no habia querido traer nada, porque hubiese mucho que pudiesen traer los soldados.

Cuando se supieron en Roma estos buenos hechos del cónsul, determináronse en el senado tres dias de suplicacion y plegaria pública á los dioses, que como hemos visto era lo primero que siempre los romanos en sus buenos sucesos hacian.

Otras muchas cosas cuentan algunos historiadores antiguos de los hechos, y astucias de guerra, y grandes rigores de Marco Caton en España, como es lo de Julio Frontino (1): que teniendo él el campo de los enemigos cerca, y no pudiendo saber nada de lo que en él habia y pasaba, mandó arremeter con ímpetu á trescientos de los suyos á las guardas que estaban delante del real de los contrarios, y que trujesen preso alguno dellos. Trujéronle uno, de quien se informó de todo lo que convenia. Otra vez, segun cuenta el mismo autor (2), entendió que para tomar un lugar, no tenia otro remedio sino llegar á él cuando los enemigos ménos creyesen que podria venir. Por esto hizo caminar el ejército por montañas y travesías muy ásperas, y andar en dos dias jornada que era de cuatro: y así dió sobre el lugar de sobresalto, sin que los de dentro tuviesen espacio de apercebirse, y lo tomó fácilmente. Alegrándose despues los soldados de la victoria que allí habian ganado, él les decia. No la ganastes ahora aquí, sino cuando pasábades las montañas, y camino de cuatro dias lo andábades en dos.

Pues Marco Caton no estuvo mas que esta vez en España, es forzoso creer que llegó á Numancia, y estuvo en aquella ciudad. La causa que le movió á ir allí no sabemos enteramente si fuese paz ó guerra: mas sabemos cierto que estuvo allí: pues alega Aulo Gelio un razonamiento (3) que hizo en aquella ciudad á su gente de caballo, donde les dijo aquella notable sentencia muy digna de memoria. «Si hiciéredes alguna cosa buena y honrada con trabajo, el trabajo se pasará presto, y lo bien hecho quedará para toda la vida. Al contrario, si hiciéredes alguna cosa fea y mala con deleite, el placer se acabará presto, y el mal hecho no se apartará jamás.» Y esta es la mas antigua mencion que hay en la historia romana desta ciudad, de quien tanta la ha de haber despues.

Entre las piedras que pone de España Ciriaco Anconitano, hay algunas deste tiempo de Marco Caton. Una puso tambien Pedro Appiano en su libro, donde juntó muchas antiguallas. Y tambien la puso con mayor certificacion Antonio Filandro en el libro de sus anotaciones sobre Vitrubio. Dicen se halló en Denia con estas letras.

PALLADI VICTRICI SACRVM.
HIC HOSTIVM RELIQVIAS PROFLIGAVIT CATO. VBI ET SACELLVM MIRO ARTIFICIO STRVCTVM, ET AEREAM PALLADIS EFFIGIEM RELIQVIT.
PAREANT ERGO ET NOSCANT OMNES SENAT, ET POP. ROMANI IMPERIVM DEORVM NVMINE ET MILITVM FORTITVDINE ET TVERI, ET REGI.

(1) Este castillo de Vergio, ó Bergio, estaba situado, segun Tolomeo, en los pueblos llamados llergetes, cuya capital era Lérida. B.

(1) En el lib. 1, c. 2. (2) En el lib. 3, c. I. (3) En el lib. 16, c. I.

Dice en castellano. Esta imágen es consagrada á la diosa Palas vencedora. En este lugar desbarató y hizo huir Marco Caton á los que quedaban de los enemigos. Dejó tambien aquí un pequeño templo, fabricado con maravilloso artificio, y una imágen de bronce de la diosa Palas. Obedezcan, pues, todos, y sepan que el imperio del senado y pueblo romano es regido y amparado con providencia de los dioses, y con esfuerzo y valentía de soldados. Y siendo cierta, esta es la mas antigua piedra de romanos que hay en España. Otras dos piedras que ponen los autores ya dichos con el nombre de Marco Caton no son deste cónsul, sino de otro llamado como él, que mucho despues vino á gobernar acá. Y su lugar propio tendrán.

CAPÍTULO XI.

Repruébase la opinion de Appiano Alejandrino, y cuéntase lo que Sexto Digicio y Escipion Nasica acá hicieron.

Appiano Alejandrino dice, que con estas victorias que hemos contado quedó España tan sujeta, que por espacio de doce años nunca hubo despues guerra en ella. Esto no es posible que fuese así, pues en los doce años que se siguen hallarémos algunós triunfos y ovaciones que los romanos ganaron de ambas Españas Citerior y Ulterior. Y ya se entiende como estas honras en Roma no se alcazaban sino con grandes victorias, y destruccion de los enemigos y sus tierras. Tito Livio tambien cuenta algunos destos triunfos y ovaciones, y en las tablas del Capitolio están señalados: y como hemos dicho, y saben los que algo entienden, la autoridad de su testimonio destos mármoles no se puede en ninguna manera contradecir. Todo parecerá en esta corónica por la continuacion destos años.

El año siguiente ciento y noventa y dos ántes del Nacimiento, le cupo por suerte là España Citerior al pretor Sexto Digicio, que parece sin duda aquel á quien dió Escipion en la toma de Cartagena el premio de haber entrado primero en ella: y la Ulterior le quedó al pretor Publio Cornelio Escipion, que por sobrenombre llamaron Nasica, y era hijo de Neyo Escipion el que mataron acá en España, y así venia á ser primo hermano de Escipion el Africano. Era hombre tan virtuoso, que habiendo de determinar el senado quien fuese en Roma hombre muy de bien y de mucha virtud, para cierto efecto de su supersticiosa religion, juzgó que este Escipion Nasica lo era extremadamente entre todos. Tambien le pusieron otro sobrenombre los romanos, llamándole Corculum, que quiere decir Corazoncico: porque su mucho entendimiento y sabiduría en todas las cosas merecia este apellido.

Marco Caton triunfó de España este año, y metió en el erario valor de mas de cuatrocientos mil ducados, con repartir desto por los soldados á mas que cinco ducados, y quince á los de á caballo. Y aunque Marco Caton sujetó con tanta aspereza á los españoles, despues fué siempre en Roma su verdadero patron y amparo en todas las cosas que allá se les ofrecian, para dar órden que como negociasen bien, y se les hiciese todo buen tratamiento y merced en el senado: procurando tambien se les deshiciesen los agravios con que los pretores y los oficiales los hubiesen maltrado. Esto parecerá luego en esta corónica por algun ejemplo. Y tomó Caton tan de veras esta defensa de los españoles, que, como Marco Tulio refiere, tuvo en Roma grandes enemistades por esto con muchos. «Mostró en esto su generoso ánimo; cu«yo es propio tratar al enemigo con ferocidad hasta «vencerlo, y con blandura y misericordia habiéndolo «vencido.»

A los dos pretores Digicio y Escipion, que gobernaron este año en España, les sucedió harto diferentemente en ella. Sexto Digicio peleó algunas veces, y hubo muchos recuentros con los españoles de la Citerior, que en hartas ciudades se habian rebelado despues de la vuelta de Marco Caton á Roma, y en casi todas estas peleas fué vencido y desbaratado con tanto estrago de los soldados romanos, que perdió gran multitud dellos. Y pudiera con estas victorias levantar el ánimo toda España para recobrar su libertad, sino que Escipion Nasica en su provincia Ulterior venció prósperamente muchas batallas, y con esta fama se le dieron y tomaron su amistad cincuenta lugares principales. Esto hizo en el año de su pretura y entretanto que llegaba su sucesor, y despues teniendo él todavía el gobierno como propretor, hizo muchas mayores hazañas; y entre ellas fué ésta la principal. Un grande ejército de los lusitanos habia bajado al Andalucía, y robado y destruido por allí mucha tierra de la que estaba en amistad de romanos, y volvíanse ya con gran presa y despojos á su casa. Nasica les salió al encuentro en el camino, y peleó con ellos cinco horas enteras, sin que de una parte ni de otra se conociese ventaja, porque los nuestros eran muchos, y peleaban como esforzados, y el pretor y los suyos hacian con mucha constancia su deber. A los nuestros les hizo mucho daño, como Tito Livio expresamente dice, el venir muy empachados con su presa y despojos. Tambien los tomó el pretor cansados y desvelados. Así aunque al principio desbarataron algun tanto á los romanos, despues poco á poco se fué poniendo por igual la batalla. En la fatiga della Escipion hizo voto de juegos solemnes á Júpiter, si le favorecia para vencer y desbaratar los enemigos. Comenzaron poco á poco á desmayar los lusitanos, y despues volvieron del todo los espaldas; y siguiendo los romanos el alcance, mataron doce mil dellos, y fueron presos mas de quinientos, casi todos de los de á caballo, tomáronseles ciento y treinta y cuatro banderas. Y no dice Tito Livio que murieron de los romanos mas de setenta y tres. Fué esta batalla cerca de la ciudad de Ilipa, que creo yo era el lugar que ahora llamamos Zalamea en la Serena, aunque pudo tambien ser cabe Peñaflor entre Córdoba y Sevilla. Y si alguno leyendo á Tito Livio le pareciere que Escipion peleó segunda vez con los lusitanos allí, habiéndoles dado ántes otra batalla en otro lugar, entienda que yo sigo lo que con mucho juicio y autoridad enmendaron Carlo Sigonio y Henrico Glareano en este lugar de Tilo Livio. Y tambien no lleva camino que hubiese habido luego segunda batalla con los lusitanos, habiendo ellos quedado tan destruidos y muertos de la primera. En esta batalla les quitó Escipion á los lusitanos toda la rica presa que traian, y mandándola poner en el campo cabe Ilipa, (1) hizo que los moradores della reconociesen lo que

(1) Hubo varios pueblos deste nombre en Andalucía; pero el de que aquí se trata se debe llamar Ilipla, y reducirse á Niebla, capital del condado de este nombre. B.

era suyo, y se lo llevasen libremente. No dice Tito Livio la causa porqué usó con ellos desta liberalidad; mas claro se entiende que se les debia por ser confederados de romanos. Todo lo demás que quedó de la presa mandó á su cuestor que lo vendiese, y el dinero della lo repartió entre los soldados.

CAPÍTULO XII.

Flaminio tomó la ciudad de Ilucia, y Fulvio Nobilior venció muchos españoles cabe Toledo.

Esto todo ya sucedió el año siguiente, que es el ciento y noventa y uno ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo, siendo cónsules en Roma Lucio Cornelio Merula y Quinto Minucio Termo, que sin duda debe ser el que dos años ántes habia triunfado de España. Al pretor Gayo Flaminio le cupo por suerte la Citerior España, y á Marco Fulvio Nobilior la Ulterior. Gayo Flaminio sabiendo en Roma, ántes que de allá partiese, todo esto, que con tan cruda guerra en España pasaba, encarecíalo por sí y por sus amigos aun mucho mas de lo que ello era, á fin que se le concediese lo que deseaba, que era formar una legion de seis mil soldados, y trescientos caballos escogidos á su voluntad entre muchos. Y á la verdad en España se encendia mucha guerra, y señaladamente la provincia Citerior estaba muy levantada y ensoberbecida con las victorias pasadas. Y el ejército que le podia dejar Sexto Digicio estaba (como Tito Livio mucho encarece) flaco y acobardado, y tan temeroso de los españoles, que no sabia sino huir en viéndolos en el campo. Y con esta legion así escogida, decia Flaminio, que pensaba remediarlo todo, y mantener en España la magestad del pueblo romano en su honra y autoridad acostumbrada. Ninguna gana tenia el senado de concederle á Flaminio esto que así le pedia: y así se resolvió al fin, que Flaminio buscase gente fuera de Roma, donde mejor la pudiese hallar, porque á la de la ciudad no querian que por entónces se tocase. Tenia Flaminio tanto deseo de venir á España con buen ejército, que se partió para Sicilia, donde pensaba hallar buenos soldados viejos, que del campo de Escipion habian quedado, y navegando de allí para España, el viento lo echó en África, y allí tambien juntó otros buenos soldados viejos, que del mismo campo de Escipion habian quedado. Llegado despues en España, añadió mas gente de la mejor que acá pudo juntar.

Con todo este cuidado aparejaba Flaminio la guerra en España, la cual trató despues con buen esfuerzo, aunque no hubo mucho en que mostrarlo, ni aun en eso poco que hizo no tuvo la guerra buen suceso. Una cosa muy notable tuvo la gobernacion deste pretor, que fué el primero que metió la conquista en lo mas mediterráneo de España. Habiéndose entretenido todos los pasados en la costa y sus comarcas. Flaminio parece el primero que se metió mas adentro por la Mancha, que ahora llamamos, hasta lo mas bajo del campo de Calatrava. Así tomó por fuerza de armas la ciudad de Ilucia (1), que estaba en los oretanos, de quien se ha dicho como eran por allí. Y repartiendo despues á invernar los soldados, no tuvo enemigos con quien pelear el invierno: aunque le fué forzado haber algunos recuentros con ciertos ladrones, que por su provincia se habian levantado. Venciólos algunas veces, y venciéronle tambien á él otras, y aun le mataron hartos de aquellos soldados, que con tanto cuidado habia andado á escoger.

Mayor guerra y mejor suceso en ella tuvo Marco Fulvio Nobilior. Juntáronse cabe Toledo (como Tito Livio cuenta) grandes ejércitos de tres naciones de las mas belicosas que entre españoles habia. Éstas eran vaceos, vectones y celtíberos: y traian por general al rey Hilermo, sin que Tito Livio señale nada de su señorío. La batalla fué brava, y los españoles quedaron desbaratados y vencidos, y el rey Hilermo quedó preso.

Por lo que así cuenta Tito Livio de lo que estos dos pretores hicieron este año en España, se parece bien cuan confusos é inciertos estaban por aquel tiempo los términos de las dos provincias Citerior y Ulterior: y como no se puede tener por averiguado para todo tiempo lo que los autores antiguos nos dicen destas dos provincias. Porque ser Toledo y sus comarcas de la provincia Ulterior, es cosa muy nueva, y contraria de lo que Plinio y todos los demás en esto nos enseñan. Por lo cual somos forzados á creer que nunca fueron siempre unos los términos destas dos provincias, sino que en diferentes tiempos los tuvieron diversos. Tambien se debe notar aquí mucho que ésta es la primera vez que se hace mencion en la historia romana de la ciudad de Toledo, y ésta es la mas antigua memoria que tenemos de su nombre: y por ella se deshacen todas las fábulas de nuestras historias castellanas, en que se trata de su fundacion. Y de aquí adelante veremos alguna vez mas particularidades desta ciudad y su sitio, y como se apoderaron della los romanos.

En este año Marco Caton fundó y dedicó en Roma un templo, que intituló de la Victoria Vencedora: el cual habia hecho voto de fundar y dedicar en una batalla de las que tuvo en España. Y yo creo que fué aquella que dió cabe Ampurias, porque en ésta como hemos visto le pusieron los españoles en mucho aprieto. Y estos tales votos no los hacian los romanos sino en tales necesidades. En todos los libros de Tito Livio no dice que intituló Caton este templo *Victoriæ Victricis*, que quiere decir de la Victoria Vencedora, sino *Victoriæ Virginis*, que quiere decir de la Victoria Vírgen, y ha de decir necesariamente y por fuerza *Victoriæ Victricis*. Porque todas las monedas de plata que se hallan en España de Marco Caton (y hállanse muchas) tienen de una parte el rostro de Caton con su nombre, y en el reverso esculpida una victoria con estas letras al rededor: VICTORIA VIXTRIX. Y parece cosa digna de notar que las mas destas medallas que yo he visto son quinarios, que era la mitad del denario romano, y de nuestra moneda como medio real. Y parece cierto cosa propia de Marco Caton, y de su mucha providencia, y natural escaseza, mandar labrar moneda menuda, que es cosa muy útil para la república, y que se hace con dificultad, por el mayor trabajo y costa que hay en labrarla; y aun podria afirmar que no he visto quinario de plata hallado en España, que sea de otro romano de los que gobernaron en ella. Y ésta es la mas antigua moneda de romanos, que se halla con memoria de cosas de España.

(1) Ignórase el sitio que ocupó esta ciudad; pero por las señas podemos creer que hubiese sido el municipio Ilugonense que Jimena y Rus-Puerta reducen á san Esteban del Puerto en el reino de Jaen, en las vertientes meridionales de Sierra-Morena, situacion poco distante de los Oretanos. B.

CAPÍTULO XIII.

Fulvio y Flaminio tomaron acá algunas ciudades, y entre ellas á Toledo, venciendo los vectones, que lo vinieron á descercar.

El año siguiente, ciento y noventa ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor, le cupo la España Citerior al pretor Marco Bebio Tamfilo, que otros llaman Pámfilo, y la Ulterior á Aulio Attilio Serrano. Mas porque la guerra de Grecia, que trataba estos años el pueblo romano con mucha furia, pedia mayores fuerzas de ejércitos y personas que la gobernasen, á los dos pretores de España se les mandó dejar sus cargos, para que el uno fuése á tener la Mecedonia en Grecia, y el otro quedase en Italia con la Calabria, que estaba como en frontera de Grecia. Para España se proveyó que Fulvio y Flaminio se quedasen por propretores, con el mismo mando y jurisdiccion que ántes tenian. Y llamarle alguna vez Tito Livio de aquí adelante á Marco Fulvio procónsul y no propretor, es error de los libros: aunque tambien algunas veces no se miran mucho en esto Tito Livio ni los demás.

Flaminio, por recobrar algo de la reputacion que el año ántes habia perdido, combatió reciamente, y tomó por fuerza una ciudad fuerte y rica, llamada Litabro (1), y cautivó en ella un señor principal, llamado Corribilon, y ni dél ni de la ciudad no se puede tener mas noticia.

Marco Fulvio peleó dos veces con dos ejércitos de los nuestros, y tomó dos lugares Vescelia y Olon (2), y muchos castillos tomó despues por combate, y otros muchos se le dieron de su voluntad. No señala Tito Livio en qué parte de la Ulterior sucedió todo esto, ni lo podemos saber, por no haber en ningun otro autor mencion destos lugares. De aquí pasó Fulvio á los oretanos, y habiendo ganado allí dos lugares Noliba (3) y Cusibi (4) cuyos asientos tampoco podemos saber, se vino despues acercando al rio Tajo y á la ciudad de Toledo. Era Toledo entónces, como en particular señala Tito Livio, ciudad pequeña, mas muy fuerte por solo su sitio, que como ahora vemos es uno de los mas extraños y fortalecidos que puede haber en el mundo. Cercóla Fulvio, y comenzándola á combatir, llegó un grande ejército de los vectones, pueblos vecinos del reino de Toledo por la parte de Estremadura, en ayuda de los toledanos para descercarlos. Con este ejército salió á pelear Fulvio, y venciéndolo y desbaratándolo todo, volvióse para apretar el cerco de Toledo, y al fin con derribarle el muro, y allegarle torres de madera, de donde los romanos pudiesen pelear por igual y saltar en la ciudad, la acabó de ganar; que no parece de los menores hechos que los romanos en España hicieron.

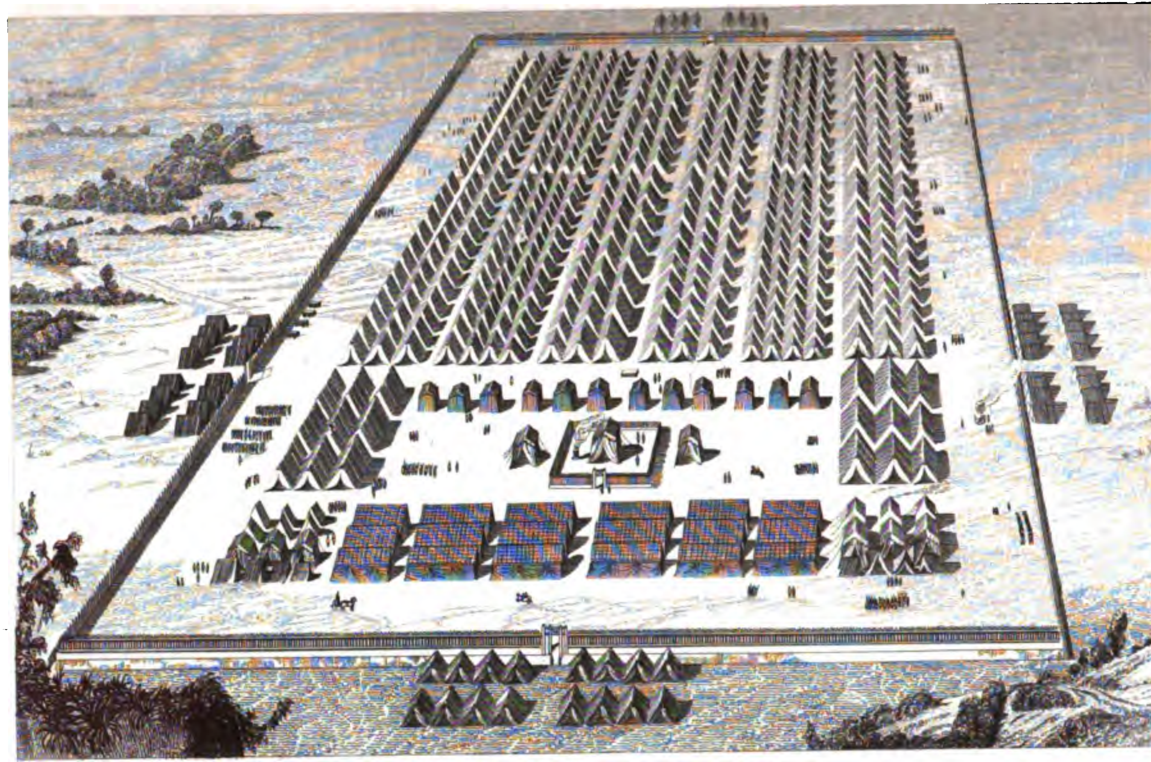
Este año no hubo otra cosa en España: en el siguiente, ciento y ochenta y nueve ántes del Nacimiento, se le dió en Roma el consulado á Publio Cornelio Escipion Nasica, cuyos hechos, como queda dicho, fueron harto señalados acá. Y este año de que decimos hubo en la Ulterior España un pretor harto principal, llamado Lucio Emilio Paulo, que despues con gran gloria suya venció y trajo cautivos á Roma al rey Perseo de Macedonia, y triunfó de aquella provincia, y quedó con el renombre de Macedónico por haberla sujetado. En la Citerior se quedó Gayo Flaminio, con prorogacion del mando y título de propretor. A Paulo Emilio se le dieron tres mil soldados hechos de nuevo, y trescientos caballos, para que los añadiese en su provincia al ejército que Fulvio allí le dejaba. Los dos mil destos soldados fueron italianos latinos, y los mil ciudadanos romanos, á quien tenian siempre por gente mas aventajada para la guerra. Otra tanta gente y de la misma calidad se le envió á Flaminio para la Citerior.

Este año volvió á Roma y entró con la ovacion Marco Fulvio Nobilior, y espanta mucho como no se le dió el triunfo, pues sus hechos habian sido tantos y tan señalados: sino que cierto no debió dejar pacífica la provincia, cosa muy necesaria para el triunfo. Metió Fulvio en el erario de los despojos de España, en oro y plata poco ménos que doscientos mil ducados.

El cónsul Escipion Nasica pidió este año en el senado, se le diese dinero para celebrar los juegos que en la furor de la batalla de Zalamea habia votado. Parecióle al senado que pedia cosa nueva, y demas desto injusta. Así se le respondió, que pues habia hecho el voto por su sola voluntad, sin que el senado hubiese tenido parte en él, ni mandado que se hiciese, que debia cumplirlo del dinero de los despojos de España, si acaso habia reservado alguna parte dél para esto, y si no, que á su costa y de sus dineros propios cumpliese el voto. Todos éstos eran puntos de su supersticiosa religion de los romanos, que tuvieran por mal caso y gran pecado, que no cumpliera el voto el mismo que lo prometió. Nasica hizo los juegos que duraron diez dias, y aunque Tito Livio no lo dice, bien se entiende que serian á su costa.

El año siguiente hubo dos cónsules muy principales en Roma, y de los señalados y conocidos en España. Éstos fueron Lucio Cornelio Escipion, hermano de Escipion el Africano, que como hemos visto, estuvo con él acá y tomó la ciudad de Oninge: y este año venciendo en Asia al rey Antioco, ganó renombre de Asiático ó Asiageno, como en algunas monedas de plata suyas se lee. Y es cosa notable que estos dos hermanos fueron los dos primeros capitanes que en Roma ganaron nombre de las provincias que conquistaron, á cuyo ejemplo despues se dieron muchos destos tales títulos á otros capitanes. El otro cónsul fué este año Gayo Lelio, el grande amigo del Africano, con cuya valerosa ayuda sujetó á España, y ganó este su insigne renombre en África.

(1) Morales en sus Antigüedades, pág. 95, dá á entender que Tito Livio equivocó la voz Litabro, que debe decir Britablo, lugar no lejos de Segovia, del cual se hace mencion en la epístola del arzobispo Montano al monje Toribio. Pero Ferreras reduce aquel lugar á Calatrava en la Mancha; y esto ya mas conforme con las operaciones militares de Flaminio. (2) En el supuesto de que Litablo fuese Britablo, hoy Buitrago, reducen algunos de nuestros geógrafos las ciudades de Vescelia y Olon, á Uceda y Aillon, sitas en las faldas meridionales de las sierras de aquel nombre; pero por las mismas razones que se han tenido presentes para Litrabo, es menester suponerlas en la Andalucía, y reducir con Masdeu Vescelia á Vesci, ciudad de la jurisdiccion de Córdoba de que hace mencion Plinio, y que hoy se llama Archidona; y Olon á Olontigi, pueblo de la Bética, bien conocido por las medallas, y sito segun Rodrigo Caro, en Moguer, y segun el padre Hierro en Palos. B. (3) Fué Nolíba un pueblo de la Celtiberia, y acaso el mismo que unos autores llaman Oliba, otros Obila, y, segun Tolomeo, Alaba; y se reduce á las inmediaciones de los baños de Trillo. B (4) No es fácil adivinar el sitio que ocupó la antigua Cusibi. B.



Un acampamento romano en tiempo de la invasion romana en España.

CAPÍTULO XIV.

Paulo Emilio fué vencido por los lusitanos con gran destrozo, ý tambien los venció.

No se mudó en España nada del gobierno por este año, que es ya el ciento y ochenta y ocho ántes del Nacimiento. Así se quedaron en la Ulterior Paulo Emilio, y Gayo Flaminio en la Citerior, que habia ya dos años que la gobernaba.

El pretor Paulo Emilio peleó en los pueblos vascetanos (1), cerca de un lugar llamado Licon, con los lusitanos: y ellos se hubieron tan esforzadamente en la batalla, que mataron seis mil del ejército de los romanos, y todos los demás llenos de temor se encerraron huyendo dentro de sus reales, y combatiéndoselos los españoles con mucha furia, ellos los defendieron con harta dificultad. No osó esperar Paulo Emilio allí el segundo combate, y así sacó como mejor pudo ese poco de ejército que le quedaba: y como quien verdaderamente huia y no caminaba, con la mayor priesa y jornadas que pudo, se metió muy dentro de las tierras pacíficas de amigos y confederados del pueblo romano.

Tan breve como esto va todo lo de Tito Livio en estos años, y así sin haber mas que contar del pasado, sigue el ciento y ochenta y siete ántes del Nacimiento de Nuestro Redentor, y fué uno de los cónsules en Roma Marco Fulvio Nobilior, el que habia alcanzado dos años ántes déste, como hemos visto, la ovacion de España. El pretor Lucio Plaucio Hipseo vino á gobernar la Citerior, y diéronsele, para acrecentar el ejército que habia acá, mil soldados de dentro de Roma, y dos mil de los latinos, que eran los mas escogidos y estimados italianos, y doscientos caballos. Lucio Bebio, que por sobrenombre llamaban el Rico, vino á la Ulterior, y dióselo mayor acrecentamiento de ejército por la rota de Paulo Emilio en el año pasado, con mil soldados romanos, seis mil latinos, y doscientos y cincuenta caballos, los cincuenta de Roma, y los doscientos de los latinos. Con esto venia á tener cada provincia de España una legion entera, y bien cumplida.

Bebio no llegó á España: porque lo mataron en el camino los de la provincia de Liguria, que es donde ahora está Génova. Éstos entendiendo que Bebio habia de pasar por allí viniendo á España, aguardáronle en el camino, y cercándolo, le mataron muchos de los que llevaba consigo, y él pudo apénas escapar mal herido, y así se vino huyendo á Marsella sin lictores: y sin el otro aparato de la magestad romana, y allí murió dentro de tres dias que habia llegado. Esto avisaron luego á Roma los de Marsella: y el senado con mucho sentimiento de la muerte de su pretor, y con mucha congoja de lo de España, proveyó que Publio Junio Bruto, propretor en el ejército de la Toscana, entregando la gente de su cargo á quien le pareciese quedaria bien encomendada, se partiese luego á España para gobernar como propretor la provincia Ulterior. Él obedeció y se partió luego: mas ántes que llegase á su provincia, Lucio Emilio Paulo habia habido una gran victoria de los lusitanos. Era hombre valeroso y de ánimo ensalzado, y como en estos tales penetra mucho el dolor, principalmente cuando nace de pérdida de honra y reputacion: estaba muy lastimado por el estrago que el año pasado los lusitanos habian hecho en su gente. Juntó por esto de nuevo arrebatadamente como pudo un buen ejército, y peleó en campo con los lusitanos, y venciólos y desbaratólos, matándoles diez y ocho mil, y tomando cautivos mas de tres mil. Combatiéndoles despues los reales, se los entró por fuerza para el cumplimiento de la victoria toda: cuya fama sosegó mucho todo lo de España, sin que nadie osase alterarse ni removerse.

El decir expresamente Tito Livio, que el juntar este ejército Paulo Emilio fué arrebatadamente y con priesa, da á entender en alguna manera que los nuestros le acometieron, y le forzaron á pelear sin que pudiese excusarlo, y esto parece mas verisímil, pues él quedó tan destrozado de la rota pasada, que solo atenderia á conservarse, si los enemigos con entrarle la tierra y destruyéndosela, no le compelieran á ponerse como mejor pudiese á la defensa. Y pues le habian muerto tantos de los suyos, y el acrecentamiento que de Roma venia no era aun llegado; es cosa clara, que la mayor fuerza de su ejército en esta batalla fué la de los españoles que llevó en su ayuda. Y podria alguno si quisiese celebrar aquí el esfuerzo y valor de nuestros españoles en la guerra: pues los romanos vencian cuando tenian mas número dellos. Y dejada la particularidad desta victoria, en general es cierto, sin que se deba dudar en ello, que ó todas, ó muchas de las buenas cosas que los romanos en España hicieron, las acabaron con grande y muy señalada ayuda de los españoles, de que siempre traian en sus ejércitos gran número. Y así desde ahora para adelante, y para todo lo pasado, se debe considerar que no se cuenta en esta corónica hazaña señalada de los romanos en España, en que no tengan, por lo que he dicho, los españoles muy gran parte de la gloria: sino que sus historiadores nunca hacen cuenta desto, aunque por ser cosa tan cierta y verdadera no se puede encubrir.

Tito Livio cuenta que en Roma sabida esta victoria, se hicieron rogativas y se dieron gracias á los dioses, y nunca mas hace mencion della. Hay quien quiera probar, que Paulo Emilio alcanzó el triunfo esta vez: mas por no estar en las tablas capitolinas, no se puede bien afirmar: y hase de entender que los mármoles que en aquellas tablas tienen las cosas destos tiempos, de que ahora vamos contando, están todos enteros y conservados, para que nadie no pueda decir que se perdió lo que estaba desto escrito.

El año siguiente ciento y ochenta y seis, al pretor Lucio Manlio Acidino le cupo la Citerior España, y la Ulterior á Gayo Catinio, aunque otros le llaman Atinio. Y sobre las dos buenas legiones, que del año pasado ya habia en España, se les mandó á los dos pretores que trujesen cada mil y quinientos hombres, y cada doscientos caballos de los latinos para suplirlas y acrecentarlas. Y si no fuera por esta razon del gobierno de acá, que así da Tito Livio, no hubiera para qué poner este año, pues ninguna cosa se cuenta dél que pueda pertenecer á esta corónica. Lo mismo es del siguiente ciento y ochenta y cinco, pues solo dice Tito Livio que se quedaron en España los pretores del año pasado.

Con no haber habido en España este año cosa señalada: en Roma la hubo harto notable y fué la muerte de Escipion el Africano. Acusáronle unos tribunos del pueblo, y menospreciando él con mucha grandeza de ánimo y generoso desden sus vanos furores, salióse de

(1) Morales cree que el nombre de estos pueblos está corrompido, y que se debe sustituir por el de vastetanos; pero es mas conforme el primero, en sentir de otros, pudiéndose aplicar á los vecinos de Vesci (Archidona). B.

Roma y fuése á una heredad suya. Citáronle allí y dió por excusa que estaba enfermo, y así vivió algunos años en aquella soledad. Despues cuando murió se mandó enterrar allí, porque Roma, que tan desagradecida habia sido con él, no gozase de la gloria que pudiera en enterrarle con la debida solemnidad. Y aquí fuera justo decir mucho de Escipion, si ya no quedara por sus grandes hazañas bien conocido en todo lo de atrás.

CAPÍTULO XV.

Rebeláronse los nuestros en muchas partes, y habiendo hecho gran daño á los romanos, al fin fueron vencidos.

Fueron pretores de España el año ciento y ochenta y cuatro Lucio Quincio Crispino en la Ulterior, y en la Superior Cayo Calpurnio Pison. Mas ántes que estos nuevos pretores partiesen, llegaron á Roma dos tribunos de soldados con cartas de Catinio y Manlio Acidino, pretores del año pasado, avisando como los celtíberos y los lusitanos estaban puestos en armas, y comenzaban ya á entrar con grandes ejércitos por las tierras de amigos y confederados del pueblo romano, destruyéndolas y robándolas todas. Movió tanto esta nueva al senado, y causó tanta turbacion y congoja en él, que hicieron luego para enviar acá tres mil soldados, y doscientos caballos romanos, y veinte mil soldados y mil y trescientos caballos de los latinos: y fué ejército que nunca lo tuvo tan grueso Escipion, ni otro alguno de los que en España habian guerreado.

Ya habian partido los pretores con este ejército, cuando Cayo Catinio, que habia tenido dos años el gobierno en la Ulterior, habia peleado en batalla formada con los lusitanos, no léjos de la ciudad de Asta (1), que estaba muy cerca de Jerez de la Frontera, y aunque está ahora despoblada, en el sitio se conserva el nombre. Mató seis mil de los enemigos, y todos los demás fueron destrozados y puestos en huida, y se les tomaron y robaron sus reales. Con el suceso desta victoria tan señalada, Catinio pasó muy feroz á combatir la ciudad de Asta: y no fué menester mucha furia para tomarla, como le faltaban tantos de sus ciudadanos que murieron en la batalla. Mas Catinio en el ardor del combate por mostrar su esfuerzo y dar ejemplo á los suyos, llegóse á los muros demasiadamente sin recatarse de su peligro, y fué herido de manera que murió pocos dias despues que se tomó la ciudad.

Tito Livio dice que la pelea fué con los lusitanos, y cabe la ciudad de Asta, que era lo mas interior del Andalucía sobre el rio Guadalete. Y esto está claro que no puede ser así si no quisiésemos pensar, que aunque la pelea fué allí, el ejército principal era de los lusitanos que habian entrado hasta allí en ayuda de los andaluces. Mas ya Tito Livio parece excluye esto con decir, como los de Asta fueron los mas que murieron en la batalla. Lo cierto es que Tito Livio muy ordinariamente usa el nombre general de lusitanos para hablar de todos los de la Ulterior, sin hacer ninguna diferencia dellos ni de los béticos, aunque eran tan diferentes y tan principales los unos y los otros.

Oida esta nueva en Roma: enviaron muy apriesa mensajeros al puerto de Luna, en la ribera de Génova, donde habia ido á embarcarse el pretor Calpurnio, que lo alcanzasen y le diesen priesa en la partida, porque España la Ulterior no estuviese sin capitan. Mas ya habia algunos dias que Calpurnio se habia embarcado.

En este mismo tiempo de su navegacion de Calpurnio, ántes que arribase en España, Lucio Manlio Acidino, el pretor de la Citerior, peleó con los celtíberos en muy reñida batalla, de donde salieron españoles y romanos sin ganarse de ninguna parte la victoria, ni reconocerse ventaja, mas de cuanto los celtíberos levantaron su real luego la noche siguiente, y así los romanos tuvieron lugar de enterrar sus muertos, y despojar los de sus enemigos que quedaron en el campo, con que pareció haber llevado alguna ventaja, que otra no se la dá Tito Livio. Desde á pocos dias los celtíberos con mucho mayor ejército vinieron á buscar á los romanos, y presentarles la batalla cabe la ciudad de Calahorra, llamada entónces Calaguris. Los romanos se la dieron, y la vencieron y mataron mas de doce mil españoles, y fueron los cautivos mas de dos mil. Dice Tito Livio, que ningun historiador de los antiguos no refiere la causa, por qué siendo el ejército de los españoles mucho mayor sin comparacion que el de los romanos, fuesen vencidos y tan malamente destrozados. Porque demas de los que mataron y cautivaron, tambien les tomaron los reales con todo lo que en ellos tenian. Y si no llegara en esta sazon el pretor Crispino, con cuya venida cesaba el cargo de Acidino, y se resfriaba con esto el ardor de la victoria, llevaba camino, dice Tito Livio, de domar los celtíberos y sujetarlos del todo.

Venian los dos nuevos pretores Calpurnio y Crispino, con tan grande pujanza de ejército como hemos contado. Mas llegados á sus provincias era ya pasado el verano y todo el tiempo de continuar la guerra. Así no pudieron por entónces hacer mas de repartir sus ejércitos por los alojamientos donde habian de invernar. Y ántes que fuese tiempo de salir con ellos en campo ya era llegado á Roma Lucio Manlio Acidino, y pidiendo al senado el triunfo, parecia merecerlo bien por la grandeza de sus hazañas, mas impedíale otra ley de que no podia triunfar sino quien volviese el ejército vencedor á Italia; ó si lo dejaba en la provincia, habíala de entregar á su sucesor tranquila y pacífica del todo. Conforme á esto, fué menester que se contentase Acidino con la ovacion, y metió cincuenta coronas de oro, y en otras cosas de oro valor de mas de quince mil ducados y en plata mas de cien mil ducados. Y sin esto su cuestor trujo despues en oro valor de casi diez mil ducados, plata casi cien mil.

Mas esta ovacion de Acidino ya vino á ser en el año siguiente, que es ciento y ochenta y tres ántes del Nacimiento; y quedáronse en España Calpurnio y Crispino, que el año ántes no pudieron hacer mas que poner á invernar, como hemos dicho, sus ejércitos.

CAPÍTULO XVI.

Crispino y Pison fueron vencidos por los carpentanos, y despues los vencieron ellos del todo.

Por todo lo pasado se parece bien como estos años toda la fuerza de la guerra de los romanos en España, era aquí en el reino de Toledo y sus comarcas: porque ya lo demás de las dos provincias hácia la costa del Mediterráneo, desde Tarragona al estrecho de Gibral-

(1) Morales reduce la ciudad de Asta á la lomera de su nombre, sita entre Jerez y el puerto de Santa María; pero otros la colocan mas al norte en el cortijo de Ebora. B.

tar, parece estaba bien sujeto y pacífico. Confiándose, pues, los dos pretores Calpurnio y Crispino en el sosiego y sujecion de todos los demás españoles, determinaron juntarse ambos con sus campos, para hacer la guerra mas poderosamente en las comarcas de Toledo. Con este consejo entrando el verano, dice Tito Livio, que sacaron sus ejércitos de los aposentos, y vinieron ambos á juntarse en la provincia de Beturia, que era entre Guadiana y Guadalquivir; y de allí pasaron á la Carpentania, que otros llaman Carpetania, que era todo esto del reino de Toledo. Habian ya salido los carpentanos tambien en campo, y tenian sus reales puestos no léjos de Toledo y de otra ciudad, que llamaban entónces Hippo (1), que no se puede entender bien donde estuvo. A esta comarca se vinieron acercando los romanos, hasta juntarse tanto con los enemigos, que entre otras escaramuzas y recuentros, se trabaron un dia los que habian salido de ambos ejércitos á guardar sus bestias en el pasto; y enviando los unos y los otros como se suele hacer socorro á los suyos poco á poco se fué mezclando una gran batalla, en que peleaban todos enteros de ambas partes los dos campos. Fueron desbaratados y vencidos malamente los romanos, y forzados á encerrarse en su real huyendo, y defenderse allí con lo fuerte de sus reparos. Mas en la batalla y en el ir huyendo murieron de los romanos hasta cinco mil; y con sus despojos se armaron los españoles mas enteramente. Dice Tito Livio, que les dió la victoria á los españoles la noticia que tenian de la tierra donde se peleaba, y el haberse peleado arrebatadamente y sin escuadrones ordenados. Mas al fin ella fué una señalada victoria, que los nuestros alcanzaron contra el mayor poderío y número de gente romana, que nunca en España se habia visto.

Calpurnio y Crispino, temiendo que los enemigos con el ardor de la victoria les combatirian luego el dia siguiente los reales, aquella noche, con el mayor silencio y sosiego que fué posible, sacaron de allí toda su gente. Luego que hubo amanecido los nuestros en su batalla ordenada llegaron hasta los reparos de los romanos con propósito de combatirlos: y viendo que estaban solos, al contrario de lo que ellos habian pensado, entraron dentro, y robaron todo lo que el miedo y el cuidado de no ser sentidos les habia forzado dejar. Volviéronse con esta victoria y despojos los españoles á su real, y estuviéronse sosegados en algunos pocos dias: y mudáronse despues de allí para ponerse junto al rio Tajo: por donde parece claro que la batalla fué algo poco léjos dél.

Todo este tiempo que así reposaban los nuestros gastaron los dos pretores en juntar toda la mayor ayuda que pudieron de los españoles sus amigos y confederados (teniendo siempre ésta por principal fuerza en su ejército), y en confortar y animar sus soldados italianos, y sacarles del corazon el miedo que del estrago y de la matanza pasada aun les duraba. Cuando ya estuvieron bien contentos, y asegurados del buen socorro de españoles que habian añadido en su ejército, y los soldados estaban ya muy feroces, pidiendo que los pusiesen con el enemigo para tomar la venganza de la deshonra pasada; caminaron con su ejército hasta ponerse á tres leguas del rio Tajo, frontero de aquella parte donde estaban los nuestros, así que estaba el rio en medio de los unos y los otros. A la media noche mandaron los pretores caminar el ejército, y llegaron en amaneciendo con su batalla en órden á la ribera del rio. Los carpentanos tenian su real de la otra parte en un collado: y luego los romanos comenzaban á pasar por dos vados, que de ántes tenian ya sabidos y tentados, entrando Calpurnio y Crispino cada uno por el suyo. No se movian á todo esto los nuestros, maravillados primero de la orgullosa y súbita venida de los romanos, á quien tenian por tan destruidos, que en muchos dias no podian rehacerse. Consultando, pues, como podrian hacerles daño en la pasada del rio, se armaron luego. Mas la priesa de los romanos entre tanto, y el buen concierto en pasar fué grande: y así cuando quisieron los españoles impedírsela, ya tenian en estotra ribera tanta gente, que podia asegurar los vados á la que quedaba. Pasado ya todo el ejército, los romanos comenzaron á ordenar su batalla. En la frente pusieron las dos legiones que los dos pretores tenian; y estaban mas alegres por tener de todas partes el campo raso y bien extendido, que los aseguraba de no haber por ninguna parte emboscada. Los nuestros que vieron pasados ya desta parte del rio los dos ejércitos romanos, y que se iban poniendo en órden de batalla, determinaron, ántes que ellos pudiesen bien juntarse y acabarse de ordenar, dar arrebatadamente sobre ellos. Así lo hicieron luego con mucho ímpetu. La batalla fué al principio muy brava, por estar los unos muy feroces con la fresca victoria que ántes habian alcanzado, y los otros encendidos con el gran deseo de vengar la ignominia y pérdida que allí habian recibido. Las dos legiones de en medio peleaban con grande esfuerzo; y los españoles, viendo que no las podian romper de otra manera, apretáronlas con un grueso batallon bien cerrado, que perseveraba bravamente en cansarlas. Calpurnio, que vió la fatiga de los suyos en aquella parte, envió muy apriesa á Tito Quintilio Varo y á Lucio Juvencio Talva, que otros dicen Talna, sus legados, para que amonestasen y esforzasen las legiones. Mandándoles en particular, que les adviertan como en ellas solas está puesta la esperanza de la victoria, y de conservar á España ó perderla aquel dia del todo. Que si ellas vuelven un solo pié atrás, que ninguno de todo el ejército no volverá á Italia, ni aun pasará de la otra parte del rio Tajo. Tras esto él tomó todos los caballos de ambas las legiones, y rodeando un poco la batalla, fué á dar muy récio por un lado en el batallon de los nuestros, que daba la carga á las legiones. Lo mismo hizo Quincio, y acometió tambien él con otra banda de caballos el otro lado de aquel tropel. Mas los caballos de Calpurnio eran los que con mayor furia peleaban, y el pretor su capitan se señalaba mucho delante todos. Él fué el primero que llegó á herir en los enemigos y se metió dentro en ellos, y los de caballo se animaron mucho con la braveza de su pretor, y los de pié con tan valeroso socorro. Los centuriones que se hallaban en la delantera se esforzaron mucho con ver á su general metido en los enemigos con tanto peligro, y paréciales gran vergüenza no sacarlo de allí. Dan priesa con esto á los alféreces para que pasen adelante las banderas, y siguen tras ellos con mucho denuedo. Levantan juntamente todos un grande alarido, y acometen furiosamente, comenzando á desbaratar y derribar delante sí todos los contrarios, que cayendo unos sobre otros, no po-

(1) Generalmente se reduce esta ciudad de Hippo á la villa de Yepes, distante dos leguas al sudoeste de Aranjuez; y las circunstancias de la batalla de que en este capítulo se trata no se oponen á semejante reduccion. B.

dian ya durar con ninguna resistencia. Por esto comenzaron los nuestros á retirarse á sus reales. Siguiéronlos los caballos de los romanos, y mezclados con ellos se entraron por su fuerte. Allí renovaron la batalla los españoles que habian quedado por guarda; y así fueron forzados los romanos dejar los caballos, por poderse revolver mejor en aquel angostura. El primer socorro que aquí les llegó de los suyos fué el de la legion de Calpurnio, y poco á poco vinieron todos los demás. Ya no habia pelear, sino matar españoles dentro en sus reales, sin que pudiesen huir mas que hasta cuatro mil dellos. Los tres mil, que eran gente feroz, y que no habian perdido las armas, se subieron á una sierra que no estaba léjos, y con mucho ánimo se hicieron allí fuertes. Los mil, que iban casi todos desarmados, se esparcieron á diversas partes por toda la comarca.

En la batalla se hallaron treinta y cinco mil hombres de los nuestros, y dellos escaparon muy pocos, y tomáronles los romanos mas de ciento y treinta banderas. De los romanos latinos murieron poco mas de seiscientos, y entre ellos cinco tribunos y algunos de los caballeros romanos, que, como dice Tito Livio, hicieron grande apariencia y equivalencia de mucha mortandad. De los españoles que los romanos tenian en su ayuda murieron casi ciento y cincuenta. Robaron los romanos los reales de sus enemigos, y quedáronse en ellos por no tener espacio de fortificar aquel dia otros á su manera.

El dia siguiente, como los romanos lo tenian de costumbre, Calpurnio habiendo mandado juntar todo el campo, allí en público alabó su gente de á caballo, y premiólos con jaeces y aderezos para los caballos, y dijo resolutamente, que por su valentía y esfuerzo dellos se habia vencido la batalla, y se habia entrado y tomado el real. Tambien el pretor Quincio premió su gente de caballo con cadenas y bronchas pequeñas de oro. Diéronse asimismo premios á muchos centuriones de ambos ejércitos, y principalmente á los que estuvieron en la frente de la batalla.

Esta fué una de las mayores batallas que por estos tiempos en España se dieron, y cuéntala Tito Livio tan á la larga con mucha pompa. Y por los muchos españoles que los romanos tuvieron de su parte, se les puede atribuir á ellos mucha en la gloria deste vencimiento. Si no es que Tito Livio y los otros historiadores romanos nunca tuvieron cuenta de hacer memoria desto, ni celebrarlo como debian, ni contar con tales particularidades las batallas que les vencíamos, por estar solo atentos y poner todo su cuidado en dar toda la gloria de los buenos hechos á los suyos. Cuenta al principio muy despacio Tito Livio como juntaron los dos pretores gran multitud de españoles para ayudarse dellos; sin curar despues de hacer mencion de cómo les ayudaron en la batalla. «Por esto dijo muy bien el poeta Euripides, que «hacian mal los griegos, pues en los trofeos que le«vantaban para perpetua memoria de algun gran ven«cimiento, solo ponian los nombres de los capita«nes.» Y así la gloria que se compraba con la sangre de los soldados, se atribuia toda á los que tenian ménos parte en ella. Desta manera tambien podríamos quejarnos que hicieron gran injusticia los historiadores romanos, en dejar de hacer en ésta y otras muchas batallas entera memoria de los españoles, que tuvieron mucha parte en alcanzarles las victorias.

Con esta victoria y con otras que en sus cargos alcanzaron, merecieron los dos pretores Calpurnio y Crispino en Roma el triunfo con grande aplauso de todo el senado. A cada uno se le dió por sí, y primero á Calpurnio, con título de que triunfaba de los lusitanos y celtíberos, que era casi tanto como decir de toda España, y nó de una sola provincia della. Metió en el erario ochenta y tres coronas de oro, y mas de diez y seis mil marcos de plata. Pocos dias despues triunfó Crispino con el mismo título, y con meter en su pompa otro tanto oro y plata como Calpurnio.

Estos triunfos vinieron á ser andado ya mucho del año siguiente, que es el ciento y ochenta y dos, en el cual el pretor Aulo Terencio Varron vino á la Citerior, y á la Ulterior el pretor Publio Sempronio Longo. Mas ántes que de Roma partiesen, tuvieron una contienda sobre la gente que habian de traer, y tener en España. Habian llegado á Roma con la nueva de la victoria los dos legados Juvencio Talva, y Quintilio Varo, enviados de sus generales, y en Roma se habian ya dado gracias á los dioses, y se habian hecho todas las rogativas, que en tal caso usaban. Esto se hizo porque lo pidieron así los legados, y tambien pidieron juntamente al senado, que mandase á los pretores, que volviéndose á Italia, trujesen consigo todo el ejército romano y latino, que en España tenian, para que se les diese este premio por su próspero trabajo. Y tambien porque ya habian estado acá tanto tiempo, que por solo éste lo merecian. Los deudos y amigos de Calpurnio y Crispino, favorecian esta justa peticion, y con todo cuidado y diligencia procuraban se les concediese. Resistian de la otra parte los dos pretores nuevos, Varron y Sempronio, porque deseaban hallar en España tan buenos soldados viejos como aquellos eran, con quien osarian acometer cualquier grande hazaña. Ambas las partes tenian un cónsul, que les favorecia, y estaban tambien los tribunos del pueblo repartidos, y aparejados para resistir á lo que en esto determinase el senado. Al fin aunque merecian mas, pudieron ménos, como suele acaecer, los ausentes: y mandó el senado, y tuviéronlo por bien los tribunos del pueblo, que los pretores de España hiciesen de nuevo cuatro mil soldados, y cuatrocientos caballos romanos, y cinco mil soldados, y quinientos caballos latinos, para traer á España, y que juntando con este ejército todo el que estaba acá, hiciesen dél y formasen cuatro legiones, que tuviesen á cinco mil soldados, y trescientos caballos. Toda la demás gente que sobrase, se la diesen á Calpurnio y Crispino, para que la volviesen consigo á Italia: teniendo cuenta, que éstos que así habian de volver con los pretores, fuesen todos emeritos, ó jubilados primero, y despues los que se hubiesen mas señalado en la jornada de Tajo, como Calpurnio y Crispino acá lo juzgasen. Este fin tuvo la contienda, con algun contento de las partes, pues la una alcanzó lo que quiso, y la otra se le dió buena parte de lo que pretendia.

CAPÍTULO XVII.

Terencio Varron tomó la ciudad de Corbion en Cataluña, y Anibal se mató en Asia.

Venidos á España los dos pretores, y formado así el ejército, y repartido entre sí, en la Ulterior no tuvo

Sempronio Longo que hacer por estar muy quebrantados y abatidos los lusitanos y andaluces con las rotas pasadas. Varron tuvo cercada muchos dias en los ausetanos, que eran en Cataluña, ácia las comarcas donde ahora está la ciudad de Vique, la ciudad que entónces llamaban Corbion, y al fin la tomó por fuerza con torres y cavas que hizo, y vendió por esclavos todos los que tomó vivos; y con esto tuvo todo el invierno sosiego, sin que en toda su provincia hubiese ningun movimiento. Y en este año no hay otra cosa que poder contar de España, ni tampoco en el siguiente que fué ciento y ochenta y uno ántes del nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo; siendo cónsules Marco Claudio Marcelo, y Quinto Fabio Labeon. Y en España se mandaron quedar los pretores del año pasado con los ejércitos, que se tenian, sin que Tito Livio cuente cosa que acá les sucediese.

Para Roma y para España fué cosa harto notable y digna de memoria, la que sucedió este año en Asia, donde murió Anibal con tanta ferocidad, como habia vivido. Y aunque no sea cosa de las de España, por ser muy señalada la contaré, pues tambien Anibal fué medio español, en haber nacido, y casádose, y guerreado tanto acá. Estaba retirado despues que le desterraron de Cartago, y despues que el rey Antioco se habia perdido por él, en el amparo del rey Prusias de Bitinia: mas viéndole tan amigo de romanos, siempre temió que por agradarlos, lo habia de matar. Con este temor tenia bien proveido como escaparse, cuando llegase el tiempo del peligro. En su posada tenia hechas siete salidas, y las mas dellas minadas y secretas, para poder huir cuando conviniese. Y si por todas estas partes le atajasen la huida, tenia siempre á punto una cruel ponzoña, con que matarse. Quincio Flaminio, un capitan romano, que habia sujetado á toda Grecia, vino por embajador de romanos al rey Prusias, y luego temió Anibal su muerte, como quien conocia bien el odio rabioso que romanos le tenian, y como quien habia bien experimentado la mucha liviandad de aquel rey, de quien se favorecia. Pidiéndole pues Flaminio al rey, que le diese á Anibal, ó lo matase, para que los romanos pudiesen fiar enteramente de su amistad: él envió gente que le cercase toda la casa. No lo entendió hasta que ya estaba cercado por todas partes, y probó á salirse por la mina mas secreta y desviada que tenia. Mas un terrible mandamiento de un rey, hace que no pueda haber lugar tan escondido, adonde no penetre su señorío. Viendo pues Anibal, que tambien le estaba tomada esta salida, pidió la ponzoña, diciendo. Dad acá, que quiero librar al pueblo romano desta gran congoja que tiene, pues le parece cosa de mucha fatiga, esperar la muerte de un viejo. Así tambien no ganará Flaminio mucha victoria, ni digna de gran renombre, de un viejo desarmado, y entregado por traicion. Abominando tras esto del malvado consentimiento y consejo del rey, llamando á los dioses por testigos de su alevosa traicion, bebió todo el vaso de ponzoña, que algunos escriben era sangre de toro. Desta manera murió este capitan tan señalado por grandes virtudes y vicios, que en él concurrieron.

CAPÍTULO XVIII.

El pretor Sempronio murió de enfermedad, y Flaco tomó la ciudad de Urbicua.

Lucio Paulo Emilio, el que ocho y nueve años ántes habia sido pretor en España, fué cónsul este año siguiente en Roma, y tuvo por compañero á Neyo Bebio Tamfilo, que otros llaman Pamfilo. Y fué ya éste el año ciento y ochenta ántes del nacimiento de Nuestro Redentor. Vino á la Citerior España Quinto Fulvio Flaco, y Publio Manlio á la Ulterior, que es el que habia venido á la Citerior con Marco Caton. Henrico Glareano dudó aquí quién fuese este pretor Manlio, que vino á la Ulterior, porque Tito Livio dice dél despues (1), que otra vez habia tenido en la primera pretura la misma provincia. Carlo Sigonio lo tiene por el mismo que habia venido con Marco Caton; y aunque algunos dudan en si fué éste, yo paso con esto, porque va muy poco en que sea aquel ó otro. Solo conviene proseguir, como llegado este pretor Manlio á la Ulterior, halló muerto de enfermedad á su antecesor Sempronio Longo, y tan mal repartido y disipado el ejército, como cuerpo sin cabeza, que tuvo harto que hacer todo el verano en juntarlo y recojerlo, y sin hacer otra cosa digna de la historia, lo metió en los alojamientos donde habian de invernar.

Mas hizo Fulvio Flaco en la Citerior. Cercó un lugar fuerte, llamado Urbicua, y segun algunos piensan, estaba adonde ahora está la villa de Arbeza, en el reino de Valencia. Juntóse un gran ejército de celtiberos para venir á descercar esta ciudad, y Fulvio peleó algunas veces con ellos en bravas batallas, donde murieron y fueron heridos muchos de los romanos. Mas viendo los nuestros, como Fulvio con gran constancia perseveraba en el cerco, sin moverse por todos los daños que habia recibido en las peleas; ellos cansados ya con ellas, se volvieron á sus tierras, y la ciudad Urbicua, faltándole este socorro, que divertia al pretor, y estorbaba el ser apretada y combatida, al fin se perdió, y fué por los romanos saqueada y destruida. El pretor dejó toda la presa á sus soldados; y sin hacer otra cosa este verano, repartió para invernar el ejército.

En aquellas batallas de los celtiberos con el pretor Fulvio Flaco no hay duda sino que hubo muchas cosas dignas de memoria, que los nuestros hicieron, pues Tito Livio refiere que fueron muertos y heridos muchos romanos. Mas él segun su costumbre, no cuenta mas largo que esto nuestras cosas de España.

En este verano llegó á Roma Aulo Terencio Varron, que como hemos dicho, habia tenido la Citerior en su pretura, y entró allí con la pompa y honra de la ovacion. Metió en ella dos coronas de oro, que pesaban valor de siete mil ducados, y el valor de la plata subió á poco ménos de cien mil ducados.

Quedáronse en España Fulvio y Manlio el año siguiente, que ya es el ciento y setenta y nueve, ántes del Nacimiento. Y porque se temia la guerra muy cruel en España, se les mandaron enviar á los dos pretores, demás de los ejércitos que acá tenian, tres mil soldados y doscientos caballos de dentro de Roma, y seis mil soldados, y trescientos caballos de los latinos.

CAPÍTULO XIX.

La gran batalla que venció Fulvio cabe Talavera.

La guerra, que este año se esperaba en la España Citerior, no fué menor que se temia. Los celtiberos habian allegado treinta y cinco mil hombres, multi-

(1) En sus anotaciones.

tud que muy pocas veces se habia visto junta en ningun campo de españoles. El pretor Fulvio Flaco, que entendió como los celtiberos se ponian todos en armas, tambien él habia juntado toda la mas gente que pudo de los españoles sus amigos, aunque no pudo igualar con el número de soldados, que sus enemigos tenian. Y teniendo al principio del verano á punto todo su ejército, bajó con él á la Carpentania, y puso su real cerca de la ciudad llamada entónces Ebura, que algunos con buenas conjeturas quieren sea Talavera, metiendo dentro della alguna poca gente de armas, que la guardase. Pocos dias despues llegó tambien por aquella tierra el campo de los nuestros, y pusieron su real á dos millas de los enemigos en un collado. Entendido esto, el pretor envió á su hermano Marco Fulvio con dos bandas de caballos españoles, para que reconociese el campo de los enemigos: mandándole que se acercase lo mas que pudiese á los reparos, para que considerase mejor cuanto espacio ocupaba todo el real. No le dió licencia que pelease, sino órden de retirarse luego que viese salir gente de caballo de los nuestros. Hizo Marco Fulvio puntualmente lo que se le mandó, y por algunos dias no hubo mas movimiento, que salir estas dos bandas de caballos españoles de parte de los romanos, y en sacando los suyos los celtiberos, luego se retiraban con buen concierto. Al cabo los nuestros sacaron una mañana todo su ejército, y pusiéronlo en órden de batalla, casi en el medio camino que habia entre los dos reales. El campo, dice Tito Livio, era raso, muy llano y aparejado para darse la batalla. Allí estuvieron los españoles esperando al enemigo. Cuatro dias continuaron el salir al mismo lugar, y presentar la batalla desta manera, y todos ellos estuvo quedo Fulvio sin salir de su fuerte. Tambien se sosegaron los nuestros, viendo que los romanos no querian pelear. Solamente sacaba cada dia el pretor sus caballos, y los mandaba estar armados fuera de los reparos, como por guarda dellos; para tenerlos á punto, si los contrarios hiciesen algun movimiento. Los unos y los otros salian por las espaldas de sus reales al pasto, y traer todo lo necesario, sin que nadie se lo impidiese.

Cuando ya le pareció á Fulvio, que con el sosiego de tantos dias se podrian tener persuadidos los nuestros, que él de su parte no habia de hacer ningun acometimiento: mandó á Lucio Acilio que con la ala izquierda de los caballos de una legion, y con seis mil de los españoles, que consigo tenian, rodease en arco por detrás de una sierra, hasta que se pusiese bien á las espaldas de los enemigos en un valle: y allí estuviese quedo hasta que oyese la vocería y alarido de los romanos, y que entónces arremetiese con ímpetu al real de los nuestros. Esta gente partió de noche, porque no pudiese ser vista. Otro dia en amaneciendo el pretor envió á Gayo Escribonio, general de los españoles que le ayudaban, con muchos caballos, para que se llegase hasta el fuerte de los enemigos. Ellos que le vieron llegar tan cerca, y que venia con mas gente de la que acostumbraba al parecer, creyendo ya que los romanos querian dar la batalla, sacan toda su gente de caballo del real, y hacen tambien señal, para que salgan todos los soldados. Escribonio, por el órden que tenia de Fulvio, en oyendo el primer tropel de los caballos, manda luego volver las riendas á los suyos, y venirse retrayendo al real. Por esto los comenzaron á seguir los de caballo de los celtiberos, mas apriesa y mas derramados. Y luego siguieron tras ellos los de pié, nó con pensamiento de dar la batalla, sino casi con cierta esperanza de conbatir, y ganar aquel dia el real de los romanos. No estaban ya mas que quinientos pasos apartados dél, cuando Flaco, teniendo entendido, que ya los tenia harto alejados de poderse valer del amparo de su fuerte, dentro de su real puso en órden su ejército, y súbito salió con furia á dar en los enemigos por tres partes: levantando una gran grita y vocería, no solo por encender los ánimos en la pelea, sino tambien para que lo oyesen, y lo tomasen por seña los que estaban con Acilio en la emboscada. No lo hubieron bien oido, cuanda dieron, como se les habia mandado, sobre el real de los españoles, donde no habian quedado mas de cinco mil hombres para guardarlo. A estos los espantó el verse acometidos tan sin pensarlo, y verse ellos tan pocos, con ser muchos los enemigos: así, casi sin pelear, ni haber resistencia, fueron tomados los reales: y Acilio mandó ponerlos fuego por aquella parte, por donde mas pudiese ser visto de los que peleaban, para que los romanos se esforzasen con el buen suceso, y desmayasen los contrarios con la pérdida. Los postreros de los nuestros, que peleaban en la retaguardia, fueron los primeros que vieron el incendio, y poco á poco se fué divulgando por toda la batalla, que los reales eran perdidos y quemados. De aquí les creció el espanto á los españoles, y el ánimo á los romanos. Los españoles, parece que estuvieron un poco dudosos de lo que habian de hacer. Porque aunque no daba espacio la furia de la batalla, el otro mayor peligro requeria consejo. Al fin viendo que si fuesen vencidos, no les quedaba donde acogerse, ni por dónde escapar teniéndoseles ya tomadas las espaldas, y que solo les quedaba esperanza en la victoria; comenzaron á pelear con mayor furia como desesperados. Apretábales mucho en su frente una legion de los romanos, mas en el cuerno izquierdo donde habian puesto los pretores á los españoles de su ayuda, los celtiberos los tenian harto fatigados, hasta llegar ya á llevarlos de vencida. Socorrió Fulvio con otra legion entera, y salieron tambien á este tiempo de refresco los romanos, que habian quedado en Ebura, por guarda, y tambien Acilio daba por las espaldas. Ya ésto no era vencer á los nuestros, sino matarlos de hecho. Así los que quedaban comenzaron á huir por donde podian, y Fulvio mandó á los de caballo que los siguiesen por dos partes, y en ambas hicieron cruel matanza. Así dice Tito Livio, que murieron veinte mil de los celtiberos, y fueron presos casi cinco mil con quinientos caballos, y cerca de noventa banderas.

La victoria fué grande, mas no les costó poca sangre á los romanos: dellos murieron doscientos, y mas de ochocientos de los latinos. Muchos mas murieron de los nuestros que ayudaban á los romanos, pues faltaron pocos ménos que dos mil y quinientos, donde se parece bien la lealtad con que seguian á sus amigos hasta la muerte. Y pues era tan grande multitud la de los nuestros, que ayudaba á los romanos en esta guerra, puédese muy bien creer que como los muertos dieron gran testimonio de su fidelidad con perder la vida, así los demás, que quedaron vivos, fueron gran parte en alcanzar la victoria. Aunque todavía Tito Livio da gran parte desta victoria á nuestros españoles: pues dice que los nuestros

que estaban con Acilio eran tanto número, y tan pocos los romanos, que no podian pasar de trescientos. Y Acilio fué el que manifiestamente ganó la victoria aquel dia.

El pretor recogió despues su ejército vencedor á su real, y á Acilio se le mandó que se estuviese en el que él habia ganado. El dia siguiente se cogieron los despojos. Y estando junto en público todo el campo, fueron alabados y premiados los que mas valerosamente se señalaron en la batalla, y los heridos fueron metidos en Ebura, para que se curasen allí.

CAPÍTULO XX.

Fulvio tomó la ciudad de Contrebia, y sujetó á los celtiberos. Y Manlio tambien venció en la Ulterior.

Habiendo cobrado ánimo Fulvio Flaco con esta victoria, y sintiendo que estaban los suyos muy denodados con ella, llevólos luego por la Carpentania, á cercar la ciudad de Contrebia (1), de quien no se puede señalar bien el sitio ni comarca donde estuvo. Los contrebianos enviaron á pedir socorro á los celtiberos. Ellos se detuvieron en venir: no porque no salieron luego al socorro con gran voluntad, sino porque las lluvias de aquellos dias fueron tan grandes y tan continuas que no se podian andar los caminos, ni pasarse los rios. Los de Contrebia que no pensaban en este impedimento, sino en solo su peligro, teniendo perdida la esperanza del socorro, se dieron á Fulvio á partido: y él tambien, porque los suyos habian padecido mucho con las grandes tempestades en el cerco, fué forzado meter todo el ejército dentro de la ciudad: para que se aliviase y descansase en las casas.

Los celtiberos sin haber tenido aviso de que Contrebia se hubiese dado, luego que cesaron las lluvias, y los rios pudieron pasarse, llegaron á la ciudad; y como no vieron ninguna gente ni manera de cerco, creyendo con su buena simplicidad, que ó los romanos habian pasado á otra parte sus reales ó del todo se habian ido, se fueron á entrar en la ciudad con gran descuido. Usaron desta ocasion los romanos, y salieron con furia á ellos por dos puertas, y como los tomaron mal ordenados y en descuido, fácilmente los desbarataron. Esto tambien del estar así desparcidos les valió mucho para poder escaparse huyendo. Porque se derramaron á todas partes, sin que el enemigo pudiese [illegible]ar muchos dellos juntos. Con todo eso dice Tito [illegible]o tan gran número de muertos que parece increi[illegible] Doce mil dice que fueron, y cinco mil los cau[illegible]s, con cuatrocientos caballos y sesenta y dos ban[illegible]ras.

[illegible]spanta cuando se lee esto en Tito Livio, el poco cui[illegible]o que entónces nuestros españoles tenian en usar [illegible]as y otros recatos de la guerra, por donde les su[illegible]ió este desbarato. Tambien se puede considerar la [illegible]masiada furia que los romanos tenian en destruirnos [illegible]ujetarnos; pues habiendo ya tomado á Contrebia por [illegible]tido, por poca clemencia que quisieran usar, ha[illegible]n de perdonar á estos celtiberos, que venian movidos con justa razon á socorrer los suyos, con quien ya los romanos tenian amistad. «¿Mas quién buscará «leyes ni concierto de razon en la desordenada codicia «de mando y señorío?»

Estos celtiberos, que así huian, encontraron con otro ejército de los suyos que venian al mismo socorro, y con contarles la toma de la ciudad y su desventura, los hicieron volver y meterse en sus lugares y castillos: pues no habia duda, sino que el pretor Flaco, con el suceso de la victoria vendria luego á continuarla por toda la tierra. Así lo hizo, que metiendo sus legiones por la Celtiberia, la destruia y arruinaba toda, hasta que cansados y afligidos los celtiberos con tan continuos males, casi todos se le dieron. Con esto acabó de pacificar toda su provincia, y quedar por el invierno, que ya entraba, bien sosegado en ella.

Tambien Manlio en la Ulterior venció en este tiempo algunas batallas á los lusitanos y andaluces. Cuenta Appiano Alejandrino con harta diversidad estas victorias de Flaco. Dice que se rebelaron los españoles, porque por tener poca tierra de labor padecian hambre. Venciólos Flaco, y recogiéronse todos en sus lugares con mucho sosiego. Solamente se retiraron algunos con ánimo de proseguir la guerra en una ciudad, que él nombra Complega, y parece cierto la mesma que Tito Livio llama Contrebia. Éstos, por tener mas fatiga con el angostura de los campos, eran forzados á vivir de robos: y habian bien fortificado y proveido aquella ciudad. Desde allí salian algunas veces contra los romanos, y ensoberbecidos con buenos sucesos, enviaron al pretor una tal embajada. Que les dejase tantos sagos, y caballos y espadas, como españoles habia muerto en España, y que hecho esto se saliese della, ántes que le pesase por el detenerse. Flaco, burlando del partido, y por otra parte disimulando lo que habia de hacer, les respondió, que él les llevaria muchos sagos: y partióse luego tras los embajadores, hasta llegar con su ejército á vista de la ciudad. Los que estaban dentro con ánimos ménos feroces que sus amenazas, la desampararon y se salieron huyendo. Esto mismo cuenta Julio Frontino, y no hay como juzgarlo mas verdadero en tanta diversidad. Cuando cuenta esto Appiano, declara qué manera de vestido era el sago español. Dice era de lana grosera y aforrado, y que se abrochaba con un corchete ó hevilla al cuello, como nuestros fieltros ó herreruelos de ahora.

Fulvio Flaco envió á Roma con las nuevas de sus victorias á Lucio Minucio su legado, y á dos tribunos de las legiones, llamados Tito Menio y Lucio Terencio Masaliota. Mandados entrar en el senado, contaron por extenso las dos victorias, y como toda la provincia Citerior quedaba domada, y tan rico y proveido el pretor, que no era menester por todo este año enviarle sueldo ni trigo para el ejército: como los años pasados se acostumbraba hacer. Pidieron tras esto al senado dos cosas: la primera, que se diesen á los dioses gracias por estos tan prósperos sucesos de la guerra de España. Tras esto pedian, que se le diese licencia al pretor Quinto Fulvio, que cuando volviese á Roma pudiese traer consigo el ejército de España, con cuyo esfuerzo y trabajo, él y otros muchos pretores ántes dél habian alcanzado acá grandes victorias. Esto era justo que así se hiciese, y segun lo que en España pasaba, era al presente principalmente necesario. Porque este ejército estando rico y cansado ya de estar tantos años en ella sin volver á Roma, estaba con propósito obstinado de no quedar ya mas acá: y

(1) Don Francisco Antonio Fuero, cura que fué de Azañon, [illegible]na disertacion sobre el sitio que ocupó Ercavica, sospe[illegible] fundado en varias inscripciones, y en la autoridad del [illegible]dico árabe Axmet-ben-Abdala, que Contrebia pudo ha[illegible] existido en el despoblado de Santaver, junto á la villa de [illegible]averuelas, á un cuarto de legua de los baños de Sace[illegible]n: y parece que no anduvo mal fundado. B.

decian públicamente, que si Fulvio no los volvia á Italia que ellos se vendrian sin mandado de la república, y no habia duda sino que si alguno les quisiese hacer fuerza que quedasen en la provincia, levantarian un motin muy peligroso.

Esto decian así los embajadores de Fulvio Flaco en el senado, cuando ya era entrado el año siguiente ciento y setenta y ocho, ántes del nacimiento de Nuestro Redentor, y eran cónsules en Roma. Aulo Postumio Albino el Tuerto, y Gayo Calpurnio Pison, el que seis años ántes habia sido, como hemos visto, pretor en España. Para la Ulterior fué proveido Lucio Postumio, y para la Citerior Tiberio Sempronio Graco, que era yerno de Escipion el Africano, casado con su hija Cornelia, de quien hubo aquellos dos hijos Tiberio y Cayo Graco, que tan conocidos son y señalados en la historia romana. Fué tambien suegro de Escipion el menor, que llamaron Numantino, como se verá á su tiempo. Este pretor Tiberio Sempronio Graco, como hombre animoso y que comenzaba ya á proveer para las grandes cosas que pensaba emprender acá en España, pesábale de la respuesta que los embajadores de Fulvio traian, pidiendo que se mandase volver á Italia el ejército de los soldados viejos, con los cuales él pensaba señalarse, y acabar bien las grandes cosas que acá pensaba acometer. Por esto resistia mucho en esta demanda, mas al fin se resolvió el senado que era necesario y forzoso volver las legiones de España á Italia, por la ferocidad con que lo pedian, y el desórden grande que se seguiria si no se les concediese. Conforme á esto determinó el senado, que á Sempronio Graco se le diese una nueva legion de cinco mil y doscientos soldados, y cuatrocientos caballos, y fuera de la legion otros mil soldados romanos, y cincuenta caballos como sobresalientes, y de los latinos que hiciese siete mil soldados y trescientos caballos. Con este ejército se le mandó pasar luego en España, y enviósele licencia á Fulvio Flaco que volviese consigo á Italia todos los soldados que estaban en España desde ocho años atrás, así ciudadanos romanos como latinos, y demas desto, de los que quedasen cumpliesen dos legiones que tuviesen diez mil y cuatrocientos soldados romanos, y seiscientos caballos, y de los latinos cumpliese el número de doce mil soldados, metiendo en esta cuenta la gente que él ahora de nuevo llevaba.

Entre estos soldados trujo consigo Graco uno muy valiente, cuyo nombre era Espurio Ligustino, á quien él rogó se viniese con él. Y habia estado ya acá otras dos veces con Marco Caton y con Fulvio Flaco, habiendo sido centurion primipilo, y alcanzado muchas coronas y otros premios de los de la guerra. Y él lo cuenta y lo celebra todo en un razonamiento suyo que se halla en Tito Livio (1).

CAPÍTULO XXI.

Flaco venció otra vez los celtiberos en las sierras Manlianas (2), y triunfó en Roma, y cumplió sus votos.

Tardóse mucho el pretor Tiberio Graco en juntar el ejército y en llegar acá. Por esto Fulvio Flaco entrad el verano, viendo como su sucesor no venia, sacó la legiones de los alojamientos, y entró con ellas por la tierras de los celtiberos, que no se le habian dado haciendo grande estrago y destruccion en ellas. No espantó tanto con esta entrada á los nuestros, como lo animó para defenderse. Juntaron, pues, los celtibero secretamente un grande ejército, y fuéronse á poner con él en las montañas Manlianas, por dond sabian cierto que habia de venir á pasar el pretor co su campo. Porque él caminaba á Tarragona, adond Sempronio Graco queria que viniese para la divisio de los ejércitos, y para que se pudiese embarcar lueg en las naves que él habria traido. Esto le envió á deci con Postumio Albino el otro pretor su compañero cuando se partió dél en Tarragona, para ir á la Ulterio que era su provincia. Y señalóle Graco dia cierto á Flaco, y con plazo muy corto, para cuando se debies hallar con él en Tarragona. Recibido este aviso, fué forzado á Fulvio Flaco dejar todo lo que habia comenzado, y marchar con todo su campo apriesa para Tarragona. Los nuestros, no sabiendo la causa de tan súbita mudanza en dejar la guerra, pensaron que el verlos levantados, y haber oido el ejército que habian juntado, le habia puesto á Fulvio miedo. Por lo cual se pusieron mas feroces á defender aquel paso de la montaña. Llegados allí una mañana los romanos, los nuestros salieron de través para acometerlos por ambos lados. Entendiendo Flaco el alboroto, mandó hacer alto á los del avanguardia, y que los centuriones estuviesen quedos en su ordenanza. Con esto cesó el alboroto de aquel primer acometimiento. Mandó juntar luego el pretor todo su bagaje en un lugar que le pareció mas conveniente, y él por su persona, dando tambien el cargo á los legados y tribunos, ordenó toda su gente cuanto el tiempo y el lugar le daban de espacio, sin ninguna turbacion ni estruendo. Defendiéndose entre tanto y conservándose los delanteros con solo escaramuzar, para que los contrarios no los rompiesen. Amonestando luego Fulvio á los suyos, comenzaban ya á apretarle los nuestros tanto, que la batalla era de hecho comenzada en algunas partes. Fué muy reñida, y algunas veces los nuestros vencieron, é hicieron en algunas partes perder á los romanos el campo. Y porque veian los nuestros que á pi quedo no podian valerse en la batalla ordenada, hi cieron de sí un tropel, y con éste arremetieron imp tuosamente. Esta manera de pelear con arremeti de tropel era propia entónces de nuestros español y eran tan poderosos con ella, que confiesa Tito Li ser imposible que los romanos los sufriesen aquel por cualquier parte que así los acometian. A los nu tros les valió para turbar y hender las legiones, y fa poco que no las rompiesen del todo. Fulvio Flaco q sintió el daño, con temor del cierto peligro, come á dar voces, amonestando los suyos, y mandándol que hiciesen presto un grueso batallon de los caball y rompiesen con éste el tropel de los enemigos. L romanos obedecieron con gran presteza, y con m cha ferocidad rompieron dos ó tres veces nuestro tr pel, desbaratándolo y volviendo sobre él de nuevo como estaba en él toda la esperanza de los celtiber

(1) En el lib. 2, de la 5 Decada. (2) Es de creer que el nombre de estas montañas esté equivocado, y que en lugar de Manlianas deba decir Marianas, esto es, las montañas de Sierra Morena. Los geógrafos reducen el nombre de Manlianas á dos lugares del nombre de Mallen, sito el uno á cuatro leguas de Tudela en Navarra, y el otro en Extremadura; pero en ninguno de ellos concurren las circunstancias que i ducen á reducir este nombre á la Sierra Morena, ó á alg de los ramos del monte Orospeda, como las sierras de Al raz ó Albarracini. B.

viéndose perdidos, dejaban ya la pelea, y pensaban como pudiesen escaparse huyendo. Apretáronles á esta sazon de nuevo otros caballos romanos que sobrevinieron, y comenzaron ya á huir sin ningun detenimiento. Fulvio que los vió volver las espaldas, y se vió librado con esto de tan grave peligro como el pasado, hizo luego voto de hacer un templo en Roma á la Fortuna, cuya imágen estuviese esculpida á caballo, por memoria de lo que su gente de á caballo aquel dia con tan próspero suceso habia hecho. Hizo tambien voto de hacer á Júpiter fiestas y juegos con mucha pompa y solemnidad.

Entretanto los miserables celtíberos eran muertos por toda la montaña, hasta llegar los muertos en la batalla á diez y siete mil y los cautivos á mas de tres mil, con tomárseles mas de mil caballos y muchas banderas. Mas tampoco los romanos alcanzaron la victoria sin mucha pérdida. Matáronles los celtíberos poco ménos de quinientos soldados romanos, y mas de mil de los latinos. De los de á caballo españoles, que estuvieron con los romanos en esta batalla, murieron tres mil, donde se parece bien el esfuerzo y constancia con que peleaban. Y se ve tambien como con sangre y fuerzas españolas se vencia siempre España. Así llegó Fulvio en salvo á Tarragona con su ejército; y hallando ya allí á Tiberio Graco, ambos á dos con gran concordia concertaron qué soldados se volverian á Italia, y cuáles quedarian en España. Y Fulvio se embarcó para Italia, y el pretor Graco se fué con sus legiones á meter en la Celtiberia; aunque por lo que restaba de su año no parece que hizo cosa ninguna digna de historia, como luego se verá.

Este año desterró el senado á Marco Fulvio Nobilior á lo postrero de España, con cartas que se le escribieron á Publio Manlio, el pretor de aquella provincia, para que lo entretuviese allí como condenado. El castigo fué riguroso, y muy propio ejemplo de severidad romana. Porque no era mas su delito, de que sin mandado del senado habia despedido una legion, estando por general en Italia, pareciéndole que no era menester. Fulvio llegó á Roma, donde ya se celebraba mucho la fama de sus victorias, y deteniéndose fuera de la ciudad sin entrar en ella, esperando se le diese el triunfo, se le dió ántes el consulado con Lucio Manlio Acidino. Pocos dias despues entró en Roma triunfando, y metió en su triunfo ciento y veinte y cuatro coronas de oro, y otra gran riqueza de joyas y moneda de plata.

Graco y Postumio se quedaron tambien este año en España por propretores de sus provincias, con enviárseles de nuevo para acrecentamiento del ejército tres mil soldados y trescientos caballos romanos, cinco mil soldados y cuatrocientos caballos latinos. Este año es ya el ciento y setenta y siete ántes del nacimiento de Nuestro Redentor, y el cónsul Fulvio, ántes de tratar de ninguna otra cosa pública, propuso en el senado queria cumplir sus votos que en España habia hecho, y decia que los españoles por público repartimiento le habian dado dinero para edificar el templo y hacer los juegos que habia votado. El senado proveyó que lo uno y lo otro se cumpliese, y tasósele el dinero que se debia gastar en los juegos, por la gran desórden que ya en esto se usaba. Al fin, estos juegos se hicieron con muy grande aparato, y duraron diez dias.

CAPÍTULO XXII.

Graco tomó las ciudades de Munda y Certima (1), *y con embajadores de españoles le pasaron cosas notables en simplicidad.*

Haber llegado tarde acá el pretor Sempronio Graco el año pasado, y el dejarle Fulvio tan domados y destrozados de muy fresco á los celtíberos, fué causa, segun se deja bien considerar, que no hiciese ninguna conquista. Mas este año siguiente, en que habiéndosele prorogado el mando quedó por propretor, muchas hizo y muy señaladas. Habia quedado tambien con el cargo de la Ulterior Postumio Albino; y él, por órden y asiento que se tomó así entre los dos capitanes, habia de subir á los vaceos por la Lusitania, hasta llegar á entrar por allí en la Celtiberia. Pasóse Graco á lo mas interior y último de la Celtiberia, porque allí aparejaban los nuestros bravamente la guerra; y entró ante todas cosas la ciudad de Munda por fuerza, acometiéndola de noche y de improviso. Asegurose della con rehenes que le dieron, y buena gente de guarnicion que allí dejó, saliéndose á combatir las fuerzas comarcanas, y á destruir los campos á fuego y á sangre, hasta llegar á otra ciudad fuerte, llamada entónces Certima.

Si esto fuera en la Ulterior España, como es en la Citerior, pudiéramos creer que estas dos ciudades eran la Munda, no léjos de Málaga, muy famosa por lo que adelante se verá en esta historia; y Cartama, lugar que no le cae léjos, y en tiempo de romanos se llamaba Cartima, ó municipio Cartimitano. Mas la distancia de tantas leguas y la diversidad de las provincias no deja pensar en esto, con no saber tampoco mas de donde estaban estas dos ciudades, porque nadie hace mencion della, sino solo Tito Livio aquí, cuando fueron tomadas. Y él cuenta todo lo que pasó en este cerco en particular, como aquí se ha de referir.

Comenzando, pues, Graco á hacer los aparejos ordinarios de torres y mantas para combatir á Certima, salieron de la ciudad embajadores, que le hablaron con tal llaneza y claridad que le puso espanto. Que tal fué siempre la buena simplicidad de nuestros españoles, y el cuidado de tratar abiertamente la verdad. Decian claramente, que ellos, si tuvieran fuerzas para resistir, lo hicieran de buena gana: mas porque éstas les faltaban, como manifiestamente veian, si se comparaban con las de los romanos, pedian á Graco les dejase pasar libremente hasta el real que tenian ya en campo los celtíberos para pedirles socorro; y que si no se lo diesen, ellos determinarian entónces lo que les conviniese. Graco les dió esta licencia; y pocos dias despues volvieron, trayendo consigo otros diez embajadores de los celtíberos. Si se habia parecido simplicidad y llaneza en los certimitanos, mucho mayor se mostró en éstos que venian ahora con ellos. Llegaron delante Gra-

(1) Algunos geófrafos se han fatigado en vano buscando las ciudades de Munda y Certima en la Celtiberia; pero siendo tan conocidas entre Málaga y Ronda, nos atenemos á la sospecha de Morales, sin que nos haga fuerza el que éstas cayesen en el departamento de la Ulterior, gobernado por el propretor Postumio Albino; pues, procediendo de acuerdo con él, Sempronio Graco, que mandaba en la Citerior, no hallamos repugnancia en que, para no dejar enemigos á la espalda, se apoderase de dos ciudades del distrito de su compañero ántes de emprender la conquista de la Celtiberia, que con aquel tenia acordada. B.

co, y delante aquella magestad romana, y representacion soberbia de autoridad y grandeza que un capitan general del pueblo romano acostumbraba á tener, acrecentándola entónces Graco, para darles el audiencia con mayor pompa. La hora era de mediodia, con mucho calor; y ántes que otra cosa hablasen, pidieron los embajadores al pretor que les mandase traer de beber. Él riéndose de su buena simplicidad, mandó se lo trujesen. Habiendo ya bebido una vez, pidieron les diesen otra: no pudiendo ya nadie de los presentes tener la risa, en tanta simplicidad y descuido de una gente tan poco advertida. Y aunque ello verdaderamente era gran simplicidad, para con los romanos podia parecer mayor, por ser todos ellos gente ceremoniosa, y muy doblada y resabida. Habiendo ya bebido á contento los embajadores, el mas anciano dellos comenzó á hablar á Graco con la misma sencillez que en todo trataban. Aquí somos venidos, dijo él, de parte de los celtiberos, para preguntarte con qué confianza nos mueves la guerra. A esta pregunta respondió el pretor, que en confianza de un muy grueso y escogido ejército habia venido á hacerla. Y que si querian verlo, él era contento de mandárselo mostrar, para que llevasen á los suyos mayor claridad y certidumbre. Respondiendo los embajadores que holgarian dello, se les mandó á los tribunos que se armase y aderezase muy pomposamente todo el ejército de pié y de caballo, y escaramuzasen todos por el campo. Miráronlo todo con mucha atencion los embajadores; y habiéndolo bien visto, volviéronse luego al real de los suyos, los unos para dar respuesta de su embajada, y los otros con ellos, para traer la que allí les diesen á los certimitanos. Los embajadores de los celtiberos dijeron rasamente á sus capitanes que no convenia enviar socorro á los cercados; y ellos luego que entendieron que éste les faltaba, se dieron á Graco; y él les llevó como por pena una tan gran suma, que espanta en Tito Livio, pues sube á sesenta mil ducados: y mandó que le diesen cuarenta de caballo de los mas nobles que habia en la ciudad, no á título de rehenes, sino para que anduviesen con su campo y le ayudasen: y debajo deste honroso color los tomó verdaderamente para asegurarse de su tierra.

Desta simplicidad de los nuestros se aprovechó algunas veces Graco. Tal es lo que cuenta Julio Frontino (1), que entendiendo como los celtiberos padecian hambre en sus reales, él desamparó fingidamente los suyos, dejándose en ellos toda la provision. Acudieron los celtiberos á robar lo que allí quedó muy desordenados: y revolviendo Graco de improviso sobre ellos, le fué fácil cosa matar muchos. Y porque despues veremos como lo mas de las conquistas de Graco fué por las fronteras de Navarra y Aragon, donde se juntan con Castilla, podemos creer que todo esto pasaba por allí; y las particularidades que en esto se han contado, bien son de gente de aquellas montañas, y de la de las entradas de Navarra.

CAPÍTULO XIII.

Graco tomó la ciudad de Alce, Ercavica se le dió, y acabó de vencer los celtiberos. Hizose tambien su amigo Turro, gran señor en aquella tierra.

Aquel real de los celtiberos, de donde habian venido los embajadores, estaba cabe una ciudad llamada Alce, de quien no se tiene mas noticia de la que da Tito Livio con solo nombrarla aquí, y allí los fué luego á buscar Sempronio Graco, asentando él tambien su real cerca dellos. Entretúvose muchos dias con hacer salir algunos de los suyos armados á la lijera, para que escaramuzasen con los nuestros: y siempre iba acrecentando en número de gente, para que los recuentros fuesen mayores, hasta que ya vinieron á sacar algunas veces nuestros españoles todo su ejército fuera de los reparos. Ya cuando vió Graco que no dudaban en esto, parecióle buen tiempo para usar de su ardid que tenia bien pensado (1). Mandó á los capitanes de los latinos y españoles que traia en su ayuda, que mezclándose el dia siguiente la escaramuza, fingiesen que se retiraban por no poder sufrir la muchedumbre que cargaba sobre ellos, y así con ímpetu se viniesen á valer dentro del real. Trabada esta escaramuza, el pretor ordenó de su espacio sus batallas dentro del real. Poco despues entraron por las puertas sus caballos huyendo, y siguiéndolos los españoles por las espaldas sin ningun concierto. Detúvose cuanto fué menester, para que todos los suyos entrasen, y luego salió á gran furia por todas las puertas, levantando una gran vocería. Los nuestros no pudieron sufrir el ímpetu deste primer acometimiento por venir descuidados dél, y todos desordenados. Ellos venian ya con ánimo y esperanza de combatir los reales de los romanos, y despues no pudieron aun defender los suyos, pues en un momento fueron todos desbaratados, y puestos en huida, y encerrados con miedo dentro de sus reales, que tambien fueron tomados. Aunque parece ya se habian salido dellos los españoles cuando los romanos los entraron. Porque el decir expresamente Tito Livio que no fueron tomados mas de trescientos cautivos, da á entender esto claro: pues fuera el número de los cautivos mucho mayor sin duda, si se tomaran los reales de los españoles, estando ellos dentro. Si ya no quisiésemos decir, que con desesperacion murieron todos peleando. El número de los muertos fué nueve mil, y tomáronse mas de cien caballos y treinta y siete banderas, y de los romanos murieron ciento y nueve.

Habida esta victoria, Graco discurrió por la Celtiberia con sus legiones, destruyéndola toda á fuego y á sangre. Así unos de su voluntad, y los mas forzados con el temor, se le dieron en pocos dias ciento y tres lugares de aquellas comarcas, y la presa que hubo en esta entrada fué grande y muy rica. Volvió despues con su campo á la ciudad de Alce, y púsole cerco para combatirla. Defendiéronse al principio muy bien los de dentro: mas despues viéndose apretar con mantas y cabas, y otros aparejos de combates, desconfiados de poder defender la ciudad, se retiraron á la fortaleza. Desconfiaron tambien allí, y enviando sus embajadores, se dieron á Graco con sus personas y haciendas. No parece usó Graco de ninguna benignidad ni clemencia con los miserables que así se le daban, pues celebra mucho Tito Livio la gran presa que se hubo, y los muchos cautivos nobles que se tomaron. Entre ellos, dice, fueron mas principales dos hijos y una hija de Turro, que, como el mismo autor encarece, era soberano señor en toda aquella tierra, y sin contradiccion el mas poderoso de todos los señores de España. Sabiendo él, pues, el cautiverio de sus hijos, envió sus embajadores al pretor Graco pidiéndole seguridad para venir á verse con él. Así lo hizo poco despues;

(1) En el lib. 2, c. 5.

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 5.

y con la simplicidad española de aquellos tiempos, preguntó á Graco ante todas cosas si le otorgaria la vida á él y á sus hijos. Respondió el pretor, que sí por cierto. Preguntó mas adelante, que si le permitiria andar en la guerra con los romanos. Graco le respondió, que muy de buena gana, como él quisiese. Entónces ya respondió Turro con su determinacion, diciendo. Quiero de hoy mas seguiros á vosotros contra mis antiguos amigos y aliados, pues no estan ya para poderlos yo valer como querria. Fué tan firme y tan honrada esta determinacion de Turro, que siguió desde ahí adelante á los romanos con muestras de grande esfuerzo y lealtad, y los ayudó en muchas partes, donde por su valor ganaron mucho los romanos. Así lo confiesa Tito Livio á boca llena, y lo celebra con grande encarecimiento en general. Mas mucho mas que esto deseáramos saber los españoles en particular de un hombre tan principal, y tan señalado en grandeza, bondad y valentía. Aunque esta vez podemos perdonar á este autor lo que no dijo por lo que dejó dicho tan en honra y gloria deste caballero.

Ercavica (1), que era entónces en aquellas comarcas ciudad noble y poderosa, de cuyo sitio en particular no se puede tener cosa cierta, espantada con la destruccion de sus vecinos, abrió las puertas á los romanos. Ninguna duda tengo sino que toda esta guerra que Graco hizo este año fué por aquellas comarcas de las fronteras dentre Aragon y Navarra, por donde están las ciudades de Tudela y Tarazona, hasta cerca de Molina, como presto parecerá.

CAPÍTULO XXIV.

Los celtiberos pelearon con los romanos sin vencerse, y al fin fueron despues vencidos. Postumio tambien venció dos batallas en su provincia.

Todo lo de hasta aquí desta guerra que Sempronio Graco hizo, cuenta Tito Livio como cosa cierta y averiguada, y en que entre los historiadores romanos no debia de haber diversidad. Así pasa tambien por cosa cierta y averiguada, que el dársele estos lugares de los celtiberos no fué mas de por la fuerza que les hizo el temor. Por esto en acabando de apartarse el campo de una tierra, luego ella pensaba en comenzar á rebelarse. Mas lo que se sigue de aquí adelante de la manera con que Graco acabó de pacificar estos movimientos, parece lo cuenta como cosa en que discrepan los escritores. Dice que el pretor peleó despues con los celtiberos cerca del monte Cauno, y son las sierras llamadas ahora de Moncayo. La batalla fué de poder á poder, grande y muy reñida. Duró desde el amanecer hasta el mediodia, y murieron muchos de ambas partes. No se reconoció otra ventaja ni señal de victoria, sino que los romanos el dia siguiente salieron de su fuerte, y presentaron la batalla á los españoles, que no salieron de sus reparos. Con esto los romanos pudieron coger todos los despojos, y robar el campo. Pasa Tito Livio tan brevemente por todo lo desta batalla, como cosa poco gloriosa para los romanos; y debiólo ser harto para los nuestros, como da lugar que se crea el callar de aquel autor. Al tercero dia se dió otra batalla mucho mayor, en que los celtiberos abiertamente fueron vencidos, y sus reales entrados por fuerza, y robados con muerte de veinte y dos mil dellos, y con quedar cautivos solos trescientos: donde se parece bien la feroz rabia con que pelearon. Tomáronse trescientos caballos y mas de sesenta banderas. Éste fué el verdadero vencer y sujetar Graco a los celtiberos, quedando la paz y sujecion con entera firmeza, cual ántes no habia tenido.

Este verano el pretor Postumio Albino peleó dos veces en su provincia con los portugueses de Braga, llamada entónces Braccara, y con los de sus confines. Porque de los de Braga sin duda parece qne habla Tito Livio, como Andrea Resendio y Vaseo muy bien prueban, y era imposible que peleando en su provincia, como expresamente Tito Livio dice, peleasen con los vaceos, aunque en sus libros se lee corruptamente así, pues estaban tan apartados en Castilla. Si ya no quisiese alguno decir que lo fueron á buscar los vaceos allá dentro en su provincia, como tambien los años pasados los hemos visto, que pasaban los puertos y descendian á tratar la guerra en el reino de Toledo. Fuesen con los unos ó con los otros las dos batallas, segun algunos historiadores, dice Tito Livio (1), que murieron en ellas treinta y cinco mil españoles, y que les fueron entrados los reales por fuerza. Otra opinion sigue Tito Livio, por ser á su parecer mas conforme á la verdad, que Postumio llegó tan tarde á España, que no pudo este verano hacer tanta guerra. Esto dice así Tito Livio, y verdaderamente no se puede bien entender cómo lo pueda decir: porque no siendo éste el año en que Postumio vino á España, sino que es el segundo que reside en ella, mucho lugar tuvo para aparejarse todo el invierno para éstas y mayores jornadas. Esta dificultad sintieron Glareano y Sigonio con espantarse de que hablase así en esta cosa Tito Livio, cuya cuarta decada aquí es acabada.

Tambien espanta ver en Julio Frontino, que Tiberio Graco hiciese la guerra á los lusitanos. Dice este autor (2), que teniendo Graco cercada una ciudad fuerte en la Lusitania, los de dentro le dijeron. Bien seguros estamos, que para diez años tenemos mantenimientos. A los once os tomaré, respondió Graco, y con esto los espantó tanto que se le dieron. Parece que obraba aquí mas la simplicidad de aquellos tiempos, que otra cosa que hiciese fuerza.

Deste Postumio Albino son sin duda las muchas monedas de plata que se hallan en España con su nombre, y con todas aquellas insignias que al principio desta corónica se dijo: por donde se ve claro como no son de Lucio Marcio, conforme á la opinion que allí se trujo, sino déste que debia descender dél por linaje.

CAPÍTULO XXV.

Graco fundó la ciudad de Gracurris: y hizo amistad con los numantinos, triunfando él y Postumio despues.

Sin todo lo que aquí queda ya contado de los grandes hechos de Sempronio Graco en España, parece que aun hizo otras algunas guerras en ella el año siguiente, ciento y setenta y seis ántes del Nacimiento, entre tanto que el sucesor no llegaba. Éste era el

(1) Debemos al ya mencionado cura de Azañon, el que nos haya casi demostrado el sitio de esta ciudad, que reduce á Hoz de Peña, en la ribera del rio Guadiela, á cuya opinion ya tambien se inclinaba Morales; y á ella nos inclinamos á dejarla reducida, interin no se descubra cosa en contrario. B.

(1) En sus anotaciones. (2) En el lib. 6, c. 5.

pretor Marco Titinio Curvo, á quien le habia cabido la Citerior, y á Quinto Fonteyo la Ulterior, y aunque de Tito Livio no lo sabemos, porque falta mucho del principio deste libro primero de la quinta decada, donde lo dejó escrito. Mas entiéndese así por lo de adelante: y tambien porque Appiano Alejandrino lo refiere por esta órden. Tenian los celtiberos cercada una ciudad, llamada Carabis (1), por ser confederada de los romanos, con ejército de veinte mil hombres, y parecia la tomarian presto. Dióse priesa el pretor en salir á socorrerlos, mas no hallaba manera de avisar á los de dentro de su venida, para esforzarlos y hacer que no se diesen, por estar tan cercada la ciudad, que ninguno podia entrar dentro. Cominio, un centurion de Graco, le dijo que él entraria en Carabis; y así lo cumplió desta manera. Vistióse á la española, y cubrióse con un sago, y metióse por español entre los otros que servian de traer provision al real de los celtiberos, como uno dellos. Desde allí huyó á buen tiempo, y se metió en la ciudad, dando el aviso de la venida de Graco. Con esto se mantuvieron tres dias los cercados, hasta que ántes de llegar Graco los celtiberos levantaron su real.

Estando despues el pretor cerca de la ciudad, que este autor llama Complega, salieron della veinte mil españoles con ramos de oliva en las manos, y humilde aparencia, como que venian á dársele y pedirle la paz. Llegados á él, sacando sus espadas que traian encubiertas, y con grande ímpetu dieron sobre los romanos, hasta ponerlos en grande aprieto. Usó tambien entónces el pretor otro ardid, y fingiendo que huia, dejó desamparados sus reales. Los nuestros se pusieron á robarlos de propósito, y allí los tomó Graco, volviendo apriesa, mal desordenados y en descuido. Mató gran multitud dellos: y tomando la ciudad, repartió de sus campos con otros pueblos, que por falta dellos se alteraban. Esto hay en Appiano, y puede ser tambien que lo escribió Tito Livio, sino que como estaba en el principio de aquel libro que se ha perdido, no lo tenemos allí. Y aun en el sumario deste libro señas hay de otras conquistas que Graco en España hizo.

En aquel sumario se dice claro como Graco, en memoria de las grandes victorias que en España habia alcanzado, fundó una ciudad cerca (á lo que se puede rastrear) del sitio en que ahora está la villa de Agreda, en las fronteras de Navarra, por encima de Soria. A esta ciudad, para mayor y mas cierta memoria de su nombre, la llamó Gracurris; y hoy dia se hallan muchas monedas en España con el nombre desta ciudad. Y no fué fundacion nueva, sino acrecentamiento el de Gracurris, pues se halla en lo que tenemos de los dos autores Verrio Flaco y Pompeyo Festo, que en el sitio de Gracurris habia ántes un lugar llamado Ilurcis. Así fué tambien esta ciudad de las que en España tuvieron dos nombres, uno antiguo, de que los naturales della habian usado, y otro nuevo, que los romanos le pusieron: como asimismo hicieron otras muchas ciudades, de que en Plinio hay ordinarios ejemplos, y alguna vez en las antigüedades nos servirá para algun buen fundamento.

El sitio desta ciudad me mueve mucho para creer que todas estas conquistas de Graco, que hemos contado, fueron por aquellas comarcas por donde Aragon se junta con Navarra en las tierras de Tarazona y Tudela, ciudades principales en ambos reinos. Que pues Sempronio Graco edificaba ciudad para sola memoria de sus conquistas, como todos afirman, cierto es que la edificaria en aquellos mismos lugares donde fueron sus mayores victorias. Ayuda tambien á que creamos esto mismo la simplicidad de todas aquellas embajadas y del pedir de beber los embajadores, cosas harto naturales de todos aquellos pueblos de por allí. Es tambien cosa manifiesta, que el pelear cabe el monte Cauno fué en las faldas de Moncayo, que se van tendiendo por aquella tierra hasta juntarse con los Pirineos. Y viene bien que viniendo Graco á esta tierra, diga Tito Livio expresamente que él llegó y penetró hasta los últimos términos de la Celtiberia: porque aquellas comarcas de las faldas de Moncayo eran verdaderamente entónces los términos y fines orientales septentrionales de la antigua Celtiberia, que se partia por allí con los vascones, que alcanzaban á lo de Calahorra y á Navarra. Y viniendo Graco de Tarragona, aquello era lo último y mas apartado donde la antigua Celtiberia llegaba. Otra conjetura hay tambien de harta probabilidad, y es, que volviendo, como Tito Livio dice, Graco ácia atrás para meterse en la Celtiberia, llegó cerca de la ciudad de Ercavica, que como se cree con buena verisimilitud, fué en lo bajo de las fronteras de Castilla y Aragon, ácia Molina ó poco mas abajo, ácia el reino de Toledo. Y viene bien que diga Tito Livio que volvió Graco ácia atrás, partiendo de las fronteras de Navarra para venir á estotra tierra, casi atravesando á lo largo toda la raya dentre Castilla y Aragon. Y pues á Ercavica le espantó la destruccion de las ciudades sus vecinas, hasta allá cerca era menester que llegase Graco cuando así volvió.

Otra cosa harto notable hizo desta vez Graco en España, y fué hacer estrecha amistad de nuestros numantinos con los romanos. Debióle de mover á Graco para procurar esto el conocer con su mucha prudencia el gran valor de aquella ciudad y sus naturales, y cuanto le convenia á Roma tenerlos por amigos; pues si fuesen enemigos, lo habian de ser ásperos y terribles. Por esto hizo el amistad bien firme, con los capítulos de la confederacion, y confirmóla con muchos beneficios y caricias, que á los numantinos siempre hizo. Y valiérale mucho á Roma conservar esta amistad, que por tan importante Graco habia sustentado, para no padecer catorce años cumplidos de la mas cruel guerra que jamás los romanos en ninguna parte del universo tuvieron, como adelante parecerá. Desta amistad que Graco hizo con los numantinos ninguna mencion hace Tito Livio. Sabémosla de Plutarco en la vida de sus hijos, y presto se vendrá su lugar forzoso, donde hayamos de dar otra vez cuenta della, y de las capitulaciones muy honrosas y aventajadas para los nuestros con que se hizo el alianza, porque tendrán allí mejor sazon. Y esta es la primera vez que en la historia romana se hace mencion expresa y de propósito de los numantinos, de quien tanta y tan trabajosa para ellos despues se ha de hacer. Primera mencion la llamo, porque lo de tiempo de Caton no fué cosa tan clara ni pública como ésta.

(1) Esta Carabis fué tal vez una poblacion que el Itinerario de Antonino coloca entre Tarazona y Zaragoza, y á la cual da el nombre de Caravi, poco diferente del de Carabis. La situacion de Caravi no se opone á las operaciones de Sempronio. En la Alcarria, á cinco leguas de Alcalá, está Carabaña: el cura de Azañon se inclina á que pudo ser aquí el asiento de Carabis. El mismo Morales mas adelante nos ofrecerá una inscripcion descubierta en este pueblo. B.

Graco y Postumio vueltos á Roma se les dió el triunfo. Primero triunfó Graco de los celtiberos y sus aliados, y metió valor de mas de trescientos mil ducados en plata: y Postumio Albino metió la mitad ménos el dia siguiente, que fué su triunfo con título de los lusitanos y otras gentes de aquella provincia. Repartieron á cada soldado veinte y cinco denarios, moneda que respondia al precio de un real nuestro, y á cada centurion al doble, y el tresdoble al hombre de á caballo, y á los latinos dieron ese mismo repartimiento como á los romanos, é hízose todo él en nombre de los triunfantes.

De los pobres españoles que tanto los ayudaban, y del muy ilustre y leal Turro, de quien confiesa Tito Livio que les valió en todo mucho, y por su esfuerzo y poderío ganaron muchas victorias: ninguna mencion hay de premio que se le diese, por mas que haya dicho que lo tenia bien merecido. Destos defectos y otros semejantes tendrá siempre muchos esta historia, porque (como siempre con mucha razon me quejo) la escribieron los romanos con poco cuidado de las cosas de los nuestros.

Cuando llegó Sempronio Graco á Roma, el pretor Titinio Curvo no era aun partido para España, porque él en ausencia de los cónsules, que estaban ambos en la guerra, recibió en el senado á Graco y á Postumio, y propuso y trató de sus triunfos y de todo lo demás que por entónces convino.

Destos dos pretores de España Titinio y Fonteyo, se entiende que vinieron acá. Mas si alguna cosa hicieron no hay mencion della. Creo yo que en lo que falta del principio en el primer libro de la quinta decada de Tito Livio, estaba referido lo que les sucedió. De allí se entiende despues, como se quedaron acá el año siguiente ciento y setenta y cinco de nuestro Redentor. Y se les envió para acrecentamiento de su ejército una legion romana con cinco mil soldados y trescientos caballos, y otros ciento y cincuenta caballos latinos.

CAPÍTULO XXVI.

Las cosas de España están confusas y defectuosas por algunos años déstos que siguen.

Por no tener principio, y estar tambien falto el primer libro desta quinta decada de Tito Livio, en otros algunos lugares no se puede continuar por aquí lo de España con esa poca de prosecucion que hasta aquí se llevaba. Y no hay duda, sino que hubo hechos dignos de la historia, y que Tito Livio los escribia: pues hallamos en él que se le acrecentó el ejército á Titinio, y en el sumario se refiere como muchos capitanes hicieron la guerra acá por estos años. Aquí se dirá lo poco que se puede recoger dellos. El ciento y setenta y cuatro sorteándose las provincias, cupo la Citerior á Publio Licinio Craso, y á Escipion Maluginense la Ulterior. Mas Craso se excusaba en el senado para no tomar su provincia. Decia que siendo sacerdote público, muchos sacrificios forzosos le impedian aquel año el no poder venir á España. Pidiósele que jurase en público ser esto así: y prestado el juramento lo hubieron por excusado. Viendo Cornelio Maluginense, que le habia valido á Craso esta excusa, él usó de la misma y hecho el juramento se quedó en Roma. Y acá se quedaron Marco Titinio, y Tito Fonteyo con cargo de procónsules, y enviáronseles para rehacer sus ejércitos tres mil soldados y doscientos caballos romanos, y cinco mil soldados con trescientos caballos latinos.

En Tito Livio falta mucho de lo que toca al año siguiente, ciento y setente y tres ántes del nacimiento de nuestro Redentor, en que fueron cónsules, como en las tablas capitolinas y en otros autores parece, Marco Emilio Lepido, y Publo Mucio Escevola ó Escevula. Mas todavía por lo de adelante parece en Tito Livio, como este año tuvo la Citerior con la pretura Appio Claudio Centon. Porque cuenta dél, que se rebelaron los celtiberos cuando él acá vino, habiendo estado sosegados despues que Graco los sujetó todo el tiempo del gobierno de Titinio. Comenzaron la guerra queriendo dar de improviso sobre los reales del pretor. Era el alba de la mañana, y las centinelas descubrieron los nuestros, y Appio mandando tocar arma, amonestó apresuradamente á los suyos, y sacábales del real en órden. Esto le quisieron estorbar los celtiberos, y resistiéndole la salida, se peleó un rato por igual, porque en lo estrecho de las puertas no podian pelear todos los que querian. Al fin salieron los romanos y tendieron su ejército, y venciendo á los nuestros mataron y cautivaron quince mil dellos, y les tomaron veinte y ocho banderas. Entráronles tambien los reales, y los que pudieron escapar de muy destrozados sosegaron y obedecieron en lo que el pretor les quiso mandar. Mereció con esto la ovacion, entrando con ella en Roma el año siguiente ciento setenta y dos. Metió en el erario valor de mas de doscientos mil ducados. Este año fueron pretores en España Servilio Escipion de la Ulterior, y Furio Filo de la Citerior. Mas no se cuenta cosa que acá hiciesen.

CAPÍTULO XXVII.

El gobierno de España en los dos años siguientes, y el mal fin de Fulvio Flaco.

Cúpole por suerte el año siguiente ciento y setenta y uno, venir á la Citerior á Neyo Fabio Buteon, y al pretor Marco Macieno á la Ulterior, y á éstos se les dieron para rehacer el ejército de acá tres mil soldados y doscientos caballos romanos. Neyo Buteon navegando para acá murió en Marsella, y avisado desto el senado romano, proveyó que los dos pretores del año pasado echasen suertes entre sí, quien habia de quedar en la Citerior. Dióla la suerte al que ántes la tenia, y así Publio Furio quedó en ella. Fué cosa notable este año en Roma, que Quinto Fulvio Flaco quiso edificar el templo de la Fortuna que siete años ántes habia votado en España, cuando peleó con los celtiberos en las sierras Manlianas: y por hacer su obra tan magnífica y suntuosa que ninguna en Roma le igualase, desde la Calabria hizo traer unas tejas de mármol de un templo de la diosa Juno que allí habia. Tuvo el senado esto por cosa de muy mal ejemplo, y así mandaron volver las tejas adonde se habian traido. Él nunca jamás estuvo despues en su entero juicio. Y teniendo dos hijos en la guerra que los romanos entónces traian en Macedonia, trujéronle nueva que el uno era muerto de enfermedad, y el otro quedaba para eso. Pudo tanto con él el pesar de la una pérdida y el temor de la otra, que se ahorcó una noche en su aposento.

Deste año ninguna cosa se cuenta que pasase acá, y lo mismo será de algunos siguientes: porque la miserable España estaba tan domada, sujeta y fatigada con las guerras pasadas, que no podia ni aun alzar la cabeza para probar siquiera á sacudir el yugo de su ser-

vidumbre. Este otro año, pues, que ya es el ciento y setenta ántes del Nacimiento, dió la suerte el gobierno de la Citerior á Marco Junio, y á Espurio Lucrecio el de la Ulterior. Estos dos pretores pidieron con mucha instancia muchas veces al senado, se les diese gente para acrecentar el ejército de acá, y aunque con mucha dificultad, al fin lo alcanzaron, y se les dieron tres mil soldados, y ciento y cincuenta caballos romanos, y cinco mil soldados, y trescientos caballos de los latinos.

CAPÍTULO XXVIII.

España toda se hizo una provincia: y los españoles se fuéron á quejar á Roma de los que los habian gobernado.

Harto mas habrá que contar en el año que entra ciento y sesenta y nueve. Fué cosa notable, que por hacer los romanos mas brava la guerra en Grecia, y sentir que España estaba pacífica, juntaron los dos gobiernos de Citerior y Ulterior en uno, para que un pretor solo lo tuviese, y fué el deste año Lucio Canuleyo, que por sobrenombre llamaban el Rico.

Otra cosa señalada fué este año, que los miserables españoles no pudiendo ya sufrir la tiranía y avaricia con que los pretores romanos los fatigaban, y no pudiendo tener amparo en las armas, segun estaban sujetos y oprimidos: enviaron algunas ciudades sus embajadores á Roma para quejarse, señaladamente de la soberbia y avaricia con que los pretores los maltrataban y destruian. Entrados estos embajadores en el senado, y puestos de rodillas suplicaban; que no consintiesen que siendo amigos y confederados del pueblo romano los españoles, fuesen robados y afligidos mas cruelmente que si fueran públicos enemigos. En particular daban despues tales quejas que á todos movian á lástima, y señaladamente parecia cosa manifiesta que habian tomado los pretores muchos dineros sin justicia, por sola fuerza y cohecho. El senado dió el cargo al pretor Lucio Canuleyo, que habia de venir á España, de señalar para cada uno, á quien los españoles hubiesen de pedir, cinco jueces de los senadores: con darles juntamente licencia para tomar de los principales senadores los que quisiesen para favorecerse dellos, como de patrones y abogados. Hecho este decreto, mandaron venir al senado los embajadores, y habiéndose leido en su presencia, se les mandó que nombrasen patrones y abogados. Ellos nombraron cuatro: á Marco Caton, y á Escipion Nasica, y á Paulo Emilio, que habian sido los tres hombres mas señalados que habian tenido el gobierno de España, el cuarto fué Gayo Sulpicio Galo, que nunca habia venido acá, ni se entiende qué les movió á los nuestros á nombrarle. Tampoco no podemos pensar, porqué no nombraron á Sempronio Graco, que era hombre tan principal, y habiendo gobernado acá con mucha justicia y benignidad, habia quedado en grande amistád y veneracion de nuestros españoles. Yo creo verdaderamente que no estaba á esta sazon en Roma, y por esto solo no tuvo parte en el amparo de los nuestros. Con muy buen brio y generosa severidad habia proveido el senado hasta aquí el remedio destos daños, mas de aquí adelante parará todo en respetos particulares, y favores injustos, con que ordinariamente se escapan los poderosos de la fuerza de las leyes, y de sus rigurosos castigos.

El primero á quien acusaron los españoles, fué Marco Titinio, que cinco años ántes habia estado con la pretura en la Citerior. Dos veces sentenciaron los jueces con dilacion del juicio, pidiendo mayor probanza. A la tercera vez le dieron por libre. Hubo disension despues desto entre los embajadores, pidiendo que querian repartir entre sí y señalar en particular los abogados. Los de la Citerior quedaron con Caton y Escipion Nasica, y los de la Ulterior con Paulo Emilio y Sulpicio. Acusaron luego los citeriores á Furio Filo, y los ulteriores á Marco Macieno, que como hemos visto, habian sido pretores acá en España los años pasados. Fueron gravísimos los delitos que les opusieron, y el favor que los amparaba mas poderoso, pues sentenciaron la primera vez con dilacion del juicio, otorgándoles de nuevo la defensa. Mas ellos confesaron claramente cuan poca podian tener, pues ántes de usar della en la segunda instancia, se salieron de su propia voluntad desterrados de Roma, que era la pena mayor que cuando los condenaran se les diera.

A muy buena sazon podríamos aquí quejarnos con mucha razon de la injusticia de los romanos, y de la tiranía con que fatigaban la triste España: y podemos usar las mismas palabras con que Paulo Orosio se lamenta de nuestra desventura en aquellos tiempos. Casi gimiendo dice desta manera (1). En esta lamentacion de miserias diga tambien España lo que siente. Diga lo que padecia cuando por espacio de docientos años regaba en toda parte sus campos con su sangre, no pudiendo sufrir ni resistir al enemigo importuno, que á la puerta de su casa le inquietaba. Cuando quebrantados los suyos, y agotados con la matanza de las guerras y hambre de los cercos, matando sus hijos y mujeres y á sí mismos con ellos, tomaban tan crueles remedios de sus miserias. Y porque sus lástimas de Paulo Orosio, y nuestra querella se vea ser mas justificada, dice Tito Livio que se divulgaba por Roma, que los mismos patrones y defensores de los españoles les estorbaban que no acusasen á los nobles y poderosos. Esto se sospechaba así, y despues se tuvo por cierto, visto que el pretor Canuleyo de repente dejó de entender en este negocio, y se ocupó todo en juntar sus soldados, y sin pensarlo nadie se partió con ellos para acá: porque los embajadores españoles no acusasen ni pidiesen á mas romanos. Miseria grandísima de nuestra gente, que en los jueces hallasen tanta injusticia y flaqueza, y en sus mismos patrones y defensores tanta aficion y favor para sus adversarios. ¿Quién les habia de amparar con su derecho, pues se les impedia el intentarlo? ¿Quién les habia de reparar sus daños con el cumplimiento de su justicia, pues su defensor remediaba á sus contrarios con dilaciones, y los libraba al fin con injustas sentencias? Y todo iba tan ageno de igualdad y justicia, que aunque á los culpados se les dieran las penas mayores que en Roma habia, no se les reparaba á los miserables españoles nada de sus daños. Mandaran desterrar cuando mucho los jueces uno de aquellos injustos robadores. Pena es, infamia y deshonra es: ¿mas qué importaba esto para la satisfaccion debida? ¿qué recompensa habia para las estorsiones? ¿qué restitucion para los robos? ¿qué reparo para los otros daños? Por esta via podian dejar á los españoles con un poco de venganza en sus injurias, mas no con ninguna restauracion ni recompensa en sus pérdidas. Que ésta con las haciendas, y no con las honras de los culpados se habia de hacer. Mas todo lo tur-

(1) En el lib. 5, c. 1.

baba la pasion, todo lo metia á barato la potencia y el favor, y todo lo confundia la soberbia romana en el mandar. Mas por disimular algo de todas estas tiranías, no queriendo que se hablase ya mas en lo pasado, proveyó el senado para beneficio de los españoles, como Tito Livio dice, que los pretores romanos no pudiesen venidos acá poner precio ni tasa al trigo. Item, que no pudiesen forzar á los españoles que arrendasen las veintenas al precio que el pretor quisiese. Lo tercero, que los pretores no pusiesen por los lugares personas que cogiesen el dinero de los tributos, sino que los españoles entre sí mismos lo juntasen. Estas tres cosas cuenta Tito Livio que se les concedieron entónces á los españoles; y verdaderamente él lo cuenta de manera, que parece él mismo tiene vergüenza de lo poco que alcanzaron. La veintena era tributo que los romanos llevaban, y arrendándolo los españoles, querian los pretores que no lo rematasen sino por el excesivo precio que ellos señalaban. Siendo cosa cierta que los arrendadores subian lo posible.

Débese mucho advertir lo que dice Tito Livio destos embajadores españoles que se hincaron de rodillas para hablar en el senado. Cuéntalo como cosa nueva y propia de los españoles: porque lo ordinario y usado de los romanos en tales humildades y sujeciones era abajarse ó postrarse, para asirse y tomar las rodillas de aquella persona á quien se humillaban y querian suplicar. Mas para solo hablar, nadie entre los romanos se ponia de rodillas, como es cosa manifiesta en todas sus historias.

CAPÍTULO XXIX.

La embajada que los bastardos de España hicieron en Roma, y lo que se proveyó sobre ello.

Otra manera de embajada de España hubo tambien este año en Roma. Los embajadores eran de hasta cuatro mil hombres, que se hallaban acá, hijos bastardos de soldados romanos y latinos, y de mujeres españolas, con quien ellos nunca se casaron por legítimo matrimonio. Éstos pedian al senado se les diese un lugar donde asentasen su morada. Proveyó el senado que todos estos se escribiesen, y pusiesen en lista delante el pretor Canuleyo: y á los que dellos diese libertad y ahorrase el pretor, les mandase ir á poblar en Carteya, que era, como ya se ha visto, á la boca del estrecho, donde ahora están las ruinas de las dos Algeciras, y que los naturales moradores de Carteya recibiesen en su compañía estos advenedizos, y se les diesen campos de nuevo que labrasen, y fuesen colonos del pueblo romano como lo habian de ser tambien los bastardos. Y mandaba el senado junto con esto, que Carteya, recibiendo á estos bastardos, fuese colonia latina, con todos los privilegios y prerogativas que todas las otras colonias latinas tenian. Mucho los honraba y aventajaba en esto el senado: mas tambien los agraviaba y afrentaba mucho en el nombre, pues la mandaba llamar colonia de los libertinos ahorrados. Y sin duda pareciera manifiesto agravio tambien el que á estos pobres españoles se les hizo en sentenciarlos así tan duramente el senado por esclavos, y que para ser libres hubiesen de ser ahorrados: sino que ya era costumbre antigua de los romanos tener á estos tales mestizos, que ellos llamaban Hibridas, por esclavos, como en Julio César (1) y otros autores parece. Y todo se hacia para poner mayor freno á los soldados romanos en no juntarse con las mujeres de las provincias donde residian. Esta es la primera colonia que los romanos tuvieron en España, aunque no fué de sus ciudadanos, sino de españoles. Y lo que á Córdoba en esta preeminencia le toca, en su lugar se tratará enteramente (2).

CAPÍTULO XXX.

Olonico se levantó en España, y fué luego muerto.

El año siguiente ciento y sesenta y ocho fueron cónsules en Roma Aulo Gayo Hostilio Mancino y Aulo Atilio Serrano. Y nombro algunas veces los cónsules, por verificarse por ellos la certidumbre de los años, que sin esto no se puede tener de otra parte. No se puede entender quién vino á gobernar en España este año, por faltar mucho en el libro de Tito Livio. Y por la misma razon, si alguna cosa notable sucedió acá, no se puede dar cuenta della. Mas fuera desto, se puede probablemente creer que este año se levantó en España Olonico. Porque en el sumario deste libro, donde Tito Livio cuenta lo de arriba, se refiere, y en lo mucho que falta deste libro se perdió tambien esto. Lo que dice el sumario es, que habiéndose levantado en España Olonico, y siendo grande el movimiento que hizo en algunos pueblos, con matarlo á él se pacificó y sosegó todo. Yo creo no se puede dudar que este Olonico es el mismo que Lucio Floro en su historia llama Salondico. Dice dél, que fué hombre de grande astucia y osadía. Con el astucia determinó mover á los españoles por religion y mandamiento de los dioses. Con ella y con su osadía andaba por todos los pueblos de los celtiberos, trayendo en la mano una lanza de plata, y blandiéndola con mucho denuedo, decia, como quien profetizaba lo venidero, que los dioses le habian enviado del cielo aquella lanza, para que con ella hiciese la guerra á los romanos, y procurase la libertad de España. Con esta supersticion fingida traia tras sí todos los celtiberos; y teniendo ya su ejército en campo, con aquel su atrevimiento y grande osadía, una noche quiso entrar en los reales de los romanos, ó para saber lo que allí pasaba, ó para matar al general. Y habia ya llegado á su tienda, cuando le sintió una centinela, y le atravesó con su pica: y así con su muerte cesó toda la guerra. Esto cuenta tan brevemente Lucio Floro, y parece lo mismo que el sumario relata de Olonico. Solo hay dificultad, que Lucio Floro dice que era cónsul el general de los romanos, en cuya tienda queria Salondico entrar; y por estos años no hubo cónsul acá. Pues sea todo uno, ó sean diversos Olondico y Salondico, de aquí quedará ya esto contado; pues ya que yo quisiera guardar lo de Lucio Floro para otro tiempo y lugar, no lo habia cierto ni averiguado dónde lo debiese poner. Carlo Sigonio en sus anotaciones sobre Tito Livio, emendó en este lugar de Olonico, diciendo que no sucedió en España, sino en Tesalia. Su fundamento es flaco, y el contar Lucio Floro en este mismo tiempo lo de Salondico, ayuda mucho á creerse que sea todo uno, y que en uno de los dos autores esté errado el nombre.

(1) En el Comentario Africano. (2) En el lib. 8, c. 7.

CAPÍTULO XXXI.

El pretor Marco Marcelo fundó la ciudad de Córdoba, y tomó á Marcolica.

Con mucho gusto entro á contar lo que el año siguiente, ciento y sesenta y siete ántes del nacimiento de Nuestro Redentor, sucedió en España, por la dulce memoria de la ciudad de Córdoba y su acrecentamiento que tengo de relatar en él «Y todo aquel suave «amor y natural regocijo que la mencion de la propia «tierra, por secreta fuerza de naturaleza, causa en los «corazones de los hombres, ese siento yo ahora, y me «muevo dulcemente con él.» Y tanto mas, cuanto esta ciudad, que por buena dicha mia me cupo por tierra natural, ha sido desde este su acrecentamiento, y aun ántes dél, muy señalada, y siempre mas ilustre con nueva y continua ventaja de todas las cosas que pueden engrandecer una ciudad: «y principalmente con «gran número de hombres insignes, con ser ésta la «mayor excelencia que un pueblo puede tener.» Y el discurso desta historia mostrará en todos tiempos cuánto se puede preciar Córdoba en esta parte de su grandeza, sin que pueda ni deba dar en esto la ventaja á otra ciudad ninguna en el mundo, sino á sola Roma en Italia, y á Atenas en Grecia. Y es una parte no pequeña desta su gloria de Córdoba haber tenido por su nuevo fundador al pretor Marco Claudio Marcelo, que por suerte vino á gobernar este año á toda España. Descendia de la ilustre sangre, y era nieto de aquel otro caballero romano deste mismo nombre, que ganó á Zaragoza de Sicilia, y fué el primero de los romanos que venció á Anibal, y murió despues peleando con él, como atrás queda mostrado (1).

Diéronsele al pretor Marcelo para rehacer y acrecentar el ejército que acá estaba tres mil soldados y trescientos caballos latinos. Determinóse tambien en el senado qué número de gente habia de tener cada legion en España, y tasóse que fuesen cinco mil soldados, y trescientos y treinta caballos. Ninguna cosa cuenta mas Tito Livio que hiciese acá Marcelo sino tomar una gran ciudad que se llama Marcolica, y que metió en el erario del despojo della en oro y en plata valor de mas que veinte y cinco mil ducados, sin que se le diese ovacion ni otra cosa. Y quien leyere en Appiano Alejandrino que este Marco Marcelo hizo en España mas que esto, sepa que no fué esta vez siendo pretor, sino otra que vino siendo cónsul, de que en su lugar propio se ha de contar.

Otra cosa mas señalada y harto mas notable dejó hecha este año Marcelo en España, pues fundó suntuosamente la ciudad de Córdoba, y la dejó aparejada para tan gran magnificencia y acrecentamiento, como fué el que luego en pocos años vino á tener, segun presto parecerá por lo que en éstos de adelante contaremos. Entiéndese que la fundó este Marcelo, porque Estrabon, cosmógrafo de grande autoridad, que escribió como ciento y cincuenta años despues desto que vamos contando, llama á Córdoba obra y fundacion de Marcelo. Y no habiendo venido ningun otro romano deste nombre á gobernar en España por estos años, en que sin duda ninguna fué fundada y acrecentada Córdoba (como se ve por la mencion que della hay en la historia romana de aquí adelante), queda claro que este Marcelo la dejó edificada. Y dejóla edificada este año de su gobierno sin duda, y nó la segunda vez que vino acá, quince años despues siendo cónsul, como veremos. Muévome á creerlo por algunas buenas conjeturas. Este año él tuvo entero el gobierno de toda España; y cuando vino en su consulado no tuvo más que la Citerior. Este año estuvo acá muy ocioso por estar la tierra pacífica, y así tuvo tiempo de pararse despacio á hacer esta su gran fábrica. Cuando estuvo acá siendo cónsul tuvo en la Citerior mucha guerra y otros negocios árduos que allí se contarán, los cuales no le dejaran tiempo ninguno desocupado para entender en edificio tan grande, y tan léjos y fuera de su provincia, donde aunque fuese cónsul no podia intentarlo.

Y si alguno en contrario desto le pareciere que Córdoba no pudo ser fundada en este tiempo, porque Silio Itálico habla della en la pasada de Anibal á Italia, que fué mas de sesenta años atrás; podrásele responder fácilmente, que Córdoba era ya pueblo cuando Silio Itálico la nombra: y con esto puede ser juntamente verdad lo que Estrabon dice, que fuese esta ciudad obra y fundacion de Marcelo, y lo que de allí deducimos que fuese fundada este año. Porque era ántes pueblo pequeño, y Marcelo ahora edificó en él una ciudad muy populosa y de grande magestad, por donde pareció fundada de nuevo con ser tan acrecentada y engrandecida Y el nombre de Córdoba, que no tiene nada de sonido ni significación romana, ayuda mucho á creer esto mismo. Porque si no hallara Marcelo allí pueblo con este nombre, él sin duda en su fundacion le pusiera alguno que tuviera rastro del suyo propio dél, como Graco pocos años ántes habia hecho en la ciudad que fundaba. Y lo que hizo Marcelo fué edificar de todo punto desde sus fundamentos la ciudad en el sitio despoblado, que llamamos Córdoba la vieja, una legua al occidente de la ciudad que ahora tenemos: y por ahora no quedó con mas título que municipio: en su lugar se dirá adelante como subió á mayor dignidad de colonia. Mas porque de todo esto y lo que mas le pertenece yo trato cumplidamente en las antigüedades, no quiero fuera de mi costumbre detenerme aquí mas en ello.

CAPÍTULO XXXII.

España se dividió otra vez en dos provincias, y la mencion que hay en la Sagrada Escritura de las cosas de España por este tiempo.

Las provincias se sortearon en Roma el año siguiente, ciento y sesenta y seis ántes del nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo; y así le cupo al pretor Publio Fonteyo Balbo venir á gobernar á España; y ninguna cosa hay que se pueda contar de las cosas della en este año. De los romanos la hay bien señalada en Grecia: pues el cónsul Paulo Emilio, que ya hemos visto como gobernó acá, venció en una gran batalla al rey Perseo de Macedonia, y lo tomó despues cautivo; y con esto toda la Macedonia quedó sujeta á los romanos, y el cónsul con renombre de Macedónico. Su clemencia y moderacion en esta victoria está celebrada en todos los autores, pues cuentan que lloró viendo traer preso al rey Perseo, y se sentó cabe él á consolarlo. En la batalla se señaló mucho su hijo Publio Escipion, con no tener mas que diez y ocho años, al cual despues por sus victorias llamaron Africano y Numantino; y es la pri-

(1) En el lib. 6, c. 4, y 19.

mera mencion que dél hay en la historia romana, y de aquí adelante la ha de haber muy grande en ésta de España; y así conviene tener desde luego noticia dél. Del año siguiente ciento y sesenta y cinco, es cosa harto notable haber proveido el senado en Roma que España volviese á partirse en dos gobiernos, como solia estar, ántes que se tratase la guerra en Macedonia, y así no duró mas que cuatro años el ser una provincia. Conforme á esto, el pretor Neyo Fulvio vino á gobernar la Citerior, y Cayo Licinio Nerva la Ulterior.

Este año fué el noble triunfo de Paulo Emilio, en que metió cautivo al rey Perseo, y su hijo Publio Escipion, que aun no habia entónces diez y ocho años, fué una cosa de las mas principales que hubo de ver aquel dia, por considerar todos, y celebrarlo con mucha gloria que un mancebo tan tierno hubiese tenido tanta parte en alcanzar aquella gran victoria.

Destos años siguientes casi no hay cosa que sea desta nuestra historia. Con esto no podrá ir la órden de los tiempos tan continuada de un año en otro como hasta aquí, sino que convendrá dejar algunos en medio, y pasar á otros de mas adelante. Esto será así forzado, porque la historia que de Tito Livio tenemos, donde se hallaba alguna continuacion en las cosas de España y su gobierno, ya se acaba aquí con decir él como el año que sigue ciento y sesenta y cuatro ántes del Nacimiento, fueron cónsules en Roma Marco Claudio Marcelo, el fundador de Córdoba, y Gayo Sulpicio Galo. Estos cónsules deja elegidos Tito Livio en el fin del quinto libro de su quinta decada, que es el postrero que ahora tenemos de su historia.

Lo que de aquí adelante se proseguirá en las cosas de España, será recogido de los otros autores antiguos que en diversas partes lo cuentan; y mucho dello se tomará de Appiano Alejandrino, que mas á la larga que ningun otro historiador cuenta las cosas que por estos tiempos de adelante acaecieron en España. Y tambien, aunque nos falte Tito Livio, los sumarios que tenemos de sus libros siguientes, nos ayudarán en alguna parte mucho. Con haberse así acabado aquí la historia de Tito Livio, faltará tambien entre otras cosas de aquí adelante la cuenta que él ordinariamente daba de la riqueza que de España se llevaba á Roma. Y es cosa de mucha consideracion ver cuán grande y escesiva era: pues sin el sueldo de los soldados, sin lo que ellos robaban, sin lo que se les daba en larguesa, y sin otros gastos de la guerra, de solo lo que pertenecia á la república, desde Publio Escipion hasta ahora, en estos pocos años se metió de España en el erario de Roma en oro y plata suma de seis millones, cuando hagamos la cuenta menor que se puede, como por todo lo que atrás se escribe deste tiempo se parece.

Conforme á la cuenta que lleva en su corónica Eusebio de los años, en éste ó en otro déstos hizo Judas Macabeo, el famoso capitan de los judíos, su amistad con los romanos. Y hago aquí mencion della (1), porque la Sagrada Escritura entre las otras causas de hacerse esta confederacion entre los judíos y los romanos, cuenta ésta tambien de haber entendido los judíos las grandes victorias que los romanos alcanzaron de España, y á vueltas desto trata de la gran fertilidad y riqueza della por estas palabras. Y oyeron Judas y los judíos las batallas de los romanos, y las grandes proezas que hicieron en Galicia, sujetando aquella region y poniéndole tributo; y todo lo que hicieron en la provincia de España, y como pusieron debajo su poderío las minas de oro y plata que allí hay, y como con su consejo y constancia se enseñorearon de todos los lugares.

CAPÍTULO XXXIII.

Africano, capitan de los lusitanos, venció á los pretores Manilio y Pison, y fué muerto en la guerra.

No hay ninguna cosa de las que son desta historia que se pueda contar en los dos años siguientes, hasta el ciento y sesenta y uno ántes del Nacimiento, siendo cónsules en Roma Tiberio Sempronio Graco la segunda vez, y Marco Juvencio Talna ó Talva, como otros dicen, ambos bien conocidos ya en esta historia. El Juvencio Talna murió en este su consulado de extraña manera. Estaba sacrificando en Córcega, donde habia sosegado los movimientos y rebelion de aquella isla y sujetádola toda. Llegáronle cartas de Roma, donde se le avisaba como el senado por las cosas que con tan buen suceso habia hecho en aquella guerra habia determinado se diesen solemnemente gracias á los dioses. Estando leyendo las cartas con atencion, cubriósele la vista de los ojos, y súbitamente cayó muerto en tierra. No eligieron otro cónsul en su lugar, porque ya se acababa el año. Por este tiempo, aunque no está señalado el año, cuenta el sumario de Tito Livio que los romanos vencieron en España á los lusitanos, y fueron tambien vencidos algunas veces dellos. Mas ni se nombran los capitanes, ni se da allí ni en otro autor ninguno mas razon destos acontecimientos.

Por lo que Appiano cuenta podemos creer que el año ciento y cincuenta y tres ántes del Nacimiento fué pretor en la Ulterior España Marco Manilio. Habian este año movido la guerra á los romanos algunos de los lusitanos que no les eran sujetos, y gobernándose por sus leyes, vivian en su libertad, teniendo por capitan á un caballero, que ó era cartaginés de nacion, ó se llamaba de nombre Africano, que no se puede entender claro cuál destas dos cosas quiere decir Appiano Alejandrino. Los lusitanos con este su capitan entraron por las tierras que los romanos tenian sujetas, destruyendo y robando cuanto hallaban. Saliendo Marco Manilio á resistirles y pelear con ellos, fué malamente vencido y desbaratado. Mas porque Appiano no dice mas que esto, no puedo yo alargarme con mas particularidad. El año siguiente ciento y cincuenta y dos tambien los españoles lusitanos vencieron y fatigaron mucho á los romanos y sus ejércitos. Así lo cuenta Julio Obsecuente, señalando este año. Y el sumario de Tito Livio en general dice, que por estos años muchos capitanes romanos fueron vencidos y destrozados por los españoles lusitanos. Appiano Alejandrino cuenta con mas particularidad estas victorias de nuestros españoles. Dice que el capitan Africano venció al pretor Calpurnio Pison, y que en esta victoria y la que el año pasado hubo de Marco Manilio, les mató seis mil hombres, y entre ellos al cuestor Terencio Varron. Animado despues el Africano con estos buenos sucesos, destruia y robaba toda la tierra hasta el mar Océano por toda la costa de Portugal. Juntáronse despues con él los vectones que están mas adentro en la tierra, y cercaron la ciudad de los Blastofenices, que parece estuvo en aquella costa que va del estrecho ácia Portugal, y tenian este nombre, porque Anibal habia forzado á los blastos recibiesen por moradores en su ciudad algunos de

(1) En el lib. I, de los Machab. en el c. 8.

los fenicios, y ahora eran sujetos y tributarios del pueblo romano. En el cerco desta ciudad mataron al capitan Africano con una pedrada que le dieron en la cabeza. Todo esto cuenta así Appiano: mas el haber sucedido este año se entiende por la buena cuenta y advertencia de Cárlo Sigonio, que por los pretores que siguen, y por otras buenas probabilidades señala este año para el gobierno y rompimiento de Calpurnio Pison. No hay mas particularidad que se pueda decir destas nuestras victorias, y parece cierto fueron muchas y harto señaladas.

Será bien advertir aquí de nuevo, que como los historiadores romanos llaman siempre en universal lusitanos á todos los andaluces podemos bien creer que ellos tuvieron gran parte en estos vencimientos, porque parte destas guerras fueron tambien en su tierra, como por el sitio de Blastofenicia parece.

CAPÍTULO XXXIV.

El principio de la guerra de los romanos con los numantinos.

Así pasaron todos estos años, que aunque hubo algunas cosas señaladas en España, se puede dar muy poca razon dellas. Ahora seguirán otros tiempos en que nuestros españoles se hubieron valerosamente en vencer y desbaratar los romanos, como sus mismos historiadores mucho lo celebran y encarecen. Entra, pues, el año ciento y cincuenta y uno, y son cónsules en Roma Quinto Fulvio Nobilior y Tito Aunio Lusco: siendo harto señalado este año, pará las cosas de España, por haberse comenzado en él la guerra de los romanos con nuestros numantinos. Bien sé que ha de parecer cosa nueva decir yo aquí que ahora comenzó esta guerra, por la comun opinion que hay de haberse comenzado algunos años adelante. Mas yo sigo á Tito Livio y á Appiano Alejandrino. Este autor cuenta aquí de propósito la guerra que ahora tuvieron los romanos con los numantinos de la manera que yo la proseguiré. Y como se han perdido los dos libros sexto y séptimo de la quinta decada de Tito Livio, no tenemos de allí nada desta guerra. Y no hay duda sino que allí la contaba él en particular, como Appiano la refiere en esta misma sazon. Porque en el sumario del libro sexto se notan, aunque muy en breve, cosas que pasaron en España tras las que hasta aquí hemos contado. Y luego en el sumario deste libro séptimo se dice mas en particular, que muchos capitanes romanos fueron desbaratados y vencidos por este mismo tiempo acá. Y esta suma es necesario que sea destas mismas cosas que Appiano en este lugar relata. Y la órden de los tiempos, por las cosas que en ellos siguen, nos fuerza que así lo creamos sin poner duda en ello. Tambien todos los historiadores romanos escriben haber durado la guerra de los romanos con los numantinos catorce años, y otros aun dicen veinte. Pues si no se toma desde ahora el principio desta guerra, y no se juntan estos tres años que duró ahora con aquellos en que se continuó despues hasta la destruccion de Numancia, no será posible hacerse aquel número; y aun así será harto dificultoso cumplirlo, como todo se verá adelante bien claro. Por todo esto es cosa averiguada que desde ahora se ha de contar el principio de la guerra de Numancia, habiendo durado desta vez tres años, hasta que el cónsul Marcelo, como veremos, hizo con ellos la paz. Despues estuvieron los numantinos sin hacer movimiento algunos años, hasta que los romanos les forzaron á romper la guerra, que se continuó hasta su destruccion. Y por haber sido lo de entónces cosa mas insigne, y haber durado continuadamente mas años, los historiadores romanos en comun señalan allí el principio desta guerra, sin meter en cuenta esto de ahora. Yo, por las razones que así convencen, tendré por verdadero principio della éste de aquí; y distribuiré las cosas por los años como pasaron, y así se verá claro el órden de los tiempos.

El principio que ahora tuvo esta guerra fué de parte de los romanos por causas muy injustas, como en Appiano Alejandrino parece, pues las cuenta desta manera. Cuando Sempronio Graco como hemos dicho, acabó la guerra con los celtiberos, y los dejó todos sujetos y pacíficos, considerando prudentemente como los ingenios de aquellas gentes eran tan bravos y alborotados, y que no ejecutaban con menores ánimos y fuerzas lo que emprendian con gran ferocidad determinó hacer muy entera y durable paz con ellos. Lo mejor que esta paz podia tener para este fin era ser las condiciones blandas y benignas, y mas en favor de los españoles. «Porque semejantes ingenios «feroces y ensalzados, aunque se hayan de domar con «violencia, siempre se conservan mal con ella; y mu«chos se aplacan y sosiegan con la blandura y man«sedumbre del buen tratamiento y gobierno.» Con este prudente intento hizo Graco con los numantinos y con los otros celtiberos confederaciones muy firmes: y la mayor firmeza y seguridad que les puso fué hacerlas favorables á ellos. Porque esto le pedia su bondad y la justicia, y tambien la necesidad que el pueblo romano tenia de poseer pacífica á España. Entre las otras cosas se les vedó á los celtiberos en la confederacion el edificar pueblos ni fortalezas de nuevo: mas quedábales libertad para reparar y fortificar los muros de los lugares que ya los tenian; y pedíaseles tambien á aquellos pueblos que fuesen obligados á salir en campo con los romanos á la guerra siempre que sus pretores los llamasen para esto. Pusiéronseles tambien á algunos pueblos tributos de dinero, que hubiesen de pagar de ordinario. Con estas y otras condiciones fueron recibidos los numantinos y los otros celtiberos sus comarcanos en el amistad del pueblo romano por el pretor Graco, que les hizo jurar esta alianza, para que quedase mas firme y segura. Y si así la guardaran los romanos y se la mantuvieran á los españoles como la habian asentado, no siguieran en los nuestros agraviados tantas alteraciones, ni los romanos recibieran tanto daño y afrenta como de hoy mas se les apareja. Mas en todo esto les faltaron los romanos á los españoles por esta ocasion.

En los arevacos habia una gran ciudad, llamada Segeda, aunque hay quien la llame Seguida. Y Appiano dice que estaba en los pueblos llamados Belos al fin de la Celtiberia, y por esto parece que debia ser comarcana de Osma ó por allí cerca. Era grande y poderosa, tanto que tenia cuarenta estadios, que son mas de media legua en su circuito, y habia sido comprehendida con las demás en la confederacion del pretor Graco. Ésta trató amistad con algunos pueblos pequeños de sus comarcas, y comenzó á reparar sus muros y fortalecerlos. Los Titios que eran otros pueblos principales de los celtiberos, vecinos

de por allí, movidos con este apercebimiento que vieron hacer á los segedanos, ellos tambien hicieron lo mismo, y atendieron en el reparo de sus muros y su fortificacion Entendiendo esto en Roma el senado, envió á mandar á estos pueblos que no pasasen adelante en labrar sus muros, y pagasen como ántes solian los tributos que por la confederacion de Graco eran obligados. Demás de todo esto se les mandó que tomasen las armas, y saliesen á la guerra con los romanos para ayudarles. A esto que así les mandaban los romanos, respondieron los segedanos y titios, que Graco no les habia vedado en la confederacion mas que edificar nuevos pueblos, y no reparar ni fortificar los viejos. Y que ya no tenian obligacion de pagar el tributo ni ayudar en las guerras, pues el senado despues se le habia quitado con haberles hecho libres en esto. En todo decian verdad y trataban razon los nuestros; mas no les valia con los romanos. «Porque un «gran poderío pocas veces reconoce sujecion de justicia «y pudiendo lo que quiere, no considera lo que debe «querer conforme á razon.» Así los romanos respondian como les placia: que estos privilegios y otras tales exempciones siempre se daban á los pueblos, por solo el tiempo que al senado le pareciese, reservándose el poderío de quitarlos siempre que lo determinase. Esto se trataba así entre los romanos y estos celtiberos: y tan injusta como ésta fué ahora la causa de la guerra con ellos que movió tambien á los de Numancia, de quien diremos aquí primero todo lo que convendrá, para que mucho de lo de adelante se entienda.

No era Numancia gran ciudad ni muy populosa, y así como era mucho ménos rica que cualquiera de las muy nombradas en España y fuera de ella: así en virtud y fama, y en dignidad y reputacion era igual con todas. Y considerando los valientes hombres que tenia, y las notables hazañas que hicieron, la podemos bien llamar, como algun historiador romano la nombró, honra y gloria de España (1). Y volviendo los ojos al valor con que mantuvo esta guerra con los romanos, y al estrago que en ellos hizo, veremos que tuvo mucha razon Marco Tulio de llamarla espanto y terrible miedo del imperio romano (2). Estaba puesta en el fin septentrional de los celtiberos, en los pueblos llamados entónces arevacos, poco mas de una legua mas arriba de donde ahora está la ciudad de Soria, á la puente que llaman de Garray, junto al rio Duero, y pocas leguas abajo de su nacimiento, en un collado pequeño y no muy levantado. Cercábanla toda al rededor montes muy fragosos y altas arboledas, fuera del lado que miraba á la llanura. Y aun esta parte toda estaba fortificada con foso y otros muchos reparos. Y por entrar allí otro rio, llamado ahora Tera, en Duero, que la tomaba en medio, quedaba tambien muy cerrada con las dos riberas. Lucio Floro dice que era ciudad no muy grande, y que no tenia muros ni torres que la cercasen. Mas muy bien salva esto Paulo Orosio, con decir (3), que como gente bien apercebida para la guerra, y acostumbrada á criar ganados, como tambien hasta ahora lo usa toda aquella tierra, tenian metidos dentro de su pueblo campos bastantes para sembrar y apacentar, cuando alguna necesidad los forzase, y que esto no estaria muy fortalecido. Mas estábalo su alcazar y todos sus rededores, así por la manera natural del sitio, como por lo que con su industria habian edificado. Esta fuerza era pequeña, aunque muy ancho y extendido todo lo demás por circuito de tres millas. Mas desta anchura no hacian caso para mucho defenderla, pues no bastaba para poderlo hacer la poca gente que habia en la ciudad. Eran todos cuatro mil hombres de pelea de pié y de á caballo. Appiano Alejandrino dobla el número, y dice que todos eran gente escogida y de grande esfuerzo y valentía, como bien lo mostrarán en la prosecucion desta guerra, donde algunas veces vencieron ejércitos de mas de treinta mil romanos.

(1) Lucio Floro en el lib. 2, c. 18. (2) En la oracion por Murena. (3) En el lib. 5, c. 6.

CAPÍTULO XXXV.

Como continuaron la guerra los lusitanos despues de la muerte de Africano, y el daño que los romanos recibieron al comenzar la guerra de Numancia.

Ya estaba tambien á esta sazon muy encendida la guerra en la Ulterior España por los lusitanos y andaluces: porque despues de la muerte del Africano habian tomado por su capitan á otro llamado Cesaron, de quien no esperaban menor ánimo para acometer grandes cosas en destruccion de los romanos, ni tenian ménos esperanza de libertar toda la tierra y sacarla de su servidumbre. Movíase por otra parte la Citerior, y principalmente Numancia, á quien ya los romanos mucho temian, casi adevinando los gravísimos daños que della habian de recibir. Por todo esto les pareció en el senado que convenia enviar capitan, cónsul y ejército consular: pues con menores fuerzas no parecia se podria este año tratar la guerra de acá. Y hizo tanto espanto en Roma este nuevo movimiento de los celtiberos, junto con la guerra que ya se tenia con los lusitanos, que á los cónsules se les mandó en siendo elegidos, que comenzasen luego á usar de su cargo. Habia mas de quinientos años que eligiéndose los cónsules al fin del año en diciembre, no entraban en el gobierno hasta mediado marzo, y hasta entónces les duraba el cargo y el poderío á los pasados. Ahora se mudó esta antigua costumbre, y el primer dia de enero entraron los cónsules deste año en el gobierno de su cargo, y así quedó desde allí adelante usado y guardado, que este dia tomasen los cónsules el gobierno. Y proveyóse esto así, porque el cónsul Quinto Fulvio Nobilior que estaba señalado para venir á España la Citerior, se pudiese dar mucha priesa y anticipar su jornada.

Tambien vino este año al gobierno de la Ulterior Lucio Mummio, para reparar los daños que Manilio y Calpurnio allí habian recibido. Trujo el cónsul Fulvio para la Citerior tanto acrecentamiento de ejército, que juntado con el que estaba acá, llegó á ser de treinta mil hombres. Los segedanos que entendian como todo este aparato se hacia principalmente contra ellos, comenzáronse tambien á apercebir como convenia. Y porque no tenian acabados de rehacer y fortalecer sus muros, determinaron desamparar su pueblo. Fuéronse con sus mujeres y sus hijos á los arevacos, pidiéndoles dolorosamente los acogiesen en su ciudad. Ellos lo hicieron de buena gana, y teniendo ya puesto en seguridad lo que en mas tenian, tomaron por su capitan á un caballero principal llamado Caro, muy valiente y experimentado en la guerra. No se entiende bien en Appiano Alejandrino, que solo cuenta esto

hechos, si los arevacos se juntaron con los segedanos desde luego para la guerra. Mas por el buen acogimiento que les hicieron, y por la multitud de gente de guerra que despues se cuenta en su campo, parece cierto que ambos pueblos, y aun los titios y otros muchos de los celtiberos andaban juntos en ella: y que por comun voto de todos fué Caro capitan de la jornada. Y no habia mas de tres dias que tenia el cargo, cuando saliendo con su ejército en campaña, y teniendo aviso por donde venia el cónsul Fulvio con el suyo, se puso en una emboscada con veinte mil hombres de á pié y cinco mil de caballo. Al pasar de los romanos dió Caro con gran ímpetu en ellos, y aunque le resistieron animosamente, y duró mucho espacio la pelea sin reconocerse ventaja: mas al fin los romanos fueron malamente desbaratados y vencidos, con quedar muertos dellos en el campo seis mil soldados ciudadanos, que fué gran pérdida y que mucho se sintió en Roma. Caro siguió la victoria con mucho ánimo y confianza, mas con muy poco órden y concierto. Esto dió buena oportunidad á los caballos romanos que habian quedado á la guarda de los bagajes, para acometer á los nuestros que iban ya muy desordenados. Caro se puso á la resistencia, y peleando valerosamente fué muerto y seis mil de los suyos con él, durando la pelea hasta que la oscuridad de la noche la despartió.

Fué esta batalla como se entiende por Appiano Alejandrino, á los treinta dias del mes de agosto, en el dia que los romanos acostumbraban celebrar la fiesta del dios Vulcano: y quedaron tan destrozados y con tanto daño los unos y los otros en ella, que nunca despues pelearon sino forzados por alguna necesidad. Y parece fué el pelear no léjos de Numancia, pues la misma noche, dice Appiano. que se juntaron en ella los arevacos, como en la mas principal cabeza de toda la tierra: ó porque se quisieron recoger allí de la batalla, habiéndose hallado, como decíamos, en ella, ó porque se vinieron allí á consultar de lo que para adelante debian hacer: que en Appiano no se entiende bien como fué esta venida. Entiéndese lo que resultó della, que fué proveer nuevos capitanes para la guerra. Éstos fueron dos caballeros llamados Araton y Leucon. Y yo creo que fueron generales para los celtiberos, porque los numantinos su capitan particular tenian llamado Linteuon, de quien en su lugar haremos luego mencion.

El cónsul Fulvio llegó tres dias despues de la batalla á Numancia, y puso su real como á una legua de la ciudad, viniendo de nuevo muy pujante con trescientos caballos de los numidas de Berbería y diez elefantes, que el rey Masanisa, amigo viejo y muy constante de los romanos, le habia enviado. Con fucia deste socorro determinó Fulvio dar la batalla á los numantinos y á sus amigos Y por parecerle que no se atreverian á entrar en ella si viesen los elefantes, escondiólos detrás de todo el ejército en la retaguarda. Comenzada ya la batalla, mandó Fulvio abrir sus escuadrones por los lugares que tenia ordenado, para que los elefantes pudiesen pasar á pelear en la delantera. Maravilláronse los celtiberos en ver los elefantes, como nunca los habian visto, y mucho mas se espantaron sus caballos, y así fueron forzados volverse huyendo y encerrarse en la ciudad. Usando el cónsul de la buena ocasion, mandó pasar adelante los elefantes hasta que llegasen junto á los muros. Allí peleaban los nuestros desde lo alto, y de ambas partes se mantenia la pelea muy recia, hasta que una gran piedra de las que arrojaban del muro, acertó á herir malamente á un elefante en la cabeza. Con esto comenzó á enarmonarse, y con espantables bramidos se volvió ácia los romanos, y metiéndose por ellos, y derribando y matando muchos, hacia grande estrago, sin reconocer á nadie con la furia del dolor, como en semejante fatiga lo suelen siempre hacer. Tambien los otros elefantes movidos con la furia y bramidos déste, se comenzaron á volver y seguirle, y derribar y tropellar mortalmente á todos los que encontraban. Los romanos fueron forzados con esto á huir desapoderadamente, para meterse en sus reales. Los numantinos, que así los vieron volver las espaldas, los siguieron hasta su fuerte y mataron cuatro mil dellos, y tomáronles tres elefantes y muchas armas y banderas. Murieron tambien dos mil de los nuestros aquel dia.

Hemos de entender aquí que los numantinos no habian visto elefantes, porque muchos de los celtiberos de mas abajo ácia el reino de Toledo, no hay duda sino que muchas veces los habian visto, cuando los cartagineses los traian en sus campos, como por Tito Livio desde muy atrás parece. Y desta manera salvaremos á Appiano Alejandrino.

El cónsul, que se vió escapado de aquel peligro, no quiso esperar mas sobre Numancia, y fuese á combatir la ciudad llamada Ajenia, que era, segun dice Appiano, como mercado y feria comun de toda aquella tierra, donde se compraban y vendian ordinariamente todas las cosas necesarias á la vida. No le sucedió allí como esperaba, ántes le mataron tantos de los suyos que le fué forzado volverse á su real de noche por no ser sentido. Y porque tenia Fulvio mucha falta de gente de caballo y los españoles fueron siempre singulares hombres de caballo en la guerra: envió á un su capitan llamado Blesio, á unos pueblos comarcanos para tratar de amistad con ellos, y poder haber así algunos de caballo para continuar la guerra. Llevaba tambien Blesio consigo alguna gente de caballo para su guarda: y saliéndole al camino algunos celtiberos que le estaban esperando encubiertos, algunos de los suyos le desampararon, mas él murió peleando con gran valentía, y muchos de los romanos con él. Y porque no dice Appiano quién era, ni qué cargo tenia en el ejército del cónsul, no podemos tampoco entender si era romano ó español.

Con estas rotas y pérdidas, las cosas del cónsul iban cada dia perdiendo mas en fuerzas y reputacion: por lo cual una ciudad llamada Ocile, donde los romanos tenian sus municiones, mantenimientos y dinero, se dió á los celtiberos, por la buena ocasion que vieron de juntarse con los suyos en libertad, saliendo de la servidumbre de los extraños. Fulvio que se vió así destruido y desamparado, perdida ya toda la confianza de poderse restaurar: porque tambien se llegaba el invierno, sin osarse encerrar en ningun pueblo porque no lo cercasen: metió su gente á invernar dentro de un fuerte que hizo no léjos de Numancia, cubriéndolo de la mejor manera que pudo, y juntando los mas mantenimientos que fué posible recoger. Allí pasó el invierno con mucho trabajo, porque tenia gran falta de mantenimientos, y ningun aparejo para remediarles. Los frios eran intolerables, y las nieves continuas, y el morirse los soldados por estas causas muy ordinario.

CAPÍTULO XXXVI.

Mummio fué vencido y destrozado por el capitan Cancheno, y despues él venció y desbarató los nuestros.

Dejando, pues, invernando á Fulvio con tanta fatiga, diré lo que el pretor Lucio Mummio hizo el verano pasado en la Ulterior. Él habia traido para la guerra de los lusitanos mucho ejército de nuevo: y peleó con el capitan Cesaron, que como hemos dicho, habia sucedido al Africano. Fueron vencidos los lusitanos en la batalla; y siguiendo los romanos con gran furia y desorden el alcance, Cesaron revolvió sobre ellos, y tomándolos desordenados y esparcidos, los venció bravamente, matando dellos diez mil; y cobrando sus reales, que ya le habian tomado, le quitó tambien toda la presa, y los despojos de lo que ellos tenian. Combatió despues el real de los romanos y entróle por fuerza, donde tomó muchas banderas y muchas armas. Todo este despojo andaba mostrándolo, y casi celebrando por toda España un grande triunfo, con denuesto y escarnio de sus enemigos. Entretanto Mummio, habiendo puesto su real en un lugar alto y muy seguro, con el sitio y con la fortificacion, ejercitaba allí los cinco mil soldados solos que le habian quedado, sin osarlos sacar en campo hasta que cobrasen el esfuerzo que con la rota pasada habian perdido. Todavía pasando por allí cerca los españoles con su fiesta y alegría de la victoria, salieron algunas veces á ellos los romanos, y los vencieron y cobraron muchas de sus banderas, y buena parte de la presa.

Moviéronse en este mismo tiempo los lusitanos occidentales, que viven de aquella parte del rio Tajo ácia la ciudad de Lisboa y sus comarcas; y llevando por su capitan un hombre principal, llamado Cancheno, pasaron el rio, y se metieron por la tierra que ahora llaman el Algarbe, descendiendo por la costa del Océano hasta los pueblos llamados Cuneos, que eran en las comarcas donde está ahora Niebla y todo su condado, haciéndoles la guerra muy cruel, como á gente que estaba en amistad y sujecion de los romanos. Tomáronles una ciudad grande y poderosa, cuyo nombre era Cunistorgi, que parece tomó el nombre de la tierra donde estaba, ó lo dió á toda ella. Pasaron despues mas adelante, robando y destruyendo hasta el estrecho de Gibraltar. Allí se partieron estos portugueses en dos partes; y unos, no contentos con lo que en España habian hecho, determinaron pasar por el estrecho á hacer la guerra en África, y los otros quedaron acá en el cerco de una ciudad, que Appiano llama Ocile. Y aunque tiene el nombre de la otra que habian perdido los romanos este año, no puede ser que no sea muy diferente della. Porque ya estaba la otra contraria de los romanos, y así no habia para qué tomarla sus enemigos: y tambien ésta estaba muy léjos mas de cien leguas de donde el cónsul Fulvio guerreaba, y no podia tener en ella sus municiones, ni dineros ni mantenimientos. Tampoco se puede entender del todo si este ejército de los lusitanos era el mismo que ántes habia vencido al pretor Mummio, que por muerte de Cesaron ó por otra causa hubiese mudado capitan, ó fuese otro diferente, que por su parte movió la guerra á los romanos. Aunque sin duda parece que fué él ejército antiguo, que con los buenos sucesos extendió la guerra tan adentro en el Andalucía, pues nunca despues se hace jamás mencion dél ni de su capitan. Y si otro campo hubiera, con él se detuviera Mummio, y no fuera á buscar á éste allá donde andaba tan apartado. Porque luego como pudo Mummio sentir esfuerzo en los suyos, salió de su real para ir á buscar á los nuestros. Llevaba en su ejército nueve mil soldados de pié y quinientos caballos: y pues ha dicho Appiano Alejandrino que solo le habian quedado de los romanos cinco mil, todos los demás parece cierto serian españoles de los amigos y confederados; y así tuvieron ellos gran parte en las grandes victorias que Mummio de aquí adelante alcanzó. Porque en diversas veces mató quince mil destos portugueses, tomando los derramados, y forzó á los demás á levantar el cerco que sobre la ciudad de Ocile tenian. Dió despues otra vez sobre muchos lusitanos, que entraron por la tierra para robarla, y matolos á todos sin que escapase solo uno, que pudiese llevar la nueva de tanta muerte y destruccion. Húbose en esta batalla gran presa; y repartiendo por sus soldados la mejor della, quemó públicamente lo demás, como consagrándolo y haciendo sacrificio con ello á Marte y Belona, que eran tenidos por dioses presidentes de la guerra. Por todo esto mereció Mummio que vuelto á Roma se le diese el triunfo.

CAPÍTULO XXXVII.

El cónsul Marcelo tomó la ciudad de Ocile y Nertobriga, y Atilio la de Ostrace, y fueron embajadores de acá á Roma.

Muy diferente suceso fué este de Mummio en la Ulterior España del de Fulvio, que encerrado y escondido con mucho miedo en su real, pasaba el invierno con la miseria que hemos mostrado. Teniéndose noticia della en Roma, se proveyó para el año siguiente, ciento y cincuenta ántes del Nacimiento, que tambien viniese un cónsul con grande ejército á la Citerior España. Éste fué por suerte Marco Claudio Marcelo, el fundador de Córdoba, que fué cónsul este año la tercera vez con Lucio Valerio Flaco. La suerte asimismo envió para la Ulterior al pretor Marco Atilio, que otros nombran Acilio.

Trujo el cónsul Marcelo de nuevo ocho mil soldados y quinientos caballos; y sacando la otra gente romana de los aposentos del invierno, mas verdaderamente los sacaba del miedo y espanto que allí los tenia encerrados, desde que á las puertas de Numancia tan malamente habian sido destrozados y vencidos. Los nuestros, pensando tambien tomar en descuido á Marcelo como á Fulvio, le pusieron su emboscada. Mas entendiéndola él, se escapó dellos, y con todo su campo llegó á la ciudad de Ocile, que era la que mas ofendidos tenia á los romanos el año pasado, desamparándolos en tiempo tan trabajoso, y llevando consigo tambien toda la provision y municion, y tesoro que della tenian confiado. Apretó tanto Marcelo la ciudad en el primer combate, que se le dió luego, y fué próspero principio para todo lo demás que convenia restaurar. Y parece sin duda que se le dió así Ocile, y no la entró Marcelo por fuerza de armas, pues dice luego Appiano expresamente, que con algunos rehenes que le dieron, y con treinta talentos de oro, que hacen suma de mas de sesenta mil ducados, perdonó á los de la ciudad. Y si la tomara por fuerza no hubiera lugar este perdon ni esta pena, pues la furia de la guerra, y el deseo de venganza que

nian los soldados, la destruyera y la consumiera toda con el saco.

Nertobriga era otra ciudad allí cerca en las comarcas de Tarazona y Calatayud, segun por Tolomeo se entiende. Y parece que estaban muy vecinos de Ocile los de este lugar, pues que entendiendo la clemencia que así habia usado Marcelo en recibir á los de Ocile, le enviaron sus embajadores, con quien le preguntaban: qué mandaba hiciesen para que alcanzasen dél la paz. Solo les mandó que le enviasen ciento de á caballo; y volviéronse los embajadores para cumplirlo. Mas entre tanto salió de la tierra alguna gente de guerra con correrías, haciendo algun daño en el bagaje de los romanos. Vinieron despues los embajadores, y trujeron los ciento de caballo, excusando tambien los daños que entretanto á los romanos se habian hecho; y diciendo que aquella era alguna gente desmandada, que no sabian el concierto que con los romanos estaba hecho. No les valió á los españoles su buena razon con los romanos; como muchas veces no les vale á los miserables con los mas poderosos. Marcelo tomó por cautivos los ciento que habian venido, y vendió públicamente sus caballos, como presa tomada en la guerra. Y aun no contento con todo esto, destruyóles todos sus campos: y repartió la presa entre los soldados, y pasóse luego á poner cerco á la ciudad. Comenzaba ya Marcelo á apretarla con todos los aparejos de cerco y combate, cuando los de dentro, desesperando de la defensa, le enviaron un embajador. Éste, para su seguridad en señal de paz, traia una piel de lobo levantada. Y á lo que yo puedo entender, usaban desta piel de lobo estos españoles de Nertobriga por insignia de paz: porque siendo de aquellas comarcas de Numancia, donde todos eran pastores, como ahora tambien lo son, tenian por gran cosa, y digna de reverencia y acatamiento la piel de un lobo, como despojo habido del mayor enemigo del ganado. Sea ésta ú otra cualquier la causa de tal insignia en este embajador, él pidió perdon y paz á Marcelo. Él respondió, que no se la daria si no venian á pedírsela en su nombre todas las tres naciones de arevacos, belos y titios, que eran los que en las guerras pasadas se habian levantado con ellos. Juntáronse las tres naciones de buena gana, y vinieron por sus embajadores á suplicar á Marcelo por los de Nertobriga, pidiéndole, que contento con ponerles una moderada pena, los redujese á ellos y á todos los demás á la seguridad y pacificacion que los años pasados solian tener, cuando se les guardaba y mantenia el alianza y confederacion que con Sempronio Graco habian hecho. Otros embajadores particulares habia tambien de algunos pueblos, que no querian este tal concierto. Porque habiendo tenido contiendas y guerras con algunas de aquellas tres naciones por particulares ocasiones é intereses, quisieran que los romanos los vengaran ásperamente dellos. «Que éstos y mayores inconvenientes suelen causar «las discordias; y nosotros los españoles siempre «fuimos terribles en menospreciar nuestros daños, «cuando con ellos podemos comprar el dañar á otros «por venganza.» Marcelo, vista esta discordia, remitió todos los embajadores á Roma, para que allá averiguasen estas sus pendencias. Y particularmente escribió al senado, que convenia concertarlos, para que así hubiese lugar de pacificar él acá sin mas guerra todos aquellos pueblos: deseando tambien alcanzar la gloria de dejar sujeta á España. No dice Appiano en qué paró el cerco de Nertobriga: mas por lo que despues se sigue, se entiende claro que con el ruego de las tres naciones los perdonó Marcelo.

De los embajadores dice Appiano, que llegados á Roma, los de los amigos fueron aposentados dentro de la ciudad, y los demás, que eran de enemigos del pueblo romano, fuera della, como se tenia entónces en Roma por costumbre. Oyendo en el senado sus embajadas déstos, Fulvio Nobilior, su predecesor de Marcelo acá en España, contradecia la paz que se queria dar á los arevacos, belos y titios. Porque conforme á lo que ellos pedian, no quedaban mas que aliados y confederados con el pueblo romano, como por los conciertos de Sempronio Graco estaban ántes, y nó sujetos ni tributarios, como Fulvio queria que estuviesen. Los romanos siempre querian en toda parte entera servidumbre: y así el senado resolviéndose en el parecer de Fulvio, respondió con perplejidad y disimulacion á los embajadores que se volviesen á España, y que acá les daria Marcelo la respuesta de todo lo que el senado habia proveido. Esta respuesta fué, como dice Appiano, que partidos los embajadores, mandó el senado hacer un grueso ejército, de que luego diremos para España: y porque se juntasen mas presto, no guardaron el órden acostumbrado de escoger los soldados, sino que por suerte echaron los que habian de venir en las legiones. Y ésta fué la primera vez que se escogieron los soldados en Roma por suerte, contra la costumbre antigua que hasta entónces se habia guardado. Tambien fueron causa desta novedad graves contiendas que hubo entre cónsules y tribunos.

Otra novedad tambien hubo este año en Roma, que de muchas provincias vinieron embajadas á quejarse del avaricia y robos con que los pretores los habian gobernado. Y eran tan justas estas querellas, que fueron muchos condenados. Y aunque el sumario de Tito Livio, que cuenta esto, lo dice no mas que así en general, no dudo sino en particular fueron tambien entre los otros acusados y condenados algunos de los que habian tenido el gobierno de España, que por ser tan rica provincia, era mas aparejada para tales cohechos desordenados.

Tambien en este año el pretor Acilio hizo mucho daño en los lusitanos, y en un recuentro solo mató setecientos dellos, y asoló de todo punto una gran ciudad, llamada Ostrace, con que puso mucho temor y espanto en todas sus comarcas, y se le dieron luego todos los lugares dellas, y entre ellos algunos pueblos de los vectones. Mas éstos se rebelaron luego que Acilio sacó de allí su campo, y se metió con él á invernar en los alojamientos, acometiendo de improviso, y cercando algunos lugares de los que estaban á obediencia de los romanos, y les pagaban tributo. En este movimiento halló Servio Galba, el pretor que sucedió á Marco Acilio, á los lusitanos, cuando llegó á tomar el cargo de su provincia el año siguiente, segun que presto lo habremos de relatar: porque ahora será todavía necesario deternos en la Citerior.

CAPÍTULO XXXVIII.

El grande aparejo que en Roma se hacia para la guerra de España, y como Escipion el mozo se ofreció de venir con el cónsul Luculo á ella.

Por las embajadas que al fin deste año habian ido á

Roma de la Citerior, y por los nuevos movimientos con que despues dellas se comenzó á alborotar aquella provincia, y por estar tambien puesta en armas y muy revuelta la Lusitania, se proveyó en el senado, como deciamos, que tambien este año siguiente, ciento y cuarenta y nueve ántes del nacimiento de Nuestro Redentor, fuese la Citerior provincia consular; y cúpole por suerte venir á ella á Lucio Licinio Luculo, que fué cónsul con Aulo Postumio Albino; y á la Ulterior vino por suerte Sergio Galba, con cargo de pretor. Mandose en el senado que el cónsul Luculo viniese con un grueso ejército: y en todo se proveyó lo de España como en caso de mucho aprieto y congoja. Ésta era tanta, que queriendo los cónsules escoger los soldados para las legiones de España por el órden que solian, llamándolos por sus nombres, ninguno respondia. Porque el miedo los tenia atónitos y trasportados, hasta faltar quien quisiese aceptar los cargos principales de las legiones, como tribunados y capitanías de coortes, que otras veces se solian pedir con mucho ahinco, y alcanzarse con grande negociacion. Y porque parece que ya el hado de España la tenia sujeta á que Escipiones tambien como á África la conquistasen; como Publio Cornelio Escipion el Africano en semejante turbacion que ésta se profirió á venir por general en España, como en el libro pasado se ha dicho (1); así tambien ahora Publio Cornelio Escipion su nieto por adopcion, mancebo hermoso y valiente, como en el sumario de Tito Livio se refiere, se puso en medio de todo el pueblo romano que estaba despavorido y atónito con el temor de la guerra de España, y con grande ánimo y denuedo se ofreció que vendria en España, y serviria en la guerra en cualquier cosa que se le mandase, ó siendo no mas que un soldado ordinario, ó teniendo algun cargo en el ejército. Recibieron todos este ofrecimiento de Escipion con mucha admiracion y estima, preciándolo mucho mas porque estaba ya señalado para la guerra de Macedonia donde no habia ningun peligro, y muy á su honra podia no hablar en la venida de España. Con el ejemplo deste tan animoso principio muchos de los romanos se movieron á venir de buena gana con Luculo. A Escipion trujo por su legado y lugar-teniente, y era Escipion entónces de edad de veinte y cuatro años. Esto parece ser así, porque, como dice Tito Livio, era de diez y siete años cuando su padre venció al rey Perseo, y esto fué siete años atrás como hemos visto.

Appiano en el libro donde cuenta las guerras de los romanos con Cartago dice, que llegado Luculo á España, envió á Escipion en África para pedir elefantes al rey Masanisa, y que él se los dió de buena gana, y prosigue á la larga el recibimiento que Masanisa le hizo, y lo mucho que le honró, y se regocijó con él. Valerio Máximo tambien cuenta lo mismo (2), mas yo tengo esto por difícil de creerse. Porque el mismo Appiano contando de espacio en el libro de las guerras de España lo que Luculo en ella hizo, ni hace memoria desto, ni mencion de que el cónsul en aquella guerra tuviese elefantes. De mas desto Marco Tulio que vivia pocos años despues que murió este Escipion, y pudo bien entender la verdad destas cosas, cuando introduce á este Escipion, que habla en sus libros de república, da á entender de sí mismo como siendo Manilio cónsul, que será algunos años adelante, fué la primera vez que pasó en África y vió y habló con Masanisa.

Y porque tambien este caballero tuvo despues renombre de Africano como su abuelo, ordinariamente los diferencian en la historia romana, con llamar Africano el mayor al que sujetó á España y despues á Cartago, y Africano el menor á este su nieto. Tambien señalan al nieto con llamarle Numantino porque asoló la ciudad de Numancia, y Emiliano porque era hijo de Paulo Emilio. Y el haber llamado nieto de Escipion el Africano á este caballero, es como todos los historiadores generalmente le nombran, porque le habia prohijado un hijo que el Africano tuvo. Que por lo demás poco parentesco tenia con él: pues este Escipion de quien ahora hablamos era hijo engendrado de Paulo Emilio el que triunfó del rey Perseo de Macedonia, y nieto del otro Paulo Emilio que murió en la batalla de Cannas. Y no tenia con el Africano mas parentesco de ser sobrino de su mujer, y demás desto fué casado con una nieta suya.

CAPÍTULO XXXIX.

Queriendo Marcelo hacer la guerra á los celtiberos rebelados, el capitan de los numantinos concluyó por todos la paz.

Con toda esta providencia y cuidado se aparejaba en Roma la venida del cónsul Luculo en España. Mas entretanto que llegaba, entendiendo Marcelo como venia tan poderoso, y que la voluntad del senado era querer toda sujecion en España, sin que nos valiese ley ni firmeza de concierto; aunque se habia ya acabado su consulado, mas con la prorogacion del mando y título de procónsul que se le envió de Roma: por ganar la gloria de concluir esta guerra se la denunció á los celtiberos. Ellos viéndose acometer tan sin pensarlo, pidieron que se les restituyesen sus rehenes, que para la seguridad de los romanos habian dado. Volvióselos Marcelo luego, y solo retuvo al embajador que habia ido á Roma por los celtiberos. Porque déste tuvo siempre sospecha, que habia persuadido muchos pueblos españoles que se dejasen á su gobierno y su consejo: porque él haria de manera, como se vengasen de los romanos y escapasen de su servidumbre. Todo su intento y consejo déste, segun dice Appiano, era darse tanta priesa en la guerra con Marcelo, que estuviese acabada ántes que llegase Luculo. Y así repentinamente cinco mil hombres de los arevacos se metieron en Nertobriga, y Marcelo se fué contra Numancia que estaba ya rebelada. Puso sus reales á cinco millas de la ciudad, y forzó con esto á recogerse dentro della todos sus moradores sin que pudiesen andar por los campos. Por esto Linteuon capitan de los numantinos trató de paz con Marcelo. Venidos á la plática della le dijo, que él dejaria los belos, titios y arevacos, sin que pudiesen tener ninguna confianza en su ayuda. Aceptó Marcelo de buena gana el partido, y con esto cesaron todos los movimientos de aquellos tres pueblos dándose á Marcelo, y castigándolos él con que pagasen mucho dinero, y asegurándose dellos con los rehenes que le dieron, los dejó en la libertad que primero tenian. Estrabon dice, que el tributo que les puso fué de seiscientos talentos, que es una suma tan grande que casi es innumerable, y por esto tambien increible. Y éste fué el fin que tuvieron esta vez las rebeliones destos tres pueblos, y lo que los numantinos hicieron en favor dellos, y en la propia defensa suya.

No dice Appiano Alejandrino, que se le dió á Mar-

(1) En el c. 6. (2) En el lib. 3, c. 5.

celo el triunfo cuando volvió á Roma, aunque cierto sus hechos parecen muy dignos dél. Mas no habiendo autor ninguno que lo diga, no podemos afirmar nada, y faltan ya aquí las tablas del Capitolio que nos quitaran fácilmente toda esta duda.

Dejó Marcelo tan pacífica á la Citerior, que muchos no hacen principio de la guerra de Numancia lo pasado, segun se acabó del todo, sino quieren que comenzase mas de doce años adelante, como veremos. Mas desto ya dejo dada atrás razon cumplida. Solo queda aquí decir que Marcelo fué uno de los romanos, que mas cuerdamente y con mas templanza parece que gobernó á España, ambas las veces que acá estuvo.

CAPÍTULO XL.

Luculo movió sin razon la guerra á los vaceos y destruyó malvadamente la ciudad de Caucia.

Con estos buenos sucesos de Marcelo halló Luculo toda aquella parte de la Citerior en mucho sosiego y muy pacífica, sin tener en qué emplearse con su ejército en ella. Mas por no estar con él ocioso, y con el deseo de ganar gloria en algun hecho señalado, y tambien porque era pobre, como dice Appiano, y deseaba enriquecer con los despojos de la guerra: determinó buscar de nuevo dónde hacerla. Acometió, pues, los vaceos confines y comarcanos de los arevacos, sin que tuviese mandamiento del senado para hacerlo, y sin haber ellos sido enemigos del pueblo romano. Enderezó primero la jornada, segun dice Appiano, contra la ciudad de Caucia, que algunos creen estuvo donde ahora la villa de Coca, y puso su real junto con ella. Viendo esto los de la ciudad, salieron á él de paz para preguntarle qué causa le había traido allí con su ejército, y por qué venia á hacer la guerra á gentes que vivian en sosiego, y nunca le habian ofendido. Luculo respondió que él venia para ayudar á los carpentanos, á quien ellos habian hecho muchos daños y afrentas injustamente. Con esto se volvieron los caucienses á su ciudad para defenderla: y saliendo algunas compañías de romanos á traer leña y otras provisiones para el real, dieron sobre ellos de improviso, y matando muchos, los que pudieron escapar avisaron en el real lo que pasaba. Luculo con todo su campo fué á buscar los enemigos. Hallólos bien apercebidos, y así fué muy brava la batalla. Los nuestros llevaron lo mejor todo el tiempo que tuvieron saetas y dardos, y otras armas semejantes que pudiesen arrojar á los enemigos: mas después que se mezclaron unos con otros, fueron vencidos, y volviéndose huyendo para acogerse á la ciudad, impidiéndose unos á otros por la angostura de la entrada, fueron muertos tres mil dellos en las puertas. El dia siguiente salieron los viejos mas honrados de la ciudad, y con semblante dolorido y humildes palabras suplicaban á Luculo les mandase lo que les pluguiese, y los recibiese en amistad y sujecion del pueblo romano. Él les pidió cosas muy ásperas de cumplir. Que le diesen rehenes y cien talentos de plata, que por ser suma de valor de mas de trescientos mil ducados parece increible, y que hay error en los libros de Appiano. Pidió tambien se le diese gente de á caballo que le sirviese en la guerra. Todo lo cumplieron los caucienses como se les mandaba. Y estando ya entregado de todo Luculo, cometiendo una enorme crueldad dijo, como escribe Appiano, que queria poner gente de guarnicion en la ciudad. Tambien consintieron esto los nuestros, que con su buena simplicidad ninguna cosa recelaban. Cogió Luculo para meter en la ciudad dos mil soldados de los mejores, y mandóles que en entrando se subiesen á los muros y ocupasen todo lo mas fuerte. Viendo que esto ya estaba así hecho: mandó entrar súbito todo el resto del ejército, y dióles señal con una trompeta para que comenzasen á hacer una de las abominables traiciones y fierezas, que de ninguna nacion por bárbara y fiera que fuese jamás se ha oido: matando todos los caucienses hombres y mujeres y niños, sin respeto ni diferencia de edad ni de estado. Gritaban los miserables que así se veian matar, y con grande alarido llamaban á los dioses, por cuyo nombre y poderío los romanos habian jurado en la confederacion, y afeándoles con grande ignominia la brava traicion que cometian. Con ella mataron veinte mil de aquellos caucienses, y solos escaparon dellos unos pocos que se salieron por algunas puertas que estaban muy desviadas y escondidas en lo mas alto y enriscado de la ciudad, donde los romanos no se habian recatado de poner ninguna guarda. El cónsul despues desto saqueó la ciudad, porque la infamia eterna con que ensució su nombre, quedase confirmada con mayor culpa de avaricia. A los romanos tambien les cupo buena parte desta mancilla, pues no se les dió nada por lavarla despues, como pudieran, con hacer en Luculo el debido castigo. Todo esto cuenta así á la letra Appiano Alejandrino, encareciendo la maldad de Luculo, tanto como yo ni nadie no puede afearla. Al principio, cuando Appiano cuenta esta jornada de Luculo, dice que pasó el rio Tajo. Y yo creo que está errado en el libro, y ha de decir Duero. Porque habiendo desembarcado en Tarragona, como se acostumbraba, no pudo pasar á Tajo para ir á los vaceos, y no pudo dejar de pasar á Duero llevando el camino derecho. Y de una vez es menester avisar aquí, como muchos de los nombres propios de España están mal escritos en este libro de Appiano.

CAPÍTULO XLI.

El cerco de Intercacia y las cosas notables que en él pasaron.

Los otros españoles de aquellas comarcas de Caucia, que oyeron decir el cruel y triste fin que hicieron sus moradores: temiendo la crueldad que crece con la costumbre, y cuanto mas sangre derrama mas sed tiene de verterla: juntábanse para consultar de su remedio, y el mejor que hallaban era meterse todos en los lugares fuertes, ó en las breñas de las mas ásperas montañas. Para esto llevaban consigo lo mejor de lo que tenian, y lo demás que quedaba lo quemaban, porque no pudiesen sus enemigos gozarlo. Luculo que, como dice Appiano, por pobre era avariento, y por codicioso cruel: llevó su campo por largo camino áspero y despoblado hasta ponerlo junto á la ciudad de Intercacia (1), que era dentro en el reino de Leon, entre Valladolid y Astorga. Pensaba Luculo hallarla amedrentada con el ejemplo de Caucia, y aparejada por esto para hacerle comprar con mucha suma de dineros el amistad de los romanos. Habíanse recogido

(1) La Intercacia sitiada por Luculo no es la de la Chancillería de Astorga, capital de los Orniacos, sino otra situada en las inmediaciones de la villa de Aguilar de Campos, de que hace mencion el Itinerario de Antonino en el camino de Astorga á Zaragoza por Cantabria, situándola á sesenta millas al oriente de aquella ciudad. B.

en ella de todos los lugares ménos fortalecidos veinte mil soldados y dos mil de caballo. Y andaba Luculo tan ciego con su codicia, y tan feroz con su soberbia, que muy de propósito acometió á los de Intercacia con partido, pidiéndoles se le diesen con buenas condiciones que les concederia. La respuesta que le dieron fué, encarecerle muy feamente, la abominable crueldad que con los caucienses habian usado. Preguntábanle junto con esto, si los queria recibir en tan buena y leal amistad como á los otros les habia mantenido. «Mal hacen los que yerran, cuando el pesar y enojo «que habian de tomar contra sí mismos para casti«garse de su error, lo toman contra los que les advier«ten dél.» Encendido Luculo con mayor saña por lo que así con esta verdad los de Intercacia le respondian, comenzó á destruirles y robarles todos los campos, y despues ponerles con mas premia el cerco por todas partes. Sacaba tambien muchas veces todo su ejército, y poníalo en órden de batalla, como desafiando á los nuestros, para que se la diesen. Ellos nunca quisieron pelear de poder á poder, contentos con algunas escaramuzas y recuentros con que muchas veces acometian á los romanos. Señaladamente, como á la larga cuenta Appiano, salia ordinariamente de la ciudad un caballero muy principal, y alto de cuerpo y de gentil disposicion en toda su persona, y por venir arreado de ricas armas y en un hermoso caballo, parecia mucho mejor. Éste desafiaba á los romanos, pidiéndoles saliese alguno á pelear con él. No habia nadie que aceptase el campo de uno por uno, y así se volvia aquel señor intercaciés muy ufano, contorneando su caballo por el campo, y baldonando á los romanos su cobardía. Era Cornelio Escipion, como dice Appiano, mancebo de pequeña estatura, mas de grande ánimo y valentía: y aunque su cargo de legado y lugar-teniente de general no le pedia meterse en tal peligro, que era propio de uno de los capitanes de caballos romanos: mas todavía no pudiendo sufrir el afrenta que á todos se hacia, sin que ninguno se pusiese á estorbarla, salió á pelear con aquel príncipe español, y venciólo y rindiólo en el campo. Esto hizo con tanto denuedo, y gran valentía, que puso admiracion al intercaciés, y mas le espantó despues la mucha mesura que usó con él. De lo uno y de lo otro quedó tan aficionado de Escipion, que de ahí adelante en toda su vida siempre usó para sello de un anillo en que traia retratado al propio el rostro de Escipion. «Grande es la fuerza de la virtud, que aun en los ene«migos pone acatamiento y reverencia.» ¡Qué mas pudiera hacer este español, si hubiera él vencido á Escipion? «Y es digna de loor en este príncipe espa«ñol la estima que hizo de la virtud y esfuerzo de su «enemigo, lo cual nunca se halla sino en ánimos muy «generosos.» Así cuenta Appiano este hecho (1). Mas en Plinio está algo diferente. Y dice que Escipion mató á este caballero en el campo, y que su hijo del muerto sellaba despues con un anillo, donde estaba esculpido este desafío y lo que pasó en él. Y contándose despues todo esto en Roma, Estilo Preconino decia por donaire: ¿Qué mas hiciera, si su padre matara á Escipion? Tambien en el sumario de Tito Livio (2) se refiere que Escipion mató á su enemigo en el campo; y lo mismo dice Paulo Orosio (3). Lucio Floro llama rey al español; y no parece allí expresamente que Escipion lo mató. Plinio Segundo en los varones ilustres no le cuenta mas que vencido. El hecho fué cierto muy señalado, y la diferencia en el contarlo no lo impide. Y la grande autoridad de Tito Livio, Plinio y Paulo Orosio, convencen mucho para que creamos lo que ellos escriben. El llamarle Lucio Floro rey, creo yo que es error de pluma, y se ha de emendar regulo. Porque así llama comunmente Tito Livio á todos los señores españoles, sin darles nombre de rey.

Con este tan alto principio tomaron algun poco de ánimo los romanos. Mas fatigábanlos mucho de noche los de Intercacia. Toda la mas gente de caballo de la ciudad habia ido á recoger mantenimientos cuando Luculo puso el cerco; y por esto no habian podido meterse dentro. Éstos andaban de dia por las montañas comarcanas, y de noche venian á dar sobre el real de los romanos con grande estruendo y alarido, sin consentirles tener un punto de reposo. Acudian tambien los de dentro de la ciudad al mismo tiempo con muchos rebatos y vocerías, y por todas partes fatigaban reciamente sus enemigos. Érales por esto forzado á los romanos velar toda la noche en armas; y padecian otra grande fatiga con falta que tenian de muchos mantenimientos. Solo comian trigo y cebada cocido. Mataban ciervos y liebres, y comíanlos sin sal; y desto y de no estar acostumbrados á aquellas aguas tan delicadas cuales son las de aquellas sierras, dice Appiano Alejandrino, que les daban cámaras, y morian muchos dellos. Y es cosa harto de notar, como hace tanta cuenta Appiano Alejandrino, de la falta de la sal en gente de guerra, y por entónces tan necesitada. Mas es cierto que por ser la sal cosa tan ordinaria, y tan comunmente proveida, no se hace la estima que se debe della. El nunca faltarnos hace que no sintamos el gran daño que seria si nos faltase.

Todo esto sufrian los romanos junto con el continuo trabajo de levantar los baluartes, con que queria Luculo apretar mucho la ciudad, y combatirla desde encima dellos. Cuando los tuvo acabados comenzó luego á combatir, y con los vaivenes y otros artificios de la guerra de entónces: derribó un pedazo del muro, por donde luego arremetieron los romanos para entrar por allí la ciudad. Escipion fué el primero que con gran peligro subió encima de la batería: y todos los historiadores de aquellos tiempos celebran mucho el grande ánimo con que se puso en este peligro, y el grande esfuerzo con que perseveró y se mantuvo en él. Porque los de dentro se pusieron á la defensa de su portillo muy denodados, y echaron dél con tanto vigor á los romanos, que no pudiendo tener ellos advertencia de como se retiraban, vinieron á derribarse en una laguna, donde muchos perecieron.

Dióle Luculo á Escipion la corona mural por este su adelantarse de subir la muralla, como en Appiano Alejandrino y en Valerio Máximo se halla (1). Y celebrando con gran pompa la hazaña y la persona de Escipion, espanta como no hizo mencion de la otra primera y mas principal, de haber vencido y muerto á aquel gran señor; pues era aun mas insigne ejemplo de esfuerzo y valentía, de que en aquel capítulo trataba. Principalmente se siente mas el defecto cuando se considera, como poco despues en el mismo capítulo cuenta las dos victorias de Quinto Cocio, que atrás quedan escritas, y por ser tan semejantes á la de Escipion, parece imposible que no le pusiesen á aquel autor recuerdo della.

(1) Lib. 37, c. I: (2) Lib. 4, c. 21. (3) Lib. 2, c. 17.

(1) En el lib. 3 cap. 2.

Aquella noche siguiente los nuestros repararon bien sus muros: mas ellos y los romanos se iban dejando vencer de la hambre, que ya muy grave padecian. Volvieron por esto á moverse los tratos de paz, asegurando Escipion á los de Intercacia que se les guardaria lo que se concertase, que esto solo era lo que ellos recelaban. Fiáronse dél por lo que ya tenian concebido y experimentado de su virtud y gran nobleza. Las condiciones fueron, que los intercacieses diesen á los romanos diez mil ropas de las que ellos usaban y llamaban sagos; y cierto número de bestias de carga, y cincuenta rehenes para la seguridad de adelante. Pedia Luculo con esto una suma grande de oro y plata, que era lo que él buscaba, y sabia que en España habia dello grande abundancia. Mas ni los de Intercacia se lo pudieron dar porque no lo tenian, ni todas aquellas gentes de aquellas comarcas se daban mucho por ello, viviendo principalmente de labrar los campos y de las crianzas de sus ganados.

CAPÍTULO XLII.

El cónsul cercó á Palencia, y se levantó sin tomarla. Hizo la guerra en el Andalucía.

Quedando, pues, en paz ya Intercacia, Luculo pasó á Palencia, llamada entónces Palancia; y era la misma que es ahora ó junto á ella, sino que en fama y poderío y en fortaleza de su sitio era entonces mucho mas famosa: y así se habia recogido á ella gran muchedumbre de gente de sus comarcas. Por esto tambien le aconsejaban á Luculo muchos de los suyos que no la acometiese. Mas él movido con la codicia de las grandes riquezas, que segun le afirmaban otros habia dentro, no escuchó este consejo. Perseverando, pues, en el cerco, y enviando parte de su ejército por la tierra á coger mantenimientos, halló siempre muy á punto los caballos de Palencia, que no solamente los estorbaron la escolta, sino que los destrozaron y los hicieron volver mal parados. Fué luego forzado el cónsul con hambre levantar de allí su real. Llevaba al retirarse su gente en órden y concierto, porque los de Palencia nunca cesaban de seguirle y acometerle, hasta que llegó al rio que Appiano Alejandrino llama Orio (1). Allí le dejaron, y se volvieron de noche; y él, pasado el rio, se fué á invernar en la tierra y lugares de los turdetanos. Esto fué atravesar mucha parte de España, pues se fué á poner desde tierra de Campos donde está Palencia, hasta el último rincon del Andalucía. Porque de allí dice Appiano, que envió algunos de sus capitanes que peleasen con muchos lusitanos, que andaban robando la tierra de amigos del pueblo romano, y que fueron muertos de los nuestros mil y quinientos á la pasada del estrecho de Gibraltar. Los lusitanos que escaparon de aquí se recogieron en un lugar alto, donde el cónsul los cercó con fosos y baluartes, y tomó muchos dellos. De aquí se entró por la Lusitania destruyendo y robando mucha parte della.

Todo esto cuenta así en particular Appiano del cónsul Luculo, y no hay otro autor que lo refiera: porque el sumario de Tito Livio solamente dice que el cónsul Luculo, hallando que Claudio Marcelo dejaba muy pacíficos todos los celtíberos, él se pasó á hacer guerra á los vaceos, y que llegó hasta los cántabros, y sujetó otras naciones, que los romanos hasta entónces no conocian. Lucio Floro, los vaceos y turdulos dice que sujetó el cónsul Luculo, y por todos se entiende que dejó á la Citerior España muy pacífica y sosegada, como parte della por Marcelo habia ántes quedado.

Harta dificultad hace aquí en Appiano el decir que hacía Luculo la guerra en Castilla y en el Andalucía, siendo provincias tan diversas, y teniendo Servio Sulpicio Galba su cargo particular de la Lusitania y del Andalucía: mas yo no puedo dar concierto en tanta diversidad como se halla en esto, certificada por buenos autores. Solo podríamos decir que como cónsul podia pasar á la provincia del pretor Galba, porque el suceso de la guerra le pedia ño la dejase por mudarse los enemigos á otra provincia. Porque luego veremos como Plinio da testimonio de que estuvo Luculo cerca del estrecho de Gibraltar.

Tambien se ha de notar aquí mucho, como Tito Livio, segun parece en su sumario, escribió haber hecho Luculo la guerra á los cantabros. Porque los términos de aquella provincia eran diversísimos antiguamente de lo que ahora es Vizcaya. Y ayuda mucho esto de Tito Livio para entender bien todo aquello, como en alguna parte de las antigüedades daremos razon; sirviéndonos mucho desta mencion que aquí hay para averiguar la verdad en esto. Tambien dice Appiano espresamente, que Luculo hizo la guerra contra los vaceos sin mandado del pueblo romano, y que temia mucho que habia de ser en Roma acusado. Y así, acabando de contar sus hechos, comenzaba luego á decir lo que habia proveído para escaparse en Roma de la pena que tenia merecida, así por haber hecho guerra de nuevo sin mandársele el senado con gentes que no lo habian merecido, como por la crueldad y traicion que con los de Caucia habia usado. Mas falta todo esto en el libro de Appiano por haberse perdido, y así no puedo yo dar mas cuenta dello. Aunque me espanta, cierto, habiendo sido aquella crueldad tan terrible y señalada, no hallarse mencion della en ningun otro autor de aquellos tiempos; sino es que los historiadores romanos callan sus culpas, atentos á solo cargárnoslas á nosotros todas.

Cuando Lucio Luculo estuvo en el Andalucía, los de Carteya cabe el estrecho le mostraron la cabeza y otros miembros de un espantoso pulpo que allí habian tomado, y guardaban aquellos sus huesos por ser cosa tan monstruosa. Plinio dice (1), que Trebio Nigro, que andaba entónces con Luculo, escribió lo deste pulpo desta manera. Veníase de noche á cebar en los corrales donde los pescadores salaban, y destruíales toda su hacienda. Echaron un seto, y no aprovechó nada. Pusieron perros en guarda, que dieron sobre él, y acudiendo los pescadores, hallaron que traia el pulpo muy fatigados los perros, azotándolos con sus brazos, y espantándolos con los bufidos de muy mal olor. Tuvieron mucho trabajo en matarlo. De su grandeza decia Trebio cosas que mas parecen de monstruo nunca visto, que de pulpo. La cabeza que él vió con Luculo dice era tan grande como una tinaja, cada uno de los brazos no se podia rodear con los de un hombre, y

(1) Este rio, únicamente mencionado por Appiano Alejandrino, no puede ser otro que el Duero, llamado por los griegos Dorios; y se infiere de que, habiendo el cónsul Luculo levantado el sitio que tenia puesto á la ciudad de Palencia, no pudo verse libre de las acometidas de los palentinos hasta que pasó á la márgen meridional de aquel rio. El padre Hierro quiere reducir el Orio al Orio ó Rio Tinto, que corre por el condado de Niebla. B.

(1) En el lib. 9, c. 30.

desta forma era todo lo demás de su grandeza. Y tambien parece que Estrabon tuvo noticia deste pulpo.

CAPÍTULO XLIII.

El pretor Galba por grande traicion hizo una fiera matanza en los lusitanos, escapando Viriato della.

Parece que le cabia por suerte este año á la miserable España ser fatigada y destruida malvadamenta en todas partes, porque tambien el pretor Servio Galba en la Ulterior, que, como queda dicho, tenia á su cargo, hizo grande estrago y matanza, con no menor traicion y crueldad que Luculo. Dejóle su predecesor Marco Acilio muy alborotada la provincia con la nueva rebelion de los lusitanos, que tenian cercados algunos lugares de los tributarios de Roma. Galba pensó tomarlos de improviso en descuido, y para esto hizo caminar el ejército en un dia y una noche una terrible jornada, y al amanecer se puso á vista de los enemigos. El ejército venia muy cansado, mas con todo eso quiso que luego se pelease, porque los nuestros no tuviesen mas lugar de apercebirse. La batalla se dió, y los lusitanos fueron en ella vencidos. Mandó Galba que su gente siguiese el alcance, sin tener consideracion como estaba cansada del camino y del trabajo de la batalla. Los lusitanos que los vieron muy desbaratados, y sintieron su flaqueza, porque muchos se paraban muy á menudo para descansar, revolvieron sobre ellos de tropel, y mataron cerca de siete mil. El pretor, y los que se hallaron con él á caballo, se escaparon huyendo hasta meterse en una ciudad que Appiano Alejandrino llama Carmena, y por este nombre no la podemos conocer, porque en ninguna otra parte, ni en otro autor hay mencion della. Si está errado el nombre, como muchos lo están en Appiano, podríamos pensar que mudada una letra era nuestra Carmona de ahora cabe Sevilla, que tuvo entónces casi este mismo nombre. Y parece que fuese ella, porque de allí pasó Galba á los cuneos que eran pueblos no muy lejos de Carmona hácia la marina del Océano. Cuando se entró así hasta esta marina, llevaba ya Galba veinte mil hombres: una parte era de los que se recogieron con él en Carmona, y la otra parte y mayor de españoles amigos del pueblo romano, que los llamó para su ayuda en esta guerra.

Pasó el invierno allí en los cuneos y en su ciudad Conistorgi, de quien ya atrás se ha hecho mencion. Llegado el verano, salió Galba de los aposentos, y entró por la Lusitania robándola y destruyéndola toda. Y á lo que yo creo su entrada fué pasado á Guadiana, por donde entra en la mar en Ayamonte, llegarse por el Algarbe á las comarcas de Lisboa, y aquella tierra que ahora llaman Portugal de aquende Tajo, pues estando en los cuneos, por aquí estaba muy vecina y muy llana la entrada. Aunque siempre se ha de tener cuenta con lo que ya he advertido, que por estos tiempos no hacen diferencia los historiadores entre béticos y lusitanos. Hacia la guerra en lo público muy cruda, mas mayor venganza y crueldad cometia en lo secreto de su corazon, y para mejor efectuarla, como muy en particular cuenta Appiano, si algunos pueblos le enviaban embajadores de paz, pidiendo les perdonase el haber quebrantado lo que con Acilio hicieron, y que con las mismas condiciones la renovase con ellos: recebíalos muy bien, y mostrábales con mucho amor, que le pesaba de sus desventuras y fatigas. Decíales, que bien entendia que como forzados con pobreza habian entrado á robar sus vecinos, y que habian mantenido la guerra, por mantenerse con ella. Hizo desta manera paz amigablemente con todos, y todos fueron contentos con las muchas promesas que les hizo. Era Sulpicio Galba hombre muy elocuente, y como Marco Tulio celebra (1), uno de los mayores oradores que hubo en su tiempo en Roma. «Y «aunque de suyo es fácil de engañar quien se asegura, «mas todavía la dulce persuasion déste encubria me«jor su engaño.» Entiendo bien, decia él, como viviendo en tierra tan estéril, buscábades como ayudaros para tenerla mejor. Yo os cumpliré este deseo. Venid á mí todos repartidos en tres partes, y á cada una señalaré campos fértiles y fructuosos que labreis y goceis con mucha riqueza. Ellos cebados con esta esperanza, vueltos á sus casas, hicieron como se les habia mandado, y salieron todos repartidos en tres compañías en que habia una gran multitud. Llegada la una parte adonde Galba la esperaba, señalóles un campo donde estuviesen entretanto que él proveia lo que habian de hacer, y volvia á decirle donde habian de poblar. Lo mismo hizo con las otras dos compañías cuando llegaron, mandando esperar las unas muy léjos de las otras. Vuelto, pues, á los primeros, tratando con ellos familiarmente como con amigos, les hizo dejar las armas y ponerse en descuido. Y cuando así los tuvo bien asegurados, volvió á los primeros con su ejército, y en un punto los tuvo cercados, así que no pudiese escaparse ninguno. Entónces mandó entrar dentro algunos soldados que comenzaron á matar fieramente todos los que encontraban. Llamaban los españoles con grande alarido el ayuda del cielo, nombrando los dioses testigos de la gran traicion con que perecian (2). Mas ninguna cosa les valió, para que todos no fuesen muertos con crueldad increible sin que quedase ninguno. De la misma manera fueron luego tambien muertos todos los otros de las dos compañías con muy grande presteza, ántes que pudiesen ser avisados de lo que pasaba.

Con esta traicion vengó Galba el levantamiento y rebelion de los lusitanos, sin ningun respeto de Dios ni de los hombres, ni del autoridad y clemencia de los romanos. Todavía escaparon algunos pocos de los lusitanos, ó porque no se hallaron juntos con los otros, ó por otra ocasion que Appiano Alejandrino no cuenta, y entre ellos fué Viriato á quien poco despues hicieron los lusitanos su capitan. Y aunque la crueldad de Galba fué enorme, mas éste tomará de los romanos larga satisfaccion y enmienda della.

El pretor, que entre todos los otros sus vicios, era por extremo avariento, repartió una pequeña parte del despojo de los lusitanos entre sus soldados, y lo mas guardó para acrecentamiento de sus riquezas. Éstas tenia harto aventajadas entre todos los que vivian en Roma, mas el acrecentarlas, como dice Appiano, era apercebirse para escapar, repartiendo parte dellas en dádivas de la acusacion que tenia por cierto se le habia de poner en Roma. Que como hombre experimentado de las cosas que en los tribunales de Roma pasaban, ésta le parecia la mejor providencia que podia hacer para su defensa, y de camino cuando se volvió allá, vendió tambien en Francia muchos de los cautivos que llevaba de España. Aunque tambien confiaba

(1) En el libro de Claris oratoribus. (2) Valerio Máx. en el lib. 9, cap. 6.

mucho en su elocuencia y en la de sus amigos, y todo le valió, como en su lugar veremos, para escapar libre de tan grave y tan justa pena como su gran maldad tenia merecida. Y dice dél tanto mal en particular Appiano Alejandrino, que yo ni nadie puede mas encarecidamente abominarlo.

CAPÍTULO XLIV.

El principio de la guerra de Viriato, y la dificultad que hay en la razon del tiempo.

Hay alguna contradiccion en señalar los autores el principio desta guerra de Viriato. Porque habiendo sucedido la crueldad de Galba el año pasado en el consulado de Luculo, y siendo comun opinion de Suetonio Tranquilo, y de otros autores, que ella fué la causa y principio de la guerra de Viriato, y que duró catorce años. Orosio dice, que comenzó en el consulado de Lucio Mummio y Cornelio Lentulo, que fué cuatro años despues. Y el sumario de Tito Livio parece que siente lo mismo, por comenzar á contar de Viriato, despues que ha acabado todo lo que Mummio hizo en este su consulado, y otras cosas que en este año sucedieron, sin haber hecho ántes mencion desta guerra.

Esto está así en esta contradiccion, mas yo tengo por mas cierto lo de Suetonio y los demás. Y el sumario de Tito Livio no parece que contó tan tarde lo de Viriato, porque comenzó entónces, sino porque aunque habia comenzado ya los años ántes, no habia aun habido lugar de tratar dello con la ocupacion de contar otras cosas mayores, cuales en estos años á los romanos en África y en Grecia les sucedieron. Y aun á Paulo Orosio se le podria notar alguna contradiccion en esto si mucho se quisiese adelgazar. Tambien los catorce años que segun todos los autores duró esta guerra, hacen que la hayamos de tomar de tan atrás, y aun así no tendremos por ventura como cumplirlos. Ahora, pues, siguiendo este tino y órden de tiempos, la guerra de Viriato comenzó al fin deste mismo año, luego tras la crueldad de Galba que fué la principal causa della. Y yo lo proseguiré como Appiano Alejandrino muy á la larga la cuenta, repartiendo las cosas que en ella sucedieron por los años siguientes, con la mas certidumbre que puede haber en el órden dellos.

CAPÍTULO XLV.

Viriato venció y mató al Pretor Vettilio.

Entre los otros españoles que se pudieron escapar de la cruel matanza de Galba fué, como he dicho, uno Viriato, con alguna gente de que ya era capitan. Fué Viriato natural de la Lusitania, sin que ninguno de los muchos historiadores que cuentan dél, diga de qué parte ni ciudad della. Fué al principio pastor de ganado, y porque su grande ánimo no le consentia parar en tanta bajeza de estado, hízose cazador comenzando á ejercitar con las bestias fieras la guerra, para aprender allí el tratarla con los hombres. Juntó despues consigo algunos que se le llegaron movidos con ver su valentía de ánimo, y destreza en el cuerpo: y comenzó con ellos á saltear y robar en los caminos: hasta que se le juntaron tantos, que pudo ya tener un ejército formado y llamarse capitan dél. Con este ejército parece que se halló con sus lusitanos en muchas de las guerras pasadas, hasta la fiera matanza de Galba, de donde no se cuenta cómo pudo escapar. Mas habiendo al fin escapado, fué despues capitan de todos los lusitanos escogido por ellos, y con el grande aborrecimiento de romanos, que todos tenian por quella maldad, determinó hacerles la guerra muy cruel en venganza de sus naturales. Y así la continuó catorce años habiendo sido de las mas crueles que los romanos en España ni en otra ninguna parte tuvieron. El comenzarla fué, como cuenta Appiano Alejandrino, ántes que tuviesen á Viriato por general. Porque habiéndose juntado hasta diez mil lusitanos, comenzaron á hacer entradas en la Turdetania, y robarla por aquella parte donde el rio Guadiana entra en la mar: por ser provincia que estaba en amistad de romanos. Marco Vettilio, que con cargo de pretor vino el año siguiente ciento y cuarenta y ocho á la Ulterior, fué contra éstos con ejército de otros diez mil hombres, y habiendo muerto muchos de los lusitanos, forzó á los demás que se retrujesen á un lugar fuerte donde luego los cercó. Hallábanse en tanto estrecho estos lusitanos, que si esperaban mas allí habian de morir de hambre, y si salian los habian de matar á todos los romanos. Con esta fatiga determinaron enviar sus embajadores á Vettilio, pidiéndole que les diese tierra donde labrasen, y allí serian sujetos y pagarian su tributo al pueblo romano. Vettilio se lo concedió, y estaba muy á punto de concluirse, cuando Viriato, que se hallaba con ellos, se lo comenzó á estorbar y ponerles delante la traicion de Galba, y el temor de otra semejante, y los juramentos que Luculo y otros habian tomado por instrumentos para engañar los nuestros con seguridad. Prometióles junto con esto manera como escapasen de allí, para que este medio no les forzase á hacer lo que de hecho no querian. Tomando los lusitanos buena esperanza con el ánimo que Viriato les ponia, determinaron de obedecerle, y así le tomaron luego por su general.

Desconcertados, pues, los nuestros con el pretor, Viriato sacó en campo todo su ejército con muestra de querer pelear con él: y mandó poner en la delantera los caballos muy tendidos para que encubriesen la gente de pié, á la cual mandó que luego que él se pusiese á caballo, se comenzasen á esparcir, y tomase cada uno por lo mas áspero de las sierras la salida mas aparejada para salvarse: y que todos despues se fuésen á juntar á la ciudad de Tribola, adonde tambien él habia de acudir. Esto hicieron los lusitanos con mucha destreza (1), y cuando Vettilio entendió como escapaban, ya ellos iban tan esparcidos por la montaña, que no le pareció cosa segura acometerlos, y así se volvió contra Viriato que estaba quedo con solos mil caballos de los muy escogidos que habia mandado quedar consigo. Con estos acometió al pretor mas con escaramuza que con rompimiento: y así entrando en los enemigos, retirándose, y valiéndose de la mucha lijereza y destreza de sus caballos, se fué poco á poco mejorando de lugar aquel dia y otro siguiente, hasta que lo tuvo aparejado para escaparse á su salvo, huyendo de noche por las asperezas, cuando ya tenia por cierto que todos los suyos estaban seguros. No le pudieron seguir los romanos para alcanzarlo, por la ventaja que les tenia en la lijereza de los caballos, y en la noticia de aquellas fraguras por donde caminaba. Y tambien el peso de las armas en los romanos detenia mas sus caballos. Así llegó

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 13.

Viriato con su gente á salvo en Tribola, donde halló todos los suyos como les habia ordenado.

Por lo que luego veremos parece que esta batalla debió de ser cerca de la ribera del Océano en el Andalucía. Y la fama deste ardid, con que tan prudentemente escapó su ejército Viriato, se derramó por todas aquellas comarcas, y le ganó grande autoridad y reputacion de buen capitan con todos: y en poco tiempo se le llegó innumerable gente para seguirle. Tambien le siguió á él Vettilio hasta Tribola, mas habiéndole puesto Viriato una celada en la montaña, y fingiendo que huia lo metió en ella. Allí le cercaron los de Viriato, y comenzaron á matar muchos de los romanos, y despeñar otros por las sierras, y tomar otros cautivos. Tambien fué preso Vettilio: y viéndole viejo y muy gordo, sin que lo conociese el que lo tomó, le pareció que no seria de ningun provecho para servirse dél, y por eso lo mató. El estrago en los romanos fué tan grande, que de todos los diez mil que Vettilio trujo, no escaparon mas de seis mil que se recogieron á la ciudad de Carpeso (1) en la ribera del mar, la cual piensa Appiano ser la misma que antiguamente se llamó Tarteso, donde se cuenta que reinó Argantonio. Y por esto creo yo que esta batalla fué en aquellas comarcas del estrecho de Gibraltar.

El cuestor de Vettilio, cuyo nombre no pone Appiano, recogió en Carpeso los romanos, y juntó con ellos otros cinco mil que los belos y titios pueblos de los celtíberos le enviaron, habiéndoselos él pedido. Pelearon éstos con Viriato, y él los venció y los mató á todos. Y segun lo cuenta Appiano, parece que el cuestor no se halló con ellos en la batalla, y despues se estuvo siempre con gran temor recogido en aquella ciudad, esperando que de romanos viniese socorro y gobierno para aquella parte de España. Appiano solo cuenta así todo esto. Paulo Orosio dice con alguna diversidad, que cuando Vettilio vino contra Viriato, ya él discurria por toda España, matando y robando toda la tierra desde Tajo hasta Ebro, por todo lo muy extendido de España, que se encierra entre estos dos rios. Y esto muy contrario es de la eleccion de Viriato, que Appiano cuenta. Tambien dice Orosio, que los romanos fueron muertos casi todos y que Vettilio con muy pocos escapó vivo de la batalla. El sumario de Tito Livio dice que Viriato lo tomó cautivo: y esto mal puede conformarse con lo de Appiano.

Hase de entender que todo esto que con Vettilio le pasó á Viriato fué ya el año siguiente, despues que Galba era vuelto á Roma. Que pues habia otro pretor en la Ulterior, pasado era ya el año del que precedió. Y es verisímil que las entradas de los lusitanos por la Turdetania comenzaron al fin del año pasado, partido ya Galba á Roma, y lo demás se continuó éste de ahora.

CAPÍTULO XLVI.

Viriato venció dos veces á Plaucio; y á Galba no dieron en Roma ninguna pena por su cruel traicion.

Vino á la Ulterior el año siguiente ciento y cuarenta y siete contra Viriato el pretor Gayo Placio, para remediar algo del estrago de su predecesor. Y de tal manera cuenta Appiano y Paulo Orosio la venida de Plaucio contra Viriato, que parece bien cierto fué luego en este año. Y cuando llegó Plaucio en España, Viriato andaba muy de propósito destruyendo los mas fértiles campos de la Carpentania y reino de Toledo, como cuenta Appiano, sin que hubiese quien se lo osase resistir. Plaucio le fué á buscar con diez mil hombres de pié, y mil y trescientos caballos que traia. Fingió Viriato que huia: envió Plaucio cuatro mil hombres que lo siguiesen. Cuando Viriato los vió tan apartados de los demás, que no podian fácilmente ser socorridos, volviendo sobre ellos, los desbarató y los mató casi todos. No se puede bien entender dónde fué esta batalla: porque Appiano, que la cuenta en particular, no dice mas de que pasó luego Viriato el rio Tajo, y se fué á poner con su campo en unos collados llenos de olivares, que se llamaban el monte de la diosa Venus. Allí le fué á buscar Plaucio, deseando emendar el avieso pasado, y recibió el daño mucho mayor. Porque en la batalla perdió gran parte de los suyos, que murieron peleando, y él escapó huyendo muy feamente, hasta encerrarse en las ciudades mas fuertes que pudo escoger; y siendo en medio el verano, estaba encerrado como si su ejército estuviera invernando en los aposentos por el frio, sin osar salir de ninguna manera en campaña.

Esta batalla fué muy cerca de la ciudad de Evora en Portugal, como luego se verá claro: y por haber sido allí, parece que la de ántes tambien no fué muy léjos, y que por aquellas comarcas de Alcántara pasó Viriato aquella vez al rio Tajo. Y fué esta batalla muy señalada, y de las mas terribles que se dieron por estos tiempos en España, tanto, que algunos soldados romanos temian que con esta victoria no solamente se haria Viriato señor de España, sino que, como otro Anibal, pasaria en Italia, y pondria en duda á Roma su señorío. Con esto parece tuvo cuenta Lucio Silo Sabino, soldado romano, que habiendo recibido muchas heridas en la batalla, murió dellas, y se mandó poner un largo epitafio en la piedra de su sepultura, la cual permanece hoy dia en Evora, y tiene estas palabras:

L. SILO. SABINVS. BELLO. CONTRA. VIRIATVM. IN. EBOR. PROV. LVSIT. AGRO. MVLTITVDINE. TELOR. CONFOSSVS: AD. C. PLAVT. PRAET. DELATVS. HVMERIS. MIL. H. SEP. E. PEC. MEA. M. F. I. IN. QVO. NEMIN. VELIM. MECVM. NEC. SERV. NEC. LIB. INSERI. SI. SECVS. FIET. VELIM. OSSA. QVORVMCVNQ. SEPVLCR. MEO. ERVI. SI. PATRIA. LIBERA. ERIT.

Y en nuestro castellano dice. Yo Lucio Silo, soldado italiano del campo Sabino, en la guerra que los romanos traian con Viriato, recibí una multitud de heridas aquí en el campo de Ebora de la provincia de Lusitania; y así herido fuí llevado en hombros de soldados delante el pretor Gayo Plaúcio, y allí mandé que se me hiciese de mi dinero esta sepultura, en la cual no querria que se enterrase conmigo otro, ni siervo, ni libre. Y si al contrario desto se hiciere, querria que los huesos de cualquiera que aquí fuere enterrado, se saquen si mi tierra quedare en su libertad. Hace grande encarecimiento, pues pone en duda si Roma quedar

(1) Appiano cree con fundamento que este pueblo es lo mismo que Tarteso, con cuyo nombre era igualmente conocida la ciudad de Carteya por los griegos, en sentir de Plinio. B.

con el señorío de los pueblos que muy cerca de sí tenia.

Esta piedra de Lucio Silo tengo yo por la mas antigua que de romanos se halla ahora en España. Porque una de Telongo Bachio, que puso Florian de Ocampo en su libro cuarto, y otra de Marco Caton, que yo he puesto en este séptimo, no parecen ahora, ni aun hay entera certidumbre que algun tiempo se hubiesen visto.

Entretanto que Plaucio así estaba encerrado con el miedo, Viriato andaba por toda la tierra sujeta ó amiga de romanos, pidiendo todos los dineros que queria á los que tenian pan en los campos, y era forzado que se los diesen, porque sino él sin resistencia lo destruia todo y lo abrasaba.

Este año se trató en Roma de la traicion y crueldad que Servio Sulpicio Galva en España habia hecho. Acusáronle Lucio Escribonio Libo, tribuno del pueblo, y tambien Marco Caton, perseverando en amparar y defender los españoles como siempre solia. Mas al fin paró todo en que Galba fué dado por libre; porque en esto paraban siempre los daños y crueldades que los pretores romanos hacian en España. Y así es cosa de mucho donaire, y mas verdaderamente de mucha lástima, ver por cuán gran cosa cuenta Marco Tulio (1), y otros muchos autores, los ardides, astucias y malas maneras con que Galba se libró de la pena que por tan fea crueldad merecia. Otros ponen por la mayor defensa de Galba que habia sabido como los lusitanos tenian determinado, estando de paz dar sobre él de improviso. Y que para ejecutar esto con mayor furia y union de voluntades, se habian conjurado sacrificando un hombre y un caballo. Mas cuando esto fuera verdad, lo cual no parece, segun lo cuentan todos como cosa incierta y fingida de Galba para defenderse, de muchas maneras pudiera Galba remediarse sin que usara de tan malvada traicion, que no hay ninguno de sus romanos que no la abomine. Mas sus riquezas para comprar eran muchas, y el aparejo de vender sus voluntades en los romanos muy grande, y así dice expresamente Appiano, que estas dos cosas le salvaron. Y no solamente se escapó de esta pena Galba, sino que poco despues se le dió en Roma el consulado, que era el mayor y mas honrado cargo que allí habia. Marco Tulio pone alguna vez en duda si fué este año ó el de ántes en el que Galba fué acusado yo lo puse aquí, siguiendo las mejores conjeturas.

CAPÍTULO XLVII.

Viriato venció dos pretores, y otro pretor Lelio lo comenzó á vencer á él.

Ponia ya gran congoja en Roma el vencer tan próspero y tan continuo de Viriato, con tanto daño de romanos en la gente, y en la reputacion y señorío de España. Así enviaron el año siguiente á la Ulterior con mayor ejército al pretor Claudio Unimano para destruccion de Viriato. Mas él lo venció, y le mató y cautivó todo aquel grande ejército que traia: y habiéndole tomado los fasces y todas las otras insignias que los pretores romanos usaban, levantó con ellos grandes trofeos en los montes de la Lusitania por memoria de sus vencimientos. Y estaban ya tan medrosos y acobardados los romanos en España, y tenian tal miedo á los de Viriato, que aconteció por estos dias pelear trescientos con mil romanos en un bosque, y murieron dellos trescientos y veinte, y de los nuestros solos setenta. Y yéndose muy seguros y de su espacio los nuestros como vencedores, esparcidos por donde les placia: uno, que iba solo y á pié apartado de los demás, se halló súbitamente rodeado de gente de caballo de los romanos. Éste con solo un bote de lanza atravesó el caballo del primero que le acometió, y revolviendo sobre el caballero, de un golpe le cortó la cabeza con la espada. Fué tanto el temor de los demás romanos en ver la braveza destos golpes, que sin osar mas menearse le dejaron ir, mirándole como iba menospreciándolos y burlando dellos con mucha seguridad. Todo esto cuenta así Paulo Orosio (1), refiriendo autores romanos que lo escriben tan encarecidamente. Y por decir expresamente Paulo Orosio que Claudio Unimano vino á remediar la ignominia de Plaucio, se entiende que fué su venida, y todo lo que en ella sucedió este año, que es ya el ciento y cuarenta y seis ántes del Nacimiento.

Tambien dice Plinio en el libro de los Varones Ilustres, que vino luego tras Claudio Unimano, Gayo Nigidio contra Viriato, y que tambien lo desbarató y le destruyó el ejército: y pues es diverso pretor, en el año siguiente fué necesario que viniese. Si no queremos decir que el pretor venia en ayuda del destruido. Ó que como Viriato corria tanta tierra, como de Paulo Orosio está referido, con el uno y con el otro pretor podia pelear en un mismo año. Sea, pues en el año que fuere esta rota de Nigidio, ya de aquí adelante quedará relatada. Que á mí no me es posible distribuir con entera certidumbre estas cosas en los años que sucedieron, por no saber en qué año vinieron estos pretores al gobierno de España, como por la historia de Tito Livio, cuando duraba, se solian señalar.

Desta rota de Nigidio hay tambien mencion en una piedra, que dicen se halla cabe la ciudad de Viseo en Portugal. Y es memoria que se puso á Lucio Emilio, soldado romano, que murió en la batalla. La piedra tiene estas letras:

L. AEMILIO. L. F. CONFECTO VVLNERE HOSTILI SVB NIGIDIO CONTRA VIRIATVM LATRONEM. LANCIENSES, QVORVM REMP. TVTARAT SEMPER, BASIM CVM VRNA ET STATVAM IN LOCO PVBLICO EREXERE, HONORIS LIBERALITATISQ. ERGO.

Trasladado en castellano dice. Los pueblos lancienses pusieron aquí en lugar público esta basa, con vaso para las cenizas, y con su estatua á Lucio Emilio, hijo de Lucio, que fué muerto con herida de un enemigo, peleando con Nigidio contra Viriato el salteador. Y pusiéronle esta memoria por honrarle, y mostrar liberalidad con él, por haber siempre defendido y amparado su república dellos.

Este mismo año, en una embajada que los romanos enviaron al rey Masanisa, iba Marco Marcelo, el que fundó á Córdoba, habiendo sido ya tres veces cónsul, y con tempestad se ahogó en la mar. Y por haber sido tan señalado hombre en el gobierno de España, quise aquí hacer mencion de su muerte.

(1) En el libro de Oratore

(1) En el lib. 5, c. 4.

El año siguiente, ciento y cuarenta y cinco ántes del Nacimiento, fué uno de los cónsules en Roma Publio Escipion el Emiliano; y le dieron este cargo contra todas las leyes en la poca edad que tenia: porque la guerra con Cartago pedia un tan valeroso capitan, que ganase en ella, como ganó por su esfuerzo el renombre de Africano, que casi por herencia le venia. Y aunque en él no se cuenta nada que se hiciese en España contra Viriato, mas podríamos pensar que este año ó el siguiente vino contra él con cargo de pretor Gayo Lelio, el que fué en Roma llamado el Sabio. Éste comenzó á quebrantar y domar un poco la ferocidad de Viriato, y dejó la guerra que contra él se traía en tan buen estado, que los otros capitanes que le sucedieron, tuvieron buen aparejo y facilidad para comenzarlo á vencer. Esto cuenta así Marco Tulio en diversas partes de sus obras, y en ningun otro autor hallamos mencion dello. Y así, aunque no podemos certificar el año, la venida deste pretor acá es cierta, y de aquí quedará ya contada.

CAPÍTULO XLVIII.

El cónsul Fabio Emiliano vino contra Viriato y fué vencida su gente; y él venció á Viriato y le tomó dos ciudades.

Ninguna duda tengo, sino que continuaron este año los romanos la guerra con Viriato por Lelio ó por otro pretor, mas ninguna mencion hay desto en ningun autor. Y lo que dijo Paulo Orosio del principio desta guerra en este año ya lo dejamos averiguado. Así no hay mas que pasar al año siguiente ciento y cuarenta y tres. Y porque ya las cosas de Viriato iban muy ensalzadas con las victorias pasadas, y en Roma se temia la perdicion de toda España, determinóse el senado que convenia enviar uno de los dos cónsules con ejército consular contra él. La suerte le cupo á Quinto Fabio Máximo Emiliano, hermano de Escipion; y mandósele que escogiese á su voluntad el ejército. No pudo haber soldados viejos, como él quisiera, y así fué forzado formar dos legiones de mozos noveles, y de los latinos juntó sus ayudas: así que trujo quince mil hombres de pié con dos mil caballos, y llegó con ellos á la ciudad, que llama Appiano Orsona, y yo creo que es nuestra Osuna de ahora por buenas conjeturas que lo persuaden. Era muy cuerdo y atentado Quinto Fabio, y de su padre Paulo Emilio habia aprendido muy gran reposo y detenimiento en la guerra. Por esto no la quiso comenzar luego hasta que tuviese bien ejercitados sus bisoños, y osase fiar dellos el peligro y riesgo de la batalla. Por esto se fué luego á Cádiz á sacrificar en el suntuoso templo de Hércules que allí habia. Y porque Osuna no está muy léjos, creo yo que dejó allí su campo. Viriato le vino á buscar luego allí donde estaba su ejército, pues cuenta Appiano que salió á cierta gente de los romanos, que iba á traer leña para el real, y mató muchos dellos, y los demás quedaron con gran temor. Y recogiéndolos el capitan que los llevaba, y renovando la pelea, los venció Viriato otra vez, y hubo dellos mucha presa. Todo esto pasó ántes que Quinto Fabio de Cádiz volviese; y despues que volvió, Viriato se le ponia delante muchas veces, y le incitaba cuanto podia para que pelease. Mas él, que ningun pensamiento tenia de pelear á todo riesgo de batalla, solamente atendia á ejercitar sus soldados, dando licencia á algunos de los suyos que escaramuzasen con los nuestros. Porque así se ejercitaban, y él tomaba experiencia de su esfuerzo y destreza, y conocia tambien lo que desto habia en los enemigos. Cuando enviaba alguna gente para que recogiesen mantenimientos y lo demás necesario, él por su persona, con mucha gente de pié y los de caballo á la lijera, iba en su guarda rodeándolos, como habia visto hacer á su padre en Macedonia; y con todo lo que hacia daba bien á entender que lo habia con un enemigo valiente y sabio en la guerra.

Ya que se llegaba el invierno, pareciéndole á Fabio que tenia harto ejercitados sus soldados, peleó con Viriato; y venciéndole, lo puso en huida, con haber hecho él todo lo que un excelente capitan en la batalla y en toda la guerra debia, que así lo afirma Appiano en particular. De dos ciudades que Viriato por allí tenia, le tomó Fabio la una, y la otra le quemó, y á él le forzó á retirarse en un sitio fuerte, que llamaban Vecor, como dice Appiano. Y porque era ya entrado el invierno, Quinto Fabio se retiró con su ejército á Córdoba, y lo metió dentro en ella y en los lugares de su comarca, para que invernase mas seguro y bien tratado. Y por esto parece que todo lo deste año pasó en aquellas comarcas del Andalucía, pues el recogerse el invierno no seria muy léjos de donde se habia pasado el verano. Y puédese de aquí entender como ya Córdoba era gran cosa, pues el cónsul se entraba á pasar el invierno en ella con mucha parte de su ejército. Tiénese certidumbre que pasó todo esto este año, porque la hay en que fué este caballero cónsul en él.

CAPÍTULO XLIX.

Lo que pasó á Viriato con el pretor Popilio, y lo poco que duró la paz que hicieron.

Viriato que sintió la prudencia con que el cónsul Emiliano trataba la guerra, y que no se podia burlar con él como con los capitanes pasados, parecióle pedir el ayuda de los arevacos, belos y titios, gentes muy belicosas: aunque estaban harto quietas despues que Marcelo las dejó sujetadas. Moviéronse ahora para ayudar á Viriato. Deste levantamiento destos pueblos se despertó la guerra de los numantinos contra los romanos, que tan larga y tan cruel fué para ellos, como se verá luego que con las cosas de Viriato se hubiere concluido. En la prosecucion dellas está muy turbado y confuso el libro de Appiano Alejandrino, que solo lo cuenta; yo lo continuaré lo mejor que siguiéndole pudiere.

Este mismo año fué cónsul en Roma con Fabio Emiliano Lucio Hostilio Mancino: y en ninguno de los historiadores romanos no hay mencion de que este cónsul saliese á ninguna parte. Entre las piedras de Ciriaco Anconitano se pone una, qué dice estaba en Galicia en Santa María de Finisterre (1), donde se hace mencion como este cónsul vino acá, y venció los gallegos; pues dice la piedra desta manera.

(1) En Finisterre no hay noticia de semejante inscripcion. B.

L. MANCINO COS. QVI IN REBELLANTES LVSIT. ARMA MOVIT: ET IN HISCE MONT. TRIG. LVSIT. MILL DELEVIT, QVO REMP. POP. ROM. LONGE LATEQ. IN EXTR. TERR. TVT. AVCT. Q. REDD. PRAEFECTI PER SING. TVRM. LEG. XI. MARSOR. ET LEG. V. PRISCOR. LATIN. SIMVLACHRVM EREXERE.

Y en castellano dice. Esta estátua ó trofeo pusieron los capitanes de las compañías de caballos de la legion segunda de los marsos, y de la legion quinta de los latinos antiguos, al cónsul Lucio Mancino. que tomó las armas contra los lusitanos que se rebelaron, y destruyó treinta mil dellos en estos montes, con lo cual dejó la república del pueblo romano muy extendida, segura y acrecentada en lo postrero de toda la tierra. Yo he puesto la piedra como comunmente se tiene, con consentimiento de hartas dificultades que se me ofrecen, como á muchos doctos tambien podrian ocurrir.

El año siguiente, ciento y cuarenta y dos ántes del Nacimiento, en que son cónsules en Roma Servio Sulpicio Galba, aquel cruel matador de los lusitanos, y en su compañía Lucio Aurelio Cotta, como España era ya provincia consular, ámbos los cónsules procuraban venir á ella. Cotta, que era muy pobre, por enriquecer; Galba, que era muy codicioso, por acrecentar de nuevo su mucha riqueza. Y conforme á esto, preguntándole en el senado su parecer á Escipion Emiliano, sobre cuál de los dos cónsules vendria á España, respondió que ninguno dellos: porque el uno no tenia hacienda, y al otro no le bastaba ninguna. Por esto tengo yo por cierto que no vino acá ninguno de los cónsules; y podemos muy bien pensar que vino un pretor llamado Popilio. Porque no se puede decir que no vino nadie contra Viriato, andando él tan bravo, y habiéndose ya comenzado á ganar algo con él: y deste Popilio dice Plinio en sus Ilustres Varones, que Viriato ántes que peleasen, le pidió la paz. Él se la dió con que restituyese á los romanos toda la tierra que les tenia tomada. Dióla Viriato: mas como le quedaron las armas, luego volvió á renovar la guerra. Y de cualquier manera que fuese, batalla dieron los romanos este año á Viriato: y á lo que se puede entender cerca de Evora ó por allí. Murió en ella Galo Favonio Iocundo, romano, como todo parece por su testamento, que ya cuando se moria hizo de palabra: y los españoles de la tierra como allí se refiere, lo mandaron poner con letras esculpidas en una gran piedra. Carlo Sigonio tratando en sus fastos este año, y Aldo Manucio en su ortografía, la pusieron: y yo movido por su autoridad, cuento lo que en ella habia; que yo ni la he visto, ni he oido á nadie que la viese. Ella dicen tenia todo esto escrito.

EGO. GALLVS FAVONIVS IOCVNDVS. L. F. QVI BELLO CONT. VIRIATVM OCCVB. IOCVNDVM ET PVDENTEM FILIOS EX TEST. HAERED. RELINQVO. ET BONORUM IOCVNDI PATR. MEI ET EOR. QVAE MIHI ADQVISIVI. HAC TAMEN CONDITIONE, VT AB VRBE ROMA HVC VENIANT, ET OSSA MEA INTRA QVINQVENNIVM EXPORTENT E LVSITANIA, ET VIA LATINA CONDANT SEPVLCHRO MARM. COND. MEA VOLVNTATE. SI SECVS FEC. NISI LEGITIMAE ORIANTVR CAVSSAE, VELIM EA OMNIA, QVAE FILIIS RELINQVO, PRO TEMPLO DEI SILVANI REPARANDO, QVOD SVB VIMINALI IN VRBE MONTE EST, AD TRIBVI, MANESQVE MEI OPEM PONT. MAX. ET FLAMINVM DIAL. QVI IN CAPITOLIO SVNT, IMPLORENT AD IMPIET. CONTRA FILIOS MEOS VLCISCENDAM. TENEANTVRQVE SACERDOTES DEI SILVANI, ME INVRBEM REFERRE, ET SEPVLCHRO ME CONDERE. VOLO QVOQVE, QVOTQVOT DOMI MEAE VERNAE SVNT, LIBEROS A PRAETORE CVM MATRIBVS DIMMITTI, SINGVL. QVE LIBRAM ARG. ET VESTEM DARI. ACTVM VI. K. QVINTILES. SERV. GALBA. L. AVRELIO. COSS.
DECVRIONES TRANSCVDANI HOC TESTAMENTVM ORE EIVSDEM GALLI EMISSVM IN LAPIDE IVSSERE ADSCVLPI.

Y dice en nuestra lengua castellana. Yo Galo Favonio Iocundo, hijo de Lucio, que fué muerto peleando en la guerra contra Viriato, por este mi testamento dejo por mis herederos á mis hijos Iocundo y Pudente en todos mis bienes, así los que yo hube de mi padre Iocundo, como los que yo he adquirido. Con tal condicion que vengan desde Roma acá, y dentro de cinco años lleven de aquí de la Lusitania mis huesos, y los entierren en la via Latina en la sepultura de mármol, la cual yo labré á mi voluntad. Y al contrario haciendo, no habiendo legítimas causas que lo estorben, quiero y mando, que todos aquellos bienes que dejo á mis hijos sean atribuidos para reparos del templo del dios Silvano, que está en Roma debajo del monte Viminal, y mi alma pida el ayuda y favor del pontífice Máximo, y de los flamines, sacerdotes del dios Júpiter, que están en el Capitolio, para que venguen la desobediencia en mis hijos. Y en tal caso los sacerdotes del dios Silvano sean obligados á llevar mis huesos á Roma, y enterrarme en mi sepultura. Item, quiero y mando que á todos los esclavos nacidos en mi casa, que en ella se hallaren, se les dé la libertad á ellos y á sus madres por mano del pretor, y á cada uno se le dé una libra de plata y una ropa. Fué otorgado este testamento á los XXVI de junio, siendo cónsules Servio Sulpicio Galba y Lucio Aurelio. Los regidores del municipio Transcudano hicieron esculpir en esta piedra este testamento, así como por su misma boca el dicho Galo lo ordenó.

El año siguiente, ciento y cuarenta y uno ántes del Nacimiento, el cónsul Quinto Cecilio Metelo, que por haber sujetado en Grecia la provincia de Macedonia le llamaban el Macedónico, vino á la España Citerior, por los movimientos de belos y titios que Viriato allí habia levantado. Mas contra Viriato no se puede saber de cierto quién vino, porque el libro de Appiano Alejandrino está en estos dos ó tres años falto y muy confuso. Mas lo que mejor se puede adevinar es, que este año estuvo en la Ulterior contra Viriato un pretor romano, que él llama Quincio,

y el que le trasladó en latin le llama Quinto Pompeyo, y yo así le nombraré. Este Quinto Pompeyo peleó con Viriato, y habiéndolo vencido, lo hizo retraer al monte de Venus, que como hemos dicho era cerca de Evora en Portugal. Salió despues de allí Viriato, y mató muchos de los romanos, y tomándoles algunas banderas, los forzó que se encerrasen en su real. Echó tambien de la ciudad de Utica las guarniciones de los romanos, y destruyó toda la costa de los basitanos ó bastetanos, sus confederados. En todo este tiempo Pompeyo por cobardía, y por no saber qué le convenia hacer, sin darles ningun socorro se estaba encerrado en Córdoba, con ser en la mitad del otoño, sin haber llegado el tiempo de meterse á invernar. Estaba en la ciudad de Itálica, de quien ya se ha dicho como era cerca de Sevilla, un hombre principal, que Appiano llama Marcio, y éste fatigaba con mensajeros á Pompeyo para que saliese á socorrer sus amigos, mas con todo eso ninguna cosa le aprovechó su honrada diligencia. Así cuenta Appiano lo que le pasó á Viriato con Pompeyo: mas ninguno de los otros historiadores hace mencion de tal capitan que contra Viriato viniese.

Muchas cosas hizo este año Metelo en la Citerior, que faltan en el libro de Appiano, donde solo se halla que con gran presteza sujetó á los vaceos en Castilla la vieja. Tambien Plinio en el libro de sus Ilustres Varones dice que venció á los arevacos. No se puede bien certificar que esto fuese este año ó el siguiente, porque tambien se quedó acá con cargo proconsular.

CAPÍTULO L.

Lo próspero y adverso que le pasó á Viriato con el cónsul Fabio Serviliano.

Habiéndose quedado Metelo el Macedónico este año que sigue ciento y cuarenta, acá en la Citerior, el cónsul Serviliano vino á la Ulterior, y en Appiano expresamente es sucesor de Quinto Pompeyo. Este cónsul se llamaba Quinto Favio Serviliano, y por adopcion era hermano de Quinto Fabio Emiliano, en que tres años ántes estuvo acá contra Viriato. Y porque tambien se llamaba de sobrenombre Emiliano: causa alguna confusion con el pasado. Trujo diez y ocho mil hombres, con mil y seiscientos caballos; y envió á pedir á Micipsa, rey de los numidas é hijo de Masanisa, que con toda brevedad le enviase algunos elefantes. Llegado en España, y caminando para la ciudad de Utica, le salió al encuentro Viriato, como Appiano cuenta, con seis mil hombres muy feroces y espantables, con los cabellos y barbas largas, á la costumbre de los lusitanos, que aun hasta ahora dura en los portugueses. Éstos acometieron á Serviliano con mucho alarido y él sin recibir ningun daño se mantuvo con ellos, y les forzó que lo dejasen pasar adelante. Juntó consigo despues el ejército que acá estaba, y venidos diez elefantes de África, con trescientos caballos que Micipsa le envió, con ellos asentó su real en un lugar bien extendido, y fortalecióle bien como convenia. Espanta mucho en Appiano verle decir luego tras esto, que este Fabio Serviliano fué el primero que comenzó á domar á Viriato, y hacerle huir y seguirle en el alcance: pues no mucho ántes ha dicho que su hermano déste fué el segundo que hizo todo esto. Mas no era tanto el prosperar y vencer de Fabio, que Viriato no mostrase con él su esfuerzo y acostumbrada valentía. Porque siguiéndole un dia los caballos romanos muy desbaratados, revolvió sobre ellos, y alanceó tres mil dellos, y á los demás metió huyendo por las puertas de sus reales, donde no halló mas que unos pocos que le defendiesen la entrada, porque á los demás, con el miedo que tenian, no los podian Fabio ni sus capitanes sacar de las tiendas. En esta batalla, como Appiano cuenta, se mostró valiente soldado Fanio, yerno de Lelio, de quien hemos dicho, y él fué aquel dia el que verdaderamente salvó los romanos.

Nunca cesó despues Viriato por lo mas sosegado de la noche, ni por el mayor calor del dia, de fatigar los romanos con escaramuzas y correrías, sin dejar pasar momento de tiempo, ayudándose para esto mucho de la gran lijereza de sus caballos, hasta que Fabio se retrujo con su gente hácia la ciudad de Utica. Entónces Viriato, faltándole los mantenimientos; puso fuego á sus reales, y retiróse con poca gente á su Lusitania. Por donde parece que todo lo pasado habia sucedido en el Andalucía. Fabio, que vió ido su enemigo, salió por la tierra, y destruyó cinco lugares de los que le habian dado ayuda. Metióse despues por los cuneos, cabe la boca de Guadiana en la Lusitania; y en el camino le robaron parte de su gente Curio y Apuleyo, dos capitanes de salteadores. Peleó luego con ellos Fabio, y muriendo en la batalla Curio, despues recobró el cónsul toda la presa que le habian tomado. Tomó tambien en este camino tres ciudades, Iscadia, Semela y Obola, en la cual estaba mayor guarnicion de Viriato. En estas ciudades perdonó algunos, destruyó otros, y de diez mil cautivos que se hubieron, mandó degollar públicamente los quinientos, y otros mandó matar: y retiróse para invernar en los aposentos. Bien conforma con todo esto lo que Julio Obsecuente dice, que este año pelearon los romanos con Viriato, perdiendo unas veces y ganando otras la victoria. Mas está aquí el libro de Appiano tan corrupto y desbaratado, que no hay tomar tiento en los tiempos, ni en las personas, ni en los hechos; y así no puedo yo contarlo sino con esta brevedad.

CAPÍTULO LI.

Metelo tomó la ciudad de Contrebia, y en el cerco de Centobriga usó mucha benignidad.

Metelo el Macedónico, que se habia quedado en la Citerior el año pasado, hizo en éste muchas cosas en su provincia, domando toda la Celtiberia, y señaladamente tomando la ciudad de Contrebia, grande y populosa, y como cabeza de su comarca, usó de muchos ardides. Porque la defensa de nuestros españoles era tal, que con solas mañas pensaba poder vencerla; hallando en la simplicidad de los nuestros fácil entrada para su engaño. Tuvo cercada la ciudad, y de la mucha resistencia que se le hizo, perdió la esperanza de poderla tomar. Alzó por esto el cerco, y comenzó á pensar con mucho cuidado cómo podria alcanzar lo que por entónces se le negaba. Al fin resuelto en lo que le convenia, comenzó á discurrir con su ejército por diversas partes, dejando un camino y tomando otro, y haciendo tales travesías, que nadie de los enemigos, ni aun de los suyos, podia atinar á dónde enderezaba su viaje, ni porqué traia tanta diversidad en él. Preguntóle á esta sazon uno de sus capitanes (1), por qué andaba tan inconstante en sus caminos, mudándolos cada dia sin órden ni concierto: respondióle. Déjate de preguntarme eso; que si mi camisa pensase que lo sabia

(1) Julio Frontino en el lib. I, c. I.

luego me la desnudaria, y la echaria en el fuego. Ya cuando le pareció que tenia bien desatinados los enemigos, y muy léjos de sospechar lo que él traia en su propósito, mostrando que caminaba á otra parte, volvió de súbito á dar sobre Contrebia, y cercarla tomándola en descuido. En la prosecucion del cerco, habiendo puesto cinco cohortes en cierto lugar para que lo guardasen, salieron los nuestros, y echáronlos de allí con mucho daño. Cuando lo entendió Metelo, les mandó que luego volviesen al lugar que habian desamparado, no tanto con esperanza de cobrar lo perdido, cuanto con gana de castigar con las manos de los enemigos la culpa de los suyos. Mandó junto con ésto, que cualquiera que volviese de allí huyendo, los romanos lo matasen como si fuese un enemigo. Los soldados obedecieron, y viendo como iban manifiestamente á morir, todos hacian sus testamentos de palabra. Mas despues esta desesperacion les hizo pelear con tanto ánimo, que ganaron el sitio perdido, y lo mantuvieron. Y Metelo con su perseverancia, enviando á morir sus soldados, los hizo volver vencedores. Tomó en fin á Contrebia, y ganando aquí muy gran gloria de prudencia y esfuerzo, la ganó mucho mayor de clemencia, perdonando á los versobrigas, pueblos que no se entiende bien á qué parte de Castilla caian. Que como habia algunas veces en los romanos mucha crueldad y rigor para con nuestros españoles, así tambien habia otras grandeza y benignidad para perdonar nuestra inquietud natural, y el grande amor que todos los hombres tienen de su libertad; las cuales dos cosas forzaban entónces á nuestros españoles rebelarse contra los romanos tan á menudo. Lo que Lucio Floro cuenta de los pueblos versobrigas (1) creo yo ser lo mismo que se halla en Valerio Máximo de los de la ciudad de Centobriga, que debia estar dentro en ellos. Porque aquí fué singular, y muy alabada la clemencia é hidalguía de Metelo. Tenia cercada aquella ciudad, y apretábala mucho, derribándole una parte del muro con los trabucos, por donde fácilmente pudiera luego entrar: los de dentro pusieron en aquel lugar donde eran mayores y mas continuos los golpes á los hijos de Retogenes, un hombre principal dellos, que se habia pasado á Metelo, y estaba allí con él. Metelo entónces, movido mas con su benignidad natural, que con la cierta esperanza de la victoria, por no ver derramar la sangre con tan cruel género de muerte á los hijos de su amigo por manos de los suyos, alzó el cerco, y se fué sin mas combatir la ciudad. Pues con todo eso Valerio Máximo dice, que Retogenes con rigor verdaderamente español, no dubaba en que se tomase la ciudad á costa de la vida de sus hijos. Esta severidad tenia Retogenes: mas todos los celtíberos tuvieron en tanto la nobleza de que usó en esto Metelo, que se le dieron todos de muy buena gana. «Porque muchas veces la clemencia «es bastante precio para comprar en público el amor «de muchas gentes; y parécese bien la bondad de «nuestros españoles en estimarla tanto aun en sus «enemigos.»

Traia consigo Metelo en todas estas guerras, como en Valerio Máximo se halla (2), un valiente soldado por su lugar-teniente y legado. Su nombre propio era Quinto Cocio; mas por su grande esfuerzo y fortaleza ya comunmente todos le llamaban Aquiles. Acá le sucedieron cosas harto señaladas. Un mancebo de los celtíberos se deseaba combatir con él, movido por la fama de su valentía, como es natural de nuestra braveza. Queriéndose un dia sentar Cocio á la mesa para comer en el real, fué avisado como aquel celtíbero lo desafiaba, y lo estaba esperando en el campo á caballo. Él, dejando la comida, hizo sacar el suyo y sus armas secretamente fuera del vallado, porque no se le estorbase la salida. Fuése para el español, que con mucha ferocidad contorneaba su caballo esperándole: y habiéndole muerto en poco espacio, se volvió con sus despojos y mucho regocijo á su mesa. Habia tambien un caballero en la Celtiberia, llamado Pireso, que como encarece el mismo autor, en nobleza y bondad era muy aventajado en toda aquella tierra. Éste asimismo deseó probarse con Cocio, y pidióle campo para esto. Entraron en él á vista de los dos ejércitos en medio dellos: mas Pireso fué vencido, y rindiéndose al contrario, le dió su espada y su ropa de sobre las armas. Y todo se trató muy cortesmente y en grande amistad, con quedar de allí concertados que Cocio fuese siempre huésped de Pireso cuando se hubiese ya acabado la guerra.

Con haber hecho Metelo todo esto en España, no se le dió en Roma el triunfo. Porque él hubo tanto enojo de entender que venia por sucesor suyo el cónsul Quinto Pompeyo, su mortal enemigo, que se dió toda la diligencia que pudo en deshacerle y destruirle todo el ejército que acá estaba. Dió licencia que se fuesen todos los soldados que quisiesen, sin examinar las causas que daban, ni esperar tiempo convenible para enviarlos. Puso tan poca guarda en los graneros públicos, que fácilmente pudieron ser robados. Mandó quebrar toda la municion de arcos y saetas, y echar en un rio. Y quitóles el pienso necesario á los elefantes, para que ó muriesen de hambre, ó no fuesen de provecho por la flaqueza. Por este su despecho y feroces efectos dél se le negó en Roma el triunfo. «Y «mostró bien Metelo en esto cuanto mas esfuerzo y va«lentía es menester para vencer el hombre en sí mis«mo la ira, que para sujetar las provincias y ciudades.» Así cuenta esto Valerio Máximo (1): mas Veleyo Patérculo parece da á entender que tambien esta vez triunfó.

En estos dos años que estuvo acá el cónsul Metelo, se sirvió mucho de un español, hombre principal, natural de Tarazona, ciudad muy conocida, á la entrada de Aragon. Esto parece por una piedra, que dicen se halló allí, que tenia todo esto escrito:

C. LIVONIO. C. F. QVI IN
SE VIRATV TVRIASON.
REM VENE PATR. ADMI
NISTRARAT: ET SVB. Q.
CAECILIO METELO MA
CEDON. COS. TOTAM LA
TE CELTIBERIAM CIV.
DON. ROM. IV. PRAET: OP
TIME ET SANCTISS. TEM
PERARAT: POP. VBIQ.
NOV. INSTITVTIONIBVS
ET PREVIL. REFORM. TV
RIASON. VETER. ET IVN.
STATVAM IN FORO MI-
NERVAE OPT. CIVI P.

Y dice en nuestra lengua. Esta estatua pusieron aquí

(1) Lib. 5, c. 5. (2) Lib. 3, c. 8.

(1) En el lib. 9, c. 3.



La justicia de Viriato.—Así perezcan los esclavos de los romanos.

en la plaza de la diosa Minerva los ciudadanos antiguos y nuevos de la ciudad de Tarazona á su buen ciudadano Gayo Livonio, hijo de Gayo; el cual, siendo uno de los seis en el gobierno de la ciudad, administró muy bien todos sus negocios y hacienda de su tierra: y despues, estando acá el cónsul Quinto Cecilio Metelo Macedónico, habiéndolo él hecho ciudadano romano, le dió el cargo muy extendido de gobernar con veces y mando de pretor toda la Celtiberia, la cual él gobernó con mucha bondad, y con gran cuidado de re t tud y justicia, reformando los pueblos en toda parte con nuevos estatutos, y favoreciéndolos con nuevos privilegios.

CAPÍTULO LII.

Serviliano prendió á Conoba, capitan español, y Viriato venció á Serviliano, y hizo la paz con él.

Ya decíamos como en el año que entra ciento y treinta y nueve fué cónsul Quinto ó Quinco Pompeyo, y fué su compañero Neyo Servilio Cepion: Pompeyo vino á la Citerior, y Quinto Fabio Serviliano se quedó contra Viriato en la Ulterior. Y creo yo que este cónsul Quinto Pompeyo es el mismo que dos años ántes estuvo acá contra Viriato con cargo de pretor. Y si alguno en el libro de Appiano Alejandrino hallare aquí alguna dificultad en el quedar acá Serviliano este año, sepa que tambien á mí se me ofreció; mas por no perturbar todo el órden, sin pararme á dudar en cosa que no tiene buena salida, seguí el que mas conveniente me pareció con dejar á Serviliano este año en España. Llamábase tambien éste Emiliano, segun hemos dicho, como su hermano, el de los años pasados; y desta semejanza de los nombres de ambos procede alguna confusion. Tomó este año en su poder Serviliano un capitan de ladrones, que llamaban Conoba: porque él se le dió de su voluntad; y perdonándolé á él solo, cortó las manos á todos los demás que con él se le dieron. Así cuenta tan breve esto Apiano: mas otros historiadores romanos lo cuentan mas extendido. Paulo Orosio dice, que Viriato tenia cercada una ciudad, llamada Bacia; y levantó el cerco, habiendo venido á socorrerla Serviliano, que tambien tomó otras muchas fuerzas y lugares por aquella tierra; y habiéndosele dado muchos españoles por allí, y recibídolos en amistad del pueblo romano, hizo cortar las manos á quinientos de los principales. Afea mucho este hecho Paulo Orosio diciendo, que fué abominable, no para los romanos y su modestia, sino áun para la mas bárbara y cruel nacion que se pueda imaginar. «Porque »los habia convidado y atraido con amistad y alianza, »y se le habian dado como confiando del buen derecho »y fidelidad que se suele y debe usar con los que se en-»tregan.» Mas diverso y ménos culpable es lo que Valerio Máximo en esto refiere. Dice que Quinto Fabio cortó las manos á todos aquellos españoles que habiendo andado con los romanos en su ejército y guarniciones, se habian pasado á los enemigos. Julio Frontino dice lo mismo que Valerio, y que hizo en éstos tal castigo, para que con el espanto los demás temiesen el pasarse.

Siguiendo despues Serviliano á Viriato, cercólo una ciudad de las suyas, que llamaban Erisana, sin que podamos saber donde caia. Por mas guarda que habia en el cerco, Viriato se metió una noche dentro en la ciudad, y á la mañana dió de improviso en los romanos, y á todos los hizo huir, y buscar su seguridad en un lugar alto y muy fortalecido, de donde no era posible escapar si Viriato los apretara. Mas á él con generoso ánimo le pareció que habia llegado oportunidad muy honrosa para acabar la guerra, haciendo á todos aquellos romanos tanta gracia como era perdonarles manifiestamente las vidas. Por esto hizo la paz con Serviliano, y fueron muy iguales y aun aventajadas las condiciones en todo. Que Viriato quedase por amigo del pueblo romano; y que todos los que le obedecian y seguian tambien quedasen con todo lo que poseian. Esta paz, dice Appiano Alejandrino que se aprobó en Roma; aunque todavía en el sumario de Tito Livio parece que allá se tuvo por deshonrada; y que aunque á Fabio Serviliano le daban mucha alabanza por las buenas cosas que acá habia hecho, todavía le afeaban el haberlas ensuciado con esta mancha.

Deste cónsul Favio Serviliano, ó del otro Fabio Emiliano (que no se puede diferenciar bien), fué legado Lucio Cornelio, que murió acá de su enfermedad, como se da cuenta en una piedra escrita, que dicen se halla cabe un lugar llamado Castro en Portugal; y dice así:

L. CORN. LEGATVS
SVB FABIO COS. VI-
VIDAM NATVRAM
ET VIRILEM ANIMVM
SERVAVI, QVO AD A
NIMAM EFFL. ET TAN
DEM DESERTVS OPE
MEDICORVM, ET AES
CVLAPII, CVI ME
VOVERAM SODA-
LEM PERPETVO FV
TVRVM, L. FABIVS
HIC ME COND.

Dice en castellano. Yo Lucio Cornelio, siendo legado del cónsul Fabio, hasta que se me salió el alma conservé mucho mi vigor natural y mi esfuerzo varonil: Al fin desamparado ya de los médicos y de Esculapio, dios de la Medicina, á quien yo me habia ofrecido para ser su perpetuo sacerdote, Lucio Fabio me dió aquí sepultura.

Quinto Pompeyo no hizo ninguna cosa señalada este año de su consulado en España: porque por la enemistad que Metelo le tenia, tardó cuanto pudo en dejarle acá el mando y el ejército; y así dice espresamente Appiano, que muy al cabo del invierno se lo vino á dejar, cuando mucho buscó ocasion de guerra para el año siguiente en que quedó acá por procónsul, y en él se contará lo que hizo.

CAPÍTULO LIII.

El cónsul Servilio Cepion vino contra Viriato, y quebrantando la paz, tuvo manera como lo matasen por traicion tres capitanes suyos.

Cuando hizo la paz con Viriato Serviliano, tenia acá consigo un hermano suyo entero, hijo de su padre y madre, cuyo nombre era Quinto Servilio Cepion. A éste nunca le plugo la paz; y escribia al senado que las condiciones eran feas y muy injuriosas para el pueblo romano. Con esta opinion se fué á Roma, y

allá fué hecho cónsul el año siguiente, ciento treinta y y ocho ántes del Nacimiento, con Gayo Lelio el Calvo. Y á Lepion se le mandó que viniese á España la Ulterior, y que rompiese la paz con Viriato, y le hiciese cuanto cruda pudiese la guerra. Así lo hizo el cónsul, que, como dice Appiano, luego tomó la ciudad de Arsa, y á lo que parece no caia muy léjos de Sevilla, y no tenia ninguna guarnicion de Viriato, porque la seguridad de la paz no la requeria. Siguió tras esto hasta la Carpentania á Viriato, que por tener mucho menor número de gente sin comparacion iba retirándose, y abrasando y destruyendo todo cuanto de los romanos encontraba. Alcanzó al fin Cepion á Viriato; y él, viéndose con tanto menor número de gente, púsose en un collado, y puso sus caballos en órden de pelea, y así por las espaldas hizo como solia que se fuésen casi todos los suyos muy encubiertos por las mayores asperezas, donde ellos tenian noticia de los caminos, para salvarse, y los romanos no los podian seguir. Ya cuando le pareció que los suyos estaban bien alejados, á todo correr de sus caballos se metió con los demás tras ellos, riendo y burlando de los enemigos, que así quedaban engañados, sin tener manera como seguirle. Y por esto determinó Cepion volverse contra los vectones y gallegos, donde muchos, imitando á Viriato, tenian maltratada toda aquella tierra con ladronicios y levantamientos.

Ya Viriato á esta sazon deseaba de nuevo la paz con los romanos, por no ver destruida su Lusitania con tan larga y continua guerra. Envió, segun refiere Appiano, tres de sus capitanes, Aulaces, Ditalcon y Minuro, por embajadores á Cepion, para que le hablasen sobre esto. Mas el cónsul, que tenia otros pensamientos, en lugar de tratar la paz con ellos, trató de una muy gran traicion. Con dádivas y grandes promesas les persuadió se le ofreciesen de matar á Viriato su señor. Ellos, vencidos vilmente de codicia, se obligaron entónces á hacerlo, y despues lo efectuaron desta manera, como Appiano Alejandrino á la larga lo cuenta.

Entre las otras cosas que Viriato tuvo de hombre robusto y buen capitan, era una que dormia muy poco aun cuando habia trabajado mucho; y por la mayor parte dormia armado, por hallarse á punto en cualquier caso súbito que se ofreciese. Por esto tenian sus amigos licencia de entrar á hablarle á cualquier hora de la noche, sin que se tuviese cuenta con guardarle el sueño. Aulaces y los demás que sabian bien esto, aguardaron una noche al punto que ya comenzaba á dormirse, y entraron armados en su aposento, como que quisiesen tratar con él de cosas importantes. Hallándole dormido, le degollaron de improviso, y se salieron sin que nadie pudiese haber sentido nada, y escaparon huyendo hasta donde estaba Cepion, á pedirle el premio de su maldad.

Otro dia de mañana los amigos de Viriato con todo su campo estaban maravillados de cosa tan nueva, como era no despertar su general, siendo ya muy tarde. Entrando por esto algunos en la cámara, le hallaron muerto así como se habia puesto á dormir armado. El llanto se levantó luego por todo el campo muy grande, doliéndose con amor del difunto, y con temor del peligro en que se hallaban, faltándoles tan excelente y animoso capitan. Crecíales tambien el pesar con rabia de no hallar aquellos que le mataron, para hacer en ellos cruel venganza. Volviéronse luego al consuelo piadoso de hacerle el enterramiento muy solemnizado. Así hicieron una gran hoguera, donde pusieron el cuerpo de Viriato armado de sus mas ricas armas, y aderezado de otros grandes atavíos. Mataron tambien muchas reses, y quemáronlas allí en honra suya con él. Entre tanto muchos escuadrones de gente de pié y de caballo andaban corriendo al derredor de la hoguera, cantando y celebrando sus grandes loores. Quemado el cuerpo, cogieron las cenizas para enterrarlas, y para mayor honra de las exequias muchos pelearon de dos en dos hasta matarse sobre su sepultura. Y en esto y en todo mostraban todos á porfía el grande amor que á Viriato tenian, y el deseo que de su persona les quedaba. Y él verdaderamente tenia merecido éste y cualquier otro mayor sentimiento. Porque con toda su ferocidad en la guerra, fué muy sabio en el gobernar, muy advertido y recatado en los peligros, y muy animoso en el menospreciarlos. En el repartir la presa guardó siempre tanta igualdad y justicia, que jamás se pudo acabar con él tomase para sí mas que un otro soldado, aunque todos se lo importunaban. Y eso que le cabia siempre lo repartia entre sus soldados que conocia por mas valientes. Con ser tan animoso y ardiente en la guerra (1), tenia tambien mucha prudencia en tratarla. Julio Frontino cuenta algunos de sus ardides. Uno es, que retrayéndose en una pelea disimuladamente, metió á los romanos en unas lagunas cenosas, donde luego los desbarató y mató muchos dellos. Dice tambien (2), que á los de Segobriga los cebó un dia con enviar poca gente que tomasen el ganado de la ciudad, y éstos retirándose, metieron los enemigos en una emboscada, donde fueron muy mal destrozados. Por todas estas buenas maneras, y por otras grandes virtudes alcanzó Viriato lo que en la guerra y en la paz es siempre dificultoso, y en muy pocos capitanes se ha visto, que su ejército siendo mezclado con tanta diversidad de gentes y condiciones cuantas hay en España, por tantos años cuantos duró esta guerra, siempre le estuvo extrañamente sujeto y obediente, sin que hubiese jamás en él ningun motin ni alboroto; con tener todos una alegría y aparejo extremado para meterse, mandándolo su general, en los mayores peligros, y mantenerse en ellos hasta la muerte. Y aunque dice todo esto Appiano Alejandrino, y aquí dijésemos mucho mas, nunca llegaríamos al grande encarecimiento con que los historiadores romanos estiman el valor de Viriato y sus grandes hazañas. Unos le llaman Rómulo de España: otros dicen que bastaba su grande ánimo y valentía para libertarla; y los mas consideran como en la manera de su muerte confesaron los romanos que no le pudieron vencer sino por traicion. A los traidores que le mataron, cuando pidieron en Roma el premio se les respondió, que nunca le plugo al pueblo romano que los soldados matasen su capitan.

Así se acabó la guerra con Viriato, la cual todos los historiadores romanos dicen que duró catorce años. Appiano aquí al cabo no le da mas de ocho. Yo la he extendido todo cuanto ha sido posible, tomando su principio desde el año de la traicion de Galba, hasta el del consulado de Cepion, que son doce años. Y aunque puede haber error en atribuir las cosas de un año á otro, conforme á la confusion que hay en los autores á quien yo sigo, mas no puede haber error en la cuenta de los años, pensando que me dejo por olvido algu-

(1) En el lib. 2, c. 5. (2) En el lib 3, c. 10.

no. Esto no puede ser en ninguna manera, siguiendo como yo sigo en la cuenta de años y sucesion de cónsules á Cuspiniano y Onufrio, y mas ordinariamente á Carlo Sigonio, que son los que mas verdaderamente y sin sospecha de falta los continuan, siguiendo, como con gran cuidado siguen, las tablas capitolinas. Y conforme á esto todo, desde aquella pretura de Galba hasta aquí no ha habido mas años destos doce, que yo he puesto.

Muerto Viriato, como cuenta Appiano, su ejército tomó por su capitan uno llamado Tántalo, que luego caminó para Sagunto, donde parece que la muerte de Viriato no debió ser léjos de por allí, pues su sucesor se acogeria á lo mas cercano. Siguiólos Servilio Cepion, é hízolos dejar la ciudad, y ellos descendieron las cincuenta leguas que hay desde allí hasta pasar, como pasaron, el rio Guadalquevir. Mas siempre les iba el cónsul á las espaldas, hasta que cansado ya Tántalo, determinó dársele con todo su ejército. Cepion les quitó á los lusitanos todas las armas, y les señaló tierra donde viviesen y labrasen, porque forzados con pobreza no tornasen á sus ladronicios y levantamientos.

LIBRO VIII.

CAPÍTULO I.

La causa de la guerra con los numantinos, cuando la comenzó el cónsul Quinto Pompeyo.

Llega ya aquí la historia de España á lo mas alto de gloria y fama que en estos tiempos pudo subir: pues se ha de comenzar á escribir la guerra de los romanos con nuestros numantinos, que habiendo ántes durado muy poco ahora, pasó hasta la entera destruccion de Numancia. Mas ántes de llegar á esto, por el grande esfuerzo y valentía de los nuestros, padecieron los romanos terribles ignominias y afrentas, vencimientos crueles, y muy tristes estragos, cuales de ninguna otra nacion jamás los recibieron. De tal manera, que aunque son sus historiadores de los romanos, los que cuentan estos hechos, dan en ellos tanta gloria á los nuestros, que si nosotros los escribiéramos, no nos la pudiéramos atribuir mayor. Y por haber sido esta guerra una de las cosas mas señaladas que en España, y aun en mucha parte del universo han sucedido: será muy notable y muy digno de memoria todo lo que della se contará. Y si fueron injustas las causas, con que la otra vez se movió la guerra á los numantinos, mucho mas lo fueron la de ahora, pues no hubo mas de buscar los romanos malas ocasiones y achaques para sujetarlos. Porque hasta ahora, como se ha visto, no eran sujetos, sino amigos y confederados con el pueblo romano, desde cuando Tiberio Graco hizo el alianza con ellos, y despues la renovó el cónsul Marcelo. Mas el moverse ahora la guerra tuvo este principio.

Todo lo de la Celtiberia habia quedado ahora en obediencia y sujecion de los romanos, porque el cónsul Metelo lo dejaba muy rendido y pacífico. Y así el año siguiente en que Quinto Pompeyo en su consulado vino, como queda dicho, por sucesor de Metelo en la Citerior, deseando hubiese guerra, comenzó á buscar ocasiones para trabar con los numantinos, que solos con los termestinos, sus vecinos, estaban libres desta sujecion, siendo no mas que amigos y confederados con el pueblo romano. El pueblo principal destos termestinos, aunque está ahora despoblado, todavía conserva el nombre casi nada diferente, en el sitio donde está la ermita llamada Nuestra Señora de Tiermes, nueve leguas al occidente del sitio de Numancia. La ocasion que halló el cónsul para romper con los numantinos fué tan liviana como la cuenta Lucio Floro. Y aun á él, con ser romano, le parece tan mal, que dice expresamente, que para decirse la verdad, se ha de confesar que ninguna guerra hicieron jamás los romanos con mas injusta causa que ésta. Y así parece permitió Dios, que los nuestros hiciesen muy á la larga en ella el castigo que tan injusta causa merecia. Y como la cuenta Lucio Floro, fué desta manera. Los segedanos habian ofendido á los romanos con algun levantamiento ó desacato que la causa no se dice. Aunque por ventura pudo ser que en la guerra pasada con Viriato le habian ayudado: pues cuenta Appiano, segun hemos visto, que los pueblos belos, donde Segeda estaba, junto con los titios enviaron alguna vez mucha gente en su ayuda. Por ésta, ó por otra causa temian los segedanos algun grave castigo de los romanos. Y no se teniendo por seguros en su ciudad, acogiéronse á la de Numancia, con quien tenian mucha amistad y confederacion, estando tambien muy aparentados los unos con los otros. Los numantinos los acogieron por esto y queriéndolos reducir y conservar en el amistad de romanos, enviáronles á suplicar les perdonasen lo pasado. No valió nada con los romanos el ruego de los numantinos, ni hicieron ningun caso de su buena intercesion. Y aun que así fueron desdeñados los de Numancia, por no ofender á los romanos, ni provocarlos contra sí, determinaron estarse quedos, y perseverar en el amistad que con ellos tenian: sin mezclarse, ni entremeterse por ninguna via en la guerra, que ya muchos de los celtiberos junto con los segedanos aparejaban muy brava. Todo este buen miramiento tuvieron los numantinos, y con todo este recato se escusaron de no dar ninguna ocasion para que los romanos se alterasen contra ellos. Pues la remuneracion que hubieron por todo este su buen comedimiento y cuidado, fué, que queriendo ellos renovar las alianzas pasadas, y confirmar de nuevo la confederacion que con Graco, y despues con Marcelo habian hecho: les propusieron los romanos con mucho desden y aspereza, que si amistad y confederacion querian con ellos, habian de dar todas las armas que tenian, y quedar del todo sin ellas. Sintieron los numantinos el oir esto, como si verdaderamente se les mandara que se cortasen todas las manos. Indignados pues ya con tanta afrenta y desden, determinaron de tomar las armas, porque nadie les forzase á dejarlas. Tan injusta como ésta fué la causa de la guerra, y tambien en lo que sucederá adelante en ella, habrá muy buenos miramientos y respetos de los numantinos, que harán mas culpables y graves las sin—

razones y rigores que los romanos usaron despues con ellos. Determinados pues ya los numantinos con una ira rabiosa á la guerra, comenzaron á pensar en su defensa. Tomaron por su capitan general á Megara, ciudadano muy principal de cuyo grande ánimo y esfuerzo se tenian ya grandes experiencias.

Era Numancia, como mas á la larga queda dichó, una ciudad no muy grande, y Paulo Orosio muy de espacio se para á deshacer la opinion de algunos que la hacian tan grande, que tenia tres millas de circuito (1). Estaba puesta en un lugar alto, y no tenia muros, ni torres que la fortaleciesen, sino solamente á Duero y otro rio llamado ahora Tera, que la tomaban en medio, y grande aspereza de peñas y montañas que la cercaban por todas partes, dejándola abierta solamente por un llano de la vega que ahora vemos al oriente de aquel sitio: y se tiende mas de tres leguas el rio Tera arriba, con buena fertilidad de tierras para sembrados. Por allí estaba fortalecida de cavas muy hondas, con muchos traveses y tranqueras de vigas, y colunas y paredones, así dispuesto y atravesado todo, que hacian muy defendido y peligroso el acometimiento. Tenian esta vez los numantinos ocho mil hombres de guerra de pié y de caballo: y los unos y los otros valientes y muy diestros y aparejados con un riguroso coraje á perder de muy buena gana la vida en defensa de su tierra. El cónsul Quinto Pompeyo comenzaba la guerra con treinta mil hombres de pié, y dos mil caballos: todos gente diestra y ejercitada, y acostumbrada á vencer con Metelo los años pasados.

Este levantamiento de los numantinos parece que sucedió el año del consulado de Pompeyo, que es ciento y treinta y nueve ántes de la Natividad: y lo que él hizo despues contra ellos, es sin duda del año siguiente ciento y treinta y ocho, que tambien se quedó acá con cargo de procónsul, y es este mismo año el de la muerte de Viriato, en el cual se comenzó esta guerra de Numancia, aunque ya desde el año pasado quedaba rompida. Y si alguno le pareciere que todo fué en un mismo año del consulado de Pompeyo, porque los mas historiadores le llaman cónsul en estos hechos: considere, que habiendo el año pasado recibido de Metelo el ejército al fin del invierno, no pudo tener lugar de hacer todo lo que dél se cuenta. Cuanto mas, que si Pompeyo hizo la guerra á los numantinos en su consulado, el año siguiente, que es éste de la muerte de Viriato, no queda ningun capitan romano en la Citerior que continue la guerra que Pompeyo habia dejado comenzada. Y éste es tan grande inconveniente, que no se puede sufrir. Y aunque acabó con la paz Pompeyo, fué tan mal compuesta como luego verémos. Y el decir tambien Appiano, que el cónsul Popilio sucedió acá en la Citerior á Pompeyo, quita toda la duda que podia haber, para que se crea que sucedió todo lo que dirémos, no en su consulado, sino en el año siguiente, cuando se quedó por procónsul acá. Porque entre el consulado de Pompeyo y el de Popilio, hubo un otro año, que fué el de la muerte de Viriato. Y así queda, que habiendo comenzado esta guerra en el año pasado, éste en lo que se sigue es el ciento y treinta y ocho ántes del Nacimiento: y es el mismo en que Pompeyo es acá procónsul en la Citerior, y el mismo en que fué muerto Viriato.

(1) Floro, Orosio, Appiano y san Augustin en el lib. 3, de Civ. Dei, cap. II.

CAPÍTULO II.

Quinto Pompeyo sujetó los termestinos: maltratáronle los numantinos, é hizo muy fea paz con ellos.

Con aquel su ejército tan poderoso, puso Pompeyo su real cabe Numancia, y habiendo salido á cierto camino, dieron sobre él los numantinos derribándose de un collado: y sobreviniendo algunos de sus caballos de Pompeyo á socorrerle, se los mataron casi todos. Sacó despues toda su gente algunos dias, y ordenó sus batallas en lo llano, para pelear con los nuestros. Mas ellos acometiéndole con escaramuzas desde el collado, y retirándose á diversas partes dél, poco á poco le llevaron hasta aquel llano fortalecido de las cavas y traveses que dijimos, donde ellos, por las entradas y salidas que sabian, tenian gran ventaja á los romanos, y allí le apretaron tanto, que tuvo por bien de volverse á recoger cómo mejor pudo.

Cansado desta manera de pelea el procónsul, y enojado de ver cada dia vencidos los suyos de tan poca gente por la dificultad del lugar: dejó á Numancia, y fuese á cercar á Termancia, que así llama Appiano la ciudad principal de los termestinos, que todos los demás llaman Termes, creyendo poderla tomar con facilidad. No le sucedió como pensaba. Porque en sola una pelea le mataron setecientos de los suyos, y otra vez hicieron huir á un tribuno, que traia provision al real. Despues desto, en un mismo dia dieron los termestinos tres veces sobre los romanos, y otras tantas los hicieron retirar hasta unas sierras muy enriscadas, y forzaron á muchos dellos que se despeñasen con sus caballos por la montaña, y los demás con el espanto pasaron toda aquella noche armados. El dia siguiente pelearon los unos y los otros sin poderse vencer hasta que la noche los despartió. Otra noche, como prosigue Appiano, Pompeyo se fué con sus caballos á una ciudad llamada Malia, que no estaba léjos, y tenian en ella los numantinos gente de guarnicion. Ésta toda mataron los de Malia con traicion, y entregaron la ciudad á Pompeyo, y le dieron rehenes para su seguridad y armas para su ejército.

¿Cómo habíamos de vencer los españoles á los romanos, siendo nosotros mismos los que procurábamos nuestra destruccion? Nuestras discordias y particulares enemistades, y aquella inclinacion natural de todos los españoles á ver novedades, cansándose de estar siempre en un ser, aunque sea muy bueno, nos hacia la guerra, y nos quitaba de las manos la victoria de todos los romanos, que sin duda la alcanzáramos con union y concordia. Y en España hubo entónces quien sintió esto mismo, y lo dijo; y Estrabon tambien lo considera muy de propósito, como presto se verá todo en su lugar (1). Y ninguna duda tengo, sino que al fin desta vez Quinto Pompeyo sujetó á los termestinos, ó los habia sujetado ántes, como expresamente lo dejó escrito Tito Livio, y ahora parece en el sumario de su libro.

A esta sazon Tangino, un capitan español, destruia con su ejército toda la provincia de los sedetanos, que como se entiende claro, eran las comarcas de Zaragoza. Pompeyo se partió contra él con todo su campo, atravesando lo que hay desde las comarcas de Soria, por cerca de las faldas de Moncayo, hasta meterse bien

(1) En el c. 10 de este libro.

en Aragon: y habiendo peleado contra él, lo venció, y tomó vivos muchos de sus soldados ó ladrones. Mas ellos eran, como Appiano refiere, tan feroces y crueles, que muchos se mataban por no verse cautivos: y otros mataban á sus señores, y otros que eran llevados por mar, horadaban los navíos en que iban, para que se hundiesen, y todos se anegasen.

Volvió de allí Pompeyo á Numancia, y para quitarles los mantenimientos que les entraban por Duero, pensó en atajarlo y echarlo por otra parte. No lo consintieron los numantinos, y á los que andaban en la obra, y á los que vinieron en su ayuda, los hicieron retirar al real con pérdida. Tambien mataron un tribuno, y á todos los suyos que venian en guarda de los que traian mantenimientos al real. Por otra parte tambien mataron un centurion, con muchos otros que hacian un foso. No sabia Pompeyo que hiciese para reparo de tantos daños, ni hallaba consejo en los que se lo podian dar. Y por no perder mas de reputacion, y cobrar si pudiesen la pérdida, aunque entraba el invierno, como dice Appiano, se estaba en los reales, perseverando en el cerco. Los soldados lo pasaban muy mal con el frio, que en aquella tierra es cruel, y para los extranjeros intolerable, y esto con la mudanza de aire y aguas, causaba que muchos muriesen de cámaras. No cesaban entretanto los de la ciudad de hacer sus salidas, matando en todas muchos romanos de los principales, y de los demás. Y tanto y tan continuo fué este estrago, que forzó á Pompeyo mudar de parecer, y retirarse á invernar en las ciudades que estaban por el pueblo romano.

Todo esto pasó en este año, y en parte del siguiente ciento y treinta y siete ántes del Nacimiento en que fué mandado venir á España el consul Marco Popilio Lenate, que tenia por compañero á Neo Calpurnio Pison.

Pompeyo que ya al principio del verano lo esperaba, y temia, como dice Appiano, de quien es todo esto, que le acusarian en Roma por no haber administrado bien la guerra: comenzó á hablar con los numantinos de la paz, y ellos holgaron que se tratase della. Porque habian muerto algunos de los principales en la guerra, y los campos estaban por labrar, y la hambre los apremiaba, y la guerra tambien que no pensaran durara tanto, los tenia algo cansados. Mas querian los numantinos la paz muy igual en todo, donde no perdiesen punto de reputacion: y entendia Pompeyo que dándosela así, no cumplia con la honra del pueblo romano. Teniendo todavía mucha gana de la paz, trató secretamente con los numantinos de darles las condiciones que pedian, mostrando en público mucha ventaja de su parte. Con estos tratos manifiestos y encubiertos, al fin se concluyó la paz: y los numantinos se dieron á los romanos, y dieron rehenes, y entregaron todos los que se les habian pasado. Pedia mas Pompeyo treinta talentos, que era valor de mas de diez y seis mil ducados, y los numantinos pagaron luego la mitad, porque expresamente dice Eutropio, que la ciudad era muy rica, aunque los demás historiadores la hacen pobre de dinero. Estas condiciones de la paz pone Appiano y éstas debieran ser las públicas, pues claramente parece que fueron á ventaja de romanos. Las secretas, que él no refiere, fueron sin duda muy honrosas para los nuestros, pues luego veremos como los romanos tuvieron todo este concierto por afrentoso. Y tal cierto debió ser, pues Eutropio llama esta paz muy fea, y Paulo Orosio muy infame. Y el sumario de Tito Livio dice, que por cobardía la hizo Pompeyo. Lucio Floro tambien cuenta, que la quisieron mas los numantinos, que no concluir la guerra con mucha certidumbre que tenian de la victoria. Por donde parece claro, que estaba en su mano pedir las condiciones de paz que le pluguiese. Y Pompeyo como quien entendia la mala paz que concertaba, dice Tito Livio, que el dia que habia de firmarla, se fingió enfermo por no hallarse presente en ella. Esto no se lee en Tito Livio, porque no tenemos ahora este libro, sino léese en Prisciano, que citó este lugar en su gramática. Y sin todo esto, es cosa manifiesta que la paz fué á ventaja de los numantinos, porque luego que llegó acá el cónsul Popilio Lenate, Pompeyo, con empacho del mal concierto que habia hecho, comenzó á decir que él no habia hecho ninguno. Los numantinos afirmaban su verdad con testimonio de los mas principales hombres del ejército romano, que habian intervenido y estado presentes en los conciertos.

Popilio vista la mala contienda, y que Pompeyo sin autoridad expresa del senado habia hecho aquella paz: remitió á los numantinos á Roma, para que allá tratasen con Pompeyo lo que en esto pretendian. Mas ningun buen recaudo hallaron allá los que fuéron: porque aunque en el senado hubo diversos pareceres, al fin se resolvió con razon, ó sin ella, que se les hiciese guerra á los numantinos.

El cónsul Popilio en este tiempo fué contra los lusones (1), pueblos vecinos de los numantinos. No hizo allí nada por la mucha resistencia que halló. Tan breve como esto pasa Appiano Alejandrino lo que este cónsul hizo en España, y con esto escribe que se volvió á Roma, porque ya le venia sucesor. Y por decir que era su sucesor el cónsul Lucio Hostilio Mancino, que no tuvo el consulado hasta otro año despues: parece sin duda, que el año siguiente se quedó tambien Popilio en España con cargo de procónsul. Esto tambien se entiende haber sido así, porque el sumario de Tito Livio lo que cuenta que hizo Popilio lo pone en el año que viene, en el cual si Popilio no queda acá, no hay quien renueve la guerra con los numantinos, y habiéndose determinado en Roma con tanta furia, seria grande inconveniente, decir que se quedó sin haber acá capitan romano que la tratase. De la Ulterior no se hace mencion este año en los historiadores antiguos, y así no se puede entender, ni aun quien estuvo en ella.

CAPÍTULO III.

Los numantinos vencieron á Popilio, y rindieron feamente al cónsul Mancino. Bruto fundó á Valencia en la Lusitania.

Por muy justas causas dejamos acá en la Citerior por procónsul á Popilio Lenate este año siguiente ciento y treinta y seis ántes del Nacimiento, en que uno de los cónsules Decio Junio Bruto, vino á la Ulterior. Popilio peleó este año con los numantinos. Y como la causa de comenzar esta guerra habia sido injusta, y el romper la paz de Pompeyo muy á sinrazon, así les sucedia mal á los romanos todo lo que contra los numantinos intentaban. Ellos desbarataron todo el ejér-

(1) Si hemos de dar crédito á Estrabon, los lusones vivian al oriente de las fuentes del Tajo, esto es, en las sierras de Molina. B.

cito romano, con que les acometió Popilio y lo pusieron en huida de mala manera. Y porque no se halla esto escrito en otro autor, sino en el sumario de Tito Livio, no se puede escribir mas á la larga como pasó (1). Solo Julio Frontino cuenta alguna particularidad, de cuán mal le fué á Popilio en el cerco de Numancia. Viendo los de la ciudad que Popilio sacaba todo su ejército para combatirla, estuvieron tan quedos y tan encerrados, que ninguna defensa pusieron ni aun en los reparos. Al procónsul le pareció, viendo que no parecian los enemigos, que podia, poniendo las escalas, entrar la ciudad. Mas cuando vió que aun entónces tampoco no resistian, creyó que habia alguna mala celada: y por no dar en ella, mandó descender los suyos apriesa de las escalas, y retirarse. Entónces ya cuando los romanos estaban turbados en esta vuelta, salieron con ímpetu los de la ciudad, y dieron en ellos muy á su salvo.

Mucho mas prósperamente le sucedió al cónsul Junio Bruto en la Ulterior. Luego que llegó, tuvo cuidado de premiar los soldados que habian seguido muchos años la guerra contra Viriato: y como en el sumario de Tito Livio se dice, dioles tierra, y fundoles una ciudad que llamaron Valencia. Algunos hombres doctos creen ser ésta la ciudad muy famosa deste nombre, que lo da á todo el reino en la corona de Aragon. Mas otros con mas advertencia les parece, que teniendo Bruto el gobierno de la Ulterior, y habiendo sido la guerra de Viriato por la mayor parte en la Lusitania, sin que jamás entrase tan léjos en la Citerior: que el dar tierra á los veteranos, seria en la misma provincia donde conquistaron. Por esto creen seria esta Valencia, que ahora se fundó, la que llaman de Alcántara, por estar cerca de aquella ciudad, ó otra en Portugal, frontero de la ciudad de Tuy, llamada de Miño, por estar á la ribera de aquel rio. Y esto tiene mejor fundamento de verdad.

En Roma fué acusado este año un Gayo Macieno, porque huyó acá en España en una batalla, sin que señalen los autores cuándo, ni cómo sucedió. Fué condenado, y azotado debajo de una horca para mayor ignominia: y despues fué puesto en almoneda, y vendido como esclavo, y como hombre muy vil por no mas que un numuo, que era el valor de un cuartillo de plata de los nuestros de ahora. Juntábase á la sazon el ejército en Roma para venir á España, y con el rigor deste castigo les quisieron dar ejemplo terrible á los soldados dél, que les advirtiese mejor de su deber. Y por este año no parece que hizo mas Bruto, hasta el siguiente, en que se quedó por procónsul en la Ulterior.

Es ya este año ciento y treinta y cinco, y en él vino á la Citerior el cónsul Gayo Hostilio Mancino. A la partida segun la mala supersticion de romanos, les sucedieron en agüeros y en otras extrañas novedades, muy tristes señales de lo mal que en España le habia de suceder. (2) Llegado acá, y puesto su campo sobre Numancia, como Appiano Alejandrino cuenta, fué muchas veces vencido de los de la ciudad, que lo tenian despues encerrado en el fuerte de sus reales: sin que osase salir dél. Oyendo allí decir que los vaceos y los cantabros venian á ayudar á los nuestros, una noche salió huyendo con todo su ejército de sus reales. Y para ir mas encubierto, no llevaba delante ni lictores, ni las otras insignias de la magestad consular. Fuése á meter en un sitio fuerte, donde algunos años ántes habia tenido su real Fulvio Nobilior: y fué tan secreta esta su partida, que ningun sintimiento tuvieron dello sus enemigos. Súpose en la ciudad por esta ocasion. El dia siguiente era de gran fiesta para los numantinos, y hacian en él muchos casamientos de sus hijas. Habia entre ellas una muy hermosa, y pedíansela á su padre dos nobles mancebos. Él con respecto y pensamiento de verdadero español y numantino, les dijo la daria al primero dellos que trujese una mano derecha, que hubiese cortado á alguno de los enemigos. (1) Los dos mancebos encendidos con el amor y competencia en él, dos cosas harto poderosas en los ánimos de los mozos, se fuéron luego muy denodados al real de los romanos, por darse priesa á volver con las arras que se les pedian. Llegados allá, y no hallando ninguna persona, entendieron como los romanos se habian ido verdaderamente huyendo: y volvieron luego á hacerlo saber en la ciudad. Salieron cuatro mil numantinos á buscar los romanos, que eran veinte mil, ó treinta mil, segun otros dicen, y allí donde los fueron á hallar en las montañas, ántes que pudiesen fortalecerse, los cercaron, y los pusieron en tanto aprieto, que no habia mas que morir todos, ó dárseles. Forzado así el cónsul Mancino, trató de paz con los numantinos, y concertóse con alianza en todo igual, quedando los numantinos por amigos y confederados del pueblo romano, como al principio lo habian estado. Así cuenta esto Appiano: mas la verdad es, que fué mas aventajada y honrosa esta confederacion para los numantinos, segun todos los otros autores mucho la afean y encarecen. San Agustin llama á esta paz manchada con espantosa ignominia de romanos. Lucio Floro dice, que los romanos entregaron las armas, y compara el afrenta desta alianza, con la antigua de las horcas Caudinas, donde pasaron los romanos por debajo del yugo, como domados y sujetos. Eutropio llama á esta paz infame, Paulo Orosio feísima, y Plinio en los varones ilustres dice, que Mancino admitió todas las condiciones que los nuestros le quisieron pedir. Y todos encarecen tanto el estrecho en que los romanos se hallaban, que se puede bien creer que esto y mas consintieron. El mismo Plinio dice, que Mancino hizo esta paz tan fea, por persuasion y consejo de su cuestor, que entónces era Tiberio Graco, hijo del que hemos dicho, que triunfó de España. Mas Plutarco no dice que Graco lo aconsejó á Mancino, ni se lo persuadió: sino que habiendo ya comenzado el cónsul á ofrecer la paz, los numantinos respondieron, que no tratarian della, sino con solo Tiberio Graco, y dél solo se confiarian. Esto decian por la buena amistad que su padre habia hecho y guardado con ellos: y así interviniendo ahora el hijo, los romanos alcanzaron en las condiciones mucho mas de lo que pensaban.

Al partirse el cónsul del real, que tenia cabe Numancia, con la priesa se quedó allí casi todo cuanto tenian los romanos, y lo saquearon despues los de la ciudad. A Graco se le quedaron allí los libros de las cuentas de su cuestura, y acordándose dellos despues que ya se habia hecho la paz, y se habian vuelto los numantinos á su ciudad, fuése allá con solos cuatro compañeros, y parando cerca de la ciudad, envió á llamar algunos

(1) Lib. 3, c. 17. (2) El sumario de Tito Livio. Val. Máx. en el lib. I, c. 6, san Agustin en el lib. 3, c. 21, de Civ. Dei. Ciceron en el lib. 3, de los Oficios.

(1) Plinio de los Varones Ilustres, c. 59.

principales della, y pidióles le diesen aquellos libros, porque él pudiese dar tan buena cuenta de su cargo, como convenia. Los numantinos, que tenian todavía fresca la memoria de la buena amistad que con su padre habian tenido, y él tambien habia sido buen tercero en la paz ahora, holgaron mucho que se ofreciese alguna ocasion de mostrarle su buena voluntad: le rogaron que entrase en la ciudad. Graco, aunque dudó algo, al fin se fué con los que se lo pedian. Allí fué muy bien hospedado y festejado con gran convite; y éste acabado, le dieron sus libros, y le ofrecieron toda la presa para que tomase della todo lo que le pluguiese. Él muy comedidamente no tomó mas de un poco de incienso, que por estar ya diputado para sacrificar con él á los dioses, fuera falta de religion se quedara allí.

CAPÍTULO IV.

Los romanos rompieron injustamente la paz, y la injusta guerra que el cónsul Lépido hizo á los vacéos, y los daños que recibió sobre Palencia.

Luego que se entendió en Roma como Mancino habia peleado con pérdida, huido con cobardía, y hecho paz con ignominia, envió el senado á su compañero el cónsul Emilio Lépido, para que tomase acá el gobierno del ejército, y Mancino volviese á Roma á dar cuenta de todo lo sucedido en su cargo. Con Mancino fuéron á Roma embajadores de los numantinos, porque entendian que el senado abominando de la paz, no estaba en pasar por ella. Llegados estos embajadores á Roma, mostraban en el senado las escrituras de los conciertos de la paz, y pedian se mantuviesen, ó se les entregase todo aquel ejército que se salvó por aquellos conciertos, sin tener otro remedio para escapar de la muerte, ó del cautiverio Mancino siendo acusado, echaba la culpa toda á Pompeyo su antecesor, que le dejó un ejército tan acobardado y medroso, que no podia hacer mas con él, de venir en aquellos conciertos, ó dejar matar á todos sin ninguna resistencia, ó darse por cautivos sin remedio. Habia muchos tambien que ponian culpa á Tiberio Graco, mas él se descargó con decir, que lo que hizo, fué cuando ya el cónsul habia comenzado á tratar de darse: y que todo lo que él de ahí adelante concertó, no fué tanto en oprobio, como en salvacion de todo el ejército. Tambien se cree que le valió el favor de su cuñado Escipion el Africano, cuya autoridad era grande en la república. Y yo ninguna duda tengo, sino que Graco tuvo mucha culpa en esta alianza de Mancino, porque Marco Tulio lo da así bien á entender algunas veces. En fin fué condenado Mancino, y dada por ninguna la confederacion: y mandó el senado, que pues sin órden suya él habia hecho tan fea paz, que él fuese entregado á los numantinos, para que hiciesen dél lo que quisiesen. Y en el año siguiente se contará como le trujeron. Porque ahora conviene decir lo que el cónsul Emilio Lépido acá hizo.

Entretanto que pasaba en Roma todo esto de acusar y entregar á Mancino, el cónsul Emilio, su compañero, por no estar ocioso acá con el ejército, buscó como menear alguna guerra, segun cuenta Appiano: y con mucha falsedad les levantó á los vaceos, que en las guerras pasadas habian enviado mantenimientos á los numantinos. Con esta fálsa querella, les entró la tierra, destruyéndosela toda hasta llegar á Palencia, la mayor y mas principal ciudad de aquella provincia: la cual hasta entónces habia estado bien recatada, en guardar fielmente el amistad que tenia con los romanos. Tambien envió á Bruto, que era su yerno, para que él por su parte hiciese mucha guerra en otras partes de España, de que luego tengo de contar. Porque en este tiempo á los capitanes romanos que acá venian, como Appiano aquí lo dice, no les traia otra cosa, mas que ambicion de gloria y fama, deseo del triunfo, ó codicia de riquezas; sin tener ningun respeto al acrecentamiento y autoridad de su república. Pareció todo este movimiento de Lépido tan mal en Roma, que luego le enviaron dos embajadores, llamados el uno Cino, y el otro Cecilio, que le dijeron, como el senado no podia entender, por qué trás tantos daños, estragos y adversidades como la república habia recibido en España, él andaba moviendo nuevas guerras, y despertando mas enemigos, que de suyo se habia. Tambien les mandaron, dijesen al cónsul de parte del senado, que dejase de todo punto la guerra con los vacéos. Emilio no quiso hacer nada de lo que se le mandaba, y despidió los embajadores con escribir al senado: que tenia por cierto se le mandara aquello, si en Roma se entendiera con cuán justa causa habia movido aquella guerra: y que él tenia muy enteras fuerzas para acabarla, con el ayuda de Bruto su yerno: y que si en tal sazon dejase las armas, toda España junta las moveria luego contra él. Que mas valia mostrar ahora constancia, que no despues cobardía. Prosiguió pues el cónsul su cerco de Palencia, y con mucha presteza mandó aparejar todo lo que para él convenia. Envió tambien á Flaco, que debia ser legado, para recoger trigo de la tierra. Éste cayó en una emboscada de los enemigos, y porque era léjos de la ciudad, con astucia comenzó á dar voces. Tomada es Palencia, Emilio la ha tomado: y lo mismo gritaron los suyos con muestra de mucha alegría. Creyéronlo los españoles con su buena simplicidad, y atónitos con la novedad del caso, se pusieron todos en huida: y así escapó Flaco los suyos del peligro, y los mantenimientos que llevaba del robo. Conocian ya los romanos esta simplicidad de nuestros españoles, y valíanse della muchas veces para engañarlos. Iba muy á la larga el cerco de Palencia, y comenzábanles á faltar mantenimientos á los romanos, llegando á tanto estrecho, que muertas ya las bestias de hambre, comenzaban á perecer tambien los hombres. Emilio sufrió cuanto fué posible, mas forzado con la necesidad, mandó al fin levantar el cerco. La partida fué de noche, y tan arrebatada, que se dejaron los romanos mucha hacienda en los reales, dejándose tambien los enfermos y los heridos, que tristemente se lamentaban, por verse así desemparar. Los de la ciudad salieron en seguimiento de los romanos, y todo aquel dia hasta la noche les hicieron mucho daño. Tan mal fin como éste tuvo la injusta guerra que Emilio habia movido á los vaceos: y así por esto como por no haber obedecido al senado, se le mandó que volviese luego á Roma sin cargo ninguno, sino como un hombre particular. Allá le acusaron despues, y lo condenaron, mas no dice Appiano la pena que le dieron. Y todos los historiadores afean mucho la sinjusticia de Lépido en mover esta guerra, y encarecen los grandes daños que recibió en ella. Paulo Orosio dice, que contra la voluntad del senado acometió á los vaceos, que ninguna culpa tenian, y demás desto pedian humildemente la paz. Mas habiendo recibido Lépido un grande estrago en el ejército, pagó luego la pena de su porfiado desatino. Matáronle seis mil romanos, y los demás

huyeron perdiendo las armas, habiendo perdido tambien ántes los reales. Y el sumario de Tito Livio dice. El procónsul Marco Lépido padeció en la guerra que movió contra los vaceos un destrozo semejante al que poco ántes se habia recibido en Numancia. Y en llamar allí Tito Livio procónsul á Emilio, muestra claro, como se le prorogó su cargo por el año siguiente, y así muchas destas cosas sucedieron en él.

CAPÍTULO V.

Bruto conquistó á toda Galicia, y ganó renombre della.

Estas cosas adversas pasaban así por ambos los cónsules deste año, mas Junio Bruto con mayor ventura guerreaba en la Ulterior, y señaladamente en Galicia, que por la parte que se junta con Portugal, en la tierra que ahora llaman entre Duero y Miño, con todo lo demás de aquella tierra, venia á ser de la provincia Ulterior: y así Appiano y Lucio Floro señalan, que discurria Bruto por todo lo que bañan los rios Guadalquivir, Tajo, Duero y Limia, que es decir, desde el Andalucía, como el Océano cerca y rodea á España, hasta lo postrero de Galicia. Allí tenia mas peligrosa la guerra. Porque como Appiano cuenta, los gallegos unas veces se le ponian delante, y luego desaparecian, y la guerra iba de esta manera muy á la larga, sin término de acabarse. Bruto como buen capitan juzgó, que seguir los enemigos era mucho trabajo, dejarlos grande ignominia, y que en vencerlos habia poca honra. Por esto tuvo por mejor robarles la tierra, porque con esto enriquecería su ejército, y cada uno de aquellos capitanes gallegos se volveria á socorrer su tierra, y así se desharia lo grueso de su campo. Comenzó, pues, á destruir y robar cuanto hallaba, matando todos los que le venian á las manos. Andaban tambien las mujeres en la guerra con sus maridos, y mandándolas matar con ellos Bruto, mostraban tanto ánimo, que jamás al degollarlas, se les oia ninguna palabra ni gemido. Porque siempre el esfuerzo español, no era solo de los hombres, sino que tambien se hallaba muestra notable dél en las mujeres. Muchos se retrujeron á los montes con lo que tenian, y enviando de allí á pedir perdon á Bruto, se lo daba de buena gana, con repartirles los campos en que viviesen. Pasó despues el rio Orio (1), y estragó toda aquella tierra cruelmente, tomando muchos rehenes, de todos los que se le daban. Así llegó hasta el rio Lete, que quiere decir del olvido, y es el que ahora llamamos Limia en lo meridional de Galicia, á los confines de Portugal: y él fué el primero de los romanos que se alabó haberlo pasado (2). Porque dudando su ejército de entrar en el rio, arrebató el mismo Bruto con mucha ferocidad la bandera á un su alferez, y entró con ella en el agua, y púsola en la otra ribera. Llegó al fin hasta el rio Benis, ó Nibenis (3), y hizo por allí la guerra á los de la ciudad de Braga en Portugal, llamada en aquel tiempo Bracara, porque le habian tomado el bastimento, que se llevaba á su real. Destos portugeses de Braga dice aquí Appiano, que llevaban consigo sus mujeres á la guerra armadas para pelear: y ellos y ellas se arriscaban á morir con mucha alegría, sin volver jamás las espaldas, ni dar ni aun un gemido, cuando los mataban. Y cuando los de Bruto tomaban cautivas algunas mujeres, muchas dellas se mataban á sí mismas; y otras mataban sus hijuelos, por no verlos cautivos. Y no le valia á Bruto acabar de una vez la guerra, porque las ciudades que ganaba, luego se le volvian á rebelar, y tenia necesidad de conquistarlas de nuevo. Y estando sobre Labrica, una ciudad (1), que muchas veces desta manera se habia levantado, los de dentro le enviaron de nuevo á pedir perdon, con ofrecerse á hacer todo lo que se les mandase. Pidióles Bruto los que se les habian pasado, siendo amigos del pueblo romano: y pidióles tambien las armas, y que diesen rehenes, y que todos se saliesen de la ciudad y la dejasen vacía. Todo lo hicieron los labricanos: y cuando ya estuvieron todos en el campo, mandolos llamar Bruto á parlamento: y estando ya juntos, los hizo cercar con todo el ejército. Su plática fué, traerles á la memoria cuantas veces se habian rebelado, y cuantas ofensas tenian hechas al pueblo romano. Espantólos tanto con esto, que no habia castigo ninguno tan rigurôso, que ya ellos no lo temiesen. Mas Bruto contento con haberlos así atemorizado, mostrándoles su culpa, no pasó adelante en darles la pena. Todavía les quitó los caballos, y el trigo y dineros, que de comun habian juntado, y todo lo demás que parecia provision de guerra.

En estas guerras de Galicia cercó Bruto una ciudad llamada Cinania (2), que con gran perseverancia le habia resistido. Tentó luego si podria hacerles que comprasen el perdon, dando dineros porque se les diese. Los cinanios de comun consentimiento respondieron á los de Bruto, cuando les llevaron esta embajada: que sus pasados les habian dejado armas con que defendiesen su tierra, y no dineros con que comprasen su libertad, cuando alguno por avaricia se la quisiese vender (3). Celebra Valerio Máximo mucho esta respuesta, y dice: que holgara él mucho, que le hubiera dicho un romano, y no que la oyera otro. Estrabon dice, que Bruto tomó la ciudad de Moron por asiento, para hacer desde allí la guerra en toda Galicia. Lucio Floro encarece mucho el haber llegado Bruto por Galicia, hasta el postrer occidente del sol. Paulo Orosio dice, que Bruto venció sesenta mil gallegos, que habian venido en ayuda de los lusitanos. Veleyo Paterculo cuenta, que tomó Bruto en esta guerra gran multitud de hombres y de pueblos: penetrando hasta lo postrero del occidente las tierras que nadie hasta entónces habia visto. Y todos estos autores y otros cuentan, como por todo esto se le dió á Bruto el renombre de Gallego. Tambien se le dió el triunfo, aunque muy tarde, como despues veremos. Y debió cierto ser esta dilacion, porque se detuvo acá en acabar la conquista, y poner en órden la provincia, mas años que éste de que vamos contando. Y aun se puede creer, que algunas destas cosas que hizo en los años siguientes

(1) Es el rio Duero, llamado Dorios por los griegos. B. (2) El Sumario de Tito Livio. (3) Este nombre segun Estrabon, se dió igualmente al rio Miño, y corresponde al brazo que viene de entre Lugo y Mondoñedo, quedando reservado el nombre de Miño para el otro brazo que actualmente se denomina Sil, el cual nace en los montes de Ciana, entre la provincia del Vierzo y el principado de Asturias, y al que convienen mejor los dos nombres de Sil y Miño, por el color rojo que adquieren sus aguas en las diversas vetas de bermellon ó minio por donde pasa. B.

(1) No se puede determinar bien el sitio de esta ciudad, pero el sabio Sarmiento se inclina á que estuvo entre las rias de Pontevedra y Padron, hácia la punta llamada de la Lanzada. B. (2) Algunos reducen esta ciudad á un sitio que aun en el dia conserva el nombre de Citania, y se descubre entre la ciudad de Braga, y la villa de Guimaraens á orillas del rio Dave. B. (3) En el lib. 6, c. 4.

que acá estuvo, mas yo, como Appiano Alejandrino, las puse todas juntas. Este autor dice expresamente que Bruto estuvo con su suegro el cónsul Emilio este año en el cerco de Palencia, y si esto fué así, de harto léjos vino para ayudarle. Y por otra parte parece tuvo tanto que hacer en Galicia, que dificultosamente se pudo apartar de su provincia y larga conquista.

CAPÍTULO VI.

Como fué entregado Mancino á los numantinos, y ellos vencieron al cónsul Pison.

Harto ha habido que contar de las cosas de España en este año, el siguiente ciento y treinta y cuatro tendrá tambien mucho. A Bruto se le mandó quedase en España con cargo de procónsul, ó porque, como he dicho, no habia acabado sus conquistas en Galicia, ó porque los negocios de allí para entera satisfaccion pedian su presencia. Publio Furio Filo, uno de los cónsules deste año, tuvo el cargo de traer á Mancino á España, y hacer solemnemente la entrega dél á los numantinos, con ceremonias que para esto los romanos tenian. Y como esta jornada era tan honrosa, y tenia tambien provecho, tuvo Furio mucha resistencia en esta pretension. En particular se la procuraron estorbar Quinto Metelo y Quinto Pompeyo, hombres tan principales, que ambos eran consulares, y tenian enemistad con él. Mas mostró Furio tan grande ánimo que cuando mas ellos murmuraban dél y de su jornada, les mandó por el poderío de cónsul, que bastaba para todo, que viniesen con él por sus legados. Y habiendo de ser estos dos por el oficio que les daba los que habian de andar siempre á su lado, y ser íntimos en sus consejos, y en la ejecucion dellos, se aseguró de todo, como que en consideracion de su valor, tuviese confianza que nadie le podia ofender (1). Y aunque en esto hubo muestra de magnanimidad, todavía tiene razon Valerio Máximo de culparlo por temerario.

Llegado, pues, á Numancia Furio: un dia por la mañana puso junto á las puertas de la ciudad á Mancino, desnudo en carnes, y atadas las manos atrás: y dejándolo allí, se apartó luego, y se volvió sin detenerse un punto. Porque esta priesa era parte de la ceremonia, y tambien se queria excusar de no dar ni tomar sobre esto con los numantinos. Mancino estuvo todo el dia hasta la noche en el mismo lugar que lo dejaron: y siendo desamparado de los suyos, y no recibiéndolo los enemigos, fué muy dolorosa representacion para todos. Al fin los romanos como hubiesen ya cumplido con su deber en entregar así á Mancino, viendo que los enemigos no lo recibian, lo tornaron á recoger ellos consigo, catando para hacerlo agüeros que se lo consintieron, porque sin esto no lo osaran hacer.

Aquí lamenta Paulo Orosio (2), como español, las injusticias que los romanos usaron en esto contra los numantinos, yo trasladaré fielmente sus palabras. Mi dolor me fuerza, dice él, que dé voces en esta sazon. ¿Porque, romanos, os atribuis falsamente, y os alzais con la gloria de aquellas grandes virtudes: fé, justicia y fortaleza? Aprende las mas de veras de los numantinos. Fué menester fortaleza; vencieron peleando. Pedíase que mantuviesen fé, fiándose de otros, con pensar que nadie quebrantara lo puesto, como ellos no lo quebrantaron: habiendo concertado la paz, dejaron ir libres á los que pudieran matar sin resistencia. Fué menester que se pareciese la justicia, el senado romano aunque no lo quiso mostrar manifiestamente, mas en realidad de verdad, juzgó que la tenian los numantinos, cuando vió que sus embajadores pedian, ó sola la paz firme, ó todos juntos los que por razon della fueron dejados ir vivos. Habíase de hacer prueba de misericordia: harto buen testimonio dieron los numantinos della, dando primero la vida á todo el ejército de sus enemigos, y despues no ejecutando en Mancino la pena, á que aun los suyos le condenaban. Y pregunto yo á los romanos: ¿por qué entregaron así á Mancino: pues que estando el ejército todo á punto de ser muerto sin remedio, él le dió la vida con los conciertos de buena confederacion, y sacó á salvo tantos millares de romanos: y estando todas las fuerzas de su tierra en peligro de ser destruidas, las conservó enteras para tiempo de mejor oportunidad? Y si no os contentó la manera de la alianza que se hizo: ¿por qué aquel ejército todo, que se salvó á costa desto, lo recebistes como vuestro, y no lo distes cuando os lo pidieron como ageno? Y si os dió contento ver escapado vuestro ejército con cualquier remedio: ¿por qué dábades á solo Mancino que lo puso? Marco Varron en la batalla de Cannas, que quedó muy famosa con el estrago de los romanos, forzó á pelear á su compañero Paulo Emilio que le resistía, y casi hizo fuerza al ejército, que dudaba para que entrase en la batalla. Y no fué aquello meter la gente en la batalla, sino llevarla á manifiesta carnicería. Y así perdió Varron cuarenta mil hombres por su desatino en aquella pelea, estando muy certificado Anibal que su furia del cónsul se los habia de dar en las manos. Y habiendo sido muerto entre ellos su compañero Paulo Emilio, un hombre tan excelente: con gran desvergüenza osó Varron volver casi solo á Roma, y allí alcanzó premio de su grande infamia. ¿Por qué se le dieron gracias públicamente en el senado, por no haber desesperado de la república, habiendo sido él el que la trujo á verdadera desesperacion? Y el triste de Mancino, que con cordura trabajó y alcanzó que no fuese destruido todo su ejército, que por suerte desdichada y muy ordinaria de la guerra se hallaba cercado en peligro de muerte, le condenó el mismo senado á que fuese entregado á los enemigos. Y así aunque á los romanos les pesó de la pérdida de Varron, por el tiempo le perdonaron, y en Mancino al contrario se contentaron con ver salvo el ejército, y castigaron al que lo salvó. ¿Sabeis, pues, romanos, qué hicistes? Que de hoy mas ninguno de vuestros ciudadanos querrá proveer á vuestros peligros, temiendo el desagradecimiento: ni ninguno de vuestros enemigos os creerá, ni confiará de vosotros nada, temiendo vuestra infidelidad y poca constancia en lo que prometeis.

Estas son las palabras de Paulo Orosio (1). Y no crea nadie que por ser él español se queja así con pasion, porque bien se ve la razon que le sobra: y Marco Tulio, que de mas de ser romano, es muy gran favorecedor de su tierra, confiesa claramente que en esta acusacion de Mancino y Quinto Pompeyo siguió mas el pueblo romano su provecho, que no su deber (2).

Plinio cuenta de Mancino, que se hizo poner despues en Roma una estatua, en donde le retrataron al

(1) En el lib. 3, c. 7. (2) Querella de Paulo Orosio en el lib. 5, c. 5.

(1) En el lib. 34, c. 5. (2) En el lib. 3, de los Oficios

propio, como estaba el dia que lo entregaron á los numantinos. Yo no puedo pensar qué le movió á querer dejar memoria de aquel dia, y de aquella miserable desnudez en que lo entregaron, pues fué todo tan ignominioso para él y para sus descendientes, si no fuese que conforme al parecer de Paulo Orosio se queria gloriar de que escapó todo aquel ejército romano como pudo. Y ninguna otra cosa se halla en los historiadores antiguos que el cónsul Furio acá hiciese, sino que vino por su sucesor Quinto Calpurnio Pison, cónsul del año siguiente ciento y treinta y tres. Y Bruto se estaba todavía en la Ulterior con sus gallegos y portugueses. El cónsul Pison hizo la guerra con los de Numancia y Palencia el verano, y lo demás se recogió á invernar en los carpentanos. Así pasó Appiano tan en general por estos hechos: mas de Julio Obsecuente, otro autor romano, se entiende, que el pelear deste cónsul con los numantinos, fué muy triste para él, porque fué vencido y su ejército puesto en grande aprieto.

CAPÍTULO VII.

El cónsul Escipion Africano fué señalado para la guerra de Numancia, y los grandes aparejos que hizo para su venida.

Por todas estas victorias que los numantinos estos años habian habido, estában los romanos tan atemorizados con espanto de los españoles, que espanta tambien el encarecimiento que desto hacen los autores. Lucio Floro dice que no habia soldado romano que osase esperar, en oyendo una voz de un numantino, ó en viéndole venir. Paulo Orosio (1) cuenta, que estaba la fuerza romana tan embotada, que no sabia soldado ninguno afirmar los piés para no huir, ni asegurar el ánimo para esperar. Luego que veia el romano al español, se tenia por vencido, y en solo huir le parecia que estaba su remedio: que éstas son las palabras de aquel autor. Daba en Roma todo esto muy gran congoja, y solo Escipion Africano esperaban que podia ser bastante para destruir á Numancia, pues habia podido vencer y asolar á Cartago en su primer consulado. Por esto le hicieron cónsul la segunda vez este año, que ya es el ciento y treinta y dos ántes del Nacimiento. Y como en el otro consulado le sacaron de la sujecion de la ley por su poca edad, así ahora tambien quebrantaron con él otra ley que vedaba, nadie fuese cónsul otra vez, dentro de diez años que lo hubiese sido. Fué su compañero en el consulado, Gayo Fulvio Flaco, mas sin echar suertes sobre las provincias, por solo decreto del senado, se le dió la España Citerior á Escipion. Y puédese creer que todavía se está Bruto, en la Ulterior tambien este año, porque aun no hay mencion en los historiadores de su triunfo, y era buena providencia que entretuviese todo el resto de España con su presencia y reputacion: porque Escipion no tuviese que temer della en Numancia, ni hubiese cuidado en Roma de otra guerra. En Appiano es error manifiesto decir, que no podia ser cónsul Escipion este año por su poca edad, pues habia ya cerca de cincuenta años, como se puede sacar desde que estuvo en Macedonia con su padre. Solo le impedia lo que dije.

Entendiendo, pues, Escipion cuán dificultosa guerra se le encomendaba en la de Numancia, y de cuantas maneras era menester trabajar para acabarla, comenzó á hacer todos los aparejos, que como buen capitan, en tan difícil contienda entendia ser necesarios. Entre las otras cosas, fué una muy señalada de su prudencia, que no quiso traer de nuevo ningun ejército, aunque siendo cónsul pudiera tomar lo que quisiera, y el senado no se lo negara. Tenia bien entendido, que habia bastante ejército de número en España: y que no le faltaba sino que fuese el que debia. De ser todo muy cobarde le venia estar en ocio, y de ahí, como es cosa ordinaria el haberse corrompido con muchas maneras de vicios. Trujo consigo solamente Escipion muchos mancebos romanos nobles, que de honrados y valerosos se quisieron venir con él, y otros, que los reyes sus amigos le enviaban. Y no fueron estos tan pocos, que no llegaran á número de cuatro mil. Y fueran muchos mas, sino que el senado le estorbó el pasar adelante, en recebir todos los que se le ofrecian: porque no quedasen Roma y Italia desamparadas de todos sus mancebos nobles, que con amor de Escipion, y con deseo de andar en la guerra con un tan escelente capitan, le pedian los llevase consigo. Deste estorbo se quejó Escipion en el senado, diciendo una muy buena razon. La guerra á que voy, decia él, es dificultosísima y muy peligrosa, como por muchas esperiencias se entiende. Pues si han sido vencidos tantas veces nuestros capitanes y ejércitos en Numancia, porque los enemigos son muy valientes, menester son buenos soldados para contra ellos. Y si hemos sido vencidos por nuestra flojedad y cobardía, mejores soldados son menester que los que hasta ahora hay allá. Tambien los reyes sus amigos le enviaron á Escipion grandes socorros. Entre los otros vino Yugurta, hijo del rey Manastabal de Numidia, y nieto de Masanisa, mozo valiente y de grandes pensamientos, y que en esta guerra de los romanos aprendió como vencerlos, en la que con ellos despues revolvió. Mas tambien estuvo en los mismos reales Gayo Mario, que fué el que al fin le deshizo y lo mató. Y dos tan grandes capitanes parece que estudiaban ahora en una misma escuela, como habian de valerse el uno contra el otro, sin saber entónces, que habian de ser contrarios. Tambien fué soldado de Escipion en esta guerra Quinto Sertorio, que despues como veremos fué muy señalado capitan, y que lo mostró bien en España, donde lo habia aprendido á ser con tan buen maestro. Sempronio Aselion y Rutilio Ruffo, fueron tribunos de soldados en esta guerra, y como de Aulo Gelio, y Appiano Alejandrino se entiende, ambos escribieron lo que pasó en ella (1).

Desta gente principal que así se llegaba, hizo Escipion una cohorte, que él con nombre griego llamaba Filonida, y quiere decir compañía de los amigos, de la cual se sirvió mucho despues en esta guerra para grandes ocasiones. «Que siempre los nobles en la guerra son de mucha importancia; y cuando llegan á entender que las mayores empresas son suyas propias, acométenlas con mayor esfuerzo y perseverancia, por la obligacion que el respeto de su casta les pone.»

No se puede bien señalar el número de gente, que Escipion tuvo en esta guerra, mas despues se verá, como debieron llegar á cuarenta mil hombres de pelea. Y no paraban aquí los aparejos de Escipion, porque entre los muy principales tenia el traer consigo hombres de letras: y así vino con él Polibio Megalopolita-

(1) En el lib. 5, c. 5.

(1) En el lib. 2, c. 13.

no, grande historiador. Yo tengo por cierto que vino con Escipion esta jornada Polibio, aunque no se halle espresamente en ningun autor: porque en otras jornadas hallamos que lo llevó consigo (1). Y Plinio y Velevo Patérculo, y Plutarco y Suidas, lo llaman á Polibio compañero y maestro de Escipion. Y Polibio cuenta de sí mismo, que fué á ver el sitio de Cartagena para mejor describirlo (2). Y esto parece sin duda seria cuando estuvo acá en esta guerra, la cual, segun dice Marco Tulio, como cosa mas señalada la escribió por sí y no junta con la otra grande historia suya. Tambien el famoso poeta Lucilio sirvió en esta guerra á caballo. Mas fuera desto tenia Escipion otro consejero mas familiar y mas ordinario (3). Este era el libro de la Ciripedia de Fenofon: donde aquel insigne filósofo, y juntamente excelente capitan, no escribió que tal fué el rey Ciro en paz y en guerra, sino cual entendió que habia de ser para ser dechado perfecto de un singular príncipe y capitan. Este libro nunca jamás Escipion lo dejaba en esta guerra de las manos, y entretanto que dormia lo tenia debajo de su cabecera.

CAPÍTULO VIII.

El remedio que Escipion puso en los vicios del ejército, y como comenzó la guerra, y lo que hizo en Palencia.

Tenia Escipion muy bien entendido que ninguna cosa le convenia tanto en esta guerra, como remediar el ejército que estaba acá en España, y quitarle los vicios con que se habia entorpecido. Por esto dejado el cuidado de toda la gente que habia de venir de Italia á Marco Buteon su legado que la pasase acá, él con la presteza posible se vino á tomar el cargo del ejército que acá estaba (4). Luego en llegando comenzó á desembarazar el ejército, y como limpiarlo del mal mohoque se le habia pegado con el ocio. Echó del real las rameras, que llegaban, segun todos cuentan, á número de dos mil. Quitó los mercaderes y los cocineros, y todas las bestias de carga, y la gente de servicio que con ellas se acumulaba, hasta no quedar dellos sino lo muy preciso, que era imposible escusarse. Ningun soldado consintió que tuviese mas aparato para su servicio, de lo que para guisar un asado ó un cocido fuese menester, y un solo vaso para la bebida. Quitóles los colchones. y él fué el primero que hizo hacer su cama de solo heno. No consentia caminar á caballo á los soldados, porque decia que no podia confiar nada en la guerra, del que no podia andar con sus piés (5). Haciales cavar de ordinario fosos, y andando por esto muy sucios, decia. Anden manchados de lodo, pues no han sido hombres para empaparse en sangre de enemigos. Con esto y otras grandes industrias hizo volver á su campo la templanza y buena órden de vivir, que andaban como desterradas de allí: y así dice Paulo Orosio muy bien que ejercitaba sus soldados, como si los tuviera á aprender en una escuela: y Lucio Floro dice que tuvo mas que pelear con los vicios de sus soldados, que con los enemigos. Y para que todos le tuviesen el respeto y acatamiento debido, comenzólos á tratar con alguna aspereza: que aunque le era natural, era mucho mas necesaria para fundar bien con ella su autoridad. Y con tener ya bien acostumbrados sus soldados: todavía no se fiaba dellos para comenzar la guerra sino que por mas ejercitarlos, los hacia marchar muy á menudo, y asentar y fortificar cada dia nuevos reales: para que con el trabajo cobrase su gente las fuerzas y buena firmeza que con la ociosidad habia perdido. En esto, y en todo el trabajo Escipion era el primero que en él se hallaba, y el postrero que se quitaba dél. Y tenia tan repartido el cuidado de cada cosa, que en un punto se ponia cada uno en lo que habia de hacer. El caminar con su ejército era con tanta órden, como si fuéra á dar la batalla: y el reconocer el campo, con el mismo recato que si tuviera los enemigos delante. Todo este cuidado y esta industria entendia era menester para osar parecer delante los numantinos: y así se detuvo sin acometerlos, ni llegarse adonde pudiese ser acometido, hasta que estuvo muy satisfecho que tenia su ejército trocado, y puesto en ferocidad y pundonor de victoria.

Entrando el estío, ya se llegó el cónsul con su campo cerca de Numancia, teniendo siempre muy recogida y guardada toda su gente, porque no le sucediese al principio alguna adversidad por donde los nuestros le tuviesen en ménos, pues que sin esto ya le menospreciaban y burlaban destos sus detenimientos. Y por entónces jamás acometió á los numantinos, ni les dió ocasion ninguna que ellos pudiesen hacerlo, como quien tenia bien considerado el esfuerzo y fuerzas del enemigo, y no se hallaba bastante para aventurarse con él. De otra manera pensaba vencerle, haciendo la guerra á los campos por no atreverse á hacerla á los hombres. Mandó por esto destruir todo lo que cerca de sí tenia, y siendo forzado pasar adelante, todos le aconsejaban que era lo mejor seguir aquella entrada del llano que estaba delante Numancia, mas él les respondió. Vosotros tratais de la entrada, y yo no pienso mas que en la salida. Seremos forzados á pelear, y venciendo no ganaremos mucho, y siendo vencidos lo perderemos todo. Y será locura por tan liviana ocasion meternos en tan gran peligro. Porque yo no tengo por buen capitan el que ama el pelear, y lo desea, sino el que forzado con la necesidad se pone al peligro de la batalla, con fiucia de la victoria. Algunos autores escriben, que esta vez dijo aquella sentencia tan alabada desde entónces hasta ahora. Jamás el buen capitan ha de venir apuntando que diga: No pensé.

Por esto despues que hubo destruido enteramente todo lo que pudo en la tierra de Numancia, alzó su campo, y retiróse con él Duero abajo á los vaceos, donde entendia que los numantinos andaban juntando mucha provision. Llegando pues Escipion hasta cerca de Palencia, que era tambien por este tiempo muy guerreada de romanos, destruyó toda aquella tierra por donde pasó, y haciendo la provision necesaria para su ejército, mandó quemar en grandes montones todo lo demás. Aquí fué ya forzado á pelear, porque los de Palencia pusieron mucha gente emboscada en unos collados, y de allí salian de improviso á un gran llano que Appiano llama Complanio (1), y daban sobre los romanos que andaban talando. Escipion envió contra éstos con cuatro bandas de caballos, á Rutilio Ruffo, que entónces era su tribuno en

(1) Veleyo en el lib. I. Plutarco en los Apophtegmas, y Plinio en el lib. 5, c. I, y en el lib. 8, c. 16. (2) En el lib. 6, en la epístola á Luceyo. (3) Marco Tulio y en la 1 carta de las que escribe á su hermano, y al fin de la 2 Tusculana (4) Julio Frontino en el lib. 4, c. 1, Lucio Floro, Orosio, Appiano, el sumario de Tito Livio, y Val. Max. en el lib. 2, c. 2. (5) Vegecio en el lib. 3, c. 10.

(1) Aunque Appiano da á entender que Complanio es ciudad, no es mas que un sitio llano, cercado de alturas. B.

una legion, y despues escribió todo lo que pasó en esta guerra. Y Appiano, que dice esto, parece que tomó dél todo lo que escribe della. Pues como Rutilio se metiese mucho en los enemigos, que á su parecer se retiraban, los siguió hasta un collado alto, donde ya se descubrió la emboscada, y por eso mandó detener sus caballos, y esperar muy en órden lo que sucediese. El cónsul que vió á Rutilio mas adelantado de lo que él quisiera y le habia ordenado, siguió con todo su ejército, y llegando adonde ya los nuestros todos juntos querian dar sobre los romanos, mandó partirse toda su gente de caballo, y entrar por dos partes hácia los enemigos. Mandóles tambien que solamente trabasen la escaramuza sin romper la batalla, retirándose siempre hácia el cuerpo del ejército, con que él estaba á sus espaldas. Con estas dos bandas de caballos se juntaron los de Rutilio, y así por el buen concierto de la escaramuza, y con la seguridad que todo su campo les hacia, se recogieron todos en salvo. Queriendo despues Escipion salir de aquella tierra, y siendo necesario pasar un rio muy peligroso, por su hondura y malos vados, que parece podia ser Pisuerga, pues se habia de atravesar por fuerza, volviendo de Palencia: entendió tambien que los nuestros se habian emboscado por sus riberas para esperar los romanos al paso. Disimuló Escipion que lo sabia, y asegurólos, prosiguiendo su camino, hasta que tuvo oportunidad de torcer de noche por otro muy diverso, donde los españoles no le pudieron estorbar. Y porque como vemos, toda aquella tierra de Campos es muy seca, mandaba Escipion, como dice Appiano, hacer muchos pozos por todo aquel camino. Salia las mas veces el agua salada, y así se padecia mucho trabajo de sed, y se perdieron muchos caballos y bestias de carga: mas al fin todo el ejército salió á salvo.

Pasó desta vez Escipion en su vuelta por cerca de la ciudad de Caucia (1), donde Luculo con tan cruel traicion habia muerto toda la gente della. Él mandó pregonar allí, que todos los que quisiesen volver á poblarla, que gozasen libremente de los campos y heredades della. Esto hacia Escipion, porque aunque de su natural era duro y riguroso, mas era tambien muy justo, y entendia fuera desto que valian mucho con los españoles los beneficios y la mansa y justa manera de gobernarlos.

Por todo este rodeo de camino que Escipion hizo para volver desde Palencia por Caucia á Numancia, parece que dejó el camino derecho que habia traido junto á Duero, y tomó estotro de apartarse del rio, y meterse mas hácia los puertos de entre el reino de Toledo y Castilla, á los cuales parece estaba vecina Caucia. Y en pasar los llanos y los pinares, que para esto se atraviesan, harto se pudo padecer de aquella sed, que tanto Appiano encarece. Mas todo es conjetura, sin que se pueda con verdad afirmar nada.

En esta guerra con los vaceos sucedió una brava hazaña, de las que (como muchas veces en esta historia hemos visto) usaban los españoles en sus desesperaciones. Teniendo Escipion cercada una ciudad, y viéndose los de dentro sin remedio, matáronse todos á sí mismos con sus hijos y mujeres, para que los romanos no pudiesen decir que los habian vencido. No sabemos qué ciudad fuese ésta, ni se puede decir mas della, porque el sumario de Tito Livio, donde solo se halla escrito, lo pasa con toda esta brevedad.

CAPÍTULO IX.

Escipion cercó á Numancia de muchas maneras, con que la puso en grande aprieto.

Todo esto se hizo este verano: y acercándose el invierno. Escipion lo fué á tener dentro en la tierra de Numancia. Allí le vino el socorro de África que esperaba, y trújolo Yugurta, el nieto de Masanisa, y hijo de Manastabal, que dijimos. Fué el socorro doce elefantes muy bien encastillados y proveidos de gente, que tiraban desde lo alto con hondas y ballestas. Tambien envió Manastabal gente de pié y de caballo de sus númidas, que siempre fueron muy preciados ginetes. Y mostróse tan valiente y tan cuerdo Yugurta, como dice Salustio, en toda esta guerra, que siendo amado de todo el ejército, era preciado de su general, tanto como otro alguno. Así le encomendaba siempre cosas de gran peligro, y comunicaba con él las de importancia, haciendo dél toda la cuenta que de cualquiera otro de sus deudos y amigos mas principales. No hacia tampoco ménos estima Escipion de Gayo Mario, que fué el que despues venció á Yugurta. Porque una vez en este cerco de Numancia, habiéndose movido en la mesa de Escipion plática de qué capitan podria tener la república romana faltándole Escipion: él respondió, que muchos podria tener, y por lo ménos tendrá aquel que allí veo: y señaló á Mario, que estaba presente. No trujo consigo de Roma Escipion á Mario, porque él estaba ya de ántes acá. Y él fué uno de los que le ayudaron mucho en el reducir el ejército: y así lo acrecentó despues, y le dió algunos cargos en el campo. Por Mario tambien dice Plutarco, que se levantó en este cerco el proverbio de llamar acémila de Mario á uno que quisiesen alabar con desden. Porque queriendo un dia Escipion reconocer los caballos y otras bestias del campo, Mario presentó su caballo y su acémila, tan bien curados, que tuvo mucho el general que alabar en ellos.

Tuvo Escipion todo el invierno en su real, y gastólo en destruir los campos de Numancia, para que no le quedase ninguna ayuda, ni reparo en ellos, y sus soldados se cebasen mucho con la presa ordinaria. Andando los romanos en esto, faltó una vez poco que no fuesen cercados y destruidos. Entraron á saquear unas caserías que tenian una gran laguna, que casi las cercaba todas. Por otra parte estaba una gran montaña muy enriscada, y allí se pusieron los nuestros encubiertos. Los del ejército de Escipion, que allí habian venido, se partieron en dos partes. La una entró á robar las casas, y la otra que era menor, y tenia unos pocos caballos, escaramuzaba con algunos de los numantinos que salian de la emboscada, á entretenerlos, hasta que ya saliendo todos, los cercaron y los pusieron en gran peligro de ser todos muertos. Escipion mandó hacer apriesa con las trompetas señal de recogerse, enviando entretanto mil caballos que socorriesen los demás. Con éstos, y con la gente que salió de las casas, y con todo el ejército que ya cargaba, se pudieron salvar los que peligraban, y dando todo junto el campo de los romanos la carga á los nuestros, los hicieron volver las espaldas, para meterse en la ciudad.

(1) Esta ciudad es la villa de Coca, de que hace mencion el Itinerario de Antonino en camino de Mérida á Zaragoza, situándola entre Simancas y Segovia. Algunos portugueses se han empeñado en hacer de Caucia, Caura, y en reducirla á la provincia de entre Duero y Miño, en donde existen el pueblo y el rio Coura: pero les falta apoyo en los antiguos. B.

Vióse entónces, como dice Lucio Floro y Paulo Orosio, una nueva maravilla, y tal, que no se pudiera hallar quien la creyese: que huian los numantinos, y los veian huir los romanos. Todavía no los quiso seguir Escipion, contento con volverse sin mucho daño al real. Porque de ambas partes murieron algunos. Con todo esto quedó esta vez mas resoluto y mas determinado Escipion de jamás pelear con los de Numancia: y así dice Paulo Orosio, que públicamente propuso de hacerlo. Esto parece pudo acaecer en un lugarejo que está allí cerca del sitio de Numancia, y lo llaman el Henar, y hay en él gran laguna, hácia otro que dicen Chavaler.

Con esto entró el verano del año siguiente ciento y treinta y uno cuando eran ya cónsules en Roma Publio Mucio Escevola y Lucio Calpurnio Pison, y á Escipion se le mandó quedar en España con título y mando de procónsul. Y yo tengo por cierto, que aun todavía se estaba Bruto en la Ulterior.

Estaba ya resuelto Escipion de apretar mucho el cerco de Numancia, hasta tomarla por hambre, porque venir á las manos con ella, siempre le pareció de mas peligro que buen efecto. Repartió su ejército en dos campos, y quedándose él con el uno, dió el otro á su hermano Quinto Fabio Máximo, á quien ya conocemos de cuando estuvo acá contra Viriato, para que él tambien por otra parte cercase la ciudad. Otros dicen que dividió en cuatro reales todo el ejército, y él á la verdad tenia tanta gente, que para todo bastaba. Tambien discordan en el número de la gente, y los mas dicen que tuvo Escipion en este cerco sesenta, y otros cuarenta mil hombres. En Numancia tambien dicen los mas que habia ocho mil hombres de pelea, y otros no le dan mas que la mitad. El haberle venido tan grandes ayudas de españoles á Escipion, como luego se verá, hace verisimil el mayor número. Salian muchas veces los de dentro á pelear, mas Escipion jamás lo quiso hacer, confesando que su esfuerzo y desesperacion con que peleaban, era mucho de temer. Y como muchos le culpasen este su gran recato, teniéndolo por flojedad, respondia: Mi madre me parió para capitan, y no para soldado. Y podia decir esto Escipion mas á su salvo que otro: porque ya cuando fué soldado, habia dado buena experiencia de cuan valiente lo sabia ser. Mandó hacer siete trincheras con sus vallados, en diversas partes contra la ciudad, para mas estrecharla: y envió á pedir mucha gente de socorro á muchas partes de España, señalando qué gente de pié y de caballo habia de enviar cada provincia. Porque siempre parece que no podian ser vencidos los españoles, sin que españoles ayudasen á vencerlos.

Venida esta gente, que fué mucha, repartióla junto con la demás de su campo en muchas estancias, así que cercasen del todo la ciudad. Dió asimismo cargo á los tribunos y centuriones que comenzasen y llevasen continuado un gran foso que cercase toda la ciudad, con un vallado muy alto, así que fuese imposible salir ni entrar nadie en ella. Era necesario que tuviese este baluarte cerca de dos millas, porque poco ménos tenia en torno la ciudad, y así los que andaban en este trabajo, estaban por algunas partes léjos unos de otros. Y para que todos pudiesen ser fácilmente socorridos cuando saliesen los de dentro á estorbarles la obra (como muchas veces lo hacian) se les tenia mandado, que de dia, al salir los numantinos hiciesen señal con levantar una bandera roja, y de noche con fuego. Acabada esta cerca, con que quedaron harto encerrados los de dentro, mandó Escipion de nuevo hacer otra con madera y terraplenes, que tenia talle de muro perfecto, porque era de diez piés en alto, y cinco en grueso, y á sus trechos tenia sus torres muy bien formadas. Y porque no podia cercar de la misma manera la laguna que estaba cerca del muro, mandó echar por allí un tal vallado, que bastaba tanto como la cerca. Así fué Escipion el primer capitan que cercó de muro la ciudad que tenia cercada con ejército. Y esto nó porque los cercados no querian pelear, que siempre lo procuraban, sino porque los de fuera recelaban siempre la pelea. Todas estas cosas tan extrañas y nunca vistas ni oidas, que el cónsul así hacia, eran manifiestos testimonios de que confesaba como ni osaba pelear con los numantinos, ni podia vencerlos con las armas. Con toda esta premia salian algunos de Numancia por el rio Duero, que bañaba los muros, y mucho les ayudaba, para no estar del todo encerrados, y para que por allí les entrase alguna provision. Salian y entraban algunos, zambulléndose por el agua, otros en barcas con grande furia de remos, y otros esperando el viento que soplase muy recio, y iban y venian en sus barcas sin estorbo, y metian en la ciudad mantenimientos. No podia hacer Escipion puente por la anchura y furia del rio, mas hizo en cada ribera un castillo, y con grandes maromas puso atadas de uno á otro vigas muy gruesas, que estaban en el agua, y tenian hincados en alto y al través muy largos clavos y puntas de hierro, que estorbaban bien el paso á las barcas y aun á los nadadores. Todo esto hacia Escipion, como dice Appiano y otros, por no verse en la pelea con los numantinos: y vencerlos con quitarles el mantenimiento, y todo el remedio y consejo de haberlo. Puso tambien por las torres de su terrapleno trabucos y otras máquinas que tirasen á la ciudad: y repartió otros que tirasen desde allí tambien piedras y saetas, como fuese menester. Generalmente en todo este cerco tuvo gran cuidado de mezclar en todos los escuadrones tiradores. Y por cosa muy particular y muy señalada la cuenta Vegecio (1). Con esto y con sesenta mil hombres de pelea entre romanos, y numidas y españoles, que de nuevo le habian venido, tenia cercada la ciudad; y todo era bien menester para valerse contra ella.

Los de Numancia salian ordinariamente á dar en las guardas de los romanos, mas cargaba de súbito tanta multitud sobre ellos, que era forzoso el retirarse si no querian ser todos muertos. Y cuando se retiraban, Escipion no consentia que los romanos los siguiesen, matando en ellos, diciendo: que mientras mas fuesen, mas aina se comerian la vianda que en la ciudad tenian.

Habia entre los numantinos un hombre principal, llamado Retogenes Caravino, y éste viendo en tanta fatiga su tierra, determinó buscarle como pudiese el socorro, ó morir procurándolo. Persuadió á otros cinco, como dice Appiano, que le quisiesen ayudar en esta hazaña que emprendia, y todos seis con sus caballos, y sendos escudos, y algunos esclavos, salieron una noche de la ciudad, llevando una escala de trozos, repartida entre todos. Dieron súbito en las primeras guardas que encontraron, y mataronlas muy presto, y así pasaron hasta el terrapleno. Subieron en lo alto, y peleando y matando muchos de los que les quisieron resistir, cuenta Appiano, que hicieron una cosa harto

(1) En el lib. I, c. 15.

dificultosa de creer, y yo la refiero como él la pone. Dice que al fin hicieron plaza franca para que sus esclavos les guindasen tambien sus caballos, y se los guardasen á la otra parte de fuera, hasta que ellos subieron en ellos. Fuéronse Retogenes y sus compañeros á los arevacos y presentándoles el estrecho en que estaba Numancia, les pedian con lágrimas por el parentesco y amistad que entre ellos habia, les diesen algun socorro. Los arevacos no solamente no les concedieron lo que pedian, sino que les mandaron se saliesen luego de toda la tierra, con miedo que tenian no se la destruyesen los romanos, por solo haberles escuchado su embajada. No dice Appiano qué hicieron Retogenes y los suyos, sino cuenta luego que en Lucia (1), una ciudad populosa, que estaba aun no una legua de Numancia, todos los mancebos tenian gran deseo de socorrer los cercados, y de cuantas maneras podian, trataban de mover toda la ciudad para que se animase á hacerlo. Los viejos avisaron desto á Escipion, atemorizados de su gran poderío. Él una noche escogió en su campo la gente que le pareció mas despierta, y con ella amaneció sobre Lucia, cercándola toda. Pidió luego que le entregasen todos los mancebos que dentro habia. Y como se le respondiese que todos habian huido, amenazólos que si luego no los daban, que la ciudad seria saqueada y destruida. Rendidos con este miedo los lucianos, le sacaron hasta cuatrocientos mancebos, á los cuales con mucha dureza de corazon, que le era natural, mandó cortar las manos derechas, y así se volvió el mismo dia á sus reales.

CAPÍTULO X.

Los de Numancia se quisieron dar al cónsul, mas él no los quiso recibir, y al fin se mataron todos con desesperacion.

Fatigábales ya la hambre á los numantinos, y ella les forzó á enviar un ciudadano principal llamado Abaro, con otros cuatro, á tratar con Escipion de algun buen concierto. Llegado Abaro al cónsul, le habló con ánimo ensalzado, en quien aun la adversidad tan grande no habia hecho señal de abatimiento: y como refiere Appiano; dijo desta manera. No será menester decirte, Escipion, quien son los numantinos, pues nos tienes bien conocidos, y nos ves perseverar con tanta constancia en defender nuestra tierra. Así emplearás bien el beneficio si quisieres hacer lo que te suplicaremos. Y no te pedimos que nos perdones, sino que temples el castigo, de manera que podamos sufrirlo. Ya conocemos la mudanza de fortuna, y vemos que la salvacion de nuestra ciudad no está en nuestro poderío, sino en tu voluntad. Tómala como tuya, contento con darnos una pena moderada: y si esto no quieres, no esperes que tú podrás verla vencida: porque ella se anticipará en destruirse á sí misma, ántes que tú la tomes.

Era Escipion muy áspero y terrible de su natural condicion, y así les respondió á estos embajadores sin ninguna piedad, que le diesen libremente la ciudad con las armas, y con todo lo que en ella habia. Pues pudiera bien ablandar Escipion algo deste su terrible rigor, con acordarse como alguna vez, los que ahora le pedian alguna piedad, la habian usado con los romanos, dando la vida, y dejando ir en salvo á los ejércitos enteros, y á grande multitud de romanos, á quien pudieran dar la muerte por derecho de la guerra. Mas una aspereza natural de suyo se enternece pocas veces: cuanto mas si se persuade que la rigurosa severidad de que usa, es por entónces necesaria. Oida esta respuesta por los numantinos, todo el amor de su libertad se les volvió en ira y desesperacion, como á hombres que jamás habian sabido que cosa era sujecion. Con esta rabia mataron á Abaro y á los otros cuatro que con él habian ido: vueltos furiosos en oir tales nuevas, y sospechando tambien que habian dejado concertado con Escipion, que les otorgase á ellos las vidas. Pidieron despues de nuevo á Escipion por beneficio que pelease con ellos, para morir todos como varones con las armas en la mano. Mas muy léjos estaba Escipion de aventurar nada desta manera, como quien tenia ya segura la victoria sin sangre, y habia temido siempre el pelear con los numantinos, cuanto mas ahora que estaban desesperados.

Todo les acrecentaba á los nuestros su rabia, y así determinaron morir como pudiesen peleando. Para esto se aparejaron desta manera. Tenian una cierta manera de brevaje, que llamaban celia, y lo usaban en lugar de vino, de que toda aquella tierra carece. Este brevaje se hacia de trigo mojado, y secado despues al sol como almidon. La harina quedaba muy delicada, y ésta desleian con tal licor, y de tal manera, que daba mucho calor en el cuerpo, y tenia fuerza de emborrachar como el vino. Hartáronse primero todos los numantinos de carne mal asada, y embeodáronse despues con mucha celia, y así salieron nó á pelear, sino á morir desatinados. No pudo ya Escipion excusar la pelea, que fué brava: y con ser tantos los romanos, se vieron en gran peligro en ella. Y dice Paulo Orosio, que de nuevo entendieron los romanos aquel dia que lo habian con los numantinos, huyendo dellos: sino que tenian por capitan á Escipion, que bastó para excusarles el afrenta. Murieron en esta pelea los mas valientes de los nuestros: y los demás se recogieron á la ciudad con buen órden, sin jamás volver las espaldas, ni dar ninguna muestra de que huian. Dábanles los romanos licencia, que si quisiesen tomasen los cuerpos de los suyos para enterrarlos, y no quisieron hacerlo, por no parecer que recibian dellos beneficios. Esto cuenta así Paulo Orosio: mas Lucio Floro dice, que cuando salieron á pelear desta manera, fué cuando Escipion excusó la batalla. Y que otra vez apretándoles mucho la hambre, salieron de tropel para morir todos, y que se mantuvieron algunos dias despues de los cuerpos de los que murieron de las heridas. Lo postrero que intentaron fué huir como pudiesen. Mas estorbáronselo sus mujeres, cortándoles y deshaciéndoles todos los aderezos y frenos de los caballos, de manera que fué imposible aprovecharse dellos. Y el grande amor que á sus maridos tenian, les hizo que les impidiesen el salvar sus vidas.

La hambre era ya incomparable, porque habiéndose mantenido algunos dias de cueros cocidos, ya comian carne humana, y la pestilencia que habia recrecido, ayudaba muy apriesa á consumir los pocos que en Numancia quedaban. Viéndose ya pues sin ninguna manera de remedio, determinaron matarse todos, para que ellos anticipasen el ganar victoria de sí mismos, y no pudiese gloriarse Escipion, que la habia alcanzado.

(1) Esta ciudad pudo ser la de Voluce, distante solo veinte y cinco millas de Numancia, en el camino de Astorga á Zaragoza por la Cantabria; para cuya reduccion no debe detenernos el que Appiano solo la ponga distante una corta legua de Numancia, pues hay poco que fiar en el texto de este autor. B.

Así murieron todos, unos con veneno, y otros se mataban á cuchillo, y otros se echaban en los grandes fuegos con que habian encendido la ciudad toda, porque tampoco no quedase nada della que pudiese gozar el enemigo.

En esta triste sazon, como celebra Valerio Máximo (1), Téogenes, un principal numantino, puso fuego á todo su barrio que era lo mas hermoso de toda la ciudad. Despues él, por morir como valiente, tomó una espada, y echó otra en el suelo, convidando á sus vecinos que se matasen con él, y que el que venciese, echase al vencido muerto en el fuego, así mató muchos peleando, y él como vencedor de sí mismo, se echó tras ellos en las llamas mas encendidas.

Así pereció muerta con sus manos, y nunca vencida la señalada entre todas las del mundo ciudad de Numancia, no pudiendo decir Escipion con verdad que la venció por su esfuerzo y fuerza de los suyos, sino cuando mucho que con su perseverancia hizo que Numancia se destruyese á sí misma. Y Lucio Floro historiador natural de Roma, acabando así de contar el fin que tuvo esta ínclita ciudad, la celebra tanto, que dice estas mismas palabras. Dió buen testimonio de la gloria y esclarecido valor de Numancia, y de su gran esfuerzo, y de su dichosísima suerte entre tantos males y miserias, el haber mantenido tantos años la fé con sus aliados, y el haber sufrido tanto tiempo, y resistido al pueblo romano, que guerreaba con las fuerzas de todo el universo. Y al fin apretada la ciudad, y no vencida por un famosísimo capitan, no le dejó en sí misma cosa ninguna de que pudiese gozar como enemigo. No se halló un solo numantino que pudiesen aprisionar por cautivo. Presa, como de gente pobre, no quedó ninguna, las armas en la ciudad las quemaron todas. El triunfo que della se hubo, fué de solo el nombre de la ciudad. Así encarece esto Lucio Floro, y lo mismo dice Paulo Orosio: y añade, que solo ganaron los romanos en esta victoria su seguridad. Valerio Máximo dice (2), que lo que se halló en la ciudad fueron brazos y piernas y otros pedazos de carne humana, de que los numantinos ya muchos dias ántes se mantenian.

Appiano Alejandrino cuenta algo diferente la matanza y destruccion que los numantinos hicieron de sí mismos, diciendo que quedaron algunos vivos, y los tomó Escipion. Mas yo sigo á Tito Livio, Orosio, Floro y Valerio Máximo, que concuerdan, y son de mucha autoridad. Tito Livio, como parece por sus sumarios, siempre ensalza á los numantinos, y hace muy grande estima de su esfuerzo. Celebra tambien mucho, y con razon, la prudencia y gran destreza de Escipion en emendar su ejército, y reducirlo á buen concierto de guerra, que es todo el fundamento de vencer. Dice que los traia siempre ocupados perpetuamente en trabajos de manos, y de camino les hacia que llevase cada uno muy gran carga de su mantenimiento, y sin esto siete palos para el vallado. Y viendo á uno que no podia caminar por ir tan cargado, le dijo, cuando supieres hacer buena defensa con la espada, no tendrás para que llevar la del vallado. Otro llevaba mal puesto el escudo, y hízole dar otro mayor y mas pesado, diciendo, que así era menester darle aquel buen escudo, porque sabia aprovecharse mejor dél, que del espada. Viendo un dia que los suyos en la batalla no podian sufrir á los numantinos, y estaban para volver las espaldas, mandó pregonar que tendria por enemigo, y le trataria como á tal, al que volviese al real sin ser vencedor. Por solo que un soldado le saliese de la ordenanza, lo mandaba luego azotar con varas si era extranjero, y con sarmientos por mas honra si era romano. Con todo este rigor se cuenta dél una blandura: que habiendo sabido como un buen soldado faltaba muchas noches del real sobre Numancia, porque se iba á buscar una su amiga que le habian echado de allí: le permitió que la trujese al campo porque no hiciese aquellas ausencias.

Tambien cuentan Tito Livio y Marco Tulio, que estando Escipion en este cerco, llegó un riquísimo presente que el rey Antioco, y otros dicen Attalo, de Siria le enviaba. Y como por costumbre de los demás capitanes generales del pueblo romano lo pudiese recebir en su tienda y á sus solas, no quiso que se lo diesen sino en presencia de todo el ejército. Mandó tambien, que el cuestor del pueblo romano tomase todos los dones por cuenta, porque dijo que los queria para dar dellos premios á los soldados que por valentía los mereciesen. Mostró con esto gran menosprecio de aquellas grandes riquezas, y dió ánimo á sus soldados con el esperanza de participarlas.

Entre los otros á quien Escipion premió por esta guerra, fué uno Yugurta, alabándolo públicamente, y dándole muchos dones y cartas para el rey Micipsa su tio, donde celebraba mucho el esfuerzo y prudencia de Yugurta. Diciéndole que tenia en él un hombre digno de ser su sobrino, y nieto de Masanisa.

Duró la guerra de Numancia desta vez no mas que siete años, contando desde la muerte de Viriato, y principio deste libro hasta ahora. Y así, para poder salvar lo que todos los historiadores generalmente dicen que duró catorce años, es forzado juntar con éstos los tres de la otra guerra que tuvieron con los desta ciudad Fulvio Nobilior y Marcelo, y aun con todo eso no pasan de diez. Pues en la cuenta de los años no puede haber falta yendo como aquí van continuados por la sucesion de los cónsules, que es cuenta infalible, y sin error en las tablas capitolinas. Podremos decir, que entretanto que duró la guerra de Viriato, tambien se movieron los numantinos, y que duró entónces la guerra cuatro años, aunque no hay escrito nada della.

Lo que dice Veleyo Patérculo, que tomó Escipion á Numancia un año y tres meses despues que vino en España: parece ser verdad por el discurso desta conquista.

Tomada Numancia, Escipion la asoló toda, porque no quedase ni aun rastro de quien tanto pudo resistir á Roma con afrentarla tanto. La tierra toda, para que se cultivase, repartióla por los pueblos de la comarca sujetos á los romanos. Luego se anduvo Escipion por mucha parte de España pacificando muchos pueblos, y ordenando las cosas de su buen gobierno. Y porque traia siempre muy delante los ojos lo mucho que habia hecho en destruir á Numancia, y aun casi no creyéndolo, dice Paulo Orosio, que preguntó á un español principal de la Celtiberia, llamado Tireso, qué esfuerzo habia hecho á Numancia primero invencible, y qué trueque y mudanza la habia hecho despues que pudiese ser vencida. Tireso sin dudar mu-

(1) En el c. 3, del lib. 2. (2) En el lib. 7, c. 6.

cho le respondió. «Con la concordia se mantuvo, y con «la discordia pereció. Que tanto como esto puede des«truir y asolar una desconformidad.» Y Estrabon (1) conforme á esto se pone en particular á considerar muy despacio, como fueran los españoles invencibles si supieran unirse, y solo por ser desconformes, pudieron ser vencidos. Sus palabras son éstas. La causa que hubo para que los griegos y otras naciones pudiesen entrar en España, y apoderarse della, no fué otra sino estar los españoles repartidos en chicas compañías, y parentelas y gobiernos. Los señoríos con esto no se podian extender mucho, ni unirse á la larga por la gran soberbia y pertinacia de que cada uno de los españoles tenia, para querer mandar sin rendirse á conformidad y union, con que cobraran mayores fuerzas. Esta su braveza de ánimo los hizo flacos, por estar solos contra los que les venian á quitar la tierra. Porque si se juntaran todos para su defensa, y se ampararan unidos y conformes en buena amistad y compañía, ni los tirios primero, ni despues los cartagineses no los destruyeran, ni les ocuparan sus tierras, aunque con mayores fuerzas y poderío lo intentaran. Y esto mismo que dice Estrabon destas dos naciones, se puede muy bien estender á la entrada de los romanos en España.

Dejó desta vez Escipion muy sosegada y en muy buen gobierno toda España, y volviose á Roma donde tambien era recien venido de acá Junio Bruto, que triunfó luego con título de haber vencido los gallegos, y por esto se le dió el renombre de Callaico. Luego triunfó Escipion de Numancia, con quedarle tambien el renombre de Numantino sobre el que ya tenia de Africano. Y fueron estos dos capitanes los primeros y postreros de los romanos que ganaron renombre de España, y no de toda ella, como se ganó de África y de otras provincias, sino de una ciudad sola, ó de muy poca tierra. Las islas tambien de nuestro mar dieron renombre á quién las sujetó, como se verá muy presto. Todo esto de pacificar Escipion á España despues de asolada Numancia, y triufar él y Bruto en Roma, fué siendo ya cónsules Publio Popilio Lenate y Publio Rupilio, el año ciento y treinta ántes del Nacimiento. En este triunfo cuenta Plinio, que repartió Escipion á sus soldados una pequeña suma de plata. y por tal la celebra (2): por donde parece que el número está allí errado en las libras de plata, pues sube á mas de ciento y veinte mil ducados, que no era para hacer fiesta dello por poco.

CAPÍTULO XI.

Hubo diez gobernadores en España. Metelo sujetó á Mallorca y Menorca. Calpurnio Pison gobernó, y fué muerto en España. Y otras cosas diversas.

Pasan luego seis años, que ninguna cosa se puede contar de España, sino es que ocupados los romanos en otras guerras, enviaron, como escribe Appiano diez embajadores ó gobernadores, con título de legados acá, para que con prudencia y buenos conciertos entretuviesen las cosas en paz y sosiego, porque no querian tomar por entónces contra nosotros las armas. Y porque aquí se va acabando ya la historia particular de las cosas de España, que este autor escribió, no será maravilla que en las de muchos de los años siguientes no pueda yo escribir sino bien poco dellas, por faltarme ya de quien las he sacado hasta aquí. En este tiempo murió en Roma súbitamente Escipion el Numantino, que como por todo lo pasado se ha parecido, y se confirmó por otros grandes hechos que acabó, fué muy señalado capitan entre todos los principales que Roma tuvo, y aunque su esfuerzo fué harto grande no se puede dudar sino que su prudencia fué mayor. El demasiado rigor, y alguna aspereza en la condicion le hizo parecer poco semejante á su padre natural Paulo Emilio, y á todos sus pasados que se preciaron mucho de mostrar su nobleza con mucha mansedumbre y benignidad. Mas puédese escusar en alguna manera mucho desto, con la necesidad que el ejército de España tenia dello. Y el haberlo tambien con los numantinos, pedia asimismo cualquier rigor.

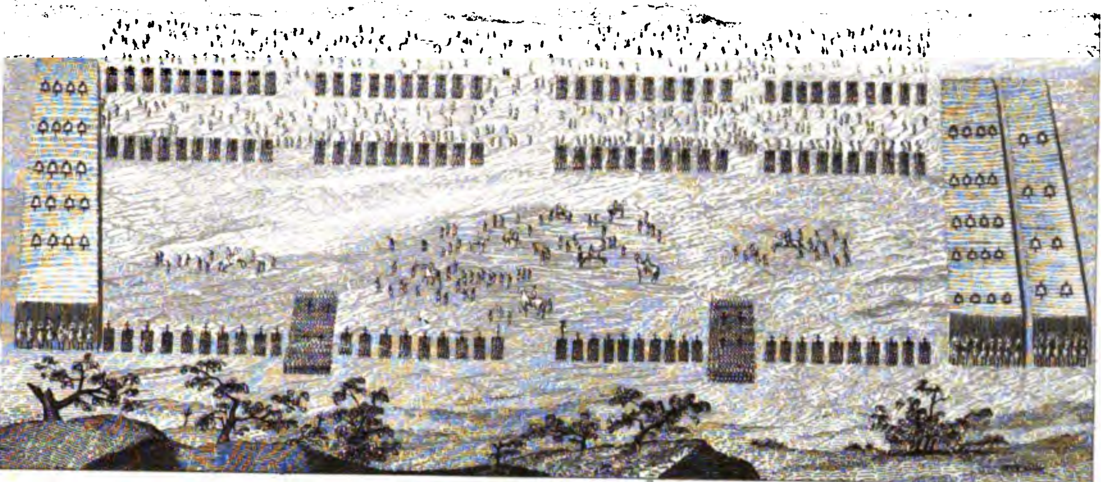
Despues el año ciento y veinte y uno ántes del Nacimiento, el cónsul Cecilio Metelo, que lo era con Tito Quincio Flaminio, vino á las islas de Mallorca y Menorca para sujetarlas. Destas dos islas no será menester decir aquí nada, por lo mucho que dellas y de sus nombres, fertilidad y costumbres ha dicho Florian de Ocampo en diversos lugares del principio desta historia. Solo conviene considerar como cosa harto notable en la historia romana, que habiendo siempre tanta mencion de Cerdeña, y de lo mucho que los romanos hicieron por señorearla, y conservarla: casi nunca jamás haya habido mencion destas otras dos islas que la están tan cerca, y son tan principales. Esta es la primera vez que romanos tratan de conquistarlas. Y si no fuera por lo que Magon hermano de Anibal, como queda dicho. hizo en ellas, y por alguna gente que salia dellas á sueldo, nunca hasta ahora las oyéramos nombrar en la conquista de los romanos en España. Por lo cual podemos creer, que hasta ahora siempre debian estar en buen amistad del pueblo romano. La ocasion y manera de conquistarlas esta vez fué ésta, como Lucio Floro y Paulo Orosio, y el sumario de Tito Livio lo escriben.

Andaban los moradores destas dos islas por este tiempo robando todas las riberas comarcanas, en unas barcas tan mal aderezadas, que miedo ponia pensar que habian de entrar hombres en ellas. Y con no tener mas armas que sus hondas, con solas ellas y sus barcas se mantenian en ser corsarios muy enojosos á todos sus vecinos. Pasaba ya esto tan adelante, que en Roma pareció cosa digna que un cónsul se emplease en ella. Así vino Metelo con gran flota, y los mallorquines salieron á ella, pensando haber una gran presa. Al principio de la batalla descargaron sobre las naves romanas una lluvia incomportable de piedras. Mas luego que vinieron á las manos, y la fuerza de los navíos grandes comenzó á desbaratar las barquillas, pusiéronse todos los isleños en huida; y llegados á sus riberas, se metieron en las montañas como bestias fieras, y así fué menester andar á caza dellos, para acabar de vencerlos. Paulo Orosio solo dice, que Metelo hizo gran matanza en los isleños. La victoria fué grande, así entera la sujecion en que desta vez quedaron ambas islas. Por todo mereció Metelo el renombre de Baleárico. Y todo esto hace creer que se le dió en Roma á Metelo el triunfo, que mencion expresa desto no la hay en ningun autor.

Por estos años, como se halla en Plutarco, sin que se pueda señalar en cuál, Gayo Mario el gran sol-

(1) En el lib. 3. (2) En el lib. 33, c. 11.





Un ejército romano.

dado, de quien en la guerra de Numancia se hizo mencion, vino á gobernar la Ulterior España despues de su pretura: y hallándola malamente fatigada con grandes compañías de salteadores que toda la alborotaron, la dejó bien sosegada, y persuadidos los de la tierra que era cosa malvada robar de aquella manera, que entre ellos se tenia ántes por valentía. No hay duda, sino que la guerra que entónces hizo Mario á los lusitanos, fué muy grande, pues llamó gente de los celtiberos en su ayuda, y les dió por premio deste socorro muchos campos donde poblasen y viviesen como presto se verá.

Parece que se rebeló despues la Ulterior España en el año ciento y nueve ántes de la Natividad de nuestro Redentor, y fué enviado para sosegarla Calpurnio Pison, y luego por su sucesor Servio Sulpicio Galba, y debia ser hijo del que malamente mató la gran multitud de lusitanos. En una palabra, cuenta Appiano Alejandrino esto al fin de su historia de España, y no hay como dar mas relacion dello.

Por la órden de los tiempos que señala Marco Tulio parece que este Pison es el que en Córdoba hizo una gran muestra de su mucho cuidado que tenia en no llevar ningun cohecho. Quebrósele un anillo de oro que tenia, estando en aquella ciudad, y queriéndolo mandar hacer de nuevo, estando sentado en su tribunal, en pública audiencia, con mucho concurso de su gente, mandó llamar un platero, y allí delante de todos le dió el anillo quebrado para que lo renovase. Y dándole el oro por peso, le mandó que allí delante dél y de todo el pueblo lo labrase hasta acabarlo. Porque si despues le viesen con anillo nuevo, no pudiese nadie sospechar que lo habia habido en aquella tierra. Quería en esto parecer á su padre Lucio Pison, que por sobrenombre llamaban Frugi, y quiere decir el de mucho recaudo, por ser hombre que en todas las cosas lo puso muy señalado. Este Pison que decimos del anillo, fué muerto acá en España, como allí Marco Tulio escribe, y porque él no dice mas, no se podrá decir cómo, ni dónde. Deste Lucio Pison creo yo sin duda que son las muchas monedas de plata que se hallan en España con su rostro y su nombre, y el sobrenombre de su padre, que como herencia lo usaba.

El señalar la venida de Pison á España en este año se hizo por algunas buenas conjeturas de lo pasado, y de lo de adelante. Otros dos Pisones mataron tambien acá los españoles, mas esto fué muchos años despues como diremos en su lugar.

Luego tras estos dos que acá gobernaron, enviaron otra segunda vez los romanos diez embajadores, ó gobernadores, con título de legados, á España: que ordenasen todas las cosas della pacíficamente, y con buenos conciertos pusiesen toda la tierra en sosiego. Porque nuevas guerras que en Italia y otras partes tenian los romanos, les forzaba á querer este buen entretenimiento con nosotros.

Dos años despues entraron en España, y fueron echados della los cimbros; lo cual pasó desta manera. Eran estos cimbros pueblos de lo mas alto y postrero de Alemania. Y porque todas aquellas gentes septentrionales siempre acostumbraron á salir de su tierra juntos en grandes ejércitos, para ganar por fuerza lugar donde parasen: éstos salieron ahora forzados, porque el mar les cubrió sus campos, y se los anegó todos como hoy dia se hace en muchas partes de Flandes, si con reparos que llaman diques no proveen de estorbarlo. Con esta recuesta vinieron discurriendo hasta Italia, y echados de allí una vez, pasaron en Francia, y últimamente vinieron á España, y echados della este año se volvieron en Italia. Solos cuentan la venida en España y la vuelta destos cimbros, Lucio Floro y Plutarco, sin decir mas palabra. Pues no hay duda, sino que pasaron cosas muy señaladas acá en la entrada y salida destas gentes estrañas. Y tampoco hay duda, sino que los echaron de acá los romanos, como señores de la tierra, con gran ayuda de los nuestros.

El año ciento y siete ántes del Nacimiento, tuvo por cónsules á Quinto Metelo y á Marco Junio Silano. Quinto Servilio Cepion venció este año los lusitanos, como Eutropio lo dice brevemente. Con la misma brevedad hace mencion Julio Obsecuente de una gran victoria que hubieron los lusitanos de los romanos, en que les mataron casi todo su ejército. Mas esto fué tres años despues del año ciento y cuatro ántes del Nacimiento siendo cónsules Quinto Servilio Cepion, y Gayo Attilio Serrano. Cuando se lee esto, tan sumariamente relatado en este autor, luego se desea una mas particular y y entera relacion deste hecho de nuestros españoles, que se entiende fué muy señalado, y no hay como saber dél mas de lo dicho.

Este mismo año nació en Italia uno de los mas señalados hombres que ha habido en el mundo, y por esto sin que toque á lo de España hago mencion dél aquí. Este fué Marco Tulio Ciceron, príncipe de la elocuencia romana. Cuya grandeza y excelencia en el decir y razonar, la encarecia Julio César, como Plinio refiere desta manera (1). Decia que se podia muy bien dudar si dió mas gloria y fama Marco Tulio, solo á Roma con su elocuencia, que todos juntos sus capitanes, los que le sujetaron el universo. Y de otra manera tambien veo yo muy encarecida la grandeza y excelencia de Marco Tulio, que en los mil y seiscientos años que han pasado desde que él vivia hasta ahora, no ha habido hombre señalado en letras y que de cualquier manera tuviese ingenio ensalzado, cristiano, ó gentil, sabio, ó valiente, á quien no le haya puesto admiracion su elocuencia, y la ventaja que con ella hizo á todos los que en esto mas se han podido estremar

CAPÍTULO XII.

Lo que los cónsules Didio y Craso acá hicieron. Hazaña notable de Sertorio. Otras cosas diversas.

Si no quiero dejar el órden que llevo, ó no dejo de contar algunas de las cosas señaladas que en España pasaron, tengo de conortarme, y los que esto leyeren me han de sufrir que estos tiempos de por aquí tengan tan desabrida la relacion, como es no decir mas de una palabra sola de una guerra muy principal. Mas la fidelidad en contar las cosas y los tiempos, me quita todos estos miedos, y hace que siga mi cuenta como va proseguida, y el suceso de las cosas no mas largo de como en los autores antiguos se halla. Siendo pues cónsules Gayo Mario la segunda vez, y Gayo Flavio Fimbria el año ciento y dos, los cimbros eran vueltos otra segunda vez en España Robaron algunas tierras en compañía de los teutónicos otros alemanes que acá habian tambien venido con la misma demanda, y fueron forzados á volverse en Francia: porque los celtiberos los echaron animosamente de toda la tierra. Esto contaba muy por extenso Tito Livio, como parece en su sumario, y tambien Plutarco en la vida de Mario lo da á en-

(1) En el lib. 7, c. 30.

tender. Escribe despues desto Julio Obsecuente, que fueron vencidos los lusitanos, y puesta en sosiego toda la Ulterior, que parece habia estado rebelde con la gran victoria de los dos años ántes. Esto fué ya el año noventa y nueve. Y por decir Rufo Festo Avieno en su historia, hablando destos tiempos, que Decio Junio Silano hubo algunas victorias en España, se podria creer que son éstas de que Julio Obsecuente dice.

El año noventa y siete fueron compañeros en el consulado Marco Antonio, y Aulo Postumio Albino: y como del mismo autor parece, los lusitanos volvieron á rebelar y fueron de nuevo sujetados por Lucio Cornelio Dolabela, que tambien alcanzó por estas victorias el triunfo, habiendo gobernado acá con cargo de procónsul, ó propretor. El otro año despues noventa y seis habia tan grandes movimientos de guerra en la Celtiberia, que fué menester enviasen allá los romanos al uno de sus cónsules Tito Didio, que tenia por compañero á Quinto Metelo, que llamaron el Nieto (1). Peleó el cónsul con los celtiberos en una gran batalla, la cual despartió la noche despues de mucha matanza, sin que se reconociese de ninguna parte ventaja. Didio aquella noche se dió gran priesa á enterrar de sus muertos los mas que pudo, para engañar á los nuestros, como muy á punto le sucedió. Porque venido el dia, y viendo muerto mucho mayor número de los suyos que los enemigos, por aquella falsa cuenta que entónces pudieron hacer, creyeron que ellos habian sido vencidos el dia ántes. Así vinieron en los partidos de la paz que el cónsul quiso darles. Eran los arevacos los principales en esta guerra, y mató Didio veinte mil dellos en diversas batallas.

La ciudad de Termes (2), grande y valerosa, era tambien ahora en estos movimientos, como siempre habia sido, la que muy de mala gana estaba sujeta á los romanos. Asolóla toda esta vez el cónsul Didio, mandando á sus moradores que dejasen el sitio fuerte que tenian, y se pasasen á edificar en lo llano, en barrios y casas muy apartadas, que ninguna forma tuviesen de ciudad: vedándoles tambien que de ninguna manera los fortaleciesen con muros ni otro reparo. Y siendo, como tengo por cierto que fué, el sitio desta ciudad el despoblado que ahora vemos en la ermita de nuestra Señora de Tiermes, parécese bien en él esta mudanza que Didio les forzó hiciesen, pues están ahora las ruinas en un valle sin ningun aparejo de fortaleza, ni defensa.

Puso despues Didio cerco á la ciudad de Colenda (3), y al cabo de nueve meses se le dió, que él en todo este tiempo no la habia podido tomar. La hambre, ó otra alguna necesidad, forzó á los colendanos que se entregasen, pues fué tan triste el suceso, que Didio los vendió todos con sus mujeres é hijos por esclavos. Habia otra ciudad allí vecina de Colenda, cuyo nombre no pone Appiano, en que moraban muchos de los celtiberos, mezclados de diversos pueblos. Porque Gayo Mario los años ántes, como deciamos, les habia dado aquella tierra en que viviesen, por premio de la buena ayuda que contra los lusitanos le habian dado, hallándose con él en aquella guerra. Didio determinó matar todos los moradores desta ciudad, y comunicó esta determinacion con los diez legados romanos que aun se estaban acá en España desde la segunda vez que, como hemos dicho, acá vinieron. Éstos aprobaron su consejo, y con autoridad de todos se ejecutó la terrible crueldad. La causa que habia para ella, segun dice Appiano, no era otra, sino que forzados con pobreza, ó porque tenian poca tierra, ó porque las guerras no se la dejaban labrar, se habian dado á robar y vivir de saltear por los caminos. Sea esta causa justa, y baste para matar con fiera crueldad una gran multitud de hombres y mujeres, niños y viejos: la malvada manera de ponerlo por obra ¿quién no la abominará? Aseguróles el cónsul con decirles á los principales que entre ellos habia, que visto como por el angostura que tenian de tierra pasaban necesidad que él queria hacerles un repartimiento de muy extendidos campos. Plugo esto á los nuestros: y mandoles Didio que viniesen todos los moradores de la ciudad, con sus hijos y mujeres, para que conforme al número de personas repartiese mejor la tierra. Venidos que fueron adonde estaba el real de los romanos, el cónsul mandó salir todo el ejército de dentro de los reparos, y que se entrasen allí todos los nuestros, para que saliendo de allí poco á poco, los fuesen poniendo por lista porque mejor se acertase el repartimiento. Luego que estuvieron así encerrados, se le mandó á la gente de guerra que entrasen y los matasen todos: lo cual fué acabado con una miserable presteza, que en un punto hizo un horrible lago de sangre en que se bañaba la multitud de los cuerpos muertos de que habia manado. Con haberse habido en Roma lástima de tanta crueldad, y con abominar de tanta traicion, dice Appiano, que todavía le dieron allá á Didio el premio del triunfo.

En alguna destas guerras parece usó Didio una astucia de guerra que Julio Frontino cuenta (1). Hallábase Didio en campaña con poco ejército, y esperaba otras ayudas con que mucho lo acrecentaba. Los nuestros que estaban á vista del cónsul con su campo, entendido que venia este socorro, determinaron enviar gente que pelease con él ántes que llegase á juntarse con su general. Didio para estorbar esto hizo dos cosas. Llamó su campo á parlamento, y díjoles que luego queria dar la batalla que se aparejasen para cuando se les mandase pelear. Tras esto mandó que no se pusiese mucho recaudo en guardar los cautivos. Así se pudieron huir algunos, y dijeron á los nuestros el aparejo que se hacia para la batalla. No osaron con esto los españoles sacar ninguna gente de su campo, y el socorro de Didio llegó sin contraste al suyo.

En esta guerra, que duró cuatro ó cinco años, tuvo el cónsul Didio en su campo á Quinto Sertorio, con cargo de tribuno de una legion. Éste fué aquel famoso capitan, que desta vez entendió bien cuán gran cosa era España, aunque ya sabia mucho desto desde la guerra de Numancia (2): y así queriendo despues levantarse contra el pueblo romano, se alzó con ella como bastante para tal competencia, segun muy presto hemos de ver. Ganó Sertorio mucha autoridad desta vez en España con lo que hizo en Castulo, estando allí un invierno de aposento. La tierra es rica y abundosa, y así los soldados se daban mucho á comer y beber demasiado, por donde muchas veces llegaban á estar mal vencidos del vino. A los nuestros que sin la dulzura natural que tiene consigo la libertad, siempre sufrian de mala gana la sujecion que á los romanos tenian, les

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 10. (2) El señor Lope Raez en su erudita y circunstanciada Historia del obispado de Osma, publicó los planos de la ciudad de Termes, y los de Numancia y Clunia. B. (3) Se cree que puede reducirse á la villa de Calanda en Aragon. B.

(1) En el lib. 1, c. 8. (2) Plutarco en la vida de Sertorio y Aulo Gelio en el lib. 2, c. 17.

pareció buena ocasion ésta para procurar su libertad con destruirlos. Concertáronse con los girisenos sus vecinos, que parece son los de Jaen, ú otros pueblos cerca de allí, y metiendo secretamente una noche en la ciudad grande ayuda dellos, de súbito dieron sobre las posadas de los romanos, y comenzaron á matar algunos dellos. Sertorio al primer sentimiento del alboroto salió en un punto al campo con unos pocos de los suyos que se allegaron. Allí se le juntaron muchos mas de los que podian escapar huyendo. Con éstos bien ordenados volvió á entrar en la ciudad y apoderándose della con mandar cerrar las puertas, hizo cruel matanza de todos los que halló con armas, ó las podian haber tomado. Mandó luego á sus soldados que tomasen las armas, y se vistiesen las ropas de los españoles muertos, y caminó con presteza á la ciudad principal de los girisenos, que habian venido en ayuda de los castuloneses. Los de allí los salieron á recibir muy alegres, pensando que eran los suyos que volvian vencedores, y con esto fué facil cosa matar muchos dellos. Los demás se le dieron, y vendió muchos dellos coronados por esclavos. Así padecian nuestros españoles muy cruel la pena de sus arrebatados movimientos, como siempre la poca consideracion en los grandes hechos, se paga costosamente con el mal suceso. A Sertorio le sucedió bien, que con la prudencia de que usó en todo ganó mucha reputacion con los suyos y con los españoles, para valerse dellos despues cuando los hubo menester. Esto todo sucedió en los cuatro años ó cinco que Didio acá estuvo, habiendo venido siendo cónsul y quedándose acá por procónsul todo este tiempo. Y Castulo en la Citerior estaba, por estar en los oretanos, aunque tan junta á la Ulterior, que era poco ménos que término de las dos provincias. Y luego veremos quién estuvo por este tiempo en la Ulterior.

Hase tambien de entender, que muchas cosas de las que Didio hizo, sucedieron por estos años de adelante: como tambien sucedió en ellos mismos, el venir acá el cónsul Publio Licinio Craso, que siguió tras Didio, y tuvo por compañero á Neyo Cornelio Lentulo, en el año noventa y cinco ántes del Nacimiento. Vino pues Craso en su consulado á la Ulterior, é hizo mucha guerra, y hubo grandes victorias, con que alcanzó tambien en Roma el triunfo. Estuvo acá algunos años: pues como por las tablas capitolinas parece, su triunfo fué seis años despues de su consulado. El maestro Antonio de Lebrija afirma que este cónsul Craso fué el primero que hizo aquella notable calzada, que llamamos comunmente el Camino de la Plata, y va muy manifiestamente desde Salamanca hasta Mérida: y esto dice se entendia ser así, por muchas colunas escritas de las de aquel camino que lo testifican, las cuales él leyó, y ahora creo no parecen. Y á la verdad, como no habia mucho que Tiberio Graco en Italia habia inventado el aderezar así los caminos, y particularmente señalarlos con mármoles, llamados entónces lápides: Craso por su ejemplo parece holgaría hacer esta comodidad á su provincia, y dejar acá de sí una semejante memoria. En tiempo de Augusto se habrá tambien de tratar deste camino, y allí se verá como mucho ántes de entónces estaba ya hecho, así que sea verisímil que se hizo ahora. Este cónsul Licinio Craso fué padre de Marco Craso, que en Roma llamaron el Rico, de quien de aquí adelante habrémos mucho de hablar. Y de la venida y estada de su padre en España, no puedo dar mas particular relacion, pues no la hay en los buenos autores. Solo se verá luego como su padre le dejó acá desta vez al hijo una tal amistad de un caballero español, que se puede contar por singular ejemplo entre las otras amistades que por los autores antiguos mucho se celebran.

Appiano cuenta por estos tiempos, que habiendo de nuevo rebelado los celtíberos, vino Fulvio Flaco contra ellos, y mató en diversas peleas veinte mil. Acaeció entónces, que en la ciudad llamada Belgeda, el pueblo todo queria levantarse contra los romanos, y un principal dellos, que con cargo público los podia llamar á su ayuntamiento, los mandó juntar. Y porque en sus pareceres mostraban alguna duda y detenimiento, con terrible crueldad les puso fuego: y quemó allí á todos los del consejo. Sobrevino Flaco, y castigó á todos los que fueron culpados en este cruel incendio. Cuenta todo esto muy confusamente solo Appiano, y así no le puedo yo dar, como quisiera, mas claridad. Y este Fulvio Flaco de Appiano tengo yo por cierto que es el de quien Julio Obsecuente hace mencion por este mismo tiempo, que es el año noventa y dos ántes de la Natividad. Y con esto se nos ha ya acabado la historia particular de Appiano de las cosas de España, con decir él que lo demás escribió en los otros libros de las guerras civiles que compuso. No es mucho lo que allí trata de lo de acá: mas tomaré dél lo necesario en sus lugares.

Por este tiempo, sin que se pueda señalar precisamente el año, fué pretor en España Quinto Calidio. Hállase mencion desta su pretura en Asconio Pedanio que cuenta como fué despues acusado Calidio en Roma (aunque injustamente al parecer) por cohechos deste cargo. Vaseo parece puso esta pretura mas de diez años adelante, y yo la pongo tanto ántes por esta razon que tiene mucha fuerza. Marco Tulio acusó á Verres el año sesenta y ocho ántes del nacimiento de nuestro Redentor, como por los cónsules dél parece: y en la segunda oracion contando cosas que habian pasado en los diez años de atrás, refiere entre ellas la condenacion injusta de Calidio en estos cohechos. Y pues el ser acusado Calidio fué en aquel comedio de los diez años, claro está que su pretura habia sido ántes.

CAPÍTULO XIII.

La gran firmeza de amistad que un señor español llamado Pacieco guardó con Marco Craso. Y las otras personas señaladas, que por aquel tiempo hubo en España de aquel linaje.

En este tiempo de que vamos contando ardia toda Italia en aquella cruel guerra civil, que Mario y Sila trujeron entre sí. Era Gayo Mario el que de atrás se ha hecho mencion desde la guerra de Numancia: y Lucio Sila, que otros llaman Sula, era otro caballero romano que competia con él, deseando ambos alzarse con la república romana, y con todo su imperio. Por esta guerra sucedió haber en España aquel señalado ejemplo de amistad entre todos los que ha habido en el mundo. En él se verá como un caballero español compró á costa de grandísimos peligros el guardar una singular fidelidad con su amigo. Y porque cuenta todo esto Plutarco muy extendidamente, y con mucha lindeza, no quiero yo hacer mas que trasladar sus mismas palabras, añadiendo no mas de unas pocas, que para bien entenderse todo son menester.

Habiendo Mario y Cinna tiranizado el imperio romano, comenzaron á usar del señorío, no tanto para el buen gobierno de la república, como para hacer cruel venganza de sus enemigos, y destruir los no-

bles y principales romanos que habian seguido la parcialidad de Lucio Sila su contrario. Y despues ya de haber pasado á cuchillo muchos de los principales de Roma, entre ellos mataron tambien á Publio Licinio Craso, el que siendo cónsul, estuvo estos años pasados acá en la Ulterior, y triunfó della. Éste, como hemos dicho, era padre de Marco Craso, el que despues llamaron el Rico. Y aunque él entónces, cuando mataron á su padre y á un otro su hermano, era muy mancebo, y por esto no podiá haber ofendido mucho á Mario; pero todavía apenas pudo escapar de no ser muerto. Por lo cual viéndose cercado y espiado con mucha diligencia, y de muchas maneras por mandado de Mario, para que no pudiese huir la muerte; con solo tres compañeros y diez esclavos, á toda furia se pasó luego en España donde tenía muchos amigos del tiempo que habia estado con su padre en aquella provincia. Mas llegado acá, y entendiendo que estaban todos mal atemorizados con el miedo de Mario, y que no ménos temblaban dél en ausencia, que si estuviera presente: no se osó descubrir en público, ántes secretamente se apartó á una heredad de Vivio Pacieco, un hombre principal, y su antiguo amigo, sin darle parte dello, y allí se escondió en una cueva grande que habia. Despues faltándole ya el mantenimiento que consigo habia metido en la cueva, envió uno de sus esclavos á Pacieco, que le hiciese saber lo que pasaba, y le diese cuenta de la necesidad que tenia. Con esta nueva se holgó mucho Pacieco, y preguntando, é informándose del que la traia en particular, del lugar donde estaba Craso escondido, y del número de los que con él estaban, no quiso él ir á verlo en persona por no dar sentimiento del negocio, sino llamó á un esclavo suyo que tenia cargo de aquella heredad, y llevándolo junto á la cueva donde estaba Craso, mandóle que cada dia llevase allí el mantenimiento que él enviaria, y que poniéndolo sobre una peña que le señaló, se tornase luego sin mas esperar, ni querer saber para quién era, ó para qué fin aquello se hacia. Y amenazóle con pena de muerte, si excediese un punto de su mandado, prometiéndole tambien por premio la libertad, si le sirviese en aquello fielmente conforme á lo que se le mandaba. Estaba la cueva no muy léjos de la mar, y cerrábanla por todas partes grandes peñascos, abiertos en algunos lugares, con muchas hendeduras, por donde entraba algun poco de claridad y de aire sutil. Dentro habia una anchura muy extendida, y muchos aposentos apartados de cuevas pequeñas, como que fueron labradas de industria para morar en ellos. Y porque no faltase nada de lo que era menester para el uso y necesidad de los que allí morasen, corrian por la cueva muchos manantiales de agua que salian á la mar por una gran abertura de la peña, por donde la cueva recibia mayor la luz. Con esto el aire de dentro estaba muy purificado y sutil: porque todo el humido y grueso de las peñas se resolvia, y se vaciaba por estas corrientes. Estando pues Craso así de asiento en este lugar, cada dia le traia lo necesario para el comer un hombre, que no sabia quién era el que habia de recibir aquella vianda. Porque él no podia ver los que estaban en la cueva, y ellos lo veian bien de dentro, y con grande advertencia estaban esperando el tiempo y el punto en que habia de venir. Y no solamente les enviaba Pacieco lo que bastaba para sustentarse, sino tambien todo género de regalo que en el comer se procura. Porque no darle mas de lo que bastaba para satisfacer su necesidad, parecia mas servicio forzoso que no libre é hidalga amistad. Por esto hizo allí con Craso otras cosas que en particular cuenta Plutarco, y quien allí los quisiere leer entenderá luego el buen respecto, porque yo aquí no las quise escribir. Y refiere este autor que lo tomó todo de otro llamado Cornelio Nepos, y él lo supo por relacion de persona que estuvo allí dentro con Craso en la cueva. Desta manera, pues, estuvo Craso ocho meses encubierto en aquella cueva, hasta que sabida la muerte de Cinna salió, y se dió á conocer por la tierra. Esto escribe así Plutarco: y quien bien considerare la fiera crueldad de Mario, y el miedo que della habia en España, y los grandes premios que se daban al que descubria algo de los que Mario deseaba matar, y el manifiesto peligro de muerte en que se metia quien lo quisiese encubrir, y el mucho tiempo que perseveró Pacieco en su generosa fidelidad, sin temer tantos peligros: verá claramente la mucha firmeza que este caballero guardó en el amistad. «Y por ser esta virtud mas rara, «es siempre digna de mayor estima.» En la translacion latina de Plutarco no leemos en todo esto Pacieco, sino Paciaco. Mas parece cierto que se ha de leer Pacieco, y que sea este caballero español, de aquel mismo linaje de quien luego habemos de decir. Y fué inadvertencia del intérprete. Porque estando en Griego πακιακος trasladando en latin indiferentemente se puede volver aquella α. en a, o en e. Y así podia decir el intérprete: *Paciacus*, y *Paciecus*: y escribió *Paciacus*, no mirando que allí no tenia libertad de poner a, sino que forzosamente habia de escribirle, para conformarse con Marco Tulio, Aulo Hircio y Valerio Máximo, que nombran así los españoles desta familia.

Salido Marco Craso de la cueva, fué recibido de todos los españoles y gente de guerra romana que acá habia con mucho placer, y juntando buen ejército, anduvo por muchas ciudades de la tierra, levantando en ellas de nuevo el amistad de Lucio Sila, cuyo bando él seguia. Desta vez dicen algunos historiadores que consintió sus soldados saqueasen la ciudad de Málaga: aunque él despues, como dice Plutarco, siempre lo negaba y le pesaba, y se enojaba gravemente cuando alguno lo queria afirmar. Pasóse luego Craso con ésta su gente en Africa, porque allí andaba muy próspero el bando de Sila.

Esta cueva donde estuvo Craso escondido, no se sabe cierto donde fué. Mas créese seria una que está entre Gibraltar y Ronda cabe la villa de Jimena, porque tiene todas las particularidades, con que Plutarco la describe. Yo no la he visto, mas creo lo que della me han referido hombres doctos, que con advertencia y cuidado la vieron. Y el dar luego que salió de allí Craso en Málaga, ayuda harto á la buena conjetura, por caer, como cae aquella cueva muy cerca. Y todo esto parece que sucedió (conforme á lo que de Plutarco se puede atinar) el año ochenta y tres ántes del Nacimiento.

Los que quieren decir que el linaje de los Pachecos, tan esclarecido en España, es tambien tan antiguo, que viene desde el tiempo que los romanos señoreaban acá, suelen comunmente traer por prueba desto á un Junio Pacieco, hombre principal, que Aulo Hircio nombra en la guerra que Julio César tuvo en el Andalucía, con los hijos de Pompeyo, como allí veremos. Mas algo mas antiguo, y mucho mas ilustre principio es el deste caballero Vivio Pacieco, y con mas razon se pueden preciar dél los deste linaje, si con buen fundamento pueden adelantar tanto su antigüedad. Y aunque es

lo, no es pequeño fundamento la semejanza tan puntual del nombre. Porque si consideramos otras origines y derivaciones de nombres de familias y linajes que hacian los romanos, las veremos tan torcidas y forzadas, que esta nuestra en comparacion de aquellas, parezca llana y muy cierta. Porque su Appio sacaban ellos de Acio, su Mamerco de Marte, de los tres los Larcios, y así otros muchos bien diferentes y muy trastocados de los originales que les dan. Y mucho mas diversos y extrañados de sus orígenes son los que mucho Virgilio celebra, diciendo que los Sergios de Roma vinieron de Sergesto, los Memmios de Mnesteo, los Cluencios de Cloanto, que fueron todos compañeros de Eneas. Y habiéndose preciado así los romanos de sacar el antigüedad de sus linajes tan al atropelo, como dicen de principios tan desconformes: nuestros españoles con nuestro natural fastidio que tenemos en muchas cosas, tendremos por cosa de burla el decir que nuestros Pachecos vienen destos Paciecos:» conformando tanto como conforman en el nombre, que es todo uno sin discrepar nada: porque la c en el nombre antiguo se pronunciaba entónces de la misma manera que si fuera ch en castellano.

Tambien es cosa notable que sin los dos ya nombrados, hubo en España mas Paciecos: porque se pueda creer que era linaje acá bien extendido. Aquí haré mencion de todos, porque tampoco no se nos podrá ofrecer otro lugar mas conveniente para contar dellos y tratar las cosas que por ellos acá sucedieron.

Hubo en España como se entiende de Valerio Máximo (1), un señor principal llamado Paciecо, sin que se pueda entender cuándo, ni en qué tiempo vivia, sino que en fin fué ántes que Valerio Máximo escribiese, que viene á ser ántes del nacimiento de nuestro Redentor. A este Paciecо lo mató Epasto, un tirano que se levantó con la tierra donde él vivia. Dos hijos del Paciecо que escaparon de sus manos, deseaban matarlo en venganza de la muerte de su padre, y no podian alcanzarlo: porque debian andar ausentes y muy léjos, para que Epasto no los pudiese haber. Por esto se concertaron con dos hermanos españoles mancebos valientes, que se ofrecieron á matar el tirano. Y porque el peligro á que se ponian era manifiesto, y tenian por cierto que habian de morir en la empresa que tomaban: pidieron á los hijos de Paciecо un premio muy señalado y digno de grandísima alabanza. Éste fué que á sus viejos padres, todo el tiempo que viviesen, se les diese suma de hasta doscientos ducados de los de ahora para su mantenimiento. Despues deste tan piadoso concierto mataron á Epasto, y así alcanzaron libertad para su tierra, sustentacion para sus padres y venganza para los Paciecos. Ésta ganaron para otros: para sí hubieron el morir valerosamente con acabar tan grande empresa: y merecieron que en su tierra se les hiciesen ricos sepulcros, donde por muchos siglos viviese su memoria muy esclarecida. Y todo fué muy debido, pues como Valerio Máximo dice, quisieron mas sustentar la vejez de sus padres, que esperar á gozar la suya propia. Vése claro, como este Paciecо y sus hijos eran generosos y bien principales, por nombrarlos Valerio Máximo tan descuidadamente como gente muy conocida, y que no habia necesidad de decir quién eran. Tambien parece ser principal este Paciecо, pues le mató el tirano, que solo suele temer los generosos y de grande estado y casta, y no cura de la gente comun que no le impide. Tambien los hijos en procurar como pudieron, la venganza de su padre y la libertad de su tierra, mostraron hidalgo coraje y grandeza. En algunos libros de Valerio Máximo se lee corruptamente el nombre deste caballero que el tirano mató, mas en los antiguos de mano y mas verdaderos, Paciecо está escrito. Otro Paciecо nombra tambien Plutarco en la vida de Sertorio: y así son cuatro los Paciecos españoles, de quien hallamos mencion, si acaso este postrero no es el mismo de Marco Craso, como luego hemos de tratar (1). Y del mas conocido de todos, que es Junio Paciecо, tambien se nos llegará adelante su lugar de tratar dél.

(1) En el lib. 5, c. 4.

CAPÍTULO XIV.

El principio de la guerra de Sertorio en España, y los malos sucesos que él comenzó á tener.

Poco despues desto, el año ochenta ántes del nacimiento de nuestro Redentor, comenzó en España Quinto Sertorio su gran levantamiento y cruel guerra contra los romanos, y fué una de las dificultosas que ellos jamás tuvieron. Porque la mayor parte de España seguia á Sertorio, mostrando bien cuán grandes eran sus fuerzas regidas por un buen capitan. Y Veleyo Patérculo encarece mucho esta guerra, llegando á decir que por cinco años estuvo en duda, si tenian mas poderío en las armas los romanos ó los españoles, y si quedaria Roma con el señorío del mundo ó se lo quitaria España. La guerra se comenzó y prosiguió desta manera.

Era Sertorio natural de un lugar llamado Narsio cerca de Roma. Su linaje no era muy noble, y quedando huérfano, lo crió su madre viuda llamada Rea, á la cual él tuvo siempre grandísimo amor y reverencia. Ya hemos dicho como estuvo en la guerra de Numancia, y lo que despues hizo en España, siendo tribuno en el ejército del cónsul Didio. Siguió despues el bando de Mario y Cinna en las guerras civiles con cargos principales, y aquí perdió peleando el un ojo, porque fuese tambien en esto semejante á Filipo, padre de Alejandro, Antígono y Aníbal escelentes capitanes que todos fueron tuertos. Y dice Salustio que ántes se honraba Sertorio, que no se dolia con esta falta. Despues que murió Mario, y Cinna tambien fué muerto, Sertorio, que se veia en mucho peligro de la vida, porque ya Sila le habia puesto en la lista de los encausados: no valiéndole tampoco buenos consejos, que daba á los que habian quedado de su parcialidad: determinó de venirse á España, revolviendo ya en el ánimo tan grandes cosas como despues acá intentó. Y parece por lo que Plutarco dice, que se tomó título y cargo de procónsul para venir á España. Porque la república andaba tan turbada, que cada uno de los principales se tomaba el oficio y título que queria. Appiano lo llama pretor. Y no es nuevo en los autores confundir el nombre de pretor y procónsul como ya se ha dicho. Viniendo por la mar con amigos que le quisieron seguir, una cruel tempestad le echó en tierra de aquella parte de los Pirineos: y queriendo pasarlos para entrar en España, algunos gascones le quisieron estorbar el paso, y él se concertó con ellos por dinero para que le dejasen pasar libremente. Pesóles mucho desto á los que venian con él, diciendo que era fea cosa, que un capitan romano tan principal comprase el paso ca-

(1) En este lib. 8, c. 38.

si dando tributo: mas él respondió con mucha cordura. «Yo compro el tiempo que es la cosa mas preciosa «que los hombres pueden tener, cuando quieren em- «prender cosas grandes.» Veia tambien que cualquier pequeño detenimiento le era grande estorbo en aquelas altas ocasiones.

Hallando, pues, Sertorio á España próspera en multitud de moradores y riquezas, mas muy maltratada con el avaricia y soberbia de los que la habian gobernado por los romanos, comenzó á querer hacerse poderoso en ella, usando de su natural prudencia que no era menor virtud en él, que el esfuerzo y valentía. Así juntó un buen ejército de romanos que él traia y halló acá, y de españoles que se juntaron con él. Teniendo luego aviso, como Sila se habia apoderado enteramente de Roma, con total destruccion del bando de Mario: tuvo por cierto que se enviaria luego algun capitan contra él, y para resistirle la entrada, puso en las cumbres de los Pireneos á Julio Salinador capitan suyo con una legion entera. Llegó allí luego Gayo Annio, enviado por Sila con mucha gente, y viendo tan fortalecido el paso, estábase quedo en las faldas de la montaña. Mas Salinador fué luego muerto por traicion de un Calpurnio Lanario, y así se deshizo el campo de Sertorio, y pasando libremente Annio, le iba á buscar muy bravo. Sertorio que se hallaba con mucho ménos gente, sin osarle esperar con tres mil hombres que tenía se retrujo á Cartagena, y embarcándose allí, casi desesperando ya de lo de España, se pasó en África, para juntarse con algunos que todavía sustentaban allá la parte de Mario contra Sila. Mas habiéndole muerto los de la tierra en África muchos de los suyos, tomándolos descuidados haciendo su aguada: mudó Sertorio el consejo por hallar tan contrarias allí las voluntades, y volvióse acá sin hallar donde desembarcar, porque en toda parte le resistian la salida. En esta adversidad la ocasion le trujo el remedio. Encontróse acaso entónces con unos corsarios de Asia, y juntándose con ellos, se fué á la isla de Ibiza, y venciendo la gente de guarnicion que allí estaba por Annio, se apoderó de toda ella. Vínole á buscar Annio con mucha flota, y cinco mil hombres de guerra en ella. No rehusó Sertorio la pelea, mas porque sus bajeles como de corsarios eran mas lijeros que firmes, con poco viento que se levantó se desbarataron. Y fué forzado Sertorio correr todos diez dias desatinado sin poder ser señor de sus navíos. Al fin fué á aportar cerca de la isla de Cádiz, y la otra llamada Eritrea ó Didima, que entónces estaba junto con ella. Allí halló unos marineros venidos de las Canarias, y de las otras islas de Portugal que están por allí, y en aquel tiempo se llamaban las islas Fortunadas, que quiere decir bienaventuradas por su mucha templanza y abundancia de todas las cosas: así que aun pensaron muchos de los gentiles en su falsa religion, que allí eran los campos Eliseos, donde las ánimas de los buenos iban á gozar en su inmortalidad deleites inestimables. A Sertorio con la relacion que destas islas aquellós marineros le dieron, le tomó un gran deseo de pasar y asentar en ellas, para vivir en reposo sin ningun estruendo ni cuidado de guerra. Y aun Lucio Floro dice, que pasó allá, mas no dice cómo ó por qué se volvió. Viéndole tan inclinado á esto aquellos corsarios de Asia, que andaban en su compañía, y tan contrario por ello de su manera de vivir: súbito le desampararon, y se pasaron en África para ayudar á un Ascalio, que por aquella parte del estrecho pretendia el reino de los Maurrusios.

Mucha constancia habia menester Sertorio para no desmayar en tantas adversidades, y pelear con todas. Determinó pues luego ir á ayudar á los contrarios de Ascalio, porque se mostrase su buen ánimo, y los que le seguian no le dejasen, si les faltase ocasion de novedades en que emplearse. Pasó en África, y rompió brevemente á Ascalio en la batalla, y despues cercólo en una ciudad, donde se habia retirado. Lucio Sila, que siempre habia favorecido á Ascalio, ahora tambien para librarlo de aquel cerco, mandó que fuése de España en su ayuda un caballero llamado Pacieco con buen ejército: mas Sertorio lo rompió y lo mató en la primera batalla. Éste es á mi parecer aquel mismo Pacieco que encubrió á Marco Craso. Porque era del bando de Sila, y hombre tan principal, que podia ser bastante para esta jornada; y tambien puede ser que hubo el cargo della por intercesion de Craso, que en esto se le quiso mostrar agradecido.

CAPÍTULO XV.

Lo que Sertorio ordenó en España para comenzar de hecho la guerra.

Quedando pacificado ya el reino de los Maurrusios, y queriendo Sertorio volverse en España, á donde siempre le guiaban sus altos pensamientos, le llegaron embajadores de los lusitanos, pidiéndole tomase el señorío y mando dellos. Porque con temor que tenian de los romanos, por cosas que en los alborotos de las guerras civiles habian hecho en ofensa suya, deseaban tener un buen capitan, y de grande autoridad, que los gobernase en la guerra, y los defendiese. Y en Sertorio conocian tanta grandeza de ánimo y de prudencia, que estaban confiados hacian buena eleccion. Volvióse pues Sertorio á la Lusitania, y tomado el señorío, en pocos dias puso toda la provincia en mucho concierto y defensa. Porque con ser valiente y animoso, sobretodo era prudentísimo, y en los negocios de paz y de guerra sabia poner con mucha sagacidad todos los buenos medios que para el efecto fuesen necesarios. Certificado pues ya desta vez, que seria como señor de casi toda España, comenzó luego á usar su prudencia en concertarla y tenerla bien sujeta. A los poderosos atraia con familiaridad y conversacion, y á la gente vulgar con relevarles los tributos. Y tambien estimaron en mucho el quitarles la obligacion de tener por huéspedes los soldados dentro en los pueblos, mandándoles tener por aposentos en el invierno las caserías del campo, que estaban mas cercanas de los lugares. Tambien le valió mucho para ganar el aficion universal de todos, la majestad pública con que quiso levantar y autorizar á toda España. Ordenó acá para esto una manera de gobernacion muy semejante á la de Roma en el autoridad y representacion, y con los mismos nombres que allá se usaban. Así escogió hombres principales de los españoles por senadores, y á sus juntas llamaban senado, y allí se proveian todas las cosas y parecia que en todas tenian mando y autoridad los españoles, de que ellos se hallaban muy alegres con esta honra, como en realidad de verdad no tuviesen mas que el nombre y apariencia en ella. Porque ni en esto, ni en otra cosa, no se daba tan enteramente todo Sertorio á los españoles, que no tuviese mucho cuidado de tenerlos en sujecion, y reservase para sí muy entero el poderío. Para esto hizo que tomasen las armas todos los romanos que acá en España se hallaban, y



Vaso que contiene los restos de Cayo Annio, pretor de la España Citerior, encontrado en Tarragona (1849), y que existe en el gabinete de don Buenaventura Hernandez y Sanahuja. Está perfectamente conservado: es de barro cocido muy fino, las letras en relieve; hay dentro las cenizas y los huesos carbonizados: fué una lástima que se rompiese y despreciase la caja de mármol en que se conservaba. Tiene de alto 22 centimetros y medio. La inscripcion total vertida al castellano, dice así: Cayo Annio, hijo de Lucio, de la tribu Quirina, por decreto de los Decuriones y á espensas del tesoro público fué trasladado aquí: séate la tierra lijera.

juntó todos los peltrechos y máquinas de guerra que pudo haber; porque se entendiese como para todo estaba bien apercebido. Y cuanta blandura tenia en la paz, tanto rigor y ferocidad mostraba en todas las cosas de la guerra, para hacerse tambien temer de los amigos, como de los contrarios. Y por asegurarse mas enteramente de los españoles, ganando á su costumbre mas amor y reputacion de beneficio con ellos, les propuso en el senado, que sola una falta sentia en España para no ser lo de acá igual con todo lo de Roma. Esto era, segun él decia, el poco cuidado que de letras y estudios de sabiduría tenian los nuestros, y principalmente los nobles, cuyos altos ingenios se ensalzan mas con las letras. Pareciéndoles á todos muy bien lo propuesto, hizo venir de Italia maestros de todas las disciplinas, y edificó en Huesca de Aragon escuelas públicas, donde leyesen á todos los hijos pequeños que enviaron allí los principales de los españoles. Así con color de hacerles tanto bien, los tenia allí como en rehenes, en poder de sus maestros, que eran todos de Sertorio, como puestos por su mano. Y de tan antiguo como esto tuvo ya España universidad pública para letras y doctrina general. Esto le acrecentó de nuevo el autoridad y reputacion que con los españoles tenia: y así poco á poco se le dieron otros muchos pueblos; movidos principalmente por su mucha nobleza natural, y por el vigor y eficacia que le veian poner en todo lo que una vez emprendia. «Destas dos cosas la primera es la «puerta muy ancha por donde entra de buena gana el «amor comun de todos, y la segunda pone respeto por «no osarse nadie fácilmente atrever al que ven cons«tante y ardid, en llegar al cabo lo que una vez co«mienza.» Tambien hizo Sertorio tanta confianza de los españoles como quien tenia bien conocida su lealtad que la guarda de su persona la traia siempre española.

A todo esto que por sí era mucho para atraer á todos, añadió tambien Sertorio grandes mañas, que con su severidad y mesura hacia pareciesen dignas de mucha reverencia. Entre todas fué mas principal ésta, que todos los autores refieren, y Plutarco la cuenta por extenso (1). Dice, que un hombre bajo, llamado Espano, tomó en la caza una cervatica pequeña, y por el color extraño que tenia en ser blanca, se la presentó á Sertorio. Él la crió despues de su misma mano tan mansa y doméstica, que siempre se andaba trás él, y de muy léjos, como si fuera un lebrel, venia á su llamado. Y ni la espantaba el estruendo de los reales, ni el alboroto de la gente armada. Allá en su secreto, sin que nadie lo viese, la tenia Sertorio acostumbrada á que comiese lo que él se ponia en sus mismos oidos. Por esto muchas veces cuando él en público la llamaba, y le tendia la cabeza como aparejándole el oido, la cierva llegaba luego allí de la manera que un hombre que le quisiera hablar en secreto. Con esta novedad y maravilla estaba la gente espantada, y mucho mas con la persuacion en que Sertorio los tenia muy puestos, con afirmarles que no fué Espano el que le dió la cierva, sino que la diosa Diana, señora (como los gentiles creian en su falsa religion) de la caza, á quién él se mostraba muy devoto, se la habia enviado por m no de aquél, para que de su parte de Diana, la cierva le avisase en secreto de muchas cosas de las que habian de suceder. Así cuando le venia algun aviso, como de una victoria de los suyos, ó de otras cosas de las que ocurren en la guerra, mandaba tenerlo en secreto, y estando én presencia de muchos hacia llegar la cierva á su oido, y detenerse allí, y luego decia en público que la cierva por mandado de Diana le habia avisado de la victoria de los suyos, y así la mandaba coronar como por albricias, y pedia se hiciesen sacrificios á los dioses por gracia de aquella merced. Y como luego el suceso confirmaba lo dicho, quedaba en crédito de todos por cierto, que del cielo tenia Sertorio los avisos. Con esta supersticion, que él supo tan bien introducir en los ánimos de todos, le tenian mas acatamiento, y le reverenciaban aquellas gentes simples, cuales eran entónces nuestros españoles: teniendo por cierto que no les gobernaba un extranjero, sino un hombre enviado del cielo para su remedio. Y las grandes hazañas de Sertorio confirmaban cada dia mas en todos esta opinion. Y yo tengo una moneda de bronce de aquel tiempo, que de una parte tiene el rostro de Sertorio, con su ojo tuerto y su nombre, y de la otra una cierva, y así conserva la memoria y confirma la verdad de todo esto. Y he oido decir á algunos, que han visto otras de plata semejantes.

Cuando volvió de África Sertorio, no traia mas que dos mil y seiscientos hombres, que él llamaba romanos, aunque habia entre ellos muchos españoles, y setecientos otros africanos, que allá tambien mezcló con éstos. En la Lusitania juntó luego cuatro mil soldados, y setecientos caballos, y con este ejército osó ponerse contra todo el poderío de los romanos, no teniendo él por entónces, mas que veinte ciudades á su mando, y siendo ellos señores del resto de España. Venció primero á Cota en batalla de mar, junto á Melaria, cerca de la villa que ahora llamamos Bejer, junto del estrecho de Gibraltar, en el Océano. En tierra cabe el rio Guadalquivir venció á Didio pretor cuyo nombre está mentiroso en los libros latinos de Plutarco, donde le llaman Fidio, y le mató dos mil soldados, y quedó ya con esto muy temido y reputado. Y todo esto pasó hasta el fin del año setenta y nueve ántes del Nacimiento.

CAPÍTULO XVI.

Las primeras victorias que Sertorio tuvo de los romanos.

Lucio Sila que conocia bien las fuerzas de España, y el valor de Sertorio para menearlas, tomó ya mayor congoja desta guerra, y así envió allá á Quinto Metelo Pio, que era cónsul este año siguiente setenta y ocho. Llamábanle Pio, porque estando su padre desterrado de Roma, con sus piadosas lágrimas y dolorosa solicitud alcanzó del pueblo romano que le alzasen el destierro. Por esto todas sus monedas tienen delante el rostro una cigüeña, como ave que representa la piedad que los hijos usan con los padres, por el cuidado con que ella en su vejez los sustenta. En España se hallan hartas monedas destas de plata, y yo tengo algunas.

Habia tomado Sila por compañero á Metelo en su segundo consulado que este año tuvo. Y envió en su compañía para la guerra de acá á Lucio Domicio con cargo de pretor, y con grande ejército, el cual tambien llegados acá, acrecentaron con muchas ayudas de los españoles. Domicio peleó luego á la entrada de España en Cataluña con Hirtuleyo, que otros nombran Herculeyo, capitan de Sertorio, que tambien traia consigo otro hermano del mismo nombre harto señalado capitan. Su campo del pretor fué roto, y

(1) Julio Frontino, en el lib. I, c. 11.

él muerto en la batalla. Esta rota de Domicio, que asi cuentan Paulo Orosio y otros autores, tengo yo por cierto fué la misma que Plutarco tambien brevemente refiere, diciendo que Sertorio venció á Toranio enviado por Metelo, y le destruyó todo el ejército, hasta casi no quedar aun rastro dél. Muévome á creerlo así, porque en los libros de Plutarco se cuenta esto de manera, que todo parece un capitan Domicio y Toranio. Y el sobrenombre de Toranio fué algun tiempo muy propio de los Domicios. Y tambien no hay ningun autor que en esta guerra nombre á este Toranio.

Esta rota fué tan grande, que Manilio, procónsul de la Francia Narbonesa, por remediarla, pasó los Pireneos con tres legiones y mil y quinientos caballos. Mas tambien lo venció Hirculeyo, y le entró por fuerza los reales, y él con muy pocos que le pudieron seguir, escapó huyendo á salvarse en Lérida. Y por esto parece que no fué léjos de allí la batalla. A este procónsul que vino de Francia, llama Plutarco Lucio Lolio. Mas yo sigo en el nombre á Paulo Orosio y á Eutropio, y al sumario de Tito Livio. Metelo parece, que habiendo al principio dejado así á Domicio en la Citerior, se bajó hasta el Andalucía y la Lusitania, adonde lo habia de haber con la misma persona de Sertorio, que le venció muchas veces, y le forzó á meterse siempre por lugares ásperos y montuosos, donde su enemigo no le pudiese haber facilmente. Porque si Metelo cercaba alguna ciudad, luego estaba Sertorio sobre él, y lo tenia como cercado, segun pareció bien en Lacobriga, que se cree estaba cerca del cabo de San Vicente en el Algarbe. Púsose Metelo sobre ella, por ser amiga de Sertorio, con esperanza de tomarla presto por falta de agua. Porque dentro de la ciudad no habia mas que un pozo, y el agua de fuera él se la podia facilmente quitar. Mandó por esto á los suyos que proveyesen comida no mas que para cinco dias, porque estos solos pensaba se podia detener la ciudad. Sobrevino luego Sertorio, y mandó henchir dos mil odres ó zaques de agua, prometiendo buena cantidad de moneda por cada uno que se metiese en la ciudad. Con esta esperanza muchos de los españoles y africanos se encargaron de meter el agua, y salieron con ello: y porque bastase mejor para la gente de guerra, sacaron consigo toda la inútil que habia en la ciudad. Metelo que la vió bastecida, y que á él le faltaba ya el mantenimiento, envió á un su legado Marco Aquilio con una legion para recoger vianda por la comarca. Sertorio le salió al camino cuando volvia, y le mató y prendió todos los suyos, y él solo escapó perdidas las armas y el caballo. Luego le fué forzado á Metelo levantarse de Lacobriga, muy destrozado y escarnecido de los enemigos. Y tanta priesa le daba Sertorio en toda parte, que ya sus soldados de Metelo no podian sufrir el cansancio, y le decian á voces que pelease por su persona sola con Sertorio, pues él lo habia desafiado.

Acrecentó mucho de autoridad Sertorio entre los españoles con estas victorias, y él se daba siempre buena maña, á que creciese tambien el aficion que le tenian. Hacíales armar á la usanza romana con los despojos de los enemigos: mostrábales seguir el órden de los escuadrones romanos en la batalla, y tener como ellos sus banderas, quitándoles los tropeles como de salteadores, con que eran usados á acometer. Dábales celadas y escudos ricos y muy adornados, y ropas de armas suntuosas y lucidas. Con esto todo se iba ablandando mas cada dia la fiereza natural de los nuestros, y creciendo el amor que á Sertorio tenian.

No confiando, pues, Metelo, poder acabar bien la guerra peleando, la andaba dilatando cuanto podia con despecho de Sertorio que quisiera pelear. Y púsole Sertorio en tanto estrecho á Metelo, que fué menester le viniese á ayudar Lucio Lolio, que estaba en la provincia de Lenguadoc por el pueblo romano. Esto refiere así Plutarco, y á su cuenta ya es ésta la segunda vez que Lolio viene al socorro desta guerra.

Por este mismo tiempo, la fama de Sertorio se extendió tanto con las victorias pasadas, que llegó hasta la Asia, donde el rey Mitridates hacia segunda vez muy cruel guerra á los romanos. Y por juntar con sus fuerzas las de un tan excelente capitan, le envió sus embajadores ofreciéndole naves y dineros, con que se mantuviese en destruccion de romanos, y así le envió despues cuarenta navíos y gran suma de dineros, y Sertorio le envió á Marco Mario capitan suyo con alguna gente, que era lo que mas principalmente Mitridates pedia. Y por respecto de Sertorio y de su gran reputacion, trataba Mitridates á Mario, como si fuera su señor. Así cuenta Plutarco esto de Mitridates con Sertorio. Marco Tulio hace mencion dello, y en Appiano Alejandrino está tambien, aunque algun poco diferente. Marco Tulio y Asconio Pediano dicen, que Mitridates envió á Lucio Magio y á Lucio Fanio dos romanos que habian huido á él, por embajadores á Sertorio, y lo mismo dice Appiano. Y que los metió Sertorio en su senado, donde fué gran gloria y aumento de autoridad, ver los españoles como desde el oriente, y lo mas apartado de Asia buscaba un rey tan poderoso su amistad y su ayuda.

Hizo la guerra contra este rey Mitridates entre otros capitanes romanos Lucio Luculo, y tuvo allá en Asia consigo un soldado español catalan, llamado Aulo Mevio, natural de la ciudad Ausetana, que ahora llamamos Vique, de quien se cuentan cosas extrañas y muy honradas en su epitafio: éste, dicen, está cabe la misma ciudad de Vique en una gran piedra, y dice así:

AVL. MAEVIO. A. F. QVI. POST. DVODECIM. SORORES. POSTHVMVS. E. VVLVA. P. AELIAE. MATRIS. EXTINCTAE. RESECTVS. ET. QVARTO. AETATIS. ANNO. PATRE. AVLO. ORBATVS. ET. SVCCEDENTE: PRAETEXTAE. TEMPORE ANIMO IN. SORORES. MATERNO. PATERNOQ. FVIT. TOTA. HAEREDITATE. PRO. CONIVGIIS. EARVM. RELICTA. ET SIGNA. POPVLI. RO. VICTRICIA. SVB. LVCVLLO. COS. IN ASIAM. SECVTVS. CVM. OPIBVS. PLENVS. ET. TRIBVNITIA. MILIT. POTESTATE. FVNCTVS. IN. PATRIAM. REVERTISSET. MVLTIS. A. SENATV PO. Q. RO. PRIVILEGIIS. DONATVS. ET. NOBILEM. IN. FORO. AVSETANO. PORTICVM. STRVXISSET. ET. PATRIAM. AERE. ALIENO. LIBERASSET. AVLA. MAEVIA. VLTIMA. SOROR. QVAE. SV PERERAT. CVM. MAGNA. NEPOTVM. MVLTITVDINE. PRAECEDENTE. ET. SEVIRATV. AVSETANO. FVNVS. SVBSEQVENTE HIC. SEPVLCHRVM. CVM. STATVA. POSVIT SECVNDO. A. CIVITATE. STADIO. IN. LOCO. PATRIAE. PVBLICO. QVO. OMNES. VRBEM. ADEVNTES. IN. LACETANIAM. Q. REDEVNTES. PERTRANSIBVNT.

En nuestra lengua se traslada así: Esta sepultura con este título y estatua se puso á Aulo Mevio, hijo de Aulo, el cual nació tras doce hermanas despues de muerta Publia Aelia su madre. Porque muriendo ella en el parto, él fué sacado de su vientre con abrirlo. Cuando habia cuatro años, quedó tambien huérfano de su padre. Llegado á la edad de mancebo, tomó todo el amor y cuidado de sus hermanas, que su padre y madre pudieran tener. Dejándoles toda su hacienda para que mejor se casasen, debajo las victoriosas banderas de los romanos, se fué á la guerra que el cónsul Luculo hacia en Asia contra Mitridates. Allí alcanzó ser tribuno de soldados: y volviendo muy rico á su tierra y con muchos privilegios y honrosas exenciones que el senado y pueblo romano le habian concedido: falleció despues, habiendo edificado una muy rica lonja en la plaza de Vique, y desempeñado la ciudad su patria natural de algunas deudas que tenia. El dia de su enterramiento iba delante de su cuerpo Aula Mevia su hermana la postrera, la cual sola era viva con gran número de sobrinos del muerto. Iban tambien detrás honrando el mortuorio los seis varones del gobierno de Vique con todo el pueblo: y despues le pusieron aquí dos estadios de la ciudad este sepulcro con su estatua en suelo propio de la ciudad, y en lugar muy público por donde todos los que van y vienen de la Lacetania forzosamente han de pasar.

Eran estos dos capitanes Sertorio y Metelo tan desconformes en los hechos y en las voluntades, que no podian dejar de darse mucho trabajo el uno al otro. Metelo era ya viejo, y por esto amigo de descanso y reposo, y de todo género de deleites. Al contrario Sertorio, hombre mozo y de ánimo robusto, codicioso de toda fatiga sin saber qué era cansancio, y muy ardiente en todo lo que una vez emprendia. Mas con todo esto Metelo ya en este tiempo al contrario de lo que solia, quisiera pelear una vez de poder á poder, y poner todo el trance de la guerra en una batalla, por la confianza que tenia en la fuerza de sus legiones que estaban muy acrecentadas, y en la costumbre y destreza con que sabian pelear en batalla formada. Sertorio al revés, todo su cuidado era ahora excusar la batalla, y no aventurar jamás de una vez, sino dañar en muchas al enemigo, y salirle al improviso de través, y haberle hecho el daño ántes que se pudiesen aparejar para remediarlo. «Traerle al fin siempre en cuidado, y saber »con astucia tomarle algunas veces en descuido: y su»plir todo lo que puede la buena maña cuando no se »tiene entera confianza en la fuerza.»

CAPÍTULO XVII.

Pompeyo vino contra Sertorio, y fué vencido algunas veces, y lo que pasó en el cerco de Laurona.

Con esto se dilató la guerra dos años, excusando ambos capitanes el acabarla: el uno por no querer pelear, y el otro por excusar los asaltos dañosos. El senado en Roma deseaba la conclusion, y juntamente confesaba que no bastaba un capitan solo contra Sertorio: y así mandó venir acá á Neyo Pompeyo, que era entónces muy mozo, mas tan famoso en la guerra, que por sus buenos hechos tenia ya renombre de Grande: aunque otros dicen que en esta guerra de Sertorio ganó este título. Éste es el Magno Pompeyo, de cuya fama y grandes hazañas están llenas las historias romanas, y ésta mia de aquí adelante ha de contar muchas dellas.

Cuenta Plutarco en la vida de Pompeyo un modesto comedimiento que usó esta vez con Metelo. Porque mandándole venir á España el senado, él respondió que no era justo que un hombre tan principal, tan anciano, y tan señalado y esclarecido por la gloria de sus hechos como era Metelo, fuese privado de su cargo y del mando del ejército. Mas que si á Metelo le pluguiese, y se lo enviase á mandar que le fuese á ayudar, y aliviarle del trabajo, tomando igual parte dél, que él iria de muy buena gana. Así no vino acá, hasta que entendió esta voluntad de Metelo, porque él con muchas cartas suyas se lo manifestó. Entónces ya aceptó Pompeyo el cargo de cónsul, igual con el que Metelo tenia: y como él escribe al senado en una carta, el paso por Francia le fué muy dificultoso, y halló en él tantos enemigos que vencer, que no podia tener mas en España. Trujo Pompeyo consigo esta vez por su cuestor á Lucio Casio Longino, de quien adelante se ha de hacer mucha mencion en esta corónica.

Llegado acá Pompeyo con buen ejército que de nuevo traia, aunque no señala nadie qué tanto trujo, procuró excusar el encontrarse con Sertorio, hasta haberse juntado con Metelo. Tambien Sertorio tenia de nuevo muy buena ayuda: porque Marco Perpena habia venido de Cerdeña con muchos y buenos soldados. La ocasion de su venida fué ésta. Emilio Lepido siendo cónsul se habia levantado en Italia y echado della, se fortaleció en Cerdeña, donde murió luego de su enfermedad. Marco Perpena, capitan principal que estaba con él, recogió su gente, y se vino con ella ahora acá para ayudar á Sertorio. Plutarco cuenta de otra manera esto del juntarse Perpena con Sertorio. Dice que queria él por sí hacer la guerra á Metelo, sin hacer cuenta de Sertorio. No les contentaba nada desto á sus soldados, y mofaban de la vana altivez de su capitan. Así cuando supieron que Pompeyo habia pasado los Pireneos, arrancaron por su autoridad las banderas, y fuéron á decir á su general que los llevase él, sino que ellos se irian á Sertorio que solo sabian podia ampararlos. Forzado Perpena con esta necesidad, se vino á juntar con Sertorio, y le trujo sus treinta compañías de muy buenos soldados. En este tiempo habia ya ganado Sertorio muchas ciudades y tenia cercada otra llamada Laurona, que debia ser cerca del rio Júcar, y se cree es la que ahora llaman Liria cuatro leguas de Valencia, ó otro lugar allí cerca llamado Laurigi. Y por lo que dice Julio Frontino, parece que habiendo venido Metelo á socorrerla, allí fué donde Pompeyo se juntó primero con él.

En este cerco de Laurona acontecieron cosas muy señaladas, y entendió bien Pompeyo con cuán valiente y sabio capitan lo habia. Tenia Pompeyo allí dos prados, donde enviaba las bestias de su real para apacentarlas, el uno era muy cerca, y el otro mas léjos. Sertorio mandaba siempre que sus caballos lijeros fuesen á dar sobre los que salian al pasto del prado cercano, y nunca jamás envió contra los que iban mas léjos. Con esto puso á los de Pompeyo en opinion, que no tenia cuidado de aquellos ni pensaba que iban allá. Cuando ya tuvo bien persuadido Sertorio á los enemigos este su descuido, mandó á Octavio Grecino, que una noche con diez compañías de romanos armadas al modo romano, y otras tantas de españoles armadas á la lijera, se fuése á poner en celada cerca de aquel prado: y asimismo mandó á Tarquinio Prisco su capitan de caballos que con dos mil se emboscasen por otra parte. Ellos ordenaron sus escuadrones, con po-

ner á los españoles en la delantera, porque con su natural lijereza eran mejores para dar de repente sobre los enemigos. Los romanos estaban detrás dellos, y al cabo los caballos: porque con el sonido de los relinchos no se descubriesen. Así estuvieron quedos hasta que fué bien entrado el dia: cuando ya los de Pompeyo como gente descuidada habian segado mucha yerba, y se querian volver ellos y sus guardas sin órden ni concierto. Los españoles dieron entónces sobre ellos de improviso. Sobrevinieron los romanos, y todos hiriendo y matando llevaban de vencida á los de Pompeyo, que huian á sus reales como desatinados. Los de caballo les atajaron al través, de manera, que no habia poder escapar ninguno. Pompeyo entendido el peligro en que los suyos estaban, envió una legion con Decio, que otros llamarian Decimo Lelio, su legado, para socorrerlos. A la venida desta legion dieron lugar los caballos de Sertorio, apartándose á un lado. Mas luego se pusieron á las espaldas: y ellos por aquella parte, y los de pié por la delantera, tenian encerrada la legion con los demás, haciendo en ellos tanto estrago, que Pompeyo fué forzado salir con todo su ejército para remediarlo. Lo mismo hizo Sertorio, poniéndose en lugar tan aventajado que Pompeyo no le osó acometer: y así le fué forzado estarse mirando el destrozo de los suyos, sin poder estorbarlo. Murieron de los de Pompeyo en este recuentro diez mil, y con ellos Decio Lelio su lugarteniente, con perderse tambien gran parte del bagaje, por haberle sido forzado á Pompeyo levantar su real con mucha priesa, que sola podia excusarle el peligro de perderse. Así cuenta esto tan á la larga Julio Frontino (1), y dice que lo tomó de Tito Livio, y que ésta fué la primera vez que Sertorio y Pompeyo pelearon.

Tambien durando el cerco, quiso un dia Sertorio tener una montañuela, y envió gente que se pusiese en ella para defenderla, y él siguió luego tras los suyos. A Pompeyo le pareció que Sertorio se habia puesto en tal lugar, que tomándole él las espaldas, lo tenia cercado entre la ciudad y sus legiones. Y muy ufano con su persuasion, envió á decir á los de Laurona, que mirasen como él tendria luego cercado á su cercador: y que saliesen á acometerle por la frente que él le daria gran carga por las espaldas. Entendió todo esto Sertorio, y estando ya muy adelante Pompeyo, rióse mucho, y dijo: «A este muchacho discípulo de Sila «(que así solia llamar á Pompeyo) yo le haré hoy que «aprenda, pues no lo sabe que el buen capitan mas «ha de mirar atrás, que no adelante.» Diciendo esto, hizo que saliesen de su real en mucho concierto seis mil hombres, que allí habia dejado para asegurarse por la retaguarda. Visto que los hubo Pompeyo: entendió la buena providencia de su enemigo: y aprendiendo lo que le enseñaba, dejó de pasar adelante en lo que habia comenzado. Y como Pompeyo no quisiese dejar de asistir todavía al socorro de Laurona, por no parecer que desamparaba los suyos, fuele forzado ver con sus ojos su incendio y destruccion. Porque Sertorio los apretó tanto á los de dentro, sin que Pompeyo se lo pudiese estorbar, que se le dieron: y él les dió á todos la vida y hacienda, mas mandóles salir con ello de la ciudad, y hízole poner fuego por muchas partes. Y no hizo esto como dice Plutarco por crueldad, que ántes era siempre muy benigno con todos, sino por bravosidad de guerra que sonase por toda España, como Pompeyo casi se estuvo calentando al fuego, en que ardia una ciudad de sus amigos que no pudo socorrer.

Esto de Laurona encarece mucho Paulo Orosio, y lo cuenta algun poco diferente. Dice que Pompeyo fué vencido y forzado á irse huyendo, y así tomó Sertorio la ciudad, y la saqueó y la ensangrentó muy cruelmente, y llevó cautivos á la Lusitania todos los que quedaron vivos. Y tenia en esta guerra Pompeyo (segun el mismo Paulo Orosio dice) treinta mil hombres de pié, y mil de acaballo, y tenia al doble de soldados Sertorio con ocho mil caballos.

Tras esto se fuéron los unos y los otros con sus campos á invernar: Sertorio se bajó á la Lusitania, y Pompeyo se retrujo hácia los Pireneos, y en lo que escribe al senado, se alaba que este año invernó en sus reales, sin jamás entrar en poblado.

El año setenta y seis los de la isla de Cádiz pidieron en Roma se renovase y confirmase el alianza que con ellos Lucio Marcio despues de la muerte de Escipion habia hecho. Concediéseles y hízose de nuevo concordia y amistad con ellos, como Marco Ciceron en la oracion por Cornelio Balbo lo refiere, alabando la buena providencia y cuidado de los de aquella isla.

CAPÍTULO XVIII.

Sertorio comienza á ser vencido, y su capitan Hirtuleyo fué desbaratado y muerto.

Ya duraba la guerra de Sertorio hasta que entró el verano del año setenta y cuatro ántes del Nacimiento, y es cuando fué la mayor furia della, y se comenzó á parecer una cosa de harta novedad, que Sertorio podia ser vencido. Pompeyo bajando de Cataluña, tomó la ciudad de Segeda, que en Paulo Orosio parece, por estar mentiroso su libro se llamaba Belgida. Metelo peleó solo con Hirtuleyo, y lo venció, y le mató y cautivó veinte mil hombres, y él con muy pocos escapó huyendo, hasta meterse en lo muy prostrero de la Lusitania.

Fué vencido Hirtuleyo con grande astucia y providencia de Metelo. Porque como dice Julio Frontino (1) habiendo Hirtuleyo ordenado su campo muy de mañana para dar la batalla, y viendo que el enemigo no salia de su real, llegóse hasta los reparos. Todavía se estuvo quedo Metelo sin moverse. El tiempo era muy caluroso, y esperaba que el dia se encendiese, y cansase el enemigo que estaba armado, estando los de Metelo entretanto refrescándose de su espacio (2). Así salieron despues bien enteros, y tomaron los de Hirtuleyo cansados con el calor, por donde los pudieron vencer fácilmente. Tambien dice el mismo autor, que viendo Metelo como Hirtuleyo tenia puesto en su frente de en medio un escuadron de unas cohortes, que él llamaba las poderosas por la ventaja que á las otras tenian, él puso la mayor fuerza de su gente en los cuernos, y mandó comenzar por allí la batalla mas furiosa, porque ya aquellos estuviesen vencidos y desbaratados cuando se llegase á pelear con lo mas fuerte, y lo pudiese cercar y acometerlo tambien por las espaldas.

Con esta victoria quedó tan ufano Metelo, que nunca los historiadores acaban de contar su vanidad. Consentia que las ciudades de España con lisonjas nun-

(1) En el lib. 2, c. 5.

(1) En el lib. 2, c. 1. (2) En el lib. 2, c. 3.

ca oidas celebrasen este su vencimiento. Saliánlo á recibir con fiestas que no se sufrian hacer sino en Roma en el triunfo. Hacíanle sacrificios, y quemándole incienso como á dios, y él en los convites se vestia la vestidura que sola la podia tener el que triunfaba. Hacian tambien con cierta máquina un artificio que una victoria pareciese descender del cielo para ponerle una corona en la cabeza con muchos truenos y relámpagos que juntamente parecian. Salustio fué el que escribió estas vanidades de Metelo, y están con mucha particularidad referidas en Macrobio (1), donde tambien se dice como un Gayo Urbino su cuestor le servia mucho en ellas. Tambien pasó esta vanidad á ponerle al cónsul por memoria de la victoria uno de los toros, ó mas verdaderamente elefantes, que están cerca del Monasterio de Guisando, entre Cadalso y Zebreros, con estas letras

Q. CAECILIO METELLO
CONSULI. II. VICTORI.

que dicen en castellano. Esta memoria se puso al cónsul Quinto Cecilio Metelo, habiendo vencido la segunda vez. Que así se ha de trasladar y entender, refiriendo el número á las victorias, y no á los consulados, porque este Metelo, ni otro de los deste nombre que á España vinieron, nunca fueron dos veces cónsules. Y porque estos toros de Guisando son unas antiguallas muy conocidas y celebradas en España, escribí dellas á la larga lo que yo siento entre las otras antigüedades deste libro octavo, y allí lo hallará quien le plugniere saberlo.

Paulo Orosio pone esta batalla de Metelo con Hirtuleyo cabe Itálica ciudad del Andalucía junto á Sevilla. Yo creo cierto que debió ser en Estremadura, y en aquellas comarcas de Cáceres y Medellin. Muéveme á esto, ver que estos dos lugares se llamaron en tiempo de romanos Castra Cæcilia, y Colonia Metellinensis; que quieren decir en castellano Reales de Cecilio, y poblacion de Metelo. Ambos nombres son tomados deste cónsul Cecilio Metelo. Y su mucha vanidad, que tanto consintió celebrarse esta victoria, parece quiso tambien dejar memoria della en los lugares donde él tuvo sus reales, y donde venció los enemigos. Tenia ejemplo para eso en Tiberio Graco, que como se ha dicho, dejó acá en España fundado el municipio Gracurris con su nombre por memoria de sus victorias. Y Lucio Floro, aunque no muy á la clara, cabe Guadiana pone esta batalla: y pasando como pasa este rio por Medellin, ayuda mucho para que se haya de creer lo que yo digo.

Sertorio por otra parte tambien al principio deste verano subió junto con Perpena desde la Lusitania, con propósito que los unos y los otros traian de pelear con todas sus fuerzas enteras. Y habiendo tenido el año pasado tan grandes ejércitos, se puede creer que ahora los trajeron muy acrecentados. Y Metelo despues de haber vencido á Hirtuleyo, se halló con Pompeyo en todo lo de adelante. Juntáronse los campos cabe el rio Júcar, llamado en aquel tiempo Sucro en aquella parte que corre ya por el reino de Valencia: y allí se dió la batalla, poniéndose los cuatro capitanes en sus cuernos así que Metelo estaba contra Perpena, y Sertorio contra Pompeyo. Fué ésta una de las mayores batallas, ó la mayor que por todos estos tiempos se dió en España; y sucedió de manera, que ambas partes fueron vencedoras y vencidas. Metelo en su cuerno venció á Perpena, Pompeyo fué vencido de Sertorio, y herido en un muslo salió huyendo con los suyos del campo. Murieron de cada parte diez mil hombres. Y el buen suceso de Metelo llegó hasta entrar los reales de los enemigos y robarlos, como Pompeyo lo escribe al senado.

Así cuenta lo que pasó en esta batalla Appiano Alejandrino y Paulo Orosio y el sumario de Tito Livio. Plutarco va muy diverso con decir que no se halló Metelo en esta batalla. Ántes dice que Pompeyo se dió mucha priesa á darla, porque Metelo no tuviese parte en la gloria del vencimiento que tenia por cierto. Dice tambien que Afranio legado de Pompeyo tuvo el cuerno de la batalla que peleaba con Sertorio. Y que teniendo Sertorio allí nueva como su enemigo llevaba ya casi de vencida á los suyos en la otra parte, se pasó en un punto allá, y recobró la victoria con su venida, hasta poner á Pompeyo en peligro de ser muerto. Porque fué derribado del caballo mal herido solo, y el detenerse los soldados á tomar el caballo de Pompeyo, que estaba ricamente aderezado, dió lugar á que él pudiese escapar huyendo. Y como Sertorio vencia allá donde estaba, así venció Afranio luego que Sertorio faltó. Mas volviendo sobre él Sertorio, ya que habia desbaratado á Pompeyo, tambien le mato mucha gente y lo puso en huida. Y porque entendió que llegaba luego Metelo, recogió los suyos, dejando de seguir la victoria, y diciendo, si no viniera aquella mala vieja, yo enviara hoy bien azotado á este muchacho.

Así cuenta Plutarco todo esto, y lo cierto dello es que como hubo entónces dos batallas en aquella tierra, una con Pompeyo solo, donde sucedió lo que Plutarco cuenta, y otra despues de llegado ya Metelo, con ambos juntos, que es la que luego se dirá, donde Sertorio fué vencido y desbaratado: como Plutarco escribe esto mas á la larga que los demás historiadores que tenemos, cuenta distintamente ambas peleas, y lo que sucedió en ellas, y así parece diverso de los otros. Y porque tambien esto de Plutarco va mas conforme con lo que Pompeyo escribió al senado, yo proseguiré con él lo que queda.

Despues desta batalla se le perdió á Sertorio su cierva, que por descuido se habia ido á los montes, y él estaba tan triste con esto, que ni queria pelear, ni tenia cuenta con que sus enemigos burlaban dél, por verle así encerrado. Mas luego que pareció la cierva, tomó nuevo esfuerzo como si del cielo le viniera. Y como estaban encendidos los ánimos de ambas partes con mucha rabia, pelearon otra vez cabe el rio Turia, que corre por Valencia, y le llamamos ahora Guadalaviar. Aquí fué ya vencido abiertamente Sertorio, y fué muerto, ó presó Gayo Herenio su capitan, y tomada la ciudad de Valencia, que ántes estaba por él, quedando muy destrozado y perdido todo su ejército. Porque tambien fué vencido aquí Perpena, como Paulo Orosio escribe, y Pompeyo en su carta da á entender. Y fueron muertos los dos hermanos Hirtuleyos capitanes de Sertorio, y de la parte de Pompeyo, murió Gayo Memio, cuestor y cuñado suyo.

Andando peleando Sertorio en esta batalla (1), uno de los suyos llegó á decirle como uno de los Hirtuleyos habia sido muerto, y él con rabia se volvió al mensajero, y lo pasó súbito de una puñalada porque no lo

(1) En el lib. 3, de los saturnales.

(1) Julio Frontino en el lib. 2, c. 7.

dijese á otros, y divulgándose desmayasen todos. Al principio vencia en esta batalla muy de hecho Sertorio: mas como fuese herido Metelo, peleando con mas ánimo y vigor que parece podia caber en su edad, los romanos casi se avergonzaron de no parecerle, y cobrando ánimo comenzaron de nuevo á fatigar mucho á sus enemigos hasta vencerlos del todo. Y porque esta segunda batalla fué muy cerca de Valencia, algunos autores la ponen cabe Sagunto, que ahora llamamos Murvedre, y la vecindad de ambas ciudades es tanta, que hace lo uno y lo otro verdadero.

Estas dos batallas cabe estos rios. son muy famosas en esta guerra por todos los historiadores, y por Marco Tulio, y Salustio en sus fragmentos, ó pedazos de su historia que Aldo Manucio recogió. Y por ellos se ha de enmendar en la oracion de Marco Tulio, y en la epístola de Pompeyo, el nombre del rio Turia, que está errado.

En una destas batallas sucedió el doloroso caso que con mucha lástima cuenta Valerio Máximo (1). En lo mas bravo de la pelea un soldado de los de Pompeyo se sintió muy apretado de otro de los enemigos que con él acaso combatia. Por esto se dió el de Pompeyo mucha priesa á derribarlo muerto en el suelo. Y llegando luego á quitarle la celada, conoció que era su hermano. Quedó con esto tan triste y lastimado, que sacó como pudo arrastrando el cuerpo de su hermano hasta su real, y allí lo envolvió en la mas preciosa cobertura que pudo haber, y lo puso sobre un monton de leña para quemarlo allí á la costumbre de entónces. Tras esto puso fuego á la leña, y pasándose el corazon con la misma espada con que habia muerto á su hermano, se dejó caer encima de la hoguera. Pudiera vivir sin culpa, dice este autor, por su ignorancia, mas la fuerza del amor le hizo, que acompañando á su hermano en la muerte, no esperase el perdon que todos con justa razon le dieran. Era esta guerra con Sertorio casi como civil, por los muchos romanos que él tenia; y así podian fácilmente acontecer cosas tan miserables, cuales las tales guerras muchas veces traen consigo. Ciceron tambien da á entender como se hallaba en esta guerra y batallas, y servia mucho á los romanos Quinto Fabio natural de Sagunto, y en Salustio hay mencion dél. Y tambien dice servia en ellas Cornelio Balbo natural de la isla de Cádiz, por quien él hace aquella oracion.

Quedó Sertorio muy desbaratado y enflaquecido en su poderío con esta rota y encerrándose despues en una ciudad fuerte que Plutarco no nombra, (mas Appiano dice era Calahorra) le cercó allí Pompeyo, y le mató tres mil hombres en un recuentro. Habia usado Sertorio un singular ardid para rehacerse habiendo salido tan destrozado de la batalla de Guadalaviar y fué el meterse en Calahorra, y consentir que le cercasen allí Metelo y Pompeyo, entretanto que en las ciudades y tierras que estaban por él, se le juntaba de nuevo un grueso ejército. Ya que tuvo nueva que lo tenia muy en órden, tuvo manera como salir de Calahorra, y fuése á buscar su campo, con el cual puso de nuevo gran recelo á los dos tan famosos capitanes, y esforzados de tan fresco con la gran victoria. Y aun en Roma era todavía tan temido Sertorio, que decian allá que podria ser llegase Sertorio á Roma ántes que Pompeyo. Y Metelo por otra parte proponia grandísimos premios de dineros y heredades (cosa que espanta la suma de todo en Plutarco) para que matasen á Sertorio, casi confesando que no podia con las armas ser vencido.

Sertorio con este socorro que sus ciudades amigas le enviaron, salió á dar en los romanos, y les forzó á retirarse muy léjos, y en diversas partes. Pompeyo se fué á invernar á los Vacéos, y Metelo se metió en lo último de los Pireneos á las vertientes de Francia. Y en el discurso desta guerra, sin que podamos señalar precisamente cuando, usó Metelo contra Sertorio un prudente consejo que Julio Frontino cuenta (1). Estando ya juntos Metelo y Pomeyo, presentaron algunas veces la batalla á Sertorio, y él no quiso pelear por la gran ventaja que los dos con sus grandes ejércitos le tenian. Un dia por el contrario todo el campo de Sertorio se puso en órden de batalla, y con gran ferocidad se aparejaban para ella, y en las voces y en todo lo demás mostraban los nuestros con cuán grande ardor deseaban verse ya con lòs romanos. Metelo viendo esta nueva furia, y recelándola no quiso pelear aquel dia, y persuadió á Pompeyo que convenia hacerse así, aunque pareciese ser tan contrario de todo lo que los dias ántes procuraba.

Venido el verano, las cosas de Sertorio comenzaron á mostrar su mucha adversidad, que de muchas maneras ya le seguia. Siendo noble y benigno de su natural condicion, fué forzado á mandar matar algunos de los suyos por manifiestas sospechas que tuvo dellos de que le querian matar con gran traicion. Otros muchos tambien se le pasaban á Metelo, y todo era tan sin razon, que la mayor queja que sus amigos tenian de Sertorio, era, como dice Appiano, que toda la gente que traia en su guarda, era de españoles lusitanos y celtiberos, dando muestra que confiaba mas dellos, que de los romanos. Los españoles le amaban y le preciaban mucho por su grande eficacia en todas las cosas de la guerra, y llamábanle Anibal romano porque le parecia mucho en las astucias, y en la osadia de acometer grandes cosas, y en el vigor del ánimo para acabarlas. Y era tanto el amor que los españoles tenian á Sertorio, que como dice Plutarco, en una batalla en que fué vencido, murieron muchos españoles por salvarle, y sin temer la muerte que veian sufrir á todos los que le socorrian, le sacaron al fin en hombros; sucediendo otros en lugar de los que caian muertos. «Verdadero ejemplo de lealtad española, virtud que parece nacida y criada en esta nuestra tierra: segun en todos los siglos nos hemos los españoles preciado mucho de mostrarla con muy famosos testimonios.» Metelo le destruyó en esta sazon á Sertorio muchas de las ciudades que estaban en su amistad. Cercóle tambien Pompeyo á Palencia, que mantenia su parcialidad, y llególe á tener puestos los muros en cuentos. Mas allí mostró Sertorio, que no habia aun perdido en las adversidades su vigor acostumbrado, pues que forzó á Pompeyo á levantar el cerco, y que se saliese de la tierra sin osar esperarle.

Este mismo verano hizo Sertorio una cosa, que puso mucha admiracion, por la estraña agudeza con que la pensó, y se aprovechó de la ocasion mas que extraordinaria. Los de la ciudad de Caraca (2) (puesta como dice Plutarco, sobre el rio Tagonio (3), y la mis-

(1) En el lib. 5, c. 5.

(1) En el lib. 2, c. 3. (2) Caraca nombran á esta ciudad Tolomeo y el Itinerario de Antonino, aunque algunos códices la dan el nombre de Arriaca. B. (3) De esta cita de Plutarco se desprende que este autor tuvo al Henares por el Tagonio, nombre que algunos aplican al Tajuña. B.

ma segun por buenas conjeturas se cree, que ahora llamamos Guadalajara, y el rio que pasa por ella es Henares) tenian muchas cuevas en una montaña muy alta que miraba al septentrion, y solian recogerse á vivir en ellas, cuando en tiempo de guerra querian estar seguros. Toda la montaña era de una tierra muy seca, que con el calor fácilmente se desmoronaba; y por poco que la moviesen se deshacia, y levantaba un gran polvo. Cuando Sertorio andaba huyendo de Metelo, puso su real cabe esta sierra, y los de la ciudad metidos en sus cuevas, como seguros por su altura, comenzaron con grandes voces, á decir muchas afrentas á Sertorio y á todo su ejército. Él viendo cuán á su salvo lo hacian, por la altura y aspereza de la montaña: consideró bien la manera de aquella tierra, y como un viento cierzo que corria, levantaba algun polvo en ella. Luego con singular agudeza entendió la oportunidad, y como podia usar della. Con esto mandó á los suyos cavar apriesa, y levantar un monton muy alto de aquella tierra, á manera de un cerro frontero de las cuevas. Los caracitanos que creian se levantaba aquella tierra para combatirlos desde allí, reian y mofaban del desvarío. Mas despues que Sertorio tuvo bien alto su cerro, mandó levantar la tierra de muchas maneras en alto, y darla al viento, para que la llevase en polvo á las cuevas. El cierzo era firme, y la priesa de los de Sertorio mucha, y así en breve espacio se comenzaron las cuevas á henchir de tanto polvo, que los de dentro no podian ya casi resollar. En fin se vieron por esto en tanto aprieto de polvo y de hambre, que á cabo de dos dias, como Plutarco refiere, perdida toda su ferocidad, se rindieron libremente á Sertorio que quedó con mucha gloria de prudencia en la guerra por haber acabado con ingenio, lo que era imposible alcanzar con las armas.

CAPÍTULO XIX.

Sertorio fué muerto por traicion en un convite.

Hallábase Pompeyo el invierno siguiente tan pobre y necesitado con todo su campo, que escribió á Roma la carta de que hemos hecho mencion, donde con mucha saña se queja del senado, diciendo que lo tratan á él y á su ejército con tanto descuido, que si hubieran de castigarlos por algunos malos hechos, no los trataran de otra peor manera. Continuóse despues la guerra con escaramuzas y correrías, mas que con furia de grandes peleas. Porque ya Sertorio no andaba tan pujante, que pudiese ponerse en campo contra los romanos. Y los postreros recuentros que hubo, dice Estrabon que fueron en Lérida, y Huesca y Tarragona; y últimamente echado de la Celtiberia peleó con los romanos cerca del promontorio Hemeroscopeo; que es la famosa punta que está junto á Denia, en la costa de la mar, y la llaman ahora los marineros cabo de San Martin, y algun tiempo se llamó Atalaya de Sertorio.

Ya en este tiempo las muchas sospechas que Sertorio de los suyos tenia, le traian muy aquejado, y tan trocada la condicion, que todo su hecho era furia y crueldad en castigar. Mató con esta rabia algunos de los niños nobles que estudiaban en Huesca, y vendió otros como siervos: y en todo mostraba un despecho y fiereza muy diferente de lo natural, que hasta entónces en él se habia conocido. Esto movió á Perpena á querer él tambien matar á Sertorio, de quien ya todos temian la muerte. Concertóse para esto Perpena con otros diez soldados, y siendo descubierta la conjuracion, unos huyéron, y otros fueron arrebatadamente muertos. Tuvo Perpena lugar de disimular su propósito, porque ninguno lo habia nombrado ni descubierto, y de dar priesa de nuevo en efectuarlo, porque no se descubriese. Mas porque jamás andaba Sertorio sin su guarda de españoles, y temia mucho Perpena la lealtad y esfuerzo déstos: convidóle á comer, y estando en el mayor regocijo del convite, le mató á puñaladas. Y la manera del matarlo fué ésta, segun Plutarco, y Salustio y Appiano cuentan. En el convite se desordenó mucho Perpena en palabras y regocijos demasiados, buscando con esto causa de enojo y alboroto en Sertorio, á quien conocia amigo de mucha templanza y honestidad en los convites. Sertorio por disimular se puso de manera, que no podia ver aquello y en este descuido echó Perpena un vaso en el suelo que era la señal del concierto. Antonio que estaba junto con Sertorio, le comenzó á herir, y acudiendo los otros le acabaron de matar. Veleyo Patérculo dice, que Sertorio fué muerto en Huesca, porque aunque está algo diverso allí el nombre de la ciudad, no se puede entender otra cosa. Sabida su muerte, hubo grande alboroto en el ejército, doliéndose tristemente de la pérdida de Sertorio, y de la traicion, y de la soledad y poco reparo que les quedaba. Veíanle muerte por mano de su mayor amigo, y considerábanse destruidos todos, por faltarles quien solo les sustentaba la vida y reputacion. «Entre todos con singular lealtad, virtud propia de nuestra nacion, se señalaban los españoles, y entre ellos los lusitanos, de los cuales él mas se habia siempre confiado, y mas se habia servido.»

Así cuenta Appiano Alejandrino la muerte de Sertorio. Plutarco va algo diferente. Dice que el Perpena por aviso de un Aufidio que le dió á entender, como la conjuracion se iba descubriendo, echó un mensajero fingido que le trujese á Sertorio nueva de una victoria que los suyos habian habido. Con este placer despues que hubo hecho sacrificios á los dioses, dice que convidó á Perpena y á los otros sus conjurados. Mas no parece verisímil, sino que Perpena fué el que le convidó á Sertorio, porque si esto no fué así, ¿para qué habia de haber fingido él la nueva y el mensajero, si no era para tener ocasion de convidarle? Y en Salustio claro parece que él fué el que convidó. Y refiriendo así estos autores la muerte de Sertorio, no sé como se puede salvar lo que dice Estrabon, que murió en Denia de enfermedad.

Despues desto cuando abierto el testamento de Sertorio, pareció que entre los otros dejaba por su heredero á Perpena: entónces creció mucho la lástima y el odio con él, por parecerse mayor la maldad de matar con tanto aleve, no solamente á su general, sino tambien á su grande amigo, y que tanto beneficio le hacia con su herencia. Perpena se vió por esto, segun dice Appiano, en gran peligro: mas aplacó luego con mucho cuidado el alboroto, dando grandes dones á unos, haciendo grandes promesas á otros, y aun matando á puñaladas á algunos, para poner espanto á muchos otros. Y con soltar los que Sertorio tenia presos, y con volver á los españoles sus rehenes, ganó las voluntades de todos. «Olvidan tambien facilmente los «hombres las tristezas y pesares en sus peligros con el «miedo: y así el temer el ejército de Sertorio, que lue-«go vendria sobre ellos Pompeyo, los puso en obediencia de Perpena, que solo parecia entónces poder am-«pararlos.» Mas como se asegura mal quien mal hace, no fiándose Perpena enteramente de nadie, mató lue-

go con gran crueldad tres nobles romanos, que poco ántes habian venido de Italia por seguir á Sertorio, y con ellos un su sobrino, hijo de su hermano.

Este fin hubo Sertorio, y su grande ánimo en acometer cosas grandes, y su prudencia y sagacidad en proseguirlas. Lo uno y lo otro mostraron bien sus grandes hazañas y sus dichos excelentes, que son bien celebrados en muchos autores (1). Para persuadir concordia á los suyos, cuando ya veía que se desviaban en las voluntades, hizo poner delante todo el ejército dos caballos, el uno grueso y valiente, y el otro flaco y debilitado. Mandó luego á un soldado muy recio, y de grandes fuerzas, que arrancase la cola de aquel caballo flaco. Y como no pudiese, mandó á otro soldado flaco y de poca fuerza que arrancase la cola de aquel caballo valiente, lo cual él hizo, sacando (conforme á como estaba instruido) una á una todas las cerdas. Por donde mostró luego Sertorio á los suyos, como la union y concordia los haria invencibles, y la discordia y apartamiento de voluntades los destruiria. Tambien es muy celebrado lo que ordinariamente solia decir, que mas queria un ejército de ciervos, que tuviese por capitan un leon, que un ejército de leones si tuviese por capitan un ciervo. Habiendo de pasar un rio, temió que sus enemigos le darian por las espaldas (2). Echó por esto un vallado de mucha leña en forma de luna, que encerraba todo su ejército con el rio, y cuando quiso pasar, mandóle pegar fuego, y así estorbó que los enemigos no pudiesen acometerle entónces por allí.

Con todas las prosperidades y ensalzamiento que Sertorio acá en España tuvo, amaba siempre su tierra natural, y suspiraba por ella. Cuando le vencian Metelo y Pompeyo, sufria animosamente la adversidad: mas cuando él los vencia, luego se ablandaba con el amor de Roma y de Italia, y les enviaba mensajeros diciéndoles, que él estaba bien aparejado para dejar las armas, y volverse á Roma, como un ciudadano particular y ordinario. Porque mas quiero, decia él, ser en Roma el menor de sus ciudadanos, que desterrado della, tener gran señorío. Y cierto amaba mucho Sertorio á su tierra: mas lo que mas de veras lo enternecia, y le ponia deseo de volver allá, era el grandísimo amor que tenia á su madre Rea, con quien se habia criado, habiendo quedado, como deciamos, muy niño huérfano de su padre. Ni la ausencia tan larga, ni la distancia de tanta tierra, ni la mudanza de tan alta fortuna, no habia hecho trueque en Sertorio, para que en amor, y acatamiento y ternura con su madre, no fuese ahora tan hijo como cuando niño estaba en sus faldas: y así, cuando le trujeron la nueva de su muerte, cuenta Plutarco, tomó tanto pesar, que salió como fuera de sí mismo, y en el sentimiento y muestra dél, no parecia Sertorio sino un hombre de poco ánimo y abatido. En esta ternura se confirmó bien la opinion que se tenia de Sertorio, que fuese hombre amigo de quietud: mas que forzado por sus enemigos, buscaba como defenderse con la guerra. Su prudencia en las cosas della se manifestó en muchas ocasiones, y éste fué una de las mas señaladas (3). Pedíanle una vez sus soldados con grande ahinco que pelease con el enemigo que tenia puesta su gente en orden de batalla. Él lo rehusaba, porque temia el suceso, y por otra parte temia tambien que estaban tan ganosos de pelear los suyos, que contra su voluntad lo harian. Por esto mandó á una compañía de caballos que moviese la escaramuza. Y como esta su gente peligrase, envió mas número que la sacase en sálvo: y por la muestra deste peligro, enseñó á todos el mayor que entónces habia en el pelear. Y es una de las cosas que mucho celebra Plutarco en Sertorio, la prudencia con que supo siempre aplacar y detener la ferocidad de los españoles en su porfía de pelear. En los casos súbitos tenia la prudencia de Sertorio muy á la mano los remedios, como en Julio Frontino parece (1). Queriendo entrar en una batalla, vió desmayar algunos de los suyos, por haber tomado por mal agüero, al ver ensangrentados los pechos de los caballos y los escudos. Ántes es muy buena señal de victoria, dijo él con mucha presteza, porque éstas son las partes que se tiñen con sangre de enemigos, cuando los vencemos (2). El mismo autor cuenta, que viéndose apretado de la caballería de los romanos en las escaramuzas, de noche hizo hacer unas hoyas secretas, y el dia siguiente con buena disimulacion, hizo caer en ellas á muchos caballos de sus contrarios. Atribuyósele á Sertorio por crueldad, el castigo que á la postre hizo en los que le querian matar. «Mas en los hombres excelentes su alto natural bien «fundado en grandeza de ánimo, y generosa templan«za, pocas veces se trueca, de manera que se deshaga «su ser soberano. Y no es trocarse, ni pervertirse, mos«trar algunas mudanzas, siendo forzados con las ad«versidades.» Sucedió la muerte de Sertorio, segun que por el sumario de Tito Livio advirtió Sigonio en sus fastos, el año ántes del nacimiento de nuestro Redentor setenta y uno. Y esto se rastrea solamente, por no haber en ello entera claridad, ni certidumbre.

(1) Julio Frontino en el lib. I, c. 10. (2) Julio Frontino en el lib. I, c. 5. (3) Julio Frontino en el lib. I. c. 10.

CAPÍTULO XX.

Algunas piedras que se dice quedaron de tiempo de Sertorio.

Parécese bien la fe que nuestros españoles tenian con Sertorio, en algunas piedras que de aquel tiempo quedaron en España, y tenian estas letras, segun que algunos refieren. Una cerca de Logroño.

DIIS. MANIBVS. Q. SERTORII. ME.
BEBRICIVS. CALAGVRRITANVS.
DEVOVI. ARBITRATVS. RELIGIO
NEM. ESSE. EO. SVBLATO. QVI OM
NIA. CVM. DIIS. IMMORTALIBVS.
COMMVNIA. HABEBAT. ME. INCO
LVMEN RETINERE. ANIMAM. VA-
LE. VIATOR. QVI. HAEC. LEGIS. ET
MEO. DISCE. EXEMPLO. FIDEM. SER
VARE. IPSA. FIDES. ETIAM. MORTVIS
PLACET. CORPORE. HVMANO
EXVTIS.

Dice nuestro castellano. Yo Cebricio, natural de Calahorra, me ofrecí á la muerte por ir en compañía del alma de Quinto Sertorio. Porque tuve por mal caso contra la religion, detener mas mi alma dentro en el cuerpo, despues de muerto aquel, que no tenia cosa que no fuese divina. Ve en buen hora tú que pasas y lees esto, y aprende con el ejemplo que te dejo, guardar siempre fe y lealtad. «La lealtad tambien agrada á »los muertos, aun despues que han salido de la vida.»

Préciase este español de la virtud propia de su ter-

(1) Lib. I, c. últ. (2) Lib. 2, c. 12.

ra, y celébrala y encomiéndala por tan principal como ella es, y él la tenia.

Otra piedra ponen cabe la ciudad de Vique en Cataluña con estas letras:

HIC. MVLTAE. QVAE. SE. MANIBVS. Q. SERTORII. TVRMAE. TERRAE. MORTALIVM. OMNIVN. PARENTI. DEVOVERE. DVM. EO. SVBLATO. SVPERESSE. TAEDERET. ET. FORTITER. PVGNANDO. INVICEM. CECIDERE. MORTE. AD. PRAESENS. OPTATA. IACENT. VALETE. POSTERI.

Dice en nuestra lengua. Aquí estan enterradas muchas compañías de gentes de caballo, las cuales muriendo de buena gana se ofrecieron á la tierra, madre universal de todos los mortales, por ir en compañía del alma de Quinto Sertorio. Porque muerto él, les era á ellos el vivir cosa triste y muy desabrida. Aquí se mataron peleando unos con otros como valientes, y buscando así la muerte, que por entónces con mucha ansia deseaban.

Este ofrecerse y matarse así unos amigos por otros, era cosa usada de los españoles por solemne costumbre como adelante mas á la larga se ha de tratar.

Por estos años tuvieron los romanos una peligrosa guerra por la mar con corsarios que en diversas provincias andaban á toda ropa, con grande estorbo de las gobernaciones. Para asegurar los mares de España, dice Lucio Floro (1), que envió acá el senado á Tiberio Neron, que puesto en el estrecho de Gibraltar, aseguraba lo del Océano, y otro llamado Torcuato discurria por nuestro mar de levante para el mismo efecto.

Demas desto tuvo Sertorio mucho asiento, y como su morada principal en la ciudad de Evora en Portugal, conforme á lo que trata desto con mucho fundamento y certidumbre el maestro Andrea Resendio, hombre de grande ingenio y muchas letras, y singular noticia de toda antigüedad, la cual ha descubierto y averiguado siempre con increible diligencia y juicio mas acertado que ningun español. Trátalo en el librito que hizo de la antigüedad de Evora, y en otras obras suyas que allí refiere. Y en los grandes beneficios que Sertorio hizo á aquella ciudad se ve, como la tenia por muy propia y muy su querida. Hay memoria dellos en una piedra antigua que pone Vaseo, como Resendio se la dió. Está quebrada, y lo que se lee della dice así.

Q. SERTOR: : : : : . : : : : : : : : : : : : : : : : : : :
HONOREM NOMINIS SVI, ET. COH. FORT: : : : : : :
EBORENSIVM MVNIC. VET. EMER. VIRTVTIS ERGO:
DON. DON. BELLO. CELTIBERICO. DEQVE. MANVBIIS:
IN PVBLIC. MVNIC. EIVS. VTILITATEM. VRB: : : : :
MOENIVIT. EOQVE AQVAM DIVERSEIS INDVCT:: : :
VNVM CONLECTEIS FONTIB. PERDVCENDAM
CVRAV:

Esta piedra estuvo en Evora sobre un arco de la puerta nueva. Y en castellano dice. Quinto Sertorio por honra de su nombre y fama, y por honra y fama de la valiente compañía de los soldados viejos emeritos del municipio de Evora, que fueron premiados con dones extraordinarios en la guerra de la Celtiberia, y para público provecho del dicho municipio, del dinero que se hizo de la presa cercó la ciudad de muros, y mandó traer hasta ella el agua de diversas fuentes que mandó recoger y juntar en una.

Tambien hay otra piedra ahora allí en Evora, que da mucho testimonio del asiento y morada que Sertorio tuvo en aquella ciudad. Resendio la pone, y dice así.

LARIB. PRO SALVTE. ET INCO-
LVMITATE DOMVVS Q. SERTO-
RI. COMPETALIB. LVDOS. ET. E-
PVLVM. VICINEIS. IVNIA. DO-
NACE. DOMESTICA. EI IVS. ET.
Q. SERTOR. HERMES.
Q. SERTOR. CEPALO.
Q. SERTOR. ANTEROS.
LIBER TEI.

En castellano dice. En honra de los dioses Lares por la salud y prosperidad de la casa de Quinto Sertorio, Junia Donace, su doméstica, y Quinto Sertorio Hermes, y Quinto Sertorio Cepalo, y Quinto Sertorio Anteros, sus ahorrados de Sertorio, hicieron juegos y gran banquete á sus vecinos en el dia de la fiesta llamada de los Compitales.

Otros tambien dicen de otra piedra que se halló en la misma ciudad de Evora cuando hacian la iglesia de San Luis, y se quebró despues. Que muestra habérsele puesto allí á Sertorio sepultura. O porque realmente trujeron allí su cuerpo desde Huesca, donde le mataron: ó porque sin traer el cuerpo quisieron conservar acá su memoría en el lugar mas ordinario de su morada. La piedra tenia escrito esto.

SERTOR. LVSIT. DVX IN EXTREM: ORB. PLA
GA. D. IMMORT. VOVET. ANIM. BVSTO
CORPVS. QUI. TIBI. SALO. TETHI. SERVATVS.
QVO LOCO: CIRCA. EBOR. RO. COS. COP. Q.
IPS. CECIDERAT. OLIM. H. EREX. S. CIRCVM
VENTAM. DOLO. VMB. ELISIVM. DIRIGE.
DIVA. D.
S. T. T. L.
AVLICVS P.

Aunque está tan quebrada, se puede bien trasladar, y lo que della se entiende, es que dice esto. Sertorio, capitan de los lusitanos, aquí en esta postrera region del mundo ofrece su alma á los dioses inmortales, y el cuerpo á la sepultura. Éste es aquel que por tí diosa Tetis fué librado del mar. Y aquí en este lugar cerca de Evora, donde él habia ántes destrozado á un cónsul romano, y á todo su ejército, aquí la fué puesta la sepultura. Diosa Diana endereza y guia á los campos Elisios el alma, que por engaño fué destruida. Séate liviana la tierra. Aulico le puso esta piedra.

CAPÍTULO XXI.

Pompeyo venció y mató á Perpena.

Andaba Metelo muy léjos de donde fué muerto Sertorio, y así solo Pompeyo, luego que supo su muerte, se acercó contra Perpena para destruirle. Estuvieron diez dias los ejércitos juntos en sus reales, sin hacer mas que escaramuzar lijeramente, como que quisiesen entrambos capitanes probar las fuerzas y los ánimos de los suyos. Mas al fin se resolvieron en pelear con todo su poder. Pompeyo porque tenia en poco á Perpena, y él porque temia la infidelidad de los suyos, que cada dia se iba acrecentando con mayor

(1) En el lib. 3, c. 6.

peligro. Pompeyo venció facilmente la batalla, porque faltaba ya Sertorio, que él solo por su persona y valor era la mayor fuerza de todo aquel ejército y parcialidad. Y así se parece bien ser verdad lo que él, como dijimos, solia decir de los leones y de los ciervos. Todavia tuvo necesidad Pompeyo de usar un ardid para vencer. Puso una emboscada en lugar conveniente, como dice Julio Frontino(1), y con retirarse fingido supo llevar su enemigo hasta dar en ella. Perpena huyó de la batalla, y se escondió en lo espeso de un zarzal, temiendo tanto á los suyos, como á los enemigos. De allí le sacaron algunos de caballo, y un soldado suyo, que le vió traer preso, le comenzó á denostar con mucha indignacion, y afearle la muerte de Sertorio, y las otras sus maldades. A todo esto daba grandes voces Perpena pidiendo que no le matasen, porque tenia cosas muy importantes que decir á Pompeyo de nuevos alborotos que en Roma secretamente se comenzaban á tratar. Mas Pompeyo con prudencia y magnanimidad, entendió que diria, por ganar gracia con él, cosas fingidas en ofensa de algunos, y mandóle matar ántes que llegase delante dél por no despertar nuevas causas de movimientos en Roma, considerando como ya con las crueldades pasadas habia sufrido harta desventura. Por este mismo respeto, viniendo á sus manos todas las cartas que de muchas partes habian escrito á Sertorio, en que habia algunas de romanos que le convidaban para que fuése á Italia, y á señorearse con su ejército de Roma: las quemó sin leerlas, diciendo que se habia de dar lugar á los malos para que pudiesen arrepentirse, y ser mejores.

Duró la guerra de Sertorio en España hasta la muerte de Perpena nueve años. Contando desde el año en que entró Sertorio en España, siendo cónsules Gayo Mario y Neyo Carbon, que era el año ochenta ántes del Nacimiento, hasta este que es del consulado de Lucio Gelio y Neyo Lentulo, en que fué muerto Perpena, y es el año setenta ántes del Nacimiento, habiendo sido muerto un año ántes Sertorio. Y esto se puede bien conjeturar así, aunque no se puede tener entera certidumbre del año en que vino acá.

Desta vez parece que llevó Metelo Pio consigo de Córdova á Roma algunos poetas latinos, que ya por aquel tiempo eran en aquella ciudad señalados. Y tan antiguo como esto es haber en Córdova notables ingenios, y particularmente poetas. Y si Marco Tulio en la oracion que hizo por *Licinio Archia*, donde cuenta esto, dice, que aquellos poetas cordoveses eran groseros, y se les parecia bien lo extranjero en sus versos: falta era del tiempo, en que no habia habido ningun poeta romano muy aventajado, como tampoco el mismo Marco Tulio lo era, pues que sus versos y toda su poesía es muy notada, y escarnecida por Juvenal, y Quintiliano y otros autores. Y aunque no está muy averiguado que Metelo llevase estos poetas de Córdova á Roma, mas es cierto que los habia allá, y que Metelo los oia de muy buena gana y con mucho placer: pues Marco Tulio así lo escribe.

CAPÍTULO XXII

Pompeyo pacificó toda la Citerior, y fundó á Pamplona, destruyó á Calahorra, y puso trofeos de sus victorias. Julio César vino á España

Con haber Pompeyo muerto así á Perpena, la guerra quedaba concluida: mas estaba España casi toda tan enajenada y removida que tuvo Pompeyo necesidad casi como ganarla de nuevo. Esto hizo en lo que quedaba deste año y en el siguiente, que es sesenta y nueve ántes del Nacimiento. Diéronsele luego á Pompeyo Huesca, y Valencia y Termes, y otras muchas ciudades y solas resistieron Osma, que entónces se llamaba Uxama y Calahorra, á quien llamaban Calagurris. Pompeyo echó por el suelo á Osma, y Afranio tuvo cercada mucho tiempo á Calahorra. Porque los de aquella ciudad, por mostrar que su lealtad con Sertorio era mas firme que la vida dél habia sido, sufrieron el cerco con una hambre tan triste, que quedó en memoria como por proverbio. Cuando ya no quedó cosa viva en la ciudad, que no se la hubiesen comido: matáron sus mujeres y sus hijos para comérselos, é hicieron cecina dellos, para que mas les durase la horrible vianda. Tomó la ciudad al fin Afranio, y matando los pocos que en ella halló, la abrasó toda. Este Afranio es aquel capitan señalado, que se criaba ahora con la doctrina de Pompeyo en esta guerra. Y despues como presto verémos, la mantuvo acá en España muchos dias por él. Plutarco en la vida de Sertorio escribe así esto, y haciendo tambien mencion de lo mismo Lucio Floro, nombra con las pasadas otra ciudad llamada Tucia, que no se puede bien entender donde era.

En esta conquista y pacificacion de España, como escribe Julio Frontino (1), temió Pompeyo que los de la ciudad de Caucia no le eran tan de veras amigos, que sufriesen les pusiese gente de guarnicion. Por esto con ardid de mucha astucia les pidió que les recibiesen sus enfermos, que traia muchos, para que se curasen allí. Habido facilmente el consentimiento, escogió los mas valientes soldados, que fingiéndose enfermos fueron metidos en la ciudad por tales, y se apoderaron luego della.

Despues de muerto Sertorio, hubo un mancebo que con grande osadía y costancia afirmaba ser su hijo legítimo: mas su mujer jamás lo quiso reconocer por tal.

Pacificó y sujetó Pompeyo desta vez á toda España, y en las cumbres de los Pireneos dejó levantados grandes trofeos de sus victorias, contando en los títulos mas de ochocientos lugares, que en sola la Ulterior, y en alguna parte de Francia á la pasada habia ganado. Atribuyóle Plinio á gran braveza, que no hizo mencion en estos títulos de Sertorio (2). Yo creo cierto, que no lo dejó por bravosidad, sino por cordura, porque no tenia lo que le habia pasado con Sertorio y sus españoles, por tan gran hazaña suya, que no hallase cosas que holgase de encubrir y sepultarlas si pudiera en perpetuo olvido. Cuanto mas que Pompeyo no podia decir con verdad que venció á Sertorio, pues murió á manos de los suyos en tiempo que sustentaba la guerra con mucha constancia. Destos trofeos de Pompeyo hay aun hoy dia hartos rastros y señales. Porque yo tengo por cierto, que para colgar estos trofeos, se pusieron entónces unas aldabas de hierro muy grandes, del tamaño de un brocal de pozo, y aun mayores y gruesas mas que el brazo, que se hallan hincadas y afirmadas con plomo, en lo alto de los Pireneos, en las mas altas cumbres y peñas del valle llamado Andorra, y otra semejante en las peñas mayores del valle de Altabaca, que está mas abajo hácia Sobrarbe. Y para este fin se puede bien creer fueron hechas y pues-

(1) Lib. 2, c. 5

(1) En el lib. 2, c. 11. (2) En el lib. 7, c. 16.

tas estas aldabas, y no para otros que les da el doctor Antonio Beuter. Y parece ser así, porque en el soberbio arco que hoy dia vemos en Mérida y se tiene por cierto que se fabricó para colgar en él los trofeos de aquella ciudad, están así unas grandes aldabas de hierro que servian para esto mismo.

Pocos años ha se sacó cerca de Roma debajo tierra una gran piedra con la memoria de las victorias de Pompeyo, y entre ellas se cuentan éstas de España. Puso esta piedra Gabriel Simeon Florentin en su libro de las inscripciones antiguas, impreso en Leon de Francia el año M.D.LVIII. Las letras de la piedra dicen así

POMPEIVS. SICILIA. RECVPERATA. AFRICA TOTA SVBACTA. MAGNI NOMINE INDE CAPTO. AD SOLIS OCCASVS TRANSGRESSVS, ERECTIS IN PYRENEO TROPHAEIS OPPID. DCCCLXXXVI. AB ALPIBVS AD FINES HISPANIAE REDACTIS, SERTORIVM DOMVIT. BELLO SERVILI EXTINCTO ITERVM TRIVMPHALES CVRRVS EQVES ROMANVS INDVXIT. DEINDE AD TOTA MARIA ET SOLIS ORTVS MISSVS, NON SEIPSVM TANTVM, SED PATRIAM CORONAVIT.

En castellano dice. Habiendo Pompeyo recobrado á Sicilia, sujetado á África, y alcanzado allí el renombre de Magno: pasando al occidente, y levantando trofeos en los montes Pireneos, habiendo reducido ochocientos y ochenta y seis lugares, desde los Alpes hasta los postreros términos de España, domó á Sertorio. Habiendo apagado el fuego de la guerra de los esclavos, siendo aun no mas que del estado de los caballeros romanos, triunfó la segunda vez. Despues enviado al oriente, y á todos aquellos mares de allá, nó ganó corona para sí solo, sino para toda Roma, que era su tierra.

Metelo y Pompeyo vueltos á Roma triunfaron de España, y Pompeyo llevó consigo allá desta vez á Cornelio Balbo, un español principal de la ciudad de Cádiz, que le habia ayudado acá mucho en toda esta guerra, como Marco Tulio en la oracion de su defensa lo refiere, y ya atrás se ha hecho mencion dél.

Tambien desta vez dejó Pompeyo fundada la ciudad de Pamplona en Navarra, que de su nombre se llamó entónces Pompeyopolis, que quiere decir, ciudad de Pompeyo. Esto se entiende ser así, pues Estrabon pone en aquella parte la ciudad que él llama Pompelo, el cual nombre interpreta y dice que vale tanto como decir ciudad de Pompeyo.

Desta vez asimismo dejó Pompeyo por suya toda la España Citerior, así que en Roma le tenía toda la provincia por patron, y él acá mandaba con efecto todo lo que queria. Con los muchos beneficios que hizo á las ciudades ántes que de acá partiese, las dejó en obligacion de servirle: y allá en Roma añadió mucho en obligar aquella parte de España, y en merecer della mas aficion y obedieneia.

Despues desto hubo en España cosas notables de guerra, de que ninguna mencion hay en los historiadores, solamente se saben, porque el año sesenta y siete ántes del Nacimiento, siendo cónsules Quinto Metelo, y Quinto Hortensio, el procónsul Marco Puppio Pison triunfó de España, y entiéndese tambien que tuvo acá consigo por cuestor á Lucio Flaco. Y pues es cierto que hubo triunfo, porque Marco Tulio, y Asconio Pediano lo refieren: no hay duda sino que hub[illegible] tambien grandes victorias, mas ninguna cosa se cuen[illegible] ta dellas.

Tambien es deste tiempo, aunque precisamente n[illegible] podemos señalar el año, el haber venido Julio César [illegible] la Ulterior España por cuestor de Antistio, que debi[illegible] venir por pretor. Veleyo Patérculo dice que vino por su cuestor de Antistio, sin decir que cargo trujo él; mas Plutarco en su vida dice, que vino con el pretor Tuberon. Yo creo mas en esto á Patérculo, que como romano, y muy vecino destos tiempos, pudo tener mejor noticia de las personas. Y puede tambien ser, y yo así lo creo, que en Plutarco está errado el nombre, y por Tuberon ha de decir Turpion, el cual era sobrenombre muy propio de los Antistios en Roma, y así será todo uno el que el Plutarco y Veleyo nombran. Alaba mucho Veleyo lo bien que se hubo César en su cargo. Suetonio Tranquilo añade en particular, que fuera de su oficio ordinario, el senado le encargó que visitase las cancillerías del Andalucía. Llegado pues á la isla de Cádiz, que era una dellas, en el gran templo de Hércules que allí habia, vido Julio César una estatua de Alejandro Magno: y mirándola dió un gran suspiro, pesándole que él no habia hecho cosa ninguna señalada, habiendo ya llegado á la edad en que Alejandro habia sujetado casi todo el universo. Con este dolor, y con la buena esperanza de un sueño, envió luego á pedir licencia á Roma para volverse á ella ántes de acabar su cargo, por revolver cosas nuevas donde él pudiese crecer, y emplear su grande ánimo, como deseaba. Deste sueño cuenta Dion Casio, que aquí en Cádiz soñó esta vez Julio César, que tenia ayuntamiento carnal con su madre, y comunicado este su sueño con los que sabian y usaban declararlos, le respondieron todos, que aquello le prometia un gran señorío de su tierra. Así lo alcanzó despues, y tuvo en España este primer pronóstico dél. Y podia haber bien en Cádiz quien le declarase este sueño; pues desde los tiempos muy antiguos dice Estrabon, que los andaluces de por allí eran muy dados á tales interpretaciones de los sueños. Y esta es la primera vez que en la historia de España se nombra Julio César, que tan nombrado ha sido en el mundo, y sus cosas que hizo despues en España, serán de aquí adelante harto celebradas en est[illegible] historia.

Todas las cosas de España son por este tiempo poca[illegible] y esas están contadas en breve por los historiador[illegible] relatando en suma, como el año sesenta y tres [illegible] tes del Nacimiento, siendo cónsules Marco Lepido [illegible] Volcacio Tulo, en la España Citerior. mataron [illegible] gente de caballo de los nuestros, á Neo Calpurni[illegible] son, llevándolos él en su ejército. La causa desta [illegible] te de Pison cuenta diversamente Salustio. como [illegible] tendió de otros. Unos decian, que siendo Pison un [illegible] bre muy vicioso y perdido. todo su gobierno era [illegible] vado: y así nuestros españoles no pudieron sufr[illegible] ser mandados con tanta soberbia y crueldad. Otr[illegible] cian que siendo como era Pison enemigo de P[illegible] aquella gente de caballo era de la mas aficiona[illegible] pensando hacerle servicio. mataron á aquel [illegible] go. Esta postrera causa le parece mas ver[illegible] lustio, aunque no afirma nada. por nun[illegible] españoles hecho jamás cosa semejante. [illegible] do mucho tiempo crueles tiranos en [illegible] Habia venido acá este Pison con carg[illegible] porque en Roma desearon echar muy [illegible]

un tan mal hombre, cuya maldad habia llegado á tentar de alzarse con la república. Y tambien por otra parte los enemigos de Pompeyo deseaban ver á Pison mas poderoso, para que les ayudase á resistirle, lo cual aun hace mas verdadera la segunda causa de su muerte. Y en Suetonio Tranquilo aun hay mas certificacion desto (1).

CAPÍTULO XXIII.

Julio César vino segunda vez á España con la pretura. Y de otros que acá gobernaron.

No hay despues que contar de España hasta el año cincuenta y nueve ántes del Nacimiento, en que fueron cónsules Marco Pupio Pison, el que habia triunfado de España, y Marco Valerio Mesala. Este año Julio César vino á la Ulterior con cargo de pretor. En Plutarco parece que trujo por su cuestor esta vez á Tuberon, hijo del otro Tuberon, cuyo cuestor él habia sido en España, por honrar al hijo en el grado que él habia sido honrado de su padre. Y aquí tambien creo que se ha de mudar el sobrenombre de Tuberon en Turpion, como atrás se decia.

Hizo César cosas harto señaladas en este su cargo, comenzándose ya á mostrar aquellas grandezas que en este hombre parecieron despues tan extremadas. Y así tambien era siempre de hombre magnánimo y valeroso, aun todo lo que decia. Como cuenta Plutarco, que viniendo desta vez acá, pasaba por un lugar muy pequeño en Francia, todo de chozas y casillas de labradores: y los que estaban en conversacion con él, le preguntaron si seria posible que en aquel lugarejo hubiese alguna ambicion, y deseo de mandar, y ser uno preferido á otro. Él respondió conforme á sus altos pensamientos. Mas querria ser aquí primero, que en Roma segundo.

Estaba todo lo del Andalucía, y particularmente lo de la Lusitania marítima en Portugal, fatigado con salteadores que tenian muy desasosegada la provincia. Fácil cosa le fuera á Julio César destruir á éstos, y poner en sosiego todo lo de su gobierno. Mas él queria buscar ocasiones de mucha guerra, donde pudiese hacer cosas muy señaladas, y que fuese para él de mucha gloria, y en Roma de grande estima. Por esto envió á mandar á todos los que moraban en las montañas Herminias (2), que eran todas aquellas sierras que estan entre Duero y Miño á los confines de Portugal en Galicia, y ahora se llama la tierra Detras-los-montes, que dejando lo alto, pasasen su habitacion á lo llano, y mudasen en él todos sus pueblos; porque el verse en lugares tan fortalecidos por la aspereza de la montaña, les daba ocasion de hacerse ladrones y robadores, y fatigar con esto toda la Lusitania. Sabia bien Julio César que no habian de obedecer aquellos lusitanos, como de hecho no obedecieron; y así tuvo ya, como queria, causa para moverles la guerra. Ésta les hizo tan brava, que como cuenta Dion (3), en poco tiempo los venció y los sujetó todos. Y aunque Dion no lo dice, es bien creible que los forzó se bajasen á vivir en lo llano, como al principio les mandaba. Espantados con la destruccion de los herminios otros pueblos sus comarcanos, temiendo lo que ellos, aparejaban pasarse con sus mujeres é hijos de la otra parte del rio Duero, porque allá se tenian por mas seguros del ímpetu de César. Él se dió tanta priesa á estorbarles esta jornada, que luego que la comenzaron, les tuvo ya ocupadas todas sus ciudades. Salió luego contra el ejército que tenian ya en campaña, donde se pensaron los nuestros valer con este ardid. Echaron fuera todos sus ganados sin mucha guarda, creyendo que los romanos se desbaratarian por ir á robarlos, y así estarian aparejados para ser acometidos con mucha ventaja. No les sucedió, porque César sin curar de nada desto, dió sobre ellos con todo su poder; y hallándose él mismo en lo mas recio de la batalla, los desbarató y venció muy presto. Tuvo aviso despues desto, como los vencidos de las montañas Herminias rebelaban, y estaban esperando su vuelta para salirle al camino, y tomarle en una emboscada descuidado. Esto le forzó á dar la vuelta por otro camino, y rehaciendo su ejército en la tierra mas adentro, los volvió luego á vencer, y los fué siguiendo en la huida hasta la mar (1). Encerráronsele todos en una isla allí cerca, que parece debia ser de las que ahora llamamos de Vayona, y están no mas de una legua del lugar que se llama así en Galicia. A éstas llamaban los antiguos las Islas Cizas (2), y tambien retienen ahora este nombre. Y parece que en éstas pasó todo esto Julio César, por estar como estan muy junto de aquella tierra De-tras-los-montes, donde la guerra se trataba (3). No halló César navíos con que pasar allá, fué por entónces forzado á detenerse en la costa. Mas juntando presto navíos, envió á la isla buen ejército, con un capitan que Dion no nombra. Éste hizo desembarcar los suyos, quedándose él en su navío para salir el postrero. Mas cuando quiso desembarcar, no pudo, que la creciente de la mar se lo estorbó, y le forzó correr á lo largo por donde no queria. Los herminios entre tanto dieron sobre los romanos, y mataron muchos dellos, aunque peleaban como valientes, hasta no quedar mas que Publio Escevio, que se salió peleando de entre los enemigos, perdido el escudo y herido en muchas partes, y nadando se recogió en sus navíos. Dion le llama como yo le he nombrado, mas yo creo cierto que el nombre está allí errado, y que es éste aquel famoso Esceva de quien Valerio Máximo y otros cuentan cosas extrañas de valentía, que despues hizo siguiendo siempre á César en sus guerras. No desmayó Julio César con esta pérdida, ántes encendido con mayor coraje de venganza, mandó traer mas navíos de toda aquella costa hasta Cádiz y él por su persona, pasó con su gente á la isla, y hallando á los nuestros muy fatigados por falta de mantenimientos, con poco trabajo los acabó de vencer y destruir. Vuelto á Galicia, tomó el puerto de la Coruña. Dióscle esta ciudad fácilmente, segun Dion refiere, espantada con ver los grandes navíos y su jarcia y mastiles altos, que era cosa que jamás habia parecido por aquellas costas, que como no son muy ricas, no aportaban por allí navíos principales. Porque usaban entónces en aquellas marinas de por allí, barcas pequeñas tejidas de mimbres, y cubiertas con cueros de vacas, como el mismo César en sus comentarios, y otros autores lo refieren. Y no se maravillará desto quien hubiere visto y notado en Asturias las sillas y otras cosas de servicio, recias y firmes, que hacen así

(1) En la vida de César, c. 9. (2) Estas montañas no están en la provincia de entre Duero y Miño, sino en la de Beira, pues se reducen á la sierra de Estrella. B. (3) En el lib. 37.

(1) Plinio lib. 4, c. 20. (2) Plinio las llama islas Cicas. B. (3) De estas islas se vea en la Monarquía Lusitana de Brito lib. 4, c. 5.

entretejidas de mimbres y varas de avellano. Y aun á mí no me espantaba en aquella tierra tanto esto, como ver los graneros, que ellos llaman los horreos, fabricados desta misma obra de varas entretejidas, y tan tupidas y de tanta firmeza, que sufren gran carga como buenas paredes. Todavía es de maravillar la simplicidad de nuestros españoles en aquellos tiempos, pues tan lijeramente se rendian con aquellas ocasiones.

Acabado esto, César se volvió á Roma aun sin esperar que le viniese sucesor, porque se llegaba el tiempo de los comicios, en que él habia de pedir el consulado. Y parécese bien que estas guerras con los portugueses, que tan en breve las cuenta Dion, fueron de mucha importancia, pues en Roma se le quiso dar á César el triunfo. Mas él no lo quiso porque le estorbaba para pedir el consulado.

Desta vez que estuvo Julio César en la Lusitania, como cuenta Suetonio Tranquilo, le nació un potro que tenia los casoos de las manos muy hendidos á manera de nuestros dedos. Y como los aruspices y agoreros le certificasen que aquel caballo le anunciaba el señorío de todo el mundo, hízolo criar con mucho cuidado, y habiendo salido lindo caballo y muy feroz le plugo mucho mas á César, porque no consintió jamás que otro subiese en él. Y aun despues de muerto este caballo, le hizo una estatua al propio, y la puso en Roma delante del templo de la Diosa Venus.

Plutarco dice, que como César trató en su pretura las cosas de la guerra con mucha valentía, así ordenó el gobierno de la paz con grande prudencia, poniendo mucha concordia entre las ciudades de acá, que tenian entre sí enemistad: y proveyendo en todo con tanto provecho, y contentamiento universal de la provincia, que todos le amaban y preciaban mucho, y le quedaron desta vez muy aficionados. Señaladamente como dice Suetonio Tranquilo concertó los deudores con sus acreedores, y hizo cesar todos los pleitos graves y muy reñidos que sobre esto habia. Puso tambien término á los cambios que fatigaban y consumian á muchos, con mandar que el acreedor tomase las dos partes de las rentas que su deudor tenia, de que se fuese pagando, y entre tanto le quedase al señor la otra tercera parte para su mantenimiento. Marco Tulio cuenta de espacio en la oracion por Cornelio Balbo, lo mucho que Julio César hizo en esta su pretura por los de la isla de Cádiz, dándoles leyes como ellos se las pidieron, sosegándoles sus pleitos, y poniéndoles mas policía y buena manera en todo su tratamiento.

Puede ser desta vez, que César acá estuvo, lo que cuenta Suetonio, que aunque algunas ciudades de la Lusitania se le dieron, y le abrieron las puertas: mas que todavía las metió miserablemente á saco, robándoles todo lo que tenian. Y parécese bien, que la guerra fué este año en aquellas comarcas de Galicia con Portugal, porque Julio Obsecuente cuenta, que estas dos provincias fueron este año muy fatigadas con la guerra.

Tambien podria ser que desta vez plantase Julio César el plátano de Córdoba, que tan celebrado fué despues con el epigrama de Marcial: y Plinio tambien parece hizo memoria dél (1). Porque en algun tiempo de ocio le placeria á César recrearse así en plantar aquel árbol: si no lo habia ya plantado en su cuestura. Porque las otras dos veces que despues desta su pretura estuvo en España, no traia esos pensamientos, ni tenia ese lugar de semejantes recreaciones. Y si fué ahora cuando le tomó la primera vez en Córdoba el mal de gota coral que Plutarco cuenta: buena ocupacion era de convaleciente plantar este árbol y otros. Y desta enfermedad de César será necesario decir otra vez adelante.

(1) En el lib. 12, c. 1.

Despues el año cincuenta y cinco y aun el precedente parece que estuvo en España por pretor Publio Cornelio Lentulo Espinter, y así lo da á entender Marco Tulio escribiéndole: y tambien Julio César lo dice. Y es cierto que estuvo acá con cargo, mas no se sabe cosa que en él hiciese.

Por este mismo tiempo conquistando Julio César á toda Francia por los romanos, los de la provincia de Lenguadoc que por Narbona y Tolosa confina con España, queriendo renovar con mayores fuerzas la guerra, enviaron á pedir socorro á los españoles sus vecinos. Paulo Orosio dice que pasaron entónces en Francia cincuenta mil españoles de solos vizcainos (1). Mas basta que fuesen de todas las fronteras de Francia desde Vizcaya hasta Cataluña (2). César contando esto mismo añade, que los franceses tomaron por sus capitanes á todos los españoles principales déstos que habian andado en la guerra con Sertorio, teniéndolos por aventajados en saberla tratar con los romanos. Así dice que lo mostraron bien en aventajarse en los sitios, en estorbar los mantenimientos, y en fortificar los reales á la costumbre romana, como de Sertorio lo habian aprendido. Fueron al fin vencidos los franceses por Publio Craso legado de César en una gran batalla, y nuestros españoles pelearon tan animosamente, que segun cuenta Paulo Orosio, murieron treinta y ocho mil dellos en la batalla.

En esta guerra descubrieron los romanos y sujetaron las islas entónces llamadas Casitérides, que por estar bien cerca de la costa de Galicia, fueron siempre tenidas por de España, y contadas por los cosmógrafos por della. Este Craso lugarteniente de César, fué á conquistarlas. Mas halló á los naturales de allí tan agenos de guerra ni defensa, que fácilmente asentó con ellos la paz como quiso. Todo esto refiere Estrabon (3) hablando destas islas, de quien ha tratado tambien Florian de Ocampo (4).

Los dos años cincuenta y tres y cincuenta y dos, como se halla de Dion estuvo acá en la España Citerior por procónsul Quinto Cecilio Metelo, que por sobrenombre llamaban el Nieto, y habia sido cónsul. Estando él acá se rebelaron algunos españoles, y tomaron por cabeza de su levantamiento á los vaceos de Castilla la vieja. (5). Metelo dió sobre ellos de repente, ántes que se pudiesen bien apercebir y juntarse para la guerra, y así los desbarató y venció en una batalla. Pasó luego á poner cerco sobre la ciudad de Clunia, magnífica y populosa, cuyas ruinas se parecen ahora muy cerca del lugar que llaman Coruña, no muy léjos de la ciudad de Osma. Los vaceos vinieron en socorro de los de Clunia, y vencieron á Metelo, y quedó la ciudad libre de aquel cerco. Despues venció de nuevo Metelo á los vaceos, mas no para que esta victoria bastase á sujetarlos. Porque teniendo mayor campo y mas poderoso que los romanos, continuaban su levantamiento y desobediencia, sin que Metelo se lo pudiese estorbar, teniéndose por contento con defenderse, y pasar sin

(1) Lib. 6, c. 8. (2) En el lib. 3, de la guerra de Francia. (3) Al fin del lib. 3. (4) En el c. 7, del lib. 3. (5) Lib. 39.

recebir daño en su ejército, ni su persona. Este Metelo murió acá en España de su enfermedad acabada la guerra, como Ciceron á su grande amigo Attico escribe (1).

Pasó así en breve Dion por lo que Metelo acá hizo: y Plutarco en la vida de César solamente hizo mencion desta venida de Metelo en España. Añade luego Dion que por estos movimientos de España, y por lo póco que Metelo podia pacificarlos, y lo mucho que era menester para que se pacificasen segun eran grandes y extendidos: se proveyó en Roma que Neo Pompeyo tuviese el cargo de toda España junta, por tiempo de cinco años: y para esto se le dieron grandísima suma de dineros y mucha gente, y todo lo demás que para una guerra muy poderosa era necesario. No vino desta vez acá Pompeyo: porque los amores de Julia su mujer hija de César, con quien entónces se habia casado, se lo estorbaron. Queríala tanto, y estábale tan sujeto, que por solo que ella se entristecia, en pensar de ver partir de sí á Pompeyo, él se estaba quedo con ella en Italia, y andaba festejándola por todos los lugares frescos y deleitosos donde ella gustaba de recrearse. Y un capitan de tanto valor y grandeza, andaba así rendido y enagenado, y como olvidado de sí mismo por estos amores de su mujer. «Porque ellas muchas veces pue«den tanto enseñorearse de sus maridos, si sienten «poderlos tener sujetos, que no basta grandeza ni va«lor para escapar de su poderío.» Por esto envió entónces Pompeyo á España á Petreyo, Afranio, y Marco Varron, que con cargo de sus legados y lugartenientes la gobernasen toda: y eran todos tres hombres tan principales, y que se habian hecho tan señalados capitanes en compañía y debajo el gobierno de Pompeyo, en todas sus guerras que eran bien bastantes para este cargo.

Al principio Julia su mujer fué la que estorbó á Pompeyo la venida á España: mas habiéndose ella muerto luego, sin dejarle hijos, fué causa que se rompiese el ñudo que con ella estaba bien apretado en el amistad de yerno y suegro. Así luego sucedieron otros movimientos y nuevas voluntades en ambos, por donde se comenzaron las crueles guerras civiles que entre sí tuvieron. Y tambien por esto Pompeyo hubo de dejar del todo la venida de España. Y no hay memoria ninguna de las cosas que Afranio y Petreyo por ahora acá hicieron: aunque segun habian sido grandes los movimientos pasados, no hay duda, sino que tuvieron mucho que hacer en sosegarlos. Lo que despues pasaron con Julio César, ya se llega su tiempo en que es menester contarlo. Y hase de tener cuenta con que, como queda dicho, toda la España Citerior en aficion y voluntad era en esta sazon de Pompeyo, como de la misma manera la Ulterior era de Julio César.

CAPÍTULO XXIV.

Como se comenzó la guerra civil de César y Pompeyo en España.

Ya estaba muy encendida la guerra civil entre César y Pompeyo el año cuarenta y siete ántes del Nacimiento, siendo cónsules Gayo Claudio Marcelo, y Lucio Cornelio Lentulo. Las causas mas ciertas desta guerra fueron ocasiones que Pompeyo buscaba, para que César no se levantase á ser igual con él en el poderío que en Roma habia alcanzado: y justa indignacion que Julio César tenia, de que Pompeyo quisiese tan de hecho ser superior. «Todo lo que los movió era »ambicion, que es muy poderosa en los ánimos ensal»zados:» mas parece algo mas justificada la de César, pues no pasaba de no sufrir verse inferior, y Pompeyo sin término queria ser del todo superior. Tambien quiso tratar César algunas veces de la paz, y envió para esto á Pompeyo sus embajadas: y no quedó medio bueno que no puso para excusar si pudiera la guerra. »Mas andaba ya Pompeyo despeñado por sus malos »consejos, adonde lo trabucaba su fiera ambicion, »que ciega mas verdaderamente los ánimos, que nin»gun accidente los ojos. Así que parecia ya entónces »en Pompeyo bien claro que no es tan dañoso en los »hombres el no alcanzar lo que desean, como el que»rer alcanzar lo que no deberian. Porque nunca le dió »á nadie tanto bien el grande estado como le causó »de daño lo desvariado del mal deseo.»

Gran parte desta guerra civil se trató en España: y así tendrémos de aquí adelante mucho que escribir della. Y podráse contar harto en particular todo lo que en ella pasó: porque así lo escribe el mismo Julio César en los comentarios que hay suyos del principio desta guerra, continuando despues lo demás hasta el fin della Oppio, ó Aulo Hircio que se hallaron con César en ella. Y pues aun en tiempo de Suetonio Tranquilo no estaba averiguado, de cual destos dos eran los postreros comentarios que andan juntos con los de César: yo en esta duda por de Hircio los citaré siempre. Recogiendo tambien y juntando lo que en Plutarco, Dion y otros autores se hallare, con la mucha particularidad que de todo escriben. Y no solamente mucha parte desta guerra entre César y Pompeyo se trató en España, sino que aun toda ella tuvo principio, y al fin se vino á concluir acá.

Comenzóse acá esta guerra civil, porque Pompeyo dejando á Italia, se pasó en Macedonia, por parecerle que allí podría juntar mayor aparato para ella. Dejó por esto á España, confiando tambien que Petreyo y Afranio y Marco Varron sus legados se la defenderian y mantendrian contra César. Y para mas firmeza envió tambien acá á Vibulio Ruffo otro legado suyo con el órden de lo que se habia de hacer, y para ayudar á ejecutarlo. Todos los historiadores, y Marco Tulio con ellos, culpan este consejo de Pompeyo: porque, segun España era principal provincia, y muy su aficionada y obligada, y principalmente la Citerior, desde que él estuvo acá: y teniendo acá tan buen ejército, como luego verémos, todos juzgan que era lo mas acertado venirse á España, y trabajar de meterse por esta parte en Francia, que estaba toda en poder de Julio César, por acabarla entónces de conquistar. En fin España era lo que mas se habia de pretender, para ser Pompeyo mas poderoso en esta guerra. Y Marco Tulio escribe á su grande amigo Attico (1) en esta resolucion de Pompeyo de tal manera, que se la culpa mucho por no haber puesto el pensamiento y los piés en España. Y el mismo Pompeyo bien lo entendia: mas no pudiendo venir por tierra, atravesando por Francia, no creyó que podia juntar tanta flota como habia menester para venir por la mar. Tambien era tan entrado ya el invierno cuando al principio deliberaba Pompeyo lo desta guerra que estorbaba comenzar larga

(1) En la Epístola 6, del lib. 4.

(1) En aquella larga carta del libro nono. Dion. lib. 41.

navegacion. Mejor lo entendió Julio César, que considerando lo mucho que importaba España, en la guerra que se habia de hacer por el señorío de todo el mundo; luego se determinó venir á ella, así por deshacer la mucha potencia que Pompeyo acá tenia, como por estorbar el daño que Francia, donde él era señor, podia recebir. Considerando, pues, como el tener á España era para él ser señor absoluto por todo el occidente hasta Italia, dejó para esto ir á Pompeyo, sin dársele nada dél; y ordenadas las cosas de la ciudad de Roma y de toda Italia, que ya parecia quedar por suya, despues que Pompeyo se habia pasado en Grecia, dióse gran priesa para venir en España, que se hallaba entónces en el estado que luego se dirá.

CAPÍTULO XXV.

El estado de España por este tiempo. Y el principio de la guerra en Lérida.

Ya en este tiempo tenian los romanos conquistada tan del todo á toda España con sus islas comarcanas, que ninguna cosa en toda ella dejaba de ser suya por la costa de la mar, y por lo de dentro de la tierra, sino era lo de Vizcaya con las Asturias, que á esto aun no habian llegado las armas romanas por la ferocidad de la gente, y por la esterilidad de la tierra: de las cuales dos cosas la una prometia mucho trabajo en la conquista, y la otra poco premio en la victoria. El gobierno de España hasta ahora (como por todo lo de atrás en esta corónica parece) lo tenian repartido los romanos en dos provincias que llamaban Citerior y Ulterior. La primera tenia poco mas ó ménos todo lo que se encierra atravesando desde Almería camino derecho por tierra hasta la entrada de Duero en la mar, comprehendiéndose en esto todo el reino de Toledo, todo el resto de toda el Andalucía, y Estremadura con Portugal, era de la provincia que llamaban Ulterior. Estas dos provincias eran ordinariamente pretorias, si grandes necesidades no pedian que fuesen consulares. Así se enviaban de Roma cada año sendos pretores, para gobernarlas en paz y en guerra, con las guarniciones de gente de armas que residian acá, y con otras que de nuevo se traian de Italia cuando eran menester. Estos dos pretores gastaban el verano en la guerra que casi nunca faltaba, y el invierno se recogian á alguna ciudad principal á oir allí los pleitos, y administrar á todos justicia. Tenian tambien estos pretores sus legados, por quien gobernaban muchas cosas de guerra y paz: y sus cuestores que trataban todo el dinero, y tenian razon y cuenta de la cobranza de las rentas ordinarias del pueblo romano, que eran muy grandes, y de otros tributos que de nuevo se añadian. Estos cuestores pagaban el sueldo á la gente de guerra, y proveian todo lo necesario de bastimentos y municiones. Y eran tan grandes entónces por este tiempo las rentas ordinarias de la república de Roma, que quien con curiosidad ha querido sumarlas, la sube á diez millones y doscientos mil ducados: y España contribuia para esto muy gran parte. Habia ya poblados de romanos acá muchos lugares, y déstos unos eran municipios, dellos algunos confederados y libres, y otros sujetos y tributarios, sin que pueda dar razon por este tiempo de cuáles eran mas aventajados que otros en estos privilegios, porque no hay mencion particular dello por ahora en los autores. Y tambien la mudanza que ahora hizo la república romana desde el fin destas guerras civiles, fué la que causó muchas destas diferencias que ántes no habia, y en su lugar se dará razon dellas. Solo se entiende, por lo que Veleyo Patérculo dice de la fundacion de las colonias en Italia, que aun no habia por este tiempo colonias en España, sino fuese Carteya, de quien se ha dicho en su lugar. Tambien se puede decir lo que Estrabon cuenta, que así por muchos romanos, que ya en este tiempo ó poco despues estaban avecindados acá, como porque los mismos españoles se habian formado ya y reducido en traje y costumbres, y en todo lo demás al modo romano: toda España y señaladamente el Andalucía, estaba ya muy semejante á Italia, y como si dijésemos trocada en ser todo lo de Roma. Tenia cada una destas provincias sus cancillerías, para las apelaciones y pleitos mayores, que eran los lugares donde el pretor el invierno oia los pleitos. Y por ahora no sabemos cómo estaban distribuidas estas chancillerías. Cuando se pudiere dar noticia desto se dirá lo necesario.

Así estaba por este tiempo todo lo de España, y particularmente este año cuarenta y siete ántes de la natividad de nuestro Redentor, de quien vamos hablando, en que comenzaron las guerras civiles. Tenia entónces Pompeyo, como se ha dicho, toda entera la administracion de España, y habia enviado sus tres legados para gobernarla, que la tenian repartida desta manera. Afranio estaba en la Citerior con tres legiones. Marco Terencio Varron tenía con dos toda la tierra que está entre Sierra Morena y Guadiana. Y todo lo demás del Andalucía y Lusitania, con los vectones que suben por aquella parte hasta el reino de Toledo, estaba á cargo de Petreyo, que tambien teni dos legiones.

Despues que llegó Vibulio Rufo con nueva del rompimiento de la guerra, y apercebimiento, y mandado de Pompeyo, que pues César sin duda vendria luego á España, se le resistiese la entrada en ella: todos tres capitanes ordenaron lo que cada uno habia de hacer. Petreyo con sus dos legiones subió por los vectones, y por el camino ordinario de la entrada de Aragon, á juntarse con Afranio, y Varron se quedó solo en guarda de toda la Ulterior con las dos legiones que tenia. Llevó tambien consigo Petreyo gran número de gente de pié y de caballo de la Lusitania y del Andalucía, y Afranio tambien juntó, como expresamente dice Julio César, grandes ayudas de los vizcainos y celtiberos, y de todos los demás de su provincia. Porque nunca jamás los romanos supieron hacer guerra en España sin españoles. Así se juntaron con las cinco legiones de Afranio y Petreyo cerca de ochenta cohortes españolas, que eran lo mismo que nuestras compañías de ahora, todas de gente de escudo redondo de la Citerior, y de los de la Ulterior, que usaban traer en la guerra cetras, propio escudo de nuestra nacion, hecho de cuero muy duro, y así parece haber sido éste el principio de nuestras adargas que ahora usamos. Y esta manera de escudo español debió tomar el nombre del que lo inventó, si á caso fué aquel famoso artífice llamado Cetras Calcedonio, que perfeccionó las máquinas de guerra que ántes en España se habian inventado, como Florian deja dicho (1). Tenian mas Afranio y Petreyo mil caballos españoles, que se habian recogido de ambas provincias. Así venia á ser todo el ejército de treinta mil roma-

(1) En el lib. 4, c. 27, y en el lib. 2, c. 22.

nos de pié, ó poco ménos, y dos mil caballos, y mas de veinte mil soldados, y cinco mil caballos españoles. Con este campo se pusieron los dos capitanes romanos cabe Lérida, llamada entónces Ilerda, ciudad principal ahora como entónces en Cataluña, porque les pareció lugar mas conveniente para hacer la guerra, y resistir á César la entrada. Pusieron su real cerca de la ciudad, desta parte del rio Sicoris que ahora llamamos Segre, hácia Aragon, á la ribera donde está la ciudad. Así con el rio y la ciudad se aseguraban para todo lo de la parte de Cataluña.

Y para entenderse bien todo esto, y harto de lo de adelante, será menester mostrar la manera del sitio que la ciudad de Lérida ahora tiene. Y es el mismo que entónces tenia. Está la ciudad de Lérida á la entrada de Cataluña, en el derecho camino que va de Zaragoza á Barcelona. Está puesta en un alto harto enriscado, teniendo cabe sí otra montañuela que le es, como dicen, padastro para ser desde allí algun tanto enseñoreada y ofendida en la guerra. Pásale por lo bajo el rio Segre á la parte oriental de hácia Francia. Así que quien camina de Zaragoza á Barcelona para entrar en Lérida, no pasa á Segre, y pásalo luego á la salida por la puente. Mas en este camino se ha pasado el rio Cinca en Fraga, cuatro leguas mas acá de Lérida. Y mas abajo de Fraga entra Segre en Cinca, y él en Ebro despues cabe la villa de Mequinenza, que no está mas que cuatro leguas de Lérida. Así queda Lérida entre los dos rios Segre y Cinca, poco mas arriba de donde van á juntarse.

CAPÍTULO XXVI. (1)

Comiénzase la guerra en Lérida ántes que César llegase.

Julio César por este mismo tiempo venia muy apriesa á España por Francia; y hallándose ya en la Narbonensa, se hubo de detener forzado á recoger la gente de socorro que allí habia de juntar. Por esto envió adelante con tres legiones á Gayo Fabio su legado, para que pasase con toda presteza á franquear el paso de los Pireneos, que sabia estar defendido por los enemigos, y él se quedó á juntar lo demás del ejército para venirse luego tras él. Usando pues Fabio de toda la presteza que se le encargó, dió de improviso sobre los de Afranio, y hízolos huir desbaratados, sin que mas le estorbasen de no llegar libremente hasta Lérida, á poner sus reales á vista de los enemigos, quedando ambos campos en una misma ribera del rio, donde estaba la ciudad. Esto se vé claro en los comentarios de César. Porque nunca para presentarse la batalla el un ejército al otro pasan el rio. Y cuando pelean por ocasion pasando el rio, los unos y los otros lo pasan. Y César dice despues expresamente, que ambos reales estaban entre los dos rios Segre y Cinca, y aunque esto no deja duda, otras cosas hay tambien que la quitan. Y á Lucano como á poeta, se le puede perdonar que pone el rio entre ambos reales.

Entretanto Julio César juntó en Narbona las otras legiones que invernaban mas léjos, y seis mil soldados viejos, y tres mil caballos franceses que él habia traido siempre en las guerras pasadas. Sin esto juntó tambien otros tantos franceses de pié y de caballo muy escogidos, enviando él á llamar para esto de todas las ciudades los mas nobles en linaje, y de mas esperiencia y valentía en la guerra. Así recogió un hermoso ejército de toda la flor de Francia. Demás de la resistencia que habia en España, tenia tambien Julio César nueva que Pompeyo habia pasado en África, y que por allí vendria luego muy poderoso en España. Y aunque esto no era verdad, era harto verisímil, porque siempre se podia creer que la fuerza de España no era de desamparar. Para pagar esta gente, y hacerles largueza, usó César un ardid muy bueno. Pidió prestado á los tribunos, y á los centuriones, todo el dinero que tenian. Con esto, como él dice, consiguió dos cosas bien importantes, que forzó á serle fieles las cabezas del ejército, con la necesidad de cobrar su dinero, y con la largueza hizo mas sus aficionadas las voluntades de todos los soldados. Y teniendo ya aviso como el paso de los Pireneos estaba libre, envió todo este ejército adelante para juntarse con Fabio, dejando solamente novecientos caballos en su guarda para seguir él luego con ellos. Y por lo dicho se entiende como tuvo en esta guerra ejército igual con el de sus contrarios, ó poco ménos.

Fabio habia puesto un poco encima de Lérida sus reales de esta parte del rio Segre, que es grande, y tiene en las sierras por donde corre, muchas acogidas de corrientes y de nieves cuando se derriten. Y el tiempo era aparejado para tales crecientes, por ser entre abril y mayo cuando mas en grueso se comienza á deshacer la nieve. Comenzó luego Fabio con cartas y con mensajeros propios á procurar que algunas ciudades siguiesen á César. Hizo tambien presto dos puentes de madera, el rio arriba encima de Lérida, cuatro millas una de otra. Porque le era forzado enviar á repastar las bestias y ganados del real en la otra ribera hácia Cataluña, habiendo ya consumido todo lo de la suya. Así era tambien forzado enviar siempre buena guarda para pelear algunas veces con los contrarios que salian á defender el pasto, y estando puestos junto á la ciudad, pasaban presto por la puente que allí estaba. Hubo sobre esto algunas escaramuzas, y una pelea harto reñida por esta ocasion.

Habia enviado un dia Fabio dos legiones que pasasen el rio en guarda del pasto, y queriendo enviar tras ellas sus caballos, súbito se rompió la puente que tenia mas cerca de su real. Por los pedazos della que vinieron el rio abajo, entendió Afranio como era quebrada, y quedaban atajados los de Fabio, que estaban de la otra parte. Envió por esto muy apriesa sobre ellos cuatro legiones, y todos sus caballos. Lucio Planco, que habia llevado las dos legiones de Fabio, viendo venir los enemigos, forzado con la necesidad, se subió en un alto, y partió en dos partes su gente para que no pudiese ser cercado, y allí sufrió el ímpetu de los de Pompeyo, con alguna pérdida de los suyos. No duró mucho la pelea, porque parecieron luego las banderas de otras dos legiones que Fabio con buena providencia envió en socorro de los suyos, por la puente de mas arriba, teniendo por cierto que los enemigos no dejarian pasar la buena oportunidad que aquel dia se les habia ofrecido. César no cuenta su pérdida deste dia, mas todos los otros historiadores le dan á Afranio muy conocida la victoria.

(1) En el original de Morales el número XXV en los capítulos estaba duplicado, llevándole éste tambien. Pero, siendo un manifiesto error [illegible] pluma ó de imprenta, le hemos emendado poniendo la numeracion en órden, y lo advertí para que los que comparen esta edicion con las anteriores no crean que hemos añadido á este libro un capítulo.

CAPÍTULO XXVII.

Vino César á su campo, y peleó reciamente con los contrarios.

Dos dias despues desto llegó al real Julio César, y luego presentó la batalla á los capitanes de Pompeyo con todo su ejército, puesto en orden y en campo abierto, sin reservarse ninguna ventaja en él. Tambien Afranio sacó toda su gente y la puso en orden, mas estúvose quedo sobre un collado, dando bien á entender la poca gana que tenia de pelear, pues se retenia con tanta ventaja. César que entendió esto, vió luego como le era necesario tratar de otra manera muy diversa la guerra; pues con pelear de una vez, como él deseaba, no podia acabarla. Por esto quiso acercar mucho mas sus reales á los de sus enemigos, y para fortalecer el lugar donde los queria poner sin que los enemigos se lo estorbasen, pensó un ardid muy á propósito. Ordenaba cada mañana sus batallas, poniendo los caballos en la delantera, y detrás dellos abrian el foso, y levantaban el terrapleno muchos soldados. sin ser vistos de su contrarios, porque los de caballo los encubrian. Así tuvo acabado su fuerte, ántes que los de Afranio entendiesen que lo hacia. Porque tambien por entónces mandó que no se levantase el vallado sobre el terrapleno, como era de costumbre, porque no se descubriese la obra con el levantarse mucho aquel reparo. Ya despues cuando tuvo metido todo su campo dentro de lo que habia fortificado, pudo sin estorbo añadir en tres dias el vallado, repartiendo á las legiones el cuidado de acabarlo por todos los cuatro lados, porque la fajina y forraje se babia de traer algo léjos, y no se podia hacer sin mucha guarda. Y aunque los de Pompeyo salieron alguna vez á espantarlos. mas nunca pudieron impedirlos. Así quedaron ambos los reales muy juntos unos de otros.

Pensó luego César en tomarles á los enemigos aquella montañuela que está junto á la ciudad, con que los podia estrechar mucho, estorbándoles desde allí fácilmente, que ni pudiesen pasar seguros su puente que tenian junto á la ciudad, ni entrar tampoco en ella, que era tanto como quitarles el mantenimiento que dentro habian recogido. Peleóse un dia sobre esta plaza muy bravamente cinco horas enteras, con diversos sucesos. Y habiendo sido muerto Quinto Fulginio un valiente soldado de César, y de los contrarios Tito Cecilio centurion primipilo, y otros cuatro centuriones ordinarios con él: los unos y los otros se retiraron de cansados, con persuacion de ambas partes, que habian vencido con no faltarles causas para así creerlo. En esta pelea espantaron mucho nuestros españoles, y señaladamente los andaluces, y los de Estremadura, á los de César, con su manera de pelear, y les hicieron perder el lugar, y desbaratarse algunas veces. Entrábanse en los romanos con sus acostumbradas correrías, y súbitos acometimientos, y retirábanse vista la ocasion para volver de refresco á pelear. Lo mismo hacian los romanos de Pompeyo, como lo habian aprendido de los nuestros en muchos años, y los unos y los otros desatinaban á los de César, que no sabian mas de pelear á pié quedo en escuadron cerrado. Afranio que entendió este dia por entero el designio de César, y lo que le importaba el impedirlo, fortaleció muy bien el sitio de la montaña, y puso mucha gente de guarda en él, así que no tentaron mas el tomárselo.

CAPÍTULO XXVIII.

Los trabajos que padeció César con las crecientes de los rios.

Andados dos dias despues desta pelea, siendo ya muy adelante el verano, sobrevino tanta lluvia, que no se acordaban los naturales haber visto semejante tempestad: y de las montañas se derritió tanta nieve, que la terrible creciente del rio Segre rompió en un dia las dos puentes de César, que Fabio habia hecho. Esto fué de muchas maneras contrario y muy dañoso para César, y todo su ejército quedó puesto en grande aprieto y fatiga. Su campo estaba entre los dos rios Segre y Cinca, que á espacio de siete leguas lo cercaban. Y con no ser posible pasarse ninguno de los dos, ni las ciudades, que eran ya amigas de César, le podian enviar mantenimientos, como hasta entónces habian hecho, ni los que habian salido á repastar con los ganados algo léjos, no podian volver, ni tampoco los buenos socorros que le venian de Italia y de Francia, no podian llegar al real. La tierra de allí cerca estaba ya muy gastada de mantenimientos que la guerra habia consumido: y tambien porque por medio della habian llevado los ganados léjos de por allí. Y como era ya entrado el verano, el pan del año pasado se acababa, y lo de ahora no estaba aun sazonado para cojerlo. Sin esto los andaluces y lusitanos fatigaban á los que se desmandaban por buscar comida, pasando estas dos naciones fácilmente los rios, por la costumbre antigua que tenian, de no ir jamás á la guerra sin llevar odres, para nadar sobre ellos en todo tiempo. Hallábase César muy apretado con esta falta, y Afranio estaba de mucho atrás bien proveido: y la puente de Lérida, que era muy firme, le daba mayor abundancia de bastimentos que por allí le entraban, y tambien salian por allí sus ganados y sus bestias bien seguras al pasto.

Duraron las lluvias muchos dias, y así aunque César trabajó de volver á hacer sus puentes, no pudo acabar nada. Las terribles crecientes que sobrevenian, derribaban lo hecho, y los de Afranio tambien salian de ordinario á estorbar la obra, y era muy dificultoso pelear en un mismo tiempo con los enemigos y con la furia grande del agua. Crecia entretanto en el campo de César la hambre, que no solo fatiga con la falta de presente, sino con el miedo grande de lo de adelante. Y las fuerzas de los soldados se debilitaban con la poca comida: y todo se habia en poco tiempo trocado de tal manera, que ya Afranio parecia el vencedor, y César el vencido. Y aunque el estrecho de César y los suyos era grande, mucho mayor lo hacian Afranio y Petreyo, escribiendo á Roma y á toda España los avisos desto muy aventajados y encarecidos con follonía. Y así de todas partes se les enviaban muchas congratulaciones, y se venian muchos á hallarse con ellos, para gozar de la victoria, que por tan cierta aseguraban. Tambien muchos hombres principales, que se habian quedado en Italia, se iban á Grecia con Pompeyo, ó para ser los primeros que llevasen tan buena nueva, ó porque no pareciese que habian esperado el último suceso de la guerra, y que eran los postreros en seguirle.

CAPÍTULO XXIX.

César forzó á Afranio que levantase su campo de Lérida.

César con todo su cuidado y diligencia proveia su necesidad y de los suyos, y los entretenia con su buen ánimo, que bastaba á ponerlo en todos. Y visto que la mayor fatiga de entónces era el estar cerrados todos los caminos por no poder rehacerse las puentes, mandó á sus soldados que hiciesen unas grandes barcas, como las que en Inglaterra los años ántes habia visto que usaban en la guerra. El suelo y el vientre eran de maderos no muy gruesos, y lo demás entretejido de mimbres, y cubierto y calafeteado con cuero. Y déstas mismas usaban los españoles en Galicia por aquellas marinas fronteras de Inglaterra. Cuando tuvo acabadas algunas destas barcas, mandólas tirar de noche con carros tres leguas léjos del real: y habiendo pasado en ellas buen número de gente, conforme á lo que se les habia mandado, tomaron de improviso un collado que se tendia por la ribera cerca de sus puentes, y ántes que fuesen sentidos de los enemigos, ya lo tenian bien fortificado. Mandó luego César pasar allí una legion entera con las barcas, y con esta defensa pudo ya en dos dias levantar y afirmar sin resistencia sus dos puentes. Abriéronse con esto los caminos, y volvieron al real los que habian salido por bastimentos, y otros de nuevo los comenzaron á traer, y comenzó á cesar la hambre, y entenderse solamente en ofender al enemigo. Así el mismo dia que se acabaron las puentes, hubo César una victoria, en que mató una cohorte entera, y otros muchos de sus contrarios, y hubo mucha presa de ganados y despojos, y en pocos dias hizo la fortuna un gran trueque en la guerra. Ya se estaban de buena gana encerrados en su fuerte los de Afranio, y con miedo de los caballos de César, no osaban alejarse mucho al pasto, por poderse retirar con tiempo. Otras veces con grandes rodeos excusaban el no ser vistos de las guardias de sus contrarios: y otras con solo ver asomar de léjos la gente de caballo, que era la mas temida, ó con poco acometimiento que ella hiciese, dejaban muy apriesa lo que llevaban por huir mas lijeros. Y podia tanto ya el miedo, que fuera de toda costumbre de guerra, solo salian de noche al pasto.

En este mismo tiempo los de Huesca y Calahorra, por sobrenombre Nasica, diferente de la otra de que hemos hablado (y eran estas dos ciudades muy confederadas entre sí, y vecinas una de otra) enviaron su embajador á César, con que se le dieron para que en todo las mandase. Tras esto hicieron lo mismo los de Tarragona y los de Vique, que se llamaban entónces ausetanos, y los lacetanos sus vecinos, y pocos dias despues los ilurgaboneses, cuya tierra alcanzaba hasta la ribera de Ebro. Y aun una compañía destos ilurgaboneses, que Afranio tenia en su ejército, luego que entendió lo que los de su tierra habian hecho, habida oportunidad, se le pasó á César.

Ya iba la mudanza de las voluntades en España acostando á César tan de hecho, que tras estas cinco ciudades, otras de mucho mas léjos comenzaron á tomar su voz y seguirle. Él entretanto acá en Lérida, porque le parecia muy gran estorbo haber de enviar siempre sus caballos á pasar el rio por las puentes, pensó como pudiese hacer vado mas cerca. Para esto hizo hacer muchas acequias de treinta piés en ancho, por donde derramaba el rio gran parte de agua, y así por ninguna llevaba mucha. Esto espantó mucho á los de Pompeyo, aun ántes que del todo estuviese acabado, porque se tuvieron ya por quitados del todo los mantenimientos y el pasto, por tener tan conocida la mucha ventaja que César tenia con la gente de caballo, con que tan fácilmente les estorbaba las escoltas. Por esto se resolvieron Afranio y Petreyo, de levantar su campo de Lérida, y meterse mas la tierra adentro en la Celtiberia, á lo mas dentro de Aragon, porque allí esperaban tener mejor aparejo para continuar la guerra. Ayudábales á resolverse en esto el considerar, como de las guerras pasadas con Sertorio, las ciudades que Pompeyo dejó vencidas por fuerza, temian y estimaban su nombre, y su poder aun en ausencia, y las que habian quedado en su amistad, le eran muy aficionadas, por grandes beneficios que dél habian recibido, y así esperaban tener allí muy buena gente de caballo, y grandes socorros de todas partes para continuar la guerra por todo el verano. Al contrario César, ni era conocido en la Citerior, ni respetado. Con esta determinacion mandaron buscar muchas barcas por todo el rio Ebro, y que se juntasen en Octogesa (1), que era un lugar en la ribera del Ebro, cinco leguas ó poco mas de Lérida, y parece que era donde ahora está la villa de Mequinenza. Destas barcas comenzaron á hacer allí en Octogesa puente, y pasando acá en Lérida el rio Segre, por la puente de la ciudad, dos legiones de Afranio, se fuéron á poner en un fuerte que hicieron de la otra parte. Todo esto se hacia por poner el rio entre sí y los de César, teniendo por cierto, que no pudiéndolo él pasar por su ejército, sino por las puentes que estaban muy arriba, ellos llegarian en salvo y sin contraste adonde querian ántes que él pudiese alcanzarlos. César que entendió esto, se dió mucha priesa por acabar su vado, sacando mas y mas acequias, y al fin en un mismo tiempo se acabó en Octogesa la puente, y en Lérida el haber vado; así que se atrevian ya los de caballo á pasar, y tambien los de pié, dándoles el agua á los pechos, aunque con mucha dificultad pasaban por la hondura y por la recia corriente del rio. Por esto daban mas priesa los de Pompeyo á su partida, y dejando en Lérida dos compañías de guarnicion, Afranio y Petreyo pasaron el rio Segre con todo su campo, y se fuéron á juntar con las otras dos legiones que ántes se habian ido. Ya esto era quererse pasar á Octogesa, y así aquella noche á la tercera vela levantaron su campo, y comenzaron á caminar. No pudo hacer mas César de enviar sus caballos por el vado que habia hecho, que les picasen por las espaldas, y los detuviesen cuanto fuese posible. Cuando amaneció, desde las cuestas, y los lugares altos, que habia cerca de los reales de César, se veia como sus caballos hacian muy buen efecto, dando la carga en la retaguarda, y sufriéndola muy bien, cuando el enemigo volvia á dársela con todas sus escuadras. Con esto se alborotaron mucho todos los soldados de César, lamentándose que los enemigos se les iban de entre las manos, y que la guerra se dilataba sin por qué, pudiéndose acabar entónces de una vez. Iban á los tribunos y á los centuriones, y rogábanles que dijesen á César, que sin tener cuenta con su trabajo y peligro dellos los mandase pasar el rio por donde lo habian pasado sus caballos. Movido César

(1) Créese que Octogesa es la Etobisa de Livio, y se reduce á Mequinenza en la confluencia del Segre con el Ebro. B.

con este buen ánimo de su gente, y con las palabras con que lo manifestaban, aunque rehusaba poner al peligro del rio un tan grande ejército: mas todavía le pareció que debia de tentar el paso, y trabajar lo posible en él. Entresacó para esto de todas las centurias los soldados mas flacos, y que con el ánimo ni con las fuerzas no parecia podrian bastar para el trabajo, y dejólos con una legion en guarda del fuerte, y sacó todo lo demás de su ejército muy ahorrado. Al punto de pasar puso por lo alto del rio muchas bestias que quebrantasen la corriente, y por lo bajo mucha gente de caballo, donde se valiesen los que el ímpetu del agua trabucase. Esto fué gran socorro para muchos, y al fin pasaron todos sin faltar ninguno.

Cuentan muchos historiadores, que siendo preguntado Alejandro Magno, cómo habia podido acabar tan grandes hechos en tan poco tiempo, respondió. No dilatando nada. Y es muy alabada tambien la presteza de Julio César, que usó en todas las guerras. Mas la deste dia fué una de las mas señaladas, y de mayor admiracion que se puede imaginar. Su campo habia pasado el rio con grande trabajo y mucho detenimiento, y rodeó despues mucho en volver á tomar el camino, para seguir los enemigos, y marchó despues seis millas, y con todo esto, habiendo partido Afranio y Petreyo ántes que amaneciese, á las tres de la tarde ya César los habia alcanzado. No hay duda sino que era de sus soldados todo este ardor y vigorosa diligencia, mas á él se le ha de atribuir mas de veras, pues se la habia enseñado, y con su grande diligencia y presteza les daba ejemplo della. Junto con esta presteza tenia tambien prudencia y cordura en el detenerse, que cuando ya llegó su campo cerca de los enemigos, aunque con furia se quisieran meter en ellos: él los mandó hacer alto, y comer y reposar, porque no entrasen desflaquecidos y cansados en la pelea. Y aun despues de haber descansado, los detuvo otra vez, que querian dar furiosamente sobre los enemigos: porque ya ellos se habian puesto en lugar alto muy á su ventaja. Así fué forzado que César, sin pelear aquel dia asentase su real cerca de sus contrarios.

Ya tenian Afranio y Petreyo cerca las sierras y el camino fragoso, y quisieran aquella noche meterse en él sin ser sentidos. Tuvo aviso desto César, y tocando al arma, los forzó que se detuviesen: porque temieron no los alcanzasen los caballos, á quien habian cobrado muy gran miedo. El dia siguiente Petreyo con algunos caballos salió á reconocer el camino, y por otra parte envió tambien César con alguna gente á un su capitan llamado Lucio Decidio Saja, y era español natural de la Celtiberia, para que él tambien reconociese la tierra. Ambos trujeron á los suyos una misma relacion. Que habia allí luego cinco millas de gran llano, y luego habia grandes montañas y estrechura de paso: y el primero que aquí llegase defenderia fácilmente la entrada. En el consejo de Afranio se trató á qué tiempo era el mejor partir. Los mas eran de parecer, que convenia fuese el camino de noche, y que podrian llegar á la montaña, ántes que fuesen sentidos de sus contrarios. Otros decian, que era imposible el marchar de noche, por estar ya César tan sobre el aviso, como la noche ántes se habia visto. «Que la caballería «de César seria luego con ellos, y que cuanto es posi«ble se ha de excusar el pelear de noche en la guerra. «Porque el pelear de los soldados á vista de sus capi«tanes, les pone mayor esfuerzo con la vergüenza: y «cada uno procura parecer bueno, porque hay quien «vea como lo es.» Resolviéronse en esto, y determinaron partirse el dia siguiente.

César no podia tomar el camino derecho de Octogesa, por tenerle los enemigos, que estaban ya delante, tomado el paso. Por esto, habiendo bien reconocido toda la tierra, al alba del dia, mucho ántes que los de Pompeyo se meneasen, levantó todo su campo, y comenzando á marchar, dió un través por un lado, tan diverso al parecer de ir á Octogesa, que muchos de los de Pompeyo, habiéndose subido por los altos á ver donde enderezaban los de César, se afirmaron en que se volvian á Lérida por falta de comida, y así los gritaban y les decian muchos oprobios. Tambien los capitanes de los de Pompeyo estimaban ya en mucho su consejo de haberse detenido en partir el dia pasado y este de ahora, por tener por cierto que aquél detenimiento habia acrecentado la hambre en los de César, que habian venido sin ningun bagaje, y así eran forzados á volverse á su real.

CAPÍTULO XXX.

Sigue César á los enemigos, y comiénzalos á poner en estrecho.

El campo de César caminaba entretanto por sierras tan fragosas, que muchas veces los soldados habian menester dejar las armas para poder gatear por las peñas, y los que habian subido daban la mano á los demás para que subiesen; y habia gran dificultad en pasar los caballos, y todo era un sumo trabajo, sino que lo sufrian de buena gana los soldados, con pensar que aquél habia de ser el fin de todos los otros. Halláronse luego en las cumbres que buscaban, de donde comenzaron á torcer el camino en arco, y parecerse ya como iban á tomar la delantera á los de Pompeyo para atajarles el paso. «Siendo como es, y siempre será de gran«de importancia en la guerra el tener noticia de la «tierra, y reconocerla bien, y saberse aprovechar de«lla.» Puso esto tan grande espanto á sus enemigos, que los mas perezosos tomaban con mucha furia las armas, y se metian en la ordenanza para el camino de Octogesa, dejando algunas pocas compañías en guarda del real. Toda la contienda y la porfía en aquel punto era principalmente, por quién llegaria primero á tomar el paso estrecho de la montaña. A César le detenia lo áspero del camino que no se le acababa; y á los de Pompeyo los caballos de César, que con irles siempre picando, no los dejaban caminar tanto como ellos querian. Al fin le valió á César su acostumbrada presteza, y habiendo llegado él mucho ántes á tomarles bien la delantera á sus contrarios, ordenó su gente en un llano en forma de batalla. Todavía sus caballos entretanto acosaban la retaguarda de Afranio, que tambien tenia delante sí á César: y así le fué forzado levantarse en un collado. Desde allí envió cuatro compañías de españoles que tomaron la mas alta montaña de las que allí cerca habia: porque despues pensaba él subirse allá con todo su campo, y caminar seguro hasta Octogesa por aquellas cumbres. No le salió bien su consejo, porque los caballos de César que no reposaban, en un punto tuvieron cercados estos españoles, y los alancearon todos á vista de ambos ejércitos. Por este buen suceso pedian los de César la batalla con mucho ahinço, y mostrábanle por muchas razones la buena oportunidad, y el miedo del enemigo. César bien conocia su ventaja en aquel punto: mas veia tambien muy claro

como sin batalla y sin gota de sangre podia acabar de vencer, pues con tener al enemigo encerrado en aquel lugar, le habia quitado los bastimentos, y lo forzaba tambien á perecer de sed. Aunque ganase la batalla, habia de perder algunos de los suyos, y no podria sufrir ver muertos ó heridos tan buenos soldados, y que tan bien le habian siempre servido. Demás desto decia, ¿que por qué habia de tentar la incierta fortuna de la guerra, pudiendo tener la victoria segura? «principalmente, no siendo ménos de buen capitan vencer «con consejo que con las armas.» Movíase tambien con lástima de los romanos que habian de morir de la parte contraria, y preciaba mucho el guardarlos y conservarlos; pues por ser romanos los tenia por suyos. No aprobaban muchos este consejo: y los soldados se indignaban bravamente, y decian, que pues César no queria pelear ahora para alcanzar tan cierta victoria, que ellos no pelearian cuando él quisiese. Él con todo esto perseveró en su propósito, y acercó mas su campo al fuerte de Afranio, y para mas estrecharlo, puso luego tales guardas por todas partes, que ya los enemigos habiendo perdido toda la esperanza de llegar al rio Ebro, y viéndose excluidos de todos los mantenimientos, y que el agua no la podian haber sin sangre, consultaban lo que debian hacer, y no hallaban otro remedio sino volverse á Lérida, ó salir por muy aviesos rodeos á Tarragona. Mas porque el agua costaba muy cara, por la defensa que los caballos de César hacian, Petreyo y Afranio determinaron sacar un foso con buena fortificacion, que entónces llamaban brazo, desde su real hasta tomar dentro del fuerte el agua, porque nadie pudiese estorbarla. Repartieron entre si ambos á dos los generales la obra, y salieron léjos del real á continuarla. Con la ausencia de sus capitanes comenzaron sus soldados á salirse del fuerte, y hablar con los de César, y de muchas maneras tratar todos de dársele. Muchos tribunos y centuriones se vinieron á encomendar á César, y lo mismo hicieron los españoles principales que estaban en el ejército, tanto por rehenes como por soldados. Y aun su mismo hijo de Afranio, por medio de Sulpicio un su legado, trató de que César los perdonase á él y á su padre. Todo era entónces alegría y regocijo comun de los de Pompeyo por verse fuera de tan manifiesto peligro, y de los de César, porque tan pacíficamente y sin gota de sangre, habian acabado una guerra tan difícil y cruel. Alababan ya la misericordia de César, que habia salvado tantos ciudadanos suyos, y excusado tanto derramamiento de sangre romana, con no haber querido pelear, y con el buen suceso veian cuán buen consejo habia tomado.

Afranio que entendió lo que en su real pasaba, dejó la obra y retiróse á él muy sosegado al parecer, y con buen ánimo de sufrir lo que sucediese. Petreyo al contrario muy alterado con la nueva en volviendo al real, mandando armar todos los que pensaba le serian muy leales, entre los cuales habia muchos españoles: salió con ímpetu á los reparos, y haciendo retirar á los suyos de la plática, dió sobre los de César, y mató dellos todos los que pudo. Vuelto de aquí al real muy triste y lleno de lágrimas andaba por todas las compañías de soldados, rogándoles y amonestándoles, que no entregasen á César la honra de Pompeyo para escarnio, ni su cuerpo dél para el cuchillo. Movió mucho con esto, y así se convocaron todos en la tienda del general, y allí juraron nueva obediencia los tribunos y centuriones, y él juró tambien, y hizo jurar á Afranio que no desampararia el ejército, ni se resolveria en cosa ninguna sin consejo público y voluntad de todos. Mandaron luego tras esto los generales, que cualquiera que tuviese en su alojamiento soldado de César, lo diese luego de manifiesto. Todos los que se trujeron, con horrible crueldad fueron degollados allí en presencia de todos: y muchos hubo que escondieron á muchos, y venida la noche los echaron encubiertamente por cima los reparos. Encarece aquí mucho Appiano Alejandrino la furia de Petreyo, diciendo que todos los de César con quien se encontró, los mató por su mano, y tambien mató á un su tribuno, que quiso estorbarle que no pasase adelante con rabia tan furiosa. Con este espanto que pusieron los capitanes por la crueldad que usaron, y con el nuevo juramento, se les quitó á los soldados de Pompeyo la esperanza de darse por entónces, y se volvieron los pensamientos de todos á continuar de nuevo la guerra. César al contrario de todo esto mandó buscar con gran diligencia los soldados de Pompeyo que habian entrado en sus reales, entretanto que duraron las pláticas, y muy benignamente les mandó que se volviesen, á los suyos. Mas algunos de los tribunos y centuriones se quisieron quedar con él de su gana, y á éstos hizo él despues mucha honra en todo tiempo. Esta clemencia le ganó á César las voluntades de los españoles, que en comparacion de la crueldad de los de Pompeyo, la estimaban y celebraban mucho: «aunque siempre la benignidad de «suyo es virtud muy alabada, y muy aparejada para ganar con ella las aficiones de los hombres, por la «mucha parte que tienen de humanidad (1).»

Entre otros, cuenta Julio Frontino, que usó Julio César tal ardid en este estrecho de los de Afranio. Tuvo César aviso que Afranio queria levantar una noche su real. Para impedírselo, mandó él luego á prima noche, pregonar en su real partida: y con grande estruendo y priesa la comenzó aparejar, sin consentir que hombre se moviese. Afranio, que creyó se movia César, estuvo quedo, y con la partida fingida dejó la suya necesaria. En el mismo tiempo cuenta el mismo autor otro consejo de César de mucha prudencia. Viéndose Afranio fatigado con la sed, mandó matar todas las bestias del real, y salia á pelear con rabia y desesperacion. César se estuvo quedo sin querer darle la batalla, por no pelear con gente furiosa y desesperada: y siendo tan valiente y ardid en la guerra, reprimió toda su furia y ardor, con la buena consideracion del peligro.

CAPÍTULO XXXI.

Afranio y Petreyo se dan á César, y él usó con ellos mucha clemencia.

Afranio y Petreyo se veian aquejados en el cerco, que tal verdaderamente se podia llamar entónces aquel estrecho: y entre los dos consejos de salir á Tarragona, ó volver á Lérida, les pareció mejor este postrero, y así levantaron su campo, y comenzaron á caminar para allá. César se les puso luego á sus espaldas con sus caballos tan temidos, y de muchas otras maneras les impedia el camino, hasta que los forzó á detenerse, y asentar su real en un lugar muy desconveniente, y que entre las otras incomodidades le faltaba de todo punto el agua. El remedio desta fatiga buscaba Afranio

(1) En el lib. 2, c. 10.

y Petreyo con otros mayores daños. Mas César, que siempre deseaba mas forzarlos á que se diesen, que no vencerlos, y tenia siempre delante los ojos el conservarlos, y hacer en ellos nueva muestra de su acostumbrada benignidad, los trujo allí á tanto aprieto, que al fin hubieron de dársele. Para esto pidieron Afranio y Petreyo habla, y que fuese entre los capitanes solos sin que estuviesen presentes los ejércitos. No vino César en esto, y así se concertó que fuese la habla en público, dándosele á César en rehenes el hijo de Afranio. Juntáronse en el lugar que César quiso escoger, y en presencia de ambos ejércitos Afranio comenzó á decir, que no era de culparles el haberse detenido hasta entónces contra César, «pues era oficio muy debido de legados «y lugartenientes mantener fé y lealtad á su mayor, to- «do el tiempo que pudiesen.» Que ya que habian cumplido con este su deber, tan enteramente como la fatiga pasada y la presente necesidad lo mostraban, no podian ya mas sufrir, ni el dolor en el ánimo, ni la fatiga y trabajo en el cuerpo. Así se le rendian por vencidos, y le suplicaban si habia lugar de misericordia, los perdonase sin llegar con ellos á lo que su victoria le permitia.

Esto dijo Afranio con semblante y tono de muy fatigado y abatido. César le respondió, como él lo dice, desta manera:

Ningun hombre pudo jamás quejarse con ménos causa, ni esperar con ménos razon misericordia, que vosotros los dos capitanes. Nunca tuvistes ánimo para pelear, y siempre impedistes la paz, las veces que vuestro ejército con buena oportunidad la queria. Y sobre todo esto, no guardastes fé ni lealtad en las treguas y hablas, en que los ejércitos se habian entre sí conformado: sino que mataste con fiera crueldad los miserables: á quien su simplicidad y la seguridad de la plática excusaba. «Así parece verdaderamente que os su- «cede ahora: lo que suele acaecer muy de ordinario á «los hombres soberbios y porfiados, que vienen al fin «á parar en pedir con mucha ansia, lo que primero «menospreciaron con desden. Pues yo ahora ni movido con esta vuestra sujecion y abatimiento, ni ufano con la ocasion del buen suceso, no os pediré, como luego entendereis, cosa de mi interés particular, sino solamente lo que es ordinario y justo, y consiste en buenos términos de razon. Despedireis primero este ejército que tantos años habeis mantenido contra mí sin causa. Porque no habia menester siete legiones España que estaba bien pacífica, y solo con ellas se procuraba por todas vias mayor fuerza y poderío contra mí. Saldreis despues todos de toda España, á quien habeis fatigado con tan larga y tan superflua guerra. Y así entendereis que no os quito los ejércitos para tomármelos yo, sino para solo que no los tengais contra mí. Cuando esto cumpliéredes, nadie tema que será de mí en nada ofendido. Con estas condiciones tendréis la paz y la seguridad entera, y no penseis en pedir otras: pues éstas son muy justas y moderadas, y otras ningunas no se os han de conceder.

Acabado César de hablar, los soldados de Pompeyo que temian alguna aspereza en el castigo, viéndose quedar libres y aun descansados, si no quisiesen mas seguir la guerra, dieron muestra de mucho contentamiento y alegría, y estorbaron á los capitanes que no altercasen mas sobre esto: ántes pedian con mucho alboroto, que el despedirlos se hiciese luego, porque si se dilataba, temian que nunca se habia de cumplir. Tomóse por medio, que todos los soldados naturales de España, ó que tuviesen casa ó hacienda en ella, fuesen desde allí despedidos. Y César por su parte aseguró, que no forzaria á ninguno á que siguiese la guerra, y proveyó tambien que los contrarios no lo pudiesen hacer. El despedirse lo demás del ejército se acabó cabe el rio Varo, con cuidado que César dió á Quinto Fusio Caleno su legado, para que esto se concluyese como convenia. César entretanto mantuvo de todo lo necesario muy abundosamente el ejército de sus contrarios: que en su benignidad y clemencia natural toda esta largueza cabia, y aun todo lo que los suyos le habian tomado en la guerra se lo mandó volver, pagando á sus soldados el justo valor. Y pidiendo las legiones muy ferozmente el sueldo á Petreyo y Afranio, César los concertó, y los libró de una furia cruel. en el motin que se aparejaba. Esta clemencia que así usó César con los de Pompeyo, y la fé que les mantuvo en no acrecentar su ejército con el de los contrarios, fué causa que todos conociesen y estimasen mas la grandeza de su ánimo, pues le veian, no dársele mucho por las mayores fuerzas que pudiera juntar. como quien se aseguraba en su valor y poderío, que siéndole necesario las podria acrecentar. Esto refiere así Dion, que César por su modestia parece lo calló, como pasaba tambien siempre en sus comentarios muy mesurado por todo lo que tiene manifiesto loor suyo.

Afranio se pasó en Grecia con Pompeyo, adonde, como escribe Plutarco, no faltó quien sospechase que habia recebido dineros de César en España, por dejarle ser señor della. Y así Caton Faonio, dilatándose la pelea en Farsalia, le dijo á Afranio: ¿por qué no peleas contra este mercader que compró de tí las provincias? Mas esto era falsedad manifiesta. Porque ni Afranio dejó de hacer lo último de su poderío, ni César era hombre que compraba las victorias con otro precio que las armas y con el esfuerzo y prudencia en menearlas. Y aunque César en todas sus guerras pasadas, habia mostrado bien su magnanimidad, en ésta dió mayores testimonios della. »Es propio desta vir- «tud, no dejarse vencer con las grandes fatigas, con- «trastar á todas las dificultades, y tener por cierto que «cualquier adversidad se puede remediar con constan- «cia, sin que al aplicar los remedios se tema jamás el «imposible. Las fatigas que padeció César fueron ter- «ribles, las empresas que tomó muy altas: y en lo uno «y en lo otro los remedios que comprendia, eran ex- «traños y espantables con el trabajo, mas al ejecutar «los hizo que se pareciese, como para un grande ánimo «no hay estorbo en lo que se puede alcanzar con trabajo «y perseverancia.»

El dia deste concierto y de acabarse así esta guerra, fué el segundo de agosto deste año cuarenta y siete ántes del Nacimiento. Así está señalado en Roma en dos piedras diversas, que son calendarios de los meses y de algunas cosas que sucedieron en ellos. Pónelas Aldo Manucio en su ortografía. Y viene bien con el discurso de los tiempos del año que César en sus comentarios va señalando. Primero refiere lluvias y trabajos de crecientes en primavera, despues abajarse los rios y cogerse los panes, y todo responde y concierta bien con lo que luego se tratará en particular del principio y fin desta guerra.

CAPÍTULO XXXII.

Lo que Varron por este tiempo hizo en el Andalucía.

Marco Terencio Varron, que como se ha dicho,

quedó al gobierno y guarda de la Ulterior, anduvo siempre incierto y dudoso en su cargo, moviéndose con cada viento y rumor que de nuevo soplaba. Al principio entendiendo como Pompeyo habia dejado á Italia, y las fuerzas que iba cobrando allí César: él acá hablaba bien de sus cosas, y en todas sus pláticas decia, que él como legado debía fé y lealtad á Pompeyo, mas que por muchos respetos tenia grande obligacion á César, á cuya parcialidad conocia que se inclinaba toda la provincia. Esto hablaba así entónces ordinariamente, estándose quedo sin moverse á ninguna parte, ni tratar de ninguna novedad. Viendo despues juntos á Afranio y Petreyo, y acrecentados sus ejércitos con tantas y tan principales ayudas de toda España, y que al principio en Lérida César se vió en tanto trabajo por las tempestades, representándoselo todo muy mayor y mas encarecido de lo que era en la verdad, ya él tambien comenzó á moverse con la mudanza de fortuna, y trocar su ánimo con nueva aficion y nuevo consejo. Comenzó luego á hacer gente en toda su provincia, hasta que tuvo reforzadas y bien llenas sus dos legiones, y despues añadió otras treinta compañías. Juntó tambien gran cantidad de trigo para proveer el ejército de Afranio y Petreyo, y en Cádiz mandó que la ciudad le hiciese diez galeras, y hizo labrar muchas mas en Sevilla. Todo el dinero y joyas del templo de Hércules, que estaba cabe Cádiz, y era una gran riqueza, la hizo meter en la ciudad, y dejó en guarda della, con tres compañías, á Gayo Galonio, caballero romano, mandando que todas las armas que la ciudad tenia en público y en particular cada uno, se pusiesen en su casa. Hizo grandes pláticas en público contra César, dándole ya por vencido en Lérida, y despojado el ejército, que cada dia segun él decia, se le pasaba á Afranio, y que todo esto tenia por cartas y ciertos avisos.

Con esto tenia Varron atemorizados todos los ciudadanos romanos del Andalucía, que en su secreto eran verdaderamente aficionados á César, mas en público estaban rendidos á mostrarse por Pompeyo. Forzóles tambien Varron á estos andaluces, que se obligasen á darle por repartimiento general para servicio de la república, una inmensa cantidad de dinero, y otra tal de trigo. Agravaba tambien mucho las ciudades, que conocia ser mas amigas de César con alojar en ellas los soldados de ordinario, y con no soltársele á nadie palabra de queja ó indignacion que no le costase su hacienda, siendo luego confiscada. Así pasaba Varron con su soberbia y cruel avaricia en el gobierno, hasta que se acabó la guerra en Cataluña, y á él le pareció que la podia mantener contra César en el Andalucía. Su consejo todo era meterse en Cádiz con dos legiones, y recojer allí todos los navíos de la marina, y todo el trigo de la comarca, con las cuales dos ayudas de mar y de tierra pensaba poder defenderse y ofender.

CAPÍTULO XXXIII.

Pacificó Cesar á toda el Andalucia, y volviéndose á Roma dejó en ella á Casio Longino.

César concluido todo lo de Cataluña, con haber salido de España Afranio y Petreyo, despues de haber despedido el ejército, aunque habia muchas cosas que forzosamente lo llamaban apriesa para Italia, mas todavía le pareció necesario no dejar acá ni aun una pequeña centella de guerra de donde se pudiese despues emprender mayor fuego. Sabia bien los muchos aficionados que Pompeyo tenia en la Citerior, y en la Ulterior ya se habia Marco Varron declarado por su enemigo. Para sosegar pues del todo lo de España, envió dos legiones al Andalucía con Quinto Casio Longino, que era aquel año tribuno del pueblo en Roma, y él con seiscientos caballos partió tambien para ella con mucha priesa, habiendo enviado adelante una su provision, en que mandaba á todos los que tenian cárgo público del gobierno, y á todos los demás hombres principales de todas las ciudades, que á cierto dia se hallasen juntos en Córdoba, que por ser como era entónces, segun Hircio y Estrabon lo dicen, la cabeza de toda la Andalucía, era lugar mas oportuno y justificado para tal ayuntamiento.

Divulgada esta provision, no quedó ciudad alguna en el Andalucía que no enviase á Córdoba algunos de los de su gobierno, ni quedó hombre de cuenta que no se hallase tambien allí. Córdova y la tierra de su jurisdiccion y cancillería, que como despues se verá, era la principal de Andalucia, se levantó luego por César, y cerró las puertas á Varron y á los suyos, que aunque César no lo dice, parece venia ya para apoderarse de la ciudad. Y con guardas y velas, que repartieron por los muros y por las puertas, se pusieron en buena defensa. Ésta aseguraron mas con meter en la ciudad dos compañías de soldados, que acaso acertaron á pasar por allí cerca aquellos dias, y los llamaban colonicas, ó porque era toda la gente tomada de colonias ó porque eran todos los soldados labradores, que en latin llamaban colonos. Carmona que como ahora vemos, y como César lo dice, era entónces la mas fuerte ciudad de toda el Andalucía, y tenia casi el mismo nombre ahora, siguiendo la buena providencia de Córdoba, armando los suyos echó de la ciudad tres compañías que Varron habia dejado en guarda della, y cerradas sus puertas se puso en mucho recato y órden de guerra.

Varron, teniendo aviso de todo esto, y viendo la gran voluntad con que toda la provincia acostaba á César, dábase mayor priesa en llegar á Cádiz, temiendo no se le cerrase ántes el camino. No habia andado mucho cuando le llegó el aviso de lo que en aquella isla pasaba. Juntáronse allí los principales de la ciudad con los tribunos de las cohortes, que allí con Galonio habian quedado, y de un acuerdo determinaron echarlo de la ciudad, y tenerla con toda la isla por César. Con este consejo fuéron á Galonio, y le apercibieron que saliese de la ciudad, pues podia sin peligro, porque despues no creian que podria excusarlo. Él se salió luego forzado con este temor. Oidas estas nuevas en el real de Varron, que estaba ya cerca de Sevilla, una destas dos legiones, que llamaban la Vernácula, estando él presente y mirándolo, arrancó sus banderas, y se metió en Sevilla, no parando hasta la plaza, y allí se recogió en los portales públicos, sin hacer daño ni ofensa á nadie. Los ciudadanos romanos que habia en Sevilla, se alegraron tanto con la venida desta legion, que á porfía llevaban á aposentar en su casa los soldados.

Espantado Varron con estos sucesos tan contrarios, torció un poco el camino para irse á Itálica: mas fué luego avisado, que tambien aquella ciudad habia cerrado las puertas para no recibirle. Ya entónces desmayó del todo, viéndose casi cercado para no poder caminar á ninguna parte, y envió luego á decir á César, que él estaba muy aparejado para entregar la legion

que tenia á quien él mandase. Él envió á Sexto César su pariente, á quien Varron la entregó, y él se vino á Córdoba, y dió á César las cuentas de todo su gobierno, y le consignó fielmente todo el dinero que tenia allegado, dándole tambien razon de los navíos y bastimentos que en Cádiz y en otras partes tenia recogidos. Varron se fué á Pompeyo, y así se halla mencion dél despues en la guerra de África.

Ántes desto cuando César llegó á Córdoba, habló en público á los que allí se habian juntado, dándoles á todos en general muchas gracias. A los ciudadanos romanos de Córdoba, por la buena industria con que se apoderaron de la ciudad, á los otros españoles porque en sus lugares habian echado los de Varron. A los de Cádiz, porque habian atajado los consejos de sus adversarios, y puéstose tan valerosamente en libertad. Y á los tribunos y centuriones, porque los ayudaron tambien. Soltó sin querer llevar nada todo el dinero que Varron habia mandado repartir en aquella ciudad, y mandó volver sus bienes á los que por haber hablado libremente se les habian quitado, y á todos dejó muy contentos y llenos de buena esperanza para lo de adelante. No se detuvo en Córdoba mas que dos dias, porque pasó luego á Cádiz, donde mandó volver al templo de Hércules todo lo que de allí por mandado de Varron se habia traido á la ciudad, y dejando el gobierno de la Ulterior á Quinto Casio Longino, con cuatro legiones, que era harto poderoso ejército, con el deseo y necesidad que tenia de pasarse en Italia, se embarcó en los navíos que allí tenia Varron, y los de Cádiz habian labrado.

Dion cuenta que Julio César hizo desta vez mucha honra á los de Cádiz y universalmente los hizo á todos ciudadanos romanos, y todo dice que fué en remuneracion de su buen servicio, y en memoria del buen agüero que allí siendo cuestor tuvo, con el sueño de que ya se ha contado.

Era Casio hombre muy esperimentado en las cosas de España, por haber estado, como se dijo en su lugar mucho tiempo por cuestor con Neo Pompeyo en ella. Y Aulo Hircio dice despues espresamente, que no quedó Casio con mas que la Ulterior, y título de propretor. Mas luego que César llegó á Roma envió á la Citerior con cargo de pretor á Marco Lépido, como en Appiano Alejandrino claramente parece. Llegó César en muy pocos dias á Tarragona, donde le esperaban embajadores de toda la Citerior. Allí hizo lo mismo que en Córdoba, en hablar muy graciosamente á todos, y dejarlos por sus aficionados, y caminando por tierra, y pasando por los Pireneos, no puso trofeos, como Pompeyo los dejó, porque sabia cuanto se habia burlado en Roma de aquella su vanidad: mas todavía hizo allí cabe ellos un grande altar de cantería muy labrado como por memoria de lo que acá habia hecho. Llegado César á Roma, con detenerse pocos dias en Italia, se pasó luego en Grecia para continuar allá la guerra, que la tenia bien despacio proveida.

Todo esto hasta la vuelta de César en Italia sucedió en este año cuarenta y siete ántes del Nacimiento. Porque como parece por lo que Marco Tulio en diversas cartas escribe á su amigo Attico y á otros, Pompeyo partió de Italia para Grecia al principio de abril. En mayo, como se ve en César, y en algunas cartas de Marco Tulio se refiere, ya estaba muy adelante el aparejo de la guerra en Tesalia, y en agosto se acabó la guerra de Lérida, y al cabo del año ya era César vuelto á Roma de España. Y así desde abril hasta setiembre ú octubre pasó todo lo que hasta aquí se ha contado.

CAPÍTULO XXXIV.

Las maldades de Casio Longino en su gobierno, y la conjuracion de Córdoba contra él.

César estaba en Grecia contra Pompeyo el año siguiente cuarenta y seis ántes del nacimiento de nuestro Redentor, y allí venció á Pompeyo, y le forzó irse huyendo á Egipto, donde el rey Tolomeo lo mandó matar. Tambien tuvo César luego necesidad de pasar en Egipto contra este mismo rey Tolomeo, y en la guerra que allí hizo en Alejandría contra este rey, y despues en África contra Marco Caton y los demás, se gastó todo lo restante deste año, y gran parte del siguiente cuarenta y cinco.

En estos dos años sucedieron acá en España, y particularmente en el Andalucía muchos movimientos y alteraciones. «Porque las guerras civiles las suelen de »suyo causar en todas partes, y el avaricia y crueldad »de Casio Longino bastaba sin esto para moverlas.» Aquí se contará todo de la manera que Aulo Hircio harto particular lo escribe. Del tiempo que habia sido cuestor con Pompeyo habia quedado muy aborrecido en toda el Andalucía, donde le habian dado una cuchillada, queriéndole matar, y él tambien por esta injuria tenia grande odio con toda aquella tierra. Juntábase con esto su cruel natural, y que por algunas señales de hombres, que no saben disimular sus enojos, entendió el público aborrecimiento que toda la provincia le tenia. Todo redundaba al fin en daño della. Porque para ejecutar él mejor su venganza, procuraba ganar grande aficion de su ejército, y habiendo prometido á sus soldados gran largueza, se la dobló habiendo tomado la ciudad de Medobriga (1) en los confines de Portugal y Galicia, y sujetado todos los montes Herminios donde los medobrigenses se habian recogido. Y en particular tambien acariciaba los hombres de guerra con muchos y muy grandes premios, con los cuales no se gana tanto el amor de los soldados, cuanto se pierde la obediencia y la sujecion muy necesaria en la guerra. Habiendo despues repartido para invernar su ejército, él se fué á Córdoba, para oir á los pleitos, y mas verdaderamente para robar desde allí la tierra con gravísimos tributos que le imponia. Tambien sacaba cuanto podia de los ricos, con diversos achaques que se buscaban para castigarlos. Y no habia ningun género de mal cohecho que en su tribunal del pretor ordinariamente no se usase.

Haciendo pues ahora Longino lo mismo que habia hecho siendo cuestor, los andaluces tambien tomaron la misma determinacion de matarle que entónces habian tomado. Confirmáronse mas en este propósito, por otras nuevas ocasiones, y robos y extorsiones que añadió á las ordinarias. Formó de nuevo otra quinta legion, y con la soberbia manera de escoger los soldados para ella, y con el gasto de mantenerla se desabrieron mucho mas los de la tierra. Acrecentó tambien el número de sus caballos, hasta llegarlos á tres mil, y cargaba la provincia con tantos gastos, que no habia tener un punto de alivio ni descanso. Vínole en este

---

(1) Es la Meidubriga Plumbaria de Plinio, hoy Marvaom, su proximidad á los montes Herminios prueba que no estaba en los confines de Portugal y Galicia, como asegura Morales. B.

comprehender buen sentido. Así dejando muchas cosas particulares que están allí muy perplejas, con harto trabajo puedo sacar en limpio la certidumbre destas que refiero.

CAPÍTULO XXXVI.

El fin de la guerra contra Longino, y su desventurada muerte.

Entendiendo despues Marcelo por el daño de aquel dia, el inconveniente grande que habia en la pasada del rio al retirarse, con buena oportunidad hizo que toda su gente pasase á Guadalquevir, y asentó y fortificó su real en la otra ribera, donde Casio lo tenia, y púsosele muy cerca, por no mostrar punto de cobardía, ni que reusaba la batalla cuando quisiese Casio pelear. Así muchas veces salian ambos con el ejército ordenado para la batalla, mas nunca pelearon por las ventajas que cada uno conservaba en su puesto. Tambien tenia mucha ventaja Marcelo en los soldados, que eran todos viejos y bien ejercitados en la guerra, y en todos los ardides della. Con buena advertencia pues de los suyos, ganóle Marcelo á Casio un sitio, de donde con mucha facilidad le podía estorbar el agua á todo su campo. Tuvo esto Casio por una manera de verse cercado, y así levantó de noche su real con mucho sosiego, y con la mayor priesa que pudo se fué á poner junto á Ulia, que la tenia por muy de su parte; y estaba harto cerca, pues era el mismo lugar que ahora llamamos Montemayor, cinco leguas de Córdoba en la campiña. Encarece mucho Aulo Hircio aquí la fortaleza de aquel sitio, que como tambien ahora vemos, es grande.

Marcelo fué luego en seguimiento de Casio y púsose lo mas cerca que pudo de su contrario, y lo trujo poco despues en tanto estrecho, que consiguió enteramente las dos cosas que deseaba: lo primero no pelear por no hacer destrozo en las legiones que eran de romanos, y eran de César: lo segundo tener apretado á Longino, que no pudiese andar libre para hacer en otras ciudades el estrago que en Córdoba habia comenzado. Para esto fortificó muchos collados en derredor de su enemigo, y puso buenas guardas en ellos, y comenzó á cercarle con foso y vallado, y encerrarle á él y á la ciudad de manera que no pudiese menearse. Algunas veces le quiso impedir esta obra Casio, y con sus caballos que tenia muy escogidos, estorbarle el pasto y los bastimentos. Lo mismo quiso hacer el rey Bogud de África, que se hallaba entónces en España, y vino llamado de Longino con otra legion, y con muchas compañías de españoles, de las tierras que seguian aquel partido. Muchos recuentros hubo y muy bravos sobre el impedirle esta obra á Marcelo, y los unos y los otros vencieron y fueron vencidos, mas nunca Marcelo dejó de llevar adelante.

Llegaba ya en este tiempo á estos reales de Ulia Marco Lépido, que como se ha dicho era pretor por César en la Citerior, y venia con buen ejército de pié y de á caballo, solo para poner blandamente buena paz entre Casio y Marcelo. Marcelo se le dió luego que llegó, y le entregó el ejército. No hizo esto Longino, sino que se estuvo quedo en su fuerte, ó porque por la comision y oficio que tenia de César, no le debia sujecion, ó porque temia no hubiese ganado tanto Marcelo con su buena obediencia, que Lépido desease ya favorecerle. Estuvo en esta duda algunos dias Longino, sin asegurarse de Lépido, aun que le habia enviado á prometer toda buena amistad, no hallando ningun buen medio para concluir su negocio, envió á pedir á Lépido que se derribase el fuerte con que estaba cercado, y le dejasen salir libremente. Húbole de conceder esto Lépido, porque el ser ministro de César, y el haber movido la guerra en su nombre y su provincia, le hacia exento para que nadie pudiese hacerle fuerza. Ya se comenzaba á derribar la obra, y no habia las guardas acostumbradas, porque se habian asentado treguas, cuando los del rey Bogud dieron sobre un fuerte de los que Marcelo tenia en los collados, y si no acudiera presto Lépido, no se escusara de ser aquel dia la batalla muy reñida, y destruidos todos los buenos conciertos de la paz. Al fin se le abrió el camino libre á Casio y juntos Lépido y Marcelo, se vinieron á Córdoba.

Tuvo nueva Casio estos dias, como Aulo Trebonio habia venido á Narbona enviado de César para gobernar á Francia. Determinó de irse para él, y metiendo á invernar en los aposentos las legiones, y la gente de caballo, hizo juntar arrebatadamente toda su riqueza, que con los robos pasados era muy grande, y caminó con ella hácia Málaga, donde queria embarcarse. caminar por tierra se le hacia grave, porque segun decia, no se fiaba de Lépido y Marcelo, ni aun Trebonio; mas segun sus amigos publicaban, no queria pasar por España con ménos autoridad de la que solia traer, no llevando su ejército consigo. Lo mas cierto era, como todos juzgaban, que no tenia por seguro en caminar con aquel dinero que habia juntado con tantos robos de toda la provincia. Embarcóse pues en Málaga, y corrió mucha fortuna hasta Tortosa, y recogiéndose allí una noche á la boca del rio Ebro á los Alfaques, por no navegar con la tormenta, y creciendo la tempestad, se anegó con todos sus robos y malvados tesoros, que tuvieron el fin que siempre suele tener lo que con tan malas maneras se adquiere.

Dion dice así confusamente, que se le quitó el cargo á Longino, por quejas que dél dieron embajadores de España, sin decir quién se lo quitó. Yo sigo á Hircio, que como criado de César, pudo tener mejor noticia de todo. Y con esta partida y muerte de Casio, quedó por entónces toda España bien sosegada.

CAPÍTULO XXXVII.

Algunas cosas que en este mismo tiempo sucedieron.

Todo esto de Casio y su muerte sucedió hasta el año de cuarenta y cuatro ántes del Nacimiento, en el cual Marco Lépido triunfó en Roma de España, donde ya César se hallaba vuelto de África al fin de julio deste año, como Hircio señala. Su vuelta fué por Cerdeña, donde hizo lo que el mismo autor refiere. Solo Dion cuenta este triunfo de Lépido, y casi burlando de César, que se lo dió no habiendo hecho cosa ninguna por donde lo mereciese, y así ni hubo presa, ni cautivo, ni ninguna cosa de las que al triunfo pertenecian. Y porque no faltase todo, le pusieron al triunfo un título muy donoso, porque se halló Lépido en la guerra que Casio y Marcelo hicieron en la Ulterior. Otros ponen este triunfo de Lépido un año ántes. Yo sigo el mejor órden que puedo.

Con esta vuelta de Lépido á Roma, no podemos bien entender quién quedó en el gobierno de España por

César. Mas yo creo cierto le quedó el gobierno de España á Aulo Trebonio, mandósele que se pasase de Francia acá, pues presto veremos como lo hizo así. Marcelo no quedaría acá con cargo, pues dice Dion que cayó acá en gran desgracia de César, por lo que hizo contra Casio, y lo desterró por ello. Aunque lo perdonó despues, y le dió muy buenos cargos. Por lo que Dion así dice, podria alguno pensar que este Marco Marcelo fuese aquel por quien Marco Tulio dió las gracias á César cuando lo perdonó, con aquel excelente razonamiento, con tanta razon en mucho estimado. Mas este Marcelo de aquí, es otro diverso de aquel, aunque debió ser de su linaje. El otro habia sido cónsul, y este no era ahora mas que cuestor, que basta para conocerse la diversidad.

Ya atrás se ha hecho mencion de los toros de Guisando, y se ha dicho lo que dellos yo siento. El uno dellos conforme á la relacion que allí se trujo, tuvo estas letras:

LONGINVS PRISCO
CAESONIO F. C.

En castellano dice. Esta memoria con este animal hizo hacer Longino á Prisco Cesonio. Y parece la puso este Casio Longino, porque tambien habia en este tiempo otro un Cesonio soldado principal de César, de quien presto haremos mencion, y á él se pudo poner este título. Yo no lo afirmo por cosa cierta, mas digo lo que se puede probablemente conjeturar.

En la guerra que César hizo en África, como en Hircio se halla, hubo un notable ejemplo de amor en dos hermanos españoles, llamados ambos Titos. Seguian la parte de César, y vinieron á manos de Virgilio Petronio capitan de Pompeyo, que con otros muchos los mandó luego matar. El mayor, como quien sentia ya el grave dolor que le habia de causar ver la muerte de su hermano, á quien tiernamente amaba, pidió con muchos ruegos á los que los llevaban á cortar las cabezas, que matasen á él primero. Esto se le concedió, y así el grande amor que á su hermano tenia, le pudo dar algun contento en muerte tan desventurada.

A lo que yo creo, tenia en esta sazon Aulo Trebonio el gobierno de España por César, aunque estaba en Francia, pues presto veremos como acudió á nuevos movimientos que comenzaron en el Andalucía.

CAPÍTULO XXXVIII.

Los hijos de Pompeyo vienen á España y mueven de nuevo la guerra.

Harto habia ya padecido España con el principio y continuacion destas guerras civiles, mas quedábale aun mucho por padecer en el fin dellas, que tambien se les dió acá; donde los dos hijos de Pompeyo Neyo y Sexto restauraron poderosamente la guerra, con tantas fuerzas, que dice Lucio Floro, pareció que deliberaba aun la fortuna de nuevo á dónde inclinaría. Todo lo que sucedió aquí adelante en España, lo escribe con mucha particularidad Aulo Hircio, que se halló con César en esta guerra: mas está su libro tan mendoso, y tan falto en muchos lugares, que algunas veces no se puede bien entender, ni continuar lo que dice; y así será forzado contarlo mas en breve, y suplir lo de Dion Casio, y otros que tambien, aunque con mas brevedad, lo escribieron. El principio desta nueva guerra cuenta Dion que fué desta manera.

Durando la guerra de Casio con Marcelo, algunas ciudades de España tambien se alborotaron, y les pareció tenian ocasion para moverse como deseaban. Mas todo esto cesó con la muerte de Casio, y nueva de la venida de Aulo Trebonio, á quien César habia mandado pasar acá de Francia, para que tuviese cargo de toda España, sin quedarles á las ciudades levantadas, mas de un miedo secreto de que Julio César al fin los castigaría por estos sus movimientos. «Suele el temor dar priesa en los consejos, cuando con ellos se «busca su remedio.» Y así estas ciudades enviaron disimuladamente su embajada en África á Escipion suegro de Pompeyo, que mantenia allí la guerra contra César, y ofreciéronle sujecion, pidiéndole su amparo. Él les envió á Neyo Pompeyo el mozo, hijo mayor de Pompeyo, con alguna gente que se alzase acá con ellas, y levantase otras mas para fatigar tambien por esta parte á César, y procurar destruirle. Navegando pues Neyo Pompeyo de África para España con este designio, en el camino dice Dion, que se le dieron las dos Baleares Mallorca y Menorca, y que á Ibiza tomó por fuerza de armas. Marco Tulio escribiendo á su amigo Attico de las cosas destos dias, dice tiene nuevas que no estuvo esta vez Pompeyo en las Baleares (1): y siendo esto verdad, puédelo tambien ser lo de Dion, pues con embajaderes se le pudieron salir á dar las dos islas en el camino. Lo que Hircio cuenta desto en la guerra de África es, que Neyo Pompeyo por amonestacion de Caton, se bajó por mar á la Mauritania, y allí le desbarataron los del rey Bogud, y le forzaron embarcarse. El mozo afrentado, sin querer volver mas á África se recogió á las dos islas Baleares; y aquí estaba cuando Escipion le persuadió se viniese á España. Despues de tomada Ibiza en este camino, dice Dion, que cayó enfermo allí Pompeyo y se detuvo algunos dias con su ejército hasta sanar. Entretanto los españoles que ya le esperaban, viendo su detenimiento, y teniendo ya nueva como Escipion era vencido y muerto en África, vieron claramente como si esperaban mas á Pompeyo, podian ser ántes destruidos. Confirmábales este su temor, en considerar como César por estos mismos dias, demas de Trebonio, que acá estaba, envió á Gayo Didio con muchas galeras para la guarda de España. Todo esto les movió á las ciudades temerosas para proveerse de nuevo remedio, y así eligieron por sus generales á Tito Annio Escapula, y á Quinto Aponio, dos romanos del estado de los caballeros. Y si Dion no dijera expresamente que estos dos eran romanos, yo pensara que el Escapula era aquel cordobés principal, de quien ya se dijo en la conjuracion contra Casio, y se dirá despues adelante. Estos dos generales echaron de toda el Andalucía á Trebonio, y levantaron contra César toda la provincia, quedando sola la ciudad de Ulia cabe Córdoba, que no podia ser movida contra él.

Mantuviéronse los dos capitanes acrecentando siempre, hasta que llegó Neyo Pompeyo de Ibiza ya sano, y en Cartagena le entregaron todo el ejército. Marco Tulio tambien hace mencion desta guerra escribiendo á Dolabela (2), sin haber allí mas de sola mencion della.

Llegaron poco despues de África Sexto Pompeyo su hermano de Neyo, Accio Varo, y Tito Labieno, insignes capitanes, trayendo buen número de galeras y

(1) En la I Epístola del lib. 12. (2) En el lib 9, de las Epístolas familiares.

algun ejército, con que se pudieron escapar de las manos de César cuando allí acabó de vencer, y dejaron la flota en Carteya junto al estrecho. Con esto se vió ya tan poderoso acá Neyo Pompeyo, que no pensaba le podrian resistir los de César, y así discurria por toda la tierra, tomando por fuerza las ciudades que no se le querian entregar de su voluntad, y juntando siempre por todas vias mucha mas gente y dineros. Porque forzaba en público á muchas ciudades, y en particular á sus ciudadanos, que rescatasen sus peligros, y en los mas ricos se hallaba mas ordinaria la oportunidad desta presa.

Todo esto pasó al fin deste año cuarenta y cuatro, cuando Julio César se volvió á Roma desde Cerdeña, y en muy poquitos dias del cuarenta y tres, que César tambien estuvo en Roma, como luego parecerá.

CAPÍTULO XXXIX.

La gran presteza con que César vino á España, y una batalla de mar entre ambas partes.

Tenian el gobierno de España por César en estos dias dos legados suyos, Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo, que no dicen los historiadores cuando los habian enviado, ni si sucedieron á Trebonio, ni otra cosa destas que supla la falta y quite la dificultad. Solo refieren que no hallándose bastantes para pelear con los Pompeyos, segun habian crecido en fuerzas y poderío, no hacian mas que entretenerse con prudencia, y con cartas muy ordinarias pedir ahincadamente á César, viniese luego en España, si no queria hallarla del todo perdida. Estaba César entretanto en Roma muy despacio, haciendo soberbia pompa de cuatro triunfos suyos todos juntos, edificando templos, haciendo muchas fiestas y juegos, proveyendo grandes particularidades en el gobierno, emendando el año, como ahora lo tenemos con el bisiesto, y entendiendo en otras cosas semejantes, que son de las que los príncipes en tiempo de mucha paz y sosiego suelen tratar. Por donde se parece mas clara la grandeza de ánimo de César, pues con el cuidado gravísimo de la guerra que le restaba por concluir, cabia tambien en él el de todas estas cosas, que eran bastantes para tener á otro del todo ocupado. Sabia como los dos hermanos Pompeyos le iban ganando á toda España, y asegurábase en los negocios tan diversos desto que trataba con mucho reposo. No porque descuidase de la guerra, sino porque confiaba que en cualquier tiempo que la comenzase, su presteza en acabarla mostraria que nunca se habia comenzado tarde. Así se pareció luego, pues partiendo desde Roma en veinte y siete dias llegó á Porcuna, lugar entre Córdoba y Jaen, llamado entónces Obulco, que no parece jornada de un príncipe tan grande y tan acompañado, sino de un caminante de los muy diligentes y apresurados, y así los suyos y los adversarios le vieron llegado ántes que pudiesen pensar que venia. Todos los autores de aquellos tiempos celebran mucho la presteza de César en este camino, mas están diferentes en señalarla. Appiano Alejandrino dice que vino en veinte y siete dias, y que traia mucho bagaje y embarazo consigo. Paulo Orosio no le da mas de diez y siete dias para el camino, mas el llegar dice que fué á Sagunto, cabe de Valencia. Suetonio señala veinte y cuatro dias, y que llegó en éstos al Andalucía. Ninguno dice si vino por mar ó por tierra, ni qué ejército ó compañía trujo consigo. Mas yo no dudo haber venido por mar hasta Sagunto, pues luego veremos cómo habia enviado en el camino su flota desde Cerdeña. Y porque Hircio ni Dion no dicen en esto ninguna particularidad, yo he seguido á Estrabon el cosmógrafo, que por haber vivido cerca destos tiempos, pudo tener mas certidumbre de la verdad, él dice que en veinte y siete dias se halló César en Porcuna, y parece mas verosímil que llegase hasta allí con presteza, pues ya estaba Neyo Pompeyo en el Andalucía.

El primer acometimiento desta guerra fué una batalla que hubo en la mar junto al estrecho de Gibraltar, entre Accio Varo, que tenia allí la flota de los Pompeyos, y Didio, á quien envió César tambien desde Cerdeña con la suya. La batalla fué brava, pues como dice Lucio Floro, peleaban las armadas entre sí, y el Océano con ellas, como queriendo castigar la mala guerra que se trataba. Fué esta batalla muy semejante á la que ya hemos contado que dió Lelio en el mismo lugar á Haderbal, capitan cartaginés, y en ella no dió á nadie Lucio Floro la victoria, sino dice (1) que la corriente del estrecho hizo todo el daño. Dion dice que Accio Varo fué vencido, y señala el lugar de la batalla, que fué cabe la ciudad de Crancia, mas sin duda su libro está aquí mentiroso, y en lugar de Crancia ha de decir Carteya. Porque Carteya estaba dentro en el estrecho, donde ahora está el sitio de las Algeciras, y ciudad ninguna que se llamase Crancia no la halla por allí, ni aun en otra parte en toda España. Viéndose Varo vencido, dice Dion que se recogió luego á la tierra, y hizo allí con gran presteza una como cadena de áncoras enlazadas, con que cercó su armada, y le valió para salvarla, pues esto detuvo á Didio, que no pudiese llegar á ella.

CAPÍTULO XL.

Socorre César á Ulia con un buen ardid.

Llegado César á Porcuna, Córdoba le envió luego sus embajadores secretos, excusando el tener la ciudad Pompeyo. Decia, que ántes habia ocupado toda la tierra, que pudiese nadie pensar, que trataba de haberla. Ofrecíanle á César que de noche tomaria la ciudad con alguna buena encubierta que salvase las espías de Pompeyo, las cuales tenia por todas partes, para saber lo que César haria. César envió luego á mandar á Fabio y Pedio sus legados, que le enviasen la gente de caballo española que habian juntado, cuyo número nadie señala, solo dice Hircio, que segun era buena, cuando la tuvo, ya le pareció podia caminar seguro á toda parte. Tenia á esta sazon Sexto Pompeyo, el hermano menor á Córdoba, con buena gente de guerra para guardarla. Porque siendo esta ciudad, como dice Hircio aquí, cabeza de toda la Ulterior, importaba mucho el tenerla. Neyo, su hermano mayor, estaba tambien allí cerca sobre Ulia, en cuyo sitio, como ya se ha dicho, está ahora el lugar llamado Montemayor, cinco leguas de Córdoba en la campiña, teniéndola cercada y combatiéndola, porque acostando á él toda la tierra, sola esta ciudad habia perseverado en tenerse por César, y así en sabiendo de su venida, le envió luego á pedir socorro, por hallarse ya en mucho aprieto del cerco. César se sentia muy obligado de los de Ulia, por lo bien que en lo pasado se ha-

(1) En el cap. 23 del lib. 6.

habian mantenido por él, y en general habian siempre servido bien al pueblo romano, y el socorro que él ahora les hiciese habia de ser muy mirado y estimado por toda la provincia, y con él habia de ganar fama de que amparaba bien los suyos. Habíase para esto acercado ya César mas á Córdoba, aunque Hircio ni Dion no lo refieren, mas vése claro, pues pudo hacer el socorro de Ulia tan á propósito, como en sola una noche lo hizo. Dió seis compañías de soldados, y otras tantas de caballos á Lucio Junio Pacieco, hombre principal, y muy conocido en toda la provincia, y que sabia mucho de toda la tierra della, y mandóle partir á la vela que llaman de la modorra, para que se metiese en Ulia como mejor pudiese. Tuvo Pacieco buena oportunidad para su designio, porque al punto que llegaba á los cuarteles de Pompeyo, hacia una grandísima tempestad de agua y viento, con que no podia parar hombre con hombre, ni conocerse uno á otro. Convirtió Pacieco esta fatiga en buena ocasion, usando un vivo ardid para su efecto. Avisados los suyos de lo que habian de hacer y decir, mandó caminar los caballos de dos en dos. Cuando llegaron á las centinelas les preguntaron quien eran, y uno conforme á lo que estaba ordenado, respondió que callasen y estuviesen quedos, porque Pompeyo con la buena ocasion del torbellino los enviaba aquel punto á tomar la ciudad sin ser sentidos. Aseguradas con esto las centinelas, y turbadas tambien con la tempestad, llegaron todos los de César á las puertas de la ciudad sin que nadie se lo impidiese, y hecha la seña que traian, fueron recibidos dentro, y salieron luego los unos y los otros á dar en los de Pompeyo con tanta alegría y esfuerzo, que sus enemigos se daban ya por perdidos.

Este es aquel ilustre Pacieco, de quien atrás queda hecha mencion cuando contamos los otros hombres principales que hubo en España de este linaje. Y este mismo tambien pienso yo que es el Junio Español que trujo consigo Julio César en la guerra de Francia (1), y lo envió algunas veces por embajador á Ambiorige, capitan de los alemanes, y expresamente dice César que era español. Y si como es verdad que fueron en España hombres principales y muy conocidos en aquel tiempo los deste linaje, pudiéramos tener certidumbre que se continuaron hasta nuestros Pachecos deste tiempo, harto antigua memoria y muy esclarecida tendrian de su casta. Y verdaderamente, como ya he dicho, no se puede negar, sino que la similitud en el nombre como es grande, así es tambien ocasion para pensar que hayan estos caballeros tenido este origen tan antiguo. Y tambien pienso que sea este Junio Pacieco el que Marco Tulio refiere escribia las nuevas de lo que acá en esta guerra pasaba. Digo que pienso ser él mismo, porque con decir Marco Tulio Pacieco, sin darle el sobrenombre de Junio, podria ser otro el que allí nombra.

CAPÍTULO XLI.

La guerra de César, y los Pompeyos sobre Cordoba y la enfermedad de César.

Con este buen principio de haber socorrido tan prósperamente á los de Ulia, pasó César adelante para acercarse mas á Córdoba, por ver si la podia tomar como los embajadores se lo habian ofrecido, y tambien porque poniéndose sobre ella era cierto que Neyo dejaria á Montemayor. Envió primero adelante una buena banda de gente de caballo, y despues tras ellos algunas compañías de soldados armados de lorigas, advertidos los unos y los otros de lo que habian de hacer. Mostróse esta gente de caballo cabe Córdoba, y haciendo alto, tomaron, conforme al ardid que César les habia dado, los soldados de lorigas en las ancas, teniéndolos allí bien cubiertos. Como se descubrió de la ciudad esta gente, y Pompeyo ni nadie no vió mas que los caballos, mandó salir de los suyos los que le pareció bastaba para pelear con ellos. Al punto del acometer, los de loriga saltaron de los caballos, y habiendo sido muy brava la pelea, mataron muchos de los de Pompeyo, recogiéndose á la ciudad unos pocos que habian quedado. Sexto quedó con tanto temor deste estrago de los suyos, que escribió luego á su hermano, con toda priesa le viniese á socorrer, si no queria que César tuviese tomada la ciudad ántes que él llegase. Movióse Neyo con el peligro en que se hallaba su hermano, y con el riesgo de perderse Córdoba, y así dejó de todo punto á Ulia, teniéndola ya casi tomada. Llegado Neyo á Córdoba, él y César tuvieron algunos dias sus reales muy cerca uno de otro, y escaramuzaron y hubieron algunos recuentros con diferentes sucesos, y muchas muertes de ambas partes, sin que César, aunque lo procuró mucho, pudiese forzar á Pompeyo, que peleasen con todo su campo en batalla formada para acabar de una vez la guerra. Y visto César que esto no le valia, ni Córdoba por entónces se podia haber, una noche mandó hacer muchos fuegos en su real, y así lo levantó sin ser sentido. Algunas particularidades cuenta Hircio, que pasaron aquí esta vez sobre Córdoba: mas su libro está en esta parte tan falto y depravado, que no se pueden bien entender para escribirlas. Y esta causa, dice él de no querer pelear los Pompeyos, le movió á César á levantarse con su campo: mas Dion da otra, y dice, que César fué forzado á levantarse, porque estaba enfermo á esta sazon, y así no podia andar tan feroz en la guerra, como era menester, teniendo el enemigo junto cabe sí. En esta enfermedad que Julio César tuvo aquí en esta vez, y por rogativa y plegaria della, tengo yo por cierto, que conforme á la vana supersticion de aquellos tiempos, se puso una Arula ó altar pequeño de piedra á los dioses la cual dura hasta ahora, y yo he visto en la torre de la iglesia del lugar llamado Aldea el Pardo, tres leguas de aquí de Alcalá de Henares, al septentrion, donde se hallan hartos rastros de antigüedad, y tiene estas letras.

SACRVM NUMI-
NIS PRO SALU-
TE. ET. PRO VI-
CTORIA. CAE-
SARIS.

Y en castellano quiere decir. Esta Arula es un sacrificio hecho á Dios por la salud y por la victoria de César. Digo que tengo por cierto se puso esta piedra por Julio César, y se puso entonces. Parece que se puso á Julio César, y que él es el que se nombra, y no ninguno de los otros emperadores romanos. Porque cualquiera otro dellos que se nombrara, tuviera allí su nombre propio y particular que cada uno dellos tuvo siendo para todos ellos el nombre de César general, y no mas que un apellido de honra y dignidad. Y solo

(1) En el lib. 5, de aquella guerra.

Julio César tuvo por nombre propio llamarse César, y llamándole así no mas, la piedra le pone su nombre propio. Parece tambien que se puso en este tiempo, y por ocasion desta enfermedad que ahora tuvo César, en hacer mencion, que se ponia juntamente por su salud y su victoria, que eran las dos necesidades en que juntamente entónces se hallaba. Fué Julio César tocado de la enfermedad que los latinos llaman Comicial, y nosotros Gotacoral, como Suetonio y Plutarco refieren y atrás queda dicho. Y por decir Plutarco que esta enfermedad le tocó la primera vez en Córdoba, podria alguno creer fuese esta la enfermedad de ahora, mas yo creo, por lo que aquel autor añade, que en su mocedad de César fué cuando la primera vez le tomó en Córdoba este mal, siendo cuestor ó pretor. Bien pudo ahora tener esta enfermedad, mas no pudo ser esta la primera vez que le dió.

CAPÍTULO XLII.

El cerco de Ategua, y los recuentros que allí hubo.

El levantarse César de Córdoba fué para irse á poner sobre Ategua, que otros nombran Tegua, por ser, como dice Hircio, la mayor fuerza que en toda aquella tierra habia, y por tener allí juntas los Pompeyos, como Dion añade, grandes provisiones, las cuales á César por entónces mucho le importaban. Estaba Ategua cuatro leguas de Córdoba al mediodia, y ahora se parece su sitio despoblado en el camino derecho que va á Castro el rio, y reteniendo el nombre antiguo harto corrompido, le llaman Teba la vieja. Tiene su asiento bien alto, con tener buen aparejo de ser muy fortalecido, y así lo estaba entónces con dos murallas y muchas y fuertes torres en ellas. Pasa por lo bajo algo apartado el rio de Guadajoz que entónces llamaban el rio Salado, y su agua es tan gruesa, que pudo merecer aquel nombre. Están á dos leguas de Ategua las dos villas, Castro el rio que parece le llamaban entonces Castra Postumiana, que quiere decir reales de Postumio: y Espejo, lugar de notable sitio, por ser un cerro alto, redondo y puntiagudo, y por su demasiada altura está desembarazado en todos sus derredores. Su nombre era entónces Attubi. que así se ha de leer forzosamente en Hircio, y no Ucubis, como en todos los libros impresos se lee. En los contornos de estos lugares se mantuvo muchos dias la guerra, teniendo César muy cercada á Ategua, y viniendo Neyo Pompeyo á socorrerla, habiendo dejado á su hermano Sexto en Córdoba para guardarla. Neyo trujo banderas y muestra de trece legiones, mas la fuerza de su campo eran solas cuatro: porque las demás eran gentes allegadizas y mal concertadas, de quien no se podia hacer mucha confianza. César le hacia mucha ventaja en los caballos y por eso no osaba Pompeyo acometer á César, sino que asentado su campo de la otra parte del rio Guadajoz hácia Attubi, muchas veces habia algunas escaramuzas y livianas peleas, en que los unos y los otros eran vencidos y vencian. La tierra dice Hircio, que era aparejada para mantener la guerra, por su fertilidad y bastantes aguas y otras comodidades y por las muchas atalayas que habia por allí puestas en los cerros mas altos, de donde se descubria bien toda la tierra. Hircio dice, que estas atalayas estaban así espesas en el Andalucía segun costumbre de África, y de allá parece las aprendieron nuestros andaluces, desde que Aníbal se las enseñó, como Florian do Ocampo en su lugar lo escribe. Alargábase la guerra con sufrir bien los de Ategua el cerco, y con estarse quedos César y Pompeyo con sus campos, sin que el uno dejase de apretar la ciudad, ni el otro hiciese cosa de importancia para socorrerla. Y como César, para mayor seguridad suya y ofensa de sus enemigos, tuviese fortificadas muchas estancias en los sitios mas fuertes de aquellos rededores: Pompeyo pensó hacerle daño en una dellas, que estaba en Castro el rio, mas recibiólo él muy grande con haber venido César en persona con tres legiones al socorro, y muertos muchos de sus contrarios, los hizo volver huyendo á su fuerte. Otro dia siguiente despues desta pelea le llegó á César buena gente de caballo, que le traia de Italia Arguecio un hombre principal, que parece era de allá, y los curiosos en deducir los linajes de España de los antiguos romanos, déste toman el principio de los Arguellos, ó Aguellez que ahora hay acá: mas yo no veo otro fundamento que tenga, si no la poca semejanza que hay en el nombre. Principalmente que nuestros Arguellez tienen su solar en Asturias, tomando como comunmente se usa, el alcuña del nombre de su pueblo. Este Arguecio demas destos caballos, le trujo á César cinco banderas de gente de los saguntinos de Murvedre. No se entiende bien en Hircio, qué otra gente de caballo era la que otro llamado Asprenate le trujo á César de Italia. Este socorro dice Hircio, espantó tanto á Pompeyo, que aquella noche puso fuego á su real, y se volvió con su ejército á Córdoba.

Un rey llamado Indo, que con gente de caballo y de pié estaba en ayuda de César, quiso ir por la mañana en seguimiento de los de Pompeyo, mas metiéndose sin tiento en ellos, fué muerto en la pelea. No dice Aulo Hircio, que solo cuenta estos hechos, quién era este rey, ni de donde, y así yo no puedo dar dél la cuenta que era razon. A César se le pasaron estos dias Quinto Marcio tribuno de una legion de las de Pompeyo, y Gayo Fundanio otro romano del estado de los caballeros. Otros dos soldados que se pasaron, mataron los de César porque habian sido de Trebonio, y ahora se habian pasado con los Pompeyos, y á unos mensajeros que traian avisos de Córdoba, les cortaron las manos y les enviaron así miserablemente tratados. «Que estas crueldades y otras tales, no solamente las sufre la furia de la guerra, sino que aun tambien las tiene algunas veces por forzosas, y muy necesarias.»

CAPÍTULO XLIII.

El fin del cerco de Ategua hasta que se entregó á César.

Tenia ya César muy apretada á Teba, y derribada una parte del muro delantero, y tambien una torre, y los de dentro pedian ya partido, sino que por pedirlo muy á su ventaja, les respondió César, que él acostumbraba dar los partidos, y no recebirlos. Ya tambien Neyo Pompeyo era vuelto de Córdoba por estos dias, y habia puesto su real de la otra parte de Guadajoz, y peleaba algunas veces en escaramuzas con los de César. En Aulo Hircio no se cuenta esta su vuelta, porque sin duda en lo de por aquí falta mucho en su libro, pues habiendo contado como Pompeyo se fué con su campo á Córdoba, pone despues como peleaba con los de César, sin haber dicho que volvió. Tambien falta en Hircio lo que Pompeyo hizo para socorrer los de Ategua; y así se contará como Dion lo relata. La mayor falta que los de la ciudad tenian, era de un buen

general que los animase y rigiese. Pompeyo que entendió esto mandó á Manucio Flaco, un principal romano, que buscase manera como entrar en Ategua para tener el cargo della. Él la halló por este ardid. Una noche llegó disimulado á las centinelas de César, diciendo que lo enviaba César como sobre ronda para llevarle aviso de si sus centinelas hacian bien su oficio. Creyéronle los de César porque no le conocian, y porque viniendo solo no les pareció que se atreviera á llegar allí, si no fuera de los suyos. Así en lo poco que allí estuvo, con buena astucia entendió el apellido y nombre que por aquel dia, segun costumbre de guerra, de César tenian. Ya que lo tuvo sabido, pasóse á otra estancia, y diciendo el nombre, fué tenido de las centinelas por de su parte, y él les dijo que César lo enviaba al lugar que aquella noche se habia de entregar, porque lo daban algunos en secreto. Con esto pasó seguro, y se entró en Ategua, mas ya era en tiempo que no podia de ninguna manera ser defendida. Así todos en general deseaban darse á César, y otros en particular trataban de huirse á él. No dejaban por esto de pelear ferozmente todas las veces que eran combatidos, y con fuegos artificiales, y piedras, y otros tiros hacian mucho daño en los de César.

Manucio Flaco, para espantar los de Ategua, y quitarles la esperanza que en la benignidad de César, si se le diesen, tenian, hizo una horrible crueldad, que no podrá dejar de ser muy abominada donde quiera que se oyere. Mandó subir todos los aficionados de César que habia en el lugar encima del muro, y degollándolos allí á vista del real, los derribaban despues al campo para que mas lastimasen á los de César. No paró aquí la fiera crueldad, porque como añade Valerio Máximo (1), mataron tambien allí los de Manucio á todas las mujeres, cuyos maridos estaban en los reales de César, llamándolos á ellos por sus nombres, para que les fuese mas dolorosa el asistencia, y mas duro el sentimiento de su pérdida. Con los niños se usó tambien extraña fiereza, porque los mataban en los brazos de sus madres ántes que ellas fuesen muertas, ó los arrojaban en alto y los recebian en las picas, ó con ellas los enclavaban en el suelo. Cesó esta cruel matanza, porque uno, que Hircio llama Junio, se la afeó á los de Manucio con un razonamiento muy determinado y encarecido. Aquella misma noche Pompeyo envió aviso á los de dentro, que tentasen de pasarse á él con este ardid. Que saliesen todos los del lugar, y trujesen fuego para encender las estancias que los de César tenian cubiertas de rama, para defenderse del invierno, y que sacasen tambien alguna ropa y alguna plata consigo; y así saliesen á pelear, y procurasen poner fuego á las chozas del real, y echarles en los ojos á los soldados la plata y ropa, para que turbados los de César con el fuego, y cebados con la presa, ellos pudiesen pasar adelante, y llegar á juntarse con Pompeyo, que estaria cerca y muy á punto para recibirlos y ampararlos. César supo désto, y estando sobre el aviso, mató y prendió muchos de los que salieron, tomándose tambien mucha presa.

Otro dia salieron dos embajadores de la ciudad, Tiberio Tulio y Caton, que era de la Estremadura: y Tiberio habló á César desta manera. Pluguiera á Dios César, que yo hubiera sido tu soldado, y no de Neyo Pompeyo y que esta constancia con que persevero en la guerra, la hubiera mostrado mas en tus victorias, que no en su desventura; pues veo que todas sus proezas han venido á parar, en que sufriendo nosotros lo que aquí tan ásperamente hemos sufrido en este cerco, él nos desampara, ó nos mata con crueldad, ó nos deja á todos perecer con descuido y cobardía. Desamparados pues de Pompeyo, y vencidos de tu esfuerzo, pedimos la vida á tu clemencia, suplicándote que tal te muestres con tus ciudadanos, cual te han conocido y experimentado todos los extranjeros. No dice Hircio con qué respuesta volvieron estos mensajeros, y segun está depravado y falto aquí su libro, tampoco se puede bien entender lo que pasó en su vuelta á la entrada de la ciudad, donde el Tiberio parece cortó la mano á un Cayo Antonio. Mas no se puede entender nada claro desto, ni de lo demás, hasta que dice como dos hermanos de Estremadura se pasaron á César, y le dieron aviso como Pompeyo habia tenido consejo, y propuesto en él, que pues era imposible socorrer á Tegua, seria bien levantar el campo de allí, y acercarse mas hácia la mar. Uno de los que estaban presentes respondió, que mucho mejor era dar á César la batalla, que dar ninguna muestra de huida. Por este parecer que dió, fué luego degollado; y Pompeyo no parece levantó ahora su campo, sino que el no hacer nada con él, tenian los del lugar, como lo era, por verdadero desamparo.

Todavía se defendian los de dentro con mucha perseverancia, mas ya tambien Flaco desmayaba, y echó por cima del muro una carta para Julio César, que decia estas palabras. Pues Pompeyo me ha desamparado sin socorrerme, si me das la vida en lealtad y perseverancia, seré contigo tal, cual siempre me he mostrado con él. Tambien salieron luego á César otra vez los dos embajadores que ántes habian venido, y solo pedian que les otorgase las vidas, y así le darian el dia siguiente el lugar. César les respondió una sola palabra, mas muy digna de su grandeza, y que descubria bien el alto ser de su clemencia. Yo soy Julio César, dijo él, y conservaré lo que debo á quien soy. Valia tanto esto como decir, yo soy la misma clemencia, y no penseis que me puedo mudar de serlo. Así se le entregó Ategua á César á los diez y ocho de febrero, y allí le saludaron todos con nombre de Emperador, que era tomarle por su general. Y no es menester que digan los historiadores, como César perdonó á todos, que ello de suyo se entiende, y aun Dion tambien lo refiere.

Este señalar Hircio el dia que se entregó Ategua, hace que hayamos forzosamente de creer que César no estuvo en Roma mas que muy poquitos dias deste año de cuarenta y tres de que vamos contando. Porque no habian pasado deste año el dia que se le entregó Ategua mas que cincuenta dias, pues todos estos parecen aun pocos para gastarse veinte y siete en el camino, y despues socorrer á Ulia y estar sobre Córdoba y continuar el cerco de Ategua: en el cual segun las particularidades de Hircio, no pudieran dejar de gastarse algunos dias. Mas la gran presteza de César asegura la buena cuenta que lleva Hircio, continuándola segun verémos en lo de adelante, con toda particularidad, como hombre que se hallaba presente en todo. Y es menester pensar así en la presteza de César, siendo como es cierto por casi todos los autores, que César estuvo por lo ménos el primero dia deste año en Roma. Y para lo mucho que desta vez hizo César en Roma, bástanle los cinco meses del año pasado desde fin de julio, que llegó allá, como cuando partió de Cerdeña se dijo.

(1) En el lib. 9, c. 2.

CAPÍTULO XLIV.

Lo que despues sucedió en diversos lugares del Andalucía, donde la guerra se trataba.

Como Pompeyo supo que Ategua era entregada, luego levantó su real, y lo fué á poner junto con Attubi, que ya dije como es ahora la villa de Espejo no mas que dos leguas de Ategua. César le siguió luego, y se puso con su campo junto á él, y hubo algunos recuentros livianos, y pasarse á César algunos de sus contrarios. Pompeyo mandó se juntasen en su tienda muchos de los principales de Attubi, y dióles cargo que le trujesen razon de qué personas habia en el lugar de su parte y de la de César. Traida la lista, el dia siguiente Pompeyo mandó degollar setenta y cuatro de los que parecieron aficionados á César, y los demás mandó que fuesen vueltos al lugar; mas con el miedo de la cruel muerte de los otros, ciento y veinte déstos se pasaron huyendo á César.

Gran diferencia sin duda tenian estos dos capitanes en los ánimos, y así no hay de que maravillarnos que fuesen tambien tan diversos en los sucesos de los vencimientos. César lo tenia todo por suyo, Pompeyo nunca pensaba ganarlo. El uno lo recelaba todo, y el otro no temia nada. El uno no sabia asegurarse sino con crueldad, y el otro queria tener á todos por suyos con clemencia. Pompeyo parece que hacia la guerra á los cuerpos, y que César andaba á conquistar las voluntades.

En Ategua habia alguna gente del municipio Bursavolense (1), que parece no debia ser léjos de allí, sin que se pueda afirmar bien del todo donde fuese. Déstos envió César algunos con otros embajadores suyos á su lugar, para representarles lo que en Ategua habia pasado, y la poca esperanza que podian tener en Pompeyo, que mandaba matar los huéspedes, y no podia socorrer los suyos. Los senadores y caballeros romanos que fuéron en esta embajada, no osaron entrar en el lugar, y así entraron solos los naturales dél. Allá dentro hubo muchas diferencias sobre la embajada, y al volverse los que habian entrado á los de César, salieron con ellos algunos otros del pueblo armados como para acompañarlos. Éstos dieron sobre los romanos que habian quedado fuera, y los mataron todos, que no quedaron mas de solos dos que escaparon huyendo, y volvieron á César con la triste nueva. Los bursavolenses volvieron luego sobre sí, y viendo el peligro tan cierto que se les aparejaba por su malhecho, dieron sobre uno que no nombra Hircio porque habia sido el autor de matar los embajadores de César, y comenzáronlo á apedrear, diciendo que él manifiestamente habia causado la destruccion de su tierra. Él escapó como mejor pudo, y despues pidió á los del lugar, que le enviasen á él por embajador á César, y le satisfaria en lo pasado, y le aplacaria para lo de adelante. El miedo, que siempre es muy contrario al buen consejo, hizo que los bursavolenses le concediesen á aquel lo que pedia: y él salió como á hacer su embajada, y habiendo juntado secretamente una buena banda de soldados, volvió de noche al pueblo, y entrando dentro por engaño, degolló todos los principales de sus contrarios, y apoderóse de toda la ciudad. No dice Hircio, que sucedió despues de los bursavolenses, ni aun en lo que se sigue se puede entender mucho dello por lo que falta, y por lo muy mentiroso que está lo que tenemos. Todavía se entiende, que Pompeyo vedó á los de Attubi, no saliesen del lugar: porque muchos se habian huido á Beturia, que ó era alguna ciudad allí cerca, ó era la region así llamada entre Guadalquevir y Guadiana.

(1) El padre Buano cree que el municipio Bursavolense fué la ciudad de Bujalance, nombre que los árabes corrompieron del de Bursavolense. Otros autores andaluces opinan lo mismo. B.

Habia siempre muchas refriegas entre los de César y Pompeyo, allí cabe Attubi, y en dos dellas murieron dos centuriones de César. Hace mencion tambien Hircio de un recuentro que hubo cabe Soricaria (1), que no se puede bien saber qué lugar fuese, aunque se ve claro que era muy cercano de por allí. De Aspabia otro lugar fuerte en el sitio, dice él mismo que estaba cinco millas, que es poco mas que una legua de Attubi. Por aquí se entretuvo la guerra por algunos dias, y hubo un desafío muy solemne de dos soldados muy valientes Antístio Turpion de la parte de Pompeyo, y Quinto Pompeyo Nigro natural de Itálica, cabe Sevilla, de parte de César. Comienza Hircio á contar con gran pompa como cosa muy señalada este desafío, mas falta en su libro el fin dél. Y las otras cosas que siguen allí, casi se han de ir adevinando para entenderse, por estar todo falto y depravado.

Pasáronse á César en estos dias tres caballeros romanos, naturales de la ciudad de Asta (que como se ha dicho, estaba cabe Jerez, y conservan hoy dia sus ruinas este mismo nombre) llamados Aulo Bebio, Gayo Flavio, y Aulo Trebelio, muy ricamente aderezados, y ellos y sus caballos cubiertos todos de plata. Éstos dijeron á César, que casi todos los del estado de los caballeros romanos que se hallaban en el real de Pompeyo, habian conjurado para pasarse al suyo y que los descubrió un esclavo, y fueron muchos presos, y ellos pudieron escapar ántes que los prendiesen. Esto parece que es todavía en los reales cabe Attubi: aunque el libro de Hircio que solo cuenta esto, está por aquí tan mal parado de grandes pedazos que se han perdido, que no hay poder continuar bien nada. Tambien parece que aquí vino á manos de César una carta de Pompeyo, que él escribia á los de Osuna, que entónces se llamaba Ursao, muy llena de soberbia y ufanía, diciendo que traia á sus enemigos tan acosados y afligidos, que muy presto esperaba concluir prósperamente la guerra. Parece en Hircio que habia durado el estar cercada Attubi, ó Espejo hasta principio de marzo, que levantó de allí Pompeyo su campo. Mas ninguna cosa de lo que se sigue, se puede bien percebir en Hircio, hasta que llega la batalla de Munda, y así no se puede contar otra cosa hasta allí. Y dos lugares que ántes desto nombra Soricia (2) y Ventisponte, (3) no sabré dar buena razon de donde caian.

(1) Créese que Soricaria, y Soricia de la cual se hará mencion en el apartado siguiente fueron una misma cosa que puede reducirse al cortijo de Jorquera, cerca de la villa de Espejo. Es dudoso si fué pueblo ó solo altura: á lo ménos Hircio no lo declara bien. B. (2) Léase la nota anterior. (3) Ventisponte se reduce á las inmediaciones del puente de Don Gonzalo sobre el rio Genil, en donde se han descubierto inscripciones con el nombre de Ventipe, que es el que conservan las medallas, y del cual Hircio supone corrompido el de Ventisponte. B.

CAPÍTULO XLV.

La gran batalla de Munda en que César venció á Neyo Pompeyo el mozo.

Esta batalla que Julio César dió á Neyo Pompeyo el mozo en Munda, fué una de las mas señaladas que ha habido en el mundo. En ella se peleaba por el señorío de todo él: César que ya lo tenia, por no perderlo: y Pompeyo, que pretendia serle debido por quitárselo, y cuanto Roma señora del universo habia conquistado en setecientos años, todo se ponia ahora al rumbo desta victoria. Y el gran número de la gente, y los ánimos y fuerzas para pelear, fueron iguales á la alta pretension.

Era Munda entónces una ciudad principal puesta en un alto, con campos fértiles y de mucha frescura; y ahora parece su sitio con un pequeño pueblo cerca de las villas de Teba, y de Coin y Cartama, y no mas que cinco leguas de Málaga á la falda de la sierra que llaman de Tolox, y con llamarse ahora Monda, retiene casi entero el nombre antiguo. La guerra de César con Neyo Pompeyo, habia ido poco á poco á parar allí, donde ya Pompeyo que hasta entónces habia rehusado de pelear con todo su poder, se determinó de aventurar de una vez, y dar la batalla á su enemigo. Movíale, segun dice Dion, ver que desde que se tomó Ategua, no cesaban de nuevo de dársele á César muchas ciudades, y él iba perdiendo á toda España, sin sentir cómo la perdia. Y aunque sucedian muchos prodigios y cosas monstruosas, que segun la vana supersticion de entónces le anunciaban á Pompeyo su destruccion: todavía dice el mismo autor, que no se dejó vencer de ninguna dellas. Tampoco pudieron vencerle los consejos que sus capitanes principales le daban, de que entretuviese la guerra y la fuese dilatando, porque así consumiria al enemigo, con la falta de lo necesario para mantenerse en la guerra.

Tuvo Pompeyo en la batalla aquel dia trece legiones formadas, y bien guarnecidos sus lados de mucha caballería. Y de gente de socorro casi tenia otro tanto. Y por muy vacías que estuviesen las legiones, todavía parece que tuvo mas de sesenta mil hombres de pelea. El ejército de César, segun dice Hircio que se halló con él en esta batalla, tenia ochenta cohortes ó compañías de soldados viejos, que parece podian ser mas de veinte mil hombres. Y tenia mas de ocho mil caballos muy escogidos. Sin éstos que así cuenta Hircio, tendria sin duda otros socorros, pues como dice Dion, el rey Bogud de África andaba con mucha gente con César, y el rey Boco, tambien africano, habia enviado sus hijos para que anduviesen con Pompeyo en esta guerra. Y sin todo esto dice Dion, que se hallaron muchos españoles de ambas partes en esta batalla: porque tambien las legiones tenian mucha gente española por naturaleza, mas por tener la dignidad de ciudadanos romanos, podian ser soldados en ellas. Y aunque las ayudas eran grandes, toda la fuerza de la batalla fué de las legiones.

Tenia Pompeyo su campo muy fortalecido junto á la ciudad, porque el sitio alto y la misma ciudad lo amparaban y defendian mas. Hircio dice que no dejó aquel dia la ventaja de su fuerte, mas esto debió ser al principio, porque despues la batalla se mezcló en el llano que hay de mas de una legua en lo bajo, con un rio que pasa por medio, y con ser pequeño le llaman ahora el Rio grande. Dion Casio y Aulo Hircio, que se halló con César en esta batalla, la cuentan muy por extenso, y así yo la podré escribir con mucha particularidad. Así dice Hircio, como quien lo veia todo, que se extendieron hermosamente los caballos de César por el llano, y con ser el dia muy claro y sereno, hacia mas linda vista á todo el ejército. Los generales no tuvieron necesidad de amonestar á los suyos, pues ellos de suyo entendian bien lo que les importaba aquel dia pelear como valientes. Los de César cansados ya con los grandes trabajos que en tan larga guerra habian padecido, esperaban el fin y premio de todos ellos en aquella victoria. Los de Pompeyo tenian muy ofendido á César, porque siendo los mas dellos de los que habia perdonado dos veces con Afranio y con Varron, entendian bien cuán merecida le tenian la muerte. Así entraban aquel dia en la batalla, con ánimo de tomarla ántes peleando por la victoria, que no arriscándose á venir en manos de César para su justa venganza. Tenia Pompeyo consigo á Accio Varo y á Tito Labieno famosos capitanes, y Julio César á muchos otros bien entendidos en la guerra, y á su sobrino Octaviano, que despues le sucedió en el imperio. Y aunque en los de César habia muestra buena de alegría, tambien ellos como los de Pompeyo tenian una misma congoja, con pensar como las pocas horas que del dia quedaban, habian de dar á la una, ó á la otra parte el señorío de todo el mundo con la victoria.

Pompeyo tuvo muy de mañana ordenado su ejército para la batalla; sin dejar el alto donde tenia su real. César tambien con su gente á punto, pasó el llano hasta llegar al rio que estaba á la falda del cerro. Allí mandó á los suyos detenerse, porque el pasar adelante, subiendo la cuesta, no se podia hacer sin mucho peligro. Los enemigos tomaron esto por señal de miedo, y los de César por género de afrenta; y así animados los unos y los otros con diversos motivos, comenzaron la batalla con grande alarido. Y entretanto que los de Pompeyo pudieron mantener la ventaja de su sitio, los de César lo pasaban mal, y parecia que podian desconfiar de la victoria. Mas el cuerno derecho de César, donde habia puesto la mayor fuerza de sus soldados escogidos, se hubo tan valientemente con sus enemigos, que fué menester que los de Pompeyo quitasen de su cuerno derecho una legion, y la pasasen por sus espaldas para el socorro del izquierdo, temiendo no los cercasen los de César por el lado. Aquí fué lo mas bravo de la pelea. Porque los caballos de César comenzaron á apretar mucho á sus contrarios, y mantener todo entero el peso de la batalla. Nadie se movia del lugar donde estaba, ó matando ó muriendo, cubria el poco de suelo que hollaba, y cada uno pensaba que en él solo estaba el alcanzar la victoria ó perderla. Así sin tener cuenta con ayuda de nadie, en solo su esfuerzo y fuerza ponian la esperanza de salvarse. La vocería era grande, mas no se oia en ella gemido ni llanto aunque hubiese tanta causa de haberlo, sino solo gritaban todos como dice Dion, hiere, mata, arremete, y era todo una cosa decirlo con la lengua, y ejecutarlo con las manos.

Los dos generales á esta sazon aun no habian entrado en la batalla, sino que se estaban á caballo mirándola desde lugares altos; y aunque duraba ya por algunas horas no podian con toda su experiencia determinar de la victoria, combatiendo en sus pechos de ambos diversos miedos y esperanzas, tan de veras

como sus soldados peleaban en el campo. Y aunque la grandeza de sus ánimos se hiciese de la parte del esperanza, los ojos con lo que veian sustentaban poderosamente el miedo. Casi á un mismo tiempo dejaron ambos los caballos, y á pié se metieron entre los suyos, con quien les pareció mejor hallarse con los cuerpos y con su peligro, que no con los deseos y congoja: queriendo tambien ayudarles con sus personas para alcanzar la victoria, ó morir con ellos cuando la hubiesen de perder. Aquí se vió César luego muy aquejado, cual nunca jamás se habia visto en catorce años de ser general, por ver que tanto tiempo duraba el peso de la batalla sin acostarse, y la costumbre del vencer apresurado, le doblaba ahora la congoja en el detenerse. Y aunque los suyos que peleaban en la delantera no se retiraban, á él le parecia que huian. Y si tomándolos por la mano como para detenerlos, les volvia las cabezas hácia los enemigos, y con manos y ojos y lengua les ayudaba en todas partes. A este punto su buena fortuna que hasta entónces le habia siempre favorecido, le dió la victoria por un extraño caso.

Al rey Bogud le pareció á esta sazon que los reales de Pompeyo estaban muy desamparados, y que se podian tomar fácilmente. Fuése apriesa allá con los suyos, y comenzó á combatir con los pocos que habian allí quedado para guardarlos. Labieno, que vió este peligro del fuerte, sacó como arrebatadamente algunas compañías de soldados de la batalla para ir á socorrerlo. Algunos, vista la priesa que llevaba Labieno, y no sabiendo dónde iba, pensaron que huia, y ellos con desmayo comenzaron á huir. Tambien creyó esto mismo César, y si no lo creyó, como prudente capitan usó de la buena ocasion, y díjolo á voces á los suyos comenzando luego á ir tras Labieno como si fuera huyendo. Los suyos creyendo que ya vencian cargaron mas á los de Pompeyo, y éstos teniendo por cierto que los demás huian, comenzaron á huir. La rabia del pelear era tan grande aquel dia, que á no suceder este desbarato por la salida de Labieno, ó todos murieran en el campo, ó la noche los despartiera sin vencerse. Mas así comenzaron á desbaratarse todos los de Pompeyo de tal manera, que aunque se entendió luego como no huia Labieno, no hubo remedio para poner en concierto el desórden. Huyendo, pues, ya todos los pompeyanos desatinadamente, unos se encerraban en la ciudad, otros en los reales, otros no se tenian por seguros, sino se alargaban muy léjos. Los de César no siguieron mucho á los que huian, porque en matar á los que tenian cerca, habia harto que hacer. Era tambien fuerte la ciudad, y estando bien guardada, no convenia dejarla libre. Y parecióse bien cuán grande fué la rabia de matar en los vencedores: pues mandando luego César cercar la ciudad, para que nadie pudiese escapar huyendo, porque los soldados quedaban muy cansados, y no podian trabajar en la fortificacion, se hizo el vallado para aquella noche de los cuerpos muertos, y bastaron para todo. Cosa nunca jamás oida entre ninguna gente por fiera que fuese, y que oyéndola pone espanto y horror con la fealdad. Enhestaban los cuerpos muertos arrimándolos unos á otros por órden, poniendo las caras hácia los enemigos, para que mas los desmayasen con el espanto.

Fueron muertos de los de Pompeyo cerca de treinta mil hombres, y entre ellos Accio Varo y Tito Labieno, y á estos dos hizo César dar sepultura muy honradamente. Y de los del estado de los caballeros entre romanos y españoles murieron tres mil, y fueron tomadas las águilas de todas las trece legiones, y los fasces de los lictores del general, y fueron presos diez y siete capitanes. De los de César, dicen, que no murieron mas de mil de los mas valientes, porque ordinariamente con la sangre déstos se compran las grandes victorias, y los heridos no fueron mas que quinientos. Fué déstos heridos Dolabela, hombre romano muy principal, que como cuenta Marco Tulio se halló con César en esta batalla (1). Neyo Pompeyo, que tambien iba herido, con hasta ciento y cincuenta de á caballo, se fué huyendo hácia el estrecho de Gibraltar para valerse de su armada que allá tenia.

Bien dió á entender César, cuán dificultosa le fué de alcanzar esta victoria, pues solia decir despues que muchas veces habia peleado por su honra, y solo aquel dia por salvar la vida. Y llegó á tanto estrecho su congoja, y la angustia que le puso el temor de verse vencido, cuando entró en la batalla, y vió que sus soldados viejos resistian mas por vergüenza que por esfuerzo, que quiso matarse á sí mismo en aquel punto, y en el rostro se le notaron semblante y ademanes de quererlo hacer. Y podíasele conocer bien esto en la cara, porque como dice Appiano, habia levantado mucho la celada para que le pudiesen ver y conocer los suyos. Tambien dice él mismo que en este peligro arrebatando un escudo de un soldado, se fué á meter por los enemigos, vituperando á los suyos su flojedad con estas palabras. Ya hoy acabaré yo la vida, y vosotros la guerra. Y Plutarco añade, que decia, si no teneis vergüenza, tomadme, y entregadme en manos destos dos rapaces. Y casi lo mismo escribe Veleyo Patérculo. Y Julio Frontino añade (2), que cuando dejó el caballo, lo mandó llevar de allí, porque entendiesen los suyos como no podia escapar sino era venciendo. Luego le cercaron los suyos, y le ampararon de una gran lluvia de armas que caian sobre él.

Mas todo este esfuerzo y extraña diligencia de Julio César en esta batalla no me espanta á mí tanto como su grandeza de ánimo, y su seguridad con que estos dias de ántes habia tratado la guerra. Ella era tan feroz y tan continuada como se ha visto, y con todo eso César por todo este tiempo, como dice Suetonio Tranquilo (3), andaba escribiendo muy sosegadamente sus comentarios. No puede dejar de poner espanto y extraña maravilla la grandeza de un ánimo, que no le henchian del todo los arduos negocios de una guerra tan peligrosa, sino que quedaba capacidad bastante para escribir con mucho reposo su historia. ¿Cómo podia en tanta estrechura de tiempo, cual los negocios causaban, sobrarle un punto para emplearse en el escribir? cosa que sin mucho ocio y libertad no se puede hacer. Tan diversos cuidados ¿cómo se compadecian? ¿cómo no se le sumia el pensamiento y cuidado en la guerra, sin que pudiese respirar para la escritura? Apénas pudo César en todo este tiempo tomar la pluma, sino cuando acababa de envainar la espada, y aun casi limpiarle la sangre, en que venia teñida. «Mas «no tase nadie á un grande ánimo la capacidad, sino «entendamos, que la angostura de los nuestros estor«ba que no podamos medir bien una tal grandeza, «porque no sabemos escabullirnos de compararla con «nuestra poquedad.»

Esta batalla fué á los diez y siete de marzo. Y esto

(1) En la 2 Philípica. (2) Lib. I, c. 8. (3) En el c. 56 de su vida.

se entiende ser así por este rodeo. Plutarco en la vida de César dice, que fué el mismo dia que en Roma se celebraban las fiestas de Baco. Y éstas caian en este dia, como de Ovidio en sus fastos parece. Notan mucho tras esto Plutarco y Paulo Orosio, que vino á ser esta batalla de Munda en el mismo dia que Pompeyo el viejo habia salido á comenzar estas guerras civiles cuatro años ántes. Y Plutarco dice en general esto de la salida de Pompeyo, mas Paulo Orosio dice con mas particularidad, que el dia de la batalla de Munda se cumplieron al justo los cuatro años en que Pompeyo el viejo salió de Roma para comenzar estas guerras. La verdad desto es, que no se cumplieron los cuatro años de la salida de Pompeyo de Roma, que habia sido en enero, sino del dia en que salió de Italia, y desamparándola se pasó en Grecia, por aparejar y tratar allá la guerra. Esto parece claro, por lo que Marco Tulio escribe á su amigo Attico, desta partida de Pompeyo, que la pone á los diez y siete de marzo, y así viene á concertar con lo que Plutarco dijo, y á certificar tambien el dia en que fué esta batalla de Munda, y desde los diez y ocho de febrero que se entregó Ategua hasta ahora se habia gastado un mes en la guerra que en diversas partes se hizo. No se puede entender qué le movió á Appiano Alejandrino para poner esta batalla junto á Córdoba, pues todos los autores, y son muchos, sin discrepar ninguno, cuentan que fué cabe Munda, y bastaba que lo dijera Hircio, pues se halló en la misma batalla.

CAPÍTULO XLVI.

César tomó á Córdoba y Sevilla, y casi toda el Andalucía.

Dejando César bien cercada á Munda con Quinto Fabio su legado, que tuviese cargo de aquel cerco, se dió gran priesa para venir á Córdoba, por estar allí Sexto Pompeyo, que nunca en todo este tiempo la habia dejado. Porque siendo cabeza de toda el Andalucía, era de grande importancia el retenerla para conservar toda la provincia. Allí le trujo á Sexto Pompeyo la nueva del vencimiento y perdicion de su hermano Valerio, un romano principal del estado de los caballeros, que con pocos otros de caballo habian escapado huyendo de la batalla. Avisado desto Sexto Pompeyo, repartió todo el dinero que tenia entre su gente de á caballo, para que pudiese sacarse con disimulacion, y luego aquella noche se partió con ellos, diciendo en público que iba á tratar de paz con César, y era la verdad, que iba á buscar manera como pasarse huyendo á la Citerior, donde le parecia que podria ser mejor amparado.

Como todos salieron con gran desesperacion de la batalla de Munda, así tambien Annio Escápula volvió á Córdoba con ella. Era este hombre principal, y muy poderoso en la ciudad, y el que mas tenia ofendido á César en ella, por haber sido siempre cabeza del bando contrario, y mostrando bien su voluntad, primero en la conjuracion contra Casio, y despues en la venida de Pompeyo, y en todo lo demás que en esta guerra se habia ofrecido, como en todo lo de atrás parece. Llegado pues á Córdoba Escápula, mandó juntar todos sus parientes y esclavos ahorrados que tenia muchos. Estando ya todos juntos, mandó aparejar una gran hoguera y aderezar un solemne convite, en que cenó muy alegre con sus deudos, vestido de los mas ricos atavíos que tenia, y regocijándose con todas las maneras de alegría que pudo haber. Acabada la cena, repartió todo su dinero, sus joyas, su plata y ricos aderezos entre sus deudos y esclavos nuevos. Luego mandó á un su esclavo que lo degollase, y á un ahorrado que encendiese la hoguera, para que segun l costumbre de entónces, lo quemasen presto en ella. Ellos hicieron lo que se les mandaba. Y así acabó Escápula con alto desden, por no verse sujeto á padecer la justa ira, ó á no pedir la usada clemencia de su enemigo.

Llegando poco despues César á Córdoba, halló que los que habian venido allí huyendo desde la batalla de Munda, se habian hecho fuertes en la puente para defendérsela. Éstos comenzaron á decir muchos vituperios á los de César, y pelearon muy recio con ellos, tanto que César fué forzado dejar la contienda de la puente, y pasar su ejército por el rio para poner el cerco á la ciudad. Viéndose los de Córdoba cercados por César, luego comenzaron á partirse en dos diversos bandos cesarianos y pompeyanos con tanto alboroto, que en el real se oian las voces, y diversos apellidos. Mas metiendo luego César mucha de su gente en la ciudad por donde los suyos le dieron lugar: los contrarios como desesperados de defender la ciudad, le pusieron fuego por algunas partes para abrasarla toda. César se dió tan buena priesa á vencerlos, que mató muy presto veinte y dos mil de sus contrarios dentro en la ciudad (sino está errado el número de Hircio, que lo pone tan grande) sin otros que murieron fuera. Y apagado el fuego, y concluida con esto la guerra, quedó sin contradiccion señor de Córdoba. Todavía tuvo otro recuentro con los que defendian la puente: mas muertos muchos dellos sujetó y pacificó los que quedaban. Y parécese bien cuan grande cosa era entónces Córdoba, pues cabia dentro della tanta gente de guerra como la que murió y peleó este dia.

Fué luego desde Córdoba César á Sevilla por cobrarla, de donde salieron embajadores á pedirle con muchos ruegos los perdonase. Respondió que los recibiria en su gracia, y los ampararía, y envió á Caninio su legado con gente de guerra que se entrase en la ciudad para guardarla, y él se quedó fuera con su real bien fortificado. En Sevilla habia muchos de la parte de Pompeyo, que les pesó mucho ver á Caninio dentro, teniendo ellos harto buen aparejo, á su parecer, con que defender la ciudad. Filon, hombre principal, y muy conocido en toda la Extremadura, era la mayor y mas constante cabeza que los de Pompeyo allí tenian. Éste se partió secretamente á Extremadura, y en la ciudad de Lenio trató con Cecilio Nigro que tenia junta mucha gente de guerra de la de aquella tierra, y con ella se volvió á Sevilla muy encubiertamente, y llegando de noche mató las guardas, y alzóse con la ciudad peleando despues ordinariamente con los de Caninio. Mas Julio César, para tomar á sus enemigos en descuido, fingió tenerlo, y mostrando negligencia en guardar sus estancias, dió ocasion á los de Filon que saliesen muy bravos, y pusiesen fuego á las naves que estaban en el rio. Estando ya muy embebecidos en esto, mandó César que sus caballos diesen de tropel sobre ellos, tomándoles las espaldas, y así fueron muertos todos sin que ninguno pudiese volver á la ciudad, la cual se le dió luego del todo á César, porque ya no tenia quien la defendiese.

El tomar Julio César á Sevilla, fué á los diez dias de agosto, porque así se nota en uno de los dos calenda-

rios romanos antiguos, de quien ya atrás hemos hecho mencion, que se hallan en Roma escritos en dos diversas piedras, y las puso Aldo Manucio en su ortografía. Porque los tres meses y pocos dias mas desde la victoria de Munda se habian gastado en tomar á Córdoba, y en todo el detenimiento que sucedió en el cerco de Sevilla.

De aquí pasó César á Asta, dos leguas de Jerez sobre el rio Guadalete, y en el camino encontró embajadores de aquella ciudad, que se la venian á dar.

Duraba todavía el cerco de Munda, porque era muy fuerte, y muchos de los que estaban dentro se dieron á los de César, y fueron tantos, que se formó dellos una legion. Éstos se concertaron despues secretamente con los de dentro, para que á cierta hora de la noche, cuando se les hiciese seña, saliesen ellos á pelear arrebatadamente, y que los de acá fuera, al mismo tiempo comenzarian á degollar cuantos pudiesen en el real. Quinto Fabio, que era general allí por César, y los otros sus capitanes, que fueron avisados deste trato, se anticiparon y degollaron todos los cabos de aquella nueva legion de los de Munda. Hircio solo es el que cuenta así en particular todo esto de Sevilla y Munda, y despues muy adelante cuenta como se tomó, aunque con mucha dificultad, la cual tambien representa Paulo Orosio muy grande, y de allí se pasó Fabio á cercar á Osuna, que todavía se mantenia por Pompeyo. Mas diremos despues deste cerco, porque se prosiga lo que á Neyo Pompeyo le sucedió.

CAPÍTULO XLVII.

Como fué muerto Neyo Pompeyo, lo que hizo su hermano, y como fué tomada Osuna.

Neyo Pompeyo tomó huyendo el camino de Carteya (que ya se ha dicho algunas veces como era Algecira) á pocas horas, ó del cansancio, ó del pesar, ó del dolor de la herida, ó de todo junto, dice Hircio, se halló tan mal dispuesto, que no podia pasar adelante, y así llegando ya á dos leguas del lugar, Publio Calvicio, capitan principal suyo, envió á pedir allá una litera, en que lo metió secretamente dentro en la ciudad. Allí hubo luego gran disension, partiéndose los carteyanos en dos bandos, y hubieron de venir á las manos, y haber muchas muertes de ambas partes. Pompeyo que vió la poca seguridad que allí podia tener, con la mayor priesa que pudo, dice Hircio, se metió en sus galeras, que eran treinta, y embocándose por el estrecho, siguió la costa de levante, para subirse á la Citerior. Yo lo refiero todo como Aulo Hircio lo cuenta, que todos los otros historiadores con mucha diversidad escriben, que cuando Pompeyo llegó á Carteya, ya halló levantada su flota contra sí, y por esto huyó en un navío pequeño muy arrebatadamente. Todos los mismos escritores, y Aulo Hircio con ellos dicen, que cuando entró en la mar Pompeyo, ya iba herido en una pierna: mas solo Appiano cuenta como lo hirieron por un extraño desastre que muestra bien, como en cosas grandes y pequeñas le sucedia todo desventuradamente. Dice Appiano, que al entrar en el navío, habiéndosele enredado acaso á Pompeyo el pié en una cuerda, uno de los suyos que de muy servicial quiso cortarla apriesa, le dió una cuchillada en la pierna. Tambien dice Hircio que iba herido en un hombro, y porque no faltasen de seguirle mas desventuras, que se torció malamente un pié. Por todo esto se hubo de salir á tierra cuatro dias despues que partió de Carteya, y aun por tierra se hallaba tan mal, que ni aun en litera no podia caminar. Seguíanle Didio por la mar, con la flota que tenia para guarda del Estrecho, y Cesonio Lenton por tierra con gente de pié y de á caballo. Alcanzóle Didio, segun Dion refiere, cuatro despues que salió de Carteya, y dió sobre sus galeras, y quemó algunas dellas, y tomó otras. Y esto conforme á Dion era en tiempo que Pompeyo estaba en la mar, ó porque aun habia salido á tierra, ó porque se habia vuelto á embarcar. Él en fin en este desbarato se salió huyendo á tierra con los pocos que le pudieron seguir, y se hizo fuerte en un buen sitio. Teniendo aviso desto Cesonio, marchando de noche y de dia con la presteza que de César habia aprendido, llegó hasta donde Pompeyo se habia fortificado. Los suyos pelearon algunas veces con los de Cesonio, y con la ventaja del sitio les hicieron harto daño. Determinó por esto Cesonio cercarlos con foso y vallados, y hacer en alguna manera plaza llana, de donde pudiese pelear con sus contrarios. Fué necesario que temiese Pompeyo el verse cercado, y así procuró salvárse huyendo. Todo le era contrario al miserable. Herido y desconcertado el pié, no podia tenerse á caballo, y la montaña por donde habia de escapar, no daba lugar con su aspereza para que lo pudieran llevar en litera. Escondióse por esto en una cueva de un valle muy hondo, donde no pudiera ser fácilmente hallado, si los cautivos que tomaban los de Cesonio, que siempre seguian matando y prendiendo á los de Pompeyo, no descubrieran el lugar donde estaba. Allí le mataron, y se trujo su cabeza á César, á los doce de abril, cuando iba ya de camino á Sevilla, como Hircio expresamente dice, y por haberse hallado en todo, por esto le sigo yo en esto, aunque en otros autores hay alguna diversidad. Tan miserablemente acabó Neyo Pompeyo el mozo, por parecerse tambien algo á su padre en la desventura de la muerte, como en la mala fortuna de la guerra.

Appiano cuenta, que Pompeyo de cansado se sentó debajo un árbol, y allí le mataron peleando, y César mandó enterrar su cabeza, cuando se la trujeron. Y tambien dice Julio Floro, que peleó, y fué su muerte cerca de la ciudad de Laurona, que como en lo de Sertorio se dijo, se cree es la que ahora llamamos Liria en el reino de Valencia, ó Laurigi allí cerca.

Hircio prosigue despues de la muerte de Pompeyo, que habiéndose ido él huyendo de aquel su fuerte, Didio salió á tierra, y se puso en él, entretanto que se reparaban sus galeras. Los de Pompeyo, que iban desbaratados, se juntaron y volviendo á pelear con Didio, le mataron, y le pusieron fuego á su flota, y hubieron gran presa en su despojo.

Algunos han querido decir que por una piedra que se halla en Toledo, se entiende como una hermana deste Neyo Pompeyo el mozo estaba en Toledo, y hubo el cuerpo de su hermano, y lo quemó, como entónces se usaba. Mas aunque la piedra tiene el nombre de Pompeyo, yo no creo que es déste, ni que su hermana estuviese acá, como por Appiano Alejandrino en lo de Utica se pretende. Y así creo lo juzgará quien viere la piedra, que yo puse en las antigüedades. En Talavera en la torre del muro, que llaman de San Pedro, está una piedra con mencion clara y cierta deste Pompeyo el mozo: pues tiene estas letras. GN. POMPEIO. MAGNI. POMP. F. y por estar muy quebrada no se lee mas en ella.

De Sexto Pompeyo cuenta Dion, lo que le sucedió despues que partió de Córdoba, llegó huyendo hasta los lacetanos, donde los de la tierra con la memoria de los beneficios de su padre, le escondieron; y le ampararon todo el tiempo que César estuvo en España. Ido él en Italia, salió Sexto con gente de los mismos lacetanos, y con otra que se le juntó de los desperdicios de su hermano, y así se comenzó á rehacer y mostrar ánimo de renovar la guerra pasada: y en su lugar se dará cuenta de lo que con este su movimiento hizo.

Ya no quedaba en el Andalucía, lugar que se tuviese por Pompeyo, sino era Osuna, que como se ha dicho se llamaba entónces Ursao, y á ésta la fué á cercar Quinto Fabio, luego que acabó de tomar á Munda. El lugar, como ahora vemos, era muy fuerte por su sitio natural; y Pompeyo lo tenia de muchos dias ántes mas fortalecido. Habia talado todos los árboles de sus rededores, y metídolos en el lugar, porque los de dentro tuviesen mas aparejo para los reparos, y les faltase á los de fuera para sus trabucos y otros pertrechos. Así fué forzado Quinto Fabio enviar á Munda, que está mas de diez leguas por toda la madera que hubo menester para sus combates. Tenian tambien otra falta grande los cercadores, que la tierra toda por allí es muy seca y falta de agua, y como dice Hircio, y se parece ahora, el arroyo que tiene mas cerca está dos leguas teniendo los del pueblo sus fuentes dentro, sin que se las pudiesen quitar. No dice Hircio, qué fin tuvo este cerco de Osuna, mas conquistóse al fin con la ventura de César, como todo lo demás: aunque Dion dice en general, que el ganarse estas ciudades que despues de la batalla de Munda se tomaron, fué con mucha resistencia de los contrarios, y con derramamiento de sangre de los de César. Solo sigue Hircio, que César por estos mismos dias habló en Sevilla á los andaluces principales, que parece los habia mandado juntar allí: refiriéndoles los muchos beneficios que siempre desde su cuestura y pretura les habia hecho, y el poco agradecimiento que habia hallado. Y no estando aun acabada en el libro de Hircio esta plática de César, con el fin della falta tambien lo demás que despues hizo en España, hasta que se partió á Roma. Todo este tiempo, dice Dion, que lo gastó en juntar muchos dineros con gravísimas penas que llevó á muchos, y con grandes tributos que impuso, y con otras cosas de honra y provecho que á otros vendió. Y aun no perdonó á la riqueza del templo de Hércules en Cádiz, aunque siempre lo habia tenido en mucha veneracion. Por este tiempo se vió Julio César acá en un gran peligro de la vida, porque uno le quiso matar á traicion. Cuéntalo Valerio Máximo: mas está su libro en aquel capítulo tan defectuoso, que no se puede colegir nada concertado dél.

CAPÍTULO XLVIII.

Córdoba fué hecha colonia con el insigne sobrenombre de Patricia.

De ántes de ahora se entiende, como Córdoba era ya la ciudad mas principal del Andalucía, pues la llaman cabeza della, y vemos como tenia convento jurídico, que era como cancillería. Mas no se entiende que fuese aun colonia, pues la habrian nombrado por tal; y hay harta probabilidad que se le dió por este tiempo aquella dignidad. Porque cuando Séneca el viejo habla del tiempo desta guerra civil, ya llama á Córdoba colonia. Y así se puede creer, que Julio César le dió á Córdoba esta dignidad, como en premio de lo bien que en esta guerra le habia seguido y servido. Y aunque en España se hicieron por este tiempo muchas colonias, y particularmente en el Andalucía, como Sevilla, Cádiz, Ecija y otras; mas todavía tuvo Córdoba dos dignidades y preeminencias muy aventajadas, una sobre todas las de España, y otra sobre las de la Andalucía. Fué aventajada sobre las del Andalucía, por haber sido la primera que tuvo en aquella provincia la dignidad de colonia romana, ántes que á otra ninguna allí se diese. Así lo dice espresamente Estrabon, que la primera colonia que los romanos tuvieron en el Andalucía, fué Córdoba. Y el haberse esto hecho así, fué con mucha razon, pues siendo como era ántes cabeza de la provincia, merecia ser así preferida en recibir esta honra. Y el haber sido Carteya de tanto tiempo atrás colonia en el Andalucía, como hemos visto no estorba para ser verdad lo que Estrabon dice, por no haber sido aquella colonia de romanos, sino de otra gente de la cualidad que allí vimos. La otra dignidad que se le dió á Córdoba señalada, y mayor que á ninguna otra colonia de España, fué hacerla colonia patricia, que quiere decir, colonia de los mas nobles y principales hombres que en Roma habia. El nombre de suyo lo manifiesta; mas sin esto dice tambien Estrabon, que los romanos enviaron por moradores á Córdoba al principio cuando la hicieron colonia hombres escogidos y principales, así de romanos como de españoles. Por donde se ve cuan al propio le pusieron el sobrenombre de patricia, y como quedó hecha desde entónces asiento y morada de la nobleza española y romana. Y no es menester encarecer cuan grande cosa fué ésta, ella se deja entender de suyo y muestra su estima. Las monedas antiguas romanas que de Córdoba se hallan, son de poco despues deste tiempo, pues tienen las mas dellas el rostro y el nombre de Augusto, nombrándose ya en ellas la ciudad colonia patricia. Algunas dellas tienen todas estas letras PERMISSV CAES. AVG. COLONIA. PATRICIA. Y quieren decir, que Augusto César habia dado facultad á Córdoba, llamada tambien Colonia Patricia, para que batiese moneda. Porque ya por este tiempo se habia quitado la libertad que muchos tenian de labrarla.

Y el tener como tienen estas monedas de Córdoba en el reverso su nombre colonia patricia, metido dentro de una corona cívica, no hay duda sino que es por haber amparado y defendido en estas guerras civiles, como hemos visto, y en otros tiempos ántes muchos ciudadanos romanos, siéndoles refugio y lugar de buen acogimiento en todo tiempo de necesidad. Que pues la honra desta corona se daba en la guerra por haber uno librado á algun ciudadano romano de la muerte; por algun respecto semejante se le daria tambien á Córdoba esta insignia, de que sin licencia y espreso mandado del emperador no pudiera ella usar.

CAPÍTULO XLIX.

Las piedras antiguas que quedaron en España con memoria destas guerras, y los lugares que tomaron el nombre de Julio César.

Aquí se acabaron estas guerras civiles en España como tambien se habia comenzado en ella, sin que en los autores antiguos se halle otra cosa que desta guerra

se pueda contar. Otras algunas cosas se hallan en piedras por España, y las mas son de aquellas de Ciriaco Anconitano, de que ya tengo dicho. Y yo no sé que ninguna destas piedras se halle ahora, ni tampoco jamás oí decir á nadie que las hubiese visto. Yo las pondré aquí todas, porque no falte nada en esta corónica de lo que alguno pudiera desear si faltara. Principalmente, que lo muy lindo y gustoso que estas piedras tienen, en lo que dicen, hiciera mayor la falta, cuando aquí no estuvieran.

Y siendo así como Hircio, y Dion, y Appiano dicen, que la guerra se acabó en el Andalucía, es mucho de espantar lo que dice uno de los toros de Guisando que se acabó allí en aquellos campos de los bastetanos. Yo pondré aquí lo que el toro dicen que tenia escrito. Y es esto:

BELLVM CAESARIS ET PATRIAE MAGNA EX PARTE CONFECTVM EST
S. ET GN. MAGNI POMPEII FILIIS HIC
IN BASTETANORVM AGRO PROFLIGATIS

Dice en nuestro romance castellano. La guerra de Julio César y de Roma se acabó por la mayor parte, habiendo sido desbaratados en estos campos de los bastetanos Sexto, y Neyo hijos del Magno Pompeyo. Toda la dificultad está en decir, que allí se acabó la guerra. Que por lo demas Munda, donde la guerra de veras se concluyó, en los pueblos bastetanos estaba.

Muchas otras piedras tambien muestran, como hubo alguna otra gran batalla con los hijos de Pompeyo cerca de la ciudad de Cáparra. Y pudo muy bien ser que en aquel tiempo que Neyo Pompeyo recien venido de África, comenzó la guerra con Aulo Trebonio, ántes que Julio César viniese: sucediese esta batalla en Cáparra. Así no es maravilla que no se halle en Hircio, ni en los otros autores que cuentan todo lo de aquella venida de Pompeyo, y los sucesos della muy breve, pasando por todo en pocas palabras. Con esto pueden contar mucha verdad las piedras, de las cuales dicen se halló allí en Cáparra una muy grande con estas letras.

D. M. S.
QVEM. VIDES. VIATOR. PVTABIS.
CINEREM. ESSE. IBERVM. ERRAS.
VIDES L. COMINIVM CAMERTEM
BELLO FORTEM. NEC FALSO GLORIOR. QVI SVB CN. POMPEI MAGNI FILIO OCCIDI PRO LIBERTATE RO. INNVMERIS VVLNERIBVS.
NEC HERCVLES QVEM GADES COLVNT. NEC BELLONA QVAN CAMERTES ADORANT. NEC DII OMNES ROMANI. ERIPERE. ME. A. MORTE. POTVERE. QVVM. CADEREM.
CADAVERE. NON. COGNOSCENDO:
VVLNERIBVS. MILITES: CAVSA.
PIA: HIC. ME. POSVERE. VALE

Y en castellano dice. Memoria consagrada á los dioses de los difuntos. Cualquiera que por aquí pasas, pensarás que ves la ceniza de algun español. Engáñaste. Porque ves á Lucio Cominio Camerte, soldado muy valiente en la guerra. Y no me alabo vanamente. Yo fuí muerto con innumerables heridas por la libertad romana, siguiendo al hijo de Neyo Pompeyo el Magno. Y ni Hércules á quien honran los de Cádiz, ni la diosa Belona, á quien los Camertes adoran, ni todos los dioses romanos no me pudieron librar de la muerte. Y como cayese muerto con el cuerpo tan lleno de heridas, que no podia ser conocido: los soldados movidos con piedad me enterraron aquí. Vete en buen hora.

Tambien ponen otra piedra que se halló allí en Cáparra con este epitafio.

QVAM. VARIA. HOMINVM.
FATA.
ORTVS. IN. MARIS. DOMIT. THORANIVS. VLTIM ADII. TERRAS.
ARMA. SEQVT. INFELICIA. CN.
POMPEI. HIC. OCCVBVI. VVLNERE. L. OPTATI. ASTIGITANI.
NEC DII. NEC. CAVSA: MELIOR.
ME. MISERVM. AN. VIX. ATTING.
XX. A: MORTE ERIP. TANDEM. L.
THORANIVS. NATVS. THVSCVLI.
SVBITO. CONLECTITIOQ. IGNE.
ME. CONCREM. ET II. DEM. MEN.
CIPPVM. EREX. TAM. LONGE. A
PATRIA.

Trasladado en romance dice. Cuán diversas son las fortunas y hados de los hombres. Yo Domicio Toranio, nacido en los pueblos Marsos de Italia, vine hasta las postreras tierras del mundo, siguiendo las desdichadas armas de Neyo Pompeyo. Aquí caí muerto en la batalla de una herida que me dió Lucio Optato natural de Ecija. Pues ni los dioses, ni la causa de la guerra, con ser tan buena, no me escaparon de la muerte, en tiempo (triste de mí) que apénas entraba en los veinte años. Al fin Lucio Toranio nacido en Tusculo cerca de Roma, me quemó en el fuego que arrebatadamente pudo hacer muy apresurado. Y despues á cabo de tres meses, me puso esta piedra levantada sobre mi sepultura. ¡Ay de mí tan léjos de mi tierra!

Tambien son de allí de Cáparra estas dos piedras, que andan juntamente con las de arriba.

FABIO METELLO. F. M. FILIO. QVI. LABENTE.
REP. ROM. CVM. PATRIA. CECIDIT. MORTE.
OPTATA. LVCE. INVISA. QVOM. OMNIA. QVORVM. TEDERET. AMISSA. IAM. LIBERTATE.
ROMANA. INTVERETVR.
P. SERVILIVS. P. F. CIPPVM
AMICO LIBENS. DEDIT.

Dice en romance. Publio Servilio, hijo de Publio, con ánimo muy ganoso y aficionado, puso esta piedra en la sepultura de Fabio Metelo, hijo de Fabio Metelo, el cual acabó cuando acababa la república romana y todo el bien de su tierra, y así murió muerte muy deseada, teniendo ya la vida muy aborrecida: viendo toda las cosas que le pesaba ver, siendo ya perdida del todo la libertad de Roma.

ANT. LVPIVS. HIC. S. SVM CVM MATRE.
VOCVNTIA. QVAM. SVBSECVTVS. QVARTO. POSTEA. ANN. IIII. NONAS. SEXTIL.
MORTVVS. SVM. ET. QVAM. VIVENTEM.
TVTAVI. SEMPER. NVNC. MORTVVS.
ORO. MORTALES. OMNES. VT. CINERES.
SINANT. LEDERE. MATERNOS. QVIBVS.
MOVEOR. VIXIMVS. INNOCVI. HAEC:
CN. POMPEII. F. SECVTA. EST. QVEM.
LACTE. NVTRIVERAT. EGO. SEX. ET
CN. ET. MELIORES. CARTES. FOVI.

En castellano dice. Yo Antonio Lucio estoy aquí enterrado con mi madre Vocusia, con quien vine de Italia, y la seguí siempre, y á cabo de cuatro años fallecí á los dos dias de agosto, siempre amparé á mi madre mientras vivia, ahora despues de muerta, pido á todos los mortales, que no consientan que se haga ningun agravio á las cenizas de mi madre, que aun ahora despues de muerto me congojan. Ambos vivimos sin hacer injuria ni daño á nadie. Mi madre se vino acá á España con el hijo de Neyo Pompeyo, el cual habia criado con su leche. Yo seguí y defendí á Sexto y Neyo, y su mas justa parcialidad.

Destos soldados de César tambien es otra sepultura, que dicen haberse hallado en Denia con estas letras:

C. TERENTIVS. T. MARTII. F. PA
TRITIA. RO. GENTE. ORTVS. PROH.
DOLOR. HIC. TAM. LONGE. MA-
LO. COELI. CONTAGIO. CECIDIT.
M. MARTIVS. P. MARTII. F. PA-
TRVELIS. PIENTISS. EVM. IN. FA-
MILIAM. TERENTIANAM. ADOP
TATVM. QVOD. EGREGIE. SVB.
C. CAESARE. MILITARAT. ISTO.
LOCARI. TVMVLO. FECIT. VIX.
ANN. XXXVIII. MEN. IIII. DIES. X.
HORAS. SCIT. NEMO.

En castellano dice: Gayo Terencio, hijo de Tito Marcio, nacido de gente noble de los patricios de Roma, aquí tan léjos della (ó dolor muy grave) acabó la vida por la gran corrupcion del aire, estando ya prohijado en la familia de los Terencios, por haberse mostrado muy valiente en la guerra de Julio César. Marcio, hijo de Publio Marcio su tio, muy piadoso le hizo enterrar en esta sepultura, habiendo vivido treinta y ocho años, cuatro meses y diez dias. Las horas nadie las sabe.

Otra piedra que parece tambien de un soldado de los de Pompeyo, ponen que se halló en el campo de Alcudia, no léjos de la venta que llaman del Alcalde.

C. SVBERIVS C. F. POMPT. CALE
NVS. QVI. OCVLOS. AB. OCCIDEN-
TE ITALIA. AVERTENS. CVM MVL
TIS. AMICIS. TRANQVILLITATEM.
EXPETENTIBVS. HISPANIAM. VE-
NI. VBI. SEVISSIMO. COORTO.
BELLO. MORTEM. CVM. VITA. COM-
MVTAVI. VOS. FILII. IN. VIVEN-
TEM. PARENTEM. PIENTISSIMI.
IN. MORTVVM. PII. MAGIS. PA-
TERNOS. CINERES. EX. HISPA-
NIA. EXPORTATE. COMMVNI. QVE.
SEPVLCHRO. CONDITE. QVO.
AVITIS. CINERIBVS. IMMIXTI.
SACRO. GAVDEANT. ANNIVER-
SARIO. PARENTARI.

En romance dice: Gayo Suberio, hijo de Gayo, por quitar los ojos de Italia, que no la viesen perecer, me vine á España con otros muchos mis amigos, que deseaban tambien vivir en sosiego. Y levantándose acá muy cruel guerra, yo troqué la vida por la muerte. Vosotros hijos mios, que siempre fuistes muy piadosos con vuestro padre mientras vivia, mostrándoos mas piadosos con él despues de muerto, llevad de aquí de España sus cenizas, y enterradlas en el sepulcro que allá tenemos comun para todo el linaje. Porque siendo mezcladas con las de mis abuelos, se recreoen con alcanzarles parte del sacrificio aniversario que siempre se les hace.

Esta piedra que se sigue, no es de las inciertas, sino de las muy notorias, y que ahora se ven. Yo la he visto en Montemayor, que como se ha dicho, es la Ulia antigua cerca de Córdoba, á la puerta de la Iglesia. Dice la letra:

P. AELIO. P. F. FABIANO.
PATRI. AED. II. VIRO.
PRAEF. P. CAESARIS.
PRAEF. ITERVM. PONT.
SACRORVM. FLAMENI.
DIVI. AVGVSTI.

En nuestra lengua se traslada así: esta estatua se puso á Publio Ælio Fabiano el padre, hijo de Publio, que fué edil, y uno de los duumviros del gobierno, y fué dos veces capitan de Julio César, y fué pontífice de los sacrificios deste lugar, y sacerdote del emperador Augusto. Este Fabiano se ve en esta piedra como era hombre principal allí en Ulia, y lo mismo muestran otras piedras con su memoria.

En el lado opuesto se halla en tres renglones otra inscripcion que dice:

MVNICIP.
Q V O D.
A N N O N.

Y aunque la piedra está muy entera, no se reconocen mas letras, y se queda así imperfecto. Por esto no se puede trasladar en castellano, mas bien se entiende como se queria dar en esto la causa de habérsele puesto á Fabiano la estátua, por haber socorrido á su tierra en tiempo de necesidad con algun trigo, ó porque teniendo cargo de la provision de la ciudad, tuvo gran recaudo y concierto en ella.

Cuando se trató de la ciudad antigua de Ampurias en Cataluña, se hizo mencion de cuando se mudó todo su estado, y se hizo poblacion de romanos. Esto dice Tito Livio (1) que fué en este tiempo, luego que Julio César venció á los hijos de Pompeyo. Él metió nuevos moradores romanos en Ampurias, haciéndola colonia, y deshaciendo la division antigua que entre griegos y españoles habia: y quedó con esto el lugar mezclado de todas tres naciones. Desto hay tambien memoria en una piedra que dicen se halla en las ruinas antiguas de aquella ciudad con estas letras:

EMPORITANI. POPVLI GRAECI
HOC TEMPLVM. SVB. NOMINE
DIANAE. EPHESIAE EO: SAECV
LO. CONDIDERE. QVO. NEC. RE
LICTA. GRAECORVM. LINGVA.
NEC. IDIOMATE. PATRIAE. IBE-
RAE. RECEPTO. IN. MORES. IN
LINGVAM. IN. IVRA. IN DITIO-
NEM. CESSERE. ROMANAM.
M. CETEGO. ET. L. APRO-
NIO. COSS.

Dice en nuestra lengua castellana. Los moradores grie-

(1) En el lib. 4, de la cuarta Decada al principio.

gos desta ciudad de Ampurias edificaron este templo en reverencia y advocacion de la diosa Diana Efesia, en el tiempo que, nunca habiendo dejado su lengua griega, sin haber tomado hasta entónces la natural de los españoles, se sujetaron á la lengua, á las costumbres, á las leyes, y al señorío de los romanos, siendo Marco Cetego y Lucio Apronio cónsules.

Estos cónsules no fueron de los ordinarios, sino de los substitutos que ya, como luego se dirá, habian comenzado, y así no se nombran entre los ordinarios.

Los emporitanos y griegos se alaban en esta inscripcion de haber siempre conservado su lengua, sin trocarla con la de los españoles, aunque habian vivido tanto tiempo juntos con ellos. Como cosa rara y de mucha constancia la publican, y la dejan testificada.

Destas victorias de Julio César, y de haber quedado desta vez tan entero señor de España, y de todo el imperio romano, quedaron tambien en España tantos lugares con su nombre. La lisonja se comenzaba ya á extender tanto, que parece no se tenia un lugar por honrado sino tenia el'nombre de Julio César. Attubi, que es la villa de Espejo, cerca de Córdoba, se llamó tambien de aquí adelante Claritas Julia. Aquella Calahorra Nasica, que como hemos visto, desde muy temprano siguió á César en estas guerras, sobrenombre se puso ahora de Julia, como en monedas de Augusto y de Tiberio labradas en esta ciudad parece, pues en el reverso tienen escrito MVNICIPIVM CALAGVRRIS IVLIA, aunque abreviado desta manera M. C. I. Seji, en la costa del reino de Granada, que se cree sea Motril, se comenzó á llamar *Firmium Iulium*. Su nombre de Andujar era Iliturgi, y ahora con otro nuevo se llamó *Forum Iulium*. Oset, un lugar frontero de Sevilla, mudó el nombre, y se llamó Julia Constancia. Y así otros muchos lugares tomaron el nombre de Julio César para conservar con él su memoria.

Evora en Portugal tambien se llamó de aquí adelante *Liberalitas Iulia*, que quiere decir liberalidad de Julio César, porque parece la usó con aquella ciudad, dándole privilegio de ser municipio poblado al fuero de Italia. Dura la memoria desto en una piedra que tiene en su casa el maestro Resendio, varon doctísimo en todas las partes de letras humanas, y de gran diligencia y juicio en todo género de antigüedad. Y no puso esta piedra en su obra de la antigüedad de Evora, porque aun no se habia descubierto cuando la publicó. Dice así:

DIVO. IVLIO.
LIB. IVL. EBORA. OB. ILLIVS
IN. MVN. ET. MVN. LIBERALITATEM. EX. D. D. D. QVO
IVS DEDICATIONE. VENERI. GENETRICI. DONVM
MATRONAE. CESTVM. TVLERVNT.

Dice en nuestra lengua: Por órden y mandado del regimiento públlco puso y dedicó esta estátua al divino Julio César la ciudad de Evora, llamada tambien Liberalidad Julia, por la liberalidad que usó con el lugar y con los moradores dél. Y el dia que se dedicó, las matronas de la ciudad llevaron por don á la diosa Venus su progenitora de Julio César la cinta llamada Cesto.

Julio César se preciaba que descendia su linaje de la diosa Venus, y así la llamaba madre. Y los antiguos atribuian á esta diosa un cierto ornamento y atavío propio suyo, llamado Cesto, y así fué el don muy conveniente en aquella fiesta.

Tambien he tenido yo una moneda de Augusto, donde estaban los dos nombres ya dichos desta ciudad EVORA, y LIBERALITAS IVLIA.

CAPÍTULO L.

Lo que sucedió hasta la muerte de Julio César.

Alegróse mucho estos dias César, estando ya en Roma, con una nueva que le llevaron, de como habia nacido una palma cabe Munda, en el mismo lugar donde él habia habido la gran victoria. Esto le pareció que le anunciaba grande acrecentamiento y perpetuidad de señorío, por ser la palma árbol que representaba victoria, y que duraba mas de cien años sin acabarse. Todo esto parece que se anunciaba mas á Octaviano su sobrino, que le sucedió en el imperio, pues á él le mataron luego en Roma. A este su sobrino Octaviano traia consigo Julio César en toda esta guerra de España, no siendo entónces de mas que de diez y ocho años. Y desta vez le ganó la voluntad, de manera, que lo dejó despues por su universal heredero. Estaba Octaviano, como dice Suetonio, en convalecencia de una grave enfermedad, cuando su tio partió de Roma á esta guerra. Y no pudiendo venir con él, le siguió luego que pudo, con mucho peligro de su salud, y de la mar, y de enemigos de que estaba lleno el camino. Y el haber tomado esta jornada con tanta aficion, y el haber salido della con buena cordura, puso á Julio César mas amor de su sobrino, y él con su esfuerzo y buena prudencia, se dió cada dia mas priesa á mas granjearle y merecer mas con él. Y la palma, que nació cabe Munda, debió ser de las grandes que llevan los dátiles, y por esto se tuvo por novedad: que por lo demás yo creo que tambien entónces estaban, como ahora, aquellos campos todos llenos de palmares de las matas pequeñas que llevan los palmitos.

Llevó consigo César desta vez una guarda de españoles, que siempre en Roma le acompañaba, donde César, que como señor del mundo podia tomar su guarda de donde quisiese, y como hombre de tan alto juicio y tanta experiencia podia acertar mucho en el escogerla, la tomó de España, aprobando manifiestamente con su parecer, y prefiriendo la lealtad española á la de las otras naciones del universo. Esta guarda tuvo siempre consigo hasta pocos dias ántes que le matasen, que por mostrar mucha seguridad la dejó.

Dejó César en la Ulterior, cuando se volvió á Roma, á Asinis Polion, un muy amado discípulo de Marco Tulio, y es aquel mismo que tuvo despues un hijo llamado Salonino, cuyo nacimiento mucho celebra en una egloga Virgilio. El cargo de la Citerior dió á Marco Lépido, que tambien tenia la Francia Norbonesa, que confina con la Citerior. Aunque yo no hallo que Lépido viniese por ahora en España, sino que la Citerior y la Narbonesa las gobernó por sus legados, que no se nombran.

El llegar á Roma de César fué en octubre deste mismo año cuarenta y tres ántes del nacimiento de nuestro Redentor, como Veleyo Patérculo lo dice, y así parece que se detuvo acá todo el verano. Y luego en llegando á Roma triunfó de España con una solemne pompa, en que todo el aparato fué de marfil. Fué muy doloroso este triunfo para toda Roma, porque no era de enemigos, sino de ciudadanos. Triunfaron luego tras él sus dos legados Quinto Pedio, y Fabio Máximo, que era cónsul este año.

Vuelto así César á Roma, le aconteció una cosa con un soldado suyo, que contiene otra que le había sucedido en España; y por esto la contaré como Séneca la refiere (1). Publio Milicio, soldado viejo de César, trataba un pleito delante dél, porque siempre César tomó este trabajo de oir los litigantes. Sus adversarios de Milicio le apretaban mucho para que fuese condenado, por haber extendido los términos de una su heredad, entrándose en otra de aquellos con quien alindaba. Él mirando á César le dijo desta manera para su defensa. ¿Acuérdaste, señor, que estando en España te torciste un pié cabe el rio Júcar? Bien me acuerdo, dijo César. Él añadió. ¿Acuérdaste, señor, como el lugar era muy áspero y como ardia mucho el sol, y que no habia en todo aquello mas que un árbol con harto pequeña sombra, y queriendo reposar debajo della, un soldado tendió su capa sobre que te recostaste? ¿Porqué no me tengo de acordar? dijo César. Y aun me acuerdo tambien, que teniendo grandísima sed, y no pudiendo ir por mis piés á una fuente que estaba allí cerca, queria ir á gatas sino fuera por un mi soldado que me trujo muy presto agua de allá en su celada. ¿Podrias, señor, conocer (dijo Publio) aquel soldado y aquella celada? Al soldado, dijo César, bien lo conoceria, mas la celada no la podria conocer. Y cansado ya con la larga plática de aquel prolijo que le estorbaba con su largo y viejo cuento de tratar del pleito, añadió con alguna ira. ¡Pues cierto tú no eres aquel soldado! Entónces Milicio tambien algo indignado, respondió. Con razon, señor, me desconoces, porque entónces yo estaba sano y bueno, y despues en la batalla de Munda me quebraron este ojo, y de otra cuchillada que me dieron, me sacaron muchos huesos de la cabeza. Ni tampoco podrias conocer aquella celada, porque me la rompieron toda allí. César se holgó mucho con su tan buen pleiteante, y que tan honradamente alegaba de su derecho; y mandando contentar á la parte, le dió al soldado la heredad sobre que se traia pleito en los términos, para que la juntase con la suya.

En este año hubo en Roma una novedad harto señalada que se comenzó á introducir la costumbre de elegirse los cónsules que llamaron cónsules de honor, y cónsules sufectos, ó substituidos. Por lisonja elegian siempre por cónsul al emperador, y él por honrar á otro, substituíale en su lugar. Esto comenzó así. Despues poco á poco se estendió mas. Queria el emperador hacer muchos cónsules en un mismo año, para honrar á muchos con darles un cargo tan principal. Para esto elegíanse dos al principio de enero, que duraban tres ó cuatro meses, ó cuanto el emperador queria; y luego cesando aquellos, se elegian otros con término de tiempo limitado. Á estos llamaron cónsules de honor. Porque tenian por verdaderos cónsules los del principio del año, y ellos le daban el nombre. De los otros se hacia poca ó ninguna cuenta, si acaso no hacian alguna cosa muy señalada, y así yo haré tambien muy pocas veces mencion dellos en lo de adelante.

CAPÍTULO LI.

Los movimientos en España, hasta que Octavio Cesar y los demás repartieron entre sí el imperio.

Fué muerto Julio César en Roma dentro en el senado á puñaladas á los quince dias de marzo del año siguiente cuarenta y dos ántes de la Natividad. Esto era en tiempo que Marco Lépido se queria venir con ejército en España, y estaba ya muy á punto de guerra para partirse. Mas la muerte de César causó tales movimientos en Roma y en toda Italia, que Lépido se detuvo allá, sin salir della por entónces.

Marco Antonio, que tiranizaba la república por estos dias, quiso, como Marco Tulio da á entender (1), enviar á España á un Quinto Casio, mas no se entiende que viniese. Tambien celebra Marco Tulio (2), que queriendo en este tiempo Octaviano César, el que sucedió á Julio, juntar un ejército escogido y muy valiente, lo formó todo de españoles.

Asinio Polion se hallaba en Córdoba, allí mantenia el partido de la república en Roma, que tuvo este año alguna esperanza de cobrar su libertad, que César le habia usurpado. Conforme á este su ánimo, dijo Asinio públicamente en un grande ayuntamiento que tuvo en Córdoba, que él tendria de ahí adelante el ejército y la provincia por la república romana, y estaria atento á obedecerle en todo. Habia ántes vencido Asinio, y destruido grandes compañías de ladrones, que andaban en Sierra Morena por aquellas comarcas de Córdoba, como él lo escribe todo desde allí á Marco Tulio su maestro (3). Tambien le escribe los grandes robos y crueldades, y otras bellaquerías, que Balbo un su cuestor, sin poderlo él estorbar, hizo en Sevilla y en Cádiz, de donde se pasó con gran dinero al reino de Bogud en África. Entre las otras cosas cuenta que mandó quemar vivo á Fadio un soldado, porque no quiso pelear entre otros gladiatores mandándoselo él, habiendo ántes peleado dos veces por su propio placer. Y para quemarle vivo, le enterraron las piernas en el teatro, porque no pudiese huir del fuego. Hace mencion tambien Asinio de dos procónsules, Sexto Varo y Lucio Lentulo, y hácela de manera que se puede entender, aunque no muy claro, que fueron procónsules acá.

Alguno podria conjeturar, que una piedra que está muy quebrada en Montoro, lugar principal de tierra de Córdoba, llamado entónces Epora, se puso á este Asinio Polion. Porque el lugar está á la falda de la Sierra Morena, por donde él por aquellos dias discurria contra los ladrones, y en la piedra se leen estas letras muy grandes.

POLLIONI. C. AT.

Mas por estar quebrada la piedra, y no tener mas que esto, no se puede afirmar cosa cierta.

Tambien estaba todavía en su cargo Asinio Polion el año siguiente de cuarenta y uno, y tambien escribia á Marco Tulio desde Córdoba, como por su postrera carta parece. En este año le dió mucho en que entender á Polion Sexto Pompeyo. Ya queda dicho dél como se levantó en los lacetanos, y comenzó á juntar fuerzas para renovar la guerra. Cobró ánimo para tentar su fortuna en ella con la nueva de la muerte de César, y bajó con su ejército á Cartagena. Marco Tulio escribiendo á su amigo Attico, dice lo mas cierto de lo que en esto pasó (4), como se entendia por cartas del mismo Pompeyo. Él escribió al senado, como allí lo refiere Ciceron, que habiendo bajado á Cartagena

(1) Al fin del libro quinto de Beneficiis.

(1) Tercera Filippica. (2) En la cuarta Filippica. (3) En el lib. 10, de las epístolas familiares. (4) En el lib. 16.

no tenia allí mas que una legion. Lo demás debian ser ayudas de nuestros españoles que le seguian. Saliendo luego de allí tomó por combate una ciudad comarcana llamada Urgi ó Vergi, que se cree con buen fundamento haya sido la que ahora llamamos Vera, ó otra llamada Verja, ambas en aquellas comarcas de la costa de Cartagena y Almería. Y por estar tan vecina, fué luego á ella Pompeyo desde Cartagena, como él lo decia en su carta que Ciceron refiere. En sus libros impresos está errado el nombre desta ciudad, pues dice Borea ó Barea, y de casi todos los cosmógrafos antiguos se entiende como se ha de leer, segun aquí se pone. Prosigue este autor refiriendo la carta, que el haberse tomado esta ciudad hizo grande mudanza en la tierra, sujetándosele y dándole por todas partes su ayuda. Mas porque él tenia lo grueso de su ejército en seis legiones, que estaban en lo muy bajo del Andalucía, partió luego á buscarlas. Esto escribia así Sexto Pompeyo de su nueva guerra, y órden de proceder en ella. Otras particularidades que Dion refiere debieron suceder despues. Dice que Polion no podia resistir á Pompeyo al principio, hasta que despues se volvió á la provincia de Cartagena, y habiéndose alejado tanto, ya Polion se atrevió á fatigar con nuevo acometimiento de guerra á los pueblos que estaban por él. Volvió luego al Andalucía Pompeyo por valer á los suyos, y peleando con todo el campo de Polion, lo venció, y lo hizo huir muy desbaratado, y acabó de destruir su gente por un extraño caso, y de muy poca importancia: «Sino que estos tales acometimientos, «por livianos que sean, muchas veces son causa de «grandes adversidades en la guerra.» Cuando Asinio salió huyendo de la batalla, dejó caer la ropa de sobre las armas, ó por huir mas lijero, ó por ser ménos conocido. Habia sido muerto tambien de su parte un hombre principal, que así mismo se llamaba Polion como él. Los de Pompeyo hubieron la ropa, y algunos de sus contrarios la vieron, y oyendo tambien decir que era muerto Polion con lo que veian y con lo que habian oido, creyeron sin mas discernir que su general era muerto, y así perdieron todo el ánimo, y se dejaron miserablemente destrozar. Con esta victoria quedó Sexto Pompeyo casi señor de toda el Andalucía, y cada dia se iba haciendo mas poderoso en ella, hasta que despues vino acá Marco Lépido, y trató con él, como Dion prosigue, que con todo lo que en España tenia de mueble y dinero, se fuese en Italia, y allá se le daria toda la grande hacienda que habia sido de su padre. Él aceptó este partido, y con él dejó á España. Asinio Polion, como cuenta Veleyo Patérculo, se pasó despues con su ejército á juntar con el de Marco Antonio en Italia. El mismo autor trata en breve desta guerra que Asinio tuvo con Sexto Pompeyo, y parece que le da la honra y la victoria. Yo he referido lo que con toda esta particularidad en Dion se halla.

Al fin deste año hubo en Italia un nuevo levantamiento contra la república, alzóse con el señorío della Octaviano César, sobrino de Julio César, Marco Antonio, y este Marco Lépido, que era vuelto de acá de España. Marco Antonio era un antiguo capitan y muy valiente de Julio César, y Lépido se habia hecho poderoso con el ejército que habia tenido acá en la Citerior. Todos tres se concertaron y repartieron entre sí el gobierno por cinco años desta manera. A Lépido se dieron ambas las Españas con la Francia Narbonesa, como provincias en que él mucho podia y entendia mucho dellas. Antonio tomó lo demás de Francia y Flandes, porque allí habia andado en su mocedad, cuando César conquistaba aquellas provincias. Para Octaviano quedó toda Italia, África con Cerdeña y Sicilia. De Grecia y todo lo de Asia no hicieron particion, porque lo tenian todo acupado Bruto y Casio, que fueron los principales en la muerte de Julio César. Y por las tablas capitolinas se entiende, como en este tiempo triunfó Lépido segunda vez de España, que fué desta postrera venida que habian hecho acá cuando concertó lo que decíamos de Sexto Pompeyo. Porque despues deste repartimiento de los tres, que llamaron por eso Triunvirato, nunca Lépido vino á España, como Veleyo Patérculo dice.

Este año fué muerto Marco Tulio por mano de Popilio, á quien él habia dado la vida defendiéndole. Y como pareció digna cosa notar el año de su nacimiento, aunque no fuese cosa de España, por la excelencia de su ingenio y elocuencia, así fuera culpa callar su muerte.

Por este tiempo andaba en todas estas guerras principales, como escribe Dion, Decidio Saxa, español de quien ya se ha hecho mencion, valiente capitan y legado de Marco Antonio. Era natural de la Celtiberia, y Julio lo habia llevado á Roma, y aunque mas Marco Tulio quiera apocar y deshacer (1), todavía en sus grandes cargos y buenos hechos parece haber sido un hombre harto señalado. Fué muerto despues en Siria, siendo general allí por Antonio, y fué la causa el mantener como fiel español mucha lealtad con su señor. Porque segun cuenta Dion su muerte, bien parece sucedió por ser leal.

Otro español tuvo luego en Roma el consulado, y alcanzó lo que ningun extranjero, que no fuese de Italia, y de muy cerca de Roma jamás hasta entónces habia podido alcanzar. Éste fué Cornelio Balbo, natural de la Isla de Cádiz, sobrino del otro, que con Neyo Pompeyo habia ido á Roma, como en lo de Sertorio se dijo, quedándole á España esta gloria, que la mas soberana honra de cargo que Roma tenia, la alcanzase un español. Y fué sustituido Balbo con Publio Canidio á Neyo Domicio Calvino y á Asinio Polion, que fueron cónsules el año treinta y ocho ántes del Nacimiento.

CAPÍTULO LII.

Razon de la cuenta muy usada en España por la Era de César.

Hubo tambien este año mudanza en el señorío de España. Porque en otra nueva particion que hicieron entre sí del señorío del mundo, Marco Antonio y Octaviano César, él quedó con España con presupuesto que se le daria á Lépido buena recompensa por ella. Hízose esta division, como Dion señala, este año, siendo cónsules en Roma Cayo Asinio Polion, el que habia estado acá en España, y Neyo Domicio Calvino, que poco despues vino á ella. Y el de estos cónsules, como decíamos, era el año treinta y ocho ántes de la natividad de nuestro Redentor Jesucristo.

Deste año se tomó en España el principio de la cuenta tan sabida y celebrada de la era de César, y della está tanto escrito, que parece superfluo decir de nuevo mas, y junto con esto con diversidad de opiniones, y no entera prosecucion está dicho todo tan confuso,

(1) En la undécima Filippica.

que aun queda lugar y ocasion para que aquello se aclare y disponga mejor. Y así yo diré pocas cosas nuevas, mas pondré en buen órden, para que mejor se entiendan las que hasta ahora en lo escrito están bien acertadas, por donde tambien se verá lo que se erró. Y no tengo duda sino que quien habiendo leido todo lo que está escrito de la era de César, de nuevo leyere esto, verá bien como habia necesidad que se escribiese.

Para disponer pues mejor todo lo que tengo de proseguir, nombraré primero todos los que han escrito de la era de César, y luego tras esto se tratará de la verdadera significacion deste vocablo, y de dónde se tomó el principio desta cuenta, y cómo los españoles solos usaron desta manera de contar, y la causa por qué ellos solos la usaron, y cuando la comenzaron á usar, y cuánto les duró. Con esto se declara todo lo que conviene.

El primero que trató desta cuenta fué el bienaventurado san Isidoro en sus Etimologías, y de allí parece lo tomaron don Lúcas de Tuy y el rey don Alonso en la general historia, y despues muy á la larga Pero López de Ayala en el segundo año de su corónica del rey don Pedro. Estos son los antiguos que trataron desto. Ahora en nuestro tiempo han escrito desto el obispo de Girona en su Paralipomenon, Ludovico Celio Rodigino, Hermolao Bárbaro, el doctor Juan Ginés de Sepúlveda, con cuya excelente doctrina, y singular noticia y uso de las lenguas latina y griega, se ha mucho renovado y esclarecido la antigua gloria de nuestra Córdoba en ingenio y sabiduría. Y escribió de la era en el libro de la razon del año, y en algunas cartas al cardenal Contareno. Tambien escribió de la era fray Alonso de Venero en su Enchiridion de los tiempos, Pedro Mejía en el fin de su Silva de varia leccion, el doctor Pedro Antonio Beuter en su corónica, el Maestro Vaseo tambien en la suya, y Andrea Resendio en una carta que allí le escribe el ilustrísimo y reverendísimo señor Obispo de Segovia don Diego de Covarrubias de Leiva, meritísimo presidente que ahora es del Consejo real, en su primero libro de aquella excelente obra de las diversas Resoluciones, y un francés llamado Juan Poldo de Albenas en su libro de las antigüedades de Nimes, y el doctor Juan de Vergara, canónigo de la santa Iglesia de Toledo en el libro de la descripcion de la misma santa Iglesia. Y aunque aquel libro lo escribió el doctor Blas Ortiz, canónigo de la misma Iglesia, mas los que conocimos al uno y al otro, bien sabemos como aquello de la era que está en el capítulo tercero, y lo del breviario Mozárabe, que está en el capítulo cuarenta y uno, es todo del doctor Vergara. Y cuando no tuviéramos la certidumbre manifiesta que desto tenemos, la magestad del estilo en estos dos capítulos, y el admirable juicio y exquisita diligencia con que se trata todo, mostrara otro autor diferente, y no otro sino el doctor Vergara, cuyo solo pudo ser aquel excelente discurso, y aquella grandeza en el decir. Todos estos han escrito de la era, y poco á poco se irá refiriendo en lo de adelante mucho de lo que todos dijeron.

En la significacion deste vocablo *era*, siguieron todos los antiguos, y los mas de los modernos á san Isidoro, que sacando la etimología del AEs latino, que quiere decir metal, dice que *era* significa aquel tributo que Augusto César echó por el universo, cuando nació nuestro Redentor Jesucristo, tomándose el vocablo del dinero de metal que se pagaba. Pedro Mejía demás desta opinion que refiere, por cierta ocasion que halló en Antonio de Nebrisa, da otra nueva interpretacion, y dice que *Hera* quiere decir señorío, y para esto lo escribe con H al principio, porque deduce este vocablo del Herus latino, que quiere decir amo ó señor. Otros siguen otra deduccion, y dellos parece que es el doctor Pedro Antonio Beuter. Dicen que se dijo *era* de una tabla de metal, en que (como escribió Macrobio) Augusto César hizo grabar y escribir la órden que él habia dado en emendar la cuenta del año, acabando lo que Julio César su tio habia comenzado. Celio Rodigino y otros que le siguieron, no es maravilla que errasen en otra significacion que dieron á este vocablo, porque leyeron muy vicioso en Nonio Marcelo un verso de Lucilio que alegaba. Con esta mala ocasion dijeron que *era* quiere decir aquel número que se pone en el dinero para que sepamos qué valor tiene. Cuando leyeran emendado el verso de Lucilio como anda ahora en las buenas impresiones, vieran sin duda como no podian dar tal significado al vocablo. Otra significacion le da tambien Ludovico Celio, diciendo que quiere decir cualquier ilustre principio que por su excelencia y noble grandeza se toma para comenzar á contar dél los años. Esto era muy propio, y estaba bien pensado si tuviera algun fundamento. El doctor Sepúlveda dió en una conjetura que tiene agudeza y algun gusto de antigüedad, aunque le falta tambien fundamento. Dice que *era* es vocablo fingido, y que de unas cifras antiguas que se usaban en la cuenta de los años se vino á corromper la escritura, y hacerse este vocablo. Y no hay mas que proseguir en particular desto, porque quien quisiere verlo lo hallará referido allí en Vaseo, y hallará tambien una carta de Resendio, donde se muestran con mucha diligencia los inconvenientes que tiene aquella conjetura, y así no será menester decirlos aquí para no seguirla. Tampoco me detendré en contradecir las otras tres ó cuatro significaciones primeras, porque el Ilustrísimo de Segovia y el doctor Vergara, lo hicieron con mucho juicio y doctrina, y tambien luego que se hubiere tratado de la verdadera significacion deste vocablo, se verá claro como no se puede sustentar estas cuatro, que no lo son. El mismo doctor Vergara, y el Ilustrísimo de Segovia y Resendio dieron en la verdadera significacion deste vocablo, y con mayor diligencia que todos, y con mas grandes fundamentos y autoridades el Ilustrísimo de Segovia, no tanto en lo que ya está impreso allí en su libro, cuanto en lo que tiene para añadirle, y fué servido comunicármelo el año pasado de sesenta y siete, cuando estuvo su Señoría Ilustrísima aquí en Alcalá de Henares con los obispos de Sigüenza y Cuenca, por juez en la informacion plenaria, para la Canonizacion del bienaventurado fray Diego de San Nicolás, en el cual santo negocio yo fuí procurador por el rey nuestro señor, y por el príncipe don Cárlos su hijo. De todo lo que estos tres doctísimos averiguan resulta, que *era* en latin propiamente quiere decir lo que nosotros en la cuenta llamamos partida, como cuando decimos tantas partidas tiene esta plana, ó súmense todas esas partidas, y otras formas de hablar desta manera. Para esto traen el testimonio de Nonio Marcelo, que lo declara así en su vocabulario, y trae dos autoridades, aunque en diversos lugares, una del poeta Lucilio harto clara, mas otra de Marco Tulio mucho mas clara, y que no deja duda ninguna. Ámbas trasladadas fielmente en castellano dicen así. La de Lucio en una sátira ó come-

Esta es la cuenta. Las partidas todas confusas y trastocadas, y la suma toda sacada muy mal. La de Marco Tulio en el Hortensio dice. Dime, yo te pregunto: ¿cuando tú tomas la cuenta de tu despensero, si tienes por buenas todas las partidas, podrás no tener por buena la suma que dellas resulta? Aquí donde yo pongo el nombre de partida en castellano, Lucilio y Marco Tulio en latin pusieron *era*. Y Apuleyo tambien usó así del mismo vocablo en los Floridos.

Siendo pues la verdadera y propia significacion deste vocablo *era*, la partida en la cuenta se tomó de allí impropiamente y por metáfora, para significar algunas otras cosas por él. Así hallamos significados por este vocablo los capítulos que llamamos, ó títulos de un libro ó de una obra que está distribuida en ellos por ser como partidas particulares, de que consiste todo junto el libro. Esto se ve en algunas leyes del fuero juzgo, y en el libro pequeño de la órden de celebrar los concilios que comunmente atribuyen á san Isidoro, y el doctor Vergara lo alegó aquí, aunque para otra significacion mas general. En el libro segundo del fuero juzgo, en el título segundo, en la ley cuarta, dice así. Debe recebir la pena que es contenida en la ley del sexto libro, en el primer título, en la era segunda. Despues en el libro sexto, en la ley tercera del título segundo dice. Faga la emienda que se dice en este sexto libro, en la ley que es en el segundo título, en la era primera. Y en estas leyes, que fueron escritas originalmente en latin, está el vocablo *era* en estos mismos dos lugares. Lo del libro de la órden para celebrar los concilios dice así en castellano. Un diácono vestido con el alba, sacará el libro de los concilios, y leerá los capítulos donde se trata de cómo se han de celebrar los concilios, y son éstos. Del concilio toledano tercero, el capítulo diez y ocho, del concilio toledano cuarto, el capítulo tercero. Item, de los capítulos de las regiones orientales, que trasladó de griego en latin el obispo Martino, el capítulo diez y ocho. En todos estos lugares donde yo pongo capítulo, en latin está *era* sino es en el penúltimo, y esto aun lo confirmó mas, pues se usa indiferentemente el vocablo de *era* y de capítulo por una misma cosa. Mucho mas clara se ve esta significacion deste vocablo en la historia que escribió el arzobispo de Toledo San Juliano, de la guerra que hizo el rey Vamba en la Galia Narbonesa. Cuando hubieron de sentenciar al traidor Paulo y sus consortes, dice que se leyeron en el acuerdo algunas cosas, y prosigue con estas palabras. Acabadas de leer estas escrituras, se sacaron para leerse en substancia algunos cánones de los concilios. Conviene á saber del concilio toledano cuarto en el capítulo setenta y cinco. Leyóse tambien la ley del libro segundo, título primero, capítulo sexto. En ambos estos lugares donde yo digo capítulo, en la historia latina dice *era*. Sin esta significacion tiene este vocablo otra tambien metafórica, en que se toma en general por cualquiera cuenta ó número de años, ó de otra cualquier cosa. Esto se prueba por un lugar del obispo Fausto en el libro primero de los que escribió del Espíritu Santo, el cual alegó Resendio en su carta, adonde era, y cuenta se toman por una misma cosa. Y el doctor Vergara probó lo mismo, trayendo lo de Hermolao Barbaro, y mostrando en lo que acertó y erró. Tambien trujo para confirmar esto lo de las leyes del fuero juzgo, y lo del libro de la órden de celebrar los concilios, que mas claramente comprueban la significacion pasada, donde aquí se pusieron. Tambien se entiende claro como era en castellano quiere decir universalmente tiempo, por estas palabras que dice la general historia hablando de la mucha gente que el rey don Alonso habia juntado para la batalla de las Navas. E para todo esto cumplir habia menester el rey don Alonso de cada dia doce mil maravedís de aquella era, que era buena moneda. Porque el rey no habia labrado aquel año moneda, sino que habla de la que por aquel tiempo corria. Y comunmente decimos en castellano no corre esa era, por decir no es tiempo deso. Con esto queda ya bien declarado todo lo que propiamente y por metáfora significa este vocablo, y de dónde se tomó la costumbre de usar dél en la cuenta de los años.

Tambien parecerá mas clara la propiedad deste vocablo señalando ahora el año de donde se tomó el principio desta cuenta, que fué este mismo de quien vamos tratando, en que fueron cónsules Asinio Polion y Domicio Calvino, como los señaló el doctor Vergara. Porque como él allí advierte y por la buena cuenta que aquí en esta corónica llevamos parece, y las tablas capitolinas infaliblemente prueban, desde este año contándolo á él (como dicen) inclusive, hasta el año de la natividad de nuestro Redentor exclusive, hay treinta y ocho años, y este es el verdadero espacio que la cuenta de la *era* precede á la cuenta del Nacimiento, como sienten todos, sino solo el obispo de Girona, que en su Paralipomenon no quiere que sean mas de veinte y seis años, mas todos tienen esto por tan gran desvarío, que aun no les parece que hay para que ocuparse en contradecirlo. Deste año se tomó el principio para contar la era de César. Y tomose así desde este año, porque nunca ántes de ahora habia sido Augusto César señor de España pues hasta esta segunda division del imperio, como por todo lo de atrás parece, nunca tuvo parte en ella. Y así quiere decir la era de César la cuenta que se tenia desde el principio del señorío de Augusto César en España. Cuando se dice (pongamos por caso) la era de César, de mil y trescientos y diez años, quiere decir, en la cuenta que se toma desde el principio del señorío de Augusto César en España, es este el año mil y trescientos y diez. Y así en todo lo demás.

Ahora resta por decir como nuestros españoles solos usaron desta manera de cuenta, y la causa que á ello les movió, y el tiempo que comenzaron á contar así: lo cual todo dará tambien mas luz y mas confirmacioná mucho de lo pasado. Y no hay para que detenernos mucho en lo primero, como en cosa tan clara y sabida. No hay en España historia antigua, no hay privilegio, ni otra escritura vieja, pública ni particular que no tenga su data señalada por la era. Los libros de los concilios, los de las leyes y fueros, y todos los demás en que se ha de poner data, por la era está puesta. Las sepulturas antiguas, las fundaciones y otras memorias que están escritas en piedras, todas tienen el año señalado por la era, y en general ninguna memoria hay antigua en España que no la tenga. Y fuera de España no creo nadie hallará semejante manera de cuenta. Por donde tambien parece, como pues contaron así solos los españoles, lo hicieron por conservar la memoria de cuando el emperador César Augusto los comenzó á señorear. En algunos concilios de Francia se halla tambien la cuenta de la era, mas todos son de aquella parte de Francia que se llamó Galia Gótica, porque fueron señores della los godos. Y así se vé claro que tomaron dellos esta manera de contar.

La causa por qué los españoles tomaron esta manera de contar por la era de César, mandándose en público que todos contasen así, la señala solo el doctor Vergara, diciendo que fué deseo de lisonjear á su príncipe, conservando y perpetuando su memoria en cosa tan célebre y tan cuotidiana como es la cuenta ordinaria que se tiene de los años. No hay duda sino que muerta ya, y como sepultada la libertad romana, la lisonja de los emperadores comenzó á reinar tan de veras en los ánimos de todos, que se puede bien creer cualquier cosa que se le atribuya en poder mucho, y dar causa á muchas cosas. Vemos y leemos tales cosas hechas por lisonja de los emperadores, que ninguna podrá dejar de tener verosimilitud y probabilidad. Trae tambien el doctor Vergara para confirmar su opinion el ejemplo de los de Egipto, que pocos años despues, cuando vencidos y muertos Marco Antonio y Cleopatra, Augusto quedó señor de aquel reino, comenzaron á contar sus años desde aquel en que Augusto comenzó á ser su señor. Imitaban al parecer en esto á los españoles, que habian poco ántes dado el ejemplo de celebrar así con esta lisonja el señorío de su príncipe que comenzó á tener sobre ellos, como dando á entender por cuán buena tenian su sujecion, pues tan en memoria la querian tener, y traerla tanto en la boca.

Conforme á esto, claro está de ver como desde entónces se comenzó á usar en España esta manera de cuenta por la era de César. La conjetura de Vergara para esto confirmada con el ejemplo de los egipcios es muy buena, y basta para que se deba creer así, sin que se pida mas testimonio. Porque éste no le hay, no hallándose en ningun autor, ni en ninguna memoria antigua de España esta manera de cuenta hasta el tiempo de los godos, que en todas sus escrituras y memorias, se sirven de sola la cuenta de la era. Y parece verisímil que la hallaron ellos ya en España, y así la continuaron; porque fuera desto no eran tan amigos de cosas de romanos y su imperio, que quisiesen buscar como conservar la memoria de cuando los emperadores romanos comenzaron á ser señores en España. Hallaron á lo que se puede bien creer, aquella manera de contar, y como hombres mas guerreros que estudiosos, sin echar de ver en ello, la llevaron adelante, como se estaba.

Mas cierto y sabido está cuando dejamos los españoles esta manera de cuenta, que fué el año de la natividad de nuestro Redentor de mil y trescientos y ochenta y tres, cuando el rey don Juan el Primero, como Pero Lopez de Ayala lo dice en su corónica, en las cortes que tuvo en Segovia, mandó se dejase en Castilla esta manera de contar por la era en las escrituras y otras memorias públicas y particulares, y se contase por los años del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo. Habia ya hecho lo mismo poco ántes Aragon en unas cortes de Valencia el año mil y trescientos y cincuenta y ocho, y despues se ordenó tambien en Portugal el año mil y cuatrocientos y quince, como en las corónicas destos reinos parece, habiendo durado en España poco ménos que mil y cuatrocientos años la cuenta de la era de César, que comenzó desde éste que vamos contando.

CAPÍTULO LIII.

Cosas particulares de España por estos tiempos.

Andaban estos años muy turbadas tódas las cosas de Roma, y su imperio, y así no cuentan nada de España los autores, ocupados en lo de por allá. Despues el año de treinta y tres ántes del Nacimiento refieren, como triunfó Neyo Domicio Calvino de España. Habia sido cónsul, como vemos, cinco años ántes, y luego vino á España con cargo de procónsul; y habiéndose levantado los ceretanos, que son pueblos en lo postrero de Cataluña, cerca de Francia, en lo que llamamos ahora condado de Cerdania y sus comarcas, peleó un su legado con ellos, y venciólos, y fué tambien él vencido. Porque nuestros españoles le cercaron, y los suyos se fuéron huyendo, y le dejaron. Domicio, ántes que comenzase de nuevo la guerra con los enemigos, quiso tener bien castigados los suyos. Celebran mucho Veleyo y Dion la mucha prudencia y constancia con que en esto se hubo. Mandó llamar todo su ejército á parlamento, y por tal órden lo mandó venir, que sin sentirlo los culpados se vieron cercados de los demás que no se habian hallado con ellos. Entónces dezmó dos centurias, que fué matar por suerte veinte soldados dellas. Mandó tambien matar sin éstos algunos centuriones, y entre ellos un primipilo llamado Jubilio. Esto se tuvo por gran novedad, y por ejemplo de extremada severidad semejante á la de los antiguos romanos que ya muchos años no se habia visto. Tras este castigo fué contra los ceretanos, y fácilmente los sujetó, y llevó para su triunfo gran suma de oro de las ciudades de España.

En la vida de Séneca, que anda impresa con sus obras, se cuenta que por amonestacion de un Domicio capitan romano, se fué Séneca con sus hermanos á Roma. Podria ser que fuese este Domicio Calvino, el que así persuadió á Séneca, mas no fué al hijo, cuyas obras en mucho tenemos, sino á su padre que lo llevó á él chiquito esta vez consigo; como se entenderá bien claro cuando llegare esta historia á contar de Séneca mas en particular, y entónces tambien se examinará con diligencia todo lo que de haberse tomado Córdoba por este tiempo en aquella vida de Séneca sin fundamento se dice.

Hubo á esta sazon en el Andalucía otra nueva guerra. El rey Bogud pasó acá de África, y hizo grande estrago en el Andalucía, mas recibió tambien mucho daño siendo vencido por los que tenian acá la parcialidad de Octaviano, viniendo él, á lo que parece, por favorecer el bando de Marco Antonio, que ya por estos dias comenzaba.

Púsose tambien por este mismo tiempo en Córdoba una hermosa coluna de mármol cárdeno y de mucha grandeza. Yo la he visto, y está en el claustro de San Francisco. Fué medida de camino: y la principal inscripcion que tiene es ésta:

IMP. CAESAR. DIVI.
F. AVGVSTVS. COS.
VIII. TRIB. POTEST.
XXI. PONT. MAX. A.
BAETE. ET. IANO.
AVGVSTO. AD.
OCEANVM.
LXXI.

CONSTANTIAE.
AETERNITATI.
QVE. AUGUST.

Dice en castellano. Esta coluna se puso siendo empe-

rador César Augusto, hijo del divino Julio, el año que tenia el octavo consulado, teniendo la veinte y una vez el poderío de tribuno del pueblo, y siendo pontífice máximo. Señalaba esta coluna las ciento y veinte y una millas que hay desde el rio Guadalquivir, y desde el templo imperial del dios Jano, hasta el mar Océano.

Por el octavo consulado del emperador Augusto que en esta piedra se señala, se entiende como se puso el año veinte y cinco ántes del nacimiento de nuestro Redentor. Y lo que conviene decir deste templo de Córdoba, presto tendrá mas propio lugar. Esta coluna tiene otra inscripcion que por estar perdidas las letras casi del todo, no se puede leer. Mas entiéndese se puso tambien allí el nombre de otro emperador que debió aderezar el camino de nuevo, habiéndose estragado. Sin esto, en lo bajo de ambas inscripciones, bien en medio para que se vea, como son palabras de aquel segundo restaurador, dice lo que se ha puesto. Y dice en castellano. Este restaurar el camino y su calzada, y dejar memoria dello, se consagra á la constancia y eternidad de los emperadores. Esto suena, y todo era mostrar su vanidad y preciarse de que se tenia cuidado de que las buenas obras de unos emperadores no se perdiesen, llevándolas otros adelante para hacerlas si pudiesen eternas. Y yo creo que Augusto mandó aderezar este camino que en esta coluna y en otras se señala. Y así parece hasta ahora rastro de la calzada, que con nombre morisco llamaban Arracife hasta Ecija y el Arahal, por donde va desde Córdoba este viaje hasta la costa del Océano. Sin otros provechos, para dejar memoria desto se ponian estos mármoles conforme á lo que en su lugar yo he tratado. Y es tan malo todo aquel camino en tiempo de invierno, que fué buena providencia remediarlo.

Los vizcainos y asturianos y los vaceos que son en Castilla la Vieja, se habian rebelado por este tiempo, y Estatilio Tauro, legado de Octavio, los sujetó. Así lo cuenta en breve todo esto Dion, y no hay poder dar mas razon desta guerra, por no estar escrito en otra parte. Tambien es deste tiempo una guerra que Marco Antonio hizo en Asia, y traia en su campo mucho número de caballos españoles de la Celtiberia que se mostraron en toda la guerra muy valientes. Porque á esta sazon estaba repartido todo el señorío del mundo entre Octavio César y Marco Antonio desta manera. Tenia Antonio la Asia y la Grecia y Egipto, y en fin todo el Oriente. César tenia á Italia, Francia, España, Sicilia, Cerdeña y toda la Esclavonia con otras provincias comarcanas déstas, y á Lépido se le habia dado África, porque dejase á España. «Mas porque el «mandar es de tal condicion, que no sufre compa«ñía:» no les duró mucho á los dos la que tenian en el imperio; y vencido Antonio por Octavio César, y forzado á que con desesperacion se matase: él solo quedó señor del mundo, y de todo lo que la república romana en tiempo de su libertad solia poseer.

Triunfó por este tiempo de España Cayo Norbano, como en las tablas Capitolinas se refiere; mas en ningun autor hay mencion de cuando vino acá, ni de cosa que hiciese, y así no se puede dar mas razon de nada desto. Alguno podria pensar que este Norbano fué el que venció al rey Bogud en aquella su venida, y allí mereció el triunfo.

Esto era el año veinte y cuatro ántes del Nacimiento, y ya en este tiempo Octavio César era señor absoluto del mundo, y comenzó á llamarse Octavio César Augusto. Su propio nombre era Octavio, el de César tomó como heredero que fué de Julio César su tio por su testamento. Augusto fué sobrenombre que le pusieron por lisonja, queriendo dar á entender con él, que era Octavio mas que hombre, que tenia algo de divino y celestial, porque los romanos en su lengua, á todas las cosas que eran consagradas y mas que humanas, con algo de divinidad, las llamaban Augustas. El nombre de emperador ya de ántes lo tenia Octavio, que se lo habian dado los romanos perpetuo como lo habia tenido tambien su tio. Y con esto el nombre que era particular y propio de capitan general, se hizo universal y comun de los príncipes para mayor significacion de grandeza. Lo mismo fueron los renombres de César y Augusto, que los tomaron de ahí adelante todos los que sucedieron en el imperio, y junto con su nombre propio se ponian estos títulos: Emperador, César, Augusto. Emperador, por muestra de alto poderío: César, por conservar la memoria del primero que usurpó el imperio, y como metiéndose á la parte de tanta grandeza de ánimo como él tuvo: Augusto, por levantarse sobre el ser humano, y alzarse con soberbia á ser medio dios.

Luego despues de haber tomado Octavio César el nombre de Augusto, cuenta Dion, como Sexto Pacuvio, un tribuno del pueblo, se le consagró, y amonestó á otros muchos que asimismo se le consagrasen. Este consagrarse á Augusto, dice Dion, que lo hizo Pacuvio á la costumbre de España. Mas él no refiere que manera de ceremonia era ésta. Y puédese entender por lo que Valerio Máximo cuenta de los celtiberos (1), que tenian por gran maldad y afrenta salir vivos de la batalla, si habian ofrecido su vida por la de su capitan. Estrabon tambien dice (2) otra cosa desta costumbre y ceremonia del ofrecerse así nuestros españoles. Los vizcainos, dice él, que consentian los sacrificasen por sus amigos y confederados, y se ofrecian á la muerte por ellos de muy buena gana. Esta costumbre de así ofrecerse por sus amigos, era tan propia de nuestros españoles, como estos tres autores muestran, y en ser cosa de lealtad, parece natural nuestra; mas era tambien de los franceses y aquitanios que están muy vecinos de los de Vizcaya. Julio César dice así en sus comentarios (3). Los aquitanios llaman solidurios á unos hombres, cuya determinacion y manera de vivir, es que participan de todos los bienes que tienen en la vida, aquellos á quien se dieron por amigos. Y si alguno dellos se ve en algun peligro, todos juntos se han de meter en él, muriendo todos con el que mataren en la guerra, ó matándose á sí mismos los que escapan vivos. Y jamás hasta ahora nadie se acuerda haber visto ninguno, que siendo muerto aquel á quien se habia ofrecido, dejase él de morir. «Tanta es la «fuerza de la lealtad en los corazones donde una vez «bien se apodera.» He querido dar aquí noticia del orígen de todo esto, porque en la mucha lealtad de los vizcainos, y constancia en sus amistades dura todavía gran parte desto. Y porque Octavio fué el primero que tuvo renombre de Augusto, comunmente le nombran Augusto César, y por ser este su nombre mas conocido, le llamaré yo así de aquí adelante.

A este mismo tiempo hubo tambien alguna mudanza en el gobierno de España. Porque aunque Augusto César era absoluto señor de todo el mundo, y lo mandaba todo él solo: mas todavía se quedaba en Roma una

(1) En el lib. 2, c. 1. (2) En el lib. 3. (3) En el lib. 3.

forma y representacion de república, con su senado donde él consultaba, y con sus cónsules y otros cargos, en que se conservaba alguna sombra del gobierno que Roma habia tenido en el tiempo de su libertad. Y por darle Augusto César al senado y al pueblo romano alguna parte en el gobierno, y por mostrar á lo ménos, que no se le quitaba de todo punto, repartió con él la gobernacion de todas las provincias en cierta manera. En lo de España le quedó al senado toda el Andalucía, como tierra mas domada del todo, y mas pacífica, y él se tomó toda la Citerior con la Lusitania á título de que tenian necesidad de mayor defensa y guerra ordinaria para conservarlas.

Fué ta mbien entónces otra novedad del gobierno de España el enviarle legados consulares. Hasta ahora ordinariamente eran pretorias las dos provincias de España Citerior y Ulterior, y algunas veces eran consulares como la necesidad lo pedia. Y así los títulos de su gobernacion era cónsul, procónsul, pretor y propretor. Ahora aunque tambien venian con estos títulos, mas sin esto venian otros que llamaban consulares, ó legados consulares. Este nuevo cargo instituyó Augusto por este tiempo para todas las provincias del imperio romano, y así tambien para España; y ahora por toda ella se halla en muchas piedras antiguas mencion destos consulares, sin llamarlos legados aunque lo eran en el hecho y en el nombre. Tiempo vino en que hubo tres ó cuatro destos consulares en diversas provincias de España, como parecerá adelante en su lugar. Y aunque es así, como por Dion y por Cornelio Tacito parece (1), que ya eran en este tiempo instituidos estos legados consulares; mas todavía nunca hallamos que viniesen á España hasta muy adelante, y así las piedras que se nombran son de los tiempos de otros emperadores mucho despues, cuando en particular se señalaron estos legados para España, como se dirá en su lugar.

Estaba ya en este tiempo España tan poseida de romanos, y como si dijésemos, tan de veras vuelta á la costumbre de Roma, que lo mas della, y particularmente lo del Andalucía como dice Estrabon, tenia ya todas las costumbres de Roma, y todo el trato era tan romano, que casi ya se habia perdido todo lo español antiguo. Habíase tambien perdido casi del todo la lengua natural, y todos hablaban ya latin como romano. Esto dice Estrabon que sucedia así por tener ya mezclados entre sí por moradores tantos principales romanos, como eran los que estaban en las ciudades y colonias que Augusto César dejó fundadas en España, como luego se ha de decir.

Yo creo que desta vez se dividió la provincia Ulterior en dos, Betica y Lusitania; porque Pomponio Mela, que escribió poco despues deste tiempo, ya la pone por dividida; y en Suetonio y Cornelio Tácito, se hallan de aquí adelante algunas señas desto, nombrando gobernadores distintos de ambas provincias, y contando cosas que prueban la misma distincion.

CAPÍTULO LIV.

La guerra que hizo Augusto César á los vizcainos, asturianos, y gallegos.

Siempre que en lo de atrás hemos dicho que toda España era de Romanos, tambien se ha dado á entender como Vizcaya y Asturias, y mucha parte de lo que llamamos ahora la montaña, estaba por ganar, sin que ningun capitan romano jamás hubiese emprendido conquistar estas tierras, porque el ser la gente muy feroz, y la tierra muy estéril, eran dos cosas que le daban mucha seguridad. El ser la gente brava ponia espanto, y la esterilidad de la tierra prometia poco premio por el mucho trabajo y dificultad que se representaba en la conquista. Mas aunque no eran estas provincias sujetas á los romanos, parece que tenian amistad y confederacion con ellos, pues para la guerra de Lérida, dice César, que ayudaron los cantabros á Afranio; y ahora dice aquí Dion, que se rebelaron, y el rebelarse entiendo yo que fué no perseverar en las alianzas que con los romanos ántes tenian. Ya ahora le pareció á Augusto César que era razon, que no hubiese nada en España que no fuese suyo; y así él mismo en persona vino á hacer esta guerra.

El sitio de Vizcaya, Asturias y Galicia, lo deja ya señalado Florian de Ocampo en muchos lugares (1) y lo que de nuevo fuere necesario decir, se hará en las antigüedades. Las costumbres destas gentes eran como en Estrabon parece, mucho mas feroces y terribles que ahora. En su mantenimiento eran templados y poco costosos. Los mas bebian agua y pocos cerveza, que es cosa harto diferente de lo de ahora, pues son tan amigos del vino. Su comida mas ordinaria era carne de cabrones. Todos dormian en el suelo envueltos en aquellos sus mantos, ó herreruelos que hemos dicho como los llamaban sagos. Dejaban crecer los cabellos hasta tendérseles por los hombros, como á las mujeres: y para entrar en batalla se los cogian y apretaban como ellas. Sacrificaban al dios Marte caballos, y aun con ferocidad bestial sacrificaban tambien los cautivos que tomaban en la guerra, y por las entrañas déstos hacian sus adevinaciones, y tomaban sus pronósticos, En sus fiestas usaban representaciones de guerra á pié y á caballo, corriendo tambien, saltando y luchando desnudos. La mayor parte del año comian pan de bellotas que molian despues de secas, como los poetas cuentan que lo hicieron mucho tiempo todos los hombres. Y aunque otras gentes comiesen así bellotas, yo creo que estas nuestras usaban en lugar dellas castañas, de que tienen grandísima abundancia, no teniendo casi ninguna encina. Y ahora castañas con gran mantenimiento en las dos provincias Asturias y Galicia. Por faltarles aceite, usaban como ahora de la manteca del ganado. En sus convites daban el lugar mas honrado, á quien por edad y dignidad lo merecia; y allí hacian sus danzas y bailes al son de sus flautas y gaitas. Y es harto notable cosa que señala en particular Estrabon, que bailaban dando castañetas. Moneda no la tenian, sino que trocaban unas cosas con otras, ó daban por moneda unos pedazuelos de planchas de plata, sin ninguna ley ni cuño. Apedreaban á los que habian de matar por justicia, y con mayor ignominia y crueldad á los que hubiesen muerto á sus padres ó sus parientes. En sus casamientos habia mucho concierto y solemnidad, como la que usaban los griegos. Y segun era costumbre de los egipcios, estos nuestros españoles tambien curaban sus enfermos desta manera, que los sacaban á la plaza, para que cualquiera que hubiese tenido semejante enfermedad, dijese lo que le habia aprovechado en ella. Las barcas que tenian eran de

(1) Dion en el lib. 52, Cornelio Tácito en el lib. 18, y en otros.

(1) En el lib. 4, c. 3. En el lib. 1, c. 38. En el lib. 3, c. 39.

cueros, hasta que despues las hicieron de madera. El estar tan apartados de la comunicacion de los demas españoles, por estar en tierras tan arrinconadas y despues desto tan ásperas, les hacia ser tan fieros y ajenos de todo buen trato y blandura. Los perniles de Vizcaya, dice Estrabon, que eran ya en su tiempo muy estimados, y tenian buena granjería con ellos. De las diversas maneras de tocados que traian las mujeres de todas estas tres naciones vizcainos, asturianos y gallegos, dice el mismo autor mucho, y harta desta diversidad vemos que dura hasta ahora. Entre los otros dice, que traian algunas al cuello una argolla de hierro, y della salian á la una y otra parte del rostro dos barras de hierro delgadas que subian sobre la cabeza, y se doblaban despues en arco por cima del rostro. Sobre estas barras echaban la toca, porque así hiciese sombra á la cabeza. De la fiereza y crueldad de las mujeres cuentan grandes cosas, de que relataremos algunas en esta guerra. Ellas labraban la tierra, y esto aun les dura hasta ahora en la parte de las montañas que llaman Trasmiera, donde las mujeres cultivan la tierra por sí mismas, sin ayuda de mulas ni bueyes que no los tienen: sino con aquellos sus instrumentos como zancos, que llaman layas, donde meten los piés, y alzan grandes céspedes. Tambien dice Silio Itálico (1) que las mujeres de los gallegos labraban la tierra, como comunmente lo hacen ahora allí y en Asturias. Y de las vizcainas dice mas Estrabon, que cuando parian servian á sus maridos, levantándose ellas, y haciéndolos á ellos estar acostados. Bañábanse en el rio poco despues de paridas, y allí tambien metian en el agua sus niños, para endurecerse ellas y endurecerlos. Y cuenta Estrabon lo que le aconteció á Carmelo, un hombre principal con una mujer destas españolas. Habia cogido para cavar en una su heredad algunas mujeres entre otros hombres. A una de ellas le tomaron los dolores del parto en la obra y no hizo mas que apartarse un poco, y dejando ya hecho el niño en tierra, se volvió á su trabajo, por no perder el jornal. Avisáronle á Carmelo de lo que pasaba, y pagándole el jornal, le mandó que se fuése al lugar. Levantó su criatura del suelo, y lavándola en una fuente que allí habia, y envolviéndola con esa miseria que pudo, se volvió á su casilla. Hombres y mujeres tenian siempre muy á punto una ponzoña, que hacian de una yerba semejante al apio, y mataba sin dar ningun dolor: para que si alguno les quisiese hacer fuerza, matándose ántes, se pudiesen escapar della.

Por este mismo tiempo de Augusto César, dice Plinio (2), que se halló en Vizcaya la yerba que por eso llamaron Cantabrica, y piensan algunos que es la misma que se llama Centaurea. Y en general dice allí Plinio, que eran muy dados los españoles á conocer las yerbas y buscarlas; y así en su tiempo dice, que usaban en los convites y conversaciones grandes de placer una bebida que llaman de cien yerbas, porque otras tantas se mezclaban con aloja, ó agua miel para ella; y esta bebida tenian por muy suave al gusto y de gran provecho para la salud. Tal era la fiereza destas nuestras gentes, y mucha della veremos cómo la mostraron en esta guerra.

Muchos historiadores hacen mencion desta jornada de Augusto César (3), y solos Dion, Paulo Orosio y Lucio Floro, cuentan algunas particularidades della. Habíanse alterado mucho esta vez todas estas gentes, y particularmente los vizcainos, que no contentos, con que sin ser sujetos al pueblo romano vivian en libertad, querian ellos sujetar á sus vecinos: y así habian movido la guerra á los vacéos, turmodigos como los llama Orosio, ó curgonios, como está en Lucio Floro, y á los autrigones, entrándoles la tierra y destruyéndosela. Y pasaba tan adelante la ferocidad de los vizcainos, que á Augusto no le pareció convenia encomendar á nadie esta guerra, sino venir él mismo á hacerla por su persona. Llegado, pues, á Vizcaya, puso su real cabe la ciudad de Sagesama ó Segisama, y repartiendo su ejército en tres partes, en un dia tuvo bien ocupada casi toda la tierra. Mas la guerra se habia de hacer andando como á caza de los vizcainos que salian á dañar los romanos cuando veian la oportunidad, y despues se escondian en las montañas sin que pudiesen ser habidos. Fatigáronle tanto con esto á Augusto, que se hubo de retirar con mucho despecho, y dejar sus legados y capitanes que continuasen la guerra. Todo el despecho de Augusto fué, porque no habiéndosele dado los nuestros como él pensaba, porque fiaban mucho en lo fragoso de sus montañas: tampoco querian pelear con él. Dejaban de ponerse en batalla con Augusto, porque tenian mucha ménos gente sin comparacion que él; y juntamente con esto con su lijereza natural en los cuerpos, con la mucha costumbre de atravesar fácilmente por las asperezas: no se movia Augusto de un lugar para otro, cuando ya estaban sobre él puestos en las mas altas sierras de aquellos contornos, de donde le fatigaban y acosaban de mala manera. Llegó á tanto la angustia de Augusto, por ver que sin ser vencido, cada hora lo parecia: que le dió una enfermedad melancólica, por lo cual, como dice Dion, fué forzado á retirarse al abrigo de la mar en Tarragona.

Dejó Augusto por generales en Vizcaya, con cargo y título de legados, á Cayo Antistio, llamado por sobrenombre el Viejo, á Publio Firmio y Marco Agripa, que despues fué su yerno del emperador. Y á este postrero lo nombra solo Lucio Floro, de los otros dos, él y Paulo Orosio hacen mencion. Dion señala déstos no mas que á Antistio, y añade á Publio Carisio: y á lo que parece por lo de adelante en esta guerra, todos estos cuatro capitanes sin duda fueron principales en ella. Todos en toda, ó cada uno en alguna parte. Tenia la guerra, sin las dichas, otra gran dificultad, que era la falta de trigo. La tierra por su esterilidad, como ahora lo vemos, no lo tiene, y la continuacion de la guerra habia ya consumido lo de las comarcas de Rioja, que son bien abundantes. A esto se proveyó con mandar Augusto, que una buena flota proveyese de trigo desde aquellas costas de Bretaña, que no están léjos en Francia. Estos navíos no hicieron solo este provecho de bastecer los romanos, sino que con buena gente de guerra que trujeron, cercaron tambien por aquella parte á Vizcaya, que resistiendo con admirable perseverancia, habia menester toda esta ventaja de los romanos para ser conquistada. Ya entónces los vizcainos viéndose cercados por tantas partes, fueron forzados á pelear en batalla. Ésta se dió como Orosio y Floro cuentan, junto á la ciudad que ellos llaman Belgica, y siendo los nuestros vencidos por la innumerable multitud de los romanos, se recogieron al monte Vinnio de tanta altura y aspereza, que el mar Océano creian subiria allí ántes que las legiones romanas. Sin subir allá lo cercaron por lo bajo, hasta forzar á perecer de hambre los mas

(1) En el lib. 2. (2) En el lib. 25, c. 28. (3) Dion en el lib. 53. Paulo Orosio en el lib. 6, c. 21. Lucio Floro en el lib. 4, c. 11.

de los que allí se habian retirado. Tambien cercaron los romanos un lugar llamado Aracilo que resistió bravamente, y se mantuvo mucho tiempo, mas fué al fin entrado por fuerza y asolado. Este parece que fué el fin de la guerra con los vizcainos. Antistio y Firmio la prosiguieron con los gallegos. Fueron cercados muchos dellos en la montaña llamada Medulia, abriendo por bajo los romanos un foso de quince millas, con que quedó cerrada toda la tierra. Los gallegos que se vieron sin manera de poder sufrir mas el cerco, porque ya la hambre los aquejaba, y sin poderío de pelear con sus enemigos, porque su gran multitud les daba notoria ventaja, y el foso les vedaba á ellos salir á dañarles, como gente tan feroz y tan brava, determinaron librarse del cautiverio con la muerte. Así se mataron á porfía todos, unos echándose sobre las puntas de sus espadas, otros echándose vivos en grandes hogueras, y otros tomando veneno, que Lucio Floro dice hacian del árbol tejo. Todo esto hacian con tanto placer, que se juntaban á comer en banquetes por matarse allí con mayor regocijo. Lucio Floro tambien cuenta, que acabada así esta guerra, Augusto volvió de Tarragona á Vizcaya, y para mejor pacificarla, mandó á muchos lugares dejar el sitio alto y enriscado que tenian, y bajarse á poblar en lo bajo. A otros sosegó con rehenes que le dieron, y á otros vendió por cautivos. Ofrecióle el senado romano á Augusto César por esta victoria el triunfo, mas él era ya tan gran monarca, que podia tener en poco tales fiestas, y asi ahora no curó désta.

Todos los historiadores que escriben esta guerra cuentan por postrera la que se hizo á los asturianos, y todos hacen á Carisio general della. Habian los nuestros juntado un grande ejército, y bajando de sus montañas pusieron su real cabe el rio Astura (1), que aunque daba nombre á toda la provincia, no se puede entender del todo cual sea. Allí tomaron en su secreto buen consejo de repartir su gente en tres partes, por dar súbito á un mismo tiempo sobre los romanos, que tambien tenian dividido en tres diversos campos el suyo, con tres legados por generales. Lucio Floro dice, que iba todo tan bien ordenado y proveido, que no pudieran los romanos dejar de ser vencidos, ó recebir mucho daño. «Mas fué siempre verdad lo que siempre nos hemos quejado de las discordias de nuestros españoles; y el nunca unirse para defenderse, sino apartarse unos de otros para destruirse.» Los brigecinos (2) pueblos, á quien se habia dado parte deste consejo, avisaron á Carisio, y él juntando sus campos con gran presteza, dió sobre los asturianos, ántes que ellos pudiesen advertirse, ni sentir que venia. Así fueron desbaratados, tomándolos en descuido, aunque no sin mucha sangre de romanos, que los nuestros mataron y hirieron en la batalla. Los que escaparon se recogieron á la ciudad de Lancia (3): de cuyo sitio no se puede tener entera noticia, sino que se puede conjeturar fuese cerca de donde ahora está Oviedo, como presto de propósito se dirá. Allí se defendieron muchos dias los nuestros tan valerosamente, y con tanto daño de sus enemigos, que cuando ya les tomaron la ciudad, con la grande indignacion de tan brava defensa (como Lucio Floro cuenta) la quisieron los soldados poner fuego, sino que Carisio quiso conservarla por memoria de haberla él conquistado. Paulo Orosio dice, que ántes de tomar la ciudad, la quisieron quemar los romanos, y Carisio los detuvo, y alcanzó de los nuestros luego que se diesen. Celebra mucho Lucio Floro las riquezas de aquella tierra, donde los rios tienen oro, y las montañas bermellon, y oro pimente, y otros colores preciados, y con la industria que los romanos les hicieron poner en buscar y labrar estos veneros, comenzaron los asturianos á conocer y gozar el provecho dellos, sin haber tenido ántes noticia destas riquezas. Con esto ya España de muy cansada tuvo algun sosiego, y quedó lo de Vizcaya y Asturias reducido en forma de provincia. Por regocijo destas victorias hizo hacer Augusto muchas alegrías y diversos juegos en sus reales, de los cuales tuvieron cargo Marco Marcelo y Tiberio Neron, que le sucedió despues en el imperio.

Cuando Augusto andaba en esta guerra de Vizcaya, caminando una noche en su litera, cayó un rayo, y le mató ó hirió al esclavo que iba allí junto alumbrando con el farol, y él quedó amortecido del espanto. Quedóle tambien á Augusto de la enfermedad que acá en España tuvo, dañado el hígado, como cuenta Suetonio, por reumas que le corrieron allí. Y en esta su enfermedad fué cuando despues Antonio Musa, su médico, hizo la cura que está celebrada por todos los autores. No podia sentir Augusto ninguna manera de remedio, por via de las cosas calientes que Antonio Musa le aplicaba. Mudó por esto de parecer el médico, y comenzóle á curar al contrario con baños frigidísimos, y con darle á beber grandes golpes de agua muy helada. Sanólo con esto, y él lo premió generosamente de muchas maneras. Mas Dion dice, que fué mas ventura la salud de Augusto, que no obra del arte, porque luego quiso hacer Antonio Musa la misma experiencia en Marcelo el sobrino muy querido de Augusto, y se le murió.

De Caricio parecen por España muchas monedas de plata y de bronce y de hierro, y algunas con el baston de marfil, que era uno de los premios mas celebrados que se daban á los capitanes romanos vencedores, como insignia del mando y señorío en el ejército, segun Valerio Máximo y Tito Livio lo dan á entender. Y en todas las monedas que yo he visto con el nombre de Carisio, siempre tiene el pronombre de Publio, y así se ha de emendar en Dion donde siempre se lee Tito. Y las que yo tengo y he visto, todas tienen de la una parte el rostro de Augusto con su nombre. En el reverso tienen unas no mas que estas letras en medio: P. CARISIVS. LEG. AVG. que dicen en castellano: Publio Carisio legado de Augusto. Otras tienen en medio un hermoso trofeo, y al derredor dice la letra: P. CARISIVS. LEG. PROPR. Publio Carisio legado y propretor. Las mas destas monedas de Carisio son de hierro contra lo ordinario de las demás romanas que son de

(1) El antiguo Astura corresponde al moderno Ezla, que bajando de las montañas de Asturias, y corriendo como dos leguas y media al oriente de la ciudad de Leon, separaba la antigua provincia de Galicia de los Vaccos. El nombre Astura se convirtió en Estula; despues en Estola, y por fin en Ezla. B. (2) De la capital destos Brigecinos, llamada Brigecium, hace mencion el itinerario de Antonino en el camino de Astorga á Zaragoza por la Cantabria, y la coloca á cuarenta millas de aquella ciudad: hoy se reduce á Castrellin, hácia Valderas. B. (3) Los vestigios de la antigua ciudad de Lancia se descubren en el sitio llamado Mellanzo, sobre la márgen derecha del rio Ezla, no léjos de la villa de Roda, en el camino de Leon á Burgos. El Itinerario de Antonino hace mencion de esta ciudad en donde señala á Mediolano Gallæcia m. B.

cobre. Por donde tambien parece como se labraban en Vizcaya.

CAPÍTULO LV.

La fundacion de Mérida, Zaragoza y otras colonias.

Acabóse desta vez tan enteramente la guerra con nuestros españoles, que Augusto César despidió y premió todos sus soldados viejos, que llamaban eméritos. El premio que les dió fué señalarles mucha tierra, en aquella parte de la Lusitania que llamaban Vectonia, donde pudiesen edificar una ciudad muy grande, y tuviesen allí hartos campos para mantenerse. Esta fué la muy nombrada ciudad de Emerita Augusta, que tomó el nombre de los soldados eméritos que la fundaron, y el sobrenombre de Augusto que les dió la tierra, y hoy dia llamándose Mérida, conserva el nombre poco diferente del antiguo, y conserva tambien en ruinas de soberbios edificios, y en rastros de su gran sitio maravillosas señales de su antigua grandeza y magestad. Esta fundacion de Mérida la cuenta Dion Casio: y yo tengo por cierto, que tuvo cargo de edificarla Publio Carisio, y que esto significa una gran moneda de bronce que se halla, que tiene de una parte el rostro y nombre de Augusto, y en el reverso los nombres de Mérida y Carisio.

Todo lo desta guerra y fundacion de Mérida sucedió el año veinte y tres ántes del nacimiento de nuestro Redentor, como lo señala Dion diciendo haber sucedido en el nono consulado de Augusto, con su compañero Silano.

Tambien se edificó como de nuevo en este mismo tiempo la ciudad de Zaragoza en Aragon, que retiene aun en el nombre rastros del de César Augusta, que entónces se le puso, por memoria de Augusto, que la extendió, y ensanchó en el sitio de un lugar que ántes se llamaba Salduba: y por la grandeza de su acrecentamiento, y por la magestad de quien lo acrecentó, perdió este su nombre antiguo. Muchas monedas antiguas se hallan desta fundacion de Zaragoza, y diversas en los nombres de los que tuvieron cargo della: aunque todas conforman en tener el nombre desta ciudad escrito con estas letras C. C. A. en que dice, COLONIA CAESAR AUGUSTA. Los nombres de los duumviros que yo he visto en estas monedas son Lucio Vecciaco, y Marco Caton, Liciano, y Germano.

Estimó en tanto Augusto César el pacificar así estas provincias de España, que dice Paulo Orosio, que por honra desta paz, mandó cerrar segunda vez el templo de Jano. Y Lucio Floro llama eterna esta paz, que ahora se alcanzó. Todo esto da buena ayuda para creer, que tambien se fundó esta vez la ciudad de Beja en Portugal, que antiguamente se llamó *Pax Julia*: y quiere decir, Paz del emperador Julio: y Augusto le debió dar este nombre en honra de su tio. Y por quedar ya así fundadas estas tres ciudades Mérida, Zaragoza y Beja, sucedió lo que atrás se refirió de Estrabon que quedó España muy llena de romanos, y hecha toda á su lengua y costumbres (1).

Haciendo mencion Veleyo Patérculo insigne historiador natural de Roma desta guerra, nombra á Publio Silio otro legado, que gobernó despues de Cayo Antistio, esto que ahora se conquistó. Luego tras esto, sigue este autor en celebrar nuestras cosas de España y sus grandezas en la guerra. Yo pondré aquí sus palabras fielmente trasladadas, porque se entienda cómo preciaban los romanos á los españoles, y la estima que hacian de su grande ánimo y valentía en la guerra. En estas provincias de España (dice Veleyo) desde que fué enviado á ellas Neyo Escipion, de tal manera peleamos con ellas con mucha sangre, tanta de romanos como de españoles, por espacio de doscientos años: que perdiendo capitanes y ejércitos, muchas veces se le hizo afrenta al imperio romano, y aun se vido puesto en peligro. Porque estas dos provincias fatigaron, y al fin consumieron con la muerte á los dos Escipiones. Maltrataron por espacio de veinte años á nuestros pasados, con la muy afrentosa guerra del capitan Viriato. Menearon é hicieron dar vaivenes para caer á todo el pueblo romano con el espanto de la guerra de Numancia. En aquellas provincias rompió el pueblo romano el feo concierto de Quinto Pompeyo, y el otro mucho mas feo de Mancino, con la grande ignominia de entregar el capitan general. España mató muchos capitanes generales, consulares y pretorios: y en tiempo de nuestros padres, levantó tanto á Sertorio con el gran valor y esfuerzo de los suyos en las armas, que por cinco años no se pudo juzgar cual tenia mas poderío en ellas, Roma ó España, y cual de las tierras habia de quedar por señora de la otra. Pues estas provincias tan extendidas, tan llenas de moradores, tan feroces: Augusto César las puso en tanta paz, que donde jamás cesaban grandes guerras, ahora gobernándolas Publio Antistio, Publio Silio, y despues los otros llegados, no se halla ni aun solo un salteador.

¿Qué mas pudiera decir un español, cuando muy encarecidamente quisiera ensalzar las cosas de su tierra? Pues no es él solo, que Lucio Floro tambien dice de España lo que pudiéramos desear los españoles, cuando quisiéramos que nuestras cosas mucho estimaran y encarecieran. Sus palabras son éstas: España nunca tuvo pensamiento de rebelar toda junta contra nosotros, nunca quiso poner todas sus fuerzas en competencia de las nuestras; ni tampoco tuvo España toda junta codicia de mandar, ni aun de defender en concordia su libertad. Porque si esto fuera, que toda la tierra se juntara, de tal manera está fortalecida con el mar y los montes Pireneos que la cercan, que por sola la naturaleza del sitio, ni aun llegar á ella no pudiéramos. Y así ántes la tuvieron ya ocupada los romanos, que ella pudiese tener entera noticia de sí misma, y sola ella fué en las provincias que sujetó Roma, la que conoció sus fuerzas, cuando ya estaba vencida. Lo mismo dice Estrabon por estas palabras. Las otras provincias fueron conquistadas por los romanos de una vez, España repartió sus guerras por muchos tiempos, y parece que las tenia como en depósito, para gastarlas poco á poco.

CAPÍTULO LVI.

Piedras que duran en España destos tiempos.

Ya se ha dicho cuando se comenzó la obra del camino de la plata. Ahora en este tiempo de Augusto César parece que se acabó del todo. Esto se muestra ser así por una inscripcion larga y muy linda de las de Ciriaco Anconitano, que dice haberla hallado en Cáparra, con estas letras.

(1) En el lib. 6, c. 36.



Ruinas del templo de Diana en Mérida.

T. VICTVRIO. ET. C. SEMPRONIO. COSS. POPVLIS. PROVINCIAE. ARENAT. OB. SVPERIORVM. TEMPORVM. BELLA. AD SVMMAM. INOPIAM. REDACTIS. INMVNITAS. DATA. EST. QVOAD. QVICQVID. TERRARVM. AD EMERITAM. VSQVE. AVGVSTAM. INTERIACET. LAPIDIBVS. STERNERETVR. CENSVERE. SIQUIDEM. E. MAIESTATE. AVGVSTI. DIVI. F. AC. S. P. Q. R. DIGNITATE. ET. AMPLITVDINE. HOC. ESSE. VT PROVINCIAE. PORRO. AB. ITALIA, CONSTITVTAE. QVAE. DE. REPVBLICA. RO. BENE MERITAE. ESSENT. IN. MELIOREM. CVLTVM. REDVCERENTUR. ITAQVE. TITO. MVRTIO. PROVINCIAE. HISP. CITERIORIS. PRAETORI. DEMANDATVM. EST. VT. CCCCX. PONDO. ARGENTI. E. PVBLICIS. POPVLI. RO. EMOLVMENTIS. QVAE. PRAETERITIS. TEMPOR. QVAESTORES. RECEPISSENT. PROVINCIAM. SUBLEVARET ET. PONDO. E. PROVINCIALIBVS. QVA. EAD. PHILIPPOS. QVAE. AD. ACTIACVM. SVPERERANT. AVT. QVAE. IN. AERARIVM. NONDVM. RELATA. FVERANT. CLX.

Trasladado en castellano dice: Siendo cónsules Tito Victurnio y Cayo Sempronio hallándose los pueblos de la provincia de los Arenates en gran pobreza por las guerras de los años pasados, se les dió franqueza, hasta tanto que todo el camino que hay desde sus tierras hasta Mérida se aderezase y cubriese bien de piedra. Porque al senado le pareció que convenia á la magestad del emperador Augusto, hijo del divino Julio, y á la autoridad y grandeza del senado y pueblo romano, que á las provincias muy apartadas de Italia que hubiesen bien servido á la república se les diese todo lustre y buen aseo en las cosas. Conforme á esto se le dió cargo á Tito Marcio, pretor á la sazon de la Citerior, que ayudase á la provincia con cuatrocientas y diez libras de plata, las cuales habia de haber la república de sus públicos aprovechamientos, y habia entrado ya en poder de los cuestores pasados, y les añadiese tambien sobre éstas otras ciento y sesenta libras asimismo de plata, que se habian habido de los de la tierra, ó habian sobrado de las guerras de los campos Filippicos, y del promontorio de Accio, y que de cualquier manera no hubiesen llegado aun á meterse en el erario público.

Estos cónsules nombrados en esta piedra, pues no se hallan entre los ordinarios, es forzoso fuesen de los sufectos, de quien se hace poca mencion.

Otra columna pone el mismo autor, que se halló en aquel camino de la plata, con memoria de lo mucho que Augusto hizo en él. Y tambien la puso en sus fastos Onufrio, llegando el año que se hace mencion en ella. Y asimismo la pone Aldo Manucio en su ortografía. Y dice desta manera:

IMP. CAES. DIVI. F.
AVG. POT. MAX. COS.
XII. TRIB. POT. X. IMP.
VIII. ORBE. MARI. ET.
TERRA. PACATO. TEM-
PLO. IANI. CLAVSO. ET.
REP. PO. ROM. OPTIM.
LEGIB. SANCTISS INS
TIT. REFOR. VIAM. SV
PERIORVM. COSS. TEMPO
RE INCHO ET. MVLTIS. LO
CIS. INTERMISSAM. PRO.
DIGNITATE. IMPERII. LA
TIOREM. LONGIOREMQ. GA
DES. VSQVE. PERDVXIT.

Trasladada en castellano dice así: El emperador César Augusto, hijo del divino Julio pontífice Máximo, teniendo ya la décima vez el poderío de tribuno del pueblo, y el de capitan general la octava, y teniendo el duodécimo consulado, habiendo pacificado el mundo por mar y por tierra, y cerrando el templo de Jano y habiendo reformado la república del pueblo romano con leyes excelentes y constituciones santísimas: extendió y prosiguió este camino muy mas ancho y muy mas largo hasta la isla de Cádiz, como pertenecia á la magestad y grandeza del imperio romano: habiendo sido comenzado el dicho camino en tiempo de los cónsules pasados, mas estaba ya roto, destruido, y no continuado en muchas partes.

En los montes Pireneos dicen que se halla otra inscripcion antigua deste tiempo de Augusto César. Tiene escrito lo siguiente:

AVGVSTO. TERRA. MARIQ.
VICTORE. ELIMINATIS. SA
CERDOTIB. BONAE. DEAE.
ET. COLLEGIO. SEPTEM.
EPVLONVM. COMMVNI. PO
PVLI. SENTENTIA. EXCLV
SO. CERETANI. TEMPLVM.
VICTORIAE. AVG. ~ D ~ D ~

En castellano dice: Siendo el emperador Augusto vencedor por mar y por tierra, los pueblos ceretanos dedicaron este templo á la victoria de Augusto, habiendo echado primero dél por comun consentimiento de todo el pueblo los sacrificios de la diosa Vesta, y el colegio de los siete sacerdotes llamados Epulones.

En Lisboa tuvo el Emperador Augusto estatua, como parece por la basa que hasta ahora dura en la Iglesia de Santiago con estas letras:

DIVO. AVGVSTO. C. AR-
RIVS. OPTATVS. C. IV-
LIVS. EVTICHVS. AV-
GVSTALES.

Dice en castellano: Pusieron esta estatua al divino emperador Augusto Cayo Arrio Optato, y Cayo Julio Eutico sus sacerdotes.

Hase de entender para ésta y otras muchas piedras, que como dió la lisonja de los romanos en consagrar sus emperadores y tenerlos por dioses, así tambien les señalaron sacerdotes, y á éstos llamaron augustales, y al principal dellos Flamen, como se llamaban los otros mayores en Roma. Ya hemos visto atrás esto mismo en alguna piedra, y parece en otra basa de estatua de Augusto, que está en Mérida en casa de Hernando de Herrera, con esto escrito en ella:

DIVO. AVGVSTO.
ALBINVS. ALBINI. F. FLAMEN.
DIVI. AVG. PROVINCIAE. LV
SITANIAE.

Dice en castellano, como Albino, hijo de Albino, Sacerdote del emperador Augusto César por toda la Lusitania, le puso aquella estatua.

CAPÍTULO LVII.

Embajada de la India á Augusto estando en España: y cuando volvió á Roma: sucedieron acá nuevas guerras.

Estando esta vez Augusto en Tarragona, le vinieron á dar la obediencia y á pedirle la paz embajadores de la India Oriental, y. de la Escitia. Habian atravesado casi todo el mundo, para buscar un hombre, cuya fama se extendia por todo él. Diéronle sus dones, y fueron contentos despues de tan largo viaje con haberle visto, y dádole algun contentamiento con su venida. Trocósele con esto á España entónces la suerte, de lo que muchos siglos ántes le habia acontecido. Ella envió embajadores al rey Alejandro Magno, cuando estaba en Babilonia de vuelta, ó para entrar en esta India Oriental, y ahora ella al revés envió sus embajadores á España.

Deste mismo año veintre y tres, que vamos contando, fué, como se ve por las tablas capitolinas, el triunfo de España, que se dió á Sexto ó Sextio Apuleyo, mas no hay memoria en autor ninguno, de cómo, ni cuando lo mereció. Mas hase de tener mucha cuenta con este Sextio ó Sexto Apuleyo, por lo que luego hemos de tratar dél. Tambien desta vez que Augusto César volvió á Roma, llevó consigo una compañía de soldados, que todos eran de la ciudad de Calahorra y su tierra, para su guarda: porque la valentía de nuestros españoles, junta con su mucha lealtad, era muy apropiada para hacer segura la persona del emperador. Y esto le pudo mover á Augusto tanto y mas que el ejemplo de su tio, que, como queda dicho, tuvo tambien su guarda de españoles. Tambien usaba despues Augusto en Roma hacerse traer por la ciudad en una silla de palo española, que él tambien con nombre español la llamaba Dureta, y parece verdaderamente vocablo vizcaino, aunque en su lengua ahora no lo tienen.

Si tomamos el principio desta guerra desde que Estatilio Tauro la comenzó hasta ahora ha durado ya, por la cuenta de Dion, cinco años: desde el veinte y siete hasta este que es veinte y tres ántes del Nacimiento, en que Augusto tiene el nono consulado con Marco Silano, y Augusto habia estado en Tarragona todo el año pasado, y parte déste; pues Suetonio dice expresamente que el octavo consulado y el nono los comenzó á tener Augusto en Tarragona. Y de aquí se sigue manifiestamente que Augusto vino á esta guerra por lo ménos, si no habia venido ántes, el año veinte y cinco ántes de la Natividad en su séptimo consulado con el cuarto de Marco Agrippa. Y estuvo acá en Tarragona todo el año veinte y cuatro, y por lo ménos parte déste que es el veinte y tres, en el cual conforme á Lucio Floro volvió á Vizcaya ya cuando ella y las otras provincias vecinas estaban conquistadas (1).

CAPÍTULO LVIII.

Las memorias que en Asturias se hallan ahora destas guerras de Augusto con los asturianos.

Estas guerras de sus capitanes de Augusto con los asturianos parece sin duda pasaron en las Asturias de Oviedo, y en lo mas comarcano de aquella ciudad, por las insignes memorias que aun hasta ahora por allí duran dellas. La mas señalada y celebrada por los autores antiguos Pomponio Mela, Plinio y Tolomeo fué de las tres aras llamadas Sextias ó Sextianas, del nombre del Capitan Sextio que las puso. Pomponio Mela dice dellas, que estaban en un lugar rodeado casi todo de la mar, que por esto llama península, y que siendo dedicadas á Augusto César, ennoblecian y daban lustre á aquellas comarcas, que ántes no tenian ninguna nombradía. Estas aras fueron tres grandes pirámides labradas de cantería, al modo de las muy celebradas de Egipto, y así huecas por de dentro con sus caracoles que subian á lo alto, y estaban en la villa de Gijon, puerto y lugar bien conocido á cinco leguas de Oviedo, y tan rodeado de la mar, que por solo un pezon angosto se junta con la tierra, quedando hecha una entera península. Y por no haber otra en todas aquellas marinas de Asturias, y por nombrarla Pomponio Mela y Tolomeo en tal comedio y vecindad, tratando de las aras; se entiende claramente como estuvieron allí, segun que mas largamente en las antigüedades lo mostrarémos. Y de las dos no hay hombres en el lugar que se acuerden, porque ó las ha consumido la mar, ó las deshicieron para la fortificacion. Mas la tercera no ha diez años que se derribó: y así muchos me referian á mí, estando en aquel puerto, su forma y altura, y como tenia grande inscripcion de muchas letras, la cual tambien como todo lo demás se consumió en edificios, sin que nadie tuviese cuenta con lo que se destruia.

Y siendo esta memoria destas aras Sextias (1) cosa tan insigne, pues así en la marina, para que todos los navegantes tuviesen memoria desta guerra, me maravillo mucho no hallarse mencion dellas en ningun historiador de los que della escribieron. Y aun no es tanto de maravillar, que no hablasen del edificio: mas es mucho de espantar, como no nombran siquiera entre los otros capitanes á este Sextio, habiendo sido tan principal en acabar la guerra, que pudo con razon dejar trofeo tan señalado della con su nombre. Por esto he pensado algunas veces, que el que así puso estas aras, fué Sextio Apuleyo este postrero que referíamos haber triunfado de España. Y no estorban, ántes ayudan á esta conjetura las tablas capitolinas. Porque como allí no está escrito mas que esto SEX. APVLEIVS. Leen todos Sexto, y no Sextio, como parece se debia leer. Y tambien no era inconveniente del nombre Sexto sacar el de Sextianas para las aras. Esta es mi conjetura, por no hallar otro capitan insigne, que pudiese dejar acá un tan magnífico trofeo, y en él su nombre, junto con el de Augusto César.

Otra gran memoria desta guerra es en Asturias muy notable por el lugar donde se halla. Es una razonable poblacion para aquella tierra, y llámase el Corao (2), en una vega ancha y llana, que toma el nombre del

---

(1) En el lib. 4, c. 11.

(1) Á Jovellanos debemos el descubrimiento de algunas ruinas de este antiguo monumento, que, segun su opinion, estuvo en el cabo de Torres, una legua al oeste de la villa de Gijon, en donde descubrió cimientos de un edificio cuadrado, de veinte y cuatro piés de diámetro, y en donde dice que en años anteriores se hallaba una inscripcion dedicada al emperador Augusto en el año trigésimo segundo de su potestad tribunicia: no obstante, la rectitud de su juicio no le permitió determinarse afirmativamente sobre este punto tan controvertido. B. (2) Tambien en el pueblo de Corao descubrió Jovellanos algunas inscripciones que dan bastantes señales de que por allí pudo haber estado la poblacion de Vadinia de que hace mencion Tolomeo como sita en la Cantabria. B.

lugar á las riberas del rio llamado Reinazo. Esta vega y el lugar están muy cerca del ínclito sitio del Monasterio de Nuestra Señora de Covadonga, santo y muy ilustre principio de la restauracion de España, por haberla comenzado á obrar desde allí nuestro Señor milagrosamente, cuando el rey don Pelayo, que se habia retirado con los cristianos en aquella cueva, salió venciendo y destruyendo el gran poderío de los moros. Entre el valle de Covadonga y el del Corao no hay mas que una sierra, con no legua entera de travesía. En este lugar del Corao ha habido muchas piedras antiguas de sepulturas romanas, que daban bien á entender haber sido puestas á soldados, que murieron allí en batalla por sus padres, amigos y parientes. Los viejos del lugar me afirmaron allí, que conocieron mas de veinte piedras que habia escritas: mas por haberse acrecentado mucho el lugar de cuarenta años á esta parte, se han consumido en los edificios. Todavía hay tres que yo ví y saqué: y la una mas entera tan mal guardada, que está puesta por pasadero en un arroyo, dice así:

M.
P. ENTI. FLAVI.
VIC::::: RIS F. V.
AD. ANN. XXX.
PATER. EI. PRO.
MER. POSSIT.

En la postrera palabra dice *possit*, como yo aquí escribo, y no *posuit*, como habia de decir: así que se ve manifiesto el yerro del escultor, que no debia ser muy pulido, sino tal, cual se podia hallar en el ejército romano, ó entre los asturianos amigos ó cautivos. En castellano dice:

Memoria consagrada á los dioses de los defuntos. Esta sepultura se puso á Publio Encio hijo de Flavio Victo, que vivió treinta años: y púsosela su padre no solo por serlo, sino porque se la tenia el hijo bien merecida. Otra piedra está sobre una portada, mas tan gastadas las letras, que no se lee bien en ellas mas que el principio D. M. S. y al cabo S. T. T. L. acostumbrado en las sepulturas, y los cuarenta años que vivió, y tambien parece que se dice. que fué muy amado de los soldados; porque se lee KARO. M::::::. En la otra que está en una chiminea dentro en una casa se lee tambien aquello general de las sepulturas al principio y al cabo, y no cosa que haga sentido en lo demás. Y no es maravilla que hubiesen pelcado los romanos con los nuestros en esta vega, porque si pelear querian en Asturias, casi era forzoso pelear allí, por no haber en toda la tierra de aquella provincia otro llano donde se pudiesen juntar dos grandes ejércitos, sino el de aquel valle y otro que está mas afuera allí junto sobre el mercado de Cangas, á la ribera del rio Bueña. Y pues todos los historiadores tratando desta guerra cuentan como los asturianos la comenzaron y continuaron, valiéndose de la aspereza de los lugares, encerrándose en ellos, y saliendo á pelear de allí con la ocasion: por esto, y por ser aquella la mayor aspereza que hay en Asturias, sin lo demás de las memorias de arriba, se entiende bien, como allí fué lo principal de la guerra. Y las aras Sextias no se pusieron mas de cuatro ó cinco leguas de allí.

La otra tercera memoria desta guerra está en San Miguel de Lino, que es la pequeña y rica iglesia que el rey don Ramiro primero deste nombre edificó á media legua de Oviedo, como en nuestras corónicas leemos, en la cuesta de Naranzo. Allí en la tribuna está una piedra de siete piés en alto y uno y medio en ancho, labrada en redondo por arriba. Y estando muy entera y conservada sin haber tenido mas, tiene solamente estas letras en lo alto que hace arco.

CAES
AR. OM
ITA. LA
NIA.

Yo trasladé fielmente como están las letras y los renglones. Y si como es cierto que falta una letra en él, *Omita*, porque es cosa clara que habia de decir, *Domita*: así queremos creer, que tambien falta otra en el vocablo *Lania*, y que ha de decir *Lancia*: todo junto dirá, *Cæsar domita Lancia*, y entenderemos que fué esta piedra parte del trofeo que en nombre de Augusto César se levantó, cuando se hubo acabado de conquistar la ciudad de Lancia, y domar con esto toda la provincia. Y el descuido manifiesto de la otra piedra del Corao hace aun mas probable esta mi conjetura.

CAPÍTULO LIX.

La falsedad de la opinion que afirma haber dado Augusto César en España, el edicto de empadronarse el mundo.

Siendo como es bien cierto por los historiadores, que Augusto se volvió este año arriba dicho á Roma, y que nunca mas vino á España: no veo que pueda tener fundamento ninguno lo que algunos afirman, de que estaba Augusto en Tarragona, cuando dió el edicto ó provision para que se pusiese en lista ó matrícula todo el mundo, de que san Lucas hace mencion en su Santo Evangelio. Y en Tarragona tienen esto por tan cierto, que muestran aun hoy dia un palacio que llaman del edicto de Augusto, por creer que allí se despachó. Y por ser esto una cosa tan insigne, no solo en las historias de aquel tiempo, sino tambien en el Santo Evangelio: será razon mostrar, como esto que así se dice es imposible. Porque el darse aquella provision, fué sin duda muy cerca del año del nacimiento de nuestro Redentor. El mismo evangelista san Lucas lo muestra, cuando dice, que el primero que comenzó á hacer las matrículas de Judea por aquella provision, fué Sulpicio Quirino, que otros llaman Cirino y Cirenio: del cual sabemos por Josefo y por los demás que gobernó en Judea con cargo de procónsul. Y Josefo expresamente dice (1), que Quirino fué á gobernar en Judea cuando ya habia sido cónsul, pues lo llama consular el año diez ántes del nacimiento de nuestro Redentor. Por donde queda claro que la provision ó edicto, cuando de muy atrás lo queramos tomar, se comenzó á ejecutar, no ántes que siete ú ocho años del Nacimiento. Y del darse al ejecutarse, no es posible poner mas que un año, ó dos cuando mucho. Y aquí está el error de los que dicen lo contrario, afirmando que hubo mas de veinte años entre el darse y ejecutarse. Ningun fundamento tienen para probar esto, y hay lo harto bueno, para que se deba creer lo contrario, por el vocablo *Exiit*, que usa el Evangelista, el cual en alguna manera denota principio de haberse dado

(1) En el cap. I, del lib. 18 de las antigüedades.

poco ántes la provision. Así cuando hayamos echado lo mas largo, hallaremos haberse dado aquella provision á los diez años ántes del Nacimiento y no ántes, que es trece años por lo ménos, despues que Augusto estuvo en Tarragona. Y cuando él allí estuvo, no le daba la guerra de Vizcaya tanto espacio, que pudiese entender en tales negocios como los de aquella provision, que son de mucha paz y sosiego. Esto es probar por la razon del tiempo, lo que ella muestra claro: que fuera desto, el año ántes que naciese nuestro Redentor, fué cuando comenzó primero el hacerse esta matrícula: y así se puede colegir en alguna manera del Santo Evangelio, y así lo dicen expresamente Paulo Orosio y Eusebio y otros Santos (1). Josefo señala el tiempo con mas precision, pues dice, que esta matrícula ó padron, se hizo el año treinta y siete, despues que Augusto venció á Marco Antonio: mas el número sin duda está errado, pues desde aquella victoria hasta el nacimiento de nuestro Redentor, no hubo mas que veinte y ocho años, como adelante claro parecerá.

CAPÍTULO LX.

Nueva rebelion de los vizcainos y asturianos.

Todos los historiadores, que cuentan desta guerra de los vizcainos, gallegos y asturianos, la concluyen como está dicho, sin que despues hagan mencion de otra cosa que á ello perteneza. Solo Dion prosigue otros nuevos levantamientos que yo contaré aquí, como él los relata. Habia dejado Augusto esta vez en España para el gobierno de lo que de nuevo se habia conquistado á Lucio Emilio y á Publio Carisio. Mas viendo los vizcainos y asturianos ido á César Augusto, luego comenzaron á tratar de nuevo levantamiento, usando, como cuenta Dion, de una astucia para valerse de sus enemigos. Fuéron á decir á Emilio, que mandase enviar por trigo, y por otras provisiones que tenian juntas en muchos lugares, para que de allí las mandase recoger. Para esto fué necesario que Emilio despachase muchos á diversas partes: y á todos éstos mataron los nuestros en los lugares por donde andaban repartidos, y comenzaron luego la guerra con mucha braveza. Mas era vana porfía la destas gentes, y engañábales su ferocidad y valentía para creer que ellos eran bastantes á valerse contra el señorío de todo el mundo, que eran los romanos. Emilio hizo la guerra muy cruel contra los rebeldes, destruyéndoles los campos, y abrasándoles los pueblos, y tomando gran multitud de cautivos.

No son los vizcainos gente que pueden sufrir mucho la mala sujecion, y así se levantaron de nuevo por la gran soberbia, como dice Dion, fausto, y demasiada crueldad de Carisio. Que no tengamos los españoles siempre la culpa en los levantamientos, pues se ve como muchas veces era del mal gobierno con que los romanos nos fatigaban. Tambien les pareció que Cayo Furnio otro legado que habia venido de nuevo, no tendria tanta noticia de la tierra, ni de la guerra en ella, y así mas fácilmente podria ser vencido. No les salió cierto este su pensamiento, porque Furnio hizo el oficio de buen capitan, socorriendo muy á punto á Carisio, y dando la batalla á los vizcainos, con mucho esfuerzo hasta vencerlos. Tomó muy pocos cautivos, porque viendo ya los vizcainos perdida la esperanza de su libertad, ninguno habia que no menospreciase la vida. Muchos se mataron, y los demás, poniendo fuego á sus reales, se quemaron dentro, y los que no se hallaron allí, tomando ponzoña, se quitaron la vida. Estrabon cuenta cosas extrañas de la braveza destas muertes. Las madres mataban sus hijos por no verlos cautivos, y una mujer, que ya estaba en prision, mató tambien á todos los que estaban cautivos con ella. Lo mismo hizo un muchacho con un cuchillo que su padre para esto le dió. Mató á él y á sus hermanos que estaban tan aherrojados, que no podian ellos usar contra sí de tanta crueldad. Otro muchacho se echó en un fuego, y estuvo quedo hasta que se quemó. Con este estrago que así los vizcainos en sí mismos hicieron, dice Dion, que pereció la mayor parte dellos. Algunos que crucificaron los romanos, en el tormento cantaban muy alegres, como hombres que tenian en mas ser muertos, que vivir no siendo libres.

Los asturianos, que tambien habian rebelado, fueron mas en breve vencidos. Cercaron un lugar donde estaban muchos de los romanos, y siendo forzados por ellos á levantarse de allí, fueron luego tambien vencidos en la batalla, y con esto dejaron las armas, y quedaron destruidos y asolados, mas que domados ni sujetos.

Con todo esto hicieron los vizcainos otro levantamiento, y muy propio de su natural ferocidad el año diez y seis ántes del Nacimiento. Parece que fueron vencidos por Caricio y Furnio tres años ántes en el consulado de Marco Marcelo Esernino y Lucio Arruncio: ahora todos los que fueron cautivos y vendidos, mataron á un mismo tiempo sus señores, y fortaleciéronse en algunas montañas y sierras bravas, y dende allí convocaron muchos pueblos para que los ayudasen, juntando con esto tantas fuerzas, que ya osaban acometer á los romanos y hacerles pública la guerra. Marco Agrippa, capitan muy valeroso, que ya era yerno de Augusto, estaba á la sazon en Francia acabando de pacificar movimientos que allí habian sucedido. Pasó de allí en Vizcaya, que no está léjos, con la nueva desta guerra, y ántes que la comenzase tuvo otra harto áspera con sus mismos soldados, que malamente se le amotinaron. Y dice espresamente Dion que la causa desta desobediencia fué temor grande que los soldados romanos tenian á los vizcainos, y á su valiente ferocidad. Sosegó Marco Agrippa su gente halagando y amenazando, como mejor pudo, y púsola en campo contra los enemigos. Los capitanes principales de los nuestros eran todos hombres que habian sido esclavos de romanos, y de aquella comunicacion habian con mucha advertencia aprendido su manera de guerrear, y lo que podia valer contra ella. Demas desto tenian entendido cuán cruelmente habian de ser atormentados y muertos si otra vez venian en manos de sus enemigos. Así resistieron á Marco Agrippa terriblemente, y le vencieron muchas veces, matándole muchos de los suyos. Y fué tanto este daño, que Agrippa tuvo necesidad de castigar sus soldados ignominiosamente por su cobardía y señaladamente á una legion que se llamaba Augusta, por honrarse con el nombre del emperador, le mandó afrentosamente que no tuviese mas aquel nombre. Mas eran al fin muy poderosos los romanos, y podian cada hora renovar sus fuerzas, y acrecentar sus ejércitos. Con esto fueron presto vencidos todos los vizcainos, y Agrippa mandó matar todos los que eran para tomar armas,

(1) En el lib. 18, c. 3.

y á los demás se las quitó, y les hizo de nuevo dejar los sitios fuertes y enriscados, y abajarse á poblar en lo llano, como Augusto lo habia hecho. Era Marco Agrippa hombre modesto, y no nada codicioso de gloria y alabanza, y á esto atribuye Dion, que nunca escribió al senado, ni á Augusto nada de lo que hizo en esta guerra. Alguno, si quisiese, podria pensar que lo dejó de hacer, porque diciendo verdad, habia de referir tambien las veces que fué vencido, y la cobardía de los suyos, que le forzó á castigarlos con tanta aspereza, y otras cosas que habia padecido, de que no se podia dejar de tener por afrentado. Tambien dice Dion, que ofreciéndole su suegro el triunfo por estas victorias, él con su acostumbrada modestia no lo quiso aceptar. Esta guerra escribe solo Dion (1), y el poeta Horacio hace tambien mencion della. Desta vez que Marco Agrippa estuvo en España, y de las que habia estado ántes, tuvo tanta noticia de toda ella y su sitio, y repartimiento de sus provincias y pueblos particulares, que, como dice Plinio (2), vuelto á Roma, hizo pintar una muy entera y general descripcion de toda España, en una lonja del campo Marcio, aunque á Plinio (3) no le contentan las medidas que por lo ancho y lo largo allí dió á la provincia del Andalucía.

Tambien parece que tenian los españoles en Marco Agrippa, gran patron y protector para sus negocios en Roma. A lo ménos los de Ulia, la ciudad cabe Córdoba, de quien tantas veces se ha tratado, así lo llaman, y así lo celebran, como se ve en una gran basa de su estátua que dura allí hasta ahora á la puerta de la fortaleza con no mas que estas letras:

M. AGRIPPAE.
PATRONO.

Tambien pusieron estátua á un hijo suyo á lo que parece, pues en otra semejante basa dice:

M. AGRIPPAE
M. F.

CAPÍTULO LXI.

Cosas particulares de España por estos años.

Este mismo año diez y seis triunfó en Roma Cornelio Balbo el de Cádiz, de quien algunas veces hemos tratado, y ahora llegó en Roma á la grandeza, que ningun extranjero ántes dél tuvo, y los romanos no tenian mas donde subir, pues habia sido ya cónsul y ahora se le dió el triunfo, siendo tambien el primer extranjero que en Roma lo alcanzó. Habia vencido en África los garamantas, pueblos muy apartados en lo muy interior de aquella provincia, y extendió con esto el señorío de Roma mucho mas adelante de donde hasta entónces habia llegado. Y hase de entender que no es este el Cornelio Balbo que Pompeyo llevó de Cádiz consigo y le defendió despues Marco Tulio, sino un sobrino suyo que se fué entónces de acá con él.

Tiene otra cosa particular y muy señalada este triunfo de Cornelio Balbo, que fué el postrero que de hombre que no fuese emperador, ó hijo ó deudo de la casa imperial en Roma, hubo, y en él se acabó esta fiesta que hasta entónces habia sido tan solemne y de tanta gloria en Roma. Y si algun emperador despues, ó hijo ó deudo suyo quiso triunfar, lo pudo hacer, sin que á los demás se les permitiese. Comenzó esto de la modestia de Agrippa, que como habia ya comenzado á rehusar esta honra en la victoria de los vizcainos, continuó en otra muy grande y próspera conquista que en Tracia hizo. En lugar del triunfo se dieron de aquí adelante los atavíos triunfales á quien se habia de dar el triunfo. Éstos eran, la vestidura de brocado, la corona de laurel, la silla curul, y el baston de marfil, y así otras cosas semejantes. Y en éste se resumió toda aquella fiesta solemnísima que antes se solia hacer.

Tambien parece se acabó en Agrippa otra costumbre muy antigua romana de batir monedas muchos hombres particulares con su retrato y su nombre. Habia puestos oficiales públicos por la república, á cuyo cargo era ver que la moneda se batiese de ley y muy buena, mas en el cuño habia mucha diversidad por poder poner cada uno que tuviese el consulado, ó otro cargo público de los curules, ú otros principales al propio, y su nombre escrito, y el reverso á su placer. Esto cesó por este tiempo, que ya de aquí adelante no se halla en las monedas nombre, ni rostro, ni divisa de ningun particular, sino de solos los emperadores. En las monedas que eran de colonias, todavía se hallan con el nombre y rostro del emperador, en el reverso los nombres de aquellos que tuvieron el gobierno de la colonia cuando se labró la moneda, como ya hemos visto y veremos despues. Y las postreras monedas de particulares que se hallan, son las de Carisio y Agrippa, y de otros algunos deste mismo tiempo.

Hubo despues algunos livianos movimientos en España, de que no dice mas Dion, sino que fácilmente se pacificaron el año trece ántes del Nacimiento. Y hay tambien mencion en este autor de algunas colonias que Augusto fundó con moradores romanos en España, y parece que algunas déstas serian las que tuvieron el nombre de Augustobriga, de las cuales hay hasta ahora mucha memoria en España. Augustobriga hubo muy cerca del sitio antiguo de Numancia y cabe Burgos, y cerca de Guadalupe, en las faldas de aquellas montañas, donde está ahora el Villar del Pedroso, y en otras algunas partes de España

Cornelio Balbo el de Cádiz habia edificado por este tiempo un teatro en Roma, que se llamó de su nombre, con gasto que solo un emperador parece lo pudiera hacer, y eran ya tan grandes sus riquezas, que bastaban para tanta suntuosidad.

Cuenta Dion, despues desto, nuevo movimiento de los vizcainos, mas está en esta parte su libro tan falto, que no se puede sacar dél clara toda la verdad. Lo que se entiende es, que los vizcainos sobre estos alborotos enviaron muchos embajadores á Augusto, caballeros principales, pidiéndole la paz. Él, porque estaba muy indignado, sin darles otra respuesta, los repartió por algunas ciudades de Italia así que parecia tenerlos presos. A los embajadores les pesó tanto con sola la sospecha que pudieron tener de que no tenian libertad, que se mataron todos. Por esto quedó la paz sin concluirse, y expresamente dice Dion, que los nuestros tomaron despues muy cumplida venganza en los romanos deste su justo dolor que la muerte tan triste destos caballeros les causó.

(1) En la epístola 12 del lib. 1. (2) Pintura de España en Roma. (3) En el lib. 3, c. 2.

Ya en este tiempo estaba en Roma, siendo muy conocido y estimado por su doctrina Cayo Julio Higinio, español de nacion, ahorrado de Augusto, muy docto en todo género de letras de humanidad, y que tuvo por esto cargo de la librería de su amo, y escribió muchos libros, y duran aun hasta ahora dos de astrología y de las fábulas de los poetas. Otros hay que le hacen á Higinio alejandrino, que no español, y otros que dicen que las obras que tenemos no son deste Higinio, sino de otro, yo sigo á Suetonio Tranquilo, y á lo mas comun que se tiene.

Tambien estaba ya en este tiempo en Roma el grande orador Porcio Ladron, que fué español y grande amigo de Séneca el viejo, padre del filósofo, y él celebra su excelente ingenio, y cuenta dél cosas extremadas. Dale mucha vehemencia y gravedad en el decir, con otras grandes virtudes de la elocuencia, de que pudo ser buen testigo, pues dice que desde que eran niños, eran muy amigos, y que duró esta amistad hasta que Porcio murió. Plinio cuenta (1) de los discípulos deste Porcio una cosa extraña y harto dañosa. Con el mucho estudio andaba Porcio siempre amarillo en el rostro, y de mal color, sus discípulos dieron en quererle parecer tambien en esto como en la elocuencia, y comian muchos cominos, que roban la color del rostro, y lo ponen amarillo. Parece esto mismo aquello de que el poeta Horacio hace burla (2). Tuvo Porcio Ladron un pariente en España llamado Rústico Porcio, y defendiendo á éste acá en España Porcio Ladron, se turbó en tanta manera cuando comenzó á hablar, que no supo decir nada. Y con tal ejemplo en un tan grande orador no se debe maravillar nadie si le aconteciere, ó viere que sucede á otro cosa semejante. Matóse Porcio Ladron á sí mismo con la melancolía que le sucedió de no poder sufrir una cuartana doble que tenia. Y pone Eusebio su muerte cuatro ó cinco años ántes del nacimiento de nuestro Redentor. Y adelante habremos de tratar otra vez deste insigne español.

Harto notable cosa es la que por este tiempo como Plinio cuenta (3), les aconteció á los de las islas de Mallorca y Menorca. Multiplicaron tanto los conejos allí, que destruian toda la tierra, comiéndose los sembrados y plantas, y minando todo el campo, de manera que no era de provecho. Llegó á tanto esta fatiga, que estos españoles baleáricos enviaron embajadores á Augusto César, pidiéndole ayuda y remedio para este daño que llegaba á ser causa de hambre en la tierra. No dice Plinio lo que se proveyó en Roma aunque refiere que los nuestros pedian gente de guerra contra estos animales, que es harto donosa recuesta. Y es otra maravilla, que habiendo tantos conejos en estas dos islas, en Ibiza, que no está muy léjos dellas, dice Plinio que jamás en ningun tiempo los hubo. Y no se maravillará nadie desto si considerare, como cuando se descubrieron en vida de nuestros padres, las islas de la Madera, y las otras de por allí, llevaron los portugeses allá conejos para que se criasen, y multiplicaron tanto, que recibe hasta ahora la tierra grandísimos daños dellos.

A los de Tarragona les pasó á esta sazon una cosa donosa, y que por tal la cuenta Quintiljano (4). Ya tenia Augusto muchas arulas ó altares pequeños por el mundo, porque la lisonja llegaba á reverenciarle por dios, y sacrificarle como á tal. En una arula suya que tenia en Tarragona nació una palma, lo cual fué tenido conforme á la supersticion de entónces, por cosa de muy gran felicidad, por haber sido siempre la palma árbol que representa victoria, y el nacer en el altar parecia victoria eterna del cielo. Muy alegres con esto los tarragoneses, enviaron muy apriesa á Roma sus embajadores, que llevasen con mucha pompa la buena nueva sin recatarse con su buena simplicidad, de lo que della se podia inferir. Augusto, que era muy agudo, se advirtió dello, y así no los respondió mas que estas palabras. Bien parece cuan pocas veces se hace fuego allí. Si sacrificaran á menudo en aquel altar, el fuego estorbara que no naciera nada allí, y el nacer la palma, era manifiesta señal del poco cuidado que tenian de sacrificar. Y esto no hay duda sino que lo dijo Agusto mas por donaire, que por afrenta de aquellos españoles. Porque naturalmente era benigno, y que con gran paciencia encubria y disimulaba las faltas de los otros, aunque fuesen en alguna ofensa de su autoridad. Desto hay muchos ejemplos, mas pondremos aquí uno solo, porque es de lo que le pasó con un cordobés. Llamábase este Emilio Eliano, y otro que lo acusaba, como Suetonio Tranquilo cuenta, entre otros delitos, le oponia tambien, que no sentia bien de las cosas de Augusto. Tratábase esta ocasion delante él, segun la costumbre que los emperadores al principio tuvieron de oir por su persona los pleitos. Cuando llegó á decir el acusador, y mas no siente ni habla bien Emilio de las cosas de vuestra Magestad, volvióse á él Augusto con representacion de algun enojo y díjole. Probadme vos eso, y yo haré que entienda Emilio, que yo tambien tengo lengua. Diré dél mas que él de mí. Y con tan blando castigo satisfizo á su enojo, y quitó al acusador la mala porfía con que en aquello queria insistir.

CAPÍTULO LXII (1).

Las maneras que se tuvieron en dar autoridad á lo que de los santos de España de aqui adelante en los libros siguientes se ha de escribir.

Habiendo de comenzar luego en este libro á escribir de los santos de España, segun lo que su historia como parte muy principal desta mia pide, y yo conforme á esto al principio en el prólogo propuse, tengo mucha cuenta, como tambien allí dije, que con ser el fundamento de cualquiera historia, y lo que ella por mas propio requiere, la verdad y certidumbre en las cosas que se han de contar: mas mucho mas es necesaria, y se requiere esto en la historia de los santos, que tiene mayor respeto y fin del cielo, y pone miedo de gran ofensa de Dios, cualquiera pequeña falta que en esto hubiese. Por lo cual se ha de procurar con mayor cuidado el autorizar lo que se escribe de los santos, por todas las maneras cristianas, graves y substanciales que se pudieren hallar, para dar mayor crédito a la escritura, y asegurar á los lectores de ser cierto y verdadero lo que en ella se refiera. Yo siento muy de veras lo que en esto es razon, con toda la advertencia y cuidado de cumplir, como mi flaqueza mejor pudiere, con lo que en este caso se puede juntar de testimonios auténticos y buenos originales, parece poco, segun la

(1) En el lib. 20, c. 14. (2) En la Epíst. 2, á Mecenas. (3) En el lib. 8, c. 55. (4) En el lib. 6, c. 3.

(1) En el original de Morales este capítulo no llevaba numeracion, apareciendo sólo como un apéndice del lib. octavo. B.

dignidad del sugeto y magestad de las cosas es grande, mas todavía hay algunas maneras de poderse autorizar la historia de los santos, y unos como lugares donde se hallan testimonios graves y de substancia, así que se entienda como, moralmente hablando, tiene verdad y certidumbre probable, lo que sacando dellos se prosigue. Muchos son estos lugares, y de solos seis, como de mas principales y señalados me he valido yo en esto, que de nuestros santos de España escribo, y son los siguientes:

1.º Lo que en la primitiva Iglesia los notarios, diputados para esto, escribieron de las pasiones de los santos mártires de su tiempo:

2.º Los procesos originales que se hicieron contra los santos mártires cuando los jueces los condenaron.

3.º Escritores graves y de mucha autoridad que escribieron vidas de santos, ó algo de sus cosas.

4.º Lo que canta la Iglesia en los oficios de los santos, y sus fiestas que les celebra.

5.º Santorales antiguos, de quien por buenos motivos se entiende merecen crédito y veneracion.

6.º Consentimiento comun de mucha parte de la Iglesia cristiana, y como tradicion

Destos seis lugares conviene tratar mas en particular, para que mejor se entienda la mucha autoridad que tienen, y el gran crédito que es razon que se dé á los testimonios y certificaciones que dellos se pueden tomar.

§ I. *Notarios de la Iglesia.*

San Dámaso, en lo que escribió de los primeros sumos pontífices hasta su tiempo, refiere siempre el gran cuidado que tuvieron, de que se escribiesen y quedasen en la Iglesia para memoria y ejemplo, los hechos de los santos mártires, con sus muertes y milagros que muchas veces nuestro Señor quiso mostrar por ellos. Esta diligencia, segun este Santo, la comenzó el papa san Clemente, discípulo del apostol san Pedro, que instituyó siete notarios en Roma, repartidos por diversas partes della, para que con toda fidelidad escribiesen todo lo que pasaba en los martirios de los santos, y todo lo que ellos como católicos hacian. Pasados algunos años en tiempo del emperador Máximo, el papa san Antero, considerando cuan precioso tesoro era éste para la Iglesia cristiana, mandando juntar todo lo que hasta su tiempo los notarios sobredichos habian escrito de los mártires, y reconociéndolo en particular, como san Dámaso escribe, lo mandó poner y guardar con cuidado en el archivo de la Iglesia. No se contentó el papa san Fabiano, que sucedió luego, con la diligencia de los pontífices pasados en esta parte, aunque habia sido harto buena, repartiendo entre los siete notarios antiguos por sus siete partes ciertas y limitadas, como barrios y parroquias, toda la ciudad de Roma, para que cada uno escribiese lo que en aquella parte de la ciudad de su cargo sucedia á los santos mártires, él de nuevo puso sobre cada uno dellos un subdiácono como sobrestante para que no consintiese descuidarse al notario en dejar de escribir algo de lo que á esto pertenecia, y todo se hiciese con el cumplimiento y fidelidad necesaria. Y cuando poco despues en tiempo de los emperadores Claudio y Aureliano, el papa san Felix, segun tambien san Dámaso cuenta, instituyó que las misas se celebrasen sobre las sepulturas de los mártires, ó donde hubiese mucha parte de sus reliquias, que fué como un principio y orígen casi de canonizar los santos, á lo ménos de honrarlos, y celebrarles fiesta en la Iglesia cristiana: no hay duda sino que aquel santo papa se rigió por los registros y testimonios de los notarios antiguos, para tener por mártires, y darlos á la Iglesia romana por tales, á los que aquellos registros testificaban haberlo sido. Y por autoridad de tales escrituras se asentó cuales mártires se habian de celebrar con pública fiesta por los cristianos, y á quién podian llamar seguramente en sus oraciones, pidiéndoles su intercesion con Dios para su ayuda y amparo.

Y esta diligencia de los notarios no fué para sola la ciudad de Roma, sino general para toda la cristiandad, pues el papa san Fabiano en su primera epístola decretal que escribe á toda la Iglesia cristiana, refiere lo que él ha hecho en Roma, y manda se haga lo mismo en todas partes. Sus palabras son éstas fielmente trasladadas: «Tambien hemos ordenado siete subdiáconos «que asistan con siete notarios para que recojan ente«ramente y con verdad los hechos de los santos márti«res, y nos los traigan para que los examinemos, y «con atencion los leamos. Lo cual tambien os amones«tamos que todos hagais de la misma manera, para «que de aquí adelante no pueda haber duda alguna ni «altercacion en esto. Porque todo lo que está escrito «para nuestra doctrina, dice el apóstol san Pablo (1), «que está escrito: y lo que con verdad en nuestros «tiempos se escribe, para doctrina de los que han de «venir se provee y se endereza. Por tanto mandamos, «que tal negocio como éste no se cometa sino á hom«bres fidelísimos, para que no se halle en lo que se es«cribiere alguna ficcion ó descuido en no comprender «bien la verdad, de donde pueda nacer (lo cual Dios «no permita) escándalo á los fieles de Jesucristo.» Así proveia este santo papa con tanto cuidado y advertencia lo que á esto tocaba para dentro de Roma, y para toda la universal Iglesia. Y esto sin duda se hacia despues deste mandato por todas las provincias y ciudades donde habia cristianos: y memoria tenemos de como se guardaba en España. Que cierto no es otra cosa quejarse tanto el poeta Prudencio, y san Isidoro en su misal, de como en el martirio de los santos Emeterio y Celedonio se les vedó á los cristianos escribirlo, mandando tambien el juez buscar con mucho rigor lo escrito, y quemarlo, sino decir claramente, que sabiendo los gentiles como la Iglesia cristiana tenia esta santa costumbre, de escribir lo que les pasaba á los mártires por sus notarios, les vedaron ahora el escribir, y si algo tenian escrito, se lo tomaron en los originales. Y el mismo poeta escribiendo, como escribió, de muchos otros santos de España, con grandes particularidades, no pudo tener de donde sacar lo que habia de contar, sino de estos originales, que así quedaron de los notarios, ó de otros que tenian á su cargo el escribir las cosas de los mártires en el mismo tiempo que sucedian, habiendo sido diputados particularmente en la Iglesia para esto, conforme al mandato que del papa san Fabiano se tenia. Porque este autor, como despues se dirá, fué pocos años despues de los mártires, de quien escribe, y así pudo gozar mejor de aquellos buenos originales.

Estos originales y registros destos notarios se conservaron mucho en Roma, siguiendo los sumos pontífices siguientes el ejemplo destos pasados, que con tanto cuidado lo mandaron hacer, y guardaron lo hecho. Y luego dirémos como se entiende que san Am-

(1) Ad Rom. 15.

brosio tuvo estos registros ó parte dellos. Y aquellos nueve libros de Eusebio Cesariense, que tan celebrados son por muchos santos autores, en que él por mandado del emperador Constantino recogió las pasiones de muchos mártires que en diversas provincias padecieron: de estos registros de los notarios principalmente se sacaron. Y de la misma manera todo lo que por aquellos tiempos en esta materia se escribió, de allí como de fuente muy clara y abundosa fué tomado. Y el glorioso doctor san Gregorio, escribiendo á Eulogio, obispo Alejandrino (1), aunque dice no halla estos libros de Eusebio en los archivos de la Iglesia, todavía le da á entender como no desespera de hallarlos.

Destos originales de los notarios de la Iglesia tengo yo por cierto que son particularmente entre otras muchas las dos historias que tenemos de san Laurencio y santa Inés. Muévome á creerlo por ver como lo que san Ambrosio con tanta particularidad escribe destos dos santos, es lo mismo que aquellas sus historias, que se leen en casi toda la Iglesia, contienen. Y á quien quisiese decir que ante se debia pensar que aquellas historias se tomaron de lo que el santo Doctor escribió, que no que él tomase dellas: fácilmente se responde con eficacia, que sin duda el santo Doctor tomó de algunas historias, pues él no vió los martirios de que escribe; y es muy probable que fué déstas que tenemos, que son muy copiosas, y contienen mucho mas de lo que el Santo tomó, porque él no queria dellas mas de lo que hacia á su propósito para ejemplificar lo que escribia. Tambien contienen en tanta particularidad, y tan concertada, que parece fué imposible pudiese escribirla, sino quien la veia, y la notaba para hacer memoria della. Juntó con esto la manera del estilo con tanta llaneza y cordura, y un cierto gusto de antigüedad que se percibe, y no se puede dar á entender, aseguran harto en esto. Y últimamente en muchos originales de autoridad, se hallan estas dos historias, con títulos de ser tomadas de los registros de los notarios de la Iglesia, que por entónces las escribieron. Destos mismos originales parece y se dice algunas veces en el martirologio de Adon, que son sacadas hartas de las pasiones de los mártires que allí se ponen: y Juan Molano en su prólogo sobre el martirologio de Usuardo señala otras algunas. Y de muchas de los mártires de España, como de las dos Eulalias de Mérida y Barcelona, Facundo y Primitivo, Servando y Germano, y mas á la clara lo de los tres santos de Tarragona, Fructuoso, Augurio y Eulogio, y otros, aunque con alguna mezcla, que luego aquí se notará, podríamos creer lo mismo, como por la mucha particularidad prudente y de gran juicio, por la forma del estilo con el olor de antigüedad parece, que son dos cosas de harta substancia, conforme á las que en esto se pueden ofrecer, para quien bien las sabe considerar. Y sin éstas concurren otras tambien de buen fundamento. Todo lo del papa san Marcelo hasta su martirio, como está puesto bien á la larga en el primer tomo de los concilios, es manifiestamente tomado de lo que los notarios así en aquel mismo tiempo escribieron. Y Wicelio, cuando pone esta historia en su Agiologio, muestra como fué escrita por los dichos notarios. Lo mismo es del martirio de santa Prisca, refiriéndose en originales antiquísimos, como es aquello lo que los notarios dél escribieron. Y la pasion del apóstol san Andrés, por haberla escrito en Acaya los mismos cristianos que se hallaron presentes á ella, la tiene por tan autorizada la Iglesia.

(1) En el lib. 7 de sus Epístolas. Epístola 29.

§. II. *Procesos hechos contra los santos mártires.*

El segundo lugar de donde se puede certificar y autorizar con mucha verdad lo que pasó en las muertes de los santos mártires, es el de los procesos originales que los jueces hacian contra ellos cuando los prendian, condenaban y justiciaban. Todos en oyendo nombrar este lugar, les parece muy cierto y de gran verdad; mas junto con esto, dudan que pueda haber ahora cosa alguna en las historias de los mártires, tomada originalmente de tales escrituras. Pues es así que se halla, y se entenderá advirtiendo á lo que sigue.

El estilo de los procesos antiguos, era en gran manera diferente del que usamos ahora, con una propia y particular manera de proceder, que la estrañamos mucho en viéndola. Hay ejemplos della en el glorioso doctor san Agustin en su libro que escribió contra un hereje llamado Cresconio (1); y mas á la larga en el libro que él llama Breviario de las colaciones contra los Donatistas, en todas tres colaciones y principalmente en la tercera. Tuvo en todo aquello el Santo necesidad de referirles á aquellos con quien disputaba, ciertas cosas que habian pasado en público y que se habian hecho procesos dellas; y por mostrárselo todo con mas verdad y certificacion, puso trasladadas algunas partes de los principios de aquellos procesos. Por allí entendemos la forma antigua del hacer la cabeza de un proceso, y continuarlo, y cotejando con aquello algunas pasiones de los santos mártires, vemos como son los procesos originales. Porque en todo y por todo conforman en el estilo, y en tener aquella misma manera de cabeza, y discurrir despues todo semejante, sin discrepar nada. Y de las que yo he visto, la historia del santo mártir el centurion Marcelo, que fué natural de la ciudad de Leon, y fué allí preso, aunque fué llevado á padecer en África: es tan manifiesto proceso original de su causa, que ninguno lo mirará contejándolo con aquello de san Agustin, que no juzgue muy de veras esto mismo. Y en el breviario de Ebora, y en algunos otros de Galicia, y en hartos santorales antiguos, se dice en el título, como fué sacada aquella historia de los registros públicos del proceso que contra el Santo se hizo. Lo mismo podria afirmar de la historia de los santos Fructuoso, Augurio y Eulogio. Mas por tener mezcla de dulzura cristiana, y no aquella enemiga y ferocidad, que en la otra se muestra, con que trataban y escribian todo aquello los gentiles, es mas verisímil, que ésta de estotros santos está mezclada de proceso original, y de testimonio de nuestros notarios, que hallándose, como podian, presentes á lo que pasaba, parte escribian á la letra lo que el notario gentil del juez, y parte añadian ellos con afecto cristiano. Y así la puse arriba con lo de los notarios. Tambien los martirios que comunmente se hallan en los santorales muy antiguos de los santos mártires Facundo y Primitivo, y Acisclo y Victoria, tienen harta muestra desta mezcla de proceso público y escritura de cristiano que á la sazon se halla presente á todo.

Tambien he oido decir de personas que han visto en el monasterio del Monte Casino, cabe Nápoles, el proceso que se hizo contra el glorioso mártir san Sebastian,

(1) En el lib. 3, c. 29 y 30, y en el lib. 4, c. 47.

afirmando ser aquel que allí está el mismo original que entónces se escribió.

§. III. *Lo que de los santos escriben otros santos, y autores graves.*

Estos dos lugares pasados, solo pueden servir para dar testimonios y autorizar las historias de los mártires, mas los que se siguen serán generales para todos los santos. Porque de cualquier santo de quien otro santo sabemos que escribió su historia, luego nos damos por satisfechos, y con reverencia tenemos por muy verdadero y de grande autoridad todo lo que allí se cuenta. Escribió san Atanasio la vida de san Antonio. san Gregorio Nacianceno, la de san Basilio, el glorioso doctor san Gerónimo. las de san Paulo, de santa Paula, y de san Hilarion; y en su estilo y en la aprobacion comun, sabemos cierto que estas escrituras son de los santos cuyos nombres tienen: ¿que mas podemos desear para creer que tienen mucha verdad? ¿que mas podemos pedir, ni debemos esperar para entera certidumbre? ¿Quién lee lo que san Ambrosio escribe de los santos mártires Gervasio y Protasio, y lo referido y confirmado por san Agustin. que ose poner duda en la verdad de lo que allí se cuenta (1)? ¿Quién desea mayor certidumbre en la vida de san Benito, cuando la ve escrita por san Gregorio? Lo mismo es el haber escrito este doctor santísimo el martirio de nuestro glorioso príncipe san Hermenegildo. Porque así como tenemos por gran gloria del real mártir, que un sumo pontífice, y tan gran santo escribiese dél, así tambien lo habemos de tener por gran certificacion del hecho, y lo que en él pasó. Para tenerse en un gentil por verdadero lo que está en su historia, basta tenerse comunmente por buen autor aquel que la escribe: ¿y no ha de bastar para un cristiano, ver escrita la vida de un santo por otro tál? A esta cuenta habia de entrar tambien lo que san Ambrosio, y despues á su imitacion san Isidoro, escribieron en sus misales y breviario de los santos: mas tendrá luego su propio lugar donde tratar dello.

Algunos santos escriben de sí mismos algunas cosas de que no se puede buscar mayor certificacion. Ejemplo son desto las confesiones de san Agustin. y muchas epístolas de san Gerónimo, y dos de san Ambrosio, donde cuenta lo que le pasó con los arrianos y con el emperador Teodosio. En España tambien los tenemos harto notables de dos grandes santos de seiscientos años atrás. En el insigne monasterio de la órden de san Benito, llamado Cela Nova en Galicia, ví el testamento de san Rudesindo, santo canonizado, fundador de aquella casa, y pariente de la real de Castilla. Y de san Pedro de Montes en el Vierzo, monasterio de la misma órden, que ha tenido de mil años á esta parte tres santos por fundadores, hube el testamento del postrero, que fué san Gennadio, obispo de Astorga, de quien reza aquella iglesia. Por ambas escrituras se entienden muchas cosas destos santos, con la entera certidumbre que se deja considerar.

Sin los santos escribieron otros autores graves de los santos, cuya historia merece mucho crédito por muchos respetos, y seria condenado por no de buen juicio entre los hombres doctos, quien no se lo diese. Tales son Eusebio, y los otros autores de la historia Eclesiástica: Beda, Usuardo, Adon y otros que ó escribieron en particular vidas de algunos santos, ó en general en sus martirologios de todos. Y para muchos de los santos de España tenemos cierto un autor grave y digno de mucho crédito, que es el poeta Prudencio. Vivió y escribió poco mas de setenta ú ochenta años despues que padecieron los mas de los santos de quien escribe. Así pudo alcanzar muy fresca la memoria y relacion de aquellos martirios. Era español, y por esto pudo tener mas y mejores aparejos de personas y de escrituras, para escribir de aquellos santos. Así vemos, como ya se dijo, que lo que él refiere, conforma todo con lo que de aquellos santos se escribió al mismo tiempo de su martirio. Y no turbe á nadie el ser este autor poeta, para pensar que como tal pudo fingir algo sin que mucho se le culpe. Porque él fué tan buen cristiano, y tuvo tan gran cuidado de ser en esto historiador y no poeta, como fácilmente se lo entenderá quien lo leyere.

Debemos mucho advertir en esta parte, que aunque veamos una historia de un santo no tener autor, ni manera de saberse qué principio tuvo, no por eso luego la hemos de tener por incierta, y quitarle el crédito. Porque este tal juicio, demas de ser temerario, procede tambien de no hacer la diligencia que se debe, para hallar cómo se pueda bien autorizar aquella historia. En dos ejemplos se verá esto harto claro, y se le podrá poner con ellos á cada uno freno y respeto, para no juzgar desapoderadamente de las historias de les santos. ¿Qué otra hay mas sin autor, y sin saberse comunmente su orígen y principio, que la de los santos Juliano y Basilisa? Si no mirásemos mas, podríamos no estimarla por parte de ser incierta, y que no tiene autor. y parecernos que es cosa nueva, y de pocos años acá compuesta. Pues es muy antigua, y tanto, que esto solo basta para darle mucha autoridad. El santo mártir de Córdoba Eulogio, ha mas de setecientos años que escribió, y hace mencion desta historia, y alega cosas y palabras formales della (1). Lo mismo es de la historia que comunmente tenemos de los dos santos Emeterio y Celedonio, que el mismo santo refiere palabras formales tomadas della. Hela allí autorizada de tanta antigüedad, y de traer testimonio della aquel santo, para que nos ponga temor el menospreciar y desdeñar las historias de los santos, cuando no tienen manifiestas señales de incertidumbre, y junto con esto poco concierto, así que sean semejantes á las que el papa Gelasio en su decreto tan celebrado manda desechar. Y luego trataremos deste decreto todo lo necesario para bien entenderse.

§. IV. *Lecciones de los santos en los maitines, y lo demás que canta y celebra la Iglesia.*

Lo que leen las iglesias en los maitines de las historias de los santos, y lo que dellos se cuenta en lo que rezan y cantan de sus oficios, es cosa que requiere mucha consideracion para entender el autoridad que da, y que tanta certidumbre y seguridad debemos creer que tiene de ser verdadero Y por ser cosa muy necesaria, y de buena doctrina, diré yo aquí lo que en ella he podido aclarar con gran cuidado que he puesto en pensarlo, comunicarlo, y platicarlo con insignes teólogos; poniendo lo que ellos me han enseñado, cuando yo, despues de haberlo pensado mucho tiempo con harto cuidado, con las dudas de mi ignorancia, hice

(1) En el lib. 22 de Civ. Dei. c. 28.

(1) En el lib. 1 de los Mártires de Córdoba.

avivar el fuego de sus ingenios y saber, para que mejor pudiese alumbrar.

Primeramente conviene advertir, como ha de tener el cristiano gran reverencia y acatamiento á todas estas cosas que así rezan y leen las iglesias de los hechos de los santos, para estimarlas como cosas sagradas y de mucho acertamiento y provecho para todos los fieles. Pensando que todo aquello es cosa del cielo, y ordenada y escrita con mucho miramiento y acuerdo, y ayuda de Dios, que favorecia á los que trataban de hacer aquello para su servicio. Y de todo lo que el buen cristiano así pensare, y del crédito, sujecion, y reverencia que con humildad á esto diere, se servirá mucho nuestro Señor; como por el contrario, se ofenderá gravemente de cualquiera libertad desordenada que alguno en hablar desto quisiese usar.

Luego despues desto conviene hablar con distincion en todo lo siguiente, por la diversidad que en ello hay. Porque unas cosas déstas, que la Iglesia así tiene en sus oficios de los santos son lecciones que se leen en los maitines, otras son antífonas y responsos, y otras son oraciones. Y sin todo esto hay fiestas instituidas en particular de algunas cosas de los santos. Y así como estas cosas son entre sí diferentes, así tienen alguna diversidad en hacer mas ó ménos certidumbre.

Las lecciones de maitines, son una historia donde se cuenta la vida del santo, y así se le habrá de dar el crédito que á otra historia se suele dar. Salvo que por tenerla ya recibida la Iglesia, se le debe aquel respeto y reverencia de que hemos dicho para no contradecirla, ni desecharla lijeramente, sino con causas suficientes, y casi manifiestas. El padre maestro fray Melchor Cano, obispo de Canaria, cuyo discípulo yo fuí, y estimo como es razon haberlo sido, y haber sido muy amado dél, con mucha aficion que me tuvo, en su insigne obra de los lugares teológicos (1) trató con gran diligencia y con aquel su singular juicio que tanto crédito se debe dar en la Iglesia cristiana á una historia, y cómo y por cuáles causas merece mas, ó ménos ser tenida por verdadera. Todo aquello se puede y debe aplicar á las historias de los santos, que están en los breviarios. Y unas dellas, por ser autorizadas con testimonio de algunos destos lugares que aquí vamos tratando, ó por tener aquellas buenas calidades con que él allí acredita la buena y verdadera historia, que es todo uno, ó sale á una misma cuenta: son excelentes, y luego de suyo manifiestan la verdad que tienen, y piden la reverencia y acatamiento que á las cosas sagradas se debe. Otras (lo que no se puede decir sin mucho dolor) tienen tan claro el no ser historias dignas de los santos, que sucede luego el tener los hombres maliciosos ocasion de burlar dellas, y los buenos cristianos y prudentes, de llorar el ver así escarnecidas las cosas de los santos, y otros grandes inconvenientes que desto suceden.

Esto forzó mas ha de mil años al papa Gelasio, primero deste nombre, hacer en Concilio de setenta obispos (2), aquel decreto prudentísimo y de gran rigor sobre las historias de los santos, para desechar y quitar del todo de la Iglesia cristiana las falsas é indignas dellos. Allí entre otras palabras, dice tambien éstas. Las hazañas de los santos mártires que resplandecen con diversas maneras de pasiones y tormentos, y maravillosos triunfos en confesar la fé de Jesucristo: ¿quién de los católicos dudará que no pasaron así, y que aun padecieron mucho mayores crueldades en sus martirios, y que no con sus fuerzas, sino con la gracia de Dios lo sufrieron todo? Mas todavía conforme á lo que de lo antiguo nos quedó mandado, ó conforme á la costumbre que ya se ha introducido con singular cautela y providencia no se leen en la Iglesia, porque de todo punto no se saben los nombres de los autores que las escribieron, y se cree que los gentiles ociosamente y sin mas fin las relataron, y que no están contadas con aquella consideracion y buen concierto que el órden y gravedad de las cosas requeria. Así proveyó aquel santo pontífice en esta cosa tan importante. Y pluguiera á Dios que hubiera valido su buen advertencia, y mandato tan recatado, para poner algo de respeto y santo temor en el escribirse despues las vidas de los santos que sucedieron. Así no estuviera ahora tan entera en la Iglesia cristiana esta querella, ni la lamentaran tanto y con tanta razon, primero Luis Vives, y despues el obispo Cano, y otros muchos cristianos prudentes y zelosos (1), á quien duele gravemente, que algunos ó por aficion sin prudencia, ó por codicia sin rienda, hayan hecho á los santos tales, cuales ellos, aunque pudieran, no quisieran ser: escribiendo dellos cosas tan fuera de ser verdaderas, que por ellas pierden el crédito, las que de hecho lo son. Y aunque esto es gran mal y de mucha lástima en cualquier historia de los santos: mucho mayor mal es, y de mas doloroso sentimiento, en las lecciones de los mártires, adonde la magestad del oficio divino requeria mayor certidumbre, pureza y cordura: y donde para con los simples se autorizan, y como si dijésemos, se canonizan aquellos disparates, con mayor detrimento de la reputacion de la Iglesia para con los infieles y herejes. Y podíanse poner con harto dolor algunos ejemplos destas tales lecciones, como están en algunos breviarios: donde se viese la mucha ocasion de burla y de escarnio que pueden dar á los infieles ó herejes, y de dolor y gemido á los buenos cristianos: mas yo los dejo por notorios, y porque otros podrán, cuando quisieren, advertirlos, y teniendo poderío y autoridad remediarlos.

Una cosa se puede decir, para algun consuelo en esto, que estas tales lecciones indignas, son muy pocas, y yo con alguna experiencia de haber visto muchos breviarios de diversas iglesias de España, lo puedo así afirmar. Todas las demás son graves y de mucha autoridad, y que se reducen probablemente á alguno destos lugares que vamos tratando. Y así por esto, como por tener todo lo que en una historia auténtica se debe y puede considerar, y buscar: es razon que sean en mucho tenidas, sin lo que por estar ya como consagradas, por haber sido puestas en el oficio divino, merecen ser reverenciadas. Y no por que les falte autor conocido son de ménos autoridad, porque ya las iglesias, que usan dellas, con recibirlas, se hacen como dueño y autor dellas. Y no hay duda, sino que las que tienen autor cierto, tienen mas ventaja de autoridad, pues tienen aquello, sobre ser recibidas en las iglesias: mas no por eso estas otras tienen defecto bastante, para ser por él solo reprobada. Cuanto mas qúe lo que el papa san Gelasio en esto dice, no tiene tanto rigor, que entendiéndolo bien, como conviene, no deje lugar de ser aprobadas muchas vidas de santos, aunque expresamente no tengan nombre

(1) En el lib. 11, c. 6. (2) C. Sacrosanta Romana, 15 dist.

(1) En el lib. 2, de corruptis disciplinis, y en el 5 de tradendis, y obispo Cano en el lugar de atrás.

de autor. Porque el papa habló en esto con mucha tasa, la cual muestra el advertencia, que tuvo en declararse con aquella palabra de todo punto, cuyo encarecimiento es grande, y que deja lugar á buenas conjeturas de haber autor, aunque no esté nombrado. Y despues lo restringe y estrecha aun mas, con las condiciones que añadió, de que hubiese sospecha probable que los infieles hubiesen escrito las tales leyendas de los santos, y que estuviesen escritas con tan poco órden y concierto, que se pudiese pensar dellas esto mismo. Estas tales lecciones solamente excluye, por esta falta de no tener autor expresado, y de las demás, que no tuvieron estas faltas, no veda que no se pueda juzgar prudentemente, para admitirlas. Y ambas condiciones juntas requiere el papa para la reprobacion, pues puso la copulativa, que debe tambien ser muy ponderada. Conforme á esta declaracion del decreto se excluyen, para no ser comprehendidas en él, las lecciones que ahora las iglesias comunmente rezan de los santos antiguos, por tener tres cosas: la primera es, que no carecen del todo de autor cierto, pues se pueden probablemente reducir á alguno destos lugares de que aquí tratamos. Lo segundo, que no tienen cosa que haga sospecha de que las escribieron los herejes ó gentiles. Lo tercero, que con haberlas recibido, ó toda la Iglesia, ó muchas iglesias en particular, ya tienen buen autor.

En general las lecciones de los santos, que de muy antiguo reza, y hace fiesta la Iglesia romana, á mi juicio son graves y muy dignas de ser aprobadas, aunque no sepamos quién las escribió. Conforme á esto tendrán mucha autoridad las lecciones que se hallan en un breviario romano antiguo, impreso en Venecia mas ha de cien años, en marca grande, de pliego entero, y parece se imprimió por mandado del papa, el cual tienen muchos monasterios de la órden de san Francisco, y de san Gerónimo, por toda España, y se han regido por ellos hasta ahora en su rezado. Allí se ve con harta probabilidad y aun certificacion, como aquello era lo que la Iglesia de Roma de muchos años atrás habia usado, y que se sacó de originales antiguos de mano, que en la capilla y librería del papa se hallaban. Y aunque hay algunas otras razones para creerse esto, es una harto eficaz, ver cuan pocos santos tiene aquel calendario, que son solos los apóstoles y mártires con muy poquitos mas. Y esto fué muy propio de los tiempos antiguos de la Iglesia.

Esto que se ha dicho de las lecciones, y del crédito que se les ha de dar: se ha de tener tambien de las antífonas y responsos, cuando son tomados de la historia del santo, como muchas veces se hace; que tienen entónces la misma autoridad que ella, y no mas. Si la historia y lecciones del santo son de las aprobadas y auténticas; así lo serán tambien las antífonas y responsos. Porque la historia de san Laurencio, es de las muy autorizadas, esto tambien todo lo de los responsos y antífonas que della se toman. Lo mismo es de todo lo del apóstol san Andrés, santa Lucía, santa Inés, y otros semejantes. Por el contrario, si la historia fuere de aquellas pocas apócrifas, y no dignas de los santos de que nos lamentábamos: las antífonas y responsos tomadas de allí tendrán el mismo daño; pues es todo uno esto y la historia, y la historia y esto.

La oracion que se reza en la fiesta del santo tiene un poco mas de reverencia y acatamiento, que se le debe, por ser cosa en cierta manera mas pública, y que en el oficio y en la misa se propone mas en general. Y en el rezado parece preparacion todo lo demás para la oracion; y que las antífonas, los salmos y los himnos y lo demás sirve para que al fin se suplique á nuestro Señor con mas devocion y aparejo espiritual, lo que en la oracion se le pide; haciéndole santa pompa y magestad todo lo que ha precedido. No hay duda sino que todo esto engrandece mucho á la oracion, y la hace digna de gran reverencia. Por esto cuando tiene algo que toque á la historia del santo, se le debe dar mas crédito, siendo mas notable ofensa de Dios, querer desdeñar aquello, y tenerlo por incierto y dudoso, sin haber por qué, ni para qué. Canta la Iglesia en la oracion de san Nicolás, que nuestro Señor le adornó y esclareció con innumerables milagros: refiere de santa Catalina, que por ministerio y manos de los ángeles, fué llevada á sepultar en el monte Sinaí: el no querer dar uno crédito á esto, y tenerlo por tal como otra cosa, que se cuenta de los santos, á que se puede con mas libertad contradecir, cuando hay buen fin y razon probable para hacerlo: seria perder aun mas que en lo pasado, la reverencia y acatamiento que á las cosas sagradas se debe (lo cual no se hace sin mucha ofensa de Dios) y seria tambien ofender los oidos, y dar escándalo á los buenos cristianos, que con sujecion y devocion reverencian todo lo que en el oficio divino y en la misa se les lee; y oyendo lo dicho de la oracion, sentirian mas el no estimarla.

Conviene advertir mucho en este lugar, que lo que san Ambrosio, y á su imitacion despues san Isidoro, pusieron en sus misales, todo se ha de tener por muy verdadero y autorizado. Y dando las razones desto, trataré de solo lo de san Isidoro, que comunmente llamamos misal y breviario Mozárabe, por sernos mas familiar en España: mas lo mismo será de lo del santo Doctor, y tan insigne de la Iglesia.

Ante todas cosas, la santidad, la mucha prudencia y excelentes letras deste bienaventurado doctor san Isidoro, bastaban para tenerse por muy verdadero y autorizado todo lo que allí puso de los santos. Despues desto lo mas de todo aquello se pone en el misal, y no en el breviario, conforme á lo que aquella forma de oficio y la imitacion de san Ambrosio requeria. Pues aunque no hay duda, sino que el santo se recataria mucho, en no poner en el breviario cosa de los santos, que no fuese grave y de mucho fundamento: mas todavía se debe bien creer, que tendria mayor recato y vigilancia, en no ponerla en el misal, donde la divinidad del sacrificio, y la presencia de Jesucristo nuestro Redentor en el Santísimo Sacramento, le pondria un gran respeto y temeroso encogimiento, para no osar decir allí sino cosas verdaderas y dignísimas, con que Dios certificadamente en sus santos se glorificase; pues las no tales no le podrian agradar. Tuvo tambien el Santo en aquel tiempo buenos originales y autores, que ya se han perdido, de donde pudo sacar las cosas de los santos (y particularmente de los de España, á quien mucho celebra) bien ciertas y autorizadas; y excelente ingenio y juicio tenia para saber escoger los mejores. Sin todo esto, san Isidoro vivió ciento y cincuenta años despues del papa Gelasio. Así es cierto, que vió aquel su santo decreto. ¿Pues no se moveria con esto san Isidoro? ¿No le pondria un santo temor aquel mandamiento tan justo? ¿No le entraria en el alma una santa congoja, para hacer eleccion con mucho cuidado, en lo que desto en su misal y breviario habia de poner? Cuán-

to mas, que le era entónces fácil cosa al santo Doctor, escoger lo bueno, cierto y averiguado de los santos mártires de España: pues es cierto, que con no haber muchos años que habian pasado, acá se sabia mas dellos, estando tan fresca la memoria de sus vidas y martirios, y lo que dellas, como se ha dicho, se escribió cuando pasaban. Por todo esto parece como todo lo que en el misal y breviario de San Isidoro se halla de los santos, se debe tener por muy cierto y verdadero. Demas desto el milagro del fuego tan insigne y tan manifiesto, como celebran nuestras historias, los hacen de grande estima, considerando la gran maravilla con que Dios quiso autorizarlos y mostrar en cuanto los tenia. Y cuando siendo él servido ésta mi corónica llegare á los tiempos de los reyes Ordoños y del rey don Fernando el primero, se tratará de las aprobaciones, que con mucha discusion los sumos pontífices hicieron deste misal y breviario. Así yo, cuando tuviere que sacar de allí para los santos de España, que lo que digo es de mucha certidumbre y autoridad, como tambien todos lo deben creer.

Hay en la Iglesia otra cosa mas adelante déstas en la historia de los santos, que es haber ya instituida fiesta pública y ordinaria en toda la Iglesia, ó en algunas provincias, de los milagros de los santos ó de algunos misterios. Así se celebra en toda la Iglesia romana fiesta del milagro de la nieve, con que la Sacratísima Vírgen María Nuestra Señora quiso señalar lugar en Roma donde se le edificase templo particular, que ántes no tenia. Tambien se celebra universalmente fiesta de la Invencion de la Cruz, y del tormento que padeció san Juan Evangelista en Roma, del haberse aparecido el Arcángel san Miguel, á la gloriosa vírgen y martir santa Inés. Y en España se celebra fiesta con título de la descension de Nuestra Señora, en memoria y glorificacion de cuando en la santa iglesia de Toledo vino á dar la casulla al glorioso san Ildefonso: y las dos milagrosas victorias del Puerto del Muladar y de Belamarin. Y en otras provincias se celebran así otros misterios. Pues si alguno fuese tan malo y desenfrenado, que negase ser verdad esto que así se celebra, porfiando que no pasó tal cosa: ya esto seria gran locura y desatino digno de castigo. Porque con humildad cristiana debemos creer, que cuando la Iglesia así se movió á una cosa tan grande como es instituir una festividad: que tuvo gran consideracion y certificacion, y que sin ella no consintiera hacerse tan solemne y célebre demostracion. Y no le parezca á nadie ser contrario desto lo que en el santo concilio Tridentino se trató de la Concepcion de la Sacratísima Vírgen Nuestra Señora, cuya fiesta todavía se celebra. Porque la institucion de la fiesta prueba, conforme á lo dicho, que esta festividad es dignísima de ser celebrada, como las de su Natividad y Asuncion. Y erraria tan mal como se ha dicho, quien dijese que no era digna de ser celebrada: siendo, como es, cosa muy diferente desto lo que el concilio allí manda.

§. V. *Los santorales antiguos.*

Los santorales antiguos, que es el quinto lugar, dan tambien harta autoridad á las historias de los santos que contienen. «General cosa es, que tenga, »la antigüedad en sí no se qué manera de veneracion, con que causa en los ánimos bien considera»dos un cierto respeto, así que una cosa se estime »y se precie solo por ser antigua.» Y mas en particular los libros y sus autores reciben del antigüedad, el ser mas graves y autorizados. Así en oyendo decir es autor antiguo, nos mueve y gana con nosotros crédito. Y no falta razon para esto, y particularmente en la historia. «Porque los mas antiguos que la escri»bieron, como mas cercanos al principio y origen »de los hechos, pudieron tener mas aparejo de sa»ber mas entera y cierta la verdad: y como Mar»co Tulio dijo con mucha lindeza, como mas ve»cinos al nacimiento del agua, la pudieron beber »mas limpia.» Esto sucede así tambien en las vidas de los santos, que hallándolas escritas de mano en libros de muchos años atrás, las estimamos por auténticas y verdaderas, aunque no tengan nombre de autor. Esto se entiende concurriendo en las tales leyendas de los santos, así escritas de antiguo otras particularidades, de estar escritas discretamente y con prudencia cristiana, y tener todo el estilo un buen gusto de la antigüedad, que en este género de escritura tenemos ya percibida y aprobada, por experiencia y continuacion de haber leido mucho desto. Y yo no tengo duda, sino que por todas las otras naciones de la Iglesia cristiana, hay muchos destos santorales antiguos, y Juan Molano y fray Laurencio Surio, autores graves, diligentes y muy vistos en esto, refieren de algunos, que en Flandes y Alemania se hallan. Mas cierto en España hay algunos destos santorales viejos de mano en iglesias y monesterios particulares, tan antiguos, que fueron escritos mas ha de seiscientos años, y tan cuerdos y bien concertados en su bien proceder, que se les parece el buen cuidado de no admitir ni poner cosa en ellos, que no fuese grave y autorizada. La santa iglesia de Toledo tiene dos déstos de grande antigüedad, escritos de letra gótica. Tiene tambien otro, que parece traslado dellos, y es bien antiguo y muy copioso, y Quevedo en la epístola á Andrea Resendio, lo llamó el Códice Esmaragdino, como en la respuesta parece, por unas iluminaciones verdes que tiene. Y éste me prestó á mí la santa iglesia, cuando escribia esto de los santos. Tambien allí en Toledo en el real monasterio de San Francisco, llamado San Juan de los Reyes, hay otros santorales de mano antiguos, y de harta autoridad. Mas creo debe ser mas antiguo, mas copioso, y de mayor veneracion, el que tiene el monasterio de San Pedro de Cardeña cerca de Burgos. Está en dos volúmenes, y el uno se ha traido á la librería del real monesterio de San Lorenzo del Escorial. Y digo esto habiendo visto en la santa iglesia de Oviedo un santoral escrito de mas de setecientos años atrás, en tiempo del rey don Fruela, primero deste nombre. Y general cosa es tener las iglesias mas antiguas de España muy buenos códices destos antiguos de las leyendas de los santos. Algunas dellas están escritas en un estilo florido abundoso, y lleno de agudezas verdaderamente declamatorias. Y esto arguye harta antigüedad; pues ya ha hartos centenares de años que aquello se dejó, sin que se supiese despues hacer. Y pues vemos que se hizo por imitar á san Isidoro, y conformarse con lo que él de los santos puso en su misal, que es todo adornado de tales lindezas, y agudeza en las sentencias, se puede bien creer que lo que tanto le parece, fué de aquel mismo siglo, ó poco despues, cuando esto aun no se habia dejado de usar, y se sabia hacer. Algunos lo atribuyen todo á san Braulio, obispo de Zaragoza,

contemporáneo y grande amigo de san Isidoro. Yo no lo creo, pues san Ildefonso tratando dél en sus Claros varones, no dice escribió mas que la vida de san Emiliano, y es la que anda en los santorales entre las demás.

§ VI. *La conformidad de las iglesias, y casi tradicion.*

El consentimiento de las iglesias de una nacion, y diversas en leer una misma cosa de algunos santos sin discrepar, que es lo postrero, autoriza mucho las leyendas. Principalmente cuando siendo lo que contienen de lo cuerdo y grave, se considera como por ser tal y tan bueno, se ha recibido tan en general, con que verdaderamente parece tradicion antigua que ha venido en la Iglesia de uno en otros desde muy viejos principios. Los primeros lo recibieron por bueno, y los siguientes no lo mudaron porque les pareció tal. Que si tanto no les contentara, ó lo mudaran y trocaran por otro, ó juzgaran por mas acertado no tener leyenda de un santo, que tenerla sospechosa. Así vemos que aquellas lecciones indignas, de que nos querellábamos, cual y cual iglesia las retiene, y las demás con mayor consideracion las han dejado. Y en algunas buenas lecciones donde se habia enjerido ó mezclado algo no tal en algunas iglesias: otras conservaron las lecciones buenas y desecharon lo sospechoso, arrancando la zizaña, de manera, que se quedase el trigo bien plantado. Ya se pudieran traer ejemplos de todo, mas tambien aquí se dejan por no mover lástimas. Y de todo se entiende, como el conformarse así muchas iglesias de provincias y naciones, da autoridad á lo que leen de los santos, reteniéndolo como por tradicion.

Estos son los lugares de los testimonios, para poder autorizar las historias de los santos: y éstos seguí yo en todo lo que de aquí adelante escribo de los de España, con tener siempre muy presente en la memoria la dignidad desta parte de mi historia, para tratarla con el temor y reverencia debida.

Podria pensar alguno, que falta aquí otro lugar insigne y de mucha importancia, que es la canonizacion de los santos. Porque muchas veces en las bulas de las canonizaciones cuenta el papa milagros y otras cosas de aquellos santos, y por ser aprobadas y relatadas así del sumo pontífice, con la diligencia y exámen que en aquello se pone, tienen mucha autoridad. Mas yo dejé de poner este lugar, porque no podia servir para los santos de quien yo escribo, hasta la destruccion de España, ni hasta muchos años despues. Y siendo Dios servido que yo pase adelante con esta historia, su lugar propio llegará donde se traten las causas de la canonizacion y sus principios, cosa que muchos desean saber, y yo con gran cuidado he procurado inquirir.

LIBRO IX.

CAPÍTULO I.

El año del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, hasta la muerte del Emperadar Augusto César.

Comenzará este libro con contarse en él la cosa mas alta y de mayor maravilla y espanto que en el mundo despues que él fué criado ha sucedido, ni pudo suceder. Y no es mucho que ponga tanta admiracion en la tierra, pues los ángeles en el cielo tambien se espantan con tan soberana maravilla, como es, que Dios se hizo hombre, y nació como tal. Cuanto mas incomprehensible consideramos la grandeza de Dios por todas las partes de su omnipotencia, sabiduría y bondad, tanto mas espanto y admiracion nos pone el verle hecho hombre. Y la particular humildad que hubo en como Dios lo quiso ser, es otra diferente maravilla. En la causa tambien que le movió para hacer esta grandeza, hay otro nuevo y espantoso misterio: y todo ataja tan presto al entendimiento humano, que le pone luego raya, para que no pase el cristiano adelante, ni pueda discurrir nada en esto: sino que solo alabe á Dios, que le dió fé para creerlo, esperanza de gozarlo, y caridad con que puede merecer y alcanzar el alto bien que le resulta, de haberse querido Dios humanar.

Este tan divino principio que aquí tiene la historia, tendrá de aquí adelante una digna prosecucion en todo lo de España (1): pues lo mas que habrá que contar en ella será como comenzó acá la religion cristiana, y los insignes fundamentos que tuvo, y como se adelantó muy presto, y llegó á grande acrecentamiento. Los historiadores destos tiempos, que aquí siguen, ningun cuidado tuvieron de las cosas de España, que tambien con estar bien sujeta á los emperadores, estaba pacífica: y así en muchos años será poco ó casi nada lo que de nuestras cosas podremos contar. Solo quedará lo que toca á la religion cristiana, que entró en España con solemne principio, y se fundó con gran multitud de muy ilustres mártires, que regaron con su sangre todos sus campos, para que la fé de Jesucristo, sembrada ya en ella, creciese y fructificase con mayor colmo: dejándole á su tierra esta gloria, que pueda y deba dar infinitas gracias á nuestro Señor, tanto como todas, y mas que muchas otras provincias del universo, por haberla hecho tan aventajada en esta parte tan excelente y celestial. Conforme á esto, aunque esta corónica ha de ser en estos libros como en los de mas general de todo: mas por lo poco que tendrá de lo demás, y lo mucho que habrá desto de la religion, se podrá verdaderamente llamar Historia Eclesiástica de España. Y como para mí será gran gusto escribir aquí los gloriosos triunfos de nuestros mártires, y las virtudes admirables de los otros santos de acá: así será para todos cosa muy agradable y de cristiano aprovechamiento el leerlo.

Nació pues Jesucristo nuestro Redentor, verdadero Dios y Hombre, de la sagrada Vírgen María, en Belen, al fin deste año, que es el cuarenta y dos del imperio de Augusto César, teniendo él en su treceno consulado por compañero á Marco Plaucio Sila. Y así Eusebio en su corónica puso el divino Nacimiento en

(1) Historia Eclesiástica de España.

este año. Y ya de aquí adelante dejaremos esta manera de contar por los cónsules, por estotra tanto mas principal de la natividad de nuestro Redentor, aunque todavía para la entera verificacion de los tiempos, no se puede dejar de tener siempre cuenta con el consulado. Y el no tenerse buena cuenta con él, dice san Agustin (1), que hizo errar á algunos en el año del divino Nacimiento. Así hay diversas opiniones en ponerlo en otro año: mas lo mas cierto es, que fué en este treceno consulado de Augusto con Plaucio Sila, como Juan Cuspiniano, y despues dél fray Onufrio Panuinio evidentemente lo averiguan. Y allí lo podrá ver quien mas en particular lo quisiere entender. Y porque ya aquí son acabadas las tablas Capitolinas que no pasaron adelante, y así se acabó tambien lo que Carlo Sigonio escribió sobre ellas: proseguiré de aquí adelante la continuacion y averiguacion de los años, por Aurelio Casiodoro, y lo que sobre él escribió Juan Cuspiniano, y despues prosiguió con gran diligencia Fray Onufrio Panuinio, continuando sus fastos por estos tiempos de adelante. Y mas particularmente seguiré la cuenta que este autor lleva en su corónica eclesiástica, que es lo postrero que él publicó ántes que muriese, y aquello tiene él por lo mas acertado y verdadero en la cuenta de los años: y en la misma corónica se parece bien, como con razon la pudo preciar así: y así los hombres doctos que la han visto, hacen della mucha estima.

En la misma noche que nació nuestro Redentor, se vió en España por el cielo una nube muy clara y resplandeciente, que alumbraba como el sol, volviendo la noche en claro dia. Esto cuenta así el obispo don Lucas de Tuy, historiador de mucha autoridad entre nuestros españoles, y dice que así lo halló en corónicas antiguas, y tambien lo refiere la general historia. Y no debió verse esto particularmente en España, sino que seria general en el universo, queriendo Dios mostrarle con aquella luz tan extraordinaria, como ya venia quien quitase la ceguedad y tinieblas de todo el mundo con la verdadera lumbre de su doctrina evangélica. Y todo lo de aquella noche cuentan los Santos Evangelistas, que fué luz y claridad, y Paulo Orosio tambien refiere (2), como aquel dia en Roma se vió como tenia el sol un gran cerco que alumbraba tanto como él.

Este mismo año de la natividad de nuestro Redentor se pusieron en Córdoba dos mármoles del todo semejantes en la escritura, el uno está dentro en la iglesia mayor, y el otro en casa de don Juan de Heredia. Y ambos tienen estas letras:

IMP. CAESAR.
DIVI. F. AVGVS-
TVS. COS. XIII.
TRIB. POTEST.
XXI. PONT.
MAX A. BAETE.
ET IANO. AV-
GVST. AD OC-
CEANVM.
LXIIII.

En castellano dice: Esta coluna, que es medida de camino, se puso siendo emperador César Augusto, hijo del divino Julio, el año que tenia el treceno consulado, teniendo la veinte y una vez el poderío de tribuno del pueblo, y siendo pontífice máximo. Señala esta coluna ciento y catorce millas que hay desde el rio Gudalquivir, y desde el templo del dios Jano imperial hasta el mar Océano. Tambien pudieron estos mármoles no ser solamente medida del camino, sino memorias del haberse aderezado con el arrecife, de que en el libro pasado dije (1).

Esta piedra, y otras que se pondrán adelante con memoria desta misma medida, tienen una cosa notable. Para contar ciento no ponen una C como se acostumbra en las piedras antiguas, sino una T vuelta del revés, así que vale tanto como dos LL, las cuales tambien por los dos cincuentas que se significan en la cuenta, vienen á señalar ciento. Y señalan sin duda este número, porque las millas que hay de Córdoba al mar Océano por San Lúcar, ó por el Puerto de Santa María, que es lo mas cerca, ciento y catorce, ó algo mas son. Y no turbe á nadie la diferencia que hay en la cuenta de las millas deste mármol al otro de san Francisco, que se puso al fin del libro pasado. Porque pudo muy bien acontecer, que entónces contaron ciento y veinte y una millas no mirando mucho en ello, y despues ahora cuando se acabó de aderezar el camino, habian puesto mas cuidado en la medida, y hallaron no mas que ciento y catorce. Y para entenderse lo que estos y otros mármoles que se han de poner, refieren deste templo de Jano en Córdoba, será necesario decir lo que yo puedo alcanzar dél por conjeturas. Yo creo que como Augusto César habia alcanzado aquella gloria grande y en mucho tenida, de cerrar en Roma el templo de Jano con paz universal: ó él edificó en Córdoba cerca del rio Guadalquivir un templo á este dios, por haber ganado acá en España, como hemos visto, esta paz, y querer dejar memoria della muy señalada: ó la ciudad de Córdoba por los mismos respectos, y por el otro muy ordinario de lisonjear á su príncipe, fabricó aquel templo. De cualquier manera que sea, el templo fué insigne y muy celebrado de ahí adelante, y del lugar donde parece pudo estar este templo, en los discursos de las antigüedades se trata por extenso.

Otro mármol puesto este mismo año para ser mojon de término, está en Ledesma, villa bien conocida seis leguas de Salamanca, en la pared de la iglesia. Las letras que tiene dicen desta manera:

IMP. CAES. AVG.
PONT. MAX. TRIB.
POT. XXI. COS XIII.
PAT. PATR. TERMI
NVS. AUGUSTAL.
INTER BLETIS-
SAM. MIROBRI-
GAM ET. SAL-
MANTICAM.

En castellano, despues de haber puesto al emperador Augusto los mismos títulos y números dellos, que los mármoles pasados, dice así: Esta piedra es término imperial entre los lugares Bletisa, Mirobriga, y Salamanca. Y Bletisa parece fué Ledesma.

En Ciudad Rodrigo, que no es muy léjos de Ledesma, tienen puesto en la plaza con gran recaudo de ornamento y de inscripcion, otro mojon de término an-

(1) En el lib. 2, de doct. Christ. c. 18. (2) Lib. 6, c. 20.

(1) Cap. 25.



La nueva era inaugurada por la cruz sobre las ruinas de la civilización romana.

tiguo con las mismas letras que el pasado, sino que tiene primero el nombre de Mirobriga, que parece es Ciudad-Rodrigo.

Parece que era este año de aclarar y señalar términos en España. Porque tambien en Portugal en un aldea llamada San Salvador entre Monsanto y Valverde, está otro mojon de término grande con estas letras:

IMP. CAES. AVG.
PONT. MAX. TRIB.
POT. XXI. COS. XIII.
PAT. PATR.
TERM. AUG. INTER.
LANC. OPP. ET.
IGAEDIT.

Lo que dice en castellano, despues de poner los títulos de los otros mármoles pasados, es, que aquella piedra era mojon imperial de término entre el lugar de los Lancienses Oppidanos, y el municipio Igeditano.

Tambien en Arjona, en una torre del castillo, está una piedra deste año, que creo yo es arula, porque en ella parece no ser basa de estátua. Dice así:

IMP. CAES. AVG. PONT. MA
XIMO. TRIB. POT. XXI. COS.
XIII. P. P. VICTORI. SACR.
L. AEM. L. F. NICELIUS. AED.
II. VIR. D. S. P. F.

En esta piedra se dice, como es un arula consagrada al emperador Augusto César, al cual pone los títulos que las pasadas, y mas el de vencedor. Prosigue al cabo, como Lucio Emilio Nicelio edil, y uno de los dos del gobierno del pueblo, puso esta arula de su dinero.

En los años que quedan del imperio de Augusto César, no hay que contar de lo de España, sino es, que habiendo habido muchos alborotos y compañías de salteadores en muchas provincias, como siempre las suelen dejar las guerras, cuando se acaban: tambien hubo harto desto en España. De todo dice Dion (1) que no quiere contar nada en particular, porque no hubo cosa señalada ni digna de escribirse. Mas todavía tratando Dion despues de la muerte de Augusto de su gran mansedumbre y benignidad, cuenta un ejemplo notable della, que mostró en un salteador español, y debió ser destos ya dichos. Llamábase Corocota, y traia muy turbada y desasosegada acá toda la tierra, sin que Augusto pudiese haberle á las manos. Enojado por esto bravamente el emperador, con mucha ira prometió por premio valor de tres mil escudos, á quien se lo trujese. El Corocota vino despues á entregarse por su voluntad en poder de Augusto: y él no solamente no lo mandó castigar, mas aun mandó darle los tres mil ducados, como á quien le habia traido al hombre, por quien él los prometió.

CAPÍTULO II.

Los principios del señorío de Tiberio César, y como los termestinos mataron al pretor Pison.

Ya de aquí adelante se han de ir contando en esta historia las cosas de España, que acontecieron en ella en tiempo de los emperadores romanos. Y si en tiempo de cada uno dellos hubiera cosas de España que contar, fuera necesario llevar continuada su sucesion muy de propósito, de como ellos siguieron uno tras otro. Mas porque habrá muchos dellos en cuyos tiempos no hay que contar de España, no me detendré nada, en decir quien fueron, ni como gobernaron: pues mas seria esto escribir historia de los emperadores, que no de nuestras cosas. Todavía, porque esta historia no parezca defectuosa ó quebrada en esta parte, y por haber sido los emperadores señores de España los nombraré por lo ménos á todos, llevando la continuacion dellos entera, con tal templanza en contar de sus cosas, que se entienda, como atento solamente á las de acá, no tengo ningun cuidado de escribir las dellos. Con esta moderacion y recato podré llegar con cuatro libros hasta la destruccion de España, prosiguiendo los setecientos años, que en este espacio de tiempo pasaron comprehendiendo tambien en ellos, todo lo que Florian de Ocampo propuso en su prohemio, que lo escribiria en diez libros. Yo no puedo entender de ninguna manera, cómo podia henchir tanta escritura con la historia de España, que hay en estos años. Porque aunque los años son muchos, lo que hay que escribir dellos en las cosas de España, es muy poco. Por lo cual tengo creido, que Florian tenia determinado escribir en aquellos diez libros mucho de todos los emperadores, pues sin esto era imposible extender tanto su escritura. A esta mia tan breve no creo le faltará nada de lo que se puede contar con verdad y certidumbre de lo de España: mas por faltarles los largos ensanches que se le pudieran dar de los emperadores, vendrá forzosamente á ser tan corta, y en tanta brevedad de cuatro libros comprendida.

Sucedió pues en el imperio á Augusto César, que murió sin hijos el año décimo quinto de nuestro Redentor, Tiberio César su alnado, hijo de su mujer Livia, que lo habia habido de otro marido: y él habia andado acá siendo mancebo en la guerra de Vizcaya, y como dice Suetonio Tranquilo, habia sido en ella tribuno de una legion. Al principio en su imperio, en una necesidad grande, en que se halló el ejército de los romanos, que estaba en Flandes, España á porfía con otras provincias hizo gran socorro con armas, dineros y caballos, aunque Germánico César, que era general allí tomó las armas y caballos, y no el dinero. Esto era el año diez y seis del nacimiento de nuestro Redentor. Y en él cuenta Cornelio Tácito (1), que los españoles de la Citerior enviaron con solemne embajada á pedir á Tiberio se les diese licencia de edificar un templo á honra del emperador Augusto César su tio en la ciudad de Tarragona. Concedióseles lo que pedian: y esta su lisonja de los españoles dió ejemplo á las otras provincias, para que enviasen á pedir lo mismo. Algo despues desto envió tambien la Ulterior España otra embajada á Roma, con otra semejante lisonja. Pedian á Teberio, que pues á la Asia se la habia concedido que edificase templo en honra de Tiberio y de Livia su madre, se les diese á ellos tambien para hacer lo mismo. Tiberio no respondió á los embajadores, sino á todo el senado, recusando con mucha modestia esta divina honra, reconociéndose por hombre mortal, y excusando tambien por algunas causas el haberlo concedido ántes á los de Asia, y dando otras, por donde convenia negarlo de ahí adelante á todos.

(1) En el lib. 56.

(1) En el lib. I.

En estos principios del señorío de Tiberio parece sucedió lo que cuenta Estrabon (1) No sosegaban aun bien los vizcainos, y con robos y crueles ladronicios fatigaban siempre á sus vecinos. Tiberio les puso tanta gente romana de guarnicion, que residiese de ordinario en aquella provincia, que no solamente sosegaron y se sujetaron todos; sino que con la comunicacion de aquellos soldados romanos dejaron mucho de su fiereza, y se ablandaron en las costumbres y en todo su trato con mucha policía, que llegó á tener harto de la de los mismos romanos. Cornelio Tácito dice (2), contando lo destos tiempos, que se temian movimientos en España: y poco despues dice, que de ordinario residian acá tres legiones. Y debe ser lo mismo de Estrabon.

Tambien en Cornelio Tácito (3) hay mencion por este tiempo de Numantina, primera mujer y repudiada de Plaucio Silvano, hombre principal en Roma. Éste mató su segunda mujer, y túvose sospecha que Numantina habia tenido en esto culpa: mas ella probó bien su inocencia, y así fué dada por libre. No se entiende por Cornelio Tácito que esta señora fuese española: mas yo lo creo por el nombre, que tan enteramente es de acá: y esto me movió á hacer della mencion aquí.

Murió en Antioquía á esta sazon Germánico César, muy pariente de la casa Cesarea, y muy valeroso capitan: y porque hubo sospecha que murió con ponzoña, cargó toda la culpa sobre un Neyo Pison, que habia poco ántes gobernado á España. Y con lo demás le acumularon, como Cornelio Tácito dice, que habia llevado grandes cohechos acá. Fué acusado en juicio público, y matóse él mismo una noche en su aposento, teniendo por cierto, que habia de ser condenado y muerto por justicia. Era muy ordinario en este tiempo el ser gobernada España con mucha tiranía. Porque tambien poco despues fué condenado en Roma Vibio Sereno, que siendo procónsul en la Ulterior, por violencias grandes que en público allí hizo, habia sido acusado en Roma por su mismo hijo: y esto fué mas triste cosa para su padre, que todo su peligro. La pena que se le dió fué, que lo desterraron á la isla Amorgo, que era una de las Cicladas en el mar Egeo, como tambien Cornelio Tácito escribe.

No esperaron los de la Citerior en este mismo tiempo, que era el año veinte y seis de nuestro Redentor, que en Roma castigasen á Lucio Pison su pretor. Éste, como escribe Cornelio Tácito (4), fatigaba la tierra con nuevos tributos, y con cobrarlos mas ásperamente de lo que se podia sufrir. Andaba con todo esto muy descuidado, y sin guarda ni recato, cual sus maldades requerian, porque la mucha paz de la provincia lo aseguraba. Caminando con este descuido por la tierra de los termestinos, de que muchas veces hemos dicho, como era cerca de Duero, y no muy léjos de Santistevan de Gormaz, un labrador, que Cornelio Tácito dice era natural de aquella tierra, le salió de improviso al encuentro en un caballo, y del primer golpe le hirió de muerte, sin que pudiese ser defendido por ninguno de los suyos. Con la misma presteza, que acabó el termestino su hazaña, se puso en huida, y valiéndole la gran lijereza de su caballo, se aventajó de los del pretor, que lo seguian, hasta meterse en muy ásperas breñas, sin que lo pudiesen alcanzar, ni aun ver donde se escondia. Viéndose ya libre, y en grandes asperezas, parecióle dejar el caballo, por poder mejor atravesar lo fragoso de la montaña. Alejóse tanto con esto, que los que iban tras él, perdiéron el rastro, y la esperanza de poderlo haber: mas hubieron su caballo, el cual llevaron por todas las aldeas comarcanas, pesquisando cuyo fuese. Por aquí vinieron á conocer el matador, que ya con disimulacion pensaba escaparse: preso y fieramente atormentado, porque declarase quien eran los demás que tenian parte en aquel hecho: con voz alta y muy constante hablando en su lengua española, respondió que en vano le preguntaban aquello. Vengan (decia muy sosegadamente) vengan aquí mis compañeros, y estén presentes á verme atormentar, que bien seguros estarán; pues ninguna fuerza de dolor habrá tan grande, que me saque una palabra deste hecho. Así pasó todo un dia en cruelísimos tormentos, venciéndolos todos con su constancia. El dia siguiente lo volvian á la misma fatiga; y él con todo lo que habia padecido, con gran fuerza y denuedo se escapó de improviso de los que lo llevaban, y dió con su cabeza en una peña con tanta furia, que se la rompió toda, y murió luego. Túvose por cierto, como dice Cornelio Tácito, que todos los termestinos ordenaron esta muerte de Pison, y se ejecutó por mano deste solo, que mostró bien en su esfuerzo y constancia, cuán buena eleccion fué la que se hizo dél para tan gran hecho. Pareceque les cabia ya por suerte á los Pisones que venian á gobernar nuestra España, ser muertos en ella. Ya éste, como hemos visto, es el tercero de los deste linaje, que fueron muertos acá. Y el ejemplo de uno de los pasados pudiera mover á éste, para no usar este rigor con nuestra gente. «Mas el ambicion y el avaricia, cuando una vez se «apoderan del ánimo, de tal manera lo ciegan, que no «solamente no mira á los ejemplos pasados, sino que «ni aun tampoco ve los peligros presentes.»

Despues el año treinta y dos se puso en Córdoba otro mármol, que está tambien en la iglesia mayor, con memoria del templo de Jano: y tiene estas letras.

IMP. CAESAR. DI-
VI. AVGVSTI. F. D.
IVLI. NEPOS. AV-
GVSTVS. PONTV-
FEX. MAX. COS.
V. IMP. TRIB. PO
TEST: XXXVII. AB.
IANO.
AVGVSTO. QVI.
EST. AD. BAETIM.
VSQVE : AD. OC-
CEANVM. LXIIII.

En castellano dice. Esta coluna, se puso siendo emperador Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto, nieto del divino Julio, pontífice máximo, el año que tenia el quinto consulado, teniendo la sexta vez el poderío y título de capitan general, y habiendo ya tenido treinta y siete veces el poderío de tribuno del pueblo. Señala esta coluna ciento y catorce millas, que hay desde el templo imperial del dios Jano, que está junto al rio Guadalquivir, hasta el mar Océano. Y entiéndese que se puso esta piedra el año que está dicho, porque Tiberio tuvo en él su quinto consulado, de que en ella se hace mencion.

(1) En el lib. 3. (2) En el lib. I. (3) Libro primero. (4) En el lib. 4.

CAPÍTULO III.

Los lenguajes diversos que tenian por este tiempo los españoles, y el rastro que se halla dellos.

Aunque la lengua latina se habia ya introducido en España por este tiempo, así que se entendia y se hablaba casi comunmente entre la gente principal: mas todavía se conservaba en cada provincia de España, la lengua particular que tenia. Porque ninguna duda hay sino que no era todo uno el lenguaje de España, como algunos piensan, habiendo algunas diferencias, como hasta ahora tambien las hay, unas mas diversas, y otras ménos. Esta diversidad parece clara, por decir Estrabon espresamente (1), que los españoles no tenian todos un lenguaje: y por lo que Pomponio Mela y el mismo Estrabon, dicen cuando llegan á describir la costa de Vizcaya, haciendo gran salva, de la dificultad que habia, en poner los nombres de aquellos lugares, siendo, como eran, tan ásperos y broncos en su sonido y pronunciacion. Y pues en los otros lugares de España no hallaban esta dificultad, claro está, que la causaba la extrañeza de la lengua de los vizcainos, muy diversa y peregrina para los demás españoles, como Pomponio Mela lo era. Estos lenguajes españoles así diversos se conservaban aun por este tiempo, como se ve manifiesto en lo que Cornelio Tácito refiere (2) de aquel termestino, y por lo que presto veremos que Séneca trata de Porcio Ladron español. El mismo autor muestra tambien como los vizcainos tenian por este tiempo su propia lengua, y diferente de las otras de España. Dice (3) que pasaron algun tiempo en Córcega, donde él escribia esto, nuestros españoles, lo cual se parecia ahora en trajes y en vocablos vizcainos, que retenian y conservaban. Destos lenguajes españoles queda muy poco rastro, y solamente algunos vocablos que se hallan referidos por de España en los autores antiguos. Dellos son los siguientes. A los hombres, que por ser mal considerados en muchas cosas, los llamamos ahora tochos, y en latin los nombran stolidos, por este tiempo los llamaban acá gurdos, como Quintiliano lo refiere (4). El nombre de la lanza de nosotros lo tomaron los romanos, como lo trae Aulio Gelio de Marco Varron (5). Del mismo autor es (6), que llamaban en las islas de Mallorca y Menorca vepiones á las zaidas: y hablando destas aves, se podria pensar que dice el mismo autor, que era tambien propio vocablo de aquellas islas Buteo, con que nombraban cierto género de ave de rapiña, bueno para comer. De tal manera habla tambien este autor (7) dos veces de la grana que se cogia en Mérida, que podria alguno imaginar, que el vocablo de grana era aun entónces español. Mas no tiene esto tanta apariencia, por tener su orígen en el latin. Y aunque en el nombre de la grana hay esta duda, no la puede haber en el de la mata en que se cria. Porque Plinio allí dice expresamente (8), que los españoles llamábamos Cusculia á las plantas donde la grana nacía: y es casi el mismo vocablo que ahora tenemos, llamándolas coscojas. Alarguez llamamos ahora en España una planta, conocida por este nombre para algunas medicinas: y antiguamente se llamaba acá aspalato, como el mismo autor lo afirma (1). De Plinio tambien se sabe y de otros autores lo pusimos en su lugar, como los numantinos llamaban celia cierta manera de brevaje que usaban, y este mismo brevaje ó otro diverso, se nombraba tambien acá ceria: que en Plinio no está aclarado (2). Los romanos llamaban cuniculos á los conejos, y laurices á los gazapos; y Plinio dice (3), que ambos estos vocablos eran españoles. Cierto género de hormigas venenosas llamaban los andaluces salpugas. En las islas de Mallorca y Menorca cierto género de caracoles que se hallaban en las cuevas, tenian por nombre cavaticos: aunque cuando Plinio lo dice (4), se puede pensar, que no puso el vocablo propio de aquella tierra, sino el que en latin le respondia. Lo mismo creo yo que hizo este autor en el nombre español de las abutardas. Dice (5) como las nombraban acá avestardas, que quiere decir en latin aves perezosas. Y no debia ser este el nombre español, sino otro que con palabras españolas decia lo mismo, que estas latinas. Como Plinio escribia en aquella su obra (6) de muchas cosas diversas, y él las habia notado estando acá, así se hallan en él notados muchos vocablos españoles. Viriles refiere (7) que se llamaban en la Celtiberia las ajorcas que traian los hombres, y por esto se puede pensar deste vocablo, lo que de los dos pasados. A cierta manera de barras de oro pequeñas á que ahora llamamos rieles, escribe este autor (8), que las nombrábamos estrigiles. Y luego se ve que puede haber en este vocablo la misma duda, que en los tres precedentes. Ésta no hay en los dos vocablos españoles, que pone poco despues. Palacras y palacranas eran nombres de acá con que nombraban las barras, ó pedazos de oro grandes, como se hallaban en las minas. Y si eran mas pequeños estos pedazos, era su nombre baluces. Bubbaciones llamaban tambien los españoles, segun este autor (9), y los de Vizcaya principalmente, á ciertas venas diferentes de la piedra iman, que se hallaban entre ellas en los veneros. Las paredes de tapias, como era cosa muy particular de España, así tenian en ella su propio nombre, que era hormazos, ó cosa que mucho parecia á este vocablo, como de Plinio se entiende (10). Y tenemos ahora este vocablo, para significar con él otra manera de pared poco diferente. Cetra era vocablo español, con que significaban el escudo de cuero, como es ahora el adarga. Y falarica era un género de arma enhastada arrojadiza, que muy á la larga pinta Tito Livio. En él y en otros autores hay mucha mencion de las cetras. Y dellas y de una cobertura española, como manto ó herreruelo, llamada sago, de que ya algunas veces se ha dicho. Así tambien se ha referido (11) el nombre de una manera de silla española, que usaba Augusto llamada Dureta, y era su propio nombre de acá. Cocolobis era, segun Plinio refiere (12), vocablo español, con que nombrábamos cierto vidueño de cepas. Así se podrian hallar tambien otros vocablos en los autores de los lenguajes antiguos españoles. Y esta es la razon que yo puedo dar dellos, sin poder afirmar otra ninguna particularidad. Y de lo dicho resulta entenderse, como no tienen buen fundamento, los que quieren decir, que la lengua que los vizcainos ahora tie-

(1) En el lib. 3. (2) En el c. 6. (3) En el libro de la consolacion á su madre Albina. (4) Lib. 1, c. 5. (5) Lib 15, c. 30. (6) Lib. 10. c. 49. (7) En el lib. 9, c. 41, y en el lib. 22, c. 2. (8) Lib. 14, c. 13.

(1) Atrás en el lib. 8, c. 10. (2) Lib. 22, c. 24. (3) Lib. 8, c. 55. (4) Lib 29, c. 4. (5) Lib. 30, c. 6. (6) Lib. 10, c. 22. (7) Lib. 33, c. 3. (8) En el c. siguiente. (9) Lib. 35, c. 14. (10) En el lib. 35, c. 14. (11) En el lib. 6, c. 14, y en otros lugares atrás. (12) En el lib. 14, c. 2.

neo, y llaman vascuence, fué la comun antigua de toda España.

CAPÍTULO IV.

El destierro de un hermano de Sénéca. Los españoles que fuéron á ver á Tito Livio. Y la muerte de nuestro Redentor Jesucristo.

El año siguiente treinta y tres, desterró el emperador Tiberio á Junio Galion, hermano de Séneca, y hijo de Séneca el viejo. La causa de su destierro, como Cornelio Tácito y Dion escriben, fué que él por pensar lisonjeaba mucho á Tiberio, propuso en el senado, seria bien que los soldados pretorianos (y eran los de la guarda del emperador) cuando llegasen á ser eméritos, gozasen la preeminencia de sentarse en el teatro á mirar los juegos públicos, en las catorce gradas mas honradas, donde nadie sino gente principal solia estar. Al emperador le supo mal esto, y con furia reprehendió á Galion por una carta (porque estaba Tiberio ausente de Roma) diciéndole con aspereza: ¿que qué tenia él que ver con los soldados? ¿De cuyas cosas nadie ha de tratar ni darles premios, sino solo su general? Que queriéndoles dar esta honra, les daban grandes ocasiones de alborotos y motines. Luego se ordenó de desterrar á Galion por esto. Y porque parecia que no tenia en nada el destierro, yéndolo á pasar en la ínsula de Lesbo, que era fértil y deleitosa, volviéronlo á Roma, y tuviéronlo preso en diversas casas de los que tenian cargos públicos.

En tiempo del emperador Tiberio, florecia mucho en Roma Tito Livio, y la fama de su grande elocuencia y grandeza en escribir la historia, se extendia por todo el mundo. Hubo algunos españoles, que movidos con admiracion de su ingenio, con que en sus historias espantaba, partieron de su tierra, y fuéron á Roma por solo verlo. Dice muy agudamente san Gerónimo (1), fué cosa de mucha maravilla, que no habiéndoles movido la ciudad de Roma y su magestad, para irla á ver: sola la fama de un hombre los llevó hasta allá. Y entrando en una ciudad como aquella, buscaban otra cosa mas que ella. Yo veo tambien en este hecho los lindos espíritus de nuestros españoles, y sus ingenios nobles y muy levantados: porque si no son tales, no suelen moverse tan poderosamente en semejantes deseos. Plinio el menor dice (2), que no era mas de uno el que fué, y que era hombre ilustre, y que en habiendo visto á Tito Livio, se volvió luego para que se entendiese, como no venia á mas que aquello.

Vocieno Montano tambien fué un orador famoso en tiempo deste emperador, y dél hace mencion Séneca el padre algunas veces. Desterróle Tiberio á nuestras islas de Mallorca y Menorca, y allí estuvo, como Eusebio cuenta en su corónica, hasta que murió, y por haber estado y muerto acá hice esta mencion dél.

En tiempo deste emperador se comenzó á introducir y usar en Roma, que los que habian escrito alguna, especialmente obra de poesía, juntaban sus señores y amigos, y con gran pompa se la recitaban. «Habia en esto grandes cumplimientos, y vanos aplausos y lisonjas, y todo era muchas veces gran pesadumbre y fastidio intolerable, cual sabe que es, quien «con buen gusto y juicio ha padecido el tormento de «oir sin poder hacer otra cosa algunas horas, y alabar despues forzosamente una mala poesía, ó cualquier otra escritura no buena.» Y fué menester dar cuenta desto, porque será adelante necesario saberlo.

Fueron felicísimos y bienaventurados los tiempos deste emperador, y de mayor ventura y buena dicha para todo el universo, que ninguno de los que habian precedido, ni seguirán despues: si consideramos como en ellos vivió, predicó, nos enseñó, y nos redimió con su muerte preciosa Jesucristo nuestro Redentor, y de siervos malditos y condenados á muerte eterna, con la suya nos hizo hijos y herederos de su gloria sin fin. Y padeció Jesucristo nuestro Redentor este año siguiente treinta y cuatro de su nacimiento, habiendo cumplidos ya los treinta y tres años de su edad, y pasados tres meses y dos dias del año treinta y cuatro della. Incluyendo el dia del nacimiento y de su muerte. Esto es así verdad, porque lo es haber sido muerto este año, que es el décimo octavo del señorío de Tiberio César, siendo cónsules en Roma Servio Sulpicio Galba, y Lucio Cornelio Sila, viernes á los veinte y cinco de marzo, el mismo dia en que hacia treinta y cuatro años, en que fué anunciado y concebido en las entrañas Santísimas de la sagrada Vírgen María nuestra Señora. Ser éste el verdadero dia de la Pasion de nuestro Redentor, demas que lo escriben muchos de los santos doctores antiguos, como nuestro ilustre Pedro Mejía lo refiere: pruébalo tambien con gran delicadeza y claridad frai Onufrio Panuinio en sus fastos, llegando á este año: sin que pueda quedar alguna duda á quien bien sintiere. Y habiendo contado cosa tan alta y de tan divino misterio, no podrá en este lugar dejar de abatirse mucho la historia, y dar gran caida, habiendo de proseguir otras cosas profanas, que como en comparacion désta, y para juntarse con ella, son indignas: así son para la historia de España necesarias.

CAPÍTULO V.

La muerte de Sexto Mario. El mucho oro que se sacaba en España. Monstruos que se vieron acá. Y el poeta Sextilio Hena.

La crueldad de Tiberio César embravecida mas con desordenada avaricia, le hizo que matase este año á Sexto Mario español de nacion, y el mas rico de toda su tierra, que á la sazon vivia en Roma. Cornelio Tácito dice (1), le impusieron que habia corrompido una su hija que tenia, y por esto fué condenado á muerte, y diósele tan cruel, que lo despeñaron de la gran roca del Capitolio. Y añade Cornelio Tácito, como el emperador se tomó luego para sí unas ricas minas de oro, que el triste Sexto Mario acá tenia, para que no se pudiese encubrir, no haber sido el incesto de su hija verdadera culpa, sino achaque que se buscó para tomarle sus grandes riquezas. Dion cuenta (2) mas á la larga deste Sexto Mario, que era gran privado de Tiberio, y que con esto habia crecido demasiadamente en riquezas y poderío. De ambas cosas pone un donoso testimonio. Enojóle un vecino, y él convidóle á comer, sin que el otro osase rehusar el convite de un hombre tan poderoso, aunque ya le temia. Túvole Mario dos dias en su casa, y el primero le mandó derribar toda la suya por venganza: y habiéndose luego arrepentido, le

(1) En el prólogo de la Biblia. (2) En el lib. 2 de sus epístolas en una á Nepote.

(1) En el lib. 5. (2) Lib. 58.

volvió á reparar la casa con mucha ventaja y mejoría. Cuando el convidado volvió á ella, sin saber nada de lo que pasaba, y la halló tan mejorada, no podia entender quién hubiese labrádola: hasta que Mario le dió cuenta de todo lo que habia hecho, amonestándole que entendiese cuánto poderío tenia para destruirle, y para hacerle bien. Temió Mario despues que la gran hermosura de su hija provocaria á Tiberio á que la deshonrase. Por esto se la quitó de delante, y la envió fuera de Roma. Luego le acusaron que habia él corrompido su hija, y fué despeñado, y su hija tambien fué muerta. Así parece que se concertaron la crueldad, el avaricia, y la torpeza de lujuria, para afear á porfía mas este hecho.

Fué cosa harto notable en España por este tiempo y mas de cien años despues, el sacarse oro en gran cantidad por muchas partes della. No se entiende esto por esta condenacion de Sexto Mario solamente: sino por espantar lo que Plinio desto escribe (1), afirmando se hallaban en las minas de acá algunos pedazos de oro de mas que diez libras: y este metal era tan fino y puro, que no era menester fundirlo. Tambien refiere que en Asturias, Galicia, y parte de Portugal se sacaba cada año veinte mil libras de oro de las de entónces, y son treinta mil marcos de ahora: que es suma de poco ménos que tres millones de ducados. Prosigue que hasta entónces no se sabia otra ninguna provincia que fuese tan fértil en esta riqueza. Tambien en las muchas maneras que cuenta tenian nuestros españoles en el sacar el oro, y en otras particularidades, se parece bien cuánto desto teníamos. Tambien espanta como siendo la codicia de ahora tan grande, ó mayor que la de entónces, no se despiertan nuestros naturales con ella. Á lo ménos los que tan vanamente, como muchas veces vemos, gastan su vida y su hacienda en alquimia, mejor la emplearian en esta industria. Bien sé que dicen muchos, que los antiguos se dieron tanta diligencia en buscar el oro en España, y en agôtarlo cuando lo hallaban, que ni les quedó mina por descubrir, ni grano por sacar. Yo no creo que descubrieran todas las minas, y pienso tambien, que en mas de mil y quinientos años naturaleza puede haber formado enteramente otras venas de oro, en tierra tan propia y aparejada para darle materia dellas. Falta de industria es, y tan gran flojedad, que todo el ardor de la codicia no la puede encender ni avivar. Yo he visto en Galicia grano de oro sacado del Miño, del tamaño casi de un garbanzo, y sitio hay en su ribera que se arrienda por algunos ducados para sacarse en él oro.

El avaricia de Tiberio llegó á tanta rapiña, que mandó confiscar la hacienda de muchos españoles principales, y tambien de otras provincias. Y Suetonio Tranquilo que solo cuenta esto, dice, como las causas por que lo hacia eran siempre tan livianas, que á algunos se les opuso por crímen para así destruirlos, no mas de que tenian mucha parte de hacienda en dineros, formando de allí la sospecha, que trataban de hacer algun levantamiento en la tierra.

En tiempo deste emperador Tiberio en el mar de Lisboa, que entónces llamaban Olisippo ó Ulisippo, se vió un triton, de la misma forma que los poetas le representan. Ellos fingen que estos tritones son como trompeteros del dios Neptuno, á quien la vana gentilidad tenia por dios y señor de la mar: y que tenian verdadera figura de hombres de la cinta arriba, y de allí abajo eran del todo peces, y que tocaban grandes caracoles de la mar como bocinas, y hacian con esto gran sonido. La extrañeza y monstruosidad deste personaje puso tanta admiracion en los portugueses de Lisboa, que les pareció cosa digna, dar aviso dello en Roma al emperador, y así como Plinio escribe (1), le enviaron para solo esto una solemne embajada. Dice mas Plinio, que en aquella misma costa de Lisboa se vió algunas veces una nereida, que era como ninfa de la mar, y tambien partida en figura de mujer y de pez, y que lo que tenia de mujer era todo cubierto de grandes y muy levantadas escamas. Cuando se murió, oyeron los portugueses sus gemidos semejantes á los de los puercos, ó de otros animales de tierra.

En tiempo de Tiberio fué proveido para venir al gobierno de España Lucio Aruncio, hombre principal en Roma, mas despues fué detenido, sin que Tiberio le consintiese venir acá. Esto toca brevemente y á otro propósito Cornelio Tácito, (2), y parece este Aruncio el mismo que Dion no nombra, mas cuenta (3) era enemigo de Seyano, un privado que Tiberio habia muerto, y que estaba elegido para venir al gobierno de España.

En tiempo deste emperador, y algunos años ántes, fué conocido y estimado en Roma el poeta Sextilio Hena. Fué natural de Córdoba, como en Séneca el padre parece (4), y él no le da tanta doctrina como ingenio: No guardaba un tenor perpetuo en lo que escribia: levantándose con desigualdad notable, no de las alabadas por la diversidad del sugeto, sino de las viciosas por no mas poder. Tuvo tambien otras algunas faltas de grosería, y de parecérsele el ser extranjero, en no usar la lengua latina tan bien como debiera. Escribió entre otras cosas una lamentacion de la muerte de Marco Tulio, y habiéndola de recitar en casa de Mesala Corvino, insigne orador de aquellos tiempos, convidó como se usaba, para que la oyese á Asinio Polion, discípulo de Marco Tulio, de quien atrás se ha dicho. Éste ni era muy amigo de la fama de su maestro, ni muy sufrido cuando le tocaban en la de su elocuencia, que él mucho estimaba. Todo esto mostró bien aquel dia. Comenzó Sextilio á recitar su obra por un verso, cuya sentencia en castellano era ésta. Es muy justo llorar á Ciceron, y cómo calla despues de él muerto, sin poder hablar la lengua latina. Oyendo esto Asinio, vuelto á Mesala le dijo: Vos, señor, que estais en vuestra casa, mirad lo que podeis mandar y vedar en ella, que yo no tengo de oir á éste que me tiene por mudo. Con esto se levantó y se fué del auditorio. Y aunque parece afrentaba al pobre poeta, mas se ofendia á sí mismo con la demasiada libertad y soberbia del donaire.

CAPÍTULO VI.

Los Emperadores Calígula y Claudio. Herodes murió acá. Emilio Régulo ilustre cordovés. Pomponio Mela, Columela, y otros.

Sucedió á Tiberio el emperador Calígula, tanto, y aun mas malvado y cruel que su predecesor, el año treinta y ocho: y en los principios de este emperador parece que vino en España el bienaventurado apostol Santiago, á predicar la fe de Jesucristo nuestro Redentor y hacerse nuestro verdadero patron y amparo en ella como presto se tratará en su propio lugar.

(1) En el lib. 33, c. 4.

(1) Lib. 9, c. 5. (2) Lib. 5. (3) Lib. 58. (4) En el lib. I, de las Suasorias.

El malvado Herodes Antipas, que mató á san Juan Bautista, segun afirman Josefo, y Egesippo, autores muy graves, y dellos lo tomaron Sulpicio Severo y Beda, vino al fin á morir acá en España junto con la malvada Herodiade, por quien el Santo fué muerto Y fué desta manera. Él vino á Roma con su mujer, por visitar á Calígula, y ganar su gracia. Tomó esta ocasion Agrippa, otro rey de otra parte de Judea para venir él tambien á Roma, y acusarle delante el emperador de la muerte de su hermano Filipo, á quien habia quitado la vida y la mujer. Temiendo Herodes el castigo que Calígula por esto haria, se vino huyendo con su mujer en España, donde acabaron ambos la vida. Josefo dice en las antigüedades (1), que Calígula desterró á este Herodes á Leon de Francia. Mas en el segundo libro de la guerra de los judíos cuenta, como hallando Herodes mucha aspereza en el emperador, se vino huyendo á España, y su mujer le acompañó: y ambos murieron acá. Y hase de entender, que habia por este tiempo judíos en España, como tambien los habia en Italia y en Roma, y en todas las otras provincias ricas del pueblo romano, adonde se entretenian en sus negociaciones y tráfagos. Y esto le pudo mover á Herodes para venirse acá.

Este maldito emperador Calígula, dice Dion, que entre otras sus abominables maldades, tenia propuesto de robar cruelmente á España por entender que habia en ella grande riqueza. Que aunque nunca cesaban romanos de sacar plata y oro de España, su riqueza y abundancia fué siempre tan grande, que nunca dejaba de estar muy próspera, rica y engrandecida.

Tuvo este malvado emperador grande ódio á Séneca el hijo, y decia mucho mal de su estilo en el escribir, y queriéndole matar, al fin no lo ejecutó, contento con desterrarle, como se dirá en su propio lugar.

Matóle despues cruelmente á Calígula Casio Cherea capitan de su guarda. Y ántes dél le habia intentado tambien la muerte siendo cabeza de una conjuracion Emilio Régulo, natural de Córdoba. Era hombre principal, y bien se parece pues se empleaba en un tan gran hecho, y los otros le seguian, y lo tomaban por su cabeza y caudillo en él. Y expresamente dice Josefo en las antigüedades (2), que á Casio Cherea y á los otros, que trataban de matar á Calígula, los movian intereses particulares: mas á Régulo solo le incitaba no poder sufrir las injurias y crueldades que Calígula en público usaba con todos Y es cosa principal en nuestro buen español este celo del bien público, con que se señalaba entre todos los romanos, y se movia á emprender una tan grande hazaña. No dice Josefo por qué se le estorbó á Régulo este su magnánimo propósito. Suetonio dice en general, que dos conjuraciones se descubrieron, y otras aguardaban oportunidad, hasta que Casio ejecutó con la buena que tuvo.

Del linaje deste Emilio Régulo parece cierto otro á quien se puso estatua en la ciudad de Sagunto, y dura hasta ahora la dedicacion en una torre del alcazar con estas letras. Y tambien la puso Pedro Appiano en sus antigüedades.

PAVLO. AEMILIO. P. F. PAL.
REGVLO. XV. VIR. SACR.
FAC. PRAEFECTO. VRB.
IVRI. DICVN. QVAESTO
RI. TI. CAES. AVG. PA-
TRONO.

(1) Lib. 18, c. 9. (2) Lib. 19, c. I.

En castellano dice: Esta estatua se puso á Paulo Emilio Régulo, hijo de Paulo de la tribu Palatina, que fué uno de los quince diputados para hacer los sacrificios, y prefecto en Roma para oir los pleitos, y sentenciarlos, cuestor de Tito César Augusto, y púsosele como á patron y defensor desta ciudad. En Pedro Appiano no se lee SAC. FAC. sino SAGVS FAC. y queria decir que fué uno de los quince diputados que tuvieron cargo de mandar hacer sagos para provision del ejército. Mas yo pongo lo que vió y leyó quien entendia bien lo que habia en la piedra. Y ya al fin del libro pasado dijimos de otro Emilio cordovés.

No cumplió Calígula aun cuatro años en su imperio y sucedióle Claudio, alnado tambien de Augusto el año de cuarenta y dos del Nacimiento. En su tiempo deste emperador se cree fué cuando vivia y escribia en Roma sus libros de geografía que tenemos muy buenos, Pomponio Mela, español, y que parece de la casta de Séneca, donde hubo muchos deste sobrenombre. Fué Pomponio Mela natural, como él dice de sí mismo, de Melaria, lugar en la costa del Océano, en el Andalucía, el cual algunos piensan que es el que ahora llamamos Bejer de la miel. Mas yo creo que estaba á la ribera de la mar, y no tan metido en tierra como Bejer.

De muy cerca de allí fué Turanio Gracula, escritor español por estos tiempos, á lo que parece, porque no sabemos mas dél, de cuanto Plinio hablando del estrecho de Gibraltar lo alega, y dice que nació cerca de allí.

A este emperador le pusieron en Castulo ciertos vecinos de allí una estatua con una basa y título muy soberbio que dura hoy. Está ahora la basa en la villa de Linares en casa de un caballero que llaman Sancho de Benavides, donde yo la he visto. Fué la piedra entera de mas de diez piés en largo y tres en alto. Tiene solos tres renglones, y las letras del primero son de un palmo, y las de los dos de mas algo menores. Y dicen así.

CLAVDIVS. CAESAR. AVGVSTVS. GERMANICVS. P. P. CORNELIVS. P. F. GAL. TAVRVS. ET. VALERIA. P. F. VERECVNDA. CORNELIVS. P. F. GAL. TAVRVS. F. LVDIS. IMPENSA. SVA. FACTIS. D.

En castellano dice: Éste es el emperador Claudio César Augusto Germánico, padre de la patria. Cornelio Tauro, hijo de Publio, de la tribu Galatina ó Galeria, y Valeria Verecundia, hija de Publio, y Cornelio Tauro, el hijo deste Publio de la misma tribu, hicieron y dedicaron esta estatua, habiendo hecho en la dedicacion juegos á su costa.

Tambien es deste emperador una gran basa de estatua que se halla en Castro el rio, cerca de Córdoba, en el cementerio de la iglesia mayor, con esta dedicacion.

CLAVD. CAES. AVG. GERM.
PONT. MAX. TRIB. POT. V. IMP.
X. PP. COS. DESIG. IIII. OPTA-
TVS. REBVRRI. L. IMAG. CAES.
AVG. P. R. IMP. D. S. P. D. EAM.
QVE. CVM. OPTATO ET REBVR-
RO FILIIS DEDICAVIT. SENA-
TVS DECREVIT PERPETVO
BONIS. PVBLICIS INTERESSE

Lo que la piedra dice, despues de haber puesto al emperador sus títulos, es que Optato, ahorrado de Reburro, de su dinero le puso aquella estatua, y la dedicó juntamente con sus dos hijos llamados Optato y Reburro. Por esto el senado ordenó que perpetuamente el Optato se hallase en cualquier cosa honrosa, que públicamente se hiciese.

En tiempo deste emperador era famoso hombre en Roma un español de la Lusitania. Éste se llamaba Apuleyo Diocles, y era admirable en su arte de correr caballos, cada uno por sí sueltos ó uncidos en carros. El arte por sí es noble y propia de españoles, y en Roma era entónces muy preciada, y Diocles extrañamente aventajado en ella, por lo cual todo mereció una tan insigne memoria. Esta piedra tiene ocho piés en largo, y cuatro en alto, la multitud de escritura, y la lindeza de las letras la hacen muy costosa, y las innumerables victorias de Diocles que en ella se cuentan famosísima. Está ahora en Roma en el campo Marcio, en casa de los caballeros llamados Cechinos. Pónela Guillermo Filandro en sus anotaciones sobre Vitruvio, y tambien está en el libro donde recogieron todas las antigüedades de Roma, y con mas fidelidad la puso Aldo Manucio en su ortografía. Allí la hallará quien la quisiere ver, que yo por no estar en España no la puse aquí. Tambien no se podia trasladar en castellano á la letra, porque fuera cosa prolija y fastidiosa. Junto con esto no se puede trasladar bien por muchas particularidades que tiene, que en nuestra lengua no se pueden declarar sino muy á la larga, y con grandes rodeos. En suma dice esto: Que Cayo Apuleyo Diocles, español de la Lusitania, vivió cuarenta y dos años, y siete meses, y veinte y tres dias. Luego comienza á decir, que venció tal dia con tal y tal suerte de caballo, ó carro, en tal ó tal cuadrilla, y llevó tal y tal precio. Repite esto tantas veces, cuantas fueron sus innumerables victorias. Otra piedra deste mismo Diocles está en la casa del obispo en Preneste, y tambien la pone Filandro y Aldo: es basa de estatua que le pusieron á Diocles en el templo de la fortuna que habia en aquel lugar sus dos hijos Cayo Apuleyo Nimfidiano y Nimfidia.

Era en Roma por este tiempo varon insigne por sus letras Lucio Moderato Columela, natural de la isla de Cádiz, como él lo da á entender algunas veces en su singular obra, que hasta ahora tenemos de agricultura. Y aunque hace mencion de Séneca, leyó sus obras siendo él vivo, porque tambien escribe lo que oyó decir á Lucio Volusio, que fué consul con el emperador Calígula. Y así vivia por este tiempo Columela, ó poco despues.

Tambien hubo en Roma por este tiempo dos oradores españoles harto señalados, de quien Séneca el padre hace mucha mencion en sus libros de las declamaciones y controversias. Cornelio Hispano y Clodio Turrino: y este postrero dice (1) que era nieto de un caballero, en cuya casa posó acá Julio César.

Fué asimismo por este tiempo insigne la elocuencia de Porcio Ladron, español, de quien ya dijimos, cuando vino á Roma. A lo que yo creo fué natural de Córdoba. A lo ménos crióse en aquella ciudad desde niño con Séneca el viejo, como él en el prólogo de sus declamaciones lo refiere. Allí prosigue tambien con harta particularidad la mucha amistad que con él tuvo, y las grandes virtudes de su ingenio y elocuencia,

(1) En el lib. 8.

con algunos ejercicios de su vida. Murió de una cuartana, como se halla en la corónica de Eusebio. Y Quintiliano cuenta dél (1) como se turbó una vez al principio de una oracion. Mesala, otro grande orador, como en el mismo Séneca se lee (2), decia de Porcio Ladron, que era elocuente en su lengua, para dar á entender que no hablaba perfectamente la latina. Y por aquí se entiende como tenian aun todavía por este tiempo los españoles sus lenguajes naturales. No tenemos otra obra suya, sino una declamacion que hizo contra Lucio Catilina, y otra vez habremos de tratar dél presto. Tuvo Porcio Ladron un pariente llamado Rústico Porcio, á quien como el mismo Séneca dice (3), acá en España defendió en juicio, y por esto parece, como el irse Porcio Ladron á Roma fué siendo hombre entero.

Estuvo en España la Citerior por el emperador Claudio, un siervo suyo, por nombre Drusilano Rotundo, con cargo de hacienda, y se hizo labrar una fuente de plata de tanta grandeza, que pesaba quinientas libras de las de entonces, que son setecientos y cincuenta marcos de ahora, y se hizo aposta para labrarla una tienda y horno muy grandes. Bien pregunta Plinio cuando lo cuenta (4), ¿que cuantos hombres la habian de menear? ¿ó en qué convite habia de parecer? Y para acompañarla tenia otros ocho platos de setenta y cinco marcos cada uno. Esto muestra la grande abundancia de plata que acá habia. Muestra tambien la del oro, el escribir el mismo autor (5), como la misma provincia Citerior envió en presente á este emperador una corona de oro, que pesaba siete libras, y eran diez marcos y medio de ahora.

En los postreros años de Claudio, gobernó á España Cayo Appio Silano, y de acá lo envió á llamar el emperador cuando lo mató. Tambien gobernó en el Andalucía al mismo tiempo Umbonio Silion, como del uno y del otro en Dion parece.

El bienaventurado apóstol Santiago, nuestro patron de España, fué martirizado al principio del señorío deste emperador Claudio, y así es éste el propio lugar de escribir del gloriosísimo Santo.

CAPÍTULO VII.

La vida, martirio, traslacion, invencion y milagros del glorioso apóstol Santiago patron de España.

Habiendo de comenzar luego en lo que se sigue, los principios, aumento y sucesion de la Iglesia de España, y contar de los muchos y muy esclarecidos santos con que ella triunfa soberanamente en el cielo, es grande alegría el haber de ser el principio por el glorioso apóstol Santiago, á quien ella tuvo entónces por maestro, y como por fundamento de lo mucho que Dios queria edificar en ella, y ahora le tiene por tan singular patron en el cielo, que parece nos tienen una santa envidia desto todas las otras naciones de la cristiandad, segun con tanta frecuencia y devocion vienen á visitar su santa sepultura y tomarle por su abogado. No pudo desearse en la Iglesia de España mas alto principio: ni yo ni nadie que quisiese escribir della, holgara mas de comenzar por otra parte. Y porque esta tan principal de su grandeza se goce cumplidamente como es razon,

(1) Lib. 10, c. 5. (2) En la 13 controversia del lib. 3. (3) En la controversia 24, del lib. 5. (4) En el lib. 33, c. 11. (5) En el lib. 33, c. 3.

escribiendo del santo Apóstol muy extenso se contará todo lo que para el autoridad desta ínclita merced que Dios hizo á España pudiere servir.

El verdadero nombre deste santo fué Jacobo, tomado del patriarca Jacob con poca diversidad. Mayor es la que nosotros los españoles hemos hecho, corrompiendo poco á poco el vocablo, hasta extrañarle tanto, como ahora los usamos. De santo Jacob acortamos (como en los nombres propios ordinariamente solemos) y dijimos Santo Jaco. Cercenamos tambien desto despues algo, y quitando una letra, y mudando otra, dijimos Santiago. No paró aquí el mudar, ántes porque el Yago ó el Tiago por sí no parece caer, ni sonar bien, comenzamos á pronunciar Diago, como en escrituras españolas de trescientos y doscientos años atrás se lee. Al fin habiendo pasado por todos estos trueques, paramos en Diego para el nombre ordinario, quedándonos con el de Santiago cuando nombramos al Santo.

Este glorioso apóstol fué natural de la provincia de Galilea, hijo del Zebedeo y de María Salomé, aunque otros la llaman diversamente, y hermano mayor del evangelista san Juan. Tuvo parentesco muy cercano con nuestro Redentor Jesucristo, segun la carne, y lo mas comun es decir que fueron primos hermanos. El haber habido el parentesco y muy conocido, cosa es averiguada entre los santos doctores: en el orígen y manera dél, y porqué parte se juntaba, hay alguna diferencia. Su padre el Zebedeo era pescador, oficio muy usado en los puertos de mar. Y con haber en Galilea el gran lago lleno de mucho pescado, que los evangelistas llaman mar de Tiberiade, convidaba mas á los naturales de la tierra, como lo era el Zebedeo, para entretenerse en esta manera de vivir. El bienaventurado doctor san Gerónimo, de noble linaje refiere que eran el Zebedeo y su mujer (1), pues hablando de san Juan en la Pasion, dice que por ser hombre de noble casta, tenia conocimiento con el pontífice de los judíos. Nicéforo tambien trata (2), como el Zebedeo era hombre principal, señor de un navío, con que seguia la pesca, y así puso á sus dos hijos en el mismo ejercicio. Y parécese claro, como padre y hijos seguian este trato de la pesquería honradamente, mas como señores que como oficiales, pues dice el evangelista san Marcos expresamente (3), que tenian criados y gente de soldada que los servia en su navío. Éstos serian los que trabajarian, y harian en aquella negociacion todo lo servil y bajo que en ella habia. Tambien ayudaban los dos hermanos, como mancebos despiertos en algunas cosas, y así dice el evangelista san Mateo (4), que estaban ellos aderezando las redes en su navío con su padre el Zebedeo, cuando nuestro Redentor los llamó para que fuesen sus discípulos.

El poderío de mandarles Jesucristo á estos dos hermanos, y la fuerza del juntarlos consigo por caridad, fueran tan grandes, que como dice el evangelista san Mateo, ellos luego (y vale tanto como decir, sin dilacion, sin mas pensar en ello, sin hacer mas cuenta de sí, sino de quien les mandaba) dejaron la nave y las redes, y á su padre, que á la sazon estaba con ellos en ella, y siguieron á Jesucristo de hecho con el cuerpo, y mas de veras con el alma. Al llamarlos, refiere el evangelista san Marcos (5), que les puso nuestro Redentor nuevo nombre Boanerges, que quiere decir hombres de Trueno. Y aunque este nombre pareció despues propio de san Juan, cuando comenzó su Evangelio con aquel alto tronido: *In principio erat Verbum*, que espanta los entendimientos humanos, segun penetra en los profundos misterios de la divinidad: mas tambien el apóstol Santiago, siendo acá en España nuestro amparo y defensa en las guerras, mereció con razon este nombre: pues mas feroz que trueno ni rayo espantaba, confundia y desbarataba los grandes ejércitos de los moros.

Despues de haberse ido así los dos hermanos á seguir su Maestro, refiere Nicéforo (1), tomándolo de otro autor llamado Evodio, sucesor que fué de los apóstoles, que los bautizó san Pedro á estos dos santos hermanos, y ellos bautizaron despues á los mas de los apóstoles.

Quiso luego nuestro Redentor acariciar á estos sus dos discípulos juntamente con san Pedro y san Andrés, y mostrarles como no se habian engañado en seguirle. Así poco despues desto, segun en san Lucas parece (2), mandó á san Pedro que echase la red: y él dijo, que la echaria en su nombre. Los peces que de aquel lance se tomaron fueron tantos, que las redes se rompian, y la nave se hundia. En este trabajo pidió san Pedro el ayuda á Santiago, y á su hermano que estaban en otro navío, y con venir ellos á socorrerlos, se sacó á tierra en salvo toda la pesca. Y fué tan grande el milagro de la mucha pesca, que nunca acaba el santo Evangelista de encarecerlo, y san Pedro con el espanto se echó á los piés de nuestro Redentor, y le dijo como atónito. Sal, Señor, de mi navío, porque yo soy hombre pecador. «Luego da Dios muestra de quién es, á «quien de veras le sigue: porque el verle y gustarle, «ponga mas aliento, para mas servirle. Y todo redunda «en nuestro mayor bien, que es lo que él desea merezcamos y alcancemos.» Por esto quiso que estos pescadores gozasen luego aquel milagro: que aunque pequeño y muy corporal, podia poner cebo para esperar los otros mayores y mas celestiales, que presto habian de venir. Y ahora le ayudó Santiago á san Pedro en esta pesquería, despues le ayudará mas enteramente en la de las almas. Predicará en España, y en Judea y en Samaria (3), y será martirizado el primero de los apóstoles: y el grano así muerto producirá gran fruto, del que la Iglesia se mantiene, y san Pedro en ella mas deseaba.

En todo lo de adelante fueron siempre ambos hermanos muy amados y favorecidos de nuestro Redentor entre todos los apóstoles, como parece de los misterios, en que particularmente quiso que le acompañasen (4). Llevólos consigo á resuscitar la hija del príncipe de la Sinagoga (5), y á gozar en la Transfiguracion la muestra de su divinidad y de su gloria. Y demas del parentesco, esta privanza tan conocida pudo mover á su madre destos santos, para pedir á nuestro Redentor para ellos los mas aventajados lugares de su reino y grandeza (6), que ella y ellos se imaginaban habia de tener en la tierra. Porque ya habian precedido estos misterios, cuando su madre así quiso negociar. Y parecióse el buen ánimo y esfuerzo de los dos hermanos, en la constante respuesta que entónces dieron á su Maestro, cuando les preguntaba: ¿Podeis beber el cáliz, que yo tengo de beber? ¿Podeis derramar vuestra

(1) En el epitafio de Marcela. (2) En el lib. I, c. 33. (3) C. I. (4) C. 4. (5) C. 3.

(1) En el lib. 2, c. 3. (2) C. 5. (3) Joan 12. (4) Marc. 5. Luc. 8. (5) Matth. 17. Marc. 9, Luc. 9. (6) Matth. 20, Marc. 10.

sangre? ¿Podeis ofreceros á la muerte, como yo me ofreceré? Ellos con entera firmeza y valerosa determinacion respondieron á tan áspera pregunta. Sí que podemos.

Tambien se mostró éste su esfuerzo y gran corazon, y la fé que ya iban afirmando dentro dél, en el ímpetu que tenian para vengar la injuria hecha á su pariente y Maestro, cuando no le quisieron acoger los samaritanos en su ciudad (1). Entónces Santiago y san Juan, se señalaron entre los otros apóstoles, con adelantarse en decir á nuestro Redentor. Señor, ¿quieres que hagamos que descienda fuego del cielo, y abrase toda esta gente? Parece que (conforme á lo que dice el proverbio castellano de los parientes) hervia en ellos la sangre, para matar y destruir, por la parte que tenian en la de Jesucristo. Pues no os deis ahora tanta priesa, glorioso apóstol Santiago, á querer derramar sangre agena por Jesucristo vuestro primo. No pasará mucho tiempo, que le deis vos á él, y deis por él toda la vuestra. Dejadle vierta él primero por vos la suya, para que cuando la vuestra se mezcle con ella por otro nuevo vínculo de parentesco espiritual, y por nueva amistad en el martirio: sea dél mas estimada y en mucho tenida. Dejad que se asiente bien la deuda, para que sea mas debida la paga. Acábeseos de hacer enteramente el beneficio, porque hagais vos con mas obligacion y mas voluntad la recompensa. Entónces será de mas valor y de mayor agradecimiento. Aprendereis entretanto de vuestro Maestro (2), que no está la muestra del verdadero amor en matar, ni sacar almas agenas por el amado, sino en mortificar y dar en la muerte la propia vuestra por vuestro amigo. Ésta os enseñará vuestro Maestro, que es la mayor alteza y perfeccion del amor, y así no os contentareis vos de ahí adelante con otra que sea ménos. Y si tan ganoso estais de hender y matar por Jesucristo en sus enemigos: sufríos ahora santo feroz un poco. Tiempo vendrá que con la espada en la mano hagais la guerra por vuestro Maestro, y mateis por vuestra persona millares y millares de moros sus malvados adversarios.

Duró la privanza de Santiago con su Maestro, hasta lo postrero de su vida (3). Consigo lo llevó á la oracion del huerto y en aquella su grande fatiga y triteza quiso la compañía de su muy querido.

Esto es lo que le pasó al apóstol Santiago en vida de nuestro Redentor, cuando le seguia segun en los santos Evangelistas se halla. Lo que sucedió adelante es que vino á predicar á España. Esto han querido contradecir algunos con harto flacos fundamentos. Dicen que no se halla escrito haber él predicado mas que en Judea y en Samaria. Que tuvo poco tiempo para venir acá. Que la division de los apóstoles no se hizo en su vida. Y que parece difícil cosa, que habiendo venido acá, volviese á ser martirizado en Jerusalen. Verémos despues la poca fuerza que todo esto tiene: veamos ahora las buenas razones con que se prueba lo contrario. Aunque para los buenos cristianos, y que con debida simplicidad quieren sujetar sus entendimientos á las cosas devotas y piadosas, y no contradecirlas con demasiada viveza y porfía; podia y debia bien bastar la persuasion y tradicion tan antigua y asentada, que toda la Iglesia de España en esto tiene. Y de cuanta eficacia sea esta razon, aquellos lo entienden, á quien Dios hace merced de dárselo á sentir bien con humildad. Y esto que está recebido y se tiene creido en España, llega ya á ser tan asentado, que por lo ménos no seria bien hecho porfiar lo contrario.

La memoria asimismo tan solemne, que conserva la iglesia de Zaragoza de la venida del Santo Apóstol, es otro gran testimonio de ella. La iglesia colegial de aquella ciudad, llamada Nuestra Señora del Pilar, es muy insigne: la veneracion en que se tiene la capilla que en ella llaman la cámara Angelical, es singular, y la devocion de toda la tierra grandísima. Todo esto da grande autoridad á lo que allí se tiene escrito de tiempo muy antiguo, del orígen y milagroso principio de aquella iglesia. En suma es, que llegado el Santo Apóstol á Zaragoza, y saliéndose de noche con sus discípulos á la ribera del rio Ebro, para mejor enseñarlos y ocuparlos en oracion, le apareció la sacratísima Vírgen María nuestra Señora sobre una coluna ó pilar de jaspe que allí habia, rodeada de gran número de ángeles, que le cantaban celestialmente los maitines. Poniéndose el apóstol de rodillas á reverenciarla, ella le dijo. En este mismo lugar labrarás una iglesia de mi nombre y advocacion: porque yo sé, que esta parte de España ha de ser mucho mi devota, y desde ahora la tomo debajo mi amparo. Pasadas otras razones desapareció la santa vision, y el Apóstol se dió luego diligencia en hacer lo que se le habia mandado, edificando la capilla, y dejando dentro della el bendito pilar de jaspe, que ahora tanto es reverenciado, dando tambien nombre á toda aquella suntuosa iglesia. Esto se ha conservado así en la memoria de los cristianos de aquella ciudad, de tiempo antiquísimo, sin haber memoria de su orígen ni principio. Y el doctor Antonio Beuter en su corónica dice haberlo hallado escrito de tiempo antiguo en el monasterio de la Minerva, de Roma. Y tambien lo refiere del papa Calixto y de otro autor.

Demas desto la Iglesia de Braga celebra con gran solemnidad la fiesta de san Pedro Mártir su primer obispo, dado y ordenado por el apóstol Santiago, cuando estaba acá en España, que así lo lee en los maitines, siguiéndole en esto las otras iglesias de aquel reino de Portugal. El sepulcro deste su santo prelado es tenido allí en suma y bien debida veneracion, por los muchos milagros que en él han sucedido y suceden sin cesar, como luego se tratará mas por extenso.

Pasando adelante, nadie no osará negar que el cuerpo del glorioso Apóstol no está en la ciudad de su nombre, traido allí, y hallado despues con tan grandes milagros como veremos. Pues poniéndose á considerar las causas de tantas maravillas, se hallará una mas conveniente que todas, de haber querido nuestro Señor, que el glorioso cuerpo de su Apóstol fuese reverenciado en la provincia donde predicó. Como san Pedro, san Pablo, san Andrés, san Juan, santo Tomás, y otros apóstoles fueron sepultados donde predicaron: para que muertos fuesen con sus santas reliquias amparo de las tierras, que vivos alumbraron con la fé cristiana. Desto se dirá despues mas cumplidamente, y se verá asimismo, como crió nuestro Señor dos santos, que sirvieron para manifestacion desta verdad: mostrándose como su vocacion fué tal, que con harta claridad certifica estar acá el santo cuerpo del Apóstol.

Sin todo esto tiene gran autoridad la venida de Santiago en España, por afirmarla san Isodoro (1). Tambien está en san Antonino de Florencia, en la historia de Vincencio, en el obispo Equilino, y en la topografía del obispo Cabilonense, que anda impresa con

(1) Lucæ 9. (2) Joann. 15. (3) Matth. 26.

(1) En las vidas de los santos del nuevo Testamento.

el Martirologio Romano: y todas las iglesias de España lo leen en sus maitines. Tambien dicen algunos que lo afirma el papa Leon tercero en una carta que escribió á los obispos de España. Esta epístola yo no la he visto, porque aunque hay mencion della en la historia compostelana, no está allí como otras de otros sumos pontífices. En el breviario romano, del papa Paulo tercio, se pone la venida del Apóstol á España, refiriendo á san Isidoro. Mas en este último breviario romano que ahora tenemos de nuestro muy santo padre Pio quinto, se afirma lo mismo como cosa muy averiguada, y en que no se debe poner duda. Y esto es de mucha autoridad, pues se sabe el gran cuidado que se tuvo de no ponerse en las lecciones deste breviario, sino cosas de gran certidumbre y verdad.

Las razones que en contrario desto se tratan, son de poca fuerza. No pudo dejar de predicar Santiago en España, porque comunmente se diga, que no predicó mas que en Judea y Samaria. Para poder venir acá tuvo diez años de tiempo, como luego se mostrará. Si la division de los apóstoles, para salir á predicar en sus provincias, no se hizo en vida deste santo: él que sabia cuán presto se le habia de acabar, y que la voluntad de Dios era que viniese á España: dióse priesa á ponerlo por obra. Y en el volverse á Judea á recibir el martirio, no sé quién halla dificultad, pues la providencia de Dios no la puede tener en las cosas mas árduas que dispone.

Y aunque la venida del apóstol Santiago en España es tan cierta, no hay noticia particular de lo que por acá hizo. Sin lo que pasó en Zaragoza, se refiere en breviarios y martirologios, que convirtió acá nueve discípulos. Esto es lo mas cierto, aunque otros dicen doce, y otros no mas que dos. Casi todos los que escriben nombran unos mismos los nueve discípulos. Torcuato, Isicio, Eufrasio, Cecilio, Segundo, Indalecio, y Tesifon, de quien diremos en su lugar. Y Atanasio y Teodoro. Al primero destos dos postreros, segun en Zaragoza afirman, dejó el Apóstol por obispo de aquella ciudad, y al otro por presbítero. En la historia del obispo Pelagio de Oviedo, que vivió y escribió en tiempo del rey don Alonso, el que ganó á Toledo, y yo he tenido el original propio suyo, y en otras memorias antiguas, hallo que los discípulos del apóstol Santiago, no fueron mas que siete nombrados así. Calocero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodoro, Atanasio, y Máximo. Harto quisiera yo tener como averiguar en esto alguna cosa: mas no hay como buscar la certidumbre. Solo parece tener mas verisimilitud, que fueron estos que ahora he nombrado los discípulos de Santiago, por no decirse en la historia de los otros, como lo fueron: y parece no se habia de callar, siendo cosa con que se daba causa tan convenible y llana, del por qué los apóstoles san Pedro y san Pablo enviaron mas á aquellos que á otros, para la conversion de España. Pues por haber ya ellos estado en tierra, y con tal maestro, eran mas á propósito que ningunos otros, para aquel santo ministerio. Y siendo esto así habríamos de conjeturar, pues no podemos averiguar otra cosa, que Calocero y los demás nombrados con él, predicaron allí en Galicia y en sus comarcas, y allí murieron, ó fueron martirizados: y san Pedro y san Pablo en vida dellos, ó por ser ya muertos, proveian para el resto de España los otros siete obispos. Mas al fin yo no afirmo nada en esto, sí no rastreo lo que con mi discurrir puedo. Y cuando dellos se trate adelante, se dirá tambien algo á este propósito.

Y considerando con ojos carnales el poco fruto que acá hizo el Apóstol con su mucho trabajo: no hay duda, sino que parecerá cosa triste para el santo y su mucho zelo, y para una provincia tan grande y extendida como España. Mas quien volviere el pensamiento á los incomprehensibles consejos y secretos caminos de la providencia de Dios, verá como no le faltó, ántes le creció al santo Apóstol el premio, por no haber convertido mas que tan pocas almas. «El dolerse y gemir esto «era ocasion de mas merecer: y cuanto con ménos fru«to trabajaba en la viña del Señor, y por esto con mé«nos gusto: tanto era mas digno de mayor jornal. La «perseverancia era la que Dios le pedia, que el «efecto de la conversion no estaba en su mano.» Éste reservaba nuestro Señor para otro tiempo, en que España habia de ser toda suya. Así se dice, que se lo anunció nuestra Señora al santo Apóstol, consolándole cuando le apareció en Zaragoza, y él se le quejaba del poco fruto de su predicacion.

Cinco años dicen algunos que estuvo acá el Apóstol bienaventurado, mas tampoco desto hay cosa cierta. Del haber predicado en Galicia, y señaladamente en la ciudad de Iria Flavia, que ahora llamamos el Padron, cuatro leguas de Compostela cerca de la mar, hay allí grandes memorias, como presto habremos de señalar. Solo se sabe en general que volvió con sus discípulos á Jerusalen. Allá predicaba y enseñaba la fé cristiana dentro en la ciudad y por toda la tierra, con grande ódio y rabia de los judíos. Con esta indignacion granjearon á un Hermógenes muy sabio en el arte mágica, y á un su discípulo llamado Fileto, para que convenciesen al santo Apóstol en disputa, ó le maltratasen con el poderío de los demonios que invocaban. Y no es cosa nueva haber en Judea por aquel tiempo destos mágicos y nigrománticos, á quien los demonios así sirviesen: pues sabemos de los Actos de los Apóstoles (1), cuán señalado era entónces en esta arte malvada Simon el mago, con quien el apóstol san Pedro tanto tuvo que hacer en aquella tierra, y despues en Roma hasta su martirio. Y san Pablo (2) tambien halló en Chipre al otro mago llamado Barieu, ó Elimas con el procónsul Sergio Paulo. Y es bien creible que el demonio entónces se daria mas obediente y sujeto á los que le invocasen, para hacer cosas monstruosas y de admiracion, por la envidia y despecho rabioso que tenia en ver introducirse, fundarse, y crecer tanto la fé cristiana con tan extraños milagros. En competencia desto se daria todo á quien quisiese usar dél para tales maravillas fantásticas y engañosas, con que le parecia podia contrastar el prosperar de la fé cristiana, que tanto le lastimaba. Porque como perverso y endurecido en el mal, no habia escarmentado, en cuán poco le aprovecharon semejantes mañas contra Moisés (3), cuando sus malvados secuaces los magos de Egipto quisieron mostrar su potencia, y resistirle por este camino.

Todo lo que le pasó al apóstol Santiago con estos dos magos Hermógenes y Fileto, y lo que sucedió despues hasta su muerte y martirio, lo leen de una misma manera casi todas las iglesias de España, en los maitines, y lo mismo es lo que se halla en todos los que escriben de santos: y harto dello está en el misal de san Isidoro. Y esta conformidad y comun consentimiento de todos, y la autoridad y antigüedad de nuestro san Isidoro, es harta parte, para que se deba creer y tener por muy cierto y verdadero. Todos refieren, que

(1) Act. 8. (2) Act. 10. (3) Exó. 7.

inducido Hermógenes por ruegos y dones de los judíos, envió á su discípulo Fileto, acompañado de algunos fariséos, para que disputando con Santiago, lo convenciese con razones, y lo apremiase mas con el poderío de los demonios. El Apóstol lo convirtió con la disputa, y con milagros que delante dél hizo. Así volvió á su maestro, diciéndole, que ya él era discípulo del Apóstol, contándole los milagros que le vió hacer, y predicándole la fé de Jesucristo. Víle, decia él, con solo invocar el nombre de Jesucristo, sanar leprosos, echar demonios de muchos, á quien atormentaban, y hombres fidedignos me referian como tambien resucitaba los muertos. Tu poderío, ni el de otro ninguno, no podrá prevalecer contra él, pues puede tan fácilmente obrar con el nombre de su Maestro tales maravillas: y mas teniendo, como tiene, tan en la memoria todas las Santas Escrituras, con aguda y eficaz declaracion dellas; por donde muestra manifiestamente, como Jesus Nazareno, el que los judíos crucificaron, es hijo de Dios verdadero. Si quieres tomar mi consejo, irnos hemos ambos á pedirle penitencia, seguirle, y ser suyos: y si no, yo vengo determinado de hacerlo. Indignado Hermógenes por esta amonestacion con Fileto, lo ató por su arte de tal manera, que no se podia mover de un lugar. Entendiólo el Apóstol, y con solo enviar un pañizuelo suyo, con que le tocaron, fué luego suelto, y burlando del apocado poder de su maestro, se fué con Santiago. Hermógenes con rabia, pidió á los demonios, que al uno y al otro se los trujesen atados. Lo que ellos despues de ser encadenados y atormentados de los ángeles por permision divina hicieron, fué, que le llevaron atado á Hermógenes á su presencia, como él se lo mandó. Preguntábales luego el Apóstol á los demonios, para doctrina y confirmacion de los fieles, que allí se hallaban, por qué no ataban tambien á Fileto, pues que lo tenian allí presente. Ellos respondieron. Ni aun á una hormiga que estuviese en este tu aposento, no podríamos tocar. Mandóle tras esto el santo Apóstol á Fileto, que en el nombre de Jesus Nazareno desatase á su maestro, y lo pusiese en su libertad. Esto se hizo, quedando él tan atónito y atemorizado, sin osar menearse, teniendo miedo (como él decia) que en apartándose de allí de con Santiago, los demonios lo matarian. Él confortándolo, y poniéndole buena esperanza, le dió su báculo, afirmándole, que con él iria seguro. Así quedó tambien Hermógenes convertido, y sus libros fueron echados en la mar, y él se quedó con el Apóstol como su discípulo.

Los judíos, que veian vuelto en confusion suya, lo que habian tomado por medio de destruir al apóstol Santiago: intentaron otro camino que su malicia les representaba mas cierto. Fuéronse á dos centuriones llamados Lisias y Teócrito, que tenian parte de la gente de guarnicion romana, que residia en la ciudad, y granjeándolos con dineros, en un alboroto, que ellos sobre la predicacion del Apóstol levantaron, hicieron que fuese preso. Dándole despues lugar que hablase al pueblo, él les predicó de Jesucristo nuestro Redentor, y de su pasion y resurreccion, con tanto hervor de espíritu, y tanta fuerza de testimonios de la Sagrada Escritura, que mucha de la gente se movia para creer. Ya no pudo sufrir esto Abiatar, que era pontífice aquel año, alborotando de nuevo al pueblo con mayor ruido, que procuró levantar: y uno de los escribas llamado Josías, arremetiendo con ímpetu al santo Apóstol, le echó una soga á la garganta, y así fué llevado por muchos otros judíos casi arrastrando delante del rey Herodes hijo de Arquelao. Él que vido el ansia con que los judíos deseaban la muerte de Santiago, por complacerles mandó luego, que lo llevasen á degollar. En el camino hizo el Apóstol un insigne milagro, de sanar un paralítico, que le pidió la salud. Viendo esto Josías, el que habia procurádole la muerte, y dádolo atado para ella, se convirtió, confesando ser cristiano. Los judíos movidos furiosamente con ver tal mudanza y tan repentina en una persona de tanta autoridad, con furia lo ataron tambien á él, llevándole con el santo Apóstol á darle la muerte. Pidióle Josías á Santiago el perdon en aquel punto, y el Apóstol aunque se detuvo un poco, para mostrar cuán de veras se lo daba, le dió tambien paz en el rostro: y ambos juntos fueron luego degollados, pasando en un pequeño momento el perseguidor á ser mártir. Así cuenta esto Eusebio Cesariense en su Historia Eclesiástica (1), refiriendo lo de san Clemente Alejandrino, que dice se tenia así por cierto, habiéndose conservado la fama desto de unos en otros por tradicion. Mas no está en Eusebio el milagro del paralítico, el cual se halla en el misal de san Isidoro, y en los breviarios, y en todos los demás autores. Casi todos añaden luego, que habiendo pedido el Apóstol un jarro de agua, bautizó á Josías, ántes que lo matasen.

Fué la muerte de Santiago mas gloriosa, por haber sido el primero de los apóstoles, que la padeció por su Maestro. En el dia, mes y año en que sucedió, hay alguna desconformidad entre los que desto hablan. Eusebio en la Historia Eclesiástica la pone muy afirmadamente en el año cuarenta y cuatro de nuestro Redentor; mas en la corónica la pasa ocho años atrás: y así tambien se halla en otras partes alguna diversidad. A lo que yo entiendo, Eusebio señaló bien el año en la Historia Eclesiástica, guiándose, segun parece, por los Actos de los Apóstoles. Mas porque él no hizo mas de apuntarlo, será bien mostrarlo mas aclarado. Presuponiendo primero, como es cierto por muchos graves autores, que aquel año cuarenta y cuatro de nuestro Redentor fué el tercero del emperador Claudio, en el cual sucedió la gran hambre universal por todo el mundo. Siendo esto así, san Lucas acaba el undécimo capítulo de los Actos de los Apóstoles, con decir, como el profeta Agabo anunció esta gran hambre en Antioquía, y los cristianos que allí se hallaban con facultad para hacerlo, determinaron enviar á los apóstoles y discípulos, que estaban en Jerusalen, algun socorro de dineros, para que se proveyesen con tiempo, y se pudiesen sustentar. Y así lo hicieron, y san Pablo y san Bernabé, ó llevaron ó enviaron este dinero á Jerusalen; con esto acaba aquel capítulo. Desto se entiende, como el recogerse, y enviarse así este dinero para tal efecto, fué bien cerca de cuando la hambre comenzó, no habiendo para qué enviarlo ántes. Pues habiendo acabado así San Lucas aquel capítulo, comienza luego el siguiente con estas palabras (2). En el mismo tiempo: y prosigue, como el rey Herodes mandó degollar á este santo Apóstol. El decir en el mismo tiempo el santo Evangelista, señala sin duda aquel año de la hambre, ó cuando mucho uno ántes: y así lo notó agudamente Eusebio. Por esto parece, que fué martirizado Santiago el año de cuarenta y tres, ó cuarenta y cuatro de nuestro Redentor.

En el mes y en el dia casi concuerdan todos, diciendo fué en marzo, y á los veinte y cinco, en el mismo

(1) En el lib. 2 cap. 9. (2) Act. 12.

dia que nuestro Redentor Jesucristo fué anunciado, y padeció despues, porque su primer discípulo que en esto le seguia, recibiese mas favor en ser muerto aquel dia, y mayor esfuerzo con la memoria de la pasion de su Maestro, que le aparejaba mas cierta y mas gloriosa en tal dia la corona. El obispo Equilino pone el martirio del santo Apóstol en este dia, y así lo refieren algunos breviarios de España. Y puede tener esto buen fundamento en aquel mismo capítulo doce de los Actos de los Apóstoles. Porque acabando san Lucas de contar, cómo fué muerto Santiago, luego añade, que Herodes, entendiendo como en esto agradaba á los judíos, mandó tambien prender á san Pedro, para luego en pasando la Pascua mandarlo matar, y dar aquel contento á sus gentes. De aquí se ve, como san Pedro fué preso muy cerca de la Pascua: pues si algunos dias ántes el Rey lo prendiera, luego lo matara. Y esta prision fué inmediatamente despues de la muerte de Santiago, de donde resulta, que él fué martirizado cerca de la Pascua, en aquellos postreros dias de marzo. Y no contradice á esto el celebrarse la fiesta de la prision y liberacion de san Pedro el primer dia de agosto. Porque la fiesta se instituyó en aquel dia por haberse hallado en él las cadenas, con que estuvo atado despues este santo Apóstol en Roma, cuando le martirizaron, como en la historia desta festividad, y en la de la vírgen santa Balbina se refiere. Y tambien se tuvo respeto en la institucion de aquella fiesta el haberse traido á Roma las cadenas con que en poder de Herodes estuvo atado san Pedro, sucediendo milagros en las unas y en las otras, como en la misma leyenda se trata. Siendo esto así, no hay poderse entender la causa por qué Beda en su martirologio pone el martirio de Santiago á los veinte y seis de mayo, poniéndolo tambien despues á los veinte y cinco de julio. Y la razon por qué se celebra el martirio deste santo Apóstol en aquel dia de julio, y no en marzo, ya la vamos á decir en su traslacion, que fué muy gloriosa, y llena de grandes misterios.

Degollado el santo Apóstol, sus discípulos tomando de noche su cuerpo, por miedo no quisiesen tratarlo con oprobios los judíos, se fuéron con él al puerto de Joppe, y poniéndolo en una nave, que algunos dicen milagrosamente les estaba allí aparejada, suplicaron á nuestro Señor les enderezase el viaje á la parte donde mas era servido que el santo cuerpo fuese sepultado. Otros dicen que el santo les habia pedido á sus discípulos trujesen su cuerpo á España, porque tuviese sepultura donde cuando vivia andaba con el aficion y con el deseo, mas enteramente, que con la presencia. Pues ahora fuese por voluntad de Dios, ó de su apóstol, aunque todo parece mas divino misterio, que consejo humano: los discípulos de Santiago llegaron acá con su cuerpo. Y aunque viniendo de la Siria, fué su entrada por lo mas oriental de España, en la costa por donde Francia se junta con Cataluña: no pararon allí, ni en toda aquella gran vuelta, que se da desde allí hasta el estrecho de Gibraltar, rodeando á España por sus dos lados de oriente y mediodía: aunque habia tantas y tan insignes provincias y ciudades en todas aquellas marinas, y en lo mediterráneo de mas adentro. Por donde se ve, como era permision divina, y guia del cielo, la que aquellos santos navegantes seguian. Y confírmase mas esto considerando, como no pararon tampoco allí, donde era el fin de mar tan extendido, como el que habian pasado, sino que entraron de nuevo por las puertas del Océano y su inmensidad, hasta aportar en lo último casi de la tierra, que así se llama aun ahora aquella parte de Galicia, cerca de donde pararon los santos discípulos del Apóstol.

La causa de haber hecho nuestro Señor la merced de tan riquísima reliquia mas á aquella tierra y postrero rincon de España, que á ninguna otra tierra della: parece fué, por haber el santo Apóstol predicado allí mas principalmente y con mas detenimiento. Así muestran ahora allí en el Padron en una montaña, los lugares donde él mas residia, señalados todos con humilladeros, ó con cruces y gradas, que se suben de rodillas, ó con otras señales devotas. Y los peregrinos los visitan con mucha devocion, habiéndose conservado la memoria dellos por tradicion antiquísima. Está la iglesia donde moraba y decia misa con una fuente, que mana debajo el altar de gran golpe de agua frigidísima y saludable. Están los huecos entre las peñas como agujeros, por donde entran los peregrinos, venciendo la devocion la fatiga del pasarlos. Mas alto muestran el lugar, donde predicaba, donde se apartaba á orar, y así otras particulares de cosas que sucedian. Y demas de la devocion que el lugar causa, por la memoria de la presencia del santo Apóstol, el sitio de suyo está levantado sobre tan hermosa hoya de tierra de mas de dos leguas, que parece digno de haberlo escogido para su morada y contemplacion.

Al fin por esta singular merced que nuestro Señor fué servido hacer en España, con enviarle tan precioso tesoro, se celebra en todas las iglesias della muy solemne fiesta desta maravillosa translacion. Y celébrase á los treinta de diciembre, por la razon que luego se dirá.

Llegado á Galicia el santo cuerpo, desembarcáronlo sus discípulos en la ciudad llamada entónces Iria Flavia, y ahora el Padron (1). Lo que se siguió despues, cuentan los autores de dos maneras. La historia compostelana, que ha mas de cuatrocientos años que se compuso, por mandado del primer arzobispo de allí, don Diego Gelmirez, y fueron los autores della tres obispos de mucha autoridad, refiriendo la epístola del papa Leon tercero, de donde lo sacan, y pasando muy breve y sencillamente por todo, no dicen mas de que de la ciudad de Iria Flavia fué luego llevado el santo cuerpo del Apóstol á otro lugar que habia, donde ahora está la ciudad de Santiago, llamada tambien Compostela, y que allí fué dignamente puesto en una grande arca ó sepulcro de mármol, del cual tambien se halla mencion en san Isidoro, cuando habla deste Apóstol en el pequeño libro que escribió de la vida y muerte de algunos santos del viejo y nuevo Testamento. Y este sepulcro ó arca de mármol es muy celebrada despues en todos los privilegios mas antiguos que aquella santa iglesia del Apóstol tiene, sin casi nombrarse jamás el santo cuerpo, que no se nombre juntamente el arca de mármol en que estaba sepultado. Esto está así en aquella historia. Los breviarios de España en las lecciones, himnos, y antífonas, y responsos desta festividad, cuentan desta santa translacion harto dife-

(1) En la coluna que se encuentra debajo del altar mayor de la iglesia de Santiago en Padron, coluna que por su forma parece miliaria se conservaban sesenta años ha las siguientes letras: B.



NO
OR. L
ESES.
D. S. P.

rentemente. Abreviando lo que prosiguen muy á la larga es: que llevando los discípulos el cuerpo de su maestro de noche al puerto de Joppe, entraron en un navío que del cielo les estaba aparejado, y que milagrosamente sin velas ni remos llegaron desde allí á Iria Flavia en no mas que siete dias. Sacando el cuerpo del navío, lo pusieron sobre una peña que se ablandó, y de suyo hizo concavidad, donde el bendito cuerpo quedó encerrado como en sepultura. Y esta peña se tiene aun hasta ahora en gran veneracion. y visitan los peregrinos á la ribera del rio Sar en el Padron.

Allí tambien en una iglesia se visita y reverencia la gran piedra en que la barca estuvo amarrada. Estaba la piedra entónces á la ribera del rio, y como en ella yo he visto, tiene letras romanas muy lindas, de donde se puede probablemente pensar, que es tan antigua como estos tiempos del santo Apóstol. La devocion de los peregrinos ha cortado tanto de la piedra, que ya no se pueden leer mas que estas letras en ella:

: : : : : : :
: : : : NO.
ORISES.
D. S. P. (1)

Parece fué basa de estatua, y uno llamado Orises dice la puso de su dinero, faltando el nombre de aquel á quien se puso. Y por ser esta gran piedra del talle de las que en Portugal y Galicia llaman padrones, se le mudó á la ciudad de Iria Flavia su nombre antiguo, en éste que ahora tiene, por el insigne ministerio en que aquel santo Padron habia servido.

Demas desto, en el insigne monasterio de monjas de la orden de San Benito, que está arrimado á la santa iglesia de Santiago, con advocacion del glorioso mártir san Pelayo, á quien comunmente en aquella tierra llaman san Payo: tienen un ara en el altar mayor, y afirman allí comunmente haber sido consagrada por los apóstoles, y que ellos dijeron misa en ella, y se trujo acá con el bendito cuerpo de Santiago. No solamente no hay fundamento alguno para que esto sea verdad, mas aun lo hay harto bueno para que aquella piedra no debiese ser ara (2), estando, como se está, en el ser que tuvo en su principio. Yo la miré con mucha atencion en compañía de personas graves y de mucha doctrina que juzgaron lo mismo que yo aquí digo, y no habia en que dudar, segun todo está claro y manifiesto. Porque la piedra es sepultura de unos gentiles, con estas letras que evidentemente lo manifiestan:

D. M. S.
ATIAMO ETAT
TE T LVMPSA
VIRIA EMO
NEPTIS PIANO. XVI
ET S F C.

Las letras están muy claras, y enteramente conservadas sin faltar cosa alguna. Así las pude trasladar bien con los renglones y pocos puntos que tienen. Mas escribió con tantos errores el escultor, que fuera de entenderse claramente como es sepultura de gentiles, no se pueden entender bien los nombres dellos. Todavía trasladaré en castellano la piedra como mejor pudiere. Dice así: esta piedra está consagrada á los dioses defuntos. Tuvo cuidado de ponerla para sepultura y memoria de Alcamo y de Atte y de Lumpsa, y tambien para sepultura y memoria de sí misma, la puso Viria Emo, su nieta dellos piadosa, siendo de edad de diez y seis años.

Esto contiene la piedra: y ya que la querian consagrar por ara, rayéranle las letras, y con esto se quitara la indignidad que luego se le representa á quien considera, como el santísimo cuerpo y sangre de nuestra Redentor, se consagran y se ponen sobre la sepultura de unos gentiles, y donde hay invocacion de demonios. Con raerle así las letras, quedaria muy buen ara, por ser del mas lindo mármol blanco que yo jamás he visto, y tener al derredor molduras hermosísimas adornadas de follajes delicados. Ya yo dije allí lo que en esto era razon decir á quien se debia decir, plega á Dios que se haya remediado.

Debajo del altar en este mismo monasterio, hay una piedra (1) que dicen es la sobre que fué degollado el santo Apóstol, y que tambien se trujo con su cuerpo, mas todo es hablar sin motivo, ni fundamento que tenga siquiera apariencia de verdad. Y esto puedo bien decir, por haberlo visto, y mirádolo con advertencia.

Mas volvamos á los discípulos del santo Apóstol, que buscando mas digno lugar para el bendito cuerpo se lo pidieron á una señora de la tierra, llamada Lupa, ó Luparia. Ella los remitió al rey de España, que los echó en prision, de donde fueron sueltos por los ángeles. Envió el rey gentes de armas tras ellos, que se hundieron en un rio cayéndose la puente con ellos al pasarla. Por este milagro se convirtió el rey y su pueblo. Mas no movida con todo esto Luparia, puso en grandes peligros los siete discípulos, con unos toros muy bravos, y un dragon espantable. Al dragon mataron los santos, y uncieron los tóros como mansos bueyes. Ya con esto amansada Luparia, se volvió cristiana, y dió sus palacios para iglesia, donde el santo cuerpo del apóstol fué con grande honor y reverencia sepultado. Esto se refiere así comunmente, mostrándose cerca de la ciudad de Compostela los lugares donde todo esto sucedia, y señalándose en ellos algunas particularidades. Mas yo tengo por mas cierto lo primero, porque aquellos tres obispos que compusieron la historia compostelana, eran hombres graves y de mucha autoridad: y no hay duda sino que si pudieran contar alguna cosa mas con fundamento desta translacion, lo hicieran de muy buena gana, y no les quedara de buscarlo con diligencia. Tambien aquello primero es conforme con lo que en el breviaro de Evora y otros se refiere en las lecciones desta festividad sacado de la epístola del papa Leon tercero. Y demás de

(1) Léase la nota anterior. B. (2) Sobre el uso de esta ara se suscitó una disputa entre Morales, y don Mauro Castellá Ferrer, y al fin fueron raidas las letras en que Morales se fundaba para creer que el ara era gentílica; y por tanto indigna del sitio que ocupaba. B.

(1) La piedra de que aquí se habla es una coluna, que se cree fué traida con el ara de que habla la nota anterior, creyéndose piamente que sobre ella fué degollado el apóstol Santiago; y fué colocada allá por el abad ante-altare Fagildo que vivió á mediados del siglo segundo de nuestra era. En ella, con letras de aquella edad se lee la inscripcion siguiente:

CUM SANCTO JACOBO FUIT HÆC ADLATA COLUMNA,
ARAQUE SCRIPTA SIMUL QUÆ SUPER EST POSITA,
CUJUS DISCIPULI SACRARUNT CREDIMUS AMBAS,
AT EX HIS ARAM CONSTITUERE SUAM.

Sobre una y otra inscripcion véase Flórez, tomo tercero, página 141. B.

lo dicho, esto postrero acumula muchos milagros sin mucha edificacion, y tiene algunas cosas fuera de toda verisimilitud. Como es que hubiese entónces rey de España, estando como estaba toda sujeta á los romanos, y muy agena de tener rey en hecho ni en nombre. Y la reverencia y veneracion que se ha conservado en la peña del rio y en la piedra del Padron, y las causas della: bien pueden quedarse con su verdad, conforme á esto que así damos por mas probable.

En algunos breviarios se refiere, que á los lados del santo apóstol fueron despues enterrados sus dos discípulos Atanasio y Teodoro.

De la diversidad de los dias en que se celebran las dos fiestas del santo Apóstol, escriben algunos autores que la del martirio se pasó de los veinte y cinco de marzo, por no impedir la muy solemne de la Anunciacion de nuestra Señora, y algunas veces la Pasion de nuestro Redentor; y pasóse á los veinte y cinco de julio que fué el dia en que su santo cuerpo llegó á Galicia. La fiesta de la translacion, dicen otros que se celebra en el fin de diciembre, porque desde julio hasta entónces, duró el no tener en Galicia el santo cuerpo lugar determinado y de asiento para su sepultura.

No pasó mucho tiempo despues desto, cuando se perdió en Galicia la veneracion y la noticia toda del santo cuerpo, quedando encubierto y encerrado en perpetuo olvido, sin que se supiese donde estaba escondido. Porque los cristianos lo escondieron en tiempo que piadosamente tuvieron temor, que los infieles lo tratarian con desacato y ultrajes. Y aunque esto se tratase entre muchos, no hay duda sino que el efectuarse, y esconder de hecho el santo cuerpo seria entre pocos; pues convenia no supiesen muchos el lugar donde se hacia aquel santo depósito para conservarse bien el secreto el cual divulgado pudiera causar el mal que se recelaba. Despues en las persecuciones, en las guerras y pestilencias, fué fácil cosa morir, ó ausentarse los que sabian del bendito lugar, y así perderse toda la memoria dél. En qué tiempo sucedió el olvidarse así esto del todo, no se puede bien señalar. Y así la historia compostelana no dice mas de que fué en el tiempo de la persecucion, y cuando los gentiles trabajaron en destruir y ofuscar el nombre y la dignidad de la Iglesia cristiana. Y esto es muy verisimil, pues vemos como sucedió esto mismo en los benditos cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor, y en san Zoilo, mártir de Córdoba, y en san Gervasio y Protasio en Italia, con otros muchos santos: que por el santo zelo y cuidado con que los buenos cristianos de entónces los escondieron, se quedaron olvidados del todo, hasta que nuestro Señor fué servido despues se descubriesen. Y véese claramente como pasó esto mismo por el glorioso cuerpo del apóstol Santiago; pues en todo lo que adelante se contará (1) de la conversion del rey Ariamiro con sus suevos en Galicia, y de los concilios que en aquella provincia, y en Braga, que era su cabeza, se celebraron, jamás hay memoria del santo Apóstol, ni de su cuerpo. No la hay tampoco en los concilios de Toledo, hallándose ordinariamente en ellos los obispos de Iria Flavia. Y es bien de creer que la hubiera, y que se tratara alguna vez desto, si no estuviera perdido del todo el recuerdo del santo cuerpo en Galicia, y por toda España. El olvido general lo habia borrado todo, procurándolo tambien el demonio cuanto podia, de manera que nadie tenia ya cuenta dello. Tambien como la gente de aquella tierra no es comunmente de mucho entendimiento, ni advertencia en las cosas, fácilmente pudo descuidarse mas en esto, y dejarlo olvidar.

Así estuvo olvidado el santo cuerpo, y como perdida la memoria y reverencia del santo Apóstol en Galicia por espacio de mas de quinientos años, hasta ciento ó poco mas despues de la destruccion de España, en tiempo del rey don Alonso el Casto, que nuestro Señor fué servido descubrir este sagrado tesoro, y restituírselo á España para tanto bien della, y gloria de su santísimo nombre. Y lo que se cuenta desta santa invencion en la historia compostelana, se pondrá aquí de la manera que allí se refiere. Con la mucha antigüedad habia crecido un gran bosque sobre el lugar donde el glorioso cuerpo estaba escondido, que era el mismo donde ahora está sepultado debajo el altar mayor de su santa iglesia. Y queriendo ya nuestro Señor hacer la merced á su pueblo, fué servido que algunas personas de autoridad viesen de noche gran luz en aquel monte. Deseando satisfacerse mas de lo que era, no solamente les pareció cosa mas que humana, sino que vieron tambien visiones del cielo que les levantaron allá los pensamientos. Con esto se fuéron al obispo de Iria, llamado Teodemiro (santo varon, y cual habia de ser para merecer de nuestro Señor, que España recibiese por su mano tanto bien) refiriéndole lo que diversas veces habian visto y considerado en aquella montaña. El santo obispo fué luego de noche á ver lo que aquello podia ser y viendo con sus propios ojos la lumbre celestial, y notando bien el lugar donde parecia, inspirado y por don del cielo y lleno de soberana esperanza que Dios le aseguraba, y él con su mucha fé y caridad acogía, mandó presto desmontar toda aquella parte en su presencia. Luego al cavar se descubrió una pequeña concavidad, labrada á manos como cueva, ó covacha, y en ella estaba encubierta el arca, ó tumba de mármol tan celebrada, que tenia dentro el cuerpo del santo Apóstol. Dando tras esto el obispo Teodemiro las gracias debidas á Dios por tan alta merced partió él mismo con gran priesa al rey don Alonso el Casto, en cuyo tiempo esto sucedió para darle la alegre nueva, que siendo tan celestial, no requeria menor mensajero. El rey santo la recibió con tanta alegría, y partió á gozarla mas enteramente con tanta devocion y presteza, que lo uno ni lo otro no lo podré yo significar aquí tan bien como él mismo lo da á entender en el privilegio que en esta jornada dió á la Iglesia del sepulcro del santo Apóstol, que él entónces le mandó labrar. Pondré, pues, el privilegio trasladado fielmente en castellano, como lo hube de un libro de pergamino que tiene aquella santa iglesia, que ha mas de trescientos años que se escribió. Están recogidas en él copias de todas las bulas de los sumos pontífices muy antiguos, y asimismo todos los privilegios de los reyes, concedidos á aquella santa iglesia. Este libro se entrega á los arzobispos, cuando de nuevo entran en la dignidad, y de allí saqué yo este privilegio y otros muchos. Y despues he visto este previlegio y los demás en los tumbos que la santa iglesia tiene muy guardados en el sagrario. Tumbos llaman en Galicia y en Portugal los libros donde así recogen registros de escrituras antiguas.

Nos el rey don Alfonso, por este mandamiento de nuestra serenidad, damos y concedemos al bienaventurado Apóstol Santiago, y á vos padre nuestro, el obispo Teodemiro, tres millas al derredor del se-

(1) En el libro undécimo.

pulcro y iglesia del bienaventurado Apóstol Santiago. Porque las reliquias deste gloriosísimo Apostol, conviene á saber, su santísimo cuerpo, ha sido revelado en nuestro tiempo. Lo cual Nos oyendo con gran devocion y muchas rogativas, juntamente con los principales de nuestro palacio y corte, venimos corriendo á adorar y reverenciar tan preciosísimo tesoro. Así con muchas lágrimas y plegarias lo adoramos como á Patron y Señor de toda España, y le ofrecemos y otorgamos con toda voluntad el sobredicho donecillo, y en honra y veneracion suya mandamos edificar una iglesia, y juntamos la silla catedral de la iglesia de Iria con este mismo santo lugar, por nuestra ánima y las de nuestros padres, para que todo esto sirva para vos y vuestros sucesores por todos los siglos. Fué fecha la escritura deste testamento en la era ochocientos y setenta y tres, un dia ántes de las nonas de setiembre.

Yo el rey Don Alonso confirmo éste mi hecho.
Ranemiro confirma. *Brandila Presbitero confirma.*
Sancho confirma. *Ascarico Abad confirma.*
Suero confirma. *Urrenarido confirma.*

El año de nuestro Redentor que en este privilegio señala es el ochocientos y treinta y cinco, y ciento y veinte y uno del haberse comenzado á recobrar España, despues que el año de setecientos y catorce la perdió el rey don Rodrigo.

La historia Compostelana hace tambien mencion deste privilegio, y como por él se pasó el asiento de la silla episcopal de Iria á Compostela. Y hase de entender que se pasó la residencia ordinaria no mas. Porque el pasarse de hecho la dignidad, ni se podia hacer por autoridad del rey, ni se hizo de hecho hasta el tiempo del rey don Alonso el sexto que ganó á Toledo, como presto se dirá. Hase tambien de notar que llama el rey testamento á esta su donacion por ser costumbre de aquellos tiempos, llamar así á todas las tales donaciones, como en muchas escrituras antiguas parece. Pareciales que le daban á la escritura mayor firmeza con llamarla testamento y darla por tal aunque no lo fuese.

Parece que Dios nuestro Señor por su gran benignidad y misericordia, con darnos á esta sazon como de nuevo el santo cuerpo del Apóstol, proveyó á la restauracion de España con notable piedad. Habia de ser el glorioso Apóstol nuestro único amparo, y verdadero defensor y caudillo en la guerra contra los moros para recobrar dellos á España, como por tantos milagros y tan grandes en muchas batallas despues se mostró. Quiso, pues, la divina Providencia al principio desta contienda, ponernos mayor cuidado en llamar nuestro defensor en ella, con dárnosle presente en su cuerpo, que nos moviese mas á invocarle. Comenzaba el peligro en la guerra con los moros, aparejónos Dios el remedio. Entrábamos en la cruel pelea, y proveyónos de tan buen caudillo para nuestra defensa y victoria.

Pues como se ve en el privilegio, se hallaba el rey don Alonso á visitar el cuerpo de Santiago á los cuatro de setiembre, y por la priesa con que él significa haber venido, y la que se daria el obispo Teodemiro en írselo á avisar se puede bien creer que el santo Apóstol se halló en el mes de agosto ántes al principio dél, y que este tiempo se gastó en ir el obispo al rey, que estaria en Oviedo, y en ir el rey á Galicia en su santa romería.

Algunas de nuestras historias dicen que sucedió la invencion del santo cuerpo en tiempo del emperador Carlo Magno, y que él vino en romería á visitar el santo cuerpo. Mas á todo esto contradice la órden y sucesion de los tiempos. Porque el emperador Carlo Magno ya era muerto el año de nuestro Redentor ochocientos y catorce, como en las mas verdaderas historias, y en el epitafio que está en su sepultura parece. Y tienen allí en la iglesia de Santiago por tan cierto el haber venido en romería el emperador Carlo Magno allí, y dado grandes dones á la iglesia, que como á bienhechor della le hacen á los seis de julio solemne aniversario. Puédese creer que yerran el nombre, y que el que vino acá, y dió los dones fué el emperador Carlo el Calvo, su nieto de Carlo Magno, que con la fresca nueva de la invencion del santo cuerpo del Apóstol vino á visitarlo, y dió principio á la gran devocion con que sus franceses han siempre continuado la santa romería. Y el tiempo concierta bien, pues comenzó á reinar el año de nuestro Redentor ochocientos y cuarenta y cinco, despues de hallado el santo cuerpo, y tuvo el reino de Francia treinta y ocho.

Luego comenzó el Santo Apóstol á mostrar á los españoles su favor y buen ayuda que en él habian de tener para la guerra contra los moros. Porque sucediendo á don Alonso el Casto en el reino su primo don Ramiro, primero deste nombre, que creo yo es el primero que en el privilegio confirmó, se le apareció el Apóstol Santiago, y peleando todo armado á caballo, le ayudó en la batalla de Clavijo, para alcanzar la insigne victoria que con mucha razon es celebrada hasta ahora en toda Castilla. Y por haber sido una de las grandes mercedes que nuestro Señor hizo á España, y de donde comenzamos á tener mas manifiesto nuestro amparo y defensa en el glorioso Apóstol con tan maravilloso milagro, será mucha razon contarlo aquí todo como pasó. Y aunque la corónica del arzobispo don Rodrigo, y la del obispo don Lucas de Tuy harto á la larga tratan deste milagro, mas yo lo pondré por las palabras que el mismo rey lo cuenta en su privilegio de la donacion que luego hizo á la iglesia del Apóstol Santiago. Que cierto para gloria de Dios, y para mayor confianza de llamar nuestros españoles á su patron en las batallas, y en todas sus necesidades, y para mayor sentimiento de devocion no se puede escribir esto de otra mejor manera que allí está referido. El privilegio vá aquí puesto en castellano, como yo lo saqué del libro ya dicho, habiéndolo conferido tambien con otro muy antiguo, que está aquí en Alcalá de Henares en un libro escrito de mano en letra gótica de grande antigüedad, en la librería del colegio mayor.

(1) No se deben callar con silencio los hechos de los antecesores, por los cuales los sucesores pueden ser enseñados para todo bien. Ántes se deben encomendar á la fiel memoria de la escritura, para que con el recuerdo dellos sean convidados los que despues vinieren á la imitacion en el bien obrar. Por esto Nos el rey don Ramiro y la reina doña Urraca, que Dios juntó conmigo por mi mujer, con nuestro hijo el rey don Ordoño, y mi hermano el rey don García, encomendamos á la perpetuidad desta escritura la guarda y conservacion de nuestra ofrenda que concedimos y hecimos al gloriosísimo apóstol de Dios Santiago, con consentimiento de los obispos, arzobispos, aba-

(1) Privilegio del rey Don Ramiro el primero.

des, príncipes y grandes de nuestra casa, y de todos los fieles cristianos de España. Porque tambien nuestros sucesores por ignorancia no traten de deshacer lo que yo aquí dispongo y establezco.

Es cosa sabida y verdadera que en los tiempos pasados, poco despues de la destruccion de España, que sucedió reinando el rey don Rodrigo, algunos de los reyes cristianos antecesores nuestros, perezosos, negligentes, flojos y apocados, cuya vida no tuvo cosa de que los fieles se puedan preciar (cosa indigna para relatarse) por no verse inquietados con la guerra de los moros, les señalaron y les ofrecieron tributos malvados para pagárselos cada año: conviene á saber cien doncellas de extremada hermosura, las cincuenta hijas de los nobles caballeros de España, y las otras cincuenta de la gente del pueblo. ¡O doloroso ejemplo, y no digno de conservarse en nuestros descendientes! Por concierto de la paz temporal y transitoria, se daba en cautiverio la virginidad cristiana, para que la lujuria de los mahométicos se emplease en corromperla. Yo que soy descendiente de su sangre de aquellos príncipes, despues que por misericordia de Dios entré en el reino para gobernarlo, luego, inspirándome la divina bondad, comencé á pensar cómo quitaria este tan triste oprobio de mis naturales. Trayendo ya muy asentado este tan digno pensamiento, pasé adelante comunicándolo y consultándolo primero con los arzobispos, obispos, abades y varones religiosos, y despues con todos los principales de mi reino. Resuelto al fin, y tomado el prudente y saludable consejo, estando todos ayuntados en Leon, dimos allí leyes y fueros á nuestros vasallos, que se debiesen guardar por todas las provincias de nuestro reino. Dimos asimismo nuestras provisiones y mandatos á todos los principales de nuestro reino en comun, para que llamasen y juntasen de todos los lugares del reino toda la gente de guerra así de caballo, como de pié, así nobles, como no nobles, diestros y hábiles para la guerra, y á cierto dia los tuviesen juntos y puestos en órden para hacer jornada. Tambien rogamos á los arzobispos, obispos y abades que se hallasen presentes en esta guerra, para que por sus oraciones nuestro Señor se inclinase á acrecentar misericordiosamente el esfuerzo en los nuestros. Cumplióse enteramente en esto nuestro mandado, y dejando para labrar la tierra solos los viejos y flacos, no provechosos para la guerra, todos los demás se juntaron para la jornada, no tanto munidos ni convocados, como suelen por nuestro mandado, sino de su propia voluntad, como movidos por Dios, y atraidos por su amor.

Con esta gente Nos el rey don Ramiro, no confiados en la multitud della, sino esperando principalmente en la misericordia de Dios, habiendo caminado por las tierras de Castilla, enderezamos nuestro camino á la ciudad de Nájera, torciéndolo desde allí al lugar que llaman Alinella.

Entretanto los moros, habiendo llegado á su noticia la fama de nuestra venida, se juntaron para venir contra nosotros todos los de aquende el mar, convocando tambien por sus cartas y mensajeros á los de allende. Así nos acometieron con grande multitud y fuerzas muy poderosas. ¿Para qué me detengo en palabras, siendo el triste caso tan doloroso, que no nos podemos acordar dél sin lágrimas? Por nuestros pecados, que así lo merecian, habiendo sido muchos de los nuestros muertos y heridos en la batalla de aquel dia, los demás nos pusimos en huida, y desbaratados y confusos, llegamos á la montaña que llaman de Clavijo. Allí hechos una muela, y apeñuscados, pasamos casi toda la noche en lágrimas y oraciones, sin saber qué debíamos hacer cuando viniese el dia.

En esta triste sazon, yo el rey don Ramiro, revolviendo en mi pecho muchas cosas, como á quien de veras mas congojaba el peligro de los cristianos, me quedé dormido. Estando ya durmiendo, aparecióme luego en sueño el bienaventurado apostol Santiago, patron y protector de las Españas, no desdeñándose de presentarse ante mí, de manera que me parecia verlo vivo, y visible en cuerpo y en ánima. Y como yo maravillado de lo que veia, le preguntase quién era: me respondió, que era el apóstol de Jesucristo Santiago. Quedando yo espantado mas que puedo encarecer, con oir esta palabra, el santo Apóstol me dijo. ¿Pues qué, no sabes como mi Señor y maestro Jesucristo, distribuyendo á sus apóstoles diversas provincias, me encargó á mí la guarda y la proteccion y defensa de toda España? Diciendo esto, con su propia mano me tomó, y me apretó la mia, y prosiguió. Confórtate y ten esfuerzo, que yo seré en tu ayuda, y mañana vencerás con el poderío de Dios esta gran muchedumbre de los moros, que ahora te tiene cercado. Mas muchos de los tuyos, á quién ya está aparejado el descanso perdurable, recibirán en la batalla corona de martirio. Y porque no puedas dudar en nada desto, tú y los moros me veréis en la batalla sobre un gran caballo blanco, con un grande estandarte blanco en la mano. Por tanto, venida el alba, todos vos confesar, y oyendo misa, recibid el cuerpo Santísimo de nuestro Redentor Jesucristo, y no dudeis de acometer la batalla de los moros, llamando el nombre de Dios y el mio. Porque debeis tener por cierto, que ellos han de ser vencidos y muertos por vuestras manos. Acabando de decir esto, desapareció el santo Apóstol de mi presencia, sin que mas lo viese.

Despertando pues yo luego del sueño con haber visto vision tan celestial, mandé llamar los arzobispos, obispos y abades, y los otros religiosos en secreto, y con muchas lágrimas, gemidos y contricion, les propuse y comuniqué todo lo que me habia sido revelado, por el mismo órden como yo lo habia visto. Ellos postrándose luego en oracion, dieron infinitas gracias á nuestro Señor por tan maravillosa consolacion, dándose tras esto gran priesa á cumplir lo que se nos habia mandado.

Esto acabado, y estando ya armados los nuestros, puestos en su órden de batalla, arremetimos á darla á los moros, y el santo Apóstol, como lo habia prometido, se apareció á nosotros y á ellos, esforzándonos y ayudándonos en la pelea, y embarazando y hiriendo los contrarios. Luego que esto vimos, entendimos claramente como el santo Apóstol habia cumplido su promesa, y alegres con tal socorro, con grandes voces y mucho sentimiento de corazon, comenzamos á llamar el nombre de Dios y de su Apóstol diciendo. Ayúdanos Dios, ayúdanos Santiago. Y ésta fué la primera invocacion que en España se hizo deste santo nuestro patron, y plugo á la misericordia de Dios que no fuese en vano, pues quedaron muertos aquel dia casi setenta mil de los moros. Tambien se tomaron y saquearon sus reales, y siguiéndolos en el alcance, tomamos la ciudad de Calahorra, y la restituimos á la fé y señorío de los cristianos.

Despues de haber alcanzado esta victoria, tan sin esperarla, considerando el gran milagro de la apa-

ricion del santo Apóstol, determinamos dar al santísimo Apóstol, nuestro patron y defensor, algun don que fuese perpetuo. Por esto ordenamos, y por toda España, y por todos los lugares que Dios fuere servido librar del poder de los moros con el nombre y apellido del apóstol Santiago, votamos que se guarde siempre el dar en cada un año, á manera de primicias, de cada yunta de tierras, una medida de la mejor miés que en ella se cogiese, y lo mismo del vino, para el mantenimiento de los canónigos que residen y sirven en la iglesia de Santiago. Demas desto concedemos, y para siempre confirmamos, que los cristianos de toda España, en todas las entradas que hicieren en tierra de moros, de lo que dellos ganaren, den al mismo glorioso nuestro patron y defensor de las Españas tanta parte como se diere á un hombre de caballo.

Todos los cristianos de España, que á la sazon nos hallamos presentes, nos obligamos con juramento de dar, guardar y mantener, todos los sobredichos votos, dones y ofrendas en cada un año á la iglesia de Santiago, y prestamos el juramento por nosotros y por nuestros sucesores, para que siempre canónicamente se guarde y se cumpla.

Por tanto te pedimos y suplicamos, ó Padre omnipotente Dios sempiterno, que por intercesion y merecimiento del glorioso Apóstol Santiago, no te acuerdes, Señor, de nuestras maldades, sino que sola tu misericordia nos valga, aunque mas indignos seamos della. Tambien Señor te suplicamos, que todo lo que así dimos y ofrecimos á gloria y honra tuya á tu santo Apóstol, de lo que por tu poderío, ayudándonos él, ganamos, nos aproveche á nosotros, y á nuestros sucesores para remedio de nuestras almas, y por su intercesion te plega recebirlas con tus escogidos en la morada perdurable del cielo, donde vives y reinas por siempre jamás. Amen.

Tambien votamos y constituimos para siempre, que los reyes ó otros cualesquiera caballeros que de nuestra sangre descendieren, presten siempre su favor y ayuda á los sobredichos dones y votos, que así al apóstol Santiago y á su iglesia damos y ofrecemos. Y si alguno de nuestro linaje, ó otra cualquier persona quisiere contradecir, ó quebrantar estos nuestros votos y mandado: sea maldito y condenado en el infierno, con Judas el traidor, etc.

Nosotros tambien los arzobispos y abades, que por merced de Dios vimos con nuestros propios ojos este milagro, que nuestro Señor Jesucristo fué servido hacer por su apóstol Santiago á su siervo el ilustre rey don Ramiro, confirmamos y canónicamente establecemos sus votos del rey y nuestros, y de toda la cristiandad de España. Y cualquiera que contradecir ó quebrantarlos quisiere, desde ahora lo maldecimos y descomulgamos, etc. Fué hecha esta escritura de votos, ofrenda y donacion, en la ciudad de Calahorra á los veinte y cinco de mayo de la era ochocientos y sesenta y dos.

Yo el rey don Ramiro con mi mujer la reina doña Urraca, y con nuestro hijo el rey don Ordoño, y nuestro hermano el rey don Garcia, confirmamos esta escritura, la cual mandamos hacer por obra y firmeza de lo sobredicho.

Yo Dulcido, arzobispo de Cantabria, que estuve presente, confirmo.

Yo Suario, obispo de Oviedo, que estuve presente, conf.

Yo Ovecca, obispo de Astorga, que estuve presente, conf.

Yo Salomon, O. de Astorga, q. e. p. conf.

Yo Roderico, O. de Lugo, q. e. etc.

Yo Pedro, O. de Iria, q. e.

Suero Perez, mayordomo del Rey, q. e.

Pelayo Gutierrez, escudero de armas del Rey, q. e.

Melendo Xuarez, potestad y gobernador, q. e.

Rodrigo Gonzalez, potestad y gobernador, q. e.

Gustios Osorez, potestad y gobernador.

Suero Melendez, potestad y gobernador, q. e.

Gutierre Osorez, potestad y gobernador, q. e.

Osorio Gutierrez, potestad y gobernador, q. e.

Ramiro Garcia, potestad y gobernador, q. e.

Yo la reina doña Urraca.

Yo el rey don Ordoño su hijo.

Yo el rey don Garcia su hermano.

Martin testigo. Pedro testigo. Pelayo testigo. Suero testigo. Melendo testigo. Vicencio, sayon del Rey, testigo.

Nosotros todos los pueblos moradores de las tierras de España, que estuvimos presentes, y con nuestros propios ojos vimos el sobredicho milagro del gloriosísimo apóstol Santiago, y por la misericordia de Dios alcanzamos de los moros la victoria y triunfo: establecemos y confirmamos perpetuamente todo lo sobredicho.

Este es el privilegio que llaman de los votos, el cual se guarda hasta ahora, y se acrecienta y extiende cada dia mas. Tambien en memoria deste milagro y de la victoria con que se quitó el malvado tributo, en Leon el dia de la Asuncion de nuestra Señora, van á la iglesia mayor de todas las parroquias muchas doncellas escogidas, y muy aderezadas en cuerpo bailando y cantando con sus instrumentos loores de nuestra Señora, y dicen allí que se hace esto por voto que tiene la ciudad desde entónces.

Con esta milagrosa victoria, y con el sentimiento que el rey don Ramiro hizo della en su solemne voto y ofrenda, creció mucho mas la devocion del apóstol Santiago en nuestros reyes. Así su hijo don Ordoño dió de nuevo tierra, y muchos dones á la iglesia de Santiago, como en sus privilegios parece. Mas su nieto don Alonso el tercero, llamado comunmente el Magno, hijo de don Ordoño, se aventajó y señaló mucho en la devocion con el santo Apóstol. Labróle la iglesia mas suntuosa, como él lo dice en su privilegio de la fundacion y consagracion: porque la que el rey don Alonso el Casto habia hecho era tosca de piedra y lodo. Mandó traer piedras grandes de muchas ciudades de España, para adornar mas su fábrica. Particularmente se trujeron por la mar ricas colunas, y hermosamente labradas de la ciudad del Puerto en Portugal. No tardó el edificio en acabarse un año y once meses, porque la devocion del rey daba buena priesa.

Vino el rey con la reina su mujer, con toda su corte, y con otra mucha gente á la fiesta de la consagracion. Para mas solemnizarla, llevaba el rey consigo muchos obispos, y con otros que se juntaron de las comarcas, llegaron á ser diez y siete, nombrados allí desta manera. Juan de Auca, que era en los montes de Oca, y despues se pasó á Burgos. Vincencio de Leon. Gomelo de Astorga. Ermenegildo de Oviedo. Dulcidio de Salamanca. Nausto de Coimbra. Argimiro de Lamego. Teodemiro de Viseo. Gumaldo del Puerto de Portugal. Jacobo de Coria. Argimiro de Braga. Diego de Tuy. Egila de Orense. Sisenando de Iria. Recaredo de Lugo. Teoderindo de Britonia. Eleca de Zaragoza. La consagracion se hizo seis dias de mayo el año de nuestro Redentor ochocientos y sesenta y tres. En todos los altares se pusieron reliquias particulares á la costumbre de entónces que casi no se hacir

altar, sin poner en él reliquias. Y el ponerlas era, encerrarlas en el mismo cuerpo del altar, así que no pudiesen ser sacadas de allí, sin deshacerlo. Así prosigue el Rey en su privilegio en contar las maneras de betumen con que se guarnecieron las cajas de las reliquias. Y cuenta así mismo allí en particular, todo lo que yo aquí he referido.

Esta dedicacion y consagracion de la iglesia de Santiago, se hizo con mandato y expreso breve del papa Juan octavo deste nombre. Porque el rey le habia enviado dos sacerdotes Severo y Siderico, pidiéndole la licencia para esta consagracion, y para hacer concilio en España. El papa se la envió con un suyo llamado Rainaldo, que vino en compañía de los del rey, cuando volvieron. Y así se celebró tambien entónces el concilio en Santiago. Todo esto cuenta así el obispo de Astorga Sampiro en su historia, donde pone el mismo breve del papa, que poco ántes habia sido elegido. Y esto muestra bien la reverencia y acatamiento que se tenia al santo cuerpo del Apóstol, y al lugar de su sepultura: pues se daba noticia dél al sumo pontífice, y él lo honraba con enviar persona propia con aquella concesion. Y es aquella historia de Sampiro de mucha autoridad, por haber él vivido en estos mismos tiempos en que escribió, como por los privilegios dellos parece, en los cuales se halla siempre firmado entre los otros prelados. Y deste autor tomó (1), el arzobispo don Rodrigo casi á la letra el breve y lo demás.

Las muchas tierras que este rey don Alonso el Magno dió á la iglesia del santo Apóstol, están en diez y seis diversos privilegios. Y entre las otras tierras le da á la iglesia todo aquel lugar santo del sepulcro del Apóstol, y la ciudad de Iria, que es el Padron. Y sin esto el obispo don Lucas de Tuy refiere, como este rey adornó muy ricamente de oro y plata, y piedras preciosas y sedas, y otros ornamentos la iglesia que habia labrado.

Así en el sagrario de la santa iglesia está todavía una cruz de oro y piedras preciosas, que el rey entónces ofreció. Es retrato perfecto de la que labraron los ángeles en Oviedo, sino por ser un poquito menor; y la labor, aunque es semejante, no es con mucha parte tan sutil ni delicada. Parece que el rey quiso que hubiese tambien en la iglesia del santo Apóstol memoria y representacion de aquel alto milagro. Así le mandó poner en lo liso de las espaldas los dos primeros versos que tiene la de los ángeles. Y todo junto lo que tiene escrito ésta de Santiago á las espaldas de letras relevadas en el oro, es esto, como yo lo leí, y fielmente lo traslade.

HOC. SIGNO. VINCITVR. INIMICVS.
HOC SIGNO. TVETVR. PIVS.
OB. HONOREM. SAN TI. IACOBI. APOSTOLI.
OFFERVNT. FAMVLI. DEI. ADEFONSVS.
PRINCEPS. CVM. CONIVGE. SCEMENA.
REGINA. HOC OPVS PERFECTVM. EST.
IN ERA. DCCCC. DVODECIMA.

En castellano dice. Con esta señal se vence el enemigo, con esta señal se defiende el buen cristiano. Por honra del Apóstol Santiago dan este don los siervos de Dios el príncipe Alfonso con su mujer la reina Jimena. Fué acabada esta obra en la era novecientas y doce. El año de nuestro Redentor, que aquí se señala, es el ochocientos y setenta y cuatro siendo uno despues de la consagracion de la iglesia.

El rey don Ordoño segundo hijo deste rey don Alonso, dió grandes riquezas de oro y plata, y piedras preciosas con muchos otros ornamentos, como en un su privilegio con particular lista de todo se refiere. Entre otras muchas cosas se cuentan dos cajas de oro con piedras preciosas y perlas, con el nombre del rey. Un cáliz de oro con su patena con perlas y piedras preciosas. Tres coronas de oro con piedras preciosas. Una cruz de oro fundida y adornada con piedras preciosas. Y dos aguamaniles (y así los llama) de plata dorados y muy bien labrados. Y en la historia compostelana se hace mencion de cuando se deshicieron algunas destas joyas en tiempos de grandes necesidades de la Iglesia. Y en otros privilegios suyos deste rey hay donaciones de heredades y tierras, que tambien allí dió. En general desde este tiempo en adelante es celebrada la sepultura del santo Apóstol, y su iglesia con gran solemnidad en las escrituras y privilegios de los reyes siguientes. Todos casi sin faltar mas que uno ó dos, dieron sus dones harto ricos á aquella santa iglesia, y todos dicen en sus privilegios con gran reverencia y afirmacion, que allí está el cuerpo del santo Apóstol enterrado en su tumba de mármol, refiriendo algunas veces los milagros que allí sucedian. Y son buenos testigos los reyes, porque como el santo cuerpo estaba entónces descubierto, y á ellos se les mostraba: podian muy bien afirmar como estaba allí. Y si yo no temiera prolijidad y fastidio en repetirse una misma cosa, y con casi una misma forma de palabras muchas veces, pusiera aquí lo que los reyes desto con gran sentimiento de certinidad y devocion dicen: y lo mucho que todos á aquella santa iglesia por este respecto dieron y acrecentaron. De un solo pirvilegio haré brevemente memoria, porque hay en él mencion de casi todos los pasados. Es del rey don Alonso el quinto padre de don Bermudo el tercero, dado en la ciudad de Santiago á los treinta de marzo de la era mil y cincuenta y siete, que es el año de nuestro Redentor mil y diez y nueve. Allí se cuenta al principio, como ciertos ministros del rey por parte suya, pidieron razon y títulos al obispo de Compostela, llamado Instruario, de la tierra que su iglesia poseia, y de otras preeminencias y exenciones que gozaba. La cosa se trataba con todo rigor, para mejor aclararla. Al fin so cargo de juramento el obispo exhibió fielmente delante las personas, que para esto por parte del rey se señalaron todos los privilegios de los reyes pasados, desde don Alonso el Casto, hasta don Bermudo segundo, padre deste rey don Alonso. Vistos, pues, examinados los dichos privilegios, y dados por buenos y legítimos: el rey don Alonso los confirmó, y añadió otras exenciones y defensas del patrimonio de la santa iglesia compostelana: diciendo diversas veces en su privilegio como todo se hace por honra del santo cuerpo del Apóstol, que allí está sepultado. Cuando aquella santa iglesia no tuviera otro previlegio sino éste, en que tanta discusion se hizo y tan de propósito: tenia una cosa muy cierta y averiguada en lo del santo cuerpo del Apóstol, y en todo lo que por reverencia suya hasta entónces se le habia dado

Así honraban y enriquecian estos reyes la iglesia del santo Apóstol, con reverencia y devocion de su santo cuerpo, y como en agradecimiento de la buena ordinaria ayuda, que del santo Apóstol tenian en las bata-

(1) En el lib. 5, c. 17.

llas contra los moros, de que por todos estos tiempos pasados hasta este rey habia muchos testimonios y apariciones que en nuestras historias están celebradas.

Una de las mas señaladas destas apariciones del apóstol Santiago fué cuando el rey don Fernando primero deste nombre, tomó á la ciudad de Coimbra en Portugal, en el año de nuestro Redentor mil y cuarenta y cinco, y siete despues que la tuvo cercada. El arzobispo don Rodrigo, y don Lucas de Tuy cuentan desto, que cuando el rey quiso ir á esta jornada, fué primero á visitar y reverenciar el santo cuerpo del Apóstol: y estuvo tres dias en oracion, suplicándole por su ayuda en aquella guerra. Así aunque el cerco duró tanto tiempo, y fué muy dificultoso, al fin con ayuda del santo Apóstol se tomó la ciudad, y se alcanzó gran victoria. Prosiguen los mismos autores en contar un señalado milagro, por donde se entendió, como Santiago fué el que dió la ciudad y la victoria á los cristianos. Habia venido á la sazon desde Grecia un peregrino, á visitar el santo cuerpo del Apóstol, y hay autores que dicen era obispo, y se llamaba Estefano. Éste oyó decir en Compostela, como el Apóstol Santiago se parecia á los cristianos de España en las batallas contra los moros, y á caballo armado peleaba contra ellos. Haciendo el obispo burla desto, dijo con risa, Santiago pescador fué, y no caballero ni soldado. El santo Apóstol quiso sacar deste error á su peregrino, y aparecióle aquella noche armado de muy hermosas armas, y en un gran caballo, con dos llaves en la mano, diciéndole: Porque no dudes mas de como soy hombre de guerra, y peleo como tal por mis españoles contra los moros, he querido me veas así, y quiero tambien que sepas, como mañana abriré al rey don Fernando la ciudad de Coimbra con estas llaves. Todo esto contó el obispo á la mañana, afirmando como entónces se tomaba Coimbra, lo cual despues entendió haber sucedido así, y confirmó la verdad de la revelacion.

En tiempo deste mismo rey don Fernando el primero ya tenia el santo Apóstol acá algun principio de la esclarecida órden de caballería, que debajo de su nombre y amparo se instituyó para pelear contra los moros, y librar de su poder á España, que es una de las mayores grandezas del Santo en la tierra, y un muy manifiesto testimonio de la antigüedad de devocion con él en esta su provincia. Hace mencion de la orden este rey en el privilegio que tiene suyo el monasterio de Sancti Spíritus en Salamanca, dada en quince de noviembre el año de mil y treinta. Allí tambien refiere el rey la vision milagrosa y (como él dice) clara, en que se le prometió la victoria de los moros, habiendo de pelear con ellos cabe la ciudad de Compostela, con dársele por señal la muerte de un caballero de la orden de Santiago: por lo cual él otorga aquel privilegio con cierta donacion al monasterio. Y aunque entónces la orden de Santiago no era cosa tan insigne, comenzólo á ser mucho despues en tiempo del rey don Alonso, su cuarto nieto, el de las Navas, en que comenzó la órden mas en forma, hasta llegar á esta grandeza con que ahora sirve en ella al santo apóstol la mayor parte de la nobleza de España. De todo esto, segun es gran magestad del Santo, se pudiera aquí decir mucho, sino que lo podrá ver quien lo deseare en la historia desta órden, que ha escrito el licenciado Rades de Andrada, fraile de la orden de Calatrava, y capellan de su Magestad con tanta diligencia y buen juicio, que no he yo visto hasta ahora historia de muchas cosas de España desde donde él comienza acá, mas diligente ni mas acertada.

Lo de Coimbra cuenta tambien el papa Calixto segundo deste nombre, en el libro que se dice escribió de los milagros deste santísimo Apóstol, de quien extremadamente fué devoto, y así se refiere al principio de aquel su libro, que con gran diligencia anduvo catorce años á buscar y recoger milagros que allí cuenta. Lo que yo desto creo es, que nuestro Señor Jesucristo obró en todos tiempos grandes milagros por este su santo Apóstol, y entre ellos muchos de los que allí se cuentan. Mas junto con esto tengo por cierto que el papa Calixto segundo no escribió aquel libro, sino que su autor lo publicó en nombre de aquel sumo pontífice por darle mayor autoridad, pudiéndolo hacer con probabilidad por la mucha devocion que el papa con el glorioso Apóstol habia tenido. Muévome á creerlo así por dos razones. La primera es, que este sumo pontífice Calixto segundo, llamado ántes Guido, fué hermano de los condes don Ramon y don Enrique, yernos que fueron del rey don Alonso, el que ganó á Toledo. Vino siendo arzobispo de Vienna la de Francia, y estuvo acá en España, y particularmente en Galicia, de la cual el rey su suegro habia dado el señorío á don Ramon su hermano del arzobispo, y allí cobró la devocion con el santo Apóstol. Mas despues que fué sumo pontífice, nunca acá vino, y los obispos que compusieron aquella historia, llamada compostelana, fueron enviados algunas veces á él con negocios de la iglesia de Santiago, y de las otras de Galicia y estuvieron con él mucho tiempo, y tratan muchos de su pontificado, y de las cosas que en él hizo hasta su muerte. Y no hay duda sino que si tal libro él hubiera compuesto, que éstos lo supieran, y lo refirieran y celebraran en su obra, pues pasaron, con ella muchos años adelante despues deste papa. La segunda razon es, que habiendo en aquel libro muy buenas cosas, hay otras indignas de una buena historia, cuanto mas de historia del santo Apóstol, particularmente las hay peores en el original que desta obra tiene la santa iglesia de Santiago, en lo que toca á los avisos que allí al cabo se dan á los peregrinos para el viaje, son tan malas y deshonestas, que no se pueden leer sin encogimiento y horror. Y habiéndolo yo visto, le dije á quien debia, para que aquello se quitase del libro, plegá á Dios se haya hecho. En el hay otras cosas que no tienen mucho concierto ni verisimilitud, así que no se puede creer las escribiese el papa Calixto, que fué hombre de grande entendimiento y prudencia.

Una de las cosas que en aquel libro mas de propósito se cuenta es, como vino encubierto á la iglesia de Santiago este sumo pontífice, cuando ya lo era, añadiéndose milagros, con que desde el cielo se manifestó quien era. Los tres obispos, autores de la historia compostelana vivian entónces, y escribian su obra juntando con mucho cuidado todo lo bueno que podian, para ennoblecer mas su iglesia, segun por todo el libro parece. ¿Pues cómo se sufria que callasen una cosa tan grande, pasando sin contarla? Verdaderamente no hicieron mencion della, porque hasta entónces no se habia inventado. Que si tal fuera, por lo ménos con mucha indignacion hablaran contra quien las afirmaba y fingia, como hombres que habian andado al lado, como allí se ve deste papa muchos dias, y le vieron siempre ocupado en las guerras con su adversario el antipapa Burdino, hasta que le metió preso en Roma.

Luego se dirá lo que este sumo pontífice hizo por la devocion que con el santo Apóstol tenia, porque es este lugar donde se ha de tratar de lo que los papas de aquellos tiempos á la iglesia de Santiago concedieron. Mas ántes conviene se entienda que hasta este tiempo del rey don Alonso el sexto, que ganó á Toledo, y poco despues, siempre el cuerpo del santo Apóstol estuvo mas descubierto, y no mas que metido en su arca de mármol en que fué hallado, y puesto debajo del altar mayor, así que se lo podian mostrar á los reyes, si lo quisiesen ver. Conforme á esto, dice el rey don Alonso el Magno, en aquel su privilegio de la fundacion y consagracion de la iglesia, que por reverencia y santo encogimiento no quisieron él ni los prelados que estaban con él abrir el arca, ni tocar á nada de aquello. Mas despues el primer arzobispo don Diego Gelmirez, hombre de insigne prudencia y grandeza en aquellos tiempos de don Alonso el sexto, y su hija doña Urraca, como en la compostelana se escribe, cuando edificó la grande y suntuosa iglesia que ahora vemos, de tal manera encerró en una bóveda debajo el altar mayor el arca de mármol con el santo cuerpo, que ya de ninguna manera se puede ver, ni entenderse cómo está. Y esto hizo con prudentísimo consejo aquel gran príncipe y valeroso prelado, y con reverencia devota, porque cada uno no quisiese ver y tratar aquel precioso relicario comunmente, y sin el debido respeto: «que se pierde sin duda cuando los «cuerpos santos y sus sepulturas pueden ser vistas vul«garmente de todos.»

El mismo arzobispo mandó tambien cubrir el altar mayor (que está sobre el santo cuerpo del Apóstol, y como túmulo suyo) de plata por la delantera, con escultura de medio relieve, en que está Dios Padre con mucha magestad de trono y ángeles que lo rodean. Estan tambien los doce apóstoles, y los veinte y cuatro señores del Apocalipsi, y así otras cosas. Y porque la chapa de plata, en que todo esto está labrado, es algo gruesa, y no tan delgadita como la del altar de Sahagun, y otras de aquellos tiempos en semejantes labores: debió parecer al artífice y ministros digna cosa de dar cuenta della. Así pusieron al derredor de lo esculpido estos versos, al tono de los que entónces se sabian y usaban hacer.

HANC TABVLAM DIDACVS PRAESVL IACOBITA SECVNDVS
TEMPORE QVINQVENI FECIT EPISCOPII.
MARCAS ARGENTI DE THESAVRO IACOBENSI
HIC OCTOGINTA QVINQVE MINVS NVMERA.
REX ERAT ANFONSVS, GENER EIVS DVX RAYMVNDVS,
PRAESVL PRAEFATVS QVANDO PEREGIT OPVS.

He querido escribir todo esto así en particular, porque como siempre el altar está cubierto con frontal muy pocos lo miran, y ménos lo leen.

En medio del altar tambien hay un retablo pequeño de plata, y á él está arrimada la custodia grande de plata con algo dorado, en que está el Santísimo Sacramento, y en ella lo llevan en la procesion el dia de su fiesta. Y arden perpetuamente delante el santo altar veinte lámparas de plata, y cuatro velas gruesas de cera.

Por respeto tambien del santo cuerpo del Apóstol, y de su sepultura, testificada por tantos y tan grandes milagros, fué sublimada su iglesia poco despues destos tiempos que vamos tratando, y se le concedieron grandes gracias y preeminencias por los sumos pontífices. Urbano segundo pasó la silla episcopal de Iria á Compostela, y la sacó de la sujecion del Metropolitano de Braga, de quien era ántes sufragánea, haciéndola inmediata á la Sede Apostólica. Así parece por su breve, que está en los tumbos, y en el libro ya dicho de la recopilacion de breves y privilegios, y en la historia compostelana, y en los mesmos tumbos, y en ambos libros tambien se hallan todos los breves que aquí tengo de referir. Éste de la translacion tiene su data á los cinco de diciembre, el año mil y noventa y seis. Confirmó esta libertad de aquella santa iglesia nuevamente entronizada, el papa Pascual segundo, que sucedió á Urbano, por breve dado á los treinta de diciembre del año mil y ciento y dos. Dióle tambien este sumo pontífice los doce cardenales, que hoy dia aquella santa iglesia tiene, para mas digno ministerio del altar, que está sobre el cuerpo del santo Apóstol, con breve dado en mayo el año mil y ciento y tres. Estos cardenales son escogidos entre los otros canónigos para decir la misa mayor en el altar del Apóstol, sin que la pueda decir allí otro ninguno, sino quien fuere obispo. Tiene el título de cardenal, y repartimiento particular por él en las rentas de la iglesia, y llevan mitra en las procesiones, usando tambien della en las misas de gran solemnidad. Fuera desto no tienen otra diferencia de los demás canónigos. Despues el año siguiente mil y ciento y cuatro en octubre concedió el mismo sumo pontífice al obispo de Compostela el palio, de que solo usan los arzobispos, para que lo pudiese traer en algunas fiestas principales que en el breve se señalan.

A este sumo pontífice Pascual sucedió Gelasio segundo, que no vivió mas de un año y cinco dias, y por su muerte fué elegido el papa Calixto segundo, de quien hemos dicho. Él sublimó mas la santa iglesia de Compostela, haciéndola enteramente arzobispado, atribuyéndole la metrópoli de Mérida, que estaba entónces casi despoblada, y en forma de pueblo muy pequeño. Dió el papa su breve para esto, procurándolo el primero arzobispo de Compostela don Diego Gelmirez, á los veinte y seis de febrero, del año mil y ciento y veinte.

Estos sumos pontífices en sus breves siempre dicen que conceden lo que se contiene, por respeto y reverencia del santo Apóstol y de su cuerpo, que está en aquella santa iglesia. En el breve donde Pascual concede el palio dice estas palabras. El lugar donde las santas reliquias posan, antiguamente fué pequeño. El papa Calixto, como quien se habia mas certificado con haber venido acá, dice en sus bulas diversas veces con grande afirmacion, que el cuerpo del santo Apóstol está en Compostela. Y si pudiera haber alguna duda en esto, toda se hubiera ya quitado, con solo ver por cuan solemne tienen y han tenido siempre en Roma todos los sumos pontífices el voto de venir á visitar el cuerpo deste santo Apóstol en Compostela, exceptuándolo siempre con el de Jerusalen, y con los demás, poniendo el derecho pena de excomunion á quien sin licencia del papa absolviere dél. Y el ser así estimado, y por tal autoridad este voto (1), es una insigne cosa en el santo Apóstol, y muy gloriosa para España, que goza de tan gran santuario.

Esta peregrinacion al santo cuerpo del Apóstol es muy antigua, y se comenzó pocos años despues

(1) En la extravagante Etsi domnici la 2 de pœnitent. et remis.

de la invencion de la santa reliquia. Que pues ya en tiempo del rey don Fernando primero deste nombre, como se ha dicho, se continuaba de ordinario, no hay duda sino que venia ya de muy atrás. Esto parece mas claro y mas cierto por todo lo que del bienaventurado santo Domingo de la Calzada se sabe en España, y se lee en sus maitines. Por todo se entiende cierto, que crió Dios á este santo en España para que sirviese al apóstol Santiago, y fuese amparo y refugio de los peregrinos que iban á visitarle en Compostela, segun se ve por su vocacion, y por los rodeos con que nuestro Señor le trujo á emplearse en ella. Siendo mancebo quiso dos ó tres veces ser monge, y aquello se le estorbó de muchas maneras. Probó tambien otras maneras de pasar la vida santamente en servicio de nuestro Señor, y al fin vino á parar en ocuparse todo aderezando y asegurando el camino para los peregrinos que pasaban á Galicia al santo Apóstol, y los rios y grandes lodos por una parte, y ladrones por otra, lo tenian mal seguro y peligroso. Así dió principio en la provincia de Rioja á la puente y calzada, que dió tambien al Santo sobrenombre, tomando tambien de lo uno y de lo otro el nombre la ciudad insigne que ahora llamamos Santo Domingo de la Calzada, llegando á tener iglesia catedral, para mas dignamente ser venerada la sepultura deste santo, que está dentro della. Con hospital que edificó y con otras obras piadosas, hacia perpetuamente gran refrigerio y ayuda á los peregrinos del Apóstol, como verdadero ministro suyo. Allí en estas sus santas obras fué visitado y confortado en ellas del bienaventurado abad santo Domingo de Silos, y del rey don Fernando primero deste nombre, y de otros príncipes. Y milagros sucedieron en vida deste santo, y despues harto señalados, de que aquella iglesia tiene notables memorias, por los cuales honrando Dios á santo Domingo, mostró tambien cuan agradables les eran los servicios que él al apóstol Santiago y á sus peregrinos habia hecho. Y pues santo Domingo vivió en tiempo del rey don Fernando el primero, y aun ántes, y ya hacia él esto: entiéndese como de muchos años atrás, así que sean ciento y mas, ya la santa peregrinacion era cosa célebre y frecuentada. Y á lo que yo creo, comenzó desde el milagro de la batalla de Clavijo, que por haber sido tan insigne, y no léjos de la entrada de Francia, se divulgaría presto por aquella provincia, y della pasaria la noticia y la devocion á los demás.

Sucedió san Juan de Ortega cien años despues de santo Domingo de la Calzada, en tiempo del rey don Alonso el sexto que ganó á Toledo, y su hija doña Urraca: y tambien él con fabricar el hospital, donde está el monasterio de su nombre, á las faldas de los montes de Oca, y con servir en él á los peregrinos: mostró bien como nuestro Señor le habia criado tambien á él, para honra y autoridad de su glorioso Apóstol: que destos dos santos recibió tan señalados servicios y tan continuos, y los recibe aun hasta ahora en sus peregrinos. Y quien bien siente, sabrá bien estimar, cuán grave testimonio es del santo cuerpo del Apóstol, y del agradable servicio que á Dios se hace en la peregrinacion á él: haber Dios criado estos dos santos tan insignes con la vocacion manifiesta de haberse empleado así en esto.

Tambien es gran testimonio del cuerpo santo del Apóstol, y mucha autoridad de la santa peregrinacion á él, haberla hecho el bienaventurado san Francisco, como en su historia se lee. Y aquel gloriosísimo santo tan insigne por tantas cosas, tan señalado por tantas maneras, tan ensalzado de la poderosa mano del Señor aun acá en la tierra por tan singulares excelencias: tuvo por santa ocupacion entre las soberanas que siempre tenia, el visitar el cuerpo del santo Apóstol como fiel peregrino. Y orando allí delante su altar y sepultura, recibió la divina revelacion del grande acrecentamiento de su órden, y como le convenia volver luego á Italia á procurarla. Y con el celestial sentimiento, que en su santa peregrinacion habia tenido, envió despues desde Italia para hacer la misma romería á sus dos muy amados discípulos fray Bernardo de Quintaval su primer compañero, y fray Egidio de Asís, que fué el tercero, porque gozásen el mérito della, y gustasen como él, el fruto espiritual del santo viaje. Como todo en su historia mas á la larga se refiere.

En el camino desta santa peregrinacion han sucedido grandes y manifiestos milagros, y ya hemos hecho mencion de algunos, de otros hay en muchas partes notables testimonios y memorias, que excusan el no referirlos aquí. Solo uno quiero contar, por haber quedado dél una insigne memoria de que yo he gozado diversas veces con mucha alabanza de nuestro Señor.

En la iglesia de san Pedro de Estella, ciudad principal del reino de Navarra, tienen una gran reliquia de toda una espalda del bienaventurado apóstol san Andrés. Por memoria y tradicion de unos en otros ha quedado la relacion de cómo vino allí aquella santa reliquia. Dicen que habrá como trescientos años, poco mas ó ménos, que un obispo de la ciudad de Patras en Acaya de Grecia, donde san Andrés fué martirizado, se partió en peregrinacion á visitar el cuerpo del apóstol Santiago. Y por traerle alguna digna ofrenda, tomo una espalda del cuerpo de san Andrés, que entónces aun estaba allí: tomando tambien testimonio en escrito de lo que traia, y para qué lo traia. El obispo hacia esta diligencia, para que su rico don fuese estimado y reverenciado en Compostela, como era razon: mas Dios la enderezaba á otro fin diverso, conforme á lo que habia de suceder. Porque viniendo el obispo como pobre peregrino, no muy acompañado, ni proveido de dineros: en el largo camino por diversos acontecimientos, perdió lo uno y lo otro, llegando á Estella solo, y tan pobremente vestido, que sin osarse descubrir quién era, fué recibido en el hospital, como un otro pobre peregrino, aunque muy rico, por traer bien guardada junto á sus carnes la santa reliquia con el testimonio della. Él venia enfermo, y agravándose la enfermedad, falleció de repente, sin dar cuenta de sí: y tenido no mas que por un peregrino, fué enterrado en la iglesia de san Pedro de aquella ciudad, sin mas advertencia ni discusion, llevándose consigo la santa reliquia, como la traia. La noche siguiente el sacristan de la iglesia vido encima de aquella sepultura un gran resplandor. Mas temiendo no fuese imaginacion suya, calló por entonces, hasta que la noche siguiente, viendo la misma claridad lo manifestó á los clérigos de la iglesia, que tambien lo vieron, y con toda devocion cavaron. Y sacando el cuerpo del obispo, y desnudándolo, le hallaron la santa reliquia con los testimonios della. Dando luego las debidas gracias á nuestro Señor, volvieron á enterrar el cuerpo del obispo con mas solemnidad, y guardaron la santa reliquia con veneracion: y en la misma ha sido, y es siempre tenida. Viéndola el emperador don Cárlos quinto de glorio-

sa memoria, mostró su sentimiento de devocion y su maravilla, y la estima que hacia de la preciosa reliquia: con palabras y con mandarle hacer un rico relicario y capillita particular, donde ahora está guardada con harta decencia, y se muestra con mucha solemnidad. Yo la he visto diversas veces, con hacerme nuestro Señor, aunque á indigno y miserable, merced de darme algun sentimiento de lo que veia y reverenciaba. Y con advertencia miré que no está el hueso de color de otros de los muertos, sido muy fresco, y en muchas partes muy rojo, que parece recien descarnado. Por la una parte tiene carne ya muy seca: mas todavía parece mucho frescor en ella. Luego que descubren la santa reliquia, da un olor suavísimo, el cual sienten aun los que están algo desviados: y así lo sentí yo besando la santa reliquia, y apartándome afuera. No es continuo este olor, sino que por intérvalos notables viene de nuevo, como con olas. Y no es olor de ningun perfume ni cosa olorosa de las que conocemos, sino muy diferente, como lo juzgan los que con cuidado lo consideran. Ella es en fin una de las mas insignes reliquias que hay en España: y la peregrinacion del apóstol Santiago nos la trujo á ella; y viniendo para su iglesia la reliquia de san Andrés, ordenó Dios que se quedase para ilustrar aquella de san Pedro su hermano.

De la cabeza del santo Apóstol hay algunas memorias, donde se refiere está en diversos lugares. En Tolosa afirman que la tienen, y que la llevó allí de Galicia el emperador Carlo Magno. Y pueden muy bien ser, que tengan allí mucho desta reliquia: mas ya se ha visto atrás, como es imposible, que la llevase allí de Galicia aquel emperador: pues habia veinte años que era muerto, cuando se halló el santo cuerpo. En el martirologio de Usuardo añadido á los tres de enero se dice, que la cabeza deste santo Apóstol se llevó á la ciudad de Arras en Flandes. La historia compostelana al fin del primer libro trata á la larga, como en tiempo del emperador don Alonso, hijo de doña Urraca, se trujo de cerca de Jerusalen la santa cabeza del apóstol, y hubo una revelacion por donde se comprobó ser ella. Púsose entónces en el monasterio de san Zoil en Carrion, y de allí la sacó la reina doña Urraca con buen respecto y despues la dió al arzobispo de Santiago don Diego Gelmirez, para que la llevase á juntar con su cuerpo, como se hizo con mucha solemnidad. Esto postrero parece mas autorizado, aunque en todo lo que de semejantes reliquias se trata, nunca debe espantar á nadie la diversidad que hallare, en decirse en un pueblo y en otro, que tienen una mesma reliquia, ó todo un cuerpo de un santo. Porque en esto hay mucha parte de devocion, y ántes hemos de alabar á Dios por ella, y por la reverencia que se tiene á las reliquias de sus santos, que no condenarla ni ponerla en disputa. Tienen en una iglesia un poco de una cabeza de un santo, y por un pundonor cristiano y devoto, se glorian que tienen la cabeza, y así lo afirman, y estiman por eso mas su tesoro, y de todo se sirve nuestro Señor, y se acrecienta su gloria. Y esto quedará dicho aquí de una vez para muchas otras partes, donde en lo siguiente será menester. Bien se cree que esta cabeza, de quien trata la historia compostelana, no es la del Zebedeo, sino del Alfeo, y que es la que el arzobispo ya dicho dejó en el sagrario ricamente engastada con mucha pedrería, y se muestra á los peregrinos con mucha reverencia. Mas yo refiero lo que allí hallo escrito.

Y aunque lo que se sigue, no sea cosa propia de España, por ser del santo apóstol Santiago se hace muy suya, y por tal lo escribiré aquí, por conclusion de todo lo que dél he podido recoger. Esto es, que ántes que la ciudad de Venecia fuese fundada, ó en los primeros principios de su fundacion, se le edificó allí al apóstol Santiago un templo en la plaza llamada de Rialto, por voto que se hizo mas ha de mil y ciento y cuarenta años, y á la consagracion concurrieron cuatro obispos. Y aquella ínclita ciudad, que tan famosa y poderosa es en el mundo, parece que comenzó debajo el amparo y proteccion del bendito apóstol Santiago: hasta que despues enriquecida con la presencia del cuerpo del glorioso Evangelista san Marcos, le tomó por su propio patron y defensor. Todo es una solemne antigüedad, y una insigne gloria de nuestro bendito santo Apóstol de tantos años atrás celebrada: y todo parece en una losa de mármol blanco, que está en aquella iglesia con estas letras.

FVNDAMENTA HVIVSCE TEMPLI DIVO IACOBO APOSTOLO EX VOTO ERECTI, IACTA FVERE CHRISTIANAE SALVTIS ANNO CCCCXXI. DIE XXV. MARTII ZOSIMO ROMANO PONT. HONORIO IMPERANTE. DEDICATIO CELEBRATA SEQVENTI ANNO EODEM DIE PER QVATVOR EPISCOPOS SEVERIANVM PATAVINVM, HILARIVM ALTINATEM, IVCVNDVM TAVRISINVM, ET EPODIVM OPITERGINVM. CVRA VERO FELICI SACERDOTI PRIMVM DELEGATA.

Dice en nuestro castellano. Fueron comenzados á poner los fundamentos deste templo edificado por voto al apóstol Santigo, el año de la redencion cristiana cuatrocientos y veinte y uno. Siendo sumo pontífice en Roma Zosimo, y Honorio emperador. La dedicacion se celebró el mismo dia en el año siguiente, por cuatro obispos, Severiano de Padua, Hilario de Altino, Incundo de Tarvisio, y Epodio de Opitergio. Y encomendóse el cuidado desta iglesia la primera vez á Felix sacerdote.

Con esto se ha acabado de contar todo lo que yo del glorioso apóstol Santiago he podido con buenos fundamentos escribir. Así no resta mas, de que sepamos los buenos españoles estimar, como debemos, la merced muy señalada que nuestro Señor fué servido hacer á esta nuestra tierra, con enviarle por maestro un apóstol de los doce, y tan principal y aventajado entre ellos con el parentesco y privanza de nuestro Redentor Jesucristo, y con las otras santas grandezas que en él hubo. Desta merced le quedó á España una gloria extremada entre todas las otras provincias, pudiéndose santamente ensalzar: y dando infinitas gracias á quien así la quiso ennoblecer, tenerse por muy favorecida y mejorada en la fé y religion cristiana. Dejemos á Italia, y á Roma su cabeza, alumbrada con la predicacion, esclarecida con la presencia, consagrada con la sangre de los príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo. ¿Qué otra provincia se podrá nombrar con quien no pueda en esto igualarse España? ¿Y cuántas podrémos señalar, de quien mucho se adelanta y aventaja? ¿Y por qué hemos de tener por pequeña gloria de nuestra tierra, el haber sido la primera provincia (despues de la Judea, donde se obraron los misterios de nuestra redencion, y lo que está por allí cerca) que en todo el

universo oyó la doctrina de Jesucristo, y tuvo en presencia y de principal intento apóstol y tan excelente, que se la enseñase? Y la de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza con la tradicion que desto se tiene, se puede contar por la primera iglesia del mundo que los cristianos tuvieron, que no es de las menores prerogativas de España, sino muy alta merced para alabar á Dios siempre por nos la haber hecho. Y debe poner todo esto un gran sentimiento en nuestros españoles (como lo advirtió bien el doctor Antonio Beuter) para considerar cuán grande obligacion tienen á conservar dignamente la fé católica, y defenderla: por haber sido los primeros á quien se dió. Cuanto fué mayor la merced, tanto debe ser mas entero el agradecimiento. Como el favor y regalo del cielo fué singular, así debe ser mas firme el reconocerlo, y dar por él las verdaderas gracias, que son delante de Dios usar bien de lo que él dá para nuestro bien.

Esta merced que hizo Dios á España con su santo Apóstol, fué por entonces tan subida y extremada. Mas la que despues acá nos ha hecho continuada en tantos siglos por el mismo Apóstol, ¿quién la podrá dignamente celebrar? Enviónos su cuerpo de tan léjos con milagro nunca visto. Habiéndose perdido la memoria de su sepultura, volvióla á descubrir con nueva maravilla. Hízolo de pescador, valiente caballero en la guerra, para que nos defendiese. Multiplicó sus aparecimientos y asistencias en las batallas, para nuestra confianza: y en el largo recobrar de España nos hizo por el santo Apóstol tan grandes ayudas, tan continuas y tan milagrosas, que han convidado y movido toda la Europa, á venir á hacerle reverencia perpetua en su santa sepultura. Todas las naciones extrañas que con tanta continuacion y frecuencia visitan el glorioso sepulcro del apóstol Santiago, dan bien á entender el gran bien que allí tiene España. Alabe pues ella eternamente á su Dios, y pida á sus ángeles que lo bendigan para siempre, por la singular merced que le hizo en darle este su santo Apóstol al principio por maestro de la fé cristiana en la tierra, y despues acá por tal amparo y defensa desde el cielo.

CAPÍTULO VIII.

San Pedro primer arzobispo de Braga, discípulo del apóstol Santiago, y la venida del apóstol san Pedro á Roma.

Habiendo hecho mencion deste santo en la vida del Apóstol, será necesario poner aquí, como en lugar propio, lo que dél se lee en los maitines de los breviarios de aquella iglesia, y de otras de aquel reino de Portugal, y algunas de Galicia. Celebran su fiesta á los veinte y seis de abril, y cuentan en sus lecciones, como fué discípulo del apóstol Santiago, y ordenado por él para obispo de la ciudad de Braga. Predicó allí este santo la fé de Jesucristo, confirmando su doctrina con muchos milagros. Sanó una hija del rey ó principal señor de la tierra, que estaba leprosa, y con este milagro se bautizaron esta doncella y su madre ya monestadas por el santo, comenzaron á vivir en mucha honestidad y recogimiento cristiano. Entendiendo esto el rey, sin tener respeto al gran beneficio que del santo habia recibido, lo mandó matar. Él, no con miedo de la muerte, sino por la necesidad que sus ovejas por entónces tenian de la vida de su pastor, se salió de la ciudad. Mas los que iban tras él, lo alcanzaron en el lugar llamado Rata, y en una iglesia fuera dél: delante el altar, como sacrificio verdadero que á Dios se ofrecia, le mataron. Los cristianos de aquel lugar que eran pocos, y por miedo del tirano andaban encubiertos, ni osaron enterrar el santo cuerpo, ni aun quitarlo de allí. Mas un hermitaño llamado Felix, que por miedo de la persecucion hacia su vida en lo alto de una sierra que está allí cerca sobre la mar, vido muchos dias como desde aquella iglesia subian lumbres muy claras hasta el cielo. Movido con esta vision vino á la iglesia, y hallando el cuerpo del santo mártir lo enterró como pudo aunque no con la honra y veneracion que él quisiera, ayudándole un sobrino suyo que tambien estaba con él en el desierto. Creciendo despues el número de los cristianos, y habiéndose acabado las persecuciones, poco á poco se fué labrando allí una grande iglesia por honrar al santo con ella. Así fué enterrado mas dignamente, y en su sepultura fué servido nuestro Señor se hiciesen muchos milagros, los cuales duran hasta nuestro tiempo con mucha continuacion: y causa de gran reverencia que á este glorioso santo en toda aquella tierra se tiene.

Para la buena continuacion de las cosas de la Iglesia de España y sus santos, será necesario ir señalando aquí desde luego el tiempo en que los apóstoles san Pedro y san Pablo vinieron y estuvieron en Roma. Comenzando de la primera venida de san Pedro, que como de los Actos de los Apóstoles se colige, vino á Roma el año cuarenta y cuatro de nuestro Redentor, que fué el tercero del emperador Claudio: y Onufrio Panuino usando de su acostumbrada diligencia, señala en su corónica eclesiástica que entró en Roma á los diez y ocho de enero deste año. Y conforme á esto se ha puesto en aquel dia fiesta del principio del sumo pontificado de san Pedro en los breviarios romanos nuevos de nuestro muy santo padre Pio quinto. Estuvo el Apóstol desta vez en Roma poco mas que tres años, y volvióse á Jerusalen cuando Claudio mandó echar á todos los judíos de Roma. La otra vez que este santo Apóstol volvió á Roma, se tratará en su lugar, que ahora no fué menester mas de señalar aquí este principio.

CAPÍTULO IX.

El tiempo del emperador Neron con todo lo de Séneca.

El emperador Claudio, mandó volver del destierro á Séneca, y se le dió luego cargo de la crianza y doctrina de Claudio Neron, que le sucedió despues en el imperio el año cincuenta y cinco de nuestro Redentor. Los cinco primeros años de los trece y medio que tuvo el señorío, fué muy buen príncipe, y valíale á Séneca el bien aconsejar, aunque tambien los historiadores le culpan á él por este tiempo en algunas cosas suyas y de las de su discípulo. Todo se dirá con mejor continuacion: escribiendo la vida de Séneca, la cual yo he guardado para ponerla aquí toda junta con mejor gusto de los lectores, que tuviera si hubiera ido repartida por los tiempos de atrás. Y de los deste emperador no habrá casi mas que escribir de lo que á un tan ilustre español como Séneca pertenece; y esto es mucho y muy provechoso con el ejemplo, y dulce con la relacion de cosas de mucha grandeza y novedad. Tambien fué Séneca un hombre tan señalado en ingenio, y de tan admirable sabiduría, y nos dejó tan singular doctrina en sus libros, que como el mundo todo, desde

entónces acá, la ha mucho estimado y encarecido, así tambien es mucha razon que demos mas en particular cuenta de todas sus cosas que tanto honran á España. Sin todo esto por haber sido natural de mi tierra, le debo yo á él y á ella mas larga relacion de su vida. A Séneca porque no se queje con razon de su cordobés, y á Córdoba porque no tenga que perdonarme como al poeta Juan de Mena, si no escribiese de un su tal ciudadano, todo lo que dél se puede saber.

El nombre entero de Séneca, como el mismo lo dice, es Lucio Anneo Séneca, á la costumbre romana. Lucio dice (1) él que es el pronombre, Anneo es el nombre, Séneca es el sobrenombre. Y este sobrenombre con que mas comunmente le nombramos, quiere decir en nuestro castellano hombre que se mata á sí mismo. Fué natural de Córdoba, donde se muestra hasta ahora una casa junto con la del ayuntamiento de la ciudad, la cual creen fué de Séneca, y así la llaman. Y el primer marqués de Pliego, don Pedro Hernandez de Córdoba, padre desta señora, que ahora tiene el estado, compró aquella casa por la fama de haber sido de tal dueño, y luego la dió al doctor Morales mi padre, diciendo que la casa de un cordobés sapientísimo, no habia de estar si no en poder de otro cordobés tan sábio. Y yo nací en aquella casa. Lo que les mueve en Córdoba á creer esto es, que ha venido de unos en otros y se ha conservado así aquella opinion. Tambien labrando allí mi padre, se hallaron una lucerna antigua de bronce, y cuatro figurillas de medio relieve en una tabla de piedra, metidas en sus encasamientos, y las hizo poner en una esquina de la pared frontera de aquella calle. Aunque despues el marqués de las Navas las llevó á su fortaleza de las Navas. Estos rastros de antigüedad confirmaron la opinion que ántes desto se tenia. Y púdoles verdaderamente persuadir á los pasados, que pensaron haber tenido allí su casa Séneca, la excelencia del sitio, digno de ser escogido de un hombre tan sábio como él era para su morada. Porque excede notablemente á todo lo demás de la ciudad aquel sitio en ser saludable, y en señorear con las vistas gran parte de la ciudad, y lo mas hermoso del campo y del rio, y en pasar por allí el agua muy excelente que ahora va á San Francisco. Todo esto pudo ayudar para creerse en Córdoba que allí fué la casa de Séneca. Mas la verdad clara y manifiesta es, que no pudo tener allí Séneca casa para su morada, ni en otra parte alguna de toda la ciudad que ahora es, pues aun no era edificada, estando, como estaba, todavía en su ser y muy próspera por aquel tiempo, la antigua ciudad de Córdoba, que ahora llaman la vieja, como en mis antigüedades está enteramente averiguado. Allí vivieron sus padres de Séneca, y allí nació él, y allí tuvo casa su padre. Que él despues veremos como fué desde niño á Roma. Tambien muestran en Córdoba una huerta que llaman el lagar de Séneca, muy cerca de la ciudad y de la puerta llamada ahora de Plasencia. Esta heredad bien pudo ser de Séneca: aunque no hay para probarlo mas razon, de que está poco mas que una legua de Córdoba la vieja, y el sitio y la fuente son muy naturales para escogerlos un hombre sábio, y poner allí una casa de placer.

Fué Séneca de noble linaje, mas no senatorio, ni patricio, que era entónces lo mas subido en dignidad, sino del estado mediano en nobleza, que llamaban en Roma de los caballeros. Él lo dice algunas veces. Y lo mucho mas que despues creció Séneca hasta ser senador y cónsul, y muy gran privado y señor en Roma, todo lo alcanzó por su persona, que no porque le venia de sus pasados mas de lo dicho. Y este linaje de los Séneca parece era en España muy extendido, pues aun ahora se halla mencion dél en piedras antiguas de tiempo de romanos en algunos lugares muy apartados de Córdoba, como es Sintra en Portugal, donde en la iglesia de san Miguel, que está en el campo, hay una piedra de sepultura muy grande con todas estas letras:

L. AELIVS. L. F. GAL. AELIANVS
H. S. E.
L. AELIVS. SEX. F. GAL. SENECA.
PATER. H. S. E.
CASSIA. Q. F. QVINTILIA. MA-
TER. H. S. E.
L. IVLIVS. L. F. GAL. IVLIANVS.
ANN XXIIII. H. S. E.
AELIA. L. F. AMOENA. H. S. E.

Y en castellano dice, Lucio Aelio Eliano, hijo de la tribu Galeria, está aquí enterrado. Lucio Aelio Séneca su padre, hijo de Sexto, de la tribu Galeria, está aquí enterrado. Cassia Quintilia su madre, hija de Quinto, está aquí enterrada. Lucio Julio Juliano, hijo de Lucio, de la tribu Galeria, de edad de veinte y cuatro años, está aquí enterrado. Aelia Amena, hija de Lucio, está aquí enterrada.

En Córdoba se ha descubierto de pocos años acá una gran basa de jaspe con nombre desta familia de Séneca: y el licenciado Gerónimo de Morales mi sobrino la puso en casa del doctor Agustin de Oliva, su padre y mi hermano, médico de la Santa Inquisicion, insigne por sus letras, y por tal estimado entre los señores del Andalucía. Y aunque está muy quebrada por lo bajo la piedra, se lee todo esto bien entero en ella:

FABIAE. GN. F.
PRISCAE. A SI-
DONENSI. FA-
BIVS. SENECA.
ET : : : ERIA. Q.
F. PRISCA.

En castellano dice: Esta estatua pusieron á Fabia Prisca, hija de Neyo, natural de Asidona, Fabio Séneca y Valeria Prisca, hija de Quinto.

Otra piedra pone tambien con el nombre desta familia Pedro Appiano en sus antigüedades, y dice estaba en Córdoba. Mas lo cierto es, que está en Tarragona cerca de la Torre llamada Grosa:

C. EGNATVLEIO. C. F. GAL.
SENECAE. TAR. : : : : . AED Q.
IIVIR. FLAM. DIVI. TITI.
EQVO. PVB. DONATO. PRAEF.
: : : : : : : : : : : : : : : : : :
FLAMINI. P. H. C.
EGNATVLEIA SIGE. PATRONO.
INDVLGENTISSIMO.

En castellano dice: A Cayo Egnatuleyo Séneca, natural de Tarragona, hijo de Cayo, de la tribu Galería, que fué edil, cuestor, y uno de los dos del gobierno, y sacerdote del emperador Tito, y fué capitan, y se le dió del público mantenimiento para un caballo, y

(1) En el c. 8, del lib. 4, de Beneficiis.

fué flamen y sacerdote de la provincia de España la Citerior. Egnatuleya Sige, su esclava ahorrada le puso esta estatua, como á su señor benignísimo.

Tambien en aquel mismo lugar de Sintra hay otra piedra con mencion de la familia de los Galiones, de la cual tuvo nombre un hermano de Séneca, y dice así:

D. M.
M. VAL. M. F. GAL.
GALLIONI. AN.
XXXVIII. LICI-
NIA. MAXIMA.
MATER.
F. C.

Y en castellano dice: Memoria consagrada á los dioses de las almas. A Marco Valerio Galion, hijo de Marco de la tribu Galeria, que murió de treinta y ocho años, hizo que se le pusiese esta piedra su madre Licinia Máxima. Y mas extendida que esto fué la familia y el nombre de Séneca, pues el décimo obispo de Jerusalen, en tiempo del emperador Adriano, se llamó Séneca, como Eusebio en su corónica refiere: y despues en los dos códices de Teodosio y Justiniano, escriben los emperadores á un otro Séneca. Y Aldo Manucio en su ortografía puso una piedra de otro Séneca, que se halla en Italia en la marca de Ancona.

El que escribió la vida de Lucano, que anda impresa en su obra, y se dice en ella que se sacó de muchos buenos autores, llama á su padre de nuestro Séneca Anneo Séneca; y dice que fué gran orador, y se fué de Córdoba á Roma con su mujer Helvia, que otros llaman Albina, y con dos hijos que en ella tenia, nuestro Séneca, y su hermano Junio Galion, y que dejó acá el tercero hijo y menor de edad Anneo Mela, que fué el padre del poeta Lucano. Esto puede bien ser así, aunque no refieren allí ningun autor que lo diga. Y si fué tambien hermano de Séneca el que escribió las tragedias, adelante se dirá en su lugar.

Cómo y cuando fué Séneca á Roma se cuenta de muchas maneras. En Córdoba cuentan una fábula de su ida á Roma muy donosa. Dicen que Augusto César movido con la fama del alto ingenio que Séneca aun en su niñez ya mostraba, mandó que se lo llevasen á Roma. Los que vinieron por él lo hallaron jugando con otros muchachos, y pareciéndoles que habian engañado al emperador, y que no habia para qué venir de tan léjos por un muchacho tan ordinario, y en que no habia mas que en otro, se querian volver con mucha indignacion. Todavía les pareció hablarle; y así llegando á él le preguntaron. ¿Qué haceis Séneca? El niño respondió. Señores cumplo con el tiempo. Desta respuesta tan avisada tomaron muestra aquellos romanos del gran ser de Séneca, y trocando su desconfianza en una grande opinion del niño, se lo llevaron á Augusto. Yo he contado la fábula no mas de porque se tenga por tal, y se pueda reir el estar tan donosamente fingida.

El que escribió la vida de Séneca que anda en sus obras dice de su ida á Roma, que habiendo venido de allá Neyo Domicio, llamado por sobrenombre Barbaroja, con grande ejército á sujetar á Córdoba que se habia rebelado, Séneca fué cautivo con sus dos hermanos, y con el poeta Lucano su sobrino. Dióles luego libertad á todos Domicio, y persuadió á Séneca que se fuése á Roma. Él lo hizo así, llevando tambien allá consigo sus dos hermanos y sobrino. Esto se dice allí, mas no puede tener ningun fundamento de verdad. Porque ni sabemos que Córdoba rebelase en tiempo de Augusto, ántes se entiende que estaba muy pacífica y obediente, como por los mármoles de arriba parece, que era lisonja extraordinaria que la ciudad de muy sujeta hacia, ni tampoco vino este Domicio á Córdoba, ni la tomó, ni hubo nada de lo que tan seguramente allí se refiere, sin dar ningun autor que lo diga. Ya yo dejo dicho cuando vino acá por aquel tiempo Domicio Calvino, y todo lo que acá muy léjos de Córdoba hizo. Bien pudo ser que por consejo y persuasion de aquel, se fuése su padre de Séneca á Roma; mas solo podemos creer esto por conjetura, que cosa cierta no la hay. Y diciéndose ahora en esto lo que mucho conviene entenderse, luego se verá clara la verdad en todo.

Toda la dificultad que en esto y en muchas otras cosas de las de la vida de Séneca hay, nace principalmente de no hacerse comunmente distincion (como no la hizo aquel autor que la escribió) entre los dos Sénecas padre y hijo, atribuyendo á uno solo lo que es de dos bien diferentes. Así se tienen por de Séneca el filósofo maestro de Neron, de quien vamos tratando, todas las obras que andan en volúmen por suyas: y dellas y de otras conjeturas que toman para la cuenta le dan muy certificadamente ciento y doce y mas años de vida, y tratan otras cosas, que del primer inconveniente se siguen como manifiestas. Por esto será necesario mostrar aquí, como las declamaciones, suasorias, y controversias no son de Séneca el filósofo, sino de su padre: y con esto solo se aclararán todos los errores que desto se seguian. Y será casi todo lo que yo en esto dijere del secretario Gerónimo Zurita, de su insigne erudicion, y de su gran juicio y advertencia en leer los buenos autores antiguos. Él fué el que me sacó del error comun, en que yo tambien estaba, con buenas razones, que para confutarlo tenia recogidas: y yo tambien añadí despues alguna.

Un gran fundamento de todo esto está en las palabras que dice Cornelio Tácito (1), hablando de los hermanos de Séneca el Filósofo, que son éstas fielmente trasladadas y declaradas. «Mela, hermano legítimo de Séneca »y de Galion, nunca habia querido procurar cargos »ni dignidades públicas, con una encubierta y ex»traordinaria manera de ambicion, de que no siendo »mas que del estado de los caballeros romanos (como »si dijésemos escudero) en potencia y mando era igual »con los grandes, y que eran muy estimados por ha»ber sido cónsules.» Siendo esto que dice Cornelio Tácito así, su padre le dice á este Mela lo mismo en el prólogo del libro segundo de las declamaciones por estas palabras. «Todo esto digo de mejor gana (carísimo »hijo mio Mela) porque veo tu voluntad muy agena de »tener cargos públicos en Roma, y desviado mucho de »toda ambicion de honra: deseando sola una cosa, que »es no desear nada.» Así prosigue, alabándole éste su propósito diverso de los otros dos sus hermanos, con acabar diciendo: «Dos hijos traigo navegando en alta »mar, y á tí solo tengo conmigo en el puerto.» Ya queda muy claro lo que pretendemos, juntando esto con lo de Cornelio Tácito. Él dice que este Mela, que era hermano de Séneca y de Galion, no quiso cargos, y el autor de las declamaciones refiriendo dél lo mismo, lo llaman hijo: notorio queda, que el padre de Séneca (á

(1) En el lib. 16.

quien de aquí adelante llamarémos Séneca el viejo) fué el que escribió aquellas obras, que comunmente atribuimos á su hijo. Y aunque esto es cosa tan clara, que no habia ya menester mas probanza, todavía ayuda á ella, el referir Séneca el mozo (1), esto mismo de su hermano Mela, llamándolo hermano, y afirmando dél, que menospreció así los cargos y honras públicas, en el consuelo que escribió á su madre Albina.

Otras razones hay tambien para esto mismo buenas. Porque los que comunmente tienen, que aquella obra de las declamaciones es de Séneca el filósofo, y no de su padre: sacan (presupuesto su error) con buenas conjeturas de allí, que este nuestro Séneca el menor vivió mas de ciento y catorce años, pues dice (2), que pudo oir á Marco Tulio, y gozar dél. Esto es contrario de todo punto á lo que nuestro Séneca afirma de sí, diciendo (3) que en tiempo del emperador Tiberio era mancebo. Y su padre habiendo podido alcanzar y gozar de Marco Tulio, sesenta años ó poco ménos habia de haber forzosamente, cuando Tiberio comenzó á ser emperador. Y con este presupuesto de ser mancebo Séneca, y estar en Roma en tiempo de Tiberio: no pudo él decir, que todo el tiempo de las guerras civiles se estuvo en Córdoba sin salir della: su padre pudo decir esto, como lo dijo en aquel prólogo. Y si fuera nuestro Séneca, y no su padre, el que así nació tan atrás, y escribió aquello donde esto tan manifiestamente se saca: cuando le pidió á Neron le diese licencia para retirarse de la corte, como verémos; ninguna razon le pudiera dar mayor para alcanzarlo, que ser ya tan viejo, pasando de cien años. Y en aquel singular razonamiento (que está en Cornelio Tácito) aunque alegó Séneca por su parte esto: el emperador en su respuesta usó de lo contrario, diciéndole. Tú tienes fuerza y vigor en la edad, para gozar de tu hacienda y las rentas della: por donde parece claro, como no era tan viejo, como es pasar de cien años. Demas desto, si así fuera que nuestro Séneca escribió aquello, y por consiguiente vivió tantos años: ningun ejemplo tuviera mejor Plinio para contarlo entre los hombres de larga vida, que tan de propósito juntó en el libro séptimo (4). Y alcanzó Plinio, y conoció á Séneca, por donde es mas creible, que no pasara un tan señalado ejemplo en esta materia, como en otras de ménos momento lo nombró, y apuntó cosas dél. Tambien la diversidad del estilo es grande entre lo que Séneca el Filósofo, y el autor de las declamaciones escribe. Y particularmente nunca en nuestro Séneca se hallará aquella gana de decir donaires, y mas verdaderamente chocarrerías, de que aquel autor ordinariamente usa. Por donde nuestro Séneca queda sin la infamia de poca gravedad, que Erasmo en su prólogo le impuso: pues vemos que en todo lo que escribe se muestra siempre muy grave, y naturalmente inclinado á hablar siempre con severidad. Y si una vez quiso regocijarse en aquel librillo de la muerte del emperador Claudio: el proseguir su placer es de manera, que se parece nos es indigno de un hombre grave y de autoridad.

Con quedar pues así manifiesto, que todo aquello de las declamaciones, controversias, y suasorias es de Séneca el viejo, y no de su hijo Séneca el mozo, se aclaran muchas verdades, y se dejan de atribuir á nuestro Séneca, de quien vamos tratando, muchas cosas, que parecian verdaderamente suyas. En particular se entiende, como si algo hubo de persuadir Domicio Calvino se fuése á Roma, al padre de Séneca seria, porque nuestro Séneca su hijo, niño chiquito iba entónces, y como en los brazos de una tia suya, como él en alguna manera lo da á entender en aquel consuelo de su madre Albina (1). Y esto fué, como allí se ve en tiempo de Augusto César, y aun no andando mucho de su señorío, porque las cosas que él cuenta de sí, cuando ya estaba en Roma, dan mucho testimonio desto. Fuése tambien á Roma con él su madre Albina, dejando su padre y abuelo de Séneca acá. Tambien iba con ellos una su tia hermana de su madre, de quien él recibió en el camino, y despues mucho regalo (2). Su padre de Séneca estuvo despues en Roma, como se ha visto, y el hijo refiere dél como le mandó que comiese carne. Porque Séneca (3) cuando mozo, estuvo mucho tiempo que no comió ninguna carne, sino solas frutas y yerbas. Y desde entónces quedó tambien con costumbre de dormir en un colchon tan duro, que jamás quedaba en él señal de que hubiese estado acostado allí alguno. Tambien le quedó desde entónces costumbre de no beber jamás vino, ni bañarse, como todos los romanos lo tenian de costumbre (4). Fué su maestro Fotino, filósofo de la secta Estoica, como san Gerónimo lo dice (5), sin que yo haya hallado otra memoria desto. Él nombra tambien por sus preceptores á Attalo y á Socion filósofos.

Parece que fué muy presto conocido y estimado y favorecido en Roma, y levantado al estado mas alto y mas principal de senador y patricio. Porque ya en tiempo de Tiberio hallamos senador á su hermano Junio Galion: y no lo seria ántes que Séneca: pues se puede bien creer, que aun lo fué por respeto y favor de su hermano. En tiempo de Calígula, ya era Séneca en Roma hombre señalado y principal, como en Suetonio Tranquilo y en Dion Casio parece. Suetonio dice, cuanto mal decia de su estilo y manera de escribir aquel emperador: diciendo, que era todo arena sin cal, que no ataba ni juntaba uno con otro de muy desasido. Dion dice (6), hablando de Séneca por este tiempo estas palabras: Lucio Anneo Séneca, que era entónces excelente y aventajado en sabiduría sobre todos los romanos, y sobre muchos otros, faltó muy poco, que no lo matase Calígula: y no por alguna culpa suya, ó sospecha que dél se tuviese, sino porque habia defendido un pleito con grande elocuencia en el senado en presencia de Calígula, á quien le pesaba siempre que otro pareciese ser mas que él en decir bien. Así dice Dion, y prosigue, que le libró de la muerte esta vez una su amiga, que le dijo por muy cierto al emperador, que Séneca no podia vivir ya mucho tiempo, por estar tísico, y irse consumiendo poco á poco. Séneca dice, y parece que habla deste su peligro, que la amistad que tuvo con Cornelio Léntulo Getulico, que era un caballero romano principal le costó muy cara. Habla Séneca desto en el prólogo del libro cuarto de las cuestiones naturales: mas está tan depravado aquello, que no se puede entender mas, de que por guardar Séneca mucha firmeza en el amistad, se vió así á punto de ser muerto.

En tiempo del emperador Claudio, tuvo tambien Séneca otro muy gran peligro, y al fin fué desterrado

(1) Cap. 16. (2) En el prólogo del primer libro de las declamaciones. (3) En la Epístola primera del lib. 19. (4) Cap. 48.

(1) En el c. 17. (2) En el libro donde consuela á su madre c. 17. (3) En la Epístola primera del lib. 19. (4) En el de viris illustribus. (5) En la Epístola primera del lib. 19. (6) En el lib. 59.

á la isla de Córcega. Que en aquel tiempo no escogia el desterrado el lugar donde estuviese, sino que se lo señalaban: y siempre solia señalarse alguna isla, de poco regalo y mala pasada. Y es cierto que el emperador Claudio fué el que desterró á Séneca, porque Cornelio Tácito lo dice. El que escribió su vida añade que por induccion de Messalina su mujer, y él parece que lo da á entender, y luego lo veremos mas claro (1).

Tambien dice aquel autor (2), que muerta Messalina, Agripina alcanzó de Claudio, que Séneca volviese á Roma. Mas en esto no hay cosa cierta, aunque todo tiene su probabilidad. Por un epigrama de Marcial sabemos, que Cesonio Máximo, hombre de linaje y rico, grande amigo de Séneca, se fué á estar en Córcega con él. Celebra mucho el poeta la constancia de Cesonio en el amistad, porque entónces no era pequeño peligro, mostrarse uno íntimo amigo de un condenado. Tuvo Séneca otro grande amigo que se llamó Anneo Sereno, y era tan íntimo suyo, que para encarecer Marcial cuán grande amigo era de Séneca Cesonio Máximo, dice, que era igual, ó por ventura aventajado de Sereno. La muerte déste la sintió y lloró tanto Séneca, que se castiga á sí mismo despues de la destemplanza que en esto tuvo. Y Cornelio Tácito cuenta (3) como se sirvió dél Séneca para algunas cosas feas que quiso enmendar en Neron con mucho artificio. Cuando estuvo Séneca desterrado en Córcega, dice, que entendió como españoles algun tiempo habian pasado y asentado su vivienda en ella. Y señaladamente vizcaínos habian ido á poblar y á hacer su asiento allí. Lo cual dice parecia claro, porque la cobertura de las cabezas y zapatos de los corsos eran los mismos que usaban entónces los vizcainos. Y duraban tambien algunos vocablos en la isla tomados de la lengua vizcaina. Desde Córcega escribió á su madre Helvia, que otros llaman Albina, un consuelo largo y muy lindo, que anda entre sus obras. Y allí dice, como ya habia sido cuestor, y alcanzó aquel cargo por intercesion de una su tia, hermana de su madre.

Agripina alcanzó de Claudio se le alzase el destierro á Séneca, y aun se le diese la pretura: y las causas que le movieron, como dice Cornelio Tácito, fueron, primero por emplearse en cosa tan buena, entendiendo que sería cosa muy alegre para toda Roma, por la estima que se hacia de la persona y letras de Séneca: y despues para poder darle tal ayo y maestro á su hijo Neron, y que le sabria tan bien encaminar como sucediese en el imperio. Y en Cornelio Tácito no hay nada de cuando Séneca fué desterrado, porque faltan los libros donde esto estaba escrito.

Vuelto á Roma Séneca, se le encargó la crianza y doctrina de Neron, que era entónces de once años. Y dice Suetonio (4), que la noche siguiente despues de haber tomado este cargo, soñó que enseñaba á Calígula. Y no fué vano el sueño: pues fué su discípulo aun peor. Tenia tambien Neron por ayo á Marco Burro: y luego como comenzó á ser emperador, se dejaba todo al gobierno de Séneca y de Burro, que era un hombre muy principal y de gran virtud, capitan de la guarda de Neron. Era entónces la guarda de los emperadores una compañía de soldados romanos muy autorizados, que llaman pretorianos. Séneca y Burro se concertaron facilmente en la privanza y alto lugar, que tenian cabe al Príncipe. «Porque como hombres «tan sabios entendian, lo mucho que importa aconse«jar bien al príncipe sus privados: y como tan vir« tuosos tenian un mismo deseo, de persuadirle siem« pre lo bueno. Seguíase desta concordia el bien univer« sal de todo el gobierno, el cual se disipa y se destru« ye miserablemente, cuando los que pueden con los « príncipes en consejo y poderío, discordan en querer «y acabar cosas diferentes. Y cuando el príncipe es mas « mozo, tanto es mayor el daño de andar diferentes en «pareceres y pretensiones los que lo rigen. Porque « como él por entónces no puede por sí ver lo bueno, «tampoco se lo pueden mostrar, los que con discordia «lo confunden. Y no puede escapar esto de ser muy « dañoso al bien público. Si aconsejan mal y con diver«sidad, ya el mal no será sencillo. Si aconsejan bien, « nunca vendrá á buena ejecucion. Porque el uno es« torbará al otro, y cada uno le pesará ver efectuado « lo que él no aprobó. ¿Y que buen consejo podrá ha« ber en estas pasiones? ¿Y qué mal no se seguirá des« ta discordia? »

Servíale Séneca particularmente á Neron en hacerle pláticas y razonamientos, que habia de hacer en el senado, y en otros ayuntamientos públicos, que era como obligarle, y casi hacerle que diese fianzas en público, para ser bueno. «Porque cuando el príncipe habla bien « en público, pónese mayor obligacion á sí mismo, « de cumplir lo que dice, para no hacer sino conforme « á aquello. » Y lo que Neron por órden de Séneca dijo en el senado, la primera vez que allí entró fué tan bueno y de tanto ejemplo, que como dice Dion determinó el senado que se escribiese todo esculpido en una coluna de plata: para que por aviso y dignísima advertencia se leyese cada año á los nuevos cónsules el dia que entrasen á tomar el gobierno. Y aunque parece que se hizo por mucha lisonja, todavía podia tener gran respecto de buena gobernacion en dejar consignado así en público lo que el príncipe de sí prometía, para que se sintiese mas apretado de su deber con tal testimonio Y tambien era para los cónsules gran aviso y advertencia en lo que eran obligados, entendiendo lo que queria en ellos el emperador, pues ofrecia todo aquello de sí.

Mantuvo muy bien Neron algun tiempo lo que así Séneca le hizo prometer: y en todo esto se mostraban bien la gran virtud y buenos deseos de Séneca: y en que, como dice Cornelio Tácito, detenia por entónces la crueldad de Neron, que no brotase, estorbándole la muertes, que queria ejecutar. Tambien celebra el mismo autor en Séneca el conformarse con Burro: y que teniendo Séneca tanto juicio y prudencia y destreza para todos los negocios, y tanta parte en el poderío y privanza de su príncipe, como Burro: la rindiese, y tuviese sujeta al compañero, por ver el mucho bien que en todo pretendia. Mas estorbábales mucho Agripina su madre de Neron, que queria para sí toda la potencia y el autoridad del imperio: y esto usurpaba tan desapoderadamente, que muchas veces hacia que se juntase el senado en palacio, para ponerse detrás de una cortina, y escuchar y notar desde allí lo que cada uno decia y votaba. Y habiendo Neron de recibir y oir en público, como entónces era costumbre, unos embajadores de Armenia, se subió en su tribunal, y estrado muy alto, que para esto le habian aderezado. Agripina vino allí luego, y muy determinada de subir á asentarse con su hijo, y presidir juntamente con él en todo aquel tan solemne negocio. Viéndola así venir

(1) En aquel prólogo. (2) En el lib. 7. (3) En la epístola 64. (4) En el c. 7, de la vida de Neron.

denodada todos los que estaban presentes, se pusieron atónitos con miedo y con espanto, sin pensar en el remedio de tan desatinado atrevimiento. Solo Séneca con su gran prudencia proveyó súbitamente en el triste caso, avisando á Neron que bajase á recibir á su madre; y entreteniendo despues para que Neron no volviese á subir, y con aquella buena muestra de reverencia y acatamiento, se estorbó por entónces, y se excusó la vergonzosa ignominia de toda la magestad del imperio romano. Cornelio Tácito á solo Séneca atribuye esta buena providencia, y yo le creo mas que al abreviador de Dion, que dice, lo hizo Burro juntamente con él.

Sintió desta vez Agripina como Séneca queria estorbar su potencia y autoridad, y comenzó á poner mayor diligencia en apoderarse del todo de su hijo, y quitar que nadie pudiese algo con él. En público y secreto decia mucho mal de Séneca y Burro, y con malos deleites cebaba á su hijo, para quitarle el gusto que los dos le ponian en lo bueno.

Así pasó Séneca mucho tiempo, resistiendo y disimulando y sufriendo las cosas de Neron, que iban ya abominablemente despeñadas, sin poder ser detenidas: hasta que habiéndose muerto Burro, y no sin sospecha de que se le dió ponzoña, él quedó mas flaco y ménos poderoso, faltándole tan buena ayuda y compañía. Tambien toda la gente malvada que servia á Neron en sus vicios, y se servia dél para sus malas codicias, aborrecian el estorbo que Séneca les podia hacer y como suelen los tales ser muy diligentes en allanar semejantes dificultades por cualquier camino: comenzaron á tratar mal de Séneca, y darse mucha priesa á derribarle de su lugar que tenia.

Habia Séneca llegado á tener muy grandes riquezas, que solo en dinero le dan los historiadores suma de siete millones y medio de ducados (1). Y estaba casado con Pompeya Paulina, mujer tan principal, que sus enemigos entre las otras cosas odiosas que le oponian era el haber llegado á alcanzar tan alto casamiento. Y porque las riquezas están siempre muy aparejadas, para que se emplee en ellas la envidia de muchos: de aquí comenzaron sus contrarios á calumniarle, prosiguiendo despues con mayores oprobios de ser extranjero, y haber subido de muy bajo, y otras cosas tales, que la envidia ofrece, y mas cuando la aviva el interés. Séneca que entendió todo esto, y que lo entendia y gustaba dello Neron, viendo tambien que todo iba en él ya tan perdido, que no habia resistirle, ni aprovechar nada con su autoridad y prudencia, determinó vencido de la tempestad dejar el navío, por no anegarse en él. Así fué á Neron para pedirle le diese licencia de dejar la corte, y retirarse á vivir en sosiego fuera de Roma en alguna de sus heredades. Esto dice Cornelio Tácito pasó desta manera. Buscó tiempo oportuno, y pidió á Neron audiencia, y habida le dijo estas palabras:

«Catorce años ha ya. señor, que me mandaron ser»virte, y ocho que tú tienes el imperio. En todo este »tiempo tú, señor, has acrecentado como á porfía en »mí tanto de honra y riqueza, que ya no le falta nada »á mi gran ventura, sino tasa y término en que repa»re. Para suplicarte por esto, pondré grandes ejem»plos, y no de hombres de mi manera, sino de tu gran»deza. Tu bisabuelo Augusto concedió á Marco Agrip»pa el retirarse á la isla de Mitilene; y á Mecenas, que »estando en Roma, tuviese el ocio que pudiera gozar »muy apartado. Y el uno le habia sido como compañe»ro en todas sus guerras; y el otro en Roma habia asis»tido siempre en el golfo de los negocios, y pasado »crueles tempestades en ellos. Y ambos habian recibi»do grandes premios, mas todos muy bien merecidos. »¿Yo que pude dar á tu grandeza, sino algun poco de »doctrina, nacida y criada en mucho ocio y descanso? »Y de aquí me resultó honra singular de enseñar la »niñez, y guiar los principios de tu mocedad, que es »la mas soberana gloria adonde las letras pueden su»bir. Sin este premio, que me sobraba, tú señor, me »diste siempre tu amor, y muy gran cabida en tu pri»vanza, con gran suma de hacienda: tanto que mu»chas veces me paro á pensar, y tratar así conmigo. »Yo soy aquel extranjero, nacido de mediana casta, »¿soy ya contado entre los grandes de Roma? ¿Mi no»vedad en linaje se cuenta ya entre los muy ilustres, y »que traen de léjos su descendencia muy esclarecida? »¿Qué es de aquel ánimo de filósofo, contento con poco? »¿Tales jardines adorna, y por tan ricas heredades y »de tanto deleite se recrea, y por tantas leguas de tér»mino se extiende, y con tantas rentas se acrecienta? »Una sola excusa me parece que tengo entónces, para »defenderme de mí mismo, y es: que no pude ni de»bia resistir á tu magnificencia. Mas ya hemos ambos »colmado bien la medida. Tú, señor, en darme todo lo »que un gran príncipe puede, á quien quiere hacer »merced: y yo en recibirlo. Lo demás no puede ya ser»vir, sino para despertar y acrecentar la envidia con»tra mí. Y bien veo, señor, que para tí lo mucho que »me has dado, tambien como todo el universo es mé»nos que tu grandeza y por eso es poco para darlo ella, »mas para mí es ya muy pesado, y que basta para »confundirme. A mí me conviene ya, señor, que con »descargarme me ayudes. Como cansado del mucho an»dar en el camino, ó del peso de las armas en la guer»ra, te suplicará por mi alivio; así en esta jornada de »la vida, en tanta vejez, y tan flaca ya para poder pa»sar adelante aun con muy livianos cuidados, no pu»diendo ya sufrir mas la carga de mis riquezas y esta»do, te pido señor socorro. Manda que algunos tuyos »administren mi hacienda, y la recojan como parte de »tu grandeza. Y no es esto condenarme á pobreza, sino »huir de la luz, que mis ojos ya no pueden sufrir: y »dejando lo que ya mis hombros no pueden sustentar, »todo aquel cuidado, que hasta ahora se gastaba en los »jardines y en las heredades, todo lo empleará en cul»tivar mi ánimo, y mejorarlo. Tú, señor, ya tienes »fuerza de prudencia y experiencia en tantos años para »mantener tu magestad en el gobierno, y así podemos »los criados viejos pedirte descanso y quietud. Y tam»bien será buena parte de tu grandeza y de tu gloria »haber levantado muy alto, á lo que podia pasar y vi»vir contento con cualquier medianía.»

Habiendo acabado Séneca de hablar, Neron le respondió con mucha dulzura, sin concederle nada de lo que le pedia, ántes acariciándole mucho, y despertando nuevas esperanzas con grandes promesas. Séneca hizo muy grande estima de lo que el emperador le decia, y le dió humilmente las gracias por ello: «que esto al «fin suelen parar las pláticas todas, que en semejantes «negocios con los príncipes se tienen.» Mas no mudó nada Séneca por esto en su propósito, ántes trocó toda la representacion ordinaria de privanza y señorío. Cerró muy de veras la puerta al concurso en su casa, y

(1) Así hace la cuenta deste dinero de Séneca Budeo en el lib. 5 de Asse.

rehusó siempre el acompañamiento fuera della. Salia pocas veces por la ciudad, y ménos iba á palacio, con excusa de que estaba enfermo, ó muy gustoso y ocupado en sus estudios.

Este octavo año del emperador Neron, en que así Séneca le habló, es el sesenta y tres del nacimiento de nuestro Redentor, fué Séneca cónsul en compañía de Trebelio Máximo. En este su consulado se hizo aquella ley muy famosa que llaman la Trebeliánica, que concede al heredero se pueda quedar con la cuarta parte de la herencia, cuando con muchas mandas no le viniere. Y así se refiere en el libro de los Digestos (1). Y Séneca y su compañero no fueron de los cónsules ordinarios, sino de los sufectos en el año que lo fueron Publio Mario y Lucio Asinio, como en Cornelio Tácito y en Dion se da á entender.

Otra vez con buena ocasion volvió á pedir Séneca licencia á Neron para retirarse á una su heredad, y no se la dió. Ántes se tuvo por cierto que Neron le mandó dar veneno, y lo procuró por mano de un su ahorrado de Séneca que llamaban Cleonico. Séneca se escapó desto, ó porque se lo descubrió su ahorrado, ó porque él andaba ya muy recatado, y tan tasado en su comer y beber, que solo se mantenia de yerbas y frutas, y bebia no mas que agua, y así sustentaba su postrera y flaca vejez, no temiendo el morir, mas deseando no ser malvadamente muerto.

Ya esto era el año sesenta y cinco de nuestro Redentor, y en el siguiente de sesenta y seis conjuraron contra Neron para matarlo muchos romanos y extranjeros de todos estados, patricios, ecuestres y plebeyos, sin que Cornelio Tácito pueda averiguar quién inventó la conjuracion ó quién fué el principal en ella. El fin de todos parece era, matando á Neron, dar el imperio á Calpurnio Pison, por ser muy principal en linaje, y si no lo era en virtud, á lo ménos no le faltaban grandes apariencias della, que con el vulgo muchas veces valen mas que la verdadera bondad. Lo que se sabe de cierto es, que el poeta Lucano fué uno de los conjurados, y que con grande ánimo entró en la determinacion, moviéndole particular odio que á Neron tenia. Porque por una parte decia mal de sus versos, y por otra le vedaba el publicarlos, y teniéndose él por gran poeta, con desatinada vanidad queria que se tuviesen por mejores sus poesías, que las de Lucano. Descubrióse la conjuracion un dia ántes que se hubiese de ejecutar.

Ya nos vamos mucho acercando á la muerte de Séneca, en la cual hubo cosas dignísimas de su vida y de su sabiduría, y es gran gusto que las haya escrito Cornelio Tácito tan á la larga, que yo, con solo trasladarle á la letra, pueda referirlas con mucha particularidad, en que va tambien mas asegurada la certidumbre, con escribirlas aquel autor tan grave, y que por haber sido en estos mismos tiempos, pudo tener verdadera noticia dellas. Fué nombrado entre los primeros desta conjuracion Séneca, y nombróle Antonio Natal uno de los conjurados, aun ántes que le pusiesen en el tormento, por solo el miedo dél. Y como Cornelio Tácito dice, nombróle, ó porque habia Pison tratado algunas pláticas con Séneca por medio dél mismo Natal, ó por parecerle que con nombrarle ganaba gracia con Neron, teniendo entendido dél, que aborrecia ya mucho á Séneca, y buscaba ocasiones para matarle. Y todo lo que Natal dijo fué: Que siendo él, como siempre habia sido, íntimo amigo de Pison, lo envió á visitar á Séneca, y á que se le quejase de su parte, porque no se dejaba visitar dél. Que mucho mejor seria que siendo como eran amigos, conversasen entre sí, y tratasen mas familiarmente. A esto respondió Séneca, que entendiese Pison, como á ninguno de los dos le estaba bien conversar con mucha familiaridad, ni tratar largas pláticas. Y que junto con esto entendia muy bien, como su vivir dependia de la vida de Pison. No dijo mas que esto Natal, y Cornelio Tácito añade que hubo otra fama por entónces, aunque no certifica mas della, de que fué fama. Que Subrio Flavio, un principal de la conjuracion, y tribuno de los soldados de la guarda, tenia tratado con sus centuriones muy en secreto, aunque habia dado parte dello á Séneca, que habiendo muerto á Neron con ayuda de Pison, lo matasen tambien luego á él, y se diese el imperio á Séneca, como á hombre de mucha bondad, y que por sus grandes virtudes merecia ser escogido para tan alto lugar. Y estas son las mismas palabras de Cornelio Tácito aquí, con que ensalza mucho el gran ser y valor de nuestro cordobés.

Nombrado, pues, así Séneca, aunque no parecia manifiesta ninguna culpa suya, mas todavía holgó mucho Neron de tener esta ocasion de matarle á cuchillo, pues con el veneno no habia podido. Mandó, pues, á Granio Silano, otro tribuno de los soldados de la guarda, que fuése á decir solamente á Séneca, lo que Natal dél habia denunciado, y que le preguntase si reconocia aquellas palabras suyas, que Natal referia. Séneca habia estado algunos dias retirado en la Campania, y léjos de Roma, y aquel dia, que era uno ántes del que se habia de ejecutar la conjuracion, se volvia á Roma, ó á caso, ó con algun fin (que Cornelio Tácito, aunque dice ambas cosas, no afirma ninguna) se habia detenido en una su casa de placer muy cerca de la ciudad. Allí llegó el tribuno, cayendo ya la tarde, y cercó la casa con sus soldados. Entrando él dentro, halló á Séneca cenando con su mujer y dos amigos suyos, que Cornelio Tácito no nombra, mas el uno sin duda era Estacio Sereno, gran médico, y por esto, y por su mucha virtud era muy amado de Séneca, y la experiencia de su fidelidad le habia ganado dél mas amor. Allí en la mesa le dió el tribuno á Séneca su embajada. Él la oyó muy sosegadamente, y respondió, que era verdad que Natal vino á él con aquel recaudo y queja de Pison, porque no consentia que le visitase, y que él se habia excusado con su enfermedad, y con el deseo que tenia de quietud. Y en lo demás que Natal añade, dijo Séneca, no tuve yo jamás causa, por qué debiese pensar, cuanto mas decir, que mi vida dependia de la de ningun hombre particular. Y esa era una muy desordenada lisonja, y nadie jamás me vió inclinado ni dispuesto para ellas. Y desto no tengo mejor testigo que al mismo emperador, pues ha experimentado mas veces mi libertad, que mi encogimiento.

Vuelto Silvano con esta respuesta, Neron le pregunta si aparejaba ya Séneca de matarse á sí mismo. El tribuno dijo que no habia visto en él ninguna muestra de temor, y que en sus palabras ni en su semblante no vió ninguna turbacion, ni sentimiento de pesar. Mándale luego Neron á Silvano que vuelva, y le diga á Séneca como ha de morir. Era tambien este tribuno de los conjurados, y considerando la gran maldad que se le mandaba, dudando en ejecutarla, y buscando manera cómo pudiese estorbarse, no quiso ir camino derecho, adonde Séneca estaba, sino fuése primero á

(1) En el título ad Sent. con. Trebellianum en la ley primera.

No se puede dar bien razon de los hijos que tuvo Séneca. En el consuelo á su madre no nombra mas de un hijo, mas bien parece que tenia mas. Éstos no los hubo de Paulina, sino de otra mujer que se le murió poco ántes que fuese desterrado, como él lo dice allí en el consuelo (1). Tambien se ve claro allí, como era entónces vivo su abuelo, padre de su madre.

Tuvo Séneca dos hermanos, Junio Galion, y Anneo Mela, como ya hemos dicho; y del suave ingenio de Junio Galion su hermano, dice muchas cosas (2): y que con toda su dulzura, era muy ageno de lisonja, que entonces mucho se usaba. Tengo yo por cierto, que es este Galion de quien hace mencion san Lucas en los Actos de los Apóstoles (3), que era procónsul en Grecia, cuando san Pablo predicando en la ciudad de Corinto, lo acusaron delante dél, y no quiso conocer de aquella acusacion, diciendo que no habia en ella delito, sino solas cuestiones de su ley. Y él mismo tambien creo que es, de quien dice Plinio (4), que procuró el gobierno de Egipto, por tener ocasion de navegar muy á la larga: «tomando esto por remedio de sus »indisposiciones, como es cierto que suele aprovechar »mucho el navegar, y sus vómitos para algunas en»fermedades.»

Despues de la muerte de su hermano, lleno de temor Galion, quiso suplicar á Neron por su vida, y al fin no parece que le mataron, porque Cornelio Tácito, que dice (5) de su miedo, no pasa adelante en decir del suceso. Y no le faltaban á Junio Galion causas de temor, pues veia castigar los amigos de su hermano. Que á Cesonio Máximo, y á Novio Prisco, y á otros algunos, por sola esta causa de haberlo sido, los desterraron. Tuvo su padre de Séneca gran memoria, y así cuenta extrañas pruebas que hacia con ella.

CAPÍTULO X.

El poeta Lucano, y Séneca el Trágico.

Entre las otras grandezas de Séneca, no es la menor tener á Lucano por sobrino. Que así lo fué cierto, y no su nieto, como algunos piensan. Porque Cornelio Tácito dice expresamente, fué hijo de Anneo Mela, uno de los dos hermanos de Séneca. Éste casó en Córdoba con una mujer principal llamada Acilia, hija de Acilio Lucano, orador muy conocido, como se dice en la vida de Lucano, que anda impresa en su obra, y cierto parece está escrita con mucho cuidado y juicio, y como allí se dice, sacada de buenos originales. Y es así que en Córdoba y su comarca hubo en aquel tiempo dos linajes y familias muy conocidas, en que hubo hombres señalados. Uno de los Anneos que basta haber tenido a Séneca y sus hermanos y hijos para ser muy ilustre, y otra de los Acilios, que sobre su nobleza antigua se esclareció mas con el poeta Lucano. Desta familia hay memoria en una gran piedra de mármol blanco, que pocos años ha se halló cerca de la villa del Carpio seis leguas de Córdoba, dentro de un sepulcro muy grande y suntuoso de cantería, y tiene escrito todo esto.

(1) Cap. 16. (2) En el prólogo del lib. 4, de las cuestiones naturales. (3) En el c. 18. (4) En el lib. 31, c. 6. (5) Al fin del lib. 16

D. M. S.
L. ACILIVS. L. F. GAL. BARBA. II. VIR.
V. ANN. LXIII. ACILIA. L. F. LEPIDI-
NA N. ME. VI.
L. ACILIVS. L. F. GAL. TERENTIANVS. II.
VIR. ANN. LVII. CORNELIAE. Q. F.
LEPIDINAE. ANNOR. L. X. L. VXORI. IN
DVLGENTISSVMAE. MARITVS. PIISSI-
MVS. FLAMINICAE M. S. D. D. FVNE-
RVM. INPENSAS. LAVDATIONES. LOCA.
SEPVLTVRAE. STATVAS. D.

H. S. S. S. S. V. T. L.

Y en castellano dice, que allí están enterrados cuatro, todos llamados Acilios. Lucio Barbato, de la tribu Galeria, que habia sido cinco veces uno de los dos del gobierno, murió de edad de sesenta y tres años. Acilia Lepidina, su hija, que murió niña aun no de seis meses. Lucio Acilio Terenciano, de la tribu Galeria, hijo del mismo, que tambien fué duumviro en el gobierno, y vivió cincuenta y siete años. Cornelia Lepidina, hija de Quinto, que murió de edad de sesenta años, y fué sacerdotisa, y mujer de Lucio Acilio Terenciano; y así dice él que como marido muy piadoso, de buena gana mandó poner aquella sepultura á su mujer, á quien tiernamente amaba, y á sí mismo, y á su padre, y hermanica. Y dice mas, que hizo los gastos de todos los enterramientos, y les hizo decir en largos razonamientos sus alabanzas, y les dió lugar donde fuesen sepultados, y les puso estatuas. Concluye la piedra con lo ordinario de las sepulturas, y dice que todos cuatro están allí enterrados, y que la tierra les sea liviana.

Desta familia era Lucano por parte de su padre, como de Cornelio Tácito veremos (1). Y nació en Córdoba el año diez y nueve de nuestro Redentor, á los dos de noviembre. Está señalado el año en lo que hay escrito de su vida, y el mes y el dia en el poeta Estacio. A muchos viejos he oido decir en Córdoba, que Lucano no nació allí, sino en Luque, lugar muy conocido nueve leguas de la ciudad. Decian que lo habian oido así á sus pasados, y no daban otra razon, sino que de Luque se habia llamado Lucano, y ésta es flaca y de ningun fundamento. Porque ni Luque parece haber sido lugar tan antiguo, ni sabemos que tuviese tal nombre que al poeta se le pudiese dar el suyo de allí; y así no hay que reparar en esto.

En su vida se dice que su padre Anneo Mela se fué de Córdoba á Roma, llevando al niño Lucano de no mas que ocho meses, y que en la cuna donde le llevaban volaron á él unas abejas, y se le sentaron en la boca sin hacerle mal, sino solo, como tambien cuentan del poeta Hesiodo, para anunciar la mucha dulzura que en su lengua y poesía habia de haber. Tuvo por preceptores en Roma á Remnio Palemon, y á Cornuto, y entre sus condiscípulos tuvo mucha amistad con el poeta Vulo Persio, cuyas sátiras tenemos. Al principio le quiso mucho Neron, que tambien se deleitaba en hacer versos; y así tuvo Lucano la cuestura, y fué augur, que tambien era en Roma gran dignidad, y de todo hace mencion el poeta Estacio en una silva que hizo muy larga en su loor. Casó en Roma con Pola Argentaria, hija de Polo Argentario, que demás de ser muy noble y rica, entendia y gozaba mucho de los estudios de su marido.

(1) En el Genethaco Lucano.

El odio de Neron con Lucano ya dijimos de donde nació, y particularmente tuvo principio, como Estacio lamenta, de que habiendo Neron de leer una poesía en el teatro, Lucano se anticipó, y recitó una suya, y por ella fué muy alabado, y se le dió corona. Siendo impedido despues por el emperador, que no publicase mas de sus versos; en venganza desta injuria entró en la conjuracion. Fué nombrado de los primeros, y siendo preso estuvo muy constante en negar; mas despues que Neron con mucha astucia le prometió la vida si descubria los conjurados, estuvo Lucano tan desatinado, y vencido de la codicia de vivir, que nombró entre los otros á su madre Acilia, y como dice Cornelio Tácito, mas por excusar con esto la tardanza de no haber confesado luego, que no por decir con verdad lo que habia. No le guardó Neron á Lucano lo que le habia prometido, sino solamente lo guardó para matarle en los postreros. Cornelio Tácito no dice como murió, mas en la corónica de Eusebio parece que pasó por lo que entónces se usaba, de romperse las venas para desangrarse. Sintiéndose ya frio en los extremos, y que el espíritu le iba faltando, acordóse de unos versos, con que habia representado en su Farsalia la muerte de un soldado, que murió así de flujo de sangre: y diciéndolos se le salió el ánima.

Dejónos Lucano su Farsalia, donde escribe la guerra civil de César y Pompeyo. Dicen que emendó solos los tres primeros libros della con ayuda de su mujer, que bastaba para esto. Y aunque Estacio y Marcial celebran tanto esta obra de Lucano, que la ponen á la par, ó luego despues de la Eneida de Virgilio: mas yo por mejor y mas cierto tengo el juicio del mismo Lucano, que hablando de sus poesías en comparacion de las de Virgilio dicen, que dijo: ¡O cuánto me falta para llegar al Culice de Virgilio! El Culice es una obra pequeña que Virgilio hizo de un mosquito. Otros cuentan esto de otra manera, aunque no sé donde lo pueden haber leido. Dicen que Lucano llevó á mostrar á su tio Séneca una parte de su Farsalia: y habiéndosela leido, y esperando su aprobacion, le dijo el tio con suspiro. ¡O cuán léjos está de llegar al Culice de Virgilio! Lastimado Lucano del juicio de su tio, trabajó de emendar todo aquello, afanando mucho como mozo deseoso de honra, por darle de nuevo mas perfeccion. Ya cuando á él le pareció que la tenia, y que todo estaba muy otro de lo que ántes habia sido: volvió con ella á su tio, y despues de leido le preguntó. ¿Pues ahora qué tan léjos está del mosquito de Virgilio? Séneca le respondió. Es extraña la distancia. Entónces ya entendió Lucano, que en la diferencia de los ingenios, y en la diversa manera de escribir, estaba el no poderse parecer él á Virgilio, y que por mucho que se desvelase, no podria hacer cosa semejante á la de aquel poeta. Sin esto escribió Lucano otras obras. Algunas silvas, el incendio de Roma, y una poesía de Orfeo, con que ganó la corona de teatro y saturnales. De todo esto no tenemos ahora nada.

Algunos dicen (1), que á Neron le pesó mucho despues de haber muerto á Lucano, y así afirman, que le mandó poner una estatua: y en testimonio desto traen una piedra que se halló en Roma con estas letras:

MARCO. ANNEO. LV-
CANO. CORDVBENSI.
POETAE. BENEFICIO.
NERONIS. FAMA. CON-
SERVATA.

Y en nuestra lengua castellana dice: El emperador Neron por hacer beneficio á Lucano poeta cordobés mandó conservar su fama con esta memoria.

Con Acilia su madre de Lucano disimuló Neron, y sin darla por libre la dejó. De Anneo Mela nunca se habia tenido sospecha en la conjuracion, y así pasaba sin tenerse cuenta mas con él. Mas el avaricia, que no suele dañar solamente de una manera, le causó la muerte. Muerto su hijo, comenzó á buscar su hacienda, y quererla sacar de poder de quien la tenia con mucho rigor. Parece que usó tambien esta violencia con Fabio Romano, un íntimo amigo de su hijo. Él con esta indignacion, como dice Cornelio Tácito, acusó á Mela, y véese que sin causa, pues añade, que Fabio fingió una carta, donde Lucano trataba con su padre de la conjuracion. Neron que vió camino para hacer presa en las grandes riquezas de Anneo Mela, mandóle llevar aquella carta. Él en viéndola, no hizo mas de mandarse romper luego las venas, que era lo mas usado entónces para morir sin mucho dolor: y como quien entendia la pretension de Neron, por salvar una parte de su hacienda, en un codicilo que entónces hizo, le mandó la otra á Tigilino ahorrado y gran privado de Neron, y á un yerno suyo llamado Cosuciano Capiton. Y no fué Lucano ménos buen orador que poeta, y por tal lo celebra Estacio: y Quintiliano dice dél, que tanto y mas se podia contar entre los oradores, que entre los poetas. Era de veinte y siete años cuando le mataron, y murió el último dia de abril, como se cuenta en su vida. Su mujer de Lucano celebraba despues mucho la memoria de su marido cada año el dia de su nacimiento, y á este propósito los dos poetas Estacio y Marcial hicieron muy excelentes versos, donde dicen de marido y mujer mucho de lo que aquí se ha referido.

Todo lo demás escribe así Cornelio Tácito, que como quien vivia entónces, y estaba en Roma, y era hombre principal, pudo bien saber lo mas cierto. Por esto me maravillo mucho de Eusebio, que en su corónica trueca todo lo del fin de los dos hermanos de Séneca. A Junio Galion mata, y á Anneo Mela destierra. Dice. que Neron tenia determinado de matar á Junio Galion en su presencia, y que por esto él anticipó el matarse. De Anneo Mela prosigue, que alcanzó de Neron se le quedasen á él todas las riquezas de su hijo. Yo refiero aquí, como siempre suelo, la diversidad que hay en los autores, y cuando no la pongo, es señal que todos conciertan en decir una misma cosa.

Queda aun otro Séneca, que es el que escribió las tragedias que tenemos, y es diverso, sin que pueda haber duda en ello del filósofo. Porque Marcial pone dos Sénecas naturales de Córdoba, por muy señalados entre los escritores de aquellos tiempos. Y no hay ningun Séneca que pueda contar por segundo con el filósofo (porque de su padre nadie hace tanta cuenta) sino es á estotro que escribió las tragedias. Mas claro lo dice Sidonio Apolinar, autor antiguo, que cuenta tambien dos Sénecas, y señala á cada uno con sus particularidades, diciendo que el uno era filósofo, y ayo de Neron, y el otro imitando á Esquilo y á Eurípides, com-

(1) Pedro Crinito en su vida de Lucano.

puso las tragedias. Algunos quieren que este Séneca de las tragedias, sea hijo del filósofo. Pudo ser, mas no hay como saberse que lo fuese. Otros quieren que aquellas diez tragedias sean de diversos autores. Lo cierto es, que á lo ménos la Octavia se escribió despues de muerto Neron: porque allí se introduce Agripina, que anuncia la muerte á Neron con tanta particularidad de lo que en ella pasó, que si no es habiendo ya pasado, fué imposible adevinarse así (1). Quintiliano nunca hace mencion de mas de una destas tragedias, y aquella á Séneca el filósofo la atribuye. Y esto es una de las mayores causas que puede haber para creer que son de diversos autores.

CAPÍTULO XI.

La venida del Apóstol San Pablo á España.

Aunque todo lo que se ha dicho es tan propio desta historia que no podia sin mucha falta suya faltar en ella, fué necesario haberse ya escrito pues lo que se sigue de la Iglesia de España requiere haberse contado todo el imperio de Neron, en cuyo tiempo mucho dello sucedió. Lo primero que desto se ofrece es la venida acá del apóstol san Pablo en este tiempo, la cual yo tengo por muy cierta. Y por ser esto cosa de tanta gloria de España, y de suma merced de nuestro Señor. que con esto le hizo, ordenando que fuese ennoblecida con la presencia, y enseñada con la doctrina del divino apóstol, diré yo las razones por donde creo haber sido cierta esta su venida. Algunas dellas serán las que Vaseo puso brevemente, y otras que yo he de nuevo juntado con mas entera relacion de todas.

El apóstol san Pablo fué traido preso á Roma el año cincuenta y ocho de nuestro Redentor, en el consulado segundo de Neron, con Lucio Calpurnio Pison, y el año cuarto de su imperio. Eusebio pone la venida de san Pablo á Roma en este año, y es cosa en que nadie duda; y Onufrio Panuinio en su corónica Eclesiástica, donde muy afinadamente prosigue el órden de los tiempos, así lo pone y añade, que entró en Roma á los seis de julio. Tras esto dice san Lucas (2), que á san Pablo se le dió la casa por cárcel con un soldado de guarda, y que así estuvo dos años. En este tiempo no hay duda sino que no pudo venir á España, porque ni aun podia salir de Roma, ni aun á lo que yo creo de su casa. Y aquí concluye san Lucas su historia de los Actos de los Apóstoles. Así que todo lo que se sigue de san Pablo, se ha de tomar de otros autores.

Para todo lo de adelante es menester entenderse aquí al principio, que despues que el apóstol san Pedro salió de Roma, como atrás queda dicho, ya habia vuelto otra vez el año cincuenta y seis de nuestro Redentor, que fué el primero de Neron. Así se entiende de Eusebio, y otros escritores de la Historia Eclesiástica, y así lo pone Onufrio en su corónica. Mas como este autor prosigue, no estuvo desta vez en Roma aun dos años enteros. Así pone que salió de Roma el año siguiente segundo de Neron, para predicar en Italia y otras provincias occidentales. Por esto cuando san Pablo entró preso en Roma el año de cincuenta y ocho: ya san Pedro no estaba allí ni por ahora no se hallaron juntos en Roma los santos Apóstoles: luego se verá cuando fué la primera vez que allí se juntaron.

Volviendo á san Pablo, pasados los dos años de su prision, el sesenta de nuestro Redentor fué dado por libre. Esto se sigue de la buena cuenta de arriba: y por ser cosa tan clara, no es menester nombrar aquí muchos santos que lo dicen. Tambien muchos santos escriben, que ahora despues de suelto en Roma el Apostol vino á España. Luego diremos quién son estos autores: ahora veamos las buenas razones que pudieron tener para afirmarlo.

El fundamento de todo es, haber habido ocho años, desde que ahora salió san Pablo de Roma, hasta que volvió á ser martirizado en ella. En este tiempo tan largo no se le puede dar al santo Apóstol cosa que hiciese, sino es predicar por Italia, Francia y España, en fin por todo el occidente, como san Gerónimo dice (1) que predicó, afirmando tambien, como luego veremos, otros santos lo mismo. Porque el decir algunos que volvió á Judea en este espacio de tiempo, yo no lo tengo por verisímil, ántes me parece que se puede probar claro lo contrario por sus mismas palabras del Apóstol, y es cosa que se ha de advertir mucho, por ser razon de mucha fuerza. Él cuando venia la postrera vez á Jerusalen, con haberle revelado ya nuestro Señor la tribulacion que le estaba allí aparejada, y como habia de ser preso y enviado á Roma: lo venia anunciando así por toda la Asia y Grecia, como el Espíritu Santo se lo habia ya dado á entender (2). Y aunque cuando trataba desto decia, que no sabia en particular lo que habia de suceder: mas afirmaba y decia, que tenia sabido como nunca mas los de aquella tierra le habian de ver. Esto dijo estando en Mileto, principal ciudad en la Yonia, y teniendo allí ayuntados todos los cristianos mas antiguos de aquellas provincias. Y díjolo con grande encarecimiento, y mucha generalidad por estas palabras. Y mirad que yo sé, que no me vereis otra vez todos aquellos por donde yo he discurrido predicando el reino de Dios. Prosigue san Lucas, que al partirse el Apóstol, quedaron todos los cristianos llorando afligiéndose, principalmente por oirle afirmar tan de veras que nunca mas le verian. Pues siendo esto así que tan en general, y con tanta afirmacion san Pablo dijo de toda la Asia y Grecia: no se pudiera cumplir, si él volviera desde Roma á Jerusalen: pues era necesario pasar por algunas de las provincias, de que ya habia dicho que jamás le verian. Así con no volver á Jerusalen le quedaron todos los ocho años desembarazados para todo lo de occidente, y para emplear una parte dellos en España. Y de no haber así venido por acá resultaria haber estado el santo Apóstol ocioso lo mas deste tiempo.

Tras esto hará mucha fuerza para creer que vino acá el santo Apóstol, considerar bien la gran determinacion que tuvo de venir, y de qué manera y con qué palabras trata dello dos veces (3). Mucho importa referir sus mismas palabras. Las de la primera vez son éstas, escribiendo á los romanos desde la ciudad de Corinto, ántes que viniese preso á Roma. Teniendo de muchos años atrás deseo de ir ahí por veros: ahora ya cuando comenzara á hacer mi viaje para España, tengo esperanza que os veré á la pasada, y que vosotros me habeis de llevar allá, habiéndome gozado con

(1) Lib. 9, c. 2. (2) En el último capítulo de los Actos de los Apóstoles.

(1) En el lib. de los Escritores Eclesiásticos. (2) En los Actos de los Apóstoles, c. 20. (3) En el cap. 15.

vosotros algun tiempo. Tuvo esta determinacion el santo Apóstol, significóla y publicóla tan de veras: ¿por qué despues no la habia de poner por obra? ¿Que le faltó para no cumplirla? ¿voluntad? ya la tenia, y muy constante: pues no contento con haberlo así afirmado, lo renueva luego otra vez con mas ahinco, diciendo: Cuando hubiere acabado esto, y hubiere hecho este fruto que en Jerusalen pretendo, luego me partiré para España, pasando de camino por ahí por veros. Así habla desta jornada de España, como de cosa muy asentada y hecha, y que no pone duda en hacerla. Con ser la venida á Roma tan deseada, como el santo Apóstol la encarace, todavía la pone por ménos pretendida que la de España, y como accesoria della. La de acá tiene por la principal, y que mas de propósito, y como fin mas ultimado pretende. ¿Qué le faltó, pues, para no venir á España? ¿tiempo? ocho años tuvo despues que esta vez salió de Roma, hasta que despues volvió á ser martirizado en ella. ¿Oportunidad? nunca mejor la tuvo. Estando en Grecia y en Judea, deseaba verse en Roma, por pasar de allí á España, viéndose en Roma andado ya lo mas del camino, ¿porqué no andaría lo poco que le quedaba? Viéndose ya en Roma y libre, que era la primera parte de su jornada que así habia dispuesto y casi anunciado, parece cierto que cumpliria lo que restaba della. Pues la necesidad de acá, ya se ve como era grande, y suficiente para congojar á san Pablo habiendo sido muerto tan presto y tan léjos Santiago el apóstol propio de España, y estando tan imposibilitados todos los demás apóstoles de acercarse ninguno dellos acá. El provecho tambien en una region tan extendida y tan principal se le podia representar muy aventajado, y la vecindad de África, tercera parte del universo, le podia tambien ofrecer gran colmo en el fruto de España. Todo convidaba al santo Apóstol, todo le encendia mas su deseo, que de suyo estaba harto inflamado: todo le apretaba, y le ponia tanta obligacion de caridad, que no parece podia faltar á ella en el propósito la determinacion, en la promesa el efecto, en el deseo la esperanza del fruto, y en la oportunidad el buen aparejo para seguirla.

Esta es la razon con que esto se prueba, mas los testimonios de la Iglesia de España, de muchos santos, y de otros autores, todos son gravísimos y de mucha substancia. Porque la iglesia de Narbona en Francia tiene por su primer obispo y verdadero apóstol á Paulo, cuya fiesta celebra con mucha solemnidad á los doce dias de diciembre, refiriendo en lo que lee dél en los maitines, que el apóstol san Pablo se lo dió por obispo cuando pasó por allí viniendo á España. Y el poeta Prudencio celebra la mucha veneracion en que aquella Iglesia tiene este santo. Beda pone en su martirologio (1) á los veinte y dos de marzo la fiesta deste Santo, y trata como muchos creen que fuese este Santo el procónsul de Asia Sergio Paulo á quien san Pablo convirtió en la isla de Chipre con el gran milagro de cegar al mágico Elimas, como san Lucas en los Actos de los Apóstoles lo cuenta (2). Lo mismo refiere el obispo Equilino (3), afirmando ser el Sergio Paulo ya difunto. En el martirologio romano á los veinte y dos de marzo, y en el de Usuardo á los doce de diciembre se pone asimismo este santo, diciéndose como venia con san Pablo á España, cuando lo dejó por obispo de Narbona. Añade Usuardo, que anduvo con san Pablo por España, y lo mismo escriben el obispo Equilino, Vincencio, y otros Y así parece, que cuando san Pablo se volvia ya de España á Roma, y no ántes, lo dejó por obispo en Narbona. Conforme á esto, la Iglesia de Tarragona celebra solemnemente la fiesta deste santo, leyendo en sus maitines como habiendo venido acá con san Pablo, predicó allí algun tiempo, y refiriendo ser el procónsul Sergio Paulo. Por esta tradicion de la Iglesia de Tarragona, algunas sus comarcanas en aquellos reinos rezan deste santo con solemnidad, y leen en los maitines lo mismo. Todo es un gran testimonio de la venida del apóstol san Pablo acá, y está harto autorizado con lo que estas iglesias así tienen dispuesto, y con lo que en los martirologios, y los demás autores se halla.

Todo lo que luego se escribirá del divino Hieróteo, testifica tambien mucho esta venida acá del santo Apóstol, como dello se entenderá.

Es asimismo buen testimonio de la venida del apóstol san Pablo á España el que da la Iglesia de Tortosa. Tiene por su primer obispo á san Rufo, uno de los dos hijos de Simon Cireneo, el que ayudó á llevar la Cruz á nuestro Redentor. Hácele solemne fiesta, y lee en sus maitines como le trujo acá el apóstol san Pablo, y se lo dejó allí por obispo. Y aunque en algun autor se halla que fué obispo de Tebas en Grecia, puede ser todo verdad en diversos tiempos.

Hay otro testimonio tambien de algunas lecciones de los santos mártires Facundo y Primitivo, donde se refiere que preguntándoles el juez que los queria martirizar, ¿quién les habia enseñado aquella doctrina? ellos respondieron que san Pablo. Y así parece se hicieron aquellos dos santos testigos de la venida del apóstol á esta nuestra tierra: y cuando lleguemos á escribir dellos, se tratará desto todo lo que conviene.

Los santos que escriben haber venido san Pablo en España, son muchos, y aquí se referirán, y se pondrá de algunos dellos lo que sobre esto dicen.

El santo mártir Doroteo, obispo de Tiro, que fué martirizado en tiempo del emperador Juliano, en la recapitulacion que hizo de la vida y muerte de los profetas y de los apóstoles, afirma que san Pablo vino á España. Este testimonio es de grandísima autoridad, por haber sido este santo mártir, y tan antiguo.

San Epifanio obispo en Chipre, autor griego, y sin su santidad muy grave y antiguo, en el primer libro de la grande obra que escribió contra los herejes (1) pone por cierta la venida de san Pablo acá, hablando della como de cosa llana y sin dificultad.

San Gerónimo escribiendo sobre el profeta Amos, dice estas palabras (2). El apóstol san Pablo, como un bravo torbellino, queria mojar y bañar toda la Iglesia de Dios. Enviado por el Señor, se derramó sobre toda la haz de la tierra, para predicar el Evangelio desde Jerusalen hasta Ungría y sus comarcas, y aun llegó hasta España, corriendo desde la una parte del Océano hasta la otra.

Lo mismo dice (3) escribiendo sobre Esaías. Y aunque en otros dos lugares parece habla este Santo dudosamente en esto mismo: mas despues se escudriñará enteramente lo que allí trató, y se verá como no pone nada contrario de lo que ántes habia afirmado.

San Juan Crisóstomo diversas veces y en muchos

(1) En el lib. de las Coronas de los Mártires. en el Himno de los de Zaragoza. (2) Cap. 13. (3) Lib. I, c. 60.

(1) En el lib. primero contra la herejía de Carpocrates. (2) En el cap. 5. (3) En el cap. II.

lugares afirma la venida de san Pablo en España, tratando siempre della como cosa clara, y de que no se tiene duda ninguna. Sobre san Mateo dice (1). Vereis á san Pablo discurrir desde Jerusalen hasta España. Y si él solo predicó en tanta parte del mundo, pensad qué harian todos los demás apóstoles. Casi las mismas palabras pone escribiendo sobre la primera epístola á los corintios (2). Sin esto en la homilia séptima de las que hizo en alabanza de san Pablo, señala el tiempo desta venida, diciendo así. Despues que entró san Pablo en Roma, ¿con cuánta modestia predica la verdad? ¿con cuánta libertad atapa las bocas de los malvados? Mas no contento con parar allí, pasa adelante hasta España.

San Gregorio tambien da testimonio desta venida de san Pablo en España en el libro de los Morales, exposiciones sobre Job (3): y san Anselmo en su comentario sobre la epístola á los romanos (4).

Los otros autores griegos que afirman esto mismo son muchos. Teofilacto al principio sobre la epístola á los hebreos. Ecumenio sobre aquel capítulo penúltimo de la epístola á los romanos, donde san Pablo trató desto.

Simeon Metafrastes, escritor griego de vidas de santos, de cuya autoridad hay buenos testimonios, no solo afirma la venida de san Pablo en España, sino que cuenta tambien cosas que acá le sucedieron. Entre ellas es ésta mas notable. En una ciudad principal de acá, que no se nombra, habia un gran señor en linaje y hacienda, llamado Probo, cuya mujer se llamaba Jantippe, igual con él en ser rica y generosa. Esta señora habiendo entendido como el santo Apóstol predicaba en España, prevenida por el Espíritu Santo, deseaba verle, y oir su doctrina. Acaeció que pasando un dia por la plaza vió al Apóstol, que habiendo llegado á aquella ciudad, á la sazon se hallaba en aquella parte della. Aunque Jantippe no lo conocia, por la veneracion de su rostro, y su mesura en el andar, y principalmente por la fuerza del Espíritu Santo, que ya sin sentirlo ella la movia, le pareció algun hombre digno de todo acatamiento; y refiriéndole esto á su marido cuando llegó á casa, alcanzó dél que lo trujese para tenerlo por huésped. Venido á casa, en mirándole al rostro Jantippe, le pareció tenia letras de oro en la frente, que decian: Paulo, predicador de Jesucristo. Con esto se le echó luego á los piés llorando, y le pidió la hiciese cristiana, y así lo fueron ella y su marido con toda la familia, y otras gentes de aquella tierra. Así cuenta esto el Metafrastes, y tambien hace dello alguna mencion Ecumenio en el lugar ya dicho, refiriendo haberlo hallado en Teodoro otro autor. Asimismo escriben algunos que afirman esto Sofronio patriarca de Jerusalen, y los comentarios que algunos griegos escribieron sobre los libros de san Dionisio Areopagita

No ha faltado en España quien ha querido pensar que esto sucedió en la ciudad de Ecija, moviéndose por ver cómo este santo Apóstol se ha mostrado con un insigne milagro ser verdadero patron y protector de aquella ciudad. Por lo cual se le hace allí cada año una solemne procesion el dia de su santa conversion. Mas aunque el milagro fué insigne, y en él se mostró bien tener este santo Apóstol particular cuidado del bien de Ecija: yo con haber visto la escritura auténtica en pública forma, que la ciudad tiene de lo que entónces pasó) no veo cosa por donde se pueda fundar, ni tomar ocasion de creer que san Pablo hubiese allí predicado.

Demas de los autores arriba nombrados, afirma la venida de san Pablo en España san Isidoro en el libro de la vida de los Padres del viejo y nuevo Testamento. Y es creible que lo pudo leer este santo en algunos libros auténticos que en su tiempo habia, y despues acá se han perdido. Y tambien podia haber acá entónces algunas tradiciones que de unos en otros se hubiesen conservado (1). Escriben tambien lo mismo nuestros dos coronistas antiguos don Lucas, obispo de Tuy, y el doctor fray Juan Gil de Zamora, san Antonino de Florencia, Vincencio, y el obispo Equilino (2).

Estando esto así tan probado y confirmado, hay algunos que no lo creen, movidos principalmente por ver que san Gerónimo una vez, á su parecer, lo pone en duda, escribiendo sobre la epístola deste apóstol á los efesios (3), y otra vez disputando contra el hereje Helvidio, dicen afirma (4) que san Pablo no vino acá. Muévense tambien por un decreto del papa Gelasio segundo, donde creen se dice lo mismo. Veamos primero lo de san Gerónimo, y despues se tratará de entender la verdad de lo que toca al decreto. Las palabras del Santo sobre la epístola á los efesios son éstas, hablando del santo Apóstol. Entendia como habia predicado el Evangelio desde Jerusalen hasta las provincias comarcanas á Ungría, y que habia venido á Roma, y que habia ido á España, ó tenia determinacion de ir. No dice mas san Gerónimo, y en esto ya se vé como no afirma nada en contrario de lo que tratamos, ántes parece que es de nuestra parte, pues puso duda en afirmar lo contrario, no dejando de decir que el Apóstol vino acá.

Lo que el mismo Santo escribe desto contra Helvidio, conviene se entienda bien para no errar. Aquel hereje negaba la perpetua virginidad de la sacratísima Vírgen María. Traia en confirmacion de su error un lugar de la sagrada Escritura mal entendido, de donde queria probar que se habia de seguir forzosamente lo que era contingente, y podia no suceder. El santo Doctor, para responderle, y mostrarle cuan mal entendia aquel lugar de la sagrada Escritura, tráele otro semejante, que es el de san Pablo cuando escribe á los romanos que habia de venir á España. Y no hace mas que argüir y probar con él, que por haber dicho san Pablo que habia de venir á España, no era forzoso que viniese, pudiendo suceder despues el no venir. Así que no afirma san Gerónimo allí que no vino acá el Apóstol, sino solo prueba como aunque lo habia dicho, pudiera despues no hacerlo. Conforme á esto habla, como dicen, con presupuesto, y como poniendo por caso que no hubiera venido. Y esto ántes es en confirmacion, que no en contrario de lo que en los otros lugares el mismo autor habia dicho.

Lo del papa Gelasio en aquel decreto, no es mas de haber él sido de aquella opinion que hacia entónces á su propósito en lo que trataba. Por ventura si tratara otra cosa donde lo contrario le ayudara, estuviera de aquel parecer. Y el no haber traido ninguna razon para probar lo que decia, ni señalar autor de

(1) En el c. 24 en la Homilia 72. (2) En el c. 4, en la Homilia 13. (3) En el lib. 31, c. 37. (4) En el c. 15.

(1) En su corónica. (2) En lib. de las alabanzas de España. (3) En el c. 3. (4) 2, 2, q. 2, Beat. Paulus.

donde lo sacaba, da mas licencia de poder pensar esto, como lo entenderá bien quien leyere lo que allí se dice. Y tambien aquel decreto es del papa Gelasio segundo, que ha trescientos años ó así que pasó, y con esto no tiene tanta antigüedad como podria pensar quien creyese era de Gelasio primero.

CAPÍTULO XII.

El divino Hieroteo, natural de España.

Otra cosa harto mas señalada que la ya dicha, le sucedió al apóstol san Pablo en España, que fué convertir y llevarse de acá á Hieroteo, hombre de tan profunda sabiduría y alta santidad, que por lo uno y por lo otro siempre despues le llamaron por sobrenombre el divino. Así lo nombra siempre san Dionisio el Areopagita, llamándole asimismo su maestro, y preciándose de haber sido su discípulo. Y quien puede comprehender los altos misterios que san Dionisio penetra y descubre en sus obras, y como casi todo dice que se lo enseñó el divino Hieroteo, entenderá bien la grandeza deste santo y de su doctrina: y no es maravilla que fuese tan buen maestro para san Dionisio, pues él habia sido discípulo muy particularmente enseñado del Apóstol en aquellas cosas mas altas y de mayores misterios, que como no se habian de comunicar á todos, así se habian de mostrar á alguno para que dél quedasen para adelante en la Iglesia cristiana. No se podria acabar de decir sino con mucha prolijidad lo que los autores griegos, que escribieron comentarios sobre san Dionisio, encarecen de la doctrina del divino Hieroteo; y es grande su testimonio, porque por el nombre, que es griego, lo pudieran contar por de su tierra, si la fuerza de la verdad no los necesitara á dárselo á la nuestra. Y ellos son los que afirman que fué español, y que lo convirtió acá, y lo llevó consigo el apóstol san Pablo. Lo mismo escribe Simon Metafrastes, aunque el nombre está allí errado y trocado en Filoteo, como tambien lo está en algunos de los comentarios griegos de san Dionisio; mas en otros y en sus vidas principalmente, y en las mismas obras de san Dionisio, está Hieroteo como debe estar. Y afirmando Simon Metafrastes y otros, que este Santo era gobernador acá cuando el Apóstol lo convirtió, parece que debia tener otro nombre, pues este es griego, y quiere decir consagrado á Dios, ó cosa semejante. Y así pudo ser que se le puso este nombre despues cuando ya verdaderamente le competia, y le venia muy propio.

Escribió el divino Hieroteo en otros libros algunos himnos en verso del amor de Dios, de los cuales san Dionisio dice que toma algunas cosas. Y en general hizo san Dionisio tanta estima deste santo su maestro, que como afirman Suidas y los comentarios griegos ya dichos, escribió un libro de su vida y excelencias. Y si éste tuviéramos, mas cumplidamente pudiéramos escribir del divino Santo. Ahora no podemos decir mas desto que así se halla en estos autores graves, y lo refiere Lilio Giraldo en sus Diálogos de los poetas Latinos (1).

CAPÍTULO XIII.

Dos siete primeros obispos que los apóstoles san Pedro y san Pablo enviaron á España.

El emperador Neron fué el primero de los príncipes romanos que comenzó á martirizar cristianos, y así se le atribuye á él la primera persecucion de la Iglesia. Comenzóla el décimo año de su imperio, y sesenta y cinco de nuestro Redentor. Esto movió á los apóstoles san Pedro y san Pablo, despues de sus peregrinaciones, á venirse á Roma, y como buenos capitanes hallarse con los suyos en la primera y mas peligrosa pelea. Y ésta es la primera vez que estos dos santos se hallaron juntos en Roma, pues por todo lo que atrás hemos discurrido, se vé que nunca allí se juntaron. Y como la crueldad con que en Roma se ejecutaba la persecucion, les ponia á los santos apóstoles mayor congoja de la fatiga de la Iglesia en todas partes, proveyendo entre las otras provincias á lo de España, enviaron acá siete santos obispos, que fueron verdaderamente como apóstoles nuestros. Sus nombres son en conformidad de todos los autores: Torcuato, Indalecio, Eufrasio, Cecilio, Segundo, Tesifon y Hesicio. Y pues en todas las partes que se escribe dellos, se dice que los enviaron los dos santos apóstoles desde Roma, claro está que fueron enviados ahora, y no ántes, pues como se ha mostrado, nunca los dos se habian hallado allí juntos hasta este tiempo. Y aunque no hay duda sino que la congoja que los dos príncipes de la Iglesia tendrian por España, y su soledad les moveria á proveer desta manera lo de acá: mas particularmente san Pablo tendria mayor cuidado desto, por lo que acá habia visto, y entendia ser necesario. Bien puede ser que estos siete santos fueron discípulos de Santiago, como algunos quieren, aunque yo dije lo que siento, cuando hablando del Apóstol traté dello: mas como quiera que fuese, ellos se hallaban con san Pedro y san Pablo esta vez en Roma, y de allí por su mandado vinieron á España.

Todo lo que se cuenta de la venida y estada destos santos acá, es cosa de mucha autoridad, por estar harto celebrada por san Isidoro en su misal y breviario, y concordar universalmente todos los breviarios y santorales antiguos de España, en contar esto de una manera: y Beda, que ha mas de novecientos años que escribió, lo pone así en su martirologio, y yo lo he leido en un libro antiquísimo de letra gótica, que está aquí en Alcalá de Henares en la librería del colegio de San Ildefonso, que se puede bien creer ha mas de quinientos años que se escribió. Aquí se contará como todos ellos le escriben, y como este libro y los santorales algo mas copiosamente lo relatan.

Ninguno destos autores dice que fuesen discípulos de Santiago, lo cual tambien me mueve á mí mucho para creer que no lo fueron, por ser cosa ésta que no dejara de hallarse escrita en ellos siendo tan notable. Tampoco se dice si eran españoles, que confirma lo mismo: y en fin ninguna razon se da por qué fueron enviados ellos mas que otros. Solamente refieren, que los apóstoles san Pedro y san Pablo los enviaron desde Roma á predicar en España, habiéndolos ordenado obispos della.

Aportaron estos santos cerca de la ciudad de Guadix, bien conocida en lo mas oriental del reino de Granada, á la cual entónces llamaban Acci. Y viniendo cansados, se pusieron los santos (que eran viejos, y así los nombran siempre) en un campo fresco y apacible, cuales los hay muchos por aquellas sierras. De allí enviaron á unos sus compañeros mas mozos, para que les trujesen de la ciudad comprada alguna comida. Éstos hallaron todo el pueblo regocijado con gran fiesta, porque hacian aquel dia solemne sacrificio á sus dioses. Y aunque se nombran Júpiter, Juno y Mercurio en los

(1) En el lib. 5.

autores ya dichos, es con tanta duda, que podríamos pensar que eran estos sacrificios de aquel dia, los que, como Macrobio cuenta (1), en aquella ciudad usaban hacer al dios Marte, presidente, segun su vano error, de las batallas. Dice aquel autor, que estos accitanos llamaban Necy al dios Marte, y le tenian por el mismo que al sol, y así le pintaban con rayos al derredor. Yo creo, que la ferocidad destos nuestros españoles les hacia sentir y representar así á aquel falso dios, dando á entender con braveza, que su verdadero sol eran las armas; y de sola la guerra buscaban la verdadera claridad y resplandor de su fama. Fuesen éstos deste dios Necy, ó otros los sacrificios que aquel dia se celebraban, el pueblo feroz, que andaba puesto en ellos, encontrándose con los compañeros de los santos, y viendo en su vestido, y en su manera, alguna extrañeza, y entendiendo que eran de otra religion, por tener por cierto que se profanaba con ellos su fiesta, comenzaron á quererlos maltratar, y ellos tambien por dar lugar á la ira, comenzaron á volverse, por donde habian venido. Los accitanos los seguian con ánimo de hacerles mal, y fué servido Dios librarlos por un extraño milagro. Habian los cristianos pasado ya la puente que habia sobre el rio, y los gentiles entraron por ella en su seguimiento. A este punto cayó la puente, que era de piedra fuerte, y antigua y firme para durar muchos siglos. Así renovándose las maravillas de Egipto y del mar Bermejo, quedando en salvo los cristianos, los gentiles se hundieron con su puente en el rio. Esto les puso tanto temor á los infieles, que ya trocaron en respeto y revencia de los santos todo el odio con que poco ántes los querian perseguir. Y particularmente una señora de gran linaje y muy principal, llamada Luparia, con piedad del cielo, que ya la movia, envió á pedir á los santos quisiesen verla, y venidos la instruyeron en la fé, y la bautizaron en una iglesia que ella mandó aparejar. Siguieron el ejemplo desta santa mujer los de Guadix, convirtiéndose á la fé cristiana muy gran parte de la ciudad. Quedó allí por obispo della san Torcuato, y los otros seis santos se repartieron por toda España. San Cecilio fué á una ciudad cerca de Granada, que se llamaba Iliberi. Indalecio á Almería, ó allí cerca á una ciudad, cuyo nombre era entónces Urci. Eufrasio á Iliturgi, que es ahora Andujar. San Segundo predicó en Avila, cuyo nombre poco diferente era entónces Abula. Tesifon y Hesicio en Berja, cerca de Almería, y en Carcesa, que no se puede bien del todo entender dónde era, aunque algunos la ponen cerca de Astorga. Y de solos estos dos postreros hay diferencia en los autores, porque en los cinco primeros todos concuerdan en darles aquellas ciudades. Los martirologios los nombran confesores, y así tambien el libro antiguo de aquí de Alcalá, y el misal y breviario de san Isidoro. Otros los hacen mártires, mas no dicen nada de su martirio.

El libro antiguo cuenta, que delante la iglesia de san Torcuato en Guadix habia una oliva puesta por su mano que milagrosamente florecia y fructificaba el dia de su fiesta. Y esto dice aquel autor que era cosa notoria, y que él la vió, y los gentiles la veian tambien con mucho espanto. Y lo mismo escribe el obispo Equilino.

De algunos destos santos hay mucha memoria en España. Demas de la de Guadix, san Torcuato tiene iglesia parroquial en Toledo, y de su nombre tambien, aunque algo corrompido, se llama el lugar de Santorcaz, aquí cerca de Alcalá de Henares.

Su cuerpo está en Galicia, cerca de la ciudad de Orense, en un rico monasterio de monjes de san Benito, llamado Cela Nova. Y allí me contaron los monges el milagro con que vino. Hurtaron el cuerpo santo unos portugueses de una iglesia, donde estaba cuatro leguas de allí, y pensando que iban hácia su tierra, una niebla oscurísima los hizo venir, sin pensarlo, á aquel monasterio.

San Segundo tiene iglesia parroquial en Avila, donde se tiene por cierto está su santo cuerpo, y la devocion de la ciudad con su primer maestro en la fé es muy grande, y se acrecienta cada dia con nuevos milagros.

Tambien san Cecilio es muy insigne parroquia en Granada, y se dice que en tiempo de moros siempre fué aquella iglesia de cristianos.

De san Indalecio hay mucha memoria y devocion en Aragon (1). Su cuerpo fué hallado en el lugar que llaman Piedra Pisada, aunque otros dicen, que fué llevado de Almería al monasterio de San Juan de la Peña y la iglesia de Burgos celebra de por sí la fiesta deste Santo el postrero dia de abril, por haberse llevado en tal dia parte de sus reliquias á aquella iglesia que en tanto estimó el gozarlas. En otro monasterio de la órden del Císter, llamado la Vega, cerca de Carrion, tienen con gran reverencia un brazo de san Torcuato. Yo lo he visto con su cuero y carne, mas creo sea de otro santo del mismo nombre, natural de aquella tierra.

En tiempo de los godos se tenia en mucha veneracion en Andújar el bendito cuerpo de san Eufrasio, que estaba allí sepultado. Y reinando el rey Sisebuto de los godos, que comenzó á los seiscientos y doce años de nuestro Redentor, se edificó en aquella ciudad un rico templo en el lugar de su sepultura. Da noticia desto el santo mártir de Córdoba Eulogio en una su obra, que intituló Apologético de los mártires. Y refiere lo halló así escrito en unas memorias antiguas de un monasterio de Navarra, que él llama Legerense, y ahora se llama San Salvador de Leire. Y las memorias son de manera, que parece se escribieron en aquellos años en que el templo se edificó, ó no mucho despues. El cuerpo deste glorioso Santo está en Galicia, en iglesia de su nombre en una montaña llamada Val de Mao, cerca del monasterio de Samos de la orden de san Benito, donde los monges tienen tambien de sus reliquias, y una capilla de su advocacion.

La fiesta destos santos todos juntos se celebra en mayo, aunque en diversos dias en algunos calendarios. Y no creo yo que los celebran juntos porque todos muriesen en un dia, sino que la union en la venida á España, y en doctrinarla, movió á que los juntase la Iglesia en una festividad.

En un libro antiquísimo de la letra gótica que tiene el insigne Monasterio de san Millan de la Cogolla de la orden de san Benito, donde están los concilios de España con otros, está tambien una breve memoria de la venida destos santos en España, con título que la escribieron san Juliano y Felix, arzobispos de Toledo. Allí se dice en particular que estos santos trujeron á España, la forma y órden de la misa, que los apóstoles usaban, y ellos se la dieron. Y que ésta introdujeron en España, con lo demás que de la doctrina apostólica en particular tenian sabido. Este fué el principio deste

(1) En el lib. primero de los Saturnales.

(1) Los Anales de Aragon, lib. I, c. 17.

divino sacrificio en España, sin que se pueda saber con qué oraciones y ceremonias se comenzó á usar: aunque se podria pensar que fuesen las de la misa del apóstol Santiago el Menor, que fué el principio y como fuente de donde toda la Iglesia cristiana tomó la primera manera de oraciones y ceremonias de la misa. Y así se hallan en ella señales y rastros de casi todo lo que despues en la Iglesia (aunque con alguna diversidad) siempre se ha usado. Y es harto conforme á ella la de san Isidoro, llamada mozárabe, y así parece lo quiso seguir.

San Clemente discípulo de san Pedro, cuenta como san Dionisio envió desde Atenas á uno llamado Filippo para que predicase acá en España. Yo no podré dar mas razon desto, por estar allí escrito con esta brevedad: y no haber en otro autor mencion della.

CAPÍTULO XIV.

Lo que hay de la venida de san Pedro á España. Y san Saturnino que predicó por este tiempo en España.

De los autores antiguos que yo he leido, solo Simon Metafrastes (como dél lo pone el obispo Lipomano) escribe, que el apóstol san Pedro vino tambien en España, y que dejó á Epeneto su discípulo por obispo en una ciudad de acá llamada Sirmio. Onufrio Panuinio puso tambien en su corónica Eclesiástica con mucha brevedad, que san Pedro en este tiempo discurrió predicando por todas las provincias del occidente. No hallo ninguna otra mencion desto en algun autor, y así no podré dar mas razon, ni escribir mas dello.

Estando en Roma envió el apóstol san Pedro al obispo Saturnino para que predicase en la ciudad de Tolosa de Francia, que no está léjos de España, por la parte que los montes Pireneos tocan las comarcas de Navarra y Aragon. El Santo no contento con trabajar en la viña del Señor, por la parte que se le encargaba, envió á España, y señaladamente á Navarra un su presbítero llamado Honesto. Éste fué recibido en Pamplona con buen acogimiento por tres caballeros, que por ser de la órden patricia los llaman senadores. Sus nombres eran, Firmo, Fortunato y Faustino. Comenzándoles Honesto á predicar la fé, se movieron mucho para ser cristianos, y con deseo de ser mejor instruidos, le pidieron volviese á Tolosa, y les trujese á su obispo Saturnino. Él lo hizo así, y vino á Pamplona. Comenzó á predicar, y en siete dias se refiere en sus lecciones que convirtió cuarenta mil personas, y Firmo, uno de los senadores, dió á Honesto un hijo suyo pequeño llamado Firmino para que lo doctrinase en la fé. No parece que este Santo entrase mas adentro en España, porque luego se cuenta como se volvió á su obispado de Tolosa y allá fué martirizado. Y con dejar acá al sacerdote Honesto, como lo era en la vida y costumbres: y á otros fieles, podia pènsar que la tierra quedaba proveida de doctrina. En la corónica del príncipe don Cárlos se cuenta, que san Saturnino entró por España predicando hasta llegar á Toledo. Yo tengo lo que he dicho por lo mas cierto.

Los de Pamplona reverencian por su verdadero apóstol á este santo: y así le tienen de muy antiguo un suntuoso templo que es iglesia parroquial. Usan muy corrompido el vocablo, pues se llama aquella iglesia de San Cerni. Su fiesta celebran á los veinte y nueve de noviembre, y en los martirologios de Usuardo y Beda en el mismo dia le ponen á san Saturnino mártir, obispo de Tolosa, juntamente con otro san Saturnino, que padeció con Sisinio diácono en Roma. San Isidoro tambien en su misal pone á este Santo obispo de Tolosa, y refiere su martirio: y así tambien la iglesia de Toledo y el obispo Equilino. Mas en ninguno destos autores se hace mencion que viniese en España. Esto se halla en las lecciones de aquel obispado, y del de Tolosa y otros: y el príncipe don Cárlos lo refiere en su corónica. Y aunque en las historias de los santos se hallen algunas veces semejantes diversidades, y no se puedan comprobar con todos los autores: es cosa piadosa y devota tener por cierto, lo que las iglesias particulares rezan en las fiestas de sus propios santos. Porque la tradicion antigua es de harta substancia: y se debe creer que no han conservado aquello tan de veras sin muchos buenos fundamentos y motivos, de que ya ahora no se tiene noticia. Y piérdense libros, y consúmense las memorias de algunas cosas con olvido y negligencia: y es mucho que duren otras con buena perpetuidad.

El tiempo en que fué enviado y vino acá este Santo, se señala en el breviario de Pamplona haber sido en tiempo del emperador Claudio. Esto puede tener fundamento, en haber venido san Pedro á Roma en aquel tiempo, y desde allí pudo proveer así á Francia de doctrina. Tambien se dice allí que este Santo fué uno de los setenta y dos discípulos. Esto pudo bien ser, aunque en el catálogo, que Equilino hace dellos, no está nombrado.

CAPÍTULO XV.

San Firmino, natural de Pamplona, discípulo de san Saturnino.

Hartos años despues del martirio de san Saturnino, padeció tambien en Francia san Firmino, el que desde niño fué cristiano en Pamplona. Mas yo lo quise juntar aquí con su maestro. Hacen memoria de san Firmino y de su fiesta, que cae á los veinte y cinco de setiembre, el breviario de Pamplona, de Burgos, y el de algunas otras iglesias, la corónica del príncipe don Cárlos, Beda y Usuardo en sus martirologios, y el martirologio romano añadido. Mas en esto solo, y en los breviarios se refiere como fué natural de Pamplona; y aun en el libro del obispo Equilino está errado el nombre de España y de Pamplona, ya dijimos de su noble linaje deste santo y de su doctrina en la fé. Convirtiólo en Pamplona siendo aun muchacho san Saturnino cuando predicó en aquella ciudad. Llegó muy presto á estar bien enseñado y alumbrado del Espíritu Santo en ella. Las lecciones del breviario de Pamplona lo hacen obispo de allí: Equilino nunca le hace obispo sino solamente presbítero, contando tan particular y concertadamente todo lo de su vida y martirio deste Santo, que no creo se hallará fácilmente tanta particularidad, y tambien proseguida en muchos santos de España: lo cual es harto testimonio de mucha verisimilitud. Y concuerda lo mas con lo que en los breviarios se refiere: y es esto en substancia.

El sacerdote Honesto, maestro de san Firmino, lo envió á Honorato obispo de Tolosa, y sucesor de san Saturnino, y él lo ordenó de sacerdote. En algunos libros, y particularmente en la topografía del obispo Cabilonense está errado el nombre de la ciudad donde fué enviado san Firmino, llamándola Toledo, y haciendo á Honorato metropolitano de allí. El error es tan

claro que no ha menester mostrarlo: y fué fácil, por la semejanza que hay entre los dos vocablos Tolosa y Toledo, tolosano y toledano. Volvió despues á Pamplona, y de allí otra vez á Francia, y predicó la fé un año y tres meses en la ciudad de Anjou, con gran fruto de convertir muchos cristianos. Pasóse despues á Belovaco, ciudad que llaman ahora Beauvais, donde el que gobernaba por los romanos, llamado Valerio, le hizo azotar algunas veces cruelmente porque no le podia mudar de su gran constancia en la fé, ni estorbarle que no la predicase. Solo halló remedio de impedirle, en tenerle preso siempre en la cárcel: y allí lo queria dejar para Sergio, el que le sucedió en el cargo. Mas el pueblo con alboroto y violencia lo puso en libertad, y así continuó su predicacion mucho tiempo, y edificó algunas iglesias. De allí se fué á la ciudad de Ambiano, nombrada por este nuestro tiempo Amiens: y en espacio de cuarenta dias convirtió tres mil cristianos. Fué preso allí otra vez por Longino y Sebastiano gobernadores de la tierra, que le degollaron á los veinte y cinco de setiembre en la cárcel, temiendo la furia del pueblo si en público le matasen. Con todo esto no pudo escapar Sebastiano la justa venganza: matándole poco despues los de Beauva con indignacion de ver muerto por su mandado á su apóstol. Usuardo llama á este gobernador Ricio Varo, y dice que atormentó gravemente al Santo ántes de degollarlo. Muerto así san Firmino, un caballero principal de la tierra llamado Faustiniano, á quien él habia bautizado con un hijo suyo, que tambien se llamaba Firmino, tomando á escondidas el santo cuerpo, lo enterró donde mas de trescientos años despues lo halló Salvo obispo de Amiens, con obrar aquel dia Nuestro Señor manifiestos milagros: y edificó sobre el lugar de la sepultura del mártir un suntuoso templo, que fué siempre y es ahora la iglesia catedral de aquella ciudad.

Yo he referido lo de este Santo como lo hallé en Equilino: y en el breviario de Burgos. El de Pamplona, y la historia del príncipe don Cárlos que lo sigue, hace poca mencion deste Santo, con solo decir que su padre lo dió á Honesto el presbítero para que lo doctrinase en la fé. Yo creo que como lo mas de la vida pasó en Francia, y fué al fin martirizado allá, no se tiene tanta cuenta con él acá. Del tiempo en que fué martirizado hay alguna diversidad. Lo comun es decir que padeció en la tercera persecucion de Trajano. El martirologio de Beda lo pone en la séptima persecucion del tiempo del emperador Decio: mas á esto contradice manifiestamente el haber sido discípulo de san Saturnino, que fué en tiempo de los apóstoles. El error pudo nacer de que (segun en algunos breviarios se refiere), fué enviado desde Roma por los apóstoles san Saturnino, el año que fueron cónsules en Roma Decio y Graco. Aunque tampoco se halla mencion de tales cónsules por todos estos tiempos hasta Trajano, y otros emperadores de por allí. Así no teniendo cosa cierta que podamos seguir, se debe aceptar lo que mas generalmente se tiene con alguna verisimilitud.

CAPÍTULO XVI.

La venida de Apolonio Tianeo en España, y algunas piedras de tiempo de Neron.

En este tiempo del emperador Neron vino á España Apolonio Tianeo, aquel sabio afamado de quien san Gerónimo hace tan solemne mencion (1), y Filostrato escribió su vida y peregrinacion en muchos libros. En el quinto de aquella historia cuenta como llegado Apolonio á España en los últimos años de Neron, notó muchas cosas de la simplicidad de los españoles en aquel tiempo. Mandándoseles que sacrificasen por la corona y victoria que Neron habia ganado en los juegos olímpicos, solos los de la isla de Cádiz, como hombres acostumbrados á la navegacion de Grecia, entendian qué era, y de qué aquella victoria: mas todos los demás españoles creian que los olimpios debian ser algunos pueblos que Neron con las armas habia sujetado. Tambien para mostrar cuan agenos estaban aun los españoles entónces de muchas cosas, y cuan ignorantes dellas, cuenta lo que aconteció en Sevilla con un representante de tragedias, venido poco ántes de Roma. Estos tales representantes al tiempo de sus representaciones andaban en muy altos zancos, y en el vestido usaban grande extrañeza, y despues con horrible voz daban grandes alaridos. Pues cuando los sevillanos le vieron salir de aquella disforme manera en el teatro, todos se pusieron atónitos, y con grande espanto que tenian, estaban como embelesados. Mas luego que comenzó á gritar con sus voces enormes, pareciéndoles á todos que era verdaderamente un demonio y no un hombre, súbitamente echaron á huir y le dejaron solo en el teatro.

Desta vez dice Filostrato, que notó Apolonio en Cádiz una cosa que es harto notable. Dice que ningun hombre se moria allí en las horas que duraba la creciente de la mar, sino que cuando ya comenzaba á descrecer, entónces se les salia el ánima á todos los que morian. Y da la causa desto diciendo que el Océano con aquella su creciente lanza mucho de espíritu mas esforzado en el aire, que parece estorba no pueda salir ni pueda romperle el nuestro con que resollamos. Mas despues retirándose aquella fuerza del aire con la menguante, el anhelito flaco de los enfermos halla libre y desembarazada la salida.

Gobernaba entónces la Lusitania Oton Silvio, como luego se dirá, y Apolonio conociéndole hombre virtuoso, y que aborrecia todos los vicios de Neron, lo animó mucho á levantarse contra él, y á seguir á Julio Vindice. Mas ántes que pasemos destos tiempos de Neron conviene decir (aunque es todo poco) lo que resta dellos.

Cuenta Cornelio Tácito, como Publio Esvilio, aquel enemigo de Séneca, y hombre terrible en condicion y en libertad de maldecir, fué desterrado á las islas de Mallorca y Menorca, siendo ya muy viejo, y allí acabó sus dias, y por esto hago aquí mencion dél.

Gobernó la Lusitania en tiempo de Neron, Oton Silvio, que despues fué emperador, y el cargo que tuvo fué no mas que la cuestura. Con ella estuvo diez años en aquel gobierno: y como Suetonio Tranquilo afirma, perseveró siempre en dar muy señalado ejemplo de su templanza, administrando justicia y conservando grande limpieza en no recibir nada. Plutarco dice que era grande amigo de Séneca, y que por su persuasion le envió Neron á este gobierno aunque habia otras causas para hacerlo.

Pompeyo Heliano español fué tambien cuestor, sin que se diga donde, y como Cornelio Tácito dice, siendo desterrado en Roma porque parecia haber sabido de un delito de otro su amigo Fabiano, se le mandó

(1) En el prólogo de la Biblia.

que saliese de toda Italia, y que no viniese á España.

En una guerra que hizo Cesonio Peto, capitan general de Neron, con los partos, hay mencion en el mismo autor de un valiente soldado prefecto de toda una legion, llamado Famisulano Vectoniano. Yo creo que éste era español. Muévome por el sobrenombre que parece lo tomó de su tierra Vectonia, que era la provincia mas principal en Estremadura, donde se fundó la ciudad de Mérida como cuando tratábamos de su principio y en otras partes se ha visto. No me queda ya otra cosa que contar del tiempo de Neron, sino es poner algunas piedras que de entónces quedan en España. Una es muy señalada la medida de camino que está cabe Herrera en Campos á la ribera de Pisuerga. Y tiene estas letras.

NERO. CLAVDIVS. DI-
VI. CLAVDII. AVG.
F. GERM. CAES. N.
TIB. CAES. AVG.
PRON. DIVI. AVG.
ABN. CAES. AVG.
GERM. PONT. MAX.
TRIB. POT. IMP.
COS. A. PISOR.
M. I.

En romance dicen: El emperador Claudio Neron, hijo del divino Claudio Augusto, nieto de César Germánico, bisnieto de Tiberio César Augusto, cuarto nieto del divino Augusto, siendo él César Augusto, vencedor de Alemania, siendo pontífice máximo, y teniendo el poderío de tribuno del pueblo, mandó aderezar este camino desde aquí á una milla del rio Pisuerga.

Otra coluna hay de Neron en Córdoba en la ermita de Nuestra Señora de Linares, que creo yo fué tambien medida de camino desde aquel templo de Jano, y por estar el mármol quebrado por lo bajo no se entiende con certidumbre lo que era. Tiene los títulos del pasado, y falta lo demás.

En el camino de la Plata dicen algunos que se hallaron mármoles con memoria de Neron, y de la primera persecucion en que mató cruelmente los cristianos. Y cierto es que le pondria estas memorias á Neron Oton Silvio, pues tuvo diez años por este tiempo el gobierno de aquella provincia. Y como Neron estaba tan encarnizado en la persecucion de los cristianos, era particular lisonja dejar memoria desto. Estas colunas donde esto estaba escrito no se hallan ahora: y así yo no pongo aquí una, porque esté certificado de que yo la haya visto, ni oido á alguno que la viese: sino por relacion antigua de quien lo sacó de la piedra, que anda desde entónces en España entre los hombres amigos de antigüedades. Y porque no tengo yo toda la certidumbre que quisiera desta piedra, trato della con este recato, y así lo haré, como suelo, de todas las demás de que no estuviere muy satisfecho en la certidumbre. Las demás, en que no me recelaré así, es porque yo las he visto ó es muy cierto y averiguado que las hay:

NERONI. CLAVDIO.
CAESARI. AVG.
PONT. MAX. OB.
PROVINCIAM. LA-
TRONIBUS. ET. HIS.
QVI. NOVAM. GE-
NERI. HVMANO.
SVPERSTITIONEM.
INCVLCABANT.
PVRGATAM.

Y en castellano dice: Esta memoria ó estatua se puso al emperador Claudio Neron, César Augusto, pontífice máximo, por haber limpiado la provincia de ladrones, y de otra gente que introducian por fuerza entre todos los hombres la nueva superstición.

Otros afirman que los mármoles que tenian esta inscripcion se hallaron cabe Clunia. Otras algunas memorias pudiera poner de Neron, que se hallan por España mas dejelas por no tener cosa notable que convidase á ponerlas.

De Agripina su madre de Neron hay una dedicacion entre la villa de Moura en Portugal y la sierra de Aroche tierra de Sevilla. Dice así.

IVLIAE A-
GRIPPINAE
CAES. AVG.
GERM. MA-
TRI. AVG.
N. CIVITAS
ARVCCITANA.

Dice en castellano, que la ciudad de Aroche puso aquella estatua á Julia Agripina, mujer de Germánico César, y madre del emperador Neron.

Con Neron se acabó la sucesion de Julio César, que habia durado hasta ahora. Y hubo una gran novedad en el imperio romono, que es necesario saberse para algunas cosas de adelante. El ejército romano, y particularmente los soldados de la guarda que se llamaban pretorianos, comenzaron á elegir emperadores á su voluntad: y si algunos fueron por sucesion con voluntad de los pretorianos, y de los otros ejércitos sucedieron. Esto causó grandes mudanzas, y acarreó grandes miserias al pueblo romano. «Porque la gente de guerra «aun estando sujeta es muy trabajosa de refrenar, «cuanto mas teniendo tanta libertad y poderío como el «que en esto se tomó.

CAPÍTULO XVII.

Galba fué elegido por emperador acá en España.

Siguió tras Neron el emperador Servio Sulpicio Galba, y fué elegido acá en España, donde él estuvo gobernando la Citerior ocho años: habiendo usado en su gobierno grandes desigualdades. Al principio se mostró muy terrible en castigar los delitos, como en Suetonio Tranquilo se escribe. A un cambiador que no trataba llanamente las cuentas del dinero, le mandó cortar las manos, y clavarlas en la mesa de su cambio Ahorcó á un tutor, porque habiendo de heredar él á su menor, lo mató con pozoña. Éste daba voces y decia. Yo soy ciudadano romano, las leyes no permiten que yo sea muerto. Galba estaba firme en su propósito, y con mucha severidad y muy de propósito, dijo, que se le hiciese honra, y se le diese algun consuelo en la pena. Mandó por esto que se quitase aquella horca y se pusiese otra mas alta, y que se tiñese toda de blanco, para que se pareciese mejor, y fuese mas admirada. De toda esta terribleza y furia, se fué mudando poco á poco, hasta caer en una flojedad y descuido estraño. Todo lo hacia, porque Neron no tuviese mucha cuenta con él, como la tenía en aborrecer y matar todos los hombres notables, y que mucho se señalaban en alguna cosa de honra y virtud. Y culpándole algunos este su trueque y mudanza, él respor

dia: El dia de hoy no piden á nadie cuenta por que está ocioso sin hacer nada. Plutarco dice, que era muy amado Galba en España, por los buenos castigos que hizo, y tambien porque disimulaba algunas cosas, y entre ellas los versos y otras maldiciones y oprobios de Neron, que se ponian escritos en público. Ni hacia pesquisa sobre esto, ni parecia se le daba mucho por ello.

En el tomar Galba el imperio, hubo grandes ocasiones y movimientos que duraron muchos dias, por donde se detuvo en no aceptarlo. Y por haber pasado en España todo, y haber sido una cosa muy señalada y famosa, que España levantase emperador para Roma: se contará todo con la particularidad, que en Suetonio Tranquilo y en Plutarco se halla: porque en Cornelio Tácito falta todo lo que trataba desta sublimacion de Galba al imperio.

El primer acometimiento fué el que Julio Vindice, que gobernaba la Francia Narbonesa, le hizo á Galba, escribiéndole algunas veces, como dice Plutarco, que se animase á tomar el imperio. Él encubria estas cartas, y no comunicaba el negocio con nadie, y así se estaba suspenso, sin determinarse en nada. Mas luego que Julio Vindice se alzó en Francia contra Neron, y publicó en el ejército, que el imperio queria se diese á Galba: escribióle que mirase como Francia, que era un cuerpo robusto y de muy grandes fuerzas, buscaba cabeza que se determinase él á serlo. Ya entónces Galba se adelantó un poco mas en el negocio, resolviéndose en comunicarlo, y dar parte dél á sus amigos, que acá en España tenia. Parecióles á algunos, que debia esperar nuevas de Italia: y ver qué movimiento hacia Roma, en querer mudar señor: ya que Julio Vindice comenzaba á menear tales novedades. Tito Junio, capitan general del armada de mar, y legado de Galba, fué de contrario parecer: y con indignacion comenzó á decir en el consejo. ¿Para que consultamos? Tratar si seremos todavía de Neron, es serlo de hecho. Así que debes señor conservar el amistad de Vindice, siendo de hoy mas enemigo de Neron: ó si esto no quieres, desde luego has de hacer la guerra á Vindice, sin haber otra causa para ella, sino que te quiere él mas á tí por buen señor del imperio, que á Neron por tirano. Con esto se determinó ya mas Galba, que se hallaba entónces en Cartagena; y luego envió sus provisiones por toda España, en que pedia á todos estuviesen apercibidos, para las novedades que se esperaban, y que se juntasen allí á cierto dia los principales, porque tenia cosas que comunicar con ellos. Los españoles que no son muy perezosos para cosas nuevas, en poco tiempo se pusieron en armas, esperando bullir mucho con ellas en lo que sucediese. Y como les era mandado, se juntaron los principales en Cartagena al dia señalado. Salióles á hablar en público Galba: y díjoles desta manera. Ya los públicos daños me fuerzan á no poder dejar de tratar de las maldades de Neron, habiendo yo deseado hasta ahora por todas vias, si fuera posible encubrirlas. Mas, pues, él tan manifiestamente se afea con abominables vicios, no tengo yo ya para qué callar, lo que él de sí mismo así divulga con sus hechos malvados, sino buscar el remedio dellos. Yo con el amor que debo á la república, y con lástima que me hacen su infamia, y las miserias comunes y particulares de todos: deseo buscar algun camino por donde remediarlo. Por esto os he hecho juntar aquí, para que esteis advertidos de mi voluntad, y me ayudeis con vuestro consejo, á poderla efectuar con público provecho del imperio. En acabando de hablar así Galba, la respuesta que se le dió fué, que todos á una voz le llamáron emperador y Augusto, y le comenzaron á reverenciar como á tal. Plutarco cuenta así esto, sino que solo discrepa en decir, que subiendo al tribunal, para hacer este razonamiento, no le dejaron hablar, sino que ántes comenzaron las voces de todos con que le daban el imperio, y lo llamaban Augusto; y que Galba sin mostrar que holgaba desto, ni aceptaba nada, prosiguió en comenzar esta su plática, y en ella para mas indignacion de todos, lloró las muertes de los hombres principales que Neron habia muerto, y ofreció que para remedio de tanta desventura, él seria nó césar ni emperador, sino solamente capitan, defensor y lugarteniente del senado y del pueblo romano.

Suetonio Tranquilo tiene aun mas diversidad en todo. No dice que Galba mandó juntar á los principales de los españoles, sino que recibidas las postreras cartas de Julio Vindice, disimuladamente se subió en su tribunal, como que queria hacer audiencia, y dar órden particularmente en los alhorres, y causas de libertad de siervos que se hacian entónces delante los supremos jueces; y que luego comenzó la plática ya dicha. Añade mas, que no solo refirió los nombres de los ilustres que Neron habia mandado matar, sino que hizo para mayor lástima, y mas triste sentimiento sacar los bultos de todos ellos, que para esto tenia aparejados. Tenia tambien aquel dia cabe sí Galba un niño muy noble, que estaba desterrado por Neron de Roma en la isla de Mallorca y Menorca, y para solo hacer esta triste demostracion, le habia hecho traer. Y yo creo que este niño era hijo de Publio Esvilio, que como está dicho, Neron lo habia desterrado allí, y segun era el padre feroz, si era vivo, de buena gana daria para esto su hijo. Acabado así todo esto, dice Suetonio, que le tomaron luego todos por emperador. Y este autor, muy diverso de Plutarco, no dice que se detuvo Galba mucho en aceptar lo que Vindice le ofreció, ni que lo tuvo encubierto, sino que el miedo y la esperanza le movieron á que luego se resolviese. La esperanza era grande, como lo era el imperio romano; y certificábansela los muchos agüeros y pronósticos, de que luego se dirá. Temor tenia Galba, sabiendo por cosa cierta, como Neron habia mandado enviar acá á un su procurador del fisco en secreto, para que matase á Galba. Yo he referido la diversidad que hallo en los autores: y así lo haré siempre que la hubiere, cuando esta no se declarare en esta historia será señal que concuerdan todos los que de aquello escriben. En esta diferencia de Suetonio y Plutarco, yo tengo por mas cierto que acabada la plática, y no ántes fué el llamarle emperador. Esto me persuado por muchas monedas deste emperador que he visto que tienen memoria desta su sublimacion, y todas tienen en las espaldas representacion deste parlamento. Y así parece cierto que precedió.

Y aunque á Galba le pudo así mover el buen ofrecimiento de Vindice, y la brava determinacion de Junio, tambien conforme á la supersticion de entónces, le podian incitar los muchos pronósticos, que despues de entrado en España le habian acaecido, por donde todos casi en comun le anunciaban el imperio. Cuenta Suetonio, que recien llegado acá, sacrificó en una casa pública, y súbitamente encaneció el muchacho que le servia el incienso. Luego los agoreros interpretaron que habia de haber grandes mudanzas en el imperio, y

que sucederia un viejo á un mancebo que valia tanto como decir Galba á Neron. Poco despues en un lago de Vizcaya cayó un rayo, y luego se hallaron allí doce segures que le daban á Galba cierta señal del mayor señorío, por ser estas las insignias con que los romanos lo representaban. Tambien una doncella española muy cuerda y honrada, con furia de adevina, cantaba por aquellos dias unos versos, en que se contenia que algun tiempo habia de salir de España un príncipe y señor del univenso. Y aunque el anunciar desta doncella, segun la mucha credulidad de entónces, parecia por sí de grande autoridad, dábasela mayor, el afirmar un sacerdote de Júpiter en la ciudad de Clunia (cuyas ruinas, como algunas veces se ha dicho, se ven hoy dia no muy léjos de Osma en un lugar que llaman Coruña) decia que amonestado por un sueño, habia sacado de entre otras muchas escrituras antiguas los mismos versos que aquella doncella entónces cantaba. y en el título dellos se parecia que tambien doscientos años ántes otra doncella adevina los habia cantado. Todas estas cosas tan vanas y fingidas, las hacia de mucho peso y certidumbre entre los gentiles, la ignorancia de la verdadera religion que causaba tambien otras mayores ceguedades.» Y el demonio tambien ayudaba su par»te por su grande interés y acudia luego la lisonja que »no se sabe poner tasa, ni aun con reverencia y aca»tamiento de las cosas divinas.» Y túvose en tanto esto de Clunia, que juzgaban despues haber dado aquella ciudad el imperio á Galba, y así quisieron conservar memoria dello, con monedas que batieron de este emperador en bronce, donde en el reverso está España, teniendo escrito su nombre, que da á Galba una victoria ó un trofeo, y está encima el nombre de Clunia, para que se vea como de allí le vino el pronóstico. Y aunque esto debe ser cierto, lo que con la escultura desta moneda se quiso representar: mas tambien podria ser que hubiese dado la ocasion á labrarla así: el hallarse Galba en Clunia, cuando últimamente tuvo la nueva, de que de hecho era elegido por emperador en Roma, como adelante se ha de decir. En esta moneda demas del trofeo ofrece tambien España un cornucopia, para mostrar que le daba todo el poderío de la paz y de la guerra que por estas dos cosas se representan.

Otras monedas de plata tambien se hallan del mismo emperador Galba, que tienen en el reverso á España y Francia, que se tocan las manos derechas, para representar la gran conformidad que estas dos provincias tuvieron en elegirle por emperador.

Son asimismo de plata otras monedas deste emperador, en que por memoria de que estando acá se le dió el imperio, está España de la forma y con las letras que yo al principio desta corónica la puse.

Era el fin del verano del año sesenta y nueve de nuestro Redentor, cuando á Galba se le dió acá el imperio, y lo que despues sucedió, yo lo referiré como Suetonio lo cuenta, con toda la particularidad que él lo dice, mezclando tambien lo que desto en Plutarco se halla. Y como en Cornelio Tácito parece, era entónces cuestor en el Andalucía Aulo Cecina, y fué de los primeros que á Galba siguieron.

CAPÍTULO XVIII.

Lo que hizo despues Galba en España.

Aquel mismo dia que así fué elegido Galba, mandó parar los pleitos, pues él no podia por entónces tener mas audiencia: y comenzó á ordenar todas las cosas de la paz y de la guerra con mucho cuidado: con valerse en todo de los españoles, honrándolos mucho, y dándoles buenos cargos en todo lo que proveia. Formó una legion toda de soldados españoles: y de los señores y gente principal de España, que en edad y prudencia eran señalados, escogió muchos como por senadores, que representasen el senado romano, y él consultase con ellos las cosas de grande importancia como ocurriesen. Silvio Oton se le pasó luego á Galba, y cuenta Plutarco cuán aficionadamente mostró hacerlo. Todo el oro y plata que tenia en sus joyas y servicio, lo fundió y lo hizo moneda, y ésta repartió por los criados y allegados, de quien Galba mas se servia. Y viendo que Tito Junio, legado de Galba, era su mayor privado, de tal manera se dió á granjearlo, que presto tuvo el primer lugar tras él con el emperador. Y aun en una cosa hacia gran ventaja á Junio, que como éste no tratase negocio de nadie sin ser muy bien pagado, Oton hacia los de todos los pobres y miserables que no podian valerse «del otro para ganar con esto el público amor de muchos «que se compra fácilmente con el favorecer y ayudar á «los que poco pueden.» Tambien señaló Galba de los mancebos mas nobles españoles, que eran del segundo estado de los caballeros una gran compañía que nombró de los llamados: y aunque habian de servirle á pié, les dejó el anillo de oro y el caballo, que eran la insignia de su estado y preeminencia: y mandóles que tuviesen la guarda de su persona, y asistiesen siempre y velasen en su cámara, como los soldados pretorianos lo solian hacer. Que en fin fué siempre muy preciada la lealtad de los españoles: y Galba, que la tenia bien conocida y experimentada, juzgaba con mucha razon, que en nuestros nobles se hallaria mayor y mas firme esta virtud. Envió tambien provisiones por todas las provincias, pidiéndoles que se alzasen contra Neron, y cada una como pudiese ayudase á la república en esta su grande necesidad, de verse libre de tan malvada tiranía.

Algunas cosas hizo acá Galba en este tiempo, que como Suetonio cuenta, le infamaron con sospecha de crueldad y avaricia. A las ciudades de España, que tardaron en dársele, les echó graves tributos, y á algunas les derribó por el suelo los muros: y los que tenian cargo público, y se detuvieron en obedecerle, los mandó matar á ellos y á sus mujeres y hijos. Desto creo yo fueron Obultronio, Albino, y Marcelo, cuyas muertes le zahirió despues á Galba Oton en un razonamiento que está en Cornelio Tácito (1), lamentando cuán cruelmente los mandó matar, estando acá.

Los de Tarragona por lisonja le ofrecieron á Galba una corona de oro, que tenian en un templo antiguo de Júpiter, con decirle que pesaba quince libras. Galba la hizo fundir, y porque faltaron tres onzas del peso, mandó que se las pagasen los trarragoneses. Aquel su legado Tito Junio era hombre de fiera codicia, y no es mucho que de allí se le pegase algo á Galba, ya que él de su natural no tuviese este vicio. Plutarco dice que éste fué el primero de los capitanes y gobernadores, que siguieron los pronósticos y buenos agüeros de Galba. Y como eran cosas éstas en que los gentiles tanto miraban, las celebran y hacen gran fiesta dellas. Así dice este autor, que cavando para la fortificacion de una ciudad, que Suetonio no nombra, y la habia es-

(1) En el lib. 17.

cogido para hacer desde allí, si fuese necesario, la guerra: se halló un anillo que de obra antigua tenia esculpida en la piedra una victoria con un trofeo. Y en la costa desta ciudad, que parece era marítima, aportó una nave alejandrina cargada de armas, sin que en ella viniese pilòto ni marinero ni otra persona alguna: por donde juzgaron todos que los dioses ayudaban la justa guerra y enviaban armas, con que se continuase.

Así pasaba esto en España: mas Neron en Roma teniendo aviso del levantamiento de Galba, lo sintió gravemente: aunque despues lo quiso echar en burla y regocijo, diciendo, que le venian bien para sus necesidades las riquezas de Galba: y habiéndole confiscado todo lo que en Roma tenia, lo comenzó á vender muy apriesa. Como entendió esto Galba, él tambien por braveza de guerra comenzó á vender lo que Neron acá tenia; y añade Plutarco, que hallaba él acá mas compradores y mas ganosos, que Neron allá tenia.

Todo le sucedia prósperamente á Galba, y en todo parece se le confirmaba el imperio; hasta que súbito comenzó á haber crueles mudanzas, que le trujeron ocasiones de grandes peligros, y le pusieron muy triste y angustiado. Fué la primera adversidad, que yendo á visitar su ejército, y estando ya cerca de los reales una gran banda de los caballos, arrepentida de haber quebrantado el juramento de fidelidad, que á Neron ántes habia dado, quiso dejar á Galba, y partirse de allí con tanta obstinacion en este propósito, que con grandísima dificultad la pudieron detener. No mucho despues desto se vió Galba en otro mayor peligro. Un liberto de los malvados de Neron, entendiendo la voluntad que tenia, de que Galba fuese muerto: procuróle desta manera. Envióle á Galba en presentes unos esclavos, bien instruidos en la traicion, que habian de hacer. A ellos les pareció á este tiempo, que se les pasaba la ocasion, y determinaron matarle, pasando á los baños por una angostura. Y salieran con ello, sino que acaso al punto los oyéron, como se animaban entre sí diciendo, que no dejasen pasar aquella ocasion: y tomando de aquí mala sospecha los que allí se hallaron, los asieron, y con tormentos despues confesaron la verdad. Siguió luego venir el aviso de que Julio Vindice era vencido en Francia, y él se habia muerto con sus manos. Con esta nueva desmayó mucho Galba, y lleno de confusion y fatiga, como si ya todos le hubieran desamparado, faltó poco que no se dió la muerte á sí mismo.

Retiróse entónces en Clunia, con algunos de sus amigos: y parece escogió aquella ciudad por ser tan principal como entónces era, y por ser tan fuerte, como ahora muestra su sitio, y por haber sido allí donde tuvo los mayores pronósticos de su imperio. El nombre desta ciudad está errado en los libros de Plutarco, que cuenta todo esto, mas por las monedas se ha de emendar allí y en Suetonio, en cuyos libros tambien anda errado. Encerrado allí, en todas sus palabras, ocupaciones y cuidados mostraba mas arrepentimiento de haberse movido, y mas deseo de su antiguo sosiego, que prosecucion de pretender con constancia el mando y señorío.

Nimfidio por este tiempo en Roma, que se quisiera levantar con el ejército, envió acá en España un amigo suyo llamado Geliano, para que le avisase cierto todo lo que acá pasaba. Éste volvió luego, y dió nuevas á Nimfidio, de cuán de hecho era ya emperador Galba: mas tan sujeto á Tito Junio y á otro Cornelio Lacon, á quien habia hecho capitan de su guarda, que ellos eran verdaderamente los emperadores.

Poco ántes desto ya en Roma los soldados por una parte, y el senado por otra, se habian levantado contra Neron, y todos querian á Galba por señor, confirmando lo que en España se habia comenzado. Esto le forzó á Neron á matarse él mismo á los diez de junio el año de nuestro Redentor sesenta y nueve.

CAPÍTULO XIX.

La cuenta de los sumos pontífices.

Desde aquí es ya menester tomar el principio de la sucesion de los sumos pontífices, para llevarla continuada en todo lo de adelante. Fué martirizado el glorioso apóstol san Pedro, primero sumo pontífice en la iglesia cristiana juntamente con san Pablo, á los veinte y nueve de junio del año pasado ántes de la muerte de Neron, que fué el sesenta y ocho de nuestro Redentor. Y así conforme al dia que atrás señalamos de su entrada en Roma, y principio de su presidir allí, tuvo la silla en aquella ciudad veinte y cuatro años tres meses y doce dias. Por su muerte no estuvo vaca ningun dia la silla, pues él en su vida habia ya proveido, que le sucediese san Clemente. Y así él fué el sucesor inmediato de san Pedro. Mas tuvo como por su coadjutor, que llamaban corepíscopo, á san Lino, como tambien lo habia tenido en su vida san Pedro. Mas luego martirizaron á san Lino á los veinte y tres de setiembre, poco mas de dos meses y medio despues de san Pedro. Quedóle á san Clemente otro coadjutor y corepíscopo que tambien lo habia sido de san Pedro, y fué san Cleto. Este santo tuvo mucho tiempo el gobierno entero del sumo pontificado en vida de san Clemente en su ausencia, por haber él sido desterrado con otros muchos cristianos. Así que Lino nunca fué sumo pontífice enteramente, aunque en vida de san Pedro en su ausencia de Roma tuvo el gobierno de la Iglesia cristiana en Roma mas de once años. Y por esto y por aquello poco que despues de san Pedro vivió con el cargo ya dicho, le cuentan ordinariamente por sumo pontífice. Y esta es la verdad en esto, como parece en el pontificado de Damaso, y lo aclaró F. Onufrio Panuinio en su corónica eclesiástica. Y así para contar los años de los pontífices, no se ha de hacer cuenta de los de san Lino, ni de los de san Cleto, hasta que murió san Clemente, como adelante veremos: pues los del uno y del otro se embeben en los de san Pedro y de san Clemente. Y aquí desde luego se ha de notar por cosa señalada, que la cuenta de los años de los sumos pontífices se ha conservado siempre en la Iglesia de Dios tan cierta y entera con particularidad de dia, mes y año, que en ninguna otra historia se halla tal certidumbre ni averiguacion en el tiempo. Así que si uno tomase en particular todas las partidas, de lo que vivieron los sumos pontífices, siéndolo, desde san Pedro hasta su tiempo, y las de las vacantes, y despues lo sumasen todo junto: hallaria que salia cabal, sin que sobrase ni faltase ni un solo dia. Ha sido esta singular providencia de Dios, que quiso hubiese en su Iglesia tanta verdad, certidumbre y claridad en esta cuenta.

CAPÍTULO XX.

Lo demás de Galba hasta que fué muerto, y el poeta Silio Itálico.

Cuando estaba Galba retirado en Clunia, le trujo la

nueva de la muerte de Neron un su aborrado, á quien Plutarco llama Sicelo, y Suetonio diversamente Seyo ó Itelo. Ya entónces Galba despedido todo pesar y congoja se alegró tanto, que las particularidades de su placer y regocijo, como Suetonio las cuenta, tienen gran desórden y falta de gravedad, cual en tanta magestad, y en tanta vejez convenia tener. Allí en Clunia dejó luego Galba el título de lugarteniente de la república, y se comenzó á llamar de hecho Augusto y emperador. Y tambien pudo ser esta la causa, por donde se labró la moneda, que atrás dijimos, con el nombre de Clunia y de España.

Luego se partió Galba á Roma, dejando en el gobierno de España, como en Cornelio Tácito parece, á Cluvio Ruffo, y llevóse tambien consigo, como el mismo autor escribe, aquella legion española, porque debia fiar mucho en ella. De la guarda de los nobles españoles no se dice nada: y yo creo no la llevó, porque los soldados pretorianos, que estaban en Roma, no consintieron á esta novedad, y tambien ya llevaba Galba proveido desde acá por capitan dellos para su guarda á Cornelio Lacon como se ha dicho.

Eusebio refiere en su corónica, como Galba llevó consigo desta vez á Roma á Marco Fabio Quintiliano nuestro muy esclarecido español, de quien diremos en su lugar.

No hay que decir mas del tiempo deste emperador, porque luego que llegó á Roma le mataron, no habiendo tenido el imperio mas que siete meses y pocos dias.

Como en Cornelio Tácito se ve, Aulo Cecina era cuestor en el Andalucía, cuando fué Galba tomado por emperador, y tambien fué de los primeros que se pasaron á él. Y esto es contado desde los diez de junio que Neron se mató, hasta los trece de febrero del año siguiente de setenta, en que Galba fué muerto. Porque no se le cuenta á Galba todo aquel tiempo, desde que fué emperador en Cartagena, hasta la muerte de Neron.

El año pasado en que se mató Neron, era cónsul en Roma Cayo Silio Itálico excelente poeta, como muestra su obra heroica que tenemos de la segunda guerra Púnica. El sobrenombre muestra como era español, y natural de la ciudad de Itálica junto á Sevilla. Esto es así cosa muy recibida entre todos los hombres doctos, y solo Lilio Giraldo le quita el ser español, haciéndole natural de otra ciudad llamada Itálica, que dice habia en los pueblos pelignos de Italia. Pedro Crinito le da ser español de linaje: mas con esto dice (1), que nació en Roma, sin dar autor ninguno que lo afirme. Plinio el segundo cuenta mucho de Silio Itálico. Llegó á ser en Roma de los mas principales della, y demas de haber sido cónsul, tuvo el proconsulado de Asia. Mucho desto alcanzó por su grande elocuencia, empleándola en abogacía, siendo en aquel tiempo este camino muy aparejado para alcanzar grande honra y riquezas. De todo alcanzó Silio Itálico mucho. Y como en su prosa deseaba imitar á Marco Tulio, y en sus versos á Virgilio: así, como Marcial dice, tuvo mucho gusto en ser señor de las heredades, que habian los dos poseido, y de celebrar su memoria siempre con mucha solemnidad. Cuando se vió muy viejo, se comenzó mas de veras á deleitar en la poesía: y porque ya no tenia fuerzas para trabajar en los negocios se retiró á la Campania, por recrearse con sus versos. Allí escribió su obra que tenemos, de la segunda guerra Púnica donde se hallan muchas cosas particulares de España, como se verá mas particularmente en las antigüedades. Murió Silio Itálico de mas de setenta y cinco años, de un carbunco que le trujo á mucha desesperacion. De dos hijos que tuvo, ya se le habia muerto Severo, el menor, y el mayor en vida de su padre fué cónsul. Los que dijeron que Silio Itálico fué tres veces consul, tomaron ocasion de errar en un epígrama de Marcial, donde hace mencion del segundo consulado que hubo en casa de Silio Itálico. Y éste es el que tuvo su hijo el mayor, de quien dice Plinio (1) que su padre lo vido cónsul. Y el tercero consulado no dice allí Marcial que lo hubo en casa de Silio Itálico, sino pide á Domiciano que se lo dé. Y pídelo sin duda para el otro hijo, que tenia entónces vivo Silio Itálico, y así hubiera habido tres cónsules en su casa. En muchos otros epígramas celebra Marcial las cosas deste nuestro poeta.

(1) En el lib. 4, de los poetas c. 67.

CAPÍTULO XXI.

Los dos emperadores Oton y Vitelio.

Sucedióle á Galba, Oton Silvio el que acá en España tan aficionadamente le habia seguido: y tan justamente, como se ha dicho, habia gobernado la Lusitania ocho años. Por no haber durado mas que tres meses su vida en el imperio, no habrá que escribir de las cosas de España en él, si no fuese que cuando acá gobernaba, tenia consigo un grande astrólogo, que Plutarco y Cornelio Tácito llaman Tolomeo, y Suetonio le llama Seleuco, y yo creo que tenia ambos nombres. Éste le habia siempre afirmado con mucha constancia que habia de ser emperador.

En los movimientos que hubo al fin del imperio de Oton, cuando Vitelio le sucedió, hay mencion de algunas compañías de españoles lusitanos, que andaban en Italia con el otro ejército romano como gente, que fué siempre muy estimada para la guerra. Hay memoria por este mismo tiempo de Cayo Calpurnio Fabato, un capitan de una destas compañías de los lusitanos, en una piedra que está en la Italia en Como, ciudad del ducado de Milan, y por no estar en España no se pone aquí (2).

Oton, ó por memoria del cargo que tuvo tantos años de la Lusitania y Andalucía, ó por tener favorable toda aquella tierra, le hizo en eso poco que fué señor, muchas mercedes. Al Andalucía le dió jurisdiccion sobre algunas ciudades de África, que están cerca del estrecho. Yo tengo por cierto haber sido éste el principio de tener la cancillería de Cádiz mando, y extenderse hasta Tanjer y Arcila, y lo de por allí. Porque hasta ahora no leemos haber tenido esto, y de aquí adelante hay mucha mencion dello.

A los de Sevilla y á los de Mérida les añadió Oton nuevos linajes y parentelas para que fuesen ilustres, y tuviesen su tronco y principio que ántes no tenian, que esto es lo que yo entiendo en Cornelio Tácito, cuando trata desto.

De Galba ni de Oton no se halla en España memoria ninguna en piedras escritas, creo que por lo poco que duraron en el imperio, no tuvo lugar la lisonja de usar sus acostumbrados excesos. « Aunque ella en ninguna

(1) En el lib. 8. (2) Pone esta piedra Alciato en las anotaciones sobre Cornelio Tácito, lib. 16.

«cosa es mas diligente, que en prevenir, sin dejar pa-«sar la ocasion.»

En la guerra que este año tuvo Oton con Vitelio, que se le alzó con el imperio: España, como Cornelio Tácito escribe, fué de las primeras provincias que lo desampararon, estando todavía Cluvio Ruffo gobernándola. Y no solamente entregó éste á Vitelio toda su provincia, sino que se la mantuvo, y se la defendió de Luceyo Albino, que pensaba alzarse con ella. Éste desde el tiempo de Neron gobernaba la Mauritania, que es lo de África mas cerca del estrecho. Y siendo aficionado de Oton, con buen ejército que tenia, y muchos moros de pié y de á caballo, que se la juntaron, quiso acometer al Andalucía. Luego que entendió Cluvio Ruffo este propósito de Albino, acercóse con su ejército al estrecho, y hizo muestra de querer pasar en África, y envió allá algunos capitanes, que con otros que allá se les pasaron, deshicieron presto á Albino, y lo mataron á él y á su mujer.

Con todo esto que Cluvio Ruffo habia hecho por darle á Vitelio á España, y defendérsela, todavía Hilario, un ahorrado de Vitelio, le puso mal con él, afirmando que Cluvio para sí habia querido á España, entreteniéndose mucho en duda, sin acostar á ninguna parte, como se parecia bien, pues no ponia en las provisiones el nombre de ningun emperador. «Y como el ánimo «inclinado una vez con odio á sospechar mal, halla «muchas cosas que calumniar:» así á Hilario no le faltaban otros muchos delitos y sospechas, para acumularlas á Cluvio. Mas todo le cayó al fin á cuestas, porque Vitelio mandó castigar á Hilario, y á Cluvio le mandó andar consigo, y que gobernase por sus legados á España, como se halla todo en Cornelio Tácito así particularmente contado (1).

CAPÍTULO XXII.

El imperio de Vespasiano, y como Plinio estuvo acá.

Andaba tan turbado y confuso por estos tiempos todo el imperio romano, con hacer emperadores, y deshacerlos luego, que no puede tampoco ir por aquí mi historia tan distinta y proseguida como yo deseo. Porque habiendo habido tres emperadores en un año, y siendo muerto Vitelio este mismo año de setenta en diciembre, Flavio Vespasiano, que se habia levantado contra él, quedó por emperador, y en él parece que se recostó la república romana, para descansar con algun reposo.

En una batalla que los dos ejércitos de Vespasiano y Vitelio hubieron en Lombardía, cuando andaban en la competencia del imperio, sucedió, como cuenta Cornelio Tácito, una cosa de grandísima lástima, á dos españoles padre y hijo. El padre se llamaba Julio Mansueto, y habia pasado en Italia por soldado de una legion algunos años ántes dejando acá un hijo muchacho ya crecido. A éste, cuando ya fué para ello, gobernando acá Galba, lo hizo tambien soldado en otra legion, y en ella pasó á Italia. En aquella batalla derribó este mancebo en el suelo con una gran herida á un contrario, y volviendo sobre él para acabarlo de matar, ya él se estaba muriendo, y conociendo á su hijo, fué tambien conocido dél: para que el miserable caso mas los lastimase á entrambos. El hijo afligido con mayor y mas justa causa de dolor, todo atónito con lágrimas pedia gimiendo el miserable perdon á su padre, que le espiró entre estas querellas. Comenzaron á mirar en ello los que se hallaron cerca, y despues á abominar la cruel y maldita guerra que causaba tales desventuras.

Acá en España andubo tambien por este tiempo la competencia entre Vespasiano y Vitelio, y un Lucio Voconio español venció el ejército de Vitelio, manteniendo á España por el nuevo emperador. Hallóse memoria desto en la ciudad de Cápara en una basa de estatua que tenia esto escrito.

L. VOCONIO. C. F. PATRIA. FORTISSIME. DEFENSA. EXERCITV. VITELLIANORVM. ACIE. SVPERATO. CIVES. COLONIAE. CAPARITANAE. STATVAM. IN. FORO. OB. PERPETVVM. REI. BENEGESTAE. MONVMENTVM. POSVERE. TERTIO. ID. MAIAS. P. HERENNIO. ET. C. FORTVNATO. COSS.

Esta piedra es de las de Ciriaco Anconitano, y lo que en nuestra lengua dice es: Los ciudadanos de la colonia de Cápara pusieron esta estatua aquí en la plaza á Lucio Voconio, hijo de Cayo, por perpetua memoria de la buena hazaña que hizo, cuando habiendo defendido valentísimamente su tierra, venció en batalla el ejército del emperador Vitelio. La estatua se le puso á los trece de mayo, siendo cónsules en Roma Publio Herennio y Cayo Fortunnato. En la piedra se nombra colonia la ciudad de Cápara. Y esto es cosa harto sospechosa, pues en otras piedras ciertas no la hallamos mas que municipio. Tambien no se hallan estos cónsules en este año, ni por este tiempo. Mas esto podríamos salvarlo con decir que fueron de los substituidos: y por esto no los cuentan entre los ordinarios.

Destas tambien de Ciriaco es otra piedra que ponen se halló cabe la villa de Medellin, y la tienen por del tiempo destas guerras del emperador Vitelio en España. Yo la pondré y diré mi parecer sobre ella.

PLVTONI. DEO. IN.
LOCO. SVB. TERRA. CONCAVO. PERÍCVLO. OCCEANI. LIBER. FABIVS.
VITELLIANVS. MILES. ARAM. POSVI.
EX. VOTO.

Trasladada esta inscripcion en castellano dice: Fabio Viteliano, soldado, habiéndome librado del peligro que en el mar Océano padecí, por voto que tenia hecho, puse este altar al dios Pluton aquí en este lugar hueco debajo de tierra.

Por esta piedra afirman algunos, que Medellin se llamaba entónces Castra Vitelliana, que quiere decir, asiento de los reales del emperador Vitelio. Mas ya cuando se escribia lo de Sertorio, se dijo el verdadero nombre de aquel lugar, por donde no pudo tener éste. Despues desto, el tener á este Fabio por soldado del emperador Vitelio, me parece error manifiesto, porque el nombre entero dél fué Fabio Viteliano, y así no pudo dar á entender nada del emperador, como los que esto quieren, imaginaron.

En tiempo deste emperador Vitelio se trujeron á España las primeras plantas de los árboles que llamamos alfócigos, y en latin se llaman pistaçios. Trújolos un caballero romano llamado Flaco Pompeyo, compañero

(1) En el lib. 18.

de Vitelio en la guerra, como Plinio lo escribe (1). Ahora las montañas de los Pireneos están por muchas partes llenas destos árboles, y demas de su buena fruta, se saca dellos la muy preciada trementina que llaman de veta.

De las cosas de España en el tiempo del imperio de Vespasiano hubo una muy notable, que á toda ella junta le dió este emperador la honra y privilegio de que gozaban los pueblos latinos comarcanos á Roma, que era hacerlos poco ménos que ciudadanos romanos. Plinio, que cuenta esto, dice (2): que fué forzado Vespasiano hacer á España esta tan larga merced, porque la república romana navegaba con tan crueles tempestades, que no podia salir el imperio á salvamento en puerto de alivio y sosiego, sino con hacer semejantes liberalidades. «Como es cosa ordinaria que en semejantes alteraciones, cuando los súbditos ven al príncipe en necesidad, quieren que compre dellos bien cara su ayuda, ó su quietarse. No porque esto sea bueno, sino porque es entónces necesario.» A la verdad España fué siempre tan gran cosa y de tanta importancia para el imperio romano, que era menester tenerla contenta, para que él estuviese seguro. Y así por este tiempo llama Cornelio Tácito á España y á Francia las dos provincias mas poderosas y de mayores fuerzas en la guerra, que en todo el imperio romano habia. Y los que acá se entretenian por Vitelio, estuvieron siempre tan firmes, que esto y mas era menester le diese Vespasiano á España, para aplacarla y tenerla de su parte. Destos movimientos civiles, que fueron muy grandes en España, solo se halla una pequeña mencion en Cornelio Tácito, y así no espere nadie aquí mas relacion dellos.

En tiempo deste emperador fué cuando Plinio el mayor, que escribió la excelente obra de la natural historia, estuvo en España con cargo de la hacienda del emperador. Gobernaba en este mismo tiempo con oficio y título de pretor en la Citerior Licinio Larcio, y éste gustó mucho acá de unos otros libros, que ya Plinio traia escritos, y estimólos en tanto, que le daba por ellos muy poco ménos que diez mil ducados, como el otro Plinio su sobrino escribiendo á sus amigos Máximo y Marco lo cuenta. El haber residido acá, y con cargo principal Plinio, y el haber sido hombre tan diligente, y deseoso de entender las cosas en particular, fuerza que le debamos dar mucho crédito en las cosas que de España refiere.

A este Licinio Larcio le acontecieron acá en España cosas notables en el tiempo de su gobierno, y Plinio casi como testigo de vista las cuenta (3). Estando Licinio en Cartagena, comia una turma de tierra, sintió dureza, y queriéndola vencer con los dientes, se los lastimó muy mal. Mirando despues lo que era, halló una moneda de plata, sobre la cual se habia formado la turma, y por aquella se entendió manifiestamente como es cosa que naturaleza ayunta de diversas partes hasta hacer aquella pella. Otra cosa tambien le aconteció en la Cantabria. Allí habia tres fuentes juntas á la ribera de Ebro, no mas que ocho piés una de otra, llamadas las fuentes de Tamarico. Su naturaleza era extraña. Secábanse doce y aun veinte veces cada dia, de manera que quedaban sin ninguna agua (3). Esto era mayor maravilla por ser las fuentes copiosas, y estar cerca dellas otra muy grande, que jamás dejaba de manar. Tenian en la tierra por mal agüero llegar á verlas en tiempo que les faltase el agua. Licinio Larcio las fué á ver, y las halló secas. Y en Plinio parece, aunque no muy claro, que las fué á ver siete dias arreo, y siempre cuando llegaba á ellas estaban secas. Dura hasta ahora harto rastro destas fuentes en las montañas de Burgos, como en su lugar se prosigue.

A este Licinio Larcio atribuyen algunos el haber mandado edificar el soberbio acueducto de Segovia, que en comun llaman la puente. Y dicen que hubo en él una piedra con estas letras.

LARTIVS. LICI-
NIVS. CVM. GV-
BERNASSET. HIS-
PANIAM. HVNC.
AQVAEDVCTVM.
IVSSIT. AEDIFI-
CARE.

La verdad desto es, que ahora ningunas letras hay en aquel conducto, sino solamente muestra de que las hubo algun tiempo. Porque en la plaza que llaman del Azoguejo, donde es lo muy alto y mas admirable de aquel edificio, hay arriba dos arcos macizos, y señales que hubo allí estatuas y títulos. Mas nadie se acuerda haberlas visto, ni oido que las hubiese. Y yo creo cierto, que el título que allí hubo, no fué éste que yo aquí pongo, pues ni tiene estilo, ni gusto alguno de inscripcion romana. Otros dicen, que las letras que allí hubo, mostraban como el edificio se hizo con gasto de muchos pueblos, y entre ellos se nombraban carpentanos y vaceos. Esto es ficcion y de muy poca advertencia, pues siendo edificio para provecho particular de una ciudad, no habian de contribuir otros pueblos, como lo hacian en las puentes para pasar los rios, que redundaban en beneficio público de toda la provincia.

En tiempo deste Larcio Licinio habia ya una novedad en el gobierno de España, que el que acababa de ser pretor en su año, no quedaba lo que le duraba mas el cargo con título de propretor, como ántes se usaba, sino con título de legado y lugarteniente: como claramente lo muestra Plinio hablando de la ida de Larcio á las fuentes de Tamarico. Y duró esto así mucho tiempo, como parecerá adelante en algunas inscripciones.

CAPÍTULO XXIII.

Medicinas halladas en España por este tiempo.

Pone Plinio en diversos lugares de su obra algunas medicinas notables que en su tiempo y poco ántes se inventaron y se usaron en España. Fué la primera y mas señalada, hallarse medicina para la mordedura del perro rabioso, que hasta entónces se tenia por incurable. La invencion fué por un caso extraño desta manera. Habia guerra con los lacetanos, que son en lo postrero de Cataluña junto con Francia, y así es lo de España que está mas cerca de Roma. Una madre de uno de los soldados que andaban en esta guerra, habiendo salido en Roma al campo, se regocijó en ver una mata de escaramujos que estaban floridos. La noche siguiente soñó que le decian tomase la raiz de aquella planta, y se la enviase á su hijo, para que desleida la bebiese. Esta mujer con amor de madre, y con la congoja que el sueño le puso, de temer que su hijo estaba

(1) Lib. 15, c. 22. (2) En el lib. 3, c. 3. (3) En el lib. 32, cap. 2.

enfermo, le escribió luego pidiéndole muy ahincadamente que obedeciese á los dioses, y bebiese de aquella raiz. Cuando esta carta llegó al real, aquel soldado estaba recien mordido de un perro rabioso, y comenzaba ya á aborrecer el agua. Usó la raiz y sanó luego, y así sanaron despues otros muchos que con tiempo la tomaron. Tras esto prosigue luego Plinio (1), como á él le mostraron en aquella provincia, y en la heredad de un huésped suyo, cierto género de Tragontia muy eficaz remedio contra la mordedura de la vívora y otras serpientes.

Cuenta tambien Plinio (2), que en su tiempo habia en Roma una corneja que habian llevado del Andalucía, que era monstruosa en la color por ser muy atezada. Mas mucho mas espantosa era, porque hablaba algunas razones enteras que habia aprendido, y aprendia otras muchas con gran facilidad.

Otra medecina refiere tambien Plinio (3) que se halló en su tiempo en España. Sexto Pomponio, hombre de gran riqueza y señorío en la Citerior, tenia gota, y estando un dia viendo sus graneros que le traspalaban para quitarles el polvo, acudióle grave dolor de su mal, y por probar como estaria bien, hincóse de rodillas en el trigo, y dejóse hundir en él. Aliviósele de tal manera el dolor, con enjugarle los piés aquel vaho, que nunca despues usó otro remedio, y desde entónces se tiene por bueno.

Este mismo Sexto Pomponio, sin duda es el de quien Plinio tambien cuenta (4), que para remedio de insufrible enfermedad que padecia en el galillo, traia atada á la garganta una raiz de verdolaga, y esto solo le libró de todo el mal. Y jamás se la quitaba, sino era para entrar á bañarse como entónces era costumbre. Yo traslado verdolaga la yerba que Plinio llama portulaca: mas por haber muchas especies desta yerba, podria ser se hubiese de entender allí otra. Este español Sexto Pomponio fué hombre tan principal, que como el mismo Plinio refiere, tuvo un hijo pretor en Roma, ó en el gobierno de alguna provincia. Que siempre en nuestros españoles hubo hombres de mucha suerte, y capaces desta y otras mayores dignidades.

Bien sé que ha habido quien quiera decir, que hay muy gran memoria de la cristiandad de España, por los años que corresponden al tiempo de Vespasiano. Y para esto traen una piedra que se halla en las montañas de Vizcaya, y tiene letras latinas que dicen en nuestro castellano. Aquí reposa el cuerpo de Bilela, sierva de Jesucristo. Murió era de ciento y cinco. Esto viene á ser el año de setenta y siete de nuestro Redentor. Esta piedra ponen así. Mas es muy cierto, que no es deste tiempo, sino de mil años despues. Porque ó la piedra dice, Era M. CV. ó ya que no esté allí la letra que significa el millar, se ha de suplir como en otras piedras y escrituras se calla el millar, porque forzosamente se ha de entender. Y nuestra comun manera de hablar usa ya callar muchas veces el millar, cuando de suyo se entiende. Y muéveme afirmar esto, porque como la frase deste epitafio no tiene nada que ver con lo destos tiempos, ántes es muy agena, y del todo contraria á ellos: así es muy conforme y verdaderamente propia de lo que se usaba en España los mil años adelante: en el cual tiempo todos los epitafios tenian estas mismas palabras ó poco diferentes. Junto con esto, en tiempo del emperador Vespasiano no se habia comenzado la cuenta de la era de César, que se comenzó á usar mucho despues, como ya atrás queda averiguado. He querido dar cuenta desta memoria tan en particular, porque anda muy sabida en España, y es bien que no se engañe nadie por ella.

(1) En el lib. 25, c. 8. (2) En el lib. 10, c. 43. (3) En el lib. 22, c. 25. (4) En el lib. 20, c. 20.

CAPÍTULO XXIV.

Memoria del emperador Vespasiano en España.

En tiempo deste emperador Vespasiano, y á los siete años de su señorío, y á los setenta y siete de nuestro Redentor, murió el papa san Clemente en su destierro á los veinte y tres de noviembre, habiendo tenido el pontificado desde que fué muerto el apóstol san Pedro nueve años, y cuatro meses y veinte y seis dias. No estuvo vaca la silla apostólica ningun dia. Porque como san Cleto tenia el gobierno della, quedóse elegido por su sucesor aquel mismo dia.

Del emperador Vespasiano quedan por España muchas memorias en piedras escritas. Porque como fué buen príncipe, y duró nueve años, hubo mucho lugar para que la lisonja se extendiese por sus acostumbradas demostraciones. Pondré algunas memorias de las mas principales, y que enseñan algo. Porque todas sin traer fruto, no podrian dejar de dar fastidio con la semejanza y prolijidad.

En el camino de la Plata dicen habia algunas colunas con esas letras

IMP. CAESAR. VES-
PASIANVS. AVG.
PONT. MAX. TRIB.
POT. II. IMP. VII.
COS. III. DESIG-
NATVS IIII. P. P.
VIAM. A. CAPPA-
RA. VRBE. AD. E-
MERITAM : VSQ.
AVG. IMPENSA.
SVA. RESTITVIT.

Y en nuestra lengua dice: El emperador Vespasiano César Augusto pontífice máximo, padre de la patria, la segunda vez que tuvo el poderío de tribuno del pueblo, y el cargo de capitan general la séptima: el año que tuvo el tercero consulado, y estaba ya señalado para tener el cuarto; padre de la patria: á su costa mandó reparar este camino imperial, desde Cápara hasta Mérida.

En Antequera un particular le puso estatua á este emperador, como parece por la basa que dura hasta ahora con esta inscripcion en la iglesia de san Juan.

IMP. CAESARI. VESPASIA-
NO. AVG. PONT. MAX TRIB.
POT. VIII. IMP. XII. COS. VIII.
P. P.
LVCIVS. PORCIVS. SABELI-
VS. II. VIR. PECVNIA. SVA.

Dice en castellano: Lucio Porcio Sabelio, uno de los dos que tenian cargo del gobierno público, de su dinero y á su costa, puso esta estatua al emperador César Vespasiano Augusto pontífice máximo, que ya tenia el poderío de tribuno del pueblo la octava vez, y el cargo y título de capitan general doce veces, y tenia el octavo consulado, y habíasele ya dado el renombre de padre de la patria.

En la villa de Castro el rio cerca de Córdoba, una iglesia pequeña llamada Santa Sofia, parece antigua, y templo dedicado á este emperador, lo cual se puede bien creer por una gran piedra que allí se halla con estas letras.

SACRATA DOMVS AVGVSTO.
M. CLODIVS PONT. DESIG. CVM ANIA
ET. M. CLODIO. RVSTICO ET CLODIO
MARCELLO. F. IMP. CAES. VESPASIANO
AVG. D. S. P. DD.

Dice en castellano: Este templo está consegrado al emperador, Marco Clodio, elegido ya para gran sacerdote con sus hijos Annia, Marco Clodio Rústico, y Clodio Marcelo, de su dinero dedicaron este templo al emperador César Vespasiano Augusto.

« Pondré tambien otra memoria de Vespasiano, que « dura en España, y con ser rara y extremada, es tam« bien muy notable y de grande ejemplo para los prín« cipes en la brevedad de despachar los negociantes, que « es una de las mayores piedades, que desde aquella « alta cumbre puede usarse con los inferiores. » Cerca de Málaga, en un lugar llamado Cañete, que como luego se verá, se llamaba entónces Sabora, se halló una tabla de metal pequeña, la cual vino despues á poder de Pero Mejía, el muy conocido por sus obras excelentes, y de allí se ha trasladado fielmente, y tenia todas estas letras.

IMP. CAE. VESPASIANVS. AVG. PONTIFEX. MAXVMVS, TRIBVNICIAE. POTESTATIS. VIIII. IMP. XIIX. CONSVL. VIII. PP. SALVTEM. DICIT. IIII. VIRIS ET DECVRIONIBVS. SABORENSIVM.

CVM. MVLTIS. DIFFICVLTATIBVS. INFIRMITATEM. VESTRAM. PREMI. INDICETIS. PERMITTO. VOBIS. OPPIDVM. SVB. NOMINE. MEO. VT. VOLTIS. IN. PLANVM. EXTRVERE. VECTIGALIA. QVAE. AB. DIVO. AVG. ACCEPISSE. DICITIS. CVSTODIO. SIQVA. NOVA. ADIICERE. VOLTIS. DE. HIS. PROCONSVLEM. ADIRE. DEBERITIS. EGO. ENIM. NVLLO. RESPONDENTE. CONSTITVERE. NIL. POSSVM. DECRETVM VESTRVM. ACCEPI. VIII. KA. AVGVT. LEGATOS. DIMISI IIII. KA. EASDEM. VALETE.

II. VIRI. C. CORNELIVS. SEVERVS. ET. M. SEPTIMIVS. SEVERVS. PVLBICA. PECVNIA. IN. AERE. INCIDERVNT.

Y en castellano dice: El emperador César Vespasiano Augusto pontífice máximo, que tiene ya la nona vez el cargo y poderío de tribuno del pueblo, y el de capitan general lo ha tenido ya diez y ocho veces, y ha sido llamado por consentimiento público padre de la patria: envia á saludar á los cuatro del gobierno, y á los demás regidores del lugar de los saborenses.

Habiéndonos hecho relacion de muchas fatigas que padeceis por tener vuestro lugar en lo alto, os doy licencia que pobleis en lo bajo un lugar, y le pongais mi nombre como quereis: las rentas y tributos que decís que os concedió el emperador Augusto César, para que las pudiésedes llevar, yo os las conservo en el mismo estado: y si de nuevo quisiéredes poner algunos otros pechos, habreis de ir á consultar el procónsul que gobierna esa provincia, porque yo no puedo mandar en esto nada, pues no hay acá quien se agravie dello ni reclame. Recebí vuestro decreto público á los xxv. de julio, y despaché vuestros embajadores á los xxx. del mismo. Quedad en buen hora.

Cayo Cornelio Severo, y Marco Septimio Severo, que fueron los dos que tenian el cargo del gobierno de Sabora, hicieron grabar esta provision del emperador en esta tabla de bronce, á costa del dinero público.

Esta provision se despachó el año setenta y ocho de nuestro Redentor, como por este octavo consulado de Vespasiano parece, y mucho se debe notar en ella, como ya dije, la brevedad en el despachar del buen príncipe. Y todos los demás la deberian tener siempre delante los ojos, para imitar un hecho donde hay tanto bien.

Desde el tiempo del emperador Claudio hasta ahora era hombre insigne en las armas y buena gobernacion Tito Plaucio Silvano, que en paz y en guerra mereció grandes cargos, y en todos se honró mucho con su esfuerzo y prudencia. Éste fué enviado á España con cargo de legado y lugarteniente, aunque no acabó su oficio por otro mayor, con que lo mandaron volver á Roma. Esto parece así por una larga inscripcion que se ve en Tibur, cerca de Roma, y la puso Aldo Manucio en su ortografía.

CAPÍTULO XXV.

Los dos emperadores, hijos de Vespasiano, Tito y Domiciano.

Tambien hay en España algunas piedras que conservan la memoria de Tito y Domiciano, hijos de Vespasiano, que le sucedieron uno tras otro en el imperio. Y fuera destas piedras, casi ninguna cosa se podrá decir de España en todos los años destos emperadores, que llegaron hasta el noventa y siete de Nuestro Redentor. Solo se verá adelante (1) como el emperador Domiciano, ofendido de ver como en Francia y en España la tierra toda se plantaba de viñas, sin quedar tierras bastantes para la labor del pan, vedó por ley que nadie plantase viñas de nuevo.

Del emperador Tito, que siguió luego á su padre, hubo un mármol en el camino de la Plata, que segun lo puso Ciriaco, tenia esto escrito:

IMP. TITVS. CAESAR VESPASIANVS. AVG. P. M. TRIB. POT. V. COS. VIII. P. P. GENERIS. HVMANI. AMOR. ET DESIDERIVM. ETIAM VIVENS.

Y en castellano dice: El emperador Tito César Vespasiano Augusto, padre de la patria, pontífice máximo, que tambien aun en su vida fué llamado amor y deseo público de todo el linaje humano, la quinta vez que tuvo el poderío de tribuno del pueblo, y la octava que fué cónsul mandó aderezar este camino.

Fué éste tan buen príncipe, que se le dió este renombre, sin que jamás ántes ni despues se diese á otro; y con él se daba á entender cuán querido y preciado era comunmente de todos con aficion y gusto particular.

En Tarragona cerca de la Torre que llaman Grosa hay tambien una piedra de tiempo deste emperador

(1) En el c. 49.

Tito, que ya queda puesta en lo de Séneca. Otras piedras hay en Tarragona y en otras partes de poco momento.

De Domiciano ponen otra coluna en el mismo camino de la Plata con muy linda inscripcion, que dice así:

IMP. DOMITIANVS.
VESPASIANI. F. VES
PASIANVS. CAESAR.
AVG. GERM. PONT.
MAX. OPVS. PATER
NVM. NEQVITIA. PV
BLICANORVM. ET.
MORTE. VESPASIA-
NI. INTERRVPTVM.
EA. GENTE. MALE.
MVCTATA. ET. OM
NI. IN. POSTERVM.
MVNERE. PVBLICO.
PRIVATA. CONFICI.
IVSSIT. LXXXVIII.

El emperador César, Augusto, Domiciano, Vespasiano, hijo de Vespasiano, vencedor de Alemania, pontífice máximo, mandó acabar esta obra que su padre comenzó, y por su muerte y por maldad de los arrendadores habia cesado, y quedado sin acabarse: por lo cual mandó castigar rigurosamente á los arrendadores y los privó que no pudiesen tener ningun cargo público. Lo que acabó deste camino fueron ochenta y ocho millas.

En tiempo deste emperador fué procónsul en la Citerior Publio Rómulo, como parece por un testamento que dicen se halla escrito en una gran piedra cerca de Barcelona, en un lugar que antiguamente se llamó Castro de Octaviano, y ahora le dicen San Iocat. Lo que el testamento dice es:

EGO. Q. VALERIVS. CASTRITIVS. Q.
F. HODIE. TERTIO. IDVS. AVG. DECE
DENS. CONSTITVO. Q. VALERIVM. F.
MEVM. EX. ASSE. HAEREDEM DVM-
MODO. ⁻ - PRO. P. VALERIA. FILIA
MIHI. CHARISSIMA. EXIMATVR. SI. LE
GITIMAM. E. P. FABIANO. CONIVGE.
SOBOLEM. HABEBIT. ET. ⁻ ⁻ PRO
PRIMA. TVRRE. TEMPLI. AESCVLA-
PII. DEI. QVOD. IN. VRBE. BARCINONAE
EST. RESTAVRANDA. ACTVM. P. ROMV
LIO. CIT. HISPA. PROCOS. ET. DOMITIA
NO. VESPASIANI. F. ORBI. IMPERANTE.

En castellano. Yo, Quinto Valerio Castricio, hijo de Quinto, hoy, que se cuentan once de agosto, partiéndome de mi casa, ó queriéndome morir, hago mi testamento, y dejo por heredero en toda mi hacienda á Quinto Valerio, mi hijo, con tal que se saque la tercera parte para Publia Valeria, mi hija, de mí mucho amada, si tuviere legítima descendencia de Publio Fabiano, su marido. Item, que se saque la cuarta parte, para reparar la torre principal del templo de Esculapio, que está en la ciudad de Barcelona. Otorgóse este testamento siendo procónsul de la Citerior España Publio Romulio, y siendo señor del mundo el emperador Domiciano.

En Alora cabe Málaga, en Alcoba cerca de Coruña, y en Cáceres, hay piedras de Domiciano; mas por no tener ninguna cosa notable sino los títulos comunes, no las pongo aquí.

Chaves (1) es un lugar en Galicia, que sobre el rio Tamaga, en cuya ribera está puesto el pueblo, tiene una puente antigua de obra romana muy hermosa. Y aunque esta puente se acabó en tiempo de Trajano, mas comenzóse y prosiguióse en los tiempos de Vespasiano y sus dos hijos, como lo muestra la inscripcion grande que está allí en una coluna, que ahora está cerca de la puente, en casa de Juan Guedez, y tiene todo esto esculpido.

IMP. CAES. VESP. AVG. PON. MAX.
TRIB. POT. X. IMP. XX. PP. COS. IX.
IMP. TI. VESP CAES. AVG. F. P. M.
TRIB. POT. VIII. IMP. XIIII. COS. VI.
: : : : : : : : : : : : : : : : : : : :
: : : : : : : : : : : : : : : : : : : :
C. CALPETANO RANTIO QVIRINA-
LI. VAL. FESTO. LEG. AVG. PR. PR.
D. CORNELIO. MAECIAN. LEG. AVG.
L. ARRVNTIO. MAX. PROCO. AVG.
LEG. VII. GEM. FEL.

CIVITATES. X:

AQVIFLAVIENSES	INTERAMICI.
AORBIGENS.	LIMICI.
BIBALI.	AEBISOC.
COELERINI.	QVARQVERNI.
EQVAESI.	TAMAGANI.

Y en castellano dice: En tiempo del emperador César Augusto Vespasiano, pontífice máximo, padre de la patria, á quien se le concedió diez veces el poderío de tribuno del pueblo, y tuvo el cargo de capitan general veinte veces, y fué cónsul nueve.

En tiempo del emperador Tito, hijo de Vespasiano César Augusto, pontífice máximo, padre de la patria, que tuvo el poderío de tribuno del pueblo ocho veces, y el cargo de capitan general catorce, y fué seis veces cónsul.

Aquí siguen luego los dos renglones que estan rayados.

Siendo propretores de España y legados de los emperadores Cayo Calpetano, Rancio Quirinal, Valerio Festo, y Decio Cornelio Meciano, y siendo Lucio Arruncio Máximo procónsul. Y estando en esta tierra por guarnicion la legion Séptima Gemina, llamada la dichosa: diez ciudades y sus pueblos contribuyeron para la obra desta puente:

Los Aqui-Flavienses. Los Aorbigenses. Los Bibalos. Los Celerinos. Los Equesos. Los Iteramicos. Los Limicos. Los Ebisocios. Los Querquernos. Los Tamaganos.

Tiene esta inscripcion una cosa muy notable, que aquellos dos renglones que en ella están rayados se borraron poco despues que se escribieron por mandado del senado romano. Porque ellos contenian el nombre y títulos del emperador Domiciano, de la manera que en los cuatro de arriba estaban los nombres y títulos de su padre y hermanos. Y habiendo sido Domiciano un malvado y cruelísimo emperador, luego que fué muerto, como Suetonio Tranquilo y otros muchos autores cuentan, el senado, en oprobio y ven-

(1) Sobre las inscripciones del pueblo de Chaves es conveniente consultar lo que trae Florez en el apéndice tercero del tomo cuarto, en donde trata del obispado de Idacio. B.

ganza de su tirania, mandó quebrantar todas sus provisiones y decretos, y borrar su nombre de todas las cosas públicas donde se hallase escrito, porque pereciese eternamente su memoria.

Yo he declarado esta inscripcion como la entiendo: entendiendo tambien que otros podrán querer dar algo diferente en los nombres y fines de aquellos cargos y de la legion: y podrá ser aquello lo mas acertado. Y á este mismo propósito están los nombres de cuatro lugar-tenientes y legados de los emperadores que por estos años hubo en aquella tierra, que ó la gobernaron universalmente toda, ó tuvieron particularmente cargo de aquella legion Séptima Gemina. Del postrero no se puede negar sino que gobernó la tierra, pues le nombran procónsul.

Duró el acabarse aquella puente hasta el tiempo de Trajano, como se dice en otro mármol que está allí: y aunque sea de mas adelante, lo pondré aquí, porque quede junto todo lo que á esto pertenece.

IMP. CAES. NERVAE. TRAIANO.
AVG. GER. DADICO. PONT. MAX.
TRIB. POT. COS. V. P. P. AQVI-
FLAVIENSES.
PONTEM. LAPIDEVM. DE. SVO.
F. C.

En nuestro romance castellano se traslada así: Los vecinos desta ciudad Aguas Flavias, de su dinero mandaron hacer esta puente, y la dedican y ofrecen al emperador César Nerva Trajano Augusto, vencedor de Alemania y de Dacia, pontífice máximo, y que tenia el poderío de tribuno del pueblo, y el quinto consulado, y el renombre de padre de la patria. Y quien le pareciese que esta piedra y la otra se contradicen, pues en ésta se atribuye todo el gasto de aquella ciudad sola, y en la otra se nombran otras nueve que contribuyeron con ella, entienda que los aqui-flavienses eran como cabeza principal de todos los demás; y así en ellos solos se entendian todos los otros, que ya tambien estaban nombrados particularmente en la otra piedra.

Este emperador Vespasiano tuvo el apellido de Flavio, que se continuó en sus hijos, y muchos lugares en España, y señaladamente por aquella tierra de Galicia y sus confines tomaron por lisonja este nombre. Tambien lo pudieron tomar por conservar la memoria del beneficio que habian recebido en ser habidos por ciudadanos romanos. Así hubo en Galicia demas destos aquiflavienses, Iria Flavia, que es el Padron, Flavio Brigancio, que tambien se cree fué lugar cerca de donde ahora está la ciudad de Santiago: y mas acá cerca de Leon Interamnium Flavium, que se cree es el lugar que ahora llaman Fuente Encalada. Y entre Córdoba y Sevilla es muy conocida la villa de Lora, que se llamó municipio Flavio Ajatitano. Los singilienses, que eran los de Antequera ó allí junto, se llamaron Flavios. Cerca de Lora estuvo tambien el municipio Flavio Ardense, donde está ahora la villa de Alcolea. Y por el fastidio y prolijidad se dejan de contar otros muchos lugares de España, que se quisieron honrar á sí mismos, y lisonjear á sus príncipes con este sobrenombre.

CAPÍTULO XXVI.

San Eugenio mártir primer arzobispo de Toledo.

Mucho tiempo se ha pasado sin decir nada de la Religion de España, y de los acrecentamientos que la fé cristiana en ella iba haciendo. Y no por descuido, ni porque no sea esto el mayor gusto mio en toda esta historia, y como un gran premio del continuarla, sino porque ninguna cosa hay que se pueda contar hasta este tiempo de Domiciano. Él fué el que movió la segunda persecucion contra los cristianos. En ella sucedió el martirio del glorioso san Eugenio, primer prelado de Toledo. Fué griego de nacion, como su nombre lo muestra, que en aquella lengua quiere decir buen linaje ó buena casta: y pues anduvo con san Dionisio, y vino con él á Francia, parece que lo trujo desde Atenas, y que fué uno de los muchos que en los Actos de los Apóstoles se dice creyeron en aquella famosa ciudad. Habíalo enviado su maestro san Dionisio el Areopagita, discípulo de san Pablo, desde Francia, donde él predicaba, á España, ordenado de obispo: y predicó señaladamente en Toledo, siendo primer prelado de allí, y dando principio á esta dignidad y primacía, que tan solemne y ensalzada es ahora en estos reinos. Del fruto que hizo con su predicacion, y las particularidades que hubo en la conversion de Toledo y su tierra, y los milagros con que Nuestro Señor confirmó la doctrina de su Santo, no tenemos memoria ninguna. Porque ni la santa iglesia de Toledo en sus lecciones, ni en las del abadía de San Dionisio, cabe París, ni en Usuardo, ni el obispo Equilino, ni en san Antonio de Florencia, tratando todos del Santo no hay cosa que se pueda bien referir. No se halla tampoco particularidad desto en el abad Hilduino, autor grave de tiempo de Carlo Magno, y que hizo mucha mencion deste Santo, diciendo que san Eugenio, tercer predecesor inmediato de san Ildefonso en el arzobispado, hizo un himno deste Santo. Y aunque, como algunas veces se dirá, yo he habido de un libro antiquísimo sus poesías deste Santo, mas no está este himno entre ellas. Los mas destos autores solo dicen, que habiendo convertido gran multitud de gente en Toledo y en otras partes de España, con deseo de ver á su maestro se volvió á buscarle en Francia. Y puédese bien creer que el glorioso Santo dejaba ya bien fundada la Religion cristiana en Toledo, pues de otra manera no es cosa creible que la dejara. Su mucha caridad no le consintiera desamparar sus fieles y verdaderos hijos, que habia engendrado con la fé cristiana, sino viera que les quedaba buen recaudo en su ausencia de personas que él dejaba tan enseñadas y bien instruidas en la fé, que podian ser ya maestros en ella. Y en algunos responsos y lecciones de los que en Toledo y en San Dionisio se cantan, se afirma mucho desto. Volvió en fin san Eugenio en Francia; y á una legua de la ciudad de París, llegando cerca de un lugar pequeño llamado Dioilo, estando con muchos cristianos, salieron á él algunos de los servidores de Sisinio, que tenia el gobierno de aquella tierra, y él y los suyos se empleaban con gran rabia en perseguir y martirizar cristianos. Éstos de Sisinio preguntaron á san Eugenio como principal entre los otros, ¿qué Dios adoraba? El Santo respondió. Yo soy cristiano y conozco y adoro con gran devocion por mi único Dios y Señor á Jesucristo. Oido esto, en continente lo degollaron aquellos malvados y echaron su santo cuerpo en el lago llamado Marcasio: porque los cristianos no lo pudiesen haber para sepultarlo y honrarlo por santo.

Muchos años estuvo allí el santo cuerpo, que ni los cristianos lo osaban sacar por miedo de los gentiles, ni aun por ventura se sabia despues como estaba allí:

y en todo este tiempo perseveró sin ninguna corrupcion. Y cuando ya toda la tierra era de cristianos, pasado el dicho largo tiempo, Nuestro Señor fué servido se sacase el santo cuerpo de allí por mano de Hercoldo, hombre muy noble y rico, que vivía en el lugar de Dioilo, y á la sazon estaba enfermo. Aparecióle estando durmiendo un viejo muy venerable, y díjole que se levantase sano, y sacase de aquel lago el cuerpo de san Eugenio, y lo sepultase con toda veneracion y reverencia. Hercoldo, muy alegre con su salud, y mas con la merced que Nuestro Señor le hacia de tan solemne ministerio, con gran compañía y mucha devocion sacó el bendito cuerpo tan entero yd ta conservado como si entónces lo acabaran de degollar. Queriendo luego Hercoldo llevar el santo cuerpo á ponerlo en el monasterio de San Dionisio cerca de París, los bueyes del carro en que iba la caja, milagrosamente no se quisieron menear para pasar adelante en aquel camino, y dejados á su alvedrío fuéron á parar en una heredad cerca de Dioilo, donde se entendió que se servia Nuestro Señor se pusiese el cuerpo del santo mártir. Así se labró allí una iglesia en que estuvo mucho tiempo obrando Nuestro Señor por su Santo insignes milagros. Sanó á un Hetilo camarero mayor del rey Pipino. En tiempo de Cárlo Magno restituyó la vista á una doncella ciega: y reinando el emperador Ludovico curó á un soldado, de quien se habia súbitamente apoderado el demonio, porque blasfemó de san Eugenio: y resplandeció su santidad por otros muchos y muy grandes milagros.

Fué despues pasado de Dioilo el cuerpo de san Eugenio, y llevado milagrosamente al monasterio de su maestro san Dionisio desta manera. En una procesion solemne en que los de Dioilo llevaban el santo cuerpo por alguna necesidad que les afligia, y les forzaba á que pidiesen á Dios misericordia: fuéron al monasterio de San Dionisio, y pusiéronlo sobre el altar mayor donde se dijo la misa muy solemne, y los de Dioilo hicieron devotamente sus plegarias. Queriéndose despues volver, como habian venido, nunca pudieron levantar el santo cuerpo del altar con ninguna fuerza, por donde entendieron claramente que otra mayor del cielo y de la voluntad divina se lo estorbaba, queriendo que quedase el santo mártir con su glorioso maestro. Partiéronse muy tristes los de Dioilo, por pensar que por ventura por sus deméritos se les quitaba su precioso tesoro, quedando muy alegres los monges de San Dionisio con la nueva riqueza que Nuestro Señor les acrecentaba. Y en confirmacion della, y en continuacion del milagro, luego que dos monges vestidos con albas y capas llegaron con reverencia á tomar el santo cuerpo; lo quitaron del altar con mucha facilidad, y lo pusieron en una capilla pequeña dentro de la mayor.

Mucho derecho tenia el monasterio de San Dionisio á este riquísimo tesoro, mas la santa Iglesia de Toledo podia tambien con justo título desearlo y delante de Dios pedirlo. Así plugo á su divina misericordia mas ha de cuatrocientos años darle un brazo deste Santo tan suyo. Enviósela, seg m se tiene por ciérto, el rey Luis de Francia séptimo deste nombre, y celébrase la fiesta desta traslacion á los doce de febrero. Y en las lecciones se cuenta muy extendidamente como pasó todo. En suma es esto. El arzobispo de Toledo don Ramon, sucesor de don Bernardo, en tiempo del emperador don Alonso, hijo de doña Urraca, yendo á un Concilio que el papa Eugenio congregó en Francia, visitó en el monasterio de San Dionisio la capilla donde estaba el cuerpo de san Eugenio, que era allí tenido en gran veneracion. Dió noticia desto al emperador don Alonso: y sucediendo despues que el rey Luis de Francia su yerno vino á Toledo, el emperador por instancia del arzobispo pidió al rey le enviase alguna parte del cuerpo de san Eugenio para aquella santa iglesia, que tan de veras fué suya. Envióle el brazo derecho, el cual el emperador con sus hijos metió en la santa iglesia sobre sus hombros. Así se lee esto en aquella fiesta; y la corónica del rey don Alonso. Y el brazo riquísimamente engastado se guarda y se muestra en el sagrario de aquella santa iglesia.

Despues en nuestros dias ha sido Nuestro Señor servido hacernos á toda España, y señaladamente á la santa iglesia de Toledo, la merced muy entera y cumplida, con que se trujese á ella todo el resto del cuerpo de san Eugenio el año pasado de mil y quinientos y sesenta y cinco. Pidiólo con mucha devocion y grande instancia el católico rey nuestro señor, don Felipe segundo deste nombre, al rey Enrico de Francia tercero deste nombre, su cuñado y á la reina doña Catalina su madre, en cuya tutela el rey por su pequeña edad entónces estaba. Y ellos lo dieron benignamente á don Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla, canónigo de la santa iglesia de Toledo, á quien ella habia enviado por él. Acá fué recibido con grandísima solemnidad, como bien á la larga esto, y todo lo demás está escrito en el libro que desta postrera traslacion se imprimió; y por esto no será menester decir aquí mas dello.

Desde luego quisiera fuera posible llevar continuada en esta corónica la sucesion de los arzobispos de Toledo: por ser esta santa iglesia la cabeza de todas las de España, y por haber habido en su silla muchos y grandes santos, y otros insignes prelados muy dignos de memoria. Es tambien eso de suyo cosa harto señalada y que es mucha razon se sepa en España, y pudiérase tener por falta, si faltara esta relacion en esta corónica. Mas es el daño que aquí al principio no podré ni aun nombrar siquiera los arzobispos primeros, ni decir cosa ninguna dellos. Porque de la santa iglesia de Toledo no hallamos mencion hasta pasados mas de ciento y treinta años despues deste tiempo, de que se va tratando, en tiempo del papa Antero: como se verá cuando llegue allá esta historia. Solo podríamos pensar que desde ahora tuvo siempre esta santa iglesia prelado para su doctrina y gobierno: pues lo tenian otras muchas iglesias de España. Que aunque no hay mencion que lo tuviesen hasta aquellos tiempos del papa Antero ó poco ántes: mas en lo que por aquel santo pontífice se trata, se da bien á entender como no comenzaba entónces la distribucion y concierto de la iglesia de España, sino que de ántes venia el estar repartida en sus metrópolis y diócesis, y tener toda buena forma y órden en su gobierno. Ayuda tambien mucho para que esto sea mas cierto, el considerar como san Torcuato y sus compañeros fuéron obispos en diversas partes de España: y no hay duda, sino que cuando murieron ó fueron martirizados, hubo luego otros en su lugar con autoridad de la Sede Apostólica continuándose la sucesion de la Iglesia como convenia. Y esto es lo que en estos primeros pontífices se dice siempre en su historia que ordenaron muchos obispos en diversos lugares y provincias. Y habiendo así obispos en las otras iglesias de España, los habria tambien en Toledo. Mas no podemos señalar en particular nada. Y no es maravilla que ahora no lo podamos ha-

cer, pues el glorioso san Ildefonso en el prólogo de sus claros varones, se queja de la negligencia que habia habido en escribirse alguna cósa de los primeros arzobispos de Toledo. Y así él lo mas antiguo que pudo referir desto, fué comenzar á contar de Audencio y de Asturio, que fueron mas de trescientos años despues deste tiempo de san Eugenio. Y por decir tambien san Ildefonso de Asturio que fué el nono arzobispo de Toledo: no debemos entender que entre san Eugenio y Asturio no hubo mas de siete arzobispos. Porque él comienza á contar de mucho despues, como en su lugar se verá.

Y por las mismas conveniencias y conjeturas por donde vamos sacando, como habia arzobispo en Toledo: podríamos tambien creer, que tenia desde ahora la primacía de España. Que como habia obispos en España, así tambien habia sin duda primate: pues desde el tiempo de los apóstoles fué instituida esta dignidad y desde entónces hallamos mencion della. Y como era necesaria esta dignidad en otras partes, así era necesaria acá: y los apóstoles así lo juzgarian y le proveerian. Siendo esto así, el estar Toledo en medio de toda la provincia, sin otras cosas convidaba á poner allí la primacía. Mas esto solo es rastrear lo que se puede con probable discurso, que autoridad ni razon cierta no se puede haber por este tiempo de que se va tratando. Cuando llegare la historia al en que de hecho la tuvo: tratarse ha dello con mas claridad. Con esto se quedará el catálogo de los arzobispos de Toledo, hasta muchos años adelante, por faltarle á mi buen deseo las ayudas necesarias para bien emplearse: no dejando de tratarse en este tiempo lo poco que desto se ofreciere.

Hase de entender que ni san Eugenio mártir, ni todos los que le sucedieron hasta el rey Vamba de los godos, no se llamaron arzobispos, sino solamente obispos, y así para diferenciar al de Toledo, que era la silla del señorío de los godos, y el asiento de su corte, le llaman obispo de la ciudad real, y otras veces le nombran el obispo de la primera silla, como nombre general con que diferencian los metropolitanos. Y la causa de no llamarles arzobispos es porque aunque en la Iglesia universal se habia ya hecho esta distincion de prelados ordinarios y metropolitanos, no tenian este nombre de arzobispos, y en España entró aun algo mas tarde, y á lo que se puede creer, en tiempo del rey Vamba, como en su lugar se verá.

CAPÍTULO XXVII.

Nombres señalados de España por estos tiempos.

En este tiempo del emperador Domiciano habia en Roma gran número de poetas españoles. El mas señalado y que mayor fama tenia entre todos, era Marco Valerio Marcial, natural de la ciudad que entónces llamaban Bilbilis (1), y es la que ahora llamamos Calatayud, á la entrada de Aragon, por cerca de las sierras de Moncayo: ó era Bilbilis un otro sitio despoblado muy cerca de Calatayud, como Gaspar Barreiros en su itinerario con gran diligencia averigua. Fué Marcial un hombre donosísimo, y que naturalmente tuvo singular agudeza en decir donaires, y así todo su hecho fué escribir epígramas, que es un género de poesía que no sirve mas de para esto. Aunque algunas veces en los epígramas no hay donaire, sino una lindeza con gran levantamiento y magestad de palabras con que las cosas se engrandecen. Déstos tiene tambien Marcial algunos harto excelentes, y si no tuviera muchos deshonestos, fuera mas leido y estimado. Y con todo eso es uno de los hombres señalados que en su manera España tuvo en letras: pues en su género ninguno tuvo Roma mas aventajado. Siendo mozo se fué á Roma, que era entónces la corte general del universo: allí alcanzó subir al estado de caballero romano, y otros privilegios y dignidades: y ya muy viejo se volvió á su tierra, donde murió desde á poco: y Plinio el segundo lamenta su muerte, y celebra mucho su ingenio.

Tambien estaba en Roma entónces Cayo Canio, poeta, natural de la isla de Cádiz, de quien Marcial hace mencion, y de su vuelta acá á España, y de su muerte se da mucha cuenta en su epitafio, que dicen está en Villéna en una gran piedra con estas letras, y lo puso Ciriaco Anconitano entre los otros de España.

HEVS. VIATOR. SI. VLLA. TIBI.
PIETAS. INEST. VERTE. HVC.
ORA.
HEIC. SVNT. CINERES. C. CANII.
POETAE. QVI. AD. QVART. VS-
QUE. OLIMP. IN. VRBE. OMNIB.
KARVS. VIX. DEINDE. IN. HISPAN.
REVERS. MEMINIꝯ LAES. TAND.
CVM. AD. VETER. CVPER. SO
DALꝯ IN. LATIVM. REMEARE. PER
PETVOQꝯ CVM. POPVLO. QVIR.
VIV. DURA. NIMIVM. FATA. PRAE-
RIPVERF. ET. IN. ITIN. OCCVBꝯ
L. ALBINVS. CIT. HISP. PROC. HOC.
ME MARMORE. TEXIT.

Y en castellano dice: Tú que por aquí pasas, si mora en tí alguna piedad y lástima, vuelve un poco los ojos acá. Aquí están las cenizas de Cayo Canio poeta, que estuve en Roma diez y seis años, siendo muy amado y querido de todos. Despues volví á España, sin hacer jamás mal á nadie. Al fin con gran deseo que tenia de volverme á pasar la vida con mis antiguos amigos, y acabarla con el pueblo romano, los hados muy crueles me atajaron, muriendo en el camino. Lucio Albino, procónsul de la Citerior, honró y cubrió con este mármol mi sepultura. Y por esta piedra entendemos que este Lucio Albino gobernó por este tiempo la Citerior, que de otra parte no se pudiera saber.

Tambien nombra Marcial á Daciano poeta, natural de Mérida, y á Liciano, que era tambien de Bilbilis, y asimismo debia ser de allí Marco Unico, pues era pariente de Marcial, como él dice.

Deste mismo tiempo es un poeta Lucio español, de quien no he visto mencion mas de la que hace Lilio Giraldo, que lo hace español, y lo cuenta entre los otros poetas deste tiempo. Y debe ser cierto un Lucio español, de quien escribe Marcial en un epígrama de los lugares de España. Mas allí lo hace Marcial grande orador, sin hacer mencion de que fuese poeta.

---

(1) Comunmente se reduce Bilbilis á Calatayud; pero su verdadero asiento se descubre en un monte llamado Bambola, media legua mas adelante hácia Zaragoza, á la distancia que el itinerario de Antonino propone entre las aguas Bibilitanas, hoy Baños de Alhama, y Bilbilis, y en donde se hallan vestigios de edificios, monedas, etc. El escritor Barreiros en su Corografía, fóleo setenta y ocho y siguientes, dice haber reconocido cuidadosamente este sitio. Morales le cita ya. B.

No hay duda, sino que muchos destos españoles señalados, que aquí voy contando, florecieron ántes y despues del imperio de Domiciano, llegando hasta Trajano algunos dellos; mas quíselos juntar aquí todos, porque no importaria nada para la continuacion de los tiempos, ponerlos aquí ó en otra parte, no pudiendo señalarles precisamente los años.

Marco Fabio Quintiliano, no se puede dudar que fuese en tiempo de Domiciano, pues fué maestro de sus hijos; y Eusebio tambien en su corónica refiere, como por estos años era Quintiliano tan esclarecido orador en Roma, que fué el primero que allí tuvo escuela pública de elocuencia, y salario público del fisco del emperador. Lo del salario pudo muy bien ser así, mas mucha dificultad hay en creer que su escuela de Quintiliano fuese en Roma la primera que hubo pública de elocuencia. Porque Marco Tulio hace algunas veces mencion de los que en Roma la enseñaron en público, y en todas las declamaciones de Séneca el viejo, no hay otra cosa sino las escuelas públicas de la oratoria, y el mismo Quintiliano muy de propósito hace la lista de los que desde muchos años atrás enseñaron públicamente en Roma la retórica. Eusebio hace allí á Quintiliano natural de Calahorra, y lo mismo tambien dice el poeta Ausonio Galo.

De su elocuencia de Quintiliano, y de la grande excelencia que tuvo en el enseñarla, no será menester decir aquí, pues su maravillosa obra anda en manos de todos. Escribió tambien otra obra, que él algunas veces en ésta alega, de las causas por donde se habia en Roma estragado la elocuencia, y perdido su gran ser que ántes habia tenido. Esta obra se perdió sin llegar á nuestro tiempo. La otra obra de las declamaciones, que comunmente se le atribuye, todos los hombres doctos juzgan no ser suya, por ser tan manifiestamente contraria á lo que él enseñó. Y entre las grandes partes de su gloria, parece una no pequeña el haber tenido por discípulo á Plinio el segundo, que se precia mucho desto, segun de buena gana algunas veces lo refiere.

Porque Séneca nombra á un Quintiliano tambien orador, y esto fué ántes de Galba, algunos han querido hacer dos Quintilianos padre y hijo. Yo no tengo en esto cosa cierta que pueda afirmar. Lo que era averiguado en Eusebio y otros autores, eso solo he proseguido. Solamente veo que esta familia de los Quintilianos debia ser natural de España. Porque demas de los dos ya dichos, yo veo una arula en Carabaña, lugar cinco leguas de aquí de Alcalá de Henares, en el Alcarria, con esta dedicacion.

: : : : : : : : : : : : T.
: : : : : : : : : : : : : :
SATVRNINVS
PRO. SALVTE
C. CLODII QVIN-
TILIANI V. : : :

Tambien en los diez y ocho mártires de Zaragoza el poeta Prudencio nombra Quintiliano á uno dellos.

Por un epigrama de Marcial se entiende como por este tiempo gobernó en la Citerior un caballero romano llamado Celer, de quien solo esto se puede contar, porque otra parte no hay de donde se saque.

El emperador Domiciano movió, como ya dijimos, la segunda persecucion contra la Iglesia cristiana y sus fieles. Fué martirizado en ella el papa san Cleto, tercer sucesor de san Pedro, á los veinte y seis de abril, habiendo tenido el sumo pontificado seis años, cinco meses y tres dias. Y estuvo vaca la dignidad apostólica siete dias. Sucedióle san Anacleto, que fué el quinto sumo pontífice de la Iglesia cristiana, habiendo sido elegido á los cuatro dias de mayo, el año ochenta y cuatro del Nacimiento. Tuvo el pontificado doce años, dos meses y diez dias; pues fué martirizado tambien en esta segunda persecucion el año noventa y seis de nuestro Redentor, á los trece de julio. Estuvo vaca la silla apostólica trece dias, habiendo sido elegido san Evaristo á los veinte y siete del mismo mes.

CAPÍTULO XXVIII.

El emperador Trajano, español.

Nerva, que sucedió á Domiciano, duró poco en el imperio, y prohijó y dejó en él á Ulpio Trajano, español, natural de Itálica, cabe Sevilla, y comenzó á ser emperador el año noventa y nueve al fin de febrero, y fué uno de los mejores príncipes que Roma ántes ni despues tuvo. Y puédese muy bien gloriar España, que de tres emperadores que dió á Roma, los dos fueron tales, que nunca ella tuvo otros dos mejores, y el otro se puede contar entre los demás buenos, como en el discurso desta historia parecerá. Y por haber sido Trajano español, y tan excelente príncipe, será justo y muy debido á esta historia contar á la larga su vida (1). Todos los autores antiguos, y entre ellos Appiano Alejandrino, que vivió poco despues, y Eutropio, lo hacen natural y nacido de Itálica la de España, y esto es lo cierto: aunque Sexto Aurelio Victor le dá el linaje y descendencia de España, mas quítale el ser nacido en ella. Su abuelo se llamaba Ulpio, su padre Trajano, y su madre nunca se nombra. Siendo ya muy conocido por sus virtudes y grande esfuerzo y prudencia en la guerra: el emperador Nerva le tomó por hijo, y sucesor, deseando como príncipe excelente que fué, dejar otro su semejante en el imperio. Y él se mostró despues en todo el gobierno ser tal, que como encarece bien Aurelio Victor, apenas lo pudieron bien declarar los admirables ingenios de singulares escritores que en ello se emplearon. Y es así cierto, que nunca los autores acaban de celebrar su diligencia en la guerra, su mansedumbre en la gobernacion, y su liberalidad en aliviar de tributos y vejaciones á las provincias y ciudades. «Y como sean «cosas de buen soberano en los príncipes, esfuerzo valeroso en la guerra, y virtud ejemplar en la paz, y «en lo uno y en lo otro prudencia:» destas cosas tan altas y diversas tenia Trajano (como dice el mismo autor) tal mezcla y conformidad en su gran ser, que parece la virtud misma lo habia querido templar en una diversidad conforme, que en todos tiempos, aunque muy diferentes, mostrase una misma excelencia.

Tuvo Trajano por maestro al insigne filósofo Plutarco Cheronense, que sembró singular doctrina en tan buena tierra, y así fué el fruto tan copioso y tan escogido. Y en esto se parece ya bien cuán principal hombre era en prudencia y gravedad nuestro español, padre de Trajano, pues de tan excelente maestro proveyó á su hijo. Y porque el enseñar un tal discípulo se continuase en el tiempo que mayor necesidad tenia de buena doctrina, luego como Plutarco supo que Trajano tenia ya el imperio, le escribió grandes avisos

(1) En el libro de las guerras de España.





MONUMENTOS ROMANOS.

Puente de Alcántara.

para la buena gobernacion. Esta su obra le envió con una carta que muestra bien cuán digno maestro tuvo tan generoso discípulo. Y ninguna duda tengo, sino que daré mucho gusto y contento á todos en ponerla aquí, pues cuando se hubiere leido, no creo que nadie querria haberla dejado de leer: dice en castellano desta manera:

«Yo tenia, señor, bien entendido de tu modestia que «no deseabas el imperio, aunque siempre con excelen«cia de virtudes procuraste merecerlo. Y así te tienen «todos por tanto mas digno dél, cuanto ménos culpa «de ambicion hallan en tí para haberlo codiciado. Por «esto me gozaré mucho con tu virtud y mi buena di«cha, si te gobernares bien en el señorío que tan bien «has merecido. Porque haciendo al contrario, no dudo «sino que tú, señor, te verás en grandes peligros, y «yo habré de padecer de los maldicientes graves re«prehensiones. Porque ni Roma puede sufrir ya la flo«jedad y descuido en los príncipes, y la comun plática «de todos, á los maestros suele atribuir las faltas de «los discípulos. Así es muy culpado Séneca entre los «maldicientes de los vicios de Neron, y á Quintiliano se «imputa la poca cordura de los mancebos que enseña«ba; y á Sócrates culpan todos el haber sido demasia«damente blando para con un su menor, teniendo su «tutela. Tú, pues, señor, entiende que harás muy «bien cualquier cosa, si te tuvieres á tí mismo por «doctrina y ejemplo, y concertándote y rigiéndote pri«mero á tí mismo. Y si enderezares tus consejos y tus «hechos á virtud, todo universalmente te sucederá «bien. Aquí te envio escrito todo el órden del buen go«bierno público, mostrando la fuerza que tiene cuando «bien se conserva y ejecuta. Si á estos mis preceptos «obedeces, á Plutarco tienes por maestro de tu vida; «y si no, á esta carta pongo por testigo que no ca«minas á tu cruel daño y destruccion de tu imperio, «siendo Plutarco tu guia.»

Sus hechos de Trajano en guerra y en paz, fueron siempre muy señalados, y por haber sido fuera de España, no proseguiré en contarlos, basta que por aquella parte de Alemania, y los postreros términos della, extendió bien á la larga el imperio, y lo aseguró de muchos movimientos y rebeliones que por allí siempre habia. Y todo lo acabó con su presencia y esfuerzo, y con un continuo trabajo, y singular perseverancia en la guerra.

Sus dichos fueron siempre graves, y de mucho ejemplo para todos, y así pondré aquí algunos. Decia que habia de ser tal el emperador con sus súbditos, cual él siendo súbdito quisiera que fuera el emperador. Esto respondia cuando sus amigos le culpaban porque era tan humano y afable con todos. Al fisco del rey llamaba bazo de la república. Porque como cuando en el cuerpo se hincha el bazo, todos los otros miembros se enflaquecen y debilitan; así cuando crece y se ensancha el fisco del príncipe, ha de ser por fuerza con costa y detrimento de los particulares. Haciendo á un caballero, llamado Simile, capitan de su guarda, y dándole de su mano el espada, que era la insignia de aquel oficio, le dijo. Toma esta espada, y usa della para mi defensa si fuere bueno, y para mi muerte si fuere malo. Tenia por grande amigo á Licinio Sura, y dijéronle que trataba de matarlo, y alzarse con el imperio. Trajano por mostrar la confianza que dél hacia, se fué luego á comer con él á su casa. y hízose mirar los ojos de su médico de Sura, y afeitarse de su barbero. Muchas veces dió á entender cuánto mas deseaba ser amado que temido, y así alcanzó que los suyos mucho le amasen, y solos los enemigos de la república le temiesen. Dióle el senado entre otros muchos títulos el de llamarle Optimo, que quiere decir muy singular y excelente en bondad; y con este renombre se holgó mas que con todos los otros que por sus grandes victorias se le atribuyeron, por ser mas conforme con su natural la mansedumbre y deseo de hacer bien.

Deste su deseo y particular inclinacion nacia el ser extrañamente aficionado á edificar (1). Y porque en muchos de sus edificios se ponia, conforme al uso de entónces, su nombre: le llamaron yerba parietaria, que es el albahaquilla, que nace comunmente en las paredes. Esta inclinacion de edificar fué en Trajano muy grande, y se le puede contar por parte de su gran bondad. «Porque ella de suyo es una buena parte de mag«nanimidad y grandeza. Y tambien es manifiesta pro«videncia de Dios haber un gran gusto en el edificar: «pues si éste faltara, ni él tuviera tan suntuosos tem«plos, ni tan aparejados para que sus fieles se congre«garan en ellos, á lo que mas que todas las otras co«sas humanas importa, y todos viviéramos en cho«zas. El gusto de edificar es el que alivia el trabajo que «se pasa, y hace no estimarse el gasto que se pone, y «así viene á ser este gusto gran ministro del público «provecho, que dél resulta.» Mas no le estorbaba este cuidado al emperador Trajano, que su grandeza de ánimo no quedase libre para los grandes negocios de la guerra que trataba, poniendo siempre su persona en ellos. Y aunque metido en la guerra parecia tan belicoso, que certificaba ser aquello á lo que mas su natural inclinacion le llevaba: mas despues en tiempo de paz así se empleaba en la gobernacion, que solo aquello se mostraba serle propio.

Por esto parecen en España tantas memorias deste príncipe en edificios y piedras antiguas: y junto con esto, como era español, su tierra le celebraba mucho.

Por edificio de Trajano se tiene la puente de la ciudad de Alcántara sobre el rio Tajo en Estremadura, y así dicen que se llamó desde aquel tiempo el lugar Puente de Trajano. De lo uno ni de lo otro no hay certidumbre. Porque ni hay buen autor que lo diga, ni se puede traer bastante razon para probarlo. Solamente se entiende en esto, que los moros por la grandeza y excelencia deste edificio llamaron á todo el lugar la Puente, que esto quiero decir Alcántara en Arábigo. Lo que yo creo por cierto es, que cuando esta puente se hizo, no habia lugar ninguno junto á ella, sino que se hizo en el campo apartado de poblado, escogiéndose aquel sitio, ó por ser allí, como ahora es, el camino muy pasajero, ó por ser el sitio con las peñas de ambas riberas firme, para fundar tan bravo edificio como se pretendia. Por estas causas, ó por otras se puso en despoblado. Entiéndese esto por ser los primeros que se nombran, en los pueblos que contribuyeron para el gasto, los Igeditanos. Y está claro que se nombrarian primero aquellos en cuyo término la puente estaba: pues ellos daban sitio y aparejo de materiales, y otras cosas mas que los otros pueblos. Y era Igedita ciudad principal, que dió nombre á todas aquellas comarcas para que se llamasen pueblos igeditanos: mas no estaba donde ahora Alcántara, sino algo léjos de allí, en aquella comarca de Portugal, donde está ahora la villa que llaman Idania la vieja. Y la comodidad de la puen-

(1) Ammiano Marcelino en el lib. 27.

te hizo despues que poco á poco se fuese poblando allí el lugar, y así vino á ser lo mucho que ahora es. En lo demás aquella puente se hizo toda, ó se acabó en tiempo deste emperador, y así se le dedicó á él con la grande inscripcion que allí está. Entiéndese mas que se edificó á costa de los pueblos comarcanos, y que el arquitecto se llamaba Cayo Julio Lacer, como se verá luego, poniendo todo lo que allí está escrito.

Por ser esta puente obra de tanta braveza y magestad, que pone espanto á quien la ve, y se tiene por una de las grandes maravillas que puede haber en edificio: pondré aquí sus medidas tomadas con mucha fidelidad. Tiene seis arcos, los dos de en medio iguales y muy grandes, y por éstos pasa de ordinario todo el rio Tajo, que ya va por allí grandísimo. Los dos arcos que son colaterales déstos, son menores, y los otros dos postreros mas chicos. Para fundar firmemente y con perpetuidad tanta grandeza, como se queria levantar, el arquitecto echó dentro del rio unas cepas de argamasa increiblemente grandes. Tales son las que se parecen en los pilares que están fuera del agua, y por ellas se juzga cuánto mayores y mas terribles serán aquellos fundamentos en los pilares que están dentro del rio. El suelo de la puente tiene todo en largo seiscientos y sesenta piés de tercia de vara cada uno. El ancho es de veinte y cuatro piés, y mas cuatro que tienen los pretiles, siendo anchos dos piés y altos seis. Toda el altura de la puente desde su suelo hasta el del rio es de doscientos y siete piés repartidos desta manera. El hondo del agua cuando va baja, tiene treinta y siete piés, y todo esto es de la misma sillería que lo de fuera del agua. Desde la haz del agua se continua este pié derecho por otros ochenta y siete piés: así que viene á tener todo el pié derecho ciento y veinte y cuatro piés de alto. En la vuelta del arco, desde que comienzan las dobelas hasta el suelo de la puente, hay setenta y siete piés, y los seis que tiene el pretil, hacen los doscientos y siete del altura. El hueco de cada uno de los arcos de en medio es ciento y diez piés. Y el grueso de los pilares treinta y ocho por la frente, y cuando quieren dar la vuelta, se retiran y relajan diez piés, cinco por cada lado: así que aquí ya son perfectamente cuadrados, pues el ancho de la puente es todo de los mismos veinte y ocho piés que aquí le quedan. Demas desto en medio la puente se levanta una torre, que no teniendo mas que once piés en ancho, tiene cuarenta y siete de alto desde el suelo de la puente, y así viene á ser toda el altura de la puente por aquí, de doscientos y cuarenta y ocho piés, porque los seis del pretil se embeben en la torre. La sillería toda es de un tamaño en toda la obra al dos tanto: teniendo cuatro piés de largo, y dos de ancho cada piedra.

Por estas medidas se entiende, como esta puente es mas bravo edificio, que ninguno de los que hay en Roma. Y así quien las ha visto, se espanta de nuevo en ver ésta, y reconoce la gran ventaja que les hace. Cotejada tambien esta puente con la muy famosa, que hizo Trajano en el Danubio, conforme á como Dion Cassio en su historia la mide por menudo, verá, como aquella por tener muchos mas arcos, y ser mas larga, era mayor edificio: sin que en lo demás se pueda igualar con estotro en su tanto.

Á la entrada de la puente, como vamos acá de Castilla, está una capilla pequeña que ahora llaman de San Julian, de diez piés en ancho y veinte en largo. Cúbrenla toda por lo alto unas losas mayores, aun que todo el alto de la capilla. La delantera y portada hacen tres piedras grandísimas, dos que sirven de piés derechos, y la tercera atraviesa por cima, por entablamento y frontispicio, y caben en ella doce versos muy anchos y extendidos con letras de mas de seis dedos en alto, y sin esto la dedicacion á Trajano de letras algo mayores, y despues la memoria de como se dedicó. Todas estas tres piedras son lisas, sin que tengan ninguna moldura, porque el artífice pretendió la bravosidad de sola la grandeza, y así se preció della en el epígrama. Las tres paredes que forman el templo son cavadas en la peña viva, siendo solas portada y cubiertas postizas. Con esto tuvo mucha razon el artífice de llamarlo templo en la roca de Tajo, como lo llamó en los versos que se pendrán luego. Tambien con mucha razon dijo al revés de Ovidio, que la materia vencia al arte, por ser natural, la fábrica de las paredes, y las piedras postizas ser tan grandes, que causan espanto y maravilla, sin haberla en la labor, pues es todo liso. Lo mucho es el ser las piedras y las paredes tamañas por su natural, siendo muy poco lo que les añadió el arte en cavarlas y alisarlas. Y véese, como el artífice, habiendo mostrado en una obra tan grande, como es toda la puente, la excelencia de su arte, y su grande ánimo para ponerla en obra, quiso tambien se pareciese en una cosa tan pequeña como es la capilla, para que en su manera compitiese aquello poquito con lo mucho de lo demás.

En la puente en ambos lados de una misma manera está la dedicacion principal de toda la obra, con letras muy grandes de tercia, ó algo mas en alto. Y ésta y las demás van sacadas con mucha fidelidad, porque las que comunmente andan impresas están mal trasladadas.

IMP. CAESARI. D. NER-
VAE. F. NERVAE. TRA-
IANO. AVG. GERM. DA-
CICO. PONTIF. MAX. TRIB.
POTES. VIII. IMP. VI.
COS. V. P. P.

En castellano dice: La obra desta puente se dedica al emperador César Augusto Nerva Trajano, hijo del Divino Nerva, vencedor de Alemania, vencedor de Dacia, padre de la patria, pontífice máximo. Cuando ya tenia la octava vez el poderío del tribuno del pueblo, y el año que tenia el quinto consulado. Por este consulado de Trajano, que aquí se señala, se entiende que se acabó la puente el año ciento y cuatro de nuestro Redentor: y no hay duda, sino que muchos ántes se habia comenzado.

Estaban tambien en la puente por defuera cuatro grandes tablas de mármol blanco, donde estaban escritos los nombres de los pueblos, que contribuyeron para la obra. Ahora no queda mas de la primera, y las señales de donde faltan las otras tres. Las dos destas tablas estaban al un lado, y las dos al otro, con tener lo mismo las de un lado que las del otro. Mas faltando las tres, se ve como faltan nombres de hartos pueblos. Y muy bien se entiende, como forzosamente hubieron de ser muchos mas los pueblos, que contribuyeron: pues el gasto inmenso no fuera posible sufrirse, sino siendo repartido por mucha tierra. La tabla que queda dice así:

MVNICIPIA
PROVINCIAE
LVSITANIAE. STIPE
CONLATA QVAE. OPVS
PONTIS. PERFECERVNT.
IGAEDITANI (1)
LANCIENSES. OPPIDANI.
TALORI.
INTERAMNIENSES (2).
COLARNI.
LANCIENSES. TRANSCVDANI (3).
MEIDVBRIGENSES.
ARABRIGENSES (4).
BANIENSES.
PAESVRES (5).

Y en nuestra lengua dice: Los pueblos de la provincia de la Lusitania, que contribuyendo acabaron de hacer la obra desta puente son éstos. Los Igeditanos. Los Lancieses, llamados Oppidanos. Los Taloros. Los Interamnienses. Los Colarnos. Otros Lancienses, por sobrenombre Transcudanos. Los Medubrigenses. Los Arabrigenses. Los Banienses. Y los Pesures.

Por lo alto de encima la capilla en la gran piedra, que sirve de linter y frontispicio, están escritos estos versos, con las dos inscripciones ántes y despues, comó aquí van.

IMP. NERVAE TRAIANO. CAESARI. AVGVSTO.
GERMANICO. DACICO. SACRVM.
TEMPLVM. INRVPE. TAGI. SVPERIS. ET. CAESARE. PLENVM.
ARS. VBI. MATERIA. VINCITVR. IPSA. SVA.
QVIS. QVALI. DEDERIT. VOTO. FORTASSE. REQVIRET.
CVRA. VIATORVM. QVOS. NOVA. FAMA. IVVAT.
PONTEM. PERPETVI. MANSVRVM. IN. SECVLA MVNDI.
FECIT. DIVINA. NOBILIS. ARTE. LACER.
INGENTEM. VASTA. PONTEM. QVOD MOLE. PEREGIT.
SACRA. LITATVRO. FECIT. HONORE. LACER.
QVI. PONTEM. FECIT. LACER. ET. NOVA TEMPLA. DICAVIT.
: :
IDEM. ROMVLEIS. TEMPLVM. CVM. CAESARE DIVIS.
CONSTITVIT. FELIX VTRAQVE. CAVSA. SACRI.
C. IVLIVS. LACER. H. S. F. ET. DEDI-
CAVIT. AMICO. CVRIO. LACO
NE IGAEDITANO.

Trasladada en castellano la dedicacion dice así: Este templo fué consagrado al emperador Nerva Trajano, César Augusto, vencedor de Alemania, vencedor de Dacia. El epígrama será excusado pensar que se puede trasladar bien en castellano. Porque él tiene tanta magestad y lindeza en latin, que parece no se contentó el poeta que lo hizo con ménos grandeza de verso, que la que fuese digna de tal fábrica como la puente y el templo. Mas todavía porque gocen lo que se dice los que no saben latin, se puede trasladar así:

Podrá ser que los caminantes, cuyo cuidado y gusto es saber cosas nuevas y notables, pasando por aquí, deseen entender quién, y con qué intento fabricó la puente, y este templo cavado en esta roca del rio Tajo, y lleno de devocion de los dioses y del emperador, adonde el arte quedó vencida y sobrepujada con la materia y sugeto en que se empleó. Sepan, pues, que Lacer, hombre esclarecido en la divina arte del arquitectura, labró esta puente, que durará eternamente mientras el mundo durare. Y Lacer por haber acabado la gran puente con su brava grandeza, hizo tambien y dedicó este nuevo templo, y hizo sacrificios á los dioses, esperando tenerlos favorables, por así honrarlos. Él dedicó este templo á los dioses romanos y al emperador, teniéndose por dichoso en haber ofrecido este sacrificio por tales dos fines.

Está harto de notar, que el artífice se nombra cuatro veces en el epígrama, como deseoso de que durase muy celebrado su nombre y su fama en obra tan maravillosa.

Lo postrero de la inscripcion no se puede trasladar del todo bien en castellano. Y así yo buscándole buena interpretacion, dí en una agudeza que comuniqué despues con Andrea Resendio, y él con su mucha erudicion y juicio en antigüedades, me mostró, como aunque era agudo, no era acertado mi sentido. Y en la epístola que imprimió en respuesta de la mia dió él su interpretacion digna de su doctrina, y de la noticia que tiene de las antigüedades, y señaladamente de las de aquella tierra. Así que dice: Cayo Julio Lacer hizo esta capilla, y la dedicó con favor y ayuda de Curio Lacon, natural del municipio de Igedita. Toda la dificultad estaba en las dos palabras AMICO y CVRIO. Allí lo puede ver todo quien mas que esto quisiere. Y ya en lo de Galba se hizo mencion de otro español al parecer del linaje déste llamado Cornelio Lacon.

Es tambien de Trajano la soberbia memoria, que con gran magnificencia y magestad se le puso en Zalamea, villa bien conocida en la Serena, que antiguamente, como se ha dicho (1), se llamó Ilipula (2), ó Ilipa la menor. Dura hasta ahora la representacion de cómo fué tan suntuosa esta memoria, y aquí lo pondré, como lo tengo por relacion de quien lo supo bien considerar. Es un edificio que ahora sirve por fundamento de la torre de la iglesia principal. Todo el fundamento es cuadrado y macizo, labrado de buena cantería. Tiene cada lado quince piés, y así sube otros tantos. Encima deste cuadro están cuatro colunas de otros quince pies hermosamente estriadas, y sobre éstas iban arcos á hacer remate en medio, donde estaba otra coluna de pórfido gruesa y pequeña, que no servia mas de para sustentar una pila cuadrada de muy rico jaspe, que estaba en lo alto. Y aunque no tiene ahora cobertura no hay duda sino que la tuvo: pues

(1) Los igeditanos se denominaban así por la ciudad de Igædita, reducida hoy á Idaña la vieja. B. (2) Los interamnios mencionados en esta inscripcion del puente de Alcántara, habitaban entre los rios Coa y Agueda. B. (3) El lugar de Lancia que daba nombre á estos pueblos era distinto del Lancia de los astures. La poblacion de Lancia Opidana caia entre Idaña y Ciudad-Rodrigo, hácia Alfayates; la de Lancia Trascudana se llamaba así por caer al norte del rio Cuda, hoy Coa, que pasando por Almeida, vá á aumentar el caudal del Duero. B. (4) Los arabrigenses tomaban nombre de su capital Arabrica (ó Gerabrica como la llama el Itinerario de Antonino), situada entre Lisboa y Santaren, á siete leguas y media de la primera, y á ocho de la segunda. Barreiros y otros la reducen á Alenquer; Vasconcelos y Brito á Pobos, diciendo que así la distancia se verifica mejor. B. (5) Plinio coloca los pesures en las inmediaciones del rio Vœca, hoy Vouga, que corre por la provincia de Beira en Portugal, y forma la ria de Aveiro. B.

(1) En el lib. 7. (2) Ilipula, ó Ilipa menor, se reducen á Olvera, en el estado de Osuna, y no á Zalamea de la Serena. El error de Morales consiste en haber leido Municipium, Ilipense por Julipense: á lo ménos esta es la opinion del padre Martin de Roa, y de Rodrigo Caro, fundada en el reconocimiento de esta inscripcion hecho por el cronista de Felipe II, don Juan Fernandez Franco, quien cree que Zalamea se llamó Julipa. B.

no se puede creer hubiese de estar así descubierta, siendo el remate de toda la obra, sin que hubiese encima algo de lo que usan los arquitectos por remates. La coluna tiene estas letras esculpidas con mucha lindeza.

IMPERATORI.
CAESARI. DIVI.
NERVAE. FILIO-
NERVAE. TRA-
IANO. AVG.
GER. PONT.
MAX. TRIB.
POT. IIII. CON.
IIII. MVNICIPI.
VM. INLIPENSE.
D -D -.

Y en castellano dice. El municipio de Ilipa hizo y dedicó todo este edificio al emperador Nerva Trajano, hijo del Divino Nerva, cuando ya era César Augusto, vencedor de los alemanes, pontífice máximo, y que ya la cúarta vez tenia el poderío de tribuno del pueblo, y tenia el cuarto consulado. Y por este consulado de Trajano, se ve, que se le puso esta memoria el año de ciento y dos.

El fundamento y las cuatro colunas de las esquinas se están todavía como se pusieron, la coluna de pórfido sirve ahora de cepo en la Iglesia, y la pila está en la sacristía.

Podria alguno pensar deste edificio todo, que fuese para sepultura, pues la pila de jaspe, que estaba en lo alto, parece haber sido como para encerrar las cenizas del cuerpo de Trajano. Mas no lleva esto ningun camino, por haberse hecho muy al principio del imperio de Trajano, donde era mas debido anunciarle mucha vida, que tratar ya con mal agüero de su muerte y sepultura.

En el lugar llamado Marquesa dicen se halla una piedra, que parece basa de estatua, y tiene estas letras, y se tiene por de las de Ciriaco Anconitano.

IMP. CAES. NERVAE TRAIA-
NO. AVG. GERMANICO, DACI
CO, PARTHICO, PONT. MAX.
TRIB. POT. V. COS. VI. PP. DE
ROMANO IMP. DE PATERNA
ET AVITA HISPANIAE PA-
TRIA, ET DE OMNI HOMI-
NVM GENERE MERITISS. PO-
PVLARES PROVINCIAE ARE-
NATVM OPT. PRINCIPI.

Dice en castellano: Los moradores de la provincia de los Arenales pusieron esta memoria al muy buen príncipe el emperador César Augusto Nerva Trajano, vencedor de Alemania, de Dacia, y de los partos, pontífice máximo, el año que tenia la quinta vez el poderío de tribuno del pueblo, y el sexto consulado, teniendo tambien el renombre de padre de la patria, que mereció altamente grande amor, honra y reverencia de todo el imperio romano, de España, que era su tierra, y de sus padres y abuelos, y de todo junto el género humano.

Por relacion tambien de Ciriaco Anconitano y otros, se tiene otra base de estátua, que segun dicen se halló cabe la villa de Arcos, á la entrada de Aragon, con estas letras:

P. SEXTIO, P. SEX. F. DE MV-
NICIPIO ARCOBRICENSI OPTI-
ME MERITO IMMVNITATE AD
QVINQVENNIVM OPERA EIVS
AB IMP. NERVA TRAIANO CAES.
AVG. TOTI PATRIAE CONCESSA.
ARCOBRICENSES IVVENES ET VE-
TERES STATUAM IN FORO POSVERE.

Dice en castellano: Los moradores antiguos y nuevos del municipio arcobricense pusieron esta estátua en la plaza á Publio Sextio, hijo de Publio Sextio, que tenia merecido esto y mas deste lugar, por haber negociado y alcanzado con el emperador Nerva Trajano César Augusto para este municipio, donde Sextio era natural, y para toda la tierra franqueza de pechos y tributos por cinco años.

Estas piedras no son de las ciertas, y que se sabe las hay. Seránlo las que se siguen. Que aunque yo no las he visto, hánmelas dado hombres doctos que las vieron y las sacaron.

Entre el sitio antiguo de Numancia, y la villa de Agreda, hubo una ciudad principal llamada Augustobriga, y parece estuvo donde ahora un pequeño lugar llamado Aldeaelmuro, por los grandes rastros de antigüedad romana que allí hay. Por todo aquel camino hay muchas colunas para medida dél. En las mas dellas hay memoria de como el emperador Trajano mandó aderezar aquel camino. En una dice así.

IMP. CAES. NER-
VA TRAIANVS.
AVG. GERM.
PONT. MAX.
TRIB. POT. P. P.
COS. II. FECIT
AB AVGVSTO-
BRIGA. M. P. X.

Lo que contiene, despues de los títulos ordinarios del emperador Trajano, es, que teniendo el segundo consulado mandó aderezar aquel camino desde Augustobriga por espacio de diez millas que se acaban en aquella coluna.

Otras dos colunas medidas tambien de caminos, y con memoria de haberlos mandado aderezar este emperador, se hallan aquí cerca de Alcalá de Henares, y se pondrán despues en su lugar.

Muchos atribuyen tambien á Trajano el soberbio edificio del conducto por donde entra el agua en Segovia. No dan razon ninguna desto, y ya he dicho atrás desto lo que se puede rastrear.

Asimismo hay quien crea que es de Trajano toda aquella calzada que va descubierta y notable desde Salamanca hasta Mérida, y la llaman comunmente el camino de la Plata. Y tambien hacen de Trajano la puente de Salamanca y otras que están en este camino, con ser manifiestamente fábricas de romanos. La razon que traen para esto es, que hallan algunos mármoles en aquel camino con el nombre de Trajano, y muestran como en su tiempo y por su mandado se aderezó. Pues los mismos mármoles que allí se hallan prueban tambien claro como no lo hizo este emperador, teniendo como tienen los nombres de casi todos los que le precedieron, y de muchos otros que fuéron despues dél. Y algunos dellos declaran en particular, como Au-

gusto César reparó mucho en aquel camino, por donde parece como ni aun él no fué el que lo comenzó. Y en el libro pasado se dijo hablando de Marco Licinio Crasso lo que en esto habia. Y ya se han puesto algunos mármoles que se hallan en aquel camino de los emperadores pasados, y adelante se pondrán otros de los siguientes. Los que dicen ahí de Trajano son éstos:

IMP. CAESAR DIVI.
NERVAE F. NERVA
TRAIANVS AVG.
GERM. PONT. MAX
TRIB. POT. V. COS.
III. RESTITVIT.

Y con estas mismas letras hay otros algunos, y todos despues de los títulos ordinarios deste emperador, dicen, como mandó reparar aquel camino, que estaba ya estragado en su calzada.

En Salamanca, á la puerta de las casas de don Diego de Acevedo, está una coluna que yo he visto, y se trujo de cerca de la ciudad. Tiene las mismas letras de que vamos diciendo, sino que al cabo señala como el emperador mandó reparar en aquel camino dos millas, que tambien se señalaron en aquel mármol.

Por estas piedras no se puede dudar sino que este emperador mandó reparar mucho en aquel camino, como tambien en todos los otros de España, donde se halla en los mármoles su nombre. Y es muy razonable que en su tierra mandase hacer mucho desto, pues en general dice Dion, que con mucho cuidado mandó aderezar los caminos por todo el mundo, sin que jamás agravase con tributos para esto las provincias, diciendo que no se habia de gastar la sangre ni el sudor de los vasallos en estas ni en otras ningunas labores. Nuestro buen Antonio de Lebrija dejó escrito que hizo esta calzada Marco Craso, afirmando que él vió mármoles allí, que lo decian. Y sin esto es bien verisimil, que cuando acá gobernaba (como queda dicho en su lugar) se empleó en este cuidado, y puso los mármoles de su nombre, como cosa fresca y recien nacida, y que poco ántes Tiberio Gracco en Roma habia intentado, como ya se ha dicho, y se dirá mas cumplidamente en los discursos de las antigüedades. Y allí se dice tambien lo que pertenece á estas calzadas, que se hallan por España en diversas partes.

La media puente de Salamanca sobre Tormes manifiestamente es edificio de romanos, y aunque no muy grande, es de los muy firmes y eternos que ellos ordinariamente labraban. Y como de toda aquella calzada no se puede decir con verdad quién la hizo, así tampoco de la puente no se puede afirmar nada.

CAPÍTULO XXIX.

La fundacion de la ciudad de Leon, y varones señalados en España.

Entre las otras cosas que Trajano proveyó para la buena conservacion y defensa del imperio, fué repartir las legiones romanas por todas las provincias, que residiesen en ellas de ordinario, como por guarnicion. Esto es cosa notoria por muchos autores. Tras esto se dice que las legiones que fueron señaladas para España, una se llamaba legion Gemina, y era séptima en el número. Por lo cual fué su nombre entero la legion séptima Gemina. Y hase de llamar Gémina, y nó Germánica, como en los libros de Tolomeo se lee, conforme á lo que el maestro Vaseo con mucha diligencia aveirguó. Él dice, y es cosa harto cierta, que esta legion por mandado de Trajano, entre otras, derrocó por el suelo la ciudad de Sublancia (1) que estaba en sitio fortísimo; legua y media de Leon, donde ahora llaman corrompido el vocablo Sollanzo, y en lo bajo edificó la misma legion la ciudad que llamó de su nombre Legio Gemina, y ahora corrompido el vocablo, la llamamos Leon, y por esto dice fué fundada en este tiempo. Y algunas veces se hallará mencion adelante desta legion, y de toda la fundacion de Leon se tratará en los discursos de las antigüedades mas cumplidamente.

En tiempo deste emperador sucedió una cosa en el Andalucía, que aunque es de mucho peso en la gobernacion, todavía tiene algo de donaire. Mario Prisco, natural del Andalucía, y hombre tan principal en Roma, que habia sido cónsul, fué á gobernar con cargo de procónsul en África, el mismo año que Cecilio Clasico, natural de África, gobernó con el mismo cargo el Andalucía. Ambos se hubieron malvadamente en su gobierno, aunque fueron mas feas las bellaquerías de Clasico, y por tales las encarece Plinio el segundo, que cuenta todo esto. Él dice, que los andaluces, viéndose así lastimados del africano, y que tambien aquella provincia se lamentaba de su andaluz, como algunas veces el dolor hace los hombres donosos, decian: Dí mal, y diéronme otro tal. Fuéron á Roma embajadores públicos de sola una ciudad de África que Plinio no nombra, y muchos particulares para acusar á Mario, y fué condenado con la pena de cohechos y desterrado. A Cecilio Clasico le acusó toda junta el Andalucía, y condenóle gravemente, siendo él ya muerto, ó habiéndose dado la muerte, por no padecer la ignominia de la condenacion. Fueron acusados juntamente con él Bebio Probo, y Fabio, por sobrenombre Español, que fueron acá ministros de Cecilio en sus maldades. Ambos fuéron desterrados por cinco años. Tambien fué acusado Claudio Fusco, yerno de Clasico y Estilonio Prisco, que habia sido tribuno de una legion acá en aquel año. Éste fué desterrado por dos años, y salió libre Fusco. Todo esto cuenta así Plinio el segundo, que como hombre tan elocuente fué abogado de los andaluces, conforme á la costumbre de entónces, que no abogaban los jurisconsultos en los pleitos graves, sino los oradores, que eran los que por aventajados y ejercitados en el arte de bien decir, tenian este oficio. El mismo Plinio da á entender como poco ántes habia gobernado en el Andalucía Bebio Masa, diciendo que él tambien fué abogado de los andaluces cuando le fuéron á acusar en Roma por su malvada gobernacion. Tambien dice él mismo, que en esta causa contra Bebio, fué juntamente con él abogado de los andaluces Herennio Senecion, como hombre que era nacido en el Andalucía, y habia sido cuestor en ella.

Como Trajano fué siempre gran hombre de guerra, y aficionado á ella, así, como decíamos, acrecentó mucho en el imperio romano. Por el septentrion le añadió toda la Dacia, y otras provincias de por allí: y por el oriente toda la Armenia, y todo aquello hasta poner por término del imperio al rio Tigris. Y habiéndose re-

(1) Se equivoca Vaseo suponiendo que esta ciudad existió, y fué destruida en tiempo de los romanos. De ella solo se hace mencion en la edad media y se llamó Sublancia por estar mas abajo de la antigua Lancia, con cuyas ruinas fué acaso edificada. Véase á Florez en el tomo primero de la Iglesia de Leon, y á Masdeu, tomo sexto, páginas 420 y siguientes. B.

novado esta guerra del oriente, yendo á continuarla, murió en Antioquía, á los nueve de agosto, el año de Nuestro Redentor ciento y diez y ocho, y mas que mediado el décimo nono de su imperio. Su mujer Plotina, su hermana Matidia, y Celio Taciano español, y muy su privado, trujeron a Roma sus cenizas, donde fueron recebidas con solemnísimo triunfo, y puestas en lo alto de su rica y altísima coluna, que hasta ahora está entera en Roma. Y este emperador dejó tan buen gusto en su fama, que de ahí adelante, para desear á los emperadores lo mas que podian les decian los romanos: Plegue á Dios que seas mas venturoso que Augusto, y mejor que Trajano. Ya él fué el primero de los emperadores á quien el senado dió el renombre de Optimo, que quiere decir soberanamente bueno. Y muy pocos despues dél merecieron este título, aunque la lisonja se lo dió á muchos.

El papa san Evaristo vivió siéndolo trece años y tres meses; y fué martirizado el año ciento y nueve de nuestro Redentor, á los veinte y seis de octubre; y con vacante de diez y nueve dias, fué elegido san Alejandro, primero deste nombre, á los quince de noviembre. Tuvo el sumo pontificado siete años, cinco meses y diez y nueve dias, hasta que lo martirizaron á los tres de mayo el año de ciento y diez y siete. Entónces, despues de haber estado vaca la silla apostólica veinte y cinco dias, fué elegido san Sixto, primero deste nombre, á los veinte y nueve del mismo mes.

Tuvo el emperador Trajano una hermana, que llamaban Matidia, como dice Aelio Esparciano; y á ella se puso una piedra, que fué basa de estatua, y dura hasta ahora en la fortaleza de Azuaga, villa de la órden de Santiago, bien conocida en los confines del Andalucía y Estremadura.

MATIDIAE. AVGVSTAE. IMP.
CAES. DIVI. NERVAE. F. NER
VAE TRAIANI. OPTIMI.
AVG. GERM. DACICI PAR
THICI. SORORIS.

Lo demás no se puede bien leer. Y ésto dice en castellano: Esta estatua es de Matidia Augusta, hija de Nerva, y hermana del emperador Nerva Trajano, llamado el Bueno, Augusto, vencedor de Alemania, vencedor de Dacia, vencedor de los Partos.

Llámase esta señora hija del emperador Nerva, no porque lo fuese, sino por ser hermana de Trajano, y haber él sido hijo adoptivo de aquel emperador. Llámase Augusta, porque el senado, como dice Plinio segundo, le dió este renombre, aunque ella se detuvo en aceptarlo, todo el tiempo que Trajano rehusó el quererse llamar padre de la patria, habiéndoselo atribuido el senado entre los otros títulos.

Otra hermana asimismo parece que debió tener Trajano, y á ella se puso otra estatua allí en Azuaga, como se ve por otra piedra que está tambien allí en la fortaleza, y dice en lo que se puede leer:

MARCIAE. IMP. CAES.
DIVI. NERVAE. F. NER
VAE. TRAIANI OPTI-
MI. AVG.: : : : : : :
: : : : : :

Y en castellano, supliendo lo que falta con buena conjetura: Esta estatua se puso á Marcia, hermana del emperador Augusto Nerva Trajano, llamado el excelente hijo del divino Nerva. El tener por hermana de Trajano á esta Marcia, aunque no lo dice la piedra, parece está muy en razon: pues conforme á lo que en la piedra leemos, se iba á decir que era ó mujer, ó madre, ó hija, ó hermana deste emperador. A su madre no la nombran los que escriben de Trajano, ni habia por qué hacer tanta cuenta della. El nombre de su mujer ya lo sabemos que fué Pompeya Plotina: hija no la tuvo: resta que esta Marcia fuese su hermana. Y quise decir della todo esto, porque será menester conocerla desde ahora para adelante.

La villa de Fuente Ovejuna, de la jurisdiccion de Córdoba, no está mas que dos leguas de ésta de Azuaga; y allí hay otra dedicacion del tiempo deste emperador: mas es á una mujer particular; y en otra parte se pondrá mas á propósito.

Tambien tuvo Trajano siempre consigo un español, natural de Itálica, llamado Celio Taciano, que era muy su privado, y le servia de tenerle cargo de su hacienda. Y porque déste tambien se ha de tratar adelante, convino nombrarlo aquí.

CAPÍTULO XXX.

El bienaventurado mártir san Mancio.

De los santos españoles que fueron nuestros apóstoles, y por tales los contamos, no nos queda ya mas que san Mancio, cuya memoria dura en España harto particular y bien celebrada. La ciudad de Evora en Portugal le tiene por su propio apóstol y primer obispo: y cuenta dél en sus lecciones todo lo que aquí se dirá. Tambien hay mucho dello en el breviario de Burgos, y en otros muchos de los de España.

Siendo natural de la provincia de Romanía en Italia, ó como otros dicen, de la ciudad de Roma, oyó decir de la predicacion y milagros de Nuestro Redentor en Judea. Fuése luego allá por ver y participar tan alto bien; y así se halló en los misterios del Domingo de Ramos, de la Cena, Pasion, Muerte y Resurreccion; y algunos lo cuentan entre los setenta y dos discípulos. Fué enviado despues por los apóstoles á predicar en España, y reparó en Evora; y en la ciudad y en su comarca convirtió mucha gente, y los doctrinó y mantuvo en la fé con mucha caridad y hervor; hasta que Validio, un presidente que gobernaba por los romanos, lo martirizó con mucha crueldad, indignado mas, porque con zelo divino cuando lo atormentaban, daba voces y decia: No puedo ni aun oir nombrar los falsos dioses: no tengo de ser testigo de la mentira. Si deseais tomar mi confesion, ¿qué pensais que confesaré sino á un solo Dios Trino y Uno verdadero? Con esto daba tambien muchas gracias á nuestro Señor en lo mas recio de los tormentos, porque le daba esfuerzo para sufrirlos. Así fué azotado duramente, hasta quedar muy plagado por todo el cuerpo. Estuvo despues en cruel prision, donde se le pudrieron las llagas, engendrándose en ellas gusanos. Sacáronlo de allí para que trabajase en sacar piedra de las canteras, y sirviese en el edificio de obras públicas. Todo lo sufria san Mancio con alegre corazon, perseverando en confesar á Jesucristo y predicarlo. Viendo, pues, Validio que ni estos tormentos, ni las amonestaciones y pro-

mesas que de nuevo le hizo no le movian, mandóle atormentar otra vez con mas crueldad. Esta fué tan grande, que los verdugos tuvieron necesidad de ponerse á descansar de muy trabajados. El santo Mártir encomendaba entre tanto su espíritu al Señor. Oyendo luego una voz que le dijo: Ven á mí, mi amado; y así partió muy alegre con la muerte, para ver y gozar de quien tan dulcemente le llamaba. Su santo cuerpo fué enterrado de los gentiles en un muladar por oprobio secretamente, porque los cristianos no lo pudiesen ver para honrarlo. Así se perdió la memoria de dónde estaba,. y estuvo olvidado mucho tiempo el bendito tesoro, hasta que el Santo, estando ya la cristiandad muy fundada y sosegada en España, tuvo por bien de revelarse á un noble ciudadano de Evora. Él llevó el santo cuerpo á una su heredad, que aun hasta ahora se llama san Mancio, y lo sepultó con grande veneracion muy honradamente. Allí era visitado su sepulcro con mucha devocion de los cristianos, y se hacian por su intercesion grandes milagros.

Todo esto movió al conde Juliano y á su mujer doña Julia en cuyo poder estaba despues aquella heredad, para que le hiciesen allí una grande y suntuosa iglesia, que aunque ahora está destruida, parécese el lugar donde estuvo con un pedazo de la torre que tenia. En lo mas bajo de la torre estuvo el cuerpo santo, hasta el tiempo que Abderramen, el segundo rey moro de Córdoba, fué sobre Evora. Entónces los cristianos, temiendo los oprobios que este malvado rey hacia á las santas reliquias, huyeron con él hácia las Asturias. No se sabe si llegaron allá, ó se quedaron á una legua de Medina Rioseco en Campos, en el lugar que, tomando el nombre del Santo, se llama Villanueva de San Mancio. Como quiera que sea, el bendito cuerpo está allí en un monasterio de monges benitos, que tambien se llama San Mancio, y es reverenciado con grandísima devocion de toda aquella tierra.

Padeció este glorioso Santo á los quince de mayo, y aquel dia se celebra su fiesta; y su pasion la ponen los demás breviarios en este tiempo de Trajano: otros la pasan muy atrás al tiempo de Neron. Habiendo sido discípulo de nuestro Redentor, muchos años hubo de vivir para llegar á este tiempo: mas tambien vivió hasta este emperador el glorioso apóstol y evangelista san Juan.

La persecucion en que padeció este santo mártir fué la tercera que movió el emperador Trajano, la cual no duró mucho, como por sus cartas á Plinio el segundo parece. Porque bien informado de cuán buena gente eran los cristianos, mandó que no se pasase adelante en el perseguirlos con crueldad.

Del estar el cuerpo deste Santo en aquel monasterio hay muchos y harto autorizados testimonios. El primero es el nombre del lugar, que lo tomó del Santo, cuyo cuerpo tenia. Y aunque se llama Villanueva de San Mancio, cosa notoria es el ser muy antigua. Por lo ménos es de mas de trescientos años, pues la fundaron á ella y al monasterio unos de aquellos caballeros Tellos de Meneses, de tiempo del rey don Alonso el de las Navas. Yo no ví las escrituras de la fundacion por estar en el monasterio de Sahagun, á quien éste es en alguna manera sujeto: mas afirmáronme monges, que las han visto, como los fundadores dicen en ellas que fundan y dotan por reverencia del cuerpo del santo Mártir que allí está.

Testifica tambien de mas de trescientos y setenta años una piedra que está allí en el claustro del monasterio en un poste cuadrado y tiene estas letras:

> In era M.CCXXXIII. con
> secrata est ecclesia sancti Man
> cii. vi. kal. Iunii.

La piedra señala como aquella iglesia de San Mancio fué consagrada á los veinte y siete de junio, el año del nacimiento de nuestro Redentor mil y ciento y noventa y cinco, que es éste el año señalado por la era que allí está. Haber allí y consagrarse en aquel tiempo iglesia deste Santo, siendo tan peregrino y poco conocido, arguye con verisimilitud que se le edificó la iglesia por estar allí el santo cuerpo.

Otra piedra está en Matallana, monasterio de la órden del Cister, á dos leguas del de san Mancio, en la capilla de san Juan, colateral de la mayor, con estas letras:

> Anno Domini M.ccliiii. tertio Non. Iu
> lii consecratum est hoc altare in hono-
> re sancti Ioannis Baptistæ á domino Be-
> nedicto venerabili Episcopo Abulensi.
> In quo reliquiæ prædicti Baptistæ, Sãcto
> rũ Apostolorũ Simonis & Mathiæ, ligni
> crucis salutiferæ, petræ mẽsæ dñi, Lau-
> rentii martyris, Mãcii martyris Chrysan
> ti et Daria mart., Agnetis virginis, Ca-
> therinæ virginis honorifice deposite
> conseruantur, ipsumque pro patroci-
> nio vendicantes, insigniunt sue presen
> tia sanctitatis.

Yo trasladé fielmente esta piedra, que dice en castellano, como el año de nuestro Redentor mil y doscientos y cincuenta y cuatro, á los cinco de julio fué consagrado aquel altar para honra y advocacion de san Juan Bautista por don Benedicto, venerable obispo de Avila. Encerráronse en el altar reliquias del sobredicho santo Bautista, de los santos apóstoles Simon y Matías, del madero de la Cruz, que trujo la salud al mundo, de la piedra de la mesa del Señor, de san Laurencio, mártir, de san Mancio, mártir, de los santos Crisanto y Daría, mártires, de santa Inés, vírgen, de santa Catherina, vírgen: y aquí se conservan depositadas con reverencia, y hacen insigne con la presencia de su santidad al altar, tomándolo por lugar para dar desde él su patrocinio.

Haber allí tan cerca reliquia del Santo, probablemente se da á entender se hubo del cuerpo santo, que no estaba léjos. Y los señores del lugar y los fundadores de ambos monasterios eran todos unos y así podian traer la reliquia. Y la antigüedad en esto autoriza su parte.

Desta misma manera testifica tambien la reliquia del santo que está en el insigne monasterio del Espina, pues no está mas que cuatro leguas de allí. Y el monasterio de Moreruela, tambien de la órden del Cister, no está mas que siete ú ocho leguas de Villanueva de San Mancio, y entre las otras reliquias tienen allí muy antiguo un hueso del santo.

Mas antiguo que todo lo dicho es, haber sido intitulada de san Mancio la iglesia antiquísima que está en

Sahagun al cabo del gran templo que hay ahora. Y por haber sido aquella iglesia mucho mas antigua que la de ahora, y por sepulturas con letras que hay en ellas, y por la manera de su fábrica, se entiende como es de quinientos y mas años atrás. Y parece se le dió la advocacion á aquella iglesia por la vecindad del cuerpo santo, que no está mas de ocho leguas de allí, y la devocion de tan singular reliquia se extendia por toda la tierra. Y por ventura tenia el monasterio de Sahagun entónces la superioridad y hacienda que ahora en aquel monasterio tiene. Esta razon de haberse dado la advocacion del Santo á aquella iglesia tiene harta apariencia, y no parece se puede dar otra en título tan extraño.

La mucha devocion que tiene toda aquella tierra con el Santo, y la insigne devocion con que lo celebran de tiempo inmemorial, es tambien grave testimonio del santo cuerpo. El dia de su fiesta, á los veinte y uno de mayo, concurren allí solemnes procesiones de toda la comarca, á reverenciar el santo cuerpo que está con mucha decencia en alto al lado del Evangelio en la capilla mayor, donde ha pocos años que con gran solemnidad y concurso de pueblos, y con público instrumento en forma, se hizo la elevacion. Dejaron fuera una canilla entera del brazo, y la tienen en riquísima arca de plata de tres cuartas en largo, con rejas y viriles, así que lo ve y lo goza la devocion de los pueblos y de los peregrinos. A esta devocion pertenece, con ser tambien parte de testimonio del santo cuerpo, el usarse en toda aquella tierra poner los padres á sus hijos el nombre deste santo comunmente. Y así lo tiene el pádre maestro fray Mancio de la orden de santo Domingo, teólogo insigne en nuestros tiempos y catedrático de prima en esta universidad de Alcalá de Henares primero, y ahora en la de Salamanca, por ser como es natural de un lugar aun no dos leguas de Villa-Nueva de San Mancio.

Las lecciones de la iglesia de Leon, las de Burgos, y las de Evora, con otras, afirman que el cuerpo del santo Mártir está en este lugar, y hacen con esto buen testimonio.

CAPÍTULO XXXI.

El emperador Adriano español.

Como no tuvo hijos Trajano, le sucedió en el imperio Aelio Adriano, á quien él habia prohijado, por aficion que le tenia Plotina su mujer, y negociacion que entremetió Celio Taciano, el mayordomo de la hacienda del emperador, que habia sido tutor de Adriano, y por esto deseaba mas su acrecentamiento. Tambien le prohijó Trajano porque era su sobrino, hijo de su primo, llamado tambien Aelio Adriano como él, y su madre se llamó Domicia Paulina, natural de la isla de Cádiz, y su abuelo se llamó Marilino. Tuvo por mujer á Sabina, sobrina de Trajano, nieta de su hermana. Y yo creo era nieta de Marcia, y no de Matidia. Porque ésta parece nunca casó, segun se ve el panegírico de Plinio segundo, donde se da a entender que Matidia estuvo siempre en palacio con Plotina. Y aunque no nombra á Matidia, véese claro que habla della por el renombre de Augusta que le da. Siendo, pues, su nombre deste emperador Aelio Adriano, por ser hijo adoptivo de Trajano, se le añaden siempre todos sus nombres, y así le llaman Nerva, Trajano, Aelio, Adriano. Fué natural y nacido en Itálica, la misma tierra de Trajano, como Aelio Esparciano, Orosio, Eutropio, Aulo Gelio y todos los demás afirman y en el ser de allí su padre nadie duda. Esparciano no solo cuenta que nació en Roma, y Aulo Gelio refiere de un razonamiento que Adriano hizo en defensa de los de Itálica, como hombres que los tenia por de su tierra, y así los nombra allí. Con todo eso, siendo así natural de Itálica, se preciaba este emperador, como dice Esparciano, que su linaje de muy antiguo era italiano. Y como se dijo en su lugar (1) Escipion Africano el mayor pobló de romanos aquel lugar de Itálica, y entre ellos pudieron quedar estos progenitores de Adriano. Y todo ayuda mas para que no se pueda negar que ambos estos emperadores fueron naturales de aquella ciudad Itálica, que estuvo muy junto á Sevilla.

Adriano fué buen emperador, aunque no se pudo comparar en nada con su tio. Tuvo muy agudo ingenio para las letras, y supo mucho en ellas, mas su tio le empleó luego de propósito en las armas. Siendo ya emperador, vino á España, y en Tarragona se vió en un gran peligro. Paseábase por un jardin, y súbito arremetió con él un esclavo muy furiosamente con un espada para matarle. Él le tuvo con mucha fuerza hasta que llegaron algunos de sus criados; y entendiendo que era loco, no solamente estorbó que no le matasen, sino que mandó á los médicos que lo curasen.

En aquella ciudad mandó juntar á todos los españoles principales como á cortes, y ordenando las cosas de la guerra, y proveyendo compañías de gente y legiones para ella con algun rigor, los españoles parece que lo tomaban como por de burla. Tomó por esto grande enojo, y en el castigar y poner en razon á todos, usó de mucha prudencia y recato con los demás, y de mucha severidad y aspereza con los de Itálica. Porque éstos parece por ser de su tierra, habian de dar ejemplo de respeto y reverencia á los otros, y no ayudarles á desordenarse con su soltura. Tuvo Adriano algunos malos resabios de crueldad; y habiendo mucho levantado en privanza y cargos á aquel Celio Taciano su tutor, por cuya diligencia habia cierto habido el imperio, y que habia tambien sido ministro de sus mayores crueldades: despues lo aborreció tanto, que habiéndolo deshecho, y abatido, lo quiso matar si pudiera. Con todo eso era para con otros muy humano y donoso. A uno con quien habia tenido enemistad ántes que fuese emperador, le solia decir despues sola esta palabra: escapástete. Otro viejo ya cano le pidió cierta merced, y no se la concedió. Este mismo se la volvió otra vez á pedir, mas teñida la barba y el cabello, por parecer otro diverso. Adriano que entendió el engaño, le respondió: ya le dije de no á tu padre.

CAPÍTULO XXXII.

El estado de toda España por este tiempo, y la mudanza que hubo en la manera de su gobierno.

Tuvo Adriano grandísimo deseo de peregrinar por todo el imperio romano, y así no hubo ninguno de los emperadores que mas provincias visitase. Y como quien tenia por esto mas entera noticia de todo el imperio, quiso poner en él nuevo órden y nuevo repartimiento en el gobierno. En este nuevo concierto en la gobernacion se mudó todo lo de España muy de otra manera que estaba. Y para que mejor se entienda toda esta mudanza, será necesario mostrar

(1) En el lib. 6.

por entero el estado en que España por este tiempo se hallaba.

Estando ántes distribuida España desde lo muy antiguo en dos provincias, Citerior y Ulterior, y habiéndose partido poco ántes en tiempo de los primeros emperadores la Ulterior en dos, Bética y Lusitania; que son Andalucía y Extremadura con Portugal, como se ha dicho, todo lo destas tres provincias, como muy á la larga cuenta Plinio (1), que pocos años ántes lo vió y lo entendió, se hallaba en este ser y disposicion.

La provincia del Andalucía, que comenzaba por la costa del Océano en el occidente, desde la boca de Guadiana, junto á la villa de Ayamonte, y se tendia hasta el estrecho de Gibraltar, y despues se continuaba por el mar Mediterráneo, abrazando todo lo del reino de Granada hasta encima de Almería. Así casi podemos decir, que sus dos lados de la Bética occidental y meridional los ceñia la mar. El meridional todo entero, y el occidental casi todo. Quedábanle en toda esta costa á la Bética lugares muy principales, qne por haberlos señalado muy en particular Florian de Ocampo (2), no será necesario repetirlos, ni tampoco todo lo demás que á los términos de los otros dos lados orientales y septentrionales de la Bética pertenece, pues tambien Florian los tiene con mucha particularidad señalados. Y de todo se entiende que la Bética tuvo todo lo que ahora llamamos Andalucía, metiendo en ello el reino de Granada. Aunque no entraba en ello aquello de Ubeda, Baeza y por allí, hácia el adelantamiento de Cazorla, pues comenzaba la Citerior en la ciudad de Cástulo, que está mas al poniente que las dos ciudades, y á tres leguas dellas.

Toda esta provincia de la Bética tenia cuatro cancillerías, que entónces llamaban conventos jurídicos, y eran, como algunas veces se ha dicho, ciudades principales, donde se metian el invierno los pretores que allí gobernaban á oir los pleitos de las jurisdicciones y distritos que las cancillerías tenian señalados. Estas cuatro cancillerías, eran en el Andalucía Cádiz, á quien acudia tambien ya, como poco ha decimos, lo de Tanjer y Ceuta en África, Sevilla, Ecija, y Córdoba, la cual, como cabeza de toda la provincia junta, tenia mucho mas tierra sujeta que todas las demás. Todos juntos los lugares notables que en la Bética habia, como Plinio refiere, eran ciento y setenta y cinco, que verdaderamente era muy poca poblacion, pues es cierto que se hallaran ahora en ella hartas mas que cuatrocientas poblaciones, todas grandes y llenas de muchos moradores. Destos lugares los ocho eran colonias romanas, que es lo mas aventajado que un lugar podia tener en dignidad y preéminencia, y eran éstas.

1. Córdoba, llamada entónces Córduba, y colonia Patricia.
2. Sevilla, llamada Hispalis, y colonia Romulea.
3. Ecija, llamada Astigi y tambien Augusta Firma.
4. Espejo, que es ahora villa cabe Córdoba, y se llamaba entónces Attubi y Claritas Julia.
5. Martos, que es ahora villa de Jaen, y se llamaba entónces Tucci, Augusta Gemela.
6. Asta, que se llamaba así entónces, y tambien se llamaba Regia. Y ahora está toda despoblada entre Jerez, y el puerto de Santa María, y llaman á su sitio la Mesa de Asta.
7. Osuna, que se llamaba entónces Ursao, y tambien Gemina Urbanorum.
8. La otra colonia llamaban Ituci (1), y tambien Virtus Julia, que no se puede bien saber donde fué.

La ciudad que habia en la isla de Cádiz, tambien era colonia, mas no se cuenta con las otras del Andalucía, porque era isla, y así Plinio la dejó para ponerla con ellas. La isla digo que á la ciudad que allí habia, nunca él la llama colonia, como otros autores la nombran. Tito Livio, colonia llama, como hemos visto, á Carteya, mas Plinio no la cuenta por ser de bastardos y libertinos, como en su lugar se dijo.

Municipios, que eran lugares muy cercanos á las colonias en dignidad y preeminencia, tenia el Andalucía otros ocho, y porque Plinio no los distingue bien, no se podrán nombrar aquí. Y lo que de las piedras y monedas pudiéramos sacar, es incierto cuanto al tiempo, y mucho mas lo de las piedras, porque pueden nombrar municipio á algun lugar que no lo era ahora. Y por esto se quedaron sin hacer particular mencion dellos aquí. Habia mas en el Andalucía veinte y nueve lugares que gozaban de los privilegios y preeminencias de los latinos muy cercanos á Roma. Mas no se pueden nombrar aquí, por no se hallar distintos en Plinio, mas que algunos pocos, y ésos con no mucha claridad.

Otros seis lugares eran en el Andalucía de los que llamaban libres, porque entre otros privilegios tenian el de no pagar tributos. Dos lugares eran en el Andalucía de confederados, y esto era mayor dignidad y exencion que la de los pasados. El uno destos lugares era la villa de Montoro, diez leguas de Córdoba, el rio arriba, llamada estónces Epora. Y el otro lugar fué Málaga, que mudado muy poquito el nombre, se llamaba entónces Málaca.

Los ciento y veinte, ó ciento y veinte y dos lugares que restan eran de los que llamaban entónces estipendiarios, que ahora llamamos tributarios, ó pecheros. Y no contó Plinio en el Andalucía los vecinos que se hallaban en su tiempo, como los contó despues en la Citerior.

Plinio puso á la Lusitania por provincia tan apartada, que trató della en otro libro diferente mucho despues (2), sin que se pueda entender que le movió hacer este tan largo apartamiento. Sus términos eran en tiempo de Plinio (3) los mismos que Florian le da, por la costa del mar Océano hácia el poniente, desde la boca de Guadiana hasta la del rio Duero, que en la mar por bajo de Zamora en la ciudad de Portugal, que llaman el Puerto. Sin esto, tenia la Lusitania entónces otro rincon de tierra, que era suya, como es ahora de Portugal, aunque no estaba incluida entre los dos rios Guadiana y Duero, ántes mas arriba al oriente entre Duero y Miño, y así se llama ahora, tomando el nombre destos rios, y tambien la llaman la tierra de Tras los montes. Allí estaban las montañas llamadas Herminias, de quien en la pretura de Julio César mucho se ha tratado. Ninguna duda hay, sino que en tiempo de Julio César todo aquello de entre Duero y Miño, y

(1) En el lib. 3, c. I, y II, y III, y en el lib. 4, c. 20, y 21.
(2) En el lib. I.

(1) Esta Ituci, llamada por Plinio Virtus Julia, se reduce á Castro el Rio, en opinion del padre Hierro. B. (2) En el lib. 4 c. 21, y 22. (3) Solo en los tiempos muy remotos y anteriores á Plinio se extendia la Lusitania hasta el Miño, en cuyo espacio no estaban las montañas Herminias, como luego lo supone Morales, sino en la sierra de la Estrella, como en otro lugar queda ya dicho. B.

aun mas adelante dentro en Galicia, era la Ulterior; pues él hizo la guerra por allí hasta las islas Cizas, teniendo la Ulterior. En la misma region hizo tambien poco despues la guerra su legado Casio Longino, como todo se ha visto en su lugar. Mas ahora en tiempo de Plinio, ya se le habia atribuido todo esto á la Citerior con el convento jurídico de Braga, que en ella se cuenta. Por la tierra adentro partia la Lusitania término con el Andalucía por el rio Guadiana, y con Castilla la Vieja por cima de Salamanca, entre ella y Medina del Campo, como él mismo lo señala. Así que en la Lusitania se comprehendia toda Extremadura y Portugal, y alguna parte de Castilla la Vieja.

Estaba repartida toda la Lusitania, como Plinio lo dice, en tres jurisdicciones con tres cancillerías de Mérida, y Beja y Santaren, cabe Lisboa, llamadas entónces como luego se verá. Todos los lugares desta provinciá no eran entónces mas de cuarenta y cinco, que es cosa de mucha maravilla, pues debe pasar ahora de quinientos. Mas yo creo que Plinio solo hace cuenta de los lugares mas señalados, sin meter en ella los mas pequeños, ni las aldeas, que por fuerza habian de ser muy muchas. Y véese claro ser esto así en Plinio, pues entre otros muchos pueblos harto señalados deja de nombrar á Salamanca, que siempre habia sido ciudad principal, y como por el Jurisconsulto parece, perseveraba por estos tiempos en serlo.

Tambien nunca Plinio nombra en esta cuenta la ciudad que era cabeza, sino sus pueblos. No dice Gerunda, Complutum, Toletum, sino Gerundenses, Complutenses, Toletani. Y al nombrarlos al principio de cada convento jurídico, los llamó populi, para que entendiésemos por todo esto claramente, como no nombraba una ciudad sola, sino á ella y á los lugares que tenia de su tierra. Así que nombrando un solo lugar, son muchos en número. Esto guardó con mucha advertencia en la Tarraconense y Lusitania, mas nó en el Andalucía.

Las colonias eran cinco.

Emerita Augusta, que ahora llamamos Mérida.

Colonia Metellinensis, que es ahora Medellin.

Colonia Pacensis, que es ahora Beja en Portugal, ocho ó nueve leguas de Badajoz.

Norba Caesarea (1), que no es Alcántara, como algunos han dicho, ni yo sabré decir con certidumbre dónde era.

Scalabis, que tambien se llamaba Præsidium Julium, lugar no muy léjos de Lisboa, llamado ahora Santaren.

En una piedra, que ya se puso en lo del emperador Vitelio, la ciudad de Cáparra se llama colonia. Mas, como allí se comenzó de advertir, por solo esto se debe tener aquella piedra por incierta y fingida, porque presto en lo del emperador Severo se pondrá otra cierta y muy conocida, donde Cáparra, hablando de sí misma, se nombra no mas que municipio.

Luego aquí en la piedra de Sevilla nuevamente descubierta se hace mencion de otra colonia de los Arcenses, y parece era en el Andalucía, y no léjos de Sevilla. Así podríamos creer fuese la ciudad de Arcos. Mas no hay duda en que no era colonia en tiempo de Plinio, sino que la subieron á está dignidad los emperadores siguientes despues de Vespasiano; porque si ántes lo fuera, no dejara Plinio de contarla.

Plinio no pone mas que un solo municipio de ciudadanos romanos en toda la Lusitania, y éste era Lisboa, llamada entónces Olisipo, y Felicitas Iulia. Otros tres municipios tambien habia con el derecho y privilegio de los latinos.

Evora, que tambien tenia sobrenombre Liberalitas Iulia, y conserva su nombre siendo ciudad muy nombrada en Portugal.

Iulia Mirtilis, estaba en el Algarbe, y es ahora la villa de Mertola.

Salacia, que tambien es por allí, se llama ahora Alcazar de la Sal.

Los treinta y seis que restan tributarios, y entre ellos hay muy honrada memoria de Cáceres, llamado entónces Castra Cecilia, como se ha dicho. Y tampoco cuenta Plinio los vecinos que tenia la Lusitania, como se los dejó tambien por contar en el Andalucía, y luego se dirá la causa.

CAPÍTULO XXXIII.

La division y gobierno de la Citerior España por estos tiempos.

La España Citerior, que tambien se llamaba Tarraconense, era muy gran provincia, y tenia por la costa del Mediterráneo al oriente todo lo que va desde la villa de Muxacra por Cartagena y Alicante, Denia, Valencia, Tortosa y Tarragona, hasta pasar por Barcelona, y llegar á Empurias y Rosas, donde confina con Francia por los Pireneos. De allí la cerraban los Pireneos á la Citerior por su lado septentrional, así como aquellos montes atraviesan desde aquello de Rosas y Colibre en el Mediterráneo, hasta dar en el Océano, junto á Fuente Rabía. Desde allí el Océano abajo, por el lado de poniente, le cabia en aquella costa á la Citerior todo lo de Guipuzcoa, Vizcaya, Trasmiera, Asturias, toda Galicia, y un poco de Portugal, hasta confinar con la Lusitania por la boca del rio Duero, donde entra en la mar. La tierra adentro por lo mas meridional partia término la Citerior con la Bética desde aquella villa de Muxacra en el Mediterráneo, y proseguia su raya derecha, que dividia estas dos provincias, por Guadiana hácia la Carpentania, hasta meterse por cima de Segovia, en Castilla la Vieja; como Florian de Ocampo mas en particular lo señala.

Con ser así esta provincia tan grande, tenia tantas cancillerías, como las otras dos. Estaban éstas en Cartagena, en Tarragona, en Zaragoza y en Clunia, no muy léjos de Osma. En Astorga, en Lugo, en Braga.

Tenia toda la Citerior doscientos y noventa y cuatro lugares, y debe tener ahora muchos mas que mil. Dellos eran estas catorce colonias. Y aunque en los libros de Plinio al poner el número no es mas de doce, evidentemente se ve despues como está errado, y ha de decir catorce, pues llama á todas las siguientes colonias.

1. Barcelona, que se llamaba entónces Barcino, y tambien Favencia.
2. Tarragona, cuyo nombre latino es Tarraco. A su cancillería acudian cuarenta y cuatro pueblos principales con sus comarcas.
3. Zaragoza, que se llamó César Augusta, y ántes aun se habia llamado Salduba. A su cancillería concurrian cincuenta y dos pueblos con sus comarcas.

(1) Juan Castro, en su mapa de Portugal, dice que Blas García Mascarenhas asegura haber descubierto claros vestigios de Norba Cesarea entre Alafoens y Salvatierra y entre los rios Elsa y Ponsul, en lugar llamado pos Touloens. B.

4. Cartagena, llamada por los latinos Cartagonoba. Su jurisdiccion en la cancillería era de sesenta y dos pueblos con sus comarcas, sin las islas de Mallorca y Menorca, y las otras por allí.
5. Guadix, tambien era colonia de la Citerior, y se llamaba entónces Acci.
6. La colonia Salariense parece que era allí cerca de Cazorla.
7. Clunia, cuyo desplobado llaman ahora la ciudad del Castro, y tiene muy junto el lugar que llaman Cruña ó Coruña. Su cancillería tenia sujetos sesenta y cinco pueblos con sus comarcas.
8. Astorga, que se llamaba Astúrica. Tenia de su jurisdiccion doce pueblos y sus comarcas, en que habia doscientas y cuarenta mil personas, sin los esclavos.
9. Lugo en Galicia tambien ha mudado muy poco el nombre, pues se llamaba entónces Lucus. Tenia sujetos diez y seis pueblos con sus comarcas, en que habia ciento y sesenta mil personas sin los esclavos.
10. Tambien Braga, otra colonia en Portugal, retiene harto del nombre antiguo que era Bracara. Su jurisdiccion era sobre veinte y cuatro ciudades y sus comarcas, con doscientas y sesenta y cinco mil personas que habia en ellas.
11. Ilici era tambien colonia, y estaba en el sitio que ahora la villa de Elche, cabe Alicante, y retiene algo del nombre antiguo. Otros piensan que es el mismo Alicante.
12. Libisosa (1), llamada tambien Foro Augustana, claramente está nombrada colonia en Plinio, y parecerá mas cierto por una piedra que se pondrá presto, y estuvo donde ahora la villa de Luluza, cerca de Alcaraz.
13. Valencia, con el mismo nombre que ahora tiene fué tambien colonia.
14. Julia Celsa la victoriosa, que estaba ocho ó diez leguas abajo de Zaragoza, en la ribera de Ebro, con haber todavía allí lugar pequeño, llamado Xelsa, aunque el sitio antiguo parece una legua en un lugar llamado Vililla.

Yo cuento así estas catorce colonias, porque todas las hallo en Plinio, presuponiendo que todas las siete cancillerías estaban en colonias. Porque Plinio no á todas siete las llama colonias. Y conforme á esto cuento yo las trece colonias de la Citerior.

Sin estas trece colonias de la Citerior, que Plinio nombró solamente en el libro tercero, despues en el cuarto nombró otra Flaviobriga, en la costa de Vizcaya, y por ser fundacion nueva de Vespasiano, ó sus hijos, no debió hacer cuenta della al principio. Créese sea la villa de Bermeo en la costa de la mar.

Podríale parecer á alguno siguiendo á fray Onufrio Panuinio (2), que demas déstas habia en la Citerior otras colonias, y aun en la Ulterior, como es Ampurias en Cataluña llamada entónces Emporiæ, y Graccurris en las fronteras de Navarra, por cima de Soria, muy cerca de donde ahora está Agreda, Itálica, cabe Sevilla, que ahora está despoblada, y colonia Marcia, que ahora dicen es Marchena.

A todas éstas cuenta Onufrio por colonias de España, demas de las que yo he puesto. Yo digo que mi intento es poner la division de España, y dar razon del estado en que se hallaba en tiempo del emperador Vespasiano y sus hijos, que era cuando Plinio la describió, habiendo estado acá con cargo de la hacienda imperial por aquellos mismos años. Si despues hubo mudanza queriendo los emperadores hacer nueva gracia á otros lugares, no tiene que ver aquello con esta mi cuenta. Y así digo en particular, que Itálica si fué colonia, que aun no está muy averiguado en Aulo Gelio, lo fué, porque la hizo Adriano, y así en tiempo de Plinio no lo era. Marchena por una piedra dicen fué colonia, mas tal piedra no hay allí, ni se acuerda nadie haberla visto, ni oido decir, que yo lo he querido saber, preguntándolo con mucha diligencia en aquel lugar. A Graccurris hace Onufrio colonia, por testimonio de Tito Livio, y no lo puede alegar. Porque la fundacion de Graccurris la contaba Tito Livio al principio del primer libro de la quinta década, y falta todo aquel principio. Así que no se halla esto en Tito Livio, sino en su sumario solamente, y aun éste no llama á Graccurris colonia, sino Oppidum solamente, que en general quiere decir cualquier lugar ó poblacion. Y quita toda la duda que no haya sido Graccurris colonia, el ver que en las monedas antiguas de aquel pueblo municipio se llama Graccurris, y no colonia, y así tambien la pone Plinio expresamente por municipio. Ampurias tampoco puede nadie llamarla colonia, por lo que Tito Livio dice que hizo Julio César en ella, por el nombre latino Coloni, no quiere decir particularmente moradores de colonia, sino en general moradores de cualquier lugar. Y en Plinio nunca este lugar está nombrado mas que municipio. Julia Celsa sin duda fué colonia, que yo he visto muchas monedas donde la nombran colonia, y Plinio por colonia la pone, sino que en sus libros impresos está mal apuntado; así que el nombre de colonia parece que va con lo de adelante, y ha de quedar con lo de atrás, como las medallas forzosamente piden. Y Calagurris, que se sigue luego, y se lleva en lo mal apuntado el nombre de colonia, no fué colonia sino municipio, como en monedas que tienen su nombre parece. Estrabon colonia llama á Celsa, sino que tambien su libro latino está mal apuntado.

He querido decir todo esto de las colonias de la Citerior, porque convenia para tenerse entera claridad en ello, y para emendar lo impreso en Plinio, que está en esto muy mentiroso.

Dale despues Plinio á la Citerior trece municipios con privilegios de ciudadanos romanos. En la comarca de Barcelona Betulio, que es allí cerca, y la llaman ahora Badalona. Huro, que no se entiende bien cuál sea. Blanda, que ahora llaman Blanes, no muy léjos de Ampurias, de quien ya dijimos.

De la jurisdiccion de Tarragona eran éstos de aquellos municipios privilegiados.

Tortosa, que con poca diferencia se llamaba entónces Dertosa.

Bisgargis, que no podemos fácilmente decir dónde fué.

En la jurisdiccion de Zaragoza habia seis destos municipios, los cuatro muy conocidos ahora en nuestro tiempo.

Calagurris, llamada tambien Nasica, bien diferente de la ciudad de Calahorra, que ahora conocemos.

Lérida, llamada entónces Ilerda.

Huesca, que se llamó entónces Osca.

(1) Esta poblacion se reduce á la villa de Lezuza, y nó Luluza como dice Morales. La inscripcion descubierta en dicha villa confirma su sitio. La distancia de catorce millas que propone el Itinerario de Antonino en camino de Laminio á Zaragoza, entre dicha poblacion y Fuentes de Guadiana, forma un nuevo apoyo de lo referido. B. (2) En su república.

Tarazona, cuyo nombre era entónces Turiaso.

Belita (1), que no se entiende donde estuvo, ni como se llama ahora.

Murvedre llaman ahora los valencianos á la famosa en lealtad Sagunto, que tambien era municipio déstos mas privilegiados.

Cartagena no tenia en su jurisdiccion municipio ninguno destos que Plinio señala por tal. Tampoco señala los que habia en las otras jurisdicciones de Clunia, Astorga, Lugo y Braga, y así no los puedo yo nombrar.

Tenia mas la Citerior diez y siete lugares con privilegios de italianos latinos, y uno solo de confederados, y todos los otros que restan, eran tributarios.

De los privilegiados como italianos latinos, nombra éstos Plinio.

1. Lucentum, que parece era no muy léjos de Valencia, así podríamos pensar que fuese Lujente.
2. Ause, que ahora se llama Vique, y es ciudad obispal en Cataluña.
3. Cerete, llamada por sobrenombre Julia, lugar en lo muy dentro de los Pireneos, y daba nombre á la region Ceretania.
4. Gerunda, que ahora llamamos Girona, tambien ciudad obispal en Cataluña.

5, 6, 7. Augusta Sedeta, Gesoria (2) y Tearo, tambien parece que eran en Cataluña, ó allí cerca en la entrada de Aragon, y eran tambien destos así privilegiados.

8. Cascante, cabe Tudela, no ha mudado casi nada el nombre, pues se llamaba entónces Cascantum.
9. Graccurris, de quien se ha dicho ya.
10. Ercabica, de quien tambien se ha tratado, piensan muchos que es Alcañiz, en Aragon, cerca de Segorbe y Albarracin, mas yo diré mi parecer en las antigüedades.

11, 12. Leonico (3), y Osigerda (4), que cuenta tambien Plinio por allí cerca entre estos privilegiados, no creo se puede dar razon de donde fueron, ni como se llaman ahora.

13. Castulo, era tambien destos lugares así privilegiados, y llamábanlos tambien venales. Y hasta Castulo descendia la raya de la Citerior.
14. Setabis, que se llamaba tambien Augustana, y es la fuerte ciudad de Játiva.

15, 16. Las colonias Accitana y Libisosana tenian tambien estos mismos privilegios.

17. Valeria que ha mudado muy poquito de su nombre, y la llaman ahora Valera la Vieja, y Valera de Suso, y Valera la Quemada, siete leguas de Cuenca al poniente (5).

Todos éstos pone Plinio por lugares destos privilegios de los latinos. Y estos todos son de las tres jurisdicciones primeras, porque en Clunia, Astorga, Lugo ni Braga, no distingue Plinio, ni diferencia los lugares al ponerlos.

El lugar solo que habia en la Citerior de confederados, lo llama Plinio Terrago (1), y no sé yo decir dél mas, que era de la jurisdiccion de Zaragoza.

En solas las tres postreras cancillerías de Astorga, Lugo y Braga contó Plinio los vecinos ó personas que habia, y parece que lo pudiera bien hacer en toda la Citerior, porque como él estuvo en ella, y con cargo de la hacienda del emperador, podia tener muy particular cuenta desto, por los tributos y rentas que se pagaban.

Estas rentas no hay duda sino que eran muy grandes en España, pues como de provincia tan rica se juntaria gran suma. Y por una sola renta de una nonada, y como cosa de burla, se podrá conjeturar lo mucho que España rentaba. Plinio dice (2) que de los cardos de Córdoba y Cartagena se sacaban cada año en cada una destas ciudades seis mil sestercios de los gruesos, que hacen suma de ciento y cincuenta mil ducados: y así en ambas ciudades se hacian trescientos mil ducados de solos cardos, y con sola la décima le rentaba al pueblo romano treinta mil ducados. Y por lo de Córdoba sé yo decir, que no eran estos cardos sembrados y cultivados solamente, sino de los silvestres que se nacen de suyo en el campo por la mayor parte, y son llamados cardos, y otro género dellos alcarchofas. De lo cual todo sin duda se hace tambien ahora gran dinero, segun lo mucho que se vende désta en yerba y en fruto en Córdoba y toda su tierra. Aunque junto con esto creo, que no es suma la de ahora que pueda siquiera parecérsele á aquella de Plinio, la cual tambien él contó por extraña y espantosa. Y tras esta renta de los cardos, no espantará lo que cuenta Polibio (3) de las minas de plata que los romanos tenian en Cartagena. Dice que no trabajaban dentro en ellas mas que cuarenta hombres, y sacaban cada dia valor de veinte y cinco mil reales, que por la buena cuenta de Budeo, venian á ser cada año los que habia Roma de aquellas minas novecientos y doce mil y quinientos escudos de los antiguos. Y aunque se sacasen de aquí los gastos, era una cosa de muy gran tesoro. Esto era mas de doscientos años ántes de Plinio, aunque todavía en sus dias duraba el sacarse mucha plata en España. Mas en Asturias y Galicia se sacaban en su tiempo de Plinio como ya se ha tratado, cada año veinte mil libras de oro: que siendo como entónces eran de doce onzas, hacian peso de veinte y ocho mil marcos, poquito ménos: y valiendo mil marcos de oro, como valen ochenta mil escudos de á diez reales, suman mas de dos millones y doscientos mil escudos. Por estas cosas grandes y pequeñas se puede ver la gran riqueza que de España los romanos siempre habian.

Este era en aquel tiempo de Vespasiano y sus hijos el estado de toda España, y así estaba divida en general y en particular en estas tres provincias: las cuales se gobernaban ordinariamente con tres pretores, que enviaban á ella los emperadores, y si algunas veces eran procónsules, casi no diferian mas que en el nombre. Y habia instituido Augusto César, como queda dicho en su lugar, los legados consulares, mas no sabemos hasta ahora en particular, que ninguno hubiese venido acá para gobernar con este nombre.

---

(1) Esta poblacion la reducen los autores aragoneses á la de Velisa, mas abajo de Zaragoza y cerca de Caspe. Tambien puede haber sido Velica, colocada por Tolomeo entre los cántabros. B. (2) Geseria se reduce a San Feliu de Guixols. B. (3) No es fácil averiguar la situacion de este pueblo. B. (4) El doctor Finestres cuya opinion en materias geográficas de Cataluña es muy respetable, en su Sillage inscriptionum pagina 134, reduce esta ciudad á Xerta [illegible] Coerta, sita á la [illegible] la del Ebro, [illegible] mas [illegible]s de Tortosa. B. (5) Valeria no dista siete leguas de Cuenca, sino cuatro. B.

(1) Reducen este pueblo a la villa de Tárrega en Cataluña, algunos autores castellanos: mas otros dicen que Tárrega fue la antigua Anabis: y que la Terrago de Plinio se debe reducir [illegible] Larraga, villa de la Merindad de Olite, provincia de Navarra. B. (2) En el lib. 19, c. 36. (3) En el lib. 4 de Asse.

CAPÍTULO XXXIV.

La mudanza que Adriano hizo en la division y gobierno de toda España.

Estando, pues, así España en este estado, Adriano lo mudó y dió nuevo órden en el gobierno, haciendo nueva division y repartimiento de toda la tierra. Dividióla en seis provincias con estos nombres. Bética, Lusitania, Tarragonesa, Cartaginesa, Galicia, y la postrera llamada Tingitania, era aquello de África que está junto al estrecho, donde está Ceuta, Tanjer y Fez, y lo de por allí, que de ántes aun entraba en la Bética sujeto á la cancillería de Cádiz, como desde el emperador Oton vimos. Sexto Rufo, que escribió mas de doscientos y cincuenta años despues deste tiempo, y Solino que no sabemos bien cuando escribió, hacen ya á España dividida así en estas seis provincias. Y de solo Sexto Aurelio Victor, como muy bien notó Onufrio Panuinio (1), se entiende, como Adriano fué el que hizo esta mudanza, y escribió Aurelio Victor casi en el mismo tiempo que Sexto Rufo. Qué términos tenian estas seis provincias, y cómo se les repartieron las jurisdicciones nadie lo dice, y así no podré yo dar aquí cuenta dello. Solo parece que la Lusitania se quedó en su ser, sin que se le quitase ni añadiese nada. A la Bética se le quitó aquello de África que tenia muy vecino en la Tingitania. Galicia se debió extender mucho, así que comprehendió la cancillería de Astorga, y aun no sé si la de Clunia: pues dice Paulo Orosio, que Numancia estaba en la entrada de Galicia. Mas desto yo he tratado mas de propósito en otro lugar.

En la manera de la gobernacion tambien hubo mudanza, como Sexto Rufo la señala. La Bética y Lusitania se gobernaron de hoy mas con legados consulares; así en algunas piedras como parecerá adelante, se hallan estos títulos de los que gobernaban. Las otras cuatro tuvieron de aquí adelante presidentes, y el título de los que gobernaban en ellas era éste. Y así en todas las leyes del código, que los emperadores de aquí adelante escriben á los que gobernaban en España, que no sea Bética ó Lusitania, presidentes les intitulan, y así los nombraré yo en la historia. Y aunque hay tan poco como esto que decir desta mudanza que hizo Adriano de las cosas de España, todavía fué menester dar enteramente noticia de lo que ántes habia, pues estotro sin aquello no se pudiera bien entender. Y junto con esto era razon que se supiese todo aquello entre nuestros españoles muy en particular.

CAPÍTULO XXXV.

Piedras deste emperador Adriano.

Prohijó el emperador Adriano, porque no tenia hijos, á un noble romano llamado Ceyonio Commodo Vero, y mudóle el nombre llamándole Aelio Vero. Era éste enfermo, y así se murió ántes que heredase. Los de Sevilla le pusieron una estátua y título que hoy se ve junto al arquillo del aceite con estas palabras:

M. AVRELIO VERO CAESARI IMP.
CAESARIS TITI AELII. ADRIANI
AVG. PII. P P. FILIO ANTONINO
COS. II. SCAPHARI QVI ROMV-
LEAE NEGOTIANTVR.
D. S. P. DD.

En castellano. Los barqueros que tratan en Sevilla, de su dinero pusieron y dedicaron esta estátua á Marco Aurelio Vero, Antonino César, que tuvo dos veces el consulado, y fué hijo del emperador César Augusto Tito Aelio Adriano piadoso, venturoso padre de la patria. Y hállanse otras muchas dedicaciones al mismo en muchos lugares de España: por haber mandado Adriano, como en Aelio Esparciano se halla, que en todas partes se le pusiesen estátuas.

Querer poner aquí todas las muchas piedras que se hallan por España con memoria deste emperador Adriano, seria una cosa de gran prolijidad supérflua y sin fruto. Por esto escogeré solamente las que parecieren de algun provecho.

En Tarragona, en casa de Juan Conde, hay otra piedra que fué basa de estátua, y en ella se refiere como se la puso toda la provincia de la Citerior España á Quinto Cecilio Rufino, de la tribu Galería, natural de la ciudad de Sagunto, hijo de Quinto Cecilio Valeriano, porque sin ser requerido para ello, sino de su propia gana, fué á Roma por embajador de toda la provincia al emperador Adriano. En latin dice así:

Q. CECILIO GALERIA RVFI-
NO. Q. CECILII. VALERIANI. F.
SAGVNTINO OB LEGATIONEM,
QVA GRATVITA APVD MAX.
PRINCIPEM HADRIANVM AVG.
ROMAE FVNC. EST. P. H. C.

En la misma casa hay otra piedra que tambien fué basa de estátua, y tiene escrito lo siguiente:

M. FABIO. M. F. GAL. PAVLINO EQVO. PVBLI-
CO DONATO AB IMP. CAES. HADRIANO AVG.
ILERDENSES CIVI OPT. OB PLVRIMAS LIBERA-
LITATES IN REMP. SVAM LOCO A PRO-
VINCIA IMPETRATO POSVERVNT.
D. D.

Dícese en esta piedra como Marco Fabio Paulino, hijo de Marco, de la Tribu Galeria, natural de la ciudad de Lérida, fué hombre señalado, y que el emperador Adriano le dió privilegio que del dinero público se le mantuviese un caballo. Y habiendo recibido los de la ciudad de Lérida muchas veces beneficio dél con mucha liberalidad, como á ciudadano singular le pusieron estátua en Tarragona por ser ciudad mas principal. Habiendo primero alcanzado de toda la provincia Tarragonense, que se les señalase lugar para esta su dedicacion.

Otra basa de estátua está tambien allí en casas de Joan Sisterer con estas letras.

L. NVMISIO. L. F. PAL. MON-
TANO AED. Q. IIVIR. ITEM: QQ.
IIVIR. EQVO PVBLICO. DONATO
AB IMP. HADRIANO AVG. IVDICI
DECVR. I. NVMISIA VICTORI-
NA SOROR TESTAMENTO IN
FORO PONI IVSSIT.

En castellano dice: Púsose esta estátua á Lucio Numisio Montano, hijo de Lucio, de la tribu Palatina, que fué edil, y uno de los dos del gobierno por cinco años, y uno de los dos que tuvieron cargo de los juegos quincuatrios, á quien el emperador Adriano dió por privilegio se le mantuviese un caballo del dinero público, y

(1) En su ropública.

fué juez en la primera decuria. Mandósela poner en la plaza por su testamento Numisia Victorina su hermana.

Este Numisio Montaño parece haber sido natural de allí de Tarragona, por otra piedra que hay en aquella ciudad, y dice.

L. NVMISIO. L. F. PAL.
MONTANO TARRAC.
OMNIB. HONOR. IN
REP. SVA FVNCTO.
FLAMINI. P. H. C.
P. H. C.

Dice como fué natural de Tarragona, y tuvo allí todas las honras y cargos públicos, y fué sacerdote de la España Citerior, y ella le puso la estátua.

En Arjona, cerca de Jaen, en una pared de la iglesia de San Martin, está una basa de estátua deste emperador con estas palabras de la dedicacion.

IMP. CAES. DIVI TRAIANI
PARTHICI. F. DIVI NERVAE
NEP. TRAIANO ADRIANO
AVG. PONT. MAX. TRIB.
POT. XIIII. COS. III. PP.
MVNIC. ALBENSE VRGA-
VONENSE. D. D.

Y en castellano dice: Este municipio Albense Urgabonense puso y dedicó esta estatua al emperador César, hijo del divino Trajano, vencedor de los partos, y nieto del divino Nerva, llamado Trajano Adriano Augusto, que tuvo el cargo de pontífice máximo, y catorce veces el poderío de tribuno del pueblo, habiendo ya sido tres veces cónsul, y habiéndosele dado ya el renombre de padre de la patria. Las piedras de arriba son muy ciertas, y es averiguado que las hay en los lugares que aquí se señalan. La que se sigue yo no sé della mas de cuanto refieren algunos que está en Monobriga, lugar que yo no conozco, ni sé dónde es. Dicen tiene todo esto escrito.

T. AULO MONOBRICENSI II. VIRO. EQVO
PVBLICO DON. AB IMP. CAES. AEL. HADR.
AVG. DIVI NERVAE TRAIANI. F. IIVIRI VNA
CVM. ORD. EQVEST. ET POPVLO OB IMMV-
NITATEM AB EODEM IMP. AD QVINQ. OBT.
ET OB PVBLICA IN TOTAM PATRIAM BE-
NEFACTA, STATVAM IN FORO MONOBRIC.
ANTE AEDEM MINERVAE SOLEMNI QVIN-
QVAT. DIE. DECR. POS.

Trasladada en castellano dice: Los dos del gobierno de Monobriga, juntamente con el ayuntamiento, y estado de los caballeros y el pueblo, determinaron y pusieron esta estatua á Tito Aulo Monobricense, que fué uno de los dos del gobierno, y le dió el emperador César Augusto Aelio Adriano, hijo del divino Nerva Trajano, que del dinero público se le mantuviese un caballo. Pusiéronle la estatua, porque alcanzó del dicho emperador libertad de tributos por cinco años, y por otros beneficios públicos, que en comun hizo á su tierra. Pusiéronla delante el templo de la diosa Minerva en el solemne dia de las fiestas llamadas quincuatrias.

Fué el emperador Adriano tan amigo de los cristianos, y tuvo tanta reverencia á Jesucristo nuestro Redentor, que le mandó edificar templos en todas las provincias y ciudades. Y pasaba muy adelante en esto, sino que (como cuenta Lampridio, que lo escribe (1)) se lo estorbaron los sacerdotes y adivinos, con afirmarle, que si él tan grande aficion mostrase en público á Cristo con estas obras, todos los súbditos del imperio romano serian luego cristianos, y todos los otros templos de los dioses se desampararian. Y da Lampridio por señal de haberse ya edificado muchos destos templos para nuestro Redentor, el hallarse tantos en diversas partes con solo el nombre de Adriano, sin tener ninguna imágen ni título de algun dios: habiéndose quedado así vacíos, como al principio se habian comenzado á edificar con el fin que despues no se siguió.

Basilides fué en Siria un malvado hereje que murió en tiempo deste emperador, como cuenta san Gerónimo (2). El mismo santo refiere (3) tomándolo de san Irenéo, como un discípulo deste hereje llamado Marco vino á Francia, y pasando de allí en España, hizo mucho daño sembrando su mala secta. Y no hay duda sino que nuestros obispos hicieron su deber en resistirle y condenarle: pues de la santidad y buen zelo de entónces se debe esto así creer, mas con no haber escrito nada desto, no se puede decir aquí mas desta su cristiana diligencia. Y así aunque se puede conjeturar que para esto se juntó concilio, no se puede afirmar nada con certidumbre.

CAPÍTULO XXXVI.

Voconio Romano, poeta español, y las memorias que dél se hallan aca.

Fué poeta muy conocido y estimado por estos tiempos Voconio Romano, natural de España, y á lo que yo creo, de la ciudad de Sagunto ó Murvedre. Plinio el segundo dice (4), que era de la Citerior, y nacido de los mas principales caballeros della. Fué grande amigo de Plinio, y su condiscípulo, y así le escribe muchas cartas, y escribe dél á otros grandes cosas, celebrando su grande ingenio, su dulzura en la conversacion, y el buen donaire en el rostro y en toda gentileza. Marcial tuvo en tanto su juicio, que le enviaba sus versos, para que se los emendase. El emperador Trajano le hizo alguna merced, mas Adriano tuvo con él estrecha amistad, y como en Apuleyo parece le hizo él mismo el epitafio para su sepultura, donde entre otras cosas dijo, que aunque sus versos de Voconio tenian alguna deshonestidad, él en su ánimo siempre fué limpio y muy casto.

Deste Voconio son las tres piedras que se hallan en Murvedre, por donde yo pienso fuese natural de allí. La primera está en el campo que llaman Arbet: y dice así:

VOCONIVS. ROMANVS
PATRI. OPTIMO.

Parece basa de estatua, y dice que Voconio Romano la puso á su buen padre. En las gradas con que se sube á la iglesia mayor está otra piedra con estas letras:

---

(1) En la vida de Alejandro Severo. (2) En la epístola á Teodoro. (3) En los ilustres varones. (4) En el lib. 2, en una epístola á Prisco.

C. VOCONIO. C. F. GAL
PLACIDO. AED. IIVIRO
II: FLAMINI II. QVES-
TORI SALIORVM MA-
GISTRO:

Dice en castellano. Esta estatua se puso á Cayo Voconio Plácido, hijo de Cayo de la Tribu Galeria, que fué dos veces edil, y dos veces sacerdote de los flamines, y fué cuestor, y principal sacerdote entre los salios. Esta piedra podria ser que no fuese del que vamos tratando, sino de otro de aquel linaje.

En aquellas mismas gradas está otra piedra con estas letras.

POPILIAE. L. F. RECTI-
NAE. ANN. XVIII. C. LICI
NIVS. C. F. GAL. MARITVS
VOCONIVS ROMANVS
VXORI.

Parece piedra de sepultura, y en ella se dice como fué puesta á Popilia Rectina, hija de Lucio, que vivió diez y ocho años, y se la puso su marido Cayo Licinio Voconio Romano, hijo de Lucio, de la Tribu Galeria.

Murió el emperador Adriano de una enfermedad prolija y de mucha fatiga, en la ribera de Nápoles, á los diez de julio del año ciento y treinta y nueve, habiendo tenido treinta años el imperio. Las mudanzas del sumo pontificado que hubo en tiempo deste emperador fueron éstas. Fué martirizado el papa san Sixto á los seis de abril el año de ciento y veinte y siete, habiendo sido sumo pontífice nueve años, diez meses y nueve dias. Y no durando la vacante mas que dos dias, fué elegido san Telesforo á los nueve de abril, y tuvo el pontificado diez años, ocho meses y veinte y ocho dias, hasta que lo martirizaron á los cinco de enero el año ciento y treinta y ocho. Entónces con haber estado vaca la Silla Apostólica siete dias, fué elegido san Iginio á los trece del mismo mes. Y no fué nueva persecucion en la que estos santos pontífices padecieron, sino la tercera de Trajano, que se continuó por estos años, no habiendo comenzado la cuarta hasta algunos despues, como presto se verá.

CAPÍTULO XXXVII.

El emperador Antonino Pio.

Estos dos emperadores con haber sido españoles, y con la nueva mudanza de nuestras cosas, nos han detenido mucho: muchos juntos de los que se siguen no nos darán casi nada que contar. Y así yo que voy siempre muy rendido á no escribir sino precisamente las cosas de España, pasaré apriesa por todo lo que no fuere propio suyo.

Muerto Aelio Vero, Adriano habia adoptado á Tito Aurelio Fulvio Boionio noble romano que le sucedió, y por su extremada bondad, y por haber estorbado algunas crueldades de Adriano, fué llamado el Piadoso, y porque tomó tambien el nombre de Antonino se llamó Antonino Pio. Y fué tan amado y reverenciado este emperador en Roma por su gran bondad, que muchos de los emperadores siguientes quisieron conservar este nombre de Antonino, y se llamaron así por sola su memoria.

Si yo tuviera por españoles á Trogo Pompeyo, ó á Justino Histórico su abreviador, ya hubiera puesto al uno, y aquí pusiera al otro. Mas es cosa clara que ni el uno ni el otro fueron de acá, y el maestro Vaseo lo dió bien á entender.

Proveyó este emperador el cargo de archivista en la Citerior á un su liberto, ó ahorrado llamado Atimeto, como se entiende de un arula que está en Tarragona en la iglesia de San Miguel dentro de la ciudad. Dice así:

SILVANO AVG. SACRVM.
PRO SALVTE IMP. CAES. ADRIA-
NI, ANTONINI PII. D. N. ET LI-
BERORVM EIVS ATIMETVS LIB.
TABVL. P. H. C.

En castellano dice. Este altar es consagrado al dios Silvano reverenciado del emperador. Púsolo por la salud de los emperadores Adriano y Antonino Pio, nuestro señor, y de sus hijos. Atimeto su liberto archivista de la provincia de España la Citerior.

Es muy insigne otra memoria que hay deste emperador cerca de la villa de Utrera tierra de Sevilla, en un cortijo llamado Carragatin, donde parecen señales de gran lugar antiguo, llamado Siarum, á lo que parece: y allí hay una gran basa de estátua con todo esto escrito.

IMP. DIVI. HADRIANI AVG. F.
DIVI TRAIANI PARTHICI NEPO-
TI. L. AELIO HADRIANO ANTO-
NINO AVG. PIO PONTIFICI MA-
XIMO TRIBVNITIAE POTESTA-
TIS X. IMP. II. COS. II. II.
P P.
M. CVTIVS PRISCVS. MISSIVS, RVS
TICVS, AEMILIVS PAPVS. ARRIVS
PROCVLVS. IVLIVS. CELSVS. COS:
LEG. EIVS PROPR. PROVINCIAE
DALMATIAE PRINCIPI OPTIMO
ET SIBI CHARISSIMO.

En otro lado contrario déste tiene la basa escrito lo siguiente:

IN COLIS VIRI ET MVLIERI-
BVS INTRA MVROS HABITAN-
TIBVS PRAESTANTIBVS SIN-
GVLIS. *. I.

Dice en nuestro romance castellano. Esta estatua se puso al emperador Lucio Aelio Adriano Augusto, hijo del divino emperador Adriano Augusto, y nieto del divino Trajano vencedor de los partos. Púsosele cuando ya era pontífice máximo, y habia tenido el poderío de tribuno del pueblo diez veces, y el título de capitan general dos veces, y el cuarto consulado con el renombre de padre de la patria. Mandáronsela poner Marco Cucio Prisco, Missio Rústico, Emilio Papo, Arrio Proculo, Julio Celso sus legados consulares, y propretores de la provincia de Dalmacia, como á príncipe muy excelente, y á quien ellos mucho amaban. Todos los moradores de dentro de los muros, hombres y mujeres contribuyeron para el gasto cada uno con un silico. Este silico era moneda que valia como cuatro maravedís nuestros, ó así.

Deste emperador tambien es otra, dedicacion que se halla en una basa de estátua fuera de Beja, en Portugal con estas letras.

L. AELIO COMMODO ANTO-
NINO IMP. CAES. AELII. HA-
DRIANI AVG. PII PP. FILIO.
COL. PAX. IVLIA. DD.
Q. PETRONIO MATERNO.
G. IVLIO IVLIANO. II. VIR.

Despues de ponerle los títulos dice como aquella colonia, llamada entónces Pax Julia, le puso la estatua teniendo el gobierno de la ciudad ó el cuidado de ponerla, Quinto Petronio Materno y Cayo Julio Juliano.

Porque este emperador Antonino Pio tuvo el imperio veinte y dos años, alcanzó algunos pontífices. San Iginio tuvo el pontificado cuatro años ménos un dia: pues fué martirizado á los once de enero del año ciento y cuarenta y dos; y con vacante de tres dias fué elegido san Pio, primero deste nombre, que vivió en el pontificado once años, cinco meses, y veinte y cinco dias; y siendo el primer pontífice que no fué martirizado: murió á los once de julio el año ciento y cincuenta y tres; y estando vaca la Silla trece dias, fué elegido san Aniceto á los veinte y cinco del mismo mes.

CAPÍTULO XXXVIII.

El emperador Marco Aurelio.

Sucediéronle á Antonino Pio en el imperio Marco Antonino Vero, y Marco Aurelio Antonino. Estos dos fueron los primeros que tuvieron juntos el imperio romano. Y habiéndose muerto Antonino Vero, quedó solo Marco Aurelio, que es muy conocido en España por el libro de su vida, que anda en nuestra lengua. Y ya que no fué español este príncipe, descendia de españoles. Su bisabuelo de parte del padre, llamado Annio Vero, como Julio Capitolino lo dice, fué natural del municipio Succubitano, que era en el Andalucía, y se cree fuese en la sierra de Ronda, porque parece lo pone Plinio hácia allá. Mas en esto no se puede decir cosa cierta.

De Antonino Vero se halla una basa de estatua en Tarragona con estas letras.

DEVICTORI OMINVM GENTIVM BARBARARVM
ET SVPER OMNES RETRO PRINCIPES PROVI-
DENTISSIMO IMP. CAES. MARCO ANTONINO VE
RO INCLYT. AVG. P. M. T. POT. PP. COS. II.
PRO.
VALERIVS. IVLIANVS. V. P. P. P. H. TARRAC. NVM.
MAIESTATIQ. EIVS SEMPER DICATISSIMVS.

En castellano dice: Valerio Juliano, prefecto de la ciudad, presidente de la provincia de la España Tarragonesa, puso esta estatua al vencedor de todas las gentes bárbaras, y providentísimo príncipe sobre todos los pasados, el emperador César Marco Antonino Vero, Inclito, Augusto, pontífice máximo, que habia tenido el poderío de tribuno del pueblo y el renombre de padre de la patria, y habia sido dos veces cónsul y procónsul. Y púsosela como supremamente dedicado y ofrecido á su divinidad y magestad.

Mas del emperador Marco Aurelio su compañero hay muchas memorias. La primera está á la puerta de la iglesia en Monda, cabe Málaga, que como se ha dicho, es la antigua Munda. Tiene la piedra estas letras.

IVL. NEMESIVS MONENT. VI-
CE. M. AVRELII IMP. SACRA
BAETICAM GVBERNANS
PRAETORIVM INVRBEMVN
DA QVO PATRES ET POPV
LVS OB REMP RITE AD-
MINISTRANDAM CONVE-
NIANT. F. MAND.

En castellano dice: Julio Nemesio Nomentano, gobernando el Andalucía con las veces sagradas del emperador Marco Aurelio, mandó hacer esta casa de ayuntamiento, donde el pueblo y su gobierno se junten para tratar de la buena administracion de su república. Y por aquí se entiende, como este Nemesio tuvo cargo del gobierno en el Andalucía.

En Lezuza, villa cerca de la ciudad de Alcaraz, se le puso á este emperador estátua, cuya basa se ve ahora en la claustra de la iglesia con estas letras:

IMP. CAES. DIVI ANTONINI. FILIO. DIVI HA-
DRIANI NEPOTI. DIVI TRAIANI PARTH. PRON.
DIVI NERVAE ABNEPOTI. M. AVRELIO ANTO
NINO AVG. ARMENIACO. P. M. T. P. XX. IMP. II.
COS. III.
COLONIA. LIBISOSANORVM.

La piedra despues de poner muy á la larga los títulos de la descendencia deste emperador y los suyos propios, dice como los moradores de aquella colonia llamada Libisosa, le pusieron la estátua. La piedra es notable por mostrar como allí fué el lugar de aquel nombre, el cual por ella se enmienda en Plinio, en cuyos libros corruptamente se lee Libisoca.

En Málaga está una columna de medida de caminos con estas letras:

M. AVRELIVS AN-
TONINVS PIVS
MAX. AVG. PARTH.
MAX. BRIT. MAX.
PONT. MAX. TRIB.
POT. XVII. IMP.
IIII. COS. VIII RES
TITVIT.

En castellano dice: Mandó aderezar este camino, que estaba estragado, el emperador Marco Aurelio Antonino Aug. el Piadoso, el grande, el gran vencedor de los partos, el gran vencedor de los ingleses, pontífice máximo, y que habia ya tenido diez y siete veces el poderío de tribuno del pueblo, y cuatro el renombre de capitan general, el año que tenia el octavo consulado.

El papa san Aniceto, en quien dejamos la cuenta de los sumos pontífices, lo fué nueve años, ocho meses y veinte y cuatro dias; habiendo sido martirizado en la cuarta persecucion de la Iglesia (que se movió en tiempo deste emperador) el año de Nuestro Redentor ciento y sesenta y tres, á los diez y siete de abril, y con va-

cante de diez y siete dias fué elegido san Soter á los cinco de mayo. Vivió siendo pontífice siete años, once meses y diez y ocho dias, hasta que murió el año ciento y setenta y uno á los veinte y dos de abril. Estuvo vaca la silla pontifical veinte y dos dias, que fué elegido san Eleuterio á los catorce de mayo.

A su mujer deste emperador Marco Aurelio, llamada Faustina, tambien se le pusieron en España algunas estatuas con títulos. En Tarragona dura el título en una piedra con estas letras:

P. H. C.
FAVSTINAE
IMP.
ANTONINI FI-
LIAE.

Dice en romance: Esta estatua con este título puso la provincia de España la Citerior á Faustina, hija del emperador Antonino.

Y en Barcelona en casa de Mosen Coloma.

FAVSTINAE. AVG. IMP. M.
AVRELII. ANTONIN. AVG.
D D.

Esta estatua se dedicó á la emperatriz Faustina mujer del emperador Marco Aurelio Antonino Augusto.

En tiempo deste emperador, los moros de la Mauritania, que es lo que está muy frontero en África de la costa que va de Gibraltar por el Océano á Portugal, entraron en España, y casi la destruyeron toda, que no dice ménos que esto Julio Capitolino. Y habiendo propuesto tan encarecida destruccion, no dice ninguna otra palabra della, porque no espere nadie que yo lo diga. Solo añade Julio Capitolino, que Marco Aurelio envió sus legados y lugar-tenientes, y que ellos trataron la guerra prósperamente. Háse de entender que echaron á los moros de toda España, porque no habia bien ninguno en aquella guerra, si no se acabara con este fin.

Algunos han querido pensar, y no sin fundamento, que los moros dieron esta vez sobre Antequera. Y si desembarcaron en Málaga ó por allí, cerca tenian aquella ciudad. Defendióla entónces un procónsul Galo Maximiano, á quien pusieron despues estátua los de Antequera; cuya basa dura hasta ahora con estas letras:

GALLO MAXVMIANO PRO-
COS. AVGG. ORDO SINGILIEN-
SIVM OB MVNICIPIVM DIVINA
BARBARORVM OBSIDIONE LI-
BERATVM. PATRONO CVRAN-
TIBVS. G. FAB. RVSTICO E. L.
AEMILIO PONTIANO.

En castellano dice: Esta estatua pusieron los vecinos del municipio Singiliense á Galo Maximiano procónsul de los emperadores, su patron, porque lo libró de un largo cerco de los bárbaros, habiéndolo llamado para esto. Y tuvieron el cargo de ponerla Cayo Fabio Rustico y Lucio Emilio Ponciano.

La Lusitania tambien estuvo muy alborotada en tiempo deste emperador, y despues se pacificó bien. Y en decir esto digo yo aun mas palabras que Julio Capitolino gasta en contarlo.

Proveyó este emperador muy benignamente en una necesidad que España tuvo, y por no se entender bien en Capitolino, no daré aquí razon della.

Tambien es del tiempo deste emperador una grande y extraña inscripcion que está en Barcelona, en casa de Berenguel de Requesens en muchas piedras, que se juntaron porque cupiese todo esto que tiene escrito.

L. CECILIVS. L. F. PAPIA, OPTATVS. ET
LEGION. VII. LEGATVS, ET X. LEG. ET
XV. APOLLIN. MISSVS HONESTA MISSIO
NE AB IMP. M. AVR. ANTONINO ET AVR.
VERO AVG. ADLECTVS AB PATRE IN-
TER IMMVM. CONSEQVVTVS HONORES
AEDILITIOS. IIVIR. III. FLAM. ROMAE
DIVORVM ET AVGVSTORVM.
QVI REIP. BARC. C. TAL. DELEGO. DARI
QVE VOLO. * VI. EX QVORVM VSVRIS
SEMMISSIBVS EDI VOLO QVOTANNIS SPE-
CTAC. PVGILVM DIE IIII. ID. IVNII VSQVE
AD. XCCL. ET EADEM DIE LXXXCC. O-
LEVM IN THERMIS PVBLIC. POPVLO
PRAEBERI FESTA PRAESTARI EA CONDI-
TIONE VOLO, VT LIBERTAE, ITEM LI-
BERTORVM MEORVM LIBERTARVMQVE
LIBERI QVOS HONOR SEVIRATVS CON-
TIGERIT AB OMNIBVS MVNERIBVS SEVI-
RATVS EXCVSATI SINT.
QVOD SI QVIS EORVM
AD MVNERA VOCATVS FVERIT, TVM EA
XVI AD REMP. TARRAC. TRANSFERRI
IVBEO SVB EADEM FORME SPECTACV-
LORVM QVAE SS. EST AEDANDORVM
TARRAGONAE. L. D. D. D.

Esta inscripcion es como cláusula de testamento, en que se hace una manda con ciertas condiciones á la ciudad de Barcelona, y substitucion á la ciudad de Tarragona. Tiene muchas dificultades para entenderse en latin y así se puede trasladar mal en castellano. Lo que della se entiende es, que Julio Cecilio Optato, de la tribu Papia, hijo de Lucio (y debia ser natural de Barcelona), fué capitan harto principal, pues fué legado y como lugar-teniente de general en tres diversas legiones: en la séptima, en la décima y en la quintadécima, llamada del dios Apolo. Despues los dos emperadores Marco Aurelio Antonino y Aurelio Vero su compañero, le dieron honrada licencia para que no anduviese mas en la guerra. Ya ántes el emperador Antonino Pio, padre por adopcion de los dos ya dichos, le habia dado privilegio de franqueza y libertad de tributos. Despues alcanzó (en Barcelona á lo que parece) las honras y cargos de ser edil y uno de los dos del gobierno; y en Roma habia tenido el cargo de flamen y sacerdote de los dioses y de los emperadores. Este Cecilio Optato, que tantas honras y cargos habia tenido dice que hace manda y deja á la república de Barcelona cien talentos, que hacen suma, por la cuenta de Budeo, de sesenta mil escudos de los de á diez reales. Y de parte de lo que estos dineros dados á cambio rentasen, manda que se hagan cada año ciertos juegos y fiestas públicas, y que se dé aquel dia en los baños públicamente, á todos los que se fueren á bañar, aceite con que (como era de costumbre) se untasen. Todo esto manda, con condicion que sus ahorrados ó libertos, machos y hembras, y sus hijos dellos que llegaren á

tener cargo de sevirato (que era cierto oficio público, así llamado porque lo tenian seis), gocen la honra sin las cargas de aquel oficio. Y si acaso la ciudad agravase á alguno de sus libertos en aquel cargo, queriendo que llevase la carga dél, entónces dice que toda su manda y legado se pase á la ciudad de Tarragona, con las mismas condiciones y gravámenes que á Barcelona se ponian. Esto es en general lo que la inscripcion contiene: lo demás que en particularidades della se ofrece difícil cada uno podrá trabajar de entenderlo, que yo no pensé poder satisfacer á todos en todo.

CAPÍTULO XXXIX.

La milagrosa victoria que el emperador Marco Aurelio alcanzó por oraciones de los cristianos, y la memoria que della se halla en España.

Aunque llevo siempre el cuidado que me pide el haber propuesto de no escribir en esta historia cosa que no sea propia de España: mas á esta sazon se ofrece una de tanta gloria de Dios y manifestacion de la certidumbre en la fé cristiana, que seria descuido y culpa callarla. Tambien hay alguna mencion della por aquellos tiempos en España, y por esto pertenece á esta historia. Esta fué una insigne victoria, que este emperador Marco Aurelio alcanzó por milagro que nuestro Señor fué servido obrar á peticion de los cristianos, para dar la luz de la fé de Jesucristo, á quien de los gentiles quisiese seguirla, y si no confusion á quien quisiese mas cegarse. Todo el hecho pasó desta manera. Hacia la guerra el emperador Marco Aurelio en Alemania, trayendo su ejército entre otras una legion toda de soldados cristianos aunque otros dicen no mas que una cohorte, que por su órden del número se llamaba duodécima, ahora ganó otro mas señalado y glorioso renombre. La guerra poco á poco habia llegado á los marcomanos y cuados que se cree eran cerca de Bohemia aunque otros los ponen mas adentro en medio de Alemania. Éstos usando de prudencia en la guerra con noticia de su region, se fueron poco á poco mejorando de sitio con su campo hasta cercar á los romanos en tal lugar, que ningun agua tenian, y les era forzado perecer de sed. El emperador, que entendia su peligro y como cada hora iba creciendo, quisiera pelear y hacerse camino con las armas; pero no le valia nada su buen ánimo, por excusar el enemigo la batalla, entendiendo cuan cierta tenia la victoria sin ella. Así veía Marco Aurelio perecer miserablemente su ejército, sin tener consejo ni remedio para escapar. Estando, pues, con toda la congoja que el triste caso requeria, un su criado principal vino á él, y para animarle y aconsejarle le dijo, como los cristianos eran gente que solian alcanzar de su Dios cualquier cosa que le pidiesen, por difícil que fuese, y que en la legion duodécima habia gran número dellos. El emperador envió por los principales destos cristianos, y les mandó pidiesen á su Dios remedio de aquella fatiga. Pusiéronse luego en oracion con mucha firmeza y confianza en la fé, y alcanzaron que súbito viniese un gran torbellino, tan diferente para los unos y para los otros, que se veia claramente cómo y para qué el cielo lo habia enviado. Los romanos se refrescaban y restauraban suavemente con el agua, y los enemigos se espantaban y turbaban todos con los truenos y relámpagos. Así se pusieron luego en huida, y los romanos, siguiendo el alcance, mataron muchos dellos, hasta dejarlos de aquella vez casi del todo destruidos. El emperador, movido con la manifiesta maravilla, mandó luego por su provision pública cesar la persecucion que habia movido contra los cristianos: y en memoria del divino beneficio, quisó se llamase de ahí adelante aquella legion duodécima la legion Fulminatrix; siendo este vocablo tal, que no se puede bien trasladar en castellano, y lo mas claro que se puede decir es, que se llamó la legion Lanzarayos.

Esto es lo que así cuentan deste milagro Tertuliano (1), que vivió y escribió pocos años despues de haber sucedido; haciendo tambien mencion de la carta del emperador, donde él mismo lo cuenta. Eusebio Cesariense, en su historia eclesiástica y en su corónica (2), Paulo Orosio y Paulo Diácono lo refieren (3). Y no solamente lo escriben nuestros autores cristianos, sino tambien de los gentiles Julio Capitolino, y mas á la larga Dion Cassio, que vivió por estos tiempos. Y en contar el hecho concuerdan con nosotros, y aun se adelantan en mucho encarecerlo, mas como infieles atribúyenlo á encantamentos y supersticiones. La carta que sobre esto escribió el emperador deste hecho al senado, que contiene tambien la provision en favor de los cristianos, anda ya impresa en latin en los Fastos de Onufrio Panuinio, que la halló en griego en original de mucha autoridad, y allí lo podrá ver quien quisiere.

Por los cónsules Galo y Flaco, que se nombran en el año desta victoria, parece como sucedió en el ciento y setenta y cinco de nuestro Redentor, y dura en España la memoria desta legion, que ahora ganó el divino renombre en una piedra de sepultura. Está en Tarragona en la huerta de Juan Mulgosa. Las letras que tiene son éstas:

D. M.
IVLIO SECVNDO, QVI VIXIT ANN.
XXXVIIII. M. II. D. X. C. IVLIVS
IOSCHVS LEG. XII. FVLMINATRI-
CIS LIBERTO BENEMERENTI FE-
CIT.

En castellano dice: Esta piedra es memoria consagrada á los dioses de los defuntos. Púsola Cayo Julio Josco, soldado de la legion duodécima, llamada Lanzarayos, á Julio Secundo, su liberto, que muy bien se lo tenia merecido; y vivió treinta y nueve años, dos meses y diez dias.

Ya yo tenia impreso lo de hasta aquí y aun algo mas adelante, cuando sucedió que queriendo la iglesia mayor de Sevilla aderezar las gradas de junto á la torre, descubrieron partes de sus fundamentos, y en una esquina dellos se vieron puestas dos grandes piedras de lindo mármol ó pórfido, que fueron basas de estatuas y los moros las hundieron en aquella fábrica. Sacáronlas con gran fidelidad hombres doctos en Sevilla, ántes que las volviesen á cubrir. Y la una tenia la grande inscripcion que se sigue con los mismos renglones que aquí van. Y por ser del tiempo deste emperador Marco Aurelio, y hacer mencion desta legion Lanzarayos, quise ponerla aquí guardando la otra para las antigüedades, donde tendrá mas propio lugar.

---

(1) En el lib. á Escápula, en el Apologét. (2) En el lib. 5, c. 5. (3) En el lib. 7, c. 15.

SEX. IVLIO. SEX. F. QVIR. POSSESSORI.
PRAEF. COH. III. GALLOR. PRAEPOSITO NVME
RI. SYROR. SAGITTARIOR. ITEM. ALAE PRIMAE HISPA
NOR. CVRATORI. CIVITATIS ROMVLENSIVM. M. AR
VENSIVM. TRIBVNO. XII. L. FVLMINATR.
CVRATORI. COLONIAE. ASCENSIVM ADIECTO
IN DECVRIAS AB OPTIMIS MAXIMIS QVE
IMP. ANTONINO ET VERO AVGG. ADIV
TORI : : : : : : : : : : : :ANTONINI PRAEF. ANNON.
AD OTIVM : : : : : : HISPANVM. RECEN
SENTVM. ITEM SOLAMINA TRANSFE
RENDA. ITEM VECTVRAS NAVCVLA
RIIS EXOLVENDAS. PROC. AVGG. AD.
RIPAM. BAETIS. SCAPHARII. HISPALEN
SES. OB INNOCENTIAM, IVSTITIAM
QVE EIVS SINGULAREM.

Trasladarla he en castellano lo mejor que yo supiere, dejando á los doctos la enmienda que con buenas razones pudieren poner. Dice, pues: Los barqueros de Sevilla pusieron esta estatua por su singular entereza y justicia, á Sexto Julio Posesor, hijo de Sexto, de la tribu Quirina, que tuvo todos estos cargos. Fué prefecto de la tercera cohorte de los franceses. Prepósito del número de los siros flecheros. Prepósito tambien de la primera banda de caballos españoles. Procurador de la ciudad de Sevilla, y del municipio de los Arvenses. Tribuno de la legion duodécima, llamada Lanzarayos. Procurador de la colonia de los Arcenses. Uno de los acrecentados en las decurias de los jueces, por merced de los excelentes y soberanos emperadores Antonino y Vero Augustos. Ayudante de : : : : : Antonino. Prefecto del trigo. Y para tener cuenta con el ócio imperial de España; y para enviar el tributo de las consolaciones, y para hacer pagasen los pasajes á los procónsules de los emperadores, los marineros de toda la ribera de Guadalquivir.

Esta inscripcion, demas de lo dicho, tiene otras cosas notables. Tiene los dos nombres de la ciudad de Sevilla, el del municipio Arvense, que es Alcolea, ocho ó nueve leguas de Sevilla rio arriba, y el de la colonia Arcense, de quien se ha dicho en una adicion ántes desta. Tiene la mencion de aquella órden en el gobierno que llamaban Occia Imperatorum. Este era un libro que habia en cada provincia, donde se comprehendia toda la descripcion della, con la manera de su gobierno y tributos que en cada parte se pagaban. Así era mas copioso que el que anda ya impreso, intitulado Notitia Provinciarum: y venia á ser muy semejante al libro llamado Becerro, que tiene estos reinos de Castilla. Hay mencion deste libro en el de las grandezas de Tarragona, que ha impreso Luis de Icart, caballero de aquella ciudad. Y debiéronle de poner aquel título, porque con estar así todo aquello dispuesto y proveido para el gobierno, parece podia el emperador estar descansado y sin congoja dél. Del otro cargo que se nómbra de enviar las consolaciones, no he visto jamás mencion en ningun autor. Lo postrero de pagar los pasajes trasladé de aquella manera: entendiendo como se puede muy bien entender desta otra manera. Que aquel Sextio Posesor tuvo cargo de hacer que se les pagasen á los marineros sus fletes y pasajes. Así que tuviese su cargo parte del de almirante, para tratarse delante dél los pleitos que sobre pagas de fletes y pasajes se moviese, y para esto tuvo título de procónsul de los emperadores por toda la ribera de Guadalquivir. Y aun á mí mas me contenta esta declaracion.

Comodo, muy diferente de su padre Marco Aurelio, por ser muy malvado, le sucedió en el imperio el año ciento y ochenta y uno de nuestro Redentor. Matáronlo por sus maldades; y no hay nada de las cosas de España en su tiempo. Solo hay algunas memorias suyas en piedras. Una está fuera de Tarragona al arroyo llamado Canillas con estas letras:

MARTI CAMPESTRI SACRVM
PRO SALVT. IMP. MARCI AVRELII COM-
MODI AVG. ET :: :: :: SING. T. AVRE-
LIVS DECIMVS LEG. VII GEM. FEL.
PRAEF. SIMVL ET. :: :: :: DEDIC. KAL.
MART. MAMERTINO ET RVFFO
COSS.

Es arula dedicada al dios Marte, al cual intitula campestre, á lo que yo creo, porque las batallas son ordinariamente en el campo. Púsose por la salud del emperador Comodo, y púsola Tito Aurelio, décimo capitan y prefecto en la legion séptima Gemina la Dichosa, el primero dia de marzo el año que fueron cónsules Mamertino y Rufo, que fué el ciento y ochenta y tres de nuestro Redentor.

Las demás piedras no hacen nada al caso por no tener cosa notable. En ésta lo es la mencion de la legion séptima Gemina, fundadora de la ciudad de Leon.

CAPÍTULO XL.

Los dos hermanos san Facundo y san Primitivo.

Los dos santos Facundo y Primitivo son de los mas antiguos mártires que hubo en España. Porque aunque hay alguna variedad en señalar el tiempo de su martirio, siempre se pone en las primeras persecuciones de la Iglesia. Don Lucas de Tuy, á quien sigue fray Juan Gil de Zamora, dice fueron martirizados en esta cuarta persecucion de tiempo del emperador Marco Aurelio, en los años ciento y sesenta y ocho de nuestro Redentor, ó poco despues. En unas memorias antiguas de la iglesia de Santiago de Galicia, que ha mas de trescientos años se escribieron, se pone que padecieron la era doscientos y sesenta, que es el año de nuestro Redentor doscientos y veinte y dos. Y esto seria en la quinta persecucion y en tiempo del malvado emperador Heliogabalo. En las lecciones de algunos breviarios se señala este mismo año, añadiéndose que eran cónsules en Roma Attico y Pretextato. Mas éstos no fueron cónsules hasta despues el año doscientos y cuarenta y dos, siendo emperador Gordiano el segundo. A quien esto escribió le debió mover el nombre de Attico juez que se escribe martirizó estos santos. Que como le hallaron nombrado en los cónsules del año ya dicho, atribuyéronle á él todo lo que destos mártires hallaban. Mas los que escriben padecieron en tiempo de Marco Aurelio, tambien tienen dos Atticos que fueron cónsules por estos años: y pudieron despues venir á gobernar en España. El uno es Lucio Julio Attico Acciliano, que fué cónsul con Pompeyano Luperco en tiempo del emperador Adriano, el año de nuestro Redentor ciento y treinta y seis. El otro llamado Tito Claudio Attico Herodes, fué cónsul ocho años despues en tiempo ya del primer emperador de los Antoninos. En algunas historias destos santos tambien se refiere que pidiéndoles Attico razon de su fé: ellos respondieron que san Pablo se la habia predicado. Y aunque ellos si padecieron en tiempo de los emperadores Antoninos, no fué posible fuesen

nacidos cuando vino acá el Apóstol: mas parécese su mucha antigüedad, pues dieron á entender en tal respuesta que habian ellos oido á hombres que alcanzaron á ver á san Pablo cuando acá estuvo.

Todo esto se ha dicho para inquirir algo del tiempo del martirio destos santos, por no haber en los breviarios claridad en ello. Y bien veo que yo tampoco la doy, mas descubro todos los rastros que se pueden seguir, para llegar á creer que estos santos fueron muy antiguos, y martirizados en esta cuarta ó en la quinta persecucion de los Antoninos. Y luego tambien se verá otra razon conforme.

Don Lucas de Tuy escribe que estos santos fueron hijos de san Marcelo, y hermanos de sus muchos hijos mártires. Y deste autor parece lo tomaron otros algunos que en España lo han escrito. Yo tengo por cierto que no fueron hijos de aquel Santo, y así me parece lo creerá, quien considerare las razones con que se prueba. San Marcelo padeció en la décima persecucion de la Iglesia mas de ciento y cincuenta años despues destas cuarta y quinta. Y cuando llegaremos á tratar dél, veremos cuan cierto es que padeció entónces. Y el mismo obispo de Tuy afirma, que estos santos padecieron en éstas de ahora. Así se contradice manifiestamente. Porque si padecieron cuando él dice, no pudieron ser hijos del Santo, y si fueron sus hijos, no pudieron padecer tanto ántes. Tambien cuando se escribiere de aquel Santo, se le darán sus doce hijos sin estos dos: y casi todos se le darán por testimonio del mismo don Lucas de Tuy. Sin esto yo he visto muchos breviarios de las iglesias de España, y en ninguno dellos se dice que fuesen hijos de san Marcelo, sino que se habla dellos descuidadamente como de unos moradores de la provincia de Galicia. Y no se dejara de nombrar su padre si tan señalado y excelente lo tuvieran. Es tambien harto testimonio la diversidad de los jueces que prenden y martirizan á san Marcelo y á sus hijos, Claudio, Lupercio, y Victorico en Leon, y este otro que habia martirizado á san Facundo y Primitivo. Mas algunos de los que los hacen hijos de san Marcelo, para evitar el inconveniente desta diversidad de los jueces en diversos tiempos: dijeron que este Attico se llamaba tambien Daciano. Y así se halla dicho en algunos breviarios y santorales. Mas véese claro como fué añadidura voluntaria sin haber ningun fundamento para ella. Son tambien diferentes las causas de los martirios, y todo el estilo y manera de proceder de la una y de la otra historia. La destos santos se halla muy conforme en todos los breviarios y santorales antiguos, proseguida desta manera.

Habiendo venido á la provincia de Galicia por los romanos un gobernador llamado Attico, y hallándose en las comarcas de la ciudad de Leon, á la ribera del rio Cea, que bajando de las montañas de Asturias, se va á juntar con el rio llamado Carrion mas arriba de la villa de su mismo nombre: mandó pregonar sacrificio público, que se hiciese á una estatua ó ídolo del dios Febo, á quien los gentiles tenian por el mismo que el sol. Y puede ser fuese tambien del dios Marte, conforme á lo que escribiendo de san Torcuato y sus compañeros atrás se ha dicho. Estaba esta imágen á la ribera de aquel rio, siendo tenida en mucha veneracion por toda aquella tierra. Llegado el dia señalado para el sacrificio, y habiéndose juntado gran multitud de gente á celebrarlo, el mismo Attico hizo primero su adoracion para mayor solemnidad y ejemplo de todos. Siguiéronle los demás, y la fiesta se hizo con grande pompa de acatamiento y religion por toda la gente de la provincia. Solo faltaron en ella dos mancebos hermanos Facundo y Primitivo, naturales de por allí cerca, y por algunas cosas que en su historia se dirán se parece manifiestamente como habian sido soldados. Eran cristianos y bien fundados en la fé: y por esto no concurrieron en la malvada fiesta. Diósele noticia desto á Attico, y mandólos traer presos y encadenados delante sí. Venidos les preguntó de qué tierra eran, ¿y qué religion seguian? A esto respondieron. Somos naturales destas comarcas, y cristianos en la fé. Replicóles Attico. ¿No habeis entendido como nuestros emperadores han mandado que sean castigados los cristianos? Los santos respondieron. Oido hemos de ese desatino y blasfemia. Sacrificad, pues, á los dioses, dijo el juez, porque no pongais en peligro vuestras vidas. Nosotros sacrificamos cada dia á Jesu-cristo, Dios Eterno y verdadero, respondieron ellos. Pues no hay duda, prosigue el juez por entretener y ablandar cuanto pudiese, sino que vosotros sois sujetos al imperio romano y de su jurisdiccion. A esto respondieron los dos hermanos. Hasta ahora debajo del imperio romano hemos vivido, y en sus guerras y reales hemos andado: ahora otro capitan y otras banderas nos conviene seguir. Todavía se detenia Attico, y así les dijo. Hombres miserables ¿no sabeis que tengo poderío de quitaros las almas con la vida? Eso no puede ser, replicaron los mártires. Nuestros cuerpos bien los tienes en tu poder y puedes hacer dellos lo que quisieres: mas las almas, de aquél son que las podrá librar de tus manos. El presidente dijo como escarneciendo. Muy elocuentes sois, mucho me parece que sabeis. A esto respondieron los santos. No nos preciamos vanamente de sabios. Mas si alguna sabiduría ó prudencia tenemos, toda es de Dios y dada de su mano. Y si tú le conocieses, no nos amonestarias tan desatinadamente que nos sujetásemos al demonio. Debeis ser diáconos ó lectores, dijo Attico. Y ellos. No somos dignos de tanto grado de honra en la Iglesia: mas eso poco que somos, por merced y gracia de Dios se nos ha dado. Al fin os resolveis, segun veo, dijo el juez, en querer morir ántes que sacrificar. Esa manera de morir, segun los santos, no la tendremos por muerte, sino por verdadero principio de vida eterna.

Entendiendo ya el presidente como no le aprovechaban palabras, mandó comenzar los tormentos. Éstos fueron nuevos y muy crueles. Quebráronles primero los dedos, y lastimáronles crudamente las piernas, apretándoselas con una manera de cepo que como prensa, segun lo que se puede entender, se iba cerrando poco á poco. Lleváronlos así á la cárcel muy fatigados y dolorosos: mas muy alegres y alabando á Dios que les hacia la merced de que padeciesen por él, y les esforzaba para esto el sufrimiento. Mas buscando todavía Attico, incitado por el demonio, manera como vencerlos, les envió para mucho regalo estando á la mesa de lo que él comia: diciendo. Pues ya veo que no temen los tormentos, por ventura los ablandarán estas caricias. Los dos santos hermanos no quisieron recibir el presente por la mala negociacion en que venia envuelto: y porque comer vianda de mano de gentiles, tenia peligro de parecer que consentian y se conformaban con ellos.

Ya no pudo sufrir Attico este desprecio, y con mucha ira mandó luego echar á los santos en un horno encendido. Tres dias estuvieron allí sin recibir ningun

daño, y recibiendo mucha consolacion y refrigerio de los ángeles que allí les parecieron y los guardaron. Viendo despues Attico que no le valía el fuego, mandóles dar mucho veneno en la comida. Los santos cuando se lo trujeron, lo recibieron con decir estas palabras: No habíamos de gustar esta vianda, porque sabemos lo que viene en ella, mas porque se manifieste la virtud de Jesucristo, comerémosla toda. Así lo hicieron, haciendo primero sobre la comida y sobre sus frentes la señal de la cruz, quedando tan sin daño, como si hubieran comido cualquier buen mantenimiento. Maravillado desto el que habia puesto la ponzoña en la vianda, puso de nuevo otra mas cruel y de mayor fuerza, diciendo á los santos: Si ésta tomais, y no moris luego, yo creo lo que creeis, y quiero ser cristiano. Tomaron estotro veneno, quedaron libres, convirtióse el que se lo dió, y quemando todos sus libros de venenos y hechicerías, se allegó á los santos.

La rabia de Attico encendida en mayor furia por hartar bien su venganza, y mas de veras por aparejarles á los dos hermanos mayor corona de gloria, comenzó de nuevo á ejercitar en ellos nuevas y exquisitas crueldades. Despedazáronles las carnes, hasta sacarles los nervios con garfios de hierro, echáronles aceite hirviendo por todo el cuerpo llagado, pegáronles grandes tizones á los lados, echándoles despues cal viva mezlada con vinagre, por la boca en la garganta.

¡O buen Dios glorioso y admirable en tus santos! Sabias que dándoles tú el esfuerzo, no podia desfallecer su constancia, y así permitias fuesen mas atormentados, para que mas mereciesen. El deseo, Señor, que tenias de darles mayor premio, te hacia holgar creciese su merecimiento. Aunque te ofendia, Señor, la maldad de aquellos malvados ministros, della sacabas mayor gloria tuya, y mas acrecentamiento della en tus santos. Pues no paró aquí la crueldad de Attico. Porque viendo como con todo esto no desmayaban, ántes burlaban de su poco poder: mandóles quebrar los ojos, confesando su confusion, y diciendo: Cegadlos, porque me turban cuando me miran. Los santos pasado esto, le dijeron al juez: Mejorado nos has la vista, pues verémos ahora con solos los ojos espirituales. Él burlando desto, se rió y dijo: Malaventurados, mirad por vuestra vida. Tú eres el malaventurado, dijeron ellos, que nosotros ya comenzamos á sentir nuestra bienaventuranza. Así sangrientos y plagados como estaban, fueron colgados por los piés, y saliéndoles mucha sangre por las narices, los verdugos los dejaron ya por muertos. Mas á cabo de tres dias, fueron hallados vivos, con sus ojos claros y enteros, y las llagas todas sanas, como si nunca hubieran sido atormentados. Entónces los mandó Attico desollar vivos, y estándose ejecutando esto, uno de los que estaban presentes, y otros dicen, uno de los verdugos dió grandes voces diciendo: Veo descender del cielo dos ángeles con dos coronas en las manos, y detiénense esperando á estos dos cristianos. Desesperado ya Attico con esto, y medroso de tanta maravilla, los mandó degollar disimulando su miedo, y diciendo como por escarnio. Quitadles las cabezas, porque ellas vayan á buscar esas coronas. De sus cuellos, al degollarlos con nuevo milagro, salió leche mezclada con la sangre, para que entendiese, quien pudiese bien considerarlo, el sustento y dulzura divina con que se mantenian, cuando les sobraban los tormentos, y les faltaba el refrigerio humano. Como á niños muy regalados se los daba la leche del cielo, cuando ellos como varones animosos peleaban con tanto esfuerzo.

Padecieron los santos hermanos Facundo y Primitivo, á los veinte y siete de noviembre, que es el dia en que se hace su fiesta, sin que haya (á lo que yo creo, y he visto) iglesia ninguna en España que no la celebre. Y esto es señal de haber sido siempre estos santos mártires muy tenidos y estimados.

Vistas, pues, tantas maravillas en su martirio, se convirtieron muchos gentiles á la fé de Jesucristo, y así fueron sepultados por ellos los benditos cuerpos con grande veneracion allí cerca del rio Cea, donde los mataron. Prevaleciendo despues la fé cristiana, se hizo una insigne iglesia en el lugar de su sepultura, donde nuestro Señor fué servido obrar muchos milagros, y hoy dia es uno de los mas suntuosos, ricos y autorizados monasterios de la orden de San Benito que hay en España, ni fuera della. Su fundacion sucedió desta manera.

En la perdicion de España, cuando los moros entraron en ella, los cristianos de aquella tierra llevaron los santos cuerpos destos mártires á lo interior de Asturias, que está cerca. Allí estuvieron mas de ciento y sesenta y seis años, hasta que el rey don Alonso, tercero deste nombre, llamado el Magno, habiendo recobrado la tierra, reedificó tambien la iglesia antigua destos santos, y se comenzó á poblar junto á ella la villa, que corrompido un poco el nombre de san Facundo, se llama Sahagun, como tambien llamamos al monasterio. Esto escriben así el arzobispo don Rodrigo y don Lucas de Tuy (1): mas yo he visto en aquel insigne monasterio privilegios del rey don Alonso el Magno, del año de nuestro Redentor ochocientos y setenta y cinco, y de otros allí adelante, donde sin tratar que fueron llevados á Asturias, ni otra cosa, llanamente dice como están allí sepultados los santos cuerpos, y por esto él restaura la iglesia, y la dota ricamente, dándola á un abad Ilefonso, que con sus monges habia venido huyendo de Córdoba. Y éste es gran testimonio de aquellos santos cuerpos, que están ahora al lado del altar mayor, en un arco alto, con reja de hierro dorada, y detrás puertas de pintura. Dentro están los benditos huesos en arca de plata grande. Fueron allí elevados detrás del altar mayor, donde primero estaban, habrá treinta años. Hízose la elevacion muy solemne con gran concurso de la tierra, y muchas fiestas, haciéndose público instrumento en forma con atestacion de testigos graves, y de mucha autoridad, que vieron las santas reliquias.

Despues desto que así hizo el Magno, fueron otra vez sacados estos santos cuerpos de su iglesia, y llevados á lo interior de las Asturias, cuando el rey Almanzor tomó la ciudad de Leon, y destruyó sus comarcas, y la villa de Sahagun, con la iglesia destos santos quedaron yermas y destrozadas, como por los dos ya dichos autores se refiere. Casi ochenta años estuvieron estos santos cuerpos en este destierro, hasta que el rey don Fernando, primero deste nombre, mandó poblar de nuevo la villa, y reedificar su iglesia, y hizo volver á ella sus santos cuerpos, haciéndola monasterio de monges de San Benito, como ántes habia sido. Y habiendo determinado enterrarse en este monasterio de su fundacion, por complacer á su mujer la reina doña Sancha, se enterró en el de san Isidoro de Leon. Mas otros reyes y infantes se enterraron despues en el

(1) En el lib. 5, c. 16.

de Sahagun, dotándolo de muchos vasallos y grandes riquezas, con que tiene el señorío y grandeza que hoy dia vemos con el mayor tesoro de los gloriosos cuerpos destos santos, que son allí reverenciados con gran devocion de toda aquella tierra.

El afirmar la iglesia catedral de Orense, que tiene estos santos cuerpos, podria ser que fuese tener gran parte de sus reliquias, y ser Dios servido que para que sus santos sean con mayor devocion reverenciados, mas de un pueblo y mas de una iglesia, tenga así persuasion de que tiene cuerpo santo, por tener sus reliquias en cantidad. Aunque cierto yo estando allí hice toda la diligencia que pude para descubrir el fundamento y testimonios que hay para que estén allí estos santos mártires, y no hallé cosa que bien satisfaga, como se satisface luego quien allí ve los buenos testimonios que hay del cuerpo de la gloriosa santa Eufemia, que está en la misma iglesia, como desto se dirá adelante.

A propósito de los grandes y nuevos géneros de tormentos que padecieron estos santos mártires, y de los demás nunca ántes usados ni oidos, que adelante en los santos de España se han de contar, será bien entender primeramente como es cosa cierta y muy autorizada, que se inventaron así estos cruelísimos tormentos para martirizar los cristianos, no habiéndolos usado ántes los romanos en ningun género de malhechores. Porque lo tenemos así de Séptimio Tertuliano, doctor cristiano, que escribió en tiempo destos emperadores Antonino: y en el libro que intituló Apologético, ó defensorio de los cristianos contra los gentiles cuenta todos estos tormentos que les daban. Empalábanlos como ahora hacen los turcos. Rompíanles con garfíos las carnes por los lados. A san Juan Evangelista, segun el mismo autor refiere (1), lo metieron en una gran caldera de aceite hirviendo. En la historia de Eusebio hay tambien grandes particularidades y muy autorizadas destos nuevos tormentos que contra los cristianos se inventaban. Señaladamente en una epístola que escribieron los cristianos de Leon y Vienna de Francia á los de Asia en tiempo destos mismos emperadores, hay grandes encarecimientos destas penas. De un tribuno dice usó tanta crueldad contra los cristianos, que no es posible contar las nuevas maneras de tormentos que en ellos ejecutó. Despues de tener así por cierto todo lo espantoso que en este caso de los martirios de los santos se refiere: es bien considerar como el demonio por dos causas principalmente procuraba aguzar así los ingenios de los jueces y verdugos de los gentiles, para que buscasen y hallasen nuevos géneros de crueldades contra los cristianos. La primera á todos es notoria, porque la grandeza de los tormentos, y la dilacion y detenimiento en ellos los hiciese desmayar en su confesion. En los que padecian el dolor gravísimo, y en los que veian ú oian, el miedo de no padecerlo, podian alcanzar de la flaqueza humana, lo que con una pena ordinaria, ni con una muerte arrebatada no se pudiera esperar. La segunda pretension del demonio en esto podia ser bien digna de su malicia y de su maldita obstinacion. Ya que no se alcanzase de los cristianos con las mayores crueldades el negar la fé, á lo ménos se ganaria el haber él por sus ministros hecho mayor mal. «Su gusto en hacer el mal es tan grande, «que ya ha alcanzado su fin, cuando un poco se hubie«re acrecentado en el mal, aunque no se siga todo el «colmo de lo que él pretende. Haya vicio, haya mal«dad y pecado, ya no ha trabajado en valde, ya se tie«ne con esto por satisfecho.» Cuanto mas, que fuera de lo que el demonio granjeaba con la mayor culpa de los jueces y ministros, que mas cruelmente martirizaban los santos, habia otra satisfaccion suya, y otro contentamiento de venganza, en haber hecho mas mal, y afligido mas, á quien él tanto aborrecia como á los santos, y á quien deseaba por su mal contento hacer mayor mal y daño, de cualquiera manera que pudiese.

(1) En el lib. 5, c. 1.

CAPÍTULO XLI.

Los emperadores Pertinax, Juliano Severo, y Caracala.

Á Comodo sucedió Aelio Pertinax, y durando poco, duró mucho ménos Didio Juliano sucesor suyo, que habiendo tenido el imperio solos dos meses, fué muerto el primer dia de junio, el año ciento y noventa y cuatro.

Tambien fueron elegidos otros dos emperadores despues de la muerte de Juliano Pescenio Nigro, y Clodio Albino, mas no hay para qué contarlos, (pues por lo poquito que duraron y en tiempo de otro, que verdaderamente era emperador, no se puede decir que fueron señores de España.

El papa san Eleuterio tuvo por estos tiempos el sumo pontificado quince años y trece dias, muriendo á los veinte y seis de mayo del año ciento y ochenta y seis. No duró la vacante mas de cinco dias, siendo elegido san Victor, primero deste nombre, el primer dia de junio.

Sucedió en el imperio á Didio Juliano un valeroso emperador llamado Septimio Severo, con sobrenombre de Pertinace, que tomó por reverencia de aquel buen emperador. En España se hallan muchas memorias dél. Está una en Cáceres á la collacion de Santa María. Es un pedestal cuadrado para asiento de la estatua. En los cuadros de los dos lados tiene esculpidos unos ramos de palma, que era insignia de victoria. En el cuadro de en medio dice:

IMP. CAES. LVCO. SE-
PTIMIO. SEVERO. PER-
TINACI. AVGVSTO
PONT. MAX. TRIB.
POT. II. IMP. III. COS.
PP. OPTIMO FORTISS.
PROVIDENTISSIMO
QVE PRINCIPI. EX.
ARG. P. XC. D. IVLIO.
CELSO. ET. L. PETRO
NIO. NIGRO II. V. D. D.

Y dice en castellano: esta estatua se puso al emperador César Lucio Septimio Severo Pertinace, augusto pontífice máximo, cuando ya la segunda vez habia tenido el poderío de tribuno del pueblo, y el renombre de capitan general tres veces, y el consulado dos veces, y los títulos de procónsul y de padre de la patria, siendo excelente, valentísimo y proveidísimo príncipe. Púsose la estatua con gasto de noventa libras de plata, habiendo tenido el cargo de dedicarla Decio Julio Celso, y Lucio Petronio Nigro, señalados para esto. Y por ser esta basa muy pequeña, y de lindo mármol blanco, bien hermoseado con la labor, creo yo que la estatua fué de plata. Porque tambien noventa libras

de entónces hace sesenta de las nuestras y ciento y veinte marcos, de que se podia fundir estatua hueca de razonable grandeza. Y era casi imposible gastarse tanto dinero, siendo de otro metal.

Este Septimio Severo Pertinace habia sido cuestor por suerte en la Bética, y de allí, como dice Esparciano lo pasaron con el mismo cargo á Cerdeña, siendo de edad de treinta y dos años, y estando acá tuvo en sueños y en otros acontecimientos anuncio de que seria emperador: cuando lo fué, tomó el nombre de Pertinace, sin pertenecerle, mas de porque le plugo, ó porque fué buen príncipe Pertinace, y quiso parecerle siquiera en el nombre: ó porque comenzó él á crecer en su tiempo y por su mano. Aunque despues, dice Esparciano, que mandó que se olvidase este su nombre, y no le nombrasen así. Mas ó no llegó á España, ó llegó tarde este mandato, porque se hallan acá muchas otras memorias deste emperador con el nombre de Pertinace. Entre ellas son éstas mas notables.

En Portugal, en una iglesia de nuestra Señora de Melid, junto al lugar llamado Collares, está una grande ara con estas letras de su dedicacion.

SOLI AETERNO ET LVNAE.
PRO AETERNITATE IMPERII
EL SALVTE IMP. CAES. SEPTI-
MII SEVERI AVG. PII ET CAII.
CAES. M. AVRELII ANTONINI
AVG. PII : : : : : : : :
CAES. ET IVLIAE AVG. MATRIS
EIVS. DRVSVS VALERIVS CAE-
LIANVS : : : : : : : :

Lo demás no se puede leer, y lo que se entiende de todo es, que este Druso Valerio Celiano, y otros que se nombraban con él en lo que está quebrado, pusieron aquel altar ó arula al Sol y á la Luna, por la salud y por la perpetuidad del imperio deste emperador Septimio Severo, y de su mujer Julia, madre de su hijo Aurelio Antonino, que sucedió en el imperio. Y es de notar, como ya aquí no le nombran Pertinace, porque se habia ya publicado su mandato.

En Málaga está otra dedicacion de tiempo deste emperador con este título:

IMP. CAES. L. SEPT. SEVERO.
PIO PERTINACI AVG. PARTH.
ARAB. ADIAB. PACATORI OR-
BIS ET FVNDATORI IMP. ROM.
IN EIVS HONOREM RESP. MALAC
TEMPLVM MARTI D D.

En castellano dice: La república de Málaga hizo y dedicó este templo al dios Marte, en honra del emperador César Augusto Septimio Severo Pio Pertinace, vencedor de los partos, de los alárabes, y de los adiabenicos, pacificador del mundo, que sosegó y concertó el imperio romano.

Otra basa de estatua deste emperador está una legua de la ciudad de Baeza, cerca del lugar pequeño llamado Rus, á la puerta de la ermita de nuestra señora de la Yedra. Tiene muchas letras gastadas: en lo que se puede leer dice así:

IMP. CAES. SEPTIMIO SE
VERO PIO PERTINACI
ARABICO, ADIABENICO
PARTHICO MAX. TRIB.
POT. XI. COS. III : : : :
R. P. RVRADENSIVM : : :
EX : : : : : : : : : : : : : :

Lo que dice en lo que se lee, despues de poner los títulos de las demás, es que la república de los ruradenses le puso aquella estatua.

En las ventas de Cáparra habia una basa de estatua, que los de aquella ciudad pusieron á la emperatriz Julia, mujer deste emperador. Está ahora en Ledesma, que por ser pequeña la llevó allí Gaspar de Castro, un grande anticuario que pocos años ha hubo en España. Tiene estas letras.

IVLIAE AVG. MATRI CASTRO-
RVM CONIVGI IMP. CAES. L.
SEPT. SVERI. PII, PERTINA-
CIS AVG. ET MATRI M. AV-
RELII ANTONINI IMP. ORDO
SPLENDIDISS. CAPARITANO-
RVM DEVOTVS NVMINI MA-
IESTATIQVE EIVS.

En nuestra lengua dice: El esclarecido ayuntamiento de los de la ciudad de Cáparra puso esta estátua á Julia Augusta, madre de los Reales, mujer del emperador Lucio Septimio Severo Pio Pertinace Augusto, y madre del emperador Marco Aurelio Antonino. Púsola como ofrecido y sujeto á su divinidad y magestad. Hase de notar, que cuando las mujeres de los emperadores seguian á sus maridos en la guerra, luego las llamaban madres de los Reales.

Dion Casio, que vivió en tiempo deste emperador, como parece en su sumario dice, que por todos estos tiempos se usaba que los soldados pretorianos de la guarda de los emperadores fuesen italianos, españoles, macedónicos y noricos. Así que nunca la lealtad y valentía de los españoles dejó de ser conocida y preciada, y puesta en lugar donde se daba bien testimonio della con el ponerla allí.

Deste emperador Severo fué la quinta persecucion de la Iglesia. Fué martirizado en ella san Felix, sacerdote, con dos diáconos suyos, Fortunato y Archiloco, que otros llaman Archileo, en la ciudad de Valencia, la de Francia cabe Leon. Algunos han querido decir que nó sino nuestra Valencia la de Aragon, yo satisfaré á esto en su propio lugar (1).

Tambien cuenta Esparciano, como Severo en su imperio sacó mucho oro de España, que siempre servia de enriquecer á Roma: y murió el año doscientos y doce de nuestro Redentor, dejando el imperio á un su hijo Marco Aurelio Antonino Basiano, que por sobrenombre despues llamaron Caracala, porque dió al pueblo romano por largueza unas ropas muy largas hasta los piés, que nunca ántes se habian usado, y se llamaban así. Por esto le conservaron este renombre como agradecimiento y lisonja, ó como escarnio, porque fué mal príncipe y no nada semejante á su padre. Hase de entender que desde Antonino Pio, sucesor de Adriano, en adelante, muchos emperadores holgaron de llamarse Antoninos por gozar del nombre, y parecerse siquiera en esto á un tan singular príncipe: y así es menester

(1) Adelante en el lib. 10, c. 30.

tener advertencia para saber bien distinguir los Antoninos, que aun hasta este Caracala, que fué viciosísimo, quiso tambien llamarse Antonino. Los de Ulia cabe Córdoba le pusieron estatua con un soberbio título, como parece en una gruesa coluna que está en la Iglesia allí en Montemayor, y servia de basa para la estátua, y tiene todas estas letras que yo las he visto.

IMP. CAES. DIVI SEPTIMII SEVERI PII, PERTINACIS AVG. ARABICI, ADIABENICI, PARTICI MAX. BRITANICI MAX. FILIO. M. AVRELIO DIVI M. ANTONINI PII GERMANICI, SARMATICI, NEPOTI DIVI ANTONINI PII PRONEPOTI, DIVI HADRIANI ANTONINI ABNEPOTI DIVI TRAIANI ET DIVI NERVAE ADNEPOTI, ANTONINO AVG. TRIB POT. VIII. COS. VI. SPLENDIDISSIMVS ORDO REIP. VILENSIVM STATVAM FACIENDAM DEDICANDAMQVE CENSVIT. DEDICANTE MARCO MANIO CORNELIANO CVRATORE ANNONAE CIVILIS DIVI ANTONINI.

Esta dedicacion es muy notable, por tener tan enteras escritas las mas de las palabras, y por tener una tan larga descendencia en contar padre, abuelo, bisabuelo, tatarabuelo, y quinto abuelo. Y aunque este emperador no sucedió derechamente de todos ellos, le quisieron lisonjear así los de aquel lugar, que se nombran con título de muy ilustre, ó muy esclarecido ayuntamiento, y dicen como en él acordaron que se hiciese y dedicase estátua al emperador. Y que la dedicó despues de hecha Marco Manio Corneliano, que tenia el cargo de las provisiones ordinarias de los mantenimientos y distribucion dellos, por el mismo emperador.

En Sevilla hay otro mármol con las mismas letras que este de Montemayor tiene, sino es al cabo que dice la dedicacion.

IANVS LICOMEDES PROCVRATOR AVGVSTORVM POSVIT. DEDICAVITQVE.

Dice en castellano, que Jano Licomedes, procurador de la hacienda de los emperadores, puso y dedicó aquella estátua.

Otras memorias se hallan deste mismo emperador en España, mas por ser muy semejantes darian fastidio si aquí se pusiesen. Pondráse una por ser notable, que está ahora en la real y muy insigne abadía de San Isidoro de Leon, en el claustro á la entrada de la capilla de los Reyes, donde yo la ví y la saqué. Trújose allí pocos años ha de la iglesia de san Julian del lugar llamado Ruiforco, dos leguas de Leon, en el val de Turio. Es de muy lindo mármol blanco con buena moldura. Fué basa de estátua, y siendo de vara y media en alto, y tres cuartas en ancho, tiene todas estas letras bien formadas y conservadas.

IMP. CAES. M. AVRELIO ANTONINO. PIO FELICI AVG. PARTHIC. MAX. GERMANIC. MAX. TRIB. POT. XIIII. COS. IIII. IMP. III. P. P. PROC. EQVITES IN HIS SECTARIVS LEG. VII. GEM. ANT. P. FEL. DEVOTI NVMINI MANIFESTAT. .Q EVIS.

Sin esto tiene escrito á un lado lo siguiente de letras menores.

DEDICAT : : : : VII. CAL. OCT. CATTO SABINO. II. ET. CO. ANVLINO COS.

Lo que dice (despues de poner los títulos pasados al emperador) es, que refiere como la gente de caballo, y con ellos el escribano de la legion Séptima Gemina, llamada tambien Antonina Pia, venturosa, como muy devotos de su divinidad y magestad, le pusieron aquella estátua. En el lado dice, como fué dedicada la estátua á los veinte y seis de octubre, siendo cónsules Catto Sabino la segunda vez, y Cornelio Ovinio Anulino. Fueron cónsules los que nombra la piedra, el año de nuestro Redentor doscientos y diez y siete, en tiempo deste emperador, y por esto se parece ser puesta la estátua y el título á él. Y es muy notable la inscripcion, por tener memoria de la legion Séptima Gemina, que como se dijo, dió principio y fundamento á la ciudad de Leon. Y el estar esta piedra en aquella ciudad (porque della se cree fué llevada á Ruiforco) da á entender, como esta legion siempre andaba aposentada en aquella ciudad y sus comarcas, como fundadora della.

Fué muerto este emperador Caracala el año doscientos y diez y ocho. Y el papa san Victor habia fallecido á los veinte y ocho de julio, el año ciento y noventa y ocho, habiendo sido sumo pontífice doce años y un mes y veinte y ocho dias. Con vacante de doce fué elegido san Zeferino á los diez de agosto, que todavía era sumo pontífice por este tiempo.

CAPÍTULO XLII.

Los cuatro emperadores que siguieron, y el estado de la Iglesia de España.

Duró el imperio de los cuatro emperadores, que luego sucedieron, Opelio Macrino, Antonino Diadumeno, Antonino Heliogabalo, y Alejandro Severo, hasta el año doscientos y treinta y seis: sin que haya cosa ninguna que contar de España. Porque Herodiano, Dion Casio, Esparciano, Lampridio, y Julio Capitolino, que escriben destos tiempos y destos emperadores, ninguna cosa ponen de España, como si no fuera provincia del pueblo romano. Tanto, que los de Herodiano son siete libros, en que escribe desde la muerte de Marco Aurelio el Filósofo, hasta el principio de Gordiano, y en todos ellos no se nombra jamás España.

En estos diez y ocho años hubo estas mudanzas de sumos pontífices. El papa san Zefirino murió á los veinte y seis de agosto el año doscientos y diez y ocho, y habia tenido la Silla veinte años y diez y siete dias. Seis hubo luego de vacante hasta ser elegido san Calixto, primero deste nombre, á los dos de setiembre, y tuvo la dignidad cinco años, un mes y trece dias, habiendo sido martirizado á los catorce de octubre en el año doscientos y veinte y tres. Tambien hubo vacante de seis dias, habiendo sido elegido san Urbano, primero deste nombre, á los quince del mismo mes. Fué sumo pontífice siete años, siete meses y cinco dias, y martirizado el año doscientos y treinta y uno á los veinte y cinco de mayo. Duró la vacante veinte y tres dias hasta ser elegido san Ponciano á los diez y ocho de junio siguiente. Vivió sumo pontífice cinco años, cinco meses y dos dias: falleciendo el año doscientos y treinta y seis á los diez y nueve de noviembre; y con no haber va-

cante de mas que un dia, fué elegido san Antero á los veinte y uno.

Ninguna duda puede haber, sino que ya por este tiempo la Iglesia de España estaba muy formada y distribuida en muchos obispados. Parece esto claro. Porque, pues, de muy atrás hallamos por las epístolas decretales de los pontífices pasados, que habia ya muchos obispos en Africa, Francia, Italia, y Sicilia: no hay duda sino que tambien los habia en España. Y el papa san Antero, que fué en tiempo del emperador Alejandro, escribió una epístola decretal á los obispos del Andalucía y de la provincia de Toledo, sobre el mudarse los obispos de unas iglesias á otras por justas causas, y respondiendo á algunas cuestiones sobre que habian consultado. Y por no tener data esta carta, no se entiende precisamente cuando se escribió.

Mas pues no vivió san Antero mas de un mes y pocos dias siendo sumo pontífice: cierto es que esta epístola se escribió en los postreros dias del año doscientos y treinta y seis, ó en los tres primeros del doscientos y treinta y siete, pues como veremos, no alcanzó mas adelante. Y ésta es la mas antigua epístola decretal que se halla de los sumos pontífices para España. Este arzobispo de Toledo, qué á esta sazon era, es el segundo de quien tenemos noticia despues de san Eugenio. Aunque ni es segundo en órden ni en número, pues en tantos años hubo sin duda mas. Tampoco sabemos su nombre. Y hase de tener advertencia, como estos obispos de las dos provincias de la de Toledo y del Andalucía, de tal manera escribieron consultando al papa, que parece cierto se habian congregado en concilio: pues sin tal junta no podian escribir así en conformidad. Y así se da tambien á entender en la respuesta del papa. Conforme á esto podríamos tener éste por el primer concilio de España, de los que tenemos noticia. Pues no hay duda, sino que ántes habria habido otros algunos.

En tiempo deste emperador Alejandro Severo padecieron en Asia san Ciriaco con su madre Julita. Lucio Marineo Sículo los hizo españoles contra toda razon, como adelante en su lugar se mostrará (1).

Parece que habia en España por este tiempo grandes adevinos y pronosticadores: pues Lampridio, por grande encarecimiento de lo mucho que sabia el emperador Alejandro en esta arte, dice que sobrepujaba en ella á todos los agoreros de los vascones, de los españoles y de los de Hungría.

Destos cuatro emperadores no hay en España memorias de que yo tenga noticia. De su madre de Alejandro, llamada Julia Mamea, que fué cristiana, y quisiera poner tambien á su hijo en serlo, hay una basa de estatua cerca de la ciudad de Guadix con lo siguiente:

IVLIAE MAMMEAE AVG. MATRI
IMP. CÆSARIS MARCI AVRELII
SEVERI ALEXANDRI PII. F. AVG.
M. CASTRORVM. COL. IVL. GEM.
ACCITANA DEVOT. NVMINI.
M. Q. EIVS.

Dice como la colonia Julia Gémina Accitana (que es Guadix, como algunas veces hemos dicho) puso aquella estatua á Julia Mamea Augusta, madre del emperador Marco Aurelio Severo Alejandro Augusto, piadoso, venturoso, y madre de los Reales.

(1) En el lib. 10, c. 30.

CAPÍTULO XLIII.

El emperador Máximino, y la sexta persecucion de la Iglesia. San Maximo, mártir de Tarragona. Otros emperadores hasta Filipo.

Julio Maximino, que sucedió luego, fué cruel enemigo de los cristianos. Martirizó muchos en la sexta persecucion que movió á la Iglesia. En España se dice de un solo mártir que padeció en este tiempo, llamado san Máximo, con algunos sus compañeros. Deste santo ninguna mencion hay en los martirologios, ni el obispo Equilino, ni en los muchos breviarios que yo he visto de España: y solo la hace el doctor Antonio Beuter, diciendo que padeció cerca de Tarragona en esta persecucion. A este Santo tengo por el mismo, que allí en Tarragona llaman comunmente san Magí, habiendo tambien muchos hombres que por devocion de sus padres tienen este nombre. Escribe dél Micer Luis de Icart, caballero natural de aquella ciudad, en el libro de las grandezas y cosas memorables della. Allí dice, como estando el Santo á seis leguas de la ciudad en la sierra llamada Bufagraña, retirado á servir á Dios en una cueva por ser cristiano, lo mandó traer á la ciudad un presidente de los emperadores; y no pudiéndolo mover de ser cristiano, lo puso en dura prision. Allí sanó á la hija del presidente, que estaba endemoniada. Y despues fué suelto milagrosamente de la cárcel, y se fué á su cueva en la montaña. Allí lo envió á buscar el presidente; y siendo atormentado, fué al fin degollado; habiendo sucedido en aquella cueva, y en la iglesia que allí hay del Santo, muchos milagros, como lo hallará con harta aprobacion quien lo quisiere ver en el dicho autor.

En la ciudad de Braga, llamada antiguamente Braccara Augusta, hay grandes memorias deste emperador Maximino. Una puerta de la ciudad, y una calle que va á dar en ella, se llaman de Maximino. Tambien dicen, que hay allí una coluna de medida y aderezo de camino con este gran título.

IMP. CAESAR. C. IVLIVS
VERVS MAXIMINVS. P. F.
AVG. GERM. MAX. DAC.
MAX. SERMATIC. MAX.
PONT. MAX. TRIB. POT.
V. IMP. VII. PP. COS.
PROCOS. ET C. IVLIVS
VERVS MAXIMINUS NO
BILIS. CAES. GERM. MAX.
DAC. MAX. SARM. MAX.
PRINC. IVVENTVTIS FI-
LIVS. D. N. IMP. C. IVLII
VERI MAXIMINI. P. F.
AVG.. VIAS ET PONTES
TEMPORE VETVSTATIS
COLLAPSOS RESTITVE-
RVNT. CVRANTE. Q. DE
CIO LEG. AVG. G. PRET.
PRAEF. A BRA. AVG.
M. P.

A la letra se traslada así: El emperador César Cayo Julio Vero Maximino, piadoso, venturoso Augusto, gran vencedor de Alemania, gran vencedor de Sarmacia, pontífice máximo, á quien se le habia ya dado la quinta vez el poderío de tribuno del pueblo, y la séptima vez el renombre de capitan general, con los títulos de padre de la patria, cónsul y procónsul. Y Cayo Ju-

lio Vero Maximino, Nobilísimo César, gran vencedor de Alemania, gran vencedor de Dacia, gran vencedor de Samarcia, príncipe de la juventud romana, hijo de nuestro señor el emperador Cayo Julio Vero Maximino, piadoso, venturoso Augusto. Mandaron aderezar y reparar los caminos y las puentes, que con el mucho tiempo y vejez estaban estragados y destruidos. Teniendo el cuidado de la obra Quinto Decio, capitan de la legion Augusta Gemina de los pretorianos. Y él aderezo se comenzó desde una milla de la ciudad de Bragara Augusta.

Otra piedra del todo semejante á ésta está entre las villas de Valmaseda y Medina de Pumar en el val de Mena, en término de Santa Cecilia, en una ermita llamada San Andrés, y tiene tambien el nombre deste Quinto Decio, solo le faltan las postreras letras, donde se daba razon de aquel lugar, donde el camino y las puentes se habian aderezado.

Otra coluna de la misma forma, y con lo mismo escrito, se halla en la villa de Archidona entre Antequera y Loja. Está hecha dos pedazos, el uno está arriba en la fortaleza, el otro está abajo en la plaza cabe la fuente. Fáltale lo postrero, donde por ventura pudiéramos tomar alguna noticia de qué lugar fué allí, que algunos creen fuese Aurigi.

Habiendo sido muerto el emperador Maximino, con su hijo, el año doscientos y treinta y ocho, entraron en el imperio en compañía Balbino y Pupieno. Este postrero, aunque de muy atrás, descendia de linaje de españoles, naturales de la isla de Cádiz. No durando estos emperadores mas que un año, entraron en el imperio los dos Gordianos, padre y hijo, el siguiente doscientos y treinta y nueve. Tuvieron el imperio hasta el año doscientos y cuarenta y cinco, en que el emperador Marco Julio Filipo entró á serlo. Y por haber sido el primer emperador cristiano, es muy insigne su memoria: hay una basa de su estatua en Toledo, en mármol blanco manchado; la cual el rey nuestro señor Felipe, segundo deste nonbre, estos años pasados mandó pasar á su alcazar. Tiene esto escrito:

IMP. CAES. M. IV
LIO. PHILIPPO
PIO. FEL. AVG.
PARTICO. MAX.
TRIB. POT. P. P.
CONSVLI.
TOLETANI. DE-
VOTISSIMI. NV
MINI. MAIESTA
TIQVE EIVS
D. D.

Dice en castellano: Los toledanos ofrecieron y dedicaron esta estátua con este título al emperador César Augusto Marco Julio Filipo, el piadoso y venturoso, y gran vencedor de los partos, á quien se le dió el poderío de tribuno del pueblo, y el renombre de padre de la patria, y el cargo y título de cónsul. Y dedicáronsela como muy aficionados, y con todo su ánimo sujetos á su divinidad y magestad.

Hase de entender, que la lisonja para con los emperadores habia llegado á tanto extremo, que no bastándole ya todo lo humano, se atrevia darles lo divino. Por esto hallamos tan ordinariamente en estas dedicaciones este remate, con que así nombran la divinidad de los emperadores con la sujecion á ella. Y tambien hallamos otros títulos, que tienen resabio desta desenfrenada lisonja, que así se atrevia al cielo.

Por esta piedra podríamos creer y no sin buen fundamento, que ya por este tiempo habia en España muchos cristianos, y señaladamente en Toledo. Que pues ponian estatua, y así se profesaban sujetos y aficionados de emperador cristiano, y le procuraron tener propicio y favorable para sus negocios, lisonjeándole como podian, probable cosa es que muchos de los que esto así consultaban y proveian eran cristianos. Muchos dellos verdaderos, y otros fingidos. Porque no podia haber entónces cosa tan agradable para el emperador que ya era cristiano como que muchos lo fuesen y lo siguiesen en esto. Y todo lo que no procediese de cristianos, por muy honroso y aventajado que fuese, no le podria dar buen gusto ni contento. Y la lealtad y verdadera sujecion en los súbditos estaria atenta á complacer á su príncipe en aquello que mas sentian serle agradable. «Y si no la lisonja, que es muy aguda «en descubrir las aficiones de los príncipes, y darles «de muchas maneras gusto en ellas; y los intereses pú«blicos y particulares, que rinden poderosamente á «todos para servir á los príncipes y agradarles, pon«drian por entónces amor y cuidado de cristiandad en «muchos. Y sobre todo Dios, que solo puede mover «enteramente los corazones para su servicio, ayudaria «los buenos principios de cristiandad de do quiera «que naciesen.» Y anque esto fuese por este tiempo general por todo el imperio romano y por toda España: mas particularmente lo podemos creer de aquellas ciudades, que como Toledo se señalaban en servir y honrar á este emperador. Déstas era tambien Lisboa, como parece en otra basa de estatua, que está allí en una de las torres del Chafariz, que llaman del Rey, con esto escrito:

IMP. CAES. M. IV
LIO. PHILIPPO.
PIO. FEL. AVG.
PONTIF. MAX
TRIB. POT. II.
PP. CONS. III.

FEL. IVL. OLISI-
PO.

Pónele esta piedra en el principio al emperador sus títulos, aunque no tantos como la de Toledo, y al cabo dice como la ciudad de Lisboa, llamada entónces Olisippo, y llamada tambien Felicitas Iulia, le puso aquella estatua. No pone aquella ciudad la lisonja de llamarse sujeta á la magestad y divinidad del emperador. Y podria alguno pensar que lo dejaron de hacer por respeto de la cristiandad del emperador á quien no podia ser agradable tal blasfemia si se dijera, ó de la cristiandad de los ciudadanos, que les vedaba el decirla. Y por el tercero consulado del emperador que se nombra en la piedra, se entiende como se puso el año de nuestro Redentor doscientos y cuarenta y nueve.

Desde el papa Antero hasta aquí ha habido sola una mudanza. Él tuvo el sumo pontificado no mas que un mes y catorce dias, pues fué martirizado en aquella sexta persecucion de los cristianos, que movió Maximino á los tres de enero del año doscientos y treinta y siete. Estuvo bajo el sumo pontificado no mas de seis dias, y fué elegido san Fabiano á los diez del mismo mes. Y él se cree por cosa cierta que predicó y convir-

lió al emperador Filipo, y que el emperador le dió á este sumo pontífice las grandes riquezas que en oro y plata comenzó á tener la Iglesia de Dios para el culto divino, de las cuales habremos de hablar presto. Y cuando mataron al emperador Filipo y á su hijo aun vivia san Fabiano, como veremos. Y el año que los mataron era el año doscientos y cincuenta de nuestro Redentor.

CAPÍTULO XLIV.

Los emperadores Decio Galo, y Aurelio Volusiano; y una epístola decretal del papa san Lucio.

Hizo matar á los Filipos Mesio Decio, que se nombraba tambien Trajano, porque se jactaba venir de su linaje. Alzóse con el imperio, y no lo tuvo mas que dos años: mas en éstos movió la séptima persecucion contra la Iglesia, que duró algunos mas, y fué muy cruel. En ella fué martirizado el papa san Fabiano á veinte de enero el año doscientos y cincuenta y uno de nuestro Redentor. La crueldad de la persecucion debió causar larga vacante de cinco meses y veinte y un dias, sin ser elegido san Cornelio hasta los doce de julio. No vivió despues mas que dos años, dos meses y tres dias, siendo martirizado á los diez y siete de setiembre el año doscientos y cincuenta y tres. Con vacante de dos meses y cinco dias fué elegido san Lucio á los veinte de noviembre.

Aquí en tiempo deste emperador Decio habia de poner el martirio del glorioso san Laurencio conforme á lo que comunmente se tiene del tiempo en que padeció, y del emperador que lo martirizó. Mas porque esto sucedió sin duda mas adelante, allá se dará razon del tiempo clara y bien manifiesta. Ahora solo convendrá poner algunas memorias, que se hallen en España del tiempo deste emperador. A un hijo suyo pusieron los de Valencia estatua. Está la basa en la iglesia mayor, llamada la Seu en la capilla de san Benito, con estas letras:

Q. HERENNIO. ETRVSCO. MESSIO. DECIO. NOBILISSIMO.
CAES. PRINCIPI. IVVENTVTIS.
VALENT. VETER. ET VETERES.

Dice en castellano: Los valencianos veteranos y antiguos pusieron esta estatua á Quinto Herennio Etrusco Mesio Decio, nobilísimo César, príncipe de la juventud romana. Todo este fué el nombre entero deste hijo del emperador Decio, como parece en Casiodoro cuando pone su consulado. Y Aurelio Victor escribe como su padre le dió el título de César, que era como hacerle príncipe heredero del imperio.

Tambien le pusieron estatua los de Valencia á su mujer del emperador Decio, cuya basa está en casa del arzobispo, y tiene tal la dedicacion:

GNEIAE SEIAE. HERENNIAE SAL-
LVSTIAE. BARBIAE. ORBIANAE
AVG. CONIVGI. DOMINI. NOSTRI.
AVG. VALENTINI. VETERANI.
ET. VETERES.

Bien cumplidos eran de nombres padres y hijos. Esta emperatriz se llamaba Neya Seya Herenia Salustia Barbia Orbiana, y á ella dice la inscripcion que le pusieron aquella estatua los valencianos veteranos y antiguos.

Despues de muerto Decio con su hijo, el año doscientos y cincuenta y dos, andando muy turbadas las cosas del imperio, entre otros que se levantaban con él, fué uno llamado Hostiliano, á quien el senado eligió por emperador. Hay en Valencia tambien basa de su estatua en la iglesia mayor. Y si alguno quisiese pensar que no se puso al emperador, sino á algun hijo suyo, tenerlo he por bien apuntado, pues el título de la dedicacion es éste. Y de la dificultad que en esto se puede ofrecer, dió entera razon F. Onufrio en sus fastos, habiendo puesto estas inscripciones. Allí hallará bien deslindada toda esta parentela quien tuviere deseo de saberla.

C. VALENTI. HOSTILIANO.
MESSIO. QVINCTIO. NOBILISSIMO. CAES. PRINCIPI. IVVENTVTIS.
VALENTINI. VETERA. ET.
VETERES.

La piedra refiere como los valencianos veteranos y antiguos pusieron aquella estatua á Cayo Valente Hostiliano Mesio Quinto, Nobilísimo César y príncipe de la juventud romana. Estos dos títulos postreros no se deban á los emperadores, por ser propios de sus hijos, los que les habian de suceder.

Yo he trasladado así en todas estas inscripciones de Valencia las dos palabras con que los valencianos se diferencian entre sí, aunque cierto no me satisfago en qué quieran decir, ni qué diferencia es la que estos dos vocablos aquí tienen.

El papa san Lucio, en tiempo de los emperadores Galo y Volusiano, que sucedieron á Decio, escribió una epístola decretal á los obispos de España y de Francia, en respuesta de otra que ellos le habian escrito, quejándose, como allí se refiere, tanto de los malos cristianos, como de los gentiles. Y ninguna duda tengo, sino que esta epístola de nuestros prelados españoles se escribió estando juntos en concilio; pues de otra manera no se pudieran juntar, ni determinarse á escribir, ni concertarse en lo que se escribiria. Y así podemos contar éste ya por segundo concilio de España, de los que tenemos noticia. Y aunque estaba muy mandado desde el tiempo de los apóstoles, el juntarse concilios, como hemos visto: este santo pontífice lo encomienda de nuevo, y da la materia de lo que en ellos se ha de tratar. Hace mencion de los metropolitanos, nombrándolos así, y mostrando qué manera de poderío tienen, y qué cosas pueden tratar por sí solos, y cuales han de comunicar con sus sufragáneos. Por donde se entiende claro, como ya en España habia tambien esta distincion, y órden y precedencia entre los obispos, aunque no se sabe nada en particular. Amonéstales despues, que se aparten de los herejes, y que descomulguen á los que roban lo de las iglesias. Consuélalos y esfuérzalos para sufrir las adversidades, y en todo les da doctrina cristianísima. Escribióse esta epístola el primer dia de abril, del año doscientos y cincuenta y cuatro, que así se entiende por su data, y por los cónsules que en ella se nombran.

A estos dos emperadores, Galo y Volusiano, sucedió este mismo año el emperador Valeriano, grande enemigo de cristianos. Así movió luego la octava persecu-

cion contra ellos, y martirizó al papa san Lucio el año siguiente doscientos y cincuenta y cinco de nuestro Redentor, á los cuatro de marzo, habiendo sido sumo pontífice un año, tres meses, y trece dias. Por su muerte duró la vacante un mes y cinco dias, hasta ser elegido el papa san Estefano á los once de abril.

CAPÍTULO XLV.

Los insignes concilios que por este tiempo hubo en España, y otras cosas de la iglesia de acá.

En tiempo deste sumo pontífice Estefano, hubo en España un concilio, que parece nacional, y viene á ser de los mas antiguos que en la Iglesia de Dios hubo. Y teniendo por el primero de los de España al del tiempo del papa san Antero, y por segundo al de san Lucio, como ya se dijo, éste será el tercero, aunque es el primero, de quién se tiene mas particular y entera noticia. La ocasion de juntarse fué ésta: Las persecuciones contra los cristianos eran por estos tiempos muy crueles, y como la ferocidad de los gobernadores de los gentiles sentia tanto el verse vencida de los mártires, cuando bastaba su constancia para menospreciar sus tormentos y sus muertes, así tambien recibian mucho placer, y parece que triunfaban cuando algun cristiano desmayaba, y dejando su verdadera fé sacrificaba á los ídolos, y adoraba á los falsos dioses. Y para hacer mayor demostracion destas sus malvadas victorias, cuando así las habian, hacian gran aparato de testificarlas en público, y tomábase en pública forma el testimonio de como aquel tal dejaba la fé cristiana. A estos llamaban despues los cristianos por oprobio y por ultraje libelados, cuando no habian hecho mas que profesar así su maldad en público, firmando el libelo, que así llamaban á aquella manera de escritura, y á otras tales. Mas si pasaban adelante los tales cristianos apóstatas, y demas desto sacrificaban á los ídolos, ya esto se tenia entre los cristianos, como realmente lo era, por suma maldad, y sacrificados llamaban á los que la cometian. De todo esto hay mucha relacion en las epístolas de san Cipriano, que fué despues mártir, y era ahora en este tiempo obispo de la ciudad de Cartago en África. Sucedió, pues, en este tiempo, que dos obispos Marcial de Mérida, y Basilides de Astorga, fueron tan poco constantes en la fé cristiana, que la negaron en público, y quedáron con la culpa y con la infamia de ser libelados. Demas desto Basilides estando enfermo blasfemó de Dios, y porque despues se arrepintió y pidió con humildad penitencia á la Iglesia, dejó ante todas cosas el obispado. Marcial pasó mas adelante de ser libelado, porque estuvo en muchos convites de gentiles, y enterró algunos de los suyos en sepulcros de gentiles, y hizo otras cosas en confirmacion de su malvado prevaricar. Despues de todo esto Basilides habiendo hecho penitencia, se fué á Roma á negociar con el papa Estefano se le volviese su obispado. Esto todo hacian así estos malos obispos de acá, mas los buenos para proveer de castigo ejemplar, y de remedio conveniente. como ya de antiguo lo usaba, y de nuevo el papa san Lucio se lo habia encomendado: juntaron en Leon y en Mérida concilios que sin duda parecen nacionales, pues concurrieron muchos obispos y algunos sacerdotes. De los cuales se nombran Felix obispo, y otro Felix, obispo de Zaragoza, y Aelio, diácono de Mérida. Éstos habiendo ante todas cosas depuesto legítimamente á los dos obispos culpados, eligieron otros en su lugar, el uno llamado Sabino, y el otro no se nombra. Y para mas autorizar su sentencia y la ejecucion della, enviaron algunos obispos á san Cipriano en África, cuya doctrina y santidad de vida era entónces muy insigne, dándole cuenta de lo que habia hecho, y pidiéndole su parecer en todo. El Santo respondió una carta á los concilios de Mérida, y Leon y Astorga, aprobándoles su buen proceder en todo, y alabándoles el buen cuidado con que lo habian todo proveido. Y por esta respuesta que está entre las epístolas deste Santo, se sabe todo lo que deste concilio ó concilios aquí se ha contado. Y no se puede bien entender por lo que allí se dice, si era uno solo en Leon el concilio, ó si se juntaron demas desto para otro en Mérida y en Astorga, ó fué todo uno, continuándose en diversas ciudades por algunas causas que así lo forzaban, y esto parece lo mas cierto. Tampoco hay claridad si Basilides y Marcial eran obispos de Mérida y Astorga, aunque hay por donde poderlo creer. Y habiendo sido este concilio en tiempo del papa Estefano. es necesario que sea el año doscientos cincuenta y cinco, ó alguno de los dos siguientes, pues á solos estos tres alcanzó su pontificado. Puédese creer, que hubo en este concilio arzobispo de Toledo. Mas no aprovecha esto para la continuacion del catálogo, pues ni se pone su nombre, ni aun se hace mencion dél, ni se sabe otra cosa que se pueda aquí en esto decir. Aunque de las dos epístolas decretales, y de los dos concilios que por ellas se entienden, se da bien á entender como la Iglesia de España estaba ya por estos tiempos muy formada y distinta en sus diócesis y metrópolis: mas todavía estos concilios de ahora es uno de los mayores testimonios que tenemos desto mismo, para entender como estaba ya puesta en tanto concierto y disciplina nuestra Iglesia de acá, que juntaba sus concilios tan de propósito y con tanto órden y buen proceder en ellos, siendo, como es ésta, una de las cosas de mas substancia que en el gobierno de la Iglesia cristiana puede haber. Por donde tambien se muestra claro el error de quien ha querido afirmar que hasta el tiempo del emperador Constantino no hubo en España forma de Iglesia asentada y distinta.

San Estefano tuvo la silla apostólica dos años, tres meses y veinte y cinco dias, hasta que fué martirizado el año doscientos cincuenta y siete, á los dos dias de agosto. Y con vacante de un mes y doce dias fué elegido san Sixto, segundo deste nombre, á los diez y seis de setiembre. No fué sumo pontífice mas que un año, diez meses y veinte y tres dias, pues fué martirizado el año doscientos cincuenta y nueve de la Natividad, á los seis de agosto. En este poco tiempo que duró el papa Sixto, escribió una epístola decretal á los obispos de España con mucha dulzura y regalo, diciéndoles, que aunque están tan léjos, el mucho amarlos y desearles todo bien, le hace estar siempre con ellos con el corazon y pensamiento. Reprehéndeles algunas discordias, y amonestándoles tengan paz y caridad, trata de algunos obispos que acá habian sido despojados de sus diócesis, los cuales manda sean restituidos. Enséñales cómo han de recurrir á la Sede apostólica con las acusaciones de los obispos, sin atreverse nadie á juzgarlos La data desta carta es en julio, en el consulado de Valeriano y Decio, que así los nombra, y es un años ántes que este santo pontífice padeciese; y el doscientos cincuenta y ocho de nuestro Redentor. Y estas discordias y despojos de obispos, de que san Sixto aquí hace mencion, podrémos bien pensar fuese lo del concilio

pasado. Y confírmase harto por ver como el papa les encarga el recurrir á la Silla apostólica con sus negocios. Parece cierto que les reprehenda tácitamente el haber enviado á san Cipriano á darle cuenta de los negocios del concilio, sin hacer esto con la sede apostólica, como era razon y deber que se hiciese.

Mas porque el ínclito mártir san Laurencio fué martirizado luego tres dias despues del papa San Sixto, ya es tiempo de escribir aquí dél.

CAPÍTULO XLVI.

El gloriosísimo mártir san Laurencio.

Siempre que en esta historia se ha ofrecido alguna cosa de las muy notables de España, con que ella se aventajaba y crecia mucho en su grandeza, se le ha dado de allí á nuestra tierra el alabanza y gloria debida, y haciendo fundamento en mucha verdad y certidumbre, se ha mostrado cuanto se podia preciar, de las cosas excelentes que ha tenido. Y habiendo de contarse ahora el solemnísimo martirio del glorioso san Laurencio, puedo juntamente afirmar que se quiere escribir una de las mas altas cosas que de España se puede, y mas digna de que mucho se celebre y estime, para gloria de Dios, y para darle infinitas gracias por la grande merced que en esto le hizo, dándole este santo, con quien ella tanto se ensalza, y para aprovecharnos del gran bien que con su intercesion y amparo tenemos en el cielo. Y para que mejor sintamos esto, y crezca la devocion de todos con este santo y con ella el buen efecto de merecer mucho con Dios por su medio, escribirse ha aquí su vida y martirio por extenso, como parte tan principal desta corónica, siguiendo en esto el ejemplo de hartos santos, que parece gustaron mucho en escribir dél, y en nunca cesar de celebrar su martirio y sus milagros. Déstos son san Agustin, san Ambrosio, san Gregorio, san Isidoro, san Bernardo, y otros muchos (1). Así que con ser tan insigne y extremado el martirio de san Laurencio, tiene otra cosa muy principal de estar escrito y celebrado con mucha autoridad y grandeza por todos estos y otros santos doctores. Dellos será tomado mucho de lo mas principal que yo aquí escribiré, y lo demás en particular del himno del poeta Prudencio, donde muy á la larga prosiguió el martirio del Santo, sacando tambien algunas cosas de los santorales antiguos de España, que en lo deste Santo tienen lo mismo, sin discrepar en nada, que las otras naciones, como en el breviario romano antiguo, y en el obispo Equilino y otros autores se ve. Y en el estilo, y en la mucha particularidad con que allí se cuenta todo lo de las personas, y de las cosas, y de los lugares diversos de la ciudad de Roma, donde sucedian, y en la representacion y gusto de antigüedad, parece cierto ser aquello lo que los notarios, de quien se ha dicho, en el mismo tiempo escribieron.

Los martirologios, los breviarios y santorales hacen á san Laurencio natural de la ciudad de Huesca, en Aragon, y allí se conserva la memoria desto tan entera, que quita toda la duda en ello. Sus padres fueron santos, llamados Orencio y Paciencia, y de ambos reza aquella Iglesia. Y no referiré aquí lo que de san Orencio en sus lecciones cuenta, por no entender que será de provecho para doctrina ni ejemplo. Tambien se cuenta en aquellas lecciones, como san Laurencio tuvo un hermano llamado Orencio; como su padre, que tambien fué santo y obispo de la ciudad de Aux en Francia.

Pusiéronle estos santos por nombre á su hijo Laurencio, movidos, á lo que se puede piadosamente creer, por el Espíritu Santo, que ya desde luego queria dar pronóstico de lo que al fin el niño habia de ser. Porque este nombre es tomado del árbol laurel, que siempre fué antiguamente insignia de victoria y triunfos, y así los capitanes romanos iban coronados de su rama cuando triunfaban. Y en todas las otras cosas que griegos y romanos querian denotar victoria, por el laurel la representaban. Conforme á esto fué la gloria de san Laurencio bien digna de su nombre, pues así venció al mundo, que triunfó de todo su poderío, y Roma con su imperio se confesaba muy á la clara vencida dél. Tambien al Santo por otra parte le vino muy propio su nombre. Porque el laurel resiste al fuego y los rayos cuando caen del cielo, dicen Plinio y otros que jamás le dañan ni le maltratan. Así todo el fuego con que quisieron destruir al Santo, no fué poderoso para hacerle ningun daño de los que el emperador de Roma y sus ministros pretendian. Corrompido habemos un poco los españoles, como acostumbramos, el nombre del Santo, pronunciando Lorenzo, mas aquí usarémos el propio, que tiene mas representacion de lo que significa.

De la niñez ni crianza deste Santo, ni por que causa ó cuando fué á Roma, ninguna cosa sabemos qué con autoridad se pueda contar. Lo que algunos refieren, que vino el papa Sixto á España, y se llevó entónces consigo á san Laurencio: no sé yo donde tenga fundamento, ni he visto escritor digno de crédito que lo diga. Ántes tengo por muy cierto que el papa Sixto nunca vino acá, moviéndome á creerlo por tal razon, que podrá persuadir, si con atencion se considera. Porque este sumo pontífice Sixto segundo, como hemos visto, entró en el pontificado en el año doscientos y cincuenta y siete, que es en el imperio de Valeriano, y no vivió despues aun dos años enteros, y éstos fueron de tan gran persecucion para la Iglesia, que no se puede en ninguna manera pensar, dejase el santo papa un solo momento á Roma. Y quien quisiese decir que ántes de ser papa pudo venir san Sixto á España, y llevarse entónces á san Laurencio, no podrá tampoco dar autor fidedigno que lo diga, ni buena razon por donde lo pruebe.

Del martirio del papa san Sixto resulta entenderse manifiestamente, como sucedió el martirio de san Laurencio, nó en tiempo del emperador Decio ni én su séptima persecucion, como comunmente se dice, sino mas adelante en la octava del emperador Valeriano y en su tiempo. Esta es verdad manifiesta, conforme á la cuenta que como ya se ha dicho, se tiene en la iglesia de Roma cierta y muy puntual de los años, dias y meses, que los sumos pontífices duraron y murieron. Por esta cuenta los que escriben desto, y fray Onufrio Panuinio, que mas lo afinó todo, ponen que fué martirizado el papa san Sixto segundo, en el año doscientos y cincuenta y nueve de nuestro Redentor. Y este año ya es quinto deste emperador Valeriano, habiendo ya siete años que el emperador Decio era muerto, y pasado en me-

(1) San Agustin sobre San Juan, en el tratado 27, y en otras partes. San Ambrosio en el lib. I, de los oficios, c. 41. Y en el lib. 2, c. 28. En el sermon I, y en el 71. En la epístola I, del 2 lib. San Isidoro en su misal y en su breviario. San Bernardo en el sermon 40, sobre los cánticos, y en otros de san Andrés. Y san Leon papa en sus sermones.

dió, como hemos visto, los dos emperadores Galo y Volusiano. Siendo esto así muy cierto y averiguado, se sigue sin que se pueda contradecir, que san Laurencio fué martirizado en tiempo de Aureliano, habiendo ya comenzado la octava persecucion: pues padeció no mas que tres dias despues deste santo pontífice. Y la causa que ha movido comunmente á todos, para decir siempre con tanta seguridad, que san Laurencio fué martirizado por el emperador Decio: podria haber sido el no distinguir las dos persecuciones de Decio y Valeriano, teniéndolas por una misma, pues casi se continuaron. Mas en san Agustin y Paulo Orosio, bien distintas y diferentes están. Como pasaron mas de catorce años que casi nunca dejaban de matar cristianos, desde que Decio comenzó: aunque eran diversos emperadores los que martirizaban, no tuvieron algunos mas cuenta de con el autor y cabeza de la persecucion, y así le atribuyen á él todos los martirios de aquellos tiempos. Otra causa tambien pudo haber deste error, que lleva harto camino de haberle dado principio desta manera. En muchos de los santorales antiguos, y así tambien en los breviarios se escribe, que el emperador Decio cometió el atormentar este santo Mártir al prefecto de la ciudad llamado Valeriano. Volvámoslo al revés, diciendo que el emperador Valeriano cometió este maldito cargo al prefecto llamado Decio, que pudo ser pariente del emperador pasado, ó tener sin esto su mismo nombre, y de aquí entenderemos que pudo nacer el afirmarse que el emperador Decio martirizó al Santo. Y al principio fué fácil el introducirse este error en el que trasladaba lo que estaba bien escrito, como considerándolo un poco se entiende. Y una vez introducido, quedóse despues como acontece muy confirmado. Y si este error de pluma sucedió así, harto llano y claro queda lo que tiene recibido la comun opinion, y lo que muestra la verdad sin contradecirlo. Y ayuda mucho á creerse que esto pudo suceder así, el ver como el prefecto que aquel año del martirio del Santo fué en Roma, se llamaba Nummio ó Mummio Albino. Y destos Mummios y Albinos fué muy ordinario en Roma el sobrenombre de Decio, como por toda la historia romana parece; y así lo pudo tener éste, y llamarse Mummio Decio Albino. Y que fuese este prefecto de la ciudad aquel año, nótanlo Juan Cuspiniano y F. Onufrio Panuinio en sus fastos, sacándolo del libro antiguo de mucha autoridad, donde estaba el catálogo ó lista de los que en Roma desde estos tiempos en adelante tuvieron aquel cargo.

Harto mas llana cosa fuera para salvar esta dificultad, y concordar esta discordia, el decir como algunos han dicho, que el emperador Galieno, compañero de Valeriano, tuvo el prenombre de Decio. Mas por ser esto tan contrario á todas las piedras y monedas que deste emperador se hallan, y contra todos los autores que le nombran, no tiene ningun fundamento: y así queda mas probable lo que hemos dicho del prefecto Decio. Porque otra cosa que el P. F. Pedro de la Vega dijo en su Flos Sanctorum, sintiendo esta dificultad para salvarla: era muy buena, mas no tiene fundamento. Dice que habia en tiempo de los emperadores Galieno y Valeriano un otro con la dignidad de César, llamado Decio, y que éste martirizó á san Laurencio. Mas no hay tal hombre en toda la historia destos emperadores. Un Decio que hubo con la dignidad de César, fué hijo del emperador Decio, y fué muerto luego poco despues de su padre por el emperador Galo. Todo esto ha sido menester tratar aquí tan cumplidamente, para que la verdad se pareciese clara, y á nadie hiciese espanto la novedad.

Todo lo demás de la vida de san Laurencio hasta la víspera de su martirio ni se sabe, ni se puede escribir nada dello: sino que se puede piadosamente creer, que siempre fué muy santa y de mucho ejemplo y perfeccion su vida: pues el santo papa Sixto le tenia por su archidiácono, que quiere decir primero y principal entre los otros diáconos, á quien todos estaban como sujetos.

Esta dignidad y cargo de diáconos habia comenzado en tiempo de los apóstoles como en sus actos escribe san Lucas, cuando eligieron diáconos, que quiere decir ministros, para que tuviesen cuidado de servir á la Iglesia cristiana, en mirar por la hacienda que tenia; y así se quedaron adelante con este cuidado de guardarla y repartirla á los pobres, con tener tambien por oficio dar la sangre de nuestro Redentor, como entónces se usaba en la Iglesia darla á los que comulgaban, y se dejó despues por causas santísimamente consideradas. Con tener demas desto los diáconos otros algunos ministerios en el altar y en otras cosas san Laurencio era el principal y superior entre los diáconos que el papa Sixto tenia: y por tal tenia el cuidado de todos los tesoros de la Iglesia. Estos tesoros eran, como san Ambrosio dice (1), algunos dineros que tenia la Iglesia romana para sustentacion de sus ministros, y para hacer limosna á todos los fieles. Y mas principalmente eran vasos ricos de oro y plata, y vestimentos y aderezos preciosos para el servicio del altar. Porque como habia habido una Flavia Domicilia, señora tan principal y muy parienta del emperador Domiciano, cristiana, y una Julia Mamea, madre del emperador Alejandro Severo, tambien cristiana, estas señoras, y cónsules que ya habia habido cristianos, y otros hombres muy principales tambien cristianos, no hay duda sino que dieron muchos destos tales ornamentos muy ricos á la Iglesia. Y señaladamente habia precedido muy poco ántes el emperador Filipo, que fué el primero que hubo cristiano y su hijo tambien: los cuales sin duda enriquecerian mucho la iglesia, de manera que pudiese ahora tener el glorioso san Laurencio muy gran tesoro déste á su cargo.

Pues el emperador Valeriano, por enemistad que tenia con los cristianos, casi continuando la persecucion que Decio habia movido: y por codicia tambien de haber los tesoros de la Iglesia, mandó prender al papa san Sixto. San Laurencio, que como le habia siempre servido y acompañado en la vida pensó tambien gozar su compañía en el martirio: quisiera entónces seguirle y no apartarse de su confesion para que lo juntasen con él en la prision y en la muerte que le habian de dar por ella. El papa no se lo concedió por entónces. Ántes le mandó que se fuése á repartir los tesoros de la Iglesia entre los pobres, y esca-parlos del peligro que corrian si el emperador los pudiese haber. Obedeciendo san Laurencio, buscó los pobres de dia y de noche con mucha priesa repartiéndoles larga limosna. Discurriendo así por Roma: llegó de noche en el monte Celio á casa de una viuda cristiana llamada Ciriaca, que tenia escondidos en su casa mu-

(1) En el lib. 2, de los oficios c. 28.

chos cristianos, á quien la crueldad de la persecucion traia temerosos y ahuyentados, y sanando la viuda de un antiguo dolor de cabeza que mucho la fatigaba, con solo ponerle sus benditas manos encima: lavó los piés á los pobres que allí habia, por humildad suya y refrigerio dellos, dejándolos tambien muy recreados y aliviados con lo que cumplidamente les dió. Y porque no fuesen todas las limosnas solamente corporales, en la misma noche sanó y dió la vista á un ciego cristiano, por nombre Crescencio, con hacer la señal de la cruz sobre sus ojos. Pasó al barrio llamado Patricio entre los dos collados Esquilino y Viminal, donde en la cueva Nepociana halló al presbítero Justino, ordenado por mano del papa Sixto, en cuya compañía lavó los piés á los pobres cristianos que allí estaban escondidos con distribuirles despues mucha limosna. Y con esto se repartió lo mas de los tesoros de la Iglesia, poniéndose tambien á recaudo si algunos vasos preciosos se habian de conservar para su servicio.

Así andaba el santo Mártir estos dias juntando muy diferentes virtudes en tanta conformidad que las reducia á ser una misma. La grandeza de ánimo el esfuerzo y la constancia con que deseaba la muerte por Jesucristo, y aquel gran valor con que se aparejaba para sufrirla: queria que anduviese junto con tan profunda humildad como en servir á los pobres y lavarles los piés habia. No traia ningun pensamiento tan ensalzado de resistir al tirano, menospreciar la vida, y no temer ningun género de crueldad en los tormentos: que no lo tuviese por mas engrandecido y sublimado, con ponerse postrado á los piés de los pobres, y participar allí limpiándoselos bien enteramente de toda su miseria.

Llegó luego el dia del martirio de san Sixto: y por haber ya san Laurencio acabado su comision, y cumplido con todo lo que se le habia mandado: pensó que podria ser martirizado juntamente con él. Así cuando lo querian sacar á degollar, comenzó san Laurencio á manifestarle el deseo que tenia de acompañarle padeciendo con él, y mostrar el pesar que le quedaria de quedar vivo, con todas estas palabras que pone san Ambrosio. ¿A donde vas, (decia el bienaventurado Mártir con muchas lágrimas) padre mio sin tu hijo? Sacerdote santísimo, ¿á dónde caminas con tanta priesa sin tu ministro? Nunca, señor, acostumbraste ofrecer á Dios sacrificio sin tener contigo tu diácono: y ahora que se lo has de ofrecer tan grande como es el de tu sangre y tu vida, ¿no quieres mi compañía? Padre, ¿qué te ha desagradado en tu hijo? ¿porque no le quieres llevar contigo? ¿Hasme hallado en algo indigno de ser tuyo, y temes por esto que no podré seguirte? Por lo ménos, señor, haz la prueba para ver si escogiste buen ministro. Encomendásteme el ministerio de distribuir en el Altar la Santísima Sangre de Jesucristo, ¿y no me concedes que mezcle la mia con la tuya en tu muerte? Mira, señor, que peligra de ver vituperada tu eleccion, siendo muy alabada tu fortaleza. Dirán todos que tuviste grande ánimo para morir por Jesucristo: mas que no tuviste discrecion para poner en su Iglesia dignos ministros. Ya sus tesoros están repartidos como mandaste: ya no queda nada por hacer de lo que pusiste á mi cargo. San Pedro envió adelante por el martirio á san Estevan su diácono, y tú tambien debrias mostrar tu doctrina en el tuyo. Ofrece á Dios el que enseñaste: porque todos queden como tú lo estás, seguros de que escogiste buen discípulo, y lleves con esto buena compañía en tu triunfo. Así clamaba, y así se lamentaba san Laurencio con grande amor de san Sixto, y mayor de morir por Dios con él. Él le respondió dándole tan crueles consuelos, que todos eran de muerte, y de gravísimos tormentos. Tales eran necesarios para el grande ánimo del Santo y con otros diferentes no pudiera ser conortado. Decíale san Sixto, como san Ambrosio tambien refiere. No te dejo yo, hijo, ni te desamparo, sino que te espera á ti mas cruel batalla para que merezcas en ella mayor corona. Yo como viejo y flaco paso muy livianamente por la pelea: tú como mozo y valiente, has de ganar del tirano el triunfo mas glorioso. Luego tras mí, no llores, pasados tres dias me seguirás. No era cosa conveniente, que tu vencieses peleando juntamente conmigo: y así pareciese que habias tenido ayuda. ¿Para qué deseas la compañía en mi martirio? Todo junto te lo dejo como por herencia. Los discípulos flacos mueran ántes que su maestro les falte: los fuertes y animosos mueran tras él. Venzan sin su maestro, pues ya no han menester ser enseñados. Toda entera te dejo la sucesion de mi constancia: y yo sé lo mucho que has de acrecentar en ella, con la firmeza de tu fé y con tu esfuerzo.

Acabando de decir esto degollaron al santo pontífice quedando muy alegre san Laurencio con verle coronar para el cielo, y con la buena esperanza que le dejaba: y luego se le abrió el camino para que muy de veras se le cumpliese. Porque los soldados que á la sazon se hallaron en el martirio de san Sixto, como le oyeron nombrar á san Laurencio los tesoros de la Iglesia, y sabian que esto era lo que el emperador buscaba y queria de los cristianos: prendiéronle luego, y lleváronlo á su tribuno llamado Partenio. Éste lo presentó con la relacion de que se le habia oido, al prefecto de la ciudad, que entónces era cargo muy señalado y principal. Así dice el poeta Prudencio, que fué entregado el Santo al prefecto, sin decir que lo llevaron al emperador. Y en esto todos los demás buenos originales concuerdan. Solo hay de diferencia, que Prudencio nunca nombra al prefecto, y todos los demás lo llaman Valeriano, y á él dicen que lo entregó el emperador Decio: y ya yo tengo dicho el error que parece hay en esto: y así nombraré siempre Decio á este prefecto. Él mandó poner en prision á san Laurencio, encomendándolo á un su teniente llamado Hipólito para que lo guardase; y él lo puso en la cárcel con otros muchos. Estaba entre ellos un preso gentil llamado Lucilo, que de muy larga prision y costumbre de llorar su miseria habia perdido la vista. San Laurencio con firmeza de fé, le prometió restaurársela si creia de todo corazon en Jesucristo y se bautizaba. Ofreciéndose él á todo, el santo Mártir lo bautizó, y le restituyó su vista con la señal de la cruz. A la fama de haber sanado Lucilo, concurrieron muchos ciegos al Santo que fueron de la misma manera alumbrados: y así celebra la Iglesia particularmente estos milagros, en el oficio que á este glorioso Mártir le canta en su fiesta.

En este tiempo de la prision, preguntó Hipólito á san Laurencio por los tesoros de la Iglesia, como quien entendia que era esta la causa por que habia sido preso, y lo que mas dél se pretendia. Respondióle el Santo, que si él querria creer en Jesucristo, no solamente le mostraria grandes tesoros, sino que le daria vida eterna y bienaventuranza perpetua. Con esto, y con mayor informacion que le dió de la fé cristiana, se convirtió Hipólito con toda su familia, en que fueron bautizados diez y nueve personas; y á él lo regaló luego tanto

nuestro Señor, que cón gran placer afirmaba, como veia muy alegres y regocijadas las almas de todos aquellos de su casa, en acabando de bautizarse.

Mandó llevar delante sí despues Decio á san Laurencio, y hablando con él muy sosegadamente, como Prudencio refiere, le pidió le diese los tesoros de la Iglesia. Porque solo esto se pretendia della, y la necesidad de la república forzosamente lo demandaba. Tambien le respondió el Santo con mucho reposo, que de muy buena gana le entregaria los tesoros que le demandaba, si le diese espacio de tres dias, muy necesarios para juntarlos todos, y poderle dar entera cuenta dellos. Dióle el prefecto este término, pensando despojar así mas enteramente la Iglesia, y el Santo lo tomó para bien de veras mas enriquecerla. Porque dando á entender en estos tres dias que andaba juntando los tesoros, acabó de repartir lo que dellos habia quedado. En algunos autores se refiere, que esto se hizo ántes del martirio de san Sixto, como hemos dicho, y otros lo ponen ahora. Pudo muy bien ser, que entónces y ahora se hiciese: comenzándose, y acabándose en estos dos diversos tiempos. Y dió el prefecto sin ningun recelo estos dias al Santo, con mandar á Hipólito asistiese con él siempre, y lo guardase: y era darle una muy buena ayuda y compañía para todo lo que habia de hacer. «Que así suele Dios volver los consejos de los »hombres que quieren contradecirle, en instrumentos »y aparejos para que mejor se efectue su santa vo- »luntad.»

Esto se cuenta de lo que san Laurencio hizo estos tres dias. Mas sin estos sus cuidados exteriores, mucho mas dignamente se pueden considerar los pensamientos, que por este tiempo traia. ¿Cuántas veces pensaria en su fin tan deseado? ¿Cómo haria ya el sacrificio de sí mismo á Dios con la voluntad? ¿Cuán ganoso le ofreceria ya su vida con su querer, tan entera como los verdugos se la habian de quitar despues? Veia acercarse el cumplimiento de su ardiente deseo. Hallábase por esto muy alegre: y aunque no dudaba de su firmeza en la fé, todavía con profunda humildad recelaba no desmereciese el martirio. Así pararia todo en pedir á Dios con gran hervor el cumplimiento desta merced.

Llegado el tercero dia trujo el Santo á Decio todos los pobres cristianos que pudo recoger: diciéndole que aquellos eran los tesoros de la Iglesia. Bien se entiende la ira feroz con que se encenderia el prefecto viéndose así burlado. Mandó por esto desnudar luego al Santo, y abrirle todo el cuerpo con aquellos garfíos llamados escorpiones, por la semejanza que tenian con las uñas venenosas de aquel animal. Trujeron despues delante del Santo todos los instrumentos mas crueles, con que acostumbraban entónces atormentar los cristianos: diciendo él, que tales manjares como aquellos eran los que él deseaba para bien mantenerse con ellos.

Decio que veia como la firmeza del Santo no podia así livianamente moverse, para mas despacio combatirla, mandólo llevar muy aprisionado con cadenas al palacio Tiberiano en el monte Palatino, cerca del templo de Apolo, y que le aparejasen allí su tribunal en otro templo de Júpiter que allí tambien habia. Allí preguntó otra vez á san Laurencio por los tesoros de la Iglesia, y que manifestase todos los que como él profanaban los sacrificios de los dioses. En los tesoros eternos del cielo confío yo, dijo el Santo, y los nombres de aquellos por quien me preguntas, allá están escritos, sin que tú merezcas verlos en tu presencia. Por mandado de Decio fué luego azotado duramente con varas á la costumbre romana, y colgándolo despues en el aire, le quemaron los lados con planchas de hierro encendidas. Mas como el Santo se mostrase en todo esto muy alegre, dando gracias á Dios por lo que por él padecia, y el prefecto por el contrario atribuyese al arte mágica y encantamientos su constancia: mandólo azotar con correas, que tenian mucho plomo enjerido, para que magullasen mortalmente las carnes. Entónces san Laurencio hizo oracion á nuestro Señor, que fuese servido recibir su alma en el cielo, y de allá se oyó una voz que claramente decia, como le quedaba aun mucho por sufrir. El prefecto á todo esto decia, que los demonios invocados por arte mágica le daban este esfuerzo y conorte, y mandólo descoyuntar en la garrucha, y arañarlo y carpirlo de nuevo con los escorpiones.

En estos tormentos, un soldado por nombre Romano, que estaba presente, alumbrado por el Espíritu Santo, vido estar cabe el Santo un mancebo muy hermoso, que con un lienzo le limpiaba las llagas. Y como fuese vuelto el glorioso Mártir otra vez á la prision, llevándolo Hipólito: este soldado Romano, trayendo en la mano un cantarillo de agua, se echó á sus piés suplicándole con mucha instancia lo bautizase. El Santo que conoció la fé con que verdaderamente creia, lo bautizó: por lo cual fué luego preso, azotado y degollado.

Ya tenia noticia el emperador de lo que le pasaba á su prefecto con san Laurencio, y así quiso asistir él aquella noche á verlo atormentar en las termas ó baños llamados de Olimpiade, que estaban en el collado ó monte llamado Viminal: porque se extendiese mas la gloria del Santo por la ciudad de Roma, y quedasen en ella mas lugares consagrados con su sangre, donde despues se consagrasen (como ahora lo vemos cumplido (1)) mas templos suyos. En este poco tiempo de reposo que el Santo tuvo, ¡Hipólito con lágrimas le pedia, le diese licencia para manifestarse por cristiano, para padecer con él. Mas el glorioso Mártir no se la dió: amonestándole, que conservase secreta en su corazon por entónces su fé, que muy presto le llamaria Dios para que la manifestase.

Aparejado pues, allí el tribunal para el emperador, y traido san Láurencio delante dél con nuevos géneros de instrumentos para atormentarlo: le dijo que sacrificase á los dioses, y si no, que toda aquella noche se gastaria en darle crueles tormentos. La noche para mí respondió el santo Mártir, no tiene oscuridad. El castigo desta respuesta fué machucarle al Santo la boca y todos los dientes con piedras. Él se reia en este tormento, alabando á Dios y dándole gracias, por el gusto que era servido darle en sufrirlo. Todo este regocijo del glorioso Mártir, era desengaño y pesar para el emperador: y porque no se le acrecentase con nuevas experiencias de la constancia del Santo, quiso ya que lo matasen de una vez: mas no sin exquisito y fiero género de crueldad. Mandólo tender desnudo sobre unas parrillas de hierro, que para esto estaban aparejadas tan grandes que pudiesen sustentar todo el cuerpo del Santo, poniéndole fuego manso por bajo, para que se fuese quemando mas despacio, y el tormento y la muerte fuesen mas crueles con la tardanza, y tuviesen mas fuerza, con no tenerla toda junta. ¿Mas cómo habia de sentir san Laurencio aquel fuego templado así con tanta malicia, estando abrasado del otro ardentísimo amor y caridad de Dios? Éste le consumia las

(1) Marliano en el lib. 4, de su Topografía en el c. 21.

entrañas, sin dar lugar á que otro le pudiese encender.

Con este ardor decia san Laurencio al tirano con mucho esfuerzo y desden, segun san Ambrosio, san Leon papa, Prudencio y otros refieren. Ya estoy bien asado desta parte, mándame volver del otro lado, para que puedas comer de mis carnes sazonadas. Destas podrás hartarte si quieres, y no de las riquezas de la Iglesia que tú deseabas consumir. Porque éstas ya están guardadas en el tesoro del cielo, adonde los pobres las llevaron con sus manos. Así triunfaba el santo Mártir del tirano, así le mostraba cuán de veras quedaba vencido, y cuán cierta llevaba él la victoria, desbaratando á la clara todo el poderío de sus tormentos. Y así tambien con mucha alegría suya, y rabia de Valeriano, en verse tan de veras menospreciar, san Laurencio acabó la vida, y envió el alma vencedora á ser dignamente coronada en el cielo: donde resplandecen sus merecimientos hasta ahora, con harto y mas claro resplandor que el de las llamas en que fué abrasado.

El emperador viendo muerto al Santo, confuso y atónito se fué de allí al palacio Tiberiano con su prefecto Decio, dejando el santo cuerpo encima las parrillas. De allí lo tomó luego Hipólito por el autoridad que tenia de vicario del prefecto, y por ser de noche lo pudo llevar mas secretamente fuera de la ciudad, y enterrarlo, con asistencia, y ayuda del presbítero Justino, en una heredad de la viuda Ciriaca ya dicha, que estaba en el camino y calzada llamada Tiburtina.

Vuelto de allí luego el emperador Valeriano, y su prefecto Decio, entendiendo como Hipólito era cristiano, por el cuidado con que habia sepultado á san Laurencio, lo mandáron atormentar de muchas maneras junto con sus criados. Y últimamente á los quince de agosto, atado á las colas de caballos feroces, fué arrastrado y despedazado, queriendo los malvados gentiles que pasase por el mismo tormento del otro Hipólito, de quien ellos en sus fábulas tenian, que su padre Teseo lo mandó matar de aquella manera, por mal inducimiento de Fedra su mujer, y madrastra del mancebo.

Así fructificó bien presto san Laurencio con tantos mártires, como buen grano de trigo sembrado por Jesucristo en su muerte. Él se gastó todo en provecho de sí mismo (que es una cosa muy señalada y de gran consideracion en los santos) no dejando cosa suya, que no la sacrificase á su Dios. Hacienda y contentamiento, cuidado y diligencia en servir á la Iglesia y apiadar los pobres, fortaleza y constancia en resistir al tirano: cuerpo y alma, carne y sangre, vida y muerte en las parrillas. Nuestro Señor en recompensa de todo lo ensalzó muy altamente en su gloria, y acá le honra sin cesar en su Iglesia con grandes acrecentamientos de fiestas y solemnidad en ellas, y con otras cosas particulares de que ahora diremos.

Primeramente despues de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y la gloriosa mártir santa Inés, san Laurencio fué el primero de los santos que sepamos tuviese templo en la Iglesia cristiana. Porque como el papa san Damaso escribe, se lo edificó el emperador Constantino allí en la calzada Tiburtina, sobre su sepultura, con muchas gradas por donde se subia á él. La riqueza deste templo, conforme á lo que aquel santo autor con grande particularidad refiere, fué inestimable. La capilla sobre el cuerpo del Santo estaba sustentada sobre colunas de pórfido, siendo cubierto todo el Cimborio de plata. Tambien se hizo la reja de la capilla guarnecida con mas de mil y trescientos marcos de plata acendrada. A la entrada del sepulcro del Mártir mandó Constantino que ardiese una lámpara con diez diversas lumbres, y era toda de oro muy subido, con peso de veinte libras de las de entónces, que hacen treinta marcos de los de ahora. Ofreció sin esto para el santo lugar una corona de plata cendrada entretegida de cincuenta delfines, con peso de cuarenta marcos, y dos blandones de bronce sustentados con cada diez piés, que pesaba cada uno diez libras. Delante el glorioso cuerpo del Santo puso la historia de su pasion, labrada de bultos de plata, con lámparas de plata, de tres lumbres, que cada una pesaba veinte marcos. Dotó tambien aquel templo magnificentísimamente. Dióle aquella heredad de Ciriaca la viuda (donde se edificó el templo sobre el sepulcro de san Laurencio) que le habia tomado y confiscado, por haber dado lugar en ella á la bendita sepultura. Dióle otras heredades de aquellos contornos del templo y las otras muy léjos, de que san Dámaso por menudo hace mencion.

Pocos años despues el papa san Dámaso edificó dentro de Roma otro templo de san Laurencio, que hasta ahora retiene su nombre, pues se llama san Laurencio en Dámaso. Él lo dotó magnificentísimamente de servicio de plata, y ricas posesiones, y es ahora una de las insignes iglesias de Roma, con estar tambien junto con ella la cancelaría apostólica.

Sin éstos tiene el santo Mártir otros tres templos en Roma muy antiguos y suntuosos, porque los cristianos de aquellos tiempos iban señalando y dedicando todos aquellos lugares diversos donde san Laurencio fué martirizado, ó donde obró algunos misterios. Así está uno allí cerca de los baños de Olimpia, de donde á la postre fué asado, y le llaman comunmente San Laurencio in Panisperna. Otro es llamado San Laurencio in Lucina, porque antiguamente estuvo allí cerca un templo de la diosa Juno Lucina. Otro tiene el nombre de San Laurencio de la Fontana, por alguna fuente que debió haber allí cerca.

Esto hay así en Roma, y generalmente en la mayor parte de la cristiandad, no creo hay ciudad donde este Santo no tenga templo harto principal, como sabemos de Italia y Francia, y vemos por toda España. Y ahora le edifica el rey católico nuestro señor don Felipe segundo deste nombre, el Real Menasterio del Escorial, y junto con él un colegio, un seminario y un hospital, que en magestad de edificio, en riqueza de rentas y ornamentos, en número de religiosos, en ejercicio de letras, en piedad con los pobres, y en multitud de reliquias, y observancia de Religion (que es lo principal) será una cosa tan señalada, como otra cualquiera de las que en este género ha habido y hay en la cristiandad.

Y no solo en los templos, sino en otras muchas cosas de tiempo muy antiguo, y vecino al martirio del Santo, vemos ser solemnemente celebrada por la Iglesia cristiana su gloria y excelencia. Así le vemos nombrar en el Canon de la Misa, solemnizada su fiesta con vigilia en el oficio y en el ayuno, con octavario, y con otros acrecentamientos de solemnidad. Y parece que algun tiempo la ciudad de Roma y la de Bolonia pusieron en sus monedas la imágen de san Laurencio, como de su patron y abogado. Así se da á entender en una provision real del rey Desiderio de los longobardos, la cual se ha guardado hasta ahora en la ciudad de Viterbo en Italia, escrita en lengua latina, mas con letras y caractéres longobardicos. Dando allí el rey muchos privilegios á aquella ciudad de Viterbo, entre otros les concede que batan moneda: mas con tal con-

dicion, que en lugar de Hércules, que ántes solian poner pongan á san Laurencio, pues le tienen por su patron, imitando en esto á Roma y á Bolonia, que hacen lo mismo. Que éstas son las palabras de que el rey Desiderio allí usa. Y aunque Roma tenia sus patrones tanto mas señalados y gloriosos, como fueron los dos príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo: todavía por la excelencia del martirio de san Laurencio, se honra y ampara así con él. No tiene data esta provision en lo impreso, mas entiéndase que se dió cerca de los años de nuestro Redentor setecientos y sesenta, ó por allí: pues el rey Desiderio reinó desde setecientos y cincuenta y seis los diez y ocho siguientes.

Milagros deste Santo se cuentan muchos por diversos autores, entre ellos son insignes y mas autorizados los que se siguen.

En un lugar de Italia llamado Brion, ha mas de mil años, que habiendo una iglesia de san Laurencio descubierta sin techo, los moradores se movieron con devocion á quererla cubrir. Fuéron para esto á la montaña que tenian allí cerca, y cortaron la mejor madera que pudieron haber. Traida á la iglesia, y siendo menester un madero muy largo, el mayor de los que habia no alcanzaba. Todos se entristecieron, por tener mal remedio en suplir aquella falta. Congojábase mas un buen sacerdote, que era el que con mas hervor habia incitado y ayudaba á aquella fábrica. Levantando pues, los ojos y las manos al cielo, y el alma y el pensamiento al santo Mártir, le hizo oracion desta manera. ¡O beatísimo mártir Laurencio, glorificado en el fuego, piadoso en acariciar y socorrer los pobres: mira nuestra pobreza, y como no tiene posibilidad de traer otro madero mas largo que éste! Acabada esta plegaria súbitamente con espanto de todos los presentes creció el madero tanto, que fué menester aserrar un buen pedazo dél, para que pudiese servir en su lugar. Desto que sobró se llevaron los que estaban presentes con gran devocion algunas pequeñas rajas por reliquia, con que despues sanaron ciegos, y se curaron otras muchas enfermedades. Esto cuenta así Gregorio el arzobispo Turenense, en el libro que escribió de la gloria de los mártires (1), y tambien lo celebró el obispo de Pitéos Fortunato entre las otras sus santas poesías. Y por saber que vivió y escribió este autor mas ha de mil años, es tan antiguo como he dicho este milagro. Aunque tambien Gregorio Turonense es poco ménos antiguo.

Este mismo autor cuenta allí como en una iglesia de Milan de la advocacion de san Laurencio habia un cáliz de cristal muy rico. Llevándolo en las manos un diácono de aquella iglesia, se le cayó y se quebró en muchos pedazos. El diácono se afligió, como era razon, y con mucha fé puso los cascos encima del altar del Santo, y velando toda la noche con lágrimas y oracion le suplicó, no careciese su iglesia de tan preciosa joya, por su mal recaudo. A la mañana halló el cáliz todo soldado y entero. El milagro fué tan manifiesto, que con gran alegría del pueblo se celebró aquel dia con toda solemnidad, y otras muchas veces en los años siguientes.

Hase mostrado siempre nuestro Señor muy zeloso de la honra deste Santo y de su festividad en cosas que han sucedido de rigurosos castigos, que con milagro se han hecho en algunas negligencias y desacatos.

(1) En el c. 41.

Destos rigores, es uno el que cuenta san Gregorio (1) en tiempo del papa san Pelayo segundo deste nombre, que fué inmediato predecesor suyo. Deseaba este sumo pontífice adornar el lugar de la sepultura deste santo Mártir, y no sabiendo determinadamente en qué parte de la iglesia era, mandó cavar por toda ella, hasta que se descubriese el santo cuerpo. Los que cavaban, por mayor reverencia eran monges, y otros ministros de la iglesia, y cuando llegaron al santo cuerpo y lo vieron, con santo respeto no lo osaron tocar. Mas con todo eso murieron todos dentro de diez dias, sin que escapase ninguno con los que presentes se hallaron.

Tambien pondré yo aquí una cosa que sucedió en Salamanca, siendo yo allí muy mozo, y fué muy notada y celebrada en aquella ciudad. Un hidalgo rico llamado Medrano, tenia dos caballos, y el uno era muy mirado y preciado de todos en la ciudad, por su bel parecer y buenas hechuras. Envióle á herrar un dia de san Laurencio; y el herrador con reverencia del Santo y de su festividad, le envió á decir, que pues tenia otro caballo en que andar aquella tarde, lo dejase para otro dia. Él envió á mandar con porfía que se lo herrasen. El caballo se herró, mas no volvió á su casa, porque se cayó de torozon en el camino, y murió dentro de dos horas. Y yo ví al albeitar, cuando le estaba haciendo remedios, lamentándose muy de propósito, de que él habia avisado, como era razon tenerse respeto á la fiesta del Santo, y no le aprovechando nada, sucedió el manifiesto castigo de la poca reverencia.

CAPÍTULO XLVII.

Los santos mártires de Tarragona Fructuoso, Augurio, y Eulogio.

Así vencia y triunfaba san Laurencio en Roma por la fé de Jesucristo, y al mismo tiempo daban tambien en España solemne testimonio della, siendo martirizados en Tarragona, Fructuoso, obispo de aquella ciudad, con dos diáconos suyos, Augurio y Eulogio. De su martirio hay mencion en los martirologios de Beda, y Usuardo, y Adon, y en el obispo Equilino, y en la corónica de Hermanno Contracto. Muchas iglesias en España rezan dellos, y cuentan de su muerte en sus lecciones. Ellas son tomadas y acortadas de los santorales mas antiguos y de mayor autoridad, que acá tenemos. En ellos está el martirio destos santos, escrito de manera, que parece sacado claramente del proceso original que contra estos santos se hizo. Aunque por estar escrita con devocion, se puede creer, que cristianos de los que se hallaron presentes, la sacaron del proceso, añadiendo tambien lo que ellos vieron. En el misal y breviario de san Isidoro se refieren hartas particularidades destos santos, sacadas á lo que se puede entender del mismo original; y por ellas, y por lo que muy extendidamente prosigue el poeta Prudencio en el himno que les compuso muy conforme con todo lo de arriba, viene á ser una de las mas autorizadas historias de santos que acá tenemos.

No dice nadie de dónde eran naturales, aunque en san Isidoro parece cierto haber sido de Tarragona: mas todos hacen á Fructuoso obispo de aquella ciudad, y á Augurio y Eulogio sus diáconos, Emiliano, que gobernaba á la sazon en la Citerior por el emperador Ga-

(1) En la epistola á la emperatriz Constancia, en el lib. 3, epist. 30.

lieno, y perseguia cruelmente á los cristianos, mandó venir á su tribunal al obispo: y él vino acompañado de sus dos diáconos, y fueron mandados poner en la cárcel atados con duras cadenas. Por el camino iba san Fructuoso animando sus diáconos, y diciéndoles, perseverad conmigo como buenos ministros de Jesucristo, firmes en su fé. No os espante la muerte, pues estais tan certificados, que venciendo con ella vuestros adversarios, teneis muy aparejado el premio sin fin por la victoria. La cárcel y sus prisiones son las puertas por donde entran en este tiempo los fieles á buscar á su Dios, y este es el primer paso que se da para llegar á merecer la corona de su gloria. Fueron presos domingo, y seis dias los tuvieron allí hasta el viernes, y en ellos bautizaron algunos que convirtieron por su predicacion. Llevados despues delante Emiliano, con grande soberbia les mandó que sacrificasen. Tú (decia él) Fructuoso, que como maestro y guia con este tu nuevo desatino, enseñas á los ingnorantes que dejen sus altos dioses, deja luego esa burlería, y convenciéndote con la verdad, obedece lo que el emperador manda, que todos reverencien los dioses soberanos que él acata. El santo obispo por el contrario le respondió muy sosegadamente. Yo adoro al sempiterno Rey del cielo, que crió al mundo, y crió tambien á Galieno que lo señorea. Su siervo soy y su pastor en su grey. No digas que lo eres, respondió Emiliano, sino que lo fuiste, porque luego has de ser muerto; y así con mucha furia mandó que fuesen llevados los santos á quemar. Ellos muy alegres con oir esto, consolaban á todos los que se lamentaban de tanta crueldad. Algunos cristianos piadosos los quisieron refrescar y esforzar con traerles de beber. San Fructuoso, que los vido, no desechando su piedad, sino dándoles aun entónces santísimo ejemplo, les dijo: hoy es dia de ayuno (porque era viernes) y no es llegada la hora de nona; nunca plega á mi Dios que yo quebrante sus santas leyes entretanto que me dura la vida, por mas cierta y cercana que tenga la muerte. Jesucristo mi Redentor murió con su sed, yo quiero llevarme la mia de obedecerle. Así llegaron los santos al anfiteatro, donde estaba ya aparejada la gran hoguera. Cuando se desnudaban, un cristiano muy humilde se arrodilló para quitarle los zapatos á san Fructuoso, por excusarle el trabajo de bajarse. Él le mandó que lo dejase, porque yo mismo (dijo) quiero poner muy libres y sueltos mis piés, para andar tan buenos pasos como serán los de entrar en el martirio. Lloraban tiernamente los cristianos, y pedíanle rogase á Dios por ellos en el cielo. Él con mucho gozo les reprehendia las lágrimas, y con mucha caridad les prometia su intercesion. Yéndose luego á meter en el fuego todos tres, se oyó una voz del cielo, para consuelo de los fieles, que decia. Creed, cristianos, que no es tormento este que veis, ni quita la vida, sino que la mejora y la perpetua. Tened por dichosas esas almas, que por el fuego pasan al cielo, y escapan de las llamas del infierno. En entrando los gloriosos mártires en el fuego, ántes que ningun daño sintiesen, se quemaron luego las cuerdas con que llevaban atadas las manos atrás. Ellos las levantaron al cielo, tendiendo los brazos en forma de cruz, y comenzaron á suplicar á nuestro Señor con mucho hervor, que mandase al fuego hiciese su oficio, y no les dilatase mas el irse para él. Parecióse como fué mandado el fuego, segun comenzó presto á obedecer, y los mártires á ser con priesa pasados al cielo.

Un soldado de la guarda de Emiliano vió luego ser llevadas allá por el aire sus almas, y para mayor testimonio, advirtió á una doncella de pocos años, hija de Emiliano, á quien por su virginidad y simpleza, como el poeta Prudencio dice, concedió nuestro Señor que gozase de aquella tan digna vision. Así ella reprehendió á su padre el mal que habia hecho en matar los santos tan amigos y favorecidos de Dios. Los cristianos se dieron tanta priesa á coger sus reliquias, que en un punto fueron llevados los huesos y las cenizas muy repartidas entre todos. Mas ellos aparecieron en sueños á algunos, adornados de blancas y rojas vestiduras muy resplandecientes, y les mandaron que juntasen todo lo que así estaba esparcido de sus reliquias, y lo enterrasen junto, porque así convenia que se guardase.

En el misal de san Isidoro se hace mencion de haber muchas reliquias déstos, en un lugar que allí no se nombra, aunque se hace mucha fiesta desto.

Despues fueron llevadas estas reliquias y huesos de los santos por Justino, presbítero y otros cristianos á la ribera de Génova guiados por un ángel, y allí los pusieron no sin milagros en una montaña entre Génova y Portofino, donde ahora están en monasterio harto antiguo de la órden de san Benito, donde se ven los huesos con mucha frescura, como si no hubieran pasado por el fuego, y son venerados el dia de su fiesta, y en todo tiempo con gran devocion de aquella tierra, segun que todo lo prosigue mas largamente Micer Luis de Icart en su libro de las grandezas de Tarragona (1). Y en Tarragona se señala la casa de san Fructuoso, y no porque haya alguna particular memoria en ella: mas por la mucha razon que hay, y por el templo que en aquel sitio tienen con la advocacion de san Fructuoso, creen por cierto estar en la misma casa donde él moraba, como tambien se halla en este autor.

Padecieron estos santos á los veinte y uno de enero, y aquel dia celebra la Iglesia de España su fiesta. En los santorales hay algunas otras particularidades, como son los nombres de cuatro soldados que prendieron á estos santos, y los martirizaron, Aurelio, Festucio, Helio y Polencio. En la cárcel refieren que bautizó san Fructuoso uno llamado Rogaciano, y que un lector de Fructuoso llamado Augustal, fué el que se abajó á quererle descalzar; y otras cosas semejantes á éstas se cuentan allí en particular; y en general aquella historia toda deste martirio se parece bien la escribió quien se halló presente á él. En el título de los santorales se señala que padecieron estos santos siendo cónsules Fusco y Baso, cuyos nombres enteros son Marco Aurelio Memmio Fusco, y Pomponio Baso. Fueron cónsules el año doscientos y cincuenta y nueve de nuestro Redentor, y quinto de los emperadores Galieno y Valerio. Y el año siguiente fué cónsul con este mismo Baso, Fulvio Emiliano, que pudo ser estuviese el año ántes gobernando acá, y martirizase los santos.

Si san Parmenio, sacerdote y mártir, y sus compañeros, hubieran sido martirizados en nuestra Córdoba (como algunos creen), éste era su lugar para contar dellos, pues fueron martirizados en esta persecucion. Mas es cierto que padecieron en Persia, donde hay otra ciudad llamada Córdoba, ó Córdula, como en los martirologios de Beda y Usuardo y mas claramente en Equilino parece. Y su lugar propio vendrá donde se trate todo esto mas en particular.

---

(1) Cap. 41

CAPÍTULO XLVIII.

La entrada de los alemanes en España, y las piedras deste tiempo.

Era el emperador Galieno de muchas maneras vicioso, y extremadamente flojo y descuidado, esto dió grande atrevimiento á muchos para destruirle por todas partes del imperio. A España le cupo ser ocupada y destrozada miserablemente de los alemanes, que como en la corónica de Eusebio parece, entraron por Francia, y vinieron á parar acá, segun Paulo Orosio tambien refiere, contando en breve esta entrada destas gentes en España, aunque no pudo dejar de ser muy triste y cruel para ella, pues el mismo autor dice en otra parte (1), que duró doce años el destruirla estos alemanes. Tambien hace mencion desta entrada Eutropio, aunque con mas brevedad. El estrago que hicieron fué tan grande, segun el mismo Orosio encarece, que bien habia que contar dél; pues acá, como en otras provincias, quedaron desta vez muchas ciudades derribadas todas por el suelo, sin que quedase dellas mas que el nombre con algunas pocas y pobres casas, como señales de su desventura. Entre éstas señala este autor á Tarragona, que con las demás así tambien fué destruida. Conforme á esto podríamos pensar en general, que muchas de las ciudades de España que por toda ella vemos asoladas fueron esta vez destruidas, sin que todo se atribuya á los moros, como comunmente se suele hacer. Mas por ser esto así verdad en comun, no dejaré siempre de decir en particular lo que de la destruccion de cada una de nuestras ciudades antiguas se pudiere entender. Echó de España poco despues, á lo que yo creo estos alemanes, Postumio, uno de los que se levantaron contra Galieno; porque en general dicen dél Paulo Orosio y Trebelio Polion, que por espacio de diez años perseveró en echar los enemigos de las provincias, y las volvió á su antiguo ser, y buena sujecion de romanos.

En tiempo deste emperador Galieno, en diversas partes se le levantaron treinta, que los historiadores de aquellos tiempos llaman tiranos. Y Trebelio Polion, que señala con qué provincia se alzó cada uno, no dice quién se levantó con España, ni se hace ninguna mencion della. Solamente el mismo autor da á entender despues muy de pasada (2), que Tetrico, uno destos treinta tiranos, fué el que tuvo en estos tiempos á España. Lo que yo creo es. que el estar tan ocupada de los alemanes, causa que no se haga cuenta della á la sazon destos levantamientos.

. Del emperador Galieno, tan malo como fué, hay hartas memorias en España. Una muy señalada es la que está en un mármol de los del camino de la Plata, segun refiere Ciriaco Anconitano:

GALIENUS. IMP. CAE
SAR AUG. CLEMENS.
PIUS. VRBE. AEDIFI
CIIS. RESTAURATA.
IN. BONUM. ITALIAE.
GALLIAE. ET. HIS-
PANIAE. PUBLICVM.
CONVERSUS. HOC.
ITERVARIE. PER.
PROVINCIAS. IN-
TERRVPTVM. REFI-
CI. IMPERAVIT.
LXXXVIII.

(1) Lib. 7, c. 41. (2) En la vida de Claudio.

Trasladado en nuestra lengua española dice: el emperador Galieno César Augusto, clemente, piadoso, habiendo restaurado en Roma muchos edificios, atento de nuevo al bien público de Italia, Francia y España, mandó aderezar este camino, que en muchas partes por todas las provincias estaba destruido.

Su mujer deste emperador se llamaba Cornelia Salonina, y pocos años ha se halló en Córdoba en casa de Garci Mendez de Soto-Mayor, una Basa de estatua suya con este título.

D. N. CORNELIAE. SALONINAE.
AVG. CONIVG. D. N. IMP. CAES.
P. LICINI. GALIENI. PII. FEL.
ET. INVICTI. AVG. DACICI.
MAXIMI. GERMANICI. MA-
XIMI. TRIB. POTEST. IIII.
COS. III. IMP. III. PP. PROCOS.
PROVINCIAE BEATICAE. DEVO-
TA. NVMINI. MAIESTATIQ.
EIUS CORD : : : : : : : : : : :

Dice en castellano: A la emperatriz nuestra señora, Cornelia Salonina Augusta, mujer del emperador César Publio Licinio Galieno, religioso, venturoso, invencible, Augusto, gran vencedor de Dacia, gran vencedor de Alemania, que ya la cuarta vez tenia el poderío de tribuno, y habia sido tres veces cónsul, y tres veces capitan general, padre de la patria, procónsul de la provincia del Andalucía. La ciudad de Córdoba muy devota á su divinidad y magestad, le puso esta estatua.

En tiempo de Claudio, que sucedió á Galieno el año doscientos y sesenta y nueve, no hay en los historiadores antiguos de las cosas de acá ninguna, mas duran hoy dia dos memorias suyas en España. Ambas están en Murvedre. La una dice:

SENATVS. POPVLVS.
QVE. SAGVNTINORVM.
CLAVDIO. INVICTO.
PIO. FELICI. IMP. CAES.
PONT. MAX. TRIB.
POT. PP. PROCOS.

Y en nuestro romance castellano dice: Esta estatua y título puso el senado y pueblo de los saguntinos al emperador Claudio César, el invencible, piadoso y venturoso, pontífice máximo, que tuvo el poder de tribuno del pueblo, y fué llamado padre de la patria, y fué procónsul de España.

La otra es una coluna de mármol que está en el castillo junto á la torre llamada de las armas, y tambien fué basa de estatua, y dice:

CLAVDIO. INVICTO. PIO.
FELICI. IMP. CAES. PONT.
MAX. TRIB. POT. III.
COS. II. PROCOS.

Dice en español: Esta estatua se puso al emperador Claudio César, el invencible, piadoso, y venturoso, y pontífice máximo, la tercera vez que tuvo el poderío de tribuno del pueblo, y la segunda vez que fué cónsul, siendo siempre procónsul y señor de España.

Muévome á creer que estas dos piedras fueron puestas á este emperador Claudio, y nó al otro sucesor de Ca-

lígula, por algunos de los títulos que dan al emperador, los cuales no se usaron poner sino ya muy tarde, y por estos tiempos. Y en particular el poner título de procónsul al emperador, es muy nuevo, y destos tiempos, que en las inscripciones mas antiguas nunca se halla. Y creo yo que se añadió este título para denotar el señorío de España; pues el de procónsul fué el mayor cargo con que ella ordinariamente se habia gobernado luego que romanos la sujetaron.

CAPÍTULO XLIX.

Aurelio, y otros seis emperadores. La nona persecucion de la Iglesia. San Narciso, y piedras destos tiempos.

Aureliano, sucesor de Claudio, movió la nona persecucion á la Iglesia, y entónces padeció en Girona, ciudad en lo postrero de Cataluña, san Narciso. Hállase dél mencion en el martirologio de Usuardo, añadido á los diez y ocho de marzo, que es el dia de su martirologio, y en Equilino y otros. Allí se dice que predicó primero en los Alpes, y de allí vino á Girona, donde en tres años convirtió mucha gente, y al fin fué martirizado con san Felix, un diácono que él habia traido consigo. Mas no se ha de entender que sea este san Felix el mártir muy famoso de Girona, de quien se dirá adelante en su lugar. No he hallado otra cosa deste santo. En el martirologio de Beda, y en el obispo Equilino, hay memoria de otro san Narciso obispo de Jerusalen, y por tener el mismo nombre, y haber sido martirizado el mismo dia que el de Girona, causa alguna confusion. En el breviario de Valencia, y en Equilino hay lecciones deste Santo, y se cuentan algunas cosas de la conversion de Afra y otras mujeres en particular, que por estar confusas en el tiempo y en el lugar, no me parece se pueden bien referir. Y su fiesta se pone allí á los veinte y nueve de octubre.

Habiendo ya dicho atras, como Tetrico se alzó con España contra Galieno, y habiendo vencido y cautivado Aureliano á Tetrico, segun Trebelio Polion lo cuenta, entiéndese claramente, aunque aquel autor ni otro no lo diga, como Aureliano cobró á España. Y él tambien creo yo cierto que acabó de echar los alemanes della, y la pacificó y sosegó de nuevo, en obediencia y sujecion de los emperadores romanos. Dura la memoria deste emperador Aureliano en Barcelona, en una gran basa que está en casa de Micer Melgosa, con estas letras.

IMP. L. DOMITIO. AVRELIA-
NO. PIO. ET. INVICTO AVG.
ARABICO. MAX. GOTHICO.
MAX. PARTHICO. MAX.
TRIB. POT. P. P. COS. III.
PROCOS. OPT. PRINCIPI. N.
ORDO. BARC. NVMINI. MA-
IESTATI. Q. E.

Y dice en nuestra lengua: El senado de Barcelona puso esta estatua á la divinidad y magestad del emperador Lucio Domicio Aureliano, Augusto, invencible, piadoso, gran vencedor de Arabia, gran vencedor de los godos, gran vencedor de los partos. Padre de la patria, y que tenia en Roma el poderío de tribuno del pueblo, y habia ya sido cónsul tres veces, y era procónsul y señor de España, y singular príncipe nuestro. Esta piedra se puso el año de nuestro Redentor doscientos y setenta y seis, porque este año tuvo Aureliano este su tercero consulado, y este año le mataron.

Seis emperadores que tras Aureliano sucedieron: Tácito, Floriano, Probo, Caro y Carino y Numeriano, no duraron en el imperio aun nueve años, y hay muy poco que poner en esta corónica deste tiempo.

El emperador Probo, como Flavio Vópisco en su vida escribe, concedió á Francia y á España que pudiesen poner de nuevo majuelos, y darse libremente al acrecentamiento y labor de las viñas. Esta se tuvo por mucha merced y libertad, porque de mas de ciento y setenta años atrás estaba esto vedado á estas provincias por el emperador Domiciano, como dijimos.

A este emperador Probo, se le alzaron algunos, y entre ellos un Bonoso, que aunque era bretono inglés en linaje, habia nacido en España. Era buen soldado, mas muy vil hombre, y bebia tanto, cuanto otro hombre jamás se habia visto beber. Solia decir dél Aureliano. No nació este para vivir, sino para beber. Y érale esto tan natural, que jamás le venció, ni le perturbó el vino, sino que estaba siempre tan entero y en su ser, que no se le conocia ninguna diferencia. Y aun estando borracho estaba mas cuerdo. Servíase mucho dél Aureliano por valiente, y por una astucia grande que usaba. Cualesquier embajadores que venian á la corte, siendo convidados, ó haciendo ellos banquete, siempre Bonoso comia con ellos, y tanto los brindaba, que los sacaba de sentido, y así sin ningun recato le decian, todo lo que de las cosas de su tierra les queria preguntar. Y con un instrumento tan malo, servia al emperador con mucho provecho. Y parece que Bonoso se debió levantar con España, porque dél y de Próculo dice Flavio Vopisco, que se alzáron en ella y en Francia.

Sin éstos parece que hubo movimientos en tiempo de Probo en España: porque Saturnino, uno de los que contra él se levantaron, en una plática suya, que pone Vopisco, entre otras cosas que cuenta de sus hechos, es una que pacificó á España, y la puso en sosiego.

De alguno de estos emperadores duran hasta ahora memorias en España. De Probo hay una en Granada en el Alhambra, y está puesta en el cimiento de la torre de Comares. Dice así:

IMP. CAES. M. AVRELIO.
PROBO. PIO. FELICI. INVI-
CTO. AVG. NVM. MAGEST.
QVE. DEVOTVS. ORDO.
ILIBER. DEDICAT.
D. P.

Dice en nuestro castellano. El senado de la ciudad de Iliberi muy devota á la deidad y magestad del emperador Marco Aurelio Probo César Augusto, piadoso, venturoso, invencible, le puso y dedicó esta estátua del dinero público. En la isla de Ibiza hay una piedra que fué basa de estátua del emperador Caro, y tiene este título.

IMP. CAES. M. AVRELIO. CARO. PIO. FELICI. IN
VICTO. AVG. PONT. MAX. TRIB. POT. P. P.
COS. II. PROCOS. ORDO. EBVSII.
D. N. MER.

En castellano dice. El senado de la isla y ciudad de Ibiza puso esta estátua al emperador Marco Aurelio Caro, piadoso, venturoso, invencible César Augusto, pontífice máximo, padre de la patria, que tuvo el poderío de tribuno del pueblo, y fué procónsul y señor desta

isla, púsosele el año que fué cónsul la segunda vez, y púsosele como á señor nuestro que mucho la merecia. Es éste el año doscientos y ochenta y tres despues del Nacimiento, y el siguiente murió este emperador.

Gobernó á la Tarraconense en tiempo deste emperador con título de legado, pretor y presidente Marco Aurelio Valentiniano: como parece en un título de estátua que este mismo año le puso en Tarragona á este emperador. Está la piedra en la iglesia de Santa Tecla, y dice así:

FORTISSIMO. ET. CLEMENTISSIMO:
IMP. CAES. M. AVR. CARO. INVICTO.
AVG. P. M. T. P. COS. II. P. P. PROCON-
SVLI. MARCVS. AVRELIVS. VALEN-
TINIANVS V. C. P. P HISP. CIT.
LEG. PR. PR. D. N. M. Q.
EIVS.

Tiene los títulos ordinarios del emperador, y mas le llama fortísimo y clementísimo, y sigue que le puso aquella estátua Marco Aurelio Valentiniano, que como vicario cesáreo, como prefecto pretorio, como legado, como presidente de la provincia gobernaba la España Citerior, devoto y sujeto á su divinidad y magestad. En la plaza de Murvedre está una piedra de mármol que fué basa de estátua, y se puso al emperador Carino, están muy hermosamente esculpidas en ella estas letras:

IMP. M. AVR. CARINO.
NOBILISSIMO. CAES. PIO.
FELICI. INVICTO. AVG.
PONT. MAXIMO TRIB.
POT. P. P. COS.
PROCOS.

No será menester trasladarlo á la letra en castellano, porque no tiene mas de los títulos ordinarios como están en los pasados, y aun no tiene el nombre de la república de los saguntinos que le puso y dedicó esta estátua.

El mismo Marco Aurelio Valentiniano, que puso la estátua á Caro, le puso tambien otra á su hijo Carino en vida del emperador su padre, cuyo título dura allí en Tarragona en la iglesia de San Miguel en el claustro. Y dicen las letras que la piedra tiene:

VICTORIOSISSIMO. PRINCIPI. IVVENTV-
TIS. M. AVR. CARINO. NOBILI. CAES.
COS. PROCOS. M. AVR. VALENTINIA-
NVS. V. C. PRAESES. PROVINCIAE. HISP.
CIT. L. AVG. DEVOTVS. NVM.
MAGEST. Q. EIVS.

Dale los títulos que tenian entónces los príncipes herederos del imperio, noble César, príncipe de la juventud, y el Valentiniano se pone título de presidente de la provincia de España la Citerior, y legado augustal: porque parece aun no tenia los demás que en la pasada se puso.

CAPÍTULO L.

Los sumos pontífices destos tiempos, y las epístolas decretales que á los obispos del Andalucía escribieron.

Despues que fué martirizado el papa san Sixto, hubo una gran vacante de once meses y once dias. Porque la crueldad de la persecucion no daba lugar á que se pudiese elegir sumo pontífice, como convenia. Al fin el año doscientos y sesenta á los veinte y dos de julio fué elegido san Dionisio, que duró diez años, cinco meses y cinco dias, hasta que murió á los veinte y seis de diciembre el año doscientos y setenta. Entónces con vacante de solos cinco dias fué elegido san Felix el primer dia del año siguiente docientos y setenta y uno. Fué sumo pontífice cuatro años y cinco meses, habiendo sido martirizado á los treinta de mayo del año doscientos y setenta y cinco. No estuvo tampoco vaca la silla apostólica esta vez mas que cinco dias, siendo elegido luego san Eutiquiano á los cinco de junio. Vivió en el pontificado ocho años y seis meses y cuatro dias: pues fué martirizado á los ocho de diciembre el año doscientos ochenta y tres: y así estos tres pontífices fueron en tiempo destos emperadores desde Valeriano y Galieno, hasta Caro predecesor de Carino.

El papa san Dionisio escribió una epístola decretal á Severo, que parece sin duda era obispo de Córdoba, aunque allí no se dice expresamente. Porque él habia consultado al papa, como se habian de dividir las parroquias en la diócesi de Córdoba: y no preguntára de aquella en particular, sino fuera suya. El papa le responde, que ordene en esto, lo que él habia poco ántes ordenado en Roma. Así prosigue la forma que ahora tiene en esto la Iglesia, en que cada parroquia tenga su distrito, y sus feligreses y décimas conocidas, con entero derecho eclesiástico en ellas. Y así como orígen deste repartimiento está puesta una parte desta epístola en el decreto (1). Tambien está allí otra parte della donde se trata de las acusaciones contra los obispos. Mas lo muy excelente desta carta es una forma que el santo papa pone al cabo della, de como se ha de haber el prelado con sus súbditos. Yo la pondré aquí fielmente trasladada, por cosa de gran suavidad espiritual, y dignísima de ser sabida. Pongamos (dice) diligencia en aprovechar á los que pudiéremos, reprehendiendo, amonestando, persuadiendo, halagando y consolando. Nuestra plática sea blanda medicina para los buenos, y duro aguijon para los malos. Conforte los temerosos, sosiegue los airados, despierte los perezosos, encienda con amonestacion los flojos, atraiga los desviados, halague los feroces, y consuele los desesperados. Pues que nos llamamos maestros y enseñadores, mostremos el camino de salvacion á los que andan por él. Seamos cuidadosos en la guarda, y con toda solicitud fortalezcamos y defendamos la entrada contra las asechanzas del enemigo. Y si alguna vez por algun pecado se descarríare alguna oveja, de la manada que está á nuestro cargo, con todo trabajo y vehemencia la procuremos volver al aprisco del Señor, para que no saquemos castigo, sino premio, del oficio y nombre de pastor que tenemos. Mas porque en todo es menester el ayuda de la divina gracia: con oraciones contínuas pidamos á su clemencia, nos dé el querer, y nos conceda el poder obrar todo lo dicho. Para que pues no podemos hacer nada sin él, por él lo podamos cumplir todo. La data desta carta fué á los nueve de setiembre el año de nuestro Redentor doscientos y sesenta. Porque en este año fueron cónsules el emperador Claudio y Ovinio Paterno, que á lo que se puede entender, son los cónsules que en la data están señalados.

(1) 13 q. I. Ecclesias singulas. 15, q. 3. Memini praeterquam.

Tambien el papa san Eutiquiano escribió otra epístola decretal al obispo Juan y á los demás del Andalucía, donde solamente trata del Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios y Redentor nuestro, contra los herejes, que como de la carta se puede colegir, debian haber ya sembrado en aquella provincia alguna mala cizaña en este artículo: y por esto habia sido consultado el papa sobre ello. Es la data á los doce de abril, el año del consulado del emperador Aureliano con Tito Annonio Marcelino, y fué el doscientos y setenta y seis de nuestro Redentor, y el fin del primero deste santo pontífice. Cuando él fué martirizado no hubo vacante de mas que ocho dias, siendo elegido san Cayo, á los diez y siete de aquel mismo mes de diciembre: y por haber tenido el sumo pontificado doce años, cuatro meses y seis dias, llegó hasta algunos años de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

LIBRO X.

CAPÍTULO I.

La décima persecucion de la Iglesia, que los emperadores Diocleciano, y Maximiano movieron, y como vino Daciano á ejecutarla en España.

Aunque son muchas y diversas las cosas que ennoblecen una provincia, y la hacen ilustre y excelente entre las otras; mas ninguna llega á hacerla tan aventajada, ni le puede dar tanta gloria y fama, como el haber tenido muchos hombres señalados y excelentes en todas las cosas que con razon se estiman en el universo. La blandura del cielo, la templanza del aire, la fertilidad de la tierra, la riqueza de los metales, la comodidad de las contrataciones, con el abundancia de todas las cosas necesarias para la vida humana, no son parte para engrandecer una region, si le faltan hombres señalados en prudencia, en esfuerzo, y en todo género de virtud y buenas disciplinas; lo cual solo la puede levantar y subir á lo mas alto, donde es posible ser ensalzada su estima y su reputacion. Las historias divinas y humanas están llenas de ejemplos de esto, para que no sea necesario traer aquí ningunos en particular. Y la razon manifiesta lo da bien á entender sin ellos. «Porque como el hombre es tan sin comparacion »mas excelente que todas las otras cosas criadas, así la »tierra que se extrema y aventaja en producir los me»jores y mas notables, esa será la que merece ser mu»cho estimada y en mas tenida.» Y como los cristianos con la lumbre de nuestra fé, juzgamos y discernimos mejor de la excelencia y valor verdadero de unos hombres entre otros, dando la ventaja á los que son mas siervos de Dios, y mas santos en sus diversas vocaciones y estados: así podemos tambien juzgar mejor en el aventajarse, y ser mas excelentes unas provincias que otras, dando la ventaja con mayor gloria, á las que mas y mas esclarecidos santos han tenido. Y así podemos celebrar y engrandecer mucho nuestra España por esta parte: pues siempre despues de la venida de nuestro Redentor al mundo, ha tenido tantos y tan principales santos como ya en esta historia se ha comenzado á entender, y de aquí adelante mas cumplidamente se verá. Porque ya aquí he llegado adonde habré de contar del emperador Diocleciano, sin haber otra cosa que escribir de su tiempo en esta corónica, sino innumerables y gloriosos triunfos que nuestros santos mártires españoles alcanzaron acá en este tiempo. Y como todo esto es cosa de tanta gloria y ensalzamiento para España en el cielo y en la tierra, así será tambien muy apacible para el gusto cristiano, con el alabanza de Dios, y muy provechoso para nuestra doctrina con el ejemplo.

Entró Diocleciano Jovio en el imperio, sucediendo á Carino y Numeriano el año doscientos y ochenta y cinco, tomando luego por su ayuda y compañero á Maximiano Herculio. Y no parece que se juntaron tanto estos dos emperadores para el gobierno del mundo, como para la destruccion de la Iglesia cristiana, segun con furiosa y muy conforme rabia la comenzaron á perseguir y asolar. Fué esta persecucion la décima en la Iglesia, y la mas cruel y sangrienta què hasta entónces en ella habia habido, ni hubo despues. San Agustin, Eusebio, Paulo Orosio, y otros autores, nunca acaban de encarecer la innumerable multitud de mártires que ahora fueron muertos, los horribles géneros de tormentos con que los mataron, y los extraños géneros de estragos y destrucciones que hicieron en las iglesias, y en todas las cosas de los cristianos. Y segun Eusebio cuenta (1) en su corónica, el principio desta persecucion fué el año de trescientos y uno, cuando Veturio, capitan general destos emperadores, comenzó á maltratar y matar á solos los soldados cristianos en las provincias de Siria y Egipto. Despues, como él mismo en su historia eclesiástica dice, comenzó la persecucion en público, con derribar por el suelo las iglesias, quemar en las plazas los libros de la Sagrada Escritura, y de los santos doctores que habia habido, y ejecutar grandes ignominias y tormentos y muertes en los prelados y en todos los cristianos. Esto fué el año diez y nueve del imperio de Diocleciano, que era el trescientos y tres del Nacimiento. Y el año siguiente trescientos y cuatro, ya en África andaba muy de hecho el martirizar cristianos, como en san Agustin manifiestamente parece. Y siendo esto tan cerca de España, se puede bien creer que tambien este año ya acá se ejecutaba la persecucion.

Estaban los emperadores entónces en Asia, y allí fué el principio desta maldita rabia. Y así sin lo dicho, se puede creer llegaria á España un año ó dos despues. Y aunque ya entónces Diocleciano y Maximiano habian dejado el imperio, mas la furia de la persecucion no cesaba, pues como Eusebio dice, duró nueve años, y como testigo de vista, puede dar buen testimonio desta verdad. Y Galerio Maximiano, que fué el sucesor de Diocleciano, y Maximiano Herculio, continuó la crueldad que sus antecesores habian comenzado, y como Eusebio dice, fué tambien el caudillo y movedor de toda la persecucion al principio.

(1) Lib. c. I.

Fué escogido para ejecutar en España este malvado aborrecimiento de aquellos emperadores contra los cristianos, un presidente llamado Publio Daciano, y no Taciano, ni Deciano como algunos en el poeta Prudencio y en otras partes han querido emendar. Esto se verá manifiestamente luego. Trujo cargo de todo entero el gobierno de España, y así discurrió por toda ella. Todo se muestra evidentemente por una gran piedra que se halla en Portugal entre la ciudad de Evora, y la villa de Beja, que antiguamente fué la colonia Pacense. El maestro Resendio, que muchas veces la ha visto, la puso en su epístola que escribió á Bartolomé Quevedo, y dice estar cerca de un lugar antiguo, aunque medio despoblado, llamapo Oreola, siendo manifiesta mente mojon de términos. Las letras que tiene dicen así:

DD. NN.
AETERN. IMPP.
C. AVR. VALER
IO. IOVIO. DIO
CLETIANO. ET
M. AVR. VALERI
O. ERCVLEO
MAXIMIANO.
PIIS. FEL. SEMPER AVGG.
TERMINVS. INTER
PACENS. ET. EBORENS.
CVRANTE. P. DATIANO.
V. P. PRAESIDE. H H.
N. M. Q. EORVM.
DEVOTISSIMO.
HEINC. PACENSES.

Todo esto tiene por el lado que mira á Beja, y por el otro que mira á Evora no dice mas que

HEINC. EBORENSES.

Y todo dice en castellano: Siendo emperadores nuestros señores eternos Cayo Aurelio Valerio Jovio Diocleciano, y Marco Aurelio Valerio Erculeo Maximiano, religiosos, venturosos, y semperaugustos: esta piedra es término entre los pacenses y los evorenses. Púsose procurándolo y entendiendo en ello Publio Daciano, prefecto de la ciudad de Roma, presidente de todas las Españas, devotísimo á la deidad y magestad de los dichos emperadores. Por este lado llegan hasta aquí los pacenses. Por este lado llegan hasta aquí los de Evora.

Esta es una insigne piedra, y que nos da á entender con certificacion algunas muy buenas cosas. Lo primero, asegura como el verdadero nombre deste malvado hombre fué Daciano, y no Deciano, ni Taciano. Dános tambien noticia del cargo que trujo con el entero gobierno de toda España. Y aunque con solo el título que él se pone en la piedra se daba esto bien á entender, mas bien lo vemos á la clara, pues vino mandando y gobernando desde Barcelona, hasta esto de Portugal, que es la travesía de casi toda España. Declárase tambien en alguna manera por la piedra, en qué tiempo vino acá Daciano. Porque Diocleciano no tomó en su compañía del imperio á Maximiano, hasta el año doscientos y ochenta y seis, y ambos dejaron el imperio á los césares mozos Constancio y Galerio, el año doscientos y cuatro, y en este espacio de tiempo vino este presidente á España, y así hace mencion de los que verdaderamente eran señores del imperio entónces.

Para la buena continuacion de la historia, quisiera yo poder certificar mucho en esta gobernacion de Daciano la sucesion del tiempo. Mas esto es muy dificultoso, porque ni se sabe con certidumbre el órden de su camino, ni el tiempo que en los lugares se detuvo solamente por las conjeturas que en esto puede haber, seguiremos el órden que mas probable se muestra, pues no podemos esperar mayor certificacion.

CAPÍTULO II.

Los dos hermanos mártires san Felix y san Cucufate.

Parece muestra el órden del camino que traia Daciano viniendo de Roma, como el primer santo que esta vez padeció en España, fué san Felix en Girona, llamada entónces Gerunda, la primera ciudad nuestra, adonde aquel cruelísimo juez llegó. Hizo este Santo un alto principio en su excelente martirio. Escriben dél todos los que escribieron algo de los santos, y los breviarios de España tienen sus lecciones concordes, y señaladamente el de san Isidoro y su misal, prosiguen lo que yo aquí tengo de contar. Y con tantos autores y tan graves, es su martirio muy autorizado.

Felix y Cucufate eran dos hermanos naturales de la ciudad Escilitana en África, y de allí fueron enviados á estudiar á Cesaréa (1) que era entónces muy populosa, y tenia estudio general de todas letras, y retiene todavía el mismo nombre, que tambien lo dió á toda aquella parte de Mauritania, que se llamó Cesariense, y es por cima de Tremecen al oriente, así que esta ciudad está casi en el paraje de Barcelona. Mas ellos oyendo como en España se aparejaba con la nueva persecucion grande oportunidad de martirio, aunque en aprender las letras les sucedia muy bien, aventajándose sobre todos sus iguales: todavía determinaron dejarlas tratándolo así entre sí. ¿Para qué queremos ya la filosofía del mundo, pues no amamos la vida dél? Tiempo es ya de buscar otra vida, que no consume todo el tiempo que se le añade, y cuanto mas años le dan, ménos le quedan, sino aquella perpetua, donde no hay término ni fin con la eternidad. Así se embarcaron luego, y llegados á Barcelona, se juntaron allí con los demás cristianos que habia, comenzando á predicarles y animarles á la cruel guerra que se esperaba en la persecucion. San Felix, como quien deseaba ponerse á los primeros encuentros della, dejando á su hermano en Barcelona, pasóse á Empurias, y de allí mas adelante á Girona, que era como la frontera donde primero habia de acudir el peligro. Llegado allí Daciano, luego tomó preso á san Felix y lo entregó á Rufino su teniente, que habiéndole mandado azotar muy cruelmente con varas, atados los piés y manos, lo encerró en lo mas hondo de la cárcel fatigándolo allí con hambre y sed miserable. Sacáronlo otro dia de allí, y atado en dos feroces acémilas, lo llevaron arrastrando por lo mas principal del pueblo, rasgando sus carnes por todas partes. Todo despedazado fué vuelto á la cárcel, y aquella noche fué visitado y consolado del cielo por un ángel que le sanó sus llagas para que pudiese de nuevo comenzar el martirio, y merecer mas en él, en confianza de quien le daba el esfuerzo y las fuerzas para todo.

(1) Reducen los autores esta antigua Cesarea, á la moderna Argel. B.

Venido el dia, sacaron á san Felix para pelear con él Rufino de nuevo con mas braveza de tormentos. Que como era el primer cristiano que atormentaban acá, querian hacer en él tal escarmiento, que bastase á espantar todos los demás. Y por el contrario nuestro Señor tambien queria armar con su ejemplo de san Felix, á tantos como despues le habian de seguir; y así con particular providencia dispuso que se le diesen muchos diversos, y todos muy fieros tormentos, porque todos los mártires despues pudiesen confortarse con ver no sufrian tanto como ya su capitan habia padecido. Así tuvo san Felix este dia muy penoso, porque la crueldad de Rufino con rabia de verse tan de veras vencida, comenzó mas cruda la pelea. Desde la mañana hasta la tarde le tuvo puesto en el tormento, la cabeza abajo colgado por los piés, abriéndole con peines de hierro todo el cuerpo, sin parecer en el Santo ninguna muestra ni sentimiento de dolor. Pasó tambien la noche en la cárcel, donde las guardas vieron luz del cielo que alumbraba á san Felix, y voces con suave melodía de ángeles que lo confortaban. Supo esto Rufino, y con mayor indignacion por no verse vencido tantas veces, quiso de una acabar con la vida del Santo. Mandólo echar atados piés y manos en la mar, que no está léjos de Girona. Desatáronle los ángeles, y andando por cima del agua se vino á la ribera. Ya se confesó entónces Rufino del todo por vencido, y mandándolo volver á la cárcel, allá dentro lo hizo degollar porque no se viese cuán de veras triunfaba el santo mártir dél. Esto postrero dice así san Isidoro: los breviarios cuentan que renovándole de nuevo los tormentos, le tuvo en ellos hasta que espiró. Como quiera qne fuese san Felix tan dichoso en su muerte, como en el nombre, fué glorioso á gozar la alta ventura que en el cielo Dios le tenia aparejada el primer dia de agosto, y entónces celebra la Iglesia su fiesta.

Su martirio deste Santo, sin lo ya dicho, fué siempre muy celebrado en España. Así hace mencion dél por singular santo el poeta Prudencio. El glorioso rey de los godos Recaredo, como en su lugar se dirá, con devocion deste Santo ofreció en Girona una corona de oro á su sepulcro. San Ildefonso en su libro de los claros varones, escribe de Nonito, obispo que fué de Girona en su tiempo, y poco ántes. Y contando de sus virtudes y cristiandad, cuenta entre ellas el gran cuidado y vigilancia con que este prelado reverenciaba y servia el sepulcro de san Felix en su iglesia. San Eulogio el mártir de Córdoba, que padeció allí mas ha de setecientos años, usa del ejemplo de san Felix, para poner uno muy ilustre de los santos, que se ofrecieron al martirio, escribiendo á dos santas vírgenes una amonestacion para él. Es tambien gran muestra de la estima deste Santo en España, lo mucho que se usó su nombre en ella, como en escrituras antiguas parece. Y aunque no lo hubiera tenido sino solo su padre del glorioso padre santo Domingo, fundador de la órden de los frailes predicadores, que se llamaba don Felix de Guzman, fuera un muy esclarecido testimonio. Y de allí parece que se continuó tanto como vemos el bendito nombre del santo Mártir en este tan ínclito linaje. Por todo esto, y por muchos templos, que de muy antiguo tuvo san Felix en España, parece claro haber sido siempre muy estimado y reverenciado con mucha devocion en ella.

Estábale ya esperando en el cielo á san Felix su hermano Cucufate, que ocho dias ántes habia sido martirizado en Barcelona. Sin que se pueda dar buena razon porque precedió á san Felix, que estaba muy atrás en Girona: principalmente que los breviarios y martirologios, tambien dicen fué Rufino el que le martirizó. Solo parece se puede decir, que viniendo Daciano por mar desembarcó en Barcelona, y habiendo este Rufino su legado concluido allí el martirio de san Cucufate, con la noticia que tuvo de su hermano, se pasó luego á Girona para martirizarlo. Y á esta cuenta primero se habia de poner san Cucufate, mas yo he seguido ahora el órden del camino, porque en todo hay tanta confusion, que pues no hay cosa cierta, el adevinar no puede hacer que lo sea.

El martirio de san Cucufate, es cosa muy célebre y de grande autoridad en España. Porque hacen mencion del Santo y de su martirio, el poeta Prudencio, cuya autoridad es grande, por ser tan antiguo y vecino á estos tiempos, y por ser español y de tanto ingenio, juicio, y buen celo cristiano. Los martirologios romanos, de Usuardo y Beda, ponen su fiesta y refieren en breve su martirio. Algo mas á la larga lo ponen el obispo Equilino, y los breviarios de España, con haber pocas iglesias que no recen dél, y den esta relacion de como padeció.

Habiéndose apartado de san Cucufate su hermano san Felix, para irse á Girona, él se quedó en Barcelona, donde tres gobernadores uno despues de otro le dieron cruelísimos tormentos. El primero se llamaba Valerio, y segun otros Galerio, que tenia cargo de procónsul, y éste mandó le atormentasen doce soldados, descansando y remudándose unos tras otros. Éstos le rasgaron las carnes por los lados y por el vientre, hasta que los intestinos y las entrañas se le salian del cuerpo. Hizo el Santo oracion, y fué sano, y sus verdugos cegados súbitamente, y el procónsul pereció con sus ídolos, abriéndose la tierra para sorbérselos: Maximiano, que sucedió á Valerio, mandó asar al Mártir en unas parrillas, echándole por todo el cuerpo mostaza desleida en vinagre. No dañándole nada este cruel tormento, lo mandó echar en una hoguera muy grande que se apagó por su oracion. Así le volvieron á la cárcel, donde fué consolado con lumbre del cielo, que resplandecia en todo el aposento. Con este milagro se convirtieron las guardas de la cárcel. El dia siguiente fué azotado con correas de látigos, y con cardos, por mandado de Maximiano, que tambien murió luego mala muerte, y un ídolo de Júpiter, á quien él iba á sacrificar, con otros muchos cayó por tierra, y se hizo pequeños pedazos. Movió esto á otros para ser cristianos. Y tambien movió á Rufino, que sucedió á los jueces pasados, para mandar degollar á san Cucufate, con temor de que no se volviesen mas cristianos. Su cuerpo fué sepultado por entónces en Barcelona con la honra y veneracion que los cristianos pudieron. Despues, sin que tenga noticia cuando, ó como fué elevado este santo cuerpo al real monasterio de san Dionisio cerca de la ciudad de París: allí está en capilla propia entre los otros muchos cuerpos santos, que están dentro de la capilla mayor, como lo vieron y lo escribieron los que estos años pasados fuéron á traer de aquel monasterio el cuerpo del santo mártir Eugenio arzobispo de Toledo, segun en el libro que desta santa jornada se imprimió, está por testigos de vista referido. Yo tengo por cierto, que cuando el emperador Ludovico, hijo de Carlo Magno, tomó á Barcelona, se llevó á París este santo cuerpo, y en veneracion suya, y como en recompensa, mandó edificar allí cabe Barcelona el monasterio deste Santo, que dió nombre al lugar, como en los anales de Aragon se escribe.

Y creyendo así que este cuerpo santo está en San Dionisio, he visto, como en la iglesia de Santiago de Galicia lo tienen tambien en arca bien esmaltada, y con gran veneracion lo sacan en procesiones por necesidades. Y esto es por aquel santo pundonor, de que escribiendo del mismo santo Apóstol, se ha dicho, con que en diversas partes se precian de tener el cuerpo de un santo, porque tienen gran parte de sus reliquias. Trujo estas reliquias de san Cucufate á Santiago mas ha de cuatrocientos años el primer arzobispo don Diego Gelmirez, como en la historia compostelana muy por extenso se refiere. Y en aquella iglesia se celebra fiesta desta traslacion. Y lo uno y lo otro son grandes testimonios de estar allí estas santas reliquias.

Fué martirizado san Cucufate á los veinte y cinco de julio, y el caer en aquel mismo dia la fiesta de san Cristobal, dió lugar al error de muchos, que juntan á estos dos santos en la vida, como lo están en la fiesta. Creen que san Cucufate es aquel ermitaño, de quien en la historia de san Cristobal se refiere, que lo bautizó y lo enseñó en la fé, y así lo pintan siempre con él. Esto se piensa así de nuestro santo Mártir por esta ocasion, yendo tan fuera de ser verdad, como por todo lo de arriba parece.

CAPÍTULO III.

Santa Eulalia virgen y mártir de Barcelona.

El haber habido otra santa Mártir deste mismo nombre, y deste mismo tiempo en la ciudad de Mérida, como presto veremos: ha hecho creer á algunos que no hubo esta otra (de quien ahora queremos escribir) en Barcelona. Muévense por el poeta Prudencio, que contando en aquel himno de los mártires de Zaragoza, los particulares de muchas ciudades de España, y entre ellos á santa Eulalia la de Mérida: no nombró á esta otra santa Eulalia de Barcelona, aunque hizo memoria desta ciudad, atribuyéndole su santo mártir Cucufate. Y ha llegado á tanto este dudar así, que en lecciones de algunos breviarios de España hacen destas dos santas una misma, refiriendo que nació en Barcelona, y vino despues á padecer en Mérida. La verdad harto clara desto es, que fueron dos santas diferentes, y no hay para qué confundirlas. Porque ni Prudencio quiso contar allí todos los santos de España, ni tampoco todos los de las ciudades que nombra, sino algunos que para confirmacion de lo que pretendia bastaban. Y aunque casi todos los breviarios de España, y los santorales antiquísimos ponen á estas dos santas distintas: mas bastaba lo que hallamos dellas y de sus fiestas y martirios en el misal y breviario de san Isidoro, para no dudar en esto. Celebra mucho este Santo á esta Santa de Barcelona, llamando á su dia famosa fiesta, y refiriendo della, aunque con mas brevedad, lo que en los otros breviarios se cuenta: y así tendrá lo que aquí se dijere la autoridad del santo Doctor, y de las mas iglesias de España.

Fué santa Eulalia natural de Barcelona, y así celebra en ella san Isidoro, que habiendo ennoblecido su tierra natural con su alto merecimiento y título de su triunfo, la honró tambien con la de su sepultura. Tuvo padres nobles, de quien no se dice si fueron cristianos: mas éralo con gran firmeza su hija, y conversaba mucho con todos los que lo eran. Vivian sus padres en una heredad cerca de la ciudad, cuando Daciano vino á ella, y comenzó á manifestar su deseo de perseguir los fieles de Jesucristo. La santa Vírgen, que no habia entónces mas de catorce años, estando su fé con gran firmeza en tanta ternura: oyendo el peligro de los que la seguian, se dolió mucho en su corazon: por el temor que tenia de que no desmayasen algunos cristianos: y por otra parte se alegró mucho con ver llegado el tiempo de poder morir por la fé de Jesucristo, como siempre habia deseado. Y era tanto su gozo que sus padres se lo conocian, aunque no sabian la causa dél. Con este hervor se salió una noche de casa de sus padres secretamente, y viniéndose á la ciudad por la mañana, se fué al tribunal de Daciano, y con vituperio le reprehendió el perseguir los cristianos. ¿Quien eres tú (dijo él) que con tanta osadía has venido aquí, y hablas sin guardar la reverencia debida á la magestad romana, ni á sus ministros, que la representamos? Yo soy cristiana (dijo la santa Vírgen) y sierva de Dios, que es Rey de los reyes, y Señor de los señores. Daciano la mandó luego azotar cruelmente, diciendo ella, cuando con mas crueldad la herian. Porque mi Dios me conforta, no siento vuestro atormentarme. Con esta su constancia y alegría provocó la ira del juez á mayor furia, y así la mandó atar en el ecúleo ó potro, y arañarla toda con garfios de hierro, que llamaban uñas por este cruel efecto. Quemáronla despues con hachas ardiendo, y acrecentando tormentos, y buscando otros de nuevo, la envolvieron en cal viva, la echaron aceite, y despues plomo hirviendo por el cuerpo, y mostaza con vinagre por las narices. Fregáronle las llagas con pedazos agudos de vasijas quebradas, quemáronle los ojos con candelas encendidas, y ejecutaron cuanto la crueldad pudo hallar con desvelarse, y con el demonio instigarla. Santa Eulalia, siempre alegre y esforzada con el conorte del cielo, llamaba á Jesucristo en su ayuda, dándole gracias por la mucha que sentia se le daba. Con este socorro y consolacion del cielo ella no sentia los tormentos, y milagrosamente los padecian los verdugos y ministros dellos, quemándose con los fuegos, y lastimándose en todo lo demás, como si ellos fueran los atormentados, y la santa Vírgen el verdugo. Cansada pues ya la misma crueldad, y agotadas sus invenciones, sin haber podido mover un punto su firmeza á una tierna doncella, volvió Daciano su pensamiento á la deshonra y á la ignominia. Así desnuda y disforme como estaba por las muchas y diversas heridas, la mandó traer por toda la ciudad, para confusion de la Santa y espanto de los otros cristianos: y despues degollarla en el campo. Porque ya el tirano, desesperado de la victoria, se confesaba con esto por vencido. Fué degollada á los doce de febrero, y en este dia se celebra su fiesta. Otros dicen que murió crucificada. Yo sigo lo mas comun: porque en san Isidoro no hay nada declarado. Solo cuenta como el santo cuerpo fué cubierto de nieve, con que milagrosamente parece lo quiso honrar nuestro Señor. Los cristianos lo tomaron despues y lo sepultaron con la honra que entónces podian.

La grande autoridad desta Santa y su martirio está bien comprobada por los testimonios ya dichos, y por los martirologios, y por los que escriben de santos. Aunque en algunos hay la confusion ya dicha, de hacer de dos santas una sola, y otra tambien de atribuir á la una los martirios y manera de padecer de la otra. Está tambien muy autorizado lo desta Santa, con traerla por ejemplo de maravilloso hervor en ofrecerse al martirio, san Eulogio el mártir de Córdoba, de la manera que trujo el de san Felix, como allí se di-

jo. Y demás desto lo que da mucha autoridad á esta Santa, es el celebrarse en la iglesia de Barcelona fiestas particulares de su invencion, á los veinte y tres de octubre, y de su traslacion, sin tener dia del mes señalado, en la segunda dominica de julio. La invencion del santo cuerpo, segun se lee en los maitines de la fiesta, sucedió desta manera.

Barcelona fué una de las primeras ciudades de España, que se recobraron de los moros, como en los anales de Aragon y en los de Francia parece, donde se cuenta, como el emperador Ludovico la ganó de los moros en vida de su padre Cárlo Magno. Así el año ochocientos y setenta y ocho, habiendo venido Sigebodo, arzobispo de Narbona, á Barcelona, y tratando con Frodoino obispo de allí, del gran deseo que tenia de las reliquias de santa Eulalia, por edificarle una capilla en su iglesia, á la costumbre de entónces, de no edificarse, sino muy pocas veces capilla ni altar á algun santo, sin tener sus reliquias, para encerrarlas en el altar, como ya se ha apuntado, y se dirá mas cumplidamente adelante (1). Resolviéronse pues ambos prelados en buscar el santo cuerpo. Y para saber con mas certidumbre el lugar de su sepultura, recurrieron á un himno antiguo, que habia de la santa Mártir, y allí hallaron como estaba fuera de la ciudad en la iglesia llamada Santa María de la Mar. Los dos prelados con mucha clerecía y acompañamiento de seglares, se fuéron á aquella iglesia: y hecha su oracion á nuestro Señor, los clérigos comenzaron á desenvolver cavando todo el suelo della. Tres dias perseveraron en esto, sin que pudiesen hallar rastro ni señal de lo que buscaban. Con esto se volvió á su iglesia el arzobispo de Narbona, sin el cumplimiento de su devocion que deseaba. El obispo Frodoino no desconfió por esto de alcanzar de nuestro Señor el hallar el santo cuerpo: y así mandó que en toda la ciudad y sus comarcas se ayunasen tres dias, y concurriesen allí á pedir esto con mucha devocion en aquella iglesia. Cumplida esta devota plegaria, el obispo fué con solemne procesion de toda la ciudad al mismo templo, y dicha la misa, mirando él mismo, así como estaba vestido de pontifical, todos los rincones de los altares, tocando en uno con el báculo, sintió que sonaba hueco. Allí mandó cavar á sus clérigos, que descubrieron presto un arca de mármol, la cual abierta, salió luego suavísimo olor, con que todos los presentes mucho se confortaron, dando infinitas gracias á nuestro Señor, que les habia hecho la merced de hallar el precioso tesoro que buscaban. Sacaron el bendito cuerpo de aquel arca, y cubierto de un rico paño, lo llevaron en andas hácia la ciudad. Llegando á la puerta, se hizo súbitamente inmóvil, así que pensaron no era la voluntad de Dios se metiese dentro en Barcelona. Por esto bajaron las andas de los hombros, sin poder pasar adelante. El obispo amonestó luego á todos, pidiesen á nuestro Señor, puestos de rodillas, que manifestase mas abiertamente, lo que en aquello era mas servido. Él, con muchas lágrimas, hizo la mismo oracion, y levantando della, llegó á tomar las andas, mandando á los principales de sus clérigos le ayudasen. Entónces se movió el santo cuerpo con la ligereza que de ántes, y así fué llevado á la iglesia catedral de Barcelona, que tiene la advocacion de la Santa Cruz, y teniéndolo algunos dias sobre el altar mayor, despues lo guardaron en el sagrario.

(1) En el c. 9 deste libro.

Así estuvo el santo cuerpo guardado en la tesorería ó sagrario de la iglesia mayor muchos años, hasta el mil y doscientos y ochenta y siete de nuestro Redentor, que fué trasladado y elevado, sacándolo á la iglesia, y á una rica capilla que para esto con su advocacion se habia labrado. Fué muy solemne esta traslacion y elevacion, por haberse hallado en ella aquel señalado príncipe el rey don Jaime de Aragon el primero, con los infantes sus hijos, y muchos príncipes de su linaje: y caballeros de su corte, como en las leciones desta fiesta se lee, y en las corónicas de aquellos reinos se refiere.

CAPÍTULO IV.

San Severo obispo y mártir de Barcelona, con sus compañeros.

La Iglesia de Barcelona celebra á los seis de noviembre la fiesta de san Severo mártir, que, como en las leciones de los maitines se dice, era obispo de aquella ciudad en este tiempo, en que el malvado Daciano vino á ella. Allí se prosigue, que en consideracion de su flaqueza, y temiéndola, se salió de la ciudad para ausentarse. Fortalecióle luego Dios el corazon con su gracia, y así se ofreció de buena gana á los que por mandado del presidente le iban á buscar. Tambien prendieron con él cuatro clérigos que le seguian, y un labrador, llamado Emiterio, que en el camino habian convertido. Sin traerlos á la ciudad en un lugar diez millas della, llamado entónces Castro Octaviano (1), fueron todos fieramente azotados con correas que tenian enjerido plomo, para mayor crueldad. Perseverando constantes en confesar la fé, y llamar á Jesucristo, los cinco fueron degollados. A san Severo azotaron de nuevo con mas rigor, y no moviéndole nada con este tormento, le hincaron un grueso clavo por la cabeza, y habiendo caido en el suelo, lo dejaron por muerto. Los cristianos de la ciudad vinieron de noche para sepultar estos mártires, y hallaron todavía vivo á san Severo, que les dió la bendicion ántes que espirasen (2). Allí fueron sepultados en aquel mismo lugar, donde despues, luego que Barcelona fué de cristianos, se edificó un monasterio con la advocacion de san Cucufate, del cual tambien aquel lugar tomó el nombre que ahora retiene, y allí fueron trasladadas las reliquias destos santos.

Yo he seguido en esto que así de san Severo he escrito, lo que la iglesia de Barcelona lee dél en los maitines, teniéndolo por mas cierto que lo que algunos en nuestro tiempo han escrito, sin dar autor, ni traer otro fundamento que este Santo fué martirizado muchos años despues, en tiempo que los godos reinaban en España. Cuéntase tambien algun milagro que yo no quise referir por no tener tanto fundamento, como en tales cosas se debe desear.

(1) Disienten los autores acerca de la fundacion de Castro Octaviano; quien cree este lugar haber sido fundado por el emperador Octaviano Augusto; quien dice haber buscado en vano mencion dél en los geógrafos antiguos; mas en lo que generalmente se conviene es en reducirle á San Cugat del Vallés. Véase á Marca, y á Pujades, edicion en catalan, fólio 142 vuelto. B. (2) Los anales de Aragon, lib. I, c. 4.

CAPÍTULO V.

Santa Engracia, y los otros diez y ocho mártires de Zaragoza.

Elevando el presupuesto de que no se puede dar certidumbre del viaje que hizo Daciano, seguiremos el órden que se puede tener por mas verisímil y probable. Así parece que de Barcelona bajó á Zaragoza. Allí ejecutó fieramente su perversa crueldad. Ante todo es muy insigne en aquella ciudad el martirio de la vírgen santa Engracia con otros diez y ocho mártires de su compañía. De todos escribe el poeta Prudencio, cuyo testimonio, por lo que hemos dicho, y los doctos entienden, siempre es de mucha autoridad. Tambien la da á estos santos, el haber sido muy estimados y celebrados en tiempo de los godos: y las personas que entónces les tuvieron devocion, y escribieron dellos, los autorizan mucho mas. Éstas fueron san Eugenio, arzobispo de Toledo, tercero deste nombre, inmediato predecesor de san Ildefonso, y el mismo san Ildefonso. El primero fué muy fervoroso en la devocion destos mártires, y en servirlos, y el otro escribe esto, y nos dió la noticia dello. Así dice en el libro de los claros varones, que siendo este santo Eugenio, ministro en la santa iglesia de Toledo, y muy señalado entre los demás, dejó todo aquello con deseo de emplear la devocion que tenia á estos santos, y fuése á Zaragoza, á ser monge en su iglesia, y allí estuvo sirviéndolos algunos años, hasta que el rey Chindasvinto lo sacó por fuerza de allí, y lo trujo á ser arzobispo en Toledo. Y teniendo este Santo gracia particular en hacer versos, mostró tambien su devocion con estos santos mártires en un epigrama que hizo dellos. Sin esto muchas iglesias en España rezan de santa Engracia y sus compañeros, á los diez y seis de mayo, y este dia ponen su fiesta los martirologios de Usuardo, de Beda, y el Romano, el obispo Equilino, los Flos Sanctorum, y los que escriben de santos de España. Tiene tambien mucha autoridad todo lo destos santos con la invencion de sus benditos cuerpos, y la fiesta muy solemne que se celebra en Zaragoza della, y con la veneracion en que los reyes antiguos de Aragon han mostrado tener estas santas reliquias, y la en que aquella insigne ciudad y todo el reino les tiene, como aquí en particular se verá todo.

Su verdadero nombre desta Santa es Encratis ó Encratide, como en el poeta Prudencio parece: mas aquí usaremos el comun de Engracia que España toda retiene, habiéndolo ablandado, y acomodádolo mas á su ordinaria pronunciacion. Y es tan antiguo el uso de pronunciar desta manera este nombre cuanto es antiguo san Eugenio, pues se halla así en su epigrama. Los nombres de los diez y ocho, que con esta Santa fueron martirizados, son éstos, sacados, como mejor se puede, del himno de Prudencio, de aquel epigrama de san Eugenio, y de los martirologios. Lupercio, Optato, Sucesso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Evanto, Primitivo, Apodemio. Los otros cuatro que restan, dice Prudencio, se llamaban Saturninos, aunque sin este sobrenombre comun á todos, tenian otros nombres particulares al modo de entónces, los cuales la ley del verso de aquel himno, no los podia recibir, y por esto dice este autor que no los pone. Hállanse en san Eugenio y en los martirologios, y son éstos: Matutino, Casiano, Fausto y Ianuario.

Lo que de Prudencio, de san Eugenio, y de los breviarios y santorales antiguos se entiende destos santos, sucedió desta manera. Todos hacen á santa Engracia como principal cabeza y caudillo de los otros diez y ocho mártires, y así se celebra distinto y aparte su martirio. Siendo ella desde su niñez cristiana: algunos breviarios refieren que era hija del rey de Portugal, y que estando desposada con un marqués (que así le nombran) de Rosellon: su padre la enviaba á celebrar sus bodas en la tierra de su esposo, acompañada de diez y ocho caballeros sus parientes y amigos. Tiene esto algunas dificultades, mas quien lo quisiere salvar, puede decir, que aunque no habia entónces reyes en Portugal, por ser toda España de los emperadores romanos, y no consentir ellos nombre de rey en ninguno de sus súbditos, mas habia hombres principales y grandes señores acá y en otras provincias, á los cuales con nombre usado de los romanos en su lenguaje latino llamaban régulos, y de aquí se pudo tomar la ocasion de llamar á la Santa hija del rey de Portugal, siendo el padre algun príncipe destos en aquella tierra. Tampoco habia entónces nombre de marqués, aunque habia el oficio, á quien despues se dió este nombre, llamando marcas á los distritos y jurisdicciones de los capitanes que residian en las fronteras, y de allí marqueses á los generales que tenian aquel cargo. Los romanos tuvieron tambien este oficio en tiempo de los emperadores: mas con nombre harto diverso, llamando los capitanes limitaneos, que verdaderamente significa capitanes de fronteras. Y siendo bien posible que santa Engracia fuese á casar con el capitan limitaneo de la tierra de Rosellon, que entónces era, acomodaron el nombre, á lo que se usó despues en el oficio que ya habia ántes.

Prosíguese con esto en las lecciones de los maitines que la santa Vírgen iba muy alegre en este camino, no tanto por las bodas á que la llevaban, como por las que esperaba anticipar con Jesucristo, por la buena ocasion del martirio que entendia haber en Zaragoza, por donde ella habia de pasar, con la crueldad que allí Daciano usaba contra los cristianos. Como quiera, pues, que esto sucedió, ó que santa Engracia estuviese en Zaragoza, ó que viniese allí por esta ocasion, se prosigue adelante, que reprehendió gravemente á Daciano (sin que se diga cómo vino ó fué traida delante dél) porque así cruelmente perseguia á los cristianos. El juez maldito mandó azotar por esto gravemente á ella, y á los diez y ocho que la acompañaban. Y porque la Santa se habia señalado en decir mal de los emperadores, fué arrastrada por toda la ciudad. Otro dia fué atormentada con tanta y mas crueldad que se cuenta de los mártires que mucho padecieron. Fué arañada toda con garfios de hierro, hasta abrirle lo interior del cuerpo, así que le sacaron un pedazo del hígado, el cual parece se guardó despues por reliquia. Y así dice Prudencio que él lo vió. Cortáronle la teta izquierda, hasta descubrirle el corazon por la herida. Estaba tan lastimada por todo el cuerpo, que la vestidura, con que despues se cubrió, quedó teñida en sangre. Y porque ésta tambien se guardó, la vió despues san Eugenio, y la trae por testimonio de lo mucho que la Santa padeció. Estos tormentos celebran así estos dos tan graves autores: mas porque ni se mudaba santa Engracia un punto de la confesion de su fé, ni acababa de morir con ellos: el cruel Daciano, como el demonio le hacia ingenioso en hallar nuevos tormentos contra los cristianos, le mandó dar otro mas cruel, y fué

dejarla así viva, para que las heridas la lastimasen mas tiempo, y el dolor no se acabase tan presto acabándose la vida. Así celebra Prudencio, que el dilatarle la muerte fué mayor pena que el dársela, y que vivia como resucitada para sufrir mayores dolores, y poder contar la triste historia dellos. Y en este autor no se refiere mas: los breviarios añaden que le hincaron al fin un clavo por la frente, con que acabó de recibir la corona del martirio que se le habia ido acrecentando con mas gloria, cuanto mas á la larga le duró la pena.

El obispo, que en los breviarios se nombra Prudencio ó Prudente, sin que se ponga el nombre de su iglesia, y parece era de Zaragoza, sepultó el santo cuerpo, no sin milagroso acompañamiento de ángeles que vinieron á honrar la gloriosa Mártir en sus obsequias. Y el poeta Prudencio hace mucha fiesta de la sepultura y reliquias de santa Engracia y sus compañeros, y de la veneracion con que en Zaragoza eran en su tiempo reverenciadas: y teniendo entónces esta santa iglesia en Zaragoza, parece da á entender que estaba edificada en la misma casa donde ella vivió. Así perseveraron en esta estima hasta el tiempo del arzobispo san Eugenio tercero, que no fué muchos años ántes de la perdicion de España. Cuando ésta sucedió, los cristianos de Zaragoza no siguieron lo que los demás de España, que era huir con las santas reliquias á lugares de montañas mas seguros, sino que cavando muy hondo allí en su iglesia, escondieron su precioso tesoro, y despues fué hallado desta manera.

El año de nuestro Redentor mil y trescientos y ochenta y nueve, reinando en Aragon el rey don Juan, y en Castilla tambien el rey don Juan, primero deste nombre, y siendo la iglesia de Santa Engracia de canónigos reglares, queriendo reparar alguna parte della, y mas verdaderamente, queriendo nuestro Señor hacer la merced á aquella ciudad de que gozase por entero lo que así con devocion preciaba: los oficiales que labraban, habiendo cavado muy hondo para cimientos, descubrieron una grande arca de mármol, y junto con ella otra menor, que tenia su cubierta tambien de mármol, pegada al derredor con betumen muy fuerte. Ésta abierta, parecieron dentro dos apartamientos, y en el uno habia esculpidas letras que decian: De la Vírgen Engracia. Y así lo mostraban los huesos que allí estaban, estando rojos, y con un color vivo como de rosas, que testificaban bien la gloria con que nuestro Señor los habia querido conservar. En el otro apartamiento habia tambien otros huesos con título esculpido que decia: De Lupercio. La otra gran tumba sin tener título, mostraba bien cuyos eran los cuerpos y huesos que en ella se guardaban. Porque eran tantas las cabezas y los demas huesos, que se tuvo por cierto ser de los otros diez y siete mártires de la compañía de santa Engracia, y tambien las reliquias que quedaron del fuego, en que fueron abrasados en aquella ciudad los innumerables Mártires, de quien luego habemos de contar. El hallarse así estos santos cuerpos, sucedió á trece de marzo el sobredicho año. Y para mayor autoridad se convocaron al abrir de las tumbas los jurados, que á la sazon tenian el gobierno de Zaragoza, y otras personas graves, delante las cuales se tomó testimonio en pública forma de todo lo que aquí se ha escrito, como se refiere en las lecciones de la fiesta que en aquella ciudad se celebra muy solemne desta gloriosa invencion.

Esta iglesia antigua de Santa Engracia se cree haberla labrado en tiempo de los godos san Braulio, obispo de aquella ciudad. Despues desta invencion, quedándose las santas reliquias en el lugar donde fueron halladas, se edificó una iglesia subterránea, donde dignamente estuviesen. Últimamente los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, dieron á la órden de san Gerónimo aquella iglesia, y la edificaron muy suntuosamente, como ahora se ve, quedándose debajo della la sepultura destos santos, como ántes se estaba.

CAPÍTULO VI.

Los innumerables mártires de Zaragoza, y otros santos de la misma ciudad.

Ponen los martirologios Romano y de Usuardo á los tres de noviembre la fiesta de los innumerables mártires de Zaragoza, y la iglesia de aquella ciudad y otras, celebran aquel dia su fiesta: y el obispo Equilino y los que escriben de los santos de España, hacen tambien mencion dellos con escribirse su martirio desta manera.

Viendo Daciano la mucha constancia de los mártires de Zaragoza, y lo poco que aprovechaba el castigarlos cada uno por sí, determinó matarlos todos juntos. Para esto, con astucia diabólica, mandó pregonar que todos los que fuesen cristianos saliesen de la ciudad, y se fuesen libremente con sus haciendas á vivir en otros lugares menores, señalándoles dia cierto en que habian de salir todos juntos. Cuando así salieron, mandó cerrar las puertas de la ciudad porque no hubiese recurso de volverse á esconder en ella. Por otra parte tenia Daciano mucha gente de armas, que de súbito dieron sobre los cristianos, y mataron tanto número dellos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, que por no tener cuento, los llaman innumerables mártires, y otros dicen fueron diez y siete mil. Parece quiso imitar este infernal tirano las abominables traiciones de Galba y de Luculo, que atrás quedan referidas (1) con que mataron de una vez gran multitud de españoles. Mas no contento Daciano con tan abominable crueldad, mandó juntar los cuerpos de todos, y quemarlos á vueltas de otros muchos malhechores, porque los cristianos no pudiesen reverenciar sus reliquias. Sucedió un insigne milagro, que las cenizas de los santos, apartadas por misterio divino, se juntaron, y quedaron hechas unas pellas muy blancas de todas ellas. Éstas recogieron los cristianos, alabando á Dios maravilloso en sus santos. Y por estar estas cenizas tambien en aquella iglesia de Santa Engracia, de que hemos dicho, se llama la iglesia de las Santas Masas. Esto es á imitacion de trescientos mártires que con san Cipriano fueron martirizados en África, habiéndolos echado en una gran hoya de cal viva, y enterrádoles en ella, allí se quemaron, y á sus cenizas y huesos que quedaron, llamaban despues la masa blanca, como el poeta Prudencio refiere (2), y de allí se tomó en Zaragoza el nombre de las Santas Masas para las reliquias destos santos. Desta iglesia de las Santas Masas, hay mencion en los años de nuestro Redentor mil y cincuenta, ó por allí, que es aun mucho ántes que Zaragoza fuese ganada de los moros, como parece en los anales de Aragon (3). Y se confirma (4) por esto lo que en la misma historia se afirma, que nunca esta

(1) En el lib. 7, c. 40, y 43. (2) En el himno del martirió de san Cipriano. (3) En el lib. I, c. 18. En el mismo lib. c. 41. (4) En el lib. 15. c. I.

iglesia dejó de ser de cristianos. Y aun afirmando san Isidoro en sus etimologías, que esta ciudad, aunque por su sitio fértil y muy deleitoso era grande y famosa, mas mucho mas lo era por la sepultura de tantos mártires: parece cierto entiende destos innumerables con los demás, y desta su iglesia.

En Agreda, villa principal en las fronteras de Aragon y Navarra, tienen en grandísima veneracion un campo cerrado y una iglesia en él, por memoria y tradicion que se ha conservado en los naturales de la tierra, de que allí fueron martirizados y sepultados muchos cristianos, que viniendo huyendo de Zaragoza y sus comarcas desta crueldad de Daciano, fueron seguidos y degollados allí.

El poeta Prudencio no hace mencion clara destos innumerables mártires de Zaragoza, aunque en cierta manera parece significarlos: mas escribe en aquel himno de otros dos santos de allí, llamados Cayo y Cremento, que no fueron mártires, sino solamente confesores, al modo de entónces, que se daba este nombre á los cristianos que presentados delante los jueces confesaban la fé con firmeza, y eran presos y atormentados, mas no muertos.

Sin los ya dichos, celebra tambien la Iglesia de Zaragoza á los diez y seis de abril, la fiesta de otro santo mártir suyo llamado Lamberto. Era esclavo de un hombre rico, y teníalo en una su heredad para labrarla. Daciano mandó que todos los que tuviesen esclavos cristianos los manifestasen para hacerles negar la fé, ó matarlos. Su amo de san Lamberto, fué á su heredad, y dando noticia deste mandato á san Lamberto, le persuadió negase á Jesucristo. Él respondió con gran firmeza, que primero le matarian que tal dél alcanzasen. Enojado su señor por esto, y teniendo por cierto que cumpliria lo que así protestaba, y que así como así habia de perder su esclavo, le cortó allí luego la cabeza. El Santo (como tambien se cuenta de otros algunos) tomó su cabeza con las manos, y se fué hasta el lugar donde estaban las reliquias de los innumerables Mártires, y allí se dejó caer entre ellas. Esto se refiere así en las lecciones de los maitines, donde se añade el milagro, que los bueyes en que el mártir estaba arando cuando su amo le mató, fueron siempre delante dél como guiándole hasta el lugar donde paró y acabó de morir, y que él iba cantando aquel verso del salmo (1). Gozarse han los santos en la gloria, y alegrarse han en los lechos de su reposo.

En nuestros tiempos el papa Adriano Sexto, habiendo sido electo estando acá en España, cuando pasó por Zaragoza yéndose ya á Roma, visitó las reliquias de todos estos mártires, y otras de aquella ciudad, y señaladamente pidió le diesen alguna deste Santo. Así se le envió despues una mejilla ricamente adornada, como los que escriben su vida deste pontífice lo cuentan.

CAPÍTULO VII.

San Valerio, obispo de Zaragoza.

Cuando Daciano vino á Zaragoza, era obispo en aquella ciudad un sacerdote llamado Valerio, bien digno de aquel cargo por su santidad y doctrina. Mas porque era tartamudo, y muy impedido en el hablar, servíase para doctrinar al pueblo y para lo demás que tocaba á su santo ministerio, de un su diácono llamado Vincencio: de la manera que Moisés tenia á su hermano Aaron, dado de Dios para semejante ayuda (1). Y yo no dudo, sino que de los primeros cristianos que en la ciudad se prendieron por Daciano, fueron estos dos y aun en algunas leyendas así se escribe, mas yo los he dejado aquí para los postreros, porque la buena prosecucion de lo de adelante así lo requiere. Porque á estos dos santos no los martirizó en Zaragoza, sino que los mandó llevar aprisionados hasta Valencia. Allí mandó desterrar á Valerio, ó porque siendo ya muy viejo, y teniendo el habla tan impedida no le pareció seria de provecho entre los cristianos, ó por otra causa que le pudo mover á no martirizarlo. El santo Obispo, que no pudo volver á Zaragoza porque le fué defendido, ó no quiso por quedar allí destruida casi del todo la gente cristiana, fuése á vivir en un lugar de las montañas de Riba Gorza, llamado Anet, en la ribera del rio Cinca. Allí edificó una iglesia en nombre y con la advocacion de san Vincencio, cuando supo como habia padecido en Valencia, la cual, segun su mucha antigüedad muestra, se cree sea la misma que hasta ahora dura en aquel lugar. Allí acabó el santo Confesor su vida santamente, y fué sepultado allí cerca en un castillo llamado Estada.

Yo he seguido en contar lo deste Santo, lo que la iglesia de Zaragoza y otras algunas de España, que rezan dél á los veinte y nueve de enero, leen sus maitines, y san Isidoro en el martirio de san Vincencio hace tambien mencion dél. El poeta Prudencio le nombra asimismo en aquel himno de los mártires de Zaragoza; y de tal manera le nombra, que parece haber habido tambien en aquella ciudad otro obispo santo deste nombre, y aun del linaje del mismo de quien ahora escribimos. Y todo esto es lo mas cierto y verdadero, que no lo que alguno ha escrito muy diverso desto, que este Santo vino al fin á padecer martirio en Francia (2).

Con la entrada de los moros en España, se perdió en aquel castillo de Estada la memoria del bendito cuerpo de san Valerio, hasta que despues fué revelado al obispo Arnulfo de Riba Gorza, que sacándolo de allí con gran veneracion lo llevó al castillo de Roda, y lo puso en la iglesia de san Vincencio. Y esto parece fué cerca de los años mil y cincuenta de nuestro Redentor; pues en este tiempo vivia este obispo Arnulfo ó Ariulfo de Riba Gorza, como parece por haberse hallado en el concilio de Jaca que allí mandó celebrar el primer rey de Aragon don Ramiro (3).

Algunos años despues, siendo ya ganada Zaragoza, viniendo á ella el obispo de Riba Gorza, Raimundo, y alegrándose mucho con ver restituida la Iglesia cristiana en aquella ciudad: pidiéronle los canónigos y capítulo, les diese alguna reliquia deste Santo, para que fuese guardada y reverenciada en la misma iglesia donde habia sido prelado. El obispo Raimundo lo concedió, y yendo con él personas graves del cabildo de la iglesia de Zaragoza, trujeron un brazo de san Valerio, que allí se guarda con gran devocion de toda la ciudad. Y entónces fué recibida esta su santa reliquia con tanta alegría de aquel pueblo, como pudieran tener si le vieran volver vivo de su destierro. Esto sucedió conforme al recobrarse Zaragoza, por los años de

(1) Salmo 49.

(1) Exodi 4. (2) El Arcediano de Ronda en su libro de los Santos de España. (3) Los Anales de Aragon en el lib. I, c. 18.

nuestro Redentor mil y ciento y veinte, ó por allí cerca. Despues cincuenta años adelante, el rey don Alonso de Aragon, segundo deste nombre, trujo tambien la cabeza deste santo prelado á la iglesia de Zaragoza, habiéndola pedido á don Guillén Perez, obispo de Lérida y de Roda (1).

Todo esto que de la invencion del cuerpo de san Valerio, y traslaciones de sus reliquias así he contado, es mas verdadero y auténtico, que no lo que harto diferente desto se cuenta en el Flos Sanctorum (2), que se halló este cuerpo santo en la iglesia de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

Algunos afirman que este Santo pasó el tiempo de su destierro en Vizcaya, cerca de la villa de Mondragon, y que allí fué despues sepultado, y traen buenos fundamentos y memorias antiguas que lo confirman. Lo que yo en esto creo es, que este san Valerio de Vizcaya fué otro insigne en letras de los postreros tiempos de los godos, de quien llegando allá, placiendo á nuestro Señor, se tratará.

CAPÍTULO VIII.

El esclarecido mártir san Vincencio, que padeció en Valencia.

No se puede dignamente encarecer la grandeza y excelencia deste glorioso Santo, y la estima que dél hace la iglesia de España, la de Francia, y (lo que es de mayor autoridad) la de Roma. Ella hace gran fiesta á san Laurencio, como dijimos, porque el Santo lo merece, y porque con ser natural de España padeció en Roma. Y el haber gozado aquella ciudad por sus ojos la gran victoria de aquel Santo, la pudo mover con lo demás, á hacerle tan solemne el triunfo. A san Vincencio que padeció acá, por solo la fama de su singular martirio, le hace insigne fiesta con rezar dél solemnemente, sin hacer esta honra á ninguno otro de los mártires de España, y á pocos de los que fuera de Roma y de Italia vivieron y murieron. Y no hay duda sino que se movió la iglesia de Roma á celebrar así con singular cuidado la memoria deste Santo, que por haber sido muy señalado en padecer gravísimos tormentos, en mostrar mas constancia y alegría en padecerlos, y en confundir con ellos al juez. Los milagros que tambien en su martirio sucedieron, fueron notables, desusados, y de gran consideracion. Con este testimonio de la iglesia Romana, está muy autorizado y ennoblecido el martirio deste Santo, y con haber sido dichoso en tener á san Isidoro por su coronista y pregonero de sus loores. El oficio que se pone en su misal, es la cosa mas señalada que hay en todo él, por devocion, por santo encarecimiento, y dulzura de estilo en celebrar todo lo deste Santo. Enternece tanto aquello los corazones cristianos, que yo tuve gana, y aun parecer de hombres de muchas letras, juicio y cristiandad, que debia poner aquí trasladado en castellano todo aquello por ser lo mas acertado que para el gusto cristiano de su vida y martirio de san Vincencio se podia proseguir. Mas no se perderá este gusto del todo, pues yo iré poniendo mucho dello en los lugares que mas conviene. Tambien nos dejó el poeta Prudencio un himno deste Santo, donde con mucha devocion y particularidad cuenta su martirio, con haber sin esto en otro himno hecho harta mencion dél. Tambien autoriza mucho á este Santo los grandes milagros que nuestro Señor siempre en todos tiempos por él ha obrado, y la mucha veneracion en que reyes y príncipes le han tenido. Veremos el cielo y la tierra, la mar y las aves por los aires servir manifiestamente á la gloria de san Vincencio, y dejar los animales feroces su natural braveza por ayudar á ella. Veremos unos reyes muertos con manifiesta furia del cielo en venganza de san Vincencio: otros rendidos y sujetos á su memoria y acatamiento, dejando las armas por sola su reverencia cuando mas cierta tenian la victoria: y otros que hicieron paz y guerra por cobrar sus reliquias, y le batea en sus monedas con título de patron y amparador de sus reinos. Y todas estas cosas con ser tan grandes, son muy ciertas y averiguadas por testimonios de mucha gravedad. Lo ordinario que da autoridad á los otros santos, es rezar dellos y hacerles fiesta muchas iglesias, hallarse en los martirologios, escribir dellos muchos autores, aunque en san Vincencio lo hay todo harto aventajado, parece que en comparacion de lo dicho no es de tanta estima, siendo como de suyo es de mucho valor. Lo que yo aquí escribiré, será todo de lo que en el misal y breviario de san Isidoro y en el poeta Prudencio se halla, pues es todo uno, con ser tambien lo mismo que en los breviarios y en los otros autores se lee. Lo que despues sucedió, será de otros autores que se nombran.

Su verdadero nombre deste Santo es Vincencio: y es cosa de harta consideracion que tambien tuvo en su nombre, como san Laurencio, un anuncio y buen agüero, y principio de la gran victoria que habia de alcanzar de la potencia romana y de toda la gentilidad. Así dice san Isidoro. Como buen soldado de Jesucristo, el verdadero vencedor Vincencio sin miedo ninguno se puso contra la furiosa locura de aquel rabioso enemigo de su Dios. Sufrióle con paciencia y burló dél con seguridad. Supo estar aparejado para resistir, sin saberse ensoberbecer por la victoria. Esto dice el santo Doctor, y así con solo oir su nombre, pudiera Daciano temer de entrar con él en batalla. Todo su esfuerzo del santo soldado de Jesucristo, de su capitan le venia; mas ya se manifestaba, ya se podia temer en su nombre. La costumbre de España tiene ya muy trocado el nombre deste Santo, llamándolo Vicente, y este nombre usaremos aquí como mas conocido.

Comunmente se dice, que este Santo fué natural de la ciudad de Huesca: mas yo creo cierto lo era de Zaragoza (1). Porque el poeta Prudencio lo dice casi á la clara; pues sin otras cosas dice, que el martirio de los diez y ocho mártires de su tierra, le enseñaron y movieron á serlo. Y en san Isidoro hay tambien algunas señas dello: y así tambien en un epigrama del arzobispo de Toledo san Eugenio tercero. Y todo es de manera, que parece no se puede dudar en ello. En el breviario de Burgos y en otros se dice, que sus padres del Santo se llamaban Eutiquio y Enola: y yo no he hallado esto en otra parte.

Ya queda dicho, como san Vincencio era diácono del obispo Valerio en la iglesia de Zaragoza: y en aquella ciudad comenzó su martirio, así que fué allí al principio algun tanto atormentado. Dícelo Prudencio, y particularmente en san Eugenio parece, que en algun tormento de los que en aquella ciudad le dieron, le hicieron rebentar la sangre por las narices. Y aquella

(1) Gerónimo Zurita en sus Anales, lib. 2, c. 25. (2) En la vida de san Braulio.

(1) En el himno de los mártires de Zaragoza.

túnica y la estola bañadas en sangre, que en Zaragoza (como adelante veremos) siempre se conservaron, desde este principio parece quedaron allí, y que no se trujeron de Valencia despues. La fiesta del martirio deste Santo habia de ser tan grande, que se comenzó á celebrar con estas vísperas tan largas. Y parte tambien y harto cruel desta víspera, fué llevarle, despues de haberle atormentado, preso y cargado de hierro las cuarenta leguas que hay hasta Valencia, que siendo á pié y en cadenas, y con el mal tratamiento, que se puede bien imaginar, bastaba para una cruel pena.

Despachado, pues, ya Daciano de la bestial crueldad, con que en Zaragoza habia destruido casi de todo punto los cristianos, fuése á Valencia, donde ya habia ántes enviado á este Santo juntamente con su obispo. Y con el viejo prelado concluyó presto, desterrándolo: porque lo queria haber mas de espacio con el mancebo su ministro.

El primer acometimiento, fué con blandura de palabras. Los emperadores de Roma, señores del Universo (escribe Prudencio que le dijo Daciano) han mandado, que todos en su imperio conserven la antigua religion de los dioses. Tú, pues, cristiano, deja esa tu vana credulidad, y adora las imágenes que los emperadores reverencian, con luego aquí sacrificarles. A esto respondió san Vicente. Esos malos dioses sean tuyos, si tú así lo quieres, sean de tus emperadores, y ellos y tú adorad las piedras, la madera y los metales. Tú como muerto con tu ceguedad, ten por dioses á los muertos, y sacrifícales. Que nosotros los cristianos al Padre Eterno, autor de la vida, y desta luz que gozamos en ella, adoramos; y á él confesamos por Dios, y á su Hijo Jesucristo. Ya se movió entónces el presidente con ira, y así dijo indignado. Hombre miserable, ¿osas ofender con palabras descomedidas el derecho de los dioses y de los emperadores, á quien está sujeto todo lo sagrado y lo profano, obedeciéndolos generalmente el género humano? ¿No te mueve el gran peligro de tu linda mocedad, que sabes te está aparejado? Porque debes entender, si no lo sabes, que ó has de sacrificar luego aquí á los dioses, ó has de morir por el desprecio. Lo que san Vicente le respondió á esto, fué provocarle á usar mas fieramente de su crueldad. Ea, pues, dijo (segun el mismo autor) comienza á usar todo tu poderío, apareja todas las fuerzas que tiene tu furia: que yo derechamente niego lo que me mandas. Y porque mas claro lo entiendas, digo, que Jesucristo es mi Dios, y yo soy su siervo y su testigo. Quítame, si puedes, esta fé, con violencia de tormentos, que la mayor gloria de nosotros los cristianos es padecerlos: porque esto es ir debajo de su yugo, que él asegura ser suave, y llevar su carga, que llama liviana. Atapadle la boca, dijo Daciano, no diga mas blasfemias, y vengan lictores y verdugos, que le hagan tener harto que hacer en gemir sus dolores: sin poder pensar en decir tales cosas.

Destas demandas y respuestas, que así pasaron entre el Mártir y el presidente, dice san Isidoro. Menospreciando san Vicente al juez, que sentado en su tribunal con grande magestad de acompañamiento se mostraba feroz en sus terribles palabras, muy confiado de moverle con ellas: se las rechazaba, con predicarle, mi Dios, tu nombre. Encendíase el presidente en ira, con verse menospreciado, y crecíale el dolor con el sentimiento de la vergüenza, que por esto le sucedia. Él era el que juzgaba de su menosprecio para su confusion y el que se hacia testigo della contra sí mismo.

El principio del atormentarle al Santo, fué atadas las manos atrás colgarle por ellas, descoyuntándole los hombros y los brazos. Teniéndolo así, lo estiraron tambien bravamente por los piés, para que todo el cuerpo sintiese el mismo daño y dolor. Allí fué azotado luego con tanta crueldad, que llama san Isidoro hoyos á las heridas, que los azotes le dejaron. Aráñaronle asimismo con los garfios de hierro, que por este su cruel efecto llamaban uñas, entrando con ellas hasta los huesos: así que dice san Isidoro, que ya no le tocaban en la carne, sino en la sangre que sola habia quedado sobre ellos. Al padecer todo esto se reia el santo Mártir, zahiriendo con escarnio á los verdugos su flojedad, porque tenian tan poca fuerza en herirle. Pues cuando así se alegraba y burlaba de los lictores, era ya en tiempo, segun afirma Prudencio, que ellos fatigados y desvalidos no podian pasar adelante en el trabajo. Al santo Mártir le crecia su gozo, cuando á ellos con el cansacio les menguaban las fuerzas, y serenando su rostro, miraba con mucha alegría al cielo, como si penetrándole viera á Jesucristo en su trono. ¿Qué locura déste, y qué vergüenza mia es ésta: decia Daciano. Véislo alegre, véislo regocijado: y mas feroz el atormentado, que los que lo atormentan. Dejadlo reposar un poco: enfriénsele esas heridas: cuájesele la sangre sobre ellas. Volvereis á herirle y lastimarle como de nuevo. San Vicente le decia. Desvélate malaventurado en inventar nuevas crueldades, pues ves lo poco que te valen las pasadas. Mas mira que te engañas, si piensas que me castigas, y me das alguna pena, con despedazarme el cuerpo, y darle cruel muerte, á que él naturalmente de suyo está sujeto. Esto exterior, que tú trabajas destruir con tanto furor y fuerzas, es un vaso de tierra, que de una manera ó de otra al fin se ha de quebrar. Otro hombre hay acá dentro en mí, otro yo hay en mi alma, muy diferente deste que tú ves, en estar entero, en ser libre y inviolable. Aquel procura tú herir y matarlo, que aquél es el que con tanta alegría sufre los tormentos, aquél es el que te menosprecia en ellos: y te trae con tanta confusion tuya hollado debajo sus piés.

Así dice Prudencio que hablaba el glorioso Mártir de sí mismo y de su ser verdadero, á quien el yugo de Jesucristo (como poco ántes había dicho) le era suave, y su carga liviana. Tú, Señor, se lo pusiste á este Santo el mas áspero, que entre los hombres se puede sentir. La carga era la mas pesada, que entendimiento humano puede imaginar. Mas por solo entender que era tuyo el yugo, por solo considerar que tú le mandaste poner las cervices debajo dél: no solamente le pareció suave entre todos los tormentos, sino que le pudiera pesar al Santo, porque no eran mayores para sentir mas entera la suavidad. ¿Y la carga, porque no la habia de tener el Santo por liviana: pues entendia, que cuanto era mayor su peso, tanto le dabas tú, Señor, mayores fuerzas para llevarlo sin sentirlo? Y ya tiene dicho nuestro Redentor bien claro, qué suavidad es esta que así san Vicente gozaba. Al vencedor (dice por san Juan en el Apocalipsi) le daré un maná escondido. Parece que hablaba Dios particularmente deste nuestro Santo, segun tan al propio, y tan en particular le conviene, lo que allí se promete. Al vencedor, dice, al Vincencio. Al que se llamare vencedor, y de veras lo fuere. Al que teniendo la victoria en el nombre, tuviere constancia en el ánimo, para alcanzarla. A un santo que ha de haber destos vencedores en el nombre y en los hechos; y á muchos, que aunque no le parezcan en

el nombre le parecerán, en el esfuerzo: á estos tales vencedores, que con la victoria de la fé sujetarán el mundo, les daré á comer de un maná, escondido de muy guardado, de un manjar reservado para ellos, con gusto nunca visto, con dulzura nunca pensada. Con el sabor y suavidad de las aflicciones y adversidades, los trabajos y las fatigas, los oprobios y las afrentas, las cárceles y las prisiones, los tormentos y los dolores, y las muertes embravecidas con nuevas crueldades, les serán dulces y sabrosas: así que las apetezcan, así que con golosina las deseen y nunca se vean hartos de comer tales manjares, por el gusto que les da aquel otro desusado, con que yo así los tengo celados.

Mas volvamos á san Vicente, que al haber mandado Daciano atormentarle de nuevo, comenzaron sus ministros á arañarlo otra vez con los garfios de hierro, tanto con mayor crueldad, cuanto tenian esperiencia de lo poco que les habia aprovechado la de ántes. Acometiéndole tambien entretanto Daciano con nuevos partidos, pidiéndole que ya que no queria sacrificar á lo ménos que le dijese donde estaban los libros sagrados de la Iglesia, para que se quemasen. Sintió el Mártir santo la astucia, con que esto se le pedia, y diciéndole, que primero que tal viese, lo quemaria á él el fuego infernal: mandó que comenzasen á dar tormentos de fuego á san Vicente. Fué tendido y atado para esto sobre un lecho de hierro, que tenia muchas puntas agudas, con que se enclavaba el cuerpo, poniéndole el fuego por debajo poco á poco, porque con este espacio el dolor seria mas fiero. Tambien echaban gruesos granos de sal en el fuego, para que saltando punzasen dolorosamente al Santo. Sin esto le echaron por todo el cuerpo, gotas de lardo derretido; y por multiplicar mas manera de fuego, le quemaron tambien con láminas de hierro, y con sartenes encendidas.

Todos estos tormentos de fuego ya no se daban en las carnes de san Vicente, sino en los huesos y en las entrañas, que se le parecian, y mataban el fuego con el arroyo de sangre que dellas salia. Porque Daciano bramando como bestia fiera, y manifestando la rabia de su corazon con obras y palabras, habia mandado castigar á sus lictores y verdugos, porque no hacian en el Santo tanta crueldad como él deseaba: amenazándolos con mayor pena, si bien no satisfacian aquella su fiereza. «Mas poco vale toda la fuerza hu»mana, cuando Dios se pone á la resistencia: y no sir»ve de mas el acrecentar mas vigor, que de hacer se »manifieste mas clara nuestra flaqueza.» Vencido estaba desde el primer acometimiento Daciano, y el querer vencer de ahí adelante, no era mas que añadir mas confusion en su poco poderío.

Desmayado pues y confuso ya Daciano, mandó volver á lo mas horrible y profundo de la cárcel á san Vicente, y porque no era aun agotada del todo la industria y la invencion de su crueldad, allí le mandó dar otro tormento de nueva manera. Así desnudo como estaba mandóle metiesen en el cepo apartadas las piernas, porque no pudiese estar sentado, y el estar acostado era sobre cascos agudos de guijas y tejas quebradas, de que todo el suelo de aquel calabozo estaba entónces sembrado. El meter así al santo Mártir en aquella profunda cárcel, fué confesar Daciano el miedo que ya le tenia, y la confusion que le causaba. Busca Daciano (dice san Isidoro) lo encubierto de la cárcel, y lo mas secreto della, donde pueda encerrar al Santo. No tanto para acrecentarle con esto la fatiga del tormento, como para encubrir la gloria de su confesion. Creyendo que excusaba la causa de su confusion, si escondiese la persona del que así lo menespreciaba. Y para que Daciano sufriese ménos vergüenza, si el pueblo no viese á san Vicente. De la nueva pena dice. Cúbrese el suelo, en el lugar donde el Mártir ha de estar tendido, de guijas y tejas desmenuzadas: aguzándolas contra su natural con el quebrarlas: porque sustentando el cuerpo atormentado, lo puncen y lo corten, y él con su peso ayude á darse mayores heridas, y ahincarse mas adentro aquellas puntas.

Ya era tiempo de comenzar nuestro Señor á regalar mas particularmente á su Santo, y sobre el alegría del padecer añadirle la manifestacion de cuán de veras recibia en servicio lo padecido. Toda aquella oscuridad de la cárcel se hinchió súbitamente de gran lumbre del cielo, el cepo se abrió de suyo, el suelo y su mala empedradura comenzó á dar olor suavísimo, como si las piedras fueran flores. Y aunque ya san Vicente en todo esto reconocia y gozaba el consuelo celestial muy singular, todavía lo tuvo mayor con gran multitud de ángeles, que bajó á visitarle, y á sanarle todas sus llagas, y con cantos celestiales celebrar su insigne victoria. Esto refiere san Isidoro por estas palabras: «O como se engaña la crueldad en lo que »piensa que acierta.» Porque tu magestad, Dios mio, llevando adelante el acompañar tu siervo en su pelea, metió nueva luz en las viejas tinieblas, y la cárcel de su querido, hizo palacio para su presencia. Restáurale con regalo los miembros descoyuntados: y la misma mano de su Dios le cura y le pone la medicina, y le acrecienta la carne en las heridas, mas entera y mas sana que ántes la tenía.

Salió el resplandor desta celestial claridad por las junturas y resquicios de la puerta del calabozo, sintióse fuera el olor suave, y oyóse tambien la dulce melodía de los ángeles. Espantado con todo esto uno de la guarda, que habia quedado sobre el santo Mártir, aunque quisiera luego irlo á hacer saber al presidente, no osaba llevarle tan mala nueva. Al fin fué con ella, y al oirla Daciano, todo fué temblar con el espanto, todo fué deshacerse con el dolor, y encenderse mas con la rabia dél. Esto prosigue san Isidoro con estas palabras. Las guardas se pusieron atónitos con el espanto de tan grande y tan nuevo resplandor. El portero se estremeció con oir los cantos celestiales: y medio muerto con el miedo va corriendo al presidente, para darle mas dolorosa herida con tal nueva, que se le pudiera dar con ningun golpe de espada. Mas el portero en cosa tan extraña y tan solemne no podía callar lo que habia visto, no osando por otra parte decir á su señor lo que queria. Así dice san Isidoro. Y no perdió el portero sus buenas albricias de la gran nueva que llevaba. Porque aunque no se las dió el malvado Daciano á quien era tan triste, dióselas Dios dignas de su infinita liberalidad, convirtiéndole á sí, y haciéndole cristiano: como tambien lo cuenta el poeta Prudencio.

El consejo, que tomó despues desto el maldito presidente, y la nueva manera con que quiso haberse con el santo Mártir, fué regalarle y tratarle con blandura y delicadeza. Y desto dice así nuestro santo doctor. Quítanle ya al santo Mártir la pena de la muerte, porque ya le han envidia de la gloria de la cárcel. La industria malvada quiere tener suspenso el cumplimiento del martirio, no queriendo perdonar al Mártir, si dejare de perseguirlo, sino temiendo coronarlo si lo matase. Mándalo sacar de aquel cruel rincon hecho ya

aposento del cielo, y el Santo bendito sale de allí mas hermoso que nunca estuvo, y con mayores fuerzas y esfuerzo si fuese menester pelear de nuevo. Mas Daciano, que acabó ya de entender del todo su deseo del Mártir en hacer ofrenda á Dios de su vida, determinó quitarle esta ocasion de merecer en el cielo, y de ser por ello dignamente alabado entre los hombres. Mandóle echar despues de tan crueles tormentos en una cama blanda, y tratarlo allí con mucho regalo. Y con tener el cruel increible deseo de ver á san Vicente muerto, por lo mucho que él lo aborrecia, y por el ejemplo que en él temia, mas todavía quiere conservarle la vida, y ganar con él falsa fama de misericordioso, porque acabando fuera de los tormentos pareciese que se murió, y no que le mataron. Como si no fuera cierto que mataban los tormentos á aquel en quien tan manifiestamente se agotaron. Hasta aquí prosigue san Isidoro.

Cuando esto se publicó por la ciudad, todos los cristianos, dice Prudencio, se juntaron á reverenciar al santo Mártir, ayudando al regalo que se le procuraba. Unos le aderezaban la cama, otros le limpiaban la sangre, otros le besaban las señales de las heridas, y otros empapaban pañizuelos mojados en su sangre para guardarla por reliquia. Mas no hubo bien acabado de acostarse san Vicente en la cama, cuando súbitamente se le acabó la vida. No habiendo podido matarle Daciano con tantos géneros de crueldades, no consintió nuestro Señor que le valiese por el contrario esta astucia. Así dice con mucha razon san Isidoro: Gracias infinitas te sean dadas, ó buen Jesus, que el alma que tú hiciste digna de tu compañía, habiendo sufrido con tanto esfuerzo los tormentos del tirano, ahora no durase para darle algun contento, y habiéndole sufrido en su furiosa crueldad, no le esperase ahora en la fingida clemencia.

Lo que sucedió despues de la muerte de san Vicente en su glorioso cuerpo, es todo lleno de grandes y extraordinarios milagros, y en ninguna manera se podrán mejor contar, que con las mismas palabras que san Isidoro los escribe, y así no haré yo mas que fielmente trasladarlas. Desta manera (dice el santo Doctor) fué recibido en el cielo san Vicente, cuando volvia á su Señor, para que estando ya él descansando en la gloria de allá, su cuerpo solo venciese acá á Daciano, no habiéndole podido él vencer en el cuerpo. Habiendo, pues, él entendido la muerte del Santo, comenzó á esperar de alcanzar venganza en el cuerpo muerto, que vivo le habian llevado con gran dolor suyo la victoria. Mandó que echasen el santo cuerpo en la ribera de la mar, para que aves y bestias fieras se lo comiesen. Queria con este manjar contentar al vientre de aquellos, cuya semejanza él traia en su fiera voluntad. Lo que resultó fué, que no tocando al santo cuerpo las bestias, quedase él por peor que ellas, y con nuevos méritos de mayores milagros se mudase la costumbre en los animales, quedándoseles su naturaleza. Envió Dios un cuervo, que generalmente es ave enemiga de los cuerpos muertos, y que los persigue porque se mantiene dellos. Mas ahora, porque para la gloria de Dios creciese la merced que al santo Mártir se le hacia, fué enviada esta ave para que por mas hambre que la afligiese, guardase siempre el cuerpo que tenia presente. Y porque se entendiese como lo hacia, porque así le era mandado, no solamente no tocaba el cuervo el bendito cuerpo, sino que estorbaba tambien que nadie lo tocase. Alcanzaba san Vicente el no ser comido su cuerpo por medio de la misma ave, por quien Elías recibió la comida. Y viniendo un lobo al olor del cuerpo santo, para cebarse en él, el cuervo con el pico y con las uñas, y con cegarle batiéndole las alas sobre los ojos, lo detuvo, y le hizo huir de allí. Y como si con esto le pusiera el mismo sentimiento que él tenia, así le hizo volver con su hambre mayor que la trujo, y con una manera de arrepentimiento de lo que habia acometido, mostraba que no habia hecho desacato al Santo, sino que habia venido á acrecentar la grandeza del milagro.

¡O desvergonzado furor, ó loco desatino! el cuervo obedece, el lobo hace reverencia, y Daciano se enciende en rabia. No busca ya para encubrir la gloria del Mártir el encerramiento y secreto de las paredes, sino el profundo de la mar. Éste piensa que le será mas fiel y seguro que la cárcel, para enterrar en perpetuo olvido la fama del Mártir con su cuerpo. Como si á tí, Dios mio, te impidiesen los elementos en tus maravillas, habiéndosete abierto lo muy escondido en el calabozo. Y habiendo tú, Señor, penetrado á lo que él habia hecho cerrar, pensó que no pudieras llegar á lo que por solo tu querer fué criado.

Así dice el santo Doctor, y prosigue Prudencio, que por mandado de Daciano, Eumorfo, un marinero así llamado, tomó el santo cuerpo, y lo cosió en un seron, y con atarle una gran piedra lo llevó en un batel por la mar, tan léjos de tierra, que se perdió de vista. Allí lo dejó caer en aquella mayor hondura que habia buscado por tal. ¡O poderosa virtud de Dios (dice nuestro Poeta) que hizo ser maciza y firme la blandura del agua, cuando nuestro Redentor del mundo quiso andar por ella, y mandó tambien al mar Bermejo que se apartase, y haciéndose por ambas partes como muro, dejase camino seco y seguro para los hijos de Israel! Esta misma virtud y poderío mandó ahora que el mar sirviese á la gloria del santo Mártir. Habiéndose subido el bendito cuerpo á lo alto del agua, como si él fuera espuma, y la gran piedra que lo hundia fuera corcho, comenzó á venir á la ribera con tanta priesa, que aunque Eumorfo viendo lo que pasaba, se apresuró con su batel cuanto pudo, llegó primero que él á tierra el santo cuerpo, así cosido y apesgado, como él lo habia sumido. Allí en la playa lo enterraron entónces los cristianos en el arena, como pudieron, por solo encubrirlo y guardarlo. Quedando ya san Vicente en el cielo con aquella singular gloria, y nunca á otro concedida entre los mártires, de alcanzar juntamente dos victorias. Venció al tirano con su muerte, y vencióle ahora de nuevo despues de muerto. Con el alma ganó la gran corona en la vida, y con solo el cuerpo muerto renovó y acrecentó la victoria en la muerte.

Despues cuando acabada la persecucion, tuvo paz la cristiandad, le labraron en Valencia los fieles á este Santo una iglesia, como dice Prudencio, donde debajo de su altar principal pusieron con mucha veneracion su cuerpo. Y parece que ésta fuese la que ahora tiene en aquella ciudad, y está en el mismo lugar de la cárcel donde estuvo el Santo, y tantos milagros se mostraron. Porque el mismo autor refiere como en su tiempo ya iban á reverenciar aquel santo calabozo, y se postraban en el suelo á besarlo con devocion. Y no pudieran hacerlo, sino es habiéndose ya hecho el justo trueque con que de cárcel fuese iglesia. El doctor Antonio Beuter va diferente, diciendo que esta iglesia estuvo entónces fuera de la ciudad á la marina. A mí el testimonio de Prudencio me convence mucho, como es ra-

zon. La ocasion de labrarse esta iglesia está en el martirologio de Usuardo, añadido, diciendo allí como el bienaventurado Santo apareció á una vieja llamada Yonica, y le reveló dónde estaba su santo cuerpo sepultado á la orilla de la mar, y de allí fué traido despues á su iglesia.

Este santo Mártir fué tenido siempre en suma veneracion, así en España, como, fuera della, en otras provincias. En esta corónica se ha de contar adelante (1) la rigurosa venganza que hizo Dios en el rey Gunderico de los vándalos, matándole de súbito; porque habiendo tomado la ciudad de Sevilla, quiso meter mano á robar el templo que allí este Santo tenia. Y en su lugar tambien se verá, como aquella iglesia parece fuese metropalitana de aquella ciudad en tiempo de los godos. Y porque la iglesia parroquial de San Vicente, que hoy dia hay en Sevilla, con su antigüedad y grandeza da ocasion para ello, creen algunos que sea ésta la misma que habia entónces, y que la tuvieron siempre los cristianos en tiempo de los moros.

Llegarse ha asimismo tras esto el tratar (2), como teniendo los reyes de Francia Childeberto y Clotario, cercada la ciudad de Zaragoza, tierra natural del santo Mártir, en tiempo de Teudio, rey de los godos, y teniéndola tan apretada, que ya era cierto el tomarla, por sola la reverencia y respeto de san Vicente y de su túnica levantaron el cerco, sin hacer ningun daño en la ciudad, contentos con llevar la estola del glorioso Mártir, que los de Zaragoza les dieron. Esta reliquia fué estimada de los dos reyes en tanto, que en Paris edificaron templo, con advocacion del Santo, para dignamente colocarla. Y es muy celebrado por los historiadores franceses el haberse llevado la reliquia, y el haberle edificado aquella iglesia, que dura hasta ahora en aquella ciudad. Cuanta devocion, y cuan señalada tiene el reino de Portugal con san Vicente, y como le honra y reverencia, ya lo vamos á decir con tratar de las traslaciones de su santo cuerpo.

La iglesia de Lisboa celebra solemne fiesta de la traslacion del cuerpo de san Vicente, el cual allí tiene, y con mucha devocion reverencia. Mas porque la iglesia de Valencia en unas lecciones cuenta otra traslacion diversa, ha habido discordia entre algunos hombres doctos sobre este caso, y el maestro Andrea Resendio, con su grande ingenio, letras y diligencia trató de todo esto por su parte de Portugal, así en la obra particular que escribió deste Santo en verso, y en los escolios della, como en una epístola de grande erudicion que sobre esto y otras cosas escribió á Bartolomé de Quevedo, hombre docto y diligente, maestro de ceremonias en la santa iglesia de Toledo. Yo escribiré aquí llanamente lo que desta traslacion tengo por cierto, conforme á lo que por testimonios aprobados, y de mucha autoridad se irá confirmando, así que ellos de suyo muestran tener mucha verdad y certidumbre.

Despues que los moros se apoderaron de España, quitándosela á los godos, entre los otros reyes que tuvieron en Córdoba, donde habian puesto la silla y asiento de su reino y corte, fué uno Habdarahgman, segundo deste nombre, llamado comunmente Abderramen, que comenzó á reinar ántes del año de nuestro Redentor setecientos y ochenta, y así no muchos despues de ser España perdida. Este fué gran perseguidor de los cristianos. El moro Rasis cuenta desto bien á la larga en su historia, y yo pondré aquí sus mismas palabras, como las hallo en el original muy antiguo que yo tengo de su libro. Y aunque el malvado moro habla como quien era en las cosas de los santos, no ofenderá nada á los buenos cristianos lo que para la verdad de la historia se refiere. Dice, pues, así, hablando deste rey. Éste cercó los cristianos en guisa, que nunca en España hubo villa, nin castillo que se le defendiese sino aquellos que se acogieron á las Esturias. Éste nunca llegó en España á buena Iglesia que la non estruyese. E habia en España muchas é buenas de tiempo de los godos é de los romanos. Éste tomaba todos los cuerpos de los que los cristianos creian y adoraban, y llamaban santos, é quemábalos todos. E cuando esto vieron los cristianos, cada uno como podia fuir, fuia con estas cosas tales para las sierras é para los lugares fuertes. E todas las mas de las cosas que en España habia honradas, segun la Fe de los cristianos, todos los cristianos leváronlas á las sierras é á las montañas. E cuando él entró en Valencia, tenian ahi los cristianos, que ahi moraban, un cuerpo de un hombre, que habia nombre Veceinte, y honrábanlo como si fuese Dios. E los que tenian aquel cuerpo, facian creyente á otra gente que facia ver los ciegos, é fablar los mudos, é andar á los zopos. Desta guisa embabocaban á las gentes que eran sandias. E cuando ellos vieron á Habdarrahgman ovieron miedo, que el que sabria desta burla, é fuyeron con él. E dijo Abolacen, un caballero natural de Fez, que andaba con su compañía á monte en la ribera de la mar, que fallara en cabo de la sierra que va sobre el Algarve, y entra sobre aquel mar de Lisbona, el cuerpo de aquel hombre, con que los cristianos fuyeron de Valencia, y que ficieron y casas en que moraban, y que matara él los hombres, y que dejara y los huesos del hombre. Esto cuenta así aquel historiador moro, y despues se confirmó ser todo verdad desta manera.

En el año de nuestro Redentor mil y ciento y treinta y nueve, el primer rey de Portugal don Alonso Enriquez, venció al rey Ismar de allende el mar, con otros cuatro reyes que le acompañaban, matándole infinita gente, y ganándole con esta victoria casi toda la tierra del Algarbe. Y las armas de las quinas que los reyes de Portugal traen, por esta victoria de los cinco reyes las tomaron. Entre los otros cautivos que se tomaron en esta batalla, fueron algunos cristianos que los moros de allende tenian allá por esclavos. El rey los hizo traer delante sí, y entendió dellos como eran cristianos mozárabes, y descendian de cristianos mozárabes, naturales de la ciudad de Valencia. Prosiguiendo adelante en la causa de su cautiverio, dijeron que sus pasados se habian salido de la ciudad de Valencia, en tiempo que temieron seria quemado el cuerpo del mártir san Vicente, como á la sazon tambien eran quemados por los moros otros muchos cuerpos santos en España. Por esto tomaron aquellos mozárabes secretamente el santo cuerpo, y se fuéron huyendo con él por la mar, hasta llegar á la gran punta de tierra que en el Algarbe entra por el agua adentro, y la llamaron los antiguos el Promontorio Sacro. Allí asentaron, y edificando una pequeña ermita, donde sepultaron el santo cuerpo bien escondido, hicieron tambien algunas chozuelas al derredor en que viviesen, manteniéndose de la pesquería que usaban, y perseverando en guardar su precioso tesoro. Así pasaron muchos años, hasta que Alboacen, un moro principal de

(1) En el lib. XI, c. 20. (2) En el lib. XI. c. 50.

allende, saliendo á caza por aquella parte, y hallando aquellos cristianos sucesores de los que habian venido de Valencia, mató los hombres dellos, y los niños se los llevó cautivos, y eran éstos, que siendo ahora ya viejos, le contaban todo esto al rey don Alonso. Él oyendo esto, encendido ya en gran devocion del santo Mártir, y en deseo de haber su santo cuerpo, les preguntó adelante si se podrian acordar de aquel lugar que así señalaban, y de donde decian fueron así llevados cautivos, siendo pequeños. Ellos respondieron, que si acaso durase alguna señal de la hermita y de las casillas, que muy bien atinarian al lugar. Y que tambien les podrian dar señas dél los cuervos de aquella parte, si acostumbraban todavía sentarse sobre el lugar, donde el santo cuerpo estaba, como solian hacerlo sobre la ermita, luego que fué edificada. Esto de los cuervos y del acudir á la ermita, afirmaban los cautivos haber sido cosa tan notable, que notándola los moros, sin saber la causa, comenzaron á llamar á aquella parte de la punta el Monte de los Cuervos, que era el nombre que á la sazon tambien tenia. El rey, que se gozaba mucho en oir esto, por satisfaccion de su santo deseo, dió trece dias de treguas á los moros y en ellos fué él mismo en persona con la guia de aquellos mozárabes á buscar el santo cuerpo del Mártir. Mas la montaña habia crecido ya tanto por todo aquello, y todo estaba tan sin señal ni rastro de lo pasado, que no atinando nada las guias, se hubo de volver por entónces sin lo que deseaba

Pocos años despues en el mil y ciento y cuarenta y siete de nuestro Redentor tomó el rey á los moros la ciudad de Lisboa. Y como traia muy arraigada en su corazon la memoria y devocion de san Vicente, luego mandó edificar un monasterio de su nombre y advocacion en el mismo lugar, donde tuvo su real en el cerco, y es el que hasta ahora allí dura. Mas todo esto no satisfacia enteramente á la devocion del rey con el Santo, que solo se podia contentar con tener su bendito cuerpo. Por esto veinte y seis años despues, el mil y ciento y setenta y tres de nuestro Redentor, pidiéndole el rey moro de Sevilla treguas, se las concedió por cinco años, para en este tiempo buscar seguramente y sin impedimento el santo cuerpo en aquel Promontorio. Envió allá por la mar en un navío algunos de los suyos, y con ellos los mas viejos y mas entendidos de aquellos mozárabes, para que todos juntos buscasen muy despacio este celestial tesoro. Fué servido nuestro Señor descubrirlo, y parte por las señales de las casillas antiguas, parte por los cuervos, que nunca dejaron de dar muestra á su modo del lugar de la ermita, cavando muy hondo, hallaron una caja de madera, y dentro el santo cuerpo. Y aunque estaban bien certificados dél, por haber hallado el altar encima de donde estaba: todavía quiso nuestro Señor manifestar mas la santa reliquia. Porque habiendo tomado uno de los presentes un hueso pequeño del Santo, y escondídolo en su seno, cayó luego en el suelo ciego y atónito, como muerto, y no volvió en sí hasta que hubo manifestado lo que habia hecho. Trujeron el sagrado cuerpo en aquel navío, viniendo siempre dos cuervos, uno en la proa, y otro en la popa, como que no querian dejar de acompañar á su santo patron. Llegados á Lisboa, pusieron su dichosa carga en la iglesia de las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina, y así hasta ahora la puerta de la ciudad, que estaba allí cerca, se llama de San Vicente. Esto se hizo de noche con secreto. Otro dia fué tanto el concurso de la gente, y tanta la diversidad de los pareceres, en qué templo se habia de poner el cuerpo del bienaventurado Mártir, que faltó poco de tomar todos las armas, y venir á las manos. Gonzalo Venegas, capitan del rey, acudió al alboroto, y habiéndolo sosegado, persuadió á todos era justo dar parte al rey, que estaba ausente, del negocio, y esperar lo que en él mandase. Entretanto el dean de la iglesia mayor, llamado Roberto, tuvo sus medios cómo fuese llevado allá el santo cuerpo. El rey holgó dello, aunque habia tenido voluntad de ponerlo en el monasterio de su nombre del Santo que él habia edificado, mas tambien allí se pusieron despues parte de las santas reliquias

Esto todo se cuenta así en la corónica latina antigua, y de mucha autoridad que hay en Portugal, y se lee tambien en las lecciones de los maitines de la fiesta que muy solemne celebra la Iglesia de Lisboa desta traslacion desde entónces, á los quince de setiembre, y de ambas partes lo refiere Resendio en las dos obras ya dichas. Con esto tiene grande autoridad todo lo de arriba. Porque el celebrar así fiesta la Iglesia pesa tanto, que seria mal hecho contradecirlo. Y los originales tambien son graves. Porque no le empece al moro Rasis ser infiel para no ser acreditado, como lo es en la historia, y lo de la corónica concierta con él, y todo tiene en sí buen discurso y harta probabilidad. Hacen tambien mucha fuerza los nombres que en aquel Promontorio Sacro así se mudaron. Él fué siempre muy nombrado y celebrado, y trocar despues su nombre tan antiguo, tan usado y sabido con estotros de Monte, ó Cabeza de los Cuervos, y de Cabo de San Vicente, como desde entónces hasta ahora se nombra, no puede ser sin grande y muy cierta ocasion. Tambien el milagro de venirse los cuervos en el navío, fué tan manifiesto y solemne, que dió ocasion al rey don Alonso, como en la misma corónica suya se refiere, para dejar memoria perpetua dél, bien testificada en pública forma. Porque le dió á la ciudad de Lisboa por armas un navío, que tiene junto al mastel la imágen del Santo y en proa y popa los dos cuervos que lo acompañaron. Estas insignes armas ha conservado la ciudad desde entónces hasta ahora, batiéndose tambien allí hoy dia moneda de oro y de cobre, que por tener al Santo y estas armas esculpidas, es llamada de los Vicentes.

Siendo esto así, parece está en contrario lo que se lee en Valencia en algunas lecciones deste Santo, de la traslacion de su cuerpo, que se hizo de aquella ciudad á un monasterio de Francia, llamado Castro, adonde fué llevado por industria de un monge llamado Audaldo. Lo que allí se cuenta es cosa tan desconforme, y de tantos rodeos y dificultades, que no da buena satisfaccion á quien con advertencia lo lee. Y por solo que no se celebra fiesta particular desto, como en Lisboa, no puede ponerse en comparacion la una historia con la otra. Y cuando quisiésemos contentar á alguno porfiado, podríamos decir que aquel monge Audaldo hubo alguna reliquia grande del santo cuerpo en aquellas compras y encubiertas que allí se relatan, y así conforme al pundonor piadoso, de que algunas veces hemos dicho, se dice estar allá el santo cuerpo, donde hay una parte dél.

Para entenderse bien lo que dice Prudencio, y atrás se ha dicho, que se le pedian á san Vicente los libros de la Iglesia, será bien declarar: como en esta persecucion de Diocleciano (segun en Eusebio y en san Agustin parece) una de las cosas que los gentiles mas pretendian de los cristianos, era quitarles los libros

de la Sagrada Escritura, y los demás, por ver el gran fundamento y firmeza que en ellos tenian. Así se los pedian ahora á san Vicente, como á diácono. Y estimaban tanto esto los gentiles que (como en san Agustin se ve) al cristiano que les daba los libros, lo dejaban libre. Mas los cristianos á estos que así entregaban los libros, los llamaban despues por infamia traditores, que propiamente quiere decir entregadores. Y no hay duda sino que les pusieron este nombre infame, tomándolo del Evangelio que llama á Judas traditor por haber entregado á Jesucristo nuestro Redentor en poder de los judíos. Despues por haber sido tan infame y abominable este nombre en aquel maldito discípulo, y en estotros malos cristianos del tiempo desta persecucion, se tomó en España y en Italia el nombre tan malvado que en ambos lenguajes se usa de traidor. Y este es el verdadero orígen deste vocablo. Porque ántes de la Pasion de nuestro Redentor no solamente no tenia este vocablo traidor en la lengua latina alguna infamia, ni rastro de significar ninguna maldad, sino que aun no se usaba, ni se habia inventado, y la primera vez que se halla es en el Evangelio. Por donde parece mas cierto, como se tomó de allí, y del tiempo desta persecucion.

CAPÍTULO IX.

De los santos mártires Justo y Pastor.

Destos dos santos niños mártires no tendré aquí que escribir de nuevo, sino poner lo que dije en el libro particular que escribí dellos el año pasado de mil y quinientos y sesenta y ocho, cuando se trujeron sus santas reliquias á su iglesia desta villa de Alcalá de Henares (1). Allí puse su vida y martirio, y todo lo demás desta manera.

Los santos niños Justo y Pastor fueron hermanos y naturales desta villa de Alcalá de Henares, que antiguamente se llamaba Complutum. Eran hijos de padres cristianos, como en las lecciones de casi todos los breviarios de España se lee. Y puédese bien creer que fuesen sus padres gente principal, pues empleaban sus hijos de muy pequeña edad en saber letras. Ha habido algunos en España que han querido decir que estos santos niños fueron hijos de san Marcelo el de Leon, y así hermanos de Facundo y Primitivo, y Lupercio y los demás. Muévense á creerlo, por ver que á san Marcelo se le dan en su historia, que lee la Iglesia de España, doce hijos, que todos fueron mártires, y padecieron en diversos lugares. Y juntando diez de sus hijos, suplen el número con estos dos santos. Y á la dificultad de como deste Leon vinieron, y tan niños, á padecer en Alcalá de Henares responden, que mucho mas léjos es Córdoba, y allá padecieron san Acisclo y Victoria, de quien nadie duda sino que fuéron hijos de san Marcelo. Mas porque esta opinion no tiene ningun fundamento, no hay para que reparar nada en ella.

Siendo, pues, los dos santos niños Justo y Pastor de muy tierna edad, y que comenzaban ya aquí en Alcalá á aprender los primeros principios de letras, continuando el escuela pública donde se las enseñaban: llegó á este lugar el cruel Daciano, mandando luego buscar todos los cristianos, para que no negando la fé fuesen muertos. Los dos niños hermanos Justo y Pastor que entendieron esto, como san Isidoro refiere, y en todos los demás se vé, dejados los libros y papeles en que aprendian lo primero que á los niños en las letras se enseña, por saber mejor á Jesucristo, y estudiarle imitándole, como verdaderos discípulos suyos dejaron de ir al escuela, y fuéronse á ofrecer al martirio: diciendo á los de Daciano con grande osadía, que ellos eran cristianos y hijos de padres cristianos, y que estaban aparejados á morir por la fé de Jesucristo. A Daciano le fuéron á decir los suyos, el propósito con que aquellos dos niños allí habian venido, y con cuanta alegría se venian á ofrecer á los tormentos. Oyendo esto Daciano, parecióle cosa de mucha consideracion, como aquel que en la muerte de san Vincencio y los demás mártires, habia bien aprendido cuanto mas podia su constancia dellos para animar á otros, que sus tormentos dél para espantarlos. Pues si ahora dos niños, con su alegría en el padecer, pudiesen dar ejemplo, por muy animados tenia ya á todos los demás cristianos, para que le venciesen con su perseverancia y sufrimiento. Que cierto le aconteció aquí á Daciano lo mismo, que mas de cien años despues acaeció al malvado emperador Juliano, como san Agustin y Rufino lo cuentan (1). Comenzó á mandar atormentar los cristianos en Antioquía, y dando el cargo desto á un su gobernador Salustio, él hizo atormentar fieramente á un mancebo cristiano, llamado Teodoro, con diversos géneros de crueldades. El Santo se hallaba en todo esto tan constante y tan alegre, cantando salmos, que puso espanto á Salustio, y mandándolo volver á la carcel se fué él á Juliano todo atónito y le persuadió que no mandase atormentar á los cristianos, si no queria darles á ellos suma gloria, y buscar para sí grande ignominia. Que temiese la vergüenza que le seria verse así vencer cada hora. Y Rufino dice que él conoció despues á este santo mancebo, y le preguntó como habia podido sufrir tan crueles tormentos. Él le respondió que tenia cabe sí un mancebo, vestido de blanco, que muy delicadamente le limpiaba el sudor, y lo refrescaba maravillosamente, rociándole con agua fria. Y con esto no solamente no sentia los tormentos, sino que se recreaba mucho en ellos, y así le pesó cuando le quitaron dellos. Juliano, pues, confundido con la constancia de Teodoro, y con lo que Salustio le advertia della, mandó que por entónces cesase el martirizar á los cristianos. Temiendo tambien de la misma manera Daciano el ejemplo en los otros, y la ignominia en sí mismo, si los niños pareciesen ante él, y mostrasen en público su constancia, pudiendo mas sufrir, que él atormentar: sin verlos, ni escucharlos, casi como en secreto, los mandó duramente azotar. Porque como á niños los pensaba Daciano amedrentar con este castigo, que es el ordinario y usado en los de aquella edad, y por esto es el que ellos mas con la experiencia temen. Llevándolos á este tormento, los dos hermanos se iban animando, como en san Isidoro y los demás parece, y esforzándose así el uno al otro. Justo dijo á su hermano: No temas, hermano Pastor, esta muerte del cuerpo que se nos apareja, no te espanten los tormentos, dudando que por la ternura de tu cuerpo no podrá sufrirlos. No te mas el cuchillo que ha de romper tu garganta. Mira que Dios es el que nos hace la merced de que podamos morir por él y no es razon que se ponga duda en que nos da rá

(1) El poeta Prudencio y san Isidoro, martirologios y leyendas de breviarios.

(1) San Augustin en el lib. 18 de Civ. Dei. c. 52. En el lib. 10, de la Hist. Eccles. c. 36.

el esfuerzo necesario para alcanzar el bien que es servido hacernos. Él nos dará tal fortaleza, que sin desmayar nuestra niñez, llegue á perfeccionarse en el cielo con la edad eterna que los mártires y los ángeles allá tienen. San Pastor le respondió: ¡O hermano mio Justo, cuan bien cumples con la justicia que tienes en el nombre, comunicándola conmigo en tal amonestacion, hablas como justo, queriendo que yo lo sea! Lijera cosa me será morir contigo, por ganar á Jesucristo en tu compañía. No temeré ver quitar de la vida este mi blando corpecillo, viendo con cuanta alegría has de ofrecer á Dios el tuyo, y teniendo por cierto que tengo de gozar en el Cielo el ver á Jesucristo en su cuerpo humano, en que recibió la muerte por salvarme: no dudaré verter mi sangre por verle en su gloria con aquella que él por mí derramó. Puso tanta admiracion en aquellos de Daciano esta constancia con que los niños así se fortalecian, que se lo fuéron luego á decir para que proveyese sobre ello. Él mas amedrentado de su afrenta y del ejemplo, mandó que sin mas detenimiento los degollasen fuera del lugar, y muy léjos dél, como que buscase en todo el secreto y encubierta de los otros cristianos, á quien podia mover el ejemplo. Sacáronlos al campo que llamaban loable, y allí les cortaron las cabezas.

Para esta cruel carnicería pusieron á los santos niños sobre una muy grande y dura piedra, en la cual quedaron dos grandes señales hundidas, donde ó tendieron sus cabezas, ó pusieron las rodillas. Quiso Dios mostrar, para gloria de sus mártires, cuán mas duras eran las fieras entrañas de aquellos malditos verdugos, que no las piedras, pues ellas se ablandaban y enternecian, cuando sus ánimos estaban endurecidos con mayor fiereza para ejecutar la abominable crueldad. Esto de la piedra que así quedó señalada, no lo leemos en los libros, mas vémoslo con los ojos, habiendo sido servido nuestro Señor, que para mayor gloria destos santos y regalo espiritual de sus devotos, se conservase hasta ahora esta bendita piedra en su santa capilla, con tal manera de hundimiento en las dos señales que ningun hombre podrá juzgar fueron hechas por manos de hombres. Tambien es tradicion antiquísima y muy continuada de creerse esto así devotamente. Y demas desto, la devocion y respeto que la gloriosa piedra pone á quien con ojos del alma la mira, cuando la ve con los del cuerpo, es tal, que se muestra bien ser cosa del cielo su labor.

Luego que los santos mártires fueron degollados, Daciano se partió arrebatadamente de Alcalá, ó por evitar la indignacion comun que justamente se podia tener contra él, por la enorme crueldad que con los niños, aun sin oirlos, habia usado, ó por apartarse del lugar donde valia tan poco su fiereza, que los niños la menospreciaban (1). Con esta súbita partida de Daciano, tuvieron luego los cristianos lugar de recoger con veneracion los santos corpecitos y sus cabezas, y enterrarlos con toda solemnidad y reverencia (2). Diéronles sepultura en el mismo lugar de su martirio, porque no habia otro mas digno para su reposo que aquel donde alcanzaron tan gran triunfo, y donde los ángeles lo celebraron con Jesucristo, ni se podia hallar mas precioso bálsamo para ungirlos, que la sagrada sangre fresca que acababan de verter. Tambien para mayor gloria de los santos, los cristianos edificaron sobre su sepultura una capilla para honrar su memoria, y concurrir allí á hacer oracion, y pedir á Dios ayuda y misericordia en sus tribulaciones por intercesion destos sus gloriosos mártires.

Estaba entónces este lugar (como se dirá en las antigüedades) en otro sitio diferente del que ahora tiene; y así la santa capilla que ahora reverenciamos, venia á estar fuera de sus muros. Y llamaban con mucha razon á aquello de por allí el campo loable, porque todo lo de hácia aquella parte es, como hoy dia vemos, sin comparacion mas fértil que el resto de todos estos rededores del pueblo. Y aunque entónces aquel campo mereciese por esto este nombre, mas con mucha mas razon lo merece ahora, cuando no ya regado con la lluvia del cielo, responde con gran fertilidad de mieses, sino empapado con la sangre sagrada destos dos niños, produce para los cristianos que allí siembran devotamente sus deseos y plegarias, frutos de favor, y ayuda celestial en la tierra, y de gloria sin fin en el cielo. Este precio y valor de aquel lugar benditísimo estima y ensalza el glorioso san Isidoro, en el himno que compuso destos santos para su fiesta, diciendo así:

O locum vere beatum,	*Nempe hic divina virtus*
Quo cruor reconditur	*Vincit iras dæmonum:*
Sanctus ille parvulorum	*Curat ulcus, membra sanat,*
Ad salutem plebium:	*Et dolores temperat:*
Quóve multa sanitatum	*Vota cunctorum receptat,*
Signa ægris confluunt.	*Et ruentes sublevat.*

O lugar verdaderamente bienaventurado, dice el santo Doctor, adonde se encerró aquella sagrada sangre de los dos niños, porque como en relicario se guardase, para salud y salvacion de muchos pueblos, en el cual tanta multitud de milagros se junta en la salud de los enfermos que allí van. Verdaderamente en este lugar, la divina virtud vence al furor del demonio, cura las llagas, sana los miembros lisiados, templa y mitiga los dolores, oye y coge los deseos y plegarias de todos, y levanta de sus culpas los que dan malas caidas con ellas. Esto dice san Isidoro, por donde podremos ver si con razon es aquel lugar digno de alabanza, precioso, divino, inestimable, y merecedor de que lo alabemos como un verdadero sagrario, donde quiso Dios poner señaladamente á guardar este bendito tesoro. Por esto parece que hizo bien con devocion la estima deste lugar, el que puso en él.

Aquí es aquel lugar que consagraron
Los niños dos con sangre mártir pura,
Y la grande riqueza le dejaron
De su gloriosa muerte y sepultura:
Y á costa de su vida nos ganaron
La grande y dichosísima ventura,
Que á boca llena puedan ser llamados
Con Dios nuestros patrones y abogados.

Aquí con viva fé, y amor ardiente,
Fundado en gran firmeza de esperanza,
Alcalá de Henares represente
A Dios en su oracion su confianza.
Pida, y nunca cese, y acreciente
En pedir lo mas alto que se alcanza,
Que bien seguras van sus peticiones
Con tal favor de tales dos patrones.

(1) El breviario de Toledo y de Sevilla, y el de la órden de san Gerónimo. (2) San Isidoro en el himno, todos los breviarios, y el obispo Equilino.

Pues sin ésta tan grande de la muerte y sepultura destos santos, tiene este lugar de su capilla otra soberana excelencia, que Jesucristo nuestro Señor acompañado de muchos ángeles estuvo en ella visible, no para solos los cristianos, sino aun para los gentiles. Porque acabados de degollar los santos niños, ya que ellos habian ido á él, como él pedia en el Evangelio que fuésen, él vino á ellos para honrar sus obsequias, y llevar consigo al cielo sus ánimas. Y si esto hubieran visto solos los cristianos que se hallaron presentes, pudiéramos creer que la devocion se lo representaba, y que por amar á sus santos mucho, les pasaba por la imaginacion todo aquello, y que sin haberlo visto en realidad de verdad, con el deseo se persuadian que lo vieron. Mas en la historia destos santos se refiere como los gentiles que estuvieron presentes á su martirio, vieron descender del cielo á Jesucristo por sus ánimas. Esto escribe el obispo Equilino, y san Antonino, y los demás autores de vidas de santos. Y muchos breviarios de las iglesias de España tienen harto desto.

Eran muy niños sin duda cuando padecieron estos santos, como en sus benditos huesos ahora se ve, y como san Isidoro en su misal y en su breviario mucho celebra. Unas veces los llama niños, otras chiquitos, y siempre hace muy gran cuenta de su ternura por la poca edad; y así dice que fuera imposible tener tal vigor en los cuerpos, si de dentro no se lo diera Dios muy entero en el espíritu. El breve de nuestro muy santo padre Pio quinto, que dió para su postrera translacion, dice que era el uno de nueve años, y el otro de siete: y cierto, segun lo que san Isidoro encarece de su niñez, esto se puede muy bien creer, y cuanto se dijo en el breve, se ha de tener por cierto que se tuvo muy buena noticia dello por algun buen original de donde se sacó.

San Pastor era mayor que san Justo, porque habiéndose mucho conservado la distincion en los santos corpecitos, se ve notablemente ser algo mayores los miembrecitos de san Pastor. Y hay dos razones por qué comunmente se nombra primero san Justo siendo el menor. Dicen que san Justo padeció y fué degollado primero. Dicen tambien, y esto tiene mas fuerza de probabilidad, que como san Justo comenzó primero á hablar y amonestar á su hermano cuando los llevaban al martirio, así se quedó en el uso nombrarlo primero. Y hay una muy piadosa consideracion para pensar que siendo el menor san Justo, se anticipase á hablar y amonestar á su hermano mayor, aunque parezca mas puesto en razon y comedimiento lo contrario. Pudo justamente pensar el santo niño Justo, que su hermano Pastor viéndole tan pequeño y tierno, podia temer dél que desfalleceria en la constancia, desmayando en los tormentos. Por esto se dió priesa á mostrar que no habia para qué tuviese aquella congoja, si acaso le fatigaba.

El tiempo en que padecieron puédese bien señalar, aunque no con mucha precision del año; mas corforme á lo que se trató al principio deste libro, de cuando comenzó esta persecucion, viene bien lo que casi toda la iglesia de Aragon tiene, que fueron martirizados sus santos en el año trescientos y seis. Y así parece padecerian estos benditos niños el siguiente trescientos y siete. Y conforme á esto, el año de mil y quinientos y sesenta y ocho, en que se hizo su gloriosa translacion de Huesca aquí, ha que padecieron mil y doscientos y sesenta y un años.

Demas de la vida y martirio destos benditos niños, es muy gran gloria de Dios, considerar como ha sido servido acrecentar y ennoblecer este lugar de su tierra natural, y de su martirio destos santos. En general he yo mirado que todos los lugares de España, donde ha habido mártires, están muy prósperos y muy levantados. Son ejemplo desto las mayores y mas ennoblecidas ciudades de España, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Toledo, Ávila, Córdoba, Sevilla, Málaga, y Granada, y otras algunas. Y aunque sus sitios y comarcas son gran parte en este acrecentamiento, y á esto natural se puede atribuir todo; mas puédese tambien creer que los santos mártires patronos destos lugares, piden y alcanzan en el cielo de nuestro Señor, estas y otras mercedes para sus tierras. Sola Alcalá parecia no tener este favor del cielo, ni este amparo de sus santos, segun cien años ha era poca en poblacion y comodidades. Comenzóla á ennoblecer el arzobispo don Alonso Carrillo: y porque aun no quedaba con el lustre que tierra y sepultura de tan insignes mártires merecia, siguió luego el cardenal don fray Francisco Jimenez, que levantó tanto este lugar como ahora lo vemos ensalzado. Y para que mas de veras creamos que en todos estos acrecentamientos tienen mucha parte los santos mártires en haberlos con Dios procurado, tengamos atencion como ambos prelados comenzaron el acrecentamiento deste lugar, por la veneracion y reverencia destos santos mártires, acrecentando su iglesia en edificios y dotacion, y dando á su sepultura la dignidad que pudieron. Y si á alguno le pareciere que la universidad y su fundacion no tiene que ver con honra y gloria destos santos, ni con intercesion suya para que ella se comenzase y creciese como hasta ahora: mírelo bien, y hallará que esto es lo que mas propio parece de los benditos mártires, y mas inspirado y alcanzado por sus ruegos. Porque si los santos deseaban y procuraban con Dios en el cielo para su tierra la prosperidad y santo acrecentamiento de los verdaderos bienes, siendo lo de la universidad, como ya vemos, lo mas principal para este fin, ¿por qué no creerémos que es todo de los santos mártires en su manera? ¿querian virtud para Alcalá? ¿querian ciencia? ¿querian fuente della para que manase de aquí para toda España, y para todo el mundo? ¿Pues por qué no habian de procurar y querer la univerdad, que es el colmo de todo esto? Querian riquezas y bienes temporales; no se les podian traer á su tierra por otro mejor camino que por este, por donde tan abundantes se las trujeron. Demas desto ellos eran en su manera estudiantes, pues aprendian lo que aquella pequeña edad puede. Y así para bien de su tierra le grangearon con Dios un tal estudio de sagrada Teología, y lo demás, como el que tenemos. Y esto dicen ellos con estos versos en una su pintura, que está aquí en su iglesia frontero de su capilla.

Dulcis amor sophiæ cum esset puerilibus annis.
Jam tenerum et studiis luderet ingenium:
Sanguine Complutum fuso sacravimus: inde
Promeriti, ut patriam jusserit esse Deus,
Æthereis sedem Musis, divisque camœnis,
Quas sacer æterno spiritus ore dedit.
In cœlis nostro gaudet protecta favore,
Experta eximium numinis auxilium.
Cœlum ergo hic cives pulsare insistite votis:
Nostrum erit his semper præsto patrocinium.

En fin, vemos en pocos años tan ennoblecido este lugar, y tan acrecentado, que parece vino del cielo de mano de Dios por su intercesion. Y mas bienaventurada, y mas dichosa Alcalá, si supiere valerse de tanto bien como tiene, y pedir en el cielo todo lo verdaderamente bueno, que por medio de tales patrones allá puede alcanzar.

Aunque la devocion y religiosa piedad de los cristianos habia así honrado, segun se ha dicho, la sepultura de los santos mártires Justo y Pastor, con iglesia que allí luego se edificó: mas como duró la persecucion mas años, y despues hubo otras, el santo lugar y su iglesia vino á ser destruida. Tambien las muchas guerras que sucedieron en España, entrando diversas gentes extrañas en ella, y todas las mas dellas gentiles, con las destrucciones y grandes mudanzas de señoríos, fueron causa que la memoria toda del sagrado lugar casi se perdiese, sin que nadie supiese de cierto y con particularidad á donde estos santos niños estuviesen sepultados. Y aun los mismos cristianos con devoto recatamiento podian en tales tiempos borrar la memoria destos santos y encubrir cuanto pudiesen su supultura, temiendo que aquellas gentes infieles y muy bárbaras profanarian el santo lugar, y tratarian con oprobio las reliquias, ó fieramente las consumirian. Y así estaban los santos cuerpos en los años del nacimiento de nuestro Redentor de cuatrocientos y siete, ó por allí, habiendo ya mas de cien años que fueron martirizados. Y luego veremos como habia pasado todo este tiempo, cuando estaban en olvido los benditos cuerpos, sin saberse nada de donde estaban. Entónces fueron hallados, y no tenemos ménos grave autor desta invencion, que al glorioso san Ildefonso, que en el libro de los Varones Ilustres la cuenta desta manera.

Asturio, que fué el nono arzobispo de Toledo, sucesor de Audencio, fué hombre de mucha santidad, la cual manifestaba mas en las obras que no en escribir libros. Por esta su santidad fué digno que Dios obrase por él un milagro, que fué de gran merced y regalo, pues por divina revelacion mereció hallar los cuerpos de los gloriosos mártires san Justo y san Pastor en la tierra, como prendas de que se habia de ver junto con ellos en el cielo. No nombra san Ildefonso á los santos mártires por no ser necesario. Pues con decir los mártires que estaban enterrados en Compluto, vale tanto como nombrarlos. Con esta revelacion vino de Toledo aquí á Alcalá á buscar estos santos cuerpos que estaban tan enterrados en el olvido de los hombres, como en lo profundo de la tierra. Hallólos al fin con gran gloria de Dios, y espiritual regocijo de los hombres, y hallóse tan rico con haberlos hallado, que no quiso mas volver á Toledo, ni apartarse un punto dellos. Y sirviéndolos sin jamás cesar, acabó la vida en servirlos.

Así cuenta el bienaventurado san Ildefonso la invencion destos santos, y dice mas, que quedó aquí Asturio por primer obispo deste lugar. Y esto se parece en los concilios primeros que hubo en España, donde no hay memoria de obispo de Alcalá, y hallo en los siguientes. Porque los primeros concilios fueron ántes de Asturio, ó en su tiempo, y así aun no habia aquí obispo. Y pues como queda dicho, los santos mártires fueron enterrados en el mismo lugar de su martirio, y aquí fueron hallados por Asturio, y él no tenia causa por qué mudarlos, y tenia todas las que arriba están dichas, para dejarlos en el propio lugar: véese cierto como éste es el mismo lugar de su muerte, donde está ahora su sepultura, y así lo ha conservado la memoria y plática comun de todos por todos los siglos que hasta ahora han pasado.

Tiénese por cierto, aunque san Ilefonso, ni nadie lo escribe, que Asturio fué el que con su gran devocion hizo esta arca de jaspe, que hoy está en el altar de la santa capilla, y puso en ella los santos cuerpos. Y tambien se cree, que levantó y puso en tanta veneracion como está la bendita piedra, sobre que fueron degollados. El arca es un muy suntuoso sepulcro, cual los santos lo merecian, y una buena devocion les pudo dar. Porque es de muy rico jaspe. toda de una pieza, con doce piés de largo, y cuatro de ancho, y tres de alto, y cavada dos piés en hondo, con mas de medio de borde al derredor. Así que los dos santos corpecitos uno contra otro podian muy bien estar. Y por defuera toda lisa, con solo un sentimiento de peana: y otra cavadura arriba, donde parece encajaba la cubierta, que debia ser del mismo jaspe. Ésta falta, y así se habrá de hacer de nuevo. Con ser la piedra durísima está muy descantillada por las esquinas, porque la devocion grande no hallaba dificultad en la dureza del jaspe, para partir dél alguna reliquia.

Está ahora el arca encima del altar de la capillita, y junto á ella la piedra sobre que los santos mártires fueron degollados, levantada en alto, y puesta sobre dos leones de piedra muy antiguos, y cercada con rejas, y adornada por de dentro con buen aderezo de madera. La piedra es larga de una vara, y ancha mas que media. Es durísima y llana, y tiene dos hundimientos grandes prolongados, que nadie podrá creer que se hicieron con manos de hombres, ni pensar para qué fin se pudieron hacer. Y así esta bendita piedra, como la rica sepultura, representan tanta vejez con magestad, que no entra otro pensamiento á quien con buenos ojos las mira, sino del cielo y de gloria de Dios que así puede, y sabe, y quiere glorificar sus santos.

Esta antigüedad, que así se muestra venerable en todo esto, hace muy cierto, lo que se tiene creido en comun, que todo lo puso Asturio como ahora está. Y ayuda mucho á creer que él lo puso, el no poder imaginar que lo puso otro ninguno. De ántes de la destruccion de España no sabemos nada: y despues que se ganó este lugar bien sabemos que no se ha hecho. Y por todo esto, y por lo que se dirá despues, de cuando llevaron los santos cuerpos de aquí, se prueba bien, que esta capilla de los santos fué siempre de cristianos aun en tiempo de moros, como otras muchas iglesias que quedaron en España, donde los moros consentian que sus cautivos y súbditos cristianos se juntasen para todo lo que nuestra religion pide. Y como los moros mudaron la poblacion desto llano, y la subieron á lo alto y muy fuerte, donde ahora está la fortaleza, que llamamos Alcalá la vieja, no curarian mucho de la iglesia, que quedaba muy léjos acá bajo. Júntase con esto el saberse, que cuando el arzobispo don Alonso Carrillo mandó labrar primero esta iglesia, halló así todo esto, en la disposicion y reverencia que ahora está, de tiempo inmemorial atrás estaba así: y no osó mudar un punto, sino conservar aquello, y llevarlo adelante con la veneracion en que estaba. Y lo mismo hizo despues el cardenal don fray Francisco Jimenez cuando mandó edificar este gran templo que ahora tenemos. Todo lo dejó como estaba, movido con la reverencia y magestad sagrada de aqueste gran santuario, y de la sepultura y piedra de los mártires que estaban en él. Y pu-

so el altar mayor, como tambien estaba ántes, sobre la capillita, por dejarlo con mas autoridad y devocion: la cual tiene magnífico y muy firme fundamento en todas estas santas memorias.

El tiempo en que Asturio halló los santos cuerpos no se puede señalar muy en particular. Parece cierto que fuese cien años despues de su martirio poco mas ó ménos. Porque si Asturio se halló en el primer concilio toledano, como en algunos libros de mano se halla, estando su nombre entre las otras firmas, véese como vivia, y era obispo el año del nacimiento de nuestro Redentor de cuatrocientos, porque en este año fué aquel concilio, como en su lugar se verá: y era esto ántes que fuese arzobispo de Toledo. Esto es cosa manifiesta, y en que no se puede dudar. Porque siendo arzobispo de Toledo halló los santos cuerpos, y despues todo el tiempo que vivió quedo por obispo de Alcalá. Mas dice expresamente san Ildefonso, que todo el tiempo que fué obispo de Alcalá, nadie entró en su silla de Toledo, sino que estuvo como vaca. Pues cuando aquel concilio se hizo, arzobispo de Toledo habia, y Patrono se llamaba, como allí en el concilio parece. Por donde está claro, que ántes aunque fuese Asturio arzobispo de Toledo, se hizo aquel concilio, siendo el obispo de otra ciudad, de donde subió á la silla de Toledo. Y así pasaron algunos años despues del cuatrocientos del concilio, ántes que los santos cuerpos se hallasen (1). Y cuando en el libro siguiente llegaremos á aquel concilio, se tratará deste tiempo de Asturio con mas precision. Solo se ha de tener aquí advertencia, que san Ildefonso tratando de la invencion destos santos cuerpos, habla della como de cosa muy antigua y así lo dice.

Conforme á todo lo dicho, siendo cierto, que Asturio se halla en aquel primer concilio toledano, como comunmente se tiene, entendemos que los cuerpos santos se hallaron cien años ó poco mas despues del martirio. Mas si alguno quisiese poner duda en la estada de Asturio en aquel concilio, no se puede decir mas desto postrero, que averiguamos, que los cuerpos de los santos eran ya hallados mas de cien años, y aun ciento y cincuenta ántes de san Ildefonso, porque por su cuenta, y por la del arzobispo don Rodrigo, todo esto se puede echar á los arzobispos que despues de Asturio hasta san Ildefonso hubo. Esto mismo se entiende por otra cuenta muy clara. El abad Biclarense, que escribió la historia de su tiempo, y es de mucha autoridad, cuenta, que en tiempo del rey de los godos Leovigildo, que es cien años ó poco ménos ántes de san Ildefonso, era hombre muy señalado Novelo, obispo de aquí de Alcalá. Y como queda dicho, san Ildefonso pone á Asturio por primer obispo de Alcalá, así que este Novelo fué despues dél. Y por lo ménos se prueba manifiestamente de aquí, que Asturio fué ántes del tiempo del rey Leovigildo. Y así ha de ser por lo ménos ántes de los años del Nacimiento de quinientos y ochenta.

Entre los insignes mártires de España, de quien hemos tratado y trataremos, fuéron siempre muy estimados, y con mucha razon muy engrandecidos estos santos niños, y tenidos por una cosa muy señalada y de grande autoridad, y de mucha excelencia y veneracion. Los testimonios que hay desto son muchos y muy graves en todos los siglos pasados: mas ántes que se pongan aquí será mucha razon poner las causas que hubo, para que así estos santos fuesen estimados, y en tanta reverencia y devocion tenidos. Mereciéronlo sin duda sus excelencias: y fué cosa muy debida darles para mayor gloria de Dios aquella gran ventaja en la estimacion.

Tres cosas mas principales concurrieron en estos santos mártires, por donde fué su pasion muy diferente de todas las demás, y así se estimó y se celebró siempre con mucha alabanza de Dios, y admiracion de los hombres, su niñez primeramente fué cosa harto señalada, y que en ningun otro mártir se halló. Ninguno hubo en los mártires, que se pueda comparar con estos santos niños en la ternura de la edad: y cuanto ella fué menor, tanto mayor vigor de espíritu y amor de Dios, fué menester que tuviesen, para poder sufrir en sus cuerpecitos la muerte por él. Y así dice dellos san Isidoro, que el grande esfuerzo de su espíritu suplió todo el gran defecto de fuerzas y esfuerzo que en el cuerpo tenian. De aquí se consigue lo segundo, que en ellos cumplió Dios mas manifiestamente, que en todos los otros mártires lo que prometió á los apóstoles, que cuando hubiesen de parecer por él delante los que los habian de martirizar, no pensasen lo que habian de decir, porque él se tenia el cuidado de ofrecerles, lo que convenia que dijesen. A los otros santos mártires cuando iban á la muerte, dábales Dios, como habia prometido, lo que habian de hablar. No hay duda en esto. Mas no se parecia tanto, como se lo daba Dios, porque siendo de edad entera, juzgando humanamente, se podian atribuir sus palabras á lo que el mártir sabia en letras, ó habia aprendido por larga experiencia de la vida, ó por la perseverancia en el servicio de Dios. Mas estos santos niños, que en tan tierna edad, ni tenian letras de experiencia; como todo lo que hablaban para ofrecerse al martirio, y amonestarse á él era dado del cielo, así se parecia manifiestamente que era de allá. Nadie podia pensar esto aprendieron, de su prudencia sale todo, sino que por fuerza se habia de entender, como todo venia del cielo, y el Espíritu Santo se lo daba, para que lo dijesen, y Jesucristo, como lo habia prometido, hablaba en ellos. Hay mas lo tercero en el martirio destos santos niños, que lo hace muy glorioso la presencia de Jesucristo nuestro Redentor, que se quiso hallar presente para honrarlos en ojos de los cristianos y de los gentiles. A los unos para alegrarlos y confortarlos, y á los otros para ponerles espanto y confundirlos.

Por estas tres y otras muchas excelencias fueron estos santos muy estimados y tenidos en mucha veneracion, y su martirio fué de grandísima autoridad en España y fuera della. El mas antiguo y muy autorizado testimonio, que tienen estos santos, es del poeta Aurelio Prudencio, que hablando de las ciudades de España, que el dia del juicio presentarán á Dios sus mártires, que en ellas padecieron, dice así:

Sanguinem Justi, cui Pastor hæret,
Ferculum duplex, geminumque donum
Ferre Complutum gremio juvabit
Membra duorum.

Es muy gran testimonio éste, porque vivió Prudencio como setenta años, ó poco mas, despues que los santos niños padecieron: y así pudo tener mas entera noticia de la verdad. Como vecino al nacimiento del agua la pudo beber limpia, ántes que se enturbiase

(1) Cap. 5.

con la antigüedad. Fué tambien Prudencio español, y no de muy léjos de Alcalá, pues era de Calahorra, y fué, como en todas sus obras parece, muy devoto de los mártires de España, y para escribir como escribió de casi todos, es cosa verisímil, que usó mucha diligencia en saber mucho dellos, como adelante tambien se tratará. Y sin todo esto, el autoridad de Prudencio entre todos los hombres doctos es muy grande, y por solo que él diga alguna cosa, la tendrán por cosa muy principal.

Autoriza tambien mucho á estos santos el glorioso doctor san Isidoro, con haberles puesto en su breviario y en su misal, que él ordenó para toda España, un oficio muy particular, y muy cumplido, cual á pocos otros santos se dá. Y en él refiere grandes y muy continuos milagros, que en el lugar de su sepultura se hacian. Y siendo san Isidoro quien sabemos, y ya al principio del libro nono dijimos, que fué en santidad y letras y dignidad, se verá allí bien por cuán principales santos tenia á estos dos gloriosos mártires.

San Ildefonso fué discípulo de san Isidoro, y tambien por su parte muestra en lo mucho que tenia á estos santos, pues que se puso á escribir su invencion tan de propósito. Y tienen los santos mártires mucho para su autoridad y estima de sus santas reliquias en haber tenido tal coronista, que escribiese, como milagrosamente fuéron halladas.

Los reyes y grandes príncipes en España tuvieron desde estos tiempos de san Ildefonso y san Isidoro singular devocion con san Justo y Pastor: y así parece como eran cosa muy insigne y celebrada entre todos.

El rey Chindasvinto, que era en tiempo de san Isidoro, fué muy devoto destos santos mártires, como se ve por obras y por palabras suyas. Un caballero deudo de los reyes godos llamado Fructuoso, que fué despues gran santo, como en su lugar se verá (1), era tambien en tiempo deste rey muy devoto destos santos, y fundó con invocacion de sus nombres el monasterio de Compluto, que es no muy léjos de Astorga, en la tierra que llaman el Bierzo, y fué abad dél. El rey Chindasvinto acrecentó y dotó despues magníficamente esta abadía de términos y joyas. Y en la escritura desta dotacion donde cuenta todo esto, dice el rey Chindasvinto palabras muy dulces, con que da bien á entender la mucha devocion que á estos santos tenia, la cual le movió señaladamente á dotar y acrecentar su iglesia. La copia desta escritura he yo visto inserta en una confirmacion del rey don Ramiro tercero de Leon, que confirmó lo de Chindasvinto en Compluto, y añadió de nuevo mas. Y es la de Chindasvinto la mas antigua escritura que se ha conservado en España, y della se tratará mas por extenso (2), cuando se llegare á lo deste rey.

De un poco ántes, en estos mismos tiempos de los reyes godos, es una gran piedra que está en Medina Sidonia, en la ermita de Santiago, que llaman del camino, y sirve por coluna, y tiene estas letras:

(1) En el lib. 12, c. 29. (2) En el lib. 12, c. 23.

Hic sunt reliquiarum conditæ
* **** *** ** Stephani, Juliani, Felicis, Justi,
Pastoris, Fructuosi, Augurii,
Eulogii, Aciscli, Romani, Martini, Quirisci, & Zoyli martyrum.
Dedicata hæc basilica Xvii.
Cal. Januarias, anno. II. pontificatus Pimeni, Era. Dclxviii

El año desta dedicacion es del nacimiento de nuestro Redentor seiscientos y treinta. Y reinaba entónces en España el rey Suintila de los godos, sucesor de Sisebuto, ó de su hijo Recaredo el segundo, como en su lugar se verá. Y véese en ella como se tenian en muy gran veneracion las reliquias destos santos mártires, pues tan léjos de por aquí las llevaban, para juntarlas y conservarlas con las demás tan principales.

En castellano dice: Aquí están encerradas las reliquias destos santos.·.·.·.·. Estevan, Julian, Felix, Justo, Pastor, Fructuoso, Augurio, Eulogio, Aciscio, Romano, Martin, Quirico, Zoil, mártires. Fué dedicada esta iglesia á los diez y seis de diciembre el año segundo, que era obispo Pimeno en la era seiscientos y ochenta y ocho.

Habiendo puesto yo esta piedra en el libro destos santos mártires Justo y Pastor, que se imprimió algunos años ha: Estevan de Garibay, llegando á estos años en su historia dice (1), que no se ha de entender en la piedra, que estén allí reliquias de los santos que nombra, sino que sin haberlas, solamente la iglesia era dedicada á estos santos, y tenia la advocacion de todos ellos, y da por documento general esto mismo para todas las piedras semejantes, diciendo, que aunque se refiera en ellas que hay reliquias, no se ha de entender que las hay en realidad de verdad, sino solamente que se toma la advocacion y patrocinio de aquellos santos para la tal iglesia ó altar. Muévese á enseñar así esto, por un fundamento que cierto tiene apariencia. Trae un privilegio, donde una señora entre otras reliquias, que dice pone en una iglesia, nombra las del arcángel san Miguel. Y pues no puede haber reliquias del arcángel, allí ni en otras escrituras semejantes, no se ha de entender de reliquías verdaderas, sino de sola la advocacion. Despues se responderá fácilmente á esto, ahora digamos la verdad de lo que en esto hay, y se ha de tener, por ser cosa de importancia que se sepa, y por ser mucho bien que no haya error en tal materia, y no por contradecir á nadie, pues bendito sea Dios yo le alabo por haberme hecho de mi natural condicion, enemigo de semejantes contradicciones, ni de pensar que se gana nada en ellas.

Desde la primitiva Iglesia se usó edificar los altares y las basílicas ó iglesias sobre los cuerpos santos y reliquias de los mártires. Ya lo mostramos en el discurso que se puso ántes del libro nono, trayándolo del papa san Felix, que así lo mandó. Fuese siempre conservando y autorizando mas esto en la Iglesia, como parece por aquella respuesta de san Ambrosio que él refiere, dió á los arrianos, que barajaban ferozmente con él sobre una iglesia. Dijéronle: ¿y querrás á osadas edificar allí una basílica? Respondió, sí la edificaré, si ha-

(1) En el lib. 8, c. 30, y en el lib. 9, c. 4.

llare reliquias de algunos mártires. Como por fundamento principal de edificar iglesia, pone el haber reliquias para ella. Y en los libros de Civitate Dei de san Agustin, y de otras sus obras hay tantos testimonios manifiestos déstos, que no es menester traer en particular ninguno. Y llegó esto á tanto encarecimiento, que en el concilio quinto africano ó cartaginense, que se celebró por este mismo tiempo de san Ambrosio, ó poquito despues se manda con mucho rigor que se derriben todas las iglesias donde no hubiere reliquias de mártires. Y sobre el fundamento desta verdad instituyó la Iglesia que se dijese al principio de la misa aquella oracion, *Oramus te Domine per merita Sanctorum, quorum, reliquiæ hic sunt, etc.*, la cual decimos los sacerdotes besando el altar, como se nos manda, para revenciar aquellas reliquias que en todos solian estar. Ya se ha dejado esta costumbre en la Iglesia de encerrar reliquias en los altares, por buenos respetos que pudo haber por ello.

Este es el derecho en esto: el hecho tambien es muy conforme á él. Porque habiendo en el reino de Leon, en Galicia y Asturias muchas piedras tales como ésta, donde se refiere que en aquella capilla ó altar donde están, hay tales y tales reliquias, han querido los prelados desenvolver aquellos lugares, y han hallado en ellos las reliquias nombradas en las piedras. Y en lo de san Mancio, ya se puso una destas piedras que confirma harto claro lo que decimos. Y sin haber piedras, casi ningun altar principal se deshace por aquellas provincias que no se hallen en él reliquias, en obediencia de lo que desde el principio de la Iglesia estaba tan mandado, usado y guardado. Por lo cual tambien Sebastiano, el obispo de Salamanca, y Sampiro, el de Astorga, cuando cuentan la fundacion de la iglesia de Oviedo por el rey don Alonso el Casto, y la de Santiago por don Alonso el Magno, ninguna cosa refieren tan en particular como las reliquias que en cada uno de los altares se encerraron.

Yo he visto muchas piedras déstas, y muchas de las reliquias que se han sacado de los altares, donde ellas dicen que están. Y hase de entender, que los altares antiguos de aquellas provincias fueron una gran losa del tamaño del altar, y debajo désta dejaban un hueco donde se ponian las reliquias.

El privilegio que trae Garibay no contradice á esto, ántes lo confirma. Aquella señora llama con mucha verdad reliquias del arcángel san Miguel á cualquier tierra y piedra de la cueva del Monte Gargano, en Italia, donde fué la solemnísima aparicion suya, que con tanta solemnidad celebra la Iglesia en el mes de mayo. Ésta habia precedido muchos años ántes, y quedado santificado aquel lugar por tan alto misterio, para que se pudiese tener, como ahora se tiene, por reliquias todo lo de aquella santa cueva. Esto es lo que se ha de tener y enseñar en esto, y lo contrario por lo ménos no es acertado, ni es bien que nadie lo crea.

Mas volviendo á los santos niños, y lo mucho que siempre fueron estimados, poco despues de los tiempos de san Ildefonso, se les edificó á estos santos una iglesia en lo mas postrero de España, porque hasta allí llegaba su grande estima, y la pública devocion que con ellos se tenia. Los romanos llamaban antiguamente Salacia á un lugar principal mas abajo de Lisboa hácia el Algarve, y llámanle ahora Alcazar de la Sal. Cerca deste lugar está una iglesia muy antigua, que fué consagrada á estos dos santos mártires, como parece por una piedra que está en el edificio y tiene estas letras:

Hunc denique edificium sanctorum nomine ceptum, Justi et Pastoris martyrum, quorum constat esse sacratum. Consummatum est hoc opus Era. Dccxx.

En castellano dice: Este edificio fué comenzado en nombre de los santos mártires Justo y Pastor á quien es consagrado, y se acabó en la era de setecientos y veinte.

No habia tierra tan apartada en España donde estos santos no tuviesen templo, porque no habia donde no se tuviese su martirio por glorioso y muy principal. Y este año en que se acabó esta iglesia de los santos era el de nuestro Redentor seiscientos y ochenta y dos, reinando en España el rey Ervigio de los godos.

Y entenderse ha bien cuan llena estuvo España en estos tiempos de los godos de templos destos santos, pues llegaban hasta Francia y allí los habia muy principales. La iglesia mayor de Narbona se llama de san Justo y Pastor. Y es tan antigua la fábrica della, y el tener este nombre, que se tiene por cierto ser lo uno y lo otro de tiempo de los godos, que aun reinando en España, siempre fueron señores de aquella parte de Francia, que por esto le quedó el nombre de Galia Gótica. Hasta allá se extendia la gloria destos santos niños, y allá se celebraba tan principalmente, como es dedicarles una iglesia metropolitana tan insigne como la de Narbona. Y pagóles nuestro Señor á los de aquella ciudad muy bien su devocion que con estos santos tuvieron, pues les dió la cabeza de san Justo, con otras reliquias de ambos santos. Aunque esto fué muchos siglos despues, como en las traslaciones destos santos se dirá.

Tienen tambien los santos mártires algunas otras iglesias en Cataluña, que muestran bien cuanto se extendia su devocion por todas partes. En Barcelona hay iglesia parroquial destos santos, y en los términos del monasterio de san Victorian, que está en el obispado de Lérida, hay una iglesia y priorato tambien con el mismo nombre y advocacion. Estas dos iglesias son muy antiguas, y comunmente se cree que son desde el tiempo de los godos á lo ménos esta del obispado de Lérida, pues se tiene por cierto que nunca fueron ganadas de los moros de aquellas montañas. Tan glorioso, y con tanta devocion era en estos tiempos de los godos celebrado el nombre y martirio destos santos niños.

Despues que se perdió España, cosas tambien ha habido, en los tiempos muy antiguos, en que se mostró bien la gran gloria destos santos mártires, y lo que Dios obraba por sus méritos y intercesion.

A la cueva en que se retiró el rey don Pelayo, y de donde comenzó la milagrosa restauracion de España, llaman ahora Covadonga, y está cerca de Cangas de Onis, en lo postrero de Asturias de Oviedo, por donde se juntan con las de Santillana. Media legua de la santa cueva, y del monasterio que está en ella, hay un lugar que llaman Riera, y es del monasterio, y su iglesia parroquial tiene el nombre y advocacion destos santos hermanos, y de su sitio y antigüedad que yo he visto, se puede muy bien creer que es del tiempo del rey don Pelayo, y que aquel santo príncipe la fundó, tomando por abogados en su victorioso principio á estos benditos niños, que tan insignes y tan celebrados eran en toda España.

El obispo de Astorga san Gennadio ha mas de seiscientos y cincuenta años que vivió, pues otorgó su testamento el año de nuestro Redentor novecientos y ocho. Esta escritura hube yo en san Pedro de

Montes, monasterio de monges Benitos, en el Vierzo, que este santo restauró, y en ella refiere como edificó allí cerca otro monasterio destos santos mártires Justo y Pastor, porque en todos tiempos y en todos lugares eran siempre muy reverenciados, y en mucho tenidos.

El año de ochocientos y treinta y cuatro entraron los moros por Castilla muy poderosos, con un su rey que llamaban Zafa ó Cefa, destruyendo á fuego y sangre toda la tierra. hasta llegar á lo muy postrero de Castilla. Los monges de la tierra, hasta número de doscientos, temiendo su perdicion se recogieron en el monasterio de san Pedro de Cardeña, ó porque por ser tan apartado lo tenian por mas seguro, ó porque allí esperaban hallar amparo y consejo en lo que habian de hacer. El consejo que les dió un santo abad don Sancho de aquel monasterio, fué digno de su religion. Animólos á que muriesen todos por Jesucristo, confesando su fé católica. Así lo hicieron, y fueron todos juntos muertos por los moros para ser mártires por Dios. Y habiendo sido el martirio destos santos monges, como fué, en la fiesta destos gloriosos niños Justo y Pastor, ¿quién duda sino que ellos tuvieron mucha parte en él? ¿Quién duda sino que el santo abad amonestaria á sus monges con el ejemplo destos santos, cuya fiesta celebraban? ¿Y que les pondria delante lo que como hombres religiosos debian hacer, en consideracion de lo que estos niños y seglares hicieron? ¿Y quién no vé como los monges se encomendarian á estos santos, para poder alcanzar por su intercesion la merced del martirio, y la constancia para él? Pues los santos niños en el cielo no hay duda sino que con gran eficacia suplicarian á Dios por los que así los llamaban, para que mereciesen tan alta victoria como la que pedian. En la tierra el ejemplo, y en el cielo las plegarias destos santos hicieron al fin que el dia de su fiesta fuese mas glorioso con tanta multitud de mártires. Estos benditos monges están enterrados en un lienzo del claustro de aquel monasterio, el cual por veneracion no se pisa, y atraviesan por otra parte por no hollar allí, y en una piedra está referida toda la historia, y de allí tenemos noticia della. La piedra es muy antigua, y tiene estas letras:

> Era Dccclxxii. Quarta feria Octavo Idus Augusti adlisa est Karadigna per Regem Zapham, et interfecti sunt duceuti monachi de grege domini in die sanctorum martyrum Justi et Pastoris.

Destos santos monges rezan algunas iglesias de España, y en privilegios que aquel monasterio tiene, refieren los reyes de Castilla como nuestro Señor hacia muchos milagros por ellos. El año de su martirio viene á caer en el reinado del rey don Ordoño de Leon, primero deste nombre, por la cuenta mas cierta.

El rey don Ramiro de Leon, segundo deste nombre, hubo una insigne victoria de los moros, cabe Simancas en el dia de la fiesta destos santos, y el arzobispo don Rodrigo señala el dia, para que se vea, como su ayuda destos santos en el cielo, fué parte muy principal de lo que se alcanzó en la tierra. Y la victoria fué tan grande, que parece bien dada del cielo, pór tal intercesion. Murieron ochenta mil moros en la batalla, fué preso su capitan Abenaya: y el rey Abderramen de Córdoba con muy pocos escapó huyendo. Y esto parece que sucedió el año de nuestro Redentor de novecientos, ó por allí cerca que precisamente no se puede bien señalar el año.

Poco despues fué en Castilla, el conde don García Fernandez, hijo del ínclito conde Fernan Gonzalez, y parece que fué muy devoto destos santos, y por reverencia y veneracion dellos y sus reliquias, fundó el abadía de Covarrubias, como en la escritura de la fundacion, que hizo á su hija doña Urraca parece. No se entiende bien della, si por estar allí ya las reliquias destos santos y otras, acrecentó la iglesia, ó si por tener él las reliquias destos santos, fundó y dotó de nuevo la iglesia de Covarrubias, para ponerlas. Aunque mas verisímil parece, segun las palabras que allí hay, que estaban ya allí las reliquias: y así el Conde, porque estuviesen mas dignamente. hizo el acrecentamiento de edificio y dotacion. De cualquier manera que sea, la fundacion del abadía de Covarrubias, que tan principal es en Castilla, tuvo mucho de veneracion destos santos y sus reliquias.

Por toda Castilla tambien hay iglesias parroquiales destos santos muy antiguas, que muestran la devocion, que siempre se tuvo con ellos. Muy antigua es y muy principal en Toledo la parroquia de San Justo y Pastor, casi la mas junta con la iglesia mayor. Y en Madrid asimismo es muy autigua y muy principal la parroquial destos santos. En Salamanca es tambien muy antigua y muy extendida la parroquia destos santos, y en Medina-Celi la hubo tambien, sino que casi se ha perdido.

Y aun hay un buen lugar entero, que se llama San Justo, en el camino que va de Segovia á Medina del Campo, y debe tener este nombre de tan antiguo, que aun no sabemos atinar cuando se le puso. Y todo muestra bien, cuan antigua es en España la devocion destos santos, y cuan extendida estuvo por ella. Desta devocion antigua procedió, que los reyes católicos, cuando ganaron á Granada, una de las parroquias mas principales intitularon destos santos, donde á gloria de Dios son muy celebrados.

Pues deste lugar de Alcalá de Henares no hay que decir, porque siempre ha conservado desde el martirio de los santos, y desde la invencion de sus cuerpos su iglesia y su sepultura, y aun el nombre en todo el lugar. Porque antiguamente Alcalá de San Justo se llamaba mas en comun, que no Alcalá de Henares, y mas conocida era por este nombre, y así la llama la historia general del rey don Alonso, cuando cuenta como se tomó Alcalá, despues de tomada Toledo. Y tambien el arzobispo don Rodrigo la nombra Alcalá de San Justo en la historia de los alárabes, que escribió apartada de su corónica. Y así la nombran escrituras muy antiguas, de que yo he visto algunas. Tambien es lugar muy antiguo Tielmes, cuatro leguas de aquí de Alcalá en el Alcarria, y la iglesia del pueblo tan antigua como él, tiene la advocacion destos santos.

Hallados por Asturio los santos cuerpos, como queda contado, no hay duda sino que se repartieron algunas reliquias dellos, como fueron las que el obispo Pimeno puso en Medina Sidonia, y las otras que despues estaban en Covarrubias. Mas todo esto se ha de entender, que era una poquita cosa, cual bastaba para la devocion y consuelo de los fieles. Porque los cuerpos enteros se estuvieron en su sepultura hasta la destruccion de España, cuando los moros entraron

en ella. Entónces sabemos, que los cristianos con piedad devota, como trataban de buscar seguridad huyendo, así tambien procuraban llevarse las santas reliquias, que en sus pueblos tenian, como el mas precioso tesoro que habia, y en que se podia mas perder, si quedase al peligro de que los infieles la profanasen. Esto dicen nuestras corónicas de todas las reliquias en general: mas no sucedió así en las destos santos, en que hubo otra particularidad, como ahora veremos.

En el obispado de Huesca celebran la fiesta de san Urbicio, que corrompido el nombre llaman comunmente san Urbet. Rezan tambien deste Santo la iglesia de Córdoba á los quince de diciembre sin lecciones. Este Santo tienen por cierto, que llevó los cuerpos de los dos niños mártires á aquella tierra. Y esto ha venido así por tradicion antigua de unos en otros continuada, y confírmase mucho con la sepultura deste Santo, como luego se verá. En el año de setecientos y catorce, cuando los moros entraron en España para destruirla, fué cautivo entre los demás un francés noble de linaje, natural de la ciudad de Burdeos, llamado Urbicio, y con él su madre que se llamaba Asteria. Fué llevado á Galicia, como en sus lecciones se lee, y mereció, ordenándolo así Dios, que por su gran bondad y buen servicio, le diesen libertad y licencia para volverse á su tierra. Este santo varon, viendo que la merced de su libertad le venia por intercesion de los santos Justo y Pastor, de quien él era muy devoto, conforme á la mucha devocion, que en toda parte, y hasta en Francia con ellos entónces habia: en viéndose libre, luego fué á visitar su sepultura. Y iba con intento de dar allí gracias á Dios, por la merced que le habia hecho, y tambien que si hallase allí acaso los santos cuerpos, se los llevaria, para sacarlos del peligro de oprobio, que entre los infieles tenian. Y porque ya Dios le habia escogido para conservacion deste tesoro, se lo tuvo aquí guardado, y le favoreció hasta que pudo tomar secretamente los santos cuerpos, y llevárselos consigo á su tierra. Llegado á Burdeos, estuvo allí muy poco, y luego se apartó al yermo á vivir allí en mayor penitencia y estrechura de santidad: por mejor servir á Dios de nuevo la nueva merced, que en haberlo hecho depositario destos santos se le hizo. Para esto le dió el hábito de ermitaño san Martin el Monge, que era entónces muy estimado por sus grandes virtudes, y despues de su muerte por mucha santidad. Y se tiene por cierto que está sepultado cerca de Huesca en una iglesia de su nombre.

Siempre guardaba consigo san Urbicio los santos cuerpos, como la mas alta compañía que en su soledad del yermo podia tener. Y no estuvo mucho en aquella tierra, porque Dios que en todo lo guiaba, le puso en corazon que se volviese á España. Pasados pues los Pireneos, reparó en las montañas vecinas de Huesca, y señaladamente hizo la vida de ermitaño en el valle que llaman de Nocito, cinco leguas de aquella ciudad, entre otros cristianos, que los moros permitian vivir en su ley, porque la tierra estuviese poblada y labrada toda. Y destos cristianos habia mas, y vivian mas seguros en las tierras mas estériles, cuales son aquellas montañas. Porque los moros solo lo muy fértil querian gozar, y no bastaban para poblar mas.

Y confírmase el haberse llevado estos santos cuerpos así á Aragon, no mucho despues de la entrada de los moros acá: porque san Eulogio el martir de Córdoba, en la epístola que escribió al obispo de Pamplona Uviliesindo, le cuenta, como estuvo aquí en Alcalá de Henares con Venerio, que entónces era obispo aquí, sin hacer mencion de como visitó los cuerpos destos santos; lo cual el Santo no lo dejara de hacer, ni lo callara allí, si los cuerpos santos aquí estuvieran. Y era esto cerca de los años ochocientos y cuarenta, ó por allí, como yo en lo que escribí sobre las obras del santo Mártir (que ya andan impresas) pude averiguar. Tambien el haber por aquel tiempo obispo aquí en Alcalá de Henares, da á entender como la santa capillita fué siempre de cristianos. Que pues la iglesia donde ella estaba habia sido la catedral tan antigua, es cierto que tambien lo seria despues.

Vivió Urbicio en una ermita de aquellas montañas, donde guardaba los santos cuerpos, de que Dios por tan celestial merced le habia hecho tesorero: y habiendo pasado cincuenta años en gran santidad, y debilitado con la edad de ciento á que llegó, acabó la vida mortal, para comenzar en el cielo con Dios la eterna. Dejó mandado, que le sepultasen en aquella ermita suya, y pusiesen á sus lados los cuerpos de los dos santos niños, porque ni aun entónces no quiso apartarlos de sí. El dejar mandado esto san Urbicio, es tradicion, que para lo demás, hoy dia se muestra su sepulcro con su cuerpo en aquella iglesia, que se llama de su nombre, y se ven á los lados los de los santos niños, que quedaron vacíos, cuando como luego diremos, de allí los sacaron. Y todo esto de la iglesia de San Urbicio, y de su sepultura, he entendido por relacion de personas graves, que lo han visto: y aun hoy dia viven algunos viejos, que se acuerdan de cuando fueron sacados de allí los cuerpos de los santos mártires. Y para esto, y para otras cosas tocantes á estos santos, se tomó en Huesca pública informacion destos testigos, como en lo que mas largamente escribí destos santos, en su libro se puede ver. Allí tambien se verá la manera de traerlos á Huesca, y llevar mucha parte de sus reliquias á Narbona, y el desearse diversas veces en Castilla por los arzobispos de Toledo traerlas acá: hasta que al fin, como al principio se comenzó á decir, por mandado del católico rey nuestro señor don Felipe segundo deste nombre, y con breve de nuestro muy santo padre Pio Quinto fueron traidas sus reliquias á esta villa de Alcalá de Henares el año de mil y quinientos y sesenta y ocho con milagros que nuestro Señor fué servido obrar, y gran solemnidad y fiestas que en todas partes se hicieron: como allí se dió de todo cumplida relacion.

CAPÍTULO X.

Santa Eulalia la de Mérida, y otros santos de aquella ciudad.

Ya por este tiempo Daciano habia enviado sus legados y lugartenientes por toda España, para que persiguiendo á los cristianos, ó los apartasen de la fé, ó ejercitasen en ellos la crueldad, que él usaba. Y entiéndese esto ser así, porque cuando él llegó á Toledo, ya en Mérida habia sido martirizada santa Eulalia, segun luego se verá claro. El martirio, pues, desta Santa, que tiene aquí su lugar propio, es muy solemne, y está muy autorizado, por haberlo escrito por extenso el poeta Prudencio, y hallarse en muchos de los breviarios de España. Porque es muy general en todas las iglesias della celebrar solemne fiesta desta santa Vir-

gen, á los diez dias de diciembre en que ella padeció. Y sin esto los cuatro martirologios, romano, de Beda, de Usuardo, y de Adon, los dos obispos Equilino y Lipomano, y en comun todos los que escriben de santos hacen gran memoria della. Y milagros y otros testimonios de su veneracion nos mostrarán despues, lo mucho que ha sido siempre reverenciada. Y de Prudencio y de los breviarios y santorales antiguos será lo que della aquí se contará.

Fué natural de Mérida, nacida de gente noble de aquella ciudad, como Prudencio escribe, y en algunos breviarios se nombra su padre Liberio: y tan herviente fué en la cristiandad, que desde niña, segun el mismo autor, se le conoció su mucha religion, en menospreciar atavíos y pláticas de casamiento, mostrando gran severidad y mesura en el rostro, y en todo su proceder y hablar. No habia mas que doce años cuando fué martirizada, y ya sus padres en estas muestras temiendo la persecucion, y el ánimo que tenia para morir por la fé, la tenian como escondida y retirada en una heredad llamada Ponciano, diez leguas de la ciudad, á la parte del Andalucía. Habia sido enseñada en la fé por un sacerdote llamado Donato, juntamente con otra doncella por nombre Julia, que algunos dicen fué su hermana, y otros no mas que compañera en la virginidad y religion, desde que eran muy niñas. Ambas estaban en Ponciano, y con ellas tambien Felix, un gran cristiano, que habiendo ya sido preso una vez, quedó con gloria y nombre de confesor.

En este tiempo Calpurniano legado, á lo que se puede entender, y lugarteniente de Daciano, estando en Mérida, mandó publicar solemne sacrificio á los dioses, para poder tener mas noticia de los que eran cristianos. En algunos breviarios se dice, que por hallar tal á Liberio ya lo tenia preso, y envió en un carro por su hija Eulalia allá donde estaba. El poeta Prudencio, con quien conforman otras leyendas de los maitines, dice diferentemente, que oyendo la bienaventurada Vírgen la crueldad con que este juez comenzaba á maltratar los cristianos, se vino de su voluntad de noche y á escondidas á ofrecer al martirio. Los mas dicen que venia en su compañía la santa vírgen Julia, y que habiéndose adelantado un poco en el camino: le dijo Eulalia con espíritu de profecía. Por mas que te apresures, moriré yo primero. Y todos en general encarecen mucho el gran hervor con que esta niña iba al martirio.

Presentada ya delante el juez, y pasadas algunas blandas pláticas, que él con lástima de tanta nobleza y ternura, con ella tuvo: siendo el fin dellas vituperarle la niña á él su crueldad, y la falsedad de sus dioses, y á los emperadores la diabólica porfía con que perseguian los cristianos: fué mandada atormentar. Los tormentos fueron de los mas crueles, que á los mártires se acostumbraban dar. Comenzaron azotándola con correas plomadas, siguiendo con echarle aceite hirviendo por todo el cuerpo. El alegría que en esto mostraba con alzar los ojos al cielo, y alabar á su Dios, incitaba mas la ira del juez y de sus ministros. Arañáronla por esto con garfios de hierro, que por tener el parecer y el efecto de uñas, los llamaban así. Ella mirando sus heridas decia, como Prudencio escribe. Ahora Redentor mio Jesucristo, te señalas mejor en mí, ahora me gozo de sentir tu pasion en mis carnes. Al fin fué levantada, y descoyuntada en la garrucha, que entónces llamaban eculeo, y poniéndole fuego por los lados le dieron la muerte y la corona del glorioso martirio. Otros refieren fué echada en un horno, donde acabó la vida, sin quemarse el cuerpo. Muchos de los que estaban presentes, segun el mismo autor, vieron salir el alma de la bendita Vírgen de su boca en figura de paloma, y subirse volando al cielo. Y el mismo verdugo que la habia atormentado, vido tambien esto, y quedó atónito y espantado, y movido á penitencia. Y porque el santo cuerpo estaba desnudo, proveyó nuestro Señor de cubrirlo luego con nieve, que cayó en abundancia, como si del cielo se le enviara así aquella cobertura. Y es cosa de considerar, como estas dos santas de un nombre, la de Barcelona y la de Mérida, las hizo tambien nuestro Señor semejantes en haber así sido cubiertos de nieve sus santos cuerpos, acabando de padecer. Y aunque el tiempo de diciembre y enero, en que padecieron, excluye el tenerse esto por milagro, no quita el haberse de tener por particular providencia de nuestro Señor, enviase la nieve á tal punto, que sirviese á sus santas.

El cuerpo desta santa Eulalia de Mérida, sepultaron por entónces los cristianos como mejor pudieron, mas poco despues en tiempo de Prudencio, que podia ser aun no ochenta años, ya tenia la Santa un solemne templo en aquella ciudad, como el mismo autor lo describe (1), donde estaba tenido en mucha veneracion su cuerpo.

No muchos años despues, teniendo el rey Teodorico de los godos, cercada Mérida levantó el cerco porque en sueños se lo mandó santa Eulalia, que libró aquella vez su ciudad de terrible destruccion, como en su lugar lo relatará mas largamente esta historia (2). Asimismo se verá en ella la mucha veneracion en que este su templo de la gloriosa Vírgen y su túnica eran tenidos en tiempo de los godos. Y por toda Castilla, Asturias, Galicia, y reino de Toledo y Andalucía, ha tenido y tiene esta Santa muchos templos, y muchas mujeres usan tener su nombre. Y como en Toledo hay templo desta Santa, así hay á seis leguas de la ciudad un lugar de su nombre, y otro en tierra de Sevilla, y otro en la de Córdoba. Que son grandes señales de la mucha devocion en que esta Santa fué tenida todos tiempos en estas tierras. Porque todo lo que así por acá hay con el nombre de santa Eulalia, por la de Mérida es cierto que se hizo, pues la de Barcelona estaba tan léjos, y esta nuestra tan cerca. Aunque en los templos y en las personas y en los lugares usamos los españoles el nombre (como hacemos en muchos otros) corrompido, pronunciando Olalla. Y harto mas corrompido está el del lugar cerca de Córdoba, pues se llama Santa Ella. Mas por la historia de san Isidoro, y por otros motivos se entiende, como el nombre de aquel lugar es el mismo desta Santa.

El rey don Pelayo, dado del cielo para verdadero remedio de la restauracion de España, se mandó enterrar en una iglesia desta Santa, llamada Santa Olalla de Velanio, que él edificó á una legua de la santa cueva, donde se retiró, y sobre una vega donde él alcanzó la celestial victoria de los moros. Y los de aquella tierra me contaban como se ha conservado memoria entre ellos, que por haber llamado entónces el rey á esta Santa en su ayuda, la reverenció despues así. Allí se muestra hasta ahora su sepultura, aunque otros afirman fué pasado su cuerpo despues á la iglesia de Covadonga. Demas desto, el obispo don Sebastiano de Salamanca cuenta, como oyendo Musuza el moro,

(1) En el lib. 11. c. 30. (2) En el c. 6, del lib. 12.

que tenia el gobierno de Gijon, la gran matanza y destrucc on que el rey don Pelayo habia hecho en los moros, salió huyendo con todos los suyos para meterse en Castilla. Los cristianos de Asturias lo siguieron, y matándole á él y á los suyos sin quedar uno solo, quedaron libres y mas animados con la gran victoria. La cual el obispo dice que se alacanzó en el valle llamado Olalles, dos ó tres leguas mas arriba de Oviedo. Y los de aquel valle afirman ahora, que tiene aquel nombre por haber invocado los cristianos las dos santas Olallas, á imitacion del rey don Pelayo. Así conservan su memoria de ambas con mucha devocion y grandes muestras della.

El templo que tuvo en Mérida la Santa poco despues de su martirio, estaba fuera de la ciudad, como claramente en lo que escribe el Diácono de Mérida Paulo parece. Y así no puede ser el que ahora hay dentro de la ciudad, el cual fué edificado en el lugar donde fué martirizada, que fué en la plaza pública, como en Prudencio se ve. Y por entónces claro está que no se les daria lugar á los cristianos de hacer templo en aquel lugar, y tan grande y suntuoso como el poeta lo representa. Conforme á esto parece haber sido edificada la iglesia de ahora despues en memoria del martirio, estando el santo cuerpo en la otra iglesia del campo mas principal, como en la historia de aquel Diácono Paulo muchas veces se dice. Y esta iglesia creo yo fué derribada en tiempo de los moros, que diversas veces destruyeron y asolaron aquella ciudad, como en el moro Rasis, y en la historia de los árabes del Arzobispo don Rodrigo se halla.

En este otro templo de la ciudad labrado en el tiempo de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, en una concavidad de la pared, cerca del altar mayor, se descubrió una caja donde habia cabezas y huesos de hasta doce ó catorce santos. Y quiso nuestro Señor manifestar luego como eran reliquias de sus santos. Porque demas de sentirse un olor suavísimo en toda la iglesia, con que todos los presentes se alegraban, y bendecian á nuestro Señor: sucedieron milagros de cobrar la vista algunos ciegos, y sanar hartos enfermos. Por esto se metieron todas aquellas reliquias con mucha veneracion en una arca dorada que para esto se hizo, y se puso allí en la capilla mayor. Despues creció la devocion con estas santas reliquias, y de limosna que en la ciudad y en la tierra se recogió, se hizo un riquísimo relicario, donde debajo de viriles cerrados con sus puertas, se pusieron aquellas santas reliquias. Hízose tambien una solemne elevacion, celebrando el oficio don Francisco de Navarra, obispo que á la sazon era de Badajóz, y fué despues arzobispo de Valencia, con que trayéndose en procesion con gran fiesta el relicario, se puso encima del altar mayor de aquella iglesia, quedando ella mucho ennoblecida con la buena devocion y cuidado de los que esto procuraron.

El cuerpo desta gloriosa Vírgen está ahora en la iglesia catedral de Oviedo, por haberlo llevado á las Asturias los cristianos cuando se perdió España. Aunque en una historia muy antigua que yo tengo del obispo de Oviedo Pelagio, que vivió en tiempo del rey don Alonso el que ganó á Toledo: cuenta este autor, que el rey don Silo trujo de Mérida el cuerpo desta Santa, con un pedazo de la cuna en que habia sido criada. Todo lo metió en una caja de plata, y lo puso en la iglesia de san Juan Evangelista, y de otros apóstoles, que él habia fundado en la villa de Pravia para su sepultura. Despues el rey don Alonso el Casto trasladó de allí aquella caja con sus santas reliquias, y las puso en la iglesia mayor de Oviedo, y en altar particular que instituyó con la advocacion desta Santa. Y en su santa festividad se mostraba al pueblo aquella parte de la cuna. Prosigue el obispo, que siendo él prelado en aquella iglesia, quiso visitar las santas reliquias della, y abierta aquella caja de plata halló dentro el cuerpo de santa Eulalia con escritura que lo manifestaba. Y por el gran gozo que él y sus canónigos con esto tuvieron, determinaron comunicarlo con el pueblo. Así el domingo siguiente con gran solemnidad se trujo en procesion el arca para que todos la viesen, y la gozasen. Fuera desto, en particular mostró el santo cuerpo que estaba dentro á mas de cien hombres y treinta mujeres principales. Todo esto dice que hizo para mayor confirmacion y testimonio de aquel santo tesoro. Habia en el de la iglesia una arca de plata, que el rey don Alonso el sexto habia dado, y en ésta encerró la otra caja menor, y así la puso á guardar con las demas reliquias de aquella su iglesia. Esto se cuenta así todo en la historia del obispo don Pelagio, cuyo original, que el mismo hizo escribir, yo he visto, y sacado de allí un traslado. El cuerpo santo está todavía en la cámara santa en una rica arca de plata labrada de ataujia, que en su antigüedad muestra bien ser la misma que el obispo Pelagio refiere. Yo la he visto y gozado muy en particular, con entender como nunca se saca en procesion en extremas necesidades, que no socorra Dios maravillosamente á su pueblo.

Siendo esto así tan cierto y autorizado, en la iglesia catedral de Elna, que es en los estados de Rosellon, afirman tener el cuerpo desta Santa de Mérida, y que por esta causa aquella iglesia tiene su nombre. Mas verisímil parece por la vecindad que fuese el cuerpo de la de Barcelona, ó gran parte de sus reliquias.

En los martirologios se dice que santa Eulalia fué martirizada en Mérida por mandado de Daciano; y esto no contradice á lo comun, de que fué el juez que ejecutó Calpurniano. Porque como éste era ministro del otro que tenia el cargo principal, puédesele atribuir á él lo que su teniente hizo en su nombre.

Aquel mismo dia, despues del martirio de santa Eulalia, fué degollada Julia su compañera en la santidad y en el deseo de padecer, cumpliéndose el órden que se le habia significado.

Tambien se escribe en algunas lecciones, que fué degollado entónces un caballero cristiano, por solo que dió una vestidura suya para cubrir la santa vírgen Eulalia cuando la tenian desnuda. Mas del confesor Felix ninguna memoria se hace despues.

Los tres martirologios Romano, de Beda, y Usuardo, á los veinte y cuatro de julio ponen la festividad de san Victor mártir, que siendo soldado con dos hermanos suyos Estercacio, y Antinogenes, padeció en Mérida. Y no fué el matarlos sin darles primero diversos tormentos, porque los buenos soldados de Jesucristo peleasen mas valientemente por él. Y por haber escrito esto mismo destos santos el arzobispo Adon, se halla referido dél en los dos obispos Equilino y Lipomano, y en otros que escriben de santos.

En los dos martirologios Romano y de Usuardo, á los veinte y tres de noviembre, y en el obispo Equilino, hay memoria de santa Lucrecia vírgen y mártir, que padeció en Mérida. Y así tambien Vaseo y otros hacen mencion della.

Estos dos martirologios y el de Beda, tambien po-

nen á los doce de diciembre á Hermógenes y Donato mártires, con otros veinte y dos sus compañeros. Mas solo el martirologio Romano les añade que padecieron en Mérida. Y aunque el obispo Equilino los nombra, mas no les señala donde fueron martirizados. Algun testimonio destos mártires y los demás da en aquella ciudad la laguna pequeña, aunque muy honda, que allí está á la ribera de Guadiana, á quien comunmente llaman la laguna, ó el charco de los mártires, porque dicen fueron allí ahogados muchos juntos. Y así algun tiempo se tuvo con aquella agua mucha devocion.

Otras dos vírgenes y mártires de Mérida nombró Vaseo, mas sin buen fundamento, y yo no lo hallo mejor. Y he juntado aquí estos otros mártires de aquella ciudad, porque no sabiendo el tiempo en que padecieron, no se pudo esperar lugar mas conveniente para escribir dellos lo poco que se puede entender. Y de san Servando y Germano presto se dirá en su propio lugar.

CAPÍTULO XI.

Santa Leocadia de Toledo.

Daciano, á lo que se puede bien creer, desde Alcalá de Henares pasó á Toledo, y allí hizo prender á santa Leocadia, cuya fiesta celebra la iglesia de Toledo y muchas otras de España, á los nueve dias de diciembre, y así la ponen en este dia los martirologios romano, de Beda, y Usuardo. Y si en este autor hay mencion de Leocadia á los veinte y uno de julio y primero de junio, creo yo cierto que es de otra santa deste mismo nombre diversa de la nuestra, como adelante tambien se aclarará. Y aunque el maestro Resendio, así en las lecciones que con gran cuidado y acertamiento hizo para el breviario de Evora, como en otras obras suyas siempre tiene, que el verdadero nombre desta Santa es Leucadia, por conservar la derivacion que parece tiene del vocablo griego, que quiere decir blanca; mas yo usaré aquí el ordinario que ya en España tenemos recibido. Hay tambien memoria desta Santa en el obispo Equilino y en otros autores que escriben de santos. Su historia es toda una en todas partes, y tiene grande autoridad por haberla puesto san Isidoro en su misal y breviario, y de allí y de los demás se entiende sucedió lo de su martirio tan brevemente como aquí se dirá.

Era la vírgen Leocadia muy noble de linaje en la ciudad de Toledo, y esforzaba y acrecentaba su buena cristiandad con continuas oraciones. Mandóla traer delante sí Daciano, llegando á aquella ciudad, y tentó persuadirla con la nobleza de su linaje, y con otros halagos y miedos, para que dejase la fé cristiana. No moviéndose la santa Vírgen, la mandó meter en áspera prision por atormentarla con ella, y si esto no bastase, sacarla de allí para cruelmente matarla. Santa Leocadia con mucha humildad y paciencia dió entónces gracias á nuestro Señor por la merced que le hacia en querer que padeciese por la confesion de su santo nombre. Y á los cristianos, que la seguian llorando cuando la llevaban á la cárcel, los consolaba ella dándoles á entender como se habia de recibir con alegría la fatiga que por causa tan alta se aparejaba. En lo que se sigue parece manifiestamente como esta Santa fué muy regalada de nuestro Señor, pues habiéndole dado ya á gustar el martirio, porque no le faltase esta parte de gloria y merecimiento della, no quiso que pasase mas adelante por lo áspero que en él hay. Con su amado discípulo san Juan usó tambien nuestro Redentor este género de caricia que hizo á santa Leocadia. De la cual se cuenta, que entrada en la horrible cárcel, y pensando en los martirios crueles de los santos que ya Daciano habia mandado matar: puesta de rodillas suplicó á nuestro Señor la llevase para sí. Oyó Dios su oracion, cumpliéndose su santo deseo; y luego así como estaba orando, se le salió el alma para ir á gozar en el cielo lo que pedia. Los cristianos enterraron el cuerpo de la santa vírgen con la solemnidad que pudieron para reverenciarlo como merecia.

Por no haber padecido santa Leocadia ningun tormento, san Isidoro nunca la llama mas que confesora. Y así en los libros mas emendados de los concilios de Toledo, siempre que se nombra esta Santa, no se le da mas que este título con el de vírgen. El breviario de Toledo, y otros que la nombran tambien mártir, siguen otra costumbre antigua de la Iglesia que llamó mártires al papa Marcelo, á santa Tecla, y á otros aunque no murieron en los tormentos, sino en las cárceles, ó en otros lugares donde estaban para padecer.

Esta Santa ha sido siempre muy reverenciada y estimada, como es mucha razon, en Toledo. La iglesia que tiene cabe el alcazar es muy antigua, como en los concilios de tiempo de los godos, que en ella fueron celebrados, se ve adonde la diferencian con mombrarla del pretorio, que no parece puede significar otra cosa sino el alcazar. Esta iglesia se cree por cierto fué el lugar de la cárcel donde la Santa murió, y en una cueva que está dentro della, se reverencia hoy dia con mucha devocion una cruz pequeña, que está cavada en una piedra, y se dice haberla hecho la bendita vírgen con el dedo. La otra iglesia mas principal de santa Leocadia, que está en la vega, fué edificada de hermosa labor por el rey Sisebuto de los godos, como escribiendo dél mas largamente diremos. Y los concilios que en esta iglesia se celebraron despues, siempre la diferencian con decir que estaba en el arrabal. Y alguna vez añaden que el santo cuerpo desta Vírgen estaba allí sepultado. En esta iglesia hubo canónigos, y dignidades, como ahora duran desde poco despues que la ciudad de Toledo fué ganada á los moros, como parece por una donacion original que yo he visto, donde el abad Arquilino de aquella iglesia, con sus frailes ó canónigos, concede al rey don Alonso el de las Navas el monasterio de san Audito, y es su data el año mil y doscientos y cuatro, á los veinte y uno de enero.

El gran milagro que nuestro Señor obró por esta Santa en tiempo del rey Recesvinto en esta iglesia, se contará adelante en su propio lugar. Sin estas dos tiene esta Santa otra iglesia en Toledo, donde dicen fué la casa en que nació.

El cuerpo desta Santa yo tengo por cierto fué llevado á las Asturias en la perdicion de España. Porque el rey don Alonso el Casto, cuando edificó en la iglesia mayor de Oviedo la capilla de san Miguel, que ahora llaman la cámara santa, por las muchas reliquias que puso en ella, le dejó debajo otra capilla con advocacion desta Santa, y fué sin duda para poner en ella su santo cuerpo, que con las demás reliquias allá se llevó. Y aquella capilla en estar debajo la cámara santa, y ser tan grande que la llaman iglesia, da bien á entender como se hizo para la guarda de tan gran reliquia. Yo he visto en el altar desta capilla la caja hueca de piedra que se hizo en él, debajo la gran piedra de encima para

poner reliquias, y es tan grande, que parece bien se hizo para mas que reliquias menudas. Está ahora vacía, porque algun tiempo sacaron lo que estaba en ella para subirlo, ó lo que yo creo, á la cámara santa, donde se encerró en la santa arca, que nunca se abre, porque fuera no se muestra.

El doctor Blas Ortiz, canónigo de Toledo, en el libro en que describe la santa iglesia, refiere (1) como se ha entendido de pocos años acá, que tienen el glorioso cuerpo desta Santa en Flandes en la villa llamada Mons de Henao, los monges del monasterio de San Benito, llamado de San Gisleno. Y de allí mandaron traer (como en el mismo autor despues parece) (2) el rey don Felipe, y la reina doña Juana su mujer, una gran reliquia desta Santa, que se muestra guardada en un rico carro de plata en el Sagrario de aquella santa iglesia. Esto se escribe así allí. Mas quien con atencion leyere todo lo que en el martirologio de Usuardo, añadido por Juan Molano, se cuenta de santa Leocadia, creerá cierto que aquella de Mons de Henao, es otra diversa, aunque semejante en el nombre de la nuestra de Toledo. Porque habiendo puesto la nuestra en su dia de diciembre Usuardo, las adicciones á los veinte y uno de julio, ponen juntos á san Sulpicio obispo, y á santa Leocadia virgen, y de tal manera los ponen, que señalan ser aquel el dia en que fallecieron, y nombrando aquel monasterio de Flandes, parece da á entender fueron naturales de por allí. Tambien el primer dia de junio juntan á este santo obisdo Sulpicio y á san Gisleno, abad de aquel monasterio, y á santa Leocadia, porque en aquel dia dicen fueron todos tres trasladados. Y el doctor Ortiz prosigue, que habiendo hecho diligencia la santa iglesia de Toledo el año mil y quinientos y treinta y ocho, para saber de aquel monasterio, como aportó allá el cuerpo de nuestra Santa, nunca los monges supieron dar razon ninguna della, aunque mostraron tenerla por la de Toledo. Todo lo dicho ayuda mucho á creer que es otra diversa la que en aquel monasterio reverencian. Y la capilla de la santa Leocadia, en Oviedo, y otras cosas que de ella y de todo lo de allí se pueden considerar, hacen gran conjetura de estar allí el cuerpo de nuestra Santa. En algunos breviarios se dice en particular que oyó esta Santa del martirio de santa Eulalia la de Mérida entre los otros santos que Daciano habia hecho matar. Esto pudo bien ser, aunque santa Eulalia fué martirizada á diez de diciembre, y santa Leocadia murió un dia ántes, á nueve. Porque pudo ser martirizada santa Eulalia un año ántes por aquel Calpurniano, legado de Daciano.

CAPÍTULO XII.

Los santos hermanos Vincencio, Sabina y Cristeta. martirizados en Avila, y otros santos de España llamados Vincencios.

Por llevar algun concierto en el tiempo de la historia, soy obligado á pensar en el órden del caminar Daciano por España, sin tener como certificar nada dél, mas síguense las buenas conjeturas que pueden hallarse. Ya se ha visto como se iba deteniendo mucho en todas partes, segun la grande ocupacion de su cargo tan principal le requeria. Porque siendo presidente de toda España, como al principio se ha dicho, y por esto general y único administrador della, necesariamente han de ser á su cargo todo el gobierno de la guerrra, y de la paz y de la hacienda de los emperadores. Y poniendo los ojos en esto, y quitándolos, de que no vino solamente á martirizar cristianos, no nos maravillaremos de sus detenimientos. Desde agosto hasta enero parece que estuvo en Barcelona, y el abril siguiente en Zaragoza, y hasta otro enero no llega á Valencia. Y teniendo otro agosto siguiente aquí en Alcalá de Henares, el diciembre estaba en Toledo. Lo que yo mejor puedo atinar de su camino en lo de adelante, es que de Toledo bajó á la Lusitania hasta bien dentro en Portugal, como el mojon de términos que puso, claramente lo ha mostrado. Y no hay duda, sino que demas de quitar así los debates que las dos ciudades entre sí traian por los términos, entendió allí en otras muchas cosas de la gobernacion, conforme á su cargo, no descuidándose entretanto de martirizar los cristianos, como por los santos mártires Vincencio y sus hermanas parece.

El martirio destos santos se cuenta muy conforme de una manera en los mas de los breviarios y santorales antiguos de España, en que se pone y se celebra su fiesta con harta solemnidad á los veinte y siete de octubre, que fué el dia de su martirio. Y los martirologios tambien Romano y de Usuardo y Adon los ponen como santos insignes, escribiendo tambien dellos los dos obispos Equilino y Lipomano con otros autores que escriben de santos. Todos conforman en que padecieron en la ciudad de Avila, llamada entónces Abula. Solamente hay diferencia en el lugar de donde fueron naturales, unos dicen que de Evora la de Portugal, otros que de Talavera. En ambos lugares muestran la casa donde nacieron y se criaron, y las señales milagrosas del principio de su martirio, y en ambos tienen templos, y son reverenciados como santos naturales. Y de aquí nació la contienda que con muchas razones de una parte y de otra se trató entre Bartolomé Quevedo y Andrea Resendio por sus epístolas. Resúmese al fin toda la diversidad en el nombre antiguo de Talavera, si fué Elbora ó Delbora, ó otro como el arzobispo don Rodrigo quiso sentir. Porque en todos los autores y breviarios que hablan destos santos, Elbora dicen se llamaba su tierra, y si alguno dice Delbora, es por error de escritura. Y á mí verdaderamente, sin otras razones hartas que concurren, mucha fuerza me hace esta gran conformidad de nombrarse en toda parte Elbora la tierra déstos, para creer que fueron de Evora la de Portugal. Porque á aquella ciudad dieron los godos aquel nombre corrompido, como en los concilios de España parece, y se confirma mas de veras en monedas de oro de aquellos reyes, de que yo tengo una, y he visto otra con el nombre de Elvora para aquella ciudad. Y siendo esto así cierto, del nombre de Talavera antiguo no hay nada bien averiguado. Yo soy desta opinion, á quien quisiere seguir la otra, yo no se lo estorbaré, pues no perjudica á la historia destos santos y su certidumbre, que con tan gran conformidad se relata desta manera.

Daciano en Ebora, con los otros negocios de su gobierno, mandó que se le trujesen los cristianos que se hallasen en la ciudad. Fué traido un mancebo llamado Vincencio, que por su hermosura y gentil disposicion convidó al presidente advertirle se doliese della, y no quisiese perderla muriendo por Jesucristo, hombre que por sus delitos habia sido justiciado. San Vicente le respondió: Calla malvado, y no digas blasfemias

(1) En el c. 12. (2) En el c. 25.

contra el que habias de adorar, si el demonio no te tuviese cegado el entendimiento. El presidente le respondió: Yo perdono á tu mocedad, que con no tener perfecta prudencia, no es maravilla que yerre. Mas será justo que me escuches, pues como padre te amonesto. Sacrifica á los dioses, y no morirás. El glorioso Mártir le dijo: Aquellos carecen verdaderamente de buena prudencia y de juicio, que dejando á Dios vivo verdadero, criador de todas las cosas, adoran las piedras, los maderos y los metales. Estas y otras razones pasaron hasta que Daciano dijo con desden. Cosa es indigna que yo me ponga á palabras contigo. Y porque todavía aun procedian adelante las pláticas, con pedirle Daciano que sacrificase, y con estar firme el Santo en su confesion, dijo al fin con mucha ira: Quitadme de delante de este malvado. Y con esto pronunció un auto que mandó asentar por estas palabras: O sacrifique al dios Júpiter, ó mátenlo con diversos tormentos en aquel mismo lugar donde no quisiere sacrificar. Llevaron, pues, á san Vicente á un altar de Júpiter, para que allí sacrificase, y en poniendo los piés en una grada de piedra, que estaba delante, así se ablandó la dureza della, como si fuera un poco de barro, y quedaron hundidas y señaladas en ella las plantas del santo Mártir. Y ésta es la piedra que con estas benditas señales hasta ahora dura en Ebora, y es tenida en mucha veneracion. Asimismo muestran y reverencian otra tal en Talavera.

Espantados con este milagro los gentiles, y movidos dentro en sus corazones con el poderío de Dios, decian abiertamente. Nunca han hecho cosa semejante los que honran y sacrifican á nuestros dioses. El que adora Vincencio es el verdadero Dios, pues que á su mando las piedras pierden su fuerza, y contra su natural se enternecen. Así se enternecian los corazones de aquellos infieles con ver la blandura de aquella piedra (1). porque Jesucristo nuestro Redentor, á quien era tan fácil cosa el ablandarla, dice de su Padre Eterno, que es poderoso de hacer hijos de Abrahan, y buenos cristianos de los muy endurecidos, y que con su dureza llegan á ser piedras, ó competir con ellas. «Estas son «de sus mayores maravillas, estos tales son de sus mas «altos milagros, y como en su benignidad tienen mas «de su misericordia, así en nuestra buena estima nos «habian de parecer de mayor dificultad. Pero como «carnales nos movemos mas por los sentidos, y juz-«gamos por mayor lo que vemos, que lo que, bien «considerando, mas preciariamos.» Con esta poca de consideracion, que así tuvieron aquellos gentiles, se levantó un grande alboroto, y los soldados tambien movidos con el milagro no resistian. Por esto llevaron al Santo á la cárcel, diciéndole á Daciano, que él pedia tres dias de espacio para determinarse, y él fué contento se le diesen.

En estos tres dias obró Dios por san Vicente de sus mayores milagros, ablandándose con su predicacion aquellas piedras vivas de los corazones de los gentiles, y convirtiéndose muchos dellos á la fé cristiana. En este mismo tiempo dos hermanas del Santo, llamadas Sabina y Cristeta, viniéndole á ver en la cárcel obrando mas en ellas por entónces la ternura y fragilidad de doncellas huérfanas, que el vigor y constancia de cristianas, se lamentaban con su hermano, que muriendo él las dejaba en nueva orfandad, y el dejarlas solas era quedar puestas á manifiestos peligros de sus almas y sus honras. Persuadiéronle al fin con sus lágrimas que se saliese de la cárcel, y se fuése huyendo con ellas á tierra tan léjos, que se pudiese encubrir de Daciano. Él determinó hacerlo así, y con el buen aparejo que habia en las voluntades de los gentiles, pudo una noche hacerlo. El huir así el Santo con sus hermanas, fué tan encubierto y tan apresurado, que aunque el presidente envió tras ellos luego, no los pudieron alcanzar hasta la ciudad de Ávila. Por el camino confirmó de tal manera san Vicente á sus hermanas en la fé, que ya llevaban bastante firmeza para padecer por ella. Fueron presos en Ávila todos tres, y atormentados fuera de la ciudad en un lugar que llamaron, segun dicen todos los breviarios, las Pisadas. Y parece le pudieron poner este nombre despues los cristianos, en memoria del milagro de la piedra que en Evora ántes habia sucedido. Fueron primeramente descoyuntados en todo el cuerpo, estirándolos y torciéndolos en la garrucha, llamada entónces eculeo. Los azotes que despues les dieron, fueron con las crueles maneras que Daciano en los mártires usaba. Mas porque en gran conformidad de verdaderos hermanos nunca cesaban de confesar con una voz á Jesucristo y á la Santísima Trinidad, los malvados ministros, á quien mucho ofendia oir semejantes testimonios, confirmados con la alegre paciencia de tan graves tormentos, quisieron quitar presto la ocasion de recibir semejante afrenta. Así con nuevo género de crueldad pusieron las cabezas de los tres santos sobre sendas piedras, y con otras y con palos se las machucaron, hasta que con rebentar los sesos se les acabó la vida, y acabaron ellos gloriosamente su martirio. Los sesos quedaron esparcidos por aquel campo, mas muy bien guardados, y con sumo cuidado recogidos por la divina mano, de quien les prometió tener particular cuenta aun con cada uno de sus cabellos, para que por bien contados ninguno dellos se perdiese (1). Los cuerpos tambien de los santos quedaron allí tendidos, para que perros y aves se los comiesen, sin que los cristianos osasen tomarlos para darles sepultura. Mas tambien habia gran cuidado y providencia desto en el cielo. Una gran serpiente que estaba en unas peñas no léjos de la ciudad, y que con daño de muchos habia puesto su miedo en todos, vino á guardar los cuerpos de los mártires, con tales muestras de asistencia y vigilancia, que bien se parecia quién la habia enviado, y cuán obediente estaba á lo que se le mandó. Sucedió que un judío rico de la ciudad (porque ya hemos visto (2), como siempre habia hartos dellos en España, como tambien en otras provincias) vino á ver los cuerpos destos santos con mala y curiosa intencion. La serpiente arremetio á él, y con sus roscas le comenzó á rodear el cuerpo, y apretárselo de muerte. Y aunque con sus silvos y su lengua le mostraba su terrible ferocidad, estuvo por espacio de una hora sin hacerle mas daño que espantarle con miedo terrible. Parece le estaba esperando para que se moviese á lo que al fin hizo. Alzó los ojos al cielo diciendo: Jesucristo, guardador de tus siervos, líbrame desta bestia malvada, y yo creyendo en tí recebiré tu fé, y enterraré los cuerpos de tus amigos honradamente. Luego que así acabó su oracion, la serpiente, como quien habia ya acabado su ministerio por qué allí habia venido, en un punto le soltó y se fué, sin que jamás fuese vista despues. El judío vuelto en si y vuelto á la ciudad. se hizo bautizar, y con los cristianos enterró los santos

(1) Math. 3.

(1) Math. 10. (2) Atrás en el lib. 9, c. 6.

y edificó un suntuoso templo sobre su sepultura. Ésta ha sido siempre tenida en Avila en mucha veneracion, con rica iglesia, donde ahora está; y con tener la ciudad por patrones estos santos hermanos mártires, y hacerles con gran solemnidad su fiesta á los veinte y siete de octubre, que es el dia en que padecieron; y por milagros que en diversos tiempos sucedieron á los que juraban por el sepulcro de san Vicente de Ávila, los reyes católicos don Fernando y doña Isabel con veneracion deste Santo vedaron en sus leyes de Toro so graves penas este juramento.

En el monasterio de San Isidoro de Leon afirman, que tienen el cuerpo deste santo Mártir. En Ávila porfian que está allí. Tambien en el monasterio de San Pedro de Arlanza, cabe Burgos, y en Palencia, dicen asimismo tienen el cuerpo de santa Cristeta. Son piadosas contiendas, y que yo no puedo bien juzgarlas: pues tampoco se atrevió á hacerlo el buen arzobispo don Rodrigo, habiéndolas propuesto (1).

Solo quiero yo poner aquí los grandes testimonios y de mucha antigüedad, que tienen en el monasterio de San Isidoro, para afirmar, que está allí el cuerpo deste santo Mártir. Dél solo digo, y no de sus hermanas. Porque en el altar mayor al un lado del arca grande de oro, donde está el cuerpo del bienaventurado san Isidoro, está otra de oro y de marfil muy antigua, y en el friso alto del testero tiene este verso esculpido en el oro.

Arcula Sanctorum micat hæc in honore duorum.

Y en castellano dice. Esta arquita resplandece con la honra y gloria de dos santos. Y no es tan pequeña, que no es de mas de media vara en largo, y algo mas en alto con la tumba. Tambien al un lado tiene este otro verso.

Era millena septena sub nonagena.

Dice en castellano, como se hizo el arca la era mil y noventa y siete, que es el año de nuestro Redentor mil y cincuenta y nueve. Y cae este año en el reinado de don Fernando el primero, que es el que trujo allí el cuerpo de san Vicente, como don Lucas de Tuy lo cuenta, y luego se verá. Y el deste autor tan grave y tan antiguo, es otro testimonio no de poca importancia. Y nómbranse en el verso dos santos, porque tambien se puso en aquel arca la mejilla de san Juan Bautista, que ahora está en la sacristía, y la sacaron de allí, por gozarla, y traerla en las procesiones. Es tambien gran testimonio de la piedra antigua, que está á la entrada de la capilla de los Reyes en el claustro, y dice así, como yo fielmente la saqué con sus malos latines de aquellos tiempos.

> Hanc, quam cernis aulam Sancti Joannis Baptistæ, olim fuit luteam. Quam nuper excellentissimus Fredenandus et Sancia Regina edificaverunt lapideam. Tunc ab urbe Hispali adduxerunt ibi corpus sancti Isidori Episcopi, in dedicatione templi hujus diem xii kal. Januarii Era M. ci. Deinde in Era M. ciii. vi. Id. Maii adduxerunt ibi de urbe Avila corpus Sancti Vincentii, Frater Sabine et Christetisque. Ipsius anno praefatus Rex revertens de hoste ab urbe Valentia, hic ibi die Sabb. Et obiit die iii fer. vi kal. Januarii Era M. ciii. Sancia Regina Deo dicata peregit.

En esta piedra se dice, como aquella iglesia, que primero se llamó de San Juan Bautista, fué labrada de tapias, y que poco ántes que aquella piedra se pusiese, el rey don Fernando y la reina doña Sancha su mujer la hicieron de piedra. Y que trujeron luego allí de la ciudad de Sevilla el cuerpo de san Isidoro, el dia que se consagró la iglesia, que fué á los veinte y uno de diciembre del año de nuestro Redentor mil y sesenta y tres. Y que despues el año mil y sesenta y cinco á los diez de mayo, los dichos reyes trujeron allí de la ciudad de Ávila el cuerpo de san Vicente, hermano de santa Sabina y santa Cristeta. Y mas que el mismo año, volviendo el rey de la guerra que hizo en la ciudad de Valencia, llegó allí un sábado, y murió despues un martes á los veinte y siete de diciembre el mismo año mil y setenta y cinco. Y que la reina doña Sancha siendo ya religiosa acabó la obra.

Este no hay duda, sino que es gran testimonio por el antigüedad de la piedra, la cual ella bien representa, y tambien la señala con decir, que poco habia que el rey habia labrado la iglesia. Y no es inconveniente, que el arca del altar tenga de cinco ó seis años ántes su fecha, porque teniendo el rey propósito de traer el santo cuerpo, con buena providencia tuvo aparejada con tiempo la rica arca donde ponerlo.

CAPÍTULO XIII.

Otros dos santos deste mismo nombre y tiempo mártires en España.

Sin los dos santos Vincencio ya dichos, padecieron acá por estos tiempos otros dos mártires, que pondré aquí, porque no se les podrá señalar lugar propio en otra parte. El uno es san Vicente mártir de la ciudad llamada antiguamente Caucoliberi, y ahora con poca mudanza Colibre, en los estados de Cataluña, á la ribera de la mar, por donde España se va á juntar con Francia. Padeció en aquella ciudad á los diez y nueve de abril, y en este dia lo ponen los tres martirologios romano, de Beda, y Usuardo. Tambien el obispo Equilino, Vaseo, y otros, que escriben de santos, hacen mencion dél, sin decir mas de lo referido.

Es otro san Vincencio el que padeció acá en España, aunque parece era natural de Italia, juntamente con otro llamado Otoncio, en tiempo destos emperadores Diocleciano y Maximiano, y el presidente que los martirizó se llamaba Rufino. Ofreciéronsele de su gana, sin que los buscasen, y confesando con mucho hervor á Jesucristo, fueron degollados. Victor, un diácono, que los tenia en su casa por huéspedes, enterró sus cuerpos, por hacerles tambien el hospedaje que podia en la muerte. Mandóle por esto matar Rufino, y ántes que lo degollasen, usaron con él tanta crueldad, que le cortaron los brazos por los codos, por castigar las manos que, á su malvado juicio, habian hecho el maleficio. Su padre deste santo diácono, que tambien era cristiano, huyó, temiendo no le mandasen tambien castigar. Mas su mujer llamada Aquilina, con mayor ánimo y constancia cristiana, fué tras él, y le hizo volver, y así fueron todos degollados con el hijo. Poncio, un obispo, pasado algun tiempo, por revelacion divina que tuvo, quiso llevar los cuerpos de los dos mártires Vincencio y Oroncio á su tierra de Italia: y caminando con ellos en un carro, llegó á un lugar de las montañas de los Alpes, llamado Ebrudono. Allí se pararon los bueyes, sin poderlos mover, y en-

(1) Lib. 6, c. 13.

tendida por esto la voluntad de Dios sepultaron los santos cuerpos en aquel lugar con mucha veneracion. Todo esto cuenta así el arzobispo de Viena Adon en su martirologio, y de allí se halla referido en Equilino y Lipomano. Todos los otros tres martirologios romano, de Beda y Usuardo, ponen la fiesta destos santos Vincencio y Oroncio, mas en solo el romano añadidose halla haber sido martirizados acá, sin que se nombre el lugar ni la provincia. En el dia de su fiesta hay alguna diversidad poniéndola unos á los veinte y dos, y otros á los treinta de enero.

Es tambien insigne santo en España san Vicente mártir, abad del insigne monasterio de san Claudio de Leon, que fué martirizado en tiempo casi de los primeros reyes godos en España, como se dirá despues á su tiempo.

Aun se multiplicó por mas santos en España este glorioso nombre de Vincencios: pues en vida de nuestros abuelos vivió san Vicente Ferrer, natural de Valencia de noble linaje, fraile de la órden de Santo Domingo, que por no haber sido deste tiempo que aquí proseguimos, no hay para que tratar mas dél.

CAPÍTULO XIV.

Los tres hermanos mártires de Lisboa, y san Victor mártir de Braga.

Ya con lo dicho hemos contado todo lo que Publio Daciano hizo en España, sin que se tenga noticia de otra cosa suya mientas acá estuvo. Y aunque en las dos ciudades insignes de Portugal, Lisboa y Braga hubo mártires, mas no se sabe que fuesen muertos por su mandado, ó de alguno de sus legados, ni aun tampoco se da razon del tiempo en que padecieron. Mas por lo que en general se dice en sus leyendas de los breviarios y santorales, que fueron martirizados cuando los emperadores romanos ejecutaban su crueldad contra la fé de Jusucristo, y los que la seguian: parece cierto, padecieron en estos tiempos, de que vamos hablando. Así los pondré yo aquí; por no haber otro lugar que mas verisímilmente les pueda competir.

Los tres mártires de Lisboa, cuyos nombres son Verissimo, Máxima, y Julia, fueron hermanos, naturales de aquella ciudad, y con gran dolor de su corazon se lastimaban viendo los cristianos perseguidos y muertos con tanta crueldad, por tan fieros edictos y decretos, como contra ellos se publicaban. Por donde se puede bien entender, que por aquella tierra hubo otros muchos mártires por allí en aquel tiempo, de que no tenemos noticia. Oidos, pues, los pregones que se dieron en Lisboa, y las provisiones que contra los cristianos se publicaron: Verissimo con sus dos hermanas, sin ser buscados ni presos, ellos mismos se fuéron á presentar á aquel juez y ministros de Satanás, que esto allí intentaban: confesando ser siervos de Jesucristo y sujetos á su ley, por la cual estaban aparejados á sufrir todo género de tormentos y muerte. El juez, que ya comenzaba á temer su constancia, los trató al principio diversamente con halagos y amenazas. Y porque esto no le valia, mandólos meter en la cárcel, y que allí por algunos dias les diesen tan escasamente la comida, que la hambre mucho los aquejase. Esto sufrieron los tres hermanos con tanta paciencia y alegría, que incitaron al juez para que les diese mayores tormentos, haciéndolos descoyuntar por todo el cuerpo en la garrucha. Con esto veia crecer en los santos alegría y regocijo en el padecer. Y por quitárselo con mas ásperos dolores, los hizo azotar con puntas de hierro, que por su cruel herir llamaban entónces escorpiones, que quiere decir alacranes. Tambien los despedazaron con garfios de hierro, hasta descubrirles las entrañas, dándoles despues fuego por los lados con láminas de hierro encendidas. Fundábase mas la firmeza de su fé en los tres santos hermanos, mientras mas por ella padecian, conortándolos la esperanza del cielo entre sus gravísimos dolores. Éstos les renovaron aquellos crueles, con llevarlos arrastrando atados de los piés por toda la ciudad, y con apedrearlos despues sobre todo. Y porque todo paraba en mayor gloria de Dios, á quien los santos entre estas fatigas llamaban y alababan: fueron mandados degollar, y así juntamente con la victoria del tirano, alcanzaron la corona del martirio. Sus cuerpos quedaron en el campo para pasto de perros y otros animales. Y porque ninguno los tocó, en algun dia que allí estuvieron, atándoles grandes piedras fueron lanzados en la mar, por quitarles á los cristianos el consuelo de reverenciarlos, como de santos. Mas Dios, que en toda parte es poderoso, y manda á todos los elementos, continuó el mostrarse admirable en estos sus santos tambien en la mar, como en la tierra se habia manifestado. Aun no habia bien llegado al Juez la relacion de lo que se habia hecho, cuando ya los cuerpos de los mártires eran salidos á la tierra: tomando los cristianos ánimo con tan gran milagro para enterrarlos, y los gentiles confusion para no osárselo estorbar. Fueron sepultados allí en la playa, donde despues se les hizo una iglesia, que aunque ya no está allí, todavía le queda el nombre al lugar, y se llama comunmente á los santos viejos. La iglesia se quitó de allí, por no estar en lugar decente, cuando el rey don Juan el Segundo de Portugal, por la misma razon de no ser el lugar conveniente, los mandó trasladar dentro de la ciudad, al monasterio de monjas de la órden de Santiago.

Destos mártires gloriosos, que en Lisboa son muy venerados, y tenidos por patrones de aquella ciudad, escriben los martirologios Romano y de Usuardo y Adon el primer dia de octubre. Y en aquel dia tienen su fiesta los breviarios de Portugal, y algunos otros de por acá, donde se lee todo lo dicho en los maitines. Y en Equilino y otros autores de santos hay tambien escrito dellos.

La iglesia metropolitana de Braga en Portugal celebra con mucha solemnidad la fiesta de su mártir san Victor á los doce de abril: y el mismo dia la tienen otras iglesias de aquel reino. De sus lecciones se entiende, como habiendo mandado los gentiles publicar un gran sacrificio que se hiciese á la ribera del rio Aleste, que pasa por aquella ciudad, á un ídolo que era allí adorado con mucha veneracion. Victor, que no habiendo sido aun bautizado, se estaba catecúmeno, no quiso sacrificar, como todos le pedian: ántes con denuestos vituperó al ídolo, y á los que lo adoraban. por esto lo prendieron, y lo llevaron al presidente con grande alboroto, y sin que nada se le preguntase comenzó el mártir á dar voces delante dél, diciendo. Cristiano soy, y no adoro otro Dios sino á Jesucristo. Mandólo el juez azotar, y darle otros tormentos, mas él en todos no hacia mas que decir en alta voz. Cristiano soy, nunca negaré el nombre de Jesucristo mi

Dios. Vista su constancia fué degollado, y así bautizado en su sangre. Despues se edificó un templo de su nombre cerca del rio, y no léjos de la ciudad, donde se cree ser lugar en que fué martirizado.

CAPÍTULO XV.

San Zoilo, mártir de Córdoba, y sus compañeros.

El verdadero nombre deste Santo es Zoilo, como parece por otras personas, de quien antiguamente hay mencion en los autores, nombradas así, y señaladamente de uno que por haber sido reprehensor del poeta Homero, es muy conocido (1). Y el nombrar el poeta Prudencio Zeolo á este Santo, fué mudar manifiestamente algo su verdadero nombre, conforme á lo que el verso forzosamente allí le pedia. Y esto tengo yo por mas cierto que no lo que alguno podria porfiar, trayendo á consecuencia que en los martirologios á los veinte y cuatro de mayo, y veinte y siete de diciembre, se hallan santos nombrados Zeolos. Yo en libros antiquísimos hallo nombrado Zoilo á nuestro Santo, y ya queda puesta atrás piedra antigua donde está así escrito (2). Los españoles á nuestro modo hemos acortado diciendo Zoil. Y aunque parece que hemos tenido mayor corrupcion en este nombre del Santo, pues su iglesia parroquial que tiene en Toledo, se llama san Soles. Tanto puede pervertir y trocar la mala costumbre en la pronunciacion.

Tienen su fiesta deste Santo las mas de las iglesias de España, á los veinte y siete de junio, y su historia es en todos los breviarios y santorales una misma y muy conforme. No se señala en ella con particularidad el tiempo en que padeció; mas por decirse en general que era cuando la crueldad de los tiranos andaba mas brava en España contra los cristianos, se ve probablemente cómo se ha de entender déste que vamos tratando.

Celébrase mucho su nobleza del Santo en el linaje, y el haber sido cristiano desde niño. Y en prosecucion desto se dice que holgó el juez comenzar la persecucion por san Zoilo, porque siendo tan conocido por ser ilustre, si por flaco sacrificase, moveria á muchos con el ejemplo, si muriese por constante espantaria con el escarmiento. Y claramente se ve que fué martirizado muy mozo, pues el presidente se dice le amonestaba á conservar la flor de su juventud, y le ofrecia perdon de su error para gozarla. Esto he dicho así tan en particular, porque se entienda como no fué este santo Sacerdote, segun algunos lo intitulan. No hacian entónces sacerdotes sino á hombres de edad bien entera, como lo manifiesta tambien el nombre que les daban de presbíteros, que quiere en griego decir anciano. Tomaron ocasion de errar así, á lo que yo creo, de otro san Zoilo presbítero, italiano, natural de la ciudad de Aquileya, que fué martirizado por enterrar el cuerpo de san Crisógono y otros mártires, y su fiesta se pone un dia despues de la de nuestro Santo.

No se nombra el juez que martirizó en Córdoba á san Zoil, sino solo se dice que no moviéndolo con las blandas persuasiones de que al principio usó con él, y perseverando el Santo en confesar á Jesucristo, y maldecir los dioses de los gentiles: el juez al fin le dijo. A vosotros los cristianos no se os ha de responder con palabras, sino con tormentos, pues aun de vosotros mismos no quereis haber lástima. Escoge, pues, lo que mejor te pareciere. O vivir honradamente conmigo y entre los tuyos, sacrificando á los eternos dioses, ó menospreciando lo que mandan los príncipes, ser muerto con diversos tormentos como los grandes malhechores. La ejecucion fué tan cruel como el amenaza, por estar el Santo muy firme en su constancia. Mandólo azotar, y despedazar con garfios de hierro, diciendo el Mártir entretanto con mucha seguridad. Cuanto mas maltrates mi cuerpo que tienes ahora en tu flaco poderío, tanto crece mas mi verdadero bien que no teme tus tormentos. Jesucristo nos enseñó en su Evangelio, que no temiésemos los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma, y solo temer aquel que puede condenar el cuerpo y el alma á muerte perpetua. Estos mis tormentos se acabarán muy presto; los que tú has de padecer, cuando comenzaren nunca han de acabar. El tirano añadió tras esto tanta crueldad sobre la pasada, que se dice comunmente, y lo escribe el arcipreste de Murcia en su Valerio de las Historias (1), le hizo abrir al Mártir por las espaldas, y le sacaron por allí los riñones. Esto no se refiere en los breviarios, mas es cosa que constantemente se afirma en Córdoba. No pudo despues desto sufrir aquel malvado mas el alegría del Mártir en padecer, ni resistir al ímpetu de su ira; y así él mismo arremetió al Santo, y le cortó la cabeza con su espada. Pasó mas adelante su malicia y su fiereza, que aun con la muerte del Mártir no se acababa, y mandó enterrar su cuerpo vilmente entre las sepulturas de peregrinos y extranjeros, para que no pudiese ser conocido, ni reverenciado por los cristianos.

En los dos martirologios de Usuardo y Adon, y en los autores que toman dellos, se afirma que padecieron juntamente con este Santo aquel mismo dia otros diez y nueve, á quien llaman sus compañeros en el martirio.

Es este Mártir un insigne santo en España, y por tal estimado y tenido en toda ella. Dánle mucha autoridad la mencion tan antigua que Prudencio hace dél, señalando como fué martirizado en Córdoba. La piedra tambien de tiempo del rey Suintila de los godos, muestra claro (2) como eran tenidas entónces sus reliquias en grande reverencia. Es tambien gran testimonio de la excelencia deste Santo, la milagrosa invencion de su santo cuerpo, que sucedió desta manera.

En tiempo del rey Recaredo de los godos, era obispo de Córdoba Agapio, y así firmó en el tercero concilio de Toledo. Éste habia sido un caballero muy señalado en la corte de los reyes pasados, y en la guerra habia tenido cargos principales. Dejó el mundo, y metióse en religion, y de allí lo tomaron para el obispado. Desto se hace mencion en el segundo concilio de Sevilla (3), tratándose algunas cosas del tiempo que tuvó la Iglesia de Córdoba. A este noble obispo le apareció san Zoil en sueños, diciéndole quién era, y donde estaba su cuerpo sin que se supiese dél, para que lo sacase de allí, y dignamente lo trasladase. Manifestó Agapio el dia siguiente esta vision celestial á sus clérigos y á su pueblo con grande alegría, y con mucha devocion fuéron todos al lugar que se habia señalado. El mismo obispo quiso ser el ministro en cavar por sus manos hasta que el santo cuerpo se descubrió.

(1) En el Himno de los Mártires de Zaragoza. (2) En los mártires san Justo y Pastor, c. 9.

(1) Lib. 3, tit. 3, c. 5. (2) En los santos Justo y Pastor atrás. (3) En el c. 7.

El gozo del obispo fué tan grande, con verse gozar de tan rico don, que teniéndose por indigno de tocarlo con las manos, hincado de rodillas se inclinaba á besarlo. Esto hizo tantas veces y con tanta aficion, que se le cayeron allí dos dientes que con la vejez ya mucho se le andaban. Llevaron el santo cuerpo con debida reverencia á una pequeña iglesia que de tiempo antiguo habia del mártir san Félix; y el obispo Agapio edificó allí un rico templo con nombre y advocacion de san Zoil, haciéndolo monasterio tan principal, que habia en él cien monges. Todo esto de la invencion del santo cuerpo está en el breviario de Córdoba, y en el de Burgos y en otros, y en los martirologios de Usuardo y Adon tambien se hace mencion della, y de allí está referida en los dos obispos Equilino y Lipomano. Y el decirse en los breviarios que esto sucedió en tiempo del rey Sisebuto, es bien posible, pues aunque en el segundo concilio de Sevilla hay ya otro obispo de Córdoba, y se nombra Agapio por muerto, era ya el año séptimo deste rey.

Esta iglesia deste glorioso Mártir con su bendito cuerpo, les quedó con otras algunas en Córdoba á los cristianos despues de la destruccion de España. Así lo escribe en diversos lugares de sus obras el santo doctor y mártir de Córdoba Eulogio, que vivió y escribió de ciento hasta ciento y cuarenta años despues de aquella cautividad. Refiere como algunos mártires de su tiempo fueron por los cristianos sepultados en esta iglesia de san Zoilo. Tambien hace mencion della el abad Sanson de Córdoba, que escribió pocos años despues que san Eulogio, diciendo como él fué abad della. Siempre que estos dos autores nombran esta iglesia, añaden que estaba en ella el cuerpo del santo Mártir. Y así san Eulogio en una carta que escribe desde Córdoba al obispo Uviliesindo de Pamplona, dice le envia con ella reliquias deste santo Mártir, que él allá le habia pedido como cosa que estaba en Córdoba, y se podia haber allí. Y envíale tan gran reliquia, que le pide edifique basílica donde la ponga. Y hase de notar, que esto se escribe hartos años despues que el malvado rey Habdarraghman, segundo deste nombre (como tratando de san Vicencio el de Valencia se dijo), quemaba los cuerpos santos, que hallaba por España. Nuestro Señor por la manera que á él le plugo, libró entónces el cuerpo deste Santo de aquella cruel injuria, para que se conservase en ser honrado y reverenciado en su tierra, y fuese grande amparador della.

Despues este santo cuerpo fué llevado á la villa de Carrion en tierra de Campos. Esto cuenta el arzobispo don Rodrigo, y el obispo don Lucas de Tuy (1). Deducen el linaje de la condesa de Carrion doña Teresa, mujer del conde don Gomez de Carrion, desde el rey don Permudo el Malo, y don Ramiro el Tercero, y siguen que edificó el monasterio de san Zoil, que está junto con aquella villa. No dicen mas estos autores. Mas los monges deste insigne monasterio, que es de la órden de San Benito, tienen escritura de como el conde Fernan Gomez de Carrion, hijo de los fundadores, trujo allí el cuerpo santo del Mártir, juntamente con el de san Felix, otro mártir que tambien padeció en Córdoba en tiempo de los moros. Murió el conde don Fernando, como parece allí por su sepultura, martes catorce de marzo, año de nuestro Redentor mil y ochenta y tres. Por donde parece, como no muchos años antes fué llevado allí el santo cuerpo. Por memorias antiguas de la casa, se tiene que habiendo estado este caballero algunos años con el rey moro de Córdoba, sirviéndole contra moros sus enemigos: en remuneracion de sus servicios, no pidió otra cosa sino el cuerpo santo, y desta manera se trujo á Carrion. Y desde entónces se llama el monasterio de San Zoil, habiéndose llamado en su primera fundacion de San Juan Bautista, como en las escrituras de la condesa parece. Y los de su linaje, que despues del conde don Fernando hacen donaciones al monasterio, siempre nombran los dos santos Zoilo y Felix, y en honra dellos, y tomándolos por sus patrones dicen que donan. Y la historia Compostelana, que ha mas de cuatrocientos años que se escribió, de san Zoilo llama á este monasterio, por donde tambien se entiende como es muy antiguo el haberse llevado allá el santo cuerpo. Están estos santos cuerpos en dos arcas de plata muy antiguas, metidas en nichos del retablo en el altar mayor con mucha decencia y veneracion: y los monges tienen escritos los muchos y grandes milagros que por intercesion destos santos han sucedido.

En Córdoba cerca de la iglesia parroquial de San Miguel, en una casa tienen en mucha reverencia, y de tiempo inmemorial se usa con devocion un pozo que allí está en memoria deste Santo. Las causas que dan de la devocion son diversas. Dice que aquella fué la casa de san Zoilo, otros que fué allí martirizado, otros que sus riñones fueron echados en aquel pozo. De cualquiera manera que haya sido, de aquella agua se usa en toda la ciudad con mucha devocion para dolores de riñones y de hijada, y muchos que han sanado, alaban á Dios maravilloso en sus santos. De pocos años á esta parte se ha despertado en Córdoba mayor devocion con este Santo con cofradía muy honrada, que se ha instituido de su nombre y advocacion allí en la iglesia de San Miguel donde se le ha labrado una suntuosa capilla.

CAPÍTULO XVI.

Las santas vírgenes y mártires de Sevilla, Justa y Rufina, con otros santos de aquella ciudad.

Teniendo estas santas vírgenes por historiador al glorioso doctor san Isidoro, que como propias parroquianas de su iglesia, quiso mucho celebrarlas en su misal y breviario, yo entro muy contento á escribir dellas por la grande autoridad que con esto tiene su vida y martirio, y por no tener yo poco mas que hacer de relatar lo que por tal autor está ya escrito, que es lo mismo que en muchos breviarios y santorales antiguos de España se cuenta, siendo esta conformidad cosa grave y de mucha autoridad. Celebrase su fiesta á los diez y nueve de julio, y este dia la ponen todos los martirologios, y en los demás autores que escriben de santos se pone la historia de su martirio. Este fue tan señalado, que llama san Isidoro las muertes destas santas, famosísimas victorias en todo el mundo, y á su fiesta llama clarísima solemnidad.

Eran hermanas, y naturales de Sevilla: y siendo toda su vida cristianas, y muy fervorosas en la fé, la pasaban tratando en vender vasos de barro, tomando solo lo necesario para la vida, y dando lo demás á los pobres en limosna. Así dice san Isidoro. Estas santas de aquella su pequeña ganancia vistieron á Jesucristo en el pobre, recibieronle en el peregrino, mantuvieronle en el hambriento, y dieronle á beber en el

(1) En [illegible]

que habia sed. A él sea la gloria (prosigue el santo doctor), á él demos infinitos loores sin cansar, pues él mismo es el que inspira para que se le den tales dones, y él mismo es el que los recibe. Él dice que padece necesidad de lo que le damos, y él solo inspira para que se lo demos. Y todo para en que el que así incita, siendo así mantenido y sustentado por nosotros en los pobres, que son sus miembros, vuelve á dar lo que le dieron con muchas maneras de acrecentamientos. Acaeció, pues, que estando ellas vendiendo en la plaza su vedriado, pasaron por allí muchas mujeres gentiles, que festejaban aquel dia una diosa llamada Salambona, y era la misma que Venus y los de Asiria le daban este nombre, y parece que los sevillanos de entónces los imitaban tambien en el nombre (1). La fiesta era llevar su ídolo ó imágen desta diosa con gran acompañamiento y bailes llorosos por toda la ciudad, pidiendo tambien á todos algo para su templo y sacrificios. Así llegando donde las santas hermanas estaban, les pidieron diesen algun vaso para su diosa. Respondieron las santas vírgenes, que ellas un solo Dios vivo adoraban, y nó á las estatuas de piedra y madera. Indignados con esto los de la fiesta, les quebraron todos los vasos de su pobre caudal, dejando caer el ídolo sobre ellos, como que se queria vengar de su injuria. Las dos hermanas, aunque vieron pérdida toda esa poca de hacenduela con que se sustentaban, no se turbaron por esto con impaciencia, aunque con zelo cristiano se encendieron en furia bastante para destruir aquella diabólica falsedad. No les dolia su daño, sino la deshonra de Dios, ni querian satisfaccion de su pérdida, aunque era de todo cuanto tenian, sino deseaban volver por la gloria de Dios, que así los demonios y sus secuaces querian oscurecer. Con este ardiente zelo, y con fuerzas que Dios les daba para ejecutarlo, arremetieron al ídolo, y derribándolo con ímpetu, se hizo todo pedazos. De lo primero dice san Isidoro. Por ejemplo destas santas no es razon desesperar, que no se nos dará el mérito del martirio en todo tiempo. Porque refrenar la ira, es insigne paciencia, refrenar la codicia, es palma de virtud, y domar la carne, es corona de martirio. Con estas cosas nos acomete el demonio en estas peleas con nosotros, y muchas veces es mas feroz la guerra interior que se pasa á solas. Alcemos, pues, los ojos y el alma al cielo, para que nuestro Dios Omnipotente, que penetra los corazones, y entiende bien lo secreto de nuestros pensamientos, agradándose de lo que pretendemos y del fin que seguimos, reciba nuestra voluntad por martirio, y nuestros deseos por sangre y muerte. De lo segundo dice en el breviario, Jesucristo Señor nuestro, confiando en tu virtud la bienaventurada vírgen Justa derribó aquel horrible mónstruo, y habiéndole ya tú dado fortaleza y esfuerzo para el martirio, con la potencia de tu Magestad lo desbarató, y lo hizo pedazos. Así celebra esto el glorioso Doctor (2). Y tambien considera aunque brevemente en estas santas lo que del apóstol san Pablo (3), que hablando del alma del hombre y su grandeza, con que retiene la imágen y semejanza de Dios, y es capaz de conocerle y gozarle: añade, que este gran tesoro lo traemos en vasos de barro, que tales son los cuerpos, por ser todos carne y tierra, flaqueza y fragilidad. Pues estas santas que á la letra tenian todo su pobre caudal, que para ellas era tesoro, en vasos de tierra, aunque se los quebraron no perdieron nada, que entero y sin disminucion ni falta alguna se quedó el tesoro interior, y aun mas acrecentado y mas manifiesto, y dando mas muestra de sí, despues, que como se le quebraran la caja quedó descubierto. Pues esperad un poco santas gloriosas, que al quebraros y despedazaros mas de veras esotros vasos de vuestros cuerpos terrenales, se manifestará mucho mejor ese divino tesoro de vuestras almas, y la grande riqueza de singulares virtudes que tienen.

La nueva del destrozo del ídolo y desbarato de la fiesta, fué luego á Diogeniano, presidente que entónces era en Sevilla y en el Andalucía por los emperadores. Mandólas prender para tratar despues despacio su causa. En algunos breviarios parece se da á entender que todo lo de hasta aquí pasó fuera de Sevilla, y que ahora fueron llevadas allá por mandado del juez. Yo sigo lo mas comun, y lo que en Sevilla con señalar los lugares (como luego se dirá) está de tiempo inmemorial recibido. Como Diogeniano por lo hecho, y por lo que dalante dél confesaban, vió la constancia de las dos hermanas, las mandó luego atormentar. Colgadas en el ecúleo, las despedazaron con una manera de garfios de hierro, que llamaban cardos por las muchas y diversas puas que tenian. Y corriendo la sangre de los benditos cuerpos por todas partes, ellas lo sufrian todo alegres y contentas con la esperanza de concluir presto su martirio. Diogeniano les preguntaba entretanto si querian adorar los dioses, para que cesasen los tormentos; mas la respuesta que daban era confesar á Jesucristo, y perseverar en alabarle. Viendo esto el juez las mandó por auto público meter en cárcel muy áspera, y que allí las afligiesen con hambre y todo mal tratamiento. Partiéndose poco despues á aquella parte de Sierra Morena, llamada entónces Montes Marianos, que cae allí cerca de Sevilla, mandó llevasen tras él las dos hermanas los piés descalzos, porque mas las fatigase la aspereza de la montaña por donde habian de caminar. Mas como dice san Isidoro en el breviario, nuestro Señor afirmó tan bien los pasos de sus siervas, que calzados sus piés espiritualmente, conforme á lo que amonesta el apóstol á los efesios (1), se apercibieron bien para andar el camino del Evangelio, así que ni el cansancio, ni la fatiga del camino no lastimase la ternura de sus cuerpos, ni la adversidad y novedad de la pena no ablandase el rigor y esfuerzo de sus ánimos. Caminaban así las santas vírgenes por estas aflicciones al fin de su martirio, el cual vueltas con Diogeniano á Sevilla diversamente alcanzaron. Santa Justa, consumida con la hambre y tormentos, murió en la cárcel, y Diogeniano mandó echar su cuerpo en un pozo que allí en lo profundo della estaba. El obispo Sabino que, aunque no se dice, parece era de Sevilla, favoreciendo Dios su piadoso intento, tuvo manera como sacarlo de allí, y enterrarlo en un cementerio que tenian los cristianos en el arrabal de la ciudad. Santa Rufina quedó, para mas padeciendo, mas merecer. Fué echada á un bravo leon que la despedazase, mas él llegando á oler la Santa, poniéndosele entero sentimiento desde el cielo, no solamente no la mató, como el juez deseaba, sino que dejando toda su fuerza no quiso tocarla. Esto refiere así san Isidoro en una oracion de su breviario, casi por las mismas palabras que aquí yo lo escribo. Despues la mataron con

(1) Así lo dice Lampridio en la Vida de Heliogábalo, y en algunos vocabularios griegos se nota. (2) En un Himno. (3) 2, Corint. 4.

(1) Cap. 6.

aporrearla y romperle el celebro. Su cuerpo quemaron los gentiles en el anfiteatro, mas el mismo obispo Sabino cogió los huesos, y los juntó con su hermana. Y el haber padecido así diversamente estas Santas, y en diversos dias, creo movió á san Isidoro para tratar de cada una por sí apartadas, aunque algunas veces tambien las junta. En el breviario de Toledo se dice destas santas que padecieron cerca de los años de nuestro Redentor doscientos y ochenta y siete, y si esto así fué, muy al principio del imperio de Diocleciano fueron martirizadas.

En Sevilla tienen en gran veneracion tres lugares por reverencia destas santas. El prado que llaman de Santa Justa, fuera de la ciudad, cerca del muro, donde hay ermita de su advocacion. Dicen haber sido ésta la casa de su morada. Yo, conforme á lo que ya he referido de su leyenda, mas de buena gana creyera que fué éste el lugar de su sepultura, si hubiera otras conjeturas que ayudaran. En el monasterio de la Santísima Trinidad está la cárcel donde estuvieron presas, y murió santa Justa. Es una cueva honda, y allí muestran los apartamientos que habia para los prisioneros. Al cabo está el pozo en que santa Justa fué echada, y de su agua se usa con gran devocion para muchas enfermedades. Acá á estotra parte de la ciudad y fuera della, cerca del rio, está un hospital con el nombre destas santas, y dicen fué edificado por memoria que allí vendian su vidriado, y allí se lo quebraron, y quebrantaron ellas la imágen de Venus. La ciudad las tiene por sus pátronas entre los otros santos que reverencia por tales, y así las tiene esculpidas y pintadas con ellos en diversos lugares. Hay cofradías principales con el nombre destas Santas, y para su honra y veneracion, y así se celebra siempre su fiesta con gran solemnidad y pública devocion.

En la historia de la traslacion de san Isidoro se refiere que el rey don Fernando no envió á pedir al rey de Sevilla el cuerpo deste santo Doctor, sino el de santa Justa. Mas Dios lo ordenó de otra manera, que no trayéndose á Leon la santa Mártir, se trujo en su lugar el bendito Doctor. Todavía dice el arzobispo don Rodrigo, que (1) decian algunos que juntamente se trasladó entónces el cuerpo desta Santa. Y aunque él dice no quiere afirmar nada, todavía no parece lo tiene por cierto. Porque prosigue, que en el tiempo que él vivia, por divina revelacion hecha al noble Príncipe (que así lo llama) Pero Fernandez, fueron trasladados los cuerpos destas dos santas hermanas al real monasterio de las Huelgas, cabe Burgos. No dice mas este autor. Y en don Lucas de Tuy, ni en la historia general no hay mas claridad desto. Solo creo yo que aquel príncipe á quien el arzobispo dice fué hecha la revelacion, era don Pero Fernandez de Castro, llamado por sobrenombre el Castellano, pues vivia en el tiempo que el arzobispo dice, y por ser un muy principal rico hombre en Castilla le competia bien el gran título que allí se le da.

A media legua de Santillana, lugar que da nombre á las Asturias donde está, en una peña que se entra en la mar, está una iglesia dentro de una cueva, y teniendo el advocacion destas dos santas, afirman los naturales de la tierra que están allí sus benditos cuerpos, y por esto tienen aquella ermita en gran veneracion. Y cierto el lugar es muy aparejado para esconder los cristianos en la cautividad de España un tan precioso tesoro. Y así creo yo que don Pero Fernandez de Castro las debió trasladar de aquí á las Huelgas, dejando todavía mucha parte de las santas reliquias allí, por reverencia del lugar y de la devocion que en él se tenia, conservándose desta manera por el santo pundonor muchas veces dicho el afirmarse que están allí los cuerpos destas bienaventuradas mártires.

(1) En el lib. 6. c. 18.

En el monasterio de cartujos, llamado Aniago, cerca de Simancas, en el riquísimo relicario que allí tienen los frailes, entre otras muchas y grandes reliquias, hay tambien buena parte de las destas santas.

Estas santas vírgenes han sido siempre muy estimadas y tenidas en mucha veneracion en España, y nuestro Señor fué servido dar á los cristianos insignes victorias de los moros en el dia de su fiesta. Cuando tratábamos de la traslacion de san Vicente el de Valencia, ya vimos como recien ganada Lisboa ya tenian allí templo. Y esto parece seria, ó porque los cristianos mozárabes aun en el tiempo de moros lo tenian, ó porque el rey don Alonso Enriquez, por particular devocion, ó por algun insigne hecho que sucedió en el cerco el dia destas santas, se movió á honrarlas desta manera. Y entiéndese claro como el dia destas santas lo tuvo en el cerco de aquella ciudad, pues como en memorias de mucha autoridad parece (1), habiéndola cercado en junio, la tomó en octubre.

La ciudad de Huete, estando cercada de moros recibió un socorro milagroso del cielo en dia destas santas hermanas, y se cree le vino por su intercesion. Yo pondré aquí el hecho como pasó, por las mismas palabras que está escrito en unos anales viejos, que ha mas de trescientos años que se escribieron en Toledo. Dice así: El rey Abenjacob de Marruecos vino á cercar á Huepte, et lidióla, et fué en hora de se perder la villa por sed. Mas el dia de santa Justa envióles Dios agua del cielo, cuanta hobieron menester. Et fué la agua tan grand, que desbarató las tiendas del rey moro. E era el cardenal de Roma en Toledo, et daba grandes solturas. Et ayuntáronse todos los de España, et fueron en acorro, et allegáronse haces con haces, et non lidiaron, et fues el rey Moro. Mas detornada que fizo ganó el Regno del Rey Lop. Era mil y docientos y diez. El año que se señala es el mil y ciento y setenta y dos de nuestro Redentor, y reinaba el rey don Alonso de las Navas. Y el cardenal, que estaba acá por legado, y otorgaba los perdones, era Jacinto, que despues fué papa, llamado Celestino Tercero.

En la ciudad de Orihuela, que está en el reino de Valencia, por donde confina con el de Murcia, hay tambien una insigne iglesia parroquial destas santas vírgenes, en memoria de que en el dia de su fiesta fué ganada de los moros aquella ciudad. Tienen tambien estas santas hermanas templo en Toledo desde el tiempo de los godos, pues una de las siete iglesias que los moros les dejaron á los cristianos, fué la que ahora llaman de santa Justa, que por esto es parroquia mozárabe.

En este mismo tiempo destos emperadores Diocleciano y Maximiano, de quien vamos tratando, fué muy señalado en Sevilla el martirio de san Carpoforo, sacerdote, y Abundio su diácono, que alcanzaron la gloriosa corona á los diez de diciembre. En este tiempo, y en este dia los ponen todos los tres martirologios, y allí se cuenta su ilustre martirio. Fueron presos por un juez llamado Marciano, y azotados cruelmente con varas, y

(1) El sumario de las corónicas de Portugal, y Resendio en las antigüedades de Evora.

metidos en la cárcel, sin darles de comer ni de beber, porque allí los consumiese cruelísimamente la hambre (1). Sacólos de allí milagrosamente un ángel enviado del Cielo, y, como los apóstoles, fueron hallados otro dia predicando públicamente la fé de Jesucristo. Y por hacer primero el juez la venganza en lo que le hacia mas rabia, que era el predicar, mandóles machucar las bocas, y quebrar los dientes con piedras. Atormentáronlos luego en el ecúleo de diversas maneras, y volviéronlos á la cárcel por algunos dias, para que sintiesen á la larga los dolores de los tormentos. Siendo al fin degollados, alcanzaron la victoria del tirano, y de Dios el premio de su valeroso pelear por él. Esto se cuenta así en los martirologios, por donde tiene mucha autoridad, y hay relacion dello en otros autores que escribieron de santos.

Asimismo en los dos martirologios Romano y de Usuardo, á los ocho de octubre se pone la fiesta de san Pedro mártir de Sevilla, y no se hace mas de nombrarle, sin decir otra cosa dél.

CAPÍTULO XVII.

Los dos santas vírgenes y mártires Centolla y Helena.

La iglesia de Burgos y otras sus comarcanas celebran á los tres dias de agosto la fiesta de las dos santas vírgenes y mártires Centolla y Helena. Y por todo lo que en sus lecciones se lee, parece claro como padecieron en tiempo de los emperadores gentiles, aunque allí no se señala nada en particular. Lo que cuentan es, que siendo gran cristiana Centolla, fué por esto llevada delante el rey, que era señor de aquella tierra, y tampoco se señala qué tierra era, aunque en algunas lecciones se nombra la ciudad de Saria, que no se entiende donde es, sino que es verisímil debia ser dentro de la diócesis de Burgos. El nombrar rey que fuese señor de la tierra, es impropiedad manifiesta, pues entónces no lo habia en España, y debieron querer dar á entender con este vocablo los que no sabian mucho latin, el presidente ó supremo gobernador de la tierra por los romanos, presupuesto (como luego se verá) que fué todo en tiempo dellos. Este señor ó presidente, que vió la bendita vírgen constante en confesar y predicar á Jesucristo, entrególa á un su legado ó prefecto que así le intitulan, llamado Eglisio, para que la atormentase sino quisiese mudar de parecer. Éste no dejó tormento ninguno de los que la crueldad de los infieles entónces usaba contra los cristianos, que no la ejecutase en santa Centolla. Colgóla, y descoyuntóla en el ecúleo, azotóla con varas, y despedazóla con peines de hierro: hízole cortar los pechos, y meterla así en la cárcel, porque por allí se desangrase. Estos tormentos que así se nombran, habiendo sido tan usados en los mártires por estos tiempos de los gentiles, dan claro testimonio que esta Santa padeció en ellos.

Estando la vírgen Centolla en la cárcel, sin acabar la vida, como Eglisio pensaba, entraron á visitarla muchas matronas que le persuadian se dejase vencer de la persuasion del juez y del amor de la vida. Ella respondia á todas con semblante muy alegre, que estaba muy dispuesta para sufrir muchos mayores tormentos por la fé de Jesucristo. Si supiésedes (decia) que premios tiene él aparejados para sus mártires, no os doleríades de mi fatiga, ántes tendríades envidia de mi buena dicha. Entendiendo esto que así pasaba Eglisio, entró en la cárcel, y porque la santa Vírgen no cesaba de maldecir los dioses de la gentilidad, le mandó cortar la lengua, y con esto se salió fuera. Mostró Dios su poderío, en que no dejó esta Santa de alabarle con palabras, aunque le faltaba el instrumento con que formarlas. Así viniendo Helena una noble matrona cristiana á visitarla y alabándole su paciencia y constancia, y esforzándola á mantenerse en ella. La Santa le dijo: Yo, con el ayuda de mi Dios, espero morir de buena gana por él. Mira tú que no desmayes, porque conmigo has de ser degollada. Así se cumplió luego. Porque el juez, que veia obrar la fama de la firmeza de la Santa, y que comenzaba ya á atraer otras á sí, temiendo que esto no se extendiese mas, las mandó degollar ambas juntas.

En el libro del arcipreste de Murcia, llamado Valerio de las historias (1), se escribe que esta santa fué martirizada en el lugar llamado Sierro, á la ribera del rio Ebro.

Con esto se concluye en las lecciones el martirio destas santas. Despues con toda la brevedad que yo aquí lo referiré, se cuenta de su traslacion, que en tiempo del rey don Alonso el décimo, don Gonzalo obispo de Burgos, hizo trasladar los cuerpos destas dos santas mártires á su iglesia catedral, y él ordenó que se celebrase con mayor solemnidad su fiesta. Y esto ha ya mas de trescientos años.

CAPÍTULO XVIII.

Santa Liberata y santa Quiteria su hermana, y santa Columba.

En la iglesia de Sigüenza se tiene en gran veneracion el cuerpo de santa Liberata, que corrompido el vocablo se pronuncia comunmente Librada. Tiene allí esta Santa un grande y riquísimo sepulcro de diversos jaspes, que debe ser una de las mas suntuosas obras que en sepulcro hay en España. Celébrase su fiesta en aquella iglesia á los diez y ocho de enero, y su traslacion á los quince de julio. En las lecciones, antífonas, y en todo el oficio de la fiesta principal, se cuenta muy á la larga lo que yo aquí en breve relataré. Fué esta Santa hija de un rey llamado Catelio, y su mujer se llamaba Calsia, y la ciudad principal de su reino Balcagia y sin señalar mas de que fuese esta ciudad de España ó de otra provincia, dicen fué muy señalada entre todas las occidentales. Eran estos reyes gentiles, y tuvieron nueve hijas llamadas Liberata, Genivera, Victoria, Eumelia, Germana, Gema, Marcia, Basilia y Quiteria. Fueron estas infantas cristianas desde su niñez, y siendo bien enseñadas en la fé, santa Librada que se señalaba en la religion entre todas, con su ejemplo y palabras convirtió y enseñó á muchos gentiles. Porque haciendo en el desierto vida solitaria, concurrian á ella los que eran cristianos, y otros para serlo.

En este tiempo publicaron los romanos (que así se dice en la leyenda y en el oficio) edictos y provisiones contra los cristianos para que dejasen su ley, ó muriesen por ello. Fué acusada por esto santa Liberata con sus hermanas y otros muchos cristianos, y traida delante su padre que no pudiendo vencerlas con halagos, ni con ternura, para que dejasen la fé de Jesucristo, pudiendo mas en su

(1) Act. 5.

(1) Lib. 3, tit. 3, c. 5.

ánimo la obstinacion de su diabólico error, que el amor de padre, despues de haberles mandado dar diversos tormentos, las degollaron con todos los otros cristianos que las seguian. Habiendo atormentado fieramente á algunos dellos ántes en presencia de las santas, para que el espanto les mudase el propósito. Mas ellas con su firmeza en la fé, y con santas palabras los hacian perseverar en alcanzar la corona del martirio. Todavía no está en el oficio bien claro si martirizó el padre á todas sus nueve hijas, ó á sola santa Librada. Aunque se ve como todas fueron mártires. Despues se dice allí como Simeon, obispo de Sigüenza, metió el cuerpo de santa Librada en una caja de plata, y lo puso con gran veneracion en lugar conveniente. Y esto parece debió ser mucho tiempo despues.

Hasta aquí llega la historia desta Santa en sus lecciones y oficio, contándose algunas estrañezas que podrá allí ver quien le pluguiere. Que yo no veo en todo cosa de ejemplo ni doctrina, ni certidumbre que me convide á escribirlo.

En toda la historia nunca se dice expresamente haber sido de España esta Santa, ni yo veo otro camino por donde se pueda averiguar. Lo que yo hallo della, ó de otra de su mismo nombre es esto. En el martirologio romano se pone la fiesta desta Santa á los diez y ocho de enero, como la celebra la iglesia de Sigüenza. Y nómbrase allí solamente vírgen, y no mártir. Las mismas palabras están puestas aquel dia en el martirologio de Usuardo añadido. Despues en este martirologio añadido á los veinte de julio hay estas palabras: «Santa Vilgeforta vírgen y mártir, hija del rey de Portugal, á la cual algunos nombran en latin Liberata, y en lenguaje tudesco Ontcommera.» Por esto parece esta Santa de España, y conocida y celebrada fuera della.

Del nombre y advocacion desta Santa hubo aquí en Alcalá de Henares un monasterio de religiosas. El cardenal don fray Francisco Jimenez, porque estaban muy dentro de la Universidad, las pasó al monasterio que ahora llaman de Santa Clara. Y en esta casa antigua se puso el insigne colegio de monges de la órden de Cister, con intitularse de San Bernardo, y salir dél siempre notables personas para el buen gobierno y santa administracion de su órden tan principal.

La fiesta de santa Quiteria se celebra con gran solemnidad á los veinte y dos de mayo en aquel obispado de Sigüenza, y en el de Cuenca y otros. No tiene leyenda en los maitines. En la oracion se dan á entender milagros desta Santa, y su nombre usan mucho las mujeres en estos obispados (y en mucha parte de España, teniendo en hartos lugares ermitas, y oratorios y cofradías.

Allí en la iglesia de Sigüenza hay dignidad que llaman abad de Santa Columba, aunque pronuncian corrompido el vocablo, y dicen santa Coloma. Tambien hay en el claustro de la iglesia una suntuosa capilla desta Santa ricamente labrada y dotada. General tambien es en España tenerse mucha devocion con esta Santa, y la iglesia de Toledo y muchas otras rezan della con título de vírgen y mártir, el último dia de diciembre. Lo comun es celebrarse y leerse las lecciones del martirio de la vírgen santa Columba, que padeció cerca de Leon de Francia, en tiempo del emperador Aureliano. Mas yo creo por cierto, que no es esta santa Columba de Francia, la que así celebramos y reverenciamos en España, sino otra santa Columba vírgen y mártir que padeció en Córdoba, como se trató ya por extenso en los escolios, que con las obras de santo mártir de Córdoba Eulogio se imprimieron, y no faltará buen lugar donde referirlo en esto que ahora se escribe (1).

CAPÍTULO XIX.

El centurion san Marcelo mártir.

Una de las cosas mas señaladas y dignas de alabar á Dios por ellas, que tiene la Iglesia de España en esta persecucion de Diocleciano, es el martirio de san Marcelo y sus doce hijos, que como verdaderos sucesores de los mayores bienes de sus padres (digo cristiandad y firme constancia en ella) le siguieron en padecer todos por Jesucristo. Y habiendo sido su padre capitan centurion, y algunos dellos soldados, aprendieron bien de su padre el pelear y vencer muriendo por Dios. Y por haber derramado su sangre estos santos en diversos y muy apartados lugares de España, esparcieron mas su gloria, y dejaron extendido por la mayor parte della el alto bien que hay en tenerlos muchas ciudades y provincias, con mucha razon, por sus singulares patrones. Mas así como todo esto es muy glorioso para España, así está algo dello envuelto en grande incertidumbre, y lleno de algunas dificultades que estorban el saberse llanamente, y con certificacion muchas cosas de las que deseamos estuviesen muy averiguadas, y sin ninguna confusion. No se acaba de entender bien el tiempo en que padre y hijos padecieron, no se averigua del todo quién fueron, y cómo se llamaron los doce hermanos, y en los lugares de su martirio (donde hay un poco de mas claridad y certificacion) aun hay diversidad de opiniones, y tambien en otras cosas que tocan á estos santos, han dicho algunos muchas impropiedades y errores en la historia. Y aunque sea así que haya esta dificultad en las cosas ya dichas, en lo particular de cada una historia de los santos que se cuentan por hijos de san Marcelo, mucha certidumbre hay, y mucha autoridad, como en cada una dellas particularmente se mostrará. Yo aquí al principio trabajaré de asentar con la diligencia posible algo de lo que mejor se puede averiguar, en aquello no tan claro, para quedar despues muy libre en proseguir los mártires. Y pondré luego algunas cosas muy ciertas y averiguadas, de donde se podrá dar alguna claridad á otras, que si no fuera por este camino fuera imposible tenerla (2).

Cosa cierta y averiguada es (como ya queda dicho) que la ciudad de Leon fué fundacion de soldados romanos, y así es probable y verisímil que muchos de sus moradores continuaron el seguir la guerra, y usar el oficio en que sus padres los pusieron. Y aquella legion Séptima Gémina, que fué fundadora, y dió nombre á la ciudad, siempre se conservó en aquella provincia de Galicia con este nombre, y continuando la fama de su poblacion magnífica, la retenian los de aquella tierra en el nombre y en el ejercicio. Y desto se dará despues mas cierta razon en su lugar (3). De aquí tambien sucedió que por todas las provincias de España hubiese soldados de Leon. Como por ser casi toda la gente de aquella ciudad militar, habia muchos soldados, así tambien era necesario que se esparciesen por todos los otros tercios que habia por España, á uso de gente de guerra que tiene muchas ocasiones de

---

(1) En los mártires de Córdoba, que van puestos en el discurso de sus antigüedades, tratando de Córdoba. (2) En el lib. 9. (3) En este libro.

mudar capitanes y tierras. «Porque sin el mudarse de »su voluntad muy ordinariamente, tambien los ge»nerales los mudan á menudo por diversas necesida»des.»

Demas desto la jurisdiccion de España pasaba en aquellos tiempos desde el emperador Oton, como se ha visto, tambien en África, y comprehendia aquella provincia llamada entónces Mauritania Tingitania, donde ahora están las dos ciudades Tanjer y Arcila, dentro del estrecho, al poniente, sobre el Océano. Y como era aquella provincia nuestra, así en las guardas de gentes de guerra que tenia por los romanos, habia muchos españoles. Y particularmente residia allá una compañía de españoles, como delante se verá (1).

Conviene tambien se entienda que las remisiones tan usadas ahora entre los jueces, fueron tambien usadas en estos tiempos, y los de muy atrás. Por ley que le forzaba, ó por comedimiento que se lo pedia, remitia ordinariamente el juez á un preso, y se lo enviaba á otro para que conociese de su causa, y lo sentenciase. Aun en la prision de nuestro Redentor Jesucristo hubo esto, rindiendo Pilatos su poderío supremo, al comedimiento que hizo con Herodes, y san Pablo tambien anduvo así remitido, y las leyes tenian dispuesto mucho desto en toda esta materia. Y así es cosa llana que se hacia lo mismo en España, entre los que gobernaban acá diversas provincias, remitiéndose los delincuentes de muy léjos, por hacer justicia, ó guardar respeto. Y como el prefecto pretorio ya por estos tiempos era el supremo poderío en España, como se dirá á su tiempo, las remisiones se hacian á él de todos los otros gobernadores.

Lo postrero que se ha de presuponer, es lo que dije ántes de entrar en el libro nono de los procesos antiguos que contra los mártires se hacian, y como se podian conocer bien, los que cotejados con uno que pone original san Agustin, parecieren muy semejantes en el estilo y forma de proceder.

Ahora pues digo de nuevo, que lo que yó he visto en santorales antiquísimos de España, y en el Esmaragdino de Toledo, y en breviarios antiguos de muchas iglesias de España deste Santo: es verdaderamente el proceso original, con que fué acusado y despues condenado. Lo cual entenderá claramente ser así, quien aun sin cotejarlo con lo de san Agustin (que es lo principal, sin que se pueda imaginar cosa mas semejante) lo viere todo tan en forma romana, y tan distinto con dia mes y año, y tan autorizado con nombres de cónsules, que correspondian al tiempo, y con otras grandes y muy ciertas representaciones de antigüedad. Lo cual me ha movido á ponerlo aquí trasladado fielmente en castellano, para que se vea la verdad pura y limpia en su origén y primera fuente, y que se goce tambien la forma antigua de proceder en juicios; y así esté mas á la mano el cotejarlo con lo de san Agustin. El proceso comienza y prosigue así en los mas antiguos originales.

Debajo el poderío y mando de los emperadores Diocleciano y Maximiano, y en su tiempo siendo cónsules Anicio Fausto y Galo: como las legiones celebrasen el dia del nacimiento de los emperadores en la provincia de Galicia: todos los soldados con coronas en las cabezas, y incienso en las manos, llegaban á ofrecerlo á las estatuas de los emperadores. Entónces Marcelo, centurion de la legion llamada Trajana, abominando de aquello, como de cosa malvada y aborrecible: con desprecio no quiso ofrecer el incienso ni quemarlo. Y como todos le amonestasen que sacrificase, desciñose el talavarte, y arrojólo con la espada; confesando manifiestamente como era cristiano. Por eso fué luego acusado delante Fortunato, tribuno de aquella legion, y presidente de la provincia. Y respondiéndole Marcelo con gran libertad, lo mandó llevar aprisionado á la ciudad de Leon, pora oirle allí otra vez.

Despues á los ocho de agosto en la ciudad, llamada la Legion Séptima Gémina, mandando Fortunato traer delante sí á Marcelo natural de la ciudad Astasia, le dijo. ¿Qué pensamiento y desatino fué el tuyo en dejar, contra la disciplina militar y buen concierto de la guerra, el talavarte y el espada, y no querer ser mas soldado? Marcelo le respondió: Ya te dije, cuando se celebraba la fiesta imperial, y con palabras harto claras confesé como era cristiano, y que no podia seguir otra bandera, ni guardar otro juramento, sino mantener la fé y lealtad á mi Señor Jesucristo. Fortunato le dijo: Ya no puedo disimular con tu locura. Por tanto será necesario dar noticia de todo á nuestros invictísimos señores los emperadores augustos Diocleciano y Maximiano, y á los nobilísimos césares Constancio y Galerio. Y tú serás remitido al tribunal del señor Aurelio Agricolao prefecto pretorio.

Envió luego Fortunato á Marcelo aprisionado á Agricolao, que tenia por los emperadores el cargo de vicario de prefecto pretorio, que á la sazon se hallaba en la ciudad de Tingi, metropolitana de la provincia Tingitana en África, dándole en guarda para que lo llevase á un soldado por nombre Cecilio Arva: y escribiendo con este soldado al vicario estas palabras. Manilio Fortunato, á Valerio Agricolao salud. Como celebrásemos solemnemente (señor Agricolao) el dichoso dia y muy famoso por todo el mundo de nuestros soberanos señores los augustos: Marcelo, centurion de los ordinarios, no sé con qué locura que le tomó, se quitó el talavarte, y lo arrojó con la espada; y determinando dejar la profesion de la milicia, confesó públicamente ser cristiano delante de la misma presencia de nuestros soberanos señores y sus imágenes. Entendí ser necesario dar noticia desto á tu poderío, y remitírtelo á él mismo, como lo hago. Siempre tengas salud.

Siendo cónsules Fausto y Galo en la ciudad de Tingi, á los treinta de octubre, habiendo sido metido Marcelo, uno de los centuriones de la legion Trajana, en la audiencia secreta: uno de los oficiales de la audiencia, que estaban presentes, dijo al vicario: Fortunato el tribuno envió desde la ciudad llamada la Legion Séptima Gémina á Marcelo remitido á tu poderío y jurisdiccion. Aquí lo presentamos delante tu grandeza. Y si mandas, leer se ha la carta, que Fortunato escribe. Agricolao dijo. Léase. Leyóse: y dijo uno de los oficiales. Ya es acabada. Entónces Agricolao preguntó á Marcelo. ¿Dijiste delante el presidente en su audiencia todas estas palabras que él refiere? Marcelo respondió. Si dije. Prosiguió Agricolao. ¿Seguias la guerra con oficio de centurion ordinario? Marcelo respondió que sí. Añadió Agricolao. ¿Qué locura te tomó, para que así quebrantases el juramento de la milicia, y hablases tales desvarios? Marcelo respondió. No hay locura ninguna en el que teme á Dios. Preguntóle como de nuevo. ¿Es así que dijiste todas estas palabras que en la carta del presidente se contienen? Marcelo respondió. Si que las dije. Agricolao siguió. ¿ Ar-

(1) En este lib. en lo de Constantino.

rojaste las armas? Marcelo respondió. Sí que las arrojé. Porque el cristiano temeroso de Dios no ha de andar sujeto á la milicia de las miserias del mundo. Entónces Agricolao dijo. Pues lo que ha hecho Marcelo pasa desta manera, conviene castigarlo conforme á la disciplina militar. Con esto pronunció la sentencia en la forma siguiente. Es mi voluntad y mando, que sea degollado Marcelo, porque públicamente violó, y quebrantó el juramento del cargo de centurion, en que servia en la guerra, renunciándolo y echándolo de sí: y en el audiencia del presidente dijo palabras llenas de desatino y locura. Cuando ya llevaban á Marcelo á ejecutar en él la pena, dijo á Agricolao. Dios te haga bien. Con esto fué luego degollado.

Esta es originalmente la forma de aquel proceso, y los cónsules Anicio Fausto y Severo Galo, que en él se nombran, tuvieron aquel cargo el año de nuestro Redentor doscientos y noventa y ocho, y algunos años ántes ya Constancio y Galerio tenian la dignidad de césares, como en los catálogos de los cónsules parece. Así que concierta bien esto con lo que en el proceso se refiere. Y si alguno le pareciere, que este año destos cónsules es ántes del principio de la persecucion, que dejamos señalado; esto no es conveniente. Porque sin ser comenzada la persecucion tan rotamente, siempre ántes habia matar cristianos, y maltratarlos. Y como san Marcelo era por su cargo persona pública y muy notable, y demas desto rebelde público en no querer sacrificar, no habian Fortunato ni Agricolao menester persecucion publicada, para quitar un ejemplo tenido dellos por tan malo, y hacer escarmiento, con que los demás se atemorizasen. Sin esto por ser soldado y hombre de cargo en la guerra, la desobediencia era mas perjudicial, y habia de ser mas á furia castigada.

Aquella ciudad de Astacia, de donde se dice era natural san Marcelo, yo no sé dónde pudo ser, por no haber tal nombre en todos los autores antiguos de cosmografía, ni haber otro camino por donde rastrear alguna cosa.

A Agricolao nombran aquí algunas veces vicario del prefecto pretorio, y otras prefecto pretorio. Estos dos oficios se habian ya comenzado á introducir para el gobierno de España, y presto daremos razon dellos, y con qué jurisdiccion, y desde donde gobernaban acá. Y este Aurelio Agricolao, creo yo es el mismo á quien hallamos en los códices de Teodosio y Justiniano, que se le escribieron muchas cartas, que están allí por leyes.

A Marcelo llaman centurion ordinario, á diferencia de los otros centuriones llamados primipilos, por ser de mayor dignidad en las legiones. Y á Fortunato nombran tribuno, y tambien presidente: porque teniendo el cargo del gobierno de la tierra, tenia tambien aquel que era tan principal en la legion. Y como la ciudad de Leon era toda de soldados, en el hecho tambien como en el nombre: venia mas á cuenta ser hombre de cargo en la guerra, el que por allí gobernase.

San Marcelo parece fué de noble linaje: pues de algunos de sus hijos se escribe lo eran. En los martirologios de Beda y Usuardo hay mencion deste Santo, y el breviario del papa Paulo Tercio rezaba dél con leccion y memoria en ella de sus doce hijos. Los breviarios de Leon y otros hartos dicen mas á la larga, como san Marcelo era casado, y su mujer se llamaba Nonia, y doce hijos que tuvieron todos fueron mártires. El añadir algunos breviarios que los once padecieron juntos con el padre en un dia, es imposible, como luego en lo particular dellos se verá. En Leon tienen iglesias con la advocacion de san Marcelo y santa Nonia: y allí está un pozo en que se tiene mucha devocion, donde dicen que ella milagrosamente fué sumida, habiendo suplicado á nuestro Señor la llevase para sí, despues de la muerte de su marido y de algunos de sus hijos. En toda aquella tierra tienen los nombres muy corrompidos, llamando á estos dos santos san Marciel y santa Nona. Cuando llevaron preso al Santo desde Leon hasta Tanjer, fué necesario atravesase casi á toda España. Y con la fatiga de las prisiones y largo camino y mal tratamiento, fué el martirio muy cruel: para que el buen soldado de Jesucristo en la larga y dura pelea mereciese mayor la corona.

El cuerpo deste bendito Santo está en Leon en iglesia de su nombre, que es la mas principal parroquia de toda la ciudad, y es casi colegial, pues tiene abad y racioneros, y se dicen enteramente todas las horas. Y hay junto con ella hospital para peregrinos, con insigne cofradía, en que de muchas maneras honran al Santo. El santo cuerpo está sobre el altar mayor en arca dorada de muy linda talla, larga casi dos varas. Trújose allí en tiempo de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel desta manera. Un abad de aquella iglesia llamado....... de Isla, teniendo noticia como los cristianos mozárabes, que los moros dejaron siempre vivir en Tanjer, habian siempre conservado el santo cuerpo: se movió con devocion paro irlo á traer. Pasó en África, y ayudándole Dios en todo, y no sin milagro, trujo el santo cuerpo. Llegó con él á Leon, en tiempo que el rey se hallaba allí, y él con toda su corte salió á recibir el cuerpo del santo Mártir, y así se puso en su iglesia con gran solemnidad. Desto todo hay escritura en pública forma, y otra de perdones que el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza otorgó aquel dia. La ciudad tiene en gran veneracion el bendito cuerpo de su santo Mártir, y lo sacan en grandes necesidades, como presto se dirá.

Cerca desta iglesia se muestra una casita, harto humilde, que ahora es oratorio. Y aunque en ninguna cosa, como yo lo miré, tiene rastro de grande antigüedad: mas pone mucho sentimiento de devocion: y hase conservado por tradicion, que es la en que moraba este Santo con su mujer y hijos.

En contar los doce hijos destos santos hay gran diversidad entre todos los que dellos escriben. Yo habiendo quitado de entre ellos á san Facundo y Primitivo, por las razones, que tratando dellos se dieron, y poniendo en su lugar á los santos Acisclo y Victoria, á quien comunmente cuenta entre ellos, tendré el número cumplido. Aunque cierto en esto hay tanta incertidumbre, como parecerá en particular, cuando fuere dando razon de todos, y así no oso yo afirmar nada en ello.

Hay tambien grandísima incertidumbre, y casi ninguna claridad, en escribirse el tiempo del martirio de todos estos doce santos. Porque en ninguna parte, donde se habla dellos, no hay particularidad que pueda servir para la órden de los tiempos. Y si se tuviera certificacion entera de que todos eran hijos de san Marcelo: bien pudiéramos afirmar, que todos fueron martirizados despues de aquel año cierto y averiguado, en que su padre padeció. Mas como no hay certidumbre bastante, en que todos son sus hijos, y tambien no sabemos nada en las edades, cuales fuesen mayores, y cuales mas chicos: no podemos averiguar en esto lo

que se desea, y era justo que yo aquí asentara. Y por este olvido comun que hay en todo lo escrito, yo no podré dar ninguna satisfaccion en estas cosas destos santos, pues aunque con diligencia y gran deseo de acertar las he buscado, no hay ni aun camino para entrar siquiera á hallarla. Así daré por cierto lo que hallo escrito con mucha autoridad de sus vidas y martirios. Lo demás, pues, es imposible saberse, no será maravilla que quede defectuoso. Basta que la gloria de Dios en sus santos se manifieste por sus martirios. y de allí se pueda tomar la devocion y el ejemplo para nuestro aprovechamiento, que es lo principal que en las vidas de los santos cristianos hemos de pretender. Y esto bendito sea Dios, escrito lo tenemos y bien proseguido y muy autorizado con toda aprobacion en todos estos santos: lo demás de si fueron hijos de san Marcelo, y en qué tiempo padecieron, de que la historia con su curiosidad requiere averiguacion: no va tanto que falte en esta parte. Y esto dicho y entendido así, ha de servir para lo destos santos, y todos los demás donde faltare.

CAPÍTULO XX.

Los santos Claudio, Lupercio y Victorico.

Los primeros tres hijos, y mas certificadamente sus hijos, que les dan á estos santos, son Claudio, Lupertio, y Victorico, que padecieron en Leon, y dellos reza allí la Iglesia, y los tiene por sus particulares patrones: y la iglesia de Burgos y de Córdoba, y otras hartas, tienen tambien la fiesta destos santos á los treinta de octubre, un dia despues de la de san Marcelo su padre. Pónelos por hijos destos santos nuestro doctor fray Juan Gil de Zamora, autor grave y muy antiguo. pues fué el maestro que enseñó al rey don Sancho el Bravo, y la historia general del rey don Alonso, y algunos breviarios. Y de ningunos hay mas certidumbre que sean deste número. Y de los santorales antiguos y breviarios, que es todo uno, es lo mas que destos santos se puede contar, porque ni Equilino, ni los martirologios, ni el Flos Sanctorum, ni Lipomano en todos sus tomos, no hicieron ni aun mencion dellos.

Era presidente en Galicia por Diocleciano y Maximiano, Diogeniano, que pudo ser sucesor de Fortunato. Venido este juez á Leon con la furia muy usada entónces contra los cristianos, y mandando traer delante sí estos tres mancebos que profesaban serlo, les pregunta. Obedeciendo todo el universo con innumerable multitud de gentes al imperio romano. ¿por qué osais vosotros solos resistirle? Los santos responden. Tú no tienes noticia de cuánta multitud de ángeles tiene por contrarios la infidelidad y idolatría de los romanos, y por esto te parece que solos nos movemos á contradecirte. ¿Y en quién confiais principalmente? dijo Diogeniano. En Jesucristo Señor nuestro tenemos toda nuestra confianza, respondieron ellos, y ésta basta para no temer todo el poderío de los emperadores, y vencerte á tí con ellos. El presidente dijo. Vuestra victoria de los cristianos es sufrir los tormentos. Este es muy ruin triunfo, mas ni aun ese llevareis de mí, porque no os valgan para dar ejemplo á los demás vuestras falsedades. Los santos, no pudiendo sufrir la injuria que se hacia á Jesucristo en llamar falsa su ley, le respondieron. Tú eres el que hablas y tratas la falsedad, que nosotros la fé de Jesucristo confesamos, donde está toda la verdad y certidumbre del cielo. Y no sabemos temer, ni obedecer á quien puede matar los cuerpos viles y miserables, por temer solamente la muerte del alma, y á Dios todo poderoso, que solo la puede dar. Con estas santas respuestas que debieran ablandar el corazon del presidente, se endureció con mayor enojo, y dijo todo turbado. Mi paciencia me daña, y el sufrir á éstos los provoca á que me ofendan, y mandólos luego degollar por no darles la gloria de mucho padecer. Así pasaron muy brevemente á gozar la vida eterna que con su sangre y sus vidas compraron. Sus cuerpos están ahora muy solemnemente guardados en el monasterio de la órden de San Benito allí en Leon, llamado de san Claudio, puestos en arcas ricas en el retablo del altar mayor. Y hay un grande y muy autorizado testimonio de estar allí estos cuerpos santos, en una piedra muy antigua que está en la Iglesia y tiene todo esto escrito, como yo fielmente con sus malos latines lo trasladé della.

> Era Mccxi. x Kal. Maii Iacintus tempore legationis sue ad Legionensem urbem veniens, ad preces regis illustris memorie Fredenandi, et Ioannis Legionensis episcopi, et Pelagii Abbatis sancti Claudii, et Legionensis populi, corpora sanctorum martyrum Claudii, Luperci, et Victorici de humili loco, quo condita fuerant Compostellano archiepiscopo et Braccarensi, Ovetensi episcopo, Astoricensi, Zamorensi, Salamantini et Lucensi presentibus et duodecim Abbatibus, et multaque clericorum et laicorum turba circunstante, super altare eiusdem ecclesie devote reposuit.

Cunctis ibidem dona sua offerentibus: indulgentia quadraginta dierum concessa, et simili modo opere ecclesiæ benefacientibus simili mercede constituta: Quam largitionem pietatis prædictus legatus summum Pontificatum adeptus proprio scripto confirmavit.

En esto se dice como el cardenal Jacinto, siendo legado en España, por ruego del rey don Fernando, y de don Juan, obispo de Leon, y de Pelagio, abad de aquel monasterio, y del pueblo de Leon, el año de mil y ciento y setenta y tres, á los veinte y tres de marzo, hizo la elevacion de los cuerpos de los santos mártires Claudio, Lupercio, y Victorico, de lugar bajo donde ántes estaban, y con mucha devocion los puso sobre el altar mayor, y estando presentes los dos arzobispos de Santiago y Braga, y los obispos de Oviedo, Astorga, Zamora, Salamanca, y Lugo, y doce abades, y gran muchedumbre de clérigos y legos. Y otorgó cuarenta dias de perdon, y otros tantos á quien hiciese limosna para la obra de la iglesia. Y esto confirmó por su breve despues que vuelto á Roma le eligieron por sumo pontífice, teniendo por nombre Celestino Tercero. Es gravísimo este testimonio por ser de sumo pontífice.

En aquel monasterio se cuenta por cosa muy cierta conservada por tradicion, que cuando el rey Almanzor tomó la ciudad de Leon, como en nuestras corónicas se refiere, al entrar en el monasterio le rebentó el caballo. Movido el moro con el milagro que Dios obró por sus santos mártires, no solo no hizo mal á los monges, mas aun los habló y trató con mucha

benignidad. Así tienen pintado este milagro en el retablo del altar mayor al lado de los cuerpos santos, y muestran en la sacristía unos pedazos del caparazon que el rey moro aquel dia traia en el caballo, y son de un brocadillo raso azul con labor morisca.

El monasterio es antiquísimo desde tiempo de los primeros reyes godos, como parecerá tratando del abad de allí san Vicente Mártir. Y desto se entiende la mucha veneracion en que estos santos han sido tenidos por todos tiempos en España.

Tambien hay otro insigne monasterio de monges de Cister en Galicia cerca de Riba de Avia, con el nombre destos santos, y su fundacion primera fué de monges negros de san Benito, y harto ántes que la órden de San Bernardo comenzase, como en su lugar se dirá. Y la devocion de la ciudad de Leon y de toda la tierra con estos santos es muy grande, y entre otros muchos testimonios la muestran con poner muy ordinariamente los padres sus nombres á los hijos.

CAPÍTULO XXI.

Emeterio y Celedonio.

No se halla mucha memoria antigua de los tres hijos de san Marcelo ya dichos; y será muy al contrario de los cuatro que se siguen Emeterio, Celedonio, Servando y Germano. San Isidoro los celebra en su misa, y breviario con grande solemnidad y devocion. Los martirologios de Beda y Usuardo y Adon, y san Gregorio Turonense, y el obispo Equilino, hacen gran mencion destos santos, y casi todas las iglesias de España les hacen muy solemne fiesta, y donde quiera que hay escrito de santos de España, estos gloriosos mártires son muy celebrados y estimados por muy principales; y así será lo que se escribiere dellos muy cierto y muy autorizado con tantos y tan dignos testimonios. Dánlos por hijos de san Marcelo la historia general, y fray Juan Gil de Zamora, y otros que lo siguen. Otros citan tambien á don Lucas de Tuy que lo dice, yo no lo he podido hallar en toda su obra. Y siempre á esto de ser los santos que de aquí adelante se contaron hijos de san Marcelo, le falta el testimonio de los autores mas graves, con que su historia tiene muy grande autoridad.

El poeta Prudencio compuso en particular un himno muy lindo de san Emeterio y Celedonio, y en muchos de los santorales y breviarios de España tienen unas lecciones tan elegantes, y escritas con tanto ingenio y lindeza, que no creo se hallarán otras mas aventajadas en esto. En el título dellas se dice que padecieron en Calahorra, y fueron Máximo y Asterio los jueces que los martirizaron. Es tan antigua esta leyenda de san Emeterio y Celedonio, que estaba ya escrita en tiempo del santo mártir de Córdoba Eulogio, pues se hallan en sus obras citadas algunas palabras della. Y siendo el santo Mártir autor tan grave, por haber ya mas de setecientos años que escribió, tiene tambien grande autoridad.

Estas lecciones y el poeta Prudencio y san Isidoro encarecen mucho una maldad extraña que estos jueces con nueva astucia comidieron. Mandaron quemar todo lo que del martirio destos dos santos hermanos se habia escrito, y vedaron que de ninguna manera se escribiese, para que pereciese toda la memoria de su martirio. Mostraron bien los malditos cuan grande ejemplo podian tener los cristianos en la muerte destos santos, con estorbar que no se pudiese usar dél, y con lo que así hacian para sepultar en perpetuo olvido su gloria, la publicaban y extendian mas, y manifestaban claramente cuan grande fué. Mas aunque trabajó mucho en esto la malicia de los gentiles, pudo mas la providencia de Dios, y la devocion y fiel memoria de los cristianos de entónces; y así conservaron la memoria de la pasion destos santos con mayor cuidado, por el mayor recelo que tenian no se perdiese. Por esto podemos creer que lo que se halla de su historia, es lo que se escribió al tiempo de su martirio, y de allí sacó el poeta Prudencio.

Siendo naturales de Leon, y soldados como hijos de capitan, se fueron á Calahorra, segun se lee en sus lecciones, por solo entender que allí habia entónces mas aparejo para el martirio; y pudiendo sin culpa de infidelidad evitar el peligro, les pareció poca fé con Dios no ir á buscar la muerte muy léjos por su amor. Animaba para esto san Emeterio a su hermano, y decíale. Ya muchos años que servimos en esta guerra del mundo, donde el trabajo arrisca la vida, y gasta el ocio la honra. Ahora se mueve otra al Rey del cielo Jesucristo, vamos á ganar su sueldo, que no es ménos de gloria sin fin. No creo has menester hermano (decia Celedonio), gastar muchas palabras en amonestarme desa manera, pues la compañía de toda nuestra vida te puede ser buen testigo de lo que en esto deseo; y si esto no basta, para que me creas vamos donde mandares á buscar la muerte por Jesucristo, allí te probaré con mi esfuerzo y firmeza, como no te prometo nada de mí vanamente. Llévame donde te pueda satisfacer de mi constancia.

Armados con esta seguridad de su fé, y esforzados en su ardiente caridad, se fuéron hasta Calahorra. Los martirologios dicen que fueron presos en Leon, y que allí comenzaron á padecer, hasta que con larga continuacion de sus tormentos, presos y muy aherrojados, los llevaron hasta Calahorra. Lo cierto es, que allá fueron degollados, y todos afirman que ántes padecieron muchos tormentos de los gravísimos que entónces usaba la crueldad pública contra los cristianos. Mas no se cuenta en particular nada dellos, porque esto pudo alcanzar aquella perversa diligencia de no consentir los jueces que se conservase la memoria del martirio destos santos escrita. Mas todavía el poeta Prudencio, en testimonio de lo mucho que padecieron, cuenta como estuvieron presos tanto tiempo, que les creció muy largo el cabello. Tan larga prision, era por sí harto tormento, y puédese bien creer que entretanto no faltaban otros, refrescándolos muy á menudo la ferocidad de los jueces, que como se encendia con falso zelo de religion, tenia por mayor acertamiento ser mas cruel. Y san Isidoro considera muy agudamente, que fueron tan bestiales y enormes los tormentos que á estos santos mártires les dieron aquellos malvados jueces, que aun ellos hubieron vergüenza de que se publicase, y quedase memoria de su crueldad; y que se vieron muy confundidos por haber empleado en vano lo último donde ella pudo llegar. Pues tambien hemos de creer que en todo este tiempo de prision y martirio refrescado recibian los santos del cielo grandes esfuerzos y consolaciones, y quedaban mas confirmados en el amor de su Dios. Y entendiendo como los apóstoles, cuán grande merced de Jesucristo era hacerlos dignos de padecer por él, crecia mucho su gozo de verse por esto mas fatigados.

Fueron al fin degollados san Emeterio y Celedonio,

porque no podia ya la crueldad vencer la constancia cristiana; y por el contrario los santos mártires á imitacion de su maestro Jesucristo, muriendo triunfaban de su enemigo. Cuando los querian degollar, sucedió un muy señalado milagro, que el poeta Prudencio, san Isidoro y Beda, con algunos breviarios mucho celebran. Viéronse subir por el aire el anillo de uno de los santos, y el lienzo para limpiar el rostro del otro, y siempre se levantaban muy derechos al cielo, hasta que la vista no los pudo mas seguir. Parece que enviaban los santos mártires al cielo prendas en el anillo de su fé y lealtad, y en el lienzo de la sinceridad y pureza de sus almas para con Dios, y él las recibia para testificar cuanto mas cierto subirian allá las almas de sus mártires. Este milagro vieron todos los que estaban presentes, y Prudencio se detiene contando en general los otros muchos que ordinariamente se hacian en su sepultura, que con mucha veneracion reverenciaban los de Calahorra. Esto dice así Prudencio, que como natural de aquella ciudad lo pudo bien saber, y como tan antiguo testificar. Algunos breviarios dicen en esto mas particularidad, que fueron sepultados cerca del arroyo que llaman del Arenal, y habiendo estado encubierto el lugar de aquella santa sepultura todo el tiempo que duró la infidelidad de los gentiles, fueron despues manifestados los santos cuerpos. Están ahora en la iglesia catedral de Calahorra, y son tenidos por singulares patrones de aquella tierra, donde muchos hombres tienen ordinariamente su nombre, y toda la tierra tiene grandes memorias de infinitas mercedes que nuestro Señor milagrosamente les ha hecho en diversos tiempos de sus graves necesidades, cuando han ocurrido á la intercesion destos santos mártires, cuya fiesta se celebra á los tres de marzo en toda la Iglesia de España.

Las cabezas destos santos dicen que se hallaron pocos años ha milagrosamente en el abadía del puerto de Santander en la montaña, teniéndose por cierto que con gran milagro vinieron allí por la mar, porque en algunas escrituras antiguas que yo he visto, se nombra aquella villa el puerto de san Emeterio. Allí son tenidas en gran veneracion estas santas reliquias.

Mencion hay de un Marco Junio Máximo, que fué cónsul con Diocleciano al principio de su imperio. Y aunque pudo ser éste de quien en el martirio destos santos se hace mencion, yo ni nadie lo puede afirmar.

CAPÍTULO XXII.

Los dos santos Servando y Germano.

Hállase alguna diversidad en los nombres de san Servando y Germano, por llamarle algunos al segundo Geminiano, mas el propio nombre suyo es Germano, como parece en el misal de san Isidoro, donde interpretando suavemente y con devocion el vocablo, hace que forzosamente hayamos de creer como es Germano, sin que pueda ser otro ninguno. Su fiesta se celebra á los veinte y tres de octubre; y ya se ha dicho como todos escriben tambien destos santos, mas de san Isidoro y algunos santorales y breviarios, que es todo uno, ha de ser todo lo que yo aquí dellos contaré.

Señaladamente se dice destos dos santos, que eran de muy notable linaje, por donde se vé como san Marcelo y santa Nonia sus padres fueron de principal casta, si es así que eran sus hijos. Habiendo sido llevado una vez delante de un gobernador romano por ser cristiano, y libremente y con firmeza habian confesado serlo, sin temer el peligro de muerte que por esto les estaba aparejado. Salieron libres, aunque muy atormentados de aquella vez, habiendo cesado algun poco la persecucion, y por esto quedaron con la gloria y nombre de confesores. Así llamaban entónces en la Iglesia cristiana, como algunas veces se ha dicho, á los que habiendo confesado en público juicio el nombre de Jesucristo y su fé, siendo ó no siendo atormentados, quedaban al fin sin ser martirizados. Comenzó luego á obrar nuestro Señor por estos sus santos muchos milagros, y con invocar su santo nombre sanaban los enfermos, y salian los demonios de los cuerpos que maltrataban, y con celo muy ardiente que tenian de la ley de Jesucristo, contradecian con mucho hervor la vana religion de los gentiles, y destruian sus templos, y eran causa que muchos de los convertidos á nuestra fé derribasen los ídolos, donde quiera que podian haberlos.

Gozaban ya Servando y Germano la merced que Jesucristo les habia hecho en ser confesores, mas teníales aparejada la otra mas crecida de hacerlos sus mártires. Así estando en Mérida, sin que se diga la causa por qué, los mandó allí prender un vicario del prefecto pretorio romano llamado Viator.

De san Isidoro se puede entender, que fueron tambien ahora muy atormentados con azotes, peines de hierro, y otros géneros de crueldades. Y para que mas gloriosamente triunfasen en la muerte, dilatóseles muy á la larga la pelea. Viator se partia á la Tingitania, ó porque estaba allá el prefecto pretorio, ó por alguna otra ocasion, y mandó llevasen con él los santos mártires, á pié, y muy aherrojados. Fueron aun hasta en esto estos dos santos verdaderos hijos de san Marcelo, pues siguiendo las pisadas de su padre, anduvieron el mismo camino (aunque mas corto) aprisionados. Para ir desde Leon á Gibraltar, y embarcarse á la Tingitania por Mérida, y por cerca de la Isla de Cádiz es el camino. Y este tormento de caminar aprisionados parece herencia que san Marcelo dejó á sus hijos, pues tambien Emeterio y Celedonio hicieron así cruel viaje.

Iban los gloriosos hermanos harto fatigados en el largo camino con solo el trabajo de andarlo á pié, como dice san Isidoro, mas el peso de las cadenas en los piés, y las argollas de hierro de los cuellos los afligian con mayor miseria, la cual doblaba la hambre y todo el otro mal tratamiento. «¿Mas qué no su»frirá una constancia cristiana, bien armada con la »firmeza de la fé? ¿Qué tormento y fatiga, por mas »cruel que sea, no la tendrá por singular regalo, quien »una vez por merced de Dios acertare bien á sentir que »las sufre por él?» Manteníalos Dios, como él tiene prometido (1), con pan de vida y entendimiento, verdadero manjar del alma, con que se sustenta en Dios, y así no podian sentir otra hambre alguna. No llegaron aun los santos á la isla de Cádiz, por donde Viator hacia su camino, pues ántes de llegar allá, á los veinte y tres de octubre fueron degollados sobre una alta sierra, en un lugar ó heredad que llaman Ursiano, como en todos los santorales parece. En todos ellos se refiere tambien como el cuerpo de san Servando fué enterrado en Sevilla con los de las santas Justa y Rufina, y el de san Germano fué traido á Mérida, y sepultado con santa Eulalia. San Isidoro dice expresa-

(1) Ecclesiást. 15.

mente en el misal lo que todos de la sepultura deste Santo, mas de san Servando afirma que quedó su santo cuerpo en la ciudad de Cádiz.

En Mérida hay muy gran devocion con estos santos mártires, y señaladamente con san Servando. y aun hasta en una sierra conservan su memoria llamándola de su nombre. Está dos leguas de la ciudad, y allí creen los naturales della haber sido martirizados los dos hermanos, y de una iglesia que allí hay, dicen trujeron el cuerpo deste Santo, y lo pusieron en la iglesia de santa Eulalia. Todos los breviarios contradicen esto, y san Isidoro con ellos, cuenta por uno de los grandes tormentos de los santos el largo camino que anduvieron hasta Cádiz á pié, y muy aprisionados, y esto manifiestamente es contrario á lo que en Mérida se afirma. Así los de aquella ciudad yerran en dos cosas. Primero en decir que los santos padecieron en aquella sierra, y lo otro en que tienen el cuerpo de san Servando, y no el de san Germano. Á ambos errores pudo dar muy fácilmente ocasion el haber vivido los santos en aquella ciudad, y el ser el primero que se nombra en ellos san Servando. Tambien si acaso tenian en aquella sierra alguna heredad, ó manera de morada, de allí le pudo quedar á la sierra el nombre, y pensarse á bulto que se lo dió el martirio.

Entre aquellos huesos de los santos, que como ya se dijo, se hallaron en Mérida, ninguna duda tengo sino que hay algunas grandes reliquias de san Germano, pues éstas principalmente se habian conservado en esta ciudad, y éstas procurarian encerrar con mayor recaudo, los que con esta piedad se movieron á esconder aquel precioso tesoro, principalmente estando en la misma iglesia.

En Toledo es cosa muy insigne el castillo de san Servando, y diósele este nombre por un monasterio que hubo allí junto de monges de San Benito, con el nombre y advocacion destos dos santos Servando y Germano. Este monasterio dotó magníficamente el rey don Alonso luego que ganó aquella ciudad, como parece en su privilegio, cuya data es de trece de febrero el año mil y noventa y cinco. El decir que fué aquel monasterio de tiempo de los godos, no se saca del privilegio, como alguno ha escrito, mas véese claro en él como viene de muy antiguo el ser muy venerados y celebrados estos dos santos en España.

CAPÍTULO XXIII.

Los dos hermanos san Acisclo y Victoria.

Los siete santos pasados se han contado por hijos de san Marcelo, porque de muy antiguo los ponen por tales la historia general del rey don Alonso, y fray Juan Gil de Zamora, y los que de allí lo tomaron. Y en particular algunos breviarios los dan tambien algunos dellos por hijos de aquel Santo. La noticia que se tiene de que san Acisclo y santa Victoria su hermana sean hermanos de todos los pasados, no viene de aquellas corónicas, pues no los ponen en aquel número, ni tampoco en los breviarios que yo he visto se dice: mas comunmente son tenidos por hijos de san Marcelo, y la opinion desto está muy recibida, y el Flos Sanctorum los cuenta por tales, y Vaseo con poner á Facundo y Primitivo, tambien añade estos dos santos en el número de los doce. Hay muy antigua y solemne memoria destos santos en el poeta Prudencio, que sin nombrar á santa Victoria hizo muy agudamente mencion della. Va contando el poeta las ciudades de España, que el dia del juicio presentarán mártires á Dios, y llegando á Córdoba, dice estas palabras fielmente trasladadas. Córdoba dará á san Acisclo y á san Zoil, y tres coronas. No cuenta Prudencio de Córdoba mas de dos mártires, y luego refiere tres coronas, y no á lo que parece, por otra causa, sino porque con san Acisclo se entendia su hermana, sin que se nombrase expresamente. Mas si alguno quisiese entender diversamente aquel lugar de Prudencio, y decir que en las tres coronas quiso significar los tres mártires Fausto, Januario y Marcial, que (como luego verémos) padecieron en Córdoba, no solamente no se lo contradiré, mas aun me parecerá buen apuntamiento, teniendo todavía el primero por mas acertado.

De san Isidoro me maravillo mucho, como en su misal jamás hace mencion de santa Victoria, y aunque el título es en el calendario de ambos hermanos, toda la fiesta y el oficio della es de san Acisclo solo. En san Isidoro hay tambien otra mencion de san Acisclo en la historia que escribió de los godos, como luego diré, y del mismo tiempo de los godos hay memoria de ambos en la piedra de la iglesia de Medina-Sidonia, que ya atrás queda puesta (1). Y esto es cosa de mucha autoridad. Los martirologios, y el obispo Equilino escriben destos santos ambos, y los mas de los breviarios de España rezan dellos, y tienen sus lecciones en los maitines. todas tan conformes en el contar el martirio, que casi no discrepan en nada, y tienen algun rastro de proceso original, conforme á las señas que tratando de san Marcelo dábamos.

El Flos Sanctorum cuenta ántes del martirio de su venida á Córdoba, y es tomado de lo que comunmente en aquella ciudad se cuenta, sin que en otra parte se halle escrito. Dicen que así lo oyeron á sus pasados, y á ellos vino asimismo de muy atrás. Lo que se sigue despues desde el principio del martirio, ya aquello se halla en los autores que yo he nombrado, y en las antífonas y responsos del oficio que canta la iglesia de Córdoba, hay mencion de todo lo del martirio.

Muerto san Marcelo y su mujer, Nicomedia, ama de los dos niños Acisclo y Victoria, que solos por ser pequeños quedaban de todos los hermanos sin ser martirizados, temiendo su peligro se vino con ellos á Córdoba, donde Iniciana, y otros dicen Miniciana, mujer principal, y muy enseñada en la ley de Jesucristo, entendiendo como eran cristianos, y hijos de tan santos mártires, los recogió en su casa. Muerta en breve Nicomedia, aquella señora crió los niños hasta que ya fueron mozos de buena edad, y siempre mas crecidos y adelantados en la fé cristiana. En el lugar donde estos santos con esta religiosa dueña moraron hay ahora en Córdoba una pequeña ermita, junto á la puerta que llaman del Colodro, sitio que entónces no estaba dentro de la ciudad sino en sus arrabales.

Ya que los santos hermanos llegaron á edad entera, vino á Córdoba un presidente de la Bética llamado Dion, y mandó en público que todos los cristianos sacrificasen á los ídolos ó muriesen luégo por ello. Fueron denunciados san Acisclo y Victoria por uno llamado Urbano, que era fiscal, ó tenia otro oficio semejante, y mandándolos Dion traer delante sí les

(1) En los santos Justo y Pastor.

dijo. ¿Sois vosotros los que menospreciais los sacrificios de nuestros dioses, y incitais á todo el pueblo para que se aparte dellos? San Acisclo le respondió sosegadamente: Nosotros servimos á Jesucristo Señor nuestro, y no á los demonios ni á las viles piedras. Prosiguió el presidente en preguntar: ¿Tú sabes por qué sentencia hemos mandado pasar á los que no quieren sacrificar? Acisclo le preguntó tambien: ¿Y tú, presidente, has oido qué penas tiene aparejadas nuestro Señor Jesucristo á tí y á tus príncipes que eso nos mandais? Comenzó Dion á blasfemar con rabia bestial oyendo esto, y volviéndose á santa Victoria, y pensando poderla vencer con halagos como á mujer, y con amenazas como á tierna doncella, le dijo: Victoria, tengo de tí lástima como si fueras mi hija, vuélvete á los dioses, y adóralos, y ellos te perdonarán, y yo podré excusar los crueles tormentos que se te han de dar si en esto no obedeces Muy grande beneficio me harás, dijo santa Victoria, en ejecutar lo que amenazas. Todavía perseveraba Dion en halagos, y decia: Acisclo, considera bien la flor de tu edad, y piensa en esa tu mucha hermosura, que es gran dolor haberla de destruir tan temprano. Todo mi pensamiento es Jesucristo (respondió el santo mancebo) que del polvo de la tierra me hizo tal cual le plugo. Tú eres el que piensas lo que no debes, pues trabajas de forzar los hombres á que adoren las estatuas de los falsos dioses, que ni tienen vista, ni ningun otro sentido. Dion mandó luego azotar muy cruelmente á san Acisclo con las varas de sus fasces, y atormentar á santa Victoria por las plantas de los piés, y con esto los mandó despues poner en lo mas profundo de la cárcel, adonde los dos santos hermanos se empleaban toda la noche en acordarse de las palabras de Dios, y tenerle presente en su memoria. «Porque tan«to mas de veras se sujeta el alma á Dios con verdade«ro amor y reverencia, cuanto mas á menudo le trae «en su pensamiento. Por esto se nos manda le amemos «con todo nuestro corazon y voluntad, porque trayén«le mas en la memoria seamos mas suyos, y así nos «hagamos mas dignos de sus altas mercedes.» Así las recibieron luego estos santos muy crecidas, pues cuatro ángeles les trujeron milagrosamente que comiesen, y les dieron con su presencia celestial refrigerio. Otro dia de mañana, por acabar presto con ellos, y no confundirse mas en ver su constancia, mandólos Dion echar en el rio Guadalquivir, con grandes piedras atadas á los cuellos, para que luego se ahogasen. Los ángeles los sustentaron allí á los benditos santos con parecer los traian en palmas, como Dios lo tiene prometido (1), y andaban por cima del agua alabando y bendiciendo al Señor, tan firmes y tan descansados como si se pasearan por el campo. Y en una nube muy resplandeciente que los cubria merecieron ver á Jesucristo acompañado de multitud de ángeles, que los vino á confortar. Ya creció mas furiosa la ira de Dion cuando entendió esto, y no pudiendo matarlos de una vez, los quiso atormentar muy despacio. Mandó atar los santos en sendas ruedas, y debajo dellas se encendió grande fuego, muy avivado con aceite, y revolviendo las ruedas queria asarles poco á poco los cuerpos, y desvaneciéndoles las cabezas, privarlos del sentido. Ellos suplicaron á nuestro Señor, que con su poderosa mano matase aquel fuego, el cual saltó con mucha maravilla, y abrasó gran multitud de los gentiles que estaban enderredor, estando entretanto los santos tan descansados sobre sus ruedas, como si estuvieran en camas muy regaladas. Así que á la letra podian decir con David (2). Pasamos por el agua y el fuego, y de todo nos sacaste, Señor, á gran refrigerio. Confundido, pues, ya Dion con tantas maravillas, y atribuyéndolas á encantamientos y á obras del demonio, mandándolos quitar de las ruedas, les dijo: Baste ya, miserables de vosotros, que habeis mostrado bien vuestras artes mágicas y hechicerías. Acabad ya de sacrificar á los dioses que tanto os sufren y consienten. San Acisclo le dijo: Como no tienes entendimiento, ni juicio, ni temor de Dios, que te enseñe. no puedes ver las maravillas que hace, para librar sus siervos de tus manos malvadas. Mandó llevar tras esto Dion de allí á san Acisclo, y que á su hermana le cortasen los pechos, y salió leche por sangre de las heridas. Pasóse en esto todo aquel dia, y los santos pasaron la noche en la cárcel, adonde concurrieron muchas matronas, por visitar á santa Victoria, y llevarle algun regalo, y ella convirtió siete dellas con sus santas palabras y amonestaciones.

Traidos otro dia los santos delante Dion, porque la santa doncella le respondia con firmeza verdaderamente cristiana, le mandó cortar la lengua, y despues la hizo asaetear, y degollar á san Acisclo en el anfiteatro, lugar público para las fiestas y regocijos. Santa Victoria, aunque ya no tenia lengua, murió alabando á Dios como si la tuviera, y dándole gracias: y del cielo se oyeron voces de ángeles, diciendo. Venid á mí santos mios, y recibid las coronas, que por premio de vuestra noble pelea os están aparejadas. Miniciana se llevó á la noche los santos cuerpos, y con la mayor veneracion y honra que pudo, sepultó el de san Acisclo, en su casa, y el de santa Victoria cerca de la puerta del rio, sin que se pueda entender, por qué hizo este apartamiento. Por aquí se entiende, que la ermita que está junto á la puerta el Colodro, no se fabricó solamente por memoria de haber allí morado los santos con Miniciana, sino porque tambien estuvo allí algun tiempo sepultado el uno dellos. Y aunque ahora es pequeña ermita, no tengo duda, sino que en otro tiempo fué iglesia muy grande y principal.

Desta iglesia donde estuvo enterrado el cuerpo del santo mártir Acisclo hay mucha mencion en nuestras corónicas antiguas, y siempre no se nombra mas que iglesia de san Acisclo, por donde parece estar santa Victoria en otra parte distinta. San Isidoro, y todos nuestros coronistas que tomaron dél cuentan, como el rey Agila de los godos, sucesor de Teudiselo, haciendo guerra á los de Córdoba, profanó muy feamente la iglesia de san Acisclo, donde su cuerpo estaba sepultado, aposentando en ella sin ningun respeto ni reverencia sus caballos y sus soldados. Hizo luego Dios milagrosa venganza de su santo Mártir en el rey malvado: pues en la primera batalla que dió á los de Córdoba lo vencieron, y lo destrozaron, matándole un hijo, y á todos los mas principales de su hueste; y él con gran dificultad escapó huyendo, dejándose allí todos sus tesoros por presa para los de la ciudad. Llegado despues á Mérida Agila, los suyos le mataron allí. Y quien bien considerare el circuito antiguo de la ciudad de Córdoba, entenderá que estando la iglesia de san Acisclo en este lugar, donde ahora se halla el monasterio destos santos, y donde se tiene por cierto que están enterrados, sitio era muy oportuno para asentar

(1) Psalm. 90.

(2) Psalm. 65.

por allí el rey Agila su real, y poner cerco á la ciudad por aquella parte. Y lo mismo se puede decir de la ermita que está á estotra parte de la ciudad. Y es cosa clara que puso cerco Agila sobre la ciudad, pues los de dentro se defenderian en ella. Y parece tambien manifiesto, como aquella iglesia estaba fuera de la ciudad, pues el rey, que la tenia cercada, se podia entrar en ella: y de todo resulta buena conjetura, para creer, que la ermita de la puerta del Colodro, ó el monasterio destos santos mártires que ahora tenemos, fué la que en esta historia se cuenta. Y la veneracion destos dos lugares de la morada y sepultura destos santos viene de tiempo tan antiguo, que le da mas autoridad. Y en toda la historia que escribió el santo mártir de Córdoba Eulogio, mas ha de setecientos años, hay mucha mencion ordinariamente desta iglesia, refiriéndose siempre, como estaba allí enterrado su santo cuerpo. Lo mismo se halla en lo que escribió poco despues el abad Sanson, de quien se dijo en la vida de san Zoilo.

Particularmente en el martirio de san Anastasio, presbitero y mártir de Córdoba, se cuenta en algunos breviarios, tomado de san Eulogio, que siendo niño aprendió en la iglesia de san Acisclo. Y pues como en san Eulogio se ve, padeció este Santo en la persecucion del reý moro Habdarraghman, mucho despues de perdida España por los godos: parece claro como esta iglesia del santo Mártir nunca la dejaron de tener los cristianos en tiempo de los moros, y que por intercesion del buen patron de Córdoba se conservó en ella, y en esta su iglesia la religion cristiana y el culto divino, y la doctrina de los fieles.

Tambien hallo memoria mas particular desta iglesia de san Acisclo, y como estaba enterrado en ella su santo cuerpo, en unas epígramas de Cipriano, arcipreste de Córdoba, que como en algunos dellos, por ser epitafios, está señalado el año, parece escribió cerca del novecientos de nuestro Redentor.

En un epígrama déstos celebra una librería, que un conde Adulfo habia hecho en la iglesia deste santo Mártir, donde dice estaba enterrado su bendito cuerpo: y lo llama patron de la ciudad. Estos epígramas de Cipriano hallé en el libro viejo, donde estaba la vida de san Eulogio. Y sobre sus obras escribí dél.

Siendo esto así, es cosa de mucha consideracion cristiana, y de grande sentimiento de devocion para con este santo Mártir, verdadero patron de la ciudad de Córdoba, ver que ella se ganó de los moros, por aquel mismo lugar, por donde fué su morada, y estuvo su iglesia: y que no eran aquellos moros, que se cuentan en la historia, que entregaron las torres de por allí, los que metieron á los cristianos en el muro, sino el santo Mártir, que parece estando allí junto, casi les daba la mano para que subiesen. La ermita está ahora muy junto de la puerta llamada del Colodro, conservando la memoria y el nombre de Domingo Colodro, el primer cristiano que entró en la ciudad.

Otros dicen en Córdoba, mas sin ningun fundamento, que estos santos mártires fueron enterrados en la fuente Santa, fuente y ermita de mucha devocion, que está fuera de la ciudad. Ahora está un monasterio de frailes dominicos junto al rio, por aquella parte de la ciudad por donde le bañan los muros, y tiene el nombre y advocacion destos santos mártires. La iglesia deste monasterio es muy antigua, y tambien es muy antiguo el gran sepulcro, donde se cree están los dos santos hermanos enterrados. Que aunque ahora está renovado, todos lo conocimos de obra muy antigua. Y parece haberlos juntado allí nuestros pasados por piadosas causas, que para ello tenian. Sin que en la pérdida de España se sacasen de allí, como en san Eulogio y en los otros dos autores de aquel tiempo se ve claro. Y el afirmarse que los tienen en Tolosa de Francia, debe ser porque se llevó algun tiempo allá gran parte dellos. Así se celebra su fiesta con gran solemnidad á los diez y siete de noviembre, y los martirologios de Adon y Usuardo y el obispo Equilino dicen, que por gloria destos santos mártires se cogian en Córdoba milagrosamente rosas en este dia de su fiesta. En la ciudad los tienen por sus singulares patrones, y allí, y en toda la tierra se nombran muchos de sus nombres, y en todas sus necesidades ocurren á ellos, y hallan muy cierto el amparo de nuestro Señor por su intercesion.

En el insigne y muy celebrado monasterio de nuestra Señora de Monserrat en Cataluña, dentro de la casa hay una iglesia destos santos mártires, donde en su fiesta se hace el oficio con gran solemnidad. Es tan antigua esta iglesia, que hay allí escritura donde se refiere, como el conde Grifeo Peloso (1) la dió al monasterio de Ripoll el año de nuestro Redentor de ochocientos y ochenta y ocho.

En la iglesia de Burgos hacen muy solemne fiesta de santa Victoria; mas es otra santa virgen y mártir, diferente de la que aquí tratamos, como en sus lecciones se refiere.

Un Dion Casio fué cónsul en tiempo de Diocleciano, el octavo año de su imperio, que es el doscientos y noventa y uno de nuestro Redentor, y siete ántes que san Marcelo padeciese. Puédese pensar que viniese éste á gobernar la Bética despues, y fuese el que martirizó estos santos.

CAPÍTULO XXIV.

Fausto, Januario y Marcial mártires.

Padecieron tambien en Córdoba los tres hijos de san Marcelo que restan, Fausto, Januario y Marcial: y en los martirologios de Beda y Usuardo, y en el misal de san Isidoro, y breviario de Sevilla está su fiesta á los veinte y ocho de setiembre, mas en los demás breviarios y en Equilino pasa á los trece de octubre. Todos generalmente cuentan que padecieron en Córdoba, sino solo san Isidoro, que no les señala lugar, aunque escribe largo su martirio. El contarlos por hijos de san Marcelo es de la historia general, y de fray Juan Gil de Zamora, y de Vaseo, y los demás que siguen á aquellos antiguos. Y yo por esto los pongo tambien á esta cuenta, que por lo demas á mi juicio no solamente no fueron hijos de san Marcelo, mas ni aun fueron hermanos. Desto hay muy grandes señas en su historia, que está en los breviarios y santorales antiguos muy proseguida, con harta semejanza de proceso original. Yo pondré aquí lo que en ella y en el misal de san Isidoro hallo, y sean hijos de san Marcelo, ó nó, aquí quedará contado lo que dellos conviene: como de santos muy principales y de mucha autoridad, segun en san Isidoro y en toda parte parece.

El presidente que martirizó estos santos se llamaba Eugenio, y parece que los santos con deseo del martirio, de su gana se fuéron delante dél, pues no hay mencion que los llevasen; y comenzaron á hablar desta manera. ¿Qué haces Eugenio? ¿por qué quieres mas

(1) Wifredo ó Guifredo I, el Velloso. B.

aborrecer y maltratar los siervos de Dios, que crer lo que de su parte te amonestan? Eugenio respondió con ira. ¿Y qué quereis vosotros hombres desventurados? ¿Quien sois? Cristianos somos, dicen ellos, y confesamos á Jesucristo. Un solo Señor tenemos, por quien son todas las cosas, y nosotros tenemos ser por él. Eugenio prosiguió preguntándoles. ¿De dónde os vino á todos tres esta tan desesperada conformidad y compañía? Fausto le responde. En tí solo está la desesperacion, pues sin tener ninguna confianza en Dios, nos quieres forzar le neguemos. No añadió el presidente mas palabras, sino mandó con ímpetu pusiesen luego á san Fausto en el ecúleo ó potro, que era la garrucha, porque tan desacatadamente habia respondido. Condoliéndose los otros dos santos, de ver lo que ya habian de comenzar á sufrir: con humilde caridad le dijo Januario por ambos. O amado Fausto, nuestros pecados son causa de tu pena; y del haberte juntado con nosotros, te redunda toda esta fatiga. San Fausto les quitó esta humilde congoja, y los consoló diciéndoles. Nuestra compañía ha sido siempre por Jesucristo, y así no me puede venir della sino todo bien; y por tal tendré cualquier cosa que me sucediere.

Por estas palabras de los santos, y otras que despues Eugenio dirá, parece no eran hermanos, sino que solo por buena amistad vivian en compañía. Y san Isidoro muy claramente los llama amigos, y celebra mucho el haber perseverado tan unánimes en serlo. Y si fueran hermanos no habia para qué tratar tanto desto.

Pasadas otras pláticas, ya que Fausto estaba á punto de comenzar su martirio; el presidente se volvió á san Marcial, y le dijo. Veo la mala locura déstos, y el ánimo desatinado con que te han hecho entrar en su compañía, para tu destruccion. No te confies en ellos, deja de perseverar con ellos en su maldad. Dios, criador del cielo y de la tierra te destruya, y te castigue, respondió el Santo, pues tan malvadamente me aconsejas mi perdicion. Suba éste tambien en el potro, dijo Eugenio, y poniéndolo en él, con mucho gozo y alegría, dijo san Marcial. Gloria sin fin sea dada á Jesucristo por la merced que me hace, de que yo venga hermano Fausto á tenerte aquí compañía. Con ira furiosa mandó entónces Eugenio así. Atormentadlos, hasta que adoren nuestros dioses. San Fausto, afirmado en su buen esfuerzo cristiano, le replicó. No te será posible á tí, ni al demonio que te incita, apartarnos de la ley de Dios verdadero, y convertirnos á los falsos dioses. Comenzaron despues á atormentar á san Fausto, y los tormentos fueron horribles y nunca oidos. Despedazábanle poco á poco, porque con mas dolor padeciese. Cortáronle las orejas y las narices, rayéronle cruelmente la frente y las cejas, y arrancáronle los dientes de las encías de arriba. Dando gracias á nuestro Señor el santo Mártir, lo sufrió todo con mucha alegría. El presidente, que ya tenia tan triste vision, para poder amedrentar los otros dos mártires, amonestaba á Januario desta manera. Ya ves lo que Fausto ha padecido por perseverar en su malvada confesion. Tal maldad respondió él, persevere en mí, con tal que tambien yo permanezca en particular de la caridad, con que él se mueve á sufrir y hablar así. Fué luego herido y afeado Januario de la misma manera, y acometido de nuevo san Marcial por Eugenio con blandura. Mira (decia él) la locura de tus compañeros, y los males que les ha acarreado. Tú con mejor consejo considera lo que conviene, y apártate de su mala obstinacion. Mi buen consejo, dijo san Marcial, está en seguir á Jesucristo, á quien Fausto y Januario con tanto gozo confiesan en sus crueles dolores.

Ya Eugenio desesperado de vencer los santos, y temeroso de verse mas á la clara vencido dellos, los mandó quemar. Ellos nunca dejaron de amonestar con mucho hervor á los cristianos, que se hallaban presentes, hasta que el fuego les impidió el hablar, y les quitó las almas de los cuerpos, para que libres volasen á Dios, por quien tan altamente se sacrificaban.

En el mártir san Eulogio; hay mencion muchas veces de la iglesia destos santos en Córdoba, donde se conservaban y eran reverenciadas sus cenizas, llamándola algunas veces los Tres santos. Por este mismo vocablo hay mencion della, en unos anales antiguos en latin de mucha autoridad, que por lo ménos ha mas de cuatrocientos años que se escribieron, y andan juntos con un libro antiguo de la iglesia de Santiago de Galicia. Allí hay estas palabras fielmente trasladadas. En la era mil y treinta y tres, á los veinte y cinco de diciembre, fué preso y alanceado por los moros el conde Garcí Fernandez, entre Alcocer y Langa, en la ribera de Duero. Y murió al quinto dia, y fué llevado á Córdoba, y sepultado en los Tres santos, y de allí lo llevaron á San Pedro de Cardeña.

CAPÍTULO XXV.

Otros santos mártires de Córdoba, que padecieron por estos tiempos.

Sin todos los santos que ya de Córdoba quedan puestos, hubo otros algunos mártires en la misma ciudad, que fueron á lo que probablemente se puede creer destos tiempos de los gentiles, que vamos escribiendo, aunque no se sabe como ni cuando padecieron. Porque solo se hallan nombrados en los martirologios, y en algunos breviarios y otros autores, Y entiéndese que fueron destos tiempos, por ser cosa clara que no son de los cristianos mozárabes que despues en tiempo de la cautividad fueron martirizados por los reyes moros. Porque del número y nombres déstos mucha certidumbre tenemos por lo que el santo mártir Eulogio escribió dellos. Estos otros pocos yo los pondré aquí por no tener lugar mas propio donde pudiese escribir dellos.

Los dos martirologios romano y de Usuardo ponen á los veinte y uno de mayo á san Secundino mártir, que padeció en Córdoba. Reza dél la iglesia de Cuenca á los veinte y nueve de aquel mes. El obispo Equilino hizo tambien mencion dél. Mas en ninguna parte hay mas que nombrarlo y por mártir de Córdoba.

Beda y Usuardo ponen en sus martirologios á los catorce de octubre á san Lupo y santa Aurelia, con decir que fueron de Córdoba, mas aun no señala que fuesen mártires. Y en otra ninguna parte no he visto mencion dellos.

Demas destos santos Vaseo, Lucio Marineo Siculo, y el Arcediano de Ronda, cuentan por de Córdoba un santo llamado Narciso. Yo no he visto mencion dél en otra parte, y allí no hay mas que nombrarlo. Y porque nombran los dos de aquellos autores otros santos muy corruptos y trocados sus nombres, pienso que tambien hay allí error en el deste Santo.

CAPÍTULO XXVI.

Santa Marina y santa Eufemia mártires.

Santa Marina es una santa mártir muy celebrada

en España de tiempo muy antiguo. Así tiene suntuosos templos parroquiales en Córdoba y en Sevilla, desde que estas ciudades se ganaron, y se reza della por todos estos reinos. Tiénese por cierto padeció en Galicia á dos leguas de la ciudad de Orense, y allí está su santo cuerpo en iglesia de su nombre, donde llaman Aguas santas, y allí muestran otras memorias de su martirio. Lo demás de sus lecciones en particular parece tomado de las de santa Margarita, como lo notó el maestro Resendio en la carta que escribió á Quevedo. Y la devocion desta Santa es tan antigua en Galicia, que mas ha de seiscientos años se edificó el monasterio de san Salvador de Leriz, cabe Pontevedra, y allí en una piedra se dice como entre otros santos se dedicó el monasterio, á esta gloriosa Mártir.

Este testimonio con su mucha antigüedad es grave y harto autorizado, y así lo son las dos parroquias de Córdoba y Sevilla, para creerse que esta santa Mártir ha sido siempre tenida en mucha veneracion, y muy celebrada en España como santa natural de acá. Aunque de la manera de su martirio no se tenga noticia en particular. Allí en Aguas santas se muestra un horno donde dicen fué metida, y fuente y baños, en que cuentan mostró Dios milagro por la Santa. Y todo aquello es tenido en mucha devocion por aquella tierra. Tambien en el obispado de Leon es la santa Mártir tenida en mucha veneracion.

En la iglesia mayor de la ciudad de Orense, en una capilla colateral de la mayor, tienen con gran veneracion el cuerpo de santa Eufemia mártir, y otros sus compañeros en arco alto, con reja dorada, y arca de bronce, donde está esculpido poco de su martirio, y mucho de su invencion, como tambien está todo pintado en el retablo, siendo la advocacion de la capilla desta Santa. Y el arca estuvo antiguamente cubierta de plata, y fué descostrada y robada en tiempos de guerras. De su martirio no se sabe en particular ninguna cosa, sino que por la invencion de su bendito cuerpo se ve como podeció diez leguas de aquella ciudad, cerca de la raya de Portugal, y de un lugar pequeño llamado el Valle. cabe el rio Caldo, que parece tomó este nombre de los muchos baños naturales que tiene en su ribera. Allí se muestra una peña muy alta y áspera, cuyo llano de encima llaman el Campillo, donde fué hallado el cuerpo desta Santa, y por esto se tiene por cierto que padeció allí. El gran milagro con que se halló, sucedió desta manera. Guardaba allí una pastorcica las ovejas de su padre, y por una gran losa metida entre unas peñas vió salir una mano con un anillo de oro en el dedo. Este tomó la niña, y quedando luego muda se volvió á casa de su padre, que por ver á su hija sin habla, y con el anillo, y por las señas que ella daba fué con ella al Campillo, y puso el anillo en la mano que se mostraba, y su hija habló luego. Oyóse tras esto voz del cielo que decia: aquí esta el cuerpo de santa Eufemia, date priesa á pasarlo con veneracion á la iglesia de santa Marina. Está cerca de allí, y á ella se pasó por entónces el santo cuerpo, y aunque alguna vez se trató de sacarlo de allí, con milagro se volvió.

Despues el obispo de Orense, don Pedro Seguino, con ayunos y oraciones alcanzó de nuestro Señor poder sacar de aquella iglesia el cuerpo de santa Eufemia, y con gran solemnidad lo trujo á la suya de Orense, año de nuestro Redentor mil y ciento y cincuenta y tres. Y lo que se ha dicho del martirio y de la invencion desta Santa, lo escribió este obispo don Pedro; y lo de la traslacion el obispo don Alonso, que poco despues le sucedió, y dice lo oyó todo de personas que se hallaron presentes. Y todo junto con muchos milagros que nuestro Señor ha obrado por los méritos, y por la intercesion desta Santa, se lee en los maitines de la fiesta de su traslacion, que se celebra á los siete de agosto, celebrándose la fiesta principal en setiembre.

Tiene todo esto mucho mayor autoridad por ser antiguo, pues por memorias muy auténticas de aquella iglesia parece como el obispo Pedro Seguino vivia el año mil y ciento y cincuenta y siete. Poco despues el año mil y ciento y sesenta y cinco á los tres de diciembre, el rey don Fernando de Leon, hermano de don Sancho el Deseado, confirmando un privilegio del emperador don Alonso su padre, en que dió la ciudad de Orense á la Iglesia, dice que hace la confirmacion porque se aumente mas, y de pequeña se haga grande la ciudad donde el gloriosísimo cuerpo de la vírgen santa Eufemia entá sepultado. Este es un gran testimonio por la autoridad real que contiene, junto con harta antigüedad. Y yo he visto la escritura original.

En la sacristía guardan con mucha veneracion, y allí lo he yo visto el anillo del milagro, que es grande, y de oro bajo, con una piedra al parecer amatista. Los enfermos tienen gran devocion con esta reliquia, y así la llevan en una cajita con red de plata para que la toquen. Tambien tienen la sábana y velo en que estuvieron envueltos la cabeza y huesos santos, hasta que los elevaron como ahora están.

Ha habido siempre particular cuenta con esta Santa, pues de tan antiguo vemos dos lugares con su nombre, uno en la sierra de Córdoba, y otro en tierra de Leon. Aunque corrompido (como solemos hacer en otros) el vocablo, los nombramos Santofimia. En el sitio tambien desplobado de la ciudad de Castulo, llamado ahora Cazlona, está una grande iglesia con el nombre y advocacion desta Santa, habiendo tambien cofradía suya en la ciudad de Baeza que está allí cerca. Algunos han querido decir que esta Santa padeció allí en Castulo, mas ningun fundamento tienen para afirmarlo. Otras cuatro santas deste nombre se hallan de fuera de España en los martirologios y en el obispo Equilino. Fray Juan Gil de Zamora, cuenta por de España á esta Santa, y lo mismo hace el Arcipreste de Murcia en su Valerio (1), aunque trueca los nombres de las ciudades con ningun fundamento, y harta confusion.

CAPÍTULO XXVII.

Algunos otros santos que hubo en España hasta estos tiempos de que se va tratando.

En estos tiempos de los gentiles, que como luego se verá, duraron hasta ahora, hubo en España otros santos de quien hay memorias bien autorizadas, aunque no tienen particularmente señalado el tiempo en que vivieron, y murieron, y tampoco algunos tienen señalado el lugar. Es cierto el haber sido, y hasta estos tiempos; mas fuera desto, no hay particularidad ninguna de lo que se debiera, y deseara saber para poder dar dellos aquí mas cumplida relacion. Por esta incertidumbre no se pudieron distribuir, y fué necesario ponerlos aquí todos juntos.

San Geroncio fué obispo de Itálica, ciudad muy cer-

(1) En el lib. 3, c. 3, tit. 5.

ca de Sevilla, y habiendo sido preso por la confesion de la fé de Jesucristo, murió en la cárcel. Por esto le podemos tener por mártir, y tambien le podríamos nombrar confesor, conforme á lo que de santa Leocadia decíamos. Esto se refiere así deste Santo en el martirologio de Usuardo, y en el Romano añadido, poniendo su fiesta á los veinte y cinco de agosto. Tuvo este Santo en tiempo de los godos, como parecerá adelante, iglesia allí en Itálica; y á lo que yo creo, en ella estaba su santo cuerpo sepultado. Escriben dél tambien los autores de santos de España (1).

Padecieron martirio en la ciudad de Málaga Ciriaco y Paula, y otros le nombran Cirico, á los diez y ocho de junio: y este dia ponen su fiesta el martirologio romano y el de Usuardo. Cuentan brevemente de su martirio, que despues de haber sido atormentado de diversas maneras, los apedrearon, y saliendo así sus almas de los cuerpos, subieron á gozar con Dios el premio de sus fatigas. Por esto el papa Inocencio Octavo, en el breve que envió á los reyes cotólicos don Fernando y doña Isabel, dándoles gracias por el presente que le enviaron cuando se hubo ganado Málaga; y haciendo mencion destos santos, dijo que habian sido semejantes á san Estevan en su martirio. Hacen tambien mencion destos santos Adon, el arzobispo de Viena, en su martirologio, y de allí lo refieren los dos obispos Equilino y Lipomano. Y los que escribieron de santos de España tomaron de todos.

En los mismos dos martirologios de Usuardo y roromano hallo mencion de dos santos de España Epitacio, obispo, y Basileo, á los veinte y tres de mayo, sin que se haga allí mas que nombrarlos. Y con haber así esta mencion destos santos allí, y en el obispo Equilino, hacen tambien memoria dellos los que escriben de nuestros santos de España.

San Anastasio, soldado de profesion, natural de Lérida, padeció con setenta compañeros en una ciudad marítima, llamada Betulo, que se cree es la que cerca de Barcelona llaman ahora Badalona. Allí tambien fué martirizado un monge llamado Sergio. Con esta brevedad lo refiere el obispo Cabilonense en su topografía y yo no he visto mas mencion dello.

Beda en su martirologio á los trece de octubre nombra solamente, sin decir mas dellos, á tres santos de España, Faustino, Marco y Adria, mas de tal manera los nombra, que parece fueron mártires. Y en otra parte no hallo mencion dellos.

A san Eutiquio de España lo ponen los martirologios romano, de Usuardo, y Beda, á los once de diciembre; y todos añaden que está escrita su vida. Mas nadie señala si fué mártir ó confesor. Tambien le nombra el obispo Equilino. Beda junta de tal manera con él á san Genciano mártir, que da á entender fué tambien español.

En Sevilla es muy celebrado san Florencio, que unos llaman mártir, y otros confesor. Dicen haberse hallado con su cuerpo y reliquias, que en aquella iglesia tienen, un epitafio en latin que trasladado en castellano decia así: el santo varon Florencio reposó en paz á veinte y tres de febrero. Vivió cincuenta y tres años, y fué sepultado á quince de marzo, año de cuatrocientos y ochenta y cinco. Y siendo esto así, confesor fué este Santo, pues en el tiempo que se señala, ni habia persecucion, ni ocasion de martirio. Y la palabra reposó en paz, significa manifiestamente muerte natural, sin prision ni tormento.

(1) En el lib. 12. c. 29.

Dicen tambien fué español, y de noble linaje. Yo no veo destas cosas la certidumbre que querria, y es razon que en ellas hubiese. Aquello del epitafio es de harta autoridad, junto con el rezar dél la iglesia de Sevilla aquel dia. Aunque manifiestamente es de hartos años mas adelante destos tiempos de que ahora se trata.

La ciudad de Asta fué notable en el Andalucía en tiempo de los romanos, y el sitio donde estuvo, y donde parecen hasta ahora sus destrozos, entre Jerez de la frontera y el puerto de Santa María, retiene todavía el nombre antiguo. El Arcediano de Ronda en su libro de los santos de España dice padecieron allí martirio tres santos llamados Honorio, Euticio y Estevan. Su fiesta añade que se celebra á los veinte y uno de noviembre. Yo ninguna otra mencion he visto destos santos en los martirologios ni en otra parte, sino es que lo refiere Vaseo como lo halló en el Arcediano.

En lo postrero de la parte del reino de Toledo, que llaman Alcarria, está la villa de Cifuentes, muy conocida por el título que da al condado, y por otras cosas insignes que tiene. Una mas principal es tener el cuerpo de san Blas mártir en un monasterio de monjas de la órden de Santo Domingo que está cerca del lugar con nombre deste Santo. Allí tiene un rico sepulcro de alabastro, y la devocion y reverencia de toda aquella tierra con este Santo es cosa muy señalada y extendida. Muchas iglesias parroquiales de los lugares de por allí tienen el nombre y advocacion deste Santo, y el monasterio de frailes de la órden de san Gerónimo, que está en el lugar de Villa Viciosa, así mismo lo tiene; y y en los hombres es tan comun, que no hay otro mas usado. Los de aquella tierra tienen por cierto que aquel su Santo es el obispo y mártir que celebra la iglesia generalmente á los tres dias de febrero. Para esto muestran á la ribera del rio Tajo. que corre por allí cerca, las ruinas de una ciudad antigua, que ellos dicen haberse llamado Sebastia. Muestran asimismo la cueva donde el Santo vivia en la montaña, y donde el presidente Agricolao descubrió con los perros cazando. Y este lugar tienen en mucha reverencia. Así tambien señalan el nombre de la provincia de Capadocia en aquella tierra, y otras cosas que vengan en conformidad de lo que del santo Obispo se cuenta en su leyenda. Esta es la persuasion piadosa de la gente de aquella tierra. Lo que yo desto tengo por cierto es, que allí hubo otro santo llamado Blasio como el de Capadocia. Y porque no tuvieron nuestros pasados muy antiguos escritura ni otra memoria de las cosas de su Santo, atribuyéronle, siguiendo la conformidad del nombre. lo que del otro Santo hallaban. Muévome á creer así esto por ver que san Blas, obispo de Sebastia, y su martirio tienen grande autoridad y certidumbre en la Iglesia, así que casi en toda la cristiandad se reza dél, y se celebra su fiesta, teniéndole por Santo de aquella ciudad y provincia de Asia la Menor. Y querer contradecir una cosa tan recibida, autorizada y extendida en la Iglesia, no es bien hecho. Pues estotro nuestro santo Blasio de Cifuentes, yo lo tengo tambien por muy cierto y autorizado, por venir como viene de tiempo antiquísimo y sin memoria de principio, el reverenciarse aquel santo cuerpo en aquella tierra, con todo el culto tan substancial y autorizado, como es dedicarle iglesias, y todo lo demás que hemos dicho. Y el infante don Juan Manuel (llamado Infante por ser nieto del rey don Fernando, el que ganó al Andalucía, por su hijo el infante don Manuel) fundó aquel monasterio

de San Blas, allí cabe Cifuentes, donde está el cuerpo santo para su honra y veneracion. Así que en aquellos tiempos tan antiguos, y una persona de tanta autoridad tenia por cierto haber allí cuerpo santo deste nombre, y con este fundamento edificó aquel monasterio. Y así pasa por esto el infante en la escritura de la dotacion, como cosa sabida y averiguada. Yo he visto esta escritura, que fué otorgada en Cifuentes á los veinte de junio, la era mil y trescientos y ochenta y cinco, que es el año de nuestro Redentor mil y trescientos y cuarenta y siete.

CAPÍTULO XXVIII.

Muchos santos que algunos atribuyen á España, y no le pueden pertenecer.

Los autores que han escrito de santos de España, movidos por algunas causas no bien consideradas han atribuido á España algunos santos que por ninguna razon le pueden pertenecer, ni contarse por della. Aquí trabajaré de dar entera razon de todo esto, con algunos buenos y claros fundamentos para que cesando el error se manifieste la verdad en esta materia, donde es tan justo que la haya.

Los mas antiguos santos que se atribuyen á España sin ser suyos, son san Félix, presbítero, con dos diáconos suyos, Fortunato y Archiloco, que otros llaman Arquileo, y ya se hizo mencion dellos atrás en tiempo del emperador Septimio Severo, cuando ellos padecieron, remitiendo para aquí el dar la claridad en esto. Estos santos padecieron en realidad de verdad en la ciudad de Valencia, que está cerca de Leon de Francia. Así se afirma en todos los tres martirologios romano, de Beda y Usuardo, escribiendo todos en conformidad la manera de su martirio y todo lo demás. Y esto es cosa de mucha autoridad, como entiende quien bien juzga. Tambien se dice allí como el mártir san Ireneo, que fué obispo de la ciudad de Leon en Francia, los envió á predicar á aquella ciudad de Valencia, donde fueron martirizados. ¿Y quién osará negar que no los envió á la ciudad allí comarcana, afirmando fueron enviados á ésta nuestra Valencia, que le caia tan léjos? A lo de allí cerca tenia el Santo obligacion por su oficio, y á aquello queria proveer, que con lo que estaba tan léjos como España no podia cumplir. Aunque su caridad y buen deseo se extendiese hasta acá, su posibilidad no llegaba. Siendo esto así, el doctor Pedro Antonino Beuter en su corónica quiere probar muy de propósito que estos santos fueron martirizados en nuestra Valencia de Aragon. Sus razones tienen poca fuerza, y una que pudiera tenerla, es la mas flaca de todas, por no tener fundamento de verdad. Dice, que aquella Valencia de Francia era entónces muy poca cosa, y así no haria san Ireneo tanto caso de enviarle predicadores, como á nuestra Valencia, que era entónces, segun él dice, insigne ciudad, y tenia mucha comunicacion y trato con Francia. Esto es al contrario, pues Plinio dice que aquella Valencia de Francia era colonia, y esto es lo mas que entónces podia haber en una ciudad para ser muy ilustre. Dice, que en Játiva les tienen á estos santos rico templo, reverenciándolos como á sus apóstoles y predicadores. Esta devocion de Játiva pudo tener harto piadoso principio en la semejanza del nombre de las dos Valencias. Y fuera desto por muchas otras causas bien diversas se comienzan, como vemos, en los pueblos semejantes devociones. Y el no rezar Valencia, como de hecho en lo antiguo no reza, destos santos parece fué por haberse desengañado con la verdad. Que si esto no fuera, no es creible que así se olvidara. A todo lo demás que en esto dice aquel autor, no va nada que no se responda. Ni tampoco al obispo Equilino, que fué de su opinion.

Hubo en la provincia llamada el Ponto Galático, junto con la provincia de Capadocia (como se halla en Tolomeo) una ciudad llamada Cordula, á quien algunos nombran Corduba, como se llama en latin nuestra Córdoba del Andalucía. Los que la hallaron nombrada así aquella ciudad en todos los martirologios, cuentan por de nuestra Córdoba á los santos que fueron martirizados allá en tiempo del emperador Decio. Los mártires son estos: Olimpias y Máximo, á los quince de abril. A los veinte y dos del mismo, Parmenio, Helimena y Crisotelo, presbíteros, Lucas y Mucio, diáconos. Quien con atencion leyere los martirologios verá claramente como son de la Asia estos santos, y aun en algunos martirologios romanos mas emendados Corodna nombran á esta ciudad, y es la que deste nombre ponen Tolomeo y otros autores en la Persia, y esto es mas verdadero, y mas conforme á lo que allí se trata. Algunos tambien ponen en esta cuenta de mártires de nuestra Córdoba la del Andalucía á los mártires Abdon y Senen, engañados con el mismo error.

Es cosa insigne en los martirologios, y en el obispo Equilino, y en otros autores, á los diez y ocho de julio la fiesta de los doce mártires llamados Escillitanos, por haber sido naturales de una ciudad principal de África, de donde tomaron este nombre. Los propios suyos fueron Esperato, Martalo, Cytino, Beturio, Félix, Aquilino, Letacio; y mujeres, Generosa, Besia, Donata y Secunda. Otros diferencian algo en algunos nombres déstos. Martirizolos con gran diversidad de tormentos el prefecto presidente Saturnino en la ciudad de Cartago, que era como cabeza principal de toda aquella provincia de África. Sin toda esta autoridad y certificacion, tienen otra estos santos harto notable, que es nombrarlos san Agustin, y decir el obispo Posidio en la vida que escribió del santo Doctor, que predicó un sermon en la festividad destos santos. Tambien es cosa harto autorizada en ello su traslacion, cuando se trujeron sus reliquias con las de san Cipriano á Leon de Francia, como brevemente se refiere en el martirologio de Beda, y mas por extenso en unos versos que andan impresos con las obras de san Cipriano. Siendo todo esto así tan claro y tan testificado, afirman algunos que estos santos padecieron en nuestra ciudad de Cartagena. Y si trujeran algun fundamento mas que ser todo uno en latin el nombre de las dos ciudades, yo les respondiera aquí cumplidamente. Mas no hacen mas de afirmarlo, sin dar otra razon, habiendo estotras tantas y tan ciertas.

El Arcediano de Ronda en su libro de los santos de España, pone juntos en un capítulo por mártires de España, á Julio, Juliano y Casiano, y dice los celebra la Iglesia á los tres dias de diciembre. Y en aquel dia yo no hallo en los martirologios, ni en otra parte, sino á solos Casiano y Julio. Mas Casiano se dice expresamente que padeció en Tanjer, ciudad muy conocida en África. Y á Julio hace Beda compañero de Ambico y Victor, y dice todos padecieron en la ciudad de Nicomedia. Mas los otros martirologios no hacen mencion dél. Yo cierto no veo ningun fundamento por qué se cuenten estos santos por de España. Y hácelo todo mas sospechoso el juntar con

ellos el Arcediano como sus compañeros, y que padecieron con ellos en un mismo dia Augurio, Fructuoso y Vincencio. Augurio y Fructuoso con Eulogio fueron ínclitos mártires de España, y su fiesta se celebra en enero, y ya queda escrito dellos en su lugar. No hay para qué mezclarlos así, y ya á Vaseo no le pareció esto bien. Tambien hemos dicho de todos los Vincencios, y ninguno tiene que ver con esta compañia.

Tambien pone luego el Arcediano por natural de España á santa Bibiana, y señala que es la que celebra la Iglesia á los dos de diciembre. Esta Santa es muy conocida y muy celebrada casi en toda la cristiandad, y en todas las partes donde se trata della con autoridad y certidumbre, se dice fué natural de Roma, y de allí se nombran sus padres caballeros. No hay por que trasladarla así á España sin ningun fundamento.

Todo lo de juntar á san Narciso mártir con san Felix el de Girona, es cosa que no puede tampoco tener fundamento. Y las adicciones nuevas del martirologio de Usuardo, á los diez y ocho de marzo, lo hacen aleman de Suevia ó Baviera, y que con un subdiácono Felix vino á predicar á España, y fué martirizado juntamente con su diácono en Girona. Todo esto, y lo demás que se escribe desto Santo, yo lo he leido, y todo lo veo confuso y sin buen concierto, como le verá claro quien leyere los dos martirologios romano y de Beda en aquel dia de marzo. Y mayor confusion que todas es la del breviario de Valencia en esto. Solo veo cierto y autorizado el haber venido acá, y aun no tanto el haber padecido en Girona.

Lucio Marineo Sículo hizo naturales de España á los dos santos mártires Guirico y Julita. Erró tomando los nombres de Hisabria ó de Iberia por el de España, como por los martirologios á los quince de julio claramente se ve.

En este autor y en otros está muy confuso lo que se cuenta del monge Felix, natural de aquí de Alcalá de Henares, y de sus compañeros mártires que padecieron en Córdoba. Mas no son destos tiempos, y el mártir san Eulogio, que ya anda impreso, escribió dél, y yo en su lugar lo referiré (1).

El Arcipreste de Murcia en su Valerio de las historias pone por santas de España, que dice fueron martirizadas acá por Daciano, á santa Sabina y santa Fides. Fuera bueno diera alguna razon por donde esto se entendia. Ahora no haciendo mas que decirlo, no se podrán muchos inclinar á creerlo.

El papa san Marcelo tuvo la Silla apostólica cinco años, seis meses, y veinte y un dias, con morir á los trece de enero del año trescientos y diez. Con vacante de veinte dias fué elegido san Eusebio á los seis de febrero. No vivió despues mas que un año, siete meses, y veinte y siete dias, pues murió á los cuatro de octubre del año trescientos y once. La vacante no duró mas que siete dias, siendo elegido san Milciades, que otros llaman Melchiades, á los diez del mismo mes. Y él era sumo Pontífice por este tiempo que el emperador Constantino, de quien ya queremos tratar entró de hecho en el Señorío.

(1) En el lib. 3, tit. 8, c. 5.

CAPÍTULO XXIX.

La memoria que dicen quedó por España en algunas piedras desta persecucion, con otras piedras destos emperadores.

Entre aquellas piedras antiguas de España, que como hemos dicho algunas veces, puso Ciriaco Anconitano en sus antigüedades, están dos que tienen memoria desta crueldad y deste estrago con que los cristianos acá fueron muertos y destruidos. La una piedra dice así:

DIOCLETIAN. IOVIVS. ET. MAXIMIANVS. HERCVLIVS. CAESS. AVGG. AMPLIFICATO. PER. ORIENTEM. ET. OCCID. IMP. ROM. ET. NOMINE. CHRISTIANOR. DELETO. QVI. REMP. EVERTEBANT.

Y dice en castellano: Los dos emperadores césares Augustos Diocleciano, Jobio y Maximiano Hercúleo, habiendo extendido y ensanchado el imperio romano por el oriente y por el occidente, y habiendo deshecho y consumido el nombre y religion de los cristianos que destruian la república. La otra piedra dice:

DIOCLETIAN. CAES. AVG.
GALERIO. IN. ORIENTE. ADOPT. SVPERSTITIONE. CHRIST.
VBIQ. DELETA. ET. CVLTV.
DEOR. PROPAGATO.

Dice en nuestra lengua: El emperador Diocleciano César Augusto, habiendo prohijado para el imperio del oriente al césar Galerio, y habiendo deshecho y consumido en todas partes la supersticion de los cristianos, y acrecentado y extendido la religion y culto divino de sus dioses.

Estas dos piedras dicen unos que estaban en Clunia, y otros que en otras partes. Yo no sé dellas mas de lo que he dicho, y así las pongo como las hallo, sin mas certificacion.

Sin éstas dicen hay por acá otras memorias en piedras destos emperadores. Yo las pondré aquí como por acá andan, sin que yo pueda afirmar cosa cierta dellas á la ribera del rio Tajo, en Estremadura, dicen hubo piedra con estas letras.

AETERNI. IMPERATORES. INVICTI. ET. AVGVSTI. PERPETVI. DIOCLETIANVS. MAXIMIANVS GALERIVS. ET CONSTANTIVS. TEMPLO. MATRI. DEVM. CONSTRVCTO. IN. RIPIS. TAGI. SVB. NOMINE. MAGNAE. PASIPHAE. VACCAM. FORDAM. ALBAM. PRIVATVM. DIANAE. SACRVM. IMMOLAVERE.

Trasladada en castellano dice: Los emperadores eternos invencibles y perpetuos augustos Diocleciano, Maximiano, Galerio y Constancio, habiendo mandado edificar un templo en la ribera de Tajo á la madre de los dioses, intitulándola la gran Pasifae, sacrificaron una vaca blanca, que estaba preñada por particular sacrificio á la diosa Diana. Aquí se tocan algunas antigüedades de las supersticiones de los gentiles: mas no me quiero detener en declararlas, por ser cosa larga y muy agena de la historia.

Tambien dicen, que en Coruña, ó Clunia, hubo piedra con estas letras, y parece basa de estatua.

IMP. MAXIMIAN. HER-
CVL. CAES. AVG. CONS-
TANTIO. IN. OCCID. CAES
EFFECTO. ET. IMP. REIP.
LONGE. LATE. QVE. AVC.
TO. ET. CVM. DIOCLETIA-
NO. PRINCIPE. INVICT. E-
TIAM. VNO. TEMPORE. COL-
LEGA EFFECTO.

Dice en nuestra lengua. Esta estatua se puso al emperador Maximiano Herculio César Augusto, despues que habia hecho césar en el occidente á Constancio, y habia acrecentado muy extendidamente por todas partes el imperio de la república, siendo juntamente compañero en el imperio por este tiempo con el invencible príncipe Diocleciano.

Este emperador Constancio, de quien aquí se hace mencion, tuvo ahora á España, pues fué emperador del occidente, y fué padre del gran Constantino. Púsosele estatua en Córdoba, como parece en la basa della, que está en una pared de la iglesia de san Nicolás de la villa. Es de mármol cárdeno, y dice así.

FORTISSIMO ET INDVLGEN-
TISSIMO PRINCIPI DOMI-
NO NOSTRO CONSTAN-
TIO VICTORI PERPETVO
SEMPER AVGVSTO
DECIMVS GERMANIANVS VIR CLA
RISSIMVS CONSVLARIS PROVIN-
CIAE BAETICAE, NVMINI MAGES-
TATIQVE EIVS DICATISSIMVS.

Y dice en castellano. Esta estatua puso Decimio Germaniano, varon clarísimo consular de la provincia Bética al valentísimo y benignísimo príncipe nuestro señor Constancio vencedor perpetuo semper augusto. Y púsosela como muy sujeto y dedicado á su divinidad y magestad.

En otra piedra que dicen habia cerca de la villa de Carmona, en el Andalucía, se da noticia, como en este tiempo tambien gobernó àquella provincia con cargo de procónsul Lucio Aelio, enviado por este emperador Maximiano. Porque segun refieren tenia estas letras, que son de basa de estatua, que los de la tierra por buen juez y por buen capitan le pusieron.

L. AELIO. BAETICAE. PRO-
COS. OB. PROVINCIAM. VI-
CE. SACRA. MAXIMIANI. HER
CVLII CAES. AVG. OPTIME.
ET. FORTISS. ADMINISTRA-
TAM. DECVRIONES MVNICI-
PIORVM. PATRIAE.

En nuestra lengua dice. Esta estatua pusieron los regidores de los municipios y lugares desta tierra á Lucio Aelio: por haber gobernado con gran bondad, y defendido con grande esfuerzo esta provincia en el cargo de su proconsulado del Andalucía, cuando la gobernó, teniendo las sagradas veces y divino poderío del emperador Maximiano Herculio César Augusto.

Estas piedras no son muy ciertas. Las que se siguen lo son, porque aunque yo no las he visto, es cosa sabida que las hay, por relacion de hombres doctos y fidedignos, que las vieron y sacaron. La siguiente está en la iglesia mayor de Tarragona, y dá noticia, como por este tiempo fué presidente en la España Citerior Postumio Luperco, pues dice así, siendo al parecer basa de estatua.

MAXIMIANO. P. F. IMP.
PONT. MAX. TRIB. PO-
TEST. II. COS. II. PRO
CONSVLI. POSTHVM.
LVPERCVS PRAEF.
PROV. HISP. CIT. DE
VOTVS NVMINI. MA-
GESTATIQVE. EIVS.

En castellano se traslada así. Esta estatua puso al emperador Maximiano piadoso, venturoso, pontífice máximo, y que tenia ya la segunda vez el poderío de tribuno del pueblo, y era cónsul la segunda vez, y tenia dignidad de procónsul, Postumio Luperco, presidente de la provincia de la España Citerior, devoto y consagrado á su deidad y magestad. Esta piedra señala el año de nuestro Redentor doscientos y ochenta y siete: pues éste fué el en que tuvo este emperàdor su segundo consulado, aunque puede tambien señalar uno de los dos siguientes, que pasaron sin tener el tercero consulado.

En Alcalá del Rio, dos leguas de Sevilla, una coluna tiene letras con dedicacion al emperador Maximiano, y por estar quebrada por lo bajo, no se entiende mas que esto della.

En una calzada, que sale de la ciudad de Evora hay muchos mármoles para medidas del camino, y en uno que se puede leer, se ve, como es deste emperador Maximiano: pues dice así.

IMP CAES. MAXI-
MIANO. PIO FELI
CI. AVG. AB. EBO-
RA. M. P. XII.

En castellano. Mandóse poner esta coluna, que señala doce millas de Evora hasta aquí, con memoria del emperador Maximiano César Augusto religioso y venturoso.

El fin del libro pasado quedó en el papa san Cayo, que habiendo sido sumo pontífice doce años, cuatro meses, y seis dias, fué martirizado á los veinte y dos de abril, el año doscientos y noventa y seis. Duró la vacante dos meses y ocho dias, hasta ser elegido san Marcelino el primer dia de julio siguiente, y vivió despues siete años, nueve meses y veinte y seis dias muriendo mártir á los veinte y seis de abril del año trescientos y cuatro, con vacante de dos meses, fué elegido san Marcelo á los veinte y siete de junio, y él era sumo pontífice por este tiempo.

CAPÍTULO XXX.

El tiempo del emperador Constantino. La epístola del papa Milciades, y de Osio, obispo de Córdoba.

Despues de haber Diocleciano y Maximiano dejado el imperio, y sucedido en él juntos y en diversos tiempos Maximino Galerio, Constancio, Licinio y Majencio, todos gentiles, vino al fin á parar en solo Constantino, que llaman comunmente el Grande, y es

muy famoso y conocido por la victoria que ganó de Majencio, armándose con la señal de la cruz, que le fué mostrada del cielo. Tambien es muy conocido Constantino, porque la Iglesia Cristiana salida de tan cruel persecucion, como habia estos años de atrás padecido, comenzó á tener alivio y descanso en tiempo deste príncipe, que fué el segundo emperador cristiano despues de Filippo. Al principio de su imperio, que fué el año trescientos y seis en agosto, no tuvo Constantino mas que á Francia y España, como su padre Constancio se las habia dejado. Mas despues poco á poco deshizo á todos los otros emperadores, y se quedó solo con todo el señorío del mundo. Y esto fué en diversos tiempos, de los cuales conviene mucho tener noticia, so pena que se sentirá harta confusion en algunas cosas, de las que aquí se han de contar. Venció, pues, y mató á Majencio á los veinte y cuatro dias de setiembre, el año trescientos y doce de nuestro Redentor, y séptimo del principio de su imperio, y con esto hubo el señorío de Roma y de toda Italia y África. El año siguiente trescientos y trece murió Maximiano, y así quedó Licinio con toda la Siria, demas de la Tracia y el Ilirico, y otras provincias que tenia. Despues el año trescientos y veinte y cuatro, y diez y nueve del imperio de Constantino, él venció á Licinio en Ungría, y le forzó á dejar todo lo que tenia. Ya entónces quedó Constantino señor universal de todo lo que ántes habia estado repartido. Así aunque el ser señor de España habia comenzado tanto ántes, su universal señorío no fué hasta ahora.

Luego en los principios del imperio de Constantino, hubo en África un grande alboroto de los herejes Donatistas: y porque alcanzó esto hasta España, será necesario dar aquí cuenta dello (1). El movimiento tuvo orígen deste principio. Como ya se ha visto, la persecucion de Diocleciano comenzó por pedírseles á las iglesias los libros, que de la Sagrada Escritura y santos Doctores pasados tenian, para quemarlos. Tambien les pedian á los obispos los vasos preciosos y ornamentos ricos, que para el servicio de las iglesias habia. Los obispos y los otros sacerdotes, que con flaqueza, por miedo de la muerte entregaban lo que desto se les pedia por los jueces y ministros de Diocleciano y Maximiano, quedaban muy infamados entre los cristianos, y llamábanlos desde ahí adelante por oprobio con vocablo latino traditores, como ya se dijo que nombraban á otros malos cristianos en otro tiempo libelados y sacrificados. Y deste vocablo de traditores ya se dijo todo lo necesario en lo de san Vicente. De todo esto hay mucha mencion y claridad en todo lo que escribió san Agustin contra los donatistas (2), y señaladamente contra Parmeniano, y contra Cresconio, y en aquella obra que él intituló Colaciones contra ellos. Siendo esto así, los herejes Donatistas y sus obispos de África, sin ningun buen fundamento, comenzaron á llamar traditores á los obispos católicos de África, y tambien á los de España: oponiéndoles, que habian entregado los libros sagrados en la persecucion. Entre los otros señalaban al obispo de Córdoba Osio, y á sus súbditos católicos cordobeses. Siendo este obispo un varon insigne, y de quien de aquí adelante tendrémos mucho que contar. Y estaba tan léjos de ser verdad lo que le imputaban, que ántes hay autores, de como en esta persecucion ganó la gloria y nombre de confesor (1). Y esta infamia, que con tal nombre de traditores se les dió entónces á los cordobeses, bien se entiende de aquí, cuán santo y honrado principio tuvo: de que se pueden bien preciar y alabar á Dios, por la merced que fué servido en aquel tiempo hacer á los de aquella ciudad, con darles tal constancia en ser católicos cristianos, y que sufriesen esta injuria de ser falsamente calumniados por ello. El alboroto de África se encendió malamente, hasta llegar á oidos del emperador Constantino, que mandó ir allá algunos de los obispos herejes, y tambien de los católicos, y entre ellos fué Osio por lo de España. El papa Milciades trató la causa, y fueron condenados los obispos herejes, y el emperador los mandaba matar á todos. Esta crueldad de la sentencia atribuian ellos á Osio, cuya autoridad era muy grande con Constantino. Y fué la verdad, como despues se entendió, y san Agustin afirma, que á peticion de Osio templó el emperador su ira, y por esto no se ejecutó la cruel sentencia.

Este santo sumo pontífice Milciades escribió una epístola decretal (que anda en el primer tomo de los concilios, y hay algunos cánones della en el decreto) á los tres obispos Marino, Leoncio y Benedicto, y á todos los demás de España, del buen ejemplo que deben dar los prelados, á los cuales llama ojos de Dios, y colunas de la Iglesia. Trata tambien del sacramento de la confirmacion, y de otras cosas sobre que le habian consultado. Por los cónsules Rubrio y Volusiano, que se nombran en la data desta carta, se entiende, como se escribió el año trescientos y catorce de nuestro Redentor: que fué el último deste santo papa, y el nono del emperador Constantino. Y pudo muy bien ser que alguno de los tres nombrados en esta carta, fuese arzobispo de Toledo. Mas aunque esto se puede conjeturar, no se puede afirmar nada. Mas probabilidad, y alguna manera de certidumbre hay en que hubo á esta sazon concilio nacional en España: pues parece que todos los obispos de acá consultaron al papa: y esto no se pudo hacer, sin se haber juntado en concilio. Y ya éste por la cuenta que llevamos, seria el cuarto de los que se puede tener alguna noticia.

Once años despues, el trescientos y veinte y cinco se celebró el concilio universal en Nicea, ciudad de Asia, contra la herejía de Arrio, y fué uno de los mas señalados que ha habido en la Iglesia de Dios, por haber sido el primero universal, y haberse contado en él trescientos y diez y ocho obispos, y tratádose y ordenádose por ellos cosas santísimas. Y no hay duda, sino que se hallaron en él algunos obispos de España: y así se refiere en los dos originales antiguos, que tiene la santa iglesia de Toledo de los concilios. Mas dice el que los escribia, que en los originales de donde él trasladó, no halló mencion de mas que solo Osio, el obispo de Córdoba. Y él es tan celebrado en este concilio, que parece estaba en él entónces muy gran fundamento y mucha parte del buen gobierno de la Fé Católica. Él es el primero que allí firma, y él escribe al papa Silvestre, por la confirmacion del concilio con otro obispo de Constantinopla, y con los dos legados del papa. Y por todo lo de adelante se irán contando las grandezas deste obispo Osio, porque fueron cierto dignas de memoria: y con el tri te fin que despues hizo, es un gran-

(1) En el c. I deste lib. 10 y en lo de san Vicente el de Valencia. (2) San Agustin en el lib. I, contra la Epístola de Parmeniano en los primeros capítulos del principio: Osio obispo de Córdoba.

(1) Theodoreto en el lib. 2 de su Historia Eclesiástica c. 8, y san Atanasio en su apología. Sozomeno lib. I, c. 15, y en el lib. 4, c. 5.

de ejemplo de recelo y temor cristiano, para que cada uno con humildad tema gran caida del lugar alto, si Dios le soltare allí de su mano. Y véese la grande autoridad que Osio tuvo cerca de Constantino, pues le escribió aquella notable provision, que se halla en el Códice Teodosiano (1), y por los cónsules que allí se nombran parece, como se le envió el año de nuestro Redentor trescientos y veinte y uno. En el mismo códice parece, como el año siguiente trescientos y veinte y dos escribió tambien Constantino á los lusitanos.

CAPÍTULO XXXI.

El concilio que se hizo en Iliberi, cerca de Granada.

Ya atrás se han ido señalando los cuatro concilios que hubo en España, mas no habiéndose tenido cuenta con aquellos, comunmente se señala por el primero el que se celebró en tiempo deste emperador Constantino, sin que en los originales impresos esté señalado el año, sino solo se dice haber sido muy cerca del tiempo del concilio Niceno. En los dos originales de Toledo, y en el de San Millan de la Cogulla, y en otros, de quien ya se dijo en el prólogo, y se dirá adelante mas en particular, está señalada la era trescientas y sesenta y dos, que es el año de nuestro Redentor trescientos y veinte y cuatro.

El lugar donde se celebró este concilio, sin duda fué la ciudad de Iliberi, que estaba entónces muy cerca de Granada, y parecen ahora sus ruinas en lo alto de la sierra de Elvira. En el libro impreso de los concilios se dice que se juntó este concilio en la ciudad de Iliberi, en el condado de Rosellon, que ahora es un pequeño lugar llamado Colibre, cerca de la villa de Ampurias. Mas Gaspar Barreiros, hombre de gran noticia de antigüedad, y de diligencia notable en averiguarla, prueba manifiestamente en su itinerario como este concilio no pudo hacerse en Colibre, y es forzoso que se haya hecho acá cabe Granada. Sus razones son muchas y muy buenas, y en su libro están bien á la larga proseguidas, por esto se pondrán aquí en suma. Aquella Iliberi de Cataluña, dice él en este tiempo, y aun de mucho ántes estaba destruida y asolada, sin que pudiese tener aparejo para juntarse allí concilio. Aun en tiempo de Plinio, que es muy atrás, estaba ya destruida aquella ciudad, y encarécelo él tanto, que dice no habia en ella mas que un pequeño rastro y señal de la gran ciudad antigua. Sin esto, todos los diez y nueve obispos que allí se juntaron para el concilio, fueron del Andalucía, ó de lo muy interior de España, sin que haya ninguno de los vecinos al condado de Rosellon, como serian Barcelona, Urgel, Tarragona y otras por allí. Pues no es verisímil que yendo los obispos de tan léjos á aquel concilio, no fuésen los de tan cerca. Fuéron sin duda los del Andalucía y los de sus comarcas, porque les caia cerca Iliberi la de allí. Tambien aquel concilio tiene título de concilio de España, y no estaba en España la otra Iliberi, sino en Francia, como por Plinio, Pomponio Mela y Estrabon parece. Y finalmente nunca jamás se halla obispo de aquella Iliberis, y destotra del Andalucía se nombran muchos, como en lo de adelante parecerá. Y en este concilio obispo hay firmado de la misma ciudad. En el nombre tambien dice Barreiros que difieren estas dos ciudades, pues todos los cosmógrafos llaman Iliberis á la de Francia, y Eliberis es el verdadero nombre de la del Andalucía. Desto yo he tratado diversamente, y con mas averiguacion en otra parte. Los diez y nueve obispos españoles que se hallaron y firmaron en este concilio son éstos, sacados por los originales antiguos de mas de seiscientos años, que yo he visto.

1 Felix, obispo Accitanio, que era el de Guadix, y así se ha de leer, aunque en los libros impresos está un poco diferente.
2 Sabino, obispo de Sevilla.
3 Sinagio, obispo de Epagrense, y no se entiende bien donde era.
4 Pardo, obispo Mentesano, de cerca de Cazorla.
5 Cantonio, obispo Urcitano ó Vergitano, como tiene el original antiguo de San Millan de la Cogulla. Y de Urci ó Vergi algunas veces tratarémos que ciudad sea, y ya se ha dicho tambien algo della.
6 Valerio, obispo de Zaragoza.
7 Melantio, obispo de Toledo. Ya éste es el tercero arzobispo de Toledo, digo tercero de los que tenemos noticia. Y así se ha de entender siempre el número en esta cuenta que yo llevare.
8 Vincencio, obispo de Osonoba, que era en la costa del Algarve y Barreiros, dice se llama ahora Estombar.
9 Succeso, obispo Eliocrocense, y no sabré dar razon desta ciudad por no haber mencion della en ninguno de los cosmógrafos antiguos. Y los libros antiguos este nombre tienen.
10 Patricio, obispo de Málaga.
11 Osio, obispo de Córdoba.
12 Secundino, obispo Castulonense. Así está en los originales viejos, y no Catraleucense, como corruptamente se lee en los libros impresos.
13 Camerino, obispo Tuccitano, de Martos.
14 Flavino ó Flaviano, obispo Iliberitano. Los libros de Toledo y todos los antiguos.
15 Liberio, obispo de Mérida.
16 Decencio, obispo de Leon.
17 Januario, obispo Salariense, de una ciudad que siendo ahora no muy gran lugar en el Algarve, se llama Alcazar de la Sal (1). Mas, pues, este obispo se nombra en los originales mas antiguos Salariense, y no Salaciense, podremos bien creer que era de la Colonia Salariense, de quien ya se hizo mencion, contándola entre las otras colonias de la Citerior, cuando en tiempo del emperador Adriano, se puso la division de España, como Plinio la puso.
18 Quinciano, obispo de Evora.
19 Eutiquiano, obispo Bastetano, que así está en los originales. Y era de Baza.

He puesto los nombres destos obispos tan en particular, porque por ellos y sus ciudades se entenderá alguna parte del estado de la Iglesia de entónces en España. Y por esta misma razon los pondré siempre adelante en todos los demás concilios, pues no podré dar otra mayor noticia de nuestras cosas en esta parte.

En este concilio hay ya mencion de doncellas que se ofrecieron á Dios con su virginidad en España, y parece éste el principio del estado y religion de las monjas de acá. Ordénase tambien que haya ayuno cada mes, sino en julio y agosto por los calores. Provéese asimis-

(1) En el tit. de Sac. Sanct. Eccles.

(1) Alcazar do Sal no pertenece á la provincia de Algarve sino á la de Alentejo. B.

mo en el postrero canon una cosa harto notable y de singular ejemplo de recato, y honestidad y encogimiento para las mujeres casadas, pues se les veda que ni ellas escriban carta ninguna á ningun seglar, en solo nombre suyo, sino de su marido juntamente, ni tampoco la puedan recibir sin que tambien venga el sobre escrito con el nombre de su marido.

Hácese memoria de los obispos que allí llaman de la primera silla, y éstos eran los metropolitanos, y con este nombre los diferencian de los demás, que en comun se llamaban todos obispos, como ya se ha dicho, y se ve en todos los concilios antiguos despues déste. Y de la antigüedad de los metropolitanos en España ya se dijo en su lugar.

De aquí adelante en todos los concilios de España que se pondrán en esta historia, yo escribiré todo lo del número y de los nombres de los obispos que en ellos se hallaron, y de algunas otras cosas como está en los insignes originales antiguos de la santa iglesia de Toledo, y del real monasterio de San Lorenzo del Escorial, de cuya grande autoridad se dirá ántes de entrar en el libro undécimo. Por esto no se ha de maravillar nadie, si hallare aquí mucha diferencia y novedad de lo impreso. Y quíselo avisar aquí de una vez, por excusar el fastidio que fuera andar siempre refiriendo y alegando estos originales en todas las menudencias donde habia diversidad.

Tambien se celebró en tiempo del papa Silvestre y del emperador Constantino, sin que se señale el año, el segundo concilio en Arles, ciudad de Francia, muy cerca de España, por los Pireneos. Y por esta vecindad, ó por otra causa concurrieron allí este obispo de Mérida Liberio, con un su diácono Florencio, y sacerdotes y diáconos de algunos obispados por allí cerca, Tarragona, Zaragoza y otros.

CAPÍTULO XXXII.

El emperador Constantino nunca vino á España, y la division de la Iglesia de acá por este tiempo.

La historia general del rey don Alonso, y de allí lo han tomado otros, trata muy á la larga de como vino Constantino en España, y hizo algunas cosas, y señaladamente un concilio en Toledo, en que hizo division de las metrópolis de España, y de las diócesis sujetas á ellas, la cual aquella corónica pone muy en particular. El que escribió la corónica de Toledo solo trae por testimonio desto un libro viejo de aquella santa Iglesia. Lo que yo tengo por mas cierto es, que mucho ántes estaba ya hecha esta division, ó la mas della, como por las epístolas decretales de los sumos pontífices pasados parece, y por aquella diferencia de obispos de primera silla y metropolitanos, de que poco ántes se dijo. Y si esto de la venida de Constantino fuera verdad, no dudo sino que san Isidoro en su historia de los godos, lo contara muy de propósito cuando cuenta lo deste emperador, y de allí lo tomara don Lúcas de Tuy, y el arzobispo don Rodrigo, y tratarán dello, como toman y tratan casi á la letra todo lo que el Santo destos tiempos escribió. Dejáronlo sin duda porque no lo tenian por auténtico. Algunos traen por razon de la venida de Constantino acá la fundacion del castillo y lugar llamado Helena, y ahora Elna, que se dice lo fundó su madre deste emperador, y le puso su nombre. Y que pues la madre vino allí, tambien vendria el hijo con ella. Éstos yerran en todo el fundamento de pensar que aquel lugar está en España. No está sino en la Galia Narbonesa, aunque es ahora sujeta á la corona de España, como las otras tierras vecinas por allí en el condado de Rosellon. Y fuera desto algunos refieren que aquel lugar no lo fundó santa Helena, la madre de Constantino, sino su nieto Constante en honra de su abuela, con su nombre. Sin todo esto, los historiadores antiguos y muy aprobados, que escribieron las cosas de Constantino, cuentan todo lo que hizo en cada uno de los años que tuvo el imperio, muy en particular, y nunca jamás hacen mencion desta su venida acá ni hay tiempo ninguno desocupado en que pueda entrar. Y Paulo Orosio, siendo español cristiano, y habiendo vivido muy poco despues de Costantino, no dejara de hacer memoria desta se venida en España, si la hubiera habido, principalmente si se hubiera hecho en ella cosa tan señalada, como era aquella division y órden, y concierto de toda la Iglesia de acá. Mas dejado esto, y volviendo á aquella division, como se halla en la historia general, está muy falsa en el principio, dándole en este tiempo á España el arzobispado de Narbona, en el cual no tuvo ni pudo tener parte hasta muchos años despues, como se verá adelante.

Yo no tengo por cierto que Constantino no vino acá, ni hizo esta division: así tambien creo, que ella en este tiempo ya estaba hecha toda ó la mayor parte della, pues hay, como decíamos, muchas señas de ser así en los pasados, y en los concilios destos tiempos, aunque no se halle entera claridad. Junto con esto tengo tambien por cierto que como ahora hubo emperador cristiano, y muy aficionado á la religion cristiana, y celoso della, y habia tambien sumo pontífice, que era san Silvestre, muy cuidadoso en todo lo que á la Iglesia universal convenia, digo que tengo por cierto daria órden en la division mas clara y entera de las metrópolis y diócesis de España, y otras provincias. Y esto se haria proponiéndolo el papa al emperador, para que con mas autoridad y obediencia se hiciese. Y pues conviene dar alguna vez noticia en esta corónica de como estaba distribuida la Iglesia de España yo pondré en general su division de metrópolis y diócesis sujetas á ellas, como por este tiempo parece ya las tenia, segun se puede entender de lo que poco despues en tiempo de los godos se verá. Advirtiendo otra vez que yo no veo cosa enteramente averiguada en esto hasta la division del rey Wamba, donde lo trataré todo con mucha particularidad.

Toda España y su Iglesia estaba dividida en cinco sillas metropolitanas, que ahora llamamos arzobispados, y entónces les nombraban obispados de la primera silla, y estaban en estas cinco ciudades.

1 Toletum, que ahora llamamos Toledo.
2 Tarraco, llamada ahora Tarragona.
3 Braccara, llamada ahora Braga.
4 Emerita, llamada ahora Mérida.
5 Hispalis, llamada ahora Sevilla.

Si alguno quisiese afirmar que Lugo tambien fué metrópoli, y de primera silla en Galicia, no le faltará testimonio para confirmarlo en el segundo concilio de Braga, que es de los muy antiguos. Mas por ahora en este tiempo sin duda no era metrópoli Lugo, como llegado allí claramente se entenderá.

Estas metrópilis tenian sujetas cada una las diócesis siguientes.

Toledo diez y nueve.

1 Cartago nova, llamada ahora Cartagena.
2 Oretum, está despoblada, y llámanla Oreto, como algunas veces se ha dicho.
3 Castulo, llamada ahora en su despoblado Cazlona.
4 Mentesa, ya se ha dicho como era cerca de Cazorla.
5 Acci, se llama ahora Guadix.
6 Basta, se llama ahora Baza.
7 Urgi, ó Urci, ó Vergi, fué cerca de Almería, y podria ser Vera, ó Verja, que ahora están por allí.
8 Ilicen, que se cree sea Elche, aunque otros quieren sea Alicante.
9 Valentia, llámase de la misma manera Valencia, y es la que da nombre á aquel reino.
10 Setabis, es ahora Játiva.
11 Valeria, hay en el sitio un pequeño lugar llamado Valera la vieja, siete leguas de Cuenca.
12 Dianium, llámase ahora Denia.
13 Segobriga; créese fuese cerca de Iniesta.
14 Ercavica, algunos han dicho sea Alcañiz, en Aragon, mas yo tengo por cierto fué mas bajo en la Celtiberia, hácia el reino de Toledo.
15 Saguncia, ó Segoncia, es Sigüenza.
16 Uxama, se llama Osma.
17 Segovia, tiene el mismo nombre antiguo.
18 Pallancia, es ahora Palencia.
19 Eliocrota, no se sabe su nombre, sino que estaba no léjos de Cartagena.

Estas son las diez y nueve diócesis que mas cierto se pueden por este tiempo atribuir á la metrópoli de Toledo. Porque Cartagena sin duda le era ahora sujeta, como tratando en su lugar deste obispado se dirá mas á la larga (1).

El obispado Complutense que era de aquí de Alcalá de Henares, aun no habia comenzado por este tiempo, como se verá cuando se trate de su principio. Tampoco creo yo habia comenzado el de Bigastro, por lo que se dirá tratando del de Cartagena. Otros obispados diversos déstos, y en lugar de algunos dellos, atribuye la historia general del rey don Alonso, á la metrópoli de Toledo en esta division de Constantino, cuyos nombres no se entienden. Yo no me he guiado por ella, sino por la verdad de los concilios que se seguirán luego.

Tarragona diez.

1 Ilerda, llamada ahora Lérida.
2 Osca, llamada Huesca.
3 Cesaraugusta, que es Zaragoza.
4 Dertosa, es Tortosa.
5 Orgelis, es Urgel.
6 Calagurris, á quien ahora llamamos Calahorra.
7 Emporiæ, es Ampurias.
8 Barchino, es Barcelona.
9 Ausona, es Vique.
10 Gerunda, es Girona.

Estas son las diez diócesis que parece tuvo por ahora la metrópoli de Tarragona, pues son las mas antiguas de las que se le atribuyen. Pamplona, Tarazona y Auca, parecerán por todo lo siguiente mas nuevas.

(1) En el lib. 12, c. 19.

Braga diez.

1 Asturica, llamada ahora Astorga.
2 Tude, llamada ahora Tuy.
3 Lucus, á quien ahora decimos Lugo.
4 Conimbria, es ahora Coimbra.
5 Iria Flavia, estuvo junto á donde ahora está la villa del Padron, cuatro leguas de Santiago de Galicia.
6 Britina, ó Britonia, estuvo donde ahora Mondoñedo, ó allí cerca.
7 Viseum, es ahora Viseo.
8 Lamecum, llamada ahora Lamego.
9 Igædita, no es ahora ciudad, sino está en su sitio un pequeño lugar llamado Idania la vieja, en Portugal.
10 Auria, es Orense.

Estas diez diócesis le he señalado á Braga conforme á su segundo concilio, que como veremos, no fué muchos años despues déstos. Y allí se dirá lo de Lugo y su metrópoli, y tambien como otro obispo Magalonense no era de los sugetos á Braga.

Mérida ocho.

1 Pax Julia, llamada ahora Beja, en Portugal.
2 Olisippo, es Lisboa.
3 Ebora, es Evora.
4 Osonoba, ya dijimos se llama ahora Estombar en el Algarbe.
5 Caliabria, que se cree es Montanjes.
6 Abula, es Ávila.
7 Salmantica, es Salamanca.
8 Cauria, ahora la llamamos Coria.

Esta metrópoli de Mérida tuvo despues sujetas tres ó cuatro de las diócesis de Braga, mas por ahora no tuvo mas que éstas.

Sevilla nueve.

1 Itálica, se cree fué Sevilla la vieja.
2 Ilipa, donde ahora está el pequeño lugar de Peña Flor.
3 Córduba, es Córdoba.
4 Astigi, es Ecija.
5 Malaca, es Málaga.
6 Iliberi cerca de Granada en la sierra de Elvira.
7 Egabrum, llamada ahora Cabra.
8 Asidona, es Medina Sidonia.
9 Tucci, es ahora Martos.

Esta metrópoli parece que se mudó ménos que otras en su diócesis en estos tiempos que luego siguieron como por lo de adelante parecerá, aunque ahora es de las mas mudadas de todas. Y todo lo que de todas he dicho, no es cosa certificada, ni de que se puede dar entero testimonio, sino lo que mas probablemente se puede sacar de los concilios mas vecinos á estos tiempos del emperador Constantino.

CAPÍTULO XXXIII.

La nueva division que Constantino hizo del imperio.

Dió el emperador Constantino nuevo órden y concierto en todo el imperio romano, y de allí le cupo á España su parte de novedad en el gobierno. Fué la causa principal desta mudanza, que habiendo este empe-

rador amplificado y ennoblecido mucho la ciudad de Bizancio en la Tracia, y llamándola de su nombre Constantinopla, determinó dividir en dos partes el imperio romano, y que como ántes tenia una cabeza y un asiento, así ahora tuviese dos principales, que en honra y dignidad, en magestad y poderío, fuesen iguales y conformes. Partió, pues, todo el imperio (lo cual como presto veremos, fué el principio de su total destruccion) en oriental y occidental, y dejando á Roma por silla y cabeza del occidental con Italia, Francia, España, África, Flandes y Alemania, con parte de Ilirico: dejó para lo del oriente y Constantinopla toda la Asia mayor y menor, hasta donde Egipto confina con África; y en Europa le dió todo lo de Grecia, y Dacia y Mesia, hasta encontrarse por el Ilirico, con lo que á Roma allí le quedaba. Con esta novedad tan diversa en el señorío, fué necesario mudar tambien del todo la manera antigua de la gobernacion. Principalmente teniendo tanto respeto como Constantino tenia de honrar á Constantinopla y su imperio oriental, igualándolo en todo con el que en Roma habia de quedar. Para este fin ordenó muchas cosas de nuevo, y mudó algunas de las antiguas: mas aquí no se tratará desta mudanza toda entera, sino de solo lo que al señorío y gobierno de España toca, y para entenderlo fuere menester.

Desta nueva manera de gobernacion que hizo Constantino, hay mencion en Zosimo autor griego, y dél la sacó fray Onufrio Panuinio, para ponerla en su república romana: y della se trata mas en particular en un libro llamado, Noticia de las Provincias, que es muy antiguo, y hay algunos originales dél escritos de mano, que representan mucha antigüedad, y así es todo aquello de mucha autoridad entre los hombres doctos y deseosos de saber historia y antigüedades. Y deste libro, y de lo de Onufrio Panuinio, será todo lo que yo aquí pondré.

Toda junta la suma del imperio romano, la repartió Constantino en cuatro cargos principales, que fuesen inmediatos en poderío á los emperadores, y en paz y en guerra lo pudiesen y mandasen todo. Los que tenian estos cargos llamó prefectos del pretorio, y no se puede trasladar bien en castellano el nombre deste cargo: mas en realidad de verdad era un presidente ó adelantado, para la guarda y todo el gobierno de la provincia, con supremo poderío en paz y en guerra. Los dos destos prefectos señaló para el imperio de Constantinopla: y dellos y de sus grandes provincias y señoríos no tendremos mas que decir aquí, pues no pertenece nada á nuestra historia. Los otros dos prefectos pretorios, fueron para el imperio Occidental, y se llamaron de Italia y de Francia. Y deste postrero solo trataremos, pues tenia tambien en su jurisdiccion el gobierno de España. Y no se entienda que por esto España estaba sujeta á Francia, que no era así, sino era estar Francia y España sujetas de una misma manera al imperio romano, y tener este prefecto pretorio por igual la jurisdiccion y mando sobre ambas. Mas el residir en Francia, y tomar de allí el título de su cargo, solo era porque llegando tambien las provincias de su gobierno hasta Flandes, estaba mas encomedio ser la residencia en Francia, que estando en medio tiene por lados á Flandes y á España, y así mas comodidad de poder mejor gobernarlas.

En este repartimiento y manera de gobierno hubo poco mas alteracion que la dicha en lo de España; pues quedándose las seis provincias, como en la division de Adriano se habian repartido, solo se añadió otra séptima, que llamaron Baleárica, por ser de las islas de Mallorca y Menorca, y de las otras de por allí. Tampoco en el gobierno no hubo mucha mudanza. Porque habiendo sido desde Adriano gobernadas por presidentes las cuatro provincias Tarraconense, Cartaginesa, Galiciana y Tingitana de África, y por legados consulares la Bética y la Lusitania; ahora se dió tambien legado consular á Galicia, y así quedaron las tres con esta manera de gobernacion, y las otras tres antiguas se quedaron con sus presidentes, dándose tambien presidente á la nueva provincia de las islas.

Esta poca novedad hubo en el repartimiento y en el particular gobierno de España esta vez, mas en lo general lo hubo muy grande. Todos los que gobernaban estas siete provincias de acá, no estaban inmediatamente sujetos al prefecto pretorio de Francia, que tenia el supremo poderío, sino que él ponia uno en su lugar llamado muy al propio vicario, y éste era universal gobernador de toda España, y él mandaba comó supremo juez y capitan general en toda ella, y á él acudian con todas las cosas de grande importancia en paz y en guerra los siete legados y presidentes particulares. Esto es cosa muy sabida, y ya se ha visto algo della en lo de atrás, y véese en aquel libro de la Noticia de las Provincias: y lo mismo entiende Servio Sulpicio de su corónica, cuando hablando de España en estos tiempos, ó poco despues, hace mencion de haber tenido entónces procónsul, y poco despues nombra al vicario de España, y sigue con estas palabras: porque ya habiendo dejado de tener procónsul habia vicario.

Tenia este vicario de España para su gobernacion, á la cual entónces llamaban oficio, estos ministros. Príncipe de la escuela de los agentes en los negocios de los doscientos. Todo este nombre tenia, y era su cargo muy preeminente en los negocios, como en los códigos de Teodosio y Justiniano parece. Y tenia poder y dignidad de procónsul, y así se la dan las leyes, y en particular tenia mucho mando en el trigo que de las rentas del emperador se cogia. Y dábasele como por premio este cargo á un hombre muy señalado en la guerra, despues de haber servido mucho tiempo en ella. Y esto basta decir deste oficio, porque las muchas particularidades dél no hacen nada á nuestro propósito. Luego le señalan al vicario de España un corniculario, llamado así por tener cargo en la guerra de los cuernos de la batalla. Dos numerarios para hacer cuentas, que esto parece da á entender su nombre. Un comentariense, cuyo poderío era sobre todas las guardas de las cárceles. Muchos escribanos para los actos públicos, y receptores de probanzas, y otros muchos oficiales menores.

Fué vicario y procónsul de España en tiempo deste emperador Constantino, uno llamado Tiberiano: pues le escribe y endereza una provision, como parece en el código Teodosiano, el año trescientos y treinta y seis, y él la recibió en Sevilla á los diez y ocho de abril, como allí con toda esta particularidad se refiere. Y está la misma provision por ley en el código de Justiniano, aunque allí en el título no le llaman vicario, sino conde. Tambien tuvo España en este tiempo otro vicario llamado Liberio, á quien escribió el emperador Constantino, como en el códice de Justiniano parece (1).

Este vicario de España no era tan absoluto que no tuviese sobre sí al procónsul de África á quien asimis-

(1) L. Cum servum C. de Cerv. fugitivis.

mo obedecia; y así venía á ser este procónsul como en medio del prefecto pretorio de Francia, y del vicario de España, siendo inferior al prefecto, y superior al vicario. Y deste procónsul creo yo habla Servio Sulpicio, cuando dice que ya lo habian quitado. Entiendo que habian sacado al vicario de España de la sujecion que tenia al procónsul de África. Todo lo dicho, y que se dirá de los oficios, está así en aquel libro de la Noticia de las Provincias: y Onufrio Panuinio diciendo lo mismo, refiere la toma de Zosimo historiador griego, al cual yo no he visto.

Habia tambien en España por este tiempo dos contadores mayores, y podria ser fuesen los mismos que poco ántes llamamos numerarios. Mas hállanse éstos nombrados diversamente, llamándolos racionales, que en latin á la letra quiere decir mas propiamente contadores, y de mas antiguo que ahora hay mencion dellos en Eutropio. Y aun hasta ahora se conserva el nombre en la Corona de Aragon, donde los contadores mayores del rey y del reino se llaman maestres racionales. El uno déstos se nombraba racional de las sumas de España, y parece seria mas general, pues llamaban al otro racional de la hacienda particular por las Españas. Todo esto parece en el código Teodosiano, donde hay provisiones que el emperador Constantino les envia.

Hácese tambien relacion en aquel libro de la Noticia de las Provincias, como en España habia un conde, cuyo cargo y mando era en la guerra, y así todo lo que se le atribuye allí es soldados y legiones. Y en el código Teodosiano están por leyes dos provisiones que el emperador Constantino escribe á Severo, conde de las Españas, y en ellas se le mandaban cosas de guerra y de su administracion: y es su data en el año trescientos y treinta y tres, como por los cónsules parece (1). Tambien escribe Constantino á otro conde destos de España llamado Octaviano, el año trescientos y diez y siete, como se ve por los cónsules de la data (2): y en ella hay tanta particularidad, que se señala, como se recibió aquella provision en Córdoba á los dos de marzo deste año. Y otra provision le envió este mismo año.

En la Tingitania tambien, conforme al repartimiento de aquel libro, habia uno destos condes, y debajo dél soldados españoles para guarda de aquella provincia, y por no ser ahora de España bastará decir esto de su gobierno.

Hase de entender, que aunque ahora se puso de nuevo todo este concierto en el gobierno de España, y de todo lo restante del imperio, mas los oficios todos, ó los mas dellos, ya de ántes los habia, y así de ántes deste tiempo se halla mencion dellos en los autores.

La gente de guerra española era todavía tan preciada por este tiempo, como siempre lo habia sido. Esto mostraban claro los romanos, pues los enviaban hasta lo mas apartado y postrero de sus provincias, para seguridad de aquellas fronteras, que eran mas peligrosas por ser como puertas del imperio romano. Aquel libro de las provincias en la lista de los soldados y gente de caballo, que residian por guarnicion en Egipto, pone una banda de gente de caballo española, y otra compañía de soldados lusitanos: y en Arabia otra banda de soldados españoles.

Allí se pone tambien muy en particular la gente de guarnicion que por este tiempo residia acá en España con el conde ya dicho, y estaba repartida por este órden.

En la provincia de Galicia.

Residia en Leon un prefecto con la legion Séptima Gémina.

Parece le conservaban siempre á la gente de guerra, que habia de estar en aquella ciudad, el nombre de la legion que al principio la fundó: como tambien se vió en la piedra que se puso en lo del emperador Caracala.

El tribuno de la cohorte Flavia residia en Pataonio, ó Patavonio, que parece por Tolomeo era en las comarcas de Astorga, y yo creo fué el lugar que ahora llaman la Vañeza.

El tribuno de la cohorte francesa residia en el lugar llamado cohorte francesa, de quien no hay mencion en los cosmógrafos.

Un otro tribuno residia en Lugo con una cohorte, que tomaba el nombre de la misma ciudad, y ella se llamaba entónces Lucus Augusti.

Residia otro tribuno de la cohorte Celtibérica en Juliobriga, que estaba en las marinas de Vizcaya.

En la Provincia Tarragonesa.

El tribuno de la cohorte primera francesa residia en Veleya, que debe estar corrompido el vocablo, y ha de decir Velia, y era en las comarcas de los pueblos llamados autrigones, hácia Najara y por allí.

El capitan de los letos alemanes y de los de Leon de Francia, residia en un lugar que allí nombra Carnunto, y parece ha de decir Curnonio, y era ciudad en los confines de las montañas de entre Aragon y Navarra.

En Bayocas residian el capitan de los suevos y flamencos, y otros de cabe Leon de Francia. Y de lugar deste nombre yo no hallo ninguna mencion. Y si acaso está corrupto, no atino como se pueda emendar.

De la gente de guarnicion que residia en las otras cinco provincias, no se señala allí nada en particular, aunque se nombran otras compañías de soldados, y los lugares de su residencia: mas todo está de mala manera confuso, sin que se pueda bien entender.

Estas novedades que así hizo Constantino, fueron la entera y mas principal causa de la destruccion del imperio romano; y desde aquí se puede ya contar su caida, de la cual tambien conviene tener noticia para las cosas de España. Dañó mucho Constantino desta vez al imperio en dos cosas. Fué primero muy grande daño el dividirlo: pues quedó con ménos fuerzas para ofender y resistir. Todo entero el imperio, tenia unido el poderío, y siendo éste muy grande, con temor espantaba los enemigos, para que no osasen atreverse: y si se desmandaban, fácilmente podian ser castigados. De la misma manera tambien los amigos y los súbditos se conservaban en obediencia con el miedo, y con la seguridad que gozaban, siendo amparados por tanta grandeza. Repartidas las fuerzas, amigos y enemigos pudieron perder el respeto, y tener esperanza de ofender. Demas desto quitó Constantino las quince legiones, que residian de ordinario por guarnicion en las riberas del Rin y del Danubio, que eran como las puertas, por donde solo le podia entrar al imperio romano su perdicion: por la fiereza y valentía de las naciones septentrionales, que moraban

(1) En el lib. 9, del Código Teodosiano. (2) En el lib. 12 de aquel Código.

de la otra parte destos dos rios. Entendió muy bien esto Augusto César, como príncipe prudentísimo, y que con la larga experiencia de paz y guerra conocia en el imperio los daños, y sabia proveer los remedios. Así puso en aquellas fronteras no ménos de quince legiones, con que se aseguraba todo el imperio, por quedar segura aquella parte mas peligrosa. Y despues tambien Trajano nuestro español fortificó aun mas aquellas fronteras: como el mayor reparo que el imperio tenia. Quitar ahora Constantino esta defensa, fué allanar el camino á los mas valientes enemigos del imperio romano, que no fueron perezosos en entrarse por él, luego que faltó la resistencia, como presto lo veremos en la venida de los godos, y otras de aquellas gentes, que los imitaron: para lo cual, y para otras muchas cosas de las de España fué necesario advertir aquí todo esto.

CAPÍTULO XXXIV.

Los dos poetas Jubenco y Ruffo Festo Avieno, y dos piedras de Constantino.

Juvenco, sacerdote español, y muy buen poeta, florecia en este tiempo de Constantino, como san Gerónimo refiere, (1) y él escribia su muy cristiana obra, que tenemos, donde en cuatro libros de versos heróicos prosigue toda la historia Evangélica. Tambien dice el mismo santo Doctor, que escribió en el mismo género de versos algunas cosas de los sacramentos, y celebra su gran virtud y ejemplo de vida, con que fué muy estimado de todos los cristianos, y tambien dice que era de muy ilustre linaje.

Otro poeta llamado Ruffo Festo Avieno, ó como otros escriben Abidino, vivió en estos tiempos, y fué segun algunos afirman español, y tenemos algunas obras suyas pequeñas. Lilio Giraldo, piensa que fué muy adelante destos tiempos, de que aquí se va ahora tratando (2).

Dos piedras antiguas se hallan en España con memoria deste emperador, y la una está en Tarragona en la iglesia antigua de Santa Tecla, con estas letras.

PIISSIMO FORTISSIMO FELICISSIMO
D. N. CONSTANTINO MAXIMO
VICTORI SEMPER AVGVST.
BADIVS MACRINVS. V. P. P. P. H.
TARR. NVMINI MAIESTATIQVE
EIVS SEMPER DEVOTISSIMVS.

Y dice en castellano. Badio Macrino, prefecto de la ciudad de Roma, presidente de la provincia Tarragonesa de España, puso esta estatua al religiosísimo, valentísimo y venturosísimo señor nuestro Constantino Máximo, vencedor, siempre Augusto, y púsosela como muy sujeto á su divinidad y magestad.

La otra piedra dicen estaba en el camino de la Plata, cerca de Mérida, y decia así.

IMP. CAES. FLAVIVS CONSTANTINVS AVG. PACIS ET
IVSTITIAE CVLTOR. PVB.
QVIETIS FVNDATOR, RELIGIONIS ET FIDEI AVCTOR
REMISS. VBIQVE TRIB. FINITIM. PROVINC. ITER RESTITVI FEC. CXIIII.

(1) En los Ilustres varones. (2) En sus diálogos de los poetas.

Y en nuestro castellano dice. El emperador César Augusto Flavio Constantino, que tuvo gran deseo y respeto de la paz y de la justicia, y aseguró el público sosiego en el imperio, y acrecentó mucho la fé: habiendo relevado de tributo á todas las provincias comarcanas, hizo reparar este camino por espacio de ciento y catorce millas.

CAPÍTULO XXXV.

Los hijos de Constantino, y sus discordias.

Falleció el emperador Constantino el año trescientos y treinta y siete de nuestro Redentor: y dejó repartido el imperio entre sus hijos Constancio, Constante y Constantino, y éste postrero con el imperio de Occidente tuvo á España. Mas hízole matar muy presto su hermano Constante, en una guerra que entre sí traian sobre la particion, y así quedó Constante con el señorío de España el año trescientos y cuarenta.

En el poco tiempo que este Constantino fué señor de España, se le puso en Montoro, lugar cabe Córdoba, llamado entónces Epora, una estatua con este título, que todavía dura en la basa.

D. D. NOSTRIS.
CONSTANTI-
NO. ET. CONS-
TANTIO. B. B.
BEATISSIMIS.
QVE. CAESS.
RESP. EP.

Dice en nuestra lengua. La república de los Eporenses puso esta estatua á nuestros señores Constantino y Constancio buenos y muy bienaventurados césares. Y hase de notar, que nombran al señor de España, y al hermano Constancio tambien emperador del Oriente y Constantinopla, conforme á la costumbre de entónces, con que en todas estas dedicaciones hacian memoria de todos los que juntamente imperaban, principalmente siendo hermanos. Y por esta razon parece tambien habian de hacer mencion de Constante: mas dejáronlo de nombrar aquellos de Montoro con mucho miramiento y advertencia, por ser enemigo de su señor, y traer públicamente guerra con él.

Diez años le duró á Constante el señorío de España tan malvadamente adquirido: y parece, que aun ántes que acá entrase, lo hizo matar Magnencio el mes de marzo del año trescientos y cincuenta, en Helena aquel castillo y pequeño lugar en los Pireneos, que entónces, como se ha dicho, era de Francia, y ahora con el condado de Rosellon es del señorío de España, y es ciudad con iglesia catedral, y corrompido un poco el vocablo, la llaman Elna comunmente. La manera de cómo fué muerto se halla en Sexto Aurelio Victor, donde se puede ver por extenso.

Quedó desta vez señor de España mas de tres años Magnencio (que aunque fué tirano, fué tambien muy católico y entero en la fé) hasta que le venció, y le forzó se matase el emperador Constancio hijo del gran Constantino, que bajó luego de Constantinopla, donde era su imperio, por vengar la muerte de su hermano Constante, y tomar el imperio Occidental, que andaba malamente tiranizado. Vencido, pues, Magnencio en Francia, él mismo se dió la muerte con sus manos, y quedó Constancio con todo el imperio romano entero.

que se volvió á juntar en él, y desde la muerte de Constantino hasta el año de trescientos y cincuenta y tres, que Constancio quedó solo por emperador, en muy pocos años tuvo España cuatro señores que la poseyeron.

CAPÍTULO XXXVI.

El emperador Constancio, y lo mucho que Osio hizo en los concilios de su tiempo.

No siguió Constancio á su padre en la limpieza de la fé cristiana, ántes se dejó pervertir miserablemente de los arrianos, y por ampararlos, y sustentar su malvada herejía, hizo cosas muy desatinadas y crueles. Juntóse por esto en Sardis, ciudad de Missia, concilio universal de trescientos obispos, aun ántes de la muerte de Constante, que con haber sido cruel, todavía fué muy católico príncipe, el año trescientos y cuarenta y siete, donde Osio, el obispo de Córdoba, fué muy firme coluna de la fé, y el principal que allí sustentó la verdadera religion, como por todo el discurso del concilio parece. Y tanto fué lo que en esto trabajó Osio, que indignado el emperador Constancio, lo mandó ir en destierro. Y los otros obispos de España que allí se hallaron fueron estos.

Anniano, obispo de Castulo, cuyo sitio se llama ahora Cazlona.
Costo, obispo de Zaragoza.
Domiciano, obispo de Pax Augusta, que es Beja en Portugal.
Florentino, obispo de Mérida.
Pretextato, obispo de Barcelona.

En otro concilio Gangrense en Paflagonia tambien se halló Osio, con los pocos obispos que allí se juntaron, como en él se vé.

Hubo luego otro concilio el año trescientos y cincuenta en Sirmio, ciudad de la Dalmacia, y en él se halló tambien Osio; y la historia Tripartita, cuando le nombra aquí, dice que era el mas ilustre y esclarecido varon, que en aquellos tiempos se hallaba. Vino Osio allí muy forzado, porque le pareció, conforme á los obispos arrianos que entre otros allí se juntaban, habia de ir todo mal enderezado, y él al fin vino traido por fuerza del destierro, con que poco ántes por medio de los arrianos habia sido castigado. Hízose muy bien lo que convenia en aquel concilio, y tan bien, que indignados los arrianos, alcanzaron de Constancio, que lo mandase dar todo por ninguno, porque en esto quedaba su error muy confirmado. Osio no podia ser inducido á consentir en esta anulacion del concilio, y siendo muy viejo maltrataron su persona, y diéronle tales tormentos, que le forzaron al fin á consentir en lo que se trataba, y firmar contra lo constituido y confesado en el concilio. Así cuenta esto la historia Tripartita en este tiempo (1). Y siendo así, éste fué el principio de la perdicion de Osio: y deste mal resbalar vino despues á miserablemente caer. Aunque luego veremos como estuvo aun despues firme en la verdadera fé, y padeció mucho por ella.

Ya despues de muerto Constante, y vencido Magnencio, quedó Constancio libre y mas afirmado en sus malvados errores: y porque los obispos del occidente estaban muy firmes en la verdadera fé contra Arrio hizo juntar un concilio en Milan, para con amenazas, y si éstas no valiesen, con castigos hacer mudar de parecer á los obispos católicos. Así fueron desterrados en este malvado conciliábulo algunos obispos, y entre ellos Osio el de Córdoba, como lo dice san Atanasio, contando lo que él pasó. Sus palabras son éstas: Es cosa superflua alabar al grande y excelente viejo, y verdadero confesor Osio. Y todos saben como tambien lo desterraron entónces (1). Pues todos entienden como no fué hombre poco ilustre, sino muy señalado y conocido de todos. ¿Qué concilio hubo en que no presidiese? ¿Cuando dejó de hablar tan bien, que no satisfaciese á todos los que en los concilios se juntaban? ¿Qué iglesia hay que no conserve la memoria de haber sido ayudada y defendida por él? ¿Quién jamás llegó á él afligido y enfermo en el alma, que no fuese confortado y sano? ¿Qué pobre ó necesitado le pidió, que no alcanzase dél lo que demandaba? Todo esto se dice así deste prelado; lo cual hace mas notable el ejemplo de su caida.

CAPÍTULO XXXVII.

El triste fin que Osio hizo.

Harto padecia Osio en estos concilios, y harto buena muestra era de su buen arrepentimiento, el destierro que con los otros buenos obispos sufria. Siguió luego el otro malvado concilio de Arimino, en Italia, y ninguna mencion hay en él de Osio en la Historia Eclesiástica de Eusebio, ni en la Tripartita, ántes acaban las cosas de Osio con aquel buen fin que Atanasio cuenta de su destierro. Sulpicio Severo dice en su historia que Osio, habiéndose hallado en este concilio de Arimino, se dijo que consintió en la malvada determinacion de la secta arriana, mas él lo pone por cosa dudosa, y aun lo quiere contradecir, pero al fin lo excusa con la mucha vejez de Osio, que era ya de mas de cien años. Mas quien leyere á san Hilario, en lo que escribe al emperador Constancio, y en otra obra de los sínodos contra los arrianos, verá sin duda como Osio erró miserablemente, y quedó desta vez pervertido en la verdadera fé, con oscurecer aquella grande gloria que hasta ahora habia ganado. Conforme á esto es bien cierto y verdadero lo que san Isidoro en sus claros varones cuenta del triste fin que Osio hizo. Refiere allí san Isidoro que lo toma de otro autor, cuyo nombre no pone, y yo creo cierto sea uno, que sin nombre se halla en un libro muy antiguo de letra gótica, aquí en la librería deste insigne colegio de Alcalá de Henares que ha mas de cuatrocientos años se escribió. Y véese claro, que tomó san Isidoro deste autor lo que de la muerte de Osio escribió, pues en parte usa sus mismas palabras. Yo lo contaré aquí como en el Santo y en el libro viejo mas extendidamente se escribe. Lo mismo se halla por las mismas palabras en el original de concilios del monasterio de san Millan de la Cogulla, que ahora está en el real monasterio de san Lorenzo del Escorial, y como en él parece, ha mas de seiscientos años que se escribió.

Potamio, obispo de Lisboa, que siempre habia sido muy bueno y católico, con codicia de una heredad que él deseaba, y se la prometieron por prèmio si se hacia arriano, dejó la verdadera fé que ántes seguia. Cuando Osio supo esto; indignado como el caso lo requeria, descomulgó á Potamio, y persiguióle bravamente como

(1) En el lib. 5, c. 9.

(1) En la historia Tripartita, lib 5, c. 15.

á hereje. Pasóse Potamio en Italia, y dió su querella de Osio al emperador Constancio, y él con la malvada aficion que á los arrianos tenia, mandó parecer allá delante sí á Osio. Él fué al llamamiento del emperador, y allá se dejó malvadamente persuadir en el concilio de Arimino, y prevaricando de la fé verdadera por quien tanto habia ya hasta entónces sufrido, consintió en todo lo que se le pedia. San Isidoro y el otro autor atribuyen esta flaqueza de Osio á su mucha vejez con que ya caducaba, y á algun mal respeto de avaricia, «que en los de mucha edad suele ser muy «poderosa, y por ser como dicen que era rico, tenia en «él mayor fuerza.» Asi volvió Osio á España con toda su antigua gloria no solamente perdida, sino muy feamente ensuciada, «para ser un muy señalado ejem«plo donde se pueda ver á cuanto mal queda puesto el «que una vez Dios desampara.» Y como venia muy favorecido del emperador hereje, trujo una provision para que todos los que no le quisiesen seguir y obedecerle, fuesen luego desterrados.

Llegó la triste nueva de la mala vuelta y peor poderío de Osio á Gregorio. obispo que era en Iliberi, cabe Granada, hombre de singular zelo en la fé, y de gran santidad en la vida, y con gran constancia lo doclaró luego por descomulgado. El triste viejo, que viéndose caido, no quisiera ver á nadie en pié, pidió por su provision al vicario de España, que era entónces Clementino y se hallaba en Córdoba, mandase venir allí al obispo iliberitano. Así se hizo, y Osio con la ferocidad que el favor de Constancio y su provision le daba: se sentó en el tribunal con Clementino, y de allí quiso juzgar al obispo Gregorio que estaba muy humilde en el apariencia, aunque muy engrandecido y valeroso para defender la verdadera fé que profesaba. Así respodió á Osio en todo con mucha furia, y con sus mismas razones que él mismo en tiempo de su buena cristiandad solia usar contra los herejes. le convencia, y le mostraba claro su error. Clementino se persuadia tambien con la fuerza de la verdad, y con la destreza de Gregorio en fundarla. Indignado por esto Osio, le dijo con ímpetu al vicario. No os manda el emperador juzgar en esto, sino ejecutar. Mandad que luego vaya desterrado. No era Clementino cristiano, mas todavía, teniendo respeto al obispo con reverencia de su dignidad y con fuerza de la verdad, respondió á Osio. Siendo obispo, no le osaré desterrar. Si vos me le dais sin la dignidad, yo le podré dar como manda el emperador, la pena. Gregorio que vió á Osio muy aparejado para deponerlo, y dejarlo capaz de ser malvadamente juzgado, puestos los ojos en el cielo, y levantadas allá las manos. con voz dolorosa dijo. Para delante tí apelo, mi Dios, que entiendes con cuanta verdad sigo tu causa, y no permitirás que otro sino tú sentencie en ella. Y tú sabes, Señor, que no te pido esto porque me sea grave sufrir por tí el destierro, ni cualquier otro género de tormento, sino porque no sea esta mi pena mala ocasion de temor para muchos, que serán miserablemente pervertidos, si aquí me ven condenado. Esta causa es tuya mas que mia, y como tal proveerás, Señor, en ella. Con todo esto se aparejaba Osio para pronunciar la sentencia contra Gregorio.

Teman los hombres miserables á Dios, pues no saben cuando le placerá ejecutar su terrible venganza en ellos. Súbitamente se le comenzó á torcer á Osio la boca con muy feo visaje, y volvérsele el cuello, así que se le ponia el rostro muy yerto sobre el hombro. Junto con esto cayó en tierra, y lastimándose muy mal, lo llevaron como muerto á su casa, donde presto acabó de espirar. Espantados todos los que se hallaron presentes con tan gran milagro. y mas atónito Clementino con su particular miedo, se echó á los piés del santo obispo Gregorio, suplicándole le perdonase. El juez pedia ya ser juzgado, porque aunque era gentil, conocia el poderío del verdadero Dios, y temia otra semejante venganza El libro antiguo dice que esto sucedió á los veinte y cuatro de abril, sin señalar el año. No cuenta san Isidoro lo que despues sucedió de Osio, y en el libro antiguo de Alcalá falta la postrera hoja, donde esto habia de estar escrito, aunque en otros originales aun mas antiguos dice como espiró poco despues. Pudo ser que Dios por su misericordia en las pocas horas que duró. le alumbrase con este castigo, como Isaías dice que lo suele hacer, dando la fatiga luz en el entendimiento, y forzando el tormento á que el malhechor conozca la verdad, para que conociendo su error tuviese el arrepentimiento debido. Esto mismo de la muerte de Osio cuenta Honorio, obispo augustodunense, autor grave y algo antiguo, y parece haberlo leido en san Isidoro, pues usa casi todas sus mismas palabras. Y quien con atencion leyere á san Hilario, verá como él tambien quiere significar este mal fin que Osio hizo. Y en los libros de los concilios, que de nuevo se han impreso, ya viene algo desta muerte de Osio, como se halló en originales antiguos. No quedó Potamio tampoco sin castigo del cielo. Porque yendo á ver la heredad que se le habia dado por premio de su maldad, murió en el camino ántes que allá llegase. Osio. dice san Isidoro, que escribió á su hermana una carta muy elegante en alabanza de la virginidad. Tritemio añade que Calcidio Grammático le dirigió á Osio el Timeo de Platon, que habia trasladado en latin. Y Gregorio, el obispo iliberitano, tambien escribió, como dice san Gerónimo, algunos libros, y uno en particular de la fé con mucha lindeza de estilo. Y los dos martirologios romano y de Usuardo lo ponen por santo á los veinte y cuatro de abril.

Una piedra de Córdoba, que se puso atrás por del emperador Constancio, abuelo déste, puede muy bien ser deste emperador: pues la razon que allí se dió no era buena para quitársela.

CAPÍTULO XXXVIII.

Lo demás hasta la muerte del emperador Constancio.

Otro vicario de España, llamado Albino, lo era el año trescientos y cuarenta y uno, porque este año le escribe el emperador, como en el código Teodosiano parece. Consulares en el Andalucía hubo todos éstos: Celestino, á quien escribe el emperador Constancio en el códice Teodosiano el año trescientos y cincuenta y seis, Egnacio Faustino. A éste escribe en el mismo libro el año trescientos y sesenta y uno en el consulado de Florencio y Tauro, cuyos nombres están allí errados, y no le llama consular, sino presidente del Andalucía. Ammiano Marcelino, historiador que ahora vivia, hace mencion de uno de los agentes en los negocios que residia acá en España en este tiempo, y no le nombra, mas cuenta dél, que destruyó con crueldad una casa de un hombre principal. por solo que unos pajes metiendo velas para un convite, entraron diciendo por cortesía, que entónces se usaba, venzamos, venzamos, y el otro tomólo por señal de alguna conjuracion contra Constancio. que aun tan livianas cosas como éstas temia.

Traia Constancio siempre consigo un español llamado Paulo, que en Ammiano Marcelino parece era su secretario. A éste le habian puesto por sobrenombre Cadena, porque siendo hombre malvado, tenia grande astucia en enredar unos negocios de otros. Algunas crueldades cuenta Ammiano déste; porque Constancio lo tenia por ordinario ministro para ellas. Mas no le faltó á Paulo, como luego veremos, el castigo debido á su maldad.

Murió Constancio el año trescientos y sesenta y uno, y en su tiempo desde su padre Constantino hubo estas mudanzas en el sumo pontificado. El papa san Milciades lo tuvo tres años y dos meses, hasta que fué martirizado á los diez de diciembre, el año trescientos y catorce de nuestro Redentor. Y aunque Onufrio Panuinio y otros escriben que no fué martirizado, ántes murió su muerte natural; yo sigo á la Iglesia, que lo reza siempre mártir. Estuvo vaca la silla apostólica diez y siete dias, hasta ser elegido san Silvestre á los veinte y siete del mismo. Vivió despues veinte y un años y cuatro dias, hasta que falleció el postrero dia de diciembre del año trescientos y treinta y cinco, y con vacante de quince dias, fué elegido el papa san Marco á los diez y seis de enero del año siguiente trescientos y treinta y seis. No duró en el pontificado mas que ocho meses y veinte y dos dias, pues falleció á los siete de octubre de aquel mismo año. Hubo vacante de veinte dias, hasta que fué elegido el papa san Julio, que tuvo la silla apostólica diez y seis años, cinco meses y diez y seis dias, habiendo muerto á los doce de abril del año trescientos y cincuenta y tres. Luego con vacante de veinte y cinco dias fué elegido el papa san Liberio á los ocho de mayo, y él era sumo pontífice este año de la muerte del emperador Constancio, trescientos y sesenta y uno de nuestro Redentor.

CAPÍTULO XXXIX.

Los emperadores Juliano, Joviano, Valentiniano y Valente.

El emperador Juliano fué sucesor de Constancio en todo el imperio, y aun el señorío de España en vida de su predecesor lo tenia, que él se lo habia dado con la Francia para que lo gobernase. Mas Juliano de veras quisiera ser señor de todo aquello, y así trataba con Constancio que se lo dejase libre, y cada año como por tributo le enviaria muchos caballos españoles, que nunca dejaron de ser muy preciados. Fué este Juliano llamado el Apóstata, porque habiendo sido cristiano, se volvió á ser gentil. En siendo emperador, como Ammiano cuenta (1), mandó quemar vivo á aquel español Paulo Cadena, con otro tál como él, trayéndolos al mal fin que de sus maldades se pudo esperar. Del mismo Ammiano se entiende (2), como hizo Juliano, vicario de España, á uno llamado Venusto.

No vivió Juliano aun dos años enteros en el imperio, pues le mataron luego el año trescientos y sesenta y tres, y muchos ménos duró Joviano, pues no fué emperador aun ocho meses, habiendo tenido ambos los imperios de oriente y occidente. Volvióse luego á dividir el imperio romano, porque en entrando el emperador Valentiniano á ser señor de todo él, el año trescientos y sesenta y cinco, con amor que tenia á su hermano Valente, le dió el imperio oriental de Constantinopla, y él se quedó con lo de occidente y España.

(1) En el lib. 22. (2) En el lib. 23.

Fué sumo pontífice el papa Liberio trece años, cuatro meses, y diez y siete dias. Y aunque mas de un año estuvo desterrado de la dignidad malamente, mas cuéntasele todo el tiempo continuado, hasta que murió á los veinte y cuatro de setiembre, el año de nuestro Redentor trescientos y sesenta y seis, y segundo de Valentiniano. No duró la vacante mas que seis dias, pues fué elegido san Dámaso luego el primer dia de octubre.

CAPÍTULO XL.

El papa san Dámaso español.

En tiempo deste emperador fué cosa muy señalada haber sumo pontífice español, y tan excelente en la Iglesia de Dios. Éste fué san Dámaso, sucesor, como declamos, de Liberio, á quien tienen en Madrid por natural de allí, y en la iglesia de San Salvador tienen mas particularmente su memoria. Y ninguna otra prueba dan de ser esto así, sino que lo oyeron á sus pasados, y á ellos habia venido conservada esta memoria de unos en otros. Y por no haber mas razon que ésta, se debe tener por mas cierto que fué san Dámaso natural de Guimaranes, lugar de Portugal, en la tierra que llaman Entre Duero y Miño, tres leguas de Braga. Allí tienen buenas señales, y muy ciertas, de haber sido de allí este Santo; y entre ellas es muy grande, y de mucha autoridad, que la iglesia metropolitana de Braga, como á santo natural, de muy antiguo le canta un oficio propio, y muy solemne, donde se habla desto muy sencillamente, como cosa muy llana y averiguada. Deste santo Sumo Pontífice escribe mucho la historia Tripartita, Rufino en la historia Eclesiástica, Eusebio en su corónica, Ammiano Marcelino, Nicéforo, Zonaras y otros autores, y en muchos concilios se hace singular mencion dél: y en toda la Iglesia cristiana es muy insigne su nombre por su santidad y letras, y por las grandes cosas que en la Iglesia ordenó. Su padre se llamaba Antonio, y á su madre, y una hermana suya tuvo en Roma, como despues parecerá. Y de su crianza, y la causa por qué fué á Roma, ni de lo demás, hasta que fué sumo pontífice, no sabemos cosa en particular. Solo se refiere (1) (en lo que pasó cuando desterraron malvadamente de Roma al papa san Liberio) como se halló con él san Dámaso, asistiéndole y consolándolé de tal manera, que el papa se alegró mucho con su caridad y con sus palabras, y le anunció entónces como le habia de suceder en la silla pontifical. Así fué elegido despues de su muerte, siendo tambien elegido en cisma un sacerdote llamado Ursicino. La competencia fué muy grande, y llegó á las armas contra la voluntad, á lo que se puede muy bien creer, del santo papa, y en algunas peleas que los malmirados cristianos sobre esto trabaron dentro en Roma, fueron muertos mas de ciento y treinta hombres. Cuando entendió esto el emperador Valentiniano, luego dió órden como Ursicino dejase la pretension que seguia, y así quedó san Dámaso confirmado en la dignidad Apostólica. Autores son de todo esto Ammiano Marcelino en el libro quintodécimo, san Gerónimo en sus adiciones á la corónica de Eusebio, Rufino, Teodoreto, Sozomeno y los otros autores de la historia eclesiástica. Y Fr Onufrio Panuinio en una anotacion sobre la Platina en vida de san Liberio, escribe como él tuvo una escritura original escrita en aquellos mismos tiempos que esto pasó, de donde sacó lo que escribe. Y á

(1) En el primer tomo de los concilios.

mí me ha dicho el señor don Diego de Mendoza, como siendo embajador en Roma vió en los archivos de la Sede Apostólica, el proceso original que entónces en este cisma y alborotos se hizo. Y debe ser ésta la misma escritura que Onufrio refiere. San Ambrosio hablando deste santo Pontífice, dice (1) fué elegido por juicio divino.

Fué san Dámaso un insigne pontífice, y que en defensa de la fé, y en todo el gobierno de la Iglesia hizo cosas muy señaladas, por las cuales es alabado de muchas maneras por todos los escritores de aquellos tiempos (2). Teodoreto refiere (3) como le llamaban varon admirable, y digno de alabanza soberana, y adornado de diverso resplandor de virtudes. Despues en el sexto concilio Constantinopolitano (4) lo llamaron diamante de la fé, por la gran firmeza y constancia que siempre contra diversas herejías tuvo en ella. Escribiendo san Gerónimo á Pammaquio, dice dél entre otros loores que fué virgen como verdadero pontífice de la Iglesia limpia y sin mancilla. Con toda esta su santidad fué Dámaso acusado de adulterio, mas pareció su inocencia en público concilio de cuarenta y cuatro obispos, donde fueron condenados Calixto y Concordio, dos diáconos sus acusadores. Hizo y constituyó cosas excelentes en el sumo pontificado. Por su mandado se congregó el primer concilio de Constantinopla, donde se condenaron algunas perversas herejías. Tambien se celebró en su tiempo el concilio de Aquileya en Italia. Él tambien en una su epístola decretal refiere como congregó otro concilio en Roma, en que condenó á los dos herejes Apolinario y Timoteo. Tiénese por constitucion suya el cantarse los salmos en la Iglesia á versos por coros, y decirse al cabo el Gloria Patri; y desto hay epístolas deste santo Pontífice á san Gerónimo, y de san Gerónimo á él. Y como este santo Doctor hubiese trasladado en latin los libros sagrados de la Biblia: el papa Dámaso dió autoridad á su traslacion para que se leyese en la Iglesia, y se guiasen por ella los católicos.

Señalóse mucho este santo Pontífice en edificar y adornar los templos, y enriquecer todo su servicio en el culto divino. Edificó dos templos principales suntuosamente. Uno, de los apóstoles san Pedro y san Pablo en el mismo lugar donde sus cuerpos fueron sepultados y estuvieron mucho tiempo. Los vasos de plata y de bronce que aquí ofreció fueron muchos, y todos riquísimos. Una patena de veinte libras de aquel tiempo, que siendo de doce onzas, son poco ménos de veinte y siete marcos de los nuestros. Otro gran vaso de veinte marcos. Una fuente muy labrada de catorce marcos. Cinco cálices, cada uno de cuatro, y cinco coronas, cada una cerca de diez marcos. Diez y seis vasijas grandes de bronce; y grandes rentas que le atribuyó para sus reparos y servicio, como en el libro latino, llamado Pontifical, se refiere. El otro templo dedicó á san Laurencio, y tambien lo adornó y dotó ricamente. Escribió algunas obras de las cuales tenemos cinco epístolas decretales, y unos versos exámetros á la sepultura de los apóstoles san Pedro y san Pablo: y otro libro pequeño donde escribió los hechos de los sumos pontífices pasados hasta su tiempo. Aunque ha habido algunos que ponen en duda si este libro que tenemos, llamado el Pontifical, sea el que san Dámaso escribió. Compuso muchos otros versos como quien se deleitaba, segun dice San Gerónimo (5), con el descanso y suavidad de las letras. Y el haberse dado á descubrir cuerpos de santos mártires, y hallarlos, le daba materia para escribirles en verso epitafios. Ordenó en diversas veces sesenta y dos obispos, treinta y un presbíteros y once diáconos; y habiendo llegado á edad de ochenta años, falleció el trescientos y ochenta y cuatro de nuestro Redentor, á los once de diciembre, habiendo sido sumo pontífice diez y ocho años, dos meses y once dias. Fué enterrado en la basílica de los Apóstoles, que él habia fundado con su madre y su hermana, que ya ántes allí estaban sepultadas, y por esto se entiende como las habia tenido consigo en Roma. Por el año en que entró á ser sumo pontífice san Dámaso, se ve claro como yerran los que escriben que lo fué en tiempo del emperador Juliano, pues era ya muerto tres años habia.

(1) En la epístola 30, del lib. 5. (2) En el lib. 5, c. 3. (3) En el c. 10. (4) En el c. 28. (5) En los ilustres varones.

CAPÍTULO XLI.

El poeta Prudencio.

Deste tiempo y de mas adelante es el poeta Aurelio Prudencio Clemente, natural de Calahorra. Y aunque alguna vez parece llama á Zaragoza su tierra, no se ha de entender así, pues estotra es verdad muy cierta, y que él manifiestamente la afirma (1). Habia nacido en tiempo de Constancio, el año trescientos y cuarenta y ocho, como él lo muestra (2) nombrando los cónsules del año en que nació. Parece por lo que dice, de sí mismo, que en su mocedad fué soldado, y fué tambien abogado, ó por orador, ó por jurista, que ambas cosas da á entender. Tambien tuvo dos gobernaciones en ciudades principales, aunque no dice sus nombres. A la vejez se dió á escribir cosas sagradas, que son todas las que tenemos suyas, donde rebosa siempre su pecho cristiano palabras muy dulces y agudas en un género de poesía muy lindo. Y señaladamente le debemos á Prudencio, por lo que escribió de los santos mártires de España. De hartos dellos escribió himnos particulares con muy cumplida historia de sus martirios: y de casi todos hizo memoria autorizando tanto sus pasiones y muertes con su antiguo testimonio, que no tenemos ahora casi ninguna mayor autoridad y certificacion que aquella.

De España se fué á Roma, donde iban á emplearse entónces los grandes ingenios; y así allá, como él dice de sí mismo, alcanzó honra y favor. Escribió las obras excelentes que tenemos, donde se muestra bien su mucha cristiandad y devocion con lindo atavío de poesía. Perdióse una obra suya de la creacion del mundo, la cual le atribuye con las demás Gannadío. Parece que vivió mas de setenta años, pues hace mencion de la batalla en que Estilicon venció al rey Radagaiso de los ostrogodos, que sucedió el año cuatrocientos y dos, y ya en aquel año él tenia cincuenta y cuatro. Y de tal manera habla de aquella victoria, que parece habia ya algunos años que pasó. Y él tambien al principio de una su obra dice (3) como tenia cincuenta y siete años cuando la escribió. Y si queremos pensar, como podemos, que hace mencion del cónsul Anicio Baso, en el libro primero contra Simmaco, harto pasó de sesenta años.

A propósito deste autor conviene notar para toda la historia de adelante, que aunque desde el gran Constantino acá, todos los emperadores eran cristianos, malos ó buenos, herejes ó católicos; mas no por eso lo eran todos los romanos, ni los de España, ni de las otras provincias, ántes cada uno libremente vivia en la ley que le placia, y no era forzado á dejar la idolatría. Así vemos que aquel vicario Clementino, de quien atrás se hizo mencion, era gentil en tiempo de Cons-

(1) En el Himno de san Emeterio y Celedonio. (2) En el prólogo del Catemerinon. (3) En el proemio del Catemerinon.

tancio; y por inscripciones antiguas que hay en Roma, se ve como se ponian en estos años estatuas de nuevo á los dioses de los gentiles (1). Y el mismo Prudencio celebra mucho el haber sido unos cónsules en estos años cristianos, como al fin deste libro diremos, y añade que en todo el senado se hallaban ya muy pocos gentiles. Y muy adelante se dirá cuando se mandó en España derribar públicamente todos los idolos y estatuas de aquellos falsos dioses. Que no se pudo desquiciar de una vez toda la gentilidad junta, sino que destruyéndola su poco á poco, se fué introduciendo tambien la cristiandad, generalmente su paso á paso. Y una de las cosas que mas en lo de la ídolatría estuvo dificultosa, y como dicen rehacia en arrancarse, y mas fué menester para destruirla, fueron las vírgenes vestales. Toda aquella supersticion y ceremonias de aquellas malas monjas, por ser mujeres ricas y emparentadas, se mantuvieron mucho tiempo sin que se pudiese quitar del todo aquella parte de la religion gentílica. Ya en este tiempo el emperador Valentiniano, que fué cristianísimo, se determinó muy de propósito en quitar del todo lo de la gentilidad, y arrancarlo tan de raiz en público que quedase muy desembarazado el suelo para plantarse universalmente la cristiandad. El quitar las vírgenes vestales se sintió mucho en Roma, y así le enviaron una muy solemne embajada al emperador sobre esto con Quinto Aurelio Aviano Simmaco, prefecto que era entónces en la ciudad, y muy señalado por su singular elocuencia. Con ella defendió bravamente delante del emperador el negocio de la gentilidad en general, y en particular el de las vírgenes vestales, como en su razonamiento, que tenemos, parece. San Ambrosio le respondió divinamente. Porque hallándose á la sazon Valentiniano en Milan, parece era propio del obispo de allí salir á tal causa, y defenderla. Poco despues tambien escribió nuestro Prudencio dos libros muy lindos en verso heroico contra este Simmaco y su embajada, que son cosa harto principal entre todas sus obras, y nos ha dado la ocasion para proseguir todo esto, que tambien en su manera era necesario para la historia.

CAPÍTULO XLII.

San Paciano, y otros varones señalados en España.

Por estos tiempos era insigne la santidad y doctrina de san Paciano confesor, obispo de Barcelona. Escriben dél san Gerónimo en el libro de sus Claros Varones, y lo que dice es, celebrar su limpieza en la vida, y su elocuencia en lo que escribia, y toda su vida dice fué bien conocida por su santidad. Escribió algunas obras, y señaladamente tenemos ahora unas epistolas á Simproniano, y una amonestacion a penitencia, y un tratado contra los herejes novacianos. El martirologio de Usuardo pone a este Santo a los nueve de marzo, y así tambien hace el obispo Equilino memoria dél.

Como entónces los clérigos eran casados, tuvo este Santo un hijo llamado Dextro, que fué excelente varon en letras, segun tambien así san Gerónimo escribe, y a él le dirigió aquella obra de los escritores eclesiásticos. Y el mismo Dextro escribió una historia universal, y la dirigió al bienaventurado san Gerónimo, como él ahí lo dice. Vivió muchos años, y así alcanzó hasta el emperador Teodosio, en cuyo tiempo murió.

Sin el san Gregorio obispo de Iliberia, de quien se ha dicho tratando de Osio, hubo por esos tiempos otro santo varon obispo de Córdoba, llamado tambien Gregorio. Éste tenia una santa costumbre, que en todas sus misas hacia conmemoracion de los mártires que habian padecido en tal dia. Esta su costumbre alabó mucho el emperador Teodosio delante gran multitud de prelados que se habian juntado en un concilio de Milan. Así lo refieren los dos obispos Cromacio y Heliodoro en una epístola que escribieron al glorioso doctor san Gerónimo, y anda impresa al principio del martirologio romano. Pídenle en ella, movidos por el ejemplo del buen obispo, que les envie escrita alguna forma del martirologio, con que ellos puedan imitarle. Y yo no he visto otra memoria deste prelado.

Tambien fué deste tiempo Aquilio Severo, de quien el mismo san Geronimo escribe, como era español, y deudo del otro Severo, á quién escribió Lactancio Firmiano muchas epístolas, por donde se parece como este español tambien era hombre insigne en letras. Aquilio escribió un libro en verso y en prosa todo mezclado, donde prosiguió el discurso de su vida como lo habia pasado.

En estos mismos años, como el mismo Santo refiere en sus adicciones á la corónica de Eusebio, florecia en Zaragoza un orador famoso llamado Pedro y enseñaba elocuencia en aquella ciudad.

Olimpo, obispo español, sin que Gennadio, que escribe dél, señale de dónde, compuso un libro contra algunas herejías, y así lo pone aquel autor por hombre señalado.

CAPÍTULO XLIII.

Honorio Teodosio, capitan español muy señalado.

Sirvióse mucho el emperador Valentiniano de un caballero español natural de Itálica, su misma tierra del emperador Trajano, y Adriano, como presto se verá, viéndose tambien como hay autor grave que dice (1) como sus pasados de Honorio tuvieron descendencia de aquellos dos emperadores. Y por haber sido este caballero muy señalado por su persona, y excelente capitan, haber sido tambien padre del emperador Teodosio, con quien tanto se puede y debe honrar España, se escribirá aquí dél enteramente todo lo que en los autores antiguos se halla.

La primera cosa que Ammiano Marcelino dice (2) se le encargó fué la isla de Inglaterra, que estaba toda rebelada, y con otros dos ó tres capitanes que Valentiniano habia antes enviado allá, no pudo ser reducida. Teodosio la sujetó y pacificó toda, y venciendo con esfuerzo, sosegó con prudencia otros alborotos que por muchas maneras de nuevo se recrecian. Por esto le hizo el emperador cuando volvió maestro de la caballería, que este nombre tenia entónces el capitan general della. Tambien parece que se le dió entonces á Teodosio el triunfo, pues san Ambrosio lo llama triunfador en el razonamiento que hizo de la muerte del emperador su hijo. Aunque ya por este tiempo no se usaba el triunfo en Roma con la solemnidad antigua, sino otra fiesta con alguna sombra de aquella.

Sucediendo despues grandes levantamientos en Africa, donde se rebeló uno llamado Firmo, siguiéndole la mayor parte de aquella provincia: fué enviado contra él Teodosio con cargo y título de conde, como el mismo autor refiere (3): y todo lo venció, y lo allanó, hasta traer a su adversario en tanta desesperacion, que el mismo se dió miserablemente la muerte. Así deja

(1) En los Fastos de Panvinio, y en la ortografía de Aldo.

(1) En el lib. 44. (2) En el lib. 27. (3) En el lib. 29.

Ammiano Marcelino á Teodosio en África vencedor, sin contar despues cosa ninguna dél: y es harto de maravillar, como viviendo este autor en aquel tiempo, y escribiendo lo de adelante, no prosiguió en contar la muerte de un hombre tan insigne, y que él tanto habia comenzado á celebrar. «Y yo creo cierto la calló, «porque no todas veces se atreven los historiadores á «escribir todo lo que pasa en su tiempo, principal- «mente cuando tiene infamia manifiesta de los princi- «pes, como este hecho de la muerte de Teodosio la tu- «vo.» Yo la pondré como se halla en Paulo Orosio, autor español y muy grave, que tambien vivia entónces, y escribió poco despues, y en otros aquellos tiempos.

Despues de las victorias pasadas, quedándose Teodosio á gobernar aquella provincia de África, y entendiendo en concertar y poner en buen órden todas las cosas della con mucha prudencia: le mandó matar el emperador Valente de Constantinopla, muy diferente en las virtudes y grandezas de su hermano Valentiniano. Y aunque el mandar matar á un varon tan excelente era gran maldad, acrecentóla mucho en ser por tan liviana y vana ocasion. Como este emperador era hereje arriano, supersticioso y cruel, temiendo por sus malos hechos, que son los mas ciertos verdugos, que atormentan á los malos sin dejarlos vivir en reposo: hizo inquirir por adevinaciones vanas y supersticiosas, quién le habia de suceder en el imperio. Lo que resultó de aquella burlería fué, creer que habia de ser sucesor suyo uno cuyo nombre comenzaba en estas letras Teod. Por esto el cruel mandó matar todos los hombres de cuenta, que tenian estas letras al principio de su nombre, como Teodoros, Teodolos y Teodosios. Que la potencia de un tirano, con tan pequeñas ocasiones como éstas, corre desapoderada á tanta crueldad. Queriendo, pues, los malvados ministros de Valente dar la muerte á Teodosio, como Paulo Orosio escribe: pidió el Santo Bautismo en aquel punto (porque ántes ó no era cristiano, ó era solamente catecúmeno) y habiéndolo recibido, seguro ya de la vida eterna, tendió el cuello al cuchillo, sin dársele mucho por la perecedera: que éstas son allí las palabras de Orosio. Hay mencion desta muerte de Teodosio el viejo, y dé la causa della en la historia Tripartita (1) y en Zonaras se refiero la vanísima manera de adevinacion que Valente para esto usó. Hace memoria tambien de la muerte deste caballero san Gerónimo en su corónica, que añadió á la de Eusebio (2). Y el poeta Claudiano lo nombra muchas veces, con celebrar sus victorias: como á tronco del ínclito linaje de emperadores que dél sucedieron. Su nombre entero es Honorio Teodosio, y su mujer se llamaba Termancia, que así parece por las monedas de ambos, que Jacobo Estrada pone, donde ambos se nombran padre y madre del emperador Teodosio: y tambien Sexto Aurelio les da en su historia estos nombres. Estas monedas no lo nombran mas que Honorio, mas todos los historiadores lo llaman Teodosio, y así de lo uno y lo otro se junta el nombre entero. Tuvo otro hermano, como Sexto Aurelio Victor, que vivia en este tiempo, expresamente lo dice, sin poner su nombre. Tuvo tambien otro hijo sin el emperador, cuyo nombre fué Honorio, de quien despues se dirá. Y tuvo una hija, sin que el mismo Sexto Aurelio la nombre, haciendo mencion della.

Algunos refieren haber visto mármoles en el camino de la Plata con inscripciones destos dos emperadores Valentiniano y Valente, yo no las pongo, por no tener mas que los títulos ordinarios y memoria de lo que mandaron aderezar en aquel camino: todo semejante á lo que de allí ya muchas veces en otros emperadores se ha puesto.

(1) Lib. 7, c. 35. (2) En el lib. de Bello Goldonico. En el 3 y 4 Consulado de Honorio, y en el panegírico de Serena.

En Ammiano Marcelino se entiende (1), como en tiempo de Valentiniano fué legado consular en la Bética uno llamado Falangio: refiriendo como por mandado del emperador hizo justiciar á un mancebo llamado Loliano. Y falleció el emperador Valentiniano el año trecientos y setenta y cinco, quedando sus dos hijos Graciano y Valentiniano el mozo, segundo deste nombre en el imperio.

CAPÍTULO XLIV.

Prisciliano, hereje en España, y lo que acá se hizo para destruir su mala secta, y algunos hombres señalados en España.

En tiempo deste emperador Graciano, se apoderó mucho acá la herejía de Prisciliano, que aunque no tuvo principio en España, en poco tiempo se arraigó mucho en ella. San Gerónimo, san Agustin, san Hilario y principalmente Sulpicio Severo, que vivia entónces, en su corónica, escriben mucho desta herejía y su pestilencial suceso, y dellos será todo lo que yo aquí refiriere. De Egipto, como se ha dicho (2), vino á España uno llamado Marco, muy corrompido de la herejía de los Gnósticos, que con grandes errores en la fé, eran muy carnales en todo su trato, y éste inficionó acá muy presto de su mala ponzoña á Elpidio, un maestro de retórica, y á una mujer noble llamada Agape. De la doctrina deste resucitó ahora su maldita secta Prisciliano, un caballero de la provincia de Galicia, que ya de atrás sabemos cuán ancha era y extendida. Era éste noble y muy rico, y que con grandes partes de ingenio, estudios y destreza en negocios, tenia tambien grandes vicios de inquietud natural, y poco asiento en ningun bien. Lo mucho que sabia en todas letras, le servia para acrecentar en soberbia y vanidad: y el deseo de saber, que estaba en él muy encendido, le hizo tambien procurar entender mucho de la mágica, y otras tales artes malvadas. De todo se ayudó, para llegar en poco tiempo á su maldita secta mucha gente, y entre los otros hartos nobles y mujeres, que con su liviandad natural fácilmente le siguieron. Obispos hubo tambien secuaces de Prisciliano: y con una secreta comunidad y union no cesaban todos ellos de esparcir su mal veneno, para extender mas su poderío con muchos valedores. Llegando á los oidos de Agidino, obispo de Córdoba, este malvado principio de tanto daño, y el mayor mal que para adelante en la Iglesia de España se podia temer, cuando mas creciese: lo hizo luego saber á Idacio, obispo metropolitano de Mérida. Idacio comenzó á maltratar con mucha furia y poca advertencia al obispo Instancio, que era ya priscilianista, y á otros sus secuaces: y con esto atizó de veras el incendio, que deseaba apagar Despues de muchas disputas y contiendas, viendo los buenos prelados lo poco que con todo se aprovechaba, recurrieron al postrero y mas bastante remedio, de juntarse un concilio en Zaragoza, al cual tambien vinieron los obispos de aquello de Francia, que en Lenguadoc y por allí está mas vecino. No osaron venir á él los herejes, y así fueron condenados en ausencia Instancio y Salviano obispos, y Elpidio y Prisciliano hombres seglares: añadiendo, que cualquiera que comunicase con los así condenados, como con católicos, pasase por la misma sentencia. En el concilio se dió el cargo á Ita-

(1) En el lib. 28. (2) En el lib. 9, c. 33.

[illegible]

[illegible] Sulpicio [illegible] cuenta [illegible] desterrado [illegible] sus [illegible] España. El [illegible] Francia [illegible] España [illegible] llevados al [illegible] Burdeos [illegible] presencia de [illegible] Prisciliano [illegible] por el [illegible] que pudo compurgarse [illegible] Prisciliano, como cabeza de todo el mal, [illegible] sus secuaces á la presencia de [illegible] los obispos Idacio y Itacio, para [illegible] aunque tuvo en su causa algunas mudanzas y esperanzas al fin despues de ser oido dos veces [illegible] en su defensa, y siendo esta muy flaca con el mal fundamento que podia tener, al fin confesó la fealdad y [illegible] de su doctrina y fué despues degollado, y con él Matroniano Español, que otros llaman Latroniano, gran poeta, y como dice san Gerónimo, digno de ser comparado con los antiguos. Tambien fueron muertos entónces otros de quien no se entiende bien si fueron españoles, ántes en Sulpicio parecen franceses. El obispo Instancio fué desterrado á una isla que parece Irlanda, con Tiberiano andaluz de nacion, y hombre docto, y de quien san Gerónimo dice escribió en su defensa, mas al fin murió mal hereje. Tambien parecen españoles los dos diáconos Asarino y Aurelio, que tambien fueron degollados: dándoseles la vida, con solo desterrarlos, á Tertulo, y Potamio, y Juan españoles, hombres bajos, porque al principio descubrieron toda la verdad de lo que pasaba. Tambien quitaron el obispado á Nardacio, que no se dice donde era prelado: y él aunque poco culpado, dejó por su voluntad su prelacía. No se acabó la herejía con los autores della, ántes hubo quien trujo los cuerpos de los muertos á España, donde eran venerados como mártires por los priscilianistas, llegando su pertinacia á tanta maldad, que juraban con gran reverencia por el nombre de Prisciliano. Así cuenta [illegible] esto el obispo Sulpicio Severo, como hombre que lo vió todo, aunque su libro impreso está tan [illegible] que si no es adivinando mucho, no se pueden entender algunas cosas, ni conocer las personas. La semejanza de los dos nombres Itacio y Idacio [illegible] alguna confusion en todo esto. Y el uno dellos es sin duda el que san Gerónimo en sus Varones ilustres [illegible] Idacio Claro, y dice era obispo de la iglesia [illegible] de España. Celebra su elocuencia, y [illegible] escribiendo contra Prisciliano, los [illegible] su secta. Despues fué desterrado por la muerte [illegible] otro obispo Ursacio. Y por estar escrito [illegible] con esta brevedad, no se puede [illegible] en particular.

Despues de la condenacion y muerte [illegible] tuvo determinado Maximo de enviar á España [illegible] con capitanes particulares, que [illegible] [illegible]

con mucha dificultad y maña, alcanzó de Máximo, que cesase de proseguir la crueldad, que para España tenia determinada. Esto cuenta bien por extenso Sulpicio Severo en la vida de san Martin (1). Y quien allí se espantare por que el Santo tan de veras tuvo por descomulgados á Itacio y Idacio, y rehusó por esto cuanto pudo el hablar ni tratar con ellos: entienda que lo hizo no porque no tuviese por bueno su celo en perseguir los herejes, sino porque procuraron con mucha rotura, y sin recato de sacerdotes, que fuesen todos muertos. Esto se dá á entender allí algunas veces, y fué menester declararlo aquí enteramente, para que todos lo entendiesen.

Algunos han querido decir, que el primer concilio Césaraugustano, que anda entre los otros de España, es éste que ahora se celebró. Yo no veo fundamento bastante, para que se deba pensar, habiendo algunos para creerse fué en el tiempo, en que adelante se pondrá. Y al principio del libro siguiente se tratará otra vez desto de Prisciliano en el primer concilio de Toledo (2), y allí se verán algunas comprobaciones de lo dicho (3).

Deste levantamiento de Máximo hace mencion Paulo Orosio, Sexto Aurelio Victor, y los autores de la historia Eclesiástica. Y parece claro, como le siguió España por lo que Sulpicio Severo decia, de como por su mandado se le enviaron de acá presos Prisciliano y los demás. Duró algunos años su tiranía, y en ella mató al emperador Graciano el año trescientos y ochenta y tres como adelante se tratará.

Ya se ha dicho como el año siguiente trescientos y ochenta y cuatro falleció el papa san Dámaso á los once de diciembre. Despues de diez y siete dias de vacante, fué elegido san Siricio á los veinte y seis del mismo. Este sumo Pontífice escribió una epístola decretal á Himerio, metropolitano de Tarragona, en respuesta de otra que le habia escrito con un su sacerdote llamado Basiano á san Dámaso; y porque era ya muerto responde por él su sucesor, como él allí lo refiere (4). Satisfácele á algunas cosas que habia preguntado acerca del bautismo, del matrimonio, y de la penitencia. Trata tambien de monges y de monjas, y del ordenar los sacerdotes, y otros ministros, y de otras cosas que se le habian consultado. Pídele que comunique esta epístola con los obispos de las provincias Cartaginense, Bética, Lusitania y Gallega, cuya data por los cónsules parece haber sido el año trescientos y ochenta y cinco, y el dia se señala once de febrero. Y desta epístola decretal hay mencion en el primer concilio de Toledo (5), como en el libro siguiente se verá.

Era en este tiempo hombre muy principal en linaje y riquezas, y señalado en letras Licinio, y otros dicen Lucinio, natural del Andalucía. Hay claros testimonios de su grandeza y buenos deseos. Porque deseando ir á Jerusalen, y visitar los Santos Lugares, y sucediendo estorbos, envió allá seis criados suyos escribientes, para que visitando al glorioso doctor san Gerónimo, que estaba entónces encerrado en el sagrado lugar de Belen, le trasladasen sus obras. Envió tambien para los Lugares Santos, y para los pobres de Jerusalen y de Alejandría tanta limosna en moneda de oro, que se pudo con ella remediar la necesidad de muchos siendo éstas las mismas palabras que san Gerónimo usa en referirlo. Magnificencias son éstas que muestran en Luciano mucha grandeza y señorío; principalmente que, como el mismo Santo dice, era esto añadidura sobre las muchas limosnas que acá en su tierra hacia. Tambien le da gracias el Santo por haberle enviado á él particularmente tres vestiduras. Celebra tambien mucho la pureza de su fé, que perseveró limpia y firme en todas las suciedades, con que los priscilianistas amancillaron acá á muchos. Esto todo refiere de Lucinio el santo Doctor en una carta que le escribe á él, y en otra á su mujer Teodora despues que él habia fallecido.

Abigao, sacerdote español, tambien fué varon notable en estos tiempos de que se va tratando, pues mereció tambien que el santo Doctor le escribiese. Habia cegado, y consuélale en su carta deste su mal, alabándole sus virtudes.

En el mismo Santo hay mencion de dos sacerdotes españoles Desiderio y Ripario, á los cuales él nombra santos por su mucha virtud y celo de la fé cristiana, con que le pidieron escribiese contra los errores del hereje Vigilancio. Éste era sacerdote en Barcelona, y allí comenzó á sembrar algunos errores; y alguna apariencia hay allí en san Gerónimo, de que fuese natural de Pamplona, como Vaseo cree. Mas yo veo que contradice á esto en alguna manera el nombre que allí da san Gerónimo á la ciudad, de donde dice fué natural.

Abundio Avito fué un sacerdote español, y como Vaseo trae de Paulo Orosio natural de Tarragona, varon de mucha doctrina, y que como en Gennadio leemos, trasladó de griego en latin lo que Luciano presbítero de Antioquía escribió, de como le reveló nuestro Señor donde estaban sepultados los benditos cuerpos de san Estevan con otros santos, y como los halló. Este Avito se cree sea al que escribe san Gerónimo una epístola de los errores de Orígenes.

Por este tiempo estuvo acá en España Poncio Paulino, que algunos creen fué el santo obispo de Nola en el reino de Nápoles, y otros le tienen por otro diferente dél. En fin, estuvo acá en estos años un Poncio Paulino, hombre insigne en letras y santidad, cuyas obras en verso y en prosa tenemos muy lindas, y de mucha devocion. Él escribiendo á san Agustin refiere como le ordenaron de sacerdote en Barcelona, y escribiéndole el poeta Ausonio, que fué su grande amigo, se le queja porque se detiene tanto en aquella ciudad, y él respondiéndole desde acá le alaba mucho todo lo de España.

En los epígramas deste poeta Ausonio, llamados Parentales, se hace mencion como uno llamado Paulino, diverso del pasado, yerno de una su hermana, tuvo en Tarragona cargo de la judicatura, á que ya entónces llamaban corregimiento. Tambien refiere como Exuperio fué acá presidente por este tiempo. Nombra tambien en Dinamio á otro orador francés, que enseñó retórica en Lérida.

En tiempo del emperador Valentiniano fué procónsul acá en España aquel Tiberiano de quien atrás se ha hecho mencion. Y sino. era otro del mismo nombre, cuya memoria queda en una piedra que está en la ermita de santa Columba, en la ribera del rio Jabalon, por mas abajo de las ruinas de la ciudad de Oreto. Yo la he visto, y la pondré fielmente como la saqué con su error que tiene en el latin.

(1) En el lib. 3. c. 16. (2) En el c. 4. (3) Morales distingue el concilio primero Cesaraugustano del otro. en el que, segun Sulpicio Severo, fué condenado el Priscilianismo. Risco en el tomo treinta de la España Sagrada, pág. 232, los hace uno mismo. B. (4) En el I. tom. de los concil. (5) En el c. 4.

EX. OFFICINA.
HOMONI. VTE-
RE. FELIX. VAS-
CONI. IN.



PROC. TIBERIA
NO. FACTVS.
EST. HORREVM.
D. N. VALENTI-
NIANO. AVG.
TER. ET EVTRO.
PIO. V. C. CONS.
SCRIB. ELEFAN-
TO

Allí donde se halló esta piedra, se labró un alfolí público del emperador, y aun se parecen rastros dél. Parece tenia cargo dél uno llamado Vasconio, y el oficial que lo labró se llamaba Homonio. Éste para memoria de cuando se hizo el edificio puso esta piedra, que dice en castellano. Goza en Jesucristo con mucha dicha Vasconio esta fábrica de la oficina de Homonio. Siendo procónsul Tiberiano se hizo este alfolí á nuestro señor Valentiniano Augusto, siendo él cónsul la tercera vez con Eutropio varon clarísimo. Y fué escribano del alfolí Elefanto. Y si alguno quisiere pensar que el alfolí no se hizo para el emperador, sino para aquel Vasconio, no se le podrá bien contradecir.

El año que se señala en esta piedra, es el trescientos y ochenta y siete de nuestro Redentor. Porque en este año tuvo el emperador Valentiniano su tercero consulado con Flavio Eutropio, como en todos los buenos catálogos de cónsules parece.

Tiene esta piedra dos cosas notables. La una es aquella gratulacion, ó parabien *Utere felix*. Que parece ya por estos tiempos se habia mudado en ella la antigua: *quod felix faustum quæ sit*. Porque tambien yo tengo un medio cerco de oro que se halló en la villa de Vayona cerca de los reales bosques de Aranjuez, y se cree fuese la antigua Titulcia del itinerario de Antonino, y en él dicen las letras.

VTERE FELIX SIMPLICI.

Y sin esto se halla lo mismo en algunas otras inscripciones.

Lo segundo tiene notable la piedra la cifra del nombre de Jesucristo, que desde Constantino se comenzó á poner en el Lábaro, y le vemos en monedas deste emperador Valentiniano Segundo, y della se dirá mas enteramente en su lugar (1). Pudiérase tambien notar en esta piedra ser la postrera que de tiempo de romanos se halla en España, sino que al principio del libro siguiente se ha de hacer mencion de otra que está en Osuna de mas adelante.

CAPÍTULO XLV.

Del emperador Teodosio, primero deste nombre, natural de España.

El discurso de la historia nos ha ya llegado á escribir del tercero emperador español, que fué Teodosio. Y así por haber sido de acá, como porque fué un excelentísimo príncipe en religion, y en armas, y en toda grandeza: se contarán aquí por extenso todas sus cosas, que tan propias son desta corónica. Y tanto de mejor gana las escribiré, cuanto andan mas esparcidas por muchos autores: y si no es juntándolas aquí todas, no pueden sin muchas faltas gozarse.

El emperador Graciano habia tomado por su compañero en el imperio á su hermano Valentiniano, al cual comunmente llaman el menor, ó el mancebo, por diferenciarlo así de su padre. Y aunque ambos hermanos eran hombres de grande ánimo, y bastantes para llevar todo el peso de la gobernacion en paz y en guerra: mas todavía considerando los grandes peligros en que el imperio se veia, por haber apoderádose los godos en la Misia, y parte de Tracia, y ser gente tan feroz, que se debia mucho temer: siguiendo con prudente consejo el ejemplo de su padre, como él se habia valido tanto del capitan Honorio Teodosio en sus grandes necesidades, así ellos determinaron valerse de su hijo el mayor, llamado tambien Teodosio. Porque de su valor y grandeza se tenia tanto crédito, que como dice expresamente Niceforo, todos comunmente lo juzgaron por digno de que se le diese el imperio romano, cuando Graciano fué elegido para tenerlo. Tomaron, pues, los dos hermanos en su compañía, para que fuese emperador con ellos, á Teodosio, que se hallaba á la sazon en España. Habíase retirado acá, cuando mataron en África tan malvadamente á su padre, ó temiendo semejante peligro por tener su mismo nombre, pues con tanta razon le podia mover esto entónces, ó porque los otros hombres principales de su estofa, que andaban en la corte le tenian grande envidia, viendo como se señalaba y aventajaba en todas las cosas de honra y estimacion, que es la causa que Niceforo y Teodoreto dan del haberse recogido en España (1). Y san Ambrosio dice claramente, que los que mataron á su padre tambien lo quisieron matar á él, y esto parece debia ser por la misma causa. Era natural de acá de España, y criado en ella, como estos autores y Paulo Orosio y otros dicen. Niceforo mas en particular refiere que era cerca de los montes Pireneos, y no parece que lleva esto ningun camino, pues fué del Andalucía, y de la ciudad de Itálica, como lo afirma el conde Marcelino, autor grave y diligente, que vivia en este tiempo, y lo mismo tambien da á entender Sexto Aurelio Victor (2). Mucho mas claro está en el poeta Claudiano, que vivia por este tiempo; y todas las veces que habla de su tierra deste emperador, ó de su padre, nombra el mar Océano del Andalucía, y al rio Betis que pasaba por Itálica. Algunos autores, y entre ellos Sexto Aurelio, escriben que descendia Teodosio del linaje de Trajano. Añade tambien que le parecia mucho en el rostro, y en toda la disposicion del cuerpo, conforme á lo que los autores dejaron escrito, y los pintores retratado del uno, y él mismo veia por sus ojos en el otro. Ambos, dice, tenian el cuerpo grande y bien levantado, los miembros de una postura, los cabellos espesos. Solo diferenciaban en que Trajano tenia por gala arrancarse los pelos mas altos de la barba, para dejar mas descubiertas las mejillas, y Teodosio tenia los ojos mucho mayores y mas rasgados. Tambien dice este autor, que Teodosio tenia tan lindo donaire y frescura en el rostro, y tanta gravedad y grandeza en el andar, que no sabe si Trajano le pudo llegar en esto. Así prosigue toda esta particularidad Sexto Aurelio. Mas de las medallas antiguas que ahora vemos destos emperadores, no podemos comprender tanta similitud.

De su nobleza y generosa casta de Teodosio hay grandes encarecimientos en los autores. Niceforo dice (4), que era de claro linaje, y que en la nobleza dél no podia dar á nadie la ventaja, y casi lo mismo habia dicho antes de su padre. El obispo Cirense y Teodoreto di-

(1) Lib. 12, c. 41.

(1) Niceforo en el lib. 12, c. 1. Teod. en el lib. 9, de la Tripartita, c. 4. (2) En el 4 consulado de Honorio, y en el 3, y en el panegírico 4 de Estilicon. (4) En el lib. 12, c. 1.

ceo (1) era hombre muy esclarecido el emperador Teodosio, tanto por la nobleza de sus padres, como por su propio esfuerzo y valentía. Desta habia ya dado grandes muestras desde muy mozo. Siendo tan mancebo, que aun entónces, como dice Ammiano Marcelino (2), le apuntaba la barba, ya era general en la Misia, y allí venció muchas veces á los sarmatas que acometian las tierras de los romanos, y los fatigó tanto en diversas batallas, que por los muchos que en ellas les habia muerto, y por la vigilancia que traia en ofenderlos, le pidieron la paz y el perdon de lo pasado, sin mover despues por aquel tiempo las armas de nuevo. Despues tambien cuando ya estaba retirado en España, parece da á entender Niceforo que hizo la guerra con buen suceso en defensa de sus españoles. Mas si esto así fuera, creo cierto que Latino Pacato lo celebrara en aquel razonamiento suyo, en que alabó á este buen emperador en su presencia. No le da allí en este tiempo mas que pasar honradamente su sosiego en favorecer muchas gentes, y mostrar en esto su grandeza y su bondad, en ejercitar la caza, y procurar su hacienda, gozando con mucho gusto de su sosiego en la frescura de sus heredades. De aquí le mandó llamar el emperador Graciano, cuando ya la fatiga de la república, como nave en tempestad, pedia otro mayor gobierno. Tal era el de Teodosio, pues dice dél muy agudamente Latino Pacato, que era digno para que todos lo escogiesen, y entre todos él solo debia ser escogido.

Tenia entónces Teodosio treinta y tres años de edad, como Sexto Aurelio afirma, y recibiólo el emperador Graciano en Sirmio, ciudad de la Misia, y allí le dió el cargo que su padre habia tenido de maestro de la guerra, y era, como se ha dicho, capitan general en ella. Paulo Orosio desde luego dice que le vistió allí la Púrpura, insignia del imperio, dándole tambien el nombre de César, que, como otras veces se ha dicho, era tanto como hacerle príncipe heredero del imperio. A Paulo Orosio sigue tambien en esto Sexto Aurelio. El conde Marcelino aun mas en particular dice que se le dió entónces el imperio oriental de Constantinopla, y señalando dia, mes y año, pone que fué á los diez y nueve de enero del año trescientos y sesenta y nueve. Y desde este año se le comienza á contar á Teodosio su imperio. Niceforo y Teodoreto, que dicen no se le dió la dignidad del imperio hasta despues: cuentan como estando en Antioquía Teodosio, soñó una noche que el santo obispo de aquella ciudad, Melecio, le vestia la ropa de emperador, poniéndole tambien corona en la cabeza. Comunicando otro dia este sueño, segun dice Teodoreto, con un sacerdote, él le dijo como aquel no era sueño, sino vision divina, por donde se le manifestaba habia de ser emperador. Y así desde á pocos dias vuelto á Graciano, él le dió la púrpura y el título que dijimos. Mas esto fué ya despues cuando él habia habido grandes victorias en aquellas provincias de Siria y sus comarcas, habiendo puesto paz y sosiego entero en ellas. Tambien venció á los godos que se habian acercado mucho por la Tracia á Constantinopla, haciéndolos salir de toda la tierra, y vivir contentos con la paz. Esta paz se hizo con Atanarico, primer rey de los godos, despues que salieron de su tierra. Vínose luego Graciano á Italia y á su imperio del occidente, quedándose Teodosio en lo de Constantinopla con todo el señorío absoluto. Y viniéndole á visitar allí en señal de amistad y obediencia el rey Atanarico, fué recibido con gran triunfo, y viendo en esto y en todo lo demás la gran magestad del imperio, dijo como espantado, que era imposible nadie pudiese imaginar tanta grandeza sin verla.

(1) En el lib. 11, c. 45. (2) Al fin del lib. 29.

Entró Atanarico en Constantinopla, como en el conde Marcelino se halla, en el mes de enero del año trescientos y ochenta y uno, y en el mismo mes murió allí de su enfermedad, y fué sepultado con grandísima pompa que Teodosio le mandó hacer. San Isidoro, y todos los que le siguen, comienzan á contar el reino de los godos desde este rey, y así ponen su principio en el año trescientos y sesenta y nueve, que fué el primero de su reino. Yo desde que entraron en España comenzaré á contarlo pues lo demás no parece nos toca.

Venció despues Teodosio á los godos y á su rey Alarico, sucesor de Atanarico: y dejólos en grande obediencia y amistad suya. Volviendo á Constantinopla desta jornada, enfermó gravemente en Tesalónica, ciudad de la Macedonia, y entónces pidió el bautismo á ejemplo de su padre, como Niceforo y Próspero en su corónica refieren (1), poniéndolo en el año trescientos y ochenta y tres. Bautizóle el obispo de aquella ciudad llamado Ascolio; y no se puede entender, por qué habia dilatado tanto el bautismo, siendo ántes tan católico cristiano, como todos los historiadores nos lo representan. Así dice Nicéforo, que holgó ser bautizado de mano de aquel obispo, que era católico en la fé, y muy santo en la vida: y que le preguntó del estado de la verdadera fé de aquella tierra, y entendido dél, como aquello de Macedonia con lo mas occidental de la Grecia estaba católico, mas en Asia prevalecia mucho la herejía de Arrio, y señaladamente tenia inficionado gran parte de la ciudad de Constantinopla y su tierra. Por esto hizo luego Teodosio en aquella ciudad la ley santísima, que se halla en el cuerpo del derecho, en que mandó se guardase en todo su imperio la fé católica y verdadera, que el apóstol san Pedro habia dejado enseñada, y el papa san Dámaso, y el obispo Pedro de Alejandría á la sazon predicaban. Estos dos prelados eran entónces las dos mas firmes colunas de la fé católica, que la sustentaban y defendian contra Arrio, el uno en el oriente, y el otro en el occidente.

Este su celo del emperador en la fé católica fué tan grande, que se pareció verdaderamente como habia sido cierta la vision que sus padres en sueños vieron, cuando andaba en el vientre de su madre. Estando durmiendo, se les mandó, como Sexto Aurelio cuenta, que pusiesen al niño, cuando naciese, por nombre Teodosio, que quiere decir en griego, dado de Dios. Y así fué verdaderamente dado de mano de Dios este príncipe, para defensa y amparo de la fé cristiana, que en aquel tiempo con la herejía de Arrio andaba muy turbada. No se pueden fácilmente relatar todas las cosas que en particular hizo para este fin. Luego que reposó en Constantinopla, halló allí al santo varon Gregorio, obispo Nacianceno, y encomendóle en general todas las iglesias, para que las confortase y afirmase en la verdadera fé (2). Hizo tambien ley, en que mandó no predicasen arrianos, ni hiciesen congregaciones en público (3). Y esto alcanzó dél Amfiloquio metropolitano de la parte de Grecia, llamada Licaonia, á quien entónces por sus admirables virtudes llamaban el Grande: y alcanzólo, como Niceforo y otros autores refieren (4), por un rodeo prudentísimo. Vino á Constanti-

(1) En el lib. 12, c. 6. (2) Nicéforo en el lib. 12, c. 8. (3) La ley 2. C. de Sum. Trin. et Fidei Cath. (4) En el mismo lib. c. 9.

nopla, por tratar desto con el emperador: y habiéndoselo propuesto, no se lo concedió, por parecerle ser muy riguroso el mandar aquello absolutamente, pues podrian seguirse algunos alborotos crueles. El Santo viejo calló por entónces, y pensó como podria alcanzar por buena maña lo que por razon no podia. Fuése pues, un dia á palacio con los otros obispos, y hizo al emperador cuando llegó á él, todo el acatamiento acostumbrado con debida reverencia: mas no usó el comedimiento que se debia con el príncipe Arcadio su hijo del emperador, que estaba junto con él, aunque ya su padre le habia dado el título de César, y lo habia declarado por su compañero en el imperio. Antes se llegó á él Amfiloquio, y le saludó muy familiarmente, como si fuera otro su igual. Al emperador le pareció que el obispo erraba en aquello, por no ser muy cortesano, y así le avisó como habia de hablar á su hijo. Mas el obispo respondió. Bástale la cortesía que le he hecho. Ya entonces indignado Teodosio, pensando que se habia hecho todo por injuria á su hijo, con ímpetu y con ira mandó, que echasen de allí al obispo. Él cuando se salia, volviendo el rostro, y descubriendo ya su ardid, le dijo á Teodosio: Mira, señor, con cuánta indignacion has recibido la injuria, que se hizo á tu hijo: enojándote furiosamente conmigo, por haber usado con él un poco de ménos comedimiento. Pues por aquí podrás ver cuán enojado estará con razon el Padre celestial Dios Eterno, con los que no le quieren dar á su Unigénito Hijo Jesucristo la honra que se le debe, afirmando dél que es menor que el Padre, y su inferior en la divinidad. Con estas palabras se acordó el emperador de lo que no habia querido conceder ántes al obispo, y entendió el santo ardid con que ahora se lo reprehendia, y se lo pedia de nuevo. Así habiéndole pedido con humildad perdon, hizo luego la ley que dijimos. Y parece claro que fué permision de Dios, el indignarse así esta vez Teodosio, para que sucediese al fin aquel santo efecto: por no ser amigo Teodosio de que con sus hijos se usase tanta ceremonia y estado. Todos los autores escriben (1), como entrando un dia adonde los estaba enseñando su maestro Arsenio, halló que los dos príncipes estaban asentados, y su maestro leyéndoles en pié. Habiendo habido enojo por esto, mandó, que de ahí adelante su maestro estuviese cuando enseñaba sentado, y los dos niños estuviesen oyéndole en pié.

Tambien juntó el emperador Teodosio con este su zelo de la fé verdadera dos veces concilios en Constantinopla, y hizo otras muchas cosas en amparo y defensa della.

Incitábale todo esto, y pedíaselo con grande instancia y hervor cristiano su mujer la emperatriz Placila, que otros llaman Blacila, española de nacion, como en el poeta Claudino claramente parece (2), y gloria insigne de su tierra y de todo el imperio, en cristiandad y singular religion. Teodoreto y Niceforo en sus historias, nunca acaban de celebrar y encarecer las virtudes y santidad desta princesa. Entre otras cosas refiere Niceforo, que viviendo el hereje Eunomio retirado en Calcedonia cerca de Constantinopla, procuraba por muchos medios hablar al emperador Teodosio, para tratar con el de su mala secta. Era este hereje muy vivo de ingenio, y teniendo grande agudeza en el disputar, añadia mayor fuerza de su elocuencia natural, con que ayudaba mucho en la persuasion. Temiendo todo esto la emperatriz, con gran cuidado y vigilancia procuró estorbar que jamás hablase á su marido. A él confortaba siempre en el temor de Dios, y en serle siempre obediente y sujeto con éstas y otras semejantes palabras, que estos autores refieren. Será justo, señor, decia, que siempre consideres, quién fuiste ántes, y quién eres ahora. Con este pensamiento no podrás ser desagradecido, á quien tanto bien te hizo. Antes en recompensa del imperio, que Dios te ha dado, tendrás cuidado de gobernarlo bien por sus leyes, que esto es lo que él mas desea, y á tí mas conviene. Así amonestaba de ordinario la emperatriz á su marido, y lo que hacia con los pobres, es para alabar mucho á Dios, y para ejemplo y confusion de los cristianos. No solamente visitaba por su persona los hospitales, sino que entraba en las cocinas dellos, y miraba todo lo que se guisaba, con el cuidado que una esclava suele tener en aquel cargo de proveer la comida, que éstas son las palabras de aquellos autores. Poníales la mesa, limpiábales los vasos, dábales por su mano la vianda, sin rehusar cosas de las necesarias en tal servicio. A los que le suplicaban, que no hiciese aquello por sus manos, les respondia. Cosa es digna del imperio, que el emperador dé oro por sus manos. Pues yo con las mias quiero dar esto que puedo á mi Dios, por el imperio que á mí me dió. Por éstas y otras sus grandes virtudes amaba Teodosio á su mujer tiernamente, y adelante veremos alguna gran muestra deste su amor.

Sucedieron poco despues que Teodosio quedó por emperador en Constantinopla, grandes movimientos, en lo del occidente que tenia Valentiniano, y lo pusieron en grande congoja y estrecho: y porque una destas fatigas era habérsele levantado el tirano Máximo en Francia y España, como se ha dicho (1): Teodosio vino contra él, y con solo el espanto que puso en los enemigos con su venida, se le rindieron, y le pusieron á sus piés el tirano aprisionado, y él lo mandó luego matar, por satisfaccion de Valentiniano. Que fuera desto Teodosio, con ser muy colérico y arrebatado con la ira por otra parte era tan manso y piadoso de su natural condicion, que no cabia en él ninguna manera de crueldad. Y parecióse bien luego en el emperador esta su natural clemencia. Porque en entrando en Roma despues de esta victoria, perdonó la vida á Aviano Simmaco, el mas principal hombre que entónces habia en Roma, y que tenia bien merecida la muerte, por el aleve que habia cometido en seguir á Máximo, y haber dejado al emperador Valentiniano su natural señor, de quien habia siempre recibido honra y merced. Y aunque los autores señalan algunos respectos por donde este caballero fué perdonado: mas todavía fué el mas principal haberse, aunque era gentil, acogido á la Iglesia, y buscado della su amparo, con ser éste el mismo que trujo la embajada por las vírgenes vestales, de que se ha dicho.

Todo esto sucedió el año trescientos y ochenta y ocho, habiendo ya ántes sido muerto el emperador Graciano, por engaño de un capitan de Máximo, á quien despues tambien mató Teodosio, en venganza de quien le habia dado el señorío.

Cuando estuvo Teodosio esta vez en Roma, proveyó en ella grandes cosas de buen emperador, y muy cristiano. Entre ellas son dos muy celebradas en los dos autores de aquellos tiempos Sócrates y Niceforo (2). Habia en Roma unas panaderías públicas de grandes

1 Nicef. lib 12, c. 25 y Teodoreto y los demas. 2 En el panegírico de Serena.

1 Nicefor. en el lib 12, c. 21. 2 Socrat. en el l. 5, c. 18.

edificios, porque en ellas se molia en atahonas, y se amasaba y cocia todo el pan, que públicamente se habia de vender. Esta oficina se daba á los obligados que habian de bastecer de pan la ciudad. Ellos usaban una gran maldad, para tener hombres, que anduviesen en el atahona, que no se traia en aquellos tiempos con bestias, sino con fuerzas de esclavos. Tenian muchas tiendas y bodegones pegadas por defuera á la panadería, donde tambien habia rameras, para los que allí entrasen á comer. Con esto acudia allí, como es cosa ordinaria, mucha gente baldía y perdida, y señaladamente extranjeros y advenedizos, que tienen necesidad de comer en semejantes lugares. Con éstos se usaba una terrible crueldad. Estando seguros, se les derribaba una trampa debajo los piés, con que caian en unos sótanos, donde estaban las atahonas y molinos de mano. Allí se quedaban en miserable cautiverio, con mucho mal tratamiento en la comida y vestido, y trabajo de moler incomportable. Y tan encerrados y escondidos los tenian, que nadie podia saber dellos, teniendo por cierto sus parientes y conocidos, que de hecho eran muertos por algun desastre encubierto. Desta manera quisieron cazar allí un soldado, de los que habian venido con el emperador Teodosio. Mas al tiempo del trabucarlo con la trampa, se pudo escapar, y poniendo mano al espada, se escapó tambien de los que le quisieron asir. Dió luego noticia de lo que pasaba en aquellas panaderías, y entendiéndolo Teodosio, mandó castigar bravamente los culpados, y derribar por el suelo todo el edificio y encubierta deste malvado ladronicio. Habia tambien en Roma otra perversa costumbre, que la mujer que tomaban en adulterio, la castigaban, no con procurar su emienda, sino con nuevo acrecentamiento de su pecado. Poníanla en un lugar público, para que todos pudiesen pecar con ella. Y para que fuese mas desvariado y de mayor fealdad el castigo, tañian una campana en aquel sucio lugar, con que se publicase mas la infamia de aquellas mujeres: teniendo por mas justificacion del castigo, el manifestar la torpeza y desatino que en él habia. Tambien mandó Teodosio con el grande amor y respeto que tenia á toda la limpieza y honestidad, derribar todo aquel edificio, y los aposentos dél, que llamaban sistros, y mandó que de ahí adelante fuesen castigadas las adúlteras por las penas ordinarias de las leyes, y por las que él entónces confirmó y estableció de nuevo, como se hallan en su códice y en el de Justiniano (1).

Todo esto escriben así Nicéforo y Sócrates, y por los cónsules que este autor nombra, parece que sucedió en el año trescientos y noventa y uno. Luego prosiguen los dos, como dejándole Teodosio pacífico y bien gobernado el imperio de Roma y de todo el occidente á Valentiniano, se volvió en Constantinopla, con su hijo Honorio, que aunque era pequeño, lo habia traido consigo en esta jornada.

Desta vez que Teodosio estuvo en Italia, sucedió lo que le pasó á san Ambrosio con él. Cosa es muy sabida y celebrada en general, mas no entendida con todas las particularidades que en ella hubo. Y así por esto, como por ser una de las cosas mas señaladas y ejemplares que han acaecido en la Iglesia de Dios, de parte de san Ambrosio, por gran celo y verdadera autoridad del santo prelado, y de parte del emperador por humildad cristiana, y obediencia y sujecion á la Iglesia y á sus ministros: será bien escribirla aquí tan extendidamente, como en san Ambrosio, en el obispo Teodorito, y en Nicéforo se halla relatada (1).

Era Tesalonica por este tiempo ciudad muy principal en la Macedonia, con estar en ella como en metrópoli principal el gobierno de Tesalia, y de otras provincias de Grecia comarcanas. Toda aquella tierra es fértil de muy buenos caballos: y por esto aunque eran muy comunes y usados en cada parte los juegos circenses, donde corrian caballos en competencia sueltos y uncidos, en carros, por precios que se ponian para los vencedores: mas mucho mas se usaban en toda aquella parte de Grecia, y particularmente en Tesalónica, que se solia mas regocijar con semejantes fiestas. Y como ellas eran muy apacibles y gustosas al pueblo, así tambien eran preciados los aurigas ó cocheros, que eran diestros en regir los carros y caballos en la carrera. Gobernando en esta ciudad por Teodosio un su capitan general llamado Buterico; uno destos aurigas famoso en su arte, y muy amado de todo el pueblo por ella, se enamoró torpemente de un page de copa del general, y acometiendo de hacerle fuerza, fué preso. Estando éste detenido en la cárcel, y estando allí el emperador, llegaba ya un dia en que se habia de hacer la solemne fiesta de correr caballos: y toda la ciudad tenia por cierto, no habia de valer nada el regocijo, faltando dél aquel cochero. Por esto pidieron con grande instancia los de la ciudad al gobernador, mandase perdonar aquel hombre, y soltarlo. Mas porque no les valiéron nada sus ruegos y humildes plegarias, vuelta toda su obediencia en rabia, tomaron súbitamente las armas, y discurriendo por la ciudad con furia, mataron á Buterico, y á algunos principales de la corte del emperador. «Porque muchas veces «la buena sujecion y obediencia de los vasallos rompe «en furia y desacato, cuando no se les conceden cosas «pequeñas, en que insisten. Y como es entónces gran «prudencia de los que gobiernan estorbar grandes ries«gos con benignidad, que no llega á relajar el autori«dad debida: así es cosa de mucho peligro, negar po«cas cosas y fáciles á la multitud del pueblo, que se «tiene por injuriada, cuando se le niega lo que por ser «de poco momento, pensaba no se le podia dejar de «conceder.» El emperador Teodosio sintió este caso tan gravemente como era razon. Demas desto, como entre las grandes virtudes de los príncipes suele tambien haber notables vicios, que nacen y crecen como mala yerba entre buenos sembrados, así lo era en Teodosio el ímpetu de la ira, que lo sacaba ferozmente de sí mismo, y le hacia olvidar todos los respetos de buen cristiano y clementísimo, á que fuera de tal furia solia ser muy rendido. Pues con la razon que ahora tenia de indignarse, y con este su natural furor, se embraveció aun mucho mas de lo acostumbrado. Mas con todo esto todavía valió con él el respeto cristiano, y la gran reverencia que tenia á Dios y á sus ministros. Porque hallándose en la corte algunos prelados, y san Ambrosio entre ellos, y viendo el grave castigo, que los de Tesalónica por tan gran delito merecian; fuéron á suplicar al emperador los perdonase: y san Agustin dice (2), que por esta intercesion prometió perdonarlos, mas que despues instigado por algunos de sus privados que suelen muchas veces encender en los ánimos de los príncipes malos fuegos, cuando mas deberian apagarlos, mudó esta voluntad. San Ambrosio tambien expresamente refiere, escribiéndole al mismo empera-

(1) En el lib. 9 y en el libro de los adulterios.

(1) Teod. lib. 5, c. 18. Nicéf. lib. 12. c. 40. (2) En el lib. 5, de la ciudad de Dios, en el c. 26.

dor, como por mala persuasion de sus privados se olvidó esta vez de su acostumbrada facilidad en aplacarse. Y aun quien atentamente leyere aquella carta del Santo, creerá sin duda, que se halló él presente en Tesalónica aquel dia, y fué uno de los prelados, que rogaron al emperador por el perdon. Al fin se determinó castigar aquel pueblo ásperamente, y con crueldad, sin término de leyes ni respeto de justicia. Así estando seguros los de la ciudad el dia de aquella fiesta, gozando della, la gente de armas del emperador dió sobre ellos, por su mandado, matando allí, y despues por la ciudad, sin hacer diferencia, grandes y chicos, viejos y mozos, inocentes y culpados, naturales de la ciudad y extranjeros. Y aunque hay historiadores que afirman señaló Teodosio número cierto de los que habian de ser muertos, para que no pasasen de dos mil, esto fué causa que hiciesen los soldados mayores excesos en su crueldad. Porque diciendo que aun no estaba cumplido el número, mataban al que primero encontraban, ó le hacian rescatar su vida con muerte de otro, ó con muchos dineros. Así refieren los autores (1) que sucedieron cosas de gran dolor y tristeza en esta matanza. Tenian los soldados para matar dos hijos de un mercader. Él les rogaba los dejasen vivos, y matasen á él en su lugar, y tomasen demas desto en recompensa gran suma de dineros que les ofrecia. Entró la lástima deste miserable padre en los fieros corazones de aquellos soldados, mas con tanta tasa, que le dijeron escogiese uno de los hijos, á quien se diese la vida, porque á ambos no se la darian, temiendo les seria despues demandado, por no ayudar al cumplimiento del número de los muertos. El padre puesto en tal aprieto, donde el amor que por igual tenia á entrambos hijos, le hacia imposible resolverse en la triste eleccion, mirando con lágrimas al uno; y volviéndose luego llorando á mirar al otro, estaba suspenso sin poder determinarse. Dábanle priesa los soldados, y él siempre dudoso, no podia dar la sentencia de la muerte al un hijo, y así los perdió entrambos. Porque no pudiendo la ferocidad de los soldados sufrir su tardanza, se los mataron con furia. Tambien se halló un esclavo, que por el amor que á su amo tenia con memoria de los beneficios que dél habia recibido, se ofreció á la muerte, por escaparle la vida. Estas y otras cosas tan dolorosas pasaron aquel dia, hasta llegar á siete mil los muertos, y quedar la ciudad bañada de sangre, y todo el imperio romano lleno de la fama de tan gran crueldad.

Volviendo despues el emperador Teodosio á Constantinopla desde Roma, esta vez cuando ya dejaba vencido á Máximo, llegó á Milan, donde el glorioso doctor san Ambrosio era obispo, y uno de los que como tan santo se habia mas dolido de la ofensa de Dios, y del grave pecado del emperador. Y aunque así cristianamente se lastimaba, y deseara poner el debido remedio en el alma del emperador: mas todavía consideraba con mucha prudencia, como no convenia ponerse á riesgo con él en tal caso. Su zelo le pedia constancia y aspereza en reprehender á Teodosio: mas la prudencia y recelo del escándalo que podia seguirse, le persuadia ser mejor callar, y pasar con buena disimulacion, excusándose por entónces de ver al emperador, ni tratar con él. Por esto cuando supo que venia á Milan, se salió de la ciudad, ayudándole para esto con buena oportunidad una mala disposicion con que entónces se hallaba. Es sin duda digna de mucha consideracion, y tiene singular ejemplo para tratar los prelados con los príncipes cosas semejantes, la moderacion y prudencia cristiana que aquí usó san Ambrosio. Hizo ahora lo que decimos, quien hizo despues lo que diremos. Tenia tanta autoridad como un prelado cristiano debe, no le faltaba pecho varonil, ni constancia para usar della, segun despues bien se mostró: el deseo tambien de buen pastor le enternecia para remediar aquella oveja, aunque por no ser de su diócesi, no fuese de su manada. Y con todo esto se reprimió á sí mismo, y se detuvo en la furia que le ponia su ímpetu cristiano, por solo evitar el escándalo que se podria recrecer, y por esto debia temerse. Llegado, pues, Teodosio á Milan, y no hallando á san Ambrosio en la ciudad, parece se debió resentir de su ausencia, y tomar por descomedimiento, el faltar en tal tiempo en la ciudad. Esto se entiende haber sido así, por una carta que luego san Ambrosio escribió (1) al emperador, dando sus excusas del no hallarse en Milan en tal sazon. La epístola es excelente, y que muestra una buena parte del zelo y providencia del Santo. La suma della es, que usando al principio brevemente dulces cumplimientos llenos de acatamiento y reverencia, luego le dice rasamente, que salió por no hablarle. Porque si le decia lo que era razon, se pudiera mucho alterar; mas si callaba, pasando sin reprehenderle, pudiera ser notado de hombre que disimulaba lo mal hecho, sin moverse á poner el remedio debido. Refiriéndole tras esto sus muchas virtudes al emperador, le dice como tiene junto con esto un ímpetu natural de ira demasiada, el cual como es fácil de mitigar en él, si hay quien lo aplaque, así se enciende furiosamente si hay quien lo atice. Poco á poco llega por aquí á representarle la crueldad de Tesalónica, y que ésta mas quiso que el mismo Teodosio se compungiese della, que no corregírsela él con sus palabras ni con sus hechos. Dícele tambien como estaba enfermo, y no livianamente, y así tuvo necesidad de salirse de Milan, y buscar mejores aires. Convídalo despues á penitencia con muchas amonestaciones y ejemplos, y llégale á decir claramente, que no osará decir misa en su iglesia, si él se quisiera hallar á ella. Prosigue con significarle, que tiene en revelacion mandato particular de Dios para no decir misa en aquella sazon, estando el emperador presente. Concluye con decirle al fin estas palabras, despues de muchos buenos comedimientos. Si me crees, gobiérnate, señor, conforme á lo que digo: si no me crees, perdóname lo que hago en ausentarme, pues en ello antepongo á Dios.

Hasta aquí se entiende así todo esto de aquella epístola de san Ambrosio. Lo demás que siguió despues refieren todos los historiadores graves de aquellos tiempos. Ninguna mencion hacen ellos desta salida del Santo de Milan, ni de la carta con que así previno al emperador, usando con él el respeto debido á su gran magestad. Mas por lo que prosigue parece que san Ambrosio despues vino á Milan, como quien pensaba que tenia compungido ya al emperador, y rendídolo á hacer penitencia: mas todavía parece no le visitó (aunque nadie lo dice) por el escrúpulo que ya ántes tenia de tenerle como por descomulgado. Y con este esquivarse así el Santo, obligaba mas á Teodosio para que se reconociese. Estando san Ambrosio para decir misa en su iglesia, tuvo aviso como el emperador venia á entrar en ella. Salióle el Santo al encuentro ántes que entrase, y en medio de todo aquel soberbio acompañamiento

(1) Nicéforo en el lib. 12, en el c. 40.

(1) En la Epístola 28 en el lib. 5, de las deste Santo.


LA ESPAÑA ROMANA
SEPTENTRIO
MERIDIES
OCCIDENS
ORIENS
GALLIE
AQUITANIA
HISPANIA
TARRACONENSIS
CITERIOR
ULTERIOR
LUSITANIA
BETICA
ASTURES
CANTABRI
VASCONES
GALLECI
ACCEI
AREVACE
VETTONES
CELTIBERI
ILERGETES
LACETANI
CARPETANI
OLCADES
EDETANI
ORETANI et MENTESANI
CONTESTANI
BASTETANI
BASTULI et PENI
BETURIA
CELTICI
TURDULI et TURDETANI
SUCRONENSIS
ILLICITANUS
VIRGITANUS
BALEARICUM MARE
BALEARIDES INSULE
MAJOR
PITUISE INSULE
Millas Romanas
25 50 75 100 125 150
Longitud de Gades.
Ogigia alias Eritrea

de toda su corte, tomándole por la ropa de púrpura, que solo el emperador podia vestir, como por detenerle, con la misma autoridad que ántes le habia escrito, le comenzó á decir así ahora, estorbándole la entrada en la iglesia. Detente, señor, que un hombre amancillado con tan gran crueldad, y que viene fieramente bañado en la sangre fresca de tantos inocentes, no es lícito entrar en la casa consagrada á Dios, ni participar de sus misterios ántes de hacer debida penitencia. Paréceme que aun no entiendes el grave pecado que has cometido; y aunque se ha pasado el ímpetu de la ira, que así te despeñó, aun no te has puesto á considerar con la razon el mal grande que hiciste. El poderío de príncipe, y la magestad imperial, deben ser estorbo para que no veas, ni aun mires en esto lo que debes. Pues vuelve los ojos á mirar como eres hombre mortal. Guarda, señor, que esta vestidura real que te cubre no te estorbe el entrar á ver dentro en tí mismo la fragilidad de la carne, de que como todos eres formado. Y cuando en consideracion de tí mismo conocieres enteramente tu flaqueza, entónces tambien mirarás la grandeza de Dios, tan entero Señor tuyo, como de todos los demás. Témele; pues le eres sujeto, pídele perdon, pues le has ofendido. Y entretanto que esto no haces, no presumas entrar en su santa casa, ni parecer delante de su divina presencia, que está en su santo altar, porque no dobles con esto tu pecado, y provoques con mayor indignacion su saña. Y yo de su parte así te lo anuncio, y te lo pido, póniéndote la legítima pena con que aparta de sí los que no satisfacen con penitencia como deben. Escuchó el emperador al Santo atentamente, y en consideracion de como en detenerle, y decirle aquello, hacia lo que debia como buen prelado: «volvióse á su palacio triste y pensati«vo, como quien ya comenzaba á sentir el dolor que «causa la memoria del pecado, cuando sin estorbos se «comienza á representar con toda su fealdad.»

Así pasó Teodosio algunos meses encerrado sin entrar en la Iglesia llorando y gimiendo á sus solas su pecado, hasta que llegaba ya la fiesta de la Pascua de Navidad. Viéndole entónces así triste y lloroso Rufino, su capitan general en la guerra, y gran privado suyo, se llegó á él, y con mucha reverencia le preguntó la causa de tanto pesar. El emperador ántes que le respondiese, dió un gran suspiro y comenzó á llorar mas agriamente. Y durando todavía las lágrimas y sollozos, con ellas le dijo. Parece, Rufino, que burlas, haciéndote de nuevas, en no saber la causa de mi dolor. Él es tan justo, como mi pecado lo requiere. El entender yo cuan grave es, me hace tener por liviano cualquier pesar, con que por él me aflija. ¿Porqué no quieres que llore y gima, viendo como los hombres bajos y los esclavos pueden entrar libremente en el sagrado Templo de Dios, y á mí solo se me niega, y se me estorba la entrada, y aun el cielo me está cerrado? Que bien sé yo, como cristiano que soy, como todo lo que los sacerdotes acá cerraren, se cierra tambien allá en el cielo. Todos celebrareis con mucho regocijo esta santa fiesta en la Iglesia, yo no podré sino lamentarme, por verme excluido della. Pues señor, dijo Rufino, si te place yo trataré sobre esto con el obispo Ambrosio, para que bien se concluya. No aprovechará, respondió Teodosio, porque yo conozco su constancia en lo bueno. No es hombre que atravesándose la honra de Dios, se dejará vencer con toda la magestad y grandeza del imperio. Al fin despues de otras pláticas que sobre esto pasaron, Rufino llevó el cargo de tratar con el obispo la conclusion del negocio, prometiendo al emperador que él lo allanaría todo. Halló despues Rufino tanta dureza en san Ambrosio; y tanto aparejo de morir por defensa del autoridad de la Iglesia, que envió á detener al emperador, que ya venia á ella, por lo que él le habia asegurado y prometido. Este recaudo recibió Teodosio en la calle, y sin detenerse pasó adelante, diciendo con su mucha cristiandad. Yo quiero ir á la iglesia, y allí oiré del obispo lo que merezco. Él le estaba esperando fuera del templo, y allí le pidió el emperador humildemente que le absolviese. No se lo concedió san Ambrosio, sino con dos condiciones. La una, que hiciese pública penitencia en la iglesia, por la forma que entónces se usaba, y la otra que en emienda de la crueldad pasada, y para remedio de su ira impetuosa en lo de adelante, hiciese una ley, que cuando los emperadores mandasen así de súbito matar á alguno, pasasen primero treinta dias que se ejecutase la sentencia. Teodosio hizo la penitencia allí en la iglesia con el encarecimiento de humildad, dolor y sujecion, que san Ambrosio y los historiadores refieren (1), y hizo la ley, que hasta ahora se halla en el Códice de Justiniano, y se hace de todo mencion tambien en el decreto.

Habiendo hecho Teodosio esta santa ley para bien de muchos, él fué casi el primero que gozó mas enteramente el buen efecto della. «Así provee Dios mu«chas veces, que lo que hacen los príncipes para el bien «público de los súbditos, redunde luego manifiestamen«te en beneficio propio suyo, y se animen á ordenar «buenas cosas en la república, entendiendo como, sin «sentirlo, procuran con esto las que muy particular«mente les tocan.» Con las muchas guerras que el emperador habia tenido, fué forzado agravar algo á sus súbditos en los tributos. Y aunque era extraordinaria esta imposicion, todavía por las justas causas de llevarla, la sufrian los pueblos sin despecho. Solos los de Antioquía se desmandaron en resistir, y obligaron á los jueces á hacer algunos castigos rigurosos. Alborotóse con esto la ciudad, y quebrado el freno del respeto, soltóse en palabras y en hechos de mucho desacato. Así dieron tambien con ímpetu sobre una estatua de bronce de la emperatriz Placila, que despues de muerta le habian puesto por honrarla. Y no paró la furia en solo derribarla, sino que atándola por los piés, la trujeron arrastrando por mucha parte de la ciudad, con otros muchos oprobios que añadieron. Habia tenido Teodosio grande amor á Placila, y conservaba su memoria con la reverencia debida, y el dolor desto, sin la fealdad del delito, le incitaba mucho á hacer un áspero castigo. Quitóles á los de Antioquía los privilegios grandes que tenian, y concedióselos á Laodicia, otra ciudad con quien ellos traian competencia. Amenazó tambien que habia de mandar matar muchos ciudadanos, poner fuego á toda la ciudad, y pasarla despues con un surco, para que quedase todo su sitio por campo de labor. Con esta furia estaba el emperador, cuando se le acordó de la ley que san Ambrosio le hizo hacer, y con ella se dió á sí mismo el espacio de los treinta dias para deliberar, sin mandar por entónces nada. En este tiempo le llegó una embajada de los de Antioquía, con que se le avisaba del castigo que ya sus jueces habian hecho en las cabezas principales de aquel alboroto, y del arrepentimiento y lágrimas con que el pueblo todo andaba en públicas procesiones, suplicando á nuestro Señor ablandase la ira del emperador, y así le enviaban á suplicar fuese servido perdonarlos. El obispo d

(1) En el sermon de sus obsequias.

la ciudad, que trujo la embajada, usó tambien desta diligencia para su negocio. En Antioquía se habian compuesto algunos cantares muy lastimeros en géneros de versos dolorosos sobre este caso, con plegarias á Dios, para que ablandase el corazon del emperador y á él, para que por amor de Dios los perdonase. El obispo hizo que aprendiesen estas endechas unos muchachos que le solian dar música á Teodosio, cuando comia, y cantándoselas, se enterneció tanto con ellas, que no pudo detener las lágrimas, y aunque se esforzó á reprimirlas ó disimularlas bebiendo, no pudieron dejar de caérsele en la copa. Con esto, y principalmente con el espacio de su ley, que dió lugar á toda esta buena batería, se dejó vencer Teodosio, y perdonó enteramente á los de Antioquía. Autores son desto Teodorito, obispo Cirense (1). autor que vivia en aquellos tiempos, y Nicéforo Jantopulo (2), que tambien prosigue otras cosas que en esto sucedieron.

Sucedióle tambien á san Ambrosio con este santo príncipe otra cosa de mucho ejemplo cristiano en el príncipe y en el prelado, y aquí se escribirá como se puede colegir de una carta que sobre esto san Ambrosio le escribió (3). En un lugar muy pequeño llamado Calinico, el obispo de la tierra mandó quemar la sinagoga que los judíos allí tenian. No fueron los cristianos perezosos en obedecer, y con el fuego que luego le pusieron, ardió todo aquel mal edificio. Debió haber en este hecho algunas cosas de contumacia y desacato contra los jueces del emperador. Éstas no se refieren, mas parece cierto las hubo, pues san Ambrosio representa, que Teodosio estaba muy indignado, y queria hacer sobre esto algun grave castigo. Aplácale el Santo con una dulce carta, pidiéndole perdone al obispo y á los demás: y aunque usa en ella todos los comedimientos debidos con toda reverencia y sujecion, no deja por eso de conservar muy en su ser la autoridad de prelado. Lo que sucedió despues en esto, ni está en san Ambrosio, ni yo lo he leido en otra parte, mas es bien creible que paró todo en mucho bien, y que el obispo y sus súbditos fueron perdonados.

La gran cristiandad y religion deste príncipe mereció siempre de nuestro Señor mucho regalo y merced. Tal fué el hallarse en su tiempo la cabeza del glorioso patriarca y precursor san Juan Bautista, y poder traerla él á Constantinopla, para gozar tan rico tesoro. Lo que en esto sucedió cuentan Sozomeno y Nicéforo desta manera (4). Ciertos monges tocados de la herejía de Macedonio, hallaron en Jerusalen la cabeza de san Juan, y pasáronse con ella á Cilicia, yendo entre ellos uno llamado Vincencio, y una mujer religiosa llamada por su nombre propio Matrona, que con devocion del Santo, no se apartaban jamás de su gloriosa reliquia. Tuvo noticia desto Mardonio, criado principal en la casa del emperador Valente, y avisándole dello, él mandó que se trujese á Constantinopla con toda solemnidad. Trujéronla en un carro imperial con grande acompañamiento, y llegando á un lugar llamado Pantiquinio, muy léjos de Constantinopla, las mulas que tiraban el carro triunfal con la santa cabeza, no quisieron pasar de allí, por mucha premia, que se les hizo. Atribuyéndolo todos, como era razon, á milagro, el emperador mandó poner la reliquia con todo acatamiento y digno atavío allí en un barrio llamado de Cosilao, que era del señorío de Mardonio. Así estuvo allí la santa cabeza hasta el tiempo del emperador Teodosio, que hallándose en aquel lugar, determinó pasarla á Constantinopla. Y bien pudiera hacerlo sin voluntad de Vincencio y Matrona, que siempre perseveraban con la santa reliquia, sirviendo en la iglesia, donde estaba: mas todavía quiso su consentimiento, por la parte que ya parece en aquello tenian. Hacíaseles mucho de mal á los dos, y principalmente á Matrona: mas teniendo por cierto le habia de suceder á Teodosio lo mismo que á Valente, concedieron en lo que se les pedia. El emperador, que con humildad pedia á Dios no le negase la merced, llegando de rodillas al arca, donde estaba la santa reliquia, la envolvió en un rico paño, y tomándola en sus manos, él mismo la llevó hasta Constantinopla, y la puso en un barrio della, que nombraban Séptima, y allí le mandó labrar un rico templo donde se puso. El monge Vincencio, visto como san Juan Bautista habia consentido llevar su cabeza al emperador católico, dejó luego su herejía, como habia prometido lo haria en tal caso, teniéndolo por imposible. Con Matrona no parece se pudo acabar nada.

Grande era la fé deste emperador con Dios, y grande era su hervor y zelo en ella, pues acometió á destruir del todo la gentilidad, y derribar por el suelo sus templos y sus ídolos, cosa que tenia todavía grandes fuerzas por todo el mundo, y no parecia que nadie podia prevalecer del todo contra ella. Porque Constantino, como los escritores de aquellos tiempos afirman, no vedó mas de que públicamente no se sacrificase á los ídolos, y sus templos estuviesen cerrados. Con esto y con consentir tambien algo mas, habian contemporizado sus hijos y sucesores Teodosio, como en los autores de la historia eclesiástica se lee, hizo ley general para todo su imperio de Constantinopla, cuando no tenia mas que él, y en particular encargó esto al obispo Teófilo de Alejandría, para lo de aquella ciudad, donde habia mas particularidades de malos dioses de los egipcios. Todo lo asoló el santo varon, aunque con grande contradiccion y alboroto de los gentiles, que tomaron sobre esto las armas contra los cristianos, como en Sócrates Escolástico y Nicéforo se lee, y de una y otra parte hubo dentro de la ciudad algunos muertos. Fué cosa notable: cuando se derribó allí el templo del dios Serapis, que era rico y suntuoso, se hallaron esculpidas en algunas piedras formas de cruces, hechas con diversas representaciones de letras y otras figuras, al modo que los egipcios usaban en sus hieroglíficas. Y preguntados entonces los sacerdotes de aquel templo, dijeron que por aquella figura de cruz se significaba la vida inmortal de las ánimas. Los cristianos acudiendo al misterio, y celebrándolo como debian, movieron á hartos gentiles para que se tornasen cristianos. Y de la manera que en aquella ciudad fué destruida entónces la idolatría por órden y mandado de Teodosio, así tambien se destruyó por todo su imperio: aunque no tan del todo, que no quedasen en diversas partes en secreto, y escondidos algunos malos rastros della.

El año trescientos y noventa y dos fué muerto, ó se mató en Vienna de Francia el emperador Valentiniano, y así por no dejar hijos le quedó tambien á Teodosio el imperio de Roma y de España, y todo lo demás que en el señorío de España, se comprendia. Aunque estaba esto entónces alborotado y mal pacífico por haberse levantado Eugenio un hombre bajo en Francia, y tomado título de emperador de Roma: comenzando á hacerse muy poderoso con las armas, y con el ánimo que le po-

(1) En el lib. 5, c. 10. (2) En el lib. 12, c 43. (3) En el lib. 5, de las epíst. de san Ambrosio, epis. 29. (4) En la Tripartita, lib. 9, c. 43.

nia en ellas Arbogasto, conde que habia sido de Valentiniano, y la causa verdadera de su muerte. Era gentil, y reverenciaba los ídolos, y lo mismo hacia Eugenio, á quien él habia levantado en el imperio. Ambos llegaron con esto grande ejército de los que aborrecian á los cristianos y su religion, poniendo en sus banderas la imágen de Hércules, como el obispo Teodorito refiere. Mas es invencible el poderío de Dios, cuando él ordena destruir sus enemigos: y basta la señal de la cruz á vencer todo el infierno, y no á solo un ejército de hombres infernales. Así fué toda esta victoria que Teodosio alcanzó dada manifiestamente del cielo, y aquí se escribirá como san Agustin, san Ambrosio, Rufino, el obispo Teodorito y los otros autores de la historia eclesiástica y despues Nicéforo la cuentan.

Entendiendo Teodosio en Constantinopla lo que Arbogasto y Eugenio en Francia con tanto poderío maquinaban; aunque él era hombre de tan grande esfuerzo y tan excelente capitan, y de tanta experiencia que podia bien poner en las armas su confianza: mas considerando como habia de hacerse esta guerra por Dios contra sus enemigos: dél quiso principalmente esperar el ayuda, y tomarle por su mas verdadero favor y amparo. Conforme á esto, lo primero que hizo, comenzando á aparejar la jornada en Constantinopla, fué enviar á Eutropio, gran privado suyo al desierto de Tebaida en Egipto, para que le trujese al monge Juan, que hacia allí vida santísima en soledad, y entre las otras grandes virtudes, tenia don particular de profecía, como ya Teodosio lo habia esperimentado, habiéndole (segun san Agustin tambien refiere (1)) dicho ántes que viniese contra el tirano Máximo, todo el suceso que tuvo aquella jornada. Llevaba órden Eutropio, que si no quisiese venir el santo ermitaño con él para consultarle Teodosio de espacio, le preguntase el fin que habia de tener aquella su jornada. No pudo traer Eutropio al Santo, mas trujo su respuesta, que Teodosio venceria á Eugenio, y lo mataria, y que él moriria luego en Italia. Aunque el emperador tuvo lo uno y lo otro por cierto, sin espantarle la nueva de su muerte, le animó y alegró mucho la de la victoria. Sin esto celebran mucho los autores la oracion continua, que por este tiempo hacia Teodosio en muchos templos, y señaladamente en el de san Juan Bautista. Bajando pues con su ejército á buscar sus enemigos, ellos le esperaron al paso de los Alpes muy á su ventaja, por añadir tambien ésta del lugar, á la mucha que en el número de gente tenian: habiéndole esperado en tal sitio, que fácilmente por el angostura, y por las travesías, que ellos sabian, y Teodosio no podia impedirles, le podian cercar: como de hecho lo hicieron, hasta tomarle casi en medio por los lados. Esto es cosa, que mucho Paulo Orosio encarece, por el gran número de gente que los contrarios tenian, con que pudieron poner á Teodosio en grandísimo peligro. Mas él que se vió tan inferior en todo, casi cercado de los enemigos, y no muy seguro de los suyos: como príncipe tan católico, recurrió con grande fé á pedir el ayuda del cielo, para pelear, como dice allí san Agustin, mas de veras con sus oraciones, que con las armas. Toda aquella noche ántes del dia, en que determinó dar la batalla, habiendo ayunado, la pasó en oracion. Habia mandado poner sus tiendas cerca de una pequeña ermita de san Juan Bautista, á quien ya traia segun hemos visto, por particular abogado, con ocasion de tener lugar mas propio para pedir á nuestro Señor su ayuda. En ella estuvo toda la noche postrado y tendido, como dice Paulo Orosio, el cuerpo por tierra, y el alma levantada y fijada en el cielo: dejando por testigos de su devota oracion las muchas lágrimas, con que habia bañado todo aquel suelo. Al venir de la mañana, se durmió de cansado, y vió en sueños estar delante sí dos hombres en blancos caballos, y vestidos tambien ellos de blanco. Éstos le dijeron, que tomase buen ánimo, y con gran confianza entrase con los suyos en la batalla, que ellos eran los apóstoles san Juan Evangelista, y san Felipe, que por mandado de Dios venian á ayudarle para la victoria. Y parece sin duda, que le envió nuestro Señor mas á estos dos apóstoles, que á otros santos por haber sido los que habian predicado en Asia y en Bitinia, provincias sujetas al señorío de Teodosio. Como protectores particulares de su imperio, le vinieron á dar el ayuda, y la buena nueva della. Alegre el emperador con esta vision, sin dar á nadie parte della, comenzó muy de mañana á ordenar su ejército. Allí llegó á él un tribuno, ó maestro de campo de los suyos, y le trujo un soldado, que aquella noche habia visto en sueños los mismos dos apóstoles, que le prometian al emperador su ayuda y la victoria. Él entonces dijo al tribuno. No ordenó Dios que viese esto mi soldado, para que se me viniese á decir á mí: sino para que cuando yo dijese haberlo visto, fuese mas de veras creido. Animando pues los suyos con refetirles esto, y armándolos con la esperanza del cielo, y con la señal de la cruz, que llevaban en banderas, tambien les mandó, como Paulo Orosio cuenta (1) que se apellidasen con ella, y la tomasen por nombre aquel dia. Diciendo esto, él fué el primero que fué á romper en los enemigos. Y esto hizo con tanta firmeza de fé con Dios, como san Ambrosio mucho celebra. Dice, que viendo como los suyos no podian llegar por la estrechura de las sierras á pelear á buen tiempo, y por esto el enemigo se le entraba, aprovechándose de aquel detenimiento, saltó del caballo, y púsose á pié delante todos sus escuadrones con gran presteza, y con mayor confianza cristiana fundada en viva fé, dijo en alta voz. ¿Dónde está el Dios de Teodosio? Palabra verdaderamente de gran fucia, y de gran firmeza de fé: palabra que parece á las que Abraham y Moisés decian (2), cuando como muy privados de Dios, hablaban familiarmente con él, bien asegurados en quien él era. Y aunque los de Teodosio, cuando él decia esto, lo pasaban muy mal, y parecia querer dejar el campo, mas luego se sintió el favor y esfuerzo que del cielo se les enviaba. La primera ayuda que tuvo, fué la de sus enemigos. El conde Arbitrio, capitan de Eugenio, á quien se habia dado cargo, que lo cercase con una emboscada, saliendo para este efecto, y viendo al emperador, de improviso se le convirtió todo el odio en reverencia de su magestad y grandeza, y hecho su ayudador de enemigo, se pasó de su parte, y peleó por él como cualquier otro de los suyos. Tambien Bacurio, maestro de la guerra y general de Teodosio, rompió los enemigos al primer acometimiento. Por la parte que aquel dia peleaban romanos con romanos, bien tenia Teodosio iguales fuerzas, para vencer: mas por la parte de las ayudas que los adversarios franceses y otras naciones tenian, no era poderoso ni aun para resistir. Y siendo Bacurio aquel dia capitan de la gente de socorro, y

(1) En el lib. 5 de la Ciudad de Dios en el c. 26.

☧ (1) Lo que acostumbraban desde Constantino llevar en la bandera llamada Lábaro, era este nombre de Cristo nuestro Redentor, y mas abajo atravesaba el asta otro brazo que hacia cruz. (2) Gen. 18. Exod. 32.

peleando con las ayudas tambien de los contrarios, con su esfuerzo y fuerza de los suyos, lo comenzó á desbaratar. Manifestóse luego mas el ayuda del cielo con un gran milagro, muy celebrado por todos los autores de aquellos tiempos. Levantóse un bravo torbellino de la parte de Teodosio, con un viento que iba á dar muy furioso en los rostros y en los ojos de sus enemigos: con el cual no solamente se impedian las saetas y los otros tiros, sino que se volvian contra ellos, así como las lanzaban. Por el contrario todo lo que los imperiales arrojaban ayudado con la furia del viento, alcanzaba de mas léjos, y hacia el golpe mas cierto y con mas fuerza, que son casi las mismas palabras de san Agustin, y dice haberlas oido á hombres que se hallaron en la batalla. Esto acabó de vencer los enemigos, en quien los del emperador hicieron gran carnicería, hasta que ellos mismos arrojando las armas, pedian por misericordia la vida. Teodosio se la concedió mandando á los capitanes que le trujesen á Eugenio preso.

Estaba Eugenio apartado del lugar donde se peleaba, esperando por momentos la nueva de la victoria que tenia por muy cierta, habiendo mandado ántes de la batalla muy de propósito, que se tuviese mucho cuidado de no matar á Teodosio, sino que se lo trajesen vivo delante. Bien sé, decia Eugenio, que ha de entrar hoy como desesperado en la batalla, y con deseo de morir en ella. Mas yo quiero me le traigais vivo á mi presencia. Con esta tan vana esperanza preguntó á sus capitanes, que ya venian á prenderle, si traian vivo á Teodosio como les habia mandado. No le traemos, respondieron ellos, ántes venimos para llevarte á tí delante dél, porque hoy le ha Dios ensalzado, y abatido tu soberbia. Diciendo esto lo prendieron, y lo llevaron delante el emperador, y allí á sus piés le mataron los soldados, y poco despues se mató á sí mismo Arbogasto.

El dia desta victoria fué á los diez y siete de setiembre, el año trescientos y noventa y cuatro, y es muy celebrada ella, y el insigne milagro con que se alcanzó por san Agustin que vivia en este tiempo, y por todos los historiadores y poetas que en él escribieron. Nicéforo refiere (1), que el mismo dia de la batalla un endemoniado dijo en Constantinopla lo que pasaba en ella. Y fué desta manera. Hallábase aquel dia este endemoniado en el templo de san Juan Bautista, donde dijimos que habia hecho oracion el emperador cuando se partia para esta guerra. Arrebatóle allí de súbito el malvado espíritu, y comenzó á decir algunas blasfemias contra san Juan Bautista, como que altercase con él. Entre las otras cosas dijo. Descabezado, tú me vences, y andas poniendo asechanzas á mis ejércitos. Como oyeron esto los que se hallaron presentes, y en toda la ciudad habia mucho cuidado y congoja desta guerra, parecióles que hablaba della, y escribieron el dia, y despues con la nueva de la victoria, entendieron como era el mismo en que allí habian tenido aquel aviso.

Así se le cumplió á Teodosio lo que el santo monge Juan le habia profetizado de la victoria, y tambien se cumplió luego la profecía de su muerte, pues no vivió mas que cuatro meses justos despues, muriendo en Milan á los diez y siete de febrero del año siguiente trescientos y noventa y cinco. Su enfermedad fué hidropesía, y sintiéndose luego mortal se aparejó con mucho cuidado para esperar la muerte. Congojándole mas, como dice Nicéforo, el mal que podia suceder en la república faltando él, que no su propio acabarse. Habia enviado por su hijo Honorio que no estaba allí, y alivióse con verlo, y levantose una mañana á hallarse en los juegos circenses de caballos que corrian, y se hacian por la victoria que hubo de Eugenio. Estando en la fiesta, súbito sintió gran flaqueza y desmayo. Levantóse para irse á su palacio, mandando á Honorio que se estuviese quedo hasta que se acabase la fiesta. Murió luego aquella noche muy sosegadamente, faltando un príncipe muy religioso, acrecentador de la Iglesia Católica, y digno de ser preferido á todos los emperadores pasados, que son las mismas palabras que dél dice el conde Marcelino. Las de san Agustin en su loor son muy extendidas, y dicen así. Desde el principio de su imperio nunca cesó de hacer leyes justísimas y de grande religion contra los herejes y gentiles, por favorecer la Iglesia Católica, que se hallaba muy afligida con lo mucho que el emperador Valente habia favorecido á los arrianos. Porque siempre tuvo en mas Teodosio ser miembro de la Iglesia, que ser señor tan grande en la tierra. Mandó derribar por todo su imperio los templos de los gentiles, y hacer pedazos sus ídolos, como quien entendia bien que aun los bienes de la tierra no están en el poder de los demonios, sino en solo el poderío del verdadero Dios. ¿Qué cosa hubo mas digna de admiracion, que su humildad cristiana? cuando habiendo cometido el grave pecado de crueldad en Tesalónica, reprehendido con la severidad que suele usar la Iglesia, de tal manera hizo penitencia, que el pueblo rogando á Dios por él, no temia la magestad imperial, sino lloraba bien de veras de gozo por verla abatida y postrada por el suelo en la Iglesia. Antes desto habia dicho así. Como mas celoso de mantener su fé, que extender su señorío, no solamente se la guardó al emperador Graciano en su vida, sino que despues de muerto, y sucediéndole su hermano Valentiniano, muchacho de poca edad, á quien fuera fácil cosa quitarle el imperio del occidente, si Teodosio tuviera mas deseo de extender su señorío, que de responder con el agradecimiento debido: como buen cristiano tomó al mozo huérfano en su amparo, y con aficion de padre le restauró y sosegó su imperio, cuando por la tiranía de Máximo lo tenia perdido. Con los hijos de sus enemigos que habian sido muertos no por su mandado, sino por la furia de la guerra, se hubo Teodosio tan benignamente, que aunque no eran cristianos, por solo que se retiraron á la Iglesia, tomó esta ocasion de hacerlos cristianos, y amolos con caridad cristiana, no solo no quitándoles sus haciendas, sino acrecentándolos mucho con cargos y honras en público. Al fin concluye este Santo con decir. Estas y otras buenas obras semejantes, que seria prolijidad contarlas, llevó consigo Teodosio deste temporal humo de la alta cumbre y sublime estado de la tierra, el premio de las cuales es la bienaventuranza eterna, la cual da Dios á solos los que de veras son cristianos.

San Ambrosio tambien alaba á este santo príncipe, y celebra sus grandes virtudes. Hizo para esto un razonamiento ó sermon en sus obsequias, y dando allí las causas del mucho amor que le tuvo dice desta manera. Yo amé en el emperador Teodosio un hombre misericordioso, humilde en el imperio, dotado de limpio corazon y blando y manso pecho, el cual suele amar Dios nuestro Señor, pues dice por su profeta (1). ¿Sobre quien descansaré, sino sobre el humilde y manso de corazon? Amé en él un hombre que me pre-

(1) En el c. 39, del lib. 12.

(1) *Esaiæ* 66.

ciaba mas cuando le reprehendia, que si le lisonjeara; y delante mí se quitó todas las insignias reales, y lloró públicamente en la Iglesia su pecado, que por instigacion engañosa de otros se le habia pegado, y con lágrimas y gemidos me pidió el perdon. No rehusó el emperador lo que los hombres particulares rehuyen con vergüenza, hacer en público penitencia, y despues nunca hubo dia en que no lamentase aquel su error. Amé en él un hombre que en lo último de su vida con el postrero anhelito me buscaba, y me llamaba. Amé un hombre que cuando ya se estaba muriendo, mas se congojaba del estado y peligro en que quedaban las iglesias, que no de sus propios daños. Otras muchas cosas dice el santo Doctor deste glorioso príncipe.

Sexto Aurelio, como quien vivió en tiempo de Teodosio, trata al cabo de su vida mas en particular de todas sus virtudes y otras cosas suyas, diciendo así. En las condiciones, hechos y deseos fueron tan semejantes Trajano y Teodosio, que no se lee cosa ninguna del primero en los autores antiguos, que no se pueda decir por igual con verdad del otro. Porque tenia Teodosio un ánimo benigno y misericordioso, y una igualdad notable para con todos, creyendo que no debia diferenciarse dellos mas que en el traje, y en las insignias reales. A todos honraba, pero mas largamente á los buenos. Amaba los hombres de llano ingenio, teniendo admiracion de los que lo tenian ensalzado y adornado con letras sin perjuicio de nadie. Hacia con grande ánimo grandes mercedes, amando sus antiguos amigos y conocidos, aunque no hubiese pasado el amistad de haber sido en la guerra su camarada. A éstos daba dineros, y cargos, y les hacia otras mercedes, principalmente á los que habia hallado fieles y verdaderos amigos en sus adversidades y las de su padre. Como hombre que estimaba en mucho la honestidad y cuidado en ella, vedó por leyes que en los convites no hubiese ningun regocijo deshonesto, de los que con mujeres que cantaban y tañian, y con otras solturas se solian usar. Comparado en las letras que sabia, con los excelentes en ellas, podia pasar por mediano; con poner mucha diligencia, y tener harta viveza, en saber por las historias los hechos de los pasados; abominando siempre y afeando con palabras lo que leia haber hecho alguno con soberbia, con crueldad, y con daño de la libertad, y sosegada manera de vivir de los hombres. Enojábase con mucha furia cuando tenia razon, mas aplacábase luego, y así con pequeña dilacion se ablandaban muchas veces sus crueles ejecuciones. Fué Teodosio mejorando siempre en su buen ser y gran virtud, y cuanto acrecentaba en la potencia y señorío (lo que acontece muy raras veces en los príncipes), crecia en mas bondad y moderacion. Señaladamente pareció esto despues de las grandes victorias que hubo de Máximo y Eugenio. Entónces tomó siempre mayor cuidado en mandar proveer en la abundancia de pan y de todos mantenimientos. De sus dineros restituyó y satisfizo algunos robos de gran suma de oro y plata, que el tirano Eugenio habia hecho; habiéndose tenido hasta entónces por gran benignidad de un príncipe, cuando en semejantes guerras volvia á sus dueños las heredades destrozadas y destruidas. Otras cosas insignes habia en este príncipe, que aunque son menores, y de las de dentro de su casa, mas por ser secretas parece que se desean mas saber. «Honraba y reverenciaba á su tio hermano de su padre, »como si verdaderamente fuera su padre.» Tenia como por propios hijos á sus sobrinos, hijos de su hermano y de su hermana, y tambien trataba con grande amor á sus parientes por sangre, ó casamiento. Sus banquetes eran pulidos, y con honestidad muy regocijados, sin ser de ninguna manera suntuosos. Sus pláticas en la conversacion eran diversas conforme á la dignidad, aficion y ejercicio de la persona con quien trataba, siendo siempre su habla grave, sin faltarle buena mezcla de alegría y dulzura. Con sus dos mujeres guardó siempre mucha concordia, y con sus hijos tuvo blandura. Ejercitábase de ordinario, y no tan poco que fuese flojedad y regalo, ni tanto que llegase á ser cansancio. Su mayor recreacion era pasear largo á pié, cuando los negocios le daban lugar. Con esto restauraba su ánimo, y con la templanza en el comer conservaba la salud. Hasta aquí prosigue Sexto Aurelio.

Murió Teodosio de edad de cincuenta años, habiendo tenido el imperio diez y seis. Nicéforo dice vivió mas de sesenta años; mas en esto contradice á Sexto Aurelio, que como dijimos, señala que habia treinta y tres años cuando le dieron el imperio. Pues es cierto que no lo tuvo mas que diez y seis, segun por la sucesion de los cónsules claramente parece. Fué casado dos veces, porque muerta Placila, tomó por mujer á Gala Augusta, hija del emperador Valentiniano el viejo. Tuvo tres hijos, los dos emperadores Arcadio y Honorio de Placila, y la princesa Gala Placidia de su segunda mujer. Habíanse vuelto á juntar en él los dos imperios de oriente y occidente, y dejóseles á sus dos hijos bien pacíficos y sosegados, y él se fué al cielo á reinar allá con Dios, y gozar con él, como dice Nicéforo, el premio de su viva fé y grande amor que con él tuvo, y del odio encendido con que aborreció y persiguió los gentiles y los herejes.

Es harto de notar á esta sazon, como siendo el emperador Teodosio español, y habiendo sido tan buen señor, no se hallan por España piedras escritas, donde ella se gloriase del bien que en esto tenia. Mas él fué tan modesto y tan ageno de ningun género de vanagloria, que cierto debió vedar se le pusiesen estatuas ni otras memorias. Haciéndole Sexto Aurelio tan semejante en todo con Trajano, dice que solamente le dejó de parecer en los dos vicios que tuvo. Era Trajano demasiadamente amigo del vino, y Teodosio muy templado en beberlo. A Trajano, como vimos, le llamaron yerba parietaria, porque con deseo de memoria y fama, en cada pared y en cada piedra holgaba quedase escrito su nombre. Mas á Teodosio ningun deseo de cosa semejante se le conoció. Y esta es la causa por qué no hallamos por España ninguna memoria suya. Y á la verdad, ya se iba perdiendo esto del todo, y no se acostumbraba poner estatuas á los emperadores, ni otros títulos en piedras. Porque la religion cristiana poco á poco habia cercenado en los príncipes estas pompas de vanagloria, y habia apremiado tambien á la lisonja para que no tratase de semejantes demostraciones. Así ya se hallan aun en Roma pocas piedras destos tiempos, y en España y otras provincias casi ningunas.

CAPÍTULO XLVI.

Dos cosas notables que hubo para la religion cristiana en tiempo del emperador Teodosio, y de los primeros cónsules cristianos.

Hubo dos cosas muy señaladas entre otras muchas para la religion cristiana en tiempo deste singular príncipe. La primera derribarse por la ley que él hizo públicamente por toda la tierra de ambos imperios los ídolos y sus templos. Que aunque ya estaba muy ex-

tendida la Iglesia cristiana desde Constantino, y los emperadores siguientes siempre habian ido acrecentando mucho en ella, mas todavía no estaba del todo desarraigada la secta de los gentiles, como está dicho. Ahora ya quedó la gentilidad toda deshecha en público, y los rastros, que aun quedaron della, fueron particulares en algunas partes, y en otras ocultos y secretos, con miedo siempre de las penas en que incurrian.

La otra cosa muy señalada fué haber habido en Roma desde el tiempo deste emperador mucha gente principal y patricia cristiana, bautizándose muchos de los senadores públicamente, como del poeta Prudencio se entiende, atribuyéndolo todo á la gran cristiandad y zelo del emperador Teodosio. Y aun podria alguno pensar, que deste emperador adelante no hubo cónsul ninguno que no fuese cristiano, habiéndolo sido Avianio Simmaco, hombre gentil, el año trescientos y noventa y uno, que es un año ántes de la muerte de Valentiniano el Segundo, por la cual Teodosio quedó señor de Roma y de todo el occidente. Y digo que Simmaco era gentil, pues fué el que trujo la embajada por las vírgenes vestales, y por los otros dioses á Valentiniano, como escribiendo del poeta Prudencio se dijo (1).

Parece que hasta ahora, aunque habia habido muchos cónsules cristianos, desde el tiempo de Constantino, tambien habia habido siempre hartos de los gentiles, como claramente lo entenderá, quien con atencion leyere las inscripciones antiguas destos tiempos, que fray Onufrio Panuinio pone en sus fastos, y Aldo Manucio en su ortografía. Allí verá como los cónsules y sus hijos, ponian estatuas á los gentiles, y hacian otras cosas que muestran como perseveraban en su error.

Y harto he yo deseado de saber cuáles fueron los dos primeros cónsules que hubo en Roma cristianos. Que por ser este cargo tan principal en aquella ciudad, era cosa digna de saberse y escribirse, cuando comenzaron á tenerlo cristianos. Y me espanto del descuido que todos los santos y historiadores eclesiásticos de aquellos tiempos tuvieron en no escribir algunas particularidades en esto. Refieren y celebran otras cosas de ménos grandeza en nuestra religion cristiana, y nunca señalaron ésta, que fué de tanta gloria y triunfo para ella. Yo pondré aquí lo que he podido averiguar en esto, habiéndolo con mucha diligencia inquirido. Y con no ser cosa de España, por ser tan notable en la Iglesia de Dios, osaré tomarme esta licencia.

Podríamos decir que el primer cónsul romano que recibió la fé de Jesucristo, fué Sergio Paulo el procónsul de Asia, á quien convirtió san Pablo en la isla de Chipre, á los diez años despues de la pasion de nuestro Redentor, como san Lucas en los actos de los apóstoles lo cuenta (2). Porque aunque el cargo de procónsul se daba algunas veces por aquellos tiempos, á quien no habia tenido el consulado, mas lo ordinario era preceder aquella dignidad á este cargo. Y el no hallarse nombrado Sergio Paulo entre los otros cónsules en las listas y memorias que dellos hay, no es inconveniente, porque pudo ser de los cónsules sufectos, que como yo advertí, en aquel tiempo mucho se usaban. Mas aunque estas sean buenas conjeturas, no hay afirmar con ellas nada por cierto.

De Séneca ya he dicho como no fué cristiano, pues así lo afirma san Agustin expresamente. Y así aunque fué cónsul, no hay para qué se haga memoria dél en esta cuenta. No muchos años despues el noventa y dos de nuestro Redentor, fué cónsul en Roma Marco Acilio Glabrion, en tiempo del emperador Domiciano, y él le mandó matar poco despues, habiéndole ántes desterrado. Fray Onufrio Panuinio en su corónica eclesiástica, dice que fué martirizado por ser cristiano. Él no dice allí mas desto, y en los fastos ninguna mencion hizo dello, cuando puso este cónsul en su año. Escríbelo Dion Casio harto claro á mi juicio, por estas palabras, hablando del año noventa y seis de nuestro Redentor, como por los cónsules parece. El mismo año mandó Domiciano matar á muchos, y entre los otros á Flavio Clemente, que era entónces cónsul, aunque era su sobrino, y estaba casado con Flavia Domicilia, que tambien era su parienta. El crímen que les impuso fué de infidelidad y desacato contra los dioses en la religion. Por esta misma causa fueron condenados muchos que se habian vuelto cristianos. Algunos dellos mataron, y á otros les quitaron las haciendas. A Domicila no hicieron mas que desterrarla en la isla Pandarria. Tambien mandó matar á Glabrion, el que habia sido cónsul con Trajano, habiéndole acusado entre otras cosas del mismo crímen que á los ya dichos. Éstas son las palabras de Dion. Y aunque donde yo traslado aquí cristianos, en los libros griegos y latinos de Dion dice judíos, cosa es manifiesta que se ha de entender así como yo digo. Porque teniéndose por tan cierto, como se tiene en la Iglesia cristiana, que Flavia Domicila fué cristiana, y desterrada por esto, no hay que dudar sino que su marido y Glabrion fueron tambien cristianos, y muertos por serlo, como en las palabras de Dion está claro. Y desta señora y su cristiandad, y lo que padeció por ella, grandes testimonios tenemos en la historia eclesiástica de Eusebio (1), en Nicéforo Xantópulo (2), y en otros autores. Los martirologios romanos de Beda y Usuardo la ponen mártir, y refieren su pasion á los siete de mayo. Tambien cuentan della los obispos Equilino y Lipomano y otros autores que escribieron de santos. Y algunas iglesias aun acá en España, y entre ellas la de Toledo, le hacen la fiesta. Así tenemos ya de aquí estos dos cónsules Glabrion y Clemente, cristianos, que sin duda parece fueron los primeros. Y era cónsul Flavio Clemente aquel mismo año que lo mataron, noventa y seis de nuestro Redentor, cuatro años despues que Glabrion lo habia sido.

Nuestro poeta Aurelio Prudencio parece quiso tratar algo de cónsules cristianos (3), en estos sus tiempos de Graciano y Teodosio, mas de doscientos y setenta años despues de lo que ahora acabamos de decir. Hablando de los dos hermanos Sexto Anicio Provino, y Sexto Anicio Hermogeniano Olibrio, que fueron cónsules juntos el año en que murió Teodosio, trescientos y noventa y cinco de nuestro Redentor, refiere como él uno dellos, pasando por la iglesia de San Lorenzo (á lo que parece) mandó á sus lictores que abatiesen sus faces para pasar con humildad y sujecion por delante del Santísimo Sacramento, y del templo del santo Mártir, que fué demostracion cristianísima, y digna de que nuestro poeta así la celebrase.

(1) A [illegible] de lib. 1, contra Symmaco. (2) Cap. 13.

(1) Eus. [illegible] 3, c. 18. (2) En [illegible] 3, c. 9. (3) A. [illegible] lib. 1 contra Symmaco.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO Y CASI DEL SEÑORÍO DE LOS ROMANOS EN ESPAÑA.

NOTA. [illegible]

APÉNDICES

AL TOMO PRIMERO DE LAS GLORIAS NACIONALES.

TROZOS

DE

FLORO, T. LIVIO, Y J. CÉSAR,

PARA ILUSTRACION DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

DE FLORO. (LIB. II.) XVII.—*Sucesos de España.*—Despues de Corinto, llególe su turno á Numancia, como despues de Cartago le habia llegado el suyo á Corinto; y nada quedó desde entonces libre de nuestras armas, porque tras los dos famosos incendios de aquellas ciudades, se propagó simultánea y universalmente la guerra, como si las pavesas esparcidas por el viento hubiesen comunicado el fuego á todo el orbe.

España, sin embargo, no quiso nunca levantarse en masa contra nosotros, midiendo las suyas con nuestras fuerzas, para sacudir nuestra dominacion ó defender paladinamente su libertad; porque si lo hubiese intentado, su misma situacion habria hecho imposible hasta el invadirla, defendida como está por el mar y por el baluarte que le forman los Pirineos. Vióse atacada por los romanos ántes de que ella misma conociese á dónde llegaban sus fuerzas, y fué entre todas la única provincia que hasta despues de vencida no supo lo que valia. La lucha que en ella se sostuvo, aunque interrumpida á veces, segun lo requerian los tiempos, duró cerca de doscientos años, desde los primeros Scipiones hasta el César Augusto; pero estuvo empeñada al principio, mas que con los españoles, con los cartagineses que ocupaban España, y que fueron el origen y la primitiva causa de tan larga série de guerras.

Publio y Neyo Scipion fueron los primeros que con las enseñas romanas atravesaron el Pirineo: derrotaron en señalados combates á Hanon y á Asdrúbal, hermano de Anibal; y se hubieran apoderado seguidamente de toda España, si vencedores por mar y por tierra aquellos esforzadísimos varones no hubiesen sido víctimas de la mala fé cartaginesa. Para vengar al padre y al tio, la invadió de nuevo aquel otro Scipion llamado mas adelante el Africano, quien, despues de haberse apoderado de Cartagena y de otras ciudades, no contento con haber expelido á los cartagineses, la hizo provincia tributaria nuestra, sometióla toda aquende y allende el Ebro, y fué el primer caudillo romano que llegó vencedor hasta Cádiz y á las orillas del Océano.

Es, con todo, mas fácil conquistar una provincia que conservarla; y así fué luego necesario enviar generales á diferentes distritos, para que enseñasen la sumision á aquellos pueblos feroces que habian conservado hasta entonces su libertad y rechazaban nuestro yugo; lo que no pudieron conseguir sin mucho trabajo y solo despues de sangrientos combates. Caton, el censor, domó peleando á los celtiberos, que eran el núcleo de los españoles: Graco, el padre de los Gracos, castigó á los mismos pueblos con la ruina de ciento y cincuenta ciudades: el gran Metelo, que así como se apellidó el Macedónico hubiera merecido llamarse el Celtibérico, añadió á la gloria de haberse apoderado de Contrebia, castigándola ejemplarmente, la de haber perdonado á Nertobriga: Luculo sometió á los Túrdulos y á los Vacceos, de quienes obtuvo tambien ópimos despojos Scipion el Jóven, despues de haber provocado y vencido á su rey en singular combate; y por último Décimo Bruto se adelantó hasta sojuzgar a los Celtas, á los Lusitanos y á todos los pueblos de Galicia, haciendo pasar á sus soldados el para ellos tan formidable rio del Olvido, recorriendo vencedor las orillas del Océano, y no dando la vuelta hasta haber presenciado como el sol se hundia en el mar apagando sus fuegos en las aguas, aunque temeroso y casi horrorizado de haber cometido con ello un sacrilegio.

De todos esos pueblos, los lusitanos y los numantinos fueron los que sostuvieron mas empeñada la lucha; porque ellos fueron los únicos que tuvieron generales que les mandasen: y sin duda la hubieran sostenido tambien los celtiberos, á no haber sucumbido al principio de la guerra su caudillo Salóndico, hombre industrioso y audaz, que blandiendo su lanza de plata como recibida del cielo, parecia inspirado y se habia atraido todas las voluntades. Con temerario arrojo quiso una noche penetrar en el campamento del cónsul, y junto á la misma tienda le alcanzó un dardo del centinela.

Viriato fué quien infundió aliento á los lusitanos. Dotado de inteligencia y valor, convertido de cazador en bandolero, y de bandolero en caudillo y general de ejército, hubiera sido el Rómulo español, á haberle protegido la fortuna. No contento con defender la libertad de los suyos, llevólo todo á sangre y fuego por espacio de catorce años, aquende y allende el Ebro y el Tajo; atacó hasta los atrincheramientos de los pretores; derrotó á Claudio Ummano, exterminando casi completamente su ejército; y levantó por insigne trofeo en sus montañas las trábeas y fasces que habian caido en su poder. El cónsul Fabio Máximo logró al cabo contrarestarle con ventaja; pero su sucesor Servilio manchó la victoria, porque con el ansia exagerada de poner fin á aquella guerra, cuando aquel caudillo estaba ya reducido á la extremidad y á punto de rendirse, no tuvo reparo en valerse del fraude y de la traicion, haciéndolo asesinar por sus propios servidores. Así dió al enemigo la gloria de que pareciese que no habia podido ser vencido de otra manera.

XVIII.—*Guerra de Numancia.*—Aunque inferior en riquezas á Cartago, Capua y Corinto, Numancia las igualó á todas por su fama y su valor, siendo la que por sus guerreros dió mayor lustre y gloria á España, pues sin murallas, sin torres, situada en una humilde colina junto al Duero, con solos cuatro mil celtiberos resistió durante catorce años á un ejército de cuarenta mil hombres, y no solamente resistió, sino que hizo sufrir á sus sitiadores repetidas y considerables derrotas, imponiéndoles pactos vergonzosos, hasta que, reputada ya invencible, se dió el encargo de someterla al que habia destruido á Cartago.

A la verdad, no ha habido nunca ninguna guerra que tuviese una causa mas injusta. Habian los numantinos dado asilo á sus parientes y aliados, los segedenses, escapados de la opresion de los romanos: intercedieron luego por ellos, aunque en vano, y á pesar de haberse mantenido siempre neutrales, intimóseles la órden de deponer las armas, si querian conservar nuestra alianza. Para aquellos bárbaros, tanto valiera mandar que se les cortaran las manos: así lo consideraron ellos, y tomando luego por jefe á Megara, hombre dotado de singular valor, empuñaron las armas y se dirigieron contra Pompeyo, con quien capitularon, á pesar de que les hubiera sido muy fácil el derrotarle. Atacaron en seguida á Hostilio Mancino; y con repetidos combates lo estrecharon de manera que ya ningun romano podia

sin estremecerse sufrir la mirada ó escuchar la voz de un numantino. Sin embargo, le concedieron tambien capitular, contentándose con que el ejército hiciese entrega de sus armas, cuando estaba en sus manos el exterminarlo.

Avergonzado entonces el pueblo romano de aquella capitulacion, que reputaba tan ignominiosa como la otra de Caudium, pensó de pronto lavar su afrenta con la entrega de Mancino á los numantinos; y quiso luego vengarse, enviando por general á Scipion, quien con el incendio de Cartago se habia amaestrado en destruir ciudades. Al principio tuvo éste que luchar mas en su campamento que en el campo de batalla, y ántes por sus propios soldados que con los de Numancia; pues para disciplinarlos, los ocupaba sin descanso en faenas rudas y serviles, haciendo traer estacas para la empalizada á los que no habian sabido empuñar las armas y embadurnarse de lodo á los que habian tenido miedo de tiznarse con la sangre del enemigo. Despidió tambien del campamento la turba de mujeres perdidas y criados; no permitió mas equipaje que el absolutamente necesario; y habiendo acreditado con su porte cuán cierto es que el general hace el ejército, reformado así el soldado, pudo entrar luego en batalla, y se vió entonces por primera vez lo que todos creian imposible, que los numantinos volviesen las espaldas. Por fin hubieran estos tratado de rendirse, si se les hubiesen impuesto condiciones aceptables; pero Scipion quiso lograr cumplida la victoria, y los estrechó de manera que no tuviesen mas recurso que morir peleando. Resolvieron, pues, prepararse para el último combate con un funeral banquete, saciándose de carne medio cruda y embriagándose de celia, nombre que daban á una bebida extraida del trigo; mas entendió su resolucion el general romano, y queriendo negarles hasta este último consuelo de morir en el campo de batalla, los circunvaló con foso y empalizada y con cuatro campamentos, para que los exterminase el hambre. Pidieron entonces por favor el combate; negóselo Scipion; y probaron por último una infructuosa salida, en la que murieron muchísimos, cuyos cadáveres sirvieron de alimento á los que quedaron con vida. Cuando trataron luego de salvarse con la fuga, se lo impidieron sus mujeres, que llevadas de un amor criminal, por lo excesivo, cortaron las cinchas de los caballos. Perdida por último toda esperanza, determinaron acabar, como lo hicieron, con el hierro y el veneno, y pegando fuego á la ciudad, quedar todos sepultados en sus ruinas, ellos, sus caudillos y su patria.

¡Gloria á tí, ciudad esforzada, y para mí la mas venturosa en medio de tus mismas desventuras! Tú amparaste fielmente á tus aliados; tú resististe sola por largos años al pueblo que tenia en su mano las fuerzas todas del universo; y cuando caiste al cabo vencida por el mas grande de los generales, no le dejaste ni un trofeo siquiera en que pudiera gozarse; ninguno de tus hijos hubo de arrastrar las cadenas del cautiverio; como pobre que eras no pudieron cebarse en tu botin los enemigos, porque hasta tus armas fueron presa de las llamas: triunfaron, nó de tí, sino solamente de tu nombre.

(Lib. III.) IX. — *Guerra contra las Baleares.*— Como la familia de Metelo el Macedónico estaba acostumbrada á intitularse con sobrenombres que recordasen sus guerras, luego que uno de sus hijos se apellidó *el Cretense*, no tardó otro de ellos en llamarse *el Balеárico*.

Los baleares infestaban á la sazon el mar con su pirateria, y aunque es de admirar que aquellos hombres agrestes y salvajes se atreviesen siquiera á contemplarlo desde la cima de sus peñascos, no obstante, embarcados en toscos barquichuelos, fueron muchas veces el terror de los navegantes que se acercaban á sus islas. Cuando descubrieron la flota romana que se dirigia hácia ellos, la miraron como una presa y tuvieron la osadía de salirle al encuentro, disparándole al primer choque un diluvio de piedras y peñascos. Cada uno de aquellos isleños peleaba con tres hondas; y no es de admirar que fuesen certeros sus tiros, porque siendo aquella su única arma, se amaestraban en su manejo desde la infancia, de modo que hasta la madre no daba al niño otra comida que la que, puesta por blanco, acertaba aquél con su disparo. Poco duró, sin embargo, el terror que infundieron á los romanos, pues luego que pudo llegarse al abordaje y experimentaron el daño que les causaban nuestros espolones y nuestros dardos, buscaron su salvacion en la playa, huyendo como un rebaño con clamorosa gritería. Para vencerlos luego, despues de dispersos, fué menester rebuscarlos en las fragosidades de los montes.

(Lib. III.) XXIII. — *Guerra contra Sertorio.* — La guerra contra Sertorio no fué mas que una consecuencia de las proscripciones de Syla; y no sé si la llame civil ó extranjera, porque si bien fueron lusitanos y celtíberos los que la sostuvieron, tambien fué su general un romano.

Varon de virtud heroica y funesta, desterrado y huyendo de las tablas de proscripcion, corrió la tierra y los mares llenándolos con el eco de sus desgracias, y despues de haber probado fortuna en Africa y en las islas Baleares, se abandonó al Océano, llegó hasta las islas Fortunadas, y de allí pasó á España á armarla contra el poder de Roma. Como hombre animoso, simpatizó luego con otros valientes; y nunca brilló con mayor gloria el ardimiento del soldado español, que cuando éste estuvo mandado por un general romano. Sertorio no se contentó además con sublevar la España, sino que aliándose con Mitridates y con los pueblos del Ponto, auxilió á aquel rey con una flota; de modo que recelosa la república y poco segura del éxito de la guerra, creyó que no bastaria un solo general para resistir á tan poderoso enemigo, y envió á Neyo Pompeyo al lado de Metelo. Con repetidos combates, aunque de incierto resultado, acosaron los dos juntos las huestes del caudillo enemigo, hasta que éste sucumbió por último, nó en el campo de batalla, sino víctima de la perfidia y traicion de los suyos. Sus tropas fueron luego perseguidas por toda España, sin que se empeñase núnca ninguna accion decisiva.

Los lugartenientes de cada partido, á saber, Domicio y Torio por un lado, y los dos Herculeyos por el otro, fueron los que en esta guerra dieron los primeros combates; mas luego vencidos estos cerca de Segovia, y aquellos junto al Ana, vinieron luego á las manos los mismos generales, quedando tambien ambos derrotados, el uno en Laurona y el otro en Sucrona. Entretuviéronse entonces en talar los campos y asolar las ciudades, haciendo pagar á la infeliz España la pena de la discordia en que estaban los caudillos romanos; hasta que, muerto Sertorio por la felonía de sus servidores, vencido y prisionero Perpenna, se sometieron á Roma las ciudades de Huesca, Termes, Turia, Valencia y Auxima, y luego la de Calahorra, cansada de sufrir los rigores del hambre. Así quedó apaciguada toda España, y los generales vencedores quisieron que esta guerra fuese considerada como extranjera, para que se les concediesen los honores del triunfo.

(Lib. IV.) II. —*Guerra de César y Pompeyo.* — Sangrienta y de dudoso éxito fué por mucho tiempo la guerra que César hizo en España á los tenientes de Pompeyo, Petreyo y Afranio. Hallándolos acampados cerca de Lérida junto al rio Segre, se empeñó en sitiarlos en su campamento interceptando sus comunicaciones con la ciudad, pero la pronta crecida del rio por la primavera fué causa de que no pudiese llegarle el necesario bastimento, y así aquejada su hueste por el hambre, faltó muy poco para que el sitiador acabara por verse sitiado. Cuando menguaron las aguas y quedaron expeditas las comunicaciones, renovóse con ardor la lucha, estrechólos con ahinco, y persiguiéndolos luego en su retirada, los alcanzó en la Celtiberia, donde pudo acorralarlos cercándolos de fosos y trincheras, hasta obligarlos á rendirse. La sumision de la España Citerior fué causa de que se sometiera tambien luego la ulterior; porque ¿cómo habia de resistirse una sola legion, cuando cinco habian tenido que deponer las armas? Luego que Varron se hubo voluntariamente rendido, todos se apresuraron á reconocer la buena fortuna de César, hasta Cádiz, el estrecho y el Océano.

Renacieron otra vez la lucha y los partidos, con igual ardor como si principiasen de nuevo, y cuanto habia aventajado el África á la Tesalia, tanto aventajó España al África en el furor de la guerra. Favorecia al un partido el tener por caudillos á dos hermanos, á dos Pompeyos en vez de uno; y así no es estraño que no se hubiese peleado nunca con mayor encarnizamiento, ni que nunca se hubiese presentado mas indeciso el resultado de la lucha.

Los lugartenientes Varo y Didio, fueron los primeros que entraron en combate á las puertas mismas del Océano, donde sus escuadras hubieron de luchar, mas que entre sí, con los elementos; pues como si el mar hubiese querido darnos el castigo por nuestras discordias, las destruyó á entrambas con el naufragio. ¡Horroroso fué aquel combate! Las olas, los vientos, los hombres, las naves, las armas, todo luchó á la vez: y acrecentaba lo terrible del trance el ver por un lado las costas de España y por el otro las de la Mauritania que se van gradualmente acercando como para abrazarse, el presenciar el choque de los dos mares interior y exterior, y el descubrir las colunas de Hércules que se levantaban imponentes, testigos del combate y de la tempestad.

Los ejércitos de ambos partidos corrieron en seguida á sitiar y destruir ciudades, castigándolas uno y otro por su alianza con los romanos, hasta que se dió la última y decisiva batalla de Munda. En ella pareció que á César queria abandonarle su buena suerte; pues estuvo por

mucho tiempo terrible é indeciso el combate, como si dudase la fortuna á qué parte inclinarse. César mismo, ántes de entrar en batalla, estuvo mas triste de lo que solia, ya porque le ocurriese entonces el meditar sobre la fragilidad humana, ya porque considerase que mas ó ménos tarde habia de interrumpirse la continuada serie de sus prosperidades, ya tambien porque recelase tener un fin semejante al de Pompeyo, iguales como habian sido sus principios. En el calor de la refriega y cuando peleaban todos con mayor encarnizamiento, aunque sin ventaja por ningun lado, vióse lo que nadie recordaba haber visto, restablecerse de súbito un profundo silencio, como si ambos ejércitos hubiesen convenido en dar treguas á su furor. Últimamente ve César con sorpresa que comenzaba á cejar su cuerpo de veteranos, probado en catorce años de combates, y que solo por vergüenza, mas que por valor, se mantenia en el campo: apéase entonces de su caballo, dirígese á la primera fila, recoge y alienta á los fugitivos, y recorre luego la línea infundiendo valor á todos con sus miradas, con su ademan y con sus exhortaciones. Dícese que en aquellos críticos momentos trató de poner fin á sus dias, y que se le conoció en el semblante, que andaba buscando la muerte; mas viendo luego que atravesaban la línea enemiga cinco cohortes enviadas de refuerzo por Labieno, ya porque pareciese efectivamente que huian, ya porque César asi lo creyese, ya finalmente, porque, como experto y sagaz capitan, quisiese aprovechar aquella circunstancia, dejóse caer sobre ellas tratándolas como si en realidad huyesen, y con aquel impetuoso ataque reanimó á los suyos y desconcertó al enemigo. Para declarar la mortandad que éste tuvo y el furor con que pelearon luego los vencedores, basta decir, que en el sitio que César mandó poner en seguida á la ciudad de Munda, en donde se habian encerrado los fugitivos, se levantaron las trincheras hacinando los cadáveres que habian quedado en el campo, unidos entre sí con los mismos dardos y saetas que les habian dado la muerte: accion afrentosa y que ni aun los bárbaros se atreviesen á cometerla! Desesperaron entonces de su causa los hijos de Pompeyo: Neyo, fugitivo del campo de batalla, herido en un muslo, y retirándose por lugares apartados y desiertos, fué alcanzado por Cesonio junto á Laurona, donde murió peleando como si todavía conservase alguna esperanza: y á Sexto le concedió la fortuna poder mantenerse oculto en la Celtiberia, reservándole para otras guerras que se siguieron á la muerte de César.

(Lib. IV.) XII. —*Guerras estranjeras en tiempo de Augusto.* — En el Occidente quedaba pacificada toda España, ménos la parte que toca al Pirineo y las bañada por el Océano ulterior. Vivian allí dos pueblos, los cántabros y los asturos, que habian conservado hasta entonces su independencia; los cántabros sobre todo, despues de haber sido los que con mas ardor y pertinacia sostuvieron su rebelion, no satisfechos con defender su propia libertad, amagaban tambien sojuzgar á sus vecinos, infestando con sus correrías á los vacceos, á los curgonios y á los autrigones. Contra estos, pues, que eran los mas temibles y de quienes se tenian peores noticias, se dirigió Augusto en persona, no fiando la expedicion á ninguno de sus tenientes. Llegado á Segisama, estableció en ella su campo, y dividiendo luego su ejército, abordonó en un dia señalado toda la Cantabria, y atacó por todas partes á aquellos naturales, persiguiéndolos como si anduviese á caza de fieras; ni aun por el lado del mar los dejó en reposo, porque una flota romana que acudió á sus costas los inquietó por las espaldas. El primer encuentro tuvo lugar junto á los muros de Velica, desde donde fugitivos los cántabros, se acogieron á la cumbre del monte Vinnio, que por su mucha elevacion les parecia ántes accesible á las aguas del mar que á los ejércitos romanos: encerráronse luego en Arracillo; pero fué ganada la plaza, á pesar de su valerosa defensa: buscaron por fin un postrer refugio en las fragosidades del monte Edulio; pero allí los sitiaron tambien los romanos, ciñéndolos con un foso de cincuenta millas de circunferencia y estrechándolos por todos lados, hasta que, desesperados los bárbaros, se dieron ellos mismos la muerte en medio de un banquete, unos con fuego, otros con hierro, y otros con un veneno que sabian extraer del ciprés, logrando así librarse en su mayor parte del cautiverio que los amenazaba.

Luego que el César, que entretanto se habia ido á invernar en la marina de Tarragona, tuvo noticia de estas ventajas conseguidas por sus tenientes, Antistio, Fusnio y Agripa, acudió en persona al que habia sido teatro de la lucha; mandó bajar de sus montañas á los cántabros que á ellas se habian retirado, y tomando á algunos por rehenes, vendió á los demas en almoneda, usando del derecho que le concedia la guerra. Creyó entonces el senado que tales hazañas eran dignas del laurel y del triunfo; pero el César se habia encumbrado ya tan alto, que podia no hacer caso de semejantes honores.

Por aquel mismo tiempo los asturos se descolgaron de sus montes con poderoso ejército, y en vez de acometer con temerario ímpetu, como solian hacerlo los bárbaros, sentaron sus reales á orillas del Astura, y formando de sus fuerzas tres divisiones, resolvieron atacar á la vez los tres acampamentos de los romanos. Su número y su valor, lo repentino de su ataque y el acuerdo con que procedian hubieran hecho tal vez dudosa y sangrienta la victoria, si no les hubiesen hecho traicion los trigesimos, revelando sus intentos á Cariso, quien con su ejército pudo anticiparse á desbaratar sus planes, aunque no sin que mediase un encarnizado combate. Los restos del ejército vencido se recogieron en la esforzada ciudad de Lancia, donde se peleó con tal ardor, que despues de tomada, se empeñaron los soldados vencedores en pegarla fuego, para vengarse de tan obstinada resistencia, y á duras penas logró el general que la perdonasen, diciéndoles que dejándola en pié, seria, mas bien que incendiada, un testimonio vivo de la victoria de los romanos.

Estas fueron la última campaña de Augusto y la última rebelion de los españoles. De allí en adelante, fieles y seguros aliados de Roma, mantuviéronse siempre en paz estos pueblos: ya porque á ella los inclinase entonces su mismo carácter, ya tambien por las medidas que adoptó el César, quien les ordenó establecerse en las llanuras, receloso de que el seguro abrigo que en todo caso les ofrecian los montes pudiese inducirlos á ulteriores movimientos. Allí les obligó á beneficiar su suelo, abundante de oro, bermellon, crisócola y otras materias colorantes, y buscando así para los extraños esos tesoros ocultos en las entrañas de la tierra, comenzaron los asturos á conocer su propia riqueza.

De Tito Livio, década tercera, libro primero, capítulos IV y V. —*Destruccion de Sagunto.* — Mientras los romanos perdian el tiempo enviando embajadas, hizo Aníbal descansar su gente, y mandó asegurar los lugares en donde tenia los pertrechos y máquinas de guerra. Encendió en tanto los corazones y los ánimos de los suyos, ya avivando su ira contra los enemigos, ya halagando sus esperanzas de botin. Díjoles entre otras cosas que todo el despojo de Sagunto seria suyo, cuando fuese tomada, con lo que les entró tal entusiasmo que si entonces diera la señal para la lucha, parecia que ninguna fuerza fuera poderosa para resistirles. Los saguntinos, como habian estado algunos dias sin pelear, no cesaban de dia y de noche de rehacer y reparar su muro de aquella parte donde estaba mas derribado. Comenzóse despues de esto la batalla mas cruelmente que las pasadas, y no sabian á cuál lugar acudiesen primero, oyendo grandes voces y alaridos en todas partes. Aníbal animaba á los suyos, principalmente entre los que hacian adelantar una torre movediza de madera, que era mas alta que todas las de la ciudad, y estaba bien guarnecida de ballestas y de otras armas necesarias. En el momento en que la asentaron junto al muro, los guardias de la muralla huyeron espantados; y viendo Aníbal esta buena coyuntura envió quinientos africanos con picos para que derribasen el muro; cosa que no les fué difícil porque no habia sido hecho el muro de cal, sino de lodo, y á poco que trabajaron se cayó por sí mismo. Con lo que entró la gente de Aníbal y tomó un lugar alto muy conveniente para vencer, desde donde los saeteros y otros hombres armados se hicieron fuertes, y se cercaron con muro. Los saguntinos, visto esto, cercaron la parte de la ciudad que no habia sido tomada, y se trabó entre los africanos y los españoles la mas brava pelea. Y defendiendo los saguntinos sus hogares, cada dia se veian mas estrechados, faltos de bastimentos, y perdida la esperanza de socorro, pues los romanos estaban muy léjos, y las cercanías todas estaban en poder del enemigo. Dióles un momentáneo alivio la noticia de que Aníbal habia partido contra los oretanos y los carpetanos que daban muestras de querer rebelarse; pero así que fué contra ellos Aníbal, se sosegaron y dejaron las armas. Y no fué por esto mas flojo el combate de Sagunto, pues Maharbal, hijo de Himilcon, á quien dejó Aníbal por teniente suyo, hizo con tanta diligencia lo que convenia, que ni los de la ciudad ni los enemigos sintieron su ausencia. Dirigió algunas escaramuzas y peleas, y con tres ingenios derribó gran parte del muro, y cuando Aníbal hubo dado la vuelta le mostró lo que habia hecho. Entonces Aníbal hizo embestir la torre ó fortaleza principal, en donde se comenzó una muy fiera batalla, con grande estrago de gente por ambas partes, hasta que fué tomada una parte de la fortaleza. Despues de lo cual, dos hombres, conviene á saber, Alcon saguntino, y Alorco español, tentaron un acomodamiento. Alcon, sin dar parte á los suyos, pensando conseguir con ruegos alguna cosa, se pasó de noche á Aníbal, y como vió que sus ruegos y lágrimas no aprovechaban nada, sino que Aníbal, como vencedor airado, le ponia delante unas condiciones de paz muy tristes, hecho de embajador tránsfuga, se quedó con los africanos dicien-

dió que mas queria morir allí que nó llevar tales condiciones á los suyos: pues pedia Anibal que restituyesen muchas cosas á los turdetanos, y á él le diesen el oro y plata que en la ciudad habia, y que los ciudadanos se saliesen todos de ella con un solo vestido, y fuésen á morar à donde él les mandase. Y como Alcon dijese que tales condiciones nunca las aceptarian los saguntinos, ofrecióse Alorco á hacérselas oir, diciendo que los corazones se ablandarian viendo que no habia esperanza de ningun remedio. Era Alorco un soldado de Anibal, aunque muy amigo de los saguntinos, por lo que pasó los reales, entregadas ántes las armas, entró en la ciudad, y fué en busca del pretor de Sagunto. Y como se juntase mucha gente por su venida, fué alejada la multitud, y el senado le dió audiencia en donde expuso: que los romanos no podian ya salvar á Sagunto, por lo que Anibal les ofrecia que abandonasen la ciudad, puesto que estaba ya casi enteramente arruinada, y saliesen para sus tierras, que se les dejaban libres, con sus hijos y mujeres y dos vestidos, mas sin armas, para fundar otra ciudad, y que diesen todo el oro y plata que tuviesen. Y como para oir estas cosas que Alorco decia se hubiese ido juntando el pueblo con los senadores, los mas principales se partieron muy prestamente de allí, sin dar respuesta á Alorco; y llevaron á la plaza el oro y la plata que tenian asi en el tesoro como en sus casas; y haciendo un monton de todo ello pusiéronle fuego, y se lanzaron dentro y se quemaron con ello. Y como por esto la ciudad fuese muy espantada, oyóse un gran ruido de la fortaleza, pues por los muchos golpes que los enemigos de continuo la daban, cayó por tierra. Por aquella parte entró con grande ímpetu una multitud de africanos; y viendo Anibal que en la ciudad no habia las guarniciones y guardas acostumbradas, dió señal de batalla, y así entró y se apoderó de la ciudad muy presto, mandando que fuesen muertos á espada todos los varones de catorce años para arriba. De esta manera fué tomada la ciudad de Sagunto con grandes despojos, como quiera que la mayor parte de las riquezas fueron destruidas y quemadas por los mismos saguntinos.

De la GUERRA DE ESPAÑA, continuada en los COMENTARIOS de JULIO CÉSAR; CAP. IV. — *Batalla de Munda.* — Levantó Pompeyo el campo y le sentó en un olivar junto á Sevilla. Antes de partir César para el mismo paraje, se vió la luna á las doce del dia. Pompeyo movió su campo hácia Lucubis, y mandó á la guarnicion que habia dejado en ella, que, dando fuego á la plaza, se volviese á los reales mayores. A poco tiempo puso sitio César á Vestiponte, la cual se rindió. Tomó despues el camino de Carruca, y acampó en frente de Pompeyo. Este incendió á Carruca porque habia cerrado las puertas á sus presidios. Un soldado que dió muerte en los reales á un hermano suyo, fué descubierto por los nuestros, y le mataron á palos. Desde aquí continuó César su marcha: y llegado al campo de Munda, puso su real enfrente de Pompeyo.

Al dia siguiente, queriendo César proseguir la marcha, le avisaron los corredores que Pompeyo habia estado formado en batalla desde media noche. Con esta noticia dió la señal de la batalla. Pompeyo habia sacado sus tropas al campo porque habia escrito poco ántes á los de Osuna, que favorecian su partido, que César no queria exponerse á bajar á lo llano, por ser novicia la mayor parte de su ejército. Estas cartas mantenian constantes los ánimos de los moradores; y él, llevado de la misma esperanza, creia que le saldria bien todo cuanto intentase; pues estaba defendido de la naturaleza del terreno, y de la fortificacion de la misma plaza donde tenia sus reales; porque todo el terreno es allí montuoso y metido entre cerros, sin que ninguna llanura los separe.

Mas no nos ha parecido pasar en silencio lo que sucedió á la sazon. Mediaba entre los dos campamentos una llanura de cerca de cinco millas: de suerte que las tropas de Pompeyo estaban al amparo de dos defensas, es á saber, la situacion elevada de la ciudad y la naturaleza del terreno. Desde aquí empezaba á extenderse la llanura cortada por un riachuelo, que hacia muy difícil el ataque de su campo, porque corria hácia la derecha, dejando el terreno pantanoso y lleno de concavidades. Al ver César formado su ejército, no dudó que avanzaria hasta la mitad del llano á dar la batalla. Pasaba el lance á vista de todos. Favorecia el paraje con la llanura al manejo de la caballería, y convidaba tambien la serenidad del dia y el sol, que no parecia sino que los dioses inmortales proporcionaban este tiempo excelente y muy apetecible para dar la batalla. Alegrábanse los nuestros, y no faltaban quienes tambien temian viéndose en tal coyuntura, que el trance de una hora iba á decidir la suerte de los intereses y fortunas de todos. Avanzaron los nuestros en ademan de atacar, pensando que harian lo mismo los enemigos: pero estos no se atrevian á separarse mas de una milla de la fortificacion de la plaza, resueltos á pelear al amparo de sus murallas. Los nuestros fueron avanzando mas, y entretanto la ventaja del sitio convidaba á los enemigos á pretender con tan buena proporcion la victoria; mas con todo no se movian un paso de su presupuesto de no alejarse de su puesto ventajoso, y de la ciudad. Marchó nuestra gente con paso lento hasta muy cerca del rio, sin quererse ellos mover para aprovecharse de esta ventaja.

Constaba su ejército de trece legiones, cubiertos los lados con la caballería, y seis mil hombres ademas de infantería ligera. A estas tropas se añadia casi otro tanto número de auxiliares. Nuestras tropas eran ochenta cohortes, y ocho mil caballos. Habiendo llegado los nuestros al terreno desigual al cabo de la llanura, estaba prevenido el enemigo del otro lado en puesto ventajoso, y era muy expuesto pasar al terreno mas elevado. Advertido esto por César, para no emprender temerariamente un lance aventurado por falta suya, señaló el terreno hasta donde sus tropas debian avanzar. Mas llegando esto á oidos de todos, llevaron muy á mal que se les estorbase el poder dar una batalla decisiva. Esta detencion hizo mas animosos á los enemigos, pensando que á las tropas de César las embargaba el miedo de venir á las manos. Engreidos con esta opinion, se fueron exponiendo á un paraje ménos ventajoso, pero adonde todavía no podian acercarse los nuestros sin grave peligro. Tenian su puesto los decumanos en el ala derecha; en la izquierda las legiones tercera y quinta, y tambien las tropas auxiliares, y la caballería. Al fin trabóse la batalla con gran gritería.

Aunque los nuestros eran superiores en el valor, con todo se defendian acérrimamente los contrarios por la ventaja del terreno; y unos y otros levantaban gran vocería, y hacian valientes embestidas para dar sus descargas de suerte que casi desconfiaban los nuestros de la victoria: porque el arremeter y la grita con que suelen amedrentarse mucho los enemigos, eran en comparacion iguales. Y así, habiendo traido á la pelea igual valor y denuedo, murió una gran multitud de los enemigos amontonada y atravesada de nuestros dardos. Dijimos que ocupaban el ala derecha los decumanos, los cuales, aunque pocos, pero por el exceso de su esfuerzo atemorizaban mucho con sus hechos á los contrarios, y los iban apretando tan fuertemente, que para que los nuestros no los atacasen por el flanco, se empezó á mover una legion de derecha á izquierda para refuerzo de ésta. Luego que se separó la legion, empezó á cargar la caballería de César sobre el ala izquierda de los enemigos, que sin embargo se defendian con el mayor esfuerzo, y de modo que no quedaba otro arbitrio en el campo para socorrer á unos ni á otros. Mezclados los gritos con los gemidos, y sonando á un mismo tiempo el batir de las espadas, llenábanse de terror los ánimos de los inexpertos. Combatíase, como dijo Enio, pié con pié, y arma con arma. Al cabo empezaron los nuestros á retirar por el campo á los contrarios, aunque peleaban con mucho esfuerzo, y les sirvió de amparo la ciudad. En el mismo dia de las fiestas de Baco, no quedara hombre vivo, si no se hubieran refugiado al mismo paraje de donde salieron. Quedaron en el campo de batalla cerca de treinta mil hombres, ó algo mas, entre ellos Labieno, y Acio Varo, á quienes se hicieron las exequias; y ademas tres mil caballeros romanos, parte de la Italia, y parte de la provincia. De los nuestros faltaron hasta mil entre infantes y caballos, y quedaron heridos quinientos. Cogiéronse las trece águilas de los enemigos, con las demas insignias, y las fasces, y se hicieron prisioneros diez y siete cabos principales. Este fué el suceso de la batalla de Munda.

FIN DE LOS APÉNDICES AL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE PRIMER TOMO.

CONTINUACION DE LA CRÓNICA GENERAL POR MORALES.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. La pauta para la colocacion de las láminas se dará al fin de la obra, para todos los tomos.

